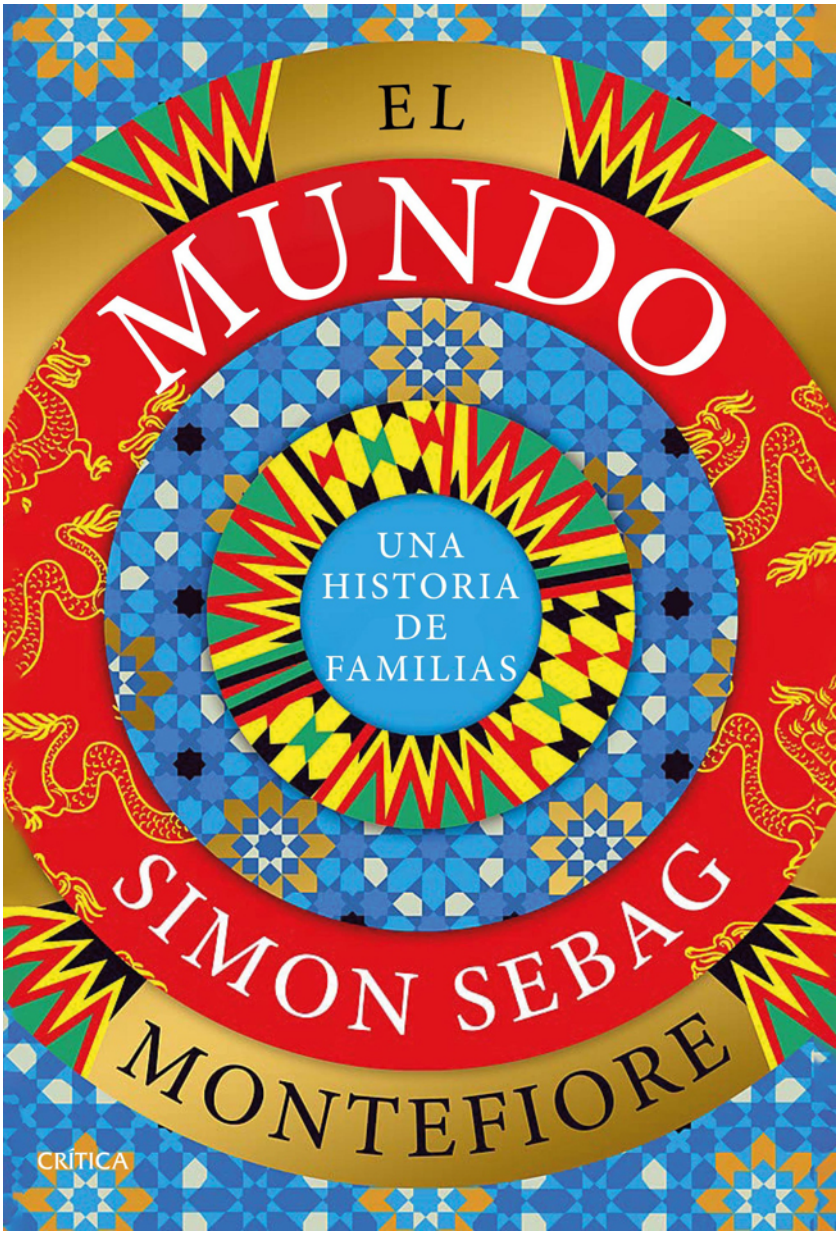
EL
MUNDO
UNA
HISTORIA
DE
FAMILIAS
SIMON SEBAG
MONTEFIORE
CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
Prefacio y agradecimientos
Nota
Introducción
Acto primero. Población mundial:
Las Casas de Sargón y Amosis: zigurats y pirámides
Las Casas de Hattusa y Ramsés
Los faraones nubios y los grandes reyes de Ashur: la Casa de Alara frente a la de Tiglath-Pileser
Acto segundo. 100 millones
Aquémenes y Alcmeón: las Casas de Persia y Atenas
Los alejandrinos y los haxamanishiya: duelo euroasiático
Los Mauria y los Qin
Los Barca y los Escipión: las Casas de Cartago y Roma
Acto tercero. 120 millones
Los Han y los césares
Los Trajano y los Primera Grada de Tiburón: romanos y mayas
Las dinastías árabes de Severo y de Zenobia
Acto cuarto. 200 millones
Casas de Constantino, Sasán y el Búho Lanzadardos
Acto quinto. 300 millones
La dinastía de Mahoma
Los Tang y Sasán
Acto sexto. 207 millones

Casas de Mahoma y Carlomagno
Los «Riúrikovichi» y la Casa de Basilio
Los «ghanas» y los fatimíes
Acto séptimo. 226 millones
Los Song, los Fujiwara y los Chola
Selchuquíes, Comnenos y Hauteville
Acto octavo. 360 millones
Gengis: una familia de conquistadores
Los jemeres, los Hohenstaufen y los Polo
Los Keïta de Malí y los Habsburgo de Austria
Acto noveno. 350 millones
Los timúridas, los Ming y el oba de Benín
Acto décimo. 350 millones
Los Médici y los mexicas, los otomanos y los Avís
Los incas, los Trastámara y los Rúrikovich
Los «manikongos», los Borgia y los Colón
Los Habsburgo y los otomanos
Acto undécimo. 425 millones
Tamerlanes y mexicas, otomanos y safávidas
Los incas, los Pizarro, los Habsburgo y los Médici
Los tamerlanes y los Rúrikovich, los otomanos y la Casa de Mendes
Valois y Saadi, Habsburgo y Rúrikovich
Acto duodécimo. 545 millones
Dahomeyanos, Estuardo y Villiers, tamerlanes y otomanos
Zumba y Orange, Cromwell y Villiers
Manchúes y Shivaji, Borbones, Estuardo y Villiers
Afsharis y manchúes, Hohenzollern y Habsburgo
Durrani y Said, Hemings y Toussaint
Románov y Durrani, Pitt, comanches y Kamehameha
Acto decimotercero
Arkwright y Krupp, Habsburgo, Borbones y Sanson
Acto decimocuarto. 790 millones
Bonaparte y Albanos, Wellesley y Rothschild
Zulús y saudíes, los Christophe, Kamehameha y Astor
Acto decimoquinto. 1.000 millones

Braganza y zulús, albanos, el reino de Dahomey y los Vanderbilt
Acto decimosexto. 1.100 millones
Bonaparte y manchúes, Habsburgo y comanches
Acto decimoséptimo. 1.200 millones
Hohenzollern y Krupp, albanos y lakotas
Acto decimoctavo. 1.300 millones
Casas salomónica y Asante, Habsburgo y Sajonia-Coburgo
Casas de Hohenzollern y Roosevelt, salomónica y manchú
Acto decimonoveno. 1.600 millones
Los Hohenzollern, los Krupp, los otomanos, los «tennōs» y los Song
Los Hohenzollern, los Habsburgo y los hachemíes
Los Pahlaví y los Song, los Roosevelt, los «mafiosi» y los Kennedy
Acto vigésimo. 2.000 millones
Los Roosevelt, los Sun y los Krupp, los Pahlaví y los saudíes
Acto vigésimo primero. 2.300 millones
Los Nehru, los Mao y los Sun, los mafiosos, los hachemíes y los albaneses
Los Norodom y los Kennedy, los Castro, los Kenyatta y los Obama
Los hachemíes y los Kennedy, los Mao, los nehruvianos y los Assad
Casas salomónica, de los Bush, los Borbones, los Pahlaví y los Castro
Acto vigésimo segundo. 4.400 millones
Los Yeltsin y los Xi, los nehruvianos y los Assad, los Bin Laden, los Kim y los Obama
Acto vigésimo tercero. 8.000 millones
Los Trump y los Xi, los saudíes, los Assad y los Kim
Conclusión
Lema
Bibliografía selecta
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Hace unos 950.000 años, una familia de cinco personas caminó por una playa y dejó las huellas familiares más antiguas jamás descubiertas. Para Simon Sebag Montefiore estos fósiles sirven como inspiración para una nueva historia mundial, una que es genuinamente global a la vez que íntima, que abarca siglos, continentes y culturas y se centra en los lazos familiares que nos conectan a cada uno de nosotros. Traza una crónica de las grandes dinastías que han dado forma a nuestro mundo a lo largo de la historia de la humanidad a través de intrigas palaciegas, asuntos amorosos y vidas familiares, vinculando los grandes temas —la guerra, la migración, la peste, la religión o la tecnología— con las personas que están en el corazón de la historia.

Un rico elenco de complejos personajes forman el corazón palpitante de la historia. Veremos desfilar los Médici y a los Incas, los otomanos y los mogoles, los Bonapartes, los Habsburgo y los Zulúes, los Rothschild, los Rockefeller y los Krupp, los Churchill, los Kennedy, los Castro, los Nehrus, los Pahlavis y los Kenyattas, los Saudíes, los Kim y los Assad. Algunos son líderes conocidos —desde Alejandro Magno, Atila, Iván el Terrible y Gengis Kan hasta Hitler, Thatcher, Obama o Putin—, otros fueron genios creativos, desde Sócrates, Miguel Ángel y Shakespeare hasta Newton, Mozart, Balzac, Freud, Bowie y Tim Berners-Lee. Pero a esta nómina se suman personajes menos conocidos, como Hongwu, que empezó como mendigo y fundó la dinastía Ming; Kamehameha, conquistador de Hawai; Zenobia, emperatriz árabe que desafió a Roma; o Sayyida al-Hurra, reina pirata marroquí. Aquí no solo hay conquistadores y reinas, sino también profetas, charlatanes, actores, gángsters, artistas, científicos, médicos, magnates, amantes, esposas, maridos e hijos.

Las poderosas dinastías que desfilan por este libro representan la escala de la ambición humana, fusionando sangrientas guerras de sucesión, complots traicioneros y a veces asombrosa megalomanía con una floreciente cultura o romances apasionados. Tan fascinante como la ficción, El Mundo captura toda la historia de la humanidad con toda su alegría, dolor, romance, ingenio y crueldad en una innovadora y magistral narración que cambiará para siempre los límites de lo que la historia puede lograr.

El mundo

Una historia de familias

Simon Sebag Montefiore

Traducción de Efrén del Valle y Gonzalo García

CRÍTICA

A MI QUERIDO HIJO,
SASHA

En recuerdo de mis padres,
Stephen y April

Si un reino es una gran familia, una familia es también un pequeño reino, fracturado por divisiones internas y expuesto a revoluciones.

SAMUEL JOHNSON

El mundo es una montaña, y nuestros actos, voces; las voces tienen ecos y así regresarán a nosotros.

RUMI

Mientras los leones no tengan sus propios historiadores, la historia de la caza siempre glorificará al cazador.

CHINUA ACHEBE

La verdad nunca ha caído muerta por la calle; posee tal afinidad con el alma del hombre que la semilla, aun sin

las mejores condiciones, siempre acaba por arraigar y multiplicarse.

THEODORE PARKER

¡Cuántas guerras, en el mundo!
¡Cuán diversos, los rostros del crimen! ...
Por todo el orbe exhibe su sevicia el impío Marte ...
la cuadriga no obedece a los frenos.

VIRGILIO

Todo se reduce a una cuestión: quién controla a quién.

LENIN

Quien crea que, por estudiar historias aisladas, puede adquirir una visión razonablemente justa de la historia en su conjunto es como la persona que, por contemplar los miembros cortados de un animal que había sido bello y hermoso, se imagina con ello que ha visto al animal en vida, con toda su acción y su gracia ... Por el contrario,

solamente al estudiar la relación de todos los particulares, en qué se asemejan y en qué se diferencian, podremos al menos componer un panorama general y obtener de este modo los placeres y la utilidad de la historia.

POLIBIO

A mitad del camino de la vida,
me hallé perdido en una selva oscura
porque me extravié del buen camino.

DANTE ALIGHIERI
[TRADUCCIÓN DE JOSÉ MARÍA MICÓ]

Prefacio y agradecimientos

Esta es una historia mundial que escribí durante los tiempos amenazadores del confinamiento por la covid y la invasión rusa de Ucrania. Hay un millón de formas de hacerlo; cientos de historiadores, desde los tiempos antiguos, lo han hecho a su manera; en la mayoría de las universidades hay profesores de historia universal y cada año se publican decenas de obras; muchas son brillantes y por mi parte he intentado leerlas todas. Aunque no hay libros cuya escritura sea fácil, uno de historia mundial es aún más difícil. «En mi cabeza, las palabras y las ideas se agitan como la nata en una mantequera», escribió Ibn Jaldún respecto de su historia universal. Mucho de eso ha habido en la escritura de este libro.

Siempre he querido escribir una historia como esta, íntima y humana. En algunos sentidos es un enfoque nuevo, en otros, tradicional; en todo caso es el fruto de una vida de viajes y estudio. He tenido la gran fortuna de visitar muchos de los lugares de esta historia, de ser testigo de guerras y golpes de estado que tienen su importancia en ella, y aun de conversar con unos pocos personajes que han interpretado un papel en el escenario mundial.

Cuando yo contaba once años, mi padre, que fue un médico reflexivo, me dio una versión abreviada de una obra hoy irremisiblemente anticuada: el *Estudio de la historia*, de Arnold Toynbee. «Quizá un día», me dijo, «escribirás algo como esto.» Yo me pasé horas leyendo historias de épocas y lugares sobre los que no se decía nada en mi escuela, un colegio inglés donde predominaba el estudio de los Tudor y los nazis.

Este libro me ha supuesto la mayor satisfacción de mi vida como autor y también el desafío más difícil. Pero he sufrido mucho menos que muchos otros historiadores. Ibn Jaldún vio morir a su

madre y a su padre por la peste. Sir Walter Raleigh escribió su *Historia del mundo* mientras aguardaba a que lo ejecutaran, condición que sin duda favoreció la perspectiva más idónea; pero lo decapitaron antes de que pudiera concluir (un pensamiento insoportable). La historia posee una capacidad especial, un poder casi místico de dar forma al presente (y, si se abusa, de distorsionarlo): por eso la historiografía es una profesión tan esencial y noble, y a la vez tan peligrosa. A Sima Qian, el historiador universal chino nacido hacia 145 a. ºC., lo acusaron de difamar al emperador y le dieron a elegir entre la ejecución o convertirse en un eunuco de palacio. Optó por la castración, para poder contemplar su historia: «Antes de finalizar mi humilde manuscrito me sucedió esta calamidad ... Si [mi obra] puede llegar a manos de hombres que la aprecien, difundirse en los pueblos y las grandes ciudades, entonces por mucho que yo sufriera mil mutilaciones, ¿cómo iba a lamentarlo?». Es un sueño que comparten todos los autores, todos los historiadores. Mientras escribía, tenía muy presente a Sima Qian...

Entre los historiadores vivos, una multitud de expertos brillantes y distinguidos han leído, comentado o corregido partes o todo este libro: gracias a Dominic Lieven, profesor de historia internacional en la London School of Economics (LSE); Peter Frankopan, profesor de historia global en Oxford; Olivette Otele, profesora de legados y memoria de la esclavitud en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de Londres (SOAS); Thomas Levenson, profesor de escritura científica en el Massachusetts Institute of Technology (MIT); sir Simon Schama, profesor de historia e historia del arte en la Universidad de Columbia; David Abulafia, profesor emérito de historia mediterránea en la Universidad de Cambridge; Abigail Green, profesora de historia moderna de Europa en Oxford.

El doctor Henry Kissinger, secretario de Estado de Estados Unidos entre 1973 y 1977, leyó su período; tuve el honor de hablar sobre la creación de internet con sir Tim Berners-Lee y Rosemary Berners-Lee. Gracias también a Ben Okri.

Quiero dar las gracias a las siguientes personas por corregir temas específicos:

África: Luke Pepera.

América. Estados Unidos: Annette Gordon-Reed, profesora de la cátedra Charles Warren de historia legal estadounidense en la Escuela de Derecho de Harvard; Andrew Preston, profesor de historia estadounidense en la Universidad de Cambridge. Mesoamérica/Suramérica: Matthew Restall, profesor de la cátedra Edwin Erle Sparks de historia colonial de América Latina en el Colegio de Artes Liberales de la universidad estatal de Pensilvania. Brasil: Lilia Schwarcz, profesora de antropología en la Universidad de São Paulo.

China. Antigua: Michael Nylan, profesor de estudios de Asia oriental en la Universidad de Berkeley. A partir de Qin: Mark C. Elliott, profesor de la cátedra Mark Schwartz de historia de China y Asia interior en la Universidad de Harvard.

Genética y ADN: Dr. Adam Rutherford.

Los griegos: Roderick Beaton, profesor emérito de la cátedra Koraes de historia griega y bizantina del King's College de Londres.

India y sur de Asia: Tirthankar Roy, profesor de historia económica de la LSE; Dr. Tripurdaman Singh, Instituto de Estudios de la Commonwealth de la Escuela de Estudios Avanzados de la Universidad de Londres; William Dalrymple; dra. Sushma Jansari, conservador de las colecciones surasiáticas del Museo Británico; dra. Imma Ramos, conservadora de las colecciones surasiáticas del Museo Británico; dra. Katherine Schofield, profesora numeraria de historia y música del sur de Asia en el King's College de Londres.

Irán: Lloyd Llewellyn-Jones, profesor de historia antigua en la Universidad de Cardiff.

Japón: Dr. Christopher Harding, profesor numerario de historia de Asia en la Universidad de Edimburgo.

Ucrania: Serhii Plokhy, profesor de la cátedra Mykhailo Hrushevsky de historia de Ucrania en la Universidad de Harvard.

También quiero agradecer a las siguientes personas sus correcciones a los siguientes temas (ordenados cronológicamente):

Prehistoria: profesor Chris Stringer, jefe de investigación en

evolución humana del Museo de Historia Natural de Londres. Sumeria/Mesopotamia: Augusta McMahon, profesora de arqueología mesopotámica en Cambridge; Dr. John MacGinnis, departamento del Medio Oriente del Museo Británico.

Antiguo Egipto: Salima Ikram, profesora de egiptología en la Universidad Estadounidense de El Cairo.

Antigua Roma: Greg Woolf, profesor de la cátedra Ronald J. Mellor de historia antigua en la Universidad de California.

Rutas de la Seda: Peter Frankopan.

Bizancio: Jonathan Harris, profesor de historia de Bizancio en el Royal Holloway de la Universidad de Londres; Peter Frankopan.

Vikingos: Neil Price, profesor de arqueología en la Universidad de Upsala.

Rus de Kiev/Moscovia: Dr. Serguéi Bogatyrev, profesor asociado del University College de Londres (autor de un próximo libro sobre la memoria familiar en el Rus de Kiev).

Europa medieval/normandos: Robert Bartlett, profesor emérito de la Universidad de Saint Andrews.

Mongoles: Timothy May, profesor de historia de Eurasia central en la Universidad del Norte de Georgia.

Incas y aztecas: Matthew Restall, profesor de la cátedra Edwin Erle Sparks de historia colonial de América Latina en el Colegio de Artes Liberales de la universidad estatal de Pensilvania.

Etiopía: dra. Mai Musié, investigadora posdoctoral sobre raza y etnicidad en el mundo antiguo grecorromano, Universidad de Oxford; dra. Verena Krebs, universidad del Ruhr en Bochum; Dr. Adam Simmons, Universidad de Nottingham Trent; Dr. Bar Kribus, Universidad Hebrea de Jerusalén.

Jemeres/Camboya: Ashley Thompson, profesora de arte del Sudeste Asiático en la SOAS.

Portugal/imperio portugués: Malyn Newitt, profesor de la cátedra de historia Charles Boxer del King's College de Londres; Zoltán Biedermann, profesor de historia moderna en la Escuela de Lenguas, Cultura y Sociedad Europeas (SELCS) del University College de Londres.

España/imperio español: Dr. Fernando Cervantes, Universidad

de Bristol.

Inglaterra en el siglo XVII: Ronald Hutton, profesor de historia en la Universidad de Bristol.

Brasil: Lilia Schwarcz.

Hawái: Nicholas Thomas, profesor de antropología social en Cambridge.

Francia: Robert Gildea, profesor de historia moderna en el Worcester College de Oxford.

Saint-Domingue/Haití: Dr. Sudhir Hazareesingh, Balliol College de Oxford; John D. Garrigus, profesor de historia en la Universidad de Texas en Arlington.

Países Bajos/imperio neerlandés: David Onnekink, profesor asistente de historia en la Universidad de Utrecht.

Alemania: Katja Hoyer.

Guerra fría: Serguéi Radchenko, profesor distinguido en la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la universidad Johns Hopkins.

El doctor N. Zaki tradujo los textos en árabe. Keith Goldsmith leyó las secciones sobre Estados Unidos. Jago Cooper, Kate Jarvis y Olly Boles me ayudaron en las primeras secciones. Jonathan Foreman pasó muchas horas conversando conmigo sobre historia mundial.

Un gran maestro o un mentor inspirador pueden marcar una vida. Quiero dar las gracias a la majestuosa, ya difunta, profesora Isabel de Madariaga, que me enseñó a escribir historia en mi primer libro, *Catherine the Great & Potemkin*; a Jeremy Lemmon, al difunto Stuart Parsonson, Howard Shaw y Hugh Thompson.

Gracias al equipo que me ha apoyado: al Dr. Marcus Harbord por cuidar de mi salud; a Rino Eramo del Café Rino y Ted «Longshot» Longden de The Yard, por la transfusión de sangre que han sido sus cortados; a Carl van Heerden y Dominique Felix por sus sesiones espartanas de entrenamiento físico; a Akshaya Wadhwani por la tecnología punta. Gracias a mis queridos amigos Samantha Heyworth, Robert Hardman; Aliai Forte; Tamara Magaram; Marie-Claude Bourrely y Eloise Goldstein por su ayuda en Costa de Marfil.

Gracias también a mis editores de Hachette, David Shelley, Maddy Price, Elizabeth Allen; a Jo Whitford, por su heroísmo; y al brillante Peter James, rey de los editores; a mi antigua editora Bea Hemming; en Estados Unidos al difunto Sonny Mehta, a Reagan Arthur y Edward Kastenmeier, de Knopf; y a mis extraordinarios agentes: Georgina Capel, Rachel Conway, Irene Baldoni y Simon Shaps.

Dedico este libro a mis padres, Stephen y April, ya fallecidos. Quiero dar las gracias a mi esposa, Santa, a mi hija Lilochka y a mi hijo Sasha, por facilitar con sus risas, su amor y su tolerancia mis tres años de concentración hermética: «Uno para todos y todos para uno».

LONDRES

Nota

La presente es una obra de síntesis, producto de toda una vida de lecturas; siempre que ha sido viable, lectura de fuentes primarias. Cada tema cuenta con una historiografía tan vasta que, para ahorrar espacio, en la Bibliografía enumero solo las principales obras que he usado para cada sección.

Los nombres tienen su importancia. Como sugirió Confucio: «Debemos hacer que las cosas reales concuerden con las connotaciones que se derivan de sus nombres». El estilo académico tradicional heleniza las dinastías orientales: por ejemplo, para Gengis Kan (Chinguis Jan) se habla de los *chinguícidas*. Por mi parte, salvo que estemos ante dinastías griegas (como la seléucida), intentaré usar sus nombres propios: a los aqueménidas persas los llamaré *haxamanishiya*; a los abásidas, abasíes (*abbasiya*). Intento evitar los neologismos: en vez de referirme a los bizantinos, hablaré mayoritariamente de los *romaioi*; no de los hititas, sino de los *hattis*. Intentaré usar los nombres propios ya conocidos por tradición, y aludiré a Ciro, no a Kurosh, a Pompeyo, no a Pompeius. En cuanto a la época otomana, suelo utilizar los nombres turcos, antes que los arábigos: Mehmed Ali, en vez de Muhammad Ali (aunque esto no complacerá a los egipcios). Para los gobernantes chinos utilizo sus nombres (Liu Che) o sus títulos póstumos (emperador Wu o Wudi); para las dinastías Ming y Qing, los nombres de reinado: el emperador Kangxi (en adelante, Kangxi).[1]

Para el contexto geográfico cito los estados modernos, pero nótese que esto puede generar confusiones: el Reino de Dahomey estaba en la actual República de Benín y el Reino de Benín, en la actual Nigeria.

Los cronónimos de la historia universal tienen dimensiones

mundiales: Edad de Piedra, Alta Edad Media, Era Axial, Gran Apertura, Renacimiento y una multitud de revoluciones. Muchos de estos conceptos se consideran hoy reduccionistas, pasados de moda o trillados, pero entre las tareas de un historiador figura clasificar, y si algunos conceptos son tópicos es porque en gran medida son ciertos.

Habrá incoherencias que les agradeceré que disculpen.

Introducción

Cuando bajó la marea, se vieron unas huellas: las huellas de una familia que caminaba por la playa de lo que hoy es un pueblo del este de Inglaterra, Happisburgh. Son cinco conjuntos de huellas que probablemente pertenecen a un varón y cuatro niños y se han fechado entre 950.000 y 850.000 años. Estas huellas, descubiertas en 2013, son las más antiguas nunca vistas de una familia. No son las huellas más añejas que conocemos: las hay anteriores en África, donde la historia humana se originó, pero sí son el vestigio más antiguo de una *familia*. Y son el motivo de inspiración de esta historia del mundo.

Ha habido muchas historias universales, pero esta adopta una perspectiva novedosa: utiliza historias de familias, a lo largo del tiempo, para ofrecer un enfoque fresco y distinto. Personalmente me atrae porque es una manera de conectar los grandes acontecimientos con el drama de la vida humana individual, desde los primeros homininos a nuestros días, desde el pedernal a los iPhone y los drones. La historia universal es un elixir en tiempos agitados: la ventaja es que amplía la perspectiva; el inconveniente, que implica una distancia excesiva. La historia del mundo suele tratar de temas, no de personas, a diferencia de la biografía, que habla de personas, no de temas.

La familia sigue siendo la unidad esencial de la existencia humana, incluso en la era de la inteligencia artificial y la guerra galáctica. He creado un tejido histórico que combina los relatos vitales de múltiples familias de todos los continentes y todas las épocas, para intentar atrapar la carrera hacia delante del relato humano. Es una biografía de muchas personas, no la de una sola. Y aunque el ámbito de estas familias es global, sus dramas son íntimos y personales: los nacimientos, las muertes, los

matrimonios, el amor, el odio; se levantan; caen; se levantan de nuevo; emigran; regresan. En cada drama familiar hay muchos actos. A esto se refería Samuel Johnson cuando afirmó que todo reino es una familia y toda familia, un pequeño reino.

A diferencia de muchos de los relatos históricos con los que yo crecí, en este caso se trata de una historia genuinamente universal. No está desequilibrada por una atención excesiva a Gran Bretaña y Europa, sino que concede a Asia, África y las Américas la atención que merecen. Centrarse en la familia también permite atender más a las vidas de las mujeres y los niños, dos grupos muy descuidados en los libros que yo leí como escolar. Sus papeles —como la propia forma de la familia— han ido cambiando a lo largo del tiempo. Mi objetivo es mostrar de qué modo se han ido fusionando las fontanelas de la historia.

La palabra *familia* transmite connotaciones de afecto y bienestar, pero por descontado en la vida real las familias también pueden ser redes de conflictos y crueldades. Muchas de las que sigo son familias poderosas, en las que la intimidad y el calor del afecto y la crianza se ven afectados y distorsionados de inmediato por la implacable y peculiar dinámica de la política. En las familias poderosas el peligro procede del círculo interior: «Las calamidades», según le advirtió Han Fei Tzu a su monarca en la China del siglo II a. C., «vendrán de los que amas».

«Eran muy pocas las personas que hacían historia», ha escrito Yuval Noah Harari, «cuando todos los demás estaban atareados labrando campos y portando cubos de agua.» Muchas de las familias que elijo, en efecto, ejercen el poder; pero otras incluyen a personas esclavizadas, médicos, pintores, novelistas, verdugos, generales, historiadores, sacerdotes, charlatanes, científicos, magnates y criminales, también amantes, e incluso unos pocos dioses.

Algunas serán conocidas, pero muchas, no: aquí seguimos dinastías de Malí, los Ming y los Médici, Mutapa, Dahomey, Omán, Afganistán, Camboya, Brasil e Irán, Haití, Hawái y los Habsburgo; hacemos la crónica de Gengis Kan, Sundiata Keita, la emperatriz Wu, Ewuare el Grande, Iván el Terrible, Kim Jong-un, Itzcóatl,

Andrew Jackson, el rey Enrique de Haití, Ganga Zumba, el káiser Guillermo, Indira Gandhi, Sobhuza, Pachacuti Inca y Hitler, además de los Kenyatta, Castro, Assad y Trump, Cleopatra, De Gaulle, Jomeiní, Gorbachov, María Antonieta, Jefferson, Nader, Mao, Obama; Mozart, Balzac y Miguel Ángel; los césares, los mongoles, los saudíes, los Roosevelt, los Rothschild, los Rockefeller, los otomanos.

Lo escabroso coexiste con lo amable. Hay muchas madres y padres amorosos, pero también Tolomeo VIII «el Barrigón», que descuartiza a su hijo y lo envía en pedazos a la madre; Nader Sha y la emperatriz Iris ciegan a sus hijos; Isabel de Castilla tortura a su hija; es probable que Carlomagno se acostara con la suya; Kösem, una poderosa madre otomana, ordena estrangular a su hijo y a su vez fallece estrangulada por orden de su nieto. La poderosa Catalina de Médici, de la Casa de Valois, organiza una masacre en la boda de su hija, quien había sido seducida o quizá incluso violada por sus hermanos, lo que al parecer la madre había perdonado; Nerón duerme con su madre y luego la asesina. Shaka mata a su madre y utiliza su muerte como pretexto para emprender una masacre. Saddam Hussein lanza a sus hijos contra sus yernos. El asesinato de hermanos es endémico, incluso hoy. Recientemente Kim Jong-un ha asesinado a su hermano de una forma muy moderna: se amparó en una escena de riesgo de un programa de telerrealidad para envenenarlo con un agente nervioso.

También seguimos las tragedias de las chiquillas adolescentes a las que unos padres gélidos envían a casarse con extraños en alguna tierra remota donde no pocas veces mueren dando a luz: en ocasiones sus matrimonios facilitaron los vínculos interestatales, pero más a menudo el sufrimiento dio poco fruto porque los intereses de estado se consideraban mucho más importantes que las conexiones familiares. También seguimos los triunfos de mujeres esclavizadas que ascenderán hasta la dirección de un imperio. O el de Sally Hemings, medio hermana esclavizada de la difunta esposa de Thomas Jefferson, que dará a luz en secreto a los hijos del presidente; Razia, del sultanato de Delhi, que alcanza la posición de soberana pero la pierde, destruida por su relación con

un general africano; o Wallada, la hija de un califa de al-Ándalus, que se dedicó a la poesía y el libertinaje. Al seguir la pista de estas familias a través de pandemias, guerras, inundaciones y épocas de esplendor, dibujamos el mapa de las vidas de muchas mujeres, desde las aldeas a los tronos, desde las fábricas al cargo de primera ministra, desde una mortalidad catastrófica en los partos y la impotencia legal, al derecho de voto, de abortar y de usar anticonceptivos; establecemos la trayectoria de los niños, desde la devastadora mortalidad infantil al trabajo industrializado y el culto moderno a la infancia.

Esta historia se centra en personas, familias y camarillas. Hay muchas otras formas de enfocar una obra de esta envergadura. Pero yo soy un historiador del poder; la geopolítica es el motor de la historia mundial y yo he dedicado la mayor parte de mi carrera a escribir sobre los líderes rusos. Por otro lado, es una clase de historia cuya lectura siempre me ha hecho disfrutar: incluye pasiones y furias, los reinos de la imaginación y de los sentidos y el coraje de la vida ordinaria, de un modo que no encuentro en los escritos de pura ciencia política o los tratados de economía. La centralidad de esta conexión humana es una forma de narrar el relato global que pone de manifiesto el impacto de los cambios políticos, económicos y técnicos a la vez que revela cómo han evolucionado también las familias. Este libro es otro episodio en la larga batalla entre la estructura y la agencia, entre las fuerzas impersonales y los caracteres humanos. Pero no son necesariamente excluyentes pues, según escribió Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a capricho; no la hacen en las circunstancias que ellos mismos eligen, sino en unas circunstancias que ya existen, dadas y transmitidas por el pasado». Es frecuente que la historia se presente como una sucesión discontinua de acontecimientos, revoluciones y paradigmas, que experimentan personas claramente categorizadas e identificadas con precisión. Sin embargo las vidas de las familias de carne y hueso revelan algo distinto: personas idiosincrásicas y singulares que viven, ríen y aman durante décadas y siglos en un mundo de múltiples estratos, híbrido, liminar, caleidoscópico, que

no encaja en las categorías e identidades de los tiempos posteriores.

Las familias y los personajes a los que aquí sigo tienden a ser excepcionales, pero también muy reveladores de sus épocas y lugares. Es una forma de contemplar cómo han cambiado los reinos y los estados, cómo se ha ido desarrollando la interconexión de las personas y cómo distintas sociedades han absorbido a los extraños o se han fundido con otras. En este drama polifacético confío en que la narración simultánea, fundida en un todo pero a la vez individual, atrape al menos en parte la confusa impredecibilidad y contingencia de la vida real en tiempo real, el sentimiento de que están sucediendo muchas cosas en distintos lugares y en órbitas distintas, el desorden y la confusión de una carga de caballería: mareante, espasmódica, implacable, a menudo tan absurda como cruel, siempre repleta de sorpresas vertiginosas, incidentes extraños y personalidades increíbles que nadie podía prever. Por eso los líderes de más éxito son visionarios, estrategas trascendentes pero a la vez improvisadores, oportunistas, creadores de pifias y de golpes de fortuna. «Incluso la persona más astuta, en la oscuridad, camina como un niño», reconoció Bismarck. La historia se crea por la interacción de las ideas, las instituciones y la geopolítica. Cuando se unen en una conjunción feliz, se producen cambios magníficos. Pero incluso en estos casos, quienes tiran los dados son las personas...

Seguimos a las familias tanto en su círculo más íntimo como en el más amplio de las familias poderosas, que a menudo se extienden a los clanes y las tribus. La familia inmediata es una realidad biológica para todos nosotros; y para muchos también es un espacio de cuidados parentales, por muchos defectos que pueda padecer; las dinastías más amplias son construcciones que utilizan la confianza y el linaje como un pegamento con el que preservar el poder, proteger la riqueza y compartir peligros. Pero todos nosotros, instintivamente, comprendemos las dos cosas: en muchos sentidos todos formamos parte de alguna dinastía y esta historia familiar es también, por lo tanto, una crónica de todos nosotros. La diferencia es que las medidas adoptadas por las familias

gobernantes, y las cosas que para ellas están en juego, son más letales.

En Europa y Estados Unidos tendemos a pensar en la familia como en una unidad reducida que carece de importancia en la era del individualismo, la política de masas, la industrialización y la alta tecnología; solemos creer que ya no necesitamos a las familias tanto como antaño. Hay cierta verdad en esto, y en los últimos siglos la familia ha adoptado un aspecto distinto. Cuando ya no hay familias dominantes sigo recurriendo a los personajes y a sus conexiones para tejer una narración compleja; pero resulta que, en nuestro mundo individualista y supuestamente racional, las dinastías han evolucionado pero no han desaparecido. Ni mucho menos.

Durante la revolución estadounidense, Tom Paine hizo hincapié en que «el cargo de monarca hereditario es tan absurdo como el de médico hereditario»; pero en aquel momento la profesión de la medicina, como tantas otras, era a menudo hereditaria. Tampoco se puede escribir sobre las dinastías sin hablar de religión: los soberanos y las dinastías gobernaban en calidad de monarquías sagradas, como agentes o incluso personificaciones de la voluntad divina; esta convicción se ensamblaba con la familia para hacer que la sucesión hereditaria pareciera natural, un reflejo de la organización natural de la sociedad a través del linaje. Después de 1789 la teología de las dinastías sagradas evolucionó para encajar con nuevos paradigmas nacionales y populares y, desde 1848, con la política de masas. La religión tradicional —con sus sagrarios e incensarios— tiene hoy menos importancia pública, pero nuestras sociedades teóricamente laicas son tan religiosas como las de nuestros predecesores y nuestras ortodoxias son tan rígidas y absurdas como las viejas religiones. Por eso un tema recurrente será la necesidad humana de religiosidad y soteriología, que proporcione a cada persona, familia o nación una misión justa que otorgue forma y sentido a la existencia. «Quien tiene un *porqué* para vivir», dice Nietzsche, «puede tolerar cualquier *cómo*.»

En las democracias liberales de nuestros días nos

enorgullecemos de una política pura y racional, alejada de clanes, parentescos y conexiones. Ciertamente la familia ha perdido mucha importancia. Pero en su mayor parte la política sigue tratando de la personalidad y el patrocinio tanto como de las medidas adoptadas. Los estados modernos, incluidos los de Norteamérica y Europa occidental, son más complejos y menos racionales de lo que nos gusta fingir: a menudo se evitan las instituciones formales recurriendo a redes informales y cortes personales que incluyen a familias: en las democracias y semidemocracias basta con pensar en los Kennedy y los Bush, los Kenyatta y los Jama, los Nehru, los Bhutto y los Sharif, los Lee y los Marcos. Son *demodinastías* que representan la seguridad y la continuidad pero necesitan ser reelegidas (y pueden perder el poder en unas elecciones). Diversos estudios modernos sobre Estados Unidos, la India o Japón han puesto de relieve que las dinastías nacionales se replican localmente con linajes parlamentarios y regionales. Pensemos también en la creciente cantidad de gobernantes hereditarios de Asia y África que, más allá de sus disfraces de instituciones republicanas, son en la práctica monarcas.

«El parentesco y la familia son fuerzas con las que hay que seguir contando», escribe Jeroen Duindam, decano de los historiadores dinásticos. «Las formas de liderazgo personalizado y duradero, tanto en la política como en los negocios, tienden a adquirir rasgos semidinásticos incluso en el mundo contemporáneo.»

Un libro de esta escala aborda muchos temas; uno de ellos es cómo las migraciones han dado forma a las naciones. Seguimos a familias estables y seguimos a familias en movimiento o formadas por movimientos: los grandes movimientos masivos de familias —migraciones, conquistas— que han creado todas las razas y todas las naciones.

Mientras que la familia ha adoptado formas distintas en distintos momentos y el poder siempre fluye, existe un fenómeno opuesto con el que aquella está asociada y al que este libro presta mucha atención: la esclavitud. En el ámbito doméstico, la esclavitud ha sido un rasgo omnipresente en las familias, ya desde

el principio; pero se trataba de la familia no de las personas esclavizadas, sino del amo de los esclavos. La esclavitud hacía añicos la familia propia; era una institución antifamiliar. Cuando llegaron a existir familias esclavizadas —en los hogares romanos, en los harenes islámicos, las familias similares a las de Sally Hemings y Jefferson en el Estados Unidos esclavista—, implicaban coerción: la ausencia de libertad, a menudo la pura y simple violación. Otro de los temas de esta historia, pues: para muchas personas, la familia puede ser un privilegio.

Este libro se ha escrito en una época de cambios en la historiografía, cambios emocionantes y necesarios desde hace mucho, que hallan aquí su reflejo: se hace hincapié en los pueblos de Asia y África; se recoge la interconexión de los sistemas de gobierno, las lenguas, las culturas; se presta una atención clara al papel de las mujeres y la diversidad racial. Pero la historia se ha convertido en la piedra de un mechero: su poder moral, siempre activado, prende al instante las teas tanto del conocimiento como de la ignorancia. Basta con asomarse a los infiernos de Twitter y Facebook, hervideros de prejuicios y conspiraciones, para ver que la historia multiplica su poder de fisión gracias a la distorsión digital. Con su parte de ciencia, de literatura, de misticismo y de ética, la historia siempre ha sido importante, porque el pasado —ya sea de esplendor rutilante o sufrimiento heroico, comoquiera que se imagine— posee una legitimidad y una autenticidad, si no incluso santidad, que es inseparable de nosotros y con frecuencia se expresa en relatos de familias y naciones. Puede emocionar a multitudes, crear naciones, justificar masacres y heroísmos, la tiranía y la libertad, con el poder silencioso de un millar de ejércitos. Por eso, en su mejor expresión, su búsqueda de la verdad resulta esencial. Cada ideología, cada religión, cada imperio ha intentado controlar el pasado santificado para dar legitimidad a lo que fuera que estuviera haciendo en el presente. En nuestros días también abundan los intentos, tanto en Oriente como en Occidente, de integrar por la fuerza la historia en una ideología.

La vieja historia infantilizada de «los buenos» y «los malos» vuelve a estar de moda, aunque ahora «los buenos» y «los malos»

no sean los mismos. Sin embargo, como bien ha señalado James Baldwin: «Un pasado inventado no se puede utilizar nunca; las presiones de la vida hacen que se fisure y derrumbe como la arcilla en temporada de sequía». La pista más clara es el uso de una jerga enmarañada. La jerga ideológica, como escribió Foucault, es un signo de ideología coercitiva: «Tiende a ejercer una especie de presión, como una fuerza capaz de restringir los otros discursos», porque oculta la ausencia de una base factual, intimida a los disidentes y permite que los colaboradores exhiban su convencionalismo virtuoso. «¿Qué está en juego», se preguntaba Foucault, con su agudeza habitual, «en la voluntad de verdad, en la voluntad de enunciar un discurso "verdadero", si no son el deseo y el poder?» Baldwin advertía: «Nadie es más peligroso que el que se imagina puro de corazón, porque por definición es una pureza irrefutable». Las ideologías de la historia no suelen sobrevivir al contacto con la confusa heterogeneidad, los matices y la complejidad de la vida real: «El individuo que ha sido constituido por el poder», decía Foucault, «es al mismo tiempo el vehículo del poder».

Como no podría ser de otro modo, se presta mucha atención a la materia oscura de la historia —guerras, crímenes, violencia, esclavitud y opresión—, porque son hechos de la vida y motores de cambios. Como escribió Hegel, la historia es «el banco donde se sacrifica la felicidad de los pueblos». La guerra siempre actúa como aceleradora: «La espada», escribió Abu Tammam ibn Aws, poeta iraquí del siglo IX, «cuenta más verdades que los libros, pues su filo separa la sabiduría de la vanidad; el conocimiento se halla en las chispas del choque de las lanzas.» Como decía Trotski, todo ejército «es una copia de la sociedad y adolece de todas sus enfermedades, por lo general con más fiebre aún». Los imperios —sistemas de gobierno centralizados, masas continentales, ámbitos geográficos de gran vastedad, diversidad de pueblos— serán omnipresentes, en multitud de maneras: los imperios de las estepas (los jinetes nómadas que durante muchos milenios amenazaron a las sociedades sedentarias) son muy distintos de los imperios europeos transoceánicos que dominaron el mundo entre 1500 y

1960. Algunos fueron la obra de un conquistador o una visión únicos, pero la mayoría se conquistaron y gobernaron *ad hoc*, de una forma poco sistemática o regular. La batalla actual por el poder mundial se libra entre «naciones imperio» —con China, Estados Unidos y Rusia a la cabeza— que combinan la cohesión nacional con la extensión de los imperios, en vastedades asombrosas, a menudo continentales. En Moscú, los imperialistas, fortalecidos por un nuevo ultranacionalismo, controlan la nación imperio más extensa del mundo. Los resultados son letales. La competencia geopolítica por el poder mundial —lo que el papa Julio II llamaba «el Juego del Mundo»— es implacable. El éxito solo puede ser temporal y los costes humanos siempre son insoportables.

Se ha prestado muy poca atención a muchos crímenes que hay que sacar a la luz sin más tapujos. En este libro aspiro a escribir una historia matizada que muestre a los seres humanos y sus sistemas de gobierno como las entidades complejas, imperfectas e inspiradoras que en realidad son. La mejor cura para los crímenes del pasado es arrojar sobre ellos la luz más brillante posible; pues una vez que a los criminales ya no se los puede castigar, esa iluminación es la redención más genuina, la única que cuenta. Este libro aspira pues a arrojar esa luz, a hacer la crónica de logros y de crímenes, fueran quienes fuesen los perpetradores. Intento contar las vidas de muchos inocentes a los que se ha matado, esclavizado o reprimido. Si no todo el mundo importa, entonces no importa nadie.

Hoy gozamos de métodos científicos novedosos y emocionantes —la datación por carbono, el ADN, la glotocronología— que nos permiten saber más sobre el pasado y conocer con más detalle los daños que los humanos están causando al planeta con la contaminación y el calentamiento global. Pero incluso con todos estos nuevos útiles, en lo esencial la historia sigue ocupándose de las personas. Antes de escribir estas páginas mi último viaje me llevó a Egipto: cuando vi los vivaces rostros de las tumbas de Fayum, pensé que esas personas del siglo I se parecían mucho a cualquiera de nosotros. Ellos y sus familias

comparten en efecto muchas características con nosotros y la actualidad, aunque las diferencias sean grandes. En nuestra vida cotidiana a menudo tenemos problemas para entender a personas a las que conocemos bien. La primera norma de la historia es recordar que sabemos muy poco sobre las personas del pasado, qué pensaban, cómo funcionaban sus familias.

No siempre es fácil evitar la teleología: escribir la historia como si el resultado estuviera predicho de antemano. Los historiadores son malos profetas, salvo para profetizar el futuro que ya sabemos que ha ocurrido. Es así porque con frecuencia un historiador no es tanto un cronista del pasado o un vidente del futuro como un simple espejo de su propio presente. La única forma de comprender el pasado es sacudirse el presente: nuestra tarea consiste en recurrir a todo lo que sabemos, hallar todos los hechos posibles para narrar la crónica de las vidas de las generaciones precedentes, lujosas y humildes por igual, y del mundo en toda su extensión.

Un historiador universal —escribió Al-Masudi, en la Bagdad del siglo IX— es como «un hombre que, habiendo encontrado perlas de todas clases y colores, crea con ellas un collar tan adornado que su poseedor lo guardará con especial cariño». Esta es la clase de historia del mundo que yo deseo escribir.

La marea destruyó rápidamente las huellas de aquella familia en la playa de Happisburgh, que pisaba la arena varios cientos de miles de años antes de que se iniciara lo que llamamos *historia*.

Acto primero

POBLACIÓN MUNDIAL:
70000 a. C.: 150 millones
10000 a. C.: 4 millones
5000 a. C.: 5 millones
2000 a. C.: 27 millones
1000 a. C.: 50 millones

Las Casas de Sargón y Amosis: zigurats y pirámides

Poeta, princesa, víctima, vengadora: Enheduanna

Hace unos cuatro mil años, Enheduanna se hallaba en la cúspide de su esplendor cuando un invasor que asaltó el imperio atacó su ciudad, apresó a Enheduanna y, sin lugar a dudas, la violó. Ella no solo sobrevivió, sino que recuperó el poder y se recuperó a sí misma escribiendo sobre aquella experiencia terrible. Enheduanna fue la primera mujer cuyas palabras podemos escuchar; el primer autor con nombre propio, hombre o mujer; la primera víctima de abusos sexuales que escribió sobre la violación; y una integrante de la primera dinastía de cuyos miembros tenemos noticias individuales. Gozaba de tantos privilegios como podían alcanzarse hacia 2200 a. C.: era una princesa del imperio acadio (cuyo centro se situaba en Irak), suma sacerdotisa de la diosa de la Luna e hija favorita de Sargón, el primer gran conquistador del que tenemos noticia. Pero como todos los imperios, el suyo se basaba en el poder y la violencia; y cuando el imperio se tambaleó fue ella, como mujer, quien soportó el hundimiento bajo la forma de la violencia sexual.

Probablemente contaba algo más de treinta años. Políticamente ya había adquirido experiencia por su prolongado servicio como gran sacerdotisa de la diosa lunar (Nanna o Sin) y era una potentada de la ciudad de Ur. Por edad aún podía engendrar hijos. Había crecido en la corte de su padre: Sargón, rey de los Cuatro Cuadrantes del Mundo, desde el Mediterráneo al golfo Pérsico. Su madre, Tashlultum, era la favorita entre las reinas de Sargón. Enheduanna creía apasionadamente en su diosa

patrona, pero también gozaba de los lujos de la realeza: en un disco se la representa con una bata estriada, una gorra y el pelo cuidadosamente trenzado, mientras ejecuta un ritual en su templo. Tenía a sus órdenes a un personal ingente —como demuestran los sellos de «Adda, administrador de las haciendas de Enheduanna» y «Sagadú el escriba»—, pero la moda y el peinado también eran importantes: otro de los sellos alude a «Ilum Palilis, peluquero de Enheduanna, hija de Sargón». En su complejo de templos Enheduanna se hacía trenzar el pelo por Ilum Palilis —el primer estilista que consta como tal en el registro histórico— mientras iba dictándole a Sagadú órdenes sobre sus fincas y los rebaños del templo, o bien sus propios poemas. Los himnos de la sacerdotisa ensalzan a la diosa —«cuando ella habla, el cielo se conmociona»— y por descontado a su padre, «mi rey». Pero cierto tiempo después de que Sargón muriera, cuando a los hijos y nietos no les resultaba fácil mantener el imperio unido, un invasor o un rebelde —conocido como (el rey) Lugal— asestó un golpe con el que logró apresar también a la princesa-sacerdotisa-poeta. Poseerla le concedía el prestigio de Sargón el Grande; si lograba tener un hijo con ella, quizá podría fundar una dinastía ennoblecida por la sangre de Sargón. Enheduanna sabía a qué se enfrentaba: «Diosa lunar, Sin, ¿es acaso este Lugal mi destino? ¡Pedid a los cielos que me liberen!», escribió. Al parecer este advenedizo la violó: «Ese hombre ha mancillado los ritos decretados por los sagrados cielos … Forzando la entrada como si fuera un igual, osó acercarse a mí con su lujuria». Lo recordaba tan visceralmente como sin duda lo haría cualquier mujer en esa situación: «con su mano babosa me tapó la miel de la boca». Además la alejó del templo que tanto amaba: «Cuando Lugal mandaba me expulsó del templo, me hizo salir volando por la ventana como a una golondrina».

Pero tuvo suerte: el imperio contraatacó. Su hermano o su sobrino aplastaron a Lugal y reconquistaron los dominios acadios, liberaron a Enheduanna y le devolvieron la condición de suma sacerdotisa. ¿Cómo se lamentó por el dolor y celebró haber sobrevivido? Como hacen los escritores: escribiendo. Y escribió orgullosa: «Soy Enheduanna, ¡permitidme que os hable! Mi

oración, mis lágrimas fluyen como un tósigo dulce. Me adentré en la oscuridad, que me envolvió con su remolino de polvo».

La fecha exacta y los detalles concretos de este episodio se desconocen, pero sabemos que Enheduanna existió y conocemos sus palabras. Al haber sobrevivido como mujer, y además haber dejado su rastro como autora y soberana, representa la experiencia de las mujeres a lo largo de la historia, como la gobernante, escritora y víctima cuya supervivencia ella misma celebra de una forma inolvidable, como una diosa «con ropaje de reina ... montada sobre una traílla de leones» que hace «trizas a sus enemigos». Tanto la imagen como la voz resultan asombrosamente modernas sin dejar de ser muy propias del siglo XXIII a. C.

Enheduanna vivió hace mucho, pero en ese momento ya hacía mucho que existían las familias. Probablemente empezaron en África. No sabemos cuál fue la evolución exacta del ser humano y probablemente nunca llegaremos a averiguarlo. Todo lo que sabemos es que, en origen, todos los humanos proceden de África; que la crianza de los hijos requería de equipos, lo que llamamos *familias*; y que la historia de la humanidad, desde sus inicios hasta el siglo XXI d. C., es un drama insuperablemente emocionante y complejo. Los historiadores llevan tiempo debatiendo sobre en qué momento se inició la historia.[1]Es fácil apuntar hacia las huellas de pisadas, los útiles tallados, las paredes en ruinas y los fragmentos de hueso; pero para los fines de este libro la historia empezó cuando la guerra, la comida y la escritura se coaligaron para permitir que un potentado —por lo general un hombre, como Sargón, pero en ocasiones una mujer, como Enheduanna— se hiciera con las riendas del poder y lo trasladara a unos hijos educados para tal fin.

Hace entre siete y diez millones de años, mientras en nuestro planeta —por su parte con una antigüedad de entre cuatro y cinco mil millones de años— imperaba una sucesión de eras glaciales con fases intermedias de recesión, unos homininos de un género que en la actualidad se desconoce se separaron de los chimpancés. Después, hará unos dos millones de años, en África oriental había evolucionado una criatura que caminaba erguida sobre dos pies.

Era el *Homo erectus*, que perduró durante la mayor parte de los siguientes dos millones de años —el período más prolongado de la existencia humana— y que vivía de la recolección y la caza. Poco después algunas de estas criaturas emigraron hacia Europa y Asia, donde los distintos climas generaron el desarrollo de distintas ramas que los científicos han bautizado con nombres latinos (por ejemplo *antecessor* o, por el lugar de descubrimiento de sus huesos, *neanderthalensis* y *heidelbergensis*). El ADN sugiere que en su mayoría eran de piel y ojos oscuros. Ya utilizaban hachas líticas. Hace unos quinientos mil años, en una extensión que iba de Suráfrica a China, estaban cazando animales grandes y quizá utilizaban el fuego para cocinar. Hay pruebas de que, desde el principio, había entre ellos tanto actos de cuidado como de violencia: algunos individuos discapacitados alcanzaban una longevidad notable, lo que sugiere la existencia de una atención social, mientras que algunos cráneos hallados en una cueva del norte de España muestran heridas en la cabeza que se infligieron hace unos cuatrocientos treinta mil años: los primeros asesinatos confirmados. Hace unos trescientos mil años empezaron a encender hogueras lejos de su ubicación habitual, lo que por primera vez suponía modificar el paisaje; y usaban lanzas de madera, y trampas, para la caza mayor.

Los cerebros de los homininos casi triplicaron su tamaño, lo que requería una alimentación cada vez más rica. El mayor tamaño de la cabeza complicó el parto: la estrechez de la pelvis de las mujeres —a medio camino de la forma necesaria para caminar erguida y la necesaria para dar a la luz— hizo que los alumbramientos resultaran peligrosos tanto para las madres como para los bebés, una vulnerabilidad que ha contribuido a dar forma a las familias a lo largo de la historia. Suponemos que esto comportaba que, para ayudar a criar a los bebés, quizá en ausencia de la madre, se necesitaría un grupo de gente relacionada; de ser así, estas pequeñas comunidades con parentesco sanguíneo se convirtieron en la unidad definitoria de la historia humana: la familia, la familia que aún necesitamos hoy, por mucho que seamos los amos del planeta, dominadores de todas las demás

especies y creadores de unas nuevas tecnologías nada desdeñables. A los antropólogos les encanta proyectar la idea de que las familias eran de una dimensión determinada, que los hombres se encargaban de tal tarea y las mujeres de tal otra; pero todo esto son tan solo conjeturas.

Lo más probable es que existiera un mosaico de muchas especies de homininos, de aspecto diferenciado, que coexistían a veces de forma aislada, a veces cruzándose entre sí, a veces luchando. Hace aproximadamente ciento veinte mil años, cuando la tierra experimentaba un período de calentamiento (hasta el punto de que había hipopótamos bañándose en el Támesis), surgieron en África los seres humanos modernos, el *Homo sapiens*, «hombre sabio». Sesenta mil años más tarde algunos de estos humanos habían emigrado a Asia (a Europa llegaron más tarde) y a lo largo de su camino hacia el este se encontraron con las otras especies de homininos. Las razones de sus viajes son un misterio; pero se antoja muy probable que respondieran a una combinación de la búsqueda de alimentos y de tierras con los cambios climáticos y ambientales, a brotes de enfermedades, a ritos religiosos y al amor a la aventura. Atravesaron también extensiones marítimas incluso de cien millas, a bordo de simples botes con los que llegaron a Indonesia, Australia y Filipinas hace entre sesenta y cinco mil y treinta y cinco mil años. Luego se aventuraron por el Pacífico, una isla tras otra.

La especie *Sapiens* coexistió con las otras familias de homininos: durante más de cien mil años, lucharon contra algunos neandertales, a los que en ocasiones mataron, y formaron familias con otros. En la actualidad la población europea, china y nativa americana cuenta con un 2 % de genes neandertales en su ADN; en el caso de algunos indígenas australianos, melanesios y filipinos se añade otro 6 % de un ADN heredado de una antigua y enigmática población asiática cuya identificación inicial se debe a los fósiles fragmentarios y las muestras de ADN descubiertos en la cueva siberiana de Denísova. Este modelo de migraciones, asentamientos y conquistas —el desplazamiento masivo de familias ya existentes y la generación de familias nuevas por efecto de la crianza, la

mezcla y la competencia (a veces, asesina)— es una danza perpetua del ser humano, una danza de creación y destrucción que se inició temprano, se ha repetido a lo largo de la historia y pervive en la actualidad. Los humanos que emergieron eran prácticamente uniformes en su apariencia: rostros gráciles, cráneos globulares, narices pequeñas, con una identidad biológica casi total. Sin embargo se han utilizado diferencias minúsculas para justificar siglos de conflicto, opresión y racismo.

Hace unos cuarenta mil años, el *Homo sapiens* había dejado atrás a los otros homininos, a los que había matado o absorbido, y había eliminado asimismo a muchos grandes animales. Bastante antes había desarrollado cuerdas vocales que le permitían hablar y unos cerebros que activaban el deseo y la capacidad de contar historias. De algún modo la preferencia por la comodidad, la necesidad de una seguridad mayor, el instinto de crianza de los niños y quizá también el placer de la compañía animaban a la gente a establecerse en grupos familiares. Vivían de la caza y la recolección, adoraban a los espíritus de la naturaleza, expresaban sus creencias mediante pinturas rupestres —las más antiguas conocidas se hallan en Indonesia y Australia y tienen más de cuarenta mil años de antigüedad—, tallaban figuras de mujeres exuberantes y hombres con cabeza de león, y realizaban algunos entierros rituales en tumbas guarnecidas con joyas y abalorios. Tejieron sus primeras telas de lino, lo que les permitió no depender en exclusiva de las pieles animales; los arcos y las flechas mejoraron la caza, para la cual además se entrenaron perros que luego se domesticaron. Estos cazadores-recolectores eran altos y atléticos, de dientes poderosos, no corrompidos por los cereales o el azúcar. Pero a lo largo de la historia el destino de una persona lo han decidido la geografía y la temporalidad: unos vivían entre una abundancia ubérrima, otros malvivían en las duras condiciones de la tundra gélida.

Hace unos dieciséis mil años el clima empezó a calentarse, y los hielos, a retroceder; en algunas regiones prosperaron las hierbas y las legumbres, a la par que los rebaños de rumiantes. Algunos grupos de cazadores-recolectores atravesaron el istmo

helado que unía Asia con Alaska y llegaron a América. En una instantánea de la peligrosa existencia de hace unos trece mil años, se han preservado las huellas de una mujer en Nuevo México, que, acompañada de un niño que a veces dejaba en el suelo y a veces portaba en brazos, era hostigada por una manada de felinos de dientes de sable. Según las huellas, la mujer deshizo el camino en solitario. Quizá los felinos habían devorado al niño.

Los seres humanos empezaron a construir estructuras, primero de madera, luego de piedra. En Rusia y Ucrania, cerca de los límites del hielo, levantaron empalizadas de madera embellecidas en ocasiones con huesos y colmillos de mamut; posiblemente, para celebrar el éxito de una cacería. Enterraban en tumbas trabajadas a una pequeña selección de personas, muchas con deformidades físicas, que tal vez consideraban sagradas. Los habitantes de la Amazonia usaban ocre para pintar un mundo de mastodontes, perezosos gigantes y caballos; los de Australia retrataban bandicuts y dugongos. En Japón se hacía cerámica; en China la cocían para que las piezas resistieran el fuego culinario. Se trataba de personas plenamente formadas, no de simios. Es probable que sus familias, como las nuestras, compartieran rituales sagrados y conocimientos útiles al mismo tiempo que sentían odio hacia algunos parientes próximos o rivales distantes. Resulta tentador imponer sobre este pasado la imagen ideal de que las mujeres de la época eran muy poderosas; en la práctica, lo cierto es que apenas sabemos nada sobre ellas.

El deshielo se aceleró hace unos once mil setecientos años, cuando empezó la era templada en la que aún vivimos; el ascenso de las aguas separó de Asia las Américas y Australia, y Gran Bretaña de Europa continental. Por entonces habitaban el planeta quizá unos cuatro millones de personas. Cuando la mayor parte del hielo se había deshecho, hacia 9000 a. C., unos pocos afortunados descubrieron que vivían en regiones en las que podían criar animales y cultivar plantas. Hacia 8000 la caza y la gestión forestal de los humanos empezó a provocar la extinción de los grandes mamíferos: mamuts, mastodontes, los caballos indígenas de América. Durante varios milenios mucha gente siguió viviendo

estacionalmente: en pos de los rebaños salvajes en una estación, recolectando frutas y hierbas en otra. Pero incluso antes de que la agricultura se hubiera organizado plenamente, en todo el mundo —de Japón a Finlandia y las Américas— se alzaban estructuras monumentales de fines tanto sociales como sagrados. Estos templos funcionaban como calendarios asociados a los cuerpos celestes, y es probable que la gente se reuniera allí para celebrar una buena cosecha y luego regresara a su vida de caza y recolección. En el sureste de Turquía, unos cazadores-recolectores que aún no se dedicaban a la agricultura pero ya compartían ritos religiosos levantaron las estructuras de la Göbekli Tepe, que recuerdan a unos templos, con columnas rematadas con esculturas de zorros, serpientes y escorpiones. Cerca, en Karahan Tepe, construyeron otro templo monumental decorado con esculturas de personas, incluida una sala menor con once estatuas fálicas (*phalloi*). Estos templos, que empezaron a erigirse hacia 9500 a. C. (unos cuatro mil quinientos años antes que Stonehenge) se utilizaron durante más de mil quinientos años.

La gente empezó a asentarse en aldeas y poblados —uno de los más antiguos se hallaba en Jericó, en Canaán (Palestina)— antes de que la agricultura se convirtiera en la fuente principal de su alimentación, es decir, mientras seguían cazando y recolectando. En contra de la imagen tradicional de una «revolución», no hubo ningún cambio repentino: muchos pueblos fueron alternando repetidamente entre la agricultura y la caza, la pesca y la recolección. Aunque para domesticar un cultivo se requieren tan solo entre treinta y doscientos años, se necesitaron tres mil (el tiempo que separa nuestro presente del período de los faraones) para que los primeros cultivos dieran paso a una agricultura sólida, y otros tres mil hasta que empezaran a formarse los primeros Estados; sin olvidar que, en la mayoría de las regiones del mundo, tales Estados ni siquiera llegaron a emerger.

Al principio este cambio supuso un empeoramiento de la dieta de la mayoría de la población: estos agricultores eran más bajos, débiles y anémicos, y sus dientes estaban peor. Las mujeres trabajaban al lado de los hombres y con las tareas de plantación,

recogida y molido desarrollaron unos brazos más fuertes. Es posible que la vida fuera mejor antes de la agricultura, pero esta se impuso porque era más eficiente para la especie. La competencia era feroz; los poblados agrícolas derrotaron a las bandas de cazadores que codiciaban sus reservas de alimento. Por razones que se desconocen, los templos de Göbekli y Karahan Tepe quedaron colmados y sepultados. En Jericó el millar de habitantes de la ciudad levantó las primeras murallas conocidas, con el fin de protegerse mejor. Enterraban a los muertos debajo de sus casas y, a veces, después de retirar la carne, remodelaban las caras con yeso y colocaban piedrecitas en las cuencas de los ojos. Estos retratos craneales fueron populares en una región extensa, de Israel a Irak, en lo que supone una nueva confirmación de que los seres humanos eran capaces de imaginar intelectualmente seres mágicos y sobrenaturales, así como de reconocer la diferencia entre el cuerpo y el espíritu.

A partir de 7500 a. C., aproximadamente, los más de cinco mil habitantes de Çatalhöyük (Turquía central) vivían de la plantación de cereales y la cría de ovejas y habían empezado a forjar útiles de cobre. Cerca de Raqqá, en Siria, los residentes de Tell Sabi Abyad construyeron graneros para almacenar reservas y recurrían a fichas de arcilla para llevar un registro cuantitativo de sus posesiones. La tela intacta más antigua preservada, descubierta en Çayönü (Turquía), se remonta a 7000 a. C. Con la protección de las murallas urbanas, las mujeres engendraban más hijos a los que destetar —para luego alimentarlos con gachas—, pero la mitad morían jóvenes porque vivían demasiado cerca de personas y animales que les contagiaban enfermedades: en aquel momento, como en nuestros días, las epidemias eran un síntoma del éxito de la especie, no de su fracaso. En todo caso para organizar el cultivo de más comida se requerían más asentamientos: entre 10000 y 5000 a. C., la población mundial creció escasamente, pasando tan solo de cuatro a cinco millones de personas. Durante la mayor parte de la historia —en los ocho milenios y medio posteriores— la expectativa de vida se situó en torno de los treinta años.

Surgieron ciudades pequeñas en Irak, Egipto y China, y

posteriormente en Pakistán/la India. La presencia de suelos fecundos, húmedos y ribereños, sumada a las razas más útiles de los animales domesticados, hizo prosperar especialmente a estas cuatro regiones, donde se desarrollaron sociedades complejas que durante muchos milenios les otorgaron la supremacía en Euráfrica.

Por todo el mundo se empezaron a erigir estructuras megalíticas, de piedras gigantes, a menudo con formas circulares. Hacia 7000 a. C., los nubios —que no eran egipcios, sino africanos subsaharianos— trajeron piedras colosales de lugares remotos y las levantaron en Nabta Playa, en círculos asociados a la observación de las estrellas. Hubo los primeros intercambios de mercancías y productos de lujo; desde Irán a Serbia se extrajo y trabajó artesanalmente el cobre, el oro y la plata; para los entierros se utilizaba el lapislázuli; en el valle del Yangtsé, los chinos empezaron a tejer seda.

En Malta, Alemania, Finlandia y más adelante, Inglaterra hubo comunidades que desplazaron piedras gigantescas en distancias muy largas para erigir estructuras que, posiblemente, eran templos pensados para seguir los movimientos del sol, predecir la lluvia, hacer sacrificios humanos y celebrar la fertilidad. La fe era inseparable del poder y la familia: tanto hombres como mujeres se dedicaban a la caza y al campo, pero es probable que ellas criaran a los hijos y se encargaran de tejer. El tejido más antiguo se ha encontrado en el valle del Jordán. En África, donde las familias tejían con fibras de rafia y corteza, el poder quizá estuvo en manos de las mujeres y se heredaba por el linaje femenino.[2]En Eurasia empezó a calcularse un valor para la habilidad de las mujeres; los padres imponían un precio por la novia, pagadero por los futuros maridos que, si gozaban del poder suficiente, podrían mantener a diversas mujeres y proteger a los hijos comunes. Originalmente las familias honraban por igual los linajes masculino y femenino, pero para evitar los conflictos por las tierras o los cereales en algún momento se empezó a favorecer el linaje masculino, a pesar de que genéticamente no había diferencia entre los descendientes; la tradición todavía está vigente hoy en muchos lugares, incluso en estos tiempos del iPhone. Sin embargo,

las mujeres podían ascender y alcanzar el poder incluso en Irak.

KUBABA: LA PRIMERA REINA

En Eridú, junto a una laguna iraquí próxima a la desembocadura del río Éufrates, que va a dar al golfo Pérsico, pastores y pescadores fundaron hacia 5400 a. C. un pueblo en el que también erigieron un templo dedicado al dios Enki. El medio era tan abundante que en la zona se levantaron también otras ciudades, tan próximas que prácticamente se veían las unas a las otras. La invención de la rueda de huso —una esfera con un agujero— quizá fuera la del primer artilugio, contemporáneo al desarrollo de la cerámica y la agricultura. Este útil de costura tuvo consecuencias que fueron mucho más allá de su utilidad práctica. Las telas, que costaba producir y por lo tanto adquirir, eran sin embargo esenciales: la sociedad se basaba en la comida, la guerra y la ropa. Eridú fue una de las primeras ciudades de Sumeria, seguida por Ur y Uruk, donde se levantó un zigurat: una torre escalonada coronada por un templo en homenaje de Anu, el dios solar.

Sus líderes eran tanto patriarcas como sacerdotes. En parte sus dioses empezaron siendo unos charlatanes graciosos, pero se fueron transformando en jueces más severos que amenazaban a quienes incumplían las reglas y luego se encargaron de vigilar algo aún mayor: la vida después de la muerte. A medida que los soberanos y las comunidades se engrandecían y la competencia se volvía más feroz, los dioses también se engrandecían.[3]

Se desconoce cómo se organizaba Uruk —acogía a más de veinte mil personas, pero no había palacios ni se menciona al «pueblo»—, pero había reyes sacerdote y los templos controlaban la riqueza. Es probable que la idea de la propiedad se iniciara en referencia a los artefactos y tesoros especiales que se reservaban específicamente para los espacios sagrados de estos templos.

Al norte, en las estepas eurasiáticas, se estaba domesticando a los animales que hasta el siglo XIX ayudarían a los humanos a dominar las extensiones terrestres: los caballos. Hacia 3500 se

introdujeron los frenos y las riendas, que permitieron montar a las caballerías. Pronto se desarrolló también la rueda, probablemente en Ucrania/Rusia, donde aparecen las primeras referencias lingüísticas a este invento. Se cree probable que la rueda llegara a Irak antes que los caballos, pues los primeros carros de la zona estaban tirados por otro miembro de la familia equina, el kunga —un robusto híbrido de asna y de onagro sirio, el primer ejemplo conocido de hibridación intencionada de los animales—, que figura así en las representaciones artísticas, enganchado a la armazón. No hace mucho se descubrieron en Siria los restos de uno de estos primeros carros de cuatro ruedas. La nueva tecnología pasó a la India; los kungas se extinguieron; los caballos sirvieron para que los pastores se convirtieran en una feroz caballería nómada y las familias recorrieran grandes distancias para establecerse en tierras nuevas y lejanas. La guerra ya impulsaba la tecnología: los carros se adaptaron al combate, como cuadrigas, tan prestigiosas que los caudillos —a los que, cuando morían, se sepultaba con su caballo y su cuadriga— empezaron a desplegar ejércitos de carros en sus batallas. Los pueblos esteparios también encontraron reservas de cobre: en Sintasha, al norte del mar de Aral, se creaba bronce aleando cobre con cinc de Bactriana (Afganistán), y se lo usaba para armas y decoraciones.

Estos jinetes no tardaron en estar a las órdenes de caudillos armados con espadas, que erigieron bastiones con amplias salas de audiencia, quizá los primeros palacios —se ha encontrado uno en Arslantepe (Turquía oriental)— y sepultaron a sus guerreros heroicos, hombres, en extravagantes sepulturas con alimentos, espadas y joyas.

Hacia 3100 es posible que el pueblo de Uruk —nombre que significa «el Lugar»— inventara la escritura. En un principio se utilizaron pictogramas, pero luego se pasó a marcar tablas de arcilla mediante un junco tallado al bies; es la escritura *cuneiforme* («de forma de cuña»). Las primeras personas cuyo nombre ha pasado a la historia son un contable, un amo y dos personas esclavizadas. El primer recibo conocido, confirmado por la primera firma de la primera persona nombrada (el contable), dice:

«29.086 medidas de cebada. 37 meses. Kushim».

Otro da fe de la propiedad de En-pap X y Sukkalgir, las primeras personas esclavizadas cuyo nombre se ha preservado. Estas sociedades eran esclavistas. No sabemos en qué momento se inició la esclavitud, pero probablemente fue hacia las mismas fechas que las batallas organizadas. En su mayoría los esclavizados debían esta condición a la guerra (tras ser apresados) o a las deudas. Los tributos reales pagaban la soldada de quienes capturaban a los esclavos que pasaban a construir las ciudades o afanarse en la servidumbre doméstica: toda historia de la familia es también una historia de la esclavitud.

Hacia 2900 hallamos reyes —designados como «grandes hombres», *lugalene*, en sumerio— como gobernantes de todas las ciudades iraquíes, entregadas ahora a guerras crueles: «Kish fue derrotada y a su monarca lo llevaron a Uruk. Luego Uruk fue derrotada y a su monarca lo llevaron a Ur». La realeza «venía del cielo» y pronto se hizo hereditaria. La corona no recaía sobre los hijos mayores. Los reyes tenían muchos hijos con diversas esposas de alcurnia y otras mujeres de menor rango y elegían a los más capaces; otras veces el hijo más feroz mataba a sus hermanos. Lo que se ganaba en capacidad se perdía en estabilidad, porque los hijos luchaban por el poder y, con no poca frecuencia, destruían con ello el reino que codiciaban. Al tiempo que en Gran Bretaña se celebraban ritos en Stonehenge,[4]tenemos noticia de una de las primeras familias gobernantes: hacia 2500 dominaba en Kish la primera mujer potentada de la que tenemos conocimiento: Kubaba, propietaria de tabernas y cerveceras, a quien sucedieron su hijo y su nieto.[5]No sabemos nada más sobre ellos, pero sí bastante sobre su mundo.

Ahora estos reyes construyeron palacios junto a templos ricos; gobernaban con una jerarquía de cortesanos, generales, recaudadores de impuestos. La escritura era uno de los medios del gobierno: dejaba constancia de propiedades, de transacciones de cereales, de la promulgación de leyes. Los sumerios crearon imágenes de sí mismos, tanto hombres como mujeres, a veces rezando, otras veces bebiendo o haciendo el amor. Apuntaron

recetas y tanto las mujeres como los hombres celebraban la pasión sexual; bebían cerveza con ayuda de pajas y tomaban opio. Más adelante sabemos que estudiaban matemáticas y astronomía.

Han sobrevivido miles de textos cuneiformes que revelan un mundo en el que sin duda uno se encontraría con impuestos, guerra y muerte; pero también con las oraciones de los sacerdotes para asegurarse de que el sol brillaría, llovería, los cultivos crecerían, las ovejas criarían, las palmeras lucirían su belleza al amanecer, los canales estarían llenos de peces.

Uruk y las ciudades sumerias no eran únicas ni estaban aisladas. Las ciudades se convirtieron en plazas de mercado, puntos de intercambio de información, agencias matrimoniales, carruseles sexuales, fortalezas, laboratorios, cortes y teatros de la comunidad humana. Pero esto tenía un coste. Los habitantes de las ciudades tenían que conformarse: habían renunciado a los conocimientos de la vida salvaje y las emociones de la estepa y, por lo tanto, no se bastaban para alimentarse por sí mismos. Si la cosecha se perdía, se morían de hambre; durante una epidemia, morían por cientos. Sumeria se relacionaba con otros mundos. El lapislázuli, la primera mercancía de lujo internacional, nos cuenta la historia: se extraía en las minas de Afganistán, pasaba por las ciudades de la India/Pakistán, se vendía a Sumer —mencionada en la *Epopeya de Gilgamesh*[6]—, de aquí a Mari, en Siria, y luego a Egipto, donde se utilizaba para producir objetos como los hallados en el templo y la ciudad de Abedyú (Abidos).

Hacia 3500 a. C., los pueblos de Egipto empezaron a consolidarse y asentarse como entidades políticas mayores. Cincuenta años más tarde, el rey del sur, Cheni (Tinis), conocido como Narmer («siluro»), unificó Egipto bajo una sola corona. Celebró su victoria mediante festivales religiosos en los que se servía cerveza sagrada, así como mediante objetos que la conmemoraban. Es el caso de una paleta —usada para moler y mezclar los productos cosméticos empleados por hombres y mujeres— que le muestra abatiendo a un enemigo con la maza levantada, bajo la mirada de una diosa vaca; en el otro lado de la paleta Narmer, representado ahora como un poderoso toro

sagrado, aplasta a los rebeldes bajo sus pezuñas; en su figura de emperador también contempla a varios enemigos caídos, decapitados y con el pene cercenado. La primera vez que atisbamos en verdad el refinamiento y la crueldad de Egipto es en un artefacto cosmético... y un montón de penes.

KEOPS Y SU MADRE: LOS CONSTRUCTORES DE PIRÁMIDES

Egipto fue el primer reino africano del que conservamos noticia. La monarquía egipcia reflejaba una forma de vida en la que todo dependía del río Nilo y del sol. Sus ciudades y pueblos estaban distribuidos a lo largo del curso fluvial que fertilizaba los suelos. El sol, que atravesaba el cielo cada día, era considerado como un dios cuyo trayecto diario resumía la vida entera. Los reyes recorrían el Nilo arriba y abajo —e incluso descendían al inframundo— a bordo de barcas espléndidas.

Narmer y su familia vivieron en palacios de adobe y fueron enterrados en tumbas de adobe, en el desierto de Abedyú, donde un gran recinto asimismo de adobe albergaba los barcos que los llevarían por el cielo hasta unirse con el sol.

Los reyes egipcios reflexionaron con profundidad sobre la vida y la muerte, y creían en las funciones sagradas que se les atribuían y que se ensalzaban por medio de una red de templos y sacerdotes. En origen en cada ciudad se adoraba a dioses distintos, que se fueron aglomerando en un gran relato general que simbolizaba la unión de los dos Reinos —el Alto y el Bajo Egipto— así como la vida del monarca antes y después de la muerte. Como tantas narraciones sagradas, cuenta una historia familiar de amor, sexo y odio.[7]

En el momento de morir, los reyes no perecían de verdad, sino que se convertían en Osiris, y sus herederos, en Horus. El poder real era absoluto, según nos demuestran, en esta época, los sacrificios humanos. La sepultura del tercer rey de la dinastía de Narmer, Dyer, estaba rodeada por 318 cortesanos sacrificados.

Hacia 2650 el rey Zoser, también conocido como Necherijet,

añadió una novedad a su tumba: en vez de mantener la tumba separada del recinto, erigió una estructura superpuesta, una pirámide escalonada de seis alturas, que aún se mantiene en pie. Su ministro —el *chaty*— era tan visionario como su maestro. Se llamaba Imhotep, y el rey confiaba tanto en él que en la base de la estatua que se alza a la entrada aparecen los nombres de los dos. Es muy probable que el ministro del rey fuera también su médico, porque más adelante se veneró a Imhotep como dios de la medicina.

El nuevo rey, Seneferu (o Esnefru), que tomó el poder en 2613 a. C., manifestó su arrogancia con su nombre de Horus: *neb Maat*, señor de la verdad, la justicia y el orden sagrado del universo. Esto no era todo, pues su otro nombre, *necher nefer*, significaba «dios perfecto». Un relato de un papiro posterior da a entender que Seneferu era tan hedonista —se hizo llevar en barca hasta el palacio de un lago, con veinte chicas a los remos, vestidas con simples redes de pesca— como agresivo: envió una embarcación de más de cincuenta metros, la *Exaltación de las Dos Tierras*, contra Nubia, donde esclavizó a los cautivos y se adueñó de doscientas mil cabezas de ganado.

Seneferu ordenó construir la pirámide de Meidum, que, como todos los demás edificios de este estilo, se orientaba por el eje este-oeste para asociar al rey con el recorrido diario del Sol. Quiso erigir una pirámide aún mayor en Dahshur, para la que exigió una inclinación muy pronunciada, de sesenta grados; los cimientos carecían de la resistencia necesaria y el edificio se agrietó y se hundió sobre sí mismo. Dios Perfecto ordenó entonces alzar una pirámide perfecta, mientras se completaba la que ha pasado a conocerse como Pirámide Romboidal (que sigue en pie, más de cuatro mil años después). La tercera de las pirámides de Seneferu, la Pirámide Roja, se concluyó en un tiempo récord. Es indudable que a Seneferu se le dio sepultura aquí, pero el cadáver que se encontró en los tiempos modernos terminó por perderse.

Su viuda Heteferes, que era hija, esposa y ahora madre de reyes, lo dispuso todo para que la sucesión recayera sobre su hijo Jufu (Keops), quien erigió la Gran Pirámide de Guiza, concebida

para superar incluso las obras del padre. Heteferes se vanagloriaba de los títulos Madre del Rey Dual, Seguidora de Horus y Directora del Soberano, para dar a entender que si Keops respetaba a alguien, no era sino a ella.

Keops debió sentirse obsesionado por su pirámide. Quizá sea aún hoy la mayor edificación de la historia del mundo, con sus 2.300.000 sillares. Su altura de casi 147 metros la hizo destacar como la construcción más alta del planeta hasta el siglo XIX, cuando la superó la Torre Eiffel. Los obreros estaban organizados en equipos bautizados con nombres lúdicos, como «los Borrachos del Rey». En total quizá eran algo más de diez mil. Vivían en un poblado específico, instalado junto al emplazamiento de la pirámide, con servicios médicos y suministro de alimentos. Keops añadió también algunas pirámides menores para la parentela femenina.[8]

Cuando se dio sepultura a la madre de Keops, su tumba quedó repleta de tesoros importados, tanto en especie como en las ilustraciones: la turquesa venía del Sinaí; el cedro, del Líbano; el lapislázuli, de Afganistán; el ébano y la cornalina, de Nubia; la mirra y el incienso, del Punt, probablemente a través de los barcos de Sumer, donde un conquistador —Sargón— fundó el primer imperio.

A MI PADRE, NO LO CONOCÍ: SARGÓN, EL DESTRUCTOR DE REYES

Sargón fue un niño abandonado en un cesto, recogido y criado: «Mi madre fue una sacerdotisa, a mi padre no lo conocí», afirmaba en una inscripción poética que tal vez reflejaba su propia voz. A fin de cuentas era una familia poderosa, pero también de poetas. Sargón nació en las estepas septentrionales, «las tierras altas de Azupiranu», y no hablaba el sumerio típico del sur, sino una lengua semítica, emparentada con las que luego dieron origen al fenicio, el hebreo o el árabe. «Mi madre me concibió en secreto y me dio a luz a escondidas.» Sargón se creó a sí mismo. «Me dejó en un cesto de junco y selló la tapa con brea. Me depositó en el río, pero las

aguas no se alzaron por encima de mí.» Este nacimiento encantado, la paternidad misteriosa, la oscura ocultación, el ascenso venturoso —que se repite en los mitos de tantas figuras que transformaron el mundo: Moisés, Ciro, Jesús— daban cuenta del proceso místico por el que, a través de la historia, un líder excepcional podía ascender de la nada hasta el poder.

«El aguador Akki le rescató», le crio como a un hijo propio y le nombró «su jardinero»: en una sociedad en la que toda la prosperidad se basaba en el riego y la lluvia, los tres elementos —río, aguador, jardín— son símbolos de pureza y santidad. A través de Akki el joven Sargón pudo entrar al servicio del rey de Kish, Ur-Zababa, descendiente de la reina Kubaba, y ascendió hasta la posición de copero real. El poder siempre es personal; la proximidad se traduce en influencia; cuanto más personal y absoluto sea el poder, más útil resulta hallarse cerca del cuerpo del monarca: los coperos, los médicos, los guardaespaldas, los portadores del orinal del rey, todos ellos compartían su brillo. Inanna (conocida más adelante como Ishtar), la diosa del amor, el sexo y la guerra, se apareció a Sargón en un sueño terrorífico en el que el joven se vio bañado en sangre. Cuando le reveló al rey qué había soñado, Ur-Zababa temió que fuera su propia sangre y ordenó dar muerte a Sargón, pero Inanna le avisó y el joven volvió a su puesto como si nada hubiera pasado, «sólido como una montaña». En cambio «Ur-Zababa tenía miedo», ante la duda de si Sargón se habría enterado del intento de asesinato. Pero en ese momento llegaron noticias alarmantes.

El rey más agresivo de Irak, Lugalzagesi de Umma, se había puesto en marcha con la intención de tomar Kish. Ur-Zababa envió a Sargón para que negociara con él, con una misiva sellada que, por el contrario, pedía a Lugalzagesi que matara al joven. El rey de Umma reveló la petición con despreció y soltó a Sargón para que se apoderara de Uruk. Pero luego este derrotó a Lugalzagesi y, hacia 2334, hace aparición en la historia con sus propias inscripciones. Ha adoptado el nombre regio de Rey Justo (Sharrumkin).[9]Organiza un desfile victorioso en el que exhibe al caído Lugalzagesi por el templo de Enlil, para luego aplastarle el

cráneo con una maza.

Sargón galopó hacia el sur «para lavar las armas en el mar» (el golfo Pérsico) y seguir camino hacia el este. «Sargón, rey de Kish», se dice en la inscripción de sus tablillas, «venció en 34 batallas», invadió el reino de Elam (en Irán) y, tras continuar hacia el norte, derrotó a los nómadas amoritas y se apoderó de las ciudades de Ashur y Nínive, y de ahí viró hacia el oeste, entrando en Siria y en Turquía. «No llegará tan lejos», se las prometía el rey de Purushkhanda, pero apenas pronunció estas palabras «Sargón rodeaba la ciudad». Se hacía llamar Rey de los Cuatro Cuadrantes del Mundo y una leyenda posterior ensalza su pericia combativa mediante una metáfora inolvidable:

Los que se retuercen no dejarán de retorcerse:
dos mujeres de parto, bañadas en su propia sangre.

Sargón creó la primera familia poderosa de cuyos miembros se han preservado noticias personales: su hija Enheduanna, la primera poeta. Pero como es natural, también estaba al corriente del poder de su padre: «Mi rey, hasta ahora nadie había creado nada similar». Se refería al imperio.

La venganza de Enheduanna

No fue casualidad que Sargón nombrara a su hija Enheduanna como suma sacerdotisa de la diosa lunar de Uruk. Los templos eran instituciones complejas y ricas, que ocupaban un lugar central en las ciudades acadias. El propio Sargón quizá fuera el primer rey que mantuvo un ejército permanente; en su mesa de Acadia comían diariamente 5.400 hombres. Impuso unas leyes que combinaban la razón y la magia; los casos difíciles se resolvían mediante ordalías acuáticas. Enheduanna, en su templo, dirigía a miles de empleados y controlaba diversas fincas. La relación entre los templos y la familia real era estrecha. Sargón estaba convencido de gozar de la protección especial de Inanna (Ishtar) y

su esposo divino, Dagán.

A la muerte de Sargón, Enheduanna quedó al mando del templo, pero el nuevo rey —su hermano Rimush— tuvo que hacer frente en seguida a rebeliones e invasiones. Las derrotó, mató a unas 23.000 personas, torturó, esclavizó y deportó a muchas otras, y luego emprendió él la invasión de Elam (Irán), de donde regresó con oro, cobre y más esclavos. Rimush tuvo una muerte especial: unos escribas asesinos le apuñalaron, ya fuera con los juncos que usaban para escribir o con las agujas de cobre utilizadas para adjuntar los sellos a los cilindros. ¡La primera víctima de la burocracia! Los Sargón vivían de la conquista. Naram-Sin, nieto de Sargón y sobrino de Enheduanna, fue quien probablemente se enfrentó a la rebelión de Lugal y la captura y violación de su tía. Naram-Sin aplastó al usurpador y restauró a la suma sacerdotisa como señora del templo. Se desconoce cuándo murió Enheduanna, pero su sobrino gobernó durante treinta y siete años, asaltó repetidamente Irán para contener las incursiones de los lulubi, y se jactaba de haber dado muerte a noventa mil hombres y gobernar una extensión que llegaba hasta el Líbano. En su Estela de la Victoria, Naram-Sin es un guerrero musculoso, de pecho desnudo, que exhibe un casco con cuernos divinos y una falda apretada y, armado con una lanza y un arco, machaca a sus enemigos iranios. Nada se interpone entre él, el Poderoso, y el sol y las estrellas; es el primer retrato conocido que sitúa a un mortal en condiciones de igualdad con la diosa.

La capital —Acadia— floreció bajo la Casa de Sargón. Su emplazamiento exacto se desconoce, pero al situarse a orillas del Tigris se convirtió en una ciudad de una nueva especie. «Su población se alimenta de lo mejor, bebe de lo mejor, celebra alegremente en los patios y abarrota los festejos», cuenta la *Epopeya de Gilgamesh*, probablemente en referencia a Acadia.[10]«Los parientes comen juntos. Monos, elefantes poderosos ... perros, leones, íbices y ovejas se empujan y atropellan mutuamente en las plazas públicas», mientras que los almacenes de la ciudad estaban repletos de «oro y plata, cobre, latón y bloques de lapislázuli». Los grandes se vestían con lujo; tanto hombres como mujeres recurrían

a la cosmética y se preocupaban por el peinado. Las modas cambiaban con la misma rapidez que en nuestros días: Sargón había vestido un abrigo peludo, pero la élite de Naram-Sin prefería una túnica cogida a la altura del hombro con un broche. Los acadios consultaban a adivinos y buscaban consejo en la lectura de las entrañas animales (*extispicio*). También había un culto culinario: las tablillas dan fe de la diversidad de alimentos que se ingerían, desde ovejas y cerdos a ciervos, conejos, ratones de campo, jerbos y erizos. La bebida favorita de hombres y mujeres era la cerveza, producida con cebada fermentada; solía tomarse con ayuda de una pajita, en tabernas regentadas por mujeres independientes. Las chicas de la élite asistían a la escuela y aprendían a escribir tanto sumerio como acadio. Por lo que se ha podido atisbar de la vida familiar, las mujeres daban a luz en posición sentada; se ve a niños jugando con sonajeros, ovejas con ruedas y carruajes en miniatura. Los conjuros de amor eran recurrentes; las chicas llevaban colgantes amorosos en los muslos.

Los extranjeros vagaban por las calles admirando las maravillas de Acadia. «Resonaban tambores *tigi*, flautas e instrumentos *zamzam*», se dice en la *Epopeya*; «en los puertos donde anclaban sus barcos imperaba la alegría.» Se comerciaba con todo el océano Índico: «en los muelles ... atracan embarcaciones de Meluhha [India/Pakistán], Magán [Yemen/Omán] y Dilmún [Bahréin]». Los amoritas, meluhhanos y elamitas llevaban hasta Acadia sus productos «cargados como asnos», y los mercaderes pagaban por los bienes con plata y cebada; los meluhhanos eran tan numerosos que vivían juntos, en un poblado propio.

Meluhha —el país del marfil— se organizaba en torno de dos ciudades principales, Harappa y Mohenjo-daro, a orillas del río Indo (en la actual Pakistán, pero extendiéndose por territorios de la India y Afganistán). Estaban tan bien planeadas que se levantaban de acuerdo con una cuadrícula, con ladrillos estandarizados; podía presumir de contar con servicios públicos como papeleras, aseos y alcantarillas, de los que Londres no dispuso hasta el siglo XIX y que en nuestros días, en el sur de Asia, no son universales. Usaban una escritura propia (aún por descifrar) y sus talleres producían joyas

de marfil, oro y cornalina, así como telas y cerámica. Es posible que Mohenjo-daro llegara a albergar hasta a 85.000 personas —la ciudad más concurrida de su tiempo—, pero su mayor edificio eran unos baños públicos, no un palacio o un zigurat.

Estas ciudades indias no estaban gobernadas por reyes individuales; es más probable que las rigiera un consejo —con lo que la democracia quizá se inventó en Pakistán/la India—, pero los baños estaban en una ciudadela aislada, indicio tal vez de que era el recinto de una élite sacerdotal. En varios continentes se desarrollaron de forma simultánea diversas versiones de vida en las ciudades. En China las encontramos junto al río Amarillo y en el norte, en Shimao (Shaanxi). En Ucrania, Taliankí, con sus diez mil habitantes, era mayor (y quizá anterior) que la primera ciudad de Uruk. En América, cuyas tierras hacía tiempo que se habían separado de Asia, hallamos pueblos en México y Guatemala que levantaban ciudades de hasta diez mil habitantes. En sus montículos piramidales se reflejaba su calendario sagrado, usaban una forma de escritura, almacenaban los excedentes del maíz y esculpían cabezas gigantes, probablemente de sus soberanos, que parecen llevar cascos protectores para la práctica de sus juegos de pelota.[11]En el Misisipí se levantaban terraplenes monumentales que, de alguna manera, asociaban las estrellas al calendario; los habitantes de la comunidad más extensa —que hoy recibe el nombre de Poverty Point— no eran agricultores, sino cazadores nómadas que, por alguna razón, se congregaron para construir unas estructuras masivas.

En Asia occidental, la familia de Sargón puso de manifiesto una paradoja de los imperios: cuanto más crecía, más fronteras se veía obligado a defender; cuanto más prosperaba, más tentador resultaba como blanco de los asaltos de los vecinos peor situados y mayor era también el estímulo para que estallaran luchas familiares destructivas. La sequía causaba hambrunas y los nómadas se abatían sobre las ciudades. En 2193 a. C. los Sargón perdieron el control: «¿Quién era *rey*? —se puede leer en la lista de reyes de Sumeria—, ¿quién *no* lo era?». Hacia 1800 a. C., Asia occidental vivió un período de agitación e incluso Egipto dejó de

ser uno de sus agentes principales de un modo tan humillante como espantoso. Todo empezó con una pelea por motivo de unos hipopótamos.

La cabeza destrozada de Seqenenre el Valiente

El rey no podía hacer nada; literalmente, estaba atado de manos. Probablemente se arrodillaba. Seqenenre Taa, soberano del sur de Egipto, había sido capturado en combate, y ahora Apofis, el soberano asiático del norte de Egipto, encabezaba el escuadrón asesino, de como mínimo cinco integrantes. El primer golpe del hacha asiática cayó sobre el rostro real de Seqenenre amputándole la mejilla izquierda y, con ello, dejando toda la cara al descubierto. Un segundo golpe destrozó la base del cráneo antes de que una jabalina penetrara en la frente justo por encima de un ojo.

El pretexto habían sido los hipopótamos sagrados de Tebas. Apofis le dijo a Seqenenre que los gruñidos de los animales no le dejaban dormir, a pesar de que el primero vivía en Hutwaret (Avaris), y el segundo a gran distancia, en Tebas. Ordenó matarlos, lo que equivalía a declarar la guerra. Seqenenre aceptó el desafío y emprendió el camino del norte, al frente de sus tropas. Pero algo salió mal. Seqenenre fue apresado y Apofis organizó su destrucción pública. Un último y definitivo quinto golpe, de una espada, se hundió en el cerebro. A quienes contemplaban el cadáver destrozado del rey —su cuerpo se conserva— debió de parecerles que estaban viendo el final de su familia y de Egipto. En realidad fue un nadir que marcó el principio de la recuperación.

En 1558 a. C., cuando Seqenenre el Valiente, hijo de Senajtenre Ahmose, sucedió a su padre como rey en el trono de Tebas —en compañía de su reina, la plebeya Tetisheri—, Egipto ya estaba roto. El caos se aceleró por estampidas migratorias, de tal modo que el desplazamiento de un pueblo obligaba a otros a marcharse. Tribus de pueblos de piel clara, ojos oscuros y nariz aguileña de las estepas del mar Muerto abandonaban sus tierras de pastoreo impulsadas por los cambios del clima, el afán de

conquista y la presión de otras tribus que venían tras ellas. Hablaban una lengua indoeuropea, dominaban la cría de ganado y se habían convertido en jinetes expertos. Tres elementos tecnológicos los habían convertido en adversarios letales: el freno de bronce les permitía gobernar a los caballos; los carros rápidos con ruedas armadas daban particular fuerza a las cargas; y sabían disparar sus arcos compuestos —máquinas de matar novedosas, hechas con madera laminada, tendones y astas— al galope, sin desmontar.

Estos jinetes galoparon hacia el oeste, a los Balcanes y hacia el este, a la India. Destruyeron reinos consolidados, pero también se establecieron en ellos. En Irán esta horda —que más adelante fue bautizada como «los arios»— llevaba consigo su lengua, el avéstico, y sus escrituras sagradas, el *Avesta*; en la India es posible que tomaran las ciudades del Indo y se asentaran en el lugar, fusionando la cultura del valle del Indo con sus propios rituales y lengua y formulando los relatos, oraciones y poemas de los *Vedas*, escritos en lo que se convirtió en el sánscrito. Sus caudillos y sacerdotes impusieron una jerarquía de castas, las *varnas*.[12]Mucho después esta cultura dio forma al Sanatana Dharma —«Vía Eterna»— que los europeos conocemos como *hinduismo*. Algunas tribus siguieron camino hacia el sur y atravesaron el Cáucaso hasta Turquía oriental, donde fundaron el reino de Hatti —los *hititas* de la Biblia—; otras asaltaron Canaán y pusieron en fuga a sus pueblos, los hicsos, que se lanzaron a invadir Egipto.

Hacia 1630 a. C., un caudillo asiático, Apofis, cuyas tribus habían invadido Egipto, gobernaba el norte desde su capital (Hutwaret, en el delta del Nilo), mientras Seqenenre dominaba Tebas, en el sur. Cuando llevaba cuatro años de reinado, Seqenenre estaba en el mejor período de su vida. Era un hombre alto, atlético, con un pelo negro, rizado y denso (que aún se preserva en el cráneo de su momia). No solo se enfrentaba a los asiáticos en el norte, sino también a un nuevo reino meridional de Kush, que se había apoderado de las ciudades nubias. Con la capital en Kerma (Sudán), los reyes kushitas incorporaron el viejo panteón egipcio a sus creencias, adorando a Osiris y a Horus e incluso a algunos de

los reyes de Egipto.

Kush nos legó monumentos ingentes. Sus reyes, que disponían de lujos como minas de oro, plumas de avestruz, pieles de leopardo y especias, construyeron tumbas colosales en las que se daba sepultura a cientos de cortesanos y parientes, condenados a morir cuando sus reyes morían. Las fortalezas kushitas eran impresionantes y su santuario principal, en Kerma, era un descomunal templo de adobe, anterior a Kush, que aún se conserva.

De algún modo los egipcios recuperaron el cuerpo destrozado de Seqenenre, pero no hubo tiempo para momificarlo según las costumbres de la época. Su hermano Kamose el Fuerte se lamentaba así: «¿Cómo voy a exaltar mi fuerza cuando … estoy atrapado entre un asiático y un nubio, cada uno al mando de una parte de Egipto?». Pero Kamose tenía una misión: «Nadie puede conservar la calma cuando los tributos del asiático nos empobrecen. Lucharé contra él. Lo despanzurraré. ¡Quiero rescatar Egipto y dar muerte al asiático!». Kamose atacó a sus enemigos en ambas direcciones.

Su puesto lo heredó un sobrino, el joven Amosis, que entonces contaba solo diez años y sentía adoración por su abuela. «El amor que sentía por ella era superior a todo», se decía en la estela que levantó en Abedyú. Pero su madre Ahhotep era aún más importante: llevaba los títulos de Hija del Rey, Gran Esposa del Rey y Madre del Rey, era comandante militar y hacía funciones de arbitraje internacional. Parece probable que cultivara lazos con los pueblos del Egeo, a juzgar por el título de «Señora de las Costas de Hau-nebut, de excelente reputación en todas las tierras extranjeras».

Los reyes egipcios ya habían enviado expediciones para «despedazar Asia», e hicieron incursiones en «Iwa» (Turquía) y «Iasy» (Chipre), pero Hau-nebut era Creta, que mantenía una relación especial con la familia egipcia. Knossos, la capital de Creta, y las otras ciudades de la isla, alardeaban de unos complejos palaciegos no fortificados decorados con frescos eufóricos y lúdicos de varones atléticos que saltaban desnudos por encima de toros

sagrados, y mujeres con el pecho asimismo al descubierto, vestidas solo con faldas estampadas.[13]Cierto laberinto de Knossos fue sin duda la base de la leyenda del monstruoso Minotauro, del que se decía que exigía el sacrificio de niños; pero no fue solo una leyenda, pues se han hallado huesos infantiles y potes de cocina, lo que sugiere que la historia partía de la realidad; es posible que Labýrinthos —de donde procede la palabra *laberinto*— fuera en realidad el nombre de la ciudad. Durante unos doscientos cincuenta años, entre 1700 y 1450 a. C., estos cretenses estuvieron comerciando por el Mediterráneo. Llevaron artefactos egipcios a su patria y, por su parte, en el palacio de Hutwaret había grifos cretenses y frescos con el salto del toro. Amosis tal vez se casó con una princesa cretense.

Hacia 1500, aproximadamente, se produjo una erupción volcánica en Tera (la actual isla griega de Santorini). Fue la mayor catástrofe explosiva de la historia —más aún que las bombas de hidrógeno— y se oyó a miles de kilómetros de distancia. Lanzó a la atmósfera nubes venenosas de dióxido de azufre y levantó un tsunami en el Mediterráneo que ahogó a decenas de miles de personas. Cambió el clima, arruinó cosechas y devastó reinos. Creta quedó herida por Tera, pero recuperó el vigor durante un tiempo, hasta que se apoderaron de la isla caudillos de la Grecia continental. Egipto también se recuperó.

En cuanto llegó a la mayoría de edad, en 1529, Amosis (su nombre se puede transcribir también como Ahmose) se casó con su propia hermana, Ahmose-
Nefertari, atacó Hutwaret, derrotó a los asiáticos y los persiguió por todo el Sinaí. Cuando tuvo que enfrentarse a levantamientos, su madre Ahhotep aplastó a los rebeldes. «Ensalcemos a la Señora de la Tierra, pues ha pacificado el Alto Egipto», escribió Amosis en su estela del templo de Amón (o Amún), en Ipetsut. Entre los objetos funerarios hallados en la tumba de Ahhotep había un collar de moscas de oro, por el arrojo en combate. A la muerte de Amosis (cuando contaba algo más de treinta años), su esposa y hermana, Ahmose-Nefertari, gobernó por su hijo, Amenofis, que también se casó con su propia hermana. Se entendía que estos matrimonios

incestuosos reforzaban la santidad de la familia y emulaban a los dioses, pero al final el cruce consanguíneo resultó desastroso y acabó con la familia que se pretendía consolidar.[14]Los Amosis se encaraban a la extinción y resolvieron el problema adoptando: eligieron como heredero a un general, Thutmose (o Tutmosis).

Tutmosis había machacado a los nubios e invadido Siria. Era un plebeyo ya canoso, aunque duro, que se casó con una hija de Amosis pero sin renunciar a su esposa no regia, Ahmes, que fue la madre de su hija favorita, Hatshepsut.

«Con la furia de una pantera» Tutmosis estaba resuelto a «sofocar la agitación de los países extranjeros y someter a los rebeldes de la región desértica.» Invadió Kush en lo que no fue una incursión más, sino la devastación deliberada de un reino y una cultura: el rey, en compañía de su esposa y de su hija Hatshepsut, encabezó el ejército en persona. Mientras que otros reyes se habían visto frenados por los rápidos del Nilo, Tutmosis construyó una flota e hizo trasladar las embarcaciones por tierra, incluido su velero personal, el *Halcón.* Derrotó a Kush en combate, prendió fuego a su espléndida capital, Kerma, y celebró el triunfo con una inscripción en la que se jacta de haber «ampliado las fronteras» hasta las rocas sagradas de los kushitas.

El verdadero objetivo eran las minas de oro. El oro de Nubia era lo que financiaba los ejércitos, levantaba los templos y daba forma a los suntuosos atributos funerarios de las tumbas de la realeza, que se vestirían en la otra vida; por otro lado, los mineros que se encargaban de la extracción también eran cautivos nubios. Tutmosis amplió el templo de Ipet-sut (Karnak) y preparó una ubicación nueva para su tumba regia, en el valle de los Reyes. Antes de volver a su palacio persiguió y dio muerte en persona al soberano de Kush, con su propio arco; luego lo colgó cabeza abajo de la proa del *Halcón* y lo dejó descomponiéndose al sol, con una flecha aún atravesada en el pecho.

Tutmosis amaba de todo corazón a su primera esposa, Ahmes. Era su consorte principal y, sin duda, la hija de la pareja, Hatshepsut, creció con la confianza de ser la hija favorita de la esposa favorita de un rey guerrero. Pero el matrimonio que le

vinculaba con la familia real —con Mutneferet, «hija del rey»— no era menos importante. Le había dado un heredero, un joven Tutmosis al que casó con su amada Hatshepsut.

El anciano paladín falleció en 1481, y Tutmosis II le siguió poco después, lo que dejó a Hatshepsut, su medio hermana y esposa, a cargo de un bebé, su hijastro. Hatshepsut, «la más noble de las nobles», asumió la regencia. Fue una mujer excepcional en todo.

HATSHEPSUT: «LA MÁS NOBLE DE LAS NOBLES» Y PRIMERA FARAÓN DE LA HISTORIA

Estaba convencida de que había nacido para gobernar. «Hatshepsut, la Esposa del Dios, rigió los asuntos del país consultando con las Dos Tierras», se lee en una de las inscripciones de su reinado. «La sirven; Egipto inclina la cabeza ante ella.» Pasados siete años se proclamó rey, faraón por propio derecho. Pero no resultaba nada fácil hacer encajar su propio concepto de sí misma con las tradiciones de la realeza masculina, y lo resolvió con una exhibición fascinante de fluidez sexual que en el siglo XXI debería resultar comprensible. Primero se presentó como un varón, como el rey Maatkare, e incluso aparecía vestida como un hombre (aunque a menudo con epítetos masculinos). A veces se presentaba como una mujer hermosa, de rostro ancho e inteligente, pero cuerpo de hombre; en otras ocasiones se la retrata con la falda y el tocado tradicional de los hombres egipcios, pero con pechos. Fue en este período cuando se empezó a recurrir al nombre *peraa* («palacio») para designar también al soberano del país: Hatshepsut fue la primera de estos «faraones».

Adoraba a su padre, y se presentaba como «hija primogénita del rey», pero al mismo tiempo como «hija de Amón»: en origen, la deidad del aire; cada vez más, la divinidad principal; y Amón era también Tutmosis. El padre había declarado que Hatshepsut sería un rey mejor que un hijo varón débil: «Entonces Su Majestad les dijo: “Esta hija mía, Hatshepsut, ¡que viva! La he nombrado mi

sucesora”», se lee en una inscripción del templo funerario de la faraona. «“Que ella mande al pueblo ... ¡Obedecedla!”»

No estaba sola. Tenía como asesor íntimo a uno de los cortesanos de su padre, Senenmut, que ascendió de la oscuridad al cargo de «administrador de la casa de la hija del rey»; era tutor de la hija de Hatshepsut, Neferure, lo que le permitía acceder a la reina. Cuando ella alcanzó la posición de rey, él fue nombrado «sumo administrador de Amón y supervisor de las obras del rey» y de este modo se menciona a sí mismo en las inscripciones de los templos reales.[15]Corrieron rumores de que Senenmut era amante de la reina; en parte es un reflejo de la engreída y sesgada creencia de que detrás de una mujer inteligente tiene que haber un hombre aún más inteligente. Era habitual que los ministros se jactaran de gozar «del amor del rey», pero Senenmut fue más lejos: «Yo penetré en los misterios de la Señora de las Dos Tierras». En el mayor monumento de los dos algún descarado obrero tebano dibujó el grafito de una figura que penetraba por detrás a una mujer esbelta; se cree que se representan las relaciones sexuales de Senenmut y Hatshepsut.

Con la asistencia de Senenmut, Hatshepsut levantó monumentos por todo el imperio, de Nubia al Sinaí. En 1463 a. C. envió una expedición a la Tierra de Dios, el nombre egipcio del Punt, para hacerse con materiales para sus construcciones y sus festejos; entre ellos, incienso, ébano, cosméticos y monos domesticados. Cinco barcos, cada uno con una tripulación de 210 personas (incluidos treinta remeros y los soldados de la Marina) y encabezados por un nubio, Nehsi, el guardián del sello de la reina. En un mundo que ya presumía de contar con unos treinta millones de habitantes existía una ruta comercial regular que bajaba por el mar Rojo hasta África oriental; probablemente también existía otra hacia África occidental, donde, en los siglos posteriores, el pueblo nok creó exquisitas estatuas de terracota y, más adelante, utilizó hornos para producir hierro; por último había una tercera ruta que iba a la India por el Golfo. Nehsi se reunió con los gobernantes del Punt —el rey Parahu y su esposa Ati, de proporciones colosales— y regresaron con incienso y 31 árboles de mirra que la reina replantó

en sus templos.

En Karnak, ya ampliado por su padre,[16]Hatshepsut creó un santuario nacional dedicado a Amón-Ra, el dios asociado a su padre; y añadió un palacio de adobe designado como «el Palacio Real: no estoy lejos de él».[17]

Cuando Tutmosis III creció, se presionó a Hatshepsut para que cediera el poder a su hijo adoptivo-sobrino, al que casó con su hija. Al entrar en los cincuenta sufría artritis, luego diabetes y cáncer (según el análisis de una momia que hace poco se ha identificado como la suya). Llevaba veinte exitosos años en el poder y sin duda contemplaba con reticencia cómo Tutmosis III se convertía en un faraón vigoroso y los cortesanos se iban orientando cada vez más al sol emergente. Después de la muerte de su madre, Tutmosis hizo vandalizar los monumentos que la honraban, pero los éxitos de él no se explican sin ella. Hizo campañas anuales en Canaán y Siria; en total, 18 campañas en las que derrotó al reino sirio de Mitanni y a sus aliados cananeos en Meguidó, donde arengó a sus tropas con estas palabras: «¡Sed firmes, sed firmes! ¡Manteneos en alerta, manteneos en alerta!». Regresó con un botín de 2.000 caballos y carruajes, 1.796 esclavos (hombres) e incontables esclavas, entre ellas tres muchachas sirias que cobraron una importancia especial para él. Los Amosis fueron monarcas grandilocuentes y militaristas, de los que se esperaba que estuvieran a la altura de esta imagen. Amenofis II, hijo de Tutmosis III, fue un modelo de príncipe atlético de un imperio marcial: cabalgaba más rápido que nadie, remaba más enérgicamente que doscientos remeros y sus flechas lograban atravesar un blanco de cobre de un palmo de grosor.

AMENOFIS EL VELOZ, EL DE PUNTERÍA EXQUISITA, EL QUE SUSURRA A LOS CABALLOS Y DOBLEGA A LOS TOROS

Amenhotep (o Amenofis) y otros descendientes reales se criaban en el Palacio Familiar, adyacente al principal, en el que residían el faraón y las esposas del rey. En Egipto el matrimonio era un vínculo sagrado basado en acuerdos pragmáticos, pero se permitía

el divorcio y una exesposa podía volver a casarse. En su mayoría los egipcios no eran polígamos, pero los faraones sí tenían múltiples esposas —encabezadas por la Gran Esposa Real— y miles de concubinas. Las conquistas exteriores incrementaron el número de esposas reales, cuyo santuario estaba dirigido por un Supervisor del Palacio Familiar; junto a este edificio había también una Guardería Real en la que los príncipes y las princesas crecían en compañía de niños plebeyos. La persona de más importancia, para un bebé real, era la «gran enfermera que ha ayudado a alumbrar al dios». Los hijos de esta mujer también crecían con la familia y era fácil que los niños criados en la Guardería Real llegaran a ser ministros.

A las princesas se les enseñaba a tejer, cantar y leer. Nunca se las enviaba al extranjero a casarse con reyes de otros países, pues se tenía una convicción muy firme de la propia superioridad. El Escriba de la Casa de los Infantes Reales enseñaba a los infantes a leer primero el egipcio, con tinta sobre papiro, y luego el cuneiforme babilonio, que era la lengua de la diplomacia. Sus tutores y niñeras —como ha sido tradicional en la historia— partían de una buena posición para convertirse más adelante en asesores de confianza de los futuros gobernantes. Los príncipes cazaban toros, leones y elefantes, y estaban obsesionados con los caballos, introducidos en Egipto por los hicsos. En las inmediaciones de las pirámides de Guiza, el príncipe Amenofis —que «amaba a sus caballos ... nunca cedía en el empeño de educarlos; sabía criar caballos sin igual»— practicaba el tiro con arco y luego salía a cazar: «Su Majestad se presentó de nuevo en los carros. Había abatido toros salvajes, en total: cuarenta». La caza era siempre una formación para la guerra. La vanguardia de su ejército estaba integrada por un cuerpo de cincuenta carros con tres hombres cada uno: un oficial con un arco compuesto, un conductor y un guardia con un escudo.

En su período como faraón, el equinófilo y siempre certero Amenofis II amplió sus dominios hacia el este, hacia Irak; en el Mediterráneo Egipto comerciaba con los pueblos micénicos de Arzawa (Grecia) y Alashiya (Chipre). En 1424 a. C., después de

aplastar a los reyes locales de Kadesh (Siria), mató a siete de ellos en persona y colgó sus cadáveres cabeza abajo. A las tropas se las recompensaba según hubiera sido su cosecha de penes y manos, que depositaban a los pies de los faraones o ensartaban en sus lanzas como pinchos morunos. Después de una expedición siria Amenofis II regresó con unos 750 kilos de oro, 54 toneladas de plata, 210 caballos, 300 carros y 90.000 prisioneros. El sarcástico y exigente Amenofis II solo se conformaba con lo más exquisito.[18]Quien fuera faraón durante veintiséis años dijo: «Si te falta un hacha de oro con incrustaciones de bronce, ¿por qué te vas a conformar con un palo de madera?».

No todo el mundo podía actuar con esta ferocidad de macho. Su nieto Amenofis III se centró en una visión religiosa que transformó Egipto, una visión que compartió con una mujer especial. Hablar de la «sintonía» que existió entre la pareja sería quedarse muy corto.

La señora de Egipto: oro, esposas y diplomacia

Amenofis III, en su adolescencia, se casó con Tiye, entonces de trece años, que sería la mujer más notable de la historia de Egipto. En este caso no era su hermana, sino la hija de un oficial de caballería. La Gran Esposa Real Tiye era diminuta (1,45 m) y de pelo largo (aún lustroso en su momia) y sus retratos destacan su belleza. La pareja estuvo casada treinta y cinco años y Tiye tuvo nueve hijos del rey.

Amenofis fomentó la religión estatal en procesiones de barcas y estatuas, y en sus templos, cada vez más gigantescos, incluyó inscripciones sobre las visitas de Amón-Ra al dormitorio de la Gran Esposa: «El perfume del dios la despertó y ella gritó complacida». Y el dios anunció: «Amenofis se llama el niño que he dejado en tu vientre». Amenofis III era en sí mismo un dios, y Tiye, su compañera divina, entronizada a su lado en las estatuas enormes que los antiguos denominaban Colosos de Memnón. Se la presentaba en plano de igualdad de su esposo y mantenía

correspondencia con monarcas extranjeros, desde Babilonia a los griegos de Arzawa.[19]«Tiye está al corriente de todo lo que he hablado con tu padre Amenofis», escribió el rey Tushrata de Mitanni al hijo de ambos, sugiriendo asimismo: «Te ruego preguntes de mi parte por Tiye». Llegó a escribirle directamente, tratándola de «Señora de Egipto».

Tiye era una potentada, pero la siguiente reina, Nefertiti, sería aún más poderosa; y su esposo, Amenofis IV, fue verdaderamente singular. Si los retratos de la pareja son precisos, fueron excepcionales... y sus excentricidades estuvieron a punto de destruir el imperio.

Las Casas de Hattusa y Ramsés

La manía del sol: Nefertiti y el rey de Hatti

El nuevo faraón, Amenofis IV, tenía una cara extraña, larga y de ojos achinados; la cabeza era prolongada, al igual que el torso, de pechos andróginos, y era barrigón y corto de piernas; al menos así fue como se le representó. Nefertiti, que quizá fuera su prima hermana (sobrina de Tiye), aparece como su igual en todas partes; hay incluso una inscripción que narra cómo mató a cautivos extranjeros en la barcaza real. La belleza de Nefertiti era llamativa, pero no sin cierta peculiaridad: sus estatuas también sugieren que el cráneo era muy prolongado. Esta nueva moda de las estatuas reales ¿es una expresión de la divinidad de Amenofis o él presentaba esta apariencia extraña como una prueba de su divinidad?

El faraón de cabeza de cono estaba abstraído en los temas religiosos al tiempo que el poder de Egipto en Siria se veía amenazado por un imperio emergente. Un rey guerrero agresivo y capaz, Suppiluliuma de Hatti, mandaba sobre una hueste de aurigas excelentes. Su pueblo descendía de los invasores arios y en ese momento dominaba del Egeo al Éufrates. Suppiluliuma, integrante de la dinastía más gloriosa de la época, que gobernó durante casi quinientos años, había aplastado a los reinos griegos, en el oeste; y ahora quiso poner a prueba el poder de Egipto, para lo que asaltó Kadesh, en el norte de Siria.

El faraón no consiguió recuperar Kadesh, pero las guerras liberaron a hordas de *habiru* (bandoleros)[1]que atacaron a los aliados de Egipto en Canaán. «Nos han atacado ... ¡Enviad arqueros!», rogaba Abdi-Heba, rey de una pequeña fortaleza sitiada. «Sin arqueros, ¡el rey perderá las tierras!» Esta fortaleza no

era otra que Jerusalén; es la primera vez en la historia que se menciona.

Mientras los hattis (hititas) se adentraban en Canaán y los *habiru* saqueaban, Amenofis IV puso en marcha una revolución religiosa. Optó por un único dios solar, Atón, y adoptó el apelativo de Ajenatón («Útil para Atón»), mientras que su esposa pasó a ser Neferneferuaten-Nefertiti («Bellos son los Gozos de Atón»), y todos los demás con nombre de Amón tuvieron que cambiarlo por el de Atón. También fundó una nueva capital, Ajetatón («Horizonte de Atón»), situada entre Menfis, la antigua capital, y Tebas.[2]La nueva teología —conocida con el siniestro nombre de «la Enseñanza»— degradó no solo a Amón, sino a todos los demás dioses populares tanto entre la élite como entre el pueblo, para ensalzar en cambio a un único dios. Es posible que esta idea influyera en los autores de la Biblia y las religiones posteriores. Incluso la palabra *dioses* quedó reducida a su forma en singular. La asociación divina de Ajenatón y Nefertiti se acompañaba de una intimidad plácida: se los muestra en grabados con tres niños en la falda, iluminados por los rayos del divino sol, unidos a ellos. Es la primera aparición de una familia nuclear como declaración político-religiosa.

En 1342, esta familia real protagonizó un espectacular festejo de aniversario «sentados en el gran palanquín de electro para recibir el tributo de Siria y Kush, el Oeste y el Este ... incluso las islas del medio del mar [las islas griegas] les presentaron sus tributos». Los extranjeros no se sintieron impresionados por el culto al sol. «¿Por qué obligan a mis mensajeros a quedarse constantemente en el exterior hasta morir bajo el sol?», se quejaba el rey Ashurubalit de Asiria. El brillo de la estrella estaba a punto de apagarse y con el eclipse ascendería al trono el más famoso de los faraones.

La transición: el Nefertiti varón, la esposa de Tutankamón y el príncipe de Hatti

Se nombró a un nuevo cofaraón, un varón, Neferneferuaten-

Nefertiti, que probablemente era la reina en transición al papel de rey hombre. Pero el culto al sol dependía de un único hombre y, en 1336 a. C., Ajenatón falleció. Le sucedió un faraón misterioso, Smenejkara, que bien puede ser que fuera la propia Nefertiti vestida de hombre: gobernó con Meritatón (su propia hija) como Gran Esposa del Rey. Pero los cortesanos estaban furiosos por el culto solar y los cuchillos estaban desenvainados; Nefertiti murió, quizá la mataron. La sustituyó un hijo de Ajenatón con una de sus esposas secundarias, un niño de nueve años llamado Tutankatón (o Tutanjatón), «Viva Imagen de Atón», al que se apresuraron a casar con otra de las hijas de Ajenatón y Nefertiti, Anjesenpaatón.

La desaparición de Nefertiti fue preludio de una contrarrevolución que deshizo lo renovado por los atonistas y restauró en el panteón a Amón-Ra. La capital volvió a Menfis, la ciudad nueva se abandonó, Tutankatón adoptó el nombre de Tutankamón, y su esposa, el de Anjesenamón.

El faraón no era especialmente alto (1,67 m) ni fuerte. Tal vez se fracturó una pierna en un accidente de carro; padeció de malaria y se cree que era bastante irascible. Pasó a consultar «con Amón», en la práctica: sus asesores, los poderosos Ay (su tío abuelo) y Horemheb, el general en jefe, que se jactaba de que Tutankamón lo había ascendido a «Señor del País». Según el niño faraón, «los templos de los dioses y las diosas se estaban derrumbando», pero él mismo se había ocupado de «ordenar el caos». El faraón y su esposa eran medio hermanos, la reina era apenas una adolescente y dos hijas nacieron muertas (sus momias diminutas se enterraron al lado de su padre: las pruebas de ADN han demostrado la paternidad de Tutankamón). El faraón se enfrentaba al avance imparable de Suppiluliuma, el rey de Hatti. «Si se enviaron ejércitos hacia el este, no tuvieron éxito», reconoció Tutankamón. Envió un ejército al norte y los carros de Suppiluliuma lo aplastaron.

Tutankamón murió en 1322, a la edad de diecinueve años; no sabemos con certeza si por efecto de la malaria, de alguna otra infección o de un asesinato. Pero su tumba no estaba lista, por lo que el ajuar funerario fue ínfimo en comparación con los tesoros

preparados para los reyes que morían según lo esperado, ya entrados en años.

Únicamente quedaba con vida una persona de la Casa de Amosis: la reina Anjesenamón. A sus diecinueve años (los mismos que su esposo) se hallaba sola en una corte cruel, a merced del tío abuelo Ay, que maniobraba para casarse con ella y ocupar con ello el trono. Horemhem, el «Supervisor de los Ejércitos», afirmaba que se le había elegido a él como heredero; pero estaba de campaña en Siria. Con una decisión desesperada, la hija de Nefertiti buscó amparo en la otra gran dinastía.

El gran rey Suppiluliuma estaba en guerra, sitiando Karkemish (Turquía). En una carta incluida en *Las gestas de Suppiluliuma* —una narración escrita por su heredero y recuperada entre las ruinas de Hattusa—, la reina adolescente Anjesenamón escribió: «Mi esposo ha muerto y no tengo hijo. Dicen que tenéis muchos hijos. ¿Quizá queréis darme a uno de vuestros hijos por marido? No quisiera casarme con uno de mis súbditos [en referencia a Ay] ... Tengo miedo».

Suppiluliuma envió en efecto a un hijo, el príncipe Zannanza, que emprendió el camino de Egipto a través de Canaán. Pero llegó demasiado tarde. El viaje fue muy lento; el viejo ministro Ay fue aclamado faraón y se casó con la joven reina mientras Zannanza estaba en camino. No sabemos qué ocurrió; sin duda Horemheb lo interceptó y asesinó. El faraón Ay no olvidó este favor. Desconocemos cuándo murió Anjesenamón, pero Ay falleció pronto y el trono recayó sobre Horemheb.

Suppiluliuma se encolerizó («oh, dioses, ¡qué me ha hecho el pueblo de Egipto!») y envió a sus carros al asalto de la Canaán egipcia. Pero los soldados y sus cautivos trajeron consigo una epidemia —siempre un síntoma de un mundo interconectado— y, en 1322, la pandemia acabó con la vida de Suppiluliuma y el príncipe heredero. Su reina, la dominante *tawananna* babilónica, quedó al mando de un imperio acosado por las rebeliones. En 1321 Mursili II, hijo de Suppiluliuma, se lamentaba: «¿Qué habéis hecho, dioses? Habéis permitido que la plaga entre en Hatti, todo el mundo se muere». La pandemia diezmó la capital, Hattusa. Del

caos de Egipto y Hatti emergieron dos potentados que ahora se enfrentarían entre sí, en la más colosal de las batallas del mundo antiguo.

El día empezó con una sorpresa.

El choque de los aurigas: Ramsés y Muwatalli

En mayo de 1274 a. C., al norte de Kadesh, Ramsés II —el joven monarca de una nueva dinastía, a la sazón de veinticinco años, con 1,70 m de altura, piel clara y pelo rojizo y ondulado— salió de su campamento montado en un carro de oro, con toda la panoplia, en cabeza de más de veinte mil soldados organizados en cuatro divisiones. Su misión era reconquistar Kadesh, una ciudad amurallada y rodeada de agua. Pero la maniobra real se asemejaba más a un desfile de ocio que a un avance vigilante.

La captura y el interrogatorio de dos beduinos confirmaron que el ejército hatti del rey Muwatalli se hallaba a unos doscientos kilómetros, en las inmediaciones de Alepo. Más cerca de su base principal, el gran rey de Hatti desplegaba a una fuerza mucho mayor, de 47.500 hombres, una parte montados en 3.500 carros; pero estaban muy lejos.

Después de vadear el río Orontes los egipcios establecieron un nuevo campamento avanzado para iniciar el asedio. Ramsés, que entonces llevaba justo cinco años en el trono, era un hombre esbelto, sano, aguileño, enérgico y confiado como su padre. La familia era nueva. Horemheb, el general de Tutankamón, no había tenido hijos, y nombró como virrey a un plebeyo, el general Paramessu, al que luego ascendió a «hijo del rey». Paramessu adoptó el nombre de reinado de Ramsés, pero fue su hijo Seti —otro general duro y atlético, cuya momia aún impresiona— quien restauró el imperio con su vigor de advenedizo. Mientras su padre aún vivía Seti ya asaltó la costa de Canaán —donde obligó a los gobernantes del Líbano a que le cortaran madera para su armada— y luego tomó Kadesh. Pero los hattis, comandados ahora por el equipo impresionante de Muwatalli y su hermano Hattusili, nietos

de Suppiluliuma, la recuperaron.

Cuando Ramsés II sucedió a su padre adoptó como nombre de trono el de Usermaatra (Ozimandias) y eligió Kadesh como prioridad. Era un hombre ostentoso y narcisista, que hizo grabar su nombre en más monumentos que ningún otro faraón. Ya había empezado a construir una capital, Per-Rameses («Casa de Ramsés»). Los obreros que construían sus tumbas vivían en una aldea específica de Deir el-Medina, orgullosos de su especialidad: «Soy un artesano», escribió uno de ellos, «que sobresale en su arte a la vanguardia del conocimiento». En sus obras, Ramsés encarnó la definición última de lo faraónico.

Con un dominio magistral del arco y los carros, Ramsés empezó por derrotar a los piratas *sherden*, que estaban asaltando el Mediterráneo oriental. Luego se concentró en Kadesh.

Mientras Ramsés instalaba su campamento, los espías de Muwatalli los vigilaban; pero los egipcios los descubrieron y apresaron, y la tortura reveló noticias alarmantes: los hattis estaban muy cerca, preparados para atacar. Ramsés se enfureció con la incompetencia de sus generales. Tomó el mando en persona, alejó a los príncipes reales de la zona de combate y envió a su visir a traer la división de Ptah. Antes de que estuvieran listos, los hattis los emboscaron y sus carros abrieron una brecha en la división de Amón, dirigida por Ramsés, quien envió la señal: «Su Majestad se ha quedado solo». Luego atacaron la división de Ra mientras cruzaba el río. Miles de carros chocaron unos contra otros. A las órdenes de Muwatalli, los carros de Hatti rompieron las líneas enemigas aprovechando su mayor ligereza; los egipcios se dieron a la fuga. Fue una batalla desesperada en la que el propio faraón, que disparaba el arco desde su propio carro, habría perdido la vida de no haberle rescatado la intervención de la guardia griega, con sus cascos de cuernos y su habilidad con la espada. No hay razones para dudar de Ramsés cuando afirma que se libraron del peligro gracias a su personalidad. Tuvo suerte. Los hijos de Hatti habían empezado a saquear el campamento faraónico; cuando los egipcios recibieron refuerzos, justo a tiempo, Ramsés empezó a dar órdenes desde su carro y sus tropas se reorganizaron, contraatacaron y

obligaron a los hombres de Muwatalli a retirarse.

Cuando la noche caía sobre el campo de batalla llegaron las últimas divisiones egipcias, que consolidaron las líneas. Al amanecer los dos reyes ordenaron a sus tropas, ya tocadas, que libraran un combate frontal feroz, que no obstante acabó en tablas. Ramsés ordenó replegarse a sus hombres; Muwatalli ofreció negociaciones. Sin embargo el rey de Hatti había vencido, pues Kadesh seguía bajo su control. Al regresar a su país Ramsés transformó el pandemonio desesperado de la emboscada hatti en una leyenda heroica. En no menos de cinco monumentos masivos presentó la batalla de Kadesh como un triunfo.[3]

Ramsés compartió esta gloria con una persona: su «gran esposa» Nefertari, que pasó a interpretar un papel especial a la hora de acordar la paz entre enemigos.[4]Al mismo tiempo, en China, una reina dirigía sus ejércitos de carros en los combates.

Reinas guerreras: la dama Hao de Shang, Puduhepa de Hattusa y Nefertari de Egipto

Mientras los aurigas de Ramsés y Muwatalli se enfrentaban en Siria, el nuevo armamento había llegado al noroeste de China, donde Wuding heredó el reino que su familia, los Shang, había ido construyendo durante varios siglos en torno del río Amarillo. La leyenda nos habla de un rey chino anterior, Yu, «que controlaba las inundaciones» del río Amarillo; pero en la realidad la historia empieza con los Shang.

Wuding, el 21.º de su linaje, era un rey guerrero que hacia 1250 a. C. expandió la influencia Shang mediante conquistas y matrimonios: entre sus 64 esposas, muchas eran princesas de feudos sojuzgados. En la casa destacó una esposa favorita, Fu Hao, que ascendió a comandante y suma sacerdotisa. Wuding amplió sus territorios al noreste de China, donde combatía con otros feudos, pero también con los pueblos septentrionales, los *guifang* («demonios de la frontera»), de quienes había aprendido las artes

de la ballesta y el carro. Al frente de una sociedad agrícola que también producía artesanía de bronce, armamento y seda, los Shang gobernaban desde Yin (en las inmediaciones de Anyang, provincia de Henan) con la ayuda de escribas que utilizaban la forma conocida más antigua de la escritura china, de la que deriva la lengua actual. Adoraban a un dios supremo —Di, al que quizá se tuviera por antecesor sagrado de los Shang—, así como a un panteón de divinidades menores; también veneraban a los antecesores, con el papel de intermediarios; y consultaban cada día a adivinos de la corte que recurrían a la *escapulimancia* —la lectura de las señales que aparecían en caparazones de tortuga u omóplatos de buey quemados— con el fin de dar respuesta a todos los temas esenciales de la vida, desde la inminencia de desastres naturales a cuestiones de salud, cosechas y familia.

Los adivinos interpretaban las fisuras de los elementos quemados y escribían sus comentarios en los huesos mismos; se han preservado por miles. La escapulimancia ayudaba a la gente a lidiar con un mundo peligroso e impredecible; pero las adivinaciones resultaban de una vaguedad frustrante.

Las guerras se libraban en parte para capturar a personas para los sacrificios humanos con los que se aseguraba la serenidad en la vida de ultratumba. Los Shang —contemporáneos de Ramsés, en Egipto—[5]eran enterrados en una necrópolis familiar, de tumbas talladas en el suelo de *loess*, donde se depositaban asimismo armas y artefactos de bronce. «Ofrendas para Da Ding, Da Jia y Zu Yi: cien copas de vino, cien prisioneros *qiang*, trescientas cabezas de ganado», se lee en una inscripción. Cuando moría un potentado Shang, cientos de personas perdían la vida para ser enterradas a su lado.

La dama Fu Hao, mencionada en 170 huesos oraculares, quizá iniciara su carrera como adivina de la corte, pero se convirtió en la pareja del rey y comandante de sus tropas. Antes de ascender a la dama Hao el rey también pidió vaticinios, que confirmaron lo acertado de la decisión. Hao venció en cuatro campañas sucesivas, en su mayoría contra bárbaros; a su muerte, cuando contaba treinta y tres años, fue sepultada con 16 esclavos sacrificados y sus

mascotas favoritas: seis perros.[6]La defunción supuso un grave disgusto para el rey, que no dejó de solicitar sus consejos, ya de ultratumba.

En 1045, se dice que los Shang resultaron destruidos por su propia corrupción y perversiones: al rey Zhou de Shang y su esposa Daji les gustaba navegar en un lago de bebida, en barcas de paseo en las que retozaban con las concubinas mientras diseñaban torturas crueles para sus enemigos; la peor era el «tormento del cañón ardiente», que consistía en freír vivas a las víctimas sobre metal al rojo vivo. Sin embargo es probable que estos excesos sean la propaganda de otros Zhou, una dinastía emergente del oeste, que los derrotaron: en la batalla de Mu fueron vencidos por el rey Wu de Zhou. La pareja Shang se suicidó entre las ruinas de su palacio en llamas y Wu persiguió a la familia y los soldados de la dinastía caída. Reunió 177.779 orejas y luego, entre rituales de cánticos, flautas y campanas, «decapitó y sacrificó al pequeño príncipe heredero, al señor del caldero [y] los líderes de sus cuarenta familias», y les cortaron la cabellera. La familia Zhou estuvo gobernando durante varios siglos y desarrolló la primera burocracia: el Gran Secretariado. Cheng, el hijo de Wu, se vio acosado por unos nobles rebeldes, pero le rescató el raro fenómeno de un tío benigno, el *gong* (duque) Dan de Zhou.

Cuando Cheng llegó a la mayoría de edad el duque de Zhou le cedió el poder y, más adelante, definió el gobierno responsable y la idea del Mandato Celestial: si una dinastía gobernaba bien, aseguraría el orden con la bendición de los cielos; pero si abusaba de su poder, se le retiraría el Mandato y otra dinastía ocuparía su lugar.

Volviendo a Siria, un tío menos virtuoso, Hattusili, usurpó el trono de Hatti de manos de su sobrino. Después de ocupar Dimasqu (Damasco) se detuvo a rezar en un santuario de Ishtar, donde conoció a la hija del sacerdote, con la que se casó. Puduhepa es una de las primeras mujeres poderosas cuya voz podemos escuchar. La guerra contra Egipto siguió activa hasta que el rey Hattusili y la reina Puduhepa negociaron un tratado de paz con Ramsés —el primer tratado conservado— que, como tantos otros

repartos de la historia hasta nuestros mismos días, separó Canaán de Siria. También se acordó un matrimonio interdinástico. Por la parte de Hatti, quien se encargó de buena parte de las negociaciones fue la reina Puduhepa. Mientras tanto su marido galopaba hacia el oeste para fustigar a un reino vasallo, el micénico de Ahhiyawa. La disputa surgió en torno de un pequeño aliado de Hattusili: la ciudad de Wilusa, también conocida como Ilión o Troya.

En 1250, Hattusili entabló negociaciones con Tawagalawa (Etéocles), el rey de Ahhiyawa. En una carta que solo se ha preservado parcialmente escribió: «Ahora que hemos llegado a un acuerdo sobre Wilusa, por la que fuimos a la guerra...». La datación se puede corresponder aproximadamente con una guerra en la que los troyanos, con el soporte de sus aliados hattis, combatieron contra los micénicos, quizá descendientes de los invasores arios. Tenían la base en Micenas, en el Peloponeso, y estaban gobernados por reyes aristocráticos que, cuando no se entregaban a la guerra con sus carros y espadas, festejaban alegremente en los inhóspitos salones de sus fortalezas. En esta época adoraban a diosas y dioses, y a sus cadáveres, marcados por las cicatrices del combate, se les daba sepultura con espadas de bronce y máscaras de oro. Pero también eran mercaderes euroasiáticos.[7]

La guerra concluyó con un incendio destructor, según se ha confirmado en las excavaciones arqueológicas de Troya. El respaldo de Hatti explica por qué la pequeña Troya pudo plantar cara a toda una coalición griega. Pero las cartas hattis dan a entender que la «guerra de Troya», celebrada posteriormente en *La Ilíada*, si en realidad llegó a ocurrir, fue tan solo un episodio secundario de la larga batalla de Hatti por someter a los griegos.

Quince años después de Kadesh, Ramsés II y Hattusili III firman una «Paz Eterna» en la que se comprometen —ellos y la reina Puduhepa, que también la suscribe— a «una gran paz y una gran hermandad entre ellos para siempre». Puduhepa no solo medió entre los muchos descendientes que el rey tenía con las concubinas, ofició en festejos religiosos y dictó sentencia en disputas legales, sino que también —con una característica

exhibición de agudeza, sarcasmo y altivez— negoció el matrimonio de su hija con Ramsés. Nefertari le envió a su «hermana» un collar de oro, de doce vueltas, y un lujoso vestido teñido. Pero el estilo de Puduhepa, a la hora de negociar con Ramsés, era especialmente franco.

«Hermana mía, me habías prometido darme [en matrimonio] a tu hija», escribió Ramsés. «Así me lo escribiste. Pero la retienes contigo y estás enojada. ¿Por qué?»

«En efecto, he retenido a mi hija», contestó Puduhepa. «Y sin duda aprobarás mis razones. La casa del tesoro de Hatti ha ardido [incendiada por los rebeldes]», dijo y pasó a burlarse del faraón: «¿Acaso mi hermano no posee nada? ... Mi querido hermano, pretendes enriquecerte a costa de mí. Eso no es digno de tu reputación ni de tu condición». Nadie más en el mundo se habría atrevido a hablarle así a Ramsés el Grande. Luego Puduhepa ensalzó las virtudes de su hija: «¿Con quién podría comparar yo a la hija del cielo y de la tierra, la que le daré a mi hermano?», dijo, aunque añadió: «He hecho que sea superior a todas las otras hijas de los grandes reyes».

En 1246 a. C., Ramsés y Puduhepa estaban listos. «¡La situación es verdaderamente maravillosa!», exclamó Ramsés. «El dios del Sol y el dios de la Tormenta, los dioses de Egipto y Hatti, han otorgado la paz eterna a nuestros dos países!» Puduhepa se puso en camino, acompañada de su hija y de un séquito con un tesoro de «oro, plata, mucho bronce, esclavos, caballos sin límite, vacas, cabras, carneros incontables». Puduhepa se despidió de su hija en la frontera y, desde entonces, Ramsés «la amó por encima de todo»; pero cuando no llegaron los hijos, el rey de Hatti culpó a Ramsés. «No has engendrado a ningún hijo con mi hija. ¿Es posible?», protestó Hattusili. Pero teniendo en cuenta que Ramsés ya había engendrado a más de un centenar de hijos, parece una calumnia sin más fundamento. En el apogeo de sus respectivos imperios, los supermonarcas se planteaban organizar una cumbre. «Aunque nosotros dos, los Grandes Reyes, somos hermanos, nunca nos hemos visto en persona», reconoció Puduhepa. Acordaron verse en Canaán, pero la cumbre no llegó a celebrarse. Hattusili

debía enfrentarse a numerosos desafíos, del Egeo al Éufrates, y Ramsés gobernó durante un tiempo excesivamente largo: sesenta y siete años. Murió a los noventa, deformado por la artritis y torturado por los problemas dentales (según ha revelado su momia). En ese momento su hijo mayor tuvo que responder a ataques en todas sus fronteras, pero en especial en el Mediterráneo,[8]donde todas las potencias empezaban a enfrentarse a una catástrofe. Se desconoce qué la causó, aunque es probable que fuera la sincronía de cambios climáticos, desastres naturales, pandemias, codicia y una implosión sistémica que provocó movimientos en estepas remotas. En respuesta, unos asaltantes marítimos —quizá griegos— cayeron sobre las ciudades ricas del Mediterráneo y Asia occidental. Los egipcios los llamaron Pueblos del Mar, pese a que también llegaron por tierra. Vestían nuevas corazas de hierro y, en las piernas, grebas; manejaban espadas afiladas y escudos resistentes, con el metal fortalecido por la fusión de mineral de hierro y hierro meteórico. Ya hacía mucho tiempo que se conocía el hierro. Es probable que el proceso de fusión se hubiera ido desarrollando con lentitud en una multiplicidad de lugares; se habría iniciado en la India y habría llegado a Europa y África a través de los refinados herreros de Hatti.[9]

Egipto y Hatti no se quedaron de brazos cruzados. Tudaliya IV, hijo de Hattusili, atacó a los asaltantes en Alishiya (Chipre), pero pronto tuvo dificultades para contener el apocalipsis. «Si no queda nadie para uncir los caballos», escribió Tudaliya, desesperado, «tendréis que multiplicar vuestro apoyo. Si el auriga salta del carro y el servidor huye de la cámara, si ni siquiera un perro resiste en su lugar, tenéis que apoyar a vuestro rey con mucha más firmeza.» En Egipto Ramsés III afirmó haber derrotado a los invasores en el delta del Nilo y celebró el triunfo con un palacio-templo de proporciones colosales —la Mansión de un Millón de Años del Rey Ramsés—, en la que se muestran, amontonados a los pies del rey, los penes de los enemigos. Pero a los constructores de su tumba, que vivían con sus familias en el pueblo de artesanos y obreros de Deir el-Medina, se les dejó de pagar; se negaron a seguir trabajando e hicieron una sentada en los

templos. Fue la primera huelga de la historia.

«Los bárbaros conspiraban en sus islas y ninguna tierra podía resistir contra su armamento», escribió Ramsés III. La familia del faraón se desintegró; Egipto cayó en manos de caudillos libios; Hatti se desmoronó; en Europa, los celtas ganaron terreno hacia el este; en el Mediterráneo, pueblos de lengua griega se asentaron en las costas del Egeo. En Asia occidental los pueblos semíticos (en muchos casos, hablantes de arameo) fundaron nuevos reinos: en la costa de Canaán prosperaron las ciudades comerciales; en el interior formaron un reino alrededor de Damasco; más al sur se estableció otra tribu semita, que hablaba una antigua variedad del hebreo, que dio origen a un pueblo que se daba a sí mismo el nombre de Israel. Es posible que ya adoraran un concepto peculiar: una sola deidad que no ubicaban en un templo concreto, sino que viajaba con ellos en un santuario móvil.[10]En todo caso se trata de pueblos minúsculos. El caos general creó igualmente una oportunidad para que una ciudad del norte de Irak construyera el primer imperio que dominó toda Asia occidental: la ciudad era Ashur y las crueldades espectaculares de Asiria aterrarían al mundo conocido.

Los faraones nubios y los grandes reyes de Ashur: la Casa de Alara frente a la de Tiglath-Pileser

Tres reinas: Jezabel, Semíramis y Atalía

En 853 a. C., en Qarqar (norte de Siria), los reyes de Israel y otros diez reinos se preparaban para combatir contra el monarca más poderoso de su tiempo, Shalmaneser III de Asiria, que avanzaba hacia ellos y amenazaba con destruirlos.

Ashur (o Asur) era una ciudad antigua, fundada hacia 2600. En el zigurat y el templo se adoraba al dios de ese mismo nombre —Ashur— y se coronaba a los reyes asirios. Durante mucho tiempo Asiria había sido una ciudad-estado secundaria en una región dominada por Acadia y Babilonia; pero hacia 1300 sus reyes, que descendían de la figura semimítica de Adasi, empezaron a conquistar el norte de Irak. Aunque Hatti y Babilonia habían frenado su expansión, Asiria —Assurayu en la lengua asiria, que era un dialecto del acadio— aprovechó las incursiones de los Pueblos del Mar para hundir a las dos potencias: Shalmaneser aplastó al rey de Hatti, cuyo imperio se había debilitado fatalmente por los ataques de los nómadas kassitas (casitas); Hattusa se abandonó. El rey asirio apresó al rey babilonio y «caminé con mis pies sobre su cuello señorial como quien pisa un escabel»; luego asaltó el reino de Elam (Irán), invadió Arabia, se apoderó de diversos depósitos en Dilmun (Bahréin) y Meluhha (India), y se hizo llamar Rey de los Mares Altos y Bajos y Rey de Reyes. Después de acceder al poder en 1114, Tiglath-Pileser I, tentado por las riquezas de Canaán, saqueó los reinos de Damasco y Tiro, Sidón y Beirut, y lo celebró, según su propia declaración, arponeando un

«caballo de mar» —sin duda, una ballena— en el Mediterráneo. Cuando Asiria se debilitó por las peleas de los herederos, un pequeño pueblo del sur de Canaán no desaprovechó la ocasión de ampliar su propio reino.

Hacia 1000 a. C., los israelitas vivían unidos bajo reyes electos, primero Saúl y luego David, un caudillo militar que se había labrado un nombre combatiendo contra las tribus costeras de los filisteos. David, cuya existencia como fundador de un reino llamado Casa de David está confirmada históricamente por el hallazgo de una estela en Tel Dan, eligió como capital un pequeño bastión y santuario cananeo: Jerusalén. En el monte Moriá, Salomón, hijo de David, levantó un templo para el dios único que los israelitas —que sentían desprecio por Baal y el panteón de los dioses cananeos— tenían la particularidad de adorar. No hay pruebas históricas de la existencia de Salomón, fuera del texto de la Biblia,[1]pero en cambio abundan las noticias sobre el Templo judío que estaba en pie poco después. El reino unido de los israelitas no tardó en dividirse. La Casa de David gobernó en la parte meridional, Judá (o Judea), de donde obviamente procede la palabra *judío*; su centro era el Templo de Jerusalén, de especial riqueza (por ello fue saqueado por uno de los faraones libios de Egipto, que lo menciona en sus inscripciones). La parte septentrional de Canaán la controlaba un reino más extenso y formidable, Israel. El general Omri se alzó con el trono, fundó una nueva capital, Samaria —de cuyo espléndido palacio se han encontrado artefactos de marfil— y la convirtió en un poder regional. Omri construyó su propio templo, conquistó Moab (al este del Jordán) y casó a su hijo Ahab con una princesa de Sidón: Jezabel.

Israel estaba cerca de los cananos y sus ricas ciudades costeras, como Tiro, Biblos y Acre (Líbano/Israel), que comerciaban con tinte púrpura, madera de cedro, marfil labrado y ébano (importados de África), y artefactos de vidrio; en esta época se hallaban unidos bajo el mando de un rey sacerdote, Ithobaal de Sidón, padre de Jezabel. Los cananos —conocidos también como fenicios—[2]adoraban a Baal, Astarté y otros dioses, y viajaban en

barcos impulsados por remeros esclavizados. Ya estaban fundando colonias en Sicilia, Cerdeña o Cádiz, donde mercadeaban y buscaban nuevas fuentes de hierro, latón y plata; llegaron incluso a las costas del Atlántico, donde fundaron Mogador, en Marruecos. Entre tanto difundieron su lengua escrita, un alfabeto de 22 consonantes, al mismo tiempo que los tirios fundaban su Nueva Ciudad, Qart Hadasht o Cartago (Túnez). Los reyes asirios decoraban sus palacios con los marfiles cananeos; el palacio de Omri en Samaria estaba lleno de tesoros y grabados de marfil canano.

El matrimonio de Ahab con Jezabel vinculó a la familia de Omri con esta sofisticada red euroasiática, muy alejada de los sacerdotes puritanos de la remota Jerusalén. Muchos de los logros que la Biblia atribuye a Salomón podrían describir a Omri, quien construyó el puerto fortificado de Tel Jeleifah, en el mar Rojo, entre Elat y Áqaba. Comerciaba con especias y marfil, pasando por el reino de Saba (o de Sheba, en Yemen/Eritrea), con África, Arabia y la India. Pero a la muerte de Omri, en 873, Ahab y Jezabel tuvieron que enfrentarse a una amenaza inminente. Asiria estaba de regreso.

En sus estelas, Shalmaneser III aparece aferrando una maza real, provisto de la corona, la vestimenta y la barba larga y trenzada de los monarcas asirios, y favorecido por la bendición de su dios Ashur. Reconquistó Irak, atacó Persia —jactándose de haber recibido el tributo de los *paruwash*, en lo que es la primera referencia conocida a los persas— y luego dirigió la mirada hacia el oeste, exigiendo tributos a los israelitas y los cananos.

Ahab de Israel y Hadanezer de Aram-Damasco se negaron a aceptar la exigencia del rey asirio y congregaron a sus ejércitos. Se les unieron mil camelleros del rey Gindibu de los árabes; es la primera noticia histórica de los árabes y el primer uso documentado de los dromedarios en combate.[3]

Shalmaneser emprendió la marcha hacia el sur. Judíos y árabes, arameos y fenicios desenvainaron las espadas.

El asirio Tiglath-Pileser y su familia, conquistadores universales

Shalmaneser, que aquel día reunió a cien mil combatientes, derrotó a la alianza de israelitas, arameos y árabes, causando la muerte de unos catorce mil. Pero tuvo que regresar hacia su país para sofocar una rebelión. En cuanto se marchó, los aliados se distanciaron de nuevo. Ahab retomó la alianza con sus compatriotas de Jerusalén —y casó a su hija Atalía con el heredero jerosolimitano—, pero murió a manos de Hadanezer. Aunque Jezabel supervisó la sucesión de su familia en Jerusalén y Samaria, en 825 «Jehu de la Casa de Omri» (como lo llamaban los asirios) asesinó a los dos reyes y luego atrapó a la reina madre Jezabel en su palacio samaritano. Jezabel amilanó los rebeldes, pertrechada con todas sus joyas y su panoplia real; pero tres eunucos de la corte, sobornados por los rebeldes, lograron lanzarla por la ventana. Jehu pateó a la reina con su caballo, hizo despedazar el cadáver por unos perros y rindió tributo a Shalmaneser.

La única superviviente de esta masacre familiar fue la reina madre Atalía de Judá, que se hizo con el poder en Jerusalén y rigió de pleno derecho como muestra del fenómeno —no poco raro en la historia— de las reinas reinantes. Pero Atalía, como su madre Jezabel, era una megalomaníaca homicida que masacró a la familia real para conservar el poder. Solo un príncipe davídico logró esconderse de los asesinos y, cuando se supo que seguía con vida, los cortesanos acabaron con la vida de Atalía. Israel era un vasallo de Asiria, pero la diminuta Judá sobrevivió, y en cambio Asiria se tambaleaba.[4]

En 754 Urartu —un reino de montaña famoso por la ferocidad de sus soldados y la excelencia en la artesanía del bronce, situado en las montañas del noroeste de Irán, Azerbayán y Armenia— derrotó a los asirios. El hundimiento parecía definitivo pero un hombre lo cambió todo: el príncipe Pulu, que gobernaba la capital asiria de Kahlu (Nimrud). En 745 adoptó el nombre de Tiglath-Pileser III y creó una nueva Asiria: redujo el poder de una nobleza demasiado crecida y reclutó tanto a un ejército profesional como a

especialistas auxiliares, que financiaba con una eficiente recolección de impuestos dirigida por un gabinete de siete miembros. Sus órdenes —marcadas con el sello imperial del rey que daba muerte a un león— viajaban por los caminos reales portadas por mensajeros especiales. Tiglath-Pileser era voraz e incansable y estaba siempre en movimiento; domeñó Babilonia, flageló Elam, ascendió con sus hombres a las montañas para derrotar a Urartu[5]y venció asimismo a una reina árabe. Cuando Damasco e Israel sitiaron Jerusalén, el rey Ahaz de Judá tuvo la imprudencia de solicitar la ayuda de Tiglath-Pileser: «"Soy tu servidor ... Ven a salvarme", dijo. Y el rey de Asiria acudió».

Tiglath-Pileser convirtió a Judá en su vasallo y redujo Israel al mínimo. En 727 el rey israelita adoptó una solución desesperada, con la intención de escapar del dominio asirio: apeló a los egipcios. Pero los faraones habían perdido su relevancia y lo inimaginable estaba a punto de suceder: Kush estaba a punto de tomar Egipto.

Alara de Kush: el primer imperio africano

En 727 a. C., Piye, el rey de Kush, entró al galope en Egipto. Hacía varios siglos que Kush existía al sur de Egipto, en paralelo como civilización fluvial. Hacia 800 un gobernante local —Alara, que más adelante adoptó el título de rey— había creado un reino unido con capital en Napata, una ciudad fundada por Tutmosis III. Napata se hallaba cerca de Yebel Barkal, la montaña de la cobra sagrada, que estaba gobernada por una corte de literatos, con secretarios de los archivos y tesoreros en jefe. Kush alineaba una caballería formidable y a arqueros magistrales. Todo se costeaba con el comercio entre el Mediterráneo, el interior de África y, a través del mar Rojo, la India.

Alara encabezaba una religión híbrida, egipcio-kushita. En origen los kushitas enterraban a sus muertos debajo de túmulos circulares, en el-Kurru (cerca de la capital, Kerma), en compañía de multitudes de parientes o servidores a los que se sacrificaba sepultándolos vivos. Los reyes empezaron entonces a levantar

pirámides para sus entierros; en Sudán aún siguen en pie unas doscientas pirámides, casi el doble que en Egipto. Al igual que los faraones, Alara se dio el título de «hijo de Amón» y se casó con su hermana. Le sucedió un hermano, Kashta, justo cuando la inestabilidad en Egipto (en particular un conflicto en Tebas entre un rey y sus sacerdotes amonitas) obligó a esos religiosos a buscar asilo en Napata, la nueva capital kushita, donde animaron a Kashta a erigirse en el verdadero y legítimo guardián de Amón y de Egipto.

En 760, Kashta asaltó Tebas, obligó a los egipcios tebanos a aceptar a su hija como Esposa Divina de Amón y se proclamó a sí mismo Rey de las Dos Tierras. Kashta y sus herederos afirmaban ser protectores de los dioses antiguos, pero la dinastía nunca se presentó como egipcia: en la estatua que celebra a Amenirdis (hija de Kashta) en Karnak como esposa divina de Amón, la vemos vestida como una egipcia, pero el rostro es inconfundiblemente kushita.

Quince años más tarde, una de las facciones egipcias incitó al rey Piye, hijo de Kashta, a intervenir en Egipto; y en efecto entró en la región y se presentó como el más egipcio de los egipcios, rindiendo un respetuoso homenaje a Amón. Los reyes le prestaron obediencia en Tebas, en calidad de faraón, de lo que Piye presumió en Yebel Barkal. Se casó con una prima y con su propia hermana, y dejó que sus vasallos egipcios se gobernaran en su nombre hasta que los gobernantes de Menfis se rebelaron. En 729 tomó la totalidad de Egipto, liderando en persona el asalto a Menfis. Todos los potentados del Delta se le rindieron y le prometieron «abrir nuestros tesoros y entregar nuestros sementales más selectos y caballos mejores». Piye era un apasionado de las caballerías, más que de las joyas o de las mujeres: «Las esposas e hijas del rey acudían ante él a rendirle sus honores pero Su Majestad no les prestaba atención, sino que se marchaba a los establos a asegurarse de que los caballos no pasaban hambre». En una ciudad que apestaba a cadáveres en descomposición, apenas podía tolerar la más mínima crueldad con los animales. «Más dolor me causa», escribió en su pirámide, en Napata, «que mis caballos tengan

hambre que ninguna mala acción que hayáis perpetrado.» A su muerte fue sepultado en esa pirámide junto con el escuadrón de sus caballos favoritos.

Su hermano Shabaka no se quedó en Napata, sino que se dirigió hacia el norte, donde impuso un gobierno directo y reclamó pureza religiosa quemando vivo a uno de sus opositores. Situó a su hijo como sumo sacerdote y a sus primas como esposas divinas de Amón. En ese momento la Casa de Alara gobernaba toda la extensión de los modernos Egipto y Sudán y controlaba no menos de 3.400 kilómetros del curso del Nilo; fue uno de los imperios africanos más extensos de la historia universal. Los archivos reales de Nínive muestran contactos amistosos entre Shabaka y Asiria, pero como era de esperar, los titanes acabaron enfrentándose. No parecía probable que el nuevo rey asirio, con fama de debilucho, pudiera amenazar a Shabaka. Pero la primera impresión no siempre es la que cuenta.

Se llamaba Senaquerib. Cuando se supo que lo habían nombrado rey, todo el imperio asirio se rebeló y Ezequías, rey de Judá, pidió ayuda a Shabaka.

En 701 el ejército del faraón, integrado por kushitas y egipcios y encabezado por el príncipe Taharqo, el hijo menor de Piye, se dirigió hacia el norte y atravesó el Sinaí al mismo tiempo que Senaquerib se abría paso hacia el suroeste, hacia Jerusalén. Las dos grandes familias, asiática una, africana la otra, estaban a punto de batallar por el mundo.

África contra Asia: Shabaka contra Senaquerib

No era nada fácil ser Senaquerib: su padre era Sargón II, un caudillo victorioso que sojuzgó Chipre, Fenicia y el resto de Israel, emprendió una limpieza étnica en la zona, deportó a Asiria a 29.000 miembros de su élite y luego se dirigió contra Urartu. Con una gesta espectacular, Sargón dirigió el ejército contra el reino de las montañas y luego regresó a su tierra de origen para fundar una capital propia, Dur Sharrukin (Fuerte Sargón), donde se proclamó

Rey del Mundo. Pero un depredador nunca descansa. Ya en la vejez emprendió una última campaña en Tabal (Turquía) en 705 y perdió la vida durante un asalto del enemigo a su campamento. Su cuerpo sagrado se perdió.[6]

Sin duda Senaquerib odiaba al viejo monstruo, pues nunca le ensalzó ni le mencionó siquiera. Pero él poseía la misma grandiosidad atroz de su padre y de su abuelo. Primero la emprendió contra Babilonia, la ciudad-estado de mentalidad independiente donde se adoraba al dios Marduk, cuya bendición no resultaba indiferente a los asirios. Luego Senaquerib siguió su camino destructor hacia el sur y asoló Fenicia y Judá, ciudad a ciudad.

Cuando el Rey del Mundo se acercaba ya a Jerusalén, la Casa de David suplicó a su Dios que la librara del peligro e imploró la ayuda militar de Egipto. El príncipe kushita Taharqo, a la sazón de veinte años, se dirigió a toda prisa hacia Jerusalén.

El príncipe kushita y el rey asirio se encontraron en Eltekeh, cerca de Ashdod; los asirios derrotaron a los kushitas y les hicieron regresar a su país. Senaquerib sitió Jerusalén, pero aceptó retirarse a cambio de un tributo de oro del Templo. Regresó cargado de un botín con el que financiar el embellecimiento de su capital, Nínive, consagrada a Ishtar, diosa del amor y de la guerra. Levantó unas murallas colosales con 18 puertas, decoradas con toros apotropaicos y alados, así como un nuevo palacio. Es sorprendente cuánto podía interesarse por la jardinería un conquistador tan empapado de sangre, pero así era: Senaquerib se enorgullecía de los jardines de la ciudad —irrigados con noventa kilómetros de canales y viaductos que traían el agua de las montañas—, en los de su propio palacio se cultivaban plantas raras y prometió asignarle a cada ninivita un jardín propio. En un mundo amenazado por los malos espíritus la protección sobrenatural era siempre imprescindible. Al igual que las puertas de la ciudad, sus palacios gozaban de la protección mágica de toros alados de cabeza humana, colocados en pareja; estos *lamassus*, de treinta toneladas de peso, eran «maravillosos a la vista», en palabras de Senaquerib. Su ciudad, con 120.000 habitantes, era tan extensa que la moderna

Mosul ocupa tan solo una parte de su territorio.

Con la bendición de haber tenido al menos siete hijos, situó al mayor en el trono de Babilonia; pero una facción babilónica detuvo al chico y se lo vendió al rey de Elam, que odiaba a los asirios y lo ejecutó. La cuestión se tornó con ello personal. «Tomé la cota de malla ... y el casco...», escribió Senaquerib. «Me apresuré a montar en mi gran carro de batalla ... detuve su avance, diezmándolos con flechas y lanzas. Les corté la garganta y segué sus vidas preciosas como el que siega la hierba.» En 689 destruyó Babilonia. «Como las aguas de una tormenta, hice que el contenido de sus gargantas y sus entrañas se arrastrara por la tierra», escribió, con el gozo macabro de los asirios. «Mis corceles hacían cabriolas pisoteando su sangre ... Las ruedas de mi carro estaban ... bañadas de sangre ... Les corté los testículos; les arranqué los genitales como el que arranca pepinos en verano.»

Senaquerib mostró una supremacía extraordinaria, pero una de las ironías típicas del poder es que los reyes del mundo tengan problemas con sus propios hijos.

La depresión de un Rey del Mundo: Asaradón y Taharqo

Senaquerib empezó favoreciendo a uno de sus hijos supervivientes, Ardamullisi, pero luego cambió de opinión y eligió al joven Esarhaddón (o Asaradón): «Este es el hijo que me sucederá». Pero, según el propio Asaradón, «los celos se apoderaron de mis hermanos, que tramaron maldades».

Ardamullisi decidió asesinar a su padre y a su hermano. Destrozó a Senaquerib mientras estaba rezando, despreocupado, arrodillado en un templo de Nínive. Pero aunque Asaradón replicó exterminando a sus hermanos y las familias de estos al completo, para lo habitual en la Casa de Tiglath-Pileser era un blandengue, y sufrió un trauma. Adoleció de pérdida de apetito, fiebres, ampollas y paranoia; lo que hoy calificaríamos de depresión. «¿No basta acaso con un bajón de un día, en el que el rey no coma nada? ¡Este es ya el tercer día!», se lamentaban sus médicos.

En Nínive formó especialmente a su hijo menor, el singular Asurbanipal, que pasó a vivir en la residencia del heredero, la Casa de la Sucesión. «Galopé en puras razas, monté sementales que ardían en deseos de salir», rememoraba Asurbanipal. «Manejé el arco ... Arrojé lanzas temblorosas. Tomé las riendas de un carro e hice girar las ruedas a gran velocidad.» Pero también estudió, pues a la postre incluso en las dinastías más brutales se cultivaba el estudio. «Aprendí ... el conocimiento oculto y secreto de todas las artes del escriba. Soy capaz de reconocer los augurios celestes y terrestres y puedo debatir sobre ellos con una asamblea de eruditos.» Asurbanipal también recibió lecciones de vigilancia y seguridad, en este caso de parte de su abuela Naqia. Cuando su padre Asaradón marchó contra Egipto le tocó guardarle las espaldas. El faraón Taharqo, hijo de Piye, se armaba para recuperar el dominio egipcio sobre Judá.

Al mismo tiempo que este nubio regía sobre la cuna de la civilización, se ponían en marcha unas migraciones que cambiarían el continente. La mayor parte de África hacía tiempo que era dominio de los cazadores-recolectores joisán, pero en la parte occidental (territorios de las modernas Nigeria, Níger y Camerún) los pueblos de lengua bantú cultivaban alubias, sorgo y mijo, criaban vacas y ovejas, forjaban armas de mineral de hierro y comerciaban con el norte. Hacia estas fechas, por razones que probablemente no llegaremos a conocer nunca, los bantúes empezaron a migrar lentamente hacia el sur, se establecieron en las mejores tierras y mataron, conquistaron o se casaron con los joisán, a los que fueron expulsando poco a poco hacia las regiones más marginales. Es probable que sus caudillos conquistaran reinos; pero como no dejaron pirámides o inscripciones del estilo de las kushitas, para seguir su pista solo podemos considerar la extensión de su lengua bantú.

Al norte, Taharqo entrenaba al ejército según las costumbres asirias: en una carrera nocturna de cien kilómetros, «el rey en persona acudió a caballo para ver correr a su ejército y entrenarse con sus hombres en el desierto, detrás de Menfis, en la novena hora de la noche. Llegaron al Gran Lago al amanecer». Luego los guio a

Judá y Fenicia, donde acordó tratados con las dos capitales ansiosas por escapar del yugo asirio, Jerusalén y Tiro.

En 674, Asaradón invadió Egipto. Taharqo le derrotó; pero tres años más tarde Asaradón, después de destruir Tiro, barrió el Sinaí hasta poner sitio a Menfis. Entonces Taharqo se retiró a Kush, dejando tras de sí el tesoro y a sus mujeres. Pero regresó. Ahora bien, si creía que la muerte de Asaradón suponía el fin de sus problemas, se equivocaba. En 667 el joven rey literato Asurbanipal cayó sobre el imperio de Kush: «Hice que Egipto y Nubia sintieran toda la crudeza de mis armas».[7]

Asurbanipal y su abuela: una asociación poderosa

La jefa de seguridad y asesora principal de Asurbanipal era su abuela Naqia. Ella respaldó la sucesión de su nieto y organizó los juramentos de lealtad por todo el imperio. La historia nos habla de mujeres poderosas, pero pocas igualaron a Naqia, que ordenó: «Tanto si los conjurados son hombres barbados, medios hombres [eunucos] o príncipes reales, matadlos y llevadlos a presencia de Zakutu [Naqia] y de Asurbanipal, rey de Asiria, vuestro señor».

Asurbanipal era un erudito que se dedicaba con tanto orgullo a las letras como a las armas, pero el imperio asirio era de un burocratismo sorprendente. Siempre había algún escriba dispuesto a dejar constancia, con su escritura articulada, de los impuestos, los botines, las órdenes reales. Se preservan unas 32.000 tablillas en cuneiforme. Pero Asurbanipal también fue el primer coleccionista de textos: creó una biblioteca de escritos eruditos, consultas oraculares e informes; adquirió otras colecciones en Babilonia, hogar de la alta cultura; despreciaba la tosquedad de aquellos antecesores que no sabían nada de los libros. Ahora bien, por muy delicado que él fuera, la guerra era un elemento ineludible en un Rey del Mundo. Se daba caza a los leones[8]y se cazaba igualmente a las personas.

Asurbanipal se dirigió hacia el este y atacó Elam. Su rey, Teummán, fue abatido por una flecha recibida en la espalda, y

decapitado; la cabeza se llevó a Nínive. Asurbanipal vertió libaciones desde este trofeo mientras los prisioneros desfilaban por la ciudad cargando más cabezas cortadas alrededor del cuello. En el parque de asueto de los monarcas, el rey y la reina principal, Libbali-sharrat, sentados en tronos encarados el uno con el otro, descansaban en fiestas y jugaban a juegos de mesa mientras los sirvientes los abanicaban y regalaban con uvas y granadas; los eunucos oficiaban; los músicos tocaban liras y arpas y se paseaba a leones domesticados. Esta inscripción presenta una escena de esplendor sereno, pero con un toque muy característicamente asirio: la cabeza del rey Teummán cuelga de un árbol próximo al festejo, boca abajo, como un fruto horripilante.

Las victorias de Asurbanipal no aliviaron las tensiones existentes en el seno de su propia familia. Era un fanático del control que interfería en los asuntos del reino gobernado por su hermano, un reino subordinado: «Mi desleal hermano Shamashshumukin, al que yo traté bien y coloqué como rey de Babilonia, echó al olvido la gentileza y planeó maldades». El hermano congregó una alianza de babilonios, elamitas, árabes y arameos, pero, después de cuatro años de guerra, acabó por lanzarse él mismo a las llamas de su palacio. Asurbanipal ordenó cortar o arrancar las lenguas y azotar a los cautivos. En el templo, «entre los colosos, donde habían despedazado a mi abuelo Senaquerib, yo les despedacé como ofrenda al alma de mi abuelo. Sus cuerpos desmembrados los di a comer a los perros, los cerdos y los peces de las profundidades». Elam cayó, pero la guerra familiar debilitó Asiria y las campañas constantes en Irán no lograron extenuar a los dinámicos pueblos de la estepa, que consideraban el imperio de Asurbanipal como una presa ideal.

Justo después de estas victorias Asurbanipal recibió una conmoción desagradable: un ejército de jinetes nómadas, vestidos con pieles de oveja. Eran de origen medo y persa y, encabezados por el kan meda Dia-oku, atravesaron Asiria a caballo hasta las mismas murallas de Nínive. Estos *parsa* (persas) y *mada* (medos) eran los más exitosos entre los pueblos arios de la meseta iraní. Montaban los caballos de Nesea, una raza dura y de poca alzada;

vivían en tiendas (*ger*) portátiles, cuidaban de rebaños de caballos —160.000 animales— y se divertían asaltando poblaciones, festejando, jugando, narrando cuentos y organizando carreras ecuestres.[9]

Para derrotar a estos bárbaros contrató a otros bárbaros, los escitas, jinetes arios que recorrían las estepas de Asia central. El hijo del kan medo no tardó en morir. El hijo de un kan persa, Kurosh —que también se hacía llamar rey de Anshán— envió a su hijo a la corte de Asurbanipal, como rehén. El otro kan persa era Haxámanis (Aquémenes). Mientras estos jinetes greñudos galopaban de vuelta a sus rebaños con la ignominia de una derrota clara, ¿quién habría podido pensar que esos dos kanes serían los progenitores de los grandes persas que luego conquistaron el mundo, Ciro y Darío?

Asurbanipal estaba agotado. «Que el rey se aplique este ungüento que le envío y quizá la fiebre baje», aconsejaba su médico. Cuando Asurbanipal murió —a los sesenta años, después de cuarenta y dos años de guerras y refinamiento—, todo parecía indicar que Asiria mandaría para siempre.

Sin embargo, tan solo quince años más tarde, Nínive cayó y una historia de canibalismo, ciudades en llamas y viñas que nacían en vaginas reales hizo emerger a la familia que gobernaría un imperio por tres continentes.

Acto segundo
100 millones

Aquémenes y Alcmeón: las Casas de Persia y Atenas

Nabucodonosor, su reina y la prostituta de Babilonia

En 612 a. C. los ejércitos de los enemigos de Asiria rodearon Nínive y atraparon al rey Sinsharishkún, hijo de Asurbanipal, dentro de la ciudad condenada. Los doce kilómetros de murallas de la ciudad se reforzaron y las puertas perdieron parte de su gran amplitud; pero las simples dimensiones de esta capital del mundo convertían en misión casi imposible defenderla. Atraídos por las recompensas del gigante paralizado, llegaron nuevos depredadores con la intención de darse un festín con los despojos.

Un potentado babilonio, Nabopolassar, se hizo con el trono, en 626. Con la determinación de recuperar Babilonia Sinsharishkún pidió ayuda a Egipto, pero en 616 Nabopolassar derrotó a los asirios, antaño invencibles.

Sin embargo hizo falta la intervención de la caballería meda. El rey medo Uvaxštra (Ciáxares, en griego) —hijo de Fravartis, al que Asurbanipal había dado muerte— se radicaba en su capital de las montañas, Ecbatana. Esta ciudad contaba con siete murallas circulares y estaba fortificada con bastiones pintados con vivos colores. Mientras él crecía, los escitas se habían apoderado de la mayor parte de Irán. Una vez que estuvo listo para gobernar, Ciáxares invitó a los caudillos escitas a un banquete y, cuando se embriagaron, los mató a todos; luego unió a todas las tribus medas del Irán occidental y se alió con Nabopolassar de Babilonia para repartirse Asiria.

En 612 «el rey de Babilonia movilizó a su ejército, el rey de los medos se le sumó y avanzaron juntos a lo largo del Tigris, hacia

Nínive». El asedio duró tres meses durante los cuales los escitas también se incorporaron al caos. En agosto los atacantes destruyeron los diques y la inundación les permitió abrir una brecha en las murallas. Los combates fueron salvajes; en la Puerta de Halzi se han encontrado esqueletos de hombres y mujeres (e incluso de un bebé) abatidos por las flechas, que pasaron muchos siglos amontonados donde cayeron. «La masacre fue magnífica», refieren las *Crónicas de Babilonia*. «Jinetes a la carga, espadas desenvainadas, lanzas al ataque, caídos incontables, los montones de cadáveres son tantos que hacen tropezar.» En las llamas del palacio pereció también Sinsharishkún, el último representante de la Casa de Tiglath-Pileser.

Nabopolassar se quedó con el reino asirio para su imperio babilonio; Ciáxares, que dos años antes era poco más que un caudillo criador de caballos, extendió sus territorios desde la sede noriraní de su gobierno hacia el oeste, en Turquía. Ciáxares concedió al hijo de Nabopolassar, el príncipe heredero Nabucodonosor, la mano de su hija Amartis. Pero Egipto, el invitado de los asirios, aún tenía algo que decir.

El faraón Nekó remontó a caballo la costa levantina para derrotar a los babilonios. En su camino al norte le desafió Josías, rey de Judá, que veía la oportunidad de lograr una independencia gloriosa; la Biblia dio testimonio de este momento de euforia. Pero Nekó derrotó a los judíos en Meguidó —el origen bíblico del Armagedón— y luego tomó Siria.

En 605, Nabucodonosor detuvo a los egipcios en Karkemish y «les infligió tal derrota que ninguno regresó a su casa». Luego, al saber que su padre estaba moribundo, emprendió el regreso al galope —literalmente, pese al millar de kilómetros de distancia— y veintidós días más tarde fue coronado.

Nabucodonosor dedicó la mayor parte de su largo reinado a sofocar rebeliones; en la costa fenicia se le dio bien, pero en Canaán, no tanto. En 586, Zedekiá de Judá le desafió; Nabucodonosor asaltó Jerusalén, destruyó la ciudad y deportó a la mayoría de los judíos a su propia capital: Babilonia. La ciudad real se convirtió en un proyecto constructivo colosal, pues el rey ordenó

levantar 18 kilómetros de murallas; al interior se accedía por la ingente Puerta de Ishtar, esmaltada en color azul oscurso y decorada con leones de Ishtar, toros de Adad y dragones de Marduk. Por aquí se accedía a la Vía Procesional conocida como «Que los arrogantes no prosperen», y de ahí al templo de Esagila y un zigurat que, bautizado como «La casa que es la frontera entre el cielo y la tierra», era el elemento central de la ciudad. Babilonia, que cobijaba a 250.000 personas —babilonios, escitas, griegos, medos, judíos—, era conocida por sus placeres desenfrenados. Los judíos denunciaron que el rey era un «destructor de naciones» y escribieron libros sagrados con una voz distintivamente monoteísta. Se negaban a desvanecerse como otros pueblos derrotados y soñaban con regresar a su ciudad sagrada, de Sion, bañada por el sol entre el desierto de Judá: Jerusalén. Este anhelo los definió: las religiones y los pueblos se forman a partir de las experiencias de sufrimiento compartidas, vividas y revividas como relatos heredados. «Junto a los ríos de Babilonia se sentaban a recordar Sion», cantaban.

Todos gozaban de Babilonia, con la salvedad de esos pocos judíos austeros que tildaban a la metrópolis de ser «la madre de las prostitutas».[1]Pero en el palacio la reina meda sentía nostalgia de su país. Se dice que Nabucodonosor construyó los Jardines Colgantes de Babilonia para consolarla.

El padre de la reina, Ciáxares, ganó terreno en Anatolia hasta que le detuvo un potentado regional, Aliates (Alyattes), que desde Sardes gobernaba Lidia, un reino que se extendía hasta el Egeo y se había enriquecido con el comercio entre Babilonia y Grecia. Aliates fue el primero que acuñó monedas: dinero reluciente con el brillo del electro, una aleación de oro y plata. Los lidios inventaron las monedas al mismo tiempo que aparecían en la India y China.

El ejército de Ciáxares estaba formado por medos, persas y escitas; estos últimos instruían a los jóvenes en su insuperable pericia a la hora de disparar el arco al galope, gracias a dos innovaciones: primero el freno y luego los apoyos para los pies, que fueron pasando de ser un trozo de cuerda a estribos de madera y, con el tiempo, de hierro. Pero cuando Ciáxares insultó a estos

escitas, mataron a los niños, los cocinaron en un potaje y se los dieron a comer al rey antes de pedir asilo a Aliates, que se negó a entregar a estos gastrónomos caníbales.

Los dos ejércitos chocaron en mayo de 585, junto al río Halis. Pero de pronto «el día dio paso a la noche» y ambos bandos quedaron tan impresionados por el eclipse solar que dejaron de luchar e hicieron las paces. Ciáxares casó a su hijo Rishtivaiga (Astiages, el Lanzador de Venablos) con Arienis, hija de Aliates.

Cuando los dos reyes murieron, Astiages se halló en el centro de una red familiar: era cuñado de Nabucodonosor de Babilonia y el nuevo rey Creso de Lidia, que se jactaba de ser el más rico del mundo. Para mantener unida esta federación de tribus, Astiages casó a su hija Mandana con un kan persa, el rey de Anshán, Cambises (Kabūjiya).[2] Cuando nació el hijo de ambos —Ciro (Kurosh), mitad medo y mitad persa—, fue educado hasta los seis años como todos los kanes persas, por su madre Mandana, que aun en su condición de reina seguía batiendo mantequilla, horneando pan y tejiendo ropa. En adelante el padre Cambises se ocupó de formarlo en el dominio ecuestre y del lanzamiento certero, y Ciro se vestía con pantalones y zahones de cuero.[3]A la muerte de Cambises, el hijo se vistió el chaquetón de cuero (*gaunaka*) de los reyes de Anshán y empezó a planear la destrucción de su abuelo Astiages, cuya adopción de controles burocráticos y complejos rituales cortesanos había distanciado a sus kanes. Uno de estos, Arbaku, le envió a Ciro la siguiente nota, cosida en las tripas de una liebre: «Los nobles medos se te unirán». Ciro reforzó su poder casándose con Casandana —hija de un kan del respetado clan de los haxamanishiya (aqueménidas)—, con la que tuvo dos hijos varones. Pero también negoció con el rey de Babilonia, Nabunad (Nabonido), en contra de los medos, que eran un enemigo común.

Mientras Astiages estaba retozando con una concubina, esta se puso a cantar sobre un «león que tiene en su poder a un jabalí pero le ha dejado entrar en su guarida». «¿Quién es ese jabalí?», quiso saber Astiages. «Ciro», replicó la concubina. Pero antes de que Astiages pudiera someter a Ciro, los persas reunieron a sus kanes en Pathragarda (o Pasargadas), su capital, cerca de Shiraz:

«Soy el hombre destinado a conseguir vuestra liberación; vosotros seréis los rivales de los medos. ¡Sacudíos el yugo de Astiages!». Ciro emprendió la marcha contra su abuelo. En 550, en Pasargadas, los persas se derrumbaron ante las cargas medas; pero sus mujeres se abrieron las ropas y exhibieron las vulvas al grito de: «¿Adónde vais, cobardes? ¿Queréis arrastraros de nuevo al agujero del que habéis salido?». Los persas se dieron la vuelta y plantaron combate, Ciro apresó a Astiages, se apoderó de su capital, Ecbatana, y se casó con su hija.

Luego Ciro la emprendió contra el hombre más rico del mundo: Creso.

CIRO Y LA REINA TOMIRIS: DE CONQUISTADOR A COPA

Creso afirmaba descender del dios griego Heracles (Hércules) y solía consultar al antiguo oráculo griego de Delfos. En realidad él no era griego, pero como señor del comercio euroasiático, cuya moneda era de las más utilizadas, se sentía igual de cómodo con los pueblos del Egeo que con los del Éufrates (a fin de cuentas era cuñado de Nabucodonosor, primo de Ciro). Pero ahora tocaba frenar a Ciro, por lo que Creso se dirigió a los griegos y reclutó a dos ciudades-estado griegas —Esparta y Atenas— para que se unieran a Babilonia y Egipto.

El negociador de Creso para los asuntos griegos era Alcmeón, un aristócrata ateniense cuyo linaje descendía del rey semidivino Néstor y cuya familia era de las más acaudaladas de la ciudad. Alcmeón se condujo tan bien con los asuntos del rey que Creso se ofreció a pagarle todo el tesoro de Lidia que fuera capaz de cargar consigo mismo. En un relato que pone de relieve la rapacidad de la familia, Alcmeón se presentó en Sardis vestido con ropas anchas provistas de numerosos bolsillos y unas botas muy grandes que llenó con las monedas de Creso, como si la fortuna familiar lo necesitara. La historia de Alcmeón no representa únicamente la de Atenas, sino la de los griegos en general.

Después del caos de 1200, cuando se derribó a los reinos

micénicos, los griegos se reunieron en pueblos que dieron pie a pequeñas ciudades (*polis*) en las que desarrollaron un concepto de autogobierno comunitario; es el proceso de cohesión demográfica que se conoce como sinecismo (*synoikismós*). La grecidad se basaba ante todo en su lengua, desarrollada a partir de la fenicia, que habían conocido en los viajes por el Mediterráneo; donde los fenicios solo utilizaban consonantes, los griegos añadieron vocales para crear el primer sistema de escritura alfabética. Luego llegaron sus relatos. Hacia 850 empezaron a difundirse la escritura y la lectura.[4]Los *rapsodas* (literalmente, «quienes cosen los cantos») recitaban poemas en festivales. Se popularizó el teatro, una derivación de los festejos religiosos. No se trata de que los griegos situaran la humanidad en el centro de su mundo, eso era algo propio de todos los pueblos; lo novedoso era que eran conscientes de estar dirigiendo hacia sí mismos el foco de atención.[5]Sus escultores desarrollaron la habilidad de tallar el mármol a semejanza humana. Su religión era un conjunto de rituales, más que un sistema de creencias, y se ocupaba más de la vida terrenal que de la de ultratumba. Adoraban a un panteón de dioses con defectos como la codicia, encabezado por Zeus; y se complacían con relatos de superhombres semidivinos, como Hércules, y viajeros benditos por los dioses, como Odiseo (Ulises), cuyas hazañas eran globales, reflejo de los viajes de los marinos griegos.[6]«¿Venís a comerciar o cruzáis los mares como piratas sin escrúpulos?», pregunta un personaje de *La Odisea*. Los griegos, al igual que sus rivales fenicios, eran marinos, comerciantes y piratas, y colonizaron el Mediterráneo —que ellos llamaban el Gran Mar— en barcos impulsados por hileras de remeros.

Pero no todas sus ciudades eran navales. Esparta era una monarquía de base terrestre; con más precisión, una *diarquía*, regida por dos reyes de dos dinastías rivales, descendientes de Hércules, elegidos para gobernar junto con los 28 hombres de un Consejo de Ancianos y responsables del mando en tiempos de guerra. Esta ciudad del Peloponeso se organizaba en torno de un grupo poco numeroso de ciudadanos, los esparciatas, que no se dedicaban al comercio sino al servicio militar, con la misión de

atemorizar a una población de siervos sojuzgados: los ilotas (*heilotes*), habitantes incultos de Helos. Los esparciatas no vivían con la familia, sino en barracones; comían con los otros soldados y mantenían su ferocidad marcial y la obediencia de la clase sometida enviando cada año a varias patrullas de adolescentes esparciatas a matar a cierto número de siervos; también se les incitaba con juegos y simulacros de guerra (por ejemplo, misiones para robar quesos) y mediante relaciones efebofílicas con hombres de veintipocos años.[7]Se casaban a esta edad, pero no vivían con sus familias hasta cumplir los treinta años ni se jubilaban del servicio militar hasta los sesenta. Los bebés deformados quedaban expósitos, es decir, abandonados a los elementos. Los espartanos se enorgullecían de sus maneras y su control y eran tan secos que la palabra *lacónico* procede de Laconia, la región cuya capital era Esparta. Sin embargo las mujeres esparciatas, famosas por su buen estado de forma, el pelo rubio y la moralidad, se entrenaban con unas túnicas diminutas que los mojigatos atenienses denominaban «muestramuslos».

La sociedad griega, dominada por una nobleza marcial, primaba lo varonil y era social y competitiva: los hombres se ejercitaban desnudos en los *gymnasia*; en los banquetes, donde la bebida era primordial (los *symposia*), tomaban vino mezclado con agua y servido en un bol comunitario, mientras los simposiastas narraban historias y mantenían relaciones sexuales con las cortesanas (hetairas, que solían tocar la flauta) o con chicos coperos. Los agricultores y granjeros de los términos rurales servían como infantería (los hoplitas), armados con corazas de hierro, grebas en las piernas y cascos con plumas; y combatían en equipo en una falange (*phalanx*), protegidos por escudos entrelazados. Los nobles luchaban a caballo, y tanto aquellos como estos eran muy cotizados como mercenarios. En la distante Babilonia, Nabucodonosor dio empleo a auxiliares griegos.

Los griegos se enorgullecían de implicarse en el gobierno de la polis; desde su punto de vista la política requería buen gobierno (*eunomia*) y libertad (*eleutheria*). Pero sus polis estaban dominadas por aristocracias, a menudo regidas por tiranos, en ocasiones por

autócratas benignos, que contaban con el apoyo de las clases medias y bajas frente a la altivez de los nobles.

Alcmeón y su familia ateniense fueron ejemplo típico de estos aristócratas. Atenas se había desarrollado como una aristocracia regida por un consejo electo de nueve arcontes, que presentaba sus ideas ante una asamblea de ciudadanos (varones). Se decía que el primer arconte había sido un mítico alcmeónida, en el siglo VIII a. C., y en la década de 630 el líder del clan, Megacles, y su hijo Alcmeón gobernaban como arcontes. En 621, uno de los nobles, Dracón, redactó las primeras leyes con su propia sangre; pero su código draconiano apenas contuvo las luchas entre las facciones de aristócratas que con frecuencia acababan con masacres: en una tumba se han encontrado ochenta esqueletos con las muñecas atadas. Hacia 593 el arconte Solón estableció una constitución que otorgaba la ciudadanía plena a los pobres, pero el sistema seguía favoreciendo a los alcmeónidas y demás clanes. Cuando otro Megacles asesinó a sus oponentes, se expulsó de Atenas a toda la familia, sin excluir siquiera los huesos de sus antepasados; pero se recuperaron del destierro.

La rivalidad de Atenas y Esparta empezó pronto: en 510, cuando Atenas estaba gobernada por un tirano, los alcmeónidas, liderados a la sazón por Clístenes, pidieron ayuda a los espartanos. Estos, al ver una ocasión de convertir a Atenas en un Estado cliente, derrocaron en efecto al autócrata; pero Clístenes desalojó a los espartanos y prometió nuevos poderes a quienes le habían apoyado. Atenas dependía de su marina; sus trirremes necesitaban remeros; y esto creó a su vez la necesidad de consultar al pueblo. Clístenes concibió un gobierno del pueblo —la democracia— mediante una asamblea (*ecclesia*) de todos los ciudadanos varones (con exclusión, por lo tanto, de las mujeres y los esclavos).[8]Se consideraba que la democracia real era ser elegido por lotería: el Consejo de los Quinientos, encargado de gobernar, se elegía de este modo. Solo a los diez comandantes —*strategoí*— se los escogía anualmente por votación a mano alzada o mediante guijarros. El poder popular que diseñó un miembro de la familia más ambiciosa de Atenas nunca fue tan democrático como parecía, no con la

participación de los alcmeónidas.[9]

En 547, mientras negociaba una alianza contra Ciro, Creso consultó tres veces con la Pitia, suma sacerdotisa del oráculo de Delfos. Lo hizo por medio de su aliado ateniense, Alcmeón, y en relación con el enfrentamiento con los persas. La respuesta oracular fue un prodigio de ambigüedad: una guerra contra Persia supondría la destrucción de un gran imperio. Ciro se puso en marcha inmediatamente. En 546, cuando los reyes lucharon, Ciro situó al frente los dromedarios que portaban sus suministros, lo que provocó el pánico de la caballería enemiga. Creso murió ejecutado y Ciro envió a Arbaku a barrer las ciudades griegas de Jonia.

Solo Babilonia se mantuvo en pie, pero su imperio no lograba escapar de la crisis. En 539, Ciro derrotó a los babilonios. Con el título de Rey del Mundo desfiló por Babilonia sobre un semental blanco, en compañía de su hijo Cambises, y celebró una reunión ceremonial (*durbar*) de los príncipes de este nuevo y vasto imperio, en la que se ejecutó al exrey Nabunad. En esta ocasión mostró respeto por la élite babilónica —incluida la familia de sus grandes banqueros, los Egibi—[10]y una atenta reverencia a Marduk en su templo de Esagila, donde enterró un cilindro de arcilla que reformulaba su carrera de conquistas y asesinatos como una liberación de Babilonia y toda su población sometida.[11]

Pero su imperio sería distinto del de Tiglath-Pileser y Nabucodonosor. Se permitió a todos los deportados regresar a su lugar de origen. Todos podían adorar a sus propios dioses y gestionar los asuntos locales, a condición de que obedecieran sin rechistar al Rey del Mundo y pagaran los impuestos exigidos. En 537 a. C. unos cuarenta mil judíos volvieron a Jerusalén para reconstruir su Templo; no es de extrañar que algunos considerasen a Ciro como un redentor, un mesías.

Ahora el monarca podía descansar por fin en su nuevo palacio y el jardín —el *pairidaeza* de donde hemos tomado nuestra palabra *paraíso*—[12]de la capital Pathragarda (Pasargadas). Su imperio era el más extenso que el mundo había visto, pero ¿sería capaz de mantenerlo unido? Ciro no aceptaba límites. El siguiente objetivo

era Egipto; pero por el este una reina escita, venida de las estepas situadas entre Turkmenistán y Kazajistán, saqueaba sus tierras y por lo tanto también había que destruirla. Convocó a sus hijos y, antes de partir, nombró sucesor a Cambises, el rey de Babilonia, y al segundo de los chicos, Bardia, le confió la Bactriana.

La reina se llamaba Tomiris (Tahmirih), que significa sencillamente «valiente». Las mujeres en posición de liderazgo eran mucho más habituales entre las tribus nómadas de los escitas,[13]en el norte, y entre los árabes, en el sur, que entre los pueblos sedentarios, porque allí las mujeres combatían junto a los hombres, en condiciones de igualdad: el 37 % de las tumbas excavadas de guerreros escitas estaba ocupado por mujeres con cuerpos entrenados para montar y disparar flechas, vestidas con armaduras y tocados de oro, y sepultadas junto a caballos con arreos asimismo de oro; es decir, con despliegues idénticos a los masculinos. El mito griego de las guerreras de un solo pecho, las amazonas, se basaba en las escitas.

Este era el pueblo contra el que Ciro se dirigía; pero de un modo u otro el conquistador, ya septuagenario, perdió la vida en el intento. Tomiris le crucificó y le decapitó a la manera escita, sumergiendo su cabeza en un odre lleno de sangre y diciendo: «Te advertí de que saciaría tu sed de sangre, y así lo hago».[14]

Y con la cabeza se hizo una copa. Al morir un rey, los fuegos sagrados se extinguían. En 529 a. C. los persas recuperaron los últimos restos de Ciro, pero ya no fue posible celebrar un funeral regio con la exhibición del cadáver encerado sobre un carro de oro.[15]

Darío y Buda: la rueda que gira

La noticia de que Ciro se había «alejado del trono» conmocionó al imperio. Cambises II, el hijo de Ciro, experimentó su investidura ritual, que combinaba la bendición sagrada y la gloria tribal en el santuario de la diosa Anahita (equivalente persa de Ishtar) en Pasargadas. El gran rey vivió una metamorfosis: dejó las ropas que

vestía y eligió un nombre de trono, se puso el traje de Ciro, bebió elixires mágicos (e intoxicantes) de terebinto sagrado y leche destilada, preparados por los magos, tomó el cetro y fue coronado con la *kídaris* o tiara real antes de que todos los cortesanos se arrodillaran ante él como signo de obediencia.

Cambises planeaba continuar con la tarea de su padre y conquistar Egipto. Para ello tuvo que actuar con rapidez. Se casó con sus dos hermanas mayores, Atossa y Roxana, para cerrarles la puerta a otros matrimonios; nombró sátrapa (gobernador) de Bactriana a su hermano Bardia, un arquero tan fornido y musculado que se le conocía como Forzudo; y sacrificó a todos los opositores. En compañía de Forzudo y un cortesano joven y bien conectado —Darío—, reclutó una fuerza que reflejaba la asombrosa multinacionalidad del imperio familiar: escitas de gorros puntiagudos, medos, persas y una marina fenicia. Con ella rindió Egipto y mató al faraón, pero mostró respeto por las tradiciones egipcias. Planeaba atacar Cartago, pero los marinos fenicios vetaron el proyecto, pues se negaban a atacar a sus compatriotas; en su lugar bajó por el Nilo hasta Nubia y Etiopía. Los éxitos de Cambises fueron llamativos, pero su persona no inspiraba lealtad.[16]Envió de regreso a Persia a su hermano el Forzudo, y luego, atormentado por rumores de traición, ordenó que lo mataran. En 522 Forzudo se declaró rey al mismo tiempo que entre el séquito de Cambises una camarilla de siete canes respetados, relacionados todos ellos con la dinastía, se conjuraban en contra del hermano mayor. El más joven de estos kanes era Darío (Dārayavauš, «el que sostiene el Bien»), de veintidós años, nieto del kan del clan haxamanishiya que había servido a Ciro como portador de su carcaj y era ahora el portador de la lanza de Cambises. A pesar de su edad, el joven era carismático, alto, atlético y tan seguro de sí mismo que se impuso como candidato a la corona.

Mientras Cambises se apresuraba a regresar tuvo un accidente desafortunado: al desmontar de su caballo, se cortó con su propia daga y murió de gangrena. Más adelante Darío escribió que Cambises «murió su muerte», sin que esté muy claro qué quería

decir. Es difícil no preguntarse si los siete kanes lo mataron discretamente. En cualquier caso galoparon con rapidez de regreso a la ciudad donde Forzudo se había casado con la hermana que aún vivía, Atossa, pero no por ello dejaba de despertar reticencias entre los nobles. Los Siete llegaron a su fortaleza, situada cerca de la montaña sagrada de Bisitún, donde hallaron al nuevo rey retozando con una concubina. Un eunuco dejó que la patrulla de asalto entrara en la cámara del rey, pero el Forzudo —aun semidesnudo— planteó tal batalla con un escabel que para doblegarlo hizo falta la intervención de los Siete. Un hermano de Darío, Artafarna, asestó la puñalada fatal. Los Siete se reunieron algo antes del amanecer, a caballo, para decidir quién sería el rey; acordaron que lo sería aquel cuyo caballo relinchara el primero. Darío ordenó que su palafrenero metiera los dedos en la vulva de una yegua y, en cuanto saliera el sol, los agitara tentadoramente bajo el morro de su semental, que se puso a relinchar. Los otros seis cayeron de rodillas ante el príncipe, que adoptó como nombre regio el de Darío. Es más probable que en realidad hubiera sido elegido de entrada como rey.[17]Los Siete acordaron que los demás siempre podrían acceder a Darío, incluso si en ese momento estaba en la cama con alguna chica.

El imperio estaba en ruinas y nueve contendientes se alzaron a reclamar el trono. Pero en un plazo de menos de dos años, gracias a una energía incontenible y una suerte insuperable, con la ayuda de sus seis compañeros y la pretensión de ser el paladín de la Verdad y manifestación de Ahura-Mazda, Darío derrotó a todos sus rivales, a los que calificó de «agentes de la Mentira» (la definición del mal, en el zoroastrismo). Se les despellejó y, una vez embalsamados, los crucificaron y empalaron rectalmente en las murallas de Ecbatana, cerca del monte Bisitún. Allí, sobre la pared de un acantilado de color rojo sanguino, con la figura de un alado Ahura-Mazda (dios supremo de la verdad, el orden y la guerra) que le sobrevuela, Darío aparece armado con un arco, guarnecido con la *kídaris* —una vestidura enjoyada— y con una barba trenzada, cuadrada y perfumada con aceites; se le ve aplastando a un pretendiente con el pie —«le corté la nariz, las orejas, la lengua y

le arranqué un ojo»—, mientras los otros se retorcían, encadenados, a la espera de su empalamiento. El mensaje, redactado en tres lenguas, era un ejemplo perfecto de *fake news*: ocultaba los asesinatos de Cambises y Forzudo y la usurpación del trono, y fundía el linaje del nuevo monarca con el de Ciro: «Soy Darío, rey de reyes ... un haxamanishiya. A cuantos ayudaron a mi familia, los he favorecido; a cuantos fueron hostiles, los he eliminado».

Darío el Grande fue un fenómeno sumamente inusual: un caudillo de garbo y aguante que era al mismo tiempo un visionario y un controlador minucioso de los detalles (hasta el extremo de que sus súbditos lo apodaron el Tendero). Lanzó una moneda imperial, el darico, pero también reforzó magistralmente la seguridad: sus espías («Oídos del Rey») informaban de cualquier traición al jefe de la policía secreta (cuyo título era «Ojo del Rey»). Viajó sin descanso con todo esplendor, sobresalió en los proyectos colosales y se mostró tolerante con otras religiones (ayudó a los judíos a reconstruir el Templo de Jerusalén). Levantó una nueva capital en Parsa (Persépolis), con salas del trono enormes y una escalinata ceremonial pensada para ser remontada a caballo, probablemente por el propio Darío, y engalanada toda ella con «el oro de Sardis y Bactriana, el lapislázuli y la cornalina de Sogdiana, la plata y el ébano de la India, frisos de Jonia, marfil de Etiopía y la India». En su juventud se había casado con la hija de uno de los Siete, con quien tuvo tres hijos varones; pero luego se desposó con todas las esposas e hijos de Ciro, Cambises y Forzudo y tuvo descendencia con todas ellas. Para Atossa, la hija de Ciro, era el tercer matrimonio con un Gran Rey. En una historia marital desbordante de sangre y traiciones es probable que su nuevo marido fuera el asesino de sus dos hermanos reyes. Esto habría bastado para aplastar los ánimos de cualquiera, pero Atossa no se amilanó: le dio tres hijos a Darío —entre ellos, Jerjes— y se convirtió en una fuerza política.[18]

Las mujeres y los hijos de Darío vivían en una residencia resguardada. En las inscripciones de la vida cortesana, las mujeres eran invisibles; como la corte estaba a menudo en camino, las

mujeres viajaban en carros específicos, gigantescos y cortinados, que en los campamentos se juntaban para formar un complejo familiar. Sin embargo las mujeres regias eran potentadas que dirigían sus propias haciendas. La corte familiar, protegida por eunucos de confianza —chicos de África y la Cólquide (Georgia) apresados o comprados en la infancia y luego castrados—, la dirigía Irdabama, la madre de Darío, regente del país en ausencia de su hijo.

Darío era infatigable. Viajaba acompañado de los cortesanos y las mujeres y familias de estos, unas 15.000 personas. La comitiva estaba encabezada por el fuego sagrado, del que tiraban ocho caballos blancos; a continuación los magos y luego el carro vacío de Ahura-Mazda; posteriormente los Inmortales —un cuerpo de élite, de guardaespaldas reales—, los cortesanos principales, liderados por el Señor de los Mil, y los Compañeros Reales; luego el séquito de la reina. En cada parada de la resplandeciente capital se erigía, en el centro de la acampada, una tienda palaciega redonda.

El imperio era una empresa familiar. Artafarna (el rey Apuñalador), hermano de Darío, gobernaba la Jonia griega como sátrapa, y la mayoría de los comandantes eran parientes o descendientes de los Siete. Pero como era de esperar, alguno de los Siete no se sentiría complacido con la realeza sagrada de su antiguo compañero de cantina. Vidafarnâ (Intafrenes), al constatar que un día le impedían acceder a los apartamentos reales, se enfureció y cortó las orejas a los guardias. Cuando los otros cinco tuvieron la prudencia de renegar de su actuación, el rey ejecutó a Intafrenes y su familia. Rememorando la muerte de Ciro en combate, Darío fue preparando la sucesión y educó a sus hijos como príncipes guerreros: se criaban en el harén, los despertaban al amanecer con trompetas, recibían formación de los magos y de eunucos griegos, se curtían con baños helados y practicaban la equitación con arco y lanza, para poder acompañar al padre en las cacerías del león y la guerra. Incluso las princesas aprendían a disparar el arco y montar a caballo, y estudiaban historia. Entre sus muchos hijos, Jerjes (Jshayarsha, «el que manda sobre los héroes»)

era un hombre apuesto, valeroso en la guerra y en la caza. La belleza varonil se consideraba una demostración de los favores de Ahura-Mazda: a los esclavos se los formaba como esteticistas; los hombres persas usaban maquillaje y lápiz de ojos; las barbas y pelucas postizas eran tan valiosas que cotizaban impuestos; era habitual rizar las barbas y ungirlas con aceites perfumados. Vestirse por la mañana era todo un ritual.

Darío, al igual que Ciro, no admitía límites. Cuando se sintió seguro, el Tendero ordenó construir un canal entre el Nilo y el mar Rojo para conectar el comercio mediterráneo con Arabia y la India. Más adelante, en 516, invadió Afganistán y la India.

Mientras Darío conquistaba provincias que sus sucesores gobernarían durante varios siglos —siete satrapías se distribuyeron por el moderno Afganistán— la noticia de la invasión llegaría a oídos de un príncipe que vivía en el reino de Magada, una de los dieciséis *mahajanapadas* o principados del noreste de la India, dominados por castas superiores, sacerdotes brahmánicos y nobles y reyes *kshatriya*, según los principios de los rituales védicos que acabaron conformando el hinduismo.[19]Pero muchas ciudades eran repúblicas gobernadas por asambleas populares, las *sanghas*. Las enseñanzas del príncipe en parte chocaban y en parte se fundían con esas religiones existentes hasta fundar la que sería la primera religión universal.

Siddartha Gautama —hijo de un *kshatriya* (soberano menor), el mayor del clan de los Shakya, y de una princesa de la vecina Koliya (Nepal)— disfrutaba de la vida típica de los nobles. A los dieciséis años se casó con su prima hermana Yasodhara, con la que tuvo un hijo, Rahula. «Yo llevaba una vida de consentido, muy consentido», reconoció. Pero ya reflexionaba sobre la vida y la muerte y, como se sentía incómodo con su existencia hedonista, decidió buscar la luz por la vía del ascetismo. Tras el nacimiento de Rahula, dejó el hogar matrimonial y emprendió un viaje con dos amigos, en calidad de *sramana* (buscador).

Después de estudiar meditación rechazó el ascetismo más extremo al aceptar alimentos de una chica de un poblado, llamada Suyata. En su lugar optó por el Camino del Medio. Se sentó a

meditar bajo una higuera, en un recinto de ciervos, en Sarnath; se despertó con el conocimiento de que la vida humana es frustrante y desesperante, y está maldita por la ambición y los deseos; pero esto puede aliviarse con las Cuatro Nobles Verdades y la comprensión del *dharma*, un camino del deber que él consideraba como una verdad cósmica que —después de una vida de contemplación y sufrimiento, ajustada al programa del Noble Camino Óctuple— nos conduciría al nirvana, que nos libera de los renacimientos interminables. «Somos lo que pensamos», predicaba Gautama. «Todo lo que somos surge de nuestros pensamientos. Nuestros pensamientos hacen el mundo.»

Gautama formó la primera *sangha*, un grupo de monjes que creían estar siendo testigos de las revelaciones novedosas de un ser humano excepcional. La imagen de una rueda de carro que giraba y provocaba cambios de conciencia y de poder ya formaba parte de la cultura india y se atestigua en las primeras ciudades del Indo. Las enseñanzas de Gautama también la utilizaban. Los monjes dieron a la versión de Gautama el nombre de «rueda del dharma» (*dharmachakra*) y a él lo ensalzaron como el Buda («el Iluminado»); sin embargo el maestro nunca usó este nombre, sino el más modesto de Tathagata («el que está aquí»). Su doctrina encauzó las meditaciones y la ética védicas, pero también supuso una amenaza para el dominio de los brahmanes.

Buda se estableció en Kosala, ya rodeado de muchos adeptos, y se le sumó su hijo Rahula, como monje. Pero también vivió la traición en el seno de su propia familia: su primo Devadatta intentó apoderarse del movimiento y asesinarlo. Al fracasar, Devadatta creó su propia secta.

Al hacerse viejo Buda aconsejó a la *sangha* «reunirse en armonía, sin sucumbir a los placeres mundanos» y «preservar la plena conciencia personal»; pero se negó a nombrar a un heredero: «He enseñado el *dharma* sin hacer distinciones entre lo interior y lo exterior ... Si alguien piensa: “Yo me encargaré de la Orden” ... el Tathagata [es decir, Buda mismo] no piensa de este modo. ¿Por qué iba a disponer el Tathagata los asuntos de la Orden? Soy viejo, estoy rendido de cansancio».

En Kushinagar consiguió, con su muerte corporal, el elevado estado de *parinirvana*, tras lo cual sus adeptos lo incineraron y repartieron sus huesos y reliquias entre los seguidores, que empezaron a erigir estupas (construcciones circulares con cúpula) en las que depositarlos y adorarlos. Buda no dejó textos, pero su hijo Rahula y la *sangha* preservaron sus enseñanzas hasta que un consejo empezó a organizar la orden. Buda no afirmaba ser un dios, solamente un sabio, y no aspiraba a crear una religión con sus estructuras, sino a difundir una concepción metafísica del mundo. Su popularidad puso de manifiesto la necesidad humana de una misión superior que alivie el aterrador carácter impredecible de la vida e inevitable de la muerte, y a la vez permita compartir valores y rituales entre pueblos de cualquier lugar del mundo. Su poder consistía en ofrecer una salvación para todos.[20]

Después de su muerte los adeptos formalizaron sus ideas y rituales; su Buda no tardó en ser considerado un ser divino del que se adoraban hasta las uñas. Para transformar el movimiento en una religión mundial se requirió la intervención de un líder mundial capaz de hacer arrancar los cambios y echar a rodar la rueda de los carros. Esa rueda giraba.

Darío no llegó nunca hasta la India nororiental de las enseñanzas de Buda, pero sí conquistó territorios del oeste como Gandhara y Kamboya (sin relación con la moderna Camboya) y reclutó tropas indias que luego prestaron servicio en los ejércitos persas que atacaron Grecia. Su apertura de miras le permitió seleccionar a un marino griego, el capitán Escílax de Carianda, para que explorara la costa india desde el mar Rojo. Luego, tras una incursión escita, ordenó a sus aliados griegos, marinos expertos, que levantaran un pontón de barcas enlazadas para atravesar el Bósforo y se lanzó a la invasión de Rusia y Ucrania.

Los alejandrinos y los haxamanishiya: duelo euroasiático

La reina Amestris y la mutilación de Artaynte

Darío desapareció en la vastedad de Rusia y Ucrania, en pos de los escitas. Como otros invasores posteriores, quedó confundido por la dimensión de las estepas, atormentado por el invierno gélido y frustrado por enemigos huidizos que evitaban la batalla directa y se iban retirando a territorios cada vez más hostiles. A pesar de los desastres que vivió, logró sobrevivir y en 511 a. C. regresó a Persia con la alegría de no haberse convertido en otra copa para la bebida de alguna reina local. Dejó a ochenta mil soldados a las órdenes de su primo Bagavazdā, que viró hacia el sur, hacia Macedonia, hasta rendir a su rey, Amintas. Pero los enviados persas abusaron de las mujeres macedonias; el príncipe Alejandro mató a los ofensores y la enemistad solo se remedió cuando Amintas casó a su hija con el hijo de Bagavazdā.

Este fue el principio del duelo entre dos familias que definió los tres siglos posteriores. Los argéadas de Amintas —que afirmaban descender de Macedón (un sobrino de Helena, la fundadora de Grecia) y de Hércules— gobernaban el reino desde aproximadamente 650. Los duros macedonios, montañeros barbados que vivían en un estado de enfrentamiento constante en tierras altas y boscosas, bajo una monarquía semibárbara, no tenían la consideración de griegos de pleno derecho, desde la perspectiva de los atenienses y los espartanos. Así, cuando algo más tarde Alejandro, el hijo de Amintas, intentó competir en los Juegos Olímpicos —reservados para griegos genuinos— se puso en duda que contara con la cualificación necesaria; Alejandro recurrió

a su genealogía mítica, compitió y ganó.

Darío había sometido a los griegos de Jonia, los más ricos. Solo conservaban su independencia Esparta y unas pocas ciudades-estado encabezadas por Atenas. Los jónicos, que integraban buena parte de la flota persa pero sufrían por la gravosidad de los impuestos de Darío, se rebelaron e incendiaron Sardis. La rebelión se sofocó pero había contado con la ayuda de los griegos occidentales.

En 491, Darío, entrado ya en la sesentena, envió a su yerno Mṛduniya (Mardonio), hijo del más grande de los Siete,[1] a conquistar Grecia. Mardonio atravesó el Helesponto al mando de seiscientas naves y un ejército que incorporaba al rey Alejandro I de Macedonia. Los persas quedaron sorprendidos cuando Atenas y Esparta, que quizá sentían por primera vez los vínculos de la grecidad, se unieron para ofrecer resistencia. Cuando Mardonio resultó herido en Tracia, Darío ascendió a otro sobrino, Artafarna. Los persas desembarcaron en la llanura de Maratón y se encontraron únicamente con los hoplitas de Atenas —los esparciatas no llegaron a tiempo—, pero los griegos los derrotaron. Después de Maratón los atenienses instituyeron una novedad con la que controlar el dominio de sus paladines: los votantes podían escribir en secreto el nombre de un político sobre un fragmento de cerámica para condenarlo al destierro —ostracismo, por el nombre de esos fragmentos: *óstraka*— durante diez años, a condición de que se reunieran un mínimo de seis mil votos.

Maratón no supuso un revés de gravedad para Darío, que a sus sesenta y cuatro años decidió encabezar una segunda invasión. Ascendió a Jerjes, que se jactaba de que «mi padre Darío me ha dignificado por encima de todos, solo por detrás de él». En octubre de 486 Jerjes sucedió a su padre, en una transición tranquila; luego, aconsejado entre otros por Alejandro de Macedonia, cruzó el Helesponto sobre un pontón de barcas para invadir Grecia con 800 naves y 150.000 soldados entre los que figuraban indios, etíopes y muchos griegos. Los atenienses abandonaron Atenas y, encabezados por uno de los reyes espartanos, Leotíquides, se retiraron hacia el sur para defender el istmo de Corinto; pero

dejaron una retaguardia a las órdenes del otro rey de Esparta, Leónidas, cuyos aliados le convencieron de retrasar a los persas en el estrecho paso de las Termópilas. Le acompañaban solo trescientos esparciatas, pero, aunque la mayoría de las versiones lo echaran en olvido, también varios miles de focios e ilotas. Jerjes tuvo que ver cómo los griegos machacaban a sus inmortales en el estrecho desfiladero, hasta que un traidor a las filas de su enemigo les mostró un rodeo que les permitiría atacarlos por detrás; los persas sorprendieron a Leónidas al amanecer. «Desayunad a gusto, porque esta noche cenaremos en el otro mundo», les dijo a los suyos un Leónidas despreocupado, y efectivamente lucharon hasta morir.[2]Jerjes avanzó hacia la Atenas desierta, cuya población había sido evacuada en barco hasta la isla de Salamina. La flota de Jerjes se aproximó a las naves griegas, ancladas entre Salamina y el continente. La reina Artemisia de Halicarnaso, vasalla griega del persa, desaconsejó combatir contra los marinos atenienses en un espacio limitado y recomendó un bloqueo. Pero con la convicción de que la victoria era inevitable y la armada enemiga se dispersaría, Jerjes ordenó emprender el asalto. El enemigo atrajo a sus barcos al estrecho y Jerjes, desde su trono de plata, contempló admirado cómo los griegos de Jonia derrotaban a los barcos de Esparta con la espada de Artemisia siempre en el meollo del combate; «¡Mis mujeres son hombres, mis hombres son mujeres!», exclamó. Pero los atenienses, dirigidos por Jantipo, uno de los alcmeónidas, salieron al ataque y destruyeron doscientas naves. Jerjes vio morir a uno de sus hermanos, que fue arrojado al mar, y, enfurecido, ejecutó a sus almirantes fenicios. Pero Salamina no fue una batalla decisiva. Su ejército no había sido derrotado, seguía contando con seiscientas naves prestas para batallar. «Volved a Sardis», le aconsejó Mardonio a Jerjes, «llevándoos al grueso del ejército. Dejad que yo complete la esclavización de los griegos.» Después de prender fuego a Atenas, Mardonio se lanzó contra las fuerzas aliadas, hostigándolas con la caballería.

Mientras los griegos se retiraban bajo la cobertura de los espartanos, Mardonio, a lomos de su caballo blanco, cargó en cabeza de los Inmortales. Pero los espartanos tenían una

instrucción excelente y la ventaja de disponer de una armadura más sólida, frente a unos persas armados solo ligeramente. Un espartano mató a Mardonio con un golpe de honda y los persas se dieron a la fuga. Su segundo ejército, aún no derrotado, intentó retirarse hacia Asia pasando por Tracia, pero Alejandro de Macedonia cambió de bando y masacró a muchos de sus soldados. La conquista se había terminado;[3]pero Jerjes había prendido fuego a Atenas, y Persia siguió eclipsando a Grecia durante otros ciento cincuenta años.

Mientras la marina griega derrotaba en Mícale (en aguas de Jonia) a los persas que dirigía un hermano de Jerjes, Masišta, la vida amorosa del rey persa estaba destruyendo su corte. Primero se había enamorado de la esposa de ese hermano y, para poder pasar más tiempo con ella, casó a su hijo, el príncipe heredero Darío, con una hija de Masišta, Artaynte; pero en seguida rechazó a la madre y se enamoró perdidamente de la adolescente. La reina descubrió entonces que Masišta y su familia planeaban dar un golpe de Estado. En la festividad de Nowruz (año nuevo), cuando el rey le pidió que eligiera un regalo, reclamó para sí a la familia de Masišta. Jerjes, con el desatino al descubierto, se retiró. La reina ordenó que la esposa de Masišta sufriera la muerte reservada a los traidores: le cortaron la nariz, las orejas, la lengua y los pechos y se los dieron de comer a los perros.

Como era de prever, Jerjes había perdido el aura de prestigio y, en 465, unos cortesanos lo asesinaron en su dormitorio. En la conspiración posterior, Darío fue derrotado por su hermano Artajerjes (Artaxšaça) quien, en calidad de Gran Rey, retomó el interés por los asuntos griegos: se ofreció a financiar a cualquier potencia griega que desafiara el imperio de Atenas, que había alcanzado su punto cenital gracias al miembro más capaz de la familia de los Alcmeón.

Pericles, Aspasia y la plaga de Atenas

En 431 a. C. Pericles, el «hombre más destacado de la democracia

griega», tomó la palabra en la Asamblea para abogar por la guerra contra Esparta, la ciudad rival. Nacido en 495, Pericles creció durante la guerra contra Persia: su padre había derrotado a los persas en Mícale. Su madre Agarista era una alcmeónida, sobrina del creador de la democracia, Clístenes; por lo tanto Pericles creció como un príncipe de la democracia, en una mansión familiar en la que pudo estudiar filosofía, literatura y música, el súmum de la altivez y la cultura de Atenas. En su apariencia física destacaba una frente muy ancha que hizo que le compararan con una cebolla albarrana. En la Asamblea cultivaba un aire de autocontrol y fiabilidad. En los primeros años de la década de 460, ya en la treintena, Pericles se mostró partidario de una democracia plena. El éxito en la política ateniense pasaba por la oratoria, pero también por el talento militar, puesto que los cargos más codiciados en ese período eran los de los diez *strategoí*. Pericles destacó en ambos campos y, durante tres decenios, fue reelegido año tras año para ponerse el casco de *strategos*.

En su juventud, Pericles se casó con una pariente con la que tuvo dos hijos, pero también criaron a un alcmeónida huérfano, Alcibíades, que en su juventud ya exhibió belleza y capacidad y que un día dominaría Atenas. Pericles organizaba un salón en su residencia,[4]al que asistía un filósofo joven: Sócrates. Pero en la década de 440, cuando se hallaba en el apogeo de su carrera política, se enamoró de una hetaira: una de las cortesanas cultas que actuaban en los *symposia*, figura cuya consideración social era muy distinta a la de las numerosas *pornai* de la ciudad (prostitutas callejeras). Aspasia de Mileto (ciudad griega situada en Jonia) era una intelectual hermosa, de conversación tan refinada que las esposas de los amigos de Sócrates se acercaban a oírla hablar. Hacía tiempo que los atenienses habían proscrito la poligamia, por lo que al aparecer Aspasia, Pericles se divorció para poder casarse con ella. Sus dos hijos se enfurecieron por la decisión, y se criticó a Pericles por su relación con Aspasia; pero siguieron juntos y la hetaira le dio otro hijo.

Pericles ensalzaba la democracia ateniense, pero esta iba de la mano de una nueva clase de imperio. Desde los tiempos de

Salamina, Esparta (en el Peloponeso) y Atenas (en el Egeo) libraban una batalla cada vez más cruel por la hegemonía de Grecia, acompañándose cada una de una liga de ciudades aliadas. Pericles amplió la enorme flota que ya había derrotado al Gran Rey y creó la Liga de Delos, cuyas ciudades-estado asociadas pagaban tributos que Atenas utilizó para embellecer la Acrópolis con el templo a la diosa Atenea que conocemos como Partenón, y para ampliar las murallas de la ciudad de modo que protegieran el puerto del Pireo. En esas circunstancias, mientras recibiera cereales por la vía del mar Negro, Atenas resultaba casi inexpugnable. Hacia la década de 450 Atenas había desarrollado tal seguridad en sí misma —tal arrogancia y engreimiento, desde la perspectiva de otros griegos— que creía que su democracia, su imperio y su cultura la convertían en el líder natural del mundo civilizado. Sin embargo su auge también comportó el ascenso de la esclavitud. Los atenienses desdeñaban los trabajos denodados del campo y de la armada.[5]Como los esclavos se ocupaban de las granjas, las minas de plata, los trirremes y los hogares, era necesario ir reponiendo su número mediante guerras: algunos procedían de Escitia, pero otros sin duda eran griegos. La talasocracia (potencia marítima) de Atenas situó a la metrópolis («ciudad madre») en rumbo de colisión con la potencia terrestre de Esparta. Atenas estaba tan enamorada de su poder —y temía tanto perderlo— que hostigó a las ciudades menores que lo desafiaban. Cuanto más ascendía Atenas, más temor y odio provocaba en Esparta.

En 451 los atenienses derrotaron a los persas en Chipre. El rey Artajerjes se decidió por fin a acordar una tregua con los griegos. Pero la retirada de ese enemigo ancestral debilitó la solidaridad helénica y llevó a una guerra contra Esparta.

Después de que Esparta invadiera el Ática, Pericles sobornó a los espartanos para que se retirasen y negociasen un tratado. Pero la rivalidad se vio exarcebada por enfrentamientos entre los aliados menores de los actores principales. En 431 los espartanos plantearon un ultimátum: expulsad a Pericles y los alcmeónidas y contened la mano dura a la hora de imponer un control económico... ¡o combatid! Pericles abogaba por la guerra porque

era inevitable y porque Atenas era más fuerte y podía vencer. Los espartanos volvieron al Ática, pero Pericles resguardó a los campesinos locales dentro de las murallas de la ciudad; «Quedaos aquí, sin llamar la atención, ocupáos de la flota y no pongáis a la ciudad en peligro», les aconsejó, mientras él emprendía incursiones contra el Peloponeso. Cumplido un año de contienda honró a los muertos atenienses con un estilo tan rotundo como altivo. Pero antes de que pasara otro año la misma expansión del poderío naval ateniense rebotó en contra de la ciudad: una enfermedad —síntoma de las redes comerciales euroasiáticas, aunque sus orígenes se desconocen— llegó a la metrópolis a través de los marinos. La expectativa de vida ya era baja; los hombres morían con un promedio de cuarenta y cuatro años, las mujeres, de treinta y seis; esta nueva enfermedad —probablemente una fiebre hemorrágica que se manifestaba con efectos tales como hipertermia, disentería, vómitos o sangrado de garganta— era sumamente infecciosa y quienes cuidaban a los enfermos tenían muchas probabilidades de morir. Algunas personas —entre ellas Tucídides, aristócrata y general, de treinta años— se recuperaron de la plaga y, con la impresión de ser inmunes (aunque en ese momento el concepto de inmunidad no se entendía) cuidaron de los enfermos; más adelante el propio Tucídides contó la historia de cuanto había visto. Murieron unas cein mil personas, un tercio de la población de Atenas. Pronto los cadáveres eran tantos que se encendieron piras a las que quien lo necesitaba lanzaba a sus seres queridos. Pericles organizó fosas comunes; en una de ellas se han encontrado 240 cadáveres, con diez niños.

La plaga socavó la confianza. «La catástrofe era tan abrumadora —escribió Tucídides— que los hombres, al no saber qué iba a pasarles a continuación, se volvieron indiferentes hacia toda regla de la religión y la ley»; además sometió a una prueba muy dura las limitaciones de un gobierno antiguo, al impedir que hubiera alimentos para la ciudad y debilitar un sistema religioso concebido para mantener a raya los desastres naturales. Los espartanos se retiraron, y esto les salvó; la plaga no llegó al territorio de Laconia. No pudieron decir lo mismo las élites de

Atenas, que se vieron tan afectadas como todos los habitantes. Se culpó a Pericles de lo sucedido, se le depuso como general y se le multó; se le denunció y se le vio llorar en público. Sin embargo Pericles no tardó mucho en regresar: al cabo de unos meses la gente le pidió que volviera. Como sus dos hijos legítimos habían fallecido de resultas de la plaga, pidió a la Asamblea que concediera la ciudadanía al hijo ilegítimo que había tenido con Aspasia.

En este punto llegó el golpe definitivo.

Alcibíades y Sócrates

El propio Pericles enfermó.

En su último discurso, ya moribundo, declaró que el papel de un estadista era «saber qué hay que hacer y ser capaz de explicarlo; amar a su país y ser incorruptible». Murió decepcionado, pero defendiéndose: «Nunca he causado que un ateniense deba vestirse de luto». La plaga aflojó, pero en 426 a. C., tres años después de la muerte de Pericles, llegó una segunda oleada. Atenas llevó la guerra al Peloponeso, donde fomentó una revuelta de los ilotas; Esparta se apoderó de las minas de plata que financiaban a Atenas. En 421, ambos bandos pactaron una tregua. Para entonces, en la familia alcmeónida había surgido otro líder extraordinario.

El chico que había crecido en la casa de Pericles, Alcibíades, ahora de treinta años, había desarrollado una belleza tan asombrosa que «lo perseguían muchas mujeres de familia noble ... al igual que muchos hombres». Era un soldado intrépido que, en una primera guerra contra Corinto, estuvo a punto de perder la vida, pero le salvó Sócrates, que fue su tutor y su amante ocasional. Alcibíades era un orador excelente —hasta su ceceo era encantador—, con un talento nato para el espectáculo y la riqueza suficiente para allanarle el terreno de antemano. También era un príncipe de la democracia, al que Sócrates había enseñado que «la virtud ética es lo único que importa». Solo que Alcibíades resultó ser un alumno pésimo.

Malcriado por nacimiento y por naturaleza, Alcibíades, que fue elegido *strategos* por un pueblo fascinado, era un sibarita caprichoso y narcisista. Usó la vanidad como argumento a favor de su propia ambición: «Es de lo más justo», alegaba ante la gente, «que un hombre que tiene una elevada opinión de sí mismo no quede al mismo nivel que todos los demás». Aunque hubiera envidia «por la magnificencia con la que vivo», ese estilo de vida, a su entender, solo era un modo de proyectar la gloria de Atenas. Para anunciar que se incorporaba a la vida pública «hice participar siete carros en la carrera [olímpica] (más que ningún particular hasta ese momento)».

En 416 el *strategos* Alcibíades abogó por retomar la guerra contra Esparta, pero mostrándose aún más implacable: «Si no dominamos a los otros, los otros nos dominarán». Como una ciudad de Sicilia había pedido ayuda, reclamó que se enviara allí una expedición: «Es así como hemos adquirido nuestro imperio. Llegados a este estadio tenemos la necesidad de planear conquistas nuevas para mantener las que controlamos»: la justificación habitual de la expansión de los imperios. «¡Tenemos que aumentar nuestro poder!», decía, y a los atenienses les pareció muy bien.

Justo antes de partir hacia Sicilia, una mañana los atenienses se despertaron y constataron que los *phalloí* de las estatuas de Hermes de la ciudad habían sido destruidos, un sacrilegio del que se culpó a Alcibíades. Se anunció que se le juzgaría. Al comprender que la sentencia sería de culpabilidad, desertó a Esparta. Sin el talento del general, la expedición de Sicilia fue una catástrofe; además Alcibíades juró vengarse de Atenas. «Les haré saber que estoy bien vivo», musitó. La democracia era «un absurdo evidente». Concibió una estrategia devastadora en interés de los espartanos: levantaron una fortaleza cerca de Atenas que impedía que los campos del Ática abastecieran a la ciudad, por lo que se hizo necesario importar todos los alimentos. Pero mientras estaba en Esparta Alcibíades sedujo a la esposa del rey Agis y, cuando el asunto se conoció, prometió negociar un tratado con Persia para financiar la guerra contra Atenas. Persia tenía la llave.

Alcibíades guio una flota espartana hasta Jonia, para apelar al

rey persa Darío II, que había accedido al trono después de un convulsivo episodio de asesinato familiar en el que contó con la ayuda de su hermana (y esposa) Parysatis. Cuando los espartanos ordenaron matarlo, Alcibíades desertó, se unió a Darío y le aconsejó que esperase a que la guerra desgastara a los griegos. Planeaba organizar el regreso a Atenas, donde un golpe de Estado aristocrático había derrocado temporalmente la democracia.

La marina ateniense, que estaba concentrada en Samos y era más leal a la democracia, tomó el poder en Atenas, y la ciudad eligió a Alcibíades como su comandante. En 410, en Cícico, obtuvo una victoria total sobre los espartanos. Tras una racha de triunfos entre los que se incluyó la captura de Bizancio, en el Bósforo —vital para el suministro de cereales—, Alcibíades vivió un regreso glorioso. Atenas lo perdonó y lo eligió *strategos autokrator*.

En 408 Darío II respaldó a Esparta financiando su nueva flota a cambio de tener carta blanca en Asia Menor.

Los espartanos derrotaron a la flota ateniense mientras Alcibíades estaba de visita en una isla cercana. Atenas volvió a culpar al mujeriego despreocupado, que optó por refugiarse en sus castillos del Helesponto. La situación de la democracia restaurada era inquietante. Los espartanos, que ahora disponían tanto de dinero persa como de madera macedonia —recursos negados a Atenas—, podían construir una nueva flota. Hundieron las últimas naves de Atenas y bloquearon el abastecimiento de cereales. La metrópolis no tuvo más remedio que rendirse.

Quedaba un hilo suelto: Alcibíades aún vivía en un castillo del Helesponto, con su amante. Los espartanos enviaron una patrulla de asalto y el último de los alcmeónidas se defendió, pero perdió la vida.

La competición persa de venenos y la conjura macedónica de la halitosis literaria

El dominio de Esparta fue breve. Atenas restauró otra vez la democracia y puso en marcha investigaciones sobre los desastres

morales y militares de la guerra. Fue un enfrentamiento cruel en el que también se arrestó a Sócrates, que había sido tutor de Alcibíades. Sócrates creía que todas las personas deben aspirar a la *areté* —excelencia virtuosa— en vez de contentarse con una «vida sin reflexión» que «no vale la pena vivir». Pero a menudo los que insisten en ir diciendo la verdad ante todos acaban resultando insportables. ¿Quizá los potentados de Atenas no querían que este cascarrabias locuaz sometiera a examen sus necedades? Sócrates fue juzgado y condenado a muerte.[6]La ciudad se recobró con prontitud. Entre tanto Esparta se atrevió a interferir en la política de Persia, dominada por entonces por uno de los potentados más agudos que produjo la casa haxamanishiya.

La reina Parysatis guio la dinastía durante décadas. En 423 había ayudado a acceder al trono a su esposo (y hermano) Darío II, para lo que tuvo que superar el desafío de otro hermano, al que Parysatis dio muerte con un método especial típico de los persas: el ahogo en cenizas frías, acumuladas dentro de una torre construida para tal fin, en la que se introducía a la víctima. Ella y Darío habían logrado incrementar el poder de Persia sobre Grecia, pero ella tenía una debilidad: aunque era madre de trece hijos, prefería claramente sobre todos a Ciro, al que nombró sátrapa del oeste; allí él se enamoró de Aspasia, una joven griega esclavizada, de pelo dorado, cuya castidad y belleza lo deslumbraron. Pero si Parysatis sentía pasión por Ciro, Darío quería confiar la sucesión a otro hijo, Artajerjes, que también se enamoró. Pero la elección de Artajerjes era peligrosa para Parysatis, porque Stateira era la hija de un clan poderoso. Cuando el padre y los hermanos de la joven enfadaron al rey y a Parysatis, estos ordenaron quemar vivo a todo el clan. Artajerjes rogó que perdonaran la vida a su esposa Stateira, y lo consiguió; pero naturalmente ella no olvidó nunca la masacre de su familia. Durante veinte años las dos mujeres se estuvieron observando.

En 404, a la muerte de Darío, el amable Artajerjes, casado con Stateira, le sucedió. Pero la reina madre preparó a su hijo favorito, Ciro —que da la impresión de haber sido un sociópata carismático — para asaltar el trono. Dos años más tarde, cuando contaba

veinticuatro, Ciro contrató a doce mil mercenarios griegos a las órdenes de un aristócrata ateniense, el aventurero Jenofonte, y se dirigieron a Persia. Sin embargo cuando los dos hermanos se encontraron en combate, el joven aspirante fue derribado del caballo y decapitado.[7]Parysatis vio cómo los asesinos le presentaban a Artajerjes la cabeza y la mano de su hijo querido.

Parysatis no superó la muerte de Ciro y aguardó una ocasión de vengarse. Venció a los asesinos de Ciro en juegos de dados. A uno lo despellejaron; a otro se le obligó a beber plomo fundido. Al tercero se le mató por escafismo (o enartesamiento): se encerraba y fijaba a la víctima entre dos botes (o artesas) y se le obligaba a comer leche y miel en abundancia hasta que los gusanos, ratas y moscas infestaban este capullo fecal y se lo comían con vida.

Artajerjes heredó a Aspasia, la deslumbrante amante griega de su difunto hermano. Se la entregaron atada y amordazada, y él la liberó y recompensó; pero tuvieron que pasar muchos años para que Aspasia terminara el duelo por Ciro.

Su madre Parysatis rivalizaba con su esposa Stateira, quien, como madre de tres varones, estaba incrementando su prestigio. Además Stateira cultivaba la popularidad mostrándose en un carruaje con las cortinas descubiertas, para deleitar al público, y dejaba claro que despreciaba los múltiples actos de crueldad de la reina vieja. En cuanto a Artajerjes, aunque engendró a 115 hijos con sus concubinas, en realidad estaba enamorado de un bello eunuco. Cuando el joven falleció por causas naturales, rogó a Aspasia que se vistiera sus ropas. Ella se sintió conmovida por su pesar: «Aquí vengo, mi rey, a aliviar tu dolor», le dijo; y por fin se convirtieron en amantes.

La reina madre y la reina actuaban como dos animales al acecho entre los que aún no ha estallado la pelea, siempre bajo la vigilancia del rey; ambas llevaban un cuidado extremo ante la posibilidad de ser envenenadas. Todas las autocracias —ya sean las cortes de la antigua Persia o las dictaduras del siglo XXI— se basan en el poder y el acceso personales, de modo que la competencia en el seno del círculo más interior es a la vez íntima y cruel. En una distancia tan corta el veneno es un arma ideal, medida y ambigua;

es el asesinato al estilo familiar. En la corte persa se estaba especialmente alerta. Las posiciones cortesanas del copero y el catador eran cruciales; la pena por envenenar comportaba aplastar la cara y la cabeza del culpable entre dos rocas hasta convertirla en gelatina. Para las ocasiones especiales, el rey atesoraba un raro veneno indio, así como su antídoto.

El poder ascendiente de Stateira quizá convenciera a Parysatis de que era necesario actuar; sin duda ella estaba convencida de estar protegiendo al rey y la dinastía frente a una grave amenaza. Las dos reinas cenaban juntas a menudo, pero con extrema cautela.

En su palacio de Susa, Parysatis sirvió a Stateira un ave asada. Hizo que su esclava untara el trinchador con el veneno indio, pero por un único lado, de modo que cuando ella dividió la pieza, pudo comerse tranquilamente su mitad. Stateira, con la tranquilidad de verla comer, se cenó su parte y murió entre muchos sufrimientos. Aún tuvo tiempo de contarle al rey qué había sucedido, pero es de suponer que el antídoto no funcionó. Artajerjes montó en cólera, torturó a los sirvientes, ejecutó por machacamiento a la esclava y mandó al destierro a su madre nonagenaria.

Artajerjes dirigió la atención a Grecia y enfrentó a Esparta con Atenas hasta que, en 387, impuso la Paz Real, por la que reconocía la autonomía griega pero se situaba a sí mismo como árbitro último del mundo helénico. Artajerjes cumplió pues los objetivos que Jerjes y Darío no habían logrado hacer realidad, y gobernó con su voluntad de hierro desde Egipto a la India y el mundo griego, donde hubo una potencia en la que la influencia de Persia fue especialmente intensa: Macedonia.

Los argéadas de Macedonia habían prosperado con las querellas que enfrentaron a Persia, Atenas y Esparta: el rey Arquelao aprovechó el elevado consumo de madera de sus vecinos, requerida para los astilleros navales, para que su reino montañoso e infestado de cabras ascendiera por vez primera a la posición de potencia regional, apoyándose asimismo en sus minas de oro y plata. Pero en 399, Arquelao salió de caza y tres cortesanos lo mataron a puñaladas.

Era la clase de brutalidad que los griegos civilizados

esperaban del salvajismo de los macedonios. Su dialecto les resultaba casi incomprensible. Trabajaban sus propios campos, en vez de utilizar a esclavos, como la mayoría de los griegos; la poligamia de sus reyes era grosera y con frecuencia se traducía en que las reinas y los príncipes se daban muerte en la lucha por la corona; bebían el vino sin aguar, lo que derivaba en reyertas y borracheras reales, impropias de una corte. Por lo general la región macedónica se dividía entre las ciudades sedentarias del sur, las tribus ingobernables del norte y los extranjeros depredadores, de Persia a Atenas, cuyo patrocinio había permitido que Arquelao transformara el reino: había desplazado la capital desde Egas (Aigaí) —que siguió utilizándose para los sepelios y las bodas reales— a una capital nueva, columnada, Pela, donde el tosco persiguecabras jugaba a ser un rey griego.

Arquelao, que se sentía orgulloso del cambio, invitó a Eurípides —toda una celebridad literaria— a pasar un tiempo en la corte, y se enfureció cuando uno de sus amantes se burló de la halitosis del poeta. Arquelao ordenó azotarlo y el chico se conjuró contra el rey con otros dos amantes despechados. La conspiración de la halitosis literaria acabó con el asesinato de Arquelao. En 393 su sobrino Amintas III restauró el orden. Amintas tenía tres hijos, y los tres fueron reyes. El más joven llegaría a ser el griego más grande de su época.

Filipo el Tuerto y la reina Olimpia

Como todos los griegos, los tres príncipes se educaron con Homero; pero en Macedonia también combatían, cazaban y pasaban días recuperándose de los excesos de bebida de los *symposia*. Amintas tuvo una muerte de lo más inusual para un rey macedonio: murió anciano y en su propio lecho. Confió el trono a su hijo mayor, Alejandro II, que fue derrotado por la ciudad de Tebas —que en ese momento dominaba a las otras potencias griegas— y tuvo que entregar a cincuenta rehenes.

El rey envió a su hermano menor, Filipo, que en ese momento

contaba trece años. El príncipe pasó tres años en Tebas, donde aprendió un estilo de vida vegetariano, célibe y pacifista (que luego echó en olvido), pero al residir en la casa del general tebano que le hacía de mentor (y probablemente era también su amante) pudo estudiar las tácticas del Batallón Sagrado —un cuerpo de 300 soldados de élite, integrado en teoría por 150 parejas masculinas— cuyas victorias habían alzado a Tebas a la supremacía.

En Macedonia sus dos hermanos mayores fallecieron violentamente, y el trono pasó a un bebé, con el nombre de Amintas IV. Pero en 359 a. C. los macedonios, que se enfrentaban a una invasión de sus vecinos —los agresivos ilirios—, aclamaron a Filipo II, quien se apresuró a asesinar a todos sus hermanos supervivientes a los que pudo atrapar; luego dividió y aturdió a sus enemigos con una combinación de sobornos, engaños y un matrimonio (él mismo se casó con una princesa iliria). Por influencia de los invitados persas imitó a los Grandes Reyes creando una corte más exclusiva de Compañeros Reales. Luego se dedicó sin tregua a instruir un nuevo ejército en el que coordinó la caballería —dirigida por sus Compañeros— con una infantería remodelada, armada con espadas cortas (*xiphos*) y protegida con picas largas (la *sarissa*, de más de cuatro metros) que formaban cuñas invulnerables a la caballería enemiga.

En 358 Filipo empezó por derrotar a los ilirios y macedonios del norte, lo que suponía duplicar la extensión de su imperio y reclutar a su mejor general, Parmenión; luego forjó alianzas matrimoniales con Tesalia y Épiro: primero se casó con la princesa Filina, que pronto dio a luz a Arridayo; luego con su cuarta esposa, la princesa Polixena (hija del rey de la Molosia, en el Épiro). En 356 Polixena alumbró a un niño, Alejandro, y más tarde a una niña, Cleopatra. Cuando Filipo recibió la noticia de que su equipo había vencido en los Juegos Olímpicos, Polixena lo celebró adoptando el nombre de Olimpia. Pero la pareja nunca se entendió especialmente bien; de hecho la reina no tardó en descubrir que su esposo le provocaba repugnancia. Olimpia, adepta a los cultos mistéricos dionisíacos, y con un instinto político montaraz y

vigilante, cuidaba de una colección de serpientes sagradas que dormían en su propia cama, aterrando a los hombres de la comunidad; entre ellos, sin duda, al propio Filipo, que apenas temía a ninguna otra cosa. Aunque era muy raro verlo por palacio.

Durante veinte años de campañas duras y diplomacia exquisita, Filipo derrotó a todos los vecinos que podían amenazarle. Luego intervino en la propia Grecia para defender la neutralidad de la sagrada Delfos y aplastar la democracia resurgente de Atenas, donde el orador Demóstenes llamaba a resistir contra el «déspota» del norte y se burlaba de Macedonia como «un lugar que no produce ni esclavos por los que valga la pena pagar». Filipo dirigía desde la primera línea y este era un juego peligroso. Una flecha le impactó en el ojo derecho, aunque con los cuidados de su médico logró sobrevivir; en otra ocasión lo apuñalaron en la pierna. La tumba de Filipo en Egas ha sido excavada y se ha podido reconstruir el cráneo y el cuerpo del rey, que nos dan una idea de este caudillo que recuerda a un púgil compacto y temible, marcado de cicatrices, cojo y tuerto, pero siempre vigilante.

Su primogénito Arridayo, epiléptico o autista, no estaba en condiciones de gobernar. El hijo menor, Alejandro, que en 343 a. C. contaba trece años, leía a Homero y Eurípides con avidez y se entrenaba para la guerra, pero también estudiaba Persia. Filipo había dado asilo a un sátrapa persa, el rebelde Artabazo, que se acompañaba de su hija Barsine; Barsine entabló amistad con Alejandro, que solía interrogar a fondo a los visitantes persas. Los dos se encontrarían de nuevo.

Alejandro apenas conocía a su padre, pero se sentía próximo a su madre Olimpia, una de las pocas personas que no temían enfrentarse con Filipo para proteger a su hijo. En 342, Filipo contrató al filósofo griego Aristóteles, a la sazón de treinta y siete años, para que fuera tutor de Alejandro; y cuando el rey iba a emprender la guerra contra Atenas, nombró regente al hijo. Alejandro siempre guardaba bajo la almohada el ejemplar aristotélico de *La Ilíada* y una daga, dos objetos que simbolizaban sus dos facetas contradictorias: el griego culto y el macedonio

feroz.

En ausencia de su padre, Alejandro demostró su valía derrotando a tribus rebeldes. Atenas organizó una coalición de Estados griegos opuestos a Filipo y enviaron delegados a Artajerjes III de Persia.

Ruleta: Darío III y Alejandro III

Era un momento perfecto para acercarse al Gran Rey. El impresionante Artajerjes III ardía en deseos de intervenir en Grecia. Había aplastado Sidón, Egipto y Jonia, con la ayuda de dos secuaces excepcionales: Mentor, un saqueador griego, y Bagoas (o Bogoas), un eunuco cuya falta de testículos no frenaba en absoluto su brutalidad militar. Cuando Artajerjes regresó a la capital, después de quince años de guerra, promovió a Bagoas a Señor de los Mil (jefe de gobierno). Pero como el ascenso de Filipo le inquietaba, financió a Atenas y envió a una unidad a hostigar a los macedonios en Tracia. Esta decisión tendría consecuencias de gran trascendencia en la historia del mundo.

Filipo convocó a su hijo Alejandro —con dieciocho años cumplidos— a la batalla de Grecia. En verano de 338 a. C., en los campos de Queronea, Filipo presentó a treinta mil infantes y dos mil jinetes, y otorgó a Alejandro el mando de la caballería de los Compañeros en el flanco izquierdo, contra la coalición encabezada por Atenas, cuya caballería prácticamente duplicaba la macedonia. Pero la habilidad de mando del general Filipo y la experiencia de su ejército no tenían rival: en su propio flanco derecho, se replegó deliberadamente mientras por el izquierdo Alejandro dirigía una carga que aniquiló al Batallón Sagrado, hasta el último hombre. Cuando Filipo vio a los muertos del Batallón, recordó su juventud pasada en Tebas y se echó a llorar; en su recuerdo erigió el León de Queronea, una estatua a cuyos pies se hallaron los huesos de 254 hombres (los macedonios incineraban a sus cadáveres, los griegos los sepultaban). El soberano de Grecia —con el título de «hegemón del Consejo de los Griegos»— recibió noticias

importantes de Persia: una oleada de envenenamientos cruzados había diezmado la familia real.

Artajerjes, a sus sesenta años, había previsto expulsar al eunuco Bagoas, quien tomó la iniciativa, envenenó al rey y fue eliminando uno por uno a sus hijos. Luego hizo venir a un general heroico, pariente de la realeza, Artashaiyata, que se hizo famoso con una serie de victorias en duelos. Bagoas lo coronó como Darío III, quien no por eso, como era de esperar, confiaba ni por un momento en el eunuco.

A continuación se produjo una partida de ruleta venenosa en la que cada uno intentó matar al otro. Bagoas sirvió al rey una copa de un vino emponzoñado y el rey —mejor informado, por una vez— insistió en que el eunuco bebiera de la copa que le ofrecía, con lo que el envenenador murió envenenado. A pesar de estos episodios concentrados de las habituales intrigas asesinas en la cúpula, el imperio persa, restaurado por Artajerjes III y dirigido ahora por un rey seguro de sí mismo y diestro en el campo militar como Darío III, era una potencia incontestada. Todo parecía indicar que seguiría siéndolo durante muchos siglos.

A los cuarenta y ocho años, el canoso y tuerto Filipo, hegemón de Grecia, se cegó de amor por una adolescente. En 337 anunció una expedición helénica contra Persia, con la pretensión oficial de vengarse de Jerjes por haber incendiado Atenas, pero en realidad para rellenar los cofres con los tesoros de Jonia y castigar a los persas por haber ayudado a los enemigos de Macedonia en Tracia: «Habéis enviado tropas a la Tracia, que pertenece a nuestros dominios», le escribió más adelante Alejandro al Gran Rey. Mientras la vanguardia se iba formando, Filipo anunció que se casaba de nuevo. Después de seis matrimonios diplomáticos con extranjeras —entre ellas Olimpia de Épiro, que le había aportado el control de la Molosia— anunció que se casaba con Cleopatra, la adolescente macedonia sobrina del noble Átalo. Su enamoramiento desestabilizó una residencia polígama no poco poblada; Olimpia se enfureció. Alejandro, rodeado ya por un séquito de jóvenes seguidores que encabezaba un familiar, Tolomeo —quizá un hijo ilegítimo del rey—, se sintió alarmado.

En el banquete matrimonial los macedonios bebieron sin moderación y se pelearon con dureza. El nuevo tío político del rey, Átalo, se burló de Alejandro por ser tan solo medio macedonio: «¡Ahora por lo menos nos nacerán reyes de pura raza, y no bastardos!». Alejandro replicó arrojándole su copa, y Átalo, arrojándola de vuelta. Filipo ordenó a su hijo que se disculpara, a lo que este se negó; el padre desenvainó una espada y se dirigió hacia él con pasos titubeantes, pero tropezó, impactó contra el suelo y se desmayó.

«El hombre dispuesto a pasar de Europa a Asia», se mofó Alejandro, «es incapaz de pasar de una mesa a la siguiente». Después de la cena, Olimpia y Alejandro aprovecharon la oscuridad para escapar. Filipo ordenó volver a Alejandro, pero cuando un sátrapa persa le ofreció al príncipe la mano de su hija, el rey la rechazó y desterró a Tolomeo, el secuaz de Alejandro. Poco después la vanguardia macedonia partió hacia Asia.

En julio de 336 la familia se había reunido de nuevo en Egas para celebrar la boda de la hermana de Alejandro, Cleopatra, con el hermano de su madre, Alejandro de Épiro (era un clan con especial abundancia de Cleopatras y Alejandros). Filipo estaba exultante porque su nueva esposa acababa de dar a luz a una hija. Un día después de la boda presidió unos juegos y luego acudió a un teatro a contemplar un espectáculo en compañía de los dos Alejandros, entre las aclamaciones del público. De pronto cierto Pausanias, uno de sus guardaespaldas, se volvió contra él y le apuñaló en el corazón. El rey falleció acompañado de Alejandro, mientras la guardia salía en pos del guardaespaldas. Se desconoce qué movió a Pausanias a actuar así. Había sido amante de Filipo, y cuando el rey prefirió a otro chico más joven se burló de este tildándolo de «hermafrodita». El nuevo amante se había quejado a su amigo Átalo, que apresó a Pausanias, lo violó y se lo entregó a sus esclavos, que lo violaron en grupo. La vida en la corte de los argéadas no era para cobardes, desde luego. Es del todo posible que Olimpia hubiera sobornado a un asesino. Además Filipo había decidido que Alejandro se quedaría en Macedonia como regente, sin participar de la aventura asiática, lo que también habría

colmado el vaso de la paciencia del hijo. Pero en todo caso los demás guardaespaldas atraparon y crucificaron a Pausanias antes de que pudiera explicarse.

Antípatro, general de Filipo, hizo salir del teatro a Alejandro. Después de que le proclamaran rey ordenó asesinar a los príncipes rivales y también a Átalo. Luego Olimpia mató a la niña recién nacida y la adolescente Cleopatra se suicidó. Filipo fue incinerado en una pira, lavaron sus huesos en vino y los depositaron en un lárnax (cofre funerario) de oro, en la tumba de la familia en Egas. Sin duda Darío III, cuando le llegaran las noticias a Susa o Pasargadas, tuvo que pensar que Filipo tan solo había gobernado Grecia durante poco más de cinco años antes de que Macedonia se disolviera en un caos sangriento.

Alejandro III, bajo, compacto y rubio (o quizá pelirrojo como su padre) era un hombre de acción: cuando tuvo que sofocar una rebelión en Tebas arrasó la ciudad, masacró a seis mil tebanos y esclavizó a treinta mil. Su carrera fue tan extraordinaria que se le ha idealizado, pero no fue solo una figura excepcional; en muchos rasgos fue un típico rey macedonio. Era un asesino nato, que vivía en un estado de vigilancia enérgica y feroz, siempre con la mano en la espada. Matar era a la vez una necesidad, una inclinación y una profesión, imprescindible para la supervivencia y el éxito. Gobernó como un autócrata entre un séquito informal de aristócratas viriles e interrelacionados y era consciente de que los hilos de conexión se tejían en torno de sí mismo. Estos hombres habían llamado al padre «Filipo, hijo de Amintas», y consideraban a «Alejandro, hijo de Filipo», como el primero entre sus iguales. Esta perspectiva acabó por tornarse peligrosa. Los amigos de Alejandro formaron un cuerpo de Guardaespaldas de élite, encabezados por el capaz Hefestión —su amante y compañero, un paje real que había compartido con él los estudios impartidos por Aristóteles— y por Tolomeo, otro seguidor de confianza.

Como griego, Alejandro existía en un mundo iluminado por la filosofía de Aristóteles, pero habitado igualmente por seres divinos, espíritus y personas que descendían de los dioses. Al igual que todos sus contemporáneos, creía que los dioses —a menudo muy

próximos, con su apariencia humana— lo decidían todo. Como rey, presidía sacrificios y consultaba habitualmente a los adivinos para que leyeran las entrañas de los animales sacrificados. También se veía a sí mismo comparable a los héroes míticos y homéricos. Siendo niño uno de los esclavos lo apodó «Aquiles», y así creía en efecto ser.

En la primavera de 334, con 48.000 soldados de infantería y 6.100 de caballería, entró en Asia para una empresa equiparable a las divinas. Saltó del barco, lanzó la jabalina clavándola en la arena e hizo sacrificios a Zeus, Atenea y su antecesor Hércules. Luego se dirigió al santuario de Aquiles en Troya. Al identificarse con Aquiles Alejandro llamaba la atención hacia su propia brillantez semidivina como guerrero, su liderazgo de la banda de los Compañeros, su amistad con Hefestión (su propio Patroclo) y quizá también la expectativa de una vida tan breve como heroica. Si los dioses le daban su bendición, sería un conquistador.

Cuando sus soldados se adentraron en Anatolia, primero se encontraron con los ejércitos de los sátrapas de Darío, encabezados por el mercenario griego Memnón de Rodas, hermano del Mentor que tan bien había luchado para Artajerjes III y esposo de la bella Barsine, la persa a la que Alejandro había conocido tiempo atrás. En el río Gránico, cerca de Troya, dos sátrapas persas cargaron contra Alejandro, que encabezaba su caballería en su montura favorita, Bucéfalo, y le golpearon en el casco; pero en el último momento le rescató Cleito, hijo de su antigua niñera. Alejandro venció y continuó su camino.

Darío se excedió en la confianza. Debería haberse apresurado a destruir a Alejandro a la primera ocasión. Dejó a sus reinas e hijas en Damasco y dirigió su colosal ejército —de más de cien mil soldados— hasta Iso, en el sureste de Turquía, donde el rey de reyes, en su carro de oro y rodeado por diez mil Inmortales, se enfrentó a los cuarenta mil de Alejandro. Con la intención de desmoralizar al enemigo y convertir la desventaja numérica en agresividad cinética, Alejandro buscó directamente a Darío, abriéndose paso con la espada entre la carne de los Inmortales, ignorando una herida en el muslo. Tenía la esperanza de derribar

él mismo a Darío y sin duda llegaron a mirarse a los ojos. Los persas fueron presa del desconcierto y emprendieron la retirada. Darío se apresuró a regresar a Babilonia a lomos de su caballo gris. Dejó tras de sí veinte mil muertos, pero su prioridad era el imperio, no el valor imprudente.

Algo después, Alejandro entró en la tienda del rey rival y musitó:

—Lavémonos en el baño de Darío.

—Querrás decir en el baño de Alejandro —replicó su asistente.

Su paladín Parmenión galopó hacia el sur para apresar a la familia de Darío. Cuando el menudo Alejandro entró en la tienda imperial con el fornido Hefestión a su lado, las reinas —la madre de Darío, Sisygambis, y la esposa y hermana del rey, Stateira, junto con las hijas— se postraron de rodillas ante el hombre más alto de los dos. Hefestión se sintió incómodo, pero Alejandro supo corregir sutilmente la situación con un «Él también es Alejandro» e hizo que se pusieran en pie y las trataran como reinas. Aquí se reencontró también con Barsine, mitad persa y mitad griega, viuda de sus dos tíos Mentor y Memnón. Alejandro perdió la virginidad con ella, a una edad tardía para un macedonio.

Darío ofreció un rescate regio por su familia: Siria, Jonia, Anatolia y el matrimonio con su hija. Parmenión aconsejó aceptar la propuesta.

«Si yo fuera Parmenión», contestó Alejandro, «también la aceptaría. Pero soy Alejandro.» Acto seguido le escribió a Darío: «Ya te he derrotado en combate, a ti y a tus sátrapas, y ahora, como los dioses me lo dan todo, te domino a ti y domino tu país. No vuelvas a escribirme como a un igual ... Trátame como el amo de todo lo que tienes».

ALEJANDRO, ROXANA Y CHANDRAGUPTA: REY DEL MUNDO, REINA AFGANA, REY INDIO

Alejandro continuó hacia el sur, con Hefestión en pos de él, al

mando de la flota que los abastecía. Egipto le fascinaba y de camino conquistó Sidón; pero Tiro, con la ayuda de una ciudad hermana, Cartago, le plantó cara. Cuando la tomó igualmente dejó que sus tropas se desbocaran; mataron a ocho mil tirios y crucificaron a dos mil. Alejandro tomó nota del papel hostil de Cartago. Antes de entrar en Egipto masacró también a todos los habitantes de Gaza.

En Menfis se hizo coronar como faraón e hijo de Amón-Ra, y descendió por el Nilo en una barcaza real para visitar el hogar de Amón, el templo de Luxor, donde ordenó realizar los grabados que aún le muestran como Señor de las Dos Tierras. Al volver al Delta fundó una ciudad con su nombre: Alejandría.

Una vez que Alejandro había ascendido a divinidad, su séquito se preguntaba por qué se demoraba en el país de las momias mientras Darío organizaba un ejército en Babilonia. Pero el rey dios deseaba visitar el famoso oráculo de Siwa —un oasis del desierto libio— y confirmar su apoteosis. Después de un emocionante peregrinaje por el Sahara, en compañía de Tolomeo y Hefestión, el oráculo le dijo que en efecto él era el hijo de Amón, Horus. Quiso saber asimismo si el asesinato de Filipo había sido vengado —quizá para distraer las sospechas de sí o de su madre—, pero nunca reveló la respuesta. En este contexto el general Filotas, hijo de Parmenión, se mofaba de la idea de que Alejandro fuera hijo de Zeus-Amón: su padre no había sido otro que Filipo.

Darío se trasladó a Nínive (Mosul) y permaneció a la espera en la llanura de Gaugamela. Cuando Alejandro se dirigía a Irak le llegó la noticia de que Stateira, la esposa de Darío, había muerto dando a luz un bebé cuyo padre, casi con toda certeza, no era otro que él mismo. Poseer a la reina era poseer Persia. ¿Alejandro la sedujo? ¿La violó?

Al amanecer del 1 de octubre de 331, Parmenión constató que Alejandro se había dormido, señal de su confianza y tranquilidad preternaturales. Darío ocupaba una posición de presidencia, por encima del núcleo central de su ejército. Alejandro en cambio encabezaba la caballería y, de repente, realizó una carga oblicua contra la izquierda de los persas, atravesando sus líneas. Darío

lideró entonces una carga de carros y ordenó que sus arqueros dispararan contra el rey —cuya figura destacaba por la coraza dorada y la capa púrpura— mientras un cuerpo de caballería acudía a liberar a su madre y sus esposas. Pero Alejandro giró, pasó por detrás de la retaguardia y se dirigió hacia Darío, que optó por alejarse a galope del campo de batalla y atravesó el Zagros con rumbo a Ecbatana (Irán).

Alejandro asumió entonces un nuevo título: rey de Asia. Pero entre los Compañeros seguía habiendo dudas, y Filotas se mofó diciendo que lo lamentaba por los persas: ¡mala cosa, combatir contra un semidiós! Un oficial se ofreció a asesinar a Alejandro en beneficio de Filotas, quien le quitó la idea de la cabeza, pero no le denunció. Luego Alejandro tomó Babilonia, donde rindió honores al dios Marduk, al que consideraba otro Zeus. Siguió en persecución de Darío: primero conquistó Susa —donde admiró la inscripción del antiquísimo código legislativo de Hammurabi— y después Parsa, a la que prendió fuego, para vengarse del incendio de los templos de Atenas. Una leyenda habla de una fiesta ebria en la que la hetaira Taís incitó a Alejandro a saquear la ciudad real; es típico que las leyendas culpen a una mujer de los desastres. Seguro que hubo farra y de las sonoras, pero Alejandro no necesitaba que le incitaran a destruir. Parmenión le desaconsejó la idea, pero el rey había prometido que su ejército podría actuar a su antojo en «la ciudad más odiada de Asia». Los macedonios asaltaron los palacios, violaron, asesinaron, torturaron, esclavizaron, hicieron trizas más de seiscientas vasijas de alabastro, lapislázuli y mármol, e incluso decapitaron una estatua griega. El rey macedonio se aseguró de que ningún palacio se librara de las llamas.

Alejandro siguió en pos de Darío, camino de Ragas (Teherán), donde en julio de 330 un sátrapa de Bactriana, Beso (Bessus), asesinó al persa y se proclamó rey. Cuando Alejandro llegó a la ciudad el cadáver aún estaba caliente; el macedonio rompió a llorar y ordenó enterrar al último monarca de la Casa de Ciro en las tumbas de la familia.[8]

Los Compañeros quizá confiaban en que la persecución acabara, pero Alejandro reorganizó el séquito y emprendió una

caza personal de Beso, de un año de duración, en la que recorrió más de 1.500 kilómetros. Primero pasó a Helmand (Afganistán), donde empezó a vestir una túnica persa y la tiara real. En sus momentos libres retozaba con un bello y joven eunuco persa que cantaba como un ángel. Cuando uno de los pajes informó al general Filotas de una conspiración en contra de Alejandro, este volvió a silenciar la información, por lo que el paje se la comunicó directamente al rey. Aunque Filotas no estaba entre los conspiradores, Alejandro emprendió una purga y celebró juicios amañados en los que acusaba de alta traición tanto a Filotas como a su padre Parmenión. Los soldados lapidaron a Filotas y Alejandro envió a sicarios a asesinar a Parmenión. Mientras su ejército se adentraba aún más en Afganistán —donde Alejandro fundó una segunda Alejandría cerca de Bagram, y una tercera que se convertiría en Kandahar (Iskándera)— situó como segundos en la jerarquía a Hefestión y a Cleito, con el nuevo título de quiliarcas.[9]

Cuando la nieve se fundió remontaron el Hindú Kush («asesino de los hindúes») —se decía que Hércules había hecho lo mismo— y persiguieron a Beso por Bactriana y Sogdiana, donde Tolomeo lo apresó por fin. Fue ejecutado públicamente, atado a dos árboles inclinados y luego despedazado. Los afganos ofrecieron resistencia; Alejandro los masacró por miles, incendió ciudades, destruyó templos y profanó el *Avesta*, lo que le valió el sobrenombre de «el Maldito». Aunque resultó herido en algunas escaramuzas, poseía una constitución asombrosa y se curó con rapidez. Organizó el cuartel de invierno en Markanda (Samarcanda), pero la situación era tensa y los Compañeros exigieron volver a Macedonia.

En un *symposium* muy regado por la bebida, el general Cleito el Negro, que en otro momento había rescatado a Alejandro de la acometida de dos persas, se mofó de su despotismo divino, despreció su talento en comparación con el de Filipo y le recordó: «Esta es la mano que te salvó la vida». Alejandro tiró la copa, arrojó una manzana contra Cleito, saltó de su diván, cogió la lanza de un guardaespaldas y corrió hacia él; le contuvieron Tolomeo y un general llamado Pérdicas, que le rogaron perdonar a un hombre

que prácticamente pertenecía a la familia. Alejandro se marchó enfurecido, se apoderó de otra pica de la guardia y quedó a la espera; cuando Cleito salió tambaleándose, Alejandro lo lanceó y mató. Luego se arrepintió, durante días, hasta que volvió a la guerra.

Alejandro se adentró en Sogdiana (Tayikistán/Afganistán), donde un caudillo local, Huxshiartas, le desafió desde una fortaleza casi inexpugnable, conocida como La Roca. Pero los macedonios de Alejandro la escalaron y la conquistaron. Tras la caída Huxshiartas le ofreció la mano de su hija Roxana —o Rauxshana, «estrella brillante»— y Alejandro celebró con ella un matrimonio persa que sus oficiales macedonios recibieron como una nueva ofensa. El rey exigió que se postraran ante él con la *proskynesis* debida a los monarcas persas, lo cual quedaba muy lejos de la informalidad colegial del compañerismo macedonio. Varios oficiales montaron en cólera y se negaron a postrarse —tampoco lo hizo Calístenes, historiador de la corte y sobrino nieto de Aristóteles— y un grupo de pajes conspiró para matar a Alejandro cuando se durmiera y situar en el trono a su hermano mayor, Arridayo. Pero el rey se pasó toda la noche de parranda, detuvieron a los culpables y los lapidaron.

En 327, con Bactriana y Sogdiana sometidas, Alejandro emuló de nuevo a Hércules e invadió la India por el paso de Jáiber, irrumpió en el Punyab, reclutó a príncipes de varios principados pequeños y acogió a disidentes de los reinos locales, entre los que quizá estaba un joven exiliado indio llamado Chandragupta.

Su campaña india, de dos años de duración, se extendió por territorios de lo que hoy es Pakistán. Ninguna fuente india la menciona porque no llegó a amenazar nunca los reinos de los Nanda o los *gangaridai*, del norte y el este; pero los macedonios también encontraron ciudades-estado que recordaban a *poleis* griegas. Alejandro derrotó al ejército del rajá de los páuravas, cierto Puru, de unos 2,13 metros de alto, que luchaba a lomos de uno de sus elefantes de guerra. Es posible que el macedonio enviara a Chandragupta a negociar una alianza con Puru; desde luego ansiaba seguir ampliando sus conquistas. Cerca de Amritsar,

el ejército estuvo a punto de amotinarse. Se celebró un consejo en el que los generales de mayor edad aconsejaron volver al Mediterráneo y prometieron unirse a Alejandro en contra de Cartago; ni siquiera Hefestión y Tolomeo defendieron al rey. Después de pasar un tiempo enfurruñado en su tienda —de nuevo como Aquiles—, Alejandro accedió a marcharse de la India pero con su propio estilo aventurero: quería resolver el misterio del océano del Sur bajando por el río Indo hasta el golfo de Arabia y dirigiéndose luego a Babilonia. En el camino, enfurecido aún por la reticencia de sus tropas a asaltar una ciudad hostil, escaló las murallas el primero y saltó al combate prácticamente en solitario. Una flecha le hirió en el costado y le perforó el pulmón, y se derrumbó; le rescataron sus tropas, que enloquecieron y se vengaron masacrando a los defensores. De la herida abierta manaban sangre y burbujas de aire. Pero Alejandro se recuperó.[10]

Después de sobrevivir a una travesía por el desierto, Alejandro logró volver a Susa, donde le esperaban las mujeres de la realeza persa. Aquí, siempre pragmático, decidió fundir las élites de su nuevo imperio —la macedonia y la persa— en una boda multicultural masiva. Pero a los macedonios la unión obligada les resultó odiosa. Estas relaciones de conquistados y conquistadores eran una forma de fundar imperios duraderos por medio de hijos a los que la familia vincularía con un reino híbrido. Durante una fiesta de tres días se casó a cien parejas, sobre un centenar de divanes, con regalos de boda, ropajes plateados y púrpuras, joyas y cuberterías de lujo, y una tienda matrimonial persa para cada uno. El núcleo era la boda real definitiva: Alejandro se casó con la hija de Darío, la joven Stateira, y Parysatis, hija de Artajerjes III. Los reyes, que desconfían de sus propias familias, tienen que crearse una. Hefestión se casó con la otra hija de Darío, Drypetis. Alejandro estaba forjando una dinastía mundial, argéada-haxamanishiya.

Muerte en Babilonia: empieza la matanza

En vez de gestionar el imperio desde su capital, Babilonia, Alejandro no pudo resistirse a emprender más expediciones. Navegó Tigris abajo, hacia el Golfo, y subió de nuevo hacia Opis, donde su ejército se amotinó. Alejandro ordenó a Seleuco,[11]comandante de la guardia del Escudo de Plata, que ejecutara a los rebeldes; luego arengó a las tropas haciendo hincapié en los logros de su padre y en los suyos, y se reconcilió con su ejército. La lealtad de sus sátrapas, en una atmósfera cada vez más amenazadora, le provocaba una preocupación paranoica y purgó el entorno: mató a cuatro de sus sátrapas, expulsó del cargo a otros cuatro, cuatro más murieron o fueron ejecutados, y llamó a quien había sido durante mucho tiempo su virrey en Macedonia, Antípatro.

De pronto perdió al hombre en el que más confiaba: Hefestión murió de resultas de una borrachera desmedida. Alejandro quedó aturdido, mató al médico de Hefestión, cortó las crines de los caballos de su amigo, extinguió los fuegos sagrados de Persia —señal de la muerte de un rey— y ordenó esculpir la estatua de un león, que aún se conserva en Hamadán.

De vuelta en Babilonia, Alejandro vivió en el palacio de Nabucodonosor con sus esposas, amantes, eunucos y dos Compañeros, Tolomeo y Seleuco. Entre sus fiestas de borrachera y juego y sus viajes en barco —a veces engalanado con cuernos, como el dios Amón-Ra— fue recibiendo a embajadores, amenazó a los cartagineses con someterlos, planeó una nueva expedición a Arabia y propuso construir una pirámide egipcia mayor que la de Guiza. En materia de amor no era sentimental, pero necesitaba un heredero y la reina Roxana se lo dio.

Cuatro días antes de partir hacia la invasión de Arabia, cayó enfermo, con fiebre. Los cortesanos fueron presa del pánico y las conspiraciones; los soldados desfilaban junto a su cama; los médicos lo sangraban y purgaban. Solicitó que su entierro fuera divino y faraónico: en Siwa, en el desierto de Libia. Le entregó su anillo a Pérdicas —que había sido uno de sus Guardaespaldas durante mucho tiempo y era quiliarca desde la muerte de Hefestión — para que se ocupara de los asuntos reales mientras él estaba

incapacitado. Bromeó débilmente, pero con un realismo característico, afirmando que se lo dejaba todo «al más fuerte» o «el mejor». Sus sucesores tendrían que enfrentarse entre sí como los competidores de unos juegos funerales. Cayó en coma y falleció —fuera por la bebida, algún veneno, la fiebre tifoidea o la reinfección de heridas antiguas— cuando contaba treinta y dos años.

La masacre fue inmediata. Se mezclaron las rivalidades familiares y la política fría: Roxana, embarazada (y convencida de que tendría un varón), tuvo noticia de que Stateira también estaba encinta; cualquier hijo de ellas sería un sucesor. Impuso orden regio en el caos, invitando a las reinas persas a Babilonia y envenenando tanto a Stateira como a Parysatis, hijas de Darío III y Artajerjes III, mientras Sisygambis se suicidaba dejando de comer. La dinastía había acabado.

El quiliarca Pérdicas reclamó la regencia y asesinó a un oficial que le desafió. En los encuentros de los grandes imperaba la tensión. Pérdicas asignó puestos y provincias: Seleuco fue quiliarca; Tolomeo solicitó Egipto, y se le concedió. Mientras los taxidermistas egipcios cumplían con la función sagrada de embalsamar el cuerpo del faraón Alejandro, los paladines debatieron sobre quién le debía suceder: pensaron en Hércules, el hijo de cinco años que le había dado su amante persa Barsine, pero también estaba Arridayo, hermano del difunto. No se hallaba en condiciones de gobernar pero le eligieron a él, con el nombre de Filipo III, para que compartiera el trono con el feto nonato de Roxana. A las pocas semanas la reina alumbró triunfalmente al correy Alejandro IV. Lejos, en Grecia, en Olimpia, la madre de Alejandro le ofreció la mano de Cleopatra (la hermana de Alejandro) a Pérdicas, quien, como estaba en posesión de un rey difunto y dos vivos, así como del grueso del ejército, y contaba con el respaldo de un quiliarca capaz como Seleuco, estaba bien situado para gobernar el imperio hasta que el bebé Alejandro IV creciera. Según había predicho el rey en su lecho de muerte, era muy improbable que los jactanciosos paladines que habían conquistado el mundo —«hombres cuya codicia no reconoce

límites en el mar, la montaña ni el desierto, y cuyos deseos sobrepasan los límites que definen Europa y Asia», en palabras del historiador Plutarco— aceptaran confinarse en una provincia menor; y todos ellos, contagiados del mismo afán por dominar el mundo que caracterizó a Alejandro, se apresuraron a tomar para sí todo lo que pudieron.

El más astuto de ellos, Tolomeo, amigo de infancia de Alejandro, además de miembro de los Guardaespaldas y los Compañeros, partió a tomar posesión de Egipto.

En 321, mientras Pérdicas intentaba someter Anatolia, Filipo III, el bebé Alejandro IV y la reina Roxana escoltaron la colosal y suntuosa carroza fúnebre de Alejandro. Con relieves de oro, perfume de mirra, columnas jónicas, figuritas de Niké en cada esquina y bustos cornudos del íbice sagrado de Amón, con frisos de elefantes y leones, la vasta carroza que contenía el ataúd egipcio (de forma humana) y la momia embalsamada, tirada por 64 mulas enjoyadas y precedida por una guardia de honor de elefantes y soldados, fue recorriendo el lento y glorioso camino de Egas. Sin duda su aparición tuvo que ser espectacularmente fabulosa. Pero quien la acogió con más entusiasmo fue Tolomeo.

En algún punto de Siria Tolomeo secuestró el sarcófago —si de secuestros de cadáveres hablamos, ¿quizá este sería insuperable?— y lo escoltó de regreso para exhibirlo en Menfis. Aunque los reyes llegaron a Grecia sanos y salvos, Pérdicas se dirigió a Egipto para recuperar la momia del conquistador mundial; pero Tolomeo derrotó al regente y Seleuco lo asesinó. En la posterior división del imperio, Tolomeo se quedó con Egipto, Seleuco recibió Babilonia y un general de larga trayectoria, Antígono el Tuerto, controló la Anatolia central. En las guerras consiguientes Seleuco perdió Irak, se incorporó al servicio de Tolomeo en Egipto y Antígono emergió como el sorprendente vencedor.

La lucha entre los paladines fue compleja, cruel y siempre cambiante. Cada vez que uno obtenía la primacía los demás se coaligaban para frenarlo. Olimpia, que en este momento contaba cincuenta y cinco años, estaba a la altura homicida de los hombres.

En 317 la reina se apoderó de Macedonia para apoyar al bebé Alejandro IV y a su madre Roxana, con la oposición de su hijastro Filipo III. Olimpia venció y se apresuró a asesinar a Filipo, pero al cabo de unos meses otro general la capturó y sometió a juicio. Como los soldados se negaron a derramar sangre de Alejandro, murió lapidada. El rey Alejandro IV y Roxana dieron con sus huesos en una celda; entre tanto Hércules y su madre Barsine vivían tranquilamente en Anatolia, pero nadie se había olvidado de ellos. La competencia a degüello iba haciendo menguar la familia de Alejandro, rival tras rival.

Los Mauria y los Qin

Seleuco en la India: el ascenso de Chandragupta

Gracias a su general Seleuco, Tolomeo se apoderó no solo de Libia, sino también de Chipre, Judea (nombre grecorromano de Judá), la Celesiria y buena parte del Egeo. Como agradecimiento en 312 a. C. Tolomeo le prestó a Seleuco un cuerpo diminuto —ochocientos infantes y doscientos caballeros— con el que este logró reconquistar no solamente Babilonia, donde había sido un gobernador popular, sino también, con una gesta asombrosa de proporciones casi alejandrinas, el resto de Siria, Irak, Irán, Afganistán y Pakistán.

Seleuco —astuto, de cara puntiaguda, intrépido— supo atraer a distintas nacionalidades para que colaboraran con sus macedonios. En el último año de la vida de Alejandro se había incorporado al círculo íntimo del rey, asistió a las últimas juergas anteriores a la muerte del monarca y, a diferencia de los secuaces de trayectoria más larga, no empezó por reclamar una satrapía. Fue el único de los Compañeros que permaneció con su esposa bactriana Atama, una decisión que le compensaría cuando reconquistara el este. Pero la amenaza más grave para un heredero de Alejandro era su propia sangre: en 310 se asesinó a Alejandro IV y Roxana, a los que pronto siguió Hércules. Tolomeo decidió finalmente casarse con Cleopatra, la hermana de Alejandro, pero a ella también la asesinaron antes de que la ceremonia pudiera celebrarse. Después de trescientos años de gobierno de una familia, la Casa de Alejandro se había desvanecido.

En 306 Tolomeo y Seleuco se declararon reyes y fundaron dos dinastías alejandrinas que conservaron el poder durante siglos y fueron marcando nuevos hitos de depravación hasta llegar a la

última de sus grandes gobernantes: Cleopatra. Egipto era el núcleo del imperio de Tolomeo; si allí creó una burocracia de lengua griega y la fortificó con un ejército macedonio, también dio su respaldo a los sacerdotes egipcios y embelleció sus templos. Estos, a cambio, lo ensalzaron como faraón.[1]Hacia el final de su reinado se instaló definitivamente, junto con la momia de Alejandro, en una Alejandría ampliada.[2]

En 287, con más de ochenta años, Tolomeo eligió como sucesor a un hijo menor —otro Tolomeo, entonces de veintidós años— de carácter intelectual y reflexivo, en lugar del hijo mayor, apodado el Rayo. Fue una decisión razonable, porque el Rayo era un psicópata que actuaba como una bola de demolición. A la muerte de Tolomeo I —en 283, el único de los sucesores de Alejandro que murió de viejo— la sucesión fue rápida, según lo previsto, y el Rayo escapó a buscar fortuna en otras lindes.

Después de una ruta desenfrenada y asesina por el Mediterráneo, el Rayo se dirigió a la corte de Seleuco y le invitó a conquistar el oeste. Seleuco contaba setenta y cinco años y era el último de los sucesores, pero la idea le atrajo. Su hijo mayor Antíoco, que participaba de las campañas militares, era medio persa, lo que fue de utilidad cuando establecieron un imperio griego de Siria a Pakistán, que le valió a Seleuco el epíteto de Nicator («el Vencedor»). Al igual que Alejandro, el Vencedor era un ávido fundador de ciudades y levantó dos capitales: una oriental, Seleucia (cerca de Bagdad) y otra occidental, Antioquía (Antakya, Turquía). Cuando como parte de una alianza tomó a una nueva esposa, Estratónice, su hijo enfermó; al consultar con su médico el anciano rey averiguó que el chico estaba enamorado de ella. Seleuco arregló la sucesión —y curó la enfermedad— cediéndole al chico tanto la corona como la esposa, anunció el matrimonio de la pareja y los coronó como rey y reina de Asia, progenitores de la dinastía seléucida.

Antes de regresar hacia el oeste Seleuco se adentró en el Punyab, donde descubrió sus límites: en 305 chocó con una dinastía nueva, encabezada por un rey indio al que tal vez había conocido en los tiempos de Alejandro.

Veinte años antes, Chandragupta Mauria —quien quizá había asesorado a Alejandro en los asuntos indios— lideró una rebelión contra los impopulares reyes Nanda de Pataliputra (Patna). El propio Chandragupta podría haber sido un pariente ilegítimo de la dinastía Nanda, al que se habría criado lejos de la corte después de que su madre lo ocultara. Se contaba que Chanakia, un cortesano,[3]invitó al chico a la escuela filosófica de Takshashila (Taxila). Se sabe poco de Chandragupta, pero tal vez prestara servicio al rey Dhana Nanda hasta que este tuvo celos del joven general y ordenó que lo mataran. Al final Chandragupta tomó Pataliputra y, cuando el reino macedonio del Punyab se derrumbó, se expandió también allí.

En 305 Seleuco intentó reconquistar estas provincias indias, pero como no logró derrotar a Chandragupta, se reunió con el monarca en el Indo y le cedió territorios, acordaron una alianza matrimonial e intercambiaron embajadores. El embajador Megástenes escribió un libro titulado *Índica* (en su mayor parte, perdido), que describía al monarca y su guardia poderosa, un imperio ordenado y una capital, Pataliputra, que estaba entre las ciudades más grandes del mundo. Chandragupta le dio a Seleuco un regalo útil para un rey que envejecía: afrodisíacos indios. Y lo que era aún más útil, le dio el equivalente de una división acorazada del siglo XX: quinientos elefantes de guerra que usaría para conquistar el oeste.

ASHOKA: EL MONARCA QUE HACE GIRAR LA RUEDA

Seleuco, cumplidos los setenta y cinco años, en compañía de su hijo Antíoco, de veintidós, y del cuerpo de elefantes indios y carros escitas, recorrió todo el camino de Pakistán al Egeo derrotando a todos sus contrincantes. En 281 a. C. cruzaron el Helesponto, pero cuando Seleuco —el último de los Compañeros de Alejandro y, junto con Tolomeo, el más capaz— se detuvo a admirar un antiguo santuario, el psicópata Rayo, que había invitado a Grecia al anciano Vencedor, lo apuñaló. Luego asumió el control del ejército,

marchó a Macedonia y reclamó el trono. El giro era sorprendente, pero tampoco duró. Rayo perdió la vida en combate, concluyendo así las guerras de los sucesores de Alejandro. La familia de Seleuco conservó Siria, Irak e Irán; los tolemaicos gobernaron en Egipto, Israel y el Líbano.

Arsínoe, hija del gran Tolomeo, quedó abandonada en Grecia. Se había casado dos veces con reyes guerreros, y dos veces había quedado viuda; como no renunciaba a su cuota de poder se dirigió a Alejandría para reunirse con su hermano Tolomeo II. Arsínoe tendió una trampa a la esposa del faraón, para acusarla de querer matarlo y poder acabar con ella, y luego se casó con su hermano. El incesto complació a los egipcios pero disgustó a los griegos. «Estás metiendo la polla en un agujero impío», escribió un satírico llamado Sótades. Tolomeo ordenó encerrar a Sótades en un ataúd de plomo, sellarlo y arrojarlo al Nilo. El rey se llamaba a sí mismo, y también a Arsínoe, Filadelfos, que en griego significa «amante del hermano»: una pareja faraónica divina.

Filadelfos lo hacía todo con extravagancia, lo que los griegos denominaban *tryphé*:[4]convirtió la biblioteca de su padre en la más extensa del mundo e invitó a todos los pueblos a establecerse en una Alejandría que pronto cobijaba a un millón de personas, griegos, egipcios y judíos. Al encargar a unos judíos con dominio del griego que tradujeran su Torá a esta lengua posibilitó que los que no eran judíos accedieran a la Biblia, una decisión que posteriormente tuvo consecuencias de alcance mundial.

En 275 Arsínoe y Filadelfos organizaron un festival sagrado, junto con un desfile militar y una feria comercial, para celebrar su poder: ochenta mil soldados recorrieron Alejandría con carrozas; con estatuas de Zeus, Alejandro y los dos «amantes del hermano»; elefantes, leopardos, jirafas y rinocerontes; y una delegación de nubios e indios con su traje nacional. Los nubios dieron publicidad al comercio de Tolomeo con Arkamani, *qore* (gobernante) de Kush, quien desde su capital, Meroé —donde erigió muchas pirámides que siguen en pie—, vendió elefantes de guerra a Filadelfos. En cuanto a los indios, el tema del festival era el regreso de Dioniso de la India, y Filadelfos había fundado puertos nuevos en el mar Rojo,

en las costas egipias y arábigas, para comerciar con el emperador de la India, Ashoka, que se jactaba de sus vínculos griegos e incluyó referencias a Filadelfos en sus inscripciones.

Nacido hacia la fecha en la que su abuelo Chandragupta le estaba dando a Seleuco estos elefantes, Ashoka era uno de los varios posibles herederos de un imperio en expansión. Hacia 297, Chandragupta abdicó para dedicarse al ascetismo jainista. Delegó el trono en su hijo Bindusara, que mantuvo la relación amistosa de su padre con los seléucidas: le pidió a Antíoco, por ejemplo, que le enviara higos, vino y a un filósofo griego. Bindusara nombró a Ashoka gobernador de Taxila y Udyén (Ujjain), en el noroeste, donde el joven se enamoró de la hija de un mercader —Devi, o Vidisha-Mahadevi—, de la que más adelante los budistas afirmaron que estaba emparentada con Buda.

En 272 a. C., con Bindusara moribundo, Ashoka —que según cierta tradición era un hombre poco agraciado que sufría de desmayos, posiblemente por epilepsia— se enfrentó a sus hermanos y les dio muerte. Se hizo llamar «Amado de los Dioses» (Devānaṃpiya) y «el Beneficente» (Piyadasi) y expandió sus territorios bajando por la costa oriental, que era vital para los vínculos mauria con Asia oriental: «El rey Piyadasi conquistó Kalinga; se deportó a 150.000 personas, se mató a 100.000, muchas más perecieron» y «Kalinga quedó anexionada». En cabeza de un ejército de setecientos elefantes, mil jinetes y ochenta mil infantes, y protegido por una guardia personal que incluía a mujeres como arqueras, es posible que se apoderara de tierras desde Afganistán a Bangladesh y, por el sur, hasta el Decán; probablemente fue el raj más vasto hasta la formación del británico. Cuando disfrutó del lujo de la seguridad hizo lo que le parecía correcto, con la aprobación de Devi, su amante budista. «Ahora que se ha conquistado Kalinga, el Amado de los Dioses siente remordimiento», decía en una de las singulares 33 inscripciones que hizo grabar por su imperio.[5]La matanza «supone una carga muy pesada para el Amado de los Dioses, que no la puede olvidar». Llegó a mencionar incluso el sufrimiento de los esclavos.

Adoptó entonces los epítetos de *chakravartin*, «monarca que hace girar la rueda», y *dharmaraja*, «gobernante justo», y «se dedicó a practicar el *dharma* con toda seriedad, a desear el dharma y enseñar el dharma», que era la ley universal de la justicia y una de las enseñanzas esenciales de Buda. Predicó la tolerancia y la paz: «la mejora indispensable de todas las sectas ... que todas las sectas se honren mutuamente». Según fuentes budistas, abrió varias de las ocho estupas originales que contenían las reliquias de Budas y ordenó construir 84.000 más (sin lugar a dudas, la cifra se exagera) para redistribuirlas. También supervisó la celebración del Tercer Consejo Budista y envió a misioneros —encabezados por su hijo Mahendra y su hija Sanghamitra— a difundir las enseñanzas por el sur, en Sri Lanka, pero también por el oeste, ante los cinco reyes griegos. En ese mismo momento un sátrapa griego, Diodoto I, se adueñó de partes de Afganistán y el Tayikistán para fundar su propio reino helénico-bactriano.

Para imponer el budismo Ashoka tuvo que recorrer a oficiales específicos, los *dharma-mahamattas*: «Este edicto dharma se ha grabado en piedra para que dure mucho tiempo ... mientras vivan mis hijos y mis nietos». Las fuentes budistas afirman que sus creencias toparon con la resistencia de algunos brahmanes del seno de su propia familia.

Entre tanto, más al este, un conquistador estaba uniendo China por primera vez.

Corazón de tigre y lobo: entra el Qin

En 247 a. C. el reino militarista de Qin (pronunciado «chin») vivió una sucesión desastrosa: el trono recayó sobre Ying Zheng, un chico de trece años sometido a la humillante dominación de su madre, de quien se decía que era adicta a un amante prodigiosamente bien dotado. El principio de la historia no parecía prometedor, pero aun así este visionario homicida, brillante y medio loco creó China.

Ying era hijo de una familia que había iniciado su actividad

en la década de 860, como criadores de caballos para los reyes Zhou. Durante varios siglos la familia había gobernado un feudo pequeño y remoto situado en el noroeste, en los límites de la civilización; para los Zhou eran directamente unos bárbaros. En una época en que las ideas de moralidad que luego se han denominado «confucianas» contaban con un número de seguidores escaso, los Qin forjaron su reino convirtiéndolo en una fuerza brutal y eficiente que prosperó durante el período de los Reinos Combatientes: las guerras incesantes que, a lo largo de varios siglos, fueron librando los aproximadamente siete reinos enfrentados que dominaban el territorio que daría origen a China. Un siglo antes, los Qin habían nombrado a un ministro, Shang Yang, que implantó un sistema que situaba al clan por encima del individuo y repartía a las personas en unidades familiares que eran responsables de las acciones colectivas de todos sus miembros: «A quien no denuncie a un culpable, se le cortará en dos; quien denuncie a un culpable recibirá la misma recompensa que quien haya decapitado a un amigo». Shang inició la expansión agresiva de Qin antes de que lo ejecutaran a él también.

Tras una sucesión de duques ineficaces, Ying se encontró en el poder. Su padre Zhuangxiang no había confiado en gobernar pero, mientras estaba retenido como rehén en el extranjero, conoció a un mercader, Lu Buwei, que tenía una bella concubina, la dama Zhao. El príncipe se enamoró de ella y Lu se la ofreció como regalo. Cuando Zhuangxiang ascendió al trono nombró consejero a Lu, y la dama Zhao alumbró al bebé Ying Zheng. Como era de esperar, sus enemigos denunciaron que era hijo del mercader, y no del rey.

En 246 el rey falleció y Ying, a sus trece años, fue ganando tiempo bajo la guía de Lu y su madre, que volvían a ser amantes. Como esto no le parecía una buena idea, Lu distrajo a la madre presentándole a «un hombre llamado Lao Ai que tenía un pene inusualmente grande». Para que la dotación no fuera a pasarle por alto, Lu hizo que Lao bailara con una música sensual y, según se cuenta, «metiera el pene por el centro de una rueda ... para despertar el interés de ella». La artimaña surtió efecto y la reina quedó impresionada por lo que vio. Lao Ai —ahora con el título de

marqués— tuvo en secreto dos hijos con ella, y estaba seguro de que podría burlar al joven rey para entronizar a uno de los bebés. En los reinos de Asia oriental, era habitual que las mujeres se mostraran políticamente activas; a lo largo de la historia denunciar a una potentada por su voracidad sexual ha sido una forma recurrente de denigrar su gobierno. Por otro lado, en las monarquías personales las vidas privadas y políticas estaban entrelazadas; la proximidad espacial y emocional con el rey era esencial para ganarse la confianza de un soberano vigilante; y en lo que respecta a las mujeres, la posibilidad de que se dejaran influir por el sexo o la amistad no era mayor que entre sus equivalentes varones. Independientemente de las proporciones de su pene, Lao no era rival para el «corazón de tigre y lobo» del joven rey. Ying Zheng era aterrador, con una «nariz que recordaba a una avispa, ojos de serpiente, pecho de gallo y la voz de un chacal», según un visitante; «es implacable», pero también podía ser encantador y colmar de regalos («ropa, alimentos, bebida») a sus visitantes.

En 239 el rey, a los veinte años, aceptó la sugerencia del Consejero (un ministro llamado Li Si) y provocó a Lao Ai para que intentara tomar el poder. Ying derrotó al ejército de Lao, masacró a todo su clan, le hizo despedazar por cinco caballos y luego desterró a su madre. Como maestro de la manipulación humana, el rey podía ser amable o un depredador. «Cuando experimenta dificultades se muestra humilde; cuando todo le va bien se traga a los hombres sin el más mínimo escrúpulo», escribió un visitante. «Si lograra conquistar el mundo, todos seríamos sus prisioneros.»

En campañas rápidas, diseñadas junto con el Consejero, Ying Zheng conquistó tres de los reinos combatientes. En 227 el rey de Yan envió a dos asesinos que debían regalarle un mapa a Ying, presentarle la cabeza de un traidor y luego matarlo. Ying los recibió en la sala de audiencias —descubierta hace poco por los arqueólogos— de su capital, Xianyang (cerca de la moderna Xi'an) y aterró tanto a los asesinos que dejaron caer la cabeza. Uno de los sicarios sacó una daga y asestó una cuchillada, pero Ying desenvainó la espada, se retiró sin dejar de combatir y logró lisiar a los dos asesinos frustrados. Al poco tiempo el monarca había

conquistado Yan y el resto de los reinos; el último, Qi, cayó en 221, fecha de la primera unificación de China. El proceso había costado cerca de un millar de vidas: «Aun siendo una insignificancia, he reclutado tropas para castigar a los príncipes rebeldes y, gracias al sagrado poder de nuestros antecesores, los seis reyes han recibido el castigo que merecían, con lo que el imperio ha quedado pacificado por fin».

El rey se declaró Shi Huang-di: el Primer Tearca Augusto, un título sagrado y cosmológico, emperador de China. A sus veintiocho años se jactaba de «ser el primero en conseguir una paz única y grandiosa». El Primer Emperador había inventado China como entidad política, que gobernaba por medio de cuarenta comandancias. Hizo entregar todas las armas, que se fundieron para forjar estatuas colosales para su palacio, añadió un nuevo salón del trono en Xianyang y un enorme parque de ocio, el Bosque Supremo, que incluía otros palacios. Construyó la Vía Recta, una carretera de unos 800 kilómetros, que era solo una entre los cerca de 6.750 kilómetros de su red viaria; también creó una red de canales. La paz no era total porque en el norte los xiongnu —una federación nómada cuya base estaba en Mongolia— iban haciendo incursiones en el imperio bajo la dirección del jefe Tuman; Ying Zheng comenzó a construir la Gran Muralla para poder dominar las praderas que eran esenciales para las migraciones estacionales de los xiongnu. En nuestros días aún se conservan la Muralla y varios tramos de sus carreteras.

El único obstáculo para que gobernara para siempre era la mortalidad que compartía con todos los demás; resuelto a corregirlo, consultó con magos que le aconsejaron buscar la inmortalidad mediante peregrinajes a montañas sagradas o por las aguas del mar, hasta dar con la Isla de los Inmortales. Envió en efecto flotas a indagar.

Los movimientos del Primer Emperador eran secretos, una medida razonable, después de otros dos intentos de asesinato. Cuando cayó en la cuenta de que el Consejero siempre sabía de su paradero, ordenó ejecutar a todo el séquito de este. Y cuando los magos empezaron a quejarse de que fuera «violento, cruel e

insaciable en su afán de poder» lanzó una campaña de terror que costó la vida a 460 escribas. Aunque el Primer Emperador había engendrado decenas de hijos, favoreció en la sucesión a su primogénito Fusu; pero como este también lo criticó, envió al chico a prestar servicio en la frontera.

Sin duda muchas personas vieron al emperador en los viajes que emprendía para pasar revista a sus proyectos. Cierto día, un funcionario de Henan, Liu Bang, que había nacido campesino y en ese momento ocupaba una posición muy secundaria, escoltó a varios prisioneros que iban a trabajar en las construcciones del emperador y tuvo la gran fortuna de verlo en persona. En aquel momento nadie habría dado crédito a la idea de que el futuro pertenecía a este joven de provincias.

Ying Zheng obligó a setecientos mil trabajadores esclavizados a construir una tumba colosal en el monte Li, unos cincuenta kilómetros al este de la capital. Se trataba de una pirámide de cuatro costados, situada dentro de una montaña artificial de 120 metros de altura, que exhibía la singular grandeza de su creador: el papel cósmico, sagrado y único del emperador. Su tumba superaba todo lo construido hasta la fecha en el mundo, salvo la Gran Pirámide. Fue uno de los mayores proyectos de construcción de la historia universal.[6]

No cabe duda de que entre la China Qin y el norte de la India hubo contactos. Probablemente Ashoka y sus cortesanos fueron los primeros que usaron el nombre de Qin/Chin no solo para la dinastía sino para el vasto país que esta gobernaba. Los chinos, en cambio, daban a su país el nombre de «la Tierra Central». Sin embargo, mientras Qin unía China, Ashoka estaba perdiendo la India.

La decadencia de Ashoka está envuelta en leyendas, algunas budistas, otras hindúes; pero es posible que se hubiera enamorado de una de las doncellas de su esposa, Tishyaraksha, una cantante y bailarina que se apartó del budismo y coqueteó peligrosamente con el hijo favorito del rey, Kunala. En el enfrentamiento el joven perdió la vista. Las esposas jóvenes y los reyes avejentados no hacen buena pareja. Cuando otro hijo, Samprati, se hizo con el

control, el achacoso Ashoka se encontró atado de manos.[7]

En aquel momento algunos productos indios y probablemente chinos ya estaban empezando a llegar a los puertos tolemaicos del mar Rojo, desde donde se vendían en el Mediterráneo. En 236 se celebró el matrimonio de Tolomeo III Evergetes, en medio de un enredo letal e incestuoso particular de la familia tolemaica.

Los Barca y los Escipión: las Casas de Cartago y Roma

Amor entre los Tolomeos

El rey Filadelfos planeaba incorporar Cirene (Libia) —gobernada durante cincuenta años por el hijastro de Tolomeo I, el rey Magas, y su esposa Apama— al dominio egipcio. Acordó casar a Berenice, hija de los reyes cirenaicos, con su propio hijo, Evergetes. Pero Apama, que era una princesa seléucida, quería conservar la ciudad como base del poder de su dinastía; y cuando Magas falleció por gula, intentó frustrar el plan invitando a casarse con su hija a Demetrio el Hermoso, hijo del rey de Macedonia. Berenice prefería el matrimonio con su primo egipcio, pero acabó por ceder a la propuesta; acto seguido su madre sedujo a Demetrio.

Berenice resolvió el problema al estilo de la familia. Irrumpió en la alcoba materna con una cuadrilla de asesinos y sorprendió a su madre y su esposo en la cama. Mató a Demetrio, perdonó la vida a Berenice y se dirigió triunfalmente a Alejandría, a casarse con Evergetes.

Egipto ganó Cirene; Evergetes y Berenice tuvieron seis hijos durante sus primeros siete años de casados, un raro oasis de completitud en esta familia letal. Los Tolomeos estaban resueltos a hacerse con la hegemonía en el Mediterráneo, lo que en el este pasaba por competir con sus primos y rivales, la familia seléucida, que aún gobernaba de Siria a Irán. Una vez en el trono, el enérgico y carismático Evergetes vio una ocasión: su hermana se había casado con el rey Antíoco II, pero la repentina muerte de este los situaba a los dos en peligro, por la rapacidad de los hermanos del difunto. Evergetes embarcó hacia Antioquía, la capital seléucida,

pero entró en el palacio —por unos momentos— demasiado tarde: acababan de asesinar a su hermana y el hijo de esta. Aun así logró controlar la costa mediterránea, de Tracia a Libia. En su momento de apogeo Evergetes recibió una petición de ayuda de una ciudad-estado que era su vecina en África: Cartago solicitaba un préstamo para financiar una guerra contra una ciudad-estado italiana.

El emparejamiento no se antojaba desigual, pero no cabía duda de que Cartago, capital de todo un imperio comercial mediterráneo, acabaría por vencer. Dirigía sus fuerzas un joven general, Amílcar Barca, cuya familia dominaría Cartago durante los cincuenta años posteriores. Amílcar ya había engendrado a tres hijas, pero antes de partir hacia el frente nació su primer hijo varón: Aníbal.

Relámpago africano y sacrificio humano: los Barca de Cartago

Los Barca procedían de la ciudad materna de Tiro (el Líbano): la familia de Amílcar se hacía llamar «casa tiria de los antiguos Barca», aunque el epíteto *Barca* también significaba «relámpago». La ciudad —según su mito fundacional— la había levantado en 814 a. C. Dido, una princesa fenicia expulsada de Tiro por su hermano Pigmalión. Cartago —Qart-Hadasht, «la ciudad nueva»— era un núcleo de templos y palacios con dos bahías, completamente protegida por murallas enormes, con una población de setecientos mil habitantes y varios millones de súbditos en sus dominios tunecinos.

Estos colonos fenicios —se llamaban a sí mismos *canani*— empezaron pagando tributo a los gobernantes de Numidia, un reino de bereberes, nombre que deriva del concepto griego de *bárbaro*, aunque de nuevo ellos se daban otro nombre: *amazig*. Al principio los bereberes y los fenicios establecieron alianzas matrimoniales. Pero a la postre los cartagineses obligaron a los bereberes a pagarles tributo, contrataron a sus jinetes, que eran excelentes —montaban sin freno, silla ni estribos—, y esclavizaron

a cuantos se resistieron.

Cartago se había convertido en metrópolis de un imperio comercial: su moneda, el siclo, era la favorita en el ámbito del Mediterráneo. Sus astilleros —al igual que sus rivales griegos— desarrollaron las naves de guerra, trirremes y quinquerremes de mayor tamaño (embarcaciones con tres o cinco órdenes de remos), que dominaron las aguas mediterráneas, pero no se contentaron con esto. Sus marinos poseían la destreza necesaria para salir al Atlántico: descendieron por África occidental, donde apresaron a tres mujeres africanas a las que desollaron; sus pieles se expusieron mucho después en el templo de Tanit. En África encontraron también a unos simios colosales, a los que bautizaron con una palabra de su lengua: *gorilas*.

Los cartagineses adoraban a Baal Hammon y su esposa Tanit. En sus templos se realizaban sacrificios de animales y, en tiempos de crisis, también de personas, en un altar especial, el *tofet*, donde se han encontrado en efecto huesos humanos (por lo general, de niños). Mientras desafiaban a sus rivales griegos, pero sin dejar de comerciar con ellos, forjaron un sincretismo de su dios Melqart —el legendario primer rey de Tiro— con Hércules, puente entre lo humano y lo divino, como hijo de Zeus y una mujer humana. Hablaban fenicio (emparentado de cerca con el hebreo y el árabe), griego y númida; no comían cerdo; circuncidaban a los niños, se vestían con túnicas y llevaban pendientes. Cartago era una república semidemocrática, controlada por un equilibrio de las familias aristocráticas con una asamblea popular de todos los ciudadanos varones.[1]Los cartagineses financiaban sus huestes —con elefantes africanos, caballería númida, infantería española, celta, griega e italiana, y flotas de quinquerremes— mediante granjas productivas, trabajadas por esclavos, además de las minas y el comercio, y habían expandido su dominio hasta España, Malta, Cerdeña y Sicilia.

En su lecho de muerte Alejandro Magno planeaba destruir Cartago, que en ese momento formaba una alianza contra los sucesores del macedonio con una ciudad-estado, Roma, que se estaba apoderando de la península Itálica. La alianza no duró. Los

romanos entraron en Sicilia, que los cartagineses consideraban propia; pronto estalló una guerra menor, entre los representantes respectivos, que escaló hasta provocar la guerra entre las dos repúblicas, la italiana y la africana.

Los romanos contaban con abundancia de hombres, pero no de barcos; los cartagineses dependían de mercenarios, pero tenían la flota más poderosa del Gran Mar. Sin embargo la tecnología nunca dura mucho tiempo como un monopolio. Roma copió un barco apresado a los de Cartago y construyó su primera flota. Los dos bandos sufrieron varias derrotas en tierra y en mar, mientras la acción iba pasando de Sicilia a África y de nuevo a Sicilia, donde Amílcar hostigó las posiciones romanas e hizo incursiones en Italia con la seguridad de alzarse con la victoria. Pero luego una flota romana derrotó a los cartagineses en el mar. Cartago quedó atónita.

Amílcar, invicto, recibió órdenes de negociar la paz, y se vio obligado a aceptar lo impensable: renunciar a Sicilia y pagar una indemnización. Cesó en su puesto, zarpó hacia su patria y acusó a una facción rival de haberle apuñalado por la espalda. Los mercenarios celtas, que no habían recibido la soldada, se amotinaron y amenazaron con destruir la ciudad. Él tomó el mando de un pequeño ejército, apoyado por la caballería africana de un príncipe nubio al que casó con su hija, y después de tres años de guerra brutal —en la que los rebeldes sitiados, sin más alimentos, canibalizaron a los esclavos— salvaron Cartago. Pero Amílcar, el aventurero aristocrático, glamuroso héroe de guerra y favorito del pueblo, estaba en peligro.

Los nobles le criticaron, pero Amílcar apeló al pueblo de Cartago, que estaba consolidando su importancia. Mientras combatían por la supervivencia, los romanos habían incumplido el tratado y se habían apoderado también de Cerdeña. Amílcar hizo el papel de demagogo ante la asamblea y propuso una solución: enviar una expedición reducida que obtuviera recursos saqueando y conquistando España, donde los cartagineses tenían una colonia, Cádiz, cuyas minas de plata financiarían la guerra con Roma. Mientras que su aliado Asdrúbal el Bello gozaba de más respaldo

entre la élite, Amílcar conquistó al pueblo.

En 237 Amílcar sacrificó una cabeza de vaca a su dios Melqart-Hércules y, ante el buen auspicio de las entrañas, se volvió hacia su hijo Aníbal, entonces de nueve años, para preguntarle si se apuntaba a la aventura. El chiquillo asintió entusiasmado, a lo que el padre le hizo prometer que «no mostraría nunca buena voluntad a los romanos». Entonces, con un ejército reducido, que incluía al yerno númida con su caballería y los elefantes africanos, se puso en marcha en dirección al Estrecho; por su parte el Bello, que a la sazón ya era también hijo político, fue costeando hasta dejar a los Barca en Cádiz.

Amílcar conquistó la mayor parte de España, se apoderó de las minas de plata y envió fondos a Cartago. Aníbal recibía clases de historia y griego con un filósofo espartano, pero también aprendía el funcionamiento de la guerra sobre el terreno, con su padre. Cuando en África las tribus númidas se rebelaron, Amílcar envió a Asdrúbal el Bello a someterlas. Pero en 228, durante una campaña en las inmediaciones de Toledo, en compañía de sus hijos Aníbal y Asdrúbal, un aliado tribal traicionó a Amílcar; mientras sus hijos se alejaban al galope el padre, a los cuarenta y siete años, pereció ahogado en un río.

El ejército eligió al Bello, el yerno de Barca, como comandante; Aníbal, a sus dieciocho años, fue seleccionado como general de caballería. El Bello fundó Cartago Nova (Cartagena) y fue quien tuvo la idea de atacar a Roma en la propia Italia. Pero antes de partir murió asesinado y el mando recayó sobre Aníbal. Al poco tiempo Aníbal se había apoderado de una ciudad española aliada con Roma; por su parte Roma capturó Malta, consolidó Cerdeña, planeó una incursión en África y envió a un ejército a tomar España. Aunque en el Consejo de los Poderosos algunas voces criticaron a Aníbal y defendieron que Cartago prosperaba sin necesidad de una nueva guerra, el comandante alegó que Roma nunca los respetaría. El pueblo apoyó a la casa Barca. Era la guerra.

Después de enviar a un cuerpo español en defensa de Cartago, Aníbal hizo venir a 12.600 bereberes y 37 elefantes. Realizó

sacrificios en el templo dedicado a Melqart-Hércules en un islote gaditano, y emprendió la marcha con 120.000 hombres, atravesando el Ródano en dirección a los Alpes. Al mismo tiempo el cónsul romano Publio Cornelio Escipión zarpaba de Pisa para atacar a Aníbal en España.

Ninguna familia igualaría los laureles de los Escipión en la batalla contra los Barca; ninguna familia representó mejor la aristocracia marcial de una república romana que, en muchos sentidos, se asemejaba a Cartago.

Roma se fundó en 753 a. C., sesenta y un años después que Cartago; aunque la arqueología ha demostrado que en su emplazamiento ya había habido asentamientos anteriores.[2]Empezó siendo gobernada por reyes, luego por caudillos guerreros, luego por coroneles (probablemente oligarcas patricios). Como Cartago, Roma pasó a ser una república democrática (en su caso hacia 420 a. C.) dominada por clanes aristocráticos de los cuales los Escipión fueron un ejemplo típico.[3]Estos, que eran terratenientes ricos desde antiguo, acogieron con entusiasmo el espíritu marcial de Roma; los Escipión proporcionaron 16 de los cónsules de la ciudad y algunos prestaron servicio en más de una ocasión. Aunque Roma había empezado siendo tan solo una más de las diversas ciudades-estado de Italia, rodeada de rivales como los sabinos y etruscos, que le habían proporcionado algunos de sus primeros reyes, acabó sometiendo a todos sus vecinos peninsulares. Pero su ascenso no estuvo exento de problemas ni fue inevitable: en varias ocasiones vivió amenazada por las invasiones de los galos —que, en 387, saquearon de hecho la ciudad— y en 280 el rey del Épiro, Pirro —primo de Alejandro Magno y aspirante él mismo a la construcción de imperios— invadió Italia y obtuvo una serie de victorias que han quedado asociadas a su nombre: «pírricas», más costosas que provechosas.

Los Escipión personificaban el machismo, la agresividad y la disciplina de Roma, que ensalzaba la *pietas* (piedad), la *dignitas* (prestigio) y, sobre todo, la *virtus*; de aquí procede nuestra *virtud*, pero etimológicamente la palabra deriva de *vir*, «hombre, varón» y describía un ideal de comportamiento viril, temeroso de los dioses.

El concepto de virtud, pues, era masculino, y los hombres mandaban en la *familia* (concepto que en latín significaba: «hogar, casa familiar con su servidumbre»). Los padres de la nobleza organizaban el matrimonio de sus hijas con otros grandes; para un hombre era fácil divorciarse y en efecto lo hacían a menudo.[4]A las mujeres se las tenía siempre «a mano», *sub manu*; la ley permitía que los padres o maridos las ejecutaran y se esperaba de ellas que mostraran *pudicitia* (castidad y fidelidad), para asegurar la estirpe de los hijos, mientras se ocupaban de la casa, pero no de la política; aunque como es natural ejercían poder entre bambalinas. Cuando se acababa la función reproductiva, está claro que las mujeres tenían amoríos con otros nobles, o sexo con esclavos, a condición de que no alardearan de sus placeres. La *familia*, según decíamos arriba, incluía también a los esclavos de la casa, a los que se reclamaba que fueran leales al *dominus* (amo) y sus parientes, antes que al Estado. La esclavitud doméstica, ya fuera de hombres o mujeres, siempre suponía alguna clase de depredación sexual por parte de los propietarios, y aquí también: ya fueran estos hombres o mujeres. Que un amo matara a sus esclavos era algo enteramente legal. En una sociedad levantada sobre la propiedad de esclavos —hasta el 40 % de la población estaba esclavizada—, la familia y la esclavitud eran inseparables. Pero a menudo los esclavos recibían educación y a veces sus amos los adoraban y amaban. Era frecuente que se les diera la libertad y en tal caso los libertos podían llegar a convertirse en ciudadanos y, con el tiempo, aun en potentados.

El éxito de Roma —a juicio de su pueblo— se debía al favor del dios supremo, Júpiter Óptimo Máximo. La religión romana no se centraba en la doctrina, la mejora o la salvación, sino en los ritos y el estilo de vida, y se basaba en un panteón cuyo fin era asegurar el éxito y la prosperidad. Solo más adelante los romanos empezaron a creer que Júpiter les había ofrecido un «imperio ilimitado». El crecimiento de Roma se caracterizó por la construcción monumental, empezando por el gigantesco templo de Júpiter Óptimo Máximo —en la colina Capitolina—, el edificio del Senado y, más adelante, anfiteatros y teatros. Los baños fueron

posteriores: los austeros Escipión disponían de unos baños pequeños en sus villas, pero aún «olían a campo, a granja y a heroísmo», según observaría más adelante el filósofo Séneca. La limpieza llegó con el imperio.

A principios del siglo III a. C., Lucio Escipión Barbatus («barbado») ayudó a derrotar a una coalición de rivales italianos; aquí lo más importante es que fue el primer cónsul identificado con claridad, un hombre de una república nueva y libre que, en su tumba grandiosa (falleció en 280) se jactaba de sus victorias y su *virtus*. Sus dos hijos, que fueron cónsules ambos, lucharon contra los cartagineses, pero Gneo fue apresado y se le otorgó el mote de Asina («la burra»).

Pasemos al momento en que dos nietos del Barbado, Publio Cornelio Escipión y su hermano Gneo, llegaron a España y descubrieron que las maniobras de Aníbal los ponían en una situación complicada, en aquel duelo que enfrentaba a dos repúblicas, pero también a dos familias.

Escipión, Aníbal y Masinisa

En la primavera de 218 a. C., Aníbal atravesó los Alpes y pasó a Italia con sus elefantes y 46.000 soldados. La mayoría de los elefantes perecieron durante la marcha, pero en el camino halló unos nuevos aliados: los galos del sur de Francia. El cónsul Publio Cornelio Escipión dejó algunas tropas en España, al mando de Gneo, y embarcó al ejército de regreso para enfrentarse a Aníbal en Italia. En compañía de su hijo de veintidós años —otro Publio, el futuro «el Africano»—, intentó detener al cartaginés en el río Tesino, donde resultó herido de gravedad, y nuevamente en el río Trebia, donde el otro cónsul perdió la vida en una desbandada. En la primavera de 217 Aníbal cruzó los Apeninos, perdió un ojo de resultas de una infección e irrumpió en la Italia central.

Los romanos, escarmentados, eligieron como dictador a Fabio Máximo «Verrugoso», quien optó por un programa de desgaste y acoso, más que de batallas directas. Pero cuando los romanos se

mofaron del valor del dictador, y lo apodaron Cunctator («el Vacilante»), los cónsules amasaron un ejército de ochenta mil hombres para plantarle cara a Aníbal. En Canas (Cannae) los cartagineses rodearon y masacraron a no menos de setenta mil legionarios, a una velocidad de un centenar por minuto. El Escipión joven, que había sido elegido como tribuno, vivió los combates con toda su crudeza y ayudó a salvar a los últimos diez mil supervivientes, pero la batalla pasó a la historia como la mayor derrota de Roma. Lucio Emilio Paulo, un cónsul aristócrata, pereció allí; luego Escipión se casó con Emilia, la hija del difunto, que era la definición misma del ideal de muchacha romana.

Aníbal recogió los anillos con que los difuntos *equites* (caballeros) sellaban sus documentos y los envió a Cartago por medio de su hermano Magón, quien los arrojó expresivamente al suelo, delante del Consejo. Pero cuando Maharba, comandante de la caballería bereber, instó a su comandante a conquistar Roma, este se negó. «Sabes vencer, Aníbal, pero no aprovechar la victoria», dijo Maharba. Aníbal le planteó al Senado romano unas condiciones de paz razonables, dando a entender que su expedición pretendía obligar a la ciudad a reconocer el dominio cartaginés de España y probablemente a devolverle Sicilia; pero que no aspiraban a conquistar Italia.

En la propia Roma el pánico se apoderó de la ciudad. Se quemó vivos en el Foro a cuatro traidores, galos y griegos, un sacrificio humano que pretendía salvar la república, que había perdido a doscientos mil hombres. Sus aliados italianos y extranjeros, entre ellos Macedonia, cambiaron de bando y respaldaron a los cartagineses. Fabio Verrugoso el Vacilante restauró el orden y purificó la ciudad con rituales religiosos. Cuando los tribunos del ejército sopesaron la posibilidad de huir de Italia, el joven Escipión se abalanzó sobre ellos con la espada desenvainada y les hizo jurar «con toda la pasión de mi corazón: “Nunca dejaré abandonada nuestra patria. Si deliberadamente quebranto mi juramento, ¡que Júpiter Óptimo y Máximo me mate con vergüenza, a mí y a mi *familia*!”. ¡Juradlo!». En efecto lo juraron y Roma recobró la calma.

Los dos Escipiones mayores habían sido enviados de nuevo a España, donde obtuvieron victorias contra Asdrúbal Barca, el hermano de Aníbal; pero en 211 a. C. murieron los dos. Con el afán de vengar a su padre, el joven Escipión, que contaba entonces veinticinco años, solicitó el mando; como nadie más pretendió la plaza, él y su ejército desembarcaron en España, donde en 209 derrotó a Asdrúbal, que estaba a punto de partir con refuerzos para Aníbal. Escipión combinaba un dinamismo enérgico con una diplomacia mesurada. Como era famoso por su carácter mujeriego, sus hombres confiaban en complacerle ofreciéndole a una prisionera —la mujer más bella de España—, pero él se la devolvió a su prometido, un caudillo local que se lo agradeció sumándose al bando romano.

Asdrúbal Barca partió con refuerzos para su hermano, logró atravesar los Alpes con otro cuerpo de elefantes y entrar en Italia; pero en el río Metauro falleció en un choque contra un ejército romano dirigido por Gayo Claudio Nerón, heredero de un gran clan patricio y antepasado de la dinastía julio-
claudia de emperadores, quien ordenó lanzar la cabeza de Asdrúbal al campamento de Aníbal, por encima de su cercado de protección.

Quedaban vivos dos hermanos Barca. Aníbal llevaba casi quince años en Italia, sin ser derrotado, pero sin poder derrotar a Roma. No fue capaz de asestar el golpe letal. Las bajas de los romanos eran rigurosas, pero poseían una ventaja sobre los cartagineses: quinientos mil soldados potenciales, de los que cada año prestaban servicio entre el 10 y el 25 %. En cambio el ejército de Aníbal dependía de mercenarios, y no le dejaban de llegar malas noticias. Escipión derrotó a Magón y conquistó España; los númidas se rebelaron; y en Cartago los enemigos de Aníbal lo criticaban al mismo tiempo que Escipión convencía al Senado de que le permitieran atacar África. El Verrugoso Vacilante se mostró contrario a la propuesta, pero en 204 Escipión, cónsul a los treinta y un años, desembarcó en África al mando de 35.000 hombres.

Escipión persuadió a Masinisa, un príncipe africano cuya dinastía estaba aliada con los cartagineses desde hacía tiempo, de que cambiara de bando. El númida Masinisa —«el mejor hombre

de todos los reyes de nuestro tiempo», un oficial de caballería astuto y de muchos recursos, que fue padre de 44 hijos— era capaz de plantar cara a la caballería de Aníbal. Cuando los cartagineses rompieron el sitio de Útica, una emboscada de Escipión cayó sobre el campamento y masacró a cuarenta mil de sus hombres, un fiasco del que la ciudad no se recuperó nunca. Escipión reconoció a Masinisa como soberano de los bereberes e instauró para él un reino de Numidia aliado de Roma. Aníbal tuvo que volver, con cuarenta y seis años; hacía veinticinco que no ponía el pie en Cartago y, en el viaje de regreso, Magón murió. Una vez en África, Aníbal y Escipión se vieron las caras en persona. Aníbal disponía de cuarenta mil hombres y ochenta elefantes; Escipión contaba con menos hombres pero una caballería superior, gracias al rey Masinisa.

El 19 de octubre de 202, en Zama, Escipión derrotó por poco a un Aníbal cuyos elefantes habían enloquecido y cargaron contra los soldados de su propio bando. La guerra había costado muchas vidas entre los Escipión y los Barca. Aníbal se quedó en Cartago, donde fue elegido sufete, organizó el pago de una indemnización y dio su apoyo a reformas democráticas: hizo que el Consejo se eligiera anualmente, no como cargo vitalicio. Masinisa, cuya pericia agrícola acabó convirtiendo su reino en una fuente esencial de cereales para Roma, fundó una dinastía que gobernó durante dos siglos.

Al haber quedado investido de *auctoritas* —autoridad sagrada — se recompensó a Escipión con un triunfo[5]y se le ofreció el consulado de por vida y la dictadura; pero como se le criticaba por sus lujos y majestuosidad, tan solo aceptó un *agnomen* de victoria, el de *Africanus*.[6]Luego se retiró.

Con el temor a que Cartago pudiera renacer bajo el gobierno de Aníbal, Roma envió a delegados para arrestarlo o extraditarlo. Aníbal huyó entonces hacia el este, a la corte de Antíoco III, descendiente de Seleuco, que estaba protagonizando hazañas militares asombrosas en Oriente.

DEMETRIO, REY DE LOS INDIOS

Antíoco el Grande —delgado, tenso, frenético— era tan ambicioso como el fundador de su casa real. Conquistó buena parte de Turquía, Irak e Irán, e incluso hizo campañas en Arabia y la India. En Bactriana su sátrapa Eutidemo había declarado la independencia y se hizo fuerte en Balj. Como no logró derrotarle, Antíoco casó a su hija con el audaz hijo del sátrapa, de dieciséis años. Demetrio, que sucedió a su padre como rey griego de Bactriana, fue una de las figuras más extraordinarias de su tiempo. Después de ascender al trono invadió la India en 186 a. C., donde el reino de Ashoka se había hundido, e inició dos siglos de gobierno híbrido greco-indio (más duradero, por lo tanto, que el raj británico). Demetrio —al que los indios llamaban Dharmamita, y los griegos, Aniceto («el invencible»)— gobernaba desde Taxila (Pakistán). Este rey yavana (greco-indio) fusionó los panteones indio y griego: en sus monedas aparece con coronas de pitones y colmillos de elefante, lo que lo relacionaba con Hércules, Buda y posiblemente Lakshmi, diosa del brahmanismo.[7]

Antíoco el Grande aceptó una división de elefantes, regalo de Demetrio, y siguió cabalgando hacia el oeste, donde se apoderó de Grecia. Pero al aceptar a Aníbal como consejero, se convirtió en enemigo de Roma. Los romanos querían saldar cuentas y entendieron que Grecia era una escala natural en contra de ellos, por lo que les convenía someterla a su propio control. Enviaron a Escipión el Africano y su hermano Lucio, que derrotaron a Aníbal en el mar y luego a Antíoco en Tierra. Lucio se hizo con ello merecedor del *agnomen* Asiático, pero se acusó a los dos hermanos de haber aceptado sobornos de Antíoco y permitir que Aníbal huyera. El Africano destruyó las tablillas que le incriminaban y abogó porque hubiera compasión con Aníbal, pero los romanos estaban resueltos a cazarlo. Rodeado, el paladín se suicidó envenenándose y falleció en el mismo año que Escipión. Este último, enojado con la ingratitud de los romanos, se hizo construir una villa funeraria en Literno, no en Roma, con el epitafio: «Patria ingrata, no tendrás ni mis huesos». Es posible que a Escipión el

Africano también lo hubieran envenenado.

Escarmentado por la derrota, Antíoco renunció a Europa. Prometió dejar el ejército de elefantes y la flota, y enviar a Roma a su hijo menor, en calidad de rehén; pero se quedó con Irán e Irak y se adueñó de toda Siria y Judea, donde dio un buen trato a los judíos, a quienes concedió una cierta independencia y libertad de culto para su templo de Jerusalén. Daba la impresión de que la casa seléucida destruiría a sus primos los Tolomeo, conquistaría Egipto y reuniría de nuevo diversas conquistas de Alejandro.

Entre tanto en China Qin había creado un nuevo y vasto imperio. Sin embargo había señales de que no todo iba bien: el Primer Emperador recorría la costa arriba y abajo persiguiendo ballenas con una ballesta gigante y buscando la Isla de la Inmortalidad.

Los pescados podridos de Qin: el ascenso de Granujilla

El emperador, a sus cuarenta y nueve años, viajaba con el príncipe Huhai, de veintiuno —su decimoctavo hijo, y el favorito—, cuando falleció, posiblemente envenado por sus propios elixires de la inmortalidad con infusiones de mercurio. Su canciller, el Consejero, que contaba ya setenta años, ocultó la muerte: al difunto emperador se le siguieron sirviendo comidas mientras los eunucos fingían transmitir noticias al «carro adormecido». Pero el cuerpo empezó a heder tan penetrantemente que para ocultar la putrefacción real el Consejero tuvo que hacer traer un cargamento de pescado podrido. El Consejero y el chambelán del príncipe —el eunuco Zhao Gao— decidieron que la sucesión recayera en Huhai, lo que les permitiría seguir controlando la situación.

Al Segundo Emperador se lo entronizó cuando llegó a la capital, Xianyang. A su padre lo sepultaron en su mausoleo con un sacrificio que costó la vida a 99 concubinas que no le habían dado hijos. Los esqueletos de estas mujeres han revelado que sufrieron muertes violentas; una de las chicas aún lleva sus perlas. Los obreros que habían levantado el complejo también murieron

asesinados y se les depositó en una fosa común; a los príncipes reales se los desmembraba en la plaza principal.

Estallaron varias rebeliones. En agosto de 209 a. C., en Henan, dos trabajadores contratados debían entregar una cadena de novecientos convictos, pero un temporal retrasó la llegada. Como en Qin la impuntualidad se castigaba con la muerte, y la huida también, razonaron que «si huir se pena con la muerte y conjurarse se pena con la muerte … es preferible morir por haber fundado un Estado». A fin de cuentas, dijo uno de ellos: «¿Los reyes y los nobles deben su alta condición a la cuna en la que nacen?». Al mismo tiempo un alguacil local —Liu Bang, el campesino de China central que tiempo atrás había visto al Primer Emperador en persona— dirigía otra cadena de presidiarios hacia el monte Li, donde trabajarían en la construcción de la tumba del Primer Emperador. Unos pocos presos se dieron a la fuga, lo que comportaba la ejecución de Li y las personas que tenía a su cargo; así que les dio la libertad a todos. Después de que matara al magistrado local, se unieron más hombres a su banda.

Cuando era un chiquillo en su aldea, el padre de Liu le había apodado «Granujilla» por su pereza de pícaro; pero también era genial, alegre y leal. Su carrera empezó tarde, primero como amigo de un señor local y luego como policía del pueblo, y progresó con lentitud; pero impresionó a cuantos le conocieron, incluido un caballero local que quedó tan impresionado con su fisionomía —indicio de un futuro glorioso, a su entender— que lo casó con su hija Lu Zhi. A sus cuarenta y siete años participaba en una guerra civil con múltiples facetas en la que los caudillos iban estableciendo sus propios reinos.

El Segundo Emperador estaba a punto de ahogarse. En agosto de 208 su eunuco Zhao Gao tendió una trampa al Consejero, que fue condenado a los Cinco Castigos, un horror espantoso concebido probablemente por el Primer Emperador, que se mantuvo vigente durante siglos: se tatuaba a la víctima en la cara, se le cortaba la nariz, se le dislocaban los miembros para luego amputárselos, se le extirpaban los genitales y se partía el cuerpo en dos, a la altura de la cintura.[8]Zhao Gao también organizó un ataque de los rebeldes

contra el palacio, para que el Segundo Emperador se suicidara; luego nombró rey a un príncipe sumiso. Pero era demasiado tarde.

En julio de 207 Liu Bang —el Granujilla— asaltó la capital, apresó al último de los Qin y, para conquistar la lealtad de las poblaciones que acababa de someter, anunció una reducción en los castigos de la dinastía. Después de cinco años de combatir contra caudillos rivales, en febrero de 202 los aplastó y aceptó el título de *huang-di*, emperador; póstumamente se le conoció como Gaozu («gran progenitor») de su nueva dinastía, la Han. Gaodi —el emperador Gao— dividió el imperio en reinos que otorgó a familiares y, no lejos de las ruinas de Xianyang, construyó una nueva capital: Chang'an. Aunque tomó a muchas concubinas para sí, siguió emparejado principalmente con su esposa de siempre, Lu, que le había dado un hijo y una hija. Pero ante el temor a que el hijo fuera «demasiado débil», favoreció a una concubina más joven, Qi, y a su hijo Liu Ruyi, al que prometió ascender. Esto inició una rivalidad feroz entre las dos madres, que se convertiría en rasgo característico de numerosas cortes chinas.

Gaodi, de familia campesina, era un militar duro, modesto, aficionado a la bebida. Una vez el emperador hizo una parada junto a su antigua casa de campo, cogió una cítara y se puso a cantar sobre lo inesperada que había sido su carrera:

Ahora que mando sobre Dentro-de-los-mares,
he vuelto a mi antiguo poblado.
¿Dónde encontraré si no a valientes
que protejan los Cuatro Confines de mi país?

Los Han consideraban que China era como un continente, y por eso la llamaban Dentro-de-los-mares. Pero no era fácil proteger sus Cuatro Confines, en particular frente a los jinetes del norte, cuya confederación solía asaltar las ciudades chinas y en ocasiones, en siglos posteriores, llegó a conquistar la totalidad del país. Estos xiongnu estaban encabezados por Modun, un *shanyu* (rey) que había unido estas tribus ecuestres en una federación que reaccionó contra la expansión de China extendiéndose por Manchuria, Siberia

oriental y Asia central, hasta convertirse en el primero de los tres grandes imperios de las estepas. En 200 el emperador atacó a Modun, pero el shanyu volteó la tortilla y cercó a su atacante. Ante la urgencia de escapar, el emperador Gao reconoció a Modun, le pagó tributo y le dio por esposa a una princesa Han. Fue el principio del *heqin* —«parentesco armonioso»— por el que se casaba a princesas chinas con estos bárbaros relativamente refinados a los que también se sobornaba con fardos de seda. Modun recibió lo uno y lo otro.

Liu nunca dejó de combatir. En un asedio menor fue alcanzado por una flecha que le produjo una muerte lenta; falleció en compañía de sus secuaces de antaño, rememorando lo asombroso de su ascenso. El trono pasó a su hijo mayor, el Bondadoso. Pero este se hallaba sometido al control de la Emperatriz Viuda Lu, una mujer tan competente como aterradora.

La monstruosa y la cerda humana

El emperador Hui, al acceder al trono, tenía tan solo quince años. Como era de esperar, todas las decisiones las tomaba su madre, incluida la de casarlo con su prima. Pero no tuvieron hijos; cuando Hui engendró a dos varones con una concubina, la dama Qi, la emperatriz Luz hizo que la pareja imperial los adoptara y tramó el asesinato de la verdadera madre.

Con la voluntad de torpedear las ambiciones de la dama Qi, primero la emperatriz intentó tenderle una trampa a Liu Ruyi —el príncipe de Zhao, hijo del emperador—, de tan solo doce años. El emperador intervino repetidamente para mantener al chico alejado de las garras de su madre, pero aprovechando una salida de caza del padre, la mujer lo envenenó. La desaparición del hijo dejó expuesta a la madre y la emperatriz no desaprovechó la ocasión de torturar a la dama Qi: le cortaron las manos y las piernas, le arrancaron los ojos, la paralizaron con veneno y la arrojaron a una fosa séptica, donde la dejaron morir. Allí se la enseñaron luego al emperador y otras personas de la corte, con las palabras: «Ahí

tenéis a la cerda humana». El joven apenas se atrevía a contradecir a su madre, y delegó en ella toda la gestión política. A la emperatriz viuda no se le daba nada mal y supo mantener en su puesto a muchos de los compañeros de su esposo, a la vez que aplastaba cualquier disidencia. La corte privada de las mujeres de palacio y los eunucos y afines aparece representada a menudo, en los textos de los burócratas que se encargaban de compilar las historias, como un espacio decadente y corrompido. Pero con frecuencia, a lo largo de esta historia, las relaciones de confianza constituyeron la base esencial desde la que el emperador se enfrentaba a la burocracia de la corte exterior. En China, como en la mayoría de las monarquías, la familia y el género —muy a menudo narrados como una oposición entre mujeres ninfómanas y crueles y hombres débiles— fueron dos fuerzas ineludibles en la competencia eterna por el poder y la legitimidad.

Cuando la emperatriz Lu falleció, ya en 180 a. C., su familia planeaba suplantar a los Han; pero los viejos ministros tenían otras ideas en mente, masacraron a la totalidad de la familia Lu y entronizaron al hijo del Gran Progenitor, Wen, que consolidó la dinastía que gobernaría Asia oriental casi en paralelo con Roma.

Entre Roma y China, no obstante, otra potencia, la de Antíoco el Grande —descendiente de Seleuco, el general de Alejandro— todavía dominaba Asia occidental.

MIHRDAD Y JUDAS: EL MARTILLO JUDÍO; EL TIRO PARTO

Sin embargo el poder de Antíoco el Grande se basaba en su propia energía itinerante, y en 187 a. C. falleció mientras asaltaba un templo en Irán. Su hijo, Antíoco IV Epífanes, que aún era más maníaco y frenético que su padre, había pasado la juventud en Roma. Inspirándose en la semidemocracia romana, este rey ostentoso gustaba de emprender paseos en los que saludar a los súbditos y charlar con ellos, así como de celebrar fiestas espectaculares a las que se presentaba disfrazado de momia para salir de golpe de entre las vendas, ante el aplauso de las

multitudes. Pero al mismo tiempo —y es una mala combinación— creía ser la manifestación de un dios. Con el deseo de completar el sueño de su padre y crear un imperio que se extendiera desde la India hasta Libia, invadió Egipto. Pero ahora Roma protegía a los Tolomeos. Un delegado romano interceptó a Antíoco y trazó una «línea en la arena» por delante de sus pies: si daba un paso más, Roma intervendría. Antíoco se retiró a Judea. Los judíos —conectados con Egipto porque había allí miembros de la familia sacerdotal que prestaban servicio como generales— se conjuraron en su contra. Antíoco respondió con una masacre de judíos, prohibió su fe e instaló en su Templo, en la sagrada Jerusalén, un altar dedicado a sí mismo; Judas «el Macabeo» (es decir, «el martillo») respondió con una rebelión que a la postre resultó en la fundación de un nuevo reino de los judíos.[9]Las provincias iranias de Antíoco también estaban siendo atacadas; el rey galopó hacia el este para protegerlas, pero tuvo la mala fortuna de enfrentarse al caudillo Mihrdad, que crearía un imperio tan poderoso que mantuvo a Roma a raya durante cuatro siglos.

Mihrdad era sobrino nieto de Arsak, probablemente un caudillo afgano huido a Partia (Turkmenistán), convertido en gobernante sagrado de una tribu seminómada de jinetes que adoraban el panteón zoroástrico pero con influencias de los vecinos helénicos. Su poder derivaba de la combinación de la caballería acorazada y la ligera, que disparaban las ballestas con pericia desde la montura, una habilidad que los romanos llamaban «tiro parto». En 164 Antíoco acudió a defender Irán, pero Mihrdad mató al último gran rey seléucida y luego conquistó Persia y Babilonia, donde lo coronaron como rey de reyes e hizo desfilar estatuas de Marduk e Ishtar. Luego pasó a Seleucia, donde él y sus sucesores erigieron una nueva capital, Ctesifonte, que fundía la realeza griega y la persa. Entre los herederos de Mihrdad abundaron las sucesiones bañadas en sangre, pero su caballería era formidable, y su tesoro, muy rico gracias a los impuestos sobre la seda, los perfumes y las especias, un comercio entre China y el Mediterráneo que en este período estaba dominado por Roma.

Africano el Joven y el rey de Numidia: la muerte de las grandes ciudades

Cuando Cartago se recuperó de sus derrotas, los romanos, con la voluntad de hundir para siempre a la gran ciudad, volvieron a pedir la ayuda de la familia Escipión. Después de conquistar Grecia e Hispania —según llamaban a España los romanos—, había que dar algún uso a los generales ambiciosos y las legiones de las recientes guerras cartaginesas: nuevas victorias supondrían más botín, más templos, más esclavos para Roma. Cartago ya no representaba una amenaza, pero cuando el cascarrabias de Catón —un antiguo cónsul— la visitó se horrorizó al ver que prosperaba de nuevo. Se presentó ante el Senado y exhibió un higo cartaginés, aún fresco, para demostrar que el rival estaba muy cerca. «¡Hay que destruir Cartago!», reclamó. Es la única ocasión en la historia en la que una fruta ha funcionado como *casus belli*.

El rey Masinisa, aliado de Roma en África, se encargó de provocar a los cartagineses para que incumplieran el tratado. Esto quería decir guerra; y los romanos se dirigieron a un joven Escipión, rico, cultivado, magnífico, un orador soberbio y mecenas de un grupo de intelectuales griegos, que se jactaba de poseer una mente admirada por su ingenio y un cuerpo admirado por su lustre. En 149 a. C., Escipión Emiliano,[10] de veintiséis años, encabezó una expedición del ejército romano en África. Le acompañaba Polibio, su viejo tutor griego, fascinado con la expansión del poder de Roma y las nuevas conexiones entre el este y el oeste. Con la colaboración de Masinisa, Escipión —elegido cónsul ya a los veintiocho años— derrotó a los cartagineses y aisló del mar su capital. Cuando los cartagineses desollaron y descuartizaron en la muralla a varios prisioneros romanos, Escipión asaltó la ciudad. Los cartagineses prendieron fuego a sus templos para suicidarse allí. Los romanos masacraron a los supervivientes por miles, y sus tropas incendiaron edificios y arrojaron por las ventanas a quienes encontraban; los hallazgos arqueológicos han confirmado esta distopía. Polibio lloraba al contemplar la escena, aunque «todas las ciudades, naciones y

potencias deben enfrentarse con virilidad a su perdición». La caída de una gran ciudad causa una impresión especial. Es como la muerte de un pedazo de nosotros mismos.

«Esto es glorioso», coincidió Escipión, «pero tengo el presentimiento de que algún día este mismo destino caerá sobre mi país.» Arrasó la ciudad, vendió como esclavos a unos ochenta mil ciudadanos cartagineses y regresó a Roma como héroe triunfante. Polibio, que volvió a Grecia para redactar una historia universal, consideró que había presenciado la apertura de un nuevo acto, la era de la *symplokí* (interconexión): «En los tiempos pasados la historia era una serie de episodios sin relación entre sí, pero ahora se ha convertido en un todo orgánico: Europa y África con Asia, y Asia con África y Europa», escribió. Y las mayores potencias continentales afroeuroasiáticas las formarían dos familias.

Acto tercero
120 millones

Los Han y los césares

El rey Barrigón, su hijo y las Cleopatras

Como para demostrar esta nueva interconexión, Roma dirigió su atención a Egipto, que era la panera del Mediterráneo y la puerta de entrada a Asia. Después de destruir Cartago y combatir en Hispania, se envió a Escipión Emiliano —a quien el bando popular de Roma odiaba debido a su grandeza aristocrática— para que impusiera algo de sensatez al más depravado de los faraones egipcios, atroz incluso para lo habitual en la degenerada dinastía tolemaica.

El Barrigón —*Physcon*, como los alejandrinos llamaban a Tolomeo VIII— era un faraón decadente, obeso y sádico que prosperó en un período de violencia de masas e intrigas de facciones. Contrajo matrimonio con su hermana Cleopatra II, con la que tuvo un hijo, Menfita; pero luego el Barrigón se enamoró de la hija que su esposa (y hermana) había engendrado con su difunto hermano. También se casó con esta sobrina e hijastra, Cleopatra III, lo que contribuyó a emponzoñar más la familia con una intensa rivalidad entre la hija y la madre. Cleopatra II quedó atónita ante la traición de su marido y su hija, y el odio que cobijó acabó por engendrar una revolución. El Barrigón huyó a Chipre con la esposa joven y Cleopatra II gobernó Egipto como reina en solitario. Pero su obeso marido no había renunciado al poder; ante la posibilidad de que le sustituyera su hijo Menfita, de catorce años —que no desconfiaba de él— lo secuestró y lo hizo estrangular ante sus propios ojos. Luego el Barrigón le cortó la cabeza, las piernas y las manos y envió los miembros a la madre del joven, su hermana y esposa, la noche anterior al cumpleaños de esta. Cleopatra II quedó desolada y exhibió el «regalo» ante los

alejandrinos. Pero el Barrigón había seguido maniobrando, invadió el país y replicó con una venganza terrible, quemando vivos a sus enemigos. A Roma las atrocidades de los tolemaicos le interesaban muy poco, a diferencia del comercio y la influencia, que consideraba cruciales. El Barrigón, que había visitado Roma, cultivaba cuidadosamente sus relaciones con la familia Escipión e incluso propuso casarse con una de sus hijas. Hacia 139 a. C. se envió a Escipión a Alejandría para que intimidara a un faraón cuya obesidad ya prácticamente le impedía hasta caminar. Los alejandrinos pudieron ver cómo los regios michelines desbordaban las túnicas de seda y cómo su faraón jadeaba para seguir el paso de un romano mucho más magro y anguloso. «Los alejandrinos están en deuda conmigo», bromeó Escipión. «Gracias a mí han visto *andar* a su rey.»

La política familiar apuntaló el dominio de las mujeres. Cleopatra II sobrevivió al asesinato de su hijo. Después de que el Barrigón muriera, en 116, ella y su hija Cleopatra III gobernaron junto con un hijo que adoraba el *hummus* hasta tal punto que los alejandrinos lo apodaron «rey Garbanzos». Cuando a un rey se lo conoce por su plato favorito, la dinastía está en problemas.

Sin embargo Escipión —y su historiador, Polibio— debieron de valorar el único logro de la gestión del Barrigón: sus marinos descubrieron el monzón indio, lo que significaba que podían zarpar hacia Partia o la India en verano y volver en invierno. En 118 envió al marino Eudoxo de Cícico directamente a la India.

PARENTESCO ARMONIOSO Y MATRIMONIO SANGRIENTO: UNA PRINCESA ENTRE LOS NÓMADAS

Los chinos también investigaban, desde la dirección contraria. En Chang'an, un joven y notable emperador Han gobernó durante cincuenta y cuatro años y forjó un imperio que, aunque de corta vida, se extendía desde Corea, en el este, a Uzbekistán, en el oeste. El emperador Wu empezó siendo un hombre curioso, culto y atrevido, que envió a un embajador hacia el oeste para que

estableciera contacto con otras grandes potencias; fue el punto de inicio de la vía occidental de China.

Wudi se lo debía todo a las mujeres y las mujeres casi lo destruyeron. En 141 a. C., a sus quince años, lo situó en el trono su tía (y suegra), la princesa Guantao, y se aplicó de inmediato a restaurar el poder imperial. Pero su abuela, la emperatriz viuda Dou, que manejaba la Insignia del Tigre,[1]imprescindible para poder dar órdenes a los militares, aplastó sus propuestas. Dou utilizó el fracaso para que Wudi engendrase a un heredero con su esposa la emperatriz Chen y ella pudiera eliminarlo. El emperador fingió centrarse en las fiestas, perdido el interés por la política, mientras en secreto reclutaba a un grupo de asesores y secuaces de confianza. Cuando surgió la oportunidad de expandirse hacia el sur, se atrevió a saltarse la Insignia del Tigre y, sin la autorización de la abuela, se anexionó territorios que hoy forman parte del sur de China, como Minyue (provincia de Fujian). Entre tanto procreó a un hijo con su concubina favorita. Las dos maniobras dejaron fuera de juego a la madre, que falleció poco después. Wudi ascendió a los candidatos prometedores que sabían redactar documentos con el estilo retórico anticuado que él prefería; pero aunque los príncipes imperiales contaron con la tutoría de unos pocos expertos confucianos, el emperador no desarrolló un conjunto coherente de doctrinas confucianas. Poseía una vena artística e intelectual[2]y amplió la vieja Oficina Musical de los antiguos emperadores Qin, que se ocupaba de los asuntos culturales y los espectáculos de la corte. Pero antes que nada era un constructor de imperios. Con la riqueza de los ingresos fiscales lanzó ofensivas en todos los frentes. Para forjar una alianza contra los xiongnu, Wudi recurrió al parentesco armonioso y envió a una princesa llamada Jieyou (nieta empobrecida de un príncipe caído en desgracia) a casarse con el caudillo de la tribu wusun (en la moderna región de Sinkiang).

En compañía de una dama de honor llamada Feng Liao, Jieyou se casó tres veces: primero con el caudillo; cuando este murió, con su hermano, que le sucedió en el mando —se amaron y tuvieron cinco hijos—; por último también con el sobrino. Entre

tanto esta mujer especial envió a Feng Liao a negociar alianzas y hacer peticiones a la corte de Chang'an. Tuvo tanto éxito que informó al emperador y la nombraron embajadora.[3]

Simultáneamente Wudi envió, en misión comercial hacia el oeste, a un intrépido soldado-cortesano. En sus diez años de aventura Zhang Qian fue apresado, esclavizado y encarcelado; huyó y se casó; lo esclavizaron de nuevo y por último en 122 a. C. volvió para informar al emperador. Describió a los partos y los indogriegos; habló del descubrimiento de una salsa de bayas de Sichuan, que ya estaba a la venta en una zona que hoy definimos como el norte de la India; y recomendó una raza de caballos de Fergana (Uzbekistán) famosos por «sudar sangre» (probablemente porque eran víctimas de parásitos que les hacían sangrar). Wudi quedó impresionado: deseaba poseer aquellos «caballos celestiales». Las noticias le llevaron a fomentar el comercio con Partia. Desde entonces aparecen en las tumbas chinas bienes suntuarios de origen persa y, a partir de 110, también Partia envió delegaciones a Chang'an.

Al tiempo que China se encontraba con Partia, también lo hizo Roma. Pero si los Han estaban perfeccionando la monarquía dinástica, los romanos pasaron cincuenta años inmersos en guerras civiles de las que acabó surgiendo su propia monarquía. El primer gobernante único de Roma desde los tiempos de los reyes, Lucio Cornelio Sila, fue el precursor de César y el primero en llevar a Roma al interior de Asia.

EL REY AL QUE NO SE PODÍA ENVENENAR, EL DICTADOR MONORQUÍDICO Y EL CARNICERO ADOLESCENTE

Sila (en latín, Sulla) era un nuevo tipo de romano. Pasó la juventud de fiesta, entre actores y cortesanos, pero era un patricio tan pobre que vivía en un apartamento de un edificio urbano, no en una villa campestre. Atlético, de ojos azules, con un pelo brillante de color leonado y piel pecosa, Sila podía mostrarse tan despreocupado

como aterrador. Se rumoreaba que solo tenía un testículo, y dejaba alegremente que sus soldados entonaran cánticos sobre su anatomía monorquídica; pero cualquier acto de indisciplina lo castigaba con la crucifixión inmediata. Su lema era «sin mejor amigo no hay peor enemigo».

Sila, el líder de los *optimates* —la élite de «los mejores»— prosperó a la sombra de Gayo Mario, un líder mayor que él, que encabezaba la facción de los *populares*. En 107, cuando Mario combatió contra Yugurta de Numidia (nieto de Masinisa), Sila, que servía como su segundo, se labró un nombre al capturar al rey bereber. En 102 Mario salvó Roma de la mayor amenaza desde los tiempos de Aníbal: las tribus germánico-celtas de los cimbrios y teutones, que partían de Dinamarca y migraban hacia el sur, habían puesto a un ejército romano en desbandada; la crisis fue tan grave que los romanos realizaron sus últimos sacrificios humanos para apaciguar a los dioses. Mario destruyó a los invasores. Luego entre Mario y Sila aplastaron también la revuelta de los *socii*, los aliados itálicos de Roma, en la que se conoce como «guerra social». En 96 a. C. se envió a Sila al este, como gobernador de la primera provincia asiática de Roma: Cilicia. Aquí observó el ascenso meteórico de un monarca talentoso e infatigable, Mitrídates, rey del Ponto, descendiente de Darío y Seleuco, que estaba conquistando un imperio que incluyó buena parte de Asia Menor y el mar Negro. Se decía que sabía hablar las 25 lenguas de sus súbditos. Mitrídates se había curtido viviendo a lo montaraz, y se había inmunizado al veneno tomando cada día dosis menores que le preparaban sus hierofantes escitas. En 88 el Rey del Veneno organizó una masacre de romanos en Asia, antes de pasar a Grecia.

Sila se aprovechó de que Mario —que había sido cónsul en siete ocasiones— estaba cobrando tanto poder que generaba una inquietud creciente. Su rivalidad debilitó la república. En 88 a. C., cuando el Senado planeaba expulsar a Mitrídates de Grecia, Sila recibió el mando pero Mario intentó que se lo dieran a él. Con una violación escandalosa de las normas republicanas, Sila entró en Roma acompañado de su legión; proscribió a Mario[4] y luego partió hacia Grecia, de donde expulsó al Rey del Veneno.

En su ausencia Mario volvió a alzarse con el poder y ascendió a un joven, su sobrino, Gayo Julio César. Era uno de los patricios julianos que afirmaban descender de Eneas y Venus, pero su padre, un gobernador de Asia, había muerto en la juventud. Esta fuerza vital fría, ágil e irreprimible, de cabeza aviar con calvicie incipiente, cuerpo depilado y elegancia de dandi, se sentía muy próximo a su madre, la astuta Aurelia. No era rico, y sufría de ataques (posiblemente de epilepsia), pero no dejó que nada le frenara y Mario ayudó a que lo nombraran sacerdote de Júpiter. Pero a la muerte de Mario, en 82 a. C., Sila regresó, marchó sobre Roma, derrotó a sus oponentes y lo eligieron dictador con el *agnomen* de Félix («el Afortunado»); fue el primer dictador desde la invasión de Aníbal. Sila, que era un hombre vengativo, emitió una *proscriptio*, decreto de condena y expulsión que funcionó en lo esencial como eufemismo de una lista de ejecución. «Ningún enemigo me ha servido nunca, ni ningún enemigo me ha atacado nunca, sin que yo lo devolviera», hizo escribir en su epitafio.

César fue uno de los tres jóvenes meteoros que se vio especialmente afectado por el sangriento ascenso de Sila. Gneo Pompeyo, hijo de un rico potentado, reclutó una legión propia y acudió en apoyo de Sila, y fue tan eficiente en el asesinato de sus enemigos que lo apodaron *Adulescentulus Carnifex* («el carnicero adolescente»). Marco Craso era un especulador homicida que añadía a terratenientes a las listas de la muerte para luego apoderarse de sus posesiones, con lo que ganó una fortuna; confiar en que priorizaría otros valores frente a la codicia resultaba un craso error, si me permiten el juego de palabras. Al ser sobrino de Mario, César era vulnerable. Cuando había cumplido los dieciocho años, Sila ordenó que se divorciara de su esposa Cornelia, hija de un enemigo político; como César osó negarse, le expulsaron del sacerdocio, le confiscaron el dinero y lo añadieron a la lista letal de los proscritos. Le salvó únicamente su madre, con una apelación a Sila. César se refugió en Asia, al servicio de un gobernador romano; allí flirteó con el rey de Bitinia y entabló con él una relación como sumiso, un papel por el que pasó vergüenza toda su vida.[5]

En 79, muertos sus enemigos, Sila —que fue singular en tantas cosas— se retiró de la dictadura y retomó la antigua vida libertina; ya había demostrado qué se podía hacer en Roma. «Si lo ha hecho Sila, ¿por qué no yo?», se preguntó Pompeyo. César también emuló al dictador, pero con la reflexión de que «dimitir de la dictadura fue un gesto de incultura política».

Mientras Sila iba asesinando a sus enemigos en Roma, en Chang'an el emperador Wu estaba perdiendo el control sobre sí mismo y su familia.

El historiador castrado y el emperador Wu

Wudi gozó de una oleada de éxitos: en 112 a. C. conquistó Cantón, en el sur, y otro sector de Vietnam; en 109 invadió Corea; en 108 atacó a los xiongnu, se apoderó de buena parte de Sinkiang y se expandió por Kazajistán hasta Fergana, en Uzbekistán; en 104 exigió disponer de los caballos singulares de Dayuan (Kokand) y envió al general Li Guangli a librar la guerra de los Caballos Celestiales, que le proporcionó tres mil de aquellos animales que sudaban sangre.

Pero en la corte la situación se estaba complicando. Cuando su hermana le presentó a Wudi a una cantante y bailarina de origen humilde —Wei—, el emperador se enamoró de ella y tuvieron hijos que serían los herederos principales. La emperatriz Chen recurrió a la brujería para intentar que una maldición cayera sobre Wei, pero la denunciaron y el descubrimiento supuso su perdición. La nueva emperatriz Wei Zifu le trajo suerte a Wudi, pero solo por un tiempo.

El emperador, caprichoso y cada vez más asesino, gastaba a manos llenas. Levantó vastos palacios nuevos, se embarcó en giras onerosas, ajustició a los grandes que no acertaban a proveer a su enorme séquito y celebró complejos rituales de sacrificio en el monte sagrado de Tai para confirmar el Mandato Celestial.[6]La emperatriz Wei acabó quedando a la sombra de la consorte Li (receptora habitual del amor de Wudi), cuyo hermano acumulaba

laureles en Asia central y adquiría el sobrenombre de «el General Volador». Pero los xiongnu contraatacaron y derrotaron a un ejército Han. En 99, cuando Li Ling, nieto del General Volador, desertó y se pasó a los nómadas, el historiador Sima Qian, que era su amigo, intentó interceder ante el emperador. Las consecuencias fueron atroces.

Wudi creía que la historia era tan importante como la guerra, pues daba legitimidad a la dinastía. Pero tenía que ser la historia adecuada. Wudi encargó a Sima Tan, su jefe de escribas —en parte historiador, en parte astrólogo—, que redactara la primera historia completa de China, que hoy conocemos como *Shiji* (o *Registros del Gran Historiador*). Sima Tan, que falleció en 110, legó la pluma a su hijo Sima Qian, de treinta y cinco años, que recordaba cómo su padre «me agarraba las manos con ojos llorosos» y le encargaba: «No olvides lo que quería escribir».

Sima Qian —un asistente del emperador, que había prestado servicio en el ejército enfrentado a los xiongnu— se puso manos a la obra. Los escribas como Sima utilizaban un cepillo de escritura, paleta de piedra para la tinta, cuchillo y sello para escribir sobre finas tiras de madera; la seda se reservaba para los documentos importantes. Al igual que Polibio, su contemporáneo en Roma, Sima creía en una historia mundial «que examine todo lo que atañe a los cielos y los hombres, que penetre en los cambios del pasado y el presente». Pero la historia del pasado casi siempre trata del presente: cuando denunció las crueldades del Primer Emperador o criticó el hecho de que usara asesores reales «convenientes», su propio emperador paranoide se sintió ofendido.

En 99 a. C., Sima Qian intercedió ante el emperador a favor de Li Ling «con la intención de ampliar la perspectiva de Su Majestad»; pero el emperador le acusó de cometer la falta inaceptable del «Gran Insulto» y le condenó a quitarse la vida. La sentencia de suicidio obligado podía conmutarse por el pago de una multa o por la castración. Sima no podía satisfacer la multa y se negó a matarse, lo que no le dejaba más salida que «el castigo de la podredumbre». Soñaba con que su libro se leyera «en los pueblos y en las grandes ciudades», pero «como por desgracia no [lo] había

terminado, me entregué al castigo extremo sin lamentarlo». La castración, considerada una vergüenza, se realizaba en la cámara de los gusanos de seda; se creía que mantener a los hombres mutilados en una sala cálida sin airear (como la de los gusanos de seda) ayudaba a prevenir las infecciones. Sobrevivió, fue ascendido a astrólogo/archivero de la corte y secretario de palacio, y completó su clásico de la historiografía. Pero no fue la última vez que participó en intrigas.

En 96 a. C., después de haber soñado con un asesino y unos títeres homicidas, Wudi llegó a la conclusión (a instancias de su jefe de seguridad) de que sus dolencias eran el efecto traidor de la magia negra. En un torbellino cada vez más descontrolado de denuncias y caza de brujas, ordenó que unos chamanes extranjeros excavaran los palacios para encontrar muñecos mágicos y organizó juicios por brujería contra sus propios ministros, tras lo cual ejecutó a no menos de seis cancilleres y masacró a clanes enteros, decenas de miles de inocentes. El torbellino arrastró y costó la vida incluso a las hijas de Wudi. A veces a los monarcas les resultaba necesario matar a sus hijos varones; pero no a sus hijas.

Ju, el hijo mayor de Wudi con la emperatriz Wei, parecía destinado a heredar la corona; pero a los sesenta y dos años el emperador engendró a un hijo con una concubina más joven, la dama Gouyi. El jefe de seguridad de Wudi tendió una trampa a Ju, para acusarlo de brujería y de haber deseado la muerte de su padre; probablemente esto último era cierto, toda vez que el emperador llevaba ya tantos años en el trono. Al comprender que le estaban preparando la tumba y constatar que la tensión crecía, Ju falsificó una orden de Wudi para matar al jefe de seguridad, y luego se apresuró a dar explicaciones ante su padre. Con el apoyo de su madre, la emperatriz, intentó alzarse con el poder.

Después de cinco días de combates en las calles de Chang'an, el emperador restauró el orden, la emperatriz Wei se suicidó, se eliminó a su clan y Ju se ahorcó. Todos los hijos del emperador, salvo el último bebé, perdieron la vida, así como todos los que habían mostrado alguna vacilación en su lealtad. Pero esta histeria por la brujería cambió China para siempre. Liquidó los clanes

antiguos y creó un vacío que llenaron funcionarios de origen oscuro.

El emperador comprendió por fin que sus secuaces habían tendido una trampa para hundir a Ju. Se culpó de la muerte de su hijo y manifestó su duelo en un acto de contrición pública, el Edicto de arrepentimiento de Luntai. Sin embargo también dirigió el enojo contra la familia de su consorte Li, a la que castigó por haber destruido a casi toda la familia Wei. No dejó absolutamente a ningún Li con vida.

Solo quedaba vivo un heredero, el chiquillo que era hijo de la dama Gouyi y contaba entonces nueve años. En 88 a. C. el emperador le nombró oficialmente heredero, pero ante el temor a que la madre adquiriese demasiado poder cuando él muriese, la hizo llamar para arrestarla. Ella se postró ante él, asombrada; pero el emperador ordenó: «¡Fuera de aquí, ahora mismo! ¡Nada te puede salvar!», e hizo que la ejecutaran.

Wudi murió en 87. Le dieron sepultura —sin duda, con una armadura de jade— en la tumba de Maoling, y es posible que se sacrificase también a sus concubinas, quizá como eco de la decisión del Primer Emperador. Entre los bellos artefactos que se enterraron con él estaba el Caballo de Oro, una estatuilla (de sesenta centímetros de altura) de uno de los «caballos celestiales». Wudi fue el creador de un imperio chino, más aún que el Primer Emperador: había duplicado su extensión. Sin embargo sus masacres, cazas de brujas y extravagancias habían desatado enfrentamientos en la corte y «cien revueltas campesinas».

En 73 también se rebelaron los esclavos de Roma. Los potentados de la ciudad, Pompeyo y Craso, compitieron por aplastarlos.

El Fornicador Calvo y la reina de Egipto: César y Cleopatra

La rebelión se inició en la escuela de gladiadores de Capua, donde setenta de los gladiadores —todos ellos esclavos— se dieron a la

fuga y eligieron como jefe a un tracio, Espartaco. Este instaló el cuartel general cerca del monte Etna y, con la ayuda de su compañera, una sacerdotisa dionisíaca, derrotó repetidamente a las unidades romanas. Roma se levantaba sobre el trabajo esclavo, alimentado por los cautivos de las guerras, y a los romanos les daba pánico que se sublevaran: el 40 % de su población italiana vivía en la esclavitud y aquella era ya la tercera rebelión de esclavos en cuarenta años. Los sublevados de Espartaco, reclutados entre los esclavos rurales que se azacanaban en minas y plantaciones, no se pusieron de acuerdo entre si escapar al otro lado de los Alpes o recorrer Italia saqueando; en todo caso no tenían ningún programa general de liberación de todos los esclavos. Durante el primer año cuarenta mil antiguos esclavos y sus familias se unieron a Espartaco, que controlaba una franja del sur de Italia y emprendía la marcha hacia el norte. Roma era vulnerable porque Pompeyo estaba conquistando España y otras legiones se enfrentaban al Rey del Veneno en Asia. Craso, el especulador de la propiedad, reclutó soldados, derrotó a los esclavos y crucificó a seis mil; Pompeyo acabó con los demás. Los dos se atribuyeron el mérito.

En 67 a. C. se envió a Pompeyo a Oriente, con la misión de aplastar el resurgimiento de Mitrídates del Ponto. Primero derrotó al Rey del Veneno y lo persiguió hasta el Cáucaso, donde Mitrídates se suicidó; luego se anexionó buena parte de Asia Menor y Siria. Depuso a los seléucidas y situó bajo el dominio de Roma el reino árabe de Nabatea y el reino judío de Judea. Cuando le desafió un príncipe de Judea, de la familia de los Macabeos, Pompeyo asaltó Jerusalén, profanó el Templo entrando en su sanctasanctórum y redujo los dominios de los judíos a tan solo un remanente de Judea. El rey egipcio, apodado «el Flautista» (Tolomeo XII *Auletes*), cortejó a Pompeyo y lo untó con sobornos onerosos. Es posible que el romano conociera a la hija del Flautista, Cleopatra, a la sazón de seis años, que con el tiempo sería experta en negociar con los potentados de Roma. De pronto Roma era un imperio tricontinental; solo en Partia se había visto frenada. Pompeyo invadió Georgia y Armenia, pero Farhad II de

Partia recuperó Armenia y negociaron como iguales.

En Roma, las peleas por los botines de su imperio creciente estaban destruyendo su democracia. Una conspiración que pretendía derrocar el sistema mediante una masacre sangrienta fue derrotada únicamente gracias a la elocuencia del cónsul, orador brillante y escritor sublime Marco Tulio Cicerón. Pompeyo regresó a la metrópolis exhibiendo la capa de Alejandro Magno (que le había quitado a Mitrídates) y siendo más rico y poderoso de lo que ningún romano había sido nunca. Se le concedió celebrar un tercer Triunfo —un reconocimiento sin precedentes— por haber obtenido victorias en un tercer continente y se le otorgó el *agnomen* de Magno. El triple triunfador emprendió un programa de construcción colosal. Tenía algunos de los rasgos que caracterizan a los políticos modernos. Se le describió como «de cara decente y corazón indecente», pero incluso alguien tan seguro de sus ideas como Cicerón quedó impresionado por su «increíble *virtus* divina». Pompeyo dominaba la frágil democracia romana pero no se alzó con un poder total. Los senadores, que miraban con desconfianza a aquel meteoro presuntuoso, fueron posponiendo la confirmación de los asuntos asiáticos de Pompeyo. Por su parte Craso intentó socavar su fortaleza dando respaldo a César, que se había quedado por detrás de los otros dos.

Cuando recibió la noticia de que Sila había muerto, César llevaba aún poco tiempo en Roma. El viaje de vuelta había sido muy revelador. En el camino lo habían apresado unos piratas y les advirtió que, si recobraba la libertad, volvería para matarlos; cuando en efecto quedó libre, contrató una flotilla, les dio caza y los crucificó a todos. Al volver a Roma se casó con Pompeya, nieta de Sila (después de que su primera esposa hubiera muerto), pidió préstamos muy cuantiosos y se presentó a las elecciones. Según le reconoció a su madre, sus deudas eran tan elevadas que la disyuntiva era «o cargo público o prisión». Al final Craso pagó sus deudas y César se unió al bando de los *populares*. Lo seleccionaron como sumo sacerdote —*pontifex maximus*— por delante de dos aristócratas venerables, antes de que se distinguiera por sus combates en España. Al volver fue elegido cónsul y propuso un

programa populista en alianza informal con Pompeyo y Craso. Pero las facciones se enfrentaban con una violencia difícil de controlar; la democracia se desintegraba; en cierto momento las elecciones se retrasaron y Pompeyo quedó como cónsul en solitario. Pompeyo y César coronaron su alianza con matrimonios: Pompeyo se divorció de su esposa y se casó con el único descendiente de César, su hija Julia.[7]Ahora los dos eran familia. Tanto Craso como César soñaban con emular las conquistas de Pompeyo; a César lo nombraron procónsul de la Galia; Craso recibió Siria.

En 57 a. C. los triunviros recibieron una visita egipcia: el rey Flautista y su hija Cleopatra, entonces de doce años. Después de haber empobrecido al país para sobornar a Pompeyo, el Flautista acababa de ser depuesto —el trono había pasado a su hija mayor, Berenice IV—, por lo que huyó de Egipto y acudió a solicitar la ayuda de sus aliados. César y Craso aceptaron enviar desde Siria a tropas romanas entre las que figuraba un primo de César, el jactancioso Marco Antonio. Al recuperar la corona, el Flautista mandó matar a su hija Berenice e instaló como reina a la otra hija, Cleopatra. En Alejandría la reina adolescente conoció a Antonio —que quedó impresionado por ella— y a los dieciocho años heredó Egipto y se casó con su hermano, Tolomeo XIII.

Mientras Pompeyo permanecía en Roma, en 53 a. C., Craso zarpó hacia Siria con la esperanza de ser aún más pompeyano que Pompeyo y derribar a la Casa de Arsak, en Partia.

La cabeza de Craso y el millón de galos muertos

Craso atravesó el Éufrates con cuarenta mil legionarios y siguió su curso hacia el sur, hacia Seleucia. El rey parto Urad II se ofreció a negociar. Craso rechazó la propuesta y Urad, mostrándole la mano abierta, le advirtió: «Antes de que tú veas Seleucia, aquí crecerá pelo». Al romano le desaconsejaron que se expusiera en los llanos, un terreno ideal para la caballería parta; pero hizo caso omiso del consejo.

Cuando los legionarios llegaron a Carras (Carrhae) estaban

exhaustos, pero antes de poder descansar lo suficiente tuvieron que hacer frente al ejército parto, situado en una colina, por encima de ellos. Los partos se desprendieron al unísono de las pieles de animales con que se habían camuflado y revelaron la presencia de un millar de catafractos (unidades de caballería pesada, protegidas por armaduras) y 17.000 jinetes de la caballería ligera, de cascos relucientes. Los romanos adoptaron su formación clásica de *testudo*, pero los rivales lanzaron una lluvia devastadora de tiros partos. Craso quiso parlamentar, pero en la retirada lo derribaron del caballo y lo decapitaron; le vertieron oro en la garganta, para burlarse de su materialismo, y le enviaron la cabeza a Urad, un filoheleno casado con una princesa griega, que en el momento de recibirla se estaba entreteniendo con una tragedia de Eurípides, *Las bacantes*. El director de la obra reclamó la cabeza como elemento de atrezo; un actor apareció en escena con ella y se puso a cantar el pasaje de:

Traemos a palacio
estos rizos recién cortados en el monte.
¡Una pieza maravillosa!

Lejos de allí, hacia el oeste de Europa, César estaba conquistando la Galia. Había cumplido cuarenta y un años y, cuando inició sus campañas, seguía acosado por las deudas. En este momento empezó a exhibir su ambición homicida, espíritu aventurero (en cierto episodio salió a explorar en persona el territorio enemigo, disfrazado de galo) y energía infatigable. Quiso que los romanos pudieran leer todas sus hazañas —afirmaba haber matado a un millón de galos, considerados en Roma como salvajes —, para lo que fue enviando narraciones a la metrópolis (contadas en tercera persona). Aunque complació a las multitudes emprendiendo dos incursiones contra la ignorante y bárbara isla de Britania, el mando de César estaba a punto de extinguirse y sus enemigos aristocráticos —con el respaldo de Pompeyo— le desafiaron. Si los lazos de unión de ambos ya eran frágiles, además Julia, la esposa de Pompeyo —e hija de César— había muerto

mientras daba a luz. Aunque Pompeyo no sentía grandes deseos de luchar, porque era el que más tenía que perder, César apenas le dejó alternativa.

«¡La suerte está echada!» (*Alea iacta est!*, literalmente: «Se han lanzado los dados»), dijo César cuando, siguiendo el modelo de Sila, cruzó el Rubicón y entró en Italia. Pompeyo prefería la república democrática, no a un tirano en potencia, pero su preparación era insuficiente y tuvo que darse a la fuga y reunir a su ejército en Grecia. César salió en pos de él y le derrotó, en la Farsalia. Pompeyo zarpó entonces hacia Egipto, donde acababa de reconocer como faraón a Tolomeo XIII (de doce años) y como reina a su esposa-hermana Arsínoe. La pareja real se había enemistado con su hermana mayor, la autoritaria Cleopatra, y la vida de esta corría peligro.

Los tolemaicos no podían permitirse enfrentarse a los vencedores de Roma, así que, cuando Pompeyo desembarcó, lo decapitaron. César, que fue elegido como dictador, dejó al mando de la metrópolis a Marco Antonio, *magister equitum* (jefe de la caballería y, tradicionalmente, el suplente de un dictador), y zarpó hacia Alejandría acompañado de tan solo cuatro mil soldados. Iba a la caza de Pompeyo, pero los egipcios le recibieron mostrándole su cabeza. César lloró y lamentó la muerte de su antiguo yerno, y se instaló en el palacio, donde reclamó que acudieran los dos hermanos enfrentados, Tolomeo y Cleopatra. Ella se negó a que la juzgaran y consiguió presentarse ante el romano en una bolsa de lavandería que portaba un robusto factótum. Aunque César todavía no era la clase de hombre a la que se pudiera complacer con el altivo carisma de Cleopatra, quedó fascinado por aquel atractivo *coup de théâtre*. Él contaba cincuenta y dos años; ella, veintidós.

Con quién se te pone dura: Cleopatra, César y Antonio

Sin embargo, hacían buena pareja. Los dos eran animales políticos, maestros del teatro, supervivientes natos y también asesinos natos. En política, César optaba siempre por el estilo aventurero; ella era

la heredera de la más egregia de las dinastías mundiales, la que custodiaba el cuerpo del gran Alejandro Magno (que César lógicamente visitó). Cleopatra era una reina culta, inteligente, posiblemente virgen y políglota: hablaba griego, latín, «etíope», egipcio (la primera de los Tolomeos que lo hablaba; tal vez su madre fuera egipcia) y la lengua por la que César sentía más respeto: el poder. Si ella perdía la batalla contra su hermano, perdería también la vida. Necesitaba a César.

El romano estaba mal preparado para los combates callejeros, pero se puso de parte de la reina. Tolomeo arengó a la multitud mientras sus tropas sitiaban a César y Cleopatra en el palacio. El combate fue feroz; César estaba arriesgándolo todo por una chica a la que apenas conocía. Su fuerza reducida tuvo que retirarse y en el museo se prendió fuego. César quedó atrapado, pero se lanzó a la bahía y llegó a nado hasta uno de sus barcos, lo que no dejaba de ser una proeza, a su edad. Tras recibir refuerzos (entre ellos, judíos enviados por el sumo sacerdote de Jerusalén y árabes remitidos por el rey de Nabatea), César aplastó a Tolomeo, que falleció ahogado, y se apoderó de Alejandría.

César y Cleopatra lo celebraron con un crucero por el Nilo, el primer descanso del romano en todo un decenio. Después él dejó como faraón, junto con un hermano menor, a una Cleopatra embarazada; y corrió a aplastar a Farnaces, hijo de Mitrídates, que había tomado el Ponto y ordenó castrar a todos los ciudadanos romanos. La victoria fue tan fácil que César se vanaglorió con su famoso «Vine, vi, vencí». Cuando terminó las operaciones de barrido por Asia, Hispania y África —donde como era típico de él tuvo amoríos con la reina bereber, Eunoe de Mauritania— celebró un Triunfo cuádruple sin parangón[8]y fue nombrado —también por primera vez en la historia de Roma— *dictator perpetuus*. Los honores no acabaron aquí: las monedas empezaron a lucir su rostro y se nombre se añadió al calendario para designar el mes que aún llamamos *julio*. César no liquidaba a sus oponentes sino que se jactaba de ser compasivo. Cleopatra visitó Roma junto con su hijo pequeño, Tolomeo Cesarión («Cesarito»). Pero en Roma César se estaba aburriendo y planeó emular a Alejandro y vengar a Craso

apoderándose de Dacia (Rumanía) antes de atacar Partia y emprender luego la conquista de Escitia (Ucrania). Ante la posibilidad de que César no regresara nunca, Cleopatra intentó que reconociera como heredero a Cesarión, de tres años. Pero aunque ella vivía en una de las villas de César, este solo hablaba de su familia egipcia con los amigos íntimos. Los romanos se sentían fascinados por ella y el bebé; Cleopatra recibió a Cicerón, que se marchó rezongando sobre su arrogancia. Cuando César hizo testamento eligió como heredero no al hijo que había tenido con Cleopatra, sino a su sobrino nieto Octaviano, de diecinueve años, que le había acompañado en España.

El dictador perpetuo rechazó por tres veces la diadema de realeza que Marco Antonio le ofreció, pero sus enemigos —encabezados por Bruto, hijo de su amante Servilia—, que odiaban lo que en la práctica no se diferenciaba gran cosa de una monarquía, planearon matarlo antes de que se marchara. Una profetisa advirtió a César sobre la fecha de los idus de marzo; Antonio y Calpurnia le advirtieron de la existencia de conjuras; pero César dio permiso a sus guardaespaldas hispánicos y se fue caminando a la asamblea de senadores, que se iba a celebrar en el Teatro de Pompeyo. En el pórtico se le acercó Bruto, acompañado por una serie de caras familiares; uno pidió una firma y acto seguido todos sacaron dagas y lo apuñalaron. César se defendió con lo que pudo —con el *stilus* o estilo, el punzón con el que solía escribirse en las tablillas—, pero cuando vio a Bruto, el hijo de Servilia al que había perdonado, dijo tan solo: «Tú también, hijo mío», cayó al suelo y se cubrió la cabeza con la toga. Le asestaron 23 puñaladas (aunque se dijo que ya la segunda, en el pecho, era fatal).

Los asesinos querían restaurar la república pero carecían de un plan. Marco Antonio, que había sido elegido cónsul, se les adelantó: en el funeral, celebrado en el Foro, ensalzó la divinidad y grandeza de César, exhibió la toga ensangrentada y consiguió inflamar tanto a la multitud que los asesinos huyeron de Roma e instalaron su cuartel general en Grecia. Antonio no era un simple sustituto de César. A sus cuarenta y dos años, este hombre recio, de

pelo rizado, violento y viril —un político despiadado y general mediocre, adicto al espectáculo— codiciaba el poder para sí mismo. Era también un vividor, que había estudiado filosofía en Atenas, que gozaba con la seducción y de beber sin especial moderación en los banquetes. A veces se vestía con pieles de león, al estilo de Hércules, y recorría Roma en una caravana de carros británicos donde montaban tanto su amante, la cortesana Citeris, como su propia madre. En ese momento abandonó a Citeris para casarse con Fulvia, una mujer feroz que ejercía de árbitro en la política y había estado casada con el demagogo y agitador Clodio; Cicerón se burló con saña de la decisión. Aunque Marco Antonio despreciaba a Octaviano, el imberbe heredero de César (que ya disponía oficialmente de este título), al final se alió con él y proclamaron una lista de proscripción con la que Antonio aprovechó para pasarle a Cicerón cuentas por sus burlas. «Ningún bien hay en lo que haces, soldado», le dijo Cicerón al sicario, «pero intenta matarme bien.» Antonio clavó las manos y la cabeza de su víctima en los *rostra* del Foro, mientras que Fulvia le cortó la lengua y la atravesó con su pasador de pelo; la exhibición fue desagradable hasta para lo habitual en Roma.

Una vez asegurado el dominio de Roma, Marco Antonio y Octaviano persiguieron a los asesinos de César hasta Grecia, donde los derrotaron y llevaron al suicidio. Luego se repartieron el imperio: Antonio se quedó con Oriente; Octaviano, con Occidente.

La expedición de César contra los partos también había pasado a Antonio. Mientras concentraba al ejército en Tarso (Siria), Cleopatra, a la sazón con veintiocho años, acudió a solicitar su apoyo, presentándose como una Isis-Afrodita regia, a bordo de su barcaza real. Antonio, también compartía con César el gusto por las monarcas orientales; acababa de tener un amorío con la reina de Capadocia, la antigua cortesana Glafira.[9]

En su primera noche juntos, Marco Antonio se enamoró de Cleopatra. Ella lo celebró al estilo de los Tolomeos, con banquetes báquicos y asesinatos familiares: hizo que Antonio matara a su hermana Arsínoe. Durante la estancia salvaje del romano en Alejandría ella dio a luz a unos gemelos. Pero poco después, en

40 a. C., Antonio negoció una nueva asociación con Octaviano y plantó a Cleopatra para casarse con Octavia, la hermana de su socio. Los dos líderes se centraron ahora en reconquistar Judea y Siria de manos de los partos, y nombraron como rey de una Judea ampliada a un joven aliado judío: Herodes.

En 38 Marco Antonio se dirigió al este, para atacar Partia, y aprovechó para volver con Cleopatra; le concedió nuevos territorios en el Líbano, Israel y Chipre y tuvieron otro hijo. Pero el ejército romano quedó aniquilado en lo que hoy es Azerbaiyán y Antonio regresó a Siria a duras penas. Cleopatra se acercó costeando para abastecerlo, y entre este respaldo, los berrinches de la reina y los hijos en común, llegó a la convicción de que su destino pasaba por ella, y abandonó a Octavia en Atenas.

Marco Antonio y la reina desfilaron por Alejandría como Dioniso y Serapis, y luego se casaron. A ella la entronizaron como reina de reyes, Cesarión fue nombrado rey de reyes y aclamado como hijo de César, y los tres hijos de la pareja recibieron reinos. Octaviano criticó aquel libertinaje oriental, que no le parecía viril. «¿Te molesta que me tire a Cleopatra? ¡Si estamos casados y no es nada nuevo!», le contestó Antonio. Desde luego Octaviano estaba siendo un hipócrita, pues él era el primero aficionado al adulterio: su esposa Escribonia estaba embarazada, pero él acababa de enamorarse de Livia, la inteligente y bella esposa (asimismo embarazada) de Tiberio Claudio Nerón. Este integrante del clan de los Claudios, que había dado su respaldo a Antonio, accedió a divorciarse de su mujer; Octaviano se separó de Escribonia el mismo día que nació su hija Julia y se casó con Livia tres días después de que esta hubiera dado a luz. Fue una ceremonia suntuosa, ornamentada con *deliciae* —chicos esclavos semidesnudos—, a la que asistió también el complaciente exmarido de Livia. «¿Y tú, qué? ¿Eres fiel a Livia?», había preguntado Antonio, ingenuamente. «¿Qué importancia tiene dónde o con quién se te pone dura?»

Pero desde el punto de vista de la política, sí que importaba. Octaviano dio a conocer el testamento de Antonio, que aclamaba a Cesarión como hijo de César y le legaba todo a Cleopatra, con la

que deseaba ser enterrado (probablemente, embalsamado como un faraón, en Alejandría). Octaviano denunció a Cleopatra, calificándola de *fatale monstrum*, y el Senado le declaró la guerra. Antonio y Cleopatra reunieron unos recursos impresionantes: 250 galeras y 20.000 soldados.[10]Si vencía Octaviano, el imperio hablaría latín y tendría la capital en Roma; si ganaba Marco Antonio, hablaría griego y se gobernaría desde Alejandría (y hoy hablaríamos todos griego, en vez de lenguas romances). Luchaban por el mundo mediterráneo.

La serpiente de Cleopatra y la nariz de Alejandro

El 2 de septiembre de 31 a. C., las dos flotas se enfrentaron. Cuando los ejércitos se congregaron en Grecia, el general Marco Agripa, del bando de Octaviano, maniobró con acierto para bloquear al ejército y la flota de Marco Antonio en Accio (Actium). La flota de Antonio contaba con barcos de múltiples órdenes de remos —quinquerremes, *octeres* e incluso los gigantescos *deceres*—, pero analizada al detalle era inferior. En el consejo de guerra previo, Cleopatra, al mando de su flota de doscientas naves, votó por escapar de Accio; pero en la batalla la coordinación con Antonio fue desastrosa. Cleopatra huyó de nuevo a Alejandría, con sesenta naves, y planeaba usar la flota del mar Rojo para huir a sus puestos comerciales en Arabia, o incluso la India; pero el rey árabe Malik le prendió fuego a sus barcos. Cuando Antonio zarpó detrás de ella, Octaviano recorrió Siria a pie y negoció en secreto con Cleopatra, que ofreció abdicar a condición de que sus hijos (en particular, Cesarión) conservaran la corona. No está claro que acogiera con los brazos abiertos a un Antonio derrotado.

Cleopatra negoció pues con Octaviano, con el mausoleo de palacio como cuartel general. Es posible que Cleopatra traicionara a Marco Antonio, enviándole la información incorrecta de que ella había muerto. Con ello le estaba invitando a que se suicidara, y así lo hizo: Antonio se hirió con su propia espada y lo llevaron a la tumba de ella, en cuyos brazos murió, a los cincuenta y dos años.

Octaviano permitió que la reina residiera en el palacio y tomó en custodia a los tres hijos antonianos. Pero cuando se encontraron, ella descubrió que no habría tercer acto: Octaviano tenía la intención de exhibirla en su Triunfo. «Yo no voy a salir en un triunfo», dijo, pues ya había visto cómo se hizo desfilar por Roma a su hermana Arsínoe; pero ocultó sus planes. Después de un banquete con clase, dos devotas asistentes de la reina, Iras y Carmiana, hicieron que un campesino trajera un cesto de higos que contenía una serpiente (o alguna clase de veneno que, de algún modo, tomaron las tres). Cleopatra envió una carta sellada para Octaviano, en la que pedía que la enterrasen con Antonio; al recibir la carta, los guardias del romano se apresuraron a detenerla, pero ya era demasiado tarde. Cleopatra, a los treinta y nueve años, había muerto, gloriosa, engalanada con su diadema, en compañía de sus damas de honor. Una aún seguía con vida cuando las tropas de Octaviano irrumpieron en la sala, vieron a Cleopatra en su magnificencia final, y exclamaron: «¡Qué escena tan majestuosa!». A lo que la dama contestó, con un murmullo: «Majestuosidad pura, como no podía ser menos, con quien desciende de tantos reyes».

Cleopatra había confiado en que Cesarión gobernaría Egipto. «Demasiados césares van a ser un problema», advirtieron los asesores de Octaviano. La reina había enviado al rey Cesarión, que contaba diecisiete años, al puerto de Berenice, en el mar Rojo, para que huyera desde allí a la India; pero Octaviano engañó al tutor para que lo trajera de regreso, dando a entender que el chico sería en efecto el rey de Egipto, y luego hizo que lo estrangularan.[11]

Octaviano visitó la tumba de Alejandro, pero, al tocar la momia, se le cayó la nariz. Fue el final simbólico de la era alejandrina, la caída de la república romana y el inicio de una monarquía imperial.

Augusto, Julia y la reina tuerta de Kush

El señor del imperio, el joven caudillo Octaviano, se comportaba

como se le antojaba. Seducía a las esposas de sus seguidores, se las llevaba a una sala aparte en una cena, y se las devolvía a sus maridos con las orejas rojas y el pelo enmarañado. Cuando estaba con ellas a solas las interrogaba sobre las ideas políticas de sus maridos, para averiguar si alguno estaba conspirando contra él.

Octaviano era un maestro de la dosificación política y había comprendido —después de años de guerra y asesinatos— que las mesuras abruptas ofenden, mientras que la adaptación moderada puede esconder una transformación radical. Aunque en teoría afirmaba respetar la república, se había convertido en el romano más poderoso de la historia y adoptó un nuevo título —*princeps*, «el primero»— y un nuevo nombre; le ofrecieron el de Rómulo, pero al final se decantó por Augusto, con el mismo significado actual de «augusto, majestuoso». En apariencia no perdió la modestia y siguió viviendo en su villa confortable de la colina Palatina.[12]Pero esa humildad era falsa. Contaba con una ingente cantidad de esclavos y servidores: los libertos se encargaban del trabajo de secretaría, y las tumbas del personal de Livia demuestran que disponía de un millar de esclavos, incluidos artistas y enanos. Por otra parte su reinado no estaba tan exento de problemas como le gustaba aparentar. Cruel cuando le parecía necesario, compasivo cuando lo creía posible, usaba a informadores para estar al corriente de cualquier disidencia; a los conspiradores los eliminaba con rapidez; cuando un secretario aceptó dinero por divulgar el contenido de una de sus cartas, Augusto le rompió las piernas en persona.[13]Pero tampoco era un megalomaníaco carente de humor; en las cartas que dirigía a personas de su círculo íntimo el tono es de chanza y afecto. Era un apasionado de los juegos de azar, y sumamente sociable; acostumbraba a cenar con amigos y sopesaba escribir una tragedia, al tiempo que, por medio de su acaudalado asesor Mecenas, apoyaba a poetas de la corte (Virgilio, Horacio) y entablaba amistad con ellos. Elogió la atlética vida amorosa de Horacio —lo apodaba «Pene Perfecto»—, pero aunque el poeta no se deshizo en encomios del *princeps*, no le amenazó; solo se burlaba de él.

César Augusto proyectó Roma como un imperio mundial

divino que, por debajo de la fachada republicana, era de hecho una dinastía. Él se había casado tres veces, pero al no haber tenido hijos varones, confió la ambición en su hija Julia. Después de casarla con un sobrino suyo que murió joven, Augusto la dio en matrimonio a su socio Agripa, un hombre de cuarenta años al que otorgó los mismos poderes que él manejaba en calidad de *princeps*. «Agripa es tan grande», advirtió el ministro Mecenas, «que habrá que matarlo o convertirlo en yerno.» La pareja engendró dos varones, Gayo y Lucio, que fueron los herederos. Para Julia aquel destino fue tedioso, pues no paraba de quedarse embarazada de un esposo mucho mayor que ella. Aun así los embarazos tenían sus ventajas.

Mientras Augusto defendía los valores familiares e imponía un nuevo sistema conservador, que incluía una legislación contraria al adulterio, Julia tuvo una serie de amoríos. Únicamente se acostaba con su marido cuando estaba embarazada: «Solo acepto pasajeros cuando la bodega está llena». A medida que sus hijos crecían —bajo la adoración de Augusto—, la promiscuidad de Julia se convirtió en un problema.

El imperio era ahora tan extenso que Augusto envió a Agripa a gobernar la mitad oriental. Primero firmaron un tratado con la joven *kandake* (reina) de Kush. Pero tanto esta reina, Amanirenas, «una mujer de tipo masculino, feroz y tuerta», escribió el geógrafo e historiador Estrabón —pero una más, entre una sucesión de gobernantes guerreras— como su marido el rey Teriteqas estaban descontentos con el vasallaje a Roma. La oportunidad de Amanirenas llegó cuando Augusto ordenó que su prefecto de Egipto, Aulo Galo, invadiera la Arabia Felix («Arabia Fértil», hoy Yemen). Los puertos egipcios y árabes del mar Rojo recibían especias, medicamentos, perfumes y joyas de la India; también llegaban por tierra, en las caravanas que venían de Marib, en el reino de Saba (Yemen/Etiopía), por Nabatea (Jordán). Augusto quería controlar este comercio.

Diez mil legionarios cruzaron el mar Rojo desde Berenice, desembarcaron no lejos de Yida y bajaron por Medina con la intención de tomar Adén; pero se perdieron en el desierto, no

lograron conquistar Marib y, como su flota también resultó destruida, perecieron.

En Meroe, Teriteqas y Amanirenas recibieron la noticia de que el destacamento egipcio de Augusto se había marchado a Arabia, y aprovecharon la ocasión para invadir Egipto. A la muerte de Teriteqas, Amanirenas le sucedió y remontó el Nilo con su ejército, una hazaña que quiso celebrar con una estela y sepultando frente a un templo una gran cabeza de Augusto. Pero Egipto era una panera imprescindible para Roma; Augusto atacó Kush, Amanirenas contraatacó y se sentaron a negociar. El romano eliminó los tributos que gravaban a los kushitas; Amanirenas cedió una franja de la Baja Nubia, pero había desafiado con éxito al magnífico emperador de Roma.

Augusto llegó a un acuerdo con Malik de Nabatea, que permitió que este embelleciera su capital —la rosada ciudad de Petra— así como Mada'in Salih. Además el emperador apoyaba a su aliado judío, Herodes, a pesar de sus masacres y de que hubiera asesinado a su amada esposa (que le había traicionado) y tres de sus muchos hijos. El astuto, encantador, visionario y psicótico Herodes gobernó durante cuarenta años, en los que remodeló Jerusalén, donde levantó un Templo Judío magnífico y gigantesco.[14]

Pronto unas 120 naves romanas zarpaban anualmente desde los puertos del mar Rojo en dirección a la India. Hacia 20 a. C. una delegación de un gobernante indio acudió a ver a Augusto con unos tigres como regalo. Los mercaderes romanos —habitualmente árabes o egipcios, más que italianos— vendían ánforas de vino, espejos, estatuas y lámparas, y adquirían marfil, especias, topacio y esclavos. Desde China, a través de Partia y Eudemonia (Adén), empezaba a llegar también un nuevo producto de lujo: la seda.

Golondrina Voladora y la pasión de la manga cortada

Se llamaba Golondrina Voladora y estaba danzando en el palacio de la princesa Yamma cuando se presentó el emperador.

Golondrina Voladora —Zhao Feiyen— era una bailarina que procedía de una familia tan pobre que la había abandonado a su suerte, hasta que sus parientes, poseídos por el remordimiento, volvieron y por suerte la encontraron aún con vida. Cuando el emperador Cheng vio a la esbelta y graciosa Golondrina Voladora —de solo quince años— bailando junto a su hermana, se enamoró.

El joven Cheng, de dieciocho años, ascendió al trono en 33 a. C., justo cuando Augusto se enfrentaba a Marco Antonio. Tenía ya una esposa, la emperatriz Xu, y una consorte a la que adoraba, Ban, pero ninguna de las dos le había dado un heredero. Cheng era un vividor alegre, al que su padre había estado a punto de desheredar por su hedonismo; le entusiasmaba la música sensual y le gustaba sumergirse de incógnito en el barrio de burdeles de Chang'an para ir de putas y ver peleas de gallos. Golondrina Voladora le iba como anillo al dedo. Los asuntos de la política se los dejaba a su madre, la emperatriz viuda Wang, cuyo hermano Wang Feng y otros familiares dirigían el imperio como mariscales. En este momento, cuando el joven tuvo que regresar al palacio (con Zhao Hede, la hermana de Zhao Feiyen, como concubina), Golondrina Voladora intensificó el nivel de envidia asesina de una corte ya muy cargada. Al cabo de un año las dos chicas habían hecho caer en una trampa a la emperatriz y la consorte Ban, a las que se acusó de usar magia negra, con lo que en 16 a. C. Cheng pudo declarar a Golondrina Voladora como nueva emperatriz. No le dio hijos, a diferencia de dos concubinas. El emperador o la emperatriz, convencidos por Golondrina Voladora o Zhao Hede (que se encargó del trabajo sucio), mataron a los bebés para proteger a las dos hermanas; a una de las madres la obligaron a suicidarse para que el secreto no trascendiera. Las hermanas se distanciaron cuando el emperador favoreció a Zhao Hede, pero se unían para envenenar a cualquier chica que quedara embarazada.

En 7 a. C. Cheng murió de pronto, posiblemente por una sobredosis de afrodisíaco administrada deliberadamente por Zhao Hede. Pero ante el temor a que las investigaciones consiguientes sobre los bebés asesinados y excesos de afrodisíaco revelaran su

papel, se suicidó; entre tanto el trono recayó sobre Ai, sobrino de Cheng. El nuevo emperador despertó grandes expectativas, pero sus enfermedades le impedían gobernar y no le gustaban «la música ni las chicas». Se enamoró en cambio de un cortesano adolescente, Dong Zian, con una devoción tal que el emperador prefería cortarse la manga de la bata antes que despertar a su amante dormido. Muchos emperadores tuvieron amantes masculinos, que enumeraban abiertamente entre sus favoritos, pero «la pasión de la manga cortada» fue mucho más allá: Aidi no vaciló en situar a Dong, de solo veintidós años, al mando del ejército, y en su lecho de muerte le legó igualmente el trono. La sucesión la frenó la abuela: la emperatriz viuda Wang orquestó el suicidio de Wong para ascender a la regencia a su propio sobrino. A sus ochenta y tres años la viuda se bastaba para preservar la estabilidad de los Han, pero cuando ella murió, en 13 d. C., el sobrino intentó fundar una dinastía propia, dando una lección de cómo no conviene manejar un imperio. En ese mismo momento, en el otro extremo de la Ruta de la Seda, otro emperador, con la ayuda de una potentada muy capaz, demostraba cómo sí convenía manejarlo.

El reptil de Capri

Augusto, a los setenta y cinco años, estaba moribundo en la villa que poseía en su ciudad natal, Nola, al sur de Roma, junto con su esposa Livia (que también superaba los setenta años) y Tiberio, hijo de ella, tan capaz como taciturno. La familia directa no le sucedió; pero Augusto había tejido una red de matrimonios que enlazaría su sangre con la de Livia.

La esperanza de dejar una selección de herederos dinásticos se había basado durante mucho tiempo en Gayo y Lucio, hijos adolescentes de su hija Julia con Agripa. Julia estaba embarazada en 12 a. C. cuando falleció Agripa, y dio a luz a un hijo, Póstumo, al que se conocería por su irresponsabilidad (o incluso desequilibrio). Pero también tenían una hija, Agripina.

Augusto ordenó que Julia se casara con Tiberio, con quien había compartido el poder tribunicio desde 6 a. C.; a Julia la propuesta ya le pareció bien, pero a Tiberio, no. Julia, que era inteligente y exuberante, y le gustaban tanto las aventuras sexuales como la disidencia política, no se sentía nada cómoda con el control que su padre le imponía. Augusto se distrajo con el ascenso de sus nietos, Gayo y Lucio, que fueron elegidos cónsules. Adoraba a los chicos; llamaba a Gayo «burrito de mi alma» y ansiaba el momento en que «me sucedan en mi posición». Pero los dos jóvenes murieron de forma sucesiva, en un plazo de tiempo muy corto, justo cuando Augusto descubría las costumbres de su hija.

Julia se vestía con ropa llamativa y se vanagloriaba de sus amoríos con toda una serie de senadores y generales, incluidos un Escipión y —elección peligrosa— un hijo de Marco Antonio: Julo Antonio (Iullus Antonius). Si ella hubiera sido un hombre, estas hazañas se habrían considerado como un simple pecadillo viril; pero Julia era la heredera de un imperio, resultaba peligrosamente popular y su libertinaje contradecía el asalto del conservador Augusto contra la inmoralidad. En 3 d. C. el padre la desterró de por vida; pero con ello solo hizo realidad el temor a que se convirtiera en símbolo de la resistencia y atrajera protestas populares en su contra. A Julo Antonio lo ejecutaron.

En consecuencia Augusto tuvo que contentarse con los hijos de su esposa Livia: Tiberio y Druso. A Tiberio la política le estresaba. La promiscuidad de Julia le repugnaba, las órdenes de su madre le cansaban y estaba harto de guerras, por lo que decidió retirarse a Rodas. La historia familiar no terminó aquí. La hija de Julia (llamada asimismo Julia) tuvo amoríos descarados con, entre otros, el poeta erótico Ovidio. Pero el asunto iba mucho más allá de la poesía y el sexo: el marido de Julia, Emilio Paulo, planeaba asesinar a Augusto. En 8 d. C. Paulo fue ejecutado, y la joven Julia, condenada al exilio.[15]

Augusto negoció los matrimonios que acabaron produciendo a los emperadores Calígula, Claudio y Nerón. Druso, el hijo menor de Livia, casado con Antonia, hija de Octavia y Marco Antonio, tuvo dos hijos: el apuesto y carismático Germánico y el tartamudo y

cojo Claudio. A Claudio —que se casó cuatro veces y tuvo varios hijos— no lo abandonaron, en contra de lo habitual cuando nacían hijos con deficiencias, pero su madre lo despreciaba y lo llamaba «el monstruo». Druso, su padre, murió joven; pero Augusto ascendió a Germánico, que había ganado laureles combatiendo contra las tribus de Germania, y lo casó con Agripina, la hija de Agripa y Julia, con quien tuvo seis hijos (tres niñas y tres niños). Agripina insistió en prestar servicio militar al lado de su marido, daba órdenes en batalla cuando era necesario y convirtió a su hijo menor, Gayo, en una mascota militar, al vestirlo con un uniforme en miniatura, cáligas incluidas; por eso lo apodaron Calígula («sandalita»). Augusto fusionó los planes nombrando heredero a Tiberio, a la vez que le ordenaba adoptar como hijo a Germánico.

En el lecho de muerte Augusto habló de su único gran fiasco: en 9 d. C., tres legiones fueron aniquiladas por tribus germánicas en el bosque de Teutoburgo, donde los estudios arqueológicos han encontrado en efecto armaduras romanas. Augusto pasó los últimos años murmurando: «Devolvedme las legiones». «Si he cumplido bien con mi papel, aplaudidme», dijo Augusto antes de morir, con Livia a su lado.[16]Había cumplido y lo aplaudieron, divinizándolo como un César cuando lo incineraron y dándole sepultura en un mausoleo magnífico que aún puede verse en Roma.

En cuanto Tiberio se hizo con el poder, por consejo de su madre Livia —su *auctoritas* femenina, reconocida en el *cognomen* Augusta—, ordenó asesinar a Póstumo, el último nieto de Augusto. Luego se retiró a Capri, donde este *princeps* reptiliano daba de comer a su iguana domesticada mientras, según historiadores sensacionalistas, lo lamían las lenguas de toda una tropa de chicos a los que apodaba «mis pececillos de agua dulce». (Entonces como hoy, una orgía en una piscina era sinónimo de depravación.)

En Roma delegó el poder en un secuaz, Sejano, prefecto de la Guardia Pretoriana,[17]al que utilizó para purgar a sus enemigos. Su heredero fue su hijo Druso, casado con Livila, hermana de Germánico. Livila, sin embargo, inició una relación con Sejano, que aspiraba a gobernar por sí mismo y quizá envenenara a Druso. Finalmente, en 31, Antonia, la hija de Antonio, se dirigió a Capri

para revelar la traición de Sejano. El *princeps* apareció en Roma y ordenó ejecutarlo. El destino de Livila fue morir de hambre, por decisión implacable de su propia madre.

Un imperio solo vale lo que valen sus gobernantes. Tiberio se centró en Oriente, donde envió, en calidad de virrey, a su hijo adoptivo Germánico; la vieja iguana estaba celosa del principito. Cuando Germánico cayó fatalmente enfermo —en Antioquía, a los treinta y tres años—, acusó a Tiberio de haberlo envenenado y murió ante la mirada de su esposa y sus hijos, entre los que estaba Calígula, de siete años. Luego Tiberio hizo que la viuda se matara de hambre y arrestó —y fue matando calladamente— a los hijos mayores de Germánico.

Más al sur, Poncio Pilato, prefecto de Tiberio, estaba teniendo problemas para controlar a unos judíos turbulentos, cansados de la idolatría y el despotismo de los romanos.[18]Cuando estallaron protestas en Jerusalén y Samaria, y Pilato las sofocó con violencia, la tensión se exacerbó aún más. En 33 Pilato tuvo que enfrentarse a un profeta judío, cierto Jesús, uno de los muchos predicadores del estilo. Jesús —en hebreo, Yoshua— era un descendiente de la dinastía davídica y había crecido en Galilea, gobernada por uno de los hijos de Herodes. Como todos los judíos, había sido circuncidado en el Templo de Jerusalén y acudía regularmente a la ciudad para la Pascua y otros festejos judíos. Las primeras décadas de su vida no se conocen. Cuando emergió como predicador no afirmaba ser el Mesías, aunque hizo actos de sanación y de aportación mágica de provisiones. Se caracterizó en cambio por criticar a los grandes del Templo y apoyar a los más humildes, y predicó una conducta moral en esta vida como preparación ante un Fin del Mundo inminente, profetizado en la Torá de los judíos. Sintonizó con la necesidad humana de una misión moral que ofreciera sentido en vida y redención en la muerte. Como respuesta a los desórdenes que estallaron durante el festejo judío de la Pascua, que llenaba Jerusalén de peregrinos, Pilato crucificó a Jesús en un monte de las afueras. Cuando el cuerpo desapareció de la tumba los seguidores creyeron que era el Mesías —hijo de Dios —, alzado de entre los muertos para cargar con los pecados de la

humanidad.

Tiberio no habría dedicado mucho tiempo a este incidente menor entre aquellos judíos locos, pero al saber que Pilato la había pifiado, le ordenó volver. En cuanto a la sucesión, para buscar la calma y la continuidad apostó por nombrar César al último de los hijos de Germánico: Calígula.

Ojalá toda Roma tuviera un único cuello: Calígula y sus hermanas

Ningún *princeps* llegó nunca al poder entre tanto entusiasmo popular como Sandalita. Lo habían criado dos mujeres estrictas —primero su bisabuela Livia («Odiseo vestido de mujer», según él la llamaba) y luego Antonia, la hija de Antonio— entre todo un remolino de asesinatos y ambiciones. No es de extrañar que creciera perjudicado e inseguro.

En 36 d. C. Tiberio invitó a Calígula a vivir con él en Capri y con ello «crio a una víbora para el pueblo romano». Pero nombró a dos herederos conjuntos, a Calígula y a su propio nieto, Tiberio Gemelo, de dieciocho años (aunque se sospechaba que el chico era hijo de Sejano). A la muerte de Tiberio, Calígula, un epiléptico de veinticinco años, desgarbado, de cara afilada y calvicie incipiente, fue saludado por el pueblo como «nuestro chiquillo», en una celebración desenfrenada, pues había prometido acabar con los juicios por traición y restaurar las elecciones. El Senado nombró a Calígula como heredero único, pero mientras que sus predecesores habían sido comandantes expertos, él nunca adquirió laureles. Después de una breve enfermedad ordenó ejecutar a su primo Gemelo, un acto que horrorizó tanto a la abuela de los dos, Antonia, que se dejó morir de hambre. Atraído por la tradición egipcia del matrimonio con la hermana, se rodeó de sus hermanas Agripina (la Menor), Julia Livila y Drusila, y quizá se acostara con ellas, quizá solo afirmó haberlo hecho. Agripina, casada con el aristócrata Gneo Domicio Enobarbo, acababa de tener un hijo, Lucio: el futuro Nerón. Al morir Drusila, Calígula la divinizó; fue la

primera cesarina elevada a esta condición. Se daba a entender que Calígula también era un dios.

Calígula empezó haciendo donaciones públicas de dinero y proyectos de construcción públicos; también organizó espectáculos llamativos y montó a su caballo *Incitatus* sobre un pontón de barcas, en el golfo de Nápoles, vestido con la coraza de Alejandro Magno. No podía resistirse a jactarse de su poder; según le dijo a su abuela Antonia: «Recuerda que tengo derecho a hacer lo que quiera con quien quiera». Tenía el sentido del humor de un verdugo y, a la hora de matar a sus víctimas, le ordenaba al ejecutor: «Golpéale de modo que sienta que se está muriendo». Cuando empezó a percibir que era impopular, citó una obra griega: «¡Que me odien, mientras me teman!», y añadió: «¡Ojalá toda Roma tuviera un solo cuello!». En las cenas reclamaba el derecho a seducir a las esposas de sus invitados y luego las puntuaba. Sin duda le había llegado noticia de que Augusto hacía este tipo de cosas, pero de alguna manera Augusto hacía amistad con sus víctimas, mientras que Calígula les provocaba repugnancia. En una de sus fiestas vespertinas estalló a reír y les dijo a los cónsules: «Con un simple pestañeo mío, os cortarían el cuello aquí mismo». Y cuando besaba a sus esposas solía susurrar: «Adiós a esta bella cabecita cuando se me antoje». Para castigar al Senado amenazó con nombrar senador a su caballo. Como sentía celos de los brillantes discursos de Séneca —un senador de cuarenta y cuatro años, hijo de un historiador de Hispania—, ordenó que lo ejecutaran por conspirador; pero al saber que el senador estaba mortalmente enfermo se puso a reír y, con la tranquilidad de que se iba a morir pronto, se limitó a exiliarlo. Séneca comprendió que «toda crueldad nace de una debilidad».

Calígula tuvo amoríos con un actor, el bello Mnéster, y con el esposo de Drusila, Marco Emilio Lépido, bisnieto de Augusto; la homosexualidad se consideraba un gusto plenamente aceptable en un varón romano, a condición de que estuviera casado, temiera a los dioses y, en la relación carnal, adoptara el papel activo. Pero más adelante, temeroso del linaje de Lépido, mandó que lo ejecutaran. Casio Querea, prefecto pretoriano de confianza del

emperador, solía torturar a mujeres por diversión, a menudo en compañía de Calígula. El emperador desterró a sus dos hermanas supervivientes. Acertaba al sospechar de todos los miembros de su familia, pero se mostró indulgente con su tío Claudio, un hombre débil que había dedicado su vida a escribir una historia de los etruscos. Calígula lo ascendió a cónsul, porque le divertía el chiste y, como signo claro de que no lo consideraba una amenaza, lo casó con su prima adolescente Valeria Mesalina, que también descendía de Octavia y Antonio. Entre tanto, preocupado por la sucesión, intentó engendrar a un hijo, y finalmente contrajo matrimonio (el cuarto) con su amante Milonia Cesonia, con quien tuvo una hija.

A la caza del éxito militar viajó a la Galia, donde supuestamente ordenó que sus tropas coleccionaran conchas marinas que se dedicarían a Neptuno, el dios del mar. Pero es más probable que construyeran cabañas militares (traducidas erróneamente como conchas) mientras Calígula recibía el juramento de lealtad de un objetivo tentador: Britania.

La competencia de la administración romana era tan extraordinaria —la supervisaba el liberto griego Calisto, secretario de Calígula— que el imperio siguió funcionando incluso bajo el gobierno de aquel monstruo demencial. Con el afán de asegurar el dominio del este, el emperador envió a un amigo, el príncipe judío Herodes Agripa, para sustituir al prefecto de Egipto, a quien no consideraba de fiar; acto seguido lo nombró rey, como a su abuelo, Herodes el Grande. Luego ordenó que los judíos adoraran una estatua que lo representaría, emplazada en el Templo de Jerusalén. Los judíos se encolerizaron y Herodes Agripa le convenció de que cancelara la orden.[19]

El malcriado Calígula estaba perjudicado y apenas se enteraba de nada, ni siquiera de que estaba haciendo enemigos por todas partes. Una regla básica del poder es: búrlate de quien quieras, pero no de tus guardaespaldas. Calígula se mofó de Querea dando santos y señas insultantes como «falo» o «nenaza». Querea inició una conspiración conjunta con otras dos personas, el secretario en jefe Calisto y probablemente su tío Claudio. Calígula había incitado a un esclavo de Claudio a denunciar a su amo, un acto que

necesariamente le iba a distanciar de cualquier romano. En 40 d. C. Calígula se declaró dios e hizo preparativos para trasladar la capital de Roma a Alejandría. No había tiempo que perder. El 24 de enero de 41, Calígula, que no llegó a cumplir los treinta años, salía de un teatro donde presidía un espectáculo de celebración del Divino Augusto en la colina Palatina; con la intención de darse un baño en palacio tomó el pasaje cubierto (*cryptoporticus*) que atravesaba el complejo imperial. Su tío Claudio, el cojo, pidió que lo excusaran. Cuando Calígula se detuvo a contemplar la actuación de unos cantantes, tres de sus pretorianos de confianza le rodearon y desenvainaron las espadas.

Los Trajano y los Primera Grada de Tiburón: romanos y mayas

Promiscuidad en palacio: el golpe de Mesalina

—¡Que así sea! —gritó Querea.

Sacó la espada e hizo un barrido horizontal para cortarle el cuello a Calígula, pero solo consiguió romperle la mandíbula. Otro tajo casi le corta el brazo. Solemos olvidar que en los asesinatos abundan el caos y la brutalidad, más que la precisión. Calígula se retorcía en el suelo.

—¡Aún sigo vivo! —gemía, y rogaba que lo remataran.

—¡Dadle otra vez! —gritaron los pretorianos, que le asestaron treinta puñaladas, incluso en los genitales.

Cuando la guardia germánica de Calígula supo lo que había pasado, perdió la cabeza y arrasó el teatro, masacrando a casi todos los reunidos. Querea planeaba liquidar a toda la familia, y para ello envió a guardias a matar a Cesonia y su hija de muy corta edad; pero ella ya había salido y estaba sollozando junto al cuerpo abandonado de Calígula. Le dieron muerte allí y aplastaron la cabeza del bebé contra una pared.

Los senadores debatieron con excitación a quién nombrarían *princeps*, pero unos pretorianos encontraron a Claudio escondido detrás de un tapiz. Con la ayuda de Herodes Agripa, con quien tenía amistad desde hacía tiempo, Claudio negoció con la guardia pretoriana y el Senado.

Aunque afirmaba no estar interesado por el poder, y en privado incluso mostraba la esperanza de restaurar la difunta república, todo esto estaba pensado para que él siguiera con vida y transmitiera una imagen pública muy distinta a la de Calígula. En

realidad la ambición era inseparable de los julio-claudios. Cuando Claudio tomó la corona demostró ser casi tan cruel y caprichoso como su antecesor.

Claudio empezó su reinado con un rigor sorprendente. Sobornó a los pretorianos, perdonó a los asesinos de Calígula (salvo a Querea, que fue ejecutado) y prometió respetar los privilegios del Senado. Lejos de Roma, a su amigo Herodes Agripa le concedió un reino judío ampliado que abrazaba buena parte de Israel, Jordania y el Líbano. Luego ordenó emprender una guerra menor que le diera prestigio: la conquista de Britania. El imperio estaba dirigido por tres libertos eficientes, encabezados por Narciso, un hombre de su confianza que adquirió tanto poder que antes de la invasión británica, cuando algunas legiones se hallaban inquietas, las arengó él mismo en nombre del emperador.

En el centro de la corte estaba Mesalina, la esposa de Claudio. Él contaba cincuenta y tres años; Mesalina, nacida en el seno de la familia imperial, veintitrés. Ya le había dado una hija y ahora, en el momento en que Claudio conquistaba Britania, alumbró a un hijo: Británico.

Una vez pacificado el sur de Britania, Claudio viajó a la isla para aceptar la rendición de once reyes británicos y desfilar por su nueva colonia: se pasó por la ciudad de Camulodunum a lomos de un elefante, lo que sin duda supuso un espectáculo asombroso para las calles de Colchester, como lo supondría aún hoy. Pero Mesalina se quedó en Roma y, a instancias de los libertos de Claudio, empezó a vender ministerios de gobernador y a juguetear con el poder.

La joven emperatriz se entregó a un estilo de vida promiscuo, que no solo tenía que ver con su capacidad de sentir placer; también entraba en juego la búsqueda de emociones fuertes como expresión del gran poder que había recaído sobre una persona joven. En su fantasía sus enamoramientos eran tormentosos y desde su posición podía hacer realidad sus deseos. Pero además consideraba como enemigo a cualquiera que no se rindiera a sus deseos, y ella misma, como enemiga, era de temer. Entre sus favoritos estaba el actor Mnéster, al que hemos visto como amante

de Calígula. Cuando se le resistió, se cuenta que consiguió que Claudio ordenara a Mnéster (sin saber el alcance real de la orden) que obedeciera todas las órdenes de ella; y por lo tanto se convirtió en su amante. Dicen que la complació tanto que ella hizo que le forjaran una estatua de bronce. Cuando en el teatro las masas gritaban que Mnéster se acostaba con Mesalina, Claudio desdeñaba ingenuamente la noticia. La emperatriz también salvó la vida de uno de los guardaespaldas alemanes de Calígula, al que se había condenado a morir en la arena de los gladiadores por haber dormido con ella. Se contaba asimismo que había ganado una competición de resistencia sexual al poseer a 25 hombres en veinticuatro horas. Sus gestas amatorias estaban protegidas por un círculo de silencio, pero no era probable que la *omertà* durase mucho.

La corona de Claudio era reciente y vulnerable. «Este hombre, queridos compañeros del Senado, que parece incapaz de hacerle daño a una mosca», escribió Séneca, «solía matar a la gente con la misma facilidad con la que un perro caga.» El *princeps* aturdido mató en efecto a 35 senadores.

Entre tanto Mesalina se vio amenazada por las hermanas de Calígula. Había denunciado a Julia Livila por mantener una relación con Séneca, y se los condenó al destierro a los dos. Más adelante Claudio ordenó a matar a Julia Livila (al poco de regresar) y a su hermana Julia Livia, acusadas de conjuración, supuestamente a instancias de Mesalina. La emperatriz también temía a Agripina, la última de las hermanas de Calígula, y a su hijo Lucio Domicio Enobarbo —el futuro Nerón—, que se estaba volviendo popular. Se contaba que cuando había intentado ahogar a Nerón, siendo este un bebé, una serpiente había salido de debajo de la almohada. Luego Mesalina intentó que se exiliara a Agripina y se diera muerte al niño, pero en los Juegos Nerón era acogido con más entusiasmo que su propio hijo, Británico.

Hacia 47 d. C., Mesalina, cumplidos los treinta, llevó sus excesos más allá de lo prudente, incluso para su posición. Cuando tendió una trampa al poderoso liberto Calisto, sus colegas Narciso y Palas comprendieron que ellos también corrían peligro, pues

Mesalina estaba pasando del sexo sin tapujos a la conspiración política. El amante favorito de la emperatriz, Gayo Silio, era un senador apuesto; ella se creía tan invulnerable que empezó a tramar un plan para alzarse con el poder, con la esperanza de retirar (o más probablemente, asesinar) a Claudio y gobernar con Silio en nombre de Británico.

Sabedor de que Mesalina podía desacreditarlo con facilidad, Narciso, el liberto de Claudio leal a su señor, convenció a las prostitutas favoritas del emperador, Cleopatra y Calpurnia —inusuales receptáculos de integridad—, de que pusieran a Claudio al corriente de la verdad. Mientras Claudio inspeccionaba el nuevo puerto que había mandado construir en Ostia, Mesalina celebraba una boda dionisíaca con Silio, que era el principio de un golpe de Estado apoyado en la milicia de la ciudad. Cuando las prostitutas hablaron con el emperador, Narciso le confirmó la veracidad del mensaje. Claudio fue presa del pánico, pero los pretorianos seguían siéndole leales y Narciso arrestó a los conspiradores. Mesalina pidió que un carro de la basura la llevara y suplicó que le perdonaran la vida, poniendo a sus dos hijos delante de Claudio, que se apresuró a volver a Roma. El emperador se quedó sin palabras, pero Narciso se encargó de proteger a los chicos. Después de detener a Mesalina, Claudio y Narciso se dirigieron a la residencia de Silio, que estaba repleta de tesoros robados del palacio. El emperador se enfureció y mandó matar a Silio, Mnéster y otros conspiradores. Aunque él vaciló en la condena de Mesalina, Narciso ordenó que la decapitaran; Claudio no dijo nada y pidió otra botella de vino.

Claudio parecía débil y sin duda tuvo que plantearse si Británico era en realidad hijo suyo. Esto les abrió la puerta a Agripina y a su hijo Nerón.

El gobierno de los libertos: el matrimonio de Agripina

Agripina fingió que consultaría a su tío en todos los asuntos y reivindicó que, como descendiente directa de Augusto, consolidaría

su principado. Narciso se decantaba por una de las esposas anteriores de Claudio, pero Palas, que había pasado a acostarse en secreto con Agripina, la apoyaba a ella. En 50 d. C. Claudio contrajo matrimonio con Agripina —que fue ascendida al título de Augusta— y adoptó a Lucio, el hijo de ella, que adoptó el nombre claudiano de Nerón. Agripina nombró a Séneca como tutor de Nerón y acusó de corrupción a Narciso. Se casó a Nerón con Claudia, hija de Claudio, y se le nombró heredero conjuntamente con Británico.

Claudio, a sus sesenta y tres años, pasaba borracho la mayor parte del tiempo, y empezó a preocuparse por la seguridad del chico. Se sintió atraído por Domicia, la madre de Mesalina y abuela de sus hijos, y expuso en voz alta la reflexión de que su destino era casarse con mujeres a las que luego castigaría. Agripina temía que Claudio la cambiara por Domicia, de modo que ella y Nerón dieron fe de la deslealtad de Domicia y Claudio aceptó que la ejecutaran.

En octubre de 54, tras alejar a Narciso para que lo trataran de la gota, Agripina se hizo con los servicios de una envenenadora, Locusta, que ya estaba en prisión por asesinato; y sobornó al médico y catador de confianza de Claudio para envenenarle unos champiñones. El *princeps* enfermó, pero sobrevivió, de modo que Agripina hizo que ahora lo envenenara directamente el médico, en esta ocasión con éxito.

Agripina envió entonces a Nerón, de diecisiete años, a prometer una recompensa a los pretorianos, y ejecutó a Narciso; su amante Palas quedó como secretario de los asuntos económicos.

El primer día de Nerón como *princeps* le dio a los pretorianos un santo y seña empalagoso, «la mejor de las madres», pero la ambición adolescente se intensificó y no tardó en chocar con la *auctoritas* de Agripina. Nerón —un chaval vanidoso y demasiado seguro de sí mismo, rubio, rollizo y con cuello de toro— había conseguido el poder sin necesidad de esforzarse, y no lo apreciaba. De hecho se consideraba demasiado talentoso para la política y se dedicó a alardear de sus propias dotes como actor y auriga; en esto era un político asombrosamente moderno, convencido de que la

política es una extensión del mundo del espectáculo.

Agripina intentó reanimar su menguante influencia materna acostándose con Nerón. Pero él se había enamorado de la bella esposa de su amigo Otón, Sabina Popea. Cuando Nerón quiso divorciarse de su esposa Claudia, Agripina se lo desaconsejó, y Popea se burló del joven por no ser capaz de imponerse a su mamaíta.

Popea se vestía para conquistar, con un material que se había puesto de moda: las mujeres empezaron a llevar seda china sin ninguna prenda interior. «Veo ropas de seda», gruñó Séneca, «si es que puede llamarse "ropas" a algo que no oculta no ya el cuerpo, sino la propia decencia. Bandadas de sirvientes desgraciadas se afanan para que la adúltera sea visible a través de la tela translúcida, y el esposo no tiene más conocimiento del cuerpo de su esposa que el que pueda tener cualquier extraño.» La moda requería afeitarse el vello púbico, lo que escandalizaba al naturalista Plinio el Viejo, un escritor bien conectado. El Senado prohibió en varias ocasiones que se vistieran ropas inmorales de seda, pero la moda podía más que el veto. E igualmente el dinero.[1]

En la Tierra Central, país de origen de la seda, una brillante familia de escritores y militares chinos vivía las oportunidades y los riesgos de prestar servicio a la otra gran dinastía del poder mundial: los Han.

Madres, hermanos y hermanas: Nerón, Agripina y los Ban

En 54 d. C. falleció Ban Biao, que había empezado a escribir una historia privada de la familia imperial; su obra maestra *Hanshu* (*Libro de Han*) quedó inacabada. La brutalidad y la avaricia de los enfrentamientos cortesanos había estado a punto de destruir a los Han, pero después de una sangrienta guerra civil, un primo magistral de los Han, el emperador Guangwu, había restaurado la dinastía y encargado a Ban que escribiera su historia. A la muerte de Ban dejó tres hijos: dos varones —un poeta soñador, Ban Gu, de veintidós años, y un militar duro, Ban Chao, de veintiuno— y una

niña, Ban Zhao, de nueve años, que sería el miembro más notable de toda una familia de talento. Los tres cambiarían la historia de modos distintos, que fueron desde la corte imperial hasta la Ruta de la Seda hacia el oeste. Los tres cobraron fama, uno como historiador, otro como conquistador, ella como escritora, cortesana y defensora de los derechos de la mujer; fue una de las primeras mujeres que logró esta prominencia.

Ban Gu empezó a trabajar, en privado, en el libro de su padre. Su hermano Ban Chao era un tipo brutal que no se interesaba por una actividad tan delicada; tras unirse a la corte, Chao servía al emperador como escribiente en el Pabellón de Orquídeas, pero la lentitud de aquel oficio le aburría. Ansiaba aventuras.

A la muerte del anciano emperador, le sucedió su hijo Ming, de treinta años. Cuando supo que Ban Gu estaba «haciendo una revisión personal de la historia de la nación» —eufemismo por no acertar a cantar las virtudes de la dinastía—, se le detuvo y se le confiscó la biblioteca. Tuvo la suerte de que su hermano Ban Chao apelara con éxito ante el emperador. Mingdi lo puso en libertad, lo hizo acudir a la corte y lo nombró historiador oficial de los Han, para extrañeza del hermano: «¡Tira los pinceles [de escritura] y vente al ejército!», le aconsejó Chao al refinado historiador. Chao se sumó al general Dou Gu en su campaña contra los bárbaros. Sus hazañas sangrientas, su curiosidad cultural y sus dones políticos convirtieron a Chao en el mayor de los conquistadores chinos, el que amplió la Región Occidental (Asia central). Los Ban prosperaban, pero la corte de los Han era un lugar tan peligroso como la de los césares.

Nerón apenas tenía un espacio propio, oprimido entre su madre y su amante. Agripina, cumplidos hacía no tanto los cuarenta, emborrachó a Nerón y lo sedujo, pero luego amenazó con entronizar a Británico, hijo de Claudio. Nerón había abusado de este hasta el extremo de violarlo. Cuando ordenó al joven príncipe que declamara un poema en el teatro, Británico contó en verso cómo habían ignorado su derecho a la sucesión y se expresó con tanta dignidad que la multitud lo vitoreó. El hecho de que Británico destacara como actor enfureció tanto al narcisista

omnipotente que ordenó a Locusta que le proporcionara dos venenos, uno rápido y uno lento, que se le servirían a Británico en una cena familiar. Cuando la ponzoña lenta de la envenenadora falló, Nerón engañó a Británico para que se tomara el rápido, y se quedó observándolo mientras moría entre convulsiones.

Agripina, madre de Nerón, y Claudia, su esposa —y hermana de Británico—, se dieron cuenta de que el emperador estaba descontrolado. Nerón alejó a Agripina del palacio y estudió formas de destruirla. Los pretorianos nunca matarían a una hermana de Germánico, y los venenos fallaban con frecuencia, por lo que se sintió muy complacido cuando un ruin liberto llamado Aniceto le presentó un plan.

En 59 d. C., cuando asistía a un festival en la bahía de Nápoles, Agripina subió a un barco que había sido saboteado especialmente para asesinarla. Cuando sobrevivió a que el techo de plomo de un toldo le cayera encima, el barco se fue a pique; pero aun así ella logró nadar hasta la costa. Nerón temía la venganza, por lo que envió al liberto a la villa de Agripina. Mientras la sujetaban en el suelo y hacían con ella una carnicería, Agripina se señaló el vientre y gritó: «Dame aquí, Aniceto, porque este es el vientre que ha parido a Nerón».

Con la ayuda de su ministro Séneca, fingieron una traición de Agripina para que Nerón saliera indemne ante el Senado. Ahora era libre.

En 62 hizo matar a Palas y se quedó con su fortuna. Ahora Nerón ya podía casarse con Popea, salvo por el hecho de que seguía casado con la emperatriz Claudia —a la que odiaba—. Cuando corrió el rumor de que la repudiaría por infertilidad, la gente protestó y Nerón entró en pánico. Aniceto le resultó útil una vez más: dio fe de que había mantenido relaciones adúlteras con la emperatriz. La desterraron a la isla de Pandateria, donde la ataron y le abrieron las venas. Tenía solo veintidós años. Popea recibió la cabeza de Claudia como regalo de bodas y, en 63, Nerón y la nueva emperatriz tuvieron una hija.

Al año siguiente, mientras Nerón estaba en su villa de Ancio, estalló fuego en Roma y el incendio se propagó con rapidez entre

los edificios de varios pisos, que eran de madera y estaban muy cerca unos de otros. El infierno fue uno de esos «superpropelentes» de la historia —pandemias, desastres— que someten a una prueba implacable a los líderes y el sistema (llamémoslo el test de Nerón). El emperador hizo todo lo que debía: ofreció sus jardines privados como amparo, rebajó el precio de los cereales, construyó refugios e invitó a los desplazados a vivir en sus palacios. Pero con su necesidad de dramatizar su propia importancia en todos los momentos tuvo una idea propia de su carácter absorto en sí mismo: organizó un espectáculo sobre el incendio, en el que cantó y tañó la lira. Su imagen pública se deterioró más aún cuando los incendios se reavivaron. La decisión —pura inconsciencia— de aprovechar el espacio abierto por los edificios caídos para erigirse un nuevo palacio, la Casa Dorada, reforzó la impresión de que él mismo había provocado el fuego. En el vestíbulo levantó un coloso de sí mismo: un dios desnudo, de treinta metros de altura, que sujetaba un timón sobre un globo terráqueo, para expresar su poder mundial.[2]La verdad importa menos que la impresión, y Nerón no aprobó el test de Nerón.

Popea fue ensalzada como Augusta tras el nacimiento de su hija (que vivió muy poco) y, como castellana de un palacio de cien acres, disponía de poder suficiente para nombrar como gobernador de Judea a un —inepto— protegido suyo.

Sin dejarse llevar por ningún consejo razonable, Nerón buscó cabezas de turco para el incendio y otros acontecimientos poco auspiciosos, centrándose en una secta judía que estaba cobrando popularidad: los cristianos, seguidores de Jesús, el profeta ejecutado por los romanos durante el reinado de Tiberio. Despertaban más suspicacia que otros porque rechazaban por un lado un rito esencial en Roma —hacer sacrificios a los dioses— y por el otro al *princeps*. Esta conducta se antojaba aceptable entre los judíos, cuyas creencias eran antiguas; pero no entre los cristianos de nuevo cuño, cuyas creencias igualitarias parecían desafiar el orden conjunto de la sociedad. ¿Una *superstitio* que defendía a los esclavos? ¡Un tema no poco delicado en Roma! Nerón hizo masacrar a cristianos en la arena; uno de los apóstoles

que sobrevivió a Jesús, Pedro, fue crucificado cabeza abajo.[3]

En la Casa Dorada, la relación de Nerón con Popea, embarazada, se estaba deteriorando: durante una pelea, se dice que Nerón le dio tal patada en el vientre que la mató. Al recuperar la soltería intentó casarse con la última hija de Claudio (nacida de un matrimonio anterior), pero como ella se negó, también la asesinaron. Se marchó a Grecia a hacer de auriga en las carreras y actuar en el teatro, y allí se enamoró de un joven eunuco, un liberto que llevaba el nombre picante de Esporo (*sporus*: «semilla; semen») y lucía un extraño parecido con Popea. Nerón le invitó a hacer la transición y ser la nueva Popea, y se casó con él.

Las conspiraciones se intensificaron y las rebeliones se multiplicaron. A Séneca le gustaba decir: «El veneno se bebe en copa de oro», pero el propio filósofo había acumulado tal fortuna que empezó a prestar dinero con intereses elevados; entre otros, a algunos caudillos británicos. Sus medidas de cobro de las deudas eran tan agresivas que quizá esto acelerase el estallido de una rebelión en Gran Bretaña, liderada por la reina Boadicea. Antes de que se pudiera aplastar a los sublevados, estos aplastaron una legión. Séneca, que contaba ya sesenta años, se había retirado a su villa para escribir sátiras ultrajantes sobre los emperadores que había conocido. Su nombre se asoció tenuemente con una conspiración y Nerón le ordenó que se quitara la vida. «Siempre andamos quejándonos de que nuestros días son pocos, y actuamos como si no fueran a acabarse nunca», reflexionó Séneca. Los suyos, en efecto, se iban a acabar. Ingirió un veneno y se cortó las venas, y murió en su bañera, rodeado de amigos.

En 66 explotó Judea. Los sublevados, provocados por la extrema venalidad de los romanos, liquidaron una legión y fundaron un Estado judío cuya sede sería la magnífica, y casi inexpugnable, ciudadela de Jerusalén. La acción amenazaba con socavar el imperio oriental y desató una sucesión de revueltas. Las legiones galas e hispánicas se levantaron en armas y emprendieron una marcha contra Roma. Los senadores y pretorianos se volvieron por fin en contra de Nerón, que intentó huir a Ostia y luego a Partia; un plan descabellado. Volvió a su palacio de Roma y, al

despertarse al día siguiente, se vio abandonado. «¡No tengo ni amigos ni enemigos!», exclamó. Huyó con un séquito diminuto, en el que no faltaba su bello eunuco Esporo vestido de Popea, e intentó en vano quitarse la vida, lanzándose al Tíber e hiriéndose con la espada. Se pasó todo este tiempo declamando en alto voz frases teatrales como «¿Es tan terrible el morir?». Arrinconado al fin, el archiexhibicionista andaba arriba y abajo llorando: «¡Qué artista pierde el mundo conmigo!», hasta que convenció a su secretario de que le cortase la garganta. Justo entonces entró a toda prisa un emisario del Senado, pero Nerón, mientras se desangraba, murmuró: «¡Demasiado tarde! ¡Esto es lealtad!».

Los césares se habían destruido a sí mismos. Entre los años 68 y 69 hubo tres emperadores, hasta que subió al trono imperial cierto Vespasiano. Era un viejo general, sin pretensiones, al que se apodaba «el Arriero»; había ayudado a conquistar Britania y el historiador Suetonio había descrito su apariencia como la «de alguien que siempre va estreñido». Al mismo tiempo se encargaba de aplastar a los rebeldes judíos. En 70 su hijo Tito asaltó Jerusalén y destruyó el Templo; solo dejó en pie las murallas de soporte del magnífico edificio de Herodes.[4]

En 97, el triunfante paladín chino Ban Chao, hermano del historiador de la corte, envió a un delegado a visitar Roma por la vía de Partia. Este general sumamente enérgico había llevado a sus tropas, por el oeste, hasta las mismas costas del mar Caspio. Mientras Ban Gu escribía su obra histórica en la corte, y su hermana Zhao, de gran talento, contraía matrimonio en su provincia de origen, Ban Chao ardía en deseos de combatir contra los bárbaros en las fronteras. Según le dijo a su hermano escritor: «Un hombre valiente no tiene más planes que ... hacer algo y convertirse en alguien en una tierra extranjera». Su misión era apoderarse del comercio que unía Partia con Roma y destruir a los xiongnu. «Si no te aventuras en la guarida del tigre», dijo Ban Chao, «nunca atraparás a los cachorros.»

LA AUTORA Y EL GENERAL PROTECTOR EN LA GUARIDA DEL TIGRE:

Ban Chao y la Sabia

En 75 d. C. el nuevo emperador Zhang, cansado de los costes interminables que le suponía intentar domeñar a las tribus de Asia central, ordenó regresar a Ban Chao. No obstante, este se negó a cumplir lo ordenado, pues comprendió que si abandonaban la Región Occidental en ese momento, la perderían para siempre; y argumentó ante el emperador Zhang que su nuevo imperio —como tantos otros— se podía sustentar en un número muy reducido de tropas mientras se hiciera ostentación de la debida ferocidad y se tuviera el respaldo de asistentes locales. Mientras negociaba al respecto con un caudillo local, tuvo noticia de que habían llegado embajadores xiongnu, con la intención de frustrar su misión; despedazó a estos legados, exhibió sus cabezas ante el potentado —quien quedó convencido de la conveniencia de cooperar— y cerraron con éxito la negociación. Sentados a otra mesa, cuando vio que el caudillo se distraía por los consejos inútiles de su hechicero, Bao Chao decapitó al brujo a media conversación y siguió negociando como si nada. A la postre derrotó a los xiongnu y se apoderó de los reinos de Kashgar y Jotán.

Ban se encontró con un pueblo, los yuezhi (guishuang), que, habiendo sido derrotados por los xiongnu, se dirigieron con sus caballos hacia el sur para levantar un reino propio. Estos jinetes nómadas, los kushán —que en ese período practicaban la deformación de cráneos—, conquistaron tierras de la Bactriana y pasaron al norte de la India.[5]Ban Chao derrotó a un ejército kushán, pero acabó firmando la paz con estos nuevos actores.

Los Ban florecieron como protegidos de la emperatriz Dou de Zhang, que era muy habilidosa en el juego del poder. Utilizó acusaciones de brujería para acabar con el príncipe heredero, adoptó al hijo de otra concubina y forzó a la madre a suicidarse.[6]El heredero creció pensando que la emperatriz Dou era su madre.

En 88, a los nueve años, el niño sucedió a su padre, el emperador He. La emperatriz viuda Dou siguió manteniendo el control y su hermano Dou Xian gobernó como general en jefe o regente. Pero su arrogancia era tal que ofendía a todo el mundo,

incluso al chiquillo. Dou Xian obtuvo victorias contra los xiongnu que celebró con una ceremonia en Yanran, donde se consagró una inscripción redactada por Ban Gu. El historiador fue ascendido a secretario del regente, con el título de Mariscal de la Puerta del Guerrero Negro, y se reunió con su hermana Zhao, que acudió a la corte después de enviudar, se negó a casarse de nuevo y halló empleo como tutora real en la librería imperial.

En 92, al cumplir los trece años, se «impuso el tocado» al emperador —la ceremonia con la que se celebraba su mayoría de edad— y este, con el apoyo de un eunuco de confianza, Zheng Zhong, se volvió en contra de los Dou: se eliminó al regente, se obligó a la emperatriz a retirarse y se detuvo a su historiador domesticado, Ban Gu, que entonces contaba sesenta y un años. La hermana de Ban, que conocía al joven emperador, rogó que le perdonaran la vida, pero Gu murió ejecutado. De nuevo quedó de manifiesto que escribir historia puede ser una empresa arriesgada. El emperador He recompensó al eunuco Zheng con los títulos de marqués y director del palacio real, distinciones que nunca se habían otorgado a un eunuco. Por su parte uno de los eunucos de la confianza de Dou, Cai Lun, guardián de los útiles y las armas, sobrevivió a la caída del regente y pudo seguir trabajando en un nuevo material como soporte de la escritura. La corte solía escribir en bambú, que era pesado, y seda, que era cara; pero en este momento, después de observar cómo las avispas papeleras mezclaban corteza de árbol con saliva, Cai inventó el papel (y el emperador lo premió con un ascenso). Pero, ahora que Ban Gu había muerto, ¿quién podría acabar el *Libro de Han*?

El golpe de Estado que mató a un hermano favoreció en cambio a los otros dos. El emperador ascendió a Ban Chao a «general protector» de la Región Occidental y, como deseaba ver terminado el *Hanshu*, ordenó que su hermana, la erudita Ban Zhao, lo completara. A sus cerca de cuarenta y cinco años, era la encargada de enseñar a las princesas Han matemáticas, historia, moral y conducta femenina; trabó amistad con la emperatriz Deng, que la nombró dama de honor. Aunque al igual que otras chicas había empezado siendo una concubina, a los quince años la habían

elegido consorte y, con el tiempo, Deng acabó por sustituir a la esposa del gobernante y convertirse ella misma en emperatriz. Era una mujer inteligente y competente, que impulsó el uso del nuevo invento del papel, probablemente por consejo de Ban Zhao, que presidió la copia de la biblioteca imperial desde los soportes de bambú al nuevo medio. El *Hanshu* de Zhao fue pues una de las primeras obras de historia jamás escritas sobre papel; sus *Lecciones para mujeres* fueron una guía para la supervivencia femenina en la corte. La apodaron «la Sabia», pues daba consejos sobre todos los asuntos, incluidas por ejemplo las técnicas sexuales taoístas; al mismo tiempo hacía de poeta de la corte, escribiendo versos para las ocasiones especiales y memorandos sobre política. Después de la muerte del modesto emperador He, la emperatriz viuda Deng gobernó China durante bastante tiempo con la asistencia de esta mujer singular.

Mientras daba sus clases de astronomía y matrimonio a futuras emperatrices, su hermano Ban Chao, el general protector, tuvo noticia del imperio romano, que los chinos ensalzaron con el nombre de Da Qin: «la Gran China». Como Ban Chao debió de tener ante sus ojos los productos y las monedas de los romanos, el viejo general envió a un delegado, Gan Ying, a reunir información. La hermana anotó en su historia que Gan Ying llegó hasta el mar occidental —quizá el golfo Pérsico—, donde los partos le hicieron desistir de su empresa. Según explicó: «Los romanos comercian por mar con Partia y la India. El rey de los romanos siempre ha querido enviar embajadores a los Han, pero Partia, que ansía controlar el comercio con las sedas chinas multicolor, les impidió el paso». He aquí un mundo euroasiático global.

Las guerras comerciales no tienen nada de nuevo. En cuanto a los emperadores de Roma, según lo averiguado por Gan Ying: «Sus reyes no son permanentes. Seleccionan y nombran al hombre más digno del cargo. Si ocurren calamidades inesperadas en el reino, como lluvias o vientos de una frecuencia extraordinaria, se le sustituye sin ceremonias, pero sin que el cesado se enoje».[7]Aunque las gafas con las que Gan Ying veía las sucesiones de Roma eran de color de rosa, sin embargo en su momento estaba en lo cierto:

aquel año 97, los romanos rechazaron la dinastía y eligieron en su lugar «al hombre más digno del cargo»: su militar más excelente, un contemporáneo equiparable a Ban Chao, que se llamaba Trajano. Y este Trajano planeaba imitar los pasos de Alejandro Magno e invadir Persia y la India.

Guerras estrella, penes perforados, esclavos sexuales y termas

Trajano era un gran intérprete del papel del militar romano a la antigua usanza. Era un hombre franco, duro, bien afeitado, con el pelo cano y severo al estilo clásico de César; se le solía retratar con una coraza grabada y reluciente.

Era especialmente feliz cuando compartía raciones y campamento con «mis queridos soldados, compañeros excelentes y de lo más leales». Sus únicos vicios eran el vino y los chicos, sobre todo actores y bailarines. Trajano era un hombre sociable, que se expresaba sin tapujos; cuando viajaba en un carruaje siempre invitaba a tres amigos para ir charlando por el camino, y una confianza poco usual le permitía rodearse de hombres de talento. «Me gusta lo que oigo», rezongó ante un filósofo, «pero no entiendo una palabra de lo que estás diciendo.» El instinto del poder, en cambio, sí que lo tenía.

Había nacido en Itálica, en el sur de España. No tuvo hijos con su esposa, Pompeya Plotina, pero vivía en el centro de un hogar muy femenino, formado por su hermana, su sobrina y dos sobrinas nietas que se desplazaron a Roma. Cuando la emperatriz Pompeya llegó a palacio les dijo a los espectadores: «Entro aquí como la clase de mujer que seré también cuando me vaya».

A Trajano le gustaba bromear con su séquito sobre la sucesión. Una vez les preguntó cuáles serían los diez mejores candidatos a heredar el trono; un rasgo extraño de las épocas victoriosas es que parecen existir muchos hombres capacitados para gobernar bien, mientras que en las épocas difíciles apenas parece haber ninguno. Las apuestas siempre las encabezaba

Adriano, que procedía de Hispania, como él: Trajano había sido tutor del chico cuando el padre de este falleció siendo joven, y se ocupó de la carrera de su protegido. Sin embargo en el joven había algo que enojaba a Trajano. Adriano había entusiasmado con su encanto a la esposa y la cuñada de Trajano, que organizaron su matrimonio con Sabina —sobrina nieta del emperador y muy apreciada por este—, lo que le situaba en una posición idónea. Pero siempre es peligroso ser el candidato más claro y quizá la esposa de Trajano le protegió, al evitar un exceso de promociones. En cierto momento, no obstante, Trajano se mostró molesto con las extravagantes fiestas del joven y, además, lo pillaron flirteando con los amantes del emperador. No es habitual que los autócratas de más edad sean tolerantes en estos asuntos. «Todo dependía», escribió Plinio el Joven, un erudito amigo de Trajano, «de los antojos de un único hombre»; pero por lo general las decisiones del emperador eran razonables.[8]

Ninguna época comprende a tiempo lo afortunada que está siendo, hasta que la suerte se acaba. Pero el espíritu de esta época fue en efecto afortunado, de tiempo clemente, cosechas fértiles e ingresos abundantes, con una población imperial de entre cincuenta y setenta millones. Trajano poseía las tres esencias de la grandeza: acumen, visión y recursos. Entre las guerras de aniquilación contra los dacios (en Rumanía), en Roma se embarcó en un masivo programa constructivo, jactándose de su grandeza y sus victorias con nuevos templos, su columna triunfal y el nuevo estadio conocido como Circo Máximo.

La población más rica, servida por multitud de esclavos, gozaba de lujos y tranquilidad —«perlas del mar Rojo y marfil pulido de la India», en palabras del poeta Marcial—, pero las realidades de la vida urbana, el poder imperial y la sociedad romana seguían siendo sucias y descarnadas, corruptas y brutales.

Roma era ahora una megaciudad agitada, con un millón de almas. Los emperadores disfrutaban de sus vastos palacios, y los ricos, de sus villas suntuosas; los pobres se amontonaban en las *insulae*, bloques de pisos de hasta diez plantas. «Vivo en una celda diminuta cuya ventana ni cierra», escribió Marcial, «donde ni el

mismo Bóreas [dios de los inviernos duros] querría vivir.» Marcial, otro hispano de buena familia al que las cosas no le iban mal en Roma, a veces gozaba del favor imperial y a veces lo perdía; pero supo hacer una crónica de incontrolable malicia sobre la lubricidad hipócrita de sus coetáneos, de clase rica o humildes. «Tan largo es tu pollón como tu narigón, Papilo; no se alzará aquel sin que este lo huela.» Odiaba la crueldad de los amos con sus esclavos: «Dices que la liebre quedó cruda, Rufo, y pides el zurriago; pues antes cortarás en pedazos a tu cocinero que a la liebre». Pero también tenía su corazoncito. Su poema más conmovedor es el elogio de una esclava a la que amaba y que murió joven, una niña «más dulce a mis oídos que el último canto del cisne».[9]

Sin embargo hasta los pobres podían disfrutar de lo que Juvenal llamó «pan y circo» —los espectáculos sanguinarios del Coliseo y el Circo, con cincuenta mil y doscientos mil asientos—[10]y de los baños. Trajano fue solo uno más de los numerosos potentados que se construyeron unas termas propias. En cualquier momento podía haber hasta sesenta mil romanos en los baños públicos, algo idóneo para lo que Ovidio denominó «la diversión furtiva». Nada definía el lujo urbano tan bien como las termas, que se convirtieron en una señal de romanidad: «Bañarse es vivir», grafiteó un romano en una pared, mientras que en la lápida de un alegre *bon vivant* se leía: «Los baños, el sexo y el vino nos arruinan el cuerpo, pero son la razón de que valga la pena estar vivos». Una verdad intemporal. Aun así es irónico que las termas definieran la civilización romana porque también es probable que fueran una importante fuente de contagio de las enfermedades de transmisión hídrica, que tantas muertes causaron. En los baños Marcial hizo la crónica de la Roma desnuda: se fijó en que los hombres con penes circuncidados intentaban ocultarlos (pues como seña de los esclavos judíos, no estaba nada de moda) y dejó constancia de la hilaridad que le provocaba que miles de bañistas rompieran a aplaudir cuando un hombre especialmente bien dotado se desvestía. Se burló de la esposa virtuosa que en las termas mixtas se excitaba hasta el punto de fugarse con un joven, y de los machos que iban a comerse con los ojos los penes de los jóvenes. Un grafiti

de la época dice: «Apeles y Dexter comimos aquí, tan contentos, y aquí follamos igual. Nosotros, Apeles "el Ratón" y su hermano Dexter, nos follamos bien a gusto a dos mujeres». La capital romana tuvo réplicas por todo el imperio, de Mauritania a Britania: nuestra palabra *civilización* deriva de *civis*, «ciudadano», y *urbanidad* viene de *urbs*, «ciudad (grande)». Pero las ciudades no florecían únicamente en Europa, África y Asia.

Al otro lado del Atlántico, en un mundo aislado de Afroeurasia durante muchos milenios, un contemporáneo mesoamericano de Trajano, Primera Grada de Tiburón —Yax Ehb Xook, el *ahau* o señor de la próspera ciudad de Tikal (Guatemala), una de las muchas ciudades de lengua maya— creaba una de las grandes dinastías mundiales, que estuvo en el poder durante ocho siglos. Fundada hacia 300 a. C., Tikal —que los mayas denominaban Yax Mutal— tenía cien mil habitantes, una cifra muy inferior a la de Roma, Luoyang, Chang'an y Seleucia, las ciudades mayores de Eurasia, con un millón de habitantes cada una. Pero Tikal era tan solo una más de las numerosas ciudades-estado mesoamericanas que podían jactarse de una vida urbana refinada. Desarrollaron una escritura mediante glifos (usaban logogramas para representar las palabras), trazaron mapas de las estrellas y crearon un calendario y celebraban sus festejos de acuerdo con lo que sabían de los cielos. Vivían del maíz, los tomates y los frijoles y bebían chocolate. En sus talleres usaban obsidiana para hacer armas, herramientas, joyas y espejos, y tejían algodón, con el que comerciaban —además de con esclavos— con los pueblos vecinos. Eran expertos dentistas: sus inserciones de turquesa y cuarzo en los incisivos eran tan firmes que no se han caído de los esqueletos mayas. Conocían la rueda, aunque no la usaban para viajar, sino solo en juguetes infantiles, y construían sin embargo carreteras rectas y elevadas, las vías blancas, como reflejo de la Vía Láctea. En sus monumentales templos piramidales adoraban a una serie de dioses que exigían sangre: sus gobernantes debían perforarse el pene con aguijones de pez raya, un ritual doloroso que manifestaba que no se podía gobernar sin la aprobación de los dioses. En los templos hacían sacrificios humanos: decapitaban a las víctimas, les

cortaban la cabellera, las desollaban, las destripaban, les arrancaban el corazón y las enterraban con animales salvajes. Las víctimas preferidas eran los prisioneros de buena familia. En las ciudades había campos para el juego de pelota, donde los mayas hacían juegos sagrados con pelotas de caucho, cuyos premios eran aún más elevados que en nuestro fútbol. Se decía que los dioses se enfrentaban a los mortales en las canchas; algunos dioses eran jugadores de primera categoría y el mortal que les ganaba quedaba divinizado. Los gobernantes también jugaban, para demostrar su poder. A veces dentro de los balones había cabezas humanas.

Los juegos representaban las guerras que se luchaban contra ciudades rivales, en las que desplegaban dardos (soplados con cerbatanas) y venablos de obsidiana. A los conflictos de gran calado, representados por el glifo de una estrella que cae sobre la Tierra, los llamaban «guerras estrella». El comercio maya con las joyas, productos de obsidiana y esclavos los relacionaba con otros pueblos americanos,[11]incluida la ciudad más poblada del continente, Teotihuacán, la Ciudad del Sol, en el valle de México. El apogeo de Teotihuacán coincidió con el reinado de Trajano. Contaba con una población multiétnica de 150.000 habitantes —mayas y otros— más un *hinterland* que reunía a un millón de personas, y podía presumir de una arteria central, la avenida de los Muertos, que alineaba numerosos templos y pirámides monumentales. La Pirámide del Sol, donde se realizaban sacrificios colectivos, era el tercer edificio más alto de la Tierra.

Teotihuacán era el centro de producción de la artesanía con obsidiana. Su pueblo extraía este mineral vítreo de un antiguo volcán y era muy habitual emplearlo en la creación de armas, espejos y joyas. Pero la ciudad se construyó sin vehículos con ruedas, sin animales de tiro y, a diferencia de muchas ciudades mayas, tampoco abundaban las inscripciones ni había campo de pelota. No se han hallado retratos ni tumbas, por lo que quizá fuera una especie de república. Después de una revolución, hacia 200 d. C., los teotihuacanos dejaron de erigir templos y palacios y empezaron a construir cómodos edificios de apartamentos que decoraban con murales psicodélicos y coloridos. Sus habitantes

oraban en altares comunes donde se exhibían las cabezas de las víctimas sacrificadas. Tal vez fue la primera manifestación histórica de planes de renovación urbana con alojamientos sociales.[12]

Volviendo a Roma, Trajano —al que se había otorgado el *agnomen* de *Optimus Princeps*, «emperador inmejorable»— decidió conquistar Partia, aprovechando que los enfrentamientos de la Casa de Arsak la habían debilitado. Poco a poco Roma iba engullendo los reinos que controlaban el comercio euroasiático. En 106 d. C., a la muerte del rey de Nabatea, Trajano se anexionó Arabia, lo que por un lado daba a Roma otra frontera con Partia, y por otro le permitía controlar la mayoría de las rutas comerciales, salvo los puertos de los propios partos en el golfo Pérsico. El Mejor Emperador no podía fallar...

Adriano enamorado: muerte en el Nilo

Su guerra de Irak empezó bien. Trajano, que desplegaba un ejército cosmopolita —solo cerca del 2 % de los soldados eran italianos; incluía por ejemplo a camelleros árabes de Palmira, honderos de las Baleares y jinetes africanos al mando del general bereber Lucio Quieto—, se encontró con unos partos muy desorganizados. Mientras Adriano le cubría la retaguardia en Siria, barrió la capital, Ctesifonte, y luego descendió en barco por el Tigris hasta el Golfo, donde se quedó contemplando las naves enemigas: «Desde luego, tendría que haber llegado también hasta la India. Lástima que ya no soy tan joven». Pero los partos se reagruparon al tiempo que sus aliados —los judíos de Alejandría, Chipre y Judea— se rebelaron. La insurgencia iraquí obligó al emperador a batallar desesperadamente; a sus sesenta y tres años, «su majestuosa cabeza cana» atraía el fuego enemigo. Se retiró a Antioquía y ordenó a Quieto aplastar a los judíos, que fueron masacrados y esclavizados en gran número. El Óptimo sufrió una apoplejía, aunque a él no le cabía duda de que le habían envenenado. En el lecho de muerte la emperatriz Pompeya y la sobrina de esta, Matidia, persuadieron a

Trajano de que adoptara a Adriano (o tal vez falsificaron la adopción). Todos los que sabían demasiado lo pagaron caro. Dos días después de la defunción de Trajano, en agosto de 117, su catador de vinos también falleció, a los veintiocho años, según se lee en su tumba. No cabe duda de que no fue una simple coincidencia, sino de un indicio de que aquel lecho de muerte estuvo rodeado de actos oscuros.

El emperador Adriano renunció a lo conquistado por Trajano en Partia, una decisión razonable, dado que aún no se habían sofocado las rebeliones de los judíos. Pero no confiaba en Quieto, así que ordenó matarlo; al llegar a Roma también eliminó preventivamente cualquier oposición ejecutando a cuatro antiguos cónsules.

A Adriano lo apodaron «el Grieguito» (Graeculus) porque se sentía muy atraído por la cultura, la moda y el amor helenísticos; lucía una abundante cabellera rizada y una barba cuidada, también al estilo de los griegos. Le gustaba ser experto en todo y, sin lugar a dudas, fue uno de los emperadores de mayor talento. Escribía poemas ingeniosos, poseía el don de la conversación y trabajaba con denuedo. Emprendió múltiples viajes como emperador, de Siria a Britania, con un talante expedicionario inigualado hasta los tiempos del vapor. Sentía celos de la excelencia ajena, pero promovía la gente más capacitada y mantenía intercambios tan ingeniosos como descarados con los poetas. En cierta ocasión, una mujer le entregó una petición y él contestó que quizá no tendría tiempo de leerla, a lo que ella replicó: «¡Pues entonces renuncia al trono!»; él la elogió y le concedió una audiencia. Pero este emperador incansable y siempre alterado podía ser tan sutil como letal. Liquidó a sus enemigos con rapidez y desplegó a espías, los *frumentarii*, comisarios que le informaban sobre la vida personal de sus subordinados (un conocimiento siempre útil). Podía ser pomposo, pedante y quisquilloso. Nunca perdonó por ejemplo al arquitecto de Trajano, que le había dicho, al ver que Adriano diseñaba cúpulas: «Mejor vete a dibujar calabazas, porque de esto no entiendes»; más adelante ordenó matarlo.[13]En otra ocasión no vaciló en cegar a un esclavo secretario, apuñalándole en los ojos.

Aunque adoraba a su suegra Matidia hasta el punto de divinizarla cuando murió (no siempre la actitud más habitual entre los yernos...), el matrimonio con Sabina, la hija de aquella, se fue deteriorando. Sin embargo ella insistió en acompañarlo en sus viajes. En 119-121, en un viaje a Germania y Britania, donde erigió la fortificación defensiva que lleva su nombre (el Muro de Adriano, que atraviesa horizontalmente el centro-norte de la isla), la relación pasó un momento crítico. El secretario principal de Adriano —Suetonio, de cuarenta años, un nativo de África que era amigo de Plinio— había sido archivero de Trajano y, como tal, había compilado unas *Vidas de los doce césares* a partir de los documentos imperiales. Se le acusó de tener amoríos con Sabina, entonces en la treintena. A pesar de que Plinio calificó a Suetonio de «callado y estudioso», a juzgar por el buen ojo que tenía para los materiales escandalosos —otra obra maestra suya, titulada *Vidas de putas famosas*, se ha perdido—, no debía de ser una mala compañía en la cama. El historiador perdió el empleo y quizá la vida, porque no se supo más de él. ¿Lo mató Adriano discretamente?

Sabina siguió acompañando a Adriano en sus viajes. En Bitinia el emperador se enamoró de un bello muchacho griego, Antínoo, de catorce años, que se convirtió en su compañero permanente. En 129 atravesó Judea y visitó las ruinas de Jerusalén —recordatorio de las rebeliones, aún en curso, de los judíos—, y decidió construir en el emplazamiento del Templo un santuario dedicado a Júpiter, y una ciudad romana en el lugar de la ciudad santa, a la que dio el nombre de Elia Capitolina (por su familia —él era un Elio— y por el templo de Júpiter en la colina Capitolina). Pasó a Egipto y, por alguna razón, mientras celebraba el festival de Osiris —que marca la muerte del dios egipcio y su renacer como las aguas del Nilo—, el joven Antínoo, a sus veinte años, se ahogó; se desconoce si por accidente, suicidio, un ritual fallido o un sacrificio por la vida de Adriano. El emperador quedó abatido y fundó una nueva ciudad, Antinoópolis, en torno de la tumba de su amante, y estableció en todo el imperio un culto que celebraba la muerte de la juventud divina como factor que da vida. El culto se

popularizó, otro ejemplo de que el relato de un joven sagrado que ofrece la salvación mediante su propia muerte y resurrección resultaba convincente. Pero, en las aguas del Nilo, la suerte de Adriano cambió para siempre.

Las dinastías árabes de Severo y de Zenobia

Los eunucos, el filósofo imperial y la pandemia

Mientras Adriano visitaba Grecia y gozaba de los ritos de la cultura griega, se proyectaba a sí mismo como un nuevo Pericles y se amparaba también en el recuerdo de otro héroe, Antíoco Epífanes. Pero en Jerusalén, la construcción de Elia en el emplazamiento del Templo judío desató otra revuelta, encabezada por Simón bar Kojba, que se hacía llamar «príncipe de Israel», aniquiló una legión romana y amenazó con desestabilizar todo Oriente. Adriano se apresuró a regresar a Judea, ordenó acudir desde Britania a su mejor general y supervisó el inicio de una campaña feroz que en 136 logró restaurar el control, pero solo después de matar a 580.000 judíos y hacer esclavos a otros 97.000 —en los mercados la oferta fue de pronto tal que el precio de los esclavos se hundió —. Pero Adriano insistió en construir Elia, vetó a los judíos en Judea y rebautizó la zona con el intencionado nombre de Palestina (en referencia a los *philistini* o filisteos). Los judíos maldijeron a Adriano, pero después de esta tercera catástrofe, que se sumaba a la destrucción de Jerusalén en 586 a. C. y 70 d. C., pasaron a establecerse en gran número en Alejandría e Hispania. Aun así sobrevivieron, como religión y como pueblo, y nunca perdieron la conexión con Jerusalén y Judea, ni la adoración a esos lugares.

Cuando volvió a la villa de Tívoli, Adriano, a sus sesenta años, cayó enfermo de arteriosclerosis y empezó a preocuparse por la sucesión. Su sobrino nieto Pedanio Fusco esperaba que lo eligieran a él, pues entre otras cosas contaba con el apoyo de su abuelo Servanio, un nonagenario distinguido; pero Adriano seleccionó a

un aristócrata juguetón, Ceyonio. Cuando Pedanio y Servanio rezongaron, o quizá incluso tramaron algo, Adriano hizo ejecutar al chico y obligó al anciano a suicidarse. Este lo hizo, pero no sin antes maldecir al emperador, al que le deseó que «anhele la muerte pero no logre morirse»; y así le sucedió.

Adriano, entre intensos padecimientos, se dibujó un círculo alrededor del pezón, como una diana, y rogó a un esclavo que le matara; pero este no fue capaz. Aun así el emperador no había perdido del todo el ingenio y escribió con brillantez sobre la muerte.[1]En 138 Ceyonio murió siendo aún joven, por lo que Adriano se rodeó de una nueva familia adoptiva que se alzaría con el poder. Primero adoptó como hijo a Antonino, un procónsul decente y eficiente al que se pidió a su vez que adoptara a Lucio, hijo del difunto Ceyonio, y a Marco Aurelio Antonino, de dieciséis años.

Adriano se sentía próximo a la familia de los Vero desde los tiempos de la infancia, en Hispania. El abuelo de Marco, otro respetado procónsul, era uno de los amigos de confianza de Adriano, un veterano de la política y hombre sutil cuya inscripción de mármol lo ensalza por su pericia en «hacer malabares con una bola de vidrio», lo que no deja de ser una definición perfecta de la política, tanto entonces como ahora. «De mi abuelo Vero», escribió Marco Aurelio más adelante, «aprendí la predisposición amable y la dulzura de carácter.» En este nieto, Marco, había algo que impresionó a Adriano, que lo apodaba (jugando con el nombre familiar) *Verissimus*, «el que siempre dice la verdad». Antonino también era tío abuelo de Marco. Tejió una red complicada, pero con buen criterio.

En 138 Adriano —no sin denunciar la inepcia asesina de los médicos: «Muchos doctores han asesinado al rey»— falleció por fin. El emperador Antonino Pío trasladó a palacio a los dos césares y les proporcionó una educación con los tutores más selectos. Lucio era un vividor, y en cambio Marco era un filósofo que utilizaba las ideas del estoicismo griego como guía para vivir como aprendiz de emperador. Aunque se esperaba que, como la mayoría de los romanos, muriera aproximadamente entre los cincuenta y los

sesenta años de edad, Antonino pudo gobernar con estabilidad durante veintitrés años. En la mayoría de los reinados anteriores, un aprendizaje tan prolongado como el de Marco habría resultado insostenible y uno de los dos, o bien el emperador o el heredero, habría tenido que matar al otro; pero Marco no era ambicioso y tampoco tenía el título oficial de heredero. Vivía en el viejo palacio de Tiberio en la Palatina y se dirigió a sí mismo una advertencia: «No te dejes cesarizar. No te pierdas entre la púrpura, ¡podría suceder!».

En 145, Antonino casó a su hija Faustina con Marco, cuya inocencia era inusual, tratándose de un príncipe joven rodeado de esclavos disponibles: «Preservé la flor de la hombría, no busqué demostrar mi virilidad, demoré incluso el momento». Faustina se convirtió en Augusta, lo que la situaba por encima de Marco, que era César. La red tejida por Adriano fue astuta y permitió que Antonino legara el imperio a su propia hija.

En 161 los guardias preguntaron el santo y seña al emperador moribundo. «Ecuanimidad», les dijo, y murió. La ecuanimidad fue sin duda el ideal de Marco Aurelio, quien incluso nombró coemperador segundo a Lucio, a pesar de que era un inepto y un descarado que se dedicaba a recorrer el imperio con un circo de actores y payasos. Había estudiado, pero le interesó más construirse una taberna dentro de su villa para poder estar de juerga noche y día.

Faustina había pasado entre embarazos la mayor parte de la década anterior, y dio a luz a catorce hijos, de los que seis murieron durante la infancia. La mortalidad infantil era alta: solo el 50 % de las niñas romanas alcanzaban los doce años de edad, solo el 50 % de los niños llegaban a los siete. La viruela —probablemente, evolución de un virus de roedores en el África prehistórica— causaba muchas muertes, al igual que las enfermedades de transmisión hídrica. Marco Aurelio adoraba a sus hijos; a una de las hijas la describió como «un cielo despejado, un día festivo, la esperanza muy cercana, una alegría total, un excelente y perfecto motivo de orgullo». Intentó dar una respuesta estoica a estos fallecimientos: «A veces rezamos: “¡Ojalá no pierda

a mi hijito!", pero uno debería orar: "¿Cómo no sentir tanto miedo a perderlo?"». También reflexionó sobre la muerte en general: «La muerte es solo una forma de cambio». En el año de su acceso al trono Faustina dio a luz a dos gemelos. Uno murió a los cuatro años, pero el otro, Cómodo, se convirtió en un chiquillo de pelo dorado, ojos azules y carácter enérgico. Fue el primer hijo varón de un *princeps* gobernante desde los tiempos de Británico. Para protegerlo, Marco Aurelio casó a una hija con su coemperador Lucio, y al resto, con esposos que no amenazaran la sucesión.

Después de haber sobrevivido a tantos alumbramientos peligrosos, Faustina, que era una mujer franca y apasionada, se fue distanciando del carácter cerebral de Marco y se entregó a amoríos con actores y gladiadores. Marco llegó a pillarla in fraganti, pero era tolerante, aunque las relaciones extramaritales de Faustina llegaron a mencionarse en los escenarios de Roma. Cuando sus asesores le aconsejaron desterrarla, se lo tomó a broma: «Si la mandamos al exilio, también tendríamos que desterrar su dote», es decir, el imperio. Pero las intrigas de Faustina estuvieron a punto de costarle la cabeza.

Ningún otro emperador de Roma habría merecido tanto como Marco Aurelio un reinado sereno y proclive a la contemplación filosófica, pero él tuvo que responder a guerras en todos los frentes. Desde el noreste, las tribus germánicas galoparon hacia el sur y entraron en Italia; por el este los partos atacaron Siria. Se envió a Lucio a supervisar un contraataque que culminó con Ctesifonte destruida por las llamas. Al mismo tiempo, con la voluntad de aprovecharse de la derrota de los partos, Marco envió una embajada a China.

En 166 delegados de An-dun (Marco Aurelio Antonino), rey de Da Qin (Roma), que probablemente eran mercaderes árabes o griegos —ya romanizados— de algún puerto del mar Rojo, llegaron a la capital china Luoyang y se reunieron con el emperador Han. Fue el primer contacto directo. En el siglo anterior hubo varios momentos de proximidad entre los romanos y los Han: cuando Trajano estaba en Ctesifonte, se hallaba a solo varios cientos de kilómetros de los destacamentos de Ban Yao, hijo del general

protector Ban Chao. Se han encontrado monedas romanas en China y en Vietnam, pero sobre todo en la India, lo que sugiere que el comercio se desarrollaba ante todo aquí. Llevaban regalos de marfil, rinoceronte y caparazón de tortuga, así como un tratado de astronomía. Es probable que los delegados de Marco Aurelio tuvieran la misión de plantear un comercio directo de la seda, que obviara a los partos. Pero llegaron en un momento de especial dramatismo: en Luoyang, el emperador Huan, de treinta y cuatro años, se hizo con el control de su reino, dominado por cortesanos excesivamente poderosos, gracias a la ayuda de eunucos de confianza.

En China a los candidatos al cuchillo a veces los castraba la propia familia, para prepararlos para el servicio en la corte; en otras ocasiones se presentaban voluntarios. Después de preguntarles tres veces: «¿Te arrepentirás o no?», se les anestesiaba con opio y se les sujetaba para la operación. En China se practicaba una emasculación completa, por la que no se perdían únicamente los testículos, sino también el pene. La herida tardaba cien días en curar. Sobre las tasas de supervivencia, tan solo tenemos conjeturas; se cree que entre el 90 % y los dos tercios fallecían por las infecciones. Si sobrevivían como «no-hombres» solicitaban entrar en el círculo interior de la corte. Cuando ayudaban a los emperadores a derrocar a algún ministro demasiado poderoso, se les recompensaba con títulos y se les permitía adoptar a herederos a los que legar su riqueza y sus honores. Sin embargo los no-hombres eran distintos y se les odiaba por ello. A menudo crecían muy poco, tenían la voz aguda y eran en parte incontinentes; orinaban mediante cálamos que guardaban en el pelo, por lo que se les apodaba «sacos de orina».

Huandi no acertó a controlar a sus poderosos eunucos, que le tendieron una trampa a su emperatriz e hicieron que se ejecutara por brujería a todo el clan de la esposa. A la muerte de Huandi, en 168, la emperatriz viuda Dou, de dieciocho años, nombró como regente a su padre Dou Wu. La viuda quería asesinar las nueve concubinas favoritas del difunto emperador, pero los eunucos solo le permitieron dar muerte a una. El trono quedó vacante hasta que

el regente encontró a un príncipe de provincias —de once años de edad— al que se entronizó en la capital como emperador Ling. Pero el tutor principal y jefe del funcionariado Chen Fan convenció al regente de que purgara a los eunucos. 17 no-hombres se reunieron en conciliábulo y pactaron —«untándose de sangre la boca»— aniquilar a la familia Dou si el Cielo Augusto les asistía en la tarea. Los eunucos apresaron a la emperatriz viuda y rodearon al regente. Este se suicidó, su familia fue destruida, el tutor en jefe fue pisoteado con furia por los no-hombres, hasta matarlo. Los potentados castrados, a los que se conoce como «los diez asistentes centrales habituales», tomaron el poder en China. Pero se estaba preparando una reacción violenta contra los eunucos.

Probablemente los legados de Marco Aurelio estuvieron en Luoyang durante el triunfo de los eunucos, pero no se sabe si pudieron regresar. Los éxitos de Lucio frente a los partos habían sido fructíferos, con un botín muy cuantioso, pero no fue todo lo que se llevaron consigo.

Entre 151 y 161 China se había visto azotada por varias oleadas de una pandemia. El mundo era mucho más global de lo que quizá pudiera uno esperar. La enfermedad ya se notificó entre los soldados romanos mientras Lucio sitiaba Ctesifonte y regresó con ellos. Lucio y Marco Aurelio celebraron el triunfo frente a Partia, pero poco después el imperio se vio sacudido por la enfermedad. Marco entendió —era muy moderno, a este respecto — que la curación y el pánico podían ser «mucho más corruptores» que la enfermedad en sí. La pandemia, que probablemente fue una variedad de viruela —asesina sin tregua a lo largo de la historia humana— tuvo como observador al médico de Marco, Galeno, un filósofo griego de Pérgamo que había estudiado medicina en Alejandría. Era médico de gladiadores, experto en atender las heridas de carne viva con acero frío; comprendió que el cerebro era la sede del alma, y se dio cuenta asimismo de que la sangre circulaba. Pero en casi todo lo demás sus errores eran garrafales. Estaba convencido de que la salud era el producto de cuatro humores (sangre, flema, atrabilis y bilis) y que existían dos sistemas circulatorios distintos. Su teoría médica fue la dominante

durante más de mil años y, hasta finales del siglo XIX, los médicos representaron toda una amenaza —una amenaza yatrogénica— para sus pacientes. En los dos milenios transcurridos hasta casi nuestros días, cada vez que uno escuchaba «se ha avisado al médico» había que prepararse para la muerte.

Galeno acompañó a Marco y a Lucio en su trayecto hacia el norte, hacia la guerra con los alemanes, por lo que pudo ver cómo la epidemia aniquilaba al ejército y tomó nota de los síntomas. En este período, así como durante su resurgimiento algunos años después, la tasa de mortalidad era del 25 % y cada día mataba a unas dos mil personas en Roma, hasta un total de 250.000. Roma nunca se recuperó y en Europa hubo que esperar hasta 1800 para que volviera a haber ciudades de un millón de habitantes. Por todo el imperio fueron quedando pueblos vacíos —falleció hasta el 10 % de la población— y el ejército notó igualmente mucho la mengua; se creó una carestía de personal que tal vez afectó a la capacidad romana de hallar tropas para contener las fronteras germánicas y danubianas. La epidemia afectó también a las tribus germánicas, pero como estas no vivían en ciudades, podían trasladar el campamento con facilidad. Tuvo un efecto muy relevante a la hora de debilitar el imperio, sin que por ello fuera un efecto calculable; las pandemias son invisibles e inexplicables, pero han provocado la caída de más imperios que cualquier sucesión de emperadores demenciales o batallas truculentas.

Marco Aurelio se mantuvo alejado de Roma. Galeno le había prescrito un tónico especial, de triaca, mirra, carne de serpiente y (quizá lo más útil) zumo de adormidera. En el camino de regreso Lucio contrajo la peste y falleció. Marco se concentró pues en proteger a su hijo Cómodo, de ocho años, al que confió a los cuidados de Galeno.

En 169 Marco Aurelio lanzó su guerra contra las tribus germánicas, que ofrecieron una resistencia poderosa, derrotaron como mínimo a uno de sus ejércitos e invadieron tanto Italia como Grecia. Pero el emperador, que fue aprendiendo el oficio de las armas sobre el terreno, persistió en la empresa con la ayuda de milagros como un rayo que destruyó máquinas de asedio del

enemigo o un temporal monstruoso que rescató a una legión sitiada. A la postre logró derrotar a los germánicos en combate, en 175. Luego negociaron una paz que permitió que muchos alemanes se establecieran en el interior del imperio y prestaran servicio en el ejército romano, incluidas las mujeres jinetes cuyos esqueletos se han descubierto cerca del Muro de Adriano, en el norte de Britania.

El emperador pasó varios años en el frente y se detuvo a contemplar el significado de la existencia.[2]Pero estar ausente de Roma siempre era peligroso. Corrió el rumor de que había muerto, y llegó a oídos de Faustina, cuya prioridad era proteger la sucesión de Cómodo. Esta noticia falsa fue la primera de una serie de malentendidos: Faustina escribió a Avidio Casio, *rector orientis* (virrey del oriente), para contar con su apoyo si realmente su esposo había perecido. Tanto si la iniciativa fue deliberada como si no, Faustina había traicionado a Marco.

El monstruo del filósofo: Cómodo

Avidio se proclamó emperador. Era un rigorista implacable, que afirmaba descender de Seleuco, Augusto y Herodes, una combinación temible. Pero en occidente, Marco Aurelio era muy popular y estaba vivito y coleando. Un centurión decapitó a Avidio y le envió la cabeza a Marco, quien ordenó enterrarla sin acometer una venganza («Que no nos suceda nunca —les dijo a los senadores — que alguno de vosotros muera a consecuencia de mi voto o del vuestro») y quemó la correspondencia de Faustina con Avidio sin leerla siquiera.

Marco y Faustina se reconciliaron, de algún modo, pero ella no tardó en morir, a los cuarenta y cinco años, mientras viajaba con su esposo. El emperador lamentó la pérdida —«¡qué mujer tan excelente, tan obediente, tan amorosa, tan sencilla!»—, pero al regresar de sus viajes orientales nombró coemperador y cónsul —el más joven hasta el momento— a su hijo Cómodo, que contaba solo quince años. Cuando Marco regresó de combatir contra los alemanes, Cómodo era su compañero; pero el joven era un inútil

convencido de su propia superioridad y no tardó en odiar a su exigente padre. No es que Marco no se diera cuenta de los defectos de Cómodo, sino que —por fortuna— los padres y las madres están programados para engañarse con respecto a sus hijos. Los adolescentes malcriados abundan, pero los herederos imperiales estaban mimados hasta un extremo inimaginable. «Si puedes, conviértelo con tus enseñanzas; si no recuerda que esta es precisamente la razón por la que se te ha dado la amabilidad», sugería. A su juicio «la amabilidad es invencible», por lo que solía decir: «Eso no, hijo mío, te estás haciendo daño, hijo». Sin embargo debía enfrentarse a un dilema simple pero terrible, que solo los autócratas pueden comprender: o nombraba heredero a Cómodo, lo que garantizaba una sucesión sin trauma, o elegía a otra persona y tenía que matar a su propio hijo o condenarlo a la rebelión y la muerte.

En 179 Marco Aurelio apresó a cuarenta mil alemanes y lo celebró con una estatua ecuestre y una columna en la que presumía de sus victorias; las dos siguen en pie, en Roma. Pero poco después, en Vindobona (Viena), enfermó de la epidemia. Como conocía bien los síntomas hizo llamar a los cortesanos, les reprendió por llorar y, en presencia de Cómodo, les dijo a sus amigos: «He aquí a mi hijo, al que habéis criado y que, recién alcanzada la adolescencia, necesitará quien le guíe a través de las tormentas de la vida ... Ahora debéis ser sus padres, en sustitución de este padre solo ... De esta forma os daréis y daréis a todo el mundo un emperador excelente». No cabe duda de que los cortesanos se alarmaron ante la perspectiva de Cómodo. Marco gozaba de un respeto y afecto genuinos, que se había ganado mientras aprendía el arte militar junto a sus hombres. Era un estudioso de los lechos de muerte, esos extraños teatros de la desintegración corporal y la transferencia política. A Marco no se le escapó que «junto a su lecho de muerte, [Cómodo] se alegraba del mal que le pasaba» y que el hijo susurró: «Ahora que el profesor la palma, respiraremos más tranquilos». Pero cuando un tribuno le preguntó por el santo y seña, Marco, a sus cincuenta y ocho años, contestó: «Id hacia el sol naciente. Mi sol se está

poniendo».

La masacre de los eunucos y la megalomanía de Exsuperatorius

Cómodo era «sumamente atractivo de apariencia, con un cuerpo bien proporcionado, belleza varonil y un pelo natural, rubio y rizado que, cuando él caminaba al caer del sol, relucía como el fuego (algunos creían que se lo rociaba con polvo de oro antes de salir) ... en sus mejillas empezaba a mostrarse el primer vello». Pero si los desconocidos lo admiraban, quienes le conocían mejor eran quienes más lo odiaban. La primera conspiración estuvo liderada por su propia hermana, Lucila; pero el asesino, su primo Cuadrado, erró el golpe y esto les costó la vida a los dos. Una segunda conjuración le dio a Cómodo un pretexto para ejecutar a los ministros de su padre y, de paso, a su propia esposa. Una de las personas que se había conjurado con su hermana era Marcia, la hija de un liberto cristiano, que había sido amante de Cuadrado; pero de algún modo Marcia no solo esquivó la denuncia, sino que se convirtió en amante y consejera del emperador.

Pero Cómodo poseía un instinto nato para detectar la debilidad y era un maestro de la manipulación, que sobornaba al ejército con dinero y paz y entretenía al pueblo con espectáculos emocionantes. Este bufón cruel, que gozaba de romper tabúes con sus excentricidades, cobró un millón de sestercios por sus actuaciones como gladiador (lo que tradicionalmente era tarea de un esclavo asesino y, por lo tanto, proyectaba una imagen con un toque popular). Cómodo participaba como *secutor*, el gladiador de élite protegido por un casco integral con ranuras para los ojos, cinturón de cuero y calzón, brazalete de cuero en un brazo, greba en una pierna, escudo y espada; su papel le enfrentaba al reciario (*retiarius*), un gladiador ligero armado de red y tridente. Siempre vencía, pero cuando sus oponentes se rendían, les perdonaba la vida. Mató a un centenar de leones, tres elefantes y una jirafa.

Las bromas pesadas son siempre el recurso de los que carecen

de ingenio; las de Cómodo en particular eran sombrías y crueles. Cómodo gozaba con la compañía de un séquito formado por gigantes y enanos, un luchador ciclópeo llamado Narciso y un hombre con un pene más largo que el de cualquier animal salvo los elefantes; sus chanzas incluían cegar y diseccionar a gente. Los espectadores no sabían si echarse a reír ante el absurdo o morderse los labios con terror.

En 189 ya se presentaba a sí mismo como Júpiter y Hércules, vestía pieles de león, llevaba un garrote y adoptó el extravagante *agnomen* de *Exsuperatorius* (una palabra deliciosa que viene a significar supersuperlativo). Cuando se hizo llamar Amazonio, su amante Marcia pasó a ser Amazonia. Era cristiano; un cristiano singular, sin duda, pero logró proteger a Víctor, el obispo de Roma, y liberar a cristianos de las minas. A diferencia de sus predecesores, que consideraban el cristianismo como una *superstitio* peligrosa, para Cómodo era tan solo otro más de los cultos orientales; quizá Marcia le fomentó además la idea de que él era un dios reencarnado. Su desgobierno provocó más conspiraciones, que fueron alimentando su paranoia. La epidemia regresó con intensidad renovada y, si la enfermedad causó miles de muertes, Cómodo también se puso a matar sin freno. Sus sicarios utilizaban agujas infectadas con las pústulas de la viruela, para que los asesinados murieran por causas supuestamente naturales... ¿quizá la primera guerra biológica? El emperador planeaba ajustar cuentas con sus enemigos justo en el momento en que en China se iniciaba la matanza de los eunucos.

El 22 de septiembre de 189 los generales y los jefes de la burocracia china decidieron actuar de una vez por todas contra «los diez eunucos» y su omnipotencia. Era la culminación de una década de rebeliones campesinas, corrupción escandalosa y mal gobierno de los eunucos. Los Diez habían manipulado repetidamente a emperadores débiles y habían recurrido a una brutalidad extrema para suprimir cualquier desafío. Cuando entronizaron a un emperador niño y masacraron a sus enemigos, los generales resolvieron borrar del mapa a los no-hombres. A este fin sitiaron el Palacio Septentrional y encendieron un fuego a las

puertas, para obligar a salir a los eunucos. Tres días después asaltaron el palacio y fueron matando sistemáticamente a todos los eunucos que encontraron: unos dos mil. Decapitaron a todo aquel que (sin ser mujer) carecía de genitales masculinos, por lo que se requirió a los niños y adolescentes que demostraran su completitud bajándose los pantalones y mostrando el pene. El todopoderoso eunuco Zhang logró secuestrar al emperador niño Shao y huir hacia el río Amarillo, pero los persiguieron hasta allí y los arrinconaron. «Nos van a destruir y el caos se apoderará del imperio. Majestad, por favor, ¡tened cuidado!», dijo el eunuco, antes de arrojarse al río.

El poder de los Han se desvaneció en paralelo al de sus eunucos. Cuando el general Dong Zhuo encontró al emperador y a su hermano pequeño, estaban montados en el carro de un campesino, perdidos, casi solos, a orillas del río Amarillo. Las rebeliones campesinas hicieron trizas todo el sistema cósmico encabezado por los emperadores Han. «El ciervo corría sin control», como dice una expresiva frase en chino, y tuvieron que pasar cuatro siglos hasta que alguien lo atrapó y una familia logró unir China de nuevo.[3]

En diciembre de 192, en Roma, el joven Cómodo —aún contaba solo veintinueve años— reunió a una pandilla de gladiadores para asesinar a los dos cónsules y aterrorizar Roma. Pero había ido demasiado lejos.

Heliogábalo en transición: el emperador africano y tres emperatrices árabes

Cómodo, que se estaba bañando con languidez, redactó la lista de víctimas y se la entregó a su querido esclavo Filocómodo («amor de Cómodo»). La megalomanía del emperador estaba descontrolada; y su administración carecía de orden, pues regía a través de su amante Marcia, de su ayuda de cámara Eclecto (ascendido a chambelán), y de un matón, el pretoriano Leto.

En 191 se declaró Pacificador del Mundo, renombró todos los

meses del año a su semejanza y reinauguró Roma como una nueva Colonia Commodiana. Cuando planeó una matanza para el 1 de enero de 192, Marcia le aconsejó cautela.

Filocómodo le enseñó a Marcia la lista de víctimas y pudo ver que su nombre la encabezaba. «Bien hecho, Cómodo», dijo, activando una conspiración con su amante Eclecto. «Así me pagas la espléndida amabilidad que te he mostrado siempre, los insultos de borracho que te he soportado todos estos años. Pues que sepas que un borracho nunca puede derrotar a una mujer sobria.»

Marcia decidió envenenar a Cómodo y aclamar como emperador a Pértinax, el prefecto de la ciudad. Entre tanto Cómodo celebró unos juegos en los que le cortó la cabeza a un avestruz. Luego, según un testigo, «vino adonde estábamos sentados, con la cabeza cortada en la mano izquierda y la espada ensangrentada alzada en la derecha». No dijo nada, solo sonreía, con un brillo inquietante en los ojos.

El 31 de diciembre Marcia le llevó a Cómodo, mientras se bañaba, una copa de vino emponzoñada. Exsuperatorio empezó a vomitar, tras lo cual Marcia envió a Narciso, su entrenador personal, que estranguló al emperador con el cinturón de su bata. Pértinax fue ensalzado como emperador y Marcia contrajo matrimonio con Eclecto. Pero los tres perdieron la vida en las guerras civiles posteriores, de las que emergería una dinastía liderada por un emperador africano y una emperatriz árabe.

Septimio Severo, de barba gruesa y rizada, al estilo griego, había nacido en África, en el seno de una familia bereber-cartaginesa; en los tiempos de Marco Aurelio prosperó con rapidez gracias a la pandemia. Cumplidos los cuarenta, prestaba servicio en Siria, donde se casó con una mujer árabe, Julia Domna, princesa de Emesa (Homs),[4]con la que tuvo hijos gemelos. Desde 193, cuando se aclamó como emperador a Septimio, hizo campaña en el este y el oeste y expandió el imperio hasta sus límites máximos, siempre en compañía de Domna.

En 208 invadió Caledonia (Escocia), donde luchó hasta alcanzar el punto más septentrional, aunque solo consiguió dominar el centro. Promovió a su hijo mayor, el duro Caracala

(cuyo apodo responde a la *caracalla*, una vestimenta con capucha, habitual en Caledonia), al rango de coemperador; e hizo lo mismo con el hermano, Geta. Pero los dos chicos se odiaban mutuamente. Cuando se retiraba a Eboracum (York) frustrado por los caledonios, Septimio planeó un genocidio: «Que nadie escape a la destrucción total ... ni siquiera los varones que aún no hayan nacido». Domna criticó públicamente la promiscuidad de las mujeres escocesas. «Satisfacemos la llamada de la naturaleza mucho mejor que vosotras, las mujeres romanas», replicó la esposa de un caudillo escocés, «porque nosotras tomamos abiertamente a los mejores hombres y en cambio vosotras os dejáis complacer en secreto por los peores.» En York, el emperador enfermó y murió, no sin antes aconsejar a sus hijos: «Sed armoniosos, pagad a los soldados, despreciad a todos los demás».

La emperatriz procuró que hubiera unidad familiar, pero en Roma Caracala ordenó asesinar a Geta; cuando Domna intentó defenderlo, este murió en los brazos de la madre. Caracala concedió la ciudadanía a todos los hombres libres del imperio, sin tener en cuenta la clase o la raza, exhibiendo la tolerancia que tanto contribuyó al éxito de Roma. Los imperios racialmente inclusivos duran más que los que no lo son. Pero el objetivo de Caracala era maximizar los ingresos fiscales para financiar tanto unas termas gigantescas como la invasión de Partia. Dejó a su madre como gobernadora de Siria y entró con el ejército en Partia, donde murió asesinado por un oficial descontento. Domna, a sus cincuenta y siete años, sufría un cáncer de mama atroz y se quitó la vida; pero su hermana Julia Mesa (*Maesa*) asumió el liderazgo de la familia y —con el argumento de que era hijo de su hermana y del propio Caracala— nombró emperador al sacerdote del santuario familiar, su hijo Heliogábalo, de catorce años.

Augusta Mesa gobernó junto con su hija, ambas como senadoras; por su parte Heliogábalo fue explorando sus identidades sexuales y religiosas. Se casó cinco veces y conmocionó a los romanos con sus dioses sirios, las danzas sagradas y la sexualidad excéntrica. Se enamoró de su auriga Hierocles —«Me enamora ser la amante, la esposa, la reina de Hierocles»— y de un luchador

muy bien dotado, Aurelio Zótico, al que le dijo: «No me llames "señor", soy una dama», antes de pedirle a sus médicos que le operasen para formarle una vagina. Es posible que simplemente lo circuncidaran, con una práctica habitual entre los judíos y los árabes. Pero en buena parte estas historias no eran más que propaganda antioriental. Independientemente de si en efecto fue el primer transexual o sencillamente un chico sirio enamorado de un auriga musculoso, no cabe duda de que su religión oriental ofendía a muchos romanos.

Cuando Heliogábalo, a los dieciocho años, se volvió en contra de su heredero —un primo hermano más convencional, Alejandro Severo— los pretorianos exigieron que se lo asesinara. En 222 su abuela, la septuagenaria Mesa, accedió a que mataran a su hija y al nieto; los decapitaron a los dos y arrojaron al Tíber los torsos desnudos. Alzado a la púrpura, el bobalicón e imberbe Alejandro Severo estuvo sometido primero a su abuela asesina y, tras la muerte de esta, a su madre Mamea, la tercera mujer potentada de la familia, que acompañaba al emperador incluso a la guerra. Mamea se sintió atraída por el cristianismo y estudió con un erudito alejandrino, Orígenes, que se había castrado él mismo para demostrar sus credenciales ascéticas. Pero Mamea y Alejandro tuvieron dificultades para resistir los ataques alemanes y partos. En 235, en el frente germánico, ante un amotinamiento del ejército, madre e hijo perdieron la vida, mutuamente aferrados en el interior de su tienda. El Estado cayó en su crisis más grave desde los tiempos de Aníbal, un eclipse que benefició a un nuevo potentado persa, Ardashir.

Se desconocen sus verdaderos orígenes, pero la integridad de la dinastía contó con una prueba no poco extravagante: el regalo de dos testículos.

El sha, el emperador embalsamado y los testículos salados

Ardashir, nieto de un príncipe-sacerdote zoroástrico llamado Sasán, fue señor de la guerra y de la paz. Primero tomó el control de la

antigua Persia, luego restauró la fe zoroástrica y se identificó como el elegido por el dios Ahura-Mazda. En 220, Ardashir mató al rey, se casó con una de sus hijas y ofreció a los grandes de Partia la oportunidad de unirse a su Iranshahr («imperio de los iranios»). Entre las turbulencias de sus primeras guerras, su mujer, Mirdad, que estaba embarazada, quedó en custodia de un secuaz del emperador, Abarsam. Cuando se le acusó de haber sido el padre del bebé, Abarsam quiso demostrar la integridad del linaje real con una decisión que, sin duda, cabe calificar de protesta excesiva: hizo que lo castraran y le envió al rey sus testículos en una caja de sal.

Ardashir prometió que si atacaban a los romanos, en las circunstancias difíciles en que estos vivían, obtendrían la gloria y un botín cuantioso. En compañía de Shapur, un hijo adolescente, asaltó Siria y perfeccionó la fuerza que sería la contribución sasánida al arte de la guerra: los jinetes acorazados de su caballería pesada, conocidos con el nombre de *catafractos*, que eran capaces de romper las formaciones de la infantería romana. Luego tomó dos fortalezas, Nisibis y Hatra, y se apoderó de un importante puerto comercial, Charax, en el golfo Pérsico, lo que le permitía controlar las rutas a la India por mar y caravana. Después cabalgó hacia el este para rematar a los kushitas. Cuando murió su padre en 240, Shapur acabó de asolar el oriente romano.

En el séquito del sha destacaban sobre todo dos figuras: Kirder, un mago de militancia zoroástrica, y Manes (o Mani), un aristócrata, profeta de orígenes judeocristianos que —inspirándose en las visiones de una voz sagrada que denominaba su «Gemelo»— fundó una nueva religión, centrada en la lucha del bien y el mal: el maniqueísmo. Este no quedó limitado a Persia, sino que se extendió también hasta China y Roma, y podría haber llegado a convertirse en una de las grandes religiones universales, en lugar del cristianismo. Manes convirtió a Peroz, hermano del rey, entre muchos otros; Shapur le permitió predicar su fe con libertad. Kirder pretendía hacer una purga de estos herejes, pero el sha estaba centrado en doblegar a Roma.

Tres emperadores romanos perecieron combatiendo contra Shapur y al menos uno tuvo que rendirse ante el rey de reyes. La

herida más cruel se produjo en 260, cuando Shapur derrotó y luego apresó —«con sus propias manos», afirmaba— al emperador Valeriano antes de proceder a conquistar la capital romana de Oriente, Antioquía. Utilizaron a Valeriano como escabel, lo desollaron vivo, pintaron la piel de rojo, la rellenaron de paja y la exhibieron en un templo.

Roma se hundía en la guerra civil y todo parecía indicar que Persia ocuparía el lugar de Roma en Oriente; hasta que una conquistadora árabe transformó la competencia por el poder mundial.

Zenobia y Constantino

Al tiempo que Shapur regresaba cargado de tesoros, Odenado, gobernante de Palmira, se declaró rey, atacó a Shapur y le derrotó en las inmediaciones de Samosata. Este Odenado (u *Odaenathus*, en su identidad romana), un árabe de barba, pelo rizado y diadema griega, de cuarenta años de edad, era un príncipe mercader, el *ras* (o *rais*, «jefe», en árabe) y exarca de Palmira. Esta ciudad comercial del desierto estaba habitada por doscientos mil árabes, arameos, griegos y romanos, y se había enriquecido gracias a las caravanas del comercio oriental; sus ruinas siguen siendo magníficas, aun hoy en día. Odenado contrajo matrimonio con una chica greco-árabe, Zenobia, descendiente de los Tolomeos y emparentada con Cleopatra; pero los logros de Zenobia hicieron palidecer los de la reina egipcia.

«Su rostro era de un atezado oscuro», escribió un historiador romano, «sus ojos, negros y poderosos, su espíritu, de una grandeza divina, y su belleza, increíble. Sus dientes eran tan blancos que muchos creían que tenía perlas en lugar de dientes». Cuando se casó con el exarca contaba unos catorce años; contrató a un tutor grecosirio, Longino, para que le enseñara filosofía griega.

Odenado recuperó entonces para Roma las posesiones de Edesa y Emesa. En 262, tras reclutar a un ejército numeroso de catafractos y arqueros de Palmira y jinetes árabes, invadió Persia y

sitió Ctesifonte. Los palmiranos recibieron a Odenado como a un dios, y el último emperador, un hombre débil, lo recompensó con el título de *Corrector Totius Orientis* (virrey de Oriente) y el agnomen de Pérsico Máximo; pero él prefirió declararse rey de reyes y se retrató como un cazador divino capaz de matar a los dos tigres: Roma y Persia. En 267, cuando una horda nómada, la de los godos —en su primera aparición— asaltó Siria/Irak, Odenado los expulsó; pero murió asesinado por un sobrino que, enojado por haber sido humillado en una cacería real, se apoderó de la corona... por un día. Zenobia, a la sazón de veinticinco años, estaba allí. Convocó al ejército, mató al sobrino y se alzó con el trono, coronando a su hijo, el bebé Vabalato (Wah-ballāt, «regalo de Allat», una diosa árabe). Durante un asombroso período de tres años tomó Antioquía, donde instaló la corte, por consejo de su filósofo Longino; y al mando de un ejército de setenta mil efectivos dirigió la conquista de los territorios de los modernos Líbano, Siria, Turquía, Israel, Arabia y Egipto. En aquellas fechas Shapur, vencedor contra tantos emperadores, falleció sin desafiar a Zenobia, y Persia quedó paralizada por un cisma religioso.[5]

En 272 Zenobia se declaró Augusta —emperatriz— y dio el mismo título de Augusto a su hijo; pero desde el oeste un dinámico general romano, Aureliano, expulsó primero a los bárbaros que saqueaban Italia y luego emprendió la marcha para recuperar Egipto y después Siria, y derrotó a Zenobia en Emesa (tras una visión en la que el dios Sol Invicto le prometía la victoria). Zenobia intentó escapar en un camello, pero la apresaron.[6]En aquel ejército de Aureliano que conquistó Palmira iba también un joven oficial romano, Constancio Cloro, cuyo hijo causaría una transformación radical del mundo.

Constancio, que había nacido en la Dacia romana (Serbia) en 250, en el seno de una familia humilde, atrajo la atención del emperador, que lo incluyó entre sus guardaespaldas. En una taberna oriental Constancio conoció a Helena, una chica griega de Bitinia, con la que se casó; mientras él prestaba servicio como gobernador de Dalmacia, Helena alumbró a un hijo, Constantino. Es probable que Helena ya fuera seguidora de la secta de los

cristianos. Constancio, en cambio —un auténtico general romano: descarado, de mandíbula ancha, barbilla estrecha y corte de pelo a lo César—, no era cristiano, sino devoto del Sol Invicto, el dios que había ayudado a Aureliano a derrotar a Zenobia.

Tras el asesinato de Aureliano, Constancio apoyó a un pretendiente nuevo, Diocleciano, un general dálmata que lidiaba para repeler o absorber a las oleadas de tribus que emigraban desde las estepas orientales. Godos, sajones, samaritanos, francos y alamanes (*alemanni*) pusieron a prueba sus fronteras con una estampida migratoria: cada invasión temible era también una migración aterrorizada, que huía frente a un ataque aún más terrible; pues por detrás de los godos y los francos venían los hunos, que por entonces estaban asaltando la Persia oriental.

En 285 Diocleciano comprendió que la tarea desbordaba necesariamente a un hombre solo, y nombró co-Augusto al general Maximiano. Diocleciano gobernó el sector oriental desde Nicomedia (cerca del Bósforo); Maximiano se asentó en Mediolanum (Milán) y ascendió a Constancio a gobernador de la Galia.[7]Constancio se casó con la hija de Maximiano, pero nunca repudió a Helena ni a su hijo Constantino. En cualquier caso el nuevo vínculo le compensó cuando los dos Augusti nombraron césares y crearon una tetrarquía (gobierno de cuatro) con Constancio en Occidente y Galerio en Oriente.

Constancio atacó primero a los francos y otras tribus alemanas; luego invadió Britania y liquidó a Carausio. Su hijo Constantino, con veinte años, acompañó al emperador Diocleciano en viajes remotos, hasta Egipto y Babilonia. Tanto impresionó el hosco Constantino a Diocleciano que lo casó con su sobrina, que le dio un primer hijo, Crispo.

¿Por qué estaba Roma en crisis? Diocleciano creía que los dioses estaban descontentos porque se había desatendido la religión antigua y se habían difundido nuevas supersticiones. En Antioquía él y César Galerio ordenaron a los arúspices que sacrificaran a animales y examinaran las entrañas para formular sus augurios. Pero algo iba mal; más en concreto, a juicio de Diocleciano: había un exceso de cristianos. Ordenó que todo el

mundo hiciera sacrificios a los dioses y emperadores. Cuando los cristianos se negaron, empezó una masacre. Se desolló, quemó y decapitó a los cristianos y los maniqueos. Cuando el palacio de Diocleciano en Nicomedia sufrió un incendio, el terror se intensificó aún más. Constancio —con una esposa cristiana, Helena, y su propia inclinación al Sol Invicto— lamentó en silencio los «edictos sangrientos» contra los «adoradores de Dios». Estaba a punto de experimentar una conversión de enormes consecuencias.

Acto cuarto
200 millones

Casas de Constantino, Sasán y el Búho Lanzadardos

Valores familiares cristianos: el asesino de la esposa y el decimotercer apóstol

En 304 Diocleciano se desmayó en público y decidió retirarse —fue el primer emperador que hizo tal cosa— y refugiarse en su palacio de Split (Croacia), a cultivar calabazas.[1] Obligó a Maximiano a imitarlo y ascendió a Constancio y Galerio como Augusti de Occidente y Oriente. Como a Constantino Galerio le parecía peligroso, galopó hacia el oeste; después de reunirse con su padre en la Galia pasaron a Britania para combatir contra los pictos; pero en 306, en York, Constancio murió. Un rey alemán proclamó Augusto a Constantino. Se hizo con el control de Britania, Hispania y la Galia; a sus treinta y cuatro años Constantino repelió una incursión de los francos y apresó a sus reyes, que fueron alimento de los leones en el anfiteatro de su capital, Tréveris. Era un hombre robusto y musculoso, de mandíbula saliente, nariz roma y barbilla partida; lideró a sus tropas desde el frente y mató a todo el que se puso en su camino, pero sin dejar de ser un hombre reflexivo y cauteloso.

Maximiano quería ascender a su hijo Majencio al rango de emperador, y le ofreció a Constantino (cuya primera esposa había fallecido) la mano de su bella hija adolescente Fausta. La pareja tuvo tres hijos, pero la alianza con la familia de Fausta se vino abajo: el suegro intentó asesinar a Constantino, solo que este maniobró con acierto y obligó al viejo emperador a quitarse la vida. Fausta estaba atrapada con un marido que había matado de hecho a su padre, a la vez que su hermano Majencio seguía

mandando en Italia.

Constantino proclamó edictos de tolerancia religiosa que dan a entender que sentía simpatía por el cristianismo que profesaba Helena, su madre. En 312, mientras se hallaba cerca de un templo dedicado a Sol Invicto, Constantino vio un anillo alrededor del astro rey. Los cristianos insistían en que Jesucristo era la «luz del mundo» —el sol— y el emperador llegó a la conclusión de que había recibido una señal divina. Cuando entró con sus tropas en Italia ordenó que estas inscribieran en sus lábaros o estandartes las letras griegas *ji* y *ro*, iniciales de Xristós (Cristo).

Mientras Constantino avanzaba hacia Roma, Majencio, poco confiado en sus posibilidades, escondió en la colina Palatina los símbolos del poder imperial, incluido un cetro exquisito con un orbe azul en representación del mundo. En el puente Milvio, Constantino derrotó a Majencio, que cayó al Tíber desde su caballo; luego su cabeza se exhibió por toda Roma, empalada en una lanza.

A partir de entonces Constantino se reveló como simpatizante del cristianismo. Aunque las certezas morales absolutas de la secta descartaban cesiones o combinaciones con el panteón romano, el emperador actuó con lentitud. Levantó una iglesia nueva en el emplazamiento de la tumba de san Pedro y una basílica espléndida, conservada hasta nuestros días, en Letrán (Laterano). Aunque su arco triunfal incluía al Sol Invicto como compañero del propio emperador —asimismo invicto—, la victoria siempre es el argumento religioso más persuasivo: Constantino creía que Jesucristo había vencido las batallas por él.

Constantino solo gobernó el imperio occidental; en Oriente mandaba otro Augusto, Licinio. En 313 los dos se encontraron y Constantino casó con Licinio a su hermanastra Constancia. Pero el imperio era demasiado pequeño para dos Augusti y en 324 se enfrentaron; Constantino resultó ligeramente herido, pero aplastó a Licinio cerca de la vieja ciudad griega de Bizancio. Su hermana Constancia, madre de su sobrino, negoció la rendición de Licinio; pero Constantino los mató discretamente a los dos, el marido y el niño. No era ningún santo.

Ahora sí emergió como un emperador cristiano. Constantino promovió a la jerarquía de la iglesia en paralelo con la del Estado e impuso una nueva moral: abolió la crucifixión, en honor de Jesús; prohibió los juegos que incluían muertes; fortaleció el matrimonio y procuró disuadir del adulterio; hizo del *sabbat* cristiano nuestro domingo, en latín *dies Solis* («el día del Sol», como aún se lo denomina en varias lenguas vivas); fijó las fechas de la Pascua y la Navidad —que ya se celebraba como solsticio de invierno— y persiguió a los judíos tildándolos de «deicidas».[2]

Acostumbrado a ser un gobernante divino, Constantino se situó a sí mismo en una posición señalada de la jerarquía existente entre Dios y los hombres, pues se consideraba el decimotercer apóstol. Pero se vio obligado a lidiar con polémicas divisivas sobre la relación de Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo, que estaban provocando ya enfrentamientos letales. ¿Jesús era absolutamente divino? Para muchos cristianos, los tres lo eran; pero Arrio, un sacerdote alejandrino, creía que Jesús era solo un hombre, tocado por la divinidad pero subordinado a Dios. La salvación era una cuestión de vida o muerte; por las calles de Alejandría se libraron combates cristológicos. Constantino ordenó quemar los escritos de Arrio y, en Nicea, impuso una fórmula de compromiso que se convirtió en la ortodoxa.

Sin embargo, una religión que creía en una verdad absoluta y un camino inamovible a la salvación ¿podía llegar a compromisos? Constantino descubrió que era muy difícil regular a los cristianos, más que a nadie;[3]con la excepción de su propia familia.

En 326 Constantino hizo arrestar a su hijo mayor, César Crispo, y ordenó que lo envenenaran. De alguna manera participó también la esposa del emperador, Fausta, madre de tres de los hijos y dos hijas de Constantino. O bien Crispo había conspirado con su madrastra glamurosa o bien había tenido amoríos con ella; en todo caso parece que ella le denunció ante el emperador. Hacía solo tres años que ella había dado a luz un hijo que confirma que, como mínimo, el matrimonio con Constantino era activo. Pero el emperador había asesinado al padre y el hermano de su esposa, y esto difícilmente deja de arrojar sombras sobre cualquier

matrimonio.

Un año después de la ejecución de Crispo el emperador ordenó arrestar a Fausta. Helena, la madre de Constantino —que contaba ahora setenta y cinco años— tuvo una intervención siniestra: criticó que el emperador hubiera matado a Crispo y le convenció de que había sido Fausta la que le había seducido y tendido una trampa. Como castigo se hirvió a Fausta en las termas. Resulta irónico que esta suegra asesina figure en el santoral cristiano. A Helena se la ascendió a Augusta y se la envió, en misión imperial, a recuperar reliquias de Jesús en Elia Capitolina, antaño conocida como Jerusalén.

Helena —sin duda la arqueóloga más exitosa de todos los tiempos— identificó con rapidez el lugar donde se había crucificado y enterrado a Jesús (detrás del Templo que Adriano dedicó a Venus), descubrió piezas de la Vera Cruz y, por último, encargó transformar Elia en la Ciudad Santa, corazón de una nueva Tierra Santa cristiana en la que varias iglesias espléndidas representaban los acontecimientos centrales de la vida de Jesús, como injertos en el tronco de la santidad judía de la ciudad, ahora desacreditada.[4]Helena exhibió una carta de su hijo, una de las muchas misivas que nos permiten escuchar su voz enfática y grandilocuente: «Nada me preocupa más que hallar el modo de adornar mejor con una estructura espléndida este lugar sagrado al que, bajo la dirección de Dios, he librado del tremendo peso de la adoración de ídolos nauseabundos». El Templo de Venus se derribó, y se levantó una basílica que marcara el Santo Sepulcro y el Gólgota, más otra iglesia en el lugar de nacimiento de Jesús, en Belén. Luego Helena le llevó a Constantino las astillas de la Vera Cruz y los clavos de la crucifixión, ocultos en el casco y las bridas.

Cuando Helena murió, en brazos de Constantino, el emperador ya había decidido fundar una nueva capital en Oriente. Después de examinar (y rechazar) Troya, Calcedonia y Tesalónica, en mayo de 330 consagró una nueva ciudad en el lado europeo del Bósforo: Bizancio. Tenía una bahía soberbia, la península se podía defender bien y se hallaba situada justo delante del sitio donde había derrotado a Licinio. Declaró que Dios le había indicado que

la bautizara con su propio nombre —Constantinópolis (Constantinopla)— y planeó erigir una Nueva Roma, con su propio Senado, que también sería una capital imperial y cristiana. Su palacio se emplazó en la acrópolis. Se levantaron basílicas cristianas colosales, que rivalizaban con un enorme hipódromo y un foro adornado con una columna de pórfido que representaba a un emperador desnudo al estilo pagano: él mismo, con una corona radiante.

Su conversión hizo que el cristianismo resultara igual de atractivo y poderoso que el imperio romano en sí: el poder siempre es un faro de la fe. Tres siglos después de la oscura muerte de Jesús, Cristo se convirtió en la figura moral central de la civilización occidental: hubo millones de conversiones. En 319 la Iberia caucásica (Georgia), vecina de Constantino, siguió sus pasos.[5]En África, Ezana —el rey de Aksum (en Eritrea y Etiopía), que había acabado con Kush y extendido sus territorios hasta Yemen— hacía tiempo que interactuaba con los comerciantes y misioneros de Alejandría; hacia 350 él también se convirtió. Pero la conversión de Constantino produjo nuevas tensiones con Persia, donde los sasánidas se reagrupaban en torno del vientre de una reina embarazada.

El embrión coronado y el emperador pagano

En 309 varios grandes de Persia asesinaron a su rey y coronaron a un feto aún nonato; un embrión de rey, que no podían saber si sería varón.

Sus deseos se cumplieron. El bebé fue Shapur II, quien, en las fechas en las que Constantino había fundado Constantinopla, había emergido ya como un autócrata poderoso. Shapur dedicó los primeros años a castigar a los lajmíes, tribus árabes de Irak, a las que reclutó como aliadas gobernadas por Amr (quien se hacía llamar «rey de todos los árabes»);[6]luego, apenas concluida la adolescencia, logró repeler a los hunos. El cristianismo de Constantino le hizo dudar de la lealtad de sus numerosos súbditos

cristianos. Armenia, que estaba cristianizada, pidió ayuda a Constantino y este se preparó para la guerra. Ya había nombrado césares a los tres hijos alumbrados por Fausta, así como a los de su hermanastro; un sobrino, Anibaliano, recibió el título de rey de reyes, ante la perspectiva de que gobernara una Persia sometida. Pero cuando emprendió el camino del este, Constantino, que tenía sesenta y cinco años, cayó enfermo de gravedad. Envió por delante a su hijo Constancio —el intermedio y su favorito— para que frenara a Shapur, pero cuando el adolescente supo que su padre se moría, se apresuró a regresar. Constantino fue bautizado en su lecho de muerte; entre tanto Constancio organizó una masacre familiar y acabó con los hermanastros del difunto emperador y seis de sus sobrinos.

Los tres hijos se reunieron para repartirse el imperio. Constantino II —el mayor, de veintiún años, convencido de ser el heredero principal— recibió Britania, Hispania y la Galia; Constante, Italia y África; y Constancio el este, donde no tardó en contener a Shapur. Sin embargo los hermanos se enfrentaron pronto entre sí; dos perdieron la vida y Constancio quedó como emperador en solitario. Pero la extensión del imperio era superior a sus fuerzas.

Solo dos varones constantinianos habían tenido la fortuna de sobrevivir a la hecatombe familiar: sus primos Galo y Juliano, que vivían apartados en una hacienda de Capadocia. Galo era ambicioso; a Juliano la política no le atraía, a diferencia de la filosofía. Constancio nombró césar a Galo, que cometió la imprudencia de presidir los juegos de Constantinopla, una prerrogativa de los *augusti*; Constancio ordenó decapitarlo y sopesó ejecutar también a su hermano. La esposa del emperador, Eusebia —una macedonia culta y amable— protegió a Juliano; lo llevó a presencia del emperador Constancio, que accedió a que estudiara filosofía en Atenas, donde Juliano rechazó el cristianismo y se decantó por adorar al dios Sol.

A Constancio la popularidad de Juliano le hacía «sospechar». Pero necesitaba un socio para gobernar el oeste y, a instancias de Eusebia, nombró césar a Juliano y lo envió a Lutetia Parisiorum

(París).

La victoria de Juliano contra los alamanes sorprendió a todo el mundo (en especial, a sí mismo); pero en 360 Shapur atacó por el este, con el respaldo de un ejército auxiliar de hunos. Tanto el ejército de Roma como el de Persia desplegaron a cuerpos numerosos de «bárbaros». Constancio ordenó a Juliano que enviara a Oriente a la mitad de sus legiones. El césar de Occidente acababa de perder a su único aliado, Eusebia, de resultas de una sobredosis de medicamentos para la fertilidad. En París Juliano fue declarado Augusto y Constancio respondió a la ofensiva, pero unas fiebres lo mataron por el camino.

Juliano, después de quedar como emperador en solitario, volvió a inclinar el imperio hacia el paganismo: atacó el cristianismo, restauró templos paganos, incluso devolvió Jerusalén a los judíos para que pudieran reconstruir su Templo. Un hombre, su tío, había impuesto el cristianismo; otro, el sobrino, podría haber cancelado los efectos, pero no tuvo suerte en su empeño. Su necesidad más urgente estaba en Persia, donde planeaba tomar Ctesifonte, bajando por el Éufrates con 65.000 hombres y accediendo al Tigris por un canal. Cuando desembarcó quiso exhibir su confianza prendiendo fuego a la flotilla de remeros, pero luego no fue capaz de destruir al ejército de Sasán. Ctesifonte no cayó y Juliano emprendió la retirada hostigado por la caballería sasánida. El 26 de junio de 363, cerca de Samara, se apresuró a entrar en combate y, con las prisas, olvidó ponerse la malla. Una jabalina le perforó el costado y, aunque su médico griego intentó coserle la herida intestinal, no logró salvarle la vida. Los romanos, desesperados por regresar, otorgaron todo lo que Shapur les exigió.

En el caos posterior a la muerte de Juliano, que puso fin a la dinastía constantiniana, se eligió como Augusto a un general, el irascible Valentiniano, quien nombró emperador oriental a su hermano Valiente; pero los dos tuvieron dificultades para apagar los incendios de las invasiones bárbaras. Cuando Valentiniano falleció, por una apoplejía derivada de un ataque de cólera, en 375,[7]Valente se encaró con la migración armada de los godos germánicos conocidos como tervingios (*thervingi*), primos de otros

pueblos que habitaban en Ucrania y Rusia.[8]Valente los había contratado como *foederati* (aliados) y les había concedido tierras; pero los funcionarios romanos se las robaron y los godos montaron en cólera y fueron a la guerra. En 378, en Adrianópolis (Edirne), un arquero montado hizo diana e impactó en plena cara de Valente.

En 378, cuando los godos derribaron a Valente, también cayó, en tierras mucho más occidentales, el soberano de Tikal, en Mesoamérica. El Búho Lanzadardos, un caudillo de Teotihuacán, la magnífica ciudad del valle de México, había ordenado conquistar Tikal.

Primer Cocodrilo y el huno Rugila

El general de Lanzadardos, Siyah Kak («Ha nacido el fuego») emprendió camino hacia el sur y recorrió un millar de kilómetros para derrotar al *ahau* de Tikal, Gran Garra de Jaguar, quien fue apresado y, probablemente, sacrificado. Aunque algunos expertos han puesto en duda que un jefe pudiera haber llegado a Tikal desde Teotihuacán, se sabe con certeza que había desplazamientos entre las dos ciudades; y no sería la última dinastía fundada por un extraño envuelto en los misterios de un lugar remoto. Gran parte de esta narrativa sigue siendo misteriosa, pero probablemente Ha-nacido-el-fuego fue nombrado regente (con el título de «Señor del Oeste») y Búho Lanzadardos eligió como ahau de Tikal a su hijo, el joven Primer Cocodrilo. Aunque el caudillo teotihuacano gobernó durante muchos años, esto no acabó con la dinastía de Primera Grada de Tiburón: Búho Lanzadardos casó a Primer Cocodrilo con la dama Kinich, hija de Gran Garra de Jaguar, y con ello unió a las dos familias. Primer Cocodrilo también mantuvo el poder durante muchas décadas. Al morir se le dio sepultura con un cocodrilo decapitado, nueve jóvenes sacrificados (el más joven, un niño de unos seis años) y una estatua incensario que representaba a un dios anciano sentado sobre un taburete de huesos humanos. Esta conquista marcó el apogeo de Teotihuacán.[9]

El cuerpo de Valente no se encontró nunca. Los godos se dedicaron a saquear la zona de los Balcanes mientras los burgundios (o borgoñones), sajones, francos y vándalos traspasaban las fronteras romanas. La caída del imperio romano tuvo más de fragmentación, de transformación, que de acontecimiento. Antes que afirmar que los bárbaros estaban a las puertas, convendría decir que estaban en la cocina y los dormitorios: las fronteras del imperio eran porosas y sus pueblos —y en especial el ejército— ya eran una mezcolanza de bárbaros cristianos romanizados. Y si los romanos temían a los godos, más terror provocaba en los godos lo que venía por detrás.

Desde las estepas de Eurasia galopaba hacia el oeste el pueblo que conocemos como «los hunos»; entre ellos estaba la familia de Atila. Sabemos que se originaron en algún lugar del oriente remoto, en vastas praderas cuya localización exacta se desconoce; para empezar, no eran un pueblo único sino una federación de nómadas, unos pastorales, otros invasores feroces. Tampoco sabemos qué lengua hablaban, aunque probablemente era de origen túrcico. Su migración quizá se relacione con el desperdigamiento de los xiongnu. Los hunos, que en esa época vivían al este del mar Negro, se dirigieron hacia el oeste a consecuencia de cambios meteorológicos, un liderazgo dinámico, la necesidad de encontrar nuevos pastos y la esperanza de un botín abundante.

Los hunos mantenían una singular simbiosis con sus caballos; a los tres años ya se les ataba en lo alto de un animal. Habían perfeccionado la arquería montada de las estepas hasta desarrollar una máquina de conquistar capaz de combatir en cualquier estación y recorrer distancias vastas. Cada guerrero viajaba con dos o tres animales de repuesto; se armaban con arcos compuestos y flechas de punta de hierro; protegían a las familias, que viajaban en carretas grandes y se detenían a acampar y cocinar en torno de los calderos, con la asistencia de presos esclavizados. En la guerra avanzaban en unidades de un millar de jinetes, o más, y sus arcos recurvados podían disparar las saetas a una velocidad de 200 km/h. «En cinco segundos 1.000 flechas podían impactar en

200 enemigos», ha escrito el historiador John Man, «y otras 1.000 en los cinco segundos siguientes ... Este índice de 12.000 disparos por minuto equivale a diez ametralladoras.» Cuando los enemigos estaban heridos les lanzaban un lazo para desestabilizarlos y hacerlos caer, ya fueran infantes o jinetes. Hasta la difusión de la pólvora, mil años más tarde, esta clase de arqueros montados fue una amenaza letal para cualquier sociedad sedentaria.

Adoraban al dios del cielo, Tengri, y sus chamanes adivinaban el futuro; pero sus reyes también sentían reverencia por una numinosa espada de guerra que posibilitaba a su portador el gobierno del mundo. Las caras mostraban cicatrices de los rituales de luto; en los esqueletos de los hunos se ha comprobado que los cráneos de algunos niños y niñas (por igual) se habían atado para darles forma de hoja; ambas prácticas horrorizaban a los romanos. Un caudillo llamado Rugila, junto con sus hermanos Octar y Mundzuk, unificó a los hunos y otros grupos en una confederación que conquistó e incorporó, entre muchos otros pueblos, a los ostrogodos. De pronto se echaron a galopar hacia un imperio romano que, en ese momento, estaba dividido entre los hijos del emperador Teodosio: uno en Rávena, el otro en Constantinopla.

Dos personajes extraordinarios, un hombre y una mujer, estaban en el centro de este enfrentamiento. Uno era un huno, Rugila, al que prometieron con una princesa romana; otra era la hija de un emperador romano, casada con un rey bárbaro.

Atila y la emperatriz Placidia

Gala Placidia era hija del emperador Teodosio, que había mantenido unido el imperio durante veinte años tormentosos. Al morir dejó a sus dos hijos, su hija y el imperio al cuidado del paladín Estilicón (Stilicho), que era hijo de una romana y un vándalo. Con el imperio repartido entre esos dos hijos varones, Estilicón luchó contra bárbaros en todos los frentes. Entre ellos estaba un antiguo aliado de los romanos, Alarico, rey de los visigodos, cuyos antecesores habían matado al emperador Valente,

y que ahora invadía Roma. Pero en 408 el joven Honorio, un emperador débil y celoso de la supremacía de Estilicón, ordenó ejecutar al jefe militar; las consecuencias fueron desastrosas.

En 410 Alarico sitió Roma, obligó a los ciudadanos a morirse de hambre o comerse unos a otros, y luego saqueó la ciudad. Destrozó las urnas de Augusto y Adriano, que se hallaban en sus respectivos mausoleos, y se marchó con una prisionera especial: Placidia, hija del emperador, de veinte años, a la que casó con su hijo Ataúlfo. La princesa romana quedó convertida en reina de los bárbaros que habían destruido Roma.

Pero el matrimonio fue breve. Ataúlfo murió asesinado y el sucesor prefirió humillar a Placidia, obligándola a caminar entre los abucheos de una multitud durante más de quince kilómetros antes de devolvérsela a su hermano. Sin embargo, su vida fue una lección de fuerza y supervivencia. Una vez que regresó a la seguridad de la corte, en Rávena, Honorio la casó con un general, en 417. La pareja tuvo dos hijos: Honoria, tan incontenible como su madre, y un varón. A la muerte de Honorio ella huyó del caos resultante y se refugió en Constantinopla, con su sobrino Teodosio II; allí negoció para obtener ayuda militar; por último presidió la expedición que la restauró en el poder de Occidente, a ella y a su hijo Valentiniano III.

Placidia gobernó como regente con el título de Augusta. Era una mujer culta y altiva, que erigió en Rávena un palacio y una capilla propios, mientras se aprovechaba de la rivalidad entre los reyes bárbaros y sus propios generales medio bárbaros. Su comandante en jefe era Flavio Aecio, un medio godo que en su juventud había sido retenido como rehén en la corte de los hunos, donde entabló amistad con su caudillo Rugila. Cuando Aecio amenazó a la emperatriz, Placidia le expulsó; él acudió entonces a pedir la ayuda de Rugila y pudo hacer presión mediante un ejército prestado: en 432 ella le otorgó el mando absoluto de las fuerzas armadas, como *magister utriusque militiae*. Placidia y Aecio gestionaron la transformación del imperio, asentando en el oeste a sus aliados francos y godos, aunque perdieron África a manos de los vándalos.

Hacia el este, el amigo de Aecio, Rugila, ganó territorios en Europa central. En Constantinopla Teodosio respondió a la nueva amenaza pagándole a Rugila 350 libras de oro y rogando por que se muriera; en 435 a Rugila le cayó un rayo —probablemente, murió por la viruela— y dejó la confederación al cargo de sus sobrinos, los hermanos Bleda y Atila. Estos obligaron a Teodosio a duplicar el tributo, con setecientas libras de oro, abrir los mercados a los hunos y entregarle a dos primos que habían desertado. Cuando esto último se hizo realidad, Atila hizo que los empalaran ante los propios romanos que los entregaban.

Aunque Atila y Bleda extorsionaron a Teodosio, también ayudaron a la emperatriz Placidia y a Aecio a derrotar una invasión de otra tribu germánica: los burgundios. Pero estos querían más oro. En 440 cruzaron el Danubio para saquear ciudades romanas y solo se detenían cuando se les pagaba más aún. En ese momento Atila mató a Bleda y, armado con la espada sagrada del dominio universal, unió «Escitia y Germania», desde el Caspio hasta el Danubio. Celebró cortes en su capital de casas de madera, construida en torno de un enorme palacio de madera con todas las comodidades de Roma: vino, alfombras, divanes, unas termas... Zercón, un bufón africano,[10]solía actuar ante la presencia frecuente de enviados romanos, a los que se les ofrecían «mujeres atractivas con las que mantener relaciones, lo que es un signo de honor entre los hunos», recordaba Prisco, un diplomático romano, antes de añadir finamente: «Colmábamos de alimentos a las mujeres, pero sin acostarnos con ellas». Prisco se sentía fascinado por Atila, un hombre «de escasa estatura, pecho amplio y gran cabeza, ojos pequeños, barba fina moteada de cano y una nariz chata», que se movía con «paso altanero, mirada muy ágil, evidentes su orgullo y su poder». Atila era analfabeto y gestionaba la correspondencia por medio de un secretario romano, Orestes. «Amaba la guerra» y aunque «conocía la moderación y se mostraba excelente en las deliberaciones, empático con los suplicantes y gracioso con los que estaban bajo su protección», no por ello era menos letal. «Te empalaré y te daré a comer a los pájaros», solía decir, y en la capital de Atila era habitual en efecto ver empalados

en estacas a uno o dos «espías».

Teodosio II, después de completar unas nuevas murallas tales que Constantinopla resultó prácticamente inexpugnable durante casi mil años, dejó de pagar a Atila y encargó que lo asesinaran; para llevar a cabo el trabajo sobornó a un aliado esciro, Edika, pero la conjuración se destapó antes de conseguir su objetivo. Atila disfrutó al saber de la duplicidad de los romanos: «El padre de Teodosio era un rey; yo soy Atila, hijo de Mundzuk. Mi nobleza, yo la he preservado; Teodosio, no. ¿Quién de los dos es el bárbaro? ¿Quién, el civilizado?». Pero Constantinopla era inconquistable y Atila necesitaba un botín para satisfacer la voracidad de sus caudillos. ¿Qué le convenía más: someter Persia, o dirigirse al oeste? Mientras los vándalos se asentaban en África, y los godos, francos y burgundios hacían lo mismo en España, Francia y los Países Bajos, Atila recibió una invitación sorprendente:[11]la propuesta de un matrimonio real.

La boda sangrienta de Atila; la novia de Justiniano

En Rávena, la sexagenaria emperatriz Placidia se había retirado. Su hijo Valentiniano III gobernaba, pero su hija, la inquieta y temeraria Honoria, que contaba por entonces unos treinta años, se aburría con la monótona existencia de una Augusta y, como ansiaba más aventuras, inició una relación con su chambelán Eugenio. Cuando Placidia y Valentiniano lo supieron, hicieron ejecutar al amante y desposaron a la Augusta con un senador avejentado. Honoria le dirigió una carta a Atila y un eunuco de nombre fragante —Jacinto— se encargó de llevársela al huno en secreto, junto con el anillo de la mujer.

Atila aceptó la proposición indecente, pero sugirió que aportara como dote la mitad del imperio occidental. Placidia se enfureció. Valentiniano decapitó a Jacinto y ordenó ejecutar a Honoria, pero la madre intercedió y apresuró la boda con el viejo senador. «No aceptaré que traten mal a Honoria», escribió Atila, al saber que habían arrestado a su prometida; si no le cedían el cetro

de la soberanía, él se encargaría de vengarla. Quizá las esperas interminables mataron a Honoria; quizá el dramatismo de la situación mató a Placidia; el caso es que ambas murieron mientras Atila y sus hordas de hunos, godos, burgundios, gépidos, alanos y lombardos cruzaban el Rin y saqueaban la Galia, y Aecio reunía a su coalición —no menos bárbara— de romanos, francos, burgundios y visigodos.

En Troyes, el obispo se plantó ante Atila y reclamó piedad, como hombre de Dios. «¡Yo soy Atila!», contestó el huno, riéndose amenazadoramente. «Soy el flagelo de Dios. ¿Qué mortal podría resistir el flagelo de Dios?» Pero no asoló Troyes.

En una batalla librada cerca de Châlons, Aecio detuvo a Atila y las tropas romano-visigóticas atraparon al huno entre un círculo de carretas. Atila, que se negaba a que lo apresaran con vida, se preparó para la inmolación tradicional entre los nómadas, en una hoguera de sillas de montar, que eran de madera. Pero la suerte cayó del lado de los hunos, que dieron muerte al rey visigodo, al que incineraron en aquella misma pila.

Aecio no quería destruir a los hunos porque esto le habría dejado a merced de los godos. Al amanecer, Atila quedó asombrado al ver que los romanos se habían marchado, y encabezó el regreso de su horda a Hungría.

En 452 Atila invadió Italia y logró conquistar Milán; pero las enfermedades asolaron a las fuerzas hunas, que emprendieron la retirada con el consuelo del oro romano. En la primavera siguiente el polígamo Atila se casó con una novia nueva, Ildico. Después de un banquete nupcial con profusión de bebida, se dirigió a la cama, tambaleándose, sufrió una hemorragia y se ahogó en su propia sangre.[12]Cuando Ildico se despertó, se encontró toda ensangrentada y con Atila muerto a su lado. Al día siguiente «avanzada la mañana hasta una hora tardía, los asistentes del rey sospecharon de alguna artimaña y, después de un gran griterío, derribaron las puertas», escribió Prisco. Se encontraron a un rey aparentemente ileso, con sangre por todas partes y la bella muchacha «abatida y llorando por detrás de su velo». Ildico, sin saberlo, había salvado Europa, pero no se volvió a saber nada de

ella; es posible que la sacrificaran y sepultaran con Atila.

Poco después de la muerte de Atila, un joven porquero de Scupi (Skopje, en Tracia) llamado Justino huyó de una incursión de los bárbaros en dirección a Constantinopla. Llegó allí sin más medios que los harapos que vestía y un poco de pan, pero de alguna manera encontró trabajo entre los *excubitores*: la guardia de seguridad que protegía el Sacrum Cubiculum, el dormitorio octogonal del emperador.

En esas fechas Constantinopla era una de las ciudades más grandes del mundo, que sus emperadores gobernaban desde el Gran Palacio —*Mega Palation*—, que se enlazaba, mediante pasajes secretos, con el Hipódromo y el Foro. La riqueza agrícola y los tributos de Egipto, Siria, Grecia y los Balcanes eran gestionados por una corte refinada y un funcionariado complejo, a menudo dirigido por un castrado, el chambelán en jefe. La Gran Ciudad contaba con una población de unos quinientos mil habitantes,[13]entre los que predominaba cada vez más la lengua griega, y cuyas dos obsesiones principales eran la soteriología —la búsqueda de la salvación— y el deporte. Su cristianismo estaba escindido ferozmente entre distintas sectas cristológicas, y los premios del Hipódromo —cuyas carreras reunían a hasta cien mil espectadores — eran objeto de la implacable competencia de cinco equipos de aurigas identificados mediante cinco colores distintos, que desde la perspectiva de nuestros días serían una mezcolanza de fanáticos del deporte, ultras del fútbol, mafiosos y paramilitares. Los emperadores se daban el título de vicerregentes de Dios y, aparte de su magnificencia y la panoplia de la monarquía, las únicas pruebas genuinas de la aprobación de Dios eran el orden interno, la ausencia de desastres naturales y las victorias bélicas, en particular contra los nómadas de los Balcanes y el sha de Persia.

Justino, el campesino ilirio, se distinguió en los combates contra los persas antes de regresar al palacio en calidad de Comes Excubitorum («conde de los guardaespaldas»). Había hecho venir de Skopje a su hermana Vigilancia y el hijo de esta, Pedro Sábato; Justino y su esposa adoptaron al niño y le dieron el nombre de Justiniano.

En este punto el emperador era Anastasio, un cortesano sexagenario que hallaba muchas dificultades para lidiar tanto con las controversias cristológicas del momento como con su propia sucesión. En julio de 518, cuando Anastasio, cumplidos ya los ochenta y siete años, se derrumbó, Justino y su sobrino Justiniano se encontraron en el centro de las intrigas cortesanas. Se esperaba que los emperadores sagrados estuvieran por encima de las mezquindades de la ambición, pues solo alguien que no codiciaba el púlpito podía merecerlo. Pero Justino hizo que Justiniano, en la treintena, hiciera el trabajo sucio. Amancio, el eunuco que era preboste del dormitorio, le entregó a Justino un tesoro con el que sobornar a la guardia para que respaldara a su propio candidato; pero Justiniano lo empleó para comprarle apoyos a su tío. Cuando el emperador falleció se encargó a Justino que anunciara su muerte ante el hipódromo, donde Justiniano arengó a la masa para que reclamara a un general. Pero había dos generales y estalló un enfrentamiento entre los partidarios de Justino y los de su rival. Justiniano estuvo a punto de morir en el intento, pero sus maniobras concluyeron con la aclamación de su tío. En el palco imperial, los eunucos le entregaron los símbolos del poder al nuevo emperador y Justino se dirigió a la muchedumbre. Tal era el sistema de elección de los emperadores en Constantinopla.

El emperador Justino, por entonces de unos sesenta años, era experto pero inculto. Según un contemporáneo, Juan Malalas, Justiniano, a sus treinta y seis años, era un hombre «bajo, de buen pecho, buena nariz y piel clara, atractivo físico, cara redonda con el pelo rizado y ralo, tez colorada, la barba y el pelo algo canos». Aunque Justiniano era el heredero claro, todos los líderes odian la propia mortalidad y la idea de que haya personas preparadas para sucederlos; así que estuvo a punto de caer en desgracia, por efecto del amor.

El objeto de su pasión era Teodora, una actriz rubia y veinte años más joven, hija de un entrenador de osos del hipódromo, que había actuado en espectáculos sexuales en vivo donde varios hombres la penetraban por todos los orificios y unos gansos comían grano de sus genitales; así lo afirmaba al menos un

cortesano furioso, Procopio, cuya sátira tenía gracia solo porque en parte lo que contaba era verdad.[14]Teodora renunció a las fosas de los osos y a los espectáculos sexuales y se entregó a la religión con una solemnidad carente de todo humor; pero lo que verdaderamente cambió su vida fue encontrarse con Justiniano.

Qusay y Justiniano: de Constantinopla a La Meca

Justiniano estaba resuelto a casarse con Teodora, pero por un lado la ley prohibía el matrimonio de nobles con actrices y por otro la emperatriz Eufemia lo veía con malos ojos. En 521 Justino legalizó el matrimonio a la vez que autorizaba a investigar cuáles eran los planes de Justiniano. Para recuperar su favor su sobrino puso en práctica un plan que pretendía mostrar que Dios era favorable a la dinastía de Justino: una guerra contra Persia.

Los dos imperios estaban librando guerras por delegación para las que empleaban a sus aliados árabes, de Siria a Yemen. El sha sasánida respaldó a los lajmíes de Irak y Justino, por consejo de su sobrino, reconoció al jeque de las tribus gasánidas (*ghassan*), cuyo cuartel general estaba en los Altos del Golán, con los títulos de rey, patricio y filarca. Los potentados árabes lucharon con tanta ferocidad que a sus señores imperiales les costó frenarlos. En el sur de Arabia los romanos rivalizaban con los persas. Los reyes cristianos de Aksum (Etiopía) habían conquistado Himyar (Yemen); pero entonces un rey himyarí, Abu-Kariba, expulsó a los africanos, se convirtió al judaísmo —desafiando a Aksum, Constantinopla y Persia— y se apoderó de Arabia hasta la ciudad septentrional de Yatrib (Medina). Cuando el rey judío Yusuf emprendió una persecución de los cristianos, el rey Kaleb de Aksum logró el apoyo de Justino para recuperar Yemen. El ejército africano pasó a Asia y derrocó a Yusuf, que se arrojó al mar sobre su corcel. Los cristianos habían ganado... por el momento.

Entre los tres reinos árabes estaban las ciudades menores de Arabia, que incluían a cristianos, judíos y paganos; eran paradas de las rutas de las caravanas, que iban del mar Rojo y el golfo Arábigo

a Egipto y Siria. Un ejemplo era La Meca, que era a la vez un centro comercial y un santuario numinoso, gobernado por la familia del jeque Qusay, que había venido de Himyar y se convirtió en el guardián de su Kaaba, un meteorito negro rodeado por un panteón de estatuas.[15]Tras la muerte de Qusay, hacia 480, sus hijos y nietos mandaron en La Meca como fundadores de la familia más poderosa de la historia mundial.

En Constantinopla Justiniano sucedió a su tío y empezó a exhibir su noble legitimidad cristiana persiguiendo a los judíos y los maniqueos, construyendo más iglesias con un elemento característico nuevo —la cúpula—, codificando las leyes y combatiendo con Persia. Pero tirar los dados de la guerra siempre nos somete al azar. El sha soltó la correa de su aliado árabe, el rey Al-Mundhir, que asaltó la Palestina romana, Egipto e incluso las afueras de Antioquía, donde apresó a dos generales romanos (por los que pidió rescate) y cuatrocientas monjas (a las que quemó vivas, como sacrificios a Al-Uzza).

Justiniano promovió a Belisario, un general tracio que se había iniciado como guardaespaldas de Justino. La figura fornida y la buena apariencia de Belisario contrastaban claramente con el delgado Justiniano, de tez rojiza. Casado con Antonina, hija de un auriga y gran amiga de Teodora, desde la juventud de ambas en las carreras, Belisario —entre cuyo personal se hallaba Procopio, el historiador pornográfico— era un innovador que, a partir de su propio regimiento, diseñó un ejército nuevo, con una caballería pesada multifunción y arqueros montados ligeros. Justiniano y Belisario formaron una asociación ganadora, aunque el emperador, siempre dado a la manipulación, no perdió nunca de vista que un general triunfante representaba una amenaza. Ahora Belisario obtuvo victorias contra los persas, pero sus árabes rebeldes le abandonaron y el sha no tardó en adentrarse en Siria. Cuando parecía que las cosas no podían empeorar, lo hicieron.

JUSTINIANO: SALOMÓN, TE HE SUPERADO

En enero de 532, Justiniano ordenó ahorcar a algunos ultras de las carreras, de los equipos Verde y Azul; pero las cuerdas se rompieron y los matones se dieron a la fuga. En el Hipódromo la multitud gritaba reclamándole a Justiniano que perdonara a los huidos. Cuando este se negó, las distintas facciones se unieron y, al grito de guerra de «*Nikά!*» («¡Victoria!»), asaltaron la prisión y, ante un incendio descontrolado, perdieron los estribos. Justiniano, sitiado en el Mega Palation mientras en el Hipódromo se aclamaba a un nuevo emperador, se dispuso a escapar en barco; pero vacilaba. Teodora en cambio lo tenía claro: prefería morir como emperatriz: «no hay mortaja mejor que el púrpura».

La pareja aún tenía un as guardado en la manga: Belisario —en cabeza de su vanguardia de bucelarios (*buccellarii*, «comedores de galletas») y *foederatii* de los Balcanes— llegó del frente, irrumpió en el Hipódromo y masacró a treinta mil personas: ¡un 5 % de la población de la ciudad! Justiniano pudo quedarse.

Sin embargo, tocado por el fiasco, Justiniano tuvo que suscribir una «paz eterna» con el nuevo sha, Jusráu (Cosroes, en su nombre helenizado), que le costó la humillante cantidad de once mil libras de oro. El emperador recibió entonces la noticia de que un aliado suyo, el rey del África vándala, con capital en Cartago y el dominio de Sicilia, había sido derrocado tras el golpe del aristócrata Gelimer. En 533 Justiniano envió a Belisario con 92 naves de guerra, 30.000 marinos y 15.500 efectivos terrestres. El general descubrió que Gelimer estaba en Cerdeña y, tras reabastecerse en Sicilia, puso proa hacia África. En marzo de 534 tomó Cartago y deportó y aniquiló a la clase dirigente vándala; luego regresó a Constantinopla, donde celebró un triunfo en el que el *triumphator* tuvo la prudencia de acabar besando los pies de Justiniano ante cien mil espectadores congregados en el Hipódromo.

A continuación Justiniano recurrió a un pretexto —el asesinato de una aliada, la reina goda de Italia— para reconquistar Roma. En 535 Belisario y un ejército reducido tomaron Sicilia, Roma y Rávena y luego se dirigieron al sur de España.

Justiniano celebró estos triunfos embelleciendo

Constantinopla para reflejar su visión del imperio cristiano: erigió una columna de setenta metros de altura, coronada por una estatua de él mismo con armadura; construyó 33 iglesias y, lo más impresionante: la monumental iglesia de Hagia Sophia («Santa Sabiduría»).[16]«Salomón, ¡te he superado!», musitó contemplando la mole de Santa Sofía. Pero la invencibilidad siempre es algo meramente temporal.

En 540 el sha de Persia invadió Siria como respuesta a las incursiones de Al-Harith, el rey árabe asociado con Justiniano, que había atacado a un aliado de los persas, Al-Mundhir. La guerra de los delegados se descontroló: Al-Mundhir contraatacó, apresó al hijo de Al-Harith y lo sacrificó a la diosa solar, Al-Uzza. El conflicto no concluyó hasta que Al-Harith mató a Al-Mundhir en combate, pero por detrás de este enfrentamiento había otro mayor entre un sha sasánida que no tenía nada que envidiar a Justiniano como conquistador, constructor y legislador. Jusráu Anushirván («alma inmortal») había dedicado los años de paz a liquidar a todos los rivales de la familia y aplastar una nueva religión fundada por un sacerdote zoroástrico llamado Mazdak, que había fundido la cosmología dual de Ahura-Mazda y el maniqueísmo con ideas revolucionarias de igualdad y caridad (en nada disímiles de las del cristianismo), así como con una corriente de hedonismo feminista. Mazdak enseñaba que las viudas no eran propiedad de ningún hombre y los críticos reprochaban a sus partidarios su carácter promiscuo y socialista. Jusráu lo vio como una amenaza contra el zoroastrismo y enterró vivos a muchos mazdakitas, de los que hizo que sobresalieran solo los pies para decirle a Mazdak que admirase aquel «jardín humano» y luego utilizarlo como diana en sus prácticas de arco. A pesar de este jardín humano, Jusráu era más tolerante y ecléctico que Justiniano, e invitó a su corte a sabios indios, cristianos y judíos, a los que no tardaron en unírseles los filósofos griegos expulsados por el bizantino. «Estudiamos las costumbres y conductas de los romanos y los indios y aceptamos lo que nos pareció encomiable y razonable, sin rechazar nada solo porque fuera propio de otra religión o de otro pueblo», afirmó Jusráu.

No fue coincidencia que promoviera el juego indio del ajedrez. El Inmortal se adentró en la Siria romana, prescindió de los asedios porque requerían de mucho tiempo y asaltó la capital oriental, Antioquía. Jusráu hizo miles de esclavos a los que envió al este, para poblar una nueva ciudad llamada Veh-Antiok-Jusráu («la Antioquía mejor, de Jusráu»), en una marcha que costó muchas vidas.[17]

Justiniano hizo volver de Italia a Belisario y le envió a Siria, pero el emperador cayó enfermo de gravedad. Se había infectado de una pandemia catastrófica, en palabras de Procopio: «una pestilencia que estuvo a punto de aniquilar al conjunto de la raza humana».

La pandemia de Justiniano y los pájaros asesinos de La Meca

Aunque la pandemia obligó a Jusráu a retirarse, en el verano de 541 azotó Constantinopla con una aleatoriedad fatal que podía ascender hasta a diez mil muertos por día. Entre el 20 y el 40 % de la ciudad perdió la vida. Se trataba de la peste bubónica, la bacteria de *Yersinia pestis*, portada primero por las pulgas que nidificaban en la piel de las marmotas de las montañas de Tian Shan (Asia central), transmitida probablemente por las migraciones de los hunos y otros nómadas de la estepa, y difundida por las ratas de barcos y ciudades, de modo que viajó hacia el sur, entró en la India y en Persia y pasó a Egipto y, hacia el oeste, a Constantinopla.[18]

Las condiciones contribuían al desastre. En 536 una erupción volcánica había arrojado tanto polvo a la atmósfera que «el sol», contaba Procopio, «emitía su luz sin brillo»; las temperaturas cayeron, las cosechas se perdieron, la gente se debilitó.[19]La enfermedad empezaba inocentemente, pero mataba con rapidez. Según escribió Procopio:

> De pronto tenían fiebre y se sentían lánguidos hasta la noche ... Los que contraían la enfermedad no tenían la sensación de que se

> fueran a morir. Pero a los pocos días aparecía una inflamación bubónica, no solo en esa parte concreta del cuerpo que [en griego] llamamos *bubón*, la ingle, por debajo del abdomen; sino también en las axilas, por detrás de las orejas, en los muslos. Luego algunos caían en un coma profundo, otros, en un delirio violento ... los afectados por el delirio padecían de insomnio y una imaginación distorsionada: estaban convencidos de que alguien los perseguía, salían corriendo desesperados y se daban a la fuga entre gritos ... La inflamación bubónica se mortificaba [por efecto de la gangrena] y los pacientes, incapaces de seguir soportando el dolor, perecían. La muerte era inmediata en algunos, en otros venía después de muchos días; en algunos el cuerpo se reventaba con pústulas negras del tamaño de una lenteja [de ahí que posteriormente se la conociera como «peste negra»] y estos no sobrevivían ni un día, sino que morían en el acto.

En marzo de 542, Justiniano dictó leyes para apuntalar la economía, en las que hizo referencia a la «presencia ubicua de la muerte», que se había «difundido por todas las regiones». Cuando él también enfermó tuvo que preservar el orden por lo menos en aquel osario, pero la ciudad se le estaba yendo de las manos: «Al principio cada uno asistía al entierro de los muertos en su propia casa, pero después la confusión y el desorden se apoderaron de todo».

Los conspiranoicos difundieron el pánico con teorías que nos suenan más que familiares. «Les encanta inventarse causas del todo incomprensibles», comentó Procopio, «y fabricarse teorías estrafalarias a partir de la filosofía natural. Pero para esta calamidad es del todo imposible tanto expresar con palabras como concebir de pensamiento ninguna explicación, más allá de atribuírsela a Dios.» Esto al menos libraba de la quema a los políticos: a diferencia de lo que sucede con los líderes modernos, nadie esperaba que Justiniano o Jusráu pudieran aportarles seguridad ante la enfermedad; solo Dios podía aliviar los estragos o ponerles fin. «Es un castigo que la bondad de Dios nos envía», escribió Justiniano, y que a su entender debería haber convertido a los trabajadores en mejores personas, «pero en cambio me dicen que se dan a la avaricia». En Constantinopla Procopio vio que «hasta los cadáveres de los grandes quedaban sin sepultar». Al final

Justiniano «desplegó a soldados desde el palacio y repartió dinero ... Las tumbas se llenaron con los muertos y cavaron fosas alrededor de la ciudad». El «hedor maligno» era insufrible. Cuando hasta las fosas comunes quedaron llenas, «subieron a las torres de las fortificaciones, arrancaron los techados y lanzaron los cadáveres allí, en absoluto desorden, hasta que las torres quedaron llenas de cuerpos y volvieron a poner los techos».

En el momento en que se supo que Justiniano se había infectado —«porque él también tiene una inflamación en la ingle»—, la jerarquía quedó conmocionada: «no había posibilidad de ver absolutamente a nadie vestido con la clámide [la capa típica del vestuario de los altos empleados públicos]». Se impuso un confinamiento: «en la ciudad que tenía el dominio sobre el vasto imperio de Roma, todo el mundo se ha arreglado una enfermería privada y se quedan tranquilamente en sus casas». Jusráu también enfermó, pero los dos emperadores se recuperaron. «Donde el bubón alcanzó un tamaño inusual, descargó el pus y sobrevivieron», explicó Procopio.

Después de cuatro meses la peste retrocedió, pero fue reapareciendo en oleadas. La pandemia demostró ser un superpropelente, una de esas catástrofes que impulsan cambios tectónicos. Murieron cerca del 25 % de los europeos y también muchos persas; la agricultura padeció; los ingresos se hundieron. Los dos imperios habían quedado debilitados.

En 548 Teodora falleció, de resultas de un cáncer, a la edad de cincuenta y un años. Justiniano sollozó mientras le daban sepultura en la Iglesia de los Santos Apóstoles. Él vivió veinte años más, con dificultades para defender Italia y África, puesto que, como en tantas otras guerras, fue más fácil conquistarlas que mantenerlas. Sus guerras eran onerosas, y ello en un imperio desolado y perseguido por la peste, sometido a un megalomaníaco quisquilloso, convencido de su superioridad y ya anciano. En África se rebelaron las tribus bereberes; Roma se perdió y se recuperó repetidamente; Belisario y sus generales combatieron la insurgencia de los godos antes de que un pueblo germánico del norte, los lombardos, se desplazara al sur amenazando con ello a

los romanos, lo que convirtió la aventura gloriosa de Justiniano en un pantanal interminable. Sin embargo, Constantinopla retuvo el control de Italia meridional durante varios siglos.

En 562 Justiniano firmó definitivamente la paz con Jusráu, al que tuvo que pagar más tributos en oro. El tesoro de Constantinopla escaseaba, aunque los cultivos de las tierras centrales, asolados por la peste, seguían generando tributos. La responsabilidad de lo que sucedió a continuación fue compartida con los sucesores de Justiniano, menos eminentes que este.

Justiniano, que se hacía llamar «conquistador de muchas naciones», siguió con vida, aferrado al cetro con sus dedos escleróticos y negándose a nombrar un sucesor. Pero Teodora había acordado el matrimonio de una sobrina, Sofía, con un sobrino de Justiniano, Justino, que en ese momento prestaba servicio como *kuropalates* («director de palacio»). En noviembre de 565, a la muerte de Justiniano, con ochenta y tres años,[20]Justino II ya controlaba el Mega Palation y anunció que Sofía gobernaría con él, como Augusta. En la capilla ardiente del viejo maestro embalsamado, Justino le besó y dijo: «Vos, mi padre venerable, ya podéis gozar entre las filas de los ángeles ... Estáis viendo a Dios». Justino II, que había cumplido ya los cuarenta y cinco, estaba resuelto a demostrar que era un elegido de Dios. En consecuencia, negándose a ver que sus recursos estaban sometidos ya a una gran exigencia, se preparó para enfrentarse a Irán, donde Jusráu el Inmortal, que disponía del oro de Roma en abundancia, ardía en deseos de someter Arabia.

El aliado árabe de Jusráu, el rey Amr el Incinerador (así apodado por el destino de sus cautivos, como sacrificios humanos) se enfrentó al rey africano de Himyar, un cristiano de Aksum llamado Abrahá (exesclavo de un mercader romano), que emprendió una marcha contra La Meca con un cuerpo de elefantes.

Los mecanos —a la sazón dirigidos por Abdul Muttalib, apodado «Franjablanca» por su pelo, guardián de la Kaaba, jeque del clan de Quraysh (los coraichíes) y dirigente habitual de las caravanas a Palestina— repelieron a los etíopes y sus paquidermos en 570 gracias a un asesinato selectivo: Abrahá fue ametrallado

por una bandada asesina de pájaros sagrados que lo bombardearon con rocas. Así derrotaron a los elefantes; al rey africano, lo despedazaron. Esta victoria medio mítica —el Año del Elefante— se produjo el mismo año en que nacía en La Meca un bebé llamado Muhammad, o Mahoma.[21]

Acto quinto
300 millones

La dinastía de Mahoma

Enfrentamiento familiar

El padre del chico, Adbulá, murió antes de que él naciera; la madre, Amina, cuando él era aún joven; por lo tanto Mahoma (Muhammad ibn Abd-Allah) quedó a cargo de su abuelo, el legendario Abdul Muttalib, que había derrotado a los elefantes. Franjablanca y sus hijos, Al-Abbás y Abu Talib, encabezaban caravanas de especias y perfumes que venían de Yemen y seguían hasta Gaza y Damasco. Antes de morir a los ochenta y un años, Franjablanca ordenó a su hijo Abu Talib que se ocupara de Mahoma, que fue criado por una niñera etíope y un séquito de esclavos. Abu Talib se llevó al joven Mahoma en las caravanas que se dirigían a Siria.

Pero la familia estaba dividida en dos ramas, originarias de dos siameses —Umayyah y Hashem— a los que supuestamente hubo que separar con una espada. Hashem era el padre de Abdul Muttalib, luego el bisabuelo de Mahoma. Con la desaparición de Franjablanca, el clan Omeya expulsó a los hachemíes. Los dos linajes empezaron disputando por el santuario de la Kaaba y los ingresos de las caravanas, pero esto se convirtió luego en una batalla por el poder, una guerra familiar que todavía divide al mundo árabe en nuestros días.

Arabia, mientras Mahoma crecía en La Meca, estaba viviendo una transformación radical, y a los reyes africanos de Yemen no les faltaron razones para lamentar haber atacado la ciudad. Jusráu, informado por el rey Amr el Incinerador, su aliado árabe, de que los yemeníes pedían ayuda contra los etíopes, envió una fuerza hacia el sur que expulsó a esos cristianos africanos y se apoderó del reino yemení. Si el emperador Justino necesitaba un pretexto para

emprender una guerra, este era idóneo.

Mientras Jusráu y Justino seguían enfrentados en su guerra bipolar, otros pueblos que cambiarían el mundo galopaban por las estepas, más al norte. Los turcos eran jinetes arqueros, nómadas originarios de las fronteras de Mongolia/Manchuria que, desplazados por la agitación de su vecino, fueron trasladándose hacia el oeste hasta provocar una migración en estampida. Justino envió delegaciones para invitar a los turcos a atacar a Jusráu y dejó de cumplir con los pagos acordados con Persia. Los turcos abrirían un frente septentrional. Pero en la práctica, cuando estalló la guerra, Jusráu el Inmortal, aún vigoroso a sus sesenta años, conquistó la fortaleza romana de Dara, mientras que los turcos ni siquiera se presentaron. La humillación volvió loco a Justino.

El emperador que cacareaba como un gallo y ladraba como un perro: la locura de Justino

Justino intentó arrojarse por una ventana. Luego creyó ser un tendero que anunciaba sus mercancías por los alrededores del Mega Palation: «Panes, panes, ¿quién quiere panes?». A continuación empezó a morder a sus eunucos. Por último «ladró como un perro, baló como una cabra, maulló como un gato y cacareó como un gallo». Las únicas cosas que le calmaban eran o bien que los eunucos lo carretearan a toda prisa en un armazón cargado con el trono mientras escuchaba música de órgano, o bien escuchar la amenaza de que «¡Viene Al-Harith!», el rey árabe. La emperatriz Sofía asumió el mando diciendo: «El reino le llegó a través de mí y ha vuelto a mí»; era sin duda una digna sobrina de Teodora. Sin embargo, la locura fue minando a la familia. Sofía planeaba traspasar el trono a un primo de Justiniano, pero ante las incursiones de los nómadas ávaros en los Balcanes y la ofensiva persa en el este, Justino adoptó a un general: Tiberio. Para la comandancia en jefe, Tiberio II, que fue emperador desde 578, seleccionó a Mauricio, un exfuncionario que había sido su conde de los excubitores; aunque carecía de experiencia militar logró

repeler a los ávaros y contener a los persas. Pero Mauricio tuvo dificultades para controlar a su aliado árabe, el extravagante Al-Mundhir: en 581, los dos fracasaron en el intento de tomar Ctesifonte. Mauricio hizo arrestar al rey árabe, pero este enfrentamiento contribuyó a desestabilizar el mundo bipolar romano-persa. En 582, en su lecho de muerte, Tiberio desposó a su hija con Mauricio, que dio inicio a su propio reinado como emperador con un golpe de suerte.

El sha Jusráu II entró en territorio romano. El nieto del Inmortal contaba solo veinte años cuando un golpe contra el inepto de su padre lo ascendió al trono; pero ya había demostrado su valía gobernando la Armenia irania. En su voracidad, los tíos cegaron y estrangularon al padre; pero mientras los generales pujaban por el poder, el joven Jusráu escapó en compañía de Shirin, su reina cristiana —de una «belleza extraordinaria»—,[1] gracias a la ayuda de otro cristiano, el rey árabe Al-Numan. Una vez en territorio romano, el joven sha se presentó como suplicante ante Mauricio, quien lo adoptó como hijo; a cambio de la Armenia occidental, le prestó un ejército y, en 591, Jusráu reconquistó Ctesifonte.

Mauricio y Jusráu terminaron con sus aliados árabes, que no eran de fiar. Pero los árabes de Al-Mundhir, enojados porque Mauricio hubiera arrestado a su rey, saquearon Palestina, y Mauricio dejó de subsidiarlos. Jusráu quería casarse con la hija de su aliado árabe Al-Numan III, que se negó, calificando la propuesta de «vil abominación». El desprecio mutuo de árabes e iraníes viene de antiguo. «¿Acaso no le basta con el ganado de la Oscuridad [las mujeres de Irán], que ahora quiere tener también a mujeres árabes?», exclamó Al-Numan. Jusráu replicó pisoteando a Al-Numan con sus elefantes. Los árabes, desafiantes, se enfrentaron al sha en la guerra de la Ubre de Camello. En ambos lados del desierto, los monarcas se habían deshecho de los árabes. Entre una extraña atmósfera de expectativas apocalípticas, la competencia por el poder mundial echó a rodar de una forma impredecible.

Jusráu mantuvo la lealtad hacia su «padre» Mauricio hasta 602, cuando el emperador, que había exigido en exceso a sus tropas, fue derrocado por un motín, que encabezaba el centurión

Focas. Este obligó a Mauricio a contemplar, antes de morir, cómo decapitaba a sus seis hijos —luego aún le siguieron su esposa y tres hijas—, una atrocidad que conmocionó a los obispos de Roma en un Occidente que aún reverenciaba a los emperadores romanos.

En una Roma sumida en la ignorancia; descuidada por un soberano remoto, Focas; arruinada por las guerras de Justiniano; diezmada por la peste y rechazada por los asesinos constantinopolitanos, este fue el momento en el que un obispo, casi por defecto, empezó a asumir una importancia sagrada. Los obispos de Roma —aún no se les llamaba «papas»— eran elegidos, de una manera informal, por otros obispos, los magnates de la ciudad y los emperadores de Constantinopla. En estas fechas, Gregorio, de cincuenta años —un aristócrata piadoso y carismático que había cobrado fama por dar de comer a los pobres desde su posición como prefecto (alcalde) de Roma—, se convirtió en el obispo que puso los cimientos tanto del papado como de los valores familiares occidentales. Occidente estaba dominado por reyes francos y lombardos que, aun siendo cristianos, practicaban abiertamente la poliginia (mantenían a muchas concubinas, además de a la esposa principal) y se casaban con primas y sobrinas para preservar las propiedades y el poder de sus clanes. Gregorio lo calificó de «incesto» y lo prohibió; fue el principio de una campaña eclesiástica obsesiva, de muchos siglos de duración, que aspiraba a promover un concepto nuevo del matrimonio. Al mismo tiempo el obispo puso en marcha una campaña dirigida a convertir a los paganos del norte.

En 597 Gregorio envió un legado a Kent: Agustín. Britania ya se había convertido al cristianismo con anterioridad, en tiempos de Constantino; pero en 410, cuando los romanos se marcharon, en algunos lugares los lujos y el cristianismo de Roma perduraron, pero en otros no. La pérdida del agua corriente, las termas y las villas con ventanas de vidrio fue terrible, pero en algunas ciudades siguieron instalándose suelos de mosaico varias décadas después de que los romanos desaparecieran. El cristianismo de los britano-romanos se debilitó, o incluso desapareció, cuando llegaron de Alemania los anglos y los sajones, invasores paganos que

masacraban, violaban y saqueaban; el monje Beda, en su faceta de historiador, dejó constancia de sus estragos. Pero el análisis de ADN ha demostrado que los invasores —ya fuera por la fuerza o por afecto— también formaron familias con los britano-romanos y se establecieron en el país. Mientras que el noroeste de la isla preservó el carácter celta con orgullo, bajo los reyes de Strathclyde entre otros, por el contrario el este —Anglia— fue colonizado por los anglos, y el sur, por los sajones, que fundaron reinos propios. El rey sajón de Kent, Aethelberht (Etelberto), se casó con la reina Berta, hija del rey franco de París, que se había llevado con ella a su propio obispo. Gregorio encomendó a Agustín que instaurase el control papal.

Etelberto asintió y Agustín se convirtió en el primer obispo de Canterbury. Aunque el proceso distó de ser tan radical como se quiso dar a entender, Gregorio anunció a bombo y platillo «la conversión de Britania». El ascenso de los papas se vio favorecido por lo que sucedió a continuación en Constantinopla.

Cuando Jusráu recibió la noticia de que habían asesinado a su padre adoptivo —el emperador Mauricio— entró en guerra. El sha aspiraba a demostrar muchas cosas, por lo que todo debía ser gigantesco. Solía sentarse en el colosal *iwan* (sala del trono) de su padre, con ropajes literalmente infestados de joyas relucientes, sobre una alfombra de casi cien metros cuadrados que se llamaba «Primavera del sha» y representaba sus jardines. Vestía una armadura ribeteada de oro; montaba un imponente corcel negro, Medianoche, en cabeza de un ejército de catafractos, caballeros y caballos; su estandarte de piel de tigre, de cuarenta metros de longitud, ondeaba por encima. Pero no se conformaba con la pompa. Quería el mundo.

Jusráu planeaba una ofensiva en varios frentes. Iba a lanzar a Joream —soberano de un pequeño principado parto, casado con una hermana del sha, que se congratulaba del título de Shahbaraz («oso real»)— primero contra Armenia, luego contra Siria. Focas no estaba a la altura del desafío y sus legiones hicieron aguas frente a los catafractos de Oso Real. Pero los romanos confiaron en un aristócrata joven y competente, Heraclio, hijo del exarca de África,

que estaba dispuesto a dar un paso adelante. Heraclio zarpó hacia Constantinopla, mató a Focas, se apoderó del trono e intentó frenar a Oso Real. Sin embargo, el imperio se estaba derrumbando.

«¡RECITA!» «¡NO SÉ RECITAR!» «¡RECITA!» LA REVELACIÓN DE MAHOMA

Los persas avanzaron con facilidad hacia el oeste. Oso Real capturó Damasco y Jerusalén, y desató un fervor apocalíptico entre los judíos, a los que liberó de varios siglos de persecución cristiana. En Antioquía sus soldados castraron al patriarca cristiano y le arrojaron los genitales a la cara. Jusráu devolvió Jerusalén a los judíos, que la controlaron durante unos pocos años —ya por última vez, antes de 1967—, mientras Oso Real torturó al patriarca de la ciudad hasta que le entregó la reliquia de la Vera Cruz, que se envió a la reina Shirin.

Para el emperador Heraclio fue una lección de humildad. La caída de Jerusalén parecía anunciar el Juicio Final, no solo para los cristianos, sino también para los árabes paganos. En La Meca, el mercader Mahoma, llegado ya a la cuarentena, tuvo noticia de estas asombrosas derrotas de Roma, indicios de una nueva era, una nueva revelación. «Roma ha sido vencida en una tierra cercana», reflexionó. Era una figura admirada por su decencia, amabilidad y serenidad, y por eso le apodaron *al-Amin*, «digno de confianza». Había viajado por algunos territorios de Roma, empezando por una visita a Siria, con su tío. Luego cuando él contaba veinticinco años, le envió allí una mercader mayor, Jadiya, que era adinerada y la personificación de la independencia femenina. El comportamiento de Mahoma en este viaje le valió otro apodo, *al-Sadiq* («el veraz»). Mahoma y Jadiya se casaron y ella aún pudo darle seis hijos; los niños murieron pronto, pero Fátima y otras tres hijas sobrevivieron. Además de criar a los hijos propios, en la casa creció también Alí —primo de Mahoma e hijo de su tutor, Abu Taleb— junto con un chico llamado Zayed, al que secuestraron y esclavizaron, lo pusieron en libertad y finalmente fue adoptado por

Mahoma. Mahoma vivió felizmente con Jadiya durante veinticinco años.

A los cuarenta años, Mahoma estaba meditando en una cueva de Hira cuando se sintió extraño, impedido, enfebrecido. Envuelto en zumbidos, sudaba copiosamente y creyó recibir la visita del arcángel Gabriel, que le dijo que él era el Mensajero y Profeta de Dios. «¡Recita!», ordenó Gabriel.

Al principio Mahoma no se lo contó a nadie, salvo a Jadiya; luego le confió la visita a un pequeño grupo encabezado por un amigo, Abu Bakr. Su mensaje, formulado con el encanto magnético de la poesía árabe rimada, fascinó a sus oyentes; era universal y lúcido, aunque a menudo se expresaba con el lenguaje oscuro esperable en los textos sagrados. Mahoma conocía la Biblia, en parte por sus viajes a Palestina y Siria, en parte por los numerosos cristianos y judíos que vivían en Arabia. Las enseñanzas de Mahoma incorporaron las profecías —y a los profetas— de judíos y cristianos, lo que confirió una legitimidad sacra y antigua a un nuevo mensaje. En el centro había un credo de monoteísmo puro, desprovisto de los rituales y la exclusividad de los judíos, así como de la devoción cristiana a un hombre y su imagen, con el concepto enmarañado de la Trinidad. «No hay más dios que Dios», recitaba Mahoma, en la versión más antigua de la *shahada*, y ese Dios no tenía hijos. El único camino era el de la sumisión —*islam*—, vivir de acuerdo con las reglas de devoción, en una religión que acogía con los brazos abiertos a todo el mundo (independientemente de su clase, género o nación), ofrecía un universalismo moral, el incentivo de la vida en el más allá, y unos ritos y reglas de fácil comprensión. A diferencia del cristianismo, el islam permitía el matrimonio polígamo, con hasta cuatro esposas y múltiples concubinas.

Cualquiera podía unirse al islam. Uno de sus primeros adeptos fue un africano esclavizado, Bilal ibn Rabah, conocido como Al-Habashi («el abisinio»). Se daba la bienvenida a todos los «pueblos del Libro», cristianos y judíos, «los creyentes», en palabras de Mahoma. Para difundir su mensaje —según el cual la Hora (el apocalipsis) era inminente— formó una comunidad de creyentes

leales, la *umma*. Esto solo podía ocurrir en Jerusalén. Mahoma había soñado que visitaba la ciudad en lo que se conoce como su «viaje nocturno». Cuando rezaba, se orientaba hacia la Ciudad Santa, una orientación que luego recibió el nombre de quibla (*qiblah*). Pero Dios ya no bendecía a los judíos y cristianos: los judíos habían perdido su Templo, Roma caía ante los persas. La revelación del islam era la tercera y última de las revelaciones.

Mahoma empezó a criticar la Kaaba, lo que le hizo impopular entre sus primos coraichíes; el acaudalado jeque Abu Sufyan, líder de ese clan, ordenó asesinarlo. En 622 Mahoma y sus partidarios huyeron al oasis de Yatrib, más al norte, donde el profeta reunió en su umma a sus mecanos y sus adeptos (entre los que había también judíos). Mahoma «no sabía escribir bien», según Abu Bakr, pero sus adeptos dejaron constancia de sus palabras, la «Recitación» (el Corán). Otros dichos se recogieron luego en el Hadiz.

Yatrib, renombrada como Medinat un-Nabi —Medina, la Ciudad del Profeta— se convirtió en un pequeño Estado teocrático dirigido por Mahoma, quien, a diferencia de Jesús, era un líder político y militar, además de un visionario religioso. Mahoma ascendió a primer muecín —responsable de convocar a la oración — a Bilal, un africano manumiso que poseía una voz muy resonante. Pero algunas tribus judías de Medina rechazaron el islam, por lo que Mahoma modificó la orientación de la quibla, trasladándola de Jerusalén a La Meca (y, según le dijo Alá, optó por «pasar por alto los errores [de los judíos] con graciosa indulgencia»). Pero para que cualquier revelación tuviera éxito, el poder era esencial, la guerra era imprescindible.

En Badr, en 624, Mahoma emboscó una caravana de La Meca capitaneada por Abu Sufyan. El jeque contraatacó y, en la batalla de la Trinchera, su esposa, la feroz Hind, entonaba cánticos para animar a sus hombres:

En el cuello llevamos perlas
y en el pelo, almizcle.
Si avanzáis, os abrazamos.
Pero si huis, os evitamos.

Cuando Abu Sufyan obtuvo la victoria, Hind lo celebró comiéndose el hígado de Hamza, tío de Mahoma, y trenzando collares con las orejas de los musulmanes muertos. Fue tanto más cruel cuanto que todo era muy íntimo: otro de los tíos del Profeta, Abbás —que luego cobraría importancia—, luchó en el bando pagano de La Meca. En 627 Mahoma castigó a una tribu de judíos que se había aliado con los mecanos: «les iba cortando la cabeza, a medida que se los traían», y a las mujeres y los niños, los esclavizó.

En Arabia, sus palabras cayeron en suelo fértil, no solo por su carisma personal, sino porque el mundo parecía estar a punto de irse a pique. Los imperios crecían y caían con giros del destino asombroso; los árabes no podían contar con la protección de sus patronos; el comercio estaba destrozado y eran tiempos de desesperación. «Nuestra situación era de absoluta miseria; nuestra religión pasaba por matarnos unos a otros y saquear», recordaba un soldado de Mahoma. El monoteísmo, con su consuelo de una salvación eterna, era más convincente que la diosa Al-Uzza, con su apetito por los sacrificios humanos. Hubo muchos líderes sagrados que predicaron en Arabia —Musaylima, Tulayha, Aswad, la profetisa Sajah— y Mahoma era tan solo uno más. El propio Mahoma, al contemplar la inestabilidad surrealista de la Roma oriental, se sentía bastante más próximo a los cristianos que a los zoroástricos. «Su derrota les hará vencer de nuevo», predijo.

Los Tang y Sasán

Cazador Letal, León del Oriente: la megalomanía de Jusráu

Sin tener conocimiento de las revelaciones que se producían en oasis de Arabia, a los romanos la victoria definitiva no les parecía algo inevitable. Oso Real se apoderó de Egipto. En 619 Shahin, general de Jusráu, se adentró en Anatolia hasta llegar a Calcedonia, situada al otro lado del Bósforo, enfrente de Constantinopla. Heraclio sopesó trasladar la capital a Cartago, pero después de reunirse con Shahin en persona se ofreció a reconocer a Jusráu como emperador supremo, con el poder de nombrar a los soberanos romanos. Parecía que los seis siglos de competencia por el poder mundial entre persas y romanos se habían decantado concluyentemente del lado de Jusráu. En el noreste los turcos habían sido derrotados por otro de sus generales, el príncipe armenio Smbat Bagratuní, pero luego se vengarían. Jusráu se hizo llamar Parviz, «el Victorioso»; tenía en sus manos el dominio del mundo. Los aristócratas iranios aconsejaron aceptar la oferta de Heraclio, pero Jusráu la rechazó.

La dificultad estribaba en tomar Constantinopla, con sus murallas casi inexpugnables. Jusráu negoció con el jagán de los ávaros, que estaba de pillaje por los Balcanes. Pero en 622 Heraclio concibió un contraataque valeroso. Dejó una buena defensa en la Gran Ciudad, transportó a veinte mil hombres costeando el mar Negro y desembarcó por detrás de las líneas persas, en la Anatolia oriental. Allí recibió una carta del sha, en la que este se calificaba de «cazador letal, el León del Oriente» y «el más noble de los dioses, rey y señor del mundo entero», y se mofaba de Heraclio por

ser un «vil y necio esclavo de Jusráu». Eran palabras lo suficientemente grandilocuentes para proceder del mismísimo Jusráu, acampado con su ejército en Azerbaiyán. «Dices que confías en Dios. ¿Por qué me ha entregado Él, entonces, Cesarea, Jerusalén, Alejandría?» Sugirió que Heraclio se retirase a cultivar viñas en Ctesifonte.

Heraclio convirtió el desastre de Jerusalén en la primera guerra santa; literalmente, una cruzada para recuperar la Vera Cruz. «El peligro que corremos es el heraldo de la vida eterna ... Sacrifiquémonos por Dios ... Conquistemos la corona de los mártires», declaró. Emprendió una marcha acelerada contra Jusráu, logró sorprenderle y forzarle a una retirada ignominiosa, y luego prendió fuego al gran santuario zoroástrico de Adur-Gushnasp, como venganza por Jerusalén. A principios de 625 Heraclio contactó con el kan turco, Sipi, sobrino del supremo jagán Tong, para proponer una alianza. Maniobró con brillantez contra los persas, aprovechando su exceso de confianza; emboscó a Oso Real, que huyó a caballo pero desnudo, sin su escudo de oro, sin sus sandalias enjoyadas.

Más al oeste, Jusráu el Victorioso ordenó emprender la batalla última, en pos de la Gran Ciudad, juego definitivo del Fin de los Dias. A Heraclio le había advertido: «¿No me crees capaz de destruir Constantinopla?». Oso Real avanzó hasta Calcedonia; por el lado europeo llegaron los ávaros y otra tribu oriental, los eslavos, que entraron remando en la bahía e izaron máquinas de asedio junto a las murallas de Teodosio. La situación se antojaba desesperada. Pero los romanos lograron impedir el paso de los iranios al lado europeo. Mientras los persas observaban desde el otro lado del Bósforo, los ávaros asaltaron las murallas; pero —con la ayuda de la Virgen María, que patrullaba los adarves— los romanos rechazaron el ataque y el rival tuvo que retirarse.[1]

En el remoto Irak, Heraclio, aliado ahora con cuarenta mil turcos al mando de Sipi, superó con sus maniobras a tres ejércitos iranios y logró matar a Shahin. Jusráu empezó a sentir temor de lo que pudiera hacer Oso Real, y ordenó a su segundo que lo matara; pero Heraclio interceptó la carta y se la hizo llegar al propio

general. Los dos alcanzaron un acuerdo secreto por el que Oso Real se estableció en la corte de Alejandría. En 627, Heraclio celebró una cumbre con Sipi, el jan chamanista, a las afueras de Tiflis, y le prometió la mano de su hija. Se estableció que Sipi asediaría Tiflis y Heraclio saldría al galope hacia Ctesifonte.

El pánico se apoderó de la capital persa, y las culpas recayeron sobre el sha. «¿Por cuánto tiempo debemos temer y temblar aún frente a este rey sanguinario? ¿No han muerto muchos de nuestros hermanos, por miles, en incontables ocasiones, por todas las formas de tortura, algunos incluso ahogados, por orden del rey?» Que Jusráu ordenara asesinar a todos sus prisioneros fue la gota que colmó el vaso. El Victorioso había hecho sucumbir al Iranshahr. Su hijo mayor, Kavad II, traicionó a su padre, «ese hombre malvado», que se dio a la fuga disfrazado, pero no logró escapar. Los grandes le escupieron encima; 16 de sus hijos fueron ejecutados delante de él; luego lo abatieron con flechas. Como la viuda Shirin se negó a casarse con Kavad, su hijo adoptivo, también la asesinaron. La peste golpeó de nuevo y mató al rey Kavad II justo cuando Oso Real llegaba con la intención de proclamarse sha. Le devolvió a Heraclio la Vera Cruz, y este desposó a su hijo con la hija de Oso Real; la pareja podría haber llegado a gobernar el mundo, pero la usurpación se encontró con una resistencia que le costó la vida a Oso Real. Se entronizó a dos hijas de Jusráu, pero a una la estrangularon y a la otra la envenenaron. En Medina los musulmanes tomaron nota del hundimiento de Persia, «donde ahora mandan las mujeres», y no les pasó por alto la relevancia apocalíptica de que Heraclio celebrara el éxito de su guerra santa portando la Vera Cruz hasta el interior de Jerusalén. En Ctesifonte se instaló en el trono a un príncipe sasánida, nieto de Jusray y Shirin: Yazdgard, de ocho años. Corría el año 632 y los turcos se lanzaron a por Persia.

Pero de pronto los turcos se desvanecieron. En el otro extremo de la estepa euroasiática, mientras Heraclio sumaba fuerzas con los turcos y Mahoma adaptaba su propio concepto de guerra santa, el nuevo emperador de la dinastía Tang acordaba su propio pacto con los turcos.

El ascenso de los Tang se inició con unos versos peligrosos.

Taizong y el rey del Tíbet

En 614 circuló por China un poema que afirmaba que cierto Li mataría al emperador; este decidió ejecutar a 33 Li y, tal como era de prever, uno de los pocos que no perdieron la vida sopesó dar un golpe. En 617 Li Yuan —el duque de Yuan, en parte túrcico— y su segundo hijo —Li Shimin, el futuro Taizong— decidieron rebelarse no solo para preservar la vida, sino también para hacer realidad esa profecía sobre «lo concedido por el Cielo». «Si no aceptamos lo que se nos concede», dijo el padre, «nos sucederá una calamidad.»

Los alzamientos de los campesinos habían destruido a los Han, pero durante el reinado de estos muchos nómadas de la estepa se habían ido asentando dentro de los confines del imperio, lo que se tradujo en una población cada vez más multiétnica; al mismo tiempo la religión india del budismo se había popularizado y coexistía con las creencias chinas tradicionales.[2]

En 618, Li Yuan, el futuro Gaozu («gran progenitor») de la dinastía Tang, llegó a un acuerdo con el jagán de los gokturcos («turcos celestiales») que le proporcionaba respaldo para apoderarse de China. Después de una década de guerras él y Taizong habían unificado el imperio. Pero todo esto corría un peligro súbito por la rivalidad fraternal surgida entre el heredero previsible y su hermano, opuestos ambos al dinámico Taizong. Cuando los hermanos intentaron envenenarlo, Taizong —sabedor de que esto haría que los convocaran para dar explicaciones— los acusó de haber mantenido relaciones sexuales con las concubinas del emperador. A su llegada mató a uno con la ballesta y decapitó al otro. Gaozu, que estaba pescando, recibió atónito la noticia de que se había jubilado y Taizong quedaba al mando. China no practicaba la primogenitura: como se suponía que los emperadores eran sabios, la dinastía se equilibraba con la selección como heredero —voluntaria o forzosa— del príncipe más capaz.

Taizong, a sus veintiséis años, era a la vez asesino y

humanitario, erudito y soldado, brusco, enérgico, de una inteligencia extrema, frío como el hielo y sin embargo emocional. No lo habían educado como a un heredero, así que había podido vivir las dificultades de la vida corriente: «Cuando yo tenía dieciocho años», le escribió más adelante a su hijo, «aún vivía entre el pueblo, y vi de todo, bueno y malo»; pero era el hijo de un general con buenas conexiones, túrcico en parte, educado en los ideales confucianos y los rituales taoístas, y al mismo tiempo formado en la arquería túrcica. Era un hombre que escapaba a todo encasillamiento: un poeta y un calígrafo que mató a su propio hermano con su propio arco. A los quince se ofreció voluntario para luchar contra los turcos y a los dieciocho ayudó al Gaozu a planear su golpe. Taizong era un conquistador que gobernó veintitrés años y expandió el poder de China por el oeste, tanto como los Han. Pero también fue el que encontró a la mujer más extraordinaria de la historia china: la emperatriz Wu. Entre los dos dominaron el siglo.

Taizong tuvo que enfrentarse de inmediato al desafío del jagán gokturco que había obligado a su padre a hacer cesiones vergonzosas. A partir de 629 Taizong desplegó una diplomacia abundante (por ejemplo, intercambiar balas de seda por incontables caballos), una manipulación astuta (del tipo «utilizar a bárbaros para controlar a bárbaros») y una violencia salvaje. Después de que el jagán gokturco intentara asesinarlo, luchó contra los jaganatos de los turcos orientales y occidentales,[3]los obligó a reconocerlo como el Tengri Jagán («jan celestial de los turcos») y volvió a impulsar la expansión del poder Tang en Asia central. Taizong personificó un «imperio abierto a todos», multiétnico, en el que las modas y las danzas túrcicas eran populares, las élites hablaban tanto túrcico como chino, y se adoptó el estilo ecuestre de los túrcicos; las mujeres montaban a caballo y los hombres jugaban al polo; un imperio donde las caravanas de los camellos bactrianos, que cargaban pimienta de la India, pachulí malayo, maderas aromáticas de Java e higos de Persia, se encontraban con uigures, persas e indios en los mercados de sus capitales, de un millón de habitantes: Chang'an y Luoyang.

Pero toda decisión acarrea una consecuencia impredecible. En este caso rendir a los gokturcos abrió la puerta para que los tibetanos —encabezados por un rey joven, Songtsen Gampo— ampliaran su reino montañoso hacia el sur, por el norte de la India, y hacia el este, hasta la provincia de Sichuan, una expansión que en su debido momento a los Tang les saldría muy cara. Songtsen, hijo de un caudillo que había muerto asesinado, unió una buena parte del Tíbet y envió a su ministro a la India para que aprendiera el arte de gobernar, el budismo y la lengua, y creara una escritura tibetana. Se casó con Bhrikuti, de la que se creía que era una princesa india y encarnación de Tara, diosa hindú y budista. Cuando emprendió una campaña contra los bárbaros tanguts, en la frontera china, llamó la atención del emperador chino.

Songtsen solicitó recibir el mayor reconocimiento que podía dársele a un rey de Asia: una princesa Tang. Taizong se negó rotunda, solemnemente. Los tibetanos asaltaron varias provincias Tang de Sichuan y, cuando los repelieron, Songtsen envió a otro legado. El emperador no pensaba darle una hija a aquella clase de bárbaro; pero en 640 eligió a una prima, la nombró princesa Wencheng y la envió a casarse con Songtsen. Más adelante Taizong envió tropas para apoyar una incursión tibetana en la India, en lo que fue el primer enfrentamiento sino-indio de la historia.

Taizong quedó fascinado por el budismo y estudió cómo se había difundido en China. En su *Prefacio del emperador a las enseñanzas sagradas* intentó reconciliar el budismo indio con el taoísmo chino. Cuando el monje budista Xuanzang le pidió permiso para emprender un peregrinaje a la India, Taizong se negó; pero en 629 Xuanzang ignoró las órdenes e inició un viaje asombroso que estuvo a punto de costarle la vida en varias ocasiones. Le llevó hasta Samarcanda y luego a Afganistán, donde, en Bamiyán, pudo admirar las estatuas gigantes de Buda antes de remontar a pie el paso de Jáiber y seguir peregrinando para estudiar y orar en Peshawar y Nalanda. Xuanzang estaba siendo testigo de una conquista extraordinaria del este, no por parte de unos ejércitos, sino de una cultura. «Gente de distintos lugares y costumbres distintas suele designar como tierra más admirada a la India»,

observó.

Los viajes de Xuanzang: la apertura de la indoesfera

Xuanzang estaba en lo cierto. El florecimiento índico había difundido la lengua sánscrita, el arte indio y las religiones brahmánica y budista por buena parte de Asia oriental, como mínimo desde los tiempos de los reyes griegos de Bactriana, con sus monedas de Shiva y Krishna. La difusión de esta indoesfera se había intensificado bajo la influencia de una dinastía hindú del norte de la India, los Gupta;[4]pero su gloria duró poco tiempo. Precisamente fue su hundimiento —fueron aplastados por una invasión de los hunos, en la década de 480— lo que dispersó toda su corte de sacerdotes, misioneros, comerciantes y artistas, no solo dentro de la India, sino también hacia el oeste (Afganistán), el este (islas y continente de Asia suroriental) y el norte (Tíbet, China y Japón). En nuestra etapa actual de la historia fue un contemporáneo de Taizong y miembro de la familia Palava —Narasimhavarman, apodado Mahamalla, «el Gran Luchador»— quien conquistó buena parte del sur de la India y Sri Lanka. Además construyó un puerto en Mahabalipuram, desde el cual los mercaderes y misioneros extendieron la cultura índica por Asia oriental. Xuanzang realizó una visita a su capital, Kanchipuram.

La cultura índica fluía tanto hacia el este como hacia el oeste. En Afganistán acababan de completarse los Budas de Bamiyán (que Xuanzang había podido admirar). Hacia el este, jemeres y malayos aprendieron el sánscrito como lengua del poder y la santidad; los reyes se daban títulos en sánscrito y en tamil. El budismo llegó el primero, con los comerciantes; luego el hinduismo. La primera inscripción sánscrita de la zona se ha hallado en Vo Canh (Vietnam) y se realizó por orden de un rey índico hacia 250; en 400 había partes de Borneo gobernadas por un rajá brahmánico, Rajendra Mulwarman, que erigió columnas grabadas en sánscrito y se jactó de la presencia de brahmanes shivaístas venidos de la India. Se contaba que un príncipe indio, Kaundinya, se había

casado con una reina camboyana, Soma, para fundar el reino indianizado de Funán, que gobernó buena parte del continente suroriental durante la era Tang. Hacia 717 un príncipe javanés llamado Sanjaya, que era brahmán shivaísta, fundó el raj de Mataram en Java, centrado en un *devaraja*: culto al rey-dios, en el que el *chakravartin* encarnaba al Señor Shiva o a Vishnú. Mataram dominó Java durante varios siglos; los sucesores de Sanjaya, la dinastía Sailendra, abrazaron el budismo; los templos que erigieron en los alrededores de Yogyakarta —lejos de la India— están entre los grandes monumentos índicos.

El budismo también llegó a Japón. En 552 alcanzaron las islas legados coreanos que portaban una estatua de Buda. En Japón se estaba formando un reino poderoso que se alimentaba del contacto con la China Tang. La familia dirigente —Yamato— afirmaba descender de la diosa solar, Amaterasu, en sucesión ininterrumpida desde 660 a. C.; pero todo esto era un puro mito dinástico, porque la dinastía real (en contra de la leyenda) solo surgió entonces, en el siglo VI d. C., como el clan que dominaba el Japón central y mediaba entre el pueblo y los dioses: ostentaban el título de *tennō*, que se suele traducir como emperador pero literalmente significaba «descendiente del cielo». Con una evidente inspiración de Taizong y los Tang, los emperadores japoneses crearon una jerarquía cortesana para la aristocracia y una academia en la que formar a unos funcionarios que hablaban chino, vestían ropas chinas y leían poesía china. En 587 el hijo de un emperador, el príncipe semimítico Shotoku, fundió el budismo con el panteón japonés.

Cuando Xuanzang volvió a Chang'an encabeza de una caravana con quinientos baúles repletos de tesoros (aunque un elefante, regalo de un gobernante indio, se había caído por un precipicio), Taizong le dijo: «Bienvenido, después de diecisiete años. Pero Xuanzang: no pediste permiso para irte». Aunque Taizong le perdonó la insubordinación y lo invitó a ser su ministro, Xuanzang declinó: «Sería como sacar un barco del agua. No solo dejará de ser útil, sino que además se pudrirá». En su lugar el emperador hizo del viajero un hermano de sangre y le recompensó con un monasterio propio (que aún se conserva en Xi'an: la Gran

Pagoda del Ganso Salvaje). Los monasterios budistas se enriquecieron mucho, aunque Taizong limitó sus beneficios. Las ideas viajaban en los dos sentidos: en 635 un monje cristiano, el *rabbán* Olopun (o Alopen), llegó desde Constantinopla; Taizong le dio la bienvenida alegando que «los principios justos no se corresponden con un lugar invariable» y ordenó erigir la primera iglesia de China.

Pero Taizong nunca dejó de ser un militar, ni siquiera en sus últimos años; siguió dirigiendo a sus tropas en combate y dictaminó que se preparasen esculturas de sus amados corceles para su tumba. Pasó los años finales intentando someter los tres reinos coreanos del este y a los turcos occidentales en Asia central. Sus guerras túrcicas habían salvado de los turcos al nuevo sha Yazdgard, quien sin embargo no cayó en la cuenta de que al sur se estaba congregando otro ejército de nómadas.

La familia de Mahoma

En 630 Mahoma, «profeta de los creyentes de Medina», lideró su ejército en el asalto a La Meca, hacia el sur, donde negoció con sus familiares. La caníbal Hind no se dejó impresionar y le reclamó a su esposo, a gritos: «¡Mata a esta gorda y grasienta bola de sebo!». Pero Abu Sufyan prefirió negociar la cesión pacífica de La Meca.

Mahoma besó la Kaaba pero destrozó los ídolos de los alrededores. Abu Sufyan era un hombre pragmático, que luego se convirtió. Mahoma le necesitaba; se casó con su hija Ramla y contrató como secretario a su hijo Muawiya.

Mahoma seguía gobernando desde Medina. Cuando llegaban delegaciones para ofrecerle la sumisión, se sentaba en el suelo de su mezquita con su característica firmeza y convicción, que atrajeron a tantos partidarios; nunca afirmó ser más que el mensajero de Dios. Tenía un humor irónico. En cierta ocasión una anciana le preguntó si Alá permitía entrar en el Paraíso a las viejas; Mahoma dijo que no; ella empezó a llorar y él añadió: «Primero las convierte en jóvenes vírgenes».

Como había nacido en un mundo de enfrentamientos familiares, conocía bien el poder de las dinastías, pero también sus riesgos. «La genealogía es una mentira», dijo, pero dedicó un enorme esfuerzo a una corte cada vez más compleja. La familia es importante y sus fisuras todavía existen en el islam actual.

Al morir Jadiya, Mahoma se casó con unas trece esposas más; en muchos casos, por alianzas políticas. Primero se casó con Aisha, la hija de su seguidor Abu Bakr; él estaba en la cincuentena y ella era una adolescente, pero Mahoma la adoraba y fue su favorita. A la casa se le unieron dos viudas jóvenes, exesposas de guerreros muertos en combate; también una chica judía, Rayhana, a la que habían esclavizado después de aplastar a su tribu. Mahoma casó a una prima, Zaynab, con un hijo adoptivo, el exesclavo Zaíd; la pareja fue infeliz pero ella gozaba de la admiración de Mahoma. Cuando Zaynab tuvo noticia de que «el Mensajero de Dios está en la puerta», se vistió de gala y «despertó el embeleso del Mensajero»; de modo que Zaíd se la ofreció y al final él aceptó casarse con ella. Zaynab estaba celosa de Aisha, quien admitió: «Zaynab no tenía nada que envidiarme, ni por belleza ni por el amor del Profeta».

Mahoma estaba atendido por sus esposas y también por su hija Fátima, que se había casado con un primo de Mahoma —Alí— y había alumbrado a sus nietos Hussein y Hassan. El Profeta se iba desplazando entre las distintas casas y se complacía a sentarse con sus esposas a hacer bromas y hablar de la vida, a veces recordando a Jadiya. Le encantaba jugar con sus nietos, les dejaba que lo montaran y decía: «¡Vaya! ¡Qué camello tan hermoso tienes!».

Pero en su corte ya había tensiones. Durante las guerras contra La Meca, Aisha se puso a buscar un collar y se separó de su marido; un joven la rescató del desierto y la devolvió, pero el incidente hizo que la acusaran de adulterio. Quien más insistió en la acusación fue Alí, el yerno de Mahoma. En cambio Aisha recibió el apoyo de su rival Zaynab, y al final Mahoma optó por creerla. Sin embargo este fue el inicio del conflicto que aún hoy divide al mundo islámico.

El concepto de la guerra santa, de Heraclio, llegó hasta

Mahoma —de hecho Abu Sufyan había visto al emperador desfilar por Jerusalén— y el Profeta lo incorporó a su yihad. Mahoma ofrecía paz («Invita a que se acerquen a tu Señor con sabiduría y con prédicas hermosas», dijo), pero también abogaba por la guerra («Mata a todos los idólatras con que te encuentres»). Dirigió cartas en las que solicitaba la conversión del receptor de la misiva, incluso del emperador, quien respondió regalándole un abrigo de piel; el gobernador romano de Egipto le envió a una chica copta, María, con la que se casó. Más adelante, en 630, Mahoma envió dos columnas a hacer incursiones en Siria. Una llegó hasta Áqaba (Jordania); la otra fue interceptada y derrotada por tropas romanas. Pero la información con la que volvieron era muy interesante: Roma estaba podrida. Los despojos de los dos imperios, Persia y Roma, muy debilitadas por la peste y la guerra, eran irresistibles. Pero todo dependía de un hombre y la sucesión no estaba planeada: ¿quién puede suceder al último profeta de Dios? El Mensajero de Dios era único.

¡Rebanadles el prepucio con la espada!: conquistas de la familia de Mahoma

En 632, cuando Mahoma contaba sesenta y dos años, enfermó de una fiebre. Al comprender que iba a morir, sus adeptos le preguntaron dónde quería que se produjera el óbito, y él dijo: «Aisha»; le llevaron con ella y murió entre sus brazos. Los ancianos eligieron a su veterano compañero Abu Bakr como Amr al-Mu'min, «comandante de los creyentes», el cargo que luego se conocería como califa (*halifah*). Pero Alí y su familia no estuvieron de acuerdo. Los aristócratas de La Meca eran escépticos y buena parte de Arabia se disgregó en pos de sus otros profetas. Abu Bakr envió fuerzas al mando del principal de sus paladines, Jálid bin Walid («espada del islam»), para reconquistar esas provincias que se marchaban. Jálid mató también a un príncipe que se había convertido al islam para poder casarse con su bella esposa, lo que

causó un escándalo en La Meca; pero en 634 Abu Bakr envió a Jálid, a su otro general Amr al-As y dos hijos de Abu Sufyan, Yazid y Muawiya, a tomar Siria, con veinte mil efectivos.

Entre sus contemporáneos —y los historiadores—, las invasiones árabes causaron asombro por su velocidad y extensión, pero hacía poco que los ejércitos árabes de los gasánidas y lajmíes estaban galopando por Palestina y Siria; es probable que en ese momento esos mismos guerreros sirvieran a una causa nueva. La peste había mermado las ciudades de Roma y Persia, pero apenas había tenido efecto en el desierto. Los árabes reunían a ejércitos de unos doce mil efectivos o más, cuando Heraclio no lograba congregar a más de cinco mil. Viajaban rápidamente en los camellos, por delante de los caballos, y a la hora de combatir pasaban a estas monturas.

Exhausto por dos décadas de guerra, Heraclio tomó el mando por detrás de las líneas cuando los árabes sitiaron la Damasco romana y negoció la rendición de la ciudad en el preciso momento en que el califa moría y era sustituido por Omar. Este Omar, que en su juventud había sido luchador, era un hombre descomunal e indomable, vestido con ropas sencillas y armado con un látigo; fue el que empezó a recopilar las palabras y hechos del Profeta en el Corán y el Hadiz. Como era muy austero y gazmoño, concibió restricciones para las mujeres de las que Mahoma nunca había hablado, e hizo matar a palos a su propio hijo por corrupción. Odiaba la arrogancia piratesca de Jálid, al que ordenó regresar a La Meca. «¡Sácate esos tesoros del culo!», gruñó; Jálid entregó el botín y lo enviaron de vuelta a Siria.

Heraclio encomendó a su hermano Teodoro que detuviera a los árabes. En Yarmuk, al sur del Golán, se enfrentaron dos ejércitos aproximadamente emparejados. La poetisa caníbal de Arabia, Hind, acudió a animar a sus dos hijos a los gritos de: «¡Adelante! ¡Rebanadles el prepucio con la espada!».

Jálid arengó a sus hombres: «¡Es una batalla de Dios!». Su caballería logró atrapar a los rivales entre rocas y ríos, y —en parte gracias a la deserción de los aliados cristianos de los romanos— los dividió. Teodoro murió aquel día.

Entre el botín de la batalla los árabes se llevaron otro regalo de los romanos: la peste. A Yazid, el primer gobernador de Siria, le costó la vida; Damasco pasó a su hermano Muawiya. Las ciudades de Homs, Tiro y Cesarea negociaron la rendición a cambio de satisfacer el pago de la *yizia* (impuesto a los Pueblos del Libro) y la promesa de que se permitiría la devoción cristiana.

Omar envió a Jálid a saquear Persia, donde el sha Yazdgard tuvo dificultades para resistir; los caballos de los árabes llegaron hasta la muralla de Ctesifonte-Seleucia, un complejo de canales y palacios, fruto de siglos de civilización, que los incursores llamaban «las Ciudades». Cuando Yazdgard movilizó a su ejército —con su colosal estandarte del tigre, los corceles con armadura y los elefantes— pudo repeler a un ejército árabe; pero en 638, en Qadisiyya y luego Yalula, sus fuerzas fueron derrotadas. En las Ciudades los árabes sitiaron a Yazdgard, quien huyó hacia el este y dejó que los beduinos gozaran de su asombrosa buena fortuna. Rezaron en el espléndido iwan de Jusráu, entre estatuas de los monarcas sasánidas. A diferencia de los persas —con armaduras ribeteadas de oro y caballos protegidos por corazas—, los árabes eran jinetes duros, que vestían ropas de pelo de camello, con cinturones de junco; bandanas de cuerda de cuero de camello; el pelo levantado, que sobresalía como unos «cuernos de cabra». Montaban caballos achaparrados y llevaban escudos que «recuerdan a una hogaza gruesa», además de arcos y lanzas; su único lujo era la espada, el *saíf*, que no eran las cimitarras curvas que la leyenda les atribuye, sino armas de hoja recta y pulida, muy apreciadas, hasta el punto de que se les componían poemas y cantaban canciones. El poeta Amir ibn al-Tufayl había hablado de las «espadas que siegan cuellos, de filo agudo y cortante, cuidadosamente envainadas hasta que se las necesita». El botín fue tanto más atractivo. Los árabes quedaron tan impresionados por la Primavera del Sha —la alfombra de Jusráu— que la cortaron para llevársela en pedazos; utilizaban el costoso aroma de alcanfor como sal de cocina; se hicieron con un tesoro muy abundante, en dinero, metales preciosos y cientos de miles de esclavos. Tan solo una campaña menor en Sistán les reportó ya cuarenta mil esclavos.

Al principio los árabes no tenían gran deseo de convertir a los pueblos conquistados, pues esto les obligaba a darles la libertad; pero poco a poco los esclavos se fueron convirtiendo y pasaron a ser *mawla*, libertos de sus patrones árabes.

En 638 varios ejércitos árabes convergieron sobre Jerusalén, provista de la singular aura escatológica que Mahoma había mencionado con frecuencia: «¡La Hora se acerca!», y la Hora iba a tener lugar precisamente en Jerusalén. El patriarca de la Ciudad Santa se negó a rendirse ante nadie que no fuera el comandante en persona, por lo que Omar se acercó en una mula y negoció un acuerdo, con Muawiya como testigo, que protegía la devoción cristiana. Luego Omar entró en la ciudad, subió caminando al monte del Templo y, cuando un creyente judío le mostró la ubicación de su Templo, pronunció una oración e instaló una mezquita al aire libre. Pero al saber que Jálid, la Espada del Islam, había disfrutado de una orgía regada de vino en los baños de la ciudad, con poetas que ensalzaban sus hazañas, lo despachó.

Cuando Omar volvió a La Meca dejó a Muawiya, el cuñado y secretario de Mahoma, al cargo de Siria, donde la gran mayoría de la población era cristiana.

Hubo árabes cristianos que lucharon por los musulmanes, así como judíos; incluso se aceptó a los zoroástricos persas, que formaron un cuerpo de caballería de catafractos. En Jerusalén, durante muchas décadas, se permitió que los judíos rezasen junto a los musulmanes en el monte del Templo, mientras que en Damasco cristianos y musulmanes oraban juntos en la iglesia de San Juan (hoy, mezquita de los Omeyas). Es probable que los cristianos monofisitas y nestorianos perseguidos por Heraclio considerasen que los árabes eran unos brutos sin educación, pero similares a ellos por ser monoteístas.

En 640 Omar ordenó que Amr al-As invadiera Egipto. La caída de Alejandría puso fin a nueve siglos de cultura grecorromana y tres de cristianismo. Luego los árabes dirigieron sus monturas hacia el oeste, atravesando el norte de África. Además unos 150.000 árabes habían conquistado buena parte de Asia occidental. Se estaban desplegando por el mundo como en un

enorme abanico.[5]

Aunque en la familia de Mahoma habían surgido ya divisiones letales —que no tardarían en estallar en forma de guerra—, el comandante Omar aún no había acabado. Heraclio murió en 641, y era solo cuestión de tiempo que Constantinopla también cayera; pero antes Omar envió más tropas en pos del sha Yazdgard, al que se persiguió, ya solo y abandonado, hasta un molino remoto en las inmediaciones de Merv (Turkmenistán), donde pasó la noche sobre un montón de paja hasta que el propietario del molino regresó y lo mató, arrojándolo a la balsa. Pero el último de los shas sasánidas tuvo una idea final que pudo cambiarlo todo: envió a su hijo Peroz a pedir el auxilio de los chinos.[6]

El siguiente medio siglo, el poder chino estuvo en manos de mujeres.

En 637, mientras los ejércitos árabes barrían la Persia oriental y el norte de África, el emperador Taizong perdió a su amada esposa. Para animarlo, los eunucos del Palacio Interior reclutaron a concubinas nuevas. Taizong se fijó en la «belleza seductora» de una chica de catorce años, de buena educación, hija de un mercader y funcionario Tang y emparentada por la vía materna con los emperadores recientes. «La encantadora señorita Wu», como Taizong la apodó, fue acogida como concubina de sexto nivel: un prodigio.[7]Cuando la madre de Wu rompió a llorar, la precoz hija replicó: «¿Qué puede haber, que no sea una bendición, en contemplar al Hijo del Cielo? ¿Por qué lloras como una niña?». El magnetismo sexual, la inteligencia atrevida, el genio culto y el amor por la aventura quizá la hicieran una figura inusual en la Corte Interior, donde una mirada cautivadora tenía el poder de anular una jerarquía estricta. Allí Wu fue educada por eunucos y aprendió las artes de la cosmética: depilar las cejas y adornarlas con «antenas de mariposa nocturna», aplicar bermellón brillante a los labios, blanquear el rostro con óxido de plomo...

El emperador raramente acudía de visita, pero en cierta ocasión Wu, mientras le atendía, tuvo la astucia de darle conversación sobre su tema favorito. «El emperador Taizong tenía un caballo llamado Garañón de Leones», rememoraba más adelante

Wu, «tan grande y poderoso que nadie podía montarlo». Pero ella se ofreció a domarlo.

—Para domarlo solo necesito tres cosas. Una fusta de hierro, un martillo de hierro y una daga afilada. Le azotaré con la fusta. Si no se somete, le pegaré en la cabeza con el martillo. Si aún no se somete, le cortaré la garganta con la daga.

—¿Acaso crees —replicó Taizong sugerentemente, ensalzando su valentía— que tienes lo necesario para ensuciarme la daga?

Probablemente el emperador se acostó entonces con ella; pero al iniciarse la década de 640 tuvo que hacer frente a problemas de salud y la insubordinación de algunos hijos. El candidato más directo resultó estar loco; otros dos príncipes planearon asesinarlo; como heredero Taizong eligió a su noveno hijo, Li Zhi, el futuro Gaozong, que se mostraba reticente. Buscó distracción en una campaña de conquista de Corea, pero resultó desastrosa y constató que el poder se le estaba escapando de las manos. con el pelo cano por la tensión, se tumbó en la cama. Gaozong se sentó a su lado mientras Wu servía al príncipe heredero, que era cuatro años menor que ella y empezaba a caer bajo su seductor influjo. La situación era delicada, porque oficialmente Wu era su madrastra y toda relación sería incestuosa. Aun así, iniciaron un amorío.

La encantadora Wu: la emperatriz ha asesinado a mi hija

Taizong falleció en 649, con cincuenta y un años. El joven emperador Gaozong envió a todas las chicas de su padre a un convento budista, para que se «purificaran»; durante un tiempo llevaron la cabeza afeitada y vistieron ropa de saco, antes de emerger de nuevo, aptas ya para el matrimonio y la vida normal. Al cabo de un año Gaozong las visitó, para honrar a su padre, y vio a Wu. La química se reactivó y los dos empezaron a llorar. Él le permitió dejarse crecer el pelo y ella le escribió un poema sensual que le animó a visitarla a menudo:

Miro tu disco de jade y mis pensamientos se dispersan,

la pena los demacra y los quebranta
de tanto echar de menos a mi Soberano.
Si no das crédito a esta interminable letanía de llanto,
ábreme el pecho y examíname
el vestido granate, manchado de lágrimas.

Gaozong se había casado con la emperatriz Wang, que cometió el error de fomentar su apasionamiento para distraerle de otra amante, la consorte Xiao. Pero como ocurre con frecuencia, el remedio fue mucho peor que la enfermedad. Wu recuperó la posición en el Palacio Interior, sedujo al emperador y hechizó a las doncellas, los eunucos y las concubinas, que se convirtieron en sus agentes devotas; por su parte, la emperatriz Wang, angustiada por no tener descendencia, adoptó al hijo de otra chica para nombrarlo príncipe heredero, con la esperanza de cortar el ascenso de aquella advenediza formidable. Wu tuvo a un niño y luego a una niña a la que la emperatriz se complacía en hacer saltar sobre las rodillas. En 654 la emperatriz estaba jugando con la niña; al marcharse Wang, Wu ahogó a su propia hija y, cuando el emperador acudió a visitarla, mostró terriblemente atribulada la cara azul de la chiquilla y culpó de lo ocurrido a la emperatriz Wang. Gaozong interrogó a todo el personal, que respondió al unísono en apoyo de la acusación de Wu. El emperador gritó: «¡La emperatriz ha asesinado a mi hija!». La carrera de Wu nos consta por el registro póstumo de historiadores hostiles a su figura; pero incluso si no asesinó a su propia hija, en todo caso utilizó la muerte para destruir la relación de Gaozong con su esposa, cuya infertilidad resultaba una tragedia en una corte dinástica, más aún cuando su rival alumbró a seis descendientes.

La emperatriz Wang recurrió a la magia para quedarse embarazada; esto permitió que Wu, informada por sus espías, la acusara de brujería ilegal. Gaozong propuso divorciarse de Wang y casarse con Wu, una medida que contó con la oposición de ministros veteranos, por la intimidad previa de la concubina con el difunto emperador. Pero en 655 se condenó por brujería a la emperatriz Wang y la consorte Xiao y se las encarceló en una torre.

Wu, a sus treinta y un años, se convirtió en emperatriz consorte, y su hijo mayor, Li Hong, en príncipe heredero. Pero un día, al pasar junto a la torre donde se había encerrado a su exmujer y su exconsorte, Gaozong quedó conmovido por su llanto. Wu reaccionó ordenando que las azotaran, las despedazaran vivas y las arrojaran a un tonel de vino: «¡Ahora os podréis emborrachar hasta la médula, arpías!».

Gaozong adoraba a Wu, que dio a luz a una última hija —la princesa Taiping— cuando contaba cuarenta años. Aunque siempre protegía su poder con energía e ingenio, y destruía a sus enemigos sin perdonar la más mínima ofensa, gobernó en colaboración con el emperador, que apreciaba su inteligencia. El poder de Wu reflejaba el modo en el que las estructuras familiares dieron forma a Asia oriental y central: entre los pueblos nómadas, las mujeres gozaban de más libertad y autoridad que en los Estados sedentarios. Pero ningún emperador —y Gaozong menos aún— podía llenar el enorme hueco dejado por Taizong, y a la pareja le costó mucho mantener unido el imperio.

Gaozong sufrió una apoplejía en una fase temprana de su largo reinado, pero se recuperó y Wu compartió con él buena parte del trabajo; los apodaron «los dos Sabios». Ella se negó a favorecer a su propia familia; ayudó a preparar una campaña contra Corea y otra para derrotar a los turcos; inició el recurso a los exámenes de mérito para el funcionariado y fomentó una burocracia controlada por el monarca, antes que una élite hereditaria; y organizó los rituales complejos y espectaculares de los sacrificios *feng-shan*, en el monte Tai. Celebraron su actuación dual adoptando los títulos taoístas de Emperador y Emperatriz Celestial. Wu era budista y taoísta, pero también, como todos en su época, sumamente supersticiosa. Un eunuco la denunció por ser la protectora de un mago. Gaozong consultó con su canciller, el veterano Shangguan Yi, quien le aconsejó: «La emperatriz no se tiene a sí misma bajo control y todo el imperio está insatisfecho con ella. Deponedla, por favor». Gaozong estaba a punto de firmar un edicto al respecto cuando —justo a tiempo, tras ser alertada por sus espías— se presentó la emperatriz y acusó a Shangguan Yi de pretender

asesinar al emperador. Gaozong ordenó ejecutar al canciller y a su hijo, aunque mucho más tarde la nieta del canciller interpretaría un papel especial al lado de Wu.

Wu comprendía los deseos sexuales de su esposo. Hizo traer como amante a su hermana, que había quedado viuda (el emperador la llamaba «Belleza del Estado» y ella le dio un hijo); al morir la hermana, la Dama de Wei (hija de esta y sobrina de Wu) se convirtió en amante imperial, pero tuvo tanto éxito que Wu —siempre vigilante— hizo que la envenenaran.

Después de que el príncipe heredero falleciera por tuberculosis (algunos historiadores consideran que Wu también lo asesinó), Gaozong ascendió a su hijo Li Xian. Pero aquí surgió un problema. Aprovechando que el emperador se debilitaba, Li Xian planeó apartar del poder a su madre; la relación fría que mantenían pasó a ser gélida. El chico había descubierto un secreto: en realidad él no era hijo de Wu, sino un bastardo de la difunta hermana de ella, alumbrado en secreto y adoptado por la emperatriz. El emperador no mejoró la situación cuando anunció que el trono lo heredarían, de forma conjunta, su hijo y su esposa. La pareja consultó a un místico que alertó de que Xian no era un buen candidato. Cuando Xian lo supo, hizo asesinar al místico, lo que le acarreó el exilio; su hermano Li Zhe pasó a ser el nuevo príncipe heredero. En un contexto de hambrunas, terremotos y epidemias, parecía que el Mandato del Cielo no estaba claro; la salud de Gaozong siguió deteriorándose y en 683 falleció.

Mientras Wu hacía planes, llegaron de Siria noticias del advenimiento de un nuevo monarca, Mo-yi, que inauguró la era de las dinastías árabes.

Acto sexto
207 millones

Casas de Mahoma y Carlomagno

El César árabe y Yazid, el de las putas y los monos

Ese tal Mo-yi no era otro que Muawiya. Cuando Gaozong y Wu oyeron su nombre, Muawiya se había alzado ya con el trono de un nuevo imperio mediante una cruenta guerra familiar. Gobernar un imperio no tiene nada de amable: el califa Omar viajaba por las provincias con una mula y un único sirviente, y Muawiya quedó al mando de Siria. Muawiya quería construir una flota para enfrentarse con los romanos, pero Omar —que sospechaba de sus ambiciones terrenales y lo apodó «el César árabe»— descartó la propuesta.

En 644 Omar murió asesinado por un esclavo enojado; los ancianos volvieron a prescindir de Alí, el yerno de Mahoma, y eligieron al genial Otmán, unido a su vez al Profeta mediante el matrimonio con dos de sus hijas mayores. Otmán favoreció a su clan, la casa Omeya, y confirmó a Muawiya como gobernador de Siria. Hasta este momento los súbditos del califato eran, en una mayoría abrumadora, cristianos y zoroástricos. Muawiya, que heredó el sistema tributario romano, gestionó la burocracia por medio de funcionarios romanos, capitaneados por Sergio (Sarjun ibn Mansur, en árabe). Su médico y su poeta de la corte eran cristianos, y se dice que su primer gobernador de Jerusalén era judío. Su esposa favorita, Maisún, era asimismo una princesa cristiana. Amr al-As solía burlarse de Muawiya por su sometimiento a su esposa, pero este replicaba: «Las esposas de los hombres nobles los dominan; solo los hombres ruines se imponen a sus mujeres».

Muawiya se enorgullecía de su virilidad sexual, pero cuando engordó y envejeció también se reía de sí mismo. Dormía con una

esclava de Jorasán, a la que le preguntó:

—¿Cómo se dice *león* en persa?

—*Kaftar* —contestó ella.

—¡Yo soy un *kaftar*! —se jactaba cuando ella se marchó.

Pero cuando quiso asegurarse de qué significaba en verdad lo de *kaftar*, el cortesano al que se lo había preguntado contestó:

—Hiena coja.

Muawiya felicitó a la muchacha.

En 655 la nueva flota árabe de Muawiya derrotó al emperador Constante II (nieto de Heraclio) e inauguró una nueva era. Pero un año más tarde unos amotinados de Egipto e Irak asesinaron en Medina al califa Otmán, primo de Muawiya. En este caso sí se eligió como sucesor a Alí, quien ya en la cincuentena incluyó en su séquito a algunos de los asesinos. Mahoma había ordenado que sus viudas se mantuvieran alejadas de la política cuando él muriera; pero la favorita entre las esposas que le sobrevivieron, Aisha —la hija del primer califa, respetada como «madre de los creyentes», *Umm al-Mu'minin*—, denunció a Alí y los asesinos de Otmán. Encabezó un ejército que se enfrentó con Alí y le persiguió hasta el interior de Irak; en el campo de batalla, Aisha arengaba a las tropas desde el palanquín acorazado de un camello rojo. Pero Alí venció, el camello perdió la vida y a Aisha la capturaron.[1]

Muawiya, que controlaba el centro con toda firmeza, exigió castigar a los asesinos de Otmán; pero Alí no le podía satisfacer. Haciéndose eco de la teatralidad de Marco Antonio con la toga ensangrentada de César, Muawiya exhibió los restos del asesinato del califa: las ropas ensangrentadas de Otmán y los dedos que se le habían cortado a su esposa Naila.

Los dos ejércitos chocaron en Siffin, cerca de Raqqá (Siria), donde, con la brutalidad intensificada de los odios fraternales, setenta mil personas murieron en combate cuerpo a cuerpo. Al final las tropas de Muawiya clavaron páginas del Corán en la punta de sus lanzas y el otro bando se avergonzó y se detuvo. Alí accedió a negociar. Amr al-As, el legado de Muawiya, maniobró con más astucia que Alí, a quien Mahoma nunca le había confiado una tarea de importancia. «El Mensajero de Dios solo nombró a hombres

capaces», dijo Muawiya, «no a los que se ven desbordados por las dificultades». El ejército de Alí se desintegró. En 660 Muawiya celebró un cónclave en el monte del Templo, en Jerusalén, donde fue aclamado Comandante en el marco sagrado de la Ciudad Santa.[2]

Poco después Alí murió asesinado en Irak, con sus dos hijos, Hassan y Hussein, como herederos. Pero aunque Muawiya y la dinastía omeya habían triunfado, los allegados de Alí (los chiíes), que creían que la sucesión debía haber recaído sobre este, han abierto desde entonces un cisma en el corazón mismo del islam.

En 674 Muawiya, después de haber destruido la flota romana, atacó Constantinopla. El asedio, dirigido por su hijo Yazid, duró cuatro años. Los árabes creían que la ciudad iba a caer, y probablemente el propio emperador Constante pensaba lo mismo, pues se mudó a Sicilia (donde un esclavo lo asesinó en el baño, con una jabonera). Pero las murallas de la Gran Ciudad, la restauración de la flota romana y la primera utilización de un arma secreta y novedosa, el Fuego Griego —un lanzallamas rudimentario, que a través de un tubo escupía un betún oleoso ardiendo—, acabaron por obligar a Muawiya a retirar su flota.

Los califas siempre habían sido elegidos por los ancianos. En cambio Muawiya creó una monarquía familiar y tomó la controvertida decisión de escoger como sucesor a Yazid, hijo de su esposa cristiana, a pesar de que era un vividor que gozaba del vino y de pasearse por Damasco con un mono domesticado. En cuanto a cualquier posible rival —aconsejó Muawiya—, «si lo atrapas, córtale todos los miembros uno a uno». Pero cuando Muawiya falleció, a los ochenta años, la conducta libertina de Yazid conmocionó a los medineses, que lo llamaban «Yazid de los licores, Yazid de las putas, Yazid de los monos». Hussein, el nieto de Mahoma, se declaró califa en Irak; pero murió en Karbala y pasó a engrosar el relato de martirio de los chiíes, que aún se expresa en los lamentos y azotes del Ashura, festividad sagrada. La cabeza de Hussein se envió de gira y Yazid le insertó el cetro en la boca. A la muerte de Yazid —inesperada, probablemente por la peste— el trono se lo disputaron pretendientes de Kufa (Irak) y Medina.

Bastante más al este, los árabes se aproximaban al territorio chino, justo en el momento en que la extraordinaria viuda del emperador Gaozong se hacía con el control.

Cisma político: los «dientes y garras» de la emperatriz Wu

Wu, regente y emperatriz viuda, tenía sesenta años. La voluntad del difunto emperador especificaba que «los grandes asuntos de Estado los determinará la Emperatriz Celestial», pero el hijo de ambos, Li Zhe —que estaba bajo la influencia de su joven emperatriz Wei— planeaba dar poder al padre de su esposa. Cuando Wu y Li Zhe se enfrentaron por el nombramiento como ministro de su suegro, Wei Xuanzhen, el joven emperador gritó: «Y si quiero darle el imperio entero a Wei, ¿qué me lo va a impedir?». Pero *sí* que se iba a topar con un obstáculo: Wu. Ella convocó a los ministros y los generales, que preferían su experiencia y tranquilidad frente a los avances de turcos y tibetanos,[3]las hambrunas y las rebeliones.

El chico fue derrocado. Cuando preguntó cuál había sido su delito, Wu fue cortante: «Querías entregarle el imperio a Wei. ¿Te parece poco?». Lo desterraron a una posición oscura y muy vigilada.[4]Wu nombró emperador a su hijo menor, Li Dan, de veintiún años. Como era de esperar, este sentía pavor ante su madre, sobre todo desde que Wu obligó a suicidarse a otro de sus hijos, otro desterrado, Li Xian.

Cuando las decisiones de Wu provocaron una rebelión de los príncipes Tang, ella optó por el terror. La campaña la dirigieron tres policías secretos —los «dientes y garras» de Wu— de un sadismo marcado. El trío estaba encabezado por el psicótico Lai Junchen, un antiguo vendedor de pasteles que usaba las denuncias para tender trampas a los príncipes y funcionarios y hasta llegó a recopilar un *Manual de las trampas.* En la cárcel que Wu acababa de inaugurar, Lai torturaba a sus víctimas con atrocidades de su propia invención;[5]miles de personas murieron allí. El 80 % de los ministros de Wu perdieron el empleo, y muchos, también la vida.

Lai reclamó que lo ascendieran al puesto de censor. «¡Pero si no sabes leer!», se reía Wu, que lo promocionó igualmente, pero prefería consultar con su hija, la talentosa princesa Taiping.

Wu también dominaba magistralmente la presentación en público. «Rectificaba los nombres» con regularidad —cambiaba los nombres regios, tanto para favorecer la suerte como por cuestiones de imagen— para relanzar el reinado; dio publicidad a sus ideas sobre el buen gobierno en unas *Regulaciones para ministros*; y ordenó que los familiares denunciaran las traiciones perpetradas por otros parientes: la lealtad al Estado lo era todo.

La princesa Qianjin —una hija del emperador fundador, Gaozu, de unos cincuenta y tantos años— le recomendó un amante a Wu, en lo que cabe considerar buen ejemplo de la terrenalidad sin inhibiciones de las mujeres Tang. El candidato era un fornido vendedor de aceite de serpiente, mucho más joven y de familia pobre. Se llamaba Xue Huaiyi y su atletismo sexual y pene gigantesco habían impresionado primero a una doncella de la princesa, quien a su vez disfrutó también un tiempo de sus dones, antes de deshacerse en elogios delante de la emperatriz.

Cuando las visitas regulares de Xue llevaron a los ministros a sugerir pícaramente que se le castrara, ella ordenó en cambio que se tonsurase al Señor Xue, como monje budista, y se le ascendiera directamente a abad del Monasterio del Caballo Blanco.

El abad —brusco, extravagante y altivo— no tardó en disponer de un poder inmenso, una escolta de diez eunucos y una panda de matones. La imagen de Wu como una vieja ninfómana obsesionada por el poder era injusta, porque los emperadores varones bien disfrutaban de cientos de concubinas jóvenes y porque su macho bien dotado cumplía con un rito de fertilidad mística: los taoístas creían que la esencia de la vida —el semen— de un hombre joven rejuvenecía a la amante entrada en años. Además el Señor Xue tenía también otros talentos, como organizador y como arquitecto. Aconsejó a Wu en materia de religión y los dos abrazaron el budismo, cuyo carácter de ultramundo y ecuanimidad emocional eran complemento de la ética confuciana del deber y los ritos místicos del tao. Wu

construyó pagodas, dio la bienvenida a sabios budistas, ordenó compilar textos sagrados (*Sutra de la Gran Nube*) y asumió los títulos de *chakravartin* («monarca que hace girar la rueda») y *bodhisattva* («ser compasivo, próximo al nirvana»). Después de que ella otorgara al Señor Xue la dirección de las obras públicas, este desplegó a treinta mil obreros para levantar un exquisito Salón Celestial budista en el centro de su capital, Luoyang: se alzaba hasta algo más de noventa metros de altura, con nueve dragones que soportaban una estructura con un fénix dorado colosal.

Cada vez que detectaba talento, la emperatriz lo patrocinaba. En cierta ocasión se divirtió reprendiendo a sus ministros por perseguir a un crítico que se había atrevido a criticarla: «¿Cómo se os ocurre echar a perder a una persona tan valiosa?». Entre sus asesores, la figura más sorprendente —y probablemente, la de más talento— era la de su secretaria, la joven y bella Shangguan Wan'er, cuyo padre y abuelo habían sido ejecutados por Wu por intentar que se expulsara a la emperatriz consorte; la niña había pasado a la esclavitud. Pero era una poeta brillante; Wu leyó sus poemas y la contrató. Desde entonces Shangguan Wan'er redactó sus decretos; aunque en un caso la atraparon desobedeciendo una orden y la emperatriz hizo que le tatuaran la cara. Esta amanuense esclavizada, manumisa y marcada se convirtió en una potentada inusual por su feminidad en este régimen.

En 690 Wu organizó en secreto manifestaciones populares y presagios auspiciosos que reclamaban que se la nombrara emperatriz reinante. Luego Wu accedió a esas peticiones y obligó a retirarse a su hijo Li Dan. Adoptó el nombre dinástico de Zhou, se convirtió en la primera emperatriz reinante y se vistió con el ropaje amarillo de un *huang-di* (emperador). Sin embargo esto incrementó la ferocidad de su vigilancia. Cuando dos ministros cometieron el error de acudir a visitar al exemperador Dan, hizo que los cortaran en dos mitades, y en 693 asesinó a la esposa y la consorte de Dan.[6]Cuando veía a su madre, Dan se cuidaba muy mucho de fingir que no había pasado nada.

En 694 la emperatriz se había cansado del Señor Xue y tomó a un médico como nuevo amante. El rechazado prendió fuego al

Salón Celestial y, con este acto de celos, la reconquistó. Ella lo ascendió al título de duque y le hizo reconstruir el edificio, pero no hay nada más muerto que un amor muerto y los berrinches de Xue acabaron por enojar a Wu: lo mataron a palos, lo incineraron y mezclaron sus cenizas con barro.

Por entonces Wu había repelido con éxito a tibetanos, coreanos y turcos. Sus maniobras incorporaron a un millón de habitantes no chinos al imperio, y la emperatriz recibió embajadas que le portaban tributos desde Japón, la India y Asia central. Todas estas victorias justificaban el Mandato Celestial y Wu consideró que podía reducir la dureza de su régimen de hierro. El odiado torturador Lai, enriquecido por los sobornos y con una sed insaciable de favores sexuales de las familias aterradas, cruzó una línea roja al denunciar a la hija de Wu, la princesa Taiping. Cuando estaban ya a punto de ejecutarlo en público —un verdugo iba a despedazarlo—, la multitud que contemplaba el castigo enloqueció, le arrancó el corazón y lo pateó hasta convertirlo en un amasijo informe.

Wu, que ya había pasado de los setenta años, mantenía la belleza con cosméticos. También recurrió a charlatanes taoístas y nombró canciller a uno que afirmaba tener cuatrocientos años; aunque pronto le obligó a suicidarse.

En 697 la princesa Taiping, que se parecía a la propia Wu, le recomendó a su madre un nuevo amante: Zhang Changzong, un joven hermoso y buen cantante, con cuatro hermanos a cuál más ambicioso. La emperatriz quedó arrobada. Changzong le presentó a su hermano Zhang Yizhi, aún más experto en los asuntos de cama. «Los niños» —como Wu solía llamarlos— eran escandalosos, afeminados y arrogantes, vestían ropas de color bermellón y escandalizaban la corte con sus fiestas. Wu estaba encandilada. Les creó una base de poder literaria, la Institución de las Cigüeñas Reinantes —las cigüeñas, según la tradición taoísta, eran el transporte habitual de las hadas—, como reflejo de su nueva convicción: creía que Zhang Changzong era un taoísta inmortal que montaba en cigüeñas, y ella misma, la Reina Madre del Oeste, con la esperanza de que el semen de los Niños —la esencia yang

masculina— la rejuvenecería.

Con los Niños desenfrenados, la corte era exuberante. Los festejos de Wu celebraban que ella se había vuelto intemporal, pues había vencido a la edad; afirmaba que los dientes le estaban creciendo de nuevo y que las cejas se habían alineado de nuevo con la forma auspiciosa del 8; en 699 la emperatriz puso en escena un *Himno a la longevidad de los sabios*, con novecientos bailarines. A fin de cuentas la mortalidad era una carga de lo más molesta para un tirano cuyo poder ilimitado solo topaba con el obstáculo de la muerte. Wu se atiborraba de elixires taoístas, que sus alquimistas creaban a partir de una antigua mezcla de salitre caliente y azufre; otra etapa del largo proceso que culminaría con la invención de la pólvora.

Cuando la emperatriz rondaba los ochenta años creyó necesario pensar en la sucesión. Había favorecido a su propia familia Wu, y a los príncipes Li les dio también el nombre de Wu; pero los Niños, ante el temor a lo que ocurriría tras la muerte de la emperatriz, la convencieron de la necesidad de recuperar como príncipe heredero a Li Zhe, el emperador depuesto. Esto no significa que se estuviera ablandando. Cuando los Niños le soplaron que la nieta y su marido habían criticado sus payasadas, hizo que los mataran a palos y ascendió a los Niños al título de duques. Los desfalcos de los Niños eran tan descarados, no obstante, que algunos ministros los acusaron de robo. Wu se enfrentó a ellos delante de la corte.

—Vuestro ministro ha acumulado mérito al servicio del Estado —defendió Zhang Changzong—. Mi delito no debería acarrear la expulsión.

—¿Qué servicio de mérito ha realizado Changzong? —preguntó Wu.

—Changzong —contestó el cortesano más servil de los Niños— elaboró un elixir divino que, cuando Su Santidad lo tomó, demostró ser de una eficacia absoluta.

He aquí la única corte de la historia en la que la corrupción se ha excusado con la ingesta de semen.

Wu perdonó a Zhang. A finales de 704, la emperatriz cayó enferma en la Basílica de la Longevidad; entre tanto sus hijos se peleaban y la oposición a los Zhang se agitaba en torno del lecho. El príncipe heredero Li Zhe y la princesa Taiping, al darse cuenta de que los Niños amenazaban la sucesión, reclutaron a la guardia. En febrero de 705, Li Zhe y quinientos guardias irrumpieron en el Palacio de Bienvenida a los Inmortales, localizaron a los Niños Zhang y los decapitaron *in situ*. Luego accedieron al dormitorio de la emperatriz y rodearon la cama.

—¿Quién ha causado todo este alboroto? —quiso saber Wu.

—Los hermanos tramaban una rebelión —explicó uno de los ministros— y el príncipe heredero nos ha ordenado ejecutarlos.

Ella divisó a su hijo, angustiado.

—¿Y tú? Ahora que han ejecutado a los Niños, puedes volver al Palacio Oriental —dijo.

Li Zhe, a sus cuarenta y ocho años, estaba a punto de obedecer cuando un ministro intervino:

—Nuestro humilde deseo es que Su Majestad transfiera el trono al príncipe heredero.

Wu lanzó una mirada terrorífica en torno de la sala, recordó a los rebeldes que su ascenso se lo debían a ella, y se burló, desdeñosa:

—¿Así que esta es vuestra manera de darme las gracias?

Tres días más tarde, cuando las cinco cabezas de los Niños se exhibieron cerca del puente de la Vadera del Cielo, Li Zhe volvió a ser emperador y se restauró la dinastía Tang. El 16 de diciembre de 705 falleció Wu, a la que se honraba, pero se sometía a arresto domiciliario. Sin los cosméticos parecía haber envejecido siglos. Se la enterró en la misma sepultura que a su marido.

Pero la edad del poder femenino no había concluido. Wei, la mujer del emperador, había sobrevivido al terror de Wu. «Si vuelves a ver la luz del día —le había prometido su esposo— no te impediré que hagas nada.» Wei se alzó con el poder, con la ayuda de su amante Wu Sansi (sobrino de la emperatriz Wu), que era

asimismo el amante de Shangguan Wan'er: la secretaria de la antigua emperatriz, con la cara marcada, manumisa, ahora en la cuarentena. Cuando este cuarteto poliamoroso se sentaba a jugar a las cartas en la Corte Interior, las piernas de la emperatriz se enredaban con las de Wu Sansi por debajo de la mesa. El poder de las mujeres parecía tan sólido que la emperatriz convenció a su esposo de que declarase a su hija —la princesa Anle, de veintiún años— como princesa heredera. Al principio el emperador se resistió, pero Anle replicó: «Si esa Wu ha podido ser emperador, ¿por qué la hija de un emperador no va a poder ser emperador?».

El emperador intentó poner freno a los abusos de su esposa; pero Wei le envenenó con sus pasteles favoritos y ocultó la muerte hasta que hubo nombrado a un emperador adolescente al que podía dominar. La princesa Taiping descubrió entonces que Wei planeaba matarlos: a ella, a su hermano (el exemperador Li Dan) y a los hijos de este. Tenía que hacer algo. Reclutó a su sobrino, el impresionante Li Longji, de veinticinco años, quien una noche de junio de 710 acudió a la Puerta de Palacio, logró que los guardias lo dejaran pasar y, una vez en el interior, derribó a la emperatriz Wei mientras se daba a la fuga, apuñaló a la princesa Anle mientras se maquillaba ante el espejo, y decapitó a la gran superviviente, la tatuada Shangguan. Después de la confrontación Li Longji emergió con la corona, como emperador Xuanzong. La princesa Taiping, que no en vano era hija de Wu, intentó envenenarlo y derrocarlo con un golpe de Estado; pero las intentonas acabaron con la vida de sus hijos, decapitados, y de ella misma, forzada a suicidarse.

Con el emperador Xuanzong —el soldado, calígrafo y poeta que había segado las vidas de cuatro mujeres poderosas para sentarse en el trono— la dinastía Tang alcanzaría el apogeo de su éxito. Xuanzong se alzó con la corona en el momento preciso en que los Tang y los imperios árabes establecían contacto por primera vez.

En 689, el Comandante de los Creyentes, Abd al-Malik, había puesto un collar de plata en el cuello de un rebelde apresado y lo guio por las calles de Damasco con una correa, antes de montarse

en su pecho y arrancarle la cabeza, que arrojó a la multitud. Abd al-Malik tenía pelo largo, dientes de oro, un labio partido y tan mal aliento que lo apodaron «el Matamoscas» (aunque esto podría haber sido tan solo propaganda chií); pero también fue el monarca que transformó el imperio personal de Muawiya en un Estado islámico, y el que erigió el edificio religioso más bello de aquel siglo. Las medallas lo muestran como un guerrero vestido con brocados que porta una espada grande y enjoyada y sostiene un látigo con las inscripciones «comandante de los creyentes» y «servidor de Dios». «Esta comunidad solo podré curarla por medio de la espada», predicaba. «No seré la clase de califa al que se engaña o se tiene por débil.»

En el hundimiento posterior a la muerte de Yazid su familia llamó a Damasco a un primo ya entrado en años, pero con experiencia: Marwan, que se aseguró de que la sucesión recayera sobre su hijo, el capaz Abd al-Malik. El nuevo comandante se casó con Atika, viuda de Yazid, entre otras muchas esposas. Tuvo que hacer frente a rebeliones en Irak y Arabia, donde La Meca había caído —una pérdida vergonzante— y estaba gobernada por un califa rival. Abd al-Malik había pasado la juventud en esta ciudad, donde se comportó como una «paloma de mezquita» y aprendió a recitar el Corán entero. Pero ahora disponía del ejército sirio, una confianza invencible y la posibilidad de elegir a asistentes muy capaces. Su sicario principal, por ejemplo, era un maestro de escuela convertido en caudillo militar, cierto Al-Hachay, que en las oraciones de los viernes en Kufa (Irak) declamaba sin pausa poemas tan exquisitos como asesinos —«Veo miradas hambrientas y cuellos que se alargan; veo cabezas maduras, listas para cosecharse; yo soy el amo ... Por Dios que os convertiré en polvo»— antes de masacrar a su pueblo, que se había amotinado. El Comandante animaba a los creyentes a peregrinar a Jerusalén, donde, sobre la Piedra Fundacional del templo judío, levantó la sublime Cúpula de la Roca, un santuario concebido para emular los templos de Salomón y Herodes y al mismo tiempo rivalizar con La Meca y eclipsar Hagia Sophia. Se completó en 691 y, en un principio, judíos y cristianos se unían a los musulmanes para orar

en el monte del Templo. Hicieron falta siete años para domeñar a los rivales, pero cuando la Cúpula se terminó, Abd al-Malik había reconquistado La Meca.

Después de completar el *hach* —peregrinaje a La Meca—, Abd al-Malik reorganizó el califato sobre las bases de la fe y la familia. El islam sería central. Fue el primero al que se denominó esencialmente «califa», antes que «comandante», con sus connotaciones militares; y sus monedas posteriores renunciaron a la imaginería humana que se había empleado hasta el momento, algo que se consolidó como parte de la tradición islámica. El gobierno adoptó el árabe como lengua propia —una decisión que cambió el mundo al imponer esta lengua desde Marruecos a Irak— y retomó la yihad de Muawiya contra Constantinopla.

Sus hijos dominaron el califato. Después de Abd al-Malik gobernaron cuatro de sus hijos y por último un sobrino: Walid, que convirtió San Juan de Damasco en la actual Mezquita de los Omeyas y construyó la de Al-Aqsa, en Jerusalén. Walid también reinició la conquista del mundo, en tres frentes. Como virrey de las tierras orientales heredó al pedagogo asesino, Al-Hachay, quien incitó a seguir hacia el este y ofreció la gobernación de China a quien la conquistara.

En 712 sus ejércitos tomaron Samarcanda. En 715 y 717, algunos ejércitos árabes, de tamaño menor, fueron derrotados por tropas chinas y turcas. No todos los generales árabes eran brillantes. A uno, del que los poetas solían burlarse, lo habían apodado «el Ligues»: «Avanzabas de noche contra el enemigo como el que juega con su amiga: con la espada envainada y la polla en la mano». Al oeste Walid retomó también la yihad contra los romanos, aprovechando el caos de Constantinopla. En 695 se derrocó a Justiniano II, el bisnieto de Heraclio. Era un hombre vengador, al que al deponerlo habían mutilado, lo que le valió el apodo de «Nariz Cortada»; pero recuperó el trono, se colocó una trompa de oro y se vengó de sus enemigos con un salvajismo contraproducente, pues acabó conduciendo a su propio asesinato. En 716 Walid envió contra Constantinopla un ejército de 120.000 efectivos y 1.800 naves, encabezado por su hermanastro

Maslama. El asedio parecía llegar en un momento idóneo, puesto que un enfrentamiento civil paralizaba a los romanos. Maslama negoció con el *strategos* del *thema* (distrito) de Anatolia, un general isauro, León, que prometió ayudarle. Pero en realidad se alzó con el poder, como León III, arengó a la resistencia y contrató a los mercenarios paganos de Tervel, un jan de la horda de los búlgaros (que acababa de llegar a los Balcanes), al que se recompensó con el codiciado título de César.

Los árabes no tomaron la ciudad. El nuevo califa Umar ordenó a Maslama que se retirase. En aquella etapa estaban coincidiendo desastres naturales con amenazas existenciales. El volcán que había por debajo de la isla egea de Tera estalló, lanzó al aire chorros de humo y desató tsunamis. En las ocasiones en que los soberanos actuales consultan con los científicos, los potentados medievales se dirigían a los teólogos. En Constantinopla el pueblo se preguntó si las imágenes religiosas que adoraban —los iconos— eran quizá los ídolos que los Diez Mandamientos prohibían. El califa acababa de vetar tales imágenes, precisamente; y aunque Constantinopla había sobrevivido a su asalto, Umar estaba triunfando en muchos frentes. León y muchos otros llegaron a la conclusión de que sus desastres se explicaban por su propia idolatría. La posterior campaña imperial de destrucción de los iconos inició noventa años de *eikonomachia*, una batalla autodestructiva entre el bando iconoclasta y el iconófilo, ambos empeñados en obtener la salvación después de la muerte. La iconomaquia costó miles de vidas y consumió la política constantinopolitana.

Mucho más al oeste, las fuerzas árabes fueron avanzando por la costa del norte de África y convirtiendo a las tribus bereberes hasta llegar a Tánger (Marruecos), desde donde ya podían ver la costa de Europa.

En 711, Tariq bin Ziyad, un *mawla* del gobernador de Ifriqiya, Musa bin Nusayr, fue invitado a España por un noble disidente cuya hija, se decía, había sido violada por Rodrigo (Roderico), el rey visigodo que gobernaba la zona desde los tiempos de Roma. Atravesó la lengua de mar con siete mil bereberes, desembarcó en

una peña a la que se le acabó dando su nombre —Jibral Tariq, Gibraltar—, mató a Rodrigo y tomó la capital, Toledo. Musa, el jefe de Tariq, acudió a afirmar el dominio oficial sobre la nueva provincia: al-Ándalus. Pero el califa Walid —que sospechaba de aquel exceso de poder y de autonomía— ordenó que regresaran a Damasco y los dos murieron en la cárcel. Los árabes se apoderaron de buena parte de la península Ibérica, aunque nunca llegaron a la franja septentrional, menos abundante, que siguió bajo el dominio de caudillos cristianos.

Al-Ándalus era una plataforma ideal desde la que atravesar los Pirineos y lanzar incursiones en Francia. En 719 los árabes conquistaron Septimania (Narbona) y en 721 y 725 atacaron Toulouse. En 732 el gobernador de al-Ándalus, que había salido en pos de un rebelde bereber, entró en la Francia occidental y siguió galopando hacia el norte, en dirección a París. Pero si España había caído fácilmente en sus manos, aquí los árabes se encontraron con un enemigo de otro cuño: los francos, dirigidos por el *dux* Carlos, que estaba a punto de ganarse el sobrenombre de «Martillo» (Martel).

El Martillo y el califa libertino: los coños, en la ceja de un león

Carlos tenía que demostrar su valía. Era hijo del *dux* Pipino, pero con una concubina, no con la esposa principal, y no le habían elegido heredero.

En los últimos años del imperio romano, un caudillo guerrero germánico, Clodoveo (Clovis), establecido en la Neustria (norte de la Galia), se había proclamado rey de los francos. Conquistó buena parte de la Francia y Alemania romanas y bautizó a su dinastía como «merovingia», en recuerdo de su abuelo Meroveo (Mérovech). El orden romano se fue desintegrando poco a poco: algunas ciudades casi se vaciaron; las monedas se utilizaban menos; la esclavitud declinó; varias epidemias causaron estragos; los obispos y señores, instalados en sus mansiones, concentraban

en sus manos las tierras mejores y controlaban al campesinado, al que sometieron como *servi* (siervos). Pero los merovingios —que para dar imagen de santidad se dejaban crecer el pelo muy largo, como una dinastía de sansones francos— se peleaban entre sí mismos y se fueron escindiendo en reinos menores. En la década de 620, un aristócrata llamado Pipino, que poseía tierras en Bravante, fue elegido mayordomo de palacio del rey de Austrasia (norte de Alemania y los Países Bajos) y fundó una dinastía propia. Pero se trataba de un juego peligroso, pues los merovingios ejecutaron a su hijo y su yerno. En 687, su nieto, otro Pipino, unió los diversos reinos bajo su mando; él era el *dux et princeps Francorum*, más poderoso que el teórico rey.

Pipino tuvo hijos con Plectrudis, su esposa principal; su concubina Alpaida le dio a otro hijo, Carlos. Sin embargo, al morir sus hijos legítimos Plectrudis convenció a Pipino de que legara el trono a su nieto. Así, en 714, cuando Pipino falleció, Plectrudis ascendió a su nieto y encarceló a Carlos; pero este logró escapar y en 719, después de derrotar a todos sus contendientes, se proclamó igualmente duque y príncipe. Durante el resto de sus días estuvo librando una batalla cada verano, sin perder nunca ninguna.

A finales de 732 Al-Ghafiqi, el gobernador árabe de al-Ándalus, entró en Francia a la cabeza de 15.000 árabes y derrotó a Odón, el duque de Aquitania, para luego seguir hacia el norte. Pero Odón alertó a Carlos, quien reunió a cerca de 15.000 francos y salió a detener a los invasores. Durante siete días, cerca de Tours, los dos ejércitos se enfrentaron. Al iniciarse los combates la caballería ligera de Al-Ghafiqi se desintegró contra las poderosas corazas de los caballeros francos. Cuando Carlos hizo un amago y amenazó con apoderarse del botín de su rival, los árabes se descompusieron; Al-Ghafiqi murió y aquella noche los árabes se retiraron. No se trató de un encuentro decisivo, sino de una incursión más. Los árabes todavía controlaban Septimania y no tardaron en volver al asalto. Pero Carlos se veía a sí mismo como el *Martel*, un nuevo Judas Macabeo que apisonaría a los infieles como un martillo, un paladín de Cristo.

Poco después de que Carlos pereciera, la familia fue agraciada

por un golpe de suerte. En 751 el papa Zacarías pidió ayuda al hijo de Martel, Pipino «el Breve» (en referencia a su escasa estatura), en contra de los reyes lombardos que gobernaban el norte de Italia. Los papas estaban a merced de la voracidad de los magnates romanos y lombardos. Pipino puso precio al socorro: una corona. En consecuencia, el último merovingio, Quilderico III, cambió los rizos regios por una tonsura. Pipino se presentó con una apariencia nueva —pelo corto, bigote largo— como rey de los francos. En 753, cuando un nuevo papa, Esteban, viajó al norte para cortejar al rey Pipino, salió a saludarle el hijo de este, de seis años: otro Carlos, más conocido por su nombre posterior de Carlomagno. Esteban ungió a Pipino y a los dos hermanos Carlomagno y Carlomán como reyes y patricios de los romanos.

Pipino el Breve intervino en Italia, le concedió al papa Esteban haciendas muy provechosas y ordenó que por toda Europa se satisficieran diezmos para financiar al papado; con estos regalos, los prelados supremos de la iglesia católica se convirtieron por primera vez en actores de importancia. Luego Pipino expulsó a los árabes de Septimania. A los trece años Carlomagno acompañó a su padre a la guerra; a los quince Pipino le dio su primera concubina, Himiltruda, con la que tuvo un hijo. En su relación con el mundo en general, Pipino y Carlomagno no sabían nada de la vida al otro lado del Atlántico; al norte disfrutaban de buenas relaciones con el principal reino británico, Mercia; por el este chocaron con los sajones de Europa central, que eran paganos; más lejos, el mundo griego de Constantinopla les resultaba extraño y distante; y aún más allá estaban los califas islámicos, cuyas tierras eran tan vastas que rodeaban todo el Mediterráneo hasta llegar a España, por el oeste. En este punto un rebelde islámico, Al-Mansur, envió a un legado —probablemente, un comerciante judío— para solicitar la ayuda de Pipino frente a los decadentes califas de Damasco.

En 743, cuando se nombró califa a Walid II, nieto de Abd al-Malik, su libertinaje extravagante parecía confirmar que la dinastía omeya se había corrompido en una dirección contraria a la del islam. Como suele decirse, «de tal palo...»: era la época de las *jarya*, cantantes esclavizadas que se vendían por sumas fabulosas, y el

padre de Walid, Yazid II, se había enamorado de Hababah, una de estas cantantes esclavas. Ya la había visto en La Meca, en su juventud, pero solo pudo permitirse comprarla cuando le eligieron califa, en 720, por un precio de cuatro mil monedas de oro. En Damasco, Hababah fue la estrella de varias producciones espectaculares, con otros cincuenta cantantes, y entusiasmaba al califa hasta el punto de que este creía encontrarse ya en el paraíso, a punto de echar a volar. Cuando ella se ahogó con la carnosa semilla de una granada, él no se resignó a separarse de su cuerpo durante tres días en los que difícilmente cabría calificarlo de buen musulmán. A la muerte de Yazid II, en 724, Walid, que era un adolescente, tuvo que ceder el puesto a su tío Hisham. Mientras Hisham pasaba veinte años disfrutando de su harén, el príncipe heredero Walid, poeta, amante, jugador y cazador, se jactaba en verso de su hedonismo escandaloso, «enamorado del amor»:

Ojalá todo el vino costara un dinar por copa
y todos los coños estuvieran en la ceja de un león,
pues de este modo solo los libertinos beberían
y solo los valientes harían el amor.

El objeto principal de su deseo era Nawar, una cantante esclava, apodada Salma, a la que comparaba con una cosecha fértil; elogiaba así sus rasgos: «Salma, mi amor, antílope al que adoro por los ojos negros, por el cuello y garganta sin tacha». Pero Salma era infiel y Walid se entregaba a una pasión atormentada.[7]

La conducta de Walid, al estilo de una estrella de rock, era tan libertina que Hisham decidió desheredarlo y nombrar en su lugar a su propio hijo, Muawiya; pero Hisham murió y el *playboy* heredó el imperio. Cuando Walid se emborrachaba hasta el extremo de no poder abandonar las orgías, hacía algo impensable: Salma, la *jarya*, se vestía con las ropas del califa y dirigía las oraciones del viernes. Eso afirmaban, al menos, sus enemigos.

Walid celebraba fiestas en sus nuevos palacios de ocio, en el desierto,[8]y se bañaba en termas decoradas con mosaicos bastante más persas y romanos que islámicos. En Qusr al-Amra encargó

frescos que le mostraban como señor de los monarcas sometidos de Constantinopla, Persia, China, Etiopía y España; en sus termas aparecen chicas desnudas, fumando, bailando y gozando de banquetes. Cuando un poeta visitó a Walid, este se emborrachó hasta perder la conciencia y luego le gritó al visitante: «¡Hijo de puta, como un solo susurro salga de tus labios, haré que te corten la cabeza!».

«¡Despertad, omeyas!», advertía un disidente. «¡Buscad al califa de Dios entre los laúdes y las panderetas!» Mientras Walid continuaba con sus fiestas se fueron acumulando rumores y revelaciones; en 744 unos rebeldes sitiaron al califa, que contaba entonces treinta y ocho años, y fue él quien murió decapitado. No lejos de su residencia festiva, entre tanto, estaba ocurriendo algo extraño.

El Sanguinario y el bebé gigante: ascenso de Abbás, caída de los Tang

En la aldea rústica de Humayma (Jordania) vivía un propietario oscuro, pero bien relacionado, en compañía de sus hijos. Muhammad ibn Alí no tenía nada de excepcional, salvo el hecho de ser bisnieto de Abbás, el tío de Mahoma. Sentía mucho disgusto por los «califas afeminados ... cuya única ambición», comentó su hijo Mansur, «era satisfacer placeres proscritos por Dios». Mientras los Omeya se tambaleaban, un vendedor de perfumes llegó a la granja, en misión secreta desde Irak, donde crecían los apoyos para una revolución furiosa bastante más al este, en Jorasán. En junio de 747 un guerrero sagrado, un esclavo manumiso que se hacía llamar Ibn Muslim, surgió de la nada para encabezar una rebelión de jorasaníes, que habían sido excluidos por los omeyas árabes; pronto reunió en torno de sí una alianza militante de guerreros con estandarte negro: persas y afganos, disidentes y aventureros, seguidores del linaje de Alí (en la familia de Mahoma) y miembros de la secta jariyí; todos ellos juraron lealtad a quien fuera «un miembro aceptable de la Casa del Profeta». Sabedor de que en

Siria, muchos consideraban inaceptable a la familia de Alí, Ibn Muslim apoyó a los descendientes de Abbás y envió al vendedor de cosméticos, de toda confianza, con una invitación al destino.

Muhammad ibn Alí accedió a respaldar la revolución, e igualmente sus hijos; pero los Omeya tuvieron noticia de los rumores y mataron al mayor. Un hijo menor, Abbás, pasó a la clandestinidad mientras Ibn Muslim galopaba del Jorasán a Irak. Aquí se encontraron los dos, que coincidían en el sentimiento de ofensa intolerable por el declive de la Casa del islam. Abbás se proclamó califa de la casa abasí de la dinastía de Mahoma, y lanzó un aviso: «¡Preparaos! Porque soy el vengador destructor, el sanguinario sin piedad». Su nombre regio era precisamente *al-Saffah*, «el Sanguinario».

En febrero de 750, en el río Zab, Ibn Muslim y Al-Saffah derrotaron al ejército de Marwan II, al que persiguieron hasta Egipto y mataron; fue el último califa omeya.[9]En abril Al-Saffah, su hermano Al-Mansur y sus tropas tomaron Damasco. El Sanguinario decapitó en persona a los príncipes omeyas; se desenterró a los califas difuntos, «a los que se azotó con látigos y luego se crucificó», y les aplastaron el cráneo. El Sanguinario anunció entonces una amnistía para el resto de la familia omeya, a la que se invitó a una cena de reconciliación en las inmediaciones de Yaffa. Pero era una trampa y, bajo la alegre contemplación del Sanguinario, se masacró a los invitados. «Nunca había comido nada que me sentara así de bien ni me supiera tan delicioso», dijo.

Solo un príncipe logró escapar; pero con el tiempo fundaría un nuevo reino paradisíaco en Occidente. El príncipe Abderramán (Abd al-Rahman) —nieto de Hisham, el amante de la poesía, e hijo del heredero de este, Muawiya, que había muerto joven— huyó de Damasco con su hermano y con un esclavo griego llamado Badr. Los secuaces del Sanguinario los persiguieron y los cercaron en el Éufrates, donde el hermano acabó decapitado. Pero Abderramán se echó a nadar y salvó la vida, e inició una aventura de cinco años a través de Siria y África, hasta el último lugar donde su familia aún contaba con amigos: España.

El Sanguinario trasladó la capital a Kufa, que estaba más

cerca de las tierras persas de donde los revolucionarios procedían; Damasco, por otro lado, estaba manchada por la suciedad de los omeyas. El éxito se coronó con conquistas que los acercaron a las fronteras de la Región Occidental de China. Árabes, chinos, tibetanos y turcos luchaban con alianzas que no cesaban de modificarse. Los chinos, con el apoyo de aliados túrcicos, repelieron a los ejércitos del Sanguinario hasta que, en un enfrentamiento en Talas, los turcos cambiaron de bando. Los árabes vencieron; pero se trató de un encuentro menor, en comparación con la catástrofe que estaba rodeando a los Tang.

El emperador Xuanzong había gobernado decentemente durante varias décadas, pero en estas fechas, engatusado por la alquimia taoísta y deprimido por las traiciones de sus hijos, perdió la concentración. Eliminó a tres de sus hijos y cedió el poder a un ministro llamado Li Linfu, que reclutó a un ejército profesional que incluía a soldados sogdianos, de Asia central. Entre ellos había un militar ostentoso, analfabeto y de estatura colosal, An Lushan. De chico lo habían arrestado por robo; como general, estuvieron a punto de ejecutarlo por insubordinación; pero demostró ser un manipulador excelente de sus señores Tang, quienes, convencidos de su propia superioridad, lo subestimaron fatalmente y se creyeron el papel que interpretaba: un cateto gordo, tosco y leal como un perro. Cuando el emperador Xuanzong le preguntó qué tenía en la panza, contestó: «Solo un corazón leal, nada más»; en otra ocasión fingió no saber qué era un príncipe heredero, alegando: «¡Si yo soy un bárbaro! ¡Yo no sé nada de ceremonias formales!». Pero tenía un olfato exquisito para las debilidades y sabía que la persona esencial no era el emperador, sino una concubina determinada.

A los catorce años habían casado a Yang Guifei con uno de los príncipes, pero al contemplar su belleza mientras se bañaba en las fuentes de Huaqing —«el agua caliente resbalaba por su cuerpo, brillante como el jade», en palabras de un poeta—, el propio emperador, de sesenta y nueve años, ordenó que se incorporase a las monjas taoístas para que no se alejara del palacio; y a su hijo le encasquetó otra esposa. Yang tenía una tez de porcelana y unas

curvas atractivas que lucía con un corpiño que ella misma había diseñado.

Yang era asimismo incontenible e impulsiva, con estallidos ora de gozo, ora de furia. Mantuvo peleas muy ruidosas con Xuanzong, hasta que el emperador se cansó y, ofendido, la expulsó. «Mi ofensa merecía la muerte y me alegra haber tenido la fortuna de que Vuestra Majestad Imperial no me haya matado», le escribió. «Me alejaré para siempre de palacio. En cuanto al oro, el jade y los tesoros que Vuestra Majestad Imperial me regaló, sería inapropiado ofrecerme a devolverlos; solamente lo que mis padres me han dado me atrevería a darlo también.» Es decir, que se llevaba las joyas.

Cuando ella se cortó unos tirabuzones para enviárselos al emperador, él no pudo resistirse al aroma y ordenó que su eunuco Gao Lishi la trajera de vuelta; y como era de esperar, Yang volvió. Donde quiera que Yang estaba, Xuanzong se aseguraba de que hubiera postas de caballos preparadas para llevarle los lichis que adoraba, y encomendó a Gao que satisficiera todos sus deseos. Además nombró ministro principal a un primo de Yang. Este paladín, An Lushan, se prodigaba tanto con las adulaciones que ella propuso adoptarlo por hijo, lo que se tradujo en una escena cómica en la que la consorte Yang vistió al viejo, bigotudo y gargantuano rufián con ropas de bebé y le dio un baño mientras él balbuceaba; este le devolvió el favor haciendo sus reverencias siempre primero ante Yang: «Los bárbaros siempre nos inclinamos primero ante la madre, luego ante el padre». A Xuanzong todo esto le pareció encantador y le concedió a An el título de príncipe.

Pero cuando el imperio se vio desbordado por inundaciones y rebeliones, el emperador no acertó a controlar un enfrentamiento entre el ministro principal y el general An Lushan, que, en diciembre de 755, reunió a su ejército, se sublevó y derrotó con facilidad a las huestes de los Tang. El régimen, ya tambaleante, se hundió de inmediato. An Lushan se apoderó de Luoyang y se proclamó emperador. El emperador Xuanzong, la consorte Yang, el primo ministro y el eunuco Gao, protegidos por la caballería, huyeron de Chang'an hacia Sichuan. Los soldados mataron al ministro, apresaron a Xuanzong y reclamaron el final de los Yang y

la ejecución de la amante. Al emperador la idea le resultaba inaceptable, pero Gao le convenció de que era necesario; Yang accedió a morir estrangulada con una tela de seda (y no decapitada) para que su apariencia no quedara perturbada en la otra vida; Gao la estranguló y la enterraron con un saquito de perfumes.

An Lushan ocupó Chang'an, la otra capital, entre escenas apocalípticas.

Recuerdo la primera vez que huimos de los rebeldes
con toda premura, hacia el norte, por caminos peligrosos,

escribió uno de los testigos, Du Fu, un funcionario del gobierno que destacó como el más grande poeta de China. Du Fu contempló el sufrimiento de millones de refugiados, de hecho lo vivió en sus propias carnes:

Noche profunda en la carretera de Pengya,
con la luna sobre los cerros de los Rápidos.
El camino es muy arduo. Una familia entera
mendiga sin vergüenza a todos los que encontramos.

A los pocos meses de haber capturado las dos ciudades más pobladas del planeta, An Lushan, que celebraba la corte en Luoyang, se estaba quedando ciego, probablemente de resultas de la diabetes; su obesidad era tal que, según se decía, al montarse en un caballo lo mató aplastado, y para levantarse de la cama requería de la ayuda de todo un equipo de eunucos. Sus hijos se conjuraron en su contra y él ejecutó a uno de ellos.

En diciembre de 757, otro hijo asesinó a An y se hizo con el trono. Pero los generales Tang, dirigidos ahora por un antiguo príncipe heredero, el emperador Suzong,[10]atacaron a la familia de An. Como no estaba en condiciones de reunir ejércitos numerosos para reconquistar Chang'an, Suzong pidió ayuda al jagán de los uigures, Bayanchur Jan, que había logrado forjar un nuevo imperio a partir de las ruinas de la confederación gokturca; tenía la sede central en su capital mongola, Ordu-Baliq, y gobernaba sobre la

Siberia oriental, Mongolia y buena parte de Asia central. Las tropas uigures de Bayanchur se unieron a los ejércitos Tang y tomaron al asalto Chang'an y Luoyang; luego se les permitió saquear las capitales durante tres días. Suzong les entregó veinte mil balas de seda y casó a su propia hija, la princesa Xiaoguo, con Bayanchur; fue la única hija de un emperador que se casó nunca con un bárbaro. Pero Suzong y su hijo Daizong siguieron encontrándose con muchos problemas para controlar el imperio, pues los tibetanos, que ya habían conquistado Nepal y Assam hasta la bahía de Bengala, se adueñaron de la mayor parte de Asia central.

En 763 el emperador tibetano Trisong Detsen envió doscientos mil efectivos a China y asaltó Chang'an. Con ayuda de los uigures, los Tang no tardaron en obligar a retirarse a los tibetanos. Pero la gratitud de los Tang duró poco: masacraron y expulsaron a los uigures (aunque los jaganes uigures siguieron gobernando su vasto imperio hasta entrado el siglo IX).[11]Los Tang sufrieron daños fatales: la rebelión y sus secuelas estuvieron entre las guerras más catastróficas de la historia humana, con 36 millones de muertos o desplazados. «Llorando en el desierto, ¡cuántas familias conocen ahora la guerra y la pérdida! Toda noticia de los hechos del mundo humano se ha perdido en estos espacios vastos y callados», escribió Du Fu.[12]

En el apogeo de la crisis, el emperador Suzong, que no estaba molesto por la discreta victoria de los árabes en Talas, le pidió ayuda a Al-Mansur; es posible que el califa enviara a China un pequeño contingente. Se cree que los presos capturados en China llevaron el invento chino del papel al mundo árabe, que luego lo transmitió a Europa.

Sin Al-Mansur, el califato abasí podría haber sido un momento pasajero; pero él acertó a fundar el Estado más poderoso del mundo, regido por la familia de Mahoma durante los dos siglos posteriores. El título de *al-Mansur*, «el Victorioso», lo adoptó este notable hermano mayor cuando el califa Sanguinario falleció, a los treinta y dos años, a consecuencia de la viruela.

Al-Mansur —alto, delgado, de piel curtida y barba amarilla (teñida con azafrán)— se dio cuenta de que el peligro principal

venía de su propio sicario, Ibn Muslim. Por lo tanto lo invitó a su tienda mientras los soldados estaban aún en el campamento y dio unas palmas: el signo para que sus guardaespaldas le cortaran el cuello al jorasaní. Envolvieron el cuerpo en una alfombra y lo dejaron en una esquina de la tienda. Cuando el asistente de Al-Mansur quiso saber dónde estaba el caudillo, el califa contestó: «Ahí enrollado». El cadáver lo arrojaron al Tigris. Cuando Muhammad «el Alma Pura», cabeza de la familia de Alí —línea principal de la Casa de Mahoma—, se sublevó, Al-Mansur hizo que lo mataran y exhibió la cabeza en una bandeja de plata.

Después de ir desplazándose entre Kufa y los campamentos armados, Al-Mansur decidió construir su propia capital. Cada día se levantaba al amanecer y supervisaba todos los detalles, lo que le valió el sobrenombre de Abul Dawanik, «el Cicatero». Eligió un punto en la orilla del Tigris, rodeado de tierras fértiles, unos treinta kilómetros al norte de Ctesifonte-Seleucia, cuyos ladrillos aprovechó para las murallas de la ciudad circular de Medinat al-Mansur, que pronto se conocería como Bagdad. Instaló la corte en el vasto Palacio de la Puerta de Oro, en la ribera occidental del río, coronado por una cúpula de oro de cuarenta metros de altura. Él en cambio solía vivir en una tienda pequeña. Luego se mudó a «un apartamento diminuto, de un solo espacio», con «una estera de fieltro y nada más que una jerga, una almohada y una manta».

Era un hombre pío y austero, moderado por la humildad de cuna y el ascenso violento, sin afición por la bebida ni las fiestas. Además se mostraba respetuoso con su esposa Arwa, descendiente de reyes yemeníes; aunque también apreciaba mucho a una concubina cristiana que llevaba el sugerente nombre de Mariposa Inquieta.

La riqueza del califato se basaba en un sistema tributario eficiente, así como en el comercio, que no se limitaba al del eje este-oeste, sino que los relacionaba también con África oriental. Los mercaderes árabes habían empezado a comerciar con la costa africana y llevaban a Irak no solo marfil y especias, sino también a personas: miles de esclavos negros, los *zanch*, vendidos a las plantaciones iraquíes, que supusieron el principio del tráfico de

esclavos de África oriental.

Al-Mansur controlaba el gobierno por medio de un *wazir* (visir) con funciones de primer ministro del imperio. El trabajo era peligroso: el primero de los visires y su familia fueron ejecutados cuando Al-Mansur llevaba ocho años en el poder. Mediada la década de 760, no obstante, el califa había encontrado a un ministro culto y refinado: Jálid, un aristócrata persa, hijo de Barmak (un sacerdote budista de Balj, en Afganistán) al que se respetaba como médico (había tratado a Maslama e Hisham, hijos de Abd al-Malik) y que luego se convirtió al islam y se integró en la burocracia. Como visir, y como parte de la segunda familia del imperio, Jálid ibn Barmak se convirtió en un mecenas espléndido. Pero Al-Mansur no perdía de vista a los cortesanos y en cierta ocasión le reclamó de golpe un pago al barmací, que pudo devolverlo gracias a los créditos de los grandes a los que él había ayudado anteriormente.

En 758 Al-Mansur envió a Al-Mahdi, su príncipe heredero, a gobernar Jorasán, donde se le unió el hijo de Jálid: Yahya. Cuando la concubina favorita de Al-Mahdi, Jayzurán, alumbró a un niño —Harún—, se concedió a la esposa de Yahya el honor de amamantar al bebé príncipe mientras Jayzurán hacía lo mismo con el bebé barmací, Fadl. Estos acuerdos de amamantamiento supusieron incluir a los barmacíes en el círculo más íntimo.

Al-Mansur celebraba la corte en el *iwan*, con una maza al lado, protegido por cuatro mil guardias armados asimismo con mazas (que además hacían las veces de verdugos) y asistido por setecientos cortesanos vestidos de negro y dispuestos en hileras. Creó una red de espionaje en torno del *barid*, el correo imperial. «Siempre necesito tener en la puerta a cuatro personas: al juez, el jefe de la policía y el de la recaudación de impuestos; y al jefe del servicio postal, para que me dé información fiable sobre los otros tres», dijo. Al-Mansur gozaba eliminando a sus enemigos. Se decía que en un sótano secreto almacenaba las cabezas de la familia Alí, todas cuidadosamente etiquetadas.

Solo se le había escapado un enemigo: el príncipe niño de los Omeya, Abderramán.

El Halcón de al-Ándalus y las palomas coronadas de Baños de Aquisgrán: Abderramán y Carlomagno

Huyendo de los sicarios de Al-Mansur, Abderramán y su esclavo griego Badr fueron desplazándose hacia el oeste con una serie de escapadas. En cierta ocasión tuvo que ocultarse bajo la fragante falda de una prima hermosa, una experiencia que ya en la vejez rememoraba con alegría: «¡No he olvidado nunca tu aroma de tierra!». Después de llegar a Marruecos y hacer que su liberto se adelantara para verificar con qué apoyo podía contar, alcanzó Gibraltar en 755 —de donde procede su apodo *al-Dajil*, «el Inmigrado»—, reunió seguidores y, en 756, se proclamó emir de al-Ándalus. Al-Mansur encargó a un ejército que lo aplastara, pero el Inmigrado lo derrotó, recogió las cabezas de los generales, las hizo envolver para regalo y se las remitió al califa, que estaba de *hach* en La Meca.

—¡Que Dios sea bendito por haber situado un mar entre nosotros y ese diablo! —exclamó Al-Mansur—. ¿Quién merece el título de Halcón de Quraysh?

—¡Vos, nuestro califa! —contestaron los cortesanos.

Pero él negó con la cabeza:

—El Halcón es Abderramán.

Abderramán, que entonces contaba veintiséis años, se pasó el resto de su vida luchando para mantener el título; pero también empezó a embellecer su capital, Córdoba, transformando una iglesia visigótica en una mezquita que se convertiría en una maravilla de Occidente, con un bosque de columnas tomadas de las ruinas romanas de distintos lugares de España, concebido quizá para recordar los palmerales de Siria. Siempre añoró Siria. Se comparaba a sí mismo con una palmera, que es también

algo extraño en el oeste.
Lejos de tu hogar oriental, como yo, sin bendición ...
Llorarías, si te quedaran lágrimas aún,
por los compañeros que dejé a orillas del Éufrates.

Pero el Halcón no podía dormirse en los laureles. Sus enemigos invitaron a Carlomagno, el rey de Francia, a cruzar los Pirineos y destruirlo.

En la piscina de sus termas de Baños de Aquisgrán (Aix, Aachen), en mitad de una corte de paladines, eruditos, concubinas e hijos, Carlomagno —que adolecía de gota y los dolores propios de haber pasado varias semanas a caballo— nadaba unos pocos largos y le decía a su escriba anglosajón: «Maestro Alcuino, déjeme que le haga algunas preguntas» sobre por ejemplo los planetas, o Plinio; entre tanto, sus hijas traviesas iban flirteando con sus cortesanos.

Desde el momento en que ascendió al trono, en 768, con veinte años, Carlomagno —rubio, gigantesco, inconteniblemente enérgico— galopó montante en mano de un extremo de Europa al otro. Dominó el continente más que nadie hasta la aparición de Napoleón y Hitler, con la diferencia de que él gobernó durante cuarenta años y de que prácticamente todos los monarcas que reinaron en Europa hasta 1918 descendían de él. Dejó atrás a su hermano y a cualquiera que amenazara su poder; conquistó Aquitania y se casó con la princesa Desiderata, hija de Desiderio, el rey lombardo de Italia, que casi inmediatamente se lanzó al asalto de Roma. El papa Adriano solicitó ayuda a Carlomagno, que cambió de bando, venció a Desiderio y se alzó con la corona de Italia; entre tanto repudió a su esposa lombarda y se casó con una princesa alemana, Hildegarda.

Carlomagno amaba a las mujeres y se casó cinco veces. Hildegarda (que murió a los veintiséis años) le dio nueve descendientes, pero tuvo muchos más —18 en total— con una multitud de concubinas. Todo este linaje regio, naturalmente, giraba en torno del rey, un hombre corpulento, de 1,95 de altura, que por lo general vestía la ropa simple de los francos, con una túnica ribeteada de seda, abrigo de piel, pantalones de lino y espada de empuñadura dorada. Lo extraordinario de su confianza y su ambición le pasaban factura, sin embargo: a menudo sufría de insomnio, se levantaba cinco veces durante la noche y al día siguiente celebraba la corte en la cama.

Al principio sopesó casar a sus siete hijas con príncipes extranjeros, pero no soportaba la idea de separarse de ellas; además hay indicios de relaciones incestuosas.[13]Las chicas, famosas por sus aventuras, tanteos y juegos sexuales, eran como «palomitas coronadas» —en palabras de Alcuino, el cortesano anglosajón—, que «revolotean por las cámaras de palacio, llegan a vuestra ventana» y luego «irrumpen, como caballos salvajes, por la puerta de tu habitación». Era difícil frenar a estas «palomas coronadas», que no en vano eran jóvenes y atractivas y no tenían nada que temer; fueron quedando embarazadas de una sucesión de cortesanos, extramaritalmente (una de ellas, de un abad). Carlomagno era muy brutal en la guerra, pero su corte era culta[14]y tolerante, y esta atmósfera erótica se aceptaba sin problema; al mismo tiempo el rey apoyaba la campaña papal a favor de matrimonios únicos y sagrados, y en contra de las anulaciones, los concubinatos y los casamientos entre primos.[15]Los papas también querían reservar exclusivamente para los hijos legítimos toda la herencia de las propiedades. La Iglesia reclamó el derecho a poseer las tierras que carecían de un heredero legítimo, y hacia 900 poseía un tercio de las tierras cultivables de Occidente. Carlomagno, que asociaba su propio poder al del papado, respaldaba esta versión europea del matrimonio, obsesionada por la legitimidad y el sexo (no mucho), peculiarmente cristiana. Las familias europeas se desarrollaron de un modo distinto de las de Asia y África, donde la gente seguía siendo leal a los clanes más extensos. Con el paso del tiempo, los europeos fueron casándose una sola vez y se mostraron leales a su familia nuclear; se casaron más tarde y tuvieron menos hijos; algunas mujeres no se casaron nunca, pasada la edad de la juventud; la propiedad quedó reservada a los hijos legítimos (y habitualmente, a los primogénitos); y las personas moralistas podían exhibir su virtud viviendo de acuerdo con las normas de la iglesia. El sexo para procrear era una obra de Dios, mientras que el sexo por placer era un tabú delicioso. Esto transformó Europa, pero no a Carlomagno, que disfrutaba sin restricciones de sus concubinas. Sí que afectaría a sus hijos, en cambio, cuando lucharan por el poder.

Pero Carlomagno vivía para la guerra: para la guerra santa. Cada verano emprendió una guerra en ocho frentes distintos, donde su caballería pesada, con sus enormes monturas bélicas, parecía otorgar a sus ejércitos la superioridad sobre cualquier otra fuerza. Recompensó con títulos y propiedades a los magnates que abastecían su caballería, forjando una relación feudal entre rey y vasallo que acabó por militarizar y estructurar la sociedad en jerarquías que se consideraban naturales y sagradas. «Es nuestro deber defender con la fuerza de las armas la santa iglesia de Cristo en todo lugar, frente a los ataques de los paganos y la devastación de los infieles», le dijo al papa León III. Se preparaba para un Juicio Final que tenía por inminente, y el respeto por la iglesia le parecía un buen medio de favorecer la vida eterna, así como a su propia dinastía: socios en el poder, socios en la salvación. Al oeste estaban los musulmanes y, aunque este otro hecho suele caer en el olvido, en este momento tanto el este como el norte de Europa (Alemania oriental, Polonia, Escandinavia, el Báltico, Rusia) eran paganas. Carlomagno tenía una misión en la vida: convertir a esos monstruos o, si no, matarlos.

Matar a los demonios: la espada de Carlomagno

La oferta de Carlomagno se resumía en: «¡Bautismo o muerte!». La solución era la masacre de multitudes. En 772 Carlomagno atacó a los sajones, que adoraban a los dioses Thor, Wotan (Odín) y Saxnot, y prendió fuego a su sacro Árbol del Mundo, santuario del Irminsul, que se creía sostenía los cielos. Fue el principio de una misión de treinta años con el fin de aniquilar el «culto a los demonios». En 782 Carlomagno masacró a 4.500 sajones para que no cupieran dudas: o abrazaban el cristianismo o se les «eliminaría por completo».

En 778 un rebelde árabe de Zaragoza llegó a la corte de Carlomagno y lo invitó a atacar al Halcón: Abderramán. El rey atravesó los Pirineos y se apoderó de Gerona, pero Zaragoza cerró sus puertas y, después de una retirada terrorífica de nuevo a través

de los Pirineos —versionada en el caballeresco *Cantar de Roldán*—, Carlomagno alcanzó Aquitania.

No se dejó arredrar y atacó hacia el este para engullir Baviera, un movimiento que le puso en contacto con los ávaros, paganos (y antes nómadas) que gobernaban la Panonia (Hungría-Rumanía) y también cayeron derrotados por Carlomagno. El rey empezó a verse como un Augusto cristiano, un proyecto al que habían abierto la puerta las diversas atrocidades espantosas de Constantinopla, sede del único auténtico emperador romano. Pero ahora en el trono había una asesina, una filicida.

La coronación de Carlomagno, la boda de Harún

Irene de Atenas, viuda de un emperador, empezaba a alejar a Constantinopla de la frenética destrucción de los iconos. Con cincuenta años cumplidos, Irene ardía en deseos de apaciguar a Carlomagno, que estaba en condiciones de amenazar sus posesiones en el sur de Italia. Así, en 781, como regente, negoció un matrimonio entre su hijo, el joven emperador Constantino VI, y Rotruda, hija de Carlomagno; pero tanto Irene como Carlomagno demoraron la boda. Lo cierto es que Constantino era tan inepto como cruel: en combate los musulmanes lo derrotaron, y cuando su tío se rebeló, no solo lo dejó ciego, sino que les cortó la lengua a sus otros cuatro tíos. Su madre estaba convencida de que ella haría un papel mejor, así que en 797 derrocó a su hijo (que contaba entonces veintisiete años) y lo cegó. Esta demostración de mal gobierno femenino convenció a Carlomagno y los francos de que el trono de Roma estaba vacante. A esto contribuyó que el papa León III viviera aterrado por las luchas que los grandes de Italia libraban por la zona central de la península, hasta el extremo de conceder cualquier cosa que Carlomagno le pidiera, a cambio de su protección. De hecho, mientras negociaba qué nuevo título se le daría al franco, unos asesinos atacaron a León con la intención de dejarlo ciego. El día de Navidad de 800 Carlomagno y sus hijos se vistieron togas romanas y el pontífice lo coronó como «emperador

de los romanos»; la ceremonia se celebró, naturalmente, en la propia Roma. La primera acción posterior de Carlomagno fue intentar ejecutar a trescientos conspiradores que muy poco antes habían intentado terminar con la vida de León.

Su nuevo título iba a necesitar el reconocimiento de Constantinopla. Irene sopesó la posibilidad de casarse ella misma con él, pero la depusieron y la desterraron a la isla de Lesbos, a tejer lana. Carlomagno extendió la mano de su amistad al califa Harún al-Rashid, para aumentar así la presión sobre Constantinopla, que acababa de meter la pata y acceder a una guerra contra Bagdad. Carlomagno envió como regalo abrigos frisios, caballos españoles y perros de caza. Por su parte el califa de Bagdad le hizo una diversidad de presentes: un juego de ajedrez, de marfil; una tienda califal; un elefante llamado Abul-Abbás (que hizo todo el camino a pie, desde la capital abasí hasta Aquisgrán, de la mano de un legado judío); y una obra asombrosa, prueba del especial refinamiento de los árabes: una clepsidra en la que, cada hora, se abrían unas puertecitas que daban paso a caballeros.[16]Carlomagno, inevitablemente, quedó impresionado por los esplendores de Harún al-Rashid.

En 782 se celebró la boda de Harún y Zubaida (prima carnal por dos ramas), que se dijo que fue la fiesta más impresionante de la historia. La ceremonia tuvo lugar en Bagdad, en el Palacio de la Eternidad, con el califa Al-Mahdi (padre del novio) y Jayzurán (madre) como anfitriones; cada invitado recibió como regalo un paquetito con joyas, perfumes y puñados de dinares de oro. El novio contaba dieciocho años; la novia, asimismo joven, acudió con la *badana* enjoyada y sin mangas que, tomada de los Omeya, había ido heredándose en la familia. Los dos eran nietos del califa Al-Mansur, y este era quien le había dado a la novia el sobrenombre de *zubaida*, «taquito de mantequilla».

La madre de Harún era su principal valedora. La esbelta y bella Jayzurán había sido secuestrada y vendida como esclava hasta que el príncipe heredero Al-Mahdi se fijó en ella, se enamoró, le dio la libertad y contrajeron matrimonio. También él le había dado el nombre de *jayzurán* («junco»). Ella se negó a quedarse en

el harén y gozaba de su preeminencia.

Harún, tímido y reservado, no era el heredero; pero como muchos descendientes del rey, soñaba con retirarse junto con su amada Zubaida a alguna hacienda bien alejada de lo que él denominaba «el hervidero» de Bagdad. Pero ya había puesto de relieve su agudeza: había dirigido un ejército que conquistó el territorio entero hasta el Bósforo, hasta que la emperatriz Irene compró la paz con un tributo de oro. El califa le concedió entonces el título de *al-Rashid*, «el recto, el justo».

Al-Hadi, hermano mayor de Harún, sucedió al califa; pero se vio asediado por las rebeliones, abandonó Bagdad y se enfrentó a la madre de ambos, Jayzurán, a la que intentó matar. En septiembre de 786 un Al-Hadi enfermo fue ahogado por las chicas del harén y Jayzurán se hizo con el poder, asesorada por Yahya el barmací. Otorgaron un premio a las tropas y organizaron la aclamación de Harún, quien nombró a su mentor, el citado Yahya al-Barmaki, como visir. «Te confío el gobierno de mi rebaño. Gobierna como creas que es justo.» Los barmacíes eran prácticamente familia. Harún había crecido con Yafar, el mujeriego hijo de Yahya, y probablemente su primera amante fue una de las concubinas del nuevo visir, Hailana, quien le rogó que la liberase del viejo ministro. Harún le transmitió a Yahya su deseo, y el visir le cedió en efecto a Hailana.

Harún solía disfrazarse para salir de fiesta con Yafar, según se describe en *Las mil y una noches*. En «El recadero y las tres doncellas de Bagdad», una muchacha hace una compra sensual de perfumes y alimentos deliciosos: melocotones de Omán, pepinos de Egipto, nenúfares damascenos, ámbar gris, almizcle, antes de regresar a una fiesta doméstica en la que una alcahueta le advierte de que la discreción es esencial. Un tiempo después se les unen Harún y Yafar, que celebrarán una orgía en la mayor metrópolis del mundo, obsesionada con la música y la poesía, la comida y el sexo.[17]

«Las mil y una noches»: el califa y las estrellas cantantes

El califa o el barmací podían pagar sumas cuantiosas —«como en las transferencias del fútbol», ha escrito Hugh Kennedy— por poetas famosas y cantoras esclavizadas formadas en Medina. «Había intercambio de muchachas, que iban ganando valor en cada transacción.» Estas superestrellas esclavas, en parte cortesanas y en parte artistas, hacían que los hombres se enfrentaran entre sí, escribían poemas y con frecuencia gozaban del sexo de formas que, en el mundo islámico de hoy, serían inconcebibles.[18]

Harún sentía devoción por su madre Jayzurán, y estaba contento con su esposa Zubaida, que se vestía y comportaba con una emperatriz: usaba botas y zapatillas enjoyadas y viajaba con una escolta de eunucos y concubinas. Jayzurán gobernaba el *hurram* («santuario, harén») donde Harún tenía a sus mujeres: dos mil esclavas con sus hijos.

Vivir en el interior de un harén sin duda tuvo que caracterizarse por el aburrimiento, en competencia con el deseo: se cuentan historias de chicas con ganas de festejar, aunque con ello arriesgaran la vida. También hay indicios de consolaciones lésbicas en los cubículos del *hurram*. Durante el reinado de Al-Hadi (hermano de Harún), uno de sus cortesanos recordaba la ocasión en que un eunuco portaba una bandeja cubierta por un trapo.

—¡Dejadme ver! —dijo el califa Al-Hadi.

Y había las cabezas de dos esclavas. Por Dios que nunca había visto rostros más hermosos ni un cabello más encantador. Los habían guarnecido con joyas y sus perfumes colmaban el aire.

—¿Sabéis qué han hecho? —quiso saber el califa.

—Se enamoraron la una de la otra y se encontraban con fines inmorales. Envié a un eunuco a vigilarlas. Me dijo que estaban juntas; las pillé bajo una manta, haciendo el amor, y las maté.

Luego el califa dijo:

—Llévate las cabezas, chico —y siguió hablando como si nada hubiera sucedido.

Zubaida, que era la definición misma del concepto árabe de la belleza virtuosa, se alarmaba a veces con los amoríos de Harún; una vez le dio diez chicas nuevas para que se distrajera. Harún y Zubaida tuvieron un hijo, Al-Amín, descendiente de la casa abasí por duplicado. Aparte Harún tuvo otros hijos con 24 de las chicas. Cuando la concubina Marayil falleció, siendo aún muy joven, Zubaida adoptó a su hijo, el futuro califa Al-Mamún.

Harún tenía que disponer de las mejores cantantes esclavas. Pagó la colosal suma de setenta mil dirhams por «la chica del lunar». Pero luego insistió en saber si se había acostado con su anterior amo y, cuando ella reconoció que «una vez, solo una», se la cedió a un gobernador. No en todas las ocasiones conseguía a las cantantes que codiciaba. La gran estrella del momento era la brillante Inán. Harún envió a Musr, un eunuco africano, a pagar cien mil dinares de oro por ella; pero el propietario se negó a venderla, lo que hizo caer al califa en tal estado de pesar que su propia madre intervino. Él sostuvo que solo deseaba a Inán por su poesía, a lo que le contestaron que entonces seguro que no tendría problema en dormir con un buen poeta varón... Harún se echó a reír.

El califa no era el único enamorado de Inán. Abú Nuwás («hijo de los tirabuzones colgantes») era una estrella de la literatura, bisexual y escandaloso, que también la deseaba: «¿Tendrás piedad con un hombre que se conformaría con una gotita de tu ser?». A lo que Inán contestó:

Si te refieres a ti...
¡Lárgate! ¡Vete a masturbarte por ahí!

Él replicó:

Temo que en tal caso,
estarías celosa de mi mano...

Abú Nuwás celebraba la seducción de chicas y chicos con versos que describían excentricidades sexuales y muestras de

impotencia. La promiscuidad de las mujeres bagdadíes le intimidaba. «Me encontré en mitad de un extenso mar», escribió, incapaz de lidiar con tanto entusiasmo lúbrico. «Le grité a un joven: "¡Sálvame!". Si él no me hubiera arrojado una cuerda, me habría hundido hasta el fondo del mar. En ese momento me juré … que solo viajaría con las nalgas bien aposentadas.» Los amantes masculinos le resultaban más placenteros: «Abrió el ano del chico con la punta de la espada … Muestra piedad y compasión solo cuando convenga. Masajéale amorosamente las pelotas». Se complacía con la belleza masculina: «¡Afortunado el que alcance a darle un beso y a obtener lo que cobijan sus pantalones!». Narraba las noches de bebida y sexo homosexual, con preferencia por los eunucos de la corte y los monjes cristianos:

Aquella noche brillaban estrellas auspiciosas
cuando los borrachos se asaltaban entre sí.
Pasamos la noche inclinándonos ante el Diablo
hasta que al alba los monjes tañeron sus campanas
y la juventud se marchó, con la ropa exquisita
manchada por mi comportamiento perverso.

Amaba estar en compañía de las artistas; cierto día rememoraba la conversación sobre sexo que cuatro de ellas mantuvieron: «Mi vagina es como una granada abierta y huele a ámbar terrestre», decía una. «Cuando estoy afeitada, ¡afortunado el que me posee!»

Harún se negó a ser mecenas del poeta. En cambio Abú Nuwás sí se convirtió en el amante de Al-Amín, el heredero, al que le interesaban menos las concubinas que los jóvenes eunucos; su madre, Zubaida, optó por vestir a las muchachas de la servidumbre con turbante, túnica de hombre y fajín, con el pelo arreglado con flequillo y rizos. Las pajes de aspecto masculino (*ghulamiyyat*) se pusieron de moda.

Pero el placer no lo era todo. Harún cumplió diez veces con el *hach*; el palacio de Zubaida recordaba a una «colmena», con tantas chicas recitando el Corán; y en 803 el califa logró apuntarse tanto

un *hach* como una yihad exitosa, al derrotar al emperador romano que había cancelado el pago del tributo de Irene. Harún no era tan dado a las bromas cuando algo afectaba a su reputación. Cuando se ponía en contra de alguien, era letal.

¡QUE ME TRAIGAS LA CABEZA DE YAFAR, HIJO DE PUTA!

Cierta noche, a principios de 803, Harún pasó buena parte de las horas de fiesta, según acostumbraba, con Yafar al-Barmaki. Pero cuando se separaron, el califa subió a un barco, atracado en el Éufrates, y le ordenó a su eunuco africano Musr que cogiera a sus guardias de confianza y volviera con la cabeza de Yafar.

Los barmacíes —el visir Yahya y su hijo Yafar— habían cruzado una línea roja. A veces Yafar entraba en las dependencias de Harún sin anunciarse primero. Harún había ejecutado al jefe de la Casa de Alí y es posible que descubriera que los barmacíes estaban en contacto con esta dinastía rival. Además los impuestos de los barmacíes habían provocado revueltas y su grandeza los distanciaba del ejército. Harún, que desconfiaba de muchos de sus cortesanos, preparó la destrucción de la familia al-Barmaki.

Yafar intentó ganar tiempo. «Esto te lo ha ordenado porque estaba borracho», le dijo a Musr. «Tú no hagas nada hasta mañana o, por lo menos, vuelve a plantearle el asunto.» Cuando Musr consultó en efecto con Harún, la respuesta no podía ser más meridiana: «¡Que me traigas la cabeza de Yafar, hijo de puta!».

Simultáneamente hizo llamar a Sindi, un liberto que sentía adoración por el califa, y lo envió con la guardia a arrestar a todos los otros barmacíes. Yahya murió en la cárcel. A Harún le trajeron la cabeza de Yafar, escupió sobre ella y se la envió a Sindi, que la fue exhibiendo por los puentes de Bagdad. La caída de los barmacíes causó el asombro general.

En febrero de 808, Harún se marchó de Bagdad con su hijo favorito, Al-Mamún, para sofocar los disturbios que habían estallado en Jorasán, donde el joven era el gobernador. A Harún, el tema de la sucesión le angustiaba: «Si elijo a Amín, el pueblo estará

descontento, si elijo a Mamún, estará descontenta mi familia». El califa adoptó una solución de compromiso: Al-Amín, hijo de Zubaida, sería el monarca principal, y Al-Mamún regiría en el este. En marzo Harún, que contaba cuarenta y siete años, murió de pronto. Al-Amín heredó el trono, con el apoyo de Zubaida, y Al-Mamún respetó lo acordado y se estableció en Merv (Turkmenistán).

Una de las pocas personas que se quedó contenta con la solución fue Abú Nuwás, el amante de Al-Amín, pero incluso el poeta se mostró cauteloso a la hora de escribir sobre su amor: «Estoy enamorado, pero no puedo decir de quién; temo a aquel que a nadie teme; me toco la cabeza para saber si aún la tengo sobre el cuerpo». Pero Al-Amín acabó destruido por la suma de su incompetencia e ineficacia y de sus preferencias homosexuales.[19]

En 810 los dos hermanos califales se habían distanciado y reclutaron ejércitos enfrentados. La hueste jorasaní de Al-Mamún derrotó a Al-Amín y puso sitio a Bagdad, donde empezó a desarrollarse una tragedia. La banda juvenil de «los Desnudos» se encaraba con los invasores en las calles; estos bombardeaban la ciudad con manganeles (máquinas de asedio para lanzar piedras): «He aquí a un extraño, lejos de su tierra, decapitado en mitad de la calle, atrapado en mitad de los combates, sin que nadie pueda saber a qué bando pertenecía».

Al-Amín intentó huir, pero su barco zozobró y lo apresaron: «el niño mimado de Zubaida» dio con sus huesos en la cárcel, donde se encontró con un excortesano: «Acércate y abrázame con fuerza», dijo Al-Amín, tiritando. «¿Qué hará mi hermano? ¿Me matará o me perdonará?»

Pasada la medianoche, varios persas irrumpieron en la celda y Al-Amín se puso en pie: «Somos de Dios y con Dios volveremos». Los persas lo decapitaron y le enviaron la cabeza a Al-Mamún, que rompió a llorar y luego les dijo a sus consejeros: «Lo hecho, hecho está. Así que ahora empezad a pensar en cómo lo explicamos». Ante la sublevación de los chiíes, Al-Mamún apaciguó a la Casa de Alí con la promesa de que nombraría heredero a Alí al-Rida. Pero cuando el peligro hubo pasado ordenó envenenar al imán Alí

(conocido posteriormente como Alí Reza, santo del Irán chií). En 819 llegó a una Bagdad devastada y empezó a reconstruir la ciudad.

Este hombre apuesto, curioso y de talento era una figura original. Se mostró amable con Zubaida, la madre de Al-Amín, y esta le perdonó. Su corte era distinta, más persa que árabe, pero Al-Mamún encargó traducciones de obras indias y griegas, que se depositaron en la Casa de la Sabiduría, una institución ya antigua —biblioteca y academia— que procedía de la época sasánida.[20]El califa supervisó un florecimiento de las ciencias, la medicina, la astronomía y la geografía, materias que le fascinaban, según se constata en uno de los numerosos poemas que escribió:

> *Si volara hasta la cúpula estrellada*
> *para unirme al flujo del cielo hacia el oeste*
> *la travesía aérea me haría conocer*
> *de cuanto vive por debajo, la suerte.*[21]

Al-Mamún fue el gran mecenas del *adab*, una literatura urbana y refinada. El autor Al-Tahiri cantó a la comida y el sexo en sus libros *Adulterio y el placer que nos provoca*, *Narraciones sobre chicos esclavos* y el atrevido *Masturbación*. Los escritores podían celebrar incluso el placer sexual de las mujeres, de formas que suenan muy modernas. Al-Yahiz («ojos saltones»), nacido en Basora y descendiente de un esclavo o *zanch* africano, gozó del mecenazgo de Al-Mamún gracias a sus ensayos sobre el Corán, traducciones de Aristóteles y dignas obras de polémica; pero prefería escribir sobre un tema que le afectaba muy de cerca: la superioridad de los hombres negros frente a los blancos. Su *Comparación de los placeres de chicas y chicos* recopilaba entrevistas con los dos sexos en relación con el placer sexual.[22]Al-Mamún contrató a Yahiz como tutor de sus hijos, que le tenían miedo por el exagerado carácter saltón de sus ojos.[23]

Como gobernante e imán, próximo a los conceptos chiíes y poco amigo del seguimiento literal del Hadiz, Al-Mamún insistió en que el Corán se había creado a partir de la palabra de Dios pero no

era la escritura exacta de Dios, y obligó a sus eruditos a aceptar este punto. La yihad era un deber, y la seguridad, una necesidad insoslayable: por eso en 830 el califa y su hermano —Al-Mutasim, mucho más joven— atacaron a los romanos. Al-Mutasim convenció al califa de que adquiriese esclavos turcos, los *ghilmán*, arqueros montados, de rostro asiático y fama de dureza. En 836, ya como califa, Al-Mutasim trasladó la capital: de Bagdad a una nueva Samara en la que confiaba en gozar de la protección de sus pretorianos túrcicos. En la práctica estos se alzaron con el poder y, en 861, incluso asesinaron a un califa. El descontento entre los *zanch* esclavizados de las plantaciones de azúcar de caña y las obras de irrigación del sur de Irak estalló en 869, con una rebelión de los árabes de las marismas y los africanos (libres o esclavos), que duró catorce años, acabó con la caída de Basora y la masacre de todos sus habitantes, y en 879 llevó a los sublevados hasta las inmediaciones de la propia Bagdad. El caos costó la vida a cerca de medio millón de personas; los posteriores gobernantes árabes se mostraron más suspicaces ante la posibilidad de explotar el trabajo de los esclavos africanos. La revuelta debilitó fatalmente al califato en el preciso momento en que su rival español prosperaba.

El mirlo de Córdoba

El nieto del Halcón, Abderramán III, personificó el nuevo ideal del macho andalusí y el *adab* culto. Escribió poemas y promovió nuevas modas a la vez que combatía contra Luis el Piadoso (Ludovico Pío), uno de los tres hijos de Carlomagno que heredaron su imperio.

Mientras los herederos de Carlomagno —los *carolingios*, así llamados por el nombre latino del padre, Carolus Magnus— se enfrentaban entre sí, Abderramán II celebraba cortes en Córdoba, una ciudad que superó a Bagdad en refinamiento, con una cultura personificada por un hombre de color que se apodaba «el Mirlo» y gozaba del patrocinio del emir. Ziryab, hijo de un *zanch* vendido a Bagdad, era un buen conocedor de la vida civilizada al que un

músico judío invitó a Córdoba. Ziryab no solo introdujo en al-Ándalus el ingenio, la poesía y la cocina iraquíes y persas, sino que desarrolló la guitarra —al añadirle cuerdas a su *ud*— y fundó una escuela de música, tanto para chicas como para chicos. Inventó el concepto de una comida que empieza con una sopa o una ensalada, pasa a un plato más fuerte y concluye con dulces, todo servido separadamente; promovió la idea de adoptar modas distintas para cada estación; concibió versiones precoces de la pasta dentífrica y el desodorante (litargirio, un compuesto de monóxido de plomo); y divulgó un nuevo peinado, lo que hoy diríamos un *mullet* a lo mohicano, con rizos por delante, corto por los lados, largo por detrás, que era popular entre los *zanch* de Bagdad.

Pero el emir, que no era un simple entusiasta de los modernos o las cantantes, estaba constantemente en combate contra los cristianos del norte o quienes le desafiaban desde el interior. Contaba con la ayuda de un cuerpo de *ghilmán* esclavos y de su visir, Nasr, un noble cristiano al que los musulmanes habían apresado y castrado. Cuando el emir cayó enfermo el eunuco intentó arreglar la sucesión sobornando a un médico para que lo rematara con un veneno; pero la esposa del médico informó al emir, que aguardó a que Nasr le trajera el «medicamento» y le obligó a tomarlo.

En 844 la era del *adab* refinado quedó interrumpida por una visita terrible: una flota de 54 drakkar apareció de la nada con una tripulación pagana, de guerreros greñudos y armados con hachas, que atacó Sevilla, mientras otra flota asaltaba Al-Ushbana (Lisboa) y Cádiz. Habían llegado los vikingos.

Los «Riúrikovichi» y la Casa de Basilio

La magia: Riúrik y los vikingos: furia combativa, sexo en grupo y sacrificios humanos

Abderramán II logró repeler a los vikingos con el fuego griego y una flota propia, pero al-Ándalus no era la única región que sufría sus ataques. También asaltaron el norte de África, aunque las incursiones más violentas se estaban padeciendo en las costas francas y británicas.

En 793 una flotilla atacó el monasterio de Lindisfarne, saqueó Northumbria y la isla sagrada de Iona, y luego acometió Escocia e Irlanda. El propio Carlomagno había sido testigo de las primeras incursiones contra sus costas, que logró repeler. Pero ahora, en 845, una flota de 120 barcos estrechos, con 5.000 vikingos a bordo, remontó el Sena y atacó París. Los invasores sacrificaron a cautivos francos a su dios Odín y no se marcharon hasta que un nieto de Carlomagno, el rey de la Francia Occidental (y futuro emperador) Carlos el Calvo, les pagó un *danegeld* (tributo) de siete mil libras de plata y oro.

Las bandas guerreras, encabezadas por señores y reyes, habían partido al principio en busca de esclavos y botín; pero hacia esta época empezaron a asentarse y fundaron reinos en Dublín, las islas escocesas occidentales y York. Este acercamiento progresivo a Inglaterra amenazaba la pervivencia de los reinos anglosajones. Alfredo, el rey de Wessex, tuvo que retirarse hasta las marismas de Somerset, pero en 878 logró infligir una derrota a los vikingos y adquirir la fuerza suficiente para repartirse la isla con los daneses; además contribuyó a que su líder, Guthrum, se convirtiera al cristianismo. En 886, después de unir Wessex con Mercia, Alfredo adoptó el título de «rey de los anglosajones»;[1]pero en ese punto los

vikingos dominaban buena parte de Gran Bretaña e Irlanda y no tardaron en atacar Francia de nuevo.

¿Quiénes eran? Eran escandinavos que compartían una concepción del mundo y una cosmología centrada en sus dioses, encabezados por Odín, dios de la guerra, una divinidad tuerta que se presentaba como un aventurero, y por Thor, dios de la agricultura. El suyo era un culto a la guerra y al heroísmo[2]cuyos seguidores mostraban su adoración en festejos anuales en los que había sacrificios de caballos y también sacrificios de humanos, a los que se colgaba de los árboles —organismos que ocupaban un lugar destacado en sus creencias— o se les despedazaba atándolos a un árbol que se doblaba hacia atrás para luego soltarlo de golpe. Cantaban sobre sus héroes y hazañas en relatos épicos y piedras rúnicas, e incineraban o sepultaban a los muertos junto a sus soberbias embarcaciones.

Los árabes los llamaban *machús* (o *al-madjus*), «adoradores del fuego», porque quemaban a los muertos; los europeos los denominaban «nórdicos»; quizá ellos se dieran a sí mismos el nombre de *vikingr*, «hombres de los *vik*», es decir, los fiordos o ensenadas. Se dedicaban al saqueo, pero también al comercio, con especialización en la esclavitud; y eran unos navegantes excepcionales, que llegaron a América varios siglos antes que Colón.

No se sabe por qué estos escandinavos decidieron embarcarse en sus aventuras en ese momento concreto: quizá un incremento demográfico creó competencia por las tierras; quizá hubo conflictos civiles que complicaran la vida; el abandono ritual de las bebés recién nacidas tal vez creara una escasez de mujeres que hizo necesario secuestrar a novias. Al principio se complacieron en asesinar a sacerdotes y asaltar iglesias —quizá como venganza por las atrocidades de los francos—, pero su motivación inicial eran los tesoros, y en segundo lugar los esclavos; los grandes de Bagdad, Constantinopla y Córdoba apreciaban mucho tanto sus pieles como sus esclavos. Aun así la razón principal de sus incursiones quizá fuese, sencillamente, *que podían*. Sus «barcos largos», muy perfeccionados —de pequeño calado, velamen completo y guiados

por brújulas magnéticas—, les permitían tanto atravesar océanos como remontar ríos. En cabeza iban reyes guerreros, pero el gobierno recaía en parte sobre las *things* —asambleas casi democráticas, dirigidas por una suerte de letrados expertos, que eran cargos electos— y sus élites estaban integradas por lectores cultos de sagas y piedras rúnicas.

¿Cómo vivían, en realidad? Esa vida está envuelta en tal misterio que los historiadores modernos, a partir de las escasas pistas conocidas, han podido proyectar prácticamente cualquier cosa, sin descartar ni un consumo de drogas extremo ni el travestismo. En combate actuaban con tanta furia que quizá lucharan estimulados por alucinógenos elaborados a partir del beleño (o quizá no). Practicaban la poliginia; tal vez algunas mujeres hubieran sido guerreras, porque unas pocas tumbas femeninas contenían espadones; pero también podría ser que todas las sepulturas contuvieran espadas. En todo caso, tanto a los cristianos como a los musulmanes los sorprendía, sin lugar a dudas, su desinhibición sexual.

En 862 un caudillo vikingo llamado Riúrik —fundador de la familia que gobernaría Rusia hasta 1598— encabezó a una banda guerrera que bajó de Escandinavia por el Dniéper y se adentró por una tierra fronteriza fluvial, siempre cambiante, donde paganos túrcicos y eslavos, dominados por un janato túrcico en ascenso, el de los jázaros, competía con Bagdad y Constantinopla por los abundosos premios del comercio. En esta época los escritores árabes mencionan el grupo de los *al-rusiyya* —los *rus*, probablemente por derivación del noruego antiguo *roa* («remar»)— conectados con los asaltantes y mercaderes escandinavos que, desde su base comercial de Stáraya Ládoga, en el norte, hacía tiempo que surcaban los grandes ríos del Volga y el Dniéper. Es probable que Riúrik fuera uno de estos *rus*.

En su progreso fluvial hacia el sur, los hombres de Riúrik tuvieron que lidiar primero con los jázaros, que desde la fragmentación de los turcos occidentales, hacia 650, habían gobernado desde Asia central a Ucrania, y lucharon por cincuenta años con los árabes a la vez que mantenían buenas relaciones con

los emperadores de Constantinopla: dos de ellos se casaron con princesas jázaras. Los jázaros —que estaban gobernados por dos reyes, un jagán y un *isa*, desde un palacio levantado en la isla de Atil, en el Volga— adoraban a Tengri, el dios celestial de las estepas. Quizá para mantener una distancia entre la Constantinopla cristiana y la Bagdad islámica, su jagán Bulán se convirtió al judaísmo, según confirman unas monedas fechadas en 837-838, que llevan la inscripción *Mûsâ rasûl Allâh* («Moisés es el mensajero de Dios», eco de la *shahada* islámica). Obadiá, hijo de Bulán, erigió sinagogas; aun así no todos los jázaros eran judíos practicantes.

Estos jaganes judíos controlaban el comercio fluvial. Riúrik y su federación de pueblos eslavos, vikingos y túrcicos mercadeaban con pieles, ámbar, cera, miel, colmillos de morsa y esclavos, que los jázaros, romanos y árabes pagaban con dirhams de plata: los dólares de la época. Esto nos permite imaginar rutas comerciales que se extendían de la India a Gran Bretaña. En Suecia se han encontrado auténticos tesoros de monedas califales —hasta la fecha, cien mil—; en Cachemira, un molde para esculpir pequeños Budas de bronce; en Gran Bretaña los reyes de Mercia adoptaron los dirhams —con sus marcas en arábigo— para el uso local. Pero la mercancía principal de los vikingos era humana: la venta de los *eslavos* estaba tan difundida por el mar Negro y el Mediterráneo que acabó por dar nombre a los *esclavos*.[3]

Tanto Bagdad como Constantinopla pujaron por el apoyo de los jázaros y otras tribus de esas turbulentas tierras fronterizas, donde enviaron legados atrevidos, con la misión de negociar con esos bárbaros aterradores. Tras reunirse con los *rus*, Ibn Fadlán, embajador del califa, estaba tan emocionado como disgustado: «Nunca he visto a especímenes que, físicamente, sean más perfectos: altos como palmas datileras, rubicundos, rubios». El caudillo se sentaba en el trono rodeado de cuatrocientos guerreros y de cuarenta personas esclavizadas «destinadas a su cama».[4]

Ibn Fadlán fue testigo del sexo grupal y sacrificio de una joven esclavizada y drogada, en el funeral de un caudillo, dirigido por una chamana apodada «Ángel de la Muerte», que era «una vieja enorme, gorda, amenazante». Sin duda Ibn Fadlán se sintió

aliviado en el momento en que logró regresar sano y salvo a Bagdad.

Riúrik, un héroe semimítico del que sabemos poco, gobernaba un feudo desde Gorodishche («la Ciudad»), un asentamiento comercial refundado más adelante como Nóvgorod («la Ciudad Nueva»). Sus sucesores ampliaron los dominios hacia el sur. A su descendiente Ígor lo llevaron a la ciudad eslava de Kiev, a orillas del Dniéper, fundada hacia el siglo VI; y él la convirtió más adelante en su base central del comercio de pieles y esclavos con Constantinopla, donde los *rus* —denominados «varangios» por los romaioi— solían hallar empleo como guardias de élite.

Constantinopla, «la Gran Ciudad», era un objetivo tentador. Ígor lanzó dos incursiones, pero el fuego griego acabó con sus naves; más adelante fue apresado por una tribu eslava que lo mató partiéndolo en dos después de atarlo a dos ramas liberadas en direcciones opuestas. Pero su viuda, Olga, derrotó a sus enemigos eslavos, viajó a Constantinopla y, tras conocer al emperador, recibió el bautismo. El imperio estaba resurgiendo gracias a un notable campesino armenio cuya carrera se apoyaba en un físico musculado, un encanto siniestro y una habilidad especial con los caballos.

Constantinopla y Roma: Basilio, el cejijunto que susurraba a los caballos, y Marozia, la «senatrix»

El ascenso de Basilio se inició cuando, siendo un joven sirviente, se encontró con la mujer más adinerada del imperio, Danielis, una viuda que poseía tres mil esclavos y ochenta fincas y se convirtió en su protectora y, sin duda, en su amante. Es posible que pasaran muchos años juntos antes de que Danielis le presentara al cortesano que a su vez lo recomendó al joven emperador Miguel III, un experto en caballerías, que le contrató como mozo, luego como guardaespaldas, por último como chambelán. Miguel restauró el poder de Roma en Grecia y, bajo la guía de su madre, acabó con la agonía iconoclasta; pero estaba poseído —figurada y

es probable que también sexualmente— por el musculoso Basilio, treinta años mayor que él. Este Basilio, apodado «el macedonio» aunque es plausible que fuera armenio, era «absolutamente extraordinario por su constitución física y su recia fortaleza; las cejas se le juntaban, tenía los ojos grandes, el pecho, ancho» y una expresión taciturna. El emperador gozaba viéndolo luchar contra los campeones búlgaros. Cuando Miguel se enfadó con su tío, figura de influencia en la corte, Basilio lo ejecutó; el cejijunto que susurraba a los caballos quedó como el omnipresente paracemomeno o *parakoimómenos*, «el que duerme junto (a la cámara imperial)». Mientras que el matrimonio no le dio descendencia, Miguel tuvo un hijo con su amante Eudocia Inguerina, a la que no tardó en compartir con Basilio (al parecer este resultaba tan irresistible a los hombres como a las mujeres). Para dar legitimidad a este hijo —León— Miguel dispuso que Basilio se casara con Eudocia, lo coronó como coemperador y le dio por amante a su propia hermana, Tecla. Cuando Miguel —que era tan aficionado a la bebida que se le dio el sobrenombre de «el Borracho»— empezó a desconfiar de su favorito y planeó matarlo, Basilio se le adelantó: reunió a un grupo de asalto familiar (incluía a su padre y a su hermano), irrumpieron en la alcoba imperial, apuñalaron al emperador ebrio y le cortaron las manos (posiblemente, en venganza por la faceta homosexual de su relación, no aceptada por el cristianismo).

El suyo fue un ascenso poco probable, pero en la práctica Basilio demostró ser un *basileus* serio e inteligente, que combatió contra los árabes, codificó las leyes y atacó a los búlgaros.[5]Nunca se sintió muy seguro de si León era hijo de Miguel o quizá suyo, y el joven, que era un cerebrito, nunca le gustó. Basilio falleció en 886 a la edad de setenta y cinco años tras un accidente de caza en el que, al quedar sus ropas enganchadas en las astas de un venado, el animal le arrastró durante varios kilómetros; el mozo que lo liberó, cortando el cinturón del emperador, fue ejecutado de acuerdo con la ley que prohibía blandir un arma delante del soberano. El nuevo emperador León tampoco estaba seguro de quién era su padre. Optó por honrar las entrañas de Miguel, que

fue sepultado en la Iglesia de los Apóstoles junto con Basilio.

El talentoso y erudito —pero atormentado— León el Sabio consiguió frenar a los árabes por el este, pero perdió los últimos bastiones de Sicilia, asimismo ante invasores árabes, que luego desembarcaron en el sur de Italia y amenazaron no solo sus últimos territorios en la península itálica, sino la propia Roma.

En 846 asaltantes árabes habían desembarcado en Ostia y luego atacaron Roma y saquearon San Pedro. Ante el nuevo avance, el papa Juan VIII —que ya había vivido el asalto a Roma— rogó que le enviaran ayuda, alternativamente, tanto al emperador León como a los reyes carolingios. Tradicionalmente Constantinopla había seleccionado a los papas y los amenazaba si le convenía; Justiniano había secuestrado a uno. Pero ahora el papado quedaba a su suerte: el caos de Italia, la caída de los ingresos pontificios (saqueados por los árabes), la pérdida de prestigio y el ascenso de barones italianos con ambiciones socavaron la posición de Juan VIII, que fue envenenado y luego aporreado mortalmente por sus propios clérigos. Esto marcó el principio de una nueva era, una era sangrienta dominada por una mujer extraordinaria: Marozia. Si podemos pensar en Cleopatra como una heroína feminista, lo mismo cabría hacer con Marozia, gobernante de Roma, madre, abuela y bisabuela, amante y asesina de una sucesión de papas y príncipes.

La agitación que se inició con el asesinato de Juan VIII culminó en el juicio de un papa difunto. En enero de 897 el cadáver del papa Formoso, quien había fallecido hacía ya más de un año, fue exhumado: lo vistieron con el ropaje papal, lo sentaron en el trono y lo juzgaron por perjurio y violación del derecho canónico ante un sínodo romano presidido por su sucesor, Esteban VI; un diácono intervino como defensor del cadáver. Se halló al muerto culpable, se le desnudó, se le cortaron los tres dedos empleados en la bendición papal y se arrojó el cadáver al Tíber. Este necroespectáculo pretendía debilitar la legitimidad de un predecesor para consolidar la del nuevo papa, pero no funcionó: Esteban murió estrangulado y tres facciones eligieron a tres papas distintos. Uno de ellos, Sergio III, logró alzarse con el apoyo de

Teofilacto —el padre de Marozia— y esta alianza asesinó a los otros dos.

Teofilacto (Theophylactus), elegido cónsul para el año 915, gobernó Roma junto con su esposa Teodora, y la pareja fue eligiendo candidatos a la oficina papal. Él fue uno de los varios caudillos emergentes que consideraron el papado como otro de los departamentos urbanos útiles para controlar una Roma escindida en campamentos armados. Los monumentos antiguos, como el Coliseo o el mausoleo de Adriano, se utilizaban como bastiones fortificados. Todo nos recordaría a una guerra entre bandas, pero los títulos seguían siendo a cuál más altisonante: *Eminentissimus*, *Magnificus*, cónsul y, por descontado, papa.

Cuando los árabes se apoderaron de Minturno, una ciudad situada al sur de Roma, ya a tan solo 130 kilómetros, los cristianos entraron en pánico. Pero Teofilacto no se bastaba para controlar Roma por sí solo: el papado era el líder espiritual de la Cristiandad occidental; Italia poseía una importancia estratégica crucial, con árabes y romaioi al sur; en el norte, ya desde los tiempos de Carlomagno, los reyes de la Francia Oriental (Alemania) también tenían mucho en juego.

Teofilacto consolidó su poder suscribiendo alianzas matrimoniales en las que participaban sus hijas. Su esposa Teodora era «una ramera sin vergüenza que ejercía el poder sobre los ciudadanos romanos como si fuera un hombre», escribió Liutprando, obispo de Cremona, integrado en el séquito del principal enemigo de la familia, Otón de Alemania. Hay que tener presente, sin embargo, que sus afirmaciones tienden a ser propaganda progermánica y orgullo machista.

En 909 Teofilacto casó a Marozia con un caudillo rival, Alberico, margrave de Spoleto; la pareja tuvo varios hijos. Ella quizá fuera amante del papa Sergio y tal vez tuviera también un hijo con este. A la hija de Marozia también la casaron convenientemente. Pero Marozia se distinguió y empezó a ejercer su propio poder político de un modo que alarmó a Liutprando, quien sostenía que aquellas dos «hermanas en la prostitución» habían convertido el papado en una «pornocracia»: un gobierno de

rameras. Lo cierto es que en Roma, las mujeres llegaron a ser potentadas, alcanzando más poder que en ningún otro territorio de la época.

En 915 Alberico, el esposo de Marozia, que había sido elegido patricio —*Patricius Romanorum*, uno de los múltiples títulos que se tomaron prestados de los tiempos antiguos— sumó fuerzas con Teofilacto y el papa para expulsar a los árabes de Minturno. En 924, cuando su marido fue asesinado y su padre falleció, Marozia, en la treintena, asumió el liderazgo de su facción como *domina*, *senatrix* y *patricia*, soberana de Roma. Tras un amorío con el papa Juan X, que intentó imponer su propio control, Marozia se casó con Guido, el margrave de la Toscana, bisnieto de Carlomagno, que se enamoró por igual de su belleza y de su poder.

En 928 la pareja atacó y arrestó a Juan X; lo encarcelaron en el mausoleo de Adriano, fortificado ahora como Castel Sant'Angelo, donde luego el papa pereció ahogado. El propio Guido no tardó asimismo en fallecer. Entre tanto Marozia situó en el trono papal, como Juan XI, al hijo que había tenido con Alberico I (¿o era con el papa Sergio?), de solo veinte años. A su otro hijo, Alberico II de Spoleto, se le consideró idóneo para suceder a su padre en el gobierno de Roma. Marozia se resistía, pero una mujer poderosa necesitaba la ayuda de algún hombre: negoció un matrimonio con Hugo de Provenza, descendiente de Carlomagno y rey de Italia, que no tardó en presentarse en Roma.

Muchos hijos han sentido odio por el nuevo marido de su madre, pero pocos han asaltado el festejo de bodas. Alberico II, en cambio, dio un golpe de Estado nupcial y sitió a los congregados en Castel Sant'Angelo; el novio abandonó a la novia deslizándose por una cuerda; a Marozia la detuvieron y encarcelaron en el *castel*, donde más adelante falleció. Alberico II gobernó Roma como *princeps* durante los veinte años siguientes, se casó con su nueva hermanastra, la hija del rey Hugo, y al hijo que tuvieron lo bautizó con el portentoso nombre de Octaviano. En el lecho de muerte, en 954, Alberico convenció a sus magnates de que nombraran a Octaviano *princeps* y luego papa, con el nombre de Juan XII. Este fanfarrón adolescente, ascendido mucho más allá de sus

posibilidades, se convirtió en tirano de Roma. Sus pecados, incluso cuando los enumera un Liutprando jadeante, no llaman demasiado la atención, salvo por la sorprendente ausencia de la sodomía: «Había fornicado con la viuda de Rainiero; con Estébana, concubina de su padre; con la viuda Ana y con su propia sobrina, y transformó el palacio sagrado en un prostíbulo. Decían que había salido de caza sin ocultarse; que había cegado a su confesor Benedicto, que murió por ello; que había matado al cardenal subdiácono Juan, después de castrarlo» y que «brindaba con vino por el diablo». Pero en la batalla por defender Roma, en 962, Juan XII pidió ayuda al rey de la Francia Oriental, Otón I, que bajó al sur en compañía del obispo Liutprando, para protegerlo a cambio de su propia coronación como emperador romano. Como no era de extrañar, Juan se enemistó luego con los alemanes, pero morir —como tampoco era de extrañar—, murió durante un encuentro sexual adúltero.

Otón y sus hijos imperiales acudieron a menudo al asalto, y llegaron a Roma y la tomaron, pero nunca pudieron mantener mucho tiempo el dominio sobre el papado. En 974 Crescencio, sobrino nieto de Marozia, conquistó Roma para los marozianos y derrocó a los papas impuestos por los alemanes, estrangulando a varios pontífices poco convenientes. La familia nombró a los papas hasta 996, cuando el emperador Otón III, que contaba solo dieciséis años pero ya era famoso por su afán clasicista, se abatió sobre Roma y depuso a Crescencio. Otón ordenó decapitarlo, violar en grupo a su esposa, cegar al papa (un primo maroziano, Juan XVI) y cortarle la nariz, las orejas y la lengua. Otón asumió los títulos de Emperador del Mundo y Cónsul de los Romanos y planeó dirigir su imperio alemán desde su nuevo palacio romano; pero murió antes de cumplir los veintidós años.

Los crescencianos aún dominaban la vieja Roma cuando en la Nueva Roma oriental, León el Sabio, hijo ilegítimo de Constantino VII, pero nacido en la cámara de porfirio del Gran Palacio —donde daban a luz las emperatrices—, afirmó su legitimidad con el título consiguiente de *Porphyrogennetos*. Era un erudito y escritor que se centró en la conversión de los eslavos al

cristianismo. En 957 fue Constantino quien recibió a Olga de la Rus, en la primera visita de Estado de los gobernantes rusos, y ella accedió a recibir el bautismo con el Porfirogéneta como padrino. Según los eslavos, él se había enamorado de ella —asunto poco probable en un hombre tan aprensivo y quisquilloso—, pero en todo caso el Porfirogéneta la animó a proseguir con su acercamiento al cristianismo y le otorgó derechos comerciales.

Ahora los rusos se enfrentaron con los jázaros. En 971 el príncipe Sviatoslav atacó la capital jázara de Atil y le prendió fuego; luego, con la bendición de Constantinopla, asaltó a los búlgaros con sesenta mil efectivos, los aplastó y se apoderó de la capital; de hecho se adueñó de tal extensión de territorio búlgaro que el emperador romano se alarmó y organizó que lo asesinaran. En el caos posterior Valdemar —hijo menor de Sviatoslav con una concubina—, que había sido expulsado de Nóvgorod, recibió tropas de su primo el rey de Noruega. Luego derrotó a todos sus hermanos y tomó Kiev.

Valdemar mantenía un harén con ochocientas chicas, se casó con siete esposas (varias le dieron hijos), adoraba a los dioses paganos Dazhbog, Stribog y Mókosh, y celebraba sus victorias sacrificando a dos niños. Pero sus legados quedaron abrumados por la magnificencia cristiana de la Gran Ciudad y su Hagia Sophia —«ya no sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra»—, y cuando Valdemar cayó en la cuenta de los beneficios que una conversión le reportaría, se hallaba en un momento idóneo: el último descendiente de la dinastía macedonia, Basilio II, se enfrentaba a una rebelión y necesitaba ayuda.

Este Basilio, de treinta años, era toda una fuerza de la naturaleza: «Desde el día que el Rey Celestial me llamó a convertirme en emperador y en señor del mundo», escribió para su propio epitafio, «nadie vio jamás que mi lanza descansara». En una ciudad de vestimentas lujosas, eunucos perfumados e intrigas bizantinas, era un espadachín macizo, de baja estatura, franco, piadoso y ascético, sin interés por las mujeres, probablemente homosexual.

Valdemar le envió al nuevo emperador una unidad de

varangios, como regalo, pero no sin la advertencia expresa: «No les dejes estar en tu ciudad o te causarán daño, y no permitas que ninguno de ellos, ni uno solo, emprenda el camino de regreso». Luego el kievita pidió casarse con una hermana del emperador. Era una impertinencia, pero Basilio, al que no le pasaba por alto el poder de la Rus, accedió; aunque con la condición de que el gran príncipe de Kiev se convirtiera y le ayudara a reconquistar su colonia crimea del Quersoneso. Valdemar cumplió con su parte, pero cuando Basilio se demoró en el envío de su hermana, no vaciló en retener el Quersoneso para sí mismo; Basilio reaccionó enviándola sin más retraso. En 988 Valdemar, que tomó el nombre de Vladímir o Volodýmyr, se bautizó según los ritos habituales en Constantinopla. Se trata de un momento decisivo en la historia mundial: junto con la conversión de los búlgaros, aseguró que Rusia y Europa oriental desarrollaran una doctrina y unos rituales distintivos, a los que posteriormente se les dio el nombre de «ortodoxos».[6]La hermana del emperador, Ana Porfirogéneta, temía el matrimonio con un bárbaro tosco; pero Basilio le rogó: «Dios hará arrepentirse a las tierras de la Rus, por medio de ti, y salvarás a Grecia del peligro de una guerra gravosa». La obra de Dios, ¿quién iba a rechazarla?

Conversos paganos: Vladímir y Rolón

La pobre Ana zarpó desde Crimea para casarse con Vladímir, que le devolvió a Basilio II el Quersoneso «como presente de bodas». Vladímir convirtió a la Rus con la energía que le caracterizaba: retiró a las concubinas, derribó a mazazos las estatuas paganas, fundó iglesias. Los kievitas recibieron la orden de asistir a un bautismo masivo a orillas del Dniéper: «El que no acuda, rico, pobre o esclavo, será mi enemigo». Sus nuevas conquistas y sus conexiones con Roma ayudaron a que se convirtiera en un potentado europeo y tres de sus hijas se casaron con monarcas.[7]Murió en 1015 y su hijo, Yaroslav el Sabio, presidió la etapa más gloriosa de la Rus desde una Kiev repleta de iglesias.

Pero este apogeo fue breve. Después de Yaroslav la Rus se fragmentó en principados menores, encabezados casi siempre por *riúrikovichi*,[8]uno de los cuales levantó una pequeña fortaleza junto al río Moscova: Moscú. Después de conquistar Kiev para Cristo, Basilio se apresuró a emprender la marcha hacia el sur para detener un nuevo asalto árabe contra Siria, y estuvo combatiendo desde el Cáucaso hasta los Balcanes. Era un emperador guerrero, que compartía raciones con sus hombres; en varias ocasiones estuvo a punto de perder la vida en combate y solo le salvaron sus seis mil guardias varangios.

No pocos vikingos se dirigieron al sur para servir a Basilio; pero otros compatriotas hicieron incursiones por Francia, donde los herederos de Carlomagno —cuyos epítetos «el Gordo», «el Simple», «el Tartamudo» ponen de relieve su debilidad— hicieron como mínimo trece pagos de *danegeld*. El emperador Carlos el Gordo había logrado reunir todo el imperio de su bisabuelo —de Italia a la Francia Occidental y Oriental— pero carecía del instinto asesino necesario para conservarlo. En 885 una flota vikinga liderada por diversos caudillos remontó el Sena y puso sitio a París. Entre estos jefes iba el joven Rolón (en latín, Rollo). La ciudad franca —pequeña, por entonces: de solo veinte mil habitantes— estaba defendida por dos jóvenes barones del emperador, Odón (Eudes), conde de París, y su hermano Roberto, hijos de un caudillo que debía su éxito a su propio esfuerzo, Roberto el Fuerte, quien les pidió ayuda. Pero Carlos optó por pagarles a los vikingos setecientas libras de oro, un apaciguamiento tan descarado que se eligió a Odón como rey de la Francia Occidental. Su reinado fue breve, pero fundó una nueva dinastía y el reino que dio origen a la posterior Francia. En todo caso la de Odón no era la única familia que a fuerza de combates forjó un nuevo reino.

En cuanto al asaltante nórdico, Rolón, la batalla de París también transformó su vida. Tras la incursión secuestró a la novia de un conde franco, Poppa de Bayeux, con la que fundó una dinastía que, en cierto modo, aún perdura. Rolón «el Caminante» —era tan inmenso que ningún caballo podía sostenerlo— se apoderó de Ruan y, en 911, atacó de nuevo París. El rey carolingio

de la Francia Occidental, Carlos el Simple, compró la paz con un acuerdo: Rolón podría conservar sus tierras a condición de que se convirtiera al cristianismo y se enfrentara a cualquier invasor vikingo o barón ensoberbecido. Rolón accedió. A sus hombres del norte se les conoció con el nombre de *normanos*, o *normandos*, y a su ducado, como Normandía; sus descendientes conquistaron Inglaterra y los actuales monarcas británicos son vástagos de su largo árbol genealógico. En 922, después de derrocar a Carlos el Simple y combatir con Rolón, se eligió como rey a Roberto, el hermano de Odón: sus descendientes serían los reyes de Francia durante casi un milenio, como Capetos, Valois y Borbones, hasta 1848 (con unas pocas pausas).

Pero los normandos no renunciaron a las incursiones. Ruan adquirió fama por su comercio de esclavos y necesitaban a más esclavos islámicos que poner a la venta. Durante la década de 950 todavía asaltaban al-Ándalus con este fin, pero chocaron con el gran monarca del oeste, que ahora contaba con flotas propias con las que asaltar él las costas de Francia y de África.

El califa de Córdoba

Abderramán III, siempre vigilante y ferozmente marcial, era un hombre musculoso, de piernas cortas, pelo rubio, piel clara y ojos azules; su abuela era una princesa cristiana, Onneca Fortúnez, hija del rey de Pamplona; por madre tuvo a una mujer eslava, una de las miles que los vikingos traían esclavizadas desde Rusia. La corte de los Omeya era caótica y violenta —su padre había sido asesinado por su tío, y su tío, por su abuelo—, pero la tía de Abderramán, la dura Sayyida, lo había educado para manejar el poder.

En 912, cuando no se había cumplido una semana desde que, a los veintiún años, heredó un reinado con múltiples rebeliones y desafíos, Abderramán III exhibió ante el pueblo de Córdoba la cabeza del jefe de los sublevados. Pero restaurar el poder omeya —para lo que tuvo que atacar hacia el norte, contra los reinos

cristianos, y hacia el sur, en Marruecos— le costó veinte años. En 929 Abderramán asumió el califato como forma de celebrar sus éxitos militares y mostrar su desprecio por los frágiles califas de Bagdad. Le gustaba recibir a los visitantes cristianos sentado con ropa sencilla, sobre una estera de lino, pertrechado tan solo de un Corán, una espada y una llama; y les ofrecía elegir entre el Corán o, en caso contrario, la espada seguida por el fuego.

Sin embargo, era todo un titán europeo. Recibió a embajadores de los dos emperadores cristianos y fue un mecenas de las artes, con la segunda biblioteca más extensa del mundo, solo por detrás de la constantinopolitana. De hecho Córdoba era entonces la mayor ciudad de Europa junto con Constantinopla, cuyos emperadores enviaban regalos, fuentes de mármol y clásicos griegos que el califa hizo traducir al árabe. Erigió un nuevo complejo de palacios, Medina Azahara (Madinat al-Zahra, nombre que probablemente tomó de una esclava), que recordaba los palacios omeyas de Damasco. Se alzaba a poca distancia de Córdoba, a unos diez kilómetros; disponía de una sala del trono colosal, levantada alrededor de un enorme estanque de mercurio; tenía un recinto de leones, que le habían regalado sus aliados africanos; y uno de los primeros aseos de Europa con descarga de agua para la limpieza, en una época en la que Londres y París eran ciudades minúsculas con las alcantarillas al descubierto. Su corte era cosmopolita: los guardias y las concubinas eran eslavos, y los visires, a menudo, judíos o cristianos. Su médico judío, Hasdai ibn Shaprut, hacía también las veces de embajador y tesorero y mantenía correspondencia con papas, emperadores alemanes y orientales, y también los jaganes judíos de Jazaria.

Pero ni la grandeza califal ni el *adab* hicieron menguar la ferocidad sibarita de Abderramán. Disponía de un harén con 6.750 esclavas y 3.750 esclavos. A cierta esclava que le traicionó, la dio a comer a los leones; a un chico cristiano que se negó a satisfacer sus peticiones, lo descuartizó (luego se le santificó, como san Pelagio). Quizá sean las típicas historias antimusulmanas, pero sin duda él se complacía en su falta de piedad. Su verdugo, siempre preparado con la espada y la estera de cuero, se hizo rico; cuando

al decapitar a una concubina se cayeron las joyas del pelo de la difunta, el califa se las regaló. Así mismo, cuando uno de sus hijos conspiró en contra de él, lo ejecutó en público, él mismo.

Cada año dirigía invasiones hacia el norte, siempre en cabeza de sus ejércitos, hasta que estuvo a punto de perder la vida en combate. Los vikingos volvieron a atacar al-Ándalus, pero la flota de Abderramán los rechazó; además expandió territorios por las cosas de Europa y África, creó un nido de piratas en la Costa Azul (en Fréjus) e hizo campañas en Marruecos, cuyo general era un eunuco eslavo apodado «el Gallito Castrado». Al conquistar Ceuta y Tánger pudo acceder a las caravanas transaharianas, pero su intento de hacerse con el control de esta ruta comercial lo frustró una dinastía mesiánica nacida en un oasis, a medio camino de Marruecos y África occidental. El califa[9]difícilmente le habría dado crédito a la idea de que este oscuro alzamiento en el desierto acabaría por desequilibrar el *statu quo* de Afro-Asia, desafiar a Constantinopla, Córdoba y Bagdad, y culminar con la fundación de la mayor de todas las ciudades árabes: El Cairo.

Los «ghanas» y los fatimíes

Poder africano: el «ghana» de Wagadu y el Señor de El Cairo

Todo empezó en un punto perdido del desierto. En 905, cuando Abderramán III era un niño, Saíd bin Husain, de treinta y cinco años, se proclamó *Mahdi*: el Elegido, el representante de Dios en la Tierra. Se hallaba en el remoto oasis marroquí de Siyilmasa, donde poco antes unos misioneros secretos habían convencido de su santidad a unas tribus bereberes recién convertidas. Esos misioneros formaban parte de una red chií clandestina, el Dawa («la llamada, la invitación»), que predicaba por una amplia extensión territorial —desde Yemen hasta el Atlántico— la restauración de la dinastía de Alí y Fátima, la hija de Mahoma. Saíd quiso entroncar con su descendencia y por eso en la familia se hacían llamar *fatimíes*, la Casa de los Fatimiyya. La familia de Saíd había sido perseguida y asesinada por los califas de Bagdad, pero él había logrado escapar con su hijo, disfrazados de mercaderes. Aunque tuvo a asesinos tras él, llegó a Marruecos, donde adoptó el título de Al-Mahdi Billah e inició una yihad con la intención de emprender el camino hasta Irak y destruir el califato herético.[1]

Cuando Al-Mahdi asumió el mando de una diminuta cuadrilla de bereberes en Siyilmasa, ese objetivo parecía sumamente improbable. El oasis era la puerta de entrada al más poderoso de los reinos africanos, Wagadu, gobernado por los *ghanas* (reyes) soninké, que dirigían un ejército de doscientos mil hombres. En la capital de los soninké, Kumbi Saleh, en Mauritania, «el *ghana* se sienta a celebrar audiencia … bajo la cúpula de un pabellón rodeado por diez caballos engalanados con materiales bordados de

oro», escribió algo después un visitante árabe, Al-Bakri. «Detrás del *ghana* hay diez pajes, en pie, con escudos y espadas decorados con oro; a la derecha están los hijos de los reyes del país, con ropajes espléndidos y el pelo trenzado de oro.» Había oro por todas partes: hasta los perros de guardia del *ghana* tenían «collares de oro y plata tachonados de bolitas de estos mismos metales». Cuando un *ghana* moría se le enterraba con tesoros y servidores sacrificados; se han encontrado tumbas de esta clase en la zona del río Níger. África occidental y oriental no eran regiones desconocidas antes de que los europeos llegaran allí. De hecho Afro-Asia formaba un mundo único, enlazado por rutas antiguas, navales y de caravanas, que atravesaban el desierto y los mares conectando el Magreb, España, Egipto y el océano Índico. A través del Sahara los *ghanas* comerciaban con marfil, cobre, bronce y oro de Barmaka (actualmente, Ghana) y bronce de Igbo-Ukwu (Nigeria); los artesanos de esta región creaban esculturas de serpientes y aves, y vasijas de este material, con abalorios importados de tierras remotas: la sede del tesoro de los *ghanas* contenía cien mil cuentas de vidrio y cornalina, traídas de Egipto y la India. Wagadu era el mayor de los reinos africanos occidentales que comerciaban con el norte, pero no el único; también lo hacían Gao, Tombuctú y Kanem-Bornu. Dos tercios del oro de Europa procedían del oeste de África; probablemente también los leones del recinto de Abderramán.

Las caravanas las llevaban camelleros bereberes, a menudo musulmanes, por lo que el islam fue filtrándose desde el norte en el país del oro. Cuando el islam llegó a Wagadu, Kumbi Saleh se dividió en dos ciudades —una de mayoría musulmana, la otra adepta a las religiones paganas soninké— y los *ghanas* practicaban una hibridación de ambos ritos. Al-Bakri fue testigo del sacrificio de sirvientes a los que se había intoxicado con «bebidas fermentadas» para que acompañaran a reyes difuntos.

Al este, en la costa del océano Índico, los mercaderes árabes de marfil, especias y esclavos ya comerciaban con la zona que denominaban Zanch —África oriental— y también llevaron el islam consigo. Los vínculos de unión entre Arabia y África venían

de antiguo, desde los tiempos de Salomón y Saba. Los árabes comerciaban con africanos que hablaban bantú y poco a poco fue desarrollándose una nueva lengua intermedia, el suajili (nombre que deriva del árabe *al-sahel*, «la costa»). En Sudán (cuyo nombre también deriva del árabe: *Bilad al-Sudan*, «país de los negros») y Etiopía (que los árabes llamaban al-Habasha, en nuestro idioma Abisinia), el viejo reino cristiano de Aksum se estaba desintegrando.[2]Las guerras e incursiones produjeron prisioneros a los que se trasladaba a la costa suajili, donde los mercaderes del Golfo —hijos de omaníes y persas, casados con mujeres nativas de África— fundaron el puerto de Kilwa, la primera de las ciudades comerciales suajilis. Los viajes atravesaban el Índico en los dos sentidos: las bananas, que eran originarias del sureste asiático, llegaron en esos barcos, se plantaron en África y se convirtieron en una cosecha característicamente africana, difundida por los bantúes en su desplazamiento hacia el sur. Los marinos de Kilwa recorrieron todo el océano Índico y en todas direcciones. De hecho los primeros extranjeros que llegaron a Australia no fueron europeos (los neerlandeses no desembarcaron allí hasta 1609), sino marinos africanos de Kilwa, según demuestra el descubrimiento arqueológico de monedas de cobre kilwanas, con inscripciones en árabe y el nombre de un emir de Kilwa, en un yacimiento de la isla de Marchinbar (en la actual región de Territorio del Norte). En cuanto a los asiáticos, ya habían viajado al este y al oeste mucho antes, y es probable que tanto javaneses como malayos hubieran llegado a Australia, según sugieren dos inscripciones de Java.

Los barcos indios, javaneses, malayos y polinesios alcanzaron las costas de África a menudo. Hacia 400 los marinos malayos empezaron a colonizar Madagascar, la última de las grandes extensiones terrestres (aparte de Islandia y Nueva Zelanda) en contar con asentamientos humanos.[3]En 945, según una obra histórica árabe, una flota javanesa-malaya de Mataram/Srivijaya desembarcó en la costa suajili para apoderarse de marfil, pieles y esclavos negros, pero no logró conquistar su objetivo (la ciudad que fuese que codiciaban).

Los tratantes de esclavos del mundo árabe, con bases en

ciudades suajilis —desde Mogadiscio (Somalia) y Zanzíbar (Tanzania) a Sofala (Mozambique)— gobernadas por dinastías mercantiles africano-árabes, adquirían esclavos a los africanos, en las tierras interiores, y los vendían en los mundos índico y árabe, hasta llegar a Mataram. La esclavitud medieval se basaba en la religión. Técnicamente el islam prohibía esclavizar a musulmanes, pero la mayoría de la población de África oriental y central era pagana y, por lo tanto, perfecta para la esclavitud. Esto no significa que los árabes que se estaban adentrando en África no fueran, por lo demás, racistas: en sus guías sobre la esclavitud se percibe un deleite en la estereotipación racista.[4]Las narraciones atribuidas a Buzurg, en el golfo Pérsico, refieren que el rey africano de Sofala vendía «*zanch* caníbales» por un precio medio de entre veinte y treinta dinares a los tratantes de esclavos omaníes, hasta que lo apresaron a él mismo y se lo llevaron primero a Omán, luego a El Cairo, donde se convirtió al islam, para luego regresar con la intención de recuperar el trono. Desconocemos a qué cantidad de africanos se esclavizó, pero es probable que fueran muchos millones.[5]

Volviendo al noroeste de África, a Siyilmasa, la yihad del Mahdi había concluido casi antes de empezar. En 910 el jeque local lo arrestó, pero sus agentes asaltaron la cárcel. Tras la liberación, aprovechando una oleada de fervor religioso, él y sus bereberes hicieron ondear las banderas blancas de la casa fatimí, galoparon hacia el este y se apoderaron de Qairawan (Tunicia), fundaron una nueva capital, Al-Mahdiya, y continuaron hacia Egipto. Pronto lo nombraron califa y sus flotillas —dirigidas por su hijo, Al-Qaim— capturaron Sicilia y asaltaron Calabria e incluso Génova. Al-Qaim llegó hasta Alejandría, pero el gobernante del Egipto independiente, un eunuco nubio de talento, los derrotó.

Los perfumes de Al-Misk, los peces de Yawar y el visir judío: la casa fatimí

Abd al-Misk Kafur, apodado «el Amo», había sido apresado en

algún lugar de África oriental; lo esclavizaron, castraron y vendieron a un general túrcico, el *ijshid* (virrey), que gobernaba Egipto como un reino autónomo desde que Bagdad perdiera el control de su imperio. El ijshid se dio cuenta de que, mientras que los otros esclavos corrían a admirar los animales salvajes que traían del interior de África, Kafur en cambio nunca apartaba los ojos de su amo. Se decía de él que era feo y deforme, pero también sensible e inteligente; tenía un conocimiento tan exquisito de los perfumes que sus apodos aludían a dos de ellos: almizcle negro y alcanfor blanco. En el lecho de muerte, el ijshid aconsejó a su hijo que empleara a Kafur como visir y, pasado el tiempo, se convirtió en el soberano por propio derecho: en el Amo.

Kafur era un buen general, así como mecenas de las artes; pero se enfrentó con el poeta Al-Mutanabbi (que aspiraba a ser ministro y, al ver frustrada esa aspiración, se mofó de Kafur).[6]Kafur se mostró protector con cristianos y judíos, incluido su tesorero, Yakub ibn Kilis, un judío convertido al islam. Pero cuando Ibn Kilis salió perdedor de una intriga cortesana, huyó con los fatimíes y se incorporó al séquito talentoso y cosmopolita del califa Al-Muizz. Al-Muizz ordenó a su paladín —Yawar el Eslavo, un liberto rubio que, tras ser esclavizado en Europa oriental, había sido regalado al padre del califa— que aplastara toda la resistencia que encontrase hasta llegar al Atlántico.[7]Para demostrarle a Al-Muizz que había cumplido con lo encomendado, Yawar le envió un tanque de peces. En vida de Kafur, Egipto no cayó nunca; pero a su muerte, quedó muy expuesto. En 969 Yawar entró al asalto y, junto con Al-Muizz, fundaron una nueva ciudad, «la Victoriosa», Al-Qahirah: El Cairo.

Egipto estaba a tan solo un paso de liquidar a los impíos usurpadores de Bagdad y los infieles de Constantinopla. Yawar avanzó hasta entrar en Siria, pero aquí repelieron su ataque. El judío Ibn Kilis recuperó el visirato a instancias de Al-Aziz (hijo de Al-Muizz), un hombre «alto, pelirrojo y de ojos azules», alumbrado por Durzan, la cantante esclava favorita de su padre, a la que se apodaba «la Trinadora». La relación de Al-Aziz con Ibn Kilis —al que él llamaba Yakub— era casi familiar: entre los dos solía haber

peleas y al visir se lo multó y despidió en varias ocasiones, pero siempre se le reintegraba a su puesto. Ibn Kilis era tan rico que disponía de una guardia propia de cuatro mil esclavos y un harén de cinco mil integrantes; además construyó la mezquita y universidad de Al-Azhar (llamada Fátima al-Zahara, «la Luminosa», por los chiíes).

La dinastía gobernó magníficamente y creó una corte concebida para impresionar, con la proyección de vestidos resplandecientes y procesiones espectaculares. El Cairo, que en un principio se reducía a unos pocos palacios y la mezquita y universidad de Al-Azhar, solo de forma progresiva fue convirtiéndose en la capital de Egipto, pues Fustat y Alejandría prosperaban gracias al comercio con el Mediterráneo y el Índico. Ibn Kilis fue el primero de un linaje de conversos judíos que prestaron servicio como visires. Los judíos egipcios formaban una comunidad poderosa y numerosa, encabezada por la familia del *Rais al-Yahud* —el «jefe de los judíos», nombrado por los califas—, que cumplían la doble función de asesores y de médicos del rey. Las familias de mercaderes judíos de Fustat comerciaban en una extensión tricontinental, afroeuroasiática, que iba de Egipto a Sevilla, de Siyilmasa a Samarcanda o Constantinopla, de Al-Mahdiya a Kiev, la India y China. En la Guenizá de la sinagoga de Ben Ezra, en Fustat, se han encontrado unos cuatrocientos mil documentos[8]que nos hablan de una red de negocios familiares judíos situada en el centro de un mercado casi global. Los mercaderes tanto judíos como coptos adquirieron una riqueza fenomenal.

Al-Muizz e Ibn Kilis, que odiaban a los abasíes suníes aún más que a los cristianos, invadieron Siria y capturaron Jerusalén y Damasco, hasta alcanzar la frontera con los romanos. Pero aquí Ibn Kilis se topó con la energía feroz de Basilio «el Matabúlgaros». Los chiíes aborrecían a los suníes hasta el punto de que, en 987, el visir firmó una tregua con el emperador romano Basilio, para permitirle que destruyera Bagdad. La Ciudad Redonda quedó temporalmente en manos del chiismo, pero no por mucho tiempo.

Cuando Ibn Kilis enfermó, Al-Aziz se lamentaba: «¡Ay, Yakub!

Si sirviera para que te recuperases, sacrificaría a mi hijo!». Ibn Kilis murió en 991 y Al-Aziz dirigió su yihad contra Alepo, aliada de Constantinopla. En abril de 995, Basilio detuvo su avance y un año más tarde, cumplidos los cuarenta, Al-Aziz se derrumbó cerca del frente. Hizo acudir a su hijo Al-Hakim, de once años. El chico recordaba así el encuentro: «Le besé y él me apretó contra su pecho y exclamó: "¡Padezco por ti ... hijo de mi corazón! Ve a jugar. Yo estoy bien"». Al-Hakim estaba trepando a un sicomoro cuando oyó que el *wasita* (ministro) de su padre, un eunuco llamado Baryawán, le invitaba a bajar. «Cuando bajé», rememoraba Al-Hakim, «me coronó la cabeza con el turbante enjoyado, besó el suelo por delante de mí y dijo: "¡Salve, Comandante de los Creyentes!". El pueblo también besó el suelo ante mí.» En pos del cortejo de su padre, Hakim, que era un chico sensible, debía conjugar una herencia de omnipotencia sagrada con una época de expectativas milenaristas enfebrecidas.

El Calígula de El Cairo, la Dama Poderosa y el Cegador de Búlgaros

Al-Hakim era fornido y atractivo, rubio, de ojos azules con matices dorados. Su madre era una concubina cristiana. Mientras el niño califa continuaba con sus estudios y aventuras por los burdeles cairotas, Baryawán, un dandi exquisito que poseía un millar de pantalones y fajas de gala, restauró el orden en el imperio. Dieron continuidad a la guerra con Siria, pero en 999 el emperador Basilio en persona emprendió un contraataque feroz que le llevó hasta Baalbek (Líbano), lo que provocó una crisis en El Cairo. En las calles hubo enfrentamientos de tropas túrcicas y bereberes, en una atmósfera de turbulencia apocalíptica, intensificada por la proximidad del 400.º aniversario del viaje de Mahoma a La Meca y la resurgencia del poder cristiano en la figura de Basilio, cuya atención, por suerte para ellos, se dirigió ahora a Georgia. Al-Hakim negoció una tregua con Basilio que le dejó a este las manos libres para acometer hacia el norte. Un nuevo César búlgaro,

Samuel, había aprovechado las guerras árabes de Basilio para establecer un reino propio que iba del mar Negro al Adriático. En el año1000 Basilio asaltó Bulgaria, en el principio de catorce años de atrocidades que culminaron en 1014 con la victoria de Kleidión, donde el emperador cegó al 99 % de los 15.000 prisioneros que hizo, y envió de regreso a las centenas guiadas por un único hombre tuerto; la visión del conjunto horrorizó tanto a Samuel que sufrió una apoplejía que le costó la vida. No tenemos razones para dudar de la atrocidad. Basilio demolió el Estado búlgaro y estableció de nuevo su imperio como una potencia euroasiática. Después de un reinado de cuarenta y nueve años —el más prolongado de cualquier emperador romano, de Occidente o de Oriente—, el titánico y aterrador Matabúlgaros falleció con la espada en la mano, a los sesenta y seis años, cuando planeaba reconquistar Italia.

El hecho de que Basilio se hubiera centrado en los Balcanes permitió que el califa adolescente Al-Hakim, de catorce años, pudiera atender mejor a su propio poder y salvación. Había nombrado visir a Baryawán, pero el eunuco le daba órdenes como un superior y le había dado el mote de «Lagarto». Al-Hakim ordenó que otro eunuco lo matara a puñaladas e intentó calmar a las multitudes alarmadas alegando que era un traidor. Pero la muerte de Baryawán desató más escaramuzas entre las tropas bereberes y túrcicas de El Cairo, mientras el califa bagdadí se mofaba de Al-Hakim por ser hijo de cristiana, y también de los fatimíes, tildándolos de ser medio judíos sin relación con Mahoma.

Al-Hakim no mostró ninguna consistencia. Fundó una Dar al-Ilm («Casa del Conocimiento») similar a la Casa de la Sabiduría de Al-Mamún, donde se enseñaba no solo teología ismaelí, sino también astronomía y filosofía, en clases a las que él mismo solía asistir. Pero una vez liquidado Baryawán, al parecer Al-Hakim interpretó que esa tolerancia no complacía a Dios; en 1004, tras llamarle la atención que varias caravanas de cristianos ricos emprendieran el camino de Jerusalén, empezó a ejecutar a cristianos y a convertir sus iglesias en mezquitas. Al saber que cada Pascua, en la iglesia del Santo Sepulcro, se celebraba el delirante

rito cristiano de la Luz Sagrada, prohibió la Navidad, la Epifanía, la Pascua y la ingesta de vino. Luego ordenó que judíos y cristianos vistieran ropas distintivas: los judíos un yugo de madera (y en los baños, un cencerro), y los cristianos, una cruz. Además se obligó a unos y otros a elegir entre la conversión o la muerte. Muchos fingieron convertirse.

Luego, en 1009, Al-Hakim ordenó demoler «piedra por piedra» la basílica jerosolimitana del Sepulcro de Jesús, erigida por Constantino el Grande. En la Cristiandad, que empezaba a interesarse de nuevo por la Ciudad Santa, la noticia se recibió con horror. En Roma, el papa Sergio IV (apodado «Boquita de Cerdo», aunque no se sabe con certeza si por su buena apariencia o por su codicia) y Juan Crescencio, el soberano al que el pontífice estaba sometido, propusieron una expedición con el fin de salvar Jerusalén. La idea no dio fruto, pero fue el primer atisbo de un movimiento que cambiaría el mundo.

En 1027, el papa Juan XIX, descendiente de Marozia,[9]coronó como emperador romano a un nuevo rey alemán, Conrado II. A la coronación asistió también Canuto (Knud), el rey de Dinamarca e Inglaterra. Los vikingos ya no eran tan solo mercaderes y asaltantes; en Kiev y Normandía, y en esta fase también en Inglaterra, Islandia y América, eran también colonos y constructores de imperios.

Los Dienteazul se apoderan de Inglaterra: el Malaconsejado, Costilla de Hierro, Barba Ahorquillada y Pata de Liebre

En 1013, Svein «Barba Ahorquillada», el padre de Canuto, intensificó los asaltos contra una Inglaterra próspera, casi unida por la familia de Alfredo el Grande. El nieto de Alfredo, Athelstan, había conquistado York y Northumbria, y en 927 recibió el sometimiento de los monarcas escoceses y galeses de Alba, Strathclyde y Deheubarth, tras lo cual se declaró «rey de toda Gran Bretaña», *basileus* e *imperator*, lo que supuso la invención de la

independencia inglesa.[10]

Como necesitaba dinero para comprar la paz con los asaltantes daneses, y para construir barcos con los que frenarlos, Athelstan y su familia fueron de los primeros en instaurar en Europa un impuesto eficiente sobre la agricultura. Pero como los daneses volvieron con fuerzas renovadas, el rey Etelredo el Malaconsejado[11]se vio obligado a pagar danegeld a los nuevos incursores: la familia Diente Azul, fundada un siglo antes por Gorm el Viejo, el caudillo de Jelling, en Dinamarca, un reino expandido por su hijo Harald «Diente Azul» (cuyo sobrenombre alude, probablemente, a la moda pagana de colorearse los dientes).[12]Diente Azul anunció que se convertía al cristianismo, en las inscripciones rúnicas que hoy conocemos como «Piedras de Jelling»; pero durante más de treinta años no tuvo pocos problemas para controlar Jutlandia y el sur de Noruega. En 986 su hijo Svein Barba Ahorquillada depuso a Diente Azul, se apoderó de Dinamarca y Noruega y empezó a hacer incursiones en Gran Bretaña.

El día de San Bricio de 1002, después de cuatro años de asaltos de los barcos de Barba Ahorquillada, Etelredo dispuso: «A todos los daneses que han aparecido de golpe en esta isla, como los brotes de la neguilla entre el trigo, hay que exterminarlos según es sumamente justo hacer» (en palabras de su documento real). En una especie de «día de los cuchillos largos», los anglosajones asesinaron a los daneses; a muchos los sepultaron en una iglesia de Oxford (en la que se han desenterrado 34 esqueletos carbonizados y despedazados). Entre ellos estaba una hija del mismísimo Barba Ahorquillada, Gunilda, casada con un noble de la corte de Etelredo. Barba Ahorquillada planeó vengarse, pero otros rivales también codiciaban el tesoro de Inglaterra: Thorkell, un caudillo danés, asaltó la isla por su propia cuenta y, tras recibir un colosal tributo de Etelredo, se unió a su bando.

En 1013 Barba Ahorquillada lanzó una invasión poderosa y derrotó a Etelredo, quien, en compañía de su hijo Eduardo, huyó a Normandía. Allí le dio asilo un descendiente de Rolón, el duque Roberto. Pero el poder de Barba Ahorquillada dependía por

completo de su persona y, al morirse de forma repentina, ese poder no se mantuvo.

Su hijo menor, Canuto —un joven de veinte años, «excepcionalmente alto y fuerte, el más bello de los hombres, de no ser por su nariz, delgada y no poco ganchuda»—, tomó el control de Noruega y organizó una coalición de escandinavos y polacos al mando de un primo, Bolesław, duque de Polonia. Desembarcaron en Sandwich (Kent) y asolaron Inglaterra. Canuto contó con la ayuda de un caudillo inglés, Godwin, que actuó como su sicario principal y fue recompensado con el condado de Wessex. Canuto accedió a repartirse Inglaterra con un hijo de Etelredo, Edmundo «Costilla de Hierro», de Wessex, hasta que este falleciera, algo que el danés se apresuró a acelerar: Costilla de Hierro murió asesinado mientras defecaba en una letrina... un momento siempre vulnerable.

Canuto se coronó rey de Inglaterra en 1017 y se casó con la viuda de Etelredo, Emma, hija de un duque de Normandía. El hermano de Emma planteó un juego doble y protegió a los hijos que ella había tenido con Etelredo. Canuto mató a uno, al que pudo apresar, y engendró a un hijo propio con Emma, Harthacnut (Hardacanuto). Con la confianza de ser «rey de toda Inglaterra y Dinamarca y los noruegos y parte de los suecos», Canuto se trasladó a Roma para gozar de la coronación imperial y una cumbre europea en la que se jactó de haber «hablado con el Emperador en persona y Su Señoría el Papa».[13]Sin embargo, como en el caso de Barba Ahorquillada, la muerte de Canuto —repentina, en 1035— desató el caos: aprovechando que Harthacnut estaba en Escandinavia, Harold «Pata de Liebre», hijo del rey y la concubina Aelfgifu, se alzó con el dominio de Inglaterra. Cuando volvió Alfredo, el heredero (*aethling*) e hijo de Etelredo, Godwin de Wessex lo dejó ciego y arrancó la cabellera a sus tropas. A la muerte de Pata de Liebre, debida a una flecha de elfo (¡qué eufemismo tan delicioso para las causas naturales!), Harthacnut reclamó el trono de Inglaterra.[14]Pero tuvo que reconocer como *aethling* a su medio hermano Eduardo, y este error resultó fatal.

El regreso de la Casa de Alfredo contó con el apoyo de

Ricardo III, duque de Normandía, una región donde los vikingos de Rolón se habían adaptado plenamente al cristianismo y las formas de vida de los francos. Pero los vikingos continuaban haciendo incursiones aventureras y en esta época llegaron a un continente que llevaba muchos milenios separado de Afroeurasia: América.

Los americanos: Freydis y la serpiente emplumada

Hacia 960, Thorvald Asvaldsson fue desterrado de Noruega por asesinato y se le envió a establecerse en una nueva colonia vikinga del norte remoto: Islandia. Esta isla, que no se había habitado hasta la década de 870 —cuando la alcanzó Naddod, un vikingo de las Feroe— se convirtió en refugio de asesinos y disidentes. El ADN revela que muchos de los colonos procedían de Irlanda o las Islas Británicas, víctimas de los asaltos esclavizadores. Los diez mil islandeses fundaron un «dominio de nuestra ley», sometido a una *althing* (asamblea) dirigida por un letrado experto al que se elegía por un período de tres años.

Thorvald, que era primo de Naddod, llegó con una familia no menos letal: su hijo Eric ya había asesinado a alguien en Noruega y no tardó en matar a varias personas en Islandia. En una fecha posterior, del mismo siglo pero indeterminada, como no deseaba regresar a Noruega pero en Islandia lo habían proscrito, Eric «el Rojo» (así apodado ya fuera por el color de su pelo o por su incontinencia homicida) zarpó hacia el oeste y desembarcó en lo que, en un caso claro de mercadotecnia temprana, bautizó como «Tierra Verde» —Groenlandia— porque «si el nombre es atractivo, mucha más gente tendrá la tentación de marcharse allí». Volvió a la isla con catorce barcos y fundó dos colonias, dirigidas asimismo por una asamblea. Su esposa Thjodhild era cristiana y exhibía una piedad que «irritaba sobremanera» al Rojo. Ella hizo levantar una capilla (cuyo pequeño cementerio contiene varios cadáveres, probablemente de la familia) y castigó su paganismo negándose a mantener relaciones sexuales con él, lo que no parece poco castigo, en una tierra tan remota. Cabe la posibilidad de que él se

convirtiera, porque la pareja engendró cuatro hijos.

Construían sus casas con turba, estiércol y piedra, y los animales vivían al lado, para generar calor; los utensilios del hogar se tallaban de asta de reno, hueso y madera. Groenlandia no estaba vacía: allí vivían también tribus inuit, denominadas *skraelling* por los vikingos. Habitaban en cabañas hundidas; cazaban morsas y focas, e incluso ballenas, mediante arpones; y se desplazaban en kayaks. Eric y su familia vivían también de la caza y es probable que algunos cazadores vikingos atravesaran el estrecho de Davis, llegaran a Norteamérica y se asentaran en Kimmirut, en la isla de Baffin (Canadá), donde se han encontrado piedras de afilar y excrementos de ratas; las ratas no eran nativas de América, por lo que es probable que acompañaran a los vikingos, que no habrían tardado en darse cuenta de que hacia al oeste había más tierras.

Leif el Afortunado, un hijo de Eric, era cristiano, y el rey de Noruega lo invitó a convertir a los groenlandeses. En este momento se sumó a una expedición americana. Eric habría querido acompañarle, pero una caída de su caballo le convenció de que ya estaba viejo para esa empresa. Los viajeros —entre los que se contaba Thorvald, uno de los hermanos de Leif— descendieron por la costa de Canadá, hicieron una primera parada en la isla de Baffin y remprendieron el rumbo hacia Terranova (en noruego, Markland), donde se han encontrado viviendas nórdicas capaces de cobijar a un centenar de personas y fechadas en esta época: la llegada a América de los primeros colonos europeos. Luego los hermanos continuaron el camino y fundaron una segunda colonia en L'Anse aux Meadows: la datación geocientífica, por carbono, de sus objetos de madera ha demostrado que en 1021 había allí vikingos. No se sabe con certeza si el lugar se corresponde con el que llamaban Vinland, donde encontraron una plantación de viñas. Hallaron a tres extraños durmiendo debajo de un bote, que resultaron ser *skraellings* —nativos americanos de las tribus boethuk y mikmaq— y mataron a dos de ellos; las tribus contraatacaron y una flecha alcanzó a Thorvald.

Llegaron más vikingos, entre ellos cierto Porfinn, que se enamoró de Gudred, la viuda de Thorvald. El hijo que tuvieron fue

el primer colono europeo nacido en América. Parece ser que el poder recayó sobre Freydis, hermanastra de Leif. Después de discutir con otro grupo de colonos, los atacó; ordenó asesinar a los hombres, pero cuando los verdugos se negaron a ejecutar también a las mujeres, ella misma descuartizó a cinco con un hacha («un acto monstruoso»). La perdonaron cuando los *skraellings* los atacaron y ella infundió coraje en los defensores golpeándose el pecho con la espada. L'Anse aux Meadows parece haber sido una estación intermedia en el camino hacia otro destino. ¿A cuál?

Según algunos historiadores, los vikingos establecieron contacto con algunos *skraellings*. Mucho más al sur, en México, la ciudad maya de Chichén Itzá, erigida en torno de una pirámide de unos treinta metros de altura, acogía en este período a cuarenta mil personas: más que Londres. En un templo dedicado a la guerra y adornado con doscientas columnas, hay pinturas que muestran cómo se da muerte a presos de pelo rubio, ojos claros y piel pálida. «Las fechas coinciden a la perfección con los viajes escandinavos», ha conjeturado Valerie Hansen, «los vikingos podrían haber llegado al Yucatán». De ser así, la aventura fue un desastre y no dejó ninguna otra huella.

Los mayas no comerciaron directamente con los pueblos norteamericanos, pero sí hubo un intercambio indirecto de productos e ideas. En el valle del Misisipí, el cultivo de maíz y alubias favoreció el desarrollo de pequeñas ciudades enfrentadas, la mayor de las cuales fue Cahokia, en Illinois: se cree que los maizales permitieron que, hacia 1050, su población hubiera pasado de diez mil a cuarenta mil habitantes. Un centenar de montículos, aún visibles en nuestros días —restos de pirámides de tierra que alojaban espacios de purificación ritual mediante el sudor, así como osarios y templos—, se organizaban en torno del montículo original, de treinta metros de altura, y una plaza gigante utilizada para fines rituales. Cahokia estaba gobernada por una familia cuya sucesión podría haberse estructurado a partir de la línea femenina. La élite jugaba al *chunkey*, un juego practicado con aros de piedra, que se relaciona con la guerra y la mitología; a veces los perdedores perdían también la vida. A los grandes mandatarios,

hombres y mujeres, se les enterraba juntos, con caparazones y capas decoradas con abalorios; también se sepultaba a cientos de víctimas sacrificadas, a las que se decapitaba, descuartizaba o enterraba vivas. En cuatro fosas comunes se ha encontrado a cincuenta jóvenes sacrificadas.[15]

Las colonias vikingas de América no perduraron. Leif volvió a Groenlandia, donde su hijo Thorkell le sucedió como caudillo; Gudred emprendió un peregrinaje, llegó a Jerusalén y acabó en un monasterio de Islandia, donde su hijo americano fue el antecesor de muchos islandeses. La aventura americana de los vikingos no cambió el mundo: los colonos eran demasiado escasos, los tesoros de Europa seguían siendo demasiado ricos. Sin embargo, según manifiesta el descubrimiento reciente de un documento milanés, los marinos nórdicos transmitieron su conocimiento de la existencia de aquel continente.[16]

En Inglaterra aún gobernaba un rey danés, Harthacnut, quien reconoció como heredero al *aethling* Eduardo, hijo de Etelredo, cuya santa piedad se celebró más tarde con el apodo de «el Confesor». Pero el 8 de junio 1042 Harthacnut, que asistía a una boda en Londres, propuso un brindis por la novia y luego «cayó súbitamente al suelo con unas convulsiones espantosas». Es probable que el santo Eduardo lo hubiera envenenado. Eduardo contaba con el respaldo de Godwin de Wessex, el príncipe que cegaba, arrancaba cabelleras en masa e instauraba reyes y que, casado con la cuñada de Canuto, le había ayudado a destruir a su padre y mató como mínimo a uno de sus hermanos. Pero ahora mitigaron esos crímenes con un matrimonio: Eduardo se casó con una hija de Godwin, Edith, y nombró conde a uno de sus hijos, Harold. A la muerte de Godwin, Harold, que era medio anglosajón y medio danés, le sucedió y, como conde de Wessex, alcanzó a ser el primer potentado del reino.

Como Eduardo no tuvo hijos, ¿quién iba a heredar la corona de Inglaterra? El país se hallaba situado en un confín de Europa, pero el viaje romano de Canuto había puesto de relieve que ese imperio escandinavo-británico ya estaba conectado con Asia por las rutas comerciales que pasaban por el Mediterráneo. Si en la

Inglaterra eduardiana se han encontrado dos monedas de una China resurgente, en Egipto el «califa loco», Al-Hakim, había ido mucho más allá y establecido contacto con el nuevo emperador chino.

Pero en El Cairo este Calígula árabe se volvió en contra de su séquito. Una vez, mientras pasaban junto al puesto de un carnicero, agarró uno de los cuchillos del tendero y mató a uno de sus cortesanos sin detenerse ni dar ninguna explicación. Luego canceló sus propios decretos antijudíos y anticristianos e impuso un nuevo puritanismo a los cairotas. Todas las mujeres tendrían que llevar velo y se prohibió el alcohol; cabe entenderlo como un indicio de la laxitud que había adquirido la vida en El Cairo. Decapitó a muchas de sus propias concubinas, vetó cualquier canto y danza, y luego prohibió incluso que las mujeres salieran de sus casas, ni siquiera a comprar. A la que ignoraba sus órdenes, se la ejecutaba. Cuando las mujeres reclamaron que ir a comprar era necesario, Al-Hakim replicó que pidieran que se lo enviaran a casa: Amazon, en versión califal. También adoptó más medidas extrañas: se acostumbró a ejecutar regularmente a su *wasita* (jefe de gobierno) y sus generales; aniquiló a perros y gatos; se prohibió comer berros, uvas y pescado sin espinas.

Algunos sectarios ismaelíes, impresionados por la santidad del imanato y el carisma salvaje del joven califa, creyeron que Al-Hakim «era una encarnación de Dios» y exaltaron su divinidad. La idea atrajo al califa, que se dedicó a pasear por las calles de El Cairo mientras experimentaba trances espoleados por drogas. Pero los grandes del país estaban inquietos.

Al-Hakim se sentía próximo a su hermana Sitt al-Mulk («la Dama Poderosa»). Era una mujer intrépida, en la cuarentena, con los ojos tan azules y el pelo tan rubio como el califa. Pero este empezó a sentir paranoia con posibles intrigas de la hermana. Sus sospechas no iban del todo desencaminadas. Sitt al-Mulk vivía esplendorosamente, en un palacio propio, donde no vacilaba en acoger a posibles víctimas de la insania de su hermano. Al-Hakim la acusó de «fornicar» con generales y visires y ejecutó a uno de ellos, que tal vez hubiera sido de hecho su amante. Sitt al-Mulk

comprendió que su vida corría peligro y trazó planes al respecto.

Cuando Al-Hakim eligió como heredero a su primo, y no a su hijo, el joven Al-Zahir, Sitt al-Mulk protegió al chico y envió una nota para decirle al general Ibn Daws que el califa les acusaba de mantener una relación amorosa. Había que escoger entre matar o morir.

En 1021, Al-Hakim, cumplidos los treinta y seis años, se alejó de El Cairo con la intención de meditar y no regresó nunca. Su cuerpo no se encontró; solo unos harapos ensangrentados. Pero su influencia perdura hasta nuestros días.[17]Al-Hakim, cuyos puertos de Arabia y el mar Rojo comerciaban regularmente con la India y China, tuvo noticia, gracias a esos marinos, de que en China se habían producido cambios. En 1008 envió a China a un capitán de marina, Domiyat, con la misión de entregarle regalos y cartas a Zhenzong, emperador de una nueva dinastía —los Song— que había inaugurado un acto nuevo y convertido la Tierra Central en el imperio más dinámico, próspero, sofisticado y tecnológicamente innovador del planeta. Como si inventar la pólvora, la imprenta y la brújula no fuera suficiente, es posible que su fundador hubiera inventado asimismo el fútbol.

Acto séptimo
226 millones

Los Song, los Fujiwara y los Chola

Ensayos del estanque de los sueños: pólvora, papel moneda y poesía como refinamientos de los Song

El emperador Zhenzong acogió positivamente el contacto con Egipto y otros socios comerciales de la India y Malasia, porque su China —cuya población se había duplicado y ascendía a 120 millones de habitantes— se estaba convirtiendo en el Estado más refinado del mundo. Sin embargo, el fundador de la dinastía Song —Zhao Kuangyin, tío de Zhenzong— era un simple arquero de la caballería; tan duro que, en cierta ocasión en que montaba sin estribos, el caballo lo derribó y sufrió una conmoción, y aun así salió en pos del animal, lo atrapó, montó de nuevo y siguió su camino. En la guerra entre caudillos medró hasta la cumbre y en 960 se proclamó a sí mismo emperador Taizu («el Gran Antepasado»). Había combatido con salvajismo y derrotó a una multiplicidad de contendientes, pero siempre con ideas innovadoras. En cierta batalla usó «flechas de fuego», explosivas, contra los elefantes de guerra del rival. En otro caso sus generales se comieron a varios «cautivos gordos» delante de otros prisioneros más delgados, a los que luego pusieron en libertad para que corriera la noticia de la ferocidad Song; la estrategia funcionó.

Era un practicante ávido de las artes marciales, que se supone inventó la técnica de combate conocida como «Puño Largo del Fundador». También promovió un juego llamado *cuju* y se conserva una pintura de él jugando a algo en lo que reconocemos el fútbol. Una vez ascendió al poder, este conquistador, aun siendo semianalfabeto, demostró ser constructivo y creativo. Convenció a sus paladines de que se retirasen —con la tranquilidad de que, por

matrimonios, formaban parte de la familia— e hizo hincapié en que «mis consejeros principales deben ser gente que sepa leer libros». Además instauró de nuevo los exámenes de acceso al funcionariado, fundó academias e intentó evitar el terrorismo caprichoso: «No hay que ejecutar a funcionarios ni eruditos». Para facilitar una sucesión tranquila eligió a su hermano Taizong, antes que a sus hijos, y denominó «Nación Restaurada» a su reino. En efecto, lo era.

Algo más adelante Zhenzong gobernaba desde Bianjing (Kaifeng), la ciudad más populosa del mundo, con un millón de habitantes. Se alzaba a orillas de río Bian y estaba llena de comercios, restaurantes, teterías, tabernas y palacios; la poblaban múltiples mercaderes, tenderos, quiromantes, estafadores, charlatanes, clarividentes y diseñadores. En palabras de Michael Wood, fue la «primera gran cultura de restaurantes, con sus manuales de cocina y sus guías sobre la etiqueta gastronómica». Al «pueblo mejor alimentado que hubiera vivido hasta ese punto de la historia» se le ofrecía toda una diversidad de carnes: de la codorniz y los venados a los tejones y pangolines.

Con un ejército que desplegaba a más de un millón de combatientes, Taizu y sus sucesores favorecieron a conciencia el aprendizaje técnico y recompensaron a los inventores; estas medidas hicieron que «una gran cantidad de personas se animara a hacer propuestas técnicas y tecnológicas». Las flechas explosivas de Taizu se disparaban con tubos propulsados por una invención china, la pólvora, derivado accidental de los «medicamentos del fuego orgánico» —los elixires de la inmortalidad— que a tantos emperadores habían envenenado. Ahora los ingenieros añadieron más salitre y obtuvieron una pólvora más poderosa, y más adelante los ingenieros Song crearon Bombas Tonantes, disparadas con trabuquetes, y Erupciones Celestes, una de las primeras armas de fuego, que se cargaba a hombros.[1]

La Armada permanente de los Song —la primera de China y quizá también la primera del mundo— se pertrechaba de estas armas, navegaba con brújulas magnetizadas, y daba más seguridad a sus naves de combate y las embarcaciones de ruedas de paletas

mediante compartimentos estancos que en Occidente no se utilizaron hasta el siglo XIX. Sus productos se transportaban por la red del Gran Canal, mejorada por los Song, que utilizaron esclusas para que los barcos pudieran recorrer el largo descenso desde Kaifeng hasta el puerto meridional de Hangzhou; al mismo tiempo, el servicio postal mejoró la comunicación. Los comerciantes y los aristócratas más ricos vivían en palacios exquisitos y usaban papel moneda para adquirir libros redactados por eruditos (varones) y poetas (mujeres), cuyas obras se imprimían sobre papel con tipos móviles. La base alfabetizada que se interesaba por estas obras era ingente. En cuanto a la seda y la porcelana de la dinastía, se manufacturaban en fábricas estatales; sus fundiciones producían tanto hierro —unas cien mil toneladas anuales, con un uso creciente del carbón— que Gran Bretaña no igualó esa producción hasta el siglo XVIII. Los científicos de la dinastía Song diseccionaban cadáveres para averiguar la causa de la muerte; los astrónomos trazaban mapas del cielo; los ministros creaban clínicas públicas, sistemas de prestaciones sociales, cementerios para pobres y ayudas para el campesinado. Los Song fueron un ejemplo de cómo los soberanos pueden favorecer la prosperidad económica y los avances tecnológicos centralizando el gobierno de un mercado vasto y promoviendo el ingenio, dos factores que impulsaron asimismo el comercio exterior. Se favoreció la riqueza y la libertad, a condición —obviamente— de que no desafiaran nunca el poder de los Song. Pero la jerarquía era estricta y los hombres vestían túnicas ornamentadas de acuerdo con el rango que ocupaban en la corte. Se corría el riesgo de que, a la postre, el control político aplastara el ingenio que había sido el motor primero del milagro de los Song.

Este milagro lo posibilitó una sucesión de soberanos capaces que eligieron a algunos de los estadistas más finos con los que haya contado nunca ningún país. En los tiempos de Al-Hakim y Canuto, quien verdaderamente gobernaba en China era la emperatriz Liu. Su carrera empezó siendo la de una bailarina huérfana, a la que se casó con un platero empobrecido que se la vendió al futuro emperador. Ella y su nuevo marido no tuvieron descendencia, pero

adoptaron al hijo de una concubina y lo criaron como propio. Tras la muerte de Zhenzong, en 1022, ella contaba cincuenta y dos años; asumió efectivamente la posición imperial y gobernó en nombre de Renzong, el hijo (supuestamente) de la pareja. Era una mujer ruda y feroz, que sabía tomar decisiones de un modo competente; en cambio Renzong, que estuvo en el poder durante muchos años, era un hombre refinado y autocrítico: «Si nunca he utilizado la palabra "muerte" para amenazar a nadie, ¿cómo me atrevo a abusar de la pena de muerte?». Pero una de las decisiones de Renzong resultó fatal. Los Song gobernaban un territorio que comprendía una cuarta parte de la China actual; el norte estaba dominado por un reino nómada, los kitanos, que controlaban Manchuria y Mongolia. Para evitar una guerra constante, negoció una tregua en la que acordó pagar tributos tan cuantiosos que estos acabaron por destruir a los Song desde el interior y empoderaron a aquellos enemigos nómadas, letales.

Entre los refinados estadistas de los Song, uno de los más extraordinarios fue Shen Gua, un cortesano polímata que estuvo al servicio del emperador Yingzong, hijo de Renzong. Ascendió hasta ocupar varios puestos destacados: jefe de la Oficina de Astronomía del emperador; viceministro de Hospitalidad Imperial, con talante reformista; embajador ante los kitanos; como general, dirigió a las fuerzas Song contra los tangutes.[2]Entre tanto experimentó con la aguja de la brújula magnética y el concepto del norte verdadero; investigó la órbita de los planetas; concibió una clepsidra; mejoró los diseños de los diques secos, para los barcos, y las esclusas, para los canales; hizo análisis farmacológicos; perfeccionó la forja del hierro; diseccionó cadáveres de bandidos ejecutados para estudiar la garganta; y creó un aparato de cámara oscura. Pero se le acabó la suerte, siempre necesaria en la corte, y los tangutes le tendieron una trampa y lo derrotaron. Terminó por retirarse a una hacienda de campo, el Estanque de los Sueños, donde escribió una colección titulada precisamente *Ensayos del Estanque de los Sueños* y gozó de los «nueve invitados».[3]

Fue una de las muchas estrellas que iluminaron el período. En el extremo sur del Gran Canal, el puerto de Linan (Hangzhou) —

que administró brevemente un poeta famoso, Su Shi— era el gran centro comercial del mundo. Sus canales, restaurantes y calles estaban repletos de persas, judíos e indios cuyos barcos llevaban seda, terciopelo, porcelana, hierro y espadas a Asia occidental y a Europa, por la vía de Egipto y el Golfo; al este, a Japón; y al sur, a Sumatra y la India.

En 1033 llegó a Hangzhou una delegación de un socio comercial de los Song, Rajendra Chola, el *chakravartin* (emperador mundial) de un imperio tamil que había conquistado la costa oriental de la India hasta Bengala, así como las Maldivas y Sri Lanka. Este paladín del hinduismo hizo construir el majestuoso templo de Brihadishvara y una capital propia, Gangaikonda Cholapuram. Rajendra creó una Armada india con base en Nagapattinam, que se decía que contaba con quinientos barcos enormes, alguno de los cuales trasladaba a un millar de soldados y podía presumir de contar con la última tecnología china: cascos compartimentados, brújulas y lanzallamas. Este soberano también dio su apoyo a los Ainnurruvar («los quinientos [señores] de los cuatro países y las mil direcciones») y otros gremios comerciales piratescos tamiles cuyas flotas fueron las precursoras de las futuras corporaciones comerciales armadas de Europa. Las dos embajadas que Rajendra envió a China transmitieron su frustración por el hecho de que el comercio chino debiera pasar por un reino marino intermedio, el de Srivijaya, en Sumatra, más próximo a Huanzong.

Srivijaya era una talasocracia índica gobernada por un rajá que enviaba a sus comerciantes por todo un amplio mandala —círculo sagrado— de poder, para vender especias, alcanfor (de Borneo), clavo, madera de sándalo y brasilete a la corte china, a cambio de porcelana, seda y de que se reconociera como reyes a sus rajás. Su pueblo pagaba tributo a los chinos, pero pensaba en sánscrito. Esta confederación mercantil gozaba de buenas relaciones con otra potencia del Índico, la familia Sailendra, que gobernaba el *raj* de Mataram, erigió templos magníficos en Java y presidió un mandala que alcanzaba lugares tan distantes como las Filipinas y Tailandia. Pasado el tiempo, las ramas budista y shivaísta se escindieron y enfrentaron, y crearon un cisma en la

indoesfera que tuvo consecuencias políticas: Mataram y Srivijaya se separaron. Pero las dos prosperaron como imperios comerciales: un pecio hallado en aguas srivijayanas, cuya carga se calcula en setenta mil piezas de cerámica, nos da un indicio de la escala de este comercio que unía China con Irak. La riqueza atrae enemigos y la confederación de Srivijaya dio licencia a piratas que se lanzaban contra los convoyes árabes, indios y chinos, lo que elevó el precio de los caballos árabes destinados a los ejércitos de la dinastía Chola.

Rajendra encontró un pretexto en 1025, cuando el rey más poderoso del sureste asiático,[4]Suryavarman, soberano del imperio jemer y también adepto de la rama shivaísta del hinduismo, pidió ayuda a Rajendra contra los budistas de Srivijaya. El chakravartin zarpó con su flota, saqueó la capital y apresó al rajá. Sus compañías comerciales tamiles —que llevaban nombres tan gloriosos como Mercaderes de los Tres Mundos (el árabe, el indio y el chino)— asumieron buena parte del comercio chino. Pero la influencia de los Song también se extendió hacia el este, a Japón, donde una escritora estaba inventando la novela.

«No importa cuán amoroso o apasionado puedas ser; mientras seas directo y te abstengas de causar vergüenza en los demás, nadie le dará importancia a eso», escribió la dama Murasaki, una viuda de unos treinta años, que redactó un diario hacia 1010, mientras el todopoderoso regente de los Fujiwara, Michinaga, de cincuenta y cinco años, flirteaba con ella en la corte del emperador de Japón.

Dos escritoras: Murasaki y la poeta

Pocos días después de que la dama Murasaki redactara aquel apunte de su diario, Michinaga —a quien Murasaki llama siempre Su Excelencia— estaba visitando a su hija, la emperatriz Soshi, y se fijó en que esta estaba leyendo un capítulo de *La historia de Genji*, con la que Murasaki inventó la novela. Estos capítulos en circulación formaban parte de una narración en prosa que explora

la experiencia humana por medio de personajes imaginarios, de una forma novedosa de la que Murasaki fue la pionera. «Se expresaron los comentarios habituales», escribió Murasaki, dando a entender los propios de una insinuación admirativa, «y en un pedazo de papel que envolvía unas ciruelas» el regente garabateó este poema:

Tan ácida es, y todos lo saben,
que sin duda nadie que la vea
podría prescindir de probarla.

«¡Qué estupor!», dijo ella, como réplica a esta broma sobre su atractivo tanto físico como intelectual, toda una proposición, y en presencia de la hija, ante la mentora literaria de esta. Pero Murasaki acertó a devolverle la broma y, en un poema propio, afirmó: «Ni habéis leído mi libro ni conquistado mi amor». Al comprender que todo autor espera que un enamorado lea lo que escribe, el regente se escabulló en su cámara, robó un nuevo capítulo y no dejó de ir detrás de ella: «Una noche, mientras dormía, me llegó el sonido de alguien que golpeaba la puerta discretamente. Tanto me aterré que guardé silencio por el resto de la noche». Resulta difícil saber si esto era el molesto acoso de un viejo verde o la atención adulatoria de un potentado carismático.

Ella nunca admitió haberse convertido en la amante de Michinaga, pero es posible que sucediera así. Murasaki,[5]dama de honor, novelista y poeta, se encontraba en el centro mismo de la corte de Heiankyō —Kyōto— durante el período de gobierno de su pretendiente ya entrado en años, Fujiwara Michinaga, que gobernó Japón durante treinta años. Ella también era una Fujiwara, una prima lejana y pobre, que debía dar gracias por el favor de su pariente. Sin embargo en nuestros días aún leemos las palabras que ella escribió.

Murasaki se había casado tarde, pero fue feliz y la pareja tuvo una hija. El marido falleció en una epidemia y ella no volvió a contraer matrimonio. Ya siendo una niña, su inteligencia y capacidad de aprendizaje habían impresionado al padre de

Murasaki, que exclamó: «¡Lástima que no sea un niño!».

Al tener noticia de su talento, Michinaga la contrató como asistente para que conversara de literatura con su hija, la emperatriz Shōshi. En 794, unos dos siglos atrás, el emperador Kanmu había consolidado un Estado seguro de sí mismo, Nihon —«raíz del sol»—, con capital en Heian-kyō. El budismo, transmitido desde Corea, se fusionó con el sistema de las divinidades japonesas —kami— para dar origen al *shinto* o sintoísmo. Japón recibía una influencia muy poderosa de China, pero en este período se desarrolló una cultura japonesa novedosa, más confiada y autónoma.

Los Fujiwara ya eran el clan principal cuando, en 729, una de sus hijas fue la primera persona que, sin pertenecer a la realeza, recibió el título de emperatriz. En 850 Fujiwara Yoshifusa logró que la sucesión imperial recayera sobre su sobrino Montoku. En adelante los Fujiwara gobernaron como «regentes» de los emperadores jóvenes y «portavoces» de los mayores. Su primacía se basaba en una riqueza vasta y los matrimonios constantes con la familia real, en la que eligieron a menudo a emperadores infantiles. El padre de Michinaga casó a tres de sus hijas con emperadores, y el propio Michinaga introdujo a su hija Shōshi en el harén del emperador Ichijō. Por lo general solo había una emperatriz y múltiples concubinas, e Ichijō ya contaba con la emperatriz Teishi, que le había dado un hijo; pero Michinaga exigió que a Shōshi también se le diera el título de emperatriz... y consiguió su objetivo.

La mejor manera de comprender su mundo es a través de los escritos de la protegida de Michinaga: Murasaki. Era un mundo dominado por los hombres y estrictamente calibrado por los rangos, que giraba en torno del complejo del Gran Palacio Imperial, en una capital cuadriculada que se asemejaba a Chang'an, la capital de los Tang. Dentro del complejo, la vida se dividía entre el palacio del emperador y la Corte de Gobierno, donde mandaba Michinaga. Su hija Shōshi, la emperatriz, vivía en el palacio trasero con sus damas de honor y las consortes de menor jerarquía, hasta totalizar quizá un millar de mujeres.

Los hombres tenían más de una esposa, a diferencia de las mujeres, que solo podían tener un marido. En *La historia de Genji*, todas las esposas viven en torno del patio de la mansión del marido, pero era más habitual que las distintas cónyuges vivieran en casas distintas. Las mujeres se blanqueaban la cara, daban colorete a las mejillas, se pintaban las cejas, perfumaban el cabello y se ennegrecían los dientes, y se vestían con capas superpuestas de seda, damasco y brocado, que se teñían y cambiaban según la ocasión. Participaban de las propiedades de sus padres. Las mujeres no gozaban de poca libertad, incluso para los encuentros sexuales. En palabras de Murasaki: «Todas las damas de honor habrán sido objeto de los avances de cortesanos destacados, en algún momento u otro. Si alguno actúa descuidadamente, el hecho no podrá ocultarse; pero de algún modo logran tomar precauciones y mantener los amoríos en secreto». Cuando Michinaga tuvo noticia de que Murasaki estaba compartiendo habitación con otra chica, le preguntó (esperanzado): «¿Qué pasa cuando recibes a alguien sin que la otra persona lo sepa?». Fue un «comentario de mal gusto», según Murasaki.

Cuando la emperatriz Shōshi, mecenas de Murasaki, quedó embarazada a los veintiún años, Michinaga trasladó a la emperatriz a su propia Mansión de Tsuchimikado, donde ella, confortada por la lectura de los textos budistas del sutra del loto, aguardó con Murasaki al momento de dar a luz. Los partos eran caóticos, una pesadilla para las parturientas. Shōshi estaba estirada en una plataforma alta, en la galería superior —con un calor sofocante—, rodeada de cortinas; los cortesanos iban entrando en la sala a mirar; se lanzaba arroz, para expulsar a los malos espíritus; Michinaga daba órdenes a gritos; sacerdotes y exorcistas competían y se atropellaban a voces con sus cánticos de «hechizos para contener las malas influencias». «Los espíritus arrojaron al suelo, entre espasmos», a uno de los preceptores. Murasaki apunta irónicamente: «Puedes imaginarte cómo todos los Budas del universo descienden volando a contestar». Cuando a la pobre emperatriz le llegó la hora de dar a luz, «sufrió mucho». Los partos eran peligrosos —la emperatriz rival de Shōshi había muerto en

esas circunstancias— y la mortalidad infantil también era elevada.

Por suerte la criatura apareció. «¡Qué alegría incontenible!», escribió Murasaki, alegría transformada ya en «pura euforia» al comprobar que el bebé era un varón. Esto supuso el triunfo de la estrategia de Michinaga de casar a sus hijas con emperadores. En 1017, tras el nacimiento de otro príncipe, Michinaga celebró el poder alcanzado: «Nada hace menguar la gloria de la luna llena; este mundo, sin lugar a dudas, es mío».

Es posible que Michinaga le pidiera a Murasaki que conservara el diario precisamente para celebrar el nacimiento. Era frecuente que las mujeres escribieran diarios; todo el mundo escribía poemas —los hombres, en chino; las mujeres, en japonés— en un mundo literario y refinado donde, como apuntó Murasaki, «la sensibilidad es un don precioso».

Murasaki dividió su ambiciosa *Historia de Genji* en capítulos que se iban leyendo por la corte como una publicación por entregas. El protagonismo recae sobre Genji, hijo de un emperador (posiblemente, basado en Michinaga), y sus relaciones con las mujeres, no solo de tipo amoroso, sino también familiar. Mientras él flirtea con varias jóvenes, su segunda esposa —Murasaki, la dama de la glicina— le proporciona una amistad genuina. «Cuando volvía de encontrarse con mujeres más jóvenes, Genji siempre esperaba que Murasaki le pareciera más ajada ... Llevaba tanto tiempo viviendo con ella ... Sin embargo, esas jóvenes eran justo las que nunca lograban sorprenderle, mientras que Murasaki no cesaba de causarle asombro, pues con el paso de los años su persona relucía cada vez más.»

Murasaki se describió como un «viejo fósil» melancólico. «Ella no agradaba a nadie», escribe sobre sí misma. «Todos decían que era pretenciosa, extraña, distante, quisquillosa, altiva, demasiado enamorada de sus propias historias ... pero cuando la conoces, destaca por su modestia.» No es de extrañar que otras mujeres estuvieran celosas. No se sabe cuándo murió; pero en 1019 su protector, Michinaga, se retiró a un monasterio budista, delegó la regencia en su hijo y organizó la sucesión de sus nietos como emperadores, lo que aseguró que los Fujiwara continuaran

gobernando durante dos generaciones más. Cuando el poder del clan empezó a menguar, los emperadores Song se enfrentaban a una catástrofe que fue narrada por el otro gran escritor de esta época, que era también una mujer.

Li Qingzhao —nacida en 1084 en Shandong— era la inteligente hija de un funcionario erudito. Había estudiado con el poeta Su Shi y, ya en su juventud, destacó por escribir poemas de una «delicada contención». A los diecisiete años se casó con Zhao Mingcheng, un experto en epigrafía, literatura y antigüedades, que gozaba de buenas conexiones, con quien coleccionó libros y textos antiguos, coescribió ensayos, comió en restaurantes y practicó juegos de mesa. Vivían en Shandong, con el refinamiento de provincias del tiempo de los Song.

Como los padres podían permitirse aportar dotes cuantiosas, la condición social de las mujeres Song se fortaleció, quizá con la ayuda del competente gobierno de la emperatriz Liu. Las mujeres podían poseer y heredar propiedades, pero en este momento alcanzaron una educación tan exquisita que publicaban poemas y, a menudo, hacían de tutoras de los hijos. Shen Gua, por ejemplo, aprendió de su madre la materia de la estrategia militar, algo inimaginable, durante muchos siglos, en ningún otro lugar.[6]

Li gozaba del momento supremo de la prosperidad Song: «vivíamos juntos y con felicidad». Ella no podía tener hijos y se dedicó en plenitud a su arte. «La concentración tiene como fruto la pericia», escribió, de modo que «todo lo que haces puede adquirir un nivel de genuina excelencia.» Pero la trayectoria de su matrimonio reflejó la trayectoria general de los Song. Su marido se enamoró de una concubina con la que tuvo varios hijos, y el matrimonio se deterioró:

Una ventana fría, una mesa rota, sin libros.
¡Qué desgracia, acabar así! …
Escribo poemas y rechazo todas las invitaciones;
por ahora mi puerta está cerrada.
En mi aislamiento he hallado dos amigos perfectos:
el señor Nadie y don Vacío.

Entonces se produjo la invasión.

El emperador Huizong había descuidado las fronteras y los ejércitos; según él mismo admitió: «Heredé un imperio grande y floreciente, pero yo he sido una persona mediocre que no ha estado a la altura de las exigencias». En 1125, después de veinte años de guerra, los yurchén —seminómadas de Manchuria— destruyeron a los kitanos, se alzaron con el dominio de China septentrional, declararon un imperio propio, el de los Jin, e invadieron a los Song. Lo impensable se hizo realidad con rapidez: los bárbaros, que podían recurrir a la tecnología militar de los Song porque la habían aprendido de sus prisioneros, pusieron sitio a la capital, Kaifeng. En 1127 asaltaron la ciudad; apresaron a las princesas, las concubinas y cantantes-actrices de la corte; violaron en masa a las mujeres; y por último forzaron al emperador Huizong y catorce mil cortesanos y mujeres a emprender una marcha de la muerte hacia el norte, por territorios nevados. A la consorte del emperador la violaron y la hicieron abortar, y la obligaron a cantar delante del comandante yurchén. «Antes vivía en el cielo, en los altos palacios de perlas y torres de jade. Ahora vivo entre hierbas y espinos, con las ropas azules impregnadas de lágrimas», escribió. Se negó a actuar, pues ya no tenía nada que perder. La emperatriz se suicidó; a las princesas las vendieron por diez onzas de oro.

Ante el avance de los yurchén, la poeta Li y su marido cargaron quince carros con antigüedades y libros y se dirigieron hacia el sur. Aun así, los yurchén prendieron fuego a gran parte de su colección. Mientras se desplazaban penosamente entre las multitudes de refugiados, su esposo Zhao, con una afirmación inconsciente de la delicadeza de los Song, le pidió «descartar primero los muebles, luego la ropa, luego los libros, luego las antigüedades», pero «llévate contigo los objetos que más aprecias», de modo que «puedas vivir o morir a su lado». Zhao falleció de disentería, mientras escribía un poema, con el pincel de escritura aún en la mano.

El emperador también murió; estaba muriéndose un mundo. Pero uno de los hijos del emperador logró huir al sur. Gaozong reinstauró el Mandato Celestial. Había perdido una gran parte de

China, pero atravesó el Yangtsé y creó una nueva capital para los Song, Linan (Hangzhou), donde se instalaron muchos de los poetas y polímatas de Kaifeng. La poeta Li se les unió. A sus cuarenta y ocho años, se casó de nuevo, pero el matrimonio fue un desastre: el nuevo marido era un charlatán y un mentiroso y la unión duró solo cien días. «A mi edad ya avanzada, me había casado con un inútil picapleitos», que además le pegaba. Ella ganó el juicio de divorcio (aunque no por la violencia del marido, sino por la gente con la que este se relacionaba). Una vez recobrada la libertad, escribió con desdén sobre la incapacidad de los políticos de su tiempo:

> *Nuestros grandes ministros aún huyen en todas direcciones;*
> *a mis ojos acude la visión de los magníficos corceles de los héroes de antaño.*
> *En estos tiempos de peligro, ¿dónde encontraremos caballos*
> *de verdad, como aquellos?*

Cuando los Song desarrollaron nuevas embarcaciones de combate, propulsadas por ruedas, que utilizaban los últimos trabuquetes lanzabombas y contaban con marinos formados especialmente, derrotaron a los yurchén. Cantón y los puertos meridionales enviaron enormes dhows cargados de productos de lujo a Egipto e Irak, donde una familia de turcos advenedizos se estaba alzando con el dominio del califato.

Selchuquíes, Comnenos y Hauteville

Arslan el león rampante y Zoé la eterna

«Dios los creó con forma de leones», escribió un cortesano sobre los turcos selchuquíes, «con rostros anchos y narices chatas, músculos fuertes y puños enormes». Un caudillo turcomano llamado Selchuq (o Seljuk) había combatido en su juventud para los jaganes jázaros judíos. El hecho de que sus hijos se llamaran Israel, Yusuf y Musa sugiere que la familia quizá se había convertido al judaísmo; pero en la década de 990 Selchuq abrazó el islam, tomó la yihad por misión y reunió una federación de tribus en la Transoxiana, ayudado por sus belicosos hijos. «Ascienden grandes montañas, montan de cara a los peligros, hacen incursiones por lo más profundo de tierras desconocidas.» Selchuq y su hijo fueron solo uno de los diversos clanes túrcicos que estaban desguazando el imperio árabe.[1]

Tras la muerte de Selchuq, en 1009, su nieto Tugril derrotó a los sultanes ghaznavíes antes de atacar la presa mayor. En 1055, sus tropas entraron al galope en Bagdad y rescataron al califa Al-Qaim de manos de los chiíes. El sultán Tugril, que combatió contra fatimíes y romanos y conquistó un imperio, aspiraba asimismo —como tantos caudillos turcos— a la cultura pérsica de Bagdad. Su sobrino Alp Arslan —«el León Heroico»— fue el mayor potentado de su tiempo, con dominios que iban de Turquía a Pakistán. Promovió a un visir persa, Abu Ali Hasan, al que concedió el título de Nizam al-Mulk —«el Orden del Reino»—; las mezquitas, bibliotecas y observatorios de Al-Mulk embellecieron las capitales selchuquíes de Isfahán (Irán) y Merv (Turkmenistán).

Mientras los selchuquíes atacaban las marcas romanas, las glorias de Basilio el Matabúlgaros las heredó su sobrina Zoé.

Después de un viaje decepcionante, en el que se dirigió a Italia a casarse con un emperador alemán que falleció antes de su llegada, Zoé pasó el resto de su vida acompañada de sus dos hermanas en el gineceo (zona reservada a las mujeres) del Gran Palacio. Basilio había prohibido que las solteras se casaran con ningún aristócrata capaz de amenazar la corona. A Teodora Porfirogéneta se la conocía por su piedad; a Zoé Porfirogéneta, por su belleza rubia y sus amantes.

El mismo día en que murió, su padre Constantino VII casó a Zoé, ya de cincuenta años, con un aristócrata sexagenario, Romano Argyrós, que fue nombrado emperador en el momento. «Todo en ella —escribió en su *Cronografía* el historiador Miguel Psellos— era firme y se hallaba en perfecta condición.» Zoé dedicaba mucho tiempo a los cuidados cosméticos e hizo instalar en sus estancias un *myrepseion* (laboratorio).[2]El esfuerzo debió de valer la pena porque el mosaico de Hagia Sophia, creado ya en la sesentena de Zoé, muestra a una mujer hermosa. Consultó a médicos y charlatanes para que la ayudaran a concebir, pero no tardó en volverse en contra de su esposo. Juan el Eunuco, hijo de un campesino paflagonio que había sido secretario de Basilio II y en ese momento era *parakoimómenos* (jefe de ministros) del gobierno, le presentó a Zoé a su hermano menor, Miguel. Este joven epiléptico, que había trabajado cambiando divisas, hechizó a la emperatriz.

En abril de 1034, cuando Zoé contaba cincuenta y seis años, y Miguel, veinticinco, estrangularon a Romano en el baño y, al día siguiente, se casaron. Cuando la pasión por su esposa se enfrió, Miguel IV empezó a temer que la emperatriz se volviera contra él. Como Miguel quedó incapacitado, Zoé y Juan el Eunuco ascendieron a césar a un sobrino del emperador, Miguel el Calafate. El eunuco se retiró al oficio monacal y, en apariencia, se limitó a servir como *orphanotrophos*: responsable del gran orfanato constantinopolitano. Pero el eunuco, antaño omnipotente, era objeto de odios. El Calafate desterró a su tío, castró a todos los primos y, en 1042, atacó también a Zoé: la acusó de traición, la tonsuró y la encerró en una isla de la que no era probable que

regresara.

Sin embargo, a la familia basílida se la apreciaba mucho. En el Hipódromo se bombardeó con frutas a Miguel; las mujeres de la ciudad, unidas por solidaridad femenina, sitiaron el palacio. Zoé, a sus sesenta y cuatro años, recuperó el poder; al Calafate lo cegaron y castraron. Se entronizó a las dos hermanas, a Zoé y a la monjil Teodora. Dos meses más tarde, Zoé contrajo matrimonio con un antiguo amante, Constantino Monómaco, quien desde la posición de emperador incorporó a su amante a un *ménage à trois*. Los romanos temían que las dos ancianas a las que tanto querían corrieran peligro, y solo les pacificó la aparición pública en el Hipódromo de las dos, Zoé y Teodora. Justo cuando Zoé pensaba en recuperar los dominios de Italia, cinco hermanos normandos lo cambiaron todo a golpe de espada.

Guillermo Brazo de Hierro, Roberto el Astuto y la amazona Sichelgaita

En 1035, Guillermo «Brazo de Hierro» llegó al sur de Italia —como el primero de los jóvenes Hauteville o Altavilla— para ayudar a un noble lombardo amenazado por las fuerzas de Zoé. Sicilia seguía siendo musulmana; Nápoles y Apulia estaban en manos de Zoé; Roma estaba gobernada por un papa maroziano, Benedicto IX, hijo de Alberico de Túsculo. Benedicto, que había sido elegido sumo pontífice a los veinte años, cobró fama —en palabras de un papa posterior— por «sus violaciones, asesinatos y otros actos inefables de violencia y sodomía. Su vida como papa fue tan infame, tan nauseabunda, tan execrable que siento escalofríos al recordarla». De hecho la conducta de Benedicto era la típica de una jerarquía que —según denunció el sacerdote reformista Pedro Damián en una obra que no por casualidad se titulaba *Libro de Gomorra*— se caracterizaba por las manifestaciones evidentes de simonía, venalidad, concubinato, sodomía, pedofilia y masturbación mutua. En 1045 algunos sacerdotes se rebelaron y rogaron al emperador rey alemán Heinrich III (Enrique III) que los rescatara de la

pornocracia maroziana. Heinrich tomó Roma y destruyó a los marozianos para siempre. Pero toda esta volatilidad resultaba irresistible para una familia de gigantes rubios tan jactanciosos como de talento.

Tancredo de Hauteville, un barón normando apenas destacado, descendiente de un vikingo llamado Hiallt, tuvo doce hijos, por lo que la mayoría tuvo que marcharse al extranjero en busca de fortuna.

Los dos hermanos mayores, Drogón y Guillermo, se dirigieron a Italia y lucharon a favor de todos los bandos. En 1036 uno de los emires árabes de Sicilia pidió ayuda a la emperatriz Zoé, que reclutó a un ejército que incluía tanto a mercenarios vikingos (encabezados por un príncipe noruego, Harald Hardråde) como a los hermanos Hauteville. La expedición siciliana fue un desastre; los altivos *romaioi* despreciaban a los normandos, que acabaron por odiar Constantinopla. Así pues los hermanos cambiaron de bando, se unieron al ejército de Heinrich, derrotaron a las fuerzas de Zoé y se apoderaron de Apulia. Heinrich (ahora emperador) reconoció a Guillermo Brazo de Hierro con el título de conde de Apulia. En 1042 se les sumaron Hunifredo y Roberto. A este último lo apodaban *Guiscardo*, «el Astuto», y su mejor descripción se la debemos a la figura principal de la historiografía de la época —una mujer, Ana Comnena, hija del emperador—: «Su estatura era tal que sobrepasaba incluso la del más alto de los hombres; su tez, colorada; el pelo, rubio claro; los hombros eran anchos; sus ojos emitían puras chispas de fuego; estaba graciosa y hermosamente formado, de la cabeza a los pies». Roberto llegó solo, sin recursos para contratar siquiera a un sirviente; pero su hermano Brazo de Hierro murió poco después y el conde Drogón le vino con excusas. Roberto se ganó el sobrenombre con una estratagema para conquistar los castillos: fingía haber muerto, lo entraban al recinto en un ataúd portado por guerreros solemnes, y de pronto abría la tapa y saltaba a luchar, espada en mano.

En 1053, el ascenso de los Hauteville encontró un rival inesperado. Un nuevo papa, León IX —un sacerdote alemán respaldado por Heinrich— insufló aire nuevo al papado,

prohibiendo la simonía e instaurando el celibato de los sacerdotes, un concepto que se halla solo en la iglesia católica. Aterrado por la «raza malvada» de los Hauteville dirigió un ejército que emprendió el camino del sur con la intención de destruirlos. En la práctica Roberto el Astuto y su hermano Hunifredo derrotaron y apresaron a León, una experiencia que convenció al Santo Padre de que debía entablar relaciones más amistosas con una Constantinopla que —tras la muerte de Zoé— estaba gobernada ahora por su viudo, Monómaco. Pero en Constantinopla los delegados de León actuaron exactamente al revés: manifestaron agresivamente sus discrepancias con los griegos en materia de doctrina.[3]Esto se explicaba por un aumento de la autoestima —Europa occidental se estaba haciendo más rica y poblada— paralelo a una envidia feroz hacia Constantinopla, la metrópolis de los *Autokrator* sagrados, las conspiraciones ponzoñosas y la incomprensible lengua griega. Los enviados papales tomaron Hagia Sophia al asalto y excomulgaron al patriarca. Con ello abrieron un cisma que no se ha cerrado nunca y crearon una divergencia teológica que sigue vigente en la actualidad.

Los Hauteville no liberaron a León hasta que este reconoció sus territorios. A la muerte de Hunifredo, Roberto heredó el condado, ahora en compañía del octavo hermano, Roger (Rogelio, Ruggero), «un joven de extraordinaria belleza, gran estatura y forma graciosa, elocuente de palabra, frío en la acción, alegre y placentero, pero feroz en combate». Roberto el Astuto ya tenía a un hijo, Boemondo (Bohemundo); pero ante la posibilidad de fundar una casa real, repudió a su primera esposa, a la que degradó al concubinato, y se casó con Sichelgaita, una princesa lombarda cuyos rizos de oro y ferocidad amazónica tenían poco que envidiar a los propios. Esta Sichelgaita entraba en combate blandiendo un hacha y, en palabras de Ana Comnena, «cuando vestía la armadura, era una visión aterradora».

El cisma abierto con Constantinopla dejó al papa Nicolás II sin más elección que aliarse con los Hauteville, a los que encargó recuperar Sicilia en una guerra santa contra los árabes. Desembarcaron en la isla en 1060.

Tanto en el norte como en el sur, los descendientes de los vikingos estaban transformando Europa. En Sicilia, 1066 fue un año más de tablas, para los normandos; pero en el norte del continente, no. Aquel año Guillermo el Bastardo —duque de Normandía y descendiente del vikingo Rolón— invadió Inglaterra.

William, o Guillermo —hijo ilegítimo del duque Roberto con la hija de un embalsamador— sucedió a su padre en el ducado cuando contaba solo siete años. Aprendió en una escuela dura —uno de sus guardianes murió asesinado en su habitación, ante sus ojos— y desde bien joven tuvo que luchar contra los nobles, la familia y las invasiones de rey Enrique I de Francia, que gobernaba únicamente en la Isla de Francia (la región de los alrededores de París) y codiciaba Normandía. El Bastardo había heredado una política atrevida con respecto a Inglaterra, donde las familias de Alfredo y Canuto tenían matrimonios mixtos con la propia. En 1051 Eduardo el Confesor —el último miembro de la Casa de Alfredo— prometió que el trono de Inglaterra sería para su primo carnal Guillermo. Cuando Harold, conde de Wessex e hijo de Godwin, sufrió un naufragio en Normandía, el Bastardo le arrancó un juramento de fidelidad antes de permitirle que regresara. En realidad Harold no era un pretendiente legítimo del trono, más allá de que su hermana era la esposa del rey. En todo caso, a la muerte de Eduardo, Harold se apresuró a coronarse rey mientras sus enemigos reclutaban ejércitos al otro lado del mar.

Guillermo el Bastardo encargó construir una flota para la invasión. Pero se encontró con la competencia de Harald Hardråde («el Señor Duro»), quien durante la infancia había perdido su reino a manos del rey Canuto, tras lo cual escapó al extranjero: primero prestó servicio a Yaroslav el Sabio, en Kiev; luego se unió a la guardia varangia de Constantinopla y luchó junto a los hermanos Hauteville; en 1046 regresó para reclamar Noruega. Ahora invadió Inglaterra con diez mil soldados y un hermano disidente de Harold, Tostig. Tras desembarcar en Tyneside, Hardråde derrotó a los condes septentrionales mientras Harold emprendía el galope hacia el norte. En este duelo, si uno hubiera tenido que apostar, sin duda habría elegido a Hardråde; pero un golpe de suerte, con una flecha

afortunada, lo cambió todo. Harold mató a Hardråde en la localidad de Stamford Bridge, en el preciso momento en que el Bastardo tomaba tierra en Hastings. Harold se dirigió de nuevo al sur, al frente de un ejército agotado y en la batalla de Hastings una flecha le impactó en el ojo. El sorprendente resultado de dos batallas menores dirigió a Inglaterra hacia Normandía, y no, como habría sido de esperar, hacia Escandinavia. El «Bastardo» se convirtió en «el Conquistador».[4]

En 1071, mientras Guillermo aplastaba la resistencia de los ingleses, Palermo, la capital siciliana, pasaba definitivamente del dominio árabe a las manos de Roger de Hauteville. Sin embargo el gran conde de Sicilia, en vez de masacrar a los árabes y judíos del territorio, abrazó su cultura y convirtió el árabe en lengua oficial. Entre tanto Roberto el Astuto declaró la guerra a Constantinopla y le privó de Bari, su último reducto italiano. Al poco tiempo, en Oriente se produjo un desastre que animó a Roberto a asaltar la presa mayor: la propia Constantinopla.

El pene de la palmera: la poeta princesa y el león vanidoso

Mientras Guillermo asolaba Inglaterra y Roger sitiaba Palermo, el emperador Romano IV salía a luchar contra Alp Arslan, el sultán selchuquí que se adentraba en la actual Anatolia, lo que empezaba a transformar esta zona en un gran núcleo turco. Pero la guerra principal de Arslan se dirigía contra los califas fatimíes, por lo que renovó un tratado anterior con Romano y emprendió camino hacia el sur, a Siria. Sin embargo, ante la provocación de varias incursiones selchuquíes, el emperador avanzó con un ejército desorganizado de varangios, pechenegos y anglosajones. Arslan regresó hacia el norte y le ofreció una paz generosa, que Romano rechazó impulsivamente. En la batalla de Manzikert, el 26 de agosto de 1071, el emperador, que cometió la imprudencia de dividir al ejército y enfrentarse con sus generales, sufrió una derrota aplastante.[5]Arslan le hizo humillarse y plantó la bota sobre el cuello del emperador, pero luego le ordenó que se pusiera en pie

y le preguntó:

—¿Tú qué harías, si me trajeran preso ante ti?

—Supongo que matarte —contestó Romano— o exhibirte por las calles de Constantinopla.

—Mi castigo será mucho más severo —replicó Arslan—. Te perdono y te pongo en libertad.

Aunque fue una batalla menor y no especialmente sangrienta, «la suerte del imperio romano había caído a su punto más bajo». Al regresar a Constantinopla, se cegó a Romano, tan torpemente, además, que falleció de una infección.

Arslan marchó hacia el este para aplastar a un rebelde. Lo apresó y, cuando estaba a punto de condenarlo a muerte, este, desesperado, arremetió contra él. Orgulloso de su dominio del arco, el sultán apartó firmemente a los guardaespaldas y levantó la ballesta, pero resbaló y el asesino lo apuñaló. «Por desgracia estaba rodeado de grandes guerreros que me protegían día y noche ... pero heme aquí ahora, moribundo y retorcido de dolor», dijo a sus paladines. «No olvidéis la lección de hoy: no permitáis nunca que la vanidad se imponga al sentido común.» Tenía cuarenta y dos años. Lo enterraron en Merv, al lado de su padre, y sin duda el propio Arslan dictó la inscripción de su tumba: «Los que pasáis por aquí, ¡contemplad la magnífica grandeza de Alp Arslan, que tocaba el cielo y yace ahora bajo la tierra negra!».

Su hijo Malik-sha, que contaba entonces quince años, y su visir, el veterano Nizam al-Mulk[6]le acompañaban y se esforzaron por mantener unidos los reinos de Arslan. Un primo instauró un sultanato de Rum (Roma) en las provincias, antaño romanas, de Anatolia, y sus campañas contra Constantinopla llevaron a los romanos a sentarse a una mesa de negociación.

En Merv, Nizam le presentó a Malik-sha a un polímata persa: Omar Jayyam, quien concibió fórmulas algebraicas, observó las estrellas y cantó en sus poemas a la vida transitoria y a las mujeres que beben vino con moderación. Jayyam trabajaba en los observatorios de los selchuquíes —la joya de su corte— en una época en la que la propia ciudad de Merv adoptó el título de «Madre del Mundo», acogió a medio millón de habitantes y podía

presumir de su biblioteca y su observatorio. Se había convertido en la mayor ciudad del mundo, con la salvedad de las capitales chinas.

El sultán adoraba a Nizam, le llamaba «padre» y, con su ayuda, estabilizó su vasto imperio. También acertó a reflexionar sobre la paradoja de la supremacía terrenal: «Puedo lidiar con el hambre», solía decir Malik-sha, «pero evitadme la maldición de la abundancia». Pero cuando fue adquiriendo más confianza, se distanció de Nizam, que le sermoneaba: «No olvides al sultán, yo soy su compañero. ¿No recuerda él cuando mataron a su padre y yo aniquilé a los rebeldes? Si llegara a cerrar mi escribanía de visir, ¡el sultanato se derrumbaría!».

Cuando alguien es imprescindible no se tarda en prescindir de él. Nizam atacó a la secta de los Asesinos (*hassasin*),[7]que acababa de establecer una pequeña teocracia en Alamut, en las montañas iraníes, y había empezado una campaña terrorista contra los suníes. Nizam sitió Alamut pero no logró conquistarla. Los Asesinos ordenaron matar a Nizam, pero también corrieron rumores de que Malik-sha los había incitado.

En octubre de 1092, el visir, a sus setenta y cuatro años, murió apuñalado en su litera; pero al cabo de un mes, el propio Malik-sha fue envenenado por el califa y los selchuquíes se escindieron en baronías enfrentadas. En Oriente, la Casa del Islam quedó en una situación de tanta vulnerabilidad como la que vivía en Occidente.

En 1091, en Córdoba, una poeta y princesa árabe de talante libertino moría mientras una nueva fuerza de invasores bereberes, venidos de Marruecos, entraba al galope en la ciudad. La historia de esta hija de un califa muestra cómo el reino más rico de Europa, el califato de Abderramán, caía ante los invasores africanos.

La princesa se llamaba Walada. Los califas habían cedido poder ante un caudillo brillante que había asolado el norte cristiano de la Península pero a cambio de debilitar al califato. En 1025 el padre de la poeta, Muhammad III, murió envenenado, y al-Ándalus se disolvió en varios reinos menores enfrentados entre sí: las taifas.

Walada —una mujer rubia y de ojos azules, «de pelo suelto y hombros blancos»— gozaba de una vida inusual entre las mujeres islámicas de una Córdoba regida ahora por clanes nobles. No estaba encerrada en el harén de los omeyas, disponía de riqueza propia, se mostraba en las calles y plazas, vestía sedas que destacaban su belleza y su figura, recitaba sus poemas en público, competía contra hombres en los certámenes poéticos y fundó una escuela para poetisas. Además se jactaba de sus amantes. Cuando las autoridades religiosas rezongaron, ella hizo grabar en sus vestidos versos desafiantes: «Permito que mi amante me toque la mejilla y le regalo el beso que tanto ansía». Hacia 1031 se enamoró de un visir, el aristócrata Ibn Zaydún, quien naturalmente se declaró en verso:

Entre tú y yo (si lo quisieras) podría haber
lo que no puede perderse:
un secreto sin divulgar.

Ella gozaba por anticipado de su propia sensualidad:

Cuando la noche caiga, sabe que te visitaré
pues creo que nada
preserva los secretos mejor que la noche,

pero los celos la atormentaban, en particular después de que Ibn Zaydún durmiera con una de sus esclavas negras:

Sabes que soy la clara y brillante luna de los cielos,
pero a mi pesar has preferido un planeta oscuro y sombrío.

Ibn Zaydún alegó: «Tú me has obligado a pecar ... Estabas en lo cierto, pero perdóname, ¡oh, pecadora!». Ella le devolvió la jugada con la más talentosa de sus protegidas, la poeta Muhya bint al-Tayyani, y con un hombre, un visir. Ibn Zaydún envió entonces una réplica más desagradable: «Para mí no eras más que un dulce que mordisquear; luego he tirado la corteza para que la roan las ratas». Walada se vengó exponiendo sus amoríos con jóvenes

esclavos:

> *Tanto le gustan las trancas en los pantalones que Ibn Zaydún,*
> *a pesar de su excelencia,*
> *si viera un pene salir de una palmera*
> *se convertiría en un pájaro carpintero.*[8]

Desterrado a Sevilla, Ibn Zaydún lamentó haber perdido a Walada: «Te recuerdo apasionadamente ... ¡Qué delicia, aquellos días que compartimos mientras el Destino dormía! Había paz, eso quiero decir, y nosotros éramos ladrones del placer». En cuanto a Walada, esta precursora del feminismo —como no podría ser de otro modo— se marcha de la historia diciendo ella la última palabra: «Digna soy, a fe, del respeto de los mejores, y camino orgullosa y con la cabeza bien alta».

La vida sibarita del pequeño reino musulmán fue corta. En 1091 —el día en que Walada, la última Omeya, moría a los noventa y un años—, unos jinetes bereberes de los montes del Atlas, con velos azules, entraron con sus elefantes y camellos en Córdoba. Eran los señores de un nuevo imperio euroafricano que se extendía desde el río Senegal hasta los Pirineos.

Los conflictos entre los reyes islámicos y cristianos tenían la apariencia de ser una guerra santa, pero la religión era solo un elemento más entre varios; la codicia, la ambición y la familia no eran factores menos importantes. A menudo había, en los dos bandos de cualquier batalla peninsular, musulmanes, cristianos y judíos, por no hablar de los bereberes y normandos. Samuel ibn Naghrilá era un judío nacido entre la élite de palacio cordobesa, que huyó de las turbulencias locales y se instaló como pastelero en Granada. Allí lo invitaron a redactar cartas para el rey local y terminó por convertirse en su secretario y, más adelante, su visir. Presidía las cortes en su palacio de la Alhambra, gobernó Granada durante treinta años, venció en combates contra cristianos y musulmanes, escribió poesía erótica dedicada a chicos y chicas y, naturalmente, asumió el liderazgo de los sefardíes, los judíos españoles, para quienes era *haNagid*: el príncipe. Samuel falleció en

1056 y le sucedió en el visirato un hijo, el joven Yosef, hasta que, un decenio después, se le acusó de planear un golpe de Estado; momento en que los granadinos tomaron la Alhambra al asalto y crucificaron a Yosef, no solo como represalia por la osadía del judío, sino por ser este el castigo tradicional de la traición.

Mientras el príncipe judío gobernaba Granada, un caballero cristiano llamado Rodrigo Díaz prestaba servicio a los reyes de Castilla, el mayor de los reinos cristianos del norte de la Península. Cuando una intriga cortesana derivó en su destierro, cambió de bando y luchó a favor de los reyes islámicos. Díaz fue apodado «el Campeador» («campeón, guerrero excelente») por los cristianos y «el Sayyid» («el Señor») por los árabes, palabra que pasó a la lengua castellana como «el Cid». En 1085, su antiguo señor, Alfonso VI el Bravo, que había unido los reinos de Castilla y León, conquistó Toledo a los musulmanes. Pero en vez de expulsar a los súbditos musulmanes, Alfonso se proclamó «emperador de los dos credos», idea que puso igualmente en práctica en su propia vida amorosa: el rey, además de cinco esposas, tenía también concubinas musulmanas.

El hundimiento islámico alarmó tanto al rey de Sevilla, el prolífico poeta Al-Mutamid, que pidió ayuda a una horda fundamentalista cuyas tribus representaban el poder emergente en el norte de África. Estaba jugando con fuego, pero, según sus propias palabras: «No siento el menor deseo de ser el hombre que entregue al-Ándalus a los infieles. Antes seré camellero en África que porquerizo en Castilla».

Un ejército africano se preparaba para invadir Europa.

El pedo de Roger, la maga Zaynab y la espada del Cid

Un cuarteto extraordinario —formado por dos hermanos, un sobrino y la esposa de dos de ellos— había transformado radicalmente el oeste de África antes incluso de poner el pie en España. En los desiertos de Mauritania, en las fronteras del reino de Wagadu, un converso bereber, Abdalá ibn Yasin, inició una

yihad entre unas tribus bereberes que se habían convertido hacía poco y se daban a sí mismas el nombre de *al-Murabitin*. Con un característico velo azul por debajo de los ojos, el *taguelmust*, estos almorávides[9]—dirigidos ahora por Abdalá— no tardaron en apoderarse de las dos grandes ciudades comerciales, Siyilmasa y Awdaghost, antes de continuar hacia el norte y derrotar a los reyes magrebíes. Cuando Adbulá murió en combate, le sucedió su hermano Abu Bakr, que sitió la capital magrebí de Aghmat, defendida por su gobernador, Luqut. Tras tomar la ciudad en 1058, Abu Bakr se casó con la viuda de Luqut, Zaynab an-Nafzawiyya, hija de un comerciante bereber de Tunicia, una mujer hermosa, inteligente y con mucho oro, mucha experiencia y muchos conocimientos sobrenaturales. La apodaban «la Maga» y se negó a escuchar ninguna oferta de matrimonio hasta que Abu Bakr hubo conquistado gran parte del país. En este punto, ella le vendó los ojos y lo llevó a una cueva colmada de tesoros, donde le quitó la venda y le dijo que ahora todo lo que veía le pertenecía. Naturalmente esto es una leyenda, pero sí es cierto que negoció con las élites existentes en nombre de Abu Bakr. Los bereberes, como los árabes preislámicos, contaban con una tradición de liderazgo femenino, con figuras como las reinas que se habían resistido a la conquista de los árabes.

Mientras combatía en el sur, Abu Bakr nombró corregente a su sobrino Yusuf y le dio a su esposa Zaynab, quien gobernó junto a este. Yusuf fue conquistando la mayor parte del Magreb, pero como la capital Aghmat le resultaba asfixiante, creó una nueva: Marrakesh, la ciudad que dio nombre a Marruecos.

En 1076, Abu Bakr, que ahora se hacía llamar Amir al-Muslim («comandante de los musulmanes»), ganó más terreno hacia el sur, se adentró en África occidental siguiendo la ruta de las caravanas, y derrotó al reino de Wagadu, de los ghanas. Entre sus esposas tomó a una chica fulu que le dio un descendiente varón (que más adelante fundaría un reino wólof). En un ejemplo de suerte pésima, le mató una flecha disparada por un guerrero soninké ciego. Tras heredar el nuevo imperio que se extendía de Argelia y Marruecos al Malí y Senegal, Yusuf recibió la invitación de Al-Mutamid desde

España.

El rey Alfonso aconsejó a Yusuf que renunciara, pero este replicó: «¡Espera y verás!». En 1086 unos 15.000 hombres —entre ellos, 6.000 jinetes de la caballería de asalto de Senegal— atravesaron el Estrecho en balsas y desembarcaron en Gibraltar con sus elefantes y camellos. Los guerreros de velo azul de Yusuf derrotaron a Alfonso, que a duras penas logró retener Toledo y solicitó al papa que iniciara una guerra santa. Cuando Yusuf tomó un barco y regresó a África, el Cid ayudó a Alfonso a restaurar el poder sobre sus aliados islámicos, y luego partió hacia Valencia, que capturó. El Cid se proclamó príncipe de la ciudad, por fin como soberano independiente. Pero Yusuf no había acabado: en 1090 cruzó el Estrecho de nuevo y desterró o mató a los reyezuelos islámicos decadentes.[10]

Mientras los Velados sitiaban Valencia, el príncipe de la ciudad —el Cid— falleció. Su viuda Jimena resistió durante tres años, hasta que Alfonso la evacuó y regresó a Burgos, donde entró a caballo con el cadáver del Campeador. Yusuf había conquistado un nuevo imperio islámico en España. El cristianismo estaba en crisis.

Solo en Sicilia el islam había sufrido una derrota, a manos de los hermanos Hauteville. En 1081 Roberto el Astuto, tras constatar la debilidad de Constantinopla, atacó el *Basileía Romaíon*. La vanguardia que atravesó el Adriático y se adentró en los Balcanes la encabezaba su hijo mayor, Bohemundo, de veintisiete años. Este joven, hijo de la primera esposa del Astuto, era aún más colosal y rubio que su padre, y tomó el nombre de una figura mítica, Buamundus Gigas. Roberto y su duquesa Sichelgaita emprendieron el camino del este. En Constantinopla, un general, el aristócrata Alexios Comneno —infatigable, talentoso y afortunado— se alzó con el trono. Aunque tuvo que responder a avances enemigos en todos los frentes —normandos en los Balcanes, pechenegos y cumanos en Ucrania, selchuquíes en Anatolia—, con el respaldo de su guardia varangia (que ahora incluía a hacheros anglosajones) y de una flota de Venecia (ciudad que era cliente de Constantinopla) se dirigió asimismo a los Balcanes para frenar a los Hauteville.

Sichelgaita entró en combate a caballo, con su esposo y su hijastro. Cuando las tropas de los Hauteville estaban a punto de rendirse, Sichelgaita los persiguió con una lanza, una visión tan espantosa para los soldados en fuga que se dieron la vuelta, volvieron a la batalla y vencieron. Pero Alexios, con ayuda de la peste, venció a los Hauteville y el papa ordenó volver a Roberto. Alexios pasó entonces a repeler a los pechenegos y cumanos de Ucrania, y luego aún obligó a retroceder a los selchuquíes; toda una proeza, la verdad. No es de extrañar que Anna, la hija de Alexios, lo adorase. Le hacía pensar en «un torbellino feroz ... Tenía las cejas oscuras y arqueadas, una mirada a la vez terrible y amable ... los hombros anchos, los brazos musculosos y el pecho profundo, como es propio de los héroes»; y de hecho le dedicó una historia en la que su padre era el héroe: *La Alexíada*.

Alexios recompensó a Venecia —que había sido fundada en 421 por refugiados venidos de las ciudades romanas de Aquilea y Rávena, que huían de los bárbaros— con la concesión de derechos mercantiles especiales en el ámbito del imperio. También otorgó a su gobernante electo el título de «*dux* de Venecia». Aislada en su laguna, Venecia había pasado de ser una colonia constantinopolitana a un Estado marítimo agresivo, cuyo dux (o dogo) dirigía una *Serenissima Respublica* que se extendió a Dalmacia y tomó el control del comercio de especias y esclavos, para luego apoderarse de colonias propias. No era el único Estado marítimo que prosperaba gracias a los intercambios con Oriente: rivalizaba con Génova y Pisa, dos oligarquías cristianas bastante similares.

A Alexios le favoreció también otro golpe de suerte. En 1085 Roberto el Astuto murió a consecuencia de la peste, cuando contaba sesenta y nueve años, y le sucedió su hermano, el gran conde Roger de Sicilia. Génova y Pisa lo instaron a atacar la Tunicia islámica, en una primera cruzada; pero Roger tenía más interés en venderles el trigo siciliano que en masacrar a sus musulmanes. La réplica fue sonora: «Roger levantó el pie, soltó un pedo fenomenal y dijo: “¡Esta es una idea mejor!”». Pero el pedo de los Hauteville no sirvió para contener los vientos de la guerra

santa. Un nuevo papa estaba a punto de rearmar al cristianismo con una nueva misión: la Cruzada.

Cruzados: el Gigante y la hija del emperador

El emperador Alexios solicitó ayuda al papa Urbano II en su batalla con los selchuquíes. Todos los papas tenían que equilibrar el poder de los emperadores alemanes con el de los Hauteville. La elección de Urbano había contado con la oposición del emperador alemán, que había nombrado a un antipapa. Con el ansia por dar nuevo vigor a la iglesia, reforzar a Alexios y, probablemente también, desviar la agresividad de los barones alemanes, Urbano aprovechó la noticia de que los túrcicos habían vuelto a provocar una masacre entre los peregrinos cristianos que acudían a Jerusalén. Convocó un concilio en Clermont y, el 27 de noviembre de 1095, ante una asamblea de príncipes, clérigos y otros, arengó a favor de «destruir a esa vil raza» de los turcos infieles y «emprender el camino del Santo Sepulcro, liberar esa tierra de esa raza maligna y someterla a vosotros ... por el perdón de vuestros pecados y la seguridad de vivir la gloria imperecedera del Reino de los Cielos».

Los reunidos entonaron un «*Deus vult!*» («¡Así lo quiere Dios!») que resonó por toda Europa como un mantra militante. Cuando Bohemundo de Hauteville lo oyó, estaba sitiando Amalfi; «inspirado por el Espíritu Santo», el Gigante ordenó «cortar de inmediato la más valiosa de sus capas para hacer cruces, lo que imitó la mayoría de los caballeros presentes en el asedio». Lo mismo ocurrió con su sobrino Tancredo, de veinte años, cuyo celo cruzado se comparó con «la vitalidad de un hombre que antes dormía».

El frenesí se extendió por igual entre caballeros y campesinos, todos se despertaron con el afán de tomar la Cruz: la promesa de emprender el «peregrinaje» a Jerusalén con el fin de conquistarla. En sí, la palabra *cruzada* no empezó a utilizarse hasta más adelante. Las cifras fueron asombrosas. En la primera oleada, encabezada por un predicador descalzo conocido como Pedro el

Ermitaño, ochenta mil campesinos, príncipes y sacerdotes recorrieron Europa hacia Constantinopla, desde donde —con la vaguedad de los creyentes fanáticos— confiaban en llegar de algún modo hasta Jerusalén. Los príncipes reclutaron ejércitos de caballeros y soldados, dirigidos, como era de esperar, por normandos. El hijo mayor de Guillermo el Conquistador, Roberto —al que por su corta estatura se conocía con el mote despectivo de *Courteheuse*, «calzas cortas»—, que había heredado Normandía (Inglaterra recayó en su hermano William, Guillermo II el Rufo), se incorporó de inmediato a un movimiento que respondía a una combinación de fe, ambición y aventuras, estimulada además por la energía derivada del crecimiento económico y demográfico. No había necesidad de elegir entre los posibles motivos: fanatismo, saqueo, viaje u oportunismo encajaban a la perfección con la salvación religiosa y el aventurerismo violento.

A pesar del pedo de Roger, el príncipe Bohemundo de Tarento, hijo de Roberto el Astuto, a sus cuarenta años de edad, contaba con siete Hauteville en su séquito; entre ellos su sobrino Tancredo, que sintió cómo «le resurgía el poder, se encendía el valor, se le abrieron los ojos». Como muchos otros miles, «su alma se hallaba en una encrucijada. ¿Qué camino debía seguir? ¿El de los Evangelios o el mundano?». Si tomaba la Cruz, podría seguir los dos.

Como entre los peregrinos debieron surgir dudas razonables de que pudieran en efecto llegar hasta Jerusalén y exterminar a «la raza maldita» de los musulmanes, antes se volvieron en contra de otros infieles más cercanos: los judíos. Uno de los príncipes cruzados, Godefroi (Godofredo) de Bouillon —conde francoalemán de la Baja Lorena, al que acompañaban sus dos hermanos— anunció que iba a «vengar la sangre del Crucificado erradicando por completo toda huella de nada que lleve el nombre de “judío”». En mayo de 1096 se produjeron masacres de judíos en Tréveris, Maguncia y Espira, como primer espasmo del racismo antijudío que prosperó, como una bacteria, en el seno de la cultura europea.

«Occidente entero, la totalidad de la gente que vivía entre el Adriático y Gibraltar, emigró unitariamente hacia Asia, recorriendo

Europa de un extremo al otro», rememoraba Ana Comnena, mientras esperaba la llegada de los peregrinos a Constantinopla. Después de una década de combatir contra rebeldes, Alexios había conseguido estabilizar el imperio. Ana tenía la esperanza de sucederle en el trono.

Cuando se marchó a luchar contra los Hauteville, Alexios dejó a su madre al cargo del imperio. En principio planeaba legar el poder a su hija mayor, Ana, que había nacido entre púrpuras con la presencia de los dos progenitores: «Incluso en el vientre de mi madre ya era evidente el amor que yo estaba destinada a recibir de mis padres». En la infancia se la prometió con el primer coemperador de su padre, y luego estuvieron a punto de casarla con el hijo de un sultán selchuquí; Ana creció convencida de que podría gobernar de pleno derecho, y cuando más adelante la casaron con un aristócrata, ella y la madre celebraron el futuro éxito de la pareja. Sin embargo Alexios le dio la corona de coemperador a su hijo Ioannis (Juan). Para Ana, esto supuso una decepción.

Alexios se sentía inquieto por la guerra populista del papa: todas las guerras de los emperadores romanos eran santas por definición, y sus experiencias con los Hauteville le habían enseñado que los *francos* —como llamaba a todos los occidentales — eran unos brutos de «pasiones incontrolables, carácter errático e impredecible y grave avaricia». Cuando la harapienta chusma de los peregrinos francos llegó a las afueras de Constantinopla, Alexios les dio de comer y les instó a dirigirse rápidamente al sultanato de Rum. Entonces llegaron Bohemundo de Hauteville y los ejércitos principescos. Los recibió en el Gran Palacio, sin ponerse en pie para saludarles, seguro de la superioridad que le daba el ser romano. Se mostró amistoso incluso con su antiguo enemigo Bohemundo, aunque el Gigante sospechaba que le envenenarían la comida. Ana lo tildó de «perjuro nato», pero no lograba apartar la mirada de aquel rubio salvaje, «admirable a la vista ... de proporciones perfectas», que además no era el típico rubio tonto: «Poseía un ingenio variado y habilidoso ... [y] estaba bien informado». Los príncipes convencieron a Bohemundo —que

tenía mucho que ganar, y nada que perder— de que pronunciara el juramento de amistad con Alexios; aunque suponía aceptarlo como señor, sin duda los relucientes tesoros constantinopolitanos aliviaban la humillación.

Ante todos estos ejércitos, el emperador «recurrió a todos los medios posibles, materiales y psicológicos, para que se apresurasen a atravesar el Estrecho» que los separaba de Asia. Una vez allí, la muchedumbre campesina se encontró con los arqueros montados del sultán de Rum, Kilich Arslan («el León de la Espada»), que los masacró: mató a 17.000, pocos sobrevivieron. Luego se enfrentó a los ejércitos principescos: el León de la Espada batalló con los cruzados en Dorileo, pero los arcos de su caballería no hicieron gran mella en las armaduras de sus rivales.[11]En octubre de 1097 llegaron a Antioquía y constataron que el momento era milagrosamente idóneo: la Casa del Islam estaba hecha pedazos. La gobernaban barones túrcicos enfrentados entre ellos —los *atabegs* — y los califas fatimíes tenían dificultades para controlar tanto a sus propios generales como a la numerosa población cairota. Y como aún odiaban más a los suníes que a los cristianos, firmaron un pacto de no agresión con los cruzados.

Bohemundo sitió Antioquía, ayudado por los suministros que las naves genovesas desembarcaron en el puerto de San Simeón, el más próximo. Las Cruzadas no habrían podido existir sin las ciudades comerciales italianas, lideradas por Génova[12]y, en segundo lugar, Pisa; a fin de cuentas era una oportunidad comercial extraordinaria, que la astucia de los italianos no desaprovechó. Venecia tomó la Cruz al completo, como ciudad, y construyó una flota específica para los cruzados.

En Antioquía, donde los cruzados empezaban a desesperarse, Bohemundo se ganó la lealtad de un cristiano armenio que mandaba sobre una de las torres de la ciudad. Llegada la hora, el Gigante convenció a sus cristianos de que quienquiera que tomara primero Antioquía se la quedaría para sí. Mientras el atabeg de Mosul galopaba con la intención de salvar la ciudad, el agente de Bohemundo abrió las puertas de Antioquía; las fuerzas de Hauteville entraron en masa y mataron a todos y cada uno de los

musulmanes. Pero entonces llegaron los turcos, y les tocó a los cruzados sufrir los rigores de un asedio: tuvieron que comerse los caballos, los perros y las ratas, y el hambre provocó incluso trances. Un peregrino tuvo una visión que le invitaba a desenterrar la Lanza Sagrada, con la que se había atravesado el costado de Jesús mientras estaba en la cruz; el arma se había descubierto bajo los suelos de una iglesia. La Lanza reforzó la moral, sin lugar a dudas: los sacerdotes la sacaron en santa procesión y el Gigante salió en cabeza de sus famélicas tropas. Lograron aplastar a los turcos y nombraron Antioquía como principado independiente.[13]

Godofredo y otros príncipes continuaron avanzando hacia el sur al frente del ejército, hasta llegar por fin a las afueras de Jerusalén. La impresionante belleza de la Cúpula de la Roca y la Mezquita de Al-Aqsa coronaban el monte de Moriá, donde antaño se había alzado el Templo de los judíos, que aún adoraban las paredes doradas que se habían preservado. Pero el objetivo de la Cruzada no era sino el Santo Sepulcro. Las murallas de Jerusalén —una pequeña ciudad fortificada habitada por unos veinte mil musulmanes y judíos— estaban defendidas por varios miles de soldados egipcios, incluidos jinetes nubios.

Cuando los cruzados, cuyos efectivos ya se habían reducido a tan solo diez mil hombres, sitiaban la Ciudad Santa entre el calor abrasador del desierto de Judea, fueron rescatados de nuevo por los genoveses. Sus naves llegaron a Yaffa, en el Mediterráneo, y se las desmanteló para reutilizar la madera en la construcción de manganeles y otras máquinas de guerra.

El 15 de julio de 1099, mientras uno y otro bando se arrojaban flechas y piedras con los manganeles, y los arietes chocaban contra las puertas, Godofredo, a la sazón de treinta y ocho años, acompañó a las primeras tropas de su máquina de asedio que alcanzaban las murallas del noroeste, mientras otras lograban irrumpir por el sur. Tras abrir las puertas desde dentro, los cruzados, que solo a duras penas habían sobrevivido a aquel viaje de cinco mil kilómetros, masacraron a toda persona que encontraron en su interior: hombres, mujeres y niños, musulmanes y judíos. Mientras el general egipcio negociaba la salida de sus

tropas, todos los demás perecieron. Los jerosolimitanos desesperados se apiñaban en el Haram al-Sharif (según los musulmanes denominaban al Monte del Templo), se aferraban al tejado de la Cúpula de la Roca y oraban por su salvación. Tancredo de Hauteville, que estaba sin blanca y era ambicioso —pero al menos más humano que sus camaradas—, intentó que se aprobara la venta de salvoconductos a cambio de un rescate; aun así, «a algunos paganos los decapitaron sin piedad, a algunos los destrozaron las flechas que llovían de las torres y a otros, que fueron torturados por largo tiempo, luego les prendieron fuego», escribió uno de los cruzados. «En las calles y las casas se acumulan montones de cabezas, manos y pies que los hombres y caballeros [pisoteaban] al correr por encima de los cadáveres». A los bebés se los descerebraba aplastándolos contra las paredes; a los judíos los quemaban vivos en su sinagoga. Tancredo supervisó el saqueo del oro y el tesoro de la Cúpula y Al-Aqsa. Los príncipes montaban caballos ensangrentados hasta la brida, y sin detenerse a lavarse, cubiertas también de sangre sus ropas, caras y manos, acudieron a rezar al Sepulcro y deshacerse en lacrimosos encomios de Dios. Los cadáveres se incineraron en piras y los príncipes y soldados corrieron a quedarse con las mejores casas. Se eligió como rey a Godofredo, aunque este insistió en que el único rey de Jerusalén era Jesucristo, por lo que optó por el título alternativo de Defensor del Santo Sepulcro. Como residencia real eligió Al-Aqsa, pues creía que había sido el Palacio de Salomón. Aunque se mantuvo con vida a una pequeña minoría de musulmanes y judíos con buenas conexiones, que rescataron su traslado a Egipto, prácticamente se asesinó a toda la población jerosolimitana.

En Navidad, cuando la ciudad aún hedía a putrefacción humana y muchos caballeros emprendieron el camino de regreso a Europa, llegaron en su primer peregrinaje Bohemundo y el hermano de Godofredo, Balduino. El nuevo patriarca de Jerusalén, Daimberto (o Dagoberto) de Pisa, bendijo a Balduino como conde de Edesa y a Bohemundo como príncipe de Antioquía.[14]A la muerte de Godofredo, en 1100, se eligió a su hermano Balduino como rey de Jerusalén, lo que supuso fundar allí una dinastía

francesa; por su parte Bohemundo, cuya capital era Antioquía, expandió su principado hasta que, aquel mismo año, un caudillo túrcico lo apresó y exigió rescate por él.[15]Su sobrino Tancredo, orgulloso de su título de príncipe de Galilea, hizo las veces de regente de Antioquía hasta que el Gigante pudo regresar. El principado antioqueno de Bohemundo, la rama oriental de los Hauteville a la que la familia añadió más adelante Trípoli (Líbano), duró más del doble que el reino de Jerusalén.

Enfurecido con «ese canalla desgraciado», el emperador Alexios intentó comprar al Gigante, pero Bohemundo logró convencer al rey Balduino de que satisficiera su rescate. Como necesitaba más dinero y más caballeros, Bohemundo zarpó hacia Europa, donde, satisfecho de su nueva condición, se casó con Constanza, una hija del rey de Francia que le dio el descendiente varón que se requería de ella. De regreso a Antioquía, el Gigante se dispuso a atacar a Alexios, pero lo derrotaron y, en 1108, no tuvo más remedio que rendirse ante el emperador. Murió poco después.

En 1118, un Alexios asimismo moribundo resolvió legar el trono a su hijo Ioannis, conocido como «el Moro» por el tono oscuro de su piel y como «el Bello» (o «el Bueno») por su personalidad moderada. La esposa de Alexios, por el contrario, seguía prefiriendo que heredara su hija Ana. La noche antes de que el padre muriera, Juan se adelantó a cualquier maniobra de su madre o hermana apoderándose del anillo signatorio del padre y tomando posesión del Gran Palacio. Ana intentó reclutar tropas para atacar a Juan, que no asistió al funeral de Alexios por el temor a que lo asesinaran. El Bello mantuvo pues el trono y, cuando descubrió que Ana conspiraba de nuevo, hizo que la recluyeran en un convento.[16]Ioannis y su hijo Manuel se mostraron tan capaces como su padre e hicieron cuanto estuvo en su mano para destruir a los Hauteville, que entre tanto planeaban conquistar Jerusalén.

Desde un buen principio, los Hauteville habían regido Sicilia de un modo distinto del de sus predecesores, favoreciendo a los árabes y los griegos. En 1101, a la muerte del gran conde Roger —hermano del Astuto y tío del Gigante—, le sucedió su viuda

Adelaida, que gobernó en nombre de sus hijos: Simón (por breve tiempo) y Roger II. Balduino de Jerusalén necesitaba dinero, y Adelaida, de treinta y siete años, deseaba Jerusalén; por lo que Balduino repudió a su primera esposa, con la que no había tenido descendencia, y se casó con Adelaida, bajo el acuerdo de que, si tenían un hijo varón, este heredaría Jerusalén y, en caso contrario, el reinado pasaría a Roger II. Pero el pacto era un fraude y Balduino I se quedó con el dinero y la devolvió humillantemente a su tierra de origen. Roger II acogió la noticia con furia y reclamó el dominio de Jerusalén, así como de Antioquía, en nombre de sus primos más jóvenes; pero los barones antioquenos frustraron el plan al casar a la heredera Constanza (nieta de Bohemundo) con un príncipe francés: Raimundo de Poitiers.[17]

Las Cruzadas despertaron unos primeros movimientos de resistencia islámica coordinada. En 1144 Edesa cayó en manos de Zenguí, atabeg de Mosul y Alepo, lo que tuvo como respuesta la Segunda Cruzada, encabezada por el joven y piadoso Luis VII de Francia, al que acompañaron, por un lado, su esposa Éléonore (o Leonor) de Aquitania y, por otro lado, el rey alemán Conrado III. Los estrategas cruzados reconocieron que, para la supervivencia de los Estados cruzados —el Outremer o Ultramar—, sería imprescindible hacerse con el dominio de Siria o Egipto. Eligieron Siria. Bajaron a Antioquía, donde el monacal Luis le puso los cuernos la festiva Leonor, heredera de Aquitania, que tuvo amoríos con su tío, el urbano Raimundo. Tras encontrarse con los jerosomilitanos, liderados por Balduino III, los tres reyes fracasaron en un pésimo intento de asedio de Damasco. Su error favoreció a Manuel, heredero del emperador Ioannis, que ahora se halló en condiciones de obligar a los Hauteville a reconocer su soberanía.[18]

No todos los Hauteville se vieron obligados a ceder. Roger II —más Altavilla que Hauteville, más italiano y moreno que rubio, más parecido a la madre que al padre— perdió la partida en Ultramar, pero en Sicilia y el sur de Italia levantó el reino más importante de Europa, motivo de celos intensos tanto por parte de los emperadores alemanes —que desde los días de Carlomagno y Otón se habían acostumbrado a dominar Italia— como de los

papas romanos, que temían el poder normando.

Roger II aceptó la naturaleza multiétnica de Sicilia y creó una corte sin igual, que combinaba la cultura normanda, griega, árabe y judía. Se casó con la hija medio árabe de Alfonso de Castilla, y gobernó a través de Gueorguios (Jorge) de Antioquía, un corsario griego que anteriormente había servido a los soberanos árabes de Tunicia y se enorgullecía del título de *amir amiratus*, «emir de los emires» (de donde procede nuestra palabra *almirante*). Jorge conquistó Trípoli en 1146 y una franja del norte de África, luego Corfú, y a continuación atacó Constantinopla, con flechas que llegaron hasta el mismísimo Gran Palacio. Manuel contó con la defensa de sus aliados venecianos, cuya lealtad recompensó con la concesión de un barrio comercial a medida, dentro de Constantinopla. Sin embargo, cuando les pidió que atacaran Sicilia y los venecianos se negaron, Manuel se enfadó y otorgó un estatus especial a los genoveses.

En Sicilia, Roger encargó la deslumbrante Capilla Palatina, con sus cúpulas bizantinas, sus mosaicos y sus mocárabes fatimíes (adornos prismáticos de las bóvedas), además del único retrato contemporáneo de sí mismo, que le presenta como un gobernante sagrado. Tenía una escolta de guardaespaldas árabes y protegió a los eruditos árabes y judíos. En 1138 el geógrafo Muhammad al-Idrisí creó la Tabula Rogeriana, un mapa del mundo conocido, grabado sobre plata, que incorpora el saber más preciso disponible hasta los viajes de Colón; y escribió *El pasatiempo de un hombre deseoso de conocer a fondo todos los países del mundo*, que incluye relaciones de los viajes de los marinos árabes hasta el mar de los Sargazos (frente a las Bermudas) y una descripción de China.[19]

Sin embargo en la obra no aparecía Mongolia, donde, durante la década de 1120, mientras Roger levantaba su imperio siciliano, un jefe mongol estaba conquistando su propio imperio.

Acto octavo
360 millones

Gengis: una familia de conquistadores

Auge y caída del kan

Khabul Kan, cacique del clan Borjigin, estaba uniendo a los pueblos nómadas que habían vivido durante mucho tiempo en torno a su montaña sagrada, Burján Jaldún, y ahora lo aclamaban como gran kan de la misteriosa federación Khamag Mongol, o la Nación Mongola.[1]Su bisnieto, criado en una familia totalmente destruida por el destino, veneraría su memoria y vengaría su caída.

Khabul se benefició de la división de China en reinos enfrentados: los sofisticados Song en el sur, que combatían con la dinastía Yurchen del norte, el reino Xia Xia de pueblos tangut en el oeste, que dominaban Sinkiang, y, en Asia central, el imperio del kanato de Kara-kitai. Cuando fue invitado a rendir tributo al emperador yurchen en Zhongdu —Capital Central (más tarde Pekín)—, Khabul se comportó como el bárbaro más burdo, atiborrándose y bebiendo con incontrolada tosquedad. Más tarde, Khabul tiró jovialmente de la barba del emperador y los cortesanos ordenaron su asesinato, pero logró escapar y derrotar a los yurchen, que le profesaron su reconocimiento.

Su tribu de mongoles era solo una de las muchas que existían en una batalla constante por el poder, un caleidoscopio siempre cambiante de alianzas que en ocasiones se unían en una confederación. Normalmente, una aristocracia de *baghaturs* (paladines) que valoraban mucho su genealogía gobernaba a esos pastores de yaks, caballos, ovejas y ganado, cazadores y pescadores desperdigados entre el bosque y la estepa. Los conflictos eran feroces, se alimentaban las contiendas y, llegado el momento, había venganzas. «Bendecidos por Tengri, les vaciamos el pecho, les cortamos un trozo de hígado, acabamos con el linaje masculino

y violamos a todas las mujeres que sobrevivieron», explicaba Gengis Kan, el bisnieto de Khabul.

Sus guerreros mongoles llevaban gorros de piel con orejeras, una túnica cubierta de pelo animal para el invierno, medias de fieltro y botas, con un casco que les llegaba a la altura del cuello y un peto de cuero lacado. En verano llevaban sedas chinas. «Los hombres se afeitan un pequeño cuadrado en la parte superior de la cabeza y con el cabello que les queda se hacen unas trenzas que les caen hasta las orejas», observaba un visitante occidental mucho después. Eran «hombres asombrosos, con una cara y unas costumbres extrañas, corpulentos, valerosos, fuertes, atractivos, con ojos pequeños y oscuros, el cabello negro y poblado, las cejas planas, una nariz tan baja que les sobresalían los pómulos y ni un solo vello facial».

Como se hacían llamar el Pueblo que Vivía en Tiendas de Fieltro, sus casas eran las *gers*, tiendas montadas en enormes carruajes tirados por bueyes que podían unirse como si fuera un pueblo sobre ruedas. Sus jinetes —«el campesinado con uniforme militar»— podían galopar cien kilómetros diarios a máxima velocidad y sobrevivir mucho tiempo sobre la silla consumiendo leche, marmota deshidratada o sangre de sus caballos, y también secaban leche que podían mezclar con agua para preparar una bebida nutritiva. Cada uno llevaba dos arcos compuestos, una espada curvada, un hacha, una maza, una lanza y un lazo. Se entrenaban para la guerra en la *nerge*, o caza, persiguiendo antílopes y martas, a menudo con la ayuda de un halcón. Las marmotas eran un alimento básico que se utilizaba para obtener comida fresca que podía secarse para el invierno y como fuente de pieles. Pero esos animales, o más bien las pulgas que vivían en su pelaje, tendrían un papel especial en la historia universal. Todas esas exquisiteces se bebían con grandes cantidades de *kumis*.[2]El alcohol era el talón de Aquiles de los mongoles: les gustaba mucho, y tres hijos de Gengis morirían de alcoholismo.

Eclécticos en sus creencias, reverenciaban a Tengri (que significa «cielo azul»), venerado en montañas sagradas y manantiales y consultado por los chamanes para interpretar

auspicios. Pero los pueblos de la estepa respetaban a otros dioses. Hacia el año 1000, los keraitas, una tribu rival, se convirtieron al cristianismo nestoriano.[3]

En 1146, tras gobernar durante quince años, Khabul falleció y fue sucedido por su hijo Ambagai Kan. En 1161 Ambagai fue capturado por los tártaros, una tribu rival, que lo entregaron a los yurchen. «Vengadme» fue el mensaje que envió Ambagai a su hermano Kutula, cuya «voz resonaba como el trueno, sus manos cual garras de oso que podían partir a un hombre por la mitad como si fuera una flecha» y «en las noches de invierno dormía desnudo junto a una hoguera». Pero Kutula también fue capturado y los yurchen ataron a los dos kan a una espantosa máquina de tortura conocida como «burro de madera». Allí terminó el breve kanato mongol.

La caída de Temujin

La familia pasó por momentos de tal desesperación que Yesugei, nieto de Khabul, no fue ya kan, sino tan solo un *baghatur*. Cabalgando por la estepa encontró un carruaje tirado por yaks perteneciente a una chica olqunnut llamada Hoelun, recién casada con un merkita, a la que secuestró. Tras casarse con ella, tuvieron cuatro hijos. El primero en 1162, justo después de la pérdida del poder, llamado Temujin (herrero), «que nació sosteniendo en la mano derecha un coágulo de sangre del tamaño de un nudillo».[4]

Cuando Temujin tenía unos nueve años, su padre le eligió como esposa a Börte, y por tradición lo dejó en el campamento del padre de esta. De camino a casa, Yesugei aceptó la hospitalidad de unos viejos enemigos, miembros de la tribu tártara, que lo envenenaron. Yesugei murió tres días después de decirle al hijo de Mungling, un aliado de la familia, que llevara de vuelta a Temujin para que defendiera a un clan que seguía en catastrófica caída libre.

Les robaron sus rebaños y los niños prácticamente estaban muriendo de hambre. «No tenemos más amigos que nuestras

sombras», decían. Temujin discutió con su medio hermano Bekter por un pez robado; luego, él y su hermano Qasar le dispararon con sus arcos. Su madre les dijo: «¡Sois destructores, como un perro salvaje que se come a sus crías!». Un cacique rival decidió liquidar a Temujin, a quien capturaron, pusieron un cangue —grillete de cuello— y convirtieron en esclavo, pero logró escapar. Se hizo *anda* —hermano de sangre— de Jamuqa, otro chico ambicioso, pero ambos tenían caracteres dominantes y pronto hubo disputas. Poco después, unos ladrones robaron los caballos de la familia y Temujin, ayudado por un chico llamado Boorchu, que más tarde sería uno de sus compañeros, los recuperó. Después conoció a otra familia que le ofreció a su hijo Jelme como secuaz.

Había algo especial en Temujin: «Tiene fuego en los ojos, luz en el rostro». Nunca olvidaba a un amigo, pero tampoco un desaire, y repetía como un mantra su determinación de «vengar la venganza; retribuir la retribución». Entonces llegó a la *ordu* —la corte (origen de la palabra «horda»)— de Toghril, kan de los keraitas cristianos y otrora *anda* de su padre. Tras aceptar un abrigo de marta cibelina negra como regalo, Toghril nombró a Temujin cacique de su clan Borjigin. Después Börte, la mujer de Temujin, fue secuestrada por la tribu merkita en venganza por haberle robado a su madre, Hoelun, veinte años antes.

Temujin envió a Boorchu y Jelme a seguir a los merkitas mientras él se retiraba a Burján Jaldún, donde recordaba meditativamente: «Cuando mi vida no valía más que la de un piojo, escapé. Tan solo salvé la vida y un caballo, recorrí los caminos de los ciervos y fabriqué una tienda de campaña de sauce». Temujin hizo sacrificios a Tengri, «se echó el cinturón al hombro, se arrodilló nueve veces ante el sol y ofreció un poco de *kumis* y una oración». Le dijo a su familia que «estaba protegido» y creía que Tengri le había salvado la vida y lo había elegido. Pero esas ambiciones debían de resultar delirantes. Parecía improbable que el mundo fuera a tener noticias de Temujin algún día.

Tamara, defensora del Mesías

En 1159, más al oeste, el emperador Manuel cabalgaba por las calles de Antioquía con el príncipe Reinaldo y el rey Balduino III de Jerusalén caminando tras él. Manuel negoció matrimonios para celebrar la resurgencia romana: el suyo con María de Antioquía, el de su sobrina Teodora con Bohemundo III y el de su sobrina nieta con el rey Amalarico de Jerusalén. En 1169, Manuel y el rey Amalarico atacaron Egipto, un plan mal coordinado que no logró conquistar el rico puerto de Damieta y tuvo repercusiones letales. Debilitaron tanto al régimen cairota que, tras la muerte del califa Al Adid, su visir, un talentoso emir kurdo llamado Saladino, acabó con el califato fatimí y unió Egipto y Siria en un único sultanato suní, una pesadilla estratégica para el marchito reino de Jerusalén, que ahora se hallaba rodeado.

Esta no era la única catástrofe que asolaba al cristianismo. En 1172, más al oeste, una nueva dinastía bereber había destruido a los almorávides, conquistado el norte de África hasta Libia y más tarde avanzado hasta Europa para conquistar gran parte de España.[5]

Saladino tuvo la suerte de que Manuel el Grande estuviera sobrepasado. En 1176, el emperador, que a la sazón tenía cincuenta y ocho años, sufrió una emboscada del sultán selyúcida de Rum que puso de manifiesto la fragilidad de Outremer. Jerusalén y los estados cristianos se vieron perjudicados por falta de personal. Los francos originales se habían casado con cristianos y armenios del este, pero también con árabes: sus hijos mestizos, tachados por los occidentales de *pulains* (aves de corral) y a menudo reclutados por la caballería de turcopolos (hijos de turcos) que ahora servían en ejércitos multiétnicos, se fortificaron con fuerzas especiales célibes, empezando por la orden militar-religiosa del Templo de Salomón, o los Templarios, que tenía su cuartel general en la Cúpula de la Roca. Pero, después de Amalarico, a Outremer se le acabó la suerte.[6]Balduino IV, el rey adolescente de Jerusalén, padecía lepra, pero en 1177 logró derrotar al ejército de Saladino con tan solo quinientos caballeros y templarios. Pero su terrible muerte, con el rostro descomponiéndose detrás de una máscara, fue una metáfora ineludible del propio cuerpo político.

En julio de 1187, en Hattin, Saladino rodeó y derrotó a Guido de Lusignan, el ineficaz y poco cualificado rey de Jerusalén, y decapitó a Reinaldo, el exprínce de Antioquía, a los doscientos templarios experimentados y a todos los turcopolos mestizos, a los que despreciaba especialmente. El 2 de octubre conquistó la ciudad sagrada del islam, donde demostró una notable misericordia que contrastaba con la matanza de los cruzados ochenta y ocho años antes.

La cristiandad estaba conmocionada. En Etiopía, el rey Gebre Mesquel Lalibela construyó un complejo de iglesias talladas en roca para crear una Jerusalén africana. En Europa, tres monarcas impresionantes —el emperador Federico Barbarroja, Ricardo Corazón de León de Inglaterra y Aquitania y Felipe Augusto de Francia— organizaron ejércitos. El fracaso de las Cruzadas dio lugar a ataques contra los judíos: en York, la comunidad al completo fue quemada viva mientras los reyes partían hacia el este. Barbarroja murió de camino, ahogado en un río.[7]Las otras divas monárquicas discutían entre sí, pero en Acre se enfrentaron a Saladino hasta alcanzar un punto de estancamiento. Acre sobrevivió como capital de lo que quedaba de Outremer y se convirtió en su puerto más importante. Saladino gobernaba desde Egipto hasta Irak, y Jerusalén estuvo sometida al dominio islámico hasta 1917.

El eclipse de Manuel y la caída de Jerusalén beneficiaron a Tamara de Georgia, una reina extraordinaria. El sur del Cáucaso era una defensa natural entre los imperios. Allí, los antiguos reinos de Georgia y Armenia, los primeros en convertirse al cristianismo, oscilaban todavía entre alianzas árabes y romanas.[8]

En 1178, Tamara, que tenía dieciocho años, fue coronada corregente junto con su asediado padre, Jorge III, que casó a su otra hija, Rusudán, con un príncipe de la dinastía Comneno. En el oeste latino, la mayoría de las mujeres que ostentaban el poder fueron rápidamente depuestas por magnates, pero, influida por la tradición de las emperatrices de Constantinopla, Tamara al menos tenía un modelo que podía seguir. Reina a los veinticuatro tras la muerte de su padre, Tamara maniobró cuidadosamente para

apaciguar a los potentados resentidos con el poder femenino, pero en 1185 fue obligada a casarse con Yuri de Vladímir-Suzdal, un príncipe ruso descendiente de la dinastía Rúrikovich. El apogeo ruso era cosa del pasado. Los Rúrikovich se enfrentaban constantemente por dominar los principados más poderosos. Yuri tuvo suerte y fue nombrado rey de Georgia, pero Tamara era rey de reyes. Despreciaba al tosco Yuri, que, «cuando estaba ebrio, mostraba sus hábitos escitas, totalmente disoluto y depravado, adoptando incluso conductas sodomitas». En 1187 lo acusó de vicios poco naturales, se divorció de él y lo exilió a Constantinopla.

Liberada del patriarcado de clérigos y barones, más tarde se casó —por amor, lo cual era inusual— con su atractivo e inteligente primo David Soslam, un príncipe osetio al que conocía de toda la vida. Enfrentándose al resurgimiento islámico, formó una alianza con Saladino y después lanzó a su marido David contra los gobernantes túrquicos del este de Turquía y el oeste de Irán. Cuando la desafió un príncipe selyúcida, le respondió: «Vos dependéis del oro y de numerosos guerreros. Yo dependo de Dios». Sus monedas, en árabe y georgiano, decían simplemente: «Defensora del Mesías».[9]

Mientras su príncipe osetio cosechaba victorias para «la diosa a la que sirve el sol David», Tamara lideraba un imperio que se extendía desde el mar Negro hasta el Caspio. Entre tanto, el matrimonio de Rusudán, la hermana de Tamara, con la dinastía de los Comnenos difícilmente podría haber ser más infausto.

El *Basileia Rhomaion* estaba a punto de desmoronarse, pero el auténtico desafío llegaría del este, donde Temujin, el pujante cacique mongol, se enfrentaba a una situación insoportable. «Mi esposa», lamentaba el futuro Gengis, «ha sido violada.» Y estaba embarazada.

El renacer de Temujin

Temujin se enteró de que Börte había sido entregada como botín de guerra a un príncipe merkita. Acudió a su patrón, Toghril (su

«padre-kan»), y su hermano de sangre, Jamuqa, que atacaron a los merkitas por la noche. Los merkitas, advertidos de la emboscada, huyeron atropelladamente hacia la estepa. El rescate, narrado en la historia familiar de Gengis, revela una vertiente inusual de Temujin. «Mientras se sucedían el pillaje y las violaciones, Temujin galopó gritando "¡Börte! ¡Börte!" entre los merkitas que huían. Al reconocer su voz, ella saltó del carromato, corrió hacia él y agarró sus riendas. A la luz de la luna, Temujin reconoció a Börte y se fundieron en un abrazo.»

Sin embargo, estaba embarazada de ocho meses. Temujin no la rechazó y Börte dio a luz a Jöchi, a quien Temujin trató como a un hijo. Pero juntos tuvieron tres hijos más, Chagatai, Ögodei y Tolui, y cinco hijas. Cuando Tolui tenía cinco años, un tártaro intentó llevárselo del campamento familiar, pero lo salvó su hermana Altani, que retuvo al secuestrador hasta que los guardaespaldas lo mataron. Los guardias se adjudicaron el mérito, pero Temujin ascendió a la chica a *baghatur*.

Poco a poco se reconoció el carácter excepcional de Temujin. Era «alto, vigoroso y robusto y tenía ojos de gato y una energía inalterable». Tenía el pelo negro y una constitución de acero, la infrecuente habilidad de escuchar, un vigor extraordinario y una confianza invencible fortalecida por una misión sagrada esencial para un liderazgo trascendental. Era capaz de detectar el talento y cosechar lealtades. Tres primos de la casa de Qabul declararon: «El cielo azul ha ordenado que Temujin sea nuestro kan», prometiendo traer «vírgenes hermosas, tiendas palaciegas y caballos capones con buenas grupas». A cambio, él alabó a sus antiguos esbirros y les dijo: «Cuando no tenía más compañía que mi sombra, vosotros fuisteis mi sombra. Os ascenderé». Sus seguidores empezaron a llamarlo Gengis (feroz) Kan.

Cuando el emperador yurchen del norte de China les pidió que atacaran a los feroces tártaros que estaban realizando incursiones en sus fronteras, Toghril y Gengis mataron al cacique tártaro. Por fin había llegado la venganza por el padre de Gengis. El emperador nombró a Toghril *wang-khan* (rey kan) y a Gengis custodio de la frontera. Ambos seguían reconociendo la autoridad

Jin. Gengis juró lealtad a Toghril: «Volé como un halcón sobre la montaña, por ti cacé a las grullas de garras azules».

Tras masacrar a muchos tártaros, Gengis tomó a dos chicas como concubinas y capturó a un chico privilegiado y culto llamado Shigi, que llevaba un pendiente de oro en la nariz y una faja de seda dorada. Después se lo entregó a su madre para que lo criara, y acabaría siendo su juez supremo. Cuando las tribus eligieron a Jamuqa como Gur Kan (universal) para que los liderara contra Toghril y Gengis, era probable que Gengis o Jamuqa, amigos de la infancia, acabaran gobernando la estepa. En 1201, Jamuqa y su coalición de tribus atacaron a Temujin, que contaba con el apoyo del viejo Toghril. La Batalla de los Trece Bandos se libró en un terreno tan reducido que sus ejércitos casi dormían apoyados unos en otros. El caballo de Gengis recibió un disparo y, más tarde, él también fue alcanzado en el cuello por una flecha envenenada. Jelme lo rescató, succionó el veneno y atravesó el campo de batalla para robar tofu y agua en el campamento enemigo. Al amanecer, Gengis se recuperó —«Notaba que mis ojos volvían a brillar»— y reconoció que Jelme le había «salvado la vida tres veces».

Una vez que se alzaron con la victoria, el arquero que disparó a su caballo fue llevado ante él y reconoció lo que había hecho. Implacable pero empático, Gengis le perdonó, le dio el nombre de Flecha —Jebe— y añadió: «Lo utilizaré como mi flecha». Pronto, Jebe sería uno de sus paladines.

En aquel momento, la relación entre el viejo kan Toghril y el joven Gengis se había agriado: cuando Gengis propuso casar a su hijo Jöchi con la hija de Toghril, el rey-kan se negó, tal vez porque Jöchi no era el verdadero hijo de Gengis.

En 1203, Toghril aunó fuerzas con Jamuqa. «Secuestremos a Temujin y matémoslo», acordaron, y salieron en su busca. Gengis escapó por poco, pero se percató de que su hijo Ödogei no estaba. Cuando le trajeron al chico con una flecha clavada en el cuello y colgando sobre la silla de montar, el kan rompió a llorar. Después de desaparecer en Transbaikalia (Siberia), Gengis se recuperó y volvió a hacer aparición. En la Batalla de las Arenas Ardientes, derrotó al enfermo Toghril, que huyó y fue decapitado.

Las tribus conquistadas enviaban chicas para él y sus hijos. Las chicas eran tratadas como trofeos y la violación era un rito despiadado de las conquistas de los mongoles. Pero algunas mostraron una actitud desafiante ante la crueldad masculina y acabarían convirtiéndose en las mujeres más poderosas del mundo y relatando sus propias historias.

Después de vencer a los tártaros, eligió a Yesugen, la hija del cacique, como concubina. Mientras mantenían relaciones sexuales, ella dijo: «Si satisface al kan, cuidará de mí y me considerará un ser humano y una persona a la que merece la pena conservar. Pero mi hermana mayor, que se llama Yesui, es superior a mí. De hecho, es adecuada para un gobernante». Gengis secuestró a la otra hermana y ambas se convirtieron en esposas principales. Ahora que estaba enamorado de Yesugen, esta lo acompañaría en futuras expediciones. Cuando derrotó a los merkitas, capturó a otra chica, Khulan, de la que se adueñó uno de sus generales, lo cual era una peligrosa impertinencia. Mientras Gengis interrogaba al oficial, Khulan desafió al kan a que inspeccionara su virginidad y mantuviera relaciones con ella. Luego, Gengis entregó a Töregene, la esposa del kan merkita, a Ögodei.

Cuando las dos sobrinas keraitas de Toghril fueron entregadas a Gengis, este se quedó una para él y le dio la otra, Sorqaqtani, a su hijo menor Tolui. Sorqaqtani sería madre de dos monarcas y, durante treinta años, la mujer más poderosa de Eurasia.

Finalmente, Gengis capturó a Jamuqa, su hermano de sangre reconvertido en su némesis, que suplicó ser ejecutado: «El sol salió con mi nombre y ahora se pone con él». Gengis fue generoso y le brindó una muerte sin sangre digna de un rey: le rompieron la espalda.

Igual que su bisabuelo Khabul, Gengis era gobernador del Pueblo que Vivía en Tiendas de Fieltro, pero era difícil que alguien ajeno a las marchas bárbaras oyera hablar de él.

La caída de Constantinopla, la Reina de las Ciudades, parecía más importante: el deterioro empezó cuando los Comnenos, que habían engendrado a tres emperadores extraordinarios, dieron lugar al *playboy* más tóxico de la historia.

El seductor y el vengador: los dientes de Andrónico y los ojos del «dux»

Andrónico, nieto del emperador Alexio y primo de Manuel, era un bufón jactancioso, incompetente e indigno de su cargo cuyo ascenso a la cumbre parecía una broma de mal gusto hasta que el proceso de la inevitabilidad trascendental lo hizo inminente. Sus ambiciones eran desmedidas, sus seducciones fálicas y su sucesión catastrófica. Después de casarse con una hermana del rey Jorge III de Georgia (tía de Tamara), empezó a seducir a su prima Eudoxia Comneno y después huyó, perseguido por sus furiosos hermanos, y se instaló en Antioquía, donde mantuvo un romance con la hermana de la emperatriz María, la princesa Felipa, de la dinastía Hauteville. Tras desplazarse a Jerusalén, Andrónico (que a la sazón tenía cincuenta y seis años, una edad avanzada en tiempos medievales) sedujo a la reina Teodora Comneno, la hermosa viuda de Balduino III, que era tres décadas más joven. Juntos se fugaron a la corte de Nur al-Din, atabeg de Mosul y líder de la yihad contra los cruzados.

Considerado un ridículo internacional, Andrónico se retiró a las provincias cuando una serie de extrañas circunstancias eliminó a sus rivales y cerró caminos alternativos: Manuel el Grande murió de fiebre; su viuda, María de Antioquía, una Hauteville impopular, se convirtió en regente del niño Alejo II, y una oleada de xenofobia sembró el odio contra los italianos por sus privilegios comerciales. En 1183, Andrónico se adaptó a las circunstancias, marchó sobre Constantinopla y masacró a pisanos y genoveses. Luego ordenó ahogar a María y estrangular a Alejo, que tenía catorce años, para luego casarse con Inés de Francia, la prometida del chico. Ella tenía doce años y él sesenta y cinco, aunque alardeaba de su lustroso cabello y de conservar todos los dientes. A medida que se multiplicaban los complots, Andrónico fue asesinando a sus oponentes, pero los dos enemigos ancestrales lanzaron incursiones, los selyúcidas desde el este y los Hauteville desde el oeste. En Venecia, las depredaciones de Andrónico causaron indignación. Enrico Dandolo, mercader y sobrino del patriarca veneciano, que

se había quedado ciego por un golpe en la cabeza veinte años antes, probablemente en Constantinopla, dirigió una flota que se vio azotada por la peste y no consiguió nada. Pero Andrónico, abandonado por todos, tuvo que negociar con Dandolo, liberar a prisioneros venecianos y devolverles su territorio.

En 1185, una rebelión popular encabezada por el aristócrata Isaac Angelos derrocó a Andrónico, que fue sometido a tres días de torturas. Después de colgarlo boca abajo en el hipódromo, le arrancaron los ojos, le amputaron los genitales, le extrajeron los dientes y le quemaron la cara, todo ello para destruir los rasgos con los que aquel despiadado pavo real de contumaz narcisismo no solo había seducido a muchas mujeres, sino también al pueblo de Constantinopla.

Luego fue apuñalado y troceado. Poco después, uno de sus hijos fue asesinado. A otro, el cuñado de Tamara de Georgia, lo dejaron ciego y lo enviaron a Tiflis.

En 1192, Venecia eligió a un nuevo dux, Dandolo, que recibió a una delegación de cruzados franceses que buscaban un préstamo para financiar su cruzada contra Egipto.[10]Cuando no pudieron pagar, Dandolo lideró la operación, cogió la cruz y declaró que, si bien era «viejo y débil, nadie sabe gobernar y dirigir como yo, e iré y moriré» en «la mayor empresa que nadie haya emprendido jamás». Surcando el Adriático rumbo a la Croacia veneciana con doce mil venecianos y franceses, atacó la ciudad rebelde de Zara, donde se le unió el príncipe *romaioi* Alejo IV Ángelo, que le pidió ayuda para derrocar a su tío, el emperador de Constantinopla. Dandolo, respaldado con entusiasmo por la mayoría de los cruzados, navegó hacia el Bósforo, donde esperaba que los habitantes de la Gran Ciudad dieran la bienvenida a Alejo, pero no lo hicieron. Exasperado, ordenó irrumpir en Constantinopla. Escuchando el sonido de la batalla desde la cubierta de una galera de color bermellón, de repente ordenó hacer encallar su barco y se situó desafiante en la proa, una imagen que inspiró a sus tropas y posiblemente a los ciudadanos de Constantinopla, que derrocaron a su emperador y dieron la bienvenida al candidato veneciano. Este pagó parte del oro que se le debía a Dandolo: no lo suficiente para

Venecia, pero demasiado para sus súbditos: fue asesinado.

El 12 de abril de 1204, un enfurecido Dandolo entró en la ciudad utilizando barcos mercantes unidos como armas de asedio mientras las tropas venecianas y francesas escalaban los muros. Esto solo fue posible porque la desmoralizada ciudad apenas estaba defendida. Pero, una vez dentro, los latinos, disgustados por los griegos, a quienes consideraban decadentes, traicioneros y amantes de los iconos, saquearon la ciudad, violaron a monjas, mataron a niños y profanaron el iconostasio de plata de Hagia Sofia, donde entronaron a una vieja prostituta. El dux organizó el saqueo de las esculturas de pórfido de los tetrarcas de Roma y los caballos de bronce que se erigían sobre la línea de salida del hipódromo (todavía se encuentran dentro y, como réplicas, fuera de San Marcos, en Venecia). A partir de los territorios de los *romaioi*, Dandolo creó un nuevo imperio llamado Romania. Al propio Dandolo, que entonces tenía noventa y siete años, le ofrecieron el trono, pero lo rechazó. En su lugar eligieron a un francés, pero Dandolo consiguió tres octavas partes de la *Partitio Romaniae* para Venecia. Tras aceptar el ostentoso título de déspota de Romania y señor de tres octavos del Imperio romano, falleció y fue la única persona a la que se ha enterrado en Hagia Sophia. Constantinopla no se recuperó nunca. Venecia conquistó Creta, Chipre y el sur de Grecia para su imperio mercantil. Pero el éxito de Dandolo provocó una guerra con Génova en la que murió el único hijo del dux.

La reina Tamara de Georgia había contemplado todo aquello con horror: Manuel Comneno, su cuñado ciego, vivía en Tiflis con su hijo Alejo. Tamara envió a tropas georgianas a conquistar Trebisonda, donde Alejo Comneno se declaró emperador y fundó un estado-cliente de Georgia.[11]En cuanto a Tamara, su querido rey David falleció y ella sufrió una «dolencia femenina», posiblemente cáncer de útero, que la llevó a coronar a su hijo, Jorge IV el Resplandeciente, como corregente. Cuando supo que se estaba librando una nueva cruzada, Jorge el Resplandeciente tomó la cruz para liberar Jerusalén, alentado por la (falsa) noticia de que el Preste Juan, un nuevo rey cristiano, estaba avanzando desde el este. Pero parte de la noticia era correcta: había un nuevo rey en el

este y se estaba acercando.

GENGIS, MI VIDA DORADA Y LA PESTE NEGRA

En 1206, Gengis convocó una *qurultai*, la asamblea que confirmaba el liderazgo de las estepas no mediante el voto, sino por asistencia, para celebrar su ascenso a gran kan. Bendecido tras una consulta sagrada con el Cielo Azul por Kokochu, el chamán de la corte, que había estado con él desde su juventud, se convirtió oficialmente en el gran kan de Todas las Tribus que Viven en Tiendas de Fieltro —keraitas, naimanos, merkitas, tártaros—, a la cabeza de una nueva nobleza de comandantes de confianza unidos bajo su estandarte blanco con nueve colas de yak. Gengis elogió a sus sirvientes, contó historias de su pasado y bautizó a Jebe, a los hermanos Jelme y Subotai y a Kublai como «los Cuatro Sabuesos».

Se leyó su código legal, la *Yasa*, casos que serían juzgados por su hijo adoptivo Shigi y ejecutados por su hijo Chagatai. Aunque era analfabeto, Gengis contrató para que fuera su ministro de Justicia a un escriba uigur que utilizaba la caligrafía uigur para los negocios. Un servicio de correo a caballo, el Yam, se comunicaría con los ejércitos y las provincias. Era la empresa de una dinastía bendecida por los dioses y ahora conocida como la Familia de Oro. Solo ella podía gobernar el mundo, solo ella elegiría al kan en el *qurultai* y jamás podría derramarse sangre dorada. A las cuatro hijas de Gengis les otorgaron un poder considerable; todas se casaron con potentados y obtuvieron reinos que gobernarían por derecho propio. Alakahi, la primogénita, gobernaba a las tribus ongud y más tarde gran parte de la China septentrional, lo que la convirtió en la principal proveedora de caballos para su padre, que la llamaba Princesa que Gobierna.

En su momento supremo, su chamán Kokochu acusó a Qasar, el hermano de Gengis, de traición: «El espíritu me lo ha revelado: Temujin gobernará primero y después Qasar. A menos que destituyas a Qasar, estarás en peligro». Kokochu tenía estatus de inviolabilidad. Como hijo de Munglik, el asesor más veterano del

gran kan, que se había casado con su madre, Hoelun, era el hermanastro de Gengis. Este detuvo a Qasar, pero su madre le puso los arreos a un camello blanco, condujo su carruaje toda la noche y llegó para apelar a su hijo, sacándose los pechos y gritando: «¡Estos son los senos que os amamantaron a los dos!». Pero su mujer, Börte, le advirtió que Kokochu podía amenazar a sus propios hijos. Después de poner en libertad a Qasar, Gengis ordenó a su hermano Temüge que matara a Kokochu rompiéndole la espalda. «El cielo ya no lo amaba», dijo Gengis, y advirtió a la familia de Kokochu: «Empezabais a creeros iguales a mí». Nombró a otro chamán. «El cielo me ha ordenado que gobierne sobre todos los hombres», dijo Gengis. «La protección y promoción del Cielo Azul me han permitido destruir a mis enemigos y alcanzar esta dignidad elevada.»

Los excepcionales talentos de Gengis, sumados a las bendiciones de unas buenas cosechas y un clima estable, a la numerosa población humana y equina de la estepa y a la división de China, permitieron que el gran kan desplegara a 80.000 arqueros a caballo que consideraban la victoria, la aventura y el saqueo los premios esenciales de la lealtad y una prueba de liderazgo sagrado. Esos premios fueron los tres reinos de la dinastía Song, los tangut y los yurchen.

En 1209, Gengis derrotó al imperio tangut budista de Xi Xia en el noroeste de China,[12]pero, incapaz de conquistar su capital amurallada, aceptó la sumisión de su emperador. Más tarde se centró en el imperio yurchen de Jin, que gobernaba a cuarenta millones de personas en el noreste de China, y le dijo con desdén a su enviado: «Yo creía que el emperador era elegido por el cielo». Aquello, le aseguró, era una venganza por el asesinato de sus ancestros Kutula y Ambagai. Al llegar a las murallas de Zhongdu (Pekín), descubrió que carecía de armas de asedio, así que atacó el sur. En 1214, Gengis reunió a sus ejércitos al norte de Zhongdu, pero ahora padecían una epidemia de una patología desconocida. El emperador yurchen firmó la paz al enviar a una de sus hijas como novia del gran kan, además de quinientos niños y niñas, tres mil caballos y diez mil rollos de seda, pero la dinastía Jin estaba

desmoronándose. Gengis contrató a ingenieros chinos para construir sus armas de asedio, bombas incendiarias y cohetes, originalmente desarrolladas por los Song, y también a un príncipe chino como asesor estratégico. En 1215 conquistó Zhongdu, la saqueó y mató a miles de personas, cuyos cadáveres se amontonaban putrefactos. Luego, Gengis se fue al oeste y dejó a su general Muqali con un contingente de unos 23.000 mongoles para reducir el asolado imperio.

En 1218, tras viajar al este, Gengis engulló el kanato de Kara-Khitai (Kazajistán), donde capturó a la esbelta emperatriz Juerbiesu, que se mofaba del hedor de los mongoles, una afrenta que llegó a oídos de Gengis. Este la interrogó, pero, cautivado por su aspecto, pasó la noche con ella y la convirtió en su tercera esposa, por rango.

Esos movimientos en tierras remotas tendrían repercusiones en toda Eurasia y desencadenarían un nuevo patógeno que se convertiría en la peste negra. Pequeños pero misteriosos cambios en el clima global y la alimentación humana pueden ocasionar brotes de enfermedades que han estado presentes de forma latente durante siglos. La peste ha sido descubierta en una tumba sueca de 3000 a. C., lo cual indica que pudo tener su origen en Europa mucho antes de que apareciera en Oriente. Durante mucho tiempo, la peste bubónica había sido enzoótica, normalmente transportada por las pulgas en el pelaje de las marmotas, en camellos y en las ratas que prosperaban allá donde los humanos dejaran los despojos de su vida cotidiana. Las marmotas eran un ingrediente básico de la vida mongola, ya que los miembros de las tribus llevaban pelo y piel de marmota y consumían su carne. La peste aún tardó un siglo en aparecer en Occidente, pero nuevos estudios demuestran que empezó mucho antes.

En algún lugar de los montes Tien Shan se produjo la fatal transferencia entre humanos y animales cuando un mongol comió carne de una marmota infectada o sufrió la picadura de la pulga de un roedor. Contagiada del patógeno *Yersinia pestis*, la pulga se alimentaba de la sangre de un humano o defecaba en una abrasión cutánea, lo cual arrojaba bacilos al riego sanguíneo. Una vez

contagiados, los humanos transmitían la enfermedad directamente por tos o indirectamente a través de sus omnipresentes compañeras, las ratas infestadas de pulgas. Los brotes apenas fueron registrados. Si los nómadas se veían afectados por la peste, podían trasladar su campamento, pero las ciudades no podían moverse. Sin saberlo, los ejércitos llevaron el patógeno a China y más tarde hacia el oeste.

GENGIS E HIJOS: ¿CUÁL ES LA MAYOR ALEGRÍA DE UN HOMBRE?

La conquista llevó a Gengis hasta las fronteras de Corasmia, un nuevo reino islámico que abarcaba Uzbekistán, el este de Irán y Afganistán, conquistado por el sha Muhammad, un personaje cruel e impertinente que había escuchado testimonios sobre el saqueo de Zhongdu. El sha estaba convencido de su propio éxito y de su superioridad respecto de los rudos mongoles. Pero el conquistador estaba a punto de verse superado, el típico caso de depredación entre jaguares y cocodrilos. Cuando Gengis envió emisarios mongoles y unos cuatrocientos mercaderes musulmanes, los corasmios los ejecutaron y mandaron sus cabezas al gran kan.

«Vengando la venganza y retribuyendo la retribución», Gengis planeó la invasión de este nuevo escenario. Yesui, su esposa favorita, le advirtió: «Cuando tu cuerpo caiga como un gran árbol, ¿a quién le dejarás tu pueblo? ¿A cuál de tus cuatro hijos?».

«Aunque sea una mujer», pensó Gengis, «tiene toda la razón.» Sus hijos se habían distinguido como comandantes, pero todos tenían defectos: el temperamento de Jöchi era incontrolable; Chagatai era meticuloso pero severo; Tolui era el mejor general; y Ögodei, su predilecto, era corpulento, alegre y conciliador. Todos eran alcohólicos empedernidos, y Chagatai odiaba a Jöchi.

—¿Tenemos que ser gobernados por ese bastardo merkit? —protestó Chagatai.

—Nuestro padre nunca dijo que yo fuera distinto. ¿Por qué tú sí? —repuso Jöchi.

Los príncipes se enzarzaron en una pelea, pero fueron

separados.

—Ögodei es misericordioso —propusieron los generales de Gengis—. Que sea Ögodei.

—Jöchi, ¿qué dices tú? ¡Habla! —gritó Gengis.

—Elijamos a Ögodei —dijo Jöchi.

—¡Ögodei, habla! —terció Gengis.

—¿Cómo puedo decir que no estoy capacitado? —respondió Ögodei, haciendo gala de la necesaria pero también característica modestia—. Haré todo lo que pueda.

Los príncipes lo aprobaron.

—Eso es todo —sentenció Gengis.

En 1219, Gengis invadió Corasmia y envió a Jebe y Subotai como vanguardia, seguidos del príncipe Jöchi con una columna,[13]mientras él dirigía a la otra con el príncipe Tolui hacia Bujará (Uzbekistán), una ciudad apersianizada y culta con 300.000 habitantes y una famosa biblioteca. Gengis utilizó la gran mezquita como establo: «En el campo no hay forraje. ¡Llenad la panza de mis caballos!». Luego se dirigió a la élite: «Habéis cometido grandes pecados. ¿Cuál es la prueba? Yo soy el castigo de Dios». Entonces irrumpió en la ciudadela, donde esclavizó al pueblo y quemó la biblioteca antes de viajar a Samarcanda. Allí se le unieron sus otros hijos, que fueron enviados a conquistar la capital corasmia, Gurganj (Urgench, Turkmenistán). Cuando cayó la ciudad, se ordenó a cincuenta mil soldados mongoles que mataran a 24 ciudadanos de Gurganj cada uno, lo cual equivaldría a 1,2 millones de personas. Puede que fuera la mayor masacre de la historia.

El sha huyó y Jebe la Flecha y Subotai emprendieron una frenética persecución que acabó con la solitaria muerte de Muhammad en una isla del Caspio. Sus hijos, más capacitados, no se rindieron: buscaron una alianza contra Gengis con los sultanes de Delhi, en la India, pero finalmente fueron destruidos.

Gengis arrasó Afganistán y el norte de Irán y acabó con toda la población de Balj y Herat. Tolui conquistó la resplandeciente Merv, antigua capital selyúcida,[14]donde Gengis se sentó en un trono de oro y ordenó la quema de la biblioteca de Nizam al-Mulk.

Luego, tras declarar que aquel pueblo se les había resistido, separaron a cientos de miles de hombres, mujeres y niños en rebaños y los ejecutaron como si fueran ovejas. «Gengis Kan ordenó el recuento de los muertos», escribía el historiador árabe al-Athir, que entrevistó a los supervivientes, «y había unos setecientos mil cadáveres.» Era una exageración, pero aun así fue uno de los días más atroces de la historia. Los que fueron mantenidos con vida como esclavos desfilaron delante de los mongoles como escudos humanos, una práctica que ya se utilizaba en China. Durante el sitio de Nishapur (Irán), Toquchar, casado con Checheikhen, la hija de Gengis, fue víctima de una flecha. Cuando cayó la ciudad, su viuda tomó el mando y orquestó el asesinato de todos sus habitantes. Las cabezas de hombres, mujeres y niños fueron amontonadas en torres unisex. Tal vez fue la hija de Gengis quien ideó esas espantosas torres, que se convirtieron en declaraciones arquitectónicas de la ferocidad de los mongoles. Mutugen, nieto favorito de Gengis e hijo de Chagatai, murió en el sitio de Bamiyán (Afganistán). Durante la cena, Gengis informó de ello a su padre, prohibió el duelo y ordenó la destrucción de Bamiyán. No habría saqueos, tan solo fuego y muerte. Mataron incluso a los perros y gatos. Aquellas ciudades no se recuperaron nunca.

En 1220, Gengis tenía cincuenta y ocho años, pero no había perdido la euforia de la conquista. En una ocasión, durante un banquete con sus mariscales, preguntó: «¿Cuál es la mayor alegría para un hombre?». Los hombres eligieron distintos placeres —beber, cazar, comer—, hasta que Gengis dijo: «El mayor placer para un hombre es aplastar a un rebelde y derrotar a un enemigo, destruirlo, arrebatarle todo cuanto posee, secuestrar a sus mujeres casadas y hacerlas llorar, cabalgar en sus hermosos caballos y fornicar con sus bellas esposas e hijas, y poseerlas por completo». Esa «posesión» era literal: los nómadas consideraban que sus conquistas eran totales. Los tesoros, las ciudades, el ganado y los humanos eran suyos, y podían compartirlos o matarlos. La guerra sexual era considerada un derecho de conquista y un placer de la vida. Las pruebas de ADN demuestran que millones de personas descienden de un único antepasado que viajó por toda Asia en

aquella época. Probablemente se trataba del propio Gengis Kan, quien, después de siglos en los que sus descendientes se han multiplicado, es literalmente el padre de Asia.

Mientras estaba en Afganistán, Gengis hizo llamar al reverenciado filósofo taoísta Qiu Chuji, a quien le recomendaron en China.

—Maestro, ¿me ha traído un elixir de la inmortalidad?

—Yo puedo proteger la vida, pero ningún elixir la alargará —respondió el maestro, que recomendó contener el hambre de chicas, caza, lucha y alcohol.

«El cielo envió a este Sagrado Inmortal a enseñarnos esas cosas», dijo el gran kan a sus cortesanos. «Grabadlas en vuestros corazones», aunque, «por desgracia, los mongoles somos criados para disparar flechas y cabalgar, unos hábitos que es difícil abandonar.» Pero, siguiendo sus órdenes, se fomentó el taoísmo en toda China y el budismo perdió popularidad.

El éxito no se le había subido a la cabeza a Gengis, que, como todos los autócratas, disfrutaba hablando de sí mismo. «El cielo desaprueba el lujo de China», reflexionaba. «Yo me aferro a la simplicidad de la estepa. Llevo la misma ropa y como lo mismo que los vaqueros y los mozos de cuadra, y trato a los soldados como si fueran hermanos. En cien batallas estuve al frente de la pelea. En siete años he realizado grandes obras. En seis direcciones, todo está sometido a un único gobierno.»

Mientras Gengis se dirigía a su séquito, estaba en contacto con el *noyan* (mariscal) Jebe y el *baghatur* tuerto Subotai (hermano de Jelme), a quienes había enviado a la incursión más grande de la historia. Partiendo con veinte mil hombres en una aventura de 7.200 kilómetros por todo Irán, fueron galopando hasta Georgia. En febrero de 1221 aniquilaron a los caballeros del hijo de Tamara. Jorge el Resplandeciente murió a causa de las heridas y fue sucedido por su hermana Rusudán, tan hermosa como su madre, Tamara, pero menos astuta y afortunada. «Los tártaros, un pueblo salvaje», escribió la nueva reina, primera europea que se topaba con los mongoles, «con un aspecto infernal, voraces como lobos, han invadido mi país.»

La Flecha y Subotai cabalgaron rumbo al norte, hacia Rusia y Ucrania, donde derrotaron a una coalición de pueblos esteparios. Ahora se enfrentaban a los rusos, gobernados por la casa Rurik. Los mongoles se hallaban en inferioridad numérica: treinta mil rusos liderados por el príncipe Mstislav Mstislávich el Valiente, de Galitzia, y los príncipes de Kiev, Chernígov y Smolensk se reunieron con ellos en Kalka, cerca del mar de Azov. Mstislav Romanóvich, gran príncipe de Kiev, se rindió siempre y cuando no hubiera derramamiento de sangre. Jebe y Subotai cumplieron astutamente la promesa dándose un banquete sobre una plataforma de madera que fue aplastando gradualmente a los príncipes rusos.

Los Rurikovichi no habían perdido su ejército más numeroso, esto es, el del gran duque Yuri de Vladímir-Súzdal. Mientras Jebe y Subotai regresaban a casa, llamados por Gengis, los europeos supieron de la existencia de los mongoles.

Si Gengis era el gran kan del este, el del oeste era el más extraordinario de los Hauteville. El emperador Federico II, glorificado con el apodo *Stupor Mundi* —Maravilla del Mundo— se preparaba para defender la cristiandad.

Los jemeres, los Hohenstaufen y los Polo

Jayavarman de Angkor y la Maravilla del Mundo

Muchos niños se habrían sentido abrumados por la herencia de Federico. Era nieto de Roger II de Sicilia y Federico Barbarroja, medio Hauteville y medio Staufen, los gobernadores germánicos de Suabia, descendientes de Carlomagno. Federico no solo era singular por su linaje, sino también por su carácter. Su madre, Constanza, una mujer inteligente, resistente y pelirroja, era hija de Roger II, pero había nacido póstumamente y quedó secuestrada en la corte de los Hauteville en Palermo hasta que quedó claro que era la heredera de Sicilia, momento en el cual, en 1186, su sobrino, Guillermo el Bueno, negoció una paz que culminó en el matrimonio de Constanza, de treinta años, con Enrique, hijo de Federico Barbarroja. Cuando su sobrino murió joven, ella y su marido, que ahora era el emperador alemán Enrique VI, tuvieron que luchar por el reino.

Entonces llegaron noticias inesperadas: Constanza estaba embarazada a sus cuarenta años. Su hijo sano, bautizado Federico Roger por sus históricos abuelos, sería el actor clave en Europa durante los cincuenta años que presenciaron el ascenso de Gengis. Tras la muerte de su marido, la reina-emperatriz Constanza se dedicó a proteger Sicilia por su bebé, al que puso bajo la protección del papa. Coronado rey de Sicilia a la edad de tres años, fue educado por tutores islámicos, judíos y griegos, custodiado por guardaespaldas sarracenos y liberado por una informalidad siciliana que le permitía jugar con sus amigos en la calle.

Después del fallecimiento de su madre, elegido emperador romano y rey de Italia, Federico, pelirrojo y de ojos verdes, creció dominando seis idiomas, incluido el árabe. Se consideraba el

emperador universal del cristianismo y era extravagante, talentoso y curioso, con la agudeza para gestionar su compleja herencia y luchar por ella. Escribió una guía de cetrería y fundó la Universidad de Nápoles, pero, irritado por la devoción católica, le gustaba atormentar a papas y sacerdotes, haciendo bromas atrevidas sobre Cristo, manteniendo un harén de concubinas y escribiendo poesía romántica a muchas amantes. También disfrutaba debatiendo con astrónomos árabes y judíos y con magos ingleses, y creó una ciudad árabe en la Italia continental en la que instaló a rebeldes musulmanes de Sicilia.

Federico se mostró alarmado por el ataque de los mongoles, pero la misteriosa desaparición de estos le permitió centrarse en las Cruzadas. El papa Inocencio III, que había hecho un llamamiento a las Cruzadas en España y ultramar,[1]ordenó a Federico que aceptara la cruz, hecho que lo distraería de la acumulación de poder en Italia. Federico se preparó para conquistar Jerusalén en el campo de batalla y en la cama: reclutó a una orden militar religiosa alemana, los caballeros teutones (a cambio de su ayuda en la otra cruzada contra los paganos de Lituania y Prusia) y se casó con Yolanda, de trece años, reina nominal de Jerusalén, cosa que le permitió hacerse llamar rey, si bien el nieto de Saladino gobernaba la ciudad y los cristianos tan solo Acre y una franja costera. Aunque la reina de Jerusalén falleció solo dos años después al dar a luz a un hijo, Federico insinuó que quería partir hacia Outremer, lo cual indignó al papa Gregorio IX, que lo tachó de «precursor del Anticristo» y lo excomulgó. En 1228, cuando él y sus caballeros teutones zarparon rumbo a Acre, los mongoles cabalgaban de nuevo hacia el oeste.

Tras siete años de guerra, Gengis volvió a casa, aunque sus ambiciones seguían siendo ilimitadas. La India estaba por conquistar, al igual que la China Song. Rastreando Punjab, donde acechaba el príncipe fugitivo de Corasmia, Gengis envió una advertencia al principal gobernador del norte de la India, un antiguo esclavo túrquico llamado Iltutmish, que con buen criterio apaciguó al mongol. El islam había dominado el norte de la India desde 1192, cuando un señor de la guerra musulmán de origen

afgano había invadido y derrotado a los rajput hindúes y establecido un sultanato con sede en Delhi. Desde entonces hasta 1857 gobernaron reyes musulmanes; hasta 1947, la India estuvo dominada por conquistadores extranjeros.

Reconocido como sultán por el califa de Bagdad, Iltutmish y sus turcos saquearon los templos hindúes «idólatras» y las estupas budistas. Las religiones florecen cuando están respaldadas por poderes terrenales: el islam tenía a un defensor en los sultanes; el budismo, ya socavado en la India por la popularidad del hinduismo tántrico, nunca se recuperó. La familia hindú Chola había dominado el sur de la India y el sureste de Asia y, mientras su último gran emperador se enfrentaba al desastre, su influencia índica se mantuvo viva en la gloria suprema de la Indoesfera. Ahora, un dinámico soberano budista estaba creando un imperio jemer en todo el sureste de Asia con su epicentro en Angkor, la resplandeciente capital. A sus noventa años, Jayavarman VII, contemporáneo de Gengis, derrotó al reino Champa hindú en el sur de Vietnam y extendió la influencia de Angkor hasta Myanmar, Malaya y Yunnan (China).

En 1113, un exuberante guerrero y dios-rey, Suryavarman II, se adueñó del trono jemer asesinando a gran parte de su familia y persiguiendo a todos los aspirantes, ayudado por el emperador Chola de la India y apaciguando a su homólogo chino, a quien envió varias delegaciones. Este contemporáneo de los reyes cruzados era un visionario decidido a convertir Angkor en un monumento atemporal a su grandeza añadiendo una serie de construcciones asombrosas que culminaron en el templo de cinco pisos con múltiples cortes llamado Angkor Wat, dedicado a Vishnu.[2]Tras su muerte, los Champa emprendieron una ofensiva por el Mekong y saquearon Angkor. Siendo un joven príncipe, Jayavarman VII contraatacó y, en un reinado de treinta y siete años, creó un imperio de costa a costa. Adoptando el budismo y reconvirtiendo los templos hindúes ya existentes en Angkor, hizo de ella una de las ciudades más grandes y hermosas del mundo, y su sagrado y real distrito abarcaba doscientas hectáreas. La zona metropolitana de Angkor, con una población de más de un millón

de personas, tenía una extensión de más de mil kilómetros cuadrados, con suburbios, lagos y pueblos sostenidos por sofisticados sistemas hidráulicos de canales y *barays*, unos embalses que regaban las plantaciones de arroz y palma. Cuando Jayavarman, que era extraordinario en muchos aspectos, murió en 1218 a la edad de noventa y cinco años, lo sucedió su hijo Indravarman II, que dedicó muchos de los templos de su padre a Shiva.

Mientras la cultura índica florecía en Angkor e Iltutmish fomentaba el islam en el norte de la India, Gengis iba galopando hacia casa.

Gengis y Federico: enfrentamiento en el lecho de muerte

Gengis volvió a Mongolia con sus nietos Möngke, de quince años, y Kublai, de diez. Cazó antílopes con ellos y llevó a cabo el rito de esparcirles grasa y sangre para celebrar la llegada de la madurez. Ambos hijos de Tolui tendrían el título de gran kan. «Después de nosotros, nuestra raza llevará prendas de oro, comerá alimentos dulces, montará caballos espléndidos, besará a las mujeres más bellas y se olvidará de que nos debe a nosotros esas cosas», decía Gengis con preocupación.

Todavía quedaba mucho por hacer. La plena conquista de China no era posible sin el territorio de los tangut, que se habían negado a enviar tropas a la campaña de Corasmia. «Mientras comemos», dijo Gengis a sus cortesanos, «hablemos de cómo los matamos y los destruimos. Aquello fue el final; ya no existen.» Gengis arrasó sus ciudades, pero salvó algunos manuscritos raros y medicamentos especiales, a veces refrenándose en sus masacres.

«¿Vas a llorar otra vez por la gente?», dijo Ögodei a su padre en tono jocoso. Un general aconsejó a Gengis que exterminara a los chinos y sembrara el campo central con pasto, pero sus asesores autóctonos le explicaron los posibles ingresos tributarios. «Un imperio que puede ser conquistado a lomos de un caballo no puede ser gobernado desde él», pensó. Dijera o no esto último, Gengis

encargó un sistema impositivo.

Cuando el emperador tangut iba a presentar su rendición, Gengis se cayó del caballo y aquella noche estuvo enfermo. «Príncipes y generales», dijo la khatun Yesui (la khatun, o emperatriz, era la esposa del kan), «consultad entre vosotros; anoche el kan tuvo fiebre.» Los generales propusieron una retirada.

«Los tangut dirán que nuestros corazones están fallando», repuso Gengis, que dictó órdenes concretas: la khatun Yesui debía recibir territorios tangut y él sería enterrado cerca de Burján Jaldún, su montaña sagrada. «No permitáis que se conozca mi muerte. No lloréis ni os lamentéis, pero, cuando el gobernador tangut y su gente abandonen la ciudad, ¡matadlos a todos!»

Gengis estaba muriendo en secreto mientras el gobernador tangut llegaba al *ordu* dorado en agosto de 1227. Presentó sus regalos —Budas de oro gigantes, chicos y chicas, camellos y caballos, todos en grupos sagrados de nueve—, pero fue atrapado y estrangulado y su séquito asesinado. Cuando le informaron de ello, Gengis dijo: «Nos hemos cobrado nuestra venganza. Han desaparecido». Ahora podía morir y dejar un imperio cuatro veces más grande que el de Alejandro y dos veces más grande que el Imperio romano, pero solo la mitad de lo que llegaría a ser muy pronto. El cuerpo fue trasladado al norte para enterrarlo en la montaña sagrada, acompañado de caballos y esclavos sacrificados, en un lugar que nunca ha sido encontrado. Luego, los príncipes de oro, liderados por Tolui, sus hijas y generales se dieron cita en un *qurultai*, donde, como habían pactado con su padre, Chagatai propuso a Ögodei como gran kan. Este último consultó con sus hermanos y decidió retomar la conquista del mundo y hacerse con las riendas de la campaña para acabar con los yurchen. De lo contrario, dijo, «la gente preguntará por qué motivo he sucedido a mi padre». En 1231, Ögodei, acompañado de Tolui, conquistó la capital yurchen de Kaifeng, pero contrajo una cirrosis causada por el alcoholismo. Tolui también era adicto y bebía tanto *kumis* que a veces lloraba en público y dejaba la política en manos de su mujer, Sorqaqtani Beki. Ögodei se recuperó, pero Tolui murió de alcoholismo, con lo cual Sorqaqtani tuvo que gobernar su

infantazgo en todo el norte de China. Ögodei, que la respetaba, primero le pidió que se casará con él y luego propuso a su inútil hijo Güyük. Pero ella se negó con elegancia, aduciendo que su prioridad eran sus cuatro hijos. Tenía razón: ella y sus hijos eran el futuro. En lugar de casarse con Ögodei, se convirtió en su asesora. «Nadie que lleve turbante [varón] habría tratado esas cuestiones con tanta brillantez», escribió el historiador persa Juvaini. «En cualquier negocio que emprendiera Ögodei, ya fuera relacionado con el imperio o con el ejército, la consultaba a ella y cambiaba disposiciones conforme a sus recomendaciones.»

A menudo ebrio, Ögodei fundó una capital más permanente en Karakórum (Mongolia) y encargó una historia familiar. Aunque a veces perdonaba a los condenados a muerte, también ordenó la violación de miles de chicas de la tribu conquistada de los oirates tras el fallecimiento de su gobernadora, su hermana Checheikhin. Sus adicciones estaban tan descontroladas que Chagatai lo obligó a permitir que un «supervisor» le limitara la bebida, cosa que eludía bebiendo grandes vasos de vino.

Según Ögodei envejecía, su mujer, la khatun Töregene, empezó a dirigir más aspectos de gobierno y nombró a funcionarios musulmanes, turcos y persas para que recaudaran los impuestos chinos. En 1236, el gran kan envió un ejército de 150.000 soldados liderado por sus sobrinos Batú (hijo de Jochi) y Mongke (hijo de Tolui) y su hijo Güyük, todos ellos capitaneados por el mariscal Subotai, a conquistar Europa.

Federico II, la Maravilla del Mundo, no estaba preparado. Poco después de la muerte de Gengis, había llegado a Tierra Santa, donde negoció un plan de paz con el sultán al-Kamil, el sobrino de Saladino. Los herederos de Saladino habían derribado los muros de Jerusalén para evitar que fuera utilizada por rivales de la familia o cruzados. Ahora, Federico y al-Kamil acordaron que cada religión controlaría sus templos, los musulmanes Haram al-Sharif y los cristianos el sepulcro. En Jerusalén, un triunfal Federico lucía la corona de la ciudad sagrada a la vez que escribía poemas de amor a su amante «siria»: ¿era franca o árabe? En aquel momento se estaba quedando calvo y era corto de vista. Un escritor árabe que

lo vio en Jerusalén bromeaba: «El emperador, cubierto de pelo rojo, era calvo y miope. Si hubiera sido esclavo, no habría valido ni doscientos dírhams en el mercado». Pero el compromiso visionario de Federico generaba odio entre los fanáticos cruzados. En Acre, los carniceros le arrojaron entrañas.

Federico volvió apresuradamente a casa para ocuparse de sus enemigos, primero el papa Gregorio,[3]que envió un ejército a conquistar Sicilia, y más tarde los alborotadores príncipes alemanes, alentados por su arbitrario hijo Enrique, rey de los romanos. Federico libró una larga guerra para recuperar sus territorios.[4]Italia estaba dividida entre los partidarios de Federico y los del papa, y ambos bandos tenían facciones en cada ciudad. Los gibelinos respaldaban al emperador y los güelfos al papa en un conflicto que se prolongó un siglo. En Alemania, Federico desheredó y encarceló a Enrique, que falleció de lepra en la cárcel, y recuperó a sus partidarios alemanes. Uno de ellos era su ahijado, un joven y agresivo caballero llamado Rodolfo, que estaba ampliando sus propiedades en torno a la Montaña del Halcón: Habsburgo, su castillo suizo. Rodolfo era especialista en cambiar de bando para obtener concesiones, unas maniobras que pusieron los cimientos de la dinastía Habsburgo, que conquistaría un nuevo continente y gobernaría algunas regiones de Europa hasta 1918.

Haciéndose llamar conde de Habsburgo, demostró sus credenciales militares liderando su propio contingente en las cruzadas norteñas contra los paganos, donde, desde 1237, el emperador respaldaba a su aliado, Hermann von Salza, señor de los caballeros teutones, contra los paganos lituanos, prusianos, sambianos y semigalianos, que seguían gobernando gran parte de las actuales Alemania, Polonia, Bielorrusia y los países bálticos. Era una oportunidad para matar infieles, pero también para crear nuevos territorios.

Mientras Federico ganaba esas guerras, Subotai, el mariscal mongol tuerto, irrumpió en Europa acompañado de Batú Kan, el nieto de Gengis. En 1237 cruzaron el Volga y rápidamente conquistaron las actuales Rusia, Ucrania y Bielorrusia. En 1239, cuando tomaron Vladímir, su príncipe, Yuri II, miembro destacado

de la dinastía Rúrika, fue asesinado y su mujer quemada viva en la iglesia. En 1240, el príncipe Möngke destruyó Kiev.

El 9 de abril, en Legnica, después de quemar Lublin y Cracovia, un ejército mongol derrotó a los polacos, bohemios y sajones y mató al duque de Sajonia, cuyo cuerpo decapitado y desnudo fue reconocido por su esposa solo porque tenía seis dedos en un pie. Otro ejército liderado por Batú y Subotai entró en Hungría. «Vivís en casas y tenéis ciudades y fortalezas fijas», dijo Batú a Bela IV de Hungría. «¿Cómo huiréis de mí, entonces?» Un inglés que hablaba húngaro llegó desde Batú para exigir la rendición, pero Bela se negó.

El día después de Legnica, Subotai y Batú se enfrentaron a Bela en Mohi, donde mataron a 65.000 hombres. Es posible que utilizaran pólvora y bombas de nafta traídas de China. De ser así, fue la primera vez que se usaba pólvora en Europa. Pero Batú fue acusado de incompetencia por su primo hermano Güyük, hijo del gran kan Ögodei, que exigió una retirada. Subotai se negó y avanzó para conquistar Pest, a orillas del Danubio. Sus destacamentos pusieron rumbo al oeste y se adentraron en Austria, donde los lugareños capturaron a ocho de los suyos. Uno era el inglés que había expuesto condiciones a Bela.[5]

Batú Kan cruzó las fronteras del imperio de Federico. A sus treinta y cinco años, el nieto mayor de Gengis amenazó a los grandes de Europa. «He venido a usurparte el trono», le dijo a Federico, y le aconsejó que abdicara y se dedicara a la cetrería en Karakórum. Federico, conocedor de dicha actividad, bromeó con que estaba cualificado para el trabajo. Incluso enfrentándose a los mongoles, Europa era incapaz de mostrar unidad: el emperador y el papa declararon una cruzada, pero se odiaban.

Batú y Subotai iban camino de conquistar Europa cuando llegó una triste noticia: Ögodei había muerto en diciembre de 1241 sin nombrar sucesor a su hijo Güyük. Para elegir al nuevo gran kan, los príncipes tuvieron que regresar al *qurultai* de Karakórum, donde fueron las mujeres quienes dominaron durante la siguiente década.

Cuando las mujeres dominaban el mundo: Sorqaqtani y Razia

Tras la muerte de Ögodei, su viuda, la khatun Töregene, lideraba el imperio. Las viudas gobernaban hasta que se elegía a un nuevo gran kan. Pero el príncipe Batú Kan, conocido como Aga —hermano mayor—, se negó a viajar a Karakórum, pues temía por su seguridad y Töregene no era lo bastante fuerte para coronar a su primogénito Güyük. En lugar de eso, gobernaba a través de un canal de lo más inverosímil, una prisionera de guerra persa llamada Fátima que se convirtió en «depositaria de confidencias íntimas y secretos ocultos», desautorizando a los mandatarios, «con libertad para dictar órdenes» y ganándose el apodo sarcástico de Khatun. Mientras su rival, Sorqaqtani, conspiraba contra ella, Töregene confiaba por completo en Fátima, pero desconfiaba de los funcionarios de Ögodei y ejecutó a uno haciendo que le introdujeran piedras por la garganta. Pero temía a las hijas de Gengis y mató a la más joven, Italti, gobernadora de los uigures, tras acusarla del envenenamiento de su hermano Ögodei.

En Karakórum, Töregene recibió a selyúcidas de Rum, a miembros de la dinastía Bagrationi de Georgia, a príncipes Rúrikovich de Rusia y a enviados occidentales que buscaban el apoyo mongol. Giovanni da Pian del Carpine, un intrépido sacerdote sexagenario, llegó como legado de Inocencio IV. Algunos príncipes fueron agasajados con banquetes y ascensos y otros homenajeados con banquetes y luego asesinados.

Töregene no era la única potentada. En Delhi, el sultán Iltutmish eligió a su primogénita Razia como heredera. «Mis hijos son incapaces», dijo, «y por ese motivo he decidido que reine mi hija.» Sin embargo, tras su muerte, sus emires coronaron a su hijo Ruknuddin Firuz, un vividor que cabalgaba ebrio a lomos de elefantes acompañado de una comitiva de eunucos y ascendía injustificadamente a cuidadores de elefantes mientras su madre, Shahturkhan, gobernaba y ajustaba cuentas dejando ciego y matando a uno de los hijos de Iltutmish. Veía a su hijastra Razia como una amenaza y ordenó su asesinato. Pero, durante las

oraciones del viernes, Razia apeló al pueblo y lo incitó a irrumpir en el palacio. Cuando lo hicieron, arrestó y mató a Shahturkan y Firuz y se convirtió en sultana por derecho propio. Los emires que la respaldaban dieron por hecho que sería tan solo una figura insigne. Al principio respetaba la modestia islámica y observaba las reuniones del consejo desde detrás de una pantalla acompañada por mujeres guardaespaldas, pero luego empezó a gobernar de manera pública, se quitó el velo, se cortó el pelo, se vestía de hombre —coraza, espada y botas— y cabalgaba a lomos de su elefante por toda Dehli.

Su principal asesor era un esclavo habashi (de Abisinia) ascendido a general llamado Jamaluddin Yakut, a quien nombró maestro de caballos, lo cual ofendió a sus generales túrquicos. Un día, mientras desmontaba, los cortesanos se percataron de que Yakut le pasaba las manos por debajo de las axilas, un signo de asombrosa intimidad. Sin duda eran amantes. La combinación de una mujer y un hombre africano, el género de ella y la raza de él, era demasiado para ellos.

Razia ascendió a Yakut a *amir al-amira*, o comandante en jefe. Sus enemigos conspiraron contra ellos, lo asesinaron y arrestaron a Razia para entronar a un medio hermano suyo. Cuando este resultó ser un alborotador, Altunia, un señor de la guerra que era el carcelero de Razia, se enamoró de ella y le ofreció matrimonio a cambio de una sociedad. Ella aceptó, pero fueron derrotados y Altunia asesinado. Vestida de hombre, buscó refugio en casa de un campesino, pero, mientras dormía, su anfitrión vio las joyas que llevaba debajo del abrigo, la asesinó y la enterró en el huerto. Fue descubierto intentando vender las joyas y desveló su secreto. La tumba abovedada de Razia, conocida como la Puerta de Turkman, en Delhi, fue un lugar de peregrinaje durante mucho tiempo.

En Karakórum, Töregene gobernó durante cinco años hasta que, en 1246, Batú Kan acepto enviar emisarios al mediocre Güyük, que dejaba casi todas las decisiones en manos de su madre. Güyük, «astuto y muy serio, rara vez era visto riendo o mostrando felicidad», y estaba decidido a hacer cumplir la disciplina de Gengis después de la actitud relajada de Ögodei. Ahora recelaba

del poder de su madre y despreciaba a su factótum, Fátima, y finalmente envió a unos guardias a arrestarla. Töregene se negó a entregarla. Güyük y su khatun Oghul Ghairmish juzgaron y torturaron públicamente a Fátima, a quien quemaron desnuda y le cosieron todos los orificios antes de lanzarla a un río.

Dieciocho meses después, Güyük fue hacia el este para atacar Irak y destruir a Batú, que probablemente lo envenenó. Su viuda lo sustituyó como regente y negoció con el enviado francés André de Longjumeau, a quien le dijo: «La paz es buena, pero no la tendrás hasta que estés en paz con nosotros». De lo contrario, «te destruiremos». Pero unió a sus enemigos al enemistarse con Sorqaqtani.

La viuda de Tolui era «extremadamente inteligente y capaz ... la mujer más inteligente del mundo», según el historiador Rashid al-Din. Aquella cristiana nacida en el seno de la realeza que educaba con esmero a sus cuatro hijos y les enseñó idiomas importantes —Kublai aprendió chino— era abierta de mente y construyó iglesias, pero también una madrasa. Envió a su astuto hijo Möngke a ver al Gran Hermano en Rusia. Batú le dio una cálida bienvenida y reunió al equipo ganador que había invadido Hungría. Tras organizar un *qurultai* lejos de Karakórum, Batú invitó a las viudas de Gengis y Ödogei y a la propia Sorqaqtani, que medió en el acuerdo. En julio de 1251, a Batú le ofrecieron el kanato, pero lo rehusó y propuso a Möngke, de cuarenta y tres años, que lo había rechazado respetuosamente en dos ocasiones. Después se dirigieron a Karakórum. Möngke odiaba a Oghul Ghairmish —«Más despreciable que una zorra»— y ordenó que la torturaran igual que había hecho ella con Fátima: desnuda, con los orificios cosidos y ahogada dentro de un saco. Sorqaqtani y Möngke purgaron a la familia y acabaron con el reino de las khatun: ninguna mujer volvería a ostentar el poder, ordenó Möngke, o «veremos lo que veremos», un eufemismo para la muerte. Cuando la purga estaba en su apogeo, Sorqaqtani cayó enferma y creyó que su Dios cristiano estaba castigándola por los asesinatos, que intentó frenar antes de morir.

La misión de Gengis, bendecida por Tengri, de conquistar el

mundo estaba lejos de acabarse.

Alejandro Nevski y Möngke Kan: la conquista del mundo restablecida

Möngke, que había combatido en Hungría y Polonia, tuvo la perspicacia de dirigir una conquista mundial euroasiática y encargar un censo tributario en territorios que iban desde Corea hasta Ucrania. En el centro, Karakórum, se instaló en un palacio básico en el que colgaban telas de oro y se utilizaba un brasero en el que ardían raíces de ajenjo y estiércol de ganado. Se sentaba «en una pequeña cama enfundado en una exquisita bata de pelo que relucía como la piel de una foca» mientras alardeaba de sus gerifaltes.

Todavía obsesionados con la pérdida de Jerusalén y la fantasía del Preste Juan, los potentados europeos enviaron emisarios a Karakórum. Willem van Ruysbroeck, enviado flamenco de Luis IX de Francia, llegó para convertir a Möngke al cristianismo o al menos negociar una alianza entre los mongoles y los cruzados contra el islam.

Möngke era hijo de un cristiano casado con una esposa cristiana a la que a veces acompañaba a la capilla, y se reclinaba en un lecho de oro durante el servicio. «Nosotros, los mongoles, creemos en un solo Dios», dijo a Willem. «Igual que Dios dotó mi mano de diferentes dedos, también dotó a los hombres de diferentes formas.» Pero cuando se trataba del poder sagrado, era tan severo como su abuelo: «Si, cuando oís el decreto del Dios eterno, no estáis dispuestos a hacer caso y enviáis un ejército en contra nuestra, nosotros sabemos lo que podemos hacer». Ahora el mundo estaba a punto de ver a qué se refería.

Möngke gobernó conjuntamente con el Gran Hermano Batú, cuyo kanato, conocido como la Horda de Oro y con sede en Sarai, en el Volga, abarcaba gran parte de la Rusia europea y Ucrania. Batú era «genial y bondadoso», pero «cruel en la guerra». Utilizaba a los Rúrikovich como sicarios. El más hábil de sus vasallos

mongoles era Alejandro, de veinticinco años e hijo del príncipe de Vladímir, que entendía bien los beneficios del apaciguamiento. A su padre, Yaroslav II, lo había envenenado la khatun Töregene en Karakórum, tras lo cual Alejandro viajó hasta allí, se arrodilló ante los asesinos de su padre y se le concedió Kiev. Ahora que Batú estaba al mando, visitaba a menudo al Gran Hermano y a su hijo Sartaq en Sarai para mostrarles sus respetos. Robusto y astuto, con su voz viva y aguda, Alejandro impresionó tanto a Sartaq que se convirtieron en hermanos de sangre. Necesitaba a los mongoles: a Nóvgorod, una república mercantil,[6]la estaban atacando desde el oeste. Una nueva potencia emergente, el ducado pagano de Lituania, se estaba expandiendo hacia Polonia, Bielorrusia y Ucrania. Suecia amenazaba a Nóvgorod, que invitó a Alejandro a defenderla. En 1240 derrotó a los suecos en el río Nevá (mucho más tarde se ganaría el apodo de Nevski). Luego se enfrentó a los Caballeros Teutónicos y otros cruzados germánicos que habían tomado Prusia, Livonia y Semigalia antes de atacar a los rusos ortodoxos. En 1242, la caballería de Alejandro cargó sobre el hielo del lago Peipus y derrotó a los Hermanos Livonios de la Espada.

En 1252, bajo la amenaza de sus hermanos rebeldes, Alejandro se ganó el apoyo de Batú para vencer a su propia sangre y lo nombraron príncipe supremo de Vladímir; a cambio, impuso el control mongol y recaudó los impuestos del gran kan. Cuando, en 1258, Nóvgorod y otras ciudades rusas se rebelaron, Alejandro arrancó los ojos y cortó la nariz a los rebeldes, y entró en la ciudad acompañado de mongoles, lo que hace dudar de su condición de héroe patriótico ruso. Por razones que desconocemos, los kanes se disgustaron. En 1263, Nevski, con tan solo cuarenta y tres años, murió mientras estaba arrestado en Sarai, seguramente envenenado. Sus hermanos e hijos se disputaron su sucesión, lo que supuso el inicio de casi dos siglos de sumisión a la Horda de Oro.

A Daniel, el hijo más joven y débil de Alejandro, se le asignó la parte más exigua —Moscú—, pero de él y de los príncipes de Moscovia descenderían los zares y Rusia.[7]

Mientras Batú afianzaba Rusia, Möngke ordenó a sus

hermanos que continuaran su conquista mundial: Kublai tenía que tomar la China Song y Hulagu debía someter Persia y luego conquistar Irak, Israel y Egipto. Kublai, virrey del norte de China, ya estaba en guerra. Un ataque frontal a los Song era peligroso, por lo que Möngke le ordenó rodear el imperio conquistando Dali, el reino independiente del sur. Mientras Kublai preparaba una ofensiva múltiple contra los Song, Möngke se enteró de que un escuadrón de asesinos se disponía a matarlo, así que ordenó a Hulagu que acabara con ellos y luego derrotara al califato de Bagdad: «Haz cumplir las leyes de Gengis Kan desde las orillas del Amu Daria [Asia central] hasta Egipto. A los que se sometan, trátalos bien; a los que se resistan, acaba con ellos».

HULAGU Y SAADI: ENTRETENIENDO A UN ELEFANTE, MASACRANDO UNA CIUDAD

Hulagu marchó hacia el oeste con cien mil hombres (cada uno con dos esclavos, cinco caballos y treinta ovejas), un cuerpo de ingenieros de asedio chinos con mil mangoneles y, seguramente, bombarderos con artefactos de estruendo. Y con nuevos aliados: príncipes y caballeros cristianos de Antioquía, Georgia y Armenia impacientes por destruir el califato. Acompañaba a esta horda de hombres una horda de patanes. Hulagu trajo sus propias reservas de alimentos: enormes cantidades de grano (con ratas como escoltas) y carnes secas, como marmota curada, entre otras. Los estudios recientes indican que, en ese momento, la peste negra se trasladó desde Oriente, un siglo antes de la fecha comúnmente aceptada.

El kan aplastó a Transoxiana y luego asedió a los asesinos en su guarida de Alamut. En noviembre de 1256, el imam de los asesinos, Rukn ad-Din, se rindió. Uno de los ayudantes persas de Hulagu, Ata-Malik Juvaini, cuyo padre había servido al sha jorezmita y después a Gengis, alentó la quema de la biblioteca, pero el polímata persa Nasir al-Din al-Tusi explicó que la teología de los asesinos no se basaba en los libros. Hulagu perdonó la

biblioteca. En cuanto a Rukn, lo enrollaron en una alfombra y lo pisotearon hasta matarlo. Hulagu concluyó ordenando la ejecución de doce mil asesinos.[8]

El 22 de enero de 1258, Hulagu rodeó Bagdad tras advertir al califa: «La humillación por la gracia de Tengri ha llegado a las dinastías jorzemita, selyúcida y dailamita [asesinos] y, sin embargo, las puertas de Bagdad siempre estuvieron abiertas para ellos. Entonces ¿cómo puede ser que se nos niegue la entrada a nosotros, que tenemos tanto poder? Cuando lidere mis fuerzas en Bagdad con la justa medida de ira ... os haré caer desde la cima del cielo. No dejaré a una sola persona con vida».

«Joven», replicó el califa abasí al-Mustá'sim (que tenía cuarenta y cinco años, frente a los treinta y ocho de Hulagu), «tú acabas de empezar tu carrera y un éxito de diez días se te ha subido a la cabeza; te crees gobernante del mundo, pero ¿no sabes que desde el este hasta el Magreb todos los que adoran a Alá son esclavos de mi corte?» Hulagu ordenó a su paladín, el cristiano Kitbuqa, que hiciera llover piedras, bombas y nafta sobre Bagdad, que no tardó en arder, mientras destruían los diques, lo cual inundó los campos. Cuando la ciudad cayó, la esposa cristiana de Hulagu, Doquz, prima de su madre Sorqaqtani, lo convenció de que perdonara a los cristianos, pero sus aliados los georgianos se complacieron especialmente en matar a los musulmanes.

El 10 de febrero de 1258, el califa llegó al *ordu* de Hulagu para rendirse. Hulagu expulsó a todos los habitantes de Bagdad. Fuera de la muralla masacraron a los bagdadíes —algunas fuentes afirman que murieron ochocientas mil personas; el propio Hulagu se jactó de haber matado a doscientas mil— y los mongoles saquearon Bagdad «como halcones hambrientos atacando a una bandada de palomas o una manada de lobos furiosos tras un rebaño de ovejas, a rienda suelta y sin un ápice de vergüenza en sus rostros, desmenuzaron con sus cuchillos cualquier cojín o cama de oro con joyas engarzadas, arrastraron por las calles a las muchachas del harén para convertirlas en sus juguetes», quemaron mezquitas y hospitales y destrozaron tumbas abasíes. A pesar de ello, el héroe bibliófilo Nasir al-Din al-Tusi consiguió salvar gran

parte de la biblioteca de al-Mamún. Hulagu celebró un banquete de la victoria en el palacio del Octágono y amenazó al califa derrotado: «Tú eres el anfitrión, nosotros somos tus invitados. Tráenos lo que tengas». Al-Mustá'sim abrió sus cofres. «Y ahora», ordenó Hulagu, «confiesa a mis sirvientes dónde están tus tesoros escondidos.» Al-Mustá'sim mostró el oro oculto en una piscina ornamental. Entonces enrollaron al califa y a sus hijos en alfombras e hicieron que los caballos los pisotearan hasta morir.[9]Pero Hulagu no era el único que estaba matando a gente. Su campamento de Bagdad se vio azotado por una misteriosa epidemia, de la que apenas se tiene constancia en medio de ese caos de muerte, pero que también estalló en sus otros asedios.

Dejando a su epígono iraní Juvaini para que reconstruyera Bagdad, Hulagu se adentró en Siria a galope y allí se encontró con su aliado de los Hauteville, Bohemundo VI el Hermoso, el príncipe de Antioquía, de veintiún años, y con su suegro, el rey Haitón de la Cilicia armenia, un pequeño reino cristiano, que se unieron a su horda y lo ayudaron a conquistar Alepo y Homs. Bajo la influencia de sus amigos francos, Hulagu castigó a un caudillo turco que había crucificado a un cristiano: lo cortaron en dos mientras lo obligaban a comerse su propio cuerpo.

Es difícil hacerse una idea de los estragos que causó Hulagu, pero un testigo, un poeta persa llamado Saadi, habló con los soldados árabes y documentó en su obra maestra, *Bustan,* lo que era luchar contra el kan: «De la lluvia de flechas que descendían como el granizo surgió la tormenta de la muerte por doquier», desatada por los mongoles atacantes, que parecían «una manada de leopardos, tan fuertes como elefantes. Los cascos de los guerreros eran de hierro, igual que los de sus caballos».[10]

En marzo de 1260, el mariscal mongol Kitbuqa entró a caballo en Damasco acompañado de Bohemundo el Hermoso y el rey Haitón, y celebraron una misa en la antigua San Juan, ahora Gran Mezquita. Cuando la caballería de Hulagu tomó Nablus y llegó a Gaza, parecía inevitable que se cumpliera el sueño de los cruzados de una Jerusalén cristiana y que los mongoles conquistaran Egipto.

Hulagu exigió la rendición de Egipto, pero el 11 de agosto de 1259, a mucha distancia hacia el este, Möngke, que acompañaba a Kublai en la guerra contra la China Song, murió de disentería. Hulagu dejó a Kitbuqa al mando y regresó a Irán. Los francos se enfrentaron a los mongoles, que preferían a los ortodoxos o los nestorianos antes que a los católicos, mientras que los egipcios decapitaban a los enviados de Hulagu. Kitbuqa no podía ignorar semejante desaire. Los egipcios marcharon para detenerlo.

Los nuevos gobernantes egipcios eran duros soldados que habían empezado como esclavos: los mamelucos. Eran rusos y turcos, georgianos y circasianos, rubios de ojos azules —especialmente apreciados—, robados o comprados en sus pueblos, vendidos en los mercados de esclavos genoveses de Crimea y adquiridos por Saladino y su familia. Convertidos al islam, entrenados como soldados y luego manumitidos, devinieron feroces paladines, unidos por el fervor islámico y el *esprit de corps*, y dominaron y más tarde destruyeron la dinastía de Saladino.

Su ascenso se vio acelerado por una nueva cruzada. En 1249, Luis IX de Francia desembarcó con un ejército que estuvo a punto de conquistar un Egipto caótico, salvado por un mameluco turco rubio de proporciones pantagruélicas con un ojo azul y otro totalmente blanco llamado Baibars. Una junta de emires mamelucos asesinó al joven sultán y sustituyó a la familia Saladino[11]mientras Baibars avanzaba contra los mongoles dispersados. En Ain Yalut (pozas de Goliat), cerca de Nablus, los quince mil mamelucos de Baibars, con caballos de guerra más grandes que los de los mongoles, tendieron una emboscada a las fuerzas de Kitbuqa, que lucharon hasta el último suspiro. «Aquí debo morir», dijo el mariscal. «Algún soldado llegará hasta el kan y le dirá que Kitbuqa se negó a retirarse. ¡Larga vida al kan!» Cuando consiguieron derribar a su caballo, lo llevaron ante los mamelucos.

«Después de derrocar a tantas dinastías», se burlaron los mamelucos, «¡Mírate ahora!»

«No os dejéis embriagar por un momento de éxito», respondió

Kitbuqa, el conquistador de Irán e Irak al que derrotaron inesperadamente antiguos esclavos. «Cuando la noticia de mi muerte llegue al kan, los cascos de los mongoles aplastarán Egipto.» Blandiendo la espada, zanjó: «Yo era el esclavo del kan. A diferencia de vosotros, no soy el asesino de mi amo».

Baibars —que se hacía llamar la Pantera y dejaba su insignia por toda la región— se autoproclamó sultán. Malicioso, sanguinario y con una energía endemoniada, hizo campaña durante diecisiete años: mantuvo a raya a los mongoles, se lanzó por el Nilo contra el reino nubio de Makuria, emprendió una ofensiva contra todos los cristianos, tomando Cesarea y Jaffa, y en 1268 atacó Antioquía, la sede de los Hauteville. Escribió a Bohemundo el Hermoso: «¡Habrías visto a tus caballeros postrados bajo los cascos de los caballos, tus casas asaltadas por los saqueadores, tus riquezas pesadas por quintales, tus niñas vendidas de cuatro en cuatro y compradas por un denario de tu propio dinero!». En 1277, mientras intentaba envenenar a un enemigo, Baibars bebió del vaso equivocado, un gaje del oficio para los que se dedican a asesinar impasiblemente a sus invitados. Le sucedió un emir veterano, Qalawun, quien, junto con sus hijos y nietos, conquistó Israel y Siria mientras los mongoles estaban ocupados en China.[12]

A la muerte de Möngke, Kublai, tras asediar Wuchow, se trasladó rápidamente hacia el norte, a su palacio de verano en Xanadú (Shangdu), y se autoproclamó gran kan, ganándole así la partida a su hermano menor, Ariq Böke.

Kublai abandonó Karakórum para fundar una nueva capital de invierno, conocida como Dadu en chino (gran capital) y como Janbalic en mongol (ciudad del kan; más tarde Pekín), cuyo diseño encargó al arquitecto árabe Ikhtiyar al-Din. El único edificio superviviente, la Pagoda Blanca, fue obra del nepalí Araniko. Dadu era, por tanto, una ciudad china que crearon cuidadosamente un árabe y un nepalí para un mongol.

Animado por su esposa favorita, Chabi,[13]el budista Kublai lo toleraba todo. «No me interesan las rocas que hacen el puente», dijo, «sino el arco que lo sostiene.» Protegía a los budistas. Hablaba

chino, y se empeñó en publicitar su mandato del cielo y en aumentar los impuestos chinos, reclutando para ello a un Grupo Consultor del Loto de Oro, un equipo de asesores expertos chinos.

Seguía siendo mongol, y a menudo se recluía en un *ger* junto a sus palacios o dirigía cacerías acompañado de catorce mil cazadores, dos mil sabuesos con sus adiestradores, diez mil cetreros, tigres siberianos y guepardos entrenados, águilas y miles de tropas que ayudaban a atrapar a cientos de animales que abatía el corpulento gran kan con gota desde una enorme *howdah* sobre cuatro elefantes atados entre ellos.

En 1264, Kublai recibiría a Niccolò y Maffeo Polo, dos jóvenes comerciantes venecianos especializados en mercancías procedentes de Constantinopla. Su especialidad eran las joyas y Kublai sería su cliente más importante.

Kublai y los hermanos Polo

En 1259, tras dejar en Venecia a la esposa de Niccolò, que estaba embarazada, los Polo llegaron a Constantinopla, que Venecia dominaba desde la conquista de Dandolo, aunque no lo haría por mucho tiempo. Se fueron justo cuando estaba a punto de caer.[14]

Los Polo invirtieron en joyas y después cruzaron el mar Negro. Fueron directamente a Sarai, la capital de Berke, kan de la Horda de Oro y hermano de Batú, a quien «entregaron de buen grado todas sus joyas». Los Polo siempre pensaban a lo grande y lo hicieron bien. Berke «ordenó que recibieran el doble del valor de las joyas». Los Polo debían de ser encantadores, ya que, allá donde fueran, los canosos kanes siempre los recibían con los brazos abiertos. Berke incluso los nombró sus interventores.

En 1252, Berke se convirtió al islam —fue el primero de la familia en hacerlo— y le disgustó la carnicería de su primo Hulagu en Bagdad: «Debe pagar por haber matado al califa». Los miembros del clan de Oro se estaban volviendo contra sí mismos. Hulagu asesinó a tres miembros de su familia: «Espadas mongolas matando a mongoles». Se enfrentaron en el Cáucaso; sin embargo, mientras

los kanes luchaban, una «mongolesfera» —tan influyente y omnipresente como el poder del mundo anglosajón de los dos últimos siglos— se extendió desde Corea hasta Nóvgorod durante doscientos años. En 1262, Berke se alió con el principal enemigo de Hulagu, Baibars, no sin antes reflexionar: «Si hubiéramos estado unidos, habríamos conquistado el mundo entero».

Si alguna vez hubo una *Pax Mongolica*, fue esporádica, como descubrieron los Polo. «Como los caminos se volvieron inseguros, los hermanos no pudieron regresar» a Venecia y durante tres años quedaron varados en Bujará, donde aprendieron mongol antes de embelesar a un enviado de Hulagu de camino hacia Kublai —a quien, según explicó, fascinaban Europa y el cristianismo—. Después de todo, su madre era cristiana. Los Polo se unieron a la caravana.

Los Keïta de Malí y los Habsburgo de Austria

Rodolfo el Insaciable y Marco Milione

En Dadu, hacia 1271, Kublai recibió a los Polo y los interrogó ingeniosamente sobre los dos emperadores cristianos. Después les ordenó que llevaran al papa Clemente IV una carta en la que solicitaba cien eruditos para enseñar a los mongoles, así como aceite de la lámpara del Santo Sepulcro de Jerusalén. Los Polo quedaron impresionados con los ocho palacios de Kublai, sus «tejados de tonos verdes y azules, brillantes como el cristal», y un salón de banquetes con capacidad para seis mil personas.

Armados con un salvoconducto imperial,[1]los Polo regresaron a Venecia. Cuando llegaron, Niccolò «descubrió que su esposa había muerto y había dejado a un hijo de quince años llamado Marco», tal como describió el propio Marco. Los Polo se encontraron con una Europa sumida en el caos: Clemente había muerto, habían asesinado a los herederos de Federico,[2]y güelfos y gibelinos luchaban por el poder en Italia. Pero había una familia en pleno apogeo: los Habsburgo.

Nadie se ponía de acuerdo sobre quién debía ser el emperador de Alemania, pero Rodolfo de Habsburgo aspiraba a la corona como ahijado de Federico y nieto de una princesa Staufen. Alto, fanfarrón, codicioso, vicioso y narigudo, era, según sus propias palabras, «un guerrero ávido» que quemaba monasterios, arrasaba pueblos, ahorcaba a bandidos y masacraba a los paganos del Báltico. Pero, en 1273, ya viejo (cincuenta y cinco años), lo eligieron rey de Alemania.[3]Comenzó anunciando ceremoniosamente: «Hoy perdono todos los males que se me han

hecho y prometo ser un defensor de la paz igual que antaño fui un hombre sediento de guerra».

Su rival era el extravagante rey checo de Bohemia, Otakar, el rey de Hierro y Oro, cuyas minas de plata lo convirtieron en el soberano más rico de Europa y el que poseía la corte más deslumbrante.[4]Otakar y Rodolfo se conocían bien, ya que habían emprendido juntos una cruzada contra los paganos lituanos: Königsberg (ciudad del rey; la actual Kaliningrado) se fundó en honor a Otakar. Pero se odiaban mutuamente. Cuando murió el legítimo duque de Austria, el áureo rey checo se casó con su hermana Margarita, treinta años mayor, se apoderó de Viena y luego reclamó el trono imperial, burlándose de Rodolfo de Habsburgo por su adusto «manto gris».

El káiser Rodolfo se ganó a cinco príncipes casando a sus hijas con ellos: el matrimonio y no la guerra forjaría a los Habsburgo. Entonces, adueñándose de Austria, atacó a Otakar, que, radiante en su glamur dorado, se postró. Rodolfo se sentó deliberadamente en un taburete. «Se burló de mi manto gris», dijo. «Que se burle ahora.» Cuando Otakar, ávido de venganza y de Austria, rompió su palabra, Rodolfo lo derrotó en Dürnkrut, cerca de Viena. Al rey de Oro lo desnudaron, le cortaron los genitales y se los metieron en la boca. Rodolfo lo destripó, exhibió su cuerpo sin vísceras ni miembros en Viena y nombró a su hijo Alberto el Tuerto duque de Austria.[5]

Después de la muerte de Rodolfo, los electores, temiendo el poder de los Habsburgo, eligieron a otro príncipe como rey de Alemania. El Tuerto facilitó su propia elección y degolló a su rival. Su «aspecto repulsivo» empeoró cuando sus médicos tuvieron que vaciarle un ojo tras intentar curarlo de un envenenamiento colgándolo demasiado tiempo boca abajo. Hasta mediados del siglo XVIII, los médicos eran tan destructivos que es probable que los aristócratas con acceso a médicos caros vivieran menos tiempo que los campesinos, que no lo tenían. Al final, al Tuerto lo perdió su propia avaricia, ya que no quiso compartir la herencia de su padre con un sobrino que sufrió bajo el apodo de Juan Sin Tierra. Tras rechazar un ramo de flores del Tuerto, Sin Tierra y sus

secuaces tendieron una emboscada al rey y le partieron el cráneo con un mazo. La venganza de los Habsburgo fue atroz: los hijos de Alberto, Leopoldo, duque de Austria, e Inés, reina de Hungría, se sentaron en un estrado mientras decapitaban uno a uno a sesenta y nueve criados inocentes de los sicarios de Juan, cuyos cuerpos sin cabeza iban colocando en hileras. Mientras la sangre salía a borbotones, Inés supuestamente dijo con un suspiro: «Puedo sentir el rocío de mayo».

Los Habsburgo ahora eran la Casa de Austria y los Polo regresaron con Kublai Kan. En esta ocasión los acompañaba Marco, el hijo adolescente de Niccolò. Los venecianos viajaron a través de la capital de las Cruzadas, Acre, donde tuvieron un golpe de suerte: un amigo fue elegido papa y se dirigieron a China con cartas papales y el aceite sagrado de Jerusalén, aunque parece que se olvidaron de los cien eruditos.

Tras un viaje emocionante, durante el cual Marco quedó fascinado con el libertinaje sexual de las muchachas tangut, a las que encontró «hermosas, vivaces y siempre dispuestas a complacer»,[6]los Polo llegaron a Dadu, se postraron ante Kublai y le presentaron a Marco. «Señor», dijo Niccolò, «mi hijo y vuestro hombre, lo más querido del mundo traído con gran peligro.» Kublai quedó encantado con el apuesto adolescente italiano, y disfrutó de sus animadas historias y de su «noble aspecto». Como presumía Marco: «Este noble joven parecía tener un entendimiento más divino que humano». Los cortesanos mongoles apenas podían disimular su «gran disgusto» por aquel joven arrogante, al que más tarde llamaron Marco Milione por su pomposa grandilocuencia.

Como enviados papales, los Polo intentaron convertir a Kublai al catolicismo, pero su heterodoxia era inexpugnable.[7]Sin embargo, Marco estaba encantado con la jovial grandeza de Kublai. Mientras los Polo mayores comerciaban, Kublai enviaba a Marco a misiones internacionales, aunque exageraba su importancia. La verdad era bastante extraordinaria: ningún occidental se había acercado tanto a Kublai. Polo decía que lo había nombrado gobernador, pero lo más probable es que ejerciera de recaudador de impuestos, entre otras muchas hazañas durante sus diecisiete años al servicio de

Kublai. Si el gran kan sentía curiosidad por las historias y las joyas de los Polo, ahora estaba más interesado en la conquista de la China Song. Marco decía que su padre y su tío fueron asesores en el desarrollo de sus cañones para destruir las murallas de las ciudades Song. Los mongoles habían traído a Europa la pólvora china, pero ninguna tecnología se extiende ni se improvisa tan rápidamente como la tecnología para matar. Los europeos ya estaban mejorando los diseños chinos. Es probable que Kublai estuviera fabricando el primer cañón de hierro,[8]y que aquella fuera la primera guerra con pólvora.

Kublai envió a sus generales Bayan (apodado Cien Ojos) y Achu (nieto de Subotai) con enormes ejércitos chinos y mongoles para conquistar las grandes ciudades del corazón de los Song. Después de que Achu fracasara en su avance, Kublai pidió a sus primos de Irak que le enviaran ingenieros árabes para construir fundíbulos copiándolos de los diseños francos, que combinó con bombas de estruendo chinas. Pero los Song contraatacaron. La lucha fue lenta y feroz, en tierra, en asedios y por el río. En 1275, Cien Ojos masacró a los 250.000 habitantes de Changzhou; al año siguiente, la población de Changsha se suicidó en masa. Finalmente, tras cincuenta años de guerra, la capital Lin'an (Hangzhou) se rindió. Era la primera vez que un invasor nómada conquistaba toda China, y también la primera vez que, desde la caída de los Tang, toda China se unía bajo un único gobernante. Ahora, Kublai, gran kan de todos los reinos de oro y fundador de la dinastía Yuan de China,[9]gobernaba el mayor imperio en extensión y población, el más grande que jamás existiría. Viéndose a sí mismo como el emperador del mundo, solo le faltaba conquistar las últimas potencias independientes de Asia.

KUBLAI INVADE JAPÓN

«Creemos que todos los países pertenecen a nuestra familia», dijo Kublai al regente japonés en un tono amenazador. «Nadie querría tener que recurrir a la guerra.» Tíbet[10]y Corea habían sido

subyugados, lo cual llevó a Kublai a recorrer cincuenta millas mar adentro para dirigirse a Japón, que todavía gobernaban desde Kioto emperadores bajo la dirección de regentes hereditarios. El regente rechazó sus exigencias de sumisión.

En 1274, Kublai envió 150 barcos a conquistar Japón y atracaron en Hakata, donde, para su sorpresa, los atacó un pequeño ejército japonés. Pero esta era solo una de las guerras que Kublai tenía abiertas en varios frentes. En el sur, se volcó hacia los reinos de la Indosfera. Envió a Marco Polo a Birmania y Vietnam. Su hijo Toghon invadió Annam y luego Champa (el norte y el sur de Vietnam), pero los vietnamitas, mediante la guerra de guerrillas, lo derrotaron y, humillado, se encontró con el rechazo de su padre: los mongoles no pierden. Angkor, más al interior, evitó la sumisión, pero Birmania, con su capital Pagan, y los dos reinos tailandeses, Chiang Mai y Sukhothai, se vieron obligados a ceder. Con el sureste de Asia asegurado, la flota de Kublai llevó a treinta mil hombres a Java y aplastó al imperio comercial indianizado de Singhasari con la ayuda de un aliado javanés, Raden Wijaya, que más tarde traicionó y expulsó a los mongoles.[11]

El fracaso en Japón fue estrepitoso. En 1281, Kublai, que por aquel entonces tenía sesenta y cinco años, encargó dos armadas a una velocidad vertiginosa y envió a 45.000 mongoles y 120.000 chinos-coreanos, acompañados de miles de caballos y armados con bombas incendiarias, a invadir Japón. Las flotas no lograron encontrarse tal como estaba planeado. Pero, en agosto de 1281, la flota del sur de Kublai desembarcó en Kyūshū, donde los nobles japoneses utilizaron pequeños brulotes para causar estragos entre los gigantescos barcos mongoles y derrotaron a los invasores con la ayuda del viento sagrado (*kamikaze*) de un tifón fortuito. Los barcos mongoles hundidos eran enormes —uno de ellos tenía setenta metros de eslora, con compartimentos estancos y anclas colosales—, pero su mala construcción explica su fracaso. El número de vidas que se perdieron fue extraordinario, tal vez el día más letal de la guerra naval.

Mientras el obeso Kublai, que rondaba los setenta y cinco años, se deterioraba atiborrándose de elixires de la inmortalidad y

de comida, su heredero sucumbió a la enfermedad familiar —la bebida—, y ni siquiera el viejo Cien Ojos, que se sentaba con él a rememorar sus innumerables triunfos, pudo animarlo. Los tres Polo seguían en la corte, veinticinco años más viejos y considerablemente más ricos, pero Kublai se negó a dejarlos ir a casa: era el problema de hacerse amigo de autócratas caprichosos. Le rogaron que los dejara marchar.

—¿Por qué quieres morir en el camino? —preguntó Kublai—. Dime. Si necesitas oro, te daré más.

Niccolò Polo cayó de rodillas.

—Tengo una esposa en casa y no puedo abandonarla en nuestra fe cristiana.

—No podéis marcharos bajo ninguna condición.

Temían no volver a ver a Serenissima nunca más.

La fuga de los Polo y el historiador de los kanes de los ilkanatos

En 1291, Kublai envió a una joven novia de Oro, Kököchin (azul como el cielo), para que se casara con su sobrino nieto, Arghun, kan del ilkanato de Persia. Kököchin necesitaba a un viajero experimentado como tutor y sus criados propusieron a Marco Milione, de treinta y ocho años. Tras una emotiva despedida en la que recibieron joyas y acordaron que «algún día» volverían, Kublai ordenó a los Polo que la acompañaran y les entregó cartas para todos los reyes de la cristiandad. La novia, de diecisiete años, era «muy bonita y gentil», y llevaba un tocado de *bochta* con joyas mientras hacían el viaje por mar en 15 barcos con 600 cortesanos. Tras un viaje infernal en el que murieron todos —probablemente a causa de la peste— excepto 18, entre los que se encontraban Kököchin, los tres Polo y su esclavo mongol Pedro, desembarcaron en Ormuz.

Arghun, nieto de Hulagu, estaba negociando con el papa la posibilidad de dirigir una cruzada contra los mamelucos de Egipto, empresa que acababa de acordar cuando cayó enfermo. Arghun

mandó a un emisario genovés al oeste para ofrecer Jerusalén a Eduardo I de Inglaterra y Felipe de Francia a cambio de la ayuda franca.[12]Pero era demasiado tarde. En unas escenas apocalípticas, Acre cayó en manos de los mamelucos.

Arghun, que ya era un alcohólico adicto a los elixires de la inmortalidad, estaba a punto de casarse con Kököchin cuando sufrió una sobredosis. La mayoría de los kanes del ilkanato fallecían tan jóvenes a causa de la bebida y las drogas que ninguna muerte real estaba completa sin acusaciones de envenenamiento. Detuvieron a los Polo. Kököchin no quería que Marco se fuera, pero, afortunadamente, el hijo de Arghun, el kan del ilkanato Ghazan, se casó con ella. La chica también murió joven, envenenada o a causa de la peste.

De baja estatura y «más feo que el soldado más feo de su ejército», Ghazan, reservado, astuto y culto, hablaba árabe, persa, hindi, tibetano, franco y chino, y era una autoridad en historia mongola, un feroz comandante y un maestro de las intrigas sangrientas. Criado en una mezcla de cristianismo, budismo y tengrianismo, se convirtió al islam para vincular la dinastía a su pueblo. Por ello, no tardó en perseguir a budistas, cristianos y judíos, pero siguió buscando una ofensiva conjunta con las potencias cristianas contra los mamelucos. En 1300 su caballería y sus aliados armenios conquistaron Damasco e Israel y atravesaron a galope la desamparada Jerusalén para llegar a Gaza. La personalidad más destacada del ilkanato fue el visir de Ghazan, su médico persa-
judío Rashid el-Din, hijo del boticario de Arghun, quien, tras convertirse al islam, gobernó durante casi veinte años. Ghazan le encargó que escribiera su *Historia universal*, en la que se recopilaron muchas de las crónicas familiares de una obra perdida, *El libro de oro*, y del propio kan del ilkanato. Cuando Ghazan murió en el apogeo del kanato, su hermano Öljaitü volvió a nombrar a Rashid. Aunque Öljaitü no pudo mantener las conquistas de Ghazan, compartía su tolerancia cultural y sus ambiciones, y puso en marcha una nueva metrópolis sagrada, Soltaniyeh.[13]Pero, en 1316, la muerte de Öljaitü a causa de la bebida destruyó a Rashid,

a quien acusaron de haberlo envenenado. «¡He aquí la cabeza del judío!», gritaron sus enemigos, haciendo desfilar su cabeza degollada. «¡Que Dios lo maldiga!»

Tras nueve meses en Tabriz, la capital del ilkanato, los tres Polo consiguieron escapar. Al acercarse a Venecia, se enteraron de que su patrón Kublai había muerto. Los Polo fascinaron a los venecianos con sus historias, su esclavo mongol Pedro, sus inventos chinos —el papel moneda, las gafas— y una fortuna que pagó su *palazzo*. En una cena, los tres lucían sus raídos abrigos de pieles mongolas y, de repente, cuando abrieron el forro, salieron joyas ocultas a borbotones.

Sundiata, el Rey León: los mansas de Malí y los mexicas de la ciudad isleña

Marco se vio envuelto en la sangrienta rivalidad de Génova y Venecia, que luchaban por los premios del comercio de especias y esclavos desde el mar Negro hasta las costas del Atlántico. Las ciudades marítimas también comerciaban con lana procedente de Inglaterra, que a menudo se trataba y acababa en una ciudad del interior, Florencia, que prosperaba como centro de fabricación de cuero, de confección y bancario, impulsada por su propia moneda de oro, el florín, y su uso pionero de letras de cambio y sociedades anónimas.

Tanto Génova como Venecia se enriquecieron con el comercio de esclavos. El atormentado emperador de los Romaioi, Miguel VIII Paleólogo, concedió a las dos ciudades y a los mamelucos derechos sobre el comercio de esclavos en el mar Negro. El *entrepôt* genovés Kaffa era la capital de su territorio Gazaria, en Crimea, que gobernaba desde 1281 un cónsul genovés y más tarde gestionaron oficinas especiales gubernamentales. Era el mayor mercado de esclavos de Europa. Los venecianos utilizaban Tana, un puerto mongol en Crimea. Los italianos compraban principalmente esclavas para el servicio, tanto personal como sexual. Como veremos, los Médici poseían esclavas blancas y negras. La

identidad de los esclavos dependía de las guerras que se libraban en cada momento: las guerras mongolas generaron un número incalculable de esclavos, ya que cada soldado mongol debía poseer dos como parte de su equipo. Turcos, rusos, circasianos y georgianos esclavizados llegaron a Europa y Egipto. La mayor demanda de esclavos masculinos procedía de los comandos militares de Egipto: el sultán Qalawun, que también había sido esclavo, prometió a los comerciantes italianos pagar por encima del precio de mercado, y en su casa había hasta 12.000 mamelucos. Los sultanes posteriores poseían hasta 25.000, pero al final los manumitieron y pudieron llegar a ser generales, cuando no monarcas.

Los genoveses eran más aventureros que los venecianos y pagaban sus productos asiáticos en lingotes de oro, procedentes de África occidental, en una época en la que los marineros genoveses y catalanes comenzaron a aventurarse por la costa marroquí. En 1291, dos hermanos genoveses, los Vivaldi, intentaron encontrar una ruta oceánica hacia la India navegando por la costa marroquí y luego hacia lo desconocido, de donde nunca regresaron. Después de esto, otro genovés, Lancelotto Malocello, se propuso encontrar a los Vivaldi. Mientras tanto, los venecianos se concentraron en su imperio mediterráneo y en el comercio egipcio.

El oro que alimentaba todo ese comercio estaba en manos de una poderosa dinastía africana. Justo en el momento del regreso de Marco, un misterioso potentado africano llamado Sakura emergió del Sáhara y llegó a El Cairo para cumplir el hach. Sakura era *mansa* —emperador— de un nuevo y próspero reino construido a base de conquistas militares y comercio de oro en las ruinas de Wagadu.

Su fundador, Sundiata Keïta,[14]fue el hijo marginado de un *farma* o rey mandinga, Naré Maghann Konaté, a quien se le anunció en una visión que se casaría con una mujer fea que daría a luz a un gran rey. Pero, en cambio, esa esposa menor, Sogolon, dio a luz a un lisiado, Sundiata. Madre e hijo fueron objeto de burlas por parte de la esposa principal del rey, Sassouma Bereté, y del príncipe heredero, Dankaran. Sundiata no caminó hasta los siete

años. Cuando Naré murió, Dankaran ordenó el asesinato de Sundiata. Madre e hijo huyeron a la corte del rey sosso Soumaoro Kanté, y lo animaron a expulsar al despiadado Dankaran, pero los sosso ocuparon el reino. Entonces, los ancianos mandinga invitaron a Sundiata a regresar. Hacia 1235 organizó un ejército y derrotó a los sosso en Kirina, tras lo cual la asamblea de Gbara, que formaban grandes personalidades, hechiceros y santones islámicos (morabitos), lo eligió como *mansa* a cambio de que reconociera un código[15]de derecho oral y acordó que los *mansas* serían elegidos de entre la familia Keïta, que gobernó hasta 1610.

Sundiata —conocido como el Rey León— se trasladó a una nueva capital, Niani (Malí), y se expandió a Senegal y Gambia en el Atlántico y a lo largo del río Níger hasta el norte de Nigeria. Asimismo, incorporó a los príncipes conquistados. Los *mansa* controlaban el suministro de oro de las minas de Bamako y Bure, que explotaban los akan (Ghana), la fuente última de su riqueza, pero, como explicó Musa, descendiente del Rey León, no eran los dueños de las minas, sino que obtenían el oro mediante comercio o tributos: «Si los conquistamos y nos lo quedamos, no producirá nada». Pero el oro era lo más importante. De hecho, uno de los títulos de Sundiata era el de Señor de las Minas de Wangara.

Los bereberes y comerciantes árabes habían llevado el islam a través del desierto. Sundiata afirmaba descender del liberto abisinio Bilal, el primer muecín de Mahoma, pero también se le describía como un mago mandinga. Ese imperio se nutría no solo de oro, sino también de telas y esclavos. Estos últimos generalmente eran paganos capturados en las interminables guerras de Sundiata que servían como trabajadores, criados y concubinas.[16]

Hacia 1255, Sundiata se ahogó en el río Sankarani —en un lugar que todavía se conoce como Sundiatadun (las profundidades de Sundiata)—, pero su hijo, Ouali (Yérélinkon), continuó la expansión e hizo el primer peregrinaje de un *mansa* a La Meca. Cuando dos hermanos Keïta se disputaron el trono, Sakura, un general liberto, tomó el poder, reconstruyó el reino y partió hacia La Meca, aunque lo asesinaron en el camino de vuelta, momento

en el cual se restauró la dinastía Keïta.

Los genoveses no eran los únicos que se sentían atraídos por el Atlántico: el *mansa* Abubakari II, nieto de Sundiata, «no creía que fuera imposible descubrir los límites más lejanos del océano Atlántico y deseaba vehementemente hacerlo», explicó su sucesor, Musa, «así que equipó trescientos barcos llenos de hombres, oro, agua y provisiones para años» y los hizo zarpar. Solo regresó uno, por lo que el *mansa* «preparó dos mil barcos —mil para él y sus hombres, mil para agua y provisiones— y me dejó aquí para que lo sustituyera» mientras él surcaba el Atlántico. Quizá la magnitud de la flota se exagerara, pero ¿por qué no iban los reyes africanos a ansiar la exploración igual que los genoveses? ¿Los *mansa* zarparon hacia América?

El suroeste americano estaba en horas bajas. En esa época ocurrió algo terrible en Cahokia y los demás reinos del Misisipí. La sequía, la enfermedad o la guerra acabaron con esos asentamientos, que quedaron abandonados. Las fosas comunes con cuerpos desmembrados, y a veces canibalizados, denotan una limpieza violenta y una migración en estampida. Aunque quizá no lleguemos a comprenderlo nunca, de ese caos surgió un reajuste de los pueblos de América del Norte y la migración hacia el sur de los pueblos que fundarían el Imperio mexica. Los cahokianos se vieron presionados por las migraciones de otras tribus, a las que probablemente se unieron los supervivientes; seguramente, algunos siguieron cultivando maíz, pero la mayoría eran cazadores y recolectores de maíz y frijoles. Tras la caída de los reyes del Misisipí, esas tribus probablemente se gobernaban mediante asambleas en las que los ancianos respetados debatían las decisiones con toda la tribu, incluidas las mujeres, y elegían a los líderes para las guerras o las cacerías especiales. Pero su mundo no era pacífico. Luchaban constantemente entre sí y ninguna tribu era dominante. La política de poder entre los pueblos de la inmensidad de América del Norte estuvo sometida a cambios constantes durante los dos siglos posteriores.

Las tribus que avanzaron y pudieron presionar a Cahokia o aprovechar el caos eran pueblos que hablaban lenguas uto-náhuatl

o uto-azteca y que se desplazaban hacia el este desde California. Algunos se quedaron en el norte —más tarde se convertirían en los pueblos comanche y shoshone—, pero muchos otros se sintieron atraídos a lo largo de los siglos por las ricas ciudades y las fecundas tierras del valle de México y emigraron hacia el sur. Todos ellos procedían de una tierra semimítica a la que llamaban Aztlán, origen de la palabra «azteca». Alrededor de 1300, entre los más pobres y últimos en llegar estaban los mexicas, a quienes trataron como parias y expulsaron a tierras menos atractivas.

Los mexicas llegaron a una tierra de ciudades poderosas, Texcoco y Azcapotzalco, donde los pueblos vivían de maíz y frijoles, cocinaban tamales y tortillas y bebían pulque, hecho con el cactus agave (mucho más flojo que el tequila y fermentado en lugar de destilado). Las mujeres hilaban tejidos de algodón; los hombres cultivaban y luchaban; no utilizaban ni el metal ni la rueda, pero los juguetes de sus hijos sí tenían ruedas; utilizaban caucho mezclado con la savia de la campanilla (un proceso que no se descubrió en Occidente hasta el siglo XIX) para hacer pelotas para sus juegos. A falta de metal, elaboraban vidrio volcánico con obsidiana para sus armas.[17]

Los mexicas se inspiraron no solo en las ciudades anteriores, sino también en las asombrosas ruinas de la misteriosa ciudad que llamaron Teotihuacan (hogar de los dioses) y Tula (lugar de juncos). En 1325, el dios supremo de los mexicas eligió el emplazamiento de una isla pantanosa matando a su sobrino Copil, arrojando su corazón al lago de Texcoco y diciendo a los mexicas que construyeran su ciudad donde encontraran un águila comiendo una serpiente. Levantaron Tenochtitlan allí porque nadie más quería ese lugar pantanoso, pero, igual que Venecia, una vez resuelto el exceso de agua, se convertiría en una ciudad prácticamente inexpugnable unida a tierra firme por una calzada.

Al principio, los mexicas sirvieron como soldados de la cercana ciudad-estado de Azcapotzalco, hogar de los tepanecas, compañeros de habla náhuatl del norte de América, a los que gobernaba una familia descendiente de los reyes toltecas, pero luego establecieron relaciones con muchas de las ciudades locales.

Por esa época decidieron elegir un monarca —un *tlatoani*, que significa «orador»— casando a su líder Acamapichtli con una princesa tepaneca. Elegido entre la familia por un consejo de grandes, el nuevo *tlatoani* se presentaba desnudo ante su dios patrono, y más tarde dirigía una expedición militar para capturar prisioneros para su sacrificio antes de la ceremonia de investidura con pompas, danzas y sacrificios humanos. Su hijo Huitzilíhuitl (pluma de colibrí) expandió la ciudad y el territorio mientras forjaba alianzas a través de matrimonios con princesas de reinos fuera del valle. Apoyó a los victoriosos tepanecas, que permitieron a los mexicas establecer su propia relación con la cercana Texcoco. Formalmente, solo el primero entre los iguales de una oligarquía de aristócratas, el orador, era dueño de todas las tierras, que asignaba a sus nobles, una élite a la cual servían los esclavos. Cuando un gobernante moría, sus esclavos morían con él. Los mexicas se establecieron en su ciudad-isla, pero tendría que venir un conquistador para conseguir un imperio.

El hombre más rico del mundo: Musa en El Cairo

Abubakari, *mansa* de Malí, probablemente nunca llegó a América.[18]«Fue la última vez que lo vimos», dijo su sobrino Musa, «y así me convertí en rey por derecho propio.» Es posible que Musa, de veinticinco años, sobrino nieto de Sundiata y ahora *mansa*, hubiera asesinado a su tío. Pero, sea como fuere, empezó a expandirse y conquistó «24 ciudades». Como musulmán devoto, prohibió esclavizar a otros musulmanes. En cambio, el *mansa* «libra una guerra santa permanente contra los paganos de Sudán, que son sus vecinos», y capturó a numerosos prisioneros a los que rápidamente convirtió en esclavos. Hay indicios de que Musa mató a su propia madre, tal vez un accidente que le animó a emprender el hach: preguntó a sus abogados qué podía hacer para ganarse el perdón de Alá. Musa planeó una grandiosa peregrinación a La Meca pasando por la mayor ciudad del islam, El Cairo, y partió con un séquito de veinte mil cortesanos (algunas fuentes afirman que

fueron sesenta mil), numerosos soldados, catorce mil esclavas y quinientos esclavos. «Cada uno de los esclavos», escribió al-Sadi de Tombuctú, «llevaba en la mano una vara de quinientos mizcales de oro [1,7 kilos].» Los camellos transportaban «cien cargas de oro». Mientras el norte de África estaba sumido en el caos, el sultán mameluco An-Nassir Muhammad, hijo de Qalawun, se hallaba en la cima de su prestigio: gobernaba Egipto, Israel, Siria, La Meca y Medina. Pero el esplendor de Musa había impresionado incluso a los cairotas, y tenían muchas ganas de ayudarlo a deshacerse de todo el oro que fuera posible. Al acercarse, Musa envió cincuenta mil dinares de oro como regalo a An-Nassir, que lo recibió en su palacio de la ciudadela de Saladino, donde el *mansa* «se negó a besar el suelo».

«Yo no me postro ante nadie excepto Dios», dijo Musa, ante lo cual, An-
Nassir le «excusó» y se sentaron juntos como iguales: el mayor de los sultanes y el mayor de los *mansa*. El primero, hijo de un esclavo; el segundo, descendiente de reyes.

Tras pasar un año en El Cairo, Musa «y sus seguidores compraron todo tipo de cosas creyendo que su dinero era inagotable». Pero los egipcios estafaron sistemáticamente a los malienses. Musa gastó tales cantidades que el mercado del oro se hundió. En las conversaciones que mantuvo con personalidades egipcias habló de la extraña muerte oceánica de su predecesor y del origen de la increíble riqueza de su familia. Tras realizar el hach, Musa tuvo que pedir un préstamo para mantener su estilo de vida durante su vuelta a casa. La mayoría de sus esclavos murieron por el camino, así que compró sustitutos turcos, eslavos y etíopes, un total de doce mil a los que llevó de regreso a África occidental.

Ya en casa, Musa se anexionó las antiguas ciudades comerciales de Djenné, Gao y Tombuctú. En esta última recurrió a su nuevo arquitecto andaluz al-
Sahaheli para construir la mezquita de Djingareyber (hecha de tierra) y la madrasa de Sankore (ambas aún en pie), así como el palacio del *mansa*. Musa y sus sucesores se reunían en un pabellón abovedado que custodiaban trescientos arqueros y lanceros. Los

anunciaban trompetas y tambores. Todo ello lo captó la aguda mirada de un peregrino de Marruecos que hizo su hach pasando por El Cairo más o menos al mismo tiempo que Musa: Ibn Battuta se embarcó más tarde en un increíble viaje que lo llevó a conocer al kan de la Horda de Oro, a servir a un sultán psicópata de Delhi[19]y a sustituir a amigos marroquíes en la China mongola. Tras sobrevivir por poco a robos, tragedias y asesinatos, ayudó a gobernar las Maldivas, donde se casó. En todos los lugares de Asia y África se encontró con la esclavitud y disfrutó de sus beneficios: coleccionó y desechó esclavas, esposas y amantes, cuyas cualidades fueron plasmadas con todo lujo de detalle.[20]

Cuando visitó Malí bajo la dinastía Keïta, quedó impresionado por la magnificencia de los *mansa*, pero estaba dispuesto a sermonear a los malienses por su relajada actitud hacia la libertad femenina: las mujeres se sentaban a charlar libremente sin estar confinadas en ningún harén ni llevar la cara tapada, mientras que sus esclavas e hijas «se presentaban desnudas ante ellos exponiendo sus genitales».

A su regreso, el rey de Fez le ordenó que escribiera sus memorias. Tal vez el mejor libro de viajes, *Un regalo para los que contemplan las maravillas de las ciudades y las maravillas de los viajes*, es un relato de los 188.000 kilómetros que había recorrido (Marco Polo solo había recorrido 19.000, pero estaba a punto de escribir el otro gran libro de viajes de su época).

Marco Milione nunca había luchado, pero ahora Venecia y Génova estaban en guerra. Marco equipó su propia galera y se unió a la flota que lideraba Andrea Dandolo, hijo del dux y descendiente del conquistador ciego de Constantinopla. Pero en septiembre de 1298 fue derrotada en Dalmacia; Venecia perdió 83 de sus 95 barcos y más de cinco mil marineros (muchos de ellos galeotes), Dandolo se golpeó gravemente la cabeza contra un mástil y capturaron a Marco. Encarcelado en Génova, Marco no tardó en relatar sus hazañas a los embelesados carceleros y prisioneros, entre los cuales había un escritor de romances artúricos, Rustichello, que decidió documentar los exagerados pero deliciosos *Viajes* de Marco, que ahora se leían en todo el mundo y daban a

conocer China, la India y Persia a personas que nunca habían salido de sus ciudades. Cuando lo liberaron, Marco se casó, pero se había convertido en un oligarca rico, mezquino y litigante. En las calles, los niños le gritaban: «¡Cuéntanos otra mentira, Marco!», pero él siempre llevaba un ejemplar de los *Viajes* en el bolsillo para leerlo en voz alta. Al morir en 1324, el contenido de su testamento, en el que se desprendía de su esclavo mongol Pedro y dejaba el tocado de Kököchin y la *paiza* de Kublai a sus hijas, revelaba que nunca se había olvidado de Xanadú.

Polo e Ibn Battuta eran unicornios de la aventura. Aunque la mayoría de la gente se quedaba en sus pueblos y aldeas, cada vez eran más los que viajaban o se acercaban a mundos diferentes, y gran parte de ello obedecía a la Familia Dorada, cuyos ejércitos y contactos habían unido más que nunca el este y el oeste. Pero eso podía ser un arma de doble filo: la plaga aceleraría sus estragos al mutar en una cepa mucho más contagiosa.

En 1347, los cuerpos hinchados y descompuestos de los soldados muertos empezaron a precipitarse sobre los asediados esclavistas genoveses de Kaffa.

LA MUERTE DESTRUCTORA: CUATRO ESCRITORES EN LA PESTE NEGRA

Janibeg, el kan de la Horda de Oro y gobernante de Rusia, ordenó que se catapultaran cadáveres infestados de peste a Kaffa para acelerar su rendición. A menudo se cita como el momento en que la peste se trasladó del imperio mongol a Europa occidental, pero es más probable que los patógenos ya hubieran cruzado fronteras.

Igual que había viajado hacia el oeste, la peste se había desplazado simultáneamente hacia el este, empezando por el centro: las lápidas nestorianas cerca de Issyk-Kul, en Kirguistán, mencionan la peste en 1338-1339. Mientras los irresponsables descendientes de Kublai luchaban por el poder, las catástrofes naturales —inundaciones y hambrunas— se combinaron con una ola de rebeliones campesinas que extendieron la enfermedad por

China y socavaron a la dinastía. La población de China, con 120 millones de habitantes, pudo reducirse a la mitad. La peste también viajó hacia el oeste por las rutas comerciales mongolas hasta el ilkanato, que ahora gobernaba el joven Abu-Saïd, a quien Ibn Battuta describió como «la más bella de las criaturas de Dios». Pero el kan del ilkanato estaba en guerra con su primo, Uzbeg, kan de la Horda de Oro, que en 1335 invadió el Cáucaso. Abu-Saïd, de treinta años, se apresuró a repeler a Uzbeg, pero murió por la peste junto con seis de sus hijos. Las muertes repentinas provocaron la desintegración del ilkanato, el segundo Reino de Oro donde la peste hizo estragos.

En algún momento de sus enfrentamientos, el patógeno se contagió al tercer kanato. Uzbeg se había expandido por Europa: había atacado Tracia y obligado al emperador Andrónico III a que le entregara una de sus hijas como esposa. En Rusia, asesinó al menos a cuatro Rúrikovich y promovió como principal ejecutor mongol a Yuri de Moscú, con quien casó a su hermana. Moscú se enriqueció tanto que el hijo de Yuri recibió el apodo de Iván Bolsa de Dinero.[21]En Crimea, Uzbeg confirmó Kaffa como genovesa y Tana como veneciana, pero en 1343, después de su muerte, fue el asesinato genovés de un musulmán lo que provocó que su hijo Janibeg sitiara Kaffa. En 1346, cuando Janibeg regresó con fuerzas que incluían a sus aliados moscovitas, la peste azotó su campamento; en última instancia, una cuarta parte de la población de la Horda de Oro moriría. Tanto si lanzó cuerpos infectados a Kaffa como si no, los genoveses se contagiaron.

Janibeg levantó el campamento y sus tropas propagaron la enfermedad por Rusia y Escandinavia. Un barco de esclavos genovés que navegaba de Crimea a Alejandría sufrió un brote tan grave que, de 300 pasajeros, solo 45 llegaron vivos cuando atracó, aunque acabaron muriendo igualmente. En octubre de 1347, doce barcos genoveses atracaron en Mesina (Sicilia) con un cargamento espantoso: personas muertas y moribundas, cubiertas de llagas negras del tamaño de un huevo y llenas de sangre y pus. Como hemos visto, las pulgas de las marmotas, delicias de los jinetes nómadas, y luego de las ratas, al acecho en los fétidos

campamentos de los ejércitos, en los callejones de los muelles y en las bodegas de los barcos, resultaron ser eficientes vectores mortales. Europa ya estaba débil a causa de una gran hambruna y la desnutrición disminuyó la resistencia a la enfermedad. La mejor forma de entender el curso de la pandemia —la peste negra— es a través de cuatro de los hombres más refinados de su época, escritores de mundos diferentes que, ante lo absolutamente insoportable e impensable, hicieron lo que hacen los escritores: escribir.

En Alepo, que gobernaban los sultanes mamelucos, al-Wardi, historiador y autor del tratado geográfico *La singularidad de las cosas extrañas*, fue uno de los primeros en comprender la extrañeza de una pandemia mundial. «La peste comenzó», decía, «en el país de las tinieblas.» Incluso ante el horror, al-Wardi escribía con siniestro ingenio:

¡Ah, pobre de aquel a quien llame!
Encontró la grieta en las murallas de China:
no tenían ninguna posibilidad contra su avance.
Se paseó por Catay, hizo posada en Hind
y cercenó almas en Sind.
Pasó a cuchillo a la Horda de Oro, paralizó Transoxiana
y atravesó Persia.
Crimea se encogió y se desmoronó.

Pero ahora se acercaba aún más: «Destruyó a la humanidad en El Cairo ... detuvo cualquier movimiento en Alejandría, atacó Gaza, atrapó Sidón y Beirut; disparó sus flechas hacia Damasco. Allí, la peste se sentó como un león en un trono y se balanceó con poder, y mató a mil o más día tras día». Finalmente llegó a Alepo.

Al mismo tiempo, en Túnez, capital de un reino magrebí en la costa africana, un joven de diecisiete años llamado Ibn Jaldún y su hermano Yahya estudiaban filosofía, matemáticas e historia con famosos eruditos. Pertenecían a una familia de aristócratas andaluces que habían huido de España. Pero ahora la peste azotaba Túnez.

Al otro lado del Mediterráneo, en Italia, un poeta florentino, Francesco Petracco —que latinizó como Petrarca—, estaba en su momento más dulce. A la Italia de Petrarca, amante de la poesía, la acosaban las guerras, y era escenario de conflictos entre los emperadores alemanes y los reyes franceses, que establecieron su propio papado en Aviñón. La política florentina era especialmente despiadada: al padre de Petrarca, que se dedicaba a la política, lo exiliaron de Florencia, al igual que a otro florentino, Dante Alighieri, que en la década de 1320 terminó el poema épico *Commedia*, que influyó a fondo en Petrarca. El muchacho se formó como clérigo y notario, y sirvió como secretario de un cardenal en Aviñón, pero buscó la iluminación en el mundo clásico estudiando las cartas de Cicerón, y lo único que deseaba era ser poeta. También hizo algo peculiar que se convertiría en parte de la civilización europea: comulgar con la naturaleza y subir a una montaña solo por diversión.

Su epopeya *África* —sobre Escipión— le dio a conocer desde bien joven. En 1327, a los veintitrés años de edad, su vida cambió cuando vio a una mujer casada en la iglesia. «Luché con todas mis fuerzas contra un amor abrumador pero puro», escribió, «el único que tuve.» Pero esa aventura inspiró el *Cancionero* de sonetos de amor que le hizo famoso.

Como sacerdote, no podía casarse ni tener aventuras, pero tuvo un hijo y una hija con una amante. En 1341, su poesía le valió el honor de ser nombrado poeta laureado en Roma. Estaba en Verona y su carrera se hallaba en pleno apogeo cuando fue testigo de la llegada de la «guadaña de la muerte». Su hermano, un monje cartujo, vio perecer a 34 de sus compañeros. «¡Oh, hermano mío!», se lamentó Petrarca. Pero lo peor estaba por llegar. Perdió a dos de sus seres más queridos, su hijo y su misteriosa musa:

> Laura, ilustre por sus virtudes y largamente celebrada en mis canciones, saludó por primera vez mis ojos en los días de mi juventud … Pero en el año 1348 se retiró de la vida mientras yo estaba en Verona, ajeno a mi pérdida … Ese mismo día enterraron su cuerpo casto y encantador: su alma, según creo, volvió al cielo, de donde vino. Escribir estas líneas en el amargo recuerdo de este

acontecimiento y en el lugar donde más veces se encontrarán mis ojos tiene algo de cruel dulzura.

En Alepo, al-Wardi observó las medidas desesperadas que se tomaban contra la peste: «Oh, si pudieras ver a los nobles de Alepo estudiando sus libros de medicina. Siguen sus remedios comiendo alimentos secos y agrios. Los bubones que perturban la vida de los hombres se untan con arcilla armenia». Pero aun así llegó. En Verona, Petrarca vio morir a sus seres queridos —«¿Dónde están ahora nuestros dulces amigos, dónde sus rostros amados, sus palabras tranquilizadoras, su compañía suave y agradable?»— mientras mantenía correspondencia con un nuevo y joven admirador, Giovanni Boccaccio. A su compatriota florentino, cuyo padre trabajaba para los Bardi, no le gustaba la banca. Después de que su padre lo enviara a la libertina corte napolitana, el joven Boccaccio se enamoró de una musa, a la que llamó Fiammetta (llamita), y fue ella quien inspiró sus primeros poemas.[22]Cuando Boccaccio intentó ejercer la abogacía, también la aborreció. Soñando con la literatura, anhelaba conocer a Petrarca.

Puesto que murieron cien mil florentinos en tres meses, Boccaccio huyó al campo. Fue testigo de cómo, «al principio, algunas hinchazones, en la ingle o en las axilas, crecían hasta hacerse del tamaño de una manzana; otras, del de un huevo; algunas más; otras menos, y a estas el vulgo las llamó forúnculos de peste».[23]Nadie entendía cómo se propagaba, pero intuían que era por medio de un «miasma». Sus sospechas no eran del todo erróneas, pues la mutación neumónica se transmitía por el aliento, las pieles y los alimentos. «Algunos decían: la corrupción del aire mata. Yo dije: el amor a la corrupción mata», escribió al-Wardi, riéndose de cómo «perfumaban sus casas con alcanfor, flores y sándalo, llevaban anillos de rubíes, comían cebollas, vinagre y sardinas.» Boccaccio comentaba que «el mero hecho de tocar la ropa parecía contagiar por sí mismo la enfermedad». Muchos creían que tenía un origen divino: «Oh, Dios, actúa bajo tus órdenes», como lo plasmó al-Wardi. «Líbranos de esto … Pedimos perdón a Dios por nuestras malas almas.»

Y entonces la peste mató a su ingenioso cronista al-Wardi.

En Túnez, Ibn Jaldún vio morir a su madre y a su padre a causa de la peste negra, así como a muchos de sus maestros. Él y su hermano sobrevivieron y observaron cómo «las ciudades y los edificios quedaban arrasados; los caminos, borrados; las mansiones, vacías; las dinastías y las tribus, debilitadas. Cada rincón del mundo habitado cambió».

Los sentimientos de impotencia, miedo, aversión y sospecha se desbordaron. En Alemania y Austria, a los judíos, los forasteros locales, los acusaron de haber envenenado pozos y los quemaron vivos. Los flagelantes viajaban de ciudad en ciudad azotándose en señal de arrepentimiento. El «miedo y las ideas rocambolescas» se extendieron mientras «hombres y mujeres ignorantes se autoproclaman médicos», escribió Boccaccio. Ningún tratamiento funcionaba; la punción de los bubones solo conseguía propagar el patógeno; la quema de especias cubría el hedor de la putrefacción; las sangrías, las ventosas y la colocación de palomas medio muertas sobre los bubones no salvaban a nadie.

Al amanecer se arrojaban los cadáveres fuera de las casas y se amontonaban con otros cuerpos en carromatos: «Un hombre muerto no tenía más importancia que una cabra muerta». Los sepultureros se hicieron ricos y se volvieron arrogantes: supervisaban las fosas comunes en las que «los cuerpos se estibaban como fardos en la bodega de un barco». La mayor parte de la población huyó al campo, con la esperanza de que el aire más limpio y el mayor espacio aliviaran la peste negra, pero las historias de pueblos llenos de muertos y cadáveres tirados junto a las carreteras demostraron que tampoco era un refugio. Investigaciones recientes constatan que no era la densidad de personas, sino la de ratas, la que marcaba la tasa de mortalidad. Además, las gallinas, las vacas y los cerdos también eran portadores. «Algunos vivían en pequeñas comunidades»; otros «comían y bebían desmesuradamente, iban de taberna en taberna y satisfacían todos los apetitos.» Las mujeres nobles mostraban sus cuerpos a los sirvientes y se acostaban con ellos. Entonces, sin motivo aparente, la primera oleada de la peste remitió.

En octubre de 1350, Florencia encargó a Boccaccio que acogiera a un hijo famoso que volvía a casa: Petrarca. Este era nueve años mayor que él, pero se hicieron amigos. Boccaccio lo llamaba «maestro» y juntos vieron el regreso de la peste: «Hemos llorado el año 1348. Pero ahora nos damos cuenta de que fue solo el principio del luto y de que esta extraña fuerza del mal, inaudita a lo largo de los siglos, no ha cesado desde entonces y está dispuesta a golpear por doquier, a derecha e izquierda, como un hábil luchador. Así, después de haber barrido varias veces el mundo entero, ahora que ninguna parte ha quedado indemne, ha azotado algunas regiones dos, tres y cuatro veces».

Las tasas de mortalidad fueron asombrosas —el 50 % de los seis millones de habitantes de Inglaterra; el 75 % de la población de Venecia; el 98 % de algunas partes de Egipto— y acabó matando entre un tercio y la mitad de la población de Eurasia y el norte de África. De los 75 millones de europeos, murieron 25. El virus también llegó al oeste y al centro de África, donde se encontraron pueblos abandonados. En todo el mundo, el número total de muertes fue de entre 75 y 200 millones. Y eso tampoco fue el final: las pandemias siempre vuelven, y la peste golpeó repetidamente durante los siglos siguientes.

Finalmente, en Ragusa (Dubrovnik), las autoridades venecianas ordenaron a los marineros que permanecieran en sus barcos durante treinta días (*trentino*), que más tarde se elevarían a cuarenta (*quarantino*), un sistema que empezó a funcionar. Pero para la mayoría era demasiado tarde. El superpropulsor definitivo, la peste negra, lo cambió todo.

Acto noveno
350 millones

Los timúridas, los Ming y el oba de Benín

Los otomanos llegan a Europa: dos castillos y una boda

Todos estos agudos observadores se asombraron ante aquel horror que, según escribió Ibn Jaldún, había «engullido muchas de las cosas buenas de la civilización y las había arrasado». Petrarca se preguntaba: «¿Cómo creerá la posteridad que ha existido una época en la que ... casi todo el mundo se quedó sin habitantes? ¿Casas vacías, ciudades desiertas, campos abandonados y una soledad terrible y universal en toda la Tierra? ... Oh, qué felices las gentes del futuro, que no han conocido estas miserias y tal vez clasifiquen nuestro testimonio junto a las fábulas».

La peste negra inspiró un nuevo sentido del poder superior de Dios, pero también una apreciación del valor de la humanidad en sí, la mayor creación de Dios. Petrarca, volviendo la vista hacia la luz de la cultura clásica, denominó a esos siglos transcurridos «la edad oscura». Con ello anunciaba una nueva luz: la celebración del conocimiento y la belleza, incluyendo la del cuerpo humano, que se convirtió en el Renacimiento. Mientras le rezaba a Dios, las obras tardías de Petrarca ubicaban al ser humano en el centro del mundo. Boccaccio también celebraba el alegre ingenio de la humanidad frente a la catástrofe, imaginando a siete mujeres y tres hombres jóvenes escapando de la peste para refugiarse en una finca rústica a las afueras de Florencia, donde, a lo largo de diez días, se cuentan cien historias sobre el amor, el sexo y lo absurdo —el *Decamerón*— que reflejarían la «comedia humana». (Fue Boccaccio quien bautizó como *Divina comedia* la obra maestra de Dante.)

Esta enfermedad cambió la sociedad y el poder «como una creación repetida original», escribió Ibn Jaldún, «un mundo que ha

vuelto a existir desde cero». Boccaccio percibió la euforia de los supervivientes en «la moral más relajada de las mujeres que sobrevivían». Se volvieron más independientes y hedonistas, algo que Boccaccio celebró con el primer libro de biografías de mujeres, en este caso 106, muchas de ellas míticas: *De mulieribus claris* (*De las mujeres ilustres*). Aunque el número de muertes fue inferior entre los ricos que vivían en entornos más espaciosos y cambiaban de residencia con mayor facilidad, la peste redujo su control, creando una escasez de mano de obra que elevó el estatus de la gente común. Los talleres de elaboración de lana de Italia, Flandes, Inglaterra y Francia no tenían suficientes trabajadores. El aumento de los salarios y la disminución de la desigualdad dieron lugar a un mayor poder adquisitivo que dobló la inversión per cápita, provocando a su vez una mayor producción de textiles y otros bienes de consumo. Menos bocas que alimentar significaban mejores dietas. Los salarios de las mujeres, que hasta entonces habían sido la mitad que los de los hombres, ahora eran iguales. Los trabajadores formaron gremios. La nueva confianza que sentía la gente común la impulsó a iniciar una oleada de revueltas campesinas. La falta de mano de obra exigió nuevas fuentes de energía —se aprovechaban los sistemas hidráulicos para impulsar los molinos de agua y los hornos de fundición— y se obtuvieron nuevos trabajadores no remunerados de una fuente completamente nueva: la esclavitud africana. La demanda de seda, azúcar, especias y esclavos inspiró a los hombres europeos, vinculados por un nuevo espíritu de grupo, a viajar al extranjero y destruir a sus enemigos, en el este y en la propia Europa, de forma que pudieran satisfacer esos apetitos. La rivalidad aumentó las mejoras en las armas de fuego, los cañones, la pólvora y los galeones. La paradoja de la peste negra no fue solo que elevó el respeto hacia la humanidad, sino que también la degradó. No solo diezmó Europa; también se convirtió en un factor del auge de Europa.

Y, por supuesto, las pandemias cambian a las familias: desde la época del papa Gregorio I a finales del siglo VI, la Iglesia había intentado imponer su propia y peculiar política matrimonial antiparentesco. Ahora la peste la favorecía. Los trabajadores

jóvenes, incluyendo las mujeres, trabajaban más tiempo y ahorraban más antes de casarse, más tarde, en torno a los veinte, de forma que podían permitirse vivir en sus propias casas, pequeñas unidades de producción, donde hacían prendas de hilo para vender. En las familias más importantes, esto concentró la propiedad de la tierra en los hijos mayores legítimos. La institución de la familia nuclear prosperó especialmente en Europa.

Nadie esperaba que los reyes y reinas resolvieran la crisis. Aunque en las épocas modernas las pandemias daban más poder a los gobiernos, al principio «abrumaban a las dinastías en el momento de la vejez», escribió Ibn Jaldún, «y debilitaban su autoridad». La peste mató a varios gobernantes, desde Semión, el gran príncipe de Moscú, hasta los kanes de Asia.

En Francia, donde los reyes habían conquistado la mayoría de los territorios heredados por los monarcas ingleses, la mitad de la población pereció; el orden se vino abajo. La Inglaterra insular resistió mejor: a sus diecisiete años, Eduardo III —uno de los pocos reyes ingleses que podrían merecer el epíteto de «grande»— había tomado el poder de su madre y su amante en un golpe nocturno que lideró personalmente con un grupo de amigos. Ahora se hallaba en medio de una exitosa pero carísima campaña para hacerse con el trono francés, pues tenía un sólido derecho a reclamarlo. Justo antes de que llegara la peste, derrotó a los franceses en Crécy, y luego conquistó Calais, amenazando con engullir toda Francia ayudado por una red de alianzas europeas.

Cuando la peste llegó en 1348, estaba enviando a su hija de catorce años, la princesa Juana, a casarse con el príncipe Pedro de Castilla, hijo de Alfonso XI el Justiciero. Sin embargo, cuando la chica desembarcó en Burdeos, la peste la mató a ella y a la mayor parte de su séquito. Mientras su cuerpo seguía en el castillo, la peste avanzó por el puerto, cobrándose tantas vidas que el alcalde le prendió fuego y quemó también el cuerpo. «Ved con qué intensa amargura en el corazón tenemos que deciros esto», le escribió Eduardo a Alfonso, «la peste negra (que se lleva a jóvenes y ancianos por igual, sin perdonar a nadie y reduciendo a ricos y pobres al mismo nivel) nos ha arrebatado a ambos, por desgracia, a

nuestra querida hija.»[1]Mientras la peste mataba a un tercio de la población inglesa, subiendo así los salarios, Eduardo trató de limitar los de los jornaleros. Pero Inglaterra se recuperó tan rápido que en 1356 estaba reuniendo de nuevo un pequeño ejército de seis mil hombres para atacar Francia. En Poitiers su hijo, el Príncipe Negro, derrotó a los franceses y capturó a su rey, que falleció durante su cautiverio británico.

Petrarca perdió a su hijo por la peste, pero después de trabajar como diplomático durante una década, se retiró con su hija a Padua. Él y Boccaccio, que también ejercía de diplomático, siguieron siendo amigos íntimos y carteándose. Cuando Petrarca murió, le dejó cincuenta florines a Boccaccio «para comprar un batín cálido para el invierno». Ibn Jaldún sirvió a reyes desde Granada hasta El Cairo, pero fue su experiencia sobre la peste lo que inspiró su gran proyecto: una historia universal. A lo largo de su extraordinaria carrera, fue testigo directo de cómo la caída de dinastías y la peste negra abrían el juego del mundo a dos nuevos contendientes turcos.

Dos castillos y una boda marcaron la llegada de un nuevo poder a Europa. La boda, que tuvo lugar en 1346, justo cuando la peste estaba a punto de llegar a Constantinopla, era entre Teodora, la hija de dieciséis años del pretendiente imperial Juan VI Cantacuceno, y un bey turco —líder de una banda de guerreros— llamado Orhán, de sesenta y cinco, cuya familia dominaría un día el sureste de Europa y Asia occidental hasta 1918.

Orhan descendía de un caudillo, Ertuğrul, al que los selyúcidas habían concedido tierras en el noroeste de Turquía. El hijo de Ertuğrul, Osmán —u Othman, de ahí el nombre familiar «otomano»—, había forjado un principado cerca del Bósforo aprovechando las guerras civiles de Constantinopla, a la que la peste también debilitó de forma fatal; a los otomanos les afectó menos. En 1329, el hijo de Osmán, Orhán, un incansable guerrero que gobernó durante casi cuarenta años, derrotó a Andrónico III, anexionó Nicea y Nicomedia y obligó a los emperadores romanos a acompañarlo a él, un simple bey turco, durante su campaña. A cambio de apoyar a un pretendiente al trono de Justiniano, se ganó

ese matrimonio imperial romano.

En 1354, los otomanos hicieron su debut en Europa. La peste apenas había reprimido el estallido de una nueva guerra entre las codiciosas ciudades italianas de Génova y Venecia, librada en Constantinopla. Orhán apoyó a los genoveses y cruzó a Europa, donde ocupó la fortaleza de Galípoli, cuyos muros destruyó un terremoto fortuito.

Aquello fue solo el principio. Orhán mandó a su hijo Murad, hijo de una concubina griega, a asumir el mando en Europa, donde más tarde tomó Bulgaria, atacó Valaquia (Rumanía) e invadió Albania, Bosnia y Serbia. El emperador Juan V apeló a los reyes cristianos más cercanos, los de Serbia y Hungría, para que lo ayudaran contra los otomanos. En 1371, Murad aplastó a los serbios en el río Maritsa. Los otomanos habían conquistado gran parte de los Balcanes cristianos ortodoxos, aunque solo gobernaban un pequeño territorio en Asia, lo cual dio forma a su naciente estado. Reclutando a su infantería entre esos eslavos cristianos, Murad compraba o secuestraba cada año un cupo de niños cristianos de entre ocho y doce años, una práctica conocida como *devshirme*, para que sirvieran como cortesanos y soldados en su *Jeni Ceri* —nuevo ejército—, su cuerpo de jenízaros; la caballería seguía obteniéndola de las levas turcas de los beys de Anatolia. Las personas esclavizadas podían llegar a ser incontables, millones. Al mismo tiempo, su harén lo formaban niñas robadas en pueblos eslavos o islas griegas, vendidas a menudo a través de kanes mongoles y traficantes de esclavos italianos. Si bien los otomanos eran turcos de Turkmenistán, el sistema de Murad implicaba que los otomanos solían ser hijos de concubinas eslavas, y los visires también solían ser eslavos. Proclamándose sultán y eligiendo al primer gran visir que gobernó el estado otomano, Murad conquistó los Balcanes, ajenos a la aparición de una fuerza feroz por el este que desafiaría a los otomanos y aterrorizaría al mundo conocido desde China hasta Siria.

Patrón de una violencia espectacular y experto en exquisitas obras de arte, fue un coleccionista de escritores, esclavas, ciudades y reinos que construía al mismo tiempo torres de cabezas humanas

y minaretes de una belleza sobrecogedora. Tomando prestado el juego del ajedrez de la India y, como es típico, desarrollando sus propias reglas, este cruel depredador sufría cojera y lo habían mutilado, pero distaba mucho de ser un tullido.

Las torres de cabezas: Tamerlán y el poeta Hafiz

Adolescente en la década de 1350, Timur, hijo de un líder de la tribu de los Barlas turco-mongoles y nacido en Kesh (Shahrisabz, cerca de Samarcanda), estaba saqueando un pueblo vecino cuando un pastor le disparó flechas que le perforaron las piernas y una mano. Perdió dos dedos, su brazo quedó dañado y su cojera debía de ser acusada, pero esas heridas nunca fueron un obstáculo para montar o para su puntería, ni disminuyeron su asombrosa confianza. A los cuarenta, alto y con una cabeza enorme, pelo rojizo y pecho fuerte, el carisma que lo envolvía le había permitido controlar las caóticas rivalidades de los kanatos de Oro y crear una coalición de mongoles, turcos y persas que pronto dominaría Asia occidental. Sus contemporáneos lo llamaban Timur Lang, en persa, o Timur Lenk, en turco (Timur el Cojo): Tamerlán.

Solo la familia de Oro de Gengis podía gobernar como kan, así que mientras se coronaba emir de Transoxiana, convirtiendo Samarcanda en su capital, Tamerlán estableció a un kan títere y se casó con la viuda de uno, Saray Mulk Khanum. Rondaba la treintena, era «incomparablemente bella» y descendiente directa de Gengis, lo cual permitió a Tamerlán adoptar el título de *gürkan*, o yerno imperial. En guerra y expandiendo sus territorios de forma constante, era emperador a todos los efectos excepto en el nombre. Tenía 43 concubinas favoritas, pero solo Saray era su consejera y ejercía de regente en Samarcanda cuando él estaba fuera luchando. Era la líder de sus esposas. Solo cuatro de sus muchos hijos llegaron a adultos, y su favorito era Jahangir, al que casó con una heredera de Oro, Khanzada, nieta del kan Jani Beg de la Horda Dorada. Cuando Tamerlán había marchado contra el padre de ella en 1374, este último envió a su hermosa hija al encuentro del

conquistador, al frente de una procesión de regalos. Tamerlán hizo las paces de inmediato y casó a Khanzada con Jahangir, pero su hijo murió por una enfermedad dos años después. Al férreo Tamerlán se le rompió el corazón, y enterró al joven en una espléndida tumba (aún en pie) en su ciudad natal de Kesh, donde planeaba ser enterrado él también. «Todo se volvió melancólico para él, casi siempre tenía las mejillas inundadas de lágrimas.» Mientras ascendía a sus hijos y a su familia para hacerse con el mando del creciente imperio, prestaba una atención especial a la viuda de Jahangir, Khanzada, y a sus hijos.

Tamerlán era hijo de la ferocidad de la estepa y del refinamiento de la cultura persa urbana, y se proyectaba a la vez como conocedor y carnicero. Adoraba la poesía persa y acogió al poeta Hafiz, un inteligente y pícaro cronista del amor, el sexo, el vino y el misticismo que había escrito un famoso *ghazal* —un poema de amor y nostalgia— para una chica:

Si esa belleza de Shiraz cogiera mi corazón en sus manos,
por el lunar negro de su mejilla
renunciaría a las ciudades de Samarcanda y Bujará.

Tamerlán se burlaba de él:

—¡Por mi espada! He conquistado gran parte del mundo para embellecer Samarcanda y Bujará, y ¿tú las cambias por una muchacha de Shiraz?

—Oh, soberano del mundo —repuso Hafiz—, es tal generosidad la que me ha reducido, como veis, a mi actual situación de pobreza.

Tamerlán se echó a reír y lo recompensó. La opinión real de Hafiz sobre los políticos y los paladines era:

Darío, Alejandro, su gran algarabía
puede resumirse simplemente en una o dos líneas.[2]

La coalición de Tamerlán, formada por mongoles, turcos, persas y uzbecos, se mantenía unida por las constantes victorias y

los eternos saqueos para distraer y recompensar a sus codiciosos emires. Pero la única forma de conservar el poder era mediante una guerra interminable, impulsada por una ambición tan colosal que agotaba incluso a sus paladines, que —como los de Alejandro — le rogaban que descansara y los dejara disfrutar del botín. Embarcándose en veinte años de lucha implacable, saqueando ciudades desde Bursa y Bagdad hasta Damasco y Delhi y teniendo que reconquistar a menudo la rebelde Korasán, Tamerlán reclamó todas las tierras de la dinastía selyúcida y las de la dinastía de Oro, recurriendo al terror a escala mongola, creando torres de cabezas muy alegremente para anunciar su crueldad. En Sebzewar, Irán, amontonó a dos mil prisioneros vivos y los hizo enyesar como si fueran torres vivientes. Se jactaba de que sus torres de Isfahán contenían setenta mil cabezas. Nadie conoce el número de sus víctimas, pero una estimación afirma que mató a 17 millones de personas, el 5 % de la población mundial.

A comienzos de la década de 1380, aceptó como aliado a un ambicioso kan de Oro llamado Toqtamish. Los príncipes rusos liderados por Dmitri Donskói de Moscú acababan de derrotar a la Horda, pero dos años después el kan Toqtamish restableció el poder de Oro, prendió fuego a Moscú y asesinó a la mitad de los moscovitas.[3]Entonces Toqtamish desafió al propio Tamerlán.

Con 1385 como punto de partida de una campaña que duró diez años, derrotó poco a poco a Toqtamish en una serie de batallas —una de las cuales «consideraba su mayor victoria»— que fueron arrasándolo todo en dirección norte, cruzando Rusia rumbo a Moscú: los esqueletos sin cabeza, sin manos y sin pies dan fe de su paso. En Crimea, esclavizó a los genoveses y los venecianos en Kaffa y Tana.

Mientras Tamerlán cruzaba Rusia a galope, el sultán otomano Murad y su hijo Bayezid, «el Rayo», conducían a su ejército de treinta mil hombres a Kosovo para enfrentarse a quince mil serbios. El 15 de junio de 1389, en el Campo de los Mirlos, cerca de Prístina, Murad, de sesenta y tres años, al mando del núcleo y en medio de «un círculo de camellos encadenados» mientras sus hijos el Rayo y Yakub tomaban la derecha y la izquierda, resistió

una carga de la caballería pesada cristiana. Doce caballeros serbios liderados por el príncipe Lazar intentaron abrirse paso hasta el sultán. Uno de ellos, Miloš Obilić, se rindió, pero cuando se postró ante el ganador hundió en el vientre del sultán una daga que llevaba escondida. Cogieron a Lazar y lo decapitaron. Con el cuerpo de su padre aún caliente, el Rayo, de veintinueve años, invitó a su hermano Yakub a la macabra tienda del sultán y lo hizo estrangular, ese cumplido inverso de las gentes de la estepa, que nunca derramaban sangre monárquica. Fue el primer fratricidio otomano, el inicio de una grotesca institución. Después de casarse con Olivera, la hija del príncipe Lazar, y acabar con la cruzada del rey de Hungría,[4]el Rayo pensó que era hora de tomar Constantinopla. Asedió la mermada Gran Ciudad y construyó un castillo en el lado asiático, Güzelce Hisar, que sigue en pie. Con el oeste asegurado, el Rayo viró hacia el este, donde se encontró con un triunfal Tamerlán, gobernante ya de todos los kanatos de Oro de Asia central, Persia, Irak, Afganistán y Georgia, a lo cual había añadido un nuevo trofeo: la India.

Tamerlán conquista Delhi; el Rayo encerrado

El 17 de diciembre de 1398, mientras Tamerlán se acercaba a la gran ciudad de Delhi, el sultán se enfrentó a él con un enorme ejército de elefantes con armadura. La caballería de Tamerlán entró en pánico con el olor de los paquidermos, pero Tamerlán cargó a sus camellos con paja y madera, prendió fuego a las cargas y los dirigió hacia las líneas indias. Los camellos, enloquecidos por el fuego y aullando de dolor, cargaron contra los elefantes, que, aterrorizados, salieron en estampida hacia el ejército indio. El sultán —cuyo reino del norte de la India había quedado socavado por las psicóticas depredaciones de su abuelo—[5]también era musulmán, pero Tamerlán alegó que se trataba de una guerra santa porque los gobernantes indios estaban satisfaciendo la idolatría hindú. El sultán huyó y dejó decenas de miles de prisioneros que Tamerlán ejecutó en masa. En la conquista de Delhi, Tamerlán

respetó a sus habitantes, pero saqueó la ciudad con tanta agresividad que los indios se rebelaron. Ante ello, sus tropas perdieron los estribos y masacraron a miles de personas. Entronizado en Delhi, Tamerlán recibió el saludo de 120 elefantes mientras asesinaba a hindúes y destruía sus templos.

Llevándose a artistas indios para embellecer Samarcanda y elefantes para fortalecer su ejército, Tamerlán volvió a su capital sabiendo que era hora de decidir la sucesión. Escogió como heredero a su nieto mayor, Muhammad Shah, hijo de Jahangir y Khanzada: enérgico y capaz, el joven llevaba en las venas la sangre de Gengis Kan y Tamerlán. Pero Tamerlán tenía un problema familiar causado por su hijo más joven, Miran Shah. Casado con Khanzada, la viuda de Jahangir, Miran Shah era un alcohólico rechoncho y maltratador que osó decir que su padre era viejo y debía dejar que los hijos gobernaran. Khanzada acudió a su suegro, le enseñó su blusa ensangrentada por las palizas de Miran Shah y lo informó de sus tendencias traidoras. Tamerlán, que había llorado con la muerte de Jahangir, volvió a hacerlo. Miran Shah suplicó piedad con una soga alrededor del cuello y fue perdonado, pero nunca volvió a ascenderlo. Khanzada se unió al hogar de Tamerlán.

Tamerlán nunca pudo descansar durante mucho tiempo. El Rayo estaba expandiéndose hacia el este y adoptó el título de sultán de Rum, que el propio Tamerlán reclamaba. «No eres más que una hormiga», dijo Tamerlán al Rayo; «no busques luchar contra los elefantes porque te aplastarán bajo sus pies. ¿Cómo puede un principito como tú enfrentarse a nosotros? Pero tu arrogante parloteo no es nada especial: los turcos siempre dicen tonterías.»

«Vamos a perseguirte durante todo el camino hasta Tabriz», respondió el Rayo, que formó una alianza con los mamelucos de Egipto. Los agotados generales de Tamerlán le pidieron un descanso, advirtiéndole que la guerra contra dos reinos poderosos no era prudente, pero el conquistador, a pesar de ser sexagenario, hizo caso omiso. En 1401 aplastó la rebelde Bagdad, donde cada soldado recibió la orden de entregar dos cabezas a los

constructores de torres, y luego avanzó hacia el Rayo. Pero los sultanes mamelucos amenazaban su flanco, así que se desvió hacia Siria.

El sultán mameluco, un chico de catorce años, se dirigió hacia el norte acompañado de su sufrido tutor y célebre historiador Ibn Jaldún, que tenía setenta años.[6]Tamerlán tuvo poco trabajo con el joven sultán, que regresó a El Cairo y dejó a Ibn Jaldún para negociar la rendición de Damasco.

Bajaron al anciano historiador de las murallas damascenas en una cesta y lo convocaron en la majestuosa tienda de Tamerlán. «Lo encontré apoyado sobre su codo mientras se servían platos de comida», recordaba Ibn Jaldún. «Hice una reverencia. Él levantó la cabeza y me ofreció la mano para que la besara, cosa que hice.» Entonces Tamerlán le preguntó por la historia de su vida e Ibn Jaldún relató sus aventuras.

—No es suficiente —dijo Tamerlán—. Quiero que escribas una descripción detallada del Magreb de tal forma que pueda verlo con mis propios ojos.

—Llevo treinta años queriendo conoceros —dijo el historiador.

—¿Y eso por qué?

—Sois el soberano supremo del universo. No hay nadie comparable, ni César, ni Josrow, ni Alejandro, ni Nabucodonosor... El sultán Timur es invencible.

Tamerlán se encogió de hombros con un gesto de modestia.

—¿Yo? Solo soy un representante del emperador. ¡El soberano es él! —dijo, señalando a un desgarbado principito de Oro, su hijastro.

Mientras negociaba la rendición de Damasco e invitaba al historiador a unirse a su consejo, Tamerlán habló sobre la historia de Babilonia hasta que un emir susurró que sus hombres estaban listos para asaltar la ciudadela damascena, que aún resistía.

El conquistador «fue llevado en volandas debido a sus problemas de rodilla y montó en su caballo, se sentó erguido y cabalgó hacia Damasco con las bandas tocando en un frenesí triunfal». Después, acompañado de Ibn Jaldún, utilizó ballestas,

catapultas y lanzallamas contra la ciudadela. Cuando hubo caído, Tamerlán ordenó que saquearan la ciudad, que asesinaran o quemaran vivas a treinta mil personas y que emparedaran sus cabezas en las inevitables torres. Charlando cordialmente sobre la historia y la vida con aquel diabólico conquistador, Ibn Jaldún sabía que debía medir sus palabras si quería seguir vivo.

—Pide lo que quieras —dijo Tamerlán mientras ardía la ciudad—. Lo haré por ti.

—Mi exilio me ha vuelto olvidadizo —dijo Ibn Jaldún, experto en apaciguar a monarcas letales—. Quizá *vos* podáis decirme lo que deseo.

—Quédate conmigo —dijo Tamerlán.

—¿Puede haber más generosidad aparte de la que ya me habéis dispensado? Me habéis abrumado con favores...

Tamerlán lo entendió.

—¿Deseas volver a El Cairo?

—Mi único deseo es serviros. Si mi regreso a El Cairo os sirve, iré. Si no, no siento ningún deseo de ir.

—Cumpliré tu deseo —dijo Tamerlán, que lo envió de vuelta a El Cairo.

Entonces centró su atención en los otomanos. El Rayo rompió el sitio de Constantinopla. En Ankara, Tamerlán y sus 150.000 hombres, con 32 elefantes, cuyos mahouts iban armados con lanzallamas, se enfrentaron a los 100.000 del Rayo.[7]Este último quedó rodeado y dispararon a su caballo desde abajo. Después fue capturado por el nieto de Tamerlán, Muhammad Shah (hijo de Jahangir y Khanzada), que resultó herido y acabó muriendo. Constantinopla se sometió a Tamerlán, que avanzó hasta el Egeo y atacó Esmirna (Izmir). Tamerlán trató al Rayo con amabilidad, pero después de que intentara escapar lo confinaron en un carruaje con rejas y murió tres meses después (Tamerlán heredó a su joven esclavo bávaro, Schiltberger).

El momento de gloria otomana había terminado.

Emperador del mundo: Tamerlán en Samarcanda

Tamerlán tenía el mundo a sus pies. En Samarcanda contemplaba sus siguientes conquistas mientras supervisaba a sus arquitectos indios y árabes y recibía a un emisario de la lejana España.[8]

«Samarcanda era la ciudad más maravillosa del mundo», relató el castellano Clavijo, que encontró al canoso Tamerlán dando audiencias en un jardín paradisiaco. Estaba recostado bajo un dosel, sobre una tarima con bordados, y llevaba una capa de seda lisa y un sombrero blanco adornado con joyas, «tan anciano y débil que sus párpados apenas se mantenían abiertos». El conquistador vivía en tiendas con cúpula, mientras que sus mujeres residían en palacios. Tamerlán, «de excelente humor, bebía mucho vino y hacía que sus invitados lo imitaran» mientras se mataban corderos (y criminales). Inspeccionaba sus obras de construcción cada mañana, «y pasaba la mayor parte del día allí».

Sus visitantes más importantes procedían de China. En 1403, los emisarios chinos anunciaron el ascenso de un nuevo emperador y pidieron un tributo. Tamerlán los arrestó. Un nuevo emperador había cometido la impertinencia de expulsar de China a la Familia de Oro. Tamerlán afirmó ser su heredero y declaró la yihad contra China.

Tamerlán estaba en lo cierto al considerar a China una amenaza. En aquel momento, su emperador estaba entregado a un impresionante proyecto: enviar una enorme flota para expandir el poder chino hasta Persia, justo dentro de la esfera del conquistador. Y la nueva dinastía era obra del hombre más humilde que jamás había creado una dinastía, el único emperador que empezó su vida, literalmente, como un mendigo.

El emperador mendigo: la muerte por mil cortes y los nueve exterminios familiares

Su mirada desorbitada, su mandíbula saliente, su frente abombada, su cara picada de viruela, su fornida constitución y su altura inusual no condenaron a Zhu Yuanzhang —el futuro emperador Hongwu—, sino todo lo contrario: en un extraño momento de

portentos milenarios y rebeliones místicas, su impactante fealdad auguraba un futuro extraordinario para el hombre de violencia desenfrenada y visión sin límites. En cualquier otra época habría podido ser un funcionario local, pero en tiempos de oportunidades extremas, los personajes extremos prosperan.

Mientras la dinastía mongola de Kublai Kan se deterioraba, debilitada por la peste, Zhu Yuanzhang nació (casi a la vez que Tamerlán) en una familia itinerante tan pobre que sus padres vendieron a sus hermanos. Cuando tenía dieciséis años, sus padres y su último hermano murieron por la peste. Nadie podía permitirse enterrarlos ni alimentarlo a él, y fue entregado a un monasterio budista, cuyos monjes lo enviaron a mendigar. Mientras China se desgarraba a raíz de las milenarias revueltas de los Turbantes Rojos (que esperaban la llegada de Maitreya, el futuro Buda, Rey de la Luz), el novicio mendicante se unió a un caudillo insurgente, que lo ascendió y lo casó con su hija.

En 1356, Zhu, ya líder de su propio ejército, cruzó el Yangtsé y tomó Nankín, convirtiéndola en su capital. Empezó a reclutar a ilustres escribanos como consejeros, aprendiendo historia y rituales y siguiendo el modelo del fundador de la dinastía Han. A continuación, abriéndose paso por China, hizo la guerra a gran escala, recurriendo a los cañones y la pólvora. En 1363, con una flotilla de enormes barcos-torre (*louchuan*) y un ejército de cerca de trescientos mil hombres, derrotó a sus enemigos —un contingente de doscientos mil soldados— en el lago Poyang en una batalla que sigue siendo el mayor combate marino de la historia. Mataron a unos sesenta mil marineros enemigos.

«Somos el gobernante del corazón del país ... provenimos de la gente sencilla de Anhui», admitió el exmendigo en 1368, explicando cómo el mandato celestial había pasado de la familia de Kublai Kan a él. «Cargando con el mandato celestial y los espíritus de los ancestros, aprovechamos el "otoño de caza de ciervos" [caos] ... Los grandes funcionarios civiles y oficiales militares y las masas se suman hoy para pedir nuestro ascenso.» Justo cuando Tamerlán se convertía en gobernante de Asia central, Zhu se declaraba emperador Hongwu (gran militar) de una nueva dinastía

Ming (radiante).

Hongwu, que gobernaba desde Nankín, era tan excepcional como su aspecto. Después de conquistar Dadu (Pekín), restableció el poder imperial y las oposiciones de Confucio y persiguió a los funcionarios corruptos, a los que desollaban vivos. Pero era cada vez más paranoico y sanguinario, volviéndose en contra de sus propios amigos, que lo habían asesorado durante su ascenso, y desplegando su policía secreta, la Guardia del Uniforme Bordado o Jinyiwei, que tenía sus propias cámaras de tortura. Impuso la pena colectiva de los nueve exterminios familiares, que significaba que las familias de la víctima eran asesinadas hasta llegar al noveno grado —de hecho, todos los parientes—. Los líderes ascendían con sus clanes y caían también con ellos; las mujeres se enfrentaban a la esclavitud o la muerte. Los altos responsables sufrían la muerte por mil cortes, el antiguo *lingchi*, el desmembramiento y corte en cuatro partes mientras seguían vivos, que podía hacerse menos doloroso con opio. A los cortesanos y ministros los golpeaban en presencia de Hongwu, y a veces los mataban. En 1380 ejecutó a su principal consejero y a quince mil miembros de su familia (según su propia estimación); un ministro fue asesinado junto con treinta mil personas de su clan. Solo la señal mística de un rayo que cayó en su palacio detuvo el horror.

«Un sinfín de personas» fueron ejecutadas, reconocía él mismo en su edicto de instrucción, los *Grandes anuncios*, excusando sus purgas y tomando el control de su propio gobierno. Dado que las denuncias despertaban sus frenesíes homicidas, reflexionó: «Si soy indulgente, la gente dice que soy atolondrado … Si soy duro, me llaman tirano». A veces sentía que todas aquellas matanzas eran inútiles: «El imperio se pacificó, la gente era malvada, los funcionarios corruptos. Aunque se ejecutara a diez por la mañana, otros cien volverían a hacerlo esa misma noche».

Sus hijos, elegidos para gobernar las regiones, estaban aterrorizados. Cuando convocaba de urgencia a un hijo y a su nuera, ambos se suicidaban. Otro hijo sufrió una sobredosis de elixires taoístas. Nombró como heredero a su nieto mayor Zhu Yunwen, imponiendo el principio de la primogenitura para evitar

el caos de las sucesiones mongolas, pero esto decepcionó profundamente a su cuarto hijo, el feroz y capaz Zhu Di (príncipe de Yan), que esperaba que el trono fuera para él.

Zhu Di fue nombrado guardián del sector militar más problemático, el norte, donde continuaba la guerra contra la familia de Gengis y los mongoles. En el sur, su padre hacía campaña en Yunnan, donde entre los prisioneros había un huérfano musulmán, Zheng He, que fue castrado y entregado como regalo al príncipe Zhu Di.

En 1398, mientras Tamerlán avanzaba por el oeste, el viejo monstruo Hongwu murió por fin y fue enterrado con 38 concubinas sacrificadas. Su nieto veinteañero Zhu Yunwen, amable e intelectual, se convirtió en el emperador Jianwen (establecimiento del civismo) y canceló los brutales edictos de su abuelo. Redujo a sus poderosos tíos, pero el más fuerte —Zhu Di, de treinta y ocho años— resistió.

Visionario, extravagante y arrogante, y un guerrero enérgico tan sediento de sangre como su padre pero estudioso de los clásicos de Confucio, Zhu Di era un enemigo peligroso. Antes de que el emperador pudiera actuar contra él, marchó hacia el sur con su ejército. En julio de 1402 irrumpió en la capital del sur, Nankín. Cuando el palacio prendió fuego, el emperador desapareció, pero su cuerpo calcinado y el de su emperatriz y su hijo mayor se encontraron convenientemente entre las cenizas y fueron mostrados (mientras que un hijo superviviente fue encarcelado durante cuarenta y cuatro años). Todo esto, a pesar de las historias románticas que aseguraban que el bondadoso y joven emperador había escapado, permitió a Zhu Di convertirse en el emperador Yongle (felicidad perpetua).

Lidió con la resistencia ejercida por los partidarios de su sobrino desmembrando a miles de personas, recurriendo a la Guardia del Uniforme Bordado de su padre y creando también una policía secreta de eunucos, el Ala Oriental. Cuando el tutor de su sobrino, Fang Xiaoru, fue condenado a los nueve exterminios familiares, gritó: «¡Nada de nueve! ¡Que sean diez!». Yongle lo aceptó. Mientras cortaban a Fang por la cintura, con 872 parientes

esperando a ser desmembrados, escribió la palabra «usurpador» con su propia sangre.

Yongle consideraba que el corazón del país representaba el poder supremo y mundial, y declaró que su padre «había recibido el mandato de los cielos y se convirtió en el señor del mundo». Pero un hombre se interponía en su camino: Tamerlán.

Seguir el camino chino: el almirante eunuco y la tumba de Tamerlán

Justo después de su ascenso en 1403, Yongle ordenó a Zheng He, de treinta y tres años y director de los sirvientes del palacio con el rango 4A —el mayor rango que podía ostentar un eunuco, señalado con una túnica roja en vez de azul—, que construyera una flota enorme para proyectar el poder chino hacia el océano Índico, una región que conocían bien sus marineros. No hay constancia de las conversaciones de Yongle con Zheng He, pero el venidero choque con Tamerlán sin duda contribuyó. El proyecto de Zheng no era un viaje de exploración o de conquista. «Los cuatro mares son demasiado extensos para que los gobierne una sola persona», dijo Yongle. La armada se concibió para intimidar a los gobernantes locales y que reconocieran la supremacía china y pagaran tributo, aunque, si era necesario, también podía eliminar a los piratas y aplastar cualquier resistencia.

Ante la yihad de Tamerlán, la decisión de Zheng He resultaba irónica: era bisnieto de Omar de Bujará, el gobernador musulmán de Yunnan de Kublai, descendiente de Mahoma, que había convertido al islam a muchas personas en su provincia. El padre y el abuelo del chico habían hecho la hach, pero su padre había sido asesinado durante la invasión Ming después de que lo castraran. Uniéndose al séquito de Yongle, este descomunal soldado de dos metros —«De mejillas y frente altas, nariz pequeña, ojos penetrantes y una voz potente como un gong»— ganó batallas en la guerra civil.

Mientras se construía la flota, a comienzos de 1405 Yongle

recibió la noticia de que Tamerlán estaba acercándose con un ejército gigantesco. Tamerlán «estaba delicado de salud», observó Clavijo. «Ya no podía mantenerse en pie durante mucho tiempo ni montar a caballo, por lo que siempre tenían que llevarlo en una litera.» Pero jamás había perdido una guerra. Se reforzaron las defensas fronterizas y la flota de Zheng He estaba casi lista para navegar. Pero justo después de unirse al ejército, Tamerlán, de unos sesenta y ocho años, murió, desatando así la guerra entre sus hijos y nietos, de los cuales su hijo menor, Shahruj, se convirtió en sucesor.[9]Gobernando desde Herāt (Afganistán), Shahruj hizo las paces con Yongle, que en julio le ordenó a Zheng que saliera a la mar con una flota de 255 barcos con 24 cañones cada uno y capacidad para 27.500 hombres. Los 62 «barcos del tesoro» de nueve mástiles eran gigantes, con 120 metros de largo y 50 de ancho[10].

«El funcionario del palacio Zheng He y otros», relataba la crónica de la corte, «fueron enviados a los países del océano occidental con cartas imperiales y regalos de oro, brocados, sedas estampadas y gasas de seda para sus reyes.» Zheng navegó a Champa, que reconoció la soberanía china, luego a Malasia y Java y después a Sri Lanka y Calcuta (India). En ese mismo viaje derrotó a una flota pirata y mató a cinco mil hombres. Dejó inscripciones en distintas paradas, invocando a Buda, a Alá, a la diosa del mar Tianfei y también a las deidades hindúes, combinando maestría política con un poético respeto por el mar: «Hemos cruzado cien mil lis de vasto océano y contemplado grandes olas que subían hasta alcanzar el cielo ... Ya fuera con llovizna y una espesa niebla o con un oleaje impulsado por el viento y alzándose cual montañas ... desplegábamos nuestras velas como nubes, al vuelo, y navegábamos».

De vuelta en Nankín en 1407, acompañado de un rey pirata listo para ser decapitado y emisarios con tributos procedentes del sureste de Asia y la India, Zheng recibió el encargo de lanzar dos expediciones más. En la tercera, un rey de Sri Lanka lo desafió. Zheng He atacó su capital y capturó al rey, a quien sustituyó por un candidato chino. Los países de Luzón y Sulú (Filipinas),

Sumatra y Brunéi[11]intercambiaban emisarios y enviaban sus tributos al emperador Yongle. «Desde el borde del cielo hasta los confines de la Tierra», se jactaba Zheng, «no existen pueblos que no se hayan convertido en súbditos y esclavos.» Donde mejor se plasmaba su misión era en su inscripción en Malaca, que declaraba que «su virtuoso rey, presentando sus respetos a la soberanía imperial, desea que su país sea tratado como uno de nuestros dominios imperiales y siga el camino chino». El 19 de diciembre de 1416, Yongle celebró el regreso de Zheng recibiendo a 18 embajadores de los monarcas del sur de Asia que reconocían su poder. El emperador le encargó entonces un quinto viaje para llevar de vuelta a sus reyes a aquellos emisarios e ir mucho más lejos que antes: Arabia y África.

Yongle, incansable, libraba seis guerras mongolas y una vietnamita, restauraba el Gran Canal y construía una nueva ciudad, Pekín —«capital del norte»—, donde un millón de obreros, muchos de ellos esclavizados, trabajaron (y perecieron en gran número) en la construcción de grandes palacios en las 72 hectáreas de su santuario interior, la Ciudad Prohibida. En privado, los eruditos-funcionarios confucianos consideraban los viajes y los palacios algo extravagante y megalomaníaco. Yongle se volvió adicto a los elixires taoístas que contenían arsénico, plomo y mercurio y que estaban envenenándolo poco a poco.

Justo cuando inauguraba su nueva capital, lo golpeó un humillante escándalo sexual que planteó una pregunta incómoda: ¿era posible que al mayor emperador guerrero que existía sobre la faz de la tierra le pusieran los cuernos con un hombre sin testículos?

La masacre de las concubinas

No todos los eunucos habían sufrido la amputación del pene con la de los testículos: las relaciones sexuales —conocidas como relaciones vegetales— con las concubinas eran posibles pero estaban prohibidas. Las chicas eran propiedad del emperador.

Muchas concubinas disfrutaban de vínculos emocionales con los eunucos, y algunos de ellos acabaron en discretos romances. Pero los cortesanos eran espiados por los eunucos de la policía secreta del Ala Oriental.

En 1421, después de que Yongle se mudara a la Ciudad Prohibida, una concubina se suicidó después de tener una aventura con un eunuco. Yongle, humillado por haber sido engañado con un medio hombre, ordenó de inmediato el asesinato por cortes de 2.800 chicas, algunas de tan solo doce años, y sus eunucos. Las muchachas fueron «agujereadas, partidas, desgarradas y hechas trizas». Una joven concubina coreana, la dama Cui, sobrevivió porque estaba recuperándose de una enfermedad en Nankín, y escribió una crónica que se conservó. Al volver descubrió que todo su mundo había sido destruido. «Había un dolor tan profundo en el palacio que un trueno retumbó por los tres grandes salones», recordaba. «Cayó un rayo y, después de todos esos años de trabajo, quedaron reducidos a cenizas.» El fuego escarmentó al decadente emperador.

En 1424, Yongle, de sesenta y cuatro años, envió a Zheng en una pequeña expedición y luego se dirigió al frente mongol. Allí sufrió un ataque provocado por una sobredosis de sus elixires de la inmortalidad.

La dama Cui, de solo treinta años, y quince de sus chicas fueron estranguladas con sogas de seda blanca y enterradas después con Yongle en su tumba. El último sucesor de Yongle, su nieto Xuande, envió a su almirante a encargarse de otras tareas, y lo eligió para gobernar Nankín y para el puesto de gran director de los Tres Tesoros budistas, aunque le permitió un séptimo y último viaje. Esos viajes conectaron muchos mundos, pero ninguno tan diferente del de los Ming de Pekín como el de los sultanes suajilis de África oriental.

El Rey Leopardo y Juan el Bastardo

En enero de 1419, Zheng He, el almirante eunuco, después de

conseguir la sumisión de Ormuz (Irán), desembarcó en Adén (Arabia), donde los sultanes locales, ansiosos por evitar el poder de los mamelucos de El Cairo, se sometieron a Yongle e intercambiaron regalos antes de que la flota China partiera rumbo a Malindi, en África, para reunir una colección de leopardos, leones, camellos, rinocerontes y jirafas para el emperador. La sensación causada en Pekín por estas bestias impulsó más viajes a África.

China y África estaban conectadas desde hacía mucho: los mercaderes chinos, malayos y árabes comerciaban con porcelana y seda a cambio de marfil, ébano y oro; en Zanzíbar se han encontrado miles de monedas chinas y gran cantidad de porcelana. En el sexto viaje de Zheng, que partió en noviembre de 1421, la flota del tesoro visitó Barawa y Mogadiscio, puertos del reino somalí de Ajuran, que se extendía hasta Ogadén, en la frontera con Etiopía.[12]

La flota de Zheng navegó hasta Kilwa, fundada por africanos conversos al islam que se inventaron la ascendencia mítica de un aristócrata persa de Shiraz. Estos príncipes, casados ahora con personas africanas y árabes, quizá omaníes, controlaban un imperio litoral desde Mombasa (Kenia) hasta Sofala (Mozambique), con colonias en la Isla de la Luna (Madagascar). Cuando el sultán de Kilwa lo traicionó, Zheng asaltó la ciudad y navegó a Sofala. Los monarcas suajilis reconocieron entonces al emperador de China. Después de reunir incienso, ámbar gris, marfil, más animales (incluyendo elefantes y «aves-camello», o avestruces), es probable que Zheng, ya en su séptimo viaje, muriera en el mar de camino a casa. El emperador Xuande y sus burócratas rechazaban la falta de previsión de Yongle y atracaron las superflotas, quemando los registros de Zheng, convencidos de que la superioridad china no exigía ninguna conexión con el mundo exterior. China no volvería a proyectar un poder global como este ni regresaría con fuerza a África hasta la Iniciativa de la Franja y la Ruta de 2013.

Los chinos afirmaban que los suajilis comerciaban con «salvajes» esclavizados del interior de África, además de ébano, marfil y oro. Los elefantes y los hombres se cazaban por todo lo

que hoy es Kenia y Tanzania, pero el oro y el cobre que llegaban a Sofala para su exportación por el océano Índico procedían de un reino del interior: su capital, Zimbabue,[13]era una ciudad de piedra, la más antigua al sur del Sáhara, fundada en torno al 900, y cuyo Gran Recinto, con torres y murallas, se construyó en la década de 1200. Sus príncipes shona, que hablaban bantú, eran comerciantes de oro, ganaderos y fabricantes de cerámica. También eran dueños de los objetos de oro y las águilas esculpidas que se encontraron allí, así como de la porcelana procedente de China y Persia. Para cuando Zheng visitó Sofala, Zimbabue estaba cayéndose a pedazos, y a su gobernante, Mukwati, lo había desautorizado un príncipe más joven, Nyatsimba Mutota, que desafió su comercio de sal y oro y se separó para convertirse en *mwene* (rey) de un nuevo reino, Mutapa. Abarcando Tanzania, Zambia y Zimbabue, Mutapa se expandió aún más con el hijo de Mutota, Nyanhewe Matope. El *mwene*, que residía en Zvongombe, en el sur del Zambeze, y empuñaba un hacha ceremonial y una lanza de oro, gobernaba a través de nueve ministras conocidas como las Esposas del Rey: algunas sí eran sus reinas y hermanas, y otras eran asesoras. Pero Zimbabue perdió su importancia y lo abandonaron.

Los mundos del este y el oeste de África, radicalmente diferentes, estaban conectados por las rutas comerciales del Sáhara que conducían a Egipto y al Magreb, pero el movimiento entre ambos estaba bloqueado por la inmensidad de la jungla y la sabana. Aunque la política de África occidental era igual de dinámica y compleja: unos pocos pero poderosos reinos y una multitud de entidades más pequeñas luchaban por el territorio, por el control de los yacimientos de oro de los Akan y por los esclavos capturados en la guerra. Se comerciaba con el oro y los esclavos a través del Sáhara mediante las caravanas árabes; probablemente fueron más de seis millones de esclavos entre los siglos XI y XVII. Los reinos de habla bantú, muchos de ellos nuevos, fueron fundados, como sus equivalentes europeos, por caudillos inteligentes que utilizaban su carisma personal, conquistas sangrientas y matrimonios acertados. En torno a 1375, cuando Tamerlán y Hongwu eran líderes en alza, el mayor de esos reinos,

Congo, se creó mediante un matrimonio entre dos familias reales. El rey de Mpemba Kasi, Nima a Nzima, se casó con Luqueni Luansanze, la hija o hermana del rey de Mbata, Nsaku Lau. Sus hijos fusionaron los reinos y, gobernando hasta 1415, conquistaron buena parte de Angola y la República del Congo (Brazzaville) y construyeron una capital, Mbanza, que rápidamente se convirtió en el hogar de decenas de miles de personas. Escogido siempre de este linaje, el *manikongo* (rey) organizaba audiencias vestido de oro y plumas en un trono cubierto, y solo era posible acercarse a él postrándose. Nadie tenía permitido verlo comer.

En los alrededores de Mbanza, los esclavos trabajaban en las granjas. «Reunir esclavos dio a los reyes del Congo un gran poder.» La esclavitud era un elemento ancestral de la sociedad africana, «generalizada, porque los esclavos eran la única forma de propiedad privada que producía ingresos reconocida por la ley africana», escribe John Thornton; de hecho, los esclavos eran la «principal forma de riqueza en África central». Pero esta no era la esclavitud —la propiedad y el comercio de personas y sus hijos— de los imperios europeos posteriores. Congo se fundó sobre una artesanía experta y especializada en la herrería. Se decía que el primer rey había diseñado una forja especial, pero los *manikongos* comerciaban con marfil, pieles, tejidos, cerámica y esclavos, reaprovisionados constantemente con incursiones esclavistas y guerras de expansión.

En el norte, un dinámico *oba* (rey), Ewuare el Grande, estaba expandiendo un pequeño reino yoruba llamado Ibini —Benín (Nigeria)—. Descendiente de los Ogiso —reyes del cielo— de un reino Edo medieval, Igodomigodo,[14]su nombre real era Ogun, hijo de un oba expulsado por su hermano que, en el exilio, ganó confianza en sí mismo y aprendió magia, en parte sacándole una espina de la garra a un león, lo cual le otorgó poderes sobrenaturales. Después de asesinar a su hermano y cambiarse el nombre por Ewuare (la lucha ha terminado), simplificó la reglas de sucesión, reduciendo la influencia optativa de los *umaza* (jefes), antes de embarcarse en una serie de conquistas y embellecer los palacios de Ibini. Autodenominándose el Rey Leopardo, Ewuare

centró toda la vida en torno a él mismo y su familia, ascendiendo a la reina madre a un rango especial. Su ciudad de Benín se convirtió en la más extensa del África subsahariana, y pronto sería descrita por un visitante europeo como «más grande que Lisboa; todas las calles discurren en línea recta y llegan hasta donde el ojo puede alcanzar. Las viviendas son grandes, sobre todo la del rey, que tiene una decoración muy rica y unas finas columnas». Ewuare encargaba esculturas y tallas naturalistas hechas de coral, madera, terracota, piedra, hierro y bronce, que representaban a obas anteriores —a los que se veneraba como divinidades o se creía que poseían poderes sobrenaturales— o a sí mismo y sus reencarnaciones panterinas; sus artesanos también fabricaban pilares, altares, puertas y máscaras. Todo ello se utilizaba en un calendario de festividades para celebrar y restaurar el poder del oba y purgar los malos espíritus que pudieran amenazar al reino.[15]

En la ciudad vivían muchos de los esclavos capturados en las guerras de Ewuare, empleados como sirvientes, como jornaleros y como moneda de cambio para conseguir oro, marfil y cobre. Los libres se distinguían de los esclavos mediante rituales de escarificación. Los sacrificios humanos, con rituales de danza, honraban al oba y apaciguaban al dios-rey de la muerte. Cuando fallecía un oba, sus guardias eran sacrificados, sus mujeres se suicidaban y todos eran enterrados con él.

Ewuare, conocido ya como el Grande, acababa de empezar, sin saber que otra familia en el extremo noroeste del continente estaba dando sus primeros pasos en África.

El 21 de agosto de 1415, mientras los chinos visitaban la costa este de África, una flota de doscientos barcos portugueses que transportaban a 45.000 soldados liderados por el rey Juan y sus hijos invadió el noroeste y desembarcó en Ceuta (Marruecos) en una breve aventura cruzada que, poco a poco, llevaría a los aventureros ibéricos a rodear toda África hasta llegar a la India.[16]

Portugal era un país muy pequeño, de solo novecientos mil habitantes, y azotado por la peste negra. En el borde de la península Ibérica, una bisagra entre el Mediterráneo y el Atlántico, Europa y África, tenía una situación ideal para comerciar con el

norte, hacia Inglaterra, y con el sur, a lo largo de la costa africana.

Portugal se había convertido en un reino independiente con una familia de aventureros borgoñones en la década de 1140, pero su relación con su mayor rival, Castilla, era íntima y desconfiada, y las guerras se alternaron con los matrimonios durante siglos. En consecuencia, sus familias reales estaban muy interrelacionadas, hasta el punto de que una ocupación castellana de Portugal o viceversa nunca estaba del todo lejos, mientras que una puja inglesa por el trono de Castilla implicaba repetidas intervenciones desde Londres. Los tres reinos cristianos, Portugal, Castilla y Aragón, habían desempeñado heroicos papeles en la Reconquista, una cruzada contra los musulmanes que dejó Granada como el último reino islámico en España. Los duros pero empobrecidos nobles de Portugal, los *fidalgos*, estaban ansiosos por conseguir nuevos botines, y su nuevo rey, el Bastardo, tenía algo que demostrar.

Juan nunca imaginó que reinaría, pero había prosperado en una corte sórdida y cruel, gobernada por su errático y concupiscente padre.[17]Hijo tardío de una amante, el Bastardo, ascendido al puesto de maestre de la Orden cruzada de Avis, era más popular que su medio hermano legítimo que heredó el trono. Cuando ese hermano murió, la línea legítima —a través de la hija del rey casada con el monarca de Castilla— habría resultado en una anexión castellana. Sin embargo, la nobleza apoyó a Juan como la opción portuguesa más popular. Frustrando los intentos castellanos por conquistar el reino, salvó la independencia portuguesa. Su matrimonio con una princesa inglesa, Felipa, resultó en una línea de cinco impresionantes infantes, que estaban ya emocionados con la idea de embarcarse en una invasión de África para matar moros: la guerra era obra de Dios y la venganza por las numerosas invasiones marroquíes de la Península. El tercer hijo de Juan, Enrique, conocido más adelante por los extranjeros como el Navegante, era el más entusiasta.

Juan llegaba en el momento oportuno. Marruecos estaba dividido sin remedio y la aventura satisfizo a sus incansables *fidalgos*.

Cuando Juan desembarcó en Ceuta, los sorprendidos marroquíes zarparon, pero llegaron demasiado tarde. Después de una lucha feroz, los *fidalgos* de Juan se apresuraron hacia las puertas y entraron en la próspera ciudad. El príncipe Enrique desplegó un coraje demente en el ataque, acabó acorralado por guerreros marroquíes y tuvo que ser rescatado por un caballero que dio su vida por la del infante. El propio Enrique sufrió solo heridas leves. Juan desató tres días de saqueo, matando musulmanes con regocijo cruzado y torturando a árabes ricos hasta la muerte. Saquearon no solo a árabes, sino también a mercaderes genoveses ya en Marruecos. Los genoveses eran la vanguardia de los aventureros africanos: ya habían intentado tomar Ceuta y ayudaron a Castilla a cosechar la primera conquista atlántica, la de las islas Canarias.[18]Juan convirtió la mezquita en una iglesia y nombró caballeros a los tres infantes, Duarte, Pedro y Enrique. Tal era la escasez portuguesa de comodidades que sus soldados quedaron deslumbrados con las lujosas casas de Ceuta.

Resultó que los portugueses habían desarrollado una nueva tecnología naval: sus barcos ligeros —barcazas y bergantines, luego carabelas, todos pequeños, de menos de veinticuatro metros— eran robustos y manejables. Los marineros de Enrique habían empezado a entender la *volta do mar* (literalmente, el regreso del mar), una técnica de navegación que aprovechaba el viento circular y las corrientes marinas del Atlántico, que los conduciría a nuevas costas. Esas carabelas eran ideales para viajes de alta mar; luego, cuando los portugueses las llenaron con nuevas armas, como la *bombarda* —cañón—, esa mezcla de pólvora y ligereza demostró ser formidable. El Navegante no era ni explorador ni científico (no hay indicios de que fundara escuelas de navegación ni academias científicas), pero, elegido por su padre como administrador de la Orden cruzada de Cristo, no veía ninguna contradicción entre la obra de Dios, la grandeza de Portugal y la explotación de África. Ese fue el comienzo de un proceso que creó el mundo de hoy en día; luego llegó el imperio, y con él la colonización —«la reproducción de la sociedad propia mediante migraciones a larga distancia», según James Belich—, iniciada ahora por los

portugueses, seguidos por los españoles, los ingleses, los franceses y los holandeses, que, al final, mediante matanzas y destrucción, construcción y procreación, crearon unas sociedades híbridas en ocasiones únicas y después estados modernos en cuatro continentes lejanos.

Juan decidió conservar Ceuta, el comienzo de una nueva época de navegación imperial en la que una dinastía de una potencia europea, los Avís, utilizó sus nuevos barcos, su *bombarda* y su voraz ambición cruzada y mercantil para abrirse camino por África y Asia.

Acto décimo
350 millones

Los Médici y los mexicas, los otomanos y los Avís

Enrique el Navegante: esclavos, azúcar y oro

En 1425, el infante Enrique, duque de Viseu, ordenó la plantación de un nuevo cultivo en uno de sus territorios más recientes. Dicho cultivo, la caña de azúcar, cambiaría el mundo. La ubicación era la antes deshabitada isla atlántica de Madeira, reclamada por dos caballeros de Enrique, y lo desarrolló un mercader de Piacenza, Bartolomeu Perestrelo.

El azúcar tenía su origen en los mares del sur, probablemente en Papúa Nueva Guinea, y llegó a la India en torno al año 350 y más tarde al califato árabe. El *al-sukkar* era un cultivo intensivo, trabajado por *zanj*, esclavos africanos, en sus plantaciones de Irak y luego trasplantado por los árabes a Sicilia y al-Ándalus. Dado que la reaparición de los otomanos estaba bloqueando los suministros de azúcar desde el este, Enrique, respaldado por los genoveses, trajo brotes de azúcar desde Sicilia y los plantó en Madeira. Allí, Perestrelo, *capitão donatário* y señor de Porto Santo, una de las islas del archipiélago, usó trabajadores portugueses e italianos, a los que pronto se unirían dos mil esclavos, probablemente bereberes de Marruecos. Más adelante, su hija se casó con un joven marinero genovés llamado Colón.

A continuación, Enrique desarrolló las Azores, intentó robarle las Canarias a Castilla y luego, en 1434, ordenó a sus hombres que navegaran más al sur. Tres años después, dándose cuenta de que las caravanas del Sáhara estaban evitando Ceuta y llegaban a Tánger, convenció a su hermano, el rey Duarte, de que respaldara un ataque a Tánger, que resultó un desastre.[1]Los marineros de

Enrique empezaron a navegar alrededor de la costa de África occidental.

En 1444, uno de los secuaces de Enrique llegó a Lagos, en el Algarve, con las carabelas llenas con 225 esclavos, algunos bereberes y otros africanos negros: «Algunos suficientemente blancos, hermosos ... otros ... menos blancos, como mulatos; otros eran tan negros como los etíopes, y horrendos». Enrique los exhibió en la orilla del río. «No es su religión sino su humanidad lo que me hace llorar de pena por su sufrimiento», escribió un testigo, Gomes Eanes de Zurara, archivista real y biógrafo de Enrique. «Para agudizar aún más su padecimiento, empezaron a separarlos unos de otros para hacer los repartos. Hubo que separar a padres de hijos, a esposas de maridos, a hermanos de hermanos...» Buena parte del comercio de esclavos lo había impulsado en un principio la demanda de esclavos domésticos, que se incorporaban a los hogares. Pero con el nacimiento de la esclavitud atlántica, los traficantes de esclavos capturaban a familias enteras y luego las desgarraban. La esclavitud era una institución antifamiliar. Esta pequeña escena, llena de crueldad, hipocresía y avaricia, fue el comienzo de una industria que endulzaría los paladares europeos y envenenaría la sociedad durante cinco siglos.[2]

A partir de 1445, los capitanes de Enrique viajaron más allá del río Senegal y empezaron a negociar con potentados africanos que tenían sus complejos intereses y mucha experiencia en el comercio de pimienta, marfil, oro y esclavos con los mercaderes bereberes a través del Sáhara.[3]Los aventureros portugueses intercambiaban caballos o pagaban en monedas locales, lingotes de hierro, tejidos o, muy a menudo, conchas de cauri, y a cambio recibían esclavos —generalmente prisioneros de guerras contra enemigos vecinos—, pimienta, oro y marfil. Esos comerciantes dividieron en secciones la región conocida como Guinea (a partir de una palabra bereber para referirse a las personas negras) según su producto —Costa de Oro, Costa de la Pimienta, Costa de Marfil y Costa de los Esclavos—, como si fuera un hipermercado continental.

En las costas de África occidental, los recolectores de palma

estaban bebiendo vino de palma y tocando música con el *akonting* cuando, de repente, iluminados por unas luces sobre el mar, unos «fantasmas caníbales» desembarcaron y se los llevaron, y nadie volvió a verlos jamás. Esos recuerdos heredados, de los que se hace eco Daniel Jatta, un músico e historiador de Gambia, representan un momento crucial: los «fantasmas caníbales» eran los portugueses de Enrique; los recolectores de palma fueron de las primeras personas a las que se secuestró de las playas africanas y esclavizó (probablemente las llevaron a trabajar en las plantaciones de Perestrelo en Madeira). Mientras los Avís exploraban África, en Lisboa, Enrique le enviaba un regalo al papa Martín V, que ya sentía interés por África y la esclavitud. En 1418, poco después de su elección, Martín reconoció la campaña portuguesa en Marruecos como una cruzada, pero la esclavitud africana todavía no era un problema. Los esclavos mediterráneos seguían siendo turcos, eslavos y georgianos traídos por Génova, Venecia y Egipto a través de Crimea hasta los mercados cristianos e islámicos. En 1425, Martín prohibió la venta de cristianos a los musulmanes, pero no a los cristianos, ya que los italianos ricos solían tener esclavos eslavos (ortodoxos), por lo general muchachas para el trabajo doméstico y la explotación sexual. Pero Enrique le envió al papa diez esclavos africanos.

Martín estaba inmerso en un proyecto que cambiaría el mundo: el restablecimiento de un papado romano único después de un siglo de múltiples papas y antipapas simultáneos, respaldado por potentados franceses y alemanes, y que trajo consigo a una familia que definió un nuevo mundo mercantil y una nueva clase de dinastía: los Médici.

Cosme y el papa pirata: en nombre de Dios y los buenos negocios

En 1417, cuando fue elegido, el papa Martín vivía en Florencia, donde un banquero llamado Giovanni de Médici pronto se mostró deseoso de ganarse su favor. Enriquecidos gracias a sus negocios

papales, los Médici personificaban la creciente prosperidad de Florencia, una ciudad-estado toscana del interior y una república gobernada por la *Signoria*, un comité de nueve hombres y varios consejos más, elegidos todos ellos por sus gremios de comerciantes y dominados por sus dinastías mercantiles, que competían por el poder. Esos oligarcas compaginaban su necesidad de alardear de su magnificencia en la ropa, los palacios y las iglesias con la austeridad de las masas y la filantropía cristiana que se esperaba de un florentino próspero. Los Médici, descendientes de farmacéuticos que inspiraron su nombre y su insignia —las *palle* o bolas rojas que representaban píldoras—, habían ejercido varias veces de *gonfaloniere* (comandante), pero ahora parecían estar en declive.

Giovanni cambió eso. Los florentinos eran expertos en refinar, teñir y exportar la lana que recibían de Inglaterra, Flandes y Borgoña, un comercio favorecido tras haberse apoderado de Pisa y su puerto, Livorno. Médici era dueño de dos talleres de lana, pero luego se expandió gracias a otra especialidad florentina, la banca,[4]con la ayuda del uso generalizado en toda Europa de las monedas de oro de la ciudad, los florines. En 1401, Giovanni había participado en el encargo de unas puertas nuevas para el Baptisterio, un agradecimiento por la recuperación florentina de un brote de peste que se decidió por concurso. Lo ganaron conjuntamente Lorenzo Ghiberti y Filippo Brunelleschi, y Giovanni encargó a este último que construyera una basílica familiar para los Médici, conocida como San Lorenzo. Después, Brunelleschi creó la cúpula de 42 metros de diámetro de Il Duomo, la catedral de la ciudad, consagrada por el papa.

Médici se había hecho rico gracias a su amistad con el papa más insólito desde Marozia. Un pirata napolitano, Baldassare Cossa, había prosperado en medio del caos de múltiples papas, asesinando a su predecesor y ganando la elección como Juan XXIII, y su papado y sus guerras fueron financiados por su «gran amigo» Médici. Acompañado a menudo por el hijo de Giovanni, Cosme, Cossa esperaba acabar con el cisma de los papas, pero en 1414 fue depuesto, acusado de sodomía, piratería, asesinato, incesto y la

violación de doscientas chicas. Cossa escapó, pero fue capturado y encarcelado. Médici rescató a su patrón pirata y respaldó entonces a un prometedor cardenal, Oddone Colonna, un monje florentino y descendiente de Marozia. Los potentados eclesiásticos eligieron a Colonna como Martín V para reunificar la Iglesia. En septiembre de 1420, Martín pasó formalmente de Florencia a Roma, donde nombró a Médici banquero papal, ayudado por su hijo Cosme.

Con experiencia en el comercio en Roma y Flandes, Cosme, de treinta años, había sido educado por los eruditos humanistas de Florencia. A medida que los Médici se hacían más ricos, sus rivales en la *Signoria* sentían celos. «Que no parezca que das consejos, presenta tus opiniones discretamente durante la conversación», le dijo Giovanni a Cosme en su lecho de muerte. «No conviertas el gobierno en tu taller, espera hasta que seas llamado a él ... y mantente siempre lejos del ojo público.»

Justo después de la muerte de su padre, un grupo de la *Signoria* contrario a los Médici logró que Cosme fuera acusado de traición y tuvo la suerte de ser desterrado: «Si me enviáis a vivir con los árabes, iré con mucho gusto». Con frecuencia, la política es solo el arte de esperar. En 1434 lo invitaron a regresar. Gobernó mientras se las ingeniaba para parecer un ciudadano más, ejerciendo raras veces de *gonfaloniere* pero convirtiéndose en «rey en todo salvo en el nombre», según uno de los papas, durante los siguientes treinta años. Invirtió dinero en el embellecimiento de Florencia y continuó con el mecenazgo de artistas de su padre, que consideraba una apuesta contra las convulsiones políticas. «Conozco los estados de ánimo de la ciudad», dijo. «Nos habrán echado antes de que pasen cincuenta años, pero mis edificios perdurarán.»

Cuando su amigo toscano y compañero bibliófilo Tommaso Parentucelli fue nombrado papa Nicolás V, Cosme ayudó a financiar un proyecto impresionante: la nueva Roma. Abrió bancos por toda Europa con el eslogan «En nombre de Dios y los buenos negocios» y comerció con lana, especias y brocados. Pero buena parte de ello estaba fundamentado en el comercio de alumbre, un mineral necesario para los tintes, el vidrio y el curtido. Cuando el

avance otomano cortó los suministros del este, se desarrollaron minas de alumbre en las tierras papales. Médici fue elegido agente del alumbre papal, y dicho material financiaría el comienzo de una empresa de regeneración urbana que duraría dos siglos: una ciudad sagrada cristiana injertada en el esplendor pagano.

Roma estaba en ruinas. Sus monumentos —el Coliseo, las tumbas de Augusto y Adriano— estaban fortificados como cuarteles generales de los clanes rivales mafiosos, los Colonna y los Orsini. Durante los nueve años de su reinado, el papa, con el abundante dinero que conseguían de las guerras en Italia, el diezmo de Europa, el alumbre y un culto de peregrinación, empezó a restaurar Roma, un proyecto que sería uno de los motores de un nuevo resplandor intelectual. Este era el florecimiento anunciado por Petrarca en los días más oscuros de la peste que había arrasado Europa, y que también había roto el molde de sus estructuras e ideas, así como la competición de los estados europeos impulsada por nuevas tecnologías de guerra, nuevos medios de información y nuevos conceptos de humanidad y belleza. En esencia, se trataba de un cambio gradual de la creencia en la agencia divina total a la idea de que la propia humanidad era sagrada y bella, merecedora de expresión y mejora.[5]Todo ello generó una invencible sensación de posibilidad que, aunque se expresara como un regreso a la sabiduría clásica, en realidad era completamente nueva, reconfortantemente brutal y temeraria, brillante y descarada, basada en nuevas tecnologías como barcos, armas, viajes y un invento que permitió que la gente común lo leyera todo: la imprenta.[6]

Nicolás V y Cosme de Médici no sentían la limitación de las contradicciones entre la gloria cristiana y la grandeza pagana: se movilizaría todo para mayor gloria de Dios, el pontífice de Dios y el banquero de Dios. Nicolás convirtió el mausoleo de Adriano en su fortaleza papal, el castillo de Sant'Angelo, restauró los muros leoninos, cuarenta iglesias antiguas y los viaductos romanos, y trasladó su residencia del palacio de Letrán al Vaticano. Era un innovador —sobrevivió a las conspiraciones romanas para asesinarlo— pero también un actor europeo que eliminó al último

antipapa, apaciguó a Francia y, en marzo de 1452, ungió al nuevo rey alemán, Federico III, el primer Habsburgo coronado emperador por el papa.

Federico, de treinta y siete años, era un trabajador lento, soso, somnoliento y obeso que, irónicamente, sería el artífice del ascenso de los Habsburgo, pero su esbelta y hermosa mujer portuguesa, Leonor, que encontraba tediosa e ignorante a su corte vienesa, a la que le encantaban el baile y el juego, ayudó a su hermano, el rey Alfonso V, a conseguir el respaldo papal para nuevas expediciones africanas a cambio de ayuda para una crisis más urgente en el este.

En abril de 1453, Mehmed II, el sultán otomano de veintiún años, rodeó Constantinopla con un ejército de 160.000 hombres que incluían a miles de arcabuceros de élite, una flotilla de 110 barcos y 70 cañones, de los cuales uno era tan grande que hicieron falta 60 bueyes para tirar de él. La época de los cañones y las armas de fuego había llegado.

El Degollador y el Conquistador: la caída de Constantinopla

El emperador Constantino XI Paleólogo pidió ayuda a Europa. El papa Nicolás V envió una flotilla, en parte financiada por los portugueses, con Isidoro, obispo metropolitano de Kiev, y dos mil voluntarios genoveses corrieron a auxiliar a Constantinopla. La ciudad, hogar de solo cincuenta mil *romaioi*, había sido durante mucho tiempo el codiciado trofeo de los otomanos.

Tamerlán había destruido casi por completo el sultanato, pero el padre de Mehmed, Murad II, enérgico, capaz pero irregular, inestable y distraído, se había agotado peleando: en las marchas turcas, donde los beys consiguieron la independencia respaldados por el hijo de Tamerlán, Shahruj;[7] y en los Balcanes, donde Hungría, Venecia y Serbia se rebelaron. En la costa del Egeo, Gjergj Kastrioti, un principito cristiano convertido al islam y criado en la corte otomana —donde lo conocían como Iskender beg—, había ejercido de gobernador, pero se había rebelado, reconvertido al

cristianismo y autoproclamado señor de Albania, y desafió a Murad durante veinticinco años, haciéndose llamar Skanderbeg. Sin embargo, el sultán mejoró su ejército, encargando cañones y algo nuevo: unas armas de fuego portátiles que se disparaban desde el hombro, herederas de las jabalinas de fuego chinas y conocidas más tarde como arcabuces. Estos fueron los primeros mosquetes, utilizados primero por los jenízaros de Murad y adoptados al poco tiempo por sus enemigos cristianos.

En 1444, después de arrodillarse ostentosamente en Varna para rezar en plena batalla, Murad derrotó a los húngaros y mató a su rey. Entonces, el sultán de cuarenta años sufrió una crisis personal, llamó a su hijo Mehmed, de solo doce años, a la capital, Edirne (Adrianópolis), y abdicó. Mehmed fue coronado con la espada de Osman. Pero, en 1448, los húngaros, los polacos y los valacos avanzaron, y Mehmed, exasperado por la crisis de mediana edad de su padre, le dijo: «Si vos sois el sultán, dirigid vuestros ejércitos. Si yo soy el sultán, entonces os ordeno que vengáis y dirijáis mis ejércitos». Murad regresó y juntos vencieron a los cristianos. El sultanato se restableció, pero entre los territorios europeos y asiáticos se encontraba la mermada Gran Ciudad: Constantinopla.

El plan de Mehmed era conquistar Constantinopla, pero lo frustró su paternalista visir turco, Çandarlı Halil Pasha, que recibió sobornos de Constantino IX. Cuando su padre murió en 1451, Mehmed hizo estrangular a su hermano, un fratricidio que convirtió en política,[8]y luego se volvió en contra de Constantinopla. Çandarlı prefería mantener Constantinopla como un estado clientelar, pero cuando los *romaioi* conspiraron contra Mehmed, el visir les advirtió: «Griegos estúpidos. Solo conseguiréis perder lo poco que tenéis».

Mehmed era un visionario cosmopolita. Educado por tutores turcos e italianos, había leído la *Ilíada* y la *Vida de Alejandro* de Arriano, hablaba siete lenguas y escribía poesía persa y turca. Creció entre principitos cristianos, como Radu el Hermoso, uno de los hermanos Drácula.[9]Se hicieron amantes, y Mehmed le escribió poemas eróticos —«Sus labios le dieron vida de nuevo a alguien

cuyas miradas matan»— en una cultura que consideraba la sexualidad una cuestión de poder en vez de identidad: el penetrador viril y el penetrado sumiso. Aspirando al legado romano y el prestigio internacional de Constantinopla, que los turcos llamaban «la manzana roja» por su atractivo, Mehmed se dio cuenta de que sus defensas eran de apenas cinco mil hombres y de que la pólvora había reducido la inexpugnabilidad de sus murallas. Visitado por Orbán, un cañonero húngaro, le encargó un paquete completo de armas, desde una monstruosa pieza de exhibición hasta un cañón más pequeño y maniobrable.

Mehmed construyó el castillo de Rumelihisarı en el lado europeo del Bósforo. Lo llamaba el Degollador y estaba concebido para bloquear la ciudad. Cuando un capitán veneciano intentó rebasar el bloqueo, las armas de Mehmed hundieron el barco, y ordenó que el capitán fuera empalado analmente a orillas del Bósforo como si fuera un espantapájaros viviente.

El 5 de abril de 1453, Mehmed llegó para supervisar el cerco de la ciudad con un ejército que incluía destacamentos cristianos de serbios y valacos a las órdenes de su favorito, Radu el Hermoso. Pero el cerco completo desde el agua lo evitó una enorme cadena que se extendía a través del estuario del Cuerno de Oro, así que creó un camino de maderos engrasados cruzando el Gálata y toda la flota fue arrastrada hasta el Cuerno de Oro. Los *romaioi* intentaron quemar la flota recurriendo a brulotes, pero no lo lograron. Cuarenta italianos capturados fueron empalados por orden del sultán, y los cristianos respondieron asesinando a los prisioneros otomanos en las murallas. Los atacantes otomanos quedaron calcinados por los chorros de fuego griego.

Mehmed excavó debajo de las murallas; un experto *romaioi*, John Grant, que se suponía que era escocés, cavó a su vez debajo de las posiciones otomanas. El cañón de Mehmed dañó las fortificaciones repetidamente (aunque Orbán voló en pedazos con una de sus propias creaciones). Después de la medianoche del 29 de mayo, el sultán ordenó el asalto. Sus tropas entraron por la sección noroeste de la muralla que estaba dañada mientras el emperador se arrancaba sus ropas púrpuras y se lanzaba a la

batalla. Su cuerpo nunca fue encontrado. En escenas de caos apocalíptico, venecianos y genoveses saltaban por las murallas, las cabezas se balanceaban en el Bósforo como «melones en un canal» y los conquistadores turcos estaban fuera de control, saqueando la manzana roja durante tres días mientras Mehmed esperaba fuera.

El papa estaba tan abatido que desearía no haber dejado su puesto como bibliotecario. Mientras Europa retrocedía de puro horror, la flotilla del papa, financiada por el rey portugués Alfonso, llegó después de que la ciudad hubiera caído. Pero, a cambio, Nicolás V reconoció las conquistas de los portugueses en África como una cruzada, lo cual permitió «invadir, buscar, capturar, vencer y someter a todos los sarracenos y otros enemigos de Cristo ... y reducir a sus personas a la esclavitud perpetua», un derecho ampliado para incluir a «guineanos y otros negros capturados por la fuerza o comprados con contratos legítimos». Alfonso expandió sus territorios marroquíes —cosa que le valió el epíteto *O Africano*— y respaldó a su tío Enrique el Navegante.

En 1456, dos de los capitanes de Enrique, uno veneciano y otro genovés, colonizaron Cabo Verde, una isla deshabitada frente a Senegal que se convirtió en el cuartel general portugués de la esclavitud y en la primera colonia tropical. Naturalmente, la colonización de islas del Atlántico promovió la idea de que podía haber otras más grandes. Hacia 1139 —un siglo y medio antes de Colón— un monje milanés, Galvano Fiamma, escribió en *Cronica universalis* sobre «otra tierra, más al oeste, llamada Marckalada» —Markland, el nombre escandinavo para la costa de Estados Unidos y Canadá—, y afirmaba que había sido descrita por «los marineros que frecuentan los mares de Dinamarca y Noruega». Los marineros ingleses habían visitado misteriosas islas, probablemente Terranova, y Perestrelo, el colonizador de Madeira, también tenía documentos sobre una tierra desconocida allí. Los cuerpos que, según se decía, habían aparecido en Irlanda con rostros mongoles probablemente eran cadáveres de nativos americanos perdidos en el mar.

LOS MEXICAS DE ITZCÓATL: LOS QUE MUEREN POR EL DIOS

Justo cuando Alfonso el Africano avanzaba por Marruecos y bajaba por la costa africana, otro creador de imperios no menos ambicioso y arrogante estaba expandiendo agresivamente su imperio mexica, gobernado desde la capital isleña de Tenochtitlán. Moctezuma I tenía cuarenta y dos años cuando subió al trono del imperio mexica en 1440.

Era una civilización con una organización sofisticada y relatos plasmados en ilustraciones pintadas sobre pieles de ciervo y en libros doblados en acordeón hechos con fibras de agave. Asimismo, libraban guerras constantes contra las ciudades rivales y unos dioses voraces. Adoradas en templos monumentales, esas deidades exigían sacrificios humanos, que se ofrecían arrancando de sus pechos unos corazones aún latientes, y los sacerdotes a menudo bailaban vistiendo sus pieles. Pero Tenochtitlán era solo una de muchas ciudades-estado dentro del imperio, que existía junto a una variedad de entidades políticas, algunas de ellas autocracias, otras teocracias y algunas semidemocracias.

Cuando era un joven príncipe, Moctezuma fue uno de los miembros del trío que creó el imperio mexica. En torno a 1427, más de veinte años después de la muerte de Tamerlán, el consejo de Tenochtitlán había elegido al dinámico Itzcóatl —serpiente de obsidiana— como gobernante o *tlatoani* —orador—, que creó el imperio con la ayuda de su sobrino Moctezuma, hijo de un monarca anterior.

Los mexicas habían sido vasallos inquietos de la dominante ciudad-estado tepaneca de Azcapotzalco, cuyo orador Tezozómoc, durante un largo reinado, había conquistado buena parte del valle de México. Su muerte redujo el control de la ciudad-estado sobre los mexica: en 1427, Itzcóatl dio un golpe, reivindicó la independencia, mató a sus parientes pro-Azcapotzalco y formó una alianza con dos gobernantes de ciudades-estado próximas, Texcoco y Tlacopan. Juntos derrotaron a Azcapotzalco y aseguraron el valle, y luego se expandieron más allá, librando guerras constantes en las costas meridionales de los lagos Xochimilco y Chalco.

Cuando vencían a otros estados, Itzcóatl quemaba sus historias, recogidas en un sistema de escritura pictórica redactada en códices de corteza o piel, porque «no era sensato que todo el mundo conociera las pinturas». En su lugar, promovió la historia oficial de la deidad nacional de los mexicas, el dios de la guerra y el sol Huitzilopochtli, que exigía sangre de víctimas humanas. En su honor, Itzcóatl empezó a construir la piedra angular del recinto sagrado de la ciudad, la Casa del Gran Dios (el Gran Templo) dedicada a Huitzilopochtli y a Tláloc, el dios de la lluvia, cada uno con su propio altar en lo alto de enormes pirámides escalonadas.

En la base de la escalera se encontraba la figura redondeada de Coyolxauhqui entre dos cabezas de serpiente gigantes, grabadas con representaciones del desmembramiento de la diosa que se recreaba cada año en los rituales de sacrificio.

Los sacrificios eran oficiados por los sacerdotes, sobre todo hombres, pero también mujeres, que oscurecían sus caras y sus cuerpos, marcaban sus orejas, genitales, brazos y pecho en rituales de autosacrificio y llevaban el pelo largo y apelmazado con sangre humana que también les teñía la boca y el rostro. Las víctimas, esclavos o prisioneros, eran transformadas en personificaciones del dios, agasajadas primero con festines, sexo y purificación antes de ser conducidas escaleras arriba en el Gran Templo por los sacerdotes de fuego, que las colocaban sobre la piedra sacrificial. «Cuatro hombres estiraban [a la víctima], sujetando brazos y piernas»; el sacerdote de fuego alzaba el cuchillo «y, cuando había abierto el pecho, cogía el corazón. Y aquel cuyo pecho estaba abierto seguía vivo. Y el sacerdote dedicaba el corazón al sol.» Las víctimas que habían muerto por el dios «rodaban escaleras abajo bañadas en sangre» y un sacerdote las decapitaba y dejaba la calavera en un estante con cientos de miles más.[10]

Tras la muerte de Itzcóatl en 1440, su sucesor y sobrino Moctezuma Ilhuicamina completó el Gran Templo y el imperio y conquistó Chalco. Juntos, se expandieron por el mar del Cielo (golfo de México) y se hacían llamar «vecinos del mar del Cielo».

Pero la autocracia electa de los mexicas no era el único sistema mesoamericano: su enemiga Tlaxcala era una república

semidemocrática gobernada por unos cien *teuctli* —consejeros— electos que debían demostrar unos valores civiles de humildad, incluyendo el ayuno, el derramamiento de sangre y la formación moral, antes de asumir el cargo, para el cual era necesaria una elocuencia muy evidente. En Tlaxcala no había campos de juego ni palacios. La democracia, lejos de ser exportada a las Américas por los europeos ilustrados y los padres fundadores, ya existía allí. Esos republicanos electos eran lo opuesto a los monárquicos mexicas, contra los que resistían sus guerreros y luchadores otomí, preservando su independencia y aborreciendo a los arrogantes imperialistas mexicas.

Moctezuma se ascendió a *Huehuetlatoani*, orador supremo, traducido como emperador. Los mexicas se diferenciaban de sus aliados, creyendo que, como pueblo elegido por los dioses y sucesores de Teotihuacán, estaban destinados a gobernar el mundo. Sus oradores eran sustitutos de los dioses, aclamados en su ascenso: «Sois su flauta ... ellos os dan sus colmillos, sus garras, sois su bestia salvaje, su devorador de personas, su juez». También crearon una nueva nobleza con órdenes religioso-militares de caballeros *quauhpili* que disfrutaban de privilegios; solo los nobles podían llevar adornos en los labios, túnicas de algodón o brazaletes de oro.[11]Los hombres nobles tenían cientos de concubinas, incluyendo las esclavas capturadas en la guerra, pero dentro de la familia real las mujeres eran poderosas.[12]

Pero mientras el imperio se expandía y aumentaba la tensión con sus aliados, el derramamiento de sangre en el Gran Templo se volvió cada vez más desenfrenado.[13]Sus aliados y vasallos estaban muy resentidos con ellos. Si tenían la oportunidad, se alzarían y los destruirían.

Los incas, los Trastámara y los Rúrikovich

El terremoto y el impotente

Mientras Moctezuma consolidaba su imperio, más al sudoeste y sin que él lo supiera, otro creador de imperios, el inca Yupanqui, estaba forjando el Tahuantinsuyo, los Cuatros Suyus (o partes que se integran), el mayor imperio de las Américas.

Nacido en el pequeño reino de Cuzco en Perú, el príncipe Yupanqui (distinguido) consiguió el trono de su padre y su hermano. La familia creía que descendía de un rey forastero errante y sagrado. El padre de Yupanqui, el inca Viracocha, nombró heredero a otro hijo, pero ambos abandonaron la capital durante una invasión enemiga. Yupanqui se negó a marcharse, reunió al pueblo y derrotó a los invasores, quitándole el botín a su padre, que no quería reconocer que era superior al heredero elegido y ordenó su asesinato. Reinventándose como Pachacuti —terremoto—, Yupanqui se hizo con el trono, humillando a su padre y embarcándose en casi cuarenta años de conquistas que dominaron gran parte de Perú. Embelleció Cuzco, construyó el monumental Templo del Sol en el centro y el complejo de la fortaleza de Sacsayhuamán con sus muros en zigzag en lo alto de la ciudad, y en las montañas erigió el misterioso pero impresionante palacio de terrazas de Machu Picchu, con sus estancias reales y su Templo del Sol.

Cuando era demasiado mayor para luchar, su hijo, el inca Túpac Yupanqui, se expandió a lo largo de los Andes hasta Ecuador, construyó una segunda capital, Quito, y se embarcó en una expedición por el Pacífico.

Estos dos carismáticos sapas incas prácticamente completaron el imperio en solo cincuenta años. Sapa inca —inca único— era el título del monarca divino, cuya misión era gobernar el mundo, pero también era el hijo del sol y el amante y benefactor de los pobres, aunque se nutriría de oro y plata. Luciendo una diadema trenzada de turquesas, con una borla en la frente, orejeras colgantes, un báculo emplumado y un cetro de oro, lo protegían cinco mil orejas largas con túnicas blancas y rojas. Las coronaciones de los sapas incas se celebraban con el estrangulamiento de doscientos niños de entre cuatro y diez años, cuyos ritos funerarios, concebidos por Pachacuti, incluían la quema de las ropas de duelo y el degollamiento de dos mil llamas, mientras «mil niños y niñas serán traídos y enterrados para mí en lugares donde he dormido o disfrutado».

Pachacuti era el noveno sapa inca, un dios-rey que no moría jamás. Tras su fallecimiento, la realeza inca era momificada y venerada junto a una estatua de oro, un sustituto, y se sentaba en sus palacios, donde los asistentes les servían bebidas y los vestían con decoraciones de oro; a veces asistían a acontecimientos importantes en sus tronos. Esos antepasados fallecidos hacía mucho tiempo, reyes y reinas, asesoraban a los sapas incas. Los incas desplegaron ejércitos de cerca de 35.000 soldados y en ocasiones incluso de 100.000, llevando todos ellos plumas multicolor y placas de oro, plata o cobre, empuñando mazas, garrotes y arcos y entonando cánticos como: «Beberemos del cráneo del traidor, nos adornaremos con un collar hecho con sus dientes, tocaremos la melodía del *pinkullo* con flautas talladas con sus huesos, tocaremos el tambor hecho con su piel, ¡y así bailaremos!». Los animales de carga, las llamas y las alpacas, facilitaban la guerra y el comercio; el imperio, de más de cuatro mil kilómetros de longitud, estaba conectado por unos cuarenta mil kilómetros de caminos. La agricultura se veía favorecida por la aspersión de un fertilizante natural, el guano —heces de aves—, en los campos donde se cultivaba maíz, patatas, batatas y tomates.

Los incas tenían dos mil concubinas: cupos de «mujeres conquistadas» elegidas como Amantes del Sol. La *coya* o reina, una

hermana o prima del inca, era poderosa. Los incas eran polígamos, el linaje noble pasaba tanto a hombres como a mujeres y los niños podían heredar de cualquiera de los dos progenitores. No existía una palabra para la virginidad, y el sexo prematrimonial no estaba mal visto. Se consideraba que reprimir los impulsos sexuales no era saludable. Solo se esperaba que lo hicieran los niños nobles, y únicamente hasta el matrimonio. Con el quechua como lengua, los incas no tenían escritura, pero se comunicaban mediante un sistema de nudos. Sacrificaban a seres humanos en honor a su panteón, pero no a una escala comparable a la de los mexicas.

Túpac se expandió por Colombia, Argentina, Bolivia y Ecuador, un imperio agresivo y codicioso como el de sus contemporáneos, los mexicas y la familia ibérica Avís-Trastámara, liderado por monarcas guerreros y aristocracias marciales e inspirado por cultos religiosos de conquista, pillaje y redención. Sus conquistas parecían imparables, pero fue el eje Avís-Trastámara el que se desmoronó primero en una cruel y absurda disputa familiar.

La masturbación del rey Enrique IV de Castilla a manos de sus doctores consiguió una eyaculación, pero el esperma de Trastámara era «acuoso y estéril». Los médicos y cortesanos se desesperaban, así que el frotado continuó. El esperma se recogió en un tubo de oro y fue entregado a la reina de Enrique, una princesa portuguesa, Juana, para que se lo inyectara dentro de la vagina en un intento desesperado por fecundarla y conseguir un heredero. Su doctor judío, Samaya, supervisó los procedimientos «para ver si ella podía recibir el semen, pero no pudo».

De ojos azules y atlético, con su pelo rojizo típicamente inglés, la mandíbula alargada, la frente abombada y una nariz chata y rota, Enrique se parecía a un león o un mono, pero era tímido, apacible y poco pretencioso, y carecía del dinamismo extrovertido necesario para controlar a los guerreros de Castilla.

Su padre, Juan II, un hombre alegre, medio inglés, obsesionado con la caza y aficionado a los poetas, casó a Enrique con Blanca de Navarra, pero el novio no logró consumar el matrimonio y no se mostraron las sábanas nupciales manchadas de

sangre, lo cual era un hecho vergonzoso. Mientras los cortesanos chismorreaban sobre la forma y la adecuación del pene real y una posible homosexualidad, su padre envió sacerdotes para entrevistarse con amantes de Enrique, prostitutas que dieron fe de que «su miembro viril era firme y había producido semilla varonil» en fecunda abundancia. El propio Enrique creía que se trataba de una «impotencia recíproca debido a influencias malignas» —brujería— y la pobre Blanca fue enviada de vuelta a casa con su padre. En 1451, el rey Juan, casado de nuevo con una princesa portuguesa, tuvo otro descendiente legítimo, la infanta Isabel, veintiséis años más joven que Enrique.

Preocupado por la interferencia de Portugal, Juan casó a Enrique con su prima hermana portuguesa Juana: los cruces y el parentesco ya eran un problema en la familia real ibérica. Pero como Enrique era incapaz de rendir en la cama, después de siete años, la independiente Juana tomó medidas e inició una aventura —la primera de muchas— con el mayordomo de su marido, Beltrán de la Cueva, que se tradujo en el nacimiento de una hija. Los potentados de Europa examinaban con detalle ginecológico a los Trastámara. «La reina se quedó embarazada sin perder la virginidad», informó al papa Pío II su secretario; «el esperma [que fue] derramado en la entrada había penetrado en los lugares más recónditos de su interior.» Pero «otros creían que el padre no era Enrique». La hija fue apodada la Beltraneja por su padre biológico.

Esto resultaba aún más molesto porque Isabel, la medio hermana de Enrique, poseía todas las cualidades de un rey excepto la masculinidad. Fue la necesidad de detener su sucesión lo que convirtió el esperma de Enrique en algo tan importante. Isabel pasó su juventud en un paupérrimo retiro con su madre demente o resistiendo los descarados intentos de su hermano por casarla con maridos poco apropiados. Sobreviviendo en una corte peligrosa e inestable y manteniendo sus propios consejeros, demostró ser inteligente, discreta y valiente, y se vio fortalecida por su fanática devoción católica y por la grandeza de los Trastámara.

Mientras Enrique luchaba por imponerse y el rey portugués intervenía con la esperanza de hacerse con el reino, Isabel empezó

a organizar su propio matrimonio en secreto, un matrimonio que crearía un imperio. Pero la impotencia de Enrique había otorgado poder a los reyes bereberes de Granada, el último bastión islámico de la península Ibérica, y ahora se negaban a pagar su tributo. Enrique intentó demostrar una masculinidad marcial liderando ataques contra Granada, un reino tan próspero que la capital, con sus 165.000 habitantes, era la ciudad más grande de la Península y una de las más grandes de Europa. El islam estaba resurgiendo. Granada repelió los ataques cristianos con facilidad, mientras, en el otro extremo de Europa, el conquistador otomano arrasaba los últimos puestos avanzados de la cristiandad.

La segunda y la tercera Roma: Mehmed César y Sofía de Moscú

Mientras Mehmed esperaba a las afueras de Constantinopla, sus tropas violaban a mujeres y niños y mataban y esclavizaban a miles de personas. «Cada tienda de campaña era una delicia», fanfarroneaba un soldado otomano, «repleta de muchachos y muchachas, sirvientes sexuales del paraíso, todos de una belleza majestuosa y ofreciendo un jugoso melocotón.» Al final del tercer día, el sultán dio por terminado el pillaje y entró a caballo, deslumbrado por la reina de las ciudades. En el antiguo palacio de Bucoleón —sus ruinas siguen en pie—, reflejó la transitoriedad de los imperios citando a Saadi:

> *La araña teje su tela en el palacio de Josrow,*
> *la lechuza da la alarma en el castillo de Afrasiab.*

Mientras visitaba Hagia Sophia, descubrió a un soldado saqueando sus tesoros y lo golpeó con la hoja de su espada.

Mehmed era señor de una Constantinopla semivacía y en ruinas. Proclamándose *Kayser-i-Rum*, césar de Roma, convirtió Hagia Sophia en una mezquita y construyó su propio palacio en el foro y un segundo palacio, Topkapı, en el emplazamiento del Méga

Palátion, que derribó.[1]En cuanto a Halil, su gran visir, que había frustrado todos sus planes desde 1444, fue decapitado, el primero de muchos visires asesinados. En adelante, la mayoría de los visires no serían turcos, sino exesclavos eslavos o griegos, todos ellos convertidos al islam. Al menos uno de los sobrinos Paleólogo del último emperador se convirtió al islam y ascendió a gran visir. La tolerancia otomana ha sido exagerada por los historiadores. «Tolerancia no es lo mismo que celebrar la diversidad», escribe Marc David Baer, sino «un estado de desigualdad.» Judíos y cristianos existían a merced del gobernante, siempre y cuando ofrecieran una sumisión total. A menudo tenían que llevar insignias y vestimenta especiales para indicar su inferioridad respecto de los musulmanes y sufrían persecuciones. Siempre había excepciones: los césares-sultanes no tienen amigos, pero el cortesano más próximo a Mehmed era su médico, un judío italiano llamado Giacomo de Gaeta que se convirtió para ser Hekim Yakub (doctor Jacob) Pasha y más tarde visir principal.

El papa pidió una cruzada para restablecer la segunda Roma, pero las conquistas norteñas de Mehmed contribuyeron al ascenso de Rusia y transformaron a los príncipes de Moscú, que pasaron de ser nuevos sicarios de los mongoles a convertirse en soberbios césares ortodoxos.

Sin apenas descanso tras conquistar Constantinopla, Mehmed intentó aprovechar la ruina de la Horda Dorada formando una alianza con Haji Giray, descendiente de Gengis y Jochi. Giray fundó su propio reino familiar, el kanato tártaro de Crimea, que fue una potencia europea formidable durante trescientos años y desplegó ejércitos de cincuenta mil jinetes que conquistaron Moscú varias veces y estuvieron a punto de tomar Viena.

Mehmed y Giray atacaron las ciudades italianas de Crimea y se apoderaron de sus mercados de esclavos. Entonces, Giray se dispuso a asaltar los territorios cristianos de Polonia, Moscú y Lituania para capturar eslavos de piel clara. Mehmed galopó alrededor del mar Negro hasta Valaquia (Rumanía), apoyado por Radu el Hermoso, y atacó al desafiante hermano del príncipe, Vlad, que odiaba a los otomanos. Vlad compensó sus escasos recursos

con tácticas valientes y una crueldad desorbitada, y mató a los emisarios de Mehmed insertando clavos en sus turbantes. Entre invasiones otomanas y durante tres años de reinado como *voivode*, Vlad purgó a sus enemigos sajones y turcos empalándolos por el recto en bosques de estacas, una práctica que impactó incluso al sultán y le valió el apodo del Empalador, la inspiración de Drácula, antes de ser expulsado y sustituido por Radu.[2]

En 1460, Mehmed arrasó los satélites de Constantinopla; conquistó Trebisonda y avanzó hacia Grecia, que sería otomana hasta la década de 1820. Allí expulsó al hermano del último emperador, Tomás Paleólogo, déspota de Morea, y escapó con su hija Zoe. La niña fue adoptada por el papa. En una demostración de cómo el poder femenino podía conectar y transformar, la inteligente princesa tendría un papel especial en la creación de Rusia: en 1472, con veintitrés años, el papa la casó por poderes en San Pedro con el gran príncipe de Moscú, Iván III, de treinta y dos. Adoptando el nombre de ortodoxo de Sofía, esta sofisticada grecorromana llegó a la dura y fría Moscú para encontrarse por primera vez con su aterrador marido.

Iván había sido educado en la escuela más dura. El ascenso de Moscú no estaba consolidado del todo. Durante mucho tiempo, daba la impresión de que Lituania, y no Moscú, crearía un imperio eslavo. Los duques de Lituania fueron los últimos potentados paganos en Europa hasta que, en 1385, el potentado pagano Jagiełło, de treinta y tres años, se convirtió al catolicismo para obtener la corona de Polonia casándose con Jadwiga, su heredera.[3]Aunque las dos monarquías permanecían separadas formalmente, Jagiełło se autodenominaba gran duque de los lituanos, rey de Polonia y señor de Rus, y creó una singular unión lituano-polaca que acabó siendo el mayor estado de toda Europa. Jagiełło, que adoptó el nombre de Vladislao II, derrotó a los caballeros teutones en el norte y luego engulló Prusia antes de expandirse hacia el sur y apoderarse de las tierras de la antigua Rus.

Moscú quedó eclipsada: el príncipe Basilio II perdió el control de su reino y su familia, fue capturado por el kan mongol de Kazán

y un primo lo dejó ciego. Su hijo Iván, que en aquel momento tenía seis años, fue testigo del suceso. Pero Basilio el Ciego ganó la guerra familiar limitándose a esperar, y su regreso a Moscú quedó marcado por un salvaje enfrentamiento con la ayuda de Iván, a quien proclamó cogobernante. Basilio había hecho hincapié en su vínculo con Constantinopla: su hermana fue la penúltima emperatriz. Él e Iván reclamaban el liderazgo de los ortodoxos mediante el *translatio imperii*, la transferencia de poder de Constantinopla a Moscú —más tarde considerada la tercera Roma —, favorecido por su vínculo familiar y más tarde por el matrimonio de Iván con Sofía.

Apodado Grozny —el Terrible—, Iván era delgado, alto, de ojos terroríficos, un gran bebedor con una visión espectacular y una acción impredecible, y conquistó franjas del territorio de viejos rivales, Nóvgorod y Tver. Supuestamente, Sofía lo animó a dejar de pagar tributos a los mongoles. El kan de Oro Ahmed, aprovechando los conflictos fraternos entre los moscovitas, atacó con el apoyo de Polonia-Lituania. Moscú estaba en peligro, pero Iván se garantizó el respaldo de los enemigos de Ahmed, los Giray de Crimea. En octubre de 1480 se enfrentó a los mongoles en el río Ugrá, un empate que acabó cuando Ahmed se retiró, lo cual supuso el ocaso —pero no el final— del poder mongol[4]y un revés para Polonia-Lituania, que se dividió de forma temporal en la década de 1490.

Iván había multiplicado por dos Moscú y su propia grandeza, y se consideraba autócrata de todas las Rusias y por primera vez césar, o zar. Los moscovitas utilizaban ese título tanto para el kan mongol como para el basileo romano. Como vasallo y posterior estado heredero de los kanes, Iván y sus sucesores adoptaron la creencia mongola en el poder absoluto del zar, su sagrada misión de conquistar, la propiedad total de la tierra y el control absoluto sobre todos sus «esclavos», como eran conocidos sus súbditos, incluidos los nobles. El esplendor imperial y la misión ortodoxa de Constantinopla también eran vitales, pero es probable que la tradición mongola fuera la clave para entender Rusia hasta el siglo XXI.

Sofía, princesa de Constantinopla, podría haber sido un cero a la izquierda, pero el matrimonio fue sorprendentemente exitoso —once hijos, cinco niños y seis niñas— y la suya se convertiría en una alianza excepcional.

El golpe que salió mal: el Magnífico y Miguel Ángel

Aunque las mujeres de Moscú residían en zonas separadas, las *terem*, Sofía —esa «astuta mujer»— presidía su propio consejo y recibía emisarios con total libertad; es más, «el príncipe actuaba muy a menudo siguiendo sus consejos». Ella supervisó el encargo de los arquitectos italianos para embellecer el Kremlin. Iván y Sofía miraban en dirección a Italia y sus árbitros del buen gusto, los Médici. Pero estos florentinos acababan de sobrevivir a un ataque terrorífico.

En abril de 1478, un domingo por la mañana, los dos hermanos Médici, Lorenzo y Giuliano, gobernantes de Florencia, acompañaban de visita a la catedral a un cardenal, al arzobispo de la ciudad y a un colega banquero y heredero. Los Médici ignoraban que el joven cardenal y todos los que los rodeaban eran asesinos. Siete sicarios, incluidos dos sacerdotes, agazapados detrás del altar mayor, fingieron que esperaban a que empezara el servicio. En cuanto sonó la campana de la sacristía, sacaron las dagas y se abalanzaron sobre los hermanos Médici.

De ojos oscuros, con el pelo negro y raya al medio, Lorenzo de Médici, que todavía no había cumplido los treinta y había sido educado por humanistas y eruditos, ya era celebrado por su «naturaleza alegre», su bondad con sus amigos, su pícara poesía, su mecenazgo de artistas y el placer que sentía cantando, cazando y jugando al *calcio*, un deporte similar al fútbol. No era menos admirado por su hábil gestión de Florencia en medio de la perpetua pugna de poder entre las numerosas ciudades-estado y los reinos que constituían Italia. Cuando murió su padre, Piero, la *Signoria* invitó a Lorenzo, que entonces tenía solo veinte años, «a asumir el cuidado del estado como lo hicieron mi padre y mi

abuelo». Tenía sus dudas, dijo, «porque la carga y el peligro eran importantes». Y luego: «Accedí a regañadientes».

En 1471, Francesco della Rovere, el enérgico, tosco y desdentado hijo de un pescador, fue nombrado papa Sixto IV y volvió a elegir inmediatamente a Lorenzo de Médici como su banquero. Sixto mejoró Roma, construyendo el primer puente que cruzaba el Tíber desde la antigüedad, creó la Biblioteca Vaticana y encargó una pequeña capilla, bautizada Sixtina en su honor. Más tarde invitó a Ghirlandaio y Sandro Botticelli a pintar sus frescos. Sixto era «aficionado a los muchachos y los sodomitas» y tomó como amantes a sus propios sobrinos. Dado que los sacerdotes ya no podían casarse, los papas ascendían a sus sobrinos como magnates territoriales durante sus breves reinados; de ahí la palabra nepotismo. Sixto ascendió a cardenales a seis sobrinos. Pero cuando les pidió a los Médici que le prestaran sesenta mil ducados para comprar la villa de Ímola para Girolamo Riario, uno de sus sobrinos, Lorenzo se negó, ya que tenía la esperanza de adquirirla para Florencia.

Sixto se puso furioso, le pidió el dinero a otra familia florentina, los Pazzi, y decidió destruir a Lorenzo el Magnífico. Animó a su sobrino de diecisiete años, el cardenal Raffaele Riario, junto con el joven banquero Francesco Pazzi y el resentido arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, a asesinar a los Médici y conquistar Florencia. Sixto intentó cubrirse las espaldas: si Lorenzo iba a ser asesinado, preguntó Girolamo Riario, «¿su Santidad perdonará a quien lo haga?».

«Eres una bestia», repuso Sixto. «No quiero a nadie muerto, solo un cambio de régimen.» Y añadió: «Lorenzo es un villano». Los Riario llegaron a la conclusión que una visita del cardenal más joven sería un buen cebo para atraer a los Médici hacia su muerte.

Cuando sonó la campana de la sacristía, un sacerdote sicario apuñaló a Lorenzo en el cuello, pero el ágil Médici logró zafarse, se abalanzó sobre los asesinos con su espada y saltó por el altar justo cuando otro atacante levantaba su daga y destrozaba el cráneo de Giuliano, el hermano de Lorenzo, al grito de «Coged a ese traidor». Los asesinos le asestaron diecinueve puñaladas tan frenéticas que

el propio Francesco Pazzi se cortó.

Lorenzo, escoltado por sus sirvientes, volvió corriendo al palacio de los Médici. «¿Y Giuliano? ¿Está a salvo?», preguntó Lorenzo mientras sus amigos le succionaban la herida por si la daga estaba envenenada. En el Palazzo della Signoria, cerca de allí, el arzobispo Salviati irrumpió en la sede del gobierno con una cuadrilla de mercenarios de Perugia, pero cuando sonó la campana de la *vacca*, los esbirros de los Médici entraron y los mataron, exhibiendo sus cabezas en lanzas mientras buscaban a los asesinos. El tío de Francesco Pazzi, Jacopo, fue atrapado, torturado y colgado, y luego colocado sobre las puertas del palacio de los Pazzi, donde su cabeza se utilizó de picaporte, mientras los dos sacerdotes asesinados eran castrados. Ataron una cuerda alrededor del cuello del arzobispo, al que habían desnudado, y lo arrojaron por la ventana, donde colgó junto al desnudo Pazzi. Mientras se retorcían y luchaban por sobrevivir, el arzobispo desnudo hundió los dientes en el muslo de Pazzi. Un joven artista que vivía en el palacio de los Médici se sintió fascinado por todo aquello: Leonardo da Vinci dibujó uno de esos cuerpos.

El complot hizo a Lorenzo aún más poderoso. Sixto lo excomulgó e invitó al siniestro rey Ferrante de Nápoles, al que le gustaba momificar a sus enemigos y tenerlos completamente vestidos en un macabro museo, a derrocar a los Médici, pero Lorenzo partió hacia Nápoles. Existía el riesgo de que acabara en el museo de Ferrante. «Mi deseo es contribuir a la riqueza de nuestra ciudad con mi vida o mi muerte, mi desgracia o mi prosperidad.» Regresó, aclamado como el Magnífico, después de conseguir la paz.

«Si Florencia debía tener un tirano, no pudo haber encontrado uno mejor o más delicioso», comentaba más tarde un escritor florentino. Desatendiendo su banco —le había prestado ya demasiado al rey inglés Eduardo IV, que estaba sumido en una guerra civil entre diferentes linajes de la familia real—, el Magnífico se entregó a la política. Se casó con una Orsini romana y adoraba a sus hijos,[5]a quienes escribía obras para que las interpretaran, pero era realista con respecto a sus talentos. «Tengo tres hijos», decía, «uno bueno, uno astuto y uno idiota.» El idiota

era el mayor, Piero, torpe y poco diplomático, y ubicado para heredar su papel en Florencia. El bueno era su segundo hijo, Giuliano, pero el astuto era Giovanni, obeso, simpático y sibarita. Intuyendo que la clave de Florencia era Roma, Lorenzo casó a su hija con un hijo biológico del papa Inocencio VIII, al que convenció de que convirtiera a Giovanni en cardenal. «Eres el cardenal más joven no solo de la actualidad, sino de toda la historia», le escribió al chico. «Muestra gratitud con una vida santa, ejemplar y casta en Roma, que es un pozo de inmoralidad.» El hijo de su hermano asesinado, Giuliano, se unió a la familia, y también estaba destinado a Roma.

Lorenzo fundó una escuela neoplatónica en los jardines de San Marcos, junto al palacio de los Médici, donde los jóvenes artistas vivían en una atmósfera de libertad artística y exploración erótica. Uno de esos jóvenes protegidos era un artesano ilegítimo del pueblo toscano de Vinci. Leonardo da Vinci, hijo de un notario, fue arrestado en 1476 por sodomía y liberado después. «Los registros policiales», escribe Catherine Fletcher, «muestran que, como mínimo en una ocasión, la mayoría de los hombres de la Florencia de finales del siglo xv habían mantenido relaciones sexuales con otros hombres o los habían acusado de ello.» Lorenzo admiraba una lira de plata con forma de cabeza de caballo que había hecho Leonardo. Cuando, en 1482, el duque de Milán pidió un escultor, Lorenzo le envió a Leonardo, que se publicitaba como ingeniero militar y aseguraba que también podía esculpir. Italia era un campo de batalla de dinastías del norte —los Valois franceses, los Habsburgo alemanes— y caudillos locales que reforzaban su poder con la guerra y el arte. Lo primero era la guerra. Sin la victoria no había nada que los artistas pudieran celebrar y ningún botín con que pagarles. Esos caudillos eran innovadores en tecnología militar, mejorando la velocidad y las prestaciones de los arcabuces y la artillería, y en fortificaciones diseñadas para resistir su bombardeo.[6]Leonardo consiguió el trabajo en Milán y era solo uno de los protegidos de Médici.

En 1489, Lorenzo invitó a Ghirlandaio a enviarle aprendices con talento. Ghirlandaio mandó a un muchacho de trece años

cuyas dotes para la escultura eran tan impresionantes que exclamó: «¡Este muchacho sabe más que yo!». Criado en un pequeño pueblo toscano e hijo de un funcionario designado por los Médici pero descendiente de una familia noble empobrecida, a Miguel Ángel Buonarroti lo irritaba el orgullo familiar, pero se sentía atraído por el duro trabajo del mármol: «Junto con la leche de mi nodriza recibí el don de manejar el cincel y el martillo, con los que hago mis figuras». Era un joven indomable y alborotador, temperamental y a veces imposible, pero también apasionado e ingenioso; tenía los hombros y el pecho musculosos por el trabajo físico de la escultura, el cuerpo fibroso y fuerte, «los ojos marrones, del color del cuerno, pero cambiantes y salpicados de amarillo y azul». En la escuela de Lorenzo tuvo aventuras homosexuales con hombres mayores, pues las relaciones efebofílicas eran un rito de iniciación en la Italia de la época. Esto a veces provocaba peleas, y en una de ellas acabó con la nariz rota. Pero se centró en su arte, y disfrutaba escogiendo su mármol en las canteras. Cuando elaboró la cabeza de un fauno al estilo clásico, el Magnífico quedó maravillado y le preguntó al padre del chico si podía quedarse. Invitado a cenar con la familia Médici cada día, Miguel Ángel creció conociendo a los niños, sobre todo al futuro papa Giovanni. También lo alentaban a enseñarle a diario «los resultados de sus trabajos al Magnífico».

La grandeza de Lorenzo impresionaba a Europa, incluso a los moscovitas. Cuando Iván el Grande quiso crear una ciudadela digna de la más reciente potencia europea, él y Sofía, criada en Italia, se fijaron en los Médici.

El Kremlin de Sofía; la Albania de Scanderbeg; el retrato de Bellini

Los zares contrataron a uno de los arquitectos de Lorenzo de Médici, Aristotele Fioravanti, que viajó a Moscú y empezó la catedral de la Dormición mientras ejercía también de ingeniero de artillería para los asedios de Iván. Cuando Fioravanti quiso volver

a casa, Iván lo arrestó y murió en prisión. Pero todos los zares hasta Nicolás II fueron coronados en la catedral de la Dormición.[7]

Como correspondía a una bizantina, Sofía demostró ser hábil en las intrigas del Kremlin. Su hijo mayor, Basilio, era mitad Rúrikovich, mitad Paleólogo, pero en 1497 Iván coronó a su nieto Dimitri como gran príncipe, lo cual llevó a Basilio a intentar un golpe de estado con el apoyo de Sofía. Cuando fracasó, Sofía y su hijo cayeron en desgracia, pero destruyeron a sus rivales y Basilio volvió al poder, coronado como cogobernante, mientras Dimitri y su madre eran arrestados. Las dinastías siempre han enfrentado a las mujeres y las madres entre sí. En este caso, Sofía fue la ganadora. Es probable que Elena fuera envenenada y Dimitri murió en prisión. «Le daré el principado a quien yo quiera», dijo el moribundo Iván al entregárselo a Basilio III,[8]que sería el padre de Iván el Terrible.

Al otro lado de los Balcanes, Mehmed reforzaba el control otomano, incorporando Serbia y Bosnia; solo resistía el señor de Albania, Scanderbeg, el indómito guerrero de la montaña, respaldado por Venecia hasta su muerte, cuando Albania cayó también. Entonces, Mehmed creó una armada mediterránea para enfrentarse a Venecia, que tuvo que afrontar la posibilidad de perder su imperio. Cuando los venecianos hicieron las paces, le enviaron a Mehmed un regalo especial en forma de Gentile Bellini, el artista oficial del dogo que, junto con su hermano Giovanni, era el más famoso de Venecia. Los artistas, como todo lo demás, existían en dinastías: su padre Jacopo había formado a los chicos con el artista de Padua Andrea Mantegna, que luego se casó con su hermana Nicolosia. Una vez en Constantinopla, Bellini pintó al sultán, captando su despierta y atractiva inteligencia, una inteligencia que demostró burdamente cuando, según se decía, Mehmed ganó un debate con el artista sobre la perspectiva anatómica de su *Cabeza de San Juan Bautista* decapitando a un esclavo.

Después de conquistar la segunda Roma, Mehmed volvió a atacar la primera en 1480, y trasladó su flota desde Albania para tomar Otranto, lo cual sembró el pánico en Italia y alentó una

nueva guerra santa contra el islam, que iba a cosechar su primera victoria en España.[9]Allí, la reina Isabel de Castilla creó la Inquisición para investigar y purgar a judíos secretos que envenenaban la pureza de los cristianos, e inició una guerra para eliminar el reino musulmán de Granada.

Los «manikongos», los Borgia y los Colón

ISABEL Y FERNANDO: CONQUISTADORES DEL ISLAM, AZOTE DE LOS JUDÍOS

De pelo rojizo, ojos azules y piel clara, devota y perspicaz, Isabel era la antítesis de Enrique, su medio hermano de esperma aguado, que la había hostigado para casarse con una serie de maridos poco apropiados, incluyendo un inglés jorobado (el duque de York, futuro Ricardo III). Isabel lo desafió y, como el conflicto familiar iba en contra de Enrique, él la reconoció como heredera.

Mientras tanto, Isabel estaba negociando su matrimonio en secreto. Conocía a su candidato desde la infancia: Fernando de Aragón era alegre, guapo y astuto, pero también su primo carnal. Su padre, Juan, rey del imperio marítimo aragonés de Cataluña, Sicilia y Cerdeña, era un Trastámara, y su madre era castellana. El matrimonio uniría los dos reinos. Había mucho que organizar: Isabel debía conseguir también una dispensa papal por la consanguinidad. Con tan solo dieciocho años, disfrutaba del drama, firmando mensajes crípticos como La Princesa. Al mismo tiempo, era una adolescente entusiasmada por planificar una fuga para casarse y una política obstinada que estaba diseñando su futuro reino, y en ambas cosas desempeñaría la obra de Dios.

Cuando Enrique ordenó que fuera «capturada y privada de libertad», Isabel le envió una nota a Fernando impregnada de conspiración romántica: «Ordénamelo y lo haré». Fernando respondió con un collar de oro adornado con «siete grandes rubíes». «Para correr los mismos riesgos que ella», Fernando, de diecisiete años y rey de Sicilia, galopó de noche hasta Valladolid para cumplir con su cita, disfrazado y acompañado de cinco jinetes.

Por el camino se encontraron con un educado cardenal español que había viajado a toda prisa desde Roma con la bula que permitía el matrimonio. El mensajero era Rodrigo Borgia, cuyo libertinaje y vulgaridad horrorizaban a Isabel. Los Borgia, de la nobleza aragonesa menor, ya habían prosperado en Roma: el tío de Rodrigo, Calixto III, lo había ascendido a cardenal. Borgia resultó ser un magistral jugador en el Vaticano. Cuando Pablo II sufrió un infarto (según sus enemigos, mientras era sodomizado), Borgia le entregó la tiara a Sixto IV, que apoyó a Isabel. Ella fue informada de las «incontrolables pasiones» de Borgia y de sus «depravados juegos» con «cortesanas, judíos y burros» peleando desnudos en el barro, pero era su cardenal.

En octubre de 1469 vio a Fernando dirigiéndose hacia Valladolid —«¡Es él! ¡Es él!»—, donde se casaron rápidamente. «Anoche, al servicio de Dios, consumamos el matrimonio», anunció Fernando. Isabel añadió: «Este tema es vergonzoso y aborrecible para las mujeres nobles», pero «nuestras acciones son la evidencia que debemos presentar». Se mostraron las sábanas manchadas de sangre.

Fernando «la quería mucho, pero también se entregaba a otras mujeres». Sufriendo frecuentes arrebatos de celos, Isabel toleraba a sus amantes y bastardos. Enseguida llegaron cuatro infantas. Ansiosos por concebir un hijo, consultaron a su médico judío, Lorenzo Badoc, antes del nacimiento del infante Juan. Mantuvieron los reinos separados, pero acordaron no desautorizarse jamás. Fernando era amante de «toda clase de juegos» y su «don especial era que cualquiera que hablase con él quería amarlo y servirlo por su amistosa forma de expresarse». Él estaba encantado de aceptar los consejos de Isabel porque, según escribió un cortesano, «sabía que ella era muy capaz».

Tras la muerte de Enrique, la pareja creó una nueva entidad, España, pero tuvieron que pelear por ella. Alfonso el Africano y sus tropas portuguesas los invadieron, uniéndose al resto de sus enemigos. «Podéis matarlos libremente sin ningún castigo. Yo solo soy una mujer débil», anunció Isabel, reuniendo a sus caballeros, pero «si hay peligro, sería mejor tomarlo como una medicina y

acabarlo en una hora en vez de sufrir una enfermedad prolongada.» Y añadió: «Si me decís que las mujeres no deberían hablar de esto, yo responderé: ¡No veo que nadie esté arriesgando más que yo!». En el mar, los portugueses derrotaron a los castellanos en la batalla de Guinea y consiguieron el comercio de oro y esclavos. Fue el primer choque europeo por África. Pero, en tierra, Isabel expulsó a Alfonso. España era hogar de muchos musulmanes y de 150.000 judíos. Estos últimos llevaban allí desde la época romana, aunque muchos se habían convertido al catolicismo; esos conversos ahora eran objeto de sospecha como destructores extranjeros de la cristiandad.

La corte itinerante de Isabel, que se movía entre Sevilla, Toledo y Valladolid, era devota y puritana, pero no triste: a la reina le gustaba bailar, escuchar música, cantar y vestirse, luciendo trajes de brocados escarlatas y dorados. Conocía bien a los líderes judíos: el octogenario Abraham Seneor era un consejero veterano, y su médico era judío. Pero en 1478 le pidió al papa Sixto un Santo Oficio de la Inquisición y nombró gran inquisidor a su confesor de infancia, el asceta Tomás de Torquemada. La pareja buscaba denuncias de «judaizantes» secretos, que eran torturados mediante el potro y ahogamientos, y sus propiedades eran requisadas. Después, si se declaraba que habían «reincidido», estos *relapsos* —no judíos practicantes, sino cristianos descubiertos practicando el judaísmo en secreto— eran vestidos con gorros y túnicas de sambenito en ceremonias públicas conocidas como autos de fe, sesiones de penitencia ritualista. A partir de 1481, las presenciaban los monarcas y la nobleza. Si eran culpables de reincidir, los herejes recalcitrantes eran «soltados ante la justicia del brazo secular» y quemados desnudos y vivos fuera de la ciudad. Si confesaban, los estrangulaban con el garrote antes de arder.[1]

Enriquecida por los patrimonios de los muertos y la eliminación de «este delito profano», Isabel, firme en su creencia de que Castilla estaba plagada de herejes judaizantes, se mostraba entusiasmada. La Inquisición de Sevilla trató 16.000 casos, y en los primeros diez años fueron ejecutadas dos mil personas. Entonces, Isabel fue a por los musulmanes.

En 1481, una cuadrilla de jinetes granadinos islámicos conquistaron una ciudad castellana, una vergüenza que aceleró la cruzada de Isabel para eliminar el rico pero caótico emirato de Granada. Fernando mandaba en el campo de batalla mientras Isabel gestionaba los suministros, financiada por sus consejeros judíos Samuel Abulafia e Isaac Abravanel.

A caballo y vestida para causar el máximo efecto, Isabel llevó provisiones a los campamentos militares mientras supervisaba las negociaciones que favorecieron la guerra civil entre los granadinos. A ello contribuyó la captura del emir Muhammad XII, que, dejando a su hijo, el infantico Ahmed, como rehén, se convirtió en su vasallo. Los musulmanes ganaron en algunas escaramuzas —«He oído lo que ha pasado con los moros», escribió ella. «Estoy muy disgustada»—, y en 1487, mientras los monarcas sitiaban Málaga, un musulmán intentó asesinarlos. Después de que lo mataran los guardias de Isabel, catapultaron el cuerpo del hombre a Málaga. Cuando la ciudad cayó, Isabel esclavizó a todo el mundo y repartió hasta once mil esclavos. En 1489, a medida que se prolongaba la guerra, la reina visitó el sitio de Baza, donde se unió a su séquito un desgreñado marinero genovés que acababa de llegar a Castilla.

Hijo de un tejedor, tabernero y quesero de Génova, Cristóbal Colón había navegado con comerciantes genoveses a Inglaterra, Islandia y Guinea. Coleccionista de profecías apocalípticas y libros de viajes —en especial las de la Biblia y los de Marco Polo, respectivamente—, era visionario, locuaz, inseguro, mentiroso y descaradamente insistente, pero también un marinero duro y un aventurero, obsesionado como muchos, entonces y ahora, con el inminente fin del mundo. Colón estaba casado con Felipa Perestrelo, hija del último potentado de Madeira, que le había enseñado unos documentos de la familia que sugerían la posibilidad de un acceso a las Indias por el oeste y le había facilitado la entrada a la corte portuguesa.

Colón se presentó ante el vigoroso nuevo rey, Juan II, primo de Isabel, con su visión de un viaje que podía cambiar el mundo.

Juan era una buena opción para Colón: como sobrino nieto del navegante, había acompañado a su padre Alfonso el Africano en sus conquistas. Heredero de una sobrecargada corona a los veintiséis años y traicionado por nobles poderosos, decapitó a un primo, el duque de Braganza, e invitó a otro, el duque de Viseu, a su cámara para «un acto de justicia privada»: allí, destripó a Viseu con sus propias manos antes de matar a todos sus colaboradores. No es de extrañar que Isabel lo llamara siempre el Hombre; para los portugueses era *O Príncipe Perfeito*.

En 1482 construyó un castillo en la Costa de Oro, São Jorge da Mina (La Mina, aún en pie), como base para el comercio de oro que ahora representaba una cuarta parte de los ingresos monárquicos.[2]Cada año se enviaban a Lisboa cerca de 250 kilos de oro, que más tarde ascendieron a 780. Los portugueses se introdujeron en el comercio de esclavos local y compraban alrededor de quinientos esclavos cada año en el Benín del oba Ewuare. Algunos eran vendidos a través de Elmina o Cabo Verde a los reyes Akan de Denkyira, que los utilizaban como porteadores y jornaleros; otros eran vendidos a los europeos para trabajar en Santo Tomé, Madeira y Canarias.

Mientras Isabel luchaba en Granada, el Hombre envió a su cortesano Diogo Cão al sur, donde penetró en el río Congo y oyó hablar del poderoso reino de Congo, en el interior. Cão empezó a negociar con el *manikongo* Nzinga a Nkuwu, que veía a los portugueses como aliados útiles. En 1491, Nzinga brindó a la delegación de Juan II una magnífica bienvenida: tres mil guerreros con arcos y tocados con plumas de loro bailando al son de tambores y trompetas de marfil. Después los escoltaron hasta su capital, Mbanza. Allí, en una audiencia, aceptó una alianza con Lisboa a cambio de su propio bautismo, donde tomó el nombre cristiano de Juan I de Congo, mientras su hijo Nzinza a Mbemba se convertía en Alfonso. Su visión del catolicismo era una combinación sincrética con sus propias costumbres religiosas, un culto real ligado al poder sagrado del *manikongo*, impregnado de la

espiritualidad baKongo. Cuando los sacerdotes portugueses le pidieron que se deshiciera de su harén, Juan cambió de opinión, pero su hijo Alfonso, un gobernador regional treintañero, siguió estudiando el catolicismo. Tras la muerte de su padre en 1505 y con el apoyo de su madre, Alfonso compitió por el trono y derrotó a su hermano anticristiano en una batalla en la que recibió la ayuda de una visión de Santiago. Creando una nobleza de estilo portugués con títulos, blasones familiares y órdenes religioso-militares cristianas, aprendió a leer, construyó escuelas de estudios bíblicos y fundó una capital con palacios e iglesias de piedra. Utilizando mosquetes portugueses y caballos, expandió su reino, conservó algunos esclavos capturados para que trabajaran en sus plantaciones y entregó varios centenares al rey en Lisboa mientras vendía miles a los mercaderes portugueses.

Pero esa no era la única opción para los reyes africanos. El oba Esigie de Benín vendía prisioneros y pimienta a los portugueses, pero ideó una relación más inteligente que le permitió conservar su independencia.[3]

En 1488, el Hombre envió a un escudero, Bartolomeu Dias, a circunnavegar el extremo sur de África, que bautizó como cabo de las Tormentas (más tarde cabo de Buena Esperanza), y abrió una ruta para las especias del océano Índico —justo cuando Colón tal vez estaba proponiendo su viaje en dirección contraria—, aunque no existen pruebas de que hablara con Juan. Pero las cortes ibéricas eran una familia grande y cruel. Juan acababa de casar a su hijo con la primogénita de Isabel, así que Colón acudió a los Trastámara. Hacia 1482 había llegado a Sevilla buscando un lugar en el que educar a su hijo y visitó el convento franciscano de La Rábida, donde conoció a Antonio de Marchena, un fraile brillante y bien conectado que alentó la idea de navegar a la India por el mar Océano (Atlántico), lo cual permitiría que un último emperador del mundo conquistara Jerusalén. Se trataba de Fernando, que, como rey de Aragón, había reclamado Jerusalén (un feudo de Nápoles). Marchena lo presentó a los aristócratas que lo llevaron a la corte.

Colón envió a su hermano para proponerle el plan al nuevo rey inglés, Enrique Tudor. Poco afianzado y notablemente tacaño,

Enrique se opuso, perdiendo así una oportunidad para crear un imperio inglés más temprano. En vista de ello, Colón fue tras los monarcas españoles. Justo después del nacimiento de su hija pequeña, Catalina, Isabel escuchó al fascinante y a menudo disparatado genovés. Ella y Fernando solían echarse a reír con sus representaciones, momentos que él mencionaba con orgullo en sus cartas.

Justo cuando los monarcas ponían fin a su cruzada, dejando a Muhammad XII con Granada como una ciudad-estado tributaria, él desafió a sus patrones cristianos. Entonces se prepararon para la ofensiva. Mientras sitiaban la ciudad, Isabel vivía en una tienda casi califal en el campamento. Cuando fue a ver las batallas, los caballeros árabes salieron y vio cómo mataban a seiscientos. A esas alturas, los granadinos se alimentaban de «caballos, perros y gatos». Finalmente, el emir negoció la paz con el general de los monarcas, Gonzalo Fernández de Córdoba, que hablaba un árabe fluido.

El 2 de enero de 1492, Isabel, teatralmente vestida al estilo morisco con una *al-juba* (una túnica completa), falda por la rodilla, manga larga y seda brocada, y acompañada de Fernando y su hijo Juan, también ataviados como árabes, además de su séquito, que incluía a un Colón de pelo blanco, vio a Muhammad XII cabalgar hacia ellos. El emir se quitó el sombrero, adelantó un pie y se inclinó para besar la mano de la reina, hasta que ella, magnánima, le entregó a su hijo, el infantico Ahmed, y recibió a cambio cuatrocientos esclavos cristianos y las llaves de la ciudad. Después de despedirse, Muhammad se detuvo en lo alto de la colina —el Suspiro del Moro— para contemplar los setecientos años de al-Ándalus mientras los católicos celebraban misa. La nobleza granadina navegó a Marruecos, y los Trastámara tenían ahora 400.000 musulmanes que añadir a sus 150.000 judíos.[4]

Consciente de la euforia milenaria del momento, Colón solicitó audiencia. Por fin había encontrado el momento perfecto.

ANACAONA, EL ALMIRANTE Y LA REINA

En el campamento de Santa Fe, esperando su entrada en Granada, los monarcas escucharon la mágica visión de Colón sobre un imperio oceánico y sobre Fernando como el último emperador del mundo y rey de Jerusalén. Mientras los portugueses acuñaban oro en Guinea, Isabel solo tenía las Canarias. Los monarcas estaban dispuestos a respaldar a Colón, pero la expulsión de los moros alentaba una solución radical al problema judío, que tal vez fue idea de Fernando. Le pidieron a Torquemada que redactara una orden de expulsión para todos los judíos. El espíritu no era del todo nuevo: las cruzadas habían desatado una espiral de masacres contra judíos. Los judíos de Inglaterra, Francia y Austria ya habían sido expulsados. La peste había desencadenado un arrebato de violencia antijudía, y en 1391 se había producido una masacre en Castilla. Pero España albergaba a la mayor comunidad judía del mundo.

«¿Por qué actuáis así contra vuestros súbditos?», preguntó su cortesano judío Abravanel. «¡Cobradnos más impuestos!»

«¿Creéis que esto es cosa mía?», protestó Isabel. «Es el Señor quien ha infundido esa idea en el corazón del rey.» Los líderes judíos lo intentaron de nuevo con Fernando, que echó la culpa a Dios y a su mujer. «Nos hemos esforzado sin éxito», recordaba Abravanel. «Era la reina la que estaba detrás de él y la que fortaleció su postura.» Ofreció treinta mil ducados a cambio de retirar el decreto de expulsión.

«Judas vendió una vez al hijo de Dios por treinta monedas de plata», gritó Torquemada, que dejó un crucifijo ante los monarcas. «¡Sus majestades piensan venderlo una segunda vez por treinta mil! Bueno, pues aquí está, ¡vendedlo!»

El 31 de marzo de 1492, justo después de que los monarcas hubieran convertido el palacio de la Alhambra de Granada en su residencia, emitieron el decreto que expulsaba a todos los judíos de sus reinos y les ordenaba «no volver jamás». Debían convertirse o marcharse, sin excepción, en un plazo de cuatro meses. Ante la experiencia más traumática de la historia judía entre la caída del templo de Jerusalén y el Holocausto, muchos judíos, entre ellos su líder Seneor, optaron por convertirse. Pero decenas de miles

(incluyendo a la familia de este autor) se negaron a traicionar su fe. Primero perdieron todas sus propiedades —les fueron arrebatadas o se vieron obligados a venderlas— y luego abandonaron Sefarad, su hogar durante más de mil años. Algunos, sufriendo las depredaciones de los traficantes de personas que abusaban de los migrantes, se embarcaron en viajes al Marruecos islámico o a las ciudades mercantiles de Italia y Flandes. Pero la mayor seguridad la encontraron en dos reinos del este: en Polonia-Lituania, que debido a su espíritu de tolerancia idiosincrática, empezando por la recuperación del estatuto de Kalisz en 1264, era el país más libre de Europa, y en el sultanato otomano, pues Mehmed ya había invitado a los judíos a instalarse en Constantinopla. Su hijo dio la bienvenida a los judíos sefardíes. «Consideráis a Fernando un gobernante sabio», observó Bayezid II, «pero está empobreciendo a su país y ha enriquecido el mío.» Miles se asentaron en Constantinopla y Tesalónica. Pero, al principio, muchos judíos, incluyendo a los antepasados de este autor, cruzaron la frontera rumbo a Lisboa tras pagarle un impuesto a Juan.

Eufóricos con esta severa acción antijudía, el 17 de abril, los monarcas volvieron a llamar a Colón, que después de alabarlos por expulsar a los judíos de todos sus reinos y desplegar la Inquisición, propuso nuevamente su viaje. Al final le encargaron navegar, percibiendo un 10 % de las ganancias a perpetuidad y los títulos de almirante del mar Océano, virrey y gobernador de cualquier tierra que descubriera, todo ello hereditario porque esperaba fundar una dinastía. Tras la muerte de su esposa, llevó a su hijo Diego, pero su nueva y joven amante, Beatriz Enríquez, también tuvo un hijo, a quien llamaron Fernando por el rey.

El 3 de agosto, Colón zarpó en tres pequeñas naves con noventa marineros de varias razas, incluyendo a Pedro Alonso Niño, un africano libre y marinero experimentado. El 12 de octubre tocaron tierra en las Bahamas y luego navegaron hasta Cuba y Haití, donde Colón conoció a los pueblos locales: los amigables y pacíficos a los que los españoles llamaron taínos, y los hostiles y guerreros a los que llamaron caribes. El almirante estaba

convencido de que se trataba de las Indias y por eso llamó a todos los habitantes «los indos».[5]

Isabel declaró que sus súbditos libres cristianos no podían ser esclavizados. Inicialmente, Colón aplicó ese principio a los pacíficos taínos, que fueron obligados a trabajar como obreros asalariados mientras los caníbales caribes eran esclavizados. Volviendo a casa para presentarse ante los monarcas con objetos de oro y un grupo de taínos, hizo una parada en Lisboa y se jactó de sus descubrimientos ante un celoso rey Juan, que se planteó liquidarlo. De vuelta en España, mostró sus tesoros y prisioneros a los monarcas, que estaban emocionados: «Recientemente hemos llevado a cabo el descubrimiento de varias islas y de tierra firme en el mar Océano, que son parte de las Indias». Eligiendo a los dos chicos Colón como pajes de su heredero don Juan, Isabel envió al almirante de vuelta con 17 naves, financiadas con el dinero que les habían quitado a los judíos y llenas de colonos y soldados para fundar una colonia. En sus cuatro viajes, Colón desembarcó en Jamaica, Costa Rica y Panamá, pero la Española (Haití/República Dominicana) era su cuartel general, donde nombró a su hermano Bartolomé adelantado —gobernador militar— y fundaron una ciudad, Santo Domingo. Pero, primero, la Española, dividida en jefaturas, tenía que ser conquistada; en respuesta a ello, el *kasike* de Maguana, Caonabo, intentó destruir a los españoles. Los Colón aprovecharon rápidamente las enemistades para reclutar tropas auxiliares taínas mientras los hombres españoles tomaban a las mujeres locales como esclavas sexuales o parejas. Los Colón dirigieron un contingente de doscientos españoles y auxiliares taínos con perros de guerra contra Caonabo, que fue capturado pero murió en el viaje a España. Su viuda, Anacaona (flor de oro), volvió a la corte de su hermano Bohechío, *kasike* de la oriental Jaragua. Juntos firmaron la paz con Bartolomé Colón y reconocieron a Isabel. Cuando su hermano murió, Anacaona gobernó como *kasike*.

Colón estaba decidido a hacer una fortuna. Apodado Faraón por sus subordinados, resultó ser un tirano susceptible y narcisista. Envió cuatro mil caribes esclavizados para venderlos en España,

aduciendo que los asentamientos podían «pagarse en esclavos apresados entre estos caníbales; creemos que serán mejores que los otros esclavos en cuanto estén libres de su inhumanidad». Isabel lo desaprobó, temiendo que la esclavitud perjudicara a la evangelización, pero las depredaciones de Colón ya estaban provocando resistencia nativa y resentimiento castellano. Las rebeliones taínas fueron reprimidas. Volviendo rápidamente para justificarse ante Isabel, mezcló el misticismo cristiano con promesas áuricas y un lloriqueo inseguro, denunciando a los cortesanos que «critican y menosprecian la empresa». Los monarcas apoyaron a Colón: «La respuesta de Sus Majestades era reírse y decir que no debería preocuparme por nada». Colón regresó a la Española, pero su desgobierno provocó revueltas en Castilla.

Al final, Isabel envió a un cortesano, Francisco de Bobadilla, para saber qué estaba ocurriendo y ayudar a Colón. Al llegar, Bobadilla encontró una versión del corazón de las tinieblas: cuerpos colgados balanceándose en horcas y los Colón cazando a rebeldes españoles, reinando sobre las propiedades de los esclavos taínos y cortando lenguas, orejas y narices. Las colonias tropicales se habían convertido en un patio de recreo sexual para los españoles. Colón admitió la depravación pedófila: «Se puede tener a una mujer por cien castellanos ... y hay muchos mercaderes en busca de niñas de nueve o diez años, que ahora mismo es el grupo más caro». Colón fue arrestado y enviado de vuelta a España. Su esclavización ofendía la moral de Isabel. «¿Qué poder tiene mi almirante para entregar a cualquiera de mis vasallos?», preguntó, pero permitió la venta de más esclavos mientras ordenaba: «Te asegurarás de que los indios sean bien tratados como vasallos». Pero esos «vasallos» eran instalados como trabajadores forzados en plantaciones —encomiendas— para Colón y sus secuaces. Sin embargo, Bobadilla demostró no ser mejor. En 1502, Isabel envió a Nicolás de Ovando, que llegó con treinta naves y 2.500 colonos. Entre ellos había dos colonos que desempeñarían papeles importantes en las Américas: un joven fraile, Bartolomé de las Casas, y un ambicioso joven de Extremadura, Francisco Pizarro. El primo de este último, Hernán Cortés, se perdió el viaje porque fue

descubierto en la cama con una mujer casada y consiguió escapar por la ventana, pero no tardó en unirse a ellos. Ovando plantó caña de azúcar y pusieron a trabajar a los taínos en fincas, tratados como esclavos sexuales y asesinados, a menudo, por el más mínimo motivo.

En 1503, Ovando y trescientos soldados se acercaron al reino de Anacaona, *kasike* de Jaragua, que les ofreció una bienvenida por todo lo alto, pero algo salió mal. Cincuenta españoles murieron en la pelea. Anacaona fue ahorcada y su pueblo masacrado. Las matanzas de Ovando demostraron a sus subordinados Pizarro y Cortés cómo tratar con los gobernantes locales, pero horrorizaron a su sacerdote, de las Casas.

Los taínos se vieron afectados por la viruela y otros patógenos traídos por los españoles, a los que no tenían resistencia. Perecieron rápido y dejaron de existir como raza, aunque los análisis de ADN de los habitantes actuales revelan que se mezclaron con los españoles. Solo sus palabras —canoa, hamaca, huracán y tabaco— sobrevivieron. Los españoles se infectaron de sífilis, que trajeron de vuelta a Europa, donde enseguida se extendió entre la población.[6]

Cuando descubrió que Colón había sido arrestado, Isabel lo liberó e indemnizó, pero él estaba resentido. «He establecido la soberanía del rey y la reina en un nuevo mundo», escribió en uno de los primeros usos de la expresión «nuevo mundo», «de forma que España, antes con la reputación de ser un reino pobre, ahora está entre los más ricos.» Eso no era cierto. Mientras que Portugal se hallaba en pleno auge, en el Caribe se había encontrado muy poco oro. Murieron tantos taínos que Ovando importó a los primeros esclavos negros desde España.

En Castilla, Isabel seguía estando agradecida a Colón y lo envió de nuevo con su hermano Bartolomé y su hijo Fernando en una expedición final, aunque tenía prohibido volver a la Española. Llegó a Honduras. Durante el viaje, el almirante ordenó a Bartolomé capturar una canoa comercial maya procedente de Yucatán. Primero la saqueó y luego la envió de vuelta, permitiendo que sus supervivientes llevaran la noticia de la aparición de

gigantes pálidos con barbas rojizas, que llegaría a los oídos del orador supremo de los mexicas en el cénit de su imperio.

Después de quedar varado en Jamaica durante un año, Colón regresó a Castilla en noviembre de 1504, exhausto y desesperado. «Ahora», le dijo a Isabel, «ni siquiera poseo una teja en Castilla. Si quiero comer o dormir, tengo que ir a una taberna … Me han tratado como a un extranjero. He estado siete años en vuestra corte y todas las personas con las que hablaba de esta empresa se la tomaban a broma. Ahora incluso los sastres piden hacer descubrimientos. Vine a serviros cuando tenía veintiocho años y ahora no tengo un solo pelo que no sea blanco. Estoy enfermo.» Tenía razón: hasta los sastres se estaban convirtiendo en «descubridores», incluyendo a su amigo florentino Américo Vespucio, un protegido de los Médici, que, en 1502, después de dos viajes, se dio cuenta de que las Indias debían «llamarse Nuevo Mundo, ya que nuestros antepasados no tenían ningún conocimiento de él».[7]

El imperio de Isabel fue desafiado por Juan el Hombre, que afirmaba que era legítimamente portugués, pero la reina contó con el apoyo de su aliado Rodrigo Borgia, el cardenal valenciano que, en parte gracias al respaldo de ella, tuvo un golpe de suerte. «¡Soy papa! ¡Soy papa!», gritó Rodrigo cuando ganó las elecciones de 1492. Como Alejandro VI, estaba decidido a convertir a los Borgia en potentados europeos y a pasárselo bien en el proceso.

La hoguera de las vanidades: el papa Alejandro y la orgía de las castañas de los Borgia

Alejandro VI era «guapo, con un semblante muy alegre y un porte cordial, dotado con la cualidad de ser un gran orador. Las mujeres hermosas se sentían atraídas por él y las excitaba de una manera notable, con más intensidad de la que “el hierro es atraído por un imán”». Ya como joven cardenal, había sido reprendido por Pío II por participar en una «orgía» en un jardín de Siena con «varias mujeres entregadas por completo a las vanidades

mundanas ... Hemos oído que la danza se consintió con todo desenfreno». Como vicecanciller de cinco pontífices, era un experto en las artes oscuras del poder y el placer romanos: tenía cuatro hijos con su amante de toda la vida, Vannozza dei Cattanei (una chica de Mantua que luego fue dueña de una taberna romana llamada La Vaca).

Alejandro no tuvo mucho tiempo para forjar un feudo familiar, así que ascendió rápidamente a su hijo mayor Juan a gonfaloniero de los ejércitos papales y le procuró un ducado de los monarcas católicos mientras criaba a César, su hijo de dieciocho años, para vestir el escarlata de cardenal. Recortó sus gastos y vivía de forma austera, existiendo a base de esa delicia catalana que es la sardina, pero le encantaban las mujeres. A los sesenta y dos años, el papa se enamoró de Julia Farnesio, que a la sazón tenía dieciocho. *La Bella Giulia*, apodada la «esposa de Cristo», se mudó a un palacio con la hija del papa, Lucrecia. En el Palazzo Apostolico, las fiestas de los Borgia solían incluir cardenales lascivos (algunos ancianos, pero muchos de ellos adolescentes) y jóvenes prostitutas jugando a ingeniosos juegos concebidos para exhibir a estas últimas ante los primeros. Cuando César organizó una fiesta en el Vaticano, cincuenta chicas bailaron desnudas, y luego se esparcieron castañas que las cortesanas, iluminadas por candelabros colocados estratégicamente, «recogían, arrastrándose sobre manos y rodillas mientras el papa, César y su hermana Lucrecia miraban». Esto lo narraba el maestro de ceremonias papal Johann Burchard, quien, aun estando siempre dispuesto a denigrar a los Borgia, describió una escena que podría resultar creíble en una fiesta de fraternidad pero no en una corte renacentista. Los juegos acabaron con una orgía papal. «Se anunciaron premios para quienes pudieran realizar más veces el acto con las cortesanas.»

El papa intentaba tener contentos a sus patrones españoles, pero cuando Isabel pidió que persiguiera y expulsara a los judíos de Roma, Alejandro se negó. Fernando e Isabel querían aferrarse al sur de Italia, pero, en el norte, un joven rey francés estaba igualmente decidido a reclamar Nápoles, una ambición alimentada por el enemigo de los Borgia, el cardenal Giulio della Rovere,

sobrino del último papa Sixto. Atrapados en medio, los Borgia optaron por la que les parecía la única opción posible: la duplicidad.

La posición de Alejandro se había complicado con la muerte de Lorenzo el Magnífico a los cuarenta y tres años. En su lecho de muerte recibió a un sacerdote dominico, Girolamo Savonarola, prior de San Marcos, que escuchó al Magnífico confesar sus pecados. Savonarola, de cuarenta años, minúsculo, cadavérico, calvo, de nariz aguileña y labios caídos, cejas gruesas y unos ojos verdes que «a veces despedían destellos rojos», ya era el autor de *De contemptu mundi* y el creador de sermones obsesionados con el sexo que advertían de los males de la sodomía y el adulterio. Savonarola profetizó que la Espada del Señor se cernía sobre Florencia y advirtió de que unos ejércitos cruzarían los Alpes como «barberos armados con cuchillas gigantes».

Efectivamente, en otoño de 1494, el ejército francés apareció ante sus ojos con el juvenil rey Carlos VIII al mando. Este gobernaba un reino que, tras cien años de conflicto con Inglaterra, se había convertido en un estado único, el más poblado de Europa (15 millones de habitantes frente los 3,7 de Inglaterra). Carlos era «horrible y pequeño, con la boca mal hecha y desencajada y las manos temblando por sus movimientos espasmódicos», pero los franceses consentían sus líos de faldas y lo apodaban *l'Affable*.

Pietro de Médici, de veintidós años, el hijo mayor de Lorenzo —y el más idiota—, apaciguó al rey Carlos entregando Pisa y Livorno, cosa que indignó tanto a la *Signoria* y al pueblo que los Médici fueron expulsados de Florencia. Cuando llegaron los franceses, Savonarola aclamó a Carlos como el «elegido de Dios». Gritando: «Arrepiéntete, oh, Florencia, mientras aún haya tiempo», Savonarola pidió consejo a Dios: «El Señor ha conducido mi barco a aguas abiertas. El viento me lleva hacia delante. Anoche hablé con el Señor: "Hablaré, pero ¿por qué debo meter al gobierno en esto?"».

«Si conviertes Florencia en una ciudad sagrada», respondió Dios, «debes darle un gobierno que favorezca la virtud.»

Ante las cautivadas y aterrorizadas congregaciones,

Savonarola explotó: «La Espada ha descendido; el azote ha caído. Está llegando. ¡Ya ha llegado!». El chirrido de su voz era tan terrorífico que Miguel Ángel dijo que seguía oyéndolo cuarenta años después. «No soy yo quien predica», afirmaba el dominico, «¡sino Dios que habla a través de mí!» El Mensajero de Dios advirtió a los florentinos que se mostraran virtuosos, que renunciaran al juego, los carnavales, los perfumes, los cosméticos y el sexo, y que rechazaran a los Médici y a los Borgia y a los paganos Platón y Aristóteles. En una vorágine de órdenes apocalípticas, él y sus seguidores, los plañideros, presidieron un gobierno del terror de la virtud. Su reinado demostró cómo un pequeño grupo de extremistas y santurrones decididos pueden dominar una sociedad, recompensando a sus partidarios con botines y destruyendo a quienes no consideran virtuosos, lo cual ha sido un modelo para ideologías autoritarias desde entonces. Siempre pueden ser neutralizados por la voluntad de la mayoría, pero florecen cuando otros fracasan a la hora de organizarse o pierden su valentía. Las «bandas benditas» —cuadrillas de niños y adolescentes honrados— de Savonarola obligaban a los florentinos a arrodillarse, rezar y ayunar, y a cantar himnos en voz alta; después les afeitaban la cabeza en señal de virtud. Las mujeres atractivas eran denunciadas como prostitutas —«trozos de carne con ojos», decía Savonarola— y azotadas en público; las mujeres elegantes se retiraron a conventos. Los plañideros rompían espejos, abanicos, frascos de carmín y cosméticos. Los libros y las pinturas ardían en «hogueras de las vanidades» en un cadalso piramidal.

Dejando a Savonarola como sagrado dictador de Florencia, Carlos, autodenominado *Le Victeur*, marchó hacia el sur y ocupó Roma, donde el cardenal della Rovere lo instó a deponer a Alejandro. Pero Borgia mantuvo la calma y animó a Carlos a conquistar Nápoles, una victoria demasiado lejana. Alejandro negoció el apoyo de los Habsburgo y los Trastámara. *Le Victeur* se había extralimitado. Carlos volvió a Francia y dejó entre sus espléndidas pertenencias un pornográfico «libro donde aparecían imágenes de las amantes del rey desnudas».

Ahora Alejandro estaba listo para ocuparse de Savonarola,

cuyo control de Florencia empezaba a flaquear. Alejandro lo excomulgó y Savonarola amenazó a sus detractores: «Sus asientos están preparados en el infierno. ¡Decidles que la vara ha llegado!». Desafiado a demostrar su relación con Dios caminando a través del fuego, lo salvó una tormenta, pero el pueblo lo arrestó. Fue torturado con el *strappado*, declarado culpable de herejía y ahorcado con cadenas y quemado; sus «piernas y brazos cayeron poco a poco» hasta que solo quedaron cenizas. Los Médici deseaban volver, pero Piero Soderini, un rival que se oponía a su estilo regio, reafirmó el poder republicano, y sus políticas las concibió Nicolás Maquiavelo, un escritor desenfadado y diplomático cínico de veintinueve años.

Alejandro planeaba un reino para su hijo mayor Juan, duque de Gandía, hasta que el joven fue encontrado en el Tíber con la garganta abierta y nueve puñaladas. Un indicador de cómo era la familia fue que en la interminable lista de sospechosos figuraran los hermanos del duque: Joffre, rabioso por los cuernos fraternos, y César, que estaba celoso del favorito de su padre y también se acostaba con su esposa. Alejandro quedó destrozado: «Queríamos al duque de Gandía más que a cualquier otra persona de este mundo; hubiéramos dado siete tiaras por devolverlo a la vida».

César dio un paso adelante, renunció a la púrpura y ascendió como una estrella despiadada. Nombrado gonfaloniero y duque de Romaña, era excepcional: ostentoso, infatigable, sanguinario, fálico y padre de al menos once hijos. Su ambición no conocía límites y su lema era «César o nada». Detrás de todo ello acechaban el estilete y el garrote: como dijo Maquiavelo, César creía que era «mejor ser temido que amado».[8]Incluso su orgulloso padre opinaba: «El duque es un hombre de buen corazón, pero no es capaz de soportar un insulto». Cuando Alejandro le dijo que tolerara las críticas, César respondió: «Los romanos pueden publicar calumnias, pero yo les enseñaré a arrepentirse». El asesinato era su herramienta: «Cada noche se descubren cuatro o cinco hombres asesinados, obispos y otros, así que toda Roma tiembla por miedo a morir a manos del duque». Cuando su cuñado Alfonso, duque de Bisceglie, primo de Fernando e Isabel, ofendió a

la familia —que ya no necesitaba un aliado español ahora que estaban aliados con Francia—, su sicario español Micheletto lo estranguló en el Vaticano.

César conquistó el principado de Romaña, moviéndose tan rápido que «llega a un sitio antes de que se sepa que se ha marchado de otro». Micheletto estranguló a algunos comandantes capturados y partió en dos a otros. «Esta mañana han encontrado a Ramiro en dos partes en la plaza pública», escribió Maquiavelo. «Al príncipe lo ha complacido, pues denota que puede hacer y deshacer hombres a placer.»[9]

Pero el éxito de los Borgia era superficial y dependía del envejecido Alejandro, que en mayo de 1499 orquestó otra invasión francesa a manos del nuevo rey Luis XII a cambio de organizar el matrimonio de César con Carlota de Navarra. Luis convirtió a César en duque de Valentinois, apodado Valentino por sus aventuras amorosas, pero el rey despreciaba sus alardes por ser de una «grandilocuencia jactanciosa y estúpida». En su noche de bodas, César presumió de que el matrimonio «quedó ocho veces consumado», pero en realidad el joven sifilítico necesitó afrodisíacos, que en secreto fueron sustituidos por laxantes, un engaño que produjo un tipo de eyaculación muy distinta. La sífilis empezó a pudrir el rostro de César y devoró su nariz hasta que se vio obligado a llevar una máscara de piel para ocultar el deterioro.

La reina Isabel sermoneaba a Alejandro con «gran afecto» sobre su «desaprobación y disgusto» hacia sus escandalosas «fiestas», pero cumplía con las cosas que importaban. Favoreció tanto a Castilla frente a Portugal en su bula *Inter caetera* que ambos tuvieron que negociar un reparto más realista del mundo en el Tratado de Tordesillas. Los monarcas católicos tenían entonces unos planes más ambiciosos.

Isabel estaba negociando un doble matrimonio con los Habsburgo que daría lugar al primer imperio mundial.

Los Habsburgo y los otomanos

Archidormilón del Imperio Romano y Juana la Loca

En agosto de 1496, Isabel escoltó a Juana, su hija de dieciséis años, a una carraca en el puerto norteño de Laredo y la vio partir hacia Flandes para casarse con Felipe el Hermoso, duque de Borgoña. Casi al mismo tiempo, Juan, su único hijo, se casaría con Margarita, la hermana de Felipe.[1]

Los dos esposos extranjeros eran los hijos del káiser Maximiliano, el «Hércules alemán», fornido, rubio, de ojos azules, con una barba que disimulaba su mandíbula prominente. Había tenido un desarrollo tardío, no había hablado hasta los nueve años y había crecido en una familia en crisis.

Su padre, Federico III el Gordo, el mismo káiser casado y coronado en Roma cuarenta años antes, había soportado décadas de catástrofes y había sobrevivido con impresionante serenidad a un desesperado asedio de Viena, que al final perdió. «La felicidad», decía, «es olvidar lo irrecuperable.» Apodado Archidormilón del Imperio Romano, comía mucho, hacía predicciones sin parar, coleccionaba excrementos de ratón y cuidaba flores, lo cual aburría a su vivaz esposa portuguesa. Pero su lema —«Mantén la medida y pon la vista en el final»— estaba completamente justificado. Sobreviviendo a todos sus enemigos, el Archidormilón reclamó sus territorios, promocionando la casa de Austria con el acrónimo AEIOU (*Alles Erdreich Ist Österreich Untertan*, todo el mundo está sometido a Austria), un sueño que Maximiliano llevó a buen puerto.[2]

Maximiliano, muy distinto del Archidormilón, creció hasta convertirse en un galán atlético con un gusto especial por lo que él llamaba «estar desnudo con mujeres», y añadía: «He bailado,

inclinado lanzas, hecho la corte a damas. Pero, sobre todo, he reído con ganas». Este incansable extrovertido galopó por toda Europa para reclamar la mano de la mayor heredera del momento, María la Rica, duquesa de Borgoña, que englobaba los Países Bajos.

El matrimonio de Maximiliano creó a los Habsburgo y engendró a Felipe, que sería fundamental. A María le encantaba cazar incluso estando embarazada, pero murió al caer de su caballo. Maximiliano quedó desolado, pero su visión de un emperador cristiano y una *Hausmachtpolitik* —poder familiar— universales era incontrolable. «Después de servir a Dios», dijo, «sitúo el progreso de mi dinastía por encima de todas las cosas.» Tras la muerte de su esposa decidió que debía convertirse en papa y empezó a comprar cardenales, prometiéndole a su hija Margarita que «no volvería a ir detrás de mujeres desnudas» y firmando como «Maxi, tu buen padre, futuro papa». No llegaría a serlo, pero tan poliédrico imperio exigía guerras perennes, y el Hércules alemán modeló su exquisita armadura con detalles dorados.[3]La lucha entre los Habsburgo y los Valois, entre Alemania y Francia, por la estratégica frontera borgoñona perduraría hasta el siglo xx, pero empezó en aquel momento. Maximiliano se enfrentó a Francia y luchó en Italia y Alemania, diecisiete campañas en total. Pero la guerra exige dinero, no solo coraje. Había muchos soldados, pero solo un Fugger el Rico.

Siempre arruinado, el káiser dependía de Jakob Fugger, un hosco y pelirrojo banquero de Augsburgo que empezó en el sector textil pero convenció al rey de Hungría para sacar provecho de sus minas de plata. Fugger pagó una suma para comercializar la plata. Centrándose en los Habsburgo, concedió préstamos al Archidormilón durante sus días más oscuros y luego ayudó a Maximiliano a liquidar otros préstamos utilizando sus minas de cobre. El manejo de Maximiliano por parte de Fugger probablemente lo convirtió en el plebeyo más rico de Europa, en el primer millonario. Pero el mayor éxito de Hércules fue la doble unión de sus hijos Felipe y Margarita con Juana y Juan, los hijos de Isabel. Esos matrimonios sacrificaron a los hijos reales —esto era especialmente cierto en el caso de las hijas, que eran enviadas

lejos para casarse con desconocidos extranjeros, no volverían a ver a sus padres jamás y era muy probable que murieran en el parto—en aras del poder, que también era una apuesta biológica.

Si Felipe no hubiera conseguido tener hijos y Juan sí, los españoles podrían haber reclamado Austria. Por el contrario, se decía que el infante Juan, el «Ángel» de Isabel, se sentía tan atraído por Margarita que se agotó sexualmente y murió seis meses después, supuestamente por una fornicación excesiva, pero es muy probable que fuera por viruela.[4]Isabel quedó conmocionada por la pérdida del Ángel.

El matrimonio de su hermana tuvo casi el mismo éxito, pero de una forma diferente. Juana, bien educada y pelirroja como su madre, era obsesiva y de pensamiento libre. De niña había cuestionado el catolicismo. Su madre «trató» su negativa a confesarse con la tortura y le prescribió «la cuerda» en la que era suspendida con pesos que colgaban de sus piernas y brazos. No funcionó. Viviendo ya en Brujas, Juana veía a Felipe paseándose «de banquete en banquete, dama en dama», y su promiscuidad la ponía furiosa. A él, por su parte, lo enfurecían sus críticas. Juana se aferró patéticamente a sus cuatro esclavas africanas, que compartían su cama.[5]Cuando dio a luz a una niña, Felipe le espetó: «Como es niña, ponedla en la cuenta de la archiduquesa; cuando Dios nos dé un hijo, ponedlo en la mía». Hubo más embarazos. En el caso de su heredero Carlos, Juana estaba en un baile cuando rompió aguas y el bebé nació en una letrina de Gante, aunque creció en Borgoña; un segundo hijo, Fernando, fue criado en España.

Juana y Felipe ahora eran herederos de España y también de Austria y Borgoña. Era hora de un viaje a España, pero cuando la joven pareja llegó, los intentos de Isabel por obligar a Felipe a seguir su política antifrancesa lo enfurecieron. Temiendo que su madre quisiera romper su matrimonio, Juana se derrumbó por culpa del estrés. «Duerme mal, come poco, está triste y muy delgada», advirtieron los doctores, mientras la infanta acampaba fuera de las murallas y se negaba a entrar. Ese choque destructivo entre el estado y la familia no lo estaban dirigiendo estadistas

insensibles, sino una mujer: Isabel. Felipe volvió a Borgoña, pero cuando Juana se unió a él estaba tan celosa que atacó a una de sus amantes con unas tijeras. Ahora solo confiaba en sus esclavas.

—No me gustan las esclavas. Échalas —ordenó él.

Juana explotó, amenazando con matar al mensajero y negándose a comer. Felipe se encerró en sus habitaciones y ella aporreó las puertas.

—Si no haces lo que yo digo —le advirtió Felipe—, te abandonaré.

—Me dejaré morir —gritó ella— antes que hacer cualquier cosa que me pidas.

—¡Entonces haz lo que te dé la gana! —gritó él, convencido de que estaba loca.

Al enterarse de esto, Isabel y Fernando enfermaron de fiebre; él se recuperó, pero ella murió a los cincuenta y tres años. Entonces, Juana se convirtió en reina de Castilla. Ella y Felipe navegaron para reclamar el reino. Naufragaron en Inglaterra, donde se hospedaron con el viejo rey Enrique VII y la hermana de Juana, Catalina, viuda del príncipe Arturo. Enrique observó a Juana detenidamente. «Parecía estar bien, era comedida y gentil», dijo, «pero su marido [Felipe] y todos los que iban con él la hacían pasar por loca.»

Cuando llegaron a España, su padre y su marido concluyeron que Juana estaba loca: «Si la supuesta serenísima reina, ya sea por decisión propia o persuadida por otras personas, intenta entrometerse en el gobierno, ambos lo impediremos». Ahora resulta imposible estimar en qué medida su confinamiento fue una conspiración masculina o una enfermedad maníaco-depresiva. Juana fue maltratada: cuando se negaba a comer, Fernando ordenaba que la azotaran, y luego, confiándole España a Felipe, navegó rumbo a Nápoles.

A pesar de su «locura», la pareja seguía compartiendo lecho. En septiembre de 1506, Felipe murió de tifus, de insolación o de alcoholismo y Fernando volvió para gobernar Castilla. Mientras Felipe era embalsamado, Juana, que estaba embarazada de su sexto hijo, cogió el cuerpo y se lo llevó con ella al palacio de

Tordesillas, negándose a enterrarlo y viajando con el cadáver. Pero, por muy loca que estuviera la reina Juana, la apuesta biológica de las alianzas matrimoniales de Maximiliano dio sus frutos para ambas familias de formas que aún no podían imaginar.

Fernando gobernaba solo el imperio en expansión. América atraía cargamentos enteros de aspirantes a conquistadores, a menudo enérgicos y con talento, aunque voraces y despiadados, que fueron a las Indias para «servir a Dios y al rey y hacerse ricos», unos objetivos en los que, al igual que los cruzados, no veían ninguna contradicción. En 1504, formado como notario, Cortés se instaló en Santo Domingo y obtuvo una encomienda de trabajadores forzados nativos, y luego se unió a Diego Velázquez, secuaz de los Colón. Apelando a Fernando, Diego Colón consiguió de nuevo el virreinato hereditario. En 1511, Velázquez, gobernador de Cuba, se embarcó en la conquista de la isla con la ayuda de Cortés. La resistencia taína fue liderada por un *kasike* haitiano llamado Hatuey, que había huido con sus hombres en canoa a Cuba. Blandiendo oro, Hatuey advirtió a los taínos cubanos: «Este es el dios al que adoran los españoles. Por esto matan ... nos hablan de un alma inmortal y de sus recompensas y castigos perpetuos, pero nos roban nuestras pertenencias, seducen a nuestras mujeres y violan a nuestras hijas». En una guerra de tres años, Velázquez venció a Hatuey, al que quemó vivo, y en una de sus muchas atrocidades, asesinó a dos mil taínos que solo se habían reunido para mirar embobados a los españoles y sus caballos.

El capellán en esas matanzas era el huesudo, calvo e intenso fraile dominico Bartolomé de las Casas, que había recibido su propio territorio en la Española, pero ahora declaraba: «He visto aquí una barbarie a una escala que ninguna criatura viviente ha visto o espera ver jamás». Luego pasó a denunciar esa crueldad al rey Fernando, que retiró a Diego Colón. No fue suficiente: el propio de las Casas navegó de vuelta a casa para ver al rey. Pero la conquista había alcanzado el continente.

Pizarro se unió a una de esas expediciones lideradas por Vasco Núñez de Balboa, que fundó la futura Cartagena (Colombia), y más tarde cruzó el istmo de Panamá, donde, arrodillándose

maravillado, fue el primer europeo que vio el océano, que bautizó como mar del Sur. Balboa, adelantado del mar del Sur, luchó contra los nativos y convirtió a algunos al cristianismo, pero chocó con su violento superior, Pedro Arias Dávila, conocido en la corte como el Justador. Al llegar a América, Dávila había caído enfermo y había sido enterrado vivo en un ataúd, y fue rescatado solo porque un criado oyó el sonido de alguien arrastrándose dentro. Dávila, que siempre viajaba con el ataúd, sobornó a Pizarro y le ordenó arrestar a Balboa, a quien decapitó. Ahora, Pizarro tenía un patrón. Cuando Dávila fundó la ciudad de Panamá, Pizarro fue su primer alcalde y oyó hablar de un rico e inmenso reino en el sur.

Fernando también salió victorioso en Italia y recuperó Nápoles y Sicilia. Ya no necesitaba a los tramposos Borgia. Eran ellos quienes lo necesitaban a él.

«Había previsto la muerte de mi padre y hecho todos los preparativos», confió César Borgia a Maquiavelo, «pero no había anticipado que yo mismo estaría luchando contra la muerte.» En agosto de 1503, Alejandro VI y César enfermaron. Cuando Alejandro murió, su cadáver —«Su rostro cambiado, del color de las moras, cubierto de motas azules y negras, la nariz hinchada, la boca extendida por una lengua que había doblado su tamaño»— fue, según el jubiloso Burchard, «enrollado en una alfombra y tirado» en un estrecho ataúd. Lucrecia adoraba a su padre. El poeta Pietro Bembo la vio después de la muerte de su padre «en aquella estancia oscura, con tu vestido negro, acostada y llorando». Y César estaba demasiado enfermo para evitar la entronización de su peor enemigo.

Las pelotas más grandes: dos «terribiles», Julio y Miguel Ángel

Pendenciero y rencoroso, Giuliano della Rovere, sobrino de Sixto, escogió el nombre de Julio II por César, decidido a reconquistar el poder papal, jugar a lo que él llamaba «el juego del mundo»[6]y embellecer Roma por la gloria de Dios y la de los della Rovere.

Autoritario y temperamental y apodado *Il Terribile*, solía pegar a sus cortesanos con el bastón. Como cardenal, había tenido una hija —la astuta Felice, a quien confiaba las negociaciones diplomáticas —, aunque sus enemigos afirmaban que era «un gran sodomita», y más tarde estaba tan infestado de sífilis que los cortesanos tuvieron que impedir que los visitantes besaran sus pies putrefactos.

Primero venció a César Borgia, que huyó a España. «No viviré en las mismas habitaciones en las que vivieron los Borgia», dijo Julio, saboreando su triunfo, «y prohíbo so pena de excomunión que se hable de los Borgia o se piense en ellos. Su nombre debe ser borrado.» Pero, en realidad, había pocas diferencias entre los Borgia y los della Rovere.

Julio estaba ansioso por ir a la guerra. «Expulsad a los bárbaros», clamaba. Los principales bárbaros eran los franceses, que controlaban el norte de Italia, pero también odiaba a los venecianos y codiciaba Bolonia. Creando un ejército experto de Guardias Suizos, y financiado por Fugger el Rico, vistió la armadura papal, obligando al hedonista Giovanni de Médici a marchar rumbo al norte con su séquito. Julio amenazó a los enemigos capturados: «Hacedlo de nuevo y os colgaré». Cuando atacó a los franceses en Mirandola, dijo antes de subir una escalera: «¡Veamos quién tiene las pelotas más grandes, el rey de Francia o yo!». En 1506 conquistó Bolonia y volvió a Roma como un *triumphator* cesariano y pontífice cristiano. Ordenó la destrucción de la antigua San Pedro y su reconstrucción total, financiada por Fugger. Fue diseñada por Donato Bramante, que elaboró un diseño de cinco cúpulas de estilo constantinopolitano muy distinto del que finalmente se construyó. Pero Bramante también aconsejó a Julio que llamara a un joven artista de Urbino: Rafael Sanzio.

Cortés y sociable, el veinteañero Rafael era hijo del artista del duque de Urbino. Huérfano a los once años, estudió en Florencia, donde se sintió inspirado por Leonardo da Vinci, mucho mayor que él. En 1508, Julio le encargó la decoración de sus dependencias libres de los Borgia en la tercera planta del Vaticano, empezando por la biblioteca papal, la Stanza della Segnatura, donde *La escuela*

de Atenas incluye a Julio y también a Giovanni de Médici. Al mismo tiempo, contrató a Miguel Ángel, que se había hecho un nombre con su estatua del *David* para el régimen republicano de Florencia.

Julio supervisaba ferozmente a sus artistas, manejando «los humores de los hombres de genio», haciéndolos trabajar mucho y reteniendo a veces los fondos prometidos. Rafael era amable, Miguel Ángel irascible. Julio y Miguel Ángel, ambos apodados *Il Terribile*, se encendían mutuamente. «Es un dolor intentar negociar con este hombre, se niega a escuchar», refunfuñaba Miguel Ángel, «y descarga sobre ti los peores insultos que jamás hayas oído.» Miguel Ángel pedía libertad total «para hacer lo que quisiera». Cuando Julio se puso prepotente, Miguel Ángel, que había recibido una oferta del sultán Bayezid, amenazó con aceptar y salió corriendo de Florencia, perseguido a caballo por los guardias papales. Julio pidió a Florencia que entregara al artista.

Para no arriesgarse a una guerra, los florentinos lo enviaron a Bolonia. «Tenías que venir a nosotros», dijo Julio. «Estabas esperando que nosotros viniéramos a ti.» El artista se arrodilló para pedir perdón. Hasta entonces, los artistas se habían considerado artesanos e ingenieros. El inconveniente era que los trataban como a siervos brillantes; la ventaja era que estaban totalmente desinhibidos de las limitaciones de la especialización profesional. Pero Miguel Ángel pidió que el pontífice lo tratara con respeto, y fue el primer artista que lo consiguió. Manteniéndolo en Bolonia, Julio visitaba sus estudios y le encargó una escultura de sí mismo. Miguel Ángel le preguntó cómo debía caracterizarlo.

«Ponme una espada», gruñó el papa *Terribile*, «no una pluma.»

Julio le encargó primero que construyera su tumba —un proyecto grandioso que duró décadas y nunca se terminó—, pero entonces le ordenó que pintara el techo de la Capilla Sixtina, construida por su tío Sixto. «La pintura no es lo mío», replicó Miguel Ángel, que todavía se sentía más a gusto como escultor, pero Julio lo convenció de que se hiciera pintor. Miguel Ángel consideraba toda su obra una expresión de divinidad. «Si mi duro martillo da forma a aspectos humanos», escribió, «a partir de la

roca maciza, ahora esta, ahora la otra, se ciñe y guía por el mandato divino, prestándole movimiento, desplazándolo como Él desea.»

En la capilla, Miguel Ángel construyó un andamio de madera y se acostaba boca abajo a más de cuarenta y dos metros de altura. Pintó sobre yeso húmedo nueve escenas empezando por el comienzo de los tiempos, dominado por su retrato de Dios y su energía divina. Tardó cuatro años colgando boca abajo. «Llevo una vida desdichada», le dijo a su padre. «El estómago aplastado bajo el mentón, la barba apuntando hacia los cielos, mi pecho se retuerce como una arpía. Mi pincel, todo el rato encima de mí, gotea...» A pesar de sus dotes, tenía momentos de duda: «Mi pintura está muerta ... No soy pintor». Julio inspeccionaba el trabajo trepando por las escaleras.

Los artistas de Julio se miraban con celos: Miguel Ángel, de treinta años, rudo y musculoso, atormentado, enfurecido y homosexual; Rafael elegante, cortés, esbelto, guapo y amante de su modelo Margherita Luti, conocida como *La Fornarina*, «la hija del panadero». Mientras Rafael vivía y vestía por todo lo alto, Miguel Ángel parecía un campesino, a pesar de ganar enormes sumas de dinero que gastaba en fortalecer las aristocráticas propiedades de su familia. La fama de Leonardo y el ascenso de Rafael exasperaban al alborotador y paranoico Miguel Ángel, que despreciaba a ambos, sobre todo al fácil Rafael, nueve años más joven que él: «Todos los desacuerdos entre el papa Julio y yo se debían a la envidia de Bramante y Rafael». Cuando Bramante le enseñó a Rafael la Capilla Sixtina, Miguel Ángel se burló: «Rafael tiene buenos motivos para sentir envidia, pues todo lo que sabe de arte lo aprendió de mí».

Intentaban evitarse, pero se encontraron una vez, Miguel Ángel taciturno y a solas, y Rafael con un séquito. Miguel Ángel le dijo con malicia si era el jefe de policía con su cuadrilla, a lo que Rafael le preguntó si estaba ante un verdugo, rechazado por la sociedad. Pero la imagen de Miguel Ángel como una persona solitaria es errónea: vivía con su *brigata* —la camada—, un hogar de ayudantes y artistas a los que ayudaba a formarse y a los que

quería como si fueran su familia. Tenía un don para la amistad con las mujeres. Sus cartas con ellas eran ocurrentes y afectuosas; y cuando se enamoraba de hombres, sus cartas de amor eran vulnerables y apasionadas.

Las guerras de Julio empezaron a ir mal. Perdió Bolonia y se dejó crecer la barba como gesto de aflicción (la que retrató Rafael). En abril de 1512 fue derrotado por Luis XII de Francia en Rávena, donde su amigo el cardenal de Médici fue capturado y casi asesinado antes de escapar. Julio envió a su hija Felice —retratada también por Rafael— para negociar con los franceses, mientras Médici le pedía recurrir a sus aliados españoles para volver a conquistar Florencia. Julio aceptó. Los españoles asaltaron la ciudad y Soderini y Maquiavelo fueron depuestos. El cardenal de Médici y su hermano Giuliano volvieron mientras las multitudes gritaban «¡Pelotas! ¡Pelotas! *Palle! Palle!*», refiriéndose al emblema del blasón familiar. Los Médici estaban de vuelta.

Las pelotas habían echado a rodar. Cuando Julio murió de sífilis, Giovanni de Médici fue elegido papa León X y los cardenales salieron de la Capilla Sixtina gritando «¡Pelotas! ¡Pelotas!».

Lutero y León: las heces del diablo y el elefante del papa

«Dios nos ha dado el papado», dijo León. «Disfrutémoslo.» Y lo hizo, presidiendo banquetes con carne de simio, sesos de mono y lenguas de loro con sesenta entrantes, chicos desnudos saliendo de pasteles y un bufón que engulló cuarenta huevos o veinte pollos. Estaba obeso, era corto de vista, tenía la cara roja y, aunque a veces lo atormentaba una fístula anal, era alegre y divertido. Pero era desconsiderado con los demás. Cuando unos cazadores murieron en sus expediciones, apenas reaccionó: «¡Vaya día!».

Conocía a Miguel Ángel desde que eran niños en el *palazzo* de Lorenzo el Magnífico —«Hermanos alimentados juntos», decía— y le encargó el diseño de la capilla Médici de San Lorenzo, en Florencia. «Es horrible», dijo del artista. «No se puede tratar con él.» Prefería a Rafael, que ahora estaba pintando la Stanze di

Raffaello y, tras la muerte de Bramante, quedó a cargo de San Pedro.

León, reluciendo con joyas y flotando entre los aromas de las especias caras y la putrefacción anal, emuló a los Borgia y los della Rovere a la hora de ascender a su familia y eligió a su bondadoso sobrino Lorenzo, hijo de Piero, para gobernar Florencia. Para Lorenzo, León organizó un matrimonio medio real con una prima del rey francés, Magdalena de La Tour de Auvernia, con quien tuvo una hija, Catalina, futura reina de Francia. Días después de su nacimiento, Lorenzo murió, y León eligió a su primo Giulio, hijo bastardo del Giuliano asesinado por los Pazzi, como cardenal y señor de Florencia. Mientras vivía en Roma, Giulio había tenido un hijo, Alessandro, con una chica que no era blanca, Simonetta, probablemente hija de esclavos africanos. Los Médici poseían esclavos, tanto blancos como negros.

Las intrigas de León desestabilizaron la curia, o corte papal. Uno de sus primeros nombramientos como cardenal fue su joven amante Alfonso Petrucci, que llegó a estar muy resentido con su patrón y organizó una conspiración en la cual el médico de León trataría su fístula anal inyectándole veneno en el trasero. Cuando se descubrió el complot, Petrucci, bajo tortura, implicó a otros cardenales, que fueron perdonados a cambio de sus fortunas. Pero León hizo estrangular a su examante con una abrazadera escarlata a manos de un verdugo moro. Su nuevo amante era el cantante medio otomano Solimando.

Para pagar San Pedro, León necesitaba más dinero, obtenido con préstamos de Fugger el Rico, con pagos por los sombreros de los cardenales y con la venta de indulgencias (por las que un pecador podía librarse del purgatorio a cambio de pagos a la Iglesia). Las indulgencias eran solo el último e indignante abuso de la santidad papal y disgustaron especialmente a un monje alemán de Wittenberg, Sajonia. Su nombre real era Martin Luder pero lo cambió a Eleutherius —liberado—, que germanizó como Luther (Lutero).

Cuando estuvo a punto de caerle un rayo encima, Lutero experimentó una revelación damascena, abandonó sus estudios

legales y se hizo monje. Pero una visita a Roma lo horrorizó. «Ese apestoso y sucio charco lleno de los más pérfidos desdichados del mundo» estaba inundado de «repugnantes despropósitos», escribió con su habitual dureza. «Si existe un infierno, Roma está construida sobre él.» Roma era sin duda una Babilonia moderna en la que, como decía el poeta obsceno de León, Pietro Aretino, los visitantes «no solo querían visitar las antigüedades, sino también las modernidades, es decir, las mujeres».

A Lutero, un alborotador mordaz, teatral y recto, le disgustaba aún más esa publicidad insistente de León: «¿Por qué el papa, cuya riqueza hoy en día es mayor que la riqueza del Craso más rico, construye la basílica de San Pedro con el dinero de los creyentes pobres en vez de con su propio dinero?». En octubre de 1517, Lutero escribió un ataque al papa, sus *95 tesis*, que clavó junto a otros avisos en la puerta de la Schlosskirche de Wittenberg. Pero no dependía de las puertas de la iglesia, sino que recurrió a un nuevo medio: la imprenta. Al final se publicaron 3,1 millones de ejemplares. Se hizo pintar repetidamente por su amigo Lucas Cranach y convirtió su pendenciero rostro en uno de los más famosos de Alemania.

Era un polemista cruel y visceral y estaba obsesionado con las heces y el sexo. Más tarde tachó al papa de sodomita transexual, cuyas órdenes estaban «selladas con las propias heces del diablo, escritas con los pedos del ano del papa». Lanzaba diatribas salvajes contra los judíos: «Nos equivocamos si no los matan», ese «pueblo del diablo», «gusanos venenosos» repletos de las «heces del diablo ... que se revuelcan en ellas como cerdos». Su sinagoga era «una puta incorregible, una zorra perversa».

La furia de Lutero no solo dio voz al resentimiento por la corrupción papal, sino también a un incipiente escepticismo. La santidad, argumentaba, no se basaba en los títulos, pagos y rituales mágicos de la Iglesia católica, sino en la relación directa entre el hombre y Dios (sin intermediarios sacerdotales), guiada por las escrituras —*sola scriptura*—, que pronto serían traducidas del latín al alemán y así podría leerlas todo el mundo. Lo único que necesitaba la gente para entrar en el reino de los cielos era saber

leer, algo que ahora Lutero promovía.

Mientras se propagaban sus enseñanzas, 27 monjas de un cercano monasterio cisterciense quisieron unirse a su movimiento. Lutero, de cuarenta y un años, organizó una fuga dentro de barriles de arenques y, supuestamente después de haberse quitado el olor a pescado, se sintió atraído por una de ellas, Katharina, de veintiséis años. Nunca se había planteado el matrimonio, «no porque sea insensible a mi carne o mi sexo (pues no soy ni de madera ni de piedra), sino porque cada día espero la muerte de un hereje». «De pronto me asaltaban pensamientos muy distintos. El Señor me ha sumergido en el matrimonio.» Argumentaba que «una mujer no tiene control de sí misma. Dios ha creado su cuerpo para estar con un hombre, para tener descendencia», así que era bienvenida a disfrutar del sexo, y fueron bendecidos con seis criaturas. Pero Lutero debía de ser agotador. «Querido esposo, sois demasiado duro», dijo una vez Katharina. Pero la monja del barril de pescado fue decisiva: Lutero decretó que los sacerdotes protestantes podían casarse.

Ese espíritu protestante se expandió rápidamente por el norte y el centro de Europa, desde príncipes a campesinos, basado en los principios básicos: la palabra de la Biblia. La religiosidad más personal del protestantismo alentaba un nuevo espíritu independiente en los negocios, el arte y la vida cotidiana. Las naciones protestantes —buena parte de Alemania y luego los Países Bajos, Gran Bretaña y Escandinavia— se alfabetizaron más que las católicas. La alfabetización cambió la psicología (incluso la formación del cerebro), pero también incrementó la autoestima y el conocimiento, de la misma forma que aumentó la autodisciplina, la automotivación, el pensamiento analítico y la sociabilidad, contribuyendo a lo que más adelante hizo que el norte de Europa tuviera tanto éxito. El protestantismo no fue el único factor en ese espíritu europeo de «esfuerzo, paciencia y diligencia», pero sí fue, como escribe Joseph Henrich, «un recordatorio ... tanto consecuencia como causa de la psicología cambiante de las personas».

Intentando ignorar a Lutero, León se reía de esta «disputa

monjil». Entonces recibió un regalo increíble procedente de la India: un elefante blanco llamado Hanno, que por su tamaño y jovialidad parecía casi una metáfora del propio León. «En mi brutal bestia», escribió León con voz elefantina, «encontraron sentimientos humanos.» En un recinto a medida entre San Pedro y Letrán, Hanno fue dibujado por Rafael, y cuando el papa quiso burlarse de un poeta pretencioso, hizo que montara a Hanno hacia el Capitolio con estridentes trompetas hasta que el paquidermo, alarmado por el ruido, se negó a moverse. Pero los insensatos cuidadores de Hanno lo envenenaron por error con un laxante mezclado con oro. Tras su muerte, Rafael diseñó el memorial («Lo que la naturaleza se ha llevado, Rafael Urbino con su arte lo ha recuperado»), León redactó el epitafio a su «poderosa bestia» y Aretino escribió un pornográfico *Última voluntad y testamento del elefante Hanno*, en el que el pene del paquidermo le era legado al fálico cardenal di Grassi «para que pudiera ser más activo en la encarnación de bastardos con la ayuda de Madama Adriana».[7]León perdonó la impertinencia de Aretino, pero comprendía su propia conexión con Hanno y escribió: «Pero deseo, oh, dioses, que el tiempo que la naturaleza me haya asignado, y que el destino robó, / se lo añadáis a la vida del gran León». El elefantino León no sobrevivió demasiado a Hanno, pero, en su epitafio, el frívolo pontífice mencionó algo mucho más importante:

> *Poderoso elefante que el rey Manuel*
> *después de conquistar oriente*
> *le envió como prisionero al papa León X.*

Ese «conquistador» era Manuel I, el rey portugués que orquestó una conquista mundial mesiánica desde Brasil y Congo hasta la India e Indonesia a manos de los agresivos marineros cruzados de su diminuto reino.

Los saqueadores de Manuel en Oriente: Da Gama y Albuquerque

Como joven príncipe en 1493, cuando lo convocó su primo Juan II, Manuel temía que el rey lo destripara como a su hermano. En vez de eso, fue nombrado heredero. Su suerte a la hora de sobrevivir a la purga de Juan se añadía a su creencia en su destino como rey David latino que volvería a tomar Jerusalén, arrasaría la Meca y destruiría el islam. Con veintiséis años en el momento de la sucesión, de rostro redondo y brazos largos y simiescos, estaba influenciado por sus primos Fernando e Isabel, y se casó con su hija mayor; cuando esta murió en el parto, contrajo matrimonio con su hermana.[8]Pero la infanta española mayor se había negado a casarse con él si no expulsaba a todos los judíos portugueses.

Manuel había protegido a los judíos de Portugal, que eran propietarios de una quinta parte de la riqueza de bienes muebles del país, y sus cifras se habían disparado con los refugiados de la expulsión de Isabel, pero España y Dios eran más importantes. En octubre de 1497, forzó la conversión en masa de los judíos.

La familia judía más rica de Portugal había fingido su conversión: el mercader de pimienta malagueta Francisco Mendes se casó con la heredera Beatriz de Luna, que se dio a conocer como Gracia Mendes, en una ceremonia católica en la catedral de Lisboa. Pero cuando los expulsaron volvieron a su judaísmo y escaparon a los Países Bajos, el comienzo de un viaje en el que acabarían convirtiéndose en potentados otomanos y monarcas judíos. Sin embargo, en aquel momento, incluso ser un nuevo cristiano era peligroso. En 1506, unos frailes dominicos lideraron un pogromo que quemó vivos a varios miles de judíos y nuevos cristianos en una hoguera en la plaza mayor de Lisboa.

Manuel gastó el dinero de los judíos en cuatro barcos, equipados con cañones y liderados por un *fidalgo* de su séquito, Vasco da Gama, miembro de la Orden cruzada de Santiago, cuyo difunto padre había sido elegido en un principio para dirigir el viaje. Su misión era seguir la ruta de Bartolomeu Dias y luego hacerse con el control del comercio de especias del océano Índico, con el objetivo de hostigar a los musulmanes y compensando su reducido número con cañonazos y crueldad.

Navegando alrededor del sur de África, Da Gama arrasó la

costa suajili, atacando a los transportes árabes que zarpaban de Malindi, donde encontró aliados, reclutó un piloto árabe en Mombasa y luego navegó hasta Calcuta (Kozhikode), en la costa de Malabar de la India, preeminente entre una constelación de ciudades-estado que comerciaban con pimienta, canela, cardamomo, jengibre, clavo, joyas, ébano, ámbar y tamarindo. La India estaba fragmentada: el norte lo gobernaba un debilitado sultanato musulmán de Delhi y el sur estaba dividido entre el raj hindú de Vijayanagara y el sultanato islámico de Bijapur.

En la cosmopolita Calcuta, Da Gama conoció a comerciantes árabes e indios y también a un judío polaco que hablaba italiano, nacido en Alejandría y emisario del sultán de Bijapur. Da Gama lo torturó primero, y luego lo bautizó Gaspar da Gama y lo usó como intérprete y negociador. El portugués confundió los templos hindúes y sus estatuas con iglesias cristianas, pero el *samoothiri* (zamorín), señor del mar, gobernante hindú de una ciudad en parte islámica, quedó poco impresionado por los escasos regalos de Vasco. Esos príncipes-
mercaderes indios estaban acostumbrados a tratar con extranjeros —chinos, malayos y árabes en contacto con los sultanes mamelucos de Egipto—, pero los métodos portugueses fueron una sorpresa desagradable.

Después de sobrevivir por poco a un viaje de vuelta en el que perecieron dos tercios de sus hombres, da Gama fue ascendido a la nobleza, le fue concedido el título de almirante de los mares de Arabia, Persia, la India y todo Oriente y fue enviado de regreso por Manuel, que se jactaba de sus proezas y ahora se autodenominaba señor de la conquista, la navegación y el comercio de Etiopía, Arabia, Persia y la India.

Inspirado por su destino divino, Manuel envió una serie de flotas hacia el este, 81 barcos en cinco años, muchos de ellos financiados por Fugger el Rico. En marzo de 1500, el rey se despidió de Pedro Álvares Cabral, uno de sus cortesanos favoritos, y de trece naves con Bartolomeu Dias y el judío converso polaco Gaspar da Gama a bordo. Tras zarpar hacia el Atlántico, Cabral desembarcó en una nueva «isla» que reclamó para Manuel como

Ilha de Vera Cruz (conocida luego como Brasil), antes de dirigirse a África (donde Dias se perdió en una tormenta) a través de Sofala y Malindi y luego a la India. Cuando los *samoothiri* se volvieron hostiles y mataron a cincuenta de sus hombres, Cabral bombardeó Calcuta, donde acabó con la vida de seiscientas personas, y después aunó fuerzas con el rajá de Cochín, que estaba molesto con su posición de subordinación respecto a Calcuta. Siete de los trece barcos volvieron llenos de especias que se vendieron provechosamente.

Intuyendo las oportunidades que encerraba la «isla» (Brasil), Manuel envió más barcos a investigar. En uno de ellos viajaba Américo Vespucio, que se dio cuenta de que no era una isla, sino un continente. Recabando información en su oficina de asuntos coloniales, la Casa de Indias, Manuel decidió desafiar no solo a los comerciantes árabes y egipcios del océano Índico, sino también a sus rivales europeos, Venecia y Génova. Su visión era extraordinaria —dominar un vasto territorio controlado por comerciantes suajilis, árabes e indios— con diminutas flotillas de marineros portugueses lideradas por sus mejores cortesanos, recurriendo a carracas, una impresionante fuerza de artillería y unos actos espectaculares de terror asesino. Su voracidad monopolística lo convirtió en el primer monarca verdaderamente emprendedor: el rey francés, celoso de su riqueza, lo apodó *Le Roi Épicier*, el rey de las especias.

Manuel creó una flota de la venganza para hacer que los indios pagaran por su impertinencia con Cabral, que fue elegido para capitanearla. Pero la competición entre los aliados de Cabral y los de Da Gama la ganó este último. Entonces empezó la matanza. El almirante Da Gama, vestido de satén carmesí y con la bendición del rey, arrasó Kilwa (Tanzania), y luego, cruzando el océano Índico, quemó un barco entero de peregrinos que se dirigían a su hogar desde la Meca, bombardeó Calcuta mientras colgaba a los indios de sus mástiles y derrotó a una flota de corsarios árabes. Su crueldad fue espectacular: las víctimas eran desmembradas y decapitadas y se enviaban a los gobernantes montones de miembros corporales; le cortó los labios y las orejas al embajador

de los *samoothiri* y lo mandó de vuelta a Calcuta con las orejas de un perro cosidas a la cabeza.

Manuel mantuvo la presión, desafiando al jefe supremo del océano Índico: al-Ghaury, sultán de Egipto. Manuel envió dos flotas más equipadas con cañones, con Dom Francisco de Almeida, veterano de la conquista española de Granada, como primer gobernador y virrey del estado portugués de la India, y cuya tripulación incluía a un joven noble, Fernão de Magalhães —Magallanes—. Luego mandó a un incontrolable cortesano-soldado, Afonso da Albuquerque, un veterano de barba blanca que había ayudado a conquistar Tánger y frustró la incursión en Otranto de Mehmed II.

Almeida bombardeó Kilwa con la ayuda de su rival, el sultán de Mombasa, viajó a la India y construyó el Fuerte Manuel en Cochín y otros fuertes que ahora formaban el estado de la India. La primera misión de Albuquerque era tomar la isla de Socotra, frente a la costa de Yemen, y el puerto de Muscat. Planeó desembarcar en Yeda, arrasar tierra adentro y robar el cuerpo del Profeta. El emir de la Meca, Sharif Barakat II, apeló al sultán al-Ghaury, igual que lo hizo el sultán de Gujarat. Al-Ghaury ordenó a los carpinteros venecianos construir una flota que, con Hussein al-Kurdi, su almirante kurdo, al mando, se encontró con una flotilla de Calcuta y Gujarat dirigida por un exesclavo georgiano, Malik Ayyaz, y se enfrentaron a Almeida. Una flota egipcio-india construida por venecianos, tripulada por esclavos de galeras rusos y arqueros etíopes y liderada por un kurdo y un georgiano, luchó contra un contingente portugués en Chaul, donde murió el hijo de Almeida. Fue un empate que tendría su venganza meses después en Diu, donde los portugueses asesinaron a los mamelucos y ejecutaron a sus prisioneros cortándolos a trozos, disparándolos desde los cañones y ahorcándolos.

En cuanto Manuel supo de la perspicacia de Albuquerque, lo ascendió. Albuquerque interpretó enseguida el mundo del océano Índico y entendió que, para establecer una presencia permanente, los portugueses necesitaban unas pocas fortalezas ubicadas estratégicamente. Planeó atacar Egipto en el mar Rojo, pero su

nuevo aliado indio, Timoji, un corsario que había servido a los Vijayanagara, le pidió que le arrebatara Goa al sultán de Bijapur como capital de la India de Manuel, y juntos asaltaron la ciudad y mataron a seis mil defensores.

En 1511, Albuquerque, el recién estrenado duque de Goa, navegó por el corazón del comercio de especias, el sultanato de Malaca (Malasia), que conquistó al segundo intento; mató a todos los musulmanes y perdonó a malayos e indios; entonces envió tres naves para tomar las islas Molucas (o islas de las Especias), fuente de clavo, macis y nuez moscada, pero naufragaron. Albuquerque llenó barcos con nuez moscada y clavo y después navegó por Ormuz, en el golfo Pérsico, donde construyó una fortaleza para controlar el estrecho.

Celebrando su proyecto global, Manuel organizó desfiles en los que elefantes y rinocerontes engalanados con oro iban por la ciudad seguidos de caballos árabes y un jaguar. En 1514, Albuquerque recibió un regalo del sultán de Cambay, Hanno el elefante, que envió a Manuel junto con un rinoceronte. El rey intentó que los preciosos animales lucharan entre sí, pero el elefante, con buen criterio, se negó a competir contra el rinoceronte y Manuel se lo envió al papa León.

En Lisboa, Manuel construyó su enorme palacio de Ribeira, que incluía su Casa de Indias, Esclavos y Guinea y su arsenal. La ciudad era uno de los principales mercados europeos de especias, azúcar y cada vez más esclavos: en 1500, cerca del 15 % de la población eran esclavos africanos. El comercio se intensificó: entre 1500 y 1535 se comerció con diez mil. El oro y el azúcar exigían mano de obra barata. El paladar de Europa se mostraba complacido con los vampíricos colmillos de los traficantes de esclavos. Las plantaciones de azúcar de Santo Tomé, Madeira y Cabo Verde eran rentables pero intensivas. Los gobernantes Akan compraron diez mil esclavos a los intermediarios portugueses entre 1510 y 1540. Pero ahora los traficantes de esclavos se extendían desde el golfo de Benín —la costa de los esclavos— hasta casi mil kilómetros al sur, en Congo. El comercio de esclavos se convertiría en una atrocidad descomunal y en un negocio criminal, la mayor

inmigración forzosa de la historia, pero solo el 3 % tuvo lugar entre 1450 y 1600: ese infernal comercio solo acababa de empezar.

Tanto la raza como la fe eran importantes para los portugueses. En la India y África, los creadores de imperios mostraban el mismo racismo y apetito por la coerción que otras naciones, pero pronto se juntaron con mujeres indias y africanas. En Goa, Albuquerque construyó una nueva ciudad portuguesa de forma consciente, pero animó a los colonos portugueses a casarse con mujeres indias. Es fácil exagerar la escala del imperio portugués: era superficial y demasiado disperso y solo se conquistaron unas pocas ciudades.[9]

Mientras Albuquerque llegaba al sudoeste de la India, otro caudillo extranjero, cuya familia conquistaría buena parte del subcontinente, estaba invadiendo el norte.

Acto undécimo
425 millones

Tamerlanes y mexicas, otomanos y safávidas

Babur conquista Delhi

En enero de 1505, Babur, de veintidós años, atacó la India por primera vez. Como era solo un príncipe menor luchando por su supervivencia, su incursión fue mínima comparada con la invasión de su tatarabuelo Tamerlán, que había saqueado Delhi. Babur —tigre— era un divertido, entusiasta e incontrolable extrovertido con un linaje increíble: su madre era descendiente de Gengis Kan y su padre de Tamerlán. Pero durante el medio siglo transcurrido a partir de 1447, tras la muerte de Shahruj, el hijo de Tamerlán, los descendientes del conquistador no habían logrado controlar su anterior imperio. Como cualquier mirza,[1]Babur deseaba sentarse en el trono del conquistador en Samarcanda. Pero muchos mirzas ya no eran guerreros, sino más bien vividores que ofrecían «buena compañía en conversaciones y fiestas pero desconocían la guerra».

Babur, contemporáneo de Manuel y Miguel Ángel, tenía doce años cuando su padre, mujeriego, poeta, guerrero intrépido y amante de las palomas, «gordo, valiente, elocuente», murió (estaba visitando a sus palomas y el palomar se desplomó por un barranco). «El mirza Omar Cheikh», escribió Babur, «voló con sus palomas y su hogar y se convirtió en un halcón.» Heredero del valle de Ferganá, el mirza dependía de su abuela, Aisan Daulat Begum, «para las tácticas y la estrategia, una planificadora inteligente». Babur era un turco chagatai, hábil con el arco, la espada, la maza de seis pestañas y el hacha del jinete de la estepa, y gracias a sus extravagantes memorias, *Baburnama*, escritas en turco, es uno de los primeros estadistas a los que podemos conocer

personalmente.

De adolescente, Babur se casó por primera vez con Aisha, pero su primer amor fue un chico: «Descubrí en mí mismo una extraña inclinación por un muchacho en el bazar del campamento. Hasta su nombre, Baburi, se parecía al mío». A veces, «Baburi se acercaba a mí, pero yo me volvía tan tímido que no podía mirarlo a la cara». Cuando Babur tropezaba con él, «Me derrumbaba ... Me siento muy avergonzado cada vez que veo a mi amado». Torturado por su enamoramiento, «con esa efervescencia de deseo y pasión y la insensatez de la locura juvenil, solía deambular con la cabeza descubierta y los pies desnudos por las calles, los jardines y las viñas. No prestaba atención a nadie, tampoco a mí mismo». Luego se casó con su hermosa e inteligente prima, Maham, en la que confiaba sin reservas. «Escucha las palabras de Maham como si fueran ley», afirmaba, sobre todo después de que diera a luz a su querido hijo Humayun.

En 1496, Babur conquistó Samarcanda, pero la perdió cien días después. «Lloré sin querer», admitió. «¿Existe algún dolor, alguna aflicción, que mi herido corazón no haya experimentado?» En 1500, cuando tenía diecinueve años, «conquisté Samarcanda» otra vez. «Tenía 240 hombres.» Un año después, humillado en la batalla, huyó, y estaba tan desesperado que él y su cuadrilla se comieron sus caballos. «Cuando uno tiene pretensiones de gobernar y deseos de conquista, no puede ponerse cómodo y limitarse a mirar una o dos veces cuando las cosas no van bien.» Pero también sabía que el poder implica soledad: «Aparte de mi propio corazón, nunca he encontrado un confidente».

Entonces, justo cuando planeaba huir a China, su suerte cambió. Conquistó Kabul, famosa por sus jardines y su pobreza, con doscientos rufianes a los que tuvo que disciplinar: «Ordené ejecutar a cuatro o cinco y desmembrar a uno o dos». Empezando con esa caótica banda, seguirían hasta conquistar la tierra más rica del mundo. «Mi deseo por Indostán [la India] era constante», escribió Babur, e hizo una incursión por el paso Jáiber, donde vio la riqueza de la India: «Cada año, veinte mil animales traen esclavos, telas, azúcar y especias». Aún mejor, el sultanato de

Delhi, gobernado durante cincuenta años por la dinastía Lodi, de ascendencia afgana, era débil.

Entre ataque y ataque a la India, Babur disfrutaba de la bebida y las drogas. «Había un alboroto muy desagradable», recordaba. Una vez, «nos fuimos a caballo, nos subimos a un barco y bebimos. Salimos de allí borrachos perdidos y, montando de nuevo, nos fuimos a galope. Debía de estar muy ebrio». Fue el único conquistador psicodélico. «Qué extraños parecían los campos de flores bajo su influencia», comentaba sobre los narcóticos. «Solo flores moradas, nada más, a veces amarillas y moradas con destellos dorados.»

En noviembre de 1525 condujo a veinte mil hombres, incluyendo cuatro mil arcabuceros y artillería enviada por el sultán otomano, a Punyab (Pakistán), y luego irrumpió en Delhi. El 21 de abril de 1526, en Panipat, justo al norte de Delhi, los cien mil hombres y cien elefantes del sultán Ibrahim desafiaron al pequeño contingente de Babur. Es probable que los mosqueteros y los cañones de los invasores fueran la clave. A Babur le llevaron la cabeza de Ibrahim. A sus cuarenta y tres años había conquistado el norte de la India. «Le ordené a [mi hijo mayor] Humayun que ocupara la capital, Agra». Pero después de repartir el botín, sus tropas quisieron volver a Kabul; él quería quedarse.

No es que le gustara la India: «Un país de pocos encantos. Su gente no tiene buena apariencia ... ni buenos caballos, ni buenos perros, ni uvas, ni melones dulces o fruta de calidad, ni hielo o agua fría, ni buen pan o comida cocinada en los bazares, ni baños calientes», y había una «notable aversión entre su pueblo y el mío». Pero para Tamerlán había sido trofeo suficiente, y lo que él quería era la gloria: «Dame solo renombre y, si muero, estaré satisfecho». Babur convocó a los grandes mongoles y turcos. «Dios nos ha dado soberanía en Indostán», declaró, al estilo de esos otros depredadores —los portugueses y los españoles— a los que Dios había concedido un imperio.[2]

Babur estaba decidido a probar la comida india y conservó a los cocineros del difunto sultán, algo que estaría a punto de ser un error fatal. La madre del sultán sobornó a los cocineros para que

envenenaran la comida de Babur. «Vomité mucho», le escribió a su hijo Humayun. «Nunca vomito después de las comidas, ni siquiera habiendo bebido. Una nube de sospecha apareció en mi mente.» Cuatro cocineros fueron torturados y confesaron. «Ordené que cortaran en pedazos al catador y que el cocinero fuera despellejado vivo. También mandé que tiraran a una de las mujeres a los pies de los elefantes y que dispararan a otra.» A la madre del sultán la mataron silenciosamente. Babur entendía que «quien ha estado a punto de morir aprecia la vida».

Babur fue desafiado por Rana Sanga, un rajput,[3]cuyos doscientos mil hombres marcharon sobre Agra, ansiosos por expulsar a la Casa de Tamerlán. Babur renunció temporalmente a la bebida y derramó garrafas de vino delante del ejército. «Nobles y soldados», dijo, «cualquiera que se siente en el festín de la vida debe, antes de que esta se acabe, beber de la copa de la muerte, pero ¡cuánto mejor es morir con honor que vivir con infamia!» Mientras se unían a la batalla en Khanua, los soldados cogieron sus coranes. «El plan fue perfecto, funcionó de manera admirable», observó Babur, cuya artillería otomana «rompió las filas de los paganos con arcabuces y cañones» mientras los soldados «luchaban con alegría». Lo celebró formando torres de cráneos, como había hecho Tamerlán, antes de repartirse la India entre sus partidarios turcos, mongoles y afganos a cambio de sus servicios militares. Luego escribió sus memorias, construyó jardines, fumó opio, bebió vino (citando el verso «Estoy borracho, oficial. Castígueme cuando esté sobrio») y se divirtió con dos esclavas georgianas enviadas por el sha de Persia, «bailarinas de mejillas sonrosadas». A medida que Babur se debilitaba, Humayun, que gobernaba Kabul, cayó enfermo. A Babur se le rompió el corazón.

—Tú eres rey y tienes otros hijos. Yo lloro porque solo tengo este —protestó su emperatriz Maham junto al lecho del príncipe.

—Maham —replicó—, aunque tenga otros hijos, a ninguno lo quiero tanto como a tu Humayun.

Babur ofreció su propia vida a cambio de la de su hijo. En diciembre de 1530, Humayun, de veintitrés años, se recuperó, mientras Babur enfermaba. El último consejo de Babur fue: «No

hagas nada contra tus hermanos aunque lo merezcan».[4]

Humayun era «valiente en la batalla, ingenioso y alegre, lleno de ingenio», pero «cogió malas costumbres, como el consumo excesivo de opio», y prefería pasar el tiempo de charla y disfrutando de placeres. Carecía de esa determinación asesina y su peor insulto era «estúpido». De inmediato, lo desafiaron por todas partes: sus hermanos, los guyaratis, los portugueses y, de forma más seria, uno de los generales afganos de su padre, que marchó sobre Agra. En 1541, Humayun huyó hacia el oeste, a Sind (Pakistán).

Por el camino conoció a una adolescente mitad persa llamada Hamida que se resistió a su cortejo, posiblemente porque las perspectivas de él eran nefastas, pero al final se casó con ella y escaparon a través del abrasador desierto de Thar con cuarenta criados. En Umarkot, Hamida dio a luz al primer hijo de Humayun, que nació sobre un camello. Humayun se vio obligado a dejar al bebé en Kandahar con su tía Khanzada. Ella creía que el bebé guardaba un parecido exacto con Babur: de mayor se convertiría en Akbar el Grande. Humayun huyó a Persia. Daba la impresión de que el dominio de esa dinastía de conquistadores no sería más que un destello en el rostro de sus arcabuceros. De hecho, sus victorias las habían conseguido gracias a su artillería, un presente del sultán otomano, Selim el Severo, que cambió por completo el equilibrio de Eurasia.

Selim, hundido en sangre hasta el cuello

En marzo de 1517, Selim galopó hasta El Cairo después de haber destruido el sultanato mameluco y conquistado todo el mundo árabe, lo cual acrecentó su imperio en un 70 % y le dio por primera vez una mayoría islámica. Nieto de Mehmed el Conquistador y tercer hijo del sultán Bayezid, Selim era ágil, flaco y cadavérico, perspicaz y paranoico, impaciente e implacable. Su éxito residía en sus arcabuceros, que podían ser formados en dos semanas; llevaba toda una vida dominar el arco y el caballo. Los

arcabuces, que se disparaban desde el hombro utilizando la culata de una ballesta, se encendían con una llave de mecha y se detonaban con un nuevo invento, el gatillo, se estaban convirtiendo en mosquetes.

Frustrado por las vacilaciones de su padre y su propio aislamiento como príncipe-gobernador de Trebisonda, donde se quejaba de que era «frágil y estaba indefenso», Selim marchó sobre Constantinopla y derrocó a su padre, al que posiblemente envenenó. Luego, uno por uno, estranguló a sus tres hermanos y a sus siete sobrinos. Una vez en el trono, la mayoría de sus hijos desaparecieron, probablemente estrangulados también, para abrirle camino a su sucesor elegido, Solimán. Acompañado siempre de sus verdugos, los Sin Lengua,[5]el padishah —emperador— mató a tres de sus seis visires y pateó una de sus cabezas. «El rey de las bestias, el come-hombres», lo llamaba uno de sus funcionarios. Cuando alguien fue lo bastante atrevido para solicitar que le avisara si iba a ser ejecutado, Selim contestó que lo consideraría, pero que en ese momento no tenía un sustituto. Se enorgullecía de ser un asesino. «Ahogado en un mar de sangre», se describía a sí mismo en uno de sus poemas, escritos con el seudónimo de Selimi, «hundido en sangre hasta el cuello». En cuanto estuvo seguro, Selim renovó los tratados con Venecia y Polonia e indicó a Europa su deseo de paz mientras se enfrentaba a un creciente desafío por el este: el dios-rey de Persia.

El Alejandro-Jesús de Persia apuesta por la conquista del mundo

En 1501, Ismaíl, de trece años, declaró que era el Mahdi, el mesías. Poeta, cazador, amante de chicos y chicas y bebedor descomunal, Ismaíl —«de piel clara, guapo y muy agradable; no muy alto, pero con una figura ligera y bien formada, hombros anchos y pelo rojizo»— declaró su divinidad, anunciando en su poesía sus aspiraciones al liderazgo militar y divino. En la década de 1320, su abuelo kurdo Safi al-Din (fundador de los safávidas) había tenido

una revelación damascena y se había pasado del sunismo a chiismo duodecimano o imamí.[6]Después de que su abuelo, su padre y su hermano mayor fueran asesinados, Ismaíl fue criado y formado en secreto. Entonces, aclamado por un ejército de creyentes turcos, los gorros rojos (llamados así por sus gorros escarlatas de doce pliegues), como guía perfecto e imán oculto, se lanzó a la conquista de Persia e Irak.

Ismaíl ordenó la muerte de todos los suníes: asesinó a veinte mil en Tabriz y destruyó sus santuarios. Este joven sha, mitad Jesús, mitad Alejandro, se preparó para destruir a los otomanos. Convirtió la cabeza de un kan suní en su copa, los gorros rojos se comieron su cuerpo y le envió su piel a Selim.

El otomano denunció los delirios divinos de Ismaíl —«Has incitado a tus abominables chiitas a intercambios sexuales profanos y al derramamiento de sangre inocente»— y preparó un golpe preventivo. Los dos competían como poetas: el sha le envió al sultán una caja de opio, bromeando con que su escandalosa poesía debía de ser obra de un drogadicto.

En verano de 1514, Selim masacró a 40.000 gorros rojos antes de invadir Irak, luchando contra Ismaíl en Çaldıran, donde sus 60.000 hombres, armados con mosquetes y doscientos cañones, derrotaron a 75.000 arqueros turcos a caballo que no disponían de una sola arma de fuego.

El sha resultó herido, capturaron a su esposa favorita y su invencible divinidad quedó hecha añicos. Reconstruyó su reino, jurando no volver a liderar sus ejércitos en la batalla. Patrocinando hermosas pinturas miniaturistas y trabajando como aprendiz en su taller real, ayudó en la creación de un *Shahnameh* hermosamente ilustrado antes de darse a la bebida y caer en una depresión para morir con solo treinta y siete años. Pero dejó Irán como la nación del chiismo duodecimano que aún perdura.

Para apoyar a un rival oriental de Ismaíl, Selim prestó su artillería a Babur y Humayun, lo cual les permitió conquistar la India, pero cuando Selim pidió ayuda a Egipto, los mamelucos se la negaron.

En 1516, Selim marchó de nuevo hacia el este. Ismaíl se temía

lo peor, pero era una treta. Selim se desvío hacia la Siria de los mamelucos, donde los egipcios fueron derrotados y su sultán asesinado: los mosquetes derrotaron a las ballestas. Dirigiéndose al sur y visitando Jerusalén de camino, Selim colgó al último sultán mameluco en las puertas de El Cairo. Ahora gobernante de La Meca y Jerusalén y de las riquezas de Egipto, Selim se alzó como mesiánico señor de la conjunción auspiciosa y alejandrino conquistador del mundo.[7]

Mientras tanto, en su tienda a las afueras de El Cairo, su capitán Piri Reis presentaba un mapa del mundo inscrito en color sobre piel de gacela. Los otomanos habían conseguido sus datos de un noble español, capturado en 1501 por el tío de Piri, Kemal Reis, en Valencia y esclavizado.[8]Los otomanos nunca llegaron a las Américas porque no conquistaron Marruecos, que controlaba el acceso al Atlántico. Pero, al este, Selim construía flotas en el mar Rojo y proporcionaba artillería a sus aliados en Etiopía, la India e Indonesia.

La cristiandad estaba alarmada por Selim. El papa León y el emperador Maximiliano pidieron una cruzada. Los emperadores del este y el oeste —Selim y Maximiliano— murieron casi a la vez, y los sucedieron hijos jóvenes que heredaron territorios tan vastos que parecían superar las capacidades de una sola persona.

Roxelana y Solimán: la Alegre y el Magnífico

Maximiliano se preparaba para su muerte, agotado por la carga de defender sus tierras y aquejado de una enciclopedia de enfermedades que iban desde la colitis hasta la sífilis. Viajaba con un ataúd, pero planificaba de cara al futuro y negoció otra apuesta de doble matrimonio, forjando una conexión Habsburgo con la familia Jagellón que gobernaba Bohemia y Hungría. Casó a su nieto Fernando con la princesa húngara Ana y a su nieta María con Luis, rey de Hungría. Esto podría haber provocado la absorción de Austria por parte de Jagellón, pero una tragedia hizo que esta unión también diera sus frutos. Maximiliano era el ganador en las

apuestas maritales. En 1519, indignado porque los comerciantes locales se habían negado a concederle un crédito, sufrió un ataque, tras lo cual, según sus especificaciones como penitencia, su cuerpo fue azotado y sus dientes extraídos. Su nieto Carlos de Gante, de diecinueve años, heredó un imperio que se extendía desde Panamá hasta Viena y desde Brujas hasta Palermo.

Poco después, Selim murió de cáncer de piel o de la peste mientras atravesaba Bulgaria. Como había estrangulado a tantos miembros de su familia, lo sucedió el único otomano que quedaba vivo, su hijo Solimán, de veinticinco años, que heredó tierras desde La Meca hasta Hungría.

Carlos y Solimán creían que eran monarcas universales de fes también universales; ambos se enfrentaban a herejías combativas y luchaban simultáneamente en múltiples frentes por tierra y por mar. Parecían inmensamente poderosos, pero ambos tenían que navegar entre intereses en conflicto. Solimán podía ejecutar a sus visires a voluntad, pero tenía que vigilar a los jenízaros, el clero, sus gobernadores locales y sus hijos. Limitado por las mismas leyes y tradiciones que le habían dado unas tierras tan extensas, la monarquía de Carlos formaba un tapiz de derechos e instituciones: asambleas, gremios, ciudades y repúblicas con sus propias constituciones y costumbres, concedidas por los monarcas anteriores. A Carlos le resultaban frustrantes, pero hacían que Europa fuera particularmente creativa y dinámica. A esos soberanos, rivales durante casi medio siglo, les encantaba la conquista, marca de la grandeza terrenal y el favor divino.

Justo después de su ascenso, Solimán, «alto pero nervudo, de rostro delgado, nariz aguileña, con la sombra de un bigote y una pequeña barba», desconfiado e indescifrable, severo y vigilante, conoció a una esclava eslava a quien llamó Hürrem —la Alegre— por su aspecto y exuberancia, aunque los emisarios cristianos la llamaban Roxelana —la Rutena—: se convertiría en la ucraniana más poderosa de la historia. Ese año, esta hija de un sacerdote, de tan solo trece años, había sido secuestrada de su pueblo en una incursión esclavista del kan de Crimea. Los jinetes mongoles se llevaban a los niños guapos y los esclavizaban. Caravanas de

esclavos encadenados marchaban a través de la estepa de Crimea, donde el mercado de Kaffa, tomado de Génova, representaba la mayor fuente de ingresos otomanos: un imperio financiado por la esclavitud. Era tan importante que la primera tarea de Solimán fue gobernar Kaffa, acompañado de su madre Hafsa, que había sido capturada en una incursión esclavista. La primera que efectuaron los Giray en 1468 capturó a 18.000, pero los asaltos eran cada vez mayores; se dice que una en 1498 se había llevado a 100.000. La cifra de personas capturadas de esta forma es incalculable: un historiador estima diez millones entre 1450 y 1650 y otros sugieren seis millones y medio entre los siglos XI y XIX. Más tenebroso que su equivalente atlántico —y no basado en criterios raciales—, este comercio de esclavos también era vasto, cruel y mortal para sus víctimas.

Sus mercados de esclavos eran lugares de desesperación. «Un hombre que no ha visto esto no ha visto nada», observaba un viajero turco. «Allí, una madre es separada de su hijo y su hija, un hijo de su padre y su hermano, vendidos entre lamentos, gritos de ayuda, llantos y angustia», una escena similar a las tragedias de los mercados de esclavos africanos. Pero había grandes diferencias. Si sobrevivían al viaje a través de la estepa, existía una vía para escapar de la esclavitud. Un chico esclavizado, convertido al islam y liberado, podía llegar a ser gran visir, y una chica, como demostraría Roxelana, podía acabar siendo emperatriz.

En algún momento durante las primeras semanas, Solimán, que era «muy lujurioso» y visitaba con frecuencia «el palacio de las mujeres», recibió a Roxelana como regalo. Cuentan que se la había entregado su amigo íntimo Ibrahim, hijo de un pescador griego. El esclavizado Ibrahim, que hablaba griego, turco e italiano, había tenido la suerte de ser un regalo para el joven Solimán, que enseguida lo ascendió a chambelán y, cuando estaba a punto de cumplir treinta años, a gran visir. Envidiosamente apodado Frenk (el occidental) y Makbul (el favorito), sería el artífice de la expansión de Solimán por tres continentes. Su poder crecería si la concubina favorita de Solimán era su protegida, siempre y cuando pudiera mantener el control sobre ella. Pero nadie podía controlar

a Roxelana.

En Constantinopla, Roxelana fue recibida en el mundo femenino del Antiguo Palacio, el primero que construyó Mehmed en el centro de la ciudad, y que regía la madre del sultán, la *valide sultan*, gestionado por eunucos y habitado por hijas reales sin casar, hijos reales, concubinas retiradas y cautivas jóvenes recién llegadas como Roxelana, a las que formaban en costura, el Corán, la lengua turca y el virtuosismo sexual. Una chica solía empezar como *odalık* o sirvienta, y podía no llegar a conocer nunca al sultán y pasarse la vida hasta su retiro sirviendo a la *valide* en este mundo especial, donde resonaban voces en ruso, albanés, turco, italiano. Pero Roxelana debió de descubrir al instante que el poder no residía en el reino femenino del Antiguo Palacio, sino en la acrópolis del predominantemente masculino Palacio Nuevo. Sofisticado, acogedor, sensual, políglota y obsesionado con la política y su íntima personificación, el cotilleo, el harén era un santuario familiar y casa de poder además de guardería, ala de maternidad, universidad y burdel. Los cientos de chicas ruso-ucranianas, griegas e italianas estaban allí para servir sexualmente al padishah, cuyo deber era tener hijos, entre los cuales debía elegirse al siguiente gobernante. Todas las chicas querían ser *gözde* —a los ojos del sultán—; todas las *odalık* querían convertirse en amantes del sultán, pero su sueño era ser *umm al-walad* —madre de un hijo otomano—, con un estatus especial y la promesa de libertad a la muerte del señor.

Roxelana tenía «un pelo hermoso» —rojizo y dorado— que Solimán elogiaba. La trasladó, viajando en un carruaje cerrado y protegido por eunucos uniformados, a su Patio de las Doncellas, un microharén ubicado en el Palacio Nuevo. Después de que Solimán se marchara a atacar Serbia, Roxelana le dio un hijo, Mehmed. Él ya tenía tres de diferentes odaliscas: existía la regla de que, después del nacimiento de un hijo, el sultán no volvía con la misma odalisca, de forma que cada príncipe recibía el apoyo de una madre. Pero cuando Solimán regresó después de conquistar Belgrado, Roxelana fue convocada de nuevo en el Palacio Nuevo, donde fue colmada de joyas que había hecho el sultán

personalmente, pues había aprendido el oficio de artesanos griegos en Trebisonda. Entre sus expediciones militares concibieron una hija, Mihrimah, y luego tres hijos más.

La fertilidad y fuerza física de Roxelana eran excepcionales, como lo era la supervivencia de la mayoría de sus hijos mientras las epidemias mataban a dos de los descendientes de Solimán con otras mujeres. Como descubriría muy pronto Enrique VIII, contemporáneo de Solimán, la mortalidad infantil era elevada y muchas mujeres fallecían en el parto. En cinco años, Roxelana se volvió tan poderosa que cuando la madre del sultán le dio «dos preciosas doncellas rusas», «se arrojó al suelo llorando» y protestó de tal manera que Hafsa devolvió a las chicas. El sultán estaba comprometido con su «único amor».

Como Solimán a menudo estaba en la guerra, los dos se escribían constantemente. «Mi sultán», decía ella, «no hay límite para la ardiente angustia de la separación.»

Cuando se molestaba porque no leía sus cartas o porque tendría que haber escrito más sobre sus ganas de verle, ella respondía recordándole a sus hijos: «Ahora, mi sultán, ya es suficiente, tengo el alma demasiado tocada. Cuando se leen tus cartas, tu servidor e hijo Mir Mehmed y tu esclava e hija Mihrimah lloran y se lamentan porque te extrañan». Pero ella no ocultaba su divertida impaciencia: «Su llanto me ha vuelto loca». Los poemas de él —escritos como Muhibi (el amante, tal vez un apodo que le había puesto ella)— indican lo atraído que se sentía por Roxelana: «Mi chica de hermosos cabellos, mi amada de cejas curvas, mi amada con unos ojos llenos de diabluras».

«Soy feliz», dijo este gobernante de olímpica indiferencia, llamándola «mi más sincera amiga, mi confidente.» En medio de un estrés interminable, él le dedicó el mayor cumplido: «Eres la única persona de este mundo que no me causa aflicción». El padishah la comparaba no solo con provincias que poseía, sino con las que esperaba conquistar: «Mi Estambul, mi Karaman, la tierra de mi Anatolia; / mi Badajshán, mi Bagdad y Jorasán». Puede que fuera una esclava, pero él la llamaba «mi sultana»: era ingobernable. Él se despedía diciendo: «Soy tu amante, me das alegría».

Los dos jóvenes monarcas sin duda necesitaban una compañía así para sobrevivir. Carlos también encontraría consuelo ante el estrés de su herencia en una relación amorosa.

CARLOS Y EL «MANIKONGO»

Carlos, que combinaba sangre alemana, española, borgoñona y portuguesa, creció en Brujas y, hablando primero francés, después flamenco y alemán y luego español, era conocido como Carlos en España, Karl en Alemania y Charles en Bruselas. Su rostro era como una caricatura hereditaria de sus complejos dominios: «Es alto y de una magnífica complexión, con una cara larga y hermosos ojos azul claro; su boca y su barbilla no son tan bellos como sus otros rasgos, la boca está torcida y su labio inferior caído». La mandíbula alargada y el labio prominente —un prognatismo mandibular patológico— era un rasgo de su ascendencia Trastámara, pero también Habsburgo, con la boca abierta por las vegetaciones que sufría, «la lengua corta y gruesa, lo cual significa que habla con gran dificultad». Pero era inconteniblemente ambicioso con respecto a la visión de una monarquía cristiana universal y un imperio sin fin, y escogió el lema *Plus Ultra*, más allá. Era enérgico y cumplidor, comedido y capaz de tomar decisiones en muchos frentes a pesar del estrés perpetuo y los viajes constantes: «Nueve veces a Alemania, seis veces a España, siete a Italia, a Flandes diez veces, cuatro veces a Francia, dos a Inglaterra, dos a África, ocho viajes por el Mediterráneo, tres por los mares de España», recordaba. La caza, las fiestas y las mujeres —engendrando de paso hijos ilegítimos— eran sus válvulas de escape, y sus delicias favoritas la cerveza helada y las ostras, pero no es de extrañar que, al igual que Solimán, tuviera tendencia a la melancolía. Dado que su madre y su bisabuela estuvieron locas y él mismo sufría depresión, necesitaba una constitución y una personalidad imponentes para tan solo sobrevivir. Pero hizo más que eso.

Primero corrió a España para reclamar su reino. Allí los

recibió su maniaca madre, a quien no había visto en doce años. El chico de dieciséis años se arrodilló ante Juana, que «le preguntó tres veces al rey si realmente era su hijo, de lo alto que se había puesto», pero confirmó su derecho a gobernar en nombre de ella. Mientras estaba en Castilla, Carlos tuvo una aventura con su abuelastra, Germana de Foix, la viuda del rey Fernando, que a la sazón tenía veintinueve años. Pero los arrogantes oficiales flamencos desencadenaron una rebelión de los comuneros españoles. Dicha rebelión fue sofocada, y su líder, un obispo, torturado por orden de Carlos y luego pasado por el garrote.

Este funambulista político estaba negociando también su elección como emperador y lidiando con una crisis religiosa en plena ebullición. A sus rivales Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra también les gustaba la corona de Carlomagno. «Si aspiras a ese trono», le había aconsejado su abuelo Maximiliano, «no debes ahorrarte ningún recurso.» Carlos pidió un préstamo a Fugger el Rico, pagó un millón y medio de florines a los electores y se convirtió en el emperador Carlos V,[9]cuyo primer problema era Martín Lutero. Carlos convocó al fulminador fecal para un juicio ante los príncipes. En abril de 1521, en la Dieta (asamblea imperial) de Worms, Carlos se enfrentó a Lutero y sus heréticas diatribas.

«No confío en el papa», repuso el incorregible Lutero. «Estoy atado a las Escrituras y mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo retractarme de nada ni lo haré», e hizo un saludo caballeresco. Carlos —comprensivo con los sentimientos luteranos pero convencido de que la autoridad y el ritual papales eran esenciales— ordenó la muerte de Lutero o su quema en la hoguera: «Lo queremos apresado y castigado como a un hereje infame».

«¡Quemadlo! ¡Quemadlo!», gritaban los españoles, pero Lutero estaba protegido secretamente por su patrón, Federico III, el bigotudo elector de Sajonia, cuyos sirvientes sacaron triunfantemente a Lutero. Carlos lo dejó escapar y Federico organizó su «secuestro» con «ladrones armados», que lo escondieron en un castillo sajón mientras el protestantismo se expandía con rapidez. Uno de los primeros príncipes que se

convirtieron fue el gran maestre de la Orden Teutónica, Alberto, que hizo de las tierras prusianas de su orden su propio feudo. Este joven hijo de una familia menor alemana, los Hohenzollern, se convirtió en duque de Prusia.

El principal rival de Carlos era Francisco de Francia, preocupado por tener que enfrentarse a los Habsburgo en ambas fronteras; pero, gracias a Lutero, Carlos tuvo que luchar contra el popular protestantismo en una serie de guerras y revueltas campesinas, el inicio de ciento cincuenta años de conflicto sectario, equivalente al cisma suní-chií del islam. Pero no podía gobernar todas sus tierras él solo, así que nombró a su hermano Fernando archiduque de Austria en Viena. Fernando, que era tan pragmático y capaz como Carlos, había sido criado en España y hablaba español. Los hermanos eran dos desconocidos. Cuando se encontraron diez años después, hablaban diferentes lenguas. Pero, a pesar de muchas crisis, Dios y la dinastía siempre eran lo primero.

«Quien crea que el imperio de todo el mundo recae en alguien en virtud de sus hombres o sus riquezas se equivoca», dijo Carlos ante la asamblea de Castilla en 1520. «El imperio procede solo de Dios.» Y añadió: «Yo estoy satisfecho con el imperio español», que incluía «el aurífero mundo», América.

Allí solo gobernaba Panamá, Cuba, Jamaica y la Española, con una población total de cinco mil españoles, los ignorantes taínos y unos pocos esclavos africanos, y el oro que incluía esto era limitado. Carlos apoyaba a Bartolomé de las Casas, el fraile horrorizado por las matanzas de taínos, como protector de los indios. Pero el fraile propuso una solución atroz: salvar a los taínos importando esclavos africanos. En agosto de 1518, Carlos dio licencia a un cortesano flamenco para exportar cuatro mil esclavos de África a fin de proteger a los taínos: muchos de estos primeros esclavos americanos eran wolof musulmanes de Senegambia.

En 1520, Carlos reeligió a Diego Colón como virrey. Colón, duque de Veragua (Panamá) y marqués de Jamaica, y casado con una aristócrata, llegó a Santo Domingo por todo lo alto, celebrando audiencias en un nuevo palacio, el Alcázar de Colón (parte de él

sigue en pie). Colón fue pionero de la industria azucarera en Jamaica —de la cual era el único propietario—, pero trataba a los wolof de una forma tan espantosa que en diciembre de 1522 iniciaron la primera rebelión de esclavos. Algunos escaparon y formaron una comunidad de rebeldes esclavos conocidos como *maroons*, de la palabra española para un animal no domesticado, «cimarrón».[10]

Pero los portugueses iban muy por delante de los españoles, con sus lejanos puestos avanzados en Goa, Cochín (ambos en la India), Ormuz (Irán), Malaca (Malasia), Sri Lanka y África, donde descubrieron que Congo era ideal para abastecerse de esclavos. La demanda estaba creciendo; se habían dado cuenta de que ahora poseían una costa extensa y apenas habitada con tierras desconocidas en el interior, Brasil, que se convirtió en el mercado más importante de esclavos. En su mayoría los conseguían de Congo, donde los portugueses empleaban mercenarios y aliados africanos del reino vecino de Ngola para hacerse con los esclavos, y sus propios capataces de raza mixta para ocuparse de ellos.[11]Su aliado, el *manikongo* Alfonso, adquirió miles de esclavos durante sus campañas militares. El *manikongo* perdió el control rápidamente, incapaz de limitar el comercio de esclavos a sus prisioneros de guerra. «Los comerciantes secuestran a nuestro pueblo todos los días», escribió a Juan III, el sucesor de Manuel, en 1521, «hijos de este país, hijos de nuestros nobles, incluso personas de nuestra propia familia», y añadía en otra carta: «Muchos de nuestros súbditos desean con avidez las mercancías portuguesas», para lo cual «toman a muchos de nuestros súbditos negros libres». Los sacerdotes, sin ningún tipo de vergüenza, también se habían convertido en traficantes de esclavos, inflamados por «los apetitos del mundo y el atractivo de la riqueza, igual que los judíos crucificaron al Hijo de Dios por avaricia». Diez de sus sobrinos, enviados a Portugal para ser educados, fueron esclavizados y vendidos a Brasil: «Todavía no sabemos si están vivos o muertos». Pero Juan III necesitaba el comercio. «Los portugueses que están allí, por el contrario, me cuentan lo vasto que es Congo», respondió, «y que está tan densamente poblado que parece que

jamás se haya marchado ningún esclavo.» El devoto rey sacó a Da Gama de su retiro para un último viaje.[12]

En 1518, Carlos recibió a Magallanes, de treinta y nueve años y veterano de las guerras de Albuquerque, cuyos descabellados planes habían sido rechazados por Juan. Con la propuesta de navegar hacia el oeste para llegar a las islas de las Especias, dando por sentado que América estaba cerca de China y las Molucas, Magallanes no tenía la intención de circunnavegar el mundo. Pero cuando afirmó que los portugueses no sabían nada de esa ruta, Carlos lo apoyó.

Poco después de que Magallanes partiera con cinco naves y 260 marineros (incluyendo a alemanes, franceses, italianos, africanos, un inglés y su criado malayo, conocido como Henrique, probablemente la primera persona que circunnavegó el mundo), el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, pidió permiso para enviar una expedición a Yucatán, en Centroamérica. Carlos aceptó. Velázquez preparó una expedición con su secretario, Hernán Cortés, parte de la primera ola de aventureros españoles que siguieron a Colón. Fundando una nueva ciudad en la costa del golfo, Cortés oyó hablar de un reino repleto de oro en el interior e inmediatamente planeó desafiar el control de Velázquez.

En junio de 1519, Cortés le envío a Carlos una carta prometiendo «tanto oro como el que Salomón acumuló para el templo», además de una luna de oro de casi dos metros de ancho y seis esclavos caribeños, y solicitando «los cargos de conquistador, capitán general y jefe de justicia» de su ciudad. Simultáneamente, Velázquez pidió la ejecución de Cortés por insubordinación. El brillo del oro convenció a Carlos.

Cortés partió hacia el interior del imperio mexica acompañado de quinientos españoles, Juan Garrido (Juan el Guapo), nacido en Congo, capturado por los portugueses y más tarde liberado, una mujer llamada María de Estrada (que luchó en todas las batallas y era hermana de uno de los conquistadores), varios judíos conversos y un número desconocido de esclavos taínos y africanos.

Cortés, Malinche y Moctezuma

Mientras ascendían por la costa con sus once naves, Cortés desembarcó en el reino maya de Potonchán y, utilizando su cañón y once caballos, redujo toda resistencia. Le dieron treinta mujeres esclavizadas, incluyendo una joven noble nahua, Malinche, «la más hermosa y viva», reducida a la esclavitud por los mayas. Era bilingüe en maya y náhuatl y aprendió español rápidamente. Las chicas fueron repartidas entre los secuaces de Cortés y convertidas al cristianismo. Cortés entregó a Malinche al más aristocrático de sus españoles.

Moctezuma mandó emisarios con oro y plumas. Los españoles «se abalanzaron sobre el oro como monos», pero nadie habló náhuatl hasta que Malinche se ofreció a hacer de intérprete. Consciente de que no solo tenía talento para la traducción sino también para la diplomacia, Cortés la recuperó, prometiéndole recompensas si conseguía llevarlo hasta Moctezuma. Más adelante dijo que, después de Dios, le debía la conquista a Malinche, conocida entre los españoles como doña Marina. Cortés exhibió su cañón y sus arcabuces y los emisarios regresaron para informar al orador supremo. «Lo que hizo que Moctezuma se desmayara fue escuchar cómo se disparaban las armas a las órdenes de los españoles», recordaba uno de los mexicas, «resonando como truenos, como una lluvia de fuego, escupiéndolo. Redujeron un árbol a cenizas. Su equipo de guerra era todo de hierro, sus armaduras, espadas, arcos, lanzas, todo hierro.» En América no había caballos. «Sus ciervos [caballos] eran tan altos como los tejados; sus perros de guerra unas criaturas enormes» … con «grandes mandíbulas y fieros ojos amarillos.» Acero, caballos y pólvora otorgaban a los españoles una imponente superioridad técnica.

Pero Moctezuma también estaba seguro de que los mexicas estaban destinados por los dioses para gobernar el mundo y, después de toda una vida de éxitos marciales y gloria política, vaciló. Mientras Cortés negociaba con los gobernantes locales, con Malinche ejerciendo de intérprete, descubrió que los totonacas y

muchos otros pueblos estaban descontentos con el duro imperio mexica. Fue ahí donde los dones de Malinche resultaron esenciales. La oferta de unirse al derrocamiento español del malvado imperio de Moctezuma era irresistible. A continuación, Cortés y Malinche se encontraron con la poderosa e invicta república de Tlaxcala, que, como descubrió un maravillado Cortés, «no tenía un líder supremo», sino que estaba gobernada por consejos de jefes que «se reunían y tomaban decisiones en asamblea», igual que en «Venecia o Génova». Después de enfrentarse a los tlaxcaltecas, los reclutó como aliados, y diez mil se unieron a su ejército. Cortés era un líder dotado, pero su conquista fue posible gracias a decenas de miles de aliados locales. Llevó a su ejército hispano-tlaxcalteca a conquistar la ciudad sagrada de Cholula, una teocracia con altos cargos rotativos, dominada por su Templo de Quetzalcóatl, más alto incluso que el Gran Templo de Tenochtitlán.

Cortés fue bienvenido a la ciudad, pero permaneció vigilante en sus atestadas calles. Sus aliados tlaxcaltecas odiaban a los cholultecas e influyeron en el siguiente paso, pero fue Malinche quien lo advirtió de una conspiración para matar a los españoles. Cortés ejecutó a miles de cholultecas y saqueó su oro, unas depredaciones a las que los tlaxcaltecas se unieron con entusiasmo antes de sacrificar a muchos de los supervivientes.

Impulsado por miles de soldados locales, en noviembre de 1516 Cortés se acercó a la resplandeciente ciudad imperial de Tenochtitlán, donde Moctezuma debatía cómo reaccionar. Su hermano Cuitláhuac apostaba por la guerra; Moctezuma se decantó por una paz temporal. Transportado en su litera y rodeado de doscientos cortesanos, un monarca seguro de sí mismo a sus cuarenta años, de pelo largo, de trato alegre, luciendo una diadema de turquesas y unas sandalias de oro bajo un dosel de plumas de quetzal, se encontró con Cortés subido a su caballo de guerra: dos hombres convencidos del virtuoso destino de sus sagrados imperios. Pero Moctezuma tenía todo que perder, y Cortés todo que ganar. Se veían el uno al otro con la perspectiva de sus respectivos mundos. Los dos desmontaron. Cortés colocó un collar en el cuello del orador, pero cuando intentó abrazarlo, los

cortesanos lo detuvieron. Condujeron a los españoles a la inolvidable ciudad de relucientes templos, casas multicolores, canales y plazas, contemplados por multitudes desde tejados y canoas. Algunos españoles creían estar soñando, otros pensaban que se parecía a Venecia.

Cortés fue instalado en un palacio real, donde lo visitaba Moctezuma. Los españoles, a su vez, visitaban el palacio del orador supremo, por cuyas instalaciones quedaron deslumbrados, incluyendo los baños (los mexicas, a diferencia de los mugrientos españoles, se lavaban a diario y se cambiaban de ropa con regularidad), saciados con los platos —pavo y codorniz asados y tortillas—, e impresionados por una bebida de cacao y un nuevo estupefaciente, el tabaco, que Moctezuma fumaba. Todas esas novedades llegarían más tarde a Europa. Pero a los españoles los horrorizaron los templos, donde los sacerdotes, con el pelo salpicado de sangre humana fresca y los lóbulos de las orejas sangrando por las perforaciones rituales, les mostraron la escalera donde se arrojaba a las personas sacrificadas, empapadas de sangre, y la parte superior de la pirámide, donde una estatua humanoide asía un receptáculo de piedra para los corazones humanos. También vieron el *techcatl*, la piedra verde de ejecución, y braseros con corazones humanos aún calientes de los sacrificios de ese día. Su justificado horror debería haberse matizado con el hecho de que las ciudades europeas estaban decoradas con las cabezas de los ejecutados, y habían visto con frecuencia cómo se quemaba vivos a los herejes.

Entonces Cortés descubrió que las tropas de Moctezuma desplegadas en la costa se habían enfrentado a las fuerzas españolas. Castigó a los comandantes mexicas haciendo que fueran despedazados por sus perros de guerra —mastines y perros lobo entrenados para matar— y luego quemados vivos, algo que impactó a los mexicas.

A medida que el miedo se extendía por la ciudad, a Cortés le preocupaba qué hacer y decidió arrestar al monarca, temiendo que fueran a engañarlo. Cuando supo que Velázquez había enviado hombres a detenerlo, corrió de vuelta a la costa y logró convencer

a los españoles. Mientras tanto, sus secuaces en Tenochtitlán intentaron evitar un sacrificio, provocando así una masacre seguida de un levantamiento. Los indignados mexicas lanzaron piedras a Moctezuma y acertaron, y luego fue arrestado. Su hermano Cuitláhuac, casado con Tecuichpo Ixcaxochitzin, la hija de once años de Moctezuma, fue elegido orador supremo justo cuando Moctezuma murió, a causa de sus heridas o por orden de Cortés. Este volvió rápidamente para salvar a sus camaradas.

En junio de 1520, sitiado en el palacio y sin las fuerzas necesarias para derrotar a los furiosos mexicas, Cortés estalló en un feroz ataque, perdió mucho oro y seiscientos hombres, una Noche Triste, y escapó por el paso elevado. Ante la derrota demostró su astucia y les dijo a sus hombres: «¡Hacia delante, porque no tenemos nada que perder!». Reuniendo a sus fuerzas, informó a Carlos: «Me parece que el mejor nombre para este país es Nueva España», del cual podía llamarse emperador «con un título tan meritorio como el de Alemania». Pero, lo más importante, le envió ropajes con oro. «El mundo aurífero» impresionó al emperador.

Cortés reconstruyó su ejército. La mística mexica se había hecho pedazos y las personas subyugadas ahora querían unirse a los españoles y a su ataque al imperio, que estaba siendo devorado por un cazador aún más voraz, un caso de depredación jaguar-cocodrilo. La segunda ciudad de la Triple Alianza, Texcoco, se puso del lado de Cortés, que había dejado un arma peor en Tenochtitlán: patógenos de la viruela. «Se desató una gran plaga que duró setenta días y mató a un gran número de personas de nuestro pueblo», relataba después una víctima a unos sacerdotes españoles. «Nos salieron llagas en el rostro, los pechos y el vientre, y quedamos cubiertos de dolorosas úlceras de pies a cabeza. La enfermedad era tan terrible que nadie podía caminar ni moverse. Un gran número murió de esta peste, y muchos otros ... murieron de hambre en sus camas.» Cuitláhuac sucumbió y lo sucedió un joven sobrino suyo, Cuauhtémoc, un guerrero respetado que también se casó con la hija de Moctezuma, Tecuichpo Ixcaxochitzin. En cuanto fue elegido, Cuauhtémoc mató a los hijos de Moctezuma. Cortés contraatacó con el terror, desplegando

entonces a setecientos españoles y setenta mil hombres de tropas locales, un ejército híbrido de guerreros españoles, tlaxcaltecas y texcocas, los primeros con armadura, arcabuces y espadas de Toledo y gritando «¡Castilla!», los mesoamericanos con tocados de plumas y empuñando mazas *machuahitl* con bordes de obsidiana y gritando «¡Tlaxcala!». Primero atacaron una de las ciudades aliadas de Tenochtitlán, Tepeaca, y mataron a veinte mil personas, haciendo trizas a algunas de ellas con los perros de guerra, comiéndose a otras en festines caníbales, luego esclavizando a mujeres y niños, marcándolos con la G de guerra. Cortés fue guiado por sus aliados tlaxcaltecas y texcocas, deseosos de venganza contra sus propios enemigos. «Sin duda, Cortés tuvo que amoldar sus planes a los objetivos de sus aliados indígenas», escribe Fernando Cervantes. Ellos creían que estaban utilizando a los españoles, y viceversa.

El 22 de mayo de 1521, Cortés rodeó Tenochtitlán y cortó el suministro de alimentos.

Isabel Moctezuma: la última emperatriz y la caída de los mexicas

A finales de julio, con 900 españoles y hasta 150.000 tlaxcaltecas y texcocas, además del apoyo de bergantines en el lago, Cortés atacó la ciudad. Entrenados desde niños, curtidos hiriéndose con pinchos y alucinando con el peyote, los mexicas lucharon salvajemente, hundieron un bergantín y estuvieron a punto de capturar al propio Cortés. Asimismo, sacrificaron a prisioneros y colgaron 53 cabezas. Pero, al final, escribió Cortés, «no pudieron encontrar más flechas, ni jabalinas, ni piedras», y «nuestros aliados iban armados con espadas y corazas y mataron a tantos en la tierra y en el agua que murieron más de cuarenta mil». Aceptó que sus ayudantes tlaxcaltecas «se saciaran» con los prisioneros, «pues se llevaron a todos aquellos que habían matado, los trocearon y se los comieron». No reconoció a sus aliados el mérito de su ayuda en la batalla, pero dijo: «Tuvimos más problemas impidiendo que

nuestros aliados mataran con semejante crueldad que luchando contra el enemigo. Pues ninguna raza, por muy salvaje que sea, ha practicado jamás una crueldad violenta y antinatural como la de los nativos de estas zonas». Lejos de ser una victoria de novecientos españoles sobre cuatro millones de personas, fue el triunfo de una superioridad técnica y numérica abrumadora, con la ayuda de la epidemia más dura nunca vista en las Américas. El 13 de agosto, Cuauhtémoc fue capturado por fin.

«Matadme ahora mismo», le dijo a Cortés, y le pidió que perdonara a su joven esposa Tecuichpo. «Los lamentos de las mujeres y los niños eran tan fuertes», escribió Cortés, «que no había ningún hombre entre nosotros cuyo corazón no sangrase.» Costó mucho hacer sangrar su propio corazón: «No pudimos evitar el asesinato y el sacrificio de más de quince mil personas.» Los triunfales soldados españoles y tlaxcaltecas saquearon y violaron. Los mexicas lloraron su caída con este lamento:

Lanzas rotas yacen en los caminos;
nos hemos arrancado los cabellos de tristeza.
Las casas están destechadas
y los muros enrojecidos de sangre.

Cortés desmanteló Tenochtitlán y en su lugar construyó Ciudad de México, y el Gran Templo fue sustituido por una gran iglesia. Cuando el oro descubierto resultó insuficiente, torturó a Cuauhtémoc con fuego para hacerlo hablar mientras premiaba a sus secuaces con encomiendas y enviaba tesoros y un jaguar a Carlos. Pero, en Europa, al principio nadie le prestó demasiada atención. Su primer tesoro fue capturado por un pirata francés, y el jaguar se escapó, mató a dos marineros y luego saltó al Atlántico.

Poco antes de que Cortés sitiara Tenochtitlán, Magallanes murió luchando contra indígenas filipinos que se negaban a convertirse al cristianismo. Justo cuando los tesoros de Cortés llegaban a España, llegó también un barco de supervivientes cadavéricos y desesperados del viaje de Magallanes. En una chapucera y catastrófica odisea alrededor del extremo de

Suramérica y en un «tranquilo» océano que bautizó como Pacífico, Magallanes había perdido a hombres y barcos con las tormentas, los motines y el mortífero escorbuto antes de llegar a Guam y luego a Brunéi, las Molucas y Filipinas,[13]donde el propio explorador resultó herido. Pero un capitán, Juan Sebastián Elcano, llenó su barco de especias y, con 18 supervivientes, navegó de vuelta a España bordeando África. Carlos, jactándose de que habían ido «a donde ni Portugal ni ninguna otra nación había llegado», concedió a Elcano un escudo de armas con un globo terráqueo y las palabras *Primus circumdedisti me* («Tú me rodeaste primero»). El emperador y los banqueros Fugger sufragaron otro viaje, durante el cual Elcano murió de hambre perdido en el Pacífico.

Estos aventureros ibéricos apenas habían tocado la amplitud del Pacífico y sus reinos isleños. Algunas de esas islas habían sido colonizadas por polinesios hacía poco tiempo: la última ola de colonos polinesios había ocupado las dos islas de Aotearoa (Nueva Zelanda) en torno a 1300. Los maoríes se quedaron en Aotearoa y, por razones desconocidas, perdieron el deseo y la tecnología necesarios para navegar grandes distancias. En Rapa Nui (isla de Pascua), colonizada desde el siglo III, los isleños habían construido enormes estatuas y plataformas de templos para honrar a sus ancestros y observar las estrellas.

En medio del Pacífico, las cuatro principales islas de Hawái estaban gobernadas por dinastías de líderes casadas entre sí, que descendían de una diosa fundadora, Papa. La secuencia exacta sigue siendo desconocida, pero en torno al año 700, es posible que Hawái fuera colonizada por polinesios procedentes de Tahití, y hacía pocos siglos que unos nuevos conquistadores de Nuku Hiva (llamadas islas Marquesas por los españoles) habían llegado a las islas.

Aunque los ingenuos viajeros europeos idealizaron después Hawái como un paraíso de amor libre y despreocupación, se trataba de una sociedad de guerreros poliamorosa y jerárquica dominada por el *kapu*, la religión polinesia, con rituales, comidas y tierras concretos para cada clase. Los líderes conseguían maná,

carisma divino, por herencia y guerra, que les garantizaba el derecho a sacrificar humanos a los dioses. Los súbditos se inclinaban hasta el suelo ante los jefes. Las luchas de poder eran tan encarnizadas como las de Europa, mataban a los bebés nobles si lloraban cuando los dejaban sobre la sagrada piedra de Naha y las victorias se celebraban con sacrificios humanos. El líder perdedor era sacrificado por el ganador, normalmente estrangulado.

Su concepto de la familia era más flexible que el que imperaba en Europa; las mujeres, de alto y bajo rango, disfrutaban de un nivel de independencia impensable en China o Europa, y se les permitían amantes; los niños solían tratar a dos hombres como padres y normalmente eran criados más por sus primos que por sus progenitores. Los hombres mayores tomaban a los chicos adolescentes como *aikane*, o amantes. Pero la genealogía era relatada y atesorada. En torno a esa época, la isla principal estaba gobernada por una *alii nui* o reina semimítica llamada Kaikilani, la antepasada de los reyes que encontrarían los europeos.

Cortés sabía poco del Pacífico, pero entendía que allí había tierras que conquistar. A sus cuarenta y nueve años no había perdido un ápice de ambición o energía. Antes de aceptar más expediciones, el emperador Carlos dictó que «debía permitirse vivir en libertad» a los pueblos indígenas, pero Cortés estaba ya obligándolos a trabajar hasta morir en encomiendas, mientras inesperadas epidemias —sarampión, viruela, paperas, fiebres hemorrágicas— los mataban en grandes cifras: en 1580, cerca del 88 % de los habitantes del valle de México habían muerto.

Mientras otros conquistadores competían con Cortés para «explorar» (conquistar) las tierras que rodeaban el valle, se sintió obligado a anticiparse a ellos, orquestando expediciones hasta la costa del Pacífico, viajando primero él mismo hasta el mar de Cortés y enviando luego a uno de sus cómplices a navegar hacia el norte hasta llegar a San Francisco, cartografiando así la costa de un nuevo territorio llamado California.[14]

Los aliados de Cortés se mantuvieron independientes, y muchos reinos permanecieron intactos al control de los españoles

durante más de un siglo. En 1523, Cortés envió a su compañero Pedro de Alvarado a conquistar los reinos mayas de Quiché y Kaqchikel en Guatemala y El Salvador, pero no lo consiguió. Al final pidió ayuda al pueblo nahua para derrotar a Kaqchikel; en el norte, los zapotecas ayudaron a Cortés a tomar el exuberante valle de Oaxaca. El segundo reino más grande, el de los purépecha, fue conquistado en 1530, pero el último reino maya independiente no cayó hasta 1697.

Norteamérica era un desafío aún mayor. En 1528, una expedición liderada por Pánfilo de Narváez intentó fundar una colonia en La Florida, las extensas tierras que median entre la Alabama y la Florida modernas, pero fue un desastre. Los españoles recorrieron arduamente más de tres mil kilómetros, pasaron hambre hasta el punto de tener que comerse unos a otros y por fin fueron esclavizados por los indios coahuiltecas: cuatro supervivientes consiguieron llegar a Ciudad de México.[15]

En su expedición a Honduras, Cortés llevó consigo a Cuauhtémoc, el orador supremo, por miedo a dejar al último gobernante en Ciudad de México. Pero cuando descubrió una conspiración rebelde, lo hizo empalar y decapitar.

De vuelta en Ciudad de México, a Cortés se le sumó la que era su esposa desde hacía tiempo, Catalina Suárez, pero murió de forma misteriosa, probablemente asesinada por su marido. Malinche, su intérprete maya y, en cierta manera, la artífice de la decisiva alianza con los aliados mesoamericanos, se convirtió en su amante —a la fuerza o por elección, no podemos saberlo— y dio a luz a su primer hijo, Martín, conocido como el Mestizo. Cortés se llevó al niño e hizo que el papa lo legitimara y que lo criaran en España. En cuanto a Malinche, Cortés le dio una encomienda y la casó con otro español, con quien tuvo una hija. Con solo veintitrés años, esa extraordinaria mujer había pasado catorce años como esclava; ahora era propietaria de tierras y esposa de un caballero español. Pero murió poco después, tal vez en una de las epidemias.

En plena matanza de los mexicas, Cortés mostró una extraña combinación de conquistador español y realeza mexica, venerando en especial el linaje de Moctezuma. Cortés consideraba a la hija de

Moctezuma, Tecuichpo, de veinticinco años, viuda de dos oradores supremos, un importante símbolo del nuevo orden. La convirtió al cristianismo con el nombre de Isabel Moctezuma, la casó con uno de sus hombres de confianza (que murió al poco tiempo) y le concedió una encomienda con esclavos locales y africanos. Descrita como «muy hermosa», acabaría siendo una cristiana devota, pero ella tampoco pudo evitar convertirse en amante de Cortés.[16]

Por aquel entonces, Cortés era tremendamente rico, pero las denuncias de sus enemigos, liderados por Diego Colón, llegaron hasta Carlos V, aunque recibió de buena gana los primeros sesenta mil pesos de oro de sus «auríferas tierras». El emperador tomó el control, presidiendo un Consejo de Indias en el palacio de la Alhambra, en Granada, y confiscando algunas de las sultánicas propiedades de Cortés. En 1528, Cortés, que despotricó contra «poderosos rivales y enemigos» que habían «nublado los ojos de Vuestra Majestad», navegó de vuelta a casa para ver cara a cara al emperador.

Aunque a Carlos no le gustaba el tosco conquistador que tanto había enriquecido su imperio, lo nombró capitán general del mar del Sur y marqués del valle de Oaxaca, le concedió 23.000 vasallos y perdonó su insubordinación. Cortés lo celebró casándose con una noble con quien tuvo un hijo legítimo, don Martín. Cortés volvió a Nueva España, donde vivió con esplendor en su palacio (el primer edificio español en tierra firme que sigue en pie en Cuernavaca).

Mientras Carlos tomaba el control de Nueva España, recibió al primo de Cortés, Francisco Pizarro, que pidió apoyo al emperador para una expedición para conquistar otro fabuloso reino áurico: Pirú. Como veterano alcalde de la ciudad de Panamá, Pizarro había estado explorando la costa del Pacífico hacia el sur y recabando información. Carlos aceptó. Cuando sus hombres se quejaron de las penurias, Pizarro gritó: «Ahí está Pirú con sus riquezas; aquí, Panamá y su pobreza. Escoged, cada uno de vosotros, qué es lo que más conviene a un valiente castellano. Yo, por mi parte, me voy al sur».

Como de costumbre, Carlos estaba desesperado por conseguir efectivo, agotado personalmente, estresado mentalmente y

desbordado políticamente, y necesitaba una compañera, o incluso una esposa.

Los incas, los Pizarro, los Habsburgo y los Médici

«Le Grand Nez» y la emperatriz de los claveles

El emperador se enfrentaba a desafíos en todos los frentes. Por el este avanzaba Solimán; por el oeste, Francisco de Francia, la personificación del monarca renacentista macho y lascivo pero culto, conocido como *Le Grand Nez* (la gran nariz) y *Grand Colas* (gran miembro), odiaba a Carlos tanto como le molestaba estar rodeado por los Habsburgo. El odio era mutuo. Carlos retó a Francisco a un combate personal. Francisco trató de conquistar Milán, donde, el 24 de febrero de 1525, los arcabuceros de Carlos contuvieron a la caballería de Francisco a las afueras de Pavía[1] y capturaron a *Le Grand Nez*, que fue llevado a España. «Ya no me queda nada», le dijo Francisco a su madre, «excepto el honor y la vida.» Después de intentar escapar disfrazado de esclavo africano con la cara pintada de negro, se rindió ante Carlos, con quien se negó a reunirse, y consiguió su libertad, aunque tuvo que dejar a sus hijos como rehenes. Galopando eufóricamente entró en París y gritó: «Vuelvo a ser rey», renegó del trato y firmó una alianza con Inglaterra.

Carlos, de veintiséis años, festejó la victoria mientras celebraba la boda con una chica que llegó a adorar. Después de un compromiso con María, la hija de seis años de Enrique III y su tía Catalina, concebido para socavar la entente franco-inglesa, pasó a casarse con la infanta Isabel, de veintitrés años, la hija pálida y pelirroja de Manuel de Portugal, que ofrecía una abundante dote. Isabel estaba bien educada y, luciendo un medallón con la inscripción *Aut Caesar aut nihil*, estaba decidida a casarse solo con

un gran monarca. Ella consiguió su césar, mientras su hermano Juan III se casaba con la hermana de Carlos, Catalina. Los primos hermanos se encontraron por primera vez en su boda de Sevilla, pero ella era extremadamente guapa. Se enamoraron y tuvieron una feliz luna de miel en la arabesca Alhambra de Granada, donde construyó un nuevo palacio e importó claveles para plantarlos en su honor.

La joven emperatriz «duerme cada noche en los brazos de su marido; se quedan en la cama hasta las diez o las once», observó un diplomático portugués, «siempre hablando y riéndose juntos». Carlos se jactaba de tener las manos temblorosas de puro agotamiento erótico —«No puedo escribir»—, pues «era un marido recién estrenado», e Isabel concibió por fin. Tras sobrevivir a un agónico parto con determinación, pidió un velo, y cuando una comadrona le aconsejó gritar si era necesario, ella respondió: «Prefiero morirme. No me hables de esa manera. Antes me muero, no pienso gritar».[2]Al bebé le pusieron Felipe. Aunque Carlos la trataba egoístamente como una máquina de criar —pasó por siete embarazos— y una vez la abandonó durante cuatro años mientras defendía su imperio, la quería y alababa su «gran belleza». También confiaba en ella y la eligió como regente; elogiaba sus decisiones por ser «muy prudentes y bien concebidas».

En mayo de 1529, fue Isabel quien permitió que el tosco conquistador Pizarro partiera hacia un lugar llamado Pirú. «Ordenamos que le sea confiado su gobierno al capitán Pizarro durante el resto de su vida», escribió ella. «Le damos permiso para llevarse con él a 250 hombres.»

En diciembre de 1530, Pizarro zarpó de Panamá y llegó justo cuando el imperio de los Cuatro Suyos se tambaleaba por una guerra de sucesión. Conquistador y padre de cincuenta hijos, el inca Huayna Cápac, que había gobernado durante treinta años, había expandido los Cuatro Suyos hasta su mayor extensión, desde el corazón peruano hasta las montañas de los Andes y los manglares amazónicos, llegando hasta las actuales Bolivia, Argentina, Chile, Ecuador, unas victorias celebradas desollando a los señores vencidos, empalando sus cabezas en estacas y usando

sus pieles para los tambores. El sapa inca sabía de la llegada de los europeos incluso antes de las conquistas de Cortés, pero, en 1524, mientras luchaba en el suroeste de Colombia, contrajo la viruela que habían traído los españoles y murió en una epidemia junto con su heredero. Los Cuatro Suyos se dividieron entre dos hijos, el inca Huáscar, que iba a gobernar desde su nueva ciudad de Quito, y el favorito Atahualpa como rey autónomo de Cuzco, en el sur, un arreglo que pronto demostró ser desastroso. Huáscar seducía a las mujeres de sus nobles y se apoderaba de las tierras de los anteriores incas, lo cual provocó tensiones con su hermano, al que arrestó. Cuando Atahualpa escapó, los hermanos, respaldados por clanes reales enemistados, lucharon entre sí con ejércitos de cincuenta mil soldados cada uno hasta que Huáscar fue capturado.

Justo cuando Pizarro estaba a punto de llegar, Atahualpa organizó un sádico espectáculo, obligando a su medio hermano a mirar mientras todas sus esposas e hijos eran torturados y asesinados. Lideraba un ejército de 40.000 soldados hacia la capital, Cuzco, cuando se encontró con el capitán general Pizarro y sus 106 hombres de infantería y 62 de caballería, un asunto familiar que incluía a los tres hermanos Pizarro. Los españoles aceptaron ir a saludar a Atahualpa, que estaba descansando en un balneario cercano en Cajamarca. Allí, en la plaza de la ciudad, los castellanos escondieron con ingenio su artillería en los edificios de alrededor. Cuando los sirvientes de Atahualpa lo llevaron a la plaza, el fraile de Pizarro le ofreció un breviario. El inca lo tiró al suelo, y el conquistador «le hizo una señal al artillero para que disparara en medio de los incas».

El inca y el conquistador

Los pocos caballos de guerra que tenía Pizarro cargaron contra los incas, que no devolvieron el golpe. Fueron asesinadas siete mil personas. Atahualpa fue arrestado y Pizarro pidió un enorme rescate en oro. Ofreciendo una alianza militar con el ganador, Atahualpa le entregó a Pizarro a su medio hermana de quince

años, Quispe Sisa. Primero fue bautizada Inés Yupanqui y luego seducida por el canoso Pizarro, que la apodó Pispita por un hermoso pájaro español. Mientras le tenían bajo custodia, Atahualpa, que todavía estaba librando su guerra civil, ordenó el asesinato de su hermano: «¿Cómo puede mi hermano conseguir tanto oro y plata para sí? Yo daré el doble que él si lo matan y me dejan como señor». Pidió oro de Cuzco para Pizarro. Se fundieron seis toneladas de oro y cinco de plata, pero, mientras los generales del inca reunían nuevos ejércitos para atacar a los españoles, Pizarro entró en pánico y decidió matar al monarca, acusándolo de idolatría y de asesinar a su hermano. Luego lo sentenció a la hoguera, un destino insoportable para un inca. El fraile de Pizarro le ofreció el estrangulamiento a Atahualpa si se convertía, así que tomó el nombre de Francisco, por su asesino, y después lo mataron con el garrote.

Entonces, un joven inca, Manco Yupanqui, un hijo de Huáscar que había sobrevivido a la masacre de su familia organizada por Atahualpa, le ofreció una alianza a Pizarro, creyendo que podría restablecer los Cuatro Suyos con la ayuda de los españoles. En Cuzco, los hermanos Pizarro instalaron a Manco como inca, vigilado por sus momificados ancestros reales.

La capital era deslumbrante. «Esta ciudad es la más grande y elegante de todo el país y de todas las Indias», escribió Pizarro a Carlos. «Podemos asegurar a Vuestra Majestad que es tan hermosa y posee unos edificios tan elegantes que sería extraordinaria incluso en España.» Pizarro presidió el saqueo del Coricancha, el Templo del Sol, sus muros de oro y plata, su jardín de plantas de oro, el altar de los sacrificios y la imagen del sol y las numerosas estatuas de oro de los primeros gobernantes incas, todo ello fundido. Pizarro envió a su hermano Hernando de vuelta a casa con la primera cuota del emperador.

Carlos dominaba Italia. En Roma, León X excomulgó a Lutero, que despotricó de «la manera abierta y desvergonzada en que el papa ... practica la sodomía». Tras la muerte de León y un breve sucesor, Carlos respaldó la elección de otro Médici, Julio, que se convirtió en Clemente VII. Simpático y culto, Clemente encargó a

Miguel Ángel, al que conocía desde que eran jóvenes, que acabara la capilla familiar en Florencia, diciéndole: «Piensa solo en el trabajo» y «no repares en gastos». Miguel Ángel lo celebró. «Médici es papa, algo que aplaudirá el mundo entero», le dijo a su cantero. «En cuanto al arte, se conseguirán muchas cosas.» En vez de eso, Roma iba a ser saqueada en una orgía de violencia y rapiña.

El Duque Negro, Miguel Ángel y el saqueo de Roma

El papa Clemente traicionó a Carlos y se alió con Francisco. Carlos estaba furioso: «Seguramente conocéis el papel que desempeñamos en vuestra elección». Su ejército, sin recibir su paga y agitado, marchó sobre Roma. Clemente se preparó para luchar, pero había calculado muy mal sus fuerzas. A principios de mayo, los imperialistas irrumpieron en Roma y asesinaron a los guardias suizos de Clemente en las escaleras de San Pedro. Clemente huyó al castillo de Sant'Angelo, donde fundió metales preciosos para planificar su fuga. Fuera de la fortaleza de Adriano, los lansquenetes de Carlos, muchos de ellos protestantes, enloquecieron y violaron a monjas, desfiguraron las pinturas de Rafael en el Vaticano con la palabra «*Luther*» y mataron a diez mil romanos hasta que la peste acabó con parte de los propios lansquenetes. La catástrofe que sufrió Clemente desencadenó una revolución contra los Médici en Florencia. Esas escenas apocalípticas inspiraron la visión del infierno de Miguel Ángel en *El juicio final* e intensificaron el odio entre católicos y protestantes. «Cristo reina de tal manera que el emperador que persigue a Lutero para el papa», se regodeó Lutero, «se ve obligado a destruir al papa para Lutero.»

El 6 de junio, Clemente, aterrorizado por Carlos, capituló y prometió un rescate. Luego escapó al campo, donde recibió a los emisarios ingleses que pedían permiso para que Enrique VIII anulara su matrimonio con Catalina de Aragón, la tía de Carlos, y se casara con una amante peleona llamada Ana Bolena. En cualquier otra ocasión, esa petición habría sido solucionable, pero

la política, como el amor, es una cuestión de momentos: Clemente no podía arriesgarse a ofender a Carlos. Enrique, que al principio era un seductor esbelto, amable y vivaz y se convirtió en un estirado violento, narcisista y medio impotente, desesperado por producir un hijo para su advenediza dinastía y enamorado de Bolena, era conservador en su religión. Pero su hábil ministro protestante Thomas Cromwell era un radical religioso que orquestó el divorcio de Catalina, el matrimonio con Bolena, el cisma de Roma y un paso hacia una Inglaterra reformista. La negativa de Clemente justificó el movimiento de Enrique contra la interferencia europea y formó y reflejó al mismo tiempo los instintos autónomos de Inglaterra.

En 1530, Carlos llegó a Bolonia para recibir la recompensa de Clemente: una coronación papal que resultó ser la última. A cambio, Clemente pidió que los Médici fueran restablecidos en Florencia, donde Miguel Ángel, a pesar de su relación con la familia, apoyaba la república y ejercía de gobernador general de fortificaciones contra los Médici. Pero sus almenas de nada sirvieron: Carlos reinstauró a los Médici.

Clemente, al igual que Enrique, no tenía herederos legítimos. Solo quedaban dos jóvenes bastardos, y uno de ellos probablemente era un hijo que había tenido con una esclava negra. El ilegítimo Alejandro de Médici había crecido en el anonimato y se decía que su madre era «esclava», «morisca» y «medio negra». Pero la necesidad familiar superó los prejuicios raciales. Alejandro disfrutó de un increíble revés de la fortuna, instruido y entrenado primero y luego presentado como duque de Florencia y comprometido con la hija ilegítima de Carlos, Margarita. Apodado *Il Moro*, Alejandro, el primer y único gobernante europeo no blanco, fue hábil con la mortífera política florentina y envenenó a su primo, el cardenal Hipólito de Médici, e hizo asesinar a su madre africana para evitar la vergüenza social. Gastando extravagantes sumas de dinero en sus soberbias ropas y sus pistolas exquisitamente grabadas, el Duque Negro era un magnífico italiano. Si Carlos estaba impresionado, Miguel Ángel no: cuando se negó a diseñar una fortaleza para Alejandro, el duque ordenó

que lo mataran. Por suerte, «alguien me dijo al oído que no debía quedarme aquí más tiempo si quería salvar mi vida» y el artista escapó a Roma, donde Clemente lo perdonó.[3]

Pero Clemente seguía enfrentando a los Habsburgo con los Valois, y casó a la otra heredera Médici, Catalina, de catorce años y apodada *Duchessina*, con el segundo hijo de Francisco, Enrique. Aunque parecía poco probable que Enrique llegara a ser rey, Catalina dominaría Francia durante cuatro décadas.

«El juicio final» de Miguel Ángel y la caída del Duque Negro

Ya moribundo, Clemente le encargó a Miguel Ángel que pintara la pared posterior de la Capilla Sixtina. Pero la muerte del generoso mecenas de Miguel Ángel llevó a la elección de uno incluso mejor. Pablo III, antes Alejandro Farnesio,[4]cortés, astuto y a veces sanguinario, convocó a Miguel Ángel, de sesenta años, que insistió en que estaba demasiado cansado y desbordado para aceptar más trabajo. «He alimentado esta ambición durante treinta años y ahora que soy papa no voy a quedar insatisfecho. Estoy decidido a tenerte a mi servicio», insistió Pablo.

Miguel Ángel pintó debidamente un fresco de los muertos despertándose el día de *El juicio final* y la segunda llegada de Cristo. Luego Pablo le encargó diseñar una *piazza* en la Colina Capitolina, el Campidoglio, donde colocó la estatua de Marco Aurelio, y después lo nombró supervisor de San Pedro. Pablo y Miguel Ángel se hicieron amigos.

El artista prosperaba ahora en Roma y enviaba dinero a su irresponsable familia para relanzarla como nobleza mientras velaba por su camada de protegidos y disfrutaba de amistades de alta y baja alcurnia. Le enviaba cartas de amor y dibujos a un joven noble, Tommaso dei Cavalieri, pero fue con su querida amiga la princesa Vittoria Colonna con la que se escribió de una forma más íntima sobre el arte: «Como una guía fiable en mi vocación, la belleza me ha sido puesta delante como derecho de nacimiento,

como espejo y como lámpara para el arte». Suavizaba su carácter hosco con humor e ingenio, haciendo bromas sobre su envejecida vejiga: «¡La orina! Qué bien la conozco: ese conducto que gotea, obligándome a levantarme demasiado temprano, cuando el alba juega aún a esconderse, a lo lejos... ¡Puaj!». Estaba haciéndose mayor, y en cierto momento se cayó de un andamio de la Sixtina.[5]

En Florencia, Alejandro de Médici acababa de casarse con la hija de Carlos V, Margarita de Austria, de catorce años, pero sus despiadados pavoneos y sus ardorosas seducciones despertaban una amarga envidia, en particular en su primo y compañero pobre, Lorenzaccio. A menudo, en política, el mayor peligro reside dentro, no fuera, y nada supera los íntimos odios de la familia.

Lorenzaccio decidió matar al Duque Negro. En 1536 le ofreció el sueño de cualquier mujeriego: la seducción de una esposa honesta. Atrayéndolo a la cita, irrumpió en ella y se abalanzó sobre el durmiente Alejandro con un sicario. Mientras Lorenzaccio lo apuñalaba en el estómago, Alejandro se defendió mordiéndole, y estuvo a punto de arrancarle el dedo, hasta que el sicario lo degolló.[6]

Carlos era el emperador universal de la cristiandad, y en su armadura llevaba grabado: «Divino Carlos». Pero su enemigo Solimán se consideraba no solo un sultán, un kan y un padishah, sino también un auténtico césar. Menospreciando a Carlos como mero «rey de España», avanzó rumbo a Viena.

Los favoritos de Solimán: Roxelana e Ibrahim

«El rey de España», le dijo Solimán a un emisario francés, «ha proclamado que quiere hacer frente a los turcos, y ahora me dirijo hacia él. Si ese hombre tiene valor, que venga.»

Su favorito, Ibrahim Pasha, encargó a unos joyeros venecianos una tiara imperial con cuatro crestas. El visir atesoraba un poder supremo y estaba instalado en un nuevo palacio en el hipódromo (aún en pie), donde presidía espectaculares muestras de poder imperial. Los grandes visires tenían derecho a llevar cinco colas de

caballo en sus estandartes, pero a Ibrahim le permitieron seis, una menos que el sultán. Solo la ucraniana Hürrem, apodada Roxelana —madre de cinco hijos del sultán—, tenía poder suficiente para desafiarlo.

El hijo adolescente del sultán, Mustafá, estaba celoso de Ibrahim. El sistema creaba equipos que enfrentaban a una madre y su hijo contra otra madre y su hijo. Incapaz de restar autoridad a Hürrem, la madre de Mustafá, Mahidevran, la atacó, arañándole la cara y arrancándole el pelo. Llamada por Solimán, Hürrem se negó a acudir, diciendo que había acabado con su belleza. Mahidevran fue exiliada.

La vida de Solimán parecía estable con Ibrahim y Roxelana. Mientras su madre, Hafsa, gobernó su mundo familiar, Solimán no cambió el estatus de Roxelana. Pero cuando la *valide sultan* murió, primero liberó a Roxelana, que aún tenía menos de treinta años, y luego se casó con ella.[7]

Después de varios hijos, entre los cuales solo uno saldría victorioso, Solimán y Hürrem dejaron de tener criaturas, conscientes de que los perdedores en la lucha por el poder serían estrangulados. Es probable que Hürrem utilizara supositorios intravaginales con aceite de hojas de col, pimienta, zumo de menta, hojas de poleo y eneldo. Heredó el control del Antiguo Palacio y el harén, emergiendo de las sombras y carteándose con las reinas de Polonia y Hungría mientras creaba sus propias fundaciones benéficas en Estambul y Jerusalén. «Sabes que nunca me conformo con lo más pequeño», le reconoció a Solimán.

Solimán e Ibrahim estaban planeando guerras, tratados y construcciones a gran escala. Por el este, Solimán luchaba contra los persas chiitas; por el oeste, derrotó a los húngaros en 1524 y mató al joven rey Luis de Hungría, generando así uno de los acuerdos matrimoniales de los Habsburgo concebidos por el emperador Maximiliano: el hermano pequeño de Carlos, Fernando, archiduque de Austria, se casó con la hermana de Luis. Así que Fernando reclamó entonces Hungría, Bohemia y Croacia, que seguirían siendo reinos de Habsburgo hasta 1918. En 1529, Solimán e Ibrahim invadieron Austria, con 120.000 otomanos

sitiando Viena, que se salvó solo por las fuertes lluvias que los obligaron a dejar atrás sus armas pesadas. Tres años después volvieron a atacar; esta vez, Carlos contraatacó en la Hungría otomana.

Carlos y Solimán no solo se batieron en duelo en tierra. En 1528, frente a los avances otomanos por tierra y los piratas islámicos en busca de esclavos por mar, Carlos contrató al mejor almirante cristiano, Andrea Doria, gobernante de Génova como censor perpetuo y heredero de una dinastía de oligarcas marineros. Cuando Solimán estaba distraído con la guerra contra Irán, Doria atacó la Grecia otomana. Solimán, por su parte, hizo llamar al corsario más importante de su época: Barbarroja.

Los tamerlanes y los Rúrikovich, los otomanos y la Casa de Mendes

Estrangulamientos y batallas navales: los hermanos Barbarroja y la Reina de los Piratas

En 1533, Barbarroja atravesó el Bósforo, más allá del palacio de Topkapi, con cuarenta buques, banderas al viento, antes de ofrecer a Solimán camellos cargados de oro, joyas y telas, escoltados por leones y una procesión de jóvenes esclavas cristianas, cada una de ellas con un tesoro como regalo. Solimán nombró a Barbarroja, con su barba rubicunda, fornido y cejijunto, *Kapudan-i Derya* —Capitán de los Mares—, al tiempo que ordenaba a Ibrahim que creara unos astilleros para construir una flota.

Barbarroja había nacido en Lesbos, hijo de un caballero cristiano albanés que se había hecho alfarero y de la viuda de un sacerdote griego, ambos convertidos al islam. Dos de sus hermanos, Oruç e Ilyas, practicaban el comercio hasta que los capturaron los cruzados Caballeros de San Juan. Mataron a Ilyas y esclavizaron a Oruç en sus galeras hasta que Khidr, el futuro Barbarroja, liberó a su hermano. Cuando Isabel y Fernando empezaron a perseguir a sus súbditos musulmanes, los hermanos lanzaron una misión de rescate, poniendo a salvo en Marruecos a algunos de los refugiados.

Muchos musulmanes que habían sido españoles —liderados por la joven noble Aixa, a la que vimos huyendo de Granada en 1492 con el último emir— se convirtieron en colaboradores de Barbarroja. Cuando los nobles refugiados llegaron a Marruecos, acosado por guerras intestinas, su padre la casó con el gobernador

del puerto de Tetuán. A la muerte de su marido, Aixa se hizo cargo del gobierno de Tetuán como «la Dama libre», Sayyida al-Hurra, fortificando la ciudad y creando una flota que asaltaba los buques cristianos; estos la llamaban «la Reina de los Piratas». Con base en la isla de Yerba, los hermanos atacaron Italia y España, apresando a niños y jóvenes cristianas para venderlos en los mercados de esclavos. Con frecuencia, en esos asaltos se apresaba a más de seis mil personas. Los hermanos se hicieron con el control de puertos africanos, primero Orán, luego Argel y Bugía, donde Oruç perdió el brazo. Cuando lo reemplazó con una prótesis de plata, los turcos empezaron a llamarlo Brazo de Plata. Al ofrecer Argel a Selim el Severo, que lo aceptó como *sanjak* (provincia), Brazo de Plata provocó la cólera de Carlos, que ordenó atacar Orán y Tremecén; Brazo de plata pereció durante esos ataques. El último hermano, Khidr o Hizir, el rubicundo Barbarroja, tomó el mando, envió buques al auxilio del ataque del nuevo sultán Solimán a la isla de Rodas y asaltó de nuevo Italia y España; sus capitanes atacaron el norte de Francia, Cornualles y la isla de Wight, mientras él convertía Argel en una pujante ciudad dedicada al esclavismo, el inicio de lo que los cristianos llamaron Berbería o costa berberisca.

Cuando Barbarroja, almirante jefe y gobernador de África del norte, salió de Estambul en persecución de Doria, tomó tierra en Ostia, el puerto de Roma, y capturó Capri (allí construyó el Castello Barbarossa, cuyas ruinas siguen en pie). Gracias a su red de espionaje, que operaba a través de su mujer de negocios judía Strongila, fue Hürrem quien informó a Solimán de las primeras victorias de Barbarroja.

Enfrentado a una contraofensiva de los Habsburgo, Ibrahim logró establecer con Francia un tratado contra Carlos, negociado en parte por Barbarroja, que visitó Tolón con su flota. Carlos V envió a un emisario para ofrecer a Barbarroja el señorío de África, o para asesinarlo. Barbarroja decapitó al sicario.

En 1535, Carlos contraatacó, ocupando Túnez mientras Solimán e Ibrahim encabezaban una ofensiva contra el sha Tahmasp, de la dinastía safávida de Irán, en la que conquistaron Bagdad. Pero Ibrahim, después de diez años de virreinato, se había

acomodado demasiado a Solimán y se había vuelto demasiado cosmopolita, incluso para los despreocupados otomanos. Cuanto más tiempo pasa en el cargo un ministro, más enemigos cosecha. Ibrahim no era apocado con su magnificencia. «A pesar de que soy esclavo del sultán, todo lo que digo se ejecuta. De un golpe, puedo convertir a un mozo de cuadras en un bajá, y puedo conceder reinos y provincias a quien me plazca», decía a los enviados de otros países. Fuera de su palacio, en el hipódromo, Ibrahim colocó unas estatuas de Hércules, Diana y Apolo que había capturado en Hungría, lo cual sorprendió a los iconoclastas musulmanes. «Dos Abrahams [Ibrahims] llegaron al mundo», bromeaba el poeta Figani, «uno de ellos, destructor de ídolos; el otro, adorador de ídolos.» Ibrahim lo hizo estrangular. Aunque Ibrahim tenía un amante italiano, estuvo enamorado durante mucho tiempo de la hermana del sultán, Hatice, a la que le enviaba poemas sin el permiso de Solimán. En campaña, hacía que sus esbirros lo llamaran «sultán». Ordenó ejecutar a un visir rival y tuvo desavenencias con Hürrem (Roxelana). «Se me ha exigido una explicación sobre el motivo de mi enfado con el bajá», había escrito ella a Solimán en 1526. «Y la daré. De momento, envía mis saludos al bajá, si es que los acepta.» Solimán dejó que Ibrahim se casara con su hermana, y lo festejaron en el hipódromo. Pero el visir era íntimo del hijo mayor del sultán, Mustafá, cuya probable sucesión constituiría una amenaza de muerte para los hijos de Hürrem.

En los idus de marzo de 1536, el padishah y el visir rompieron juntos el ayuno del Ramadán. Luego, Ibrahim se fue a dormir al palacio de Topkapi. En algún momento de la noche, Solimán envió a sus asesinos, los «Sin Lengua», a los aposentos de Ibrahim, donde estrangularon a su amigo de la infancia. El *Makbul* (favorito), decían los ingeniosos, se había convertido en *Maktul* (asesinado); fue enterrado en una tumba sin marcar. La posición de Hürrem mejoró: Solimán nombró a Rüstem, su yerno, gran visir. La esposa de este e hija favorita de ambos, Mihrimah (Luna de los Soles), se convertiría, por derecho propio, en una persona poderosa entre los otomanos.

Como joven esclavo, Rüstem, el hijo de un criador de cerdos croata, se había arriesgado a saltar desde una ventana para atrapar una baratija que se le había caído a Solimán. Hürrem pretendía que Mihrimah se casara con un hombre más apuesto, pero Rüstem le pagó al médico judío del sultán para que declarara que el hombre tenía sífilis. Su enemigo contraatacó diciendo que Rüstem tenía la lepra, cosa que fue refutada por la presencia de un piojo en sus ropajes (ya que se sabía que los piojos evitaban a los leprosos). En 1539, Rüstem, que había recibido el sobrenombre de Piojo de la Suerte debido a su ascenso al poder, y que a la sazón tenía más de cuarenta años, se casó con Mihrimah, de diecisiete, convirtiéndose en *damad*, yerno imperial. Acumuló una gran fortuna y llegó a poseer 1.700 esclavos. Pero las princesas otomanas gozaban de prerrogativas especiales: podían divorciarse de sus maridos, acumular fortuna propia y utilizar su poder a discreción. Igual que su madre, Mihrimah era bella, rubia, enérgica e inteligente, y más tarde negociaría en nombre de su padre y de su hermano con los monarcas polacos.

Solimán dirigía una guerra global que durante mucho tiempo ha sido desatendida por los historiadores europeos. En 1538 envió ochenta barcos y cuarenta mil hombres al océano Índico a través del mar Rojo, probablemente la mayor flota que navegaba por aquellas aguas desde las que transportaban los tesoros de la dinastía Ming. El almirante del océano Índico era un eunuco húngaro, antiguo esclavo y futuro gran visir, Hadım Suleiman Pasha, de sesenta y nueve años, que partió desde Yeda, arrebató Adén (Yemen) a los portugueses y luego se unió al aliado guyarati del sultán en un ataque infructuoso a Diu (India occidental), en manos de los portugueses. En el Cuerno de África, Solimán invadió Habesh (Eritrea) y conquistó Massawa, que siguió en manos otomanas hasta el siglo XIX. También envió tropas y cañones a sus aliados, los sultanes de Adal, en Etiopía, y Ajura, en Somalia, para asistir a los enemigos cristianos locales en su ataque. Esas conquistas introdujeron una nueva droga desde El Cairo hasta Constantinopla, derivada de unos frutos similares a las judías y una de las preferidas por los sufíes de Yemen: el café. El café se

convirtió en una mercancía global. En las ciudades, las cafeterías contribuían a la nueva sociabilidad. Barbarroja fue uno de los primeros en incorporar una cafetería a su mansión.

En el Mediterráneo, Barbarroja conquistó Otranto al tiempo que Solimán amenazaba el norte de Italia; el almirante conquistó muchas de las últimas islas y fortalezas venecianas y llevó a la república a unirse a la Liga Santa organizada por el papa Pablo III contra los otomanos. En septiembre de 1538, cerca de Preveza (Grecia), Doria, el almirante de Carlos, capitaneó 112 galeras y 50.000 hombres contra la flota de 122 galeras de Barbarroja, al tiempo que el almirante judío de este último, Sinan, desembarcaba soldados en la costa para cubrir la retaguardia otomana. Barbarroja destruyó 13 buques y capturó 36, además de a 3.000 prisioneros, obteniendo así el dominio del Mediterráneo.

La atención de Carlos se vio desviada por la decadencia de Isabel. Embarazada por séptima vez y posiblemente tuberculosa, era «la persona más lastimera del mundo, tan delgada que casi no parecía una persona». En mayo de 1539 dio a luz a un niño muerto, y falleció de fiebres posnatales a los treinta y cinco años. Carlos se hundió —«Nada puede consolarme», le dijo a su hermana María—, envió a su hijo Felipe a supervisar su entierro en Granada y encargó a Tiziano que la pintara a partir de los retratos existentes; desde entonces viajaría siempre con su imagen. Pero pronto volvió a sus costumbres de mujeriego, y fue padre en secreto de un hijo, Jerónimo, cuya madre era una sirvienta adolescente de origen alemán. El niño le fue arrebatado a su madre y criado por cortesanos, y más tarde haría acto de presencia.

Recuperándose de estos golpes, Carlos planeó un vigoroso ataque a Argel, pero —como era habitual— estaba arruinado, hasta la llegada de América de una impresionante flota cargada de tesoros, enviada por el capitán Pizarro, cuyo hermano Hernando dio a Carlos su porción de oro peruano y noticias de su conquista.

Los hermanos Habsburgo y sus conquistadores

El emperador no aprobaba los crímenes de Pizarro —«La muerte de Atahualpa me disgustó, porque se trataba de un soberano»—, pero añadió: «Dado que os ha parecido necesario, de momento lo aceptaremos». Más tarde, le concedió el grandilocuente título de marqués de la Conquista, al tiempo que autorizaba «encomiendas permanentes de habitantes indígenas» como verdadero trabajo de esclavos.

Los conquistadores tuvieron suerte eligiendo el momento: las tribus Jauja y Huanca, que despreciaban a los incas, ejercieron de auxiliares de los españoles, como hicieron los incas contrarios a Atahualpa. Sin esos aliados, el golpe de Pizarro no habría sido posible.

Los Pizarro disfrutaron —y abusaron— de su dominio de las princesas incas, pero también elevaron su familia mediocre al tener hijos con la realeza inca, por no hablar de que pudieron echar mano de las propiedades de esta. Muchas de esas mujeres eran muy jóvenes. Los españoles utilizaban una repugnante práctica, la prueba de la capa, para decidir si eran lo bastante adultas para mantener relaciones sexuales: si después de golpearlas desde atrás con una capa, se caían, eran demasiado jóvenes; si seguían de pie, estaban a punto. Fue un festival de violaciones para los españoles, aunque algunas mujeres incas se enorgullecían de atraer a los omnipotentes extranjeros. Pizarro, que nunca se casó, llegó a enamorarse de la hermana de Atahualpa, Quispe Sisa (Inés), que dio a luz a su hija Francisca. La niña fue legitimada por Carlos y se convirtió en la mayor de las herederas del Nuevo Mundo. Pero Pizarro no pudo resistirse a tomar a otra de las hermanas de Atahualpa, Azarpay, a quien instaló en su palacio, lo cual encolerizó a Inés.

Pizarro volvió a la costa para fundar la Ciudad de los Reyes (Lima), pero sus hermanos Gonzalo, Juan y Hernando, que habían regresado de España, humillaron al joven inca Manco, que había consolidado su poder matando a sus rivales en su propia familia. Los hermanos violaron a las princesas de este y lo extorsionaron para obtener más oro. Gonzalo apresó a la *coya* (reina) y hermana de Manco, Cura Ocllo, y los incas lo criticaron. «¿Quién os dijo que

hablaseis con el corregidor [juez] del rey? ¿Es que no sabéis qué clase de hombres somos los españoles?», protestó Gonzalo. «¡Os juro que si no os calláis, haré que os rajen vivos de arriba abajo y os corten en pedazos!» Gonzalo violó a Cura Ocllo y encarceló a Manco, que fue encadenado, torturado, quemado y orinado por los hermanos. Manco huyó, reunió un ejército de doscientos mil hombres, y sitió a los noventa españoles de Cuzco y a Francisco Pizarro en Lima. El gobernador sintió que no podía seguir confiando en su harén: su leal Pispita, Inés, denunció a su medio hermana Azarpay, «así que, sin más consideraciones, ordenó que [Azarpay] fuese pasada por el garrote» junto con otras amantes. La madre de Inés envió tropas para ayudar a Pizarro a conservar Lima.

Manco hizo de la sagrada ciudadela de Sacsayhuamán, desde la que se podía ver Cuzco, su cuartel general, pero tardó un tiempo en reunir a sus fuerzas. Asediados en Cuzco, los hermanos Pizarro resistieron. Las expediciones de Francisco acabaron en derrota. Juan Pizarro murió en el ataque a Sacsayhuamán. Los hermanos fueron rescatados por su rival Diego de Almagro, que retomó Cuzco, pero luego entró en conflicto con los Pizarro y los apresó. Francisco contraatacó, capturando y ejecutando a garrote a Almagro, una acción que tendría consecuencias. Manco, utilizando a su favor los arcabuces y espadas que habían dado ventaja a los españoles, se retiró y fundó un nuevo reino en la selva de Vilcabamba.

Francisco Pizarro se vengó quemando vivos a muchos de los incas. Cuando capturó a la reina de Manco, Cura Ocllo, que ya había sido violada por su hermano, volvió a violarla junto con su secretario y luego ordenó que la desnudaran, torturaran y atravesaran con flechas y la dejó flotando río abajo en un barril hasta que la encontró Manco, que «lloró y se afligió, pues la quería mucho».[1]

Una vez finalizada la revuelta de Manco, Pizarro envió más oro a Carlos a fin de «ayudar a Su Majestad en la guerra contra los turcos».

«Enviadme los trabajos de orfebrería y platería más

singulares», ordenó el emperador. «Con el resto podéis hacer monedas.» Pensaba en sus conquistadores. En 1535, Carlos nombró un virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, para que manejara al engreído Cortés. Mendoza presumía de la forma en que procedió con la conquista y acabó con la población local, «disparándoles con artillería hasta hacerlos pedazos, azuzando a perros contra ellos o entregándoselos a esclavos africanos para que los mataran, asesinando a los que estaban más cargados de culpa y aterrorizando a los demás». Cuando sirvió en la conquista de Granada, añadía, «solíamos golpear y apedrear a muchos musulmanes»; los demás «eran tratados como esclavos y divididos en grupos». La arrogancia de Mendoza hacía perder los estribos a Cortés.

En 1540, el marqués del Valle de Oaxaca regresó a España, rico pero amargado y ansioso por obtener reconocimiento. Carlos lo evitó hasta que Cortés apartó a los escoltas y saltó a su carruaje. «¿Quién sois?», preguntó el alarmado soberano.

«Soy un hombre», respondió Cortés, «que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros antepasados.» Carlos permitió que él y su hijo Martín, el Mestizo, se unieran a su séquito en la cruzada para conquistar Argel, mientras que el otro conquistador, Pizarro, el marqués de la Conquista, finalmente cosechaba éxitos en Lima, aunque no por mucho tiempo. El hijo medio inca de Almagro, llamado el Mozo, buscaba vengarse de Pizarro. En junio de 1541, junto con un grupo de asaltantes, atacó el palacio de Lima. Pizarro contraatacó con una alabarda y mató a dos asesinos antes de desplomarse con una puñalada en el cuello y pedir misericordia cristiana.

«Confiesa en el infierno», gritó el Mozo, que le estrelló una urna en el rostro al tiempo que sus hombres lo apuñalaban otras veinte veces y lo decapitaban. Pero ese no fue el fin de los Pizarro ni de los incas.[2]

En octubre de 1541, Carlos zarpó de Palma con una flota de quinientos barcos, treinta mil soldados y los Cortés, padre e hijo. Pero una tormenta destruyó la flota; los argelinos contraatacaron y estuvieron a punto de capturar al emperador. A Cortés y Martín les

faltó poco para ahogarse y perdieron todas sus joyas, pero sobrevivieron.

La presencia de Cortés centró la mente del emperador en los abusos de los españoles. En 1542, Carlos firmó las Nuevas Leyes y estableció el Consejo de Indias, limitó las encomiendas y protegió a los indios, cosa que encolerizó al último de los hermanos Pizarro que quedaba en América. Gonzalo Pizarro galopó hacia Lima con atuendo de terciopelo negro y plumas, animado por sus partidarios a declararse rey de Perú y casarse con Francisca, la heredera inca de Francisco, que tenía once años, combinando así la sangre inca con la de los Pizarro. Los rebeldes derrotaron y mataron al virrey, pero, en abril de 1448, el nuevo legado de Carlos reunió a las fuerzas imperiales, capturó y decapitó a Gonzalo.[3]

Sin embargo, la protección de los pueblos indígenas, como sugirió el Protector de los Indios, Bartolomé de las Casas, aceleró la importación de esclavos africanos. Juan Garrido, que había acompañado a Cortés, fue probablemente el primer africano que se estableció en América.[4]Tres esqueletos hallados en una fosa común en el Hospital Real de San José de los Naturales, en Ciudad de México, datados en la década de 1520, podrían haber sido los primeros esclavos —son de origen africano, y muestran los huesos rotos y el desgaste del trabajo físico—; a uno le habían disparado una bala de cobre. Puesto que los reyes de Portugal ejercían sus derechos en África, el comercio de esclavos español al principio era gestionado por mercaderes portugueses y *pombeiros*,[5]y se convirtió en algo muy rentable. A medida que morían los amerindios, el precio de los esclavos africanos se elevó exponencialmente, de cuatro o cinco pesos en 1527 a cincuenta en 1536 y doscientos en 1550. Durante el reinado de Carlos, treinta mil esclavos africanos llegaron a la América de los Habsburgo.

América tardó muy poco en dejar notar su efecto en el mundo: su oro y su plata financiaron a los Habsburgo, pero en última instancia fluyeron hacia el este, a la India y China, para pagar sus lujos. Los rostros deteriorados de papas y príncipes mostraban que la sífilis estaba devastando Europa casi tan rápido como la viruela había diezmado América.[6]Los alimentos del Nuevo

Mundo conquistaron a los conquistadores, acostumbrados a la cocina tradicional: la patata de los Andes, fácil de cultivar, se convirtió al instante en un alimento básico en todas partes, sobre todo en Rusia y en Irlanda. La patata dulce o boniato, trasplantada por comerciantes europeos, se popularizó en África y especialmente en China, donde ayudó a impulsar el crecimiento de la población. El maíz, importado también por comerciantes europeos, cambió la agricultura en Asia, mientras que, en el oeste de África, su resistencia a la sequía y su facilidad de almacenamiento ayudaron a concentrar el poder de los reyes locales de Oyo y Benín. Pero también ayudó a los mercaderes de esclavos a alimentar a estos en sus travesías del Sáhara y el Atlántico. Tras ellos fueron chiles, vainilla, pavos, tomates, piñas y calabazas. El tabaco se convirtió en una adicción en todo el mundo y el chocolate en una bebida popular (mucho antes de que un chocolatero inglés lo hiciera sólido en 1847). Intelectualmente, la revelación de otras civilizaciones, con sus propios valores y conocimientos, supuso un desafío para el pensamiento europeo y acabaría inspirando una nueva curiosidad y apertura de miras.

Los monarcas «gemelos» —Habsburgo y otomano— estaban cansados de sus obligaciones, y el poder les había agriado el carácter. Carlos tenía la suerte de tener un hijo sano y capaz, Felipe, que poseía el gélido control y la intensa concentración de los que él a menudo carecía. Después de que Felipe hiciera la promesa de seguir virgen hasta el matrimonio, Carlos concertó el matrimonio consanguíneo del joven con María Manuela, hija de Juan II de Portugal y de la hermana de Carlos, sobrina de la madre del novio. Carlos ofreció a Felipe un sensato consejo político: «No hagas nunca nada si estás enfadado». Y, aún mejor: «No confíes en nadie; escucha a todos; decide por ti mismo». Pero en lo tocante al sexo, sus consejos no eran tan buenos.

Mientras Carlos seguía seduciendo a mujeres y engendrando hijos, trataba de controlar al suyo: «Pronto te casarás; es importante que moderes tus deseos [que] pueden ser un peligro para el crecimiento y la fuerza de tu cuerpo. Pueden incluso causar la muerte, como sucedió con el príncipe Juan, y por eso heredé yo

estos reinos ... Exijo que, una vez que hayas consumado tu matrimonio, pongas como excusa alguna enfermedad y te mantengas alejado de tu esposa». La noche de bodas, un cortesano entró en la habitación al cabo de dos horas y media y se llevó al novio. Cuando se enteró de que María estaba embarazada, Carlos felicitó a Felipe: «Creía que necesitarías más tiempo». Felipe no era el lúgubre fanático de la leyenda: le gustaba bailar y coquetear, y en aquel momento estaba disfrutando de una aventura con una bella dama de compañía (a pesar de que uno de los antepasados de ella era rabino). Su esposa dio a luz a un niño, pero murió a los diecisiete años a causa de una infección. El bebé Carlos nació con deficiencias físicas y mentales —fruto del matrimonio entre familiares y, quizá, de falta de oxígeno— que acabaron siendo una amenaza para su padre y para la propia monarquía. Felipe, «afligido y amargado», se retiró a un monasterio durante un mes.

En 1543, cuando Carlos salió de España, Felipe se hizo cargo del reino. «No dejes de enviarme soldados», exigió su padre. Felipe se resistió, recordándole que sus reinos estaban agotados. Las demandas de soldados y dinero y las discusiones agriaron su relación. Al mismo tiempo, Carlos derrotó a Francisco en la carrera por ganarse al viejo y obeso Enrique VIII, pasando por alto la tosquedad con que este había tratado a su tía Catalina.[7]En 1544, Enrique desembarcó en Calais y ambos monarcas atacaron Francia, lo cual obligó a Francisco a negociar un tratado de paz.

Carlos había prometido a su hermano Fernando que él y su hijo serían los sucesores imperiales, pero, de pronto, anunció que nombraría a su hijo Felipe, lo cual estuvo a punto de provocar una trifulca entre hermanos. «Tenemos que decidir quién es el emperador, tú o yo», le dijo Carlos a Fernando. Esto podría haber causado una fractura en la dinastía de los Habsburgo, pero Carlos cedió. En una armonía que se prolongó ciento cincuenta años, las dos ramas de la familia se ayudaron entre sí. Felipe heredaría España —en la que ya gobernaba—, los Países Bajos, Italia y América; Fernando gobernaría Austria y el imperio.

En 1547, Carlos derrotó a los príncipes protestantes en Mühlberg,[8]un triunfo católico y la culminación de la obra de su

vida. Sin embargo, en 1552, los príncipes protestantes, reforzados por Francia, contraatacaron y derrotaron a Carlos, al que casi lograron matar o capturar, y lo obligaron a huir semiconsciente en una litera, atormentado por las deudas, las hemorroides y la gota —el punto más bajo de su reinado—, mientras los almirantes otomanos recuperaban Túnez. «No puedo estar en todas partes y hacerlo todo», escribió, desesperado, a Fernando. Arruinado y debilitado, se quejaba: «No tengo ni un penique, ni un hombre en Alemania dispuesto a declararme su apoyo». Desconfiaba incluso de su hermano: «Empiezo a preguntarme si Fernando tiene alguna alianza secreta con los autores de esta conspiración».

En 1556, Carlos finalmente permitió a Fernando negociar una paz en Alemania que permitiera a los príncipes alemanes elegir su secta: *cuius regio, eius religio* (según sea la del rey, así será la religión del reino). Es un hecho singular que salgan de una misma familia dos estadistas competentes al mismo tiempo, pero el hermano de Carlos V, el cauto, prudente y conciliador archiduque Fernando, había creado un reino Habsburgo en el centro de Europa que abarcaba Austria, Bohemia, Hungría y Croacia, había reconstruido el palacio vienés de Hofburg como su cuartel general, había logrado un matrimonio feliz con su esposa heredera, que engendró trece hijos que sobrevivieron, había formado a un heredero moderado —Maximiliano— al que casó con la hija de Carlos, María de España, y había impedido cuatro invasiones de Solimán. El sultán, que ya tenía sesenta años, se enfrentó a su propia crisis familiar al estilo otomano: con cuerdas de arco.

La emperatriz otomana, el Piojo de la Suerte y doña Gracia

Hürrem, la antigua esclava nacida en Ucrania que ahora era su emperatriz, siguió siendo la compañera de Solimán, con quien mantenía correspondencia constante cuando él estaba de campaña, y vigilaba Constantinopla por él. «A veces me tratas con amabilidad, a veces me atormentas», escribió él. «Amor mío, sea

cual sea tu ánimo, yo siempre me adaptaré a él.» Cuando murió su primer hijo con Roxelana, lloró con desesperación y al principio se negó a que se enterrara el cuerpo, y oró durante cuarenta días. Pero, en lo que se refiere a política, era frío como un témpano.

Ya marchito, pero vigilante y desencantado a un tiempo, Solimán supervisaba con atención a sus hijos. Estaba muy unido a Mustafá, su primogénito, que se había hecho peligrosamente popular entre los jenízaros, los mosqueteros de élite a los que el sultán temía.

En la campaña contra los persas, en 1548, cuando se hizo con Tabriz y la mayor parte del Cáucaso, Solimán, delgado y gotoso, estaba ya envejecido.[9]«Vos dijisteis que vuestro noble pie os dolía», escribió Hürrem. «Sabe Dios, mi sultán, que me sentí tan alterada que lloré.» En 1553, el sha Tahmasp I contraatacó, y Solimán envió para rechazarlo al Piojo de la Suerte, casado con su hija Mihrimah y gran visir desde hacía nueve años. El padishah fue informado por el Piojo de que Mustafá estaba hablando de la «jubilación» de Solimán. Era posible que el príncipe creyera que el Piojo —respaldado por su esposa Mihrimah y su suegra Hürrem— quería matarlo.

«Dios no quiera», repuso Solimán, «que mi Mustafá Kan se atreva a tal insolencia.» Pero se unió con desgana al Piojo con su propio ejército y viajó con su hijo menor, el jorobado Cihangir, que le dijo a su padre que la joroba impediría que sus hermanos lo mataran. «Hijo mío», respondió Solimán, «Mustafá se convertirá en sultán y os matará a todos.»

En Ereğli, Solimán convocó a Mustafá, aunque la madre de este le rogó que no fuera. Dejando a sus guardaespaldas, Mustafá entró en la tienda de su padre, donde, ante los ojos del padishah, los Sin Lengua se abalanzaron sobre él con sus cuerdas de arco. Él se defendió, pero, al tratar de escapar, tropezó con su propia túnica, fue estrangulado y su cuerpo arrojado fuera de la tienda del sultán. El ejército lamentó su muerte y exigió la cabeza del Piojo. Solimán aceptó destituir al visir. Desde Constantinopla, Hürrem le advirtió que enviara buenas noticias para calmar a la ciudad y rogó por la vida del Piojo, despidiéndose con la frase: «Y eso es todo. Tu

humilde esclava».

Al Piojo de la Suerte le volvió a sonreír la fortuna: aunque su esposa Mihrimah no era feliz en su matrimonio, no dejó de apoyar a su marido. Dos años más tarde, Solimán hizo estrangular a su visir y volvió a situar al Piojo en ese puesto. Hürrem había vencido: solo le quedaban sus dos hijos, Selim y Bayezid. Uno de ellos triunfaría, pero el otro tendría que morir.

Selim era rechoncho, simpático y hedonista, un poetastro borrachín cuya concubina favorita, Nurbanu, era una noble griega esclavizada por Barbarroja. Era impopular en el ejército, donde lo llamaban el Buey; en Constantinopla lo apodaban el Rubio. Bayezid, por su parte, era marcial y ambicioso.

Mientras Hürrem favorecía a Selim, Bayezid coqueteaba con la rebelión. Hürrem negoció su perdón. Pero en 1558 murió en el Viejo Palacio y fue enterrada en la tumba de la mezquita de Solimán que el padishah había preparado para los dos. Tras la muerte de su madre, Mihrimah se trasladó al Viejo Palacio y se convirtió en la compañera y consejera de su padre, creando fundaciones benéficas y mezquitas (entre otras cosas, encargó a Sinán —quien, según cuentan, estaba enamorado de ella— que diseñara la exquisitamente azul mezquita de Rüstem Pachá en honor de su difunto esposo). En un cuadro se muestra su soberbia belleza: se había convertido en una potentada eurasiática que trataba de mantener la paz entre sus hermanos.

Sin embargo, Bayezid tenía planeado hacerse con el poder. Aquella era una familia poderosa que hablaba sobre muerte y traición en forma de poesía. Solimán advirtió al chico, que le respondió:

Perdona la ofensa de Bayezid, salva la vida de este esclavo.
Soy inocente, bien lo sabe Dios, mi sultán favorecido por la fortuna,
padre mío.

Solimán le dijo:

Mi Bayezid, perdonaré tu ofensa si te reformas.
Pero, por una vez, no digas que eres inocente. Muestra tu arrepentimiento, querido hijo.

Fue entonces cuando llegó a Constantinopla la familia más rica de Europa. Eran judíos ibéricos, los Mendes, encabezados por doña Gracia y su sobrino José Nasí, casado con su hija Reina. Ya habían tenido una vida extraordinaria: doña Gracia, la heredera de la empresa de banqueros Mendes/Benveniste, había sido expulsada de España a Portugal, de donde había huido a Amberes. Cuando Carlos V trató de arrebatarle su fortuna, escapó con José a Venecia, atravesando Francia, antes de negociar su llegada a Estambul. Con un historial de falsas conversiones y observancia del judaísmo en secreto, eran supervivientes natos que disfrutaban de una variedad de nombres distintos.[10]Los venecianos metieron a Gracia en prisión, y José escribió al médico judío de Solimán. Solimán ordenó a la *Signoria* que dejara en libertad a *La Signora*. Ella y su hija llegaron con estilo: atravesaron el Bósforo navegando en una espléndida flotilla, seguidas por José. Ella negociaba con emperadores, papas y reyes y mantenía su postura, un logro notable para una mujer y para una judía. Cuando el papa quemaba judíos en la hoguera, doña Gracia organizaba un boicot a los puertos papales. José aconsejó y financió a Selim durante el enfrentamiento con su hermano.

En 1559, Bayezid concentró a sus tropas. Solimán envió a Selim a derrotar al rebelde, que huyó con sus cuatro hijos a Persia, donde el sha Tahmasp le concedió asilo.

Al sha se le daba muy bien jugar a la política familiar con sus vecinos. Al oeste, obtuvo una fortaleza y 1.200.000 florines de Solimán; a cambio, permitió a Selim y un grupo de Sin Lengua viajar a Persia y estrangular a Bayezid y sus cuatro hijos.[11]Hacia el este, jugaba a un juego distinto, ayudando al emperador caído de la India, Humayun, hijo de Babur, descendiente de la Casa de Tamerlán, a recuperar su reino en la India, con la esperanza de que se convirtiera a la religión chiita e hiciera de la India un agradecido estado cliente. Lo que consiguió, en cambio, fue

restaurar al gobernante más importante de la India desde Ashoka.

El Rey Prudente y tres reinas inglesas

El hijo de Humayun, Akbar, había sido criado en Kabul por la hermana de Babur, pero cuando el sha puso a las órdenes de Humayun un regimiento de caballería para ayudarle a recuperar la India, el chico se unió a su padre galopando hacia Delhi. La fuerza invasora de cinco mil persas y afganos, al mando de un tenaz paladín afgano, Bairam Sah, era un ejército demasiado pequeño para tomar todo un subcontinente. En el exilio, Humayun se había empapado de la cultura persa, que sería una parte intrínseca del estilo de vida mogol. Como muchos miembros de su familia, era bibliófilo y le gustaba consumir opio, de modo que tuvo la muerte de un amante de los libros al caerse desde la escalera de su biblioteca. El emperador Akbar nombró a Bairam su *vakil* —primer ministro— hasta que lo retiró en 1562. Consultaba cada vez más a su antigua nodriza, la leal y competente Maham Anga, pasando por encima de su hijo adolescente Adham Khan, que había crecido con Akbar. Cuando su hermanastro Adham osó contrariarlo, Akbar desató el Tamerlán que llevaba dentro: frente a su corte, le golpeó en la cara, gritándole «¡Maldito hijo de perra!», y lo arrojó desde el balcón. Adham sobrevivió, así que Akbar ordenó que lo subieran, volvió a defenestrarlo y le rompió el cuello. «Bien hecho», dijo la madre de Adham, aunque «el color había abandonado su rostro.»

Akbar había llegado al poder con sus arqueros persas, pero construyó el imperio con mosquetes y cañones otomanos, y pronto fabricó los suyos. Akbar y la Casa de Tamerlán ahora eran conquistadores de la India. Akbar construía torres de cabezas indias, un signo terrible de conquista depredadora: un maharaná de Rajput llamado Pratap solía llamarlo «vil invasor turco». Akbar llevaba veinte años guerreando, abordando primero a los enemigos en cazas masivas, acompañado por un millar de guepardos y escoltado por sus ejércitos —«cazando otra clase de elefante salvaje», como decía su primer ministro, un ritual que solía

conllevar la sumisión—. Si aquello no funcionaba, desplegaba a sus arqueros mongoles a caballo, elefantes de guerra y la artillería más moderna. Él mismo era un hábil tirador con su arma favorita, a la que llamaba Sangram (las armas de fuego y las espadas tenían nombre). Utilizando su cañón, en 1556, Akbar volvió a tomar Delhi y Agra, luego Lahore y el Punyab y, a partir de 1558, Rajputana, venciendo uno por uno a los nobles de Rajput, al mando del maharaná de Mewar, Udai Singh, constructor de la exquisita ciudad lacustre de Udaipur. En febrero de 1568, cuando cayó la fortaleza de Udai, Chittorgarh, Akbar masacró a treinta mil personas y expuso sus cabezas en las almenas. Gran parte de los Rajputs se sometieron: se hizo amigo de Man Singh, rajá de Amber, y lo nombró *mansabdar* de siete mil hombres,[12]lo llamaba *farzand* (hijo) y se casó con su hermana. Sus matrimonios con la dinastía Rajput llevaron a una fusión de los linajes de Tamerlán y Rajput con las culturas sánscrita y persa. Gracias a su dominio de los juegos de poder imperiales, la dinastía conquistadora echó raíces en la India.

Akbar se desvió entonces al suroeste para ocupar Gujarat, el sultanato de la costa que, a través de su puerto, Surat, enlazaba la India con el comercio europeo y con el suministro de efectos militares de los otomanos. Concedió derechos sobre Goa a los portugueses, que habían llegado a la India antes que Babur. En 1573, cuando asaltó la capital, Ahmedabad, Akbar lo celebró construyendo más torres de cabezas. El comercio de Gujarat convirtió a la dinastía en una potencia mercantil global. Entonces, el padishah se desvió hacia el este y el norte y conquistó Bengala y Cachemira.

Con la cara afeitada, salvo por las patillas, alto, esbelto, atlético y con largas pestañas, Akbar tenía aspecto de mongol, y se decía que sus ojos negros y brillantes «te herían con sus destellos». Era reservado: «Se guarda sus motivos y vigila sus emociones» y «nunca pierde el tiempo», utilizando un reloj de agua para «apreciar el tiempo», convencido de que «el ocio es la raíz del mal». Le encantaba poner a prueba su destino montando elefantes durante el *musth* (la temporada en que están más agresivos),

«cabalgando voluntariamente en elefantes mortíferos, de manera que, si alguna de mis acciones no es del agrado de Dios, que el elefante acabe conmigo». Le gustaba vivir peligrosamente, jugando al polo de noche con pelotas luminosas especialmente pensadas para ello, y arriesgando en la caza: un antílope le corneó en los testículos. También resultó herido en la ingle luchando en Gujarat, lo cual le provocó una leve cojera, al estilo de Tamerlán. En 1564, un asesino le disparó una flecha en el hombro. Su seguridad era primordial. Akbar era un consumado usuario de veneno, ya fuera impregnado en los puños de una túnica regalada por el emperador u ofrecido de su propia mano en una hoja de betel doblada.

Aunque era analfabeto, posiblemente disléxico, brindaba su apoyo a intelectuales, dirigido por su *vakil* e ideólogo Abul-Fazl y su hermano, el poeta Faizi, luminarias de sus Nueve Joyas.

Akbar se creía un emperador sagrado, e incorporaba no solo las tradiciones islámicas y persas, sino también sus homólogas turcas y Rajput. Satisfizo a los hindúes aboliendo el impuesto *jizyah* y el sacrificio de vacas, cuestionó el islam e imaginó un híbrido religioso ecléctico llamado Din-i Ilahi, Fe Divina, que abarcaba el islam, el hinduismo y el zoroastrismo. Puesto que se aproximaba el milenio islámico, se hizo llamar Mahdi, o Renovador del Segundo Milenio. En 1585 hizo acuñar monedas en las que ponía «*Allahu akbar jalla jalaluhu*», que normalmente significaba «Dios es grande», pero también podía querer decir «Akbar es Dios», ya que coqueteaba con ocupar el lugar de Mahoma. Dio marcha atrás de su propia apoteosis, pero proyectó la santidad de la monarquía mongola, impulsándose como padishah de Tamerlán, santo gobernante del islam y *chakravartin* hindú. Adoptó la tradición hindú de hacer acto de presencia cada día, a la salida del sol, en el balcón del fuerte de Agra: este *jharokha darshan*, contemplado por la multitud, se convirtió en un rito esencial de la monarquía mongola.

Tan enérgico sexualmente como en todo lo demás, insistía en tomar a las esposas de sus emires si le gustaban, y su exigencia de chicas nuevas causaba «gran terror … en la ciudad». Sin embargo, como todos los monarcas de la estepa, consultaba a las mujeres

sabias de la familia, sobre todo su esposa de más edad y prima hermana, Ruqaiya.

Entre todos esos éxitos acechaba el estrés: Akbar sufría de «melancolía». «Mi corazón se ve oprimido por este esplendor visible», decía. «He sufrido una amargura interior, mi alma se ha visto atrapada por una congoja extraordinaria.» En 1573, con treinta y un años, hablando sobre el coraje de los héroes de Rajput que se arrojaban hacia las lanzas hasta quedar ensartados en ellas, de pronto fijó su espada en la pared y se precipitó hacia ella, y solo se detuvo cuando lo derribó Man Singh, su cuñado Rajput.

Como los kanes de Gengis, la familia de Tamerlán tenía tendencia al alcoholismo: dos de sus hijos murieron por ello; su heredero Salim (que más tarde sería el emperador Jahangir) era adicto al opio, al vino y al arrak. Lógicamente, las chicas de la *zenana* eran ávidas consumidoras de estas sustancias embriagadoras y se volvieron tan adictas que Akbar hacía que registraran a sus visitantes. A veces, Akbar se dormía durante las discusiones con los jesuitas mientras bebía *post*, agua de opio. Más tarde disfrutaría del tabaco, que trajeron los visitantes portugueses. La nicotina no era la única mercancía procedente de América que llegaba a la India en grandes cantidades: el oro y la plata americanos enriquecieron el reino de Akbar. También fomentó el comercio: como dijo Abul-Fazl, «mediante regulaciones prudentes se protegen los ingresos». Gracias al crecimiento de las ciudades, las buenas cosechas, el incremento de los salarios y el éxito de los talleres locales especializados en tejidos (impulsados por mujeres artesanas capaces de combinar la familia con su trabajo), la India —con una población de 150 millones de personas, de las que Akbar gobernaba 110— producía una cuarta parte del género textil del mundo, además de pimienta, café, opio, té, especias, marfil y salitre. Akbar fomentó el trato con comerciantes portugueses y, más adelante, ingleses, porque pagaban en oro y plata, lo cual hacía que la India tamerlánica rivalizara con la China de la dinastía Ming como reino más rico del mundo.

Sin embargo, todos esos monarcas esteparios tenían un defecto fatal: la familia. El torneo de hijos pensado para

seleccionar al más capaz garantizaba también encuentros criminales de controversia familiar que podían acabar con un imperio. Mientras Akbar trataba de controlar a sus hijos, el exhausto padishah cristiano, Carlos V, la fuente de todo el oro y la plata, le dio una lección sobre cómo se debe gestionar una sucesión.

Carlos estaba sufriendo una crisis nerviosa: «Se ocupa día y noche en ajustar y sincronizar sus relojes; con frecuencia despierta a sus ayudas de cámara para que le ayuden a desmontarlos y volverlos a montar». Buscando orden dentro del caos, quería que hicieran tictac al mismo tiempo.

No obstante, en mitad de esa crisis, Carlos concertó el siguiente matrimonio de Felipe. Enrique VIII había muerto, dejando a un hijo enclenque, Eduardo VI, que, a pesar de su juventud, era un protestante magistral. Murió de tuberculosis a los quince años, pero fue él quien desvió personalmente la sucesión de su medio hermana católica María a su prima segunda Juana Grey, hija protestante del duque de Suffolk y bisnieta de Enrique VII. La reina Juana, de dieciséis años, se convirtió en la primera reina por derecho propio de Inglaterra: al cabo de trece días estaba abrumada por el apoyo a María, hija de un rey extraordinario y una popular reina española. María ejecutó al ministro de Eduardo y orientó Inglaterra hacia Roma; además, estaba encantada con la perspectiva de casarse con el apuesto Felipe, que por aquel entonces era rey de Nápoles y Sicilia.[13]El matrimonio católico —pensado como reflejo del de Fernando e Isabel en 1469— fue muy popular en Inglaterra. Pero María y sus ministros utilizaron una trama anticatólica para decapitar a su rival, la antigua reina Juana.

Felipe navegó hacia Inglaterra y se casó con la no muy atractiva María, que por entonces contaba treinta y siete años, en la catedral de Winchester, y se convirtió en rey de Inglaterra e Irlanda. «Una vez que hayas celebrado y consumado el matrimonio con la reina», ordenó Carlos, «déjala al cabo de seis o siete días.» A Felipe, el aspecto físico de María no le inspiraba —«Se necesitará un gran Dios para beber de esta copa», suspiraba su mejor amigo —, pero consumó valerosamente el matrimonio, hasta el punto de

que la complacida reina necesitó cuatro días en cama para recuperarse. Luego, para consternación de María, Felipe huyó a Bruselas para asistir a la abdicación de su padre.

La salida es una de las pruebas de agudeza política; pocos saben cuándo o cómo llevarla a cabo. La sucesión es el ensayo principal de un sistema; pocos son capaces de gestionarla airosamente. La aceptación paterna de la independencia filial es prueba de solidaridad en cualquier familia. Carlos superó las tres situaciones con éxito. En octubre de 1555, Carlos, apoyado en el hombro de su favorito en Holanda, Guillermo el Silencioso, príncipe de Orange, se dirigió a sus nobles. «Tenía grandes esperanzas; solo unas pocas se han cumplido», dijo, «y solo me quedan algunas. ¡Y a qué precio! El esfuerzo ha terminado por agotarme y enfermarme.» Son pocos los líderes que tienen el valor de confesar: «Sé que he cometido muchos y grandes errores, en primer lugar, a causa de mi juventud, y luego por error humano, y a causa de mis pasiones; y, finalmente, debido al agotamiento. Pero no le hice daño a nadie, fuera quien fuera, de forma deliberada». A continuación, entregó el reino de España a Felipe. Acompañado de su querida hermana Leonor, sus cuadros de Tiziano, en especial el retrato de Isabel, que había fallecido hacía tiempo, y sus relojes, Carlos se retiró al monasterio de Yuste, en España, donde oró y jugueteó con mecanismos de relojería hasta su muerte a los cincuenta y ocho años.

María persiguió a los herejes protestantes, quemó a 283 en la hoguera y sometió a su medio hermana protestante Isabel a arresto domiciliario. Pero era enfermiza; a Felipe le gustaba ser rey de Inglaterra e Irlanda, pero temía sus deberes maritales. La pobre reina ansiaba tanto tener un hijo que, en septiembre de 1554, se le hinchó el estómago, tenía mareos cada mañana y se le interrumpió el período. Pero Felipe dudaba de ella, y poco a poco sus cortesanos se dieron cuenta de que era un falso embarazo.

Felipe era pálido, de cabello claro, flaco, con unos gélidos ojos azules y una diminuta mandíbula Habsburgo oculta por una barba rubia. Era inteligente y meticuloso, con perspicacia para tomar decisiones en un imperio que abarcaba todo el mundo, una

memoria excelente, la energía necesaria para trabajar durante horas y sangre fría para ordenar guerras y asesinatos. El joven rey podía ser encantador, le gustaban la danza y las mujeres, apreciaba el arte y tenía sentido del humor. Le gustaba meter a su elefante en las celdas de monjes con expresión agria; más tarde, demostró ser un esposo afectuoso y un padre complaciente para sus hijas. Sin embargo, compartía la actitud mesiánica de su padre sin su afable humildad; y, según recordaba uno de sus cortesanos, «su sonrisa parecía cortada con una espada».

Felipe necesitaba desesperadamente una familia y un heredero sano. En el centro de su corte se ocultaba el problema de su hijo, que desde joven torturaba animales, cegaba caballos y azotaba a las sirvientas. Era posible que don Carlos, príncipe de Asturias, cuya madre portuguesa había muerto cuatro días después de su nacimiento, se hubiera visto afectado por un problema de falta de oxígeno; era jorobado, cojo y violento. Era hijo único, y fue emocionalmente desatendido, ya que su padre se pasaba años enteros ausente; pero su principal problema radicaba en su acervo genético deficiente.[14]La consanguinidad había logrado forjar un imperio mundial, pero la misma política diseñada para fortalecerlo lo había debilitado fatalmente.

Felipe, que gobernaba a cincuenta millones de personas en cuatro continentes, desde Asia hasta América y Europa, se hallaba, como su padre, en estado de guerra perpetua —contra Francia, el papa, los otomanos—, y eso fue antes de que se enfrentara a desafíos herejes por doquier.

Este imperialista mesiánico creía que Dios obraría milagros por él: todo parecía posible. Su lema era: «El mundo no es suficiente». A pesar de que el flujo de papeleo era inagotable, él actuaba como su propio secretario: «Me matan a trabajo de día, y eso significa que de noche estoy agotado». Una noche escribió: «Son las diez de la noche. Me siento exhausto y me muero de hambre». Su determinación provocaba errores y delirios. El dilema del poder prodigioso es que supera la capacidad humana para manejarlo. «Su Majestad ha estado trabajando aún más de lo normal», escribió un asistente, «leyendo y escribiendo documentos

hasta que le salían por el trasero (perdone vuestra excelencia el lenguaje), porque, el sábado a las tres de la madrugada, tenía una terrible diarrea.» Tomaba todas las decisiones. La autocracia otorga la coherencia de la que carece la democracia, pero la sustituye por una rigidez petrificada por ideas delirantes y sumergida en el detalle.

Felipe ya estaba en guerra con Francia por el control de Borgoña e Italia, un conflicto que se había prolongado durante casi un siglo. Ordenó un avance desde los Países Bajos hacia Francia. El 10 de agosto —día de San Lorenzo— de 1557, sus tercios derrotaron a los franceses en San Quintín, una victoria que celebró construyendo el colosal palacio-monasterio-mausoleo de San Lorenzo de la Victoria en El Escorial, cerca de Madrid, para reflejar su grandiosa y mesiánica visión de la sagrada monarquía.

Todas las victorias eran atribuidas al favor divino: «Fue Dios quien hizo esto». Felipe coleccionaba un santo relicario de 12 cuerpos, 144 cabezas y 306 miembros, etiquetados a mano y utilizados regularmente para tratar las afecciones de su familia. Su misión en la vida era combatir la herejía del protestantismo al tiempo que defendía el contraataque católico liderado por el papado. Con frecuencia les decía a sus ministros que estar a su servicio y al de Dios era la misma cosa, una convicción que lo justificaba todo. Por toda Europa, el choque entre ambas denominaciones se intensificaba. Felipe insistía: «Antes de sufrir la más mínima ofensa a la religión y al servicio de Dios, perdería todos mis estados y un centenar de vidas si las tuviera, porque no estoy dispuesto a gobernar a herejes». Asistía a numerosos autos de fe. Cuando una víctima le increpaba, él respondía: «Llevaría la leña para quemar a mi propio hijo si fuera tan perverso como tú». En una época en la que no había separación entre lo laico y lo religioso, Felipe creía que la herejía y la impureza de los protestantes y los cristianos criptojudíos que se infiltraban en el reino de Dios debían ser perseguidas, pero no había más ejecuciones que en la mayor parte de los reinos de Europa. La caza de los criptojudíos estaba vinculada a un certificado —el de limpieza de sangre— que normalmente era fácil de conseguir y

esencial para desempeñar cualquier cargo, pero que podía utilizarse contra los conversos sospechosos. Felipe pasaba por alto la impureza cuando le convenía. Afirmó el poder real en América, aplastando a la insubordinada familia Cortés y alentando a los jóvenes españoles a que se instalaran allí.[15]

Uno de los reclutas típicos era un joven vasco, Simón Bolívar, que prosperó en Caracas desarrollando plantaciones, minas de cobre y un puerto, importando esclavos africanos y, más adelante, fundando escuelas y seminarios. También ejerció de procurador de Felipe. Unos 5.000 españoles gobernaban ahora a 10.000 africanos y 350.000 amerindios. Bolívar personificaba a la élite blanca de los mantuanos, que gozaban de las ventajas de la separación racial, pero, al mismo tiempo, se mezclaban con los amerindios y los africanos, creando así un nuevo mundo de personas de raza mixta.[16]

En 1557, después de que Felipe, el rey de Inglaterra, visitara a María, que tenía cuarenta y un años, ella volvió pensar que estaba embarazada, pero sus dos embarazos falsos probablemente eran los primeros síntomas del cáncer uterino que acabó con ella en noviembre del año siguiente. La sucedió su medio hermana protestante, Isabel, hija de la ejecutada Bolena.

Felipe lloró a María, «como se puede suponer», pero echaba de menos su reino inglés, de modo que le propuso matrimonio a Isabel. La intelectual, sagaz y resuelta reina lo rechazó y restauró el protestantismo en su reino. Tanto Felipe como Isabel veían la religión como algo esencial para su misión. La corona de él se había forjado en las guerras santas; ella tenía que ser más pragmática para sobrevivir: «No quería abrir ventanas en las almas de los hombres». Una vez dijo con tono provocativo: «Solo existe una fe; todo lo demás son disputas sobre pequeñeces», pero ambos monarcas estaban dispuestos a matar por esas pequeñeces. Isabel ejecutó a casi doscientos católicos en su pequeño reino. Sin embargo, moderada por su peligrosa trayectoria de princesa a bastarda, prisionera y soberana, tenía una magistral habilidad en el teatro político, en la opacidad y en el ornamento. Pero ahora estaba desafiando con tanto éxito a Felipe que decidió tomar una

medida más drástica.

Mientras Felipe se hacía con el mando, un joven Rúrikovich se estaba imponiendo en Moscú. Eran caracteres diametralmente opuestos: uno era la definición del control; el otro, del frenesí. Felipe se llamaba a sí mismo el Prudente, e Iván se convirtió en Grozny, el Terrible.

«¡HOYDA!» BESTIA SALVAJE Y SANGUINARIA

El 2 de octubre de 1552, Iván IV, de veintidós años, se arrodillaba para orar mientras su ejército —arqueros a caballo tradicionales y sus nuevos mosqueteros *streltsy*, además de 150 cañones— asaltaba Kazán, en el Volga, la capital de un kanato, masacraba a sus habitantes musulmanes y liberaba a miles de esclavos cristianos. Al regresar de Kazán, su amada esposa Anastasia dio a luz al primero de sus tres hijos.

El conquistador cristiano lo celebró en Moscú con la construcción de la llamativa iglesia de San Basilio, con nueve cúpulas, en la Plaza Roja. En unos pocos años, este joven y enérgico autócrata había ampliado su reino, modernizado el ejército, promulgado un nuevo código legal y garantizado la continuidad de la dinastía. Pero se vería desestabilizado por una enfermedad y después por una muerte, que desataron su peculiar combinación de carisma sagrado, energía apasionada y sadismo demente.

Nieto del temible Iván el Grande y su esposa Sofía, de la Casa de los Paleólogo, el chico había sido gran príncipe desde los tres años, a la muerte de su padre Basilio II, que dejó de regente a su madre Elena Glinskaia. La muerte de esta dejó a Iván con la única compañía de su hermano sordomudo. «A mi hermano Jorge, que en gloria esté, y a mí nos criaron como a mendigos. Qué no habré sufrido yo por falta de ropa y alimento.» Es difícil creer sus afirmaciones, pero era una persona cruel y melodramática y un histérico embustero, atormentado por el purgatorio de la Biblia. Se convirtió en un hombre alto, flexible «como un leopardo», con

nariz aguileña, boca sensual y ojos centelleantes.[17]Torturaba animales, a los que arrojaba desde las torres del Kremlin, y pasó su adolescencia fuera de control, cometiendo actos vandálicos en compañía de un grupo de rufianes; en cuanto ascendió al poder, ejecutó a algunos de esos amigos haciendo que los empalaran. Había oído hablar de la crueldad de Vlad el Empalador y de su impresionante abuelo Iván, con el que guardaba un gran parecido.

En enero de 1547, Iván fue coronado en la catedral de la Dormición como autócrata de Todas las Rusias y —por primera vez — zar. Recibió la «gorra» de Constantino Monómaco, que probablemente era un regalo de los mongoles, mientras que su patriarca combinaba ahora las ideologías mongola y romana para declarar al zar encarnación de Dios y personificación del estado.

Iván presidió entonces un «desfile de novias», un concurso de belleza de origen en parte bizantino, en parte mongol, en el que se enviaban órdenes al reino que exponían: «Aquellos que tengáis hijas doncellas, acudid a nuestros tenientes para su inspección ... Aquel que oculte a una hija doncella será castigado». Iván eligió a Anastasia Románovna Iureva-Zajarina —la primera de los Románov—, que dio a luz a los hijos exigidos y a la que llegó a amar, o al menos a depender de ella como apoyo emocional.

Iván vivía en el Kremlin, una fortaleza de paredes rojas con palacios e iglesias, una piadosa corte dominada por una telaraña de boyardos (aristócratas) endogámicos y una afluencia de príncipes mongoles denominados *tsarevichi*, hijos de los kanes dorados. Iván protegía a esos *tsarevichi*, que no representaban una amenaza política. Es probable que hablara tártaro y, aunque era un devoto fanático, su corte tenía un pronunciado aroma mongol: hasta sus nobles se autodenominaban «tus esclavos», a la manera mongola.

Iván, que se divertía en grandes juergas sexuales entremezcladas con plegaria y ayuno, estaba influido por un sacerdote de blanca barba llamado Silvestre, que consideraba los espejos y la música manifestaciones satánicas. El joven Iván se afeitaba por completo la cara, hasta que Silvestre lo convenció de que afeitarse era cosa de sodomitas, cosa que lo llevó a imponer las barbas.

Poco después de su coronación, un incendio destruyó buena parte de Moscú y mató a miles de personas. Iván fue evacuado de la ciudad, y una muchedumbre, motivada por la histeria ciudadana y las conspiraciones cortesanas, pidió la cabeza de su abuela Glinski, acusada de brujería, y provocó aún más incendios. Iván se negó a entregar a su abuela y, movilizando a sus fuerzas, apresó y empaló a los cabecillas. La vida en la corte era de por sí estresante, pero los frecuentes incendios y brotes de peste que asolaban Moscú contribuyeron a su percepción de un mundo siempre al borde del apocalipsis.

En marzo de 1553, Iván cayó enfermo. Estaba decidido a que lo sucediera su bebé, Dmitri, pero no había ninguna norma sucesoria; los cortesanos querían evitar otra regencia e impedir que la familia de Anastasia se alzara con el poder. Muchos miraron hacia el primo hermano de Iván, el príncipe Vladímir, de diecisiete años de edad, como una posibilidad más adecuada que la de un bebé. Durante doce días, Iván, que iba pasando de la conciencia a la inconsciencia, trató de forzar a los boyardos para que juraran lealtad a su bebé. Vladímir se vio obligado a hacerlo. Entonces, Iván se recuperó y acusó a los boyardos de querer «elevar a Vladímir al trono e, igual que Herodes, destruir al hijo que Dios le había dado». Luego marchó en peregrinación a un remoto monasterio, exigiendo la presencia de Anastasia y del bebé *tsarevich* Dmitri, pero el viaje era peligroso. Cuando la niñera del bebé estaba desembarcando, el bebé se le cayó al río (no hay registros sobre el destino de la niñera). Iván había perdido a su único heredero.

Por suerte, poco después Anastasia dio a luz a un niño fuerte llamado Iván. En doce años tuvo seis hijos, entre ellos otro varón, Teodoro, que probablemente nació con síndrome de Down. El esfuerzo se cobró su tributo. Iván exigía de manera enfermiza la presencia constante de Anastasia, incluso en sus viajes más peligrosos; sin embargo, seguía siendo un mujeriego descontrolado.

En 1556, Iván prosiguió la conquista de Kazán con el ataque a Xacitarxan —Astracán—, el principal mercado de esclavos del Volga, que tomó por asalto y arrasó. La caída de esos kanatos

supuso el principio del ascenso de Rusia como imperio eurasiático. Apoyó a una familia de conquistadores rusos que eran tan importantes para Rusia como Cortés lo era para España. Un mercader viejo y robusto, Anikei Stróganov, de sesenta y siete años, y sus tres hijos, con tendencia a la división pero capaces, se habían hecho ricos cazando para el comercio de pieles al este del Volga y con la elaboración de salazones en los alrededores de Solvychegodsk, en el norte. Cuando el mercader inglés Richard Chancellor navegó hacia el norte para llegar a China y terminó donde más tarde se construiría Arkhangelsk, Iván controló el viaje personalmente, esperando obtener ventajas por parte de Inglaterra. Encargó a los Stróganov que cruzaran los Urales hacia el kanato de Sibir, controlado por Kuchum Kan, descendiente de Gengis, y poblado por mongoles y tribus indígenas. Iván concedió a los Stróganov tierras en los Urales y en Sibir, donde construyeron fortalezas, colonizaron los campos, desarrollaron minas y salinas, comerciaron con madera y pieles, proveyeron de salitre y azabache a Iván y organizaron su propio ejército, una banda —*druzhina*— de forajidos aventureros llamados cosacos.[18]Pero el siguiente objetivo de Iván era el Báltico, donde esperaba apoderarse de un puerto en Livonia (Estonia/Letonia) y obtener acceso al comercio europeo.

En 1558, cuando la antigua orden cruzada de Livonia, denominada oficialmente Terra Mariana, trató de anexionarse Polonia-Lituania, Iván atacó y conquistó Narva, pero luego precipitó un conflicto complejo que implicaba a Polonia, Suecia, Dinamarca y el kanato de Crimea. Iván desempeñó hábilmente su papel y al principio logró victorias, pero los veinte años de guerra estuvieron a punto de destruir Moscú y enloquecieron a Iván.

En septiembre de 1559, Iván llevó a Anastasia —contra su voluntad— de peregrinaje a Mozhaisk mientras la guerra entraba en crisis, pero Anastasia cayó enferma, cansada de su marido, debilitada por el pesar de haber perdido a cuatro hijos y exhausta por los partos. Iván volvió a llevarla precipitadamente a Moscú: «¿Cómo recordaré el inmisericorde viaje a nuestra capital con la doliente zarina?». En agosto de 1560, Anastasia —de tan solo veintinueve años— estaba moribunda, y muchos cortesanos

animaban a Iván a negociar la paz, mientras los incendios brotaban en Moscú y Devlet Giray y el kan de Crimea asaltaba el sur, convirtiendo a miles de personas en esclavos. Iván estaba convencido de que la habían embrujado y envenenado. El análisis de sus restos reveló que contenían 0,8 miligramos de arsénico y 0,13 de mercurio por cada cien gramos de hueso, pero se hallaron cantidades similares en huesos de otros miembros de la familia real, síntomas de curanderismo iatrogénico, no de asesinato.

Iván tuvo una crisis nerviosa, oscilando entre brotes de asesinatos y brotes de sexo, mientras sus consejeros le rogaban que se volviera a casar, ya que todos sus hijos estaban demasiado enfermos para gobernar. La dinastía exigía un heredero, pero su catálogo de matrimonios haría que Enrique VIII pareciese un marido ejemplar. Después de intentar casarse con la heredera de Polonia, Catalina Jagellón, y luego con una princesa sueca, hizo algo fuera de lo común: en agosto de 1561 se emparentó con la familia Gengis y la Casa de Islam al enamorarse de la princesa Kucheny, la bella hija de Temriuk, kan de Kabarda, una alianza que reforzó la posición de Iván en el Cáucaso. La princesa se convirtió en la zarina María (mientras que su hermano Salmuk fue bautizado como príncipe Mijaíl Cherkaski, fundando así una de las familias de aristócratas de la Rusia imperial). Pero Iván había cambiado: aficionado al alcohol y al sexo, en compañía de un circo de *skomorokhi*, payasos y juglares, inició una aventura con un joven y bello cortesano, Fiódor Basmanov, que se convirtió en su «catamito». Cuando un aristócrata, el príncipe Dmitri Obolenski Ovchinin, se burló de Basmanov —«Nosotros servimos al zar de manera útil, tú lo haces con tus sucias intimidades sodomitas»—, Iván lo hizo escaldar en agua hirviendo y luego lo apuñaló.

Mientras cada vez más aristócratas huían a Polonia, Iván y su comandante, el sha Ali, antiguo kan musulmán de Kazán, tomaron Polotsk (Bielorrusia) y arrojaron al río Dviná a toda su población judía. A su regreso, los detractores de su guerra, de su matrimonio tártaro y de su aventura homosexual conspiraron para hacer zar a Vladímir. Una implacable vigilancia era —y sigue siendo— la única forma de sobrevivir en el Kremlin, pero Iván fue mucho más

allá, azotando y estrangulando a boyardos, cosiéndolos a pieles de oso, echándolos a los perros de caza o asándolos vivos en parrillas. Iván, inspirado por la imagen bíblica del infierno, creía que era su derecho y su misión limpiar el reino, y que sus víctimas asumían la culpa del zar, igual que el zar asumía la culpa del reino. Para los campesinos, esta era la conducta que esperaban de su «Padrecito zar», *tsar-batiushka*.

Su cortesano, el príncipe Andréi Kurbski, se sentía horrorizado de ver al zar y sus servidores convertidos en «bestias salvajes y sanguinarias» que utilizaban «innombrables torturas y la muerte». Cuando Kurbski se enteró de que iban a arrestarlo por el asesinato de Anastasia, desertó a Polonia y dejó atrás a su esposa y e hijo, a los que Iván asesinó de inmediato. Kurbski denunció la «cólera intolerable, el amargo odio y las parrillas ardientes» de Iván.

En diciembre de 1564, Iván denunció a los boyardos por «traidores» —«Pretenden devorarme», dijo— y ofreció «entregar su reino a los traidores, aunque llegaría un momento en que exigiría que lo devolvieran y se haría con él». Acompañado por los hijos de María y Anastasia y por la propia María, Iván salió de Moscú en trineo hacia un refugio de caza, Alexandrovskaia Sloboda. Los moscovitas le suplicaron que volviera, preguntándole «¿Cómo podemos vivir sin un señor?» y ofreciéndose a aniquilar «a los malhechores que el zar nos indique».

Aquel mismo mes, Iván partió su reino en dos: en su *oprichnina* estaban las tierras mejores y más fértiles, y dejó el resto de las tierras, las *zemshchina*, para que las gestionaran los boyardos. Para proteger a su sagrada persona, formó un cuerpo de asesinos, los *oprichniki*, dirigido por un grupo de boyardos, aventureros, extranjeros y *tsareviches* tártaros, entre los cuales se hallaba el hermano de su esposa, que llevaban mantos negros sobre sus suntuosos vestidos, cabalgaban con una cabeza de perro en las bridas y un pincel en la empuñadura de su látigo y pronunciaban el siguiente juramento: «Juro ser leal al Señor Gran Príncipe ... y no guardar silencio sobre ningún mal del que yo conozca y que se lleve a cabo contra el zar...». Con frecuencia, el propio Iván los

acompañaba en sus depredaciones, dando órdenes por motivos insignificantes, exclamando «*¡Hoyda!*» —un grito de guerra mongol — y matando a las personas poderosas y a sus hijos, que eran decapitados, empalados y sumergidos bajo el hielo, la muerte de un apóstata que lo enviaba directo al infierno.

En Alexandrovskaia Sloboda, Iván, cenobita y sibarita, supervisaba un diabólico monasterio en el que él y sus monjes se levantaban a las cuatro de la madrugada para maitines y cantaban efusivamente himnos de arrepentimiento antes de unirse a fiestas de sexo homosexual y sesiones de tortura que duraban hasta la hora de acostarse, las nueve de la noche. Luego, tres ancianos ciegos contaban historias al insomne zar. A Iván se le unió un astrólogo-médico alemán, Eliseus Bomelius, que había caído en desgracia en la corte de la reina Isabel de Inglaterra y se convirtió en su mago y envenenador.

En 1567, Iván puso al descubierto una conspiración para elevar al trono a su primo Vladímir de Staritsa. Fue el propio Vladímir, que temía caer en una trampa, quien lo reveló a Iván, que atacó primero al que había sido durante mucho tiempo un boyardo de confianza, Iván Fiódorov. El zar, acompañado de un nuevo y terrorífico secuaz, Malyuta Skuratov, encerró a los servidores de Fiódorov en una habitación llena de pólvora a la que luego prendió fuego, lanzando vítores mientras los miembros humanos volaban por los aires. Luego, «junto con sus hijos de la oscuridad, como un demente rodeado de locos delirantes, se alejó a galope para contemplar de lejos los cuerpos destrozados». Iván apuñaló a Fiódorov, que a continuación fue destripado por Skuratov. Un total de 150 boyardos —y la mayoría de sus familias — fueron ejecutados por los *oprichniki*, pero la guerra se iba deteriorando al tiempo que lo hacía la salud mental de Iván, una situación quizá exacerbada por el mercurio indicado para el dolor de espalda. El 6 de enero de 1569, mientras los boyardos desertaban para unirse a los polacos, Iván, acompañado por su hijo y sus mosqueteros y *oprichniki*, asaltó las ciudades de Tver y Nóvgorod, segunda residencia del príncipe Vladímir, cuya población, heredera de una tradición mercantil y republicana,

estaba cansada de una guerra que obstaculizaba su comercio con Suecia. Miles fueron asados vivos y luego atados juntos y sumergidos bajo el hielo. En octubre, Iván apresó a su primo y obligó a beber veneno a Vladímir, a su esposa y a su hija de nueve años.[19]Luego se ocupó de su amante, Basmanov, al que obligaron a matar a su propio padre antes de que lo asesinaran a él también. Después pasó a sus ministros, encabezados por el guardián de su sello, Iván Viskovati, para el que ideó un espantoso espectáculo.

El 25 de julio de 1570, Iván, vestido de negro y blandiendo un hacha y una ballesta, llegó al prado de Poganaia, a las afueras de Moscú, acompañado de su hijo Iván, que ya contaba dieciséis años de edad, y 1.500 mosqueteros a caballo, y vio veinte estacas clavadas en la tierra y unidas mediante vigas de madera, además de calderas de agua hirviente y fría. Mientras observaba junto a los diplomáticos y el público, los *oprichniki* trajeron a Viskovati y a trescientos nobles —casi todos del gobierno moscovita—, que, después de atroces torturas, apenas podían caminar.

«Tengo la intención de destruiros hasta tal punto», les dijo Iván, «que ni siquiera el recuerdo de vosotros sobrevivirá»; y, desde su caballo, instó a la multitud a que «se acercara para disfrutar del espectáculo».

Viskovati, que había gestionado las negociaciones con los polacos, los suecos y los otomanos, fue acusado de traición y atado a las vigas. Iván le ordenó que confesara.

«Adelante, sáciate de la sangre de un inocente», gritó Viskovati. «Os maldigo a todos vosotros, chupasangres, y a vuestro zar.» Sus palabras quedaron interrumpidas cuando Malyuta Skuratov le cortó la nariz, las orejas y los genitales, lo cual no tardó en causarle la muerte, cosa que enfureció a Iván, que lo interpretó como un acto de misericordia.

Un boyardo tras otro, algunos de ellos con su esposa e hijos, fueron decapitados, escaldados, azotados hasta la muerte o, en uno de sus nuevos métodos favoritos, colgados de las costillas; un total de ciento dieciséis víctimas. Pero los desastres que el propio Iván atraía sobre sí mismo no habían hecho más que empezar, con la invasión de un nuevo padishah otomano.

SULTÁN RUBIO, DUQUE JUDÍO, VISIR SERBIO

Aquel verano, Selim el Rubio, consciente del caos que estaba creando Iván, envió a su tenaz gran visir, Mehmed Sokollu (de origen serbio, nacido Sokolović, antiguo gran almirante) a invadir Moscú, conquistar Astrakán y construir un canal Volga-Don para enlazar el mar Caspio con el mar Negro, pero la guarnición de Iván resistió el ataque y la campaña fracasó. Con los otomanos enzarzados ya en enfrentamientos desde Sumatra hasta el Mediterráneo, no era más que una aventura entre muchas durante el cénit de su imperio. Selim había heredado las cosmopolitas ambiciones de su padre Solimán, aunque no su orgullo glacial y su serena sagacidad, para librar guerras en tres continentes.

Cuatro años antes, el septuagenario Solimán se había unido de mala gana a Sokollu, el príncipe Selim y su ejército en un avance hacia Hungría. Durante una batalla, Solimán murió en su tienda. Sokollu ganó la batalla, informó de ello a Selim —que se hallaba en Serbia—, ejecutó a los testigos de la muerte del sultán y, colocando el cadáver en su carroza, mantuvo la noticia en secreto durante cuarenta y ocho días; una notable actuación.

Selim volvió a nombrar gran visir a Sokollu y concedió a su consejero judío, José Nasí, monopolios sobre el vino y la cera de abeja, además de nombrarlo duque de Naxos y de las Siete Islas (el único príncipe judío desde los jázaros).[20]Los dos nobles se detestaban, pero Selim los consideraba indispensables.

Selim, guiado por José y Sokollu, dirigió una guerra mundial contra los españoles y los portugueses. Acababa de enviar una flota a Sumatra en auxilio del sultán de Aceh contra los portugueses y otra flotilla para apoyar al sultán de Gujarat. José, que tras la muerte de su tía vivía en el suntuoso palacio de Belvedere, en Estambul, negoció con el emperador Habsburgo, los reyes de Francia y Polonia y la *Signoria* de Venecia. José, que recibía cartas del emperador y de varios reyes y gestionaba su propia red de espionaje, era una figura singular a la que conocían como el Gran Judío; negoció la paz con Polonia y guio la elección de su rey, medió con los príncipes de Moldavia y Valaquia, sostuvo la alianza

con Francia y, cuando los franceses se negaron a pagar una deuda que habían contraído con él, se apoderó de sus barcos en Constantinopla y vendió su carga. Finalmente, animó a Guillermo el Silencioso y a los holandeses a rebelarse contra Felipe.

Selim estaba ansioso por expandir el dominio de su padre en el Mediterráneo. Cuando José tuvo noticias de la explosión del arsenal de Venecia, aconsejó a Selim que conquistara Chipre y puso en marcha una expedición que finalmente conquistó la isla. Los Habsburgo no podían ignorar ese desafío, pero antes Felipe necesitaba paz en el norte... y una nueva esposa.

En 1559 consiguió ambas cosas al negociar para Italia la paz en la guerra Habsburgo-Valois, en la que vencieron los Habsburgo. La nueva esposa de Felipe, Isabel, era francesa, la hija de catorce años de Enrique II y su esposa italiana, Catalina de Médici, que la acompañó hasta la frontera. El matrimonio formaba parte del contraataque católico contra el protestantismo, pero cuando Felipe la vio, quedó encantado: Isabel era elegante, extravagante, adicta al juego y cargada de sofisticación gala.[21]Felipe se enamoró de ella, y solía visitarla en mitad de la noche. Isabel estaba sorprendida de su pasión y su madre le aconsejó que se mostrara agradecida. Pronto, el nacimiento de dos hijas ablandó a Felipe, que por fin experimentaba las alegrías de la vida en familia.

Pero, defendiendo los intereses de Francia, Isabel trataba de influir en Felipe, instruida por Catalina de Médici, la política más destacada de la época y tan odiada que la apodaron «el gusano de la tumba de Italia».

Valois y Saadi, Habsburgo y Rúrikovich

«La Serpente»: una reina Médici en Francia

El 10 de julio de 1559, mientras celebraba la boda de su hija en la plaza de los Vosgos, Catalina vio cómo su marido Enrique II, hijo de *Le Grand Nez*, montado en su caballo Infeliz y llevando los colores de su sempiterna amante, Diana de Poitiers, se cerraba la visera y bajaba la lanza. Catalina le pidió que no continuara, pero él respondió a gritos: «Precisamente es por ti por quien lucho». Los dos jinetes, con armadura completa, galoparon uno al encuentro del otro.

Las justas estaban incorporadas a su matrimonio: se decía que el erotómano rey Francisco había supervisado su noche de bodas. «Ambos», afirmaba el rey, «demostraron valor en la justa.» Pero la muerte del tío de ella, el papa Clemente, anuló la dote. Sin valor para Francia y considerada una intrigante italiana hija de una familia de mercaderes, Catalina, «con una boca demasiado grande y unos ojos demasiado prominentes y desprovistos de color como para ser calificada de bella, pero muy distinguida y con una figura bien proporcionada», vio cómo su marido se enamoraba de Diana de Poitiers, diecinueve años mayor que ella; la Médici la llamaba la Vieja Dama. Cuando no hubo embarazo tras el matrimonio, Enrique se planteó repudiar a Catalina, aunque Diana lo animaba a hacer visitas a su esposa. Catalina bebía orina de mula para protegerse contra la esterilidad y se ponía cataplasmas en su «fuente de la vida», hechas con cuerno de ciervo molido y estiércol de vaca mezclado con hierba doncella machacada y leche de yegua; desde luego, no eran perfumes que animaran a hacer el amor.

Finalmente, un sensato doctor examinó a la pareja y

descubrió ligeras anomalías en sus órganos sexuales, que logró corregir. Catalina quedó embarazada y, de hecho, sobrevivió a nueve partos. Seis de sus hijos alcanzaron la edad adulta, cuatro varones y dos mujeres, incluida Isabel, la fogosa reina de España. Tres de los varones se convirtieron en reyes, aunque eran enfermizos y desequilibrados, puede que una herencia de la sífilis de los Médici, pero sus nacimientos dieron prestigio a Catalina. Cuando Enrique sucedió a su padre, Catalina tuvo que complacer a su amante Diana, recordándole más adelante: «En realidad estaba complaciendo al rey, actuando a contracorriente, porque una mujer que amó a su hombre consiguió tener aprecio por la fulana de este». Pero toleraba la situación porque «quería mucho al rey».

Los rivales de la justa colisionaron con un crujido horrendo de lanzas astilladas. Catalina chilló; la multitud lanzó un grito ahogado; Enrique se tambaleó y se le abrió la visera, mostrando astillas clavadas en el ojo y la sien, de donde manaba sangre a borbotones. Su esposa, su amante y su hijo se desmayaron. Se llamó al médico de Felipe, Vesalio;[1]Enrique aullaba de dolor mientras los médicos trataban de extraer las astillas. Era un momento peligroso para una Francia dividida: el 10 % de la población eran hugonotes —el nombre que recibían los protestantes franceses—, con la reina Juana de Navarra y el almirante Coligny, de la familia Montmorency, a la cabeza, y Enrique estaba decidido a exterminar a las «sabandijas protestantes».

Catalina recurrió a su débil hijo, Francisco. «¿Cómo puedo yo vivir si mi padre muere?», dijo él, lloroso. Se presentó la septicemia. El nuevo rey, Francisco II, estaba casado con María, de dieciséis años de edad, la diminuta e impulsiva reina escocesa y medio francesa, descendiente de la hermana de Enrique VIII, y les entregó el poder a los tíos ultracatólicos de ella, los hermanos Guisa, que estaban empeñados en destruir a los hugonotes.

Cuando, al cabo de dieciséis meses, el propio Francisco murió por una infección de oído, Catalina tomó el poder como *gouvernante* de Francia en el lugar de otro de sus escuálidos hijos, Carlos IX, de diez años de edad, al que llamaban el Mocoso. Si la

juventud en orfandad de Catalina personificaba el drama de las mujeres en familias poderosas, su vida adulta demostraba las oportunidades para ejercer ese poder.[2]

«El rey, tu padre, no me amaba como yo quería que lo hiciese», confió Catalina a su hija Isabel, «y Dios ... me ha dejado con tres hijos pequeños y un reino dividido donde no puedo confiar en nadie.» Catalina creía que debía llegar a un acuerdo con los protestantes para conservar Francia para sus hijos,[3]pero los Guisa la calumniaron ante Felipe, afirmando que pactaba con herejes. Él la llamaba *Madame la Serpente*. «Por tanto, hija mía, amiga mía, no dejes que tu esposo, el rey [Felipe], crea en una falsedad», suplicaba Catalina a Isabel. «No pretendo cambiar mi vida ni mi religión.»

En enero de 1562, Catalina tranquilizó a los hugonotes con su tolerante Edicto de Saint-Germain, que repugnó a Felipe. Aquel mes de marzo, en un enfrentamiento en Vassy, setenta y cuatro protestantes fueron muertos por Francisco, duque de Guisa, lo cual condujo a una guerra civil a gran escala y, posteriormente, al asesinato de Guisa. Cuando Catalina propuso un encuentro en la cumbre con Felipe, este se negó a ver a *La Serpente* y envió a Isabel, que lo defendió contra la madre de ella.[4]Catalina propuso casar a su hija Margarita con el extraño hijo de Felipe, don Carlos. Pero Felipe tenía un nuevo miembro de la familia al que favorecer en lugar del demente de su hijo: convocó a un chico de doce años llamado Jerónimo.

«Me encantó saber que es mi hermano», escribió Felipe. Se trataba del hijo ilegítimo del emperador con una sirvienta alemana, criado a escondidas. Felipe le preguntó si sabía quién era su padre. «No», dijo Jerónimo. Felipe le besó, le concedió su propia corte y le cambió el nombre por el de don Juan de Austria. Don Juan se había criado con su sobrino Carlos, que tenía exactamente la misma edad.

Pero eran muy diferentes. Don Juan se convertiría en un paladín competente y jactancioso, y Carlos se fue deteriorando hasta degenerar en un maníaco homicida. Sin embargo, ambos estaban sedientos de poder.

El hijo asesino y flagelador y el combativo hermano de Felipe: victoria y desengaño

En 1562, mientras perseguía a una sirvienta a la que le gustaba flagelar, don Carlos se cayó de cabeza por las escaleras. La cabeza se le inflamó, perdió la visión y pedía febrilmente que pusieran en su cama el cuerpo perfumado de un venerado franciscano (que más tarde fue canonizado como san Diego). Carlos dormía, pero su cabeza se había infectado. El médico Vesalio le practicó una trepanación, drenó el líquido de su cerebro, extrajo un trozo de cráneo y le salvó la vida, aunque Felipe otorgó el mérito al «olor de santidad» del marchito santo.

Felipe prometió a Carlos el gobierno de Holanda, pero poco a poco se hizo a la idea: «Aunque mi hijo tiene diecinueve años, y aunque otros niños se desarrollan tarde, Dios ha querido que el mío se quede por detrás de todos». Don Juan pidió permiso para ir a combatir a los otomanos en el Mediterráneo. Felipe se negó, pero el apuesto hijo bastardo desobedeció al rey y sirvió en la armada. A su regreso, Felipe quedó impresionado por su sofisticada energía. Pero Carlos estaba celoso y su comportamiento era cada vez más alarmante: aunque estudió alemán, y el imperio, y estaba feliz por su compromiso con su prima por partida doble, Ana, salió de malos modos de una reunión de las Cortes de Castilla, tiró a un paje por la ventana, trató de asesinar a varios cortesanos y azotó con entusiasmo a unos cuantos sirvientes.

Felipe se enfrentaba ahora a una crisis en sus Diecisiete Provincias (Holanda y Bélgica), lo cual brindó a su enloquecido hijo la ocasión de mezclarse en asuntos peligrosos. En 1566, la agresiva imposición del poder Habsburgo por parte de Felipe, en forma de impuestos y de catolicismo, provocó la rebelión de las ciudades de mentalidad independiente, sofisticada y, con frecuencia, protestante de sus territorios más ricos. Mientras los reyes se pavoneaban, en casi todas partes su poder estaba limitado, hasta cierto punto, por asambleas, ciudades y gremios, algo que era aún más pronunciado en las pluralistas Diecisiete Provincias, cuyos derechos y privilegios habían sido confirmados por los

duques de Borgoña. La gobernadora de Felipe, su medio hermana Margarita de Austria, viuda del Duque Negro, era conciliadora, pero Felipe no estaba de acuerdo.

«En cuestiones de religión no contemporices», le ordenó. «Castiga con la máxima severidad.» En 1567 envió a su adusto paladín Fernando de Toledo, duque de Alba, veterano de Túnez y Mühlberg, para aplastar la rebelión. Cuando Felipe utilizó a Margarita para atraer a nobles rebeldes y arrestarlos, ella renunció, y Alba (al que los holandeses llamaban el Duque de Hierro y los españoles el Grande) inició una guerra convencional y una campaña de represión para derrotar a los rebeldes, decapitando a dos líderes nobles. Se vanagloriaba de haber ejecutado a 18.600 personas y matado a varios miles en la conquista de las ciudades holandesas. Hizo acudir al protestante más destacado de las provincias, Guillermo el Silencioso, príncipe de Orange, protegido de Carlos V, al que Felipe había nombrado *Stadtholder* (teniente) de Holanda y Zelanda. Animó discretamente a Isabel de Inglaterra y, a través del duque judío José Nasí, mediante el sultán Selim, Guillermo huyó a Alemania, donde él y sus hermanos asumieron el liderazgo de los protestantes, atrayendo a los hugonotes franceses, firmando patentes de corso a piratas protestantes —los *Watergeuzen* (Mendigos del Mar)— que no tardaron en derrotar a los buques militares españoles, y enviando un ejército a Holanda.[5]Durante el resto del reinado de Felipe, las Diecisiete Provincias, donde tuvo que desplegar hasta ochenta mil soldados, se convirtieron en un atolladero del que nacería buena parte de lo que llamamos el mundo moderno.

Su hijo don Carlos contactó en secreto con los rebeldes holandeses y propuso a don Juan, su fidedigno tío de su misma edad, proporcionarle una galera para que huyese y hacerse así con el poder en Holanda. A cambio, Carlos le ofreció la corona de Nápoles. Don Juan informó de su traición a Felipe, pero aún no había llegado lo peor. Cuando Carlos recibió más tarde a don Juan, trató de dispararle con su arcabuz, pero sus sirvientes lo habían desamartillado. Sacó una daga y se arrojó contra su tío, que lo desarmó, echó a un lado al minúsculo y jorobado príncipe y

blandió una espada: «¡No os acerquéis ni un paso más, Alteza!». Carlos decidió matar a su padre.

Una noche de 1568, hacia las doce, Felipe se puso un yelmo y una coraza, reunió a un grupo de hombres, los guio por los corredores del Alcázar de Madrid e irrumpió en el dormitorio de don Carlos, que se despertó para ver su lecho rodeado por su padre y diversos cortesanos. «Mi intención», escribió Felipe, «era hallar un remedio permanente. Es dudoso que el tiempo encuentre una cura.»

Carlos fue encarcelado en el Alcázar, donde dejó de comer e intentó suicidarse tragándose un diamante. Falleció al cabo de seis meses, una muerte que representó un alivio para Felipe. Pero en octubre de 1568 su adorada Isabel, de veintitrés años, murió de una infección tras un aborto. Desconsolado, Felipe no quería volver a contraer matrimonio, pero su sobrina Ana, la hija de veintiún años de su primo, el emperador Maximiliano II, prometida de Carlos, estaba disponible. Incluso el papa desaconsejó la endogamia, pero Felipe necesitaba más que nunca un hijo varón.

Para garantizar que sus primos austríacos apoyaran su cruzada antiprotestante, Felipe invitó a España al hijo de estos, Rodolfo, hermano de su nueva esposa y ahora su propio heredero natural. «Que nadie te impida profesar tu fe», le dijo a Rodolfo, «¡que es la única verdadera!» Rodolfo fue formado en las ceremonias españolas y consintió en llevar la gorguera «a la española» o lechuguilla, y las calzas negras, pero quedó horrorizado por el dogmatismo de Felipe. Fue el arte de El Escorial —donde Tiziano estaba pintando *La última cena*— lo que le impresionó. Rodolfo el Loco sería el más desenvuelto y excéntrico de todos los Habsburgo.

Mientras Felipe se acomodaba en un feliz cuarto matrimonio, su medio hermano don Juan alcanzaba la gloria.

En enero de 1567, Felipe prohibió las costumbres, la lengua y los atuendos de cuatrocientos mil moriscos —musulmanes convertidos a la fuerza al catolicismo en 1501—, los cuales, alentados por José Nasí desde Constantinopla, reaccionaron lanzando una rebelión en las montañosas Alpujarras, con un

misterioso líder, El Habaquí, y el apoyo de yihadistas de África y jenízaros otomanos enviados por Selim. Felipe pidió a don Juan que aplastara a los musulmanes, el principio de una guerra sucia en la que fueron exterminados poblados moriscos y los rebeldes musulmanes torturaban a los católicos. Don Juan resultó herido en combate. «Debes protegerte», le dijo Felipe a su hermano. «Debo conservarte, estás destinado a grandes cosas.» Felipe ordenó deportaciones en masa. «Lo más triste del mundo», escribió Juan. «Había tanta lluvia, viento y nieve que aquella pobre gente se acurrucaba, unos contra otros, lamentándose. No se puede negar que el espectáculo de la despoblación de un reino es lo más lamentable.» Murieron unas noventa mil personas y Felipe planeó expulsar al resto de los moriscos, una solución trágica que llevó a cabo su hijo, Felipe III.

Poco después llegaron noticias de que Selim le había arrebatado Chipre a Venecia. Pío V invitó a Felipe, cuyas obligaciones fueron mitigadas por una tregua con los holandeses, a unirse a una Liga Santa contra los otomanos. Felipe nombró a don Juan, de veinticinco años, comandante de 208 galeras, 6 galeazas, otros 24 barcos de guerra y 60.000 hombres (entre los que se hallaba Miguel de Cervantes, el futuro novelista) para luchar contra una flota otomana de 300 barcos y unos 100.000 hombres. Las galeras otomanas eran más maniobrables; los cristianos tenían mejor artillería. Pasando por alto las instrucciones de Felipe para que evitara la impetuosidad militar tanto como la incontinencia sexual, Juan estaba decidido a luchar, pidiendo consejo a los almirantes más experimentados de la flota y practicando repetidamente las maniobras.

Pertrechado con una brillante armadura, Juan recorrió la flota en una fragata, dirigiéndose a los marineros en diferentes idiomas: «¡Hijos míos, estamos aquí para conquistar o morir!». Ordenó que les pusieran grilletes dobles a los esclavos de las galeras, en su mayoría musulmanes, mientras que el capitán pachá otomano Alí prometía a sus esclavos cristianos: «Si gano esta batalla, os prometo la libertad».

En Lepanto, frente a la costa de Grecia, los otomanos trataron

de rodear a la Liga Santa con una formación en media luna. Los combates fueron feroces, con las galeras otomanas volando fuera del agua por las andanadas de los cañones de don Juan; este, desde su puesto de mando en la proa de su buque *El Real*, ordenó el abordaje del *Sultana*, buque insignia del capitán pachá, cuya cabeza fue llevada a don Juan y clavada en una pica, cosa que destrozó la moral de los otomanos. Las gaviotas se dieron un festín con los cuerpos destripados que flotaban en un Mediterráneo teñido de carmesí. Murieron en total 35.000 turcos y 130 naves otomanas fueron capturadas, mientras que por la parte cristiana hubo 8.000 muertos y 20.000 heridos. Miles de esclavos cristianos, encadenados en su puesto, acabaron en el fondo del mar, pero 12.000 fueron liberados. La victoria convirtió a don Juan en el héroe más destacado de la cristiandad, y convenció a Felipe de su destino mesiánico. Don Juan quería dirigirse a Estambul, pero Felipe lo contuvo. En su lugar, don Juan conquistó Túnez. Pero ahora quería un reino propio.

Felipe, vencedor del islam, ahora apoyaba la erradicación de la herejía en Francia, que estaba vinculada a sus problemas en Holanda. En agosto de 1572, Catalina de Médici planificaba una magnífica boda en París... y el asesinato de la mitad de sus invitados.

LA BODA ROJA: EL REY MOCOSO, LA REINA COCODRILO Y EL ZAR PSICÓTICO

Catalina, que se había mostrado escéptica con la represión de Felipe en Holanda, planeaba destruir a sus protestantes, que imprudentemente apoyaban a los holandeses contra España.

Catalina estaba negociando el matrimonio entre su hija Margarita y el príncipe protestante Enrique, el hijo de dieciocho años de la reina Juana, del pequeño reino pirenaico de Navarra, y de Antonio de Borbón, duque de Vendôme, primo del rey por una rama menor de la familia Capeto. El matrimonio estaba pensado para volver a unir a la familia por encima de la división religiosa.

Pero cuando los hugonotes planearon secuestrar a Catalina, esta empezó a pensar en combinar las nupcias con una solución extrema.

Margarita, una impresionante morena cuyo «precioso rostro brillaba con una piel pálida y perfecta», se resistía al matrimonio. A medida que crecían, a Catalina cada vez le costaba más controlar a sus maliciosos hijos: Carlos era sumiso, retorcido y tuberculoso; Enrique, duque de Anjou, era artero y depravado, y su aspecto físico estaba estropeado por una fístula que rezumaba fluidos entre el ojo y la nariz. A Anjou le encantaban las orgías desenfrenadas con travestidos. Catalina trató de distraer su atención con una fiesta en la que las chicas que servían iban desnudas, pero, entre brotes de autoflagelación, oración y ayuno, Anjou prefería a su amante hombre, el señor de Lignerolles. Catalina ordenó apuñalar a Lignerolles en un callejón, y aquello no fue más que el principio.

Los chicos danzaban un baile siniestro con su madre. «Yo no soy una de esas madres que quieren a sus hijos solo por el hecho de serlo», le dijo Catalina a Enrique. «Yo te quiero porque veo en ti grandeza y reputación.» Los atraía su hermana Margarita, y los hermanos la sedujeron o violaron. «Tú fuiste el primero que puso su pie en mi estribo», le dijo más adelante Margarita a Anjou, que temblaba de secreta excitación cuando la abrazó.

Margarita ya estaba enamorada de un primo que no era de sangre real. Cuando su madre y su hermano Carlos descubrieron el coqueteo, la despertaron en mitad de la noche y la golpearon cruelmente, haciendo jirones su camisón. Margarita aceptó obedecer a su madre: «No tenía voluntad ni elección que no fuese la suya».

Mientras los invitados llegaban a París, Catalina se reunió con su hijo Anjou. El rey Carlos el Mocoso tenía una relación estrecha, casi filial, con el líder de los protestantes, Gaspar de Coligny, así que su madre y Anjou decidieron que «ya que el almirante [Coligny] había inspirado en Su Majestad [Carlos] una mala y siniestra opinión sobre la reina», en palabras de Anjou, «mi madre y yo mismo decidimos librarnos de él».

En agosto de 1572, París, tenso y con un calor asfixiante, se

llenó de invitados suntuosamente vestidos. El novio protestante, Enrique de Navarra, moreno, de mirada aquilina y musculoso, había llegado con ochocientos jinetes vestidos de negro y armados hasta los dientes. Margarita deslumbró a los cortesanos: «Aparte de la belleza de su rostro y su cuerpo bien formado, su atuendo era soberbio ... Llevaba el cabello decorado con perlas blancas y singulares diamantes, [como] un brillante cielo nocturno cuajado de estrellas».

El 18 de agosto, en la catedral de Notre-Dame, Margarita, que llevaba una corona orlada de armiño y un vestido decorado con joyas, estaba junto a Enrique, que iba acompañado por el almirante Coligny, para hacer sus votos. Contaban que, después de que el cardenal le pidiera dos veces que asintiese, Margarita no dijo nada, de modo que Carlos alargó la mano y le empujó la cabeza hacia abajo. Puede que solo fuera propaganda de los Borbones, pero en la ceremonia se respiraba un ambiente de amenaza. Durante los cuatro días posteriores, Catalina preparó su ataque. No era algo gratuito que coleccionara cocodrilos disecados: del techo de su estudio colgaban siete.

El día 22, Catalina y Anjou ordenaron a un asesino que disparara a Coligny, pero solo consiguió herir al almirante en la mano. El rey se puso furioso cuando Coligny le murmuró al oído que su poder había sido usurpado por su madre y su hermano. Obligaron a Catalina y Anjou a presentar sus respetos a Coligny, que estaba en la cama, rodeado de hugonotes sedientos de venganza. En el Louvre, Catalina y Anjou acordaron «acabar con el almirante por cualquier medio. Era necesario convencer al rey. Decidimos ir a buscarlo a su estudio después de la cena».

La reina cocodrilo decidió acabar no solo con Coligny, sino también con los nobles hugonotes. Cuando informaron a Carlos del plan de Coligny para atacarlos a él y a su madre, gritó: «¡Mentira! ¡El almirante me ama como a un hijo!». Catalina sostenía que Coligny le estaba engañando. De pronto, el desequilibrado rey se convenció. «¡Matadlos a todos, entonces!», gritó el Mocoso. «¡Matadlos a todos!»

En las primeras horas del día de San Bartolomé, la cuadrilla

de asesinos de la Guardia Suiza de Anjou asaltó la casa de Coligny e irrumpió en su dormitorio.

—¿Sois el almirante? —preguntaron.

—Lo soy. Al menos debería ser un caballero quien me matara, y no este patán.

Pero el patán en cuestión le clavó a Coligny una espada en el pecho y luego lo tiró por la ventana, la señal para que diera comienzo la hecatombe. En el Louvre, donde se alojaban el nuevo marido de Margarita, Enrique, y sus sirvientes, se sospechaba de ella en ambos bandos, «así que nadie me dijo nada hasta aquella noche». Finalmente, Margarita se encaró con su madre. «"Gracias a Dios", me respondió mi madre, "no he sufrido daño alguno, pero en todo caso debo irme porque temo provocar sus sospechas".» Después de rogar por su vida, Margarita se unió a Enrique en la cama, rodeados por cuarenta guardias hugonotes. Margarita se durmió. Más tarde, Enrique salió de su habitación, pero fue detenido, encerrado y puesto a salvo mientras los guardias reales revisaban todas las habitaciones y mataban a los huéspedes. Cuando los hugonotes huyeron al patio, los arqueros dispararon contra ellos.

El grito de «¡Navarra!» y golpes en la puerta despertaron a Margarita. Cuando abrió un sirviente, un hugonote ensangrentado, seguido de cinco asesinos reales, entró tambaleándose y se agarró a Margarita, a quien también manchó de sangre. Riéndose, el capitán de la guardia «me dio la vida de aquel hombre que se agarraba a mí».

«Los están matando a todos», escribió el embajador español a Felipe. «Los desnudan, los arrastran por las calles y no perdonan la vida ni siquiera a los niños. ¡Dios bendito!» Felipe experimentó «uno de los mayores placeres» que había sentido en toda su vida.

Al rey Carlos le entró el pánico y gritó: «¡Qué baño de sangre! Dios mío, perdóname ... Estoy perdido». Luego le echó la culpa de todo a su madre: «Por la sangre de Dios, ¡tú eres la causante de todo!». Enrique de Navarra se convirtió al catolicismo. Había cuerpos apilados por todo el Louvre. Coligny fue castrado y ahorcado, y se entregó su cabeza a Catalina, que a su vez se la

envió al papa. Tres mil personas murieron en París, y veinte mil en toda la nación.

Los franceses, dijo un monarca extranjero, son unos bárbaros. Ese monarca, Iván el Terrible, tampoco era una persona caritativa,[6]y ahora había perdido la capital gracias a sus atrocidades. En mayo de 1571, el kan de Crimea, Devlet Giray, salió galopando hacia el norte y asaltó Moscú, donde esclavizó a decenas de miles de personas y convirtió la ciudad en una ruina humeante. «Quemaron Moscú y no se atrevieron a decírmelo durante diez días», se quejaba. «Eso es traición», y los traidores debían morir, algunos de ellos envenenados por el doctor Bomelius.

Iván decidió que necesitaba volver a casarse, así que organizó una exposición de novias en la que el doctor alemán le ayudó a seleccionar a las doce finalistas. Su función era «inspeccionar su orina en un vaso y definir y explicar su naturaleza», tras lo cual el zar eligió a una, pero la chica murió poco después de la boda. Iván se casó por quinta vez justo antes de que el kan Devlet volviera a iniciar un asalto hacia el norte. En esta ocasión, los generales del zar utilizaron artillería, servida por mercenarios alemanes, para frenar el avance tártaro. Iván volvió a unir el reino, terminando así con la división entre *oprichnina* y *zemshchina*. Repudió o mató a su quinta esposa, para luego pretender a una sexta esposa real de Inglaterra o Polonia. El doctor Bomelius le propuso a Isabel de Inglaterra, que ya había aceptado conceder asilo a Iván en caso de que perdiera el trono. Iván criticó a Isabel por no ser «nacida de un soberano» y por permanecer soltera. Pero Polonia le brindó una oportunidad.

En julio de 1572, el rey murió y dejó a su hermana Ana, medio italiana, bien educada, soltera y de cuarenta años, como heredera. Pero los nobles polacos —los *szlachta*— rechazaban a una reina, y su *Sejm* (parlamento) se reunió para seleccionar un nuevo rey que se casara con Ana. Iván, apoyado por algunos lituanos, la pidió en matrimonio, y también lo hizo un Habsburgo, pero un sorprendente forastero demostró ser irresistiblemente flexible. Enrique de Anjou, el degenerado y lascivo hijo de Catalina

de Médici que no había logrado ser rey de Inglaterra ni de Holanda y estaba ansioso por tener corona propia, cautivó a Ana, con la que prometió casarse, y aceptó los términos del acuerdo que creaba el estado más libre y democrático de Europa.[7]Enrique ganó las elecciones, pero cuando llegó, asombrando a los polacos con su abundante maquillaje y su extravagante séquito, retrasó el matrimonio con Ana, y de repente recibió la noticia de que su hermano Carlos había muerto. Enrique era rey de Francia, y además, de Polonia. Enrique abandonó a Ana, infanta de Polonia, que ahora buscaba esposo para proseguir su lucha contra Moscú, esfumándose durante la noche como un perfumado y maquillado ladrón, perseguido por coléricos jinetes polacos, para reaparecer en París como Enrique III. «Francia y tú», le dijo a su madre, «valéis más que Polonia.»

Asesinato de los hijos: rey de los Hermafroditas y zar de Siberia

Engalanado con brazaletes de coral, pendientes, jubón plisado con rayas oblicuas de color escarlata, cintas violetas y el cabello perfumado y rizado, al rey Enrique lo apodaban Rey de la Isla de los Hermafroditas o Rey de Sodoma, pero fue incapaz de detener la guerra religiosa y prohibió de nuevo el protestantismo. El matrimonio de Margarita con Navarra, santificado durante la boda roja, estaba maldito: ella tenía tantas aventuras que el rey ordenó que la arrestaran por promiscuidad. Enfurecida, Margarita recordaba cómo la habían seducido él y su hermano Carlos. Su madre Catalina le hizo saber a su yerno Navarra que quizá convenía liquidar a Margarita.[8]

Enrique III reconocía como su heredero a Navarra —que había vuelto al protestantismo—, pero estaba decidido a ser el amo. Formó su propio escuadrón de asesinos, los Cuarenta y cinco, e hizo ejecutar a sus rivales católicos, los hermanos Guisa que aún estaban vivos. A uno lo mataron frente a él mientras se burlaba: «¿Rey de París? Ahora no pareces tan grande». El otro fue troceado

y asado en una chimenea, como un *kebab* aristocrático. Los parisinos, furiosos, expulsaron a Enrique de la ciudad. Catalina quedó horrorizada: «Desgraciado, ¿qué es lo que ha hecho? Rogad por él, porque va de cabeza a la ruina». En agosto de 1589, poco después de la muerte de su madre a los sesenta y nueve años, Enrique recibió la visita de un fraile mientras defecaba sentado en su *commode*. El fraile sacó una daga y lo apuñaló. «¡Dios mío!», gritó Enrique, sosteniéndose las tripas, «¡miserable!» Antes de morir, dio a Navarra un último consejo: «Sufrirás numerosas calamidades hasta que cambies de religión». Con la muerte del último representante de la rama Valois, Enrique IV, el primero de los Borbones, luchó por su reino —«Gobierno con el trasero en la silla de montar y la pistola en el puño»— hasta que se dio cuenta de que su predecesor tenía razón. Enrique se convirtió por quinta y última vez al catolicismo, de sentimiento, si no de palabra: «París bien vale una misa».[9]

El segundo matrimonio de Enrique no lo acercó al récord europeo de monarca con más cónyuges. En Moscú, Iván acababa de casarse por séptima y luego por octava vez, y su última esposa tuvo un hijo varón. En otoño de 1575, el doctor Bomelius elaboró un horóscopo que pronosticaba peligros para el zar. Iván abdicó como gran príncipe de Rusia y nombró en su lugar a un descendiente de Gengis y sobrino de la zarina Marina, Simeón Bekbulatovich, que «reinó» durante un año antes de que Iván recuperase la corona. Pero en 1579, la guerra dio un giro decisivo: los polacos volvieron a conquistar Polotsk e invadieron Moscú. Iván culpó de esos desastres al doctor Bomelius, que intentó huir con joyas cosidas en la ropa, pero lo atraparon y lo asaron en un espetón.

No era fácil ser hijo y heredero de Iván el Terrible. Iván Ivánovich estaba en la flor de la vida, mientras que su padre padecía artritis y apenas podía moverse, según un examen de su esqueleto: no hay nada más peligroso que un tigre cojo. Su padre le había elegido esposa dos veces, para luego descartarlas. Finalmente, el joven Iván se casó por amor con una tercera. En noviembre de 1782, el mayor de los Ivanes, renqueando y

apoyándose en su afilado bastón metálico de zar, vio a su nuera embarazada luciendo una sola túnica en lugar de las tres tradicionales y la abofeteó.

«Encerraste a mi primera esposa en un convento», le gritó su hijo, «luego a la segunda, y ahora golpeas a la tercera.» El zar le clavó el bastón en la cabeza y el *tsarevich* murió poco después. La nuera abortó. Iván se lamentaba como loco, arañando las paredes. «Heme aquí, un pecador», escribió, en una de sus típicas elucubraciones. «Yo, un perro sarnoso ... revolcándome siempre en el alcohol, la fornicación, el adulterio, la inmundicia, el asesinato, el saqueo, el expolio, el odio y toda clase de perversidades.» Enumeró a las víctimas que habían muerto sin poder ser absueltas, y ordenó que se dijeran oraciones por sus almas. Iván había perdido una guerra y un hijo, al tiempo que ganaba un nuevo imperio.

En septiembre de 1582, con sus conquistadores, los Stroganov, acosados por Kuchum, kan de Sibir, contrató a un capitán cosaco llamado Yermak para atacar el kanato. Yermak y 840 filibusteros y esclavos, armados con mosquetes y un par de cañones, cruzaron los Urales, aliados con algunos de los pueblos janty indígenas, que eran animistas y estaban resentidos con los musulmanes tártaros, derrotaron a Kuchum y conquistaron Qashliq, la capital mongola. Iván, que aceptó el título ofrecido por Yermak, zar de Siberia, estaba exultante; ordenó que repicaran las campanas y envió regalos a Yermak, además de una unidad de mosqueteros.

En marzo de 1584, Iván, de cincuenta y cuatro años pero enfermo, le dijo al embajador inglés: «Estoy envenenado por las enfermedades». Estaba jugando con piedras de turquesa. «¿Lo veis? El cambio del color puro al turbio anuncia mi muerte.» Se decía que el color de las turquesas cambiaba en presencia de veneno.

La batalla de los tres reyes muertos: Sebastián el Durmiente y al-Mansur el Dorado

Aquella tarde, el Terrible se bañó y entonó himnos religiosos a voz en cuello. Luego, mientras jugaba al ajedrez, fue víctima de un accidente cerebrovascular.

Mientras Iván moría, Yermak se hallaba en una situación desesperada en Qashliq, sitiado por los tártaros y los ostiakos, a los que logró contener, pero estaba aislado y casi sin pólvora. El 5 de agosto de 1585, el conquistador sufrió una emboscada de Kuchum, sus hombres fueron masacrados y él, que escapaba por el río, se ahogó bajo el peso de la armadura del Terrible.

Los cosacos de Yermak abandonaron Qashliq aterrados. Pero en 1598 encontraron refuerzos y regresaron para fundar la primera ciudad europea de Siberia, Tobolsk. La conquista y colonización de Siberia, a la que los historiadores apenas han prestado atención, fue similar a la de Norteamérica, que tuvo lugar dos siglos más tarde: los colonizadores aplastaron la resistencia indígena de los tungúes y buriatos, quemando pueblos, violando y esclavizando a mujeres e importando enfermedades catastróficas, en especial la viruela; algunas tribus indígenas cometían suicidios masivos.[10]

Los rusos solo tardarían cuarenta años en alcanzar el océano Pacífico, donde los españoles se habían apoderado de las Filipinas, denominadas así por Felipe II, que ordenó su conquista.[11]Ahora, todo le parecía posible al Prudente, que ordenó la conquista de China, un plan que cambió de dirección debido a desafíos más próximos.

Mientras disfrutaba de esa racha de éxitos, Felipe luchaba para controlar a su ostentoso medio hermano don Juan, al que decidió enviar a Holanda como gobernador general para negociar una paz permanente. Esto incluía también un premio asombroso: don Juan debía hacerse cargo de la «empresa de Inglaterra», esto es, destruir a Isabel, casarse con María, reina de Escocia, y convertirse en rey. Apoyado por dos de los secretarios de Felipe, Juan desobedeció a este y echó a perder las negociaciones en Holanda. Es probable que Felipe ordenara asesinar al secretario de Juan en los callejones de Madrid.

Al mismo tiempo, Felipe estaba tratando de reprimir a su sobrino Sebastián, rey de Portugal, otro hijo extraño de la

consanguinidad que a veces era hiperactivo y otras inmóvil, pero siempre embelesado por una cruzada mesiánica.

La sola existencia de Sebastián era considerada milagrosa: su familia prácticamente había desaparecido cuando, en 1554, el único hijo del rey murió de tisis y dejó una esposa embarazada, Juana, hija de Carlos V. Pero, dieciocho días más tarde, esta dio a luz a Sebastián el Deseado. Sebastián, que gustaba de la compañía de los monjes jóvenes y evitaba la de las mujeres, dirigió la posterior expansión del imperio: se hizo con Macao, frente a la costa de China, mientras que, en el sureste de África, fundó la fortaleza de São Sebastião (Mozambique) y en el oeste construyó un nuevo puerto esclavista, Luanda (Angola), y se expandió hacia el reino de Ndongo, convirtiendo así a los portugueses en los únicos europeos que hasta el momento habían creado un imperio territorial no costero en África. Más cerca de casa, Sebastián aspiraba a ser «emperador de Marruecos», sacando partido de una fisura en la dinastía Saadi reinante, mediante el apoyo de un aspirante contra su tío pro otomano, el sultán.

Felipe aconsejó a Sebastián que no llevara a cabo su plan, pero, en 1577, el Deseado desembarcó en Tánger junto con la flor y nata de la nobleza portuguesa, 17.000 hombres y numerosos voluntarios,[12]que marcharon hacia el interior pertrechados con armadura completa. El calor era tan intenso que Sebastián hacía verter agua fría dentro de su armadura, pero no estaba preparado cuando, el 4 de agosto de 1578, en Ksar el-Kebir, se enfrentó a sesenta mil soldados marroquíes. El sultán Abd al-Malik se estaba muriendo, y su hermano Ahmed rodeó a los portugueses. A Sebastián le mataron, por tres veces, el caballo en el que montaba. Entonces lanzó una carga que no prosperó; su aspirante marroquí fue ahogado (y más tarde azotado y llenado de agua), pero el victorioso Abd al-Malik también murió: tres reyes muertos en una batalla. Perecieron ocho mil portugueses, y quince mil personas, muchas de ellas mujeres civiles que trabajaban en los campamentos, fueron esclavizadas. El cuerpo de Sebastián nunca fue recuperado. Se convirtió en el Rey Durmiente, del que se esperaba que despertara y gobernara en el fin de los días. Pero dos

reyes sacaron provecho de su insensatez.

El hermano de Abd al-Malik, Ahmed —ahora sultán al-Mansur, el Victorioso, más tarde llamado el Dorado— era extremadamente competente; convirtió a Marruecos en una potencia decisiva y se alió con Isabel de Inglaterra, con la que esperaba reconquistar España. Al-Mansur también tenía la esperanza de colonizar América con pobladores marroquíes, bendecido por el advenimiento transatlántico del Mahdi, que no llegó a suceder. Hacia el sur, envidiaba la riqueza del reino songhai, que ocupó el lugar de Mali, y les exigió los ingresos obtenidos de su sal y su oro. El *askia* (rey) le envió, a modo de insulto, dos zapatos de metal. Doce años después de Ksar el-Kebir, Mansur envió un pequeño ejército armado con cañones, que cruzó el Sáhara a las órdenes de un renegado español de ojos azules, Judar Pasha, que de niño había sido esclavizado y castrado. El eunuco conquistó Tombuctú y volvió con treinta camellos cargados de oro. Durante una década, al-Mansur gobernó un imperio de esclavos, sal y oro en África occidental.[13]

Felipe era el otro beneficiario. Los Avís casi habían desaparecido, y él era el heredero: conquistó Portugal y unió los dos primeros imperios globales. Su jactancioso hermano don Juan murió sin gloria de unas fiebres tifoideas, pero su fallecimiento socavó las negociaciones con los holandeses, que volvieron a la guerra; esta vez, Felipe nombró a su talentoso sobrino italiano, el duque de Parma, que conquistó Amberes y las provincias meridionales. La división resultó decisiva: en 1579, las siete provincias septentrionales —Holanda, Zelanda y otras— formaron una unión militar en Utrecht para su defensa, dirigida por su general de estado, con la ayuda de Guillermo y la familia Orange. Dos años más tarde, las Provincias Unidas declararon la independencia, mientras el sur (Bélgica) juraba lealtad a los Habsburgo. La unión tenía solo un millón y medio de habitantes, y sus fuerzas, al mando de Guillermo y su hermano, fueron derrotadas por el duque de Parma. Isabel intervino con un pequeño contingente al que Parma aplastó. Sin embargo, las Provincias Unidas, forjadas en guerras de religión, un patriotismo al alza y

viajes internacionales, y bien servidas por sus numerosas ciudades amuralladas y terreno pantanoso, demostraron ser muy resistentes; la unión también tenía la fuerza de una sociedad pluralista que recibía con agrado a los inmigrantes con talento, una economía sofisticada, con mercados financieros, y un sistema primitivo de beneficencia para el alivio de la pobreza. Mientras los Mendigos del Mar acosaban a los barcos de los Habsburgo, Isabel desplegó a sus corsarios, los «perros del mar», liderados por Jack Hawkins y Francis Drake, que lanzaron una oleada de asaltos. La guerra contra los Habsburgo se convirtió en una lucha a muerte.

El rey Bayano, Drake y Diego

El 26 de septiembre de 1580, un canoso capitán de Devon, Francis Drake, atracó en el puerto de Plymouth con la carga más sustanciosa de la historia de los asaltos ingleses al tesoro de los Habsburgo. Pero volvió solo con uno de los cinco barcos de su flotilla y solo 56 de la tripulación original de 80 de aquel barco. Isabel estaba encantada: su rentabilidad se estima en un 4.700 %.

Drake era descendiente de una estirpe de familias marineras de Devon —Hawkins, Gilbert, Raleigh— que constituirían la punta de lanza de la expansión inglesa y de su implicación en el comercio de esclavos. En el núcleo estaban los parientes de Drake, los Hawkins, a los que debía su auge. Hacía tiempo que los Hawkins se dedicaban al comercio de lana inglesa con las ciudades italianas, y en 1530, William Hawkins empezó a comerciar con marfil en Guinea. De joven, su hijo Jack había conocido y servido a Felipe de España («Mi viejo señor») cuando se casó con la reina María, pero aprovechó las oportunidades de la creciente tensión con la principal potencia católica. En 1562 recaudó fondos de los comerciantes de Londres para atacar la costa africana y comerciar con esclavos, estableciéndose con su primo Drake, de veinte años, para atacar los buques mercantes portugueses, «tomando posesión, en parte por la espada y en parte por otros medios, de hasta trescientos negros». A continuación, navegó a La Española, donde,

a cambio de los esclavos, «recibió tal cantidad de pieles, jengibre, azúcar y perlas» que llenó cinco barcos. En su segundo viaje vendió quinientos esclavos; en el tercero, dos reyes africanos se pusieron en contacto con él para pedirle ayuda contra su rival a cambio de tomar «tantos negros como hubiese podido obtener por la fuerza».

Directo, resuelto y adusto, con agudos ojillos porcinos, Hawkins fue el pionero del comercio de esclavos inglés, que se convertiría en un coloso de beneficios y crueldad, aunque en aquel momento aún estaba dominado por los portugueses. En la primera mitad del siglo se transportó a 120.000 esclavos al otro lado del Atlántico; en la segunda mitad, la cifra casi se había duplicado, hasta los 210.000. El oro de Colombia y la plata de Perú eran aún más valiosos: dos flotas de cincuenta galeones cada una hacían la ruta entre Europa y el Caribe, transportando tesoros, y otra navegaba por el Pacífico hacia China. En 1590, las flotas de Felipe transportaban once millones de pesos al año. Isabel nombró a Hawkins controlador de la armada, para la que ayudó a diseñar buques ligeros y veloces capaces de circunnavegar el mundo y superar en el combate a los majestuosos galeones españoles, pero también dirigió más incursiones en África y América.

Felipe estaba furioso con los «piratas» ingleses. Sin embargo, los españoles compraban sus esclavos, hasta que, en 1568, en San Juan (México), atacaron una flotilla de Hawkins: los primos de Devon escaparon vivos por muy poco. Pero Drake había identificado el eslabón más débil en la transferencia de plata por mar desde Perú, por tierra cruzando Panamá y por mar hacia Cádiz, y halló aliados que lo ayudaran en sus ataques.

En 1572 negoció con el rey Bayano, líder de los cimarrones en Panamá. Los esclavos de las plantaciones españolas de Jamaica y Panamá se rebelaban con regularidad, y pronto fundaron sus propias comunidades de rebeldes cimarrones, gobernadas por monarcas electos, que solían ser miembros secuestrados de la realeza africana. En las minas de oro de Venezuela, un esclavo de la bahía de Biafra llamado Miguel mató a su cruel capataz y escapó para fundar una comunidad que estructuró como la monarquía española, en la que él era el rey y su esposa Guiomar reina,

coronados por su propio obispo, antes de que mataran al rey Miguel y volvieran a esclavizar a su reina. Ahora, en el ataque a Panamá, Drake se enfrentó al rey Bayano. Un cimarrón de Panamá llamado Diego negoció una alianza y se convirtió en compañero de Drake en futuros viajes. En marzo de 1573, Drake pudo capturar todo un convoy español de transporte de plata.

Isabel y sus servidores invirtieron en sus ataques transcontinentales contra los Habsburgo. «Nos vengaremos con placer del rey de España», le dijo Isabel a Drake, «por los muchos perjuicios que hemos sufrido.» En diciembre de 1577, cinco buques salieron desde Plymouth. Drake, acompañado por Diego y posiblemente por otros exesclavos, discutió con su cocapitán durante el viaje: Drake lo acusó de brujería y traición y lo hizo decapitar. Navegó hacia el Pacífico, perdió los demás barcos, capturó naves españolas que transportaban tesoros y siguió la costa de California antes de cruzar el Pacífico hasta las Molucas (donde Diego murió a causa de heridas que había recibido), antes de regresar con esfuerzo a Plymouth en su *Golden Hind* para entregar un botín tan grande que la mitad que correspondía a la reina, 160.000 libras, superaba los ingresos anuales de esta.

A Drake lo nombraron caballero, pero su supremacía como aventurero naval fue desafiada por otro hijo del suroeste de Inglaterra. Walter Raleigh también era miembro de las familias de Plymouth, pero más joven, más delicado y literario desde la perspectiva romántica, una combinación irresistible de asesino, amante y poeta. Su hermanastro Humphrey Gilbert, sobrino de Drake por su esposa, había luchado con los Mendigos del Mar holandeses, y luego ayudó a organizar una feroz reconquista de Irlanda, que nunca había sido completamente subyugada por Inglaterra. La Plantación, una operación de limpieza en la que los condes católicos anglo-normando-irlandeses que habían gobernado tradicionalmente la isla fueron reemplazados por lores y colonos ingleses protestantes, fue dirigida por los mismos hombres del suroeste de Inglaterra que guerreaban contra España. Gilbert, al que se unieron Raleigh y Drake, trató Irlanda como un conquistador, decorando su campamento con hileras de cabezas

irlandesas. Fue casi un ensayo de posteriores conquistas: cuando capturaron a unos soldados españoles, enviados por Felipe para auxiliar a los católicos irlandeses, Raleigh ayudó a decapitar personalmente a más de doscientos. A los primos se les concedieron más de veinte mil hectáreas de tierra en Irlanda. Cuando Drake estuvo allí, se unió a la masacre de seiscientos servidores del caudillo irlandés Sorley Boy MacDonnell.

Gilbert y Raleigh eran amigos del mago y astrólogo de Isabel, John Dee, tan influyente que había consultado a las estrellas la fecha de la coronación de la reina. En 1577, Dee escribió *Perfect Arte of Navigation*, en el que proponía lo que él llamaba un imperio británico en Norteamérica, lo cual inspiró a Gilbert a reclamar Terranova (Canadá) como primera colonia inglesa en 1582. Cuando Gilbert murió en el camino de vuelta a casa, Isabel autorizó a Raleigh a colonizar «las tierras remotas, paganas y bárbaras ... que no pertenezcan a ningún príncipe cristiano o estén habitadas por gentes cristianas» a cambio de una quinta parte del oro descubierto en ellas. En 1587, Raleigh patrocinó una colonia inglesa, Roanoke (Carolina del Norte), pero sus colonos desaparecieron, muertos a causa del hambre, las epidemias o los ataques de los nativos americanos. Sin embargo, tal como predijo Dee, la fallida colonia de Raleigh sí había fundado una nueva iniciativa: el imperio.[14]

El propio Raleigh fue nombrado capitán de la guardia personal de Isabel, al tiempo que Felipe ordenaba su asesinato. No convenía tomar a la ligera sus amenazas: había ofrecido una recompensa a cualquiera que matase a su otro enemigo protestante, Guillermo de Orange.[15]Felipe tenía la esperanza de entronizar a María, reina de Escocia, una desastrosa chapucera de impulsiva estupidez e imprudente pasión. En 1567, tras la muerte de su marido, el francés Francisco II, volvió a gobernar una Escocia en la que avanzaba el protestantismo con la inspiración del agitador John Knox, quien, después de escribir *El primer toque de trompeta contra el monstruoso regimiento de las mujeres*, atacó abiertamente a la persona de María hasta que esta lo desterró. Su segundo matrimonio —con un atractivo primo católico, Enrique

Estuardo, conde de Darnley, de un metro ochenta de altura y conocido como *El Largo*— tuvo como fruto un hijo varón, Jacobo, pero provocó la rebelión de los protestantes. *El Largo* asesinó al confidente italiano de ella, por lo que María muy probablemente consintió que lo asesinaran a él, acción organizada por un pérfido conde que luego la secuestró y se casó con ella. Esta alianza forjada en el crimen provocó tal indignación que los protestantes elevaron al trono al bebé Jacobo y María huyó a Inglaterra, donde Isabel le concedió asilo, un favor que ella devolvió conspirando con Felipe. «La pobre imbécil no parará hasta que pierda la cabeza», comentó Carlos IX de Francia. «La condenarán y la matarán. Es culpa suya, por su propia insensatez.»

Ya en febrero de 1587, cuando trascendieron los planes de María, Isabel la hizo decapitar y provocó a Felipe para que invadiera Inglaterra a una escala de la que solo un imperio mundial era capaz.

Dos armadas: Felipe e Hideyoshi

La estrategia de Felipe era correcta: era imposible defender todos los puertos de su imperio mundial; solo podía triunfar una ofensiva concentrada contra la base de su enemigo. Esto no era un disparate ingenuo de un fanático católico. Muchas invasiones marítimas de Inglaterra habían tenido éxito —desde Svend I Barba Hendida hasta Enrique Tudor—, pero lo fundamental son los detalles: un plan simple y un tiempo benigno eran esenciales.

Sin embargo, Felipe creía saber más que los expertos: su «plan maestro» concebía una flota navegando desde Cádiz, conteniendo los ataques ingleses y reuniéndose en Flandes con un ejército a las órdenes de su sobrino, el duque de Parma, que tenía que abordar los buques para luego invadir Inglaterra, un cúmulo de sincronizaciones precisas sobre una marea de contingencias impredecibles. Mientras los astilleros construían su flota, capaz de transportar 55.000 unidades de infantería y 1.600 de caballería, Felipe, que ya tenía sesenta años, eligió como comandante de la

armada al noble Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, que carecía tanto de experiencia en combate como de una personalidad imponente. Al tiempo que Drake asaltaba Cádiz y destruía numerosos buques y Felipe enfermaba de estrés, tanto Medina Sidonia como Parma criticaban el plan. «He dedicado esta empresa a Dios», le dijo Felipe a Medina Sidonia. «Esfuérzate y cumple con la parte que te toca.»

En julio de 1588, el duque partió con 130 barcos con 8.000 marineros y 18.000 soldados mientras Felipe rezaba en la capilla de El Escorial. Sobreviviendo a los ataques ingleses en el canal de la Mancha, al mando de los vicealmirantes Drake y Hawkins —no exactamente las victorias descritas en las historias inglesas—, el duque y su flota intacta esperaron en Calais al ejército de 30.000 hombres del duque de Parma. Cuando esas tropas descubrieron —tarde— que la flota había llegado, se dirigieron hacia los buques. Pero los ingleses enviaron brulotes, que impulsaron a la armada hacia una tormenta y la dispersaron. Algunos buques naufragaron y otros se aventuraron a un viaje de casi 5.000 kilómetros bordeando Escocia e Irlanda. 15.000 marineros perdieron la vida.

Al mismo tiempo, al otro lado del mundo, otro visionario megalómano, esta vez un hombre hecho a sí mismo, hijo de un campesino, de nombre Hideyoshi y regente imperial de Japón, estaba lanzando su propia flota para una invasión que el mismo Felipe se había planteado: la de China.

En mayo de 1592, Toyotomi Hideyoshi ordenó a 158.800 hombres en 700 buques de transporte de tropas, acompañados de 300 barcos de guerra, que tomaran tierra en Corea e invadieran China, la culminación de una carrera extraordinaria. Tenía pensado seguir con la conquista de la India. Durante más de un milenio, Japón había estado gobernado nominalmente por un emperador o *tenno* de la familia divina del Sol, pero el verdadero poder había estado en manos de un regente, a su mayor gloria por Fujiwara Michinaga, como lo describe la dama Murasaki. Pero, en los últimos tiempos, los regentes habían perdido poder a manos de los *daimyo* regionales, algo parecido a

los señores feudales.

Durante la década de 1560, el *daimyo* Oda Nobunaga, jefe de un poderoso clan, empezó a imponerse sobre los otros señores de la guerra, espoleado por el lema «Gobierna el reino por la fuerza». Oda era tan excéntrico que lo llamaban el Idiota, hasta que sucedió a su padre y empezó a ganar batallas. Celebraba sus victorias con festines en los que las cabezas lacadas y doradas de sus enemigos se exhibían en bandejas.

Al principio de su ascenso, había reclutado a un muchacho pobre, Hideyoshi, que empezó siendo portador de sus sandalias y llegó a convertirse en su general. En 1581, Oda pasaba revista a sus tropas en Kioto con el emperador cuando fue asesinado, pero su vengador y sucesor fue el infatigable, extravagante y maniático Hideyoshi, que llegó a completar la unificación de Japón.

En este menester recibió la ayuda de un notable rival y aliado, Ieyasu Tokugawa, un *daimyo* que compartía su perspicacia, aunque no su impaciencia. Cuando Ieyasu daba su apoyo a alguien, no lo traicionaba jamás, ya que consideraba que la cualidad esencial para lograr el éxito era la paciencia y no la fuerza. Al principio de su vida, fue hecho rehén y estuvo a punto de perder el poder de su familia, pero raramente perdía una batalla, y mostró su temple cuando su esposa y su hijo mayor fueron denunciados por deslealtad: ordenó que decapitaran a su esposa, la dama Tsukiyama, y oblicó a su hijo a suicidarse mediante *seppuku*, cortándose la barriga. En ese momento ya estaba consagrado a una chica casada dos veces, a la que eligió tanto por su aspecto físico como por su habilidad política: la dama Saigō. Esta, que había contribuido a su ascenso, murió joven, a los treinta y siete años, dejando dos hijos varones sanos que se convirtieron en herederos de Ieyasu.

Hideyoshi, nombrado regente, se consideraba ahora el Hijo del Sol, ya que su madre había sido fecundada por un rayo de sol, el Emperador del Mundo, que oscilaba hacia China. Los emperadores Ming recibían un tributo simbólico de Japón y reconocían a los regentes como reyes del país. Pero ahora, el Hijo del Sol llamaba a Japón «Tierra de los dioses»: «¡Tomar por la

fuerza ese país virgen de Ming será tan fácil como aplastar un huevo!». El plan era «abrirse camino con la espada» a través de Corea, pero su rey se negó a dejar pasar a los japoneses. Mientras Ieyasu, prudente, mantenía inmóviles a sus tropas, Hideyoshi envió su armada, que cosechó victorias inmediatas. Tres semanas después de tomar tierra por primera vez, los japoneses derrotaron al ejército coreano, conquistaron la capital, Seúl, e invadieron Manchuria. Pero pronto tuvieron que enfrentarse a una sublevación de los coreanos. Todos los funcionarios coreanos capturados fueron ejecutados junto a sus esposas e hijos. Fueron tantas las narices y orejas conservadas en sal, envasadas en cajas y enviadas de vuelta a Hideyoshi que este construyó la *Mimizuka*, Montaña de orejas. Un destacamento registró 18.350 narices y fue premiado en consecuencia. Otros 60.000 coreanos fueron esclavizados por mercaderes japoneses: «Después de atar a esas personas unas a otras con cuerdas alrededor del cuello, las hicieron caminar. La visión de los demonios devoradores de hombres que atormentan a los pecadores en el infierno debe de ser algo así». Pero entonces la invasión se torció.

En febrero de 1593, el Ejército Celestial de los Ming, integrado por 400.000 hombres, irrumpió en Corea, derrotó a las fuerzas de Hideyoshi y masacró a más coreanos. Hideyoshi entabló negociaciones y exigió territorio coreano. En vez de eso, Pekín ofreció el tradicional reconocimiento de Hideyoshi como rey vasallo de China. Hideyoshi envió otro ejército de cien mil efectivos mientras trataba de poner orden en su familia: había soñado con fundar su propia dinastía, nombrando regente a su arrogante sobrino Hidetsugu mientras él asumía el título de *taiko*, regente retirado. La disposición ya era forzada, pero entonces la concubina de Hideyoshi, la dama Chacha, dio a luz a otro hijo, Hideyori, al que Hideyoshi nombró su sucesor. Entonces, Hideyoshi decidió acabar con su sobrino y con toda su familia. Obligaron a Hidetsugu a suicidarse, y sus 39 concubinas y los hijos de estas fueron decapitados. Entre tanto, los *daimyos* liderados por Ieyasu prometieron lealtad al bebé, sellando así el juramento con sangre.

Hideyoshi estaba debilitado por su atolladero en Corea, que había costado la vida a cerca de un millón de personas, 750.000 coreanos y 100.000 japoneses, pero también fracturó a los Ming de China y abrió las puertas al «bárbaro» Nurhaci, kan de los jinetes norteños, los yurchen,[16]que ofreció ayuda a los chinos. En veinte años, Nurhaci unió a las tribus yurchen y mongolas. Pero era solo el principio: su dinastía manchú destruiría a los Ming y gobernaría China hasta el siglo XX.

En 1597, el enfermo Hideyoshi se volvió contra los cristianos japoneses, provocado por un capitán español que había revelado cómo utilizaba España a los sacerdotes como vanguardia de sus conquistas coloniales. Los jesuitas portugueses y los franciscanos españoles habían convertido a 300.000 japoneses y habían hecho de Nagasaki su base de operaciones. Hideyoshi había copiado los diseños portugueses para sus barcos y mosquetes, pero ahora declaraba: «Mis estados están llenos de traidores ... serpientes a las que llegué a apreciar». En Nagasaki crucificó a veintiséis católicos.

Cuando esas noticias llegaron a Madrid, Felipe quedó horrorizado. Ya había tenido que enfrentarse a un fiasco mucho mayor en su guerra contra Inglaterra. El fracaso de la armada, escribió, «causa un dolor insufrible. Y si Dios no nos envía un milagro (que es lo que espero de Él), deseo morir y reunirme con Él». Pero no lo hizo; siguió gestionando hasta el mínimo detalle de su imperio desde sus aposentos infestados de reliquias en el vasto Escorial mientras sus enemigos protestantes, ingleses y holandeses eran estimulados por su hostilidad y enriquecidos con sus tesoros. Felipe, al tiempo que reunía una segunda armada, observaba con preocupación las libertinas excentricidades de su sobrino, el emperador Rodolfo, que estaba escandalizando a Europa.

El emperador loco de Praga

En los pasillos del castillo de Praga acechaba el estrafalario elenco de nigromantes, magos, científicos, artistas y rabinos de Rodolfo, junto con un astrólogo danés de nariz de oro, un inestable

hierofante inglés, un adorador irlandés del diablo que no tenía orejas, una amante italiana, un hijo psicótico llamado Julio César... y, como mascotas, leones sin jaula.

Rodolfo fue el más extraño de los Habsburgo, y convirtió Praga en un laboratorio para pensadores originales y nuevas ideas, al tiempo que combatía a los otomanos e intentaba gestionar las guerras religiosas.

Con mandíbula alargada, ojos saltones y cabello rubio, Rodolfo se desarrolló con retraso: apenas habló durante varios años. Su padre, Maximiliano II, mostraba simpatía por los protestantes, pero su madre, la hermana de Felipe, era una terrible fanática que, al acceder el tímido y frágil emperador al trono, intentó obligarlo a casarse con la hija de Felipe. Él no quería saber nada. «¿Temes perder tus estados y súbditos?», se burlaba ella. «¿Cómo podrás mostrarte ante Dios y ante el mundo si devuelves su gentileza con un insulto y pones a tu madre en una situación intolerable?»

Rodolfo se negó a ceder; su catolicismo era ambiguo y evitaba el matrimonio, y dejó a su madre en el lóbrego palacio Hofburg de Viena para crear su propio mundo secreto en el castillo de Praga. La ciudad era cosmopolita y protestante, con una rica comunidad de diez mil judíos y numerosos artistas y astrólogos a los que su padre ya patrocinaba. Anulando las restricciones sobre los judíos, Rodolfo estaba decidido a averiguar todos los secretos del cosmos. Conservaba un gabinete de curiosidades en el que coleccionaba bebés de dos cabezas y cuernos de unicornio. En sus laboratorios investigaba las obsesiones de su época: alquimia —una «ciencia», según la opinión general, que aspiraba a transmutar metales básicos en oro— y ocultismo hermético, la creencia de que los espíritus y las fórmulas matemáticas permiten al hombre acceder al poder divino. Hizo incursiones en el estudio de la cábala con el rabino Loew, de quien se decía que era capaz de crear un gólem —un monstruo místico— a partir de barro. En 1583, contrató al mago inglés John Dee, el visionario del imperio, que llegó acompañado de un siniestro adlátere, Edward Kelley, un charlatán irlandés a quien le habían cortado las orejas por falsificar monedas.

En 1588, Rodolfo reclutó a un librepensador napolitano, un antiguo sacerdote llamado Giordano Bruno, que cuestionaba el dogma católico e iba más allá de las tesis de Copérnico, afirmando que había «innumerables cuerpos celestes», que las estrellas eran otros soles, que el universo era infinito y que las almas podían migrar a otros cuerpos después de la muerte. Bruno fue excomulgado por los protestantes y por los católicos, pero premiado por Rodolfo.[17]En 1599, Rodolfo captó a un noble danés, Tycho Brahe, que había perdido la nariz en un duelo con un primo a causa de un debate matemático y llevaba una prótesis de oro. Acumuló datos sobre estrellas en las Tablas rudolfinas, etiquetando a las estrellas nuevas como *novae*. Aunque más o menos aceptaba el heliocentrismo de Copérnico, afirmaba que la Tierra orbitaba alrededor de la Luna. Su ayudante, Johannes Kepler, un profesor de matemáticas luterano, estaba cordialmente en desacuerdo con él.

Rodolfo, impresionado por los cuadros de Tiziano que tenía su tío en El Escorial, también era un ávido coleccionista, compraba sus propios tizianos y patrocinaba al pintor de la corte de su padre, Giuseppe Arcimboldo, que pintaba rostros utilizando objetos naturales. En sus *Estaciones*, Rodolfo, que aparecía como Vertumno, el dios romano de la abundancia, está creado con frutas.

Pero el mundo de Rodolfo se iba oscureciendo: los leones se comían a sus cortesanos, y en sus libros de cuentas han quedado registrados los pagos compensatorios por sus ataques. Incluso se chamuscó la barba mientras realizaba uno de sus explosivos experimentos. Le proporcionaban «chicas imperiales» y jovencitos. Se enamoró de la hija de su artista Strado, Katarina, y tuvo cinco hijos, incluido don Julio César de Austria, un monstruo diabólico que no tardaría en cometer actos terribles. Los magos cayeron en desgracia; después de haber experimentado con el intercambio de esposas con Rodolfo, Dee huyó para salvar la vida, mientras que el desorejado Kelley, arrestado por fraude y por adorar al diablo, se suicidó envenenándose.

Aunque no era soldado, ya que solo vivía para el arte y el sexo, Rodolfo era defensor de la cristiandad. Un joven padishah,

Mehmed III, nieto del Rubio Selim,[18]que dirigía con entusiasmo a su ejército —que había derrotado a los Habsburgo en Keresztes—, obligó al emperador Rodolfo a contraatacar. Embarcado en una prolongada guerra que forzó tanto sus recursos como su cordura, Rodolfo luchaba para lograr el equilibrio entre católicos y protestantes.

Su doliente tío Felipe, criticando a Rodolfo desde El Escorial, tomó una decisión que afectaría a millones de personas. En 1595, dispuesto a mantener el suministro de esclavos desde África, empezó a conceder licencias —asientos (acuerdos) de negros— a comerciantes portugueses y genoveses para que cada uno suministrara entre tres mil y cinco mil africanos. Mientras moría de cáncer, el único bálsamo para su agonía eran las reliquias que su hija le ponía sobre el cuerpo. Y, sin embargo, incluso entonces estaba dirigiendo la guerra contra los holandeses y los ingleses. Isabel intensificó sus contraataques, pero los españoles rechazaron a Drake en La Coruña, donde perdió diez mil hombres y veinte buques; en 1595 los repelieron a él y a Hawkins en San Juan de Puerto Rico. Los dos nativos de Devon murieron de disentería y ambos fueron enterrados en el mar, Drake, con armadura completa.

Al año siguiente, Isabel también inició un ataque y envió una pequeña flota bajo el imprevisible liderazgo de dos de sus favoritos —un joven engreído al que se había ascendido en exceso, el conde de Essex, y Raleigh— con la intención de tomar Cádiz. En junio de 1596 saquearon la ciudad. Pero Felipe aún no había completado la obra de Dios. En octubre, mientras Essex estaba ausente haciendo incursiones, el Rey Prudente envió su segunda armada —130 barcos y 20.000 tercios— a conquistar Inglaterra. El pánico invadió a Isabel y sus paladines, pero entonces, una tempestad dispersó la flota. Sin embargo, aun moribundo, Felipe no estaba acabado: en 1597 envió la tercera armada: 140 buques y 10.000 hombres. Isabel estaba furiosa con Essex por no haber regresado aún, pero, de nuevo, el Dios de Felipe no cumplió. Dos galeones explotaron y se desató una tormenta, aunque uno de los buques desembarcó setecientos tercios en Cornualles. Al verse solos

y rodeados por la milicia inglesa, volvieron a embarcar al cabo de dos días y se alejaron. Isabel —ya vieja, desdentada y cubierta de maquillaje de plomo blanco y vinagre— había sobrevivido, pero la mayor amenaza era su propia creación: Essex.

El 13 de septiembre de 1598 murió Felipe y lo sucedió su único hijo vivo, Felipe III, que prosiguió con su obra, enviando una cuarta invasión a Gran Bretaña para desembarcar en Irlanda y expulsando a todos los musulmanes de España. De vuelta en Praga, su primo Rodolfo, enfrentado a la locura y a la traición dentro de su propia familia, estaba convencido de que la Iglesia debía contraatacar a los protestantes empleando todas las armas que tuviera a su alcance: guerra, política y arte. Mientras los protestantes iban dominando las tierras de los Habsburgo, Rodolfo los perseguía en Hungría y Austria, pero los toleraba en Praga, incoherente en todos los aspectos. Sin embargo, a pesar de que los papas habían encabezado un contragolpe católico, todavía parecía que los protestantes estuvieran venciendo. En alianza con el papa, los hermanos de Rodolfo, con Matías al frente y convencidos de que Rodolfo era una amenaza para la monarquía y para la Iglesia, empezaron a fomentar la oposición y a imponer la conversión al catolicismo. Rodolfo estaba atrapado entre ambos frentes. En 1605, los húngaros y los transilvanos se rebelaron y los protestantes austríacos retrocedieron ante la agresiva persecución de los católicos. Desde Londres, el conflicto era observado de cerca por una monarca que compartía la ambivalencia de Rodolfo. No eran los únicos que temían que un inminente conflicto religioso estuviera a punto de implicar a toda Europa.

El 26 de diciembre de 1606, día de San Esteban, en un Londres en el que un brote de peste estaba acabando con un gran número de personas —lo cual llevó al cierre de teatros y cervecerías— y una conspiración de terroristas católicos había conmocionado el reino, Jacobo I, rey veterano de Escocia y nuevo monarca de Inglaterra, se unió en la Gran Cámara de Whitehall a trescientos de sus cortesanos para asistir a la representación de una nueva obra escrita por un actor y dramaturgo llamado William Shakespeare.

Acto duodécimo
545 millones

Dahomeyanos, Estuardo y Villiers, tamerlanes y otomanos

El rey de las brujas: Jacobo enamorado, Shakespeare en la corte

La obra que presenciaba la corte era *El rey Lear*, un oscuro drama de poder senescente, locura paterna, división política e ingratitud filial que termina en caos y tragedia. Pero apenas parecía fuera de lugar en la inestable e inquietante nueva unión de Inglaterra y Escocia, donde los últimos seis años habían presenciado varios golpes de Estado frustrados contra la antigua reina Isabel y el nuevo monarca Jacobo, además de una conspiración católica para asesinar a toda la familia real y a la clase dirigente.

Jacobo era rey desde que tenía un año; sus padres murieron de forma violenta, y él se crio en una corte de sanguinarios gerifaltes y fanáticos religiosos en un reino dominado por una confesión protestante, los presbiterianos, que renegaban de los sacerdotes y obispos. El rey era un pedante desaliñado y borrachín que aleccionaba a los cortesanos sobre brujería y teología embriagado y babeando saliva: algunos observadores ingleses afirmaban que tenía la lengua demasiado grande, aunque eso no era más que una calumnia debida a su fuerte acento escocés. Criado como presbiteriano, había resultado ser inteligente y curioso, pero, como cabría esperar, también hambriento de amor, y creía en el poder maléfico de las brujas.

La necesidad de explicar la racha de catástrofes que asolaban el país —guerras religiosas, pandemias y malas cosechas—, junto con el temor a las mujeres que se salían de lo común y la popularidad de las obras impresas sobre brujería, había

desencadenado una oleada de juicios relacionados con esta última. En Tréveris, en la década de 1580, un arzobispo orquestó diversos ataques contra protestantes, judíos y brujas que desembocaron en la quema de 386 personas. En 1589, en el apogeo de esa escabrosa histeria, Jacobo se casó por poderes con Ana de Dinamarca, pero esta tuvo que anular su viaje a Escocia debido a las tormentas. Jacobo partió en su busca —un raro momento de romanticismo heterosexual—, pero, convencido de que las tormentas eran obra de las brujas, a su regreso instigó un juicio en North Berwick en el que fueron torturadas y quemadas muchas mujeres. Jacobo sería el único monarca intelectual de Gran Bretaña: primero escribió una obra sobre brujería, *Daemonologie*, y luego un breve tratado ensalzando el derecho divino de los reyes.

Mientras Isabel envejecía, Jacobo había negociado en secreto con sus cortesanos: Essex tenía prisa por acelerar la sucesión real. Pero Isabel había perdido la paciencia con las pataletas de Essex. En febrero de 1601, el mequetrefe narcisista había organizado un golpe de Estado, contratando a la compañía teatral de Shakespeare para representar su obra *Ricardo II* como señal para aplastar a la tirana y entregar Inglaterra a Jacobo. «Yo soy Ricardo II», diría más tarde Isabel con pesar. Essex fue decapitado. Es probable que también interrogaran a Shakespeare, que sobrevivió por poco. Cuando murió Isabel en 1603, su ministro de confianza, Robert Cecil, facilitó la sucesión del rey de los escoceses.[1]

En una de sus primeras decisiones, Jacobo rebautizó como King's Players («Actores del rey») a la compañía teatral hasta entonces adscrita al lord chambelán, de la que Shakespeare era copropietario, lo cual entrañaba el compromiso de actuar para el monarca diez veces por temporada. Los dos hijos varones de Jacobo, el atractivo Enrique y el exiguo y tímido Carlos, prometían estabilidad, y en Londres, Ana sobrevivió a tres embarazos más, cuyos bebés vinieron al mundo gracias a un médico francés con un instrumento secreto que permitía tener partos más seguros.[2]Sin embargo, el ambiente se volvió más cargado cuando una nueva oleada de peste bubónica azotó Londres y la cifra de muertes semanales se disparó de una veintena a un millar, lo cual llevó a

Jacobo a ordenar el cierre de los teatros y los populares espectáculos en los que se azuzaba a perros contra un oso. El rey empezó a negociar la paz con España, pero no anuló las restricciones a los católicos, cosa que desencadenaría la conspiración de Robert Catesby para volar el Parlamento durante la sesión de apertura oficial. Hoy, el complot se considera una chapuza, pero este impresionante terrorista habría matado no solo a la mayor parte de la familia real, sino a toda la élite del país, miles de personas. El 4 de noviembre de 1605, una carta anónima puso a Cecil sobre aviso, y a raíz de ello se descubrieron 36 barriles de pólvora bajo el Parlamento. Posteriormente se dio caza a los conspiradores.

La paranoia y el equívoco, las plagas y las clausuras, las veleidades del poder y la importancia del carácter: todo ello inspiraría a Shakespeare, que también había estado al borde de la destrucción. Mientras Inglaterra asistía al juicio de los terroristas y celebraba la supervivencia de su rey escocés y sus jóvenes vástagos, Shakespeare escribió *Macbeth*, una obra ambientada en Escocia y basada vagamente en hechos históricos que abordaba el crimen atroz de matar a un rey y la fascinación de la brujería. Shakespeare, un hombre de cuarenta y dos años con una incipiente calvicie, barba y bigotito, era hijo de un pobre fabricante de guantes de Warwickshire y había nacido el mismo año en que murió Miguel Ángel. Posiblemente empezó a trabajar como maestro de escuela y luego se pasó al teatro en la década de 1580. Si bien Shakespeare se ganó su fama con dos poemas épicos, varios sonetos y —aunque las diversas oleadas de peste provocaron cierres periódicos de los teatros— una serie de obras cómicas e históricas, fue como actor-director y copropietario de la compañía Lord Chamberlain's Men («Hombres del lord chambelán») como hizo su fortuna, que le permitió comprar la casa más grande de su pueblo natal, Stratford-upon-Avon. Allí se había casado todavía joven y había tenido dos hijas y un hijo varón, Hamnet, que había muerto a los once años una década antes. Cuando estaba en Londres, se movía entre las tabernas de mala muerte de Southwark, donde se alojaba en habitaciones alquiladas, y el

corrupto brillo de la corte, donde era ayudante de cámara. Íntimos y discretos, sus apasionados sonetos sobre amor y traición, que describen aventuras con mujeres y hombres en un Londres de casas de lenocinio y enfermedades venéreas, denotan que era un hombre de mundo:

Cuando mi amada jura que es mi fiel amante,
así lo creo incluso sabiendo que ella miente.

El 5 de enero de 1606, Jacobo asistió a un espectáculo en la Banqueting House de Whitehall para celebrar el matrimonio del conde de Essex, el hijo de catorce años del favorito anteriormente ejecutado, con Frances Howard, hija de uno de los gerifaltes que habían destruido al padre del novio. El matrimonio, ideado por Jacobo como un acto de reconciliación, se convertiría en un escándalo sangriento. Pero, por el momento, Shakespeare pudo observar a las jóvenes de la nobleza bailando con vestidos de color escarlata en un entretenimiento diseñado por un dramaturgo rival, Ben Jonson, un pendenciero simpatizante católico que había matado a dos hombres en sendos duelos y que, sin embargo, había pasado de albañil y asesino a poeta nacional. La alegre extravagancia del espectáculo inspiró a Shakespeare para escribir *Antonio y Cleopatra*, en la que la aparición de la reina egipcia en una flamante barcaza exigiría una puesta en escena espectacular, muy alejada de la insoportable angustia de la otra obra que estaba escribiendo, *El rey Lear*.

En los días posteriores al espectáculo, Jacobo presenció en secreto el juicio de los conspiradores católicos. El 30 de enero, ocho de ellos fueron arrastrados patas arriba en cestas de mimbre hasta el patíbulo, donde los ahorcaron solo a medias, para luego cortarles los genitales y quemarlos, y después extraerles los intestinos y el corazón, antes de ser finalmente decapitados, un proceso ideado para dejarlos «a medio camino entre el cielo y la tierra como indignos de ambos».

Poco después de asistir a la representación de *El rey Lear*, Jacobo presenció un torneo de justas en el que uno de los

participantes, un joven cortesano escocés llamado Robert Carr, fue descabalgado y se rompió una pierna. Jacobo se enamoró de él al instante, lo cuidó, lo educó y lo nombró caballero. Carr empezó a dominar en la corte y pronto fue elevado al rango de conde de Somerset. La reina Ana lo detestaba, y el Parlamento despreciaba los generosos regalos de Jacobo a aquel caledonio advenedizo. Afortunadamente, el ascenso de Carr se veía compensado por el carisma de Enrique, el príncipe de Gales, que se sentía fascinado por la apertura de su país al mundo.

El Londres de 1606 era inesperadamente cosmopolita. Los viajes de los esclavistas ingleses habían llevado a varios centenares de africanos a la ciudad, donde África formaba parte del imaginario popular. Isabel había ordenado su deportación, pero no se había llevado a cabo. Los londinenses también habían quedado fascinados por la visita de un embajador marroquí. Shakespeare había escrito sonetos de amor a una «dama oscura», que tal vez era simplemente una mujer morena, pero también podría ser africana.[3]Mientras, su obra *Otelo*, estrenada en 1604, estaba protagonizada por un general moro. La Noche de Reyes del año siguiente, Ana presidió una representación de una obra de Jonson, *The Masque of Blackness*, en la que la reina y sus damas, con el rostro teñido de negro y vestuario de Íñigo Jones, interpretaban a las hijas del dios Níger, deseosas de que el dios Océano les blanqueara la piel.

El príncipe Enrique, un hombre erudito y seguro de sí mismo, aficionado a las justas y al tenis y golfista precoz, pidió a su padre que le permitiera estudiar con el encarcelado Raleigh. El aventurero espadachín, encerrado en la Torre, se alegró de recibir a Enrique, para quien probablemente empezó a escribir su *Historia del mundo*. El príncipe se sintió tan inspirado por los relatos de Raleigh sobre un reino de Suramérica donde abundaba el oro —el llamado Eldorado— que decidió financiar a su propio aventurero, Thomas Roe, en una expedición a Guayana. Raleigh era una autoridad en la materia, ya que gracias a su colonia americana de Roanoke y a su propia captura en 1592 de una majestuosa carraca portuguesa repleta de exquisiteces de Asia oriental —oro, ámbar

gris, clavo, canela y cochinilla— se habían fundado dos empresas: la Compañía de las Indias Orientales (EIC, por sus siglas en inglés), creada en 1600 para comerciar con especias asiáticas y respaldada por el propio Jacobo —que nombró caballero al capitán que comandó su primera expedición—, y la Compañía de Virginia, creada en 1606 para fundar una colonia en la costa americana.[4]La expedición de esta última empresa desembarcó en un territorio al que dio el nombre de Cape Henry (cabo Enrique) y fundó un asentamiento, Jamestown. Aunque en un primer momento los pobladores amerindios de la zona, la confederación de los powhatan, se mostraron amistosos, el hambre y las enfermedades provocaron una gran mortandad entre los colonos. Esos desastrosos viajes inspiraron la última obra que Shakespeare escribiría en solitario, *La tempestad*.

En cuanto a la Compañía de las Indias Orientales, solo despacharía tres barcos anuales en su primera década de existencia. Los verdaderos dinamizadores del comercio con América serían los holandeses, muy por delante de los ingleses. Cuando Felipe II cerró sus puertos a los marinos holandeses en 1598, involuntariamente abrió el mundo a la ambición holandesa. Entre 1595 y 1602, los holandeses enviaron una cincuentena de barcos a atacar las naves de los Habsburgo. En 1602, los llamados Heeren XVII —o Diecisiete Caballeros, muchos de ellos miembros de las dinastías mercantiles emparentadas de los Bicker y los De Graeff, que dominaban la política holandesa— fundaron su propia Compañía de las Indias Orientales (VOC, por sus siglas en neerlandés), dotada por la asamblea de representantes del país, los Estados Generales, de poderes militares y de gobierno para conquistar y mantener enclaves comerciales en Asia. La bolsa de Ámsterdam —la primera del mundo— se fundó para negociar con sus acciones. La VOC se integraba fácilmente en la estructura pluralista de los Países Bajos, con sus siete provincias, sus poderosas ciudades y sus gremios, pero también se convirtió en la primera empresa multinacional, la primera de propiedad pública y la primera corporación bélica. Las familias que la dirigieron supieron reflejar los cambios producidos en la sociedad,

fomentando la organización moderna, los valores de la laboriosidad y el mecenazgo artístico, además de la innovación técnica y la competencia despiadada.

La VOC basaba su actividad comercial en la violencia. «No es posible el comercio sin la guerra», declaraba Jan Pieterszoon Coen, el director general de la VOC, a los Diecisiete, «ni la guerra sin el comercio.» Los beneficios eran cuantiosos, y las rivalidades con los comerciantes portugueses, ingleses y chinos, brutalmente fomentadas.[5]En 1607, Coen se unió a una expedición a las islas de Banda —las más ricas del archipiélago de las Molucas—, donde la población indonesia local masacró a la mayoría de los holandeses. Coen, fiero conquistador y fanático calvinista, desplegó una violencia brutal para establecer las factorías (puestos comerciales) de la VOC, enfrentando mutuamente a los gobernantes locales y atacando a sus rivales portugueses e ingleses. Convencido de estar llevando a cabo la obra de Dios —«¡No desesperéis, no perdonéis a vuestros enemigos, Dios está con nosotros!»—, se mostraba inflexible incluso con sus propios hombres: cuando encontró a un oficial holandés en la cama con una muchacha, lo mandó decapitar. La VOC compitió con ingleses, chinos, españoles y portugueses por el control de las Molucas, arrebatando la isla de Ambon a estos últimos. Uno de sus primeros éxitos fue penetrar en territorio japonés.

Como auténtico maestro de la fuerza paciente, Tokugawa Ieyasu no tuvo problemas para tratar con aquellos comerciantes. En 1598, Hideyoshi, el aspirante a conquistador de China, murió de fiebre a los cuarenta y siete años de edad y dejó a un consejo de regentes liderado por Ieyasu la tarea de gobernar en representación de su hijo de cinco años. Ieyasu no tardó en masacrar a la facción de Hideyoshi, se alzó como sogún de un nuevo gobierno en la ciudad de Edo —que más tarde se convertiría en Tokio— y fundó una dinastía que regiría los destinos del país hasta 1868. Los hispano-portugueses ya comerciaban con Japón a través de Nagasaki, y ahora llegaron también los protestantes. En un primer momento, los ingleses y los holandeses fueron bien recibidos por el sogún. En 1600, un marino aventurero de Kent llamado Will

Adams, veterano de las incursiones de Drake, fue uno de los pocos supervivientes de la primera flotilla que envió la VOC a oriente. Mientras los hispano-portugueses exigían su ejecución como pirata, Adams fue llevado al castillo de Osaka. Tras ganarse el favor de Ieyasu en una conversación que duró toda la noche, Adams se unió a su corte, aprendió japonés, se adiestró como samurái y asesoró al sogún sobre la tecnología que se utilizaba en Europa, construyéndole su primer buque de guerra de tipo europeo. Adams trabajó en detrimento de los españoles y holandeses al tiempo que promovía los intereses de la EIC. A los ingleses y los holandeses se les permitió mantener su presencia comercial, pero, en 1628, el hijo de Ieyasu, Hidetada, ahora convertido en sogún, se volvió contra el cristianismo, expulsando a los sacerdotes católicos y quemando a un grupo de 55 personas que profesaban la religión católica. Durante dos siglos, bajo el mandato de los sogunes Tokugawa, el acceso de los europeos a Japón quedaría limitado.

En otros lugares, las campañas de la VOC se mantuvieron con toda su fuerza. En 1618, Coen aseguró Yakarta (rebautizada como Batavia), en la isla de Java, y se vio recompensado por los Diecisiete con el cargo de gobernador general. Luego, los Diecisiete le exigieron que se apoderara de las islas de Banda, donde abundaban las especias. «Para abordar adecuadamente este asunto», escribió Coen, «es necesario volver a subyugar Banda y poblarla con otras gentes.» Así, más de diez mil indígenas fueron asesinados y otros muchos fueron deportados, mientras la VOC se aseguraba el monopolio del clavo y la nuez moscada. Exhibiendo un ensañamiento similar con sus competidores europeos, en Ambon los holandeses torturaron y decapitaron a 21 comerciantes ingleses.

Allí donde los portugueses tenían alguna presencia, la VOC atacaba lo que de hecho eran enclaves de los Habsburgo. En Taiwán, sus tropas asaltaron un fuerte portugués para potenciar su propio comercio en China. Al mismo tiempo, la Compañía puso la mirada en la India. En 1608, la VOC atacó a los portugueses en Coromandel, se apoderó de Pulicat y negoció una concesión con los marajás de Vijayanagara, antes de intentar acercarse al principal

monarca de oriente, el nuevo emperador mogol Jahangir. También en este caso los ingleses no tardarían en seguirlos.[6]

Cuando la VOC y la EIC trataron de ganarse a Jahangir, descendiente de Tamerlán y Babur, estaban cortejando al gobernante de la mayor potencia de la tierra. Jahangir, entonces conocido como Salim, era el hijo único de Akbar el Grande; debido a su adicción al opio, su padre había llegado a encerrarlo y obligarlo a dejar la droga en seco en un intento por curarlo. Aunque Salim seguiría siendo un adicto toda su vida, ello no frenaría en absoluto sus ambiciones. En la familia de Tamerlán, hijos y nietos competían por la corona, y los que perdían morían: «¡El trono o la tumba!». A medida que Akbar envejecía, el príncipe maniobró para aumentar su poder, asesinando al visir Abul-Fazl. Akbar contraatacó amenazando con dejar el imperio al hijo de Jahangir, Khusrau.

El 3 de noviembre de 1605, cuando murió el gran padishah (la misma semana del complot católico para volar el Parlamento inglés), Salim adoptó el nombre de Jahangir, el conquistador del mundo, mientras su hijo Khusrau se rebelaba y se apoderaba de Punyab. Jahangir aplastó a las tropas de su hijo y le dijo a su general: «Haz lo que tengas que hacer. Los reyes no tienen familia».[7]A Khusrau le hicieron desfilar a lomos de un elefante por un camino flanqueado de picas, mientras que sus partidarios fueron obligados a rendir pleitesía antes de ser empalados, sufriendo «el más atroz de los castigos», en palabras de Jahangir. Sorprendentemente, después de eso el joven volvió a conspirar y fue cegado como castigo.

Jahangir mostraba destellos del temperamento tamerlán, tanto en su voluntad de expandir el imperio como en la exhibición de cierta vena de crueldad, como cuando mató a un camarero por dejar caer un plato o a un cazador por interrumpir sus prácticas de puntería. Pero le fascinaban el arte, la ciencia y la arquitectura, y también estaba influenciado por el arte renacentista europeo, que veía como un instrumento científico, un medio para estudiar el mundo. Su pintor, Abu al-Hasan, perfeccionó un estilo mogol caracterizado por su exuberancia y exquisitez para complacer a un

drogadicto imperial que dependía cada vez más de su esposa Nurjahan.

Las emperatrices de Agra y Constantinopla: luz de palacio y hermosa luna

Nurjahan, nacida Mihr al-Nisa, era hija de uno de los ministros de Akbar, un iraní que había servido en la India. Jahangir la conoció cuando todavía estaba casada con un temerario paladín que le salvó a él mismo del ataque de un tigre, tras lo cual le dio el nombre de Sher Afgan, «el que forcejea con los tigres». Años después, tras la muerte de este, Jahangir volvió a verla.

En la corte de Agra, el mina bazar que se organizaba con motivo de la festividad del Nouruz (el año nuevo) era la ocasión ideal para los coqueteos. Mihr al-Nisa tenía entonces treinta y cuatro años, estaba viuda y tenía una hija; Jahangir tenía ya cincuenta y uno, quince esposas y un harén repleto, pero «yo no creía que nadie me tuviera tanto cariño». Esta astuta persa, criada en Kandahar, no solo era una mujer tempestuosa, ágil y hermosa que dominaba el persa y el árabe, sino que además era divertida. Le encantaba pintar con una copa en la mano, y era una tiradora de primera que en cierta ocasión abatió a cuatro tigres desde un elefante utilizando solo seis balas, sin fallar ni una sola vez. «Jamás se había visto semejante forma de disparar», escribía Jahangir. «Los cuatro tigres ni siquiera tuvieron la oportunidad de saltar.» Un comerciante inglés vio una vez a la pareja entrando con aire despreocupado en un campamento de caza en un carro, solos, con el emperador manejando las riendas.

En 1612, después de su boda —en la que él le dio a ella el nombre de Nurmahal, Luz de Palacio, más tarde mejorado por el de Nurjahan, Luz del Mundo—, ambos organizaron el matrimonio del tercer hijo de Jahangir, Khurram, un hombre disciplinado y abstemio que más tarde se convertiría en el emperador Shahjahan, con la sobrina de Mihr al-Nisa, Arjumand Banu, una mujer tan erudita y encantadora como su tía. Khurram había sido el nieto

favorito de Akbar, que le dio su nombre (que significa «jubiloso») y luego se lo arrebató a su madre rajput y lo hizo criar por su primera esposa, Ruqaiya, que no tenía hijos propios y «siempre lo favoreció», asegurándole a Jahangir, según sus propias palabras, que «no había comparación entre él y sus otros hijos». Akbar «lo veía como un verdadero hijo», mientras que Ruqaiya lo quería «mil veces más que si hubiera sido suyo». Criado por tan imponentes figuras, Khurram no se dejó impresionar lo más mínimo por el irreflexivo Jahangir, pero se enamoró de inmediato de su nueva esposa, a la que rebautizó como Mumtaz Mahal (la Elegida de Palacio). Sin embargo, Nurjahan casó entonces a su hija con otro de los descendientes de Jahangir, el joven e insignificante Shahryar, lo cual hizo sospechar a Khurram que planeaba destruirle.

Fue entonces cuando las compañías inglesa y neerlandesa llegaron a Agra para solicitar concesiones comerciales. El imperio de Jahangir era la potencia más rica del mundo, y en aquel momento se acercaba al apogeo de su poder económico: se calcula que la proporción que representaba del PIB mundial aumentaba con rapidez, pasando del 22,7 % en 1600 al 24,4 % en 1700, una cifra mayor que la de China. Su población —110 millones de habitantes— superaba a la del conjunto de Europa. Sus tejidos, fabricados en miles de pequeñas tiendas artesanales, se exportaban a todo el continente europeo, donde se estaban poniendo de moda, junto con las joyas, el marfil y las especias que suministraban los comerciantes portugueses y árabes. Pero, en 1616, Jahangir concedió a los holandeses sendas factorías comerciales, primero en Surat y más tarde en Bengala. Al mismo tiempo, la EIC envió a su flamante plenipotenciario, Thomas Roe, veterano de la búsqueda del Eldorado guyanés, para seducir a Jahangir: ambos se emborracharon juntos, y Jahangir concedió a Roe una factoría en Surat. Pero aquellos europeos eran muy poca cosa para el conquistador del mundo.[8]

Jahangir gobernaba el norte de la India, pero no el sur. Deseoso de expandirse, ordenó a Khurram que avanzara hacia el sur, en dirección a Decán (del sánscrito *dakhin*, que significa «sur»),

lo cual le valió que su padre lo ascendiera al más alto *mansab* (o rango, en el sistema mansabdari creado por Akbar) y le diera el título de Shahjahan, Rey del Mundo. «Con un arrebato de manifiesto afecto paternal lo tomé entre mis brazos», escribía Jahangir. «Cuanto más expresaba él su reverencia por mí, más aumentaba mi ternura.»

Sin embargo, su avance hacia el sur se vio bloqueado por el sultanato de Ahmadnagar, gobernado entonces por un talentoso paladín africano llamado Malik Ambar, de origen habshi, un grupo étnico normalmente pagano del interior de África cuyos miembros eran capturados por los cristianos o los árabes y luego vendidos a los guyaratíes para servir como soldados a los sultanes del este y el sur de la India.[9]Vendido por sus padres y convertido al islam por su primer amo en Bagdad, finalmente sería manumitido. Más tarde, al mando de un ejército de 10.000 habshis, Ambar, «un negro kafir [término árabe para designar a los infieles que se convirtió en un epíteto racista europeo para referirse a los africanos] con duros rasgos romanos», en palabras de un comerciante holandés, tomó el control del sultanato de Ahmednagar como peshwa (ministro principal) y casó al sultán con su hija. Tras derrotar repetidamente a Jahangir, Ambar tenía casi ochenta años cuando Shahjahan logró doblegarlo, un triunfo celebrado por Jahangir en un cuadro en el que se le ve disparándole una flecha a Ambar, una alegoría de la realización de los deseos, pero que muestra también lo poderoso que había llegado a ser el habshi. Solo tras la muerte de Ambar los mogoles pudieron engullir Ahmadnagar.

Sin embargo, las relaciones entre padre e hijo se enfriaron. Cuanto más afectuoso era Jahangir, más frío se mostraba Shahjahan. Incluso un arranque de amor familiar terminó en derramamiento de sangre: Shahjahan pidió la custodia de su hermano ciego Khusrau, al que luego asesinó. Su afecto se reservaba para su esposa Mumtaz Mahal. «No engendres hijos en ninguna otra mujer», le dijo ella, «no sea que los suyos y los míos luchen por la sucesión.» Shahjahan ordenó a otras mujeres que abortaran. Ahora presenciaba ya el declive de su padre.

«Nurjahan Begún, cuya habilidad y experiencia son mayores

que las de los médicos, intentó reducir el número de mis copas y aplicar diversos remedios», recordaba Jahangir. «Poco a poco fue reduciéndome el vino.» El poder de Nurjahan dependía de la vida de un yonqui tamerlán, pero su contemporánea en Constantinopla era una mujer aún más extraordinaria que llegaría a dominar el imperio otomano durante cuarenta años.

Cuando el sultán otomano Ahmed la vio por primera vez, era Anastasia, una odalisca griega recién esclavizada en el harén. Ambos tenían trece años, y él le dio el nombre de Mahpeyker, Hermosa Luna. Pero, más tarde, cuando se enamoró de ella, la rebautizó como Kösem, Líder. «Hermosa y astuta», señalaba un enviado veneciano, «con numerosos talentos, canta de maravilla y es extremadamente amada por el rey», que incluso «escuchaba su opinión en algunos asuntos». Juntos tuvieron nueve hijos, de los cuales cinco fueron varones, uno de ellos brillantemente dotado y otro lleno de locura homicida. Kösem tenía competencia: el hijo mayor de Ahmed, Osmán, era de otra odalisca; pero ella estaba más unida a él, aunque su prioridad siempre serían sus propios hijos.

El sultán Ahmed, supuestamente a instancias de Kösem, puso fin a la tradición de hacer estrangular a sus regios hermanos, preservando al suyo propio en la «jaula de oro» del harén. Ahora, los padishah pasaban menos tiempo liderando ejércitos, lo cual dotó de mayor poder al personal de palacio: sus eunucos africanos tenían un rango equivalente al de grandes visires.[10]

Socarrón, culto y atlético, poeta y esgrimista, Ahmed, que siempre quiso tener a Kösem a su lado, se consagró arduamente a la construcción de su Mezquita Azul, que diseñó junto con Mehmed Agha, formado a su vez por el gran Sinan. Con sus impresionantes cinco cúpulas, además de otras ocho más pequeñas, sus seis minaretes y sus azulejos de color aguamarina, formando un auténtico torrente de estilos bizantino-otomanos, esta sigue siendo a día de hoy una de las maravillas de Estambul. Recientemente, los otomanos habían cosechado diversas victorias en Hungría y habían arrebatado el Cáucaso a los persas, y ello había llevado a Ahmed a desviar su atención del que constituía su principal cometido: la

guerra. De repente, en 1605 se vio atacado por un nuevo y terrorífico sha.

Bisnieto del mesiánico niño-rey Ismaíl, Abbás había forjado su carácter en las sanguinarias purgas de los shas safávidas y la todopoderosa prepotencia de sus generales turcomanos, que habían cegado a su padre y rebanado a su madre. Cuando tenía diecisiete años, uno de los generales depuso a su padre y lo coronó a él.

Fornido, ágil, de tez morena, ojos verdes y bigote lacio, Abbás era amante del placer, pero con voluntad de poder, imprevisible y fiel a sus ideas; siempre llevaba una espada consigo, y con frecuencia decapitaba él mismo a los prisioneros ante la corte. En la batalla era lo bastante fuerte para luchar contra un asesino otomano hasta matarlo. En cierta ocasión, tremendamente enfurecido por los torpes errores de sus tropas en un simulacro de combate, corrió entre ellas cortando en dos a cuatro de sus hombres. No obstante, también era un hombre campechano que se cocinaba su propia comida y ejercitaba su caballo en la plaza de Isfahán, donde solía charlar con los transeúntes. Controlaba los precios de los alimentos paseándose disfrazado por el bazar: cuando los comerciantes le engañaban, los castigaba, por ejemplo, haciendo cocer a un panadero en su propio horno o asar vivo a un carnicero.

A Abbás le entusiasmaban las muchachas y muchachos jóvenes, en ambos casos generalmente georgianos esclavizados. A veces, en el harén, las muchachas «lo levantaban en volandas, le hacían dar vueltas y vueltas por las habitaciones y lo tiraban sobre la alfombra mientras él gritaba: "¡Rameras, estáis como cabras!"». Como en Constantinopla, el harén estaba regentado por eunucos africanos y georgianos. A veces, Abbás realizaba él mismo las orquiectomías, y lo hacía con tal precisión que en sus manos se producían menos muertes de las habituales. Su nuevo ejército estaba integrado principalmente por esclavos ghilman del Cáucaso. En 1605 atacó a los otomanos y recuperó Tabriz y el Cáucaso, donde esclavizó a 160.000 personas.

Tras sus primeros éxitos contra los otomanos, Rodolfo de Habsburgo envió un emisario a Abbás, que lo recibió alegremente

mientras examinaba dos espadas antes de elegir una y decapitar con ella a un prisionero otomano, un acto que acompañó del consejo de que el emperador debería tratar del mismo modo a los turcos. Pero el mundo real estaba alcanzando a aquel emperador de fantasía.

Defenestrados: el Príncipe de las Tinieblas y el Julio César coprófago

«Dicen que sois alquimista, astrólogo y dado a la nigromancia», escribió a Rodolfo su hermano Alberto. «Si eso es cierto y Vuestra Majestad ha caído en el hábito de utilizar los servicios de los muertos, ¡pobre de la Casa de Austria!» El papa Clemente VIII lideraba ahora un beligerante renacimiento católico, surgido como reacción a la pasión del protestantismo, y planeaba un cambio de régimen en Praga, espiando a Rodolfo e instando a deponerlo a sus hermanos, liderados por el archiduque Matías. «Los católicos de Praga generalmente coinciden», informaba el enviado de Clemente, «en que el emperador ha sido embrujado y está compinchado con el diablo. Me han mostrado la silla en la que Su Majestad se sienta a mantener conversaciones con el Príncipe de las Tinieblas ... y la campanilla que utiliza para invocar a los espíritus de los difuntos.»

En 1606, los hermanos Habsburgo y su sobrino Fernando de Estiria se reunieron en secreto en Viena. «Su Majestad ha llegado al extremo de abandonar a Dios por completo», afirmó Matías, añadiendo que vivía consagrado a los «magos, alquimistas y cabalistas». Matías obligó a Rodolfo a hacer las paces con los otomanos. En Praga, Rodolfo, que desconfiaba de todo el mundo y estaba convencido de que sus hermanos querían matarlo, apuñaló a su chambelán en mitad de la noche y luego intentó suicidarse. Deseoso de contar con un sirviente leal, ascendió a chambelán a un judío converso tirolés llamado Filip Lang —que probablemente también era su amante—, lo cual le permitió controlar el gobierno mientras su epígono vendía cuadros y lo traicionaba con sus hermanos. «Sé que estoy muerto y condenado», le dijo Rodolfo a

Lang, «poseído por el diablo.»[11]

Los dos hermanos buscaron el apoyo de los protestantes. En julio de 1609, Rodolfo firmó una Carta de Majestad en la que prometía tolerancia religiosa para estos últimos, pero, cuando amenazaron su poder, trajo un destacamento de mercenarios que se ganó la enemistad de todas las partes. Las tropas de Matías avanzaron hacia Bohemia, cosa que obligó a Rodolfo a ceder Hungría y Austria. En marzo de 1611, mientras el emperador despotricaba en los corredores del castillo: «¡Me ha arrebatado una a una mis coronas!», Matías marchaba sobre Praga, que lo recibió con los brazos abiertos. «¡Praga, Praga!», maldijo Rodolfo, «yo te hice famosa, pero ahora me alejas ... ¡Que la venganza caiga sobre ti.»

Matías dejó que Rodolfo se quedara con el castillo. Pero cuando su león favorito murió, supo que era el fin. Matías, convertido ahora en el nuevo emperador, confirmó la promesa de tolerancia de Rodolfo, pero los protestantes reclamaron el derecho a construir nuevas iglesias en tierras católicas. Más tarde, cuando Matías agonizaba, su sucesor, Fernando II, prometió llevar a cabo una contraofensiva católica con la ayuda de dos funcionarios de dicha confesión, Jaroslav Bořita y Vilém Slavata. Los nobles bohemios asaltaron el castillo y espetaron a los funcionarios: «¡Sois enemigos nuestros y de nuestra religión!», antes de arrojarlos a ambos por la ventana junto con su secretario Filip Fabricius, ya que la defenestración era una especie de tradición en Praga, una muerte deshonrosa. Pero los tres sobrevivieron a la caída de más de veinte metros: los católicos afirmaron que les había socorrido la Virgen María, mientras que los protestantes dijeron que habían aterrizado sobre un montón de basura. Fabricius partió al galope para informar a Viena, donde fue ennoblecido por el emperador Fernando con el epíteto de von Hohenfall (literalmente, «caído desde lo alto»). Fernando reprimió a los rebeldes bohemios, que entonces depusieron a los Habsburgo y eligieron al príncipe protestante Federico, elector del Palatinado, que estaba casado con la hija de Jacobo I, Isabel.

Jacobo se sentía presionado para apoyar a su yerno, pero

estaba muy mermado por la muerte de su amado hijo Enrique en 1612, que había dejado como heredero al poco atractivo Carlos, quien no había cumplido aún doce años. El monarca inglés prefería prestar más atención a su favorito, el conde de Somerset.

Pero entonces, el 14 de septiembre de 1613, un cortesano llamado sir Thomas Overbury murió en la Torre de Londres tras recibir una lavativa.

Muerte por enema: los favoritos de Jacobo

Jacobo se sintió conmocionado al saber que Overbury había sido asesinado por orden de su querido Somerset y su nueva esposa. Overbury había sido asesor político de Somerset, hasta que el conde se enamoró de una mujer casada, Frances, condesa de Essex, a cuyas funciones de teatro nupciales había asistido Shakespeare. Overbury no lo aprobó, y advirtió a su patrón de la «injuria e iniquidad» de la mujer, escribiendo un poema entero, titulado «La esposa», en detrimento de ella. Pero lo que ocurrió fue que los Howard, la poderosa familia proespañola de Frances, acusaron a Overbury y convencieron a Jacobo, celoso de la relación de este con Somerset, de que lo encerrara en la Torre y permitiera además el matrimonio de Frances con Somerset alegando que su marido actual, Essex, era impotente. La pareja decidió eliminar a Overbury, primero despidiendo al alcaide de la Torre y reemplazándolo por un arribista corrupto, y luego metiendo a un carcelero desalmado. A continuación reclutaron a una proxeneta aficionada a la brujería, Anne Turner, para que consiguiera veneno de la esposa de un farmacéutico. El veneno fue suministrado por el propio médico de Overbury, quien, previamente sobornado, le dio a comer pastelitos untados de arsénico. Overbury cayó enfermo, pero no murió, por lo que los Somerset ordenaron al médico que inyectara un enema de cloruro de mercurio en el recto de sir Thomas. Overbury sufrió una muerte lenta y dolorosa justo antes de que Somerset se casara con Frances Howard. Somerset seguía gozando del constante favor de Jacobo, que, sin embargo,

empezaba a cansarse de su avaricia y prepotencia. Justo en ese momento, el rey vio a un apuesto joven en una cacería. George Villiers se convirtió en el medio para derrotar a Somerset, cuyos enemigos recaudaron dinero para comprarle al adonis un nuevo traje adornado con ricas joyas, y luego lo pasearon ante los ojos del rey, bailando ágilmente en las mascaradas de la corte y mostrando sus famosas piernas. Cuando Somerset dejó de ser invulnerable, el alcaide de la Torre lo denunció por matar a Overbury.

Los asesinos fueron detenidos y, bajo tortura, confirmaron que sus patrones eran en realidad los Somerset, a quienes también encerraron en la Torre. En noviembre de 1615, Anne Turner, descrita en su juicio como «puta, alcahueta, hechicera, bruja, papista, delincuente y asesina», fue ahorcada junto con otras tres personas. Jacobo estaba consternado, y rogó a Somerset que no sembrara «la duda de que yo pudiera ser, de algún modo, cómplice de su crimen». En el que sería el juicio más famoso de su reinado, observado con inquietud por el monarca, los Somerset fueron declarados culpables y condenados a la horca. Jacobo, que entonces tenía cuarenta y ocho años, los perdonó, consolado por un George Villiers de veintiuno al que un babeante obispo describía como «el hombre más apuesto de toda Inglaterra»: Jacobo se enamoró de él, lo nombró maestro de caballería y le otorgó el inusual título de marqués de Buckingham. Le llamaba «mi dulce esposa», mientras que Buckingham recordaría más tarde cómo le amaba el rey «en una época que nunca olvidaré en Farnham, donde no podía distinguirse la cabecera de la cama entre el amo y su perro». Villiers, por su parte, llamaba al monarca, entre otras cosas, «querido papá».

Mientras esta joya llegaba a la corte, otra desaparecía. Tras representar su última (y hoy perdida) obra, *Cardenio*, Shakespeare, ya fuera por encontrarse enfermo o por haberse visto salpicado por algún escándalo, se retiró a Stratford. En una rara visita a Londres, el dramaturgo tuvo un «feliz encuentro» con su amigo y rival Ben Jonson, y «parece que bebió demasiado», pues, tras regresar a casa, el 23 de abril de 1616 «murió de una fiebre allí contraída».

En Europa, el sueño de Jacobo de conciliar las dos

confesiones religiosas se ahogó en un baño de sangre. El 8 de noviembre de 1620, en la batalla de la Montaña Blanca, el káiser Fernando derrotó a los bohemios. El yerno y la hija de Jacobo huyeron y perdieron Bohemia y el Palatinado. Tras nombrar a Buckingham lord gran almirante para dirigir sus políticas, Jacobo decidió negociar con los españoles, confiando en salvar los territorios de su hija a cambio de casar a Carlos con la infanta María Ana de España.

Carlos estaba encantado. Menudo, elegante, compulsivamente educado, devoto miembro de la iglesia alta anglicana con una creencia obsesiva en la naturaleza sagrada de la realeza, estaba obsesionado con la princesa Habsburgo, a la que solo había visto en un retrato. Su romance se vio alentado por Buckingham, ocho años mayor que él, que enseñó a bailar al torpe príncipe. Ansioso por obtener la aprobación de su padre, este veneraba a Buckingham, que parecía capaz de proporcionársela.

A los protestantes del Parlamento no les gustó esa postura de apaciguamiento de los católicos. A principios de 1623, mientras la asamblea atacaba a sus ministros, Jacobo se enfrentaba a la creciente popularidad de una secta protestante cada vez más devota que seguía la Palabra de la Biblia al tiempo que aspiraba a un estilo de vida más ascético y a una relación íntima e inmediata con Dios y con Cristo, lo que para sus fieles entrañaba una gracia que hacía que se vieran a sí mismos como los Elegidos y los Santos. «Los echaré del reino», advirtió Jacobo. Pero la religiosidad era contagiosa, y su intensidad crecía en la adversidad. Cuanto más beligerante era el resurgimiento católico, más fanáticos se volvían aquellos «santos» vestidos de negro que andaban siempre reprobándolo todo y con la Biblia en la boca, y a los que llamaban en broma puritanos, una estirpe de la que se había burlado el propio Shakespeare a través de su personaje Malvolio. Así, fueron haciéndose cada vez más poderosos gracias a la oposición de una serie de lores y caballeros ascéticos y santurrones que cuestionaban a Jacobo y a su turbulenta y ostentosa corte, todo ello mientras las negociaciones con España se atascaban. Carlos, sin embargo, estaba seguro de poder salir del atolladero, planeando la hazaña

más extraña jamás intentada por un príncipe inglés.

En junio de 1622, en Praga, Fernando celebró su victoria con un «teatro de sangre», matando a un total de 48 protestantes bohemios: algunos fueron ahorcados; a los que habían blasfemado les cortaron la lengua o la clavaron al patíbulo. Después, todos fueron descuartizados. Habían ganado los Habsburgo.[12]Por ahora.

La paz con los otomanos había permitido al káiser católico quebrantar el poder protestante. Ahora, un enérgico padishah intentaría restablecer el equilibrio en una intervención que ayudaría a llevar al poder a la extraordinaria política Kösem.

ASESINATO POR COMPRESIÓN TESTICULAR: KÖSEM Y SUS MUCHACHOS

El poder familiar permitía a las mujeres desempeñar papeles muy distintos. En las monarquías, la hija indefensa a la que se enviaba a casarse con un remoto potentado era menos valorada que la esposa o la hija del campesino, que resultaban imprescindibles para gestionar un minifundio. Pero Kösem y las mujeres como ella actuaban como protectoras de los hijos y a menudo regentes de los reyes, lo cual les permitía convertirse en gobernantes. En 1617, tras la muerte de su esposo Ahmed, Kösem maniobró para que lo sucediera del hermano de este, Mustafá. Pero Mustafá era un hombre demasiado simplón: su principal afición era arrojar monedas a los peces en el Bósforo. Kösem no pudo retrasar más el acceso al trono del hijo mayor de Ahmed, Osmán II, que tenía catorce años, pero se aseguró de que al menos no matara inmediatamente a sus medio hermanos, es decir, a los hijos de ella.

El joven y testarudo padishah planeaba forzar a Polonia-Lituania a apoyar a los desvalidos protestantes frente a los imbatibles Habsburgo y centralizar el poder en Estambul. Osmán se llevaba bien con Kösem, pero carecía de su una *valide sultan* para gestionar el palacio de Topkapı. Tras ceder Georgia al sha Abbás y mandar estrangular a su propio hermano, condujo su ejército a Polonia. Pero en Eurasia se estaba produciendo un

cambio climático —bautizado como Pequeña Edad de Hielo— que desestabilizaba todas sus sociedades, propiciando las turbulencias, desde Constantinopla hasta China y desde Ucrania hasta París: hacía tanto frío que el Bósforo se congeló, la gente se moría de hambre, los jenízaros daban muestras de descontento y, en el frente, el enorme ejército de Osmán vio detenido su avance por los polacos.

A su regreso a Estambul en mayo de 1622, justo cuando Fernando de Habsburgo concebía su «teatro de sangre» en Praga, el plan de Osmán de relegar a los jenízaros y crear un ejército similar al de Abbás desencadenó un golpe de Estado en el que un grupo de jenízaros descendieron con cuerdas desde el tejado del palacio y apresaron al sultán. Pero Osmán, encarcelado en la fortaleza de Yedikule, era un hombre demasiado enérgico para aceptar su destronamiento. Se resistió tan vigorosamente al estrangulamiento que, al final, un fornido luchador lo mató por compresión de los testículos, un método respetuoso porque no se derramaba sangre real, pero que sin duda ponía de manifiesto la ira que inspiraba Osmán. Fue el primer regicidio otomano, al que no tardaría en seguirle la versión inglesa, marcando así el repliegue de la monarquía ilimitada.

En medio del caos, Kösem logró maniobrar con destreza para conseguir la subida al trono de su tempestuoso hijo Murad IV, de once años de edad. Ahora en estrecha alianza con el gran visir y el kizlar agha, Kösem recuperó el poder, tratando de proteger a Murad y a los otros dos hijos que todavía le quedaban. En las sinceras cartas que le escribía al gran visir, Kösem —admirada por las masas como Valide-i Muazzama, Madre Magnífica— se mostraba como una auténtica experta en cuestiones económicas: «¿Cómo llevas el pago de los salarios? ¿Queda mucho?». No toleraba excusas y daba órdenes precisas: «Desde luego que se debe prestar atención a las provisiones para la guerra. Si de mí dependiera, se habría atendido antes. No es culpa mía ni de mi hijo». También tenía sentido del humor: «Me das verdadero dolor de cabeza, pero también yo te doy un tremendo dolor de cabeza a ti. Cuántas veces no me habré dicho: “Me pregunto si no se estará

hartando de mí", pero ¿qué otra cosa puedo hacer?».

Murad, que crecería entre conspiraciones de los jenízaros y linchamientos multitudinarios de sus ministros, se revelaría como el más grande padishah desde Solimán. Pero, por el momento, un niño sultán representaba una oportunidad demasiado buena para que el sha Abbás la desaprovechara. Cuando Bagdad se rebeló contra los otomanos, Abbás rompió la paz y tomó Irak. Pero la cosa no acabó ahí: también arrebató Bahréin a los Habsburgo, y codiciaba asimismo su fortaleza de Ormuz, que dominaba el golfo Pérsico. Él carecía de barcos, pero en aquel momento la EIC inglesa intentaba negociar concesiones comerciales con Persia, de modo que en 1622 pidió prestada una flotilla de cuatro naves y atacó Ormuz con ellas.

Al nuevo rey de España y Portugal, Felipe IV, nieto del Rey Prudente y por entonces un joven de dieciocho años, no le preocupaba tanto Persia como dos misteriosos ingleses apellidados Smith que habían llegado inesperadamente a Madrid.

Los Smith, el Rey Planeta y dos artistas

El 7 de marzo de 1623, Felipe se sorprendió al saber que Thomas y John Smith eran en realidad Carlos, príncipe de Gales, que a la sazón tenía veintitrés años, y el marqués de Buckingham, de treinta y uno, que habían disfrutado de un emocionante viaje por toda Europa. Jacobo se quejaba de las travesuras de sus «bebés», pero los llamaba sus «audaces caballeros» y ascendió a Buckingham al rango de duque para que lo ayudara en sus negociaciones.

Jacobo aspiraba a un matrimonio español con la infanta María Ana, hermana de Felipe, a fin de mantener a Inglaterra fuera de la guerra, recuperar el Palatinado de manos de su yerno y obtener una provechosa dote.[13]Carlos se había convencido de que estaba enamorado de María. Buckingham, deseoso de conseguir la alianza para Jacobo, pero también de lograr una relación más estrecha con el heredero, alentó un arriesgado plan que apelaba al sentido romántico del príncipe. El duque debería habérselo

pensado mejor. Ignorando las complejidades religiosas, los dos hombres galoparon rumbo a París, donde admiraron los preciosos ojos verdes de la reina Habsburgo de Francia, Ana de Austria, hermana de Felipe IV, a la que Carlos calificó como «la más hermosa»; en cambio, apenas se fijó en la cuñada de Ana, Enriqueta María.

Luego, los Smith siguieron galopando hacia Madrid. Su llegada fascinó y a la vez puso en un aprieto a Felipe, que los recibió en el Alcázar. Hijo de primos hermanos, dado que su madre era hermana del emperador Fernando, Felipe había heredado los imperios hispano y portugués, que se extendían por cinco continentes, pero también la mandíbula de los Habsburgo y la sacra formalidad de la realeza española. Era la pieza fundamental del «teatro de grandeza» de la corte, aclamado como el Rey Planeta (el sol se consideraba entonces el cuarto en la jerarquía planetaria) a quien los cortesanos servían de rodillas en las comidas. Felipe se movía despacio y siempre con el rostro serio como un fantasmal galeón humano; bromeaban que en su largo reinado solo había reído tres veces.

Sin embargo, en privado, el planetario monarca se mostraba inseguro, piadoso, socarrón y apasionado, gobernado en la práctica por un imponente valido, el conde-duque de Olivares, un hombre extrovertido, robusto y rubicundo, de nariz grande y colorada, que se promocionaba a sí mismo adoptando aires de magnificencia marcial. El valido se había ganado el favor del rey con una mezcla de adulación a la antigua usanza —encargándose de llevar el rebosante orinal de los reales aposentos y organizando encuentros del monarca con actrices— y una cautivadora seguridad en sí mismo: él tenía un plan para vigorizar España, lastrada por la crisis financiera y la escasez de recursos militares, y ya estaba funcionando. Felipe, un hombre pelirrojo y con un flamante bigote, no era ningún necio, pero admitía estar abrumado por un «mar de confusiones y un océano de dificultades», por lo que necesitaba a Olivares. El rey «está dotado de todos los dones», escribía el artista Peter Paul Rubens, que lo conocía bien, pero «desconfía de sí mismo y cede demasiado ante los demás».

Fue en ese momento cuando otro artista, Diego Velázquez, hijo de un notario sevillano y a la sazón de veintitrés años, llegó a la corte para conocer al rey, justo antes de que lo hicieran Carlos y Buckingham. Olivares lo había invitado a una real audiencia, pero ahora debía esperar mientras Felipe y Olivares se ocupaban de los torpes ingleses. El matrimonio propuesto no podía producirse sin que se liberara a los católicos ingleses y Carlos se convirtiera al catolicismo. ¿Había venido Buckingham a ofrecer la conversión de Carlos? De no ser así, la visita iba a ser muy incómoda. Felipe permitió a Carlos vislumbrar a su hermana cubierta con un velo, pero ella se negaba a casarse con un hereje. Mientras tanto, los dos machos fanfarrones Olivares y Buckingham discutieron, y a punto estuvieron de llegar a las manos.

Lo único que tenían en común Felipe y Carlos era su amor por el arte, el único beneficiado de toda la debacle. Carlos recibió dos tizianos de manos del monarca español, un hombre extremadamente cortés, y ambos posaron para Velázquez. A Felipe le encantó el estilo del sevillano, que mostraba al Habsburgo como un hombre imperfecto e imbuido a la vez de planetaria majestad. Después de pintar a Olivares en toda su desmesurada prepotencia y de retratar delicadamente a Felipe y su mandíbula, Velázquez fue nombrado ujier de cámara del rey.

Carlos comprendió que, a menos que firmara un acuerdo para salvar la cara, Olivares no le dejaría volver a Londres. Firmó. Decidido a vengarse de los Habsburgo, él y Buckingham volvieron a casa, donde sus súbditos se mostraron encantados de que no los acompañara una infanta. Pero todas las facciones ahora querían la guerra contra España y una alianza con Francia. Carlos y Buckingham permitieron imprudentemente que el Parlamento destituyera a su propio tesorero a cambio de subsidios de guerra. En marzo de 1625, Jacobo murió con Buckingham sujetándole la mano, poco antes de que Carlos se casara con la princesa francesa Enriqueta María, que entonces tenía quince años y cuyos ojos oscuros revelaban su sangre Médici.

Al viajar a París para recoger a la novia, Buckingham hizo alarde de todo su glamur vistiendo nada menos que 25 trajes con

diamantes incrustados, y en una recepción al aire libre coqueteó descaradamente con la esposa de Luis XIII, Ana de Austria. En la corte conoció también a uno de los personajes más fascinantes de Europa, el diplomático y artista flamenco Rubens, cuya extraordinaria energía y ambición le debían algo a la notoria caída de su padre.[14]El arte de Rubens, extravagante, deslumbrante, colorido y sensual, fue el brazo estético del resurgimiento católico, diseñado para eclipsar y superar al adusto protestantismo y mostrar la magnificencia de los Habsburgo.[15]Pero el pintor no se dejó impresionar lo más mínimo por Buckingham, cubierto de diamantes, que lo contrató para decorar su palacio londinense.

Cuando Carlos conoció a Enriqueta María no podía creer lo menuda que era. Hicieron buenas migas, pero a ella la irritaban las restricciones de la corte. «Soy la persona más afligida del mundo», escribía. Criada en París e hija de un gran rey —el asesinado Enrique IV—, era una católica devota y una mujer muy extravagante que tenía un séquito de doscientas personas, entre ellas su enano favorito, Jeffrey Hudson. Tras salir de una tarta vestido con armadura, este último —obsequio de Buckingham— se convertiría en su inseparable lord Minimus. Hudson tendría una vida casi tan dramática como las de sus reales patrones. Pero el matrimonio de Carlos estaba dominado por Buckingham, mientras sus políticas embarrancaban en la escalada de la guerra europea.

Carlos y Buckingham entraron en guerra con España y enviaron una expedición para reinstaurar a Federico del Palatinado, pero también apoyaron a los protestantes franceses, entonces reprimidos por Luis XIII, hermano de Enriqueta María. Acabaron en guerra tanto con España como con Francia, un embrollo perfecto que además generaba tensión en el matrimonio de Carlos. Buckingham asumió el mando, pero todas sus expediciones resultaron desastrosas. Gastó 10.000 libras en su propia ropa para la expedición destinada a salvar a los protestantes en La Rochelle (incluidas 367 en un perfumadero de plata), pero luego no pagó a sus soldados. Llegó a hacerse odioso. Incluso Rubens, al pintar al duque, comentó: «Cuando considero el capricho y la arrogancia de Buckingham, compadezco al joven

rey»; y predijo que el duque iba «directo al precipicio». El Parlamento, a su vez, insistió: «Mientras a este importante personaje no se le impida entrometerse en los grandes asuntos del Estado, no tendremos ninguna esperanza de éxito». Carlos, en cambio, ignoró al Parlamento, y las guerras continuaron.

El 23 de agosto de 1628, Buckingham, instalado en el Pub Greyhound de Plymouth para organizar su expedición española, fue apuñalado en el pecho por un soldado resentido. «¡Villano!», gritó el conde, que tenía solo treinta y cinco años, y se desplomó. Su mujer, que estaba embarazada, bajó corriendo las escaleras y lo encontró muerto sobre la mesa del desayuno. Mientras las masas lo celebraban, Carlos «se arrojó en su lecho, lamentándose con gran pasión y con abundantes lágrimas», y permaneció encerrado en su habitación durante dos días. Más tarde, indignado por el deleite con el que los parlamentarios acogieron el asesinato, se deshizo en elogios hacia Buckingham y adoptó en la práctica a sus dos hijos, que se criarían con los suyos propios. Pero la muerte de Buckingham puso fin a la guerra española de Carlos, con un tratado de paz negociado por Rubens, y salvó su matrimonio.[16]Sin la presencia del duque, el gélido Carlos se derritió y llegó a amar a Enriqueta María. «Amado corazón», le escribía más tarde, «no tengas la menor duda de que no hay peligro al que no esté dispuesto a aventurarme, ni dolor que no esté dispuesto a sufrir, para disfrutar de la felicidad de tu compañía.» En 1630, Enriqueta María dio a luz, con ayuda de Peter Chamberlen y su fórceps secreto, a un príncipe de Gales, Carlos, al que más tarde seguirían un duque de York, Jacobo, y otros cinco hijos.

Aunque afectuoso en privado, Carlos era obstinado y altivo en política. Creía en la naturaleza divina de la realeza, a pesar de que hacía mucho tiempo que las sucesiones de la monarquía inglesa debían ser confirmadas por el Parlamento, integrado por una Cámara de los Lores hereditaria y de designación directa, y una Cámara de los Comunes constituida por caballeros elegidos por alrededor del 5 % de la población, aunque las mujeres no tenían derecho a voto. Carlos decidió prescindir de los parlamentos, financiándose mediante impuestos agresivos. Estaba lejos de ser un

tirano, ya que no ejecutó a nadie, pero sus novedosos impuestos, recaudados sin el consentimiento de las dos cámaras, suscitaron aversión. Rechazando a los puritanos del Parlamento, Carlos adoptó un protestantismo proclive a la iglesia alta que se tradujo en un embellecimiento de los templos y un apoyo a la autoridad real. A diferencia de los gobernantes continentales, los reyes ingleses disponían de flotas, pero no de ejércitos permanentes, lo cual implicaba que carecían de la fuerza necesaria para imponerse a sus parlamentos. Las feroces luchas religiosas se convirtieron en la chispa que, combinada con un monarca ambicioso pero sin fondos suficientes, una nobleza dividida, un Parlamento cada vez más seguro de sí mismo y un sentimiento catastrófico-milenarista exacerbado por la guerra europea y las penalidades económicas, sumirían a Inglaterra en un período de sesenta años de crisis. Sin embargo, Inglaterra no fue la única: Alemania, Francia, España, Polonia, China y el imperio otomano experimentarían también sus propias y devastadoras crisis.

En esa atmósfera apocalíptica, dos hombres de bandos opuestos —un lord católico y un puritano provinciano— pusieron sus miras no en Inglaterra, sino en el Nuevo Mundo. Jamestown estaba a punto de desaparecer: habían perecido 3.000 de los 3.600 colonos que se habían desplazado hasta allí entre 1619 y 1622. Pero ahora ingleses de diferentes creencias buscaban de manera similar una nueva vida en América, no tanto la libertad para todos como la posibilidad de liberarse ellos mismos de las ataduras impuestas por otros.

Santos de América: Cromwell, Warwick y Winthrop

Un caballero de Huntingdonshire, miembro electo del último Parlamento de Carlos, estaba tan contrariado por la tiranía religiosa del rey que empezó a barajar la posibilidad de emigrar a América. Oliver Cromwell sería el segundo estadista notable de su familia.

Descendiente de la hermana del que fuera brazo ejecutor de

Enrique VIII, Thomas Cromwell, su familia se había enriquecido gracias al reparto del botín monástico que había sobrevivido a la decapitación del vicegerente de Asuntos Espirituales; su acaudalado tío, sir Oliver Cromwell, que había recibido el título de manos de la reina Isabel, residía en una gran mansión, Hinchingbrook, donde con frecuencia se alojaban Jacobo I y el príncipe Carlos, a quienes sin duda habría visto el joven Cromwell, que, sin embargo, heredó poco de su padre. Diez años antes, Oliver se había casado con Elizabeth Bourchier, la inculta hija de un comerciante puritano con buenos contactos, que le dio nueve hijos. Después de cursar estudios jurídicos de forma intermitente, se vio inmerso en una sucesión de crisis: tras ser elegido parlamentario por Huntingdon, se enemistó con la pequeña nobleza terrateniente, abandonó la población y sufrió lo que por aquel entonces se conocía como *valde melancholicus*, es decir, una crisis nerviosa. De lo único que de verdad sabía era de caballos, lo cual resultaría ser un don inestimable cuando asumiera el mando de la caballería. La redención llegó con una conversión damascena por la que aquel «primero entre los pecadores» se convenció de que pertenecía a «la congregación de los primogénitos», elegido por Dios para ser uno de los santos predestinados al cielo. Escribía sin cesar sobre Dios y la providencia, pero se mostraba sorprendentemente afectuoso y tolerante con sus hijos, aunque, como creyente, le preocupaba que su hija favorita, Bettie, una muchacha amante de la diversión, procurara «por su propia vanidad e intención carnal». Aunque Cromwell siempre se presentó como un hombre franco y sencillo criado por Dios —un retrato repetido por la mayoría de los historiadores—, no era exactamente lo que parecía: rudo, voluble y conflictivo, tendía a la ciclotimia, oscilando entre la euforia y la desesperación.

Mientras Carlos parecía haber triunfado sobre el Parlamento y los puritanos, Cromwell era el típico ejemplo de quienes soñaban con «peregrinar» a una nueva Tierra Prometida, y probablemente conocía de oídas al mayor defensor de la colonización, con quien llegaría a mantener una relación muy estrecha: Robert Rich, conde de Warwick. Espléndidamente rico, magníficamente vestido y

extremadamente bien relacionado, además de ser uno de los primeros inversores en las compañías de las Indias Orientales y de Virginia, y almirante de su propia flotilla corsaria antiespañola, Warwick era simpatizante puritano y un innovador empresario colonial. Apasionado, astuto, con una barbita puntiaguda en el extremo de la barbilla, era un hombre dotado de «coraje para las más grandes empresas» que desempeñaría un papel clave en dos grandes acontecimientos: la fundación de Estados Unidos y la caída de Carlos I.

Aunque es habitual retratar a los primeros colonos norteamericanos como humildes puritanos aficionados a cantar himnos religiosos, la forja de lo que con el tiempo sería Estados Unidos de América fue siempre una empresa conjunta en la que participaron tanto los gerifaltes como la gente corriente: tras la hambruna de Jamestown, recayó en una serie de aristócratas la tarea de rescatar Virginia y enfrentarse a los pueblos powhatan, que a su vez contraatacaron con diversas masacres. Pero fue la plantación de un nuevo cultivo, el tabaco, originario de América del Sur y ahora reexportado desde Europa, lo que proporcionaría a los colonos su sustento; y su principal terrateniente sería Warwick, propietario de la plantación de tabaco de Richneck.

Justamente por entonces, en 1630, un total de 17 barcos con un millar de colonos, capitaneados por un acaudalado líder puritano llamado John Winthrop —a quien Carlos había destituido de su cargo—, llegaron a Nueva Inglaterra para fundar la Mancomunidad de Massachusetts, que imaginaban como una teocracia inspirada en la Jerusalén de los israelitas bíblicos: «Una ciudad en una colina». Warwick y sus «piadosos amigos» se contaban entre los inversores de la Compañía de la Bahía de Massachusetts. En marzo de 1628, Carlos cedió tierras a Warwick para que fundara una nueva, la Compañía de Nueva Inglaterra, y luego el conde también dio su respaldo a otras: Saybrook, en Connecticut, y Providencia, en Honduras/Nicaragua.

Nueva Inglaterra se había fundado por accidente. En 1620, dos barcos de peregrinos ultrapuritanos, el *Mayflower* y el *Fortune*, zarparon rumbo a Virginia, pero llegaron a Nueva Inglaterra,

donde fundaron el asentamiento de Plymouth. Los colonos intentaron crear una comunidad sagrada mientras se peleaban entre ellos en torno a lo que eso significaba. En la década de 1630 les seguirían otros 21.000 colonos. Pero la fundación de Estados Unidos no sería solo obra de los puritanos.

En 1632, Carlos autorizó a un político católico, George Calvert, barón de Baltimore —como Warwick, uno de los primeros inversores en las compañías de Virginia y las Indias Orientales—, a fundar una colonia que originariamente había de llamarse Carola en honor al monarca, aunque Carlos la rebautizó como Maryland en homenaje a su esposa.[17]Agotado por sus viajes, Baltimore falleció en 1632; su hijo Cecil lo sucedió como primer lord propietario y conde palatino de las provincias de Maryland y Avalon, y envió dos barcos a América, el *Ark* y el *Dove*, con dos jesuitas y doscientos colonos, a los que seguiría su hermano menor como gobernador.

Esas colonias se diferenciaron inmediatamente de la madre patria, y muy pronto quedó claro que los propietarios y las compañías fundadoras no podían controlar a los colonos. Pese a disfrutar de abundantes tierras, en julio de 1619 los problemas derivados de la escasez de mano de obra y las crecientes fricciones con los powhatan llevaron a los primeros virginianos a fundar una asamblea electa. Las elecciones eran anuales, y el electorado representaba una proporción mucho mayor de la población (más del 70 % de los varones blancos) que en Inglaterra. Pero los colonos necesitaban encontrar una solución a la crisis de mano de obra. A los colonos se les asignaban unas veinte hectáreas de tierra por persona, lo cual animaba a los más prósperos a emplear a trabajadores no remunerados en régimen de servidumbre (contratados para trabajar a cambio de transporte, alimentación, vestido, hospedaje, etc., pero sin cobrar salario) a fin de acumular más tierras. Esos empleados no remunerados, a menudo muchachos, que constituían entre el 70 y el 85 % de los colonos, solían trabajar unos siete años antes de quedar liberados de su contrato. Pero las plantaciones de tabaco, propiedad de Warwick y otros terratenientes, requerían una mano de obra que resultara aún

más barata, y fue el conde puritano quien mostró el camino a seguir.

En 1619 partió de Luanda un barco negrero portugués, el *San Juan Bautista*, que transportaba a 350 ambundus esclavizados. Durante la travesía, en condiciones infernales, perecieron 143. Al llegar al Caribe, los esclavistas vendieron a 24 niños en Jamaica, gobernada aún por la dinastía de los Colón, pero uno de los barcos de Warwick capturó a veinte adultos y los trasladó a Virginia, donde los pusieron a trabajar en Richneck. Probablemente ya había algunos africanos en las colonias, pero estos fueron los primeros comercializados en América del Norte. En 1625, algo más al sur, en el Caribe, los colonos ingleses reclamaron una antigua isla española, Barbados. Durante los ochenta años posteriores se llevarían a Norteamérica un total de 21.000 africanos esclavizados,[18]pero aún habría de pasar un siglo antes de que la esclavitud se convirtiera en un elemento esencial de la vida colonial.

Mientras Inglaterra fundaba esas colonias, España reclamaba para sí diversos territorios que iban desde Texas hasta California. Los franceses habían fundado Quebec en 1608, y ahora exploraban los Grandes Lagos y el río Misisipi. En 1624, los holandeses compraron Manhattan a un soberano amerindio y fundaron allí Nueva Ámsterdam.[19]Ninguno de ellos llegó a un continente vacío. Independientemente de lo que pudieran mostrar los mapas europeos, el continente seguiría siendo el reino de numerosas naciones indígenas durante siglos. Pero lo cierto es que se hallaba escasamente poblado: probablemente lo habitaban entre dos y siete millones de personas, divididas en una plétora de tribus rivales —massachusetts, abenakis, mohawks— que vivían sin apenas posesiones, sin gobierno central y sin leyes formales. Discutían sus políticas en asambleas donde afloraban elocuentes debates, y solo elegían a sus líderes en tiempos de guerra. Vivían tanto de la caza como de la horticultura, desplazándose entre diversos terrenos de caza en función de las estaciones. Todas ellas se vieron debilitadas por los agentes patógenos que los europeos trajeron consigo, pero la carencia de una estructura de mando formal las dejaba en

situación de desventaja de todos modos. Dado que habitualmente guerreaban entre sí, sus líderes se aliaron con los europeos a fin de conseguir mosquetes para aventajar a las tribus rivales.

De haberse unido para combatir a los colonos, la historia de América podría haber sido muy diferente. Pero los europeos se aferraron a sus pequeños y fragmentados asentamientos, donde se dedicaban a cultivar y a rezar con sus mosquetes al lado rodeados por empalizadas fortificadas. Y lograron salir adelante en una serie de guerras a pequeña escala, pero no por ello menos atroces, contra las federaciones de tribus en constante mutación. Desde un primer momento, los colonos combatieron la ferocidad de los amerindios con salvajismo, llegando a pagar recompensas por las cabelleras.[20]

Cromwell sintió la tentación de unirse a los puritanos de la Connecticut de Warwick. No lo hizo y, en su lugar, vio cómo su vida se estabilizaba al heredar de un primo suyo una propiedad en Inglaterra. Pero más allá de sus circunstancias personales se estaba generando una inestabilidad de mayor alcance. En 1637, las innovaciones religiosas del rey Carlos desencadenaron una revolución en Escocia cuando impuso un nuevo libro de oraciones. Los escoceses firmaron lo que denominaron una Alianza (por el término bíblico) para resistir, y el monarca trató de reprimirlos por la fuerza. Carlos, un esteta al que Rubens calificaba como «el más grande estudiante de arte», no era precisamente un soldado, y sus fuerzas fueron derrotadas por los escoceses, cuyo éxito, que coincidió con una encarnizada guerra religiosa en Europa, inspiró un movimiento de oposición a sus impuestos en Inglaterra. Warwick y su camarilla de lores y parlamentarios estaban convencidos ahora de que Carlos era un tirano impío confabulado con su esposa católica. Warwick reprendió personalmente a Carlos por sus impuestos. Para pagar la guerra escocesa, el rey tuvo que convocar al Parlamento, pero también nombró a un dinámico brazo ejecutor, su lord lugarteniente de Irlanda, el conde de Strafford. La desenfrenada espiral de miedo y odio predispuso a ambos bandos a la violencia. Warwick y sus aliados instaban a invadir Escocia, mientras Strafford planeaba importar un ejército

de Irlanda. Si el Parlamento no destruía a Strafford, este destruiría al Parlamento, de modo que, en abril de 1641, los parlamentarios aprobaron un decreto de proscripción y confiscación en el que en la práctica se le condenaba por traidor. En mayo, una fanática ejecución y una boda protestante mostraron el rumbo que llevaban las cosas: si bien no hubo grandes multitudes celebrando el matrimonio de María, la hija de nueve años de Carlos, con el príncipe holandés de Orange, de doce, miles de personas disfrutaron, en cambio, de la decapitación de Strafford. En octubre de 1641, la ya de por sí elevada tensión se vio redoblada por una rebelión católica en Irlanda en la que murieron asesinados protestantes ingleses. Los parlamentarios creían que Carlos había fomentado la rebelión y no se atrevían a darle un ejército para reprimir a los irlandeses por miedo a que lo usara contra ellos. El conflicto irlandés envenenaba la política londinense: ambos bandos temían que se tratara de una lucha a muerte en la que un bando acabaría destruyendo al otro.

En diciembre, la oposición aprobó y presentó al monarca una lista de agravios (la llamada Solemne Reconvención), en la que pedía la reforma de la Iglesia y el Estado. En la Cámara, Cromwell, que ahora tenía cuarenta y un años, le susurró a su vecino de escaño que, si la lista no se hubiera aprobado, él habría emigrado a América: «Habría vendido todo lo que tenía a la mañana siguiente y no habría vuelto a ver Inglaterra». Las comisiones parlamentarias habían asumido gran parte de las tareas de gobierno. El 4 de enero de 1642, Carlos y sus guardias entraron en los Comunes con la intención de apresar a cinco parlamentarios,[21]pero estos habían huido y el monarca fue recibido a empujones por una multitud hostil. Una semana después abandonó Londres y alzó su estandarte en Nottingham: había estallado la guerra.

Mientras Inglaterra se convertía en un Estado fallido, Shahjahan llevaba a la India mogol a su apogeo.

Nurjahan había logrado que Jahangir dejara el opio, pero era demasiado tarde: el padishah había perdido el control y, de forma humillante, había caído prisionero de un general amotinado, aunque estuvo a punto de ser liberado por Nurjahan, que encabezó

una misión de rescate a lomos de un elefante. Tras la muerte de Jahangir,[22]el emperador Shahjahan ordenó a su visir Asafkhan, hermano de Nurjahan y padre de Mumtaz, que matara a su hermano, a dos sobrinos y a dos primos. Cuando el hijo sucedió a su padre como padishah, la sobrina sucedió a su tía como emperatriz.

Shahjahan estaba apasionadamente enamorado de Mumtaz, a la que dio el título de Malika-i-Jahan, Reina del Mundo. «Todo su deleite», escribió el historiador de la corte, «se centraba en esta ilustre dama, hasta el punto de que no sentía por las otras ni una milésima parte del amor que sentía por ella.» Mumtaz pasó encinta la mayor parte de sus diecinueve años de matrimonio, dando a luz a un hijo cada dieciséis meses. De todos ellos sobrevivieron cuatro niños y tres niñas.

Deberían haber sido las condiciones ideales para favorecer el respeto y la lealtad, pero, en cambio, el poder fue la ruina de la familia: los siete hijos, incluidas las mujeres, se enzarzaron en una sangrienta lucha de poder. La hija mayor, Jahanara, era la favorita del padre, mientras que el hijo mayor, Darashikoh, era el heredero al trono; pero el tercero, Aurangzeb, reveló muy pronto que poseía el instinto asesino necesario: cuando era adolescente, durante una pelea de elefantes, fue embestido por uno de ellos, detuvo fríamente su caballo y aguardó lanza en ristre.

Nadie podía desempeñar mejor el papel de emperador que Shahjahan, a quien no había criado su madre rajput, sino los mismos Akbar y Ruqaiya. Mientras que los artistas cortesanos representaban a Akbar participando en cacerías atléticas y a Jahangir como un príncipe sensible, Shahjahan se presentaba a sí mismo como un ser casi divino, una figura mesiánica, el «segundo Señor de la Conjunción de Júpiter y Venus», equiparándose así a Tamerlán, el primer Señor.

Mumtaz fue su compañera en todo. Se le concedió una insólita asignación de millones de rupias y se le otorgó el sello imperial para que pudiera examinar todos los documentos. Siempre acompañaría a su esposo, tanto en la guerra como en la paz.

En junio de 1631, el emperador y su esposa, que a la sazón

tenía treinta y ocho años y estaba embarazada por decimocuarta vez, se dirigieron al sur para librar la campaña del Decán. En Burhanpur, la emperatriz tuvo que soportar un parto de treinta horas antes de dar a luz a una hija, Gohara, y luego sufrir una hemorragia. Su hija mayor, Jahanara, salió corriendo a rezar y repartir limosnas entre la multitud, mientras Shahjahan, «paralizado», sollozaba lleno de desesperación. Pero la hemorragia no se detuvo.

Taj Mahal: la hija de Mumtaz y el hijo demente de Kösem

Cuando murió Mumtaz, Shahjahan aulló de dolor durante una semana mientras se le emblanquecía el cabello. Jahanara creía que moriría de pena. Tras recuperarse durante un año entero, finalmente resurgió, respaldado ahora por Jahanara, que pasó a reemplazar a Mumtaz en su papel de emperatriz. Shahjahan concibió una tumba de mármol blanco para Mumtaz y para él mismo que expresara su amor por ella: la Corona del Palacio (o Taj Mahal), un acto de afirmación de un soberano que gobernaba el que por entonces era el mayor Estado del mundo y que reconocía pocos límites.[23]Sin embargo, Shahjahan no descuidó la que constituía la principal tarea de la Casa de Tamerlán: la conquista.

Mantener un imperio no es barato: cuanto mayor es el poder, mayores son las aspiraciones, y mayores los costes. Es una constante del poder imperial y de la naturaleza humana que todo Estado pretenda extender sus ambiciones más allá de sus recursos, al menos en cierta medida. El segundo Señor de la Conjunción aspiraba a gobernar el resto de la India, expulsando a los impertinentes portugueses del puerto de Hugli, en Bengala, y avanzando en dirección sur hacia el Decán y en dirección oeste hacia Afganistán. El declive de su agresivo vecino persa, Abbás el Grande, le brindaba también oportunidades en el oeste: Abbás había arruinado sus propios logros liquidando o mutilando a sus tres hijos. Murió en 1629, dejando el trono a un nieto despiadado, inculto y adicto al opio, Safi, hijo de su asesinado príncipe

heredero, que mató a la mayor parte de la familia. Más tarde Shahjahan se apoderaría de Kandahar, mientras que, más al oeste, los otomanos —liderados por un joven padishah de naturaleza depredadora, pero dotado de talento— se unirían al festín.

El incontenible hijo de Kösem, Murad IV, era un gigante musculoso y fuerte como un toro que vivía para cazar, beber y luchar. De pequeño, la Madre Magnífica dirigía el imperio como regente —*naib-i-sultanat*—, pero a él no podía controlarlo. Murad hacía lo que quería: por ejemplo, galopar por el hipódromo. «Haz que cesen los lanzamientos de jabalina en el hipódromo», le pidió su madre al gran visir Halil Pasha. «A mi hijo le encantan, pero a mí me sacan de quicio. Amonéstale, pero no de inmediato.» Era Kösem, pues, quien guiaba a Halil: una soberana absoluta en un mundo masculino dirigiendo un imperio tricontinental.[24]

La Madre Magnífica era apreciada por su autoridad y belleza, por no hablar de sus actos caritativos: durante el Rayab, el mes de las buenas obras, se disfrazaba para pasar desapercibida y pagar las deudas de los morosos encarcelados. Pero Murad se mostraba resentido con ella. «¿Qué puedo hacer? Mis palabras le resultan amargas», escribió Kösem en un tono que recuerda a cualquier madre que deba enfrentarse a un adolescente rebelde. «Procura que siga vivo», le escribió a Halil. «Es vital para todos nosotros.»

En 1628, cuando tenía dieciséis años, Murad tomó el poder, desencadenando así una oleada de terror: además de ejecutar a los visires corruptos con su espada, prohibió el alcohol, el tabaco y el café, y patrullaba disfrazado las calles de Estambul, ejecutando personalmente a cualquier infractor. Pero le interesaba sobre todo la decadente Persia del sha Safi, y codiciaba Irak. Él mismo tomó el mando de sus ejércitos y, tras derrotar a los polacos en 1634, irrumpió en el Cáucaso para recuperar Ereván, una hazaña que en Estambul se celebró con un desfile triunfal al estilo romano (y con el estrangulamiento de dos medio hermanos).

Mientras él estaba fuera, Kösem era sus ojos y oídos. Cuando se enteró de que el muftí (jurista islámico) estaba conspirando, ella misma lo hizo estrangular.

En casa, Murad reunía a la corte para hacer gala de sus

habilidades de lucha, desafiando a menudo a sus cortesanos a singulares combates que solían terminar con el emperador izándolos por encima de su cabeza, según relata su amigo, el poeta sufí, aventurero y extravagante narrador Evliya Çelebi, que escribía el mayor libro de viajes del mundo. Murad disfrutaba con los versos satíricos del poeta Nefi, pero le advirtió que no se burlara del gran visir y ordenó a un eunuco negro que redactara su disculpa. Cuando una gota de tinta negra manchó la carta del eunuco, Nefi no pudo resistirse a hacer un chiste racista: «Te ha caído una gota de tu bendito sudor». Al oírlo, Murad lo mandó estrangular. El padishah se estaba convirtiendo en un sádico neroniano: entre otras cosas, solía sentarse en un quiosco en el Bósforo a emborracharse y disparar con su ballesta a los barqueros que se acercaban demasiado a la orilla. En 1638 invadió Irak y derrotó a los iraníes. El sha Safi murió tras una competición de bebida, y Murad se hizo con Bagdad. Irak seguiría siendo otomano hasta 1918.

Murad celebró un nuevo desfile triunfal al estilo romano en Constantinopla, en el que participó su madre en una carroza dorada. En aquel momento solo tenía veintinueve años, pero, tras caer enfermo de cirrosis, perdió los estribos y mató primero a su gran visir y luego a su hermano menor, y habría ejecutado también al último de sus hermanos, el lunático Ibrahim, si Kösem no hubiera rogado por su vida. Cuando el sultán murió en 1640, el único príncipe otomano que quedaba con vida era Ibrahim el Loco, un erotómano asesino cuyos desmanes obligaron a Kösem a tomar una decisión insoportable para cualquier madre.

Pero los otomanos no eran la única dinastía en crisis: tanto los Estuardo, en Inglaterra, como los Borbones, en Francia, estaban sumidos en una guerra civil, al tiempo que los Habsburgo luchaban por conservar su posición en Alemania. La crisis europea desembocó en un conflicto de escala mundial cuando los holandeses atacaron a los Habsburgo en África y América.

En 1641, García II, *manikongo* del Congo, estaba decidido a expulsar a los portugueses, «quienes, lejos de querer oro o plata, ahora comercian con esclavos, que no están hechos ni de oro ni de

tejido, sino que son criaturas», por lo que invitó a los holandeses a entrar en su reino, una decisión que desataría una guerra que se extendería desde Brasil hasta Angola, destruiría su reino e intensificaría la competencia europea por controlar el comercio de azúcar y el tráfico de esclavos. Pero, en última instancia, abriría el Atlántico no a los holandeses, sino a un nuevo actor: Inglaterra.

El «manikongo» García, la reina Nzinga y el ahosu Houegbadja: tres monarcas africanos

El *manikongo* García era una mezcla de monarca kongo y portugués, «elegantemente vestido, con brocado dorado cosido con perlas ... en su cabeza, la corona real repujada con las más gruesas perlas y joyas; su trono, de terciopelo carmesí». Recibía a sus cortesanos rodeado de tapices flamencos, vestía ropa de lino india y comía con cubiertos de plata de América en compañía de nobles kongo convenientemente dotados de su apropiado título y obispos ataviados con las preceptivas fajas rojas, mientras los secretarios tomaban nota al dictado. García —también llamado Nkanga a Lukeni a Nzenze a Ntumba— gobernaba una región que se extendía en torno al río Congo desde su capital, São Salvador (Mbanza Kongo); sabía leer y escribir en portugués, puesto que había sido educado por los jesuitas, y practicaba en su capilla privada un catolicismo impregnado de la religión kongo. No era precisamente una víctima del tráfico de esclavos portugués: tras asesinar al rey y a su propio hermano, se haría célebre por los beneficios que obtendría de la esclavitud.

Del mismo modo que los *manikongos* adoptaban la parafernalia europea, también los portugueses se fueron africanizando y diferenciándose cada vez más de los demás europeos. Muchos *lançados* —«expulsados», los colonos originarios — se habían emparejado con mujeres africanas y tenían hijos lusoafricanos que a menudo adoptaban las tradiciones de África, incluida la escarificación, al tiempo que practicaban un híbrido de

catolicismo y vudú. Algunos *lançados* se casaron con miembros de dinastías reales africanas: Tomás Robredo lo hizo con la hija del *manikongo* Álvaro V. Asimismo, muchos luso-africanos se convirtieron en agresivos traficantes de esclavos, o *pombeiros*.

En un primer momento, las dinastías kongo se mantuvieron próximas a Portugal, pero la expansión de Luanda y la intensificación del comercio de esclavos ya habían roto la relación cuando los *manikongos* invitaron a los holandeses a intervenir. Ahora, el reino del Congo se estaba desintegrando, no solo debido a los portugueses, sino también por las incursiones de los jagas, unos saqueadores africanos de origen incierto, y los imbangalas, un conjunto de mercenarios que rendían culto a la muerte y entrenaban a niños soldados iniciándolos con ritos horripilantes, como triturar bebés en un molino de grano o practicar el canibalismo. Ambos grupos prosperarían en el caos que se avecinaba.

García tenía otro problema con su vecino del sur, Ndongo, y su extraordinaria reina. Para abastecerse de esclavos, los portugueses primero habían alentado al reino de Ndongo a atacar el Congo, y luego intentaron sin éxito conquistar el propio Ndongo, gobernado por un *ngola* (rey) llamado Mbandi que derrotó a sus fuerzas. Cuando el ngola Mbandi murió envenenado, su hermana Nzinga Mbande, que entonces tenía unos veintitantos años, pasó a ocupar el trono, guardando los restos de su hermano en un relicario para que se pudiera consultar con él. La reina, que había sido bautizada y educada por los jesuitas y hablaba y escribía en portugués, derrotó a todos los pretendientes al trono y conquistó un reino vecino, Matamba, contratando a sus propios mercenarios imbangalas, liderados por un caudillo que se hacía llamar Nzinga Mona, Hijo de Nzinga. Esta última, que se enfrentaba constantemente a rivales masculinos, se presentaba como un monarca varón, exhibiendo atuendos masculinos, esgrimiendo dagas y lanzas, disfrutando de la compañía de concubinos y demostrando ser tan buena comandante como sus rivales varones, fueran europeos o africanos.

Los portugueses fueron los únicos europeos que llegaron a

penetrar en el interior del territorio africano: en África occidental, el 50 % de los europeos morían antes de que transcurriera un año de su llegada, ya fuera por malaria, fiebre amarilla o disentería, lo cual hacía imposible profundizar el alcance de la conquista. Mientras la implicación europea apenas se extendía más allá de los puertos, otros gobernantes podían gestionar las cosas de manera distinta. Los obas de Benín (sur de Nigeria) rechazaban toda injerencia extranjera; como señalaba un comerciante holandés: «En lo que respecta al comercio, son muy estrictos y no toleran la más mínima infracción de sus costumbres, no puede cambiarse ni un ápice». A partir de la década de 1520 empezaron a limitar la participación directa en el negocio de la esclavitud, aunque designaron vasallos de Benín a los *obas* negreros de Lagos, en la Costa de los Esclavos, obligándolos a pagar tributo.

Paralelamente, las conquistas de un nuevo soberano absoluto, el ahosu Houegbadja, un caudillo fon, generaron miles de nuevos esclavos que el monarca vendió a los europeos.

Su reino, Dahomey (el actual Benín), había sido fundado por tres hermanos que en torno a 1600 se forjaron sus propias esferas de influencia. Ahora, Houegbadja, tercer *ahosu* (rey) de la familia Alladaxonou, unió bajo su mando a buena parte de los fon, construyendo una capital, Abomey, donde se alzaban una docena de palacios decorados con bajorrelieves que dejaban constancia de la historia del reino y representaban a los sagrados antepasados. Houegbadja presidía una compleja corte, siempre resguardado por un esclavo que sostenía una sombrilla y escoltado por una guardia de guerreras que más tarde se convertirían en la vanguardia de los ejércitos dahomeyanos. Cada año celebraba una festividad que incluía desfiles militares, la recepción de tributos y las ceremonias de *xwetanu*, en las que se decapitaba a quinientos y a veces hasta cuatro mil esclavos, a menudo a manos de mujeres de la escolta del monarca, como ofrenda a los antepasados de este. Pese a su carácter sagrado, los reyes eran elegidos por un consejo de príncipes y una familia de sacerdotes; a su muerte se sacrificaba a miles de esclavos.

Houegbadja recibía mosquetes a cambio de esclavos, un

incentivo para que los reyes africanos hicieran más prisioneros; pero eso implicaba que carecían de capacidad de acción. La rivalidad existente entre aquellos reinos, que los europeos apenas habían llegado a entender, desencadenaba guerras del mismo modo que lo hacían tales rivalidades en Europa y Asia. Las guerras africanas, como las asiáticas, producían esclavos. El único elemento peculiar era la demanda de mano de obra esclava en América. Los gobernantes africanos sacrificaban a algunos de sus esclavos —aunque casi todos los demás eran liberados posteriormente—, pero ahora se estaba formalizando una nueva versión europea de esta servidumbre: la esclavitud mercantil. Es poco probable que en un primer momento los dirigentes africanos que vendieron cautivos esclavizados a los europeos fueran conscientes de que los enviaban a una nueva forma de sometimiento más cruel, destinada a abastecer las plantaciones de tabaco y posteriormente de azúcar en América, aunque más tarde sin duda llegarían a conocer los detalles. La mayoría de los africanos creían que los europeos eran caníbales y que los esclavos estaban destinados a servirles de alimento.

El horno voraz al que alimentaba la esclavitud mercantil era el imperio azucarero portugués en Brasil, cuyo apetito y beneficios serían los catalizadores de este nuevo conflicto mundial. En 1530, los portugueses exportaron a Brasil una nueva planta, la caña de azúcar, pero tardaron un tiempo en desarrollar su extensa colonia. En 1548 había unos tres mil amerindios trabajando en condiciones de esclavitud en seis ingenios azucareros, pero la población amerindia se vio mermada por la enfermedad, el trabajo esclavo y el suicidio, hasta que en 1570, a instancias de los jesuitas, el rey prohibió la esclavización de los pueblos indígenas a menos que fueran capturados en una «guerra justa». Los caudillos mestizos conocidos como *bandeirantes*, el más famoso de los cuales era António Raposo Tavares, organizaron diversas incursiones en los territorios interiores en las que mataron y esclavizaron a miles de personas. Los amerindios contraatacaron e iniciaron revueltas mesiánicas, las llamadas *sandidades*, que a su vez sirvieron para justificar nuevas incursiones. A finales de siglo habían muerto

trabajando unos cincuenta mil esclavos, lo cual creó una escasez que los africanos vendrían a subsanar.

El azúcar cambió el panorama global. No era solo un producto: fue un elemento forjador y destructor de mundos a ambos lados del Atlántico. El comercio se convirtió en una gran empresa diabólica. Los plantadores portugueses emigraron a Brasil, donde se enriquecieron con las industrias del azúcar y la esclavitud. En torno al año 1600 participaban en ambos negocios treinta mil portugueses, con quince mil esclavos africanos; en 1620 había cincuenta mil portugueses, con una cifra igual de esclavos tanto africanos como amerindios. A partir de entonces, los esclavos africanos empezaron a superar en número a los amerindios y el comercio se volvió frenético: en 1650 se habían desplazado a Brasil un total de 250.000, y en muchas zonas el 75 % de la población era esclava.

Luanda era la puerta de entrada del nuevo comercio, y los reinos situados entre Angola y el Congo actuales constituían su coto de caza: entre 1502 y 1867 se comerció con unos 2.800.000 africanos a través de Luanda. Las cifras de Norteamérica nunca llegaron a alcanzar la envergadura de las de Brasil: de los once millones de esclavos que se calcula que fueron transportados a través del Atlántico, 4.900.000 tuvieron como destino la colonia lusa. Los esclavos eran apresados en incursiones realizadas por los gobernantes africanos. Habitualmente se mataba a los considerados de menor valor, los ancianos y a veces los niños demasiado jóvenes o enfermos para trabajar.

En Pombe y otros mercados, los esclavos se vendían a *pombeiros* que luego los conducían en cáfilas, custodiados por otros esclavos, a través de África. De los esclavos capturados en Angola, se calcula que un 10 % morían durante la captura y otro 22 % de camino a la costa. Una vez allí, a los que lograban sobrevivir al viaje se los confinaba en enormes castillos situados a lo largo del litoral africano, desde Luanda, en el suroeste, hasta Elmina, en el oeste. En los abarrotados barracones que hacían las veces de mazmorras eran sistemáticamente doblegados, encadenados y marcados, los hombres azotados y las mujeres violadas, todo ello

para «ponerlos en sazón». Los asesinatos y violaciones se producían a escasos metros de los lujosos comedores y capillas europeos. De ese modo se despersonalizaba a los esclavos, que pasaban a clasificarse como *peças* (piezas), *cabeças* (cabezas) o «ébano de Guinea». El 10 % de los africanos esclavizados perecían en los castillos.

Los supervivientes eran conducidos a través de las llamadas «puertas sin retorno» hasta los *tumbeiros* («enterradores»), los barcos de esclavos, que a menudo llegaban de Brasil cargados de *cachaça* (ron) y *fumo* (un tipo de tabaco basto brasileño tratado con melaza). Los traficantes compraban grano a los gobernantes locales para alimentar (escasamente) a su propiedad humana.

Aunque los traficantes tenían el máximo interés en que su mercancía no pereciera ni resultara dañada, también querían ganar la mayor cantidad de dinero posible, de modo que apretujaban a los esclavos en bodegas abarrotadas y los alimentaban solo con cereales, aceite de oliva y agua. Los viajes eran infernales y causaban un sufrimiento insoportable: se calcula que entre el 6 y el 10 % de los esclavos —y a veces hasta el 20 %— morían durante las travesías (que se prolongaban cuarenta días hasta llegar a Río), principalmente por gastroenteritis, aunque también había numerosos suicidios; los cuerpos de los fallecidos se arrojaban a una voraz escolta de tiburones. «Aquel barco, con su insoportable hedor, la falta de espacio, los gritos constantes y la infinita desdicha de tantos desgraciados», recordaba fray Sorrento, un capuchino italiano que en 1649 participó en uno de aquellos viajes junto con novecientos esclavos, «parecía el mismísimo infierno.» Ese infierno se veía intensificado por el hecho de que los africanos creían que para poder reunirse con sus antepasados después de la muerte debían morir entre los suyos, pero morir en un barco de esclavos, y que su cuerpo se arrojara al mar, significaba que sus espíritus nunca podrían descansar y sus almas se perdían.

A su llegada, se les lavaba y untaba de aceite, y se les daba jengibre y tabaco para ayudarlos a superar la tristeza; después se les subastaba, con la condición de que si enfermaban en el plazo de quince días podían devolverse. Otro 3 % moría en esta fase. Al

final, solo el 50 % de los que inicialmente habían sido objeto de ataque en aquella incursión africana empezaban a trabajar.

Las plantaciones de azúcar requerían mucha mano de obra, el trabajo era brutalmente duro y la pérdida de vidas humanas exigía cada vez más esclavos. A menudo era más fácil hacer trabajar a los esclavos hasta la muerte y luego importar más que dejarles tener una familia. Clasificados, al igual que el ganado, como «bienes semovientes», los africanos esclavizados empezaban a trabajar a los ocho años de edad. Tras una jornada de ocho horas en los campos, luego seguían trabajando arduamente en los molinos. La esperanza de vida media era de veinticinco años. Un administrador de una plantación escribió que cada año había que reemplazar al 6 % de sus esclavos. Las mujeres sufrían constantes violaciones por parte de sus amos, que solían rondarlas en busca de presas; de hecho, el abuso sexual no solo era endémico, sino que incluso resultaba esencial para la psicología y la práctica de la esclavitud. Los esclavistas propagaron el mito de que las esclavas eran promiscuas, pero en realidad solían optar voluntariamente por la abstinencia para no traer hijos a aquella clase de vida. Eran frecuentes los suicidios, a menudo comiendo tierra. Los dueños de esclavos temían que la solidaridad tribal pudiera dar lugar a rebeliones, de modo que reprimían los vínculos tribales y familiares separando a los clanes y rebautizando a los esclavos como si no hubieran existido hasta entonces.[25]Todo esclavo soñaba con la liberación, cuando no con la rebelión, por lo que su sumisión requería una constante amenaza de violencia. Los plantadores desplegaban toda una serie de castigos: el látigo, el collar de hierro, la muerte lenta por medio de una máscara de hierro... La esclavitud no podía sustentarse sin violencia, y en última instancia los terratenientes blancos no podían justificar su violencia ni su rentabilidad sin un sentimiento de superioridad racial innato que más tarde se convertiría en una ideología omnipresente.

Mientras tanto, en Europa, sumida en una guerra religiosa cada vez más intensa, a los Habsburgo, liderados por el emperador Fernando, les iba bastante bien, conquistando el norte de Alemania gracias a la ayuda de un irrefrenable, voluble y misterioso caudillo

checo llamado Albrecht von Wallenstein. Pero la victoria de los Habsburgo destruyó el equilibrio de poder en cuanto el meteórico Wallenstein amenazaba con arrollar al poco carismático Fernando, que optó por distanciarse cautelosamente de él.

En 1628, el rey sueco Gustavo Adolfo, el León del Norte, que ya había tomado Livonia (excluyendo así a Moscovia del Báltico durante un siglo), irrumpió en el norte de Alemania con un pequeño pero magnífico ejército y volvió a cambiar las tornas en favor de los protestantes. Tras proclamar el inicio del imperio sueco —*Stormaktstiden*—, Gustavo Adolfo prosiguió su avance hacia el sur del territorio alemán. Fernando se apresuró a llamar de nuevo a Wallenstein, que ya había cosechado algunas victorias frente a Gustavo. Luego, durante la igualada batalla de Lützen contra Wallenstein, el León fue herido dos veces y asesinado de un disparo en la sien mientras yacía en el suelo.[26]Los Habsburgo, exhaustos y en bancarrota, necesitaban ayuda.[27]El Rey Planeta envió a un ejército español al mando de su hermano, el cardenal-infante Fernando, que en septiembre de 1634, en Nördlingen, ignoró a los generales más prudentes y derrotó a los protestantes. En Madrid, Felipe y Olivares lo celebraron construyendo el colosal palacio del Buen Retiro, decorado con cuadros de Velázquez en los que se retrataba al monarca y a su valido como paladines vestidos con armadura a lomos de musculosos caballos. Ante la victoria de los Habsburgo, Luis XIII, guiado ahora por el consumado cardenal Richelieu, declaró la guerra.

Fue entonces cuando García del Congo recurrió a los holandeses, que, aliados con Francia, pusieron en marcha su *Groot Desseyn* —gran plan— para destruir el imperio Habsburgo y apoderarse del comercio de azúcar y de esclavos.

Zumba y Orange, Cromwell y Villiers

Seré la puta de la plebe: los Diecinueve Caballeros de Ámsterdam y el Príncipe Pirata de Nueva Ámsterdam

El 7 de septiembre de 1628, un almirante holandés de cincuenta años llamado Piet Hein[1] atacó una flota de Indias de los Habsburgo frente a las costas de Cuba y se hizo con el mayor botín de la historia del saqueo naval: 16 galeones, con un valor total tan elevado —once millones de florines— que la cotización de la plata se desplomó y sumió a los Habsburgo en una crisis financiera. Aquella plata serviría para pagar una ofensiva holandesa: el *Groot Desseyn*.

En 1621, al inicio de la guerra, los Estados Generales habían concedido un monopolio a los Diecinueve Caballeros que fundaron la nueva Compañía de las Indias Occidentales (GWC, por sus siglas en neerlandés) para dominar el mundo del azúcar en el Atlántico. Azúcar implicaba esclavos. Los holandeses no eran nuevos en el tráfico de esclavos: tanto ellos como los traficantes flamencos llevaban suministrándolos desde los tiempos de Carlos V. En 1624, los holandeses intentaron apoderarse de Luanda y Elmina, aunque fracasaron en su intento; en 1627, sin embargo, lograron hacerse con la isla senegalesa de Gorea (frente a Dakar). Tampoco es que fueran los únicos europeos interesados en el azúcar: en 1627 los comerciantes ingleses plantaban caña de azúcar en su nueva isla caribeña, Barbados, mientras que en 1635 los franceses harían lo propio en Martinica. Pero los holandeses jugaban a otro nivel.

El éxito de los diminutos, ingeniosos y sofisticados Países Bajos reflejaba el singular desarrollo de las sociedades europeas, en

las que la guerra perpetua inspiró la competencia extrema, la innovación técnica y la lealtad a los Estados y a las confesiones religiosas. El apasionado protestantismo fomentó los valores familiares, la confianza mutua y la oscura laboriosidad personificada por Jacob de Graeff, el más preeminente de los *regenten*, los oligarcas ricos en azúcar, especias y esclavos que dominaron la política holandesa durante treinta años. Sus primos de las familias De Graeff y Bicker fueron los artífices del auge de Holanda, en incómoda cohabitación con los príncipes de Orange, a los que consideraban peligrosamente monárquicos. Los Países Bajos fueron pioneros en instaurar el Estado de derecho, que resultaría esencial en el comercio y la competencia con sus rivales, y fundaron universidades donde se formaban los estudiantes de leyes, mientras que la necesidad de conocimientos especializados alentaba a otros a concentrarse en determinadas profesiones. Los comerciantes ya no se limitaban a vender productos a sus conocidos en mercados cercanos, sino que ahora también hacían negocios con extraños, cosa que los obligaba a cultivar la equidad, la cortesía y la confianza, además de la avaricia despiadada y necesaria para obtener beneficios; en suma, a afrontar el rompecabezas del capitalismo. Ámsterdam, donde Jacob de Graeff y sus hijos Cornelis y Andries fueron alcaldes uno tras otro, estaba a la vanguardia de la urbanización. Entre 1500 y 1800, veinte millones de personas se trasladaron a vivir a las ciudades, principalmente en el norte de Europa. Las ciudades eran insalubres, y muchos morían —lo hacían cada año el 1 % de los residentes urbanos—, pero pronto eran reemplazados por otros. Cuanto más grandes eran las ciudades, mayor era el número de artesanos y mayores las habilidades y comodidades disponibles. El gerifalte Andries de Graeff aparece rubicundo y pelirrojo, orgullosamente vestido de negro calvinista con un cuello blanco, en un cuadro que encargó a uno de los artistas más privilegiados de esta edad de oro holandesa: Rembrandt.

En 1637, la GWC se apoderó de buena parte de Brasil, desde donde envió varias flotillas en una nueva tentativa de hacerse con Elmina y otros castillos de esclavos africanos. En 1641 asaltaron

Luanda a instancias del *manikongo* García. Los holandeses fueron los primeros noreuropeos que entraron en el mercado de esclavos a gran escala. La reina Nzinga se unió a García y a los holandeses en una guerra feroz que arruinó Angola. En 1647, Nzinga derrotó a los portugueses. La apuesta de García y el *Groot Desseyn* holandés habían dado sus frutos: de repente, las corporaciones militarizadas de la pequeña república híbrida de las Provincias Unidas se extendían por todo el mundo.

En su camino hacia el este, los holandeses se detuvieron para aprovisionarse en el cabo de Buena Esperanza, donde un grupo de pioneros fundaron Ciudad del Cabo, y luego empezaron a adentrarse por el interior y apropiarse de las tierras que encontraban, reprimiendo, aniquilando y mezclándose con los primeros pobladores con los que se tropezaron, los khoikhoi, u hotentotes, pastores nómadas que no tardaron en verse doblegados por los mosquetes y los agentes patógenos. Al otro lado del Atlántico, en la colonia de los Nuevos Países Bajos, la GWC expandió la ciudad que había fundado en la isla de Manhattan, Nueva Ámsterdam, donde a comienzos de la década de 1640 llegó un aventurero colono todavía adolescente, Claes Martenszen van Rosenvelt, antecesor de los Roosevelt, dispuesto a iniciar una nueva vida, comprando una pequeña granja en lo que con el tiempo se convertiría en el centro de la ciudad.

Un fundador algo menos típico, pero también antecesor de una dinastía neoyorquina, fue Anthony Janszoon van Salee, el fornido hijo de un pirata holandés renegado, Murad Reis, presidente de la república pirata de Salé, en Marruecos, y su esposa mora, que llegó en 1630 con parte del tesoro ilícito de su padre. Van Salee, un musulmán al que se describía como «turco» y «mulato», protegía a los africanos libres y leía el Corán. Incluso para lo que era habitual en esta ruda colonia portuaria, el comportamiento de aquel vástago de un jefe de Estado africano y su descarada esposa alemana, Grietse Reyniers, antigua camarera, escandalizó a la Iglesia Reformada holandesa. Grietse fue acusada de hacer exhibicionismo ante los marineros, de medir los penes de los clientes de su taberna con una escoba y de ser la amante del

gobernador, ante lo cual ella respondió en tono jocoso: «He sido durante mucho tiempo la puta de la nobleza; ahora seré la puta de la plebe». La Iglesia intentó expulsar a la pareja por impía, pero se quedaron, tuvieron cuatro hijos y murieron ricos, convertidos en los mayores terratenientes de Manhattan; Cornelius Vanderbilt, el desaprensivo magnate de la edad dorada estadounidense, sería descendiente de su hija Annica. Los holandeses comerciaron con pieles y compraron tierras a los algonquinos, que luego fueron expulsados por los iroqueses; los recién llegados llamaron a los miembros de aquella nación marinera «los del agua salada».

La magnitud de esos triunfos holandeses fue posible porque la otra potencia marítima protestante —Inglaterra— se había desintegrado.

Santos y caballeros: Carlos, Enriqueta María y Cromwell

A última hora de la tarde del 2 de julio de 1644, en medio de una feroz contienda en Marston Moor —cerca de York—, el teniente general Oliver Cromwell y los 5.000 soldados de caballería bajo su mando se lanzaron a la carga. Era la mayor batalla jamás librada en suelo británico: 28.000 soldados parlamentaristas y escoceses, bajo el mando del general escocés Leven, se enfrentaban a 18.000 soldados realistas liderados por el príncipe Ruperto del Rin, sobrino del rey Carlos. Nadie podía adivinarlo entonces, pero aquella sería la batalla decisiva de la guerra, y marcaría asimismo el ascenso de Cromwell.

Hacía dos años que el Parlamento y el rey habían optado por recurrir a la guerra. Ninguno de los dos bandos había asestado todavía un golpe decisivo ni había encontrado un brillante paladín. Al principio Carlos tenía ventaja, dado que los grupos entrenados del Parlamento eran entusiastas indisciplinados. Pero Cromwell, el antiguo granjero de Huntingdonshire, sería uno de los primeros en reunir una tropa de caballería.

El príncipe Ruperto, que en aquel momento tenía solo veinte años, era un joven de metro ochenta de estatura dado a llevar

botas altas, trajes de seda y terciopelo y sombreros anchos, y aficionado a disfrutar del juego y de la compañía de amantes, al que nunca se le veía sin su perro de la suerte, Boye; era brioso, pero le faltaba disciplina. Cromwell, por su parte, era un hombre orgulloso dentro de su sencillez: rubicundo, de cabello rojizo con una calvicie incipiente y pómulos marcados, con una «voz aguda y desafinada, y [una] elocuencia llena de fervor», vestía ropa basta y oscura. Como la imponente caballería de Ruperto había dominado las primeras batallas, Cromwell observó que «sus soldados son hijos de caballeros», mientras que los jinetes parlamentaristas eran «viejos y achacosos sirvientes y taberneros». Así que decidió reclutar a auténticos fieles: «Hay que conseguir hombres de temple». Algunos se quejaron de que aquellos cromwellianos eran «sectarios orgullosos, engreídos e impulsivos» que se «autodenominan piadosos» y ven «visiones y revelaciones», mientras que el propio Cromwell se refería a ellos como su «preciosa compañía». Tras ascender rápidamente a coronel, se rodeó de una «familia» de oficiales de mentalidad afín, liderados por Henry Ireton, que se casó con su hija Bridget. La prensa parlamentarista le puso el apodo de Viejo Ironside (un término que designa a una persona de gran fortaleza y valor); y sus piadosos jinetes se convirtieron en «los ironsides».

Hasta aquel día en Yorkshire, los dos bandos habían estado empantanados en una guerra en la que las buenas formas iniciales se habían ido degradando hasta dar paso a una feroz refriega sectaria. Pero cuando los escoceses —tras pactar una Solemne Liga y Alianza que acordaba seguir «la palabra de Dios» y buscar «la erradicación del papismo»— se unieron a la guerra, enviando a 22.000 hombres para formar el llamado Ejército de los Dos Reinos, inclinaron la balanza en favor del Parlamento.

El rey, inquieto, se despidió de Enriqueta María. Al estallar la guerra, la reina, cuyo catolicismo era objeto de una virulenta hostilidad parlamentarista, se hallaba en Holanda. Pudo regresar por poco, ya que estuvo a punto de naufragar. Tras reunirse con el rey volvió a quedar embarazada, pero, perseguida por los parlamentaristas, se vio obligada a ir de población en población.

Dio a luz a una hija, pero sus dos hijos menores ya eran prisioneros del bando parlamentarista. Justo antes de Marston Moor, Carlos la envió a Francia para recaudar fondos. «Adiós, mi amado corazón», le escribió ella. «Si muero, no dudes que pierdes a una persona que nunca ha sido más que enteramente tuya.» Jamás volverían a verse. «Nunca debería haber dejado al rey», le confesaría más tarde a su hijo. Warwick, el lord gran almirante del bando parlamentarista, la persiguió con la esperanza de dar muerte a la monarca papista, pero ella logró llegar a Francia, acompañada de sus cortesanos y de lord Minimus.[2]

Mientras el ejército anglo-escocés amenazaba con conquistar York, Ruperto se preparaba para luchar en Marston Moor, temeroso ya de los *ironsides* de Cromwell.

Aquella tarde de principios de verano, Ruperto pudo oír a los puritanos cantando himnos mientras Cromwell lideraba la carga de los cuatro mil jinetes de su caballería, respaldada por la llamada Asociación Oriental de condados, más un millar de escoceses, y derrotaba a una división entera de la caballería realista. Cromwell era un fanático, pero estaba lejos de ser adusto: se mostraba más bien apasionado, a menudo atolondrado, y cuando cargaba en la batalla se veía transfigurado por una especie de júbilo maníaco y justiciero, riendo a carcajadas. «Mientras cabalgaba para ocuparme de mis asuntos, no podía por menos que sonreír a Dios en alabanza, seguro de la victoria», escribiría. Los *ironsides* cargaron al grito de «¡Dios y nuestra fuerza!» y «¡El Señor de los Ejércitos!».

Entonces atacó Ruperto. «La división de Cromwell sufrió una dura arremetida», observaba un parlamentarista, «atacada por los más valientes [hombres] de Ruperto … estuvieron un buen rato a punta de espada, dándose estocadas.» Cromwell resultó herido en el cuello. «Pero, al final (así lo quiso Dios), logró abrirse paso entre ellos, dispersándolos ante sí como un puñado de polvo.» Cromwell (y los historiadores ingleses) olvidaron convenientemente que Marston Moor en realidad fue una victoria escocesa: el paladín escocés Leven ocuparía el norte de Inglaterra durante dos años.

Después de la batalla, los parlamentaristas moderados, la facción presbiteriana, se mostraron partidarios de negociar, pero

Cromwell, líder de los independientes, insistió en que había que alcanzar la victoria total. «¿Por qué nos alzamos en armas al principio?», preguntó. El poder había pasado de Warwick y sus magnates temerosos de Dios a manos de los nuevos tipos duros. Argumentando en favor de una «prosecución vigorosa y eficaz de la guerra», Cromwell instó: «¡Esforcémonos!». Mientras se presentaba públicamente como un hombre humilde y temeroso de Dios, en realidad era el campeón de la falsa modestia, publicitando sus proezas en panfletos, atribuyéndose como propias las hazañas de otros y socavando a sus superiores, a los que iría minando y desplazando uno a uno. El Comité de los Dos Reinos encargó la formación del que vendría en llamarse Nuevo Ejército Modelo, bajo el mando del imponente comandante sir Thomas Black Tom Fairfax, un gerifalte de Yorkshire que se convirtió en lord general, mientras que su mano derecha, Cromwell, era ascendido a teniente general de caballería. Ambos trabajarían bien juntos, y el 14 de junio de 1645, en Naseby, con Cromwell dirigiendo la carga, obtendrían finalmente una victoria decisiva.

Carlos se rindió al mariscal escocés Leven con la esperanza de volverlo en contra del Parlamento, pero los escoceses lo entregaron a sus enemigos. En junio de 1647, el rey negoció en dos ocasiones con los comandantes parlamentaristas, incluido Cromwell, que le permitió reunirse con sus dos hijos encarcelados, Isabel y Enrique, duque de Gloucester. «La visión más tierna que jamás contemplaron unos ojos», en opinión de Cromwell. El pequeño Gloucester, que todavía no había cumplido los siete años, no reconoció al rey. «Soy tu padre, hijo», le dijo Carlos.

El Parlamento ahora estaba dominado por puritanos acérrimos, que en junio abolieron todas las representaciones teatrales, además de la Navidad y la Pascua, pero los presbiterianos moderados seguían esperando una paz negociada. En agosto, el ejército puso fin a cualquier conversación encaminada a buscar una solución de compromiso. Fairfax entró en Londres a la cabeza del Nuevo Ejército Modelo con Cromwell al mando de la retaguardia. Su ejército se estaba volviendo cada vez más radical: algunos oficiales proponían una constitución escrita, derechos

universales, la abolición de la Cámara de los Lores y el pleno sufragio masculino. Aquello horrorizó a Cromwell, socialmente conservador y monárquico por instinto, pero probablemente aprobó la purga militar que se produjo a continuación en el bando parlamentarista. Mientras Fairfax siguió siendo lord general, el Cromwell más político se convirtió en un maestro a la hora de exhibir inescrutables maniobras de repliegue y una autocrítica cada vez más ostentosa, de las que emergía siempre con más poder. En los momentos de tensión, en los debates del Parlamento o en el consejo militar, estallaba en carcajadas histéricas o iniciaba simulacros de peleas. En lo sucesivo, él y su camarilla de generales serían quienes llevaran la voz cantante. Pero ¿qué hacer con el rey?

La debacle inglesa no era sino una minúscula escaramuza comparada con el caos que estaba destruyendo el mayor reino del mundo. Carlos era un prisionero desesperado, pero, mucho más al este, el emperador Ming, enfrentado a las revueltas campesinas, las hambrunas y la invasión de la feroz caballería manchú, encontró una solución singularmente extrema.

MATANDO REYES: TEJONES Y HETMANES, AZUCARILLOS Y CUERDAS DE ARCO

El 25 de abril de 1644, el emperador Chongzhen, que tenía solo treinta y tres años, hizo llamar a su esposa y su hija, las mató con su espada y luego se fue solo al parque Jingshan de Pekín, donde se ahorcó en un árbol, dejando una nota que decía: «Muero avergonzado, incapaz de enfrentarme a mis antepasados».[3] Pekín era asolada por los rebeldes, y el emperador, que había perdido el control de gran parte de China, debía hacer frente al avance de los manchúes desde el norte. Pekín se sumió en el caos hasta que, el 5 de junio, seis semanas después, un guerrero manchú con armadura, el cabello rapado por delante y coleta detrás, entró en la ciudad con una pequeña escolta de arqueros a caballo, desmontó y se limitó a anunciar a la multitud: «Soy el príncipe regente, Dorgon.

El príncipe heredero llegará en breve. ¿Me permitirán ser el gobernante?».

«Sí», respondieron los ciudadanos. A Dorgon (cuyo nombre significa «tejón») pronto se le unió una horda de arqueros a caballo; un niño de seis años, Shunzhi, sobrino de Dorgon y nieto del fundador de la familia, Nurhaci, ahora era emperador de la nueva dinastía Qing. El talentoso Tejón, oficialmente llamado Tío y Príncipe Regente, conquistó el resto de China, masacrando ciudades enteras. Luego forjó un nuevo orden: instaló a los cuerpos de élite —las Ocho Banderas— en Pekín, a la vez que reinstauró los exámenes de la administración pública y favoreció a los eruditos chinos de etnia han, preguntándose: «¿Cómo pueden unirse los manchúes y los han?». Pero Dorgon también mandó asesinar a todos los príncipes Ming y ordenó que todos los varones chinos llevaran el cabello rapado por delante y coleta detrás, so pena de muerte.[4]

El niño emperador estaba resentido con su tío, al que más tarde haría asesinar durante una cacería, pero por el momento Dorgon había conseguido un nuevo Mandato del Cielo; la familia restauraría ahora la gloria de la Nación Central como el mayor imperio de la tierra, justo cuando el imperio mundial de los Habsburgo se estaba desmoronando.

La guerra de Felipe IV casi había hecho añicos las dos monarquías Habsburgo. Francia derrotó a los austríacos y luego invadió España. Los portugueses habían perdido buena parte de su imperio a manos de los holandeses, y culpaban de ello a los Habsburgo. En 1640, una asamblea proclamó rey al duque de Braganza, bisnieto de Manuel el Afortunado, con el nombre de Juan IV. Los suecos tomaron Praga. El Rey Planeta consultó a una carismática monja que, transportada místicamente al territorio de los indígenas jumanos de Texas, le aconsejó gobernar siguiendo su propio criterio. El monarca destituyó a Olivares y se dispuso a negociar.

Todos los bandos estaban estancados y exhaustos. En octubre de 1648, en Westfalia, Felipe y su primo austriaco, el káiser Federico III, pactaron un compromiso para poner fin a la que había

dado en llamarse guerra de los Treinta Años, por el que se reconocía el derecho de los alemanes a practicar el culto que quisieran. Para entonces, Alemania estaba arruinada: en treinta años de guerra los jinetes del apocalipsis habían matado a unos diez millones de personas. Westfalia estableció la soberanía de los Estados en una Europa multipolar, asegurando la libertad creativa —y la competencia destructiva— durante los siglos venideros. Hubo muchos perdedores, pero solo tres vencedores: Suecia, que pasó a dominar el Báltico y una porción de Alemania, Pomerania; los holandeses, que obtuvieron la independencia; y una oscura y antigua familia suaba.

La Casa de Hohenzollern, liderada por el elector Federico Guillermo, había convertido su empobrecido arenal de feudos, construido en torno a Brandeburgo y Prusia, en una auténtica potencia noralemana. Luego, el gran elector vio cómo la guerra arruinaba sus territorios: Berlín tenía solo seis mil habitantes en 1648. Sin embargo, convencido de que «las alianzas son buenas, pero las fuerzas propias son mejores», convirtió su nobleza Junker en una clase guerrera, aprovechando la guerra para doblegar a los Estados representativos e imponer una autocracia que duraría hasta 1918.[5]

El elector era duque de Prusia, un territorio que formaba parte de la inmensa Mancomunidad de Polonia-Lituania: en sus provincias meridionales, los cosacos, gentes libres, a menudo pequeños nobles, burgueses, y campesinos y soldados huidos, habían fundado una república, gobernada por hetmanes (o atamanes) electos, en las islas Sech, más allá de los rápidos del Dniéper. Tanto ellos como los campesinos, que hablaban ucraniano, sufrían el dominio de los señores católicos polacos. Una serie de rebeliones de cosacos ortodoxos contra los reyes polacos católicos habían reivindicado el reconocimiento de su condición de nobles. En la primavera de 1648, el año en que los moscovitas llegaron al Pacífico, un noble y oficial cosaco llamado Bohdán Jmelnitski, que había servido mucho tiempo al rey en la lucha contra los otomanos y había sido capturado y esclavizado durante dos años, se enfrentó a un gerifalte polaco por una disputa

territorial y también a causa de la bella esposa cosaca de este último, conocida como Helena de la Estepa. Elegido atamán de los cosacos, Jmelnitski inició una rebelión que se extendería por toda Ucrania. En mayo, sus cosacos, aliados con la caballería nogaya enviada por los kanes Giray de Crimea, derrotaron a los polacos, y en diciembre, en Kiev, se proclamó hetmán, príncipe de Rutenia y autócrata único de la Rus. Sus ejércitos cosacos, a los que se unirían algunos rebeldes burgueses y campesinos de habla ucraniana, masacraron a nobles y sacerdotes polacos y, solo en 1648, a 60.000 judíos que habían vivido seguros durante siglos pero ahora se veían atrapados entre los señores católicos y los cosacos ortodoxos.

El hetmanato independiente de Jmelnitski apenas duró cinco años, ya que necesitaba un mecenas que protegiera su reino. Traicionado por el kan de Crimea, optó por rendir pleitesía al sultán otomano, que abandonó al hetmán en manos de los tártaros y lo obligó a recurrir a Moscú.

En enero de 1654, el hetmán juró lealtad al zar moscovita Alejo, que, como harían sus sucesores hasta los tiempos modernos, consideraba Ucrania una provincia suya, la Pequeña Rusia, unida para siempre a su fraternal Gran Rusia.[6]Los otomanos no mostraron ningún interés en el asunto, ya que Constantinopla estaba inmersa en su propia crisis. Allí, la Madre Magnífica del sultán loco, Kösem, afrontaba un dilema.

¿Podía una madre matar a su hijo?

Al principio, Ibrahim el Loco, que a la sazón tenía treinta y tres años, se contentó con dejar que su madre gobernara por él. Al principio poco interesado en las mujeres, y posiblemente impotente, recurrió a un charlatán espiritista, Cinci Hoca, que le prescribió afrodisíacos y pornografía. Ibrahim se volvió priápico. Cuando a su madre le regalaron una muchacha rusa esclavizada de nombre Turhan, Kösem se la cedió al sultán, que no tardó en dejarla embarazada. Pero sus depravaciones fueron a más mientras el imperio iba a menos: le gustaban las mujeres gigantescas y las pieles, preferiblemente juntas. Solo podía mantener relaciones en una habitación llena de marta cibelina, pero a la vez era tan

priápico que intentaba limitarse a una nueva muchacha a la semana, concretamente los viernes. Se enviaron órdenes por todo el imperio para encontrar a las mujeres más grandes. Entonces, en 1644, el padishah empezó a imponerse a su madre, ascendiendo a puestos de poder a Cinci Hoca y su caterva de chapuzas, además de una administradora del harén.

Hizo circular el molde de las ubres y la vagina de una vaca por todas las provincias para buscar a una mujer que encajara. Encontró a una joven armenia de dieciséis años extremadamente gorda, María, a la que dio el apodo de Azucarillo. Además de Turhan, la esclava de origen ruso, designó a otras siete *hasekis* (consortes), entre ellas Azucarillo, a la que rebautizó como Sivekar Sultan y concedió las rentas de sus provincias más ricas, Damasco y Egipto, lo cual sería un grave error.

Supuestamente, Azucarillo le dijo a Ibrahim que una de las concubinas le había sido infiel. Al oírlo, él ordenó meter a 280 odaliscas en sacos y ahogarlas en el Bósforo; entonces, Kösem invitó a cenar a Azucarillo y la envenenó en secreto.

El siguiente error del padishah fue catastrófico. Enfurecido con los piratas malteses que habían atacado un barco con peregrinos musulmanes, Ibrahim ordenó a la armada que tomara Creta, por entonces una provincia veneciana. Los venecianos declararon la guerra, asaltaron la Grecia otomana y bloquearon el Bósforo, lo cual provocó escasez de alimentos y disturbios en Constantinopla. El gran visir y Kösem hablaron entonces de la posibilidad de deponer a Ibrahim, que contraatacó ejecutando al visir y prohibiendo salir del harén a su madre y sus hermanas. De hecho, estaba planeando el asesinato de Kösem al más puro estilo neroniano.

El 8 de agosto de 1648, tanto los jenízaros como las masas en general estaban tan indignados por la ineptitud de Ibrahim que lincharon al nuevo visir, hicieron kebab con él y lo vendieron por las calles; en adelante se lo conocería como Mil Piezas. Ibrahim, ahora justificadamente paranoico, mandó arrojar a una cisterna al pequeño Mehmed, el hijo que había tenido con Turhan. Su egoísmo estaba poniendo en riesgo el futuro de la dinastía. Kösem

rescató al niño.

Los visires acudieron entonces a Kösem, llamándola con el insólito nombre de Umm al-Muminin —Madre de los Musulmanes, el título de la esposa favorita de Mahoma— y dándole a entender que la consideraban la autoridad califal de la dinastía: «No solo eres la madre del sultán; eres la madre de todos los auténticos creyentes. Pon fin a este caos». Al final, Kösem aceptó: «Acabará matándonos a vosotros y a mí. Perderemos el control del gobierno. Traeré a mi nieto Mehmed». Sin embargo, insistió en que no debían matar a Ibrahim. Los pachás apresaron a Ibrahim y ciñeron a Mehmed con la espada de Osmán. Luego pidieron a la Madre Magnífica que ejecutara a su hijo. Solo un dictamen de la máxima autoridad religiosa del imperio —el *shayj al-islam*, o jeque del islam — podía permitir a una madre matar a su hijo. Entonces, el jeque firmó una fatua que rezaba: «Si hay dos califas, mata a uno de ellos». Kösem accedió.

Mientras los pachás y las concubinas observaban desde las ventanas del Topkapı, los verdugos sordomudos fueron en silencio a por Ibrahim.

«¿No hay nadie que haya comido mi pan que se apiade de mí?», gritó Ibrahim. «Estos hombres crueles han venido a matarme. ¡Misericordia!» Las cuerdas de arco se tensaron.

Mientras los otomanos ejecutaban a un rey, los ingleses hacían lo propio.

En Londres, Oliver Cromwell, con la parsimonia que lo caracterizaba, debatía qué hacer con su cautivo, el rey Carlos. Si en el pasado alguien le hubiera propuesto juzgar al monarca, decía, lo habría calificado como «el mayor traidor del mundo». El lord general Fairfax se sentía incómodo con la idea, pero los radicales piadosos del ejército y probablemente su capellán americano, Hugh Peters, eran favorables a la celebración de un juicio. Cromwell alzó la vista al cielo: «Dado que la providencia y la necesidad los han puesto ahí, debería rogar a Dios que bendiga sus consejos». En otras palabras, creía que era el momento de juzgar a Carlos. «No puedo sino someterme a la providencia.»

La corona incorruptible y la Madre Magnífica

En enero de 1649, Cromwell consiguió lo que quería: lo que quedaba del Parlamento votó en favor de excluir a los lores del gobierno, proclamar una «Mancomunidad y Estado Libre» y juzgar a Carlos. El rey, fuertemente custodiado, diminuto y elegante con sus ropas de seda negra, fue conducido a Westminster Hall y acusado de un «malvado propósito»: la traición. Lord Fairfax fue designado para presidir el tribunal, pero luego se ausentó. «Me gustaría saber con qué poder se me ha convocado aquí», exigió Carlos. «Recordad que soy vuestro rey, vuestro legítimo rey. Pensadlo bien.» El monarca se negó a cooperar, pero Cromwell ya no tenía dudas. «Os digo», declaró, «que le cortaremos la cabeza con la corona en ella.» Mientras los 68 comisionados del Alto Tribunal de Justicia ocupaban sus asientos, Hugh Peter orquestó una consigna entre los asistentes: «¡Ejecución! Justicia!», aunque también se escucharon gritos de «¡Dios salve al rey!». Cuando se citó a Fairfax, su esposa Ana gritó desde la tribuna de asistentes: «¡Tenía cosas mejores que hacer que estar aquí!»; y cuando los jueces afirmaron actuar en nombre de «todas las buenas gentes de Inglaterra», ella declaró: «No, ni la centésima parte de ellas», tras lo cual fue expulsada de la sala. Los comisionados sentenciaron que el «tirano, traidor, asesino y enemigo público de las buenas gentes de la nación» debía ser «ejecutado cortándole la cabeza».

«¡Tiene que escucharme una palabra, señor!», protestó Carlos.

«¡No, señor!», respondió el juez, y zanjó: «¡Guardia, llévense a su prisionero!».

Cuando Cromwell se convirtió en partidario de la ejecución, lo guiaba nada menos que la voluntad divina: «No nos ha faltado una buena proporción de notables providencias y apariciones del Señor. Su presencia ha estado entre nosotros». Sin consultárselo de antemano, se nombró a un total de 135 «comisionados» para juzgar al rey, de los cuales 47 no se presentaron. Al finalizar el juicio, que se prolongó cuatro días, 67 de ellos lo declararon culpable, pero algunos se resistieron a firmar la orden de ejecución. Cromwell firmó el tercero, y luego amenazó a los demás: «Los que han

entrado estamparán su firma; tendré su firma ahora». En uno de sus histéricos interludios, prorrumpió en carcajadas mientras él y uno de los comisionados se salpicaban tinta a la cara. Al final firmaron 59.

En el palacio de San Jacobo, Carlos comprendió que no volvería a ver a su hijo mayor, el príncipe de Gales, ni al segundo, Jacobo, que había escapado del cautiverio parlamentarista vestido de mujer. «Prefiero que seas Carlos le Bon que Carlos de Grand», le escribió al príncipe. «Adiós, hasta que nos encontremos, si no en la tierra, en el cielo.» Sin embargo, pidió ver a sus otros hijos, Isabel, de trece años, y Enrique, de ocho. Su despedida fue desgarradora. Mientras Isabel sollozaba, Carlos le pidió: «No te aflijas ni te atormentes ... porque sería una muerte gloriosa». Le aconsejó que se consolara con la lectura y le dio recuerdos para Enriqueta María. «Sus pensamientos nunca se apartaron de ella, su amor debía ser el mismo hasta el final.» Luego abrazó a la niña:

—Cariño, olvidarás esto.

—No lo olvidaré mientras viva —respondió ella.

Luego invitó a Enrique a sentarse en sus rodillas.

—Cariño ... a mí me cortarán la cabeza y quizá te hagan rey —le dijo—. Pero no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo.

—Antes me partirán por la mitad —respondió el niño.

Carlos los besó a ambos, llorando «de gozo y de amor». Cuando se los llevaban, el rey, que observaba desde una ventana, corrió tras ellos y los besó de nuevo, para luego desplomarse en su lecho.

La tarde del 30 de enero de 1649, una tarde glacial, mientras Cromwell participaba en una reunión de oración, Carlos, que a la sazón tenía cuarenta y ocho años y el pelo y la barba ya blancos, se puso dos camisas para que no se le viera temblar a causa de las gélidas temperaturas y una jarretera con 412 diamantes, y dividió sus pertenencias para que se las entregaran a sus hijos (además de un reloj de oro para la hija de Buckingham, el amigo al que nunca había olvidado).

«¡Venga, vamos!», dijo, antes de atravesar el parque de San

Jacobo, rodeado de tropas y acompañado del redoble de los tambores, para entrar en el laberíntico palacio de Whitehall y salir por Banqueting House, cuyos techos había pintado su amigo Rubens, hasta el patíbulo. Allí le aguardaban el «joven» Gregory Brandon, verdugo hereditario, y su ayudante —ambos con peluca, traje de marinero y máscara de malla—, con el hacha. Mientras Carlos se dirigía a la multitud, a un soldado se le cayó el hacha dos veces. «No dañes el hacha que puede dañarme a mí», le dijo Carlos, antes de concluir: «Paso de una corona corruptible a una corona incorruptible donde no puede haber perturbación. Es un buen intercambio». Luego apoyó la cabeza en el tajo y extendió las manos para mostrar que estaba preparado. Brandon hizo un corte limpio. Luego el ayudante alzó la cabeza: «¡Contemplad la cabeza de un traidor!». Los soldados lanzaron vítores y aplaudieron, mientras otros guardaban un respetuoso silencio. El ayudante, que bien podría ser el predicador americano Peter, dejó caer la cabeza y magulló el rostro. Los soldados y espectadores se apresuraron a cortar mechones de pelo real, a mojar pañuelos en la sangre azul y a tallar trozos del patíbulo para tener algún recuerdo.[7]Días después, su familia recibió la noticia. La reina, que estaba cenando en el Louvre de París, se quedó sentada «sin pronunciar palabra» durante un largo rato, mientras en La Haya su hijo Carlos comprendió que su padre había muerto cuando se dirigieron a él como «Vuestra Majestad», y empezó a sollozar.

En Constantinopla, Kösem gobernaba en nombre de su nieto de siete años, Mehmed IV. Presidiendo los consejos desde detrás de un biombo, en presencia del niño padishah, la Madre Magnífica reprendía a los visires, todos ellos hombres: «¿Te he hecho visir para que pases el tiempo en jardines y viñedos?», preguntaba la voz desde detrás del biombo. «Dedícate a los asuntos del imperio y que no vuelva a oír hablar de tus retozos.» Pero el sultán tenía a su madre, Turhan, la esclava a la que Kösem había educado y luego cedido a Ibrahim. Esta pretendía ser regente y conspiraba contra Kösem, que a su vez planeaba deponer al niño y entronizar a otro nieto con una madre menos ambiciosa. Pero, fatalmente, Kösem tenía un espía en su propio séquito, que informó a Turhan del plan

de su señora. Empezó una carrera para ver cuál de las dos mujeres mataría antes a la otra.

«Gracias a Dios, he vivido cuatro reinados y he gobernado durante mucho tiempo», declaraba Kösem al consejo. «El mundo no mejorará ni se destruirá con mi muerte.» Turhan atacó primero. El 2 de septiembre de 1651, Kösem, que entonces tenía sesenta y tres años, fue perseguida por todas las estancias del palacio mientras una esclava leal intentaba salvarla, gritando: «¡Yo soy la valide!».

Kösem se escondió en un armario, pero vieron su vestido. Mientras la estrangulaban con una cortina, luchó tan desesperadamente que llegó a sangrar por la nariz y las orejas. Cuando se supo la noticia, el pueblo paralizó Constantinopla durante tres días para llorar a la Madre Magnífica.

Mientras tanto, en Londres, una nueva familia tomaba el control, y no era de la realeza. El cuerpo de Carlos I, con la cabeza cosida al cuello, yacía embalsamado en el palacio de San Jacobo, donde se exhibía a los asistentes que pagaban por verlo. Se dice que, al contemplarlo, Cromwell murmuró: «Si no hubiera sido rey, habría vivido más».

Las entrañas de Cristo: el protector Oliver y el príncipe Dick

La nueva república se hallaba asediada. El ejército liderado por Cromwell y sus oficiales conservadores dominaba claramente, pero sus filas bullían de ideales democráticos peligrosamente radicales. En Irlanda, los rebeldes católicos atacaban a los colonos protestantes. A los parlamentaristas les aterrorizaba la idea de que un ejército real irlandés pudiera aplastar Inglaterra, pero los colonos ingleses llevaban mucho tiempo tratando a los irlandeses como un pueblo semibárbaro, dejando de lado las convenciones habituales de la guerra. El hecho de que además fueran católicos los situaba fuera del alcance de cualquier posible redención. Cromwell se dirigió a Irlanda. En un frenesí de odio farisaico,

asaltó Drogheda, donde quemó a los soldados que se habían refugiado en una iglesia; a los sacerdotes les destrozaron la cabeza tras su rendición, y las unidades capturadas fueron diezmadas: en total murieron tres mil personas. «Este es un juicio justo de Dios a esos miserables bárbaros», expuso Cromwell, «que han impregnado sus manos de tanta sangre inocente.»

Carlos II, que ahora tenía veinte años, desembarcó en Escocia, donde, alarmados por Cromwell, los escoceses que estaban bajo el mando de Leven cambiaron de bando. Fairfax finalmente dimitió como comandante en jefe y Cromwell fue nombrado capitán general. Advirtiendo: «Os ruego, por las entrañas de Cristo, que penséis que es posible que estéis equivocados», Cromwell aplastó a los escoceses en Dunbar, tras lo cual Carlos marchó hacia el sur con otro ejército. Cromwell fue tras él, derrotando al joven en Worcester en un acto de «suprema fortuna» que vendría a reforzar su invencible prestigio como lo que su secretario, un poeta medio ciego y versado en latín llamado John Milton, llamaba «nuestro líder de hombres». Cromwell ordenó al Parlamento que acordara un nuevo Estado británico, pero, cuando sus miembros se mostraron reticentes, irrumpió en la cámara en un ataque de furia, despotricando como un loco contra aquellos «puteros»: «¡Voy a poner fin a vuestros parloteos! ¡Vosotros no sois un Parlamento!». Luego hizo llamar a los soldados: «¡Que entren!». Al ver al presidente en su escaño, gruñó: «¡Bájenlo de ahí!»; luego cogió la maza ceremonial: «¿Qué vamos a hacer con esta baratija? ¡Tomad, lleváosla!». A continuación, dirigiéndose a los asombrados parlamentarios, declaró: «Sois vosotros quienes me habéis obligado a hacer esto porque he buscado al Señor noche y día». Más tarde Cromwell mostró su desprecio al Parlamento: «¡No se oyó siquiera el ladrido de un perro!».

Mientras un general de signo radical propugnaba una teocracia a la que llamaba el Sanedrín de los Santos —un nombre excesivamente optimista para designar a cualquier grupo de políticos—, el talentoso general John Lambert ideaba una monarquía mixta dirigida por Cromwell, un Consejo de Estado y un Parlamento electo. En Westminster Hall, el 16 de diciembre de

1653, vestido íntegramente de negro y escoltado por su viejo aliado Warwick y otros pares, Cromwell hizo juramento como «Su Alteza el Lord Protector». Se pusieron a su disposición estancias reales en Hampton Court y Whitehall; se le habría de saludar alzándose el sombrero como a un rey; habría que dirigirse a su esposa como «Vuestra Alteza»; sus hijos e hijas serían príncipes y princesas; sus decretos se firmarían como «Oliver P»; y podría designar a su propio sucesor. La corte de Oliver carecía del esplendor de la de los Estuardo, y tampoco habría en ella el menor asomo de escándalos como los de la era jacobina, pero tampoco estaba completamente desprovista de alegría: Oliver disfrutaba de la compañía de su enjambre de alegres hijas y de la glamurosa condesa de Dysart. Gobernaba a través de una camarilla de generales y parientes, y una de sus hijas se casó en dos ocasiones con sendos altos generales; otras dos lo hicieron con pares cromwellianos, y la cuarta se casó con un miembro de la principal dinastía puritano-colonial: la del conde de Warwick.[8]Sus dos hijos varones, Richard —conocido como Dick— y Henry, se incorporaron al Consejo de Estado, pero el futuro dependía de Dick, un joven apocado, extravagante y de cara larga ahogado en deudas, muy distinto de Su Alteza Oliver, que intentó prepararlo aconsejándole: «Busca constantemente al Señor y su rostro». Él prefería al capacitado Henry, pero Dick era el mayor, así que Dick debía triunfar.

Como muchos dictadores, Oliver perseguía el poder, pero a la vez se compadecía de sí mismo por haberlo alcanzado: «Ya ves en qué me ocupo. Soy digno de lástima. Sé lo que siento. No merece la pena aspirar a grandes lugares y negocios en el mundo; no debería tener consuelo alguno, pero mi esperanza está en la presencia del Señor. Yo no he buscado estas cosas: el Señor me ha llamado a ellas». Oliver no era más que un «pobre gusano y débil siervo» de Dios.

Ese «gusano» ahora era casi como el rey de una nueva Israel. «Sois tan semejantes a la conformación de Dios como nunca lo fue pueblo alguno», declaró a su nuevo Parlamento. «Os halláis en el umbral de las promesas y las profecías.» Aquella Segunda Venida

solo podía producirse cuando se cumplieran las profecías bíblicas, los judíos volvieran a Sion y luego se convirtieran o fueran destruidos en el Fin de los Tiempos. Fue justamente ese papel que tenían asignado en la providencia cósmica lo que hizo que los judíos, cuya presencia estaba prohibida en Inglaterra desde hacía mucho tiempo, se ganaran el favor de Cromwell, quien se reunió con el rabino holandés Menasseh Ben Israel para iniciar el proceso que les permitiría regresar.

Mientras maniobraba para hacerse con el control de las colonias americanas,[9]Oliver concibió una sagrada ofensiva contra los católicos Habsburgo con el objetivo de establecer un imperio inglés. Para ello se inspiró en Thomas Gage, un monje católico reconvertido en vengador protestante que propugnaba un «Designio Occidental»: la conquista del Caribe y la Suramérica españoles.

«Dios nos ha traído donde estamos», declaraba Oliver, «para considerar la obra que podemos hacer en el mundo además de en nuestra propia casa»; y la providencia jamás le había negado una victoria. Más de 25.000 colonos blancos habían acudido en tropel a la colonia de Barbados, con sus nuevas y lucrativas plantaciones de azúcar donde laboraban trabajadores blancos en régimen de servidumbre (muchos de ellos católicos irlandeses deportados; otros, hijos de familias empobrecidas), pero ahora eran reemplazados por esclavos africanos. Los plantadores ingleses no tardaron en verse superados en número, cosa que acrecentaba su temor a las rebeliones de esclavos, a lo que había que añadir el problema de que la legislación inglesa no contemplaba la esclavitud. Su respuesta fue la Ley para el Mejor Ordenamiento y Gobierno de los Negros, que constituiría el cruel fundamento de toda la legislación esclavista americana y caribeña y que establecía que, «siendo los esclavos salvajes», no tenían derechos. El castigo por desobediencia sería flagelarlos, si era la primera vez, y cortarles la nariz, flagelarlos y marcarlos, en caso de reincidencia; y si «desgraciadamente cualquier negro, al ser castigado por su amo, se ve afectado en su vida o en algún miembro, nadie deberá responder con ninguna multa por ello».

Mientras planeaba su Designio Occidental, Oliver se vio enzarzado en una guerra con sus enemigos católicos, los españoles, pero también con sus tradicionales aliados protestantes, los holandeses, tanto por el tema del comercio como por el apoyo a los Estuardo del cuñado de Carlos II, Guillermo, príncipe de Orange. Deseoso de hacer las paces con sus correligionarios protestantes, propuso una unión política con las Provincias Unidas, y luego, forjando una alianza con el cardenal Mazanin de Francia, decidió lanzar su flota contra los españoles. Envió a su propia «Armada Invencible» bajo el mando conjunto de un irascible republicano, Robert Venables, y un joven y vigoroso caballero, William Penn. El momento era apropiado, ya que los Habsburgo estaban atravesando un momento difícil cuando las tropas inglesas desembarcaron en la isla de La Española, rica en azúcar.

Ganga Zumba, rey de los Palmares

La invasión fue un auténtico fiasco. Los soldados lucharon «de la forma más triste y penosa», según reconocía el general Venables, «atormentados por el calor, el hambre y la sed». En cambio, en mayo de 1655 se apoderaron de Santiago (Jamaica), que seguía siendo propiedad de los Colón. Como los españoles se resistían y los cimarrones locales apoyaban a los ingleses, el primer gobernador invitó a los Hermanos del Mar, filibusteros ingleses, a establecerse en Jamaica y atacar los puertos españoles. Liderados por un aventurero galés llamado Henry Morgan, convirtieron su cuartel general, Cagway (pronto Port Royal), en el nido de piratas más sórdido, ordinario y mortífero del mundo.

Los ingleses empezaron a acelerar la importación de esclavos africanos para sus plantaciones de Jamaica y Barbados.[10]Pero, en Inglaterra, el fracaso de su piadoso imperio había dejado perplejo a Oliver: Dios había retirado su bendición a aquella nación de pecadores. Cromwell trató de corregir la venalidad moral de su pueblo, gobernando como siempre a través de sus generales, que cerraron tabernas y prohibieron los bailes impíos, las peleas de

gallos, el fútbol y los espectáculos de lucha entre perros y osos; la Navidad también siguió abolida. Pero Inglaterra estaba a punto de tener otra oportunidad gracias al modesto nuevo rey de Portugal, Juan IV, que contraatacó a los holandeses. El *Groot Desseyn* había aportado a estos últimos una conexión atlántica desde Elmina y Luanda hasta Manhattan y Brasil, donde la brutal eficacia de los esclavistas calvinistas holandeses había provocado el distanciamiento tanto de los nobles blancos como de los amerindios mestizos, así como de los propietarios y cazadores de esclavos católicos, que lideraron una insurrección en Pernambuco. La guerra, que se libró en Brasil y Angola, fue perversamente multiétnica: los dos bandos reclutaron a auxiliares amerindios y lusoafricanos; además, los portugueses reclutaron a esclavos, a los que prometieron la libertad a cambio de sus servicios.

En febrero de 1649, el ejército multirracial del rey Juan, liderado por un afrobrasileño llamado Henrique Dias, un hijo de esclavos liberado al que se había otorgado el título de «gobernador de todos los criollos, negros y mulatos», y un amerindio potiguara llamado Felipe Poti Camarão,[11]derrotó a los holandeses en Guararapes. Luego, los afrobrasileños cruzaron el Atlántico para restaurar el dominio portugués en África bajo el mando de un comandante afrolusitano llamado Salvador Correia de Sá. Durante quince años de guerra, los holandeses, su aliado kongo García y la reina Nzinga de Ndongo se defendieron, y ambos bandos hubieron de enfrentarse asimismo a las milicias caníbales imbangalas. Los portugueses recuperaron Luanda; García del Congo y Nzinga de Ndongo se retiraron hacia el interior y sobrevivieron (ambos morirían pacíficamente), mientras que los imbangalas, bajo el mando de un *jaga* (rey) llamado Kasanje, formaron su propio reino, que se prolongaría dos siglos. Pero a continuación sobrevino un ajuste de cuentas.

En 1665, en Ambuíla, el *manikongo* Antonio, hijo de García, se enfrentó a los portugueses con el apoyo de los holandeses. Entre sus comandantes se encontraba una princesa real, Aqualtune; dos de sus hijos, Ganga Zumba y Ganga Zona; y su hija Sabina. Los bakongo fueron derrotados, Antonio murió asesinado y la princesa

y su familia fueron esclavizados y trasladados a Brasil. Pero ese no fue el final de la historia, ya que con el tiempo se convertirían en los gobernantes del que sería el mayor reino esclavista rebelde de América.

Los esclavos habían opuesto resistencia a su cautiverio desde un primer momento, pero sus revueltas eran ferozmente aplastadas. La otra opción que les quedaba era «echarse al monte», pero necesitaban un sitio a donde ir. Los cazadores de esclavos —*capitães do mato*— eran mercenarios despiadados que actuaban bajo la protección de San Antonio, cobraban de los propietarios para recuperar o matar a los esclavos huidos y viajaban con bolsas de cuero donde guardaban las cabezas de los esclavos para presentarlas a la hora de cobrar su paga. Sin embargo, desde principios de siglo, los cimarrones brasileños fugados habían creado los denominados quilombos —comunidades de esclavos rebeldes—, que recibían su nombre de los campamentos de guerra imbangalas de Angola. En aquellos macombos, o escondites, los antiguos esclavos construían aldeas, vivían del cultivo de palmas y alubias y la cría de pollos, y se convertían en guerrilleros expertos aprendiendo el manejo de las armas y la capoeira, una disciplina que es a la vez baile y arte marcial. A principios de siglo, un grupo de cuarenta esclavos habían huido de una propiedad y formado un quilombo cerca de Recife, en el extremo oriental de Brasil, al que dieron el nombre de los Palmares por las palmas que les servían de alimento. Conocido como la Pequeña Angola, dado que muchos de sus habitantes eran bakongos, sus líderes electos solían ser príncipes africanos que habían conservado el prestigio en su vida de esclavos. Cuando los holandeses fueron derrotados, los portugueses intentaron aplastar los Palmares lanzando más de una veintena de ataques contra el territorio, todos ellos fallidos. «Es más difícil», reflexionaba un gobernador portugués, «derrotar a un quilombo que a los holandeses.»

Cuando la princesa Aqualtune y sus hijos Ganga Zumba y Ganga Zona fueron esclavizados, los instalaron en una plantación de azúcar, Santa Rita, en Pernambuco, en el noreste de Brasil y no muy lejos de los Palmares, donde ya vivía su hermana Sabina,

esclavizada anteriormente. Poco después de su llegada, Ganga Zumba y su familia escaparon a los Palmares, donde aquel nieto de un *manikongo*, de unos treinta años de edad y experimentado guerrero, fue elegido rey. Se desconoce su nombre —Ganga Zumba es un título basado en un término kikongo que significa «gran señor»—, pero puso a sus hermanos y a su madre Aqualtune al frente de las diversas aldeas mientras él repelía una y otra vez los ataques portugueses, atrayendo a un número cada vez mayor de esclavos rebeldes hasta llegar a gobernar a una población de 30.000 personas (Río tenía entonces 7.000 habitantes) y un territorio del tamaño de Portugal. Tenía su corte en un pequeño palacio que albergaba a tres esposas (dos negras y una mestiza), además de sus guardias y cortesanos y, como era costumbre en África, contaba con el asesoramiento de dos mujeres mayores, su madre y una matriarca llamada Acotirene.

Como en el Congo, se saludaba al rey arrodillándose y dando palmas. Cada aldea, fortificada con trampas y empalizadas, tenía una capilla con un sacerdote, aunque se practicaba un catolicismo criollo de tipo híbrido que toleraba la poligamia y los ritos bakongos. Ganga Zumba favoreció a su sobrino Zumbi. Aunque las fechas y las relaciones entre los miembros de la familia resultan algo inciertas, sabemos que Zumbi, nacido en los Palmares en 1655 antes de la llegada de sus tíos, había sido capturado en una incursión de los portugueses y criado por un sacerdote llamado António de Melo. Bautizado como Francisco, aprendió portugués y latín, e impresionó a su maestro por poseer «una habilidad que nunca había imaginado en la raza negra, y que muy raramente he visto entre los blancos». A los quince años escapó al quilombo, donde adoptó el nombre de Zumbi, un término vinculado a los espíritus nocturnos inmortales del culto bakongo a los ancestros. Su tío lo nombró comandante del ejército de los Palmares.

A finales de la década de 1670, el reino de los Palmares de Zumba se había hecho famoso en toda América, lo cual alentó nuevas rebeliones. En 1677, Ganga Zumba resultó herido en un ataque, en el que algunos de sus familiares fueron capturados. Al año siguiente, el gobernador de Pernambuco, Pedro Almeida,

ofreció un acuerdo de paz por el que los nacidos en los Palmares seguirían siendo libres si reconocían a la corona, mientras que los fugitivos recientes serían devueltos a sus amos.

Agotado por quince años de guerra y una veintena de campañas militares, Ganga Zumba decidió negociar, pero su sobrino Zumbi se oponía al retorno de los fugitivos. Cuando Zumba firmó el acuerdo, el sobrino, aconsejado por su esposa Dandara, envenenó a su tío y fue elegido rey.

Los conquistadores del mundo: Shivaji, Aurangzeb y la poetisa

Zumbi repelió una y otra vez los ataques portugueses, casi uno al año, pero no olvidó a su maestro sacerdote, al que visitó en secreto en tres ocasiones con gran riesgo personal. Incluso Almeida admiraba a Zumbi, un «negro de singular valor, gran temple y rara constancia, superior a los demás, porque su industria, su juicio y su fuerza sirven de obstáculo a los nuestros, y de ejemplo a los suyos».

En septiembre de 1657, mientras la dinastía Ganga gobernaba los Palmares,[12]el que era el mayor potentado del mundo, Shahjahan, no apareció en el balcón del Fuerte Rojo para celebrar la jharokha: estaba enfermo.

Tras la muerte de Mumtaz, Shahjahan se consoló entregándose a un desenfreno priápico alimentado por afrodisíacos, frecuentando su harén, pero seduciendo también a las esposas de sus cortesanos, a las que a menudo escogía en los bazares palaciegos por los que patrullaba acompañado de dos concubinas tártaras que tomaban nota de sus elecciones. Más tarde sería su hermosa hija Jahanara (suya y de Mumtaz) la que organizaba sus citas, una intimidad que suscitaría el rumor de que también ella se había convertido en su amante. De sus cuatro hijos varones, su preferido era el primogénito, Darashukoh, un joven retraído e ingenuo, pero también innovador, que cuestionaba la ortodoxia religiosa como había hecho Akbar. Sin embargo, eso ofendía a los musulmanes estrictos, como el tercer hijo, Aurangzeb,

un joven fiero, taciturno y abstemio que actuaba como paladín itinerante de su padre. A partir de 1636, con solo diecisiete años, trató de expandir sus dominios desde su base afgana de Kabul y, al fracasar en su intento, se dirigió hacia el Decán.

Aurangzeb estaba casado con una princesa iraní, Dilras Banu Begum, con la que tuvo cinco hijos.[13]Un día de 1653, el remilgado asceta se fijó en Hira Bai Zainabadi, una cantante y bailarina de casa de su tía, que estaba subiendo a un árbol para coger un jugoso mango, «un movimiento arrebatador». Aurangzeb «obtuvo su posesión de manos de su indulgente tía y ... le entregó su corazón». Él solía servirle vino, pero se negaba a beberlo él mismo, hasta que un día ella «le puso un vaso en la mano y le instó a beber. Aunque él rezó y suplicó, ella no tuvo piedad, y el príncipe estaba a punto de bebérselo cuando finalmente lo hizo la astuta muchacha». «Era para poner a prueba tu amor», le dijo ella entre risas al mortificado Aurangzeb.

Cuando murió Hira Bai, justo un año después, Aurangzeb se sintió desconsolado, pero acabó convenciéndose de que «Dios había sido misericordioso con él al poner fin a la vida de la bailarina». En lo sucesivo sería frío como el hielo.

Ahora que Shahjahan estaba enfermo, Darashukoh reclamó la regencia, desatando una feroz guerra familiar. Aurangzeb observó y esperó mientras los otros dos hermanos, Shahshuja y Murad, se declaraban ambos padishah. Shahjahan quiso abandonar su lecho para persuadir a sus hijos de que regresaran cada uno a sus provincias, pero, mostrando un exceso de confianza, Darashukoh se negó a hacerlo. Su hermana Jahanara intentó mediar, hasta que finalmente Aurangzeb descubrió que su padre se había confabulado con Darashukoh. En junio de 1658, Aurangzeb sitió a Shahjahan en el fuerte de Agra, cortando el agua y obligando al viejo emperador a escribir en tono patético:

Mi hijo, mi héroe ...
ayer tenía un ejército de novecientos mil hombres,
hoy necesito una jarra de agua.

«Quien siembra vientos recoge tempestades», escribió a su vez Aurangzeb en la carta de su padre. «Nunca me amaste», le diría más tarde. Shahjahan se rindió. Aurangzeb invitó a Murad a una fiesta y lo emborrachó. Cuando estaba durmiendo la mona, fue apresado y luego asesinado. Mientras Darashukoh huía, Shahshuja fue derrotado y huyó a Birmania, donde falleció.

Aurangzeb declaró: «Hay que exterminar a Darashukoh». En agosto de 1659, este fue traicionado y luego decapitado; después obligaron a su hijo Sulaymanshukoh a beber opio hasta que sufrió una sobredosis. Aurangzeb hizo desfilar el cuerpo sin cabeza de Darashukoh a lomos de un elefante. Cuando le entregaron la cabeza, Aurangzeb se negó a mirarla («Dado que no quise ver la cabeza de este infiel en vida, tampoco lo hago ahora»), pero es posible que se la enviara a su padre, que residía en el fuerte de Agra junto con Jahanara. Aurangzeb, que insistía en que únicamente había asumido «la peligrosa carga de la corona por necesidad y no por libre voluntad», informó a su padre de que, «cuando caíste enfermo, Darashukoh usurpó el poder para favorecer el hinduismo y destruir el islam», mientras que él mismo había vencido porque «siempre he sido un fiel defensor del Corán». Con respecto a sus hermanos, tuvieron que morir «debido a las exigencias de la justicia».

Aurangzeb, convertido en emperador a los cuarenta años, asumió el nombre de Alamgir, Conquistador del Mundo. Bajo su mandato, la dinastía Tamerlán alcanzaría su cenit en la India. Al principio Alamgir disfrutaba de la música y protegía a los músicos, y se enamoró de una concubina-bailarina georgiana esclavizada llamada Udaipuri, una muchacha todavía adolescente que había heredado de su hermano Darashukoh. Cuando accedió al trono, a su hija favorita, la poetisa Zebunnissa, se le permitió una considerable libertad, pero con el tiempo se volvió demasiado independiente. «¡Oh, Makhfi!», escribió, «es el camino del amor y debes transitarlo sola.» Además, mantenía un romance público con un joven noble, y estaba en contacto con sus hermanos amotinados. Al final Alamgir terminaría encarcelándola durante veinte años.

El puritano emperador, que quería controlar hasta el último detalle de las vidas de sus súbditos, trató de limitar la sensualidad: prohibió a las mujeres llevar pantalones ajustados, y en Cachemira ordenó que la gente llevara obligatoriamente ropa interior bajo sus vestiduras. Mientras su corte se volvía cada vez más rigurosa y disciplinada, él sermoneaba a su hijo Azzam diciéndole: «Teme los suspiros de los oprimidos», al tiempo que advertía a su visir: «La opresión causará la oscuridad el Día del Juicio Final». Alamgir probablemente fue el gobernante más trabajador de la historia de la India; apenas dormía, y examinaba minuciosamente el papeleo de su administración: «La providencia me puso en el mundo para vivir y trabajar no para mí, sino para los demás». Era un hombre maquiavélico que solía reflexionar sobre el poder —«No se puede gobernar sin engañar»— y la violencia.[14]«Los más grandes conquistadores», afirmaba, «no son los más grandes reyes»; pero este vástago de Tamerlán vivía para la conquista: «Cuando se tiene un enemigo al que destruir, no hay que reparar en los medios, es permisible cualquier cosa ... que pueda tener éxito».

Pese a su discurso sobre la justicia, Alamgir recuperó el dominio sobre el Punyab ejecutando al gurú sij Tegh Bahadur, aplastó la resistencia afgana, y luego dedicó su reinado a la conquista del sur, donde sus ambiciones chocarían con las de un carismático guerrero hindú.

En 1660, Alamgir envió a un ejército para destruir a un descendiente de uno de los generales de Ambar, un caudillo hindú llamado Shivaji, que desde su base en Pune se rebeló contra el sultán de Bijapur y empezó a forjar su propio reino en el Decán. En 1659, en un combate con un general bijapurí, Shivaji utilizó una garra de tigre que llevaba en la manga para destripar a su oponente, tras lo cual aplastó a su ejército. Insistía en que los mogoles eran extranjeros túrquicos; en su lugar, él aspiraba a crear un Hindavi Swarajya, un reino indio hindú. Cuando Shivaji derrotó a los ejércitos de Alamgir, el emperador lo invitó a acudir a la corte con la intención de ganárselos a él y a su hijo Sambhaji con las tradicionales lisonjas, para luego humillar y encerrar a los orgullosos marathas. Mientras se debatía entre dar muerte a Shivaji

o nombrarlo gobernador de Kabul, el Tigre del Decán enviaba diariamente cestas de dulces a los pobres; un día, Shivaji y su hijo escaparon en sendas cestas de dulces, y regresaron al Decán para forjar su propio imperio.

Poco después de que Alamgir se adueñara del mundo, el que fuera el más grande gobernante inglés del siglo cayó gravemente enfermo.

La reina Dick

En septiembre de 1658 Oliver Cromwell, que a la sazón tenía cincuenta y nueve años y estaba profundamente afectado por la agónica muerte de su hija favorita, Betty, a causa de un cáncer, se vio postrado a consecuencia de una septicemia debida a una infección renal. Sus generales empezaron a planificar la sucesión en torno a su lecho de muerte.

En marzo de 1657, el presidente de la Cámara había vuelto a ofrecer la corona a Oliver. Su hijo mayor, Dick, que había de heredarla, no lo tenía claro. Pero el menor, Henry, lord lugarteniente de Irlanda, apuesto y competente, consideraba que la corona no era sino «una llamativa pluma en el sombrero de la autoridad». Cromwell fumaba un cigarrillo tras otro mientras daba vueltas al asunto, que él mismo calificó también como «esa pluma en un sombrero». Finalmente decidió aceptarla, hasta que, dando un paseo por el parque de San Jacobo, se encontró con tres de sus generales republicanos, que le dijeron que dimitirían si lo hacía. «No puedo asumir este gobierno con ese título de rey», declaró Oliver al Parlamento. «Dios ha maldecido ese título.» En junio, fue investido con una panoplia casi real, una procesión con la espada del Estado, que portaba Warwick, y un cetro, cabalgando por toda Londres con su hijo mayor Dick a su lado. Pero ahora, al caer enfermo, no acababa de decidirse a la hora de designar sucesor.[15]

«Decidme, ¿es posible perder la gracia?», preguntó a quienes lo rodeaban, añadiendo una afirmación: «La fe es la alianza, el único apoyo». Mientras se sumía en el coma, los generales le

pidieron que designara a su sucesor: ¿Dick? «Sí», murmuró. Por la mañana logró recuperar el ánimo lo suficiente para decirles a sus hijos: «Seguid adelante con alegría», antes de reunirse con su creador.

Dick, que tenía treinta y un años, estaba junto al lecho acompañado del yerno del lord protector, el general Charles Fleetwood, y su cuñado John Desborough, en representación del ejército. Henry Cromwell ya tenía Irlanda. Aquella noche los miembros del consejo fueron a ver a Dick y lo nombraron jefe de Estado, cargo que Dick aceptó afablemente. «Habiendo el Muy Sereno y Renombrado Oliver, difunto Lord Protector, declarado y nombrado en vida al muy noble e ilustre lord Richard, hijo mayor de su mencionada difunta Alteza, para que le suceda en el gobierno de esta nación», el 9 de septiembre de 1658 los cromwellianos lo declararon legítimo lord protector. Mientras tanto, Carlos II, que observaba los acontecimientos desde Holanda, desesperaba de poder regresar algún día. Pero Dick, un hombre exento de carisma, de la guía de la experiencia y la bendición de la providencia, carecía de autoridad.

Mientras los cromwellianos apoyaban el protectorado de Dick, muchos de los generales, acérrimos republicanos puritanos, preferían una república piadosa. Dick aumentó la paga de los militares, pero, falto de fondos, finalmente orquestó un golpe de Estado para hacerse con el control del ejército, disolvió el consejo de oficiales y convocó un nuevo Parlamento. Fracasó: al final no pudo controlar ni a la asamblea ni a los generales, que forzaron su destitución y convocaron a su vez lo que quedaba del Parlamento que había sido elegido en 1640. Sus aliados franceses se ofrecieron a invadir Inglaterra y respaldarle; pero, aplastado entre los generales y los cromwellianos, los republicanos y los monárquicos, y con fanáticos en ambos bandos, «Richard P» —apodado ahora la Reina Dick— vaciló, musitando que nunca derramaría sangre para mantener un poder «que es una carga para mí». Sus deudas eran tan grandes que el Parlamento tuvo que concederle inmunidad frente a un posible apresamiento y acordar cuál sería su pensión. Solo hay una cosa más despreciable que un dictador competente, y

es un dictador incompetente. El 25 de mayo de 1659, tras ocho meses en el cargo, Dick fue depuesto, mientras asumía el poder una junta militar autodenominada Comité de Seguridad. Aunque el general Lambert, que gozaba de popularidad en el ejército, confiaba en gobernar él mismo, el cromwelliano George Monck —el hombre que lideraba las tropas en Escocia—, ayudado por Black Tom Fairfax, derrotó al general radical y marchó hacia el sur, aconsejando secretamente a Carlos II que declarara la reconciliación y luego regresara a Inglaterra.

El arruinado Dick, que permanecía en Whitehall y se veía asediado por los deudores, le pidió ayuda a Monck: «Así como yo no puedo dejar de creerme indigno de grandes cosas, tampoco vos me creeréis digno de una destrucción total». Mientras el secretario de Oliver, Milton, escribía *El paraíso perdido*, sobre el pecado original en el Jardín del Edén, muchos cromwellianos, entre ellos el funcionario Samuel Pepys, negociaban indultos y recompensas. Edward Montagu, comandante naval y amigo de Oliver, cambió de bando con su flota, y, con su joven primo Pepys a bordo, zarpó rumbo a Holanda para recoger a Carlos II. Monck protegió a Dick, quien, tras escribir con tristeza que «las afueras» constituían «el lugar más apropiado para las personas que carecen de empleo», huyó al continente.[16]Para entonces, en mayo de 1660, Carlos II, cuatro años menor que Dick, había desembarcado en Dover. Inglaterra celebraba la Restauración.

El Rey Planeta debió de envidiarle a Inglaterra su joven y jovial príncipe. La necesidad de un heredero de Felipe IV llevaría al matrimonio incestuoso que engendraría la tragedia más estrafalaria de la dinastía.

Manchúes y Shivaji, Borbones, Estuardo y Villiers

Velázquez, Bernini y Artemisia

Casado durante mucho tiempo con una princesa francesa, Felipe vio morir a siete de sus ocho hijos, a los que luego siguió su madre. La monarquía no tenía heredero. En 1649, Felipe, que tenía ya cuarenta y cuatro años, se casó con su piadosa sobrina de catorce, Mariana, que solo era cuatro años mayor que su hijastra María Teresa y pasaría heroicamente el decenio siguiente dando a luz a bebés que morirían uno tras otro. Pese a ello, la agotadora misión de procrear seguiría adelante, mientras Velázquez dejaba constancia de la evolución de la familia.

Felipe solía pasar horas y horas en el estudio de Velázquez viéndolo pintar. El artista se sentía fascinado por sus colegas barrocos: Rubens se hizo amigo suyo, y ambos fueron a ver los *tizianos* de El Escorial. Pero Velázquez anhelaba hacer una peregrinación estética a Roma, atraído por el que era el otro titán del Barroco.

«Estáis hecho para Roma», le aseguró el papa Urbano VIII al joven hijo de un escultor llamado Gian Lorenzo Bernini, y« Roma está hecha para vos». Urbano había conocido a Bernini cuando todavía era cardenal. «Este muchacho», le había dicho entonces Pablo V, «será el Miguel Ángel de su tiempo.» Y Urbano lo escogió a él para revitalizar Roma. «Es una gran fortuna para vos, cavaliere, ver al cardenal Maffeo Barberini convertido en Papa», le dijo Urbano, «pero mayor aún es nuestra fortuna por tener al cavaliere Bernini en vida en nuestro pontificado.» Bernini aceptó.

Como conservador papal y principal arquitecto de San Pedro,

Bernini fue el artífice de la llamativa y gigantesca columnata de la basílica y de la áurica magnificencia del baldaquino de su interior; y, para los papas posteriores, de la Fuente de los Cuatro Ríos de su Piazza Navona. Su fe religiosa se veía embellecida con una plástica sexualidad: su Santa Teresa fue esculpida retorciéndose de éxtasis; pero la arrogancia de su Roma ocultaba también una brutalidad sexual. Bernini tuvo una aventura con una mujer casada, Costanza Bonucelli, a la que adoró y esculpió, pero cuando ella se acostó con su brutal hermano Luigi (un monstruo que más tarde violaría analmente a una joven ayudante del estudio) se sintió tan ofendido que ordenó a un sirviente que le cortara la cara con una cuchilla de afeitar. El papa, furioso, obligó a Bernini a casarse de inmediato con una joven romana, y el sirviente de la cuchilla fue encarcelado; pero también lo fue Costanza, la víctima, por adulterio.

A Bernini se le perdonó su delito. En cambio su contemporánea Artemisia Gentileschi, también una hija de artista reconocida como prodigio, fue otra víctima a la que se trató como una delincuente. Su padre, Orazio, era hijo y hermano de pintores que habían trabajado para Enriqueta María en Londres y para muchos otros reales clientes. En 1611, Artemisia, una muchacha virgen de diecisiete años, de cabello rizado color caoba, labios carnosos y rostro ancho, estaba pintando con el artista Agostino Tassi, veinte años mayor que ella, cuando este y un ayudante suyo la violaron, ayudados por una inquilina.[1]Tassi, que ya había sido juzgado por incesto y más tarde volvería a serlo por intentar matar a una cortesana embarazada, prometió casarse con Artemisia, pero luego cambió de opinión, y el padre de ella lo denunció. Gentileschi tuvo que revivir la agonía declarando en el juicio. Tassi, un hombre taimado y violento, trató de sobornar a los testigos y tacharla de puta. Sorprendentemente, condujeron a Artemisia a la cárcel y la torturaron con unas empulgueras en presencia de Tassi para comprobar la veracidad de su testimonio. «*È vero, è vero, è vero!*», repitió ella una y otra vez; «¡Es verdad!»

«¡Mientes más que hablas!», le gritó Tassi. Fue declarado culpable, aunque más tarde se revocaría su sentencia.

Artemisia, una mujer apasionada, independiente y

contradictoria, rehízo su vida. Poco después de su calvario pintó *Susana y los viejos*, un cuadro en el que aparece una muchacha semidesnuda que desdeña a los ancianos que la observan; dos de sus obras posteriores, *Judith decapitando a Holofernes* y *Salomé con la cabeza de Juan el Bautista*, retratan a mujeres que decapitan a hombres. Son temas característicos de la época, es cierto, pero en ambas destella el regocijo de la venganza redentora. Tras mudarse a Florencia, donde los Médici y el poeta Michelangelo Buonarroti (sobrino nieto del artista) se convertirían en sus mecenas, Artemisia Gentileschi se casó con un pintor florentino con el que tuvo hijos, pero que también gestionó sus negocios y colaboró en su romance con el aristócrata Francesco Maringhi. A un tiempo amante y mecenas, Maringhi sería el amor de su vida. Aquella *donna forte*, ahora cuarentona, exhibía cada vez mayor confianza en sí misma. «Mostraré a Vuestra Ilustre Señoría», escribía a su mecenas napolitano Antonio Ruffo, «lo que una mujer puede lograr»; y añadía: «Hallaréis el espíritu de César en el alma de una mujer». En 1649, cuando Felipe permitió a Velázquez hacer un segundo viaje a Italia para comprar y estudiar arte, tanto Bernini como Gentileschi estaban en su mejor momento; y él conoció y pintó al nuevo papa, Inocencio X.[2]Velázquez se impregnó de la sensualidad de Italia, dejando un hijo tras de sí. Fue estando en Italia, o poco después, cuando el artista y cortesano de los Habsburgo pintó la *Venus del espejo*, donde aparece de espaldas una mujer de exuberante belleza que se contempla con admiración en un espejo que refleja su rostro, pero que debería reflejar su pubis.

Velázquez regresó a la corte del taciturno Felipe IV, que lo ascendió a responsable de los espectáculos palaciegos, cargo que le llevó a rediseñar la decoración del panteón de los Austrias en El Escorial,[3]mientras seguía pintando el ahora triste y flácido rostro del Rey Planeta hasta que este prohibió que se le hicieran más retratos. Cuando la reina Mariana dio a luz a una hija, Margarita, Velázquez plasmó el desarrollo de aquella niña —de rasgos tan Habsburgo— a la que el monarca llamaba «mi alegría». Felipe cedió al pintor el salón principal de los aposentos de su fallecido heredero en el Alcázar, donde este pasaba mucho tiempo y que

inspiró su célebre *Las Meninas*, pintado hacia 1656. En el centro del cuadro aparece la propia Margarita, de cabello muy rubio y aspecto alegre, acompañada de dos meninas —o damas de compañía—, tres cortesanos, su perro, dos enanas, un autorretrato del propio artista, y la imagen reflejada de Felipe y Mariana observándolo todo: las realidades y engaños de la corte junto a los temas universales de la familia.

Ahora Velázquez, finalmente nombrado caballero por el rey, produjo un tipo distinto de obra maestra. El 7 de junio de 1660, en la isla de los Faisanes, en la frontera francesa, organizó un matrimonio por el que se entregaba a la hija de Felipe, María Teresa, a un joven rey francés que dominaría Europa durante los cincuenta años siguientes.

Ana y Mazarino

A sus veinte años, Luis XIV no veía el momento de consumar su matrimonio,[4] pero no había mostrado la menor intención de casarse. Su glamurosa madre, Ana de Austria, y el sacerdote italiano Giulio Mazarini, transformado en un profesional de la política francesa como cardenal Jules Mazarini (más conocido como cardenal Mazarino), le habían enseñado tanto el arte del gobierno como el de la intriga.

Era Mazarino quien había negociado el matrimonio de los Habsburgo. Él, a su vez, había sido elegido y formado por el que fuera ministro de Luis XIII, el cardenal Richelieu, cuya astuta visión de futuro compartía, pero a la que añadía sus peculiares rasgos: una extravagancia muy a la italiana y una desvergonzada venalidad. En su lecho de muerte, Luis XIII había nombrado a Ana regente de su hijo, y a Mazarino su padrino.

Ambos eran las personas más importantes en la vida de Luis, y se da casi por seguro que también eran amantes. En las cartas que se conservan, salpicadas de signos y códigos secretos que trasmiten mensajes de amor y sexo, Mazarino reflexiona: «Nunca ha habido una amistad que se acerque a la que siento por vos», y

«Soy hasta el último aliento»,*** mientras que la reina, admitiendo que no podía plasmar muchas cosas por escrito, proclamaba: «Siempre seré como debo ser, pase lo que pase ... un millón de veces hasta el último aliento». El nombre en clave que utilizaban para referirse al joven rey era el de Confidente. Inusitadamente para una familia real, Luis se hallaba muy unido a su madre, así como a su amante, al que adoraba como a un padre. Los miembros de la realeza nunca pueden fiarse de su familia; deben forjarse la suya propia.

Sin embargo, a medida que la guerra contra los Habsburgo desangraba al Estado, Francia se vería afectada por cinco años de turbulencias —la Fronda, llamada así por las hondas que utilizaban las turbas para romper las ventanas de sus enemigos—, en tanto las malas cosechas, los impuestos exorbitantes y la corrupción de la realeza desataron las iras de los príncipes borbones, los poderosos gerifaltes, las turbas parisinas, los soldados sin paga y los *parlements* (los antiguos tribunales de justicia que también consignaban los edictos reales). En el apogeo de la revuelta, las turbas llegaron a aterrorizar al niño rey, que, junto con su madre y Mazarino, se vio obligado a huir de París. El hecho de que la Fronda coincidiera con la ejecución de Carlos I y la entronización de Cromwell no hizo sino acrecentar ese terror. Las humillaciones siempre acompañarían a Luis. Cuando Mazarino huyó a un exilio temporal (acompañado por su secuaz de mayor confianza, el conde d'Artagnan), madre e hijo regresaron solos. Pero cuando el peligro pasó y se firmó la paz con España, el trío volvió a reunirse.

Los primeros amores de Luis fueron las sobrinas de Mazarino (conocidas como las Mazarinettes), Olimpia y María Mancini, pero su apetencia no tardó en convertirse en un problema. La libido del joven rey, que aún no había cumplido la veintena, era tan intensa como su apetito de gloria: sus frotamientos con María Mancini rozaron tanto sus genitales que tuvieron que aplicarle «esencia de hormiga».

Cuando Ana y Mazarino empezaron a negociar su matrimonio español,[5]Luis se negó a considerarlo siquiera, pues estaba decidido a casarse con María Mancini. «Os ruego recordéis lo que tuve el

honor de deciros en varias ocasiones cuando me preguntasteis qué necesitabais para ser un gran rey», escribió Mazarino a Luis. «Era esto: no dejar que os domine ninguna pasión.» Cuando Luis le envió a María un cachorro con un collar que llevaba grabadas las palabras «Soy de María Mancini», Mazarino se subió por las paredes. Al final, sin embargo, Luis acabó renunciando a ella. «Sois el rey», le dijo María. «Vos lloráis y yo me voy.» Nueve meses después del matrimonio de Luis con su prima María Teresa, nació un hijo, el delfín; pero su consanguinidad explica por qué, de sus seis hijos, solo el primero sobreviviría más allá de los quince años.

En marzo de 1661, Mazarino, que a la sazón tenía cincuenta y ocho años, se estaba muriendo. Luis estaba junto a su lecho, dándole agua y medicinas con los ojos llenos de lágrimas. Sollozaba con tal fuerza que le pidieron que abandonara la cámara. La Francia que dejó el cardenal era el mayor Estado de Europa: una monarquía absoluta de millones de habitantes (mientras que Inglaterra era una inestable monarquía híbrida de cuatro millones); pero su muerte, según le escribiría Luis a Felipe IV, constituyó para el primero «una de las mayores aflicciones que podría sentir». Poco después, la madre de Luis enfermó de gangrena, abscesos y úlceras. Luis dormía a los pies de su cama y, mientras la veía agonizar, murmuraba: «Mirad qué hermosa está, nunca la he visto tan hermosa».

«Haced lo que os dije», le susurró Ana al morir.

«Lo que he sufrido al perder a la reina, mi madre», confesó Luis, «supera todo lo que pueda imaginarse.»

A continuación, el rey declaró: «En adelante estoy resuelto a gobernar el Estado por mí mismo»;[6] y asumió la misión de ganar el dominio del mundo para Francia, arrebatándoselo a sus parientes Habsburgo. Mientras disfrutaba de una serie de aventuras amorosas (ignoradas por la reina María Teresa, que se limitó a decir: «No soy una ingenua como imaginan, sino prudente, veo las cosas claras»), Luis concibió una nueva corte para Francia. Remodeló el Louvre (siguiendo el consejo de Bernini, que vino de Roma, pero odiaba París), aunque luego, en 1665, encargó la construcción de un nuevo palacio en Versalles, donde escenificaría

elaborados rituales en torno a su sacra persona para distraer a sus nobles del poder y de las intrigas parisinas.[7]

Luis era consciente de que estaba dando «un valor infinito» a algo que en sí mismo no valía nada. La corte era una institución polivalente —a la vez colmena familiar, intermediaria del poder, centro de trabajo, agencia de acompañantes, mercado matrimonial, bazar de arte y teatro— a la que atendían diez mil sirvientes. «Siéntate cuando puedas; mea cuando puedas», bromeaban los cortesanos. «¡Pide el puesto que puedas!» No les faltaba razón. La falta de letrinas hacía que los cortesanos orinaran en las escaleras; y en cierta ocasión en que un tesorero se hallaba moribundo, Luis se quejó: «El hombre aún no ha muerto, y ya hay 16 personas que han solicitado su puesto». La respuesta habitual del monarca era «*Je verrai*», «Ya veré».

Luis no carecía de sentido del humor; por ejemplo, le decía en broma a su enfermizo artista Le Brun: «No te mueras, Le Brun, solo para subir el precio de tus cuadros». Entendía muy bien el teatro de la realeza: «Los reyes deben satisfacer a la ciudadanía». Hasta los treinta años, él mismo actuaba y bailaba en el escenario; de hecho, le encantaba la danza. Y no fue otro que Jean-Baptiste Poquelin, un cortesano acomodado conocido en su familia como *Le Nez* por su enorme nariz, y por su público como Molière, quien escribió muchas de aquellas obras, asumiendo la misión de «hacer reír al monarca que hace temblar a toda Europa». Pero detrás del placer y las habladurías había una oscura lucha para ganarse el favor de un hombre.

Sexo, veneno y guerra en la corte del Rey Sol

Luis fue un promiscuo monógamo en serie que convirtió el papel de *maîtresse en titre* en un cargo semioficial. La primera de sus amantes fue la ambiciosa, voraz e ingeniosa Françoise-Athénaïs de Rochechouart, una mujer rubia de ojos azules nacida en el seno de la más alta nobleza y casada con el marqués de Montespan. Cuando tanto la reina como la que en ese momento era la amante

de Luis estaban embarazadas, pidieron imprudentemente a Montespan que satisficiera el apetito sexual del rey, quien no tardó en enamorarse de ella. Durante un tiempo mantuvo a sus dos amantes en estancias contiguas, mientras seducía regularmente a cualquier muchacha que se cruzara en su camino, incluidas las sirvientas de las tres mujeres. Montespan llegó a dominar en la corte y tuvo siete vástagos reales. Pero era petulante, y también avariciosa, hasta el punto de que la apodaban *Quanto* («Cuánto», en italiano). Cuando ella misma se vio suplantada por la más improbable de sus rivales, perdió completamente la perspectiva.

Montespan eligió una opción segura como institutriz para sus hijos: Françoise d'Aubigné, una mujer de treinta y nueve años, de ojos oscuros, piadosa, inteligente y sin descendencia, hija de un asesino y viuda de un poeta borracho. Sin embargo, para sorpresa de todos, después de toda una racha de muchachas jóvenes Luis empezó a enamorarse de ella. Primero le otorgó el título de marquesa de Maintenon, y más tarde, en 1683, tras la muerte de la reina, se casó con ella. Maintenon le hablaba con franqueza, odiaba la corte, creía que las mentes de los hombres y las mujeres eran equiparables y se mostraba escéptica con el patriarcado. «Los hombres son insoportables cuando los ves de cerca», afirmaba. En cambio, dirigía una escuela donde se enseñaba a las niñas historia y matemáticas, y pronto ella misma se convirtió en una mujer poderosa, aunque afirmaba no ser «nada». Luis la adoraba. «Siempre te he querido y respetado hasta un punto que no puedo expresar», le escribió, «y, de hecho, sea cual sea el afecto que me tengas, yo te tengo aún más, siendo plenamente tuyo con todo mi corazón.» Aunque ella era la *seconde dame d'atours* de la delfina, ahora dominaba la corte.

Su ascenso llegó a hacerse insoportable para la ahora obesa madame de Montespan, que decidió consultar con dos de las moradoras de la zona gris donde confluían la alta sociedad y los bajos fondos parisinos: la Voisin, hechicera, abortista y proveedora de venenos y pócimas de amor; y la Bosse, que usaba la sangre de bebés asesinados o nacidos muertos en rituales de magia negra. Los cortesanos y las amantes caídas en desgracia recurrían

regularmente a aquellas arpías. La criada de Montespan, Claude des Oeillets, con la que también se había acostado Luis, consultó a la Voisin, mientras que otra antigua amante del rey, Olimpia de Soissons, la sobrina de Mazarino, también había recurrido a ella cuando la dejó el monarca. Se dijo que la Voisin había hechizado la comida de Luis rociándola con sangre de bebé. El maleficio salió a la luz durante el juicio por asesinato de un aristócrata. Cuando informaron al rey, este ordenó una investigación, que, explotada con fines políticos y aderezada con diversas delaciones, puso al descubierto toda una serie de prácticas de brujería,[8]envenenamiento e infanticidio que llevaron a la detención y tortura de 194 personas; Voisin y otras 35 fueron quemadas en la hoguera, torturadas hasta la muerte o destrozadas en la rueda. Pero, como declaró el jefe de la policía, los verdaderos culpables eran demasiado importantes para caer: «La enormidad de sus crímenes demostraba su salvaguardia». Luis puso fin a la investigación y Montespan se retiró a un convento.

La otra forma de distraer a la nobleza la integraban la guerra y el imperio. Luis consideraba que aspirar a la *gloire* constituía a la vez el pasatiempo y el deber de los reyes, y la ingente población de Francia le permitió durante medio siglo crear y desplegar ejércitos más numerosos que los de ningún otro país. Entrenaba a sus tropas durante horas mientras animaba a sus nobles a vestirse como si la batalla fuera una fiesta. Los aristócratas de toda Europa imitaron la apariencia de sus dandis asesinos magníficamente ataviados, aunque las brillantes cotas de malla que llevaban los oficiales y soldados de cada ejército ayudaban a identificarlos en los campos de batalla oscurecidos por el humo de la pólvora negra. Luis se embarcó sistemáticamente en proyectos de expansión territorial: en 1667 invadió y conquistó los Países Bajos y el Franco Condado, ambos en manos de los españoles, y luego engulló Luxemburgo. Pero en 1672 se topó con la «ingratitud, ignorancia e insoportable vanidad» de la pequeña república holandesa —cuya población era de apenas un millón y medio de habitantes frente a los veinte millones con los que contaba Luis—, liderada ahora por el más brillante de los dinastas. Se trataba de Johan de Witt, cerebro

imperial y erudito matemático (utilizó las tasas de supervivencia de los primeros estudios sobre las causas de mortalidad para calcular las primas de los seguros de vida, y también concibió la pensión vitalicia), que llevaba veinte fructíferos años gobernando de manera extraoficial.

Delgado, moreno, apuesto y apasionado, De Witt era el protegido de Cornelis de Graeff, durante largo tiempo regente de Ámsterdam y presidente de la VOC, y también estaba casado con su sobrina, Wendela Bicker, lo que le situaba en el eje de las dinastías patricias que, a través de las compañías de las Indias Orientales y Occidentales, habían promovido la ofensiva global holandesa. En 1650, Guillermo, príncipe de Orange, murió todavía joven; ocho días después de su muerte nacería su hijo, el Guillermo que gobernaría Inglaterra. De Graeff y De Witt, que por entonces tenía veinticuatro años, vieron la oportunidad de prescindir de los estatúderes Orange, declarando al príncipe Hijo del Estado (tutelado por el gobierno) y disponiendo que su educación fuera atentamente gestionada por los *regenten*.

Tres años después, De Graeff ayudó a elevar a De Witt al rango de *raadpensionaris*, o «gran pensionario» de Holanda, en la práctica primer ministro. De Witt emprendió una guerra contra Inglaterra tan implacable que acabaría echando a su nuevo rey, Carlos II, en brazos de Luis, con consecuencias catastróficas.

Los alegres hermanos y la Compañía Africana

El 14 de mayo de 1660, cuando el almirante Montagu llegó a La Haya con la bolsa de dinero que el Parlamento le había concedido a Carlos II, el rey, que iba vestido de forma desaliñada, se emocionó tanto al verlo que llamó a su hermano, Jacobo, duque de York, solo para contemplar juntos asombrados aquel caudal. Los dos hermanos estaban decididos a disfrutar del trono y, por cualquier medio posible en una Inglaterra asolada por el rencor religioso y la inestabilidad política, a preservar la monarquía por la que había muerto su padre.

Transportado en el buque insignia de Montagu, Carlos llegó a Dover acompañado de una heterogénea mezcla de realistas, liderada por Jacobo, un grupo de antiguos cromwellianos[9] y un cáustico clérigo llamado Gilbert Burnet, que observaba que el rey «tiene muy mala opinión de los hombres y las mujeres, y, por ello, es infinitamente desconfiado; piensa que el mundo está íntegramente regido por el [propio] interés», pese a lo cual admiraba su «extraño dominio de sí mismo: puede pasar de los negocios al placer, y del placer a los negocios, con tanta facilidad que todas las cosas le parecen iguales».

En el exilio, la búsqueda del placer había sido el consuelo de los Estuardo; en el poder, su venganza. En doce penosos años, Carlos solo había disfrutado de dos amantes conocidas, y se quejaba de que los «ciegos arpistas [los chismes] me han hecho demasiado honor asignándome a tantas bellas damas, como si fuera capaz de satisfacer siquiera a la mitad». Se había enamorado de Lucy Walter, que había dado a luz a un niño al que él adoraba: el duque de Monmouth. Ahora se resarciría de todos aquellos años oscuros.

No hubo ninguna purga y sí muchas recompensas, pero la vertiginosa alegría de la corte de Carlos ocultaba una precaria y oscura tensión: aquella era una Inglaterra paranoica, conflictiva y brutal. Los regicidas fueron ahorcados y descuartizados; el gran Oliver fue exhumado, y su cabeza expuesta públicamente.

Alto, moreno, socarrón, despreocupado e italianizante (a través de su abuela Médici) en apariencia y temperamento, Carlos era un maestro de las maniobras secretas, pero no un buen orador. «Su hablar es el peor que he escuchado en un hombre», señalaba Pepys. «Lo único que he observado es la tontería del rey jugando con su perro o su coquilla.» Tan imperfecto como gallardo, Carlos evitaba tomar decisiones siempre que podía, lo que no necesariamente es un mal hábito en política. «Al rey», escribía Pepys, «no le preocupan más que los placeres y odia la mera visión o la idea de los negocios.» Carlos no veía necesidad de disculparse por ello. «Los apetitos son libres», declaraba, «y Dios Todopoderoso nunca condenará a un hombre por permitirse un poco de placer.»

En realidad sus apetitos distaban mucho de ser libres, y seguía dependiendo del Parlamento para conseguir dinero.

Era esencial un heredero: una princesa portuguesa, Catalina de Braganza, aportó la dote de Bombay y Tánger, pero no pudo tener hijos, algo un tanto embarazoso cuando su marido no podía dejar de engendrarlos. El heredero del rey seguía siendo su hermano Jacobo, duque de York, lo que pronto se convirtió en un problema que condensaría y agravaría la crisis de Inglaterra.

Los «alegres hermanos» eran muy distintos: Carlos, un inseguro protestante, era valiente pero flexible, sutil y paciente; Jacobo, que se convirtió al catolicismo en 1669, era sombrío y robusto, de una valentía y obstinación insensatas. Compartía el entusiasmo sexual del rey, pero no sus gustos: Carlos decía jocosamente que las «feas mozas» de Jacobo parecían tan simplonas que debían de ser una penitencia impuesta por su confesor.[10]Mientras estaban en el exilio, Jacobo había seducido a Ana, hija del consejero de su hermano Edward Hyde, más tarde conde de Clarendon y lord canciller, prometiéndole matrimonio si sucumbía a sus encantos. El príncipe cumplió su palabra y se casó con ella. Tras la muerte de seis de sus hijos, dio a luz a dos hijas, María y Ana, ambas criadas en la fe protestante y ambas futuras reinas. Como Jacobo era lord gran almirante, trabajaba en estrecha colaboración con Pepys, que elogió su modestia y laboriosidad y observó lo afectuoso que se mostraba con sus hijas —«como un padre normal y corriente»—, aunque sin dejar de mencionar que también era un crápula que «no le quitaba ojo a mi esposa».

Los hermanos liberaron de inmediato todo el potencial del espíritu mercantil de Inglaterra para competir a escala global con la que entonces era la principal potencia comercial, la Holanda de De Witt. Siguiendo los pasos de Oliver, Carlos aprobó Leyes de Navegación diseñadas para favorecer el comercio de esclavos africanos y artículos de lujo indios. Tras oír hablar de la «montaña de oro» de Gambia, Carlos y Jacobo fundaron la Compañía de Reales Aventureros, rebautizada en 1672 como Real Compañía Africana (RAC, por sus siglas en inglés), que en el plazo de siete años llegó a comerciar con 16.000 africanos, fundó diversas plazas

fuertes a lo largo de toda la costa y se apoderó del castillo de esclavos holandés de Cape Coast, que inicialmente habían construido los suecos. Jacobo era el presidente de la compañía, mientras que sus accionistas iban desde Carlos y el príncipe Ruperto hasta el filósofo John Locke (cuyo antepasado John Lok había sido un pionero de la exploración de África occidental), además de Pepys y un comerciante de Bristol llamado Edward Colston que más tarde sería su vicepresidente. En África, nueve de cada diez de los representantes ingleses de la compañía morirían de enfermedad; y, por otra parte, ni la RAC ni las otras empresas europeas de tráfico de esclavos llegarían a ser lo bastante poderosas para derrotar a los líderes africanos que a menudo las desafiaban. Aun así, la participación británica en el comercio global aumentó en los primeros diez años del 33 al 74 %. Entre 1662 y 1731, la compañía transportó aproximadamente a 212.000 esclavos, de los que 44.000 murieron en ruta en más de quinientos viajes. La mayoría fueron vendidos en el Caribe.

Los enfrentamientos con los holandeses indignaban a la ciudadanía, «ávida de guerra». «Todo el mundo nos aventaja», protestó Jacobo a Pepys, «y creo que nosotros nunca aventajaremos a nadie.» En realidad, a Inglaterra le estaba llegando su hora. En 1665, las dos potencias protestantes entraron en guerra, con Jacobo al mando de la flota, previamente equipada por Pepys. Frente a las costas de Lowestoft, Jacobo derrotó a los holandeses, aunque se vio salpicado de sesos cuando alguien le machacó la cabeza a un oficial próximo a él; y los ingleses tomaron Trinidad y Nueva Ámsterdam, que Carlos rebautizó como Nueva York, completando así toda la línea costera de colonias inglesas que se extendía desde Nueva Inglaterra hasta otra colonia de nueva creación, las Carolinas, que tomaba su nombre del propio Carlos.[11]

De Witt y los holandeses creían que Dios castigaría la depravación inglesa. Desde luego, en 1665 una oleada de peste obligó a confinarse al país: miles de personas abandonaron Londres; las universidades cerraron, y cada semana morían siete mil londinenses. Pepys, por su parte, atravesaba una buena racha tanto profesional como sexual —«Nunca he llevado una vida tan

alegre»—, mientras cierto estudiante de Oxford, que no tenía el menor interés en las chicas ni en las fiestas, se beneficiaría de estar encerrado durante dos años en la casa de sus padres en Lincolnshire: Isaac Newton dedicó ese tiempo a experimentar consigo mismo. «Tomé una aguja y me la puse entre el ojo y el hueso, tan cerca de la parte posterior del ojo como pude», escribió, acompañando su relato con un dibujo de su globo ocular. Fue un momento revelador: Newton, que experimentaba con la gravedad y las matemáticas, era uno de los nuevos eruditos europeos que creían por encima de todo que la ciencia exigía pruebas, incluso si estas implicaban introducirse una aguja junto al propio globo ocular.

A la epidemia le siguió un incendio que arrasó gran parte de Londres; fue Pepys quien corrió a avisar al rey en Whitehall y le aconsejó demoler casas para detener su propagación.[12]Luego De Witt orquestó un golpe mortal. Hizo una inspección a la flota holandesa y colgó a tres capitanes como incentivo; luego, tras hacer embarcar a su hermano Cornelis de Witt, puso en marcha su plan. El 19 de junio de 1667, los holandeses remontaron el río Medway y atacaron la base naval de Chatham, quemando o capturando un total de catorce navíos de línea mientras Londres se sumía en el pánico. «Todo el reino está deshecho», reflexionó Pepys, que ahora echaba de menos a Cromwell. «Es extraño cómo ... hoy en día todo el mundo piensa en Oliver y lo elogia.» Carlos, que se mofaba de aquellos «tiempos puros y angelicales», sacrificó a su canciller Clarendon y pidió la paz, casando a María, la hija de Jacobo, con el joven Guillermo de Orange.

Luego, el rey recurriría a su mejor amiga y aliada para que le ayudara a vengarse de los holandeses y le proporcionara dinero para eludir el control del Parlamento: su hermana Enriqueta, que entonces tenía veintiséis años.

Minette, Barbara y el final de De Witt

La princesa, a la que Carlos llamaba Minette, estaba casada con el

vicioso hermano de Luis XIV, Felipe de Orleans, conocido como Monsieur. Inteligente, culta y apasionada, había hechizado a Luis y soportado el acoso de Monsieur y sus envidiosos amantes masculinos. Carlos adoraba a Minette y la echaba mucho de menos: «Sin duda estaré de lo más impaciente hasta que disfrute de la felicidad de volver a ver a mi *chère* Minette». Y nada placía tanto a la princesa como complacer a Carlos. «Todo el mundo tiene sus caprichos personales, y el mío es estar muy pendiente de todo lo que te concierne», le escribió, añadiendo: «No hay nadie que te quiera tanto como yo.» Y se lo demostró de hecho yendo de un rey a otro y negociando un pacto secreto por el que Luis XIV prometía realizar una serie de pagos que permitían a Carlos independizarse del Parlamento a cambio de la promesa secreta del rey inglés de convertirse al catolicismo, nada de lo cual figuraba en el tratado público asociado al pacto. La actuación de Minette mostró cómo la dinastía podía dar poder a las mujeres; pero a su regreso a Francia la princesa sufrió una muerte lenta y dolorosa a causa de una úlcera perforada. «¡Monsieur es un villano!», gritó Carlos desconsolado, seguro de que Minette había sido envenenada.

Comprometido ahora con una alianza católica, y respaldado por una «cábala» de ministros[13]liderada por George, duque de Buckingham, un hombre escurridizo, elegante y depravado que había negociado el tratado público con Luis, Carlos estaba ya prácticamente en manos de los católicos.

Su favorita durante más de una década había sido la exuberante Barbara Villiers, sobrina nieta del primer Buckingham, una libertina escultural y tempestuosa que ascendió al rango de condesa de Castlemaine[14]y dio a luz a cinco hijos, todos ellos ennoblecidos. Pero que también era abiertamente católica.

Mientras el rey fomentaba la tolerancia hacia los católicos, el Parlamento los destituía de sus cargos. Buckingham perdió el poder cuando salió a la luz parte del tratado secreto de Carlos. A este le vino bien, ya que había pasado a tener amantes más jóvenes, y le dijo a Barbara que «le daba igual a quién amara». Entonces ella se entregó también a nuevos amantes, desde acróbatas de circo hasta un joven miembro de la guardia real

llamado John Churchill, hijo de Winston Churchill, un oficial realista, y de otra sobrina nieta de Buckingham. Churchill era «de apuesta figura y modales irresistibles, tanto para un hombre como para una mujer»; en la corte llegaría a hacerse popular la expresión «ser tan esbelto como Churchill». Su hermana Arabella se cayó del caballo mientras iba de caza con el duque de York, dejando al descubierto sus hermosas piernas y algo más. Se convirtió en la amante de Jacobo.

Barbara Villiers utilizó a Churchill para desacreditar a una regia amante rival. Este afirmó que había tenido que saltar apresuradamente desde su ventana sin pantalones al llegar el rey. Carlos lo confinó al cuartel, y Barbara lo compensó con una renta vitalicia. Así empezó la carrera del futuro duque de Marlborough. Poco después, Churchill se casó con la hermosa e imponente Sarah Jennings. En la corte entabló amistad con el cortesano Sidney Godolphin, a quien el rey elogiaba por «no estar nunca en medio ni quitarse nunca de en medio»; Sarah, a su vez, se hizo amiga de la hija del duque de York, la princesa Ana. El cuarteto que un día gobernaría Gran Bretaña se hizo inseparable.

En 1672, Luis y Carlos entraron en guerra contra la Holanda de De Witt. Los ejércitos franceses arrasaron, y los holandeses, desmoronados, solo pudieron recuperar su país inundándolo. Los holandeses denominarían apropiadamente aquel año Rampjaar —«año desastroso»—, y nunca recuperarían su preeminencia mundial.

Los orangistas, enfurecidos, culparon a De Witt, que resultó herido en un intento de asesinato y luego se vio obligado a dimitir. Todas las miradas se dirigieron entonces al príncipe de Orange, Guillermo, que a la sazón tenía veintidós años. Tras ser nombrado estatúder y capitán general, trató desesperadamente de frenar a los franceses. «Mi país está en peligro», declaró, «pero hay una manera de no dejarlo perder, y es morir en un último esfuerzo.» Arisco, anguloso y duro, Guillermo apenas había conocido el amor; su padre había muerto antes de que él naciera, su madre estaba atormentada por el asesinato de su propio padre, Carlos I, y su gélida relación con De Witt apenas se veía aliviada con algunos

partidos de tenis. Ahora vio su oportunidad. Los milicianos orangistas, organizados por el propio Guillermo o en su nombre, apresaron y fusilaron a De Witt y a su hermano antes de entregarlos a una turba que los evisceró y desolló, los colgó desnudos, vendió sus orejas, dedos y otras «sobras» en las calles y finalmente cocinó y se comió sus hígados: un asombroso festín caníbal en la ciudad más sofisticada de Europa. Sin embargo, el espantoso ritual tenía su lógica: De Witt había «descarnado» al Estado holandés; ahora los holandeses le descarnaban a él.

Luis, que parecía imparable, se anexionó a continuación Estrasburgo y Alsacia. Aclamado como el Rey Sol, mimado por la fortuna e imbuido del farisaico narcisismo que es el destino inevitable de quienes se eternizan en el poder, se creía dueño de Europa. Bajo el glamur francés se ocultaba una fría ambición. Tenía la férrea constitución necesaria para la guerra interminable, el ceremonial y la intriga: cuando más tarde hubo de soportar una terrible intervención quirúrgica de seis horas para cortar una fístula anal sin anestesia, no gritó en ningún momento salvo para exclamar «*Mon Dieu!*» dos veces.[15]Pero ahora iba a necesitar de todo su temple: mientras los Orange y los Habsburgo conspiraban contra él, el soberano sentaba las bases de un imperio francés de alcance global que habría de desafiar a Inglaterra en América y la India.

UN ALTO QING, UN GRAN MOGOL Y UN «CHHATRAPATI»

En 1664, Luis fundó dos empresas gemelas, la Compañía Francesa de las Indias Occidentales y la Compañía Francesa de las Indias Orientales, con el objetivo de favorecer el imperio francés mediante el comercio y la espada, aunque en esa meta se hallaba muy por detrás de sus rivales portugueses, holandeses e ingleses. En 1682, en «nuestro territorio de Nueva Francia», su explorador el señor de La Salle, ayudado por sus aliados amerindios, construyó una serie de plazas fuertes en torno a los Grandes Lagos que vinieron a añadirse a los anteriores asentamientos franceses en

Quebec, y reclamó la propiedad de todo el valle del Misisipí, al que llamó Luisiana. Pero el número de colonos franceses era exiguo. A partir de 1663, Luis envió a más de ochocientas mujeres —*les filles du roi*— para que se casaran con ellos y aumentaran la población.

Los conquistadores de Luis estaban fascinados por la extraña libertad de los amerindios, que despreciaban a los europeos por considerarles esclavos —crueles, ávidos de dinero y obsesionados por el estatus— de reyes y aristócratas. «Ellos imaginan», escribía un jesuita francés, «que deberían disfrutar por derecho de nacimiento de la libertad de los potros salvajes que no rinden pleitesía a nadie.» Otro religioso observaba: «No hay pueblo en la tierra más libre que ellos»; y añadía: «Los padres no tienen ningún control sobre sus hijos». Gobernados por asambleas en las que las mujeres podían hablar y discutir tanto como los hombres —una especie de democracia con ciertos elementos de matriarcado—, únicamente elegían gobernantes para liderar guerras o cacerías especiales.

En 1691, Luis recibió a un embajador de la confederación hurona (Ontario, Canadá), pero este no se sintió impresionado en lo más mínimo por el Rey Sol. La identidad concreta del emisario sigue siendo objeto de debate, pero es probable que se tratara de Kondiaronk, un elocuente y talentoso soldado-político hurón que había enfrentado astutamente a los franceses con sus propios rivales iroqueses, elegido ahora «portavoz» del consejo wyandot. Debatiendo los méritos de la sociedad francesa frente a la iroquesa con uno de los oficiales de Luis, Louis-Armand, barón de Lahontan, Kondiaronk se mofaba de «los defectos y desórdenes que ellos observaban que causaba el dinero en nuestros pueblos y ciudades». Los nativos «se ríen de las diferencias de rango … nos tildan de esclavos … afirmando que nos degradamos al someternos a un solo hombre … Dicen que el calificativo de salvajes que les damos a ellos nos encajaría mejor a nosotros». El amerindio aludía a la propia esencia de la libertad occidental: gran parte de ella era —y es— teórica, puesto que en realidad la mayoría de la gente estaba atada por su lugar en la sociedad. En la sociedad de Kondiaronk, en cambio, la gente solía desafiar a sus señores y marcharse para

unirse a otra tribu. Se preguntaba por qué alguien habría de permitir que quienes tenían dinero establecieran una autoridad sobre él, y consideraba absurda la historia de Jesús («la vida y muerte del hijo del Gran Espíritu»), aunque más tarde optaría pragmáticamente por convertirse. «Imaginar que se puede vivir en un país de dinero», declaraba, «y conservar el alma es como imaginar que se puede conservar la propia vida en el fondo de un lago.» En 1703, cuando Lahontan publicó su conversación con Kondiaronk bajo el título de *Diálogos curiosos con un salvaje de buen sentido que ha viajado*, inspiró a toda una nueva generación a cuestionar la autoridad europea y los orígenes de la civilización.

En el Caribe, Luis compitió con españoles e ingleses en el comercio de azúcar y de esclavos: se adueñó de Saint-Domingue, Martinica y Guadalupe, donde, junto con Luisiana, empezaron a trabajar en las plantaciones de azúcar dos mil nuevos esclavos procedentes de África suministrados anualmente por su Compañía de Guinea y del Senegal (de la que el rey francés era accionista).[16]A la muerte de Luis habría 77.000 esclavos en la América francesa. Pero también siguió los pasos de los ingleses y holandeses en oriente, donde intentó la conversión y anexión de Ayutthaya —en Tailandia—,[17]y respaldó a su Compañía de las Indias Orientales en sus reclamaciones territoriales de Isla de Francia (Mauricio) e Isla Borbón (Reunión), donde se establecieron nuevas plantaciones de azúcar en las que trabajaban esclavos transportados desde África oriental. En 1674, unos enviados de Luis acudieron al emperador Alamgir a fin de pedirle concesiones en la India para competir con los ingleses, justo cuando el archienemigo hindú del emperador —Shivaji— creaba su propio reino.

En junio de 1674, en su fortaleza montañosa de Raigad, el gran Shivaji fue coronado *chhatrapati* del Maratha Swaraj (imperio o confederación maratha), un acto cargado de enorme simbolismo que tendría repercusiones en toda la India en tanto entrañaba la forja de un nuevo lenguaje de soberanía hindú que no hacía mención alguna de los mogoles musulmanes. Esto indignó a Alamgir, que condenó públicamente a aquella «rata de la

montaña».[18]Pero este no logró derrotar al chhatrapati. En 1680, cuando Shivaji murió de disentería, la mayor de sus esposas se inmoló con él en la pira funeraria (en el rito conocido como sati), y su hijo Sambhaji se proclamó nuevo chhatrapati. Este conocía bien a los mogoles, ya que había ayudado al hijo de Alamgir, Akbar, en una rebelión que acabó con la muerte del príncipe. Alamgir planeó una muerte terrible para el hindú que se había entrometido en los asuntos de su familia.

En 1684, el propio Alamgir intentó tomar la capital maratha, el Fuerte Raigad, pero fracasó, ya que Sambhaji avanzó por la costa occidental y atacó a los aliados portugueses de Alamgir en Goa. Al final, no obstante, este acabaría pasándose de la raya: en febrero de 1689 capturó al propio Sambhaji, y entonces su venganza fue terrible. En Bahadurgad, Sambhaji fue conducido ante Alamgir y obligado a correr baquetas entre los soldados mogoles, para luego ordenarle que abrazara el islam. Cuando él se negó, le cortaron parte de la lengua y volvieron a pedírselo. «¡Ni aunque el emperador me alcahueteara a su hija!», escribió. Alamgir se indignó. Sambhaji fue torturado durante dos semanas con unas garras metálicas con las que le sacaron los ojos, le cortaron la lengua y le arrancaron las uñas; luego lo desollaron vivo, después lo descuartizaron con las garras en la boca y el trasero, y finalmente dieron de comer a los perros las partes de su cuerpo. Raigad cayó en manos de Alamgir, que también persiguió implacablemente a Rajaram, el nuevo chhatrapati, aunque no logró destruir por completo la dinastía.

Alamgir concedió a los franceses una factoría en Surat, seguida de otra en Pondicherry, en la costa oriental; esta última se convirtió en el cuartel general francés (y seguiría siendo francesa hasta 1954). Pero Luis se sentía más fascinado por el nuevo emperador Qing de China, al que en 1687 envió dos delegaciones de eruditos jesuitas. En 1669, cuando mayores eran los éxitos del rey francés, el emperador Kangxi iniciaba su mandato personal. Ambos soberanos tenían mucho en común.

A los siete años, el emperador Kangxi, bisnieto del conquistador manchú Nurhaci, fue elegido sucesor al trono por su

abuela, la emperatriz Xiaozhuang, viuda del primer emperador manchú, que sentía un gran afecto por él al que a su vez él correspondía. Tras siete años bajo el dominio del regente Oboi, la abuela y el nieto tramaron juntos su apresamiento y caída.

Atlético, con el rostro picado por la viruela,[19]de mirada brillante e inteligente, Kangxi abrazó el poder absoluto, dotado como estaba de los tres requisitos de la política: perspicacia, visión y recursos. Como manchú, había sido entrenado desde su infancia en el tiro con arco y la equitación, y pasaba tres meses al año cazando. «Cuando los manchúes van a cazar al norte», declaraba, «los jinetes se aúnan como nubes de tormenta, los arqueros a caballo son uno con sus caballos, ¡vuelan juntos!» Pero, como príncipe chino, también se educó en la ética confuciana. El papel de un emperador, afirmaba, consistía simplemente en «dar vida a gente y matar gente».

Soberano de más de 150 millones de personas, Kangxi era un adicto al trabajo que se levantaba al amanecer para revisar informes, de los que se han conservado un total de 16.000, todos ellos marcados con su tinta roja. Estudiaba minuciosamente cada caso. «Los errores son inexcusables en asuntos de vida o muerte», reflexionaba. «Adquirí el hábito de leer las listas, comprobando el nombre y el registro de cada hombre condenado a muerte ... luego repasaba la lista con los grandes secretarios y decidía a quién perdonar.»[20]Kangxi hizo la guerra a escala continental, primero contra los poderosos generales manchúes y luego contra los oirates (mongoles occidentales) en lo que hoy es Mongolia y el Tíbet; pero consideraba que la Taiwán independiente, gobernada por el rey pirata Koxinga, constituía un insulto especial a la grandeza china.[21]El hijo y el nieto de Koxinga derrotaron a una flota conjunta holandesa-
manchú y lograron prosperar, pero finalmente, en 1683, frente a las costas de las islas Pescadores (o Penghu), Kangxi derrotó a la flota Koxinga y asoló Taiwán.

Kangxi modernizó el Gran Canal y mejoró las comunicaciones, que pasaron a adquirir mayor importancia en la medida en que la población aumentaba gracias a las nuevas

variedades de arroz combinadas con cultivos americanos —batata y maíz—, lo que a su vez propició el crecimiento de las ciudades. Los comerciantes chinos exportaban té, porcelana y seda, y cobraban en plata americana. La renta de Kangxi se incrementó de manera considerable, pero él tuvo buen cuidado de limitar la riqueza de los comerciantes y el acceso de los extranjeros. Tan ingentes eran sus ingresos que incluso pudo reducir algunos impuestos, aunque sus guerras, que se libraban en varios frentes, absorberían buena parte de ellos.

El concepto de la superioridad manchú del emperador se vería atemperado por su curiosidad por las innovaciones europeas. Kangxi recibió clases de los jesuitas de Luis sobre ciencias, matemáticas, astronomía y música, y aprendió a tocar el clavicordio. Sin embargo, aunque Luis se mostraba encantado de ayudar a un gobernante no cristiano, cuando los otomanos amenazaron el corazón de la cristiandad se negó a ayudar a sus rivales Habsburgo.

Viena estaba a punto de caer.

Afsharis y manchúes, Hohenzollern y Habsburgo

Leopoldo Boca de Camello, Pólvora Sobieski y la reina Cleopatra: el último gran ataque

El 14 de julio de 1683, unos 170.000 soldados otomanos liderados por el gran visir Merzifonlu Kara Mustafá rodearon la ciudad que conocían como la Manzana Roja. Tras el asesinato de la gran Kösem, Turhan, su némesis, ahora *valide sultana*, gobernaba en nombre de su joven hijo Mehmed IV y resolvió una crisis de confianza al elegir como visir a un septuagenario de vigor homicida: Köprülü Mehmed Pasha. Nacido cristiano albano, esclavizado y contratado como pinche de cocina, Köprülü mataba a todo aquel que se resistiera. Según escribía a un amigo de la infancia: «Es cierto que ambos nos criamos en el harén y fuimos protegidos de Murad IV; no obstante, debes saber que si los malditos cosacos saquean alguna de vuestras aldeas y pueblos, te juro que ignoraré tu carácter honrado y te cortaré en pedazos como advertencia para el mundo». Funcionó. Köprülü y su hijo añadieron Transilvania y Creta al imperio mientras Mehmed se distraía por su obsesión con cazar: «El padre [Ibrahim] estaba loco por los coños; el hijo está loco por la caza».

Después de que Mustafá, el yerno de Köprülü, cosechara una victoria limitada contra los polacos, convenció a Mehmed el Cazador de que los abrumados y endogámicos Habsburgo eran perfectos para una conquista.

El emperador Leopoldo tenía la mandíbula tan alargada que lo apodaban Boca de Camello. «Dios creó su cráneo con forma de calabaza o botella de agua», señalaba el escritor otomano Evliya

Celebi. «Ojos redondos como los de un búho, una cara larga como la de un zorro y unas orejas tan grandes como zapatillas de niño. Tiene la nariz tan arrugada como una uva y en cada fosa le cabrían tres dedos. De ellas brotan vellos negros como la barba de un villano que se confunden con su bigote. Tiene los labios como los de un camello y siempre que habla le cae saliva.» Boca de Camello estaba casado con su sobrina Margarita, la infanta rubia con vestido azul de *Las Meninas* de Velázquez e hija de Felipe IV de España. Él la llamaba Gretl, ella a él Tío, y su matrimonio era feliz, aunque, como cabría esperar, tres de sus cuatro hijos murieron. Su espíritu alegre inspiraba a su corte barroca. Boca de Camello era un flautista y compositor con talento, además de organizador de espectáculos asombrosos en los que los fuegos artificiales iluminaban el cielo y carruajes y caballos parecían volar por el aire. No obstante, su emperatriz también trajo consigo su antisemitismo español. Horrorizada por que los judíos estuvieran prosperando en Viena, lo animó a expulsarlos y saquearlos.[1]

Boca de Camello tenía problemas más importantes. En el oeste, su primo Luis había invadido los Países Bajos de los Habsburgo y los otomanos se aproximaban por el este. Boca de Camello recurrió al paladín más valeroso del este: el rey de una Polonia-Lituania debilitada por la revuelta cosaca y la expansión moscovita. Juan III Sobieski era un polaco sofisticado que hablaba francés, turco y tártaro, había recorrido occidente, se había casado con la aristócrata francesa Marysienka (con quien tuvo doce hijos) y luchó con y contra los turcos, los tártaros y los suecos, personificando así la mejor versión de la Serenísima República. Sus cartas diarias a Marysienka estaban llenas de cotilleos y políticas, pero impregnadas de amor: él la llamaba Cleopatra y ella a él Pólvora. Consciente de que Polonia sería la siguiente si caía Viena, Sobieski, que a la sazón tenía cincuenta y cuatro años y estaba gordo, aceptó ayudar a Boca de Camello, que abandonó la ciudad con 60.000 vieneses. Dejó a un veterano, el conde Ernst von Starhemberg, para que defendiera la capital con tan solo 15.000 hombres. Pero tenía 370 cañones, mientras que Mustafá, que pecaba de exceso de confianza e iba acompañado de

1.500 concubinas supervisadas por 700 eunucos negros y un zoo privado, había descuidado la artillería y solo había desplegado 130 cañones. Los combates fueron desesperados, con minas y contraminas en las murallas. Cuando el visir inició el bombardeo, parecía que Viena fuera a caer, pero Sobieski tomó las riendas de una alianza sagrada papal. Liderando a 70.000 hombres, entre ellos sus cosacos ucranianos del Dniéper y húsares polacos alados que llevaban plumas de avestruz en la parte posterior de su armadura, Sobieski salió al rescate.

Mustafá no se había cubierto las espaldas y dependía de los 40.000 jinetes del kan de Crimea, a quienes les interesaba más saquear Austria. Viena estaba al borde de la catástrofe cuando, el 11 de septiembre de 1683,[2]Sobieski apareció detrás de Mustafá.

«Ese hombre está mal acampado», señalaba Sobieski. «No sabe nada sobre la guerra.» El 11 de septiembre a las seis de la tarde, él y 18.000 húsares polacos alados descendieron el monte Kahlenberg, atravesaron las líneas otomanas y entraron en el campamento de Mustafá. Este ordenó que su avestruz favorita fuera decapitada mientras huía con su harén. «Dios nuestro Señor nos concedió la victoria para siempre», le dijo Pólvora a Cleopatra. «Las tiendas de campaña y los carromatos han caído en mis manos, *et mille autres galanteries fort jolies et fort riches*.»[3]

El rey polaco entró en Viena sin esperar el regreso del káiser Boca de Camello. «Todo el pueblo llano me besó las manos, los pies y la ropa», presumía, y le envió a Marysienka uno de los estribos de oro de Mustafá. «Otros solo me tocaban y decían: "¡Ah, dejadnos besar tan valiente mano!".» Boca de Camello volvió a toda prisa, resentido con Sobieski, y su reunión fue gélida. No había nada tan frío como la ingratitud de los Habsburgo. Boca de Camello se presentó como un vencedor. Se fundió el cañón otomano para crear campanas nuevas para San Esteban. Polonia había salvado la cristiandad, pero Sobieski fue su último gran rey.

En Belgrado, Mehmed envió a los Sin Lengua, con sus cuerdas de arco, en busca del visir. «¿Voy a morir?», preguntó Mustafá a los Sin Lengua antes de hacer una reverencia. «Si Dios así lo dispone...» Pero el sultán también fue depuesto y los otomanos

nunca recuperaron la iniciativa. Boca de Camello ordenó a su mejor general, el príncipe Eugenio de Saboya, un joven oficial francés que se había enemistado con Luis XIV, que contraatacara, conquistara Buda y Belgrado y duplicara así el territorio Habsburgo. Pero, en el oeste, Luis estaba a punto de dominar Europa, un logro que celebró erradicando la tolerancia hacia los protestantes, concedida por su abuelo, Enrique IV.

Solo Guillermo de Orange podía impedir que Luis, su «enemigo mortal», se hiciera con el reinado universal y, para conseguirlo, asestó un golpe extraordinario: el 5 de noviembre de 1688, el estatúder de Holanda, que tenía treinta y seis años y era marido de la princesa María de Inglaterra, invadió el país de esta.

El niño cambiado de cuna, la ropa interior del rey y las naranjas

En cierto sentido, fue un amargo enfrentamiento familiar que giraba en torno a los dos hermanos, Carlos II y Jacobo, y su primo hermano Guillermo. Carlos, que tenía catorce hijos bastardos y era apodado Old Rowley por un famoso semental, no tenía ningún heredero legítimo a excepción de Jacobo, su impopular hermano católico. El Parlamento protestante se oponía a su sucesión, lo cual desencadenó una mortífera crisis, parte de cincuenta años de conflictos religiosos y políticos.

Empezó en 1673, cuando Jacobo se casó con María de Módena, una princesa italiana «alta y con una complexión admirable» que era poco mayor que sus hijas María y Ana. «Os he traído a una nueva compañera de juegos», fue como presentó con poco tacto a su mujer y sus hijas. Su «novia papista» y la posibilidad de un heredero católico inspiraron a un malicioso teórico de la conspiración llamado Titus Oates, que ya había denunciado falsamente a un maestro de escuela por abusar de sus alumnos y ahora afirmaba que existía un complot papista del médico de María para matar al rey (con veneno o una bala de oro) y entronizar a Jacobo. Sus alegaciones provocaron histeria y

terror.[4]Carlos interrogó a Oates —ese «hombre malvado»—, pero se vio obligado a aprobar la ejecución de 22 inocentes. Pepys, que ahora era parlamentario y recientemente había sido ascendido a secretario del almirantazgo, condenó «semejante estado de distracción y miedo», pero fue denunciado por ser protegido de Jacobo. Sin embargo, fue exonerado de ser un agente católico y le restituyeron el cargo.

El Parlamento intentó excluir a Jacobo y convertir en heredero a Monmouth, el primogénito ilegítimo de Carlos. Carlos, cuya vida sexual siempre reflejó su política, viró hacia dos actrices protestantes, Moll Davis y Nell Gwynne. Hizo pintar a Nell desnuda y ocultó el cuadro detrás de otro para mostrárselo solo a sus amigos lujuriosos. Pepys no consideraba a Nell una buena actriz —«un papel serio que interpreta de forma extremadamente grosera»—, pero tenía labia. En una ocasión, le dijo a una multitud que detuvo su carruaje y la acusó de ser una de las amantes católicas de Carlos: «Buena gente, os equivocáis. Yo soy la puta protestante».

Pero Carlos creía que la exclusión precipitaría el final de su visión sobre la monarquía. «Nunca me rendiré y no me dejaré intimidar», dijo. «Los hombres suelen volverse más asustadizos cuando envejecen, pero yo seré más osado.» En cualquier caza de brujas, esto lleva tiempo, pero «los hombres buenos estarán conmigo». Tenía razón. Convirtiéndose en una figura casi absolutista, gobernó a través de jóvenes ministros —apodados los Chits—, que incluían a Godolphin, uno de sus cortesanos favoritos. Carlos y los Chits decidieron desmantelar Tánger, parte de la dote de la reina, que estaba viéndose sometida a la presión de un nuevo sultán marroquí. Pepys fue enviado allí a supervisar. Poco después fue capturado por Ismaíl ibn Sharif, el Guerrero, creador de un imperio marroquí cuya familia alauí, descendiente del profeta, empezó en Sijilmassa antes de unificar el país e iniciar conquistas hacia el sur llegando hasta Tombuctú y el río Senegal. Ismaíl, hijo de una esclava africana, se había hecho con el trono en 1672. Siendo el mayor comerciante de esclavos de su época, esclavizó a 220.000 africanos —algunos de los cuales formaron regimientos de

élite— a los que se unieron miles de europeos, esclavizados por los corsarios de Ismaíl en Salé. Todos ellos eran tratados terriblemente: utilizaba a los africanos para controlar a los blancos.[5]

En su lecho de muerte, Carlos se convirtió al catolicismo y no se olvidó de sus novias, ya que le dijo a Jacobo que no dejara que la pobre Nelly muriera de hambre. Jacobo se convirtió en rey. «Habría sido muy buen rey», dijo Sarah Churchill, una cortesana de la reina, «de no ser por el papismo.» Jacobo firmó una Declaración de Indulgencia para no protestantes que utilizó para liberar a los católicos a la vez que formaba su ejército y arrestaba a disidentes. La oposición estaba furiosa con el elegante pero inexperto Monmouth, que huyó a Holanda. Cuando Monmouth invadió Inglaterra con solo 85 seguidores, Guillermo advirtió a Jacobo, cuyo general, John Churchill, aplastó con facilidad la invasión. Luego, Jacobo decapitó a su sobrino. Pero su heredera seguía siendo María, su hija protestante, casada con Guillermo de Orange.

Cautivando al holandés pero incapaz de entusiasmar a Guillermo, la afable y hermosa María sufrió abortos y la muerte de un bebé a consecuencia de su matrimonio de consanguinidad. Jacobo intentó separar al matrimonio avisando a su hija de la aventura que mantenía Guillermo con su cortesana Elizabeth Villiers. María abordó a Guillermo cuando salía del dormitorio de su amante, pero él prometió dejarla, lo cual no era una gran concesión, ya que el estatúder prefería la compañía del atractivo oficial Hans Bentinck, que lo cuidó cuando contrajo viruela.

Siete grandes personalidades inglesas disidentes se acercaron a Guillermo justo cuando la reina María bebía las aguas de Bath y quedaba embarazada. En junio de 1688, para júbilo de los católicos e incredulidad de los protestantes, la reina, ayudada por Hugh Chamberlen y su fórceps secreto,[6]dio a luz a un heredero católico. Jacobo no había permitido que estuvieran presentes su hija Ana ni sus cortesanos protestantes, lo cual dio pie a una teoría de la conspiración, según la cual, habían introducido a otro bebé en el palacio de San Jacobo. María se volvió contra su padre para «salvar a la Iglesia y al Estado», y los siete nobles firmaron una

carta codificada en la que invitaban a Guillermo a invadir. Este reunió a su flota.

Jacobo, tan estúpido como siempre, rechazó la oferta de apoyo militar que le trasladó Luis. Mientras María esperaba en La Haya, Guillermo zarpó con 250 barcos y 35.000 hombres, que incluían a «doscientos negros traídos de las plantaciones de los Países Bajos en América», y atracó en Torbay, Devon.

Guillermo avanzó lentamente. Lord Churchill, el comandante de Jacobo, desertó (más tarde fue recompensado por Guillermo con el condado de Marlborough), seguido de la princesa Ana, que era amiga íntima de Sarah, la mujer de Churchill. Jacobo, destrozado por la traición de sus dos hijas, estaba aterrado y arrojó el Gran Sello al mar para que sus enemigos no pudieran convocar al Parlamento. Pero fue capturado por unos pescadores que le registraron bruscamente la ropa interior. Guillermo advirtió a su tío Jacobo de que no podía garantizar la seguridad del rey. Pepys, secretario de la Armada, fletó el barco que trasladó a la reina María y a su hijo a Europa.[7]Cuando Guillermo entró en Londres, permitió que Jacobo huyera a Francia, donde creó una corte rival, cuyos seguidores eran conocidos como jacobitas. Mientras el *mobile vulgus* —término en latín para una multitud voluble, en adelante abreviado como turba— se rebelaba y celebraba la invasión Orange ondeando naranjas, el hosco holandés hizo llamar a María en Holanda. Llena de «secreta alegría», que pronto se vio atenuada por la idea de los infortunios de su padre, aceptó que Guillermo estaba al mando: «Ya no sería más que su esposa. Ella haría cuanto estuviera en su mano para que fuera rey de por vida». Cuando la convención —no parlamentaria, ya que solo un soberano podía convocarla— presentó objeciones, Guillermo amenazó con regresar a Holanda a menos que fuera nombrado rey. La convención lo aceptó. Ana, hermana de María y heredera de la pareja real, había traicionado a su padre por el protestantismo y consideraba a María la primera en la línea de sucesión, pero se sentía molesta por ceder la sucesión a Guillermo, a quien llamaba «el holandés frustrado».

A cambio, Guillermo III aprobó una declaración de derechos que solventó el problema letal que había paralizado Inglaterra

durante cincuenta años de quiebra estatal. En ella se estipulaba un equilibrio de poder entre un Parlamento poderoso, los oligarcas nobles y el monarca, que mantenía el control del ejecutivo.[8]

Nadie sabía cómo funcionaría ese nuevo acuerdo. Los reyes continuaron siendo los máximos gobernantes de Inglaterra durante un siglo, con capacidad para elegir gobiernos y librar guerras, y podrían haberlo seguido siendo si hubiera habido más caudillos magistrales como Guillermo.

El holandés aportó la estabilidad, el Estado de derecho y la energía creativa necesaria para forjar una potencia mundial. Supervisó la creación del Banco de Inglaterra y, consciente de que la moneda inglesa estaba peligrosamente devaluada, lanzó la Gran Reacuñación, que gestionó una celebridad inglesa como era Isaac Newton. A sus cincuenta y tres años, Newton había conseguido una sinecura en la Casa de la Moneda, pero la gestión era tan nefasta que aceptó dirigir él mismo la vital reacuñación como maestro, un cargo sumamente lucrativo con el que se embolsaba un porcentaje de cada moneda producida.

Como uno de los primeros miembros de la Real Sociedad de Carlos II, una entidad para científicos, era un solitario susceptible, un amigo incómodo y un oponente vengativo que nunca se casó y probablemente era asexual. Su apasionada amistad con el científico suizo Nicolas Fatio pudo ser una afinidad masculina típica de la época o su única relación amorosa, cuyo final le provocó una crisis emocional. Discutió amargamente con su amigo John Locke, que anhelaba enredarlo con mujeres. Su nuevo trabajo era solo el último servicio a un nuevo espíritu de investigación científica racional. «Yo no finjo hipótesis», escribió en sus *Principios matemáticos*:[9]el conocimiento debía basarse en la necesidad de pruebas, no en la superstición —una convicción que en aquella época compartía una constelación de pensadores de toda Europa que cada vez mantenían más contacto—, el inicio de una incandescencia intelectual que iluminaría el siglo posterior.

Después de abandonar Cambridge, Newton se trasladó a Londres para planificar la divisa moderna y enjuiciar a los falsificadores, un delito capital. Los perseguía con el deleite y el

ingenio de un detective, y juzgó a 28, muchos de los cuales fueron ahorcados, arrastrados y descuartizados, aunque no hay indicios de que Newton se infiltrara disfrazado en el submundo marginal. Tras hacer fortuna con la Casa de la Moneda, aumentó su riqueza con inversiones inteligentes.

Guillermo lideró Inglaterra en su incansable campaña contra el Rey Sol. Jacobo, respaldado por Luis, intentó que Guillermo fuera asesinado, incitó una revuelta escocesa que salió derrotada en Dunkeld, lo cual provocó una masacre de clanes jacobitas en Glencoe, y más tarde invadió Irlanda. Guillermo derrotó a su suegro en el Boyne y Aughrim, y más tarde contuvo el avance de Luis, lo cual supuso el inicio de la guerra de ciento veintisiete años que libró Inglaterra para impedir el dominio francés en Europa. Pero ambos estaban centrados en la muerte inminente de Carlos el Hechizado, el rey Habsburgo de España.[10]

Todo el mundo estaba asombrado de que el hechizado Carlos, cuñado de Luis, siguiera vivo. Hijo del Rey Planeta, muerto hacía mucho tiempo, y de su sobrina Mariana, se había visto implacablemente afectado por la maldición de la endogamia de los Habsburgo. Había nacido con una inflamación cerebral, un solo riñón, un solo testículo y una mandíbula tan deforme que apenas podía masticar, pero con una garganta tan ancha que podía engullir tragos enteros de carne. Nunca aprendió a leer correctamente, era cojo y padeció multitud de enfermedades, entre ellas sarampión, viruela y rubeola. Según escribe Martyn Rady, Carlos tenía «un estado intersexual con genitales ambiguos». Su uretra se vaciaba por debajo de un pene no desarrollado, un detalle sobre el cual se fundó la paz en Europa: ¿podía tener hijos? De lo contrario, ¿quién heredaría su imperio?

Su madre lo había casado con una bella princesa de Francia de la que se enamoró, pero, como es comprensible, su vida sexual, que debía de causarles un estrés insoportable, fue un fracaso. Después de varios años de cómodo matrimonio, la chica consideraba, confusa, que «en realidad ya no era virgen, pero que no creía poder tener hijos nunca». Al embajador de Luis le confesó que, «a pesar de una excesiva vivacidad» por parte de Carlos, «la

cocción, como la denominan los médicos, no era perfecta». Esos médicos le recetaron un afrodisíaco que de nada sirvió: dormir con el cuerpo embalsamado de su padre ayudaría a Carlos a conseguir una erección. Cuando falleció su primera esposa, Carlos se casó con una princesa alemana que robaba en sus palacios y lo obligaba a someterse a exorcismos contra la brujería. Su madre hizo que el Hechizado fuera trasladado sobre una silla para que ahorrara energías. Era lo bastante cuerdo como para negarse a convertir a su todopoderosa en regente, lo bastante devoto como para soportar un auto de fe de catorce horas, lo bastante fuerte para cazar y lo bastante inteligente para invitar a Giordano, el pintor de la corte, a ver *Las Meninas* de Velázquez.

—¿Qué opináis? —preguntó Carlos.

—Señor —respondió Giordano—, esto es la teología de la pintura.

Mientras Carlos se deterioraba, visitó el panteón de El Escorial para contemplar los cuerpos de su familia. Entre tanto, los Habsburgo de Austria y los Borbones de Francia pugnaban por la sucesión.

Cuatro lechos de muerte —esas escenas universales de la vida familiar, esos traspasos letales de poder que podían destruir un imperio— desestabilizaron Europa y Asia. «En un abrir y cerrar de ojos, en un minuto, en un respiro», dijo el mejor monarca de su época, Alamgir, «el estado del mundo cambia.»

Lechos de muerte titánicos: Carlos, Alamgir, Luis y Kangxi

A finales de octubre de 1700, en Madrid, Carlos sufrió una explosiva disentería con «250 movimientos en diecinueve días», soportando que le aplicaran en los pies cantárida, como agente abrasador, palomas muertas en la cabeza y tragos de leche de perlas. Finalmente, el 1 de noviembre murmuró: «Ahora no soy nada», y legó la monarquía a Felipe, el nieto de Luis.[11]

Luis no pudo resistirse a aceptar, pero su maniobra española, a la que se oponían firmemente los Habsburgo austríacos e

Inglaterra, desencadenó una guerra de quince años que llevó sus sueños al borde de la catástrofe. Más al este, el malhumorado emperador Alamgir continuó con su guerra de veinte años para destruir el reino de Shivaji.

Como las de Luis, las conquistas de Alamgir en su continente no tenían precedentes: gobernó más regiones de la India que cualquier otro en la historia del país, excepto los británicos en siglos posteriores, pero el orgullo y el imperio no tienen fin. Ninguno podía parar. Cuando el visir de Alamgir propuso que regresaran a Delhi, el conquistador respondió con desdén: «No entiendo cómo un sirviente hereditario y omnisciente como tú puede pedir tal cosa». Mientras tanto, la familia de Shivaji seguía resistiendo en Decán, ahora liderada por Taibai, la extraordinaria viuda de Rajaram, que solo tenía veinticinco años y era una reina guerrera hija del comandante en jefe de Shivaji. «Mientras quede un solo aliento en esta vida mortal, no hay liberación del trabajo duro», afirmaba Alamgir. Uno de sus agotados oficiales protestó: «Tal es su ansia de conquistar todos los fuertes que corre de un lado a otro jadeando por cualquier montón de piedras». Pero su guerra era una empresa gigantesca: en 1695, su campamento tenía una circunferencia de 50 kilómetros, con 60.000 soldados de caballería y 100.000 de infantería, 50.000 camellos, 3.000 elefantes y 250 bazares dispuestos alrededor de su tienda roja imperial, donde se reunía con sus hijos y Udaipuri, su bailarina y amante georgiana.

Solo la economía más grande del mundo podía financiar una guerra de semejante envergadura: un 24 % del PIB mundial era indio, y los ingresos anuales de Alamgir eran diez veces superiores a los de Luis. Aunque los europeos tradicionalmente habían vestido con lana o lino, su acceso al algodón indio dio lugar a una fiebre tan grande por las telas de dicho país —las palabras chintz, pijama, caqui, tafetán y bandana fueron incorporadas al lenguaje— que, en 1684, la EIC importaba 1.760.000 prendas al año, un 83 % de su actividad comercial. En África, los esclavos se compraban con algodón indio.

Alamgir trataba a los europeos en la India como

intermediarios lucrativos y útiles, y compraba barcos y cañones a los portugueses, pero no había duda de quién estaba al mando. En 1686, la EIC, alarmada por el crecimiento francés en la India, exigió más derechos comerciales. En 1688, Alamgir conquistó Golconda y centró su atención en el fuerte inglés de Saint George, en Madrás (Chennai). La EIC y Alamgir estaban expandiéndose en las nuevas zonas al mismo tiempo, pero cuando se produjo el choque, el segundo ganó con facilidad.

Alamgir exigió impuestos más elevados. Los ingleses se resistieron y, en vista de ello, Alamgir atacó Bombay y Surat. Los ingleses se rindieron de forma humillante, postrándose ante el emperador y pagando una cuantiosa indemnización para recuperar sus fábricas. Entonces, en septiembre de 1695, Long Ben (alias Henry Every), un pirata inglés que se dedicaba al comercio de esclavos, dio un golpe extraordinario al atacar a la flotilla de 25 barcos de Alamgir que viajaba cada año a La Meca, y capturar el *Ganj-i-Sawai* (Tesoro excesivo), cargado de oro. Los piratas torturaron a los oficiales indios para obligarlos a que entregaran el oro y violaron a las chicas que iban a bordo —muchas se suicidaron—, pero Long Ben se hizo con un botín de seiscientas mil libras, supuestamente el más grande de la historia, pero sin duda una cifra incalculable, tan grande, de hecho, que a punto estuvo de desbaratar la presencia inglesa en la India.[12]Pidiendo la cabeza de Long Ben, la armada de Alamgir irrumpió en Bombay y confiscó todas las fábricas de la EIC.

Londres envió a un veterano comerciante de la India como nuevo presidente de Madrás para que negociara. Thomas Pitt era el clásico cazador furtivo convertido en guardabosques. Treinta años antes, Pitt, hijo de un vicario de Dorset, había empezado a comerciar como mercader no perteneciente a la EIC (un «intruso»), lo cual le valió una multa y una fortuna que le permitió volver a casa y comprar una finca de campo y un escaño en el Parlamento. Contratado por la EIC, Pitt fue enviado a apaciguar a Alamgir, que estaba asediando Fort Saint George. Pitt cedió y negoció una gigantesca multa de 150.000 rupias antes de que Bombay fuera recuperada y se fundara una nueva fábrica en Calculta (Kolkata),

mientras que en Madrás fortificó la creciente ciudad. Aprovechando los muchos soldados indios que combatían en el Decán, empezó a contratar mercenarios, conocidos como cipayos.

Pitt odiaba la humillación inglesa y se quejaba de que los gobernadores nativos tenían facilidad para pisotearlos y extorsionar lo que quisieran, cosa que no dejarían de hacer hasta que los volvieran sensibles a su poder. Eso era imposible mientras gobernara Alamgir.

Pitt había derrochado su primera fortuna, pero ahora que estaba a punto de retirarse, adquirió un diamante de 426 quilates extraído en Kollur y robado por un esclavo que lo escondió dentro de una herida que tenía en el cuerpo. Más tarde se hizo con él un inglés, que asesinó al esclavo y se lo vendió a un comerciante indio. En 1701, el comerciante se lo vendió a Pitt por unas 20.000 libras. Este lo envió a Inglaterra en el tacón del zapato de su hijo Robert y más tarde lo vendió en París por la astronómica cifra de 135.000 libras.[13]El ascenso de Inglaterra en la India y otros lugares sería dirigido por los Pitt.

A sus ochenta y nueve años, Alamgir, marchito, taciturno y enfermo, finalmente se desplomó en Ahmadnagar —«El final de mi viaje»—, atendido por su hija Zinatunnisa. «No sé quién soy ni qué he estado haciendo», le confesó a su hijo Azzam. «Carecía por completo de habilidad política.» En su testamento aconsejaba a sus sucesores: «Nunca confiéis en vuestros hijos ni los tratéis íntimamente». Tras refrendar a Azzam —«Adiós, adiós, adiós»— el 3 de marzo de 1707, murió en un momento en que «se formó un torbellino tan furioso que derribó todas las tiendas del campamento. Murieron muchas personas y animales … Algunas aldeas fueron destruidas». Esta vez, la guerra entre sus hijos, ganada por Muazzam (Bahadurshah), que mató a Azzam, acabó con el imperio. «¡Después de mí, el caos!», había advertido.

«*Après moi, le déluge*», coincidía su contemporáneo Luis XIV, que también se daría cuenta de la futilidad de su guerra intermedia contra Inglaterra y Guillermo de Orange.

En marzo de 1702, Guillermo III estaba cabalgando cerca de su casa, el palacio de Kensington, cuando su caballo tropezó con la

madriguera de un topo y lo tiró al suelo. Murió mientras los jacobitas brindaban por «el pequeño caballero con el chaleco de terciopelo negro», pero la guerra contra Luis continuó, y la nueva reina Ana ascendió a Churchill, conde de Marlborough, a capitán general y colíder de un ministerio con su querido amigo Sidney Godolphin, lord del Tesoro. Sarah Churchill intentó orientar a la insegura y enferma reina, atormentada por doce embarazos fallidos. Ambas eran amigas íntimas que utilizaban los nombres en clave de señorita Freeman (Sarah) y señorita Morley (Ana), pero había otras dos personas en esa sociedad: el señor Freeman (Marlborough) y el señor Montgomery (Godolphin). «Cada día», escribió Ana a Sarah, «me hace más y más sensible a la gran bendición que Dios Todopoderoso me ha procurado en tres amigos como vos, el señor Freeman y el señor Montgomery.»

Pequeño, oscuro, reticente e incorruptible, Godolphin, que había trabajado en el Tesoro a las órdenes de Carlos, Jacobo y Guillermo, se convirtió en el auténtico primer ministro inaugural, un administrador magistral del Parlamento y la economía cuyo protegido Robert Walpole elogió su «buena gestión, prudencia y destreza».[14]Ningún ministro anterior había tenido que reunir cifras tan grandes como Godolphin para financiar una guerra europea, pero también negoció una unión entre Inglaterra y Escocia al convencer a los parlamentarios escoceses de que se fusionaran con el Parlamento de Londres,[15]de modo que se convirtió en el primer lord del Tesoro de Gran Bretaña. Su compañero duunviro Marlborough tenía cincuenta años y carecía de experiencia, pero demostró ser el mejor general británico. «Anhelo estar contigo», escribió Marlborough a Godolphin, cuyas cartas eran «uno de los mayores placeres» para él. Mientras el general estaba fuera, Sarah asesoraba a Godolphin. Los duunviros organizaron matrimonios entre sus hijos.

Al zarpar rumbo a Europa, Marlborough dirigió la coalición de los holandeses y los Habsburgo, pero también ganó las batallas. Su mejor momento fue una marcha forzada de cuatrocientos kilómetros hacia el sur para salvar Viena de un ejército francés en el verano de 1704. Enlazó con el comandante Habsburgo, el

príncipe Eugenio de Saboya, y juntos frenaron al ejército franco-bávaro en Blenheim. «Haced saber a la reina que su ejército ha cosechado una victoria gloriosa», escribió Marlborough a Sarah. Eugenio —anguloso, feo, desaliñado y aficionado al rapé, aunque brillante— era igual de extraordinario,[16]y formaron un infrecuente tándem. «El príncipe Eugenio y yo nunca discrepamos a la hora de compartir los laureles», decía Marlborough. «No solo le tengo aprecio al príncipe, sino que lo quiero de verdad.» Liderando las ofensivas, a veces sin caballo, mientras los caballerizos eran decapitados junto a él, Marlborough ganó una sucesión de batallas y, como embajador general, mantuvo unida la coalición. En abril de 1707 emprendió una importante misión para visitar a Carlos XII, el rey guerrero asceta de Suecia, que se encontraba en Sajonia.

El zar moscovita Pedro I y su aliado Augusto el Fuerte, rey de Polonia y elector de Sajonia, habían atacado Suecia para intentar repartirse sus territorios bálticos. Pero Carlos irrumpió a través del Báltico, derrotó a Pedro y depuso a Augusto antes de ocupar Polonia. A sus todavía veinticinco años, se debatía entre unirse a Francia con los Habsburgo o atacar Moscovia. Marlborough, que quería cerciorarse de que atacaba a Pedro,[17]elogió a Carlos, quien de todos modos veía a Moscovia como la mayor amenaza. El 1 de enero de 1708, el rey sueco invadió Moscovia, el primero de tres invasores modernos que subestimaron las dimensiones de Rusia. Carlos se desvió hacia el sur rumbo a Ucrania.

Pedro, un inquieto gigante de dos metros, era un soldado-reformador obsesionado con las novedades técnicas para barcos y cañones y decidido a transformar y rearmar su reino. Estaba dotado de los tres elementos esenciales que necesita todo político para conseguir algo —visión, perspicacia y recursos—, además de una constitución invencible y un gusto por juergas salvajes que incluían un consumo letal de alcohol, enanos que salían de dentro de una tarta, chicas desnudas y peleas. Sin embargo, había visitado Holanda y Londres para ofrecer tecnología militar. Después de ejercer su poder, masacrando y torturando personalmente a sus rivales, el aterrador y capacitado autócrata reformó su nobleza, a

la que obligó a llevar ropa alemana y afeitarse la barba. Fundó una nueva capital, San Petersburgo, en territorio conquistado a los suecos, pero también modernizó su ejército, financiado con impuestos a los campesinos, y creó una armada báltica. El reclutamiento de campesinos para que ingresaran de por vida en su ejército y el servicio forzado de los nobles militarizó la sociedad y creó un enorme contingente de trescientos mil soldados. Su envergadura permitía a los zares utilizar a sus hombres como carne de cañón para compensar el atraso ruso.

El 8 de julio de 1709, en Poltava (Ucrania), Pedro derrotó a Carlos, convirtió Polonia en un satélite ruso y barrió los territorios suecos del Báltico sur.[18]El zar Románov se convirtió en Pedro el Grande, el primer *imperator* (emperador) de Rusia (*Rossiiya*, una helenización de Rus), una nueva potencia europea e imperio euroasiático forjado con tecnología europea y embellecido con arte, modales y lujos también europeos. Pero el Estado en sí era un imperio inspirado en una excepcional misión nacional y religiosa de expansión voraz y gobernado por un autócrata que personificaba el Estado sin las limitaciones de las asambleas representativas, los derechos de los nobles o instituciones civiles existentes en otros reinos europeos.

Una vez cumplida su misión en el este, Marlborough se enfrentaba a un desafío en su país. Había conseguido un ducado, un principado del Sacro Imperio Romano, el palacio de Blenheim, situado cerca de Oxford, y una fortuna, pero era más inestable que Godolphin, muy nervioso y voluble, una persona que en tiempos de crisis oscilaba entre la energía exultante y los desplomes ciclotímicos. «Estoy muy harto del mundo», le dijo a Godolphin. «Mi único placer es la expectativa de estar con vos y lady Marlborough.»

Pero la relación entre Ana y Sarah se agrió. Ana, con sobrepeso, cubierta de manchas y enfermiza, adoraba a la hermosa Sarah, pero su grandeza real y su dependencia emocional se veían equiparadas por la pérfida falta de compasión de esta última. «Lamento mucho saber que la señora Morley y la señora Freeman todavía no han resuelto las cosas», le escribió Montgomery a

Freeman. «Estoy seguro de que acabarán haciéndolo.» Pero no lo hicieron. Los celos y la desconfianza de los oponentes de Marlborough provocaron el temor a que el paladín pudiera convertirse en un Cromwell: utilizaron el orgullo Estuardo de Ana y la malicia de Sarah para promocionar a Abigail Masham, una amiga más afectuosa de la realeza que, animada por su rival Robert Harley, puso a la reina en contra de sus tres amigos.

En 1708, Harley convenció a Ana de que destituyera a Godolphin, pero Marlborough amenazó con dimitir, lo cual forzó su restitución, ahora respaldado por el joven Rober Walpole, un grosero y rubicundo protegido y parlamentario de Norfolk. En aquel momento, Ana y Sarah mantenían altercados de una maldad despiadada. Consciente del disgusto que Ana sentía por él, Marlborough solicitó ser capitán general de por vida, cosa que alarmó a la monarca Estuardo, que temía una dictadura cromwelliana. «Tengo motivos para estar convencido», escribió Marlborough a Sarah en una de sus cartas codificadas, «de que 42 [Ana] siente celos del poder de 39 [él mismo].»

Como cabría esperar, Ana odiaba a Sarah: «No me gusta quejarme, pero es imposible obviar que nadie ha sido tan utilizada por una amiga como me ha sucedido a mí desde que obtuve la corona», le dijo a Marlborough. «Yo solo deseo que deje de molestarme y atormentarme.» Pocos monarcas han escrito una carta como esa, pero Sarah estaba diciendo «muchas cosas estremecedoras», e incluso acusó a Ana de lesbianismo. Marlborough y Godolphin debían de estar desesperados, mientras que Walpole se refería a Sarah como la «maldita zorra». Las negociaciones de paz entre Marlborough y Luis XIV se fueron al traste, y Ana finalmente destituyó a Godolphin, cuyo carácter se había ennegrecido tanto como el del insinuante Volpone (en la obra de Ben Jonson), y nombró a Harley, que conseguiría una mayoría parlamentaria. Marlborough fue destituido y Godolphin murió al año siguiente. Harley, a la sazón conde de Oxford y primer ministro, orquestó el proceso de destitución de Marlborough, que fue devotamente defendido por Walpole pero aun así tuvo que marcharse al exilio. La reina, consciente de que

había sido manipulada y arrepentida del trato que había dispensado a los duunviros, saqueó Oxford justo antes de morir en 1714.

Los oligarcas de 1688 garantizaron una sucesión protestante con la coronación del nuevo rey, Jorge I, el elector de Hanover, de cincuenta y cuatro años,[19]quien, teniendo en cuenta que muchos conservadores eran partidarios de restaurar a los Estuardo, promovió a los whigs y volvió a nombrar a Marlborough capitán general. Con el apoyo de Luis, Jacobo Estuardo, heredero de Jacobo II, desembarcó en Escocia y concedió audiencia en Edimburgo, pero el último servicio de Marlborough fue coordinar la derrota de la rebelión.

Las victorias de Marlborough habían marcado el auge de Gran Bretaña, una fuerza global cada vez mayor, como una potencia europea por primera vez desde que perdió sus territorios franceses en 1453. La paz de Utrecht fue un golpe de suerte para el anciano Luis XIV, cuyo nieto Felipe seguía reinando en España, mientras los Habsburgo fueron compensados con Nápoles, Milán y Bélgica; Gran Bretaña solo obtuvo Gibraltar y el asiento de negros, la licencia española para proporcionar esclavos otorgada por la Compañía del Mar del Sur. Los inversores —desde el rey y sus amantes hasta Walpole y Newton— comerciaban con las acciones, que no dejaban de subir.

La paz supuso cierto consuelo para Luis, pero «Francia se había extendido demasiado y tal vez injustamente», escribía Maintenon, su mujer. «Nuestra corte sigue muy triste. Solo hablamos de trigo, avena, cebada y paja. Está muy ocupado en ayudar al pueblo.» En abril de 1711, la viruela mató al primogénito de Luis, más tarde al primogénito de este y finalmente al primogénito de este último.[20]«Nunca he visto tanta tristeza ... en la corte», señalaba Maintenon.

El 1 de septiembre de 1715, después del reino más prolongado de la historia europea y a sus setenta y dos años, Luis, aquejado de gangrena y con la pierna izquierda totalmente ennegrecida, gestionó su lecho de muerte con un estilo impoluto. «Mi querido niño», le dijo a su bisnieto de cinco años, que pronto

se convertiría el Luis XV, «serás el mejor rey del mundo», pero «no me imites en las guerras». Después se dirigió a sus ministros: «*Adieu, messieurs* ... Yo me voy, pero el Estado perdurará siempre». Por último, se volvió hacia Maintenon:

—¿Qué será de vos, *madame*?

—Yo no soy nada —respondió ella—. Pensad solo en Dios.

Los sirvientes lloraban ruidosamente.

—¿Por qué lloráis? —preguntó Luis—. ¿Pensabais que soy inmortal?

Recitando una oración, murió «como una vela que se apaga».

En China, el otro titán de la era, Kangxi, se enfrentaba a su propia agonía de sucesión.

«Si puedo morir sin que haya problemas», escribió cuando era casi septuagenario, «mis deseos se habrán cumplido.» Su hijo Yinreng, cuya madre había fallecido en 1674 durante el parto, se convirtió en un despiadado pedófilo que compraba niños para abusar sexualmente de ellos e intentó derrocar a su padre; es posible que estuviera loco. Puesto que su declive alentó una conspiración entre sus veinticuatro hijos, Kangxi ordenó el encarcelamiento perpetuo de Yinreng por «inhumanidad y maldad». El emperador empezó a mostrar predilección por Yinzhen, su undécimo hijo, que le presentó a su nieto Hongli, de once años, a quien Kiangxi empezó a mimar. Cuando el viejo emperador conoció a la madre del niño, la calificó de «mujer afortunada» por engendrar a un hijo que le traería «grandes honores», una insinuación imposible de ignorar.

Tras su muerte el 20 de diciembre de 1722, le dejó el trono a Yinzhen, que se convirtió en el emperador Yongzheng. Francia estaba recuperándose y la India mogol estaba sumiéndose en el caos, pero la China que había dejado Kiangxi era la mayor potencia de la Tierra. Su nieto Hongli se convirtió en el emperador Qianlong, que gobernaría hasta la siguiente era.

Por su parte, los resurgentes Habsburgo se veían perseguidos por un problema de género. En Viena, Carlos VI, hijo de Boca de Camello, no había logrado conquistar España, pero se consoló con su sucesión como emperador-archiduque. Sin embargo, su heredera

era su joven hija, y un depredador acosaba al imperio.

Gallo Robin, monstruo prusiano, Hércules polaco

Carlos se había casado con Isabel, una princesa alemana rubia, delicada y vivaz a la que llamaba Liezl Blanca. En 1716, Liezl dio a luz a su hija María Teresa, pero para ayudarla a concebir un hijo, los médicos le habían recetado una dieta calórica lubricada con licor que la hinchó tanto que acabaron teniendo que transportarla en una silla mecánica.

María Teresa, rubia, de ojos azules, devota e inteligente, fue educada por los jesuitas, cantaba en las óperas familiares y disfrutaba montando a caballo. A sus diecinueve años se casó con el afable príncipe Francisco Esteban, duque de Lorena, al que adoraba, y tuvo dieciséis hijos en veinte años. María Teresa no poseía ningún talento especial, pero tampoco se lo exigían. Solo un peligro extremo lo pondría de manifiesto. Francisco derrochó todos sus recursos en un momento en el que Prusia, una potencia de segunda fila, estaba ahorrando hasta el último pfennig y coleccionando gigantes.

Su soberano Hohenzollern, Federico Guillermo, cuyo padre había negociado un ascenso a rey, era un rigorista medio demente, pero también un visionario astuto que convirtió Prusia en la Esparta de Europa. Después de heredar el trono cuando tenía veinticinco años, purgó el reino de la cursilería afrancesada de su padre y se concentró en atraer colonos industriosos a sus territorios, lo cual fomentó el comercio y creó un ejército desproporcionadamente grande con una infantería que disparaba «como una batería andante cuya rapidez al recargar triplicaba su potencia de fuego» (en palabras de su hijo) y un regimiento de «gigantes de Potsdam». Contrató a colosos de toda Europa, enviando a los gigantes a capturarlos. «La chica o mujer más hermosa del mundo me era indiferente», decía, «pero los soldados altos son mi debilidad.»

Amaba a su reina, Sofía Dorotea de Hannover, pero ella

despreciaba sus violentos abusos, su «horrible avaricia» y su tosca vulgaridad. Se planteó divorciarse de ella, pero no podía arriesgarse a acabar con la familia: su padre se había convertido en Jorge I de Gran Bretaña.

Londres era presa de una fiebre especulativa alimentada por las acciones del comercio de esclavos de la Compañía del Mar del Sur, que estaba estructurada para saldar deudas gubernamentales. Se hicieron fortunas comprando y vendiendo acciones. El anciano Isaac Newton ganó tanto vendiendo acciones que no pudo resistirse a volver a comprarlas. Pero pocos sabían que la empresa estaba mal gestionada. Cuando entró en quiebra, acabó con muchos inversores. Newton, que en la vejez vivía con su sobrina (el marido de esta lo había sustituido en la Casa de la Moneda), se avergonzaba de haber perdido la mitad de su fortuna, aunque seguía siendo muy rico. La furiosa reacción apuntaba a los políticos corruptos, a Elephant y Castle y al rey alemán. Jorge recurrió a Robert Walpole, el protegido de Godolphin, que al principio se dedicó a proteger a los culpables y más tarde a resolver la crisis. Conocido como Gallo Robin, impávido, cínico y terrenal, comía manzanas en los Comunes, se jactaba de abrir siempre las cartas de su guardia y afirmaba no ser «un santo, un espartano o un reformador», pero había sido tan leal a Godolphin y Marlborough que había sido encarcelado por Harley. Había comerciado con acciones de la Compañía del Mar del Sur y había perdido dinero (no la leyenda del 1.000 % de beneficio), pero lo compensó con enormes ganancias en la Real Compañía Africana, otra empresa de comercio de esclavos. Después convirtió la crisis en un éxito dividiendo la Compañía del Mar del Sur en dos, una rentable empresa que vendió seres humanos durante décadas y un banco que emitía bonos del gobierno. Walpole convirtió décadas de deuda aleatoria en un único bono fácil de vender y creó así el primer mercado moderno de bonos, que brindó a Gran Bretaña un acceso único a un capital que era crucial para convertirla en una potencia mundial.

Walpole se mofaba de la virtud ciudadana, que tachaba de «ínfulas de colegial», y se mofaba de los jóvenes: «¿Serás un viejo

romano, un patriota? Se te pasará pronto y te volverás sabio». Según recordaba un amigo, era «bondadoso, alegre, sociable, poco elegante en sus formas y relajado en su moralidad», con un «ingenio rudo», pero era «el gestor parlamentario más capacitado que haya vivido nunca». Acumulando una fortuna y una colección de arte para su Haughton Hall de Norfolk, Walpole estaba casado con Catherine, hija de un comerciante. Ambos eran entusiastas de la sensualidad, y en los momentos en que se enfriaba su matrimonio recurrían a multitud de amantes. Después de su muerte, Robin se casó con Maria Skerritt, su ingeniosa y glamurosa amante. Era veinticinco años más joven que él, pero al cabo de tres meses murió durante el parto y lo dejó desolado.

Robin era un maestro manejando a sus señores monárquicos, primero a Jorge I y más tarde a su hijo, Jorge II.[21]«Todos los hombres», solía decir, «tienen su precio». Cuando un rival intentó conquistar a la amante de Jorge II, Walpole respondió trabando amistad con su vivaz esposa, la reina Carolina. Con su humor práctico, Walpole decía que su rival había agarrado de la oreja a la cerda equivocada y él a la correcta. Según los rumores, había ejercido de proxeneta entre su mujer y Jorge II (cuando era príncipe de Gales) y se había acostado con la reina. Sus veinte años de gobierno confirmaron la supremacía de la Cámara de los Comunes, y su oligarquía whig —la «robinocracia»— dominó Gran Bretaña durante cuarenta años.

Los hannoverianos se enfrentaron a sus hijos, pero eso no fue nada en comparación con las atrocidades familiares de los Hohenzollern y los Románov.[22]Federico Guillermo y Sofía, la hermana de Jorge II, tuvieron quince hijos, pero ella era devota del primogénito, Federico, al cual esperaba casar con un miembro de la dinastía británica. El rey dio al traste con las negociaciones y, cuando se quedó embarazada inesperadamente, intentó matarla por adulterio. Acosaba y pegaba a Federico, y lo castigaba por pequeñas infracciones como llevar guantes o caerse de un caballo. Sofía apoyaba a los niños. «Siempre que mi padre le ordenaba a mi hermano hacer algo», recordaba Federico, «mi madre le decía que hiciera justo lo contrario.»

Con su metro setenta de altura, el rey aterrorizaba a sus soldados y cortesanos, sus furias agravadas por las agonías de la porfiria, la obsesión, la gota, heridas purulentas, fiebres y calambres. «Me gustaría sufrirlo todo con paciencia», decía, y empezó a pintar para aliviar sus «tormentos». La reina animó a Federico, que entonces tenía dieciséis años, a seguir sus inclinaciones artísticas, y practicaba la flauta cuando no estaba realizando la instrucción militar y amasaba en secreto una biblioteca francesa. Su monstruoso padre sospechaba que carecía de «inclinaciones verdaderamente varoniles».

En 1728, padre e hijo fueron a visitar al gobernador de Sajonia, el rival tradicional de Prusia. Augusto el Fuerte, un atleta corpulento que supuestamente tenía 365 hijos, también era rey de Polonia y todo cuanto despreciaba Federico Guillermo: depravado, extravagante, impío —se había convertido al catolicismo para aferrarse al trono polaco— e inepto. Su aliado Pedro el Grande había reducido Polonia a un Estado cliente de Rusia. Augusto, un campeón del lanzamiento de zorro (en su día presidió un espantoso festival en el que se arrojaron 647 zorros, 533 liebres y 34 tejones), se publicitaba con desfiles, óperas y porcelana de Meissen (tras secuestrar a su creador para desarrollar la tecnología) a fin de convertir Dresde en «la corte más deslumbrante de Europa».

La legión de amantes de Augusto estaba liderada por la talentosa y alegre Aurora von Königsmarck[23]y su esclava turca Fátima, pero también se decía que incluía a su bella hija Ana, la condesa Orzelska, una mujer hermosa y fumadora que se travestía y que a sus veinte años cautivó inmediatamente a Federico, que solo tenía dieciséis. Federico la recordaba como un «pequeño milagro de la naturaleza que poseía todos los encantos posibles, amén de buen gusto y delicadeza» y, según su hermana mayor Guillermina, «le prometió de todo para poseer a aquella belleza, su primera amante».

Esperando distraerlo de su hija-amante, Augusto asombró a los prusianos abriendo una cortina tras la cual apareció una cantante de ópera desnuda en un nicho. Federico Guillermo hizo salir a su hijo de la habitación, pero para entonces ya estaba

enamorado de Orzelska y cayó en una depresión al regresar a la triste Berlín. Conmocionado por lo que había visto durante la visita, su padre fanfarroneaba: «Soy tan puro como cuando me fui». Pero, a su vuelta, el rey y el príncipe se enfrentaron por lo que el padre describía como las «ocupaciones afeminadas y lascivas» de Federico.

El rey golpeaba a Federico con su bastón, le propinaba puñetazos en la cara y lo tiraba al suelo para obligarlo a besarle los pies. Cuando su hija Guillermina apoyaba a su hermano, la golpeaba en la cara y la dejaba inconsciente. Pero ahora Federico se había enamorado de un chico.

El Príncipe Filósofo, el «philosophe» y la marquesa

Después de una relación íntima con un oficial escocés,[24]Federico fue enviado de viaje para arrepentirse. En lugar de eso, el príncipe de Prusia, que tenía dieciocho años, estableció afinidad con Hans von Katte, un atractivo oficial que le llevaba ocho años. Juntos planearon la fuga del príncipe a Inglaterra, lo cual constituía un acto de traición.

En agosto de 1730, cuando Federico fue apresado, su padre lo interrogó: «¿Sedujiste tú a Katte o Katte te sedujo a ti?». Después ordenó que Katte fuera decapitado —«Era preferible que Katte muriera a que desapareciera la justicia en el mundo»— delante del chico, a quien obligaron a mirar, sin duda para purgarlo de deseos antinaturales.

—Por favor, perdóname, mi querido Katte. Perdóname en nombre de Dios —gritó Federico.

—No hay nada que perdonar —respondió Katte—. ¡Muero por ti con alegría en mi corazón!

Federico se desmayó. Su padre decidió ejecutarlo y le dijo a su madre que ya estaba muerto.

—¿Qué? —gritó ella—. ¿Has matado a tu hijo?

—No era mi hijo. ¡Tan solo era un miserable desertor!

—*Mon Dieu, mon fils!* —gritaron la reina y su hija

Guillermina.

El rey empezó a golpear a la chica y tuvieron que llevárselo para que no la matara. El káiser Carlos de Habsburgo estaba presente e intercedió para salvarle la vida a Federico, un gesto de piedad que más tarde debió de lamentar su hija María Teresa.

Federico nunca perdonó a su padre —«Un hombre terrible»—, pero en los diez años posteriores llegó a reconocer que Federico Guillermo «sabía qué le interesaba a su país mejor que cualquier ministro o general. Gracias a sus esfuerzos y a su trabajo incansable he podido conseguir todo lo que he hecho desde entonces».

Federico planeó una deliciosa venganza contra su padre, consumiendo ardientemente la literatura de un nuevo movimiento que estaba arrasando en Europa, la Ilustración, representado por su héroe Voltaire, con quien el príncipe empezó a cartearse.

El 28 de marzo de 1727, Voltaire, que a sus treinta y tres años ya era un notable dramaturgo, en ocasiones un favorito de la corte y en ocasiones un disidente, se exilió a Londres y asistió al funeral de Isaac Newton. Fue un momento trascendental. Voltaire, convencido de que la constitución mixta de Gran Bretaña era superior al absolutismo francés y admirador de la ciencia newtoniana, entrevistó a los médicos de Newton y quedó fascinado al descubrir que el científico había muerto virgen, pero también al enterarse por su sobrina de que la teoría de la gravedad tuvo su origen en la caída de una manzana. Fue una entrega de testigo: Voltaire se veía como el heredero de Newton.

Voltaire, cuyo nombre era François-Marie Arouet, hijo de un abogado, apodado Zozo por su familia, se negó a estudiar derecho y escribía poesía. Cuando su padre lo envió a trabajar para el embajador francés en Holanda, su aventura con una adolescente conocida como Pimpette hizo que lo expulsaran, igual que su poema sobre el incesto del regente francés con su hija hizo que lo encarcelaran en la Bastilla. Más tarde, su insolencia con un aristócrata le valió una paliza y un nuevo encarcelamiento. A su regreso de Inglaterra se unió a un consorcio que compró la lotería estatal y ganó una fortuna. Después se enamoró de Émilie,

marquesa de Châtelet, una escritora con talento, hermosa y más joven, y se instaló (con el permiso de su marido) en su castillo, donde escribían filosofía, historia, ficción y ciencia.[25]Ella tradujo a Newton y él lo popularizó. Asimismo, fue la primera mujer a la que la Academia Francesa le publicó un artículo. Más tarde, ambos encontraron otros amantes —él mantuvo relaciones carnales con su sobrina—, pero siguieron siendo pareja hasta que ella falleció dando a luz.

En 1734 sus *Cartas filosóficas*, que defendían la tolerancia religiosa y política, cosecharon fama en Europa, pero fue solo el principio de su campaña contra la superstición, que más adelante expresó en el eslogan «*Écrasez l'infâme*». Fue la tortura y ejecución injusta de Jean Calas, un protestante condenado por error en 1762, lo que inspiró su campaña más famosa. Creía en el progreso humano, pero no demasiado: Voltaire se burló del optimismo ingenuo con su personaje Pangloss, de *Cándido*. Criticaba a todas las religiones —cristianos, judíos y musulmanes— y se mofaba de los sacerdotes, que «se levantan de una cama incestuosa, fabrican cien versiones de Dios y luego se comen y beben a Dios y mean y cagan a Dios». Pero bromeaba: «Dios no existe, pero no se lo digáis a mi sirviente por si me asesina por la noche».

Voltaire fue el primero de los *philosophes*, que abogaban por un estado mental nuevo, escéptico, racional, científico y tolerante que aspiraba a la mayor felicidad para la humanidad y cuestionaba la fe ciega y la monarquía sagrada. Si elegimos adorar a Dios, argumentaba aquel mismo siglo Immanuel Kant, el *philosophe* alemán de Königsberg, «las criaturas finitas nunca podremos comprender la naturaleza infinita de la realidad». Kant resumió el espíritu ilustrado en dos palabras: *Sapere aude!*, atrévete a utilizar tu intelecto.

Voltaire, que era más rico y famoso que sus compañeros, ya que, al margen de sus otros talentos, era un financiero habilidoso, desempeñaba el papel de protector: cuando un escritor joven y pobre estaba en apuros, Voltaire intervenía. Denis Diderot, hijo de un cuchillero de provincias que lo repudió cuando se negó a entrar en el sacerdocio, era una fuerza caótica, traviesa y maníaca que

sentía curiosidad por todo, desde el hermafroditismo hasta la acústica, y escribía obras que cuestionaban el gobierno monárquico y católico, cartas de amor a sus numerosas amantes, novelas y pornografía: fue arrestado a causa de *Las joyas indiscretas*, una fantasía erótica relatada por vaginas de odaliscas que hablan de un sultán voyerista y escrita para demostrar que las mujeres disfrutaban tanto del sexo como los hombres. Voltaire consiguió su liberación, tras la cual lanzó una obra que definiría el nuevo pensamiento: la *Enciclopedia*, que incluía artículos sobre todos los temas planteados por la Ilustración.

Sin embargo, aquello no supuso el fin del viejo pensamiento: todavía había muchos fanáticos religiosos, algunos *philosophes* se oponían a la esclavitud y otros no, y pocos eran tan siquiera demócratas. «La democracia», escribió Kant, «es despotismo, porque establece un poder ejecutivo en el que "todos" deciden a favor o en contra de "uno" que no lo hace.» La mayoría de ellos creían en monarquías mixtas con una reforma desde arriba, pero Voltaire escribió una biografía de Pedro el Grande y apostó por los «reyes filósofos».

La tan cacareada Ilustración en realidad era un movimiento intelectual de una élite europea frenéticamente interconectada, rayana en una crisis nerviosa y de identidad y todavía presa del esnobismo, la intolerancia, las teorías de la conspiración y la charlatanería mágica. Era una época de disfraces, reinvención, sociabilidad, viajes, individualidad y libertad sexual, todo ello personificado por un escritor llamado Giacomo Casanova. Tras una famosa fuga de una prisión veneciana, Casanova viajó por toda Europa, normalmente acosado por las deudas, la persecución religiosa y las enfermedades venéreas. En esos viajes estudió ciencia y alquimia, buscó mecenazgos aristocráticos, propuso planes financieros, adoptó nombres y títulos falsos, perdió dinero en partidas de *faro* y conoció a emperadores y *philosophes*. Entre tanto, mantenía encuentros sexuales con mujeres de alta y baja cuna, jóvenes y ancianas, algunos románticos, otros arriesgados (un trío con monjas) y otros que caían en la depredación, la violación e incluso la pedofilia.

Cuando se retiró para ser bibliotecario de un conde de Bohemia, lo contó todo en unas memorias que eran la expresión de la nueva sensibilidad del yo en medio de una nueva conciencia de comunidad. «Me precio de ser un ciudadano de esa gran ciudad que es el mundo», escribió Diderot. Ese espíritu se plasmó en la escritura de cartas: gente culta desde Massachusetts hasta Moscú se quedaba despierta hasta tarde escribiendo misivas a la luz de una vela que esperaban que sus amigos copiaran y compartieran con expertos de todo el mundo.

En 1736, uno de los mejores escritores de cartas, el príncipe Federico, redactó una para Voltaire, otro escritor virtuoso que reconoció su carácter inusual pero perdió la cabeza en cuanto fue elogiado por un líder, como les ocurría a todos los literatos. En secreto, Federico estaba rebelándose contra su padre, dejándose el pelo largo y vistiendo trajes escarlata con brocados. Despreciaba el cristianismo, el filisteísmo alemán y la virilidad marcial. Adoraba todo lo francés y enviaba a Voltaire su poesía y sus escritos filosóficos. Pero al mismo tiempo reflexionaba sobre la sucesión de los Habsburgo: barajó la posibilidad de casarse con María Teresa, hasta que su padre lo obligó a contraer matrimonio con una princesa alemana que, según su hermana, olía tan mal que debía de «tener una docena de fístulas anales». «Gracias a Dios que se ha acabado», le dijo Federico a su hermana después de la noche de bodas, e ignoró despiadadamente a su esposa durante el resto de su matrimonio. En esa época, su padre le dejaba acompañar al príncipe Eugenio en sus campañas, lo cual permitió a Federico estudiar al brillante anciano, irritable, culto y homosexual: «Si entiendo algo sobre mi profesión, se lo debo al príncipe Eugenio». Aunque se sentía atraído por la Ilustración y escribió un ataque contra Maquiavelo, Federico planeaba una maniobra maquiavélica que sacudiría Europa.

Mientras Federico soñaba con una conquista osada, otro príncipe advenedizo y gobernante excepcional, el iraní Nader Shah, estaba planeando una invasión propia. El objetivo era la India. En 1738, Nader tomó Kandahar y Kabul, y más tarde Lahore. Entonces, el mayor conquistador del siglo y el último de los

saqueadores tribales emuló a sus héroes, Gengis y Tamerlán, y avanzó sobre Delhi.

El 24 de febrero de 1739, el emperador mogol Muhammad Shah, bisnieto de Alamgir, que escribía poesía bajo el seudónimo de Sada Rangila (Mujeriego eterno), tomó posiciones en Karnal. Rangila era un conocedor de la música de Sadarang, la pintura de Nidha Mal y el canto de los *tawaifs*, o cortesanos, dirigidos por Nur Bai, una poeta y cantante a la que le faltaban dientes y poseía «voz de bulbul y belleza de hurí» y a la cual pagaban generosamente por el estilo de gazal que interpretaba. Como amante habitual de Rangila, Nur Bai disfrutaba atormentando a su esposa oficial, Qudsia Begum, que también había sido cantante, pero le interesaba más un diamante colosal que Rangila guardaba en su turbante. Mientras los elefantes de los potentados hacían cola delante de su mansión, Nur Bai se paseaba por Delhi con un elefante propio adornado con joyas. Después de los atroces asesinatos de sus predecesores, no era de extrañar que Rangila se consagrara al amor y la música. Los artistas de la corte del mujeriego lo retrataban penetrando a bailarinas con un falo invencible, pero de nada servía contra Nader.

Después de la muerte de Alamgir, los mogoles habían perdido el control de sus magnates y *subahdars* (gobernadores). El joven Rangila había recurrido a uno de los protegidos de Alamgir, Chin Qilich Khan (Lord Chico Espadachín), hijo de un paladín turco de Bujará y en aquel momento virrey de Decán con el título de Nizam al-Mulk (Regulador del reino). Sin embargo, Nizam estaba furioso por los «bufones y las rameras» del emperador mujeriego, que lo llamaban «el mono bailarín de Decán». El Nizam se retiró para crear su propio reino y fundó una dinastía que gobernaría Haiderabad hasta 1947. Pero no era el único. Por toda la India, los *subahdars* se adueñaban de beneficios y territorios y se convirtieron en príncipes, o nawabs. La familia Tamerlán había llegado como conquistadora turca y se indianizó a través de sus matrimonios con princesas hindúes, pero la dinastía y una reducida camarilla de cortesanos habían conseguido que el imperio sufragara sus guerras y lujos. 650 gerifaltes, según un cálculo, de un total de

150 millones de indios eran propietarios de una cuarta parte del PIB. El intento fallido de Shahjahan por conquistar Samarcanda y sus vanidosos proyectos —el Taj Mahal—, seguidos de las interminables guerras de Alamgir, contribuyeron a la caída de los mogoles. «No logré proteger al pueblo», reconoció Alamgir en su lecho de muerte. Ahora, aquel sistema depredador que solo buscaba rentas y dependía de emperadores fuertes y una competencia débil se había desmoronado, «socavado desde dentro y desde abajo», escribe Richard M. Eaton, «igual que las termitas vacían silenciosamente la base de una estructura de madera». En el este, Bengala fue privatizada por su *subahdar*; en el oeste, un cacique sij llamado Banda Bahadur conquistó Punyab.

En el centro, Shahu, el nieto de Shivaji, había nombrado *peshwa* (ministro) a un capacitado general maratha llamado Baji Rao. Baji se había expandido agresivamente en territorio mogol, había troceado un imperio maratha y había preparado a su hijo Balaji Rao como sucesor: este maestro de la caballería había derrotado al Nizam de Haiderabad y otros príncipes, y finalmente centró su atención en la deteriorada Casa de Tamerlán: «Asestemos hachazos al tronco del árbol marchito y las ramas caerán solas». En 1737, Baji galopó rumbo al norte hacia Dehli, derrotó a los mogoles y las ramas empezaron a desprenderse. Pero estaba agotado y murió antes de su cuarenta cumpleaños. La casa de Tamerlán no gobernaba más allá de Delhi, pero fue necesario un depredador extranjero para acabar con los mogoles.

El orgasmo, el conquistador, el diamante y la cortesana: Nader, Rangila y Federico

«No he venido a traer la paz al país, sino a dejarlo todo patas arriba», declaró Nader, una fuerza vital atlética, curtida y masculina de un metro ochenta. «No soy humano. Soy la ira de Dios.» Su ascenso solo fue posible gracias a la degeneración de los shas safávidas, cuya muerte prematura por alcoholismo, sífilis y opio había debilitado tanto a Persia que un señor de la guerra

afgano logró conquistar el imperio con un pequeño ejército. Fue una catástrofe que confirió poder a Nader.

En 1709, las tribus pastunes ghilji, suníes que odiaban a los safávidas suníes y estaban liderados por el respetado cacique Mirwais Hotak, se rebelaron contra sus gobernantes persas. Los safávidas, que también dominaban el Cáucaso, situado al oeste, ascendieron a reyes Bagrationi —descendientes de la reina Tamara — a cargos relevantes y reclutaron ejércitos de soldados-esclavos georgianos: el sha Husáin derrotó al monarca georgiano rebelde Jorge XI, un duro paladín, y más tarde le devolvió el trono y lo nombró comandante en jefe y gobernador de Kandahar. Jorge, que se convirtió al islam con el nombre de Gurgin Kan, partió hacia el este con su ejército georgiano y volvió a conquistar Afganistán. Más tarde, permitió que Hotak masacrara a sus rivales pastunes, los abdali. Pronto, esas rivalidades saltarían las fronteras de Afganistán y darían lugar a dos imperios afganos.

El rey Jorge envió a Mirwais Hotak a Isfahán, donde advirtió al sha sobre el poderoso reyezuelo que gobernaba Afganistán y Georgia. Mirwais Baba —Abuelo Mirwais— fue enviado a vigilar a Jorge, que exigió a la hija del afgano como concubina. Hotak envió a otra chica disfrazada de su hija y luego orquestó la matanza de Jorge y sus georgianos en un banquete. Reunió a los caciques afganos y preguntó: «¿Hay alguien entre vosotros que no tenga valor para disfrutar del preciado regalo de la libertad concedida por los cielos?». En su lecho de muerte, Mirwais Baba ordenó a Mahmud, su hijo de dieciocho años, que conquistara Isfahán.

En mayo de 1722, Mahmud Hotak y quince mil afganos armados con *zamburaks* (avispas), una innovación pastún que consistía en un cañón ligero montado sobre camellos, invadieron Irán. En Gulnabad, cincuenta mil soldados persas les impedían el paso. «Si ganáis, el tesoro de Isfahán será vuestro premio», les dijo Hotak a sus pastunes. «Si fracasáis, no habrá derrota y os enfrentaréis a la muerte, resentidos por la vergüenza.» Gracias a sus cien *zamburaks*, vencieron a los iraníes e iniciaron el sitio de Isfahán, donde ochenta mil personas murieron de hambre. Una vez conquistada la ciudad, Mahmud se declaró sha, pero tuvo

dificultades para controlar Persia. Encolerizado por la paranoia y una disentería explosiva, primero mató a la mayoría de los safávidas y después a su propia familia. «Tenía tan alteradas las tripas que defecaba excrementos por la boca», hasta que fue estrangulado por su sobrino Ashraf. Persia se desintegró.

Solo sobrevivió un príncipe safávida, Tahmasp, pero sus opciones eran escasas hasta que fue rescatado por Nader, un caudillo poco conocido. Nacido en 1698, Nader, hijo de un pastor de cabras afshar turcomano, empezó como bandolero con un carisma salvaje, pero pronto estaba dirigiendo su propio ejército. Conocía el nombre de todos los oficiales y muchos soldados, que lo llamaban Baba Bazorg, o Gran Papá. Ofreció sus dos mil hombres al asediado sha, pero tenía un rival, el kan de los Kayar, un clan turcomano que gobernaría Irán. Después, Nader volvió a conquistar la destruida Isfahán. Mientras Ashraf Hotak regresaba a Afganistán, Gran Papá restituyó a Tahmasp, un borracho impertinente. Luego, desplegando a un ejército semitribal y semirregular de arqueros a caballo, *zamburaks* y *jacayerchis* (mosqueteros), iraníes, kurdos, turcomanos, afganos y uzbekos, Nader recuperó algunas regiones de Irak y el Cáucaso. Tahmasp le concedió el título de Tahmasp-Qoli —esclavo de Tahmasp— y más tarde el de regente. Pero Nader quería más.

En 1731, Tahmasp perdió las conquistas de Nader en el Cáucaso. En Isfahán, Nader bebió con el sha hasta caerse y después invitó a los magnates a que observaran a aquel hombre aturdido al que sustituyó por un bebé, Abbás III. Era impensable que un turcomano harapiento reemplazara a los safávidas sagrados, pero por un proceso de inevitabilidad crucial, Nader era considerado cada vez más como candidato al trono. En cuatro años derrotó a extranjeros en el este y el oeste, conquistó el Golfo, Mascate y Bahréin y reunió a veinte mil notables que propusieron que asumiera la corona, cosa que aceptó con dignidad. Cuando el mulá declaró en privado su lealtad a los safávidas, Nader ordenó que lo estrangularan, exigió fidelidad total a su persona y, en un gesto radical, abandonó el chiismo.

Orgulloso de sus orígenes, él y su primogénito Reza Qoli se

casaron con hermanas del sha y sus afganos se fusionaron con los safávidas. El pasatiempos de Gran Papá eran las fiestas con alcohol y concubinas, lo cual podía ser peligroso para cualquier compañero indiscreto: uno que hizo una broma con el nombre de Nader fue estrangulado allí mismo. Pero su auténtico placer era la guerra.

En 1729, Nader aplastó a los abdali de Herat y reclutó a doce mil de ellos como fuerzas especiales. Igual que los persas habían utilizado a los georgianos para derrotar a los afganos, Nader utilizó a los afganos para derrotar a Georgia. Nueve años después entró en Afganistán, más al este, y expulsó a los hotaki de Kandahar, que entregó a los abdali. Eligió como guardaespaldas a Ahmad, el hijo de dieciséis años de su cacique, más tarde conocido como Durrani (Perla), un joven atractivo, duro y afable.

Cuando sus enemigos afganos huyeron para unirse a Rangila, el emperador mogol, Nader exigió su regreso. Rangila se negó, así que Nadir ya tenía su pretexto para atacar la India, y después conquistó Lahore. En enero de 1739 entró en Delhi, listo para poner a Tamerlán en contra de sus descendientes. Rangila mandó llamar al Nizam, su veterano asesor, mientras Nader y cien mil soldados —incluida la unidad georgiana capitaneada por el rey adolescente Hércules II y sus afganos liderados por Durrani— avanzaron hacia sus trescientos mil hombres y dos mil elefantes. Los *zamburaks* y *jacayerchis* de Nader acabaron con los mogoles. El Nizam no entró en combate y optó por tomar café sentado en una houdah a lomos de su elefante para luego organizar la rendición del emperador.

Cuando Nader entró en Delhi —Shahjahanabad—, con sus cuatrocientos mil habitantes, custodiado por veinte mil jinetes, fue recibido por Rangila, que estaba sentado en el Trono del Pavo Real en la colosal Sala de Audiencias encargada por Shahjahan con su inscripción: «Si existe un paraíso, ¡es este, es este!». Nader prohibió los saqueos, pero mientras los iraníes celebraban el Nouruz, corrió el rumor de que Nader había sido asesinado y la multitud empezó a atacar a sus tropas. Galopando hacia la mezquita Roshan ud-Daula, se subió al tejado. A las nueve de la mañana se oyó un disparo y Nader desenfundó la espada para iniciar una carnicería.

A las tres de la tarde había unos 25.000 muertos. Rangila envió al viejo Nizam a ver a Nader y citó a Hafiz:

Oh, rey, habéis matado a tantos...
Si deseáis matar a más, devolvedles la vida.

«Te perdono por tu barba gris», repuso Nader, que detuvo la matanza. Dejando los cuerpos en las calles, empezó a recoger el botín, que consistía en humanos y joyas. Una bisnieta de Alamgir se casó con su hijo Nasrullah, y de este modo unieron a los Afshari con los Tamerlán. Cuando los cortesanos trazaron las siete generaciones de la genealogía del novio, Nader se limitó a responder: «Decidles que es hijo de Nader Shah, hijo de la espada, nieto de la espada y así sucesivamente durante setenta generaciones».

El Nizam se fijó en el guardaespaldas de Nader, el afgano Durrani. «Será rey», zanjó. Nader hizo llamar a Durrani, desenfundó su daga y le recortó las orejas. «Cuando seas rey», dijo, «esto te recordará a mí.» Más tarde le pidió a Durrani que diera un paso al frente.

—Acércate. Recuerda que algún día serás rey.

—Ejecutadme si así lo deseáis, Majestad. No hay verdad en esas palabras.

—Trata bien a los descendientes de Nader —dijo este.

Disfrutando de la calma salpicada de sangre, Nader invitó a la cortesana Nur Bai a interpretar un ghazal. «Lo que has dejado de mi corazón», cantó, y le habló de un megadiamante oculto en el turbante de Mujeriego. Nader decidió seducir a la famosa *tawaif* y llevarla a casa, pero ella fingió estar enferma y desapareció. «Si durmiera con Nader», dijo, «me sentiría como si mi cuerpo fuera culpable de una masacre.»

Nader volvió a coronar al emperador Rangila con el *jiqe*, el penacho imperial prendido al turbante real, restableció el poder a la «ilustre familia de Gurkan» (uno de los títulos de Tamerlán) y añadió: «No olvides que no estoy lejos». Nader cargó en treinta mil camellos y veinte mil mulas su botín, que incluía el Trono del Pavo

Real, convertido en símbolo de la realeza iraní, y Rangila entregó el diamante de 105,6 quilates, que el sha comparó con una «montaña de luz» (Koh-i-Noor). El viaje de aquella fruslería seguiría la trayectoria del poder asiático en el sur, pasando por las tesorerías de monarcas iraníes, afganos y sijs para acabar en la corona británica. Nader había destruido el frágil prestigio de los mogoles: su delicado y delicioso símbolo, Nur Bai, sospechosa de colaboración, murió en la pobreza. Voraces gobernadores mogoles y rajputs se enfrentaron por los premios, y se unieron a ellos extranjeros igual de ambiciosos. Nader planeaba enviar de vuelta a su hijo Nasrullah, casado con una mujer de la familia Tamerlán, para que gobernara la India.

Observando las depredaciones de Nader desde San Petersburgo, la nueva emperatriz de Rusia, Isabel (la hija de Pedro), lo comparó horrorizada con Federico el Grande, su versión europea.

En mayo de 1740, un ataque de porfiria acabó con el ogro Federico Guillermo y liberó a Federico, su hijo de veintiocho años, brillante, intrépido y neurótico. Salió del armario de forma gloriosa al crear una corte homoerótica que habría vuelto loco a su padre. Su amor más grande fue Francesco Algarotti, un esteta veneciano bisexual, y el nuevo rey celebró su flechazo con el poema «El orgasmo», enviado a Voltaire y dedicado a «Algarotti, cisne de Padua». En él sale a la luz un Federico muy diferente.[26]

Ahora podía poner en práctica las ideas de Voltaire y se hacía llamar «el primer sirviente del Estado»: «Mi principal ocupación es combatir la ignorancia y los prejuicios, instruir mentes y hacer feliz a la gente». Voltaire le consideraba un «rey filósofo». Federico lo invitó a visitar Berlín.

Pero Federico también era hijo de su padre, un dictador que lo controlaba todo y cuya mezquindad, no solo con sus rivales, sino también con sus sobrinos y con la gente de a pie, era feroz. Acosaba a sus hermanos, se burlaba de todo el mundo y odiaba a casi todas las mujeres. En una ocasión, les gritó a unas damas de honor: «Se puede oler a esas vacas horribles a diez millas de distancia». La única mujer a la que amaba era su hermana

Guillermina. Aunque hacía ostentación de sus virtudes filosóficas, era cínico: «Si se puede ganar algo con la honestidad, seré honesto; si es necesario mentir, seamos villanos». Destituyó a los Gigantes de su padre, pero, alentado por sus ochenta mil soldados y unas arcas llenas, vio una oportunidad: Francia, liderada por el autoindulgente Luis XV y su astuta amante madame de Pompadour («Una zorra miserable», según Federico), tenía dificultades para defender su supremacía; Rusia a menudo se veía paralizada por sangrientas intrigas de los Románov; y Gran Bretaña intentaba evitar los embrollos europeos. En octubre, Carlos VI de Habsburgo falleció tras consumir lo que Voltaire describió como «una cacerola de setas que cambió el curso de la historia». A sus veintitrés años, María Teresa se había convertido en archiduquesa de Austria y reina de Hungría y Bohemia, pero no podía ser nombrada emperatriz. Federico estaba dispuesto a aprovechar la propicia coyuntura y escribió: «Soy el hijo más afortunado de la naturaleza».

Dejad de hacer desgraciada a la reina. María Teresa: madre, emperatriz y señora de la guerra

El 16 de diciembre de 1740, Federico invadió la próspera provincia Habsburgo de Silesia. Seguía escribiéndole a Algarotti, pero ahora se empeñaba en avanzar sobre Prusia a cualquier precio, incluyendo su muerte en combate. Atribulada en Viena, María Teresa reflexionaba: «Me encontraba sin dinero, sin crédito, sin ejército, sin experiencia y sin conocimientos». Sus generales eran adláteres. «En cuanto al estado en el que me encontré el ejército, no sabría por dónde empezar a describirlo», decía. «La historia difícilmente conocerá una cabeza coronada que empezara en circunstancias más penosas.»

María Teresa se enfrentaba a la demolición de la dinastía, pero estuvo a la altura del desafío con su rápida perspicacia, sus frecuentes exabruptos, su romántica teatralidad y su toque ligero. También estaba embarazada, y en marzo de 1741 dio a luz a su

hijo José, por fin un Habsburgo varón. Pero sus ministros eran viejos cobardes: «Al principio, cada uno de ellos quiso esperar y ver cómo se desarrollaban las cosas». Enfrentándose a la resignación de una de esas reliquias, repuso: «Sería mucho mejor que te quedaras e intentaras hacer todo lo que pudieras». Y añadió: «Me aseguraré de que no hagas nada malo». A otro le espetó: «Querido, qué murmullos y caras desagradables ... ¡Dejad de hacer desgraciada a la reina y ayudadla!». Lidiando con un bebé, una guerra y una monarquía fallida, tenía que animar a su dependiente marido Francisco: «Cariño ... estaba inquieta como un perrito por ti. Quiéreme y perdona por no escribirte más ... *Adieu*, ratoncito ... Soy tu esposa feliz». Sin embargo, le encantaba estar embarazada. «Ojalá estuviera en el sexto mes de un nuevo embarazo», dijo justo después de dar a luz a José.

Federico irrumpió en Silesia y desencadenó veinte años de guerra. En su primera batalla en Mollwitz huyó para descubrir más tarde que había vencido. Pero, como el general más importante entre Eugenio y Napoleón, aprendió pronto el arte del mando y venció a los aburridos generales de María Teresa. La guerra no tardó en expandirse cuando Luis XV, que quería destruir a sus rivales Habsburgo, se unió a la batalla contra dicha monarquía. El elector de Baviera, jefe de la casa de Wittelsbach y rival de los Habsburgo, fue elegido emperador y conquistó Praga. Hungría se planteaba la independencia.

María Teresa mantuvo la calma. Viajó rápidamente a Budapest vestida de luto y declaró: «La existencia misma de Hungría, de nuestra persona, de nuestros hijos y de nuestra corona está en juego. Traicionados por todos, depositamos nuestra sola esperanza en la lealtad, las armas y el valor ancestral de los húngaros». Le prometieron cuarenta mil soldados y más impuestos, unas promesas que recompensó mostrando a su bebé y presentándoles a su futuro rey José. En todo momento gobernó su enorme corte, con su mezcla de rígidas ceremonias españolas empelucadas e informalidad familiar, haciendo gala de su habitual alegría. Le encantaban los «carruseles» en los que ella y sus damas, vestidas elegantemente, recorrían Viena disparando pistolas al aire

antes de bailar toda la tarde y luego celebrar un baile de máscaras disfrazada de campesina.

Ocho años después se dio cuenta de que Federico no podría ser destruido mediante la guerra. Aunque nunca renunció a la reconquista de Silesia, negoció la paz y consiguió que su marido fuera nombrado emperador. Más tarde se centró en reformar la monarquía.

Su matrimonio con Ratoncito era feliz, salvo por los celos de María Teresa hacia sus actrices. Sus discusiones por las amantes y las otras exigencias de Francisco acababan con su «habitual refugio de caricias y lágrimas … Me cambiaba el humor». Después, Francisco se iba. «Si se va de verdad», escribió María Teresa, «le seguiré o me encerraré en un convento.» Normalmente estuvo embarazada durante las guerras de Silesia y crio a sus dieciséis hijos entre Hofburg y Schönbrunn, el nuevo palacio de verano. «Tuve que escribir esto en cuatro entregas», le dijo a un ministro, «seis niños en la habitación conmigo y también el emperador. Y se nota.» Controlaba todo lo que hacían los niños y escribía órdenes extensas a sus tutores: «Insisto en que coman todo sin protestar y sin elegir». Trataba a sus hijas como activos dinásticos, criadas solo para el matrimonio. «No debe permitirse que hablen con porteros y fogoneros ni que den órdenes. Han nacido para obedecer.» Las virtudes de los niños eran analizadas con escarnio: «Juana es testaruda, aunque bastante lista. José es buen niño, pero no tan capaz». Su favorita era la hermosa e inteligente Mimi —María Cristina—, que recordaba que «en el amor siempre había una dosis de desconfianza y frialdad palpable». El poder es una madre cruel.

Su penúltima hija, nacida cuando tenía treinta y nueve años, era María Antonia —más tarde María Antonieta—, impulsiva y frívola. Su heredero, José, era tremendamente inteligente, pero carecía de empatía y tacto: «Desde la cuna, mi hijo se crio con la mayor ternura y amor, pero debo reconocer que sus deseos y peticiones han sido deferidos en muchos sentidos, elogiándolo y permitiéndole desarrollar una concepción prematura de su elevada posición». Admiraba a los *philosophes*, pero su ídolo era Federico, la némesis de su madre. A la emperatriz le preocupaba el futuro.

Las infidelidades de Ratoncito acentuaron la puritana religiosidad de María Teresa: hizo tapar cuadros de desnudos y su Comisión de Castidad espiaba posibles aventuras amorosas, despidió a actrices pícaras y metió a prostitutas en barcazas para enviarlas Danubio abajo, lo cual le supuso burlas de la Europa ilustrada. Aunque desconfiaba de los *philosophes*, sus reformas funcionaron. «Ya no son los mismos austríacos», señalaba Federico, que se quejaba de aquel «enemigo vengativo y ambicioso, que era aún más peligroso por tratarse de una mujer». Ella había sobrevivido, pero Federico conservó Silesia. Voltaire lo llamaba el Grande, pero recelaba de los señores de la guerra. «Está prohibido matar», escribió. «Por tanto, todos los asesinos son castigados a menos que maten en grandes cifras y al son de las trompetas.» Su encuentro fue decepcionante. Los dos hombres más importantes de Europa esperaban llevar la voz cantante y acabaron discutiendo amargamente. Estaban mejor separados y la guerra no había acabado. Nader, el Federico de Asia, tampoco podía dormirse en los laureles. Regresó de Delhi como el sha más próspero en un milenio. Pero el éxito nunca es definitivo. La genialidad nunca está lejos de la locura.

¿Qué es un padre? ¿Qué es un hijo? La locura de Gran Papá

A su regreso, ahora haciéndose llamar Shahanshah —rey de reyes y señor de la conjunción—, Nader descubrió que su querido primogénito Reza Qoli, un exitoso general al que había nombrado virrey, había conspirado para ocupar el trono si le ocurría algo a su padre y asesinado al antiguo sha Tahmasp y a sus jóvenes hijos. La mujer de Reza, hija de Tahmasp, se había suicidado mientras el príncipe protestaba: «Mi padre quiere conquistar hasta los confines de la tierra y nos oprime a todos». El comportamiento de Reza era relatado por Taqi Kan, el favorito de Nader, que entretenía al sha cuando bebía. Nader lo quería tanto que incluso prometió que no lo ejecutaría nunca hiciera lo que hiciera. Pero su relación era susceptible. Nader desconfiaba de Taqi, que a su vez se sentía

infravalorado por Nader.

Reza llegó para recibir a su triunfal padre y su séquito de doce mil mosqueteros. Nader era presa de la paranoia y favoreció a un hijo más joven y a su sobrino Ali Qoli. Degradó a Reza y entregó a Ali Qoli la princesa mogol más hermosa. En 1741, Nader salió a cabalgar y un asesino le disparó. Cuando Reza fue a consolarlo, el sha lo acusó de complicidad. Entonces encontró al asesino, que lo confesó todo bajo tortura. Nader amenazó con arrancarle los ojos a Reza.

—Arráncamelos y méteselos a tu mujer por el coño —gritó Reza.

—¿Qué es un padre? —sollozó Nader cuando le trajeron los ojos del chico—. ¿Qué es un hijo?

Nader abrazó a Reza y se puso a gritar.

—Tú deberías saberlo —dijo Reza finalmente—. Al arrancarme los ojos, te has cegado a ti mismo y has destruido tu vida.

Nader inició una campaña contra los otomanos, pero se retiró de Mosul, enfermo, aparentando mucha más edad de la que tenía y enfrentándose a multitud de rebeliones.

En Shiraz, su amigo íntimo Taqi se rebeló. Un enloquecido Nader aplastó Shiraz y construyó torres con cabezas. Después de haber jurado que nunca ejecutaría a su amigo, ideó un tormento ingenioso en el que no moriría. Taqi fue castrado, le arrancaron un ojo, le dejaron el otro intacto para que pudiera ver la ejecución de sus hijos y hermanos, y sus queridas esposas fueron violadas en grupo por los soldados. Cuando el tuerto y castrado Taqi fue llevado ante Nader, hizo una broma que le salvó la vida y fue enviado a gobernar Kabul. Pero el tirano estaba enemistándose con muchos de sus siervos. Cuando ordenó la detención de su sobrino Ali Qoli, el príncipe empezó a conspirar.

En 1747, Nader hizo llamar a sus hijos y a su nieto favorito, Shahrokh (hijo del ciego Reza y su mujer safávida), los miró largo rato con extrañeza y les suplicó que ocuparan el trono. Todos se temían que fuera un ardid. En junio, luchando contra rebeldes kurdos, Gran Papá acampó en Fathabad, donde, solo y paranoico,

desconfiaba de que sus guardaespaldas afsáridas estuvieran conspirando con Ali Qoli. En vista de ello, ordenó a Durrani y sus afganos que ejecutaran a sus pretorianos iraníes, pero los guardias se enteraron del plan. Nader estaba durmiendo con Chuki, su concubina favorita, cuando los asesinos entraron en la tienda. Chuki lo despertó y Nader se puso de pie, pero tropezó justo cuando uno de los guardias atacaba con su espada y le cortó el brazo. Mientras pedía clemencia, lo decapitaron.

Durrani y los afganos intentaron rescatarlo y rompieron a llorar cuando encontraron su cadáver descabezado. Después saquearon la tienda, cogieron el diamante Koh-i-Noor que Nader llevaba en el brazo y le quitaron el anillo grabado. Luego volvieron galopando a Kandahar.

Durrani y Said, Hemings y Toussaint

Conquistadores afganos y reyes árabes: Durrani, saudíes y omaníes

La cabeza de Nader fue enviada a Ali Qoli, que se declaró sha Adil y salió en busca de los hijos y nietos de su tío, y no solo los mató a ellos, incluyendo a niños de dos años, sino que también destripó a las concubinas embarazadas de Nader. Cuando la tribu kayar aspiró al poder, Adil mató a su cacique pero castró a Agha Mohamed Khan, su hijo de cuatro años, que décadas después se vengaría de todos, recuperaría Irán y se convertiría en algo tan infrecuente como un eunuco que fundaba una dinastía. El atroz Adil fue asesinado y Shahrukh, el nieto superviviente de Nader, fue cegado, lo cual provocó décadas de caos. Sin embargo, de las llamas afloró su guardaespaldas Durrani, mientras sus aliados árabes hacían temblar el poder iraní.

El afgano hizo un alto de camino a casa y organizó una *jirga* (asamblea) que lo eligió sha, Durr-i-Durran, Perla de Perlas: declaró la independencia de Persia, avanzó hacia Kandahar y aplastó a los conspiradores bajo las patas de sus elefantes. Después se dispuso a crear el *vilayet* —en este caso significa Estado— que más tarde se convertiría en Afganistán. Aprovechando el caos que reinaba en Persia y la India, imitó a Nader en sus conquistas, pero aprendió de la locura de los hotaki: construiría un imperio en torno a Afganistán. Viajando hacia el este, se anexionó territorios hasta el Indo a su paso por Sindh (Pakistán) y más tarde fue hacia el oeste para conquistar Mashhad y Nishapur (Irán), donde, cumpliendo la promesa que le había hecho a Nader, eligió a Shahrukh, su nieto ciego, como marioneta.

Durrani no fue el único actor que se benefició de la caída de

Nader:[1]en Arabia nacieron dos dinastías que siguen gobernando en la actualidad. Cuando llegó a Arabia la noticia del asesinato de Nader, la guarnición iraní de Omán fue invitada a un banquete por su aliado local, Ahmed bin Said. En su fortaleza de Barka los mató a todos y fundó un nuevo imperio que finalmente se extendería desde las costas de Pakistán hasta las de África. En 1749 fue elegido imán,[2]un ascenso que los saudíes, sus rivales árabes, que estaban creando su primer reino, veían con hostilidad. Desde Saladino, una única familia —fundada por Qatadah, un sharif descendiente de Mahoma— había dominado La Meca, Yeda y el Hiyaz y controlaba los beneficios del peregrinaje: su posición fue confirmada por Selim el Severo en 1517. Pero los otomanos nunca gobernaron Nadj, el interior de Arabia. Diriyah, un pequeño pueblo-oasis de unos pocos cientos de habitantes, era el feudo de al-Saud, ahora liderado por Muhámmad ibn Saúd, terrateniente y comerciante. En 1744, un antiguo productor de dátiles llamado Muhámmad ibn Abd al-Wahhab, descendiente de un linaje de líderes religiosos, llegó a Diriyah. Wahhab había empezado a predicar tras su retorno del hach, disgustado por la contaminación impura de La Meca y Medina, manchadas por los cultos a tumbas de santos y hombres sagrados. Cualquier mediación entre Dios y el hombre era una herejía. Cuando visitó Basra, vio a cristianos y judíos viviendo juntos bajo el liderazgo del heterodoxo Nader.

Este agitador predicaba la guerra santa para purificar el islam, asentar el *tawhid* —la doctrina de un solo Dios— y crear un emirato basado en el retorno al origen —*salaf*— del islam. Wahhab carecía de ambiciones personales y era experto en formar alianzas políticas a la vez que asombraba a sus seguidores. «¿Qué hay más allá de la verdad sino errores?», preguntó al desheredar a su padre, su hermano y algunos de sus hijos. En su visión maniquea del mundo no había concesiones. «Desenvaina la espada» contra idólatras, charlatanes y chiitas. Mezclarse con infieles era maligno. Conmocionó a Uyayna, su lugar de nacimiento, lapidando a una adúltera. Luego fue expulsado y huyó a Diriyah, donde forjó la alianza que cambió la historia universal.

—Este oasis es tuyo —dijo ibn Saúd—. No temas a tus

enemigos. ¡Nunca te expulsaremos!

—Tú eres el cacique del pueblo —repuso Wahhab—. Prométeme que librarás la yihad contra los infieles. Yo seré el líder en asuntos religiosos.

El imán y el jeque iniciaron de inmediato su yihad, reclutando a todos los hombres de entre dieciocho y sesenta años, a los que más tarde se les unieron camelleros beduinos. Conquistaron uno a uno los pueblos de Nadj y asesinaron a sus oponentes. Tras la muerte de Saúd en 1764, su hijo Abdulaziz, asesorado por Wahhab, conquistó Riad. La alianza entre saudíes y wahabíes tenía ambiciones ilimitadas, ya que no solo pretendía conquistar La Meca y Medina, sino también Irak, e incluso derrotar a los otomanos. Pero primero amenazaron a los hachemíes de Hiyaz y a los odiados ibadíes de Omán.

Ahmed bin Said y sus sucesores inmediatos estaban expandiéndose, y convirtieron Mascate en el puerto intermedio entre la India y África. A medida que los franceses agrandaban sus plantaciones de azúcar y café en Mauricio (Isla de Francia), y mientras el conflicto militar se intensificaba en la India, los omaníes proporcionaban los esclavos, procedentes de su imperio de Zanzíbar, en África oriental, y más tarde conquistaron Kilwa. Los sultanes de Omán comerciaban con cincuenta mil esclavos cada año, pero esa cifra no era nada en comparación con lo que estaba sucediendo en el Atlántico.

Agaja, el virrey de Ouidah y el monstruo de Jamaica

En África occidental, Agaja, el *dada* (rey) del pequeño pero agresivo Dahomey, atacó Ardra y Ouidah, reinos fon que vendían esclavos a los franceses y los británicos. Agaja, hijo del fundador Houegbadja, se enfrentaba a desafíos constantes de su vecino dominante, el reino Oyo. Sus *alafins* (reyes) comandaban una caballería formidable y se enriquecieron con el comercio de esclavos con los europeos. Dada Agaja aceptó el estatus tributario de Oyo, pero eso no le impidió tomar la decisión de hacerse con

parte del comercio de esclavos franco-británico, que estaba alcanzando una intensidad terrible Agaja vio que los puertos de Ouidah y Allada (Ardra) generaban grandes beneficios. «El rey [Haffon de Ouidah] es un auténtico cerdo», comentaba un cirujano naval inglés. «Si no puede conseguir esclavos suficientes, despliega un ejército y despuebla. Él y el rey de Allada cometen grandes depredaciones en el interior de la isla.» Gobernando desde Savi, su capital, rodeada por las fábricas de los europeos, Haffon se sentó en un trono que le había proporcionado la Compagnie Française des Indes Occidentales con una corona regalada por la RAC británica, y desde él obtenía y controlaba su mercancía humana. En 1724, Agaja de Dahomey conquistó Allada y en 1727 Ouidah, mató a Haffon y destruyó su poder oculto comiéndose a sus pitones sagradas. Cuando Agaja purgó a los disidentes, los vendió como esclavos a Brasil. Reuniendo a un ejército regular de diez mil soldados, amplió la guardia femenina ya existente reclutando a prisioneras, esclavas liberadas y fugitivas a las que entrenó para matar y apresar esclavos para vendérselos a los europeos. Esas fuerzas, acuarteladas en Abomey, la capital de Agaja, aterraban a sus vecinos con ataques a aldeas inocentes en las que viejos y jóvenes eran asesinados mientras hombres y mujeres fuertes eran secuestrados y trasladados a los mercados de esclavos. Hoy en día, sus descendientes siguen contando historias de esos abusos. Las guardias solo reflejaban el poder de las mujeres en la corte de Dahomey, donde todos los habitantes del palacio de la Casa Grande eran llamados *ahosi* —esposas monárquicas—, incluidos los ministros varones, mientras que las princesas, las cuales tenían papeles especiales en la corte, formaban un Consejo de Esposas que podía desautorizar al *dada* (en Oyo, cuando un *alafin* era impopular, lo estrangulaban sus mujeres).

Agaja y su hijo Tegbesu, que lo sucedió en 1740, dirigían un monopolio del comercio de esclavos y ganaban unas 250.000 libras al año. Tegbesu mató o esclavizó a sus rivales, entre ellos su hermano Truku, que fue vendido a Brasil. Asimismo, negoció acuerdos con los europeos, a quienes recibía «en una hermosa silla de terciopelo carmesí ornamentada con un borde dorado, fumando

tabaco, con el pelo salpicado de oro, un penacho de plumas de avestruz y una lujosa túnica de damasco carmesí». Bajo el liderazgo de Dahomey, Ouidah se convirtió en el puerto de esclavos más transitado de África: a partir de 1700, zarpaban cada año entre 25 y 50 barcos hacia las Américas.

Cerca de allí, al oeste de Dahomey, más al interior de la Costa del Oro (Ghana), Osei Tutu, un líder akan, formó grupos de cazadores y agricultores que utilizaban armas de fuego holandesas para derrotar a Denkyira, un reino rival con abundante oro, y coronarse como *asantehene*, o rey. En 1680, Osei Tutu creó una capital en Kumasi, tierra adentro, y, aconsejado por su sacerdote Anokye, adoptó un asiento curvado de oro macizo, el Sika Dwa Kofi, entregado por el cielo, como marca de su reinado y el espíritu del pueblo asante. A la muerte del fundador en 1719, su sucesor, Opoku Ware, «gobernó violentamente como un tirano y se deleitaba en su autoridad», señalaba el pueblo gonja, que sufrió las agresiones de Asante. «Gente de todos los horizontes le temía mucho.»

Los *asantehenes* eran elegidos por una asamblea de 200 miembros dominada por cuatro familias y eran asesorados por un consejo de 18 funcionarios y la reina madre, u *ohemmaa*. Su palacio era «un edificio inmenso» y su habilidad para crear cabezas de oro y joyas era exquisita. Entre sus tradiciones médicas, habían practicado durante mucho tiempo una forma de inoculación contra la viruela. A finales de siglo, en su capital vivían 25.000 personas (en una época en la que Glasgow tenía 77.000 habitantes y Nueva York 40.000) y gobernaban a alrededor de un millón. Al principio, los asante importaban esclavos portugueses de Angola para que trabajaran en sus minas y granjas, sirvieran en la corte y, cuando morían *asantehenes*, ser sacrificados. Pero ahora atacaban el interior para proporcionar esclavos a los británicos y los holandeses e intercambiaban oro, tejidos y frutos secos por armas y metales.

Los esclavos eran encadenados en atroces hileras por los agentes afroeuropeos, muchos de ellos mujeres. En Cacheu, el puerto de esclavos portugués en África occidental, la comerciante

más poderosa era Bibiana Vaz, que lanzó un golpe contra otra esclavista, Crispina Peres, acusada de «fetichismo» (sin duda una versión sincretizada del catolicismo y la religión africana) y deportada a Lisboa para ser juzgada por la Inquisición.

Esos agentes entregaban a sus víctimas en los temibles castillos de esclavos en los que se estaba intensificando el comercio transatlántico de personas, dominado por los británicos, los franceses y los holandeses. Actualmente se calcula que se vendieron 6.494.619 esclavos en todo el Atlántico entre 1701 y 1800, más de la mitad de todo el comercio de esclavos del Atlántico entre 1492 y 1866. Los barcos británicos transportaron a más de tres millones de personas entre 1618 y 1807, mayoritariamente durante el siglo XVIII. Los franceses transportaron a más de dos millones entre 1625 y 1848. Era un sistema coactivo comprobado, pero había resistencia.

En 36.000 viajes estallaron 500 rebeliones. La historia del barco esclavista holandés *Neptunus* demuestra por qué raras veces prosperaban: el 17 de octubre de 1785, frente a la costa occidental de África, doscientos cautivos fueron trasladados en canoa al *Neptunus* por comerciantes de esclavos africanos. Los prisioneros se rebelaron y tomaron el barco, pero los cazadores de esclavos africanos —a quienes se pagaba para capturar a fugitivos— lo rodearon con la ayuda de negreros británicos. Al ver que iban a ser apresados de nuevo, los valerosos rebeldes prendieron la pólvora de la bodega y cometieron un suicidio masivo.

Las diabólicas crueldades de las plantaciones británicas eran tan habituales en la vida de los colonos que Thomas Thistlewood, un hacendado de Jamaica, documentó alegremente las atrocidades en su diario. Thistlewood, hijo menor de un granjero de Lincolnshire, llegó a Jamaica a los veinte años de edad y se convirtió en supervisor de una gran plantación llamada Egypt. La isla todavía estaba recuperándose de una prolongada revuelta de esclavos liderados por dos comunidades de cimarrones al mando de la reina Nanny y el coronel Cudjoe, ambos akanes de la Costa del Oro, que vencieron a los británicos y se ganaron la libertad a cambio de su ayuda en futuras revueltas de esclavos. Como muchos

propietarios de plantaciones, Thistlewood contrató a los cimarrones para dar caza a los fugitivos, y describió el «aspecto majestuoso» de Cudjoe, con «un sombrero emplumado, una espada en el costado y una escopeta al hombro … descalzo y con las piernas desnudas». Nueve años después de su llegada, Thistlewood presenció otra revuelta de esclavos liderada por Tacky y la reina Akua, que fueron perseguidos por soldados, milicianos de los colonos y cimarrones de Cudjoe.

Las revueltas conmocionaron a los británicos. Fueron las primeras rebeliones que, como gran parte de la campaña abolicionista, desacreditaron paulatinamente la esclavitud. Thistlewood compró una finca, Breadnut, y llevó la agradable vida de un caballero de la Ilustración, encargando libros científicos a Londres y viviendo con Phibbah, una esclava con la que tuvo hijos, a la vez que dominaba a sus esclavos con un sadismo demente, escarmentándolos con azotes, grilletes, encurtidos (los fugitivos eran golpeados y les restregaban pepinillos y pimientos salados por las heridas) y un castigo que inventó orgulloso para un esclavo llamado Derby que había comido caña de azúcar. Lo llamaba «la dosis de Derby», y en enero de 1756 escribió: «He ordenado que azotaran bien a Derby y le he dicho a Egypt [otro esclavo] que se cagara en su boca». Cuando escapó su esclavo Port Royal, Thistlewood «le propinó una azotaina moderada, lo untó bien con encurtidos, hizo que Hector se le cagara en la boca y lo amordazó mientras tenía la boca llena y lo dejó así cuatro o cinco horas». Thistlewood documentó 3.852 de sus violaciones (incluidas algunas grupales) a 138 mujeres, muchas de ellas menores de edad, y propagó descuidadamente enfermedades venéreas.

La mayoría de las celebridades de la Ilustración —desde Diderot, en París, hasta Samuel Johnson, en Londres— se sentían horrorizadas por la esclavitud. Voltaire tenía un historial ambivalente. Deploraba la institución y consideraba a los africanos sus primos —«Nadie podría tratar más horriblemente a su pariente»—, y en su novela *Cándido* preguntaba: «¿A qué precio comemos azúcar?». Sin embargo, consideraba que los africanos tenían un origen distinto del de los europeos.[3]Diderot y Guillaume

Thomas Raynal denunciaron la esclavitud en *Histoire philosophique des deux Indes* y aprobaban la rebelión de los esclavos. Sin embargo, el *philosophe* alemán Kant se oponía a la «fusión de las razas», y en su ensayo *Sobre las diferentes razas humanas* apoyaba la esclavitud, pues creía que reflejaba una jerarquía racial con los blancos en lo más alto, los asiáticos y los africanos en medio («Al negro se lo puede disciplinar y cultivar, pero nunca está verdaderamente civilizado ... Cae por voluntad propia en el salvajismo») y los nativos americanos «muy por debajo del negro». La ideología racista de Kant era inusual en esos círculos, pero la esclavitud euroamericana requería una justificación teórica para su dominio no cristiano, la violencia necesaria para mantenerla y el estilo de vida lujoso y los grandes beneficios que procuraba a sus señores. Las ideas racializadas sobre los africanos no fueron inventadas por los esclavistas europeos en el siglo XVIII: la gente del medievo estaba obsesionada con la herencia y la reproducción; comerciantes de esclavos e intelectuales árabes como Ibn Jaldún propagaban ideas racializadas sobre los africanos que no distaban mucho de las de los esclavistas europeos en una época en la que la esclavitud no se basaba en el racismo, ya que los esclavos podían ser blancos o negros. Pero ahora, en una era más científica, estaba en auge una perspectiva más sistemática: en 1774, Edward Long, juez inglés y propietario de plantaciones en Jamaica, elaboró una ideología racista en *Historia de Jamaica*, en la que afirmaba que los africanos eran «una raza aparte indistinguible del animal», con «unos modales, una estupidez y unos vicios propios de las bestias». Esa nueva variedad de una vieja idea estaba concebida para justificar la esclavitud. «La esclavitud no nació del racismo», escribió Eric Williams. «El racismo nació de la esclavitud.»

En Londres y París, los barones del azúcar que poseían esclavos se fusionaron con el nexo de aristócratas, comerciantes y nababs indios: Henry Lascelles, descendiente de la aristocracia de Yorkshire, llegó a Barbados cuando tenía veintidós años y coleccionaba plantaciones caribeñas a la vez que mantenía una vida británica. Sería director de la EIC y parlamentario. Cuando se suicidó en 1753, era el hombre más rico de Inglaterra y dejó medio

millón de libras, una fortuna que financió la creación de una dinastía británica clásica: las fincas, las mansiones y el condado de Harewood.

A diferencia de las leyes de las Américas, la ley común británica no reconocía la esclavitud. En 1729, los propietarios de esclavos elevaron una petición al fiscal general, que los respaldó, pues opinaba que «un esclavo proveniente de las Indias occidentales no se convierte en un hombre libre en Gran Bretaña». Los esclavos eran publicitados abiertamente. En *The Daily Advertiser* se podía leer: «En venta. Hermoso niño negro de unos nueve años». Sin embargo, a pesar de la opinión imperante en 1729, si bien la esclavitud era plenamente legal en los barcos que cruzaban el Atlántico y en las colonias, su estatus era ambiguo en la metrópolis. Lo mismo ocurría en Francia, donde un esclavo podía solicitar la libertad en el tribunal del almirantazgo.

En ambos países había muchos esclavos liberados, y aún más personas de raza mestiza. Abordaremos París más adelante, pero es posible que a mediados de siglo hubiera quince mil británicos negros. Y entre esos horrores asoman raras excepciones: en 1752, el coronel Bathurst, un propietario de esclavos, vendió sus fincas de Jamaica y volvió con un esclavo de siete años llamado Francis Barber, probablemente hijo suyo, al que liberó en su testamento. Después de una breve aventura en la armada, Barber se convirtió en el amado sirviente de Samuel Johnson, el equivalente británico más parecido a Voltaire, revoltoso león de la Ilustración londinense, ingenioso y lexicógrafo. Como oponente de la esclavitud, educó a Barber, a quien convirtió en una figura del Londres literario y, tras su muerte, en uno de sus herederos.[4]

Pero eran personajes excepcionales. La mayoría de las personas esclavizadas no eran rescatadas por duquesas o eruditos, sino que morían jóvenes en barcos en mitad del Atlántico o en plantaciones del Caribe.

El comercio atlántico era un elemento de un mundo de servidumbre, pero sus documentos permiten a los historiadores calcular que, en más de cuatro siglos, fueron esclavizadas unas 12.600.000 personas. Los portugueses/brasileños transportaron a

casi la mitad de esa cifra, los británicos a una cuarta parte, los franceses a un 10 % y los holandeses a un 5 %. Durante los cuatro siglos de la era moderna, es probable que fueran esclavizadas más de treinta millones de personas: doce millones al otro lado del Atlántico, unos diez millones desde el este de África hasta el océano Índico y diez millones de turcos, rusos, georgianos y circasianos de las estepas de Eurasia. Eso no incluye el comercio de Berbería y Marruecos con europeos occidentales ni los varios millones de serbios y albanos esclavizados por los otomanos. Algunos de esos niños esclavos se convirtieron en visires y *valide sultans*, pero eso no resta importancia a su tragedia. Muchas esclavas islámicas trabajaban en casas, pero el servicio doméstico casi siempre incluía abusos sexuales. Se calcula que solo los kanes de Crimea esclavizaron a cuatro millones de personas. Dado que no existen documentos sobre ese comercio, es probable que las cifras hayan sido enormemente subestimadas.

Desde Ouidah y otros castillos de esclavos, las bodegas de los barcos se llenaban de cautivos, «hacinados como arenques en un barril», que emprendían el aterrador viaje al Brasil portugués, el Saint-Domingue francés o Virginia, el «viejo dominio» británico.

Tres familias americanas: Hemings, Jefferson y Toussaint

En 1735, una mujer «de pura raza africana», en palabras de su bisnieto, que había sido esclavizada en África occidental fue violada o seducida por un capitán inglés llamado Hemings en Williamsburg, posiblemente tras llegar cautiva en su barco de esclavos. Estos preservaban sus orígenes africanos como bakongos o akanes todo el tiempo que podían. Sus dueños, temerosos de esas afinidades, intentaban cortar cualquier lazo y otorgaban a los nuevos esclavos nombres a menudo clásicos: había muchos Aníbal y César. Es posible que el nombre de la africana fuera Parthenia, y quedó embarazada. En 1662, Virginia había decretado que *partus sequitur ventrem*: si la madre era esclava, el bebé también. Así pues, cuando dio a luz a su hija Elizabeth, conocida como Betty, el

capitán Hemings ofreció un «precio extraordinariamente elevado» por su «propia carne», pero el propietario lo rechazó.

Hemings intentó secuestrar al bebé, pero finalmente tiró la toalla. Betty Hemings acabó siendo propiedad de Martha Eppes, que la había heredado de su padre, descendiente de colonos fundadores que habían adquirido tierras. En 1746, Martha se casó con un abogado fronterizo y comerciante de esclavos llamado John Wayles, nacido en Lancashire, Inglaterra, que había llegado como sirviente de un caballero y había obtenido una finca y riquezas, una versión temprana de lo que algún día se conocería como el sueño americano. Todas las colonias americanas habían elegido asambleas —la de Virginia se llamaba Cámara de Ciudadanos— dominadas por dueños de plantaciones de tabaco que crearon una infraestructura legal para proteger sus propiedades humanas y sus vidas ante cualquier rebelión: entre un 40 y un 50 % de los habitantes de Virginia eran esclavos. En 1723, Virginia decretó que «ningún esclavo negro, mulato o indio sería liberado bajo ningún concepto». Wayles se convirtió en el propietario de Elizabeth Hemings.

Dos años después de casarse, Martha Wayles murió cuando daba a luz a su segunda hija, también llamada Martha. Wayles tuvo dos esposas más, las cuales murieron jóvenes, y después tomó como «concubina» a Betty Hemings, descrita como una «mulata clara». Aunque la sociedad lo desaprobaba, era un hecho tan frecuente que prácticamente podía calificarse de universal. «La doctrina dominante de la supremacía blanca supuestamente vacunaba a los blancos contra la mezcla interracial», escribe Annette Gordon-Reed, pero era «poco fiable cuando se oponía a la fuerza de la sexualidad humana». Wayles y Hemings tuvieron seis hijos. Está claro que la servidumbre sexual siempre formó parte de la esclavitud, ya fuera en la Roma pagana, en el Estambul islámico o en Virginia: el sexo entre propietarios y esclavos se ceñía a «las condiciones impuestas por los varones y se producía en secreto, alejado del escrutinio del mundo exterior … ya fuera mediante violaciones, utilizando una fuerza clara o implícita o, en algunos casos, cuando hombres y mujeres se sentían realmente atraídos».

Es imposible evaluar esas relaciones conforme a nuestros criterios: «En un sentido práctico y legal, las esclavas no podían negarse» y los testimonios «constatan el predominio de las violaciones durante la esclavitud».

Cuando Wayles murió, Betty, sus hijos y los 124 esclavos restantes serían heredados por su hija Martha y su futuro marido, Thomas Jefferson, que nació en 1743, poco después que Betty.

Jefferson, descendiente de la élite esclavista de Virginia, estaba criándose cerca de allí. Peter, su padre, era un pionero de segunda generación que inspeccionó nuevas tierras, llevó la frontera hacia el oeste y trazó una ruta hasta los montes de Allegheny. Trabajó en la Cámara de Ciudadanos y como juez de paz al tiempo que acumulaba 2.800 hectáreas y sesenta esclavos y creaba el estilo de vida refinado e intelectual que dio lugar a Thomas. Hijo de la Ilustración, Thomas leía a Locke, Newton y Voltaire y tocaba el violín, y le dijo a su hija: «No hay una sola hoja de hierba o nada que se mueva que no me parezca interesante». Delgado, con un metro noventa de altura, un cabello pelirrojo claro, ojos marrones y nariz puntiaguda, Jefferson era sociable pero inescrutable, educado y ostentosamente franco, aunque ambicioso en el ámbito privado. Bajo su apariencia encantadora, también era apasionado y sumamente inquieto, y sufría migrañas provocadas por el estrés. Cuando murió su padre heredó dos mil hectáreas. A los veintiséis años, tras formarse como abogado, Jefferson fue elegido para la Cámara de Ciudadanos. Mientras tanto, Martha Wayles se había casado y había enviudado. En la compacta sociedad colonial, era cuestión de tiempo que Jefferson hiciera aparición.

Mientras la madre de Elizabeth Hemings llegaba a Virginia, Hippolyte, el hijo esclavizado de un gobernador de Allada que probablemente fue capturado y vendido por el rey Agaja de Dahomey, fue entregado a la colonia francesa de Saint-Domingue, la mitad de la isla La Española (la otra mitad era Santo Domingo, una colonia de España). En uno de los millones de tragedias cotidianas de la esclavitud, Affiba, la mujer de Hippolyte, y sus hijos también fueron capturados pero vendidos por separado a

Saint-Domingue. Sin saber que estaban trabajando duramente en una finca cercana, Hippolyte se casó con una mujer llamada Pauline, también de Allada. Cuando Affiba lo descubrió, murió de tristeza. Hippolyte y Pauline tuvieron cinco hijos, de los cuales el primogénito se llamaba Toussaint.

«Nací siendo esclavo, pero la naturaleza me dio el alma de un hombre libre», recordaba Toussaint, que se crio en Bréda, una finca azucarera propiedad del conde Pantaleón de Bréda, un aristócrata francés que estaba ausente y le dio el nombre de Toussaint Bréda. Trabajando desde una temprana edad como pastor, su padre lo formó en medicina y lo bautizó como católico, aunque también veneraba el vudú. Hablaba fon, francés y criollo. Toussaint conocía la tragedia de la esclavitud, que «aparta a un hijo de su madre y a un hermano de una hermana».

Sus padres murieron jóvenes y Toussaint fue «adoptado» por un hombre libre de Allada y un amigo africano de su madre, un ejemplo de las afiliaciones informales que hacían soportable lo insoportable. La mayoría de los esclavos de Saint-Domingue morían trabajando antes de cumplir treinta y siete años y eran sustituidos por otros llegados de África y conocidos como *bossales*. Un 60 % de los esclavos varones, que de media sobrevivían tres años, murieron a causa del trabajo, unos quinientos mil en total. Era un entorno que fomentaba lo que el barón de Vastey, un intelectual haitiano, denominaba más tarde «desenfreno etílico». El Code Noir era ignorado por casi todos, y los propietarios franceses trababan atrozmente a sus esclavos: muchos eran violados y torturados de maneras ingeniosas, entre ellas adosarles explosivos y hacerlos saltar por los aires, cosa que los franceses describían como «un poco de pólvora en el culo», quemarlos vivos, meterlos en hornos, mutilarlos genitalmente u obligarlos a llevar bozal.

Los colonos franceses llevaban una vida de lujos en Saint-Domingue,[5]pero les aterraba ser asesinados por sus esclavos, a los que describían como ganado holgazán y extranjeros peligrosos. La sociedad estaba estrictamente dividida entre los blancos, la creciente población de mestizos y hombres libres negros que a menudo también utilizaban esclavos, y los propios cautivos.

La manera de sobrevivir era convertirse en cochero o sirviente en la mansión del dueño de la plantación:[6]Toussaint fue ascendido a cochero por Bayon, el capataz de la finca. De niño fue testigo de la rebelión de François Makandal, un hombre santo (*oungan*) con un solo brazo procedente de África occidental —hablaba un poco de árabe— que practicaba rituales que, fusionados con el catolicismo, se convertirían en el vudú haitiano. Los colonos afirmaban que Makandal los había envenenado, aunque nuevos estudios demuestran que se trataba de un brote de ántrax. No obstante, Makandal lideraba una insurgencia que suponía una amenaza letal, así que fue capturado y quemado vivo en Puerto Príncipe. Los esclavos creían que su espíritu había escapado de las llamas.

«El virtuoso Bayon de Libertad» liberó a Toussaint, que arrendaba a sus propios esclavos en su granja. Aunque se casó con Suzanne, la hija de su padrino, y tuvo hijos con ella, era un amante prolífico con muchas queridas, tanto negras como blancas. Entre tanto, se unió al movimiento clandestino de hermandades de esclavos y creyentes del vudú que empezaban a soñar con la revolución. Sin embargo, la visión de Toussaint nunca estuvo racializada. Producto del mundo del vudú africano y los bailes de combate *kalinda* de Makandal, mezclado con su fe católica y la Ilustración, creía en el potencial de la naturaleza humana.

En el mismo momento, estos dos americanos extraordinarios, Toussaint y Jefferson, estaban leyendo los mismos libros —Voltaire, Diderot, Raynal—, pero soñaban con versiones distintas de la libertad.

María Teresa no sabía gran cosa sobre América, pero una masacre liderada allí por un joven colonialista le brindó la oportunidad de destruir a Federico el Grande.

Mimi e Isabel: tu culito de arcángel

El 28 de mayo de 1754, en las grandes extensiones del condado de Ohio, un joven oficial británico encabezó a su contingente de

trescientos americanos y nativos mingo en una emboscada contra tropas francesas e iroquesas lideradas por Sieur de Jumonville. Los oficiales franceses y británicos competían por colonizar el interior.

Como Jefferson, el fornido oficial George Washington, de veintidós años y 1,83 de altura, era hijo de un rico terrateniente que descendía de los primeros colonos, que poseían miles de hectáreas y muchos esclavos. El padre de Washington murió joven y su madre era gélidamente autoritaria, así que él se volvió reticente, firme y cauteloso. Pero, igual que Cromwell, era mucho más astuto y ambicioso de lo que aparentaba.

Gracias a su amistad con la familia Fairfax, descendientes del comandante de Cromwell en la guerra civil, que controlaba dos millones de hectáreas americanas, a sus dieciséis años Washington había empezado a inspeccionar el valle de Shenandoah. Cuando tenía veinte años era propietario de ochocientas hectáreas. En esos primeros años se enamoró de Sally Fairfax, la deslumbrante esposa de su mejor amigo y mecenas, singular pasión de una vida tranquila que más tarde describía como «mil pasajes tiernos». Después de esa crisis romántica, se casó con una viuda rica y sencilla llamada Martha Custis, que trajo consigo tierras y trescientos esclavos más, cosa que lo convirtió en uno de los hombres más ricos de las colonias. Jefferson decía que Washington «siempre gobernaba con severidad». De hecho, fue «criado para liderar a esclavos, más tarde un ejército y finalmente una nación». Washington siempre observaba la holgazanería de sus esclavos y se quejaba de que no había «grupo de granujas más vagos». Cuando sus esclavos escapaban —lo hizo un 7 %—, los buscaba incansablemente. A los que se portaban mal los enviaba a morir prematuramente en plantaciones caribeñas.

Siguiéndole la pista al enemigo en el condado de Ohio, Washington se ganó el apodo de Conotocaurius —destructor de pueblos— entre sus ayudantes mingo. Cuando sus soldados se enfrentaron a los franceses e iroqueses, les tendieron una emboscada y los mataron. A muchos les arrancaron la cabellera. Mientras Washington interrogaba a Jumonville, uno de sus aliados mingo le partió la cabeza en dos con un hacha de guerra.[7]

Cuando la noticia llegó a Londres, el irritable primer ministro Thomas Pelham, duque de Newcastle y uno de los hermanos que había continuado con el sistema de Walpole, estudió el mapa, pero era incapaz de encontrar aquellos lugares desconocidos. «Sin duda hay que defender Annapolis», protestó. «¿Dónde está Annapolis?» Newcastle había dirigido la política exterior de su país durante treinta años, pero era la primera vez que un hombre de Estado británico necesitaba dominar América. Incluso él era consciente de la inevitabilidad de una guerra colonial contra Francia: los franceses estaban poniendo en peligro intereses británicos en América, la India y África occidental. Newcastle siempre había apoyado a María Teresa contra Prusia —su «Viejo sistema»—, pero en un desconcertante cambio de pareja de baile, acabó respaldando a Federico el Grande contra María Teresa, quien a su vez encontró algunos aliados sorprendentes que se sentían amenazados por Prusia. Luis XV y su amante Pompadour despreciaban a Federico, como le ocurría a la emperatriz Isabel de Rusia, la aguerrida hija de Pedro el Grande. Federico no ayudó a su propia causa al llamar a Pompadour e Isabel «las putas».[8]María Teresa llevó a cabo un cambio radical al aliarse con Francia, su enemigo tradicional, y más tarde se les unió Rusia.

Financiado con subsidios británicos pero enfrentándose a una coalición letal, Federico lanzó un ataque preventivo contra Bohemia y sitió Praga, lo cual provocó la primera guerra mundial. El 18 de junio, los ejércitos de María Teresa destruyeron a los de Federico en Kolín. Al ver que sus tropas flaqueaban, gritó: «Granujas, ¿queréis vivir para siempre?». Un 40 % murió, y el rey se salvó por poco. «Faetón se ha estrellado por fin», bromeaba su envidioso hermano, el príncipe Enrique. «No sabemos qué será de nosotros.» Pero Federico, a quien ayudaron la inercia austríaca y la poca fiabilidad rusa, derrotó a los franceses en Rossbach y a los austríacos en Leuthen, sus mayores victorias.

Pero se acercaban los cosacos. «Tengo intención de continuar con esta guerra», dijo Isabel, que poseía cinco mil vestidos, «aunque me vea obligada a vender todos mis diamantes y la mitad de mi ropa.» Pompadour coincidía con ella: «Odio al rey de Prusia

... Destruyamos a este Atila del norte». María Teresa lo llamaba «el monstruo», y él se burlaba de «las tres grandes putas de Europa unidas». En agosto de 1758, en Zorndorf, Federico combatió con los feroces rusos, una batalla extenuante que acabó en tablas. Un año después, en Kunersdorf, los rusos le asestaron una derrota aplastante. «Tengo el abrigo lleno de agujeros de mosquete», escribía, «y me han matado a dos caballos mientras cabalgaba.» Barajó la posibilidad de suicidarse: «Mi desgracia es estar vivo ... Solo me quedan 3.000 hombres de 48.000 ... Todo está perdido ... No sobreviviré a la caída de mi patria. Adiós para siempre». La caballería rusa atacó Berlín. La posición de Federico era desesperada: «Ahora mismo, mi lema es "conquista o muerte"». La única opción que le quedaba era apostar: «Debo embarcarme en una gran aventura y jugar a doble o nada».

María Teresa, que observaba con ansia las lentas maniobras de sus generales y la ferocidad intermitente de su aliado ruso, vio su caída con satisfacción. Mientras tanto, en 1760 organizó el matrimonio de José, su impresionante pero dogmático hijo de diecinueve años, con Isabel de Parma, de dieciocho, una morena sensual de ojos oscuros y piel aceitunada que durante un corto período de tiempo iluminó el obstinado egocentrismo de su marido y levantó pasiones entre los Habsburgo. Isabel, una mujer inteligente, desenfrenada, pensativa y romántica que escribía sobre filosofía y economía, se ganó inmediatamente la adoración de la emperatriz-reina y su marido (que compartía su amor por la música y la filosofía). Pero ninguno de los dos se dio cuenta de que Isabel se había enamorado de Mimi, la hermana más inteligente de José, que a sus diecisiete años era la confidente y favorita de su madre.

«Créeme, puedo decir que mi única alegría es verte y estar contigo», confesaba Isabel a Mimi en una de sus más de doscientas cartas de amor. «Eso no cambiará nunca, ni en el cielo ni en la tierra, ni por tu ausencia, por nada ni por nadie.» Su pasión era volcánica: «Te adoro. Ardo por ti». Después de enviar una de sus cartas, escribió: «Aquí estoy de nuevo, mi cruel hermana, en ascuas hasta que conozca el efecto de lo que has leído ... Solo puedo

pensar en que estoy enamorada como una tonta. Porque eres tan cruel que no deberías ser amada, pero ¿cómo evitarlo, conociéndote?».

Después de dar a luz a una hija, se volvió aún más apasionada, y su mente era una mezcolanza de «filosofía, moralidad, historias, reflexiones profundas … y éxtasis por ti». Organizaban encuentros secretos a espaldas de José. «Si el archiduque sale, iré a tu casa», le dijo Isabel a Mimi.

«Te quiero furiosamente y anhelo besarte», escribió Mimi. «Besarte y ser besada por ti. Besaré tu culito de arcángel.»

«Reza para que haga buen tiempo si deseas poseerme», escribió Isabel. «Besaré todo lo que me dejes besar.»

Isabel llamaba a Mimi «la criatura más adorable», y deseaba ahogarla a besos, pero era extrañamente macabra: «La muerte es algo bueno». A Mimi la molestaba el fatalismo de Isabel: «Permíteme decirte que tus grandes ansias de muerte son malignas. Significa que eres egoísta o quieres parecer una heroína». ¿Anhelaba Isabel la muerte como una huida de un amor insoportable, o su pasión salvaje expresaba su agitado fatalismo?

En la cúspide de esa intensa relación, los Habsburgo invitaron a una familia de músicos a actuar para ellos. La emperatriz adoraba la música y cantar en público. José tocaba el teclado, Leopoldo y Maria Antonieta el clavicémbalo y todas las niñas sabían cantar.

El 13 de octubre de 1762, los Habsburgo se citaron en Schönbrunn para ver al pequeño pianista Wolfgang Mozart. El niño de seis años iba acompañado de su familia. Su padre, Leopold, un violinista dotado y enérgico pero malhumorado, además de *Kapellmeister* del príncipe-obispo de Salzburgo, descendía de una familia creativa y vio muy pronto que su hijo era un prodigio: a los cinco años, Mozart compuso su primera pieza. Leopold tocó el violín y Wolfgang el clavicémbalo, y cuando el emperador Franz lo retó, colocó una tela encima de las teclas y tocó a la perfección. La archiduquesa Isabel tocó el violín. «Baste decir que Wolferl [Mozart] saltó al regazo de la emperatriz, le rodeó el cuello con los brazos y la besó vigorosamente», escribió Leopold Mozart. Al día

siguiente, los Mozart recibieron un cuantioso pago. María Teresa estaba tan encantada con Wolfgang que le envió un traje especial lila con brocados que sin duda contribuyó al futuro gusto del compositor por la extravagancia en el vestir.

Mozart era un hombre «esencialmente feliz», escribe Jan Swafford, ingenioso, entusiasta, enérgico y siempre rebosante de ideas musicales de poder y belleza, un hombre muy distinto del tópico del genio taciturno que esperaban los románticos en el siglo posterior. «Wolfgang es extraordinariamente alegre», escribió su adusto padre, «pero un poco bribón.» Leopold era una persona malhumorada y decepcionada por su carrera profesional. «Todos los hombres son villanos», le dijo a Mozart. Pero su mujer era juguetona y escatológica. De adolescente, Mozart encontró a una pícara compañera en su prima Maria Anna Thekla: «Estamos hechos el uno para el otro, porque ella también es un poco granuja». Sus exploraciones sexuales inspiraron las picantes cartas de Mozart: «Te besaré las manos, la cara, las rodillas y todo lo que me permitas besar». Aunque actuaba para la aristocracia, en privado se burlaba cuando «estaban presentes varios nobles: la duquesa Tremenda, la condesa Meona y también la princesa Huelemierdas con sus dos hijas». Pero ya estaba componiendo: «El concierto que escribiré para él en París es adecuado / Porque allí puedo componerlo mientras cago».

Inspirándose en Viena, Leopold llevó a Mozart de gira a París (donde su madre moriría más tarde de tifus), Londres y de nuevo a Viena. Allí, José se convertiría en su mecenas.

José ya estaba locamente enamorado de Isabel cuando esta tocó tan bien con la familia Mozart. Isabel lo manejaba excelentemente mientras escribía un tratado, tal vez para Mimi, sobre los hombres como «animales inútiles» en el que abogaba por el empoderamiento femenino.

Entonces sobrevino el desastre. Después del nacimiento prematuro de una segunda hija a la que Isabel puso Mimi, contrajo viruela. Su última carta era para Mimi: «Dios es demasiado benevolente para negarme el placer de besarte otra vez ... Adiós. Cuídate». Isabel murió a los veintiún años, y pronto la siguió el

bebé.

Mimi estaba triste, aunque más tarde vivió un matrimonio feliz, pero José era inconsolable: «Lo he perdido todo, el objeto de toda mi ternura, mi única amiga». Le dijo a su madre: «No volveré a casarme nunca ... Mi existencia está a punto de desmoronarse». La reina-emperatriz le ordenó que se casara inmediatamente con Josefa de Baviera, una princesa Wittelsbach, pero él se resistió. Mimi, que anteponía la dinastía a todo lo demás, le enseñó a José las cartas de Isabel para hacer añicos sus ilusiones, aunque él no las entendió. Finalmente cedió, pero odiaba a su nueva esposa —«Baja, sin un ápice de encanto, con la cara llena de manchas y unos dientes horribles»—, y se quejaba a un amigo: «Mi mujer es insoportable. Quieren que engendre hijos. ¿Cómo voy a hacerlo? Si pudiera poner la yema de un dedo en la parte de su cuerpo que no esté cubierta de manchas, lo intentaría». Al ver la maldad de su hermano, Mimi pensaba: «Si yo fuera su mujer, me colgaría de un árbol en Schönbrunn», pero incluso la madre de ambos reconocía que Josefa no era «agradable». Dos años después, Josefa también había muerto de viruela, ese asesino implacable.

Mientras Federico maniobraba y negociaba desesperadamente, William Pitt, el nuevo primer ministro, nieto de John «Diamond» Pitt e hijo de Robert, que se había llevado la joya de la India, orquestó una guerra en varios frentes que supuso una sorprendente sucesión de victorias desde América y África hasta la India.

Románov y Durrani, Pitt, comanches y Kamehameha

La guerra de Pitt: el Gran Plebeyo

Después de una etapa como soldado, Pitt, actor nato, melodramático, tempestuoso y bebedor, se había hecho un nombre con ataques despiadados a Walpole y los Pelham por su corrupción nacional y su inercia global. Mientras se enfurecía con facciones venales (y las coordinaba brillantemente), Pitt representaba a la circunscripción de Old Sarum, una ruina deshabitada que había comprado Diamond Pitt. Casado con lady Hester Grenville, hija de un clan poderoso, contaba con el apoyo de su propia facción. Esa pequeña camarilla de las familias Pitt y Grenville dominó la política durante el medio siglo posterior.

Jorge II despreciaba a Pitt, pero en diciembre de 1756, consciente de que Newcastle estaba fuera de su alcance, reconoció que el vanidoso orador tenía un plan y aceptó un ministerio Pitt, supuestamente sometido al duque de Devonshire. «Estoy seguro de que puedo salvar este país», se vanagloriaba Pitt, que ahora era secretario de Estado para el sur, «y nadie más puede hacerlo.» Cuando lo apartaron del poder, Pitt, ahora popularmente conocido como el Gran Plebeyo, lanzó una campaña nacional que reveló la nueva importancia de su opinión pública y forzó su readmisión. Esta vez estaba asociado a Newcastle.

Pitt orquestó el primer conflicto global del país, la guerra de los Siete Años: su estrategia era ganar «a Canadá a orillas del Rin», pagando a Federico para que luchara contra Francia mientras sus intrépidos protegidos —«los chicos de Pitt»— atacaban colonias francesas. Conquistó castillos franceses de esclavos en Senegal y

Gambia e irrumpió en Guadalupe; en América cayeron Louisburg y Quebec. Pero no todo salió bien. En Monongahela, en el valle del Ohio, Edward Braddock, un general británico tremendamente arrogante, ignoró el consejo del coronel Washington, su lugarteniente virginiano y experto en guerra colonial, y fue derrotado por las fuerzas franco-iroquesas. Braddock murió; dos de los caballos en los que montó Washington fueron abatidos a disparos. Pero también fue un momento decisivo en otro aspecto: Washington percibió la indiferencia británica y le molestó la negativa de sus superiores a reconocerla o ascenderlos a él y a sus tropas coloniales. Pero aquel fue un revés infrecuente.[1]

En la India estaba iniciándose una nueva partida: un invasor extranjero voraz y brutal estaba a punto de arrasar la tierra.

Señores de la guerra indios: Durrani y Clive

Se llamaba Ahmed Durrani, el extraordinario sha afgano, antiguo guardaespaldas de Nader. En enero de 1757, mientras Pitt orquestaba su ofensiva mundial, Durrani entró en Delhi. No era ni mucho menos su primera incursión en la India, y en total invadiría ocho veces el país y saquearía Delhi en dos ocasiones.

La depredación afgana en la India había empezado diez años antes, en diciembre de 1747, cuando Durrani atacó a Rangila, el emperador mogol consumidor de opio, que tuvo suerte cuando el almacén de explosivos de los invasores estalló. Un año después, Durrani conquistó Sindh y Punyab (Pakistán), y más tarde Cachemira, atraído hacia el vértice de la India por el avance de los maratha, liderados por el *peshwa* Balaji Rao, que tras la muerte de Shahu gobernaba por medio de un *chhatrapati* marioneta. En 1749, Nizam de Haiderabad, una leyenda de setenta y seis años que había sobrevivido a ocho emperadores, un sha y ocho batallas, murió y desencadenó una batalla entre sus herederos que atrajo aún más actores al vacío. Esos jóvenes príncipes manipulaban a los soldados-comerciantes británicos y franceses —y a su vez eran manipulados por ellos—, aventureros agresivos que se sentían

atraídos por una región políticamente caótica pero todavía rica en el aspecto comercial. Los dos miembros de la dinastía Nizam atrajeron a europeos rivales: uno de ellos contaba con el apoyo de José, marqués de Dupleix, un ostentoso gobernador y general francés y veterano de la Compagnie des Indes Orientales que estaba casado con una belleza parcialmente india conocida como Joanna Begum, un intermediario útil con los potentados indios. Dupleix dirigía su ejército de cipayos vestido como un nawab indio. Su rival contrató a Stringer Lawrence, un formidable comandante de la EIC. Entonces, Balaji Rao y sus marathas su unieron al reparto y Durrani tuvo que defender su nuevo imperio. Ninguno de los actores de ese caos —indios, afganos, franceses o británicos, musulmanes, hindúes o cristianos, blancos o mulatos— era escrupuloso o amante de la paz, y todos eran avariciosos y despiadados.

El sha Durrani entró en Delhi, saqueó sus tesoros y se llevó a sus concubinas, pero no se apoderó del trono, y le dijo al desamparado emperador Alamgir II: «Os concedo la corona de Hindustán: venid a verme mañana por la mañana con dignidad real». Después, expresaba su mesura con una poesía:

Olvido el trono de Delhi
cuando recuerdo las cimas de mi hermosa
Pashtunkhwa.

Instalado con su harén en las dependencias imperiales de Delhi, Durrani casó a su hijo Timur con la hija del emperador y él contrajo matrimonio con la hija de Rangila. Regresando a través de Punyab, él y su hijo se enfrentaron a un nuevo desafío: los sijs habían sido reprimidos por varias generaciones de mogoles y sus gurús habían sido ejecutados, pero reaccionaron convirtiéndose en una orden militar y religiosa organizada en ejércitos y divisiones y liderada por los *sirdars*, comandantes electos. Durrani y Timur destruyeron las ciudades sagradas sij de Kartarpur y Amritsar, arrasaron los templos de Chak Guru, que profanaron con sangre de vaca, y embarraron los lagos sagrados. Los insurgentes sij acosaron

a los afganos, que mataron a civiles sij masivamente.

Mientras Durrani permanecía instalado en la capital mogola, un joven señor de la guerra británico estaba maniobrando para acabar con el poder francés y dominar una provincia lejana pero rica: a sus diecinueve años, Robert Clive, hijo de un vicario de Shropshire, se había incorporado a la EIC como contable. Dotado de una energía frenética intercalada con brotes de enfermedad mental, Clive era un contable combativo que ansiaba entrar en acción —«Un hombre que no había nacido para sentarse a una mesa», según Pitt— y se unió al ejército de la Compañía de las Indias Orientales, donde ascendió con rapidez. En aquel momento, un 90 % de los beneficios de la compañía no provenían de la India, sino de China.[2]Sin embargo, el caos que reinaba en la India era una oportunidad a la que ninguno de los actores pudo resistirse. Igual que Durrani y Balaji Rao habían coincidido en Delhi, situada al oeste, durante la década de 1740, Dupleix y la Compagnie des Indes Orientales lanzaron una ofensiva contra los pasivos británicos en el este. Inspirándose en parte en Dupleix, Clive obtuvo su primer dominio. En 1751 se había hecho un nombre —y había anunciado un nuevo dinamismo británico— conquistando una fortaleza, defendiéndola y más tarde derrotando a un potentado indio que contaba con el apoyo de los franceses. Pitt lo elogió. Se casó con una chica de dieciocho años que había viajado a Madrás por consejo de su hermano para contraer matrimonio con Clive y tuvieron nueve hijos. Cuando Clive sufrió una crisis nerviosa, regresaron a Londres habiendo amasado grandes riquezas, y él fue elegido parlamentario y compró un título de baronet. Sin embargo, volvió a la India justo a tiempo para la guerra de Pitt.

«Tal escena de anarquía, confusión, sobornos, corrupción y extorsión», decía Clive, «no se había vivido nunca en ningún país, salvo Bengala.» No era el único depredador que se sentía tentado por Bengala: Balaji Rao también lo estaba, la atacó seis veces y acabó con la vida de cuarenta mil personas. Pero el temperamento de Clive era ideal para luchar contra los señores de la guerra franceses e indios de la época. Su espíritu agresivo lo resumía

especialmente bien una nota a un subordinado que se enfrentaba a una fuerza superior: «Estimado Forde, combate contra ellos inmediatamente. Te enviaré la orden del consejo mañana». Una serie de desastres obstaculizaban los intereses británicos. El joven nawab de Bengala, Siraj ud-Daula, nieto de Alivardi Khan, que les había arrebatado la provincia a los mogoles, conquistó el rentable fuerte británico de Calcuta, donde sus 64 prisioneros británicos permanecían encerrados en una calurosa mazmorra. Murieron 43.

El 5 de febrero de 1757, Clive lideró a su pequeño ejército por el extenso campo indio para recuperar el fuerte. El 23 de junio, la decisiva «batalla» de Plassey fue una pantomima. La manera más segura de ganar una batalla es negociar el desenlace. Su ejército —1.100 europeos y 2.000 cipayos— era ínfimo; casi todos los ministros y ejércitos del nawab cambiaron de bando gracias a las negociaciones de Clive; la lluvia empapó la pólvora y solo había perdido a 22 cipayos (y ningún europeo). Tras debilitar a los franceses, también derrotó a los holandeses, e informó a Pitt: «He dejado bastante claro que habrá poca o ninguna dificultad para obtener la posesión absoluta de esos reinos adinerados. Y, además, con el consentimiento de los mogoles». Consiguió Bengala para la EIC. En el Parlamento, Pitt elogió a Clive, «ese general nacido en los cielos» que combatió con «un desempeño que cautivaría al rey de Prusia». Disfrutando de su enorme fortuna de trescientas mil libras (mil millones de libras de la actualidad), los nuevos lord y lady Clive de Plassey compraron la finca del duque de Newcastle y asombraron a Londres con su ostentación: su hurón llevaba un collar de diamantes de 2.500 libras, y su niño prodigio, Mozart, actuaba en su salón. Clive seguía siendo frágil. Era adicto al opio y sufrió otra crisis nerviosa.

Sin embargo, Bengala era solo una provincia. En Kandahar, Durrani, que se había enriquecido gracias al saqueo de Delhi y los beneficios obtenidos de Punyab y Jorasán, estaba dispuesto a dejar tranquilos a los mogoles siempre y cuando los marathas hicieran lo mismo. Pero un general maratha, acompañado de Vishwas, el hijo adolescente de Balaji Rao, entró en Delhi y sentó a su propio emperador en el trono, lo cual fue una provocación para Durrani.

El 14 de enero de 1761, dos ejércitos se encontraron en Panipat, donde Babur había ganado la India en 1526. Durrani mató al general Vishwas y a 28.000 marathas y esclavizó a 22.000 mujeres y niños. La batalla confirmó el final de la India mogola, que, tras las ocupaciones de los persas, los marathas y los afganos, ya no era más que una entidad simbólica.

Durrani lo celebró con una entrada triunfal en Delhi y saqueó la ciudad por segunda vez en cinco años. Pero, en su ausencia, los sijs se habían rebelado. Sus tácticas de guerrilla y su agresiva impetuosidad los hacían difíciles de derrotar. Los afganos lanzaron una campaña de aniquilación contra civiles sij, ya que no podían atrapar a los guerreros. El 5 de febrero de 1762, Durrani mató a unos veinte mil sijs, principalmente mujeres y niños. Los sijs aún lo llaman *Vadda Ghalughara* —la Gran Masacre—, una atrocidad imperialista sin parangón en la historia india moderna. Viajando con cincuenta carros de cabezas sij, Durrani volvió a hacer estallar el templo Harmandir Sahib de Amritsar y profanó el lago sagrado con cuerpos de hombres y vacas. Cuando estalló el templo, un fragmento le alcanzó en la nariz —una herida que acabaría matándolo—, pero parecía que el nuevo hegemón de la India sería Durrani o los *peshawas* hindúes.[3]

En Londres, el *annus mirabilis* de Pitt había dado lugar al primer imperio británico, pero Federico parecía acabado, hasta que tuvo un golpe de suerte. La emperatriz Isabel dejó el trono ruso a Pedro III, un vanidoso y sifilítico germánico que adoraba a Federico y reunió inmediatamente a sus ejércitos. Federico estaba asombrado: «¿Qué confianza podemos depositar en los asuntos humanos si cualquier nimiedad puede cambiar el rumbo de los imperios? Esos son los caprichos de la fortuna». En privado, Federico se burlaba de la «idiotez divina» de Pedro III, que no tardó en ofender al ejército ruso, a la nobleza y, lo peor de todo, a su inteligente y carismática esposa Catalina. La monarquía de María Teresa se había agotado, y los franceses estaban al borde de la bancarrota y llorando sus pérdidas a expensas de una Gran Bretaña saciada que había vaciado América, el continente donde empezó la guerra. Fort Duquesne, conquistado por el coronel

Washington y su Regimiento de Virginia, fue rebautizado Pittsburgh. En 1763, el imperio americano de Gran Bretaña estaba establecido, pero apenas duraría una década.[4]

Creadores de imperios: señores de la guerra comanches y Pitt, «la serpiente»

Sin embargo, las grandes extensiones americanas apenas habían sido pisadas por británico-americanos, franceses o españoles. Los europeos solo ocuparon las Trece Colonias de la costa este. En otros lugares, pequeños grupos de aventureros europeos se refugiaban en empalizadas de madera y comerciaban con pieles, negociando con los nativos americanos que controlaban el interior. Aunque los aristócratas con peluca que esnifaban rapé en las capitales europeas vendían esas tierras sobre mapas, apenas cambiaba nada sobre el terreno. Aquellas extensiones estaban gobernadas por naciones indígenas siempre cambiantes que no medían el poder en fronteras y reinos. Sin embargo, no estaban en paz. Ellas también eran creadoras de imperios.

La más importante eran los comanches, una escisión de los shoshones, parientes lejanos de los mexica que hablaban un idioma similar y también adoraban al sol. Las decisiones sobre la guerra y la paz se dirimían en asambleas en las que los ancianos eran los más influyentes, pero los más jóvenes y las mujeres se sentaban en un círculo exterior y podían expresar sus opiniones. Elegían a un *paraibo*, un caudillo que lideraba conferencias de grupos guerreros.

Su mundo había cambiado con la llegada de los españoles, que trajeron armas y caballos antes inexistentes en las Américas. Después de una revuelta de los pueblos del sureste en 1680, los españoles perdieron el control de miles de caballos. Los comanches, utilizando escopetas, arcos y espadas y protegidos con armaduras de cuero, dominaban la equitación, y criaron hasta ochenta mil pequeños caballos árabes, entrenados para soportar el calor y el polvo. La narración tradicional de los pueblos indígenas

derrotados por los triunfales europeos se ve desmentida por el ascenso de los comanches, que durante ciento cincuenta años prosperaron en el sur y el sudoeste adaptándose con destreza. Los caballos y las armas de fuego les permitían matar a las manadas de bisontes, más de doscientos mil al año, acabar con sus rivales, los apaches, que eran vulnerables, porque además de cultivar atacaban, y adentrarse en territorio español, a menudo en noches de luna llena, o luna comanche.

Los españoles controlaban esos territorios sobre los mapas europeos, pero sus gobernadores los llamaban Comanchería y negociaban acuerdos con *paraibos* comanches para que desistieran de sus ataques y comerciaran. Los comanches vendían cautivos esclavizados, tanto nativos como europeos. En las ferias de Taos, los gobernadores españoles intercambiaban caballos y armas por bisontes, pieles de castor y esclavos, sobre todo niñas. Una vez vendidas, los comanches «desfloran y corrompen [a las niñas] delante de innumerables reuniones de bárbaros y católicos ... y les dicen a los compradores: "Ahora podéis tomarla. Ahora está bien"». En los ataques comanches solían morir hombres, a los que les arrancaban los ojos, les cortaban la cabellera y a menudo les introducían el pene en la boca. Si los mantenían con vida, los llevaban a las aldeas, donde las mujeres los torturaban. Se violaba a las chicas, pero ellas y sus hijos eran conservados como esclavos.

Había otra cara de esa ferocidad: los comanches y otros nativos americanos a menudo adoptaban a los prisioneros europeos que sobrevivían a esos primeros tormentos. Una vez que esos prisioneros habían aprendido a vivir y cabalgar como ellos, sus captores ignoraban el color e incorporaban a europeos y esclavos negros en su familia. Uno de sus señores de la guerra más importantes sería medio europeo.

En la década de 1760 había unos cuarenta mil comanches, cuyas familias eran propietarias, como media, de ocho caballos, y dominaban gran parte de Nuevo México y Texas, donde prácticamente no había colonos europeos. El gobierno de la Comanchería cambió cuando los europeos negociaron el final de la guerra, pero para los comanches apenas cambió nada.

El 25 de octubre de 1760, Jorge III, el primer miembro de su familia que hablaba inglés sin un acento germánico gutural, heredó el trono a sus veintidós años. Estaba decidido a ser un «rey patriota» y revigorizar el poder monárquico eliminando a los oligarcas whig sobornables que habían gobernado desde 1688: el soberano todavía era el jefe de gobierno y nombraba ministros, quienes, aun liderados por un primer ministro, que era el responsable de gestionar los asuntos reales en el Parlamento, debían responder ante la corona. La democracia todavía estaba lejos. Jorge, un hombre diligente y sincero con labios carnosos, cabeza pequeña y ojos azules saltones, definía a Newcastle como «un truhan» y a Pitt como «una serpiente», y sus opiniones sobre la esclavitud eran radicales. Según escribió en un ensayo para su mentor, el conde de Bute, la esclavitud «era tan repugnante para la ley civil como para la ley de la naturaleza».

El astuto Pitt fue hostigado en la coronación de Jorge III, pero en la disputa por la paz dimitió entre lágrimas. En su lugar, Jorge nombró a su cándido mentor Bute, cuya gestión parlamentaria y diplomática era tan mala que el rey se dio cuenta de que debería hacer concesiones. Él y su nuevo primer ministro, George Grenville —cuñado de Pitt— acordaron que los 2.500.000 colonos americanos (de los cuales una cuarta parte eran esclavos afroamericanos) debían contribuir al coste de la guerra. Así pues, en 1765 crearon un impuesto de timbre para los bienes coloniales, lo cual generó resistencia en América bajo el eslogan «ningún gravamen sin representación». Jorge y sus ministros no se inmutaron, y después de solo un año derogaron la Ley del Impuesto de Timbre alentados por Pitt, que declaró: «Me alegra que América haya resistido». Pero Londres también cumplió sus promesas con sus aliados nativos americanos al prohibir la expansión americana en los montes de Allegheny, que Washington y Jefferson, típicos magnates hambrientos de tierras y miembros de la Cámara de Ciudadanos de Virginia, consideraban un derecho.

La crisis devolvió a Pitt al poder a sus cincuenta y ocho años, y fue ascendido a conde de Chatham, pero sufría ataques de gota agónicos y crisis nerviosas, para los cuales su médico le recetó

alcohol. En un momento vital de la crisis americana, Gran Bretaña estaba liderada por un maníaco depresivo alcohólico escondido en una habitación oscura, un hombre demasiado inestable para gobernar pero demasiado prestigioso para ser destituido.

A diferencia de Gran Bretaña, María Teresa no había cosechado beneficios con sus victorias. Federico se quedó con Silesia, y dos años después quedó destrozada por la muerte repentina de Francisco, el Ratoncito, lo cual significaba que tenía que incluir en el gobierno a José, ahora emperador. Los dos chocaban constantemente. José presionaba para obtener poder y abogaba por una reforma radical e ilustrada y una expansión agresiva, viajando e inspeccionando peripatéticamente, mientras la reina-emperatriz intentaba mejorarlo y contenerlo con una mezcla de fuertes reprimendas y amenazas de abdicación.

José también sufría, ya que añoraba desesperadamente a Isabel, y más tarde perdió a su adorada hija: «La echo de menos en todo». Resentido pero lleno de energía reformadora, se quejaba del tedio de la puritana corte de su madre, «una docena de ancianas casadas, tres o cuatro sirvientas viejas ... Pero no hay vida social en absoluto ... los inteligentes mortalmente aburridos con mujeres estúpidas». A José no le gustaban la extravagancia y el libertinaje, y se enamoró de la gobernanta de su hija y más tarde de una importante princesa. Finalmente se consolaría con aventuras durante sus viajes, prostitutas (una visita a un prostíbulo de Viena acabó mal, ya que José golpeó a una chica y fue expulsado) y visitas habituales a la hija de su jardinero. Su mayor placer era la música.

Sin embargo, María Teresa no había perdido su entusiasmo. Cuando Leopoldo le dio un nieto —y futuro emperador—, corrió por Hofburg hasta llegar al escenario del teatro, e interrumpiendo a los actores a media frase y dando palmas para que guardaran silencio, gritó: «¡Nuestro Leopoldo ha tenido un hijo!». Más acuciante era el problema de María Antonieta, su hija menor.

El gobierno de la polla y el coño: Catalina la Grande

Como una maestra remilgada, la reina-emperatriz había supervisado cuidadosamente la educación de sus hijos, pero nunca pudo controlar a Antonieta. En 1770, María Teresa se despidió por última vez de la llorosa niña de catorce años, con ojos azules, cara redonda, piel de porcelana y cabello rojizo, que iba a casarse con Luis, el delfín francés de quince años, un trabajador obstinado, entusiasta de la caza y obseso de la armada que era especialmente feliz trasteando con cerraduras en su taller y torturando gatos. El longevo Luis XV, un incorregible adicto al sexo con tendencias pedófilas, estaba consternado por la tosquedad de Luis y su tan poco borbónico desinterés por el sexo, mientras que Antonieta hizo el ridículo inmediatamente al negarse a saludar a la amante real, madame du Barry.

Pronto, la política y la vida sexual de Antonieta empezaron a preocupar a su ansiosa madre. Le hablaba de sus menstruaciones regulares a María Teresa, que no tardó en enterarse de que el matrimonio no se había consumado en la noche de bodas ni en los ocho años posteriores. «En cuanto al delfín», protestaba María Teresa, «¡nada!»

En abril de 1774, Luis XV murió de viruela, y su fallecimiento vino seguido de un «rugido atronador», los pisotones de los cortesanos mientras corrían desde su habitación hacia el nuevo rey. Luis XVI eligió como su principal hombre de Estado a un veterano ministro de la armada, el conde de Maurepas, cuyos consejos acostumbraba a seguir. En cuestiones económicas, a menudo decía: «Creo que es el deseo generalizado y quiero que me quieran». Pero, a pesar de su imagen pasiva, era muy claro con sus deseos: fortalecer la armada hasta que tuviera la oportunidad de revertir las ganancias británicas.[5]

A Antonieta le encantaban los bailes de máscaras y gastaba cifras desorbitadas en el *faro*, magníficos e imponentes peinados, joyas y nuevos palacios. «Me preocupa la juventud de mi hija», escribió María Teresa, «su susceptibilidad a los halagos, su ociosidad y su desgana hacia las actividades serias», y pidió a unos

espías que la vigilaran en París. Esperaba que Antonieta velara por los intereses de Austria. Su canciller, el príncipe de Kaunitz, llamaba a Antonieta «mala pagadora» cuando no cumplía. Luis le advirtió: «La ambición de tus familiares lo estropeará todo». Asimismo, decía en tono jactancioso: «No tengo intención de permitir que las mujeres [por ejemplo, su esposa Habsburgo] ejerzan influencia alguna». Se refería a la política exterior. En la corte, Antonieta primero buscó venganza con los cortesanos que la habían humillado como delfina. Al ascender a su mejor amiga, Yolande de Polignac, y su familia, Antonieta intentó socavar a la alta nobleza trayendo a su camarilla, un comportamiento que enojó a los grandes.

Al principio del reino de su suegro, Antonieta se vanagloriaba de haber conseguido la destitución de un ministro. «Le pedí al rey que lo echara», le dijo a una amiga íntima, y calificó a Luis de «pobre hombre», lo cual indignó a su madre. «¿Dónde está el corazón bueno y generoso de la archiduquesa Antonieta?», le preguntó. «Yo solo veo intrigas, rencor vulgar, afición por las mofas y persecuciones.» Y añadió: «Me he pasado el invierno temblando al pensar en tu éxito, demasiado fácil, y en los aduladores que te rodean mientras tú te has dado a una vida de placer y ostentación».

Fue desafortunado que la pareja se enfrentara a los desafíos de una monarquía al borde de la bancarrota. Francia nunca había sido tan absoluta como afirmaba Luis XIV, siempre debilitada por los derechos medievales de los Parlamentos y por un chirriante sistema tributario que no cobraba impuestos a la aristocracia. Incluso cuando una crisis amenazaba al régimen, los cortesanos agarraban avariciosamente todos los francos que podían. Gobernada por facciones salvajes y una rígida formalidad, incluso un Mazarino habría tenido dificultades para sortear los problemas a los que se enfrentaba el cerrajero real.

«Tu suerte puede cambiar con suma facilidad», advirtió María Teresa a Antonieta. «Algún día reconocerás esta verdad, y entonces será demasiado tarde. Espero no estar viva cuando el infortunio se apodere de ti.»

Antonieta se sintió humillada: «Quiero a la emperatriz, pero le tengo miedo». Mientras se inquietaba por Antonieta, María Teresa tenía que ocuparse de una vivaz y ambiciosa advenediza en el este: Catalina la Grande. Es irónico que en una época tan machista hubiera más mujeres gobernantes que en el siglo XXI.

En 1762, el zar Pedro III, que había salvado a Federico, pagó la locura con su vida cuando su sufrida mujer Catalina, de origen alemán, organizó un golpe de Estado con la ayuda de su amante y sus amigos de la Guardia. Pedro fue arrestado y estrangulado por el amante de Catalina, un regicida que horrorizaba a María Teresa, que también quedó consternada por la falta de inhibiciones sexuales de Catalina: ofrecía a sus amantes cargos oficiales en la corte, igual que un rey con sus amantes. Y lo que era aún peor, Catalina resultó ser políticamente brillante y expandió con destreza el poder ruso. Era una entusiasta de la Ilustración, e incluso elaboró un plan de reforma y creó una comisión para debatir la abolición de la servidumbre.

«Una mujer siempre es una mujer», le dijo Federico a su hermano Enrique, «y en un gobierno femenino, el coño tiene más influencia que la razón». En realidad, la razón de Estado era crucial para Catalina. Con ojos azules y cabello rojizo, voluptuosa, radiantemente encantadora y políticamente voraz, Catalina era una maestra de la publicidad, se carteaba con Voltaire, que la apodó la Grande (como había hecho con Federico), y acogió a Diderot en San Petersburgo. Pero era demasiado inteligente para imponer sus ideas, así que decidió ampliar su imperio. Primero dominó Polonia, donde orquestó la elección como rey de un antiguo amante, Stanisław Poniatowski, y más tarde se enfrentó a los otomanos y los Giray en el sur, donde consiguió nuevos territorios.

En 1772, Catalina convenció a Federico de llevar a cabo una partición de Polonia-Lituania, y juntos le ofrecieron un pedazo a María Teresa. Esta odiaba cualquier confabulación con el monstruoso Federico y la lasciva Catalina, pero no pudo resistirse. «Una debe saber cuándo sacrificarse», dijo con resignación. Después de que José viajara para conocer a Federico («Ese hombre es un genio», dijo), María Teresa se unió a la partición que

destruiría el reino polaco. «Catalina y yo somos simples bandoleros, pero no entiendo cómo logró la reina-emperatriz engañar a su confesor», decía Federico en tono burlón. «Lloraba mientras cogía; cuanto más lloraba, más cogía.»

Aquello era solo el principio para Catalina, pero, ante la posibilidad de una larga guerra otomana y una peligrosa revuelta campesina, ascendió a un visionario irreprimible, ostentoso y exuberante, su amante Gregorio Potemkin, que se convirtió en su marido secreto y socio político, el ministro más importante de la dinastía Románov. «Esto es lo que ocurre», reflexionaba Federico, «cuando gobiernan la polla y el coño.»[6]

El inusualmente honesto Jorge III, felizmente casado con una princesa alemana, tenía una perspectiva muy diferente. En 1770 eligió a un amigo de la infancia, afable, competente y no contaminado por las facciones, para que liderara el gobierno, y demostró ser el mejor gestor parlamentario desde Walpole, aunque no conocía tanto América. Lord North, de treinta y ocho años, era tan modesto que se negaba a hacerse llamar primer ministro. Pero no podía eludir la realidad de que el gobierno parlamentario británico era inadecuado para librar guerras en lugares lejanos. Federico el Grande, maestro del mando unido, afirmaba: «El rey de Inglaterra cambia tanto de ministros como de camisa».

A la sazón, los británicos dominaban un gran imperio desde Canadá hasta Bengala, en el este de la India. Durrani, sha del imperio afgano, instaló en Delhi a Alam II, una marioneta de los mogoles, y escribió al conquistador británico lord Clive para ordenarle que reconociera a su pequeño emperador. En 1765, Clive volvió como primer gobernador general de Bengala. Clive había dejado al general Hector Munro al mando mientras Alam y una coalición antibritánica desafiaban el poder de la EIC en Bengala. En octubre de 1764, Munro aplastó un motín de cipayos. Desde el principio, los británicos habían adoptado un castigo mogol consistente en disparar a rebeldes utilizando un cañón. «La parte superior de la espalda se apoya en la boca del cañón», observaba un horrorizado oficial. «Cuando se dispara el cañón, la cabeza se eleva doce metros, los brazos vuelan a izquierda y derecha y las

piernas caen al suelo ... El cuerpo salta literalmente por los aires.» Munro ejecutó a veinte rebeldes de esa manera. Luego derrotó al ejército mogol, mató a 2.000 oponentes y sufrió 289 bajas.

Cuando regresó Clive, aceptó apoyar al impotente emperador a cambio de Bengala. El 12 de agosto de 1765 recibió un *firman* de Alam que entregaba Bengala a la EIC y concedía algunos poderes a la región Carnática y el Decán. La transacción, que supuso el inicio de la hegemonía británica en el este de la India, contrastaba con lo que estaba haciendo Durrani en Punyab, más al oeste.[7]

Los gusanos de Durrani: imperio en la India

«Destruyamos a esa gente», ordenó Durrani, «y esclavicemos a sus mujeres e hijos.» Los afganos mataron desenfrenadamente a sijs y no sijs antes de que Durrani partiera hacia el oeste para recibir el tributo del emir de Bujará, cuyo imperio se extendía hasta el actual Uzbekistán. Pero, a sus cincuenta años, Durrani estaba enfermo, ya que el fragmento de Amritsar le había infectado la cara. En verano de 1772, los gusanos le infestaron la nariz y la nasofaringe, y le caían en la boca hasta que no podía hablar ni comer. El epitafio de su tumba octogonal en Kandahar dice que «el león yace con el cordero», tan grande era la paz que había logrado su grandeza. Sin embargo, apenas promulgó la paz: era un conquistador feroz y peripatético que escribía poesía y cometió atrocidades en Punyab, pero también fundó las ciudades modernas de Kabul y Kandahar y creó un nuevo país, donde todavía es conocido como *Baba-i-Afghan*, el padre de los afganos. Aunque perdió Punyab ante un reino sij independiente, su hijo Timur mantuvo unido el imperio de Durrani, pero, setenta años después, el nieto de este contribuiría al primer fiasco británico en Afganistán.

En Londres, lord North se enfrentaba a una crisis en Bengala, donde la EIC estaba en bancarrota debido a unos gastos militares desproporcionados mientras los bengalíes pasaban hambre por los impuestos de la compañía. Clive y sus nababs ya eran conocidos por su fortuna. Se propuso elegir a Clive líder de las tropas

británicas en América, pero todas las facciones se sentían incómodas con sus métodos y su riqueza. En 1772 fue atacado por enemigos políticos en el Parlamento debido a su voracidad. «Un gran príncipe dependía de mi placer; tenía una ciudad opulenta a mi merced ... Paseaba por bóvedas que solo se abrían para mí y estaban llenas de oro y joyas», repuso. «Señor presidente, me asombra mi propia moderación.» Nadie más estaba asombrado. Pero cuando el nabab fue exonerado por una votación parlamentaria, Jorge le dijo a North que, aunque nadie aprobaba más sus servicios que él, le sorprendía que los parlamentarios aprobaran «el saqueo de lord Clive».[8]

En 1773, North se hizo con el control de la EIC y eligió a un gobernador general y un consejo: el dominio de la compañía armada en Bengala había durado menos de diez años. Pero también se enfrentaba a una crisis en América, sus otras colonias, y su solución vinculó a ambas. Para ayudar a la EIC, abolió los impuestos al té indio exportado a América, donde los colonos no querían perjudicar a sus comerciantes. En noviembre de ese año, unos americanos —que llevaban la cara pintada de negro y pelucas con cresta— asaltaron los barcos cargados de té en el puerto de Boston. North se excedió al aprobar la denominada Ley Coercitiva y enviar soldados.

En una cima de la Virginia rústica, Jefferson trasladó a Martha, su mujer, a la casa Honeymoon, un ala pequeña pero acabada de Monticello. Tres años antes, justo después de su elección a la Cámara de Ciudadanos, Thomas Jefferson había visitado a Martha Wayles Skelton, una viuda de veintitrés años. En enero de 1772 se casaron y, cuando el padre de ella falleció al año siguiente, heredaron 4.500 hectáreas cargadas de deudas y 135 esclavos, que incluían a Betty Hemings y los seis hijos que tuvo con Wayles. La más pequeña era una recién nacida llamada Sally, que tendría un papel especial en la vida de Jefferson.

RADICALES: JEFFERSON Y LOS HEMINGS; LA REINA INGLESA DE DINAMARCA Y LA CAÍDA DEL DOCTOR

Jefferson ya estaba obsesionado con dos misiones difíciles: construir Monticello, su nueva mansión, en lo alto de una colina, y «una ciudad sobre una montaña», su visión de la Ilustración en América. «Mi afición es la arquitectura», decía, «y levantar y derribar uno de mis entretenimientos favoritos.» Monticello sería una obsesión toda su vida. Unos esclavos allanaron la montaña y la casa fue construida por mano de obra esclava (propia y contratada) y libre, blanca y negra, a lo largo de varios años. La diseñó él mismo, la llenó de adornos e hizo construir su estudio alrededor del dormitorio. Sus ideas sobre la libertad chocaban con la realidad de un estilo de vida basado en la esclavitud: como abogado, representaba a hijos de esclavos que buscaban la libertad y proponía a sus dueños que los liberaran, pero él no lo hizo con los suyos y no creía que los negros y los blancos pudieran vivir juntos. Por liberal que fuera el esclavista, la institución solo funcionaba porque se basaba en la violencia. Permitía a los vigilantes que golpearan a sus esclavos, pero era bastante menos estricto que, por ejemplo, su contemporáneo, el célebre coronel Washington. Una cosa es hablar de ilustración y otra practicarla.

Los esclavos domésticos que vivían cerca de la mansión del dueño eran en cierto sentido privilegiados frente a los que trabajaban en las plantaciones, pero tenían más posibilidades de ser violados por los propietarios. Los Hemings recibían un trato diferente. Eran tres cuartas partes blancos y hermanastros de la señora Jefferson.

Puesto que Martha tenía dos hijas con Jefferson, los Hemings desempeñaban el papel tradicional de esclavos domésticos, ayudándola a criar a sus hijos, que crecieron con sus primos esclavizados. La más pequeña, Sally Hemings, se criaba en Monticello mientras Jefferson escribía *Resumen de los derechos de la América británica*. «Los reyes son los sirvientes», decía, «no los propietarios del pueblo … No permitamos que el nombre de Jorge III sea una mancha en la página de la historia.» En ese tratado planteaba una definición de los derechos del hombre y proponía la abolición de la esclavitud. Pero todavía no.

No todo el mundo era tan comedido en sus reformas como

Catalina, Federico y Jefferson, esos pilares de la Ilustración. Casi simultáneamente, en Dinamarca, un escandaloso trío formado por un médico radical, su amante, la reina, y su marido, el rey, lanzaron la reforma más ilustrada del planeta.

El experimento había comenzado en noviembre de 1766, cuando Jorge III envió a Carolina Matilde, su hermana de quince años, a casarse con su primo hermano, Cristián VII, rey de Dinamarca, Noruega e Islandia. El novio, un chico de diecisiete años desgarbado, bobo e inestable que además se masturbaba en público, se autolesionaba y frecuentaba los burdeles de Copenhague, trataba a su esposa con frialdad. La aislada reina adolescente, modesta, apasionada e inteligente, estaba desesperada. La desconcertaban y asustaban las excentricidades sexuales de Cristián, pero cautivó a los daneses: «Su aspecto le permitía eludir las críticas de las mujeres y aun así atraer al ojo masculino».

Cuando dio a luz a su hijo Federico, su marido no mostró ningún interés. A veces se mostraba inquieto, e incluso enervado. Sus veteranos ministros preguntaron por un tratamiento y les recomendaron a un joven médico alemán, Johann Friedrich Struensee, de treinta y un años, atractivo, sofisticado y erudito hijo de un ministro pietista. Struensee había conocido a los *philosophes* en París y adoptado las ideas de Jean-Jacques Rousseau, su pensador más radical. Rousseau acababa de publicar *El contrato social*, en el que argumentaba que el hombre nacía puro y era corrompido por la sociedad, y *Emilio*, o *De la educación*, en el que declaraba: «Todo es bueno cuando sale de las manos del Autor de las cosas; todo degenera cuando cae en manos de los hombres». Así pues, proponía que los niños fueran «desnaturalizados» para prepararlos para la ciudadanía. Struensee, que también escribió tratados inspirándose en Rousseau, entró en la alterada corte como un soplo de aire fresco y tranquilizó tanto al rey como a la reina. Cristián y la reina llegarían a confiar plenamente en él, sobre todo después de la inoculación de su hijo. Struensee reconcilió a los adolescentes, animó al rey a volver al lecho de la reina y supervisó la educación del príncipe Federico conforme a las normas de

Rousseau.

Carolina, que solo tenía diecinueve años, se enamoró de Struensee e iniciaron un alocado romance delante de las narices del rey. En septiembre de 1770, infectado por la visión y autoridad del doctor, Cristián destituyó al canciller y ascendió a Struensee a conde y ministro del gabinete privado con poder para firmar órdenes reales: dictador ilustrado. Cuando la reina madre se encaró a Carolina, esta repuso: «Rezad, señora. Dejadme que gobierne mi reino como me plazca». Su suegra sobornó a los sirvientes para que documentaran el adulterio de Carolina con Struensee y esparcieron harina en el suelo delante de su dormitorio para que quedaran marcadas las huellas de hombre. También encontraron sus ligas en la cama de Struensee.

En julio de 1771, la reina dio a luz a su hija Luisa Augusta, que se parecía a Struensee. El rey se mostró desconfiado e inquieto. Entre tanto, el conde-doctor firmó más de mil decretos que abolían las torturas, los privilegios de la nobleza, la censura y el comercio de esclavos.[9]Creó hospitales para niños huérfanos financiados con un impuesto al juego y amplió los derechos de propiedad de los campesinos. Dinamarca se había convertido en el reino más progresista de Europa.

El 16 de enero de 1772, Struensee bailó con su amante, la reina, bajo la atenta mirada de su marido durante un baile de máscaras celebrado en el Teatro de la Corte del palacio Christiansborg, en Copenhague. Al amanecer del día siguiente fue arrestado por la guardia real en un golpe organizado por una camarilla que contaba con el respaldo de la reina madre. Mientras la reina era interrogada en el castillo de Kronborg, Struensee negó que hubieran mantenido relaciones sexuales, convencido de que el rey lo apoyaría y la reina lo defendería. Pero los dos amantes fueron engañados para que confesaran la relación, ella con la esperanza de cargar con la culpa y él a cambio del indulto si contaba la verdad. Ella se retractó de su confesión, pero era demasiado tarde. Condenado a que le amputaran la mano derecha —firmante de decretos traicioneros— y luego a perder la cabeza, Struensee estaba seguro de que le perdonarían la vida, hasta que

vio cómo decapitaban a su principal colaborador delante de él. «Me habría gustado salvarlos a los dos», dijo el rey, pero no lo hizo. Después de tres intentos frustrados, Struensee fue decapitado con un hacha —actualmente exhibida en Copenhague— y luego descuartizado. Sus decretos fueron abolidos y se restableció la esclavitud de la Compañía Danesa de las Indias Orientales.

Aunque le avergonzaba el «comportamiento delictivo» de su hermana, Jorge III advirtió a los daneses que no la castigaran y envió a la Armada Real como amenaza para Copenhague.[10]Pero ahora el rey se enfrentaba a la revolución en América.

Jorge y North podrían haber buscado otras soluciones a la crisis. Jorge podría haberse declarado rey de América (su padre se había planteado llevar a su hermano pequeño a las colonias como duque de Virginia) y anunciar que estaba protegiendo los derechos americanos como estaba haciendo ahora con sus súbditos canadienses. Podría haberles ganado la partida a los americanos ofreciéndoles escaños en el Parlamento (como había sucedido con la unión escocesa e irlandesa). Pero North decidió aplicar mano dura,[11]cosa que llevó a los patriotas americanos a celebrar su primer Congreso Continental en Filadelfia, al cual asistió Washington. Los delegados fundaron la Asociación Continental, que unió a las colonias en una sola organización. Mientras Jefferson observaba desde Monticello, el idealista y taciturno Washington decidió consagrar su «vida y fortuna a la causa» y tomó las riendas de la milicia de Virginia.

Jorge y North creían que los colonos eran incapaces de coordinarse políticamente y se echarían atrás. «La suerte está echada», le escribió Jorge a North. «Las colonias deben someterse o triunfar ... No debemos retirarnos.»

En abril de 1775, en Lexington, los casacas rojas británicos fueron desafiados por un grupo de colonos, una escalada que desembocó en un segundo congreso en el que Washington fue elegido comandante en jefe, en gran medida por su «gran estatura», señalaba John Adams con malicia, y por su «don para el silencio». Jefferson y el colono más famoso, Benjamin Franklin, que a sus sesenta y nueve años era una figura polifacética de la Ilustración,

brindaron por Washington, pero hasta el momento, el general era el único soldado del Ejército Continental. Jefferson fue elegido para un Comité de Cinco a fin de redactar la Declaración de Independencia, aprobada en julio de 1776. «Todos los hombres han sido creados iguales», afirmaba, «con ciertos derechos inalienables», entre ellos «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», aunque no para todo el mundo. Las aspiraciones de los fundadores de Estados Unidos —todos ellos varones escribiendo sobre la igualdad de los «hombres»— establecía elevados principios morales para la democracia, pero ellos no los cumplían. Jefferson quería abolir el comercio de esclavos, pero otros esclavistas se resistían, así que cedieron y aceptaron estudiarlo de nuevo al cabo de veinte años. En Londres, Samuel Johnson se mofaba del disparate americano: «¿Cómo es que oímos las mayores reivindicaciones de libertad entre los vendedores de negros?».

Washington viajó rápidamente a Nueva Inglaterra y expulsó a los británicos de Boston, pero luego tuvo que defender Nueva York con su pequeño ejército de ocho mil soldados, que no tardó en rendirse ante la ofensiva británica. Durante la retirada, Washington perdió la compostura, algo poco habitual en él, y gritó: «¿Estos son los hombres con los que tengo que defender América?». Pero lo eran y lo hizo, y se retiró a Nueva Jersey mientras los británicos conquistaban Filadelfia.

North creía que la victoria estaba asegurada y contrató a 18.000 mercenarios hesianos, una medida tradicional, ya que los ejércitos británicos eran pequeños. Catalina la Grande y Potemkin, que acababan de aplastar una enorme rebelión de sirvientes en el Volga, ofrecieron a Jorge un ejército ruso para destruir a los americanos, una posibilidad interesante. Si Jorge y North realmente eran «tiranos», como alegaban los patriotas, habrían lanzado una guerra total con grandes contingentes, como la de Catalina contra sus rebeldes, o habrían tomado represalias con la brutalidad que había empleado el tío del rey, el duque de Cumberland, contra los rebeldes escoceses en 1745. Por el contrario, esperaban ganarse a los americanos, nunca enviaron tropas suficientes, subestimaron la determinación, las habilidades y

las cifras de los rebeldes y exageraron el sentimiento de fidelidad al régimen. North apenas interfería en los asuntos de su secretario colonial, lord George Germain, que dividió a las fuerzas británicas en tres, a las órdenes de comandantes rivales que finalmente permitieron que los americanos los derrotaran uno a uno. Ya era bastante difícil dirigir una guerra a cinco semanas de distancia. North, deprimido, suplicó dimitir, pero Jorge, que en secreto había sufragado sus enormes deudas, lo obligó a continuar. En mayo de 1778, un cadáverico Pitt (Chatham) entró renqueante en la Cámara de los Lores con la ayuda de su hijo para defender la conciliación americana, pero se desplomó. Murió en brazos de William, su hijo de dieciocho años, que sería el mejor primer ministro del siglo.

Luis XVI observó el fiasco americano de Gran Bretaña con satisfacción, aunque era incapaz de decidir si participaba o no. Pero tenía problemas más acuciantes: grandes deudas en su reino y unos fracasos sexuales en su dormitorio que eran la comidilla en Europa.

Antonieta y Luis: terapia sexual imperial en Versalles

En noviembre de 1776, Antonieta, infeliz y desconcertada, apeló a su hermano, el emperador José, un terapeuta de lo más inverosímil cuyo último matrimonio y relaciones personales eran desastrosos. En junio de 1777, José visitó a su hermana en París, donde investigó la asombrosa situación de la corte más desenfrenada de Europa: nadie les había explicado al rey y la reina cómo hacer el amor. Pero el emperador quizá era el único hombre en el que podía confiar el rey de Francia. José llevó al monarca —«bastante débil, pero no imbécil»— a dar un paseo. «¡Imagínate! En su lecho conyugal tiene una erección totalmente satisfactoria … introduce el miembro, se queda ahí dos minutos sin moverse, lo retira sin descargar pero todavía erecto y da las buenas noches.» José le escribió a su hermano Leopoldo: «¡Ah! Si hubiera estado presente una vez, lo habría solucionado. Necesita que lo azoten para hacerlo descargar con pasión como los burros. Además, mi hermana es

bastante tranquila y juntos son dos incompetentes».

De algún modo, José lo solventó y salvó así la alianza y el matrimonio. Mientras Luis le hacía el amor a Antonieta, pensaba en María Teresa: «Mi querida madre ... han pasado más de ocho días desde que se consumara perfectamente el matrimonio; se ha repetido la prueba y ayer de manera aún más completa. Al principio pensé en enviar a mi querida mamá un mensajero».

El primer parto —una niña— fue una pesadilla: tras oír las palabras «la reina está a punto de dar a luz», los cortesanos llenaron la calurosa habitación. Ella sufrió una hemorragia y perdió el conocimiento mientras Luis intentaba abrir la ventana. Cuando más tarde no le hacía el amor, María Antonieta supuso que tenía una amante: «Mi norma es que la mujer debe soportar con paciencia los deslices de su marido. No tiene sentido quejarse». Sin embargo, su matrimonio había mejorado mucho: Luis le dijo que la quería y que nunca tendría una amante. Pronto llegaron dos hijos más. José explicaba con orgullo: «Ambos [el rey y la reina] me han escrito para darme las gracias». El káiser adoraba a su hermana, y pensaba que él mismo sería feliz casándose con ella, pero le preocupaba, porque «el remolino de disipación que la rodea le impide ver y pensar en otra cosa que revolotear de un placer a otro». José predijo: «La revolución será cruel».

La revolución estadounidense también había cobrado tintes de crueldad y tenía un trasfondo racial. El gobernador británico de Virginia, el conde de Dunmore, apeló inmediatamente a los afroamericanos esclavizados: «todos los sirvientes, negros y otros» debían ser liberados si podían y querían utilizar armas para unirse a «las tropas de Su Majestad». Trecientos libertos del Regimiento Etíope de Dunmore lucharon bajo la bandera «Libertad para los esclavos», mientras una brigada negra liderada por un comandante despiadado, Titus Cornelius, conocido como coronel Tye, hostigaba a las fuerzas estadounidenses. Cinco mil esclavos escaparon con los británicos. Los iroqueses y otros nativos planeaban respaldar a los británicos contra los colonos.

Washington intentó mantener el ejército unido en Valley Forge mientras intimidaba a los líderes iroqueses y entrenaba a sus

tropas, «extremadamente sucias y desagradables», cuya ingenuidad achacaba a «una estupidez inexplicable en las clases más bajas de esa gente». Tenía la esperanza de que una guerra prolongada con unas líneas de suministro tensionadas minara la determinación británica.

Los ideales de la revolución estadounidense marcaron una nueva época, la fructificación de la guerra civil inglesa y la Ilustración.

Pero, sin un punto de inflexión, parecía improbable que los americanos ganasen.

Dispara tu flecha: Kamehameha y Cook

En Valley Forge, a Washington se le unió el joven aristócrata francés Gilbert du Motier, marqués de Lafayette, que había fletado un barco con su dinero y, en junio de 1777, a sus diecinueve años, había llegado a Estados Unidos para luchar por la libertad. Los estadounidenses pronto comprendieron la influencia potencial de Lafayette en París y lo ascendieron a general de división. Washington se ofreció a ser su «amigo y padre». Sus escaramuzas con los británicos, relatadas con entusiasmo en las cartas que enviaba a casa, fueron seguidas con interés por Luis y Antonieta.

Muchos gobernantes han soñado con la panacea definitiva: una guerra corta y victoriosa. Luis XVI no era una excepción. Sabía que no podía permitirse un conflicto, pero su ministro de Economía, el banquero suizo Jacques Necker,[12]le dijo que si ganaba la guerra en un año, podría financiarla con préstamos sin impuestos más elevados. Lafayette regresó para posicionarse al lado de Estados Unidos y, después de que una victoria en Saratoga demostrara que los estadounidenses podían imponerse a las tropas británicas y hesianas, Luis aceptó intervenir, respaldado por sus primos españoles. Una guerra breve y exitosa restablecería la fortuna monárquica. El 6 de febrero de 1778, Benjamin Franklin, el octogenario enviado estadounidense, negoció la alianza. Antonieta apoyó la guerra, y su primer amante intervendría en la revolución

estadounidense.

Poco después de su llegada a París, Antonieta había conocido a ese amigo especial en un baile de máscaras, un acontecimiento muy típico del siglo XVIII que permitía que los monarcas conocieran de incógnito a gente enmascarada y que todo el mundo entrara en contacto con nuevos amantes. Antonieta conoció a Axel von Fersen, un conde suizo de su misma edad que habló con ella sin saber quién era. En 1778, Fersen volvió a París. «Este es un viejo conocido», dijo ella, y un caballerizo se percató de que «le temblaba la mano con visible emoción».

Después de su decepcionante matrimonio, se enamoró. Fersen consideraba a la reina, que estaba muy embarazada, «la princesa más hermosa y afable». Pidiéndole que luciera su elegante uniforme suizo, lo recibió en Petit Trianon, su villa informal en la finca Versalles, donde «la reina no podía apartar la mirada de él ... con los ojos llenos de lágrimas». Fue el inicio de un afectuoso romance que duraría toda su vida, pero todavía no eran amantes físicos. «Te amo y te amaré siempre con locura», escribió Fersen más tarde, y ella lo llamaba «el hombre más amado y amante» y afirmaba: «Mi corazón es solo tuyo».

En Estados Unidos, Washington estaba sosegándose para pasar otro invierno de ansiedad en Middlebrook, Nueva Jersey. No obstante, mientras el mundo atlántico se concentraba en la rebelión, un potentado polinesio, cuya isla formaría otra parte de Estados Unidos, estaba conociendo a su primer europeo.

El 26 de enero de 1779, en la bahía de Kealakekua, Kaleiopuu, el *alii-nui* (rey) de la isla hawaiana, una de las últimas tierras desconocidas para los europeos, visitó al capitán de un barco británico acompañado de su hijo Kiwalao. Entre su séquito de jóvenes nobles estaba el tercer hombre del reino, su sobrino Kamehameha, un robusto gigante de dos metros diez con cejas pobladas, unos ojos penetrantes, párpados gruesos y un aire de poder amenazador que pronto uniría las islas hawaianas.

El viejo *alii-nui*, marchito a causa de su adicción al narcótico *awa* pero un amante entusiasta de sus jóvenes novios, llevaba una hermosa túnica *ahuala* escarlata, negra y amarilla hecha con

cuatrocientas mil plumas de ochenta mil pájaros y un casco *mahiole* con penacho. Aunque los atuendos eran impresionantes, los líderes hawaianos se habían visto debilitados por la ferocidad de sus batallas políticas.

Hacia 1735, Alapai el Grande, un ambicioso príncipe del clan gobernante, había derrocado y matado a varios rivales, los había sacrificado para adueñarse de su *mola*, o poder espiritual, y había unificado diversas islas bajo un único reino, que lideró durante veinte años.

Cuando su sobrina, la aristócrata Kekuiapoiwa, quedó embarazada, pidió un ojo de tiburón, señal de que el bebé sería un rey asesino, tras lo cual, Alapai ordenó su ejecución. Sin saber qué hacer, la madre del niño lo depósito sobre *Naha*, la piedra sagrada: si lloraba, sería asesinado, pero no lo hizo. El rey guerrero envió a sus asesinos, pero Kekuiapoiwa escondió al bebé. Finalmente, Alapai, seguro de su poder, revocó la condena a muerte y pidió que llevaran al bebé Kamehameha a la corte. Tras la muerte de Alapai hacia 1754, ocupó el poder su pariente Kaleiopuu.

Al subir a la nave europea con su rey, Kamehameha observó la flota y el cañón junto a James Cook, el cacique que combinaba las actividades científicas de un inglés de la Ilustración con la misión imperial de un conquistador británico.

Cook había sido un niño triste que trabajaba en la granja de su padre en Yorkshire y en una tienda de alimentación hasta que se alistó en la Armada Real y se distinguió como timonel justo a tiempo para guiar al general Wolfe por el río Saint Lawrence y conquistar Quebec. En agosto de 1768, Cook, que tenía treinta y nueve años y era tímido, impaciente, listo, alto, atractivo, autodidacta y decidido, había sido elegido por la Real Sociedad para capitanear el HMS *Endeavour*, observar el tránsito de Venus por delante del Sol en Tahití y llevar a un astrónomo y a un joven y rico botánico llamado Joseph Banks por Tierra del Fuego hasta el Pacífico. En Tahití conoció al navegante polinesio y sacerdote Tupaia, un arrogante refugiado de Raiatea, que le enseñó cómo surcaban los polinesios el océano, lo ayudó a trazar mapas de las islas y en 1770 lo acompañó en una travesía por el Pacífico para

desembarcar en Aotearoa —que los holandeses habían bautizado Nueva Zelanda—, donde encontraron al pueblo maorí.

En un viaje a Australia, Cook llegó a lo que llamaban bahía de Stingray, en la costa este, y la rebautizó bahía de Botany en honor a Banks, que recogió treinta mil muestras en el viaje y vio a un animal extraordinario —un canguro—, el primer indicio de que ese continente llevaba muchos milenios aislado. Al reclamar el este de Australia —Nueva Gales del Sur— para Gran Bretaña, Cook se encontró con aborígenes gweagal en la zona de la bahía de Botany, navegando «tan cerca de la costa que se distinguía a varias personas en la playa; parecían muy oscuros o negros». Lamentablemente, los gweagal se resistieron al desembarco de Cook y arrojaron lanzas hasta que recibieron disparos y un hombre resultó herido. No deseaban comunicarse. Tupaia murió en Batavia durante el viaje de Cook hacia casa.

Al regresar a Londres, Cook y Banks se hicieron famosos alardeando de sus hazañas, de sus 1.400 plantas nuevas, que incluían eucaliptos y acacias, y de su pasajero tahitiano, Omai, que fue presentado a Jorge III y pintado por Joshua Reynolds. Pero Cook se aburría en casa. Pensando sin cesar, aseguraba que había viajado «más lejos que ningún otro hombre» antes que él, tan lejos como creía posible, lo cual era cierto en aquel momento.

En julio de 1776, el conde de Sandwich, mecenas de Cook y primer señor del Almirantazgo, encargó un viaje al HMS *Resolution* y el *Discovery* para que llevaran a Omai a casa, pero el verdadero propósito era encontrar un pasaje noroeste al Pacífico y derrotar a Francia.

Cook llevó a Omai a Tahití y más tarde «descubrió» Maui y Hawái, que bautizó como islas Sandwich. Los británicos ignoraban que era la temporada Makahiki, las festividades para celebrar la cosecha y alabar al dios Lono, una de las cuatro deidades principales, y un gran número de canoas llenas de hawaianos se acercaron a visitar a los europeos. Los hombres querían comerciar y les ofrecieron cerdos y fruta, y las chicas bailaban en la cubierta cantando una *hula*:

¿Dónde, oh, dónde
está el palo hueco, dónde está,
para fabricar una flecha para el halcón?
Ven y dispara …
Un pene, un pene para disfrutar:
no te quedes quieto, ven lentamente …
Dispara tu flecha.

Los británicos protestantes quedaron boquiabiertos ante su generosidad sexual. Cook, que nunca mantuvo relaciones con las chicas hawaianas (era fiel a su mujer, que estaba en casa con sus seis hijos), escribió que había permitido esos contactos «porque no podía evitarlos». Sin embargo, trató de evitar el contagio de enfermedades venéreas de sus hombres a los polinesios. Después de inspeccionarlos, solo dejó sueltos en las islas a los sanos. En aquel momento no se sabía que los hombres con enfermedades de transmisión sexual podían ser asintomáticos y aun así contagiar a otros, así que se desesperó al ver a mujeres hawaianas con úlceras de sífilis.

En el *Discovery*, el *alii-nui* Kaleiopuu se quitó la túnica y el casco y se los ofreció a los ingleses, que no sabían lo valiosos que eran. Pero ambas partes no tardaron en sentirse decepcionadas: los británicos mantuvieron relaciones sexuales con mujeres en lo que para los hawaianos era territorio sagrado, mientras que los marineros más recatados quedaron conmocionados al enterarse de que Kaleiopuu tenía a una serie de chicos adolescentes como *aikane* (amantes del mismo género) y le gustaba que eyacularan sobre él. Cuando William Bligh,[13]uno de los oficiales de Cook, ordenó a los hawaianos que realizaran algunas tareas e intentó pegarles si se negaban, Cook fue inteligente y se fue a explorar la costa de California.

Cuando volvió, sus hombres enfurecieron a los hawaianos al utilizar erróneamente ídolos robados como leña. Consciente del peligro, decidió emular a Cortés y secuestrar al rey Kaleiopuu a punta de pistola, pero sus planes se frustraron cuando su mujer, Kanekapolei, dio la voz de alarma. En medio del revuelo, Cook

disparó a un hawaiano y sus marineros mataron a varios más, hasta que un noble golpeó al capitán en la cabeza con un bastón de diente de tiburón. Después, los hawaianos apuñalaron a Cook y a cuatro marineros.

Mientras el rey se escondía, su sobrino, el príncipe Kamehameha, envió un cerdo al *Discovery* en señal de reconciliación. Después de que los británicos bombardearan una aldea, Kaleiopuu entregó el cráneo, la cabellera, los pies y las manos de Cook.[14]Los restos fueron arrojados al mar.

En 1782, Kaleiopuu falleció y lo sucedió su hijo Kiwalao, con Kamehameha como guardián del dios de la guerra: las ofrendas humanas a dicha divinidad eran un privilegio de los monarcas, pero el propio Kamehameha sacrificó a un noble rebelde. Cuando Kiwalao trató de impedírselo, Kamehameha lo capturó y sacrificó, y a continuación se nombró a sí mismo *alii-nui* de la isla principal. Para conquistar las otras islas necesitaba cañones y, poco después, dos estadounidenses cometieron el error mortal, aunque providencial, de facilitárselos. De igual modo, Washington necesitaba a la flota francesa si los patriotas querían vencer, Pero Luis se movía con una lentitud glacial.

La intervención: Antonieta y Fersen

En 1780, Luis envió a Estados Unidos un contingente liderado por el conde de Rochambeau y, para acabar con las habladurías y buscar aventuras, Fersen lo acompañó. Pero su intervención en Estados Unidos fue escasa y lenta. Luis también había enviado una armada franco-española de 65 barcos con 30.000 soldados para invadir Gran Bretaña, una empresa que fracasó por poco, gracias sobre todo al clima. Necker había solicitado cuantiosos préstamos para pagarlo. Lo que encarecía tanto los préstamos franceses era la opacidad de las finanzas monárquicas; las británicas eran mucho más transparentes, lo cual permitió al gobierno solicitar préstamos un 2 % más baratos que Francia. Necker elaboró un presupuesto falso que ocultaba una desesperada crisis económica ahora

exacerbada por la guerra, y más tarde dimitió de mala gana.

Hasta que habían transcurrido dos años de guerra, Luis no ordenó a toda su flota, capitaneada por el almirante de Grasse, que apoyara a los estadounidenses. En septiembre de 1780, Washington y Lafayette se reunieron con Rochambeau y Fersen para coordinarse. Mientras Charles Cornwallis, el general británico más duro, entraba en Virginia con sus nueve mil soldados, Washington y los franceses, ahora respaldados por la formidable flota de Grasse, salieron tras él.

A principios de 1781, Cornwallis envió varias unidades a buscar al gobernador Jefferson de Virginia. Este abandonó Richmond, la capital, que quedó a merced de las depredaciones británicas, y huyó a su plantación del oeste. 23 de sus esclavos escaparon —en palabras de Jefferson, «se unieron al enemigo»— y 14 de los siervos de Washington hicieron lo propio.

Jefferson no era un señor de la guerra. Su delicada esposa Martha dio a luz a seis hijos, pero solo dos niñas sobrevivieron a la infancia; en todos los partos, su salud se resintió.[15]Ahora, Jefferson la cuidaba con devoción.

De repente, la guerra se aceleró. Washington, Rochambeau y Grasse se encontraron en Virginia, donde Cornwallis fortificó su campamento en Yorktown.

En noviembre de 1780, mientras Antonieta esperaba noticias de Estados Unidos, su madre, María Teresa, de sesenta y tres años, yacía moribunda en Hofburg en brazos de José.

—¿Está incómoda Vuestra Majestad? —le preguntó José.

—Sí —respondió la reina-emperatriz—, pero en una posición lo bastante buena para morir.

Ahora, José podría ejercer de mecenas de sus queridos músicos Salieri y Mozart y reformar la monarquía con ideas que incluso Jefferson aprobaría. «Todos los hombres son iguales al nacer», declaró José.

MOZART, JOSÉ Y SUS CONTINUAS ERECCIONES

A sus cuarenta años, José, lejos de ser un Habsburgo de mandíbula prominente, era delgado, atractivo, informal, ingenioso y autocrítico, el más extraordinario de su familia: un visionario radical. «De nuestros padres no heredamos más que la vida animal, pues no existe la menor diferencia entre un rey, un conde, un burgués y un campesino.» Se embarcó en interminables viajes y exploraciones con un pequeño séquito, desechando cualquier ceremonia y disfrutando de su anonimato como el conde von Falkenstein, vestido con un sencillo abrigo militar y botas, y gozando de aventuras sexuales que, según protestaba, consistían en «elegir entre campesinas feas y mujeres de halconeros». Durante una visita a París fue elegido al azar para ejercer de padrino en un bautizo en el que el sacerdote le preguntó su nombre:

—José.

—¿Apellido?

—Segundo.

—¿Ocupación?

—Emperador.[16]

Según Jefferson, cuando se hablaba de la revolución estadounidense, José bromeaba: «Soy monárquico profesional». Pero también era obsesivo, carecía de tacto y tenía prisa. «Como príncipe tendrá erecciones continuas», pronosticó el príncipe de Ligne, su querido amigo, «y nunca estará satisfecho. Su reino será un priapismo permanente.» Convencido de que la reforma solo era posible desde arriba, José era un legislomaníaco infatigable y promulgó 6.206 leyes, en su mayoría admirables: la Toleranzpatent ofrecía tolerancia religiosa a protestantes y judíos, a la vez que imponía medidas para racionalizar lo que consideraba la superstición judía. El káiser era un gran reformador, pero también una persona autoritaria y militarista que creía que «todo existe para el Estado». Abolió la servidumbre y redujo la censura y la nobleza. No obstante, como emperador carecía de equilibrio y empatía.

En 1784 prohibió los funerales extravagantes para ahorrar espacio y ordenó que la gente fuera enterrada en sacos en fosas comunes. Asimismo, diseñó un ataúd reutilizable que se abría y

dejaba caer el cuerpo en la tumba. Los vieneses odiaban tanto dicha medida que José provocó revueltas funerarias. «Desconocía totalmente el arte de gobernar», escribió Casanova, que lo conoció, «porque también desconocía totalmente el corazón humano.» Pero, para los músicos, José fue una bendición: vivía por la música, tocaba el clavicordio y el chelo y adoraba la ópera cómica italiana.

En 1781, Mozart, que tenía veinticinco años y era el organista de la corte de Salzburgo, recibió órdenes de su señor, el príncipe-arzobispo, para que se reuniera con él en Viena, donde se celebraría el ascenso de José. Mozart no veía el momento de librarse del príncipe-arzobispo, quien, celoso de su subordinado, le gritaba. A Mozart, menudo, delgado, con ojos grandes y un nimbo de pelo rubio, lo indignaba la arrogancia del príncipe-arzobispo: «Me temblaba todo el cuerpo y me tambaleaba por las calles como un borracho». Una vez despedido, afortunadamente, decía: «Ahora mi principal objetivo es conocer al emperador ... Estoy decidido a que me conozca. Me alegraría mucho interpretar mi ópera para él y luego un par de fugas, porque es lo que le gusta». En diciembre, José había invitado a Mozart a tocar en un concurso de piano y estaba respaldando su carrera como instrumentista y compositor de conciertos y óperas, empezando por *El rapto en el serrallo*.

En una ciudad de la música que figuraba entre las preferidas de un emperador melómano, Mozart rebosaba ideas. «La música es la reina», escribió. Igual que en su día había escrito sobre sexo y defecaciones, ahora todo se centraba en la música, como su descripción de cómo compuso su ópera: «Ahora el aria de Bellmont [*sic*] en la menor. Qué ansioso, qué apasionado. ¿Sabéis cómo lo expresé, incluso el corazón amante y palpitante? Con dos violines en octavas». Mozart, cuyos instintos amorosos se habían visto limitados por su terror a las enfermedades venéreas desde que vio a un amigo de la infancia con sífilis, estaba viviendo con una familia de músicos, los Weber, de cuya hija Constanze, de diecinueve años, se enamoró. Se casaron felizmente y tuvieron seis hijos, de los cuales perdieron a la mitad. Mozart quedó destrozado cuando murió el primer niño: «Estamos los dos muy tristes por

nuestro pobre niñito gordo». Nunca dejó de coquetear, pero, como le escribía a un amigo suyo mujeriego: «¿No te parece que las aventuras caprichosas e inestables ni se acercan a la bendición del verdadero afecto?». Un día, al entrar en el Augarten y ver a Mozart y Constanze jugueteando, José se acercó y bromeó: «Vaya, vaya, lleváis tres semanas casados y ya andáis a puñetazos».

Fue en el estreno de la ópera donde José supuestamente dijo: «Demasiado hermosa para nuestros oídos [vieneses], mi querido Mozart, y una cantidad monstruosa de notas», pero el emperador admiraba y apoyaba al compositor. Estaba bromeando, como hacía a menudo, sobre el público zoquete de Viena, aunque antes había dicho que Mozart «solo tiene un defecto en sus piezas para el escenario, y sus cantantes se han quejado a menudo: los ensordece con su acompañamiento».

En el estreno de su concierto para piano en re menor, José agitó el sombrero y gritó: «¡Bravo, Mozart!». Era mutuo. «No hay mejor monarca en el mundo», dijo el compositor, «pero no pienso mendigar un puesto.» Su verdadera frustración era que José había elegido a Antonio Salieri, un compositor italiano seis años mayor que él, como compositor imperial, obstaculizando así su camino. Las óperas de Salieri eran más exitosas que las de Mozart. José los respaldaba a ambos; cuando murió Gluck, ascendió a Salieri a *Kapellmeister* y a Mozart a compositor imperial.

Pero el Habsburgo soñaba con las conquistas. José fue más hábil que el viejo Federico y negoció una nueva alianza con Catalina la Grande, con la que planeó atacar y repartirse el imperio otomano. Los Románov siempre habían aspirado a conquistar Constantinopla, que ellos llamaban Tsargrad, o Ciudad del César.[17]Dicho plan dependía de que Gran Bretaña y Francia estuvieran distraídas en América.

En lugar de desafiar a los rebeldes en Yorktown, Cornwallis estaba atrapado allí. Cuando la Armada Real intentó rescatarlo, los franceses la derrotaron en la bahía de Chesapeake. El 19 de octubre de 1781, Cornwallis se rindió ante Washington.[18]Fersen ayudó con las negociaciones mientras disfrutaba de las americanas. «Las mujeres son hermosas, amigables y disponibles», escribió. «Es

todo cuanto necesito.» Luis y Antonieta tenían mucho que celebrar. Tres días después, en Versalles, ella dio a luz a un delfín, el heredero del trono. Esta vez solo permitieron que asistieran diez personas al parto, y Antonieta temía que fuera otra hija hasta que el rey anunció: «*¡Monsieur le Dauphin* pide permiso para entrar!».

Sin informar a sus aliados franceses, Ben Franklin empezó a negociar la independencia estadounidense.[19]Los lealistas escaparon a Canadá o Gran Bretaña, y los esclavos huidos que habían luchado para los británicos estaban en peligro. Entrando en Nueva York, Washington ordenó que sus fugitivos fueran capturados de nuevo: «Es probable que algunos de mis esclavos estén en Nueva York ... Les agradeceré mucho que los retengan para que pueda recuperarlos». Atraparon a 17. No se sabe cuántos esclavos de Jefferson fueron capturados. En el último momento, en unas escenas que no distaban mucho de Saigón en 1975 y Kabul en 2021, los lealistas se hacinaron en barcos británicos para escapar. Pero, a diferencia de las traiciones de Kabul en 2021, los británicos, a pesar de la petición de Washington para recuperar a los esclavos, se negaron a incumplir la promesa de rescatarlos a todos: 75.000 lealistas, incluyendo a muchos esclavos, fueron evacuados de Nueva York, Savannah y Charleston.

«¡Dios mío!», exclamó lord North. «¡Se acabó!» Jorge III quería seguir luchando, pero North estaba arruinado.

Mofándose de quienes le pedían que se arrogara el poder o se convirtiera en rey de Estados Unidos, Washington dimitió y se retiró a Mount Vernon. «Si hace eso», dijo Jorge, que se había pasado todo su reinado buscando a un político honesto, «será el hombre más importante del mundo.»

Agitado por la debacle, Jorge buscó nuevos líderes que no estuvieran contaminados por la pérdida de Estados Unidos y recurrió a William Pitt, un joven inusual y segundo hijo del vencedor de la guerra de los Siete Años. Después de Cambridge, donde su amigo William Wilberforce recordaba que «nadie echó mano más libre o alegremente del sarcasmo», Pitt llegó sin esfuerzo al Parlamento. Según él, a Estados Unidos debía concedérsele la libertad, y en 1782, a sus veintitrés años, fue elegido secretario de

Economía en el efímero gobierno que negoció la independencia de Estados Unidos. La pérdida del país minó decisivamente el poder monárquico, cosa que obligó a Jorge a aceptar una alianza impía entre North y el radical sibarita Charles James Fox. Fue una de las primeras veces que un rey británico se veía forzado por los votos parlamentarios y la opinión pública a aceptar a un ministro en contra de su voluntad. Pero no tardó en destituirlos.

Desesperado por romper el patrón de corrupción gubernamental, Jorge ofreció tres veces a Pitt el cargo de primer ministro, y finalmente aceptó en la Navidad de 1783: los cínicos creían que Pitt y su inestable ministerio apenas sobrevivirían a la Navidad. Pero Bill el Honrado, o Guillermo el Grande —puntilloso, elocuente e incorruptible, pero también bebedor (su incompetente médico le recetó alcohol para los nervios, igual que había ocurrido con su padre) y asexual (probablemente murió virgen)—, era un orador sublime y un gestor eficiente que exigió al rey que controlara a sus ministros. Jorge estuvo de acuerdo, lo que marcó el inicio del que sería el gobierno del gabinete bajo el liderazgo de un poderoso primer ministro.

Estados Unidos ya no estaba, pero declarar la muerte del imperio británico era una exageración. Políticamente divididos, los angloestados transatlánticos siguieron interconectados por la cultura, el lenguaje, el comercio y la migración.[20]Pitt estaba a punto de elegir a un nuevo señor de la guerra en la India, que fundaría un raj británico allí. Pero en la isla de la metrópoli, tres emprendedores extraordinarios estaban impulsando los cambios que convertirían a Europa en una potencia global y remodelarían la configuración de la familia.

Acto decimotercero
990 millones

Arkwright y Krupp, Habsburgo, Borbones y Sanson

El Titán Loco por el Hierro, el duque del canal, el dandi Beau, Owd Pata de Palo y Moll Hackabout

En 1786, Jorge III invistió caballero a Richard Arkwright, un irascible y malhumorado empresario de cincuenta y cuatro años originario de Lancashire que había empezado como barbero inventando pelucas impermeables. Quince años antes Arkwright, fornido hijo de un sastre, había abierto un pequeño taller que utilizaba la nueva tecnología de un marco giratorio para tejer algodón, y después un molino de agua en Cromford, cuyo éxito dio lugar a un nuevo lugar de trabajo, la fábrica, que ofrecía espacio para más trabajadores, entre ellos niños de tan solo siete años, a los que organizaba en turnos de trece horas y controlaba con campanas que imponían una puntualidad estricta. A los que llegaban tarde no les pagaba.

Arkwright, con sus «grandes mofletes y su barriga», amasó medio millón de libras, lo cual le permitió comprar un castillo en el campo mientras abría agresivamente más fábricas que revolucionaron la industria textil británica. Durante mucho tiempo, las fábricas fueron pequeñas industrias artesanales en las que las mujeres podían trabajar mientras cuidaban del creciente número de niños que también se incorporaban a la población activa. La producción de lana —en Inglaterra, Flandes, Florencia— había ayudado a crear la clase mercantil europea, pero las telas indias seguían dominando el sector. Durante milenios, los elementos esenciales de la vida no habían cambiado demasiado y, a lo largo de varios siglos, el trabajo se había mantenido más o menos igual.

Pero los grandes cambios requieren un nexo dinámico de fuerzas convergentes: revoluciones y guerras combinadas con nuevas tecnologías e ideologías. El uso que hacía Arkwright de la tecnología era tan radical como la creación de su sistema de fábricas, que transformó la forma de trabajar. Ahora todo cambiaría, y rápido.

Los motores de vapor se utilizaron por primera vez para drenar minas de carbón. Al aplicarlos a las fábricas de algodón, multiplicaron la productividad por doscientos. Igual que los ordenadores en los años noventa, propiciaron cambios en la mentalidad de toda una generación. La energía de vapor, como las telas que producía, se convirtió en una tecnología tan universal que era visiblemente omnipresente. Esas tecnologías, escribe Mark Weiser, «penetran en el entramado de la vida cotidiana hasta que son indistinguibles de ella». Pero los inventos no habrían funcionado sin la proximidad de los combustibles fósiles. El abundante carbón de Gran Bretaña era esencial. Ahora había que transportarlo a las fábricas.

El emprendedor que creó el medio para transportar el carbón no podía distar más de un severo exfabricante de pelucas: Francis Egerton, duque de Bridgewater, fue uno de los terratenientes que tuvieron la suerte de descubrir carbón en sus fincas. Pero debía llevarlo a las fábricas. En 1776, cuando tenía cuarenta años, completó su primer canal, iniciado en 1771, que unía Worsley y Manchester, y construyó otro entre Liverpool y Manchester. Había sido un niño serio, infeliz y bastante rechoncho que heredó sus títulos a los doce años. Se prometió con una estrella de la alta sociedad, Elizabeth, duquesa de Hamilton y una de las hermanas irlandesas Gunning,[1]las chicas de moda en la época, famosas por sus interpretaciones amateur. Pero Elizabeth canceló la boda, contrajo matrimonio con otro magnate y Bridgewater cerró su mansión de Londres, no se casó nunca y se retiró para coleccionar arte y diseñar los canales, que, con unos beneficios de dos millones de libras, lo convirtieron en el noble más rico de Gran Bretaña.

En 1781, la energía del carbón era aprovechada por John Wilkinson, un maníaco apodado el Titán Loco por el Hierro,

utilizando motores de vapor para encender hornos en los que se fundía metal para fabricar artillería y patrocinando el puente de hierro de Coalbrookdale —el primero del mundo—, fabricado por Abraham Darby III, descendiente de otra familia de herreros. En aquel momento, Wilkinson producía una octava parte de todo el hierro británico, y su obsesión por dicho material culminó en un ataúd y en el obelisco que dominaba su tumba.

Los principios de las nuevas tecnologías eran conocidos desde hacía siglos. La del vapor no era nueva; la máquina giratoria de Arkwright tan solo era una mejora sobre el trabajo de un largo linaje de inventores, desde James Watt y Matthew Boulton hasta Thomas Newcomen. En 1712, este último se inspiró en el francés Denis Papin, que había publicado sus ideas en 1687. Los griegos tenían una bomba de vapor en el siglo I y los chinos han habían fundido hierro. Su desarrollo no le debía tanto a inventores geniales como a siglos de conocimiento acumulado, pequeñas modificaciones, descubrimientos accidentales y, en aquel momento, un intercambio cada vez más rápido que permitía a las mentes cultas y a las redes interconectadas experimentar, innovar y aplicar esas tecnologías, y después competir entre ellas. Muchos de esos inventores británicos eran miembros de la Sociedad Lunar, que se reunía en el Birmingham rural para debatir «los primeros atisbos de descubrimientos, las observaciones actuales y la colisión mutua de ideas». Fue esa «colisión de ideas» —se carteaban con el estadounidense Ben Franklin y con los *philosophes* de París— la que se convirtió en el motor de la innovación y, en adelante, en el motivo por el que con tanta frecuencia se trabajaba simultáneamente en inventos en distintos lugares.

No obstante, el conocimiento nunca llegaría a desarrollarse sin la demanda de un mercado que lo pagase, un sistema político lo bastante fluido para fomentarlo y una sociedad lo bastante flexible para recompensarlo. Esas tres cosas se combinaron en una figura: Jorge, príncipe de Gales e hijo del rey, el mayor de una atroz estirpe monárquica integrada por bribones depravados y amorales.

En 1783, el príncipe, de veintiún años, recibió una vivienda propia en Carlton House. Avaricioso, disoluto, delirante,

desvergonzado y un poco gordo, aunque refinado y artístico, estaba marcado por el desprecio y la negligencia de la familia Hannover. El rey «me odia; siempre lo ha hecho, desde que tenía siete años», afirmaba. Aliándose con la oposición en contra del rey y de Pitt, se enamoró de varias amantes hermosas. Cuando se vio obligado a dejar a una de ellas, se desplomó entre espasmos sobre una alfombra y gritó: «¡La amo! ¡Me voy a volver loco! ¡Me estallará el cerebro!». Cuando finalmente se casó con Carolina, una ruda princesa Brunswick, en parte fue para tener acceso al dinero del parlamento y saldar sus prodigiosas deudas, que ascendían a 630.000 libras. Cuando la vio por primera vez, murmuró: «No estoy bien; por favor, tráiganme un vaso de coñac». Sin embargo, aun estando ebrio, logró consumar el matrimonio, acaso una semana después de la noche de bodas, lo suficiente para concebir a su heredera, la princesa Carlota.

Pero nadie defendía y personificaba tanto la nueva sociedad de consumo como «Prinny» y su amigo George «Beau» Brummell, mucho más joven que él. Brummell era atractivo y dado al autobombo, nieto de un sirviente e hijo del secretario de lord North. Como alumno de Eton y, de adolescente, oficial de la Guardia Real, Brummell había cautivado a Prinny con su estilo, en el que sustituía los abrigos suntuosos, los pantalones bombachos y las medias de algodón por un fular blanco, camisas planchadas y abrigos y pantalones oscuros a la vez que se acicalaba con un elaborado perfume, se lavaba con jabón y se cepillaba los dientes, lo cual costaba una fortuna. «Con un ahorro tolerable, podría hacerse por ochocientas libras», decía Beau en una época en la que un caballero podía vivir bien con doscientas libras al año y un trabajador con doce.

Prinny y Brummell marcaban tendencia entre la élite moderna, conocida como *le ton*, cuyos miembros pasaban el tiempo haciéndose visitas, discutiendo, coqueteando con la esposa ajena, fornicando con cortesanas, apostando dinero al juego del faro, encargando obras de arte, planificando nuevas casas y jardines, recorriendo Italia en *Grand Tours* (de los que regresaban como elegantes *macaroni*) y paseando por Londres, que ahora, gracias a

las nuevas fábricas, se convertiría en una capital mundial.

Los clubes de élite —solo masculinos o femeninos— existían para excluir pero a la vez tentar a la clase media con aspiraciones. Las marcadoras de tendencias, lideradas por las duquesas y las condesas, alardeaban de su ropa y sus amoríos e influían en la política a través de sus salones. Las cinco mecenas del club femenino Almack's se deleitaban en sus caprichos y amantes. La moda se anunciaba en boletines y dibujos, y era copiada por las clases medias, que compraban cortinas, sombreros, guantes y vestidos en tiendas nuevas que vendían accesorios producidos en las fábricas de Manchester, a menudo por mujeres y niños que percibían la mitad del salario que los hombres. En aquel momento, las clases medias podían permitirse tener sirvientes, normalmente mujeres pobres del campo. Ese contraste alentó un culto a las mujeres de clase media que no solo no trabajaban, protegidas por sus afanosos maridos, sino que personificaban la virtud frágil e idealizada.

En Londres, esa gente podía permitirse ir a restaurantes. Comer en público no era solo una cuestión de nutrición, sino de entretenimiento, ostentación y gratificación. El placer público era tan delicioso como el privado. En los jardines de Vauxhall, en la orilla sur del Támesis, un empresario creó una turbia zona de esparcimiento en la que, cada noche, dos mil clientes de todas las clases sociales, y a veces hasta doce mil, se mezclaban para comer, pasear, coquetear y encontrar sexo. Las ciudades tenían zonas oscuras. Los barrios pobres eran hervideros mugrientos regados con ginebra. La prostitución estaba en auge; se decía que en Londres había ochenta mil prostitutas a tiempo parcial, personificadas por Moll Hackabout, la chica provinciana del artista William Hogarth, por no hablar de cortesanas famosas.

Nadie comprendía tan bien ese nuevo mercado como Josiah Wedgwood, un fabricante de cerámica con una sola pierna, perteneciente a una inconformista familia de alfareros de Staffordshire, que animaba a esos primeros *influencers* —a los que llamaba «legisladores del gusto»— a comprar sus productos.

De joven, un brote de viruela le brindó la oportunidad de

desarrollar nuevas técnicas de alfarería, pero le dañó la pierna, cosa que le impedía tornear objetos (desde entonces caminaba con muleta) y se convirtió en diseñador. Veinticinco años después, tuvieron que amputarle una pierna sin anestesia y sus trabajadores empezaron a llamarlo Owd Pata de Palo.

Wedgwood sabía que quienes compraban artículos de lujo eran las mujeres. «La moda es infinitamente superior al mérito», afirmaba. «Solo tienes que elegir a los patrocinadores adecuados.» En 1765, cuando la reina Carlota, consorte de Jorge III, le encargó unas piezas, se hizo llamar «maestro alfarero de Su Majestad», y las publicitó como «la cerámica de la reina». Más tarde produjo colecciones más baratas para las clases medias y fue un pionero de los catálogos, las garantías de devolución de dinero y las ofertas especiales. Dicho de otro modo, fue el inventor del marketing. En 1767 construyó Etruria, un nuevo taller de alfarería situado en Stoke, junto a la ruta que seguiría el canal de Trent y Mersey, en el que invirtió para transportar sus objetos.[2]Mientras su cerámica conquistaba el mundo —hasta Catalina la Grande le encargaba piezas—, Wedgwood abrió en Mayfair una sala de exposición donde mostraba «varios servicios de mesa y postres … en dos variedades de mesas … para satisfacer las necesidades de las damas con el método más pulcro y refinado». Fue el comienzo de un nuevo modo de comerciar que daría pie a los grandes almacenes y, dos siglos después, a la venta por internet y los *influencers* de la actualidad.

Pocos aristócratas eran tan emprendedores como Bridgewater. Los magnates con títulos estaban bien posicionados para dominar el nuevo mundo emergente, pero no lo hicieron. Aunque sus ingresos eran colosales, derrochaban sus riquezas en casas de campo, juegos adictivos y cortesanas caras mientras los industriales de clase media invertían en nuevas tecnologías. Muchas telas para los compradores de clase media eran fabricadas por Robert Peel, el laborioso y severo hijo de hacendados rurales de Lancashire, que durante generaciones había producido para pequeños tejedores. Cuando tenía unos veinticinco años, utilizó las bombas de Arkwright para poner en marcha una fábrica de algodón, y a los

treinta fundó el primer complejo industrial en Radcliffe, donde alojaba a sus empleados en barracones y utilizaba mano de obra infantil que trabajaba diez horas diarias.

Ese intenso sistema comercial ofrecía a las familias oportunidades y penalidades inimaginables. Los ricos se veían más limitados por la convención burguesa y la necesidad de ganar un salario. Los hombres tenían que trabajar muchas horas en oficinas y obedecer a un nuevo tipo de señor, ahora conocido como «el jefe». Las mujeres virtuosas de clase media quedaban confinadas al trabajo doméstico no remunerado, y los pobres regimentados, incluyendo a mujeres y niños, trabajaban duramente en fábricas que no paraban nunca, a menudo a las órdenes de jefes agresivos.

Peel, el séptimo hombre más rico de Gran Bretaña, que pronto sería baronet y parlamentario, era lo bastante decente para darse cuenta de que sus fábricas eran crueles y promovió la primera legislación para mejorar las condiciones laborales. Decidido a convertir a su primogénito Robert en un caballero, no lo preparó para los negocios, sino para unirse a los gobernantes británicos, le hacía repetir sermones cuando volvían de la iglesia y lo envió a la escuela Harrow. El chico sería el primer miembro de la nueva clase media que gobernaría Gran Bretaña.

El noroeste de Alemania no le iba muy a la zaga a Gran Bretaña. Fue entonces cuando una mujer inició la dinastía que propiciaría el auge de la industria alemana. En 1782, Helene Amalie Krupp, de cincuenta y dos años, cuyo marido, Jodocus, había fallecido tres décadas antes, sacó de la bancarrota una forja de hierro situada al norte de Essen, en el Ruhr, e invirtió en minas de carbón para alimentar sus altos hornos. Asimismo, contrató a su hijo como contable. Los Krupp eran una vieja familia mercantil del Ruhr —Anton, uno de sus miembros, había fabricado cañones durante la guerra de los Treinta Años—, y a veces ejercieron de burgomaestres de Essen. Pero, igual que Merseyside en Gran Bretaña, el Ruhr poseía la matriz esencial de la ciencia, la innovación y el comercio, sumada al carbón, el agua y las comunicaciones. Los altos hornos de la viuda Krupp pronto estaban fabricando enseres de cocina y bolas de cañón, que vendían a los

principados alemanes, entre ellos Prusia. Tras la muerte prematura de su hijo, preparó concienzudamente a su nieto, Friedrich Krupp. Cuando la viuda Krupp murió a los noventa y siete años, le dejó una fortuna, pero él se las arregló para perderla. Los Krupp parecían haber fracasado, pero se recuperarían.

Esta «revolución» industrial tardó un siglo en modernizar la vida humana de una manera reconocible. «El inglés de 1750», escribió David Landes, «se parecía más en las cosas materiales a los legionarios de César que a sus propios bisnietos.» Fue un siglo más transformador que todos los anteriores y convirtió a los humanos, que desde hacía mucho tiempo eran el animal más poderoso de la Tierra, en seres tan dominantes que empezaron a cambiar el propio planeta, e incluso su clima; una era del antropoceno.

En 1700, un alienígena habría estado seguro de que China y la India seguirían dominando el mundo. Pero se habría equivocado. No bastaba con que Europa triunfara; los gigantes de Oriente tenían que fracasar. Los mongoles ya habían caído y, aunque nadie lo sabía aún, China sería la siguiente.

Europa tenía algo que la cualificaba para lo que sucedió a continuación. Ningún poder hegemónico dominaba el continente, una mezcolanza de quinientos reinos, ciudades-estado y repúblicas en una feroz competición que estimulaba la independencia y el ingenio y estaba alimentada por centros de poder civil y económico rivales, el culto a la ambición, la cultura ilustrada y familias que, como los Wedgwood y los Krupp, se casaban entre ellas, compartían valores y se legaban sus riquezas. La idea de una ética de trabajo protestante se ha exagerado —la Francia católica también era avanzada—, pero esas naciones del norte habían desarrollado un espíritu de motivación emprendedora y creado una psicología europea singular que favorecía el individualismo, la mejora personal y una sociedad de la confianza. «Siempre que hay amabilidad hay comercio», reflexionaba el barón de Montesquieu, un *philosophe*, en 1749, «y siempre que hay comercio hay amabilidad.» No solo amabilidad, sino también valores. «Allá donde llega el comercio», escribió el *philosophe* escocés Adam Smith en 1766, «lo acompañan siempre la honradez y la

puntualidad, las principales virtudes de una nación comercial.»

Lo que financió la revolución fue el capitalismo financiero en su sentido más amplio. El espíritu internacional de Gran Bretaña, Holanda, Francia y la nueva república estadounidense estimuló la fabricación y el comercio. La vida económica del mundo estaba impregnada de esclavitud gracias al azúcar, el tabaco y el algodón. Sus beneficios se integraban en la riqueza de esas potencias, dispuestas a invertir en nuevos negocios. Afectaba a todo. Sin embargo, había mucha riqueza que no estaba vinculada a la esclavitud, desde el carbón y los canales de Bridgewater hasta el hierro de Wilkinson y la cerámica de Wedgwood, y luego estaban los Krupp y otros emprendedores de los reinos germánicos, cuya esclavitud e imperio eran mínimos. La esclavitud era una fuente importante de capital, pero ni mucho menos la única.

Un aumento repentino de la población británica —propiciado por la creciente producción de comida, que se duplicó entre 1600 y 1800— ofrecía un mercado para trabajadores y consumidores. La gente llegaba a las ciudades en tropel: entre 1790 y 1850, los habitantes urbanos se duplicaron con creces, pasando del 9,7 al 22,6 %. En 1800 había un millón de londinenses. En treinta años, esa cifra se duplicó, y en la década de 1870 volvería a hacerlo. Ese aumento se vio favorecido por una comida y unas condiciones más adecuadas, pero desde luego no por los avances médicos. Un caso eminente demostraría que los médicos seguían siendo una amenaza iatrogénica, incluso para los más privilegiados.

El 16 de octubre de 1788, Jorge III, que entonces tenía cincuenta años, se volvió loco, envenenado, al menos en parte, por sus propios médicos.

Sally Hemings y María Antonieta: el collar de diamantes y el Repollo del Amor

«Solo le pido a Dios morirme, porque me estoy volviendo loco», gritó Jorge. Sufriendo dolores de estómago y fiebre, empezó a parlotear incesantemente y se deterioró hasta perder la razón y

verse asolado por la psicosis. A veces se ponía violento, y con frecuencia huía de sus cortesanos y había que perseguirlo. Sus consternados doctores lo trataron con toda una serie de medicamentos letales y métodos perjudiciales, incluyendo la escarificación (cortar la piel), abrasiones (crear pústulas en la piel), terapia con ventosas (aplicar vasos de cristal calientes a la piel), venesección (sangrías) y la aplicación de sanguijuelas y dosis de láudano, purgantes y tártaro emético con arsénico.

Más tarde, la locura del rey fue diagnosticada como porfiria hereditaria, pero los médicos modernos creen que sufría trastorno bipolar, posiblemente provocado o exacerbado por una intoxicación química.[3]En 1788, los médicos no comprendían las enfermedades mentales ni las propiedades de los medicamentos. Finalmente llegó a Windsor un «médico loco» y vicario de sesenta años llamado Francis Willis, que no solo trataba a los «desorientados» con la tradicional coacción, sino también con la «salud y la alegría» de la práctica rústica serena. Pero, aunque redujo el tónico venenoso, desplegó su habitual amabilidad utilizando mordazas y camisas de fuerza que no hicieron sino empeorar el estrés del paciente.

Pitt se vio obligado a aprobar una Ley de Regencia que permitió que el príncipe de Gales fuera nombrado regente. A Prinny le encantaba la idea del poder —destituir a Pitt y promover a sus aliados whig— y de un gasto más elevado. Pero Jorge se recuperó, lo cual permitió a Pitt evitar la destitución. Por el momento, Pitt aumentó la autoridad del primer ministro, en parte gracias a la locura, y en parte gracias a Estados Unidos, donde la nueva república, caótica y endeudada, estaba gobernada por un caos de comités y estados. Mientras Washington intentaba restablecer sus deterioradas fincas y volver a capturar a esclavos fugitivos, Rochambeau y Fersen regresaron triunfales a París, donde Antonieta dio la bienvenida al sueco para iniciar el periodo más intenso de su relación. Pronto los siguió un nuevo representante estadounidense: Jefferson.

Fue una huida de la tragedia. Para Jefferson, la alegría de la libertad estadounidense fue agridulce. Justo después de Yorktown,

en mayo de 1782, su mujer Martha dio a luz a una hija (que murió joven a causa de la tosferina), pero después de seis embarazos, su salud se resintió. Cuidaba de ella Betty Hemings, rodeada de sus hijos, sus medio hermanos esclavizados, las dos hijas que había tenido con su marido y un consternado Jefferson. Cogiendo a Martha de la mano, Jefferson «le prometió solemnemente que no volvería a casarse nunca». Cuando ella murió el 6 de septiembre, Jefferson le regaló a Sally Hemings, su medio hermana de once años, la campanilla de Martha, un recuerdo ambiguo que era un tributo a la intimidad pero también una herramienta de servicio. Después de diez años de «felicidad sin límite», Jefferson se vino abajo.

La relación de Estados Unidos con Francia, su principal aliado, era crucial: el Congreso Continental pidió a Jefferson que fuera embajador en París. Jefferson se llevó con él a su hija Patsy y a James Hemings, que se formaría como chef.

A Jefferson le gustaba la vida del París ilustrado, donde, en su Hôtel de Langeac, se relacionaba con la sociedad liberal, mantuvo una apasionada aventura con Maria Cosway, una joven casada, y un coqueteo con Angelica Church (más tarde cuñada y amiga íntima de Alexander Hamilton, otra celebridad estadounidense) y podía vivir de una manera con la que los estadounidenses ilustrados solo eran capaces de soñar.

María Antonieta dio a luz a un delfín, Luis Francisco, tres días después de la rendición británica en Yorktown, y poco después llegó otro hijo. La felicidad de la vida familiar había unido más a los monarcas, lo cual otorgó más influencia a María Antonieta. El delfín era enfermizo, pero el nacimiento de un niño había aumentado su poder, y la victoria estadounidense también supuso un espaldarazo para Luis. Ahora era muy probable que, tras dar a luz a un hijo, Antonieta, seguramente con la aprobación de Luis, tomara a Fersen como amante.

El sueco tenía varias amantes, pero quería a María Antonieta. «No deseo los lazos del matrimonio, que son antinaturales», escribió Fersen a su hermana. «No puedo casarme con la única persona con la que querría hacerlo, la única que me ama de veras,

así que no puedo ser de nadie.» Una factura demuestra que María Antonieta pagó a un cerrajero para que creara un sistema de poleas en sus apartamentos secretos de Versalles que le permitía abrir y cerrar la puerta desde la cama. El diario de Fersen documenta su intención de alojarse en los pisos superiores. Si veía a Fersen, Luis se retiraba «con un tacto infinito ... para que ella no temiera ser sorprendida». En sus cartas, Fersen la llamaba «Josefina», ya que su nombre completo era María Antonieta Josefa. Fersen siempre estaba con ella. «Adiós», le escribió a su hermana, «debo ir con la reina.» Es posible que el segundo hijo de María Antonieta, al que ella apodaba *Chou d'Amour* —Repollo del Amor— fuera de Fersen. «Todavía no había llegado la moda de cuidar de los propios hijos», escribió el obispo aristócrata y futuro primer ministro Talleyrand, que siendo un niño débil había sido rechazado por sus padres y excluido del testamento. «Ocurría justo lo contrario.» Pero María Antonieta, tal vez influida por *Emilio*, de Rousseau, pasaba mucho tiempo con sus hijos, que le provocaban mucha ansiedad. La hija mayor hacía gala de la arrogancia de los Habsburgo y los Borbones, y el dulce y frágil delfín padecía tuberculosis vertebral. Pero «Repollo del Amor es encantador y lo quiero con locura», decía ella.

Sin embargo, la victoria ante Gran Bretaña llegó con tres años de retraso, costó 1.500 millones de francos y dejó al reino en bancarrota, ahogado en deudas, una escasez de comida que provocó hambrunas y un creciente resentimiento hacia una corte aislada en la que el imperturbable rey se veía abrumado por la exuberante frivolidad de su reina austríaca, que lo obligó a dejarla comprar otro palacio en Saint-Cloud.

Los estados fuertes no tiemblan por trivialidades, pero un escándalo puede destruir a un régimen débil tan rápido como la pólvora. Todo empezó con los joyeros parisinos que habían creado un gigantesco collar de diamantes para que Luis XV se lo regalara a du Barry, su amante. Tras la muerte de Luis, estaban desesperados por venderlo. En 1775, María Antonieta se había gastado quinientas mil libras en diamantes, pero ahora era una reina madura y no mostró interés cuando su marido se lo ofreció,

aduciendo que sería mejor gastar ese dinero en barcos de guerra.

Por el contrario, el joyero fue manipulado por una estafadora llamada Jeanne de la Motte, una mujer casada pero amante de varias personalidades y charlatanes, entre ellos el cardenal de Rohan, *grand aumônier* de la corte real, que disgustaba a María Antonieta porque le contaba sus locuras a su madre. Motte le ofreció a Rohan el collar, con el que esperaba ganarse el favor de María Antonieta. Motte utilizó cartas falsificadas para hacerle creer que María Antonieta estaba interesada y envió a una prostituta vestida como la reina para convencerlo. El joyero le entregó el collar a Rohan, quien a su vez se lo dio a Motte para que se lo regalara a María Antonieta. Sin embargo, Motte vendió inmediatamente las piedras en Londres y puso en grave peligro al cardenal.

En mayo de 1786, Luis fue informado del robo y ordenó la detención de Rohan, Motte y el charlatán Cagliostro.[4]«Señor, he sido engañado», le dijo Rohan a Luis. Tan turbio asunto debería haber sido investigado en secreto por una comisión del consejo. Pero «los ciudadanos creen que recibí el collar sin pagarlo», dijo María Antonieta, que solicitó que se declarara su inocencia en público en el parlamento de París. Motte fue azotada desnuda y marcada a fuego, aunque mordió al verdugo. Sin embargo, el parlamento estaba lleno de enemigos de María Antonieta, y el 31 de mayo de 1786 exoneraron a Rohan de un delito de falta de respeto a los soberanos. Para los monarcas, calumniados y más tarde humillados, aquello supuso un doble fiasco.

Un joven teniente de artillería, tercer hijo (de ocho) de un importante abogado corso y su mujer, nobles empobrecidos cuyo amor incondicional le infundió una inquebrantable confianza en sí mismo, siguió de cerca el escándalo, y más tarde lo consideraría un grave paso hacia el desastre. «La muerte de la reina debe fecharse a partir del juicio por el collar de diamantes», concluyó Napoleón Bonaparte, que creía que «una pequeñez siempre decide grandes acontecimientos».

Después de pasar un año en París, Jefferson invitó a su hija menor, Polly, de nueve años, y en el viaje transatlántico la

acompañó Sally Hemings, su prima esclavizada de catorce. Las niñas viajaron a Londres, donde el puritano embajador estadounidense John Adams y su mujer Abigail se sorprendieron de que la hermosa Sally se reuniera con Jefferson. «La vieja niñera que supuestamente debería haberla atendido estaba enferma y no pudo venir», le escribió Abigail a Jefferson. «Viene con ella una niña de quince o dieciséis años.» Le aconsejaron que enviara a Sally de vuelta a Virginia, pero Jefferson se negó.

En París, Sally se unió a la casa de los Jefferson. Era «muy atractiva», «casi blanca», recordaba otro esclavo llamado Isaac Jefferson, y tenía «una melena lisa que le caía por la espalda». En un gesto inusual, Jefferson les pagaba un salario a James y Sally Hemings, lo cual ponía de manifiesto las circunstancias diferentes que imperaban en la vida parisina, pero también el estatus especial de los Hemings, hermanos de su querida mujer. Cuando terminó su aventura con Maria, Jefferson pagó a Daniel Sutton, un célebre doctor de la monarquía, costosas vacunas no solo para su familia, sino también para los Hemings. Jefferson también contrató clases de francés para Sally y le compró ropa.

A sus cuarenta y cuatro años, Jefferson, que escribió que la mezcla interracial mejoraba «el cuerpo y la mente», inició una relación con Sally, que tenía solo quince. «Durante ese tiempo», recordaba Madison, el hijo de ambos, «mi madre se convirtió en la concubina del señor Jefferson.»

SAINT-GEORGES, AMISTADES PELIGROSAS Y LOS ABOLICIONISTAS

En la primavera de 1789, Jefferson, sus hijas y, sin duda, los Hemings asistieron a un concierto de un extraordinario violinista mestizo, George Bridgetower, de once años de edad, publicitado como el «príncipe africano». En París y Londres vivían muchos africanos y mestizos. Igual que la ley británica era ambigua en cuanto a la esclavitud, la francesa tampoco especificaba si esta podía existir en el país. Los esclavos podían registrarse en el tribunal del Almirantazgo y solicitar su libertad.

Nacido en Polonia, el brillante George era hijo de un sirviente barbadense de los príncipes Esterházy, mecenas de Haydn. Jefferson y su familia también debieron de seguir la carrera del mestizo más famoso de París, próximo a las intrigas políticas y al nuevo movimiento abolicionista francés: Joseph Bologne, *chevalier* de Saint-Georges y campeón de esgrima, violinista y compositor. Saint-Georges fue contratado por la poderosa familia Orléans, los primos del rey, para que dirigiera su orquesta masónica Concert Olympique en el Palais Royal. Su ópera *L'Amant anonyme* fue un éxito, y estrenó otra nueva justo después de la llegada de Sally. Ahora, Saint-Georges era amigo del joven, liberal y rico Felipe, duque de Orléans, primer príncipe de sangre, que no solo estaba conspirando contra el rey, sino que apoyaba una causa radical: la abolición de la esclavitud.

Orléans; Laclos, su jefe de gabinete; su asesor, el *philosophe* Jacques-Pierre Brissot; y su amigo músico y *homme de couleur* Saint-Georges solían visitar Londres por política y placer.[5]Orléans, que siempre compaginaba múltiples amantes, era amigo de Prinny, el príncipe de Gales, con el que compartía a la cortesana escocesa Grace Elliott. Tras dar a luz a un bastardo real, Grace acompañó al duque a París. Laclos basó el libertinaje de su novela *Las amistades peligrosas* en la complicada vida amorosa de Orléans. Este admiraba a la monarquía parlamentaria británica y, reemplazando a su primo Luis como regente, o incluso como rey, esperaba instaurar ese sistema en Francia. Pero todos ellos se oponían vehementemente a la esclavitud, que se hallaba en su diabólico cénit tanto en Gran Bretaña como en Francia.

En 1778, Francia vendía trece mil africanos anualmente al Caribe; Gran Bretaña iba muy por delante con ochenta mil. En ambos países, a un sector cada vez mayor de la élite lo horrorizaba la esclavitud, aunque el *lobby* propietario de esclavos conocido como el Interés seguía siendo extremadamente poderoso. En Francia, el movimiento contaría con el respaldo del primer príncipe de sangre y en Londres con el del primer ministro.

El 12 de mayo de 1787, en Holwood House, la casa de Pitt en Bromley, el primer ministro, de veintisiete años, se sentó debajo de

un árbol a hablar con dos parlamentarios, su primo William Grenville y el desaliñado William Wilberforce, hijo de un comerciante de Yorkshire. Wilberforce trabó amistad con Pitt en Cambridge, y habían viajado juntos por toda Europa. Un buen indicador de lo pequeña que era la oligarquía de comerciantes y terratenientes que dominaban la nación industrializada era que Pitt y Grenville eran hijos de primeros ministros y que a su vez ambos alcanzarían ese puesto. «Recuerdo una conversación con el señor Pitt debajo de la raíz de un viejo árbol», contaba Wilberforce.

«Wilberforce», dijo Pitt, «¿por qué no anuncias una moción sobre el tema del comercio de esclavos?»

Wilberforce había sido reclutado para la campaña abolicionista por el reverendo Thomas Clarkson, un contemporáneo de Cambridge, que lo visitaba semanalmente.

La campaña había cobrado impulso a partir de 1765, cuando un esclavo llamado Jonathan Strong, llevado a Londres desde Barbados, fue golpeado por su dueño, el abogado David Lisle, que lo abandonó a su suerte, pero fue visto y rescatado por el extraordinario doctor Granville Sharp, un funcionario y miembro de una familia de talentosos profesionales y aficionados a la música. Sharp amenazó con acusar al esclavista de agresión si intentaba recuperar a Strong. Luego consiguió la libertad para el barbadense, pero este falleció a los veinticinco años, probablemente a causa de las lesiones. Sharp lanzó una campaña contra «la injusticia y la peligrosa tendencia de tolerar la esclavitud». Pero lord William Murray, conde de Mansfield y presidente del Tribunal Supremo, intentó evitar cualquier cambio que cuestionara la propiedad hasta que, en 1772, finalmente decretó que el Interés ya no podría ejercer la esclavitud en Gran Bretaña.[6]

En 1781, un caso atroz avivó el sentimiento antiesclavitud. El *Zong*, un barco de esclavos de Liverpool propiedad de William Gregson, alcalde de la ciudad y magnate del tráfico de esclavos, zarpó del castillo de Cape Coast, el cuartel general del RAC (Ghana), con 442 esclavos hacinados en la bodega, el doble de la cifra para la que estaba diseñado. 62 africanos murieron en el mar.

Cuando se acabaron el agua y la comida empezaron a proliferar las enfermedades, y el capitán, consciente de que los esclavos que murieran en tierra firme no podrían ser reclamados al seguro, asesinó a 142 hombres y mujeres lanzándolos al mar. Otros diez se suicidaron. Los asesinatos permitieron a Gregson declarar que los esclavos habían «perecido igual que lo hace un cargamento de mercancía» y reclamó al seguro treinta libras por esclavo ahogado. Es probable que esos asesinatos y pagos del seguro fueran habituales, pero, en esta ocasión, la historia fue descubierta por Olaudah Equiano, un liberto y activista del abolicionismo cuya autobiografía, *La interesante narrativa de la vida de Olaudah Equiano o Gustavus Vassa, el africano*, narra su secuestro en Benin y su esclavización en Estados Unidos, el Caribe, Europa y Asia, vendido por tres propietarios hasta obtener la libertad en el Londres de la década de 1780.

A partir de 1783, Equiano y Sharp publicitaron el escándalo. El primer juicio fue favorable a los comerciantes de esclavos, pero cuando las compañías de seguros lo impugnaron, Mansfield dictó una sentencia ambigua en la que reconocía los derechos de propiedad pero exoneraba a las aseguradoras por un tecnicismo.

El 22 de mayo de 1787, diez días después de la conversación de Pitt con Wilberforce, este acompañó a Clarkson, Sharp y Equiano en la primera reunión de la Asociación para Consumar la Abolición del Comercio de Esclavos, financiada por el diseñador Josiah Wedgwood y otros empresarios radicales, a menudo disidentes.[7]Wilberforce, que lideraría la campaña en el parlamento, sometió a discusión su primer proyecto de ley en 1791. Su estrategia era abolir primero el comercio, evitando la cuestión de cómo confiscar propiedades humanas.[8]Los abolicionistas se enfrentaban a la fuerte oposición del Interés, encabezado por el parlamentario jamaicano George Hibbert, un comerciante de esclavos y constructor de los West India Docks en Londres, pero también botánico, anticuario y fundador de la Royal National Lifeboat Institution, que calificaba el comercio de esclavos de «indispensable»: «Las colonias no existirían sin el comercio africano. Las fábricas de Manchester y Sheffield se arruinarían

inmediatamente y su gente pasaría hambre».

En noviembre de 1787, el *philosophe* Brissot fue invitado a la asociación de Sharp en Londres. Brissot contaba con el apoyo de Olympe de Gouges, una joven dramaturga de espíritu libre que también era miembro de la camarilla de Orléans. De Gouges ya había hecho campaña contra la esclavitud en su obra *L'Esclavage des noirs*, pero ahora publicó *Réflexions sur les hommes nègres*. A Brissot lo animaron a fundar la Société des Amis de Noirs, a la que pronto se incorporaron de Gouges y el marqués de Lafayette.[9]Brissot admiraba a Jefferson, a quien conocía bien, y lo invitó a unirse a los Amis de Noirs. «Me siento muy honrado», respondió el siempre flexible Jefferson el 11 de febrero de 1788. «Sabe que nadie desea más ardientemente la abolición, no solo del comercio, sino de la condición de la esclavitud. Y, sin duda, nadie estará más dispuesto a hacer cualquier sacrificio por ese objetivo.» Sin embargo, se negó: «Podría restarme capacidad para servir [a la causa] al otro lado del charco». Orléans envió a Saint-Georges a Londres para hablar con Prinny y los abolicionistas,[10]pero pronto se concentró en aprovechar la creciente crisis a la que se enfrentaban Luis y María Antonieta. Tras el resplandor de la corte, Luis estaba en bancarrota e hizo su mayor apuesta.

Réquiem: José y Mozart

Ante semejante crisis económica, Luis adoptó la reforma y convocó una asamblea de notables para exigir impuestos para la nobleza y otorgar más poder a los parlamentos. «Los campesinos lo pagan todo», dijo el rey. «Los nobles nada.» Su plan no era imposible, pero exigía la habilidosa creación de una coalición. Pero el paladín estadounidense Lafayette, que era uno de los notables, atacó a la corte. Los notables rechazaron la reforma de Luis, cosa que aceleró la crisis crediticia. Luis se vino abajo, y el episodio se vio exacerbado por la muerte de su hijita Sophie, cuidada durante semanas por la reina. La pareja estaba sometida a una presión terrible. Luis aparecía llorando en las estancias de Antonieta, que

se apoyaba en Fersen, con quien mantenía correspondencia en cartas escritas con zumo de limón o tinta invisible.

Luis la arrastró a la alta política. Cuando Antonieta aplicó recortes al gasto de la corte y prácticamente empezó a dirigir el gobierno desde su palacio personal en Petit Trianon, donde confesó a Polignac, su mejor amiga, que Luis, la persona que tenía por encima, no se encontraba bien, empezó a haber inquietud. La traición nació en la familia y se propagó a la nobleza: Orléans lideró una *révolte nobiliaire* que socavó el régimen desde dentro. A Antonieta se la acusaba de toda una serie de teorías de la conspiración, y la llamaban *Madame Déficit* por su extravagancia y *La Austrochienne* (Austrozorra) por dar millones a los austríacos. *Le Godmich Royal* (El consolador real) y otros panfletos pornográficos la retrataban manteniendo relaciones sexuales con Yolande de Polignac.[11]«¿Conocéis a una mujer que dé más lástima que yo?», preguntaba.

El pueblo exigía el retorno de Necker, el especulador cuyas tretas habían hecho promesas excesivas y empeorado la crisis. A regañadientes, Luis le restituyó en el puesto. «Tiemblo», reconoció Antonieta. Necker mantuvo el régimen a flote pidiendo más préstamos, pero incluso el rey se dio cuenta de que no tenía más opción que convocar los États Généraux. Esta asamblea electa de nobles, clérigos y plebeyos, que había prosperado durante crisis medievales y no se había reunido desde 1614, presagiaba el final de la monarquía absoluta creada por Richelieu, Mazarin y Luis XIV. «Todas las mentes de los hombres están fermentando», señalaba Fersen. «Solo se habla de una constitución. Sobre todo las mujeres están uniéndose al alboroto.»

El 5 de mayo de 1789, los Estados se reunieron en Versalles. Luis y Antonieta pronto perdieron el control, y el Tercer Estado —repleto de abogados de provincias indignados por la decadencia borbónica— se adueñó de la iniciativa y prometió crear una constitución. Luis intentó desestimarlo, pero el Tercer Estado se reunió en la sala del Juego de Pelota como Asamblea Nacional, en la que participaron Orléans, el Borbón renegado, y el también noble renegado Lafayette, que se convirtieron en los traidores más

odiados por Antonieta. En medio de aquella pesadilla, Luis y Antonieta se enfrentaron al mayor horror para unos padres: el delfín murió agonizando de tuberculosis vertebral y Repollo del Amor se convirtió en su nuevo heredero.

En París, las malas cosechas amenazaban con provocar hambrunas. Una multitud que gritaba «¡Pan, pan!» irrumpió en la prisión de la Bastilla, símbolo de la injusticia monárquica y a la sazón de la impotencia, se apoderó de armas, decapitó a funcionarios reales y aterrorizó a las gentes del campo. La única esperanza para Luis era asumir el liderazgo de una revolución liberal. Mientras las tropas custodiaban Versalles, los hermanos del rey y numerosos aristócratas se fueron al exilio, pero Luis titubeó: «¿Me quedo o me voy? No estoy preparado para ninguna de las dos cosas».

El emperador José, hermano de Antonieta, observaba horrorizado. En 1787 había acompañado a Catalina la Grande y el príncipe Potemkin en una deslumbrante y festiva gira por Nueva Rusia y Crimea, el kanato tártaro que acababan de anexionarse los Románov, pero su teatralidad provocó que los otomanos contraatacaran: la guerra resultante fue un triunfo para los Románov, que consiguieron Ucrania y la costa del mar Negro, pero no para los Habsburgo. José, que se encontraba en el frente otomano de Valaquia (Rumanía) y Moldavia, se enfrentó a derrotas y epidemias, y se consolaba cantando la partitura de la nueva ópera de Mozart.

Mozart estaba floreciendo en la juerguista Viena, pero gastaba demasiado en ropa y lujos, y dirigía los ensayos luciendo una túnica carmesí y un sombrero ladeado con encajes de oro. En 1785, cuando todavía tenía solo veintinueve años, llevó la obra *Las bodas de Fígaro* de Beaumarchais al libretista favorito de José, Lorenzo da Ponte, un judío nacido en el gueto veneciano que se convirtió en un sacerdote disoluto y en gerente de burdel. A José le encantó la ópera. A continuación, Mozart y da Ponte empezaron a trabajar en *Don Giovanni*, y Casanova, el amigo de da Ponte, les ayudó con el libreto. «Mi ópera *Don Giovanni* fue representada y recibió grandes aplausos», escribió Mozart desde Praga, donde fue estrenada.

Mozart se hallaba en pleno frenesí de creatividad. En 1788 escribió tres sinfonías en seis semanas. Aunque la guerra estaba destruyendo a José, le encantaba *Don Giovanni*: «La ópera es divina, probablemente aún más que *Fígaro*». Mozart pidió demasiados préstamos, siguió de gira para recaudar dinero y le escribió a Constanze: «Querida esposa de mi corazón: ¿Piensas tanto en mí como yo pienso en ti? Contemplo tu retrato cada pocos minutos y lloro, medio de alegría, medio de tristeza ... Estoy escribiendo esto con lágrimas en los ojos». Pero sus deudas se habían descontrolado y se sentía atormentado por los coqueteos y las enfermedades de Constanze. Su mecenas, José, sufría tuberculosis y malaria y se enfrentaba a una revuelta en Flandes, al mismo tiempo que su hermana María Antonieta se enfrentaba a la destrucción en París.

Lafayette consultó a su amigo Jefferson la posibilidad de una Déclaration des droits de l'homme francesa. Como todos los revolucionarios, estaban influidos por Rousseau, cuyo *Contrato social* argumentaba que el pueblo se manifestaba mediante la voluntad general. «La ley», escribió Lafayette, «es la expresión de la voluntad general.» La Asamblea aprobó la declaración y un borrador de la constitución. En París, la autoridad monárquica prácticamente había desaparecido.

«¿Es una revuelta?», preguntó Luis.

«No, señor», respondió un cortesano. «Es una revolución.» El rey quedó consternado cuando Lafayette fue elegido comandante de la milicia, rebautizada como Garde National, pero ahora estaba demasiado paralizado para aprovechar un estancamiento entre moderados y partidarios de la línea dura. Estos últimos rompieron el punto muerto enviando a una muchedumbre parisina a Versalles, que apuñaló a dos guardaespaldas y entró en el palacio gritando: «¡Cortadle a ella la cabeza, y freíd su corazón y su hígado!». Antonieta se escondió en un pasadizo secreto, y aquel día se le puso el pelo gris. No obstante, ella y su marido aparecieron en el balcón con Lafayette para enfrentarse al pueblo. Entonces, Luis y Antonieta fueron conducidos al palacio de las Tullerías, en París, por una multitud que llevaba empaladas las cabezas de sus

guardaespaldas. «Fui testigo de todo y volví a París en uno de los carruajes del rey», escribió Fersen. «Dios no permita que vuelva a ver algo tan espantoso.» El aterrado rey aprobó entre lágrimas la abolición de los viejos impuestos y normativas feudales, y la Déclaration des droits redactada por Jefferson.

Mientras Jefferson presenciaba con entusiasmo la revolución, se enteró de que Sally estaba embarazada. La opinión de esta sobre Jefferson es un misterio. «La gente oprimida ... a menudo desarrolla sus propias narraciones internas ... desdeñosa de sus jefes supremos», escribe Annette Gordon-Reed, pero «el trato que procuraba Jefferson a Hemings y su familia probablemente la hacía más favorable a él que hostil.»[12]Sally sabía lo suficiente sobre las leyes de esclavitud francesas para entender que tenía opciones: podía quedarse y obtener la libertad en el tribunal del Almirantazgo o regresar con Jefferson a la esclavitud en Monticello. Así pues, tal como recordaba su hijo Madison, hizo algo atrevido: «Se negó a volver con él» y exigió concesiones para sus hijos. Jefferson «le prometió privilegios extraordinarios ... una promesa solemne».

Después zarparon hacia América, donde, a su llegada en diciembre de 1789, se encontraron con una oferta del nuevo presidente de Estados Unidos. El 30 de abril, Washington había sido investido en Nueva York tras ganar las primeras elecciones bajo la nueva constitución, creada por una convención en Filadelfia. Su exsecretario, el coronel Hamilton, había presionado para que fuera un sistema mixto de estilo inglés con un líder vitalicio llamado gobernador, pero otros lo consideraron demasiado monárquico: la concesión fue una presidencia fuerte equilibrada con un parlamento bicameral y un poder judicial independiente. Era un estado basado en el principio de la libertad, y su democracia un ejemplo para el mundo. «Me asombra encontrar este sistema casi perfecto», dijo Franklin.[13]

Washington, que rechazó el título de «Su Alteza» y prefería el de «señor presidente», ofreció la secretaría de Estado a Jefferson y la del Tesoro a Hamilton. Entre los primeros temas a tratar estaban la elección de una nueva capital y la creación de un banco estatal.

En junio de 1790, en Nueva York, Jefferson, aristócrata y propietario de plantaciones en Virginia, invitó al coronel Hamilton, un bastardo sin un centavo, hecho a sí mismo, proveniente de las Indias occidentales y héroe de guerra, a una cena preparada por James Hemings, su chef esclavo formado en Francia. En «la sala donde suceden las cosas» acordaron que, después de una estancia temporal en Filadelfia, crearían una nueva capital a orillas del Potomac. Ese mes de diciembre, Hamilton fundó un banco estatal.

En Monticello, Sally Hemings dio a luz a su primer hijo con Jefferson, ayudada por su madre, Betty, pero el niño no tardó en morir (aunque otros cinco llegarían a la vida adulta). En Filadelfia, Jefferson y Hamilton, que se despreciaban mutuamente, discutieron por el futuro de la república. Washington estaba preocupado por la violencia en Francia.[14]Hamilton era probritánico. Jefferson era profrancés y pontificaba que uno no podía pasar «del despotismo a la libertad en un colchón de plumas».

En París, mientras las potencias extranjeras empezaban a armarse contra la revolución, alentadas en parte por la pareja real y utilizando a Fersen como intermediario, Antonieta no se había atrevido a escribirle a su hermano, el emperador José, pero buscó ayuda. José planeaba rescatar a los Borbones, pero, ignorado por sus amigos rusos, que estaban conquistando tierras otomanas alrededor del mar Negro, volvió a Viena cubierto de llagas agonizantes. «Soy desafortunado en todo lo que intento», dijo, y escribió su epitafio: «Aquí yace un príncipe cuyas intenciones eran puras, pero tuvo la desgracia de ver cómo todos sus planes fracasaban». En política, casi todo consiste en esperar y guardar silencio. «Gobernó demasiado», escribió Ligne, «y reinó demasiado poco.»

El 20 de febrero de 1790, poco después de que Mozart estrenara *Così fan tutte*, José murió desesperado y Mozart perdió a su mecenas, cuyo hermano Leopoldo, el nuevo emperador, estaba trabajando para salvar la monarquía. Mientras componía su ópera masónica *Die Zauberflöte*, Mozart echaba de menos a Constanze: «Hay una suerte de vacío que duele». Aquel año escribió dos óperas

en tres semanas, pero cuando le encargaron un réquiem, le dijo a Constanze: «Sé que debo morir». El réquiem «es para mí». Sin embargo, consiguió el lucrativo cargo de *Kapellmeister* vienés. Incluso Salieri lo elogiaba, y Mozart pasaba tiempo con su hijo Karl: «Estaba encantado de que lo llevara a la ópera. Está estupendo». Planeaba una ópera sobre *La tempestad* de Shakespeare. Todo le iba de cara, pero entonces cayó enfermo. Horriblemente tumefacto, Mozart siguió escribiendo varias partituras. El 5 de diciembre de 1791 falleció. Constanze creía que había muerto de tanto trabajar, que su único defecto era «un corazón demasiado blando» y no saber «gestionar el dinero». Según las leyes de José, fue enterrado en una fosa común.

Con José, Antonieta perdió a su más querido aliado, pero seguía viendo a su amante Fersen. «Soy un poco más feliz», escribió él. «A veces la veo sin obstáculos, y eso nos consuela de todas las cosas desagradables que tiene que tolerar.»

María Antonieta, el verdugo y la máquina de Guillotine

En julio de 1790, en su castillo de Saint-Cloud, Antonieta negoció en secreto con el revolucionario moderado Honoré, conde de Mirabeau, un coloso sibarita y presidente de la Asamblea que quería ser el primer ministro bajo una monarquía constitucional inglesa. Aunque el gigantesco y desmañado conde la horrorizaba, Antonieta le ofreció un salario por apoyar al rey. «¡Madame, la monarquía está salvada!», exclamó el conde. Ella era «el único hombre que tiene el rey». Pero Mirabeau falleció, sucedido en la misión de hacer funcionar la monarquía constitucional por Antoine Barnave, su atractivo y esbelto segundo al mando. Luis y Antonieta ofrecieron al altivo y ambicioso Lafayette el ancestral rango de condestable, pero el ostentoso paladín, que aspiraba a ser un Cromwell-Washington, se negó y perdió así la posibilidad de hacerse con el liderazgo. Sin una cabeza visible, la Asamblea puso los cimientos de la sociedad moderna: se concedieron derechos e igualdad a los judíos, lo cual erradicó la represión en toda Europa.

Pero las mujeres fueron ignoradas y la esclavitud era apoyada por muchos revolucionarios. La abolición de la nobleza por parte de la Asamblea marginó a 250.000 aristócratas, la persecución de los sacerdotes provocó una contrarrevolución católica en el oeste de Francia, y los tormentos al rey movilizaron a los monarcas de Europa.

Aquel momento extremo brindaba oportunidades también extremas a gente con soluciones extremas. Los delegados de la Asamblea debatieron un código penal y aceptaron la propuesta del doctor Guillotin de crear un instrumento racional para llevar a cabo ejecuciones más humanas. «Con mi máquina, te cortaré la cabeza en un abrir y cerrar de ojos y ni lo notarás», presumía Guillotin. En realidad no fue el inventor de la guillotina, tan solo su defensor, pero muchos de los que se reían experimentarían «en un abrir y cerrar de ojos» su «máquina». El verdugo hereditario, conocido como Monsieur de París, era el chevalier Charles-Henri Sanson, que probó la guillotina con ovejas y convictos muertos. Sanson, estudiante de medicina hasta que heredó el cargo de su padre cuando era adolescente, era el cuarto de su dinastía asesina. Había sido verdugo durante tres décadas y había supervisado los atroces castigos —con espada, hacha y rueda— del antiguo régimen. En 1757, cuando tenía dieciocho años, había ejecutado a Damiens, que intentó matar al rey, a quien torturó, castró y, atándole las extremidades a cuatro caballos, desmembró, cortándole los tendones para facilitar el proceso, antes de quemarlo vivo. Sanson recomendó la guillotina a la Asamblea. Su experiencia sería de gran utilidad.

«Al fin», le dijo Fersen a su hermana, «el 24 [de diciembre de 1790] pasé el día entero con ella. Fue el primero; imagina mi alegría». El hermoso día de Antonieta con «el adorable personaje» la conmovió. «El personaje y yo pudimos vernos tranquilamente por una vez», le dijo a Yolande de Polignac. «Figúrate nuestra felicidad.»

Luis y Antonieta estaban agonizando por la constitución que la Asamblea esperaba que aprobaran y exigieron el derecho a abandonar París e irse a Saint-Cloud. Cuando el permiso les fue

denegado, Antonieta ordenó a Fersen que planificara su huida a la fortaleza de Montmédy, donde Luis podía manejar a los revolucionarios y a sus hermanos exiliados, que estaban invitando a Austria a atacar a la Asamblea.

La calurosa noche del 20 de junio de 1791, dos niños y dos monarcas se subieron a un carruaje que había comprado Fersen. El rey iba disfrazado de sirviente de una baronesa rusa (Antonieta). El delfín creía que iba a una obra de teatro, porque todos llevaban disfraces. Su huida no pasó desapercibida, enseguida se enviaron mensajes: no habían asistido a un encuentro con los húsares, y el peluquero de Antonieta no aparecía, lo cual era siempre una mala señal. Cuando el carruaje entró a galope en Varennes, fueron reconocidos y arrestados. Los Borbones fueron escoltados triunfalmente hasta París por una delegación que incluía al solidario Barnave, de veintinueve años. Entre él y Antonieta surgió la atracción, el inicio de una correspondencia secreta para instaurar una monarquía moderada. Cuando un sacerdote en la calle les mostró su apoyo, la multitud lo desmembró y entregó sus manos y su cabeza a Antonieta.

La huida fallida puso de relieve la duplicidad de los monarcas. «Aquella noche», según percibió un cortesano, el cabello ya gris de Antonieta «se volvió blanco como el de una septuagenaria.» Encarcelado en el palacio de las Tullerías, Luis despotricó de Voltaire y Rousseau: «Esos dos hombres han sido la ruina de Francia». Antonieta se carteaba con Barnave, que estaba ascendiendo en la Asamblea, y, a través de Fersen, con su hermano Leopoldo. «No te preocupes, estamos vivos», le dijo a Fersen en clave. «Los líderes de la Asamblea parecen querer tratarnos con amabilidad.» Pero entonces: «Habla con mis parientes para recibir ayuda exterior». Dos días después le dijo: «Cuídate por mí. No podré escribir más. Pero nada en este mundo puede impedir que te adore hasta que muera». Fersen estaba celoso de Barnave: «Dicen que la reina se acuesta con Barnave». Luis y Antonieta barajaron varios planes desesperados. Antonieta le ordenó a Fersen que frenara la intervención de Austria y Prusia: «El uso de la fuerza solo causará más daños». En septiembre, el agónico Luis juró

obedecer la constitución —que todavía le permitía nombrar ministros y vetar leyes— mientras Antonieta y Barnave esperaban seguir una ruta moderada. «Si cierro algún pacto con ellos, es solo para utilizarlos», le dijo a Fersen para tranquilizarlo. Pero los Habsburgo y los Hohenzollern se armaron, cosa que debilitó a Barnave y condenó a los Borbones.[15]

En enero de 1792, un derrotado Barnave se retiró a provincias, con su visión de la monarquía constitucional desacreditada y derrocado en la Asamblea por un gobierno belicista de los girondinos, una facción más radical liderada por Brissot. Un mes después, Fersen, que estaba planeando otro rescate, entró en París disfrazado (alojándose con una de sus amantes) y, esquivando a los guardias, accedió al apartamento de Antonieta. Pasaron la noche juntos en el que sería su último encuentro. «Voy a terminar», le escribió después, «no sin antes decirte, mi querido y tierno amigo, que te quiero con locura.»

En febrero, el avance de los monarcas alemanes provocó una crisis en París que destruyó a los girondinos. Fue un abogado de Arras, anodino, torpe, miope, ascético y voz aflautada, quien llenó el vacío. A sus treinta y tres años, Maximilien Robespierre, elegido líder de los jacobinos, una facción más radical, se había convertido gradualmente en la voz incorruptible de la virtud y en el intérprete de la voluntad general: «Legítimamente, la soberanía siempre pertenece al pueblo», pero una élite selecta debe decidir la voluntad general de la gente, que «quiere lo que es bueno pero no siempre lo ve». Era una idea que justificaría mucho derramamiento de sangre. Este guardián puritano —probablemente el único virgen entre mujeriegos jactanciosos— guiaba cada vez más a la gente o, más bien, a los artesanos radicales, los *sans-culottes* parisinos (que llevaban pantalones en lugar de bombachos). «Ese hombre llegará lejos», bromeaba Mirabeau. «Se cree todo lo que dice.» Robespierre se había mostrado contrario a la guerra, afirmando que fortalecería al rey. Ahora, la crisis lo llevó al poder y destruyó a los Borbones. La guerra, que duraría veintitrés años —con breves interludios— y afectaría a toda Europa y gran parte del mundo, intensificó el fanatismo y la intolerancia de la revolución. «Tu amigo», escribió

Antonieta a Fersen sin apenas codificar el mensaje, «está en el mayor peligro. Su enfermedad está haciendo progresos terribles ... Informa a sus parientes de su desafortunada situación.»

Mientras los Borbones soportaban la crisis, un súbdito francés que se hallaba en Saint-Domingue, en el Caribe, se sentía decepcionado por la revolución por motivos muy distintos. Toussaint, el exesclavo, estaba iniciando la mayor rebelión de esclavos desde Espartaco y los *zanj*.

Dos revoluciones: Haití y París. Cécile y Toussaint, Robespierre y Danton

Una noche de agosto de 1791, una camarilla de líderes de esclavos, Dutty «Zamba» Boukman, Georges Biassou y Cécile Fatiman, coordinados por Toussaint, se reunieron en secreto en Bois Caïman para iniciar una rebelión en nombre de quinientos mil esclavos. Juraron venganza con rituales de vudú supervisados por la veinteañera Cécile Fatiman, que ejerció de *mambo* (sacerdotisa).[16]Luego sacrificaron un cerdo y se bebieron su sangre.

A Toussaint no lo impresionó la Revolución Francesa: a pesar de sus medidas liberales, la Asamblea estaba dominada por esclavistas contrarios a la abolición. En Saint-Domingue, 10.000 esclavos se unieron al ejército rebelde, que pronto contaba con 80.000 integrantes, superando así a los 40.000 blancos y los 28.000 negros libres para conquistar gran parte de la colonia mientras los propietarios de esclavos eran asesinados y ardían sus fincas. Biassou se proclamó virrey, pero Toussaint «dirigió todas las vertientes del complot, organizó la revuelta y preparó el estallido». La mayoría quería la abolición de la esclavitud, y los radicales, «matar a los blancos», pero Toussaint imaginaba una comunidad multirracial que mantuviera intactas las plantaciones de azúcar. Los revolucionarios se declararon fieles a Luis contra el lobby proesclavitud de la Asamblea. En parte, era una revolución contra la Revolución Francesa.

En julio de 1792, Toussaint ayudó a redactar una «Lettre originale des chefs des Négres révoltés», en la que se defendía la abolición de la esclavitud conforme a los «derechos naturales universales» y la creación de una comunidad de iguales no racializada en un Saint-Domingue multirracial.

En agosto de 1792, uniéndose contra la Asamblea, formada por propietarios de esclavos, Toussaint celebró el cumpleaños de Luis XVI mientras el pánico —alimentado por el miedo a una invasión extranjera y las traiciones internas— invadía París. El 9 de agosto, los militantes urbanos de la ciudad eligieron una Commune insurrecta que, en cooperación con Robespierre, organizó a una muchedumbre que al día siguiente atacó las Tullerías, donde murieron novecientos guardias suizos, y derrocó a la monarquía constitucional.

«¿Qué pueden hacerme?», gritó Antonieta. «Si van a matarme, hoy es tan buen día como mañana.» Luis y Antonieta huyeron a la Asamblea, donde, a través de una verja, presenciaron la suspensión de la monarquía antes de ser arrestados y encarcelados en la imponente fortaleza del templo. Allí, Luis le enseñaba humildemente latín y geografía a su hijo cada mañana. Mientras se celebraban elecciones por sufragio universal para formar una nueva asamblea, denominada la Convención, la histeria —resumida en el eslogan «La Patrie en danger»— adquirió tintes homicidas.

Diez días después del ataque a las Tullerías, los prusianos invadieron Francia. Cuando llegaron a Verdún, París se sumió en una histeria despiadada. En septiembre, cuando se reunió la nueva Convención, Georges Danton, el carismático aliado de Robespierre e hijo de un desmelenado abogado de Champagne, se dirigió a los diputados. «¡El que se niegue a servir debe ser castigado con la muerte!», gritó. Y para conquistar a sus enemigos, «¡atreveos, atreveos otra vez, atreveos siempre, y Francia estará a salvo!». Entonces llegó la increíble noticia: el 20 de septiembre, en Valmy, el ejército revolucionario francés había derrotado a los prusianos. El día 22, los diputados abolieron la monarquía. Aunque hubo un enfrentamiento en la Convención entre los girondinos, liderados

por Brissot, entre otros, y los montañeses, más radicales y bautizados así porque se sentaban en los bancos más altos de la Convención, ahora dirigidos por Robespierre, el miedo y el pánico llevaron a grupos de asesinos, algunos espontáneos, inspirados por Danton, y otros probablemente organizados por los jacobinos, a asaltar prisiones, y acabaron con la vida de unos 1.300 cortesanos y sacerdotes, mientras las prostitutas sufrían violaciones grupales. La princesa de Lamballe, amiga de Antonieta, fue destripada y le mostraron su cabeza a la reina, que se desmayó.

Sin embargo, el gobierno, supervisado por la Convención, era un caos absoluto y no solo se enfrentaba a enemigos externos, sino a la contrarrevolución católica y promonárquica en Vendée y a revueltas republicanas moderadas en Lyon. Mientras Robespierre se erigía en la personificación de la virtud republicana en la Convención, el nuevo estado se ensangrentaba con un sacrificio real, el inicio de una era moderna de políticas nacionales masivas que remodelaron la dinastía y la familia privada. El 21 de enero de 1793, a las cinco de la madrugada, a Luis lo despertaron unos tambores.

Acto decimocuarto
790 millones

Bonaparte y Albanos, Wellesley y Rothschild

María Antonieta, Josefina y la cuchilla nacional

La víspera, Luis XVI —ya advertido— le dijo a la familia que se despediría por la mañana, pero cuando amaneció no tuvo fuerzas para verlos. El delfín, su hijo de siete años, gritó: «¡Dejadme salir!». El carcelero le preguntó adónde quería ir. «A hablar con el pueblo para que no maten a mi padre», repuso.

Robespierre reveló la traicionera correspondencia de los Borbones con los invasores y pidió su ejecución. Juzgado ante la Convención, Luis respondió a cada uno de los treinta cargos, que tachó de «absurdos», y declaró: «Siempre trabajé por el pueblo». Irónicamente, fue acusado de apoyar la revolución de Saint-Domingue.

Robespierre había exigido su muerte, alardeando: «Soy inflexible con los opresores porque soy compasivo con los oprimidos». La Convención, que incluía a Orléans, el primo de Luis, que absurdamente se había cambiado el nombre por el de Felipe Igualdad, votó a favor de la muerte. Luis halló una confianza en la tragedia que apenas había conocido en los momentos de gloria. Cuando su abogado le informó entre lágrimas del resultado de la votación y propuso una contrarrevolución, Luis respondió: «Esos procedimientos incitarían una guerra civil. Prefiero morir. Ordene que no hagan ningún esfuerzo por salvarme. El rey de Francia no muere nunca».

Las calles estaban tan abarrotadas que tardaron dos horas en llegar al patíbulo de la Place de la Révolution, donde el verdugo Sanson y sus hijos, Gabriel y Henri, esperaban a Luis. Este empezó

a hablar —«Muero siendo inocente ... Ruego a Dios que la sangre que habéis derramado nunca se vuelva contra Francia»—, pero los tambores ahogaron sus palabras. Sanson le cortó el pelo y lo ató al artilugio. La cuchilla lo decapitó y Sanson mostró la cabeza a la gente. «*Vive la nation!*», bramó la multitud. Antonieta y los niños oyeron el tumulto. Entre gritos, los ciudadanos se bañaron en su sangre, salpicándose unos a otros.

Antonieta recibió el anillo de boda de Luis, que llevaba la inscripción: «M. A. A. A. [María Antonieta, archiduquesa de Austria] 19 Aprille 1770». En una escena agonizante que se desarrolló en sus mugrientas celdas, Antonieta, acompañada de su hija María Teresa, hizo una reverencia a su hijo como Luis XVII. Pero el niño estaba demacrado y enfermo. Poco después, los pequeños fueron apartados de su madre. «Mi niño, estamos a punto de separarnos», dijo Antonieta agarrando a Luis XVII. «Nunca olvides a Dios, que te ha puesto a prueba, ni a tu madre, que te quiere. Sé bueno y paciente, y tu padre lo verá desde el cielo y te bendecirá.»

La ejecución de Luis fue «el acto más repugnante y atroz que la historia del mundo haya tenido ocasión de presenciar», dijo el primer ministro Pitt, que decidió utilizar la riqueza británica —«el oro de Pitt»— para financiar una serie de coaliciones europeas en guerras contra Francia.[1]En su país temía una revolución, y legisló para prohibir los sindicatos. Mientras los ejércitos revolucionarios franceses derrotaban a Bélgica e invadían los Países Bajos, la Convención declaró la guerra a Gran Bretaña.

El 6 de abril de 1793, cuando el levantamiento de la Vendée amenazaba París, la Convención creó un Comité de Salud Pública liderado por Danton para «empuñar el arma del Tribunal Revolucionario». En junio se aprobó una constitución democrática, pero debido a la guerra no llegó a ponerse en práctica. Ese mismo mes, Danton se retiró al campo mientras la Convención anunciaba «un gobierno revolucionario» hasta que llegara la paz, lo cual otorgó poderes totales al Comité, formado por doce revolucionarios, en su mayoría abogados de provincias, reelegidos cada dos meses por la Convención. El 2 de junio, Robespierre

orquestó la detención de Brissot y los girondinos, y al mes siguiente fue elegido para el Comité, que gobernaba desde el estudio verde del rey en las Tullerías. Los doce dirigieron la guerra e instituyeron lo que vendría en llamarse *La Terreur* como una manifestación de «justicia ... severa e inflexible ... la emanación de la virtud». El 23 de agosto de 1793, un programa masivo de reclutamiento, la *levée en masse*, creó el primer ejército nacional, dirigido por Lazar Carnot, el más apto del Comité y «organizador de la victoria». Había llegado «una nueva era», dijo el poeta Goethe, «en la historia del mundo», el momento de las naciones y las ideologías, expresado en la política de masas. El fin de la monarquía sagrada inauguró el culto a la nación y su doble institucional, la nación-estado, que sigue siendo la unidad básica para organizar los gobiernos de la actualidad. El poder es la madre de la ideología. El nacionalismo, la identificación con una comunidad más grande que comparte el idioma, fortalecida por la raza y la historia —ambas cosas a menudo inventadas y adornadas con mitos lastimeros—, se desarrolló para justificar la nación-estado. Si parecía que la razón y la virtud iban a arrebatar el poder a las familias, no fue así: las dinastías, viejas y nuevas, se transformaron sin problemas y se adaptaron a la nueva dinámica.

El 17 de septiembre, la Ley de Sospechosos otorgó al Comité poderes de ejecución sumaria, a la vez que asumía el mando total de la economía y declaraba un nuevo calendario revolucionario. La histeria ciudadana, el caos militar, la rivalidad entre facciones y la corrupción descarada intensificaron el Terror. El 31 de octubre, Brissot y 28 girondinos entonaron canciones republicanas de camino a la guillotina. 16.000 víctimas, muchas de ellas denunciadas en una fiebre de miedo y cobardía, y la mayoría simplemente culpables de ser aristócratas, serían guillotinadas. El Terror no mataba a la gente por motivos religiosos, como había ocurrido en Europa durante siglos, sino para fomentar la lealtad. Robespierre investigó un complot extranjero contra la revolución, que en realidad era un caso de desfalco de fondos de la Compagnie des Indes Orientales por parte de revolucionarios de la élite próxima a los doce. La ley del 14 de frimario (diciembre) dio al

Comité poder para aplastar a la oposición, un poder que, podríamos decir, definió la soberanía de una nación. Este fue un efecto de la revolución igual de importante que los derechos del hombre para la creación de la política moderna: uno alentaba un estado omnipotente; el otro presagiaba el dominio del individualismo.

Los enviados del Comité viajaron por toda Francia ejecutando a los traidores. «Esos monstruos deben ser desenmascarados y exterminados», dijo Robespierre sobre los rebeldes de Lyon. «La ciudad de Lyon debe ser destruida», ordenó. Allí murieron dos mil personas, que fueron atadas delante de cañones y despedazadas. En Nantes, encerraron a otras dos mil en barcazas y las hundieron.

En París, Sanson —ahora bautizado Charlot, o el Vengador Nacional— y sus hijos decapitaron frenéticamente a 2.900 víctimas de Robespierre. Sanson estaba tan agotado que le pasó el testigo a su hijo Gabriel. En un momento revelador del Terror, Gabriel estaba decapitando a tanta gente que, sosteniendo una cabeza ante la multitud, resbaló en la sangre, se cayó del patíbulo y se rompió el cuello. «Igual que Saturno», escribió un observador, «la revolución devora a sus hijos.» El festín había empezado. Felipe Igualdad votó a favor del Terror, pero cuando su hijo Luis Felipe, disgustado por el asesinato del rey, desertó a la coalición, el duque fue guillotinado.[2]Barnave corrió la misma suerte. Entre los detenidos estaba Marie Josèphe Rose Tascher de la Pagerie, joven hija de un esclavista, la futura emperatriz Josefina, que a sus quince años había llegado de Martinica para casarse con el vizconde Alejandro de Beauharnais. Ahora, ambos aguardaban la muerte en unas celdas abarrotadas.

Al pequeño Luis XVII, separado de su madre, medio hambriento y atiborrado de alcohol, le lavaron el cerebro y lo obligaron a denunciar a María Antonieta por abusos sexuales. Cuando oyó sus pasos en la celda de arriba, el niño preguntó con desdén: «¿Todavía no han guillotinado a esas putas?». María Teresa, la hija mayor de Antonieta, y su cuñada, Madame Isabel, se quedaron con la reina, pero más tarde también fueron separadas de ella.

El 14 de octubre de 1793, vestida de luto pero con unos tacones rojos de otra época, Antonieta fue juzgada, hallada culpable de espiar para José II, de pagarle y de abusar sexualmente de su hijo. Cuando la informaron de que, según este, era una «nueva Agripina» que lo había enseñado a masturbarse con tanta fuerza que se le había inflamado un testículo y había fornicado con él, Antonieta dijo: «La naturaleza se niega a responder a tal acusación, pero apelo a todas las madres que están aquí». Robespierre temía que su dignidad despertara compasión. La hija de María Teresa se dirigió con desdén a sus acosadores: «Yo era reina y me destronasteis. Era esposa y matasteis a mi marido. Era madre y habéis apartado a mis hijos de mí. Ya solo me queda mi sangre. ¡Apresuraos y tomadla!». Su última carta a su cuñada y su hija daba testimonio de su tristeza por haberse separado de los niños, suplicaba a Isabel que perdonara las alegaciones de su hijo —«Imagina lo fácil que es lograr que un niño de esa edad diga cualquier cosa»— y le pedía que besara a sus «pobres y queridos niños». La carta no fue entregada y acabó en manos de Robespierre.

Cuando su verdugo, Henri Sanson, que había sucedido a su hermano, llegó a la prisión de la Conciergerie para atarle las muñecas, Antonieta preguntó si podía aliviarse en privado. Ante la negativa de Sanson, se acuclilló en una esquina delante de los carceleros. Vestida de blanco, Antonieta, que tenía treinta y siete años pero parecía una anciana, fue trasladada en un chirrión abierto mientras la multitud se mofaba de ella. En un momento dado escribió una nota a Fersen que le fue entregada más tarde: «*Adieu*. Mi corazón es solo tuyo». Antonieta murió con valentía.

«Estaba destrozado», escribió Fersen. «Pensaba en ella constantemente, en las terribles circunstancias de sus sufrimientos. Las dudas que hubiera podido tener sobre mí, sobre mi apego … me atormentaban.»

Luis XVII se estaba deteriorando en una celda llena de heces. «Mi hermano está enfermo», escribió María Teresa. «He pedido permiso a la Convención para cuidar de él.» Pero Robespierre se mostró implacable. Cuando el niño murió, su médico se llevó su

corazón en un pañuelo para ofrecerle un entierro sagrado.

«Si la base del gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, su base en la revolución son la virtud y el terror», declaró Robespierre el 5 de febrero de 1794: «Virtud, sin la cual el terror es desastroso; terror, sin el cual la virtud carece de poder». Su remolino de virtud sería el patrón para todas las cazas de brujas biempensantes; el Comité fue el primer gabinete de guerra moderno, el primer gobierno diseñado para purificar y remodelar la sociedad.

En marzo, el regreso de Danton —que exigió el fin del Terror, advirtió contra la dictadura y abogó por las negociaciones de paz— puso en peligro el gobierno y la visión de Robespierre. El «incorruptible verdemar» —epíteto que le dedicó el historiador Thomas Carlyle— los denunció a él y a sus partidarios por derrotismo, por robar fondos de la Compagnie des Indes Orientales y por interceder a favor de María Antonieta. El 5 de abril, Danton y el resto fueron a la guillotina. «Lo que más me molesta es que voy a morir seis semanas antes que Robespierre», dijo supuestamente Danton en el carruaje de Sanson.

Robespierre había ganado, pero ahora nadie estaba a salvo. Él y el Comité incrementaron el número de ejecuciones por medio de la «cuchilla nacional». La guerra aceleró el ascenso de una generación de jóvenes oficiales. En el sur las fuerzas británicas y monárquicas habían conquistado Tolón, y Robespierre envió a dos legados para que recuperaran el puerto: su hermano Augustin y el antiguo vizconde Paul Barras, que quedaron impresionados con un joven capitán corso llamado Napoleón Bonaparte, enérgico, delgado y cetrino, que en diciembre de 1793 lideró la artillería durante su exitosa reconquista. A sus veinticuatro años, Bonaparte fue ascendido a general. En Saint-Domingue, otro general brillante y joven estaba tomando el mando de un ejército revolucionario.

Tres años después del comienzo de la revolución, la Convención ilegalizó la discriminación racial, pero se negó a abolir la esclavitud, y envió a seis mil soldados franceses a recuperar la Joya del Caribe.

Mientras los franceses intentaban aplastar a los exesclavos, Toussaint viajó a Santo Domingo, la otra mitad de La Española, para negociar una alianza con los españoles, que lo nombraron general. Entre tanto, Biassou y varios líderes estaban comerciando con esclavos que vendían a los españoles. Biassou ordenó el asesinato de Toussaint. Después se quedó con los españoles y Toussaint se convirtió en un líder crucial.

Delgado, alto e incansable, luciendo una «chaqueta azul, una capa roja, puños rojos con ocho hileras de encaje, grandes charreteras doradas, chaleco escarlata, pantalones bombachos, botines y un sombrero redondo con una pluma roja», «lograba hacerse invisible allá donde estuviera y visible allá donde no estuviera», recordaba un enemigo. «Heredó sus movimientos espontáneos del tigre.» Imbuido de su cultura africana y las tradiciones esclavas del ocultismo vudú, además del catolicismo, el lenguaje francés y la Ilustración parisina, ingenioso, divertido y siempre sorprendente, Toussaint era un maestro de la táctica militar que se movía entre Francia, España y Gran Bretaña. «Habla poco, pero haz todo lo posible», decía. Presentándose como un cruce entre el dios de la guerra Ogun Fer y Papa Legba, un espíritu vudú de la encrucijada dotado de la facultad de cambiar de forma, adoptó un nuevo nombre: Louverture, la apertura.

Tras dos años «detrás del telón», proclamó: «Soy Toussaint Louverture. Tal vez hayáis oído mi nombre. Como sabéis, hermanos, me he cobrado venganza y quiero que en Saint-Domingue reinen la libertad y la igualdad … para que todos seamos felices».

Como comandante se rodeó de esbirros que llegarían a dominar Haití. Jean-Jacques Dessalines, futuro emperador, era uno de los esclavos a los que Louverture había dirigido tras su propia manumisión, mientras que Henri Christophe, futuro rey, había trabajado como esclavo, mozo de cuadra y camarero, y como tamborilero había combatido en Savannah con el regimiento negro Chasseurs-Volontaires de Saint-Domingue y con los

estadounidenses contra los británicos. La mayoría de los hombres de Toussaint eran esclavos nacidos en África, en especial congos de Angola, pero su jefe de gabinete, el general Agé, era blanco. Louverture se jactaba de haber «pasado por la espada a noventa españoles» tras una batalla y enviado sus cabezas a los franceses, pero no le gustaban «los guerreros con querencia por derramar sangre», y a menudo protegía a los colonos.

El 4 de febrero de 1794, en París, Robespierre apoyó el decreto de la Convención para abolir la esclavitud: «*La Convention Nationale déclare que l'esclavage des Nègres dans toutes les colonies est aboli*», reconociendo así que la rebelión de los esclavos era irreversible. Toussaint elogió ese «gran consuelo para todos los amigos de la humanidad». Después de materializar su alianza táctica con los esclavistas españoles, negoció con el gobernador francés Étienne de Laveaux y prometió consagrarse a «aplastar a los enemigos de la república». Toussaint elogió a Laveaux por su «amor excepcional al pueblo negro». Por su parte, Laveaux escribió a París: «Todo halago a las virtudes, el talento y las cualidades marciales de Toussaint es poco. Está lleno de humanidad y es infatigable como guerrero».

En aquel momento, Robespierre desarrolló una visión de un estado de la virtud.[3]«Si Dios no existiera», dijo, citando a Voltaire, «sería necesario inventarlo». El 8 de junio, en un pomposo y solemne ritual celebrado en lo alto de una montaña artificial del Champ de Mars, Robespierre presidió el lanzamiento de una nueva religión, «*le Culte de l'Être suprême*». Como virtuoso potentado y hierofante del Ser Supremo, se hallaba en su cénit homicida, pero estaba abarcando demasiado, y a sus compañeros les molestaba su celebridad. Dos días después, una ley otorgó a Robespierre y al Comité poderes para matar a todos los enemigos públicos. En julio se decapitó a sesenta víctimas cada día. Una de ellas fue el marido de Josefina de Beauharnais, y ella también creía que sería ejecutada. Ahora, incluso los Sanson tenían dudas: el longevo padre sufría «visiones terribles … Es posible que Dios me esté castigando por mi obediencia cobarde a una falsa justicia». Henri Sanson fue detenido. Pero el Comité quedó reducido a ruidosas

discusiones nocturnas. Robespierre se retiró a sus aposentos para recuperarse y planear la detención de todos sus enemigos. El 26 de julio pronunció un discurso terriblemente desacertado en el que defendió su revolución, «la primera basada en la teoría de los derechos de la humanidad y los principios de la justicia», y amenazó a sus enemigos —«los monstruos»— para luego reflexionar: «La muerte no es un sueño eterno ... La muerte es el comienzo de la inmortalidad». Pero, aquella noche, su amenaza de «erradicar a todas las facciones» unió a moderados y radicales en una conspiración contra él. Al día siguiente, 9 de termidor según el calendario revolucionario, cuando intentaron iniciar la purga, él y sus epígonos fueron acusados de planificar «el asesinato de la Convención».

—¡Abajo el tirano! —clamaban los detractores de Robespierre.

Este intentó hablar, pero el miedo le robó la voz.

—¡La sangre de Danton te ahoga! —gritaron.

—¿Es por Danton por quien os lamentáis? —repuso Robespierre—. ¡Cobardes! ¿Por qué no lo defendisteis?

Arrestados y más tarde liberados en medio del caos, Robespierre y sus esbirros huyeron al Hôtel de Ville, donde, asediado por la milicia, el líder se pegó un tiro, pero solo se destrozó la mandíbula. Observado por la muchedumbre y con la cara vendada, fue llevado a la cuchilla nacional, donde Henri Sanson, que había recuperado el puesto, le arrancó el vendaje. Robespierre emitió un grito agudo y se desmayó antes de que Sanson le cortara la cabeza. Aquello no era una revolución, sino un golpe interno en el Comité, donde la facción jacobina siguió gobernando con los ahora poderosos moderados. Algunos prisioneros, incluida Josefina, fueron liberados.[4]Entre los partidarios de Robespierre detenidos en Niza estaba el general Bonaparte, que tuvo la suerte de salir en libertad. Mientras tanto, su benefactor, Barras, un vividor bisexual de la Provenza que había luchado contra los británicos en la India, ayudaba a desmantelar la máquina del terror.

El 5 de octubre de 1795, enfrentado a una revuelta en París,

Barras hizo llamar a Bonaparte, que envió a Joachim Murat, hijo de un mesonero gascón, moreno, de 1,83 metros de altura, ojos azules y dieciocho años, a buscar cuarenta cañones. «A la turba hay que manejarla con el terror», dijo Bonaparte, que ordenó a Murat que disparara «una lluvia de metralla» contra la multitud. El fuego de cañón acabó con la vida de trescientas personas y le valió al general la gratitud de Barras, que fue elegido presidente de un *Directoire* integrado por cinco hombres. Francia, que luchaba contra los Habsburgo, los Hohenzollern y los británicos en Italia, Alemania y los Países Bajos, estaba resistiendo, eficientemente organizada por Carnot, uno de los *directeurs*. Liberados del Terror y disfrutando de su poder, los revolucionarios y los aristócratas que estaban de regreso celebraron su supervivencia en una florescencia de lujos libidinosos y acuerdos venales, en especial Charles Maurice de Talleyrand, un libertino lánguido y aburrido que en su exilio británico y estadounidense había conocido a Pitt y Hamilton y se convirtió en un astuto e ingenioso ministro de Asuntos Exteriores.

Barras, quien según Carnot poseía «los gustos de un príncipe opulento, generoso, magnífico y disoluto», se embarcó en un romance con Josefina de Beauharnais. Cuando esta resultó ser demasiado exigente y cara, Barras dijo que estaba «cansado y aburrido» de esa «cortesana engatusadora». Ascendió al pálido y melenudo Bonaparte, cuya «delgadez macilenta dio paso a una cara rellena» y «una sonrisa siempre agradable», y animó a Josefina a interesarse en su protegido. Después de enviar a su hijo menor Eugène a entregar un mensaje, Josefina finalmente conoció a Napoleón, que se enamoró locamente de ella. Era seis años mayor que él, pero mucho menos inocente. Su encanto, su pelo y sus ojos castaños, sumados a una sofisticada técnica sexual que Bonaparte denominaba *le zigzag*, compensaban una falta de dientes que le impedía sonreír, una extravagancia incontenible y una supuesta falta de inteligencia. «Nunca nadie», bromeaba Talleyrand, «se las ha arreglado mejor sin ella.»

«Despierto lleno de ti», le escribió Bonaparte aquel mes de diciembre. «Tu imagen y el recuerdo de los placeres embriagadores

de anoche no han dado descanso a mis sentidos.» En marzo de 1796, Barras presidió su matrimonio y, convencido de la devoción y lealtad de Bonaparte, lo eligió para dirigir el Ejército de Italia. Sola en París, Josefina inició una aventura con un joven húsar e intentó recuperar sus fincas de Saint-Domingue.

En abril, Toussaint celebró su alianza con Laveaux, que lo llamaba «el Espartaco negro, el líder anunciado por el *philosophe* Raynal para vengar los crímenes cometidos contra su raza», y lo nombró vicegobernador. Toussaint contaba con el favor de los *colons* franceses. Casado con Suzanne y padre de varios hijos a los que quería mucho, Toussaint era amante de madame Fisson, «una chica blanca de belleza inusual» cuyo marido *colon* se convirtió en uno de los agentes de Toussaint, y de Marguerite Descahaux, esposa de otro *colon*. Las mujeres de los terratenientes lo bombardeaban con mechones de pelo rubio y notas en las que lo llamaban «mi príncipe», y animaba a sus funcionarios blancos a casarse con mujeres negras, incluidas sus propias amantes.

Pero su auténtico desafío era el de unir a su pueblo, en su mayoría *bossales* de África que aún se identificaban como congos o igbos. «Soy la persona a la que ven los negros cuando se miran en el espejo», decía, «y es a mí a quien deben recurrir si quieren gozar de los frutos de la libertad.» Pero el *Directoire* no confiaba en Toussaint, que repuso que los africanos habían «utilizado sus armas y sus manos desnudas» para que la colonia siguiera siendo francesa. Barras no se dejó convencer y envió a un general llamado Hédouville a desarmar a las milicias negras. «¿Quién es el mayor defensor de vuestra libertad?», preguntó Toussaint a su pueblo. «¿El general Hédouville, un antiguo marqués, o Toussaint Louverture, el esclavo de Bréda?»

La revuelta de Toussaint estaba aterrando a una camarilla de esclavistas que vivían cerca. «Entiendo de veras esos sentimientos de comprensión», escribió el presidente Washington, «por las aflicciones de los hermanos que sufren [los propietarios de esclavos].» En febrero de 1793 firmó la Ley de Esclavos Fugitivos, que autorizaba la persecución de los huidos. También Jefferson, convencido de que todas las islas de las Indias occidentales

seguirían en manos «de la gente de color», declaró: «Deberíamos prever las escenas sangrientas que nuestros hijos y posiblemente nosotros mismos (al sur del Potomac) tendremos que presenciar».

Los esclavistas británicos también tenían miedo, pero Pitt había postergado el proyecto de ley sobre el comercio de esclavos presentado en 1792 por Wilberforce, y se concentró en la lucha contra Francia y en la obtención de ganancias imperiales. En septiembre de 1793 envió una gran expedición para conquistar Saint-Domingue, un valioso territorio francés, y reinstaurar la esclavitud para salvaguardar las plantaciones británicas de azúcar en Barbados y Jamaica. Toussaint lideró una furiosa resistencia y derrotó a dos expediciones británicas con la ayuda de una galopante fiebre amarilla.

En mayo de 1796, Pitt puso la mirada en la India, donde los franceses estaban conspirando contra Gran Bretaña, y nombró a un amigo de Eton y Oxford llamado Richard Wellesley, conde de Mornington, gobernador general de la presidencia de Fort William (Calcuta). Una de las primeras medidas que había tomado Pitt en 1784 fue hacerse con el control de la Compañía de las Indias Orientales; en adelante, el primer ministro elegiría a la Junta India de Control y al gobernador general que dirigía las tres presidencias indias.[5]Aunque Clive controlaba Bengala, los territorios británicos eran limitados, y gran parte de la India estaba dominada por los maratha, que obtenían enormes beneficios. Fue entonces cuando Wellesley, dinámico, autócrata, libertino y derrochador, estudió cómo poner «los cimientos de nuestro imperio en Asia», ayudado por dos hermanos más jóvenes, uno como edecán y el otro como comandante de confianza. Arthur, el futuro duque de Wellington, un hombre atractivo, frío, lacónico y con talento, complementaba los planes pretenciosos y la explosiva impetuosidad de Richard. Entre ellos, los dos hijos de un ordinario terrateniente angloirlandés consolidarían el poder británico en la India y Europa.

UN MONTÓN DE GLOBOS OCULARES: EL FEROZ TIPU, LOS HERMANOS

Wellesley y el vengativo eunuco de Persia

Ya en Calcuta, Wellesley ejercía de procónsul, se desplazaba en un elegante carruaje con una comitiva armada, construyó una nueva y resplandeciente Casa del Gobierno y buscó aventuras sexuales. Asia había cambiado desde los tiempos de Clive. Ranjit Singh, un *sirdar* sij, estaba creando un reino en Punyab después de expulsar al heredero del conquistador afgano Durrani, que también había perdido sus provincias en Persia y Asia central gracias a las conquistas de un feroz eunuco que pretendía vengar humillaciones nacionales y testiculares.

Agha Mohamed Khan, arrugado, diminuto y con una voz aguda, había sido castrado a los cinco años por el sobrino de Nader Shah para impedir cualquier amenaza de su tribu Qajar, y después permaneció preso en la corte durante cuatro décadas hasta que, en 1779, un cambio de régimen le permitió escapar, organizar su ejército tribal y conquistar Shiraz, Isfahán y Tabriz. Cuando entró en Jorasán, capturó a Shahrokh, el nieto ciego de Nader, a quien torturó personalmente llenándole la corona de plomo fundido. Hizo enterrar el cuerpo debajo del umbral del palacio de su nueva capital, Teherán. En 1791 invadió el Cáucaso, expulsó a las fuerzas rusas y reconquistó Ereván. Cuando conquistó Kumani, ordenó a su ejército que les arrancara los ojos a sus veinte mil habitantes y los distribuyera en montones.

En agosto de 1795 atacó Georgia, pero su rey, Heraclio II, que había formado parte del séquito de Nader, pidió protección a Catalina la Grande. Justo antes de morir, Catalina abandonó Georgia. En septiembre, el eunuco derrotó a Heraclio y atacó Tiflis, donde creó montañas de cuerpos antes de llevarse a quince mil esclavos a Teherán. Una vez allí fue coronado sha.

Su reino fue breve. En junio de 1797, cuando oyó a sus ayudas de cámara discutiendo, condenó a dos de ellos a muerte, pero aplazó las ejecuciones hasta la mañana siguiente. Por la noche, entraron en la tienda real y lo apuñalaron. Pero el monstruo había unido Irán. Fath-Ali Shah, su sucesor y sobrino, impidió que se disgregara, y la familia gobernó hasta 1925.

Mientras los persas, los afganos y los sijs estaban ocupados en el este, Wellesley se empeñó en ser el fundador del imperio británico en la India, donde sus compatriotas eran solo una parte de la mezcolanza cosmopolita de europeos e indios que convivían en igualdad de condiciones: uno de cada tres británicos del subcontinente estaba casado con una mujer india. En Haiderabad, donde los británicos se aseguraron de que el Nizam no se aliara con los franceses, el residente (representante) británico, James Kirkpatrick, estaba casado con la hermosa princesa Khair-un-Nissa. Según decían, Wellesley no lo aprobaba, pero se centró en Mysore, el principal enemigo de Gran Bretaña y un reino que el caudillo Haidar Ali Khan había arrebatado recientemente al imperio meridional de Vijayanagar. Su hijo, el sultán Tipu, formado en Francia, era un feroz *showman* cuyo sultanato era conocido por la estabilidad social, por la prosperidad económica y por la armonía entre los ciudadanos hindúes y musulmanes. Tipu contrató a oficiales franceses para conquistar las regiones carnática y malabar, y derrotó a un ejército británico creyendo que los franceses lo apoyarían, pero no fue así. Tras conseguir que «la bestia saliera de la jungla, atrayéndola a sus redes», Wellesley desplegó las fuerzas de su hermano Arthur, que irrumpió en Seringapatam y mató a Tipu. Wellesley utilizó Mysore para atacar a los marathas. En septiembre de 1803, en Assaye, el general Arthur Wellesley derrotó al marajá de Gwalior, cosa que más tarde consideraba una victoria más importante que Waterloo —«la más sangrienta que yo haya visto»—, mientras en el norte otro ejército británico derrotaba a los marathas, capitaneados por oficiales franceses, a las afueras de Delhi, que pasaría a formar parte de la esfera británica. A muchos líderes, incluido el emperador mogol, les permitieron seguir gobernando siempre y cuando los británicos controlaran la política exterior. A menudo, la India había sido conquistada por ejércitos del este, pero era la primera vez que caía ante una potencia marítima, y ofreció al Reino Unido territorio y envergadura. Cuando Wellesley volvió a casa con un marquesado y cien mil libras, el verdadero arquitecto del raj británico había duplicado con creces los territorios de Londres y planeaba ser

primer ministro. Arthur también entró en política.

Al este, la Compañía de las Indias Orientales intentó de nuevo penetrar en China, el estado asiático más poderoso, gobernado por el octogenario Qianlong, emperador de trescientos millones de personas, que había expandido su poder a Asia central: el mayor imperio chino de la historia. Pero había vivido demasiado y sufría la maldición del éxito: los triunfos del pasado hacen impensable una reforma en el presente.[6]El equilibrio comercial favorecía enormemente a China, con los británicos, confinados en Cantón, pagando en plata, pero la Compañía esperaba pagar el té chino con opio, una nueva cosecha india. En septiembre de 1792 enviaron al conde Macartney a solicitar «una pequeña isla no fortificada como residencia para los comerciantes británicos».

Qianlong, de constitución delgada y rostro aquilino, sereno y majestuoso, vestido con «una túnica de seda amarilla y un sombrero de terciopelo negro con una bola roja encima y una pluma de pavo real», recibió a Macartney, que le ofreció regalos para hacer ostentación de la tecnología británica: un telescopio, un barómetro, un compresor, un planetario y seis macetas Wedgwood. Qianlong se burló del compresor —«como mucho, para divertir a los niños»—, pero eran las macetas Wedgwood lo que debería haberlo inquietado. Ahora que los británicos enviaban porcelana a China, el mundo había cambiado, pero Qianlong rechazó sus pretensiones, reflejando así la visión del mundo en su momento álgido: «Nuestro imperio celestial posee todas las cosas en prolífica abundancia», mientras que la «maligna petición» de Gran Bretaña fue una «violación flagrante del uso de mi imperio». Por ahora, los británicos parecían irrelevantes en China.

Gran Bretaña ya no podía deportar delincuentes a América, pero Banks, el naturalista del capitán Cook, aseguraba que Nueva Gales del Sur era idónea para una nueva colonia penal. Pitt y el vizconde Sydney, su secretario de Interior, enviaron una flota de once barcos liderada por el capitán Arthur Phillip para fortificar la colonia en el extenso continente australiano, hogar de cientos de miles de indígenas, la mayoría de los cuales no habían mantenido contacto con los europeos, salvo unos pocos marineros

neerlandeses y británicos en el último siglo.

En enero de 1788, el gobernador Phillip izó la bandera en la costa, llamó al asentamiento Sydney Cove y entregó a los primeros 732 presos, todos ellos ladrones de Londres. En 1792, cuando Phillip regresó a la capital, 4.221 británicos —de los cuales 3.099 eran prisioneros— residían en Nueva Gales del Sur. Sus convictos trabajaban encadenados, mientras los pueblos indígenas quedaban reducidos por enfermedades y divididos por el reparto de tierras de los colonos.[7]

Los británicos no eran los únicos conquistadores que estaban invadiendo un reino del Pacífico. En 1790, las depredaciones de una familia estadounidense de comerciantes de pieles ayudaron involuntariamente a Kamehameha a crear un reino hawaiano. El comerciante estadounidense Simon Metcalfe viajó en su barco *Eleonora* a las islas Hawái, donde, tras una disputa, azotó a un cacique local y asesinó a cien lugareños con su cañón. Poco después, cuando Thomas, su hijo de diecinueve años, llegó en el barco desafortunadamente llamado *Fair American* (El americano justo), los hawaianos se vengaron abordándolo y acabando con su vida y la de la tripulación, excepto la de un artillero.

En una isla cercana le esperaba su padre, Simon, que envió a un contramaestre a averiguar qué había sido de Thomas. Cuando aquel fue hecho prisionero, Simon zarpó hacia China.

Kamehameha invitó a los dos marineros británicos a utilizar su cañón, que había adquirido recientemente. En una decisión inteligente, no solo aceptaron, sino que además se convirtieron en cortesanos íntimos. El galés Isaac Davis y John Young, de Lancashire, empezaron como artilleros, más tarde ayudaron a dirigir sus ejércitos y finalmente se casaron con mujeres de la dinastía. Después de comprar armas a comerciantes británicos y estadounidenses y aprender a fabricar dinamita con nitrato de potasio —fácil de encontrar en Hawái—, Kamehameha invadió Maui con la ayuda de Davis y Young. Cinco años después, en mayo de 1795, lideró mil canoas de combate y a diez mil soldados, además de cañones manejados por sus artilleros de Lancashire y Gales, para conquistar Oahu, donde ganó una batalla en Nu‘uanu y

sacrificó a su gobernante. Luego, este extraordinario conquistador vencería a comerciantes estadounidenses y europeos en su propio juego.

En diciembre de 1793, Jefferson dimitió del gabinete de Washington y dejó el terreno libre a sus rivales del Partido Federalista conservador, Hamilton y el vicepresidente Adams, afirmando con hipocresía: «El pequeño ápice de ambición ... se ha evaporado hace mucho», a la vez que conspiraba implacablemente. «Es tan ambicioso como Oliver Cromwell», observaba Adams. Jefferson odiaba los enfrentamientos directos, y adoptó una gentileza majestuosa a la vez que manipulaba a la prensa para destruir a Hamilton y se negaba a denunciar el Terror de Robespierre. En Monticello derribó y volvió a construir su mansión abovedada, y retomó su relación con Sally. En 1795, Sally, que tenía solo veinte años, dio a luz a otra hija, que también murió joven.

Después de dos mandatos, Washington regresó a Mount Vernon para salvar su fortuna.[8]El «retiro» de Jefferson fue fugaz e ilusorio: cuidadosamente, pasó de ser un aristócrata parisino-virginiano a convertirse en un hombre austero de virtud popular y se enfrentó a Adams, que ganó la presidencia. Como vicepresidente, su recompensa por acabar segundo, Jefferson pasaba tan poco tiempo como podía en Filadelfia, la capital, y procuraba estar en casa, donde, en 1797, Sally dio a luz a su hijo Beverly. Mientras la presidencia de Adams se deterioraba, Hamilton, déspota, brillante pero autodestructivo, se había arruinado al reconocer una aventura con Maria Reynolds, una mujer casada. Sin duda, Jefferson disfrutó con la implosión de sus rivales federalistas, pero a medida que se acercaba a la presidencia, sus propios secretos se convirtieron en dinamita política.

En 1800, Jefferson, que se presentó con un amoral abogado neoyorquino llamado Aaron Burr, fue elegido presidente y se instaló en la residencia de Washington, la nueva capital, poco antes de que Sally diera a luz a su hija Harriet. En septiembre de 1801, el *Virginian Federalist* publicó unas revelaciones sobre el «sr. J.» en las que se afirmaba que tenía «varios hijos amarillos» y era «adicto

a los afectos dorados». Un año después, James Callender, un escritorzuelo racista al que Jefferson había utilizado en sus batallas con Adams, reveló en el *Richmond Recorder*: «Es de todos sabido que el hombre, a quien la gente se deleita en honrar, tiene ... por concubina a una de sus esclavas. Se llama SALLY». Jefferson ignoró el artículo.

Al principio, Jefferson aceptó Saint-Domingue como parte de la era de la revolución, pero cambió de parecer cuando supo del asesinato de gente blanca y advirtió que «los caníbales de la terrible república» podían ser la chispa para una guerra racial en Estados Unidos. Sin embargo, intentó evitar el tema de la esclavitud y se concentró en el trabajo de su vida: la creación de la nueva nación estadounidense. Irónicamente, su mayor oportunidad se vio acelerada por el éxito de Toussaint.

A cambio de no alentar revueltas de esclavos, Toussaint entabló buenas relaciones con Estados Unidos y Gran Bretaña. Creyendo que la mejor ruta hacia la libertad pasaba por París, envió a sus hijos a estudiar a Francia, y acababa de invadir el Santo Domingo español, a cuyos esclavos liberó, uniendo las dos partes de la isla. Entonces llegó la noticia de que un general francés se había hecho con el poder en París.

Justo después de su boda con Josefina en marzo de 1796, Bonaparte, de veintiséis años, llegó a Italia para luchar contra los Habsburgo, que estaban defendiendo sus provincias del norte. Bonaparte maniobraba con vertiginosa elegancia por el campo de batalla y por el de la publicidad. Igual que Alemania, Italia era «una mera expresión geográfica», como dijo un ministro Habsburgo, gobernada en el norte por el emperador Habsburgo y el rey Saboya de Piamonte-Cerdeña, en el centro por los papas y en Nápoles-Sicilia por un rey Borbón. Cuando Bonaparte conquistó Milán aquel mes de mayo y fue hacia el sur, creó nuevas repúblicas a imagen y semejanza de Francia, imponiendo los principios de la Ilustración, aboliendo la Inquisición y las asambleas de nobles y liberando a los judíos de siglos de restricciones.

Embriagado por la emoción del poder y el ejercicio de la superioridad francesa, Bonaparte confesaba más tarde: «Ya no me

consideraba un simple general, sino un hombre que había de decidir el destino de los pueblos». Ninguna de sus ambiciones habría importado sin las victorias que cosechó, que habrían sido imposibles sin la fuerza desmedida de Francia, *la Grande Nation*, su numerosa población, su extraordinaria organización militar y sus generales, hijos de mesoneros y barrileros ascendidos por méritos, todo ello sumado a su fervor republicano y la sensación de superioridad francesa. Su coalición de enemigos, los Habsburgo, a los que se habían unido los Románov con financiación de Pitt, estaba sobrepasada y mal coordinada.[9]

Bonaparte soñaba con el poder y con Josefina, a la que suplicaba que fuera con él y escribía a diario, oscilando entre lo práctico —«Estoy un poco cansado, todo el día a caballo»— y lo erótico —«Un beso en tu pecho y luego un poco más abajo, y luego mucho, mucho más abajo»—. Cuando descubrió que Josefina se acostaba con un húsar «muy atractivo», se sumió en un desvanecimiento romántico: «Ya no me quieres. Solo me queda morir». Alojado en un palacio milanés con su madre, Bonaparte adoptó un estilo regio, ascendiendo a sus hermanos y casando a sus hermanas con generales franceses y aristócratas italianos mientras bromeaba con el *Directoire*: «Si hace meses quería ser duque de Milán, hoy deseo ser rey de Italia».[10]

Después de firmar un tratado de paz que a Francia le supuso ganar el norte de Italia y Bélgica, Bonaparte aconsejó a los *directeurs* que atacaran Gran Bretaña o serían «destruidos por la corrupción de esos intrigantes y emprendedores isleños». Y añadió: «Concentremos toda nuestra actividad en la vertiente naval y destruyamos Inglaterra. Una vez hecho eso, Europa estará a nuestros pies». En una celebración en París, Barras y el *Directoire*, todos ellos enfundados en absurdas togas romanas, compararon a Bonaparte con un nuevo César que ahora planeaba una aventura oriental para sacar a Gran Bretaña de la guerra, fundar un imperio alejandrino, fomentar la Ilustración francesa y hacerse invencible: Egipto.

A sugerencia de Talleyrand, Bonaparte prometió que, «en cuanto hubiera conquistado Egipto, entablaría relaciones con los

príncipes indios y juntos atacarían las posesiones inglesas». El 19 de mayo de 1798, Bonaparte y sus 280 barcos zarparon de Tolón con un ejército de 38.000 soldados y 167 sabios (historiadores, arquitectos, matemáticos y botánicos), su hermano Luis, su hijastro Eugène y el general Dumas, su comandante de caballería mestizo, además de 800.000 pintas de vino.

Soberanos egipcios: Bonaparte y Mehmet Alí

Bonaparte, que estaba sumergiéndose en la historia ancestral de los faraones, Alejandro y César, llegó a una provincia semiautónoma de los otomanos. Egipto, como la mayoría de los territorios otomanos, ahora era prácticamente independiente, gobernada por los voraces pachás mamelucos-turcos. «Esta horda de esclavos, comprada en el Cáucaso y Georgia, ha tiranizado la parte más bella del mundo», afirmaba Bonaparte, que ordenó a sus tropas que fueran tolerantes con la cultura egipcia: «Tratadlos como tratabais a los judíos y los italianos. Respetad a sus muftíes e imanes».

Después de atracar en Alejandría, la vanguardia liderada por el general Dumas, a quien los austríacos apodaban el Diablo Negro, viajó hacia el sur. Pero aquel gigante irreprimible, «el hombre más atractivo que se haya visto nunca», se sentía molesto con las ambiciones de Bonaparte y empezó a tramar contra él.

El 20 de julio de 1798, Bonaparte derrotó a los mamelucos a las afueras de El Cairo. El maestro de la publicidad la bautizó como «la batalla de las Pirámides» y declamó: «Soldados, recordad que desde esas pirámides os contemplan cuarenta siglos de historia», aunque en realidad no estaban a la vista. La caballería de Dumas persiguió a los mamelucos. Los franceses ocuparon El Cairo, la ciudad más grande de África, pero, diez días después, la flota de Bonaparte, atracada en la bahía de Abukir, fue destruida por Horatio Nelson, un impetuoso almirante británico con un solo ojo y un solo brazo. Bonaparte estaba perplejo, pero sus opciones eran limitadas. En octubre, los cairotas se rebelaron. Bonaparte y Dumas aplastaron la revuelta, mataron a cinco mil rebeldes y atraparon a

los últimos que quedaban en la mezquita de al-Azhar, que bombardearon con artillería. Después entraron, Dumas montado a lomos de su caballo. Pero Bonaparte descubrió la intriga de Dumas y amenazó con dispararle, aunque finalmente lo dejó volver a Francia.[11]Dumas fue sustituido por Murat, la cacatúa gascona cuya espada llevaba grabado el lema «Honor y mujeres» y que en varias ocasiones salvó a los franceses de la caballería mameluca.

Pero un ejército otomano se aproximaba por Siria, apoyado por el pachá de Acre. Bonaparte fue al norte y sitió la ciudad, pero la expedición fue un desastre: masacró a sus prisioneros, mató a sus propios soldados heridos y no logró conquistar Acre. Mientras producía mendaces boletines sobre sus logros y le dedicaban una melódica arenga, «*Partant pour la Syrie*», Bonaparte fue informado de que Josefina le había sido infiel en todo momento. «He perdido la fe en la naturaleza humana», dijo entre sollozos.

En octubre de 1799, Bonaparte abandonó a todo su ejército (y no por última vez) y se deslizó entre los barcos británicos. «¡Bah! Lo conseguiremos», dijo. «¡La suerte nunca nos ha abandonado!» Acompañado de Roustam, su esclavo y guardaespaldas georgiano, llegó a París para explotar su prestigio político. En Egipto, las fuerzas británicas y otomanas se encontraron con el ejército francés, que finalmente fue evacuado.[12]El sultán Selim III había ordenado la reconquista de Egipto y creó un ejército que incluía al turco-albano Mehmet Alí, que tenía la misma edad que Bonaparte y se convertiría en el Napoleón islámico.

Nacido en Kavala (Grecia), Mehmet Alí era hijo de un oficial albano otomano y sobrino del gobernador, y había sido «criado como un caballero». Pero, cuando Napoleón invadió Egipto, su tío lo enroló en una unidad liderada por su propio hijo. Llegó a Egipto en 1801, justo cuando los franceses se retiraban y El Cairo se sumía en el caos. Los otomanos no lograban controlar a los mamelucos. Pero Mehmet Alí, al mando de cuatro mil atacantes albanos, los aventajó habilidosamente a ambos. En mayo de 1805, los nobles cairotas enviaron una delegación a verlo.

—¿A quién habéis elegido como gobernador?

—No aceptaremos a nadie salvo a ti —respondieron.

En ese momento mandó a buscar a sus hijos y familiares en Grecia. Después de solo cuatro años en Egipto, sin apenas hablar árabe y analfabeto hasta los cuarenta, Mehmet Alí gobernaba el país. Igual que Napoleón, embellecía su leyenda, y a menudo hablaba de sí mismo en tercera persona, como hacía César. Pero, a diferencia del corso, él creó un estado y una dinastía que perduraron. Memhet Alí, el soberano islámico más exitoso de los tiempos modernos, dominaría Egipto durante cuarenta y tres años y conquistaría (como Napoleón) un imperio extenso pero breve, estaría a punto de provocar una guerra europea y acabaría creando la primera economía industrial fuera del Viejo Continente y una dinastía que gobernó Egipto hasta 1952.

En octubre de 1799, a su regreso a París, Bonaparte vio que el *Directoire* se estaba desmoronando y, con la ayuda de dos aliados —su hermano Luciano, que a sus veintitrés años presidía el Consejo de los Quinientos, la cámara baja de la legislatura, y Talleyrand—, aceptó ser la «espada» para un golpe de estado. Al principio, el golpe del 18 de brumario (9 de noviembre) fracasó. Bonaparte entró en el Consejo de Ancianos, la cámara alta, pero erró en su discurso y el Consejo de los Quinientos se negó a aceptar su disolución. Mientras Bonaparte titubeaba, Murat y sus granaderos expulsaron a los Quinientos y acosaron a los Ancianos. Bonaparte fue nombrado primer cónsul, o gobernador de Francia, lo que fue aprobado por un 99,95 % de los votantes en un plebiscito. «Si dura un año, llegará lejos», dijo Talleyrand, que fue confirmado como ministro de Asuntos Exteriores.

Después de muchos gritos y sollozos, el primer cónsul perdonó las infidelidades de Josefina (a la vez que se embarcaba en aventuras propias con entusiasmo pero nunca con virtuosismo. «Tres minutos y se acabó», le dijo a su personal). La pareja se instaló en los apartamentos reales de las Tullerías y Bonaparte disfrutaba de su transformación. «Ven, pequeña criolla», bromeaba, llevando en brazos a su mujer hasta la alcoba de María Antonieta. «Métete en la cama de tus señores.» Josefina tuvo la decencia de confesar: «Siento al fantasma de la reina preguntándome qué hago en su cama».

El cónsul centró su atención en la coalición antifrancesa mientras los austríacos iniciaban la ofensiva en Italia. Bonaparte lideró a su ejército por los Alpes, una hazaña anibalesca con cañones en lugar de elefantes y, después, gracias a una maniobra extraordinaria y a la pura suerte, derrotó a los austríacos en Marengo. De ese modo logró una paz con Austria y España con la que Francia obtuvo más territorios, incluyendo Luisiana, en el interior de Estados Unidos, que planeaba convertir en el centro de un nuevo imperio. Ello brindó a Bonaparte la posibilidad de pensar qué haría con los esclavos rebeldes de Francia.

Dos generales: Toussaint y Napoleón

Toussaint también se había arrogado un elegante nuevo título, además del liderazgo de su país. Tras ganar la despiadada guerra de los Cuchillos, en la que se enfrentó a André Rigaud, un señor de la guerra birracial, en julio de 1801 su Asamblea aprobó una constitución titulada «*concernant la liberté des Nègres, des gens de couleurs et des Blancs*», que lo nombraba liberador, protector y gobernador vitalicio con derecho a elegir a su sucesor. Pero leyó atentamente la nueva constitución francesa de Bonaparte: el artículo 91 permitía reinstaurar parte de la esclavitud en el Caribe.

El protector Toussaint quería preservar la riqueza de las plantaciones, que ahora estaban desintegrándose sin mano de obra esclava. Él y sus generales Dessalines y Christophe regentaban fincas propias (Dessalines tenía treinta) a la vez que instauraban la ley marcial para imponer el trabajo asalariado. Toussaint incluso hablaba de importar trabajadores de África. Pero sus poderes reales inspiraban oposición, liderada por su sobrino sobornable, el general Moyse. Cuando este intentó hacerse con el poder, Toussaint ordenó que lo ejecutaran y que cuarenta rebeldes fueran disparados desde un cañón.

Toussaint le aseguró al cónsul Bonaparte la lealtad de la colonia, pero «bajo la administración de un hombre negro». Bonaparte lo aprobó, pero no por mucho tiempo. Mientras se

encontraba en Egipto, Josefina había pedido que le devolvieran sus plantaciones. Toussaint cumplió y le envió los ingresos. Josefina invitó a los hijos de Toussaint a cenar y se encariñó con Placide. Bonaparte les dijo a los jóvenes que su padre era «un gran hombre que había prestado servicios extraordinarios a Francia» y decidió reconocerlo como capitán general con la intención de que liderara un ejército francés contra la Jamaica británica y posiblemente Estados Unidos. Por el contrario, el protector apaciguó a Estados Unidos y Gran Bretaña; mientras tanto, habida cuenta de que España se había aliado con Francia, la ocupación de Santo Domingo interfería con las relaciones españolas de Bonaparte.

Presionado por el *lobby* esclavista, Bonaparte decidió reinstaurar la esclavitud y destruir a Toussaint, a quien advirtió que su mandato no reconocía la «soberanía del pueblo francés». Negándose a «tolerar una sola charretera en los hombros de esos negros», Bonaparte le dijo al Consejo de Estado: «Yo estoy con los blancos porque soy blanco, y por ninguna otra razón ... ¿Cómo íbamos a conceder la libertad a los africanos, esos hombres sin civilizar?». Y añadió: «Si la Convención hubiera entendido lo que estaba haciendo y hubiera conocido las colonias, ¿habría abolido la esclavitud? Lo dudo mucho». Reunió a un ejército de 20.000 soldados y más tarde encontró 23.000 refuerzos, su mayor expedición en el extranjero, liderada por Victoire-Emmanuel Leclerc, que se había casado con Paulina, su hermana más bella. Bonaparte dio a Leclerc órdenes secretas de ganarse a Toussaint y, si se oponía, eliminarlo mientras amenazaba públicamente con que las personas de color que se resistieran serían «devoradas por el fuego como la caña de azúcar seca». Pero con los franceses viajaban dos generales de Saint-Domingue y futuros líderes de Haití, Alexandre Pétion y Jean-Pierre Boyer, hijos de *colons* franceses y esclavas que habían sido derrotados por Toussaint y ahora apoyaban a Francia. Consciente de que los franceses aspiraban a restablecer la supremacía blanca y la esclavitud, como harían pronto en Martinica y otras colonias, Toussaint entrenó a sus 20.000 hombres, pero declaró: «Si tengo que morir en esas circunstancias, afrontaré la muerte con honor, como un soldado».

La realidad era peor. En enero de 1802, Toussaint presenció el desembarco de las tropas de Leclerc. «Debemos perecer», concluyó. «Toda Francia ha venido a Saint-Domingue.» Leclerc erró en el desembarco, pero Toussaint ordenó a Dessalines y Christophe que destruyeran la ciudad de Cap (en su día la «París del Caribe») y desataran «fuego y destrucción ... Arrasadlo y quemadlo todo para que los que vienen a esclavizarnos de nuevo tengan siempre ante sus ojos la imagen del infierno que merecen». La guerra fue despiadada: Leclerc ordenó ahogamientos masivos de prisioneros negros y construyó una cámara de gas en un barco utilizando sulfuro volcánico para ahogar a cuatrocientos haitianos; con un sacacorchos, Toussaint les arrancó los ojos a los cautivos franceses.

Leclerc pasó de la furia genocida a la flácida desesperación, y apenas podía con Paulina, aunque estaba a salvo en su buque insignia; le dijo a Napoleón que el caos que los rodeaba «la deprimía hasta el punto de enfermar». Reducido a una brigada de cuatro mil soldados que incluían a devotos oficiales blancos y guerreras africanas, Toussaint libró una campaña de guerrillas, viajando disfrazado y durmiendo encima de un tablón; los blancos fueron masacrados. «No le perdonéis la vida a nadie», ordenó. «¡Debemos conquistar o morir!» Los franceses sufrieron pérdidas cuantiosas. En marzo de 1802, la mitad estaban muertos o padecían fiebre amarilla. Leclerc propuso una política de asesinatos en masa, y Paulina le suplicó a Bonaparte que lo destituyera. Atormentado por Paulina, que mantuvo varias aventuras con los pocos soldados franceses que no murieron en la epidemia, Leclerc le rogó que se fuera a casa, pero ella se consolaba con la idea de que allí reinaba «como Josefina; ocupo un lugar preponderante». Pero reinaba sobre la desolación.

Sin embargo, los franceses avanzaron. Toussaint sufrió numerosas bajas y sus generales, Christophe y Dessalines, negociaron indultos y desertaron. Obligado a negociar, Toussaint se reunió con Leclerc, y luego celebraron el alto el fuego con un banquete al que asistieron el comandante y cuatro futuros gobernantes de Haití. Toussaint se retiró a una de sus fincas, pero

Bonaparte exigió su captura. Con la ayuda de su némesis, Dessalines, Leclerc sobornó a un aliado de confianza para que llevara a Toussaint a su finca, donde fue arrestado y, junto con su mujer, sus hijos (incluido Placide, que había participado en la lucha contra los franceses) y el devoto sirviente mestizo Mars Plaisir, fue entregado a Leclerc. El liberador encadenado fue enviado a Francia.[13]Entre mayo y julio de 1802, Bonaparte reinstauró la esclavitud en algunos territorios caribeños, lo cual hizo estallar una nueva guerra de liberación en Saint-Domingue. El conflicto estuvo liderado por Dessalines, que fue elegido comandante en jefe y contó con la colaboración de Christophe, Boyer y Pétion. Dessalines asesinó a partidarios blancos y negros de Toussaint. Según le propuso Leclerc a Bonaparte, los franceses debían «destruir a todos los negros de las montañas, hombres y mujeres, y dejar vivos solo a niños menores de doce años, destruir a la mitad de los negros de las llanuras y no dejar a un solo hombre de color» que hubiera llevado una charretera. Pero él mismo también murió de fiebre.

En noviembre, Paulina viajó en barco a París con el cuerpo de Leclerc.[14]Su sustituto, Donatien, vizconde de Rochambeau, hijo del aliado de Washington, sembró el terror: ahogamientos masivos y quemas públicas, crucifixiones y perros alimentados con carne humana. Celebró un baile en Puerto Príncipe para mujeres mestizas de la élite, que comieron en un salón revestido de negro. Después, su anfitrión abrió las puertas de una sala en la que se exhibió a sus maridos, recién ejecutados. Rochambeau ordenó medidas genocidas, entre ellas el asesinato de todos los adultos negros mayores de doce años y la importación de nuevos esclavos africanos. Pero, el 18 de noviembre de 1803, en Vertières, Dessalines venció a los franceses. Al día siguiente, Rochambeau entabló negociaciones y Dessalines le dio diez días para evacuar a ocho mil hombres. La colonia más rica de Francia se había perdido. Bonaparte estaba asombrado —«El error más grande que he cometido nunca»—, y más tarde consideraba que debería haber nombrado a Toussaint virrey. En la tercera de las tres grandes revoluciones, Toussaint y Dessalines habían cambiado el mundo:

con la muerte de 30.000 franceses y 350.000 haitianos, Dessalines había derrotado a una gran potencia europea. Pero también fue decisivo en otro aspecto: convenció a Napoleón de que vendiera el interior de Estados Unidos.

Al principio, Jefferson había apoyado a Bonaparte en su enfrentamiento con los rebeldes de Toussaint, pero cuando descubrió que el cónsul había recuperado Luisiana, en el corazón de Norteamérica, el francófilo conspiró para eliminar a los franceses, convencido de que Estados Unidos necesitaba el puerto de Nueva Orleans. Jefferson amenazó a Bonaparte con aliarse con el Reino Unido si no lo conseguía. Envió a James Monroe a París justo cuando Bonaparte se dio cuenta de que estaba perdiendo Haití.

En abril de 1803, desinhibido por su desconfianza del poder presidencial y la diplomacia imperial, Jefferson compró Luisiana por quince millones de dólares: «Es como si un tutor invirtiera el dinero de su tutelado en comprar un territorio importante y le dijera al cumplir la mayoría de edad: "Lo hice por tu bien"». Jefferson había duplicado el tamaño de Estados Unidos al engullir lo que serían quince estados y permitir la expansión de la nación para convertirse en una potencia continental.[15]Fascinado por las historias del capitán Cook, formó el Cuerpo de Descubrimiento y envió una expedición, liderada por Meriwether Lewis y William Clark, a explorar el oeste y llegar al Pacífico. Poco después, Jefferson conoció a un brusco inmigrante alemán cuyas actividades como comerciante de pieles, artículos de lujo chinos y propiedades en Manhattan encajarían con la prosperidad estadounidense. El presidente consideraba a John Jacob Astor, el hosco comerciante de cuarenta años, «un hombre excelente».

Hijo de un carnicero de Walldorf, situada cerca de Heidelberg, Astor se mudó a Londres para comerciar con instrumentos musicales y, más tarde, siguiendo a un hermano suyo que se unió a los mercenarios hesianos británicos que viajaron a Estados Unidos, abrió una tienda de música en Nueva York para luego pasarse a la lucrativa venta de pieles de castor, armiño, visón y otros animales.

Viajando en canoa y carromato, Astor compraba pieles a los nativos americanos en torno a la frontera canadiense. A veces se los ganaba tocando la flauta o vendiéndoles ron y armas, y obtenía unos beneficios del 1.000 % cuando dichas pieles se vendían en Londres. Después de casarse con Sarah Todd, una neoyorquina adinerada con la que pronto formaría una familia numerosa, empezó a enviar a una red de rastreadores a las nuevas tierras de Jefferson y al Pacífico, donde California seguía siendo española y Rusia acababa de reclamar Alaska.

Astor, grosero, de tez roja y avaricioso, pero un organizador incansable, presionó a varios políticos, prestó dinero al vicepresidente Burr y se ganó al presidente Jefferson, que aprobó sus planes. A menudo, sus rastreadores eran masacrados por nativos americanos, pero su empresa, la American Fur Company, prosperó.

En abril de 1804, el presidente fue a Monticello, donde su hija Maria yacía enferma. Murió en sus brazos, pero, mientras estaba allí, Jefferson concibió un hijo con

Sally Hemings. Cuando nació, Jefferson mantuvo la tradición de bautizar a cada uno de sus hijos con el nombre de un amigo: Dolley Madison, esposa del secretario de Estado, prometió a Sally un regalo si el niño llevaba el nombre de su marido. El regalo no llegó nunca, pero el niño fue bautizado James Madison Hemings.[16]

Irónicamente, el mayor servicio que prestó Jefferson a la humanidad guarda relación con su dudosa postura ante la esclavitud. Sabía que el mayor asesino era la viruela. En París había hecho vacunar a Sally Hemings y sus hermanos. En mayo de 1796, Edward Jenner, un médico rural inglés, se dio cuenta de que las ordeñadoras eran inmunes a la viruela, así que extrajo pus de una ampolla de viruela vacuna de una ordeñadora y se la inyectó a un niño, que también se volvió inmune. Como tantos otros avances, el descubrimiento no fue reconocido por la mayoría de los médicos. Eran necesarios aficionados y más tarde líderes para ofrecer sus beneficios a la ciudadanía, y a menudo tardaban décadas. En 1801, Jefferson oyó hablar de la vacunación a un profesor de Harvard que, asombrosamente, había recibido la

vacuna por correo desde el otro lado del Atlántico y se la había enviado al presidente en un vial. Jefferson se dio cuenta de que no existía «descubrimiento médico más valioso» y vacunó a alrededor de un 70 u 80 % de su familia. «Nuestro experimento se amplió a unas doscientas personas», incluidos algunos de sus hijos y tres esclavos, dos de los cuales, su mayordomo Burwell Colbert y su herrero Joseph Fossett, fueron inmunizados con éxito. Lo sorprendente de la vacunación fue que era un medicamento para personas que todavía no estaban enfermas, lo cual desencadenó un movimiento antivacunas. «Por alucinante que sea imaginar a un presidente llevando a cabo ensayos clínicos experimentales en su tiempo libre», escribe Steven Johnson, era apropiado que alguien que no era médico derrotara a los detractores de las vacunas para promover la cura más importante de los tiempos modernos. Jefferson publicó sus hallazgos y logró que el Congreso aprobara la Ley de Vacunación en 1813. El Reino Unido tardó cuarenta años en seguir su ejemplo.

En París, Bonaparte, que tenía solo treinta y tres años, estaba sentado en la bañera cuando sus hermanos José, el mayor, y Luciano protestaron por su decisión de vender Luisiana. «Conozco el precio de lo que abandono», gritó, poniéndose en pie desnudo. «Renuncio a ello con el máximo pesar.» Ahora, su principal preocupación en cuanto a Estados Unidos era el matrimonio de su hermano menor, Jerónimo, un ineficaz oficial de la armada, con la heredera Betsy Patterson en Baltimore. Furioso, Napoleón le ordenó a Jerónimo que volviera, quejándose de su avariciosa familia. Los Bonaparte estaban celosos de Josefina y sus hijos Beauharnais —el encantador Eugenio, que formaba parte del gabinete de Napoleón, y la inteligente y hermosa Hortensia—, aunque Napoleón los prefería a sus hermanos separatistas. Pero intentó reconciliar a las familias casando a su hermano Luis con Hortensia. Con independencia de los defectos de sus hermanos —que eran muchos—, planeaba fundar la mayor dinastía desde Carlomagno.

UN EMPERADOR Y CINCO REINOS

El 2 de diciembre de 1804, en una ceremonia oficiada por el papa Pío VII en Notre-Dame, Bonaparte se coronó emperador, luciendo una túnica de satén con grabados de oro, una capa escarlata de armiño y una corona de laurel dorada. «Ojalá pudiera vernos papá», le susurró en italiano a su hermano José, pero su madre, Leticia, que había sobrevivido a trece embarazos, estaba allí para ver su apoteosis. José había intentado impedir que Josefina fuera coronada emperatriz, porque los descendientes de Luis y Hortensia serían nietos imperiales mientras que los suyos serían nietos de un burgués. Las hermanas Bonaparte se negaron a llevar la cola de su vestido, pero Napoleón insistió: «Mi esposa es una buena mujer. Se satisface con diamantes, vestidos bonitos y los infortunios del envejecimiento ... La haré emperatriz. Es un acto de justicia. Por encima de todo soy un hombre justo». Entonces coronó a Josefina, que estaba arrodillada y llorando. Llevaba una túnica blanca y una capa de satén dorada con incrustaciones de diamantes en la corona, el cinturón, el collar y los pendientes, e iba «tan bien maquillada que aparentaba veinticinco años».

El emperador, en guerra con el Reino Unido, Rusia y Austria, creía que el título le permitiría negociar con los Románov y los Habsburgo. En agosto de 1802 había conseguido el primer consulado vitalicio, y Francia ya había conquistado un imperio europeo que iba desde Bélgica hasta Italia. En enero de 1804, una conspiración de asesinato borbónica había centrado su atención en la monarquía. «Pretenden destruir la revolución atacándome. La defenderé porque yo soy la revolución», proclamó. «El principio hereditario por sí solo podría impedir una contrarrevolución.»[17]En mayo, los franceses lo apoyaron como *empereur des français*, una nueva monarquía aprobada por plebiscito, su estabilidad garantizada por la dinastía, que Napoleón diseñó enérgicamente, utilizando como emblema las abejas de los merovingios y creando una aristocracia y un mariscalato meritocráticos. José fue ascendido a gran elector y Luis a condestable de Francia, pero Napoleón se quejaba amargamente de las riñas irresponsables de

ambos: «Como único instrumento de mi destino, no les debo nada a mis hermanos». Murat fue recompensado con el matrimonio con Carolina, la hermana de Napoleón, un gran ducado, un bastón de mariscal y el título de *premier chevalier d'Europe*. Napoleón anuló el matrimonio estadounidense de Jerónimo, al que perdonó, y las exigencias de sus hermanas le hacían reír. «Escuchando a mis hermanas», bromeaba, «uno podría pensar que he gestionado mal el legado de nuestro padre, el difunto rey.» Poco después, Napoleón, que ya era *il presidente della Repubblica italiana*, fue coronado rey de Italia. «*Pourvu que ça dure*», murmuró su madre. «Que dure mucho.»

La mayoría de los políticos tienen dificultades para distinguir entre sus intereses y los del estado, pero los dictadores creen que ambas cosas son idénticas. En el caso de Napoleón, ese delirio justificó la muerte de cientos de miles de personas en batallas para garantizar su dominio durante una década tumultuosa. Pero su coronación indignó a muchos. Uno de ellos era Simón Bolívar, un joven admirador suramericano que estaba en París aquel día. «Desde entonces lo veía como un tirano hipócrita», sentenció. En Viena, el compositor Beethoven rompió por la mitad la primera página de su tercera sinfonía. «Entonces ¿él tampoco es más que un hombre corriente?», preguntó. «Se exalta por encima de todos los demás y se convierte en un tirano.» Beethoven cambió la dedicatoria a Bonaparte y rebautizó la obra como *Heroica*, «en memoria de un gran hombre».[18]

Ahora, Napoleón quería la paz con el Reino Unido y esperaba que Londres se contentara con su imperio mundial mientras él dominaba Europa, pero la política británica, empezando con Guillermo III y prolongándose hasta el siglo XXI, era desafiar a cualquier potencia que dominara el continente. En mayo de 1804, Pitt, que entonces tenía cuarenta y cinco años, volvió al poder tras una breve ausencia. El poder lo había envejecido; había conseguido muchas cosas, por ejemplo, la incorporación de Irlanda al Reino Unido con Inglaterra y Escocia. Ahora era un alcohólico, apodado el Hombre de las Tres Botellas por su consumo compulsivo de oporto, que le había recetado su médico, y estaba decidido a frenar

a Napoleón financiando a ejércitos austríacos, prusianos y rusos por tierra y desplegando a la Armada Real por mar. Napoleón decidió invadir —«Con que dominemos el mar seis horas, Inglaterra habrá dejado de existir»—, y ordenó a su flota franco-española que destruyera a la Armada Real.

Cuando Austria se unió a la tercera coalición, Napoleón llevó a cabo lo que él denominaba una «pirueta» y envió a su *Grande Armée* a Alemania. En septiembre de 1805 lideró una virtuosa campaña en la que superó a sus enemigos («He destruido al ejército austríaco simplemente con marchas», le dijo a Josefina) y, en diciembre, después de conquistar Viena y pasar una noche en Schönbrunn, se unió a su ejército en Austerlitz, aprovechando la lentitud de los comandantes austríacos, los errores del confiado emperador Alejandro de Rusia y la mala coordinación entre ambos a la vez que empleaba su magistral habilidad para aplicar la máxima fuerza en el punto adecuado en el momento adecuado para destruir a los ejércitos austríacos y rusos: «Acabemos esta guerra con un trueno». En el campo de batalla le escribió a Josefina: «He derrotado al ejército ruso y austríaco, liderado por los dos emperadores. Estoy un poco cansado».

Pero, mientras que lograba la hegemonía europea por tierra, su flota cayó en Trafalgar ante Nelson, que murió en la batalla. La victoria limitó la sostenibilidad del imperio de Napoleón y estableció el dominio naval del Reino Unido durante un siglo. En una cena en Londres, Pitt, agotado y enfermo, respondió a los halagos como «salvador de Europa» con lacónica elocuencia: «Europa no será salvada por un único hombre. Inglaterra se ha salvado con sus esfuerzos, y confío en que salvará a Europa con su ejemplo». Pero, cuando se enteró de lo de Austerlitz, se dio cuenta de que Napoleón llevaba ventaja: «Enrolla ese mapa; no será necesario hasta dentro de diez años».

El día después de Austerlitz, Napoleón conoció al emperador Francisco, nieto de María Teresa, cuya integridad de Habsburgo divirtió al peripatético corso. Era «tan moral», dijo entre risas, «que nunca le hacía el amor a nadie que no fuera su mujer». Formado por su «segundo padre», el emperador José, que lo consideraba

solícito pero poco imaginativo, Francisco hablaba alemán vienés, checo e italiano, cultivó un estilo de familiaridad popular y dos veces por semana concedía audiencias generales (abiertas a los ciudadanos), en las que lucía un sencillo abrigo militar al estilo de José. Pero también desconfiaba y tenía celos de sus hermanos, en especial del extraordinario comandante Carlos, al que espiaba. Casi era capaz de mostrar ingenio; cuando le hablaron de un patriota tirolés que estaba luchando contra los franceses, respondió: «Ya sé que es un patriota, pero ¿es un patriota por mí?». Prefería una vida sumisa con sus mujeres —se casó cuatro veces— y hacer tofes a la política detallada. Horrorizado por el jactancioso conquistador, pero amable hasta más allá del dolor, Francisco aceptó con amargura el reordenamiento europeo de Napoleón: el imperio romano fue sustituido por una Confederación del Rin encabezada por Napoleón. Francisco ya había cambiado su título por el de emperador de Austria.

El 23 de enero de 1806, Pitt murió a causa del estallido de una úlcera a los cuarenta y seis años (diciendo «Ah, mi país» o «Creo que podría comerme un pastel de cerdo de Bellamy»), y lo sucedió su primo Grenville, el primero en una serie de «amigos del señor Pitt» que estaban decididos a destruir a Napoleón.[19]El emperador ideó un bloqueo para cortar los ingresos de la «nación de tenderos» mientras seguía en guerra con el zar ruso, a quien se unió Prusia. «Vuestra Majestad será derrotada», advirtió Napoleón al rey prusiano. En octubre de 1806, Napoleón venció a los prusianos en Jena (donde Hegel se maravilló al ver «al espíritu del mundo salir de la ciudad ... un individuo a caballo levantando su brazo por encima del mundo y dominándolo»), y más tarde a los rusos en Eylau y Friedland. «¿Y qué son dos mil hombres muertos en una gran batalla?», musitó Napoleón.

Las derrotas obligaron a Rusia a negociar. En una balsa en Tilsit, el emperador fue embaucado por el atractivo zar Alejandro, de ojos azules y cabello rubio, un maestro inescrutable de la duplicidad que había sobrevivido a las cortes de su abuela, Catalina la Grande, y de Pablo el Loco, su tiránico padre, en cuyo asesinato había participado. Ahora, el humillado Románov

colaboró con el ogro corso en el reparto de Europa y obtuvo Finlandia, entre otros territorios.

Napoleón aseguró sus victorias ascendiendo a su familia: sus hermanos se convirtieron en reyes —José, de Nápoles; Luis, de los Países Bajos, y Jerónimo, de Westfalia—; su hijastro Eugenio sería virrey de Italia.[20]Napoleón acosaba y sermoneaba a sus hermanos, y le dijo a José, su favorito: «Tienes que ser un rey y hablar como un rey». José nunca lo consiguió. Además, reprendía a Jerónimo por hacerse el gracioso: «Tu carta era demasiado ingeniosa. Para la guerra no se necesita ingenio».

El rey Luis, casado con Hortensia, la hija de Josefina, se volvió nativo y anunció: «Desde el momento en que pisé suelo neerlandés, me convertí en uno de ellos». Esto indignó al emperador, que le dijo que, si seguía «gobernando con quejas» y permitía que lo acosaran, no resultaría de utilidad. Napoleón añadió: «Me cansas innecesariamente ... Solo las mujeres lloran y protestan; los hombres actúan. Harás que lamente tu debilidad. ¡Más energía, más energía!». A su vez, los hermanos eran celosos y rencorosos. Ninguno tenía la energía de Napoleón, en especial Luis, a quien el emperador no tardó en destituir como rey de los Países Bajos, pero era más útil dinásticamente. Hortensia dio a luz a un niño, Luis Napoleón, pero desveló su aventura con el hijo natural de Talleyrand, con quien tuvo al ilegítimo Carlos de Morny. Mucho después, Luis Napoleón ocuparía el trono francés, y Morny lo situaría en él.

Mientras Napoleón reordenaba los estados más pequeños de Alemania, propició sin darse cuenta la carrera del banquero judío que sería conocido como el Napoleón de las finanzas.

Los reyes del capital: los Rothschild

Nathan Mayer Rothschild era hijo de Mayer Amschel Rothschild, agente de la corte de Guillermo IX, el príncipe elector de Hesse-Kassel, que había ganado una fortuna alquilando a mercenarios hesianos (normalmente a Gran Bretaña, para la que lucharon en

Estados Unidos), y ahora había cometido el error de apoyar a Prusia. Napoleón castigó a Guillermo ofreciéndole Hesse a su hermano, el rey Jerónimo. Guillermo confió su dinero a Rothschild para que se lo ocultara al emperador francés. Rothschild ya había enviado a Nathan al Reino Unido, donde utilizó el capital hesiano para formar una familia que personificaría la nueva era del capitalismo internacional y se convertiría en la más rica del mundo.

Mayer Rothschild, «un hombre bastante corpulento que llevaba una peluca redonda sin empolvar y una pequeña perilla», había nacido en la Judengasse —la calle de los judíos— del gueto de Frankfurt, creado por Federico el Gordo en 1458 para proteger y exprimir a los judíos. Dado que a estos les estaba prohibido poseer tierras y entrar en parques, bares y paseos marítimos y estaban obligados a llevar anillos amarillos y bajar de la acera y quitarse el sombrero cuando un gentil les dijera: «Judío, cumple con tu deber», no tenían más opción que concentrarse en su fe y trabajar en el comercio. Rothschild, que originalmente comerciaba con monedas y telas, se convirtió en *Hoffaktor* —agente de la corte — de Guillermo IX y más tarde del emperador Francisco. Aunque José II y la Revolución Francesa habían iniciado el proceso de aliviar a los judíos de sus restricciones, Rothschild trabajó para conseguir la igualdad ciudadana para su nación, cuya gente anhelaba la libertad pero se negaba a renunciar a su judaísmo. Esta sería una duradera misión de los Rothschild.

Ahora que Napoleón había cancelado Hesse-Kassel, Rothschild llevó cuatro baúles de monedas a Gran Bretaña, donde, primero en Manchester y luego en Londres, Nathaniel, el tercer hijo de Mayer, invirtió el dinero de Guillermo y brindó a la familia unos sólidos cimientos mientras pasaban de ser judíos de la corte y comerciantes de telas a banqueros. Gutle, la mujer de Mayer, que había sobrevivido a diez embarazos, fue lo bastante fuerte para soportar una redada e interrogatorio de los franceses, que estaban buscando el tesoro hesiano. Pero las mujeres quedaban excluidas de los negocios familiares. Cuando Mayer falleció a los sesenta y ocho años, dejó una fortuna moderada y un testamento donde

especificaba que las propiedades solo debían caer en manos de la línea masculina, lo cual alentaba el matrimonio entre familiares. Nathaniel, agresivo e ingenioso, se convirtió en el líder de los cinco hermanos, y respetó la insistencia de su padre en la «unidad inquebrantable» de la familia ubicando a sus hermanos en distintas capitales europeas. «Mi hermano de Londres es el general al mando», dijo Salomon Rothschild, que cubría a los Habsburgo en Viena. «Yo soy su mariscal de campo.» Y añadió: «Ninguno de nosotros expresa su desaprobación del comportamiento del otro, ya que siempre actuamos por el interés común».

El traslado a Londres los situaba en el lugar perfecto: los Rothschild serían beneficiarios de tres movimientos que cambiaron el mundo. El primero fue la expansión industrial, basada en las telas y el acero británicos y alimentada por el carbón y el vapor, que pronto se extendería a Alemania y Francia. El segundo fue la apertura de la sociedad al talento y el nacimiento de la política de masas fomentada por Napoleón, quien, al suprimir las restricciones a los judíos, les permitió participar por primera vez en las comunidades occidentales. Por último, la guerra de Napoleón obligó a las naciones a desplegar ejércitos tan numerosos que tenían que ser financiados por un creciente mercado de capitales que esta familia modelaría —y dominaría— durante un siglo.

Su oportunidad no tardó en llegar, cuando Napoleón, que había organizado el este, puso la mirada en el oeste, decidido a obligar a Portugal y España a unirse a su guerra contra el Reino Unido. El emperador parecía un tiburón que debía seguir alimentándose para mantenerse con vida. Pero cada nueva conquista abría la posibilidad de otra a la cual no podía resistirse, pero que tensionaba más sus recursos. España estaba gobernada por un trío de ineptos integrado por Carlos IV, el cornudo rey Borbón, su impulsiva reina María Luisa y Manuel Godoy, el ridículo amante de esta, apodado El Chorizo en un guiño a su Extremadura natal, conocida por su carne, y a su formidable equipamiento sexual. Un día, la reina vio al Chorizo tocando la guitarra y se enamoró. En 1792, el rey eligió alegremente al fantoche de veintiocho años como secretario de Estado, y más

tarde lo premió con dos ducados y el absurdo título de príncipe de la Paz. Pronto, Godoy sería el chorizo más odiado de España.[21]

Napoleón olió sangre en el agua. Cuando escribió para advertir a Carlos del engaño de Godoy, este interceptó la carta y se la pasó a Carlos, que la ignoró. Napoleón los manipuló fácilmente a los tres, y también a su resentido heredero Fernando, para que se unieran a él en una invasión de Portugal que introdujo tropas francesas en España. Luego convenció a la pareja real de que abdicara. Nombró rey a José y lo trasladó a Nápoles con su cuñado Murat. En aquel momento, el *premier chevalier* —a quien Napoleón describía como «el hombre más valiente del mundo ... cubierto de oro y plumas que se elevaban sobre su cabeza como el campanario de una iglesia»— estaba en España liderando al ejército francés. Ocupó Madrid, pero el 2 y el 3 de mayo de 1808, los madrileños se rebelaron. «Se ha derramado sangre francesa», dijo Murat. «Ello exige venganza. Todos los detenidos serán ejecutados.» Las represalias desencadenaron una feroz insurgencia, cuyas atrocidades plasmó espantosamente Goya en *Los desastres de la guerra*. Napoleón describió los hechos como su «úlcera española», y reconoció que «la injusticia fue demasiado cínica ... Sigue siendo muy desagradable».

En Portugal había provocado algo igual de extraordinario. El 29 de noviembre de 1807, mientras las tropas francesas avanzaban sobre Lisboa, partió hacia Brasil el príncipe regente, Juan VI, un personaje dubitativo de rostro largo, labios gruesos, ojos adormilados y barriga abultada que vivía en el palacio-monasterio de Mafra acompañado solo de sacerdotes y un contingente de murciélagos para matar a los agresivos insectos.

Zulús y saudíes, los Christophe, Kamehameha y Astor

Monarquías tropicales: reyes de Haití y de Brasil

Durante mucho tiempo, Juan había gobernado en lugar de su madre, la reina María, que estaba loca y era una histérica religiosa obsesionada con el diablo a la que Willis, el médico de Jorge III, trataba en vano. El verdadero enemigo de Juan era su esposa, la española Carlota Joaquina, una mujer delgada, de rasgos marcados, con verrugas y bigote que, además de montar ferozmente a sus caballos, aprender a disparar cañones y disfrutar de sus aventuras amorosas, intentaba derrocar a su marido y velar por los intereses de España. Aquello no propició la armonía matrimonial.

Juan agonizó durante meses, pero, con valentía, decidió desafiar a Napoleón y trasladar su corte a Brasil. Mientras los aterrados cortesanos abarrotaban los muelles de Belém y cargaban sus pertenencias, las damas abandonaron sus carruajes, se lanzaron al mar para ir nadando hasta los barcos y algunas se ahogaron. Juan llegó vestido de mujer y embarcó en el *Príncipe Real* acompañado de su traicionera mujer, sus siete hijos y la reina demente, que no paraba de decir: «¡Más despacio! Creerán que estamos huyendo». Cuando más de doce mil portugueses subieron a bordo de una flota británica compuesta de quince barcos militares y cuarenta embarcaciones más pequeñas, zarparon y pasaron la travesía hasta Río jugando a las cartas.

A su llegada, a los brasileños no les impresionó demasiado la familia real: aunque bañarse era algo muy apreciado por los criollos de Río, el príncipe regente nunca se lavaba del todo. Pero

la gente de Río —los cariocas (del tupí *kara'i oka*)— estaba entusiasmada por compartir la primera capital americana de una dinastía europea.

Era una ciudad que funcionaba gracias a la esclavitud. Los esclavos trabajaban como mano de obra informal, vendían comida y llevaban a sus dueños en palanquín. A los muelles llegaban nuevos esclavos desde África. El príncipe regente era propietario de 38.000. Los Braganza adoptaron la ecléctica cultura de Brasil y crearon una compañía teatral de músicos africanos esclavos, pero los asombró la caótica informalidad de aquella «infame Babilonia», africana en apariencia, cuyas fiestas combinaban el catolicismo portugués con el ritual de África. Tras la muerte de María la Loca, al rey no le importó quedarse en Brasil mientras las tropas británicas de Wellington se enfrentaban a los franceses en Portugal, una decisión que daría lugar a una monarquía suramericana independiente.

No sería la única. El 1 de enero de 1804, Dessalines, el gobernador general vitalicio, declaró la independencia de una nueva república a la que llamó Haití, su nombre taíno, una nación de libertos, la segunda república libre de las Américas y el primer país que abolió la esclavitud. «No basta con expulsar a los bárbaros que lo empaparon de sangre», afirmaba. «¡Soldados, dad a todas las naciones un ejemplo de venganza terrible pero justa!» Prometió matar a todos los franceses que ensuciaran «la tierra de la libertad». Quinientos fueron ahorcados, y cientos de hombres, mujeres y niños conducidos al puerto,[1]donde las mujeres fueron violadas y todos fueron ahogados delante de los comerciantes extranjeros. Las mujeres embarazadas fueron asesinadas para impedir el nacimiento de más franceses. Los asesinatos —de entre seiscientas y cuatro mil personas, en su mayoría ejecutadas con cuchillos— estaban concebidos para garantizar que los franceses no regresaran nunca. El derramamiento de sangre fue brutal, pero fue una atrocidad pequeña en comparación con los 350.000 asesinados por los franceses.

«He vengado a América», dijo Dessalines, pero el asesinato de todos los blancos contribuyó a la destrucción de la economía

haitiana. El 6 de octubre fue coronado emperador como Jacobo I de Haití. Su emperatriz, María Clara (Marie-Claire Hereuse Félicité), cuidó de los franceses heridos, le rogó a su marido que perdonara la vida a los blancos y escondió a algunos en su casa (mientras criaba a sus siete hijos y a los de las numerosas amantes de él). El emperador protegió y dio trabajo a su antiguo esclavista francés, pero respaldó al 90 % de los haitianos negros ante la élite mestiza, una rivalidad que sigue debilitando al país en el siglo XXI.

El emperador temía, y con razón, que Francia intentara recuperar la colonia, así que ordenó al general Henri Christophe que construyera la enorme fortaleza de La Citadelle y otras defensas. El propio Jacobo, voraz propietario de plantaciones, utilizaba a su ejército y el látigo haitiano, el *coco-macac*, para imponerse a los *cultivateurs* que trabajaban duramente en los campos. Sus generales conspiraron contra él; en octubre de 1806, el emperador se disponía a aplastar a los rebeldes, pero fue citado en la casa de Alexandre Pétion en Puerto Príncipe. Una vez allí le dispararon, lo apuñalaron y le abrieron la cabeza. Después, una muchedumbre paseó su cuerpo desmembrado al grito de «¡El tirano ha muerto!».

Después de Jacobo, Henri Christophe, anglohablante, veterano de la guerra de Independencia de Estados Unidos, excamarero, tamborilero y paladín, fue nombrado presidente; y el mestizo Pétion, en su día aliado de Francia y enemigo de Louverture, presidente del Senado, pero no tardaron en distanciarse. Pétion gobernaba el sur con indulgencia y dividió las fincas mientras favorecía a su élite mestiza. Apodado *Papa Bon Coeur*, era asesorado por una de las mujeres más extraordinarias de la historia americana, su amante Marie-
Madeleine Lachenais, hija de un coronel francés y una mujer africana. Más adelante se convertiría en la amante del general Boyer, secretario y heredero de Pétion, y era conocida como *La Présidente de Deux Présidents*. Pero los haitianos no habían acabado con la monarquía.

En el norte, el presidente Henri Christophe subió al poder justo cuando Wilberforce y los abolicionistas británicos estaban

haciendo progresos.

El 23 de febrero de 1807, Grenville, el primer ministro con el que Wilberforce había respaldado la abolición en el jardín de Pitt, se aseguró de que la Ley para la Abolición del Comercio de Esclavos fuera aprobada en la Cámara de los Comunes por 283 votos contra 16. El Reino Unido no era el primero: Dinamarca había abolido el comercio cuatro años antes, al segundo intento. Pero el Reino Unido tenía el poder de imponer la abolición enviando barcos militares, pronto mejorados con la creación del Escuadrón de África Occidental, con base en Freetown, que abordó 1.600 barcos de esclavos y liberó a 150.000 personas. Haití era el único país que hasta el momento había abolido la esclavitud en sí. Pronto, Wilberforce y Clarkson se pusieron en contacto con Christophe.[2]

El 26 de marzo de 1811, Christophe fue coronado rey como Enrique I (*premier monarque couronné du Nouveau-Monde*, así como defensor de la fe) por un sacerdote blanco junto a su reina María Luisa,[3]cuyo padre había sido propietario de la taberna The Crown, en la que se conocieron. Ambos fueron entronizados en una plataforma de veinte metros de altura bajo un dosel escarlata en una iglesia revestida de seda azul cielo. En las celebraciones posteriores, el rey Enrique brindó por su «querido hermano Jorge III, obstáculo invencible para la ambición desenfrenada de Napoleón», aunque, como el emperador, creó una aristocracia christopheana liderada por cuatro príncipes y ocho duques: su comandante en jefe se convirtió en el duc de Marmelade e incorporó a los sobrinos del emperador Jacobo como barones y caballerizos. Sin embargo, también ascendió a intelectuales de la Ilustración haitiana. El escritor Julien Prévost fue nombrado ministro y comte de Limonade, y su ideólogo era el historiador Valentin de Vastey, ahora barón.

El rey y la reina encargaron carruajes y atuendos de gala a Londres con el grabado «Libertad, igualdad y Enrique», y su cimera declaraba: «Renacidos de las cenizas». La corte disfrutaba con sus trenzas de oro y sus espectaculares uniformes. La reina lideraba una unidad de amazonas reales que desfilaban en festejos anuales

con espectáculos de luces, pirámides, canciones criollas, kalinda y samba.

El rey, autócrata e irritable, poseía una energía irreprimible, y fue el primer gran hombre de estado negro de los tiempos modernos. Soñaba con crear un Haití ordenado y culto que demostrara a los blancos que un reino negro podía igualarlos o superarlos. Se enfrentaba a la amenaza constante de los rivales internos y una invasión francesa, y reforzó su poder con el Cuerpo Real de Dahomey, cuatro mil soldados importados de África occidental, a la vez que terminaba la Citadelle La Ferrière, la fortaleza del emperador Jacobo, donde supuestamente murieron miles de trabajadores. Su palacio de Sans-Souci, en Milot, con suelos de mármol refrigerados con agua proveniente de manantiales de montaña, era solo uno de sus quince castillos, «erigido por descendientes de africanos», según escribió el barón de Vastey, «para demostrar que no hemos perdido el gusto y la genialidad arquitectónicos de nuestros antepasados, que cubrieron Etiopía, Egipto, Cartago y la antigua España con sus extraordinarios monumentos».

Vastey, hijo de un esclavista francés y una mujer negra libre y primo del general Dumas de Bonaparte, reaccionó a las disculpas ilustradas por la esclavitud y el racismo situando las historias de crueldad haitiana en su contexto y exponiendo «crímenes desconocidos» de Francia «que hacían estremecer a la naturaleza» en unas obras que fueron muy leídas en Europa y América. Fue el primer intelectual de color que tuvo lectores en todo el mundo y el primero en escribir la historia negra. Cauteloso ante una nueva invasión francesa y con deseos de unirse a Haití, el rey Enrique atacó el estado rival de Pétion y creó una armada propia liderada por un almirante británico. Era un anglófilo que hizo consultas a Clarkson sobre su visión de la enseñanza de la literatura y el idioma inglés a los haitianos. Clarkson envió profesores ingleses al rey, quien a su vez apoyó la campaña de este para abolir por completo la esclavitud.

La ley de Grenville no fue en modo alguno el final del comercio de esclavos. Unas 700.000 personas seguían esclavizadas

en plantaciones británicas y 300.000 en Jamaica. Brasil, Cuba y las colonias francesas seguían pidiendo más esclavos, y los nuevos avances técnicos los hacían aún más importantes en Estados Unidos.

Jefferson sobrevivió a las revelaciones sobre su familia con Sally Hemings y fue reelegido presidente en 1804.[4]En 1807, un mes después de la ley de Grenville, firmó otra prohibiendo la importación de esclavos, pero no sabía cómo abolir la esclavitud y desconfiaba de una auténtica liberación. Se negó a reconocer Haití y permitió que la esclavitud se extendiera al territorio comprado de Luisiana.

Justo cuando parecía que la rentabilidad de la esclavitud estaba en declive, un invento la situó repentinamente en el centro de la prosperidad estadounidense. En 1793, Eli Whitney, un maestro de Savannah, ayudó a crear una máquina con un sistema de rodillos más eficiente para quitar las semillas del algodón. Dicha máquina —una desmotadora— contribuyó a que la plantación de algodón fuera mucho más rentable. Los terratenientes del sur optaron por cultivar algodón, que era enviado a fábricas de Nueva Inglaterra o a Mánchester vía Nueva York. En 1793 se exportaron un total de 226.000 kilos. En 1810 eran 85 millones, un 20 % de las exportaciones estadounidenses. Diez años después, esa cifra se había duplicado. La esclavitud era esencial para el sur.

Al oeste, los rastreadores de Astor estaban explorando ríos y costas en busca de pieles. Astor fundó una ciudad en el Pacífico, Astoria, y envió barcos a Alaska, Hawái y China para intercambiar pieles por sándalo, té, opio y especias. Invirtió los beneficios de su empresa, la American Fur Company, en propiedades neoyorquinas, y compró la finca de Burr y muchas más. En la década de 1820, Astor era el primer millonario de Estados Unidos. Sorprendentemente, su rival en el comercio del Pacífico no era estadounidense ni europeo, sino un conquistador hawaiano.

Las mujeres de los conquistadores: Kamehameha y Napoleón

Muy al oeste, Kamehameha, rey de Hawái, que vivía en su casa de Kailua-Kona con sus 30 esposas y sus 25 hijos,[5] estaba contemplando la conquista de Hawái con la ayuda del artillero británico John Young, al que ascendió a la nobleza y casó con su sobrina. Aunque seguía gobernando como un conquistador guerrero y llevaba una capa *ahuala* hecha con 250.000 plumas del (ahora extinguido) pájaro mamo, liderando a sus ejércitos y haciendo sacrificios humanos, siempre apreció la tecnología europea. Después de intercambiar sándalo con europeos y estadounidenses, creó una flota de veinte barcos para comerciar con China, América y la Alaska rusa, un hito extraordinario que contradice la narrativa tradicional del imperialismo europeo. Cuando Kamehameha se hallaba en la cúspide, Napoleón también lo estaba.

En septiembre de 1808, en Erfurt, Alemania, el zar Alejandro, cuatro reyes y un deslumbrante séquito de aristócratas y nobles intentaron ganarse el favor del líder hegemónico de Europa.

«Tiene que haber una potencia superior que domine a todas las demás con suficiente autoridad para obligarlas a vivir en armonía», opinaba Napoleón, y esa potencia era Francia. El Reino Unido y el resto de Europa discrepaban. Napoleón ya se había extralimitado: sus hermanos carecían de empuje, los Habsburgo y los Románov estaban conspirando y Talleyrand, a quien odiaba cordialmente como «mierda en una media de seda», lo estaba traicionando. «Está en vuestras manos salvar Europa», le dijo Talleyrand a Alejandro, «resistir ante Napoleón. Los franceses son civilizados, pero su soberano no lo es.» Alejandro despreciaba al ogro, pero alimentó su vanidad de forma sublime. «Estoy contento con Alejandro», le dijo Napoleón a Josefina. «Si fuera una mujer, creo que la tomaría como amante.»

En marzo de 1809, el emperador Francisco envió ejércitos a Alemania, Polonia e Italia para restablecer el orgullo austríaco y el equilibrio de poder en Europa, pero en una serie de batallas que culminaron en Wagram, situada en la otra orilla del Danubio con respecto a Viena, Napoleón derrotó al archiduque Carlos, el hermano de Francisco. «Mis enemigos han sido totalmente

vapuleados», le dijo a Josefina. En Viena, Beethoven se refugió de los bombardeos napoleónicos en el sótano de su hermano, donde se tapaba las orejas con cojines. Napoleón ocupó la capital e impuso estrictas condiciones a los Habsburgo. También sobrevivió a un intento de asesinato. Esto último, además de algunas derrotas, la muerte del hijo de Luis, su heredero y sobrino, y el hecho de ser padre de dos hijos ilegítimos con diferentes amantes, lo convenció de que debía divorciarse de Josefina, que a la sazón tenía cuarenta y seis años. Mientras ella lloraba y se desmayaba, le dijo: «Tú tienes hijos, yo no tengo ninguno. Debes sentir la necesidad de fortalecer mi dinastía».

Napoleón propuso matrimonio a Catalina, la querida hija de Alejandro Románov. A Alejandro lo horrorizó la presunción del ogro. Catalina fue casada rápidamente y solo quedaba Ana, su hermana menor, pero Napoleón cambió a los Románov por los Habsburgo, la dinastía más grande de Europa.

«Compadezco a la pobre princesa que elija», bromeaba Maria Luisa, la hermosa y alegre hija del emperador Francisco, antes de saber que era ella. Cuando se enteró, la princesa, que tenía dieciocho años, dijo: «Me resigno a la divina providencia». La dinastía más nueva estaba casándose con la más antigua. El matrimonio se ofició por poderes antes de que la archiduquesa partiera hacia Francia. Cuando llegó al palacio de Compiègne, la pareja quedó mutualmente impresionada, y ella exclamó: «Eres mucho más atractivo que en los retratos». Él estaba tan contento que consumó el matrimonio antes de las celebraciones formales. «Le gustó tanto», fanfarroneaba Napoleón, «que me pidió que lo hiciera otra vez.»

Los Wellesley, los Rothschild y la mujer que cabalga a la bestia

A Napoleón le gustaba tanto la emperatriz que retiró a su amante favorita y pasaba cada noche con María Luisa, aunque reflexionaba: «Quería a María Luisa, pero a Josefina más. Era

normal. Habíamos ascendido juntos y rebosaba elegancia». María se enamoró de él y le dijo a su padre: «Te aseguro, querido papá ... que, cuanto más lo conoces, más lo aprecias y amas».

«¿Las princesas deberían enamorarse?», se preguntaba Napoleón más tarde. «Son esclavas políticas.»

En marzo de 1811, mientras Napoleón aconsejaba a su obstetra que fingiera que no estaba «asistiendo el parto de la emperatriz, sino el de una burguesa de la rue Saint-Denis», María dio a luz a Napoleón Francisco, un rey de Roma, tras un parto agonizante. «No soy blando, pero me conmovió lo mucho que sufrió», dijo Napoleón, que, sin ningún tacto, alardeó ante Josefina: «Mi hijo es grande y sano». Estaba exultante: «Mi familia se ha aliado con todos los soberanos de Europa». Era cierto, pero sus nuevos parientes estaban conspirando para precipitar su caída. Diseñado para destruir el Reino Unido, su bloqueo, conocido como el Sistema Continental, no era ni continental ni sistemático. El Reino Unido se mostró desafiante bajo el liderazgo de Spencer Perceval, un «amigo del señor Pitt» y evangélico que veía a Napoleón como «la mujer que cabalga a la bestia» en el Apocalipsis. El marqués Wellesley tenía sus opciones de ser primer ministro, pero un despiadado enfrentamiento con su mujer, una exactriz, y una adicción al sexo que avergonzaba incluso a su hermano Arthur lo obligaron a conformarse con la secretaría de Asuntos Exteriores. Buscando una manera de atacar a la alianza franco-española, un aventurero suramericano convenció a Perceval y Wellesley de que enviaran un ejército a Venezuela.[6]Arthur Wellesley, animado por sus victorias contra los marathas, fue nombrado comandante, pero el ejército fue redirigido para apoyar a la insurgencia española. Después de una rápida victoria ante los franceses en Talavera, el general, ascendido a vizconde Wellington, se ganó el aprecio de sus soldados, que lo llamaban Beau. Él se refería a ellos como «la escoria de la tierra» y «buena gente»: «No sé qué efecto tendrán estos hombres en el enemigo, pero a mí me dan miedo». Despreciando la presunción, dijo: «Solo hay una cosa peor que una batalla ganada, y es una batalla perdida». Pero nunca llegó a descubrir lo que era perder.

Wellington siempre andaba escaso de fondos. Nathan Mayer Rothschild, que comerciaba con lingotes en el continente y se los prestaba al gobierno, ofreció facilitárselos a Wellington para que le pagara a su ejército. El «gobierno no sabía cómo llevarlo a Portugal», explicaba. «Me ocupé yo y lo envié a Francia.» Ese trabajo secreto puso los cimientos de la fortuna familiar. «El mejor negocio que hice nunca», aseguraba. James, el hermano menor de los Rothschild, se ocupó del transporte al otro lado del canal y se lo llevó a Wellington. «El señor Rothschild», dijo lord Liverpool, el secretario de Guerra que lo nombró proveedor de Wellington, era «un amigo especial ... No sé qué habríamos hecho sin él.» Utilizando correos e informantes secretos y comunicándose con sus hermanos utilizando palabras en clave para el oro como «gordo», «pescado», «cerveza» y «niños», Nathan pronto estaba entregando no solo oro británico a Wellington, sino los excedentes a Rusia, Prusia y Austria, 42 millones de libras entre 1810 y 1815. Siempre entrando y saliendo de Downing Street para ver a Liverpool, el primer ministro, consiguió en los mercados el dinero que convirtió al Reino Unido en una potencia mundial.[7]

Mientras Wellington desangraba a los franceses en España, las relaciones de Napoleón con Alejandro eran tan tensas que ambos estaban creando nuevos ejércitos. «Pero, por mi matrimonio con María, nunca debería haber entrado en guerra con Rusia, aunque estaba seguro del apoyo de Austria», aseguraba Napoleón, que decidió invadir Rusia.

Conquistas árabes: Mehmet Alí y los saudíes

En 1811, la cúspide del poder de Napoleón en Europa, el pachá de Egipto, Mehmet Alí, invitó a 450 emires mamelucos vestidos con turbantes amarillos, túnicas, cotas de malla, bombachos rojos y babuchas puntiagudas a una ceremonia en su diván de la Ciudadela de Saladino, en El Cairo. Los recibió respetuosamente, pero, cuando se fueron por un pasillo, las puertas se cerraron de golpe y sus tropas los mataron a todos. Mientras amontonaban las

cabezas, los soldados registraron sus casas, violaron a sus mujeres y apresaron a mil más. Era el dueño de Egipto.

El sultán otomano Mahmut II reconoció a Mehmet como gobernante de Egipto, pero le puso una prueba que mataría dos pájaros de un tiro. Desde 1517, los sultanes habían salvaguardado con orgullo el *hach* como Protectores de los Dos Santuarios, la Meca y Medina, pero ahora una desconocida familia de fanáticos puritanos del Néyed más profundo había irrumpido en las ciudades. La familia eran los saudíes, que, empezando en 1744 como emires de Diriyah, habían sellado una alianza con el predicador ascético suní Wahab para liberar el islam del politeísmo, la magia, la corrupción y la herejía chiita y reafirmar sus orígenes. El emir saudí Abdulaziz, que conquistó Riad, aceptó la lealtad de Catar y Baréin, y luego intentó derrocar a los al-Said de Omán desplegando a un ejército liderado por un emir nubio de raza negra que no consiguió expulsar a la familia. En 1802 envió a su hijo Saúd el Carnicero al Irak otomano para que entrara en el santuario de Karbala, donde masacró a miles de chiitas. La venganza llegó cuando un chiita apuñaló a Abdulaziz. El Carnicero entró en Hiyaz, donde se topó con la resistencia de Gahlib, emir de La Meca y uno de los hachemitas descendientes del profeta. Fue el inicio de un enfrentamiento entre las dos primeras familias del islam que se prolongó hasta el siglo XX. El sultán ordenó a Mehmet que destruyera a los saudíes.

Tusun, el hijo de Mehmet, recuperó las ciudades sagradas, pero tuvo dificultades para derrotar a los saudíes y se desanimó. «No te rindas y no desesperes», le aconsejó su padre, «pues la desesperación es una desgracia que no te corresponde.» Cuando Tusun murió de la peste, Mehmet entró a caballo en Arabia para contraatacar, ayudado por Ibrahim, su primogénito pelirrojo, probablemente adoptado, que había acabado con los mamelucos. Ibrahim demostró ser un general extraordinario que persiguió a los saudíes hasta Diriyah, donde capturó al joven emir Abdulá y lo envió a Constantinopla. Después de que lo obligaran a escuchar un laúd —un doloroso castigo para un wahabí—, Abdulá fue decapitado en público. Todos dieron por sentado que no volverían

a oír hablar nunca más de los saudíes.

Después de incorporar Arabia a su territorio, Mehmet planeaba conquistar Sudán. En su país se embarcó en reformas visionarias, se adueñó de tierras egipcias, reformó la ley, creó escuelas para mujeres y comerció con azúcar y algodón. Con ambiciones napoleónicas, lo controlaba todo. «Soy muy consciente de que el imperio [otomano] se aboca cada día a la destrucción», dijo. «Sobre sus ruinas edificaré un gran reino ... hasta el Éufrates y el Tigris.» En París, el Mehmet Alí de Europa estaba reuniendo al mayor ejército jamás visto en el continente para conquistar el país más grande.

NAPOLEÓN, MARÍA Y MOSCÚ: LOS FRANCESES SON COMO LAS MUJERES; NO DEBES ALEJARTE DE ELLOS MUCHO TIEMPO

En mayo de 1812, Napoleón dejó a María Luisa como regente en París, donde cuidaba del rey de Roma, e invadió Rusia con su *Grande Armée*, formada por seiscientos mil soldados de varias nacionalidades. «El juego siempre cae del lado de quien comete menos errores», dijo. A pesar de los consejos de los entendidos, Napoleón subestimó la extensión de Rusia, la pasión del patriotismo de sus ciudadanos, la ferocidad de sus soldados y la dureza de Alejandro. Esperando que este negociara, Napoleón siguió avanzando y los rusos se retiraron, hasta que el asediado zar se vio obligado a nombrar a un reverenciado mariscal, el príncipe Mijaíl Kutuzov, un veterano tuerto e imperturbable, para que presentara batalla. Murieron más hombres en las pocas horas de sangrienta carnicería en Borodino que en cualquier enfrentamiento librado hasta el primer día del Somme en 1916. La batalla quedó en tablas, pero Kutuzov se replegó y abandonó Moscú.

Napoleón se encontraba en una ciudad desierta en llamas, esperando una rendición que no se produjo nunca.[8]Cuando llegó un invierno brutal aquel mes de octubre, se fue de Moscú, cruzó toda Rusia y abandonó a sus hombres para salvar el trono. «Los

franceses son como las mujeres», bromeaba. «No debes alejarte de ellos mucho tiempo.» Galopando por Europa, llegó a París en diciembre tras perder a 524.000 hombres, de los cuales murieron más por tifus que a manos de los rusos.

«Ha arruinado su carrera», exclamó Alejandro. «Se ha roto el hechizo.» Ahora le había llegado el turno de la venganza a Alejandro. Rusia y Prusia formaron una coalición financiada por el Reino Unido, pero Napoleón reunió nuevos ejércitos y asombró a sus enemigos con maniobras virtuosas. «Escríbele a Papá Francisco una vez por semana», le dijo a María. «Envíale partes militares y mi afecto.» En mayo de 1813, después de derrotar a los rusos y los prusianos, le dijo desde Lützen: «Estoy muy cansado. He derrotado por completo al emperador Alejandro y al rey de Prusia». En un mensaje a Francisco, su padre, le dijo que María Luisa seguía satisfaciéndolo «sobremanera. Ahora es mi primera ministra».

Pero Francisco, aconsejado por Klemens von Metternich, un ministro hábil pero vanidoso, neurótico y hedonista, estaba actuando en contra de su yerno. Metternich, rubio, de ojos azules y cosmopolita, era amigo de Napoleón, se había acostado con su hermana, Carolina Murat, y había negociado el matrimonio de Bonaparte con María Luisa, pero creía en el equilibrio estratégico y se dio cuenta de que Napoleón jamás haría concesiones.

«Metternich me parece un intrigante que dirige muy mal a Papá Francisco», le dijo Napoleón a María, pero se enfrentaba al dilema de los señores de la guerra hechos a sí mismos: «Se lo debo todo a mi gloria. Si la sacrifico, dejaré de existir». En agosto de 1813, los Habsburgo cambiaron de bando. «Engañado por Metternich, tu padre se ha unido a mis enemigos», le dijo a su fiel esposa. En Dresde derrotó a los austríacos, los prusianos y los rusos, e informó a María: «Papá Francisco ha tenido el buen criterio de no venir». Y añadió: «Las tropas de Papá Francisco nunca han sido tan malas». Pero, en octubre, los doscientos mil hombres de Napoleón fueron derrotados en Leipzig por trescientos mil rusos, austríacos y suecos, la mayor batalla europea hasta la primera guerra mundial. Francia fue invadida por la coalición, liderada por Alejandro desde el este y por Wellington desde el

suroeste. Incluso los reyes de Nápoles —Murat y su hermana Carolina— traicionaron a Napoleón mientras Talleyrand negociaba la restauración de los Borbones en la obesa forma de Luis XVIII, el hermano del rey guillotinado. «La traición es una cuestión de fechas», dijo Talleyrand. Mientras caía su castillo de naipes, Napoleón reconoció (igual que Luis XIV): «He librado demasiadas guerras». Intentó tranquilizar a la ansiosa María: «Siento oír que estás preocupada. Anímate y sé feliz. Gozo de una salud perfecta, y mis asuntos, ninguno de ellos fácil, están en buena forma». Pero es posible que María estuviera pensando más en sí misma que en la crisis de Napoleón, y escribía en su diario como si no entendiera por qué estaba tan ocupado su marido: «No he recibido noticias del emperador. Es muy informal en sus costumbres y veo que se está olvidando de mí».

Como indicio de la desintegración del imperio, en marzo de 1813, el hermano de Napoleón intentó seducir a la emperatriz María. «El rey José me dice cosas muy cansinas», protestó a Napoleón. «No le des mucha confianza al rey», advirtió él. «Sé fría con él ... Nada de intimidad ... Habla con él solo en presencia de la duquesa y junto a una ventana». Más tarde confesaba: «Todo esto me deprime bastante; necesito que me reconforten mis familiares». A José le advirtió patéticamente: «Si quieres el trono, quédatelo ... pero déjame el corazón y el amor de la emperatriz». Luego le indicó: «No permitas que la emperatriz y el rey de Roma caigan en manos enemigas». En referencia al chico, añadió sombríamente: «Preferiría verlo ahogado en el Sena».

Cuando los ejércitos aliados rodearon París, la emperatriz María escapó, lo cual eliminó cualquier posibilidad de que su pequeño pudiera acceder al trono. Talleyrand asumió el poder. Los rusos ocuparon París dieciocho meses después de que los parisinos hubieran ocupado Moscú. Alejandro había combatido desde Moscú hasta París, y de ese modo supervisó el surgimiento de Rusia como gran potencia.[9]El zar se hospedó en la mansión de Talleyrand con Wellington, que recientemente había sido nombrado duque. Alejandro quedó cautivado por la emperatriz Josefina y Wellington disfrutó de los favores de las actrices que antaño se decantaban por

Napoleón.

Lafayette organizó el exilio de Napoleón a América, pero este abdicó en Fontainebleau a favor de su hijo, que técnicamente se convirtió en Napoleón II, y aceptó el título de emperador de la pequeña isla de Elba y, para la emperatriz María, el ducado italiano de Parma. «Tendrás un hermoso país», le escribió Napoleón. «Cuando te canses de Elba y yo empiece a aburrirte, cosa que ocurrirá cuando me haga mayor ... te contentarás con mi mala fortuna si ... todavía puedes ser feliz compartiéndola.» Aquella noche intentó suicidarse con veneno que llevaba consigo desde Moscú.

WATERLOO: EL SIGLO BRITÁNICO; NAPOLEÓN II Y EL ASCENSO DE LOS ROTHSCHILD

Después de una noche vomitando, Napoleón sobrevivió. La Armada Real lo trasladó a Elba, donde pronto lo acompañarían su madre y su hermana Paulina. Los juegos de cartas le aburrían.

—Estás haciendo trampas —le dijo madame Mère.

—Tú eres rica, madre —repuso él.

En París, Josefina falleció de neumonía a los cincuenta años, y su segunda emperatriz, María, fue apresada por la caballería austríaca y reunida con su padre. Sin embargo, aún abrigaba esperanzas de unirse a Napoleón en Elba. «Me hallo en una posición muy infeliz y crítica. Debo ser muy prudente», escribió. «Hay momentos en los que pienso que lo mejor que podría hacer es morirme.» Francisco los envió a ella y a su bebé, el antiguo Napoleón II, a Viena, donde fue asignada al conde Adam von Neipperg, un asesino tuerto, como chambelán para impedir que se fuera con Napoleón. «En seis meses seré su amante», fanfarroneaba Neipperg, «y pronto su marido.» María se enamoró de él y quedó embarazada.

En Viena, María pronto estuvo acompañada de los soberanos y estafadores de Europa, ya que su padre, el emperador Francisco, y el canciller Metternich presidieron un congreso para reorganizar

el continente. «Cuando llegué ayer», escribió Metternich, «encontré a toda Europa en mi antesala.» El congreso fue el viaje de placer más grande del mundo, una cumbre diplomática, un baile interminable, un carrusel social, un banquete de sibaritismo y un superburdel infestado de enfermedades venéreas al que asistieron Alejandro, Wellington, Talleyrand y cientos de diplomáticos, espías, banqueros, charlatanes y proxenetas, además de miles de prostitutas y 18.000 miembros de la ciudadanía con una banda sonora de Beethoven; *La victoria de Wellington* fue su himno. Comenzó con un baile para diez mil invitados en el palacio de Hofburg.[10]

Pero hubo indicios de una nueva era. Uno de los salones favoritos, al que asistieron Metternich, Wellington y Talleyrand, fue celebrado por Fanny von Arstein, la esposa de un sofisticado banquero, que era judía, cosa que nunca había sucedido con una *salonnière*. Metternich creó una de las primeras burocracias de la policía secreta para observar a los jugadores: pronto serían herramientas esenciales del estado. En la Oberste Polizei und Zensur Hofstelle del barón Franz von Hager trabajaba un ejército de espías que iban desde princesas hasta *Grabennymphen*, o prostitutas callejeras. El káiser y el canciller recibían informes diarios. El otro ayudante indispensable de Metternich era su publicista, Friedrich von Gentz. «El mal más grande es la prensa», le dijo Metternich a Gentz. Pero la política de masas estaba en el umbral del palacio.

Los agotados aristócratas restauraron lo que ellos consideraban equilibrio: los Habsburgo encabezaban una confederación alemana y se aseguraron el norte de Italia; los Románov fueron restituidos en Polonia y los Borbones en Francia; y, fuera de Europa, el Reino Unido conservó la Colonia del Cabo y el comercio de esclavos fue abolido en el hemisferio norte.[11]Cuando finalmente se rubricó el tratado, los magnates recibieron noticias sorprendentes.

En febrero de 1815, Napoleón, furioso por no haber recibido su pensión y por el abandono de María, escapó de Elba, reunió a sus veteranos, que acudieron en tropel, indiferentes al gordo y

arrogante Luis XVIII, y reconquistó París. Al instante fue calificado de «agitador del mundo». Después entró en Bélgica para derrotar a los anglo-prusianos antes de que llegaran los austro-rusos. Empezó bien. «Napoleón me ha engañado, por Dios», dijo Wellington, que abandonó Viena para tomar las riendas. El 18 de junio, en Waterloo, el barrigudo Napoleón, que tenía cuarenta y cinco años y estaba agotado y aquejado de hemorroides,[12]no logró controlar la batalla y perdió 25.000 hombres, más que en cualquier otro enfrentamiento, con la salvedad de Borodino.[13]«Ha estado muy reñido», declaró Wellington.

Nathan Rothschild conoció la noticia de Waterloo antes que lord Liverpool gracias a su red de espionaje, pero, contrariamente al mito de que los Rothschild ganaron una fortuna con esa información, la rápida victoria lo perjudicó, ya que salieron a la luz sus propiedades, igual que el final de la gran guerra francesa había acabado con su negocio de subsidios. «Estoy muy desanimado», le dijo Nathan a su hermano Carl dos semanas después. Su hermano Salomon recaudó fondos para el káiser Francisco y prestó dinero a Metternich (con el nombre en clave de Tío). Metternich fue el primer hombre de estado que comía frecuentemente con judíos en casa de los Rothschild. En 1816, el emperador Francisco elevó a los hermanos a la nobleza al concederles el título de barón, aunque bromeaba con que eran más ricos que él. En Nápoles, Carl estaba asesorando a la emperatriz María Luisa; en Fráncfort, Amschel se ocupaba de Prusia; Nathan, asceta e intenso, dirigía a la familia desde Londres.

Los placeres familiares eran su auténtico tesoro. «Después de cenar, normalmente no tengo nada que hacer», escribió Nathan a Salomon en Viena. «No leo libros ni juego a las cartas ... Mi único placer es mi negocio, y en ese sentido leo las cartas de Amschel, Salomon, James y Carl.» En 1806, Nathan se había casado con Hannah Barent Cohen,[14]hija de un comerciante neerlandés, con quien tuvo siete hijos y que le describía como su «mejor amigo». Su hermana Judith se casó con un inmigrante italiano, Moses Montefiore, un banquero sefardí que vivía al lado de Nathan y encima del negocio de lingotes de St. Swithin's Lane, en la City de

Londres. Compartían familia y negocios, y cada vez colaboraban más en campañas por los derechos de los judíos y las reformas liberales.

Nathan era experto en hacer apuestas sobre el futuro. «El señor Rothschild ha sido un amigo muy útil», dijo Liverpool, que estaba lo bastante capacitado como para ser primer ministro durante más de catorce años.[15]El Reino Unido pagó un alto precio en sangre y dinero por las guerras, pero acabaron ralentizando la economía europea —murieron más de tres millones de personas— y aceleraron la británica. La guerra fue el motor que propulsó el crecimiento británico, y los Rothschild proporcionaron el combustible en forma de capital.

En Europa, su criterio fue igual de agudo. Prestaron dinero a Luis XVIII y Talleyrand. Meses después de su regreso a París, Luis destituyó a Talleyrand y no contuvo una purga de bonapartistas. En Marsella, trescientos mamelucos de Napoleón fueron ejecutados en sus cuarteles. Tras el asesinato del sobrino del rey, miles de personas fueron juzgadas por apoyar a Napoleón, hecho que inspiró la novela *El conde de Montecristo* de Dumas. «Ni han aprendido ni han olvidado nada», advirtió Talleyrand. Los Rothschild también apoyaban a Luis Felipe, duque de Orleans, el primo liberal del rey. «Una corte siempre es una corte», dijo James de Rothschild, «y siempre conduce a algo.»

En Londres, Nathan respaldó a un sofisticado príncipe germano, Leopoldo de Sajonia-Coburgo, quien, después de pasar un tiempo en las cortes de Napoleón y Alejandro, logró casarse con la heredera británica, la princesa Carlota. Pero, en 1817, esta falleció tras dar a luz a un niño mortinato. Leopoldo no tenía buenas perspectivas, pero Salomon aconsejó a Nathan: «Deberíamos profesar aún más amistad que antes a un hombre que está pasando una mala racha». La muerte de Carlota supuso que la sucesión británica recayera en el duque de Kent, uno de los despreciables hermanos del príncipe regente, que, aun habiéndose casado tarde, consiguió engendrar a su hija Victoria. Pero las apuestas por Luis Felipe y Leopoldo darían réditos.

En Londres, Nathan gozaba de la confianza de todos, desde

Jorge IV (el nombre que adoptó el príncipe regente en 1820)[16]hasta lord Liverpool y Wellington, la cumbre del nuevo nexo de las finanzas, el poder y la sociedad, cuya posición mejoró cuando ayudó a rescatar al Banco de Inglaterra. Pero el éxito de los Rothschild no les granjeó el cariño de la gente. Eran la vanguardia de los judíos recientemente emancipados, quienes, una vez ocultos en las contadurías del Judengasse, prosperaban en un extraño mundo de mercados de valores, fábricas, periódicos y valores burgueses, ascendiendo a los salones aristocráticos y las familias cristianas. Ese éxito dio lugar a nuevas variedades de racismo antijudío con tintes medievales, en parte por celos ante una riqueza advenediza y en parte por la desconfianza hacia el poder, y entrañaba fervor nacionalista y miedo conservador.

Los judíos seguían enfrentándose a leyes discriminatorias en toda Europa. En Rusia estaban cada vez más perseguidos, y en el Reino Unido no podían ser elegidos al Parlamento, asistir a la universidad ni ostentar cargos públicos. Nathan y su cuñado Montefiore hicieron campaña por los derechos judíos. Por frenética que fuera su vida social y por palaciegas que fueran sus mansiones, seguían siendo judíos practicantes que velaban por la familia. De los siete hijos de Nathan, cuatro se casaron con Rothschild, otro con un Montefiore, otro con un primo y solo uno se casó con un miembro de otra familia. Pero, en 1827, Montefiore se embarcó en una peligrosa visita a Jerusalén, en aquel momento un pueblo monumental semidesierto y olvidado por los voraces pachás otomanos. Una vez allí, adoptó la creencia religiosa en el sueño tradicional judío de un regreso a Sion que se solapaba con un renovado interés cristiano en la Ciudad Santa.

El 5 de mayo de 1821, mientras Metternich presidía el equilibrio de poder en Europa, un exsoldado enfermo moría en una casa húmeda de la remota isla atlántica de Santa Elena, y a nadie le importó. «No es un acontecimiento», comentó Talleyrand. «Tan solo una noticia.» Mientras Bonaparte sucumbía a un cáncer de estómago a sus cincuenta y un años, tres conquistadores —al sur, al este y al norte— estaban fundando nuevos imperios africanos.

SHAKA ZULÚ, MOSHOESHOE Y DOÑA FRANCISCA: EL «MFECANE»

En 1816, Shaka hechizó a su padre, *nkosi* (rey) del cacicazgo zulú menor del río Umfolozi blanco, un pueblo nguni del sur de África.[17]Tras su muerte, asesinó a su hermanastro, el legítimo sucesor, y reclamó el trono. Shaka era voluble, creativo y carismático, pero incluso su familia lo consideraba aterrador e impredecible. Era el hijo mayor, no buscado y tal vez no deseado, del rey Senzangakona y Nandi (dulce), la hija de un jefe. Cuando Senzangakona subió al trono, se casó muchas veces y fue padre de 18 hijos, aunque estaba resentido con su primogénito. Nandi y Shaka huyeron, protegidos por la hermana del rey, Mnkabayi, una persona astuta e influyente que se convirtió en árbitro del reino en una cultura en la que el poder femenino era respetado. Nandi volvió a casarse y Shaka, amargado y alienado, volvió a casa de su padre. Cuando quedó claro que causaría problemas, el padre decidió matarlo.

Shaka huyó al mundo exterior, que estaba dividido en dos reinos nguni —Mthethwa, liderado por el rey Dingiswayo, y Ndwandwe, por el rey Zwide— que ya mantenían una mortífera rivalidad que degeneraría en un conflicto más extendido, el *Mfecane*, o Destrucción. A sus veintidós años, Shaka se unió al rey Dingiswayo de Mthethwa, quien, declarando que «debería existir un gran rey que ejerciera su control sobre los pequeños», reconoció el potencial del príncipe bastardo y lo ascendió a comandante. Shaka pronto se dio a conocer como el héroe de Dingiswayo. Juntos conspiraron para que Shaka se hiciera con el cacicazgo zulú. En 1816, aprovechando una visita de su padre, Shaka organizó el hechizo, una poderosa herramienta en la sociedad nguni, que provocó la muerte a Senzangakona. Al rey lo sucedió Sigujana, un hijo más joven. Dingiswayo prestó a Shaka un regimiento para acabar con la vida de Sigujana. Su tía Mnkabayi, que ejercía de regente, se ocupó de la invitación para que fuera *nkosi* del pequeño reino zulú. Shaka bailó el *ukugiya*, se lavó en el recinto monárquico y salió para ser nombrado nkosi. Pero, en 1818, Zwide atacó y mató a Dingiswaya, y le dijo a Shaka: «Ahora

que te he arrancado la cabeza, tráeme todo el cuerpo o lo lanzaré al río Thukela». «El cuerpo tenía dos cabezas, como la gran serpiente de río Nkanyamba», repuso Shaka. «Eres demasiado tonto para ver la otra.»

Shaka amplió su reino y entrenó a un nuevo ejército utilizando los métodos que había desarrollado con su valedor: maniobras rápidas con regimientos bien preparados, parapetados por muros de escudos y capitaneados por él mismo para actuar como cuernos de ganado en batallas de envoltura. Empleaban la lanza larga y la maza tradicionales, pero también una nueva lanza corta para apuñalar. No tenían caballos, que murieron por la picadura de la mosca tse-tsé, ni rifles, que despreciaban. Shaka exigía celibato a sus soldados en activo, que eran entrenados para luchar descalzos tras curtirse bailando sobre romaza espinosa. Cualquier acto de desobediencia era castigado con la muerte. Creando una nación jerárquica con su familia en lo más alto y las naciones conquistadas más abajo, fomentó un espíritu de camaradería entre los zulús, y hacía desfilar a sus *amabutho* —regimientos—, que bailaban vestidos con pieles de animal y cantaban: «¡Eres un animal salvaje! ¡Un leopardo! ¡Un león!». Creían ser el Pueblo del Cielo, al que los dioses y los espíritus ancestrales otorgaban poder. Las brujas podían controlar a una persona procurándose partes del cuerpo como uñas, cabello u orina, así que había que deshacerse de ellas cuidadosamente. Después de una batalla, los guerreros corrían el riesgo de ser contaminados por sus enemigos, cuyos cuerpos eran destripados para purificar al asesino. No hacían prisioneros. «Que no quede nadie vivo», decía Shaka, «ni siquiera un perro o un niño que vaya a espaldas de su madre.»

En 1819, Shaka derrotó al rey Zwide, que huyó a Mozambique.[18]Los zulús mataron a la madre de Zwide encerrándola en una cabaña con hienas salvajes.

Shaka se dispuso a abordar nuevas conquistas. El rey no era considerado atractivo: tenía una cabeza «peculiar», los ojos rojos, dos dientes protuberantes y una risa «fuera de la boca». Su cuerpo era inusualmente hirsuto, y lo sabía. «Aunque dicen que tengo por

costumbre matar a gente, a ti nunca te mataré», le dijo amenazadoramente a un atractivo guerrero. «Si lo hiciera, los zulús se reirían de mí y dirían que te he matado porque tú eres guapo y yo feo.» Más tarde, ordenó a los europeos que le llevaran aceite de Macasar para teñirse la barba y el pelo de negro.

En sus varias capitales, vivía con centenares de mujeres: esposas longevas y su *isigodlo* de concubinas, que se recogían el pelo en rodetes y llevaban faldas cortas de cuero y pendientes de marfil tallado. Shaka «era un hombre de grandes sentimientos y con frecuencia pasaba de la tristeza o la alegría excesiva a romper a llorar». No se le conocen hijos, aunque es posible que fuera deliberado: a las mujeres que quedaban embarazadas les ordenaba abortar o las ejecutaba. Casi todas las mañanas, después de que lo afeitaran, hacía llamar a sus comandantes y se dirigía al pueblo. «¿Oís al rey?», gritaban sus cortesanos.

«¡Sí, padre!». Se hacían consultas a curanderos (*sangoma*) y adivinos (*izangoma*) para que «olieran» a los hechiceros malignos. Si eran inteligentes, adivinaban los deseos de Shaka, pero si mencionaban a sus favoritos, ordenaba que fueran asesinados. Cuando señalaba a sus hombres y les indicaba que mataran a los hechiceros, las víctimas eran empaladas por la barriga y las golpeaban con un garrote o les rompían el cuello, mientras que las mujeres eran estranguladas. «¡Mirad a los buitres volando!», gritaba Shaka. «¡Wu! Los pájaros del rey tienen hambre.» Decían que había eviscerado a una mujer embarazada para «ver cómo yacía su hijo», unas historias que contaba más de una fuente y podrían ser ciertas. Las crueldades eran cada vez más caprichosas. Sus medio hermanos Dingane y Mhlangana y su poderosa tía lo vigilaban de cerca. Incluso su madre, la Gran Elefanta (reina) cuestionaba sus excesos.

A medida que las conquistas de Shaka intensificaban el *Mfecane*, era solo un actor en un torneo multiétnico por el poder y los recursos. Al noreste, los portugueses forjaron un modelo único de imperio europeo. Los reyes de Portugal concedían títulos y fincas a señores de la guerra lusoafricanos, los *prazo senhors*, que gobernaban junto a magnates africanos.[19]Esos señores

lusoafricanos, los *prazeiros*, que lideraban ejércitos privados de colonos y *chicundas* (soldados-esclavo) africanos se adentraron en África en busca de ganado, esclavos y marfil para venderlos en Lourenço Marques (Mozambique); más al norte, comerciantes de esclavos omaníes y suajilis viajaban al África central para vender a sus cautivos por el océano Índico mientras Mehmet Alí atacaba Sudán. Al sur, los griqua mestizos se adentraron en el cabo norte; los reyes xhosa conquistaron el cabo oriental y detrás llegaron los neerlandeses y los británicos.

Los comerciantes de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales habían fundado Ciudad del Cabo, donde instalaron a miles de bóeres pobres —agricultores, calvinistas devotos— que pronto se encontraron con los cazadores-recolectores khoikhoi (bosquimanos u hotentotes para los europeos), descendientes de los habitantes originales del continente y empujados hacia el sur por los bantúes, que emigraron desde el oeste de África. Los neerlandeses importaban esclavos de Dahomey, Angola y Mozambique para que trabajaran en sus plantaciones al tiempo que hostigaban a los khoikhoi, quienes, aplastados entre los bantúes y los neerlandeses, diezmados por la viruela y reducidos a un trabajo asalariado rayano en la esclavitud, prácticamente desaparecieron. Los colonos, que se hacían llamar afrikáneres, se expandieron hacia el norte y el este, y se encontraron con los nguni, pastores de ganado de cornamenta larga, que estaban avanzando hacia el sur para conquistar sus propios reinos.

Los afrikáneres se convirtieron en habilidosos pioneros que atacaban a los rebaños y cazaban elefantes por su marfil, pero también se emparejaron con africanas con las que tuvieron hijos, y en ocasiones vivían más como la realeza nguni que como europeos. Se convirtieron en combatientes expertos en unidades montadas llamadas comandos, y entrenaban a sus hijos mestizos como luchadores auxiliares. Cuando los británicos conquistaron el Cabo, era una colonia de 75.000 personas: 15.000 afrikáneres semihostiles, 13.000 esclavos negros, 1.200 libertos y el resto griquas khoikhoi-neerlandeses, conocidos como los «bastardos». A medida que llegaban nuevos colonos al Cabo y se dirigían al norte

y al este, se toparon con la resistencia del reino amaxhosa, liderado por los reyes guerreros tshawe Ngqika, Hintsa y Mgolombane Sandile. Los xhosa eran guerreros formidables cuya perspicacia a menudo es ignorada por los historiadores: frenaron al imperio británico durante setenta años.

En 1818, mientras los británicos se enfrentaban a los amaxhosa de Hintsa, un grupo de pioneros fundó Puerto Natal en la costa este y viajó a KwaBulawayo, la capital de Shaka. El rey se burló de su extraño cabello rubio, que comparaba con la cola del ganado, pero les otorgó derechos portuarios y los reclutó como asesores militares. Pero las conquistas de Shaka estaban llegando a su límite.

En 1824, mientras los cazadores británicos seguían en su *kraal*, Shaka estaba bailando cuando un aspirante a asesino le clavó una lanza en el costado. Shaka dio caza a los sicarios, que recibieron una paliza del pueblo, y después masacró a la tribu qwabe, a la que decidió culpar, aunque desconfiaba, y con razón, de su propia familia. En 1827, su madre, Nandi, murió en circunstancias misteriosas. Desaprobaba las purgas de su hijo y es posible que protegiera a un bebé varón de sus concubinas. O bien la mató en un ataque de ira u ordenó su asesinato, como Nerón. Fue enterrada como un miembro de la realeza zulú, esto es, erguida y apoyada en los cuerpos de esbirros, sirvientes y concubinas que habían sido estrangulados o enterrados vivos. Shaka supuestamente mató a siete mil personas por su presunta deslealtad. Tras la muerte de Nandi eligió a su tía Mnkabayi como Gran Elefanta.

Mientras británicos y afrikáneres exploraban tierras zulús y Shaka iniciaba su campaña de terror, el sur de África estaba en ebullición. En 1828, necesitado de otra victoria, Shaka ordenó una expedición contra Soshangane, que antaño había sido uno de los generales de Zwide y lideraba la tribu fundada por su abuelo, Gaza, para encontrar su propio reino. Emulando muchas de las tácticas militares de Shaka, Soshangane venció a los zulús y debilitó a su líder. «Soy como un lobo de la llanura buscando un lugar donde esconder la cabeza», dijo Shaka, que animó a los

adivinos a oler brujos entre sus hermanastros Dingane y Mhlangana. La Gran Elefanta Mnkabayi empezó a decir que estaba loco y había asesinado a su hermano. Pero, mientras contara con la protección de su devoto *inceku* (guerrero/guardaespaldas) Mbopha, nadie podría tocarlo.

Menos meteórico que Shaka pero más extraordinario fue Moshoeshoe, nacido el mismo año que el zulú y líder de los sotho, pastores que sufrieron amargamente las depredaciones de los nguni y los griqua. Moshoeshoe lideró a sus sotho en una peligrosa migración a la llanura de Qiloane (Lesoto), donde creó un bastión —la Montaña de la Noche, que, según decían, crecía de día y menguaba de noche—, y resistió ataques de todos sus líderes rivales para crear un próspero reino de ganaderos. Explotando con inteligencia a los británicos, se ofreció a los afrikáneres y los zulús, compró rifles y contrató al misionero francés Eugène Casalis como consejero.

En cincuenta años de reinado (terminó en 1870), Moshoeshoe derrotó a los británicos, a los afrikáneres, a los zulús y a los ndebele. Más humano y constructivo que Shaka, era «majestuoso y benevolente. Su perfil aguileño, la anchura y regularidad de sus rasgos y sus ojos, un poco cansados, me causaron una honda impresión», escribía Casalis. «Al instante sentí que estaba tratando con un hombre superior preparado para pensar y liderar a los demás y, sobre todo, a sí mismo.» De todas esas guerras afloró la forma actual del sur de África.[20]

Más al norte, Zwangendaba, ex general del rey Zwide y primo de Shaka, dirigió a sus ndwandwe en un viaje de 1.600 kilómetros por Mozambique y Zimbabue que duró quince años. Después de que el Zambeze se abriera para ellos durante un eclipse, acabaron instalándose en la Tanzania actual, donde Said el Grande, un sultán omaní, estaba conquistando un imperio que abarcaba Somalia, Mozambique, Kenia y Pakistán.

Todo empezó con dos jeques árabes que libraron un duelo con dagas en el desierto de Arabia.

En 1832, Said bin Sultán, de Omán, trasladó su capital a África y creó su corte en Zanzíbar, donde construyó el palacio de Bait al-Mtoni. Su ascenso había empezado dos décadas antes, cuando su padre fue asesinado. Su primo Badr fue nombrado regente con el respaldo de los saudíes. En 1806, Said invitó al regente a su fortaleza en el desierto y le tendió una emboscada. Los príncipes al-Said libraron un duelo a muerte en el cual se alzó victorioso Said. Mientras el Badr se tambaleaba sangrando por el desierto, los camelleros de Said lo decapitaron.

Cuando hubo acabado con su primo, Said conquistó Mascate, que su padre había ayudado a convertir en uno de los puertos del océano Índico, y luego se dispuso a conquistar la costa suajili de África. La familia al-Said ya era propietaria de Zanzíbar, que Said había visitado de niño. Allí creó un imperio talasocrático y conquistó Pemba en 1823. En el golfo tomó Baréin y Catar, pero no pudo conservarlos. Después se hizo con los puertos de Guadar (Pakistán) y Bandar Abbás y Ormuz (Irán). En 1837 conquistó Mombasa.

Pero había un problema: la esclavitud. Said vendía esclavos a príncipes indios y terratenientes franceses de Reunión y Mauricio, y conservaba algunos para sus plantaciones de clavo. Los afroomaníes se abrieron paso por el interior africano cazando elefantes y esclavos alrededor de los lagos Tanganica y Victoria, además de Uganda y Congo. En Kazeh (Tanzania), los esclavistas zanzibaríes vivían cual sultanes con esclavos y concubinas, y gobernaban sus propios feudos congoleses. En estadios posteriores del reinado de Said, el veinteañero Tippu Tip, hijo de una omaní de la aristocracia y un suajili, encabezó a un grupo de cien pistoleros para lanzar su carrera como señor de la guerra, comerciante de clavo y, mucho después, actor en el reparto europeo de África.

En 1820, consciente de que los británicos anhelaban seguridad para la India, el sultán Said negoció una alianza a cambio de una excepción personal en la prohibición de la

esclavitud.

El omaní también vendía esclavos a Mehmet Alí, su vecino del norte, que había rescatado a Omán de las depredaciones de los saudíes y ahora estaba decidido a crear un imperio africano propio. En 1820, Mehmet envió una expedición encabezada por su hijo Ismail para destruir el reino de Sennar y conquistar Sudán. «Sabes que tu misión no tiene otro propósito de apresar negros», le dijo Mehmet a Ismail. «Para nosotros, los esclavos valen más que las joyas.»

Concediendo audiencia en su oscuro diván cairota como «una araña en su red», Mehmet Alí Pasha cultivaba un aire de misterio mirando fijamente a sus visitantes y hablando portentosamente. «Los únicos libros que leo», decía, «son los rostros de la gente.» Después de fundar una imprenta, se negó a publicar a Maquiavelo, bromeando con que el italiano «no tenía nada que enseñarle». Lo dirigía todo y ascendió a sus hijos, pero decapitaba a sus oponentes.[21]

Mehmet Alí fundó Jartum, en Sudán, y la convirtió en su base meridional. Allí, sus esbirros apresaron a treinta mil esclavos, de los cuales dos tercios perecieron cuando eran trasladados al norte «como ovejas putrefactas». Su impulsivo hijo Ismail fue asesinado, pero las incursiones egipcias estaban proporcionando diez mil esclavos sudaneses al año. Sin embargo, Mehmet Alí, gobernador de Arabia, Egipto y Sudán, codiciaba las nuevas tecnologías de Europa y cultivaba algodón y construyó fábricas para procesarlo. Fue el primer estado no europeo que participó de la revolución industrial. Invitó a oficiales franceses a entrenar a su moderno ejército y se convirtió en una especie de Napoleón a la vez que entablaba una relación especial con el París borbónico, donde el agotado e hinchado Luis XVIII intentaba competir con la gloria de Bonaparte. La leyenda del emperador creció. Después de Waterloo, María Luisa partió con Neipperg para gobernar Parma, donde le dio hijos en secreto, pero le ordenaron que dejara a su joven hijo Napoleón en Viena.

El chico recibió otro nombre: puesto que había sido rey de Roma y Napoleón II, su abuelo Francisco lo rebautizó como

Napoleón Francisco, duque de Reichstadt.[22]Adoraba a su padre y quedó conmocionado al descubrir la vida amorosa de su madre con Neipperg. «Si Josefina hubiera sido mi madre», le dijo a un amigo, «mi padre no habría sido enterrado en Santa Elena y yo no estaría en Viena. Mi madre es buena, pero débil ... No era la esposa que merecía mi padre.»

Napoleón Francisco se formó como soldado, pero a su abuelo y al canciller Metternich los aterraba que pudiera reunir a bonapartistas en Francia o alentar revoluciones en otros lugares. En 1814, el zar Alejandro había ideado una alianza conservadora para guiar a Europa —una versión autocrática del Consejo de Seguridad de la ONU— con Metternich y la Gran Bretaña de lord Liverpool a fin de contener la propagación del espíritu revolucionario. O al menos, como decía Metternich, «los acontecimientos que no pueden impedirse deben dirigirse».

Sin embargo, Metternich y sus aliados tuvieron dificultades para resistir en Iberia: uno de los reyes de la Península, Juan, estaba en Río, mientras que Fernando, el inepto monarca español, estaba intentando restablecer un gobierno absolutista. Quince años antes, cuando Fernando tenía dieciséis, había jugado a tenis con un delgado joven colonial de Caracas. Era Simón Bolívar, de diecisiete años, y al perder un punto, golpeó al príncipe de Asturias en la cabeza. «Quién iba a decir que ese accidente sería un presagio», fanfarroneaba Bolívar más tarde, «y arrancaría la joya más preciada de su corona.» Esa «joya» era América, y Bolívar, junto con dos monarcas haitianos y un príncipe brasileño, liberaría un continente e inauguraría una era.

Acto decimoquinto
1.000 millones

Braganza y zulús, albanos, el reino de Dahomey y los Vanderbilt

Los libertadores: Bolívar y Pedro

Alrededor del 13 de octubre de 1822, en Loja (Ecuador), situada en lo alto de los Andes, un soldado deshidratado, exhausto y febril inspeccionó a sus tropas. Más tarde, en un delirio, soñó con escalar el volcán de Chimborazo, «gigante de la Tierra». Al llegar a la cumbre, «me sumí en un éxtasis ... Me sentía incendiado por un fuego extraño y sobrenatural. El dios de Colombia me había poseído. De repente, el Tiempo se irguió ante mí».

«¡Soy el padre de los siglos!», dijo el dios.

«Sí, oh, Tiempo», respondió él, «el miserable mortal que haya trepado tan alto debe perecer».

«¡No ocultes los secretos que el Cielo te ha revelado! ¡Di la verdad a la humanidad!»

El delirante soñador no era un prehippy drogado, sino Simón Bolívar, el Libertador, que a sus treinta y nueve años presidía la extensa república de la Gran Colombia, y en la carrera más extraordinaria de su época había liberado gran parte de Suramérica y ahora estaba centrándose en Perú, Ecuador y Bolivia. Había conquistado 2,5 millones de kilómetros cuadrados, una zona más amplia que Europa, dominaba junglas, desiertos y montañas y liberó a millones de personas de la esclavitud. Aparte de Alejandro, Gengis y Napoleón, pocos habían experimentado esos triunfos, pero Bolívar era más sensible, menos embrutecido y más esteta que los otros.

Nacido entre lujos, Bolívar, que medía 1,68, con unos ojos ardientes y piernas delgadas, era exuberante, apasionado y

extremadamente seguro de sí mismo. Había atemperado su cuerpo menudo para competir con rudos vaqueros. En una ocasión montó en su caballo con las manos atadas a la espalda, y una vez vadeó un río cabalgando con las manos inmovilizadas para demostrar su virtuosismo: «No creas que esas cosas no son útiles para un líder». Había donado su dinero y vivía a lomos de su caballo con los gauchos más duros. «¿Qué?», gritó un español que quería ver al libertador. «¿Es ese hombrecillo ... que va montado en la mula?»

Después de cada victoria, Simón era asediado por admiradoras vestidas de blanco, y todas sus victorias eran celebradas con un baile. «Hay hombres que necesitan estar solos y alejados del alboroto para pensar», decía, pero «yo reflexionaba mejor cuando era el centro de la juerga, entre los placeres de un baile». Nunca dudó de su destino. «Un hombre fuerte asesta un solo golpe y desaparece un imperio», escribió con grandilocuencia.

Juan Vicente, el padre de Bolívar, desaprobaba amargamente la dirección corrupta de sus señores españoles. «La injusticia significa revolución», susurraban los colonizadores.[1]Juan le rogó a su amigo, el radical Francisco de Miranda, que liderara una revolución contra España, lo cual era una empresa peligrosa.[2]

Simón Bolívar perdió a sus padres cuando era joven y se convirtió en un huérfano rico, criado por la esclava negra Hipólita y educado por eruditos ilustrados, que andaba con niños de la calle. Bolívar solo pensaba en liberar Latinoamérica: «Me fascinaban las historias sobre héroes griegos y romanos», mientras que «Washington me despertó el deseo de ser como él». Muchos criollos se sentían limitados por el miedo a una guerra racial: uno de cada diez venezolanos era un esclavo. Pero Bolívar estaba orgulloso de una genealogía que incluía a una chica esclavizada. «Nuestro pueblo no es como los europeos o los norteamericanos», afirmaba. «Nosotros somos más una mezcla de África y América.»

A sus quince años, Bolívar viajó en barco a Madrid, donde conoció a la reina Luisa, ya que el último amante de esta era venezolano. Fue entonces cuando golpeó al príncipe heredero con la raqueta. Después de una sucesión de romances, Bolívar se casó con una joven mantuana de Caracas, que falleció poco después a

causa de la fiebre amarilla. Fue el amor de su vida. «Pero no me había convertido en un viudo», escribió. «Nunca habría sido el general Bolívar, el Libertador. Su muerte me situó pronto en la senda de la política para seguir el carro de Marte.»

En 1807, la victoria de Napoleón sobre el risible rey español acabó con el miedo necesario para la supervivencia de los imperios. Los grandes de Caracas crearon una junta leal al rey y enviaron a Bolívar a Londres, donde pidió sin éxito el apoyo del marqués Wellesley y conoció a su longevo héroe Miranda. Ambos unieron fuerzas y volvieron a casa a iniciar la revolución, pero el generalísimo Miranda, que tenía sesenta años, ofendió a todo el mundo y fue superado por los españoles. Bolívar probablemente traicionó al eclipsado dictador y lo detuvo justo antes de que los españoles atacaran. Miranda murió en una cárcel española y Bolívar tomó el mando de un ejército rebelde.

Como los franceses en Haití, los españoles combatían de otra manera en las colonias: masacraron a doce mil rebeldes, cuyas orejas exhibían en el sombrero. «Españoles, contad con la muerte aunque hayáis sido indiferentes», declaró Bolívar. «Americanos, contad con la vida aunque hayáis sido culpables.» En agosto de 1813 conquistó Caracas, pero los llaneros, los vaqueros mestizos de las llanuras, apoyaron a los españoles. Su Ejército del Infierno venció a los rebeldes. Bolívar huyó de Caracas con su familia, su amante e Hipólita, su querida niñera liberada. Ejecutando a mil españoles a lo largo del trayecto, llegó a Haití, donde el presidente Pétion —el *Papa Bon Coeur* de la revolución haitiana— se hizo amigo suyo. «Sentí su grandeza», dijo Pétion, que tan solo exigió la liberación de todos los esclavos.

«La ambición europea impuso el yugo de la esclavitud al resto del mundo», coincidió Bolívar, que ya era abolicionista, «y el resto del mundo se vio obligado a responder». Nunca olvidó que Pétion era «el auténtico libertador».

En diciembre de 1816, pertrechado de armamento haitiano, Bolívar regresó a Venezuela. «Decreto la plena libertad de todos los esclavos», declaró antes de iniciar una guerra de eliminación en la que formó ejércitos de criollos, exesclavos, llaneros y mercenarios

británicos en una campaña incansable contra España. El Libertador llevó la guerra a Nueva Granada (Colombia), ganó en Boyacá a lomos de su caballo Palomo y conquistó Bogotá.

En junio de 1821, Bolívar ganó la decisiva batalla de Carabobo, en la que expulsó a los españoles de Caracas, y fue elegido presidente de una nueva república llamada Gran Colombia. Agotado y canoso, reconoció: «Me consume el demonio de la guerra y estoy decidido a terminar la lucha». Según explicaba: «Mi médico me decía a menudo que mi espíritu necesita alimentarse de peligro, y es muy cierto. Cuando Dios me puso en la tierra, trajo una tormenta de revoluciones con las que alimentarme. Soy el genio de la tormenta».

En España, una revolución había socavado el gobierno del rey Fernando. Ahora, el libertador nacido de una tormenta cruzó las nieves de los Andes y las junglas tropicales para atacar a los españoles en Perú. Compartiendo las tribulaciones de sus tropas, derrotó a los españoles en Bombona y contempló el Chimborazo mientras un libertador muy diferente declaraba la independencia de Brasil en medio de un brote de disentería.

El otro libertador jamás habría conquistado medio continente ni hablado con un dios en un volcán, y no era ni un revolucionario ni un abolicionista. De hecho, era un príncipe de Braganza y propietario de miles de esclavos, y la liberación de Brasil no podría haber sido más distinta.

El príncipe Pedro era divertido e informal. Le gustaba cantar y tocar la guitarra, y normalmente llevaba un canotier, pantalones de algodón blancos y chaqueta a rayas. Llegó a Río cuando tenía nueve años y le encantó la informalidad hedonista de la ciudad, charlaba con los transeúntes en la calle y entraba semidisfrazado en bares y burdeles. También tenía por amante a una actriz francesa. A diferencia de su padre, el rey Juan, Pedro había adoptado el gusto brasileño por la higiene. Pero, aunque se consideraba una especie de liberal, golpeaba a sus esclavos y le gustaba dominar sexualmente a las esclavas, a quienes a menudo compraba en la calle.

Juan permaneció en Brasil y negoció el matrimonio de su hijo

con una Habsburgo austríaca. El káiser Francisco ya había casado a una hija suya con Napoleón; ahora aceptó casar a Leopoldina, la hermana menor de María Luisa, una chica rubia, delgada, solícita y alegre de veinte años, con el libertino Pedro, que en aquel momento tenía diecinueve. Metternich estaba exasperado con las negociaciones —«¡Los portugueses son la gente más lenta del mundo!»— y con la propia archiduquesa: «En mi vida he visto a una niña más malcriada y tonta ... Si fuera su padre, le pegaría».

Leopoldina, muy unida a su hermana María Luisa, estaba entusiasmada con la aventura de Brasil, aprendió portugués y estudió botánica y la obra del naturalista y viajero Alexander von Humboldt, aunque sus opiniones estaban idealizadas. «Europa se ha vuelto insoportable», escribió, mientras que los «salvajes» brasileños eran «hijos de la naturaleza a los que aún no ha corrompido el lujo». Intuyendo la «corrupción» de Brasil, declaró que se comportaría «con toda la modestia posible» y desecharía «cualquier literatura que despierte la sensualidad».

Cuando llegó en noviembre de 1817, rodeada de la excitación popular, el rey Juan acababa de aplastar una revuelta en Pernambuco y había expulsado a la actriz francesa de Pedro. Tras una noche de bodas en la que la desnudaron su suegra y sus cuñadas, Leopoldina quedó conmocionada por la mezquindad de los palacios, el hedor de su antihigiénico suegro y la brusquedad de su marido.

Pedro juraba sin parar, dibujaba pornografía, despreciaba a «la zorra» de su madre, orinaba desde los porches y defecaba delante de sus soldados. «El país me ha hipnotizado», escribió Leopoldina con valentía. «Paso el día tocando música con mi marido.» Pero a su hermana María Luisa le reconoció: «Sinceramente, se expresa con cierta brutalidad; está acostumbrado a hacer lo que quiere», pero «me ama con ternura». Dirigiéndose a la mujer que había sobrevivido a Napoleón, añadió: «Tienes razón. La auténtica felicidad no existe». Las actitudes de la pareja hacia sus esclavos eran muy distintas. «Ella siempre era muy amable cuando se cruzaba con nosotros», recordaba un esclavo de su casa de campo. «Él era arrogante. Se paseaba con un bastón con mango

de plata y nos pegaba». Ella estaba perpetuamente embarazada y deprimida.

En 1820 estalló súbitamente una revolución en Portugal, el comienzo de una larga batalla entre el liberalismo constitucional y el absolutismo monárquico, exacerbada por los conflictos de Braganza. El rey estaba agonizando, y finalmente aceptó volver a casa y dejar a Pedro, de veintidós años, como regente de Brasil. En Río, la gente gritaba «¡Dejad que el pueblo gobierne Brasil!», y exigió que Juan adoptara una constitución liberal pero permaneciera en América. Pedro ordenó a sus soldados que dispararan contra la multitud. En abril de 1821, al partir hacia Lisboa después de trece años fuera, el rey Juan le dijo con nerviosismo: «Pedro, si Brasil se separa, mejor que sea por tu mano, con el respeto que sientes por mí, que por la mano de uno de esos aventureros». Curiosamente, la revolución brasileña ahora estaba liderada por Pedro. Cuando las multitudes cariocas exigieron que se quedara, declaró: «Decidle al pueblo que me quedo».

En agosto de 1822, el regente Pedro visitó São Paulo. Pedro había vacilado entre la independencia y la lealtad a su padre, y le había escrito cartas afectuosas en las que le hablaba de sus nietos y se jactaba de sus hazañas sexuales con chicas cariocas. Soportando su embrutecido comportamiento, Leopoldina también lo empujó hacia la independencia. Barajando esa idea, Pedro viajó por las provincias, donde cosechó apoyos para él y para el estado a la vez que disfrutaba de las chicas que le proporcionaba «Chalaça» Gomes, su servil secretario.

Cerca de São Paulo, encontró «casualmente» una litera en la que dos esclavos llevaban a Domitila de Castro, una belleza casada con un matón de provincias y hermana de uno de sus cortesanos. Cautivado, se bajó del caballo, la elogió y luego insistió en llevar él mismo la litera.

«Qué fuerte es Vuestra Majestad», dijo Domitila.

«Nunca más os ayudarán negritos como estos», repuso él.

Cuando Pedro volvió a Río, Domitila se unió a él en el gran romance —egoísta, apasionado y destructivo— de la historia

brasileña. La presión política iba en aumento. Estaba sufriendo un espasmo de diarrea a lomos de su caballo cuando recibió una carta desde Río: Portugal estaba preparándose para reconquistar Brasil justo cuando los aristócratas brasileños exigían la independencia total. Entre brotes de disentería en un río llamado Ipiranga, se arrancó los colores de Portugal, tiró el sombrero al suelo, desenvainó la espada y gritó: «Ha llegado el momento. Independencia o muerte. Nos hemos separado de Portugal».

En octubre de 1822, Pedro fue declarado emperador de Brasil. «De Portugal no queremos nada, absolutamente nada», le escribió a su padre. «La independencia brasileña triunfará … o moriremos defendiéndola.» En su coronación el 1 de diciembre, el emperador Pedro fusionó la estética de los Habsburgo y los Braganza con la de los amerindios, vestido con una túnica de seda verde, botas con espuelas y una capa verde y amarilla hecha de plumas de tucán. Pero la suya no fue la primera monarquía americana.

La reina María Luisa de Haití y el Gran Señor de Paraguay:
el experimento racial del dr. Francia

En Haití, el visionario rey Enrique seguía gobernando su región del norte; en el sur, Pétion, alias Papa Bon Coeur y aliado de Bolívar, falleció y dejó el poder a su aliado Boyer, hijo de un sastre francés y una esclava congoleña.

En octubre de 1820, Boyer orquestó un golpe de estado contra Enrique. El rey, autocrático e impopular, sufrió una apoplejía en el Palais Sans-Souci y el 8 de octubre se disparó una bala de oro. Fue enterrado rápidamente en su ciudadela. Su heredero Víctor Enrique, un príncipe de dieciséis años, fue asesinado con una bayoneta, y el barón de Vastey apuñalado y arrojado a un pozo. Boyer, aconsejado por su amante Marie-Madeleine Lachenais, *La Présidente de Deux Présidents*, unió el norte y el sur, se anexionó el Santo Domingo español y acogió a seis mil afroamericanos libres como colonos, un experimento fallido: dos mil de ellos volvieron

inmediatamente a casa.[3]Pero Francia seguía reclamando Haití.

Haití no fue el único estado pionero de una sociedad posesclavitud.

Paraguay estaba haciendo un experimento racial único en el continente, aunque acabó teniendo consecuencias catastróficas.

En octubre de 1820, mientras Bolívar conquistaba el continente y el rey Enrique se enfrentaba a un motín, un diligente y frugal doctor en teología llamado José Gaspar de Francia, que primero había sido profesor y más tarde abogado, descubrió un complot para asesinarlo. A sus cincuenta y cuatro años, se había declarado recientemente dictador supremo de un nuevo estado llamado Paraguay. Ahora ordenó a su policía secreta, los *Piragües* (pies peludos), que arrestara a todos los conspiradores y prácticamente a todas las personas cultas o que hubieran tenido un cargo político. Serían torturados en la Cámara de la Verdad y asesinados. Como se enorgullecía de su frugalidad, a cada verdugo solo le estaba permitido utilizar una bala. Francia observó las ejecuciones sentado en un taburete debajo de un naranjo que había frente a su palacio. Al pie de las listas de muertos, escribió sin ironía alguna: «*Pax Francia*».

El doctor, serio, diligente y solemne, con ojos negros y una actitud penetrante y desconfiada, a menudo llevaba su uniforme oficial, consistente en un abrigo azul, chaleco, tirantes y calcetines blancos. Vivía en un diminuto palacio con su hermana viuda, dos sirvientas mestizas (en ocasiones sus amantes), un joven ayuda de cámara y barbero de raza negra, un médico criollo y tres guardias guaraníes, personas de confianza que en ocasiones eran acusadas de traición y ejecutadas.

Francia era prácticamente el único responsable de Paraguay, bautizado así por la tribu amerindia de los payaguaes, que se habían resistido a los primeros conquistadores. El remoto territorio español de la Provincia Gigante de Indias era un páramo en el que una reducida élite de criollos semicultos (Francia era uno de los dos médicos que habían ido a la universidad en todo el país) regentaba encomiendas en las que trabajaban esclavos africanos y guaraníes. Gobernada por virreyes españoles en el lejano Río de la

Plata (Argentina), en su capital, Asunción, vivían solo 3.500 criollos y 1.500 negros. Aunque la nueva república se enriqueció con el tabaco, su próspera tranquilidad se veía amenazada por tribus indígenas, rebeliones de esclavos y avances portugueses desde Brasil.

El Supremo lideraba la nación sin apenas ministros, observando las estrellas con astrolabios, estudiando y dibujando botánica, fumando puros y bebiendo con pajita la exquisitez nacional, el estimulante té de hierba mate.[4]

Muchos criollos se casaban con guaraníes, pero defendían su superioridad racial con quisquillosa arrogancia. Cuando entró en la vida pública para intentar ocupar la cátedra de teología en el seminario, Francia, hijo de un oficial criollo y cruel capataz, fue acusado de ser mestizo, pero insistió en su limpieza de sangre. Una vez que el gobierno español fue derrocado en Buenos Aires, los paraguayos declararon la independencia y Francia subió al poder gracias a astutos apoyos, además de dimisiones periódicas y retiros a su pequeña *chacra* (granja). En 1813 fue elegido cónsul adjunto, creó la primera división militar bajo su mando y, superando a sus rivales, en junio de 1816 fue elegido dictador perpetuo. Se animó a los guaraníes a llamarlo sagrado *Caraí Guazú* (Gran Señor).

Francia, un controlador obsesivo, estaba decidido a crear un estado rousseauniano de igualdad racial y virtud nacional. Dominaba el comercio de caña de azúcar, tabaco, puros y hierba mate, que financiaba su nuevo ejército, y decidió legislar una solución a las castas raciales acabando con la supremacía blanca. Prohibió que los criollos y los peninsulares nacidos en España se casaran con otros blancos, y se les ordenó que solo contrajeran matrimonio con amerindios o personas de color. Francia supervisaba cada boda, acabó con varios siglos de gobierno racial español y creó una nueva nación paraguaya mixta. Se prohibió la esclavitud, pero el trabajo forzado en las plantaciones de Francia no era muy distinto.

Este experimento sociológico dio lugar a la nación más ordenada de Suramérica, que resistiría bajo una semimonarquía durante sesenta años de paz. Francia alardeaba del desorden que

imperaba en el resto del continente. «Mi política en Paraguay», decía, «era un sistema de no relación con otras provincias de Suramérica» para impedir «la contaminación de ese nauseabundo e incansable espíritu de anarquía y revolución que las ha desolado y desgraciado a todas».

Manuela, el Libertador y el Rey Algodón

En Perú, Bolívar, el otro libertador, estaba observando el avance de un caudillo rival. José de San Martín, comandante del Ejército de los Andes, enviado por los gobernantes de Río de la Plata, había liberado Chile y entrado en Perú, pero se había quedado sin suministros. En julio de 1822, en un espinoso encuentro de titanes, Bolívar se impuso a San Martín. En los Andes, Bolívar derrotó a los españoles y entonces se enamoró como nunca lo había hecho.

Al entrar en Quito (Ecuador), el Libertador miró hacia un balcón y vio a la joven Manuela Sáenz, que estaba observando su llegada. Poco después se conocieron en un baile. Manuela, hija ilegítima de un aristócrata y casada con un anodino comerciante inglés, era una poderosa belleza que unió su vida a la de Bolívar. Manuela participaba con él en las batallas. «Si mis soldados tuvieran tu puntería», le dijo Bolívar, que la ascendió a coronel, «habríamos derrotado a España hace tiempo». Ejercía de secretaria, pero lo enfurecía con sus aventuras eróticas con amantes que incluían a sus dos sirvientas, exesclavas negras a las que vestía de mamelucos. Su pasión lo agotaba. «Quiero responder, mi hermosa Manuela, a tus peticiones de amor», decía. «Mi pasión por ti es salvaje», pero «dame tiempo». En agosto de 1824, llevando a sus hombres a las montañas, Bolívar expulsó a los españoles y fue elegido dictador de Perú y presidente de un nuevo país, Bolivia, llamado así en su honor. Pero Perú «contiene dos elementos que son una cruz para cualquier sociedad justa y libre», dijo Bolívar. «El oro y los esclavos. El primero corrompe todo lo que toca; el segundo es corrupto en sí mismo.»

Podría haber estado hablando de Estados Unidos.

El 9 de febrero de 1825, el presidente saliente James Monroe asistió a una cena con su sucesor, John Quincy Adams —hijo del segundo presidente— y su rival derrotado, un duro general de frontera llamado Andrew Jackson, en honor a la visita del marqués de Lafayette. Durante la cena, Bolívar fue calificado de «Washington de Suramérica». Pero sus brindis por la libertad estadounidense apenas ocultaban las crecientes tensiones entre el espíritu de la conquista continental, la misión cristiana, y la institución de la esclavitud por un lado y los valores liberales de la democracia estadounidense por el otro.

Los abolicionistas del norte trataron de impedir que los negreros del sur extendieran la esclavitud a los nuevos estados. Entre 1820 y 1830, la producción de algodón se duplicó en el sur, lo cual exigía más mano de obra esclava. El comercio de esclavos estaba prohibido, y eso significaba que estos ya no trabajaban hasta morir y eran reemplazados; ahora vivían más y tenían hijos, cosa que restaba urgencia al comercio. Pero las crueldades no eran menos atroces, ya que unos 875.000 esclavos fueron «vendidos en el río» (el Misisipí, transportados en barcos de vapor o a pie formando hileras) para trabajar en los campos de algodón. Pero los esclavos estadounidenses se sintieron inspirados por las liberaciones conseguidas por Bolívar y Dessalines. Los negreros del sur se presentaban como una aristocracia elegante que vivía en mansiones con columnas, pero ese refinamiento era superficial, pues estaba basado en la violencia racial, y las rebeliones eran aplastadas salvajemente. Al mismo tiempo, su cultura de la posesión de seres humanos mermaba su ética de trabajo. Nunca invertían en la industria y, por tanto, la sociedad esclavizada llevaba las semillas de su propia derrota.

En 1820 se negoció un acuerdo por el que Maine, como estado no esclavista, y Misuri, como estado esclavista, se incorporaron a la Unión. «Tenemos al lobo agarrado por la oreja y no podemos retenerlo ni soltarlo sin que haya peligro», reflexionaba Jefferson.[5]«La justicia está en un lado de la balanza y la supervivencia en el otro.» El tratado, «como una alarma de incendios en plena noche, me despertó y me llenó de terror. Al

momento lo consideré la sentencia de muerte de la Unión ... acallada, de hecho, por el momento, pero es solo un respiro».

Lafayette fue a Monticello a ver a Jefferson y ambos rompieron a llorar al abrazarse. Jefferson le enseñó su universidad de Virginia, que había diseñado como una invitación para que los jóvenes bebieran de «la copa del conocimiento». Sin embargo, el renovado Monticello y el campus de la universidad habían sido construidos por esclavos, hecho que incomodó a Lafayette. El 4 de julio de 1826, Jefferson murió a los ochenta y tres años y liberó a Madison y Eston, los dos hijos que tuvo con Sally (los dos mayores ya habían abandonado Monticello), pero no a la propia Sally, y dejó una deuda catastrófica de cien mil dólares que no solo provocó la venta de Monticello, sino también la trágica subasta de sus esclavos y la separación de sus familias. Patsy, la hija de Jefferson, permitió que Sally viviera en Charlottesville con Madison y Eston hasta que murió. Los dos hijos mayores de Hemings se identificaban como blancos y los menores como negros, y desaparecieron en esas dos comunidades.

Fue el final de una versión de Estados Unidos. Pero Lafayette también visitó al general Jackson, un héroe muy diferente, en su plantación Hermitage de Tennessee. Jackson representaba la audaz agresividad de la frontera y el territorio del Rey Algodón, que enviaba sus cosechas a la Algodonópolis del Reino Unido.

Ese espíritu de libertad se hallaba en el extranjero. Incluso el adinerado y victorioso Reino Unido parecía estar al borde del caos: las protestas bullían, se planificaron rebeliones armadas en Yorkshire y Shropshire y los conspiradores tramaban atrocidades terroristas.

Los románticos y la nación moderna: la aventura griega de lord Byron y la «Novena» de Beethoven

Lord Liverpool temía una revolución británica. El Reino Unido no era en modo alguno una democracia: unos cuatrocientos mil hombres, una pequeña proporción de la población masculina,

tenían derecho a voto. Los aristócratas eran propietarios de pequeños «distritos corruptos» que elegían a los parlamentarios: se calculaba que, de 515 parlamentarios, 351 eran elegidos por 177 aristócratas. Higham Ferrers, un distrito típicamente corrupto perteneciente al conde Fitzwilliam, solo tenía un votante, pero enviaba un parlamentario a Westminster.

El movimiento prorreforma se vio impulsado por el crecimiento de las ciudades industriales. Manchester era la Algodonópolis y una «chimenea del mundo» distópica. Todos los inventos humanos han mejorado la vida y puesto en peligro a la humanidad y el medio ambiente. La industria creó un nuevo entorno, un mundo duro, humeante y cruel de «oscuras fábricas satánicas» para una nueva clase trabajadora. En palabras de un visitante: «Mocosos ricos, granujas pobres, pilluelos borrachos y prostitutas forman la moral; hollín convertido en pasta por la lluvia, el físico, y lo único que se ve es una larga chimenea: ¡menudo lugar! Es la entrada al infierno».[6]

El 16 de agosto de 1819, sesenta mil personas exigieron una reforma del sufragio en Manchester. La caballería cargó contra la multitud, acabó con la vida de 17 personas e hirió a más de 400 en la masacre de Peterloo (solo en el Reino Unido se consideraría que 17 muertos son una «masacre» o se compararían con Waterloo), que desencadenó más protestas. Ansioso por aniquilar la propaganda radical, Liverpool atacó con sus Seis Leyes, que en febrero de 1820 provocaron una conspiración para matar y decapitar al primer ministro y príncipe regente. Espías de la policía delataron a los trece conspiradores, que fueron arrestados en una redada del temprano cuerpo de policía de los Bow Street Runners. Cinco de los conspiradores, incluido William Davidson, hijo de un terrateniente británico de Jamaica y una mujer negra, fueron ahorcados y decapitados una vez muertos. El Reino Unido resistía, pero la presión reformista estaba volviéndose imparable. En Europa, a Metternich y sus aliados les costaba reprimir el creciente espíritu de libertad y el sentimiento nacional que confluyeron en el apasionante e incipiente movimiento del romanticismo.

El 6 de marzo de 1821, el príncipe Aléxandros Ipsilantis, un

oficial del ejército griego y líder de la organización secreta Filiki Etaireia, cruzó la frontera entre Kishinev, en Rusia, y la ciudad otomana de Iasi para anunciar una revolución griega. «Ha llegado el momento», escribió. «Los pueblos ilustrados de Europa esperan con ansia la libertad de los helenos.» En los meses posteriores, los griegos se rebelaron contra el sultán otomano en todo el mundo heleno, que abarcaba Fener, en Constantinopla, Moldavia, Valaquia y la Grecia continental.[7]El sultán tomó medidas represivas: los fanariotas fueron decapitados en público, el patriarca ortodoxo fue ahorcado en la puerta de su casa y los griegos fueron derrotados y masacrados. Pero en Grecia, una amalgama de forajidos kleftes y príncipes fanariotas siguió luchando, un acicate para la revolución romántica. Mil filohelenos acudieron a combatir por Grecia, el más famoso de ellos el escandaloso poeta romántico lord Byron.

Byron, una estrella de la poesía de cabello rizado y calificado por una de sus amantes de «loco, malo y peligroso de conocer», deleitaba a los románticos con las aventuras épicas del alocado joven Childe Harold, y había conmocionado a los burgueses británicos al tener aventuras con hombres y mujeres, según se decía, culminadas con la seducción de su medio hermana. Después del clamor resultante, fue a apoyar a los radicales de Italia, donde vivió el sueño romántico y definió al hombre como «medio polvo, medio deidad, igualmente inadecuado / para hundirse o elevarse». Odiaba a Metternich y Liverpool.[8]Si la letra era de Byron, la música era de Beethoven, el genio desgreñado, medio loco y sordo que personificaba el tempestuoso romanticismo. En mayo de 1824 estrenó su *Sinfonía n.º 9*, un homenaje a la libertad con la letra de la *Oda a la alegría* de Schiller, que solo podía ser una crítica al sistema de Metternich. «¡Todos los hombres volverán a ser hermanos!»[9]

En agosto de 1823, Byron, de treinta y cinco años, llegó a Cefalonia, en Grecia. A principios del año siguiente, acompañado de su pequeña Brigada Byron, tomó las riendas del contingente griego a la vez que se enamoraba apasionadamente de su paje. El héroe romántico estaba planeando un ataque a Lepanto cuando

murió de manera poco romántica a causa de la disentería. La rebelión se intensificó, lo que alarmaba al sultán otomano e inquietaba a Mettternich, Liverpool y el nuevo zar ruso, Nicolás I, hermano de Alejandro. Tras su sucesión en diciembre de 1825, Nicolás —un rigorista imperioso, grandilocuente y sumamente atractivo de ojos grises— se enfrentó a un golpe de estado organizado por oficiales liberales. Era un momento en el que Rusia podría haber seguido otro camino. Sin embargo, Nicolás lo aplastó con artillería y ahorcamientos. En casa no corrió ningún riesgo y fundó la primera policía política rusa, los Gendarmes, y la policía secreta, la Tercera Sección de su cancillería personal, que empezó con tan solo 416 empleados. Aquellos burócratas encubiertos no solo eran herramientas del poder estatal, sino que también representaban su temible mística.

Empezando con Alejandro y siguiendo con Nicolás, la familia Románov superó las expectativas de la biología gestando consecutivamente a cuatro emperadores escrupulosos y capacitados. Nicolás, que despreciaba la cháchara del parlamento británico, las opiniones liberales y a sus millones de judíos, además de ser un abanderado de la autocracia, el nacionalismo y la ortodoxia rusos, adoptó el imperio como misión. Utilizando su dominio absoluto para imponerse a las inconsistentes democracias occidentales, fue un habilidoso participante en el juego mundial: contuvo una rebelión polaca en 1830, arrebató el Cáucaso a Persia, libró una prolongada guerra contra los yihadistas chechenos y conspiró para conquistar Constantinopla.

Su primera oportunidad llegó cuando el sultán Mahmut II reclutó al dinámico gobernante egipcio Mehmet Alí para acabar con los rebeldes griegos. Mehmet envió a su talentoso hijo Ibrahim el Rojo —apodado así por su barba y su ferocidad— a Grecia, donde asesinó sistemáticamente a los rebeldes y puso fin a la revuelta. Los griegos apelaron a los rusos, los franceses y los británicos, que se mostraron solidarios por distintas razones.

Nicolás, el defensor de la ortodoxia, veía a los griegos como una manera de acabar con los otomanos; en el Reino Unido, el parlamento estaba dominado por George Canning, calvo, nervioso,

brillante e hijo de un viticultor anglo-irlandés pobre y una actriz. Canning tenía dudas sobre la reforma en su país, pero veía una oportunidad para el Reino Unido en el extranjero, desde la Gran Colombia hasta Grecia. «Nuestra política exterior no puede ir en contra de la voluntad de la nación», decía. En Grecia aunó fuerzas con Nicolás y envió flotas para proteger a los griegos. Mehmet Alí aconsejó al sultán que fuera cauteloso, pero este lo ignoró.

El 20 de octubre de 1827, en Navarino, la flota anglo-franco-rusa hundió a la egipcio-otomana, e Ibrahim regresó a Egipto. Mehmet estaba furioso por la estupidez otomana. Ahora, Canning y Nicolás respaldaban a un nuevo país, Grecia, que era un tipo de estado inédito, formado por autodeterminación y aspirante a recrear una historia, un lenguaje y una nación ancestrales. Fue el primero de muchos que, a lo largo del siglo posterior, fueron relanzados a partir de los imperios dinásticos. Era una nueva manera de imaginar la política, y se convirtió en la única.

Canning celebró las nuevas naciones de Bolívar. «La América española es libre», dijo, y reconoció a la Gran Colombia de Bolívar. Y añadió melodramáticamente: «He hecho que exista el Nuevo Mundo para así devolver el equilibrio al Viejo».

Bolívar había ganado la guerra, pero tenía dificultades para controlar la paz.

¿Me estás apuñalando, rey del mundo? Bolívar y Shaka

En 1828, Bolívar, inspirándose en Estados Unidos y el Reino Unido para encontrar una salida de la «anarquía», convocó un congreso en Ocaña para pactar una constitución para Gran Colombia, pero cuando terminó la reunión impuso su decreto orgánico y se declaró presidente vitalicio con derecho a nombrar a su sucesor. Cadavérico y enfermo, Bolívar tenía problemas para controlar su colosal estado. Manuela, su amante, se negó a volver con su marido inglés y se reencontró con Bolívar, y escandalizó a la sociedad con su poder (la apodaban la Presidenta), sus bailes y sus coqueteos mientras él soñaba con más conquistas. «La república

desaparecerá a menos que me otorgue la más plena autoridad», declaró Bolívar. Pero comprobó horrorizado que ahora lo odiaban por su tiranía.

Mientras los enemigos suramericanos de Bolívar planeaban su asesinato, en Suráfrica unos asesinos íntimos acechaban a Shaka.

El 22 de septiembre de 1828, Shaka estaba sentado en una estera frente a su casa en KwaDukuza, admirando su rebaño y recibiendo a delegaciones mientras le servían sus mujeres *isigodlo*, cuando de repente aparecieron sus medio hermanos Dingane y Mhlangana con lanzas escondidas debajo de la túnica. Shaka había creado su reino utilizando nuevas tácticas militares y un terror impredecible, pero su tía Mnkabayi, la hacedora de reyes, consternada por su matricidio neroniano, ahora lo consideraba un loco. Había que sacrificarlo.

Mbopha, el guardaespaldas de Shaka, lo distrajo dispersando a la multitud. El rey observó con interés mientras Mbopha regresaba para ocupar su posición detrás de él. Pero, cuando los hermanos se acercaban, Mbopha le clavó a Shaka una lanza en la espalda. El príncipe Mhlangana también intervino, pero Dingane, que no quería asesinar a un rey, se contuvo. «¿Qué pasa con los hijos de mi padre?», gritó Shaka. «¿Me estás apuñalando, rey del mundo? Conoceréis vuestro final matándoos entre vosotros.» Mhlangana pasó por encima del cuerpo para reclamar el trono mientras la muchedumbre observaba con asombro. Los asesinos se reunieron para escuchar la balada secreta y sacrificar un buey negro como homenaje a los antepasados, acción de gracias a su padre, Senzangakona, y purificación que los protegiera contra la hechicería.

Shaka fue enterrado en posición sentada con un trozo de nalga en la boca para contener la ira de su espíritu; diez cortesanos y mujeres fueron sacrificados con él. Los asesinos prohibieron el luto por el «loco» y, mientras Mbopha dirigía el reino, la familia Zulú se reunió para elegir al nuevo *nkosi*. Dingane era popular en el ejército, pero Mhlangana había matado a Shaka y había saltado por encima de su cuerpo. Vestida de hombre, con túnicas de cola de mono azul y un sombrero con plumas, y blandiendo varias

lanzas y un escudo de guerra, la Gran Elefanta Mnkabayi, que había hecho rey a Shaka y luego aceptó su asesinato, denunció que este último solo se había convertido en jefe por «una fuerza demente». Mnkabayi decidió que «el de la azagaya ensangrentada» —Mhlangana— no gobernaría y nombró a Dingane, que se hacía llamar «el Mediador». La Elefanta ordenó el asesinato de Mhlangana. Dingane lo invitó a bañarse con él en el río, donde el grupo de la Gran Elefanta le tendió una emboscada.

A sus cuarenta años, Dingane, corpulento y atractivo, con una barba poco poblada y ágil en la danza y en la guerra, ejecutó a Mbopha, a ochenta comandantes y a todos sus hermanos salvo uno, y más tarde acabó con la oposición tsonga en el sur de Mozambique, y también con los ndebele y los suazis. En cuanto a los europeos de Lourenço Marques y Fort Natal, rebautizada Durban por el gobernador británico del Cabo, sir Benjamin d'Urban, envió impis (regimientos zulúes) para castigarlos a la vez que convencía a los cazadores blancos de que entrenaran a algunos de sus hombres con rifles.

Shaka estaba muerto, pero, tres días después, en Bogotá, los asesinos que iban a por Bolívar se toparon con una fuerza de la naturaleza: Manuela.

El 25 de septiembre de 1828 a primera hora, un escuadrón de la muerte irrumpió en el palacio. Al despertar, Manuela defendió la puerta y, cuando Bolívar se preparaba para luchar, le ordenó que huyera. Bolívar saltó por la ventana y Manuela contuvo a los asesinos. Frustrados, la golpearon mientras el Libertador se escondía debajo de un puente. Bolívar le dio las gracias a Manuela, «Libertadora del Libertador», pero la humillación había devastado al Genio de la Tormenta, cuyo estado se desintegraba mientras Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Colombia lograban la independencia. Igual que la Gran Colombia, Bolívar estaba muriendo.

En enero de 1830, con solo cuarenta y siete años, se enfrentó a la realidad: «¡Colombianos! Hoy dejo de gobernaros … Juro que mis pensamientos jamás se han visto mancillados por el ansia de reinar». Cadavérico y consumido, se retiró a su casa, La Quinta,

situada cerca de Cartagena, y farfulló: «¿Cómo saldré de este laberinto?».

No había salida.

Revolución: Pedro y Domitila

Bolívar murió con una maldición: «América es ingobernable. Aquel que sirve a una revolución está barriendo el mar. El país caerá en manos de una serie indistinguible de tiranos de todos los colores».

Mientras Bolívar perdía el control de Colombia, Metternich estaba perdiendo el de Francia, el polvorín de la revolución. «Cada vez que París tose, Europa coge un resfriado», dijo Metternich.

El 30 de julio de 1830, la revolución volvió a las calles de París. Carlos X, el último hermano de Luis XVI, ayudado por su ministro, el duque de Polignac, hijo de la mejor amiga de María Antonieta, atacó a los liberales en la Asamblea con la oposición de Lafayette, que tenía setenta años y había regresado a Francia después de que el Congreso de Estados Unidos le concediera una fortuna de doscientos mil dólares. Desde el principio de su reinado, Carlos estaba decidido a fomentar el absolutismo en su país y el imperio en el extranjero. El 17 de abril de 1825 envió catorce barcos de guerra para obligar a Haití a pagar una indemnización a Francia por la pérdida de sus esclavos y la masacre de 1804 a cambio del reconocimiento. El presidente Boyer fue chantajeado para que abonara 150 millones de francos, pero se vio obligado a solicitar un préstamo a un banco francés. El dinero fue enviado a Francia en efectivo. La doble deuda empobreció a Haití.[10]

Mientras la oposición montaba en cólera, Carlos buscó una distracción napoleónica en una conquista africana: todo empezó como una farsa, pero en el siglo XX estaría a punto de destruir Francia. Cuando un gobernante de Argel tocó a un enviado con su matamoscas, Carlos aprovechó el momento de ópera bufa para invadir Berbería, el inicio del que sería el imperio más grande de África. El 5 de julio de 1830, las tropas francesas conquistaron Argel. El día 9, en el Palais Saint-Cloud, Carlos anunció que

gobernaría por decreto y, mientras empezaban los problemas en París, el día 25 suprimió la libertad de prensa, disolvió la Asamblea y acotó el sufragio. Dos días después, los periódicos desafiaron al rey e iniciaron la primera revuelta de los medios de comunicación. Las multitudes construyeron barricadas en las calles de París al grito de «*À la guillotine*!». Los combates se propagaron; el día 29, la muchedumbre irrumpió en las Tullerías. Mientras Lafayette iba corriendo a la ciudad y asumía el liderazgo de la Guardia Nacional, Carlos abdicó. La Asamblea invitó a Lafayette a gobernar, pero este propuso a Luis Felipe, el primo liberal del monarca, como rey de los franceses.

Felipe Igualdad, su padre, había sido guillotinado; Luis Felipe había luchado contra los austríacos y desertado de la revolución para luego viajar por toda Europa y Estados Unidos, donde se hospedó con George Washington y enseñó geografía en una escuela alemana y matemáticas en un colegio inglés. Después regresó a Francia con sus primos Borbones.[11]El duque de Orléans era campechano y nada pretencioso ni regio, y Talleyrand se mofaba de él: «No basta con ser alguien. Tienes que ser algo». Pero el rey había tenido una vida increíble, e incluso Dorothea de Dino, la amante y sobrina de Talleyrand, decía: «No hay conversador más interesante que el rey». Pero este jugaba al rey ciudadano y evitaba tener una corte, mientras su amigo James de Rothschild financiaba el régimen y lo apoyaba cuando desaconsejaba entrar en guerras. Rothschild también respaldó los primeros ferrocarriles e inauguró sus Chemins de Fer du Nord llevando a 1.700 parisinos a comer en Lille y a cenar en Bruselas.

James celebraba reuniones en la vieja mansión de Talleyrand en París, donde preparaba las cenas Carême, un *chef de bouche* y filósofo de la alta cocina que había servido a Talleyrand, Alejandro I y Jorge IV. El banquero celebraba las victorias de sus caballos de carreras con sus vinos Lafitte. Ingenioso, sarcástico y prudente, estaba felizmente casado con Betty, su hermosa sobrina vienesa, que apuntó a sus cinco hijos a clases de piano con Chopin y era anfitriona de un salón próximo a la realeza, además de ser amiga de la reina María Amelia. Cuando su hermano Nathan murió

en 1836, James se convirtió en el líder de la familia. Seguía hablando francés con un marcado acento alemán y, cuando su sobrina londinense se casó con un hombre de otra religión, insistió en que fuera condenada al ostracismo. Sin embargo, personificaba un nuevo mundo capitalista interconectado. A su salón no solo asistían príncipes, sino también Honoré de Balzac, el revoltoso novelista que observaba a sus personajes, de clase alta y baja, sobreviviendo en el nuevo ámbito de la industria y el dinero. El padre de Balzac era campesino y acabó convirtiéndose en secretario del rey. Más tarde fue un organizador revolucionario y un idiosincrásico ensayista, y a los cincuenta y tres años se casó con la bella y adinerada hija de un comerciante, que sería la madre de Balzac.

Después de una pasantía en un bufete de abogados,[12]Balzac se embarcó en una búsqueda quijotesca de fortuna en varios campos, desde la edición hasta la acumulación de desechos en Cerdeña y la silvicultura en Ucrania, incapaz de resistirse a una *bonne speculation*.

Su primer gran éxito de ventas, *Eugenia Grandet*, estaba protagonizado por una hija eclipsada por la avaricia de su padre, un agricultor rico. En *Papá Goriot* presentaba a Rastignac, un joven de provincias que prosperaba en un París turbulento: «Las calles de París poseen cualidades humanas». La capital francesa era siempre uno de los personajes, «la ciudad de cien mil novelas, la cabeza del mundo».

Igual que a Dumas, las novelas de Balzac, *faits pour tout le monde*, escritas para todo el mundo y sobre todo el mundo, le supusieron grandes sumas de dinero. Vivía como consideraba que debía hacerlo un escritor parisino: disfrutando de romances con duquesas y cortesanas, escribiendo toda la noche, con sobrepeso, sin aliento y envenenándose gradualmente con sobredosis de café (aviso para todos los escritores). Pero también era un romántico, y se enamoró de una condesa polaca a la que solo conocía por cartas que ella firmaba como *l'Étrangère*.

Balzac aceptó préstamos de James de Rothschild, pero es posible que le molestara el poder del banquero, y recompensó su

ayuda con el personaje del barón de Nucingen, que se parecía a él. «El secreto de todas las grandes fortunas cuando no hay explicación obvia para ellas», escribió Balzac en *Papá Goriot*, definiendo una regla del capitalismo moderno, «siempre es un delito olvidado ... olvidado porque ha sido gestionado adecuadamente». Balzac sentía fascinación por una sociedad, analizada en sus novelas realistas, que él denominaba *études des moeurs*, «que ya no cree en otra cosa que el dinero». Pero esta dinamo infatigable seguía sus hilos a través de la familia.

Después de París, la revolución se propagó a la Italia de los Habsburgo, la Polonia de los Románov, los Países Bajos y, en abril de 1831, el Brasil de los Braganza. En 1824, en una constitución híbrida, al emperador Pedro se le había concedido el poder moderador, la prerrogativa de supervisar una asamblea elegida por un amplio sufragio de varones blancos. Poco después, en diciembre de 1825, Leopoldina, su maltratada emperatriz Habsburgo, dio a luz a Pedro, duque de Braganza, pero su padre también alardeaba de su devoción a Domitila, ascendida a marquesa de Santos, que había engendrado a Isabel, reconocida por el emperador como duquesa de Goiás.

Locamente enamorado de Domitila, se la impuso a su deprimida esposa, que odiaba la «espantosa América» y escribió a su hermana María Luisa sobre el «bárbaro» Pedro: «Acaba de darme una prueba de su negligencia hacia mí maltratándome en presencia de la persona que es la causa de todas mis aflicciones». Volvía a estar embarazada. En diciembre de 1826, mientras su marido estaba combatiendo una rebelión en el sur, Leopoldina sufrió un aborto y, debilitada por eméticos y laxantes, acabó falleciendo. Pedro se sentía horrorizado por su propio comportamiento y perseguido por el fantasma de Leopoldina. Incluso saltó de la cama que compartía con Domitila: «¡Apártate de mí! Sé que llevo una vida indigna. El recuerdo de la emperatriz no me abandona». Sollozó mirando a su hijo Pedro: «Pobre niño. Eres el príncipe más infeliz del mundo». Decidió volver a casarse.

No fue fácil. En Brasil y Europa, su crueldad y promiscuidad eran tristemente célebres. Acabó cediendo y eligió a la princesa

Amelia, de diecisiete años, hija del príncipe Eugenio y nieta de Josefina. Así pues, su primera esposa fue una Habsburgo y la segunda una Bonaparte. Se convirtió en un marido fiel. Entre tanto, tenía dificultades para controlar Brasil. Primero derrotó a la Confederación del Ecuador en el norte y más tarde lideró una guerra en el sur. En 1825, la remota provincia brasileña de Banda Oriental se rebeló, alentada por las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pedro se enfrentó a los argentinos por mar y por tierra en pequeñas escaramuzas (las flotas argentina y brasileña del Río de la Plata estaban capitaneadas por mercenarios británicos). Por la misma época falleció su padre, Juan de Portugal, cosa que lo convirtió en rey de dicho país, pero abdicó a favor de su hijita María II, que, con la indolencia de las dinastías, fue enviada a Portugal. Pero la guerra del libertador fracasó y perdió parte de la provincia, que se convirtió en Uruguay.

Odiado por su crueldad conyugal, desafiado por la asamblea liberal y enfrentándose a la rebelión de los cariocas, que gritaban: «¡Muerte al emperador!», Pedro abdicó y se fue a Europa, tratando así a Brasil como a una novia. «Todo ha terminado», decía, «entre Brasil y yo, para siempre».

Su hijo de cinco años, el ahora emperador Pedro II, fue criado en el aislamiento de una finca rural, mientras Brasil era gobernado por regentes. Aunque la primera constitución prometía una «emancipación gradual de los esclavos africanos», la siguiente, de 1824, ignoraba la esclavitud, que estaba en auge: en la primera mitad de la década de 1820 llegaron cada año cuarenta mil esclavos africanos, y sesenta mil a partir de 1826. La abolición británica del comercio de esclavos y su Escuadrón de África occidental habían reducido el comercio atlántico. Pero entre 1807 y 1865 3,5 millones de esclavos africanos fueron comprados y trasladados al otro lado del océano.

Los Gladstone. Quamina y sir John: esclavos rebeldes y esclavistas

Mientras el Reino Unido se enfrentaba a Napoleón y debatía reformas políticas, incluso Wilberforce decía muy poco sobre la esclavitud, aunque setecientas mil personas seguían trabajando en plantaciones británicas. La esclavitud jamaicana se vio consolidada por la adquisición de la Guayana Neerlandesa, donde las plantaciones de Demerara utilizaban esclavos para producir el mejor azúcar moreno del mundo. Sir John Gladstone, devoto presbiteriano e hijo de un comerciante escocés que se había trasladado a Liverpool y había amasado una fortuna vendiendo productos como el maíz, el azúcar y el algodón a la India, Estados Unidos y Brasil, ya tenía plantaciones en Jamaica, pero compró una nueva en Demerara que lo convirtió en el mayor propietario de esclavos británico y en presidente del Interés, la Asociación de las Indias Occidentales. Pero precisamente en ese momento los propios esclavos devolvieron su sufrimiento al centro de la política.

En agosto de 1823, Quamina y Jack Gladstone, padre e hijo esclavizados, lideraron una revuelta que empezó en la plantación Success, propiedad de Gladstone. Sin embargo, no eran parientes del nabab de Liverpool, cuyos tres hijos, incluido William, el futuro primer ministro, ya estudiaban en Eton. A sus casi cincuenta años, Quamina, que había llegado desde la Costa de Oro, era el principal carpintero de Gladstone; su hijo Jack, de profesión tonelero, era guapo y «bien formado», y medía un metro noventa. Obligado a trabajar turnos de trece horas, Quamina no había podido cuidar de Peggy, su esposa moribunda, y cuando volvió a casa estaba muerta. Animado por el pastor inglés John Smith, a cuya iglesia asistía Quamina, Jack organizó una revuelta en la que participaron trece mil esclavos, y estuvieron a punto de conquistar la colonia.

Los británicos enviaron apresuradamente al Regimiento de las Indias Occidentales, formado por esclavos caribeños liberados, para aplastar a los rebeldes. Murieron varios centenares, y 19 fueron condenados a muerte. Sus cabezas empaladas fueron exhibidas como advertencia para los esclavos de origen africano que creyeran que solo regresarían a casa cuerpos completos tras su muerte. Quamina se vio arrinconado, recibió un disparo y fue

atado a un patíbulo, donde una «colonia de avispas construyó un nido en su cavidad estomacal y entraban y salían de la mandíbula, que colgaba aterrada». Después de que Gladstone enviara una carta desde Inglaterra pidiendo clemencia, Jack fue exiliado a Santa Lucía, pero la muerte del reverendo John Smith en prisión reavivó la causa abolicionista tanto como lo había hecho la masacre de esclavos. A medida que cobraba impulso la abolición, también lo hizo la resistencia del Interés.

El duque de Wellington, ahora primer ministro,[13]estaba decidido a resistirse a la abolición, la reforma parlamentaria y la eliminación de las restricciones a católicos y judíos. Pero su lugarteniente, Robert Peel, el heredero del sector textil, lo convenció de que acabara con las limitaciones a los católicos.[14]El duque afirmaba que el parlamento no tenía derecho a liberar a los esclavos. «No debemos saquear a los propietarios en las Indias occidentales», dijo, «para conseguir popularidad en Inglaterra». Por otro lado, la supresión de las restricciones a los judíos era impensable.

Las manufacturas británicas estaban en auge gracias a los primeros ferrocarriles, que utilizaban el vapor para transportar pasajeros y mercancías a velocidades peligrosas: el 15 de septiembre de 1830, Wellington inauguró la línea Manchester-Liverpool. El exministro del gabinete William Huskisson estaba charlando con el duque, que estaba en su locomotora oficial, cuando otra, llamada *The Rocket*, se dirigió a toda velocidad hacia él. Huskisson intentó subirse al tren ducal, pero cayó bajo las ruedas del *Rocket*, que le destrozó la pierna ante la mirada del duque. «Ha llegado mi hora», dijo Huskisson. «¡Que Dios me perdone!» El accidente no tuvo un efecto disuasorio, y los ferrocarriles pronto comunicaron todo el Reino Unido: los viajes en tren pasaron de 5,5 millones en 1838 a 111 millones veinte años después. En Manchester, Wellington fue abucheado por los trabajadores de las fábricas, pero aun así rechazó la reforma parlamentaria, una política que hizo caer a su gobierno justo cuando murió Jorge IV, el rey gordo y viejo. En 1817, cuando tenía veintiún años, su adorada Carlota, su única hija, había muerto

dando a luz, así que su heredero era su hermano, el duque de Clarence, un exmarinero fanfarrón que tenía diez hijos ilegítimos con una actriz y dudaba de la reforma y la abolición. A los sesenta y cuatro años se convirtió en Guillermo IV y fue obligado a ofrecer el puesto de primer ministro a Charles, conde de Grey, un veterano defensor de la reforma y la abolición. Fuera del poder desde 1807, este septuagenario libertino y terrateniente de la época de la Regencia se jactaba de que «las hectáreas de su gabinete superaban cualquier récord». Pero Grey revolucionaría el mundo británico en dos actos.

Lord Cupido y las patronas

El socio de Grey era su irreprimible secretario de Asuntos Exteriores, el terrateniente angloirandés Harry Temple, vizconde de Palmerston, que en aquel momento tenía cuarenta y seis años. Conocido originalmente por sus incansables aventuras sexuales, Palmerston, que dominó los gobiernos de 1830 a 1865, fue el principal artífice del poder mundial británico en una nueva era imperial.

Cuando estudiaba en Harrow, era conocido como un boxeador ignorante; de joven lo apodaban lord Cupido, un macho recalcitrante de la Regencia que había despertado interés por primera vez como amante de tres de las cinco patronas del club de élite Almack, empezando por Dorothea Lieven, esposa del embajador ruso, que también había sido amante de Metternich. Ahora, liberado por su cargo de secretario de Asuntos Exteriores, llevaba un diario de sus encuentros sexuales, que a veces mantenía por la mañana, a veces por la noche y a menudo en mitad del día, con una amplia variedad de cortesanas, prostitutas y condesas. Dichos encuentros eran descritos como partes meteorológicos en un lenguaje en clave muy inglés. Una entrada típica era: «Una bonita noche en el jardín».

Lord Cupido había pertenecido a gobiernos conservadores como secretario de Guerra desde 1809, pero en 1828 se pasó a los

whigs como protegido de Canning, partidario de una reforma comedida y de la abolición de la esclavitud. A partir de entonces, ejerciendo de secretario de Asuntos Exteriores de forma casi permanente, respaldaría medidas liberales en su país a la vez que fomentaba implacablemente el poder británico en el extranjero. «No tenemos aliados eternos ni enemigos perpetuos», declaraba. «Nuestros intereses son eternos y perpetuos, y nuestro deber es velar por dichos intereses.» E insistía: «Quienes deseen ver cómo se extienden los principios de la libertad por todo el mundo deberían venerar con un fervor casi religioso la prosperidad y la grandeza de Inglaterra». Cuando un francés, creyendo estar haciéndole un gran cumplido, le dijo a Palmerston: «Si no fuera francés, me gustaría ser inglés», él repuso: «Si yo no fuera inglés, me gustaría ser inglés». Su resistencia en exhaustivas negociaciones le valió otro apodo: Protocolos Palmerston. Este orador mediocre y rufián exuberante, astuto y bigotudo se convirtió en un icono público. Fue lord Pumicestone quien forjó la idiosincrásica combinación británica de misión liberal e imperialismo belicoso, una política que se asemejaba a la de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX. Se construyó a su imagen y semejanza. Primero se enfrentó a las consecuencias de las revoluciones de 1830, en las que los antiguos Países Bajos austríacos se rebelaron contra el rey neerlandés. Palmerston creó un nuevo reino, Bélgica, con el que esperaba refrenar a Francia y custodiar el equilibrio de poder.

Le ofreció el trono a su príncipe favorito, Leopoldo de Sajonia-Coburgo, viudo de la heredera británica Carlota. Leopoldo se convirtió en el primer rey de Bélgica, donde sigue reinando su familia.

El año 1830 fue nefasto para Metternich —«Mi vida entera ha quedado destruida»—, y odiaba a Palmerston: «Se equivoca en todo». Palmerston disfrutaba tomándole el pelo al viejo canciller. «Me gustaría verle la cara a Metternich», decía. Pero las revoluciones de 1830 fueron menos desastrosas de lo que se temía: el zar venció a los polacos y Metternich conservó Italia; Luis Felipe y Leopoldo estabilizaron Francia y Bélgica, donde demostraron ser vigorosos patrones de la industria, y ambos eran aliados íntimos de

los Rothschild. Luis Felipe parecía el modelo del monarca moderno; sin duda, los Bonaparte estaban acabados.[15]

Mientras Palmerston proyectaba su nueva visión del mundo, en su país apoyó la reforma y la abolición, que se estaban haciendo inevitables.

Mejor morir que vivir como esclavo: Daddy Sharpe y la abolición

En diciembre de 1831, sesenta mil esclavos jamaicanos se rebelaron, liderados por un predicador milenario baptista, Samuel «Daddy» Sharpe, «el esclavo más inteligente y extraordinario, con un rostro atractivo y fibroso», recordaba un misionero, «y un ojo cuyo brillo era casi deslumbrante». Solo fueron asesinados catorce blancos, pero, como de costumbre, con la ayuda de los cimarrones, a quienes los terratenientes pagaban por el número de orejas negras entregadas, la rebelión de Navidad fue aplastada. 600 esclavos murieron en combate o fueron asesinados por los terratenientes, y 340 fueron condenados a muerte, algunos solo por robar un cerdo o una vaca. «Prefiero morir en la horca que vivir como esclavo», declaró Sharpe.

Mientras Grey formaba un comité de investigación lleno de propietarios de esclavos, los rebeldes exigieron una reforma electoral y atacaron la mansión de Wellington. El 7 de junio de 1832, Grey y Palmerston aprobaron la Ley de Reforma, una medida parcial con la que el electorado creció de 250.000 votantes a unos 650.000, casi la misma cifra que los esclavos caribeños, cuya liberación se convirtió en el tema principal de las elecciones generales a finales de ese año. El joven William Gladstone denunció la abolición, argumentando que la esclavitud no era «necesariamente mala», y afirmó que las condiciones de los esclavos no eran peores que las de los trabajadores infantiles de Inglaterra, mientras que la liberación cambiaría los males que ahora afectaban «a los negros por otros de más peso». El rey, que había visitado plantaciones de esclavos como marino, también

insistió en que el «estado de los negros» era de una «felicidad humilde».

Sin embargo, horrorizado por las rebeliones de esclavos, el parlamento reformado contaba finalmente con mayoría para la abolición. Edward Stanley, el secretario de las Colonias de Grey, aristócrata de Lancashire, futuro conde de Derby y más tarde primer ministro en tres ocasiones, prometió la abolición «sin paliativos ni concesiones». Pero, si quería aprobarla, requería paliativos y concesiones «para ser justos con el esclavo y con el terrateniente», dijo Palmerston. Los votos del Interés bloquearon la abolición, a menos que el gobierno pagara compensaciones comprando los esclavos a sus propietarios para liberarlos.

La Ley de Abolición de la Esclavitud se leyó por tercera vez en la Cámara de los Comunes en agosto de 1833, tras la muerte de William Wilberforce, y entró en vigor al año siguiente. Pero era tan imperfecta que algunos abolicionistas se plantearon votar en contra.

La compensación enriqueció de manera indignante a los propietarios de esclavos, pero sin ella no se habría aprobado la abolición. Los esclavos se convertían en «aprendices» asalariados durante seis años antes de la plena liberación. Los propietarios, que iban desde nobles con títulos hasta personas de color, una cuarta parte de ellos mujeres, recibieron, por ejemplo, veinte libras por un esclavo en Jamaica y quince en Guyana, un total de quince millones.[16]Sir John Gladstone obtuvo el pago más cuantioso, 106.769 libras por sus 2.508 esclavos, y su hijo William, el futuro primer ministro, reconoció la abolición: «Que Dios la haga prosperar».[17]

Pero no todo el mundo estaba satisfecho con la abolición. En África, muchos gobernantes se resistieron obstinadamente al final de ese rentable comercio y, curiosamente, la abolición coincidió con una intensificación de los conflictos y de la esclavitud misma en todo el continente.

LAS LUCHADORAS DE DAHOMEY, EL VIRREY DE OUIDAH,

EL CALIFA DE SOKOTO Y EL COMANDANTE PRETORIUS

Cuatro años después de la abolición, pero fuera del alcance británico, Muhammad Bello, el califa de Sokoto, murió y dejó un nuevo imperio que se había convertido en el segundo estado esclavista más grande de la historia, con alrededor de 2,5 millones de esclavos frente a los 3,5 millones del primero, Estados Unidos. En 1774, a los veinte años de edad, Usman dan Fodio, el padre de Bello, un hausa alto y carismático nacido en la ciudad musulmana de Gobir (Nigeria), había iniciado una yihad inspirada por trances y visiones místicas. Se propuso conquistar el mayor imperio del África subsahariana y, en 1803, se declaró califa. Tras su muerte en 1817, su hijo Bello continuó con la guerra santa y se expandió desde el norte de Nigeria hasta Burkina Faso, Camerún y Níger.

Las guerras entre estados africanos continuaron mientras se enfrentaban y expandían, igual que en los estados euroasiáticos. En esas guerras se capturaban esclavos, que eran más difíciles de exportar, lo cual generaba un excedente. «Después de la abolición», escribe John Reader, «el uso de esclavos en África se volvió más habitual que antes y, de hecho, la esclavización fue en aumento».

Más al sur, el rey Ghezo de Dahomey, ayudado por el notorio «virrey de Ouidah» y su ejército de mujeres, se resistía a la abolición. Un visitante del palacio de Ghezo, situado en la capital, Abomey, pasó junto a «tres cabezas humanas … que todavía rezumaban sangre» a ambos lados de la puerta. «El comercio de esclavos ha sido el principio rector de mi pueblo», les dijo Ghezo a unos enviados británicos. «Es la fuente de su gloria y riqueza. Sus canciones celebran sus victorias y la madre duerme al niño con notas de triunfo sobre un enemigo reducido a la esclavitud.»

Ghezo intensificó el comercio de esclavos, y vendía diez mil cada año. Envió expediciones a capturar esclavos en pueblos vecinos y convirtió su guardia femenina en las Ahoshi, o Mino (esposas del rey o madres, en fon), una vanguardia de tres mil a seis mil chicas soldado que fascinaban a los visitantes europeos criados con historias sobre las amazonas de Heródoto. Las mujeres, que se incorporaban a los ocho años y tenían prohibido el sexo y el

matrimonio (salvo con el rey), eran entrenadas para soportar el dolor pasando descalzas por encima de pinchos. Llevaban túnicas a rayas sin mangas y un gorro adornado con un cocodrilo, además de dagas, espadas cortas, mazas y rifles, y cantaban:

> *¡Igual que los herreros forjan el hierro y cambian su naturaleza, nosotras cambiamos la nuestra!*
> *Ya no somos mujeres. Somos hombres.*

Algunas eran reclutadas entre las mujeres de palacio, otras eran enroladas por sus familias y muchas eran viudas de cautivos asesinados o esclavizados. Ghezo no solo las utilizaba como tropas de asalto y cazadoras de esclavos, sino también como verdugos. Los visitantes hablaban de cientos de cabelleras recogidas por las guerreras. Su comandante, Seh-Dong-Hong-Beh, fue dibujada por un enviado británico sosteniendo un rifle en una mano y una cabeza sangrante en la otra.

En 1818, el joven príncipe de Dahomey le había arrebatado el trono a su hermano, el rey Adandozan, con la ayuda de Francisco de Sousa, un comerciante de esclavos brasileño y descendiente del primer gobernador portugués de su país. Adandozan aumentó sus expediciones a la vez que utilizaba esclavos para trabajar en sus plantaciones de aceite de palma, que ahora era rentable en Nigeria. Incluso vendió a posibles disidentes de la familia real como esclavos. El canoso y repugnante de Sousa, que combinaba la fe católica y el vudú, había sido tan pobre que robaba conchas de cauri en templos de vudú, pero acabó prosperando como comerciante de esclavos, y vivía con esplendor sultánico en el complejo familiar de Singbomey, en Ouidah, rodeado de un harén de africanas con las que tuvo 201 hijos. Cuando fue a reclamar una deuda a Adandozan en Abomey, el rey lo encarceló. Pero en la prisión recibió la visita del príncipe Gakpe (el futuro Ghezo), a cuya madre Sousa había rescatado de la esclavitud en Brasil, e hicieron un pacto de sangre para destruir al rey. Ayudado en su fuga por la viuda afroneerlandesa del rey Agonglo, facilitó armas al príncipe, que se hizo con el poder, adoptó el nombre de Ghezo y

ascendió a Sousa a *chacha*, un título inventado que se derivaba de su costumbre de decir «¡Já, já!», «¡Pronto, pronto!» en portugués. Ghezo eligió a su madre, Agontime, como *kpojito* (reina madre) y, utilizando rifles proporcionados por Sousa, acabó con el reino Oyo, ampliando así su poder. Al poco tiempo, el Reino Unido bloqueó sus puertos para limitar sus actividades esclavistas.

Ghezo y Bello no eran ni mucho menos los únicos soberanos africanos contrarios a la abolición.[18]La esclavitud estaba experimentando un auge en África oriental, y en el sur del continente una tribu blanca también se mostró indignada por la prohibición.

En 1836, los afrikáneres de habla holandesa, que consideraban la esclavización de africanos un derecho divino, empezaron a emigrar del Cabo para escapar del dominio británico y conquistar una nueva tierra. Esos catorce mil *voortrekkers* (pioneros), rectos, fuertemente armados, bien organizados y acompañados por un número similar de esclavos africanos que tras la abolición habían sido calificados como «aprendices» pero a menudo habían sido entrenados para luchar junto a ellos, se enfrentaron a los reyes africanos. Los afrikáneres se convirtieron en otra tribu en la depredación del *Mfecane* en busca de tierras y ganado, pero con mejor armamento. Algunos atacaron al rey Mzilikazi de los ndebele y lo obligaron a retroceder hasta Zimbabue, en el norte. Otros, liderados por Piet Retief, llegaron a la corte zulú del rey Dingane. Al grito de: «¡Matad a los hechiceros!», Dingane ordenó que los ejecutaran a garrotazos antes de atacar sus campamentos, donde acabaron con 40 *voortrekkers*, 250 ayudantes negros y 185 niños, mientras otro regimiento capitaneado por el príncipe Mpande eliminaba a una unidad británica completa de Natal, ejecutaba a los 16 blancos y varios miles de auxiliares negros y atacaba Port Natal. Pero los afrikáneres cerraron filas en torno al habilidoso combatiente Andries Pretorius, elegido comandante en jefe. En diciembre de 1838, Pretorius desplegó a 472 bóeres y 120 soldados africanos, con los que derrotó a 12.000 zulús y mató a 1.000, con solo 3 bóeres heridos. Más tarde fundó una república alrededor de la

nueva ciudad de Pietermaritzburg, en territorio zulú. Dingane, derrotado por los suazi y humillado por los bóeres, estaba planeando el asesinato de Mpande, el hermano que le quedaba. Acompañado por su hijo Cetshwayo, Mpande huyó para pedir ayuda a Pretorius.

En 1840, Mpande y Pretorius atacaron y derrotaron a Dingane, que se retiró a las montañas y fue asesinado por sus propios cortesanos. Gordo, indolente y bondadoso, pero consciente de que «el pueblo zulú se gobierna por medio de asesinatos», Mpande no tuvo más remedio que repartirse el botín de ganado con Pretorius, a quien cedió dos quintas partes de su reino. El Reino Unido, cuyos apetitos y recursos superaban a los de todos los actores locales, neerlandeses y nguni, los seguía de cerca y pronto consumió la república afrikáner de Natal.

En cuanto a Pretorius, invitado al norte para ayudar a Moshoeshoe, el rey sotho, fundó una nueva República Surafricana (más tarde Transvaal), mientras otros *voortrekkers* creaban el Estado Libre de Orange. Cuando falleció Pretorius, su hijo Marthinus fue elegido presidente de Transvaal —la capital recibió el nombre de Pretoria por su padre— y también del Estado Libre, al tiempo que cazaba elefantes por su marfil, robaba ganado y capturaba esclavos africanos. Pronto, el descubrimiento de diamantes y oro desencadenaría otra lucha de poder.

Más al norte, en Egipto, la esclavitud seguía siendo esencial para el proyecto de Mehmet Alí, que había contratado a oficiales franceses para entrenar a un ejército de esclavos georgianos y sudaneses, *fellahin* egipcios reclutados y oficiales turcos, y para reconstruir su flota. Furioso por que el sultán hubiera perdido su flota en Navarino, exigió Siria a cambio. Al ver que no sucedía, aprovechó la oportunidad para conquistar un imperio.

La maniobra de Mehmet Alí: el Napoleón de Oriente

El 31 de octubre de 1831, Ibrahim, el hijo de Mehmet Alí, invadió Siria y conquistó Jerusalén y Damasco. «Si el sultán dice que puedo

quedarme con Damasco», reflexionaba Mehmet Alí, apoyado por Luis Felipe, «me detendré allí ... Y si no, ¿quién sabe?». En mayo de 1832, Ibrahim cruzó los montes Tauro y se adentró en el corazón de Turquía. Mientras Mehmet Alí barajaba la posibilidad de sentar a Ibrahim en el trono de Constantinopla, el sultán Mahmud le concedió Egipto y cedió Siria. A medida que Ibrahim se aproximaba a la Gran Ciudad, el sultán apeló a su enemigo ancestral, el zar Nicolás, que envió un ejército para defender Constantinopla, y en julio aceptó un protectorado ruso. Nicolás afirmaba que quería preservar el imperio otomano: «Si cae, no deseo sus escombros. No necesito nada». Nadie le creyó.

En mayo de 1838, Mehmet Alí, que ahora gobernaba Sudán, Arabia, Siria, Israel y gran parte de Anatolia, declaró la independencia de Constantinopla. Recientemente, el sultán Mahmud había eliminado a los todopoderosos jenízaros, masacrando a un total de cinco mil, y contrató a oficiales occidentales para que entrenaran a su moderno ejército.[19]Pero Ibrahim derrotó en Nezib a un nuevo ejército otomano y avanzó hacia la Gran Ciudad. Alentado por lord Shaftesbury, su yerno evangélico, y por las campañas de Montefiore, los cuales creían en un regreso de los judíos a Sión, Palmerston envió a un cónsul británico a Jerusalén para proteger a los judíos, que durante mucho tiempo habían sido objeto de persecuciones. Estaba decidido a salvar a los otomanos, debilitar a los Románov y frenar a Mehmet Alí. En julio de 1840, Palmerston amenazó a Luis Felipe, que respaldaba a Mehmet Alí, con una guerra y rescató a los otomanos enviando a la flota a bombardear Beirut y Acre. Mehmet Alí aceptó un gobierno hereditario en Egipto y Sudán a cambio de retirarse de Siria, Turquía, Creta y Arabia.

Más al este, lord Cupido se enfrentaba a una crisis provocada por el Reino Unido en Afganistán, donde los nietos del gran rey Durrani arruinaron su imperio luchando entre sí y permitiendo que otro clan pastún, los Barakzai, liderados por Dost Mohammad, se adueñara de Kabul. Shah Shuja, el hijo depuesto de Durrani, se exilió a la India.

Palmerston y sus procónsules indios controlaban los avances

rusos en Asia central. Los estados colchón entre ambos imperios —los kanatos de Bujará y Jiva, Persia, Afganistán y el reino sij— se convirtieron en el escenario de un torneo clandestino, el denominado Gran Juego, en el que osados británicos y rusos, a menudo disfrazados como lugareños, intentaron reclutar a los gobernantes. Rusia apoyó un ataque persa contra Herat mientras un contingente ruso intentaba conquistar el kanato de Jiva (Uzbekistán). El Reino Unido respaldó al marajá sij Ranjit Singh, enemigo acérrimo de los afganos.[20]El emir afgano Dost Mohammad se resistió a las exigencias británicas de que entregara el control de la política exterior. Exagerando su desafío, manipulado por el marajá sij, el gobernador general indio, lord Auckland, mintió a Londres y exigió una invasión para instalar a Shah Shuja, cuando simplemente debería haber negociado un acuerdo de seguridad. Palmerston lo aprobó a regañadientes.

En febrero de 1839, el Ejército del Indo —55.000 soldados con oficiales británicos y cipayos indios ayudados por tropas sij— invadió Kabul, donde, en agosto, Shah Shuja Durrani fue aclamado como sha. Después de retirar a la mayoría de las fuerzas británicas, Auckland dejó ocho mil soldados para apoyar a Durrani, y sus cifras se redujeron aún más cuando el nuevo primer ministro británico, Robert Peel, recortó gastos. En Kabul, las aventuras sexuales entre mujeres afganas y soldados británicos escandalizaron tanto a los habitantes como las crueldades de Shah Shuja, considerado una marioneta de los británicos y de los sij, odiados desde las guerras de Durrani en Punyab. Las tensiones se agravaron cuando un soldado británico violó a una niña afgana. Alrededor de Kandahar, los ghilzai proclamaron una yihad contra los británicos.

El 2 de noviembre de 1841, Akbar Jan, el hijo del emir, lideró a los insurgentes en una marcha hacia Kabul, donde atacaron y mataron a los británicos de la ciudad y asediaron el acantonamiento militar. Cuando Akbar engañó a los británicos para que negociaran, destripó a su enviado. Tras una derrota en Bibi Mahru, 690 británicos, 3.800 indios y 12.000 mujeres y niños fueron obligados a huir de Kabul.

Al pasar por unos estrechos desfiladeros, Akbar desplegó a magníficos francotiradores afganos y orquestó la aniquilación de toda la columna en ocho días. Un único superviviente, el doctor Brydon, llegó tambaleándose a Yalalabad. Shah Shuja se enfrentó a los británicos, pero fue asesinado.

En 1842, dos ejércitos británicos invadieron Afganistán, donde dejaron una estela de destrucción y matanza, y reconquistaron Kabul, dinamitaron el bazar y saquearon la ciudad antes de irse. A pesar de la pérdida sin precedentes de 4.500 soldados, el poder británico se había reinstaurado, y fue confirmado por el destino del imperio sij: su marajá había perecido durante la invasión. En 1849, su hijo, el marajá Duleep Singh, entregó Punyab a los británicos. En 1855, el emir afgano Dost Mohammad aceptó ser «amigo» del Reino Unido.

La retirada fue un desastre, pero pequeño en el entorno de un imperio global. La lección no fue que Afganistán fuera «la tumba de los imperios» —un tópico erróneo—, sino simplemente que los invasores debían entrar y salir rápido, que es lo que sucedió en 1842. Hasta 1919, Afganistán siguió siendo un estado cliente, con un sangriento interludio en 1878. Irónicamente, el imperio británico gestionó Afganistán de manera mucho más inteligente que las democracias de Estados Unidos y el Reino Unido en el siglo XXI.

En el Mediterráneo, Palmerston había salvado al sultanato otomano de Mehmet Alí y a los rusos. Mientras se sumía en la senilidad, fantaseando con invadir China, Mehmet Alí, el mayor líder de Egipto en tiempos modernos, dejó un estado independiente con una industria algodonera y un ejército moderno que sería gobernado por su familia hasta la década de 1950.

Al oeste, otro imperio productor de algodón, dedicado al comercio de esclavos y liderado por un señor de la guerra también estaba planeando su expansión.

A Texas.

LOS SEÑORES DE LA GUERRA ESTADOUNIDENSES: LAS BALAS DE

JACKSON
Y LA PIERNA DE SANTA ANA

El 30 de enero de 1835, en el congreso, un asesino loco disparó dos pistolas contra el presidente Jackson, de sesenta y siete años, y ambas fallaron. El Viejo Feroz no había perdido ni un ápice de agresividad: derribó al asesino con el bastón y lo habría matado a golpes si no lo hubiera apartado otro pionero, Davy Crockett.

La presencia de Crockett, con su gorro de piel de castor, no era una coincidencia. El miembro de la Cámara de Representantes estaba planeando una expedición para conquistar Texas.

El canoso presidente fundamentó toda su carrera en la expansión a territorios británicos, españoles y nativos americanos. Arrugado, de un metro ochenta, con ojos azules y el cabello pelirrojo e indomable, este hijo del Ulster criado en las dos Carolinas era un duro pionero que llevaba dos balas en el cuerpo tras haber participado en sendos duelos. Sus hombres lo llamaban Vieja Pacana, y los nativos americanos Cuchillo Afilado y Viejo Feroz. La historia de su vida era la de la marcha voraz del poder estadounidense. «Nací para la tormenta y la calma no está hecha para mí», decía.

Cuando era adolescente, combatió en la guerra de Independencia. De joven hizo suficiente fortuna para comprar la plantación de algodón de Hermitage, en Tennessee, y 150 esclavos, pero también adoptó a un nativo americano huérfano. Defendía con sus pistolas la virtud de su esposa Rachel contra las acusaciones de bigamia, y mató a un hombre que la insultó. En las fronteras lideraba milicias de colonos y a sus auxiliares nativos, y no solo quería «conquistar las Floridas, sino toda la Norteamérica española». En 1812, cuando el acoso del Reino Unido a los barcos estadounidenses y el fomento de la resistencia shawnee condujo a una guerra, el coronel Jackson lanzó una ofensiva contra los nativos americanos muscogui (creek), que habían atacado a colonos estadounidenses, y el 8 de enero de 1815, el general Jackson se convirtió en un héroe nacional al salvar Nueva Orleans y derrotar a un ejército británico. Durante la guerra, los

afroamericanos esclavizados huyeron con los indios seminola y formaron una comunidad libre en Fort Negro, Florida. En 1816, Jackson, con la ayuda de auxiliares creek, atacó Florida, destruyó Fort Negro y derrotó a los seminolas, que contaban con apoyo británico.[21]En 1818, ignorando al presidente Monroe, finalmente conquistó Florida y ejecutó a dos agentes británicos capturados. España, que estaba enfrentándose a Bolívar en Suramérica, vendió Florida a Estados Unidos y, más tarde, Jackson se convirtió en gobernador del nuevo estado. Despreciaba a los ostentosos presidentes Monroe y Adams, a los aristócratas de Virginia y a los abogados de Massachusetts, y decía en tono jocoso: «Es una mente muy pobre aquella a la que solo se le ocurre una manera de deletrear una palabra».

En 1822, Jackson, herido y agotado, se desplomó después de sus victorias tosiendo sangre, pero se recuperó, fundó el Partido Demócrata y fue candidato a la presidencia contra John Quincy Adams. Perdió la primera campaña, pero en 1828 ganó la segunda, que fue una batalla despiadada: Jackson fue acusado de ser el hijo caníbal de una prostituta y un mulato y de estar casado con una bígama. Advirtiendo que los poderes más importantes del gobierno habían sido dados o intercambiados y que los reclamaría para el pueblo, Jackson obtuvo un 56 % del voto popular y dijo: «El coraje desesperado te consigue la mayoría». Pero Rachel, angustiada por los insultos, murió de un infarto poco después. Tuvieron que apartar a Jackson del cuerpo, y en el funeral, celebrado en Hermitage, advirtió: «Dios Todopoderoso perdone a sus asesinos, como sé que hizo ella. Yo no podré hacerlo nunca».

Igual que su vida, la política de Jackson era visceral. A menudo juraba que mataría a sus rivales, despreciaba a los banqueros y le espetó a una delegación: «Sois una guarida de víboras y ladrones, y por el Dios eterno os haré salir». Después de prestar juramento el 4 de marzo de 1829, Jackson invitó al púbico a su fiesta de investidura en la Casa Blanca y supuestamente escapó por la ventana del carnaval posterior. En el cargo purgó a la burocracia de «manos infieles o incompetentes», e inició el sistema según el cual los presidentes elegían a sus colaboradores entre los

funcionarios civiles. El ejecutivo de Jackson no era más limpio que el de sus predecesores: prefería gobernar a través de sus compinches, a los que apodaban el Gabinete de la Cocina, en lugar de sus ministros, el Gabinete del Salón, que lo enfurecía al protestar por la moralidad de la esposa de su ministro de Guerra.

Jackson amplió agresivamente la frontera estadounidense y aprobó la Ley de Eliminación India, que obligó a los nativos americanos a vivir en reservas de Oklahoma. Miles de cheroquis murieron en el viaje por su «Sendero de Lágrimas». En el oeste, los comerciantes de pieles, algunos de los cuales trabajaban para Astor, fueron pioneros en los caminos de Santa Fe y Oregón, y protegidos por hombres de las montañas. El inmigrante irlandés James Kirker llegaría a personificar la oscuridad de la vida fronteriza. Un compañero más joven llamado Kit Carson se convertiría más tarde en su rostro glamuroso, héroe de novelas baratas y artículos de prensa. Ambos eran analfabetos que empezaron como comerciantes de pieles y se aventuraron en la minería de plata y cobre. Vivían como nativos, a menudo se casaban con indias y mataban nativos. Kirker, el mayor de los dos, había capitaneado un corsario estadounidense contra los británicos en 1812, y más tarde, como cazador de pieles, vivía junto a los apaches e incluso participaba en sus incursiones. Carson, que se unió a una expedición en el oeste, mató a sus primeros nativos americanos a los diecinueve años. Les habían robado sus caballos. «Sufrimos considerablemente persiguiendo a los animales perdidos», escribió, «pero gracias al éxito de recuperar nuestros caballos y enviar a muchos pieles rojas a su eterna morada, pronto olvidamos nuestros sufrimientos». Los estadounidenses les cortaban la cabellera a sus víctimas, igual que harían estas con ellos. Pero Carson se casó con dos nativas americanas, Singing Grass y Making Out Road.

La política de Jackson respecto a los indios estaba vinculada a sus planes expansionistas por la América española. Esperaba comprar Texas a un nuevo país que había nacido del virreinato de Nueva España: México. Su oponente era Antonio López de Santa Anna, cuya carrera, basada en una famosa victoria contra una

potencia imperial europea, se asemejaba a la suya. Seis veces presidente, Santa Anna dominó México durante cincuenta años.[22]

Mientras Santa Anna creaba sus fincas en Veracruz y ascendía a general, se hizo un nombre frustrando un último intento de los españoles por reconquistar Nueva España en 1829, tras lo cual se declaró Napoleón del Oeste. En 1833 fue elegido presidente, pero era especialmente feliz celebrando audiencias en su hacienda, seduciendo a mujeres (se casó con dos herederas, la segunda de las cuales tenía dieciséis años cuando se unió al general, de algo más de cuarenta; reconoció a cuatro hijos ilegítimos) o liderando un ejército. Pero México se extendía desde California hasta Texas y abarcaba buena parte de Centroamérica. Los comanches y los apaches deambulaban por sus provincias septentrionales persiguiendo a sus presas, ganado o seres humanos. Iron Jacket, un *paraibo* comanche, realizó una incursión en Texas. En 1820 tuvo a su hijo Peta Nocona, que desempeñaría un papel especial en la historia estadounidense. Los colonos mexicanos y estadounidenses tenían dificultades para controlar a los comanches, que dominaban la guerra con caballos y rifles en Comanchería, su región.

Santa Anna despreciaba a sus ciudadanos amerindios y mestizos. «En cien años, mi gente no estará preparada para libertad», le dijo a un estadounidense. «No saben lo que es. El despotismo es el gobierno adecuado para ellos, pero no hay razón para que no se ejerza de modo sabio y virtuoso.» Creía que él era el hombre que debía ofrecerlo. El presidente impuso un nuevo gobierno centralizado, pero se enfrentaba a Jackson, que esperaba hacer en Texas lo mismo que había hecho en Florida. La conquista estadounidense de Texas se presentó en su día como una empresa noble contra los mexicanos primitivos. En realidad, México había abolido la esclavitud en 1829 y los estadounidenses querían restablecerla.

En 1825, Stephen Austin, cuyo padre había soñado con colonizar el territorio, instaló a 1.200 familias en Texas según un contrato con el gobierno mexicano. Eran propietarios de esclavos. «La idea de ver un país como este infestado de una población esclava casi me hace llorar», dijo Austin. «De nada sirve decirle a

un norteamericano que la población blanca será destruida por los negros dentro de cincuenta u ochenta años y que sus hijas serán violadas y asesinadas por ellos.» Por tanto, «Texas tiene que ser un país de esclavos».

Austin, a quien se unió Davy Crockett, exigió autonomía para su colonia, y en octubre de 1835 declaró la independencia. Santa Anna lo arrestó y entró en Texas, pero fue retenido por Crockett y otros pioneros en la vieja misión de El Álamo. Durante los trece días de asedio, Santa Anna mató a 188 pioneros, y luego acabó con la vida de Crockett y 342 cautivos. Sus guerras normalmente se combinaban con sexo. En El Álamo, Santa Anna sedujo a una hermosa chica que se negó a acostarse con él a menos que se casaran. El caudillo disfrazó de sacerdote a un coronel que ofició unas nupcias falsas para engañarla.

Sin embargo, la demora en El Álamo permitió que un extraordinario colono de Texas ascendiera al poder. Sam Houston, que había vivido varios años con los cheroquis y había luchado con Jackson contra los creek, tenía el título de abogado y fue elegido gobernador de Tennessee antes de llegar a Texas, donde pronto le disputó el liderazgo a Austin. En San Jacinto, Houston derrotó y capturó a Santa Anna (aunque él también resultó herido), y fue elegido presidente de la República de Texas. Al final de su presidencia, Jackson le ofreció a México cinco millones de dólares por Texas y se planteó conquistar el territorio. El presidente Houston conocía bien a los cheroquis y otras tribus, y planeaba negociar una frontera entre Texas y la Comanchería, pero perdió el poder ante Mirabeau Buonaparte Lamar,[23]hijo de un productor de algodón georgiano, poeta, abogado y guerrero. Lamar había liderado la ofensiva de caballería en San Jacinto y armó a los asesinos paramilitares de la república, los Rangers, para destruir a los comanches y los cheroquis, a los que llamaba «negratas rojos» y «caníbales salvajes», exigiendo su «extinción total». Los Rangers, con la colaboración de auxiliares indios, el caníbal Tonkawa e indios negros mestizos, se enfrentaron a los comanches y los apaches, ambos bandos reflejos exactos de su oponente. Esos maestros de la sangrienta guerra fronteriza se embarcaron en

cincuenta años de conflicto feroz.

En mayo de 1836, Iron Jacket y su hijo adolescente Peta Nocona se unieron a quinientos comanches y aliados en una ofensiva en el este de Texas, donde atacaron Fort Parker, el bastión de John Parker, un pionero de setenta y siete años, y su familia. Los comanches mataron, arrancaron la cabellera y castraron a los varones Parker y capturaron a dos mujeres y tres niños, entre ellos Cynthia Ann Parker, de ocho años, adoptada por los indios y rebautizada Foundling, que aprendió el idioma y abrazó su cultura. Años después, fue elegida como esposa por Peta Nocona. Los comanches eran polígamos, pero Peta la amaba y tuvieron tres hijos, de los cuales el primogénito se llamaba Quanah. Cynthia no estaba sola. En la década de 1840, los comanches tenían cinco mil esclavos mexicanos.

En 1849, Kit Carson ayudó a localizar a la estadounidense Ann White, capturada por los apaches, que la asesinaron en el último momento. «La señora White era una mujer frágil, delicada y muy hermosa», escribió uno de los soldados, «pero había sufrido tal maltrato que estaba hecha una ruina ... cubierta de golpes y rasguños». Si sobrevivían a la iniciación, esos prisioneros podían ser liberados para convertirse en parte de la tribu.

Los texanos nunca dejaron de buscar a cada uno de los cautivos apresados durante los ataques. Aunque cientos fueron entregados a cambio de dinero o rescatados en expediciones de los Rangers o los Scouts, muchos otros permanecieron en manos de los comanches, y algunos prefirieron quedarse con ellos. A modo de represalia, los Rangers lanzaron ataques contra la Comanchería. Los jefes comanches estaban dispuestos a negociar la paz y devolvieron a esclavos blancos a cambio del reconocimiento de la Comanchería.

En marzo de 1840, 65 jefes, acompañados por mujeres y dos niños, llegaron a la sede del Municipio de San Antonio para negociar, y llevaron con ellos a una niña blanca cautiva. De repente se abrieron las ventanas y unos milicianos texanos dispararon a los comanches, que habían dejado sus armas y lanzas fuera de la ciudad. 35 comanches (incluidos tres mujeres y un

niño) y siete texanos fueron abatidos. Como venganza, el jefe Buffalo Hump creó un grupo de combate de unos quinientos miembros, entre ellos Iron Jacket, y en julio atacaron pueblos de la costa, donde mataron a esclavos, capturaron 1.500 caballos e hirieron a varias unidades texanas, incluso a los Rangers, que lograron acabar con doce comanches en Plum Creek. Cuando Sam Houston fue reelegido presidente de Texas, negoció una paz que reconocía a la Comanchería, pero el senado se negó a ratificarla. Entre tanto, los *paraibos* comanches Buffalo Hump e Iron Jacket lideraron a ochocientos guerreros para atacar México.

Los mexicanos respondieron contratando a James Kirker, el ágil y melenudo hombre de la montaña. El comercio de pieles estaba muriendo, y en 1834 Astor se puso a la venta. «Los castores empezaban a escasear», dijo Kit Carson. «Era necesario probar otra cosa.» Carson se convirtió en explorador y guía del ejército para los miles de emigrantes que se dirigían al oeste. Contratado por México, Kirker era asesino profesional y lideraba (con un lugarteniente shawnee llamado Spybuck) un grupo de doscientos psicópatas formado por blancos, indios y esclavos negros huidos. Se unió a ellos John Horse, un legendario seminola negro de madre esclava y padre seminola que había luchado contra los estadounidenses, y más tarde eludió la esclavitud y llegó a México, donde se convirtió en auxiliar de fronteras y cazador de cabelleras. Esos escalofriantes depredadores, que lucían collares de orejas, eran pagados por cada «cabellera con una oreja a ambos extremos» (100 pesos por un varón adulto, 50 por una mujer y 25 por un niño). Kirker mató a más de quinientos apaches.[24]Los comanches también participaron en el asesinato de sus rivales apaches.

Liberado por los estadounidenses, Santa Anna se redimió con sangre cuando el rey francés Luis Felipe envió un ejército a Veracruz para vengar el maltrato que habían dado los mexicanos a un *pâtissier* francés. ¿Ha existido alguna vez un pretexto más galo para una guerra? En 1839, Santa Anna derrotó a los franceses, aunque perdió una pierna y una mano. Con su habitual tendencia al espectáculo, le dedicó a la pierna un funeral militar. Sus extremidades perdidas le devolvieron el poder, pero no por mucho

tiempo. Una muchedumbre de rebeldes derrocó su presidencia y, tras exhumar su honrada pierna, la destrozaron en las calles de Ciudad de México. El general se retiró a Cuba, pero no tardó en volver.

En febrero de 1845, John Tyler, presidente saliente y esclavista de Virginia, se anexionó Texas mientras muchos estadounidenses adoptaban la idea de que el continente era su imperio providencial y las conquistas su «destino manifiesto». A lo largo de más de treinta años, cuatrocientos mil inmigrantes pobres se dirigieron en carretas al oeste por los peligrosos caminos de Oregón. México se movilizó cuando el presidente entrante James Polk, que había hecho campaña por la expansión, provocó una guerra y ordenó una invasión a gran escala que dejó heridos a muchos generales de la futura guerra civil. Los montañeros Carson y Kirker ejercieron de rastreadores. En el ejército del general «Old Rough 'n' Ready» Zachary Taylor, que estaba cosechando sus primeras victorias en Estados Unidos, servía un joven oficial llamado Ulysses Grant, reticente e intenso hijo de un empresario charlatán de Ohio, un licenciado en West Point casado con Julia, hija de un gruñón esclavista del sur. Grant desaprobaba una «guerra tan injusta», igual que le ocurría a Abraham Lincoln, un congresista de Illinois que atacó la búsqueda de «gloria militar» de Polk, «ese arcoíris atractivo que se forma en lluvias de sangre».

Cuando Polk se puso celoso de los triunfos de Rough 'n' Ready, eligió a Winfield «Old Fuss 'n' Feathers» Scott para que tomara en Veracruz. Mientras Scott avanzaba sobre Ciudad de México, Grant, un virtuoso de la caballería, combatía con su futuro oponente, Robert E. Lee. México recurrió a Santa Anna, su héroe tullido, cuya posición fortificada frenó el avance de Scott hasta que Lee encontró una manera de esquivarlo. Santa Anna escapó y lo seguían tan de cerca, le dijo Grant a su esposa Julia, «que le arrebataron su espléndido carruaje, que contenía su pierna de corcho y treinta mil dólares en oro». El 8 de septiembre de 1847, Scott luchó en las calles de Ciudad de México, y más tarde ascendió a Grant y Lee.[25]

El 2 de febrero de 1848, en un tratado firmado en Guadalupe

Hidalgo, Estados Unidos consiguió California y nuevos territorios más extensos que Europa occidental; México perdió el 55 % de su tierra. La victoria abrió posibilidades para los colonos estadounidenses, que fueron al oeste en busca de tierras y oro, pero esa expansión planteaba un interrogante: ¿se expandiría la esclavitud con ella? «Estados Unidos conquistará México», escribió Ralph Waldo Emerson, «pero será como el hombre que toma arsénico, que finalmente acaba con él. México nos envenenará». Grant veía la futura catástrofe como «una consecuencia de la guerra mexicana. Las naciones, como los individuos, son castigadas por sus transgresiones», escribió. En aquel momento había más de tres millones de esclavos en los estados algodoneros del sur, mientras que el norte industrial atraía oleadas de inmigrantes de Irlanda, Alemania y más tarde Italia, que llegaban en tropel a sus ciudades, cada vez más grandes.

La nación de colonos se extendía ya de un océano al otro, si bien la zona central era, según Pekka Hämäläinen, «un mundo aparentemente desordenado e incontenible de praderas, desiertos, búfalos e indios». Miles viajaban en carruajes, presas de los elementos y los nativos americanos. En febrero de 1847, un grupo de 87 miembros de la familia Donner probó una nueva ruta desde Misuri, pero, tras perderse en las montañas y el desierto, se vieron diezmados por el hambre y tuvieron que recurrir al canibalismo. Solo sobrevivieron 48. Dos años después, el descubrimiento de oro en California inició la primera fiebre: el pueblo de San Francisco pasó de mil almas a treinta mil. En total, trescientos mil colonos viajaron a California. Durante casi un siglo, pocos habían llegado a América. En 1820 solo lo hicieron ocho mil, pero, gracias a los barcos de vapor, a las crisis en Europa y a las fiebres de la tierra y el oro, la inmigración se triplicó: 1,6 millones de irlandeses que huían de la hambruna en su país inmigraron,[26]el inicio de una oleada de colonos que transformaron Estados Unidos, creando nuevas ciudades y poniendo a más europeos en contacto con los nativos americanos, que seguían controlando gran parte del interior.

En California, milicias de buscadores de oro y otros colonos

atacaban y mataban a los nativos y se llevaban orejas y cabelleras para obtener recompensas. Mientras tanto, la ley de Protección de los Indios condenó a los nativos americanos y sus hijos a la servidumbre. Los supervivientes fueron enviados a reservas, pero los dueños del interior lograron desafiar a los colonos euroamericanos: los lakotas seguían dominando las llanuras del norte, y los comanches las tierras fronterizas de la Comanchería en Texas y México. Los nativos americanos, armados con pistolas y caballos, habían intensificado la caza de bisontes. Los comanches mataban 280.000 cada año, pero ahora los colonos estaban aniquilando las manadas. Entre los comanches vivían el jefe Peta Nocona y su mujer Naduah (antes conocida como Cynthia Ann Parker, la niña secuestrada en Fort Parker) con su hijo Quanah. Este no sabía que su madre era blanca, y había sido entrenado como combatiente comanche por su padre, al que acompañaba habitualmente en sus incursiones.[27]

Estados Unidos mira hacia el oeste: el rey de Hawái, la reina Emma y el comodoro Vanderbilt

Mientras miles de estadounidenses se instalaban en California, la nación se sentía atraída por el Pacífico y comerciaba en China, se infiltraba en Hawái e intentaba abrir Japón, cerrado durante siglos bajo la dinastía de shogunes Tokugawa. En julio de 1853, el presidente estadounidense Franklin Pierce envió al comodoro Matthew Perry, veterano de la guerra mexicana, a Japón para forzar su apertura. Perry llegó a la bahía de Edo con cuatro cruceros de vapor fuertemente armados para exigir un tratado comercial con Japón.

En Hawái, el reino de Kamehameha III, hijo del conquistador que había unido las islas, estaba dominado por la lucha entre su amor desesperado por su hermana y la influencia de los misioneros estadounidenses.[28]A menudo, los reyes hawaianos se casaban con sus hermanas, pero las reinas viudas del conquistador habían prohibido los sacrificios y, en una reforma radical, abolieron el

sistema tradicional *kapu* de idolatría y se convirtieron al cristianismo. También acogieron a misioneros estadounidenses, que empezaron a casarse con hawaianas, a comprar fincas y a interferir en las costumbres sexuales de la región.

Al principio, el joven rey mantuvo aventuras sexuales con Kaomi, un amante excristiano y medio tahitiano, el tradicional *aikane*. Kamehameha lo nombró cogobernante hasta que las presiones forzaron su destitución. Sin embargo, su auténtica agonía no era su romance con Kaomi, sino el gran amor de su vida: su hermana Nāhiʻenaʻena —luminosa con su túnica de plumas escarlata en un retrato del pintor Robert Dampier—, que también estaba enamorada de él. Según la tradición hawaiana, su matrimonio solo podía fortalecer la dinastía, pero los misioneros consiguieron prohibirlo. Casada con otro aristócrata, ella y el rey se hicieron amantes y, cuando dio a luz a un hijo en 1836, Kamehameha lo declaró su heredero.

Pero, igual que los Habsburgo, la familia estaba siendo destruida genéticamente por los matrimonios incestuosos: el niño murió a las pocas horas y el rey estaba destrozado. Nāhiʻenaʻena falleció poco después a los veintidós años de edad. Cuando finalmente se casó con otra pariente, Kamala, sus dos hijos murieron pequeños.

Los reyes siempre habían contado con ministros medio hawaianos o europeos. La familia de John Young, el artillero del conquistador, tuvo un papel especial. John Young II, el hijo de Young, fue criado con el rey y ejerció de primer ministro. Pero, en 1839, fue descubierto «abrochándose los bombachos» en el dormitorio de la reina Kamala. Fue condenado a muerte, una pena que le fue conmutada gracias a las súplicas de la reina viuda. Sorprendentemente, John Young II siguió siendo ministro de Interior. Kamehameha III mantuvo la independencia hawaiana, pero los estadounidenses y los europeos mostraban cada vez más interés.

En diciembre de 1854, cuando Kamehameha III murió repentinamente, su sobrino, Alexander Liholiho, lo sucedió como Kamehameha IV.[29]Mientras resistía las invasiones estadounidenses,

se enamoró de otro miembro de la familia Young, la nieta del artillero del conquistador, Emma Rooke, considerada asombrosamente hermosa tanto por los europeos como por los hawaianos. Cuando se casaron, la pareja pasaba mucho tiempo con Henry A. Neilson, el atractivo secretario estadounidense del rey. Cuando la reina dio a luz a un hijo en 1858, el rey empezó a beber y a sentir celos del estadounidense. En septiembre de 1859, disparó a Neilson en el pecho. Gravemente herido, Neilson sobrevivió dos años en los que el rey intentó redimirse cuidando de él. Poco después, la pareja perdió a su hijo de cuatro años. Ambos estaban abatidos, y Emma asumió el nombre de Vuelo del Jefe Celestial.

Mientras Estados Unidos miraba hacia el oeste, Cornelius Vanderbilt, un empresario belicoso pero visionario que ya trabajaba con ferris de vapor en Nueva York, se pasó a los barcos de vapor, que se convirtieron en la manera más rápida de llegar a California. Los pasajeros cruzaban el istmo panameño en barco y después en tren, y volvían a sus barcos de vapor para llegar a San Francisco. Robusto y amenazador, Vanderbilt era descendiente de Janszoom de Salee, el hijo del pirata, había empezado trabajando en los barcos de su padre y fue propietario de una primera embarcación cuando tenía dieciséis años. Un extraordinario director del mercado y explotador de nuevas tecnologías, autocrático y severo, se hacía llamar el Comodoro, asestaba puñetazos a sus enemigos, acosaba a su familia, traicionaba a sus amigos, sobornaba a jueces y políticos, manipulaba el mercado de valores y arruinaba a sus rivales: «Yo nunca iré a un tribunal cuando tengo en mis manos el poder de hacer justicia». Intenso y vigilante, existía en un mundo de vigorosa competencia: «No les tengo miedo a mis enemigos, pero, por Dios, debes prestar atención cuando estás entre tus amigos». Los primeros ferrocarriles estadounidenses se construyeron en 1827. En 1840 había 4.300 kilómetros de vías; en 1860 había 48.000, construidos y controlados por agresivos empresarios liderados por Vanderbilt, que, junto con el octogenario Astor, llegó a ser el hombre más rico de Estados Unidos.

En Nueva York, el Comodoro y los intrépidos barones de los

ferrocarriles fueron perdonados por su riqueza e invitados al mundo refinado y casi británico de las familias más antiguas a cambio de donaciones filantrópicas a instituciones todavía controladas por aristócratas estadounidenses. Esas viejas familias no le temían al comercio; simplemente no se les daba bien. Los Roosevelt, descendientes de los primeros colonos neerlandeses, habían hecho dinero con el aceite de linaza y las propiedades inmobiliarias en Manhattan, pero también entraron en la vida pública y ejercieron de ediles y congresistas; construyeron mansiones en el norte del estado y solían casarse con miembros de un círculo refinado. Eso cambió con Cornelius Van Schaack Roosevelt, nacido en el siglo XVIII, último hablante de neerlandés de la familia y descendiente de los Schuyler y los Van Schaack. CVS, de corta estatura, pelirrojo, solemne y vigoroso, había demostrado su energía cuando de niño se montó encima de un cerdo de los que todavía deambulaban por las calles de Manhattan a principios de siglo y cabalgó sobre él hasta que lo tiró al suelo. Aspirando a convertirse en un «hombre de fortuna», fabricaba hoja de vidrio, esencial para el auge de la construcción, destinada a albergar a nuevos inmigrantes, y más tarde invirtió en propiedades y ganó más de tres millones de dólares.

Cuando CVS envejeció, compró casas a sus cinco hijos alrededor de su mansión de la calle Veinte Este con Broadway. Uno de ellos sería congresista, y el más joven, Theodore, estaba menos interesado en el cristal. Descrito por su hijo y tocayo como un «león guapo y bondadoso» y como el «mejor hombre» que había conocido jamás, Theodore financió organizaciones benéficas y fundó el Metropolitan Museum of Art. Cuando tenía diecinueve años, el heredero neoyorquino viajó por el sur, donde conoció a Martha «Mittie» Bulloch, hija de un hacendado de Georgia y criada en Bulloch Hall, una mansión con columnas. Como todas las hijas de dueños de plantaciones, de pequeña compartía habitación con una compañera esclava conocida como su «sombra», Lavinia, apodada Toy. Los adolescentes provenían de mundos diferentes que estaban a punto de chocar.

A medida que Estados Unidos forjaba un imperio, las

monarquías europeas se vieron sacudidas por la revolución. El 22 de febrero de 1848, veinte días después de Guadalupe Hidalgo, una muchedumbre se hizo con el control de París al grito de «*Vive la réforme!*» y «*Vive la République!*», una revuelta que presagió el retorno de los Bonaparte y el momento en que la política de masas y la sanidad pública remodelaron la dinastía familiar y el poder estatal para reformar Europa.

Acto decimosexto
1.100 millones

Bonaparte y manchúes, Habsburgo y comanches

Revoluciones y política de masas: Luis Napoleón y Lola Montez

«Estoy sentado firmemente sobre el caballo», insistía Luis Felipe, que eliminó cualquier discrepancia y se resistió a las reformas de estilo británico: solo un 1 % (240.000 votantes) de la población francesa podía votar en las elecciones a la Asamblea mientras los obreros trabajaban duramente en fábricas deprimentes y los burgueses anhelaban las libertades otorgadas en el Reino Unido, que ahora contaba con un millón de votantes. Luis Felipe intentó distraer a los franceses con la *gloire* bonapartista: en 1840 organizó el regreso del cuerpo de Napoleón desde Santa Elena y asistió a su entierro en Les Invalides.

En enero de 1848 empezaron los altercados en Palermo, y más tarde se extendieron a París, donde, el 22 de febrero, la multitud se echó a las calles. Al día siguiente, los soldados mataron a 52 manifestantes. Grupos de trabajadores socialistas y burgueses liberales no tardaron en controlar las calles, y asediaron a Luis Felipe en su palacio. El rey abdicó a favor de su nieto y, tras un día de disturbios, escapó disfrazado en un taxi. Su caída supuso el final de la dinastía de los Capetos, que había gobernado Francia —con pequeños intervalos— desde 922.

El poeta radical Alphonse de Lamartine declaró una Segunda República, que concedió derechos a los nueve millones de varones adultos (el sufragio universal para hombres llegó antes que en el Reino Unido o Estados Unidos), creó talleres nacionales para fomentar el empleo y, el 27 de abril, quince años después que el

Reino Unido, abolió la esclavitud y compensó a los propietarios de esclavos.[1]

La noticia fue difundida por un nuevo medio, el telégrafo, que aceleró los acontecimientos mundiales: la revolución se propagó por toda Europa. Cuando el depuesto rey Luis Felipe zarpó hacia Dover con el nombre de «señor Smith», el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, de cuarenta años, sobrino del conquistador e hijo de su hermano, el rey Luis, partió hacia Calais.

El príncipe solo había visto una vez a Napoleón, en un desfile celebrado en las semanas previas a Waterloo, y durante veinte años, sus correrías habían sido el hazmerreír de Europa. Pero su fe en sí mismo era inquebrantable. «De vez en cuando», escribió, «nacen hombres a cuyas manos se confía el destino de su país. Yo soy ese hombre.» Su ascenso ilustra ese misterioso proceso de la política, la inevitabilidad trascendental, por el que lo absurdamente difícil se vuelve plausible y, al final —cuando se rechazan alternativas y se cierran otras rutas—, inminente. Pero Luis Napoleón era un heraldo del mundo moderno: ayudó a crear la nueva política de masas y fundó la última versión del imperio francés.

Su madre, Hortensia, hija de Josefina, «una rubia exquisita con ojos de color amatista» y talentosa cantante que compuso *Partant pour la Syrie*, el himno bonapartista, siempre lo había tratado como un hombre de destino, mientras que su malvado padre Luis nunca confió en que el príncipe fuera realmente su hijo. Educado en Suiza y formado como artillero en una escuela militar, era tímido y taciturno, con ojos marrones, una nariz prominente, los labios carnosos, la cabeza grande y unas piernas rechonchas en una época en la que los pantalones ajustados convertían la pierna masculina en un elemento esencial de belleza. Pero poseía un misticismo romántico que resultaba atractivo para las mujeres. «Normalmente es el hombre el que ataca», fanfarroneaba. «Yo, en cambio, me defiendo y a menudo capitulo.»

En cuanto su primo, el duque de Reichstadt —Napoleón II—, falleció en 1832, se convirtió en el aspirante bonapartista. A sus veinticinco años publicó el manifiesto *Rêveries politiques* y reunió a

un grupo de aventureros que siempre incluían a una mecenas devota, a unos cuantos oficiales y a su sirviente Thélin. Al principio se unió a ellos Jean Fialin, el supuesto vizconde de Persigny, un sórdido exsoldado, periodista a tiempo parcial, promotor político de genios y uno de los primeros portavoces que se convertirían en el espíritu de la democracia moderna. En 1836, Luis Napoleón había intentado arrebatarle el poder a Luis Felipe en Estrasburgo con la esperanza de liderar una marcha hacia París, pero en lugar de eso fue humillado, arrestado y expulsado de Francia. Europa se rio, y su padre y sus tíos, que habían renunciado al bonapartismo y estaban desesperados por recibir pensiones de Luis Felipe, se pusieron furiosos.

Pero Luis Napoleón nunca tiró la toalla y se embarcó en varios años de exilio en Londres y Nueva York. Cuando Luis Felipe llevó el cuerpo de Napoleón de vuelta a Francia, Luis Napoleón barajó la posibilidad de hacer un Ptolomeo, es decir, secuestrar el cuerpo. En cambio, hizo su segundo intento de golpe de estado, tras lo cual fue condenado a «encarcelamiento» perpetuo en la fortaleza de Ham, cerca del Somme. «¿Existe en Francia algo perpetuo?», bromeó.

En lo que él llamaba la Universidad de Ham (no fue el último recluso que utilizó la prisión como academia) leía libros y mantenía aventuras amorosas (fue padre de dos hijos con una bailarina con zuecos), y luego escapó con la ayuda de Thélin. En Londres heredó la fortuna de su padre y se embarcó en una nueva serie de romances. Cuando se acabó el dinero, inició una relación con una cortesana y actriz cuyo nombre artístico era Harriet Howard, que había escapado con un jinete y más tarde se había asentado con un nabab que le dejó una fortuna. Se enamoró del príncipe y, creyendo en su destino, lo apoyó en todo momento.

Mientras Luis Napoleón llegaba al París revolucionario, los vieneses se rebelaban contra su estupefacto emperador. Fernando, de cuarenta y dos años e hijo de primos hermanos por partida doble, había nacido con encefalitis y epilepsia, y se complacía en dejar la política en manos de su viejo canciller Metternich. Fernando no pudo consumar su matrimonio debido a una noche de

bodas intercalada con ataques de epilepsia, y se desvivía por sus amados bollos rellenos de albaricoque. Cuando le decían que no era temporada, gritaba: «¡Soy el emperador y quiero bollos!». Era mentalmente estable, pero incapaz de gobernar. Cuando Metternich le mencionó la revolución, preguntó: «¿Eso está permitido?». No lo estaba, pero es lo que tienen las revoluciones. Los húngaros, los italianos e incluso los vieneses se volvieron en contra de los Habsburgo, que intentaron proteger a Metternich. Luego, cuando los soldados dispararon a los manifestantes, lo sacrificaron. El Cochero de Europa se enfrentaba a la realidad de que el galope de la monarquía estaba descontrolado. «Ya no soy nadie», dijo después de treinta y nueve años en el poder. Vestido de mujer, huyó a Londres con su joven esposa y su familia: «No tengo nada más que hacer, nada más que decir».

Las revoluciones eran un grito de ira dirigido a la vieja jerarquía en una nueva era de ciudades furiosas, fábricas cada vez más grandes, ferrocarriles veloces, mercados de valores frenéticos, periódicos cada vez más numerosos, novelas por entregas y telégrafos que transmitían las noticias. Los ferrocarriles —en 1840 se habían construido 2.410 kilómetros de vía, que en 1850 se habían convertido en más del cuádruple: 10.655— unían las ciudades británicas; Francia iba muy a la zaga con 3.200 kilómetros. Los empresarios del ferrocarril se plantearon añadir una red transatlántica a sus redes: en 1840, el empresario canadiense Samuel Cunard navegó en su primer barco de vapor, el *Britannia*, de Liverpool a su Nueva Escocia natal en doce días, e inició un servicio que unía los continentes, lo cual permitió a millones de personas pobres de muchos países, desde Irlanda hasta Alemania, emigrar para buscar nuevas oportunidades en las naciones de colonos de las Américas y Australia. En la parte más baja de la sociedad, las clases obreras urbanas trabajaban en fábricas infernales que producían artículos para los consumidores burgueses. Los primeros grandes almacenes, Bon Marché, habían abierto en París en 1838, y su propietario estaba planeando una versión más grande: era una época de grandes imperios, tanto políticos como comerciales. En aquel momento, los trabajadores

empezaron a enfrentarse a los industriales, formando sindicatos y adoptando una nueva ideología que situaba a la clase obrera en el centro de la sociedad: el socialismo.[2]

Después de huir dos veces de la capital mientras se linchaba a ministros y se los colgaba de las farolas, el káiser Fernando y los Habsburgo mantenían el ansia de poder que es esencial para conservarlo, y desplegaron a sus leales ejércitos para aplastar Italia y entrar en Viena. Mantuvieron una reunión familiar secreta en la que «el único hombre de la corte», la archiduquesa Sofía, cuñada del emperador y princesa bávara que había coqueteado con el hijo de Napoleón en la década de 1820, se mostró muy resuelta: convenció a su marido, hermano del emperador, de que renunciara a la sucesión. Había preparado para el trono a su hijo Francisco, de dieciocho años, cabello rubio y ojos azules, serio y diligente. En Olomouc, el traspaso fue documentado dolorosamente por el káiser saliente. «El asunto se zanjó con el nuevo emperador postrándose ante su viejo emperador y señor, es decir, ante mí», escribió Fernando, «y pidiendo una bendición, que le concedí imponiéndole ambas manos en la cabeza y haciendo el signo de la sagrada cruz ... Luego besé a nuestro nuevo señor ... Después, mi querida esposa y yo preparamos el equipaje.»

Asumiendo el nombre de Francisco José, el nuevo emperador continuó la reconquista del imperio, primero en Italia y después en Austria. Muchas dinastías se tambalearon. En Baviera, los Wittelsbach, una de las más antiguas, parecían una *opéra bouffe*: el rey Luis, que a sus sesenta y dos años había gobernado durante veintitrés, se había enamorado de la deslumbrante cortesana irlandesa Eliza James, que aseguraba ser una bailarina española llamada Lola Montez. «Te quiero con mi vida, mis ojos, mi alma y mi cuerpo», escribió él. «Pelo negro, ojos azules, forma elegante ... Vuelvo a ser joven.» Lola dominaba Múnich. «¡Estoy a punto de recibir el título de condesa!», presumía ante una amiga. «Tengo una hermosa propiedad, caballos, sirvientes ... Las grandes damas me rinden homenaje por doquier. Allá donde voy, todo Múnich me espera ... El rey me ama apasionadamente.» Pero el reinado de Lola fue breve. Se divertía manteniendo romances con

estudiantes justo cuando la revolución estalló en Baviera y obligó a Luis a exiliarla y aceptar una constitución. «Mi querida Lolita», escribió el rey cornudo, «Luis [él mismo] ya no es amado, solo me queda tu corazón … Renunciaré a la corona.»[3]Su abdicación apaciguó la revolución.

Más al norte, en Frankfurt, la excitada Asamblea Nacional promovió una Alemania unida y constitucional, prescindiendo de la «Confederación Alemana» presidida por Austria, y ofreciendo la corona al timorato rey prusiano Federico Guillermo IV. Al principio, una revolución en Berlín había obligado al Torpe a aceptar una constitución. Guillermo, su hermano pequeño, de talante conservador, se exilió en el Reino Unido. Cuando regresó, utilizó pólvora para restablecer el orden en las calles. El Torpe se negó a «recoger una corona de la alcantarilla, deshonrada con el hedor de la revolución y cubierta de mugre». Sin embargo, coqueteó con la idea de liderar una Alemania unida. Pero Austria se había recuperado y reafirmado su poder, y se clausuró la Asamblea. Los Hohenzollern habían sido humillados, y a la vez se demostró que eran esenciales.[4]

La actuación del Torpe había enfurecido a los nobles Junker, en especial a un fornido terrateniente de Pomerania llamado Otto von Bismarck, quien, provocando a los liberales con su discurso sobre la monarquía divina, fantaseaba con liderar un ejército para derrocar al rey y fomentaba el «ruido de sables en sus vainas». Las medidas contra la revolución decepcionaron profundamente a dos jóvenes radicales alemanes que planeaban una revuelta socialista.

Las cortesanas y «El capital»: Napoleón y Marx

En 1844, Frederick Engels, hijo de un industrial alemán propietario de fábricas textiles en Manchester, había conocido a otro radical, Karl Marx, en París. Tenían veintitrés y veintiséis años, respectivamente, y juntos desarrollaron la idea de que la clase obrera —que ellos llamaban el proletariado— se convertiría en el motor de la revolución mundial. Marx era hijo de un abogado

judío de Triers, Herschel Marx, descendiente de un linaje de rabinos que se convirtió al protestantismo y se cambió el nombre a Heinrich. Marx quedó destrozado y empobrecido tras la muerte de su padre, pero se casó con Jenny von Westphalen, una aristócrata intelectual y bien conectada con la que ya había tenido tres hijos. Mientras su marido planeaba la revolución, su hermano era el ministro de Interior prusiano que ayudó a derrotarla.

Como industrial y amante —guiado por su compañera, una carpintera irlandesa llamada Mary Burns—, Engels conocía a trabajadores de Manchester y tenía dinero, lo cual le permitió llevar a Marx a la ciudad para estudiarla. Marx y Engels observaron que las ciudades industrializadas estaban acabando con la clase obrera. A pesar de las mejoras en la medicina y la alimentación, la esperanza de vida estaba cayendo. Los trabajadores de Liverpool morían a los veinticinco años. Los británicos de clase obrera vivían diecisiete años menos que las clases altas, muchos de ellos a causa del cólera. Los médicos creían que era provocado por un «miasma». En Estados Unidos, la esperanza de vida se había reducido trece años entre 1800 y 1850; en Nueva York, la mortalidad infantil rozaba el 50 %. Muchas madres daban a luz en unidades de maternidad de los hospitales, pero hasta un 10 % morían, y se descubrió que eran los médicos quienes las mataban (con las mejores intenciones).[5]

Justo cuando las mejoras en la atención sanitaria y la higiene urbana estaban a punto de propiciar un gran aumento de la esperanza de vida, los dos alemanes, adaptando a Saint-Simon, veían al nuevo sistema del capitalismo como el culpable. En enero de 1848 escribieron el *Manifiesto comunista*, en el que desarrollaban una «teoría crítica» que explicaba un mundo interconectado: «Los filósofos solo han interpretado el mundo de varias maneras; la idea es cambiarlo». Argumentaban que «la historia de todas las sociedades existentes hasta el momento es la historia de la lucha de clases». Semanas después, Europa estaba viviendo una revolución. Ambos se lanzaron al tumulto, Engels transportando rifles y Marx utilizando una herencia para armar a trabajadores belgas.

En Viena, Milán y Praga, Francisco José superó a los rebeldes, pero Hungría declaró la independencia nacional, como también lo hicieron las provincias otomanas de Valaquia y Moldavia, unas aspiraciones que fácilmente podían extenderse a los súbditos polacos y ucranianos de Nicolás. El zar ocupó Bucarest y Moldavia, y se ofreció a aplastar Hungría. En un gesto humillante, Francisco José aceptó; 190.000 soldados rusos se dirigieron a Budapest, y el joven káiser nunca perdonó al arrogante zar por la ayuda prestada. En Berlín, el Torpe revocó su constitución y recuperó una versión limitada de su poder anterior. Tras imponer el orden en sus reinos, las dinastías vigilaban a Francia. El único nombre que no querían oír era el de Napoleón.

Luis Napoleón, que se hospedaba en un hotel parisino en un país que apenas conocía y cuyo idioma hablaba con acento alemán, siempre había creído en la magia del apellido Bonaparte. Al principio permitió que su tío, el antiguo rey Jerónimo, y otros dos primos se presentaran a la Asamblea Nacional mientras él regresaba a Londres, donde las multitudes cartistas, contagiadas del espíritu de la revolución, se manifestaron para conseguir más medidas democráticas. Wellington, que tenía setenta y nueve años, reunió más tropas, y Bonaparte se registró como oficial especial. En París, Jerónimo y los otros fueron elegidos. Persigny colgó carteles por toda la ciudad con la imagen de Napoleón y el mensaje: «*Lui!*» (¡Él!).

Los trabajadores de los Talleres Nacionales se armaron y adoptaron el rojo como el color de la revolución. A la burguesía la aterraba la Amenaza Roja. «Se oía el espectro de 1792, el sonido de la guillotina», observó el joven escritor Gustave Flaubert.[6]El general Cavaignac, ministro de Guerra, aplastó a los rebeldes, que resistieron con ferocidad. En los combates fueron abatidas miles de personas. Cavaignac se convirtió en el favorito para ganar las primeras elecciones presidenciales, pero Luis Napoleón también se presentó, con la ayuda de un nuevo hermano que casi ni siquiera sabía que existía. Cuando tenía tres años, su madre había desaparecido para dar a luz a Auguste de Morny, un caballero activo en la política, el sexo, las finanzas y el Jockey Club que

había apoyado a Luis Felipe al tiempo que amasaba una fortuna con la remolacha azucarera. Pero ahora se unió a su medio hermano. Persigny y Morny le ofrecieron de todo a todo el mundo: orden y seguridad, socialismo y gloria.

En diciembre de 1848, después de que la Asamblea redujera el sufragio, Napoleón obtuvo 5,5 millones de votos frente a los 1,1 millones de Cavaignac. El príncipe-presidente, que se mudó al palacio del Elíseo, se comportaba como si estuviera presentándose constantemente al cargo, viajando en tren por todo el país y declarando: «El nombre de Napoleón es un programa completo en sí mismo. En nuestro país significa orden, autoridad, religión y el bienestar de la gente; en el extranjero, la dignidad de la nación». Asimismo, prometió representar al hombre corriente frente a la Amenaza Roja del socialismo. Estaba esperando la oportunidad de demostrar su perspicacia napoleónica. Primero envió tropas a Italia para rescatar al papa Pío IX de los nacionalistas, blandiendo sus credenciales napoleónicas, conservadoras y católicas.

El siguiente paso estuvo encabezado por hombres, pero en parte organizado y financiado por mujeres: el 1 de diciembre de 1851, después de asistir al teatro y al Jockey Club, Morny inició la operación Rubicón, un golpe de estado financiado por la amante de Napoleón, Harriet Howard, y por la suya propia, la esposa del embajador belga. Generales afines arrestaron a 26.000 personas, dispararon a 400, deportaron 9.000 a Argelia y derogaron la constitución. Una vez restablecido el sufragio universal, 7,5 millones de votantes aprobaron la dictadura de Luis Napoleón durante diez años. «Parece que Francia desea un retorno al imperio», declaró y, para tranquilizar a Europa, añadió: «El imperio significa paz.» En diciembre de 1852, aprobado nuevamente por 7,5 millones de votantes, fue proclamado emperador con el nombre de Napoleón III.[7]

La revolución había terminado, pero lo había cambiado todo. Marx escapó a Londres. Luciendo una barba de profeta bíblico e intentando sobrevivir en sórdidos aposentos del Soho, sin apenas dinero, bebiendo mucho y aquejado de forúnculos y dolores de cabeza, vivía de los regalos de Engels y de los escasos ingresos de

su labor como periodista para el *New-York Daily Tribune*, quejándose amargamente de «la miseria de la existencia». Pero además desatendió a su atribulada esposa, dejó embarazada a su sirvienta y convenció a Engels de que se responsabilizara del bebé, que fue entregado en adopción.[8]

No obstante, en la sala de lectura del British Museum, Marx estaba plasmando una ideología exhaustiva en una obra maestra, *El capital*: el capitalismo estaba condenado por sus contradicciones internas, ya que la historia se regía por el materialismo dialéctico, una progresión hacia el gobierno del proletariado y, más tarde, hacia un comunismo sin clases con una igualdad total. En la certeza de la investigación científica de Marx, su doctrina brindaba una ortodoxia que sustituiría a la religión para las muchas personas excluidas del botín del capital en su país y del imperio en el extranjero. Un pequeño grupo de radicales empezó a seguirlo. Cuando la clase obrera votó a favor del orden y la libertad en lugar de la revolución, Marx la tachó de *Lumpenproletariat*, cuyas ideas demostraban una «falsa conciencia».

Napoleón se vanagloriaba de la creación de un nuevo imperio, pero, igual que su tío, necesitaba un heredero.[9]El lascivo emperador elegía mujeres en los bailes del Elíseo u ordenaba a su primo y chambelán, Felix Baciocchi, que se las procurara. En el palacio, les indicaban que esperaran desnudas al emperador y les decían: «Podéis besar a Su Majestad en cualquier parte menos en la cara». Sus amantes atestiguaban su descarada habilidad, su egoísmo como amante y el derretimiento de sus bigotes encerados. Una chica recordaba: «Ni siquiera tuve tiempo de hacer una protesta simbólica antes de que me agarrara por un lugar íntimo». Napoleón no logró casarse con una princesa alemana, pero conoció a Eugenia de Montijo, condesa de Teba, una pelirroja española gélidamente elegante. Instruida por su madre, Eugenia se resistió hasta que se enamoró de ella.[10]

«¿Cómo puedo llegar hasta ustedes, *mesdames*?», bromeó Napoleón cuando vio a Eugenia y a su madre en un balcón durante un baile.

«Por la capilla, señor», respondió Eugenia.

Los Bonaparte no lo aprobaban. «Luis se casará con la primera mujer que lo rechace», dijo su tío Jerónimo. Pero Morny sí lo aprobó, y el barón James de Rothschild fue uno de los primeros en fijarse en ella. En enero de 1853, Eugenia apareció del brazo de Rothschild en un baile, durante el cual le dijo al dubitativo emperador que si no le pedía matrimonio, se iría a Londres. «*Madame la Comtesse*», le escribió a su madre, «durante mucho tiempo he estado enamorado de su hija.» Después de que su mecenas, Harriet Howard, fuera despedida, Napoleón se casó con Eugenia, que odiaba el sexo que tanto le gustaba a él. «¿Es que no piensan los hombres en nada más que en eso?», se preguntaba, pero estaba embarazada.

Esplendores y miserias de las cortesanas

El 16 de marzo de 1856, tras un parto agonizante en el que Napoleón rogó a los médicos que utilizaran «cualquier sedante que haya ideado la ciencia moderna», la emperatriz Eugenia dio a luz a su heredero, el príncipe imperial.

Napoleón era un modernizador enérgico. Imaginaba un París moderno que estableciera nuevos criterios de higiene y trazado para ciudades de todo el mundo, incluida Londres. El 23 de junio de 1853 había nombrado a Georges Haussmann, un funcionario de provincias, prefecto de París. «Es uno de los hombres más extraordinarios de nuestra época», dijo Persigny, «corpulento, fuerte, vigoroso, enérgico y a la vez inteligente y retorcido, lleno de ingenio.» Napoleón ordenó a Haussmann «*aérer, unifier et embellir Paris*». Mientras Napoleón planificaba las obras en una enorme maqueta que tenía en su despacho, Haussmann demolía barrios de chabolas y diseñaba los bulevares, parques, plazas y estaciones del París actual. Más importante que la belleza era la higiene. «Las galerías subterráneas son un órgano de la gran ciudad que funciona como uno del cuerpo humano», afirmaba el prefecto. «Circula agua limpia y fresca, y las secreciones se eliminan misteriosamente.»[11]

Napoleón promovió los ferrocarriles. Los trenes animaban a la gente a viajar y comerciar, pero el vapor también tenía que ver con el poder y la conquista: aceleraba la divergencia entre, por un lado, el noroeste de Europa y la república de colonos de Estados Unidos y, por otro, el resto del mundo. En Europa, los ferrocarriles facilitaron los despliegues militares, liderados por Francia, pero perfeccionados más tarde por Prusia. En el extranjero, los barcos de vapor daban poder al imperio y permitieron al Reino Unido y Francia llevar tropas a África y a Oriente.[12]

El auge ferroviario de Napoleón se vio acelerado por su hermano Morny, pero contó con la orientación de James de Rothschild. Gracias a los trenes, los Rothschild prosperaron enormemente y superaron los desafíos de banqueros rivales. En 1870, Francia se jactaba de tener 22.500 kilómetros de vía.

En 1855, James encargó un palacio neorrenacentista en Ferrières, construido por el mismo arquitecto que había diseñado Mentmore para sus primos ingleses. «Constrúyeme un Mentmore», ordenó James, «pero el doble de grande.» Era un palacio adecuado para el dueño del mundo, sus ochenta habitaciones dotadas de todos los lujos y su colosal salón de cuarenta metros de largo y veinte de ancho coronado por una claraboya de cristal. Era un «país de cuento de hadas, un palacio de Aladino», declaró su prima Charlotte de Rothschild, mujer de Lionel, mientras que dos escritores antisemitas, los hermanos Goncourt, censuraban aquella «extravagancia idiota y ridícula, un pudín de todos los estilos».

Napoleón llegó en tren a la inauguración, recorrió una alfombra verde con abejas bonapartistas bordadas y viajó al palacio en carruajes del azul y amarillo de los Rothschild para admirar el castillo, en el que había obras de Rubens y Velázquez. Cuando ya se iba, James bromeó, poniendo cara de póker: «Señor, mis hijos y yo nunca olvidaremos el día de hoy. *La mémoire* nos será muy grata». «*La mémoire*» también significaba «la factura».

Napoleón hacía frecuentes consultas a James, que ahora supervisaba un imperio económico global y obtenía préstamos para dinastías que iban desde los Braganza brasileños hasta los otomanos, mientras su agente estadounidense, August Belmont,

financiaba ferrocarriles y la guerra de Estados Unidos contra México. Pero James aconsejó a Napoleón que no entrara en conflictos bélicos. «Un principio de nuestra familia es no prestar dinero para la guerra. No tenemos poder para impedirla», escribió. «Al menos queremos tener la convicción de que no hemos contribuido a ella.» Los antisemitas intentaban culpar a financieros judíos de los conflictos europeos, pero las potencias continentales habían librado guerras constantes desde los godos, muy anteriores a los Rothschild, y continuarían mucho después de que dejaran de ser actores cruciales. James se mofaba del eslogan de Napoleón, «*L'empire c'est la paix*», y prefería «*L'empire c'est la baisse*» (El imperio es la caída). «El emperador tenía razón cuando dijo que el imperio significa paz», añadió. «Pero lo que no sabe es que el emperador está acabado si hay una guerra.»

James vivía para su familia, pero ni siquiera él podía resistirse al fenómeno parisino de la cortesana. En *Esplendores y miserias de las cortesanas* —una de las últimas novelas de Balzac antes de su muerte por exceso de trabajo e intoxicación por café—, el rothschildiano barón de Nucingen paga por acostarse con la adorable pero frágil Esther. Más que James, el duque de Morny, hermano del emperador, se convirtió en el árbitro del placer, las finanzas y la moda. El lujo napoleónico era sibarita y sultánico, pero también lo era la venalidad en una ciudad de pobreza extrema con miles de prostitutas callejeras y *grisettes* de clase obrera. Pero las cortesanas más ricas, las *grandes horizontales*, a menudo exprostitutas o actrices que recibían pagos de aristócratas, plutócratas y *cocodès*, se convertían en celebridades. Aparecían en los escenarios; su imagen, utilizando el nuevo medio de la fotografía, se vendía en forma de postales, y sus travesuras eran relatadas en los periódicos. Eran explotadas desde la infancia y su vida a menudo acababa de manera trágica, pero también eran desafiantemente independientes y se burlaban de las restricciones de las mujeres respetables. Era un mundo de música, arte y literatura, pero las *horizontales* tenían un papel protagonista. Jacques Offenbach, hijo de un cantor de una sinagoga de Colonia, era el compositor del imperio, con libretos de Ludovic Halévy. En

1855, cuando Napoleón inauguró la Exposition Universelle, que visitaron más de cinco millones de personas, Offenbach presentó sus primeras *opéras bouffes*, en las que hizo su debut Hortense Schneider, conocida luego como La Snéder, la personificación de la belleza y el placer parisinos. Las cortesanas aparecían en sus óperas, sobre todo en *Orphée aux enfers*, cuyo «galope infernal» —el can-can— se convirtió en el tema de la época. La Snéder empezó como una de las amantes de Offenbach, y más tarde lo sería de Napoleón, Morny y varios príncipes. La *horizontale* más atrevida era británica. Cora Pearl (nombre real Emily Crouch), hija de unos músicos irlandeses de Plymouth, aparecía semidesnuda como Cupido en *Orphée*.[13]

Los novelistas y los artistas se sentían fascinados por el drama y la tragedia de la vida de las chicas. En 1863, en el Salon des Refusés, creado por Napoleón para artistas innovadores, Édouard Manet expuso su cuadro *Olympia,* en el que aparecía una cortesana atrevida y desnuda para la que posó Victorine Meurent, que era su amante y también artista, acompañada de su sirvienta negra, completamente vestida, basada en una modelo llamada Laure. La obra conmocionó a la burguesía, pero ayudó a lanzar un nuevo género que fue criticado por ser demasiado «impresionista»: el nombre caló.

Valtesse de La Bigne, la sensible y talentosa *doyenne* de las cortesanas, apodada *Rayon d'Or*, era amiga y amante de Manet y Offenbach, mecenas de pintores y escritores, actriz y autora de la novela *Isola*, pero es más conocida por su magnífica cama dorada con dosel, todavía expuesta en el Musée des Arts Décoratifs. A sus veintiocho años, Émile Zola, un joven crítico medio italiano, publicó una serie de novelas inspiradas en Balzac en las que documentaba la vida de una familia en el París Napoleónico, *Los Rougon-Macquart*, una obra influyente de historia familiar: «Quiero explicar cómo se comporta una familia, un pequeño grupo de gente corriente, en sociedad ... La herencia tiene sus propias leyes, igual que la gravedad». Después de entrevistar a Valtesse y ver su cama, creó la primera novela sobre el atractivo de las celebridades, personificado en la irresistiblemente destructiva Nana, esa «niña

bondadosa» que se hace rica en su cama palaciega, «un trono, un altar en el que París llegó a admirar su desnudez soberana», un meteoro deslumbrante como el propio imperio. Valtesse odiaba *Nana*, y describía a su heroína como una «puta estúpida y vulgar».[14]

En 1853, los placeres de París cambiaron la vida de un impresionable visitante de Suramérica, el heredero del dictador de Paraguay, que fue recibido por Napoleón y se enamoró de una cortesana que se convertiría en la mujer más poderosa de su continente y en el mayor terrateniente del mundo.

Eliza Lynch y la reina Victoria: dos potentadas

Francisco Solano López era hijo del gobernador de una pequeña república aislada y social y racialmente igualitaria creada por el Gran Señor, el doctor Francia, que había gobernado durante veintiséis años hasta su muerte en 1840. Después de un breve interludio, lo sucedió su primo, Carlos Antonio López; «ese maremoto de carne humana, un verdadero mastodonte», había depositado sus esperanzas en su primogénito, Francisco, al que envió a Europa a comprar armas para su enorme ejército. Francisco, de veintiocho años, encargó barcos británicos y artillería francesa y, mientras estuvo en París en 1854, «dio rienda suelta a sus propensiones naturalmente libertinas y se sumió en los vicios de esa alegre capital» hasta que conoció a Eliza Lynch, una cortesana pelirroja de diecinueve años, hija de un médico naval irlandés.

El general López volvió a Paraguay con su nuevo barco de vapor y Eliza Lynch, que estaba embarazada y decidida a llevar la teatralidad del París del Segundo Imperio a ese minúsculo país, donde tuvo al primero de sus cinco hijos. Mientras tanto, su amante fue ascendido a ministro de Guerra y vicepresidente. Si los paraguayos sentían fascinación por Eliza, a la que conocían como La Lynch, a la familia López la horrorizaba la llamada Concubina Irlandesa, pero sería Francisco mismo quien destruiría Paraguay.

Después del matrimonio de Napoleón con Eugenia, estalló una violenta escaramuza con dagas y pistolas entre monjes católicos y ortodoxos en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén. La reyerta cenobita desencadenó una guerra en Europa que brindó a Napoleón la posibilidad de aliarse con el Reino Unido, el único país lo bastante liberal para asociarse con el advenedizo emperador. Nicolás y Napoleón competían por acosar al sultán otomano Abdülmecit para que les concediera protección para los cristianos e influencia. Napoleón envió un barco de guerra para afianzar la «autoridad soberana» francesa en los lugares sagrados. Abdülmecit aceptó esa autoridad hasta que el zar Nicolás amenazó con la guerra, ante lo cual el otomano accedió a que el Románov fuera el protector de los cristianos ortodoxos.

Después, el zar invadió la Moldavia y la Valaquia otomanas para intentar avanzar más al sur y conquistar Estambul. Como principal exportador europeo de cereales desde Odesa, aspiraba a controlar los estrechos. Hizo un llamamiento a la revuelta de los eslavos balcánicos, influido por una nueva ideología de paneslavismo, por la cual los eslavos bajo liderazgo ruso desafiarían el odio y la hipocresía del Occidente democrático. Pero Nicolás, corrompido por el éxito, intransigente y enfermo, cometió un error de cálculo. Contaba con el apoyo de los Habsburgo y con las divisiones occidentales, pero Francisco José lo traicionó. Además, Palmerston despreciaba la autocracia expansionista de Nicolás. Pam era un secretario de Interior de talante reformista liberal, un azote de la esclavitud global, reductor del trabajo infantil, protector de las mujeres con la creación de los divorcios civiles y pionero del papel del estado en la lucha contra las pandemias haciendo obligatoria la vacunación de los niños contra la viruela.[15]Entonces viajó apresuradamente a París para coordinarse con Napoleón.

El 27 de febrero de 1854, al ver que Nicolás no se retiraba, Pam guio al Reino Unido y Francia en una guerra conjunta contra Rusia. En septiembre, 30.000 soldados franceses y 26.000 británicos, con la ayuda de los italianos de Piamonte y los otomanos, llegaron a Crimea para tomar la base naval de Potemkin

en Sebastopol y destruir el poder ruso en el mar Negro. Fue la primera guerra de mediados de siglo en la que la caballerosidad e ineptitud de los comandantes aristocráticos chocaban con la eficiencia asesina del armamento moderno. Ambos bandos eran sumamente incompetentes, utilizaban cargas de caballería contra la artillería y exponían a la infantería ante posiciones fortificadas. Los dos estaban liderados por rigoristas negligentes y arrogantes.

Palmerston propuso que la reina Victoria y su marido, el príncipe Alberto, la quintaesencia de un nuevo puritanismo burgués, hicieran lo impensable: invitar a Napoleón, heredero del enemigo ancestral y notorio emperador de los antros de la nueva Babilonia, a que visitara Windsor. Palmerston había recibido de buen grado el golpe de estado de Napoleón, y su entusiasmo escandalizó a Alberto, cuyas quejas forzaron la dimisión de Pam como secretario de Asuntos Exteriores. La pareja real desaprobaba a Palmerston, pero Napoleón era totalmente inaceptable.

La reina británica había subido al trono en 1837, cuando era una adolescente inexperta y nerviosa. La monarquía ya no era poderosa, pero Victoria, pálida, rubia y rechoncha, con la cara redonda y ojos azules, se comportaba como si fuera la dirigente, haciendo gala de su influencia y prestigio con obstinada grandilocuencia y libre de cualquier duda. Su recia magnificencia ofrecía una figura tranquilizadora a su pueblo osado, ambicioso y próspero. Su virtud santurrona encajaba con los valores de las clases medias biempensantes del Reino Unido. Pero fueron Palmerston y un grupo de aristócratas y oligarcas quienes convirtieron el país en una potencia mundial.

El principal cometido de Victoria era casarse y aportar un heredero. Los pequeños principados de Alemania actuaban desde hacía mucho tiempo como agencia matrimonial para las dinastías europeas, pero su tío, el rey Leopoldo de Bélgica, había transformado a su familia, los Sajonia-Coburgo, en lo que Bismarck denominaba «el criadero de sementales de Europa». Leopoldo era autoritario y sofisticado, y desarrolló una Bélgica reinventada con la ayuda de sus amigos Rothschild para convertirla en una economía moderna y rica, pero también era un casamentero

consumado. En 1840 orientó a su sobrino Alberto, un joven solemne, cerebral y despreocupado, hacia la soltera más codiciada del mundo. Alberto había reaccionado contra sus desinhibidos padres, los duques de Sajonia-Coburgo. El duque había llevado al joven Alberto y su hermano Ernesto a probar las cortesanas de la Babilonia parisina. Ernesto se había convertido en un adicto al sexo y Alberto en un mojigato. Su madre recompensó al duque putero tomando a su chambelán de origen judío como amante, supuestamente el padre biológico de Alberto, y se divorció; no le permitieron ver a sus hijos nunca más. Alberto deslumbró a Victoria. «Lleno de bondad y dulzura», escribió, «muy inteligente y extremadamente atractivo. Tiene el pelo más o menos del mismo color que el mío. Sus ojos son grandes y azules, tiene una nariz bonita y una boca muy dulce ... pero el verdadero encanto es su semblante, que resulta de lo más agradable.» Victoria dio las gracias a Leopoldo «por la expectativa de gran felicidad que habéis contribuido a ofrecerme». Estuvo embarazada durante gran parte de su matrimonio, empezando con su hija Vicky, seguida de Bertie, príncipe de Gales, y siete hijos más.[16]

Victoria y Alberto consideraban a Palmerston y Napoleón fornicadores vergonzosos. Palmerston, felizmente casado con su antigua amante, la condesa Cowper, nunca había abandonado el ruedo: el hecho de que entrara en el dormitorio de una dama de honor en Windsor dejó estupefacta a la reina, a quien le disgustaba aquel «hombre fuerte y decidido con tantas ambiciones mundanas». Alberto decía que «carecía de escrúpulos».

El 16 de abril de 1855, Napoleón y Eugenia llegaron a Windsor. Sorprendentemente, el incorregible emperador y su advenediza emperatriz sedujeron a los remilgados Sajonia-Coburgo. «Hay algo fascinante, melancólico y cautivador que te atrae a él», opinaba Victoria. Napoleón, de voz suave, educado e inescrutable, coqueteó con Victoria, quien, según el secretario de Asuntos Exteriores Clarendon (descendiente del duque de Buckingham, favorito de Jacobo I, que en el diminuto mundo de la sociedad europea resulta que era el amante de la madre de Eugenia), «se sintió poderosamente excitada, porque nunca la

habían cortejado y él lo hacía de tal modo que halagaba su vanidad sin alarmar su virtud. Disfrutó de la novedad». Napoleón hablaba alemán con Alberto, y aguantaba sus pedantes sermones sobre sus valiosos planes para museos y organizaciones benéficas.

En Crimea, la artillería y las enfermedades mataron a 450.000 rusos, 120.000 otomanos, 100.000 franceses y 40.000 británicos, pero los occidentales demostraron ser algo menos ineptos, derrotaron a los rusos y finalmente conquistaron Sebastopol. El zar Nicolás murió miserablemente, y el atraso de los rusos quedó a la vista de todos. Su atractivo hijo Alejandro II se vio obligado a negociar el tratado de París, que extinguió temporalmente el poder ruso en el mar Negro.[17]

En cuanto a los otomanos, Palmerston había salvado su imperio una vez más. Él y Napoleón animaron a los reformadores que rodeaban al sultán Abdülmecit a modernizar su estado, prometer derechos igualitarios a los no musulmanes, protegiendo así a judíos y cristianos, y abolir la esclavitud negra, aunque no la blanca. Brutales operaciones rusas contra la minoría circasiana del Cáucaso provocarían un auge en las ventas de esclavos circasianos a Estambul. La *Tanzimat* —reorganización— otomana propició un nuevo «otomanismo» en un intento de crear una identidad multiétnica que mantuviera unido el imperio. Palmerston instauró una protección británica especial para los judíos otomanos mientras los franceses protegían a los maronitas de Líbano. La influencia europea había guiado la tolerancia otomana, pero esa etapa de cosmopolitismo duró solo tres décadas.

El 18 de agosto de 1855, Napoleón se reunió con Victoria y Alberto en Dunkerque y los acompañó a París a ver la Exposition Universelle, su versión de la Gran Exposición.[18]Victoria, la primera soberana británica que visitaba París desde Enrique VI, llevó a Bertie, su hijo de trece años, que quedó cautivado por la ciudad del placer. «Ojalá fuera vuestro hijo», le dijo el príncipe de Gales a Napoleón. Rechoncho y pelirrojo, Bertie anhelaba la aprobación de su padre, pero le encantaba escandalizarle; regresaría a la Babilonia parisina en cuanto tuviera la oportunidad. Crimea no era el único proyecto anglo-francés. De repente, ambas naciones se

vieron envueltas en conflictos con las dinastías del este.

El 11 de mayo de 1857, el monarca mogol Bahadur Shah Zafar, de ochenta y un años y descendiente de Tamerlán, Babur y Alamgir, recibió una noticia alarmante: había estallado una revuelta contra los británicos, y los primeros cipayos rebeldes estaban llegando a Delhi para aclamarlo como líder y matar a todos los cristianos que encontraran.

Rebelión: el último de los Tamerlán y el primero de los Nehru

Bahadur tenía poco poder fuera de su residencia, el Fuerte Rojo de Shahjahanabad, en Delhi. Como todos los mogoles cultos, era calígrafo y escribía poesía en persa y urdu, pero solo gobernaba «desde Delhi hasta Palam» (un suburbio de Delhi), y su corte estaba financiada por una pensión de la Compañía de las Indias Orientales. El Reino Unido, que acababa de tomar el control de Punyab, en el oeste, y Birmania, en el este, ahora dominaba la India, la primera vez que el subcontinente era gobernado por una sola potencia. Los británicos aspiraban al reino mogol y, como en el caso de los mogoles, la suya era una estructura improvisada dirigida por Londres. Algunas zonas supuestamente eran gobernadas por la Compañía de las Indias Orientales y gran parte por príncipes indios. La torpe arrogancia británica había enfurecido a hindúes y musulmanes. La mezcla cultural inicial se había visto sustituida por una superioridad racista británica que negaba a los indios los puestos de responsabilidad, y por una misión evangélica que sembró el temor a una posible conversión forzosa. Los príncipes y los terratenientes estaban molestos con las anexiones británicas, y los protonacionalistas con el gobierno extranjero. A principios de 1857, los nuevos cartuchos del ejército bengalí, cubiertos de grasa de vaca o cerdo, alarmaron tanto a hindúes como a musulmanes, que, furiosos por los castigos de los torpes oficiales británicos, se amotinaron en Meerut y pusieron rumbo a Delhi.

Zafar sintió la expectación de millones de personas cuando rajás y cipayos recurrieron a él por tratarse de la autoridad tradicional de la India. En Delhi, los cipayos se unieron a los rebeldes de Meerut y a una red clandestina de yihadistas. Los británicos huyeron de la ciudad o se escondieron en el palacio mientras una revuelta popular se extendía por Uttar Pradesh y Madhya Pradesh, así como Rajastán y Bihar.

Mientras una mezcla de rajás, señores de la guerra, campesinos, cipayos y sacerdotes —musulmanes e hindúes— atacaban a los soldados británicos y asesinaban a mujeres y niños, los británicos respondieron con igual ferocidad, ayudados por tres nuevas tecnologías que les brindaron la ventaja definitiva: el telégrafo les permitía desplegar refuerzos; en su país de origen, los ferrocarriles llevaban a los soldados a los puertos; y los barcos de vapor los trasladaban a la India. La seguridad británica era frágil: había 45.000 soldados británicos, algunos de la Compañía de las Indias Orientales y otros del ejército del reino, y 311.000 cipayos. Un solo líder indio que unificara las fuerzas tal vez habría podido hacerse con todo el país. Pero el motín era muy regional y solo contaba con apoyo masivo en Uttar Pradesh, en el oeste, mientras que buena parte de la población, la mayoría de los comerciantes indios, las élites portuarias y casi todos los estados principescos del norte y el centro mantuvieron su lealtad, como ocurrió con dos de los tres ejércitos de la Compañía. Sin la ayuda de los soldados indios, los británicos no habrían podido aplastar la rebelión.

—Yo no os he hecho llamar. Habéis sido malvados —dijo Zafar a los cipayos rebeldes.

Pero lo rodearon gritando:

—Rey, a menos que os unáis a nosotros, seremos hombres muertos.

—No tengo tropas, ni munición ni dinero —repuso Zafar.

—Tan solo dadnos vuestra bendición.

Zafar los bendijo, retomó las durbares por primera vez desde la conquista de Nader y nombró comandante en jefe a su hijo Mirza Mughal, tras lo cual, este construyó posiciones defensivas a toda prisa. Los cipayos y sus sirvientes salieron en busca de

europeos. Mirza Mughal participó en la masacre de 52 británicos en el Fuerte Rojo. En la ciudad, el *kotwal* —jefe de policía— del emperador era Gangadhar Nehru, hijo de un escribiente de la Compañía y ahora padre de cuatro hijos, que evitó participar en la rebelión. Su familia acabaría dominando la India unida.

En Awadh, al sureste de Delhi, Begum Hazrat Mahal, viuda del último rey, se hizo con el poder en la capital, Lucknow, y situó en el trono a su hijo adoptivo, Nana Sahib. Cuatrocientos británicos fueron asesinados. Más al sur, Lakshmi Bai, la hermosa viuda del último rajá de Maratha Jhansi, consumada esgrimista y amazona cuyo principado se había anexionado el Reino Unido, simpatizaba con los rebeldes, pero intentó proteger a los civiles británicos. Ante las posibles invasiones de príncipes indios rivales y la intervención británica, se unió a la rebelión, supervisó la fabricación de cañones y se convirtió en una líder militar glamurosa pero dura, que fascinaba a los británicos con su «gran carácter» y su «figura extraordinariamente esbelta».

Palmerston, que por fin era primer ministro, se sintió aliviado de que los ejércitos de Madrás y Bombay fueran leales, igual que los gobernantes de Cachemira y Haiderabad, además de los sijs y los pastunes de Punyab. Después de nombrar gobernador general a Charles Canning, hijo del antiguo primer ministro, ordenó que la rebelión fuera aplastada. La violencia extrema de ambos bandos dio lugar a un salvajismo mutuo.

Desollar, empalar y quemar: los británicos reconquistan la India

En verano de 1857, civiles y soldados británicos quedaron sitiados en Lucknow, Awadh. En Kanpur, Nana salvó a doscientos mujeres y niños de una masacre. Mientras las tropas británicas avanzaban desde Allahabad, los cipayos se negaron a matarlos, momento en el cual cinco carniceros del bazar ejecutaron a los doscientos británicos con cuchillos y golpearon la cabeza de los bebés contra los árboles cercanos. Después tiraron los cuerpos a un pozo. En

ocasiones usaron a los británicos como proyectiles de cañón. En total murieron seis mil durante la rebelión.[19]

El asesinato de civiles y la supuesta violación de mujeres británicas que publicó la prensa nacional se utilizó para justificar la venganza. William Hodson, hijo de un vicario que en parte era un erudito que dominaba el persa, el latín, el griego y el hindi y en parte un carnicero al que le encantaba matar con la espada y su arma favorita, la lanza para cerdos, formó una milicia anglo-sij, el Caballo de Hodson, cuyos miembros se enorgullecían de su salvajismo. «Nunca permito que mis hombres hagan prisioneros», decía Hodson, «sino que les ordeno que los ejecuten allí mismo.» El brigadier angloirlandés John Nicholson estaba cenando con otros oficiales cuando se enteró de la rebelión. «El motín es como la viruela», dijo. «Se propaga con rapidez y debe ser eliminado lo antes posible.» Nicholson, «una presencia imponente con su metro ochenta, su barba larga y negra y sus ojos gris oscuro, con unas pupilas negras que se dilataban como las de un tigre», curtido en guerras contra los sijs y los afganos (durante las cuales encontró el cuerpo mutilado de su hermano con los genitales metidos en la boca), formó una «fuerte columna móvil» de regulares británicos y auxiliares punyabíes y empezó a cazar rebeldes. Propuso «desollar vivos, empalar o quemar» a los asesinos y a aquellos que deshonraran a sus mujeres, y decía: «Infligía las torturas más atroces que se me ocurrían y tenía la conciencia muy tranquila». Después de cazar a los rebeldes en Peshawar, colgó a los cocineros que habían intentado envenenar a oficiales británicos, y al entrar en el comedor anunció: «Caballeros, siento haber retrasado la cena, pero estaba ahorcando a sus cocineros».

Nicholson y Hodson se dirigieron a Delhi. En septiembre se unieron a las tropas británicas que acampaban en el risco que dominaba la ciudad y se enfrentaron a los rebeldes, pero se vieron paralizados por los titubeos de su inepto coronel, Archdale Wilson. Nicholson, siempre acompañado de su gigantesco guardaespaldas punyabí, que se situaba detrás de él en las comidas y dormía en el umbral de su puerta, se había convertido en una leyenda. Cuando, gracias a sus tácticas agresivas, los refuerzos se abrieron paso, los

británicos irrumpieron en la ciudad. En los combates, Nicholson recibió un disparo, todavía indignado por el indeciso coronel, y ondeó su pistola: «Gracias a Dios, todavía me quedan fuerzas para dispararle si es necesario». No lo fue. Nicholson murió mientras el emperador y sus hijos se retiraban a la tumba de Humayun.

Hodson galopó con sus jinetes sij a través de una hostil Delhi, obligó a dos mil rebeldes a rendirse y luego rodeó la tumba y exigió la capitulación de Zafar. Después de hacerlo prisionero prometiendo perdonarle la vida, Hodson volvió al día siguiente para la rendición del príncipe Mirza, su hermano y su hijo. Mientras eran trasladados a Delhi en un carromato tirado por bueyes, Hodson se detuvo, desenfundó el Colt y les disparó a los tres. Después les quitó las espadas y los anillos grabados y colgó sus cuerpos desnudos en Khooni Darwaza, la Puerta de Sangre. «No puedo evitar sentirme complacido por las cálidas felicitaciones que recibí por destruir a los enemigos de nuestra raza», escribió. La mayoría de los dieciséis hijos del emperador murieron. «Me deshice de los miembros principales de la casa de Timur el tártaro», fanfarroneaba Hodson. «No soy cruel, pero disfruté de la oportunidad de librar a la tierra de esos desgraciados.»

En noviembre, los británicos reconquistaron Kanpur, y en marzo de 1858 apaciguaron Lucknow, donde, bajo el fuego del bastión de Sikandra Bagh, los soldados mataron a dos mil rebeldes al grito de «¡Kanpur, asesinos!». Después amontonaron sus cuerpos «en una pila tan alta como yo», según recordaba el futuro mariscal de campo Frederick Roberts. «Una masa enorme de muertos y moribundos inextricablemente enmarañados.» Cuando los soldados británicos descubrieron los cuerpos de civiles asesinados, enloquecieron: violaron a mujeres, cosieron cipayos musulmanes a pieles de cerdo antes de matarlos e hicieron que algunos brahmanes hindúes fueran ejecutados por parias (en su día conocidos como intocables, el estrato oprimido por debajo de las cuatro castas). Diez mil indios murieron en Kanpur y Lucknow. Hodson, investigado por corrupción, murió en el asalto al palacio de la begum, que escapó.[20]

Después de que Jhansi fuera reconquistada con una masacre

de mujeres y niños, Lakshmi Bai viajó a Gwalior para la última batalla. En junio atacaron los británicos. Luciendo uniforme de caballería, resultó herida por un sable británico y cayó de su montura. Cuando estaba disparando su pistola, recibió un balazo mortal. La ciudadanía británica estaba sedienta de sangre. Cientos de miles de indios murieron antes de que Canning detuviera la carnicería. Apodado jocosamente «Clemencia» Canning, asumió el control directo de la Compañía de las Indias Orientales y, en colaboración con un secretario de Estado para la India, gobernó el país como primer virrey. Victoria se convirtió en reina de la India, y las relaciones del virrey con los príncipes se efectuaban en majestuosas durbares, ceremonias presididas por procónsules imperiales.[21]

Zafar, el último Tamerlán, murió exiliado en Birmania en 1862, a los ochenta y siete años de edad. Al mismo tiempo nació otra dinastía: mientras los británicos bombardeaban Delhi, Gangadhar Nehru, el jefe de policía del emperador, había escapado a Agra con su esposa Jeorani y sus cuatro hijos. Poco después de la muerte de Gangadhar, Jeorani dio a luz a su hijo Motilal. Cuando su hermano mayor obtuvo el título de abogado, la familia se mudó a Allahabad, donde Motilal también se convirtió en un abogado de éxito y se casó con su segunda esposa, Swarup Rani Thussu. El 14 de noviembre de 1889 tuvo a su hijo Jawaharlal. Motilal, un sofisticado narrador con un bigote encerado y una voz resonante, era un hombre próspero, y en 1900 compró una mansión en la que se educó Jawaharlal hasta que fue enviado a Harrow, el mismo internado británico que Palmerston.

La India no fue la única crisis oriental de Pam. Algunos de los soldados que aplastaron la rebelión india iban de camino a atacar China, donde los comerciantes británicos, que estaban haciendo una fortuna con la venta de opio indio a los adictos locales, habían sufrido ataques. En abril de 1856, cuando terminó la guerra de Crimea y empezó la rebelión india, una concubina imperial de Pekín llamada Cixi, que tenía veintiún años, dio a luz a un niño, el único hijo del emperador Xianfeng.

Ella iba a dirigir la política china hasta el siglo XX.

Dragón Cojo, Rata Vieja con Cabeza de Hierro y el Pequeño An:
el ascenso de Cixi

La decidida Cixi nació en un imperio colosal al borde de la catástrofe. Se crio en un entorno confortable, hija de un oficial y duque manchú. A diferencia de los chinos han, los manchúes no les vendaban los pies a las niñas. En 1839, cuando ella tenía siete años, el emperador Daoguang ordenó la incautación y destrucción de un producto británico ilegal. «El opio es veneno», dijo, «y debilita nuestras buenas costumbres y moralidad.» A lo largo de doscientos años, la familia Aisin Gioro de los manchúes había gobernado una China en ascenso y había permitido que los europeos, primero los portugueses y más tarde los británicos, los americanos y otros comerciaran en Cantón. El emperador Qianlong y sus sucesores no ofrecieron puertos a los europeos y no mostraban interés en los tejidos británicos. Cuando su negocio del algodón se vio afectado por el sector del sur de Estados Unidos, los agricultores bengalíes empezaron a cultivar opio, que se vendía en Cantón. Como la Compañía de las Indias Orientales tenía prohibido venderlo, el opio era adquirido en Calcuta por empresarios, algunos de ellos parsis y algunos británicos, liderados por el duro escocés William Jardine, médico naval de la Compañía, que había fundado la empresa Jardine Matheson y se convirtió en el comerciante de opio más exitoso, apodado Rata Vieja con Cabeza de Hierro por los chinos. Jacob Astor y otros estadounidenses participaron del comercio.

Cuando los chinos destruyeron el opio británico, Jardine presionó a Palmerston, entonces secretario de Asuntos Exteriores, que en el parlamento se burló de los «hábitos morales» chinos y ordenó una guerra para defender el opio británico. Barcos británicos armados con cohetes Congreve derrotaron a los juncos militares chinos. «No cabe duda de que este acontecimiento, que marcará una época en el progreso de la civilización de las razas humanas», escribió Palmerston a Rata Vieja con Cabeza de Hierro,

«debe ir acompañado de las ventajas más importantes para los intereses comerciales de Inglaterra.» En 1842, China concedió a los británicos Hong Kong y 56 hectáreas al norte de Shanghái, y más tarde puertos a Francia y Estados Unidos.[22]Para China, aquello supuso el devastador final de dos siglos de ascenso.

Cuando el atribulado emperador ordenó investigaciones por corrupción, el padre de Cixi fue multado, pero no consiguió el dinero. Cixi, por aquel entonces una adolescente, propuso qué activos vender. «Esta hija es más bien un hijo», comentó su padre.

En 1852, Cixi, luciendo un vestido manchú con bordados y un tocado con joyas, se encontraba entre un grupo de chicas manchúes (no chinas) en un salón de la parte posterior de la Ciudad Prohibida para la primera selección de concubinas del harén del nuevo emperador Xianfeng, de diecinueve años, un anodino y melancólico amante de la ópera conocido como Dragón Cojo. Menuda, con una piel perfecta, labios carnosos y ojos radiantes, y ahora conocida como la concubina Yi, Cixi no era la más hermosa, pero fue elegida para el rango inferior entre los ocho que incluía el harén.

En el rango superior estaba la emperatriz Zhen, un año más joven que Cixi y apodada Fénix Frágil. Tenía diez sirvientas, una vaca privada, abundante comida y numerosos eunucos. Cixi tenía cuatro sirvientas y ninguna vaca. Pero a Dragón Cojo no le bastaba con disfrutar de sus concubinas manchúes en la Ciudad Prohibida; también acudía al Palacio de Verano, un lugar más relajado, para ver a las prostitutas con los pies vendados, un refinamiento que le encantaba. Cuando quería sexo, marcaba el nombre de una concubina en una tableta de bambú que le entregaba a su eunuco principal. Entonces, otro eunuco llevaba en brazos a la concubina desnuda a uno de sus dos dormitorios. Después del sexo, la chica volvía al harén. Cixi fue citada y quedó embarazada. En 1854 fue ascendida al quinto rango. Cuando daba consejos al emperador, este se ponía nervioso y se quejaba a su esposa Zhen de que era «maliciosa». Zhen formó una alianza con la embarazada Cixi. Cuando «la concubina Yi dio a luz a un gran príncipe», como decía su archivo palaciego, el emperador quedó encantado, la nombró

noble consorte Yi, segunda después de la emperatriz, y casó a su hermano, el príncipe Chun, con la hermana de Cixi.

Xianfeng necesitaba buenas noticias. Al poco de su ascenso, diez años después de la derrota a manos del Reino Unido, empezó una revuelta campesina en el sur, liderada por el carismático Hong Xiuquan, que se hacía llamar «el Sol» y «hermano de Jesucristo». Su mística Sociedad Veneradora de Dios, o Taiping, conquistó el sur, donde fundó un Reino Celestial con sede en Nankín. Cuando se enteró de la revuelta, Xianfeng se puso a llorar. Pero lo peor estaba por venir.

Su padre lo había elegido a él, el cuarto hijo de un total de nueve, como sucesor (selló su nombre en una caja lacada con las palabras «Diez mil años») por el odio de Xianfeng hacia los británicos, los franceses y los estadounidenses. A lo largo de una década, los extranjeros habían triplicado con creces las entregas de opio y habían construido puertos en Hong Kong y Shanghái mientras sus misioneros penetraban en el país. Xianfeng eligió a varios funcionarios para que tomaran medidas contra las concesiones de su padre y restringieran a los misioneros. En octubre de 1856, cuando nació el hijo de Cixi y empezaron los problemas en la India, un ataque al barco británico *Arrow* provocó enfrentamientos. Palmerston se negó a «abandonar a una gran comunidad de súbditos británicos en los confines del planeta ante un grupo de bárbaros que secuestran, asesinan y envenenan». Era la guerra.

Después de cosechar una reciente victoria conjunta con los británicos en Crimea, Napoleón utilizó el asesinato de un misionero francés en China como pretexto para participar en el ataque.

Xianfeng fortaleció sus defensas alrededor de Pekín, pero el contingente anglo-francés, liderado por James Bruce, conde de Elgin, y Charles Cousin-Montauban, reunió más tropas y avanzó hasta las fortalezas de Dagu. El emperador aceptó las exigencias británicas, pero más tarde se echó atrás. Cuando los británicos intentaron entrar en los fuertes de Dagu, fueron repelidos. En agosto de 1860, Elgin y Montauban lograron irrumpir en las

fortalezas. Como venganza, Xianfeng ordenó arrestar a los enviados británicos, que fueron torturados con las manos y los pies encadenados. 21 de los 39 murieron entre grandes sufrimientos. Pero el 21 de septiembre la caballería manchú fue aniquilada en Ba-li-qiao (Palikoa) y los europeos tomaron Pekín. Xianfeng y su corte, incluyendo a Zhen y Cixi, fueron hacia el norte y liberaron a los cautivos supervivientes, que se toparon con tal furia occidental que Elgin y Montauban ordenaron el saqueo e incendio del hermoso Palacio de Verano, construido por Qianlong. Las tropas emprendieron un «saqueo indiscriminado y una destrucción sin sentido», escribió un joven oficial británico, «presa de una locura temporal» y obsesionadas con saquear. Elgin y Montauban —a la sazón conde de Palikoa— se llevaron oro y jade para Victoria y Napoleón, mientras que un viejo cortesano que falleció durante el ataque dejó cinco perros pekineses que fueron trasladados al Reino Unido; la reina recibió uno, que fue bautizado con el grosero nombre de Botín y vivió diez años en Windsor. Los tratados de paz firmados por el hermano del emperador cedían Kowloon al Reino Unido, prometían indemnizaciones y garantizaban a Rusia una parte de la costa, en la que pronto se construyó el puerto de Vladivostok.

Napoleón creía en la *mission civilisatrice* de Francia igual que los hombres de estado británicos creían en el destino imperial de su nación. En Argelia, que albergaba a más de cien mil colonos franceses, las fuerzas de Napoleón utilizaron métodos brutales, masacres y deportaciones. Los franceses fueron derrotados temporalmente por un jeque místico y, tras su muerte, por la líder Lalla Fatma N'Soumer, hasta que fue capturada y falleció en prisión. Cuando visitó Argelia, Napoleón intentó acabar con el racismo de los colonos e imaginó una colonia francesa y un reino árabe con él como *roi des Arabes*: «Soy tan emperador de los árabes de Argelia como de los franceses». Igual que en el Reino Unido, los empresarios agresivos fueron quienes impulsaron la expansión imperial. Cuando la familia Prom, ricos armadores de Burdeos, propuso a Napoleón que penetrara en África, este ordenó a sus gobernadores que se desplegaran desde Saint-Louis, en la costa,

hacia el interior de lo que luego sería Senegal. Deseoso de aprovechar la presencia francesa en Asia, se hizo con una base naval en China y envió una flotilla para atacar Annam (Vietnam), donde, como rechazo a la infiltración de misioneros católicos, el emperador Tu Duc había ejecutado a dos sacerdotes españoles. En septiembre de 1857, las tropas francesas tomaron Da Nang y Saigón; en ambas ciudades fueron repelidas por los vietnamitas, pero Napoleón envió refuerzos, que en junio de 1862 reconquistaron Saigón. Así se estableció la colonia francesa de Cochinchina.

En 1863, Napoleón puso la mirada en Camboya. Sus reyes habían abandonado Angkor hacía mucho tiempo y trasladado la capital a Phnom Penh, pero, débil y dividida, esta fue disputada por los emperadores de Vietnam y los reyes de Siam (Tailandia). En 1848, el príncipe camboyano Duong expulsó a los vietnamitas con el respaldo de Siam y restituyó el reino jemer. Pero cometió el error de solicitar protección napoleónica en 1853: «¿Qué podía hacer? Tengo dos señores por vecinos y Francia está lejos». No por mucho tiempo. Norodom, el hijo de Duong, se vio obligado a aceptar un protectorado francés. Napoleón había creado Indochina, un imperio asiático francés que se prolongó hasta 1954.

En Pekín, la debacle acabó con Xianfeng, que en 1861 fue sucedido por el emperador Tongzhi, el hijo de cinco años que había tenido con Cixi, y ocho regentes encabezados por el príncipe manchú Sushun y su hermano, mientras Zhen ejercía de madre formal y emperatriz viuda. A medida que se aproximaba el funeral, Cixi, que oficialmente seguía siendo la consorte Yi, convenció a Zhen de que hiciera campaña por su ascenso a coemperatriz viuda y adoptó el nombre de Alegre (Cixi). Recabando apoyos entre los hermanos de su marido, los príncipes Gong y Chun, que la animaron a «escuchar la política entre bastidores», y arreglándoselas para hacerse con el control de los sellos reales, manipuló a los regentes para que le gritaran irrespetuosamente mientras ella y Zhen acunaban al niño emperador. Sushun ordenó el asesinato de Cixi.

En el funeral de su marido, en el que la mitad de los regentes

acompañaron al féretro y la otra mitad al nuevo emperador, Cixi orquestó un golpe de estado, ocultando el decreto para destituir a los regentes cosiéndolo a la túnica de Zhen. Algunos regentes irrumpieron en el harén gritando: «Somos nosotros quienes escribimos decretos». Cixi ordenó fríamente su detención. Sushun, que estaba a cargo del ataúd, fue detenido cuando se le sorprendió yaciendo con dos concubinas, una conducta indigna durante unas exequias reales. Mientras Cixi amañaba el juicio, culpando a los regentes de firmar los tratados extranjeros y falsificar el testamento de su marido, dos de ellos «recibieron seda», la bufanda blanca con la que ahorcarse; a Sushun le cortaron la cabeza.

Después de la coronación de su hijo, luciendo bordados amarillos ilustrados con dragones y ocupando un trono con nueve dragones en el Salón de la Armonía Suprema, Cixi era gobernadora de China y se levantaba cada día con Zhen (con quien gobernó durante veinte años) para sentarse con sus túnicas con aves fénix, sus zapatos con incrustaciones de perlas y sus extravagantes peinados detrás del pequeño emperador mientras debatían cuestiones de estado con el Gran Consejo. La más urgente era la rebelión de Taiping, cuyos líderes ahora gobernaban a treinta millones de personas en un área más grande que toda Europa. El Rey Celestial, el Hermano de Jesús, había muerto, pero los Adoradores siguieron luchando en medio de la plaga de peste bubónica. Cixi reunió a un Ejército Siempre Victorioso aprovisionado por Occidente y liderado por el funcionario Li Hongzhang, que contó con la ayuda de dos aventureros extraordinarios, el estadounidense Frederick Ward y el británico Charles «Chino» Gordon.[23]Li invitó a los líderes de Taiping a una cena en la que les ofrecieron un sombrero de mandarín, pero, cuando se arrodillaron y se descubrieron la cabeza, fueron decapitados. La de Taiping fue, junto con la rebelión de An Lushan en el siglo VIII, la guerra civil más sangrienta de la historia: murieron treinta millones de personas, o puede que más.

Cixi lanzó un «Movimiento Autofortalecedor» y encargó barcos militares y de vapor y ferrocarriles. Pero el poder tenía su precio. Como viuda de treinta y pocos años, Cixi no podía llevar

maquillaje ni rojos llamativos, y optaba por túnicas naranjas, chaquetas azul claro y, a medida que se hacía mayor, un peluquín. Le costaba hacer amigos, y aún más tener amantes, ya que sus acompañantes eran eunucos. Cixi se enamoró de An Dehai, un eunuco joven y sensible. Cuando puso apresuradamente al Pequeño An a cargo de la selección de una esposa para su hijo Tongzhi, aquel partió orgulloso con un séquito, incumpliendo así la norma que prohibía a los eunucos salir de Pekín. Los príncipes Gong y Chun ignoraron la autorización de Cixi. El Pequeño An fue arrestado con otros seis eunucos, y más tarde decapitado y exhibido desnudo. Uno de los amigos del Pequeño An, otro eunuco, criticó a Cixi por no apoyarlo, y esta ordenó que lo estrangularan. Luego se desplomó en la cama y pasó un mes con insomnio y vómitos. Siempre antepuso el poder al amor. Cuando su único hijo, Tongzhi, murió en 1875, solo dos años después de haber asumido plenos poderes, adoptó y entronizó a su sobrino, entonces un bebé, el emperador Guangxu, apartándolo de su padre, el príncipe Chun, al que humilló por ser su enemigo. Adoptando el título de emperatriz madre, hizo que el emperador la llamara Queridísimo Papá. Desde ese momento dominó China hasta el siglo XX.

Napoleón había ganado guerras contra Rusia y China, había asegurado Argelia y se había expandido a Senegal e Indochina. Ahora una bella condesa hizo que pusiera su mirada en Italia.

SI ES NECESARIO, SEDUCE AL EMPERADOR: NAPOLEÓN, LA REINA DE CORAZONES Y EL «RISORGIMENTO» DE ITALIA

La condesa Virginia «Nini» di Castiglione no era una diplomática corriente. «He incluido a la bella condesa en el servicio diplomático de Piamonte», dijo el conde Camillo Cavour, primer ministro de Piamonte, el reino del norte de Italia. A fin de propiciar la unificación de Italia, debía «coquetear y si era necesario seducir al emperador» para así conseguir el apoyo de Napoleón III contra los Habsburgo. Castiglione, de ojos verdes y cabello negro, «un milagro de belleza, Venus descendida del

Olimpo», según Paulina Metternich, mujer del embajador de Austria, pero también despreocupada y pícara, era una aristócrata florentina casada recientemente con un conde mayor que ella con el que tuvo un hijo antes de iniciar un breve romance con Víctor Manuel II, el rey piamontés. «Es una imbécil», concluyó lord Clarendon, pero Cavour, un playboy con el pelo largo, un bigote ondulado y seis amantes, la consideraba su arma secreta: «Triunfad, prima mía, por el método que gustéis».

París ya estaba llena de bellezas ambiciosas, pero Castiglione se convirtió en el blanco de todas las miradas, y pronto se fijó en ella Napoleón, que pidió que la llevaran a las Tullerías. Estando la emperatriz Eugenia embarazada, Castiglione apareció en un baile disfrazada de reina de corazones, con un vestido «totalmente abierto por los lados de caderas abajo, el pelo suelto cayéndole por el cuello y los hombros» y un corazón situado estratégicamente a la altura del pubis.

«Vuestro corazón parece un poco bajo», observó la emperatriz. Sin embargo, «cada movimiento resultaba artificioso y empezó a poner nerviosa a la gente», dijo Paulina Metternich.

«Es muy hermosa», le dijo Napoleón a su prima, la princesa Matilde, «pero me aburre mortalmente.» Napoleón se decantó por Marie-Anne, esposa del conde Alejandro Walewski, su ministro de Asuntos Exteriores, que era el hijo de Napoleón I con su amante polaca Marie Walewska. En una ocasión en que el tren imperial se dirigía a Compiègne, se abrió una puerta y allá estaba el emperador besando a Marie-Anne delante de su marido. En las Tullerías, cuando los cortesanos descubrían a Napoleón *en bonne fortune*, él se limitaba a saludar y continuaba. Cuando lo sorprendía la emperatriz, esta decía: «*Sortez, mademoiselle*», la chica se vestía y salía a todo correr.

Donde el sexo le falló a Italia, triunfó el asesinato. En enero de 1858, los nacionalistas italianos, disgustados porque Napoleón había ignorado su causa, lanzaron bombas al emperador y Eugenia cuando iban al teatro, y perecieron ocho personas. Los monarcas, con heridas leves, tuvieron el valor de ver la obra, pero la experiencia hizo que Napoleón recordara su juventud como

patriota italiano. Ahora, aunando su nacionalismo idealizado, sus conspiraciones compulsivas y sus ambiciones militares, apoyó a Cavour y el *risorgimento* italiano y provocó una guerra con Austria.

El 24 de junio de 1859, en Solferino, situada en la Italia de los Habsburgo, Napoleón, fumando un cigarrillo tras otro en su silla de montar, derrotó a los austríacos, liderados por Francisco José, en una de las primeras batallas de la guerra moderna y la última capitaneada por soberanos. Combatieron un total de 300.000 soldados y murieron 29.000, más que en Waterloo. «¡Pobres hombres! ¡La guerra es algo terrible!», suspiró Napoleón, que vomitó al ver un montón de miembros amputados. Más tarde, bromeaba sombría pero inteligentemente: «Ya he tenido suficiente guerra. Depende demasiado de la suerte». En una cabaña situada a las afueras de Villafranca se reunió con Francisco José y aceptó un compromiso que cedía buena parte de los territorios italianos de los Habsburgo al nuevo reino. Pero, traicionando nuevamente a sus aliados italianos, Napoleón conquistó Saboya, la Riviera actual, para Francia. Muchos italianos estaban furiosos. Giuseppe Garibaldi, un intrépido patriota y marinero de Niza que se convirtió en libertador profesional,[24]dirigió un ejército de voluntarios, la Expedición de los Mil, para conquistar Sicilia, donde fue proclamado como dictador. En Milán, Víctor Manuel se declaró rey de Italia, apoyado por Garibaldi, que ahora se concentraría en una nueva guerra.

En 1861, Garibaldi ofreció sus servicios a Abraham Lincoln, recientemente elegido presidente de Estados Unidos, en la crisis de la esclavitud, fruto de la contradicción moral que habitaba el corazón de la democracia que estaba cambiando el mundo.

Solo unos meses antes, en abril de 1860, un exoficial que estaba pasando por un mal momento empezó a trabajar en la tienda de artículos de piel de su padre en Galena, Illinois, donde servía a los clientes y recogía facturas. A veces, Ulysses Grant entretenía a sus amigos con historias sobre la guerra de México. Pero había una sombra en su pasado: seis años antes, el capitán Grant se había visto obligado a abandonar el ejército por ebriedad estando de servicio. «Cuando no tengo nada que hacer», confesó,

«me pongo triste y deprimido. Tengo una tendencia natural a la bebida.» Su padre, Jesse, adinerado curtidor y propietario de una tienda, le ofreció trabajo como dependiente y, desde esa inverosímil posición, Grant observó la creciente crisis.

Nunca protestaba, pero era obvio que estaba destinado al anonimato, y había pocos indicios de que pronto fuera a convertirse en uno de los estadounidenses más importantes.

Los arrollaremos mañana: Ulysses y Abraham

Al mes siguiente, el Partido Republicano, fundado recientemente, eligió como candidato presidencial a Abraham Lincoln, un semidesconocido abogado de las praderas y excongresista. Con 1,65 metros de altura, ojos grises y facciones simiescas, el locuaz Lincoln había nacido en una cabaña de madera en Kentucky y se había hecho popular como Abe el Honrado, el Leñador (acostumbrado a partir troncos), despertando el interés nacional en los debates de la campaña al Senado de Illinois.

El cisma estadounidense ya estaba degenerando en una guerra. Todo había empezado en Kansas, donde un abolicionista medio loco llamado John Brown y apodado «Soy el Instrumento de Dios» lideraba una milicia que luchaba contra los propietarios de esclavos. En octubre de 1859, Brown invadió Virginia, por lo cual fue ahorcado. Lincoln despreciaba «la monstruosa injusticia de la esclavitud» y la decadencia moral del «poder sobre los esclavos». Aunque el candidato del nuevo Partido Republicano aceptaba su existencia en los estados del sur, no consentiría su propagación. Los sureños temían que cualquier limitación pusiera en peligro su poder para expandirse. De repente, cuarenta años de búsqueda de concesiones parecían haberse agotado.

El 6 de noviembre de 1860, Lincoln fue elegido presidente. En diciembre, Carolina del Sur se separó de la Unión, seguida de otros seis estados esclavistas. Juntos declararon la Confederación Provisional de Estados Unidos, que eligió como presidente a Jefferson Davis, un exgeneral y senador propietario de esclavos, y

a Alexander Stephens como vicepresidente. En un discurso pronunciado en Savannah, Georgia, Stephens definió la Confederación en función de la esclavitud: «Su piedra angular reside en la gran verdad de que el negro no es igual que el blanco, de que la esclavitud, la subordinación a la raza superior, es su condición natural y normal. Este, nuestro nuevo gobierno, es el primero en la historia del mundo que se basa en esta gran verdad física, filosófica y moral». Los terratenientes de la Confederación crearon un mito de caballerosidad sureña del cual se mofaba Grant: «Los esclavistas del sur creían que poseer esclavos les confería una suerte de patente de nobleza». La rebelión giraba en torno a la esclavitud, no a los derechos de los estados. La posterior guerra puso de manifiesto que la esclavitud no solo era moralmente repugnante, sino económicamente desastrosa. La Confederación era menos populosa, ya que la esclavitud reducía los salarios de los blancos pobres y, por tanto, no atraía a nuevos inmigrantes, y los privilegios de los esclavistas no fomentaban la industria. Sin embargo, sería una guerra de ejércitos de reclutas y matanza industrial.

Mientras Grant ofrecía sus servicios y tomaba el mando de un regimiento en Misuri, Lincoln le ofreció el puesto de comandante en jefe a Robert E. Lee, un atractivo aristócrata virginiano casado con la bisnieta de Martha Washington. Lee, que creía que «los negros están inmensamente mejor aquí que en África ... La dolorosa disciplina a la que están sometidos es necesaria para su instrucción como raza», lo rechazó y tomó las riendas de las fuerzas confederadas. Lincoln optó por el joven general George McClellan, que lo tachaba de «borrico bienintencionado». McClellan quería mantener la esclavitud, abrigaba ambiciones propias de un César y le dijo a su mujer: «Parece que me he convertido en el poder de la tierra ... Casi creo que, si ahora mismo cosechara algún pequeño éxito, me convertiría en dictador». Lincoln lo eligió para liderar el Ejército del Potomac, y más tarde como comandante en jefe, pero McClellan prevaricó cuando atacaron los confederados. Lincoln no tardó en mostrarse insatisfecho. «Si el general McClellan no quiere utilizar el ejército»,

dijo, «me gustaría tomarlo prestado por un tiempo.»

La Confederación controlaba Virginia, y su mejor oportunidad para derrotar al norte, una región más poblada, era atacar rápido. Lee avanzó, pero no con suficiente velocidad o fuerza. El enfrentamiento posterior demostró el poder destructivo de las nuevas tecnologías en la carne de unos hombres que fueron desplegados como si estuvieran librando una guerra tradicional de caballería y coraje. Por el contrario, las andanadas de artillería y los rifles de largo alcance marcaron una nueva época que exigía nuevos generales: en Antietam, veinte mil soldados murieron o resultaron heridos, el día más sangriento en la historia de Estados Unidos. Lincoln pronto se dio cuenta de que Grant, que estaba combatiendo en el oeste, era un ganador. Incluso cuando estaba a punto de ser derrotado en Shiloh, se limitó a decir: «Los arrollaremos mañana». Los generales necesitaban valentía para sufrir grandes bajas, pero Grant también poseía sangre fría y previsión estratégica para ganar. «Vi un campo», recordaba después de Shiloh, «tan lleno de muertos que habría sido posible atravesarlo en cualquier dirección pisando cadáveres sin tocar el suelo en ningún momento.»

El final de la ofensiva de Lee dio poder a Lincoln para ordenar, el 22 de septiembre de 1862, la emancipación de los tres millones y medio de esclavos de los estados confederados. La orden se haría efectiva a partir del 1 de enero del año siguiente. Frederick Douglass, el exesclavo y líder afroamericano, se preguntaba si Lincoln cumpliría su promesa: «¿Algún hombre de color puede olvidar la noche posterior al primer día de enero de 1863, cuando el mundo esperaba ver si Abraham Lincoln cumpliría su palabra?».[25]

Más de 179.000 afroamericanos escaparon del sur y se unieron a las fuerzas unionistas. No todos los generales de la Unión los acogieron de buen grado, pero Grant sí.[26]

Finalmente, Lincoln degradó a McClennan, pero Grant fue criticado por sus sangrientas batallas y sus lapsus alcohólicos. «Creo que a Grant no le quedan más amigos que yo», dijo Lincoln. «Lo que yo quiero son generales que libren batallas y cosechen

victorias, y Grant lo ha hecho.» Grant conquistó Vicksburg, en Misisipi, mientras otro general competente, desplegando la superioridad de la Unión en cuanto a hombres y material, derrotaba a los confederados en una sangrienta batalla en Gettysburg, Pensilvania. Cuando Lincoln visitó el campo de batalla, definió el ideal estadounidense del «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Al planificar su reelección, temía que Grant se presentara contra él. Una vez que hubo comprobado que Grant no tenía esa ambición, lo ascendió a comandante de los ejércitos de la Unión, y finalmente se conocieron.

«Vaya, aquí está el general Grant», dijo Lincoln en la Casa Blanca. «Es un gran placer, se lo aseguro.» Grant, lacónico, robusto e intenso, admiraba al desgarbado Lincoln —«Es un gran hombre», afirmó—, pero no le gustaba recibir tanta atención, y le dijo a Julia: «De veras, me encantaría estar de vuelta en el campo». Pero tenían mucho en común: ambos eran pragmatistas de la pradera subestimados y sinceros que repudiaban la esclavitud pero se habían casado con miembros de importantes familias propietarias de esclavos. Ambos tenían cruces con las que cargar: para Lincoln era la depresión; para Grant, la bebida. Las órdenes operativas de Lincoln eran sencillas. «Quería que derrotara a Lee», dijo Grant, «pero la manera de hacerlo era cosa mía.» Grant y Lee eran personalidades opuestas: Lee, un aristócrata que maniobraba como un Napoleón de Virginia; y Grant, «el hombre más menudo y callado que hayas visto nunca», señalaba un oficial. «El único indicio de que esté en algún sitio es que consigue cosas.» Y no tardó en hacerlo, adentrándose en Virginia y Georgia.

Lincoln ordenó el reclutamiento, aunque sus primeras fases provocaron altercados en Manhattan. Las guerras civiles dividen a las familias, y los Roosevelt no eran una excepción: el longevo millonario Cornelius Van Schaack Roosevelt y su hijo Theodore eran férreos abolicionistas y yanquis, pero Mittie, la mujer del segundo, era una confederada igual de apasionada. En 1860, Mittie dio a luz a Theodore hijo, un momento en el cual Estados Unidos atravesaba una crisis. En secreto, Mittie tejía ropa para los soldados confederados, y sus hermanos eran agentes de la

Confederación que conspiraron para asesinar a Lincoln y comprar nuevos barcos de guerra en el Reino Unido. Theodore se negó a combatir contra la familia de su mujer y, como muchos de su clase, pagó a un sustituto para que lo hiciera en su lugar. El pequeño Teddy admiraba a su madre, pero adoraba a Lincoln y soñaba con luchar por la Unión.

La autodestrucción de Estados Unidos era una oportunidad para sus rivales. En el oeste, los pueblos nativos empezaron a atacar de nuevo. Grupos de comanches asaltaron Texas; en septiembre de 1860, el gobernador Houston envió una unidad de rangers con sus auxiliares tónkawa a cazar a los atacantes comanches, y tendieron una emboscada al pueblo de Peta Nocona, donde asesinaron a hombres, mujeres y niños. Peta Nocona y su hijo Quanah no estaban allí, pero los rangers capturaron a una mujer rubia de ojos azules y a su niña pequeña.

Cynthia Parker y Peta Nocona; Francisco José y Sisi

Cuando fue interrogada, la mujer rubia dijo: «Yo Cynthia». Ante ello, uno de los rangers exclamó: «Pero, Tom, esta mujer es blanca. Los indios no tienen los ojos azules». La mujer fue conducida a Fort Belknap, donde Isaac Parker no fue capaz de identificar a su hermana perdida desde hacía mucho tiempo, que apenas recordaba su idioma. Pero, finalmente, los Parker la adoptaron. Sin embargo, Cynthia lloraba por Peta y sus hijos, a quienes creía muertos. Cuando su hija murió de gripe, intentó quitarse la vida cortándose los senos, y acabó dejándose morir de hambre.

En la pradera, su marido Peta Nocona también la lloró, y murió a causa de unas heridas poco después. Su hijo Quanah, que en aquel momento tenía quince años, se enteró de que su madre era estadounidense. Decidido a luchar por su pueblo, se unió a otro grupo de combatientes y planeó su venganza.

Napoleón y Palmerston también vieron oportunidades. Irónicamente, el primer gobernante del Viejo Mundo que apoyó a Lincoln fue Alejandro II. El virtuoso abogado rural y el

concupiscente emperador Románov tenían algo en común: en febrero de 1861, Alejandro había liberado a los siervos rusos, dos años antes de la emancipación de Lincoln. En ambos casos, la medida levantó expectativas radicales que resultaron decepcionadas, y los dos lo pagaron con su vida.

Sorprendentemente, el Reino Unido y Francia se decantaron por la Confederación. Palmerston había sido reelegido en 1859 a la edad de setenta y cuatro años, y su vigor se vio confirmado por los rumores de hijos ilegítimos y su citación en un caso de divorcio, lo cual contribuyó a su fama de pícaro. Pam estaba desesperado con su canciller, Gladstone, melodramático y beato, con la mirada perdida, que recorría las calles de Londres buscando prostitutas a las que redimir. Esto conllevaba largas y jugosas conversaciones sobre Cristo con mujeres de la noche, tras las cuales Gladstone intentaba no masturbarse. «Si algún día llega a ocupar mi puesto, van a suceder cosas raras», dijo Palmerston. Este había orquestado las campañas antiesclavitud de la armada, pero los sectores textiles británico y francés dependían del algodón del sur. Gladstone propuso una intervención armada,[27]y Palmerston estuvo a punto de reconocer a la Confederación, igual que su aliado Napoleón, que en parte se vio frenado por su dentista estadounidense, Thomas Evans, sin duda el odontólogo más poderoso de la historia.[28]Pero Napoleón, en plena expansión en Asia y África, vio la oportunidad de fundar un imperio en América: en México.

Partida por la mitad por las adquisiciones estadounidenses y renqueante a causa del mal gobierno y la desigualdad racial y económica, la república tenía problemas, pero su presidente, Benito Juárez, un abogado de humildes orígenes zapotecas, había restablecido el orden después de Santa Anna, aunque suspendió los pagos de sus deudas europeas. Animado por Morny, que tenía bonos mexicanos, Napoleón creó una coalición anglo-francesa para aprovechar el caos de Estados Unidos. Aunque Palmerston respaldó la intervención francesa, limitó su participación. En diciembre de 1861, las tropas de Napoleón desembarcaron en México, expulsaron a Juárez y, en junio de 1863, conquistaron la capital. Eugenia presentó a su marido a los nobles de México, que

propusieron una monarquía europea. En julio, Napoleón buscó un emperador para México, y lo encontró entre los Habsburgo: Maximiliano, el hermano de Francisco José.

El joven emperador había sufrido una derrota en Solferino y había perdido Italia, pero sobrevivió a todo. Hasta hacía poco, el archiduque Maximiliano había sido su heredero, pero su madre, Sofía, había organizado el matrimonio de Francisco José con su sobrina bávara, la princesa Sisi, de veintitrés años. El arisco káiser se enamoró locamente de ella. «Querido ángel», la llamaba siempre. «Mi más amada alma, amor de mi corazón.» Y firmaba: «Tu hombrecito». Cuando él se recuperó de la pérdida de Italia, Sisi dio a luz a dos hijas. Pero se mostraba impávida ante el áspero emperador, y se sentía ahogada por la pomposidad de la corte y acosada por su estridente suegra, que daba órdenes a los niños y tildaba a Sisi de «madre joven y tonta». Cuando murió su hija de dos años a causa del tifus, Sisi cayó en una depresión y se negó a comer. Después montó gimnasios en sus palacios, hacía ejercicio y dieta y se daba atracones de manera obsesiva.

Alta, delgada y bella, se enorgullecía de su cintura (41 cm) y se ponía corsés muy apretados. Anhelaba la libertad, la fama y el amor como una mujer moderna, y cabalgaba y cazaba compulsivamente, lo que la convirtió en la amazona más rápida de Europa. Volviéndose cada vez más egocéntrica y autocomplaciente, tenía poco tiempo para Francisco José, y no demasiado para sus hijos: «Los niños son la maldición de una mujer, porque, cuando llegan, acaban con la belleza». Adoraba los versos de Heinrich Heine y ella misma escribía poemas en los que a menudo se burlaba de sus enemigos. Odiaba la vida de la corte, «este aburrimiento, esta tortura», como la llamaba ella. «Adoptó la idea de que la libertad era un derecho de todos», escribió Estefanía, su futura nuera. «Su imagen de la vida semejaba un hermoso cuento de hadas sobre un mundo exento de tristeza o limitaciones.» En 1858 dio a luz a un hijo, el príncipe heredero Rodolfo, cumpliendo así su principal deber, y después viajó por el mundo, buscó el placer y evitó la corte, a su marido y a sus hijos.

Maximiliano era un problema. Casado recientemente con

Carlota, hija de Leopoldo de Bélgica, otra unión con los Sajonia-Coburgo, anhelaba una corona. El emperador lo nombró comandante naval, pero lo destituyó por su liberalismo. En verano de 1863, en plena guerra civil estadounidense, le ofrecieron el trono de México, y Carlota lo presionó para que aceptara. No era tan absurdo como parece hoy en día: ya existía una exitosa monarquía brasileña, liderada por sus primos, y los Habsburgo habían gobernado México durante siglos. Napoleón utilizó sus encantos con Maximiliano, que lo despreciaba como a un «director de circo ... con las piernas arqueadas. Caminaba de lado, tenía una mirada furtiva y los ojos medio cerrados, y perseguía a todas las mujeres guapas». Pero Napoleón supo explotar el sentido de la misión liberal de Maximiliano. «Es cuestión de rescatar a todo un continente de la anarquía», dijo, «de ser un ejemplo para toda América.» Asimismo, prometió: «Francia nunca le fallará al imperio mexicano».

Ocupado en la guerra civil, Lincoln desaconsejó un plan que contravenía la preponderancia estadounidense en Suramérica, expresada en la Doctrina Monroe, pero no estaba en posición de frenarlo. Francisco José lo respaldaba, pero insistió en que Maximiliano renunciara a sus derechos sobre Austria. Un furioso Maximiliano se lo pensó mejor, pero Carlota insistía, y Napoleón le escribió: «Es imposible que renunciéis a ir a México. Está en juego el honor de la Casa de Habsburgo».

Maximiliano y Carlota zarparon rumbo a México.

Guerras americanas: Pedro y López; Carlota y Eliza

En mayo de 1864, la pareja llegó a México[29]e instaló su corte en el amplio pero ruinoso castillo de Chapultepec, en su día un templo para los mexicas *tlatoani*. Recientemente había sido invadido por soldados estadounidenses y después restaurado de manera extravagante. Maximiliano era partidario de la educación universal y los derechos de los trabajadores, lo cual provocaba rechazo entre los conservadores. El apoyo francés lo desacreditaba a ojos de los

liberales. Finalmente pivotó a la derecha, respaldado por su ínfimo contingente mexicano, tropas francesas y un regimiento sudanés negro que había enviado Said, hijo de Mehmet Alí y aliado egipcio de Napoleón. Pero Juárez, el presidente por votación, organizó una insurgencia nacional.

Maximiliano podía mirar con cierta envidia a Brasil, liderado por su primo hermano Pedro II. Allí, el joven emperador era muy querido. A sus catorce años, el nieto de Francisco de Austria, sobrino de Napoleón I —muy habsburguiano, rubio y con un mentón prominente—, había sido coronado emperador constitucional con cetro, capa de tucán y charreteras de plumas de gallito de las rocas, y tenía cortesanos negros y mestizos. «La monarquía se estaba tropicalizando», escribe Lilia Schwarcz.

A caballo entre Río y un palacio de verano en Petrópolis, su nuevo lugar de vacaciones, Pedro dirigía pero no dictaba el gobierno, y promovía con diligencia la monarquía americana y las nuevas tecnologías, los barcos de vapor y los ferrocarriles. Además, se convirtió en el primer monarca fotógrafo y compró un equipo de daguerrotipo. «Si no fuera emperador, me encantaría ser profesor», decía, y a veces añadía: «*La science, c'est moi*». Despreocupado, culto, políglota y estudioso del griego, la medicina, la astronomía y la ingeniería, se casó, como era debido, con una princesa de Borbón, aunque en secreto estaba dedicado a su amante, adoptó la cultura afrobrasileña, respaldó el carnaval de Río y rindió homenaje a sus líderes negros electos, a los Reyes Magos y al emperador del Divino Espíritu Santo.

Pero era una sociedad que aún se basaba en las plantaciones de café, donde trabajaban esclavos. Entre 1841 y 1850, al menos un 83 % de los esclavos africanos llegaron a Brasil, y el resto a Estados Unidos y Cuba. Pero la Armada Real británica interceptaba cada vez más barcos. Los terratenientes brasileños aún temían una revuelta como la de Haití. En 1849 había en Río 110.000 esclavos y 266.000 blancos. La zona que rodeaba el palacio de Río estaba tan poblada de esclavos que era conocida como Pequeña África y, a pesar de la mezcla de razas, las élites brasileñas eran enteramente blancas. Las condesas asistían a bailes de la realeza y compraban

en los grandes almacenes parisinos de la Rua do Ouvidor, tal como relatan las historias del novelista Machado de Assis, cuyo personaje Cândido Neves es un cazador de esclavos orgulloso de su trabajo. En 1850, Brasil prohibió el comercio de esclavos, pero no la esclavitud. Con todo, no fue una revuelta de esclavos lo que desafió a la monarquía, sino una guerra.

En 1864, el mariscal Francisco López, presidente de Paraguay desde la muerte de su padre[30]y compañero de Eliza Lynch, madre de sus cinco hijos, atacó Brasil. En los siete años transcurridos desde que llegó de París, La Lynch había enseñado a los lugareños a disfrutar de la comida y la moda francesas, a la vez que amasaba cinco millones de hectáreas de tierras estatales transferidas que la convertían en la mayor hacendada del mundo.

En su lecho de muerte, el padre del mariscal le había advertido que evitara la guerra con Brasil. Pero, con 55.000 soldados pertrechados con la última tecnología, López, conocido como El Mariscal, utilizó la independencia de Uruguay como pretexto y atacó Argentina y Brasil. Su locura era asombrosa: la población total de Paraguay era menor que la Guardia Nacional brasileña. Mientras Brasil, Uruguay y Argentina contraatacaban y Maximiliano tenía dificultades para sobrevivir en México, el general Grant estaba estrangulando a la Confederación desde el norte y el sur.

Lincoln y Grant: Todos somos americanos

El 4 de marzo de 1865, mientras los soldados negros participaban en su desfile inaugural en Washington, D. C., Lincoln juró el cargo por segunda vez y prometió «malicia hacia nadie, con caridad para todos y firmeza en el derecho», pero advertía con exquisita elocuencia de que la guerra continuaría si era necesario, «hasta que cada gota de sangre provocada por el látigo se pague con otra provocada por la espada». El vicepresidente Andrew Johnson se emborrachó. «No le dejéis hablar», ordenó Lincoln, pero lo hizo de todos modos. Entre los invitados estaba John Wilkes Booth, un

actor fanático de la Confederación al que había invitado su novia, hija de un senador. Recientemente había participado en una producción de *Julio César*, y se planteó asesinar a Lincoln en la toma de posesión, pero decidió orquestar una conspiración para secuestrar o matar al presidente.

El 9 de abril, en Appomattox, Virginia, Grant superó a Lee, que finalmente aceptó negociar unas condiciones. En el tribunal de la localidad, Lee, con uniforme gris inmaculado, guanteletes de ante, faja de seda y botas pulidas con rebordes de seda roja, ofreció su espada a Grant, que llevaba un puro en la boca, «una camisa de soldado raso sin abrochar en la que, sin embargo, lucía las cuatro estrellas, y botas altas salpicadas de barro». Grant entabló una conversación informal:

—General Lee, le conocí cuando servíamos en México.

—Sí, lo sé, pero nunca he sido capaz de recordar un solo rasgo —respondió Lee con grandilocuencia—. He solicitado verle para dilucidar en qué condiciones aceptaría usted la rendición de mi ejército.

Grant esbozó sus condiciones, que luego transcribió su edecán, el general Ely Parker, el seneca de Tonawanda convertido al cristianismo, que se las entregó a Lee. El confederado se ruborizó y dudó, creyendo que Parker era negro, y entonces le tendió la mano.

—Me alegra ver aquí a un americano de verdad —dijo Lee.

—Todos somos americanos —repuso Parker.

Lee firmó. Tres millones de estadounidenses habían combatido, entre ellos unos 180.000 soldados y 20.000 marineros negros. Habían muerto 750.000. La Unión había ganado, y tres millones y medio de esclavos habían sido liberados y pronto tendrían derecho a voto. Lincoln ofreció la bienvenida al regreso del sur: «No los avasalléis». No todo el mundo estaba convencido de que fuera a defender a los esclavos liberados. Según Douglass, Lincoln seguía siendo un «presidente para los blancos».

El 14 de abril, Grant relató la rendición a Lincoln y su gabinete en la Casa Blanca, tras lo cual el presidente invitó a su familia al teatro Ford para ver *Our American Cousin*. Cuando Booth

visitó el teatro, se enteró de que los Lincoln y los Grant asistirían aquella noche. Él y sus secuaces planeaban salvar a la Confederación, que todavía tenía un ejército activo, decapitando a la Unión. Pero Julia Grant, que no se llevaba bien con Mary Lincoln, vetó la invitación.

—Estimado marido —le dijo Mary a Abraham aquella tarde —, casi me sorprendes con tu gran alegría.

—Y así me siento, Mary —respondió Lincoln—. Considero que hoy la guerra ha tocado a su fin. —Mary Lincoln era poco inteligente, inconstante, inestable y probablemente bipolar, un problema para su marido, pero habían perdido a un hijo cuando tenía tres años, y otro, llamado Willie, murió de fiebre tifoidea a los once. Durante la guerra habían sufrido un estrés espantoso. El presidente añadió—: Ambos debemos ser más alegres en el futuro. Entre la guerra y la pérdida de nuestro querido Willie, hemos estado muy tristes.

Mientras los Lincoln se preparaban para la función, los Grant se dirigieron a la estación. De camino, un jinete —Booth— se situó a su lado y miró dentro del carruaje para confirmar que no estarían en la sala. A las 22.13, ya en el teatro Ford, Booth se deslizó en el palco del presidente y le disparó en la nuca con una pistola Deringer. Después saltó al escenario, gritó «*Sic semper tyrannis!*» y escapó. Otro conspirador atacó a William Seward, el secretario de Estado, que estaba enfermo, en cama, y lo apuñaló, y un tercero no encontró al vicepresidente Johnson y se emborrachó. Lincoln murió a la mañana siguiente. Booth fue abatido en un tiroteo, y los otros conspiradores, ahorcados.

Johnson, un hombre mediocre de pelo largo, bebedor y pendenciero, juró el cargo. Como el único senador sureño que apoyaba a la Unión, había sido elegido para la vicepresidencia por Lincoln como un signo de reconciliación, pero era un racista acérrimo: «Este es un país para hombres blancos, y juro por Dios que, mientras yo sea presidente, será un gobierno para ellos». La Ley de Derechos Civiles de 1866 prometía el voto para todos los ciudadanos «sin distinción de raza o color o la previa condición de esclavitud»; Johnson la vetó, pero su veto fue anulado. Las

enmiendas a la constitución abolieron la esclavitud y concedieron la ciudadanía a todos los antiguos esclavos. Los afroamericanos estaban encantados con la posibilidad de votar. Cuando el Congreso aprobó las leyes de Reconstrucción, que detallaban las condiciones bajo las cuales se readmitiría a los estados rebeldes, los ejércitos de la Unión ocuparon el sur y Grant ordenó a sus generales que impusieran las nuevas leyes. La Unión había ganado la guerra, pero perdería la paz.

El contraataque del supremacismo blanco empezó de inmediato. Los sureños aprobaron Códigos Negros para impedir que los libertos votaran. En Memphis y Nueva Orleans, multitudes blancas asesinaron a negros. En Pulaski (Tennessee), veteranos confederados fundaron una milicia clandestina llamada Ku Klux Klan, por el *kuklos* (círculo) griego, que llevaba capuchas blancas para representar a los fantasmas de los camaradas muertos.

Mientras el presidente Johnson mancillaba el legado de Lincoln,[31]su paladín Grant anunció: «Ahora a por México», ya que consideraba a Napoleón «una parte activa de la rebelión» y al emperador Maximiliano un «punto de apoyo de la monarquía europea … un acto de guerra directo». Su guerra mexicana sería «breve, rápida y decisiva», pero su plan descarriló a causa del deterioro de su relación con el atroz presidente Johnson.

Grant no necesitó enfrentarse a Napoleón en México. Este se amedrentó cuando su posición en Europa se deterioró. «El ejército francés está lleno de entusiasmo por Max», le dijo la emperatriz Carlota a su padre, pero, en febrero de 1866, Napoleón, agonizando ante la exitosa insurgencia contra su marioneta y puesto en evidencia por la victoria de la Unión, emprendió la retirada, una medida que, según escribió a Maximiliano, «podría causar a Vuestra Majestad un bochorno temporal». El emperador Maximiliano planeaba abdicar, pero Carlota zarpó hacia Europa para apelar a Napoleón, que la recibió en tres encuentros tristes y dolorosos:

—Hemos hecho cuanto nos ha sido posible por Maximiliano, pero ahora lo único que podemos hacer es ayudarlo a escapar.

Carlota, orgullosa de sus dos mitades Borbón y Coburgo,

gritó:

—La sangre de los Borbón corre por mis venas ... No debería haber deshonrado a mis antepasados ni a mí misma tratando con un Bonaparte.

Pero nadie la ayudó. «Todo es inútil», le dijo a Maximiliano en un telegrama, y se sumió en la locura, se escondió en el Vaticano y afirmó que la estaban envenenando. Más tarde fue encerrada en un castillo belga, donde llegó a creer que era emperatriz no solo de México, sino también de muchos otros lugares. Maximiliano se negó a huir mientras las fuerzas mexicanas se acercaban.

Al sur, el mariscal López, el otro protegido de Napoleón, estaba convencido de que había triunfado contra Brasil y Argentina, mientras su amante, Eliza Lynch, lideraba sus propios batallones de guerreras, conocidas como Las Residentas. La primera ofensiva de López en el Mato Grosso brasileño fue exitosa, pero la segunda contra Argentina acabó en desastre. El emperador Pedro se declaró voluntario número uno y salió a toda prisa hacia el frente. Los acorazados brasileños subieron por el río Paraná mientras atacaba la Triple Alianza. Brasil contaba con un pequeño ejército de 18.000 efectivos, pero Pedro reclutó a más, y ofreció a los esclavos la libertad a cambio de su servicio: «Debe otorgarse más y más fuerza a[l duque de] Caxias; acelerad la compra de esclavos y aumentad nuestro ejército». Se alistaron veinte mil esclavos.

En mayo de 1866, un ejército aliado invadió y destruyó a gran parte de las fuerzas de López en una serie de enfrentamientos en los que los paraguayos fueron masacrados mientras cargaban piezas de artillería. Al poco tiempo, el mariscal estaba tan falto de personal que él también tuvo que reclutar a esclavos, y sus hombres fueron a la batalla «semidesnudos, sin zapatos ni botas, cubiertos con ponchos de mala calidad. Incluso los coroneles van descalzos». Mientras Paraguay pasaba hambre y sufría epidemias, el ejército invasor del general brasileño Caxias sitió la enorme fortaleza de Humaitá, sin saber que estaba prácticamente vacía, hasta que acabó rindiéndose en agosto de 1868. Ahora López

estaba condenado: a pesar de las terribles pérdidas brasileñas, el emperador Pedro insistió en dar caza al «tirano» mientras el panorama cambiaba en Europa.

Napoleón y Palmerston habían dirigido los asuntos del Viejo Continente durante veinte años. Ya octogenario, todavía cabalgando cada día, el viejo Pam finalmente entró en declive. El 18 de octubre de 1865, mientras se sumergía en el coma, imaginaba que seguía negociando tratados: «Ese es el artículo 98; pase al siguiente». Victoria nunca había estado segura con el viejo canalla. «A menudo nos preocupaba», decía, «aunque como primer ministro se comportó muy bien.» Palmerston, a quien se le dedicó un infrecuente funeral de estado, había modelado el siglo británico. «La muerte ha acabado sin duda con el ciervo más imponente del bosque», escribió Gladstone.

Mientras su compañero Pam dejaba la escena, Napoleón, cansado, enfermo y humillado por México, estaba de vacaciones en Villa Eugénie, en Biarritz. Allí recibió a un gigantesco visitante alemán que comía y bebía en cantidades colosales: en una sesión se tomó «un vaso de madeira, otro de jerez, una botella entera de Yquem y un vaso de coñac», y le gustó tanto el rodaballo que exclamó: «Por una salsa como esa daría veinte orillas del Rin». Napoleón y su séquito se mofaban de su descomunal aspereza prusiana, pero, aprendiendo del éxito de Napoleón y aprovechando su propio virtuosismo despiadado, estaba a punto de reordenar el poder europeo. «Me tratan como a un zorro», dijo Bismarck más tarde, «un hombre astuto de primer orden. Pero lo cierto es que con un caballero soy siempre caballero y medio, y cuando debo tratar con un pirata, intento ser pirata y medio.» El pirata prusiano planeaba crear una nueva potencia: Alemania.

Acto decimoséptimo
1.200 millones

Hohenzollern y Krupp, albanos y lakotas

El Junker Loco, el Rey de los Cañones y la competición del poder moderno: «¡Los he vencido a todos! ¡A todos!»

En 1865, hacía tres años que Otto von Bismarck era ministro-presidente de Prusia, y había llegado a la Villa Eugenia para analizar a Napoleón y conocer el precio por no intervenir en su plan de guerra contra Austria. El prusiano admiraba el uso que hizo Napoleón del sufragio universal para ganarse el apoyo conservador, y ahora pensaba hacer lo mismo. El nacionalismo había sustituido a la religión a la hora de ofrecer una sensación de pertenencia y significado para millones de personas. Las naciones-estado, dirigidas por burocracias impersonales, se convirtieron en increíbles organizadoras de recursos. Las sociedades eran cada vez más complicadas, pero las dinastías podían adaptarse y aportar estabilidad y liderazgo. Las naciones eran como familias, y los monarcas sus padres y madres.

Muchos creían que el astuto Napoleón sería más inteligente que Bismarck, y solo ahora podemos justificar el desprecio que muestran los historiadores hacia Napoleón y el respeto con el que tratan al ministro-presidente. «Podemos imaginar la excéntrica volubilidad con la que M. Bismarck desarrollaba sus planes optimistas», escribió un diplomático británico, «y la ironía encubierta y la diversión silenciosa del sutil soberano.»

Bismarck era más sutil de lo que parecía. Era el hijo brillante y misántropo de un Junker arquetípico pero ineficaz y de una madre intelectual que era hija de un asesor de Federico el Grande. Bismarck despreciaba la ordinariez de su padre —«Cuántas veces le

pagué su ... bondadosa ternura con frialdad y escasa simpatía»—, y se burlaba de su madre: «De pequeño la odiaba». Su confianza en sí mismo era ilimitada.

Cuando estudiaba en la Universidad de Gotinga lo apodaban Junker Loco por su manera imprudente de cazar, beber y batirse en duelo (insultaba a todo el mundo y buscaba enfrentamientos. Logró batirse veinticinco veces en tres trimestres), pero era cauteloso y cosmopolita, políglota y culto, y le gustaban los extranjeros: su mejor amigo era estadounidense y se enamoró de una inglesa. Después de sentirse atraído por la esposa de un amigo, se casó con la recatada Johanna von Puttkamer, con quien tuvo tres hijos, entre ellos uno al que hostigaba horriblemente, y más tarde se consoló con una pasión platónica por una princesa rusa. Le gustaban los conflictos, pero nunca sirvió en el ejército prusiano; era un cristiano evangélico pietista sin un ápice de generosidad cristiana. Además de ser un orador de voz suave pero imponente, poseía un ingenio seductor y era un escritor extraordinario.

Horrorizado por las revoluciones de 1848, consideraba a Federico Guillermo el Torpe demasiado débil, y ofreció sus servicios a su hermano conservador, el príncipe Guillermo, mientras pronunciaba discursos provocadores en la Landtag (la asamblea prusiana). Pero veía la política con nítida claridad, una habilidad perfeccionada por su trabajo como embajador en Frankfurt, París y San Petersburgo: «¿Por qué hacen la guerra los grandes estados en la actualidad? La única razón plausible ... es el egoísmo, no el romanticismo». Bismarck aprendió esta lección esencial de Napoleón III: el populismo nacionalista era conservador. «Prusia está completamente aislada. Solo existe un aliado para Prusia si sabe cómo ganárselo y manejarlo: el pueblo alemán.» Él encontraría la manera: «La política es más arte que ciencia». Y se deleitaba en sus riesgos: «Esta profesión te enseña que uno puede ser el más astuto del mundo y aun así adentrarse como un niño en la oscuridad».

Cuando Guillermo fue coronado rey, encontró a la monarquía paralizada, incapaz de lograr que la Landtag aprobara su presupuesto militar. El poco moderado Bismarck se había

convertido, por un proceso de inevitabilidad trascendental, en la única opción que quedaba, algo impensable tiempo atrás. A diferencia de Napoleón III, Bismarck no dependía de las elecciones ni de un golpe de estado, y no lideraba un partido político. Toda su carrera dependía del favor de un viejo oficial Hohenzollern, Guillermo, que podía destituirlo en cualquier momento. Su relación era como un tempestuoso matrimonio de veintiséis años intercalado con espasmos bismarckianos de gritos, llantos y amenazas de dimisión. «No es fácil ser káiser bajo el mando de Bismarck», bromeaba Guillermo más tarde. Este gigante solitario e infatigable era frenético, cruel, paranoico y vengativo, pero también un dinámico ejecutor de planes que eran fruto de un análisis brutalmente claro de la alquimia del poder.

El plan de Bismarck era osado, pero no secreto: «Pronto me veré obligado a ocuparme ... del gobierno prusiano», le dijo a Disraeli durante una visita a Londres en junio de 1862. «Primero me encargaré del ejército» y luego «buscaré un pretexto para declarar la guerra a Austria ... y ofrecer a Alemania la unidad nacional bajo liderazgo prusiano.»

«Cuidado con ese hombre», dijo Disraeli. «Habla en serio.» Como ministro-presidente, a Bismarck le gustaba escandalizar a los liberales prusianos: «Las grandes preguntas de la época no se resolverán con discursos y decisiones mayoritarias —ese fue el gran error de 1848—, sino con hierro y sangre».

La guerra era arriesgada —Bismarck la describía como «lanzar el dado de hierro»—, pero a él le gustaban los riesgos: «Me he pasado la vida haciendo grandes apuestas con dinero ajeno». Bismarck tenía confidentes judíos, pero, como muchos Junkers y numerosos nobles conservadores desde Rusia hasta Francia, los despreciaba socialmente y los consideraba precursores de un liberalismo peligroso. Pero sus planes requerían dinero. Los Rothschild eran amigos de Austria y Francia, pero fue a cenar a la mansión de Mayer Carl von Rothschild en Frankfurt, donde se mofó del «viejo regateador judío, con toneladas de plata y cucharas y tenedores de oro», que le recomendó a Gerson Bleichröder, un aliado de los Rothschild. Bleichröder se convirtió en su banquero,

en su negociador diplomático y probablemente en uno de sus pocos amigos.

Bismarck y Guillermo contaban con la ayuda del tercer prusiano extraordinario: Alfred Krupp, el Rey de los Cañones, fundador de una dinastía que dominaría la industria alemana durante los gobiernos de los Hohenzollern, Hitler y la Unión Europea.[1]

El nieto de la viuda Krupp, el padre de Alfred, había fundado las grandes plantas siderúrgicas de Essen, pero las había hundido, e incluso perdió su mansión y se vio obligado a mudarse a una pequeña casa de campo junto a los altos hornos. Alfred era igual de extraordinario que Bismarck, un cascarrabias delgado, de cara puntiaguda e hipocondríaco que llevaba una desmarañada peluca roja y estaba obsesionado con el acero, la tecnología y, curiosamente, el olor del estiércol de caballo.

Cuando murió su padre en 1826, Alfred, que entonces tenía catorce años, educado en «el miedo a la ruina absoluta», heredó las plantas siderúrgicas. Más tarde viajó a Yorkshire para espiar el mejor acero del Reino Unido. A su regreso, sin apenas dormir y continuamente enfermo —«Celebro mi cumpleaños a mi manera, el año pasado con medicamentos para la tos y este con enemas»—, impulsó Krupp él solo: «Ejercía de vendedor, redactor de cartas, cajero, herrero, fundidor y vigilante nocturno en los altos hornos», donde «triunfé en el importante invento de un acero completamente soldable». Primero ganó dinero fabricando cucharas para los austríacos y luego, aprovechando el auge ferroviario, empezó a vender sus ejes y resortes de acero fundido y las primeras ruedas de acero sin soldar. Pronto estaría proporcionando vías de tren a Europa, Estados Unidos y Asia. Entonces intentó fabricar rifles de acero.

En 1853, el empresario loco por el acero se casó con Bertha, una rubia de veintiún años y también neurasténica a la que cortejó con acero: «Donde no creía tener nada más que un trozo de acero fundido tenía un corazón». Bertha dio a luz a Friedrich, pero sufría en su deprimente casa manchada de hollín. «Hay que ser una persona sencilla», afirmaba él. «Saber que llevas ropa interior

limpia debajo del vestido debería bastarte.»

Pronto, Bertha no podría soportarlo más. Pero, en 1852, Krupp inició la otra relación esencial en su vida: el príncipe Guillermo admiraba tanto sus armas que fue a inspeccionar la fábrica de Essen, y como rey encargó cien cañones de 27 kilos. Después del discurso de Bismarck sobre la sangre y el hierro, Guillermo lo envió a Krupp, que proporcionaría el metal. Cenaron juntos en la planta siderúrgica, y Bismarck dijo de Napoleón: «Qué tonto es». Cuando Krupp diseñó un cañón de carga trasera, Guillermo y Bismarck lo compraron, pero también lo hicieron Rusia, el Reino Unido y Austria. «Debemos invertir toda nuestra energía en servir a Prusia», escribió Krupp. Bismarck esperó a utilizar su nuevo armamento.

En noviembre de 1863, la muerte de un rey danés permitió a Bismarck aprovechar un rompecabezas dinástico tradicional. Dinamarca reclamaba los ducados alemanes de Schleswig y Holstein. En enero de 1864, Bismarck formó una alianza germánica con Francisco José para derrotar a Dinamarca, y cada uno ocupó uno de los ducados. Bismarck agradeció un momento de feliz conjunción: Rusia estaba satisfecha con la conformidad prusiana en la aniquilación de la revuelta polaca, el Reino Unido estaba distraído con la India y Francia con México.

Bismarck indicó a Bleichröder que informara a James de Rothschild, que se encontraba en París: «La intimidad con Austria había llegado a término. A continuación vendrá el frío». Bismarck visitó a Napoleón en Biarritz e hizo ofertas imprecisas sobre fragmentos de Bélgica, Luxemburgo y Renania, pero no hubo acuerdo. Napoleón consideraba a Bélgica «una pera madura que un día nos caerá en la boca», pero Bismarck lo comparó con «un mesonero que nos tiende la mano por una propina». El emperador era «una esfinge sin misterio». El rey Guillermo recibió a Krupp y le advirtió que no vendiera armas a Austria: «Recupere la cordura mientras haya tiempo».

Bismarck orquestó el enfrentamiento con Austria. Eugenia animó a Napoleón a movilizarse, pero agotado de la corrosión del poder y desconcertado por Bismarck, no vio necesidad.[2]Los

Habsburgo habían sido el poder que presidía la Confederación Alemana, sustituta del Sacro Imperio Romano, desde 1815 (con un breve interludio en 1848 y 1849). Para defender esa superioridad, Francisco José entró en guerra con Prusia, respaldado por los reyes de Baviera, Sajonia y Hannover, que utilizaban cañones de Krupp. El fusil de aguja prusiano era superior al Lorenz austríaco, pero, asombrosamente, los Habsburgo creían en sus armas más lentas, ya que el fuego rápido animaba a los soldados a malgastar munición. Helmuth von Moltke, el jefe del Estado Mayor prusiano, se había fijado en el uso que hacía Napoleón III de los ferrocarriles, y más tarde los estadounidenses en la guerra civil, y llegó a dominar su utilización.

El 3 de julio de 1866, en Sadowa (Königgrätz, Chequia), Moltke venció a los austríacos.[3]Bismarck puso fin al liderazgo alemán en Austria y creó la Confederación Alemana del Norte, liderada por el rey Guillermo de Prusia, que quería dividir el imperio Habsburgo. Pero, tras una pataleta, lágrimas y gritos, Bismarck impuso sus argumentos y predijo que Austria se convertiría en el aliado natural de Prusia. De hecho, la casa de Habsburgo sería su principal aliado hasta 1918.

A Bismarck le gustaba «jugar una partida de cartas apostando un millón de dólares que en realidad no poseía. Ahora que había ganado esa apuesta, se sentía deprimido». Después estaba exultante y golpeó la mesa: «¡Los he vencido a todos! ¡A TODOS!». Krupp también tenía sentimientos encontrados: uno de sus cañones explotó y acabó con la vida de sus artilleros. Después de una pequeña crisis a la que contribuyeron la vida lujosa e independiente y las aventuras de su mujer, ofreció cambiar los viejos cañones por otros nuevos y presentó la más reciente generación armamentística a unos entusiastas Guillermo y Bismarck.

Napoleón interpretó la derrota en Sadowa como un signo de que debía proceder con cautela, sobre todo porque los franceses estaban observando el desenlace mexicano. Maximiliano se retiró a Santiago de Querétaro, donde Juárez lo sitió. Cuando intentó salir de allí, Maximiliano fue traicionado y Juárez lo condenó a muerte.

«Siempre quise morir en una mañana como esta», murmuró Maximiliano mientras lo situaban ante tres mil soldados, y se dirigió valientemente a ellos: «¡Mexicanos, los hombres de mi clase y raza [se refería a los Habsburgo] son creados por Dios para ser la felicidad de las naciones o sus mártires! ¡Larga vida a México!». Negándose a que le vendaran los ojos, coreografió su martirio con dos de sus generales situados a ambos lados como si fuera Cristo. Francisco José no dijo nada sobre la muerte de su hermano, excepto que lo echarían de menos en el siguiente fusilamiento, donde «quizá podamos esperar un buen perdedor».

Esperando la oportunidad de unir Alemania, Bismarck se desvió como un obús Krupp hacia Francia. En abril de 1867, el mundo celebró el apogeo de la Francia napoleónica en la segunda Exposition Universelle, a la que asistieron siete millones de personas. El novelista Victor Hugo, normalmente detractor de Napoleón, escribió el folleto.

El 12 de abril, Hortense Schneider, el icono sexual de París, protagonizó *La Grande-Duchesse de Gérolstein*, de Offenbach, una actuación en la que estuvieron presentes Napoleón, el rey Guillermo y Bismarck, el zar Alejandro II y el káiser Francisco José. Asediada por monarcas, La Snédèr no se acostaría con nadie por menos de diez mil francos. Bertie, el rechoncho príncipe de Gales, que a sus veinticinco años representaba a su madre, se zambulló en la lubricidad parisina.[4]Pero el anfitrión habría hecho mejor en prestar atención a Krupp en la exposición, donde un colosal cañón de 50 toneladas, proyectiles de 450 kilos y un gigantesco lingote de acero de 36.000 kilos recibieron la visita de Bismarck y Guillermo. No es de extrañar que, en el teatro, Bismarck se riera del retrato que elaboró Offenbach del poder y la guerra: «Es exactamente así».

ISMAÍL EL MAGNÍFICO Y EUGENIA: «EL IMPERIO SE ESTÁ CONVIRTIENDO EN UNA ANCIANA»

El 17 de noviembre de 1869, la emperatriz Eugenia inauguró el canal de Suez, obra de su primo Ferdinand de Lesseps.[5]El proyecto de un canal que uniera el océano Índico y el Mediterráneo y redujera la distancia entre Europa y la India era una idea ancestral, pero el papel británico a la hora de limitar las conquistas de Mehmet Alí lo llevó a respaldar el plan francés. Lesseps era diplomático, no ingeniero, pero había servido en El Cairo, donde se reunió con Mehmet y sus sucesores para presentar un proyecto apoyado personalmente por Napoleón. Las relaciones de El Cairo con el emperador eran tan estrechas que los egipcios habían enviado un regimiento nubio a combatir en México. Durante la guerra estadounidense, el algodón egipcio aprovisionó a las fábricas británicas. Entraba dinero, y miles de trabajadores perecieron en la construcción del canal.

Ismaíl, de treinta y tres años, era el jedive de Egipto, nieto de Mehmet e hijo de Ibrahim el Rojo y su mujer circasiana. Era un hombre enérgico que acogió de buen grado el proyecto de Suez, supervisado por Lesseps desde su villa (todavía en pie) en la nueva ciudad de Ismailía. Ismaíl el Magnífico, imaginativo, impaciente y dinámico, también estaba entre el público de *La gran duquesa de Gérolstein*, y salió de compras por París, donde despilfarró en el cañón de Krupp y en la cortesana parisina Blanche d'Antigny, que se reunió con él en El Cairo. Egipto, dijo, «ya no está en África; ahora somos parte de Europa», y construyó ferrocarriles, palacios, puentes y teatros.

Eugenia[6]y Francisco José atracaron sus yates junto al *Mahrousa* de Ismaíl. «¡Magnífico!», telegrafió Eugenia a Napoleón. Ismaíl levantó en Ismailía un campamento con 1.200 tiendas equipadas con lámparas de araña y cuadros, y encargó a Giuseppe Verdi *Rigoletto*, que fue interpretada en su nuevo teatro de la ópera. Pero su verdadera ambición era un imperio africano, y su maniobra contribuyó a desatar un reparto europeo de África.

En casa, Eugenia encontró a Napoleón sufriendo de piedras biliares y agotamiento. Su astuto hermano Morny estaba muerto, e intentó apaciguar a la creciente oposición concediendo cierto poder a los ministros y la Asamblea. La reforma siempre es un

momento peligroso.

En febrero de 1870, España ofreció el trono al príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, primo del rey Guillermo. Leopoldo se lo consultó al monarca: ¿debía aceptar España? Guillermo se lo prohibió, pero Bismarck lo convenció de que cambiara de parecer, ya que pensaba utilizar la oferta como cebo para Napoleón: «Políticamente, un ataque francés sería muy beneficioso».

Los franceses estaban indignados y obligaron a Napoleón a reaccionar. Su energía sexual era más duradera que su voluntad política. Había disfrutado de una última aventura con una acróbata de circo, pero, agonizando por sus cálculos biliares, tuvo dificultades para resistir la escalada. «Es una vergüenza», dijo Eugenia. «El imperio se está convirtiendo en una anciana.»

La trampa para ratones: debacle de Napoleón

Acosado por Eugenia y aterrado por la fiebre belicosa de la ciudadanía, Napoleón le permitió a su ministro de Asuntos Exteriores exigir que Guillermo rechazara la oferta española.[7]Cuando Guillermo lo hizo, en lugar de aprovechar ese éxito, su embajador insistió en un rechazo por escrito, probablemente buscando un pretexto para la guerra. De ser así, lo logró con creces: el irritado y longevo monarca dictó un telegrama. Bismarck procuró que fuera claramente irrespetuoso. El honor de Napoleón había sido puesto en duda y Francia declaró la guerra. En julio, los franceses movilizaron un ejército forjado en Argelia y México que había derrotado a Rusia y Austria. Muchos pensaban que también vencería a Prusia. En total, Guillermo reunió a 1,1 millones de hombres, a los que se unieron Baviera y otros reinos. «Nos hemos visto vergonzosamente forzados a entrar en esta guerra», dijo la princesa heredera Victoria a su madre, la reina. Ambas condenaban la agresividad napoleónica y admiraban el honor prusiano, ajenas a la maniobra de Bismarck.

Napoleón insistió en liderar un ejército en Lorena,

acompañado de Loulou, el príncipe imperial de catorce años, mientras dejaba a Eugenia en París como regente. El otro ejército se reunió en Alsacia. Pero la movilización fue incompleta, y el emperador padecía dolores y era incapaz de ejercer control. En el bando prusiano, el cerebral y meticuloso jefe del Estado Mayor von Moltke, *Der Grosse Schweiger* —el Gran Silencioso— maniobró con brillantez en unos ferrocarriles construidos especialmente para la ocasión, y desplegó el cañón Krupp, cuyo alcance doblaba el de los franceses.[8]El achacoso Napoleón apenas podía montar a caballo, y menos aún dirigir una guerra, y él y sus mariscales se sentían confusos por la dirección que estaban tomando los prusianos. Después de huir por muy poco de la asediada Metz, Napoleón intentó aliviar a su otro ejército y proteger París, pero cayó en una trampa prusiana. Abrazando a Loulou entre lágrimas, lo envió a un lugar seguro.

El 1 y el 2 de septiembre de 1870, en Sedán, 250.000 soldados de Moltke, con 500 cañones y Bismarck y Guillermo como espectadores, atraparon a Napoleón y 110.000 hombres. «Los tenemos en una trampa para ratones», dijo Moltke.

«Estamos en un orinal y se están cagando encima de nosotros», exclamó el general Ducrot. Los cañones Krupp penetraban en las cargas de la caballería francesa.

«¡Ah!», exclamó el rey Guillermo. «Son unos valientes.»

«¿Por qué continúa esta lucha sin sentido?», preguntó Napoleón cabalgando hacia la batalla para encontrar la muerte. Pero, incapaz de perecer, ordenó la rendición. Bismarck quedó perplejo de que Napoleón estuviera presente. Mientras el emperador se dirigía dolorosamente hacia el cuartel general prusiano, Bismarck le cortó el paso: «Le hice el saludo militar. Él se quitó la gorra y yo me quité la mía». Conducido hasta una casa de campo, Napoleón lamentó haberse dejado «arrastrar a la guerra por la opinión pública». Bismarck se sorprendió de su decrepitud y murmuró: «Una dinastía toca a su fin».

Reunidos en un castillo cercano, Guillermo trató a Napoleón con cortesía. «Le felicito por su ejército, sobre todo la artillería»,

dijo Napoleón. Krupp había ganado. Mientras Napoleón sollozaba, Guillermo se ruborizó y miró hacia otro lado.

En París, Eugenia recibió el telegrama de Napoleón. «No te creerás esa abominación», gritó en un «torrente de palabras incoherentes y alocadas.» «Un Napoleón nunca se rinde. ¡Está muerto! ¿Por qué no se ha suicidado? ... ¡Menudo apellido lega a su hijo!» Fuera, una multitud rebelde rodeó las Tullerías cantando: «¡*La déchéance*!». ¡Destronamiento!

El 4 de septiembre se declaró la tercera república en el ayuntamiento de París y dio comienzo una nueva campaña bélica contra Prusia al estilo de la de 1792. Eugenia insistió en que no le tenía miedo a la muerte, pero, temiendo «caer en manos de las machorras» que profanarían su última escena, huyó a casa de Evans, su dentista estadounidense, que la acompañó a Inglaterra. Allí se instaló en Kent, donde se reunió con ella un Napoleón moribundo. Su hijo Loulou quería alistarse en el ejército británico.

La Débâcle coincidió con el triunfo del emperador tropical Pedro sobre el mariscal López, que tanto admiraba a Napoleón.

El KKK y Greasy Grass: Grant y Toro Sentado

Pedro acampó con sus soldados y se resistió a cualquier medida de paz mientras los brasileños se adentraban en Paraguay en busca del tirano. «¿Qué miedo voy a tener? ¿Que me arrebaten el gobierno?», preguntó Pedro. «Reyes mucho mejores que yo lo han perdido, y para mí no es más que el peso de una cruz que debo cargar.»

Cuando los brasileños conquistaron Asunción, López trasladó dos veces su capital. Pedro nombró comandante en jefe a Gastón, *comte* d'Eu, su yerno francés de veintisiete años. Gastón, nieto de Luis Felipe, al principio se sintió decepcionado con su mujer, la princesa Isabel, pero finalmente resultó ser afectuosa y capaz. La ciudadanía estaba encantada con sus hazañas, y no solo ganó batallas, sino que liberó a 25.000 esclavos paraguayos, aunque muchos fueron reclutados por el ejército aliado. El desesperado

López asesinó a sus dos hermanos, sus cuñados y cientos de extranjeros; su ingeniero inglés se suicidó inyectándose nicotina. Falto de munición, ordenó que mataran a sus víctimas con lanzas. Finalmente, en Cerro Corá, López, acompañado de Madama Eliza Lynch y su hijo, el coronel Juan, de catorce años, sus residentas y una guardia de cuatrocientos jóvenes semidesnudos, quedó atrapado, herido y abandonado. Los soldados brasileños lo encontraron lavándose las heridas en un arroyo y le dispararon. «Un coronel paraguayo no se rinde nunca», gritó su hijo, que también fue ejecutado. Madama se abalanzó sobre su cuerpo, chillando: «¿Esta es la civilización que prometíais?». La obligaron a enterrar a ambos López con sus propias manos.[9]Habían muerto entre 800.000 y 1,3 millones de paraguayos, unas pérdidas de las cuales Paraguay no se recuperó nunca.

El emperador Pedro había triunfado, pero la guerra había sacado a relucir la ineficacia, la injusticia y la corrupción. En particular, la valentía de los regimientos negros había puesto de relieve la infamia de la esclavitud. Pedro era un abolicionista sin prisas que carecía de poder constitucional para imponerse a su élite eslavista.[10]Pero, en septiembre de 1871, después de su victoria, orquestó la Ley del Nacimiento Libre: los hijos de los esclavos nacían libres. Brasil, con sus 1,6 millones de esclavos, era la última sociedad esclavista de América. Cuando Pedro fue recibido en Washington por un nuevo presidente, los exesclavos de Estados Unidos corrían peligro de perder su libertad una vez más.

Mientras se desintegraba la presidencia de Johnson, el general Grant había dimitido. Johnson, despreciado por casi todos, había despedido a su secretario de Guerra, cuyo puesto estaba protegido por la legislación del Congreso, cosa que provocó el primer proceso de destitución. Johnson sobrevivió a su juicio en el Senado, pero su imagen había sufrido demasiado para aspirar a la presidencia una segunda vez.

Tímido y reticente, pero en la cúspide de su prestigio, Grant era ambivalente. «Yo no quería la presidencia, pero fue inevitable», dijo. En noviembre de 1868, Grant, respaldado por Douglass, ganó las elecciones. Era el presidente más joven hasta la fecha, y estaba

decidido a defender a toda costa a los 3,5 millones de afroamericanos liberados en el sur.

En la toma de posesión, Grant prometió que el sufragio negro sería protegido en una Decimoquinta Enmienda a la Constitución, e invitó a la Casa Blanca al primer senador afroamericano, Hiram Revels, un ministro episcopal que había ayudado a organizar regimientos negros durante la guerra. En febrero de 1870 ordenó que se dispararan cien cañones para celebrar la Decimoquinta Enmienda, «el acontecimiento más importante», dijo Grant, «desde el nacimiento de la nación». Aunque solo había habido tres negros que ocuparan cargos electivos en toda la historia de Estados Unidos, ahora dieciséis fueron elegidos para el Congreso y más de mil para otros cargos: se crearon iglesias y escuelas negras por todo el sur, y las familias negras —divididas por el mecanismo antifamiliar de la esclavitud— se reunieron y consolidaron en una búsqueda de parientes perdidos.

Se habían conseguido muchas cosas, pero los antiguos esclavistas del sur querían recuperar su poder, y a la postre contarían con el respaldo de los líderes del norte para revertir de forma asombrosa la victoria de la guerra.

A todos los esclavos liberados les prometieron 16 hectáreas y una mula, pero los antiguos esclavistas se negaron a entregarlas, aunque sus antepasados habían recibido tierras gratis. La pobreza de los libertos los hacía vulnerables. «Cuando nos dejasteis libres», declaraba Frederick Douglass diez años después, «no nos disteis hectáreas. Nos dejasteis en libertad a merced del cielo, la tormenta y el torbellino y, lo peor de todo, nos dejasteis en libertad a merced de la ira de nuestros dueños furiosos.» Por todo el sur, el Ku Klux Klan asesinaba e intimidaba a esclavos liberados y activistas blancos que defendían los derechos de los negros. El Imperio Invisible del KKK, formado por paramilitares racistas, amenazaba con causar un nuevo conflicto y más opresión. Dos mil afroamericanos murieron en linchamientos, asesinatos extrajudiciales de afroamericanos supuestamente culpables de delitos que eran celebrados por blancos como parte de la cultura «sureña».

La violencia era tan solo la vanguardia de un contraataque más profundo. Alexander Stephens, el exvicepresidente confederado, y muchos de sus secuaces racistas habían sido elegidos al Congreso. Cuando el senador afroamericano Revels ocupó su asiento, los demócratas del sur intentaron impedírselo. Gradualmente impusieron de nuevo la supremacía sobre sus antiguos esclavos, pero, sobre todo, querían impedir que los negros, un 36 % de los votos en el sur, ejercieran sus derechos. Incluso en el norte, solo algunas zonas de Nueva Inglaterra otorgaron el poder del voto a los afroamericanos. Connecticut, Wisconsin y Minnesota se negaron. La mayoría de los estados del sur aprobaron «Códigos negros». El número de asesinatos del KKK y sus aliados, los Caballeros de la Camelia Blanca, fue a más, y los racistas se hicieron con el poder en algunos condados.

Grant denunció la «fuerza y el terror» diseñados para «reducir a la gente de color a una condición parecida a la esclavitud», supervisó la aprobación de la Ley del KKK y tres leyes de aplicación y envió tropas federales y agentes del Departamento de Justicia y el nuevo Servicio Secreto a destruir a esos terroristas nacionales. En Carolina del Sur fueron arrestados dos mil miembros del KKK. En 1873, el KKK y otro grupo paramilitar, la Liga del Hombre Blanco, causaron estragos en Colfax, Luisiana, y mataron a unas trescientas personas. En 1876, 150 personas de raza negra fueron masacradas en Ellenton, Carolina del Sur. En ambos casos, Grant envió al ejército y aplastó al KKK, pero la batalla apenas había empezado.

Grant propuso otra solución, siguiendo la idea que tuvo Lincoln de comprar una nueva finca que fuera un lugar seguro para negros del sur ante «el crimen del Ku Kluxismo». Cuando el Congreso no ratificó el tratado, envió a Douglass al Caribe a investigar la posible anexión estadounidense de la República Dominicana, la antigua colonia española que había conseguido la independencia tras desafiar los intentos del presidente haitiano Boyer y el emperador Faustino por conquistar su pequeño imperio. Apoyado por Douglass, Grant la compró por 1,5 millones de dólares, pero el Congreso impidió la adquisición. Douglass se sintió

decepcionado y furioso por las traiciones a la victoria en la guerra civil.

Durante sus dos mandatos como presidente, la noble labor de Grant en el sur y sus decentes intenciones con los nativos americanos se vieron socavadas por su ingenuidad para la alta política y su incapacidad para contener la voracidad imperial de Estados Unidos en el oeste. Apoyó un plan de paz que ofrecía a los nativos americanos «civilización, cristianización y ciudadanía», cuando lo que ellos querían era libertad para cazar y atacar. La guerra civil había revigorizado a los lakotas y los cheyenes en Colorado y las dos Dakotas, mientras que en el sur los comanches habían retomado sus ataques.

Ahora, ambos frentes se deterioraban simultáneamente. Grant simpatizaba con su causa, pero muchos de sus generales compartían la opinión del general Sherman: «Cuantos más indios matemos este año, menos tendremos que matar el próximo». A principios de 1870, la caballería estadounidense quemó y despedazó en Montana a 173 pies negros, en su mayoría mujeres y niños, lo cual puso de relieve los instintos genocidas del ejército.

El 27 de junio de 1874, Quanah Parker, hijo de Peta Nocona y Cynthia Anna, su mujer angloamericana, lideró una unidad de trescientos combatientes para atacar a cien cazadores de búfalos en Adobe Walls, en el Mango de Texas. Quanah iba acompañado de un nuevo líder espiritual, Isa-tai, un curandero al que en mayo, durante un baile del sol, se le había revelado en una visión la destrucción de los colonos blancos y había unido a muchos comanches en un poderoso grupo de combate de mil miembros. «Jamás existió una imagen más espléndidamente bárbara», recordaba Billy Dixon, uno de los cazadores de búfalos. «Cientos de guerreros, la flor y nata de los combatientes de las tribus de las llanuras del suroeste, montados en sus mejores caballos, armados con escopetas, lanzas y gruesos escudos de piel de búfalo, se aproximaban como el viento.» Pero sus armas para búfalos contuvieron a Quanah, y un disparo afortunado de Dixon mató a Isa-tai; Quanah resultó herido.

En el oeste, las depredaciones del ejército y la fiebre del oro

de los colonos elevaron las tensiones y obligaron a un reacio Grant a ordenar la expulsión de los lakotas. En noviembre de 1864, en Sandy Creek (Colorado), las tropas estadounidenses mataron y cortaron la cabellera a 160 cheyenes. En 1868, un tratado reconoció las Colinas Negras como territorio del pueblo lakota, los siux oglalas, pero seis años después, el ejército envió al ostentoso coronel George Armstrong Custer con mil miembros del Séptimo de Caballería, que confirmaron la presencia de vetas de oro. A las colinas llegaron buscadores de oro, que fundaron Deadwood y otros campos. En junio de 1876, Toro Sentado, jefe supremo de los siux y hombre sagrado, realizó un baile del sol, y en su trance vio «soldados precipitándose sobre su campamento como saltamontes caídos del cielo». Él y Caballo Loco, otro líder, formaron una alianza multitribal e iniciaron una guerra.

En Texas, más al sur, el secuestro de un niño blanco por parte de los comanches provocó acciones militares. Estados Unidos, según el general Sherman, no debía «someterse a la práctica de pagar por niños robados. Es mejor que la raza india sea aniquilada». Los soldados, con el apoyo de exploradores tónkawa, atacaron pueblos comanches y encontraron a Quanah, cuya rendición supuso el final de la Comanchería.[11]

En las dos Dakotas, varias columnas del ejército convergieron en pueblos lakota. Grant despreciaba al subordinado y narcisista Custer, un temerario con melena rubia y prendas de cuero con flecos que se oponía a la Reconstrucción, había sido sometido a un consejo de guerra por disparar contra desertores y recientemente había asesinado a más de cien mujeres y niños cheyenes en el sur. Grant prohibió que aquel hombre «no muy equilibrado» participara en las expediciones, pero cedió cuando el general al mando solicitó su presencia.

El 17 de junio, Caballo Loco derrotó a una columna del general Crook. El 25 de junio, el confiado Custer y sus hombres sufrieron una emboscada de Toro Sentado, Caballo Loco y varios centenares de valientes en Greasy Grass. Fueron derrotados en treinta minutos y murieron 267. Custer fue hallado desnudo con un disparo en la cabeza y una flecha atravesándole el pene.

La derrota provocó la destrucción sistemática de pueblos nativos americanos en las Grandes Llanuras. Después, las tribus entraron en reservas. Las Colinas Negras fueron conquistadas, y el principal beneficiario de la fiebre del oro fue George Hearst, un ingeniero de minas barbudo originario de Misuri y ahora instalado en San Francisco. Hearst, un veterano de la fiebre del oro de 1849 cuya mina Homestake lo convirtió en el mayor potentado del sector, ganó las elecciones a senador y en 1880 aceptó como pago por una deuda de póker un periódico en quiebra, el *San Francisco Examiner*, que le regaló a su hijo, William Randolph.

Hearst era solo uno de los barones ladrones que cabalgaron la ola del musculoso capitalismo estadounidense. Mientras los aparceros negros intentaban sobrevivir, la producción de algodón se recuperó. Los trenes llegaban a todo el continente, y su extensión se duplicó, pasando de 60.000 kilómetros en 1865 a 120.000 en 1870. Los ferrocarriles se convirtieron en el negocio de Estados Unidos y enriquecieron a los titánicos oligarcas de lo que el escritor Mark Twain denominó la Edad dorada:[12]Vanderbilt se pasó a la construcción de vías y se enfrentó a sus rivales, Jay Gould y E. H. Harriman. Fue en sus relaciones con los empresarios donde Grant, que había supervisado al ejército con frialdad, demostró una ingenuidad arbitraria que mancilló su presidencia.

La Edad de oro se alimentó con carbón y vapor, pero un joven angular y meticuloso estaba invirtiendo en otro combustible derivado del carbón que solo parecía útil para la iluminación. En realidad, cambiaría el mundo. El 10 de enero de 1870, John D. Rockefeller, de treinta y un años, fundó una refinería de petróleo en Cleveland, Ohio, a la que bautizó Standard Oil. Cuando terminó la guerra civil había empezado a adquirir otras refinerías. La naturaleza ascética de Rockefeller, manifestada en una obsesión con el orden y la limpieza, era una reacción contra su padre, un charlatán itinerante y bígamo. Durante mucho tiempo, las casas se habían iluminado con aceite de ballena extraído por pescadores, pero en 1857 se descubrió petróleo brotando del suelo en Oil Creek, Pensilvania, lo cual propició un giro hacia el producto principal de Rockefeller, el queroseno, empleado para iluminar

domicilios particulares y las calles de unas ciudades cada vez más grandes. Rockefeller inició lo que denominaba su «gran partida», la integración agresiva del negocio del petróleo en un «consorcio» que lo controlaba todo, desde el crudo en barcos y refinerías hasta los clientes que compraban latas de queroseno en la tienda local. Los subproductos del petróleo refinado eran útiles para crear lubricantes para maquinaria, productos para la piel y algo denominado gasolina, pero no eran lucrativos. No parecía que sirvieran para nada.

El dinero era el punto débil de Grant. El presidente era agasajado por el omnívoro Gould, que estaba devorando ferrocarriles y también intentando entrar en el mercado del oro. Gould personificaba el glamur y la sordidez del capitalista depredador. Los estadounidenses, escribió Twain, «ya deseaban dinero antes, pero él les enseñó a arrodillarse y adorarlo». Si los errores de cálculo de Grant mancharon su reputación, sus verdaderos logros fueron desperdiciados por sus sucesores.[13]

«Dice que nos ha emancipado. Así es, y se lo agradezco», afirmó Douglass en la convención republicana de 1876. «Pero ¿de qué sirve si el hombre negro no puede ejercer esa libertad y una vez liberado del látigo del esclavista se ve sometido a su escopeta?»

En 1876, Grant llevó al país a unas disputadas elecciones que finalmente ganó Rutherford Hayes, un republicano de Ohio, gracias a un pacto que atrajo a tropas federales del sur y permitió a demócratas de esa región «redimir» a sus estados aprobando toda una serie de leyes represivas (conocidas como Jim Crow por *Jump Jim Crow*, una obra teatral de blancos interpretando a negros) que impusieron la segregación en las escuelas, el entretenimiento y el transporte e impedían votar a los negros, cosa que fomentó un ambiente en el que las persecuciones eran normales, ninguna de ellas más maligna que los linchamientos, cada vez más frecuentes. Unos 6.500 negros (y 1.300 blancos, normalmente inmigrantes) fueron linchados entre 1865 y 1950. El siniestro pacto de Hayes apenas fue redimido cuando el longevo Douglass salió elegido como primer oficial de justicia negro estadounidense en Washington. La Unión había ganado la guerra, pero la

Confederación ganó la paz.

El 5 de enero de 1871, Bismarck se salió finalmente con la suya, y los cañones Krupp de Moltke empezaron a bombardear la asediada París.

El Canciller de Hierro y Dizzy

Tras la caída de Napoleón, París pronto se vio rodeada. Bismarck y Guillermo se acomodaron en la residencia más lujosa de Europa occidental, el palacio de James de Rothschild en Ferrières. «Aquí estoy sentado», fanfarroneó Bismarck, dirigiéndose a su mujer, «bajo un retrato del viejo Rothschild y su familia.»

«Soy demasiado pobre para comprarme algo así», protestó Guillermo. «La gente como nosotros no puede aspirar a esto. Solo puede conseguirlo un Rothschild.» Mientras Bismarck negociaba con los reyes la unificación de Alemania, el ánimo decaía en el cuartel general prusiano. El nuevo gobierno francés rechazó las condiciones moderadas y atacó a los prusianos. Los campesinos franceses se unieron a la insurgencia. Moltke ordenó la destrucción de pueblos y la ejecución de civiles, pero se negó a bombardear París. Tres meses después, ya instalado con el rey en Versalles, Bismarck se salió con la suya: los cañones Krupp dispararon doce mil proyectiles sobre París. En la asediada ciudad, una rebelión obrera se hizo con el poder y declaró la Comuna de París.

Bismarck necesitaba que un monarca alemán realizara la petición de que Guillermo fuera emperador de Alemania, y el mejor candidato era el monarca del reino más grande después de Prusia: Luis II de Baviera, de veinticinco años. Luis, nieto del benefactor de Lola Montez, era un soñador desequilibrado que inmediatamente después de subir al trono invitó a Múnich a su aislado héroe, el compositor Richard Wagner, que desde la revolución de 1848 había dejado un rastro de aventuras adúlteras y deudas. Luis se identificaba con el mítico Lohengrin, el Caballero del Cisne, uno de los héroes alemanes que inspiraron a Wagner, que estaba escribiendo un nuevo ciclo operístico, *Der Ring des*

Nibelungen. Luis quedó cautivado por Wagner, magistral, desmelenado y de barbilla afilada, que coqueteó sin reservas con el monarca homosexual. Luis patrocinó su nueva ópera, *Tristan und Isolde*, pero Wagner conmocionó a los bávaros con un alocado romance con Cosima Liszt, la mujer de su director de orquesta, y exigió la destitución de los ministros del reino. Un ofendido Luis lo expulsó, pero acabó financiando su exclusivo teatro de la ópera (Festspielhaus) y su mansión en el pequeño pueblo de Bayreuth, donde estrenó *Der Ring,* que presentaba la desorbitada variedad y la andanada musical que él denominaba *Gesamtkunstwerk* —obra de arte total— y a su manera definió tanto el carácter alemán como el nuevo imperio de Bismarck, un imperio para el cual quería la ayuda de Luis.

El Rey Cisne prefería una Alemania imprecisa liderada por sus primos Habsburgo, y se resistió a la petición de Guillermo hasta que Bismarck le pagó en secreto seis millones de marcos de oro. Luis firmó su *Kaiserbrief* y pidió que Guillermo extendiera sus «derechos presidenciales a todos los estados alemanes ... con el título de káiser alemán». El 18 de enero de 1871, en una convocatoria de príncipes y ministros en Versalles, Bismarck «estaba de un humor pésimo» y leyó un «discurso al pueblo alemán», tras lo cual un gran duque gritó: «¡Larga vida al káiser Guillermo!». «Al menos seis hurras atronadores hicieron temblar la sala.»[14]Era el «sueño de los poetas alemanes», dijo entusiasmado Federico, el hijo del nuevo káiser. «Alemania vuelve a tener su emperador.» Los cañones retumbaban al bombardear París. Finalmente, la tercera república francesa aceptó las condiciones alemanas, la pérdida de Alsacia y Lorena y el pago de 5.000 millones de francos, recaudados por Gustave y Alphonse de Rothschild, los hijos de James, que habían ayudado a defender París durante el sitio.

Bismarck diseñó un estado alemán experimental, un híbrido de absolutismo y democracia en el que el rey de Prusia, Guillermo, presidía los numerosos reinos y principados como káiser en contraposición a un Reichstag, elegido por sufragio masculino universal, una monarquía mixta tan complicada que solo podía ser

dirigida por el manipulador más brillante de Europa, el propio Bismarck. Sus contradicciones la hacían inestable, y probablemente inmanejable, pero se convirtió al instante en una potencia económica. Krupp, dueño del mayor complejo industrial de Europa, lo celebró. La victoria en la guerra era su mejor propaganda. «El acero fundido se ha ganado su actual posición como el material más indispensable en la guerra y en la paz», aseguró el Rey de los Cañones al káiser alemán. «Los ferrocarriles, la grandeza de Alemania y la caída de Francia pertenecen a la era del acero.» Residiendo en Villa Hügel, un nuevo palacio de trescientas habitaciones situado a las afueras de Essen en el que trabajaban veinte mil empleados con uniformes especiales de Krupp, el empresario formó a su hijo Fritz como heredero.

Bismarck, nombrado canciller y ascendido a príncipe, temía la muerte de Guillermo, su káiser octogenario. Su heredero Federico, que se había distinguido en la guerra, era un liberal influido por Vicky, su esposa inglesa. Bismarck los odiaba, ya que los consideraba obstáculos para sus planes. La tensión que conllevaba gestionar su incoherente invento era compulsiva, pero agotadora incluso para el cínico e ingenioso canciller. Ya septuagenario, podía dictar memorandos durante cinco horas mientras controlaba sus múltiples conspiraciones. Pero el estrés le condujo a una psicosis de paranoia, glotonería e insomnio que estuvo a punto de matarlo. Lo salvó un médico que lo puso a dieta, lo relajó envolviéndolo con mantas y le sostuvo la mano hasta que concilió el sueño.

El Canciller de Hierro alió Alemania con los otros dos emperadores conservadores: Francisco José y Alejandro II de Rusia. El zar, que había aceptado la unificación de Alemania a cambio de que se eliminaran las limitaciones impuestas por la guerra de Crimea, se concentró en la desintegración otomana mientras los eslavos ortodoxos de Europa del este buscaban la independencia. Serbia y Rumanía ya eran autónomas. En 1877, Alejandro atacó a los otomanos para forjar un nuevo país, Bulgaria, y conquistar Constantinopla y los estrechos. Mientras los ejércitos Románov galopaban hacia las afueras de la Gran Ciudad, Disraeli, ahora

primer ministro, contuvo la agresión rusa y salvó el sultanato enviando a la Armada Real. Bismarck lo apoyó, pues temía que los rusos conquistaran Estambul.

Pertenecían a mundos diferentes. Disraeli, hijo de un inmigrante judío culto de Marruecos, fue el primer extranjero que gobernaba Gran Bretaña desde los romanos, un ascenso conseguido gracias a intrigas osadas e ingenio, pero sin dinero, tierras o contactos. «¡El señor Disraeli es primer ministro!», escribió la reina Victoria a su hija Vicky. «Qué orgullo para un hombre del pueblo.» Él lo celebró: «He llegado a la cima de la cucaña».

Disraeli se enorgullecía de su judaísmo, religión que practicó hasta los doce años cuando la pelea entre su padre y la comunidad de su sinagoga le llevó a convertirse al anglicanismo. Esto fue conveniente para el desarrollo de la carrera política de Disraeli, ya que en aquel momento los judíos practicantes no podían optar a ello por las restricciones anti-judías. Delgado y elegante, con ojos oscuros y el pelo rizado, y a menudo luciendo pantalones verdes y una prímula, Disraeli había hecho incursiones en actividades financieras dudosas, y durante un tiempo vivió en *ménage à trois* con un escandaloso potentado y su joven amante antes de que sus novelas lo hicieran famoso. Ahora dedicado a una esposa adinerada aunque espiritual y doce años mayor que él que lo llamaba Dizzy y «no sabía», bromeaba Disraeli, «si fueron antes los griegos o los romanos», fue el primer conservador moderno, un defensor de la unidad de la aristocracia y el pueblo en «una nación», y un promotor entusiasta de la potencia mundial británica, todo ello con desvergonzado garbo».[15]

En 1867 se impuso a los liberales de Gladstone para aprobar una reforma legislativa que duplicó el número de votantes varones, el inicio de una auténtica democracia británica en la que la mayoría de los hombres adultos tenían derecho a voto. Tras cosechar una victoria aplastante en 1874 y ser ascendido a conde de Beaconsfield, ahora arrugado, cansado y lánguido, era el líder más cosmopolita del Reino Unido. Había viajado a El Cairo y Jerusalén, y hasta la fecha era el único primer ministro perteneciente a una minoría étnica. En un congreso celebrado en

Berlín, él y Bismarck aunaron fuerzas para contener a Rusia, salvar Constantinopla y reorganizar Europa del este.

Se admiraban mutuamente. «Bismarck es el más alto de todos», escribió Disraeli. «Con 1,85 de altura, fornido y proporcionado, y con una voz suave y agradable que contrasta singularmente con las cosas horribles que dice, es un déspota absoluto.» Bismarck declaró: «El viejo judío es extraordinario». El congreso otorgó Chipre al Reino Unido, censuró el antisemitismo y creó un grupo de nuevos estados nacionales: Serbia y Rumanía se convirtieron en reinos, y Bulgaria y Montenegro en principados independientes, todos ellos aspirando a recrear reinos desaparecidos y a menudo imaginarios.[16]Pero el declive de los otomanos, las ambiciones de los nuevos estados eslavos y la rivalidad de Rusia y Austria convirtieron a los Balcanes en la chispa del conflicto europeo. «Algún día», predijo Bismarck, «la gran guerra europea estallará por alguna estupidez en los Balcanes.»

Disraeli recibió la bienvenida en casa: «Os traigo de nuevo la paz, pero espero que una paz con honor». Ese delicado equilibrio europeo obligó a las potencias a trasladar sus rivalidades a un nuevo escenario fuera del Viejo Continente: África.

Acto decimoctavo
1.300 millones

Casas salomónica y Asante, Habsburgo y Sajonia-Coburgo

Salama, princesa de Zanzíbar, y los cadáveres reales de Katanga

El 24 de diciembre de 1871, en la ópera de El Cairo, Ismaíl el Magnífico presidió el estreno de *Aída*, por el que le había pagado a Verdi 150.000 francos. El argumento —una princesa etíope capturada y esclavizada por un paladín egipcio— no era enteramente ficticio. Ismaíl estaba resuelto a conquistar el África oriental, empezando por Etiopía. El reparto europeo de África, en muchos aspectos, lo puso en marcha el soberano de Egipto.[1]Para obtener el apoyo de Occidente respaldó la cruzada contra la esclavitud y envió ejércitos al sur, a conquistar Darfur (Sudán). Aunque la esclavitud del Atlántico había menguado, dentro de África vivía una explosión. Los potentados africanos y árabes y, hasta cierto punto, una variopinta dispersión de europeos, eran todos jugadores de un torneo donde se competía por el poder y los recursos. En el oeste del continente los califas y los propietarios esclavistas de Sokoto poseían dos millones y medio de esclavos: una cuarta parte de la población de la región;[2]en el África oriental, la confusión se intensificaba.

Al morir en 1856 el notable sultán omaní Saíd —que había conquistado un imperio afro-árabe— su sultanato de Zanzíbar y Omán se dividió entre dos hijos: uno gobernó en Omán y el otro, el sultán Mayid, con el apoyo de los británicos, se apoderó de Zanzíbar y buena parte de Kenia y Tanzania. Envió incursiones al interior del continente, a cazar esclavos y recoger marfil. La esclavitud del África oriental llegaba a su pico. En el transcurso del

siglo XIX, 1.600.000 esclavos —dos tercios, mujeres— se vendieron a señores árabes e indios; cada año se trataba con sesenta mil esclavos en el mercado especializado de Mkunazini, en Zanzíbar, a los que se confinaba en 75 cámaras infernales.

En la propia Zanzíbar, donde se hacía trabajar a cien mil esclavos, Mayid ganó una auténtica fortuna con los esclavos, el clavo de olor y el marfil; adquirió un buque de guerra de los confederados, el *Shenandoah*, y lo convirtió en un yate de lujo, el *Mayid*. Pero Bargush, hermano menor del sultán, odiaba la creciente ascendencia británica y en 1859 planeó un golpe de Estado con la ayuda de su hermana, de quince años: Salama bint Saíd.[3]El intento fracasó, pero aun así Bargush sucedió a Mayid en el sultanato. Compró barcos de vapor y fundó una línea marítima propia que unía África con la India. Aunque accedió a cerrar el mercado de esclavos de Mkunazini, en secreto se aprovechaba de las incursiones esclavistas y de la construcción imperial de una temible falange de caudillos militares —algunos africanos, otros, árabes, otros, europeos— que mercadeaban todos ellos con esclavos a los que utilizaban para transportar una mercancía aún más valiosa: el marfil.[4]

Un caudillo omaní-zanzibarí, Tippu Tip, logró apoderarse de un imperio de 650.000 kilómetros cuadrados. Era «un hombre alto, de barba negra y complexión negroide, rápido y directo, que estaba en la flor de la vida», escribió un periodista. «Poseía una cara fina e inteligente, con un tic nervioso en los ojos» y siempre vestía de un blanco deslumbrante, con una daga decorada con filigranas de plata. Tenía un lema: «Los esclavos son gratis. Basta con cogerlos». Cuando en el paso de una catarata se perdió toda una carga de mujeres y niños esclavizados, su comentario fue tan solo: «¡Qué lástima! La canoa era buena».

No toda la trata de esclavos estaba en manos árabes. Dos caudillos ñamwezi gobernaron durante décadas varias extensiones del Congo. Uno de ellos, Mytela Kasanda, combatió contra los omaníes y adoptó el nombre de Mirambo: cadáveres. Lideraba una milicia ruga-ruga cuyos hombres vestían camisas de piel humana, gorras de cabelleras cortadas, cinturones de intestinos humanos y

collares de dientes. Su rival Msiri gobernaba el reino de Yeke, en Katanga, con las armas de un aliado afroportugués: Coimbra de Angola, cuya elegante hermana Maria de Fonseca era una fuerza activa por sí misma. Para confirmar la alianza, Msiri casó a su hija con Tippu Tip.

En el sureste el potentado principal era Mutesa, *kabaka* (rey) de Buganda (Uganda). Este dictador fornido pero psicótico, que se adornaba el cuerpo con joyas y anillos de cobre, estuvo en el poder durante treinta años, desde 1856. En su capital, de cabañas colosales, le asistían su madre, cuatrocientas esposas, ministros y verdugos, y manejaba un ejército vasto y toda una flota de canoas que comerciaban con marfil y esclavos. Mutesa —que pertenecía a una dinastía que llevaba dos siglos de gobierno— se había hecho con el mando a los diecinueve años, mediante una masacre familiar, y mantuvo el dominio mediante torturas y asesinatos caprichosos que santificaba con sacrificios humanos estacionales, de ochocientas víctimas. El kabaka, que regía sobre cerca de dos millones de personas, expandió su reino aprovechando las hostilidades de musulmanes y cristianos, zanzibaríes y egipcios.

Más al sur un temible caudillo originario de Goa —Manuel de Souza, más conocido como Gouveia— transformó las plantaciones de su tío en un feudo personal de trata de esclavos y de marfil, en la Zambezia portuguesa. Formó un ejército africano privado y se apoderó del reino de Gasa para convertirse en señor de Manica; se casó con la hija de un rey de Báruè y su hijo heredaría el trono.

Todos estos Estados esclavistas, atrapados en un desenfreno de guerras depredadoras por la tierra, los esclavos y el marfil, atrajeron ahora la atención de la mayor potencia africana: Egipto.

Ismaíl y Teodoro: la batalla por el África oriental

Después de conquistar Sudán, Ismaíl siguió avanzando hacia el África central y se anexionó Ecuatoria (norte de Uganda), donde contrató como gobernador al general Gordon, «el Chino», al que habíamos visto por última vez combatiendo a los rebeldes Taiping

en beneficio de la emperatriz Cixi. Aunque Ismaíl era un señor esclavista, Gordon asumió la tarea de luchar contra la esclavitud. Ismaíl dirigió luego la mirada a Etiopía, una vasta región multiétnica dividida en reinos cristianos y sultanatos islámicos, que de forma nominal gobernaba un *negus nagast* (rey de reyes, o emperador) de la dinastía cristiana; el negus afirmaba descender del rey Salomón y la reina de Saba, pero de lo que no cabe duda es de que descendía de su fundador medieval, Menelik. En 1855 un aristócrata de segundo rango, Kassa Hailu, conquistó los reinos de Tigré, Godcham, Showa y Wolo, encarceló a los príncipes salomónicos en su fortaleza de montaña —Magdala— y se coronó como negus nagast Tewodros (Teodoro II). «De mediana estatura, pero poseedor de una constitución muscular poderosa, capaz de sostener cualquier cantidad de fatiga», Teodoro tenía «un porte noble y un andar majestuoso y nadie le superaba en el tiro, la lanza, la carrera ni la equitación».

En la atalaya de Magdala favoreció a un prisionero —un joven príncipe de Showa, Sahle Maryam, conocido más adelante como Menelik— al que concedió la mano de su hija. Al principio Menelik adoraba a Teodoro, «que me educó y por quien siempre sentí el más profundo afecto filial». Pero tras la muerte de su adorada esposa, Teodoro empezó a desmandarse. Menelik se dio a la fuga mientras el emperador arrojaba a prisioneros por un precipicio y torturaba y asesinaba a muchos otros. En 1862 el errático Teodoro pidió la ayuda de los británicos contra los potentados musulmanes y, como no accedieron, encarceló a los enviados y misioneros británicos. Disraeli envió a trece mil soldados al mando de sir Robert Napier, ejemplo paradigmático de los militares del imperio, que ya había combatido contra sijs, indios y chinos. En abril de 1868 Napier derrotó a Teodoro a las afueras de Magdala y mató a novecientos etíopes, frente a tan solo dos bajas propias. A continuación el emperador, llevado por la desesperación, arrojó a los presos etíopes por el precipicio y, cuando Napier tomó la fortaleza al asalto, se quitó la vida de un disparo. Lord Napier de Mandala fue recompensado con el título de par y saqueó los tesoros etíopes, pero se retiró cuando diversos

príncipes rivales —encabezados por Menelik de Showa y Kasa Mercha de Tigré— empezaron a competir por el trono.[5]Venció Kasa y fue coronado como Yohannis (Juan IV).

La incursión británica tuvo la cobertura de un periodista estadounidense que hizo la crónica de los desmanes de los militares británicos; pero se enamoró de África y acabó por personificar el espíritu del aventurerismo y la explotación de los europeos: Henry Morton Stanley. En realidad ni era estadounidense ni se llamaba Stanley, sino John Rowlands; era un hijo bastardo nacido en Gales, abandonado por la madre y criado en asilos de pobres. A los dieciocho años zarpó hacia América, adoptó el nombre nuevo, trabajó en los barcos del río Misisipí y luchó tanto por la Confederación como por la Unión. Cuando pasó al periodismo de guerra sensacionalista, el *New York Herald* lo contrató para cubrir la pequeña guerra africana de Napier.

Stanley desconocía la historia y la cultura de África, «una tierra sin personas», que veía como un lienzo sin pintar, una oportunidad comercial y una arena fantástica en la que este aventurero —mendaz e infatigable— desplegó el machismo victoriano y desafío «la vida mezquina que miles de personas viven en Inglaterra, donde no se permite que un hombre sea real y natural». Ahora necesitaba una historia más atractiva.

Su famoso contemporáneo el doctor David Livingstone —misionero indomable— se había perdido y se temía que hubiera muerto. Stanley, que no había cumplido aún los treinta, propuso al editor y propietario de su cabecera neoyorquina que fabricaran su propia sensación periodística: encontrar a Livingstone.

A Livingstone se lo celebraba por un concepto muy distinto de África, adonde había acudido con una misión típicamente victoriana: difundir el cristianismo, destruir a los señores esclavistas del este del continente y hallar los orígenes de los ríos Zambeze y Nilo. Este hombre hecho a sí mismo, obsesivo y carente de humor, también buscaba ser el centro de atención; era un trabajador de Glasgow, padre de cinco hijos, que se aburría en su tierra y prefería el drama solitario y justiciero de sus misiones. Empezó siendo misionario en Suráfrica, a los veintisiete años, y se

mostró infatigable como «explorador» que atravesó el continente entero (la prensa británica lo ensalzaba como una hazaña inaudita, aunque en 1806 dos *pombeiros* —tratantes de esclavos— ya habían atravesado África). En el interior de Livingstone borboteaba un culto victoriano a la muerte: «¿Debo ser un mártir de mi propia causa?». La pujante prensa londinense y neoyorquina seguía con atención sus pasos y las damas asistían a sus conferencias. Su pasión abolicionista era noble y genuina, pero también se asociaba a su propia vanidad y la convicción de que abrir África al «comercio» —a los negocios británicos— sería el mejor antídoto de la esclavitud.

Muchos de los aventureros africanos —en su mayoría, británicos y franceses— creían en una «misión civilizadora» basada en concepciones racistas de la inferioridad africana; y antes incluso de que llegaran los Estados, resultaba difícil diferenciar entre los misioneros cristianos, los exploradores geográficos y científicos y los constructores de imperios, piratas comerciales, mercenarios depredadores y turistas sexuales; todos compartían el hecho de asumir un riesgos, pues sus viajes eran con frecuencia letales. Más adelante, cuando Stanley atravesó África desde el océano Índico hasta el Congo —más de once mil kilómetros—, murieron todos los blancos de su partida (salvo él mismo) y 173 africanos.

En 1866 Livingstone partió de la costa africana oriental con tan solo 35 porteadores. Pretendía encontrar las fuentes del Nilo, pero se halló inmerso en un caos de guerras y trata de esclavos en el que sus hombres perecieron o desertaron. Le impulsaba una obsesión por el Nilo: «El valor de las fuentes del Nilo, para mí, radica tan solo en que son un medio de hacer resonar poderosamente mi voz … para remediar un mal extremo». A merced de los esclavistas y sin apenas suministros, logró sobrevivir, pero enfermo de disentería. La noticia de su desaparición fascinó al mundo.

En marzo de 1871 Stanley partió «al rescate» de Livingstone, en compañía de columnas de porteadores africanos y de un arsenal formidable. Como un caudillo militar, se abrió paso armado entre los conflictos que enfrentaban a los esclavistas africanos y árabes y,

al paso, solía abatir a africanos. Encontró al explorador perdido en noviembre, en una escena que contribuyó a forjar los mitos de la aventura colonial. «¿El doctor Livingstone, supongo?», dijo Stanley, al iniciarse aquella fusión de misión noble y buhonerismo desvergonzado. Livingstone, demacrado y desdentado, era «poco más que un saco de huesos». Stanley corrió a enviar el reportaje y Livingstone, como no podía ser de otro modo, insistió en seguir buscando las fuentes del Nilo y falleció de disentería.

No obstante, el reportaje de Stanley le dio fama en todo el mundo. Lo que era más importante: dio publicidad a «la gran calamidad humana» del tráfico de esclavos en el este de África. La opinión pública británica reclamó la abolición y la campaña atrajo a las potencias europeas, que respondían también al motivo de la ambición imperial. Londres encargó a su Armada que interceptara a los barcos esclavistas y obligó al sultán Bargush de Zanzíbar a cesar en el comercio.

Después de esta sensación, Stanley viajó al África occidental, donde una expedición británica puso de manifiesto que, por primera vez, los avances científicos y tecnológicos facilitaban el acceso de los europeos al interior del continente. En los cuatro siglos transcurridos desde que los portugueses levantaron Elmina, los europeos casi nunca habían intentado conquistar el interior, salvo los angloneerlandeses en El Cabo y los portugueses en Angola y Mozambique. Seguían confinados a la costa, limitados por el terreno, el clima y, sobre todo, la malaria y la fiebre amarilla, causantes de la muerte de la mayoría de los europeos. En 1824 los británicos intentaron enfrentarse al reino asante y la cabeza del gobierno acabó sirviendo de copa para el asantehene. Solo se había colonizado cerca del 5 % de la superficie africana. Esto estaba a punto de cambiar radicalmente: el telégrafo dio rapidez a las comunicaciones; los barcos de vapor permitieron concentrar tropas y el nuevo armamento proporcionaba una potencia de fuego devastadora. La gran clave fue un último factor: la disponibilidad de quinina, extraída de la chinchona —la corteza del quino, un árbol de los Andes— y cultivada ahora en Java, posibilitaba tratar a los europeos de la malaria y, por lo tanto, que sobrevivieran en el

interior de África.

En 1871 los asante —dirigidos por Afua Kobi, la reina madre, quien tomaba las decisiones fundamentales en un reino matrilineal como el asante— se negaron a aceptar que los británicos adquiriesen la Costa de Oro neerlandesa. Tras organizar el asesinato de príncipes rivales, Afua Kobi había situado en el trono a su hijo Kofi Karikari. «Yo soy solo una mujer, pero lucharía contra el gobernador incluso con la mano izquierda», dijo. Sin embargo, aunque ella no lo sabía, las nuevas tecnologías habían cambiado la dinámica. En febrero de 1874 Garnet Wolseley —uno de los varios generales angloirlandeses que fueron indispensables para la construcción del imperio británico— utilizó vapores para desembarcar a 2.500 soldados británicos y construir carreteras hacia el interior. Luego, aliados con miles de auxiliares de la tribu fante, avanzó hacia la capital, Kumasi. Afua Kobi y los asante fueron derrotados en combates intensos que cubrió el célebre Stanley. Mientras Afua emprendía la retirada, Wolseley destruyó la capital y la obligó a pagar una indemnización en oro, liberar a miles de esclavos asante y prohibir los sacrificios humanos. Los británicos, sin embargo, no lograron apoderarse del sagrado Escabel de Oro. La reina Afua Kobi destituyó a Kofi y alzó al trono a otro hijo. Wolseley —que había afirmado: «para que un joven prospere en el ejército, solo hay un camino: tiene que intentar que lo maten de todas las formas posibles»— se convirtió en el encargado oficial de resolver los problemas del imperio, hasta el punto de que su competencia dio origen a una frase hecha: «todo va *sir* Garnet», es decir, «está todo controlado».

Volviendo al este, el caos de Etiopía fue una oportunidad para el jedive Ismaíl, que ocupó Massawa (Eritrea) y Zeila (Somalia), en la costa, e intentó apoderarse de Zanzíbar, pero el sultán rechazó la ofensiva. En 1875 un ejército egipcio liderado por Hassan, el hijo del jedive, y diversos oficiales estadounidenses, suizos y daneses invadió Etiopía, pero en Gundet y Gura los sorprendieron y el emperador Juan los aniquiló. El príncipe Hassan cayó preso y la victoria reforzó a Juan.[6]No lejos de allí, Gordon —el gobernador general de Ismaíl— estaba ampliando el imperio egipcio por el

curso del Nilo, donde descendió unos cinco mil kilómetros hasta llegar a los grandes lagos y Buganda y toparse con la sólida resistencia del kabaka Mutesa. El santo paladín Gordon, que recorría incesantemente el vasto territorio sudanés en camellos y vapores del Nilo, declaró: «Estoy asestando golpes letales contra la esclavitud». La realidad era menos idílica. Los señores esclavistas de Sudán —jabires que esclavizaban a cincuenta mil personas al año— resistían con fuerza.

Ismaíl el Magnífico no había logrado sus objetivos en Etiopía y Buganda, pero extendió sus dominios a un imperio enorme, el primero del reparto de África. Sin embargo, después de diez guerras, dos mil kilómetros de ferrocarril, cortesanas francesas y cañones de Krupp, Ismaíl no pudo hacer frente a las deudas. Sopesó vender sus acciones en el Canal de Suez, muy codiciadas por Dizzy. El primer ministro solicitó ayuda a uno de sus mejores amigos, Lionel de Rothschild.[7]En una reunión del gabinete, en noviembre de 1875, Disraeli propuso la compra y, poco después, sacó la cabeza por la puerta: «Sí», le dijo a su secretario, Montagu Corry, que tomó un carruaje para llegar prontamente a la sede de New Court, donde Rothschild le estaba esperando. Disraeli necesitaba cuatro millones de libras «mañana».

Rothschild cogió un grano de uva moscatel, se lo comió y tiró la piel.

—¿Qué garantía se ofrece? —preguntó Rothschild.

—El gobierno británico —contestó Corry.

—Los tendréis.

Mientras Rothschild le enviaba a Ismaíl el dinero, por telegrama, Victoria recibió a Disraeli. «Problema arreglado», dijo pomposamente Disraeli. «Es todo suyo, Señora.»

La victoria de Cétshwayo y el último Napoleón

«El Hada», según denominaba a Victoria, «está extasiada», se vanagloriaba Disraeli. Un año después consolidó el raj al nombrarla «emperatriz de la India»; pero pronto tuvo que defender

sus fronteras. Los imperios son siempre una farsa de poder, un truco de confianza, que se ejecuta con la mística de la hegemonía y solo se puede mantener mediante la amenaza de una intervención rápida y poderosa. Pero las potencias europeas —Portugal, los Países Bajos, el Reino Unido— eran naciones pequeñas que necesitaban especialmente el farol como instrumento de control de las colonias remotas y sus poblaciones vastas. Aun así, el imperio era caro. Los ejércitos y las infraestructuras no tardaron en comerse los beneficios económicos y era difícil resistirse al vórtice propio de los imperios: cada nueva conquista requiere más guerras para controlar lo que uno poseía y también más anexiones para negarles la recompensa a los rivales. Disraeli compró el Canal para apartar a Francia, pero el gran enemigo del Reino Unido era Rusia: desde los tiempos de Gengis Kan, nadie había tenido más éxito que los Románov en la construcción de imperios. En 1865 Rusia conquistó Tashkent, en 1868, Samarcanda, y los emires de Bujará y los janes de Jiva pasaron a ser gobernantes vasallos. Después de diez años de avances asombrosos, Alejandro II llegó hasta la frontera afgana. Como el Reino Unido le impidió apoderarse de Constantinopla, Alejandro debatió con sus generales sobre una invasión de la India.

Mientras los Románov ponían a prueba, no sin nerviosismo, al emir afgano Sher Ali, y los británicos le reclamaban asimismo manifestaciones de lealtad, este osciló entre una tensa inseguridad y el desafío orgulloso. Cuando se negó a cumplir con las exigencias británicas Disraeli aprobó una invasión que —mejor planeada y armada que la de 1839— conquistó Kabul e instaló en el poder al hijo de Sher Ali, siempre guiado por un plenipotenciario británico. En África, no obstante, el primer ministro se enfrentaba a un desastre.

En enero de 1879 Cétshwayo, *nkosi* de los zulúes, hijo de Mpande y sobrino de Shaka, ordenó que un impi de veinte mil hombres plantase cara al avance de un ejército británico de 18.000 casacas rojas, que habían acampado despreocupadamente en Isandlwana.

No fue la primera guerra provocada por lord Carnavon, el

secretario del gobierno londinense para las Colonias: después de haber convertido Canadá en un dominio autónomo confiaba en erigir una estructura similar en Suráfrica, gobernada por los colonos blancos. Pero Suráfrica no era Canadá: los zulúes, xhosa y afrikáneres blancos no tenían ninguna intención de cooperar. Las exigencias altivas del alto comisionado Bartle Frere no tardaron el provocar la rebelión de los xhosa. Frere los aplastó y se dirigió contra Cétshwayo, «un hombre de notable habilidad, gran fuerza de carácter, maneras dignas y sagacidad». Cétshwayo volvió a entrenar a sus ejércitos y Frere le reclamó que cediera territorios y redujera sus efectivos. El nkosi se negó y concentró a sus guerreros. Frere estaba preparado.

La agresividad británica reflejaba que en ese momento, en Suráfrica, había más en juego que anteriormente. Ocho años antes, cerca del río Vaal (al noreste de Ciudad del Cabo), una prospección había encontrado diamantes en la granja de los hermanos De Beer, en Griqualandia, la tierra de los griquas, una población mestiza gobernada por el *kaptein* Andries Waterboer (cuyo cargo era hereditario). Se desató una fiebre por los diamantes que atrajo al «Gran Agujero» a unos cincuenta mil cazafortunas. Entre los buscadores estaba un boxeador judío del East End londinense, Barney Barnato, y el hijo de un vicario inglés, el asmático Cecil Rhodes. Tanto el kaptein griqua como los presidentes afrikáneres del Transvaal y el Estado Libre de Orange reclamaron la propiedad de las minas, pero los británicos corrieron a anexionarse el campamento de New Rush, al que no tardó en dársele el nombre del secretario de las Colonias, lord Kimberley. En este punto Frere planeaba actuar no solo contra Cétshwayo sino también contra el Transvaal afrikáner, que se anexionó. Los afrikáneres no plantearon batalla de inmediato porque también estaban inquietos por el resurgimiento de los zulúes.

En enero de 1879 Frere envió a 18.000 hombres dirigidos por el general Chelmsford, que encabezó en persona una columna de 1.500 efectivos. Cétshwayo acometió a este lord con 24.000 combatientes liderados por su hermano: «Marchad despacio, atacad al alba, comeos a los soldados rojos». Chelmsford estaba muy

seguro de sí mismo e instaló la columna en Isandlwana, sin fortificar el campamento, con la convicción de que su millar de casacas rojas y los quinientos auxiliares africanos, armados con fusiles Martini-Henry, abrumarían sin dificultad a los zulúes. Mientras el lord estaba ausente, en una misión de vigilancia, los zulúes emboscaron a sus hombres y mataron a 1.210 soldados —739 blancos y 471 africanos a los que se les rajó el vientre, sin excepción—, con pérdidas similares en el propio bando. Luego las tropas zulúes intentaron sitiar a una unidad británica en la misión del Vado de Rorke (Rorke's Drift), pero esta logró defenderse durante doce horas de asalto. En marzo, en Intombe, Cétshwayo destruyó una columna británica y mató a ochenta hombres; pero una arremetida precipitada contra un campamento fortificado, aunque costó la vida a 84 británicos y un centenar de africanos, le supuso perder a dos mil zulúes. En Londres, Disraeli se enfureció, pero Chelmsford se redimió invadiendo de nuevo la zona con 25.000 hombres y un arma nueva: la ametralladora Gatling.[8]

Un joven francés de veintidós años corrió a unirse a las fuerzas británicas desde Londres: Luis Napoleón, «Loulou», el único hijo de Napoleón III y Eugenia. Loulou rogó que le permitieran alistarse, y Disraeli lo vetó; pero Eugenia apeló a la reina Victoria. «¿Qué puede hacer uno», suspiró Disraeli, «cuando tiene delante a dos mujeres obstinadas?» Loulou (apodado también P. I., «príncipe imperial») ardía en deseos de entrar en combate en el territorio africano: «Si tuviera que caer, preferiría una azagaya a una bala». En una misión de reconocimiento, su pequeña unidad fue emboscada por treinta zulúes; su caballo se desbocó y estuvo haciendo cabriolas hasta que lo derribó. Loulou se quedó solo y disparó la pistola hasta que los zulúes lo sometieron con 18 azagayazos.

Victoria visitó a Eugenia en la residencia de Kent, para consolarla. Más adelante, cuando Cétshwayo propuso acordar una paz, devolvió la espada napoleónica de Loulou. En Inglaterra su muerte no solo marcó el final de la dinastía Bonaparte, sino que fascinó a la opinión pública casi tanto como la defensa del Vado de Rorke.

El 4 de julio de 1879, Chelmsford avanzó sobre el kraal (asentamiento empalizado) del rey de los zulúes en Ulundi, y avanzó contra el ejército enemigo en una formación de cuadrado hueco. La artillería y las dos Gatling segaron la vida de 1.500 zulúes e hirieron a varios miles en tan solo treinta minutos. Luego el lord le prendió fuego a Ulundi. Se apresó al rey, se lo envió preso a Londres y el reino se desintegró.[9]Sin embargo, la caída de Cétshwayo desató a los afrikáneres, maestros de la guerra de guerrillas, que derrotaron a los casacas rojas con su puntería excepcional. El Reino Unido reconoció la independencia de los afrikáneres, pero los diamantes —y poco después, el oro— transformaron Suráfrica.

«Este desastre terrible», comentó Disraeli, en alusión a Isandlwana, «me ha conmocionado hasta lo más hondo»; lo mismo ocurrió con otro fiasco, el de Kabul. El 3 de septiembre, un amotinamiento de soldados afganos a los que no se les pagaba la soldada creció hasta convertirse en insurgencia: asesinaron al plenipotenciario británico y sitiaron y derrotaron a siete mil efectivos británicos. Isandlwana y Kabul demostraron que un gran imperio puede sufrir derrotas en más de un frente, de forma simultánea, sin perder por ello nada de prestigio.

En la campaña electoral William Gladstone —el rival de Disraeli, infatigable a sus setenta años— acusó a Disraeli, el teatral empresario del imperio, de ser un exhibicionista jactancioso; por su parte el titular —cinco años mayor y afectado de gota y asma— se burló de aquel «retórico sofisticado que se emborracha con la exuberancia de su propia verbosidad». Pero la verbosidad funcionó: en abril de 1880 Gladstone obtuvo una victoria abrumadora y comentó exultante que la derrota de Disraeli era «como ver desaparecer un vasto y magnífico castillo en un romance italiano».

Gladstone —apodado «el Veterano»— estaba resuelto a autorizar la autonomía a la problemática Irlanda, donde los campesinos católicos clamaban contra sus señores protestantes. Pero él tampoco pudo evitar el vórtice imperial: había que estabilizar Afganistán. En esta ocasión los británicos contaron con una dirección mejor, la del general Frederick Roberts («Bobs»

Roberts), un angloirlandés bajo y enjuto, con experiencia en la India y Etiopía, que repelió el sitio de su empalizada y luego reconquistó Kabul. En julio de 1880 una fuerza británica de 2.500 hombres —en su mayoría, indios— fue derrotada por los afganos, capitaneados por el hijo de Sher Ali. Pero Bobs acudió a salvar Kandahar con su Fuerza de Campaña de Kabul y Kandahar y, en septiembre, batió a los afganos. Llegados a 1842 los británicos habían comprendido el funcionamiento de las guerras afganas: había que golpear con fuerza y marcharse con rapidez, dejando como gobernante a un amigo. «Quizá no sea muy halagador para nuestro amor propio, pero ... cuanto menos nos vean los afganos, menos les disgustaremos», escribió Bobs. El nuevo emir, Abdur Rahman, accedió a que Afganistán solo mantuviera relaciones internacionales con el Reino Unido y pasó doce años sofocando rebeliones. Cuando en 1885 las tropas rusas asaltaron a una unidad afgana en Panjdeh —lo que estuvo a punto de provocar una guerra con el Reino Unido—, el emir y sus garantes británicos conservaron la calma. Las debacles de 1878 sirvieron para que los británicos dispusieran de cuarenta años más de protectorado en Afganistán.

El otro vórtice imperial de Gladstone era Egipto, donde en 1882 la injerencia de los británicos provocó una rebelión nacionalista. Para proteger el Canal, Gladstone —aunque con reticencia— envió a Wolseley a ocupar el país; pero más al sur, en Sudán, la misión antiesclavista británica tuvo la contestación de una insurgencia yihadista. La dirigía Muhammad Ahmed, hijo de un constructor de embarcaciones del Nilo, quien después de una vida como eremita austero experimentó visiones divinas y afirmaba ser el Mahdi. «Destruiremos este mundo para crear el nuevo», dijo. «Todo aquel que no crea en mi mesianismo será purificado por la espada.» Con tal objeto ordenó a sus adeptos, los ansaríes —llamados como los seguidores de Mahoma que lo acompañaron a Medina—, que dieran muerte a «los turcos» (egipcios) y se negaran a pagar impuestos. La sublevación del Mahdi contó con el respaldo de los tratantes de esclavos reaccionarios que el abolicionismo británico amenazaba, con sus

buenas intenciones.

Cuando los fanáticos ansaríes derrotaron a las tropas británicas y egipcias, la prensa británica reclamó: «¡Enviad a Gordon!». Gladstone no veía la idea con buenos ojos, pero al final encomendó a este aventurero justiciero que evacuara Sudán. El general, no obstante, se dedicó a perseguir su propia misión divina y, cuando los ansaríes se acercaron, se quedó a defender Jartum junto con siete mil sudaneses. «Me siento del todo inclinado a desear que Su voluntad sea mi liberación», le dijo a su hermana. «Los gozos de la Tierra crecen hoy escasos, sus glorias se han marchitado.» Mientras el mártir anunciaba su coraje para gozar de la atención general, un clamor popular obligó a Gladstone a enviar una expedición a las órdenes de Wolseley. «Mejor una bala en el cerebro que extinguirme en el olvido», escribió Gordon, que mientras aguardaba a que su condena se hiciera realidad, se dedicaba a fumar sin pausa, apalear a sus sirvientes con una vara y despotricar: «¡Venga! ¡Id a decirle a todo el pueblo de Jartum que Gordon no teme a nada porque Dios lo ha creado sin miedo!».

El 26 de enero de 1885 el Mahdi asaltó Jartum y masacró a las tropas de Gordon. Al propio Gordon lo atravesaron con una lanza en su galería; le cortaron la cabeza y se la llevaron al Mahdi, que la colgó de un árbol en Omdurmán, con «los ojos azules medio abiertos», según comentó un preso europeo. Los británicos expresaron admiración por lo que consideraban una exhibición de heroísmo cristiano y reclamaron venganza y la caída de Gladstone (al que calificaron de «asesino de Gordon»). El Mahdi gobernó Sudán y convirtió la esclavitud en un monopolio gubernamental, con la ayuda de los tratantes árabes, que esclavizaron a cientos de miles de personas. A su muerte el *jalifa* (sucesor) fue Abdullahi, que utilizaba el servicio de quince chicos esclavos y cuatrocientas concubinas, y trató Darfur y Ecuatoria como reservas para la caza de esclavos. Con la voluntad de ampliar su imperio, en 1888 el jalifa invadió Etiopía, masacró o esclavizó a miles de etíopes y saqueó la capital, Gondar. El emperador Juan entró en Sudán, al contraataque. En marzo de 1889, en Galabat —un acontecimiento histórico al que se presta poca atención, quizá porque fue un

enfrentamiento entre africanos; pero fue una de las batallas más numerosas jamás libradas en el continente— 150.000 etíopes escarmentaron a ochenta mil sudaneses, que sin embargo transformaron la derrota en victoria al matar a Juan IV. Fue el último monarca muerto en combate, y su cabeza acabó colgando junto a la de Gordon en aquel lúgubre árbol de Omdurmán.

La batalla, en la que perecieron no menos de treinta mil combatientes, representaba tan solo un sector del reparto que se desataría, en parte, por la ambición de un rey.

El carnicero Leopoldo, el verdugo Peters y el capitán loco Voulet: conquistas africanas

El anguloso y extraño, narilargo y barbudo rey Leopoldo II de Bélgica era un manipulador excéntrico que siempre había deseado poseer un imperio. Hijo de un tío de la reina Victoria —Leopoldo de Sajonia-Coburgo— y una hija de Luis Felipe, el joven duque de Brabante se sentía avergonzado por ser el «rey de un país pequeño con súbditos de ambiciones pequeñas». A su juicio, no obstante, «por reducidas que sean las fronteras del país en el que uno vive, un gran hombre siempre encuentra los medios para hacer grandes cosas». Intentó comprar Creta, Cuba, Fiyi, Sarawak, las Filipinas, Vietnam y sectores de Texas y China. Admiraba a Ismaíl el Magnífico y consideraba Egipto «una mina de oro a cuyo desarrollo deben dedicarte todos los esfuerzos posibles, sin regateo»; luego sugirió que «podríamos comprar algún pequeño reino en Abisinia». El padre casó al chico con una archiduquesa Habsburgo, María Enriqueta, obsesionada con los caballos; fue el matrimonio «de un mozo de establo con una monja», se reía Pauline Metternich, «y cuando digo *una monja*, me refiero al duque de Brabante». Tras acceder al trono en 1865, Leopoldo dio a conocer la ambición de convertir Bélgica en un país «fuerte y próspero [que], por lo tanto, tenga colonias propias».

En cuanto tuvo noticia del viaje transafricano de Stanley anunció que le gustaría conocerlo. El rey encantó al periodista que

se imaginaba a sí mismo como un caudillo. Leopoldo creó un Comité d'Études du Haut-Congo —el nombre solo pretendía sonar filantrópico— y contrató a Stanley, que vio claro que aquel monarca «astuto», «so guisa de una asociación internacional, quiere convertir la cuenca del Congo en una dependencia belga». Ya en África, Stanley fue fundando «bases» belgas, la más importante de las cuales fue Léopoldville (Kinsasha), en el contexto de una carrera por la reclamación de territorios en la que batió a un explorador francés, el conde Savorgnan de Brazza. «No quiero quedarme sin mi parte de ese magnífico pastel africano», decía Leopoldo.

En 1882 creó una Association Internationale du Congo como fachada de las posesiones que adquiría, a las que denominaba «Estados Libres». Reclamó el dominio de extensiones del «África central, abandonadas por Egipto, donde la trata de esclavos continúa. Permitir que estas sean administradas por un Estado nuevo sería el mejor modo de llegar hasta la raíz del problema y erradicarlo».

«¡Farsas! ¡Fantasías!», decía despectivamente Bismarck. Leopoldo le disgustaba porque «exhibe las pretensiones y el egoísmo ingenuo de un italiano que cree que su encanto y su atractivo personales le servirán para conseguir cuanto quiera sin dar nada a cambio». El Canciller de Hierro, al que se criticaba —incluso desde la socialdemocracia— por el hecho de que Alemania no conquistara un imperio propio, recibía en especial la presión del siniestro hijo de un clérigo: Carl Peters, de Hannover. Este licenciado en filosofía, de veintiséis años, tuvo noticia de las adquisiciones coloniales del Reino Unido mientras estaba en Londres y fundó una Compañía Alemana del África Oriental con la que viajó a Zanzíbar a reclamar territorios. Por dos veces Bismarck se negó a aceptar las tomas de posesión de Peters sobre partes de Ruanda, Burundi y Tanzania. Pero en noviembre de 1884 invitó a Berlín a todas las potencias que competían por África, para diseccionar el continente, mientras Leopoldo esperaba en Bruselas. Europa —en especial los Balcanes— vivía con tanta tensión que las potencias, acostumbradas a una competición feroz, desplazaron la

rivalidad a África: los «exploradores» británicos y franceses —por lo general, militares de sus imperios— corrían a reclamar rebanadas del «pastel» aunque solo fuera para impedir que el otro lo hiciera. La ideología y la religión siempre reflejan la contingencia política: la misión cristiana y la *ierra civilisatrice*, justificadas por las teorías de la superioridad racial y la eugenesia, encajaban a la perfección con la ambición imperial y la avaricia comercial.[10]

Y a la vez en aquel mismo momento y en aquella misma ciudad un científico estaba sentando las bases que demostrarían la falsedad de aquella pseudociencia. En 1869, en Tubinga (Alemania), un científico suizo, Friedrich Miescher, había tomado vendas ensangrentadas y empapadas de pus de un hospital local y, mediante un análisis de los glóbulos blancos, identificó una sustancia que denominó «nucleína». Aún no lo sabía, pero la nucleína contiene ácido desoxirribonucleico —ADN— que revela de qué modo la familia y la herencia han ido descendiendo en realidad a través de líneas ancestrales durante miles de años. Más adelante, mientras Bismarck repartía África en la cancillería berlinesa, un profesor de Química de la universidad de Berlín —Albrecht Kossel— captó la importancia de esas nucleínas. «Los procesos de la vida son como una obra de teatro y yo estoy estudiando a los actores, en vez de estudiar la trama», dijo Kossel.

La trama seguía en manos de Bismarck. Alemania, el Reino Unido y Francia apoyaron que Leopoldo se apoderase del Congo para que así no fuera a parar a ninguno de los rivales. El rey belga asumió personalmente la posesión del Congo: 25 millones de kilómetros cuadrados, 76 veces la superficie de Bélgica, diez millones de habitantes. Aunque deseaba proclamarse «emperador del Congo», lo bautizó como Estado Libre del Congo y además... aún le faltaba conquistarlo. Ordenó explotar la región comercialmente, formó un ejército privado —la Force Publique— y contrató como oficiales a aventureros belgas y de muchos otros países europeos, a los que puso al mando de veinte mil auxiliares congoleses, con la misión de dirigir la obtención de marfil y gestionar una nueva fuente de ingresos: el caucho. En 1888 John

Dunlop, un veterinario instalado en Irlanda, inventó el neumático de caucho para las bicicletas, que no tardaría en usarse para los automóviles. Los matones de Leopoldo, provistos de fusiles, chicotes —látigos de piel de hipopótamo— y machetes, aniquilaban a cualquier opositor y ejecutaban a los trabajadores que no cumplían con las cuotas de caucho exigidas. «En cuanto algo tenía que ver con el caucho —recordaba un funcionario leopoldino, Charles Lemaire—, le escribía al gobierno: "Para obtener caucho hay que cortar manos, narices y orejas".» La Force Publique impuso la recolección barata del caucho, y el trabajo barato, mediante la violencia: mataba a los que se negaban a trabajar y castigaba a los que se resistían cortándoles miembros por cualquier falta menor. Las unidades de esa fuerza tenían incluso a un Guardián de las Manos, porque a algunos soldados se les pagaban primas por el número de manos recolectadas (y por el ahorro de balas); otros sencillamente las coleccionaban como trofeos. Los oficiales leopoldinos también mataron a africanos por simple diversión, mataban a sus amantes si dormían con otro, violaban a las mujeres y comerciaban con «voluntarios» encadenados; en la práctica, esclavos. Hoy resulta imposible calcular la cantidad exacta de muertes que se produjeron, pero fueron varios millones. Y la historia no concluyó aquí.

Leopoldo quería expandirse hacia el este y conquistar Sudán. Ordenó a Stanley que se pusiera en contacto con el gobernador de la Ecuatoria egipcia, que estaba sitiado: el pachá Emin, un médico judeo-alemán convertido al islam. Para hacer tal cosa, no obstante, necesitaban ayuda de los zanzibaríes. Leopoldo y Stanley sumaron sus fuerzas a las del caudillo Tippu Tip, al que nombraron gobernador local; rescataron a Emin y reclamaron la posesión de Ecuatoria. «¿Qué le parece si ahora tomamos Jartum?», le preguntó el rey a Jartum. Como anfitrión de la Conferencia de Bruselas contra la Esclavitud, se criticó a Leopoldo por su alianza con Tippu. Este, con problemas de salud, no tardó en retirarse a Zanzíbar; le sucedieron su hijo Sefu y su sobrino Rashid, que gobernaron amplias extensiones del Congo junto con otros caudillos esclavistas. En 1890 Msiri, rey de la Katanga

independiente, recibió a emisarios británicos, franceses y belgas que negociaron con su mujer, la luso-africana Maria de Fonseca.

Leopoldo ganó porque fue más implacable: cuando Msiri, de sesenta años, sacó la espada contra un teniente belga llamado Omer Bodson, este le disparó y luego decapitó al caudillo mientras gritaba: «¡He matado a un tigre! *Vive le Roi!*». Los guardias de Msiri mataron a Bodson. Mukanda, el hijo adoptivo de Msiri, acusó a Maria de haber traicionado a su padrastro en beneficio de los europeos; la hincó de rodillas y la decapitó con un machete. «¡Yo soy Mukanda, el que pasa por encima de sus enemigos!», dijo, pero había perdido la independencia y Leopoldo se hizo con Katanga.

Bismarck se contentó con recompensas menores, que fueron de Camerún al África Suroccidental.[11]Carl Peters —de caderas anchas, piel suave y pálida, vestido con pertrechos militares que diseñaba él mismo y provisto de una diversidad de armas— intentó quitarle Uganda al kabaka de Buganda, y Tanganika al sultán de Zanzíbar. En Tanganika consiguió su objetivo y gobernó salvajemente con el título oficial de Reichskommissar y el apodo de *Mkono wa Damu*, «hombre manchado de sangre». Así, cuando su concubina favorita durmió con su ayuda de cámara, los ahorcó a los dos y liquidó sus respectivas aldeas, causando la conmoción incluso de los alemanes, que ordenaron al «Verdugo» Peters que regresara y enviaron tropas a sofocar la rebelión resultante.[12]

En el reparto de África, el Reino Unido y Francia se quedaron con la parte del león; la Tercera República francesa demostró tantas ansias de imperio como los Napoleón. La era del nacionalismo popular que acabó con la pura monarquía y aristocracia fomentó a la vez los valores burgueses y un gobierno interior cada vez más representativo; pero la seguridad, los beneficios y el prestigio requerían de un imperio en el extranjero. En 1873 Francia —con mayoría monárquica en la Asamblea— ofreció el trono al conde de Chambord (nieto de Carlos X), que perdió la corona por negarse a aceptar la bandera tricolor. En ausencia de una monarquía, las fuerzas armadas pasaron a ser el símbolo de la estabilidad, el catolicismo y *l'ordre moral* frente a la otra Francia: la liberal, laica, socialista. El ejército fue el símbolo

unificador de un país dividido, el imperio fue su consuelo.

«Las razas superiores —dijo el primer ministro Jules Ferry ante la Asamblea, el 28 de marzo de 1884— tienen el deber de civilizar a las razas inferiores». Ferry, un abogado de patillas llamativamente largas, se anexionó el último Estado de la Berbería —Tunicia— y amplió los territorios indochinos con la absorción de Camboya, Laos y el resto de Vietnam. China se opuso a esta última anexión y el primer ministro francés la derrotó con una guerra que contribuyó a su descrédito personal, pero no al del imperio. En la interminable guerra por la sumisión de Argelia también se mató a muchos miles de personas. La punta de lanza del ejército francés en esa región fue su vanguardia cosmopolita, la Legión Extranjera, cuyo culto a la victoria era despiadado. «Vosotros, legionarios, os habéis hecho soldados para morir —les dijo el general Oscar de Négrier durante la conquista de las nuevas extensiones de Vietnam — ¡y exactamente a eso os envío!»

En el África occidental Francia aplastó el reino de Wassoulou, de Malí y Guinea, luego dirigió la atención a Dahomey. Su rey Glele, hijo de Ghezo, había mantenido el poder mediante incursiones militares y utilizaba a esclavos para cultivar sus plantaciones de aceite de palma; pero cuando le cedió a Francia las ciudades de Cotonou y Porto-Novo, su autoridad quedó debilitada. La Conferencia de Berlín le asignó Dahomey a Francia. Después de que asesinaran a Glele, su hijo Kondo —que adoptó el nombre regio de Béhanzin— se convirtió en un rey guerrero en la tradición dahomeyana y propagó su imagen mediante estatuas de madera que decoraban Abomey. En 1889 volvió a capturar esclavos en territorio francés, para lo cual utilizaba a su vanguardia femenina, las Minon. En 1892 los franceses invadieron Dahomey capitaneados por un duro coronel de ascendencia híbrida, francesa, africana y amerindia: Alfred-Amédée Dodds, que había combatido en Sedán y en Indochina. En Adégon, el rey Béhanzin sufrió una derrota aplastante ante Dodds, en la que perdieron la vida cuatrocientas de sus mujeres guerreras. En enero de 1894, con Dodds cada vez más cerca, el rey prendió fuego a Abomey y se exilió en la Martinica. Francia se apoderó de territorios vastísimos

gracias a la dureza de su Armée d'Afrique, integrado por una caballería árabe y bereber —los espahíes— y camelleros del Magreb, además de doscientos mil fusileros del África occidental —los *tirailleurs sénégalais*— y otros tirailleurs de Indochina y Madagascar. Estas tropas ayudaron a conquistar un imperio francés que se extendía del sur del Congo al Chad y la mayor parte del África noroccidental.

Mientras Francia celebraba sus conquistas en el extranjero, el país parecía encaminarse hacia una guerra civil debido a una injusticia grotesca. El 5 de enero de 1895 se condenó a un oficial judío, el capitán Alfred Dreyfus, hijo de un fabricante textil alsaciano hecho a sí mismo. Se le acusaba de haber espiado a favor de Alemania y se le castigó a cadena perpetua en la infernal Île du Diable, en aguas de la Guayana francesa. Pero el mando del ejército no solo sabía que Dreyfus era inocente, sino que conocía la identidad del verdadero culpable: un oficial de la aristocracia. El novelista Zola denunció el escándalo en «J'accuse», una carta abierta, dirigida al presidente, por la que tal vez los antidreyfusianos lo envenenaron. El ejército optó por falsificar más pruebas y condenar de nuevo a Dreyfus, pero el presidente lo indultó. *L'affaire Dreyfus* había puesto de relieve tanto la fragilidad de Francia como el papel especial que el ejército representaba a la hora de mantener unidos *patrie* y *empire*.[13]

Los británicos también se apoderaban de todo el territorio disponible —al menor coste posible— por medio de las habituales compañías armadas. «La estrategia política del Reino Unido —dijo el primer ministro, el marqués de Salisbury, exsecretario de Exteriores con Disraeli— consiste en avanzar perezosamente a la deriva, corriente abajo, y de vez en cuando sacar el bichero para evitar una colisión». Pero tanto los ministros imperialistas como los conquistadores empresariales lo forzaron a ir más allá, de forma repetida. En el África oriental, en 1884, murió el kabaka Mutesa, que había sido constructor de imperios. Le sucedió su hijo, pero cuando asesinó a conversos cristianos, un dinámico comerciante-soldado, el británico Frederick Lugard —veterano de las guerras de Afganistán y Sudán, y nuevamente el hijo de un vicario—,

maniobró para dejar fuera de juego al psicópata alemán Peters y hacerse con el control de Uganda; sus sucesores añadieron las ierraas de los kikuyu (Kenia). Cuando Jálid, el sultán de Zanzíbar, envenenó a su tío Bargush y se enfrentó a los británicos (que además habían dado apoyo a su tío), la Marina Real abrió fuego, 150 infantes asaltaron el palacio y Jálid fue derrocado en treinta y ocho minutos: la guerra más corta de la historia. Los sucesores de Jálid accedieron a convertirse en un protectorado británico, liberaron a sesenta mil esclavos y se les mantuvo en el trono.

En el África occidental, sir George Goldie —nacido en la isla de Man, de familia escocesa— estaba conquistando un imperio al norte de la colonia británica de Lagos. Según dijo este bebedor empedernido, obsesionado por el sexo y secretista, «concebí la ambición de añadir la región del Níger al imperio británico». Admitía haber vivido «una vida de disipación» (incluidos varios años con una amante árabe en Egipto) y, en sus visitas africanas, tuvo hijos con una mujer igbo. Dominaba las peticiones a los políticos y logro que su Real Compañía del Níger recibiera una concesión oficial para el río Níger, que dirigía Lugard (quien acababa de concluir la conquista de Uganda) y defendía la milicia de la Real Policía del Níger, formada por oficiales británicos y auxiliares africanos, que emprendía incursiones regulares y ejecutaba a cualquier opositor. El objetivo era controlar el aceite de palma, que se utilizaba para hacer jabones y lubricantes industriales.

En 1895, en la Costa de Oro, los británicos impusieron un protectorado al asantehene Agyeman Prempeh, que se exilió en las Seychelles. Pero tan solo cinco años más tarde, cuando el gobernador tuvo la falta de tacto de reclamar sentarse en el sagrado Escabel de Oro de los asante, estalló una rebelión. En ausencia del asantehene, la encabezó una mujer, Yaa Asantewaa, de sesenta años, reina madre del feudo fon de Ejisu, al mando de doce mil guerreros asante. Los combates fueron feroces y Yaa cayó presa, pero el Escabel de Oro continuó oculto.[14]

En 1897 la milicia de Goldie atacó y conquistó los dos emiratos de Bida e Ilorin, en parte para interrumpir sus incursiones

esclavistas, pero también para adelantarse a los franceses. Al año siguiente Goldie aconsejó a Londres que conquistara los emiratos esclavistas del norte, en Sokoto, para fundir en una única colonia toda aquella región multirreligiosa y multiétnica. Compraron su compañía —que acabaría integrándose en el gran conglomerado Unilever— pero el plan que propuso se ejecutó: Lugard y su Fuerza Fronteriza del África occidental conquistaron Sokoto y pusieron en libertad a dos millones de esclavos. La esposa de Lugard, Flora Shaw, propuso denominar Nigeria a esa colonia y él se convirtió en su primer gobernador general.

En estas fechas Francia gobernaba la porción más extensa de África, por delante del Reino Unido; en referencia a la población, los británicos mandaban sobre casi el 30 % de los africanos, y los franceses, sobre el 15 %. Los imperialistas más agresivos de ambos países aspiraban a establecer imperios sin discontinuidad: los franceses del este al oeste (desde el Senegal hasta la colonia de Yibuti); los británicos de norte a sur (desde El Cairo hasta El Cabo). Pero sus visiones estaban a punto de chocar.

Al tiempo que salían del Congo los beneficios de Leopoldo, también lo hacían las noticias de sus atrocidades. La primera publicidad clara se encuentra en la novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, un oficial de origen polaco, que manejaba un vapor en la colonia; luego en un informe demoledor del cónsul británico Roger Casement. En Londres se mencionó oficialmente a Leopoldo en el contexto de un juicio, como mecenas pedófilo de una «casa desordenada» a la que pagaba ochocientas libras mensuales por el abastecimiento de vírgenes de entre diez y quince años. En París el rey, de sesenta y cinco años, se enamoró de la prostituta Blanche Delacroix, de quince, «regordeta pero graciosa»; en consecuencia envió a su tercera con este mensaje: «Señora, me envía un caballero que se ha fijado en vos. Es un personaje tan destacado que su elevada posición me obliga a guardar silencio sobre su nombre». Se concertó una entrevista cómica, en la que el «personaje destacado» pasó revista a la moza en silencio; ella erró al llamarlo «rey Óscar», pero aprobó la inspección. Blanche se convirtió en amante de Leopoldo, madre de

dos hijos, propietaria de millones de acciones del Congo y baronesa de Vaughan.

Aun así, Leopoldo no se olvidó del todo de su familia. En 1880 había triunfado al casar a su hija Estefanía con Rodolfo, el príncipe heredero de los Habsburgo; a la boda, celebrada en Viena, asistieron Bertie, el príncipe de Gales, y Guillermo, el príncipe heredero de Prusia. Pero Rodolfo era incontrolable, o quizá estaba loco; Estefanía se desesperó, aunque nadie podría haber predicho la tragedia que se produjo a continuación.[15]

Rodolfo y Mary en Mayerling; el inspector Hiedler y Adolf en Braunau

Rodolfo —al que su madre Sisi no prestaba atención, al estar obsesionada consigo misma, y al que su padre Francisco José reprendía con frialdad y no le dio permiso para estudiar en la universidad— era un joven inteligente y sorprendentemente liberal, con tendencias incluso republicanas. Buscaba relacionarse con otros liberales —hasta con judíos—, escribió artículos anónimos en los que atacaba a la nobleza y un estudio etnográfico del imperio, que su padre aprobó. Cada vez que Sisi entraba en su vida, en una de las visitas a la corte, «los ojos del príncipe heredero brillaban ... es muy similar a su madre, a la que adora».

Francisco José estaba perplejo, con aquella esposa indomable y aquel hijo distante. Sisi se pasaba la mayor parte del tiempo cazando en Inglaterra, obsesionada por ejercitarse y adelgazar, buscando a la vez la intimidad y la publicidad; pero al menos le ayudó en Hungría, donde la reconquista de 1848-49 no se había perdonado nunca. Cultivó una amistad íntima, posiblemente una aventura amorosa, con un audaz exrebelde húngaro —el conde Gyula Andrássy, partidario de vestirse con las ropas de la nobleza, al estilo de Atila, con piel de tigre y bordado de oro—, dirigió la negociación de un nuevo acuerdo: una Monarquía Dual de Austria-Hungría. Nombraron a Andrássy ministro de Exteriores, lo que acercó Austria a Alemania; pero el ascenso de los húngaros, unido

a la emergencia de nuevos países eslavos, favoreció el nacionalismo subyacente entre los checos y otros eslavos.

Sisi invitó a su lento esposo, ya de cincuenta y tres años, a consolarse con una actriz casada: Katharina Schratt, de treinta años, a la que él había admirado desde el palco imperial del Burgtheater. La seducción del káiser fue glacial. «No tuve el coraje, mientras a uno lo observan desde todas partes con los anteojos, y las hienas de la prensa están en todos lados», le escribió. Pero al final el amorío se consumó. «¡Ayer se cumplieron seis semanas exactas desde que te dejé en tu cama con la esperanza de volver a sentarme en tu lecho dos días después! —le escribió Franzl a Kathi —. Nuestro encuentro será maravilloso.» Sisi le ayudó visitando ella misma a Kathi. «Tú te controlarás, y yo también, aunque para mí no será fácil —le aseguraba Franzl a su nueva amada—. La emperatriz se ha expresado repetidamente en los términos más favorables sobre ti.» En privado, Sisi consideraba a Schratt más bien bovina, pero según comentó la hija de ambos, María Valeria: «Las maneras calmosas y tan naturales [de ella] le resultan muy atractivas a papá». Schratt no tardó en integrarse en el círculo íntimo de la familia Habsburgo y —aparte del tiro— era la única cosa capaz de alegrar a Francisco José: «Hoy *Poka* [«pavo», en húngaro; la designación habitual de Francisco José en boca de Sisi] está contento. He invitado a su amiga», le dijo Sisi a Valeria.

Ni el padre ni la madre tenían mucho tiempo para Rodolfo, que se enojaba con el novio de Sisi —el escurridizo cazador Bay Middleton— y ridiculizaba a las pitonisas espiritualistas a las que ella solía consultar. Sisi no ayudó mucho con su desprecio por la nuera, a la que llamaba «la calabaza pesada».

El príncipe heredero, necesitado e imprudente, se volvió «loco por las mujeres», adicto a las drogas y las cortesanas. Mantenía un libro de sus conquistas sexuales (las que perdían la virginidad con él, en tinta roja) y estableció una jerarquía de regalos para esas mujeres, según si pertenecían a la realeza, la nobleza o la plebe.

Rodolfo y Estefanía se fueron distanciando. Tras el nacimiento de una hija Rodolfo volvió con sus amantes y se enamoró de Mitzi Kaspar, actriz adolescente y cortesana del burdel vienés de *Madame*

Wolf. El príncipe no tardó en infectar de gonorrea a Estefanía, quien, como no resultará de extrañar, le dio la espalda e inició una aventura con un conde polaco. De acuerdo con su perspectiva liberal, Rodolfo era amigo de Bertie, también abierto de miras, que era amigo de los Rothschild y otros magnates judíos. Los dos tenían experiencia con las cortesanas, pero incluso a Bertie le llamó la atención que «para un joven de su edad, Rodolfo sabe mucho de sexo». Rodolfo odiaba al otro heredero, el grotesco Guillermo de Prusia, al que llamaba «Junker y reaccionario a ultranza». Ante Estefanía bromeaba diciendo que «solo invitaría a Guillermo a acompañarle … a una elegante aventura de caza que apure su salida de este mundo».

Entre tanto Rodolfo contempló la tragedia de su primo Luis de Baviera, que había pasado veinte años invirtiendo de forma extravagante en castillos de cisnes y óperas wagnerianas, haciendo caso omiso de los asuntos de Estado y teniendo amoríos con otros hombres. Solo su prima, la emperatriz Sisi, lo veía con buenos ojos: «el rey no estaba loco, era solo un excéntrico que vivía en un mundo de ensueños». Luis planeaba destituir a sus ministros, que apelaron a Bismarck. En 1886 un informe médico-psicológico lo declaró insano. Aquel mes de junio, cuando los ministros y los médicos acudieron a derrocarlo, una baronesa leal intentó expulsarlos a golpes de parasol, Luis los apresó y luego intentó darse a la fuga. Como no tenía hijos, instituyeron como regente a su tío Luitpold (Leopoldo de Baviera). «¿Me habéis declarado loco? —le preguntó Luis al doctor Bernhard von Gudden, director del Sanatorio de Múnich Asylum— ¡Si no me habéis examinado nunca!» Al día siguiente lo trasladaron al castillo de Berg. Luis y Gudden fueron a pasear por la orilla del lago de Starnberg, inmediato al castillo, y no regresaron nunca. Aparecieron muertos en el agua; a Gudden lo habían estrangulado, la causa del fallecimiento del rey aún se desconoce.[16]

Rodolfo fantaseaba con ver morir a alguien más, y le propuso a Mitzi un pacto suicida, entre otras razones porque no le cabía duda de que él nunca llegaría a ocupar el trono. «Cuando papá cierre los ojos para siempre, la cosa se pondrá muy fea, en Austria

—le advirtió a su hermana—. Te aconsejo que emigres.» Millones de alemanes estaban haciendo precisamente eso: emigrar.[17]

El príncipe ya había tenido una aventura con una casada promiscua de la nueva nobleza, la baronesa Helene Vetsera, que había dormido con él cuando el chico era poco más que un adolescente. Ahora le presentó a su propia hija, Marie —solían llamarla Mary—, entonces también adolescente, que solía rezongar de su madre: «Desde que era bien pequeña me ha tratado como una cosa que piensa utilizar para su propio beneficio». Mary se enamoró locamente de Rodolfo, que se sintió asimismo hechizado por «el poderío de su belleza plena y triunfante, sus ojos negros y vivaces, su perfil de bajorrelieve, su garganta de diosa, su gracia sensual e impresionante». «No puedo estar lejos de ella», afirmó. En la práctica distaba de ser su única amante.

El 29 de enero de 1889 Rodolfo durmió con Mitzi —su verdadero amor—, pero al día siguiente se marchó con Mary al pabellón de caza de Mayerling. «Si pudiera darle la vida, lo haría con gusto pues, ¿qué significa la vida, para mí?», escribió Mary. Rodolfo le envió a su madre una nota en la que describía a Mary como «un ángel puro que me acompaña de aquí al más allá». Al día siguiente, a primera hora, Mary yacía en la cama, el pelo le caía sobre los hombros, sus manos sostenían una rosa. Ella tenía diecisiete años; él, treinta. Rodolfo le disparó un tiro en la sien o le preparó un veneno —los detalles son todavía un misterio— y luego pasó varias horas con el cadáver antes de suicidarse él también de un tiro. Cuando se descubrió lo sucedido, se avisó primero a Sisi, quien tuvo una reacción glacial e insistió en que «esa chica lo ha envenenado»; pero también llamó a Schratt para decirle que calmara a Francisco José mientras ella le comunicaba la noticia. Sisi hizo venir entonces a Estefanía y le dijo, con malicia: «Las cosas habrían sido muy distintas si hubiera tenido una esposa que lo comprendiera».[18]

Al poco apareció Helene, la madre de Mary, preguntando si alguien había visto a su hija. Sisi le habló de las muertes y Helene se puso a sollozar: «Mi niña, ¡mi niña bonita!». «Pero ¿has entendido que Rodolfo también ha muerto?», le dijo Sisi. La madre

cayó de rodillas: «Mi niña infeliz, ¿qué culpa tiene?».

«Recordad —dispuso Sisi— que Rodolfo ha muerto de un ataque al corazón.» En el pabellón los cortesanos se apresuraban a ocultar lo sucedido. El cadáver de Rodolfo se envió de regreso al Hofburg, pero dos tíos de Mary lograron llevarse su cadáver, al que vistieron y sentaron como un pasajero más del carruaje. En la corte, al final se anunció que Rodolfo se había quitado la vida durante un episodio de locura, lo que significaba que se le podía dar sepultura en la Cripta de los Capuchinos. Sisi retomó los viajes y su conducta se tornó aún más idiosincrásica.

Si la Viena decadente era reflejo del imperio multiétnico de los Habsburgo, el arcaico káiser gobernaba su monarquía *k. und k.* (*kaiserlich und königlich*, «imperial y real») por medio de una rígida jerarquía de nobleza y burocracia. Un ejemplo típico de esta especie era Alois Hiedler, inspector de aduanas en Braunau am Inn. Su madre Maria Schicklgruber quedó embarazada de forma inesperada y él nació como hijo ilegítimo; más adelante adoptó el apellido de su padrastro (que probablemente era también su padre real), Hiedler.

Alois era un pendenciero irascible, taciturno y bebedor, pero también capaz. Carecía de la educación más habitual, pero ascendió a fuerza de mérito y lucía con orgullo su uniforme (pedía que se dirigieran a él como *Herr Oberoffizial* Hiedler). Sus aficiones eran la apicultura, la cerveza y las faldas; su vida amorosa fue caótica y medio incestuosa, y engendró a varios hijos con varias mujeres (de los que sobrevivió una hija, Angela). Luego inició una aventura, cuando ya estaba casado, con una prima o medio sobrina, a la que habían contratado como doncella: Klara Pölzl, veintitrés años más joven. Tras la muerte de la esposa se casó con Klara. Los tres primeros hijos murieron en la infancia, dos del mismo brote de difteria. En abril de 1889, cuando Hiedler (con la grafía actualizada a Hitler) contaba cincuenta y un años, Klara dio a luz a un tercer hijo, Adolf, seguido por una hija, Paula. Otro hijo perdió la vida por sarampión. El suelo de Alois en realidad generoso y permitió que Adolf tuviera una crianza cómoda. De vez en cuando el padre pegaba al chico, pero en aquella época, esta

forma de disciplina era casi universal. Para Adolf las tareas escolares eran «de una facilidad ridícula». Él se empapó del amor apasionado de su madre, que le fomentó una limitada confianza en sí mismo y lo consistió en cuando podía. No cabe hablar de falta de amor, pues; si acaso, de exceso.

El *Oberoffizial* Hiedler se retiró a una granja a los cincuenta y ocho años, pero cayó muerto en 1903, cuando Adolf tenía trece años y Paula, seis. Adolf, que se creía destinado a ser un artista, desdeñaba la pomposidad burocrática de su padre. Klara se mudó a Linz y siguió criando a los niños con afecto y devoción; espoleó los sueños indolentes de Adolf y le animó a estudiar arte. Las relaciones de Hitler con sus hermanas eran frías —las llamaba «gansas estúpidas»—, salvo con Angela. Los adultos se fijaron pronto en sus «ojos llamativos»: «Tenía los ojos de su madre, claros … y penetrantes». Como la familia le aburría, Adolf se marchó a Viena, a hacer realidad sus proyectos de triunfar en el arte. En la capital austríaca había un nuevo heredero: Francisco Fernando.

Monarcas modernos: Francisco Fernando y Sofía, Pedro e Isabel, el querido Willy

Francisco Fernando era hijo del hermano del emperador; en otro golpe para la familia, este había muerto durante un peregrinaje a Jerusalén, después de beber de las aguas del río Jordán. El nuevo heredero daba una importancia extrema a la jerarquía real y disparaba contra cualquier objetivo cinegético imaginable, desde los elefantes al resto de los 272.511 animales y aves anotados en su diario; pero al menos era concienzudo. Aun así, irritó al emperador al enamorarse de una aristócrata sin raigambre real: Sofía (Sophie) Chotek. Al final Francisco José autorizó un matrimonio morganático (en la práctica: los hijos quedaban excluidos de la sucesión).

Francisco Fernando emprendió muchos viajes internacionales para prepararse para el trono. Era un hombre arrogante y propenso

a la irritabilidad, pero también un defensor inteligente de la autocracia. Instaló una cancillería militar en la residencia del Palacio de Belvedere y reflexionó sobre los problemas a los que la monarquía se enfrentaba. Creía que el imperio debía ofrecer a los eslavos una asociación similar a la de los húngaros: «En nuestro país cortaríamos de raíz el irredentismo ... si diéramos a nuestros eslavos una vida buena, justa y confortable». Francisco Fernando insistió de forma repetida en que debían evitarse los enfrentamientos con Serbia, lo que arrastraría a Rusia al conflicto.

Pedro, primo carnal de Francisco José, llevaba cincuenta y ocho años como emperador de Brasil. Estaba cansado del poder, por lo que dejó al mando a su hija Isabel y emprendió un viaje por el mundo. Sin embargo, Gastón, el marido de Isabel, se convirtió en una figura odiada, por extranjero y por avaricioso. En 1881 se robaron de palacio las joyas reales y, cuando se sospechó de dos sirvientes, Pedro los tomó bajo su protección; fue un escándalo público. El emperador quería abolir la esclavitud —Brasil era prácticamente la última sociedad esclavista entre las atlánticas— para evitar rebeliones y un hundimiento agrícola; en 1885 se aprobó la Ley Sexagenaria, por la que todos los esclavos obtenían la libertad al cumplir sesenta años. El 13 de mayo de 1888, finalmente, Isabel abolió la esclavitud y liberó a setecientos mil esclavos; entre ellos su popularidad subió como la espuma, como «Redentora de los negros». Así, los negros apoyaban la monarquía —y formaron una Guardia Negra para defenderla—, pero muchos dueños de plantaciones se hicieron republicanos.

La política estaba en tablas. Todo el mundo dirigía la mirada al ejército, cuyo comandante, el mariscal Deodoro de Fonseca, aún era devoto de Pedro. Cuando el emperador regresó de sus viajes, se le recibió con júbilo, pero este no duró. En noviembre de 1889 el anciano celebró un baile en honor de la Armada chilena, que estaba de visita. Al llegar, el emperador se tropezó, y bromeó: «La monarquía se trastabilla... pero no cae». El mariscal Fonseca intentaba frenar a los oficiales republicanos: «Yo quiero acompañar el ataúd del emperador. Es viejo y tiene mi respeto», pero sin especial éxito. Un gobierno provincial proclamó una república. En

el palacio Pedro aguardaba al mariscal, que avergonzado, no se atrevió a acudir. La emperatriz se sintió dominada por el pánico. «Tonterías, mi señora —le dijo Pedro—. Es una tormenta en un vaso de agua. Conozco bien a mis compatriotas. Y las monarquías no caen con tanta facilidad.» Pero sí caen.

A primera hora, varios oficiales jóvenes se presentaron a informar a Pedro de que lo habían derrocado y proscrito. «¡No soy un esclavo huido! —dijo, mientras subía a bordo de un barco—. ¡No me marcharé en mitad de la noche!» Pero lo hizo. «Señores, ¡están todos los locos!», exclamó el emperador, que puso rumbo a Europa. Fonseca se convirtió en el primer presidente de Brasil.

A Pedro, en sus tiempos, se le había celebrado por su modernidad. Sin embargo, ahora, en Europa, los focos se centraban sobre un káiser joven y engreído que se enorgullecía tanto de conocer la tecnología como de su ética caballeresca medieval. En marzo de 1888, después de que su padre Guillermo I muriera a los noventa años, su hijo Federico III, Fritz, el capaz comandante de 1870, le sucedió en el trono, aun sabiendo que estaba demasiado enfermo como para poder hacer realidad la visión de una Alemania liberal que compartía con su esposa Vicky, hija de la reina Victoria. Cuando se atacó a los judíos alemanes en una campaña antisemita, Fritz y Vicky los apoyaron públicamente, acudiendo a una sinagoga de Berlín.

Bismarck tramó su destrucción y centró su odio en Vicky, «una mujer salvaje … que le aterrorizaba por la sexualidad ilimitada que irradiaba de sus ojos». Pero el canciller estaba de suerte: Fritz ya adolecía de un cáncer de garganta… y de la traición del hijo. Su hijo Willy —malcriado y financiado por su abuelo, «Guillermo el Grande»— despreciaba intensamente a su padre debilitado y su madre liberal, y se moría de impaciencia por convertirse en káiser absolutista y árbitro de Europa.

El káiser Federico solo gobernó noventa y ocho días: murió el 15 de junio de 1888 y le sucedió Guillermo II. Tenía solo veintinueve años; Bismarck, ya anciano, lo llamaba «el joven».

Willy había venido al mundo en un parto de nalgas que le dañó el brazo izquierdo. Se educó en una escuela normal y era

especialmente feliz entre la Guardia: adoraba la compañía varonil y los aderezos fetichistas de la virilidad prusiana: uniformes, botas altas, cascos de águila... Se desplazaba a Viena para tener aventuras sexuales; tuvo un hijo con una amante antes de iniciar una relación con una cortesana berlinesa que se hacía llamar Miss Love y con la que él hacía realidad sus fantasías con mujeres con guantes. A los veintidós Willy se casó con *Dona* (Auguste Viktoria) de Schleswig-Holstein, que le consintió igualmente el fetichismo guanteril. «Haré que se cumplan todos tus deseítos —le prometió —. Ahora siempre llevo guantes por la noche ... Mi maridito traviesón ... Ya sabes lo muuucho que te quiero ... y que haré lo que sea. No te decepcionaré.» Dona le dio siete hijos pero a Willy, su esposa le aburría.

Guillermo heredó a Bismarck, creador de un Reich híbrido que solo él era capaz de controlar de verdad; por un lado, los socialistas cobraban mayor peso en el Reichstag; por el otro, el joven káiser muy poco moderado. Los dos se le enfrentaban. El Comandante Supremo era un hombre genuinamente dotado, interesado por todo; pero también desequilibrado, ampuloso, grandilocuente e hiperactivo; era un hablador compulsivo, que durante treinta años ni cerró la boca ni dejó de viajar, y le repetía a su séquito: «De vosotros, nadie sabe nada. Solo yo».

Willy hostigó y persiguió a su madre, Vicky, que enviaba en secreto cartas a Inglaterra. «W. se cree que es capaz de todo —le escribió a la reina Victoria—. Pero no lo es. Un poco de modestia y conocimiento de sí mismo le indicaría que no es el genio, o el Federico el Grande, que se imagina. Me temo que se meterá en problemas» por lo mucho que «le gusta jugar al despotismo y exhibirse». Añadió: «Es desde luego mala suerte para todos nosotros que W...esté lleno de prejuicios, conceptos falsos e ideas erróneas ... tan inmaduro de carácter y de juicio ... Maneja el poder abusando de él con demasiada frecuencia». Vicky acertaba a temer: «Lo peor es que quizá todos tengamos que pagar por su ignorancia y su insolencia». Se refería a la guerra.

Alemania vivía una explosión. En cierto sentido era el Estado más moderno de Europa; en su Reichstag abundaban los socialistas

de clase media; sus industrias, en especial las del acero y la química, estaban superando las del Reino Unido y Francia. En otro sentido era un país anticuado, gobernado por la prerrogativa absoluta del rey prusiano, rodeado por Junker de botas altas, a quienes les decía que él «siempre tendr[ía] presente que los ojos de mis antepasados me siguen mirando desde el otro mundo y un día deberé responder antes ellos de la gloria y el honor del ejército». Willy creía que el poder se lo daba Dios: «En el mundo solo hay *un único emperador genuino*, por los tiempos de los tiempos, y es el emperador de Alemania, independientemente de su persona y de sus cualidades, sino por el derecho que le da *una tradición de mil años*. ¡Y el canciller le tiene que *obedecer*!», escribió.

Bismarck tuvo que comprar las cartas de amor que Willy le había enviado a Miss Love, pero el joven no tardó en enfadarse con el dominio del canciller. «Yo estoy acostumbrado a que me obedezcan. No tengo nada que discutir», decía.

Willy se rodeó de una camarilla de generales Junker, de especial dureza; y también de amigos devotos, secretamente homosexuales, encabezados por su favorito, el conde *Phili* zu Eulenburg: cantante, poeta, espiritualista, padre casado de seis hijos y doce años mayor. Cuando se conocieron, en una fiesta de un pabellón de tiro, en 1886, sintieron una atracción instantánea, mutua y deslumbrante. Desde entonces cantaron juntos baladas místicas de los países nórdicos, remaron en lagos, compartieron sesiones de espiritismo, debatieron sobre las razas, chismorrearon sobre Luis de Baviera (Phili era entonces embajador de Prusia en Baviera). Pero sobre todo se dedicaban al planear el reinado guillermino. La káiserin Dona sintió celos de aquella relación tan intensa y acusó al marido de tener una aventura con Phili.

El káiser no le hizo caso, pero admitió que era más feliz con «los jóvenes agradables» de sus regimientos de Potsdam. Apreciaba los cruceros de verano en el yate Hohenzollern, siempre con acompañantes masculinos, y gozaba de las bromas recurrentes con anos y salchichas. En cierto crucero, en 1894, Phili se despertó al oír «ante mi puerta la voz alta, agitada, jubilosa del káiser: entre risotadas perseguía a sus viejas Excelencias Heintze, Kessel, Scholl,

etc., por los pasillos que llevan a la *cama*».[19]

Eulenburg adoraba Willy, al que llamaba *Liebchen* («cariño») incluso delante de él: era «el más amable de los emperadores, el más empático de los amigos» y «deseaba estar a su lado»; para Willy él era «mi amigo del alma, el único que tengo». No obstante el káiser, reprimido, apenas sabía nada de los rumores sobre las vidas secretas de los íntimos de Phili. Cuando corrieron rumores sobre uno de ellos —el conde Kuno von Moltke, comandante de Berlín—, intentó hablar con otro de los miembros del grupito. «*Liebchen* se me acercó en el Jardín Zoológico, antes de ayer —escribió el barón Axel von Varnbüler—. Primero mostró su admiración, como era de esperar, por mis botas amarillas amarillas y el traje de equitación coordinado, y luego me preguntó: "¿Tú sabes algo de Kuno?"»

Willy se burlaba de la alianza de Bismarck con Rusia, concebida para asegurar la paz e impedir que Alemania quedara rodeada. «Ese jovencito quiere la guerra con Rusia —se lamentaba Bismarck— y desenvainaría la espada hoy mismo, si pudiera. ¡Conmigo que no cuente!» En cambio, para Phili, su Cariño era la «personificación de Alemania», y ensalzaba la forma en que «el káiser combina en sí dos naturalezas distintas: la caballeresca ... y la moderna». Lo que convenía hacer —sugería Willy— era prescindir de aquel viejo monstruo dominante. En marzo de 1890, cuando el káiser y el canciller se enfrentaron con motivo de los derechos de los trabajadores, Willy destituyó a Bismarck y situó en su lugar a un general más complaciente.

El joven káiser aspiraba a ser «yo mismo, mi propio Bismarck» y quería utilizar en plenitud los poderes colosales que su posición le confería. En el extranjero soñaba con una Alemania dominadora; según le dijo a Eulenburg, «una especie de supremacía napoleónica ... en una variante pacífica»; pero a la vez aprobaba las ideologías raciales que oponían los teutones (alemanes) a los eslavos (rusos). Phili tuvo una aventura con Gobineau, el ideólogo del racismo, y Willy adoptó las teorías de este —cada día más populares— sobre la superioridad de la raza aria.

Willy mantuvo la alianza de Bismarck con Austria-Hungría,

con la reciente incorporación de Italia, pero sus bravatas altisonantes generaban confusión y alarma. Con relación al Reino Unido, por un lado estaba celoso de su liberalismo y su poder (que representaban su madre y el hermano de esta, Bertie), por el otro admiraba su imperio y su Armada (representados por su adorada abuela Victoria).

Una contradicción similar distorsionaba su concepción de Rusia. El 1 de marzo de 1881 Alejandro II, el emperador de Rusia, de sesenta y siete años, recorría las calles en su carruaje, rodeado de cosacos y policía secreta, con la intención de pasar revista a la Guardia. Un radical le lanzó una bomba. Era un día especial: los Románov acababan de firmar el decreto de formación de la primera asamblea consultiva de delegados electos de Rusia, que «no se me oculta: es el primer paso hacia una constitución». Pero la lentitud de sus reformas había enfurecido y decepcionado a los radicales, cuya facción Voluntad Popular había emprendido ya cuatro intentos de asesinato. Alejandro resultó ileso, pero insistió —en contra de lo que se le aconsejaba— en consolar a los heridos. Otro terrorista aprovechó la ocasión para arrojarle una bomba a los pies, que le destrozó una pierna. El zar murió unas pocas horas más tarde, ante la atenta mirada de su gigantesco hijo y su nieto Nicolás, que estaba conmocionado.

El nuevo zar, Alexandr III —de 1,90 m de altura, bebedor, grosero, amigo de vestirse con botas y blusas de mujik— completó las reformas de su padre, reprimió por igual las aspiraciones nacionalistas y liberales, y optó por la otra tradición: autocracia policial, expansión imperial y nacionalismo mesiánico ligado a la eslavofilia. La rusificación forzosa —se prohibió utilizar lenguas como el georgiano, el finlandés y el ucraniano— llevó a estos pueblos a unirse a partidos nacionalistas o socialistas. Se persiguió con especial ahínco al pueblo situado en lo más bajo de la jerarquía étnica: los judíos. El Coloso era un autócrata dominante y competente, que siempre sabía qué quería: en cierta ocasión dobló un tenedor y le dijo al embajador austríaco: «Esto es lo que haré con vuestro cuerpo de ejército». Le parecía razonable agarrar a sus ministros por el pescuezo y en acosar a su hijo, el tímido y liviano

Nicky, al que calificaba de «niño». Pero también apoyó a las empresas y creó prosperidad económica con la construcción de ferrocarriles y el desarrollo industrial.[20]

Willy intentó seducir al Coloso, que sentía repugnancia por el alemán; pero luego descartó continuar la alianza de Bismarck con el imperio zarista. Ni siquiera Phili acertaba a ver claro qué deseaba Willy en realidad. El Reino Unido y Rusia eran rivales por el poder asiático, pero ¿qué quería Willy? ¿Una alianza con Rusia contra el Reino Unido, o con el Reino Unido contra Rusia?[21]Aun así, durante veinticuatro años este narcisista inestable fue —en palabras de su aliado Francisco Fernando— «el más grande de Europa».

Alejandro III reaccionó con dos decisiones de largo recorrido cuyas consecuencias transformaron el mundo. En julio de 1891 alió Rusia con la Francia republicana, creando exactamente el efecto de cerco de Alemania que Guillermo había luchado por evitar; y hacia la misma época encargó construir el Ferrocarril Transiberiano, de 9.300 kilómetros de longitud, que proyectó el poder de Rusia hacia una China en desintegración.

Willy estaba demasiado inquieto por la emergencia de lo que el racista Gobineau denominaba «el Peligro Amarillo». El 17 de septiembre de 1894, en la desembocadura del río Yalu, una nueva potencia marítima —Japón— echó a pique ocho de los diez acorazados de China. Acto seguido invadió al país vecino, se adueñó de Port Arthur e hizo una matanza de civiles.

Casas de Hohenzollern y Roosevelt, salomónica y manchú

La emperatriz Cixi, la reina Min y la aparición de Sun Yat-sen

Aquel mes de julio de 1894, la emperatriz viuda Cixi, de setenta años —retirada desde hacía cinco años— recibió la noticia de que estaba a punto de estallar una guerra con Japón. Se la transmitió su sobrino, el emperador Guangxu, que llegó trastornado. Este hombre ignorante y descuidado, que sentía terror por los truenos (durante las tormentas, los eunucos gritaban para apagar el ruido), había deshecho las reformas de Cixi y abandonado a la Armada, mientras su consorte, la adolescente Zhen, vendía cargos al mejor postor. Los emperadores manchúes, que regían sobre cuatrocientos millones, consideraban que los cuarenta millones de japoneses eran *wojen* («enanos») racialmente inferiores. Cuando se desató el conflicto, Guangxu anunció: «Los Enanos han quebrantado todas las leyes de las naciones y agotado nuestra paciencia: dictamos que nuestros ejércitos despedacen a los Enanos en sus madrigueras». Pero los japoneses habían cambiado.

Treinta años antes, en noviembre de 1867, el sogún hereditario —cuya familia, los Tokugawa, habían estado gobernando Japón durante tres siglos, desde los tiempos de Tokugawa Ieyasu— le devolvió el poder al emperador. Tras un enfrentamiento breve, un nuevo *tennō* (emperador) proclamó la Restauración del Gobierno Imperial, que pasaba por «enriquecer al país, reforzar las fuerzas armadas».

Cuando el príncipe Mutsuhito, aún adolescente, ascendió al trono, adoptó el nombre de Meiji —Gobierno Ilustrado— y sirvió

como mascarón de proa de una reducida élite de reformadores que ansiaba derrocar el viejo orden y forjar lo que en realidad era un Estado nuevo. La capital pasó de Kioto a Edo (rebautizada como Tokio); un joven reformador samurái, Itō Hirobumi, esbozó una nueva constitución que combinaba las de Alemania y el Reino Unido, con un primer ministro y una asamblea electa, al servicio del emperador «sagrado» e «inviolable» del «Trono Sagrado establecido cuando el cielo y la tierra se separaron». Era «imprescindible adorar» al tennō. Pero el «conocimiento» —se decía en el juramento de lealtad a la carta de Itō— «debe buscarse en el mundo entero para así dar nuevo vigor a los cimientos del gobierno imperial». Se trajo pues a oficiales británicos y alemanes, con el encargo de instruir a un ejército nuevo, que fundía la modernidad técnica con el ushido medieval y que, junto con el propio emperador, formaría el núcleo del *kokutai*, una matriz de monarquía, religión sintoísta y sociedad que estuvo en el poder hasta 1945.[1]

En un plazo de veinte años Japón se convirtió en la economía más industrializada de Asia. Por su parte China se desintegraba y, por lo tanto, se convirtió en blanco irresistible para los imperios europeos. Para Japón fue a la vez una tentación y una advertencia.

En la carrera de europeos y japoneses por aprovecharse de la decadencia de China, Corea ocupaba un lugar crucial. Si los europeos se apoderaban de Corea sería «una daga apuntada contra el corazón de Japón». Corea, gobernada desde 1932 por la familia Joseon, había sido tradicionalmente un vasallo de China. Aconsejado por su esposa, la carismática reina Min, su rey Gojong optó por navegar entre dos aguas. El matrimonio había sido acordado por el padre del rey, el dominante *daewongun* (príncipe de la gran corte) que, como regente, intentó huir de toda la influencia extranjera. El objetivo resultaba cada vez más inviable, con un Japón expansionista y una Rusia concentrada contra el Reino Ermitaño.

Al principio los dos integrantes de la pareja se odiaban, y se negaron a consumar el matrimonio en la noche de bodas; pero se fueron acercando, aun a pesar de perder al primer hijo. La reina

Myeongseong, o Min —«una mujer delgada, de figura muy elegante»—, era una erudita de una belleza asombrosa, a juicio de un visitante inglés. «El pelo de color azabache reluciente, la piel transparente y perlada … y una inteligencia brillante.» El daewongun había gobernado durante un decenio, pero cuando Gojong alcanzó la mayoría de edad, y al contar con la fortaleza de Min, lo retiraron. Min negoció con China y Rusia y abrió el Reino Ermitaño a la modernización, resistiéndose al control de los japoneses. Pero en abril de 1894 una rebelión campesina llevó a intervenir tanto a China como a Japón.

En Tokio no había más elección —dijo primer ministro Itō Hirobumi— «que ir a la guerra», para mantener alejados a los chinos. El emperador Guangxu admitió haber quedado «sorprendido por esta traición» y comento que «resulta difícil razonar con los Enanos». Los japoneses, que se manejaron con eficiencia, desembarcaron a 240.000 efectivos en Corea, tomaron Pyongyang y King Gojong, y luego golpearon a China por tierra y por mar (sus oficiales comparaban a los chinos con «cerdos moribundos». En abril de 1895, en Shimonoseki, Itō obligó a China a otorgar la «independencia» a Corea —bajo la supervisión nipona — y cederle a Japón tanto la próspera isla de Taiwán como la ciudad septentrional, de especial valor estratégico, de Port Arthur (Lüshunkou). De la nada, Japón se había adueñado de los bocados más exquisitos de China. Willy se quedó mortificado.

El káiser temía que «Asia se consolide con China controlada por Japón» y apeló a San Petersburgo, donde Alejandro III —que solo tenía cuarenta y nueve años, pero era tan alcohólico que se escondía en las botas los botellines de vodka que tenía prohibidos — se estaba muriendo de cirrosis hepática. Le sucedió su hijo Nicolás III, que a sus veintiséis años sollozaba: «No estoy nada preparado… ¿Qué le va a pasar a Rusia?». Es difícil estar listo para el poder —los líderes democráticos, cuando se les elige, no suelen tener ninguna experiencia de su ejercicio— y no había ninguna instrucción para los dones que se precisan para gobernar como autócratas. Nicolás no era un coloso, como su padre, ni un artista del espectáculo, como Willy; pero su inescrutabilidad atractiva, su

cortesía extrema y la devoción por las mujeres no dejaban traslucir la determinación de promover la autocracia ortodoxa y el poder ruso. En la victoria japonesa, Nicky vio la oportunidad de hacer lo propio de los Románov: expandirse.

Willy conocía de siempre tanto a Nicky como a su esposa —Alejandra de Hesse-Darmstadt, medio inglesa y medio alemana, nieta de la reina Victoria—, pues los dos eran primos carnales. Nicky y Alix también se conocieron de niños, y se habían enamorado en la adolescencia; pero Alix, piadosa y protestante, se negó a convertirse a la ortodoxia hasta abril de 1894, cuando la pareja asistió a la boda del hermano de ella junto con la reina Victoria y el káiser Guillermo. Así, aunque Alix empezó por rechazar la propuesta de Nicky, lo consultó con Willy, que la animó a aceptarla; y en los días tristes posteriores a la muerte de Alejandro, Nicolás se casó con Alejandra.

Nicky desarrolló desde entonces su propio concepto del imperio asiático, junto con el Ferrocarril Transiberiano. Willy le envió una carta con un esbozo titulado: «Contra el Peligro Amarillo», y en abril de 1895 le escribió: «Sin dudarlo yo haré cuanto esté en mi mano para preservar la tranquilidad de Europa y proteger la retaguardia de Rusia, de modo que nadie obstaculizará tus acciones en el Remoto Oriente. A este respecto es evidente que la gran tarea del futuro, para Rusia, es llevar la cultura al continente asiático y defender Europa frente al progreso de la raza del Gran Amarillo».

Nicky, con el respaldo de Willy, obligó a Japón a renunciar a algunas adquisiciones y sobornó a China para que otorgara concesiones a Francia y Alemania, y Port Arthur a Rusia. Después de consultar con místicos tibetanos y mongoles, el zar planeó conquistar Manchuria y Corea; a la reina Min el apoyo ruso le parecía una buena solución para huir del dominio japonés. Pero los japoneses se enfurecieron por las renuncias que les habían impuesto y estaban resueltos a vengarse. Para ello recurrirían a la operación Caza de la Raposa. La «raposa» era Min.

Un amanecer de octubre de 1895 cincuenta asesinos *rōnin* irrumpieron en el Palacio de Gyeongbokgung. Apresaron al rey y

fueron en busca de Min; su feminidad los irritaba especialmente. La hallaron escondida entre las damas de honor. Los rōnin la violaron en grupo y la acuchillaron, le cortaron los pechos y exhibieron su cadáver ante los enviados rusos; luego la llevaron al bosque y quemaron los restos con queroseno. El rey quedó horrorizado y muy abatido. En respuesta al asesinato, rebeldes coreanos atacaron a los japoneses. Se estaba luchando por la hegemonía del Este.

En Pekín el emperador Guangxu invitó a Cixi a retomar el poder. «Deberíamos adoptar, de forma general, las costumbres occidentales», como crear una monarquía constitucional, decidió. Sin embargo, él y sus ministros también temían el poder femenino y ordenaron que se asesinara a Cixi. En la práctica fue Cixi quien se deshizo de ellos: decapitó a los reformadores y encarceló a Guangxu. El mal gobierno de los manchúes inspiró a un estudiante de medicina cantonés a derrocar a la dinastía.

«Es una oportunidad única, no debemos desaprovecharla», declaró Sun Yat-sen. Este hijo de un sastre y una portera contaba veintinueve años, detestaba a los manchúes y se creía llamado a ser el líder revolucionario de una república china libre. El joven médico era asimismo cristiano, y había ayudado a fundar la Sociedad para la Resurrección de China, que tenía el apoyo de un empresario de Shanghái: Charlie Song. Con el tiempo, una de las hijas de este predicador cristiano se casaría con Sun. La rebelión, no obstante, fue un desastre. Cixi hizo decapitar a los rebeldes que se apresó.

El doctor Sun —monotemático, obsesivo y políticamente tan implacable como ágil— huyó a Hawái, donde se reunió con un hermano adinerado. Aquí otra potentada, otra reina notable, combatía por la independencia frente a la otra nueva gran potencia del Pacífico: Estados Unidos.

La reina Lili'uokalani y Teddy Roosevelt: la abundancia y el ingenio de Estados Unidos

Lili'uokalani, que gustaba de componer y cantar sus propias canciones y tocar el ukelele, era una patriota hawaiana entusiasta y amorosa. Había sucedido como reina a su hermano, el jovial Kalākaua; pero hacía tiempo que dominaba Hawái como regente. Lili'uokalani —infelizmente casada con el hijo de un comerciante estadounidense, con el que vivía en una mansión columnada, Washington Place— era prima de la dinastía del Conquistador, llevaba tiempo sirviendo en la corte de los reyes y poseía muchas tierras. Su mejor canción, la conocida «Aloha Oe», versa sobre uno de sus múltiples amoríos.[2]

Lili'uokalani estaba decidida a impedir la expansión estadounidense y derrotar a los barones norteamericanos del azúcar. Esos barones tenían un Club de la Anexión que, en 1887, con el respaldo de una milicia de colonos —los Fusileros de Honolulu— obligaron a Lili'uokalani y su hermano a aceptar la que se dio en llamar «Constitución de la Bayoneta», que debilitó más la monarquía y concedió el sufragio activo a todos los blancos, solo a algunos hawaianos y a ningún asiático.

Sin embargo, Estados Unidos, como Japón, proyectaba su nuevo poderío naval a través del Pacífico. En 1867 se aprovechó de la Ley del Guano[3]para anexionarse la isla hawaiana de Midway, a la vez que el hermano de la reina, el rey Kalākaua, otorgaba asimismo Pearl Harbor a los estadounidenses. Desde Washington, un nuevo subsecretario de Marina observaba la situación y planeaba sumarse al reparto del Pacífico.

Teddy Roosevelt, el niño que había visto pasar el cortejo fúnebre de Lincoln desde su ventana, era un chico asmático y débil al que se había educado en casa. Aspiraba a ser científico y llenó la habitación de criaturas disecadas, lo que sus hermanos llamaban «el Museo Roosevelt de Historia Natural». Su salud mejoró, aprendió a boxear en Harvard y destacó por ser un excéntrico con la energía maníaca que a menudo es antídoto de la depresión.

Tras la muerte de su padre, este joven dinámico, incontenible y batallador —de gafas redondas, voz estridente y «dientes que castañetean» saltó a «la arena»: «tenía la intención de llegar a formar parte de la clase dirigente». En la fiesta de graduación, un

primo mucho mayor, *Squire* James Roosevelt, conoció a una joven altanera, Sara Delano, hija de un comerciante rico especializado en el mercado chino, con la que se casó. Poco después ella dio a luz a un hijo, Franklin, cuya vida se inspiraría en la carrera del primo Teddy. Squire Roosevelt había ganado una fortuna con los ferrocarriles y el carbón, en una América en expansión cuyo modelo más perfecto quizá fuera «el mago de Menlo Park», que en años posteriores grabaría la voz de Teddy y le apoyó en su carrera política.

Este mago —Thomas Alva Edison, hijo de un maestro medio sordo de Ohio— había empezado su carrera como telegrafista, durante la guerra civil, y a los veintidós años ya registró su primera patente. En 1882 Edison pulsó un interruptor de la oficina de su banquero, J. P. Morgan, que empezó a generar energía eléctrica empleada en la iluminación de 59 hogares de Manhattan. Echaba a andar la empresa que se convertiría en la Compañía de Iluminación Edison.

El inventor —con 1.093 patentes a su nombre— era un prodigio de ingenio científico en el momento preciso en que los avances técnicos del siglo XIX empezaban a mejorar de verdad las vidas cotidianas de la gente corriente. Era un hombre de una competitividad extrema, que no toleraba la más mínima oposición;[4]registraba una media de una patente cada cuatro días, jugueteaba con sus inventos sin molestarse por las arrugas o la suciedad de su vestimenta, era vegetariano y se alimentaba esencialmente de leche, podía trabajar setenta y dos horas seguidas, con frecuencia no dormía más de cuatro horas por noche. Su familia era secundaria. Su primera esposa murió por una sobredosis de morfina accidental, luego se casó con una joven de veintiún años. Pero desatendió a sus descendientes y sus hijos —alcohólicos y charlatanes— lo exasperaban y se negó a darles trabajo en sus laboratorios.

Edison personificó la convergencia de los inventos científicos y la aplicación práctica, que era una novedad. «Tenemos que seguir desarrollando cosas con valor comercial —dijo—. ¡No podemos ser como ese viejo profesor alemán que se contenta con pasarse toda la

vida estudiando el vello de una abeja!» Creó un nuevo entorno favorable al pensamiento creativo; dedicó los beneficios de uno de sus inventos —un sistema telegráfico múltiple— para costear un laboratorio en Menlo (Nueva Jersey), donde fabulaba con los conceptos de la investigación y el desarrollo. «Yo no he hecho ni un solo descubrimiento», solía decir, con la broma de que: «el genio es en un 1 % inspiración y en un 99 % transpiración».

La compañía eléctrica de Edison no se basaba en un descubrimiento repentino. Hasta poco antes la electricidad se había considerado una especie de divertimento, pero él fue tan solo uno más de los numerosos inventores que experimentaban con bombillas capaces de iluminar las casas y las calles, en competencia con el alumbrado de aceite.[5]Luego trabajó en la tecnología de generación y distribución de la electricidad. No acertó en todo. Insistió en que la corriente directa era la forma más segura de distribuir la electricidad. Entre sus empleados figuraba un joven serbio de talento: Nikola Tesla, que se marchó a trabajar para su rival, George Westinghouse, y desarrollar la corriente alterna. Tesla estaba en lo cierto. Westinghouse tomó la delantera y los banqueros de Edison fundieron sus negocios con otros para crear la Consolidated Edison y la General Electric. Sin embargo, también estaba experimentando con la grabación de sonidos (el fonógrafo que puso en marcha su negocio musical) y la transmisión de voces (el transmisor telefónico de carbón que se convertiría en el teléfono), con las pilas recargables y con las cámaras (el Kinetograph, que creó la industria del cine). Fue incluso el fundador de Black Maria, el primer estudio cinematográfico, que rodó 1.200 películas mudas.

Más adelante jugueteó con un artilugio para hablar con los muertos. Quizá solo bromeaba, pero en cualquier caso faltaba muy poco para que otros inventos de propulsión eléctrica modificaran radicalmente la vida. El frigorífico mejoró tanto la nutrición que, durante las décadas siguientes, la altura del estadounidense medio aumentó un 5,1 %. Se descubrió por todo el mundo, casi al mismo tiempo. En febrero de 1882 un neozelandés fue el pionero de una embarcación refrigerada que transportó cordero congelado de

Dunedin a Londres y, después de haber pasado noventa y ocho días en el mar, seguía siendo comestible.[6]Todas estas innovaciones se hicieron tan omnipresentes que acabaron por resultar casi invisibles; se perdió la habilidad para vivir sin ellas. Sin ellas, no obstante, la vida moderna se derrumbaría en un segundo. Las mejoras en la nutrición coincidieron con avances en el cuidado sanitario y la productividad agrícola; todos juntos produjeron un incremento demográfico del todo inaudito en la historia del mundo.

Las bombillas dejaron anticuado el queroseno en el momento preciso en que Rockefeller adquirió el control del mercado de esta sustancia en Estados Unidos. Cabría haber pensado que Rockefeller pasaría a ser un sinónimo de empresario empobrecido por haber dado el salto a una industria inútil; pero el ingeniero en jefe de la Compañía de Iluminación Edison Illuminating en Detroit tuvo una visión que lo impidió: cesó en su puesto y se puso a trabajar en un vehículo que usaba un derivado de la gasolina para propulsar el motor de combustión de un carruaje sin caballos.

Al principio, los coches a motor eran tan lentos que los bromistas les gritaban al paso: «¡Compraos un caballo!». Edison había animado a Henry Ford a dedicarse a esta industria. Este chico de una granja de Michigan había estado trasteando con motores agrícolas de gasolina hasta crear el Cuadriciclo Ford autopropulsado. Como el propio Edison, Ford no era ningún visionario aislado: en Mannheim, Alemania, otro ingeniero, Carl Benz, había concebido un motor de petróleo en 1885 y diseñado el automóvil Benz. Esos inventores eran hombres, pero en agosto de 1886 la señora Bertha Benz robó el artilugio del marido y, con sus dos hijos a bordo, recorrió un centenar de kilómetros —compraba la gasolina en las farmacias— para visitar a su madre. Fue el primer viaje automovilístico por carretera, pero Bertha también aportó mejoras que dieron más seguridad a la conducción: usó una liga para aislar un cable y una aguja de pelo para desbloquear un conducto, e inventó las pastillas de freno. Ford tomó nota. En su Ford Motor Company desarrolló la producción en masa de automóviles asequibles, al igual que hizo Benz en Mannheim.

Edison y Ford —un antisemita virulento y teórico conspiranoico— se hicieron amigos y organizaron expediciones anuales a motor.[7]

Desde que se descubrieron nuevos yacimientos petrolíferos en Texas y California, así como en Persia, los coches automóviles —y posteriormente, los autobuses y los camiones— se difundieron por el mundo y pronto fueron tan populares que la gasolina se volvió esencial. Con ello, Rockefeller se convirtió en el hombre más rico del mundo. En esa misma época, Teddy Roosevelt, el político que se enfrentó a su monopolio, fue elegido por primera vez como miembro de la Asamblea del Estado de Nueva York.

El engreído, adinerado y dentudo republicano atrajo la hostilidad de los demócratas, que planearon humillarlo con un manteo: «Por Dios que si intentáis algo parecido —les advirtió Teddy—, os pegaré, os morderé, os patearé los huevos».

Un día tuvo que abandonar una sesión tras recibir un telegrama desesperado. Corrió hacia su casa de Manhattan, donde se encontró una tragedia doble: su madre, Mittie, había fallecido por la fiebre tifoidea; su joven esposa —Alice Lee, a la que adoraba y apodaba «solete»— había dado a luz a una hija, Alice, pero luego había muerto por la enfermedad de Bright. «Se ha apagado la luz de mi vida», escribió en su diario. Estuvo a punto de hundirse. Se olvidó de su hija, a la que dejó con unos parientes, y buscó consuelo en las tierras yermas, emocionantes, sin ley, del Territorio de Dakota, donde se había doblegado a los nativos americanos, se había cazado a los rebaños de búfalos hasta extinguirlos, y podían ganarse fortunas con la cría de ganado y la extracción de oro. Allí trabó amistad con Quanah Parker, el último jefe comanche.

Teddy, rico y petulante, adquirió el rancho de Elkhorn, en Dakota del Norte, y se disfrazó de vaquero. «Llevo sombrero, pañoleta de seda, camisa de ante con flecos, chaparreras de piel de foca, botas de piel de aligátor, y un revólver con empuñadura perlada y un fusil Winchester con un acabado excelente», además de un cuchillo Bowie con la inscripción «T. R.». Elkhorn no estaba lejos de donde el líder lakota Spotted Elk (Uapití Moteado) sufriría ahora la venganza por la masacre en la que había perecido Custer.

El 29 de diciembre de 1890, en Wounded Knee (Dakota del

Sur), el Séptimo de Caballería estaba desarmando un poblado lakota cuando un indio sordo que no pudo oír las órdenes descargó el rifle (al parecer, por accidente). Se generó mucha confusión. Los soldados mataron al jefe Uapití Moteado, que estaba enfermo. Según los recuerdos del soldado Hugh McGinnis, «se persiguió a los niños indefensos, a mujeres con bebés en los brazos, hasta a 3 kilómetros de la escena del enfrentamiento original, y nuestra caballería los abatió sin compasión ... Los soldados se volvieron locos, sencillamente». Aquel día perdieron la vida trescientos lakota y 25 soldados. «Todavía puedo ver aquella carnicería de mujeres y niños, amontonados o dispersos por toda la quebrada —rememoraba Uapití Negro, uno de los pocos lakotas supervivientes —. Allí murió el sueño de un pueblo.»

Estados Unidos, que era a la vez una democracia liberal y un Estado conquistador, había multiplicado por diez su extensión desde la independencia; este fue el fin de la conquista continental, que devino irresistible por la simple cantidad de colonos que habían venido al país. Roosevelt —que iba dirigiendo al ganado trece horas al día a caballo y perseguía a los ladrones de las reses a punta de pistola— aprendió que «si actuaba como si no tuviera miedo, poco a poco iba perdiendo el miedo». Interpretó una versión aristocrática de la frontera, pero más abajo en la escala social los barcos de vapor traían a millones de personas. A este respecto, el asesinato de Alejandro II inició una oleada.

Se difundieron rumores según los cuales los asesinos eran judíos (aunque de hecho, ninguno lo era). En Kiev, Varsovia y Odesa, y cerca de doscientos lugares más, turbas de rusos atacaron a los judíos. Es probable que en estos pogromos —del ruso *pogromit*, «destruir»— se violara y asesinara a cientos de personas. Alejandro III odiaba a los judíos y atribuía la persecución popular a la deslealtad de estos; aprobó nuevas leyes represivas que su hijo Nicolás II mantuvo, pues no era menos fanático. Esto impulsó a muchos judíos del imperio ruso a pasarse a la revolución marxista, y a otros muchos millones, a emigrar. Algunos regresaron a Jerusalén y se sumaron a un nuevo movimiento nacional judío; bastantes más, durante los veinte años posteriores, optaron por

huir hacia el oeste: a Gran Bretaña llegaron 140.000, pero la gran mayoría —entre 2.500.000 y cuatro millones— escaparon a Estados Unidos.[8]

Esta vasta oleada de colonos —voraces y dispuestos a asumir riesgos— ya no era tanto un «acto de desesperación» como, en palabras de James Belich, «un acto de esperanza». A Estados Unidos llegaron unos 4.500.000 irlandeses, tres millones de italianos, dos millones de polacos, dos millones de alemanes[9]y 1.500.000 escandinavos; hombres y mujeres. Pero no era un fenómeno limitado a ese país: en total, durante el siglo XIX largo, 36 millones de personas se marcharon a Australia y América del Norte. Este movimiento, en el que predominaron los anglohablantes, debe situarse en la misma categoría que las migraciones de la conquista de los macedonios, árabes, mongoles y españoles.[10]La mayoría de estos inmigrantes se dirigió a las ciudades. En 1830 vivían en Chicago menos de cien personas; en 1890 eran un millón; en ese mismo período de tiempo, Melbourne pasó de la nada a 378.000 habitantes. Nueva York llegó al millón de neoyorquinos en 1850; en 1900 eran 3.500.000 y para 1930 la cifra se había multiplicado prácticamente por dos. Entre 1850 y 1920 arribaron a Estados Unidos más de veinte millones de inmigrantes: fue la mayor migración de la historia, que, con un desenfreno de destrucción con complejo de superioridad, y de creatividad en la cruzada, potenció el ascenso de Estados Unidos, así como un mercado global interconectado de verdad. Ahora bien, el nuevo mercado mundial también presentaba nuevos riesgos. La caída de un temerario banco británico, Barings, desató la primera crisis económica global, que llevó a muchas personas a acercarse al marxismo y el anarquismo. Empezando por el asesinato del presidente de Francia, en 1894, los anarquistas asesinaron a toda una sucesión de líderes occidentales. Una depresión mundial favoreció lo que la poeta Emma Lazarus expresó con estos versos, en 1883:

> *Vuestras masas ingentes anhelan respirar con libertad,*
> *los desdichados rechazan vuestras costas repletas.*

Enviádmelos a mí, a esos indigentes, lanzados por la tormenta.

Estados Unidos dio la bienvenida a familias como los Drumpf bávaros y los Wonskolaser judíos.

Drumpf y los Wonskolaser eran duros, pero legales. Cuando Teddy Roosevelt volvió a la «arena» neoyorquina, se enfrentó al poder tanto de los criminales inmigrantes como de los plutócratas ricos. Después de perder mucho capital —y recuperar algo gracias al superventas *Salidas de caza de un ranchero*—, se casó con un amor de la infancia, Edith Carow, con quien tuvo cinco hijos. Luego convenció al presidente Benjamin Harrison de que le diera un puesto en la Comisión del Servicio Civil de Nueva York. En 1894, el combativo Roosevelt fue nombrado comisario de la policía neoyorquina, y se entregó con afán a las redadas contra los antros del vicio y los choques con los capos de la ciudad. Pero después de entablar amistad con un periodista que había escrito obras de denuncia —Jacob Riis, autor de *Cómo vive la otra mitad*—, también se esforzó por mejorar las terribles condiciones de vida de los inmigrantes. «Durante dos años fuimos hermanos en [una calle repleta de mafiosos,] Mulberry Street», recordaba Riis. Los inmigrantes acudían a Nueva York por miles, primero los irlandeses, luego italianos, alemanes, judíos. En 1901 el puerto neoyorquino era el mayor del planeta, pero la dureza de la vida también favoreció otra cultura paradigmática de Estados Unidos, que suele pasarse por alto en la historia universal: la delincuencia.

No mucho después de que Roosevelt empezara a patrullar por el barrio de «la Pequeña Italia» (Little Italy, en Manhattan), un adolescente chulesco y atractivo, cuyos padres acababan de llegar de Sicilia —donde el padre se azacanaba en una mina de azufre— amenazó a un niño judío de aspecto frágil y menudo con lo que le pasaría si no le pagaba diez céntimos semanales por su «protección». Pero el chico judío —Meier Suchowlański, que acababa de llegar de Grodno, en el imperio ruso— se negó a cumplir con lo que Salvatore Lucania le exigía. El siciliano, impresionado, invitó al judío a unirse a su grupo, la Banda de Five Points. En adelante Lucania tomó el nombre de *Lucky* Luciano;

Suchowlański acortó el apellido para hacerse llamar Meyer Lansky; y se asociaron con un amigo de Lansky, el violento y atildado Benjamin Siegel: un asesino psicótico, de brillantes ojos azules, apodado *Bugsy*, que ya dirigía una red de «protección» en Lafayette.

Eran simples chicos de la calle, pero Luciano sabía que Sicilia contaba con una larga historia de sociedades de delincuencia, desarrolladas entre los campesinos a los que los reyes y los aristócratas negaban la justicia. Estas sociedades imponían sus propias reglas y creaban sus propios rituales, que eran pastiches del catolicismo; aunque el nombre *mafia* quizá se originara entre los súbditos cristianos del emirato árabe que, alegando estar *ma'afi* («exentos»), se negaban a pagar el tributo de la yizia. En la Nueva York de Roosevelt, la delincuencia italiana estaba encabezada por Giuseppe Morello (*Clutchhand*, «el Mano Garra»), un rufián de Corleone que derrotó a la *camorra* napolitana encerrando a las víctimas en barriles; pero lo detuvieron y encarcelaron, lo que dio paso al hombre que inventó la mafia estadounidense: Giuseppe Masseria, más conocido como *el jefe Joe*. Por el momento aquellos tres chicos, Luciano, Lansky y Siegel, hicieron dinero con el proxenetismo, los robos y la protección; pero más adelante organizarían el hampa nacional de Estados Unidos, corromperían a políticos en Nueva York y Cuba y crearían la industria del entretenimiento de Las Vegas.

Al patrullar por este submundo y dar publicidad a las propias hazañas en la prensa neoyorquina, Roosevelt llamó la atención del nuevo presidente, William McKinley, que en 1897 lo nombró subsecretario de Marina. Roosevelt daba especial crédito a un libro de un oficial estadounidense, Alfred Mahan, titulado *Influencia del poder naval en la historia*. ¿Y qué mejor demostración de los beneficios del poderío naval que lo que estaba sucediendo en Hawái?

En 1893, la reina Lili'uokalani intentó debilitar el poder de los barones del azúcar, que eran estadounidenses, mediante una revisión de la constitución de Hawái. Su decisión provocó que un Comité de Seguridad Pública capitaneado por Sanford Dole

(descendiente de misioneros norteamericanos) ordenara a los Fusileros de Honolulu que asaltaran el palacio. El mariscal de la reina, Charles Wilson, un estadounidense leal a la monarquía que dirigía una guardia real con quinientos integrantes, defendió a Lili'uokalani. El Comité pidió ayuda al cónsul de Estados Unidos, que llamó a la infantería de Marina. Lili'uokalani —que desde su balcón pudo ver cómo instalaban dos cañones y dos Gatling— accedió a negociar, pero se negó a abdicar. Se proclamó presidente a Dole. Pero Grover Cleveland, el presidente de Estados Unidos, denunció que «las fuerzas estadounidenses habían ocupado Honolulu ilegalmente, con pretextos» y ordenó restaurar a la reina en el poder, a condición de que amnistiara a los rebeldes. Lili'uokalani rechazó la propuesta.

En enero de 1895 se descubrió que Lili'uokalani había reunido cañones en Washington Place, para replicar con un golpe de Estado propio. La detuvieron, juzgaron y condenaron a cinco años de trabajos forzosos. Dole amenazó con ejecutar a sus partidarios si la reina no abdicaba. «Por mí, habría elegido la muerte», dijo, pero accedió. Aunque el nuevo presidente estadounidense, McKinley, había prometido que no emprendería «guerras de conquista», también alegó que «no podemos permitir que Japón se apodere de esas islas»,[11]por lo que el Congreso de Estados Unidos se las anexionó. Por su parte Roosevelt vio otra oportunidad en la rebelión de una de las últimas colonias españolas, Cuba: sus 350.000 esclavos solo habían obtenido la libertad diez años antes y los españoles reprimían con brutalidad a unos rebeldes que contaban con muchas simpatías en América; más aún cuando su líder, el poeta y filósofo José Martí, halló la muerte en combate. McKinley y Roosevelt enviaron a Cuba un acorazado, el *Maine*, que el 15 de febrero de 1898 estalló en la bahía de La Habana. Murieron 266 hombres, entre oficiales y tropa. «Si no fuera porque está mal, a mí me gustaría que hubiera una guerra extranjera», le comentó Roosevelt a su hermana.

ROOSEVELT Y LOS JINETES DUROS

Una guerra contra España supondría «dar un paso más hacia la liberación completa de América frente al dominio europeo», dijo Roosevelt; además beneficiaría «a nuestro pueblo, al darle cosas en las que pensar más allá de las ganancias materiales». El subsecretario guio a McKinley para que entrara en guerra, con la colaboración de las belicosas cabeceras de Willie Hearst, hijo del magnate del oro. Con su cadena de periódicos, del *San Francisco Examiner* al *New York Journal*, Hearst ganaba lectores —en la fase de apogeo, treinta millones— mediante titulares intrépidos, historias emotivas y chismorreos escabrosos. Ahora su periodismo «amarillo» avivó la llama del enfrentamiento mientras Roosevelt formaba un regimiento propio, el Primer Regimiento de Caballería —los «jinetes duros», los llamaba—, una mezcla de aristócratas de la costa este, vaqueros genuinos e integrantes de la caballería de Texas.

En julio de 1898, los estadounidenses desembarcaron en Cuba y avanzaron contra los españoles, situados en las Lomas de San Juan. El coronel Roosevelt, montado en su caballo *Little Texas*, dio la orden de carga y montó en cabeza. Murieron 89 de sus hombres y él mismo abatió a un español: «Había jurado que mataría por lo menos a uno. ¡Mira a todos esos españoles muertos». Hearst publicitó sus hazañas en la «hora gloriosa» de la liberación de Cuba. Al otro lado del Pacífico, la flota de Roosevelt también derrotó a los españoles en la bahía de Manila y se apoderó de las Filipinas. España cedió Puerto Rico y Guam a Estados Unidos, y también las Filipinas. Cuando este archipiélago, liderado por Emilio Aguinaldo, proclamó la independencia, McKinley respondió con una guerra colonial en la que prometió una «asimilación benevolente» —otro eufemismo más para la conquista imperial— por «el bien mayor de los gobernados». Los estadounidenses aplastaron la resistencia filipina con torturas de ahogo, matanzas y campamentos; perdieron la vida unos doscientos mil nativos. Roosevelt, ascendido a vicepresidente por McKinley, había contribuido a convertir Estados Unidos en una potencia naval y del Pacífico. Pero no era el único obsesionado con la Marina.

El emperador Guillermo también había leído a Mahan. Según

le dijo a su madre, «para mí hay un "maestro", Nelson, y de él tomo mis planes y mis ideas navales». Como su plan de apoderarse del Reino Unido había fracasado, optó por una *Weltpolitik*, «política mundial»: «La mayoría de mis principios militares, los adopto de Napoleón, al que sigo», le dijo a Vicky. Pero para poder desarrollar una Weltpolitik de esa ambición, Alemania debía igual el poderío naval de los británicos; necesitaba pues una *Flottenpolitik*, actuar políticamente hasta adquirir una buena flota. Para ello Willy reclutó a su amigo Fritz Krupp, al que encomendó construir 19 acorazados, ocho cruceros acorazados, doce grandes cruceros y treinta cruceros ligeros.

En otoño de 1898 el káiser extendió su Weltpolitik hacia el este. En compañía de un séquito numeroso (que incluía a ochenta doncellas y sirvientes), y con un nuevo armario de uniformes arabescos (en los que destacaban las botas, los látigos y los velos), acudió a visitar a Abdulhamid II. El sultán acababa de derogar una constitución de corta vida y restaurado la autocracia otomana sobre un imperio que había perdido la mayoría de sus provincias europeas. El diminuto Abdulhamid, vigilante y neurótico, que se coloreaba la barba con gena, era un ebanista habilidoso, pianista, compositor de óperas y bebedor de champán, aficionado a las aventuras de Sherlock y al teatro francés; también apoyó la modernización técnica. En este punto pasó a presentarse como califa y fomentó el nacionalismo islámico para unir a sus súbditos inquietos, árabes y turcos. Asesinó a reformistas por medio de una policía secreta inspirada en la de sus vecinos rusos y practicó con habilidad la política étnica. Enfurecido porque Rusia defendiera a los armenios y los búlgaros, Abdulhamid sofocó una revuelta de los kurdos —un pueblo suní de las montañas de la Siria otomana—, luego armó nuevos regimientos kurdos hamidíes y los dirigió contra los cristianos. Vigiló con especial atención los nuevos clubes árabes que debatían sobre el despertar de una nación árabe. Por otro lado, soñaba con proyectar el poder otomano construyendo un nuevo ferrocarril hacia Bagdad y Arabia.

En Arabia dos familias —los hachemíes y los saudíes, rivales durante tres siglos— procuraban apaciguar a Abdulhamid, pero

estaban descontentos con su poder. Ambas dinastías produjeron a reyes de muchos reinos y han manejado poder hasta nuestros días. Un hachemí y un saudí revolucionaron el mundo árabe.

ABDULAZIZ: EL RETORNO DE LOS SAUDÍES

En La Meca, el emir hachemí Ali Awn al-Rafiq, promovido por el sultán, pertenecía a una familia que descendía de Mahoma y gobernaba la ciudad santa desde los tiempos de Saladino; salvo por el breve período de 1803 a 1818, cuando los expulsó otra familia, la saudí.

Conocedor del prestigio de los hachemíes, Abdulhamid tuvo noticia de que el sobrino del emir, Hussein, se conjuraba contra este y lo llamó a Estambul. La policía secreta, que informó sobre sus reuniones con sus parientes, lo describió como «una persona decidida y recalcitrantes que, en las pocas ocasiones en que accedió a revelar sus puntos de vista, manifestó una peligrosa capacidad de pensar con originalidad». El sultán le advirtió que fuera con cuidado, pero lo incluyó en el Consejo de Estado. Hussein —que se sentía especialmente cómodo en los pequeños oasis de Arabia, los campamentos del desierto, donde cazaba con halcones y estudiaba la fauna, y las cafeterías del Bósforo— era un hombre diminuto y obstinado, cortés, astuto y orgulloso de su ascendencia. Estaba a la espera de su oportunidad.

Al otro lado de la península, en Kuwait, otro príncipe extraordinario, Abdulaziz ibn Saúd (en Occidente, más conocido sencillamente como Ibn Saúd) planeaba recuperar el patrimonio perdido. Criado en un mundo de conspiraciones y caos, su familia, asociada con la secta wahabí de puristas salafistas, ya había perdido y ganado dos reinos. En 1890, cuando él contaba quince años, Abdulaziz fue testigo de cómo un rival expulsaba a su padre de Riyad y lo perdían todo; pero los refugiados fueron acogidos por sus amigos los Al-Sabah, que habían sido forajidos en Irak hasta que, expulsados por los otomanos, se alzaron con el poder en Kuwait. Estos minúsculos feudos del Golfo que en otros tiempos

controlara Irán estaban aliados con el virrey británico de la India, a quien le importaba poco qué ocurría dentro de Arabia. Al aguileño Abdulaziz —corpulento y alto (de 1,93 m), camellero experto y buen tirador— lo educó en parte su tía. «Me amaba incluso más que a sus propios hijos. Cuando estábamos solos ella me hablaba de las grandes cosas que yo haría: "Tienes que revivir la gloria de la casa de Saúd", me decía una y otra vez —rememoraba Abdulaziz —. Sus palabras eran como caricias.»

Cumplidos los veintiséis, Abdulaziz, armado con cimitarra y un fusil Martini-Henry, lideró una serie de asaltos a la región de Nachd. En una incursión él y seis hombres llegaron hasta Riyad, asesinaron al gobernador y tomaron la fortaleza. Abdulhamid envió tropas para expulsar a Abdulaziz, que estaba herido pero no cedió; organizó otra incursión y, en este caso, mató a su rival y se apoderó de Nachd. Los saudíes habían vuelto. Sin embargo, Abdulhamid planeaba hacerse con el control de Arabia, con ayuda de Willy.

En octubre de 1898 el káiser llegó a Constantinopla sumido en el frenesí. Ardía en ganas de debatir con Abdulhamid sobre muchos temas: la construcción de los ferrocarriles otomanos, la instrucción de sus ejércitos, también el sionismo. De regreso en Alemania, un periodista vienés se puso en contacto con él. Theodor Herzl, que había observado el auge del antisemitismo —palabra que designa el racismo contra los judíos, pero no se acuñó hasta 1880— no solo en Rusia, sino también en París y Viena, había llegado a la conclusión de que los judíos nunca estarían a salvo en Europa. «La idea que he desarrollado es en realidad muy antigua: restaurar el Estado judío», lo que él llamaba «sionismo». Judea había tenido gobernantes judíos durante un milenio, antes del nacimiento de Cristo; en todo el mundo, los judíos habían adorado Jerusalén y Judea desde la caída de Simón bar Kojba en 135, y soñaban con volver. Tanto en Jerusalén como en la Palestina otomana hacía tiempo que vivía aún una comunidad judía poco numerosa y pobre, a menudo perseguida y con los derechos restringidos. Entre aproximadamente 1560 y 1870 Jerusalén fue una ciudad descuidada, sometida a saqueos, todavía monumental y

amurallada, pero medio vacía. Era presa de déspotas turcos y acogía a unos pocos miles de árabes y cientos de judíos hasta que la conquista de Mehmed Ali y las reformas otomanas prendieron de nuevo la llama de la reverencia de Gran Bretaña y las potencias europeas, que reconstruyeron la ciudad con iglesias y hostales. Los Románov enviaban cada año a varios miles de peregrinos; al mismo tiempo, sus medidas antisemitas provocaban que numerosos judíos rusos huyeran a Jerusalén. Árabes y judíos volvieron a habitar el interior de la ciudad. En 1860, Moses Montefiore construyó el primer barrio judío de extramuros, al tiempo que unos grandes de Arabia, los Husseini, levantaban el primer asentamiento árabe. En 1883 Edmond de Rothschild —el hijo menor de James— ayudó a inmigrantes rusos a fundar una ciudad judía, Rishon LeZion; en la década de 1890 los judíos habían pasado a ser ligeramente mayoritarios entre la población de Jerusalén. Herzl, que imaginaba una república judía y aristocrática liderada por los Rothschild, apeló al Estado más moderno y civilizado de Europa: Alemania. A través primero de Phili Eulenburg, contactaron con Willy.

Tanto Willy como Phili odiaban ferozmente a los judíos. «A mí me parece estupendo que esos "Moiseses" se larguen a Palestina, y cuanto antes se marchen, mejor», replicó Guillermo. Pero cuando se lo expuso a Abdulhamid, que estaba atareado publicitando en el mundo árabe sus credenciales como califa, recibió una negativa brusca. Luego Willy siguió hacia Jerusalén, donde abrió una colosal iglesia alemana, se burló de los judíos pobres —los tildó de «grasientos y escuálidos, serviles y abyectos … Shylocks a docenas»— y recibió a Herzl para decirle que su idea era «saludable». En cuanto a la posible financiación, no obstante: «¡A vosotros el dinero os sobra!».[12]En Damasco, Willy declaró que era un «protector de todos los musulmanes», dio respaldo a los otomanos y cogió ventaja con respecto a los británicos, que en África habían ido más allá de sus posibilidades.

Al principio había parecido que nada podría detener a los británicos, gracias a una innovación tecnológica asesina e invencible. El 25 de octubre de 1893 paramilitares británicos

controlados por Cecil Rhodes, el magnate de los diamantes, desplegaron por vez primera un arma nueva —la ametralladora Maxim— contra un ataque de guerreros matabele.

Rhodes, la ametralladora Maxim y Lobengula

Rhodes no esperaba vivir muchos años. Como Clive y Lugard, era hijo de un clérigo, en este caso de las afueras de Hertfordshire, y tenía problemas de corazón y asma crónica. Ansiaba vivir aventuras; su familia creía que el calor de Suráfrica le salvaría la vida y, en la adolescencia, se instaló en el duro campamento minero de Kimberley. Aquí superó a sus competidores y amalgamó derechos de explotación; luego obtuvo apoyo de los Rothschild para conseguir con su compañía De Beers el dominio en la producción de diamantes. No se casó y tenía dificultades para relacionarse con las mujeres; una estafadora lo manipuló hasta estar a punto de arruinarlo. Probablemente era homosexual y apreciaba sobremanera a su secretario, Neville Pickering. Pero su gran pasión era el imperio británico y el proyecto de expandirlo a lo largo de una vía férrea que uniría El Cabo con El Cairo, con todos esos pueblos africanos sometidos a la raza blanca. Como escribió en su testamento: «Defiendo que somos la raza más excelente del mundo y que, cuantas más regiones del mundo habitemos, mejor para la raza humana».

En 1886, lo que estaba en juego se multiplicó porque se descubrió oro en la república afrikáner del Transvaal, donde no tardaron en acudir en masa los buscadores de oro británicos (*uitlanders*, «extranjeros»). En 1890 Rhodes fue elegido primer ministro del Cabo —contaba treinta y siete años— y legisló para limitar los derechos de los africanos. «Debe tratarse al nativo como a un niño, y negársele el sufragio. Es preciso adoptar un sistema de despotismo.» Luego dio una concesión a una Compañía Británica de Suráfrica, de tipo paramilitar, y extendió el poder británico tanto al Transvaal como hacia el norte, al reino africano de Lobengula, rey de los *ndebele*. Lobengula era hijo de Mzilikazi —un

exgeneral de Shaka al que se consideraba el fundador del reino porque lo había conquistado durante la década de 1820—, estaba al mando de veinte mil guerreros, se había casado con veinte esposas y gobernaba desde 1868. Hasta entonces había logrado contener la infiltración de los británicos, pero Rhodes y sus paramilitares —organizados por su secuaz Leander Jameson, un médico siempre armado e indomeñable—[13]provocaron una guerra. Lobengula movilizó a sus tropas. En Shangani, seis mil combatientes pertrechados con fusiles Martini-Henry y lanzas atacaron al grupo de Rhodes, quien contaba, no obstante, con una ventaja singular: la Maxim.

Maxim había llegado a Inglaterra en 1882, después de perder la guerra de la bombilla eléctrica contra Edison. Un estadounidense le había aconsejado: «¡Olvídate de la química y la electricidad! Si quieres ganar dinero a espuertas, inventa algo que permita a esos europeos cortarse el cuello mutuamente con más facilidad».

En Shangani, las Maxim mataron a 1.500 matabele en pocos minutos, «como el que siega la hierba»; una semana después abatieron a otros 2.500. «Tiene que haber sido todo un espectáculo», dijo Rhodes. La opinión pública estaba impresionada por la tecnología de los británicos: «Pase lo que pase, nosotros tenemos la ametralladora. ¿Qué tienen ellos?», escribió Hilaire Belloc. El problema de las nuevas tecnologías es que los oponentes también la pueden comprar y los británicos no tardarían en ser el blanco. En cuanto a Lobengula, su prestigio había quedado hecho trizas, a él lo envenenaron, y un rey vecino de los tswana, el astuto Jama el Grande, contribuyó a la destrucción del reino. Los colonos británicos entraron en tropel en un territorio al que dieron el nombre de Rhodesia; pero cuando Rhodes quiso liquidar a Jama, este fue más ingenioso: se había convertido al cristianismo y viajó a Londres para apelar al gobierno, quien, avergonzado por las depredaciones de Rhodes, permitió que el rey se quedara con Bechuanalandia (Botsuana).[14]«Que esos negros infames te den una paliza así es una humillación», rezongaba Rhodes.

En diciembre de 1895, Rhodes organizó una invasión del Transvaal, que delegó en el doctor Jameson y seiscientos

mercenarios; pero los granjeros africanos los eliminaron con facilidad. El primer ministro británico, lord Salisbury, se enfureció. Rhodes presentó la dimisión como primer ministro del Cabo y las culpas cayeron sobre Jameson.[15]El káiser Guillermo ordenó que las tropas alemanas intervinieran contra el Reino Unido, pero sus ministros lo frenaron.

Algunas semanas después de la incursión de Jameson, un monarca africano demostró los límites de la conquista europea. El 1 de marzo de 1896, en el valle de Adowa, catorce mil soldados italianos atacaron al ejército etíope.

Menelik y la emperatriz Taytu: victoria africana

Al igual que Alemania, Italia era un país nuevo y acomplejado, ansioso por ponerse a la altura de ingleses y franceses. Su primer ministro Francesco Crispi —un nacionalista autoritario y populista dramático, apodado «el Solitario», que había luchado con Garibaldi — era partidario del imperialismo agresivo. «Crispi quiere ocuparlo todo —bromeaba el rey Humberto I—, ¡incluso China Japón!» El rey pensaba que «Crispi es un cerdo, pero un cerdo imprescindible». El primer ministro tenía buena relación con Bismarck, e Italia se había aliado con Alemania. Crispi se apoderó de Massawa —un territorio al que dio el nombre de Eritrea, a partir de la designación latina del mar Rojo: *mare Erythraeum*), pero cuando planeó extender sus dominios a Etiopía se encontró con el líder africano de mayor talento de la era imperial: Menelik II.

Era el joven príncipe que había sido prisionero y yerno del caprichoso emperador Teodoro. Tras el suicidio de Teodoro, hizo duelo por el emperador, pero se sometió al emperador Juan, quien lo nombró rey de Showa. Durante diecisiete años estuvo casado con una aristócrata indomable, la princesa Befana, que favorecía a los hijos de matrimonios anteriores e intentó derrocar a su esposo repetidamente. Se divorció de ella, pero la añoraba: «¿Me pides que mire a esas mujeres con los mismos ojos que antes habían

admirado a Befana?». A la tercera tuvo más suerte. Se desposó con Taytu Betul, una potentada de Godcham y Gondar, en el norte, que antes había contraído matrimonio por tres veces y podía aportar un regimiento propio.

En 1889, después de que los mahdistas asesinaran al emperador Juan, Menelik —que afirmaba ser descendiente directo de Salomón y Saba por la vía paterna— subió por fin al trono imperial. Con una combinación de magnificencia regia y afabilidad accesible, «demostró una gran inteligencia» a la par que «una curiosidad infantil», sobre todo con respecto al armamento occidental. Era «un fanático de las armas», comentó un visitante italiano, pero «muy amistoso», que hablaba con rapidez, pero con pocas palabras; solía responder a todas las solicitudes con un «Sí, tal vez». Había instruido a sus tropas en el manejo de los fusiles y la artillería de Francia, el Reino Unido y Rusia, con armas en parte capturadas, en parte compradas; durante diez años de conquistas expandió sus territorios desde la región de Amhara, en el centro, sumando Tigré y otras provincias del norte, pero sometiendo a la vez el reino meridional de Kaffa, entre otros; masacró a los enemigos y los esclavizó por miles. Desde el cuartel general de una capital nueva, Adís Abeba —fundada por su esposa— Menelik creó un imperio etíope que perduró, aunque no sin pausas notables, hasta la década de 1970. Sin embargo, las guerras y la introducción de ganado italiano trajeron consigo la peste bovina y una hambruna que quizá fuera la peor de la historia de África y mató a diez millones de personas.

Menelik se contentó con dejar que los italianos controlasen Eritrea, pero estos sí fueron más ambiciosos: Crispi ordenó anexionarse Etiopía e intentó derribar a Menelik. «Este país es mío y no puede ser posesión de ninguna otra nación», afirmó el emperador. Crispi se jactaba de que Italia aplastaría a los «bárbaros» africanos y volvería a Roma con su emperador «en una jaula».

«Un enemigo ha cruzado el mar —denunció Menelik— y hurga en nuestros territorios como un topo … He intentado negociar con esa gente», pero «¡Ya es suficiente! Expulsaré a los

invasores». El general italiano Oreste Baratieri subestimó a Menelik, quien derrotó con prontitud a una unidad italiana y luego, en cabeza de un ejército enorme, marchó hacia el norte montado sobre una silla escarlata, vestido de blanco y protegido por un parasol dorado. Crispi censuró que Baratieri hubiera sido derrotado por unos «monos» africanos: «Esto ha sido una tisis militar, no una guerra ... Estamos preparados para hacer los sacrificios que hagan falta, cueste lo que cueste, para salvar el honor del ejército y el prestigio de la monarquía». Baratieri y sus veinte mil hombres —incluidos los aliados eritreos— intentaron asaltar por sorpresa los cerros de Adowa: enviaron a tres brigadas por los caminos de montaña, en las horas de oscuridad, con la esperanza de atraer a Menelik a la batalla. Desde un puesto de mando situado en una cima y acompañado por la emperatriz Taytu, el emperador fue derrotando a cada brigada italiana por separado. De pronto la Taytu se puso en pie de un salto y gritó: «¡Valor! ¡La victoria es nuestra! ¡Atacad!». Envió a sus hombres, seguidos por 25.000 reservistas de Menelik, y mataron al 43 % de los italianos y a tres de sus cinco generales. Fue un triunfo sin precedentes en la historia colonia. Crispi perdió el poder. Menelik dio continuidad a sus conquistas, para lo cual aprovechó las rivalidades mutuas de las potencias europeas. Apoyó la construcción de un nuevo ferrocarril de Adís al puerto francés de Yibuti y concedió los derechos de explotación a su médico, el poderoso Vitale, originario de la Guadalupe francesa.[16]Mientras los italianos soñaban con «vengar Adowa», en la vecina Sudán los británicos se vengaban de la muerte del general Gordon.

El 2 de septiembre de 1898, en Omdurmán (afueras de Jartum, en Sudán), un joven oficial del 2.º Regimiento de Lanceros de la Caballería se preparaba para atacar al ejército del califa: una fuerza intimidatoria de cincuenta mil lanceros y caballeros que portaban estandartes y se protegían con chubas (*jibbah*) y cotas de malla. Anteriormente aquel joven de veintitrés años —el intrépido y engreído Winston Churchill, que actuaba también como periodista— había espiado a las tropas enemigas con sus binoculares, y escribió «¡Nunca volveré a ver nada parecido!». Se

había formado en la Harrow School, descendía de John Churchill, duque de Marlborough, y era hijo de un político inconformista, lord Randolph, que había muerto de sífilis.

Herbert Kitchener, el sirdar del ejército egipcio, no quería tener a Churchill entre sus filas; pero la madre del joven —Jenny Jerome, hija glamurosa de un especulador de la Edad de Oro de Estados Unidos y amante del príncipe de Gales (entre muchos otros)— movió los hilos para que Winston pudiera incorporarse a los 25.000 efectivos anglo-egipcios de Kitchener.

Este oficial angloirlandés era frío como el hielo, solitario y obsesivo, de 1,87 m de altura, rubio y con ojos grisáceos —uno de ellos, estrábico—, de cara impenetrable, se había labrado el ascenso por sus propios medios. Fue soltero —y probablemente, un homosexual reprimido— y combinó una inteligencia aguda y una ambición vengativa con una colección de objetos de porcelana. Esta operación, planeada con meticulosidad, le valió el apodo de «la Máquina Sudanesa». Cuando los lanceros británicos emprendieron la carga, Churchill los acompañó con su caballo.

Gandhi, Churchill y la Máquina Sudanesa

«Los hechos parecían desarrollarse entre un silencio absoluto», contó Churchill, en sus memorias sobre una de las últimas cargas de la caballería. «Los aullidos del enemigo, los gritos de nuestros soldados, los disparos de incontables armas, los choques de las espadas y las lanzas ..., el cerebro no los registraba.» En los combates, «los hombres, aferrados a sus sillas, daban sacudidas desesperadas, cubiertos de la sangre de quizá una docena de heridas. Los caballos, que chorreaban por las tremendas cuchilladas, cojeaban y se tambaleaban». Cuando los mahdistas se lanzaron al ataque, las ametralladoras Maxim los barrieron y las tropas británicas avanzaron al grito de «¡Recordad a Gordon!».

«¡Bien, los hemos vapuleado a conciencia!», dijo la Máquina, que ordenó matar a los enemigos heridos. Para Churchill, «la masacre inhumana de los heridos hizo caer en desgracia» a los

británicos. Murieron doce mil sudaneses. En palabras de otro testigo: «Aquello no fue una batalla, sino una ejecución … No puede decirse que los cadáveres estuvieran amontonados, casi nunca caen por montones, sino dispersos regularmente a lo largo de muchas hectáreas». Entre los británicos, por el contrario, solo hubo 48 fallecidos. Churchill expresó asimismo su «escándalo» por el hecho de que Kitchener «profanara la Tumba del Mahdi y, con unas maneras de bárbaro, se llevara la cabeza del Mahdi en una lata, como un trofeo», con la intención de usarla como tintero. Aunque el clamor de la opinión pública le obligó a enterrarla de nuevo, Kitchener fue elevado a la condición de par en premio por haber derrotado y matado al califa.

Sudán del Sur era el último rincón de África no reclamado por los europeos. Kitchener tuvo noticia de que un capitán francés, al mando de 120 tirailleurs senegaleses, había acudido desde la lejana Brazzaville hasta el poblado de Fashoda, con la intención de ampliar el imperio francés de modo que fuera transcontinental. Kitchener descendió por el Nilo y se enfrentó con los franceses. Entre tanto su subalterno Churchill se apresuraba a trasladarse a Suráfrica, donde el Reino Unido resultaría humillado por enemigos muy distintos.

En octubre de 1899 mientras los uitlanders británicos reclamaban el derecho de voto en las repúblicas afrikáneres, los comandos de estas últimas —combatientes expertos armados con sus propias ametralladoras Maxim— lanzaron ataques preventivos contra ciudades británicas, sitiaron Kimberley y Ladysmith y derrotaron a unas fuerzas británicas que se condujeron con torpeza. Rhodes ayudó a defender Kimberley. Churchill, que cubría la guerra para un periódico, fue apresado pero logró escapar, y las aventuras vividas le hicieron famoso. Mientras tanto, en un medio muy diferente, un abogado indio actuó como camillero de los británicos en la batalla de las afueras de Ladysmith. Mohandas Gandhi —un hombre de clase media, hijo del ministro en jefe de un pequeño feudo del Rajastán— había ingresado en el colegio de abogados de Londres; pero en 1893, cuando contaba veintitrés años, lo invitaron a representar a un cliente en Suráfrica. Se mudó

a Durban y, vestido con cuello almidonado y traje elegante, y con el bigote recortado, pasó veintiún años defendiendo los derechos de los indios. Mientras Churchill regresaba a Londres como héroe del imperio y era elegido parlamentario, Gandhi desarrolló su concepto de la *satyagraha* —la protesta no violenta; literalmente, «fuerza de la verdad»—, que aplicaría más adelante a la causa de la independencia de la India.

Después de que diversas fuerzas británicas fracasaran por inepcia, Salisbury envió a la Máquina Sudanesa. Kitchener llegó en diciembre de 1899; doblegó a los afrikáneres, prendió fuego a sus granjas, «concentró» a sus familias en campamentos nuevos —donde perdieron la vida, por las enfermedades, cerca de 26.000 niños y mujeres— y por último capturó sus capitales y derrotó a sus ejércitos.[17]Tanto el káiser Guillermo como el zar Nicolás estaban encantados con las humillaciones y los apuros vividos por el imperio de la reina Victoria. En ese mismo período, la crisis de otra emperatriz, Cixi, les dio una oportunidad de engullir aún más territorios de China.

Dos emperatrices antiguas: Cixi y Victoria

«He pensado a menudo que soy la mujer más inteligente que haya vivido nunca», dijo más adelante la emperatriz Cixi; sin embargo admitió que estaba a punto de cometer «el único error grave de toda mi vida». Como no lograba asesinar a su odiado sobrino —el emperador Guangxu, que seguía reinando aunque fuera bajo arresto domiciliario—, se volvió en contra de la consorte de este, Zhen: denunció su corrupción y la obligó a contemplar cómo se torturaba a sus eunucos. Pero la humillación nacional de la guerra contra Japón provocó una nueva rebelión, encabezada por cierta Sociedad de los Puños Justos y Armoniosos, cuyos integrantes —a los que se conoció en inglés como *boxers*, «boxeadores»— practicaban las artes marciales con la convicción de que esto los haría invulnerables a las balas europeas. Los bóxers —unos 250.000 campesinos armados con picas— aspiraban a «exterminar

a los extranjeros» y avanzaron hacia Pekín con pañuelos rojos en la cabeza. Los occidentales se refugiaron en sus delegaciones diplomáticas; entre los paladines chinos y manchúes, muchos simpatizaron y cooperaron con los bóxers. «Los ha enviado el cielo para librar a China de los odiosos extranjeros», dijo Cixi.

Cixi titubeaba con respecto a qué hacer, pero las ocho grandes potencias —dirigidas por un general alemán— intervinieron para salvar a sus súbditos. «Cuando encontréis al enemigo, no hagáis prisioneros, que no haya cuartel —indicó el káiser a sus tropas—. Así como hace un millar de años los hunos se labraron un nombre a las órdenes de su rey Atila..., afirmad vosotros el nombre de Alemania de tal modo que ningún chino, nunca más, ose mirar mal a un alemán». Incluso Eulenburg se mostraba inquieto, en privado, por la actitud de Willy, que «ya no es capaz de controlarse cuando tiene un ataque de rabia. Esta situación me parece sumamente peligrosa».

Cixi dio apoyo a los bóxers: «Quizá su magia no es fiable, pero ¿no podemos confiar acaso en el corazón y la mente del pueblo?». Declaró la guerra contra las ocho naciones más poderosas del planeta, a pesar de que «China es débil», alegando: «Si nos limitamos a cruzarnos de brazos y nos rendimos ante ellos, cuando muera yo no tendré ánimo para enfrentarme a nuestros antepasados. Si debemos morir, ¿por qué no combatir hasta la muerte?». Cuando las ocho naciones se abrieron paso hasta el interior de Pekín, Cixi huyó hacia el norte, en compañía del emperador Guangxu, no sin decirle antes a su enemiga encarcelada, la consorte Zhen: «Eres joven y guapa, y es probable que los soldados extranjeros te violen. Confío en que sabrás actuar como es debido», es decir, la instaba a suicidarse. Pero a la postre ordenó que arrojaran a Zhen a un pozo. Cixi huyó a Xi'an, donde a veces sollozaba por el frío y el hambre, y acabó solicitando la paz y regresando a la Ciudad Prohibida.

Muy lejos de allí, en Londres, la otra emperatriz se derrumbaba. En enero de 1901 el médico de Victoria envió un telegrama secreto desde el palacio real de Osborne (en la isla de Wight) al káiser Guillermo: «Se están manifestando nuevos

síntomas inquietantes». Willy siempre había ansiado contar con el amor de Victoria. «La gente no tiene ni idea de cuánto amo a la reina, cuán íntimamente está ligada a mis recuerdos», dijo; ahora reconocía el miedo de que «esté enferma sin remedio ... y yo no alcance a verla otra vez». Corrió a Londres, donde Bertie intentó distraerlo; pero la salud de Victoria siguió deteriorándose, por lo que tío y sobrino no perdieron más tiempo y se marcharon a Osborne. Cuando la reina se despertó —ciega y medio inconsciente —, sus hijos no mencionaron que Willy había venido a verla. Él se sintió dolido, pero al final el médico le permitió acercarse a solas al lecho de la moribunda, tras lo cual ella susurró: «El emperador es muy amable». Willy se arrodilló junto a la cama y la sostuvo con su brazo derecho y «sin apartar los ojos de la abuela». El káiser y Bertie —que había pasado a ser el rey emperador Eduardo VII— alzaron a la reina diminuta y la colocaron en su ataúd.

«Aunque he oído hablar mucho de la reina Victoria — reflexionaba Cixi—, no creo que su vida haya sido ni la mitad de interesante y agitada que la mía ... Ella no tenía nada que decir sobre qué medidas se adoptaban. En cambio miradme a mí, cuatrocientos millones de personas dependen de mi criterio». Cixi ordenó celebrar elecciones a un parlamento y aprobó reformas que prohibían el vendado de pies y la muerte por mil cortes, fundó escuelas para niñas y concedió becas para que estas pudieran estudiar en el extranjero. Entre las que pudieron disponer de tales becas estuvieron Qingling y Meiling Song —hijas de un empresario cristiano, Charlie Song— que se marcharon a estudiar al Wellesley College de Massachusetts. El aliado secreto de Song, Sun Yat-sen, intentaba seguir adelante con sus revoluciones, que fracasaron de nuevo. Sun esperaba en Japón.

Cixi había sobrevivido, pero el zar Nicolás mantuvo a sus ejércitos en Manchuria y aceleró la infiltración rusa en Corea.[18]Los japoneses consideraban que estos dos territorios les pertenecían. Los dos bandos empezaron a negociar. Nicolás podría haber alcanzado un acuerdo por el que se quedaba con Manchuria y cedía Corea; pero se dejó engañar por sus visiones de un imperio asiático y el concepto de su misión divina y se burló del desafío

que los japoneses podían representar: «No habrá guerra», dijo una y otra vez, porque «esos macacos» nunca lograrían derrotar a los rusos.

Hasta este punto, el reinado de Nicky había supuesto un éxito, aunque limitado. La economía vivía un período de fuerte crecimiento y los yacimientos de Bakú producían la mitad del petróleo del mundo; pero los obreros que acudían en masa a las ciudades para trabajar en las nuevas fábricas y refinerías[19]vivían en condiciones espantosas y empezaron a afiliarse a la revolución marxista. Como el zar se negó a permitir ninguna reforma, la oposición tampoco tuvo más alternativa que tomar la bandera de la revolución. La política de promover a los rusos ortodoxos para aumentar el apoyo a los Románov, por otro lado, le distanciaba de la mitad de sus súbditos: polacos católicos, finlandeses protestantes, judíos, armenios y georgianos.

En 1901 un joven georgiano empezó a trabajar en la refinería de petróleo Rothschild, en Batumi, donde organizó en secreto huelgas y sabotajes. Se llamaba Yósif Dzhugashvili y era hijo de un zapatero borracho y abusivo y de una madre piadosa que, resuelta a que su hijo llegara a ser obispo, hizo todo lo posible para que lo aceptaran en el seminario de Tbilisi, donde se había prohibido —so castigo de palizas— hablar en georgiano. Aquí, como otros varios miles de jóvenes, Dzhugashvili abrazó un credo distinto: el marxismo. Se afilió al Partido Socialdemócrata, atraído por uno de sus líderes —Vladímir Uliánov, que se hacía llamar *Lenin*—, un aristócrata culto y adinerado, ferozmente entregado a la revolución. Lenin adaptó el marxismo para que encajara con la realidad rusa y creó una vanguardia selecta que ejercería una «dictadura del proletariado» con el apoyo del terror. Para Dzhugashvili —que más adelante adoptaría el nombre de Stalin—, Lenin era un héroe merecedor de devoción, «un águila de montaña».

El ministro de Interior de Nicky, Viacheslav von Plehwe, sugirió que: «Lo que este país necesita para domeñar la marea de la revolución es una guerra breve y victoriosa».[20]Son muchos los políticos que ansían emprender una «guerra breve y victoriosa»,

pero a la mayoría no se les concede. Nicolás tenía la convicción de que le faltaba poco para adueñarse definitivamente de Manchuria y Corea.

Desde Washington, la crisis la observaba un presidente nuevo. En septiembre de 1901, mientras pronunciaba un discurso en Buffalo, el presidente McKinley sufrió un atentado. El vicepresidente Roosevelt, que estaba de vacaciones en el estado de Vermont, visitó a McKinley, que se estaba recuperando en el hospital, y luego regresó a los montes Adirondack. Pero la salud de McKinley se deterioró de pronto y Roosevelt ascendió a la presidencia.

Du Bois, Washington y Roosevelt

Este exhibicionista presuntuoso representaba un nuevo tipo de presidente, complacido con la plenitud y el espectáculo del poderío creciente de Estados Unidos. Consideraba que su presidencia era una guía para la nación y sermoneaba desde su posición de influencia con la certeza moral que solo poseen los que han heredado la grandeza.

Gobernaba a través de su círculo íntimo, el «Gabinete del Tenis». Entre tanto la familia saltó a la fama y se la fotografiaba a menudo. Teddy insistía en que realizaran paseos y juegos familiares, en los que solían entonar canciones populares como: «Por encima, por debajo, a través, pero un rodeo... ¡nunca!». La afición del presidente a cazar osos fructificó, curiosamente, en un juguete: el oso de peluche (vendido inicialmente como el *Teddy['s] bear*). Pero pese al talante familiar tuvo problemas para controlar a su hija mayor, la independiente y vivaz Alice, que bailaba hasta la madrugada, fumaba, flirteaba y se colgaba una serpiente del cuello. Intentó canalizar la exuberancia de Alice enviándola a un viaje por China y Japón, durante el cual tuvo ocasión de conocer a la emperatriz Cixi pero causó escándalo al coquetear con un congresista, Nicholas Longworth. Pese a que luego se casó con Longworth, Roosevelt estaba exasperado. Desde la perspectiva de

la hija, el padre quería «ser la novia en todas las bodas, el muerto en todos los funerales y el bebé en todos los bautizos»; por su parte él exclamaba: «Puede hacer una de estas dos cosas: o ser presidente ... o controlar a Alice. Pero hacer las dos es imposible».

Roosevelt —el primer presidente convencido de que un Estado debe limitar el poder de los monopolios— se volvió en contra de los todopoderosos *trusts*. «De todas las formas de la tiranía, la menos atractiva y más vulgar es la tiranía de la simple riqueza», dijo. Teddy acertaba al defender que el Estado tiene el deber de restringir la plutocracia: «Como a todos los estadounidenses, me gustan las cosas grandes: que sean grandes las praderas ..., los campos de trigo, los ferrocarriles, las fábricas, los barcos de vapor. Pero ... nadie se ha beneficiado nunca de la riqueza cuando la prosperidad corrompe la moral». El presidente, asistido por el fiscal general Charlie Bonaparte,[21]actuó contra Rockefeller —obligó a dividir la Standard Oil— y contra diversos oligopolios de bancarios, ferroviarios y tabaqueros.

Sin embargo el logro más perdurable de Roosevelt fue dar un gigantesco salto adelante en el tema de la salud pública, que salvó millones de vidas, no solo en Estados Unidos. En las farmacias aún se vendía —como medicamento— una selección de pociones fraudulentas y medio venenosas que, en buena parte, contenían dosis generosas de arsénico, cocaína o heroína. En 1906, incitado por médicos y activistas del socialismo, Roosevelt creó una agencia nacional encargada de imponer criterios básicos para la medicina y los alimentos. Esta labor ponía de manifiesto que los descubrimientos científicos eran esenciales para salvar vidas, pero inútiles sin líderes, organizadores y activistas que se encargaran efectivamente de transmitir las mejoras al pueblo. En 1863 un científico francés —Louis Pasteur, que experimentaba en un laboratorio de Lille— había descubierto la bacteria responsable de que el vino se estropeara. Cuando amplió sus análisis al campo de la leche, comprobó que al calentarla se hacía mucho más segura. Fue un descubrimiento revolucionario, pero hicieron falta cuarenta años para que la pasteurización salvara vidas.

Durante varias décadas, miles de niños habían muerto

envenenados por la leche contaminada que producían las vacas a las que se alimentaba con los restos derivados de la destilación de cereales en la producción de whisky. Esta leche continuó matando hasta que el judío Nathan Straus, propietario de los almacenes Macy's, empezó a pasteurizarla y venderla a un precio económico para los pobres. Roosevelt apoyó a Straus y ordenó iniciar una investigación que concluyó con el apoyo oficial a esta práctica. Con otros descubrimientos que han salvado vidas ocurrieron historias similares.[22]En cambio Roosevelt fue menos valiente a la hora de abordar el racismo.

Poco después de llegar a la presidencia, Roosevelt invitó comer con su familia, en le Casa Blanca, a un líder negro: Booker T. Washington. Fue la primera ocasión en la que un presidente estadounidense hacía algo así. Washington —que había nacido esclavo y dirigía la universidad de Tuskegee College (Alabama), con respaldo de millonarios blancos— era una figura moderada y prestigiosa que había propuesto el «Acuerdo de Atlanta», según el cual los negros del sur dejarían la política a los blancos a cambio de recibir educación e igualdad legal, con la aceptación de las leyes de Jim Crow. Apoyó a un grupo de empresarios negros, encabezados por Ottawa W. Gurley —hijo de esclavos de Alabama — que se mudaron a Greenwood (en Tulsa, Oklahoma) para construir lo que Washington denominó «Wall Street negro». Gurley levantó el hotel que llevaba su nombre, desarrolló proyectos inmobiliarios y se convirtió en el primer millonario negro. Pero su caso fue una excepción: la legislación de Jim Crow seguía imponiendo la segregación y negaba el derecho de sufragio a los negros por todo el sur.

Que se invitara a Washington causó escándalo entre los sureños. Según despotricó James Vardaman —que no tardaría en ser el gobernador de Misisipí—, la Casa Blanca había quedado «tan saturada del hedor a negro que las ratas han buscado refugio en el establo». Aquí Roosevelt pisaba con timidez. Admitió que «el mero hecho de haber sentido escrúpulos por invitarle me hizo avergonzarme de mí mismo», pero lo cierto es que no repitió.

El acuerdo de Washington fue criticado por un visionario que

antes lo había secundado: el polímata W. E. B. Du Bois, el primer afroamericano que logró doctorarse en Harvard después de haber pasado también por Berlín. En la veintena Du Bois había investigado la elevada tasa de mortalidad por tuberculosis de los afroamericanos pobres de Filadelfia, y demostró que esa letalidad —las personas de color morían de promedio quince años antes que las blancas— se debían a las circunstancias que los llevaban a vivir en los distritos menos higiénicos. En su estudio sociológico sobre la experiencia afroamericana *Las almas del pueblo negro*, denunció a Washington por destacar en «la defensa del acomodo» y en Niágara contraatacó, haciendo campaña no solo contra las leyes de Jim Crow, sino también contra lo que luego calificó de invisible «línea de color»: los afroamericanos sentían que tenían que llevar «velo» y se veían obligados a adoptar una «doble conciencia».[23]Sin embargo esto no bastó para detener los linchamientos. Cuando unos blancos de Brownsville (Texas) tendieron una trampa a unos soldados negros, Roosevelt expulsó de manera injusta a 167.

En el extranjero sí fue más valeroso. «Siempre me ha gustado ese proverbio del África occidental que dice: "Habla sin enfadarte y lleva un palo bien gordo: llegarás lejos"», decía. Tomó el control de la construcción del Canal de Panamá y vio una oportunidad en la crisis abierta entre Rusia y Japón.

El 8 de febrero de 1904 la flota japonesa, capitaneada por el almirante Tōgō Heihachirō, lanzó un ataque sorpresa contra la base naval rusa de Port Arthur y sitió la ciudad; entre tanto, otras fuerzas japonesas se apoderaban de Corea y, por último, atacaban a las tropas rusas en Manchuria. Los japoneses contaron con la asistencia de sus aliados británicos, que sospechaban tanto por la amenazas que Rusia podía representar para la India que estaban reclutando fuerzas para invadir el Tíbet.[24]Al principio el marqués de Itō, que había sido primer ministro en cuatro ocasiones, era partidario de un acuerdo con Rusia y viajó a San Petersburgo para negociar, pero la arrogancia irresponsable del zar convenció a los *genrō* —grandes del país que habían pasado a formar una oligarquía— de la necesidad de ir a la guerra. Un joven príncipe japonés, Hirohito, observaba el desarrollo del drama. Su abuelo

Meiji el Grande —de cincuenta y un años, en ese momento— distaba de ser un *paterfamilias* que acogiera con calidez a Hirohito y su hermano Chichibu: los recibía con uniforme de militar y en posición de firmes. «Yo nunca experimenté el amor incondicional y cálido que un abuelo corriente les da a sus nietos», contaba Chichibu.

«No habrá guerra», repitió Nicolás. Cuando le llegó la noticia de que se equivocaba, estaba en el teatro. Corrió a enviar tropas con el Transiberiano, pero llegaron con mucha lentitud y su mando era caótico, muy distinto a la buena organización de los japoneses. Port Arthur se rindió al asedio, el almirante Tōgō aplastó a la flota rusa en el mar Amarillo y los rusos también fueron derrotados en Mukden. La guerra rápida que iba a evitar la revolución causó una: en la primavera de 1905 el zar había perdido el control de Polonia, el Cáucaso y el Báltico. Poco después de vivir con emoción el nacimiento de un heredero —Alekséi—, Nicolás optó por el recurso desesperado que ordenar que la flota del Báltico emprendiera un viaje mundial: que pasara por el Canal de la Mancha, rodeara África y atravesara el océano Índico hasta derrotar a los japoneses. En la práctica, en el mes de mayo, en Tsushima, los nipones aniquilaron a la armada rival: hundieron ocho acorazados rusos y mataron a cinco mil marinos. Aunque el ejército de tierra estaba íntegro y sus fuerzas tan solo empezaban a llegar en plenitud a Manchuria, la reputación de Nicolás y el prestigio de los Románov se fue a pique con sus naves.

Roosevelt se ofreció a mediar. En agosto de 1905 recibió a delegados rusos y japoneses, pero las negociaciones le resultaron tortuosas. «Cuanto más veo del zar, del káiser y del mikado, más contento estoy con la democracia», reconoció. En un principio había tendido a situarse del lado de los japoneses, que parecían llevar las de perder; pero poco a poco se fue dando cuenta de que Japón representaba una amenaza creciente. Nicolás se vio obligado a ceder Port Arthur, evacuar Manchuria y admitir el dominio japonés de Corea. El acuerdo de paz «es de lo mejorcito para Rusia y Japón... ¡y para mí!», exclamó el presidente estadounidense, exultante.

El día de San Patricio de 1905 Roosevelt asistió a la boda de su sobrina Eleanor con el ambicioso primo de ambos, Franklin Roosevelt. «Bueno, Franklin, todo queda en familia... y nada mejor que eso», dijo el presidente.

Franklin, Eleanor y Hirohito

Eran una pareja poco previsible. Eleanor había pasado una infancia terrible, medio abandonada en el sanatorio de un tío loco y borracho. Su padre Elliott, hermano del presidente, era un alcohólico violento que la llamaba por un diminutivo de Eleanor, «mi pequeña Nell»; la madre, que había muerto joven, solía llamarla «la Abuela»; la esposa del presidente se limitaba a comentar: «Pobrecita, mira que es fea».

Eleanor no se encontró a sí misma hasta que pudo estudiar en Londres. Franklin era todo lo contrario. Lo habían educado en casa, luego hizo la secundaria en el internado de Groton y de aquí pasó a Harvard. Era un joven afable y urbano, atlético y exuberante, de cabeza leonina y sonrisa deslumbrante; pero también malcriado y muy empalagoso. Había crecido en Little Lord Fauntleroy, bajo la adoración de su padre *Squire* James (que murió en 1900) y una madre poderosa, Sara, que le dio una absoluta seguridad en sí mismo. Pero Sara detestaba a Eleanor, que a su vez estaba preocupada porque: «no conseguiré retenerlo... ¡Es demasiado guapo!». Aunque para ella el sexo era «un martirio que hay que pasar», tuvieron seis hijos. En cuanto a Franklin, la elección de la novia reflejaba en parte su concepto heroico y su adoración de Teddy: él también soñaba con ser presidente.

Teddy tuvo la precipitación de prometer que se acomodaría a la tradición instaurada por George Washington, de limitar la presidencia a dos mandatos; cuando dejó la Casa Blanca, en 1908, contaba tan solo cincuenta años, y se dedicó a viajar por la América Latina y practicar la caza mayor. Luego lamentó profundamente esa decisión, a la que su primo Franklin no se atendría, ni mucho menos. Sería precisamente Franklin quien

lidiaría con el Japón agresivo surgido de la victoria nipona frente a Japón.

El joven Hirohito tuvo como tutores a dos héroes de guerra, el general Nogi y el almirante Tōgō. En 1907, Meiji firmó el Decreto Militar General N.º 1, que concedía a las fuerzas armadas «autoridad para actuar con independencia del gabinete» y establecía como guía rectora de la política «los derechos e intereses que hemos plantado en Manchuria y Corea».[25]En 1912, cuando Meiji falleció y le sucedió su hijo, de salud delicada, Nogi, el tutor de Hirohito, y la esposa de este se inclinaron ante unos retratos del tennō y luego ella se apuñaló en el cuello y él se sacó las entrañas. El suicidio ritual —que hasta poco antes se consideraba medieval— volvía a estar de moda en Japón, por el nuevo culto a la guerra.

En octubre de 1905 la marea revolucionaria obligó al zar Nicolás a conceder una constitución. Se les comunicó que su adorado heredero, Alekséi, padecía hemofilia, por lo que era probable que muriera pronto; para Nicolás y Alejandra, fue un secreto doloroso. Un místico siberiano, Grigori Rasputín, les ayudó a sobrellevarlo. Su simplicidad de campesino, la convicción religiosa y la devoción a los zares sirvió para restaurarles la confianza. Aunque estaban resueltos a imponer de nuevo la autocracia y transmitir el trono al hijo, el imperio se veía sacudido por el caos y el terrorismo, y el zar estaba sitiado en el palacio; pese a todo, conservaba la lealtad de su ejército. En este punto presidió una reconquista sangrienta de sus propios dominios imperiales; pero su rival Guillermo —jubiloso con el eclipse de Rusia— vio una oportunidad de obligar al zar a establecer una alianza que cambiaría el mundo.

Willy invitó a Nicky a reunirse en el mar Báltico, en sus yates respectivos. El káiser, asesorado aún por Phili, se hallaba en el cénit de su carrera. Había nombrado canciller al insinuante protegido de Eulenburg: Bernhard von Bülow. «Ahora que tengo a Bülow», le dijo Willy a Phili, al que ascendió a príncipe y embajador en Viena, «puedo dormir en paz». A Bülow no lo habían apodado «la Anguila» en vano y se dedicaba a flirtear con Phili tanto como a halagar la vanidad de Willy.[26]

Tras las rebeliones de los pueblos herero, nama y san en el África suroccidental, Willy invitó a su comandante, Lothar von Trotha, a buscar el genocidio. «Creo que es preciso eliminar a esta nación», dijo Trotha. Aunque se desconocen las cifras exactas, desde octubre de 1904 se masacró a quizá sesenta mil hombres, mujeres y niños, una decisión que contó con la aprobación del Alfred von Schlieffen, el anciano jefe del Estado Mayor. «La guerra racial, una vez que se ha iniciado, solo puede concluirse mediante la aniquilación o esclavización completa de una de las partes», dijo Schlieffen. Pero también trabajaba en el plan de una guerra europea.

En los yates del Báltico, Willy embaucó al zar para entablar una alianza que contradecía la que Rusia había firmado con Francia; posteriormente, Nicky no tuvo más remedio que cancelarla. El agresivo proyecto de refuerzo de la flota alemana —Willy preveía disponer de sesenta acorazados en 1918— produjo varios efectos indeseados: el Reino Unido no solo intensificó la construcción de sus acorazados Dreadnought, sino que se aproximó a Francia, pese a que tan solo seis años antes ambos países habían estado a punto de entrar en guerra por Fashoda. En 1904 el francófilo y urbano Eduardo VII promovió una *entente cordiale* que no tardó en militarizarse con cláusulas secretas dirigidas a Alemania.

Schlieffen creía que, para que Alemania pudiera vencer en una guerra europea, era imprescindible aplastar a Francia —posiblemente, abriéndose paso por Bélgica, aunque fuera neutral— a la vez que se contenía a Rusia. En agosto de 1907 el plan de Schlieffen se tornó más esencial —y tanto más arriesgado— porque el Reino Unido y Rusia firmaron una alianza que ponía fin a medio siglo de rivalidad por el Asia central. La inepcia de Willy había logrado que Alemania quedara rodeada.

En todo caso, la guerra no era necesaria. La economía alemana, impulsada por las industrias químicas y del acero, estaba en camino de superar a la británica y dominar Europa.[27]Solo en la corte de Guillermo, con su pompa y pavoneo, los hombres oscilaban de un modo desconcertante entre la fiebre belicista y la

enervación, con temor a los desafíos de otras naciones y razas; con especial urgencia, de los eslavos de Rusia. En cambio en la gran república de Norteamérica, Teddy Roosevelt creía: «Ningún triunfo de la paz alcanza la magnificencia de los triunfos supremos de la guerra»; solo así podía hacerse grande un estadista. En Viena, en Constantinopla, en San Petersburgo, los líderes estaban convencidos de que solo la guerra podría insuflar nuevo vigor en sus dinastías envejecidas; en Belgrado, en Atenas, en Sofía las naciones emergentes estaban seguras que la guerra generaría nuevos imperios; e incluso en las democracias, los hombres entrenaban jovialmente con brigadas militares para el conflicto venidero. Cuando la guerra se hizo realidad, no obstante, destruyó las dinastías que se pretendía salvar y —por efecto de la sangre, la dinamita y el fango— moldeó novedosamente a las familias en el poder, en el trabajo y el hogar.

En Berlín la crisis de la masculinidad se vio exacerbada por escándalos producidos en el ápice mismo de la maquinaria bélica y viril del káiser.

Acto decimonoveno
1.600 millones

Los Hohenzollern, los Krupp, los otomanos, los «tennōs» y los Song

Cariño, el Arpista, Tutú y Concettina: Willy y sus amigos

Todo empezó con Friedrich Krupp, hijo del gran cañonero, socio de Guillermo en el armamento de sus fuerzas y la construcción de sus barcos, y *Meister* de cincuenta mil obreros industriales en Essen. Krupp estaba casado y tenía hijos, pero pasaba buena parte de su tiempo gozando de una vida homosexual y promiscua en Capri y en hoteles de Berlín. En Alemania —como en todos los demás países europeos— la homosexualidad era ilegal y se podía perseguir (en ese caso en concreto, por el inhumano artículo 175 de su Código Penal). También era tabú en la sociedad machista del pietismo, lo que situaba a los homosexuales en situación de vulnerabilidad, ya fuera frente a detenciones o chantajes.

Cuando la prensa socialista empezó a difundir rumores al respecto, Guillermo aconsejó a Krupp que evitara Capri, pero entonces la esposa del *Meister*, Margarethe, recibió el envío anónimo de cartas y fotografías de las orgías del marido. Apeló al káiser e intentó hacerse con el mando de la compañía; pero el káiser se confabuló para encerrarla en un asilo para lunáticos, por lo que Krupp le agradeció «la amable y gentil manera en que Vuestra Majestad ha intervenido a mi favor». En noviembre de 1902 diversos periodistas socialistas denunciaron las aventuras de «Krupp en Capri» y nombraron como amante a un joven barbero. Una semana más tarde, el industrial se suicidó. Como al káiser le habían asegurado que Krupp era «asexual», aunque de una naturaleza «excepcionalmente blanda», asistió al funeral de aquel «auténtico alemán», atacó a los socialistas y luego, teniendo en

cuenta que la dinastía Krupp era un valor estratégico, presidió la sucesión. Krupp había dejado dos hijas y Bertha, de catorce años, fue la única heredera. Guillermo le eligió al marido: el diplomático Gustav von Bohlen und Halbach, quien, al contraer matrimonio con ella en 1907, adoptó el nombre de Krupp. Demostró ser un magnate habilidoso, proporcionó los cañones para la primera guerra mundial —que las tropas motejaron como «Gran Berta»— y luego se unió a Hitler.

En 1907, un periodista socialista, con la ayuda de un burócrata amargado del Ministerio de Exteriores, denunció a todo un círculo de aristócratas homosexuales encabezado por «el Arpista» (Eulenburg) y su amante «Cariño», el general Kuno (o «Tutú») von Moltke. A la princesa Eulenburg no le cupo duda de que «atacan a mi marido, pero su objetivo es el káiser». Willy les ordenó a sus amigos que demandaran a la publicación, por libelo. En octubre de 1907 Moltke planteó la primera de las siete denuncias llegaron a juicio y desvelaron un reino secreto de apodos picantes, trajes fabulosos, poder secreto y citas sexuales con toda una diversidad de grandes y también de camareros o pescadores. Por consejo del jefe de su gabinete militar, el general Dietrich von Hülsen-Haeseler —muy crítico con la camarilla de Phili—, el káiser despidió a Moltke y dejó caer a Phili por haberle presentado a «caballeros de reputación deshonrosa». Phili se desmoronó y lo arrestaron. Otro periodista sostuvo que el Canciller Von Bülow («la Anguila»), aunque también casado, era homosexual en secreto —con el mote de *Concettina* entre su grupito— y había incluido en el Consejo a su joven amante.

Willy sufrió una crisis nerviosa. Se marchó a Inglaterra, a recuperarse, y concedió una entrevista tan provocadora que estuvo a punto de destruirlo. En Alemania su odio anacrónico hacia los políticos electos, los sindicatos y la prensa —valdría decir, hacia buena parte del mundo moderno— se combinó con el sórdido escándalo de Phili para socavar su posición. En esa misma, no obstante, en los Balcanes, las tensiones se agravaban.

Austria, aliada de Alemania, tenía dificultades para controlar a sus eslavos, siempre inquietos; y Serbia, dirigida por un rey

prorruso, Pedro I Karađorđević, la desafió.[1]El rey se dejaba guiar por una opinión pública nacionalista y una camarilla secreta y poderosa de irredentistas que soñaban con arrancar a los Habsburgo el territorio de una Gran Serbia. Francisco Fernando, que era amigo de Willy, consideraba Serbia como una amenaza existencial, pero en este punto los serbios empezaron a contar con el respaldo del zar Nicolás.

Si podía hallarse alguna respuesta a este laberinto, sería en Viena, donde después de cincuenta años en el trono, el viejo emperador Franz Joseph (Francisco José) no variaba en nada su rutina. «Aún se aguanta derecho», escribió su hija Valeria; después de tantas tragedias y derrotas no había dejado de ser «un hombre justo y sencillo».

En septiembre de 1898 la emperatriz Sisi estaba bajando de un transbordador, en Ginebra, cuando recibió un golpe de alguien que pasaba. Se cayó, pero se puso en pie y caminó otro centenar de metros, charlando. «¿Qué debía querer ese hombre? ¿Quizá quería robarme el reloj?», le preguntó a un cortesano. Pero de pronto notó que le faltaba el aire —«¡Oh, no! ¿Y ahora qué me pasa?»— y se derrumbó. Un anarquista la había apuñalado en el corazón con una lima de hierro. «¿Cómo se puede matar a una mujer que nunca le ha hecho daño a nadie?», preguntó Francisco José. «No sabéis cuánto he amado a esta mujer...»

Mientras el monarca encorvado, canoso y bigotudo lloraba la muerte de Sisi, Francisco Fernando buscó una solución. Alrededor de la corte de los Habsburgo —la más soporífera de Europa, con sus botas, galones y charreteras—, Viena bullía. Era la ciudad más emocionante de todas, un laboratorio de las ideas de la raza, la revolución y el arte, sin el cual el siglo XX no se explica.

VIENA: FRANZI, FREUD, KLIMT, HITLER Y OTROS ARTISTAS

El sentimiento de que el imperio estaba concluyendo otorgó a la ciudad una carga nerviosa, enfebrecida, casi sexual, que halló expresión en las obras de escritores, médicos y artistas, en buena

parte judíos.

Un médico judío de Galitzia, Sigmund Freud, hijo de un comerciante de lana, fue un caso a la vez típico y excepcional. Su madre lo adoraba y recibió una educación excelente y multilingüe. Primero estudió los efectos de la cocaína, y estuvo a punto de sucumbir a la adicción, antes de pasarse a los puros. En 1886 —casado ya con la nieta de un rabino, y padre de familia— abrió una consulta privada especializada en trastornos nerviosos. Aquí atendió a una paciente que sufría un mal misterioso, «Anna O.» (en realidad una feminista judía y rica, Bertha Pappenheim). Al invitarla a abordar los incidentes sexuales de su infancia, constató que los síntomas neuróticos se aliviaban. Denominó «psicoanálisis» a este proceso, que con el tiempo transformó la conciencia del siglo XX. Su obra *La interpretación de los sueños*, publicada en 1899, defendía la existencia del subconsciente, en paralelo a la conciencia; y planteaba que el carácter —gobernado por la libido y la pulsión de muerte— se formaba a partir de las experiencias psicosexuales de la infancia. En particular identificó el complejo de Edipto —el odio al padre y la atracción por la madre—, así como el temor a la castración (en los niños) y la envidia del pene (en las niñas).

Al mismo tiempo que Freud daba a conocer sus primeras publicaciones sobre los sueños, otro médico judío, Arthur Schnitzler —hijo de un cirujano húngaro especializado en la garganta y conocido de Freud—, escribía *La ronda*. Esta pieza teatral, que se abre y se cierra con una prostituta, contaba la historia de diez relaciones sexuales en la Viena decadente. Se acusó a Schnitzler de haber escrito pornografía, pero replicó: «Yo escribo sobre el amor y la muerte. ¿Qué otros temas hay aquí?». Un aspirante a escritor que trabajaba en el archivo del Ministerio de la Guerra y era hijo de un banquero judío, Stefan Zweig —cosmopolita convencido, que en una cosmópolis en la que destacaban tanto el racismo feroz como el liberalismo universalista, despreciaba a los dos bandos—, escribió en su autobiografía *El mundo de ayer*: «Desde el principio, tuve clarísima mi identidad como ciudadano del mundo». Por su parte Gustav

Klimt pintaba cuadros intensamente eróticos (*El beso*, *La dama dorada*), brillantes por el pan de oro, en los que retrató a su amante Adele Bloch-Bauer: la hija de un financiero judío, casada a su vez con un banquero mayor. Klimt se hizo famoso, pero muchos aspirantes vivían en la miseria.

El hijo de un funcionario austríaco, Adolf Hitler, también habría querido estudiar en la Academia de Artes de Viena, pero fracasó por dos veces en el intento de lograr plaza. Se mudó a la ciudad en 1907, con dieciocho años, vivió en un alojamiento de cama y desayuno, solía leer en la cama —«los libros eran todo su mundo»— sobre Federico el Grande y la mitología alemana, y asistía a óperas de Wagner.

Aquel diciembre Hitler quedó desolado por la muerte de su madre, Klara, a los cuarenta y siete años, por un cáncer. Siempre llevó un retrato de ella en el bolsillo, y tuvo una pintura en su habitación, hasta su propia muerte. Agradecido al médico judío que la había atendido, prometió no olvidarse nunca del buen trato y, en efecto, mucho más tarde, el doctor Bloch fue el único judío al que protegió. Durante un tiempo vivió cómodamente de la herencia de su madre. Cuando el dinero se agotó vivió en hostales de obreros, hizo trabajos triviales y vendió postales con sus propios esbozos. Entre tanto iba observando las tensiones crecientes entre los alemanes, la burguesía judía y los eslavos.

Muchos vieneses nativos de la ciudad se sentían abrumados por una avalancha de inmigrantes checos, judíos y polacos. Entre 1880 y 1910 la población de la ciudad se duplicó; una quinta parte de los habitantes eran checos, y el 8,7 %, judíos, un porcentaje superior al de ninguna otra ciudad europea. El veterano alcalde Karl Lueger (apodado «el Bello Karl») atacó salvajemente a esos inmigrantes, defendiendo un nuevo nacionalismo alemán. Su racismo vulgar horrorizaba a Francisco José; los Habsburgo eran la única dinastía que, al dominar sobre un imperio multiétnico, no podían abrazar el nacionalismo. «¡Viena no se puede convertir en Jerusalén!», bramaba Lueger. Pero al mismo tiempo bromeaba: «Yo decido quién es judío. Algunos de mis mejores amigos son judíos».

El joven Hitler respetaba al Bello Karl, al que recordaba como

«un orador excelente»; pero en particular admiraba al *Ritter* (caballero) Georg von Schönerer, que era el líder (*Führer*) aristocrático de un movimiento antisemita y anticatólico aficionado al saludo romano. Hitler contempló a menudo los debates del Consejo Imperial. Los parlamentarios eslavos lo disgustaban con su parloteo y se fijó en que el emperador Francisco José, ya avejentado, se desplazaba en carruaje entre los palacios.

En las mismas calles y cafés, Yósif Dzhugashvili —«Koba», el bolchevique georgiano— vivía en una casa de huéspedes próxima a Schönbrunn, donde trabajaba en un artículo para Lenin sobre las nacionalidades del imperio ruso. Dzhugashvili, seminarista, poeta frustrado, amante prolífico y solitario atractivo —aunque marcado por la viruela y con un brazo atrofiado—, de ojos color avellana, era un marxista fanático que había pasado varios años en el exilio siberiano, a menudo a la fuga. La policía secreta del zar, la Ojranka —la única organización eficiente del imperio ruso— había aplastado a los revolucionarios; a muchos los había enviado a Siberia, a más aún, al destierro.

A finales de 1912 Dzhugashvili visitó a Lenin en Cracovia, en la Galitzia de los Habsburgo. Lenin apreciaba la dureza de Dzhugashvili y sus forajidos, más aún al entender que su facción estaba llena de simples charlatanes, «los bebedores de té». Financió el partido con el botín de los robos que instaba a Koba a asaltar: en junio de 1907, en Tbilisi, Dzhugashvili había completado un atraco espectacular (aunque sangriento). Para Lenin, aquel «georgiano maravilloso» era «exactamente la clase de personas que necesitamos». Para su artículo vienés Dzhugashvili emuló a Lenin al elegirse un nuevo nombre, un seudónimo proletario: *Stalin* («hombre de acero»). En Viena conoció a un periodista marxista, héroe de 1905, aunque a la vez glamuroso: Liev Trotski, de pelo ahuecado y pecho fuerte, hijo de un granjero rico de Ucrania. Lo suyo fue odio mutuo a primera vista. Ninguno de los dos conoció, sin embargo, al joven Hitler.

En su espléndido Palacio de Belvedere, Francisco Fernando siguió buscando una solución creativa para el problema eslavo. En 1906 ascendió a un nuevo jefe del Estado Mayor, Franz Conrad von

Hötzendorf, con el que compartía la obsesión por destruir a los serbios y salvar al imperio con la anexión de Bosnia. Pero el zar y su opinión pública nacionalista daban apoyo a los eslavos ortodoxos del imperio vecino. Los dos imperios estaban comidos por los gusanos y, para reavivar su orgullo en decadencia, los dos volvieron la mirada hacia las feroces e incontrolables naciones balcánicas.

En septiembre de 1908, Francisco Fernando promovió un acuerdo con Rusia que prescindía del parecer de los serbios: Rusia podría disponer con libertad del estrecho del Bósforo; Bulgaria, también protegida de los rusos, lograría la independencia;[2] y Austria se anexionaría Bosnia. Francisco Fernando se jactó ante Willy de estar «implicado en todas partes, como fuerza impulsora». Un mes más tarde Francisco José anunció la anexión de Bosnia, ante lo cual los eslavófilos rusos, encolerizados por la traición a Serbia, forzaron a Nicolás a retractarse de lo pactado. Serbia amenazó con la guerra, respaldada por Rusia; los Habsburgo se vieron obligados a apelar a su aliado, el káiser Guillermo. «Estaré a vuestro lado», le prometió Willy a Franzi, «pase lo que pase». Europa estaba cerca de la guerra.

A finales de octubre el *Daily Telegraph* londinense publicó la escandalosa entrevista concedida por el káiser unos meses antes, en la que garantizaba al Reino Unido que su flota se dirigía contra el Peligro Amarillo y afirmaba que había protegido a los británicos a pesar de estar estos «locos de atar». Guillermo causó alarma en el Reino Unido, y en su propio país, su gobierno se vio amenazado; despachó al «traidor» Bülow y ascendió al inalterable Theobald von Bethmann Hollweg. El káiser no solo dio su apoyo a los Habsburgo, sino que los animó a entrar en guerra: «¡Adelante con ello!».

En noviembre Willy salió a disparar con su «querido Franzi» y luego acudió a una partida de caza organizada por quien era ahora su mejor amigo —el príncipe austro-alemán Max von Fürstenberg — en el castillo de Donaueschingen. Aquí, mientras todo el mundo se tomaba unos cócteles antes de la cena, el conde Von Hülsen —el robusto y bigotudo general que era jefe del Gabinete Militar del káiser— apareció con un vestido de bailarina de la anfitriona, de

color rosa brillante, y un gorro tocado con plumas de avestruz. En el recuerdo de un testigo, «bailaba graciosamente al son de la música y sostenía coqueto un abanico en la mano. Los asistentes le dirigieron un aplauso atronador y él se retiró dando saltitos hacia atrás y enviando besos a las damas», y luego se derrumbó, «el mismo hombre que acababa de exhibir una vitalidad tan desbordante, ¡muerto! Y junto a su cabeza el káiser, al lado del cadáver del hombre con el que había desarrollado una cercanía mayor que con ningún otro». Esta muerte extravagante se ocultó en lo posible, pero, entre tanto, Rusia amenazaba con respaldar activamente a Serbia.

En estas, en febrero de 1909, Guillermo advirtió a Francia de que «si se produce una intervención de Rusia contra Austria, para nosotros es inmediato el *casus foederis* [obligación derivada de un tratado] de la movilización». Ante la posibilidad de una guerra con Alemania y un conflicto europeo, Nicky, debilitado por la revolución, titubeó. «El papel que Alemania ha interpretado es odioso y repulsivo. No lo olvidaremos», le dijo a su madre. Willy y Franzi acogieron jubilosos la retirada de Rusia. «Ha sido un auténtico placer poderte servir como segundo por una vez», le dijo Willy a su amigo. «Y como experimento previo al conflicto, ¡maravilloso!»

Ante la convicción de que el tiempo se le acababa, y con una desesperación creciente, Nicolás optó por soluciones extremas. Reclamó sus poderes autoritarios y reconstruyó su ejército: a la próxima, tendría que combatir. En Belgrado, Apis buscó la forma de acelerar el resurgimiento de Serbia. En Constantinopla los oficiales otomanos se esforzaban por contener el desmembramiento de su imperio. En Tesalónica —una ciudad otomana cosmopolita, que acogía a noventa mil judíos—, los militares, apoyados por comerciantes de una minoría religiosa abstrusa,[3]se unieron a un Comité de Unión y Progreso —la organización secreta de los Jóvenes Turcos— que asumió el mando del Tercer Ejército y obligó a Abdulhamid a aceptar un parlamento. El último autócrata otomano abdicó y se eligió a una asamblea parlamentaria; el trono recayó sobre un otomano pasivo, de sesenta y cinco años, Mehmed

V. Entre los Jóvenes Turcos, un oficial joven y vigoroso, Enver Bey, despreciaba la democracia: solo la guerra podría restaurar el imperio. Mientras Mehmed se aferraba a las riendas del poder, otro imperio en decadencia perdía a su veterano monarca: aquel noviembre, la emperatriz Cixi comprendió que se moría y echó mano del arsénico.

Quiero a mi nana: el bebé emperador, el doctor Sun Yat-sen y las hermanas Song

Primero Cixi ordenó envenenar a su sobrino, el emperador Guangxu,[4]luego envió eunucos a secuestrar al príncipe Puyi, el bebé manchú de dos años, hijo del príncipe Chun —al que su madre no volvió a ver durante siete años—, al que llevaron ante la emperatriz en un palanquín, sin que el bebé dejara de gritar. «Recuerdo que de pronto me encontré rodeado de extraños», escribió Puyi, «y delante de mí colgaba una cortina terrosa a través de la cual veía una cara aberrante, demacrada, aterradora. Era Cixi. Rompí a llorar, desesperado. Cixi le ordenó a alguien que me diera unos caramelos, pero yo los tiré al suelo».

—¡Quiero a mi nana! —gritó Puyi.

—¡Qué niño más maleducado! Lleváoslo —dijo Cixi.

Dos semanas después del fallecimiento de la emperatriz, en el Salón de la Armonía Suprema, un Puyi aterrado por los tambores y la música estuvo sollozando en todo el camino de su coronación como emperador Xuantong. «No llores. En seguida acabará», le consolaba su padre, el Regente Chun. La infancia de Xuantong fue la de un demonio caprichoso; según admitió más tarde, «cada día solía azotar a algún eunuco» y disparaba con una pistola de aire contra los cortesanos.

El doctor Sun Yat-sen —el incansable tejedor de conspiraciones, que había cumplido los cuarenta y cuatro años y estaba resuelto «a expulsar a los tártaros barbáricos [los manchúes], revivir China, establecer una república y distribuir equitativamente las tierras— observaba este proceso desde el

exilio. Llevaba un decenio viajando, buscando partidarios e ideologías que le ayudaran a alzarse con el poder en China. En cierto momento el gobierno logró atraparlo en la embajada de Londres, y estuvo a punto de que lo enviaran de regreso a su país, para decapitarlo; pero el clamor de la prensa obligó a que le devolvieran la libertad. Había iniciado no menos de siete revoluciones fallidas y, el 10 de octubre de 1911, se hallaba en Estados Unidos planeando la siguiente cuando se produjo un amotinamiento entre los soldados de Wuhan. El regente envió a Yuan Shikai —veterano general de Cixi y ahora primer ministro— a aplastar la rebelión, pero esta se extendió con rapidez. Sun se apresuró a regresar.

En diciembre, los delegados revolucionarios de Nankín eligieron a Sun Yat-sen como presidente provisional de la primera República China. Al llegar a Shanghái, Sun instaló su cuartel en la mansión de Charlie Song, cuyas hijas Qingling y Meiling aún estaban estudiando en Estados Unidos; pero la mayor —Ailing, de veintitrés años— fascinó al nuevo presidente, que estaba casado con varias concubinas, que lo trataban espantosamente, sin excepción. Ailing en cambio no se sintió atraída por Sun que, aparte, carecía de poder: no era el único presidente de China.

En Pekín los revolucionarios ofrecieron el liderazgo al general Yuan Shikai, a condición de que derrocara a la monarquía. El 12 de febrero de 1912 organizó la abdicación de Puyi —lo que ponía fin a dos milenios de emperadores y 250 años de manchúes— y, como Sun presentó la dimisión, lo nombraron presidente.[5]Yuan, hijo de una familia acomodada, vivía con una familia tradicional: una esposa y nueve concubinas de pies vendados. Para cuidarse la salud bebía solo leche humana, para lo cual tenía nodrizas. Este paladín conservador —que tildaba con desprecio al doctor Sun de aficionado cosmopolita— abrazó ahora el mando con todos sus atavíos: se hacía escoltar por un cuerpo de guardaespaldas gigantescos cuyos uniformes estaban rematados con piel de leopardo. Una mezcolanza de agitadores, generales y gánsteres se alzó con el poder. En Shanghái —sede central del capitalismo, la moda y la elegancia chinas— los criminales de la Banda Verde

dominaron los negocios y la política: el revolucionario Chen Qimei, relacionado con los gánsteres, tomó Shanghái a beneficio de Sun. Cuando este fue desafiado por un expartidario, Chen ordenó a un esbirro que lo asesinara; el esbirro se llamaba Chiang Kai-shek, era hijo de una familia pobre y se había criado en Japón. Con el tiempo Chiang gobernaría China.

En las primeras elecciones reales de China votaron cuarenta millones de personas y el KMT, el partido nacionalista de Sun, se hizo con la mayoría de los escaños de una Asamblea nacional situada ahora en Pekín. Los dos bandos se aliaron con grupos criminales e intentaron asesinarse mutuamente. Yuan sobrevivió a un atentado y contrató a la Banda Verde para acabar con Sun. En marzo de 1913 asesinó a la persona que Sun proponía elegir como primer ministro y disolvió el parlamento.

Sun huyó a Japón en compañía de Charlie Song, y le unieron las hijas de este, convertidas en secretarias del líder. Sun se enamoró de Ailing, pero cuando ella se casó con un joven de su edad, desplazó el afecto a la hermana mediana, su nueva asistente Qingling, recién llegada del Wellesley College de Massachusetts: «No me puedo sacar a Qingling de la cabeza. He encontrado el amor por primera vez», reconoció. Qingling flirteó con él, advirtiéndole de que tal vez se casaría con el presidente Yuan y sería «una emperatriz». Sun apeló al padre, que fue claro: «Somos una familia cristiana; ninguna de mis hijas será la concubina de nadie, por muy rey, emperador o presidente que sea». Pero Qingling, de veintiún años, empezó una relación con su «Hombretón Ocupado» de cincuenta años; y se fugaron a Tokio para casarse.

Aun así, parecía improbable que Sun pudiera regresar, porque el presidente Yuan no solo había disuelto el Parlamento sino que se había proclamado emperador.

UNA BODA FAMILIAR: TRES EMPERADORES Y TRES PACHÁS

Sin embargo la dictadura de Yuan cayó al morir este de uremia al

poco tiempo, y la Tierra Central se hizo añicos: había tres gobiernos débiles y el poder real lo ostentaban los caudillos y los gánsteres, encabezados por un hombre que era una fusión de lo uno y lo otro. Zhang Zuolin —que se hacía llamar «Tigre de Mukden»— había empezado siendo un simple bandido, de aspecto enjuto, al que motejaban como «el Grano»; pero había pasado a dominar el norte de China al frente de un ejército propio, de trescientos mil efectivos. Se hizo con el control de Pekín y sopesó restaurar a los manchúes. Pero estos habían pasado a ser irrelevantes.[6]

En Europa, por el contrario, las dinastías seguían siendo centrales. En mayo de 1913 el káiser, entre los murmullos sobre la inminencia de la guerra, hizo de anfitrión de sus primos —el zar Nicolás II y el rey-emperador Jorge V— en una boda berlinesa con más de mil invitados. Se casaba su única hija, Viktoria Luise, con el príncipe Ernst August de Hannover, primo hermano de los monarcas británico y ruso.

Jorge, rigorista cumplidor pero enojadizo, se presentó con la reina Mary; Nicolás en cambio vino solo. Georgie y Nicky vistieron ambos uniformes de los dragones prusianos, con sus típicos cascos puntiagudos (*Pickelhauben*), y Willy el de dragón británico con una orden rusa; pero más allá del engreimiento dinástico y la entente sartorial, los tres emperadores contemplaban con preocupación los tambaleos del imperio otomano. El temblor se había iniciado en 1911 cuando Italia, desesperada por hacerse con alguna colonia tras la humillación sufrida en Etiopía, se apoderó de Trípoli y Benghazi. El Joven Turco Enver intentó mantener Trípoli pero tuvo que correr a defender el territorio de la propia Turquía porque los nuevos reinos de los Balcanes —Bulgaria, Rumanía, Grecia, Serbia y Montenegro— se sumaron con voracidad al desguace.

En esta primera guerra balcánica las tropas búlgaras se apoderaron de la mayor extensión territorial. En enero de 1913, convencido de ser el Napoleón de Turquía, Enver se alzó con el poder junto con dos camaradas, Talaat y Jemal. Con la intención de salvar la raza y el imperio, estos Tres Pachás adoptaron una combinación tóxica de ultranacionalismo turco, darwinismo social

—incluida la eugenesia y una jerarquía de superioridad racial transmitida por sus instructores militares alemanes— y militarismo belicista. Odiaban a las minorías cristianas —en particular a los armenios y los griegos— y sus ideas no se diferenciaban gran cosa de las que más adelante defendieron los nazis. Enver disfrutaba de la faceta dinástica y se casó con la hija del sultán.

En la boda Hohenzollern «ha habido una unanimidad absoluta entre Jorge V, el emperador [Nicolás] y yo» al respecto de que los reinos balcánicos podían atacar a Bulgaria,[7]se jactó Willy ante Francisco Fernando (que no asistió a la boda). El káiser se llevó a un lado al secretario personal de Jorge: «Los eslavos están inquietos y querrán atacar a Austria», fue su siniestra predicción. «Alemania está obligada a respaldar a su aliado. Rusia y Francia se sumarán al conflicto, y por lo tanto también Inglaterra.»

En Gran Bretaña muchos estaban convencidos de que la guerra ya era inevitable. El canciller liberal David Lloyd George —un abogado elocuente, hecho a sí mismo, al que se conocía como «el Lagarto Galés» (y también como «el Macho Cabrío», por su energía priápica)— se había complacido en hacer que la aristocracia mordiera su anzuelo para imponer tributos con los que financiar el bienestar social de las clases trabajadoras; pero en este momento dejó claro que el Reino Unido combatiría si la paz suponía «una humillación intolerable para un gran país». Su amigo Winston Churchill —recién nombrado primer lord del Almirantazgo, a los treinta y siete años— ordenó construir cuatro acorazados más «para estar preparados ante un ataque de Alemania como si pudiera producirse mañana mismo» y tomó una decisión crucial: su Armada pasó de propulsarse con carbón a utilizar petróleo. Adquirió el 51 % de la compañía Anglo-Persian Oil, que cuatro años antes había encontrado petróleo. Irán, gobernada por los shas de la dinastía Qachar —debilitada recientemente por una revolución— se convirtió en una pieza crucial para el poder británico. El petróleo había pasado a ser imprescindible para las grandes potencias. «La recompensa es el dominio en sí», afirmó Churchill.

Guillermo no pudo resistirse a relacionar familia y raza, ni

siquiera en el brindis nupcial. «Querida hija mía, quiero darte las gracias desde el fondo de mi corazón por toda la alegría que me has dado. Mientras se hable la lengua alemana que tú hablas, contará la función eminente que los güelfos y los Hohenzollern han desempeñado en la evolución histórica de nuestra patria», declaró. Al terminar el baile Nicolás se acercó a la novia para desearle amablemente: «Espero que serás tan feliz como lo hemos sido nosotros».

Los tres emperadores no se volvieron a encontrar. Willy siguió dando su respaldo a Francisco Fernando; después de la boda escribió para transmitirle su «plena confianza en ti, querido Franzi», y para incitar al comandante austríaco, el general Conrad, a destruir Serbia. Conrad estaba muy impaciente y en 1913 pidió 23 veces poder entrar en guerra. «¡Yo estoy contigo!», dijo Willy, enfurecido por la lentitud glacial de las decisiones austríacas, que a la postre seguían recayendo en manos de Francisco José. «La guerra entre eslavos y alemanes ya no se puede evitar, está claro que llegará», bramaba. «¿Cuándo llegará? Ya lo veremos.»

A mediados de junio de 1914 Guillermo compartió con Francisco Fernando una estancia en el castillo de Konopischt, en Praga. El káiser recomendó la guerra, convencido de que si los austríacos «no atacaban, la situación empeoraría». Dos días después de regresar le dijo al canciller Bethmann Hollweg que Rusia planeaba asestar un ataque preventivo. El 28 de junio, en Kiel, Willy subió a bordo de su yate *Meteor* para preparar una regata en compañía de Gustav Krupp. Franzi y Sophie se marcharon a Sarajevo para inaugurar un museo.

Los Hohenzollern, los Habsburgo y los hachemíes

Así recibís a los invitados: Franzi y Sophie en Sarajevo

Mientras recorrían Sarajevo en su automóvil descapotable —un Gräf & Stift «Doble Faetón»— un terrorista serbio lanzó una bomba contra el coche. Era Nedeljko Čabrinović, integrante de un pelotón de asalto serbio organizado por el coronel Apis, con tres miembros en la edad ideal para utilizarlos como terroristas: la adolescencia. El chófer aceleró hasta alcanzar la residencia del gobernador. «¿Así es como recibís a los invitados? ¿¡Con bombas!?», exclamó Franzi.

Otro terrorista, Gavrilo Princip, de diecinueve años, esperaba con una pistola en otro punto de la ruta. Al comprender que el atentado había fallado, renunció y decidió comer en un café. En la casa del gobernador Franzi insistió en visitar a las personas heridas por la bomba. Como era evidente que podría haber otros asesinos —no había caído en el olvido que al zar Alejandro II lo habían matado en mayo de 1881, tras sobrevivir a una primera bomba y descartar la posibilidad de una segunda—, se cambió la ruta prevista. Pero cuando Franzi y Sophie montaron en el Doble Faetón, el chófer, aturdido, siguió el itinerario original. Al dar marcha atrás por un callejón con la intención de girar, el coche se paró, dejando a Franzi y Sophie justo delante del café donde se había sentado Princip. El joven se puso en pie de un salto, atravesó la calle y disparó la pistola, alcanzando a Sophie en el estómago y luego a Franzi en el cuello.

El chófer encendió el coche de nuevo, retrocedió como pudo y se dirigió a toda prisa al ayuntamiento. A Franzi le resbalaba por la mejilla un grueso hilo de sangre.

—¡Por el amor de Dios! ¿¡Qué te ha pasado!? —exclamó Sophie, justo antes de venirse abajo entre las rodillas de Franzi, por la hemorragia interna.

—Sophie, amor mío, no te mueras —le rogó él—. Vive, hazlo por nuestros hijos...

El sombrero se le cayó y Franzi se desplomó hacia un lado. Su edecán, el coronel Von Harrach lo sostuvo y le preguntó:

—¿Sufre mucho Vuestra Alteza Imperial? —dijo, intentando desabotonarle el cuello.

—No es nada, no es nada —repetía Franzi.

Pero los dos se desangraron con rapidez.

Cuando Francisco José recibió la noticia de que el sobrino al que apreciaba tan poco había muerto, el emperador —que había perdido dos guerras y experimentado la muerte violenta de su hermano, su esposa y su hijo— dijo únicamente: «No hay que desafiar al Todopoderoso». Luego afirmó, en tono reflexivo: «Un poder superior ha restaurado el orden que yo, por desgracia, he sido incapaz de mantener». Pero ¿cómo había que reaccionar ante Serbia?

«¿Creéis que sería mejor que canceláramos la regata?», preguntó Willy en Kiel. Regresó a toda prisa a Berlín al tiempo que, en Viena, Francisco José y el general Conrad decidían atacar a Serbia y el anciano emperador escribía a Willy para solicitarle su apoyo. «El tema serbio hay que resolverlo, ya mismo. Ahora o nunca», escribió el káiser, y acto seguido les dijo a los austríacos: «Debemos actuar sin perder un minuto». Antes al contrario, Francisco José lo lamentaría «si renunciamos a utilizar el momento presente». Guillermo, impulsivo e incoherente, estaba en el centro mismo de la toma de decisiones de Alemania, con la asistencia de Bethmann Hollweg y de su neurótico jefe del Estado Mayor: Helmuth von Moltke el joven, cuya posición no se debía a sus propios méritos, sino a las innúmeras conquistas de su tío. Preveían que, como mínimo, liquidarían a Serbia; como máximo se produciría una guerra europea en la que derrotarían a Francia —gracias a la adaptación del Plan Schlieffen—, se incautarían de su imperio y sus regiones industriales, convertirían Bélgica en un

Estado satélite, dividirían Rusia en principados y establecerían la hegemonía germánica.

«Una acción militar contra Serbia podría provocar una guerra mundial», reflexionaba Bethmann Hollweg el 6 de julio. Aunque durante las semanas posteriores —en las que imperó una tensión extrema— hubo debates sobre cuestiones tácticas, llama la atención que entre los líderes alemanes y sus homólogos austríacos hubo un consenso pleno sobre la conveniencia de aprovechar aquella oportunidad, tanto por honor —lo que hoy llamaríamos «credibilidad»— como por simple y puro poder. «Será una lucha desesperada», le confió Conrad a su amante, «pero hay que librarla porque una monarquía tan antigua y un ejército tan glorioso no pueden caer con deshonor». Incluso en el apogeo de su poder militar y su complejo de superioridad, los imperios se angustian con pensamientos de impotencia o declive inminentes. Y estos imperios distaban mucho de vivir en su apogeo: estaban cerca del fin.

Guillermo emprendió su crucero anual por aguas de Noruega, para disponer de una coartada diplomática, y le dijo a Krupp: «Esta vez no me derrumbaré». Pero en Austria, Francisco José aguardaba en su castillo alpino de Bad Ischl a que sus ministros y generales redactasen un ultimátum brutal contra Serbia. Pero al saber que el presidente francés Poincaré estaba en San Petersburgo, visitando a su aliado Nicolás, el ultimátum se demoró; se esperó a que el francés subiera de nuevo a su barco, para aumentar la probabilidad de que hubiera guerra. El 23 de julio Serbia recibió el ultimátum Habsburgo y se activó una secuencia fatal. En una matriz diplomática compleja, que se desarrolló principalmente por un medio lento y sin voz, el telégrafo (solo ocasionalmente, por vez primera en la historia mundial, por teléfono), ningún estadista logró comprender las consecuencias ni el rumbo multifacético de la crisis que se en ciernes.

«Hay que ser implacables y, sea como sea, lograr que Rusia pague, como fuente de la injusticia», le dijo Bethmann Hollweg a Guillermo, el 26 de julio. Willy confiaba en que los rusos se acobardarían, pero Nicky se preparó para la guerra. También

esperaba que los británicos se mantendrían neutrales y envió a su hermano Enrique a hablar con Jorge V en el Palacio de Buckingham; pero los monarcas británicos carecían de toda autoridad. El 25 de julio Serbia rechazó el ultimátum. El 27 el káiser volvió a Berlín y se reunió con Bethmann Hollweg, que insistió en la necesidad de esperar a la movilización rusa porque «tiene que parecer que nos están obligando a ir a la guerra». El 30 Francisco José le declaró la guerra a Serbia, aunque murmurando: «No puedo hacer otra cosa», y diciéndole a Conrad: «Si debemos perecer, hagámoslo con honor». Nicolás ordenó iniciar la movilización. Guillermo le envió al zar un telegrama insincero, en el que le pedía moderación, a pesar de que él mismo había insistido en que Austria atacara Serbia.

«Me alegro de que estés de regreso», decía un telegrama de Nicky. «Se ha declarado una guerra innoble contra un país débil ... La presión me abruma y me obliga a tomar medidas que nos conducirán a una guerra. Te ruego que, en el nombre de nuestra larga amistad, detengas a tus aliados...»

«Las medidas militares rusas precipitarían una calamidad», decía un telegrama de Willy.

Nicky le pidió a Willy que mediara. El zar levantó un aparato de nueva invención —el teléfono, recién instalado en el Palacio de Peterhof— y paró la movilización. Sus generales se exasperaron. Pero en uno de los telegramas enviados a Willy había afirmado que cinco días antes habían adoptado unas primeras «medidas militares», un error de expresión que pone de relieve cuán importante es redactar con claridad y, al mismo tiempo, los riesgos de la diplomacia personal.

«¡Eso es casi una semana antes que nosotros!», estalló Willy. «Ya no puedo implicarme más en ninguna mediación ... El zar que me lo pedía, en secreto y por la espalda, había iniciado ya la movilización. ¡Mi tarea ha concluido!» Añadió: «Eso significa que yo también tengo que movilizar». Exigió que Rusia cortara cualquier medida de esa índole. Pero el zar, que observaba la movilización austríaca, no podía introducir más demoras y autorizó a su ministro de Exteriores a llamar por teléfono al jefe

del Estado Mayor para que el proceso se reiniciara.

«A partir de ahora», dijo el general, «mi teléfono ha dejado de funcionar». «Destrúyelo», contestó el ministro, mientras se llamaba a millones de rusos a incorporarse a sus unidades.

En este punto Francia también tuvo que movilizar a sus fuerzas. Desde el Neues Palais de Potsdam, Willy recibió las felicitaciones tanto de sus pomposos hijos como de la káiserin, todos ellos «espantosamente belicosos». Todos confiaban en que la iniciativa rusa permitiría al Reino Unido quedarse fuera de la guerra, pero en realidad los británicos ya habían dejado claro, en dos ocasiones, que en ningún caso tolerarían la destrucción de Francia.

El 31 de julio, tras confirmar la movilización rusa, Guillermo tomó su nuevo teléfono para dar plena libertad de actuación a Moltke. Este dejó a un único ejército para la defensa contra Rusia y ordenó a sus fuerzas que arrasaran Bélgica y entraran en Francia hasta tomar París. Guillermo prácticamente le ordenó a Francisco José que le declarase la guerra a Rusia; Serbia había pasado a ser «un asunto secundario». Solo había incertidumbre con respecto al papel del Reino Unido, pero cuando se confirmó la probabilidad de que los británicos intervinieran, Moltke se dejó llevar por el pánico, hasta el punto de que Guillermo se mofó de él: «¡Vuestro tío habría dado una respuesta muy distinta!». Moltke acusaba sobremanera la tensión y lloraba: «Me alegra ir a la guerra contra los franceses y los rusos, ¡pero no contra esa clase de káiser!». Llegó un telegrama conciliador de Jorge, tras lo cual el káiser, «eufórico», brindó con champán por la neutralidad británica. Pero el 4 de agosto, cuando las fuerzas alemanas invadieron Bélgica, el Reino Unido declaró la guerra. Multitudes histéricas salieron a celebrar el estallido por toda Europa. El zar y Alejandra aparecieron en el balcón del Palacio de Invierno; el káiser dijo ante la muchedumbre: «No veo bandos, solo veo alemanes»; y en la Odeonsplatz muniquesa, un Hitler de veinticinco años —se había mudado a Múnich con los bolsillos llenos por la herencia de su padre, después de que el ejército austríaco rechazase su alistamiento, por razones médicas— se unió a la masa exultante.

«Poseído por un entusiasmo tempestuoso, me hinqué de rodillas y di las gracias al cielo ... por la fortuna de vivir en estos tiempos», rememoró más adelante. Corrió a incorporarse al Real Ejército Bávaro, con lo que «se había iniciado el período más inolvidable y emocionante de mi vida».

El káiser, agotado, se pasó cuarenta y ocho horas en la cama. «Hay que dar un poco de descanso a los nervios», dijo. Mientras los rusos avanzaban por el frente oriental, Moltke tomó la fortaleza de Lieja y viró hacia París. En el este, un general veterano —Paul von Hindenburg, reincorporado desde la reserva y asistido por un oficial ambicioso y hecho a sí mismo, Erich von Ludendorff— cercó a los ejércitos rusos en Tannenberg, en el preciso momento en que los ejércitos occidentales de Alemania quedaban detenidos en el río Marne. El plan de Schlieffen-Moltke había fracasado. El 14 de septiembre, después de tan solo seis semanas en el mando de la guerra, Moltke sufrió una crisis nerviosa; Guillermo lo sustituyó por el ministro de Guerra, Erich von Falkenhayn. Pero Falkenhayn persistió con el mismo plan y emprendió una «carrera hacia el mar» con la esperanza de rodear a los franceses, que no tardaron en recibir el refuerzo de una colosal fuerza británica. El cerebral primer ministro británico Herbert Asquith —un abogado del Partido Liberal, que pasaba varias horas al día redactando cartas de su amor a una joven aristócrata— nombró ministro de Guerra al conde de Kitchener. La Máquina del Sudán fue de los primeros dirigentes que comprendió que la guerra duraría varios años y pidió «nuevos ejércitos» de reclutas dispuestos a luchar «hasta el último millón». Sus ojos de color peltre y el eslogan «Tu país te necesita» atrajeron a cientos de miles de voluntarios. La escala de la guerra fue un reflejo de varios factores: el rápido crecimiento de la población mundial, la mística de las ideas nacionalistas, la panoplia del poder moderno, la extensión de los imperios europeos y la capacidad de los trenes y vapores para transportar ingentes cantidades de soldados por todo el mundo: la Era de las Masas.[1]En el frente occidental los combatientes quedaron atrapados en una situación de tablas tan salvaje como destructiva; fue el horror de las trincheras, donde los campos verdes y los ejércitos masivos de

millones de civiles —la movilización llegó a cifras nunca vistas— quedaban hechos trizas y las ametralladoras Vickers y los obuses Krupp los convertían en barro, astillas, miembros y sangre.

Un soldado alemán en el frente occidental: muertes en masa en la Era de las Masas

«Tomamos posiciones en unas trincheras grandes y quedamos a la espera», recordaba un soldado alemán que participó en aquellos combates, en la primera batalla de Ypres, y nos legó una de las narraciones más expresivas de la experiencia universal que se vivió en los dos bandos del frente occidental. «Por fin llegó la orden: "¡Adelante!". Trepamos a lo alto de las zanjas y nos echamos a correr adelante … A la izquierda y la derecha explotaban proyectiles, las balas inglesas zumbaban … Los primeros empezaron a caer: los ingleses habían dirigido sus ametralladoras contra nosotros. Nos tiramos al suelo … [pero] no podíamos quedarnos allí para siempre.» Atravesaron el campo en un acelerón y saltaron a las trincheras británicas: «Tenía a mi lado a los soldados de Wurtemberg y por debajo a los ingleses muertos y heridos. De pronto comprendí por qué el aterrizaje había sido tan blando». A continuación hubo combates casi cuerpo a cuerpo: «Al que no se rendía, se lo liquidaba». Había muertos por todas partes. Los cañones tocaban un «concierto infernal» y estaban rodeados por «los aullidos y estampidos de los proyectiles». Sin embargo en todo aquello había cierta forma de belleza: «No se ve más luz que el resplandor de los disparos y, a lo lejos, al oeste, puedes ver los focos y oír la artillería incesante de los acorazados pesados». De todo su grupo, solo él quedó con vida. De pronto «una bala me perforó la manga derecha, pero milagrosamente, salí de allí sin un rasguño». La buena fortuna se repitió tantas veces que acabó convencido de que la providencia lo protegía. El soldado Hitler había sobrevivido a su bautismo de fuego.

En el este, mientras las fuerzas de Francisco José hacían

exiliarse al rey serbio y entraban en la Galitzia rusa, el emperador invitó a su nuevo heredero y la familia de este a reunirse con él en Schönbrunn. Cuando Carlos, que contaba veintiséis años, recibió la noticia de que Francisco Fernando había muerto, quedó conmocionado, como era de esperar: «Vi palidecer [a Carlos], a pesar del buen tiempo», recordaba su esposa, la joven Zita. «Soy oficial en cuerpo y alma, pero no sé cómo puede amar la guerra nadie que vea que sus seres queridos se marchan hacia el frente», le dijo su esposo. Carlos dirigió a ejércitos, primero contra Italia y luego contra Rusia y Rumanía, y se le admiraba por su cordialidad y seriedad. Cuando Zita celebró una de las primeras victorias austríacas, el anciano Francisco José —ya había cumplido ochenta y cuatro— se encogió de hombros:

—Sí, es una victoria, pero así es como empiezan siempre mis guerras y siempre acaban en derrota. Y esta vez será peor aún … Estallarán revoluciones y entonces sí que será el fin.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó Zita—. ¡Es una guerra justa!

—Sí, ya se ve lo joven que eres —dijo Francisco José. Zita contaba veintidós años—. Se ve en que aún crees en la victoria de lo justo.

En aquel momento el frente occidental era «una red de zanjas, trincheras con aspilleras, túneles, alambradas y minas, casi inexpugnable», recordaba Hitler. En Europa, los frentes oriental y occidental fueron fluctuando en armonía: el movimiento de uno coincidía con el estancamiento del otro. Falkenhayn atacó por Flandes, pero fue repelido y sufrió pérdidas colosales; en el este los austríacos y alemanes tomaron Polonia y Galitzia; de vuelta al oeste, Falkenhayn intentó desangrar al ejército francés con el desgaste de una carnicería espantosa, en Verdún, que costó la vida a 145.000 alemanes y 163.000 franceses. De julio a noviembre de 1916, en el río Somme, una ofensiva anglo-francesa que aspiraba a deshacer el punto muerto marcó otro hito en los baños de sangre mecanizados: tan solo el primer día murieron veinte mil soldados británicos; en los cinco meses de la batalla perecieron o cayeron heridos 420.000 efectivos del imperio británico, doscientos mil

franceses y quinientos mil alemanes.

Hitler, que había pasado a servir como ordenanza, «arriesgaba la vida cada día» con el traslado de mensajes y fue condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase. Él también estuvo en el Somme, donde los británicos pusieron a prueba un arma nueva, impulsada por el diésel, y reclamada por Churchill con la intención de marcar la diferencia. Se trataba de una caja de acero con una torreta armada, que se desplazaba sobre una cadena sin fin; Churchill lo denominaba «oruga», otros preferían llamarlo «nave terrestre», y al final se impuso el nombre cifrado, en origen anodino: «tanque». Los modelos mejorados de estos carros de combate, provistos con obuses, revolucionaron la guerra y dieron una nueva vida mecanizada al impulso de las cargas de caballería. En esa misma era, el perfeccionamiento de los aeroplanos permitió que se los empezara a usar, inicialmente, en labores de reconocimiento. Los generales más dados a la jactancia masculina solían desdeñarlos, como el mariscal Foch, que escupió: «Tout ça, c'est du sport». Pero a los pocos meses los aviones lanzaban bombas manualmente; se les instalaron ametralladoras y bodegas de carga para las bombas; no tardaron en entablar duelos con los aparatos enemigos por el dominio de los aires. En el mar, otro nuevo invento de construcción kruppiana —los *U-Boote* o submarinos— intentaron rendir al Reino Unido por hambre, al echar a pique los barcos que transportaban alimentos.

Alemania había dado por descontado el apoyo de Italia y Rumanía. Pero Italia se unió a los Aliados y libró con Austria una extenuante «guerra blanca» en los Alpes. Y para sorpresa y enojo de Guillermo, su primo Hohenzollern, Carol (Carlos) de Rumanía, también se negó a respaldarlo.

El 29 de octubre de 1914, Enver, que se vanagloriaba de los títulos de «vicegeneralísimo, comandante en jefe de los ejércitos del islam y *damad* [yerno] del califa», sí que se unió a Alemania. En el Cáucaso perdió a ochenta mil hombres en una ofensiva contra los rusos y sus aliados armenios, ortodoxos como ellos. Por su parte Jemal fracasó en el intento de someter el Egipto británico. Sin embargo en el resto de su inmenso panorama, los otomanos

tuvieron un buen rendimiento. Churchill creía que el atasco del frente occidental y la retirada rusa podrían revertirse si se dejaba fuera de combate a los otomanos, por lo que aconsejó desembarcar en los Dardanelos con la intención de tomar Constantinopla. Pero un coronel muy capacitado, Mustafá Kemal —el creador de Turquía, más adelante conocido como Atatürk— apabulló a las fuerzas navales y terrestres británicas, que se coordinaron mal. Aunque las pérdidas otomanas fueron muy cuantiosas, la debacle británica hundió a Churchill y alzó a Kemal. Mientras las fuerzas británicas protegían las nuevas explotaciones petrolíferas de Persia, un ejército Aliado avanzó desde Basora hacia Bagdad; pero en Kut los otomanos lo rodearon y lo obligaron a rendirse.[2]

En Damasco, Beirut y Jerusalén los nacionalistas árabes, que por fin veían una posibilidad de huir del dominio otomano, se conjuraron en contra de los Tres Pachás, que emprendieron una campaña genocida contra los traidores étnicos. En enero de 1915 Enver, Talaat y Jemal ordenaron matar a todos los armenios; los culpaban de sus derrotas anteriores y de tener simpatías prorrusas. Primero asesinaron a los notables armenios de Estambul y luego dieron rienda suelta a sus paramilitares, la Organización Especial, que masacró a cerca de un millón de armenios.[3]«El problema armenio ha dejado de existir», se jactó Talaat. La Organización Especial también asesinó a los cristianos de la iglesia asiria. Los kurdos de los regimientos hamidíes se sumaron a la carnicería; a otros kurdos se los deportó y mató. En Damasco y Beirut los pachás ahorcaron a nacionalistas árabes; en Arabia dos dinastías se pusieron en marcha: Hussein de La Meca —trigésimo séptimo descendiente del linaje de Mahoma— llevaba mucho tiempo esperando a poder alzarse con el control de la región de Heyaz, en la costa occidental. Este hombre de sesenta y un años, obstinado, vanidoso y autocrático, creía que él y su familia hachemí debían suceder a los sultanes otomanos y no solamente en Arabia. Envió a su hijo mayor, el enérgico Adbullah, a proponerles a los británicos una rebelión de los árabes contra los turcos. Pero sus intrigas alarmaron a una familia rival del este de Arabia, los saudíes de Nachd, donde Abdulaziz ibn Saúd —un jeque alto y asimismo

enérgico, que odiaba a los hachemíes— presionó a los británicos para que reconocieran la independencia de su feudo.

En 1915 los británicos, que se enfrentaban a una masacre en Flandes y derrotas en Kut y los Dardanelos, invitaron tanto a los hachemíes como a los saudíes a unirse a los Aliados. Abdulaziz se resistió, pero Hussein, que negociaba a través de sus hijos Abdullah y Faisal, pasó a reclamar un vasto reino hereditario que incluía no solo Arabia, sino también los territorios de los modernos Irak, Siria, Líbano e Israel. Los británicos excluyeron Jerusalén y diversas franjas de Palestina pero, en principio, se mostraron de acuerdo.[4]Simultáneamente, el Reino Unido empezó a negociar la instauración de una patria judía en Palestina con un líder sionista, un químico nacido en Rusia, Chaim Weizmann. Con la ayuda de dos esposas de los Rothschild, Dolly y Rózsika,[5]Weizmann descubrió que tanto Lloyd George como el nuevo primer lord del Almirantazgo —el aristocrático ex primer ministro Arthur Balfour — no veían con malos ojos el regreso de los judíos a Judea.

Las dos negociaciones aspiraban a maximizar los apoyos en una fase de apuro y las dos estaban subordinadas a los juegos de poder tradicionales de los imperios. En este caso británicos, franceses y rusos acordaron —mediante el Acuerdo de Sykes-Picot-Sazónov— repartirse el imperio otomano de modo que el Reino Unido recibía Palestina e Irak; Francia, Damasco y Beirut; y los Románov, varias franjas de territorio otomano y la joya de la corona: Constantinopla.

El escroto del káiser: Hindenburg como dictador

En junio de 1916, cuando los combates del frente occidental vivían su etapa más desesperada, las fuerzas del zar Nicolás destrozaron a las austríacas, que fueron rescatadas por las alemanas justo a tiempo. Un factor crucial fue la aniquilación de la guardia pretoriana de los Románov. En todos los países, los políticos reticentes dejaron sitio a caudillos militares dispuestos a librar una guerra total. El káiser había perdido el control casi de inmediato.

Cometió el disparate de «ordenar que se calen las bayonetas y hagan retirarse a esos hijos de puta» en una guerra dominada por el barro y la dinamita. En cambio sí comprendió el nuevo salvajismo y exigió «colgar sin piedad» a los civiles franceses y dejar morir de hambre a los prisioneros rusos. Willy quedó secuestrado en el cuartel general. Padecía de una inflamación del escroto, que alcanzó una circunferencia de 32 centímetros antes de que los médicos pudieran operarlo, y al mismo tiempo de furúnculos en la cara, probablemente síntomas de porfiria. Su estado se agravó por la desilusión que le causó Falkenhayn, quien se preguntaba si su rival, el comandante del este —Hindenburg, de sesenta y cuatro años—, «tiene el deseo y el valor de asumir el puesto» de jefe del Estado Mayor en lugar de él mismo.

«El deseo, no. Pero el valor, sin duda», replicó Hindenburg. En agosto de 1916 Willy nombró en efecto de Hindenburg jefe del Estado Mayor, como Ludendorff en la intendencia general. El dúo dirigió Alemania desde el cuartel general del castillo de Pless, en Polonia, y luego desde Spa, en Bélgica, e informaron diariamente a su jefe supremo. En Londres, Asquith no llegó a dominar la producción armamentística ni a controlar a Kitchener y los generales. Hubo una carestía de combustible, pero quien la resolvió fue Lloyd George; el problema de Kitchener se solventó por sí mismo cuando el mariscal de campo murió ahogado de camino a Rusia; y en diciembre se nombró primer ministro a un Lloyd George resuelto a ganar.

En Rusia se vivió el proceso inverso. El zar Nicolás asignó la comandancia en jefe a un personaje incompetente y pasivo —él mismo— y dejó las complejidades de gestionar un imperio en guerra en manos de una necia histérica: su esposa Alejandra, a la que aconsejaba un místico siberiano ignorante, venal y libertino, Rasputín. Los Habsburgo también se hundían. Guillermo los obligó a reconocer a Hindenburg como comandante supremo. En noviembre de 1916 Francisco José, enfermo de bronquitis, dijo en un suspiro: «¿Por qué tiene que ser ahora?» y falleció. El nuevo emperador fue Carlos.

El 30 de diciembre de 1916 una conjuración de Románov y

aristócratas utilizó a una hermosa princesa para atraer a Rasputín a un palacio donde lo envenenaron y luego fusilaron antes de tirarlo bajo los hielos del río Nevá. Se estaba culpando a aquel campesino lujurioso de la incompetencia de la pareja Románov, pero la responsabilidad era de estos y la muerte del consejero solo contribuyó a debilitar más una autoridad en decadencia. Cuando Nicolás volvió al cuartel general, la carestía de pan provocó manifestaciones inmediatas que desbordaron la capital. El zar ordenó ejecutar a los manifestantes, pero las tropas cambiaron de bando. Se apresuró a regresar, pero quedó aislado en un vagón de ferrocarril y sus generales lo obligaron a abdicar. Pero lo sustituyó un Gobierno Provisional decidido a seguir combatiendo contra Alemania.

La caída de los Románov coincidió con la operación del escroto guillermino. Mientras se recuperaba, Guillermo recibió con asombro la noticia de la caída de Nicky, y con euforia la de que los ejércitos alemanes ganaban terreno en Rusia: «La victoria —y con ella, el lugar de primeros del mundo— es nuestra si podemos revolucionar Rusia y romper la coalición». Su ministro de Exteriores identificó el bacilo perfecto para infectar Rusia: Lenin, el líder bolchevique que estaba viviendo en Zúrich y prácticamente había renunciado a la revolución: «No creo que llegue a ocurrir en vida nuestra». Cuando en efecto se produjo, preguntó: «¿Es un bulo?».

Los alemanes organizaron un tren sellado —sin controles de pasaporte— para llevar al bolchevique, con treinta camaradas, hasta Petrogrado; ahora la capital se llamaba así, para evitar la música germánica del nombre de *Peterburg*. Desde el mismo tren, Lenin asumió de inmediato el control autocrático y dictó las rotaciones del tabaco y el acceso a los aseos. Su llegada a Rusia lo cambió todo.

En julio de 1917, mientras las batallas de desgaste del frente occidental seguían desangrando a los dos bloques, el príncipe hachemí Faisal y su asesor, el coronel T. E. Lawrence, conquistaron Áqaba.

Sharif Hussein inició su rebelión disparando un fusil desde la ventana de su palacio de La Meca y luego envió a sus hijos a atacar a las fuerzas otomanas en Arabia. Abdullah tomó Yida, en la costa, y Faisal se apoderó de Wach, en la frontera de Siria. Hussein, engañado sobre su propio poder y atractivo, se proclamó rey de los árabes, una decisión que enfureció a su rival Abdulaziz ibn Saúd, quien protestó antes los británicos; estos obligaron a Hussein a degradarse a una función más modesta, la de rey de Heyaz.

Los británicos enviaron a un oficial de inteligencia que se convirtió en el paladín de la familia. Thomas Lawrence, de veintinueve años, era el clásico integrado marginado: era un arabista que despreciaba a la élite británica pero sentía adoración por el imperio; un eremita reservado que fabulaba para promocionarse; el hijo ilegítimo de un *baronet*; un estudioso de la historia árabe y buen escritor cuyo gran amor era un chico árabe. Además resultó que tenía una habilidad nata para combatir en el desierto.

Al conocer a los príncipes hachemíes quedó impresionado por Faisal, que, a sus treinta y dos años, representaba su ideal del caballero árabe. «¡Es fabuloso!», dijo de él, con entusiasmo. Lawrence apoyó a los hachemíes pero, como servidor del imperio, esperaba que Faisal respondiera con la debida gratitud. «Las tribus», dijo Lawrence, eran «vitales, casi temerarias»; era una guerra «de derviches contra tropas regulares, y con nosotros del lado de los derviches. Nuestros manuales no servían». Pero exageró sus hazañas. En noviembre los otomanos lo apresaron y lo violaron, pero, de algún modo, logró escapar: «Aquella noche, la ciudadela de mi integridad se había perdido para siempre». Mientras un ejército británico se apoderaba de Irak, otro, en compañía de los hachemíes, pasó de Egipto a Palestina, donde Falkenhayn, enviado por Hindenburg, revigorizó la resistencia otomana.

Guillermo y Hindenburg se enfrentaban ahora a una carestía de alimentos y al descontento social, y los partidos liberales y

socialistas les reclamaban reformas. En enero de 1917 el káiser mandó a sus submarinos contra los barcos civiles, con la intención de matar de hambre al Reino Unido; pero al hundir también naves estadounidenses e incitar a México a atacar a su vecino, provocó al gigante norteamericano. En abril el presidente Woodrow Wilson pidió al Congreso que declarase la guerra y ensalzó la superioridad de Estados Unidos, en comparación con la avaricia de Europa. «No nos mueven fines egoístas. Estamos entre los campeones de los derechos de la humanidad», declaró; aunque en su propio país, esta supuesta superioridad moral distaba de ser obvia. Wilson no hizo nada para frenar las leyes de Jim Crow e intervino militarmente por toda América.[6]

Wilson era un historiador del mundo clásico, rector de la universidad de Princeton, que había llegado tarde a la política. Su padre era un teólogo de Carolina del Sur y él se hizo con la presidencia en 1912 porque Teddy Roosevelt, distanciado de su sucesor, William Taft, había fundado un tercer partido que dividió los votos republicanos. Pero apreciaba el glamur del apellido Roosevelt y nombró a Franklin —al que se acababa de elegir senador por Nueva York— como nuevo subsecretario de Marina, la antigua posición de Teddy. Mientras Estados Unidos reclutaba a su ejército, Franklin Roosevelt —que estaba obsesionado con los barcos— se concentró en multiplicar por cuatro los recursos de la Armada.[7]

La dedicación de Franklin se explicaba también por otra razón: ahora trabajaba con la exinstitutriz de sus hijos, Lucy Mercer, y los dos se enamoraron. «Franklin se merecía algo de alegría. A fin de cuentas, está casado con Eleanor», dijo Alice Roosevelt, al ver a la pareja. «¿No es encantadora?», había dicho Franklin. Luego Alice se decidió a atormentar a Eleanor, dándole a entender que su marido tenía una amante.

Los estadounidenses llegaron a Europa justo a tiempo. Francia se tambaleaba, con varios motines expandiéndose entre el ejército; Rusia se desintegraba mientras Lenin se preparaba para alzarse con el poder. El 2 de noviembre de 1917 Balfour —ahora secretario de Exteriores del Reino Unido— le envió una carta a lord Rothschild

en la que prometía establecer un «hogar nacional judío» en Palestina, asegurándole que «no se hará nada que pueda perjudicar los derechos de las comunidades no judías ya existentes»; es decir, los árabes palestinos. La carta, que tuvo la aprobación del presidente Wilson y se repitió en una declaración francesa similar, pretendía atraer a las comunidades judías de Estados Unidos y Rusia. A Hussein y los hachemíes también se les había prometido buena parte del mundo árabe. Ninguna de estas promesas se habría realizado de no darse aquellas circunstancias de tablas sanguinarias, con un desgaste agravado ahora por el hundimiento de Rusia.

Mientras Lawrence hacía incursiones a lo largo del ferrocarril otomano, un ejército británico avanzó hacia Jerusalén. Lloyd George invitó a tomar la Ciudad Santa como «regalo de Navidad» para el pueblo británico; y así se recibió cuando el alcalde de la ciudad, que hacía ondear una manta como bandera blanca, intentó rendirse teatralmente por tres veces ante unos *tommies* que no salían de su asombro, hasta que se puso fin a la farsa y se aceptó su rendición. El coronel Lawrence y los oficiales británicos entraron respetuosamente en la ciudad.

El 8 de noviembre, en Petrogrado, Lenin, disfrazado con una peluca, se encontró con que su propia Guardia Roja le impedía acceder al cuartel central del Instituto Smolny. Finalmente les convenció de que era él, a pesar de la guisa; asumió el mando de las fuerzas bolcheviques y dio un golpe de Estado.

Desde que había llegado en abril había estado acosando al primer ministro, Aleksandr Kérenski —un abogado socialista tan diminuto como dinámico— con un astuto programa de «tierras, pan, paz». En julio Kérenski —que se creía un caudillo napoleónico — lanzó varias ofensivas contra los alemanes, pero fracasaron, lo que solo contribuyó a la desintegración del Estado. Lenin estaba dispuesto a llenar ese vacío y Kérenski lo persiguió; Lenin pasó a la clandestinidad y, dirigiendo a sus dos secuaces radicales —Trotski y Stalin— organizó la toma del Palacio de Invierno.[8]Apenas estaba defendido, pero los bolcheviques que lo asaltaron tomaron al asalto las bodegas de vino del zar, y se emborracharon hasta el punto de

que se pidió a la brigada de bomberos que acudiera a destruir las botellas... y también se emborracharon. Los bolcheviques se hicieron con el dominio de Moscú, pero el resto del imperio estaba en manos alemanas y otomanas. Entre tanto los polacos, los georgianos, los finlandeses, los ucranianos, los armenios y muchos otros pueblos declararon la independencia.

Lenin, obligado por el avance de los alemanes, tuvo que tomar decisiones muy poco de su agrado. Negoció una paz que le cedía a Alemania buena parte de Ucrania, el Báltico y el Cáucaso. El káiser estaba emocionado: «Los países bálticos son indivisibles y yo seré su soberano. ¡Las he conquistado!», decía pomposamente, mientras iba asignando reinos: la Lituania católica para un Habsburgo, Finlandia para un príncipe de Hesse... Los bolcheviques, sin embargo, le parecían «judiacos» y denunció a «esa Internacional Judía por la cual se supone que los cristianos tienen que matarse a palos unos a otros».[9]Hindenburg había pasado a ser el nuevo símbolo nacional de Alemania, en sustitución del káiser. Para su septuagésimo aniversario emitió una declaración que pedía: «¡Músculos en tensión, nervios de acero, ojos al frente!». Cuando Hindenburg le daba órdenes a Guillermo, lo hacía con respeto; el káiser contestaba: «No necesito tus consejos paternales», pero obedecía.

El 16 de noviembre de 1917, Francia, a punto de hundirse por la sucesión de motines, depositó su confianza en un crítico feroz de sus líderes: el ex primer ministro Georges Clemenceau —«Le Tigre», de setenta y siete años—[10]cuyas arengas patrióticas sin duda sirvieron de inspiración a la retórica de Churchill, veinte años después: «En nuestro país, hago la guerra. En el extranjero, hago la guerra. Donde voy, hago la guerra». Añadió: «Morir no es suficiente. ¡Debemos conquistar!». Practicaba esgrima y se encontraba cada día con su amante; el Tigre destituyó a generales, detuvo a críticos y prometió «la guerre jusqu'au bout» («guerra hasta el fin»). Churchill lo comparó con «un animal salvaje que se pasea por su territorio». Los soldados estadounidenses empezaron a llegar —un millón de ellos— y Francia aguantó.

En el otro bando, los otomanos sufrían. A principios de 1918

Mehmed, el príncipe heredero, llegó a Alemania junto con su general más destacado, Kemal, para informar a Guillermo y Hindenburg de que el imperio no podía sobrevivir; y le echó las culpas a Enver. En marzo Ludendorff —que triunfaba en Rusia, se frustraba en el oeste y en su país se estaba debilitando— lanzó la operación Miguel, con la que pretendía vencer a los Aliados. Avanzó unos 65 kilómetros y el káiser exclamó: «¡La batalla está ganada! ¡Los ingleses están deshechos sin remedio!». Las bajas sin embargo eran atroces: la unidad de Hitler perdió a la mitad de sus hombres tan solo en abril; al cabo Hitler se lo condecoró con la Cruz de Hierro de primera clase. Pero la masacre brutalizó a los soldados. «Solo puedes derrotar a la muerte con la muerte», concluyó Hitler, adepto convencido del darwinismo social. «La vida es una lucha terrible y constante que sirve para preservar la especie. Unos tienen que morir para que otros puedan sobrevivir.» Pero también amaba la camaradería con los soldados, y con un terrier, *Foxl*; eran la vida familiar de la que carecía. No obstante cuando el grupo planeó celebrar que habían sobrevivido en un burdel francés, Hitler se negó: «Yo me moriría de vergüenza, si veo desnuda a una francesa». A los demás les quedó claro que aquel joven virgen que no bebía y no fumaba era «un tanto excéntrico». Cuando Hitler visitó Berlín tuvo noticia de las teorías conspiranoicas según las cuales los judíos estaban socavando las fuerzas del ejército alemán, aunque en realidad los judíos prestaban servicio como cualquier otro. En julio los franceses contraatacaron; los alemanes empezaron a derrumbarse, habiendo agotado las reservas; y en Amiens, en agosto, 456 nuevos carros de combate británicos hicieron pedazos las líneas alemanas y empezaron a avanzar, con el refuerzo de los estadounidenses.

En octubre el príncipe Faisal, con el apoyo de Lawrence, entró en Damasco, recién liberada; en Arabia su hermano Abdullah sitió a los otomanos en Medina. Pero ya empezaba a haber tensiones entre las ambiciones de los hachemíes y la realidad del reparto anglo-francés. Damasco estaba en la esfera francesa, pero Faisal reclamó Siria para sí, en tono de desafío, en el nombre de su padre, el rey Hussein. Aquel mes Guillermo visitó a Gustav Krupp —cuyo

eslogan de guerra era: «Cuanto mayor es el enemigo, ¡mayor es el honor!»— en sus fábricas de Essen. Pertrechado con el casco del águila dorada y el uniforme de mariscal de campo, el káiser arengó a los trabajadores desde un montón de escoria y clamó contra los traidores. «¡Sed fuertes como el acero!», los exhortó, y tuvo la imprudencia de añadir: «Cada trabajador tiene su obligación. Vosotros, en el torno; yo, en el trono». Tras un silencio prolongado, los obreros gritaron: «¡Tenemos hambre!» y «¡Queremos la paz!». Willy se quedó desolado.

En el cuartel general Ludendorff perdió los nervios, se puso a gritar sin control y Hindenburg tuvo que sacarlo de una reunión; pero se negó a relevarlo de su puesto: «No es la primera vez que la vocación militar agota a una persona fuerte». Pero el dúo le dijo la verdad a Guillermo: «Hay que poner fin a la guerra», dijo Willy, que no se lo esperaba.

La caída de los káiser

Los combates seguían generando desgaste. En octubre de 1918 Hitler estaba en un hospital, después de haber quedado temporalmente cegado por gas mostaza, cuando Guillermo nombró canciller a un príncipe liberal: Max von Baden (irónicamente, era primo de Napoleón III), al que encargó solicitar un armisticio. Pero el poder había pasado a los socialdemócratas (SPD), encabezados por el hijo de un sastre, Friedrich Ebert, que hacía tiempo que lideraba a los suyos en el Reichstag. Ebert prefería que la monarquía sobreviviera, pero temía la revolución comunista. Después de que la Marina se rebelara en Wilhelmshaven, se resignó a que la monarquía desapareciera. Cuando espartaquistas comunistas crearon consejos de obreros en Berlín, Max visitó el cuartel de Spa para pedir la abdicación de Guillermo. «¡Ni en sueños voy a renunciar a mi trono por unos pocos cientos de judíos o por un millar de obreros!», exclamó Willy despectivamente. «Si el káiser no abdica», le dijo Ebert a Max, «la revolución social es inevitable. Pero yo no la quiero. La odio a más no poder». El 9 de

noviembre Ebert reclamó la cancillería y le pidió al príncipe Max que hiciera de regente del segundo hijo de Willy. Pero aquella tarde otro socialdemócrata, Philipp Scheidemann, salió al balcón del Reichstag a clamar: «La vieja y pútrida monarquía se ha acabado. ¡Larga vida a la República alemana!». «¡No tienes derecho a proclamar la república!», se enojó Ebert. Pero estaba hecho. Al día siguiente Guillermo se marchó al exilio, a los Países Bajos,[11]y las 22 dinastías alemanas cayeron igualmente. «¡Muy bien!», dijo el rey de Sajonia, Federico Augusto III, en su abdicación. «¡Ahora resolved vosotros esta mierda!» La «mierda» era la inminente revolución marxista.

En Viena, Carlos ofreció un Estado federal a las distintas nacionalidades y, a Polonia, la independencia. Pero la monarquía se desintegró y dejó paso a dos Estados nuevos (como Checoslovaquia, república democrática, y Yugoslavia, una monarquía que coronó a Pedro Karađorđević) y varios que ya habían existido. Polonia —formada con tierras de los Habsburgo y los Románov— declaró la independencia bajo el mando de Józef Piłsudski, un patriota indómito, de origen noble, pero convertido al socialismo, que había escapado de prisiones rusas, había servido como ministro en un «reino» cliente de Alemania y ahora fue elegido jefe de Estado. Piłsudski concebía Polonia como un país multiétnico, hogar de naciones». Hungría y Austria se volvieron contra los Habsburgo.

El 11 de noviembre, que ha pasado a conocerse como «Día del Armisticio», Carlos renunció a «participar en el gobierno», pero se quedó en Schönbrunn hasta que Karl Renner, el líder de los socialistas austríacos, vino a avisarle: «El taxi le espera, Herr Habsburg». El antiguo emperador se marchó, pero haciendo hincapié en que «no he abdicado». Hitler, que seguía en el hospital, recibió la noticia del Armisticio a través del capellán: «Todo se puso negro otra vez y me volví como pude hacia mi camastro … ¡Todo había sido en vano!».

La picadora de carne de la guerra lo cambió todo. Su escala impulsó la Era de las Masas: murieron 9.700.000 soldados y quizá diez millones de civiles.[12]Los hombres que volvían del frente

querían poder decidir sobre su futuro. También cambió la forma de las familias: desde entonces las mujeres —incluso las de clase media— trabajaron y quisieron trabajar. Hubo tal escasez de hombres que el poder regresó a manos de las mujeres. Solo a partir de entonces se instituyó en muchos lugares la democracia plena: el sufragio universal, para los hombres y, cada vez más, para las mujeres.[13]

Como muchos otros, Hitler se preguntaba: «¿Todo aquello se había hecho tan solo para que una panda de criminales pudiera apoderarse de nuestra patria? ... Mi odio creció». El hundimiento de Alemania solo podía explicarlo la *Dolchstoß*, la «puñalada por la espalda» de los judíos y los traidores. En ese punto fue cuando «decidí entrar en política», añadió Hitler.

El Tigre, el Macho Cabrío y Jesucristo

Franklin Roosevelt, al que se envió a Europa para que inspeccionase las instalaciones navales, visitó París y Londres, donde se reunió con Churchill, «uno de los pocos hombres que se mostró grosero conmigo», rememoraba FDR más adelante. En el barco de regreso a Estados Unidos, mientras Alemania se derrumbaba, Roosevelt cayó enfermo, con fiebre, probablemente por el subtipo H1N1 del virus gripal A. Era una nueva variante de la gripe (o influenza, nombre que deriva de una epidemia italiana de 1743, causada supuestamente por la influencia de las estrellas), que se registró primero en un campamento del ejército estadounidense en Fort Riley (Kansas), se propagó entre las tropas norteamericanas y llegó a Europa; el hecho de que aquí cayera enfermo el rey Alfonso XIII popularizó el nombre de «gripe española», pero en África se la llamó «gripe brasileña» y en Polonia se la conocía como «gripe bolchevique». Los desplazamientos transoceánicos de los soldados ayudaron a contagiarla por todo el mundo, con una primera oleada suave. Sin embargo la segunda oleada fue letal y costó millones de vidas, en especial niños y en la franja de edad de los veinte a los cuarenta años. Unos quinientos

millones de personas enfermaron; treinta millones fallecieron. En Moscú mató a un esbirro de Lenin, Yákov Sverdlov; en Arabia, a tres hijos de Abdulaziz y su esposa favorita; en Etiopía el joven regente Ras Tafari Makonnen —que no tardaría en adoptar el nombre de Haile Selassie— enfermó, pero sobrevivió.[14]

A bordo del USS *Leviathan* también hubo muchas muertes; a Roosevelt se lo llevaron en camilla y se recuperó.[15]Al examinar el equipaje de su marido, Eleanor descubrió cartas de amor de la amante, Lucy Mercer. Quedó profundamente herida y le ofreció divorciarse, pero Louis Howe —un periodista diminuto, detestable y vociferante, que era el nuevo asesor político de Franklin— le advirtió que un divorcio le cerraría las puertas de la presidencia; por otro lado, su madre, Sara, amenazó con excluirlo de la herencia. Roosevelt prometió no volver a ver a Lucy, pero no lo cumplió.

En enero de 1919 el presidente Wilson zarpó hacia Europa con la misión de imponer la moral estadounidense —el autodeterminismo, según se expresaba en sus «Catorce puntos»— a Francia y al Reino Unido, dos países que rondaban la bancarrota a consecuencia de la guerra, pero que seguían centrándose en el imperio por costumbre, convicción y ambición. Roosevelt y Eleanor reconstruyeron su matrimonio —en palabras de su hijo James, pasó a ser «una tregua armada hasta el día de la muerte [de Franklin]»— y se sumaron a Wilson, en París.

Lloyd George y Clemenceau, el Macho Cabrío y el Tigre, accedieron a los principios de Wilson —prometieron hacer realidad «la liberación definitiva y completa de los pueblos»— y a su propuesta de crear una nueva organización internacional que evitara guerras futuras: la Sociedad de Naciones. Pero ambos radicales lascivos demostraron, por el contrario, las ansias de reforzar sus imperios. «Wilson me taladra con sus Catorce Puntos. ¡Si Dios solo tenía Diez Mandamientos!», se reía el Tigre. Para el presidente estadounidense, Lloyd George era «resbaladizo», pero aun así preferible a Clemenceau. «Me fue todo lo bien que se podía esperar, ahí sentado entre Jesús [Wilson] y Napoleón [Clemenceau]», se rio el británico.

«Tres hombres que todo lo pueden y lo ignoran todo se reparten los continentes», comentó Balfour. En efecto tomaron decisiones de gran alcance, aunque no pocas cosas quedaron en el aire: su tratado de Versalles reconstituyó Polonia; reconoció las amalgamas multiétnicas de Checoslovaquia y Yugoslavia, creadas a partir de los feudos de los Hohenzollern, los Románov y los Habsburgo; y castigaron a Austria y Hungría, cuyo territorio se redujo radicalmente. También redujeron Alemania: le devolvieron Alsacia a Francia, desmilitarizaron la Renania, exigieron reparaciones y situaron a millones de habitantes de etnia alemana en los nuevos países eslavos. Era imposible satisfacer a todo el mundo, pero a Italia y Japón, que habían luchado por los Aliados, se las compensó poco. En Asia las tres potencias Aliadas no aplicaron en ningún caso los principios de Wilson: en China le traspasaron a Japón los puertos abiertos que había controlado Alemania, pero cuando el delegado japonés, el príncipe reclamó una declaración de igualdad con los pueblos que no eran de raza blanca, las potencias se negaron, lo que enfureció por igual a chinos y japoneses.[16]Faltaba decidir asimismo qué se haría con el imperio otomano. Lloyd George y Clemenceau regatearon sobre lo que denominaron «mandatos» sobre los territorios árabes, con una conversación de este estilo:

TIGRE: Dime qué quieres.

MACHO CABRÍO: Quiero Mosul.

TIGRE: Tendrás Mosul. ¿Algo más?

MACHO CABRÍO: Sí, también quiero Jerusalén.

TIGRE: De acuerdo.

Clemenceau reclamó Siria porque los reyes cruzados eran franceses y porque los dos Napoleones imperiales habían enviado tropas a la región. Lloyd George quería encontrarle un reino a Faisal, al que Lawrence presentó como «el más grande de los líderes árabes desde Saladino». El núcleo central de las tierras turcas se dividiría entre una Constantinopla internacional, un resto para la nueva Turquía y dos países nuevos, Kurdistán y Armenia, mientras que Esmirna (İzmir) y la Anatolia occidental pasarían a un nuevo imperio griego.[17]

Versalles tuvo muchos defectos, pero el más grave fue excluir a las dos potencias orientales de Europa: Alemania y Rusia. Siempre estuvo condenado a fracasar. Por otro lado Lloyd George reconoció que los «mandatos» eran «un sustituto del viejo imperialismo». Sin embargo la guerra también movilizó la resistencia antiimperial. En abril de 1919 Gandhi, que entonces contaba cuarenta y nueve años, anunció una campaña de satyagraha contra los británicos por toda la India; pero lo que dio carácter revolucionario a su campaña no violenta fue la violencia de los británicos. En Amritsar se arrestó a dos de sus partidarios, lo que generó algaradas; el día 11, los británicos abrieron fuego contra las multitudes; los amotinados mataron a cinco europeos. Pero dos días después una muchedumbre —en parte, para celebrar el festival de Baisakhi— se reunió en Jallianwala Bagh, donde un estúpido general británico, Reginald Dyer, se presentó al mando de noventa soldados indios con la determinación «de castigar a los indios por su desobediencia».

Mientras tengamos la India: Gandhi y Nehru

Gandhi había regresado a la India después de pasar veintiún años en Suráfrica, donde había sometido a análisis el poder británico: solo funcionaba, según expuso en su libro *Hind Swaraj* («El autogobierno de la India»), porque la mayoría de los indios cooperaban con los británicos; la coerción, en la práctica, la ejercían policías y soldados indios. Gandhi se transformó: dejó de ser el abogado de élite, trajeado, para convertirse en un activista semidesnudo. Vestía *dhoti* (en vez de pantalones) y chal, con algodón indio tejido en casa. Esto formaba parte del movimiento por la autosuficiencia —Swadeshi—, que pedía a la población que hilara y tejiera sus propias telas caseras (*khadi*), para boicotear los tejidos que procedían de industrias británicas y debilitaban la industria textil de la propia India. Veinte años antes se había fundado —con autorización virreinal— un Partido del Congreso que, sin embargo, estaba dividido en un bloque moderado y otro

radical; muchos grandes de la India, por otro lado, sentían desdén por el movimiento. Motilal Nehru —abogado adinerado y brahmán con el título honorífico de *pandit*, descendiente de funcionarios mogoles y hermano de un jefe de ministros, que vivía en una mansión de Allahabad— creía en la cooperación anglo-india y envió a su hijo Jawaharlal al internado de Harrow, para que se convirtiera en un *gentleman*. Sin embargo después de pasar por Cambridge, el hijo ingresó en la abogacía, volvió a la India vivir en la mansión junto con su esposa Kamala, abrazó el socialismo y se unió al Congreso. Jawaharlal estaba emocionado por el regreso de Gandhi: «Todos lo admirábamos por el heroísmo de su lucha surafricana». Aunque «parecía muy distante, diferente, apolítico», cuando Nehru, entonces de treinta años, se encontró con Gandhi, «vimos que estaba preparado para aplicar también sus métodos en la India y que prometían tener éxito».

Al principio Gandhi —conocido como Mahatma, «Gran Alma»— no se afilió al Congreso. Sus métodos parecían funcionar, en efecto: los británicos ofrecieron una participación limitada de los indios en el gobierno local. No obstante, en Londres la mayoría de los líderes consideraban que la India era esencial para el poder británico. «Mientras tengamos la India», dijo el antiguo virrey Curzon, por entonces secretario de Exteriores, «seremos la mayor potencia del mundo». Con toda claridad, admitió que «no tenemos la menor intención de abandonar nuestras posesiones indias». Cuando los británicos impusieron un estado de emergencia para contener las protestas del subcontinente, Gandhi organizó su primer boicot.

El 13 de abril de 1919, en Jallianwala Bagh, el general Dyer ordenó a sus soldados indios que disparasen contra la multitud. Mataron a entre quinientas y mil personas e hirieron a otras 1.200.[18]La masacre hizo pedazos la fachada británica de benevolencia y competencia. Motilal Nehru salió al jardín y prendió fuego a sus trajes ingleses, los sombreros de fieltro y el mobiliario londinense, bajo la atenta mirada de una nieta de dos años, hija de Jawaharlal: Indira. Gandhi, con el apoyo de Nehru, asumió el liderazgo del Congreso.

Pero había un problema: los musulmanes indios representaban una minoría muy numerosa; los británicos entendían el islam mejor que el hinduismo, y basaron su raj en los mogoles; en la primera guerra mundial 1.300.000 indios se presentaron voluntarios para combatir, y en su mayoría eran musulmanes. Gandhi —ascético, carismático y de una empatía excepcional— se veía a sí mismo como una figura religiosa que buscaba la *moksha* (excelencia personal) por medio de la «mortificación de la carne» y estaba liberado de las reglas normales. «No es necesario que demuestre la corrección de lo que entonces dije; lo esencial es solo saber qué siento hoy», afirmó más adelante. Estaba resuelto a unir las comunidades de la India, pero el Congreso, aun siendo laico, estaba formado en un 97 % por hindúes. Cuando un movimiento de *dalits* (parias) reclamó contar con sus propios representantes, Gandhi emprendió un ayuno para impedirlo. «El sistema de las castas no se basa en la desigualdad», sostuvo, sino que era la estructura que mantenía unida a la India. Gandhi personificaba las protestas pacíficas pero era consciente de que el «problema común» tal vez solo podría resolverse por medio de la violencia. «Preferiría ser testigo de cómo hindúes y musulmanes se apuntan otra muerte, antes que ser testigo, día tras días, de nuestra esclavitud dorada», escribió en 1930.[19]

Después de haber dado nueva forma al mundo, Wilson regresó exhausto a Washington. El 2 de octubre de 1919 sufrió un ictus que le dejó medio paralizado y medio ciego. No dio a conocer el accidente y su segunda esposa, Edith Galt, gestionó la presidencia: «Yo, por mí misma, no tomé ninguna decisión; mis únicas decisiones eran sobre la importancia de los asuntos … cuándo presentárselos a mi marido».

Al igual que Wilson, los estadounidenses viraron decisivamente hacia el interior. Aquel septiembre, en Elaine (Arkansas), cuando los cosechadores negros intentaron organizar un sindicato, turbas de blancos exaltados y una nueva versión del KKK —con respaldo del gobernador— afirmaron que se estaba produciendo una «insurrección de los negros» y mataron a doscientos negros en tres días de disturbios. Además se juzgó, por

asesinato e insurrección, a otros 73 negros inocentes; a doce se los condenó a muerte. La ANPPC (Asoc Nacional para el Progreso de las Personas de Color; NAACP, en sus siglas inglesas) hizo campaña en contra de la injusticia y, al final, el Tribunal Supremo de Arkansas revocó las sentencias. En Tulsa (Oklahoma), en mayo de 1921, después de que se acusara a un limpiabotas de haber atacado a una chica blanca, hubo un intento de linchamiento de presos negros que acabó con un tiroteo en la cárcel. Una turbamulta de blancos asaltó y prendió fuego al «Wall Street Negro»: mataron a muchas personas y Gurley y otros empresarios lo perdieron todo. La Guardia Nacional detuvo a seis mil personas; cien mil perdieron sus casas. Entre los que fueron testigos de uno de los linchamientos en una zona rural de Georgia estaba un joven baptista, Michael King —el futuro padre de Martin Luther King *Jr*.—, que decidió formarse como pastor de su doctrina para poder combatir mejor la injusticia racial.

En paralelo a la tensión racial, un nuevo puritanismo estadounidense competía con una *joie de vivre* desatada, que hizo explosión tras los años de guerra y de pandemia.

El Cerebro, el Tonto de Provincias y Lucky Luciano

En octubre de 1919 la ley Volstead, impulsada por un despertar evangélico, prohibió el alcohol en Estados Unidos. La decisión criminalizó a buena parte de la sociedad y legitimó a una nueva camarilla criminal cuyos integrantes asesinaron a los *padrini* sicilianos tradicionales. Lucky Luciano, con la ayuda de sus socios judíos Meyer Lansky y Bugsy Siegel, dirigía una más de las diversas redes de delincuentes que actuaban en todas las grandes ciudades importando alcohol y sirviéndolo en nuevos bares secretos. Otro de los integrantes de la Banda de Five Points, Al Capone —apodado *Snorky*, «elegantón», por el estilo con que vestía, y *Scarface*, «caracortada», por las cicatrices de las mejillas—, se trasladó a Chicago, donde asesinó al padrino y lo sustituyó como jefe. Luciano tuvo por mentor a un extraordinario manipulador de la

zona alta, Arnold Rothstein. Era hijo de un empresario judío que respetaba la ley, y se dedicaba al gansterismo más por voluntad que por necesidad. Se lo conocía como «el Cerebro» e hizo dinero con las apuestas —se supone que en 1919 la Serie Mundial de las ligas de béisbol— antes de ponerse a importar whisky escocés con sus propios barcos y camiones. Dirigía la actividad ilegal como quien dirige una empresa.

El Cerebro respaldó a Luciano —incluso le enseñó a vestirse bien— y coordinó la influencia corrompiendo a una red de jueces, policías y políticos. El negocio del alcohol, que encajaba a la perfección sus otros intereses —casinos, burdeles, drogas, apuestas, sindicatos, muelles y protección— convirtió de pronto a estos inmigrantes duros en magnates de la delincuencia.

En la Casa Blanca, que aún dirigía Edith Wilson, el subsecretario de Marina Roosevelt quedó horrorizado al ver a su presidente tan impedido: una parte de su capacidad de atracción era precisamente su vigor deportivo. En las elecciones de 1920 Roosevelt concurrió como candidato a la vicepresidencia, pero los demócratas perdieron.[20]Mientras planeaba su siguiente movimiento, en agosto de 1921, cuando contaba treinta y nueve años, se marchó de vacaciones a su residencia costera de la isla de Campobello, en Canadá. Tenía intención de navegar, pero de pronto sintió un dolor agudo en los músculos y la espina dorsal, creciente, hasta que se derrumbó, paralizado y con fiebre. Era incapaz de moverse, ni siquiera para vaciar los intestinos. Mientras luchaba desesperadamente por sobrevivir, los médicos debatían sobre el diagnóstico, hasta que por fin identificaron la polio, «una enfermedad infantil», como dijo el propio Roosevelt. Cuando la fiebre pasó, había quedado paralizado de cintura para abajo. Desde entonces desapareció, prácticamente, de la vida de sus hijos. «Esta fue la etapa de mi otro padre: el padre de las piernas muertas», dijo su hijo James.

Valiéndose de su «temperamento de primera», Roosevelt se centró en recuperarse. Pasó varios meses en Florida y luego buscó alivio en Warm Springs (Georgia), donde compró un balneario que reconvirtió en centro de hidroterapia, abierto a otros pacientes a

los que saludaba con su característica confianza jovial: «Chicos, chicas, ¿habéis sido buenos mientras papá estaba fuera?». FDR aprendió a impulsarse tortuosamente con unas muletas, desarrolló los músculos del pecho y los hombros, y podía sostenerse en pie con aparatos para las piernas. Pero estas no recuperaron la funcionalidad y los avances eran precarios. Intentó retomar la práctica jurídica y se cayó en público. «¡Nada de lo que preocuparse! Dame una mano por aquí...», dijo, sonriente, mientras le ayudaban a ponerse en pie. Dominó la enfermedad con una determinación vestida de una despreocupación tan irresistible como inescrutable; el aristócrata superficial se endureció con el aguante del sufrimiento y se arropaba con la empatía que su situación generaba. Eleanor lo cuidó un tiempo, pero renunció; desde entonces Roosevelt se acompañaba habitualmente de su relaciones públicas, Louis Howe (que solía llamarle «el Amo» o, a veces, «tonto de provincias»), y de una joven secretaria, «Missy» LeHand, que lo adoraba. Eleanor se procuró una vida propia, hizo campaña por el liberalismo y recurrió al mismo Howe para aprender a hablar en público.

«Creo que algún día Franklin será presidente», le dijo Howe a Eleanor. Mientras Roosevelt seguía esforzándose por recuperarse, en Europa la paz wilsoniana empezaba a descomponerse. Parecía que Alemania, y quizá gran parte de Europa, caería en manos de los bolcheviques.

En Rusia la retirada de las fuerzas alemanas desató una guerra étnica y civil, de una intensidad feroz; pero Lenin, insuperable en el pragmatismo, fue derrotando a cuantos le desafiaron, uno por uno, y luego inició la reconquista del imperio de los Románov. Trasladó a Moscú la capital de su Estado soviético —así nombrado por los *sóviets*, los consejos revolucionarios que habían surgido en la mayoría de las ciudades de Rusia y que ahora se utilizaban para disimular la dictadura—, le encargó a Trotski que reclutase a un ejército nuevo —un ejército Rojo— y a un noble polaco, Féliks Dzerzhinski, que formase una policía secreta para liquidar a los enemigos: la Checa.

Los enemigos de Lenin no eran imaginarios: en agosto de

1918 sobrevivió por poco a un golpe de Estado de sus propios aliados radicales; también le dispararon cuando iba a dar un discurso, pero no lo mataron. Sus Rojos lucharon a vida o muerte contra los Blancos, de ideario conservador. Otros revolucionarios nacionales declararon la independencia en Georgia, Ucrania, Finlandia, Polonia, Estonia y los otros países del Báltico. Las intervenciones de Estados Unidos, el Reino Unido, Francia y Japón fueron insustanciales y estuvieron mal coordinadas, y solo contribuyeron a romper el antiguo imperio zarista. Pero Trotski, que aún controlaba la región central, y más poblada, había reclutado ya a cinco millones de hombres en 1921, impuso un mando estricto y logró ir derrotando por separado a cada uno de sus enemigos.[21]

Todos los bandos desplegaron crueldades ingeniosas a una escala masiva: doce millones de personas perdieron la vida. Los Blancos no ofrecieron tierras a los campesinos, y sí un nuevo imperio ruso; por su parte Lenin arengó a los obreros, embaucó a los agricultores y ofreció autonomía nacional a las minorías. Lenin renunció a Finlandia y el Báltico, pero combatió por Ucrania, que era esencial para su nuevo Estado porque producía un tercio de los cereales de Rusia, dos tercios de su carbón y la mayoría del acero.[22]En abril el mariscal Piłsudski, que estaba de acuerdo con el guetman ucraniano Petliura en alinear a sus respectivos Estados —formando algo similar a una nueva Confederación Polaco-Lituana —, invadió Ucrania y, el mes de mayo, tomó Kiev. Lenin contraatacó y Kiev cayó en junio. Una vez que Moscú logró controlar Ucrania, los siguientes objetivos serían Polonia y Alemania.

Mientras Lenin combatía por Ucrania, los comunistas alemanes intentaron alzarse con el poder en Berlín y ocuparon Múnich; pero el presidente Ebert logró apaciguar a los soldados alemanes con el mensaje: «No os han derrotado». Ebert se alió con el ejército y las unidades paramilitares del Freikorps, asesinaron a los líderes marxistas en Berlín y, en abril de 1919, recuperó Múnich, matando a seiscientas personas.[23]

Hitler, que seguía formando parte de las fuerzas armadas,

ahora con veintinueve años, fue de los que se enfureció por la derrota de Alemania y empezó a defender la supremacía racial de los alemanes, paralela a un antisemitismo rabioso. En un curso de formación militar tomó la palabra en público por primera vez. «Vi una cara pálida, demacrada», recordaba uno de los instructores, «bajo un mechón de pelo que desde luego no tenía nada de militar, con un bigote recortado y unos ojos llamativamente grandes, de color azul claro, brillantes y con la frialdad de un fanático». Una voz gutural se dirigió a los otros estudiantes y «tuve la extraña sensación de que había logrado emocionarlos y, al mismo tiempo, que él solo estaba poniendo palabras a los intereses de estos», comentó el observador, y le dijo luego a un colega: «Uno de tus reclutas es un orador nato». Hitler adoptó la teoría de la «puñalada por la espalda» y afirmó que los traidores eran judíos, asociados a los comunistas: el judeo-bolchevismo.

«Hay que calar las bayonetas y comprobar», dijo Lenin, «si en Polonia la revolución social ya ha madurado». En el verano de 1920 invadió Polonia y designó como dictador a su jefe de la policía secreta, Dzerzhinski. Varsovia parecía condenada a caer y Europa contenía el aliento.

Bayonetas caladas: los reyes de Múnich, Siria e Irak

El 16 de agosto de 1920 Piłsudski, que contó con los consejos de oficiales británicos y franceses —entre ellos, un joven oficial francés llamado Charles de Gaulle— destrozó la ofensiva bolchevique. Lenin asimiló aquel golpe devastador. Al sur, por el contrario, Stalin tuvo más éxito y logró deshacer la independencia de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, con el petróleo de Bakú.[24]Los bolcheviques no conquistarían Europa, o no por el momento, pues Lenin debía conseguir que su Estado funcionara. En este mismo período, en Múnich —liberado del dominio comunista, pero no sin derramamiento de sangre—, Hitler, que espiaba para el servicio de inteligencia del ejército, tenía en el visor a un pequeño Partido Obrero Alemán, de orientación *völkisch*. Dejó las fuerzas armadas

cuando las fuerzas de Lenin fueron aplastadas en el Vístula y entró a dirigir ese partido, que rebautizó como Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán: el partido Nazi. «Fue una época maravillosa. La mejor de todas», dijo más adelante.

Hitler trabajó en su oratoria. Practicaba su gestualidad extrema como pudiera hacerlo un actor, y llegó a dominar las frases y los temas, con una combinación de pseudociencia racial, historia falsa, caballería medieval e imaginario religioso que atraía mucho a su público. Al principio hablaba en los sótanos abarrotados de las cervecerías bávaras, para atacar a los «criminales de noviembre», los políticos corruptos y los judíos. «¿Por qué somos antisemitas?», se preguntó en voz alta; contestó que porque los judíos «parasitaban a los otros pueblos» y respondían a «Mamón y el materialismo ... el único objetivo de los judíos [es] dominar el mundo». Y la única solución, a su juicio, «expulsarlos de nuestro pueblo».

A principios de 1921 formó la SA o *Sturmabteilung*, de tipo paramilitar, y a sus integrantes les proporcionó uniformes pardos y les encomendó luchar contra «nuestro enemigo, el judío». Los nazis atrajeron a dos héroes de la guerra, con buenas conexiones. Uno fue el capitán Ernst Röhm, herido por tres veces y con la cara marcada; el otro, Hermann Göring, hijo de un gobernador del África Suroccidental Alemana, piloto distinguido y condecorado, casado con una baronesa. Cuando la hiperinflación, los disturbios y las huelgas crearon una atmósfera de caída libre distópica, Hitler se convirtió en «el rey de Múnich», y se le unió incluso el general Ludendorff en persona, con un plan para hacerse con el poder. Se inspiraban en Italia.

En octubre de 1992, un veterano y periodista de aspecto robusto y mandíbula cuadrada —Benito Mussolini, líder del Partido Nacional Fascista y respaldado por los paramilitares «camisas negras» (o *squadristi*)— amenazó con emprender una marcha a Roma para alzarse con el poder de un reino que se descomponía a consecuencia de las pérdidas brutales sufridas en la guerra. Mussolini insistía en que las «plutodemocracias» (el Reino Unido y Francia) habían vetado que Italia recibiera la

compensación que merecía. El fascismo de Mussolini recibió este nombre por los fasces: la insignia del haz de varas de madera con un hacha que simbolizaba la autoridad de los cónsules romanos. Abogaba por instaurar un nuevo imperio romano que sustituyera a la democracia y derrotase al marxismo. Mussolini impresionó a muchos empresarios y aristócratas; y cuando amenazó con emprender la marcha sobre Roma, el rey Víctor Manuel III le invitó a acudir a la capital, sin necesidad de marcha.

El rey, apodado *Sciaboletta* («Espadita») por su escasa estatura (1,52 m), consideraba a Mussolini como un «hombre fuerte» esencial, como Crispi.[25]Mussolini, con una imagen característicamente fálica, desdeñó al rey por ser su «anticonceptivo», un hombre «demasiado pequeño para una Italia destinada a la grandeza». Mussolini creía que su libido de toro era una extensión de su poder y se jactaba de que «el genio se encuentra en los genitales». Llegó a Roma en tren, lo nombraron primer ministro y recurrió al terror para someter a Italia. Pero el nuevo culto al dictador-superhombre suponía un rechazo trascendente de la rutina trivial, una proyección de lo extraordinario que la masa podía compartir. Hitler se creía capaz de hacer lo mismo y trazó un plan para hacerse con el poder. En el este, Faisal y Lawrence también se esforzaban por corregir las decisiones de los Aliados. El 7 de marzo de 1920, en Damasco, Faisal fue proclamado rey de una Gran Siria cuyos territorios incluirían hoy los de Siria, el Líbano e Israel.

Faisal era consciente de que ocupaba mandato francés e intentó negociar con Clemenceau, pero los sirios no aceptaban la autoridad francesa y obligaron a Clemenceau a actuar. Lawrence, a partir de la promesa británica de favorecer el sionismo dentro de este reino árabe, organizó reuniones entre Weizmann, el líder sionista, y Faisal, que respaldaba la inmigración judía pero a condición de que esta se le subordinara. Todo esto formaba parte del plan de Lawrence, que preveía asimismo dar Irak a Abdullah, el hermano mayor de Faisal.

Pero los franceses estaban resueltos a reclamar su nuevo imperio y derrotaron al ejército harapiento de Faisal. Aunque creía

en las bondades del «primero coge, luego pregunta», Faisal comprendía «el arte de la política flexible. Los sirios habían perdido la independencia por hacer hincapié en un "todo o nada"».

El 12 de marzo de 1921, en el hotel Semíramis de El Cairo, Churchill —que había pasado a ser secretario de las Colonias en el gobierno de Lloyd George— se congratulaba con la expectativa de una reunión de sus «Cuarenta Ladrones»: expertos que redibujarían el mapa del Asia occidental, entre los que figuraban Lawrence, sir Percy Cox y Gertrude Bell. Esta, en cambio, pensaba que «podrías buscar en nuestra historia, de principio a fin, sin encontrar a quien la conozca peor que Lloyd George y Churchill».

La primera tarea de Churchill era aplastar las rebeliones antibritánicas iniciadas en Irak por los chiíes, los suníes y los kurdos; Mahmud Barzani, jefe de estos últimos, se había declarado rey. Churchill ordenó que la Real Fuerza Aérea —la RAF— bombardeara a los rebeldes («será un campo de instrucción maravilloso») y concibió un sistema más económico para gobernar los mandatos. El Reino Unido dirigiría Palestina directamente y, aunque se daba la bienvenida a los inmigrantes judíos, en realidad no se hizo ningún plan para la teórica «patria judía»; por otro lado, se ofrecería Irak a los hachemíes. Sin embargo Churchill no tardó en aprender que los hachemíes no eran lo que decían ser: «No me había dado cuenta de la debilidad inherente a la posición del rey Hussein ... La posición del rey Ibn Saúd es mucho más sólida».

El rey Hussein —una suerte de rey Lear árabe— contemplaba con furia la evolución, desde su palacio de La Meca; estaba furioso no solo por la traición de los británicos, sino también por la traición filial. Hussein había mostrado un desdén arrogante por Abdulaziz, pero el jeque saudí desplegó ahora a un ejército wahabí fanático, los Ijwan —Hermanos—, cuyo grito de guerra era: «¡Soplan vientos del cielo!». El saudí se vanagloriaba de que su wahabismo era «la más pura de todas las religiones del mundo», y añadió a la vez: «Yo soy el Ijwuan; nadie más».

En mayo de 1919 Abdullah avanzó hacia la capital saudí, Riyad. Tras oír rumores de que los británicos le darían Irak a Faisal, Abdulaziz llegó a la conclusión de que el Reino Unido «me

ha rodeado de enemigos». Sus Ijwan se arrastraron al campamento de Abdullah, que no sospechaba nada, gritaron: «¡Soplan vientos del cielo!» y masacraron a la mayoría de sus ocho mil hombres; para salvar la vida, el príncipe tuvo que apresurarse y rajar la parte trasera de su tienda y salir galopando tal cual iba vestido, con la ropa de dormir. Hussein estaba acabado y los saudíes, en ascenso.

En este punto Churchill le ofreció el trono de Irak a Faisal: se le confirmaría mediante un plebiscito y tendría que gobernar bajo la protección británica. Faisal aceptó. En agosto de 1921 lo coronaron como rey en Bagdad, mientras el procónsul británico, Cox, gritaba: «¡Larga vida al rey!» y los soldados del Regimiento de Dorset disparaban una salva. Faisal —de cara alargada, ojos tristes y carácter prudente— gobernó por medio de gabinetes de notables suníes, grandes judíos y su lugarteniente de la Revuelta Árabe: Nuri al-Saíd. Dominaron Irak hasta la caída macabra que se produjo tres décadas más tarde.

Abdullah se encolerizó con Faisal. La pérdida de Irak lo enfureció, «aun si pertenecía a su hermano», y al mando de treinta oficiales y doscientos beduinos entró en el sector oriental de Palestina —Transjordania— y tomó la ciudad de Maan (Ammán). Abdullah era un *bon vivant*, «atractivo, de hablar delicioso, amigo de los chistes y las risas», en opinión de Faisal; «un buen conocedor de la poesía» al que le gustaba disparar contra manzanas situadas sobre la cabeza de sus sirvientes.

Churchill le dio su feudo. «El emir Abdullah está en Transjordania, donde le puse una tarde de domingo, en Jerusalén», escribió Churchill. Resultó ser el más capaz de los hachemíes —su familia aún gobierna en Jordania en el siglo XXI—, pero no tardaron en perder Arabia.[26]

En marzo de 1924 Hussein se proclamó califa, pero su mala gestión de La Meca ofendió a la mayoría de los musulmanes y avergonzó a sus propios hijos. Abdulaziz ibn Saúd atacó Taif, la zona turística de La Meca. Los Ijwan expulsaron al príncipe Ali, hijo de Hussein, y masacraron a trescientos civiles. Ali huyó a refugiarse con su padre, que lo recibió a gritos, pero el mensaje era claro. Hussein abdicó a favor de Ali —rey de Heyaz— y se marchó

en una caravana de coches que cargaba un botín de latas de keroseno llenas de monedas. Sus guardaespaldas negros iban montados en los estribos de los automóviles.

El rey Ali quedó a la espera en Yida, mientras los camelleros de Abdulaziz irrumpían en La Meca voceando: «Los pueblos de La Meca, vecinos de Dios, están bajo la protección de Dios y de Ibn Saúd». Aquel noviembre Abdulaziz entró en La Meca montado en un camello y se postró de rodillas ante la Ciudad Santa, como un humilde peregrino. Puso cuidado en dar la imagen de nuevo Guardián de los Dos Santuarios. Cuando el rey Ali huyó en un barco, se proclamó a Abdulaziz rey de Nachd y sultán de Heyaz. 112 años después, los saudíes habían regresado.

Las disposiciones árabes de Lloyd George y Clemenceau duraron veinte años; pero su reparto de los territorios otomanos, que le concedieron un imperio a Grecia, ya se estaba derrumbando. El intrépido general otomano Kemal lideró un despertar turco que hizo trizas sus planes.

Los Pahlaví y los Song, los Roosevelt, los «mafiosi» y los Kennedy

Atatürk, Reza, Lenin: Padre de los Turcos, Luz de los Iraníes
y el más genial de los genios

Kemal —rubio, de ojos azules, ágil— era hijo de un soldado turco y una madre abjasia; se crió en Tesalónica, se unió a los Jóvenes Turcos y combatió contra los italianos cuando tomaron Libia, en 1911, y luego contra los búlgaros en Tracia, en 1912. Había advertido a Enver que no debía unirse a Alemania en la guerra; pero la fama se la había labrado en Gallipoli, antes de detener a los rusos en el Cáucaso y frenar a los británicos en Siria. Ahora se enfrentó al reparto anglo-francés de las tierras otomanas centrales, que había concedido diversas franjas a la «Gran Idea» —el nuevo imperio griego—, gracias en buena medida al entusiasmo de un clasicista como Lloyd George.

En septiembre de 1921 el mariscal Kemal, portavoz de una Gran Asamblea Nacional en Ankara, detuvo a los griegos; en agosto del año siguiente, en una batalla en la que chocaron cuatrocientos mil hombres, los derrotó en Dumlupınar e irrumpió en la cosmopolita ciudad greco-turca de Esmirna, donde —entre escenas de una masacre infernal— los griegos fueron expulsados en lo que bautizaron como «la Catástrofe». El fiasco le costó el puesto a Lloyd George. En noviembre Kemal abolió la monarquía. El último sultán, Mehmed VI, se marchó a bordo de un buque de guerra británico, aunque temporalmente se instaló como califa a un primo suyo. Kemal, a sus cuarenta y tres años, fue elegido presidente de una nueva república de Turquía, que los Aliados reconocieron. Se

acordó un desplazamiento demográfico —que afectó a 350.000 turcos y 1.100.000 griegos—[1]y se canceló la independencia de Armenia y el Kurdistán. Kemal se mostró implacable con sus oponentes, a quienes se asesinó o ahorcó;[2]también masacró y bombardeó a los rebeldes kurdos que amenazaban su régimen.

Kemal tenía una visión sobre lo que la nación turca debía ser. Rechazó la decadencia otomana, separó la religión de la política, encargó un alfabeto turco en letras latinas, fundó la universidad de Ankara, liberó a las mujeres del velo y aprobó tanto el sufragio como la educación femeninas. Trasladó la capital a Ankara y en la ciudad que pasó a llamarse oficialmente Estambul convirtió Hagia Sophia —la iglesia construida por Justiniano que Mehmed II había transformado en mezquita— en un museo. También dispuso que, por vez primera, los turcos adoptaran apellidos: él pasó a ser Atatürk, «el Padre de los turcos».

Atatürk fue un autócrata sultanesco, que vivía en los viejos palacios otomanos e iba de crucero en el yate presidencial; aunque era un epicúreo disipado, un mujeriego con una vida complicada y un bebedor de raki sin moderación, también fue un *paterfamilias* generoso, que adoptó a trece huérfanos.[3]Él no llegó a convertirse propiamente en sultán, pero fue la inspiración de otro general que sí se convirtió en sha.

El 25 de abril de 1926, en el salón del Palacio de Golestán, en Teherán, un militar alto, de orígenes oscuros, se alzó la corona sobre su propia cabeza y fue ensalzado como sha de Irán. En unos pocos años había pasado de mozo de cuadra a monarca y creó una dinastía que gobernó hasta la década de 1970 y que, temporalmente, devolvió Irán a una posición de poder y riqueza. Era un rigorista severo y sin formación cultural, hijo y nieto de militares, irascible e inflexible. Reza había nacido en la provincia de Mazandarán, junto al mar Caspio, y se había unido al Regimiento de Cosacos persas que habían organizado los asesores rusos. Jinete diestro y experto en el manejo de las Maxim, ascendió al grado de comandante y se casó con la hija del general más destacado del país, justo en el momento en que Persia se descomponía. Su petróleo era esencial para el poder británico. En

1906 el sha Qachar se había visto obligado a aprobar una constitución, pero el país estaba dominado por el Reino Unido y Rusia. Tras la revolución leninista el general británico Edmund Ironside expulsó a los soviéticos y buscó a un hombre fuerte. En ese proceso conoció a Reza. «Con cerca de 1,85 m de altura, si no más», comentó Ironside, «los hombros anchos, la nariz aguileña y los ojos chispeantes le daban una apariencia distinguida».

Reza parecía un hombre de paja ideal. En 1921 propuso hacerse con el poder. Cuando los británicos accedieron, «empezó a bailar, a silbar, a chasquear los dedos», recordaba uno de sus hombres. Reza entró en Teherán con seiscientos jinetes, derrocaron al primer ministro, colocaron a un sustituto y él asumió la posición de ministro de Guerra. Anunció su llegada con carteles que empezaban diciendo: «Mando...». Después de aplastar a caudillos rebeldes, Reza emergió como un reformador visionario, un patriota apasionado y un autócrata paranoide, mientras el joven sha estaba en Europa, enfurruñado y sin ningún poder.

En octubre de 1925, cuando el Machlis (parlamento) debatió acabar con los Qachar e instalar a Reza como sha, también estuvieron presentes dos futuros potentados. Un terrateniente rico y educado en París, Mohammad Mosaddegh —que a sus cuarenta y tres años ya había sido ministro de Exteriores— advirtió de que la capacidad de Reza desaconsejaba que fuera un simple monarca constitucional. Por su parte un estudiante de historia y erudición islámica en el seminario de Qom —y poeta ocasional— de tan solo veintitrés años, Ruhollah Jomeiní, contemplaba los debates con disgusto: le molestaba tanto la interferencia extranjera como el ascenso de un general tan poco religioso. Los secuaces de Reza asesinaron a un opositor en las escaleras del propio Machlis; aunque en realidad mataron al hombre equivocado, consiguieron su objetivo y, en diciembre, el parlamento dio su aprobación a una nueva monarquía.

En la coronación, un aristócrata urbano, Abdolhossein Teymourtash, le presentó la corona a Reza, que contaba entonces cuarenta y ocho años y vestía uniforme y la capa real. Teymourtash —un tipo refinado, aficionado a las mujeres, las

apuestas y las bebidas, y criado en San Petersburgo— diseñó la nueva monarquía: se recitó el *Shanamé* de Ferdousí y se recordaron palabras de Ciro y de Darío. Inspirándose en su aliado Atatürk, Reza dispuso que los persas usaran apellidos y vistieran ropa occidental; que las mujeres se quitaran el velo y asistieran a la escuela; además construyó ferrocarriles, fábricas, carreteras, escuelas laicas y una universidad en Teherán. Solía manejar un bastón, enojarse con una nación de súbditos «prejuiciosos e ignorantes» y dar de palos a quien le contradecía. A los insubordinados los pateaba en la entrepierna; y aunque de boquilla respetaba a los poderosos mulás, cuando un ayatolá hizo un comentario sobre la forma de vestir de las hijas del sha, lo abofeteó.

Una cosa le importaba a Reza por encima de todas las otras: debía sucederle su hijo Mohammad, entonces de seis años (nacido junto con una hermana gemela, Ashraf). Lo apodaba «Ave de buenos augurios». Pero como temía que cualquier acto de tolerancia pudiera fomentar en él la homosexualidad, padre e hijo se trataban de «señor» y Mohammad lo consideraba un hombre «sumamente aterrador». Sin embargo su madre, Tadj ol-Molouk, le enseñó que el destino le reservaba un lugar especial.

Teymourtash también fue influyente: el primer amor de Mohammad fue la hija de este ministro. Mohammad pudo escapar del padre precisamente porque Teymourtash había recomendado que estudiara en Le Rosey, en Suiza. Aquí, desde los once años, el príncipe heredero pudo descubrir los placeres del sibaritismo occidental y, con el tiempo, encontró también a un amigo, Ernest Perron, jardinero de la escuela, de veintitrés años. Perron era también un maestro auxiliar, en la materia de poesía, y le dio a conocer a Rabelais y Mozart. No era, desde luego, la clase de instrucción viril que Reza había deseado para su heredero.

Mientras Atatürk y Reza iban dando forma a sus nuevos Estados, el tercer creador, Lenin, también forjaba una Rusia nueva, sin tomar en consideración los costes humanos. «Una revolución sin pelotones de fusilamiento es absurda», dijo, y en las órdenes que impartía a sus esbirros reclamó frenéticamente auténticas

matanzas. Concibió un Estado que gobernaría él mismo, como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (cargo equivalente al de un primer ministro), que controlaría exclusivamente un Partido Comunista de pocos miembros y que, de hecho, regiría una reducidísima camarilla de líderes. Este gabinete, que recibió el nombre de Oficina Política (politburó), estaba dominado por el talentoso Trotski y por Stalin. Asumieron una prerrogativa casi sagrada, por la que tomaban decisiones en nombre del pueblo; fue lo que Lenin denominaba «dictadura del proletariado». Mientras Lenin instituyó, de forma temporal, un capitalismo suave que permitiera salir adelante a un país arruinado por la guerra, debatía con Stalin cuál debía ser su conformación étnica. Sus objetivos eran mantener Ucrania y controlar los países «limítrofes» (con el término que ya se usaba en el imperio romano). Stalin, que era de Georgia, propuso una federación soviética; los bolcheviques de etnias como la ucraniana y la georgiana, entre otras, querían ser independientes de los rusos. Lenin, que odiaba el «chovinismo de la Gran Rusia», se mostró de acuerdo. Pretendía incluir a los ucranianos en esa federación, pero no a los polacos; propuso una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Europa y Asia, en la cual los cuatro pueblos principales tenían repúblicas propias. Así se satisfacían las aspiraciones de los ucranianos y georgianos que habían apoyado la revolución con el objetivo de huir de «la prisión de naciones» del zarismo. La gran ventaja era que, técnicamente, los pueblos podían «retirarse» en el momento que lo quisieran, pero «nunca marcharse». El defecto principal era que, si el Partido se debilitaba, las repúblicas podrían alzarse con la independencia teórica y dar un paso fácil de república federada a Estado separado. Pero nadie le dio mayor importancia. No era probable que tal cosa fuera a pasar nunca.[4]

El esfuerzo acabó con Lenin. En mayo de 1922, mientras descansaba en una dacha a las afueras de Moscú, sufrió un ictus que le dejó medio paralizado y sin posibilidad de hablar. En el teatro Bolshói, el 28 de diciembre, Stalin encabezó la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en la que dentro de

repúblicas como la de Ucrania o Georgia se fomentaron las culturas nacionales. Cuando Lenin regresó al Kremlin sufrió otra apoplejía. Como todos los líderes, creía ser irremplazable. Contrapuso a Stalin —su esbirro georgiano, arbitrario pero modesto en apariencia—, en funciones de secretario general, como contrapeso al altivo y llamativo Trotski, que era comisario de Guerra. Después le rogó a Stalin que le diera cianuro, para poder suicidarse; a lo que Stalin se negó. Pero mientras que Trotski apenas trabajó para crearse una fracción propia, en cambio Stalin —sociable, accesible, sencillo— cultivó aliados entre los duros *práktiki* de las provincias, que preferían su carácter adusto al arrogante de Trotski. Por otro lado los rusos nunca iban a apoyar a un líder judío. Cuando se puso de manifiesto que Stalin deseaba hacerse con el poder por cualquier medio, Lenin, ya paralizado, intentó eliminarlo; pero era demasiado tarde. Aunque Trotski y los demás ideólogos presuntuosos seguían subestimándolo, Stalin ya estaba tomando decisiones: en enero de 1923 dio su apoyo a Sun Yat-sen, quien, después de treinta años, por fin encontró a un mecenas potente.

Las hermanas Song: Sun, Chiang y Mao

Sun y su joven esposa Qingling Song habían estado cinco años oscilando entre el poder y el desastre. En 1917, con el respaldo de los alemanes, Sun tomó el mando en Cantón y se proclamó gran mariscal, pero lo derrocaron con prontitud. Coincidiendo con la enfermedad de Lenin, Sun volvió a Cantón como presidente hasta que, en junio de 1922, uno de sus generales intentó asesinarlo. Sun escapó al puerto y no tuvo escrúpulos en dejar tras de sí a su esposa embarazada, como cebo que diera margen a su huida. Según los recuerdos de ella, era «una lucha a vida o muerte» en la que «literalmente, estábamos enterrados por un infierno de disparos incesantes», tras lo cual «me disfracé de vieja campesina, con un guardia vestido de mendigo...». Perdió a la criatura que esperaba, pero ella y Sun pudieron reunirse de nuevo y hallaron la protección de un joven general del KMT, Chiang Kai-shek, que les

preparó un refugio en Shanghai mientras Sun rogaba la ayuda de Moscú.

Poco después de que Lenin hubiera dado el golpe de Estado, Sun había enviado un telegrama para manifestar su admiración por aquel «gran hombre». Sun y Lenin compartían algunos rasgos. «Me he dado cuenta», comentó Meiling Song, «de que los hombres de más éxito no son, por lo general, los de más genialidad, sino los que tienen una fe tan depurada en sí mismos que invariablemente acaban por hipnotizar a los demás como se hipnotizan a sí mismos». Lenin había ordenado fundar un Partido Comunista chino, pero era minúsculo. Moscú se puso de parte de Sun.

El 21 de enero de 1924 Lenin murió. Contaba solo cincuenta y tres años y había dispuesto un entierro sencillo. Stalin, el exseminarista, recitó: «Juramos por ti, camarada de Lenin», con un credo de devociones al «mayor de los genios del proletariado»; y ordenó embalsamar a Lenin y exhibirlo —como un *tsar-batiushka* («padrecito») soviético, pero de aires casi cristianos— en un mausoleo de pórfido rojo. «Nosotros, los comunistas, somos de una pasta especial. Salimos de un molde especial», dijo Stalin. De eso ya no cabía duda. Mientras internamente iba apartando a sus rivales en el Partido y fomentaba el «socialismo en un único país», también le envió fondos a Sun, que financió con ellos la Academia Militar de Whampoa y la instrucción de sus fuerzas armadas. A cambio Sun le permitió controlar Mongolia y Xinjiang e incrustó al nuevo Partido Comunista chino en la dirección del KMT. Sun —aconsejado por Qingling y el hermano de esta, T. V. Song, y armado por Stalin— planeaba conquistar el norte de China, una región infestada de caudillos, mediante una campaña que capitanearía Chiang Kai-shek, a la sazón de treinta y siete años. Entre los comunistas que llegaron al cuartel general del KMT en esta época figuraba una figura alta y desaliñada, de pelo desordenado: Mao Zedong, de treinta y un años. Junto con Sun, estos dos personajes decidieron el destino de China para el resto del siglo.

El pelón Chiang era violento e irascible, pero emocional; este hijo de un comerciante de sal, nacido en la pobreza, se empoderó

gracias a una madre con la que le unió una relación de adoración mutua. Se había formado en el ejército japonés; en 1911 se unió a la Banda Verde de Shangái y se hizo adepto de la causa de Sun. En este momento Sun lo envió a Moscú, donde Chiang se disgustó con la arrogancia bolchevique (en especial, la de Trotski), sus dogmas y sus ambiciones veladas sobre China. Pero no reveló lo que sentía, antes al contrario, envió a su único hijo —de su primera esposa, Chiang Ching-kuo— a estudiar a la universidad Sun Yat-sen, recién creada en Moscú. Por su parte Qingling, aunque su hermano era un entusiasta del capitalismo, se hizo marxista.

Mientras Sun, a sus cincuenta y ocho años, preparaba la Expedición del Norte, le diagnosticaron un cáncer de hígado. En el lecho de muerte sancionó la alianza con los soviéticos y le pidió a Qingling: «Quiero seguir el ejemplo de mi amigo Lenin y que mi cuerpo se embalsame», e insistió en que le construyeran la tumba en la montaña Púrpura, en Nankín, cerca de Zhu Yuanzhang, fundador de la dinastía Ming. Los ecos del culto a Lenin llevaron prácticamente a divinizar a Sun como Padre de China y Liberador de la Nación. Chiang destacó entre los candidatos a suceder en el liderazgo, porque «tengo una buena posición», según le dijo a su esposa. «Pero me falta el prestigio. Tengo que acercarme a la familia Song», añadió. A la familia le parecía bien.

En junio de 1926, la hermana mayor, Ailing —casada con un banquero adinerado, H. H. Kung— invitó a Chiang a cenar. Lo sentaron entre la azafata y su hermana menor, Meiling, ambas vestidas con *cheongsams* glamurosos y brillantes. Meiling se sorprendió al descubrir que el general irascible y poco refinado era un hombre serio y sensible; por su parte Chiang vio una ocasión de casarse con la cuñada de Sun.

Poco después Chiang, ya en funciones de comandante en jefe, dirigió la Expedición del Norte y ganó terreno en la región; pero sus éxitos empoderaron a los comunistas del gobierno. Mao Zedong, que era a la vez nacionalista y marxista radical, trabajaba con el KMT como miembro alternativo de su Comité Ejecutivo Central: en una fotografía de grupo se le puede ver al lado de Qingling y T. V. Song. Era hijo de un granjero acomodado de

Hunan —nunca perdió el acento de la región—, con el que se había enfrentado; en cambio «yo adoraba a mi madre», admitió, una budista de pies vendados, los «lirios dorados de tres pulgadas» que en esa época se consideraban una definición de la belleza. Aprovechó la condescendencia de la madre para gozar de una juventud sin preocupaciones, durante la que escribió poesía; luego se unió a un ejército republicano, se formó como maestro y empezó a leer sobre historia y luchas: «Cuando los Grandes Héroes dan rienda suelta a sus impulsos son magníficamente poderosos, tormentosos, invencibles ... como un huracán en un desfiladero, un maníaco sexual en celo, al acecho de una amante». La emoción de los conflictos y del poder sobre la vida y la muerte nunca se ha expresado mejor que en ese pasaje. «La guerra revolucionaria es una antitoxina que no solo elimina el veneno del enemigo, sino que nos purga también de la propia suciedad», decía.

Cuando se fundó el Partido Comunista, en Shangái, asistió a la primera reunión. Aunque cooperase con el KMT, Mao se centraba en la reforma agraria, con una concepción y un talante implacablemente radicales. Era un hombre impulsivo y sin escrúpulos, un manipulador supremo de personalidades que sabía expresarse con elegancia, un lector impenitente, entusiasta de la historia, provisto a la vez de una memoria soberbia y de un afán despiadado de dominación. Como tantos otros, estaba influido por el darwinismo social, que encajaba con la lucha de clases del marxismo. Mao creía que «al ser humano, la paz duradera le resulta insoportable», puesto que «nos encanta navegar en aguas agitadas». Por lo tanto había que «destruir y reformar» China para que pudiera alzarse de nuevo de sus cenizas.

Cuando Chiang conquistó Wuhan, los comunistas, con el respaldo de la señora Sun, se hicieron con el poder y, mientras unidades menores de sus ejércitos Rojos se adueñaban del territorio, iniciaron un reinado del terror. El Congreso del KMT quedó secuestrado por su minoría comunista y los comunistas de Shanghái —encabezados por un líder joven y sutil, Zhou Enlai— se adueñaron a su vez de los negocios: Chiang estaba perdiendo el control de China. Los Song instaron a actuar. Chiang reclutó como

aliado al jefe gansteril «Orejones» Du, planeó un contragolpe y preparó listas negras en las que figuraban, entre las futuras víctimas, tanto Mao como Zhou.

El hijo de Chiang seguía en Moscú, pero su postura al respecto era clara: «no puedo sacrificar los intereses nacionales por mi hijo». El 12 de abril de 1927 se lanzó al ataque: «Orejones» Du y su banda decapitaron a comunistas en las calles de Shanghái y masacraron a diez mil personas. «Es mejor matar a mil inocentes que permitir que un solo comunista escape», dijo Chiang. Mao logró huir y se juntó con un ejército comunista que, algo más tarde, inició una sublevación que fue sofocada por completo. Tras ser degradado por «oportunismo militar», Mao se refugió en un enclave comunista de Jiangxi, pero la purga de Chiang le enseñó una lección que no olvidaría: «El poder viene del cañón de las armas», como le dijo a un legado de Stalin.[5]Tras tomar el mando en Jiangxi, le llamó la atención un graduado de la Academia de Whampoa, el flaco y neurótico Lin Biao, de veintiún años; más adelante sería el mejor de los generales comunistas, y el heredero designado de Mao, que no obstante halló la muerte al intentar derrocarlo. Mao pudo sentir muy de cerca la ferocidad de la lucha cuando el KMT decapitó a su esposa; no tardó en casarse de nuevo con una camarada joven con la que tuvo más hijos. Mientras Zhou organizaba tareas clandestinas en Shanghái, Mao celebraba ejecuciones públicas de terratenientes en los mítines del Partido, con declaraciones como: «La revolución no es un banquete, ni un ensayo, ni una pintura, ni un bordado», sino «un acto violento por el cual una clase derriba a otra». Stalin comentó que Mao era «insubordinado, pero exitoso», y empezó a apoyarlo.

Por su parte Chiang cortejaba a Meiling Song, a la que invitó a una serie de citas. Aceptó estudiar el cristianismo y renunciar a sus concubinas. En septiembre de 1927 se prometieron y en diciembre se casaron, con «la mayor boda que Shanghái ha visto nunca», escribió una Meiling que domesticó a Chiang y se convirtió en su asesora principal. Meiling evitaba los vestidos occidentales y siempre vestía un *cheongsam* de seda abierto hasta a la rodilla por los dos lados. No se trataba de un romance apasionado: «Mi marido

fue mi oportunidad. Con él podría trabajar incesantemente por el fortalecimiento de China».

Chiang instaló su dictadura en Nankín con los títulos de presidente del Consejo de Estado y de generalísimo. Despreciaba al pueblo chino —«cadáveres andantes», «perezosos, indiferentes, corruptos, decadentes»— y no confiaba en nadie; creó órganos rivales de la policía secreta cuyos agentes asesinaban y torturaban a los rivales. Cuando Chiang ordenó ejecutar a un camarada comunista, la señora Sun le gritó que era un «¡Carnicero!»; él planeó luego asesinarla en un falso accidente de coche, pero al final canceló el atentado.[6]

Sin embargo más al norte, un imperio agresivo ansiaba expandirse. El Tigre de Mukden, el gran mariscal Zhang Zuolin, seguía dirigiendo Manchuria con el apoyo de los japoneses. El 25 de diciembre de 1926 Hirohito fue nombrado emperador, en un momento en el que sus generales pretendían dirigir la nación. Una facción del ejército nipón, denominada Camino Imperial, vio en el nuevo reino una ocasión perfecta para eliminar a los políticos liberales, de tendencia cautelosa, e instaurar una dictadura nacionalista y militarista presidida por el emperador: disponer de un imperio chino era un derecho de Japón como gran potencia.

Había dos obstáculos, dos hombres en su camino: en Manchuria, el mariscal Zhang; en el resto de China, Chiang Kai-shek. Sin permiso alguno de Tokio, los generales japoneses resolvieron el primero de los problemas: el 4 de junio de 1928, hicieron saltar por los aires el tren del mariscal. Manchuria fue heredada por «el Mariscal Joven» —el hijo del Tigre, adicto al opio —, pero su control era muy débil. Luego debían resolver el asunto de Chiang, que había emergido como líder nacional en la misma época que el hombre que, a la postre, acudiría en su ayuda.

El 6 de noviembre de 1928 Franklin Roosevelt protagonizó un renacimiento asombroso. El candidato demócrata a la presidencia, Al Smith, había propuesto que FDR aspirase a la gobernación de Nueva York, al suponer que un discapacitado nunca estaría en condiciones de competir con él en la arena nacional. Aunque había que sacarlo de los coches y ayudarlo a subir de los estrados,

Roosevelt demostró que Smith se equivocaba. «Bueno, ¡aquí está el tullido incapaz del que habla mi rival! ¡Mi decimosexto discurso de hoy!», dijo desde la tarima.

JAZZ: ROOSEVELT, JOSEPHINE BAKER, LUCKY LUCIANO Y LOS TURBULENTOS AÑOS VEINTE

Los resultados sorprendieron a todos, incluso al propio Roosevelt: él venció en las elecciones al puesto de gobernador y, en las presidenciales, Smith sufrió una derrota clara ante Herbert Hoover. Un periodista le preguntó a ella cómo se sentía: «La victoria de mi marido no me emociona. No me afecta. ¿En qué me puede cambiar la vida?». Roosevelt prometió «una era de sentirse bien».

Aunque Estados Unidos se había quedado al margen de la Sociedad de Naciones que proponía Wilson, su economía prosperaba, la bolsa subía, los años veinte avanzaban entre lo feliz y lo turbulento que ha quedado como nombre de la década. En el propio país, donde el alcohol seguía prohibido, los estadounidenses bebían en tugurios clandestinos (en inglés se los conocía como «tigres ciegos») al sonido del jazz (palabra a su vez derivada de *jasm*, que entre los músicos negros de Nueva Orleans designaba la energía sexual). El jazz, con su fusión del *blues* afroamericano y estilos sincopados como el *ragtime* y el *jig piano,* se desarrolló precisamente en Nueva Orleans. La balada seminal, «Strange Fruit», cantada por Billie Holiday, narra un linchamiento: la mayoría de los movimientos musicales que triunfaron en Euroamérica en el siglo XX se arraigaron en el horror y la pasión de la experiencia afroamericana. F. Scott Fitzgerald, un novelista joven que en *El gran Gatsby* hizo la crónica de la riqueza despreocupada y los pasados misteriosos de los nuevos grandes de la sociedad, denominó Era del Jazz a este período. En Chicago y Nueva York se levantaban al mismo tiempo rascacielos vertiginosos. El jazz fue adoptado por estadounidenses blancos que gastaban el dinero conseguido con las industrias, la bolsa o la delincuencia, en clubs glamurosos dirigidos por gánsteres italianos,

irlandeses y judíos que servían whisky escocés y canadiense. Lucky Luciano fue reclutado como sicario por el gordinflón y epicúreo padrino neoyorquino Joe Masseria; Meyer y Bugsy le ayudaron a menudo en los asesinatos. Masseria tuvo rivales que le discutían el puesto y sobrevivió —con tan solo dos agujeros de bala en el sombrero— a un intento fulminante de asesinato en el que los sicarios disparaban metralletas sin tregua desde los estribos de un automóvil. Emergió como *capo di tutti capi* (jefe de todos los jefes) y obligó a los otros *mafiosi* de Detroit y Buffalo a pagarle tributo.

«El Cerebro» Rothstein fue un ejemplo paradigmático de esta década turbulenta. Era un hombre violento y elegante, que se reunía en los hipódromos, restaurantes y tugurios clandestinos rodeado de sus guardaespaldas; pero ni siquiera él pudo controlar su adicción a las apuestas, que acumuló deudas que le costaron la vida. Murió tras un tiroteo, en 1928, pero incluso moribundo en el hospital se negó a revelar quiénes habían sido los asesinos. «Usted a sus asuntos y yo, a los míos», le dijo a la policía y añadió, en tono de broma: «Habrá sido mi caballo».

En París, la conclusión de la guerra y el fin de la pandemia desató la *joie de vivre* y dio paso a unos Años Locos (*années folles*) en los que un exoficial negro, Jim Europe, con la orquesta de su Regimiento de los Harlem Hellfighters, trajo a la ciudad el ragtime y el charleston. La Revista Negra (Revue Nègre) fascinó a París con su estrella mestiza Josephine Baker, de Misuri, que había empezado bailando en las esquinas de Saint Louis, pero odiaba el racismo de su país: «Estados Unidos me resultaba sencillamente insoportable y fui de las primeras estadounidenses de color que nos mudamos a París», dijo la joven de diecinueve años, que tomó la ciudad al asalto, bailando casi desnuda, salvo por el taparrabos de bananas. Era «la mujer más sensacional que nadie ha visto nunca», rememoraba un novelista estadounidense, Ernest Hemingway. Las novedades no se limitaron a la música: en 1927 Baker fue la primera protagonista afroamericana de una película, *La sirena de los trópicos* —una producción muda, francesa—, pero el cine que conquistó el mundo fue el que venía directamente de Estados Unidos. Aunque una familia de inmigrantes rusos fue la pionera del

«cine sonoro», quien hizo una primera fortuna con el cine fue un banquero piratesco, un irlandés que con ello ayudó a convertir a su familia en toda una dinastía política de Estados Unidos.

«Rin Tin Tin»: Kennedy, el Cesarito y FDR

El 6 de octubre de 1927, en un cine de los hermanos Warner, en Nueva York, se estrenó la primera película sonora de esa compañía, *El cantante de jazz*, que utilizaba el nuevo sistema Vitaphone. Cuando la estrella, Al Jolson, pronunció su famoso: «Esperen un momento, que aún no han oído nada», el público reaccionó asombrado, casi histérico. La película generó 2.600.000 dólares para la Warner, e inauguró una nueva era.

Edison, gracias a su patente, pudo reclamar el monopolio sobre las películas hasta 1915, cuando se anuló. Pero en ese momento ya había otros rodando cine mudo. Cuando Edison falleció, en 1918, una generación de judíos rusos —peleteros, guanteros, zapateros— se había mudado a Hollywood, donde el clima soleado era ideal para los rodajes. En 1917 cuatro hermanos habían fundado Warner Brothers, que empezó ganando dinero con una película sobre las atrocidades alemanas, perdió más dinero aún con un relato sobre una enfermedad venérea y luego generó una fortuna con una serie protagonizada por el perro *Rin Tin Tin*, que en opinión de Jack Warner era más inteligente que la mayoría de sus actores.

En un contexto en el que quince mil salas exhibían películas por todo Estados Unidos y millones de personas escuchaban la radio, el negocio atrajo a un banquero de Boston, Joe Kennedy, el vigoroso y rubio bostoniano que se presentaba como el «presidente de banco más joven de Estados Unidos» y había ganado un capital en la bolsa. Kennedy comprendió que las películas y la radio cambiarían la vida: «Esto es otro teléfono y tenemos que meternos ahí». No estaba solo. Randolph Hearst —magnate de la prensa y heredero de la fortuna del oro de Deadwood— estaba financiando películas para ayudar a su amante, la actriz Marion Davies.

Kennedy conoció a Hearst y le propuso una fusión que «fomente la revolución del cine sonoro con un modelo de control corporativo e integración vertical»; pero cuando el barón de los periódicos no mordió el anzuelo, compró un estudio en bancarrota y se trasladó a Los Ángeles. Pronto controlaba tres estudios. Espléndidamente casado con Rose Fitzgerald —hija de Honey Fitz, alcalde de Boston durante muchos años—, Kennedy tuvo nueve hijos, cuatro de ellos, varones. Sin embargo los dejó en Boston para poder disfrutar mejor de Hollywood, donde se apresuró a seducir a una de las estrellas del cine de la época: Gloria Swanson, perdida y de aspecto andrógino. Kennedy era un mujeriego insaciable, que solía pedir a sus esbirros «chicas guapas» porque necesitaba «comer carne fresca». Sus técnicas de seducción se asemejaban a las que usaba para los negocios: irrumpió en el dormitorio de Swanson reclamando: «Ni un minuto más: ¡ahora!». Según rememoró Gloria, «era como un caballo amarrado, afanoso, basto, que corre hacia la libertad» y «alcanza pronto el clímax».

En octubre de 1928 Kennedy fusionó sus estudios para crear la RKO, que vendió por cinco millones de dólares; su último estudio de cine se lo vendió a Pathé por cuatro millones. Abandonó abruptamente tanto a Swanson como Los Ángeles y volvió a Nueva York, donde la bolsa subía como la espuma gracias a un período de compraventas frenéticas. A Kennedy le gustaba afirmar que cuando un limpiabotas le daba consejos de adquisición, sabía que había llegado la hora de vender todas sus acciones.

El 29 de octubre de 1929 —el «Martes Negro»— las acciones de la bolsa de Wall Street se derrumbaron; luego ocurrió lo mismo con los demás grandes mercados bursátiles del mundo; y esto acarreó una profundísima depresión económica y psicológica. Hubo liquidaciones de empresas en masa, hundimientos de los precios y una caída brusca de la demanda y el crédito, lo que se tradujo en una devastación de la agricultura y la industria estadounidenses, con trece millones de desempleados. Estados Unidos perdió la confianza.

El «crac del 29» aceleró también una crisis en otra industria nacional de Estados Unidos: el crimen organizado. El gran rival del

capo Joe, Salvatore Maranzano —un baladrón asesino, de Castellammare del Golfo, en Sicilia, que creía ser el Julio César del hampa— convenció a Luciano de que matara al padrino. En abril de 1931 Luciano invitó a Joe a jugar a las cartas en un restaurante de Coney Island. Cuando Luciano se dirigió al aseo, Bugsy Siegel irrumpió con otros tres sicarios, mató al capo y puso fin a lo que se había dado en llamar «guerra de Castellammarese». El cesarito Maranzano adoptó el título pomposo de *capo di tutti capi* y organizó la Mafia en cinco «familias» neoyorquinas y diversas «familias» de otras ciudades de todo Estados Unidos.[7]Obsesionado con los julio-claudios, sospechaba de los judíos Meyer y Bugsy y estaba celoso de su propio segundo, por lo que Maranzano ordenó liquidar a Luciano. En la práctica, en septiembre, Bugsy y Meyer enviaron a cuatro asesinos judíos, vestidos de policías, al despacho de Maranzano en la Park Avenue, que lo mataron a puñaladas. La delincuencia era tan fructífera que Luciano ganaba varios millones anuales, pero no se proclamó padrino; creó una comisión que, como una especie de junta de directores, supervisó el crimen organizado durante los cincuenta años siguientes.

En la respetable Nueva York, el gobernador Roosevelt intentó combatir la Depresión con medidas progresistas, mientras en Washington el presidente Hoover las pasaba canutas. En 1932 Franklin Roosevelt se presentó a las elecciones presidenciales como rival de Hoover. «Me comprometo, me comprometo a un nuevo pacto por el pueblo de Estados Unidos», declaró. Aseguró que gastaría cantidades ingentes y cancelaría la Ley Seca. Hoover lo tildaba de «camaleón trajeado», pero el país necesitaba esperanza con urgencia y FDR obtuvo la victoria. Antes incluso de tomar posesión un lunático intentó asesinarlo, pero Roosevelt tranquilizó a los estadounidenses con la idea de que «lo único que tenemos que temer es al propio miedo». Con una avalancha legislativa que puso letra a su New Deal (el anunciado «nuevo pacto»), restauró la confianza en los bancos y gastó dinero a mansalva. Creó una nueva Comisión de Bolsa y Valores que impuso normas al mercado de las acciones, para evitar otro hundimiento; eligió como presidente de esta entidad a una de las personas que habían acertado a especular

con quelo, Joe Kennedy, que había desviado los beneficios hacia inversiones en propiedades y (después de que el Congreso aboliera la Ley Seca) en whisky escocés. Kennedy planeaba presentarse él mismo a la presidencia, pero en privado Roosevelt se burlaba de aquel «irlandés pelirrojo».

El presidente exudaba una confianza despreocupada, con su voz sonora, el aire de fumador caballeroso y el respaldo de su propia historia personal de recuperación. Dio una serie charlas por la radio, más bien aristocráticas, presentadas como si hablara ante gente congregada junto a su chimenea; pero demostró ser un actor político depurado, que detrás de una sonrisa urbana ocultaba a un actor taimado del que apenas se sabía nada.

Roosevelt animó a Eleanor a ser la «conciencia del New Deal», que ella popularizó en una columna diaria. Con sus viajes por todo el país, Eleanor adquirió un valor incalculable para Franklin: propuso al hombre perfecto para dirigir la agencia de obras públicas (WPA) que creó tres millones de puestos de trabajo, Harry Hopkins. Había sido un trabajador social, pero, tras la muerte por cáncer de Howe, se convirtió en la mano derecha del presidente. Roosevelt necesitaba tener a la familia alrededor, pero también comprendía que «ser hijo de un presidente es de las peores cosas que te puede pasar en el mundo». Jimmy fue asistente del padre, pero la tensión le pasó factura; Elliott se convirtió en un vividor turbio; Anna se casó dos veces, pero con el tiempo volvió y fue su compañía favorita.

«Me doy cuenta de que Franklin es un gran hombre, y conmigo es amable; pero como persona soy una extraña y tampoco quiero ser otra cosa», reconoció Eleanor. Quizá fue su mecanismo para lidiar con la decepción de la aventura amorosa de su esposo, pero halló calidez en una amiga especial, una experiodista robusta, fumadora habitual de puros: Lorena Hickock. A «Hick» y Eleanor las unía algo parecido al amor. «No podría decir *je t'aime* y *je t'adore*, como quisiera», le escribió Eleanor, pero «me voy a dormir pensando en ti». Probablemente fue una relación sexual: «Nunca haría con nadie más lo que te hice a ti», escribió. La Casa Blanca de Roosevelt fue una corte presidencial: Missy LeHand tomaba notas

en bata y, Hick, que también se mudó a la residencia, seguía a Eleanor «como un sambernardo».

El 30 de enero de 1933, mientras Roosevelt estaba preparándose para la toma de posesión, Adolf Hitler visitó al presidente de Alemania, el mariscal de campo Paul von Hindenburg, que a las 11.15 le tomó juramento como canciller. Al igual que su antípoda Roosevelt, a Hitler lo hizo la Depresión; pero aunque el alemán hizo hincapié en que su ascenso había sido providencial, en realidad distó de ser inevitable. Quien lo hizo posible fue el Viejo, el titán, el más grande de los alemanes de su tiempo.

El mariscal de campo y el cabo

«No deseaba interesarme de nuevo por la política del momento», declaró Hindenburg, que se había retirado a escribir sus memorias, ocuparse de su finca agrícola y disfrutar de la caza. Pero esto no era exactamente cierto. En 1919 el ambicioso y ya anciano Junker había denunciado que a Alemania no la habían derrotado; había caído «apuñalada por la espalda» por unos traidores misteriosos. En 1920 tenía intención de presentarse a las elecciones presidenciales, pero la muerte de su esposa lo desanimó y lo distrajo del proyecto.

A finales de 1923 su antiguo intendente general, Ludendorff, se le acercó con una idea extraordinaria: pensaba alzarse con el poder en compañía de un vulgar agitador. Hindenburg rechazó decididamente tal impertinencia. El 8 de noviembre de aquel año, Hitler, Ludendorff y dos mil nazis marcharon hasta la gran cervecería de Múnich donde un comisario del gobierno bávaro pronunciaba un discurso e iniciaron el Putsch (golpe de Estado). Hitler disparó la pistola contra el techo, saltó sobre una silla y gritó: «¡La revolución nacional ha empezado! La sala está rodeada … Nadie puede salir». Tras una larga noche de confusión, Ludendorff y Hitler dirigieron a los revolucionarios hacia el Ministerio de Defensa de Baviera, pero en la plaza del Odéon

diversos soldados protegidos por una barricada abrieron fuego. Catorce nazis y cuatro policías perdieron la vida; Hitler huyó por un callejón lateral saltó a un coche y, cuando este falló, se acercó renqueante a la casa de una simpatizante. «Abrí la puerta y le vi allí», escribió Helen Hanfstaengl, «de pie, pálido como un fantasma, sin sombrero, con la cara y la ropa sucias...». Hitler prometió suicidarse.

Hindenburg reclamó unidad nacional. Se condenó a Hitler a cinco años de cárcel, por traición; cumplió nueve meses en la prisión de Landsberg, que fue «mi universidad estatal», el lugar donde escribió su obra esencial, *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Se la dictó a un secretario devoto, Rudolf Hess, hijo de un empresario adinerado. Aquí expuso con absoluta claridad su programa —de una ambición extraordinaria y una crueldad asesina—, que pasaba por «erradicar» a los judíos y conquistar «espacio vital» para los arios en Rusia y Polonia, algo que solo podría conseguirse mediante la guerra, la masacre y su propio liderazgo providencial. El libro fue un superventas instantáneo, que lo hizo rico. Una vez publicado, ninguno de quienes respaldaron a Hitler podía alegar sinceramente que no estaba al corriente de sus intenciones.

Cuando Hitler salió de la cárcel, Alemania se estaba recuperando, prosperaba incluso, con la ayuda de un plan estadounidense, el Plan Dawes, y bajo la presidencia de Hindenburg. En 1925 este había pedido permiso al exkáiser —su «rey y señor»— para concurrir a las elecciones.

Hitler tuvo que reconquistar a su propio Partido. Trajo consigo a un joven periodista socialista, Joseph Goebbels, quien —fascinado por «esos ojos azules grandes como estrellas»— le ayudó a construir su liderazgo personal, erigido sobre un culto casi mesiánico. Manejaban una biblia propia, *Mi lucha*, un saludo oficial propio, «Heil Hitler!» y un cuerpo de guardaespaldas propio, la SS o Schutzstaffel, que vestía de negro. La SS estaba dirigida por un bávaro desgarbado y miope, Heinrich Himmler, que padecía de dolores estomacales nerviosos y era hijo de un maestro que había sido tutor imperial; anteriormente Himmler había fracasado como criador de gallinas. Hitler estaba convencido de que llegaría su

hora: «he sido profeta en muchas cosas». En octubre de 1929 el Crac lanzó a Alemania a una desesperante espiral económica de inflación, desempleo y violencia.

En marzo de 1930, Hindenburg, aconsejado por la camarilla de su hijo Oskar y quien había sido su edecán durante la guerra, el coronel Kurt von Schleicher, rechazó el gobierno parlamentario y recurrió al poder autocrático que amparaba el artículo 48 de la Constitución: nombró a un canciller y gobernó por decreto. Hitler repudiaba por igual la democracia parlamentaria y el extremismo de Hitler, paralelo a la proliferación de movimientos derechistas que adquirieron popularidad no solo entre una clase media amenazada sino también entre la élite que odiaba a los socialistas, temía a los comunistas, estaba resentida con Versalles y anhelaba el autoritarismo. El príncipe Augusto Guillermo, uno de los hijos del káiser —que seguía viviendo en los Países Bajos—, estuvo entre los primeros aristócratas y magnates que se sumaron a los nazis; fueron una multitud.[8]

En las elecciones de septiembre de 1930 Hitler obtuvo el 18,3 % de los votos y la segunda posición, por detrás de los socialdemócratas. Mientras la SA se dedicó a aterrorizar las calles, los nazis —dirigidos por Göring— dominaron el Reichstag. Sin embargo, aunque esperaban tocar el poder, este no llegaba. En cambio Hitler sufrió un golpe familiar. Su sobrina Geli Raubal, hija de su medio hermana Ángela, era una joven alegre —diecinueve años más joven que Hitler— que solía acompañar a «el tío Alf» en sus infatigables giras políticas. Pero cuando Geli se enamoró del chófer de Hitler, este prohibió la relación. Hitler admiraba a las mujeres y a menudo las elogiaba con palabras como «altas y rubias y maravillosas», pero a diferencia de su priápico padre él era un desmañado; al menos en dos ocasiones le preguntó a una chica si ella quería darle un beso y estas respondieron: «No, señor Hitler». Pero es probable que amara a la omnipresente Geli, a la que animó a ser cantante, y sin duda prefería a las chicas más jóvenes (en esto sí se parecía a su padre). «No hay nada mejor que educar a una criatura joven, maleable como la cera», comentó. En septiembre de 1931 Geli se quitó la vida con una pistola que le había dado el tío

Alf. No se sabe con certeza por qué se mató pero lo más probable es que acabara sintiéndose ahogada por el control de Hitler.

«Estos son días tristes», le dijo un Hitler abatido a Winifred Wagner, nuera del famoso compositor y una de las devotas asistentas que hacían las veces de madre subrogada. El suicidio le volvió vegetariano y confirmó que para él, cuestiones como el amor o la familia eran muy secundarias. «Soy la más persona más limitada del mundo en ese ámbito: soy un ser absolutamente no familiar», dijo. Poco después Hitler —ya de cuarenta años— conoció a Eva Braun, de dieciocho. Era la hija de un maestro y ayudante de Hoffmann, el fotógrafo personal de Hitler. Eva encajaba en su ideal de «alta y rubia y maravillosa» y, cuando también intentó quitarse la vida, conquistó un lugar permanente en su corazón: «¡Esta chica lo ha hecho por amor!». Ella fue discreta y él pudo seguir declarando en público: «Mi novia es otra. Estoy casado, casado con el pueblo alemán». No parecía probable que llegara a haber nunca un matrimonio oficial. En otoño de 1931 Hindenburg conoció a Hitler en una conferencia; «el cabo austríaco» le pareció odioso y a los ojos de este, él era tan solo «un viejo necio». En cualquier caso entonces se antojaba muy poco probable que Hitler pudiera alzarse con el poder y, por otro lado, quien prendió la mecha de un conflicto mundial no fue Alemania, sino Japón.

El 18 de septiembre de 1931 diversos oficiales japoneses dinamitaron un puente a las afueras de Mukden, tras lo cual el emperador y sus generales enviaron más tropas al interior de China. Hirohito apoyó el plan de apoderarse de buena parte de Manchuria, donde permitió que se coronara como emperador —títere— al último de los manchúes, Puyi. El éxito espoleó a los generales expansionistas y ultranacionalistas que estaban convencidos de que su país tenía derecho a poseer un imperio propio en China. El único camino era la fuerza; en Japón asesinaron al primer ministro y planearon golpes de Estado, y en el extranjero provocaron combates contra tropas chinas en Shanghái.

Chiang Kai-shek se dio cuenta de que la guerra con Japón era inevitable, pero buscó como primer objetivo la «estabilidad

interior»: erradicar la Jiangxi comunista. También intentó recuperar a su hijo, que seguía en tierras de Stalin. «Cada día ansío más ver a mi hijo. He soñado con mi difunta madre y he llorado ante ella dos veces ... He cometido un pecado grave contra ella», escribió. Por consejo de sus generales alemanes lanzó cinco campañas para destruir la base comunista de Mao, que cercó mediante blocaos. Stalin castigó a Chiang enviando al hijo a trabajar a las minas.

En octubre de 1934, con Chiang cada vez más cerca, Mao emprendió un largo y serpenteante camino de huida que le costó —entre enfermedades, guerras y deserciones— perder a ochenta mil de sus cien mil seguidores. Mao abandonó a su propio hermano, a una esposa y a varios bebés, pero en enero de 1935, en Zunyi, se hizo con el dominio del Secretariado del Partido. El largo camino de huida se mitificó luego con el nombre de Gran Marcha, pero muchas de sus batallas heroicas fueron invenciones de los propagandistas de Mao. Él no era ningún genio militar y su liderazgo resultó impráctico y costoso; Chiang se admiraba de que «se mueva en círculos». Cuando instaló su cuartel general en Shaanxi —en la Meseta de la Tierra Amarilla, próxima al río Amarillo— solo disponía de cuatro mil hombres. Pero aquí se le unió quien había sido su superior, ahora como lugarteniente: el felino y refinado Zhou Enlai, que sabía hablar francés. También encontró el apoyo de un camarada que en el futuro gobernaría China: Deng Xiaoping, de treinta y un años, un hombre diminuto e irascible, que era hijo de un terrateniente de Sichuan.[9]Desde Yan'an —donde se radicó en casas cueva, que por fin le resultaban cómodas y pudo llenar con sus libros—, Mao acumuló poder militar con la determinación de destruir a Chiang. Permaneció en esta base durante diez años, mientras Japón ganaba terreno en China haciendo caso omiso de la Sociedad de Naciones.

En marzo de 1932 Hindenburg ganó a Hitler en las elecciones presidenciales. En un contexto de creciente violencia de los nazis, Hindenburg estaba decidido a ser el líder de la derecha. «No renunciaré a mi empeño de sanear el país con un giro derechista», prometió. Nombró como nuevo canciller a quien había sido amigo

de Schleicher durante la guerra: Franz von Papen, un noble católico y rico, jinete premiado y oficial militar condecorado en combate, que durante la primera guerra mundial había intentado organizar un ataque de México contra Estados Unidos. Schleicher, que pasó al Ministerio de Defensa, controlaba aquel «gabinete de monóculos». Hindenburg le ofreció la vicecancillería a Hitler por liderar el partido más numeroso del Reichstag, pero este se excedió en sus exigencias y no quería menos que la posición titular de canciller. «No puedo confiar el imperio del káiser Guillermo y de Bismarck a un cabo de Bohemia», rezongó el presidente, pero concedió a Hitler un trato regio: «Os quiero tender la mano como compañero en las fuerzas armadas». El cabo y el mariscal de campo tenían estilos distintos, pero mucho en común: los dos eran nacionalistas alemanes, los dos odiaban la república y Versalles, los dos planeaban desmantelar Polonia;[10] los dos creían personificar la nación alemana (aunque Hindenburg sentía reverencia por la monarquía y prefería restaurar a los Hohenzollern); los dos creían en una «puñalada por la espalda» que atribuían a socialistas y judíos; los dos adoraban una *Volksgemeinschaft* —comunidad nacional— militarista y despreciaban la democracia; esto último cabía afirmarlo también de los generales japoneses que estaban acelerando el conflicto en Oriente.

Schleicher y Papen ya estaban negociando con los nazis, con la esperanza de sacar partido tanto de los matones que estos tenían en la calle como de los votos que manejaban en el Reichstag. Schleicher los consideraba una manifestación vulgar, aunque esencial, de la nación, pero en aquel momento los nazis estaban de capa caída: en noviembre de 1932 perdieron votos. Para Navidad, Hitler estaba desesperado.

A Papen le estaba costando mantener el orden; Hindenburg optó por destituirlo y situar a Schleicher en su lugar. Pero Papen, que seguía estando cercano a Hindenburg, ansiaba la cancillería. El 4 de enero de 1933 se reunió con Hitler en la residencia colonesa de un banquero nazi, el barón Kurt von Schröder, ejemplo típico de los magnates que ahora estaban respaldando a Hitler. Los nazis habían recuperado aliento. Papen aún insistía en ser él mismo el

canciller pero finalmente, el 23 de enero, en un encuentro celebrado en la casa de otro nazi —el vendedor de champán Joachim von Ribbentrop, Papen accedió a proponer a Hitler para el puesto.

Schleicher dimitió y el presidente —aunque hubiera prometido no incluir nunca a «el cabo» entre sus colaboradores— le pidió a Papen que formara un gabinete que incluyera a Hitler. Aunque Papen tuvo conocimiento de que Hitler pensaba suspender el Reichstag y asumir poderes absolutos, convención a Hindenburg de que lo eligiera canciller, con él mismo en la vicecancillería. Los dos hombres apoyaron pues los principios del programa explícito de Hitler —«expulsar [de la sociedad] a los socialdemócratas, comunistas y judíos» y «restablecer el orden»— con la convicción de que podrían contener cualquier exceso. Papen reclutó a Alfred Hugenberg, exejecutivo de Krupp, líder del Partido Popular Nacional y barón de la prensa, que accedió a convertirse en ministro de Economía. «Hemos comprado a Hitler», sostuvo Papen. Hugenberg estaba de acuerdo en «utilizar» a Hitler y «limitar su poder en todo lo posible».

En el último minuto Hitler, que se aseguró las carteras de la Policía y las Fuerzas Armadas, estrechó la mano de Hindenburg. Para Goebbels, que organizó un desfile con antorchas, aquello parecía «salido de un cuento de hadas»; para Hitler, en cambio, era «sencillamente la renovación de una condición milenaria». Al entrar en la cancillería Hitler le confió a uno de sus secuaces: «Ahora ya podemos empezar. Yo de aquí ya no me muevo».

En febrero Hindenburg accedió a restringir las libertades de expresión y de reunión, y tomó medidas contra los partidos de izquierda. El 20 Göring fue anfitrión del encuentro de Hitler con 22 magnates de la industria, encabezados por Gustav Krupp, el jefe de la dinastía armamentística favorecida por Guillermo II; Krupp, que por entonces era un nazi convencido, aportó un millón del total de tres millones de marcos imperiales recaudados para financiar las elecciones que aportarían los votos necesarios para alzarse con el poder absoluto. El 28 de febrero un incendio en el Reichstag —obra de un comunista lunático— le proporcionó a un

Hitler extasiado la excusa para aplastar y vetar a los comunistas. En marzo Hindenburg ordenó que la insignia de los nazis —la esvástica— se convirtiera en símbolo oficial en paralelo a la antigua bandera del imperio; el comandante de la SS, Himmler, y su adláter Reinhard Heydrich —vástago de una familia acomodada, musical e intelectual, que había perdido la fortuna (él mismo era un exoficial de la Marina, expulsado por inmoralidad) —, se marcharon de Múnich para crear los órganos de seguridad de Hitler y fundar el primero de los campos de concentración: Dachau. En abril Göring, ministro de la Policía de Prusia, formó la Gestapo (sigla de Geheime Staatspolizei, «policía secreta del Estado»), cuyo mando se cedió luego a Himmler. La ceremonia de toma de posesión tuvo lugar en Potsdam, en la Iglesia de la Guarnición. Hitler, con abrigo negro, se inclinó ante un lloroso Hindenburg que, con uniforme de mariscal, oró en la cripta de Federico el Grande. En las palabras que dirigió al presidente Hitler ensalzó «tu vida maravillosa». Los Hohenzollern se fundían con los nazis.

Dos días después el Reichstag aprobó la Ley de Plenos Poderes que convertía a Hitler en dictador. Una semana después este ordenó boicotear los comercios judíos e inició la aprobación de una serie de leyes antisemitas que excluían a los «no arios» (definidos como aquellas personas que tenían uno o más abuelos judíos) del servicio civil. Esta legislación culminó en 1935, con la aprobación de las Leyes de Núremberg, que privaban a los judíos de la ciudadanía alemana y les prohibían mantener relaciones con arios. Hindenburg accedió, a condición de que se excluyera de la norma a los judíos que eran veteranos del ejército. Desde el principio Hitler dirigió la mirada al extranjero. Quería destruir Versalles, renunció a la pertenencia a la Sociedad de Naciones y planeaba reunir todos los pueblos alemanes, comenzando por su propia patria, Austria, donde la democracia ya estaba en peligro. De las nuevas naciones de Versalles, Hitler odiaba en particular Polonia y Checoslovaquia. Pero el interés por Austria chocaba con las ambiciones de quien había sido uno de los héroes de sus primeras horas: Mussolini. Cuando los dos conferenciaron en Venecia, Il Duce no se llevó una

gran impresión de Der Führer, que le pareció «más terco que inteligente». Pero la primera jugada de Hitler en Austria falló: los nazis del país intentaron dar un golpe de Estado que se derrumbó. Mussolini estaba furioso, pero ocupado con la concentración de fuerzas militares en Eritrea y Somalilandia, para atacar Etiopía. Hitler, entre tanto, redujo el desempleo con una inversión cuantiosa en autopistas y otros grandes proyectos; el milagro económico, no obstante, no podía durar mucho tiempo. Cuando Krupp expulsó a los judíos del Consejo Industrial del Reich, su esposa Bertha expresó sus dudas al respecto. Pero Krupp —al que Hitler nombró «Líder de la Industria»— contestó: «El Führer siempre tiene la razón».

En junio Papen, que por fin había comprendido la realidad, denunció a Hitler. Cuando Goebbels se negó a difundir el discurso, Papen se quejó a Hindenburg, que de repente amenazó con destituir a Hitler. Y podría haberlo hecho, pues tanto los industrialistas como los generales temían a la SA, cuyo capitoste Röhm tenía la esperanza de suplantar al ejército y nacionalizar la industria. Krupp apeló a Hitler, que en junio de 1934 visitó las fábricas del empresario. Los generales prusianos se pusieron de parte de Hitler; ellos eran esenciales, pero la SA era prescindible.

Hitler pensaba angustiosamente sobre el futuro en su vertiginoso nido de águilas del Obersalzberg. La extrema seguridad en sí mismo era lo que dotaba de tanto atractivo a sus discursos y su personalidad. Inescrutable y secretista —tenía para sí mismo el nombre en clave de «el Lobo»— Hitler estaba poseído por la convicción de que posiblemente moriría joven, y a menudo reflexionaba sobre «Cuando yo ya no esté aquí…». Era un jugador empedernido cuyos sueños iban más allá del sentido común convencional: «Recorro el camino que la providencia dicta con la seguridad de un sonámbulo».

Dos héroes en concreto fueron su gran inspiración para su papel de caudillo-artista: Federico el Grande y Wagner. En todos sus despachos colgaban retratos de Federico; sus estancias con los Wagner en Bayreuth eran sagradas. Todos los políticos existen de dos modos. Como personas representan tan solo sus cualidades

personales; como fenómenos, en cambio, representan algo más; la magia está en la fusión de ambas facetas. Hitler era capaz tanto de insinuar encanto como de enfurecerse como un perro rabioso e interpretó muchos papeles; incluso bromeaba con que él era «el mejor actor de Europa». Como actor y manipulador fue capaz de abrumar y reclutar a aristócratas y a obreros, a alemanes y a extranjeros, y a la vez acertaba a equilibrar su corte íntima y «familiar» de esbirros devotos, gracias a lo que su arquitecto Albert Speer calificó de «sistema cuidadosamente equilibrado de enemistades mutuas».

Aunque se iba a dormir tarde y raramente se sentaba a una mesa, Hitler era capaz de mantener una concentración sostenida, ya fuera dictando discursos a varias secretarias simultáneamente o, más adelante, en la dirección de la guerra. Era vegetariano y abstemio, estaba obsesionado por los gérmenes patógenos y tenía los dientes podridos por los pasteles bávaros, lo que acabó por causarle una grave fetidez del aliento. Donde más a gusto se hallaba era con determinadas familias: sus primeros mecenas y amigos de Múnich, los Wagner, luego los Goebbels y Eva Braun. Pero fue recurriendo con una frecuencia creciente a la prueba última del poder dictatorial: el abuso del tiempo. Como odiaba la soledad, regalaba a su séquito con largos monólogos que al principio los fascinaban, pero terminaron por aburrirlos. Armado con la omnisciencia del autodidacta y la jactancia del aventurero, despreciaba a los expertos, pues nadie sabía más que él. «Mi vida es la mayor novela de la historia», dijo.

Cuchillos largos, Gran Terror, impulso masivo y poder personal: Hitler y Stalin

«¡Por el amor de Dios!», exclamó Hitler. «Todo es preferible a esta espera. ¡Yo ya estoy preparado!» El 30 de junio de 1933 empezó la masacre, aún poco numerosa. Hitler dio su aprobación a las listas negras presentadas por Himmler y Heydrich y le confió a Goebbels el santo y seña —colibrí—, que este telegrafió a Göring y Himmler,

en Berlín.

Hitler tomó un avión a Múnich. Con un látigo en la mano, arrestó a Röhm en la cama, con un amante; a varios otros líderes de la SA —para horror de Hitler— también los cogieron en mitad de relaciones homosexuales. Todos fueron ejecutados por la SS. En Berlín se dio muerte a Schleicher (y su esposa) y a varios rivales nazis. En total se calcula que se asesinó quizá a unas 180 personas. Hindenburg quedó estupefacto por el asesinato de los Schleicher y Hitler le ofreció sus disculpas y alegó que el general había sacado una pistola. Hindenburg, que se estaba muriendo de cáncer, lo dejó pasar.

Hitler volvió a Berlín disfrutando de la teatralidad: «Camisa parda, corbata negra, abrigo de cuero marrón oscuro, botas militares altas, todo oscuro sobre oscuro», escribió un testigo. «Por encima de todo, una cabeza sin cubrir, pálida como la cera, insomne, sin afeitar … desde la que unos ojos apagados miraban entre el pelo enmarañado.» A la mañana siguiente, por el contrario: «Acabo de tomar un baño y me siento como si hubiera vuelto a nacer», le dijo Hitler a su secretaria. El 2 de agosto Hindenburg falleció. Dejaba cartas en las que abogaba por restaurar la monarquía y elogiaba la «misión histórica» de Hitler. A partir de entonces Hitler combinó la presidencia con la cancillería y el ejército le juró lealtad como «Führer del pueblo alemán».[11]

«Ese Hitler es todo un tipo», valoró un admirador inesperado, Stalin, que comentó impresionado la «Noche de los cuchillos largos» con sus epígonos del Kremlin. Stalin era un extremista nato que se apoyaba en una policía secreta asesina —conocida entonces como OGPU— y una red de campos de concentración: el GULAG. Supo dominar como nadie la política propulsiva de la Era de las Masas y movilizar a millones de personas —en especial, a los más jóvenes— en el proyecto bolchevique, que aspiraba a destruir el mundo viejo y construir otro nuevo y más justo, todo envuelto en la teatralidad emocionante de la revolución. Pero también comprendió que la modernidad era una lucha geopolítica impulsada por el armamento masivo, las matanzas de masas, la producción de masas y los espectáculos de masas. Combinó su

misión marxista con su propio poder personal y el excepcional destino imperial de Rusia. Cuanto más movilizaba a las masas, menos poder tenían estas, y más poder concentraba el propio Stalin: tal es la ironía de la política de masas. Stalin se había embarcado en una apuesta radical y colosal por industrializar Rusia a una velocidad vertiginosa. Utilizó la tecnología y los asesores estadounidenses para colectivizar la agricultura en Ucrania y otras regiones, y se incautó sin piedad de los cereales necesarios para costear la industrialización. Al principio los bolcheviques habían promovido la cultura ucraniana como parte de su política de *korenizatsia* («indigenización»), siempre que Moscú siguiera siendo capital. Pero cuando los campesinos de Ucrania se resistieron a la colectivización Stalin los «doblegó» mediante la represión y el hambre. Con el recuerdo de la invasión polaca y ante el temor a que «Podríamos perder Ucrania», atacó la lengua y la cultura ucranianas y detuvo, fusiló o deportó a entre cuatro y cinco millones de personas. La represión y la hambruna no se limitaron a esa república, no obstante: la inanición azotó igualmente al Bajo Volga, el norte del Cáucaso y el Kazajistán. Más adelante Stalin le comentó a Churchill, de manera informal, que unos diez millones de personas habían muerto de hambre; los estudios demográficos han confirmado la desaparición de 8.500.000 habitantes. Cuatro millones de campesinos murieron de inanición en Ucrania, una de cada ocho personas; hoy esta atrocidad se conoce como el Holodomor («matar de hambre»), que fue, como ha escrito Serhii Plokhy, «un fenómeno provocado, causado por las medidas del gobierno», fruto de «medidas con una evidente intención etnonacional». Además fue parte de una hambruna simultánea y más generalizada: también en Kazajistán murieron de inanición entre 1.200.000 y 1.400.000 personas, «la tasa de mortalidad más elevada de la Unión Soviética», según ha escrito Stephen Kotkin. Esta calamidad provocada por Stalin podría haber destruido la URSS, pero la apuesta cruel le compensó: la Unión Soviética acabó con las granjas colectivizadas, manejadas por cien millones de campesinos oprimidos como siervos, y la industria moderna no tardó en alcanzar cifras de producción

superiores a las de alemania.

Este caucásico marcado por la viruela, de constitución compacta, con un brazo medio paralizado y fanático del marxismo-leninismo, pudo beneficiarse de una fase excepcional de internacionalismo marxista en un reino que habitualmente dominaban personas de etnia rusa —él ni siquiera perdió nunca el fuerte acento georgiano—, para dominar el imperio zarista. Dentro del Partido, no obstante, había oposición. Algunos camaradas se burlaban de su oscuridad, desafiaban su dictadura, ponían en duda la colectivización y —según sospechaba— incluso incitaron a suicidarse a su esposa Nadiezhda, que padecía psicosis maníaco-depresiva. Para que Rusia pudiera enfrentarse a una nueva guerra, ahora contra Hitler, Stalin tendría que imponer una supremacía total. Su forma de conseguirlo fue asesinar. «Nuestro sistema es el baño de sangre», le dijo a un confidente. Se requería un método «más rápido pero más sanguinario».

Cinco meses después de la Noche de los cuchillos largos, el 1 de diciembre de 1934, se asesinó a Serguéi Kírov —aliado de Stalin y líder de Leningrado (como había pasado a llamarse Petrogrado)—. Lo más probable es que lo hiciera un camarada inestable, a cuya esposa Kírov había seducido; pero también es posible que Stalin lo hubiera organizado. En cualquier caso, con su magistral dominio de la improvisación, Stalin asumió poderes de emergencia y lanzó una campaña de Terror: ordenó arrestos, deportaciones y asesinatos con los que purgó el Partido no solo de traidores, sino incluso de quien pudiera haber tenido algún pensamiento de deslealtad. El terror formaba parte del ADN del Partido Comunista; la autocracia formaba parte del ADN del Estado ruso; y el asesinato fue el instrumento político esencial de Stalin, pero también un componente de una personalidad marcada por la vida clandestina, la brutalidad de la guerra civil y, sobre todo, la experiencia del poder y la inseguridad en el Kremlin. La dictadura crea sus propios monstruos. El singular caos del horror fue el fruto de todo lo anterior y estuvo impulsado por Stalin y su negrura feroz, su voluntad implacable, su pericia política y su manejo frío —pero absolutamente implacable— de la violencia. Ninguna gran

potencia se ha mutilado nunca a sí misma con un desenfreno tan extraordinario de confusión y asesinato. Stalin, que sospechaba tanto de los generales como de los veteranos del bolchevismo, organizó una caza de brujas nacional y representó juicios amañados, de tono melodramático, en los que líderes respetados confesaban conjuraciones disparatadas. Él y su comisario de la NKVD —el diminuto, casi enano, Nikolái Yezhov— crearon listas negras que llamaban «álbumes» y condenaban a muerte a miles de camaradas a los que, con frecuencia, Stalin conocía en persona. También se masacró a cientos de miles de víctimas innominadas, elegidas como cuotas de un lugar de residencia, una raza o un origen; en el marco de estas «operaciones nacionales» se diezmó a los polacos y los coreanos; dentro de las repúblicas el terror afectó con especial intensidad a los ucranianos. La tortura vengativa de viejos enemigos, el asesinato de amigos y familias, los escenarios paranoides de conspiraciones sensacionalistas fueron un reflejo de la rareza personal del propio Stalin; pero también el fruto de su convicción de que solo el terror podía asegurar una lealtad total. «Es mejor que sufran diez inocentes a que un espía se escape», dijo. «Y cuando cortas madera, saltan astillas.» Durante su reinado 18 millones de inocentes pasaron por los campos atroces del GULAG. Si en 1930 había tan solo 79.000 trabajadores esclavizados en esas instalaciones, en 1935 eran un millón y, en 1938, cerca de siete millones. Los esclavos se azacanaban en la construcción de canales y la explotación de minas; pero al igual que en el sur de Estados Unidos, la esclavitud no era solo diabólica, sino también ineficiente desde un punto de vista económico. Entre 1936 y 1938 se liquidó oficialmente a un millón de víctimas, pero las cifras reales fueron mucho más elevadas. Se ejecutó a cuarenta mil oficiales de las fuerzas armadas, entre ellos, tres de los cinco mariscales. Aunque la cantidad total de personas asesinadas durante el gobierno de Stalin no se conocerá nunca con exactitud, es probable que rondara los veinte millones.

Al contemplar cómo Stalin se autodestruía con una «picadora de carne», Hitler supuso que la Unión Soviética quedaría fuertemente debilitada. Gozaba con la fusión mística y mesiánica

del Volk y su Führer y actuaba en mítines teatrales, de proporciones colosales, en Núremberg. «En los días antiguos escuchasteis la voz de un hombre», dijo Hitler ante la multitud, en septiembre de 1936, «y ... os despertó, y lo seguisteis ... Ahora que nos encontramos aquí nos inunda la maravilla de nuestro encuentro. No todos vosotros me podréis ver, y yo no puedo veros a todos y cada uno de vosotros. Pero os puedo sentir y vosotros me podéis sentir a mí».

Etiopía, con o sin etíopes: Haile Selassie y Mussolini

En diciembre de 1934, mientras el Führer dirigía la mirada a Europa y Stalin lanzaba su campaña del Terror, el Duce se concentraba en Etiopía, con la voluntad de vengarse de la derrota de Adowa.

Cinco años antes, su regente —Ras Tafari, de treinta y siete años— había sido coronado como negus nagast Haile Selassie en San Jorge de Adís. La ceremonia contó, por primera vez, con la asistencia de invitados de todas las potencias europeas y pretendía impresionarlos con una exhibición de la gloria tradicional de Etiopía y su modernidad independiente. Haile Selassie se anexionó los últimos sultanatos musulmanes y creó una constitución que preveía una asamblea sometida a una monarquía absolutista.[12]Pero la posición de Etiopía —entre dos posesiones italianas: Eritrea y Somalilandia— la convertían en un objetivo ideal para que Mussolini instaurase su nuevo imperio romano.

«Solo él y yo sabíamos qué iba a pasar», se jactaba el general Emilio De Bono, que le prometió al Duce que la conquista «no sería difícil». «¡A toda máquina!», ordenó Mussolini.

En Adís, mientras los italianos intentaban provocar a los etíopes en Wal-Wal, un oasis remoto de Ogadén, Haile Selassie se negó a movilizar a la población y apeló a la Sociedad de Naciones. El Reino Unido y Francia, que estaban alarmados por Hitler y temían que enfadar a Mussolini pudiera llevarlo a aliarse con Alemania, tomaron la desgraciada decisión de consentir la

depredación del Duce.

El 3 de octubre de 1935, sin declaración de guerra, De Bono —desde Eritrea— y Rodolfo Graziani —desde Somalilandia— invadieron Etiopía con 476.000 hombres, entre ellos sesenta mil integrantes del Real Cuerpo de Tropas Coloniales Eritreas, 17.000 irregulares del Gruppo Bande Eritrea y los somalíes encabezados por el sultán Olol Dinle; manejaban quinientos tanques y 350 aviones. De los 250.000 soldados de Haile Selassie, solamente los veinte mil de la Guardia Imperial estaban bien pertrechados; solo disponía de ocho aviones operativos y los italianos habían sobornado a algunos magnates etíopes.

A las puertas del palacio de Menelik, entre el resonar de los tambores, el negus nagast, vestido de caqui, pasó revista a las tropas con aire de calma y serenidad. Sus guardias iban armados con ametralladoras Vickers portadas por mulas, pero muchos llevaban únicamente palos, lanzas y cinturones de munición vacíos. Mientras los italianos bombardeaban Adowa, Mussolini destituyó a De Bono y nombró en su lugar al mariscal Pietro Badoglio, a quien ordenó «usar gas y lanzallamas sin contención», y añadió: «Recurra a todos los medios de guerra». Dos hijos de Mussolini, Bruno y Vittorio, eran pilotos, disfrutaron de sus incursiones aéreas y se vanagloriaron de masacrar a los etíopes.

El emperador contraatacó en el sur de Tigré, pero tuvo que retirarse; habían envenenado a sus tropas con gas. «De todas las masacres de esta guerra terrible y sin piedad, esta ha sido la peor. Hombres, mujeres y animales quedaban hechos pedazos o los quemaban con el gas mostaza; los moribundos y los heridos chillaban en su agonía», recordaba. En marzo de 1936 Haile Selassie y el último ejército del norte fueron derrotados por Badoglio en Maychew (o Mai Ceu), con once mil muertos. El emperador se retiró a rezar en las catedrales subterráneas de la zona rocosa de Lalibela y luego hizo un alto en Adís, donde sus asesores le rogaron que no cayera en manos de los italianos. Badoglio emprendió una marcha (bautizada como «de la voluntad de hierro») desde el norte, y Graziani —que como Badoglio se había labrado la fama masacrando a los libios en el norte de África

— avanzó desde el sur. En mayo Haile Selassie escapó de Adís; tres días después Graziani llegó a la capital y se proclamó virrey. Cuatro días más tarde, en Roma, Mussolini salió al balcón del Palazzo Veneziano. «¡Etiopía es italiana! ¡Hemos vengado Adowa!», dijo ante las multitudes extasiadas. A Victor Manuel se le asignó el título de emperador de Etiopía.

En julio Mussolini y Hitler recibieron legados de un general que se había sublevado en España. El país sufría las consecuencias de la dictadura, la desigualdad, la depresión económica y la confusión por la pérdida del imperio. Su rey, el borbón Alfonso XIII, estaba en el exilio; la república estaba empobrecida y vivía una división letal entre los socialistas laicos y los conservadores católicos. Cuando los socialistas ganaron las elecciones, el general Francisco Franco se sumó a la rebelión. Era un hombre bajo, de caderas anchas y voz de pito, cauto y astuto. Había sido el general más joven del país, gracias a su dirección de los brutales combates de la Legión Africana en la colonia marroquí de España; pero sus legionarios estaban atrapados precisamente en Marruecos y el gobierno republicano mantenía el control sobre gran parte del país.

Sus legados tuvieron suerte al encontrar que Hitler se alojaba con los Wagner, en Bayreuth. «¡Ese no es modo de empezar una guerra!», exclamó el Führer, al que le preocupaba la posibilidad de que los «bolcheviques judíos de Moscú» pudieran apoderarse de España. Hitler y Mussolini aerotransportaron a la península a las tropas franquistas, a las que siguieron cincuenta mil soldados italianos y 16.000 alemanes. La lucha contra el fascismo atrajo a cuarenta mil voluntarios que se integraron en las Brigadas Internacionales. Costó convencerle, pero a la postre Stalin apoyó a la República con el envío de tres mil asesores y armamentos; sin embargo también desató en España una campaña de terror paralela a la que estaba dirigiendo en Rusia. El asesino Franco, mediocre como generalísimo, no acertó a tomar Madrid; no obstante, con el respaldo de los bombardeos italianos y alemanes se veía a sí mismo como Caudillo de la última cruzada, con la misión de aniquilar a los socialistas ateos. Los dos bandos mataron a civiles: aunque los

republicanos fusilaron a unos 38.000, Franco hizo lo propio con doscientos mil.[13]

Había semejanzas entre España y Etiopía. Graziani, nombrado marqués de Neghelli, prohibió la «hibridación racial» y, después de que intentaran asesinarlo en Adís —en el día que los etíopes conmemoran como Yekatit 12 (19 de febrero de 1937)— dio rienda suelta a los soldados italianos y los milicianos del León Negro, que, a los gritos de «Duce! Duce!» y «Civiltà italiana!», masacraron a veinte mil personas. «Redujeron calles enteras a cenizas» y asesinaron a los ocupantes con las ametralladoras y las bayonetas.

«El Duce poseerá Etiopía, con o sin etíopes», dijo Graziani. Un año antes, mientras inspeccionaba una iglesia en Giggiga, el virrey había caído por un boquete del suelo, oculto por una alfombra; y estaba resuelto a vengar la humillación. En Debre Libanos, Graziani ordenó: «Ejecutad sumariamente a todos los monjes sin distinción, incluido el viceprior»; murieron dos mil monjes. En total los italianos asesinaron a cuatrocientos mil etíopes. La Sociedad de Naciones aprobó sanciones que luego canceló. «Italia considera un honor informar a la Sociedad de su esfuerzo de civilización de Etiopía», se vanagloriaba el ministro de Exteriores de Mussolini (que era también su yerno), el conde Ciano. En Ginebra, Haile Selassie advirtió a la Sociedad de Naciones, con tono sereno y solemne: «El problema no es solo la agresión de Italia, sino la seguridad colectiva». Preguntó: «¿Qué respuesta debo llevarle a mi pueblo?».

No hubo respuesta. Otros, como Hitler, también habían comprendido que la Sociedad de Naciones estaba inerme. El 25 de noviembre de 1936 Japón suscribió un pacto antisoviético con Alemania, al que pronto se unió Italia: la futura alianza del Eje. No se sabe con certeza qué pensaba en ese momento el emperador Hirohito; posiblemente tanto él como sus cortesanos y generales tenían la convicción de que había llegado el momento de conquistar China.

En febrero de 1936 diversos oficiales nacionalistas habían dado un golpe de Estado que incrementó la presión sobre Hirohito.

Los rebeldes fueron ejecutados, pero Hirohito, sus generales y los genrō (exestadistas de prestigio) intensificaron el culto al nacionalismo militarista, que se asoció con la caballerosidad quelo, los rituales sintoístas y el culto imperial. En privado Hirohito no se consideraba divino, pero sí creía que el emperador era sinónimo de la nación y el Estado. En mayo de 1937 dio su respaldo a los *kokutai no hongi* («fundamentos del gobierno nacional») que calificaban al emperador de «dios vivo». Todos deben «vivir por la gran gloria del emperador, abandonando sus egos pequeños y expresando así nuestra vida verdadera como pueblo»: así lo requería el *kōdō*, el «camino imperial». Esta ideología panasiática, hostil a las democracias occidentales, estaba condicionada a la supremacía japonesa. Los genrō consideraban a los chinos como una raza infrahumana y entendían que Japón estaba destinado a gobernar su territorio gracias a los sangrientos sacrificios de 1895 y 1904.

El 7 de julio de 1937 se produjo un tiroteo no planeado entre tropas chinas y japonesas, en el puente de Marco Polo, que daba acceso a Pekín. Esto se usó como pretexto para invadir China y comenzar una guerra que costaría la vida a catorce millones de chinos —solo Rusia sufrió más bajas— y prendería la mecha de la guerra mundial.

Acto vigésimo
2.000 millones

Los Roosevelt, los Sun y los Krupp, los Pahlaví y los saudíes

Hirohito invade China

Hirohito consultó con sus generales —encabezados por su tío abuelo, el príncipe Kotohito, jefe del Estado Mayor, y su primer ministro, el príncipe Konoe—, que le aseguraron que la guerra se terminaría «en dos o tres meses». Konoe, un hombre culto y pragmático, que admiraba a Oscar Wilde, regresó de la conferencia de Versalles con la convicción de que las potencias occidentales eran colonialistas y racistas y estaban resueltas a acabar con Japón.

«¿No sería mejor concentrar una fuerza numerosa en el punto más crítico», sugirió Hirohito, «y asestar un golpe demoledor?». El ministro de la Guerra se mostró de acuerdo: debía ser una «guerra total», aunque «no declarada», para evitar la intervención occidental o soviética. El 28 de julio de 1937 —que es la fecha correcta de inicio de la segunda guerra mundial— los japoneses lanzaron una ofensiva colosal contra Pekín y el puerto de Tianjin. El 8 de agosto tomaron la antigua capital y buena parte del norte de China.

Chiang Kai-shek no acertaba a decidir cuándo sería preferible ofrecer resistencia ante aquellos «bandidos enanos» y se preguntaba si a los chinos les esperaba «la existencia o la destrucción total». Si no se resistía, se arriesgaba a perder el poder; si lo hacía, se arriesgaba a caer derrotado. Accedió a negociar con Mao sobre la formación de un frente único contra Japón y se reunió con Zhou Enlai, el lugarteniente de Mao, en Xi'an. Pero los comunistas manipularon el patriotismo del caudillo militar manchú Zhang Xueliang (el Joven Mariscal), quien, descontento con las

vacilaciones del generalísimo, concibió un plan para doblegar a Chiang. Las tropas del Joven Mariscal asaltaron su residencia, mataron a sus guardias y descubrieron al generalísimo escondido en una ladera, con la camisa de dormir y sin la dentadura postiza. Su esposa, Meiling Song, sopesó atacar la ciudad, pero al final se apresuró a reunirse con su marido. Mao quería que se diera muerte a Chiang pero Stalin, que temía la fortaleza de los japoneses, ordenó que se le pusiera en libertad. Chiang accedió al proyecto estalinista de formar una alianza antijaponesa y, a cambio, Moscú le devolvió a su hijo.

Una vez liberado —y escarmentado y humillado—, Chiang defendió Shanghái con medio millón de hombres. Hirohito acordó con sus generales asaltar Shanghái con doscientos mil soldados. En el ataque perdieron la vida nueve mil japoneses frente a casi 250.000 chinos. Pero los japoneses consideraron las bajas como una afrenta y dictaminaron que sus tropas trataran por igual a los soldados enemigos que a la población civil: en Shanghái no hicieron prisioneros, sino que masacraron a los habitantes por miles. El 13 de diciembre tomaron la capital, Nankín. El general Matsui Iwane, comandante del frente, y el príncipe Yasuhiko Asaka, tío de Hirohito y comandante de la Fuerza Expedicionaria de Shanghái, ordenaron que antes del desfile triunfal se emprendieran represalias muy rigurosas: tan solo el primer día se mató a 32.000 personas. La orden de Asaka fue: «Matad a todos los prisioneros». En total se calcula que las tropas de Asaka acabaron con la vida de no menos de 340.000 chinos; entre ellos se violó, mutiló y asesinó a unas veinte mil mujeres.[1]La masacre, que pretendía tanto expresar la rabia por la resistencia china como manifestar la superioridad racial japonesa, continuó durante seis semanas. La responsabilidad recae sobre Hirohito y sus generales, pero incluso el general Matsui quedó «deprimido», aunque no sin añadir: «Lamento las tragedias, pero el ejército debe continuar, a no ser que China se arrepienta». A Matsui y Asaka se les ordenó dejar la campaña y volver a las islas sin que hubiera castigo: el primero recibió los elogios de Hirohito y el segundo, una condecoración.

Chiang intentó plantar cara en Wuhan, pero lo aplastaron y trasladó la capital al interior, a Chungking. En su feudo de Shaanxi, Mao se preparó para una guerra de guerrillas que sería prolongada y llamó la atención sobre una ironía: «Los que se han apoderado de las letrinas no pueden cagar y los que están abotargados no tienen letrina». En su capital, Yan'an, incrementó sus fuerzas pasando de treinta mil a 440.000 efectivos, pero delegó los enfrentamientos frontales en Chiang. En 1938 los japoneses ya controlaban la mayor parte de las costas de China, mientras Chiang y Mao resistían en el interior; pero estaban entregados a una guerra que nunca acabarían ni se podían permitir. En este panorama caleidoscópico, que cambiaba con rapidez, solo había una certeza que no escapaba a ninguno de los participantes: el conflicto venidero sería, como dijo Stalin, «una guerra de máquinas» y, en consecuencia, «lo más codiciado sería», citando ahora a Churchill, «el dominio del petróleo». Quienes controlaran este recurso se impondrían a los demás.

Los reyes del petróleo y la conquista de Arabia: Abdulaziz y Reza

El sha se había enfrentado a los británicos para exigir un porcentaje mayor del petróleo iraní y, con su amenaza de cancelar totalmente la concesión, obtuvo en efecto unas condiciones mejores. Aquí se inició una transferencia de poder, de Europa hacia Asia. Pero las fricciones envenenaron la corte de Reza.[2]

Reza confiaba en garantizar que la sucesión recaería sobre su hijo Mohammad. Este acababa de regresar del internado suizo en compañía de Ernest Perron, el manitas amanerado y once años mayor, «un tipo curioso», según la descripción de un diplomático británico, «que se viste como un bohemio de comedia musical, te escribe letras en la palma de la mano ¡y hace afirmaciones de lo más sorprendente sobre tu vida sexual!». El sha, aterrado por la homosexualidad, recibió con horror al visitante, lo atacó a latigazos y ordenó que lo expulsaran. Las hijas, no obstante, lo

convencieron de que le permitiera quedarse y el sha lo nombró jardinero. Fuera cual fuese el papel de Perron, era emocional, no sexual; el príncipe heredero ya había perdido la virginidad con una doncella suiza y fue un mujeriego durante toda su vida.

El sha se apresuró a casar al chico, para lo que eligió a una princesa egipcia. La Casa de Mehmed Ali era la dinastía más antigua de la región, aunque con el inconveniente de ser suní. En marzo de 1939, en el Palacio de Abdín, en El Cairo, el príncipe heredero se casó con la princesa Fauzia, hermana del joven rey Faruq de Egipto; la ceremonia se repitió luego en Teherán, en presencia del sha. Fauzia, cuya madre Nazli era en parte francesa, tenía «un rostro perfecto, de forma de corazón, y ojos azules de una palidez extraña pero muy perspicaces». Se había criado entre los lujos hedonistas de Egipto, por lo que la tosquedad del sha la horrorizó; la aburguesada estrechez mental de la corte persa la aburría y no fue feliz con su marido, que no era nada elegante. Al comprender que se avecinaba una guerra, el sha confiaba en consolidar sus dominios jugando con la hostilidad mutua del Reino Unido y Alemania.

En el sur, el 3 de marzo de 1938, una compañía petrolífera estadounidense encontró crudo en el pozo Dammam 7, en el nuevo reino de Arabia Saudí. Hasta ese momento, el ascenso de Abdulaziz ibn Saúd y sus wahabíes no habían preocupado gran cosa a los británicos, que defendían a sus reinos hachemíes en Irak y Transjordania. Pero en aquel momento la inquietud por la seguridad se acrecentó, pues Arabia se sumó a Irán e Irak como países con abundancia de petróleo y cada vez más poderosos.

El rey dependía de los impuestos que los peregrinos pagaban en La Meca, pero sus ingresos menguaron durante la Depresión. Aunque los Ijwan lo habían alzado al poder, ahora lo amenazaban y tenía que destruirlos. En marzo de 1929, en Sabila, ametralladores saudíes, con la ayuda de aviones de la RAF, segaron la vida de varios cientos de camelleros y pusieron fin a los Ijwan como fuerza independiente. El 23 de septiembre de 1932, Abdulaziz se declaró rey de un nuevo país: Arabia Saudí.[3]Las recompensas fueron inmediatas: sus ingenieros instalaron

electricidad y aseos en su nuevo Palacio de Murabba, inicio de la transformación de los saudíes, que dejaron de ser caudillos del desierto para convertirse en potentados internacionales. Espoleadas por un inglés bizantino —Saint John Philby, un exdiplomático británico que, tras convertirse al islam, recibió del rey el nombre de «jeque Abdalá»—, las petrolíferas occidentales, que tenían a Philby en nómina, empezaron a hacer prospecciones.[4]En Riyad, Philby interpretaba el papel de un jeque, y en los clubes de Saint James, el de funcionario británico. Negoció las primeras concesiones petrolíferas de los saudíes, suscritas en 1933 con quel, a la que se sumó Texaco en 1936, en conjunción con la Aramco de Abdulaziz. A medida que las tensiones internacionales se agravaban, todas las potencias hicieron planes para controlar aquel tesoro energético; en particular Alemania y Japón, que carecían de pozos propios.

Porque así es como se hace: el plan de Hitler

El 20 de abril de 1937, día de su cuadragésimo octavo cumpleaños, Hitler reveló su verdadera visión del imperio ante sus dos confidentes. Albert Speer, el joven y afable arquitecto, le presentó una maqueta de la gigantomaníaca nueva capital que proyectaba, Germania (Berlín). «¿Entiendes ahora el porqué de la magnificencia de nuestros planes?», preguntó Hitler, quien, como Goebbels, quedó admirado por aquella fantasía: un Volkshalle con una cúpula que multiplicaba por siete la romana de San Pedro y estaba concebido para acoger a 180.000 personas; un Palacio del Führer al estilo de una fortaleza; un Arco de la Victoria de 80 metros, que dejaría en nada el Arc de Triomphe parisino; y una estación mayor que la Grand Central de Nueva York. «Hice estos esbozos hace diez años», dijo Hitler, al transmitirle el encargo a Speer, «y sabía que algún día los iba a construir». Speer preveía completar Germania en 1950; cuando le mostró los esbozos a su padre, este exclamó: «Vosotros dos… ¡os habéis vuelto locos de remate!». Pero Hitler confiaba en Speer y en que Germania sería

«la capital del imperio germánico». Más adelante le reveló a Goebbels cuáles eran sus planes inminentes para Austria y Checoslovaquia; Goebbels escribió: «Serán nuestras ... Por eso el Führer tiene unos planes constructivos tan grandiosos». En una reunión secreta, Hitler explicó: «Yo siempre llego hasta el extremo de lo que creo que puedo arriesgar, pero no más ... Digo: "Te voy a destruir". Y entonces recurro al ingenio para que me ayude a arrinconarte de tal modo que no puedas atacarme, porque si lo hicieras, el corazón te fallaría fatalmente». Acto seguido bramó: «¡Porque así es como se hace!».

Hitler empezó a intensificar la presión sobre Austria. En febrero de 1938 convocó al canciller Kurt Schuschnigg para amenazarlo con una invasión. «Mi tarea ya está decidida», le dijo. «Supongo que no te crees capaz de oponer ni una hora de resistencia, ¿no? Porque ¿quién sabe? Quizá mañana mismo esté yo en Viena, como una tormenta de primavera.» Schuschnigg intentó derrotar a Hitler con sus propias armas y organizó un referéndum de independencia, pero Hitler lo usó como pretexto para acumular unidades de la Wehrmacht en la frontera austríaca.

En Viena, el barón Alphonse de Rothschild no acababa de tener claro si les convenía marcharse o no, pero su esposa —una inglesa elegante, llamada Clarice Sebag-Montefiore— supo gracias a un amante que trabajaba en el Ministerio de Exteriores que los nazis ya habían redactado una lista de judíos a los que arrestarían; de modo que hicieron las maletas y cogieron el coche con destino a Francia. Sigmund Freud, a sus ochenta y dos años, se negó a huir. «En la Edad Media me habrían quemado en la hoguera», dijo repetidamente. «Ahora se contentan con quemar mis libros.»

Schuschnigg canceló el plebiscito, presentó la dimisión y cedió el poder a su ministro de Interior, un nazi. El 12 de marzo las fuerzas alemanas entraron en Austria. Con un desfile de Mercedes descapotados y ante la presencia de masas extasiadas, Hitler atravesó Linz, alzó la mirada hacia la ventana de su médico judío —Eduard Bloch, que le saludó con la cabeza— y continuó hacia Viena, donde se dejó ver en el balcón del Hofburg antes de visitar la tumba de su sobrina, Geli Raubal. Esta Unión —*Anschluss*—

desató una cadena trágica: los matones nazis obligaron a los judíos a limpiar las calles. Adolf Eichmann, que era hijo de un contable y fue el experto de Hitler en la materia antisemita, había sido guardia de Dachau; como en aquel momento dirigía la Sección II/112 del Departamento Judío del SD, se incautó de uno de los cinco palacios de los Rothschild para su Agencia Central de Emigración de los Judíos, que supervisó la confiscación de las riquezas de estos, en particular de los cien mil judíos que mostraron el deseo de marcharse.

El barón Louis de Rothschild, caballeroso hermano de Alphonse, era un botánico y esteta aficionado a jugar al polo, casado con una condesa austríaca. Unos oficiales de la SS lo visitaron, pero el mayordomo los invitó a regresar después de la comida. Aunque intentó escapar, lo detuvieron en el aeropuerto de Aspern, y Göring y Himmler compitieron por obtener un rescate jugoso de los Rothschild. Se impuso Himmler, que visitó a Louis en la cárcel para negociar la entrega de activos por valor de 21 millones de dólares a cambio de su libertad. Una vez satisfecho el rescate, Louis se reunió con su hermano en Estados Unidos. Freud en cambio siguió negándose a marcharse.[5]

En la estela de los nazis llegaron también los especuladores, encabezados por Krupp, quien, con la ayuda de Göring, se incautó de la principal acería austríaca. Si los Wagner representaban la dinastía cultural de Hitler, los Krupp fueron su realeza industrial: así, cuando Mussolini acudió de visita, Hitler le enseñó la fábrica de Essen. Krupp celebró el quincuagésimo aniversario de Hitler regalándole una mesa de acero cubierta de esvásticas brillantes y grabada con una cita de *Mi lucha*; Hitler quedó entusiasmado. Alfried, el hijo de Gustav —de nariz aguileña, ojos hundidos y aspecto cadavérico—, pertenecía a la SS desde 1931; se incorporó a la junta y desarrolló tanques para la nueva guerra móvil.

«¡Ahora les toca a los checos!», exclamó un Hitler eufórico ante Goebbels, y prepararon la guerra contra Checoslovaquia, con el pretexto de la minoría alemana de la región de los Sudetes. El 17 de septiembre de 1938, el primer ministro británico, Neville Chamberlain —de nariz de pico y carácter anodino, pero resuelto a

salvar la paz en Europa— llegó al Berghof, la espectacular residencia alpina del Führer, donde este le ofreció una mezcla de diatribas coléricas y negociaciones racionales. Chamberlain despreciaba a Hitler: «carece de toda distinción; reconoces en él al pintor de brocha gorda que fue». Por su parte Hitler se mofaba de Chamberlain, al que tildaba de «gusano» con «aires de institutriz». Después de varios encuentros, el británico se vanaglorió de estar intentando evitar una guerra «debida a una pelea en un sitio remoto entre gentes de las que no sabemos nada». En la conferencia que se celebró en Múnich con la mediación de Mussolini, tanto Chamberlain como Daladier —el primer ministro francés— consintieron en «ceder a Alemania el territorio alemán de los Sudetes» checoslovacos.

Chamberlain regresó triunfante. Al bajar del avión dijo: «Mis queridos amigos, creo que los nuestros serán tiempos de paz. Volved a casa y dormid tranquilos». Pero la gente prudente no durmió. «Se te ha dado la posibilidad de elegir entre la guerra y el deshonor. Has elegido el deshonor, y la guerra, la tendrás», le advirtió Churchill, que calificó Múnich de «derrota sin paliativos». Desde su observatorio de Washington, Roosevelt se mostró de acuerdo, en una nota privada en la que habló de «sangre en las manos de Judas Iscariote». Con la voluntad de distraer de la carrera presidencial a Joe Kennedy (rival en su propio Partido Demócrata), Roosevelt lo ascendió y envió a Londres como embajador. Aquí el arrogante irlandés se deleitó con las relaciones sociales, pero dio su apoyo a la camarilla antisemita que rodeaba a la vizcondesa de Astor, partidaria de apaciguar a Hitler con cesiones. Esos «judiacos» alemanes, a juicio de Kennedy, «se lo habían buscado»; según se franqueó ante un amigo, «como persona, un judío vale, pero como raza, dan asco: estropean todo lo que tocan». A Roosevelt, en cambio, Hitler le horrorizaba: «Sus gritos, su histrionismo, el efecto que tiene sobre el público... La gente no le aplaude, sino que hace ruidos como de animal», le dijo el presidente a su prima y confidente, Daisy Suckley. «Europa es dinamita para el mundo.»

Los Sudetes no satisficieron a Hitler. La trampa le había

alejado de la guerra, pero ya planeaba «ocupar rápidamente» el resto de Checoslovaquia y luego, «en el momento adecuado, ablandaremos a los polacos con métodos infalibles».

A las pocas semanas, excusándose en que un judío polaco había abatido a tiros a un diplomático alemán en París, Hitler y Goebbels organizaron un pogromo antijudío en toda Alemania, la conocida como *Kristallnacht* o «Noche de los cristales rotos». Entre el 9 y 10 de noviembre se apaleó a incontables judíos, se mató a un centenar y se detuvo a treinta mil, a los que se envió a campos de concentración; los nazis prendieron fuego a un millar de sinagogas y destrozaron incontables tiendas judías. Hitler debatió sobre «el problema de los judíos» con Goebbels, quien apuntó: «El Führer quiere expulsar de Alemania a todos los judíos, enviarlos a Madagascar o algún sitio así». El 30 de enero de 1939, en un discurso ante el Reichstag, Hitler relacionó el destino de los judíos europeos con la guerra que preveía iniciar: «A lo largo de mi vida he sido un profeta en numerosas ocasiones, aunque eso me haya acarreado desprecio. Hoy quiero volver a profetizar: si los financieros judíos internacionales ... hacen realidad su objetivo de sumir de nuevo a las naciones en una guerra mundial, os aseguro que el resultado no será la bolchevización de la tierra y el consiguiente triunfo de la judería, sino la aniquilación de la raza judía en Europa».

En marzo convocó al presidente checo, el anciano Emil Hácha, para obligarle a entregar el resto de Checoslovaquia; Hácha sufrió una apoplejía. Las tropas alemanas ocuparon Praga, nombrada capital del nuevo Protectorado de Bohemia y Moravia, a la vez que se concedía la independencia a Eslovaquia como Estado cliente dirigido por un sacerdote fascista. Hitler le dio a Krupp el conglomerado industrial de Škoda. A los pocos días conminó a Lituania a entregarle el gran puerto de Memel, en el Báltico. El Reino Unido y Francia comprendieron por fin el error que suponía intentar apaciguar a Hitler mediante concesiones y dieron garantías de protección al siguiente objetivo de los nazis: Polonia. Hitler había logrado encadenar los éxitos. «Que hayáis logrado encontrarme entre tantos millones ha sido el milagro de nuestro

tiempo», dijo en un mitin. «Pero Alemania ha tenido la gran fortuna de que yo os encuentre.» Convencido de que la guerra era a la vez inevitable y deseable, centró su atención en la otra potencia contraria a Versalles que había perdido también los territorios que poseía en Polonia, liderada por un enemigo bolchevique: Stalin. Solo el dictador soviético estaba en condiciones de impedir que Hitler librara una guerra en dos frentes.

En mayo, mientras Hitler reflexionaba en el Berghof, Ribbentrop, su ministro de Exteriores, le enseñó unas grabaciones de Stalin en Moscú, mientras pasaba revista a un desfile militar frente al Mausoleo de Lenin, el primero de mayo. «Creo que con ese hombre puedo hacer negocios», dijo Hitler.

La sensación era mutua. Pero en ambos casos, solo temporal.

Stalin llevaba cierto tiempo enviando señales de distensión. El Terror se le estaba escapando de las manos. El 25 de noviembre de 1938 Yezhov —que se entregaba a orgías de bebida y sexo con hombres y mujeres y estaba intentando cubrir la pista de sus propios excesos— fue sustituido por un esbirro de competencia suma: Lavrenti Beria, un georgiano repulsivo, sádico y violador, que organizó una última oleada de asesinatos que esta vez se llevó por delante al propio Yezhov. «Muero con el nombre de Stalin en los labios», dijo Yezhov, antes de que lo fusilaran. Stalin —que se enfrentaba al auge de Hitler en Europa y la agresividad de Japón en Asia, pero dominaba un Partido aterrado y un Estado debilitado — se dejó cortejar tanto por los nazis como por las democracias anglo-francesas. Desconfiaba de los británicos, que llevaban tiempo intentando destruir la Rusia soviética y «quieren utilizarnos como carne de cañón» para que «les saquemos las castañas del fuego». Aunque no se hacía ilusiones sobre Hitler, pues era consciente de la hostilidad de fondo y había leído una traducción de *Mi lucha*, a la postre la distensión de Hitler le parecía más verosímil y también más provechosa. En cuanto al alemán, que nunca olvidó lo que había prometido en *Mi lucha* —erradicar el judeobolchevismo—, ordenó emprender la guerra contra Polonia y esta decisión requería establecer una alianza con Stalin. Cortejado pues por todos los pretendientes, Stalin no tenía prisa.

En agosto de 1939 Hitler le envió un telegrama para sugerir que Ribbentrop volara de inmediato a Moscú. Cuando llegó la contestación de Stalin, durante una comida, Hitler pegó un puñetazo en la mesa y exclamó: «¡Ya los tengo!». El Führer dio instrucciones a sus generales para comunicarles que los alemanes podrían disponer del necesario «espacio vital», y Ribbentrop tomó un avión a Moscú y un coche hasta el Kremlin. Stalin tenía allí su despacho («el Rinconcito») y se mostró dispuesto a negociar el reparto de la Europa oriental. Mientras hacía de anfitrión de Ribbentrop, sus tropas batallaban contra los japoneses en la frontera mongola. Dos días antes de que el alemán llegara, un comandante recién ascendido por Stalin, Gueorgui Zhúkov, atacó a los japoneses con cincuenta mil efectivos en Jaljín Gol. La batalla sería decisiva para el futuro de la guerra mundial, tanto como las conversaciones del Rinconcito.

En el Berghof, Hitler cenó con Eva Braun y el séquito, y luego se quedó despierto en compañía de Goebbels; no podía conciliar el sueño, estaba ojeroso, casi febril. En el Rinconcito las negociaciones de Ribbentrop y Stalin avanzaron con celeridad en su intercambio de cromos, una de las ventajas de las dictaduras. «Alemania y Rusia no volverán a enfrentarse en combate», exclamó un Ribbentrop exultante, que brindó por Stalin con una copa de champán.

«¡Así *debería* ser!», afirmó un Stalin radiante, pero que no descuidaba la vigilancia. A las cuatro de la noche Hitler recibió el telegrama de Ribbentrop: él y Stalin se habían repartido Polonia; a Stalin se le prometía el dominio de territorios limítrofes de los Románov, partes de Finlandia, el Báltico y Rumanía.[6]Hitler ensalzó a Ribbentrop como «el nuevo Bismarck» y ordenó poner en marcha la invasión de Polonia. Lejos de allí, en Mongolia, el 25 de agosto, los tanques soviéticos cercaron a las fuerzas japonesas. Esta victoria modificó los planes de Japón: en lugar de atacar a Rusia, los nipones se enfrentarían al Reino Unido y Estados Unidos. En cuanto a Stalin, había dado con un ganador: Zhúkov —de gran fuerza de voluntad, duro y tosco— sería el general más brillante de la segunda guerra mundial.

Hasta que la victoria se confirmara, «yo no quiero ser más que el primer soldado del Reich», dijo Hitler el 1 de septiembre, vestido con la guerrera de campaña, ante un Reichstag sobrecogido. En caso contrario él no «viviría para ver el final», añadió, con un anuncio público de suicidio. Se comparó con Federico el Grande, que también había tenido que «hacer frente a una gran coalición», pero había «triunfado».

Aquella mañana, mientras 1.500.000 soldados asaltaban Polonia, Hitler ordenó a sus secuaces que libraran una guerra de un tipo nuevo: «Aniquilar Polonia», se decía en las notas que tomó un general. «Sin lugar para la piedad. Acción brutal ... Severidad máxima.» Hitler desdeñaba la democracia —«¡Gusanos! En Múnich pude ver cómo son»—, pero esta vez los gusanos contestaron: el Reino Unido y Francia declararon la guerra; Chamberlain envió a una fuerza expedicionaria de 390.000 efectivos en apoyo de los franceses y, no sin reticencia, incorporó de nuevo al indomable y magistral Churchill, con las funciones de primer lord del Almirantazgo.

Roosevelt, que se dio cuenta de que Chamberlain estaba condenado, le escribió en secreto a «mi querido Churchill», para instarle a «comunicarme en persona cualquier cosa que deseéis que yo sepa». Pero el 62 % de los estadounidenses preferían la neutralidad; también le frenaban el antisemitismo imperante en su país y el embajador Kennedy, «que siempre ha sido y siempre será partidario del apaciguamiento. ¡Vaya incordio», dijo Roosevelt.

Hitler encomendó iniciar en Polonia «una lucha étnica implacable» y «sin limitaciones legales». Se anexionó las provincias que habían sido prusianas y creó un Gobierno General para dirigir el resto del territorio; el objetivo general era «cosechar allí lo único que nos puede interesar: mano de obra», así como «limpiar el Reich de judíos y polacos». Cerca de 1.700.000 de judíos polacos cayeron en manos de los alemanes. En pos del ejército iban cinco (luego, siete) batallones especiales, los letales Einzatzgruppen de la SS; los había creado Heydrich, que a la sazón dirigía el Reichssicherheitshauptamt (RSHA, Oficina Central de Seguridad del Reich), integrando a hombres del SD con batallones de policías

corrientes. Estos batallones asesinaron a todas las personas incluidas en una lista negra (el «Libro Especial de Búsqueda y Captura») que enumeraba a cuarenta mil miembros de las élites de Polonia. «No debe quedar ningún líder polaco», precisó Hitler; «puede sonar crudo, pero donde haya un líder polaco, hay que matarlo». Algunos comandantes de los Einzatzgruppen eran matones y criminales de la calle, pero muchos habían gozado de una educación exigente: tres comandantes eran médicos, así como nueve de los 17 oficiales del Einsatzgruppe A, y procedían de la clase media, cuando no de la aristocracia. Concluida la guerra los generales alemanes propagaron el mito de que la Wehrmacht no había participado en ninguna de las atrocidades nazis. En realidad, la mayoría de los oficiales no solo dieron su consentimiento y aprobación a las «tareas étnico-políticas», sino que ayudaron a perpetrarlas; se les sumaron soldados corrientes que incluso tomaron fotografías de lo que hacían. Solo una minoría muy escasa de soldados especialmente valerosos se negó a participar. Himmler asistió a algunas ejecuciones y les decía a los asesinos: «Con toda franqueza: yo no hago nada sin el conocimiento del Führer».[7]

Aunque las masacres contaban con la participación de miles de personas, todo dependía del liderazgo de Hitler. En noviembre voló a Múnich para pronunciar el discurso anual ante los «viejos combatientes» del Putsch de la Cervecería, que concluyó algo antes de lo que se había previsto: Hitler se marchó justo cuando estallaba una bomba plantada por un asesino solitario, Georg Elser. Hitler interpretó que la providencia le había salvado —«el destino del Reich depende exclusivamente de mí»— y que la urgencia de su misión era aún mayor de lo que pensaba: «Solo podremos enfrentarnos a Rusia si despejamos el frente occidental».

El Reino Unido y Alemania emprendieron una carrera por el dominio de Noruega, que ganaron los segundos. Chamberlain, que carecía de virtudes como líder militar, perdió la autoridad. A las 10.15 de la mañana del 9 de mayo de 1940 se reunió con los dos candidatos a la sucesión. Chamberlain y los grandes del partido conservador preferían al ministro de Exteriores y exvirrey de la India: el conde de Halifax (apodado *Holy Fox*, «zorro sagrado»).

Halifax, un aristócrata desecado y convencido de su propia superioridad, con un brazo inútil y manco de una mano, era partidario de negociar con Hitler. Churchill, que tenía la fama de ser belicoso, pirático y engreído, y era medio estadounidense, guardó silencio con ferocidad hasta que Halifax se apartó del camino.

Este imperialista aristocrático suponía una vuelta al pasado y una excentricidad. Churchill era un hombre extravagante, un *bon vivant* aficionado a la bebida y los cigarros, de carácter irascible, mordaz e ingenioso, que se complacía en lucir uniformes singulares; el traje de emergencia para los bombardeos, que él mismo diseñó, recordaba a un pelele de bebé. Pero no solo había acertado a reconocer la verdadera naturaleza de Hitler, sino que su temperamento marcial, creatividad visionaria, energía exuberante, experiencia sin igual en los ministerios, conocimiento de la guerra y la historia y, por último, su dominio del lenguaje le situaban en una posición inmejorable para asegurar la supervivencia del Reino Unido. «¡Pobre pueblo, pobre pueblo!», murmuraba. «Confían en mí, y eso que yo, durante mucho tiempo, solo podré ofrecerles desastres...»

El 10 de mayo, después de varios meses de «guerra de broma», un Hitler inquieto y nervioso anunció una batalla que decidiría «el destino del pueblo alemán durante mil años» y atacó hacia el oeste, por Bélgica y Holanda. Pero el avance principal se dirigía más al sur, a través de las Ardenas, con una jugada atrevida que usó los tanques para una Blitzkrieg (guerra relámpago). «Nos han derrotado», admitió el primer ministro francés, Paul Reynaud, cuando Churchill tomó un avión para insuflar ánimos a la resistencia. Cuando el británico preguntó: «¿Y la reserva estratégica, dónde está?», el comandante en jefe de los franceses fue explícito: «No la hay».

Reynaud incluyó en el gobierno al héroe de Verdún —el mariscal Pétain, de ochenta y cuatro años— y a un general que había liderado tres contraataques fallidos y estaba convencido de que Francia no debía rendirse en ningún caso: Charles de Gaulle, el viceministro de guerra. Este era un militar con estudios, de la

nobleza menor, con una figura desgarbada, de 1,93 de altura, cabeza pequeña y nariz larga, al que apodaban «el Gran Espárrago». El 9 de junio voló a Inglaterra para entrevistarse con Churchill en Downing Street y pidió que la RAF se comprometiera con la Batalla de Francia. Churchill se negó, pero el «joven y enérgico» De Gaulle despertó la admiración del británico, pues —endurecido por el tiempo pasado como prisionero de guerra de los alemanes durante la primera guerra mundial— creía en «una cierta idea de Francia», una idea conservadora sobre la *grandeur* de un país que debía dirigir algún líder magnífico... como bien pudiera ser él mismo, en un futuro.

Dos días más tarde Churchill regresó a Francia, donde le recibió un Reynaud desanimado; frente al «vigor» de De Gaulle, Pétain ya se mostraba derrotista. De regreso en Londres Churchill propuso una unión anglo-francesa, pero el 10 de junio Reynaud presentó la dimisión y la jefatura de gobierno pasó a Pétain, que entabló negociaciones con Hitler. Mientras Mussolini se incorporaba a la guerra invadiendo Francia desde el sur, De Gaulle huyó a Londres, «solo y privado de todo ... adentrándome en la aventura». París cayó el 14 de junio; cuatro días más tarde «yo, el general Charles de Gaulle, actualmente en Londres», envió un discurso por radio. Se preguntaba: «¿Se ha dicho la última palabra? ¿Hay que renunciar a la esperanza? ¿La derrota es definitiva? ¡No! ... La causa de Francia no está perdida».

Mientras Pétain negociaba, el ejército británico se veía rodeado por los alemanes en la playa de Dunkerque. La victoria fue tan aplastante que Hitler vaciló. «El Führer está sumamente nervioso, asustado por su propio éxito», escribió su jefe del Estado Mayor. Aprovechando las dudas de Hitler, una flotilla de embarcaciones menores rescató a trescientos mil soldados británicos.

Hitler recibió la rendición francesa —técnicamente, un armisticio— en el mismo vagón de Compiègne donde los alemanes habían presentado la suya en 1918; dejó intacto el sur de Francia y el imperio francés, subordinados al gobierno de Pétain desde Vichy. El antiguo káiser y sus hijos felicitaron a Hitler.

Al amanecer del 23 de junio, en compañía de Speer, Hitler voló a París para contemplar la ciudad desde un Mercedes descapotado. Se paró en la Torre Eiffel y se plantó ante la tumba de Napoleón, en Los Inválidos, donde ordenó que se repatriara el cadáver del hijo del emperador, el duque de Reichstadt, una de sus obsesiones históricas más extrañas. «París ha sido bonito, ¿no?», le dijo a Speer.

En julio Hitler acudió a Essen para celebrar el septuagésimo aniversario de Krupp y agradecerle en persona el desarrollo de los carros blindados.[8]En Bayreuth asistió a una representación operística del *Götterdämmerung* (*El ocaso de los dioses*). «Oigo las alas de la diosa de la victoria», le dijo a Winifred Wagner. Estaba a punto de ordenar que se pusiera en marcha la apuesta principal de toda su carrera de apuestas sucesivas.

Confiaba en que los británicos se rendirían. Halifax sugirió negociar. Pero Churchill aguantó la embestida y le dijo al pueblo británico: «No puedo ofreceros más que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor» en una guerra «contra una tiranía monstruosa que ha superado todo lo conocido en el negro y lamentable catálogo de los crímenes humanos». Hitler, que se mofaba de la «situación desesperada de las fuerzas armadas británicas», quería emprender un asalto marítimo (la operación León Marino), pero sus almirantes le advirtieron de que tal clase de operación resultaría inviable si no contaban con la superioridad aérea. En julio de 1940 Hitler encomendó a Göring —el comandante de la Luftwaffe, recién ascendido a mariscal imperial, a quien el Führer había designado como su heredero— que «aplastara a la RAF» para luego «eliminar la patria inglesa y ... ocupar el país al completo». Pero ya había empezado a centrar su atención en la gran cruzada de su vida: «Cuando se haya destruido a Rusia, la última esperanza de Inglaterra se desvanecerá».

En agosto Hitler soltó las riendas de la Luftwaffe, pero demoró León Marino porque los intrépidos pilotos británicos, la superioridad de sus aviones, los nuevos radares y la desafiante elocuencia de Churchill se impusieron en la batalla de Inglaterra. Churchill obtuvo otra victoria más, en este caso transatlántica.

Kennedy denunciaba el «teatro» de Churchill —quizá porque, en palabras de Roosevelt creía que «su pequeña clase capitalista estaría más segura con Hitler»— e informó a Washington de que el Reino Unido era insalvable y que la «democracia ha muerto». Pero Churchill supo convencer a Roosevelt de que los ayudara con urgencia: «Debo decirle que, en la larga historia del mundo, esto es lo que toca hacer ahora».

HITLER Y EL JOVEN REY

Roosevelt envió cincuenta destructores para el Reino Unido e hizo regresar a Kennedy, al que tuvo la astucia de neutralizar ofreciéndole apoyo para su previsible intento futuro de aspirar a la presidencia de Estados Unidos. Roosevelt, que se presentaba para un tercer mandato —sin precedentes— obtuvo una victoria aplastante,[9]lo que le dejó las manos libres para ayudar al Reino Unido con el programa de Préstamo y Arriendo. «Supongamos que la casa de mi vecino se incendia. Si él puede acceder a la manguera de mi jardín», explicó hábilmente en uno de los discursos radiofónicos que dirigía a la nación bajo el nombre de «charlas junto a la chimenea», «quizá con eso le ayudo a que apague el incendio». Estados Unidos iba a ser «el arsenal de la democracia».

El 22 de junio de 1941, Hitler —al que en Alemania se tenía ahora mayoritariamente por un genio— invadió Rusia en lo que bautizó como «operación Barbarroja», una campaña planeada desde la caída de Francia. «Demoler Rusia» obligaría a los británicos a rendirse, según les había comentado a sus generales, y además permitiría que Japón «concentre todas sus fuerzas contra Estados Unidos», lo que a su vez impediría que los norteamericanos lucharan contra Alemania. Ordenó también que sus generales preparasen la fase posterior a Barbarroja, donde habría «la invasión de Afganistán y un conflicto con la India». Barbarroja iba a ser una guerra de aniquilación, «un combate a ultranza» en el que se liquidaría al instante a cualquier «agitador bolchevique, guerrillero saboteador y judío» y se dejaría morir de hambre —

deliberadamente— a los prisioneros de guerra rusos. «Cuando hayamos logrado la victoria nadie se interesará por nuestros métodos», afirmó, con la reflexión de que «hoy nadie recuerda a los armenios».

Hitler estaba entusiasmado con la escala de aquel «asalto masivo, de dimensiones magníficas, el más colosal que la historia haya conocido nunca. El ejemplo de Napoleón no se repetirá», porque la URSS se iba a hundir «en un plazo de cuatro meses». Pero incluso Hitler tuvo momentos de duda por el «gran riesgo» que había asumido, pues «el principio de toda guerra es como abrir la puerta a una habitación oscura: uno nunca sabe qué se oculta en la oscuridad». Ante sus secretarios reconocía que la «misteriosa» Rusia era como el «barco fantasma del *Holandés errante*. No se puede saber nada con certeza ... Podría ser una gigantesca pompa de jabón o algo del todo distinto». Y en efecto, así fue.

La invasión se había demorado por las contingencias derivadas de la proliferación de guerras. Los éxitos de Alemania atrajeron a los parásitos. El generalísimo Franco de España se reunió con Hitler para reclamar la Gibraltar británica y varias colonias francesas. «Preferiría que me arrancaran dos o tres dientes antes que reunirme de nuevo con él», rezongó Hitler. Mussolini quería Niza y la Tunicia francesa, pero sobrestimó la capacidad de Italia: invadió Albania —gobernada desde la década de 1920 por un rey hecho a sí mismo, Zog, que huyó a Londres— y luego, sin haberlo consultado con Hitler, asaltó Grecia, donde sus tropas se encontraron con problemas. Los británicos, que desplegaron a 375.000 soldados africanos, liberaron Etiopía, restauraron en el poder a Haile Selassie y luego atacaron la Libia de Mussolini, donde los italianos se derrumbaron. Hitler envió a un Afrika Korps para frenar la retirada italiana y amenazar el Egipto británico, pero también tuvo que rescatar a Italia en Grecia.

Hitler estaba preocupado por los Balcanes, que no eran solo la fuente del petróleo rumano, sino también la base de Barbarroja. Stalin había estado intentando aumentar la influencia soviética en Rumanía y Bulgaria, lo que hizo que a Hitler, Barbarroja le pareciera aún más urgente. El Führer sentía admiración por Ion

Antonescu, el déspota de Rumanía, un rigorista malhumorado, apodado «Perro Rojo» por el color del pelo y la virulencia del temperamento, que se había labrado la fama luchando para los Aliados durante la primera guerra mundial. El rey Miguel I, el último de los Hohenzollern —que vivió afligido por un padre políticamente catastrófico, Carlos II, un hombre narcisista y con incontinencia sexual— tuvo que soportar el acoso del Perro Rojo, que en ese momento entregó Rumanía a Hitler.

Miguel, a sus dieciocho años, era un joven amable e íntegro, criado por una madre responsable; pero carecía de poder y no pudo negarse a conceder a Antonescu un título «a lo Führer», el de Conducator. «Mantuvimos una relación extraña», le confió el rey a este autor. «Me trataba como a un niño, me excluía. Tener a un dictador me resultaba odioso.» A principios de 1941 Miguel comió con Hitler, que le pareció «rígido e inamistoso. De pronto iniciaba un tema, los ojos se le ponían vidriosos y empezaba a declamar. Intenté hablar con él, pero no se le podía interrumpir». Hitler no dejaba de hablar. «Lo último que recuerdo es que dijo: "Os aseguro que Estados Unidos nunca volverá a entrar en guerra contra nosotros". No le creí.»

Antonescu era ferozmente antisemita. «El judío es el Diablo», le dijo a su gabinete. «Esta lucha nuestra es una batalla a vida o muerte. O ganamos y limpiamos el mundo o ganan ellos y seremos sus esclavos.» Antonescu fue un entusiasta de Hitler, quien permitió incluso que el Perro Rojo le diera lecciones sobre la historia de Rumanía. Antonescu prometió destinar efectivos a Barbarroja. Hungría, Bulgaria y Yugoslavia se unieron al eje de Hitler hasta que un golpe de Estado probritánico en Belgrado amenazó con retrasar la invasión alemana de Rusia.

Hitler se enfureció y ordenó librar una guerra de «dureza implacable» con el fin de «destruir Yugoslavia», a la que dividió para crear una Croacia independiente, gobernada por la Ústasha ultranacionalista, que encabezaba Ante Pavelić. Cuando se alzó con el poder —nominalmente estaba subordinado a un rey italiano, Tomislavo II—, Pavelić, que también se dio un título führeriano, el de Poglavnik, desató una oleada de masacres con el apoyo de

sacerdotes católicos. La carnicería —que aspiraba a matar a todos los judíos croatas y a un tercio de la población serbia— puso de manifiesto el odio a los vecinos inmediatos. Perdieron la vida trescientos mil serbios, treinta mil judíos y veinte mil sintis y romaníes, entre un caos tan macabro que los nazis calificaron de «monstruos» a los hombres de la Ústasha y Himmler protestó ante el Poglavnik.[10]

La demora de Barbarroja por Yugoslavia fue de solo unos meses, pero resultó decisiva. «En cuatro semanas tomaremos Moscú», dijo un Hitler eufórico, después de instalarse en la Wolfsschanze («Guarida del Lobo»), en Rastenburg (Prusia Oriental). Se trataba de un cuartel general lúgubre e infestado de mosquitos, formado por enormes búnkeres de hormigón. A las 3 de la madrugada del 22 de junio, tres millones de soldados[11]y tres mil tanques cruzaron la frontera.

La mayor batalla en la historia del mundo: la guerra de aniquilación de Hitler y la apuesta de Hirohito

La sorpresa fue casi total. Un día antes, Stalin había escuchado la sucesión de informes que hablaban de la acumulación de fuerzas alemanas, para mayor inquietud de sus generales. Pero solo autorizó preparativos menores. Cuando le despertó el teléfono, se hallaba en su residencia, la «dacha cercana», pero apenas había podido pegar ojo por la tensión. Zhúkov le comunicó que la Wehrmacht estaba atacando en todos los frentes.

Aquel fue el error más grave de la carrera de Stalin. Su soberbia red de espionaje en Berlín y Varsovia, al igual que Churchill e incluso Mao, le habían proporcionado datos suficientes. Aún más claros fueron los informes su espía en Tokio, Richard Sorge, un pícaro y conquistador medio alemán y medio ruso. Sorge, gran amigo del agregado alemán —cuya esposa fue una de sus múltiples amantes—, se enteró de la fecha de la invasión. «Está ese cabrón que ha instalado fábricas y burdeles en Japón y le ha

parecido necesario transmitirnos que los alemanes atacarían el 22 de junio —se burlaba Stalin—. ¿Acaso sugerís que me lo tengo que creer a él también?». La dictadura y el Terror pueden acabar tanto con datos de inteligencia muy valiosos como con el sentido común. «Dile a tu fuente que se folle a su madre», escribió en uno de los informes. Stalin podía ser obtuso como una mula, aunque en otras ocasiones fuera astuto como una raposa o flexible como un felino. «Un oficial de inteligencia debería ser como el diablo —dijo— y no creerse a nadie, ni siquiera a sí mismo»; pero en este caso Stalin fue más diablista que el diablo. Sabía que Hitler era un enemigo y que habría guerra, pero creía que el pacto la retrasaría hasta 1943. Cuando la tensión aumentó, debería haber sondeado una alianza con el Reino Unido. Cometió la equivocación de considerar a Hitler como un estadista convencional, cuando el Führer era de hecho —en sus propias palabras— un «sonámbulo» que buscaba guerras de aniquilación.

Stalin se apresuró a regresar al Kremlin y ordenó un contraataque general, en todos los frentes. Fue otra decisión desastrosa: comportó que millones de soldados soviéticos quedaran cercados por los alemanes, que avanzaban con celeridad y tomaron primero Minsk y luego Smolensko. Cuando Stalin y su séquito visitaron el cuartel general para conocer las últimas noticias, Zhúkov rompió a llorar —aun siendo un general duro como el diamante—, pues solo pudo reconocer que en todos los frentes imperaba el caos. «Lenin nos dejó un Estado y la hemos cagado», afirmó Stalin, que regresó a su mansión y dedicó dos días a recuperar la compostura y —como Iván el Terrible— a poner a prueba la lealtad de sus boyardos. Al tercer día los grandes acudieron a reclamar que el georgiano asumiera el mando. El antiguo chiquillo del coro que, como Hitler, creía que era un militar nato, asumió el título de Supremo, echó mano a los inauditos recursos del país —tanto de potencia industrial como de personal: desplegó la asombrosa cifra de 4.200.000 efectivos militares—, arengó a su pueblo con una combinación de patriotismo, terror y marxismo, y emprendió la «batalla a vida o muerte» contra Hitler.

«¡Hermanos y hermanas, amigos míos! —empezó afirmando Stalin en el discurso para su pueblo—. La historia demuestra que los ejércitos invencibles no existen». Pero Hitler no estaba de acuerdo. «En lo esencial, la guerra está ganada —le dijo el Führer a Goebbels una semana después—. El Kremlin va a caer.» Al embajador de Japón también le advirtió de que «la resistencia no durará más de seis semanas». Las interferencias de Stalin en la dirección bélica fueron catastróficas: en poco más de un año perdió a 3.500.000 hombres y la mayoría de la Rusia europea. Los territorios ocupados se dividieron en Ucrania y el Ostland («Territorio Oriental»). Hitler planeaba «borrar Moscú de la faz de la Tierra». A la población rusa —de 194 millones de habitantes— se la mataría de hambre hasta que reducirla a treinta millones; el imperio alemán llegaría hasta los Urales; los gobernadores alemanes vivirían en palacios, y los granjeros germánicos, en bonitas casas de campo de Ucrania, Crimea y el Báltico; del trabajo se encargarían los eslavos esclavizados y a los demás se los deportaría a Siberia. Los invasores nazis masacraron a gran escala desde el primer día de la contienda: de los 5.700.000 prisioneros rusos, se dejó morir de hambre a tres millones. Fue el crimen más descomunal de la guerra, solo por detrás de la matanza de los judíos europeos. «Es un asunto que manejo con absoluta frialdad —dijo Hitler—. Siento que soy simplemente el ejecutor de la voluntad de la Historia. Cuando seamos los amos de Europa tendremos también la posición dominante en el mundo».

Roosevelt, que pasaba revista a un mundo en llamas desde la serenidad de la Casa Blanca, se centró primero en Londres. Allí envió a su asistente, el leal Harry Hopkins, que estaba mortalmente enfermo pero conservaba el buen ánimo y le prometió a un Churchill lloroso: «Donde tú vayas, yo iré contigo». Hopkins tomó un avión a Moscú, aseguró a Stalin que les ayudarían, y cogió el avión de vuelta a Washington para —exhausto— sumarse a la cumbre de Roosevelt y Churchill a bordo del *Prince of Wales*, en la bahía de Placentia, en aguas de Terranova.

«Al menos nos hemos podido ver», le dijo Roosevelt a Churchill, que le pareció «una persona de una vitalidad tremenda:

me gusta», según valoró en un escrito posterior para Daisy Suckley. Después de acordar un programa democrático wilsoniano —la posterior Carta Atlántica—, en la mañana del domingo se celebró en aquel gran acorazado una misa que los emocionó a los dos, cuando los aristócratas protestantes cantaron los himnos vigorosos de sus internados en compañía de la tripulación (que no tardaría en perder la vida). Fue el primer encuentro de muchos similares.

En septiembre el Grupo de Ejércitos Centro se estaba acercando a Moscú, pero la resistencia de los soviéticos era cada vez mayor, el invierno se aproximaba y Rusia aún no se había derrumbado «como un castillo de naipes». Cuando Hitler comprendió que tal vez la Blitzkrieg no cumpliría con sus objetivos, empezó a hablar menos y mostrarse más irritable; reclamó que sus generales se apoderasen de los ricos recursos del sur, así como de Leningrado en el norte, lo que demoró el asalto a Moscú. En el sur la caída de Kiev dejó atrapados a 665.000 efectivos soviéticos, mientras que en el norte se sometió a sitio a Leningrado, donde un millón de personas fallecieron de inanición. Hitler planeaba arrasar la ciudad: «la venganza de la historia», gruñó.[12]

«Este será el mayor drama nunca visto en la historia de las ciudades», se alegraba Goebbels. Con la intención de evitar «el segundo asalto mongol de un segundo Gengis Kan», Hitler ordenó iniciar «la mayor batalla en la historia del mundo»: la batalla por Moscú. Pero las temperaturas se hundieron; los soviéticos combatieron con dureza; el deshielo hizo languidecer a los vehículos atrapados entre el fango. Según le dijo Hitler al conde Ciano, aquel invierno anunciaba «una repetición del destino de Napoleón, pero para Rusia, no para Alemania». En Moscú, el 16 de octubre, Stalin ordenó evacuar a la retaguardia a los principales ministerios («Comisariados del Pueblo»), estallaron desórdenes y toda la biblioteca del líder se cargó en su tren personal; pero el día 18 Stalin resolvió quedarse y plantar batalla. El 30 los alemanes quedaron detenidos. El 7 de noviembre Stalin presidió el desfile de la revolución de octubre y trajo a Zhúkov para encomendarle la dirección de las tropas. Stalin contaba con una reserva que Hitler

no había previsto: el ejército del Extremo Oriente, con un millón de hombres y 17.000 tanques dispuestos a repeler un eventual ataque de Japón.

Hirohito también vacilaba angustiado sobre qué estrategia seguir. En julio de 1940, con el asentimiento de Hitler, los japoneses —cuya guerra en China excedía de sus verdaderas capacidades— ocuparon la Indochina francesa. El presidente Roosevelt castigó a Tokio vetando el abastecimiento de hierro y acero y en parte de combustible. Justo después de Barbarroja, la Conferencia Imperial japonesa se había decantado por renunciar a nuevos combates contra Rusia y se firmó un pacto de neutralidad con Stalin. Si Estados Unidos amenazaba el suministro de petróleo, japón tendría que luchar contra los estadounidenses, además de atacar las colonias neerlandesas y británicas. «Nuestro imperio no se frenará por una guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos», dijo el príncipe Konoe, aunque «si la guerra germano-soviética concluyera en beneficio de nuestro imperio resolveremos también la cuestión septentrional».

El ministro de la Guerra, el belicoso general Tōjō, contaba con un plan claro y definido; no es raro que la simplicidad se confunda con la lucidez. El hijo de este general —al que apodaban «la Cuchilla»— era un veterano de la guerra civil rusa que luego había sido comandante en Manchuria. Se trataba de un rigorista que no perdonaba ninguna indisciplina y tenía la costumbre de abofetear a sus oficiales para insuflarles *bushidō*. Propuso atacar a Estados Unidos y al Reino Unido.

«¿Los planes son para una guerra duradera?», contestó Hirohito. Tōjō tenía que ganar de inmediato o no habría victoria. Su Plan Meridional enviaría a 185.000 efectivos a apoderarse del petróleo y demás recursos de las Indias Orientales Neerlandesas y la Malasia británica. Pero primero los japoneses debían dejar fuera de combate a Estados Unidos, para lo cual —en la tradición de la incursión de 1904 contra Port Arthur— resolvieron atacar a la flota estadounidense en Pearl Harbor. Para guardarse las espaldas también tendrían que adueñarse de otras dos posesiones estadounidenses, las Filipinas y Guam, lo que suponía una ofensiva

muy onerosa en aguas del Pacífico, con una segunda operación dirigida contra Australia. El mejor de los almirantes japoneses, Yamamoto Isoruku, veterano de Tsushima, advirtió de que «no nos bastaría con tomar Guam y las Filipinas, ni siquiera con Hawái y San Francisco», y se preguntaba si Tōjō y los halcones «confían en el resultado final y están dispuestos a hacer todos los sacrificios necesarios».

«Los *japos* están pasando un mal trago a la hora de decidir qué salto dan. Nadie sabe cuál va a ser la decisión», dijo Roosevelt, que confiaba en evitar más provocaciones. El príncipe Konoe sugirió negociar, y el presidente estadounidense aceptó; pero en septiembre de 1941 la escasez de petróleo amenazaba con incapacitar del todo a Tokio. Konoe le propuso a su gobierno «empezar una guerra si a principios de octubre las negociaciones no han dado resultado» y pidió que Hirohito tomara una decisión. El emperador podría haberse negado a entrar en guerra, haber seguido negociando con Estados Unidos, plantear concesiones temporales y quedar a la espera de cómo evolucionaba la guerra en Europa. El príncipe Konoe consultó con el almirante Yamamoto.

«Durante los primeros seis meses, o un año, no habrá quién me pare —contestó el almirante— pero no tengo ni la más mínima confianza en el segundo y el tercer año». Konoe habría preferido seguir con las negociaciones, pero según rememoró más tarde: «Su Majestad ... se decantó por la guerra». En una conversación asombrosa, Hirohito, a la sazón de cuarenta y cuatro años, y sus comandantes decidieron arriesgarlo todo antes que renunciar a ninguna de sus ambiciones expansionistas.

—Si iniciamos las hostilidades —preguntó Hirohito—, ¿es probable que nuestras operaciones sean un éxito?

—Sí —contestó el general Hajime Sugiyama, su jefe del Estado Mayor.

—Cuando se produjo el Incidente [la invasión] de China, el ejército me dijo que lograríamos la paz con un golpe. Sugiyama, Usted era entonces el ministro del Ejército.

—Nos topamos con dificultades inesperadas...

—¿Y no os advertí yo al respecto? ¿Me está mintiendo,

Sugiyama?

—¿Majestad? —terció el jefe de la Marina, el almirante Nagano.

—Diga.

—La probabilidad de victoria al ciento por ciento no existe ... Supongamos que hay un enfermo y no hacemos nada; morirá. Pero si el diagnóstico del médico indica un 70 % de probabilidades de supervivencia si operamos, ¿no cree Usted que deberíamos probar esa cirugía? Y si después de la cirugía el paciente muriera, habría que admitir que estaba escrito así.

—De acuerdo.

Stalin, que resistía en Moscú a la desesperada, aguardaba a ver qué salto daba Hirohito. «Ha desaparecido la posibilidad, vigente hasta hace poco, de que Japón nos ataque», comunicó el espía Sorge el 14 de septiembre. Fue la perla de inteligencia más decisiva de toda la segunda guerra mundial.[13]Esta vez Stalin la tomó en consideración y, en secreto, trajo a Moscú las tropas de refresco de su ejército siberiano.

Konoe abrió negociaciones con Estados Unidos pero Roosevelt siguió reclamando que los japoneses se retirasen de China e Indochina. «Si nos rendimos a las exigencias estadounidenses —advirtió la Cuchilla Tōjō—, se perderán los frutos del Incidente de China», es decir, Japón debería renunciar a su imperio chino. El 17 de octubre Konoe presentó la dimisión y Hirohito lo reemplazó con un Tōjō «absolutamente confundido». «Soy tan solo un hombre corriente, sin ningún talento destacable —dijo la Cuchilla—. Todo lo que he conseguido lo debo a trabajar duro y no renunciar nunca». Pero aceptó. Era la guerra. «Si el emperador ha dicho que así debe ser, entonces no hay más que decir.»

«A lo siguiente —dijo Hirohito—. ¿Cuándo prevé iniciar las hostilidades la Marina?» «El 8 de diciembre», contestó el almirante Nagano. La Cuchilla comparó el riesgo de la empresa con el de saltar de un precipicio con los ojos cerrados: «A veces se requiere el coraje de hacer cosas extraordinarias».

La Cuchilla contactó con Hitler para saber si se uniría a la guerra contra Estados Unidos. El Führer no estaba obligado a

sumarse, pero Estados Unidos le parecía «una sociedad híbrida», mestiza de judíos, negros y eslavos, «que en ningún caso podría crear una cultura nativa o hacer funcionar un sistema político exitoso». Además por un lado entendía que ya estaba en guerra con Roosevelt y, por el otro no le cabía duda de que, según anunció su portavoz, «la Unión Soviética estaba acabada».

«Nunca hasta ahora —dijo Hitler ante sus camaradas veteranos—, un imperio tan gigantesco ha sido aplastado con tanta rapidez.» Pero el hielo volvió a Rusia y los alemanes se quedaron detenidos otra vez, aunque fuese a las puertas de Moscú. El 6 de diciembre Zhúkov contraatacó. La de Moscú fue en efecto «la mayor batalla en la historia del mundo»: la batalla decisiva de la guerra, la que puso fin a la racha de triunfos de Hitler.

Dos días más tarde, antes de que amaneciera del Día X —el 8 de diciembre—, los aviones japoneses despegaron con rumbo a Pearl Harbor, Singapur y Guam, a la vez que el ejército invadía la Malasia británica y las Indias Orientales Neerlandesas. «Durante todo el día el emperador lució el uniforme de Marina y parecía estar de un humor espléndido», mientras iban llegando los primeros informes sobre la guerra de la Gran Asia. Al alba 353 aviones japoneses asaltaron Pearl Harbor con el objetivo de destruir cuatro acorazados y, ante todo, los tres portaaviones. Aunque los acorazados se fueron a pique y 2.467 hombres perdieron la vida, sin embargo los portaaviones habían zarpado y los aviadores japoneses regresaron a sus aeródromos sin haberlos encontrado. Hirohito celebró la victoria pero a Yamamoto no se le escapó que el resultado era insuficiente.

Un Roosevelt conmocionado y pálido tomó la palabra para denunciar ante el Congreso nacional una «fecha que vivirá en la infamia». Aún no estaban en guerra con Alemania, pero el 11 de diciembre, en el Reichstag, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos y acusó a Roosevelt de liderar «a los judíos en toda su traición satánica». Se le veía triunfante, pero aquel momento marcó el principio del siglo de Estados Unidos. A las afueras de Moscú, Zhúkov acertó a repeler a los alemanes, cuyos generales acogieron la contraofensiva con pánico. Hitler ordenó «no retirarse

ni un solo paso». Aunque los generales le rogaron que los autorizaran a replegarse, «¿acaso creéis que los granaderos de Federico el Grande murieron con alegría? Habrían preferido seguir con vida pero el rey tenía todo el derecho a exigir su sacrificio». Según Hitler, si él hubiera «mostrado debilidad aunque fuera por un momento, se habría producido una catástrofe muy superior a la de Napoleón». Ahora bien, según le dijo al ministro de Exteriores de Dinamarca en noviembre: «Si el pueblo alemán no exhibe la fuerza o la voluntad suficiente para sacrificarse y derramar su sangre por mor de su propia existencia, merece extinguirse y que otra fuerza superior lo destruya».

En enero de 1942, el otro Supremo autodidacta y convencido de su talento insuperable, Stalin, insistió en emprender una ofensiva en múltiples frentes. Pero al exigirle a sus ejércitos más de lo que estaban en condiciones de darle, permitió que los alemanes se recuperasen. Por otro lado, el fracaso de la Blitzkrieg de Hitler aceleró la tragedia de los judíos.

SOLO VEO UNA POSIBILIDAD: EL EXTERMINIO TOTAL. HITLER Y EL HOLOCAUSTO

Hitler volvió sobre su «profecía» y declaró que «esta guerra resultará en la destrucción de la judería». La matanza, sin embargo, no había empezado por los judíos, sino por alemanes.

En la primavera de 1939 Hitler había ordenado liquidar a las personas ancianas, con enfermedades mentales o con deformaciones, para asegurar la «supervivencia de los más aptos». En las cenas había sido habitual que Hitler hablara de su proyecto de «erradicar a los enfermos incurables, no solo a los enfermos mentales». Encargó que su médico personal, Karl Brandt, y un Comité Imperial para el Registro Científico del Sufrimiento y las Grandes Enfermedades Genéticas —integrado por médicos radicalizados— crearan un sistema secreto a tal fin. Se lo conoció como T4 (porque el cuartel general de este programa de eutanasia estaba en la calle Tiergartenstrasse 4, de Berlín). En septiembre de

1939 Hitler encargó «el asesinato compasivo de los enfermos que se tenga por incurables», para lo que se utilizó primero Luminal (fenobarbital) y luego —por sugerencia del SD— monóxido de carbono. Se mató a más de 65.000 personas.

Aunque en Alemania solo quedaban unos doscientos mil judíos aterrados y empobrecidos, en la Polonia de Hitler había otro millón y medio. El Führer planeaba deportarlos a la Madagascar francesa —donde se preveía que muchos perderían la vida— pero entre tanto, en 1940, los alemanes empezar a vallar guetos en las ciudades polacas, apresando a más de cuatrocientos mil judíos. La arena fatal de la masacre, no obstante, la proporcionó la guerra con Rusia. En una conferencia celebrada en diciembre de 1940, Himmler anunció que Eichmann había calculado que los nazis dominarían pronto a 5.800.000 judíos, lo que ofrecía la posibilidad de dar una «Solución Final» al «Problema Judío». A principios de 1941 Hitler le pidió a Heydrich que planteara «una propuesta de solución definitiva». En mayo, justo antes de Barbarroja —y con el consentimiento de Hitler—, Himmler creó cuatro Einsatzgruppen que irían en pos de los Grupos del ejército, bajo la dirección de oficiales de confianza elegidos entre las filas del RSHA. Göring ordenó que Heydrich hiciera «todos los preparativos» necesarios para «una solución total del problema judío». Hasta aquel momento se había victimizado a los «judíos que ocupan posiciones en el Estado y el Partido», pero los Einsatzgruppen se pusieron de inmediato a matar a todos los judíos sin distinción, incluidos las mujeres y los niños. Lo hicieron así en el Báltico y en Ucrania, con la ayuda de fascistas lituanos, letones y ucranianos[14]y la participación entusiasta de los rumanos.

En junio de 1941, Antonescu ordenó «limpiar Iași de toda su población judía»: se masacró a trece mil judíos. Cuando Odesa —la gran ciudad cosmopolita del mar Negro, puerto de distribución de los cereales de Rusia— cayó en octubre después de un asedio que puso de manifiesto la inepcia de los rumanos, estos mataron a treinta mil judíos por las calles; a los otros doscientos mil los concentraron en el campo de Bogdánovka y los asesinaron de una forma tan caótica que incluso Himmler y Eichmann mostraron su

enojo. En colaboración con los Einsatzkommando (unidades de los Einsatzgruppen) y con los alemanes de Ucrania, los rumanos dieron muerte a más de trescientos mil judíos y fueron los responsables de más asesinatos de judíos que ningún otro pueblo, fuera de los propios alemanes.

Himmler y Heydrich visitaron el emplazamiento de las masacres y dieron su aprobación, entre otras cosas, al hecho de que la policía nazi (Ordnungspolizei, «policía del orden») hubiera prendido fuego a una sinagoga de Białystok donde se encerró a quinientos mujeres y niños. Entre el 29 y 30 de septiembre de 1941, en Babi Yar, cerca de Kiev, el Einsatzgruppe C, con ayuda ucraniana, mató a 33.771 judíos kievitas. «La acción se desarrolló con agilidad y la Wehrmacht acogió con agrado la medida», afirmaba el informe oficial. Los oficiales del ejército registraban a los judíos, los marcaban con brazaletes blancos y los concentraban, ofrecían los camiones militares para el transporte, acordonaban las zonas de ejecución e incluso participaban en persona en las matanzas. Al terminar el año los Einsatzgruppen habían asesinado a quinientos mil judíos en Ucrania y el Báltico.[15]

Aquel mes de agosto Himmler había asistido a una ejecución que tal vez filmara el cámara personal de Hitler —aunque no hay constancia de si el Führer vio la grabación—, tras lo cual pidió al comandante del Einsatzgruppe, Arthur Nebe, que encontrara una forma menos «pesada, psicológicamente» que los fusilamientos masivos. Nebe contactó con los médicos que habían eutanasiado a los discapacitados de Alemania, que ahora carecían de misión porque Hitler, tras las denuncias del obispo de Münster, había cancelado el programa.

En noviembre de 1941, Walther Rauff, Standartenführer de la SS, hizo una prueba de gaseo con monóxido de carbono en camiones adaptados que luego se pusieron a disposición de los Einsatzgruppen. En octubre Himmler había ordenado al jefe de la policía de la SS, Globocnik, que crease un campo de exterminio en Belzec; por entonces Hitler había ordenado que los judíos exhibieran una estrella amarilla y decidió deportar a todos los judíos de Alemania. El bombardeo de las ciudades alemanas por

parte de la RAF —y, por encima de todo, el fracaso de la guerra con Rusia— le sirvieron de justificación para este giro hacia el exterminio material. En las reuniones con sus paladines Hitler reclamaba una y otra vez esa liquidación. Según dejó escrito Goebbels: «El Führer se ha decidido por una limpieza total. A los judíos les había profetizado que si iniciaban una guerra mundial experimentarían su propia destrucción. Y esto no se va a quedar en una forma de hablar ... el resultado tiene que ser la destrucción de la judería».

En una reunión con Hitler, el 18 de diciembre, Himmler apuntó: «Cuestión judía: hay que exterminarlos por partisanos». Luego el mismo Himmler rememoró que «el Führer cargó sobre mis hombros la ejecución de esta orden tan sumamente dificultosa». Es probable que Hitler tomara la decisión de emprender el Holocausto entre el 12 y el 18 de diciembre de 1941, cuando la contraofensiva rusa evidenció que tal vez no se ganaría la guerra.

El 20 de enero de 1942, en una villa de la SS junto al lago berlinés de Wannsee, Heydrich se reunió con quince funcionarios (de los ministerios de Interior, Justicia, Exteriores y otros) y diversos responsables del Partido Nazi y la SS (entre ellos, Eichmann, del Departamento Judío del RSHA). El objetivo era coordinar «entre todos los órganos centrales ... un enfoque coherente de la solución final». Allí Heydrich —no sin antes recordarles a todos pomposamente que Göring les había encomendado, a él y a Himmler, la responsabilidad de aquella *Endlösung*— expuso que, de los once millones de judíos de Europa, podrían hacer trabajar hasta la muerte por agotamiento a los que estuvieran en condiciones, que serían «eliminados por causas naturales»; a los que sobrevivieran entre ellos, a los más fuertes, habría que darles «el trato pertinente», pues serían «el producto de la selección natural y si se les ponía en libertad harían las veces de semilla de un renacimiento judío». El representante del Gobierno General de Polonia sugirió liquidar de inmediato a sus 2.500.000 judíos; luego Heydrich explicó que a los otros judíos los trasladarían a «guetos de tránsito desde donde se les enviaría al este», simple eufemismo de su asesinato colectivo. Se reuniría pues

a los judíos de toda Europa, se los trasladaría a campos de exterminio y se los asesinaría. Acabada la reunión Heydrich invitó a Eichmann a una copa de coñac.

Cinco días después, en la Guarida del Lobo, Hitler dijo ante Himmler y otros: «Esto hay que hacerlo con prontitud ... Los judíos tienen que salir de Europa ... Yo solo veo una posibilidad: el exterminio total». El 14 de febrero le dijo a Goebbels: «Sin sentimentalismos. Los judíos merecen la catástrofe que están viviendo ... Debemos acelerar el proceso de una forma implacable, sin emociones». Tres días más tarde se gaseó a las primeras víctimas —judíos de Lublin— en el campo de Belzec. En tan solo un mes se asesinó a setenta mil. Se construyeron nuevos campos de exterminio en Sobibor y Treblinka, donde, llegados al otoño de 1942, ya se había dado muerte a un total de 1.700.000 judíos polacos.[16]Al complejo de Auschwitz, ya existente, se le sumó un nuevo campo de exterminio: Birkenau. Aquí se sometió a prueba un nuevo veneno —en septiembre de 1941, con prisioneros rusos —, el gas Zyklon-B.

El 27 de mayo de 1942, Heydrich —al que de momento se había nombrado jefe del protectorado de Moravia, pero Hitler preveía confiarle la gobernación de Francia— salía de Praga con su chófer cuando su Mercedes recibió el impacto de granadas lanzadas por unos valerosos comandos checos. Varios fragmentos del asiento se le clavaron, como metralla, en el bazo. Aunque la penicilina —que se estaba desarrollando en Estados Unidos— le habría curado en una semana, murió a los pocos días. Pero la Solución Final no se interrumpió.

Los Krupp, amos de los esclavos

Auschwitz-Birkenau se convirtió en el gran centro de matanza y esclavitud de los judíos europeos de fuera de Polonia y la URSS. El sistema de Heydrich pedía que las policías locales hicieran un registro de sus judíos y los preparasen para su «evacuación al este»; pero la reacción de los vasallos de Hitler distó de ser entusiasta, e

incluso dio cabida a desafíos. Mussolini había aprobado unas Leyes Raciales pero se negó a deportar a los judíos italianos; Horthy, el regente húngaro —aunque había perseguido a los judíos desde 1938, con una legislación similar a la nazi, y estaba perfectamente informado sobre la Solución Final— envió a cien mil judíos a los campos de exterminio, pero se negó a entregar a la mayoría de su comunidad judía, que era muy numerosa. En Francia había trescientos mil judíos, y en Argelia, otros cuatrocientos mil; en Argelia se tocó a pocos, pero en la metrópolis la policía francesa —la policía corriente— hizo redadas en las que arrestó a 75.000 y los envió a los campos de exterminio, donde perecieron prácticamente todos; no deja de ser un «logro» especialmente horrendo para la patria de la Ilustración. Los daneses consiguieron esconder a casi todos sus judíos y, con el recurso de llevarlos clandestinamente a Suecia, salvaron al 90 %. Los neerlandeses, por el contrario, cooperaron con la masacre: se deportó a 107.000, de un total de 140.000, y prácticamente todos perdieron la vida; fue el porcentaje más elevado de todos los países de la Europa occidental, sin excluir a Alemania.

Al llegar a Auschwitz los judíos pasaban por la «selección» de un médico de la SS, Joseph Mengele, que decidía a quién se obligaba a trabajar y a quién se exterminaba de inmediato. Mengele —un auténtico demonio, aunque elegante, que realizó «experimentos» crueles con niños judíos— enviaba a los niños, las mujeres y los ancianos a las «duchas». En estas instalaciones —selladas y provistas de sifones de gas invisible— se privaba a las víctimas de todas sus pertenencias y ropas, y luego se las gaseaba; sus cadáveres eran arrastrados al exterior por judíos esclavizados que, después de arrancarles también los dientes de oro, los arrojaban a crematorios que lanzaban un humo enfermizo desde sus torres imponentes.[17]En julio de 1942 Himmler estuvo contemplando sin decir palabra cómo Mengele hacía una selección de judíos neerlandeses, y luego —«de un humor radiante, inmejorable»— se marchó a comer con el comandante. Una familia vienesa ejemplifica a la perfección la intrincada escala dequela masacre transeuropea: a cuatro hermanas mayores de Sigmund

Freud las metieron en los trenes de la muerte para asesinarlas en campos de exterminio distantes: Mitzi y Paula Freud perecieron gaseadas en Maly Trostenets (Bielorrusia); Rosa, en Treblinka; Dolfi murió de inanición en Theresienstadt.

En total se asesinó a entre 5.900.000 y 6.100.000 judíos, incluidos casi un millón que murieron a manos de los Einsatzgruppen. Se destruyó un mundo entero; una cultura desapareció. También se atacó a los romaníes (a los que se descalificaba como «gitanos cruzados»): en lo que en su lengua se conoce como *Porraimós* («ser devorados»), fallecieron quinientos mil. Hay que añadir entre cinco mil y quince mil homosexuales y varios millones de rusos y polacos gentiles. Aunque los trenes y las alambradas habían posibilitado emprender grandes deportaciones y levantar campos de concentración desde la década de 1890, y aunque otros regímenes asesinaron a muchas personas —en particular la Rusia de Stalin y más adelante la Camboya y la China comunistas—, ninguno lo hizo a una escala similar ni por medios industriales. Fue un crimen fundamentado en la raza y sin igual en la historia, por lo que ni siquiera existía una palabra que lo denominara. En 1944, un polaco judío inventó *genocidio* para poner de manifiesto su enormidad. Al igual que la palabra *Holocausto*, se trata de conceptos de los que nunca se debería abusar.

En los asesinatos colectivos siempre interviene el dinero. Los virreyes nazis, que vivían en condiciones de lujo, gozaban del control sexual y sádico sobre inocentes cuyas propiedades habían saqueado. Pero también impusieron la esclavitud a eslavos y judíos. Los Krupp —que se iban apoderando de negocios por toda la Europa conquistada— fueron un ejemplo típico de las empresas alemanas que se adhirieron a este orden diabólico. Krupp poseía fábricas en doce naciones, desde Dniepropetrovsk (Dnipró) en Ucrania hasta París, donde se apoderó de firmas judías y consintió en que se enviara a uno de sus propietarios a los campos de exterminio. En abril de 1942 Krupp visitó a Hitler en la Guarida del Lobo y ensalzó la aniquilación de los judíos, «pero veía innecesario que no aportaran nada antes de desaparecer», por lo que solicitó que se le asignaran como esclavos y ofreció a la SS una

comisión por cada esclavo recibido.

En tres años, se importó al Reich o se obligó a trabajar en los campos a doce millones de esclavos: polacos (con una «P» en la ropa), rusos («SR», para los soviéticos, u «OST», de *Ostarbeiter*, «trabajadores del Este») y judíos (*Judenmaterial*, «material judío», marca que fue sustituida posteriormente por la estrella amarilla). En los burdeles militares alemanes se forzó a prostituirse a treinta mil mujeres de origen eslavo. Los números son imprecisos, pero en cualquier caso colosales: acabada la guerra se repatrió a Rusia y Polonia a 5.200.000 esclavos.

En julio de 1942 Krupp empezó a colaborar estrechamente con Speer, el ministro de Armamento. El mayor amo de esclavos de la historia del mundo recibió para sus acererías y minas de carbón a «45.000 rusos, 120.000 prisioneros, seis mil civiles». Pero esto era solo el principio. Krupp obtuvo de Hitler el permiso para utilizar a los esclavos judíos de Auschwitz en la construcción de la fábrica Berthawerk (bautizada en recuerdo de su madre), en Silesia, y pronto llegaron más a Essen, donde había carteles que afirmaban: «Los eslavos son esclavos». Los memorandos de la corporación dejaban constancia de la llegada de «esclavos» del «mercado de esclavos», y aludían a Alfried Krupp como el *Sklavenhalter*: el propietario de los esclavos. Krupp controlaba 38 campos, vigilados por la SS y su propia guardia, la Kruppstahl, armada con porras. «Tendrás que vigilar o la Historia te llamará "negrero"», le advirtió uno de sus directores.

En octubre de 1942 Krupp inauguró una fábrica de espoletas en Auschwitz «para dar alguna utilidad a la gente que se tiene ahí». De los detalles se ocuparon el propio Krupp y el comandante Rudolf Höss. «En lo que respecta a la cooperación de nuestra oficina técnica de Breslau [Wrocław], solo puedo decir que, entre esa oficina y Auschwitz impera una comprensión excelente, garantizada por lo demás para el futuro», escribió Krupp en septiembre de 1943. Hasta el último día de la guerra —escribió uno de sus administradores— «Krupp consideró como un deber hacer que 520 chicas judías (algunas, poco más que niñas) trabajaran en las condiciones más brutales en el centro mismo de

la corporación, en Essen».

Estos crímenes habrían sido imposibles sin la colaboración de cientos de miles de personas, cada una de las cuales carga exactamente con la misma culpa que Hitler. Fue un hecho que se divulgó rápidamente tanto entre los líderes como entre la mayoría de la opinión pública alemana, por lo que sucedía en las calles y por las historias de los soldados. Mucha gente que debería haber actuado al respecto no hizo nada; el papa Pío no hizo prácticamente nada. Aun así, no hubo pocas personas valerosas —muchas, aunque no suficientes— que protegieron a judíos. Algunas fueron canallas, como el especulador Oskar Schindler, que salvó a 1.400 judíos polacos; pero en su mayoría fueron gente corriente que supo reunir el valor. Algunas pertenecían a la realeza. En Rumanía el rey Miguel visitó Odesa con Antonescu y protestó, aun con impotencia, por las masacres. Cuando Himmler ordenó asesinar a todos los judíos rumanos, Miguel y su madre se negaron a obedecer. «Llegados a 1942 —dijo el rey—, me parecía evidente que había que hacer algo». «Tú, cállate —le ladró Antonescu—, que no eres más que un niño». Pero Miguel consiguió la libertad de los líderes de la comunidad judía de Rumanía y paró las deportaciones a Belzec. En el contexto espeluznante de los crímenes rumanos, hay que reconocer que fue un logro considerable.[18]

Entre tanto a Hitler le había surgido una preocupación más inmediata: «Si no consigo hacerme con el petróleo de Maikop y Grozny, tendré que liquidar toda la guerra».

HITLER Y SU BATALLA POR EL PETRÓLEO

Aquel verano de 1942 Hitler planeaba la operación Azul, una ofensiva contra Rusia que aspiraba a tomar Stalingrado, a orillas del Volga, y los yacimientos petrolíferos de Bakú, Maikop y Grozny. Aunque con el territorio ganado se habían apoderado de depósitos de combustible, no los podían utilizar: los carros de combate rusos funcionaban con diésel, los alemanes, con gasolina.

Stalin dominaba magistralmente la producción industrial y desplazó industrias enteras hacia el este. Su tanque T-34, simple y maniobrable, fue «el mejor de la guerra», en palabras de los generales alemanes; la fábrica principal se trasladó enteramente de Leningrado a Cheliábinsk —rebautizada como Tankograd— y no tardó en producir 1.300 tanques por mes, una cifra que superaba la producción alemana supervisada por Speer.[19]Pero el petróleo iba a resultar decisivo.

En junio el general Erwin Rommel logró que miles de soldados británicos se rindieran en Tobruk y sus fuerzas no tardaron en pasar de Libia a Egipto. Si Hitler se apoderaba del Cáucaso controlaría el petróleo de Irak e Irán y ganaría la guerra. Los judíos palestinos también contemplaban atemorizados el avance de Rommel.[20]Las fuerzas británicas, con la ayuda de cazas judíos, habían conquistado Siria, antes subordinada a Vichy; entre sus pilotos figuraba el joven sionista Moshé Dayán, que perdió un ojo en combate. Churchill se negó a asumir ningún riesgo con los campos petrolíferos. En Irak —donde Faisal II, el nieto del rey Faisal, era solo un niño de seis años, incapaz de gobernar— los británicos habían derrocado a un general proalemán. En Irán, Reza Shah intentó hallar un equilibrio entre el Reino Unido y Alemania, pero en agosto de 1941 Stalin y Churchill invadieron el país, barrieron al ejército del que el sha alardeaba (enojado, el sha dio de bastonazos a su general), le obligaron a abdicar y exiliarse y situaron en el trono a su hijo de veintiún años: Mohammad Reza.

En julio de 1942 Hitler llegó al Werwolf —«Hombre Lobo», su cuartel general ucraniano, en Vínnitsa— para lanzar Azul, una operación que volvió a pillar a Stalin con el pie cambiado y logró conquistas inesperadas: las fuerzas del Eje, después de barrer Crimea,[21]atravesaron con rapidez la sofocante estepa y llegaron a Stalingrado en septiembre. Mientras Churchill buscaba un general victorioso capaz de frenar a Rommel, Stalin —que promulgó la orden «Ni un paso atrás» y situó a unidades de bloqueo con la misión de ejecutar a todo soldado que se retirase— convirtió las ruinas de Stalingrado en una fortaleza. El Sexto Ejército alemán se batía para entrar en la ciudad, pero los soviéticos resistieron en el

interior de la bolsa. Hitler, con la impresión de que tenía el triunfo a su alcance, resolvió librar la «batalla de los gigantes», como Goebbels la denominó. Stalin apenas podía dormir; pasaba la noche en un sofá del Rinconcito mientras los rusos seguían luchando con ferocidad. La resistencia fue inaudita, y no obedeció solo al terror que el líder practicaba, sino también a la inspiración genuina de los cultos casi sagrados al patriotismo, el sacrificio y el heroísmo. *Za Ródinu, za Stálina!*, gritaban: «¡Por la patria, por Stalin!». Las pérdidas sufridas por la URSS durante la guerra no tuvieron igual: murieron doce millones de soldados y quince millones de civiles.

Roosevelt —lejos de la sombría intensidad microgestora de los cuarteles generales de Hitler y Stalin— acogía a Churchill en su particular Casa Blanca, que el presidente solía denominar grandiosamente como «el Patio». Aquí gesticulaba teatralmente con su cigarrera y abordaba decisiones globales de una escala vasta, moderadas por la mezcla de los martinis y la compañía de amigos residentes: Harry Hopkins; la joven y bella Märtha, princesa heredera de Noruega; *Fala*, su terrier escocés. También su querida prima Daisy Suckley, a la que elogiaba diciendo: «Eres la única a la que no tengo que entretener»; el presidente solía hablar de retirarse con ella a la casa de campo de la pequeña ciudad de Hyde Park. La presión era extraordinaria. «Me voy a la oficina a pasar el día haciendo saltar a gente por los aires», le dijo en cierta ocasión a Daisy, en una de las cartas indiscretas que encontró el tiempo de escribirle. Su invitado Churchill —que durante una estancia anterior en la Casa Blanca, en diciembre de 1941, había sufrido un infarto leve— se dolía por los desastres militares del Reino Unido, la caída de Singapur y la derrota de Tobruk. Durante las semanas posteriores él y Roosevelt tomaron la decisión de retrasar la invasión de Francia, desembarcar en su lugar en el norte de África y atacar a Hitler por el «punto flaco» de Italia. Churchill voló a Moscú para informar a Stalin de la demora en la invasión de Francia. El soviético lo tildó de cobarde, pero los dos veteranos acabaron por pasar la noche bebiendo juntos.

Hitler alardeaba de que Stalingrado estaba a punto de caer y

«nadie nos volverá a expulsar nunca de este lugar». Añadió: «Los judíos se habían tomado a risa mis profecías ... Ahora te aseguro que, estén donde estén, la risa se les está atragantando».

En el Pacífico, Tōjō celebraba una sucesión de victorias y conquistas: echó a pique los acorazados británicos *Repulse* y *Prince of Wales*, privó a los británicos de Malasia y Hong Kong, a los neerlandeses de las Indias Orientales, y a Estados Unidos de Guam y las Filipinas. En febrero de 1942 la Singapur británica se había rendido. Los japoneses bombardearon Australia y la Marina Imperial nipona se veía en condiciones de invadir este país. Tōjō prefería atacar al raj británico, empezando por Birmania. Con el respaldo de los tailandeses y de insurgentes encabezados por Aung San —un nacionalista enfrentado a los británicos—, Tōjō se apoderó de buena parte del país y cortó el suministro de los Aliados a China. Aung, como fue típico entre los nacionalistas asiáticos, prefería el panasianismo de los japoneses a los imperios europeos.[22]Pero la crueldad de los japoneses puso de relieve una realidad nada amable: los prisioneros Aliados tuvieron que pasar por trabajos de esclavo, marchas letales, torturas, decapitaciones e inanición; uno de cada cuatro filipinos perdió la vida; en China los japoneses mataron a cuatro millones de civiles como parte de la «Estrategia de Calcinación», aprobada por Hirohito y resumida en la expresión: «Matarlos a todos, quemarlo todo, saquearlo todo». La guerra costó la vida a catorce millones de chinos.

Mao y la actriz de Shanghái

Roosevelt se decantó por un «primero, Europa», que requería limitar las ayudas que proporcionaba a Chiang, pero con la esperanza de que este mantuviera aun así ocupados a setecientos mil japoneses. El presidente estadounidense confió el mando al general Stilwell, un cascarrabias avinagrado apodado precisamente «*Vinegar* Joe», que no tardó en odiar a Chiang («el Cacahuete», como solía llamarlo); Chiang sentía lo mismo por él. Stilwell era incapaz de entender China y no congeniaba con la dictadura de

Chiang, cuyo jefe de la policía secreta, Dai Lai, arrojaba a los presos a calderos. Sin embargo la esposa de Chiang tomó un avión a Estados Unidos y allí pronunció discursos, conquistó a Roosevelt y encantó a los estadounidenses con su acento de Wellesley y la elegancia de sus *cheongsams*. Ante la retirada de las fuerzas británicas e indias en Birmania, Stilwell reclamó que Chiang acudiera en su ayuda; pero las tropas que envió fueron derrotadas. Desde las cómodas cuevas de Yan'an, por su parte, su rival Mao Zedong libraba una guerra de guerrillas contra los japoneses en la que desplegó a nuevas unidades hacia el norte, en Manchuria. Entre los cuadros de estas tropas figuraba un joven coreano, Kim Il-sung, al que los japoneses motejaron como «el Tigre» porque sus ataques eran de pequeña escala, pero de gran ferocidad.

Mao, que se congratulaba de las derrotas de Chiang, puso en marcha una Campaña de Rectificación: un terror al estilo de Stalin que aspiraba a causar «dolor y fricción». La dirigía Kang Sheng, un esbirro sádico que siempre vestía botas y guerrera negras y montaba en un caballo negro. Kang había escoltado hasta Moscú a dos hijos de Mao, que se formarían allí; en 1937, en la capital rusa, ya había ayudado a Yezhov, el verdugo estalinista, a liquidar a los trotskistas chinos. En este momento Kang se asoció con Mao —con el que se complacía en hablar de sexo y de terror: compartían obras eróticas y la concepción de torturas— y pasó a torturar y ejecutar a miles de personas durante las sesiones de «lucha y confesión» que caracterizaron al terror maoísta.

Mao jugaba al mahjong, leía libros de historia y retozaba con un harén de actrices de Shanghái hasta que una estrella deslumbrante —Jiang Qing, de veintisiete años, hija de una concubina y un tabernero alcohólico— llegó a Yan'an. En Shanghái la habían arrestado por izquierdista, pero había flirteado con los captores del KMT, o quizá se había acostado con ellos. Aunque los camaradas de Mao criticaban a sus «concubinas imperiales», en un mitin Mao la vio en la fila delantera y le prestó su abrigo; ella acudió luego a su residencia para devolvérselo y se quedó a pasar la noche. Mao abandonó a su esposa respetada, que había soportado la Gran Marcha, e insistió en casarse con Jiang Qing,

para lo que contó con el apoyo de Kang Sheng, que estuvo aliado con ella hasta la década de 1970. En este punto regresó de Rusia Anying, uno de los hijos de Mao, con una pistola que le había regalado Stalin, y se unió a Li Min —la hermanita de cuatro años— en su hogar troglodita. En 1940 Jiang Qing dio a luz a una hija, Li Na, pero la familia siempre estuvo a merced del poder. Mao se negó a rescatar a su hermano Zemin, que fue ejecutado por el KMT; entre tanto Jiang denunció a la niñera de Li Na por haber envenenado su leche, con gritos de «¡Veneno! ¡Confiesa!». Mao reconoció que Jiang Qing era «tan letal como un escorpión». Más adelante Jiang llegó a ser líder suprema de China.

Después de la caída de Rangún los japoneses amenazaban con tomar una India en la que Nehru —encantador, impredecible, elegante— había emergido como líder del Congreso, con un seguimiento respetuoso de su *bapu* Gandhi. En 1928 Nehru había declarado: «la India debe cortar el lazo británico y lograr la Purna Swaraj [independencia total]».[23]Nehru estaba en la cárcel cuando la tuberculosis se llevó a su esposa. Él se había dedicado en plenitud a la política y tuvo que reconocer que «apenas le hice caso», pese a que a su mujer la habían encarcelado por sus propias campañas. En adelante la gran confidente política de Nehru fue su hija Indira, que a menudo se quedó sola, durante las estancias de él en la prisión.[24]

Nehru y Gandhi, frustrados por los años de obcecación de los británicos, no estaban de acuerdo en lo relativo a la guerra: Gandhi, pragmático y pacifista, prefería la neutralidad y Nehru, socialista internacionalista, apoyaba al Reino Unido contra el fascismo. Pero el hecho de que los británicos se negaran a prometer que en la posguerra concederían la independencia los reunió de nuevo. «Algunos afirman que Jawaharlal y yo nos hemos distanciado —dijo Gandhi—. Pero haría falta mucho más que una diferencia de opinión para que nos distanciemos ... Jawaharlal será mi sucesor.» Aun así, muchos musulmanes, y también hindúes, se ofrecieron voluntarios para luchar por el Reino Unido, lo que decuplicó el tamaño del ejército indio, que alcanzó los 2.500.000 efectivos. Los británicos eligieron a Djinnah como representante de

los musulmanes de la India: «Me quedé atónito al constatar que me trataban igual que al señor Gandhi». Desde Lahore, Djinnah afirmó: «Los musulmanes son una nación, según todas las definiciones de nación que existen, y por lo tanto deben ... contar con Estados propios». A Gandhi este dilema le angustiaba.

En este momento Chiang Kai-shek —con la intención de ayudar al Reino Unido, pero también de exhibir solidaridad asiática— voló a Delhi para reunirse con Nehru y Gandhi, a los que instó a sumarse a la guerra. Sin renunciar a la cordialidad, no le hicieron caso.

En agosto de 1942, lanzaron una campaña llamada «Marchaos de la India», que no se limitó a la desobediencia civil: se destruyeron cientos de comisarías y estaciones de tren y se sabotearon los ferrocarriles y los telégrafos. Los británicos respondieron desplegando tropas y deteniendo en masa. Pero la campaña fue un fracaso: los indios siguieron ofreciéndose voluntarios para combatir por el Reino Unido.

Durante la visita de Chiang dos hambrunas estaban sembrando de muerte los dos mayores países de Asia, agravadas en ambos casos por la incompetencia gubernamental y las prioridades bélicas. Tres millones de indios perecieron de inanición en Bengala.[25]Un millar de kilómetros al este, en Henan, «la gente se muere de hambre, los perros y los animales se están comiendo los cadáveres —constató Chiang—. Nuestra realidad social es terrible. Después de seis años de guerra, estamos agotados». Dos millones de chinos perdieron la vida.

En mayo de 1941 la Cuchilla Tōjō planeaba un Pacífico extravagante —tan fantasioso como las visiones de Hitler— en el que Japón dominaba China, cedía la India oriental a un nuevo reino birmano y gobernaba en Australia, Hawái, Alaska e incluso Canadá. Pero el almirante Yamamoto era poco partidario de esta «fiebre de victoria» y, según le escribió a su geisha favorita: «El primer episodio ha sido como una hora de los niños y se acabará pronto; en seguida empezará la hora de los adultos».

El futuro de la humanidad: Roosevelt, Stalin y Jack Kennedy

En junio Yamamoto y su flota, con cuatro portaaviones, zarparon con la intención de tomar Midway, una isla situada en el camino de Hawái; pero los estadounidenses, que habían logrado descifrar la codificación japonesa, echaron a pique los cuatro portaaviones a cambio de perder tan solo uno. En abril de 1943, los estadounidenses descifraron también el plan de vuelo de Yamamoto y derribaron su avión. La iniciativa había pasado a Estados Unidos, que lanzó su primera ofensiva en las vastas distancias del Pacífico. Se produjo mucho más al sur, en las islas Salomón y Guadalcanal, donde a las 2.27 de la madrugada del 2 de agosto una torpedera PT-109 de patrulla —capitaneada por el teniente Jack Kennedy, de veintiséis años, que era hijo del embajador— fue embestida por un destructor japonés. La PT-109 explotó y se hundió y dos de los tripulantes perdieron la vida de inmediato. Diez hombres sobrevivieron; tres, con quemaduras graves. «¿Luchar o rendirse? —les preguntó—. Vosotros tenéis familia ... Yo no tengo nada que perder». Eligieron luchar. Kennedy ya había tenido muchos problemas de salud —entre ellos la enfermedad de Addison, que solo se le diagnosticó después de la guerra— y el incidente le lesionó la espalda. Sin embargo rescató a dos tripulantes, a los que remolcó hasta la isla más cercana, y aún nadó otros varios trayectos de diversos kilómetros hasta que finalmente unos escoltas polinesios rescataron y dieron de comer a la tripulación, medio muerta de hambre. El embajador Kennedy se aseguró de que el heroísmo de su hijo se celebrara en público el *New York Times* anunció en sus titulares: «El hijo de Kennedy, héroe del Pacífico».[26]

En la Guarida del Lobo, Hitler declaró que la caída de Stalingrado «era solo cuestión de tiempo» y en privado alardeó de que avanzaría hasta entrar en Irak («es algo perfectamente viable»); pero las ansias no le dejaron ver una vulnerabilidad creciente. En Moscú Stalin y Zhúkov, en su análisis del mapa, supieron ver una oportunidad y, excepcionalmente, el dictador

gélido le dio la mano al duro general. Mientras en el cerco de Stalingrado se seguía combatiendo con ferocidad, durante los meses de octubre y noviembre el general Montgomery reunió a unas fuerzas capaces de derrotar a Rommel en El Alamein; el 8 de noviembre 107.000 soldados anglo-estadounidenses desembarcaron en Marruecos y Argelia para enfrentarse a las unidades alemanas, de Vichy e italianas.

El 19 de noviembre Zhúkov soltó las riendas de la operación Urano: un millón de rusos formaron una pinza que aplastó a los rivales más débiles —los rumanos— y rodeó al Sexto Ejército de Hitler, que a su vez cercaba Stalingrado. «Pase lo que pase, vamos a resistir. ¡Cueste lo que cueste!», gritó Hitler. Pero el 2 de febrero de 1943 el Sexto Ejército se rindió. El mito de la invencibilidad de Hitler quedó hecho pedazos. Mientras que el alemán aún seguía convencido de ser un genio militar, Stalin sí que aprendió el verdadero arte de mandar: encontrar a generales de talento y trabajar junto con ellos. Se ascendió a sí mismo a mariscal e hizo lo mismo con Zhúkov. Diez millones de soldados soviéticos iniciaron una contraofensiva extraordinaria que —a lo largo de dos años, en múltiples frentes y por unos 1.500 kilómetros, frente a una resistencia obstinada y con costes inefables— logró expulsar a los nazis de una patria devastada.[27]El 9 de julio las tropas anglo-estadounidenses desembarcaron en Sicilia. Después de haber perdido a decenas de miles de hombres en Rusia y África, Mussolini se sintió aquejado de rampas estomacales. El 25 de julio el rey Víctor Manuel lo cesó y lo sometió a arresto. Hitler respondió con la ocupación inmediata de Italia e hizo que un comando rescatara al Duce.

El camino hacia la victoria Aliada debía acordarse en persona. Roosevelt, Stalin y Churchill viajaron a Teherán; Stalin nunca había tomado un avión hasta entonces. El 28 de noviembre Roosevelt se reunió por primera vez con Stalin y entre los dos surgió una afinidad —tanto personal como estratégica— que marginó a Churchill, el actor más débil y responsable de un imperio indio que, a juicio del progresista estadounidense, estaba anticuado. Stalin convenció a Roosevelt —que se alojaba con la

delegación de Estados Unidos— de que los nazis habían planeado asesinarlo y era más conveniente que se hospedara con la delegación soviética, cuyas medidas de seguridad eran mayores. Con el afán de reforzar su relación con Stalin, Roosevelt asintió. Como era de esperar, el servicio de espionaje soviético sometió a escuchas la habitación del estadounidense.

«En nuestras manos está el futuro de la humanidad —dijo Churchill al inaugurarse la cumbre—, la mayor concentración de poder mundial que se ha visto nunca en la historia de la humanidad.»

«La historia nos ha malcriado —admitió Stalin—. ¡Manos a la obra!» Acordaron que los anglo-estadounidenses invadirían Francia en mayo de 1944 (a la postre el desembarco se demoró otro mes) y que Stalin podría quedarse con los tres Estados bálticos que Hitler le había concedido. En la comida Stalin sugirió ejecutar a cincuenta mil oficiales alemanes y Roosevelt se mostró de acuerdo; Churchill abandonó la sala y Stalin insistió en que se trataba tan solo de una broma...

El líder menos importante de la cumbre de Teherán era el joven sha iraní. Churchill no se molestó en hacerle una visita; Stalin, en cambio, sí. El sha ya ansiaba manejar el poder de Irán y pidió tanques, que Stalin accedió a proporcionarle con la condición de que los tripulantes fueran rusos. El rey inició una colección de coches, aprendió a pilotar y se dedicó a perseguir chicas. Estaba descontento con su esposa, la egipcia Fauzia, y dependía de su consejero suizo, el místico y poético Perron, que había pasado de jardinero a secretario del rey. Pero había aprendido el significado del poder.

El Día D —6 de junio de 1944— 156.000 soldados anglo-norteamericanos desembarcaron en Normandía a las órdenes del estadounidense Dwight Eisenhower, en una operación con el nombre en clave de Overlord.[28]Al terminar el mes 850.000 efectivos se abrían paso por Francia mientras otras unidades ascendían trabajosamente por Italia. Los desembarcos del Día D supusieron otra victoria aún mayor: las infecciones de los heridos se trataron con un medicamento nuevo y milagroso: la

penicilina.[29]Al constatar que los anglo-norteamericanos ganaban terreno en Italia y Francia, Hitler dictaminó que París «no debe caer en manos del enemigo sin que antes la hayamos asolado por completo», pero sus generales no le obedecieron. De Gaulle marchó por París, esquivando a los francotiradores alemanes, para celebrar que «París, indignado..., París, roto..., París, martirizado..., pero París ¡liberado!». Estaba decidido a restaurar la *grandeur* de la *France éternelle*, con él mismo en el papel de monarca republicano.

Los ejércitos de Stalin irrumpieron por su parte en Polonia; algunos días después, el 20 de julio, Hitler se inclinaba sobre los mapas en la sala de operaciones de la Guarida del Lobo —una cabaña de madera— cuando estalló una bomba. Varios oficiales murieron y las paredes quedaron destrozadas, pero Hitler solo sufrió cortes en una pierna y una rotura de tímpano; la pata de la mesa le había salvado la vida. Se tomó lo sucedido con entusiasmo, como una prueba más de que la providencia lo protegía. Pronto se supo que el asesino era un coronel condecorado que acababa de marcharse de la cabaña: el conde Claus von Stauffenberg, que había perdido un ojo y una mano en una guerra que —como a la mayoría de los oficiales de la nobleza Junker— le había parecido bien, a pesar de sus horribles atrocidades, hasta que Rusia derrotó a Alemania. Aun así, fue de los pocos valientes que se atrevió a resistirse en contra de Hitler. Al oír que la bomba explotaba, Stauffenberg huyó de la Guarida del Lobo y —convencido de que el Führer había muerto— voló a Berlín, donde constató, no obstante, que el golpe de Estado se desmoronaba. Hitler demostró que estaba vivo hablando por teléfono con el conspirador principal, que detuvo y fusiló a Stauffenberg para salvar su propio pellejo. Himmler se puso a detener a sospechosos, que Hitler ordenó «ahorcar como ganado»; la agonía se grabó y es posible que luego el dictador contemplara esas películas. En esa época Hitler ya adolecía de Parkinson y se estimulaba con una abundancia de medicamentos que le inyectaba el charlatán Theodor Morell —su médico personal, que se había hecho millonario gracias a los polvos despiojadores *Russla*, de su propia marca y vendidos a la Wehrmacht—, entre ellos Pervitin (una metanfetamina) y Eukodal

(oxicodona, un opioide)— y tenía las heridas llenas de metralla. Morell le salvó la vida al administrarle penicilina incautada a prisioneros de guerra estadounidenses. Hitler se había deteriorado, tenía los ojos rojos, una palidez mortal, cojeaba, una pierna y un brazo le temblaban. Aunque en su campaña de venganza reforzó su control sobre Alemania, a medida que el Ejército Rojo se acercaba a sus fronteras iba perdiendo aliados.

En julio Stalin ordenó que sus fuerzas se detuvieran cerca de Varsovia. Cerca de veinte mil combatientes de la resistencia polaca habían iniciado un levantamiento con la intención de alcanzar el poder antes de que llegaran los soviéticos. Pero Stalin —que como todos los líderes rusos estaba obsesionado con el peligro de una Polonia independiente y además quería instalar en el mando a sus propios comunistas— los dejó solos y no les ayudó. La SS de Hitler y una selección de auxiliares ucranianos especialmente depravados masacraron no solo a quince mil rebeldes polacos, sino también a doscientos mil civiles, y arrasaron Varsovia.

«Yo planeé un golpe de Estado contra el mariscal Antonescu», le explicó a este autor el rey Miguel de Rumanía. Los soviéticos ya estaban en la frontera. El 23 de agosto de 1944, el Hohenzollern invitó a una audiencia a Perro Rojo y ordenó un armisticio. Perro Rojo se enfureció y Miguel sacó la pistola. Cuatro oficiales desarmaron a Antonescu. A golpe de pistola «le llevé a la cámara acorazada real, donde mi padre solía guardar su colección de sellos, y le encerré allí». El rey pidió entonces la paz. Aunque fue el momento más brillante de su carrera, fue demasiado poco y sucedió demasiado tarde.

En la vecina Bulgaria, Hitler había envenenado ya a un aliado reticente, el zar Borís III. En Hungría, Horthy también intentó dar un golpe de Estado contra los nazis; pero los comandos de Hitler raptaron al hijo del regente para obligar a este a ceder el control. Las tropas alemanas entraron en el país y, detrás de ellas, Eichmann, que organizó la deportación de cuatrocientos mil judíos en tan solo tres meses. A la mayoría los asesinaron en Auschwitz.

En febrero de 1945, después de que los bombarderos estadounidenses destruyeran la Cancillería de Berlín y las fuerzas

Aliadas convergieran desde el este y el oeste, Hitler, en compañía de Eva Braun, se desplazó a su refugio subterráneo inmediato —el Führerbunker— al mismo tiempo que Stalin, Roosevelt y Churchill se dirigían a la cumbre de Yalta, en Crimea. Esta se celebró en el que había sido palacio de vacaciones del zar, recientemente liberado. Entre la lúgubre y húmeda oscuridad del búnker berlinés colgaba un retrato de la madre de Hitler, en el dormitorio de este; en su diminuto despacho subterráneo mandaba un retrato de Federico el Grande, cuya historia le obsesionaba, en particular la recuperación, en el último minuto, tras la muerte de la zarina Yelizaveta. «Él tampoco estaba hecho para la guerra de los Siete Años —murmuraba Hitler—, sino para coquetear, meditar filosóficamente y tocar la flauta; pero tuvo que ponerse a la altura de su misión histórica.» El sobretodo de Federico siempre estaba cubierto de manchas de rapé y Eva Braun, después de ver unas manchas en la guerrera gris de Hitler, bromeó: «¡Tampoco hace falta que copies *en todo* al Viejo Fritz!». Él solía pasar las tardes reunido pero comía con Eva; las cuatro secretarias aún tenían que soportar «cenas» hasta las 4 de la madrugada, con la perorata incesante del dictador reclinado, una rutina que se entremezclaba con rescoldos de esperanza y ataques de cólera.

Roosevelt y los Tres Reyes

El 4 de febrero Stalin, que viajaba en los vagones de Nicolás II, llegó a Yalta mientras en Berlín, Eva Braun, resuelta a quedarse con Hitler y, de ser preciso, a morir con él, celebró su trigésimo tercer aniversario con su amante y los cortesanos, en la planta superior de la Cancillería, en una sección aún intacta.

En el blanco palacio de los zares en Livadia, Stalin presidió la conferencia con un dominio calmoso, regocijado e inescrutable, señor de su argumentario, aunque extenuado después de varios años con una dedicación de dieciséis horas diarias. Roosevelt, el más joven de los tres, estaba aún más exhausto. Aunque acababan de elegirlo para un cuarto mandato presidencial, sin precedentes

en la historia de su país, adolecía de arteriosclerosis, se sentía «cansado y apático» y a veces se quedaba con la boca abierta. Churchill también estaba rendido, «más divagador aún que de costumbre», según lamentaba uno de los participantes; pero incluso en aquel momento de flaqueza seguía brillando más que la mayoría. Stalin, que disfrutaba con el poder que había adquirido, se sintió conmovido por Roosevelt, pero no por Churchill, de quien desconfiaba. El presidente estadounidense estaba acompañado por su hija Anna y un Hopkins que lo había dado todo de sí, y se acercaron a las posiciones de Stalin con la ingenua confianza en que la fuerza de su propio progresismo bastaría para reconstruir un mundo posimperial nuevo. Por su parte Churchill añoraba la vieja asociación con Roosevelt, pero el Reino Unido estaba en bancarrota, no alcanzaba a cumplir con las obligaciones de su propio imperio y quedó eclipsada por las nuevas superpotencias. Los Tres decidieron que Alemania tendría que rendirse incondicionalmente y aprobaron crear una organización internacional más sólida: Naciones Unidas. Por su parte Stalin entraría en guerra con Japón. Pero este realista adusto era consciente de que «las fronteras se deciden por la fuerza» y estaba enviando a toda una cohorte de estalinistas locales para que fueran sus vasallos. Solo en Yugoslavia y Albania los partisanos locales consiguieron hacerse con el poder sin las tropas soviéticas.[30]

Roosevelt dijo que era sionista y quiso saber si Stalin también lo era. «En principio», contestó. Hablando de Palestina, Roosevelt bromeó asimismo con la idea de que «los Tres Reyes estaban esperando».

«Estoy bastante cansado, pero en el fondo, bien», le dijo Roosevelt a Eleanor antes de marcharse de Yalta a bordo del USS *Quincy*. El barco amarró en el Gran Lago Amargo de Egipto y, sentado en cubierta con una capa oscura, FDR se reunió con el joven y glamuroso rey egipcio, Faruq, descendiente de Mehmed Ali; con Haile Selassie, que estaba reconstruyendo Etiopía después de la depredación de los italianos; y por último, con Abdulaziz ibn Saúd, que llegó en el USS *Murphy* en compañía de un rebaño de ovejas (con las que alimentarse) así como de guardias armados con

cimitarras. Abdulaziz estaba impedido y, como el presidente, se sentaba en una silla de ruedas. Roosevelt le habló de las atrocidades alemanas y le preguntó si aprobaba la creciente migración de judíos a Palestina. «Judíos y árabes no podrían cooperar nunca —respondió Abdulaziz—. Mejor dadles a los judíos las mejores tierras de Alemania.» El viaje de regreso de Roosevelt a Estados Unidos duró nueve días.

El 19 de marzo Hitler ordenó destruir todas las infraestructuras de Alemania, por el decreto conocido con el nombre de Nerón. En muchas regiones los oficiales más razonables ya no hacían caso de sus órdenes fanáticas; pero mientras el imperio se hundía, los guardias de la SS dinamitaron los campos de exterminio y obligaron a los prisioneros famélicos a emprender marchas de la muerte hacia el oeste. El día 20 Hitler salió del búnker para pasar revista a los nuevos combatientes de las Juventudes Hitlerianas —uno de ellos, un niño de doce años— y recorrió la hilera pellizcando mejillas y tirando de las orejas; fue su última aparición grabada. Goebbels conservaba el favor de Hitler, Göring soñaba con sucederle y Himmler emprendía negociaciones secretas con la esperanza de poder mercadear con las vidas de los judíos.

—Bien, ¿quién va a tomar Berlín? —les preguntó Stalin a sus comandantes en jefe, el 1 de abril, en el Kremlin—. ¿Nosotros o los Aliados?

—Nosotros tomaremos Berlín —ladró el mariscal Kónev, de cabeza característicamente redondeada.

—El que irrumpa primero en la ciudad, que la tome el primero —dispuso Stalin. Kónev y Zhúkov salieron disparados hacia sus aviones, con rumbo al frente.

Mientras los soviéticos concentraban sus fuerzas descomunales, Roosevelt estaba con Daisy Suckley en la casa de Hyde Park, y ella comentó que «tiene un aspecto terrible, de agotamiento extremo ... No puede soportar esta tensión indefinidamente». Cuando tomó un tren a Warm Springs (en Georgia, donde se había construido «la Pequeña Casa Blanca»), en compañía de Daisy, se le vio «sonriente y bromeando como de

costumbre», quizá porque se iba a reunir también con Lucy Mercer. El 12 de abril, mientras estaba sentado con Daisy y Lucy, Roosevelt se llevó la mano a la cabeza, se quejó de cefalea y murió.[31]

«¡El gran milagro!», exclamó Hitler al saber la noticia, convencido de que la recuperación de Federico el Grande se iba a repetir con él. «¿Y ahora quién se ríe? La guerra no está perdida.»

Aún podemos ganar: la ofensiva de Hirohito

Stalin se sintió inusualmente conmovido por la muerte del presidente estadounidense: «Roosevelt era un hombre inteligente, culto, visionario», aun a pesar de que hubiera «prolongado la vida del capitalismo». En la Casa Blanca, unos minutos después de que Eleanor recibiera la noticia, el vicepresidente Harry Truman —un senador de Misuri poco conocido, pero leal— acudió a beber algo. Ella le puso la mano en el hombro y dijo: «Harry, el presidente ha muerto». Hubo una pausa. «¿Hay algo que pueda hacer por ti?», le preguntó Truman a Eleanor. «¿Hay algo que *nosotros* podamos hacer *por ti*?», le contestó ella. Más adelante Truman colocó un cartel en su mesa del Despacho Oval donde afirmaba (jugando con la frase de «cargarle el muerto a los demás»): «El muerto me lo cargo yo».

El 16 de abril Zhúkov y Kónev lanzaron sobre Berlín una ofensiva colosal, con 2.500.000 hombres, 41.000 cañones y 6.250 tanques. El honor de tomar la ciudad se le había concedido a Zhúkov, pero cuando la resistencia alemana lo demoró, Stalin llamó por teléfono a Kónev: «Toma Berlín con tus ejércitos acorazados». La ciudad quedó cercada y se batalló calle por calle mientras las tropas iban convergiendo hacia la Cancillería. Tan solo en Alemania se calcula que los soldados soviéticos violaron a dos millones de chicas.[32]Entre tanto, desde el búnker subterráneo «ya se oye el fuego de la artillería», escribió Eva Braun, que practicaba a disparar con la pistola en el jardín. Cuando los tanques soviéticos llegaron a las afueras Hitler celebró su cumpleaños en compañía de Göring, Himmler y Goebbels. Estos

tomaron un avión para huir de la ciudad, pero él insistió en morir allí. Aquella noche Eva Braun le organizó una fiesta en la planta superior, con baile, canto y champán. Pero en la reunión del día siguiente Hitler descubrió que el general de la SS Steiner había desobedecido la orden expresa de contraatacar, se dejó caer en la silla, con la cara roja y la boca espumeante, y denunció la traición. «La guerra se ha perdido, pero si creéis que yo voy a abandonar Berlín, caballeros, os equivocáis miserablemente. Antes me pego un tiro en la cabeza.» Su médico de la SS le recomendó suicidarse con una combinación de «pistola y veneno».

Desde la distancia, Göring reclamó para sí la sucesión, pero lo destituyeron, mientras que Himmler cayó en desgracia por negociar con los Aliados. Al representante de Himmler —Hermann Fegelein, casado con la hermana de Eva Braun— lo encontraron borracho, con una amante, y lo fusilaron en el jardín. Los rusos tomaron Viena y los estadounidenses, el Ruhr, y arrestaron a Alfried Krupp en Villa Hügel. Los blindados rusos estrechaban el cerco. La familia Goebbels acudió al Búnker con sus cinco hijos. Eva Braun escribió una carta —«última señal de vida»— a su mejor amiga; mientras la muerte «se va acercando peligrosamente», ella padecía «por el Führer. Quizá todo acabe por salir bien, pero él ha perdido la fe».

La noche del 28 de abril, Hitler y Eva se casaron. Él vestía una guerrera gris con medallas; ella un vestido de seda, de color oscuro. Ella firmó el certificado como «Eva Hitler (de soltera, Braun)» y celebró el matrimonio con champán, mientras el novio se retiraba a dictar «mi voluntad política» y culpar a «los intereses judíos», no sin precisar que «se les ha hecho pagar por sus culpas, aunque con medios más humanos que los suyos», en una alusión indirecta pero clara al Holocausto. La pareja estuvo despierta hasta las 4 de la mañana y el personal aprovechó para festejar sin freno. «Parecía que una fiebre erótica se había apoderado de todo el mundo —rememoraba la secretaria de Hitler—. Vi cuerpos entrelazados con abrazos lascivos por todas partes, hasta en la silla del dentista. Las mujeres habían renunciado a toda la decencia ... exhibían desvergonzadamente sus partes pudendas.»

Hitler se levantó tarde y le comunicaron que los tanques rusos estaban a tan solo quinientos metros de distancia. En Milán, a Mussolini y su amante los habían fusilado y colgado cabeza abajo. El 30 de abril, después de comer, Hitler probó la eficacia del cianuro con su perro *Blondi*, un pastor alemán, que pereció al instante; luego le dio la mano a su personal y los Hitler se retiraron a su estudio. Los asistentes esperaron fuera, hasta que el sonido de los festejos quedó interrumpido por un disparo. El ayuda de cámara echó un vistazo, volvió a salir y dijo: «Ya está». Eva Hitler estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas, y olía a almendras, por el uso del cianuro; Hitler estaba caído hacia el otro lado, con un dedo de sangre que le manaba de la frente y una pistola a los pies, y el papel pintado manchado de sangre. El personal envolvió los cadáveres en una alfombra, los llevó al exterior y los incineró en el jardín, mientras los proyectiles rusos estallaban en las inmediaciones.

Apenas doce horas más tarde Zhúkov llamó por teléfono a la mansión de Kúntsevo. «El camarada Stalin acaba de irse a dormir», dijo el guardaespaldas; «Despiértalo», ordenó Zhúkov. Stalin descolgó. «Bien —valoró—, pues ya hemos acabado con ese cabrón. Lástima que no lo hayamos podido coger vivo. ¿Dónde está el cadáver de Hitler?»[33]

Alemania se rindió tres días después. Entre tanto Stalin envió ejércitos soviéticos y mongoles a atacar a los japoneses en Corea y el norte de China. Mientras las fuerzas estadounidenses iban ganando terreno, batalla por batalla, en el Pacífico, Hirohito no cesaba de reclamar contraataques. «No hay ni rastro de ningún ataque. ¿Por qué no atacáis? ¿No hay ninguna manera, ningún lugar en el que podamos obtener una victoria clara contra los estadounidenses? —preguntó—. Hacedlo por mí o nunca recobraré la tranquilidad.»

Los bombarderos estadounidenses pasaron a inmolar las ciudades japonesas con incursiones aéreas frecuentes y Hirohito siguió criticando a sus generales: «¡Tenemos que atacar nosotros!». En enero de 1944 sus tropas habían asaltado la India, sin éxito; en abril emprendió la ofensiva Ichigō, que desplegó a setecientos mil

soldados e hizo temblar al gobierno de Chiang; pero en julio cesó a la Cuchilla Tōjō y prometió a su nuevo primer ministro que «continuaría en este país divino, luchando hasta la muerte». En octubre, cuando los estadounidenses desembarcaron en las Filipinas liderados por el general Douglas MacArthur, Hirohito exigió resistencia. «Accedí a que se librara la batalla de Leyte, que fue definitiva», reconoció más adelante; la decisión costó la vida a ochenta mil soldados nipones. A principios de 1945 consultó con los ex primeros ministros, que se mostraron todos favorables a seguir luchando, salvo Konoe. «Si aguantamos el tiempo suficiente —dijo Hirohito— quizá aún seamos capaces de ganar». Konoe se lamentó de que «si tenemos en cuenta nuestro kokutai, no podemos hacer nada, salvo que el emperador lo apruebe»; a su juicio, los otros exmandatarios estaban «locos». En junio Hirohito pasó tal nerviosismo que cayó enfermo. «Deseo que se estudien con celeridad planes concretos para poner fin a la guerra —ordenó— y que se haga lo necesario para ponerlos en práctica». Los Aliados, no obstante, reclamaban una rendición incondicional.

El 17 de julio, con los estadounidenses cerca de Japón, Stalin tomó un tren para reunirse con Harry Truman y con Churchill —que acababa de enfrentarse a unas elecciones generales— en el Palacio de Cecilienhof,[34]erigido en Potsdam por Guillermo II en imitación del estilo Tudor. Acordaron particiones y traslados de poblaciones que confirmaron que Stalin podía anexionarse Lviv y el suroeste de Polonia —además de la Ucrania soviética—, Moldavia y los Estados del Báltico.[35]Unos 11.500.000 refugiados alemanes emprendieron una penosa marcha hacia el oeste. Truman, Stalin y Churchill eran los señores de un mundo nuevo, aunque ninguno había comprendido aún que su dominio se vería eclipsado por una fuerza nueva.

El 17 de julio Truman recibió la noticia de un nacimiento: «El médico acaba de volver, está entusiasmado y tiene la plena confianza de que “el chiquillo” será tan poderoso como su hermano mayor». Solo que no hablaban de un bebé, sino de una bomba.

Acto vigésimo primero
2.300 millones

Los Nehru, los Mao y los Sun, los mafiosos, los hachemíes y los albaneses

El brillo de los mil soles: Truman, sin sorpresas, y el siglo de Estados Unidos

El día antes, el 16 de julio de 1945, mientras contemplaba la nube en forma de hongo que levantó la operación Trinidad, el director del proyecto secreto conocido como Manhattan, Robert Oppenheimer, citó emocionado el *Bhagavad Gita*: «Si el brillo de mil soles estallara de repente en el cielo sería como el resplandor del Poderoso». Pero ese «resplandor» tenía un poder temible: «Me he convertido en la Muerte, destructora de mundos».

La bomba fue el fruto de un proceso de cuarenta años.[1]En 1943, en Quebec, Roosevelt y Churchill unificaron la investigación nuclear de ambos países en el Proyecto Manhattan, con sede en Los Álamos, Nuevo México. Cuando Stalin visitó a Truman —que no le pareció «ni culto ni inteligente»— ninguno de los dos mencionó el ensayo. «Entonces no sabía nada», dijo Stalin, «o no por boca de los estadounidenses». En realidad estaba al corriente desde 1942, gracias a la labor de los espías soviéticos. Hasta la explosión, ni Stalin ni Truman podían imaginar que Trinidad pudiera alcanzar una importancia tan crucial en la historia del mundo. Al saber de la existencia de Trinidad por medio de sus espías y recibir la noticia de que sus agentes se habían incautado de uranio en un laboratorio nazi próximo a Berlín, Stalin y Beria debatieron en dos ocasiones sobre cómo les convenía reaccionar si Truman los informaba al respecto; acordaron «fingir que no lo entendemos».

El 24 de julio, en Potsdam, Churchill atacó a Stalin por la agresividad de su intervención en Rumanía. «Les ha caído una

valla de hierro», dijo, en una de las primeras versiones del concepto del «Telón de Acero». «Eso son cuentos», replicó Stalin, que se puso en pie y se marchó. Truman corrió detrás de él, pero Churchill, que estaba avisado, se quedó observando. «Estados Unidos ha hecho el ensayo de una bomba nueva, de un poder de destrucción extraordinario», dijo entonces Truman. En la cara de Stalin no se movió ni un músculo. Tras el fanatismo de la resistencia exhibida en Okinawa, y ante la expectativa de que atacar las islas principales podría costar la muerte de unos 268.000 soldados estadounidenses, Truman planeaba utilizar la nueva arma contra Japón.

«¡Una bomba nueva!», exclamó entonces Stalin. «Y de un poder extraordinario. Que podría resultar decisiva contra los japoneses... ¡Vaya! ¡Qué suerte más grande!» Al regresar a la casa de Ludendorff, Stalin informó a sus esbirros de que el Reino Unido y Estados Unidos «confían en que nosotros no seremos capaces de desarrollar la bomba; pero sí que lo conseguiremos». Aunque Stalin ya había puesto a Beria al frente del proyecto nuclear, pasó a ser el «Objetivo n.º 1». Había empezado una carrera para recortar la distancia.

El 6 de agosto un bombardero B-29 llamado *Enola Gay* (nombre de pila de la madre del piloto, el coronel Paul Tibbets) despegó de Tinián, en las islas Marianas, y tras un vuelo de seis horas llegó a Hiroshima donde, a las 8.15 de la mañana, lanzó la primera bomba atómica —*Little Boy*, «el chiquillo» del que había hablado Truman el 17 de julio— sobre esta ciudad japonesa. Solo tres tripulantes del *Enola Gay* estaban al tanto de los detalles de la misión. «Era difícil creerse lo que estábamos viendo», admitió Tibbets, aun así. La tripulación exclamó un «¡Dios mío!» de asombro. Sobre el terreno cien mil personas murieron al instante, otras cien mil sufrieron quemaduras atroces, y los supervivientes experimentaron un destello, una explosión y una tormenta de fuego que asoló Hiroshima bajo una lluvia negra y radioactiva. El Infierno había adquirido una nueva representación.

Hirohito quedó muy afectado, pero no se rindió de inmediato, sino que lo demoró; se habría dicho que le impresionó más el

hecho de que, dos días más tarde, Stalin invadiera Manchuria. Al amanecer del 9 de agosto, otro B-29 estadounidense —*Bockscar* («el vagón de[l capitán] Bock»)— lanzó sobre Nagasaki una segunda bomba nuclear: *Fat Man* («el Hombre Gordo»). En ese momento Hirohito debatía con sus generales sobre unas posibles negociaciones, pero defendía que, salvo que se preservara el kokutai divino, él seguiría combatiendo. En aquel plazo de dos días, no obstante, las bombas atómicas le convencieron de que debía aceptar la rendición incondicional; el general Anami, ministro de la Guerra y de talante belicoso, asintió también, aunque a regañadientes. El emperador dirigió un discurso a su pueblo, que fue grabado por técnicos de radio y contenía el mayor eufemismo de la historia: «la guerra se ha desarrollado de un modo que no necesariamente beneficia a Japón», dijo Hirohito. La voz del emperador —cuya hermosura se ensalzaba comparándola con una joya, por lo que el discurso de rendición se conoce como «la grabación de la joya de voz»— sonaba tan tenue que fue necesario repetir la toma. Antes de que se pudiera emitir, varios oficiales, espoleados por Anami, atacaron el palacio con el intento de apoderarse de la grabación; mataron al comandante de la Guardia Imperial, pero no encontraron la cinta y se suicidaron. El propio Anami también se inmoló al día siguiente, con el rito tradicional de abrirse las entrañas con la espada. «Con mi muerte pido perdón humildemente al emperador por mi grave crimen», indicó en la nota que dejó. Al mediodía los japoneses pudieron escuchar a su tennō por vez primera. «Nuestra gente creía demasiado en el país imperial —le escribió el emperador a su hijo, de once años, el príncipe heredero Aikihito, que se alojaba fuera de Tokio por razones de seguridad—. Nuestros militares sabían avanzar, pero no retirarse. Si hubiéramos seguido combatiendo habríamos sido incapaces de proteger los tres tesoros imperiales [el espejo, la espada, la joya] y más compatriotas habrían tenido que morir. Por lo tanto he reprimido mis emociones para intentar salvar la semilla de la nación».

El 30 de agosto el general MacArthur llegó a Tokio con la misión —encargo de Truman— de preservar la estabilidad de

Japón pero juzgar por crímenes de guerra a los militaristas. Se ejecutó a Tōjō, pero MacArthur decidió preservar a Hirohito —a pesar de su innegable culpabilidad— reformulando su papel como el de un monarca no divino, sino constitucional.

El único de los agresores que no perdió la posición se convirtió en mascarón de proa de una democracia próspera, y reinó hasta 1989 (su nieto Naruhito ha continuado la sucesión en 2019 como el 126.º tennō de la más antigua de las dinastías). En el oeste los vencedores acordaron juzgar a los nazis en un Tribunal Militar Internacional, con sede en Núremberg, que resultó de la asociación de jueces democráticos y estalinistas. Se condenó a Ribbentrop a la horca; Göring se suicidó; Speer se libró del cadalso gracias a su encanto. Los principales asesinos de los Einsatzgruppen y los campos de exterminio también murieron en la horca —Himmler se había suicidado—, pero entre los rangos inferiores no abundaron los castigos. Se juzgó a Krupp y se le condenó a doce años de cárcel. A Antonescu lo fusilaron. La lección de estos horrores —se requería un mundo con más respeto a las reglas— fructificó en la creación de un tribunal de derechos humanos y la autoridad de Naciones Unidas, que promovieron el derecho supranacional, un comportamiento algo más civilizado y una definición legal de genocidio.[2]El antisemitismo pasó a ser moralmente inaceptable; la Ilustración se restauró.

Cuando se lanzaron las bombas, Churchill había dejado de ser primer ministro. A Stalin le sorprendió esta derrota de un vencedor: «el Partido único es mucho mejor», dijo. «En el fondo es una buena noticia», valoró Clementine Churchill. «Pues tan en el fondo que no le veo lo bueno», se lamentó Churchill. La derrota la alivió en parte que el rey Jorge VI le ofreciera el ducado de Dover, título que sin embargo Churchill rechazó. El primer ministro laborista Clement Attlee —«un hombre modesto al que no le faltan razones para no pasar de modesto», en opinión de Churchill— creó un sistema que pagaba a los desempleados y ofrecía atención sanitaria gratuita, prototipo de una visión ambiciosa del Estado como garantía de comodidad, una función que los ciudadanos occidentales pasaron a considerar más importante que las

funciones tradicionales del orden y la seguridad. Anteriormente solo una revolución podía redistribuir la riqueza y proteger a los pobres; en cambio la clase dirigente británica iba a hacer lo mismo de un modo pacífico. En su país, Attlee ofreció lo que calificó de «Nueva Jerusalén»; pero en el extranjero su visión desató una guerra por la vieja Jerusalén, así como por la independencia de la India, que costó mucha sangre. En diciembre de 1945, los indios votaron para elegir una asamblea legislativa.

El problema fue que hubo dos ganadores.

La muerte de una India: Nehru, Djinnah y la virreina

Nehru y el Congreso ganaron las elecciones. Pero también Djinnah y la Liga Musulmana, quienes, tras centrar la campaña en un único tema —la creación de Pakistán—, ganaron todos los escaños reservados para los musulmanes. Nehru formó el primer gobierno indio, de carácter provisional, en tensa coalición con la Liga.

Tras salir de la cárcel en 1944, Nehru aspiraba a heredar por completo el raj británico; sería la primera vez en la historia en la que toda la India habría estado unida. Los británicos accedieron, pues deseaban ceder la totalidad del raj a un único líder, un Nehru que embellecería la anglosfera en calidad de dominio británico.

Nehru era un romántico, enamorado de la visión de una India preciosa a la que este amante de las mujeres siempre comparó con una chica hermosa. «Llevaba la India en la sangre», escribió, en tono de novelista romántico. «Ella es muy amorosa y ninguno de sus hijos podría olvidarla nunca ... porque forma parte de ellos, en su grandeza y sus defectos, y ellos se ven reflejados en los profundos ojos de su madre.» No tomó en consideración ni buena parte de la historia de la India —Gandhi despreciaba la historia, que le parecía «una interrupción de la naturaleza», un simple instante en los ciclos de la vida y la reencarnación— ni las diferencias entre hindúes y musulmanes. Nehru creía en una democracia liberal laica y única, representada por su Congreso. «En la India no hay ningún conflicto cultural», dijo repetidamente.

Para él solo existía una India y no dio crédito a la posibilidad de que los musulmanes se enfrentaran con ellos. «Es una idea absurda, con la que no vale la pena entretenerse», escribió en 1935. Pero la decadencia del poder británico y la nueva política electoral favorecieron un nuevo nacionalismo étnico y religioso. Los resultados electorales ponían de manifiesto, innegablemente, dos visiones distintas de la India.

Attlee propuso constituir una federación india que tal vez podría haber evitado la partición. En un principio los dos bandos aceptaron la idea, pero luego Nehru la descartó, convencido de que el Congreso se bastaba para recibir la totalidad del raj. Djinnah se vengó convocando un Día de Acción Directa en Kolkata, donde los musulmanes masacraron a los hindúes sin que el gobierno bengalí de la Liga Musulmana hiciera nada para frenarlos. Gandhi se apresuró a acudir a Kolkata y emprendió un ayuno por la paz.

En marzo de 1946 Nehru viajó a Singapur para pasar revista a las tropas indias. Cuando los soldados lo abuchearon y hostigaron, Edwina Mountbatten —de cuarenta y cuatro años, esposa del jefe supremo de los Aliados en el Asia oriental, lord Louis «Dickie» Mountbatten— se desmayó por la emoción. Nehru y Mountbatten la ayudaron a ponerse en pie. Los tres establecieron una relación tan cordial que cuando Attlee buscó una figura capaz de supervisar el proceso de independencia, es probable que Nehru le sugiriese a Mountbatten. Attlee nombró como último virrey al vizconde Mountbatten de Birmania (según rezaba su título más reciente). Se consideraba a sí mismo «el hombre más poderoso de la Tierra», y era un aristócrata tan gallardo y capaz como vanidoso. En cuanto a Edwina, era una heredera de lengua mordaz y espíritu libre, que combinaba una vida extramarital emocionante —con amantes femeninos y masculinos, entre ellos «Hutch», una estrella del cabaret nacida en la isla de Granada— con un servicio público inteligente. Mountbatten la consideraba una fuerza de la naturaleza y sentía admiración por ella.[3]

La pareja invitó con frecuencia a Nehru y a Indira a la Casa del Virrey, en Delhi. Indira fue la compañera indispensable de Nehru durante los vertiginosos meses que se avecinaban, y

Mountbatten trabó una «verdadera amistad con Nehru». Las hijas de Mountbatten, cuando irrumpían en la casa, se encontraban a veces a Nehru cabeza abajo, practicando yoga. Paso a paso fue surgiendo una amistad íntima —tanto más conmovedora por su madurez— entre el viudo Nehru y la virreina casada, Edwina. «De pronto me di cuenta (y quizá a ti te haya pasado lo mismo) —le escribió más adelante Nehru— de que entre nosotros dos existía un vínculo muy profundo; de que alguna fuerza incontrolable, de la que yo apenas era consciente, nos atraía mutuamente. Este descubrimiento me hizo sentir abrumado y, al mismo tiempo, sumamente feliz». Ella se mostró de acuerdo: «Has dejado en mí una sensación extraña, de paz y felicidad. ¿He provocado yo ese mismo efecto en ti, tal vez?». A Mountbatten no le pasó por alto. «Esto es un secreto entre nosotros —le confío a su hija—, pero me gusta verlos juntos, a ella y a Jawaharlal. La verdad es que se adoran ... Estos últimos tiempos, mamá ha estado increíblemente adorable.»

Mountbatten se sentía muy próximo a Nehru y ambos solían burlarse de Djinnah: «es un psicópata» (decía Mountbatten), «un paranoico» (Nehru), «un hitleriano». Pero el triunfo aplastante de Djinnah ponía de relieve la debilidad del mito nehruviano de la nación única.

Una federación puede ser un sistema poderoso y democrático, según demostraba el caso de Estados Unidos; pero Mountbatten no exploró esta posibilidad. Gandhi propuso que Djinnah fuera el primer ministro de la India unida, con un buen ejemplo de la clase de cesiones que podrían haber evitado el derramamiento de sangre. Pero una federación no se forjaba de un día para otro. Nehru aceptó la exigencia de Djinnah, una partición en la que el Congreso se quedaría con la mayor parte de la India británica —la capital, el ejército, la burocracia— a cambio de que los dos nuevos países adquirieran la condición de dominio británico. «Estábamos cansados —reconoció más adelante—. La partición nos ofrecía una salida y la cogimos.»

Mountbatten hizo suyo el plan de los dos Estados: la India y un Pakistán musulmán.[4]Gandhi era consciente de que esto

provocaría violencia. «Las únicas alternativas para la India —le dijo a Mountbatten— son que el gobierno británico se mantenga, para preservar la ley y el orden, o bien un baño de sangre. La masacre no se puede obviar. ¿Es lo que queremos?»

El 3 de junio de 1947, en compañía de Nehru y Djinnah, Mountbatten anunció «la transferencia de poder a una quinta parte de la raza humana» y la partición de una India, que creaba un Pakistán dividido en dos regiones sin conexión entre ellas. Esto no convenció a nadie. Djinnah quería todo el Punyab y Bengala, además de Cachemira, y una franja de territorio que enlazara las dos regiones. Los mapas exactos —que dibujaría un juez británico que nunca había puesto un pie en la India— no se anunciarían hasta justo después de la independencia, lo que solo agravó las tensiones.

En este punto Mountbatten anunció que el Reino Unido se marcharía en un plazo de diez semanas: una salida precipitada, desvelada con su teatralidad característica. Pero entre las realidades de cualquier poder figura la de que, en el momento en que se decide a abandonar, el imán del poder nuevo pasa a ejercer su propia atracción y repulsión visceral. Era probable que la velocidad y las incertidumbres causaran un cataclismo sangriento. Como excusa solo cabe alegar que el poder británico estaba menguando a ojos vistas; que Mountbatten no quería autorizar las muertes que se producirían entre los soldados británicos, si se quedaban a mantener el orden; y que hasta aquel momento, ningún soberano de la India había cedido nunca voluntariamente el dominio del subcontinente a otro poder. El pánico empezó a cundir entre millones de personas, que no sabían ni siquiera en qué país iban a vivir, que temían directamente por su propia seguridad. «Vivimos entre una sucesión de crisis», dijo Nehru. A ello se añadía la complicación de que el 40 % del territorio de la India seguía gobernado por príncipes. El multimillonario nizam de Haiderabad —*sir* Osman Ali Khan, Asaf Jah VII, descendiente del paladín de Aurangzeb, a la sazón de sesenta años— se veía a sí mismo como un monarca musulmán y había casado a su hija con el último califa otomano. Se negó a incorporarse a la India e intentó conseguir la

independencia.

El 14 de agosto de 1947 Djinnah —que había cumplido setenta y un años y padecía tuberculosis— anunció la independencia de Pakistán. Se le nombró primer ministro y gobernador general, y se le ensalzó como líder supremo. Al día siguiente Nehru anunció la «cita [de la India] con el destino ... cuando dé la medianoche», con una retórica de aires británicos que ponía de manifiesto que aquel brahmán educado en la Harrow School era el sucesor, propiamente el heredero, del raj británico. La India tomó posesión de tres cuartas partes del raj y la administración colonial —cuyos integrantes siempre habían sido indios, en su abrumadora mayoría— se transfirió sin más al nuevo Estado, descontando solo a los británicos. Una multitud ingente contempló el izado de la bandera india, que incluía el *dharmachakra*, símbolo de Ashoka. Nehru tuvo que rescatar a Pamela, la hija del virrey, que estuvo a punto de resultar aplastada por las masas. «Él se movía muy ligero, con sus sandalias —rememoró Pamela—. Me dijo que fuera con él, "No puedo, voy con tacones", le dije yo. "Pues quítatelos"» y la muchedumbre los pasó por encima de sí misma, de mano en mano.

Pero lejos de esta emoción, musulmanes, hindúes y sijs se atacaron mutuamente, lo que provocó oleadas de refugiados aterrorizados. Dos millones de personas murieron entre un caos de matanzas, violaciones e incendios. Hubo trenes que llegaban cargados de refugiados asesinados en el trayecto sin excepción. Más de diez millones de personas se mudaron de un lugar a otro en la migración única más numerosa de la historia. Cuando se iniciaron las matanzas, Gandhi —que veía bañarse en sangre la obra de su vida— amenazó con una huelga de hambre indefinida, aunque le costara la vida; Nehru abrió las puertas de su residencia a los refugiados, a los que acogía con un: «Lo sé, *mere bhai* [«hermano mío»], a mí también me duele». En cierta ocasión Indira vio que una muchedumbre estaba a punto de linchar a un musulmán, se bajó del tren y se puso a gritar hasta que, impresionados, pusieron al hombre en libertad.

Nehru estaba resuelto a quedarse con una extensión territorial

lo más vasta posible. Cachemira poseía una importancia estratégica vital; era musulmana, pero la gobernaba un marajá hindú y, para Nehru, que descendía de *pandits* cachemires, era equiparable a «una mujer de extrema belleza». En octubre pastunes musulmanes y tropas pakistaníes invadieron la región; ante lo cual el marajá accedió a que Cachemira se incorporara a la India y pidió que su gobierno enviara tropas. Cuatro días después Nehru mandó a su ejército.

Cuando Gandhi llegó a Delhi recibió una visita nocturna de Nehru, de Indira y de Rajiv, el hijo mayor de esta, de tres años. El 30 de enero de 1948 —un día después de este encuentro con Indira y Rajiv— un hindú nacionalista, relacionado con los paramilitares de la RSS, le disparó por tres veces en el pecho. Nehru acudió a toda prisa a la residencia de Gandhi, la casa de la familia Birla, y cayó de rodillas y sollozando junto al cuerpo diminuto. Aquella noche, para calmar a las multitudes que en número creciente se apiñaban alrededor de la casa, se colocó el cuerpo de Gandhi en el terrado de la casa, sentado e iluminado, para que todos pudieran verlo. «Se ha apagado la luz de nuestras vidas, ahora hay oscuridad por todas partes», se lamentó Nehru.

El amor de Nehru y Edwina se intensificó, en los últimos meses. «Hemos podido charlar con más intimidad, como si se hubiera quitado algún velo —escribió Nehru en mayo de 1948— y nos hemos podido mirar a los ojos sin temor ni vergüenza.» Que la relación fuera sexual o no es un rasgo sin especial importancia. En ocasiones generó tensión con la hermana menor de Nehru, Krishna: «Edwina nunca se equivoca...». Así, cuando Nehru la reprendió por enjoyarse en exceso, ella replicó: «Pues con Edwina nunca te enfadas por eso, al revés, te admiras por sus joyas». Edwina rompió a llorar cuando los Mountbatten se marcharon de la India; Nehru estuvo paseando por las salas que ella ocupaba en la residencia virreinal, para «perderme en el país de los sueños».[5]

En septiembre de 1948, mientras las fuerzas indias —la crema y nata del ejército del raj— derrotaban a Pakistán en Cachemira, Nehru invadió el otro estado principesco que estaba causando problemas: Haiderabad, donde el nizam había declarado la

independencia. En la operación Polo —una guerra de cinco días—, la India derrotó a las unidades haiderabadíes y las masas hindúes masacraron a cuarenta mil musulmanes: la matanza más numerosa de la historia moderna de la India. Mientras Nehru dominaba una India que, en sus primeros diez años, prosperó económicamente, contó con el respaldo de Indira, que vivía en la mansión de Teen Murti y preparaba a los hijos para una vida dinástica. «No tengáis miedo de haceros daño —les decía a Rajiv y Sanjay—. Quiero que los dos seáis valientes ... En el mundo hay millones de personas pero la mayoría solo van a la deriva, con miedo a la muerte y más miedo aún a la vida.» Jawaharlal, Indira y los hijos de esta —que gobernarían la mayor de las democracias durante tres generaciones — no serían así.

Si los británicos aceptaron dar la independencia a la India y Pakistán (a la vez que planeaban mantener las posesiones africanas), en cambio los neerlandeses y franceses, que en la segunda guerra mundial habían sufrido derrotas de consideración, estaban resueltos a reclamar sus imperios asiáticos: Indochina, en el caso de Francia, las Indias Orientales, en el caso de los Países Bajos. En Vietnam Ho Chi Minh y su Viet Minh declararon la independencia desde Hanói, donde empezaron por sumarse a los franceses en una purga de trotskistas y nacionalistas. Pero en 1946, cuando Francia ocupó de nuevo el país, Ho y su general más brillante, Vo Nguyen Giap —un maestro de historia que empezó a poner en práctica sus lecciones, como un Trotski asiático— se enfrentaron a un ejército francés formidable en una guerra brutal. En Yakarta, en las Indias Orientales, el exarquitecto Sukarno se proclamó presidente de un nuevo Estado —Indonesia—, erigido en el marco de la colonia neerlandesa pero basado en sus cinco principios: la *pancasila*, que fusiona la democracia con el nacionalismo. En julio, mientras Nehru y Djinnah asumían el poder, los neerlandeses atacaron a Sukarno y luego aprovecharon una insurrección comunista para reconquistar buena parte del archipiélago. Sukarno —que contó con la ayuda de su segundo, Suharto— aplastó a los comunistas pero tuvo más dificultades con los neerlandeses. Esta guerra imperial de los europeos preocupaba

a Truman, que amenazó a los Países Bajos con interrumpir la ayuda que les proporcionaba. Los neerlandeses se retiraron y reconocieron la independencia del vasto y nuevo país. Sukarno, que flirteó con la presencia numerosa de los comunistas, lo transformó en una «democracia guiada» de la que él sería presidente monárquico perpetuo.

Entre tanto los británicos se marchaban también de Palestina, donde, en un conflicto de múltiples facetas, dos reyes árabes se enfrentaban al naciente Estado judío y a las milicias palestinas.

Dos reyes: Faruq, Abdullah y el reparto de Palestina

La cruenta guerra étnica que se libró en el corazón de Palestina se vio exacerbada por las ambiciones de las dos principales dinastías árabes: la del astuto rey hachemí Abdullah (Abdalá de Jordania) y la del ostentoso rey Faruq, vástago de la Casa de Mehmed Ali y rey de Egipto. Las dos ansiaban expandir sus reinos y competían por el liderazgo del mundo árabe.

La mayoría de los Estados del Asia occidental —Siria, Israel, Líbano— se crearon a partir del antiguo imperio otomano durante los dos años posteriores al fin de la segunda guerra mundial. En abril de 1946 los franceses concedieron la independencia a dos países de nuevo cuño, Siria y el Líbano;[6]El Reino Unido hizo lo mismo con Transjordania y en Egipto retiró sus tropas al Canal. El caso de Palestina era más complicado. En 1917 los británicos habían prometido que habría una «patria judía», pero no se les prometió ningún Estado y la referencia vaga a una «patria» tampoco implicaba que fuera a hacerse realidad. A los kurdos, los armenios, los alauíes y los drusos también se les prometieron Estados que no se han materializado jamás. En Palestina, la comunidad árabe y la judía venían de antiguo, pero ya hacía tiempo que los árabes eran mayoritarios; aunque no en Jerusalén, donde la mayoría de la población, desde la década de 1880, era judía.

Los árabes acogieron con disgusto la llegada de inmigrantes

judíos, que no tardaron en formar una próspera comunidad agrícola. El apoyo británico a la idea de una patria judía no duró ni veinte años: cuando el conflicto se intensificó, el Reino Unido dio un giro de 180º y, en 1937, les prometió la independencia a los árabes, en el preciso momento en que estos se sublevaban pero caían derrotados ante las armas británicas. A medida que se iba dando la independencia a nuevos Estados árabes, los seiscientos mil judíos de Palestina —encabezados por la diminuta figura del pragmático y pugnaz David Ben-Gurión, de pelo blanco, escaso y desordenado— iniciaron una rebelión propia contra los británicos para hacerse con un Estado propio. La experiencia judía era única, como lo eran las circunstancias de Palestina; pero en el resto de los aspectos, por decirlo con las palabras de Stalin, el sionismo era sencillamente «la expresión nacional de los judíos». Los padecimientos sufridos por los judíos en el Holocausto hicieron que muchas voces se mostraran partidarias de la existencia de un Estado judío. Pero el Reino Unido, no: Attlee prohibió que los judíos emigrasen a Palestina y confiaba en ceder la región a algún Estado árabe. Las milicias judías atacaron a las tropas británicas: Israel, como Turquía en 1922, se forjó con una rebelión antiimperial y contraria a los deseos de los británicos. Un Attlee desesperado le trasladó el problema a las Naciones Unidas.

El 29 de noviembre de 1947, en su Resolución 181, la ONU votó a favor de dividir Palestina en un Estados árabe y uno judío, con un plan similar a los puestos en práctica en Irlanda y la India. El presidente Truman se mostró de acuerdo y bromeó, en referencia al rey persa: «Yo soy Ciro». Ben-Gurión, que creía en la necesidad de «un Estado, al coste que sea», aceptó el acuerdo; en cambio los palestinos prefirieron luchar por la totalidad del territorio. Los paramilitares árabes atacaron a la comunidad judía, que estaba defendida por una milicia bien organizada, la Haganá.

Todo esto se desarrollaba bajo la atenta mirada de Faruq, el joven soberano de la mayor de las naciones árabes, Egipto. Era rey desde los seis años; un hombre alto (por encima del 1,80 m) y apuesto como una estrella del cine; se había educado en Gran Bretaña y poseía una riqueza descomunal, con treinta mil hectáreas

en haciendas; vivía tan protegido que nunca visitó las Pirámides, pero no tardó en convertirse en «el Rey Amado» (*al-malik-al-mahbub*). Durante la segunda guerra mundial el procónsul británico lo había humillado, al rodear el Palacio de Abdín —en contra de la voluntad expresa de Faruq— con sus blindados; ahora estaba resuelto a ejercer el poder autónomamente.

Faruq, que estaba casado, era adicto a las coristas, los clubs nocturnos, los coches veloces y los casinos. Su Egipto era una mezcla cosmopolita de turcos, circasianos, coptos, judíos, griegos y libaneses. Se sentía «fascinado por el hecho de que yo fuera judía —recordaba su amante Irene Guinle—. Faruq solo tenía oídos para una persona, su padre, Fuad ... [quien] le había dicho que las mujeres más exquisitas del mundo eran las judías». Pero todas las novias del rey se mostraron de acuerdo en que adolecía de un carácter perezoso e infantil, y tan solitario, que su mejor amigo era un estafador, Antonio Pulli —hijo del electricista de palacio—, apodado «la Cigüeña» por su capacidad de quedarse dormido de pie en las noches de fiesta.

Sin haber cumplido aún los treinta, Faruq iba aprendiendo de política. Se sentía próximo al nuevo nacionalismo árabe y vigilaba con atención el ascenso de un jeque islamista, Hassan al-Banna. Los seguidores del jeque —los Hermanos Musulmanes, con un millón de integrantes— creían que «la solución es el islam» y se exaltaban ante la decadencia faruqina y la emigración de los judíos a Jerusalén. Empezaron a asesinar a ministros de Faruq. El rey intentó promover una monarquía musulmana, pero cuando hizo la hach fue a bordo de su yate personal, el *Mahrousa*. Avanzada la década de 1940 confiaba en neutralizar a los Hermanos luchando contra los judíos y anexionándose el sur de Palestina; a fin de cuentas, Mehmed Ali había gobernado todos esos lugares.

En El Cairo, en diciembre de 1947, Faruq fue el anfitrión de una cumbre de una nueva Liga Árabe, formada por siete países árabes independientes que votaron a favor de la guerra. «No importa cuántos [judíos] haya —dijo el secretario de la Liga, el egipcio Azzam Pasha—, los barreremos y los tiraremos al mar». Faruq, que nombró al muftí de Jerusalén como presidente de

Palestina, mandaba sobre cuarenta mil soldados; cuando le advirtieron que solo la mitad tenían sus pertrechos y que, de estos, solo su guardia sudanesa estaba preparada para entrar en combate, replicó destacando que 45 millones de árabes bien podrían aniquilar a seiscientos mil judíos que solo desplegaban a 35.000 soldados. No contaba, sin embargo, con que otro rival árabe aspiraba también al reparto del pastel.

Abdullah, el rey de Transjordania, era descendiente de Mahoma y se burlaba de Faruq: «El hijo de un campesino balcánico no se convierte en un caballero por mucho que lo nombres rey». Además contaba con una unidad de élite, de diez mil integrantes: la Legión Árabe, cuyos oficiales eran británicos. Abdullah estaba resuelto a apoderarse de una parte de Palestina, ya fuera con una guerra o por astucia; aunque en público denunciaba el Estado judío, en secreto negociaba con ellos la partición de Palestino. Después de que se eligiera a Faruq comandante supremo de las fuerzas de la Liga Árabe, reunió a sus legionarios; Faruq entre tanto pasaba revista a las tropas, montado en su caballo, y ascendía al grado de general a sus hermanas.

El 15 de mayo de 1948, mientras los británicos evacuaban la zona, Ben-Gurión proclamó la fundación del Estado de Israel.[7]Al mismo tiempo, los sirios y algunos contingentes iraquíes y saudíes se sumaron a Faruq y Abdullah; y Stalin —que en su país arrestaba y fusilaba a los judíos soviéticos porque juzgaba que la lealtad a la URSS era incompatible con el sionismo— fue el primero en reconocer al nuevo Estado. El plan egipcio consistía en remontar la costa con celeridad hasta conquistar Tel Aviv. En la práctica lo que hubo fue una guerra feroz, en la que los dos bandos perpetraron atrocidades y el nuevo ejército israelí —bien dirigido por oficiales disciplinados y pertrechado con los cargamentos de armas soviéticas— derrotó a todos los ejércitos árabes. Más de setecientos mil palestinos huyeron o fueron expulsados durante la contienda, pero su Nakba («la Catástrofe») fue el nacimiento de Israel, con ayuda de la expulsión de los Estados árabes de ochocientos mil judíos sefardíes: comunidades que llevaban milenios prosperando en Alejandría, Damasco, Marrakesh y Bagdad, y que en este

período llegaron a Israel y contribuyeron a dar forma a su cultura.

A medida que la guerra avanzaba, el compromiso total de los israelíes y la llegada de los inmigrantes sefardíes permitieron que, a principios de 1949, su ejército pudiera desplegar a 115.000 hombres frente a los sesenta mil de los árabes. Aunque Abdullah invadió con éxito la Cisjordania y se apoderó de la Ciudad Vieja de Jerusalén, las tropas de Faruq fueron derrotadas, en parte gracias al hecho de que la Cigüeña les había procurado armas italianas defectuosas. Dos egipcios se distinguieron en la guerra: un fue el general Mohamed Naguib, que resultó herido en tres ocasiones, pero sentía disgusto por Faruq, cuyos excesos conocía bien. Cuando cuatro mil egipcios quedaron atrapados durante cuatro meses en el Cerco de Faluya, uno de ellos —el coronel Gamal Abdel Nasser, alto y apuesto, hijo de un cartero, que resultó herido en el asedio— se enojó tanto con la incompetencia faruquí que escribió *Filosofía de la revolución* y planeó un golpe de Estado.

En febrero de 1949 Faruq accedió a un armisticio y se retiró del desierto del Néguev. Israel quedó establecido como una democracia liberal —de mayoría judía, con una minoría árabe— que se distinguió y se distingue aún hoy por ser la única democracia de la región. Pero los palestinos, al igual que habían hecho los judíos con anterioridad, no renunciaron al sueño del Regreso.

Entre los ejércitos árabes no se perdonó fácilmente la inepcia de sus líderes. En Siria la frágil democracia instaurada por Francia fue derrocada por el general Husni al-Zaim, en el primero de los múltiples golpes militares del mundo árabe. En toda la región los dirigentes abusaron sin reparos de la violencia, las rivalidades étnicas y el nepotismo, en vez de ayudar a construir la democracia y levantar sociedades civiles. Las consecuencias han sido fatales. El otro ganador de la guerra fue Abdullah, ahora de Jordania, como pasó a llamar a su reino; como controlaba la Ciudad Santa, se proclamó rey de Jerusalén, el primero que gobernó de hecho allí desde la breve visita del emperador Federico II en 1229. Pero hubo muchos que no le perdonaron las estratagemas con las que había duplicado la extensión de su reino y, en 1951, fue asesinado en la

mezquita de Al-Aqsa, en el Monte del Templo, en la propia Jerusalén. Murió delante de su nieto, que con el tiempo le sucedería: Hussein, otro alumno de la Harrow School, un joven de diecisiete años que nunca olvidó lo sucedido. En Egipto una epidemia de cólera puso de relieve la inepcia de Faruq y los Hermanos Musulmanes planearon su caída y asesinaron a su primer ministro. Sin embargo Faruq se adelantó, hizo asesinar a Al-Banna e ilegalizó la organización. El rey calvo, obeso y absolutista Faruq no solo había sobrevivido, sino que gozaba de una economía próspera y se había librado en gran parte tanto de los británicos como de los Hermanos.

Entre tanto Stalin había ordenado que sus vasallos checos le proporcionaran a Israel el armamento con el que había ganado la guerra, mientras en China transfería también unos arsenales enormes que transformarían el mundo.

Mao, Jiang Qing y la hermana roja Song

La victoria de Mao no fue inevitable. En cuanto Stalin retiró a las tropas soviéticas de Manchuria, en mayo de 1946 —esenciales para sus relaciones con Estados Unidos—, Chiang, que manejaba ahora un ejército con 4.300.000 efectivos, se apoderó de la mayor parte de la provincia y obligó a retroceder a 1.270.000 comunistas. Mao fue presa del pánico y se dispuso a retomar la guerra de guerrillas, pero los estadounidenses lo salvaron. El general George Marshall —jefe del Estado Mayor durante la guerra y ahora enviado de Truman— se creyó a Mao cuando este le quitó importancia a sus vínculos con Stalin y, por el contrario, exageró su sintonía con Estados Unidos. Marshall cometió un error fatal: obligó a Chiang Kai-shek a detener la guerra civil y negociar un alto el fuego. Durante la guerra, Stalin había excluido a Mao del abastecimiento de armas y, en la lucha contra los japoneses, había ayudado a Chiang. Pero en este momento Stalin depositó su confianza en Mao, le transfirió arsenales de armamento soviético y japonés, entrenó al ejército de Manchukuo (aliado de los japoneses) como

soldados del Ejército Rojo y aun le prestó a doscientos mil coreanos venidos del sector septentrional (soviético) de Corea.

En la URSS, Stalin deportó a decenas de miles de habitantes de las regiones que reconquistó. Causó una segunda hambruna ucraniana —aunque en público lo negara— en la que casi otro millón de personas perdieron la vida; en privado bromeaba con que habría deportado a la nación ucraniana en su conjunto, solo que eran demasiados. Entendía que el mundo había quedado dividido en «dos campos armados» y se resolvió a emprender una guerra contra los países capitalistas, liderados por Estados Unidos. Cuando estaba a punto de conseguir su propia bomba —el primer ensayo soviético se produjo en agosto de 1949—, Stalin forzó a sus propios vasallos europeos a mirar hacia Rusia, pues creía que, según les dijo a los yugoslavos, «cada bando impondrá su propio sistema». Como cabía esperar de un líder ruso, su gran prioridad, entre esos países, no era otra que Polonia. En Rumanía, el rey Miguel, que aún contaba solo veintiséis años, se vio obligado a nombrar un gobierno de mayoría comunista que detuvo y sometió a juicio a los líderes liberales y sus partidarios, pese a que él se negó a firmar tales decretos. En noviembre de 1947 —tras haber asistido a una boda en Londres, la de sus primos Isabel de Inglaterra (la futura reina) y un oficial naval, Felipe, el príncipe de Grecia, donde además conoció a su futura esposa— regresó a Rumanía. El 30 de diciembre lo llamaron al Palacio de Elisabeta, en Bucarest, donde el líder comunista Gheorghe Gheorghiu-Dej y un esbirro de Stalin —Andréi Vyshinsky, el fiscal chillón de los juicios amañados— lo amenazaron: «Si no firmas de inmediato este [documento de abdicación] nos veremos obligados a matar a más de mil estudiantes encarcelados». Aun así, Miguel, que confiaba en disponer de tropas leales, se negó a abdicar. «Se ha detenido a tu guardia, se han cortado los teléfonos y la artillería apunta a este despacho», le contó Dej, que sacó una pistola. «Miré por la ventana», rememoraba Miguel, «y vi los obuses. Firmé». Aquel mismo día Dej proclamó una «república popular». Bulgaria había caído mucho antes,[8]pero en este período se sucedieron los golpes de Estado similares, a instancias de Stalin, en Polonia, Hungría y

Checoslovaquia; en este último país, el exministro de Exteriores —Jan Masaryk, hijo del fundador del país— se suicidó o fue defenestrado. Yugoslavia y Albania, los países que se habían liberado de los alemanes por sus propios medios, fueron más idiosincráticos. El regio Josip «Tito», medio croata y medio esloveno, que había sobrevivido al Terror en Moscú, reunió Yugoslavia, purgó a los enemigos y se resistió al hostigamiento de Stalin. Furioso por esta ofensa de lesa majestad, Stalin ordenó que lo asesinaran. Pero en un ejemplo no poco excepcional de personas que desafiaran al líder soviético, Tito le envió una carta: «Deja de enviar asesinos a por mí ... Si envías a uno más, yo enviaré al mío a Moscú y a mí no me hará falta repetir».[9]

Mientras se iba apoderando de este colosal imperio ruso —sin precedentes, pues fue más extenso que el de los Románov—, Stalin preveía que a las democracias capitalistas les faltaría la voluntad de luchar por la Europa del Este, y estaba en lo cierto: la paz de los cuarenta años siguientes se basó no solo en las normas del derecho internacional, sino también en el hecho de que en Occidente se reconoció que media Europa pertenecía a Moscú. En el extremo oeste del continente, España aún estaba gobernada por Franco, que se esforzaba denodadamente por recortar su dictadura fascista de un modo que complaciera a Estados Unidos; quiso presentarse como un cruzado contra el comunismo, se hacía llamar «Caudillo de la guerra de liberación contra el comunismo» y restauró la monarquía borbónica, aunque con él mismo en la función de regente. Su vecino portugués —el ultranacionalista Salazar, menos repugnante— dio estabilidad al país y no cedió en la preservación del imperio exterior: mandó a sus dominios africanos a miles de colonos blancos.

En Europa, pues, la democracia quedó limitada a los territorios centrales, pero incluso aquí flaqueaba. Una Italia empobrecida parecía dispuesta a pasarse al comunismo. En Francia, donde la cuarta república era débil y resultó imposible de manejar, el *premier* De Gaulle se retiró a su sombría casa de Colombey. Los gobiernos duraban poco. Francia, al igual que Portugal, se consolaba con el imperio.

Ni Stalin ni Truman tenían claro si Alemania, dividida entre los sectores soviético y occidentales, debía unificarse de nuevo. Con la intensificación de la guerra fría, Truman se mostró escéptico al respecto; en un principio, en cambio, Stalin era partidario de la reunificación. Sin embargo Berlín —situada en mitad de la zona oriental, la de Stalin— quedó dividida entre las potencias. En 1948, con la esperanza de resolver el problema alemán expulsando de Berlín a los estadounidenses, Stalin bloqueó las zonas occidentales; Truman ordenó establecer un puente aéreo. El soviético comprendió entonces que Estados Unidos se resistiría a cualquier avance de los comunistas, en todos los frentes, y que era imposible establecer una Alemania unificada y neutral; en consecuencia instaló en el sector oriental un Estado vasallo. Los estadounidenses fomentaron la democracia en el sector occidental, con la convicción de que ese mayor refinamiento les sería de utilidad contra el comunismo. Gehlen —que había sido jefe del servicio de inteligencia antisoviético de Hitler— organizó el departamento de inteligencia de la Alemania Occidental; Werner von Braun —que fuera el experto de Hitler en materia de misiles— trabajó en el desarrollo de los misiles de Estados Unidos; a varios de los nazis que se habían reunido junto al Wannsee para planificar el Holocausto se les concedió la libertad.[10]A Krupp se le devolvió la dirección de sus imperios industriales. Europa estaba enferma, y Estados Unidos le recetó un tónico poderoso: un ingente programa de ayudas, el Plan Marshall. Stalin se enojó y optó por reforzar la represión. Sus torpes amenazas hicieron que las democracias occidentales —que se estaban recuperando gracias a la asistencia de Estados Unidos y a la creciente confianza compartida en sus sociedades abiertas— a formar la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza militar contra los comunistas, que no tardaron en responder con una alianza propia. Estados Unidos, inspirado por sus orígenes religiosos y misioneros, abrazó la convicción de que la apertura, las elecciones y los mercados generarían un progreso que llevaría a generalizar la democracia y el capitalismo. La URSS estalinista, que fusionó la misión marxista —asimismo cuasirreligiosa— con el nacionalismo tradicional ruso,

de talante antioccidental, también estaba convencido de que guiaría al mundo hacia su propia versión del progreso.[11]

Los éxitos de Stalin al oeste de la URSS le animaron a intervenir también en el este, donde Corea se convirtió en una Berlín asiática. Las tropas soviéticas ocuparon la mitad septentrional, las estadounidenses, la meridional. Stalin planeaba instaurar un Estado cliente, de corte comunista, pero no le resultaba fácil encontrar vasallos. A la postre Beria descubrió a un comunista nacido en Corea cuyos padres cristianos habían fundado uno de los primeros grupos antijaponeses, y que durante la década de 1930 había combatido en los ejércitos de Mao, antes de huir a Rusia. Kim Song-ju, que entonces contaba treinta y tres años, era un desconocido en Corea; pero tuvo la astucia de adoptar como nombre de guerra el de un guerrero famoso (y posiblemente, mítico): Kim Il-sung, «el Tigre». Kim adoptó un estalinismo fusionado con el nacionalismo coreano.

En marzo de 1948, cuando la tregua de Marshall se vino abajo, el presidente Mao conquistó Manchuria, dominada por Chiang, y el Generalísimo le respondió conquistando el cuartel general de Mao en Yan'an. Mao se alejó de allí junto con su esposa Jiang Qing y el teniente Zhou Enlai, estableció una nueva base en las inmediaciones de Pekín y ordenó a Lin Biao —el mejor de sus generales— que avanzara hacia el sur. La guerra con Japón había vaciado la China de Chiang: su victoria lo destruyó. Aunque no tenían afán de lucro, los Song eran un modelo de malversación: la señora Chiang vivía como una emperatriz y el hermano de ella —el primer ministro T. V. Song— ganó trescientos millones de dólares especulando con divisas. Chiang despachó a T. V., pero ascendió a unos comandantes tan ineptos que bien pudieran haber sido topos comunistas. Chiang despotricaba contra los Song y Meiling tomó un avión a Nueva York.

En abril de 1949 Mao se apoderó de la capital, Nankín. Chiang rezó, con lágrimas en los ojos, en la madre de su tumba, y huyó a refugiarse a Taiwán,[12]donde unos meses más tarde acudió igualmente Meiling. Mao invitó a la hermana de Meiling —la señora Sun, o Qingling, a la que él se refería como «mi querida

hermana mayor»— a reunirse con él en Pekín: «Enséñanos a construir una China nueva». Mao la recogió en la estación y la nombró vicepresidenta; el primer ministro Zhou Enlai le cedió el palacio donde había nacido Puyi («Me dan trato de reina», se jactaba ella).[13]Mao decidió trasladar la capital a Pekín y tomó como residencia una villa cómoda, la Biblioteca de Fragancia de Crisantemo, con una cama gigante y cientos de libros, en un complejo muy bien protegido, el de Zhongnanhai, en la Ciudad Prohibida, que se convirtió en su Kremlin. Zhongnanhai sigue siendo la metonimia habitual de los líderes chinos. Mao no se interesaba por el dinero, pero sí por la comodidad y la seguridad: utilizó una cincuentena de villas, que hizo renovar; ordenó al ejército que eligiera a chicas de sus grupos de teatro, para que se incorporasen a su propia *troupe* y estuvieran disponibles si el presidente quería acostarse con ellas. Su ministro de Defensa, el mariscal Peng, calificó el proceso de «selección de concubinas imperiales»; Jiang Qing, la esposa de Mao, no interfirió.

El 1 de octubre de 1949 Mao, en compañía de la señora Sun, proclamó la república popular desde lo alto de la puerta de Tiananmén, delante de cien mil personas. El triunfo de Mao, unido a la detonación de la bomba soviética aquel mes de agosto, conmocionó a Estados Unidos, desestabilizó al presidente Truman y desató una caza de brujas contra la infiltración secreta de los comunistas (lo que se dio en llamar «actividades antiamericanas»), dirigida por un alcohólico: Joseph McCarthy. Este senador, que contó con el apoyo del omnipresente Joe Kennedy, contrató a Bobby, el hijo menor de Kennedy, como abogado de su comité. Mao pidió ayuda a Stalin para industrializar China y lanzó una feroz campaña terrorista «para suprimir a los contrarrevolucionarios». Ordenó específicamente emprender «detenciones y ejecuciones masivas», criticó a sus subalternos «por ser demasiado indulgentes y no matar lo necesario» y lamentó que «en muchos lugares, la gente no se atreve a matar a los contrarrevolucionarios a gran escala y con publicidad. Esto debe cambiar». A muchos se los fusiló en desfiles, repartiendo los sesos entre la multitud. Aunque Mao se jactaba de haber ejecutado a

setecientas mil personas, la cifra real asciende a unos tres millones; a otros diez millones se los envió a los campos de Laogai («reforma mediante el trabajo»), donde se desconoce cuántos millones de personas murieron durante su reinado. Mao también atacó las tradiciones familiares y prohibió la poliginia, el concubinato y el vendado de los pies.[14]Nada más concluir esta campaña organizó una nueva purga, la «Triple Anti-» —se dirigía contra el burocratismo, la malversación y el despilfarro—, en la que pidió a sus verdugos: «Hay que ejecutar a los malversadores por miles ... Quien desobedezca o es un burócrata o es directamente un malversador». Matar, en opinión de Mao, era «absolutamente necesario. Solo si se hace adecuadamente podremos asegurar nuestro poder».

Mao siempre leía obras de historia, en particular sobre el Primer Emperador, con el que se identificaba. Su gran prioridad, en realidad, era que China adquiriera la condición de gran potencia, lo que pasaba en particular por disponer de la bomba atómica. En diciembre de 1949 tomó un tren a Moscú para participar en la celebración del septuagésimo aniversario de Stalin. El chino de cincuenta y seis años se dedicó a cortejar al canoso Stalin, al que daba el título de «el Señor». Pero el soviético lo mantuvo varias semanas a la espera, de lo que Mao se lamentaba: «¿Acaso he venido aquí solo para comer, cagar y dormir?». Stalin mantuvo su influencia en Manchuria, y Mao recibió tanto ayuda industrial como la soberanía sobre los comunistas asiáticos.[15]Las reuniones de estos personajes talentosos, paranoicos y megalómanos eran extrañas; solían acabar con una cena en la dacha de Stalin, en la que el Zar Rojo intentaba que el Emperador Rojo bailara al son de su gramófono; Mao se negaba; Stalin lo fulminaba con la mirada; y la bomba quedaba descartada. En cualquier caso Mao contaba con un plan implacable para hacerse con ella.

En abril de 1950 Stalin recibió a Kim Il-sung, quien le pidió permiso para atacar Corea del Sur, que gozaba del respaldo de Estados Unidos.

Kim se había convertido en un experto en manipular a sus patrones titánicos. Un año antes le había pedido a Stalin que iniciara la guerra; cuando este se negó, acudió a Mao, que prometió ayudarle; Kim sondeó entonces a Stalin, que lo descartó de nuevo; y el coreano respondió que lo consultaría con Mao. Stalin le hizo acudir a Moscú y aprobó adoptar «una posición más activa en la unificación de Corea» —es decir, la guerra— a condición de que Kim «confiara en Mao, que es quien mejor entiende Asia». Aun así, le advirtió: «Si te parten los dientes, sabe que no levantaré un dedo por ti; tendrás que pedirle asistencia a Mao». Stalin era consciente de que la iniciativa podría llegar a desencadenar una guerra mundial —«¿Hay que temer esta posibilidad? En mi caso, no»—, pero que lo más probable era que Kim pusiera a prueba a Estados Unidos y «pase varios años consumiendo varios cientos de miles de vidas estadounidenses». El dictador soviético estaba forjando el modelo de la guerra fría: guerras por delegación, que localmente resultaban letales pero no incurrían en el riesgo nuclear.

El 25 de junio de 1950 los 75.000 coreanos de Kim atacaron Corea del Sur y ocuparon prontamente la mayor parte de la península; pero Truman mantuvo el apoyo, consiguió el de Naciones Unidas, y mandó un aluvión de tropas estadounidenses que —bajo la dirección del ampuloso y cesariano MacArthur— derrotó al ejército de Kim y se apoderó de su capital, Pyongyang.

Kim rogó a Stalin que le ayudara, y este le dijo a Mao: «Haz que cinco o seis divisiones crucen el paralelo 38 … Llámalas "voluntarios"». Mao se negó a intervenir y Stalin recibió a Zhou y Lin en su residencia del mar Negro. Estuvieron sentados hasta tarde, entre el calor de la noche georgiana, y Stalin se burló de Mao, diciendo que no era necesario que el presidente fuera a luchar; pero a la vez prometió dar cobertura aérea. Mao se sintió obligado a acceder a la intervención: «Con o sin la cobertura aérea soviética, ¡vamos allá!». El 25 de octubre 450.000 soldados chinos atacaron a unos estadounidenses que no salían de su asombro, en oleadas sucesivas que, en enero de 1951, consiguieron tomar la

capital meridional, Seúl.

Un millón de soldados estadounidenses contraatacaron, a las órdenes de MacArthur, e hizo retirarse a los chinos. MacArthur amenazó con usar armamento nuclear táctico y Truman lo destituyó. Aplastado entre Stalin-Mao y los estadounidenses, Kim Il-sung ansiaba desesperadamente la paz. Stalin y Zhou debatieron sobre si convenía liquidar al coreano que ahora se dejaba llevar por el pánico, pero al final Stalin y Mao coincidieron en que la contienda debía continuar. «La guerra ha puesto de manifiesto la debilidad de Estados Unidos. Quieren subyugar el mundo y no pueden someter a la pequeña Corea —dijo, y añadió, gélidamente —: Los norcoreanos no han perdido nada, solo a los soldados muertos». Mao había perdido algo más: a cuatrocientos mil hombres y a su hijo Anying, que trabajaba como intérprete de ruso del mariscal Peng y falleció durante una incursión de la aviación estadounidense. Cuando se lo dijeron, Mao se quedó callado y luego dijo tan solo: «En una guerra no se puede evitar que haya muertos».

En febrero de 1953, Dwight Eisenhower —el general que había dirigido el Día D y acababa de ser elegido presidente de Estados Unidos— amenazó explícitamente a China con armas nucleares. Corea, pues, le demostró a Stalin que China necesitaba la bomba. El día 28 Stalin estuvo bebiendo alegremente con sus secuaces hasta bien entrada la madrugada.[16]Planeaba otra ola de Terror contra sus grandes, asociada a la detención de unos médicos, principalmente judíos, acusados de una trama de asesinato que él mismo se había inventado. Pero aquella noche sufrió un ictus y sus camaradas y médicos no lo asistieron —aterrados por la posibilidad de que sencillamente estuviera borracho—, sino que lo dejaron en el suelo, empapado en su propia orina. Después de que un Stalin embalsamado se reuniera con Lenin en el Mausoleo, Beria dominó el Estado soviético como vicepresidente primero, director de seguridad y jefe supremo del arsenal nuclear. Puso en libertad a un gran número de trabajadores esclavizados en el gulag, propuso que la URSS se retirase de la Alemania Oriental —«Ni siquiera es un Estado real; sin las tropas

soviéticas, no existiría»— y defendió una liberalización política. El programa no se diferenciaba mucho del que más adelante propuso Gorbachov.

Los nuevos líderes firmaron la paz en Corea. Kim Il-sung había perdido la guerra y arruinado al país, pero ejecutó a sus rivales y concibió una versión coreana y particular de comunismo nacionalista, el *juche* —autarquía y aislamiento— imbuida de un culto sagrado que implicaba el nacimiento cuasidivino de su hijo Jong-il en la montaña sagrada del país; en verdad había nacido en la URSS. Aquí nació una dinastía hereditaria que ha gobernado desde entonces Corea del Norte, ahora con la tercera generación.

Beria parecía representar el verdadero poder, a pesar de que no lo habían nombrado para los cargos supremos. Sin embargo sus vicios macabros y su política arriesgada alarmaron a Nikita Jrushchov, un dirigente chabacano, basto y verrugoso al que Beria subestimó fatalmente. Jrushchov advirtió a sus camaradas de que «Beria está afilando los cuchillos». Como Beria controlaba en efecto los órganos de seguridad que protegían a los grandes, Jrushchov reclutó al mariscal Zhúkov, que el 26 de junio de 1953 lideró a una camarilla de oficiales leales hasta el interior del Kremlin; entre ellos figuraba también un favorito de Stalin: Leonid Brézhnev, subcomisario del pueblo del Ejército. En una sesión del Presídium Jrushchov orquestó la denuncia contra Beria; la patrulla de Zhúkov irrumpió en la sala con las pistolas en la mano y arrestó al georgiano. Algo más tarde se le juzgó por violación y traición y, con la boca tapada por una toalla, lo ejecutaron de un tiro en la frente.

Jrushchov —un minero semianalfabeto, pendenciero, impulsivo e incontenible, y fanático del marxismo-leninismo— había sido un protegido de Stalin, para quien había organizado numerosas masacres cuando dirigió Ucrania o Moscú. Aunque Jrushchov puso fin a los asesinatos como sistema de gobierno, la policía secreta —rebautizada como KGB— mantuvo la omnipresencia y la vigilancia. La guerra y el terror habían causado tal escasez de hombres que se incitó a trabajar a las mujeres y se legalizó el aborto, que se había ilegalizado en 1935. El porcino

Jrushchov se enfrentó ahora al refinado Eisenhower en un duelo por el poder, netamente bipolar, que se libró subsidiariamente en todo el mundo. Tras las victorias comunistas en China y luego en Indochina, Eisenhower temía «lo que se puede llamar "efecto dominó". Derribas la primera pieza y ... la última ... apenas tarda nada en caer». Estados Unidos y Rusia, las dos superpotencias nucleares, disfrutaban ya de un alcance genuinamente global. Las dos buscaron a clientes locales y recurrieron a la guerra, el espionaje, los créditos y la cultura para derrotar a sus rivales ideológicos. Las dos regaron sus industrias militares con inversiones ingentes de dinero y tecnología. Tanto la KGB como el nuevo departamento de inteligencia de Estados Unidos —la CIA— se convirtieron en organizaciones enormes, globales, potentes y a menudo asesinas; en el caso de la KGB se ocupó de oprimir asimismo a sus propios ciudadanos, no solo a los de sus vasallos.[17]

En el interior, Estados Unidos prosperaba claramente. Su economía —para entonces, un tercio de la producción global— contó con los estímulos del consumismo de masas y la fabricación militar; del ingenio tecnológico; de una capacidad de innovación ilimitada, y aun de la convicción de estar cumpliendo con una misión de justicia: promover la democracia capitalista. En el país más rico que haya existido nunca,[18]el deseo de sus consumidores adinerados por los productos publicitados de forma llamativa —modas, coches, frigoríficos— estimuló la eficiencia de la fabricación; su cine y su música reverberaban en todo el mundo con la energía compulsiva de los movimientos de cadera de Elvis Presley. Este chico atractivo, con un *sex appeal* irresistible y la voz cremosa de un barítono, supo canalizar el *gospel* y el *blues* afroamericanos que había escuchado primero en su paupérrima infancia en Misisipí y luego en Memphis para promover un nuevo sonido —el *rock'n'roll*— y vender quinientos millones de discos, lo que le convirtió en «el Rey». La radio y la televisión hicieron menguar la vida comunitaria —los paseos y los teatros dejaron de ser esenciales—, pero la animación doméstica de la pequeña pantalla unió a las familias y contribuyó a construir naciones por la contemplación compartida de las populares series dramáticas y de

presentadores de confianza; y sin embargo las escenas televisadas de las querellas políticas, o de las guerras, también podían generar división. A algunos líderes se les daba mejor la televisión que el gobierno.[19]La televisión se convirtió en una herramienta política de especial importancia para todos los Estados, democráticos o autocráticos. Precisamente la televisión ayudó a desenmascarar la abusiva grandilocuencia del senador estadounidense McCarthy, que había dirigido cazas de brujas contra los supuestos comunistas infiltrados en las artes y el gobierno.

No solo viajaban los productos de consumo. El abaratamiento de los vuelos también permitió que millones de personas se desplazaran a pasar las vacaciones en otros países. Muchos estadounidenses tomaron aviones con rumbo a su propia Babilonia americana: Cuba.

El Hotel Nacional de Meyer Lansky; la revolución fallida de Fidel Castro

En 1952, Meyer Lansky —un gánster nacido en Rusia, que había iniciado su carrera en los callejones de «la Pequeña Italia» de Nueva York— se reunió con un exdictador cubano, el coronel Fulgencio Batista, en la suite que este ocupaba en el Waldorf-Astoria de Manhattan. Planeaban recuperar el poder y repartirse los casinos de La Habana. Batista —un exjornalero e hijo ilegítimo, con raíces taínas, africanas, chinas y españolas— es el único presidente mestizo que Cuba haya tenido hasta la fecha. La amistad con Lansky venía de antiguo, desde 1933, cuando el mafioso empezó a ayudarle a convertir La Habana en la cúpula del placer del mundo occidental.

Lansky y Bugsy Siegel habían sobrevivido al arresto de su jefe Lucky Luciano, que fue condenado a cincuenta años de cárcel por proxenetismo.[20]En cualquier caso los *mafiosi* habían negociado un pacto que le devolvería la libertad, la operación Inframundo, por la que Luciano y sus estibadores impedirían que los nazis se infiltrasen en la bahía de Nueva York. Al salir de la cárcel Luciano

se instaló en La Habana, donde en 1946 él y Lansky celebraron una conferencia de cerebros criminales en el Hotel Nacional. Los entretuvo un joven cantante de ojos azules, Frank Sinatra (hijo de la propietaria de un bar de Nueva Jersey, amañadora y ocasionalmente abortista, y de un boxeador), cuyo atractivo sexual animal, voz de barítono trascendente y fraseo extenso lo convertirían en el ídolo de la primera generación de *fans* adolescentes de la Era del Consumismo: las *bobby soxers*.[21]El primer problema de la agenda de Lansky y Luciano era su amigo de infancia: Bugsy Siegel.

Mientras La Habana crecía, Lansky y Siegel implantaron su concepto de ciudad para el placer. Invirtieron en un hotel-casino, el Flamingo —en el pueblo de Las Vegas, en el desierto de Utah—, atraídos por el juego legal y las apuestas a distancia. Siegel se estableció en Los Ángeles, donde este gánster rico trabó amistad con los productores y las estrellas de la industria de Hollywood, responsables de transmitir a todo el mundo el glamur del capitalismo estadounidense. Después de varios casos de asesinato, Bugsy quería adquirir legitimidad aunque, como le dijo al constructor del Flamingo: «Tú no te preocupes, solo nos matamos entre nosotros». Pero Siegel gastó demasiado dinero comprando joyas para su novia. Después de derrochar seis millones de dólares en el Flamingo, atrajo para la inauguración a sus amigos Clark Gable y Judy Garland; pero Lansky y Luciano sospechaban que había empezado a robar una parte de los beneficios, lo que en el medio se consideraba un delito capital. Lansky autorizó la muerte: el 20 de junio de 1947, mientras Siegel festejaba con el séquito en su mansión de Beverly Hills, un francotirador le atravesó el ojo.

Batista, que permitió que Lansky abriera hoteles y casinos, y que la industria estadounidense controlara el azúcar de Cuba, pidió al gánster diminuto que sobornara al presidente de la isla para que dimitiera y se alzó de nuevo con el poder, ahora como dictador. Mientras la Mafia gobernaba La Habana y las frutícolas estadounidenses dominaban la agricultura cubana, la CIA apoyaba a Batista. En Estados Unidos diversas voces prudentes expresaron la preocupación de que la corruptela generase una

revolución.[22]Batista y su policía secreta —el Buró para la Represión de las Actividades Comunistas— demostraron pronto que no les temblaba la mano.

El 26 de julio de 1953 Batista frustró un patético asalto de los comunistas, que intentaron apoderarse del cuartel de Santiago. La mayoría de los 165 rebeldes fueron fusilados; a su líder, un simple aficionado —el joven abogado Fidel Castro—, lo metieron en la cárcel con la convicción de que no se volvería a saber más de él. La CIA entendió que Cuba no corría peligro y, en cambio, estaba preocupada por la seguridad de dos reyes amigos.

«Fat Fucker» y el «Boy Scout»: Nasser y el sha se hacen con el poder

En 1952, Kim Roosevelt, un espía estadounidense de treinta y cinco años, llegó a El Cairo para reunirse con el rey Faruq, con quien había entablado amistad durante la guerra, y contribuir en lo posible a consolidar la monarquía. Este Kim, o Kermit, era nieto del presidente *Teddy* Roosevelt y se había unido a la OSS —organización antecesora de la CIA— en los años de guerra. Estaba convencido de que Estados Unidos debía apoyar a los nacionalistas árabes para contrarrestar la subversión soviética y cabe considerarlo una personificación de la alegría vital de los jóvenes adinerados de la etapa inicial de la CIA. Este tono se reflejó directamente en el nombre que dieron a su misión egipcia: el Proyecto FF, *Fat Fucker*, un «Gordo Hijoputa» que no era otro que el rey Faruq. Una segunda misión de Roosevelt tenía que ver con otro rey joven, el sha de Irán. En Egipto el control del Canal era esencial para el abastecimiento de petróleo; en Irán, los yacimientos de hidrocarburos estaban en peligro; y entre los dos había una conexión clara, pues Fauzia, la hermana de Faruq, estaba casada con el sha. A Roosevelt, como jefe de la División de África y el Oriente Medio, se le ordenó salvar a los dos reyes.

Kim Roosevelt empezó con FF, pero Faruq se negó a contener su extravagancia o despedir a la Cigüeá y otros favoritos, por lo

que el estadounidense sondeó a un movimiento de jóvenes oficiales que odiaban aquella monarquía inepta. Estos Oficiales Libres estaban encabezados por el coronel Nasser y su aliado Anwar Sadat, hijo de un *fellah* (un campesino pobre de la región del Nilo); durante la guerra se había encarcelado a Sadat por conspirar a favor de los alemanes. Roosevelt renunció a FF y promovió a Nasser, con la creencia de que este era favorable a Estados Unidos.

Faruq, que odiaba a los británicos, declaró que el Canal pertenecía a Egipto y se otorgó a sí mismo un nuevo título: rey de Egipto y de Sudán. Además afirmó ser un descendiente directo del Profeta. «Si por las venas de Faruq corría algo de sangre árabe, estaba tan diluida que sin duda no se remontaba a Mahoma. ¡Qué sacrilegio!», estalló el general Naguib. Faruq se divorció de su reina, la popular Farida —una aristócrata de raíces en parte turcas — para casarse con una adolescente, Narriman, elegida entre otros motivos porque era árabe y de clase media; pero la combinación de la frialdad y la extravagancia acrecentó la impopularidad del sibarita obeso. Cuando Peter Ustinov interpretó a Nerón en la reciente *Quo Vadis*, el parecido con el rey era tan obvio que la película se prohibió en Egipto. A Faruq la situación se le estaba escapando de las manos: el 26 de enero de 1952 hubo algaradas en las que se prendió fuego a cines, hoteles y clubes nocturnos.

Faruq ascendió entonces a ministro de Defensa a su cuñado Ismail Chirine, «el Guapetón», un vividor que se había casado con Fauzia después de que esta se divorciara del sha. Esto agotó la paciencia de Nasser que —mientras se fumaba un cigarrillo tras otro y escuchaba la *Shaharzad* de Rimsky-Korsakov— aceleró el golpe y reclutó a Naguib como representante. Cuando algunos oficiales intentaron poner a Faruq al corriente de la trama, los despreció como una simple «banda de macarras». En la noche del 23 de julio de 1952 Nasser se apoderó del cuartel general del ejército en El Cairo. Faruq estaba en un casino de Alejandría, desde donde pidió al embajador estadounidense que le ayudara a sofocar el motín de los comunistas. Nasser y Sadat debatieron sobre si era preferible ejecutarlo, pero optaron por dejarlo con vida y enviaron a dos columnas a arrestarlo.

El rey tomó una ametralladora y se llevó a Narriman, a su hijo y a la Cigüeña Pulli al palacio fortificado de Ras el-Tin, defendido por la guardia sudanesa. Cuando los rebeldes asaltaron el palacio derribó a cuatro con un rifle de caza; pero ni los estadounidenses ni los británicos se manifestaron a su favor y tuvo que abdicar a favor de su hijo Fuad. Faruq, vestido con el uniforme blanco de almirante, y su familia subieron a bordo del *Mahrousa*, que en 1879 ya había conducido al exilio a su abuelo Ismaíl. Naguib se sintió avergonzado y conmovido y le besó la mano. «Ya verás que no es fácil gobernar Egipto», le dijo Faruq, y puso fin a 146 años de reinado familiar.

Los Oficiales Libres eligieron como presidente a Naguib, pero cuando se puso de relieve su conservadurismo, se le sustituyó por la figura alta, elegante y exuberante de Nasser, que de hecho ya había sido nombrado primer ministro. Nasser adquirió una popularidad inmensa por su reforma agraria y su oratoria poderosa; primero en Egipto, pero luego como portavoz del nacionalismo panarabista laico. En el mundo árabe siempre existía otro camino: el de la religión. En poder religioso y el laico se mantenían en contacto, invariablemente, a veces en conflicto y otras veces en coalición; pero como todas las ideologías, siempre de un modo contagioso y fluido.

Nasser consultó con un líder de los Hermanos Musulmanes, Sayyid Qutb, un soltero de color pálido y párpados gruesos que había estudiado en Colorado, criticaba intensamente la decadencia de los estadounidenses y predicaba la yihad contra el Occidente materialista. La historia moderna del mundo árabe podría escribirse a través de estos dos hombres. Cuando Qutb comprendió que Nasser se oponía a su concepto del mundo, ordenó que lo asesinaran. En octubre de 1954, mientras el presidente estaba hablando en vivo por la radio, en Alejandría, un Hermano disparó contra él; pero falló. Nasser, que era un actor nato, sacó todo el partido posible al atentado. «Que me maten, si quieren. Mientras yo haya sabido insuflar en vosotros el orgullo, el honor y la libertad, que me maten. Si Gamal Abdel Nasser tiene que morir, sed cada uno de vosotros un Gamal Abdel Nasser». El presidente

egipcio, que estaba asesorado por la CIA pero también empleaba a antiguos nazis, recurrió a su Dirección General de Inteligencia, la Mujabarat —herramienta esencial de todos los soberanos árabes—, para purgar a los yihadistas. Ahorcó a Qutb, pero en la Casa del Islam todas las sectas leyeron sus obras. También un chií que daba clases de filosofía y sharía en Irán: Ruhollah Jomeiní.

Mientras Faruq gozaba del lujo de su exilio italiano con una nueva actriz joven y guapa, Kim Roosevelt acudió a aconsejar a su excuñado, el sha Mohammad Reza, que a los treinta y cuatro corría el riesgo de que lo desterrasen o asesinaran. Había sufrido mucho por las humillaciones infligidas durante la caída de su padre y la ocupación anglo-soviética, pero tenía la inteligencia necesaria para gobernar. «No hay vida más solitaria ni infeliz —comentó el sha— que la del hombre que decide gobernar, y no reinar.» Su figura se acrecentó por primera vez en 1946, cuando recuperó Tabriz de manos soviéticas, y luego en 1949: mientras visitaba la Universidad de Teherán un asesino (al que se derribó *in situ*) le disparó e hirió en la mejilla y el hombro. Una oleada de simpatía permitió que el sha aprobara legalmente poderes nuevos para nombrar gobiernos, lo que suponía un primer paso en la misión de modernizar Irán y convertirlo en una gran potencia.

El sha debía lidiar con el ascenso del Partido Comunista local, el Tudeh; con el ayatolá Kashaní, un personaje volátil que respaldaba el movimiento terrorista de los Fedayines del Islam; con un ejército de talante conservador; y en el Parlamento (Machlis), con el regreso de un político veterano, Mohammad Mosaddegh y su Frente Nacional, que reclamaba nacionalizar el petróleo británico. Tomando en consideración la furia contra los británicos, el sha encargó a un general poderoso, Ali Razmara, que negociara con ellos; pero los Fedayines lo asesinaron. El sha buscó otro primer ministro, pero el Machlis votó a favor de nacionalizar el petróleo y de la candidatura de Mosaddegh —apoyado ahora por el líder religioso, el ayatolá Kashaní— como sucesor de Razmara.

El 28 de abril de 1951 el sha cumplió con su deber de nombrar a Mosaddegh, que tres días después nacionalizó la Compañía Petrolífera Anglo-Iraní. No representaba la imagen más

esperable en un revolucionario. A sus sesenta y nueve años, se había educado en París, era un terrateniente con ascendencia real y una enorme fortuna en tierras; su madre era una princesa qachar, y su esposa, la nieta de un sha. Pero también era un hipocondríaco que gobernaba desde la cama, sin quitarse el pijama. Odiaba a los británicos; «no tienes ni idea de lo arteros, de lo malvados que son», le dijo a un enviado estadounidense. Este funambulista neurótico intentó equilibrar el poder de, por un lado, los comunistas, y por el otro, sha, ejército y ayatolás; para eso, la única solución era asumir él mismo poderes de autócrata.

En julio de 1952 Mosaddegh desafió al sha y quiso hacerse con el control de las fuerzas armadas; el sha lo destituyó pero, ante los disturbios organizados por igual por los comunistas y los ayatolás, tuvo que desdecirse. Mosaddegh asumió pues el mando de los militares, con ese doble apoyo, y poderes de emergencia. Quiso calmar a los comunistas, pero solo consiguió decepcionarlos; en cambio todos los demás entendieron que se estaba volviendo o bien un déspota o bien precisamente un comunista. En enero de 1953 el ayatolá Kashaní le plantó cara, los comunistas intentaron alzarse con el poder y una conspiración del ejército se conjuró con el sha. En el exterior, Winston Churchill —que a sus setenta y ocho años volvía a ser primer ministro— coincidió con Eisenhower en que Mosaddegh corría el riesgo de ser derrocado por el comunismo.

El sha se sentía acosado por todas partes; «ese cabrón quiere sangre», rememoraba más adelante, en alusión a Mosaddegh. Solo le consolaba Soraya, su segunda esposa, medio alemana y medio iraní, que fue el amor de su vida. La reina expulsó a su mentor, el suizo Perron, «un homosexual misógino que solo reparte veneno». El sha Mohammad era un hombre tímido, aunque sexualmente voraz, y de ojos reveladores, «de color marrón oscuro, casi negro, relucían a veces con dureza, a veces con tristeza o afabilidad, y exudaban encanto y reflejaban su alma». Soraya lo calmaba con el sexo, lo único que —aparte de los aviones— le distraía de sus pesares. El sha solía dormir con una pistola bajo la almohada.

Mosaddegh, que se expresaba de una forma enigmática y se

había instalado en una mansión cercada con barricadas, se había distanciado de todos. «Nuestra autoridad en todo el Oriente Medio ha quedado violentamente en entredicho», se lamentó Churchill. Eisenhower era de la misma opinión; sus asesores —el secretario de Estado John Foster Dulles y el hermano de este, Allen, director fundador de la CIA— creían que Mosaddegh era un dictador inefectivo que no tendría más remedio que entregarse a los soviéticos. «¿Hay algo que podamos hacer para salvar esta situación?», les preguntó Eisenhower.

En julio de 1953 Kim Roosevelt entró en Teherán con un millón de dólares en metálico, para organizar un golpe de Estado contra Mosaddegh: la operación Áyax. Un general ambicioso, pero venal —Fazlollah Zahedi, primo de Mosaddegh y exministro de Interior, casado también con una nieta del sha qachar—, ya le estaba dando vueltas a la idea, por lo que recibió con agrado la ayuda occidental. El sha por su parte desconfiaba de todos y en particular de los anglo-estadounidenses.

El 1 de agosto se introdujo a Roosevelt —oculto en el suelo de una limusina— en el Palacio de Golestán, para que se entrevistara con el sha. Normalmente los golpes de Estado no tienen una banda sonora, pero el agente estadounidense escogió un tema central que pedía que la suerte acompañara su apuesta: «Luck be a Lady», de Sinatra. Entre toda aquella acumulación de conspiraciones, él y sus colegas británicos del SIS —Woodhouse y Darbyshire— exageraron extraordinariamente su propia importancia y competencia. Que retrataran a los iraníes, empezando por el sha y Zahedi, como figuras infantiles y corruptas que se dejaban llevar por el pánico, y en cambio se vieran a sí mismos como unos aventureros expertos en la manipulación y el autodominio, no era sino orientalismo racista de la peor clase, además de una jactancia sin ningún fundamento real. Es revelador que a la hora de elegir los nombres en clave, Roosevelt llamara al sha «el Boy Scout»; a Mosaddegh, «el Viejo Sodomita»; y a sí mismo, «el Hacedor».

El 16 de agosto, fuera de Teherán, el sha firmó decretos que destituían a Mosaddegh y ascendían a Zahedi; pero Mosaddegh movilizó a una masa, con ayuda de los comunistas, e intentó

detener a Zahedi. Roosevelt organizó una masa propia, que resultó derrotada, y Zahedi pasó a la clandestinidad. El golpe se había frustrado. El sha, en grave riesgo de ser asesinado, metió a Soraya en un avión que la llevó a Bagdad y luego a Roma.

Los Norodom y los Kennedy, los Castro, los Kenyatta y los Obama

El joven rey de Camboya

Pero Zahedi y los suyos iban por libre; cuando Mosaddegh se negó a armar a los comunistas perdió su apoyo y cuando negoció con los occidentales se distanció de Kashaní. El 19 de agosto el ayatolá llevó una multitud a la ciudad —con la ayuda de cien mil dólares de los fondos de la CIA— justo cuando Zahedi reaparecía, y envió tropas a bombardear la casa de Mosaddegh. El Viejo Sodomita escapó en pijama por encima del muro, pero no tardaron en arrestarlo. En Roma, en el hotel Excelsior, Soraya lloraba con alivio. «Yo sabía que me amaban», dijo el sha.[1]

El sha Mohammad tomó un avión de regreso y perdonó a Mosaddegh —al que se confinó en una de sus haciendas— y al cabo de un año destituyó también a Zahedi; estaba demostrado ser un actor más duro de lo que se preveía en Occidente. Siempre vigilante, hasta la paranoia, en privado odiaba a las dos superpotencias, y las contuvo a las dos, hasta el punto de que Jrushchov ordenó asesinarlo y Eisenhower amenazó con derrocarlo. El sha se creía más astuto que los soviéticos y los estadounidenses. En el interior emuló a Mosaddegh, puso en marcha sus mismas reformas agrarias y optó asimismo por la retórica nacionalista de una monarquía moderna, con la intención de organizar una revolución propia.

Nasser también utilizaba el enfrentamiento de las superpotencias. Según una broma posterior del sha: «¡Era un auténtico mago! Alimentos de los estadounidenses, dinero de los árabes, armas de Rusia...». En ese momento Nasser pidió

financiación para un proyecto colosal, la Presa de Asuán. Al principio Eisenhower y Dulles lo vieron con buenos ojos, pero las sospechas de que Nasser tenía vínculos con la URSS los llevaron a retirarse. Nasser animó a los palestinos a atacar las fronteras israelíes y, en julio de 1956, nacionalizó el Canal de Suez y destinó los fondos consiguientes a la construcción de la presa. El primer ministro británico Anthony Eden —que había aguardado quince años hasta poder suceder a Churchill y, en el momento de la verdad, estaba demasiado debilitado por sus enfermedades y la adicción a los calmantes— cometió el absurdo error de considerar a Nasser como un nuevo Hitler; absurdo, pero habitual entre los líderes de la generación de la segunda guerra mundial. Entre tanto los franceses sufrían un declive imperial aún más agudo que el británico.

El 7 de mayo de 1954 el comandante de once mil soldados franceses en Dien Bien Phu (Vietnam) envió su último mensaje —«El enemigo nos aplasta. Hacemos saltar todo por los aires. *Vive la France!*— y se rindió ante las fuerzas de Ho Chi Minh. Frente a la reconquista francesa, Ho y Giap siempre habían creído que, independientemente de cuánta sangre se derramara en su propio bando, podrían derrotar a los occidentales. «Podéis matar a diez de mis hombres por cada uno de los vuestros que yo mate. Pero incluso con estos números, vosotros perderéis y yo ganaré», se supone que Ho le dijo a un francés. Giap había aprovechado la incompetencia francesa: en secreto, recurrió a miles de portadores para que trasladaran a través de la jungla la artillería que le permitió rodear al ejército enemigo y conseguir la independencia de Vietnam del Norte.[2]

En la vecina Camboya un rey extraordinario y aún joven aspiraba también a la independencia. Con la ventaja de su buena presencia, su espíritu impulsivo, una ambición ilimitada y un egocentrismo no menos ilimitado, el rey Norodom Sihanouk había pasado la juventud montando a caballo, jugando a fútbol, analizando películas, persiguiendo a chicas —fue padre de muchos hijos con toda clase de amantes, desde dos de sus tías a actrices y cortesanas— y tocando el saxofón y el clarinete en su propia banda

real. Pero estaba resuelto a escapar del dominio francés. Durante los cincuenta años siguientes Sihanouk ocupó las funciones diversas de rey, primer ministro, presidente y autócrata, así como de representante, víctima y prisionero de Pol Pot. Su carrera empezó en 1941, cuando París eligió a Sihanouk para el trono porque combinaba las dos ramas enfrentadas de la familia real de Norodom.

El príncipe creció en la cercanía de un chico que, con el tiempo, le controlaría a él y asesinaría a un millón de sus súbditos (entre ellos, a varios hijos de Sihanouk). Saloth Sar, de una familia de granjeros adinerados, llegó desde el campo con su hermano para vivir en compañía de su prima, que era bailarina y amante de quien era entonces el rey, Monivong; durante dieciocho meses se formó como novicio de los monjes budistas. Más tarde, tras haber estudiado en un nuevo internado de lujo, el futuro Pol Pot obtuvo una beca para estudiar electrónica en París.

La guerra franco-vietnamita ayudó a que el rey Sihanouk, hasta entonces un vividor, participara en la primera línea del frente político. Después de obtener la independencia en 1953 —tras una exitosa gira por Francia y Estados Unidos—, Sihanouk viró hacia el socialismo y rechazó la hegemonía estadounidense. «De haber nacido en una familia corriente, habría sido de izquierdas; pero nací como un príncipe … No lo puedo olvidar.» Saloth Sar, por el contrario, sí dejó atrás el pasado. En París leyó a Stalin, Mao, Rousseau o Sartre, y conoció al que sería su mejor amigo, Ieng Sary; se casaron con dos hermanas y volvieron siendo fanáticos del marxismo. Saloth se incorporó de inmediato a una unidad del Viet Minh, pero luego se le encontró en Phnom Penh (Nom Pen), como maestro. Al parecer había retomado una vida normal.

Sihanouk, que tenía un talento natural para el espectáculo, disfrutaba de su centralidad pero ansiaba manejar un poder real. El 2 de marzo de 1955 abdicó de repente —y después su padre hizo lo mismo— y asumió las funciones de primer ministro con el título de Samdech Upayuvareach, «el príncipe que fue rey». Francia se había ido y Sihanouk planeaba mantener a Camboya en la paz y la

neutralidad.

Tras las derrotas de Asia, Francia estaba poco dispuesta a renunciar a África, pero muchos de los soldados que batallaban contra los vietnameses eran argelinos. Argelia, francesa desde 1830, formaba parte de la Francia metropolitana. Un millón de *colons* franceses vivían allí —colonos conocidos también como «pies negros» o *pieds-noirs*—, pero en 1945, en la ciudad africana de Sétif, los argelinos se manifestaron para reclamar más derechos y los colonos y las tropas francesas abrieron fuego contra la multitud. Los ataques posteriores contra los *colons* generaron represalias que a su vez costaron la vida a miles de argelinos. El 1 de noviembre de 1954, el Frente de Liberación Nacional (FLN) asesinó a franceses por toda Argelia; el ejército francés y los paramilitares *colons* replicaron con brutalidad en una guerra que multiplicó sus consecuencias y amenazó la existencia de la propia democracia francesa.

Mientras Francia batallaba sin gran éxito en sus diversos frentes, Jrushchov y Mao se imponían en todos los suyos. Pero en este punto el líder soviético estuvo a punto de acabar con su propio imperio.

Un israelí en París

El 25 de febrero de 1956 Jrushchov definió su supremacía personal al denunciar los crímenes de Stalin ante el Comité Central, con un «discurso secreto» que provocó primero disturbios en Polonia y luego una auténtica revolución en Hungría, en contra del dominio soviético. Tras varias semanas de insomnio en las que se enfrentó a la posible pérdida del imperio de Stalin, Jrushchov amenazó con invadir Polonia, luego se contuvo, pero tras consultar nerviosamente con Mao e incluso con Tito, se dispuso a invadir Hungría. La revolución húngara causó emoción en Estados Unidos, al ver vacilar el imperio estalinista. Pero un día después, tres potencias se reunieron en secreto en París para tramar un plan que le quitaría a Jrushchov la presión.

El 24 de octubre, en una villa de Sèvres, los representantes del viejo mundo —los imperios en declive del Reino Unido y Francia— y el nuevo —el enérgico y diminuto Israel— forjaron una cooperación para humillar a otra fuerza nueva: Nasser, que había firmado un ingente acuerdo de armamento con la Unión Soviética y nacionalizó el Canal de Suez. Sus tropas chocaban, cada vez con más frecuencia, con las israelíes, y daba respaldo a los rebeldes de Argelia contra Francia.

Británicos, franceses e israelíes estaban unidos por el mismo enemigo. Un israelí, Shimón Peres, protegido de Ben-Gurión —nacido en Polonia con el nombre de Szymon Perski, que cambió al llegar a Palestina en 1934— ya estaba adquiriendo armas a los franceses. Peres, un negociador magistral con una vena poética, le contó a este autor: «Yo estaba seducido por Francia, la nación de la seducción. Para mí, un tosco *kibbutznik*, París era la ciudad más hermosa del mundo, la de los sueños y la literatura». Estados Unidos se había negado a venderle armas a Israel, pero Francia suplió el vacío.

En Sèvres, Ben-Gurión —que acudió acompañado de Peres y de su jefe del Estado Mayor, el tuerto Moshé Dayán— acordó reservadamente con el primer ministro francés, Guy Mollet, y el secretario de Exteriores británico, Selwyn Lloyd, matar a varios pájaros de un tiro: en una operación que llevaba el adecuado nombre en clave de «Mosquetero», Israel atacaría Egipto, ante lo cual Francia y el Reino Unido intervendrían para imponer la paz. En las negociaciones secretas de Sèvres se ocultaba otra finalidad aún más secreta y temible. Peres hizo hincapié en que Israel era un Estado nuevo y diminuto y que estaba asumiendo un riesgo considerable: «Necesitamos un instrumento de disuasión, y Francia nos lo puede dar». Los franceses accedieron. Un país con ocho años de vida recibió la bomba, desarrollada en Dimona, en el desierto del Néguev. Peres nunca reconoció que Israel disponía de la bomba atómica. «La guerra y la paz son siempre una danza de los misterios», le dijo a este autor; pero el hecho cambió el equilibrio de poder en el Asia occidental.

El 29 de octubre el ejército de Ben-Gurión atravesó

raudamente el Sinaí; paracaidistas anglo-franceses se apoderaron del Canal; Nasser y su comandante Abdel Hakim Amer se pelearon por la inminente caída de Egipto. Pero el plan se frustró: Eden no lo había hablado con Eisenhower, quien, con el temor a que los árabes se lanzaran en manos de los soviéticos, reclamó que los anglo-franceses se retirasen, lo que hundió la libra esterlina y acarreó la dimisión de Eden. Irónicamente Jrushchov también reclamó la retirada del Reino Unido y Francia y amenazó con una guerra nuclear si no se marchaban. Suez contribuyó a condenar a los húngaros y a salvar a Jrushchov.

El minero y el nadador: Jrushchov y Mao

El 4 de noviembre, Jrushchov ordenó que las fuerzas soviéticas invadieran Hungría: mataron a diez mil rebeldes y, antes de que los capitalistas pudieran intervenir, restauraron el poder soviético. Pero la torpeza política y el parloteo ebrio habían alertado a sus camaradas estalinistas, que intentaron derrocarlo. Lo rescató el mariscal Zhúkov, que llevó a Moscú a varios líderes regionales para que le prestaran apoyo. Pero Zhúkov era demasiado popular y Jrushchov no tardó en volverse en contra de él y acusarlo de «bonapartismo». Quien había empezado siendo un hombre sin autoestima, ascendido ahora a las posiciones de primer ministro y primer secretario del Partido, se transformó en un autócrata fanfarrón que hablaba sin tregua como si fuera un experto en todas las materias, de la literatura a la ciencia. En este momento se creyó preparado para romper la situación de *impasse* con Occidente. «Les guste o no, la historia está de nuestra parte. ¡Os vamos a enterrar!», anunció delante de varios embajadores, después de aplastar Budapest. Sus amenazas nucleares durante la crisis de Suez habían funcionado: «Gana quien domina más los nervios».

Sin embargo no fue capaz de mantener unido el mundo comunista. Mao sentía una mezcla de horror y desprecio por el necio de Jrushchov y se veía a sí mismo como el gran líder supremo del marxismo. La intervención en Corea había puesto de

relieve que China necesitaba la protección nuclear; el bombardeo del territorio taiwanés, en aquellas fechas, provocó una amenaza nuclear de Eisenhower. «En el mundo actual, si no queremos que nos maltraten —dijo Mao en enero de 1955—, necesitamos la cosa esta.» En 1957 Jrushchov empezó a pasarle tecnología nuclear a Mao, en un proceso que condujo a la explosión de la bomba china. «Si acabara por ocurrir lo peor [una guerra nuclear] y media humanidad perdiera la vida por ello, la otra mitad perduraría y, con el imperialismo arrasado, el mundo sería comunista», les dijo Mao a los rusos, en Moscú. Jrushchov quedó aterrado. «No habría podido decir si bromeaba o no.» No bromeaba.

Mao no se mostró agradecido. Cuando Jrushchov solicitó apostar espías en la costa china, Mao reaccionó tan amenazadoramente que el ruso tomó un avión a Moscú. En una serie de discusiones a gritos, Mao humilló a Jrushchov y se burló de él: «Llevas mucho rato hablando y aún no has dicho nada que valga la pena». Luego se lo llevó a nadar, una actividad en la que el ruso tambaleante parecía un cerdo a punto de ahogarse, y el chino, un tiburón. «Es que yo soy un minero y él ha ganado medallas de natación», se justificó Jrushchov. Pero Mao, como bien apuntó su médico Li Zhisui, «interpretaba de forma deliberada un papel de emperador y a Jrushchov le dio el papel del bárbaro que acude a presentar su tributo».

Jrushchov comprendió al fin que Mao era como Stalin: «Eran iguales, los dos». No le daban ninguna importancia a la vida humana. Tras un desafío interior Mao lanzó una campaña de terror que sacó a China de la competencia por el poder mundial durante una década. El arrogante Jrushchov, por su parte, regresó a Moscú sin haber aprendido gran cosa de la humillación de Pekín. Apostó por producir misiles hasta igualarse con Estados Unidos. Usó la tecnología para lanzar la exploración del espacio: en octubre de 1957 envió un satélite, el *Sputnik*; luego a la perra *Laika*, el primer mamífero que orbitó alrededor de la Tierra (aunque probablemente había muerto); y cuatro años después la *Vostok 3KA*, en la que Yuri Gagarin —el primer cosmonauta enviado al espacio— orbitó y regresó con éxito. Eisenhower respondió creando la NASA para no

quedarse atrás. Jrushchov resolvió que, para derrotar a Occidente, le valdría con un farol monumental que llevó al mundo al borde mismo del precipicio.

Suez destruyó a Eden y empoderó a Nasser. En julio de 1958 el líder egipcio puso de manifiesto su influencia cuando en Irak una multitud se puso a jugar a fútbol con la cabeza del joven rey Faisal...

Destripado en Bagdad: el «Rais» y el último rey de Irak

Nasser —sumamente popular como el *Rais*, «el Jefe»— amenazó a los aliados occidentales, los saudíes de Arabia y los hachemíes de Jordania e Irak. En Arabia, el rey fundador, Abdulaziz, murió en 1953, y entre sus 45 hijos eligió como heredero al imprudente y extravagante Saúd, que no tardó en enredarse en una costosa guerra contra las tropas egipcias en el Yemen. Tanto Saúd como Nasser planearon asesinar al otro. En la familia saudí, los hermanos apartaron al nuevo rey y dieron el control a Faisal, de talante férreo.

Los hachemíes eran más vulnerables. El 1 de febrero de 1958 Nasser y el presidente sirio acordaron fusionar sus países en una República Árabe Unida con Nasser en un papel principal. Los hachemíes reaccionaron con pánico y propusieron unir los reinos de Jordania e Irak, solo que esta Unión Árabe gozaba del respaldo del Reino Unido, pero no de popularidad entre la población, en especial en Bagdad. Su rey Faisal II —un joven afable, de veintitrés años, que se complacía sobre todo en jugar a críquet en Harrow— estaba dominado por un hombre fuerte, el anglófilo Nuri al-Said, que había batallado con Lawrence de Arabia y había sido primer ministro en catorce ocasiones. En Irak la Unión Árabe aceleró la conjura de los Oficiales Libres, incitados e inspirados por Nasser.

El 14 de julio de 1958 —la noche antes de que el rey Faisal contrajera matrimonio— varios oficiales encabezados por Abd al-Karim Qasim asaltaron el Palacio de Rihab. Faisal se rindió, pero esto no le salvó de formar con su tía, su tío y su madre en el patio,

donde los ametrallaron. «Me bastó con recordar Palestina —afirmó uno de los asesinos— y el gatillo de la ametralladora se activó solo.» Los cadáveres fueron arrastrados por la calle de Al-Rashid, los desnudaron, mutilaron, decapitaron, pisotearon, despedazaron, destriparon y colgaron de los balcones para por último prenderles fuego.

Mientras la turba asaltaba su mansión, el primer ministro Nuri se vistió con ropas de mujer y se dio a la fuga, pero cuando alguien se fijó en sus zapatos de hombre, le pegaron un tiro y lo enterraron; la masa exhumó el cuerpo, lo emasculó, lo colgó y le pasó por encima varias veces con autobuses. Nasser estaba encantado. En Occidente la noticia se recibió con horror; se enviaron tropas al Líbano, pero Jrushchov advirtió en contra de cualquier injerencia. En la vecina Jordania, Hussein —el último monarca hachemí, rodeado de oficiales nasseristas— se rindió ante Nasser mientras Irak se veía envuelta en una espiral de extremismo. Qasim y sus sucesores tuvieron dificultades para controlar a un Partido de la Baaz («Resurrección») que había fundado en Siria un cristiano y predicaba una combinación violenta de socialismo, nacionalismo y antiimperialismo.

Transcurridos cinco años, en febrero de 1963, los baazistas se habían alzado con el poder en Siria y luego en Irak, donde el nuevo primer ministro, el brusco Ahmed al-Bakr, utilizó para tareas de asesinato especiales a su primo de treinta y un años: el implacable Saddam Hussein.

Suez aceleró la crisis africana, que Francia y el Reino Unido manejaron de modos muy distintos. Sus vastos imperios africanos solo habían existido durante cerca de setenta años, pero el poder se les escapaba de las manos aceleradamente. Francia atravesó una crisis existencial que condujo a un golpe militar y estuvo a punto de acarrear la destrucción de su democracia.

«Grandeur»: De Gaulle y Houphouët

En 1956, un líder marfileño, Félix Houphouët-Boigny, se incorporó

como ministro al gabinete de Francia. Era el primer africano, la primera persona de piel negra, que participaba en un gobierno cualquiera de toda Europa y Norteamérica. En Londres habría resultado impensable; en Estados Unidos, no digamos. Houphouët —formidable, juguetón y astuto— era un fenómeno. Había sucedido a su padre como jefe de la tribu, se había convertido al catolicismo y había completado los estudios de Medicina; había prestado servicio como uno de los *chefs de canton* de Costa de Marfil y se convirtió en propietario de una gran plantación de cacao. En 1945 lo eligieron, en representación de su país, diputado de la Asamblea francesa, donde hizo campaña por la independencia con el arte de un Maquiavelo. Cuando se alió con los comunistas franceses, bromeaba con los que le reprochaban esa tendencia: «¿Quién puede afirmar seriamente que yo, Houphouët, líder tradicional, médico, gran terrateniente y católico, soy comunista?».

Tradicionalmente Francia se había mostrado brutal a la hora de aplastar cualquier desafío a su imperio, pero después de Indochina y Suez los franceses acogieron bien a Houphouët y otros nacionalistas negros y, en lugar de combatir contra el ascenso de los potentados africanos —como hacían los británicos—, eligieron a sus favoritos y promovieron su carrera. Houphouët, que no tardó en ser el presidente de una Costa de Marfil independiente, y obtener los apodos de *Papa* o *Le Vieux* («el Viejo»), se convirtió en íntimo de los presidentes franceses, al igual que hicieron los reyes absolutos de Marruecos.[3]Pero el enfoque generoso tenía una excepción llamativa: la agonía de Argelia.

Mientras De Gaulle observaba y esperaba desde su residencia de Colombey, la revuelta argelina degeneró hasta convertirse en un derramamiento de sangre sectario. Sin embargo era Argelia lo que lo había devuelto al poder. El ejército y los colonos franceses destruyeron y deportaron a poblaciones enteras; torturaron a los prisioneros con agua, los electrocutaron, los arrojaron desde helicópteros y asesinaron a sus líderes. Por su parte el FLN asesinó, secuestró, mutiló, violó a civiles, aterrorizó a los argelinos y ejecutó a sus propios activistas. En ocho años perdieron la vida

cerca de novecientos mil argelinos, 25.000 soldados y diez mil colonos. El 13 de mayo de 1958, mientras los gobiernos parisinos seguían sin acertar con la solución, en Argel diversos generales franceses, con el apoyo de *pieds-noirs*, iniciaron una insurrección contra París y proclamaron un Comité de Seguridad Pública que tanteó la posición de De Gaulle, al que denominaban «el gran Charles». Este concebía la restauración de Francia como su destino: «En toda mi vida, nunca hubo ni un solo momento en el que no tuviera la certeza de que algún día yo gobernaría Francia». Pero no era fácil: «¿Cómo se puede gobernar un país que tiene 258 quesos?». En aquel momento el país estaba a punto de desintegrarse. El gigantón de aspecto extraño, no obstante, había nacido para los conflictos. Parafraseó a Shakespeare diciendo: «Ser grande es sostener batallas grandes». Estaba convencido de que «Francia no puede ser Francia sin la *grandeur*»; y su definición de la grandeza nacional era... él mismo. Tenía en mente a los Napoleón. «Quiero el 18 de Brumario [golpe de Estado napoleónico de 1799] sin los métodos del 18 de Brumario». Pero tanto por inclinación como por convicción, era un monarca. Mientras estaba en un campo alemán de prisioneros de guerra, en 1917, ya había escrito: «El líder es el que no habla».

Su carácter inescrutable permitió que los dos bandos —tanto los políticos con problemas como los generales rebeldes— pensaran que él estaba de su parte. Además fue un maestro de las intrigas clandestinas —en gran parte organizadas por un exespía rechoncho y calmoso, Jacques Foccart— mantuvo la amenaza militar viva, pero bajo control, hasta que los políticos aceptaron su regreso. «La crisis nacional podría ser el principio de una resurrección ... Ahora volveré a mi pueblo y me pondré a disposición del país», anunció.

El 1 de junio de 1958, como primer ministro, pidió plenos poderes durante seis meses a la Asamblea Nacional, que los aprobó, dotando así de legitimidad al golpe. Tres días después voló a Argelia, donde fue recibido por multitudes eufóricas, y dijo: «Os he entendido». En efecto era así, pero no del modo que la gente esperaba. El 85 % de la «Comunidad» francesa (Francia y las colonias africanas) ratificó una constitución que creaba lo que De

Gaulle denominó «una especie de monarquía popular, el único sistema compatible con el carácter y los riesgos de nuestra época».[4]

Entre sus primeros actos estuvo invitar a Colombey al canciller de la Alemania Occidental, Konrad Adenauer, donde los dos ancianos crearon una nueva Europa. Su predecesor Guy Mollet ya había forjado una Comunidad Económica Europea. En un principio De Gaulle se mostró suspicaz, pero la asociación con Adenauer situó a Francia en el centro de una Europa cada vez más federal. Rechazó al Reino Unido —con un altivo «Non!»— y mantuvo a distancia a Estados Unidos mientras creaba una *force de frappe*, una fuerza de disuasión nuclear propia.

Su prioridad era Argelia, donde sorprendió a los colonos: traicionó fríamente a la Algérie Française y concedió la independencia de Argelia. «O nos movemos o nos morimos», destacó el presidente. En respuesta, en abril de 1959, un grupo de generales, paracaidistas y legionarios extranjeros tomaron el centro de Argel y, en Francia, el ejército planeó hacerse con el poder. De Gaulle se dirigió a la nación vestido de uniforme y denunció a aquel «puñado de generales retirados». «Desprecian al Estado, desafían a la nación, degradan nuestro poder ... *Hélas! Hélas! Hélas!*», se lamentaba, y añadió: «Miremos hacia dónde se arriesga Francia a ir, en comparación con aquello en lo que se está transformando». La brutalidad se intensificó tanto en Argelia como en Francia; el FLN hizo atentados terroristas en París; la organización terrorista de los *pied-noirs*, la OAS, intentó matar a De Gaulle. El 22 de abril de 1961 varios generales franceses dieron un golpe de Estado en Argel, contra el presidente francés, Charles de Gaulle. Poco después fue objeto de un atentado terrorista, con una bomba. Un año más tarde, el 22 de agosto de 1962, otros terroristas emboscaron el Citroën de De Gaulle y una bala estuvo a punto de impactarle en la cabeza. En París, el 17 de octubre de 1961, la policía francesa atacó una manifestación argelina con tal salvajismo que mató a más de cincuenta personas, una atrocidad sin paralelos en ninguna democracia occidental.

«Napoleón dijo que en el amor no hay más victoria que la huida —recordó De Gaulle—. En la descolonización, también; la

única victoria es marcharse». El 1 de julio de 1962 Argelia se independizó. Pero preservar la grandeza de Francia solo se podría lograr «gracias a África».

En consecuencia el general situó a Foccart, su eminencia gris, al mando de la Françafrique y este, como se esperaba de él, se convirtió en el padrino de los autócratas francófonos, que en su mayoría adoraron a De Gaulle. Durante treinta y cinco años y a las órdenes de cuatro presidentes, Foccart hizo de policía de la política africana y envió espías y tropas francesas cada vez que alguno de sus autócratas estaba amenazado. «Es hora de ponerle fin a esta comedia», le dijo De Gaulle a Foccart antes de enviar tropas a Gabón. Cuando los dictadores africanos falseaban las elecciones, se les decía: «El general considera que un 99,8 % es un tanto excesivo». En la República Centroafricana, en 1966, se alzó con el poder un oficial asesino, Jean-Bedél Bokassa, que reverenciaba a De Gaulle como su «papa». A juicio de Foccart, era un hombre «fiable»; «sí —le contestó el general—, pero un idiota». Bokassa contó con el apoyo de Francia cuando se coronó emperador, como un Napoleón; solo después de trece años de tiranía, cuando masacró a cientos de escolares, las tropas francesas lo derrocaron.[5]

También hubo éxitos. *Papa* Houphouët no expulsó a los colonialistas franceses, ensalzó «la relación humana de franceses y africanos», gobernó durante treinta y tres años como autócrata y cooperó magistralmente con los presidentes franceses. De hecho estaba tan próximo a De Gaulle que le ayudó a redactar la constitución de 1958. *Le Vieux* y su esposa Marie-Thérèse —un espíritu libre, bella y veinticinco años más joven que él— se vieron a menudo con De Gaulle y Foccart; este fue el padrino de los hijos que la pareja adoptó. Los dos franceses apoyaron a Houphouët incluso cuando este, ya anciano, trasladó la capital marfileña a su pueblo natal, donde erigió una catedral más grande que la de San Pedro. Se decía que su arquitecto, francés, se había acercado demasiado a Marie-Thérèse; quizá por eso falleció poco después, en un accidente de helicóptero. Houphouët, que no se avergonzaba de su riqueza —«a la gente le extraña que me guste el oro; sencillamente, nací entre oro»—, ayudó a Foccart a derrocar a

líderes comunistas en toda África. Incluso en el actual siglo XXI las tropas francesas han estado en el África occidental luchando y presidiendo sucesiones. La descolonización francesa fue así; según ha escrito Julian Jackson, «todo tenía que cambiar para que todo pudiera quedarse igual».[6]

En Gran Bretaña, el impávido y apático Harold Macmillan —el nuevo primer ministro— abordó la cuestión de un modo muy distinto: bailando.

LANZAS ARDIENTES: KENYATTA, NKRUMAH Y BARACK OBAMA (PADRE)

El 18 de noviembre de 1961, el primer gobernante independiente del África británica pidió a una inglesa que bailara el «High life shuffle» en una fiesta celebrada en la sede del gobierno de Ghana (instalada en el antiguo castillo esclavista de Fort Christiansborg). La ocasión, el emplazamiento y los personajes no podrían haber sido más adecuados para simbolizar un momento que marcó una nueva era en las relaciones de Europa y África. Ella era la reina Isabel II, de treinta y cinco años, con un deslumbrante vestido sin mangas; él era el presidente Kwame Nkrumah, un doctorado de cincuenta y un años, de rigurosa etiqueta.

Nkrumah era un autócrata panafricanista de ideario marxista, que sin embargo sentía admiración por «la joven». Cuando la visita de ella se canceló, en una ocasión previa, por el embarazo de Isabel, él exclamó: «Si me hubiera dicho que mi madre había muerto no me habría causado una conmoción mayor». Mientras el autócrata iba dirigiendo a una Ghana agitada hacia un Estado unipartidista que buscaba la alianza con la Unión Soviética, Macmillan expresó su inquietud ante un posible atentado contra la reina. «Parecería yo muy necia si visitar Ghana me diera miedo, pero Jrushchov sí que acudiera —le dijo con grandeza al primer ministro—. No soy una estrella del cine. Soy la figura suprema de Commonwealth. Me pagan para que asuma riesgos».[7]

Este baile fue el último acto de un largo movimiento entre el

Reino Unido y los líderes independentistas africanos. Hasta Suez, Londres había contado con mantener las colonias, encarceló a los líderes nativos y sofocó las rebeliones, aunque su dominio se debilitaba cada vez más por los efectos de la enérgica resistencia africana. Pero con un Reino Unido en bancarrota por las guerras mundiales y centrada ahora en la defensa de Europa frente a Rusia, Macmillan los puso en libertad y permitió elecciones. Fue un proceso muy distinto a lo ocurrido en Suráfrica, que salió muy mal. En Ciudad del Cabo, el 3 de febrero de 1960, Macmillan dado la bienvenida a los «vientos del cambio», con toda la intención. Pero Suráfrica había quedado en manos de afrikáneres blancos que impusieron un sistema de segregación racial, el *apartheid*. En los tiempos del dominio británico de Suráfrica la población nativa nunca había tenido derecho a votar, pero en 1948 el Partido Nacional Afrikáner —cuya campaña se resumía en el eslogan *Die kaffer op sy plek* («los cafres [“negros”] en su sitio»)— se alzó con el poder, con el respaldo del electorado blanco; y estos tres millones de personas segregaron a los trece millones de africanos negros, privaron del derecho de sufragio a los mestizos y prohibieron el sexo interracial. Eran medidas similares a las «leyes de Jim Crow» vigentes en el sur de Estados Unidos.

Cuatro años antes los británicos habían entregado Ghana al mismo Nkrumah que, diez años atrás, había sido encarcelado en una prisión británica. Era hijo de un orfebre de la etnia akan; estudió en una escuela británica de Accra, la Prince of Wales, como interno; se licenció en Magisterio y se marchó a estudiar en universidades de Estados Unidos y Gran Bretaña. Nkrumah se consideraba a sí mismo filósofo e historiador. En sus viajes abrazó el ideal garveyano —Marcus Garvey soñaba con la posibilidad de que África se convirtiera en un único Estado— y se reunió con el activista proderechos humanos W. E. B. Du Bois.[8]En 1951 Nkrumah ganó las elecciones y en 1957 fue primer ministro de la colonia recién independizada, Costa de Oro, a la que le cambió el nombre en homenaje a los *ghanas*, los reyes de la Wagadu medieval. Se enfrentó al «tribalismo» y marginó a los reyes asante.[9]Era un hombre solitario y aislado, que no tardó en instituir

una dictadura unipartidista con un culto semimesiánico —adoptó el título de «Redentor», *Osagyefo*— e inició una cruzada con la intención de obtener la presidencia de los Estados Unidos de África.

En la London School of Economics, donde había estudiado Antropología, se encontró con el otro gran africano inspirado por Du Bois, Johnstone Kamau, más conocido por el nombre que adoptó inspirándose en el de su país: Jomo Kenyatta.

Este fornido hijo de un granjero kikuyu era excepcional. Educado por misioneros, había estudiado en Moscú —donde el marxismo no le convenció nada— y la LSE, donde asombraba a los compañeros al presentarse con fez, capa y bastón rematado en plata. En su estudio antropológico sobre la vida de su tribu, *Frente al monte Kenia*, definió una nueva nación keniana. Tras pasar la guerra criando gallinas en Sussex —en el pub local lo conocían como *Jumbo*, «el Gigantón»— regresó a su país. Los británicos habían creado varias entidades de nuevo cuño a partir de sus posesiones africanas orientales: una era Uganda, pero la mayor era Kenia, bautizada con el nombre de su montaña más alta. Podría haber sido un Estado de colonos, como Suráfrica, pues contaba con ochenta mil de ellos, de origen británico; pero este país famoso por la promiscuidad y los cócteles que la favorecían (y por alguno que otro asesinato entre las celebridades), pero la incautación de tierras ofendió fatalmente a los kikuyu. En 1952 estalló una insurgencia —la revuelta del Mau Mau, según su nombre británico— que costó la vida a 32 colonos y dos mil africanos. Fue la última guerra colonial del Reino Unido, en 1952: aplastaron a los rebeldes, mataron a once mil y colgaron a otros mil. Detuvieron a Kenyatta, acusándolo —erróneamente— de haber liderado el Mau Mau, y lo encarcelaron durante siete años.

Kenyatta —apodado «Lanza Ardiente»— contó con la ayuda de un líder sindical, el carismático Tom Mboya, del pueblo luo, que organizaba becas para los jóvenes del país. En 1960 Mboya envió a estudiar a la universidad de Hawái a un estudiante de Económicas excepcional, también de etnia luo, llamado Barack Obama.

El padre de este, Hussein Onyango Obama, era un granjero

luo, apreciado como anciano y curandero, de la zona occidental de Kenia, cerca de Uganda. Destacaba tanto por sus muestras de inteligencia que en la aldea se bromeaba diciendo que tenía «hormigas en el ano». Hussein estudió y se mudó a Zanzíbar, donde se alistó en las filas británicas de la Fusilería Africana del Rey, en Birmania. Cuando regresó contaba cincuenta años y trajo consigo un gramófono. «¿Cómo va a poder derrotar un africano al hombre blanco», preguntaba, «si ni siquiera sabe fabricarse su propia bicicleta?». Los británicos lo arrestaron durante la rebelión del Mau Mau, pero lo pusieron de nuevo en libertad, y trabó amistad con Mboya.

Hussein adoraba a Barack —hijo de la cuarta esposa, Akumu —, pero no podía tolerar su independencia y, cuando lo expulsaron del colegio, le dio una paliza. Barack se casó con una chica del lugar, Kezia, pero odiaba el trabajo de oficina que su padre le había conseguido en Mombasa. Después de que el padre lo expulsara, asistió a manifestaciones a favor de la independencia — por las que también pasó brevemente por la cárcel— y confraternizó con Mboya, que acababa de regresar de Estados Unidos. Aquí había sido recibido con los brazos abiertos por el Comité Estadounidense sobre África, que encabezaba Eleanor Roosevelt, y había conocido a Sidney Poitier y a Martin Luther King. En la residencia costera de Hyannis Port conversó también con el candidato demócrata Jack Kennedy, un senador joven que accedió a financiar intercambios de estudiantes.

Mboya eligió a Obama, que partió hacia Hawái, y Kennedy ganó las elecciones a la presidencia.

Nikita y Jack, Mimi y Marilyn

Joe Kennedy aún manejaba los hilos, pero tuvo que enfrentarse a pérdidas insoportables: su hijo mayor, Joe, murió en la guerra; su hija Kick, en un accidente de aviación; y su hijo Jack tenía (en secreto) problemas graves de salud: dolores de espalda, la enfermedad de Addison e hipertiroidismo, que se trataba con

esteroides, anfetaminas y hormonas.

Nada más terminar la guerra, el padre guio a Jack al Congreso. En 1953, justo después de que lo eligieran senador, se casó como la gélida, elegante y célebre Jackie Bouvier, con la que tuvo un hijo y una hija. Al poco de casarse pasó por una operación quirúrgica complicada. La mala salud y el machismo propio de los Kennedy favorecieron un estilo de vida entregado a los riesgos y a las mujeres. Solía juntarse en Las Vegas con el amigo Sinatra (el maestro del swing, más guapo que nadie) y su pandilla de actores, la *Rat Pack* (que incluía entre otros a Peter Lawford, cuñado del propio Kennedy, y al afroamericano Sammy Davis Jr.), para compartir chicas y juergas. Entre los candidatos a la presidencia, Jack Kennedy era el mejor preparado: se había graduado en Harvard, con estudios en la LSE de Londres, había viajado por todo el mundo y charlado con mil figuras, era un héroe de guerra, había obtenido un Pulitzer de Biografía... Pero nunca había dirigido nada; su vida sexual era de un priapismo incontenido; su estado de salud era cuando menos dudoso; su carrera la había costeado un padre rico. La primera vez que trató con Jrushchov ya era candidato a la presidencia.

En septiembre de 1959 el ruso viajó a Estados Unidos; era el primer líder ruso que visitaba el continente. En la crisis de Suez había aprendido que las amenazas nucleares le granjeaban respeto; le habían conseguido también la invitación de Eisenhower. Su jovialidad combativa —después del carácter taciturno y saturnino de Stalin— sorprendió a los estadounidenses. En aquel viaje pudo atisbar el futuro, al acceder al campus de investigación de la empresa IBM; pero como era típico en él, le impresionó más la cantina que la tecnología, y como era quizá comprensible, lo que más le emocionó fue conocer a Marilyn Monroe. Pero también conoció a Kennedy.

La visita fue un éxito, pero la distensión con Eisenhower quedó hecha trizas al descubrir vuelos espía de los estadounidenses sobre la URSS. La cólera adquirió proporciones hipomaníacas que llevaron a sus propios camaradas a preguntarse por la salud mental e su líder. Ordenó derribar un avión espía U2 y se puso a

despotricar de los estadounidenses. Cuando Macmillan visitó Moscú para intermediar, Jrushchov lo trató a grito pelado y luego se jactó de haberse «follado al primer ministro por el culo con un poste de teléfonos». En las Naciones Unidas dio puñetazos contra la mesa e incluso zapatazos (para la vergüenza de sus propios camaradas), y después presumió de lo que se había divertido. Odiaba a Eisenhower y a su vicepresidente, Richard Nixon, y estaba convencido de que su fortaleza había debilitado la campaña de este último; por lo que no solo se alegró de que el principito de Massachusetts venciera en las elecciones, sino que se jactó de haber contribuido directamente al triunfo de Kennedy.

Lo que a los estadounidenses les parecía glamur, Jrushchov lo consideraba un caso de inmadurez. La toma de Washington por los Kennedy se comparó con la conquista de alguna pequeña ciudad de la Italia renacentista por una familia de *condottieri*. Pero los Kennedy iban bastante más allá y llevaron Camelot —la vulgaridad del padre se había refinado, tras una generación en Harvard, y era ya clase alta estadounidense y mundo del espectáculo— a la anodina capital de Eisenhower. Fueron en gran parte un negocio familiar y machista: el hermano Bobby era el fiscal general y asistente en jefe, y los rodeaba todo un séquito de sirvientes y estrellas amigas encabezadas por Sinatra, defensor de los derechos civiles, intermediario con la mafia y organizador de la gala de toma de posesión, que le procuraba amantes al presidente. «Si un día me falta el sexo», le dijo a Macmillan, que era cerebral y asexuado, «me entra dolor de cabeza.» Sus amantes iban desde la cortesana Judith Exner (Sinatra se la había presentado) y la cantante Phyllis McGuire (compartidas ambas con el jefe de la mafia de Chicago, Sam Giancana, amigo a su vez de Sinatra) a Marilyn Monroe (en este caso compartida con su hermano Bobby), sin olvidar a sus dos secretarias (apodadas *Fiddle* y *Faddle*)[10]y una becaria alta y pija, *Mimi* Alford.

Cuando Mimi llevaba solo cuatro días en la Casa Blanca, Dave Powers, el proxeneta y «primer amigo» del presidente, la invitó a una fiesta en la piscina, que dio paso a unos cócteles y por fin a una invitación eufemística: «¿Le apetece dar un paseo por la

residencia, Mimi?». Eran paseos muy completos, que solían incluir la cama presidencial. Mimi contó que «no puedo describir lo que pasó aquella noche como "hacer el amor"», en la cama de Jackie seguía llamándole «Señor Presidente»—, pero sí le pareció «sexual, íntimo, apasionado». Más adelante él incluyó en sus citas el nitrito de amilo, usado como droga recreativa.

Con ella desplegó su faceta más repugnante cuando, en la piscina de la Casa Blanca, le ordenó que satisficiera oralmente a Powers: «Creo que el presidente pensaba que me negaría, pero me avergüenza reconocer que lo hice. El presidente se quedó mirando sin decir nada». Él la llamaba por teléfono haciéndose pasar por un «Michael Carter»; ella lo llamaba «el Gran Compartimentador», lo que sin duda es una cualidad esencial en cualquier líder. Y en efecto, «siempre había una capa de reserva».

La corte de Kennedy estaba controlada con todo rigor. La confianza con la que JFK se manejaba le permitió nombrar a los asesores mejor preparados y ser ambicioso con las reformas esenciales. Un siglo después de la guerra civil, en el sur todavía imperaba el apartheid racial: los afroamericanos estaban segregados y no se les permitía votar. Kennedy no era liberal, en materia de raza; pero aun con cierta cautela adoptó la defensa de derechos civiles que hacía mucho que debían haberse aprobado, impulsado por el auge del movimiento liderado por Martin Luther King, hijo del pastor de Atlanta que había visitado Berlín en 1934.

El pastor no le había dado pocas palizas a Martin *junior*, pero «cuando lo azotabas, se quedaba ahí, y se le caían las lágrimas, pero nunca lloraba». Su padre se había unido a la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, que organizaba campañas contra «la naturaleza ridícula de la segregación del Sur». Según dijo en un mitin: «No pienso volver a labrar como una mula. No pienso volver a bajarme de la acera para dejar que los blancos pasen». El hijo rememoró la ocasión en la que un policía hizo parar al padre por una infracción de tráfico y lo llamó «chico». Pero el padre señaló al hijo: «Aquí chico, solo hay este. Yo soy un hombre y hasta que no me trate como tal, no le voy a escuchar». Martin *junior*, cuya apariencia pulcra le valió el sobrenombre de *Tweedy*

(«trajeado, elegante», típicamente un propietario rural rico), Martin *junior* estudió en Boston, asistió a clases en Harvard y exhibió su elocuencia resonante ante una estudiante de música, Coretta Scott, con la que le arreglaron una cita.

—Delante de tus encantos, soy como Napoleón en Waterloo —le dijo él.

Ella se rio.

—¡Si ni siquiera nos hemos visto!

Cuando se casaron, él intentó mantenerla apartada de las campañas, para que cuidara de los hijos.

Los dos Martin, padre e hijo, llevaban una iglesia en Atlanta e hicieron campaña juntos. En 1955, mientras estaba buscando un caso con el que atacar las leyes de segregación, la detención de Rosa Parks —una afroamericana de Montgomery, Alabama, a la que se detuvo por haberse negado a ceder el asiento del autobús a una persona blanca— prendió la mecha contra Jim Crow. Martin Luther King organizó un boicot a los autobuses; su casa sufrió un atentado con bomba, pero resultó elegido líder de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur y empujó a JFK a cancelar la legislación segregacionista. Cuando detuvieron a MLK durante la campaña de las elecciones a la presidencia, los Kennedy llamaron por teléfono a Coretta, para darle su apoyo, y lograron que se le pusiera en libertad. Pero cuando se alzaron con el poder, los Kennedy permitieron que el FBI espiara los teléfonos de King, para descubrir posibles vínculos con el comunismo, y de paso tomaran nota de sus relaciones adúlteras. King, que fue detenido repetidamente durante la primavera de 1963, desplazó los mítines a Birmingham, Alabama, donde la policía aplastaba las protestas con brutalidad. Desde una celda de esta ciudad, King alegó que sin un incumplimiento de las leyes, nunca habría cambios: «En el camino hacia la libertad, el obstáculo principal con que se topa el negro ... es el blanco moderado, que es más partidario del “orden” que de la “justicia”», y añadió: «Todo lo que Hitler hizo en Alemania era legal».

El 28 de agosto, después de que Bobby Kennedy ordenara ponerlo en libertad, encabezó la Marcha a Washington por el

Trabajo y la Libertad, que JFK apoyó. Frente al monumento de Lincoln, se dirigió a cientos de miles de personas: «Sueño con que, algún día, sobre las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos esclavistas podrán sentarse juntos a la mesa de la hermandad». La primera vez que el presidente Kennedy intentó aprobar una Ley de Derechos Civiles fracasó, pero no cesó en el empeño.

Mientras King desarrollaba su campaña, el joven keniata del que hablábamos arriba, Barack Obama *senior*, fue el primer estudiante africano de la universidad de Hawái (en parte, con fondos de los Kennedy). A principios de 1960, en una clase de ruso, Obama conoció a una chica blanca, una estudiante de antropología que se enorgullecía de llamarse Stanley Ann Dunham. «Él era negro como la pez», escribió su hijo Barack, más adelante, «y ella era blanca como la leche», pero la familia paterna acogió a la pareja con los brazos abiertos. Por su parte los Dunham de Kansas, que descendían de un soldado de la Unión (un primo de Jefferson Davis) y un cheroqui, eran liberales y librepensadores. Después de que un vecino les afeara que Ann hubiera traído a casa a una amiga negra, para jugar —«Más vale que hable con su hija, señor Dunham. En esta ciudad las chicas blancas no juegan con las de color»—, se trasladaron a Hawái.

El padre del futuro presidente era un hombre «brillante, testarudo y carismático», un estudioso hablador y muy cuidadoso con su aspecto —gustaba de vestir *blazer* y boina de equitación, y de fumar en pipa—, cuya autoridad se manifestaba con gran fuerza, y también con excesos impredecibles. Cuando un amigo le dio un golpe en la pipa y se la tiró por un precipicio, Obama *senior* «lo levantó del suelo y lo tuvo colgado del otro lado del barandal». El 4 de agosto de 1961, Ann dio a luz a un hijo, llamado como el padre; pero este era un azogue y el matrimonio hizo aguas. La madre empezó una relación con un estudiante asiático que se llevó a Ann y al hijo a su país de origen, Indonesia. «Tu padre podía gestionar cualquier cosa que se le presentara», le dijo en cierta ocasión el abuelo al futuro presidente. Sin embargo Barack *senior* apenas volvió a ver a su hijo; se trasladó a Harvard y se casó allí

con una joven estudiante judía. Sin embargo la carrera del hijo transformaría Estados Unidos. Por su parte su padre, intenso y atormentado, volvió a Kenia, donde Kenyatta —al que los británicos habían liberado por fin— y Mboya negociaban la independencia.

Mientras los nuevos Estados batallaban por su fundación, África contaba con un emperador cuyo país —salvo por seis años de ocupación italiana— nunca se había colonizado.

El león de Judá y la Pimpinela Negra

El 13 de diciembre de 1960, cuando Haile Selassie —a sus sesenta y ocho años, y en el poder desde 1916— estaba de visita en Brasil, una junta de sus cortesanos apresó a la mayoría del gabinete en el palacio de Menelik y dio un golpe de Estado, el primero de África. Fuera de Etiopía era un héroe africano, el León de Judá; en su país era un autócrata aislado que estaba construyendo un imperio.

En el palacio de Menelik todo estaba centrado en su persona. Una inscripción en amárico invitaba a los que deseaban atraer la atención del emperador a «dejarte abofetear» y «esperar largo rato ante la verja». El negus había formado dos agencias de seguridad entrelazadas, el Departamento de Seguridad Pública y otra más secreta, el Gabinete Privado Imperial, que vigilaba a sus propios ministros, cuyas carteras iban cambiando incesantemente, salvo la del Ministerio de la Pluma, ocupada por un servidor devoto. Pero su control era tan riguroso que acabó por cegarle: promovió a un oficial de talento, Workneh Gebeyehu, de jefe de la agencia de seguridad a jefe de la cancillería. Pero cuando el favorito sugirió que el negus abdicara a favor del príncipe heredero, el emperador contestó: «Nos consterna ver que aún eres un niño, Workneh. Seguiremos ejerciendo el poder que el Todopoderoso nos ha concedido y lo haremos hasta el final. Por otro lado, ¿sabes de alguien que haya cedido el poder voluntariamente?» Workneh conspiró con otros dos favoritos del León para derrocarlo. El príncipe heredero Asfaw Wossen accedió a emitir por radio una

«proclamación revolucionaria» por la que se erigía en regente de un gobierno constitucional. «Hoy es el principio de una nueva era», dijo; pero el emperador se apresuró a regresar de Brasil.

En el aeropuerto el hijo se echó a sus pies, entre el polvo. Haile Selassie lo alzó y le dijo: «Nos sentiríamos orgulloso de ti si viniéramos a tu funeral. ¡Levántate!». La relación nunca sanó. Las tropas del León atacaron a los rebeldes por las calles de Adís Abeba, y dos mil personas perdieron la vida. Cuando los tanques imperiales asaltaron el palacio donde se retenía a los ministros, los rebeldes mataron a quince ministros y generales. El exfavorito Workneh optó por suicidarse y su cadáver se exhibió frente a la catedral de San Jorge.

«No habrá cambios en el sistema», anunció el León, que se trasladó al nuevo Palacio del Jubileo. El heredero de Menelik II era también un constructor de imperios: después de que los británicos hubieran ocupado la colonia italiana de Eritrea en 1946, Naciones Unidas organizó una federación con Etiopía; pero en 1962 Haile Selassie se la anexionó e ilegalizó a los partidos políticos que se oponían. Como todos los imperios, Etiopía se mantuvo unida por la fuerza. Las rebeliones de Eritrea y la Ogadén somalí dieron pie a guerras de conquista enconadas.

Pero Haile Selassie era el gran icono de los líderes africanos. En febrero de 1962 invitó a los guerreros que combatían por la libertad africana a una conferencia del Movimiento por la Libertad Panafricana, celebrada en Adís; y el emperador tomó la palabra el primero, con un uniforme cargado de medallas y galones. Detrás de él habló un abogado surafricano que viajaba por primera vez: Nelson Mandela. A sus cuarenta y tres años, Mandela quedó fascinado porque «el emperador parecía ser muy pequeño, pero su dignidad y confianza lo convertían en el gigante africano que en realidad era». A pesar de la apariencia de gigante, Etiopía no era una democracia: «Solo el emperador era supremo».

Mandela —Madiba, según su nombre de clan— era un príncipe de los xhosa del reino de Thembu, en Transkei (Provincia Septentrional del Cabo), que descendía del rey Zwide. Su padre, consejero del rey de Thembu, fue destituido por haber desafiado a

los británicos; pero el carismático regente de su pueblo adoptó a Mandela y lo crio junto con los príncipes. «Mi posterior concepto de liderazgo se inspiró en lo que observaba en el regente», quien lo formó para que fuera consejero y lo envió a internados metodistas. Tras licenciarse como abogado y casarse con una enfermera, Evelyn, el alto y atractivo Mandela se unió al Congreso Nacional Africano (CNA) porque «ser africano en Suráfrica significa que uno está politizado desde la cuna». Mandela dedicó la vida a hacer campaña en contra del apartheid. Lo detuvieron una y otra vez, y su entrega acabó por distanciarle de su esposa, con quien tenía un hijo. En esa fase, «al pasar una parada, vi por el rabillo del ojo a una mujer joven y encantadora que estaba esperando al autobús». Mandela se enamoró de Winnie Madikizela por «su pasión, su juventud, su valor, su determinación», y «mi amor por ella me dio la fuerza necesaria para las batallas que me aguardaban», además de dos hijos.

En 1960 la policía de Sharpeville mató a 69 manifestantes e hirió a otros 249, lo que desató nuevas protestas por las que se arrestó de nuevo a Mandela. Pero cuando recobró la libertad «me convertí en una criatura de la noche», apodada «la Pimpinela Negra» [por la novela *La Pimpinela Escarlata*]. Fundó el ala militar del CNA —Lanza de la Nación— que empezó una campaña de bombardeos. Haile Selassie invitó a Mandela y sus camaradas a reforzar su instrucción militar. Pero al regresar a Suráfrica desde Adís, la Pimpinela fue detenida.

En la cárcel, «el oficial fingió que no nos veía [a él y a Winnie] y nos pudimos abrazar y aferrar el uno al otro». En el juicio por alta traición y terrorismo, Mandela —que no vistió de traje, sino un *kaross* xhosa de piel de leopardo— declaró en un discurso: «Estoy preparado para morir». El 12 de junio de 1964 lo condenaron a cadena perpetua. Lo confinaron en la isla de Robben, de donde solo un prisionero había logrado escapar y regresar al continente; los guardias lo recibieron cantándole en afrikáans: «¡Esta es la isla y aquí morirás!». Cuando Mandela se mostraba desafiante, ellos lo amenazaban: «Eh, mira, te vamos a matar, tus mujeres y tus niños ni siquiera sabrán qué te ha pasado».

Para sobrevivir Mandela recurrió a una disciplina férrea y a la meditación diaria. A Winnie le escribió que la cárcel era «un lugar ideal para aprender a conocerse a uno mismo ... Como mínimo, a falta de lo demás, la celda te da la oportunidad de examinar cada día toda tu conducta, dejar atrás lo malo y desarrollar lo bueno». «No olvides nunca que un santo es un pecador que no deja de esforzarse por mejorar», añadió. Durante su encarcelamiento, su hijo mayor falleció en un accidente y Winnie fue arrestada con frecuencia. En las cartas que él le enviaba, ensalzaba «tu encanto y tu belleza devastadoras ... Recuerda que la esperanza es un arma poderosa, cuando todo lo demás está perdido ... Te tengo en mis pensamientos en todo momento». Los veintisiete años que pasó en la prisión desgastaron el matrimonio pero forjaron una leyenda.

Entre tanto, el 25 de mayo de 1963, en Adís Abeba, Haile Selassie, ejemplo de los gobernantes africanos, invitó a sus rivales a la primera reunión de la Organización de la Unidad Africana: Nkrumah, marxista y anglófono, confiaba en liderar unos Estados Unidos de África con su propio ejército; el francófono *Papa* Houphouët de Costa de Marfil se mofaba de sus ambiciones. Haile Selassie mantuvo el equilibrio entre los dos y dirigió la organización antes de ceder el testigo a Nkrumah el Redentor.

«Sé que la descolonización es desastrosa —afirmó De Gaulle en privado—. Van a vivir otra vez las guerras tribales, la brujería, el canibalismo»; pero «los estadounidenses y los rusos creen que tienen la vocación de liberar a los pueblos colonizados y han emprendido una carrera de apuestas». Jrushchov fue el primero en detectar la oportunidad de favorecer «levantamientos contra los regímenes reaccionarios y corruptos, contra los colonizadores» y prometió «marchar en la primera fila junto con los pueblos que libren batallas por la liberación nacional». Las guerras subsidiarias de las superpotencias —otra nueva carrera enfrentada, en este caso en nombre de la descolonización y la libertad— mataron a más africanos que las guerras anteriores.

Empezaron a principios de 1960, cuando de pronto los belgas perdieron el control del Congo. Después de que la Force Publique disparase contra manifestantes en las calles, se celebraron

elecciones y el rey Baudouin (Balduino I), bisnieto de Leopoldo II, ensalzó la «misión civilizadora» de los belgas y concedió la independencia en junio de 1960. Sin embargo Bélgica, con la esperanza de seguir dominando las fuerzas armadas y los recursos (el Congo poseía uranio, entre otros tesoros minerales), organizó el derrocamiento del primer ministro electo, Patrice Lumumba: este panafricanista de treinta y cinco años poseía talento, pero estaba aliado con los soviéticos. Dirigió el golpe de Estado el coronel Joseph Mobutu, oficial de la Force Publique y a la sazón jefe del Estado Mayor. Mobutu fue el primero de los numerosos generales politizados que demostraron cuán a menudo en los nuevos Estados africanos —conglomerados como entidades nuevas y enormes por decisión de las potencias coloniales— el ejército pasaba a personificar la nación. Bélgica tomó la asombrosa decisión de someter a Lumumba a una «eliminación definitiva»: sus agentes lo apresaron, torturaron, fusilaron y disolvieron en ácido (uno de ellos se llevó a casa, de recuerdo, un diente del primer ministro). Jrushchov se enfureció pero Mobutu, con el respaldo de Estados Unidos, estableció en el Zaire una dictadura barroca y cleptocrática que perduró treinta años.[11]

En su discurso de toma de posesión, el presidente Kennedy había prometido que «en la larga historia del mundo, solo a unas pocas generaciones se les ha otorgado la función de defender la libertad en su hora de máximo peligro [léase: combatir el comunismo]. A mi esta responsabilidad no me asusta; la asumo decididamente». Jrushchov también buscó maneras de subir las apuestas, pero donde de pronto encontró una oportunidad fue en las Américas, cuando otros dos hermanos se alzaron con el poder a tan solo 150 kilómetros de Miami.

Hermanos: los Castro y los Kennedy

El 9 de enero de 1959, Fidel Castro, «el Comandante» —un revolucionario de treinta y tres años, de barba y puro sempiternos —, con la ayuda de su hermano —el inflexible Raúl, que dirigía las

fuerzas armadas— entró en La Habana. Los Castro eran hijos ilegítimos del amo de una plantación de azúcar, un inmigrante español, hecho a sí mismo, que había llegado a reunir diez mil hectáreas; pero recibieron una buena educación, con los jesuitas, de quienes adoptaron el lema de San Ignacio: «Toda disidencia es traición». Fidel se doctoró en Derecho, pero abrazó la revolución («¡Ojalá pudiera ser Stalin!»). Primero se sumó a un golpe de Estado abortado, en Bogotá; luego, disgustado por el regreso al poder de Batista, encabezó el asalto contra el cuartel Moncada, en Santiago. Los dos hermanos cayeron presos.

Castro se hizo famoso y se defendió ante el tribunal con un discurso grandilocuente —«La Historia me absolverá»—, pero si los hermanos evitaron la ejecución fue tan solo gracias a sus conexiones: la esposa de Castro era hermana del ministro del Interior batisteño. Cuando Fidel supo, tras el encarcelamiento, que ella había pasado a engrosar las filas de ese mismo ministerio, se divorció de ella; la política lo era todo. Era un hombre locuaz, por no decir verborreico; incluso su propio hermano Raúl se quejaba de que en la cárcel podía pasarse varias semanas sin dejar de hablar.

Cuando la presión estadounidense obligó a Batista a devolverle la libertad, Fidel huyó a Ciudad de México, donde conoció a Ernesto «Che» Guevara, un médico bello y asmático que procedía de una rica familia argentina. «Era extraordinario —dijo Castro—, una persona de gran cultura, de gran inteligencia ... un médico que se hizo soldado sin dejar de ser médico». Los dos se pasaban la noche entera charlando.

En noviembre de 1956 los hermanos, junto con 81 combatientes a medio instruir, subieron a una embarcación con fugas —el yate *Granma*— y desembarcaron en Cuba. Sufrieron un bombardeo intenso, en el que solo 19 hombres sobrevivieron; los Castro y sus «barbudos» iniciaron una guerra de guerrillas que por tres veces estuvo a punto de aniquilarlos, pero el carácter agreste de la Sierra Maestra los salvó. Gracias a la corrupción, arrogancia e inepcia de Batista —y a fondos que la CIA no acertó a dirigir muy bien—, la leyenda y los éxitos de los fidelistas se acrecentaron.

Castro conoció a una joven guerrillera, Celia Sánchez, hija de un médico, que se convirtió en su amante y auxiliar. En los momentos más desesperados, cuando apenas quedaba una docena de hombres, «Celia estuvo conmigo».

Mientras Batista se daba a la fuga cargado de millones, en enero de 1959 Castro instaló su nuevo cuartel general en el hotel Hilton de La Habana. Raúl fue nombrado ministro de la Guerra; el Che, de Educación; y Celia, en cuyo diminuto apartamento vivían, secretaria del consejo de ministros. Se fusiló a todos los que figuraban en una lista negra de enemigos. «No ejecutamos a inocentes», dijo Fidel con insistencia, solo «a asesinos que lo merecen». A los magnates estadounidenses de la fruta y los *capos* de la mafia los expulsaron.

Los hermanos Castro gobernaron juntos, pero eran dos contrarios: Fidel era un ególatra y un estratega pomposo que siempre daba espectáculo; Raúl era cauto y meticuloso. A Fidel lo apodaron «el Caballo» por su afición al sexo ocasional con las extranjeras que lo admiraban, en especial si eran liberales francesas; Raúl, por el contrario, fue inseparable de su esposa Vilma. Sin embargo hablaban varias veces al día y, cuando el régimen se consolidó, vivieron puerta con puerta en Punto Cero, una estancia muy bien fortificada a las afueras de La Habana. En el despacho de Fidel había un retrato de José Martí, una fotografía dedicada de Ernest Hemingway («He leído tres veces *Por quién doblan las campanas*») y otra de su padre.

En un principio Castro se veía a sí mismo más como un Alejandro Magno latino (de hecho, varios de sus hijos se llamaron Alejandro) que como un Lenin, pero según él mismo dijo: «Tenía una brújula: Marx y Lenin». En febrero de 1960 Jrushchov envió a La Habana a su socio Anastás Mikoyán, un exseminarista armenio, de gran dureza —había sobrevivido a los círculos interiores de Lenin y de Stalin—, que aconsejó a Jrushchov que apoyara a Castro. La combinación del exminero maníaco e impulsivo con el intelectual cubano narcisista y sobreexcitado llevaría al mundo al borde mismo de la catástrofe.

Kennedy heredó los planes de la CIA para invadir Cuba. El 17

de abril de 1961, su invasión —que utilizó a 1.400 emigrados cubanos y unos pocos aviones estadounidenses— tomó tierra en la Bahía de Cochinos, pero Castro la rechazó con facilidad. Aunque varios cientos de milicianos castristas perdieron la vida, apresó a un millar de los invasores y ejecutó a centenares. «Gracias por Playa Girón —le escribió al presidente estadounidense, en referencia a la playa del desembarco—. Antes de la invasión, la revolución era débil. Ahora es más fuerte». JFK no tardó en expulsar a Allen Dulles de la dirección de la CIA.[12]Aunque se había mostrado despectivo con la corrupción mafiosa de La Habana hasta el punto de simpatizar con Castro, Kennedy ordenó liquidar al cubano, precisamente con ayuda de la mafia. La CIA reclutó a tres mafiosos: Meyer Lansky, Santo Trafficante y Giancana. Hubo al menos ocho atentados, pero todos —con veneno en el equipo de submarinismo, los puros o la pasta de diente— fallaron. «Hubo docenas de planes, y algunos estuvieron a punto de salirles bien —dijo Castro—, pero a veces tuvieron al azar en contra.» Jrushchov se forjó una mala opinión sobre las capacidades de Kennedy.

El único rasgo consistente de Jrushchov fue la inconsistencia. El 4 de junio de 1961 los dos jefes de las dos superpotencias se reunieron en Viena, donde el belicoso Jrushchov estuvo cerca de aplastar a JFK, que era veintitrés años más joven pero acudía medicado por el dolor de espalda. «Si Estados Unidos quiere iniciar una guerra por Alemania, pues que así sea», dijo a gritos el soviético, en un momento pavoroso de un encuentro deprimente. «Este invierno hará frío —concluyó Kennedy, decaído—. Me ha apaleado pero bien». Sin embargo se curtió.

Jrushchov se burlaba de un Kennedy al que calificaba de «muy inexperto, por no decir inmaduro». Su primer objetivo era expulsarlo del sector occidental de Berlín. «Berlín son los testículos del Oeste, cada vez que quiero que el Oeste grite, los estrujo», dijo Jrushchov. Pero los testículos sobrevivieron al estrujamiento. En realidad el elemento más frágil era su propio satélite de primera línea: la Alemania del Este, una lúgubre distopía totalitaria vigilada por la omnisciente Stasi. Tantos ciudadanos orientales huían hacia la abundancia de Occidente que Jrushchov ordenó

construir un Muro para confinar a su propia gente. También se puso a rumiar sobre la amenaza que Kennedy representaba para Cuba. «La cuestión más importante en la actual lucha por el poder» era, a su juicio, que «los que sufren de los nervios son los que la palman». Pues bien, él iba a poner a prueba esos nervios. «Será como jugar al ajedrez a oscuras.»

Instalar armas nucleares en Cuba: la puta del millonario y el gánster inmoral

Después de la Bahía de Cochinos, «yo no dejaba de darle vueltas a una idea: "¿Y si perdemos Cuba?"», rememoraba. En mayo de 1962 se le ocurrió una idea. «Si lanzan otra invasión, van a machacar a Fidel», pero si él instalaba misiles balísticos en la isla, podría impedir «este desastre»; no solo eso, además «igualaría la balanza del poder», dado que los estadounidenses acababan de emplazar misiles en Turquía, en la propia frontera de la URSS. Los grandes de la jerarquía soviética se doblegaron ante el ampuloso Jrushchov, pero a Mikoyán le surgía una duda. Los estadounidenses destruirían los misiles y «entonces, ¿qué se supone que debemos hacer nosotros? ¿Replicar atacando el territorio estadounidense?». La duda de Mikoyán se dejó de lado. «Instalen cohetes nucleares. Transporte discreto. Noticia pública, posterior», se decía en las actas. «Se trata de una medida ofensiva.»

Pocos días después se informó a los Castro. «Es la mejor manera de proteger Cuba —contestó Fidel—. Aceptamos de grado todos los misiles.» Jrushchov les dijo a sus camaradas que iba a solar «un erizo» en los pantalones del Tío Sam. En julio, mientras se detallaban los planes, Raúl Castro y el Che Guevara visitaron Moscú, donde quisieron saber: «¿Qué precauciones habéis tomado para el caso de que se descubra la operación?».

«No os preocupéis —dijo un Jrushchov sonriente—, no habrá ninguna reacción importante, y si la hay, enviaré a la Flota del Báltico.» Luego sugirió: «Agarraré a Kennedy de los huevos y lo sentaré a negociar»; como los campesinos que en invierno acogen

al ganado en su propia cabaña y se acostumbran al hedor de los animales, el presidente estadounidense tendría que «aprender a convivir con el olor de los misiles».[13]

El 26 de julio de 1962, una armada soviética partió de Odesa con 44.000 soldados y seis bombas atómicas, más 18 misiles de crucero nucleares, tres divisiones de armamento nuclear táctico y seis bombarderos. En agosto empezaron a instalar los misiles. Es probable que Jrushchov autorizara a su comandante a utilizar las armas tácticas si era necesario. El espionaje estadounidense se dio cuenta de que en Cuba había actividad, pero había pasado por alto los ingentes preparativos de Odesa y no llegó a comprender nunca la verdadera magnitud del despliegue soviético.[14]

El 14 de octubre un avión espía estadounidense reveló la presencia de varios misiles en Cuba, lo que sumió a Kennedy en una crisis mundial existencial. Acababa de descubrirse un erizo en los pantalones. «¡No puede hacerme esto a mí!», dijo de un Jrushchov al que calificó de «puto mentiroso» y «gánster inmoral». Fue la crisis más grave que ningún presidente tuviera que encarar, y a la postre demostró su perspicacia; según le dijo a su Comité Ejecutivo: «Caballeros, hoy nos vamos a ganar el sueldo». Kennedy escuchó a los consejeros belicosos que recomendaban emprender ataques quirúrgicos contra los misiles, un plan que apoyaron nueve miembros del Comité, frente a los siete que preferían un bloqueo. Pero él se decantó pronto por el bloqueo de Cuba y anunció una conferencia de prensa. Jrushchov entró en pánico: «¡Se acabó! ¡La obra de Lenin está destruida!». Mikoyán y el Presídium, todos ellos veteranos de la segunda guerra mundial —y temerosos por tanto del posible estallido de otra guerra—, se alarmaron de la imprudencia de su líder. Jrushchov temía que se produjera una invasión inminente y tuvo que admitir: «La tragedia es que pueden atacarnos y que nosotros responderemos. Esto podría llevarnos a una guerra a gran escala». Jrushchov instó a sus comandantes a «empezar esforzándose al máximo por no tener que usar el armamento atómico» e hizo hincapié en que este no podría desplegarse sin la autorización de Moscú.

En Washington JFK anunció la cuarentena de Cuba y exigió la

retirada de las armas. En el Comité Ejecutivo «habíamos dado el primer paso... y seguíamos con vida», recordaba Bobby. El presidente aceptó que sus generales, de gatillo fácil, planearan ataques aéreos, sin que ninguno supiera del completo arsenal nuclear de la isla; pero el asunto «tiene un aspecto infernal, ¿verdad?», le dijo a su hermano. JFK estaba obsesionado con un libro de historia, *Los cañones de agosto*, de Barbara Tuchman, un estudio sobre el principio de la primera guerra mundial, que habían leído tanto él como sus asesores. «Fue como una sucesión de tropezones», que desató el conflicto por culpa de «la estupidez, las idiosincrasias personales, los malentendidos y los complejos personales de inferioridad y de grandeza». Nunca un historiador habrá sido tan importante como lo fue entonces Tuchman.

En Moscú, un asustadizo Jrushchov ordenó regresar a algunos de los buques soviéticos; en Washington, con la voluntad de poner a prueba la cuarentena, JFK se complació al ver que seis naves retrocedían, pero ordenó frenar a toda la armada. «Tenía una expresión demacrada, la mirada, muy tensa», comentó Bobby. La orden de impedir el paso de todos los buques habría causado un enfrentamiento, pero se retiró justo a tiempo: «Por un momento el mundo se había quedado inmóvil y por fin siguió dando sus vueltas». En Moscú Jrushchov, que no podía dormir, «maldijo a Washington y amenazó con arrasar la Casa Blanca con el armamento nuclear», pero al final se calmó y se fue con sus camaradas a contemplar una representación del *Borís Godunov* en el Bolshói: «Tendrá un efecto tranquilizador. Si Jrushchov y los demás líderes están sentados en el teatro, eso significa que todos pueden dormir tranquilos». Pero al día siguiente, al saber que el bloqueo se reforzaba, maldijo «como un carretero», pateó el suelo y chilló: «¡Voy a aplastar a esa víbora!». Kennedy no era más que «la puta de un millonario».

Mientras Jrushchov buscaba la forma de calmarse, Kennedy hizo salir de Washington a Jackie y los niños y elevó el «estado de preparación defensiva» a DEFCON 2,[15]un paso previo a la guerra. Esta edición alarmó tanto a Jrushchov que le dijo a Mikoyán que retiraba los misiles a cambio de «la promesa estadounidense de no

atacar a Cuba». Dictó una carta larga y dispersa donde ofrecía desde la paz al enfrentamiento. Pero la crisis seguía intensificándose: Castro ordenó derribar cualquier avión estadounidense y se preparó para una invasión inminente; pasó la noche en la embajada soviética, sin dormir, tomando cerveza y salchichas. En ese punto decidió que el rumbo idóneo era la guerra nuclear.

Jrushchov había estado leyendo traducciones de un reputado columnista del *Washington Post*, Walter Lippman, que sugería solventar la crisis retirando los misiles estadounidenses de Turquía si los soviéticos retiraban los suyos de Cuba. Ningún periodista ha tenido una influencia más poderosa sobre la historia que la que tuvo entonces Lippman. Con esta idea Jrushchov le envió una carta menos conciliadora a Kennedy, quien envió a su hermano para que abordara el plan con el embajador soviético. Mientras el presidente descansaba, algo más aliviado, el asistente especial Dave Powers le llevó a su amante adolescente, la becaria Mimi. Pero aunque estuvieron charlando, «la expresión [del presidente] era grave ... incluso sus ocurrencias tenían un tono como de desánimo, de funeral». «Preferiría que mis hijos fueran rojos a que estén muertos», le dijo antes de mandarla a dormir sola, mientras él se quedaba a mirar la película *Vacaciones en Roma*.

Los líderes avanzaban hacia un acuerdo, pero los militares y las armas seguían avanzando hacia la guerra. Jrushchov recibió entonces la carta de Castro: «Es posible que los imperialistas quieren atacar nuclearmente a la URSS», sugirió Fidel, por lo que «sería el momento adecuado» para lanzar ataques nucleares contra Estados Unidos. «Por difícil y horripilante que pueda resultar esta decisión, creo que no hay otro remedio.» Es la carta más aterradora que haya escrito nunca un líder. A Jrushchov no le produjo un efecto distinto: «Cuando nos la leyeron estábamos sentados en silencio y nos quedamos mirando los unos a los otros durante mucho rato».

«Nos ha propuesto que hagamos un primer ataque nuclear —le escribió a Castro—. Este no sería un ataque más, sino el principio de una guerra mundial termonuclear.»

«Sabíamos que nos iban a exterminar ... si estallaba una guerra termonuclear —contestó el cubano—, pero en tal caso, ¿qué se iba a hacer con los locos que habían provocado la guerra?»

Se autorizó a las tropas soviéticas a resistirse con todas sus opciones no nucleares; y con ellas derribaron un avión estadounidense y mataron a un piloto. Bobby le dijo al embajador soviético que su hermano podía retirar los misiles de Turquía en el plazo «de cuatro a cinco meses», pero «no afirmar nada en público». «Aquí lo esencial es solventarlo rápido», añadió. No era una exageración: en aguas de las Bermudas, barcos de Estados Unidos lanzaron cargas de profundidad, no letales, para indicarle a un submarino soviético con armamento nuclear, el *B-59*, que debía emerger. Pero los oficiales del *B-59* no tenían contacto con Moscú y sus noticias de negociaciones se limitaban a las de la radio estadounidense. Hacia el mediodía del 27 de octubre, el capitán Savitski, con la creencia de que las dos superpotencias estaban en guerra, ordenó lanzar un misil nuclear T5: «¡Preparen para el disparo los tubos de torpedos [nucleares] 1 y 2!». Pero su comandante, Arjípov, utilizó el submarino como centro de mando, canceló la orden y le convenció de emerger a la superficie, donde un navío estadounidense dirigió los focos hacia él con un gesto amistoso. Savitski comprendió que era imprescindible detener los preparativos del disparo, y así lo ordenó. El mundo estuvo así de cerca de vivir una guerra nuclear.

En su dacha de Novo-Ogariovo, a las afueras de Moscú (que más adelante fue la residencia de Vladímir Putin), Jrushchov convenció a sus camaradas —a Mikoyán y a su protegido, Leonid Brézhnev, el teórico jefe de Estado— de que aceptaran la oferta que JFK les había enviado, de Cuba por Turquía: «Para salvar a la humanidad, debemos retirarnos».

En Washington el presidente Kennedy quedó tan aliviado que «me he sentido como un hombre nuevo», le dijo a Powers. «¿Te das cuenta de que ya había una incursión aérea completamente planeada para el martes? Gracias a Dios que todo se ha acabado.» Sin embargo cuando Jrushchov informó a La Habana, Castro se enfureció sobremanera. Jrushchov insistió en «ofrecer un consejo

amistoso: hay que mostrar paciencia, moderación, mucha moderación», y envió a Mikoyán a La Habana —a pesar de que la esposa de este, Ashkén, estaba muriéndose en Moscú— para decirle a Castro que los misiles volvían a la URSS. En privado Castro acusó a Jrushchov de ser «un cabrón ... un pendejo», que no había tenido «los cojones» porque era «¡un maricón!». En una reunión posterior, el 22 de noviembre, Castro se negó a permitir las inspecciones de Naciones Unidas y estalló contra Mikoyán: «No hemos acordado retirar los misiles ... ¿Usted qué se cree que somos? ¿Un cero a la izquierda, un trapo sucio?». Y reclamó disponer de armas nucleares.

CASTRO: Habíamos asumido el riesgo ... Estábamos preparados incluso para una guerra nuclear ...

MIKOYÁN: Nosotros también estábamos preparados a hacer sacrificios por Cuba.

CASTRO: ¿La Unión Soviética no transfiere armamento nuclear a otros países?

MIKOYÁN: Nuestra legislación lo prohíbe totalmente.

CASTRO: ¿Y no podríamos dejar las armas nucleares tácticas en Cuba? ...

MIKOYÁN: No, camarada Fidel; no sería posible.

Mikoyán recibió la noticia de que su esposa había fallecido y envió al funeral a su hijo Sergó.[16] Jrushchov tuvo la torpeza de negarse a acudir: «Los funerales no me gustan, no se puede decir que sea como ir de bodas, ¿no?».

El armamento balístico se retiró de la isla, y también el que los estadounidenses no sabían que había estado allí: las bombas atómicas y las armas nucleares tácticas.

La crisis había concluido.

Jrushchov se enojó con el cubano: «Es joven, no se sabe comportar». Pero la crisis había puesto de manifiesto que «somos miembros del Club Mundial», y él se defendió: «No es necesario actuar como aquel oficial zarista que por tirarse un pedo en un baile, se suicidó». Pero había sido más que un pedo en un baile.

«Le he cortado las pelotas», exclamaba un JFK exultante, que retomó los amoríos con Mimi. Kennedy y Jrushchov, que se habían aterrorizado mutuamente, dieron a entender a través de sus auxiliares que era momento de reducir las armas nucleares, por lo que acordaron establecer una línea de comunicación directa (técnicamente, un teletipo). Los dos bandos probaron la fiabilidad de la línea, Estados Unidos con una cita de Shakespeare, la URSS, con una de Chéjov. Se utilizaría antes de lo que se pensaba.

«Tenemos un problema a la hora de dar credibilidad a nuestro poder —dijo Kennedy— y Vietnam parece el lugar perfecto.» Para Jrushchov, Ho Chi Minh era un «santo» rojo; pero solo dio un apoyo limitado a los vietnameses, supervisando qué personal estadounidense llegaba a Tailandia y Vietnam del Sur. JFK, envalentonado por Cuba, odiaba a los dos líderes asiáticos que más se le parecían. El sentimiento era mutuo.

Sihanouk y el sha

El príncipe Sihanouk, *playboy* carismático, enamorado en este momento de una reina de la belleza europea —Monique, que se convirtió en su amante principal, pero no la única, y a la que se comparó a menudo con Jackie Kennedy— estaba intentando mantener Camboya en la neutralidad. Sihanouk se asoció al movimiento de los países no alineados, que encabezaban Nasser, Nehru y Sukarno y se inclinaba bastante hacia la URSS. Pero en Indochina, donde incluso soviéticos y estadounidenses se pusieron de acuerdo en que Laos fuera neutral, había poco espacio para una neutralidad genuina. Después de un tiempo de respiro, marcado por la retirada de los franceses, Ho Chi Minh y su camarada Le Duan —más joven y agresivo— ordenaron al general Giap que se infiltrase en Vietnam del Sur, que dirigía ahora otro grupo familiar: el presidente Ngo Dinh Diem y sus hermanos.[17]

Kennedy multiplicó el número de asesores militares estadounidenses en la zona, que pasaron de mil a dieciséis mil, y presionó a Sihanouk para que se resistiera a la intrusión comunista.

La CIA aprobó asesinar al príncipe, y los Ngo organizaron un atentado con bomba, pero Sihanouk sobrevivió. Pero el presidente estadounidense se sentía exasperado por los Ngo, que sofocaban con brutalidad las revueltas de los budistas. En noviembre de 1963 —tan solo veinte días antes de que JFK fuera a Dallas— los generales de los Ngo los depusieron y los pasaron por la bayoneta (salvo a la señora Nhu, que no estaba en el país). Sihanouk, cada vez más próximo a China, se molestó con Kennedy por sus amenazas.

Paralelamente JFK tenía mucho en común con el sha: los dos eran de la misma edad, los dos eran hijos atléticos y mujeriegos de magnates dominantes y hechos a sí mismos, los dos estaban casados con iconos de la moda, de carácter frío. Pero trágicamente la reina Soraya no podía tener hijos; después de que el sha, a sus cuarenta años, le rogara que le permitiese tomar a una segunda esposa, se divorciaron. En 1959 el sha se casó con una estudiante de arquitectura, joven y desbordante, Farah Diba, que lució un vestido de boda de Yves Saint Laurent. Farah era más liberal que el sha, estaba más abierta a los cambios. Tuvieron dos hijos y dos hijas, y a ella, por su elegancia, también se la comparó a menudo con Jackie Kennedy. Tanto JFK como Mohammad Pahlaví eran conquistadores aficionados al riesgo, y ambos fueron clientes de la parisina *madame* Claude.[18]

Sin embargo el presidente y el sha se odiaba. En los diez años transcurridos desde la caída de Mosaddegh, el sha había destacado como el poder emergente de la región. Mientras se enfrentaba a una confusa serie de conspiraciones, renegoció los acuerdos petrolíferos con Occidente. En 1960 fue uno de los fundadores de la OPEP, la Organización de los Países Exportadores de Petróleo, y logró llevarse bien tanto con los saudíes como los israelíes, a los que respetaba (incluso le gustaban). Utilizó a los estadounidenses contra los soviéticos, y eligió por aliados a los primeros, pero le molestaban sus interferencias. Creó una policía secreta, la SAVAK, que persiguió a los comunistas —se ejecutó a muchos— e hizo frente a las conjuraciones repetidas en su contra.

Para JFK, el sha era un tirano ineficiente, y le aconsejó que

nombrara como primer ministro a un aliado personal. El sha —que desbordaba orgullo y planeaba una revolución y un rearme— se encolerizó, pero accedió, ante la convicción de que los estadounidenses pretendían derrocarlo. Cuando el sha y Farah visitaron a Kennedy en la Casa Blanca, el ambiente fue gélido. Pero después de que el sha regresara a su país, la firmeza con la que trató a los ayatolás persuadió finalmente a JFK de que podría resultar un aliado de utilidad.

El 9 de enero de 1963 el pahlaví lanzó su revolución popular y del sha, que aspiraba a industrializar el país, redistribuir tierras y otorgar más derechos a las mujeres; pero con ello ofendió a los ulemas —doctores de la ley islámica— que encabezaba Ruhollah Jomeiní. Este ayatolá, de sesenta y tres años y mirada intimidatoria, parecía una copia de los mulás medievales, pero también fue un innovador. Con el apoyo de los Fedayines del Islam —la red secreta de terrorismo extremista que había asesinado a varios ministros—, Jomeiní estaba desarrollando una idea extraordinaria, que implicaba rechazar en su totalidad los gobiernos laicos. Mientras los chiíes aguardaban la aparición mesiánica del Mahdi oculto, deberían someterse a un guardián judicial islámico —el *velayat-e faqih*—, un papel que a su juicio, probablemente, nadie podría representar mejor que él mismo. Para la mayoría de los ulemas esta idea era una excentricidad, si no directamente un absurdo.

El 3 de junio de 1963 —día de la Ashura— Jomeiní denunció que el sha era «indigno y miserable» y lo comparó con Yazid, el califa omeya que en aquel mismo día había asesinado a Husain, el primer imán. El sha se dirigió a su primer ministro de confianza, Asadollah Alam, un terrateniente caballeroso que había cedido sus fincas y procesaba a los oficiales corruptos. «Tengo armas y cañones ... Destrozaré a sus madres.» El 5 de junio Alam detuvo a Jomeiní, lo que provocó varios días de disturbios; el ejército los sofocó, pero no sin causar cuatrocientas muertes. El sha destituyó temporalmente a su fiel Alam y eligió a un nuevo primer ministro, Hassan Ali Mansur, que reprendió y abofeteó a Jomeiní. Lo condenaron al exilio, en Irak, y desde el destierro Jomeiní ordenó

asesinar a Mansur. Pero el sha había vencido. Jomeiní carecía de relevancia ni de actualidad.

El sha nombró a su amigo Alam ministro de la corte —un papel más importante que el de primer ministro, en una monarquía absoluta— y había ganado tiempo para poner en práctica su revolución. Los objetivos eran admirables y, aunque en la ejecución no faltaron los defectos, el sha acertó a promover Irán como «clave de una vasta región». Recibió una ingente cantidad de armamento estadounidense y apoyó a varios aliados occidentales: Marruecos, Jordania e Israel.[19]Irán contrarrestó la radicalidad de Irak favoreciendo una rebelión de su población kurda.

El sha gozaba de la admiración de Alam por ser «un reformador resuelto y exigente», un meritócrata al que le gustaba decir: «¿De dónde vienen los pahlavíes? Mi padre era un simple soldado de provincias». Reza lo negociaba todo en persona, no se fiaba de nadie y se quejaba de la tensión. Los momentos de ocio no se diferenciaban en gran cosa de los de otros potentados y conocemos los detalles por los diarios de Alam. El matrimonio con Farah era feliz, pero él y Alam gozaban de las «visitas» esporádicas de las chicas de *madame* Claude, a las que se pagaba con joyas. Con palabras que bien podría haber pronunciado el presidente Kennedy, afirmó que el sexo era su «único descanso ... Si no me diera este pequeño capricho, estaría destrozado». La reina Farah —una mujer inteligente y sensible, que actuaba como «fuerza moderadora»— no tenía buen concepto de Alam, precisamente porque sabía que «su esposo y yo donjuaneábamos juntos».

En el interior del país las medidas del sha habían creado una clase media alfabetizada y millones de campesinos se marcharon a trabajar a las ciudades. Pero el sha no ofrecía ninguna participación en el gobierno; el dinero del petróleo se se dilapidaba en lujos, corrupción y armas, en vez de aliviar la pobreza; y la SAVAK recurría las torturas para aplastar la disensión. Según le dijo a este autor el duque de Edimburgo, que había convivido con él: «Como demuestra el caso del sha, cuando intentas hacerlo todo tú solo, la situación se vuelve difícil y peligrosa». El sha, malcriado por el éxito y la grandiosidad creciente, pensaba que su ascenso era

un signo de la providencia, e interpretó como un signo más al respecto lo que le sucedió a su enemigo de la Casa Blanca cuando la campaña electoral lo llevó a Dallas.

JFK SALE; ENTRAN LBJ Y MLK

En Dallas, el 22 de noviembre de 1963, JFK, que se desplazaba en una limusina descubierta junto con Jackie —personificación del estilo con un traje rosa de Chanel—, murió al recibir dos tiros en el cráneo y la garganta, disparados por un asesino, Lee Harvey Oswald, que probablemente actuaba en solitario. Jackie, con el traje manchado por los sesos de su marido, se arrastró fuera de la limusina, donde la rescató un guardaespaldas; el convoy se dirigió a toda prisa al hospital, pero ya solo se podía confirmar la muerte del presidente.

Su sucesor, Lyndon B. Johnson, era un político del aparato, un tejano duro y hecho a sí mismo, de apariencia gigantesca. Este maestro del funcionamiento del Congreso odiaba la vicepresidencia («no pagaría por ella ni un cubo de escupitajos», decía, citando a uno de los vicepresidentes de F. D. Roosevelt) y la petulancia de los Kennedy. Juró el cargo a bordo del avión presidencial, el Air Force One, junto a una Jackie con el vestido aún ensangrentado.

LBJ ordenó utilizar por primera vez la línea directa con Moscú, para informar del asesinato. Jrushchov —que temía que se culparía a los soviéticos— creía que el presidente había sido asesinado por conservadores contrarios a cualquier distensión con Moscú. Como representante de la URSS envió al funeral de Kennedy a Mikoyán, que en 1924 había sido uno de los portadores del ataúd de Lenin.

El estilo de liderazgo de Johnson podría definirse con su «Si no puedes follarte a un tío por el culo, al menos dale un buen pollazo en la cara. La cuestión es que sepa quién manda y que no se atreva a cogerte las llaves del coche». La determinación con la que defendió los derechos civiles pilló a todo el mundo por sorpresa. Pero cuando tenía que mostrar respeto ante los Kennedy,

le costaba. Bobby exhibió el luto por Jack en un romance de pesar con la viuda, Jackie. LBJ odiaba a Bobby y su «panda de Harvard» y, aquí también, el sentimiento era mutuo. «Bobby, te caigo mal. A tu hermano, no ... ¿Por qué a ti sí?», le había dicho un tiempo atrás. El fiscal general —que conservó su puesto al frente de los derechos civiles— reconocía que LBJ era «el hombre más formidable que haya conocido nunca, capaz de comerse con patatas a quien sea», pero lo consideraba «casi un animal».

«Hasta que la justicia sea ciega al color, hasta que la educación no tenga en cuenta la raza —prometió el nuevo presidente—, hasta que las oportunidades no tengan nada que ver con el color de la piel de cada cual, hasta entonces la emancipación será una proclama, pero no un hecho.» Pero siempre empañaba su decencia con un pragmatismo muy zafio: «Haré que esos negratas se pasen doscientos años votando por nuestro partido». El 2 de julio la Ley de Derechos Civiles ilegalizó la segregación y la discriminación racial. En marzo de 1965 Martin Luther King inició una campaña por el derecho de voto en Selma, Alabama, donde la brutalidad policial —el día se conoció como «Domingo Sangriento»— puso de relieve que las leyes segregacionistas, como la esclavitud, se basaban en la violencia. Dos días después de que King dirigiera una sesión de oraciones en el puente de Edmund Pettus, en la misma ciudad de Selma, Lyndon B. Johnson —el legislador más exitoso de la historia presidencial de Estados Unidos — dio su respaldo la Ley del Derecho de Voto, aprobada oficialmente el 6 de agosto de 1965. MLK rompió a llorar: después de trescientos años de esclavitud y apartheid, la liberación de los afroamericanos había empezado. Sin embargo para acabar con los prejuicios de varios siglos, no iba a bastar con dos estatutos.

El sha no lamentó la muerte del presidente Kennedy, antes al contrario, redactó una carta crítica para su sucesor, que Alam se negó a enviar; pero él también vivía amenazado. Un asesino ya le había disparado una vez. Poco después de que mataran a JFK un guardaespaldas converso al islam intentó acabar con la vida del sha en su despacho; pero este logró esquivar el fuego de la metralleta y continuó tranquilamente con lo que estaba haciendo:

«Los ladrones nunca asaltan la misma casa dos veces».

En el Kremlin, Johnson se enfrentaba a un equipo nuevo. Castro, a salvo aunque humillado, no tuvo más remedio que perdonar a Jrushchov; pero sus propios camaradas no lo hicieron. A las 4 de la tarde del 13 de octubre de 1964 Jrushchov —que contaba entonces setenta años— entró en el Presídium del Kremlin. Había estado de vacaciones en Abjasia, en el mar Negro, pero Brézhnev lo reclamó con urgencia: «¡Sin ti no podemos decidir!» y Jrushchov voló de regreso. En la sesión Brézhnev le denunció repentinamente por dictador, por cometer errores garrafales, por beber sin mesura, por «contradecir a Lenin», por «decidir las cosas en las comidas» y hasta por decir que el Presídium era una «manada de perros que mean en los bordillos». Ahora esos perros se le meaban encima.

Leonid («Lionia») Brézhnev, de cincuenta y siete años —osuno, de cejas muy pobladas, jovial y poco pretencioso— había sido protegido de Jrushchov desde la década de 1930. Este hijo de un tornero ruso del este de Ucrania había prestado sus servicios en el frente ucraniano junto con su patrono, y Stalin lo recompensó con un ascenso. Formó parte del equipo que detuvo a Beria, apostó por Jrushchov contra los grandes del estalinismo (aunque en mitad del drama, se desmayó) y lo ascendieron de nuevo, a segundo del Partido. Pero las denuncias de Stalin le disgustaban, los berrinches de Jrushchov lo avergonzaban y quedó horrorizado por el desastre de Cuba. «Antes de la guerra —se mofaba de él Jrushchov—, los chicos lo llamaban "la bailarina"» porque «basta con soplar para que gire». En junio de 1964 Brézhnev empezó a tramar contra el líder, pero con los nervios apenas contenía el llanto —«Jrushchov lo sabe todo. No hay nada que hacer. Nos va a fusilar»— e incluso redactaba entradas falsas en su diario: «Reunión con Nikita Serguéyevich. Felices y contentos de vernos». Brézhnev reclutó a la KGB y sugirió que asesinaran a Jrushchov o le preparasen un accidente de aviación. Pero en octubre de 1964, mientras Jrushchov disfrutaba de aquellas vacaciones en la Pitsunda abjasia, Brézhnev le tendió la trampa y reclamó que volviera a Moscú.

«Estás enfermo de megalomanía —le reprochó a gritos uno de

los grandes— y es incurable.» Pero el pecado imperdonable de Jrushchov había sido Cuba. «¡Hacer malabarismos con el destino del mundo...!», exclamaba otro. «Es la peor humillación que haya vivido nunca el ejército ruso o el soviético», dijo un tercero. «Yo no voy a regatear con mi conciencia —concluyó Brézhnev—. Destituid al camarada Jrushchov de todos sus puestos y repartidlos.»

«Os habéis juntado todos para palearme mierda —se lamentó Jrushchov—, y tampoco puedo alegar nada ... Me siento viejo y cansado.» Aun así, se complacía de lo que había logrado: «Se ha acabado el miedo, ahora podemos hablar como iguales. Esa ha sido mi contribución». A Jrushchov no lo fusilaron. Mikoyán ocupó la jefatura del Estado, el veterano Alexéi Kosyguin fue nombrado primer ministro y el liderazgo del Partido recayó sobre Brézhnev, que no tardó en recuperar el título anterior de «secretario general», el que había llevado Stalin. Pero Brézhnev no era otro Stalin, ni otro Jrushchov.

Los hachemíes y los Kennedy, los Mao, los nehruvianos y los Assad

Lionia la «Ballerina»: Brézhnev en el poder

Brézhnev era enérgico y agudo, bonachón y gracioso, un realista cauto, amigo de contar chistes, repartir motes y reírse a carcajadas. Sus valoraciones sobre la política de Estados Unidos y los líderes extranjeros eran sorprendentemente certeras y en el Kremlin se esforzó por «convencer a sus interlocutores y crear una atmósfera de conversación franca y libre», según rememoraba un joven secretario originario de la región ovina de Stávropol, Mijaíl Gorbachov, al que Brézhnev solía preguntar jocosamente: «¿Cómo van las cosas por el imperio de las ovejas?». Brézhnev —mujik aficionado a la bebida y la caza, y mujeriego, dado tanto a la vanagloria como a los autorreproches— coleccionaba coches rápidos y medallas que no merecía. De visita en Berlín, cuando su vasallo germano-oriental Honecker le regaló un Mercedes, lo condujo tan temerariamente que lo estrelló en una curva cerrada.

Se ascendió a sí mismo a la mariscalía, y lo ridiculizaban porque bramaba: «Dejad paso al mariscal», pero también hacía bromas sobre los estudios marxistas: «¿A que no esperabais que Lionia Brézhnev hubiera leído todo eso?». Redactó un diario, tan anodino que recordaba a los Habsburgo: «He cazado 34 gansos», decía una entrada típica. «Con Lionia no tenía que hacer más que contarle unos chistes, y listo», recordaba el jefe de la KGB, Semichastny. Los estadounidenses estaban convencidos de que los soviéticos manejaban todos los hilos, pero entre tanto los vietnameses decidían por sí mismos y Mao se reivindicaba con firmeza.

En Hanói el venerable Ho se retiró y Le Duan intensificó su guerra: infiltró en el sur a cuarenta mil soldados regulares, que se unieron a los ochocientos mil guerrilleros Viet Cong. «Para aplastar la amenaza comunista hay que actuar con fuerza», dijo Johnson.[1]A finales de 1965 había desplegado a doscientos mil soldados y estaba bombardeando el norte. Era una escalada en toda regla, pero Johnson le quitó importancia: «Si tienes una suegra con un solo ojo ... en el centro de la frente no la exhibes en la sala de estar». Sihanouk, que en este momento era el jefe de Estado de Camboya, había llegado a su cima: gobernaba con un dominio absoluto, pronunciaba discursos bien largos, se jactaba de sus conquistas sexuales, tocaba canciones de jazz con una banda y presentaba ballets donde participaba su propia y bella hija. También asesinaba a oponentes y permitía que la familia de Monique amasara fortunas. Entre tanto el caldero vietnamita rebosaba y se derramaba hacia el interior de Camboya.

Los Viet Cong utilizaban las fronteras camboyana y laosiana como rutas de abastecimiento hacia Vietnam del Sur, la «Ruta de Ho Chi Minh». En 1964 Sihanouk, que se hallaba próximo a Zhou Enlai —de visita en Phnom Penh— permitió que los suministros chinos llegaran a los vietnamitas a través de Camboya a cambio de una parte de los equipos militares; fue la «Ruta de Sihanouk». Mientras Estados Unidos desplegaba a más tropas, Sihanouk viró hacia la izquierda y reclutó para su gobierno a Khieu Samphan, un intelectual marxista formado en la Sorbona que pertenecía asimismo a la facción secreta maoísta liderada por el profesor Saloth Sar. Cuando Sihanouk le acusó de apoyar una revuelta campesina y organizó una humillación pública, Khieu Samphan desapareció. Muchos pensaron que había muerto, pero estaba en la jungla, donde se le unió Saloth Sar, que huyó a Pekín. Aquí le dio alojamiento el vice primer ministro Deng Xiaoping, pero quien captó su nefasto potencial fue Kang Sheng, el jefe de la policía secreta de Mao. En 1966, cuando China se volvió en contra de Sihanouk, este se dio cuenta de que en Pekín la situación estaba cambiando.

La picadura del escorpión y la caída de Cañoncito: Mao suelta a Jiang Qing

En noviembre de 1965, Mao —a sus setenta y un años, después de tres años de oposición creciente— convocó a su esposa Jiang Qing, la exactriz convertida en comisaria cultural que admiraba las óperas y las películas clásicas pero impuso a su pueblo el *kitsch* del Partido. Le ordenó que esbozara un manifiesto de revolución: el instrumento sería la cultura; el objetivo, «castigar a este Partido nuestro»; la diana, «la línea negra que se opone al pensamiento de Mao Zedong». Para Jiang, observar a Mao retozar con su harén de bailarinas resultaba doloroso. «En la batalla política, no hay líder que le supere —comentó—, pero en la conducta privada, tampoco hay nadie que le frente». Cuando descubrió a Mao en la cama con una enfermera, él ya mediada la sesentena, le gritó y lo abandonó; luego se lo pensó mejor y le dejó un apunte de la novela *Viaje al Oeste*: «Mi cuerpo está en la Cueva de la Cortina del Agua, pero mi corazón te sigue». Mao tenía a sus amantes, ella quería una carrera. En privado él había admitido que la detestaba —por ser «venenosa como un escorpión»—, pero ahora ella tuvo la oportunidad de vengarse de los grandes cargos del Partido que la habían tratado con desprecio. «Yo era el perro del presidente Mao; y al que me el presidente Mao me decía que le mordiera, yo le mordía», dijo más adelante.

Mao le mandó que reclutara a Lin Biao, recién ascendido a vicepresidente; este mariscal cruel, hipocondríaco y cadavérico había recopilado un libro rojo con los dichos de Mao, y ahora le prometieron la sucesión. Lin y su esposa —no menos neurótica, y amargada por los cotilleos sexuales sobre su pasado— se unieron a la camarilla de Mao junto con el jefe de la seguridad, que siempre vestía de negro, Kang Sheng. Las esposas iban a participar; los celos tendrían un papel en la historia; se saboreaba la venganza.

La crisis de Mao la había provocado él mismo. En 1958 había lanzado el Gran Salto Adelante, una campaña de industrialización frenética y demencial con la que aspiraba a que China «supere a todos los países capitalistas». Para ello había que avanzar a una

velocidad vertiginosa y obligar a los obreros y campesinos a producir alimentos excedentarios con los que adquirir más barcos y más acero. Mao no escuchó a los expertos porque «el saber de los profesores burgueses hay que tratarlo como lo que es: pedos de perro». Los alimentos se vendían para adquirir nueva tecnología y armamento; noventa millones de chinos se vieron forzados a construir altos hornos que producían un metal sin valor. Los campesinos no tardaron en morir de inanición: en tres años perecieron 38 millones, en la que fue la hambruna más grave del siglo.[2]«Con este ritmo de trabajo, quizá media China tenga que morir —reflexionaba Mao en mayo de 1958—, pero esto ya ha ocurrido varias veces en la historia de China.» En 1959 Peng, el ministro de Defensa, se mostró crítico con el Salto; pero lo cesaron y situaron en su puesto a Lin Biao. Llegados a 1962 hasta el presidente Liu Shaoqi, segundo de Mao, atacaba el Salto porque «la gente no tiene que comer». Liu, el primer ministro Zhou y el vice primer ministro Deng Xiaoping —un carácter pragmático que sería la otra figura central del siglo chino— moderaron las incautaciones de alimentos.

En el exterior, mientras competía con unos rusos desconcertados, Mao proyectaba su poder. Eran los inicios de una nueva versión de la historia, en la que China aparece como el poder supremo perpetuo del este de Asia: un papel que había interpretado durante el auge de los Tang, los Ming y los manchúes, con algunos siglos intermedios de fragmentación. En 1959 Mao engulló el Tíbet y expulsó a su joven rey sagrado, el Dalái Lama, que fue acogido por Nehru en la India. Mao decidió entonces darle a Nehru una lección sobre el poder de China.

Nehru llevaba una década presidiendo la mayor democracia del mundo, en pos de proyectos de planificación socialista, y había desarrollado la producción tanto de energía como de acero. Oficialmente era un país «no alineado», pero de hecho estaba aliado con la Unión Soviética: criticó la invasión anglo-francesa de Egipto al mismo tiempo que se negó a criticar el aplastamiento de Hungría por Jrushchov. Aspiraba a «crear un Estado justo con medios justos» y «crear un Estado secular en un país laico», pero

apenas actuó contra la pobreza o el sistema de las castas, que consideraba un elemento propio de la cultura hindú. Se relacionaba con el pueblo como un aristócrata. «Disfruto bastante del contacto fresco con el pueblo indio —le dijo a Edwina Mountbatten—. El esfuerzo de explicarme con un lenguaje simple ... y hacer que esas gentes sencillas me puedan comprender es a la vez agotador y emocionante». Pero el raj británico que heredó estaba plagado de rebeliones armadas —que se sofocaron todas con brutalidad— y sufría también la úlcera de Cachemira. En 1961 le quitó Goa a Portugal y al año siguiente Francia le cedió Puducherry (Pondichéry).

Nehru había empezado a moverse para que la India adquiriese la bomba. «Es un potencial que necesitamos. Primero tenemos que demostrar nuestro valor, y luego ya hablaremos de Gandhi, de la no violencia y de un mundo sin armas nucleares». Jrushchov había visitado Delhi, pero Nehru —que estaba fascinado por China, la que consideraba la gran socia de un inminente siglo asiático— se entendía mejor con Zhou Enlai. Sin embargo Mao contestó la frontera sino-india, que manchúes y victorianos no habían definido con precisión. «La India no va a renunciar ni a un solo metro de la India», respondió Nehru, que nombró como jefe del Estado Mayor a un inepto colega cachemir, al que ordenó que expulsara a las tropas chinas.

En octubre de 1962 las tropas de Mao derrotaron con claridad a las indias y siguieron ganando territorio. Nehru, que había soñado con aliarse con China, llamó desesperadamente a Washington para pedirle bombarderos. La fiesta de aniversario de Indira —cuarenta y nueve años, al mes siguiente— estuvo marcada por la tristeza. Cuando la familia le preguntó a Nehru cómo estaba, él dijo tan solo: «Los chinos han franqueado el Paso de Sela». Mao no habría tenido dificultades para llegar hasta Kolkata, pero se detuvo. «Nada podría dolerme más», comentó Nehru, cuya decadencia era evidente; «la tensión es tremenda», dijo Indira. El 27 de mayo de 1964 Nehru, que había sido primer ministro durante dieciocho años, murió de un ataque al corazón a los setenta y cuatro. Indira acababa de perder a su compañero del

alma y también la casa, pues desde la independencia había vivido en la residencia nehruviana. Mientras sopesaba abandonar el país para dirigir una hospedería en Londres, las figuras del Congreso eligieron como nuevo primer ministro a Lal Shastri, que nombró a Indira ministra de Información. Su hora llegaría antes de lo que ella había previsto.

Los éxitos del exterior no garantizaban la paz interior. En abril de 1966 soltó las riendas de Jiang Qing y su manifiesto favorable a «matar la cultura», se denunció a «una camarilla contraria al Partido» y Lin Biao anunció que todo aquel que criticara a Mao debía ser «ejecutado ... toda la nación debe reclamar su sangre». Mientras Mao desataba el resentimiento acumulado contra los barones del Partido, en privado, el Politburó, Lin Biao daba contestación a las cartas difamatorias por las que cierto «Montecristo» acusaba a su esposa de aventuras sexuales; la estrafalaria respuesta consistió en leer una declaración según la cual la señora Lin «era virgen cuando se casó conmigo» y «no tenía relaciones amorosas sexuales». En mayo, tras obtener el respaldo del primer ministro Zhou, Mao orquestó detalladamente el Terror por medio de su Grupo para la Revolución Cultural;[3]dictó que los estudiantes castigaran cualquier «idea burguesa» de sus profesores y suspendieran las clases. Los que dieron en llamarse «guardias rojos» apalearon a numerosos profesores de la universidad de Pekín. En julio Mao exhibió su poder nadando en el Yangtsé. «Quería exhibirme», reconoció más tarde, pero de no haber contado con la ayuda subrepticia de la guardia, el líder ya septuagenario «habría muerto». En Zhongnanhai un Mao revitalizado se trasladó a una nueva residencia, la Casa de la Piscina, inmediata a su propia piscina cubierta. En Zhongnanhai, cuando Mao convocaba a los cortesanos, la guardia solía decir: «Os reclaman en la piscina».

Aquel mes de agosto Mao dirigió una carta a los estudiantes de la nación, en la que atacaba a los líderes «venenosos» del Partido, criticaba «la arrogancia de la burguesía» y ordenaba: «¡Bombardead los cuarteles generales!». Luego apareció con Lin en un desfile, portando su *Libro Rojo* (del que hubo una ingente

edición de bolsillo). Instigó una caza de brujas pública: el ministro del Carbón sufrió una paliza, lo torturaron —con el método del «avión a reacción», que inclinaba a la víctima hacia delante para tirarle de los brazos hacia atrás— y por último lo apuñalaron. Por toda China, bandas de estudiantes y de criminales asaltaron a sus superiores, ya fueran maestros o líderes del Partido, y celebraron «sesiones de lucha» en la que se apaleaba a las víctimas al tiempo que se las obligaba a confesarse culpables; en conjunto supuso un nuevo hito en la intolerancia de izquierdas.

Mao —que como Stalin, dominó magistralmente la movilización en la Era de las Masas— dirigió el Terror. Ascendió a Lin Biao como su futuro heredero, y tanto su esposa como Lin se unieron al Politburó; a las personas que le pareció que podrían resultarle de utilidad, Mao las preservó. El presidente Liu fue acusado de ser «el primer promotor del capitalismo», él y su mujer sufrieron la tortura del «avión a reacción» y les dieron una paliza brutal; Liu padecía cáncer y se le dejó morir habiéndosele negado la posibilidad de recibir tratamiento alguno. Mao respetaba por el contrario a Deng Xiaoping, su exfavorito, el hombre duro que dirigía China y al que él apodaba «Cañoncito». Pero en aquel momento se denunció también a Deng como «segundo promotor del capitalismo», se le destituyó y se le envió a una fábrica de tractores de Jiangxi; a su hijo Pufang lo torturaron y lo arrojaron de la azotea de un edificio, a lo que sobrevivió, pero parapléjico.[4]Su aliado Xi Zhongxun, un vice primer ministro, también acabó degradado a una fábrica de tractores, tras ser denunciado por Kang Sheng; luego lo torturaron en público y lo encarcelaron. Su hijo de diez años, Xi Jinping, fue testigo de la caída de su padre y de cómo los guardias rojos destruyeron su residencia privilegiada; la esposa, Qi Xin, sufrió una sesión de lucha aterradora, hasta que denunció al marido; la hija se suicidó. Qi eligió acompañar a Xi al exilio, donde él leyó a Adam Smith y Churchill, pero los más de diez años de disfavor y trauma lo sumieron en la amargura. El chico se vio obligado a unirse al movimiento maoísta Bajar al Campo; huyó a Pekín, pero lo detuvieron y enviaron de regreso. No tuvo ocasión de volver a ver

a sus padres hasta cumplidos casi los veinte años. Cuando se convirtió en el autócrata de China rememoró el Terror. Cincuenta años más tarde afirmaba: «Veo los corrales [campos de detención de los guardias rojos]. Mi concepto de la política es más profundo». China era un caos: tres millones de personas murieron, cien millones perdieron sus puestos de trabajo, 17 millones fueron deportados o se los envió al campo para su «reeducación», se presumía de haber impreso mil millones de ejemplares del *Libro Rojo*.

Brézhnev estaba fascinado por Mao, pero no salía de su asombro. «¿Qué clase de persona es? ¿Es un comunista o un fascista? ¿O quizá el nuevo emperador de la China?», le dijo a Castro, desconcertado. Brézhnev defendió el imperio de Stalin sin caer en la locura de Mao —«cuando las fuerzas hostiles al socialismo intentan dirigir a algún país socialista hacia el capitalismo, esto se convierte en ... problema común de todos los países socialistas»—, pero después de Cuba prefirió limitar las armas nucleares junto con Estados Unidos. En cambio no tenía inconveniente en batallar con dureza de forma subsidiaria, en África.

NASSER Y EL REY: SEIS DÍAS DE JUNIO

África fue un territorio fértil para los soviéticos, pero la rivalidad con Occidente y la inestabilidad política planteaban problemas. Nkrumah el Redentor viajó con frecuencia a Moscú, La Habana y Vietnam del Norte, pero *Papa* Houphouët —en coordinación con Foccart, el cerebro africano de De Gaulle— dio su respaldo a una conspiración contra el Redentor, que fue redimido y depuesto por su propio ejército; el golpe sumió a Ghana en una espiral de dictadura y corrupción. Houphouët fue uno de los numerosos líderes africanos que se inclinaron hacia Occidente. El 12 de diciembre de 1964 se eligió presidente a Kenyatta. Contaba sesenta y seis años y hasta poco antes estaba en arresto domiciliario. El afable, hedonista y extrovertido Lanza Ardiente era polígamo: se

casó en cuatro ocasiones, la última de ellas con Ngina, treinta y cuatro años más joven, una mujer tan extrovertida como él, pero que no tuvo reparo en amasar una fortuna. Kenyatta acabó por forjar un Estado unipartidista, donde se le ensalzó como el *mzee*, anciano y señor. Solía acompañarse de un plumero antimoscas y se vestía con pieles de leopardo, de la cabeza a los pies. Dominó Kenia[5]mediante una corte de secuaces kikuyu con los que se repartió los despojos del gobierno; convirtió a su familia en la mayor propietaria de tierras del país, y chocó con su aliado, el luo Tom Mboya, ministro de Hacienda.

En esta época regresó también Barack Obama *senior*, el protegido de Mboya, que vino de Harvard para incorporarse a la élite. Su exesposa Ann, antropóloga profesional, seguía viviendo en Yakarta con su segundo marido, que como dijimos era indonesio, y su hijo Barack *junior*; el padre se reunió en Nairobi con su nueva esposa, Ruth Baker, blanca y judía. El doctor Obama fue uno de los economistas más destacados del Ministerio de Hacienda, de Mboya, donde gozó de una posición afortunada, pero no prosperó. A su hijo Barack solamente lo volvió a ver en una ocasión.

Kenyatta no quería a soviéticos en Kenia; Egipto fue más receptivo. Brézhnev apoyó a Nasser con armas, asesores y datos de inteligencia con los que enfrentarse a Israel, un enemigo mutuo. Nasser se preparó para la guerra, y nombró ministro de esta cartera, y mariscal, al amigo que le había acompañado desde hacía tiempo, Abdel Hakim Amer. Este era un hombre flaco y libertino, pero porfiado, que se resistió a los intentos de Nasser de controlar a las fuerzas armadas. Festejaba sin medida con chicas y drogas, mientras que Nasser, que adolecía de diabetes y problemas coronarios, acusaba la tensión con insomnio. En su familia, su hija favorita se enamoró de un ingeniero joven y ostentoso, Ashraf Marwan, hijo de un general. Nasser desconfiaba del joven, pero Mona impuso su criterio y el yerno se incorporó al despacho del presidente. La pareja vivió durante un tiempo en Londres, en condiciones de lujo, hasta que Nasser se enfureció con su extravagancia y humilló a Marwan. Este, no obstante, se vengaría.

Nasser, a lomos de las multitudes —y de las promesas de

Amer sobre su poderío militar—, fue aumentando las amenazas de aniquilación contra Israel. Pero cuando un dictador se cree su propio mito, este lo devora. A principios de 1967, mientras Israel atacaba a las unidades paramilitares de los exiliados palestinos que hacían incursiones en su territorio y entablaba duelos con el ejército sirio, Nasser expulsó del Sinaí a los pacificadores de la ONU y anunció el fin de Israel. Brézhnev compartió con Nasser informes de inteligencia sobre un plan de ataque israelí contra Siria. Carecía de solidez, pero Nasser lo utilizó para acicatear la belicosidad de los sirios.

En el frente central de Jordania, el diminuto rey hachemí Hussein, de tan solo treinta y dos años, ya había sido denunciado por Nasser —que lo tildaba de ser un «lacayo del imperialismo»— y tuvo que esquivar también a asesinos nasseríes. Hussein, que llevaba el nombre de su bisabuelo, el emir de La Meca, se había formado en Harrow y Sandhurst, y era un joven astuto, desenvuelto, aficionado al deporte y a la belleza femenina. Se enorgullecía de proteger el Haram al-Sharif, en Jerusalén; pero no estaba claro que él mismo pudiera sobrevivir. Aún lamentaba la muerte de su primo destripado, Faisal de Irak. Mientras Hussein gobernaba la Cisjordania, Nasser promocionaba como representante legítima de los palestinos a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), recién fundada y dominada por un joven radical: Yasser Arafat, nacido en El Cairo pero criado en parte en el barrio magrebí de Jerusalén.

En este punto, Nasser invitó a El Cairo al reyecito jordano. Hussein asintió, aun sabiendo que allí quizá lo detendrían o asesinarían. Nasser lo abrumó con su figura y bromeó amenazadoramente: no lo arrestaba, pero le exigía el mando de las fuerzas de Jordania. Hussein se rindió. «Nuestro objetivo básico será destruir Israel», dijo Nasser.

Al otro lado de la frontera, los israelíes vivían la escalada con pánico. Su primer ministro Levi Eshkol era un anciano indeciso y nervioso. El jefe del Estado Mayor y comandante de las fuerzas especiales en 1948 —Yitzhak Rabín, de pelo claro, lacónico, fumador empedernido— estaba a punto de sufrir un colapso. Ante

la angustia existencial de su pueblo, Eshkol cedió a la presión pública y nombró ministro de Defensa a Moshé Dayán (quien, casi como un pirata, a menudo llevaba un parche en el ojo). Este kibbutznik nacido en Israel —«original, guapo y sin duda brillante», en palabras de Peres— era un amante compulsivo de las mujeres y aficionado a la arqueología. Hablaba el árabe con fluidez y tenía muchos amigos árabes. Durante la revuelta árabe había sido entrenado por comandos británicos. Dayán y Rabín diseñaron un ataque preventivo que se dirigiría primero contra Egipto y luego contra Siria, y advirtieron a Hussein de que se mantuviera fuera del conflicto.

Al amanecer del 5 de junio de 1967 los aviones israelíes —*Mirage* enviados por Francia— destruyeron completamente la fuerza aérea egipcia; luego las tropas de tierra barrieron las defensas egipcias hasta tomar el Sinaí y llegar al canal de Suez. El mariscal Amer ordenó contraatacar, anunció la victoria, fue presa del pánico y se retiró. Dayán viró al norte para machacar Siria y tomar el Golán. Hussein observaba la evolución de la guerra con inquietud; Amer se jactaba de estar obteniendo victorias históricas y ordenó que Jordania atacara Israel. Hussein envió a su Legión Árabe. Dayán hizo caso omiso del movimiento, ocupó Cisjordania y —en un momento de emoción casi mística, dos milenios después— volvió a reunir Jerusalén bajo el dominio de los judíos. La victoria de la guerra de los Seis Días cambió muchas cosas. Por todo el mundo, los judíos estallaron en celebraciones y miles acudieron a rezar al Kotel: el Muro, la única sección preservada del Templo. Israel se dejó llevar por la confianza. La frialdad estratégica habría sugerido conservar una parte de Judea, Samaria, más el Golán y el Sinaí, para dotar de más profundidad estratégica a un Estado con un territorio muy estrecho. Pero el triunfo, por un lado, sometió a muchos palestinos al dominio israelí; por el otro despertó un nacionalismo religioso soterrado bajo la tradición laica y socialista de Israel, por el que se reclamó colonizar las tierras de los antiguos reinos. Para muchos israelíes, Jerusalén —la sagrada Sion— se convirtió en capital «perpetua» e «indivisible» de Israel.

Nasser corrió al cuartel general del ejército, donde él y Amer

estuvieron a punto de llegar a las manos. Luego el Rais emitió por radio su dimisión. Millones de egipcios se congregaron a las afueras del palacio para gritar: «¡Somos tus soldados, Gamal!», y Nasser, restaurado en el poder, destituyó a Amer. Este, que contaba con el respaldo de sus oficiales, intentó derrocarlo. Nasser se le enfrentó en su propia casa y ordenó arrestar y liquidar a Amer, quien o bien se suicidó, o bien fue asesinado. El Rais lamentó la pérdida de su «gran amigo» y visitó a Brézhnev para obtener armamento. «Si yo fuera el líder israelí, no cedería nunca los territorios ocupados», le dijo el egipcio al soviético. Brézhnev, ante la clara derrota de los aliados, usó la línea directa con Washington para confirmar que Johnson no pensaba intervenir.

Los asesinatos: Bobby Kennedy, Martin Luther King, Mboya

LBJ no estaba en condiciones de intervenir. La guerra de Vietnam lo había destruido y su enemigo Bobby Kennedy, ahora senador de Nueva York, se había convertido en un liberal inspirador y se montaba en la ola de disgusto que el presidente había generado. «Hay quien ve las cosas como son, y se pregunta por qué; yo sueño con cosas que nunca han sido y me pregunto: "¿Por qué no?"», decía.

En Vietnam combatía un total de 525.000 soldados estadounidenses; miles de jóvenes estadounidenses, convocados por Bobby Kennedy y Martin Luther King, protestaban contra una guerra injusta y mal concebida. La apariencia eran los pelos largos, los pantalones de campana y las minifaldas; la marihuana era el bálsamo; la teoría crítica marxista, la visión; Mao y el Che Guevara, los héroes. Aspiraban a un mundo radicalmente nuevo, que prometía un sueño utópico de amor, tolerancia e igualdad al reducido número de jóvenes de América y Europa que realmente vivieron el breve período conocido como «los sesenta».

Sus verdaderos cronistas fueron ante todo poetas: Bob Dylan y Leonard Cohen, dos hijos de familias judías de clase media —uno

de Minnesota, el otro de Montreal— que pusieron música a sus poemas. La banda sonora de los sesenta fue el rock, en particular la oleada de bandas británicas que capitanearon los Beatles pero representaron a la perfección los Rolling Stones, cuyas estrellas unieron el ágil pavoneo y la insolencia sexual de los labios de Mick Jagger con los *riffs* de guitarra de Keith Richards. Los Rolling escribían sus propias canciones, reinterpretaron el *blues* y «conquistaron» Estados Unidos; pocas canciones personificaron la rebelión, las promesas y el cinismo de los sesenta tan claramente como «(I Can't Get No) Satisfaction». La clase dirigente del Reino Unido temía a estos hedonistas radicales, detuvo a Jagger y Richards y los condenó a penas de cárcel por posesión de drogas. Los rescató, no obstante, un editorial del *Times* titulado «Matar moscas a cañonazos». Tras la puesta en libertad vino la apoteosis: aquella banda, y otras estrellas del rock —músicos de talento, de orígenes oscuros, que se enriquecían con la venta de millones de discos y tocaban en estadios llenos— volaban por todo el globo en aviones adaptados a su capricho, acompañados de séquitos propios de amantes, cortesanas y traficantes de drogas. Durante los cincuenta años posteriores alcanzaron la cumbre de un nuevo prestigio social universal, compartido con las estrellas del cine y el deporte, en la Era del Consumo de Masas en Occidente; un prestigio comparable a los de los príncipes, paladines y papas de siglos anteriores.

Esta era también tuvo un trasfondo visual distintivo: las noticias sobre las tropas estadounidenses, sudorosas y colocadas, con sus helicópteros Chinook, en la primera guerra televisada: la de Vietnam. La gran manifestación artística de este período alienado fue la brillantez distorsionada de las pinturas de Lucian Freud —nieto de Sigmund—, notablemente más emocionantes que el conceptual «expresionismo abstracto» de la década anterior.[6]

La rebelión de estos jóvenes se producía en el mismo momento en que se había demostrado científicamente la realidad de la familia: en 1962 dos científicos, uno británico y otro estadounidense, ganaron el premio Nobel por haber descubierto la estructura del ADN. Nueve años antes, un cerebrito con poco pelo

entró en su pub local de Cambridge, el Eagle, y anunció ante la sorpresa de los bebedores: «¡Hemos encontrado el secreto de la vida!». Francis Crick, de treinta y seis años, en colaboración un joven estadounidense, James Watson, de tan solo veinticuatro, habían descubierto la doble hélice del ADN. Pero no ellos solos. De hecho competían con otra investigadora —Rosalind Franklin, una química anglojudía de treinta y dos años—, de cuyo descubrimiento esencial sobre las propiedades claves del ADN se habían apoderado sin que ella lo supiera, gracias a un colega del King's College de Londres. «Cuando vimos la respuesta —rememoraba Watson—, tuvimos que pellizcarnos. ¿Era algo tan bonito, de verdad? Porque era muy bonito?». Franklin murió de cáncer con tan solo treinta y siete años, por lo que no llegó a compartir con Crick y Watson el posterior premio Nobel.

El descubrimiento confirmó que el ADN era en sí el portador de la información hereditaria, y estudios posteriores mostraron que los seres humanos eran todos ellos prácticamente iguales entre sí; las diferencias eran ínfimas y todos somos una colección andante de historias familiares, todos somos miembros de una familia más profunda, más extensa. Se confirmó que la raza, como categoría social, no se basaba ni en diferencias científicas ni reflejaba linajes genéticos. Era una construcción social, aunque esto no la privara de todo el poder que ha tenido. Descifrar el ADN humano ha ayudado a revelar los giros, las migraciones, los asentamientos, los choques de la historia humana, y además puso en marcha una revolución biológica que ha transformado el mundo, desde el tratamiento de las enfermedades y la investigación de los crímenes hasta una nueva pasión por la historia familiar.

En 1960, una píldora anticonceptiva —que utilizaba hormonas para inhibir la ovulación— liberó por vez primera a las mujeres del dominio masculino del sexo: ahora se podía disfrutar por sí mismo. Nuevos artilugios domésticos, lavadoras, frigoríficos, aspiradoras, acabaron con el trabajo de las sirvientas pero también liberaron a las mujeres —incitadas a su vez por un movimiento de empoderamiento femenino, el feminismo— para que desarrollaran carreras independientes. Tenían menos hijos, pero en este período

la mayoría ya sobrevivía hasta alcanzar la edad adulta, lo que ha generado un nuevo culto a la infancia, en particular entre la clase media, donde la voluntad de trabajar de las mujeres chocaba con la virtud de la crianza atenta. El movimiento feminista fue el gran éxito de los años sesenta y primeros años setenta: la Gran Reforma Liberal que trajo consigo el derecho al aborto, limitó la pena de muerte, legalizó la homosexualidad y luego los derechos de este colectivo.

La libertad sexual de las mujeres conmocionó a una gerontocracia ranciamente masculina: en 1965 Franco y Tito cumplieron setenta y tres años, y De Gaulle, setenta y cinco.[7]«No hay que reducir a las mujeres a máquinas de hacer el amor —se lamentaba De Gaulle, aquel mismo año, en una denuncia de la píldora—. Una mujer está hecha para tener hijos ... ¡El sexo lo va a invadir todo!». Y en efecto lo hizo. Dos años más tarde el general legalizó al fin la píldora, pero el 3 de mayo de 1968 unos estudiantes radicales se apoderaron de la universidad de la Sorbona, en París, y empezaron a levantar barricadas. Reclamaban la revolución marxista y el «*adieu De Gaulle!*»; los obreros hicieron huelga, los estudiantes ocuparon los campus. El presidente mostró su disgusto por aquel *chienlit* —caos desagradable; literalmente, *chienlit* es una persona que se caga en la cama— y envió a la policía antidisturbios: «Cuando un niño se enfada y se pasa de la raya, la mejor manera de calmarlo es darle una torta». Pero la violencia solo intensificó *les événements*. La señora De Gaulle lloraba en las comidas, el presidente despotricaba: «Los franceses no se han recuperado nunca de las derrotas de Waterloo y Sedán», y avisaba: «Yo no soy Luis Felipe».

Lo que sopesó en cambio fue una solución única en las democracias modernas: el 29 de mayo el presidente se marchó a su residencia de Colombey, pero en la práctica, con un asistente y su hijo, requisó el helicóptero y lo dirigió al cuartel general de Francia en la OTAN, sito en Baden-Baden. «Todo se ha acabado», le dijo al general Massu, para poner a prueba la lealtad del ejército ante un golpe militar. «¡Es imposible! ¡Esto es una locura!», contestó el general. De Gaulle no era el único potentado sometido

a un asedio. En Checoslovaquia, un reformista había iniciado una «Primavera de Praga» contra el imperio soviético. En Estados Unidos, Johnson, derrotado, anunciaba que no se presentaría a la reelección. Se contaba con que Bobby Kennedy ganaría. Sin embargo en Francia, como en cualquier otro sitio, la mayoría —lo que el candidato presidencial Richard Nixon ensalzó como «la mayoría silenciosa»— solo estaba dispuesta a tolerar durante un tiempo los excesos de la juventud radical. Cuando De Gaulle voló de regreso al Palacio del Elíseo, para convocar nuevas elecciones, la opinión pública había virado en contra de los estudiantes. Los daños que él había sufrido, no obstante, eran irreversibles y al poco tiempo dimitió.

El 21 de agosto Brézhnev envió a doscientos mil soldados a aplastar la Primavera de Praga, lo que insufló veinte años más de duración al imperio de Stalin. En Estados Unidos la fiesta del amor de los sesenta también se empezaba a pudrir. A Martin Luther King le llovían las amenazas por todas partes: en Menfis, el 3 de abril de 1968, habló sobre su muerte. «Yo solo quiero hacer la voluntad de Dios, y Él me ha permitido subir a la montaña —dijo en un sermón —. Y he podido ver más allá. He visto la Tierra Prometida. Pero es posible que no pueda acompañaros hasta allí». Al día siguiente, en el balcón de su motel, King fue asesinado por un criminal que buscaba llamar la atención. Bobby Kennedy denunció «esta amenaza irracional de la violencia» y afirmó: «Las balas de los asesinos nunca han logrado acallar las causas de los mártires». Tres meses más tarde, en junio, el propio Kennedy —a sus cuarenta y dos años, cuando estaba a punto de ser elegido definitivamente como el candidato demócrata a la presidencia— pronunció un discurso en el hotel LA Ambassador. Mientras atravesaba la cocina un palestino desequilibrado le disparó. «Todo va a salir bien», dijo, moribundo. Pero no iba a ser así.

El 5 de julio de 1969, en Nairobi, Tom Mboya —el exuberante ministro de Hacienda, al servicio de un presidente Kenyatta ya envejecido— paseaba por la Government Road cuando se topó con su exprotegido, Barack Obama. Había intentado ayudarle, pero aquel espíritu libre e incontenible había criticado su política, había

perdido varios trabajos, había caído en el alcoholismo. Un día en que conducía borracho mató al pasajero que le acompañaba, su mejor amigo, en el primero de una serie de accidentes de coche. Su matrimonio también se deshizo. Obama charló un rato con Mboya y siguió caminando. Al poco oyó unos disparos: un kikuyu había abatido al luo Mboya. Antes de que lo ahorcaran el asesino preguntó: «¿Por qué no atacáis al Gran Hombre [a Kenyatta]?». Este solía afirmar: «T. J. [Mboya] es mi hijo favorito», pero es posible que sus propios cortesanos kikuyu hubieran encargado el atentado. El asesinato —al igual que los de Kennedy y King en Estados Unidos— supuso en Kenia el principio de una política más dura y tribal. También aceleró la decadencia del doctor Obama, que atribuyó su siguiente accidente alcohólico a un atentado ordenado por Kenyatta. Según la familia le contó más adelante al hijo, Kenyatta lo dominaba todo, en el país —«Ahí es donde empieza todo, en el Gran Hombre»— y el doctor cometió la equivocación de «olvidar qué lo mantiene todo unido, aquí».[8]Aun así, no se había olvidado del hijo estadounidense: «Dejé en América una cría de toro. Algún día iré a buscarlo».

Un día, Barack *senior*, a los treinta y siete años, se presentó en Hawái para ver al hijo perdido tiempo atrás, que había vuelto a las islas. Ann seguía casada con el esposo indonesio y tenía un trabajo en Yakarta. Barack *junior*, «Barry», se quedó con los abuelos para asistir al mejor centro de estudios del estado. Algo más tarde Ann regresó también a Hawái. Cuando el chico volvió a ver a su famoso padre, contaba diez años. Era «una figura alta y negra … más delgado de lo que esperaba», vestido con «un blazer azul y una camisa blanca, una boina escarlata y gafas de montura de carey», que cojeaba y se ayudaba de un bastón con puño de marfil. Enseñó a Barry a bailar y habló delante de su clase. Pero venía con la intención de regresar a Nairobi con Ann y el hijo. Ann se negó.

Barry y su padre no volvieron a verse. La madre —solo dieciocho años mayor que el hijo— lo era todo para él. «Es el espíritu más amable y generoso que haya conocido nunca. Todo lo que hay de bueno en mí se lo debo a ella», escribió.

En Nairobi el doctor Obama encontró trabajo en el Ministerio

de Hacienda, donde por fin fue objeto del respeto que merecía, mientras el hijo estudiaba primero en Los Ángeles y luego en la facultad de Derecho de Columbia. El 23 de noviembre de 1982 el padre murió en un accidente de coche, con solo cuarenta y ocho años. «Yo había cumplido poco antes los veintiuno y un extraño me llamó para darme la noticia», escribió Barack Obama *junior*. Deseaba conocer la verdadera historia de su padre y poder construir la historia de su familia. Soñó con su padre y dirigió la mirada hacia África con la intención de definirse a sí mismo.

Mientras Obama empezaba los estudios universitarios y la búsqueda de sí mismo, Estados Unidos se hallaba en su punto más bajo: en el interior imperaba la división, en el exterior la Rusia soviética mantenía las tablas y en Vietnam sufría una hemorragia de hombres y prestigio. «Pensarás que eres el más poderoso de los líderes, por detrás de Dios —le dijo Johnson, ya agotado, a su sucesor, Richard Nixon, al recibirlo a regañadientes en el Despacho Oval—, pero cuando te sientes en esta silla alta, ya lo verás, Señor Presidente: no puedes contar con nadie.»

El afrodisíaco del poder: el juego triangular de Kissinger y Nixon

Nixon era un tipo experto y duro, tanto como Johnson, pero un poco más pulido. Su padre era un tendero arruinado y de mala intención, y su madre, «una santa cuáquera»; él salió quisquilloso, complicado y misántropo, con estrangulamiento emocional. Aunque superó la derrota ante JFK, su intento de convertirse en gobernador de California se saldó con un desastre. «Richard M. Nixon ya no os andará maltratando más por aquí», le dijo a la prensa después del segundo fracaso. Pero entonces, al ver el fiasco de Johnson en Vietnam y las divisiones nacionales que generó, se reinventó como representante de «la mayoría silenciosa». Su primer desafío al asumir la presidencia, en enero de 1969, era hallar el modo de salir de Vietnam.

«En los asuntos internacionales me rijo por una regla —le dijo

a la primera ministra israelí, Golda Meir—, y es: “Hazles a los demás lo que ellos te harían a ti”.»

«Más un 10 %», añadió su asesor en materia de seguridad nacional, el doctor Henry Kissinger. Los dos formaban una «extraña pareja» tan improbable como efectiva. Kissinger, de cuarenta y cinco años, adquirió de inmediato más importancia que el secretario de Estado. Era un refugiado judío originario de Fürth, en Baviera, de donde había escapado en 1938; conoció las tragedias del extremismo europeo más de cerca que ningún otro estadista estadounidense: «He vivido el totalitarismo, sé lo que es». La experiencia lo convirtió en un experto, buen conocedor del poder. Tras prestar servicio en el ejército estadounidense se doctoró en historia, en Harvard, con una tesis sobre Metternich. Como no podía ser de otro modo, se comparaba a sí mismo con Metternich, y al Estados Unidos de 1969 con Austria en 1809: «Un gobierno que había perdido el *élan* y la confianza en sí mismo, que sabía cuáles eran sus límites, pero apenas tenía claros sus objetivos». Estos objetivos solo podrían hacerse realidad con «la sutileza de la diplomacia».

Venían de mundos distintos, pero tanto Nixon como Kissinger eran secretistas y pragmáticos; los dos se causaban mutua admiración y repulsión; los dos eran diestros en la competencia por el poder mundial. Pero si el presidente era un carácter taciturno y solitario, Kissinger —de voz profunda y acento alemán— era un hombre teatral que, durante una carrera prolongada, se ha complacido en analizar a las personalidades que iba conociendo. En las cenas habituales con la anciana Alice Roosevelt Longworth —hija de Theodore Roosevelt—, Nixon animó a actuar su profesor de Harvard; y este se convirtió en el más glamuroso de los expertos desde los tiempos de Palmerston. Kissinger gozaba siendo el centro de atención, se citaba con estrellas de cine y bromeaba: «No hay mejor afrodisíaco que el poder». A este autor le dijo también: «La energía concentrada de los primeros meses en el cargo siempre resulta vital, y nosotros teníamos un proyecto magnífico». Quizá era la conjunción idónea: el 16 de julio de 1969, 650 millones de personas vieron a dos astronautas estadounidenses pasear por la

Luna.[9]«A partir de ahora el cielo —les dijo Nixon desde la Casa Blanca— forma parte del mundo de los hombres.» Para el astronauta *Buzz* Aldrin, la Luna se caracterizaba por una «desolación magnífica». Antes que nada, Nixon debía lidiar con la desolación de Vietnam.

«Una retirada repentina podría acarrearnos un problema de credibilidad», dijo Kissinger, que se esforzó por cambiar las relaciones de su país con Rusia y China. «Para Estados Unidos, lo difícil era asegurarse de contar siempre con más opciones que ninguna de las otras dos partes del triángulo.» Planeaba negociar con Brézhnev, tenderle la mano a Mao y abandonar Vietnam entre el resplandor de la pólvora. Hizo realidad las tres metas. Pero en el proceso las deficiencias de Nixon mancharon la democracia estadounidense tanto como los moratones de Vietnam.

En marzo Nixon ordenó bombardear en secreto las rutas de los comunistas en Camboya. El príncipe Sihanouk no había logrado mantener a su país fuera de la guerra. Mientras miles de estudiantes protestaban contra la guerra por todo Estados Unidos, Nixon y Kissinger lanzaron contraofensivas con las que sentar las bases de una negociación secreta; pero sus medidas ampliaron la extensión de la guerra antes de ponerle fin. Sihanouk, que intentaba mantener fuera de su territorio tanto a los estadounidenses como a los comunistas, no quería perder el sector oriental a manos de los vietnamitas ni favorecer tampoco a sus propios comunistas locales, los jemeres rojos, como él los llamaba. Sin embargo entre estos y aquellos lo molieron por los dos lados.

A principios de 1970, el exprofesor y estudiante de francés Saloth Sar, secretario general de los comunistas camboyanos, adoptó un nombre nuevo —Pol Pot— y se marchó a China, donde Mao le prometió ayuda militar para una revolución que había dejado de ser un simple sueño oscuro.

Matar a B-52: Mao y Pol Pot

Mientras Pol estaba en Pekín y Sihanouk —«el príncipe que fue

rey»— estaba de visita en Moscú, su comandante, el proestadounidense Lon Nol, se hizo con el poder en Phnom Penh. Sin embargo el prestigio de la monarquía era tal que una rebelión campesina asesinó al hermano de Lon Nol, en venganza por el golpe de Estado (y según se dijo, se le comieron el hígado). Lon Nol se humilló a los pies de la reina padre para pedirle perdón por haber derrocado a su hijo, pero el hecho de que atacara a los norvietnamitas hizo que entraran en Camboya no solo más Viet Cong, sino también tropas estadounidenses, en el marco de una operación bautizada con un nombre que resultó irónico: Pacto por la Libertad. Resuelto a recuperar el poder Sihanouk voló directo a Pekín, donde Mao y Zhou dieron personalmente la bienvenida al amigo y lo convencieron de aliarse con su otro huésped camboyano, Pol Pot. La vanidad de Sihanouk ayudó a provocar una tragedia. Mao mantuvo a Sihanouk en Pekín y envió a Pol Pot a Camboya. En ese mismo momento, Mao hubo de encarar también una crisis propia.

En septiembre de 1971 Mao volvió a Pekín sin saber que su heredero —el mariscal Lin Biao— y el hijo de este —Lin Liguo, «el Tigre»— planeaban asesinarlo en un drama que confundió al mundo exterior durante varias décadas. Una vez que Mao había concluido su revolución cultural, se dio cuenta de que Lin perseguía objetivos propios, influía incluso sobre sus guardaespaldas personales y criticaba a la señora Mao. A Lin, por su parte, le alarmaba la belicosidad de Mao: en marzo de 1960 tropas chinas y soviéticas se enfrentaron en el río Usuri, a instancias de Mao, que jugueteaba con la idea de iniciar una guerra a gran escala. El Gran Timonel puso a prueba a Lin, reclamándole autocrítica; el mariscal se negó. Pero la opinión secreta de Lin sobre Mao se reflejó en los planes de su amado hijo Tigre, subcomandante de la fuerza aérea, un mujeriego que había llegado a sentir odio por el «sádico paranoide …, el mayor tirano feudal de la historia de China», al que designaba con el nombre en clave de B-52, por los bombarderos estadounidenses.

Si el Tigre planeaba asesinar a B-52, el Presidente informaba a sus aliados de que Lin «no puede esperar a alzarse con el poder».

Los Lin decidieron atacar el tren de Mao con un bombardeo aéreo pero B-52 cambiaba de rutas incesantemente. El último proyecto del Tigre se vio frustrado por la noticia de que Mao se había vuelto en contra del mariscal. Querían darse a la huida, pero el Tigre aún confiaba en poder matar antes a Mao. Cometió la torpeza de confiar en su hermana Dodo, que era una maoísta fanática y puso al corriente a los guardaespaldas de Mao. Cuando este recibió la información, le causó tal alarma que fue necesario sedarlo. Lin Biao, su esposa y el Tigre, armado con una pistola, corrieron hacia el aeropuerto perseguidos por la guardia de Mao y llegaron justo a tiempo de subir a su avión y despegar. El depósito del combustible estaba medio vacío.

Dos horas después, Mao se enteró de que un avión se había estrellado en Mongolia y que su paladín había muerto. Estaba frenético y enfebrecido, engullía *maotai* y pastillas para dormir, y de pronto se sintió viejo. Los médicos le descubrieron una dolencia cardíaca. Llevaba tiempo creyendo en «un frente unido» en contra de Moscú, pero ahora el viejo manipulador planeó un último giro que cambiaría el mundo. «Tenemos que atraer a nuestro lado a alguno de los dos gigantes —dijo—, porque nunca se lucha con los dos puños». A Kissinger, esto le iba como anillo al dedo.

Todo empezó con el ping pong. Mao dirigió la partida a través de su sobrino Mao Yuanxin, hijo de su hermano Zemin, ejecutado por el KMT en 1943. Hacía tiempo que Jiang Qing le resultaba insoportable. En cierta ocasión, cuando su esposa logró acceder al complejo de Mao gracias a su labia, amenazó con detenerla si no se marchaba. Por lo tanto quien interpretaba sus órdenes, en aquel momento, eran las enfermeras-amantes. El Gran Timonel «llegó a confiar más en las mujeres que en los hombres», recordaba su médico, Li. Se atracaba de somníferos con el aviso de que «lo que digo después de las pastillas no cuenta». La orden que pronunció fue tan sorprendente que su enfermera favorita —«la Pequeña Wu», como él la llamaba— tuvo que verificar si lo había entendido bien.

«Te has tomado las pastillas —dijo la Pequeña Wu—. ¿Lo que has dicho cuenta?»

«¡Sí! ¡Y date prisa! Si no, no habrá tiempo», ordenó Mao.

Zhou debía coordinar el plan. El equipo de ping-pong de Estados Unidos recibió de pronto una invitación para jugar en la capital china. «Habéis abierto un nuevo capítulo en las relaciones sino-americanas», le dijo Zhou a los palistas asombrados. A través de Pakistán, Mao invitó entonces a Kissinger a Pekín. «Este es el mensaje más importante —le dijo Kissinger a Nixon— que haya recibido un presidente de Estados Unidos desde la segunda guerra mundial.» En julio de 1971, mientras la India y Pakistán chocaban, Kissinger subió al avión.

Llámenme «señor»: la Muñeca Tonta domina la India

Nixon llamaba a Indira Gandhi «la Cabrona» (*the Bitch*) y a veces «la Bruja» (*the Witch*). «Los indios no valen una mierda», le dijo a Kissinger; él prefería a los pakistaníes, que eran «directos», aunque «a veces de lo más estúpidos». Nixon no fue el primero en subestimar a Indira, aun dándose cuenta de que ella podía resultar implacable. Cuando Shastri murió por un infarto, en enero de 1966, los miembros más influyentes del Congreso eligieron a la atractiva hija de Nehru —que contaba cuarenta y ocho años— como primera ministra, pensando que les resultaría fácil controlarla. Un político socialista la apodó «la Muñeca Tonta». Pero la Muñeca los dejó fuera de juego y luego ganó las elecciones.

Indira —que durante su infancia solitaria pasó mucho tiempo desatendida, con su padre en la cárcel o en campaña— había nacido para gobernar y combinaba el deseo de ser amada con el derecho al poder. Se había sentado con su abuelo Motilal, con Gandhi, luego con Nehru en sus recepciones de líderes mundiales; había estudiado en Oxford y seguía el consejo de su padre: «Sé valiente y el resto ya vendrá». Cuando le preguntaron qué trato debía darle el presidente de Estados Unidos, contestó: «Puede llamarme “primer ministro” o “señor primer ministro”. Díganle que mis ministros me llaman “señor”». Pero la grandeza de Indira —recordaba Kissinger— «hizo aflorar las inseguridades de Nixon». La elegancia con la que lucía los saris y el pelo cano se combinaba con

un carácter señorial al tiempo que suspicaz y paranoide. Cuando la prensa intentó averiguar si Indira tenía una amante, ella apuntó en privado esta reflexión: «No me comporto como una mujer; en parte lo explica la ausencia de relaciones sexuales».

En marzo de 1971, con la promesa de «Garibi Hatao» («Eliminar la pobreza»), obtuvo una victoria electoral tan aplastante que los occidentales la apodaron «Emperatriz de la India». La desintegración de Pakistán le pareció una buena oportunidad. La guerra resultante —como los conflictos arabo-israelíes— era la secuela de la cuestión inacabada de la partición, que había creado una nueva nación, Pakistán, que apenas dispuso de la burocracia estabilizadora de formación británica, cuya identidad la conformaban el ejército y el islam, y cuyo punto de unión era el odio visceral hacia la India. Estaba dividida en dos sectores, el Punyab al oeste y Bengala al este, que distaban 2.500 kilómetros. Ahora los orientales se rebelaban: querían independizarse de la arrogancia de los grandes de Islamabad. La rebelión llevó a la India a miles de refugiados hindúes.

El dictador militar de Pakistán, Yahya Khan, dirigió unas tropas brutales contra Daca, la capital oriental: sus hombres ametrallaron a los estudiantes, violaron en masa a las mujeres, asesinaron a niños, mataron a diez mil en unos pocos días, a medio millón en unos pocos meses. La India se preparó para la guerra y en el este hubo escaramuzas con fuerzas pakistaníes. Pero el 3 de diciembre de 1971 los pakistaníes —que tomaron como modelo las acciones de un enemigo, Israel— lanzaron ataques aéreos contra once bases de la aviación india. La primer ministro liberó Daca y atacó también el Pakistán occidental, donde derrotó a sus fuerzas en una guerra de trece días. El este declaró entonces la independencia, con el nombre de Bangladés; Indira había triunfado.[10]Los indios, exultantes porque su país había obtenido su primera victoria en varios siglos, la ensalzó como la Durga, la diosa invencible de los diez brazos. El presidente del Congreso declaró: «Indira es la India». Tras haber heredado el trono, la primer ministro empezó a preparar a su hijo favorito para la sucesión a la corona.

Nixon y Kissinger contemplaban la evolución con descontento. Algo antes, aquel mismo año, Kissinger había tomado un avión para fomentar la reconciliación de los enemigos, pero con insinceridad. En realidad Pakistán contaba con el apoyo tanto de China como de Estados Unidos, un vínculo que acercó a las dos potencias. En secreto, Kissinger continuó vuelo hacia Pekín para reunirse con Mao y preparar el terreno para la posterior visita de su presidente en persona.

Me gustan los derechistas: el Metternich estadounidense y el rey filósofo de China

El 21 de febrero de 1972 Nixon y Kissinger fueron recibidos por Mao en su estudio personal, repleto de libros, de la Casa de la Piscina. Les pareció «más el retiro de un erudito que la sala de audiencias de un líder todopoderoso».

«Yo voté por ti —le dijo Mao a Nixon, en tono de broma—. Me gustan los derechistas.» Por su parte Kissinger contó que él recomendaba los libros de Mao a sus estudiantes de Harvard. «Ah, estos escritos míos carecen de valor.» «Los escritos del Presidente —respondió Nixon— han conmovido a una nación y han transformado el mundo.» «En realidad solo he podido cambiar unos pocos lugares, aquí cerca de Pekín», replicó Mao sonriente, que le dirigió a Nixon un elogio más bien envenenado, de puro tibio: «Tu libro *Seis crisis* no está mal». Cuando los estadounidenses intentaron negociar —le ofrecieron reconocer oficialmente Taiwán como China—, Mao los rechazó con grandeza: «En esos asuntos problemáticos no quiero entrar». Kissinger no pudo evitar sentir admiración por «el rey filósofo».

Brézhnev observaba el encuentro con horror e invitó a Nixon a Moscú, con la creencia de que en la guerra «todos pierden». Quizá tuvo la perversión de confiar en Nixon más que en ningún otro presidente de Estados Unidos, y admiraba —o envidiaba incluso— a Kissinger. En Estados Unidos «no ha habido nunca un presidente bueno —le dijo Brézhnev a Castro— y probablemente

nunca lo habrá. La diferencia entre republicanos y demócratas es insustancial». El país norteamericano le parecía «una sociedad enferma» en la que «el gansterismo, el racismo y la adicción a las drogas han alcanzado proporciones enormes. Los monopolios roban al pueblo y se han quedado con el poder político». Aun así, tenía muy buen concepto de Nixon y consideraba a Kissinger «un tipo astuto e inteligente». Este último, en cambio, no apreciaba en especial a Lionia. En uno de sus encuentros Brézhnev —un metalista convertido en zar— vistió a Kissinger —hijo de un judío alemán que era maestro de escuela— con botas y camuflaje y se lo llevó a cazar jabalíes. Kissinger se negó a disparar; Brézhnev mató a un puerco e hirió a otro. Brézhnev también se llevaba a Nixon en sus limusinas ZiL y sus lanchas rápidas, que manejaba temerariamente. «¡Lo bueno hay que disfrutarlo con impunidad!», bramaba. Cuando Brézhnev devolvió la visita a Washington, Nixon le regaló un Lincoln Continental; Brézhnev insistió en conducirlo, pero el Servicio Secreto lo vetó. «Quitaré la banderita del coche, me pondré gafas oscuras para que no se me vean las cejas y conduciré como cualquier americano», se defendió Brézhnev. «A mí me has llevado en coche —replicó Kissinger— y desde luego ¡no me parece que conduzcas como se conduce aquí!»

En mayo de 1972 Nixon y Brézhnev firmaron un primer acuerdo, el Tratado de Limitación de las Armas Estratégicas (SALT, en sus siglas inglesas), que marcó el principio de treinta años de negociaciones. Aprovechando la ola de este éxito el dúo se puso a negociar asimismo la retirada estadounidense de Vietnam. Pero Nixon no fue capaz de contener su propia paranoia maniquea. Un mes después de SALT ordenó a un secuaz que cinco «fontaneros» entraran clandestinamente en la sede demócrata del edificio Watergate para pinchar los teléfonos. Los detuvieron. Nixon mintió para ocultar su papel, pero decir que las mentiras lo destruyeron no se corresponde con la verdad. El delito originales no era baladí. Dos periodistas del *Washington Post* desvelaron una red de pagos secretos y conspiraciones paranoicas que carcomió la presidencia de Nixon.

Por otro lado, la distensión soviética era frágil. El 24 de

octubre de 1973, tan solo unos meses después del jovial encuentro con los estadounidenses, Brézhnev amenazó con una intervención militar.

Casas salomónica, de los Bush, los Borbones, los Pahlaví y los Castro

Bestias salvajes y leones: los Assad de Damasco

El 6 de octubre de 1973, festividad del Yom Kippur —el día más sagrado del calendario judío—, tropas egipcias y sirias atacaron Israel a través de Suez y del Golán. Para los israelíes fue una sorpresa, a pesar de que su agente en el despacho presidencial egipcio les había advertido.[1]Dos líderes nuevos, en Egipto y en Siria, habían cambiado la respuesta de los árabes ante Israel. Uno demostró ser un pacificador valeroso, y lo pagó con su vida; el otro fundó una dinastía de gánsteres que ha costado la vida a muchos de sus compatriotas.

El cambio de la guardia se había iniciado con el funeral más multitudinario de la historia mundial. El 28 de septiembre de 1970 Nasser, que contaba solo cincuenta y dos años, falleció de resultas de un ataque al corazón. En el lecho de muerte le acompañó su vicepresidente, otro de los Oficiales Libres, como él mismo: Anwar Sadat. Mientras más de diez millones de egipcios lamentaban su muerte, el rey Hussein sollozó por el hombre que había estado a punto de matarlo; pero el mismo estaba batallando por la supervivencia, frente a la OLP de Arafat, que había intentado asesinarlo y convertir Jordania en su base. Hussein contaba con la ayuda de Israel, y Arafat, con la de Siria, hasta que Nasser negoció un alto el fuego.

Nasser solo había habido uno, pero pretendientes al trono había varios. Los nuevos candidatos exhibieron sus credenciales en el funeral. El primer doliente, que sollozaba de forma ostentosa, era el teniente Muammar Gadafi. Este beduino libio de veintinueve

años se había formado en Gran Bretaña, donde jugaba a fútbol en Hyde Park y paseaba por Piccadilly con vestimenta árabe. Había sido un devoto de Nasser y fundó sus propios Oficiales Libres, que en 1969 derrocaron al rey Idrís. Gadafi se ascendió a sí mismo a coronel y presidente y acudió a toda prisa a El Cairo. A Nasser le había parecido «un buen chico, pero tremendamente ingenuo». Sus defectos, por desgracia, iban mucho más allá de la ingenuidad.[2]Al funeral asistió también otro aspirante más formidable, un general sirio alto y delgado, de pelo rubio, con una frente prominente: el ministro de Defensa, Hafez al-Assad. Justo después de la ceremonia Assad retiró a las fuerzas sirias de Jordania, lo que contribuyó a salvar a Hussein y, el 12 de noviembre de 1970, se hizo con el poder en Damasco.

Assad era uno de los once hijos de un duro clan de alauíes, la secta que vivía en la zona de Latakia, en la costa, opositores tradicionales de los suníes de Damasco. A su abuelo lo habían apodado Al-Wahhish, «Bestia Salvaje»; su padre, Alí, paladín de una Latakia alauí e independiente, tomó el nombre de Al-Assad, «el León»; Hafiz se convirtió en «la Esfinge de Damasco».

Habría querido ser médico, pero al final se formó como piloto, en Egipto y la URSS, antes de sumarse al nacionalismo baazista, que en marzo de 1963 se alzó con el poder. Fue el padre de la fuerza aérea nacional. Logró sobrevivir a los enfrentamientos divisivos del baazismo y en 1964 lo nombraron jefe de la fuerza aérea; por su parte su hermano Rifaat creó una unidad de pretorianos baazistas. En 1966, una facción alauí, encabezada por el izquierdista Salah Jadid, dio un golpe y nombró a Assad ministro de Defensa. Pero los hermanos Assad preferían enfrentarse a Israel, antes que emprender una revolución interna.

Hafez promovió en el gobierno a los alauíes y los otros Assad. Su hermano Rifaat dirigía su guardia, las Compañías de Defensa. Él mantuvo un largo matrimonio con Anisa Majluf, que le dio cinco hijos. Encargó el servicio de seguridad —Mujabarat— a su hermano y las finanzas de la familia, a su sobrino. Rifaat se casó con Salma Majluf, prima de Anisa.

Bassel, el hijo favorito de Hafez y Anisa, contaba ocho años

cuando su padre alcanzó la presidencia. «Veíamos a mi padre por casa, pero estaba tan ocupado que podían pasar tres días sin que nos cruzáramos una palabra —le dijo más adelante Bassel al biógrafo de Hafez—. Nunca desayunábamos ni cenábamos juntos, ni recuerdo tampoco que comiéramos juntos al mediodía, como familia.» Sin embargo hay grabaciones de las vacaciones en familia: «Como familia solíamos pasar un día o dos en Latakia, en verano; pero allí él también solía trabajar en su despacho y apenas lo veíamos». En aquel momento el heredero de Hafez iba a ser Rifaat, el hermano.

En cuanto lo nombraron presidente, Assad voló a Moscú para pedirle a Brézhnev que rearmara a Siria, a cambio de la base naval de Tartús. Brézhnev accedió y desde entonces y hasta nuestros días los Assad han sido aliados árabes de Moscú.

El último candidato a la herencia de Nasser pasó más inadvertido, pero fue quien le sucedió en Egipto: Sadat. Este hijo de un campesino pobre se hizo popular rápidamente porque moderó las crueldades de la policía secreta y expulsó a los asesores soviéticos; además contaba con plan para humillar a Israel, que coincidía con las ambiciones de Assad. El sirio no tardó en averiguar que Sadat también planeaba una guerra, de modo que se reunieron en secreto y planearon un ataque sorpresa. No se reconocieron, no obstante, cuáles eran los respectivos objetivos últimos: Sadat, refrescante y valeroso, quería posicionarse mejor para negociar la paz; Assad en cambio, de un radicalismo incorregible, aspiraba a aniquilar la entidad sionista. Sadat consultó con el rey saudí Faisal —el segundo de los hijos de Abdulaziz en tomar la corona—, que estudiaba la asombrosa riqueza petrolífera de su reino y supervisaba las mejoras de los Santos Lugares, encomendada a su amigo el constructor Muhammad. Faisal envió destacamentos para que combatieran con los egipcios, pero además pensaba que los árabes nunca habían utilizado el arma del petróleo, y que ya había llegado la hora de usarla.

Mientras los árabes se preparaban para la guerra, los israelíes cultivaron la amistad con el sha, un aliado local que admiraba su

Estado, les proporcionaba petróleo, les compraba armas y recibía a sus líderes en Teherán. El sha vivía su apogeo.

El 12 de octubre de 1971 el sha celebró la fiesta del siglo, para conmemorar los dos mil quinientos años de la Gran Civilización iraní.

PAVOS IMPERIALES: LA FIESTA SATÁNICA Y EL ÁNGEL

El sha relacionó sus logros propios con una línea ininterrumpida que se remontaba a la Persia preislámica. Los ingresos del petróleo financiaban su condición de potencia hegemónica del Golfo, unidos a su estrecha relación con Nixon; y al apoyar a los rebeldes kurdos, debilitaba a Irak.

«¡Ciro! Gran rey, rey de reyes, héroe inmortal de la historia —entonó el sha pomposamente en la ceremonia inaugural, ante la tumba de Ciro—. Hoy, como en tus días, Persia enarbola el mensaje de la libertad y el amor por la humanidad en un mundo angustiado.» Pero también avisó a sus enemigos: «Estamos vigilantes y lo seguiremos estando».

El sha recibió en Persépolis a seiscientos huéspedes —entre ellos el vicepresidente estadounidense Agnew, el presidente soviético Podgorny, Hussein de Jordania, el duque de Edimburgo y su hija la princesa Anne, y el emperador Haile Selassie—, que se alojaron en una Ciudad Dorada construida para la ocasión: una instalación de tiendas circulares de lujo, marcada con la insignia del Cilindro de Ciro y llena de alfombras persas tejidas con la cara de cada uno de los potentados. Entre los trinos de cincuenta mil aves cantoras importadas especialmente, se sirvió a los huéspedes de honor un banquete preparado por Maxim's de París, que incluía *paon à l'impériale* (pavo real a la imperial) y 150 kilos de caviar; la vajilla era de porcelana de Limoges, la mesa medía setenta metros de largo y la tragantona se lubricó con 2.500 botellas de champán Dom Pérignon, mil de burdeos y mil de borgoña. Luego contemplaron a soldados iraníes provistos de uniformes nuevos que representaron a los héroes nacionales, desde Darío y Jusráu a los

qachares y pahlavíes.

Pero no todo salió redondo. Los pájaros desaparecieron del aire, muertos de calor; hubo una pelea entre camareros franceses y suizos; la princesa Anne murmuró que no pensaba volver a comer pavo real. Para Farah, eran «celebraciones abominables» que le resultaban odiosas; más adelante reconoció que la fiesta había ofendido a los iraníes religiosos «sin que ni siquiera cayéramos en la cuenta». «¿Acaso debería haberles servido a todos esos jefes de Estado unos bocados de pan con rabanitos?», se enojó el sha. Pero desde el exilio iraquí, el ayatolá Jomeiní clamó en contra de aquella «fiesta satánica».

Los éxitos habían malcriado al sha. «Durante veintisiete años he estado en el centro de las relaciones internacionales —le dijo a Alam—, tampoco es de extrañar que tenga la virtud de la previsión.» Conservaba sin embargo el sentido del humor y a su madre le gastaba bromas sobre la vida sexual de ella con Reza Shah.

A Alam, no obstante, «no se le pasaron por alto cambios alarmantes»: rigidez y arrogancia. «El pueblo iraní me ama y nunca me abandonará», decía el sha. En febrero de 1971 no tuvo ambages en declarar que «en todo el mundo se reconoce que Irán lidera el Medio Oriente». Como era de esperar, vivía en un mundo conspirativo: estaba convencido de que Estados Unidos la gobernaba «una organización secreta tan poderosa que es capaz de eliminar a los Kennedy y quien quiera que se cruce en su camino». También creía que gozaba de la protección de una providencia asesina: «He aprendido, por experiencia, que a los que me sacan la espada les aguarda un final trágico: Nasser ya no está; John y Robert Kennedy han sido asesinados; su hermano Edward ha caído en desgracia; a Jrushchov lo han derrocado...».

En octubre se había dado a sí mismo el título de *shahanshah*, «rey de reyes». Pero Alam le rogó que liberalizase la autocracia. Cuando Farah le sugirió que organizase unas elecciones, se burló de ella: «¡Vaya, te estás volviendo revolucionaria! Ya me gustaría verte gobernando este país». El sha seguía muy de cerca las acciones de la SAVAK, que detuvo y torturó a dos mil presos

políticos. «Las sociedades complejas tienen sistemas de interrogatorio eficientes. En casos de traición al propio país, todo vale», explicó más adelante.

Su vida sexual también se descontroló: «una joven llamada Gilda difunde por Teherán el rumor de que Su Majestad se ha enamorado perdidamente de ella», escribió Alam. Esta Gilda era «una belleza, pero vanidosa y con una ambición exagerada». «Es solo una mujer», dijo el sha, «la he visto unas pocas veces ... Los rumores están llegando cerca de la reina». Entonces la madre de Farah le amenazó con el divorcio, «alegando que su hija no se había acostumbrado al lujo». «¡Qué tontería!», exclamó el sha. Pero «después de mucho debatir, acordamos que a la maldita Gilda había que encontrarle un marido». El sha siguió viviendo para sus «visitas». «Le he pasado a Su Majestad una carta que le escribe una criaturita encantadora. Se ha sentido de lo más halagado», apuntó Alam. En ese momento entró la emperatriz Farah y quiso saber de qué hablaban. «Asuntos de Estado», replicó el sha, sin inmutarse.

En marzo de 1972 el sha se entrevistó con una visitante que acudía en secreto pero *sí* con toda la intención de abordar asuntos de Estado. Era una veterana del sionismo, Golda Meir, que había nacido en Kiev con el nombre de Golda Mabovich. A sus setenta y tres años era la primera ministra de Israel y «el único hombre de mi gabinete», según el predecible comentario de Ben-Gurión. Meir encontró muchos puntos en común con el sha y los dos dieron respaldo a los kurdos frente a Irak.

Golda Meir estaba recibiendo avisos de guerra de un agente extraordinario, situado en el centro mismo del poder egipcio. Sadat había ascendido al yerno de Nasser, el doctor Ashraf Marwan —casado con Mona Nasser— a asesor en jefe en materia de asuntos extranjeros. Pero un mes más tarde, en diciembre, Marwan se reunió en Londres (en el hotel Royal Lancaster) con un agente del Mossad, para ofrecer sus servicios a Israel. En el Mossad lo llamaban «el Ángel». Lo hizo en respuesta a la amargura familiar, las ambiciones frustradas y el placer conspirador. Empezó a avisar a los israelíes de que Sadat planeaba un ataque sorpresa. Ofrecía datos convincentes, pero Sadat demoró por dos veces el ataque y

esto minó la credibilidad de Marwan.

Meir se había centrado en el incremento del terrorismo antiisraelí. El 6 de septiembre de 1972, en plenos Juegos Olímpicos de Múnich, unos terroristas palestinos habían secuestrado a once atletas israelíes. Los atacantes eran miembros de Septiembre Negro, una unidad formada por Arafat para atacar a Israel después de la derrota infligida a la OLP por el rey Hussein en septiembre de 1970. Castraron como mínimo a uno de los rehenes; el intento de rescate de la policía alemana oriental acabó con un tiroteo catastrófico en el que perdieron la vida nueve terroristas y los once israelíes. Dos días después Meir formó el Comité X para dirigir la operación Cólera de Dios, que pretendía asesinar a los veinte líderes responsables de Septiembre Negro. Cuando los asesinatos se iniciaron, en octubre, las advertencias del Ángel cobraron un carácter urgente.

Sadat y Assad se reunieron en Alejandría y convocaron también al rey Hussein. sin notificarle la inminencia del ataque, le invitaron a sumarse. El 25 de septiembre de 1973 el rey voló a Tel Aviv para advertir a Golda del asalto sirio. «¿Quieren emprender una guerra sin los egipcios?», preguntó la primera ministra. «Van a cooperar», contestó el hachemí. Aquello parecía una trampa. Para Golda y Dayán era impensable que los árabes se atrevieran a atacarles otra vez, con 1967 aún fresco en la memoria.

El 6 de octubre, pues, los ejércitos árabes sorprendieron a Israel, obligaron a sus fuerzas a retirarse del canal de Suez y asaltaron sus posiciones en el Golán. Las fuerzas aéreas alcanzaron los blancos previstos; los misiles anticarro soviéticos Maliutka (Sagger), de uso portátil, dañaron los blindados; y los misiles antiaéreos derribaron diversos aviones. Los sirios abrieron una brecha en las posiciones israelíes y, en una batalla desesperada, unos pocos carros blindados lograron contener su avance. Pero los egipcios —cuyos objetivos eran otros— se detuvieron y se atrincheraron, y dejaron que los israelíes gastaran todos sus recursos contra los sirios.

El 8 de octubre Dayán estaba tan desolado que le dijo a Golda que Israel corría peligro. «¿Esto es el final del Tercer Templo?»,

dijo, para sugerir —cifradamente, con el código «Templo»— que tal vez tendrían que recurrir a las armas nucleares. Meir ordenó en efecto armar trece artefactos tácticos, y solicitó desesperadamente a Nixon la entrega de más material militar; lo mismo hicieron Sadat y Assad con Brézhnev; las dos superpotencias enviaron aviones con más armamento para sus subsidiarios. Pero lo peor había acabado: un día después, los sirios se retiraron. El 11, los tanques israelíes contraatacaron y se abrieron paso de camino a Damasco. El 15 las fuerzas de Israel atravesaron el Canal, entraron en Egipto y rodearon al Tercer Ejército de Sadat. De pronto era El Cairo lo que corría peligro. Sadat entró en pánico y llamó tanto a Nixon como a Brézhnev para que, juntos o por separado, enviaran soldados para frenar a los israelíes, que siguieron avanzando.

En la tarde del 24 de octubre Brézhnev le comunicó a Nixon: «Seré franco: si os parece imposible actuar conjuntamente con nosotros en esta materia, nos veremos obligados a sopesar la adopción unilateral de los pasos apropiados». Brézhnev envió a Egipto divisiones aerotransportadas. Kissinger se dirigió a toda a prisa a la Casa Blanca. «¿Qué los podría detener? ¿Enviamos a paracaidistas? ¿Tengo que despertar al presidente?». Pero el presidente había cogido una trompa y había perdido el conocimiento, «afligido» por el creciente clamor favorable a un proceso de destitución. Kissinger, que en ese momento era secretario de Estado, le pidió a Sadat que retirase la petición de una intervención soviética y estadounidense y le envió a Brézhnev un mensaje tranquilizador; pero elevó el grado de preparación nuclear a DEFCON 3. Brézhnev quedó conmocionado; Sadat retiró la petición; Brézhnev envió un mensaje conciliador y Kissinger fue de aquí para allá entre todos los combatientes, hasta concluir que Meir era «una mujer ridícula», Assad, un tipo hosco, y Sadat, un líder admirable. Assad y Sadat habían conseguido que se les respetara más, pero dieron un uso distinto al respeto. Assad había maniobrado para extender el poder sirio hasta el Líbano, situarse como enemigo principal de Israel y fundar una dinastía. En cuanto a Sadat, a juicio de Kissinger, «tenía la sabiduría y el valor del buen estadista y, en ocasiones, la perspicacia de un profeta». Ahora

iba a arriesgarlo todo para lograr la paz.[3]

En ese punto el rey Faisal desenvainó el arma del petróleo: organizó un recorte de la producción y el aumento del precio del petróleo de la OPEP. La crisis del petróleo resultante amenazó con hundir a los países occidentales. La vulnerabilidad de Estados Unidos se tradujo en que, en el futuro, batallaría por mantener el acceso al oro negro. En cuando a los saudíes, el incremento del precio llenó los tesoros de la familia con las fortunas de un Creso, mientras sus integrantes abrazaban la doble vida de puritanos wahabíes en el interior y sibaritas decadentes en el extranjero. Derrocharon recursos en yates, palacios y prostitutas, emprendieron una modernización monumental y adquirieron armamento nuevo. De esto último se encargó en buena parte Adnán Jashoggi, hijo del médico de Abdulaziz, un vividor trotamundos apodado «el Pirata» cuyas comisiones lo convirtieron en «el hombre más rico del mundo». La Casa de Saúd se había asociado con los árbitros del mundo al mismo tiempo que la Casa de Salomón se desintegraba.

En 12 de septiembre de 1974, en su Palacio del Jubileo, el emperador Haile Selassie, de ochenta y un años, quedó asombrado al encontrarse con un grupito de oficiales jóvenes y radicales: ¿qué hacían en su residencia? Le dijeron que estaba detenido y él no se lo creyó.

¿Acaso el rey David se retiró?: el negus y el comandante Mengistu

Cuando el emperador volvió de la fiesta del sha tuvo que hacer frente a una guerra continua, contra los rebeldes eritreos en el norte y los somalíes en el sur; además, en Wolo y en Tigré, regiones del noreste, se desató una hambruna. Las superpotencias seguían jugando a los conflictos subsidiarios en el Cuerno de África: Moscú apoyaba al somalí Siad Barre, al que armó para que atacara a Etiopía, que contaba a su vez con el respaldo de Washington; los rebeldes eritreos, entrenados por China,

acometieron por el este. El emperador estaba perdiendo el control de su país. Cuando un integrante de la aristocracia, leal a Haile, le pidió que se retirase, él contestó: «Dime, ¿acaso el rey David se retiró?». Ante las preguntas incisivas de una periodista, exclamó: «¡Democracia! ¡República! ¿Qué significan todas esas palabras? No son más que ilusiones, ¡ilusiones!», y se marchó sin decir más, rezongando: «Y esta mujer, ¿quién es? Ya basta, se ha acabado». Pero el iluso era él.

Cincuenta mil personas se morían de inanición, pero el negus descartó que hubiera una hambruna: «Todo está controlado». El sha, su aliado, se ofreció a ayudarle, pero «él lo rechazó, negando que nadie lo estuviera pasando mal e incluso que hubiera sequía», escribió Alam. El hecho de que el emperador se dejara llevar por ilusiones le recordó al propio sha: «Es inevitable pensar en los paralelos».

Los estudiantes protestaban; los oficiales jóvenes conspiraban. En febrero de 1974, después de unos disturbios en Adís, Haile Selassie se dirigió a la nación en un discurso televisado. Logró calmar a los manifestantes, pero su poder, aunque no se hundía, se apagaba: todos planeaban derrocarlo, los estudiantes, los suboficiales, los estudiantes, los marxistas. El general Aman Andom, que había sido destituido por el emperador, asumió el liderazgo de un Consejo Administrativo Militar Provisional, más conocido como el Derg. Cada unidad rebelde envió tres delegados.

El 12 de septiembre el Derg no tuvo dificultades para hacerse con el Palacio del Jubileo y arrestó al emperador, que era ya un anciano marchito. Curiosamente lo trasladaron al cuartel militar, antes de encerrarlo en el Gran Palacio, en un VW «Escarabajo»; al ver el coche, el emperador murmuró: «¿Qué? ¿En eso?». Sobre el papel los rebeldes reconocieron al príncipe heredero, que estaba en el extranjero por cuestiones de salud, con el título de «designado por el emperador»; pero se eligió a un primer presidente, en la figura del general Aman. Aman había sido el mentor de un joven militar de orígenes pobres, que emergería de la situación como líder. A Mengistu Haile Mariam, que contaba entonces treinta y siete años, su comandante lo había enviado al Derg para librarse de

un personaje problemático; lo que sucedió fue que el problemático se alzó con el poder del país. Se había formado en Estados Unidos, donde fue víctima de racismo. Era el hijo de un sirviente, y de muy escasa estatura, y desarrolló un odio intenso contra el racismo de la élite imperial. «En este país algunas familias aristocráticas categorizan automáticamente a las personas de piel oscura, labios gruesos y pelo rizado como *barias* [esclavos] —denunció ante el Derg—. ¡Pues que le quede claro a todo el mundo que no tardaré en hacer que esos imbéciles se arrastren por el suelo a moler maíz!». Se había convertido al marxismo y al principio se quedó entre bambalinas, pero empezó a organizar al Derg en la dirección de una revolución leninista y animó a las fuerzas armadas a aplastar cualquier oposición entre las filas. En octubre empezaron los asesinatos. Se detuvo a aristócratas y generales. Cuando el antiguo patrón de Mengistu, el general Aman, se resistió, lo denunciaron y mataron en un tiroteo. En marzo de 1975 Mengistu propuso escoger a los líderes del Derg por votación secreta y resultó elegido vicepresidente, junto con otro comandante, Atnafu Abate. Durante dos años, estos dos comandantes, Mengistu y Atnafu, gobernaron Etiopía.

En noviembre de 1974, después de generalizarse los arrestos entre la élite, Mengistu propuso ejecutar a sesenta príncipes, generales y nobles. El Derg lo aprobó. Mengistu se presentó a interrogar al emperador, al que acusaba de haber robado por valor de catorce mil millones de dólares. «¿Y de dónde iba a sacar yo ese dinero? ¿Y para qué? —contestó—. ¿Para vivir en el exilio? Si el exilio ya lo hemos experimentado...». El exmonarca, que vivía solo, con los cuidados de un mayordomo, miró por la ventana y se puso a llorar: «Ay, etíopes, ¿me deseáis mal?». Acertaba al presentir el peligro.

El 27 de agosto de 1975 Mengistu se quedó haciendo tiempo delante del dormitorio del emperador, y dieron permiso al mayordomo. En compañía de tres hombres sedaron al viejo emperador con cloroformo y luego lo ahogaron. «Hicimos todo lo que estaba en nuestra mano para salvarle la vida, pero resultó imposible», mintió luego Mengistu. El último León de Judá fue

enterrado frente a las letrinas del patio del palacio, bajo una lápida.

Mientras los soviéticos desafiaban a Estados Unidos en África y Nixon se enfrentaba a una más que posible destitución, Kissinger dirigía la política extranjera. «La gente tiene derecho a saber si su presidente es un canalla —dijo Nixon por televisión—. Pues bien, no soy ningún canalla. Todo lo que tengo me lo he ganado.»

Su principal enemigo no daba crédito a lo que estaba pasando. «Nixon está en una posición difícil —le comentaba Brézhnev a Castro—, pero a nosotros nos parece que podrá librarse del problema. Tiene a Kissinger, es muy astuto, le ayudará.» Castro odiaba a Nixon —«es un hijo de puta», dijo—, pero a Brézhnev le caía bien y le redactó un mensaje de solidaridad: «Se ve que tus oponentes manipulan esto o aquello de una forma tendenciosa y desvergonzada ... No puedo decir todo lo que pienso, pero creo que me entenderás según quiero que me entiendas». El soviético no llegó a enviar la carta y el estadounidense, que perdió hasta el apoyo de los republicanos del Congreso, se enfrentaba a un *impeachment* inminente. La noche antes de presentar la dimisión le pidió a Kissinger que se arrodillara y rezara.

El 9 de agosto de 1974 cesó en su cargo. «A veces me ha acompañado el éxito, a veces el fracaso, pero siempre me ha impulsado a seguir lo que Theodore Roosevelt dijo sobre el que está en la arena, "con la cara sucia por el polvo, el sudor y la sangre"...».

El Hermano n.º 1 y la Banda de los Cuatro

Desde Pekín, un Mao avejentado simpatizaba con Nixon y reflexionaba sobre la caída de los emperadores. Pero los resultados de la distensión con Estados Unidos habían sido una decepción, y se lamentó ante Kim Il-sung de que Kissinger —secretario de Estado del nuevo presidente Ford— era «un mal hombre» que había utilizado China para seducir a Moscú. Mao necesitaba proteger su revolución pero el tiempo se le escapa de las manos:

sus dos esbirros Kang Sheng y Zhou Enlai se morían de cáncer; Lin había fallecido; le quedaba su esposa, «el escorpión» Jiang Qing. La promovió por tanto a ella y sus epígonos, a los que apodó «la Banda de los Cuatro». Entre estos su favorito era un guardia de seguridad de Shanghái convertido en líder de los guardias rojos: Wang Hongwen, un joven agradable de treinta y siete años, al que nombró vicepresidente y situó como primero en la línea de sucesión.

Pero incluso Mao comprendió que la Banda carecía de la autoridad necesaria para gobernar China, por lo que hizo volver a Deng Xiaoping —«el Cañoncito»— para confiarle la dirección de las fuerzas armadas. Cuando el Timonel empezó a atrofiarse y ahogarse —se le había diagnosticado esclerosis lateral amiotrófica — siguió gestionando todos los detalles del liderazgo. Se negó a permitir que operasen a Zhou del cáncer, y este, moribundo, presionó hasta que Mao nombró a Deng —aunque a regañadientes — como primero de los vice primer ministros.[4]

Mao quedó a la espera del momento ideal para liberar al Escorpión. Entre tanto celebró el triunfo de otro de sus protegidos crueles, Pol Pot, que incomprensiblemente contó con el respaldo del exrey Sihanouk.

El 17 de abril de 1975 los jóvenes combatientes de los jemeres rojos, que vestían una especie de pijama negro y bufanda roja, salieron de la jungla para ocupar la capital. La elegante y afrancesada Phnom Penh recordaba a un barco que naufraga: los estadounidenses la abandonaron en helicópteros, el gobierno huyó y al último primer ministro lo decapitaron. Los jemeres rojos —que eran solo 68.000— ordenaron que toda la población de la capital se marchara de inmediato, en un plazo máximo de tres días. El 23 de abril Pol Pot llegó a una Phnom Penh desierta.

Pol Pot —de cuarenta y cinco años y voz suave, ascético, neurótico, aficionado a la poesía francesa— era un hombre «muy agradable, un tipo realmente majo, amigable, muy razonable», rememoraba uno de sus camaradas. Después de varios años de vida clandestina en la selva, «nunca te culpaba ni te reñía». Solía llevar un abanico, como los monjes budistas que le habían enseñado. Sin

embargo era un fanático minucioso y obsesionado con una visión tan radical de la revolución que dejaba atrás incluso a su mecenas, Mao. Era el secretario general del Partido desde 1963 y encabezaba una camarilla muy reducida de maestros fanáticos tan secretista que él casi nunca utilizaba ningún nombre propio; cada cuál era simplemente el Hermano n.º 1, el Hermano n.º 87, etcétera. Los vínculos internos eran muy estrechos, hasta el punto de que él y el Hermano n.º 3 —su viejo amigo de París, Ieng Sary— se casaron con dos hermanas, Khieu Thirith y Khieu Ponnary, las hijas privilegiadas de un juez a las que habían conocido en su liceo privado antes de que se marcharan a estudiar a Shakespeare en la Sorbona. Otro amigo mutuo de París, y también maestro, Son Sen —el Hermano n.º 89— dirigía la policía secreta, Santebal («Pacificadores»); su esposa, asimismo maestra, quedó al mando de Educación. Este sexteto de pedagogos homicidas dominó Angkar, «la Organización», el gobierno sin rostros. Con la ayuda del veterano intelectual Khieu Samphan (el N.º 4) planearon forjar «un modelo precioso para toda la humanidad», que consistía en asesinar al completo a las clases cultas y privilegiadas, vaciar las ciudades capitalistas y obligar a los camboyanos a regresar a una sociedad preindustrial, sin clases, el Año Cero de la Campuchea Democrática. «Quemaremos la hierba vieja para que crezca hierba nueva», dijo Pol. Dos millones y medio de personas salieron a pie de las ciudades, y veinte mil murieron —o las mataron— en el camino. Las ejecuciones empezaron sin demora.

El nuevo jefe de Estado, sin embargo, era un rey sagrado que descendía de cuatro siglos de monarcas: Sihanouk emitió desde Pekín un mensaje para pedir a los campesinos que apoyaran a los jemeres rojos. Antes había sendereado por la jungla hasta reunirse con el Hermano n.º 1, cuya calmosa humildad deshizo sus sospechas y le halagó el ego. Sihanouk volvió a Phnom Penh, al palacio real; Pol Pot vivió por un tiempo en la Pagoda Plateada, donde los líderes celebraban sus reuniones, y luego se mudó al edificio del antiguo Banco Estatal (nombre en clave: K-1). Mientras él planeaba el Año Cero se decía a los «elementos perniciosos»: «no hay beneficio en preservarte, no hay pérdida en destruirte», y para

ahorrar munición se los mataba a garrotazos. Se apartaba a los niños de las familias. Son Sen supervisó la masacre con el «detallismo propio de un maestro de escuela»; su Santebal torturó y mató a miles de personas en su cuartel general —una antigua escuela, ahora S-21— y otros 150 centros de exterminio secundarios. A veces los jemeres rojos se comían el hígado de las víctimas, usaban los fetos como talismanes y si enterraban a los muertos era como fertilizante. Se ejecutó a más de un millón de camboyanos; en total murieron dos millones y medio de personas.

Sihanouk defendió en público aquella Campuchea Democrática. La brutalidad de los jemeres rojos ya se conocía antes de que tomaran Phnom Penh, pero en aquel pacto fáustico, Sihanouk adoptó primero una estrategia de ignorancia deliberada; por un lado, para asegurar su propia supervivencia; por el otro, para seguir maniobrando de modo que, en cuanto fuera posible, se expulsara a aquellos esbirros. El n.º 4, Khieu Sampan, se lo llevó de gira por los campos y vio con sus propios ojos lo que estaba pasando, pero en ese momento ya era demasiado tarde. Quiso presentar la dimisión, pero lo mantuvieron en arresto domiciliario. Había colaborado con la masacre de su pueblo —murió el 33 % de los varones— y la de su propia familia: se liquidó a cinco de sus hijos. La presión fue agotadora incluso para el Angkar. La tensión paranoica enloqueció a la mujer de Pol, que acabó esquizofrénica e incapacitada.

Phnom Penh fue la primera pieza en caer, del dominó estadounidense; el 30 de abril de 1973 el Viet Cong tomó Saigón; el 23 de agosto el Pathet Lao comunista tomó Vientián, la capital del reino de Laos, y envió a su último rey a morir extenuado en un campo de trabajo.

Tras desatar el genocidio camboyano Pol tomó un avión para reunirse con Mao, que ensalzó el Año Cero: «Un golpe y se han acabado las clases sociales ... es un verdadero hito». Pero al igual que había hecho Stalin con él, Mao sermoneó al N.º 1: «Tienes razón. ¿También has cometido errores? Sin duda. Es hora de rectificar.» En privado Pol despreciaba tanto a Jrushchov como a Mao; a su juicio la revolución de este último «se tambalea y se ha

descolorido», a diferencia del «rojo brillante» de la suya. Pero la advertencia de Mao estaba bien fundamentada. Pol Pot agravió a los vietnamitas prosoviéticos que, envalentonados por haber derrotado a Estados Unidos, no pensaban tolerar lecciones de una antigua provincia.

Poco después de la reunión con Pol, en enero de 1976, falleció Zhou Enlai, el elegante primer ministro maoísta. El propio Gran Timonel apenas podía moverse, ni hablar sin la interpretación de sus enfermeras; pero conservaba el uso de la razón y la voluntad vigilante. Cuando los estudiantes usaron el funeral de Zhou para protestar, destituyó de nuevo a Deng, pero situó al Cañoncito bajo arresto domiciliario con la precisión de que no se le causara daño. Tras haber planeado coronar a Wang Hongwen —el acólito de su esposa y miembro de la Banda de los Cuatro— sorprendió a todo el mundo al elegir a Hua Guofeng, gobernador de su provincia natal, al que conoció cuando examinó el santuario de su lugar de nacimiento. Sus enfermeras le leyeron la obra histórica de Sima Guang y, cuando él se extinguía, hizo su aparición Jiang Qing, que le masajeó las extremidades y se puso a dar órdenes a los médicos. Pero no siempre quien domina en el lecho de muerte hereda a la postre el reino.

El cruzado y el príncipe: tiranos y demócratas de Europa

Mientras Mao escuchaba las historias de los emperadores y jugueteaba con sus herederos, un monarca europeo estaba arreglando su propia sucesión. El 30 de octubre de 1975 Francisco Franco, cumplidos ya los ochenta y dos años, cayó en coma. Se veía a sí mismo como un sucesor de la tradición de Fernando e Isabel, o de Felipe II; y por lo tanto solo podía sucederle un rey. A esto ayudó que no había tenido hijos varones, solo una hija, Carmen. Organizó por tanto una sucesión real que recayó en los Borbones, la antigua familia de los Capetos franceses que había gobernado España desde 1714 hasta la revolución de 1931, y equilibró las dos ramas con su propio Movimiento Nacional.

El conde de Barcelona, hijo del último rey, le había pedido a Franco que sus hijos pudieran estudiar en España. Franco accedió. En 1956 los dos príncipes —Alfonso, el hijo mayor, y Juan— estaban traveseando con lo que suponían que era una pistola descargada. Juan la apuntó contra Alfonso y apretó el gatillo. Estaba cargada, y el hermano mayor murió. «¡Dime que no lo has hecho a propósito!», gritó el padre. Mientras jugueteaba con las dos ramas de los Borbones, Franco se interesó por el apuesto Juan que, aconsejado por su padre, le prometió al Generalísimo respetar su visión autoritaria.

En 1962 Franco invitó al príncipe Juan y su esposa a trasladarse al Palacio de la Zarzuela; siete años después le pidió que jurara lealtad al Movimiento Nacional, lo nombró heredero y le recomendó adoptar el nombre de Juan Carlos. Franco impuso otra condición: el príncipe debía nombrar condesa a su hija Carmen. Juan accedió. Los cortesanos del general advirtieron a Franco de que en secreto, el príncipe era un liberal y un libertino mujeriego; pero Juan Carlos trató a Franco como a un rey anciano y el Caudillo confiaba en él. En 1968 el dictador, ya envejecido y dominado por la hija y el yerno, entregó la última posesión colonial de España —la diminuta Guinea Ecuatorial— a Macías Nguema. Nguema era hijo de un brujo y chamán de la etnia fang. Había visto a su padre asesinar a su hermano, hasta que un oficial colonial español lo mató a golpes de porra; su madre su suicidó; él mismo padecía una enfermedad mental, era adicto a las drogas y había buscado tratamiento en clínicas mentales de España. En una reunión celebrada en Madrid para abordar el futuro del país afirmó que Hitler había tenido la intención de liberar África pero había conquistado el continente equivocado. Solía perder el hilo durante los discursos, una característica que los votantes interpretaron como un rasgo de espiritualidad encantadora; pero poco después de imponerse en las primeras elecciones presidenciales arrojó a su ministro de Exteriores por una ventana y se embarcó en un reinado de terror de una intensidad inusitada. Se veía a sí mismo como un Milagro Único y se hacía exaltar con el eslogan «No hay más Dios que Macías Nguema»; organizó ejecuciones masivas de cerca de

cincuenta mil víctimas, a veces ahogadas por música pop británica reproducida a un volumen estruendoso. Guardaba todo el tesoro en maletas, en su propia residencia; saqueó el país, que siendo diminuto poseía reservas de petróleo; y asesinó o desterró a un tercio de la población. Guinea Ecuatorial es tan pequeña que Nguema la podía gobernar con la ayuda de su familia, las únicas personas con la fuerza suficiente para destruirlo.[5]

En España la sucesión se desarrolló con menos complicaciones. El 20 de noviembre de 1975 Franco murió y Juan Carlos le sucedió en calidad de rey, con la promesa: «Juro por Dios y sobre los Santos Evangelios ... guardar lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional», y convirtió en duquesa de Franco a Carmen, la hija del dictador.

Ningún monarca había gozado de tanto poder en Europa desde 1918. Lejos de ser un franquista, Juan Carlos, de treinta y siete años —cazador compulsivo de piezas mayores y de mujeres rubias—, era un demócrata. Durante seis años guio cuidadosamente a España hacia la democracia, destituyó al primer ministro franquista y nombró en su lugar a un exfranquista reconvertido a la democracia: Adolfo Suárez, que en junio de 1977 ganó las primeras elecciones reales desde hacía cuarenta años. La nueva constitución de Suárez convirtió a Juan Carlos en un monarca constitucional. Pero el logro del rey se pondría a prueba: en noviembre de 1978 se desbarató un golpe militar —la operación Galaxia—, pero aquellos oficiales, convencidos de que podrían controlar a Juan Carlos, planearon otro golpe de Estado con la intención de restaurar la dictadura.

En la India, quien dio un golpe fue Indira Gandhi.

INDIRA E HIJO

La mayor democracia del mundo se estaba convirtiendo en una dinastía hereditaria: Indira Gandhi ascendió a su hijo favorito, Sanjay, para que encabezara la tercera generación de los Nehru.[6]

El hijo mayor, Rajiv, era un hombre sereno, un piloto de

Indian Airlines, casado con una italiana. Pero Indira adoraba al segundo hijo, el altivo Sanjay, un principito impulsivo, malcriado y autoritario cuya voluntad de poder no tenía nada que envidiar a la de la propia Indira. Este mujeriego que conducía coches rápidos y pilotaba aviones quería ser un empresario industrial, pero la fábrica de automóviles que fundó solo sobrevivió gracias a los favores del gobierno. La madre se preocupaba por él, pero a la vez se sentía fascinada. «Rajiv tiene un trabajo, pero Sanjay, no ... —escribió— ¡Se parece tanto a mí, a su edad! Es igual de arisco, igual en todo. Me pesa en el corazón lo mucho que probablemente sufre.»

El estilo imperioso de Indira, el ascenso de Sanjay, la corrupción del Congreso y la crisis del petróleo provocaron huelgas y disturbios en el país. En 1975 todas las crisis convergieron. Los tribunales pusieron de manifiesto que los esbirros de Indira recibían escandalosos pagos en metálico; se usaron diversos tecnicismos para poner en tela de juicio su victoria electoral. Una Indira mórbida y suspicaz desconfiaba de todo el mundo y creía ver «una conspiración profunda y generalizada ... fuerzas de desintegración ... a toda máquina». La gélida potentada solo confiaba en Sanjay, a quien dedicaba cancioncillas ridículas:

Sanjay es un ser feroz
... y en sus juicios casi siempre es mordaz.

En junio de 1975 una denuncia legal referida a corruptelas en las votaciones invalidó la elección de Indira. Sanjay le advirtió de que se trataba de una «conspiración» y no debía dimitir. «Ya sabéis en qué condiciones estaba el país. ¿Qué habría pasado de no haber estado yo aquí para guiarlo? Yo era la única que podía hacerlo, como bien sabéis», dijo ella.

El 25 de junio Indira declaró el estado de emergencia «para generar una situación de calma y estabilidad». Recurrió a una antigua legislación británica que la Asamblea Constituyente no había derogado para detener a opositores y censurar la prensa; comparó a la India con un niño enfermo y a sí misma, con la

madre: «Por mucho que uno quiera a su hijo, si el médico ha ordenado que se tome unas pastillas, habrá que dárselas ... Cuando el hijo sufre, la madre también sufre». Su propio hijo, Sanjay —que había desdeñado a los indios por ser «cobardes» y «faltarles el valor»—, le quitó importancia a la democracia: «Las generaciones del futuro nos recordarán por el progreso que hemos aportado, no por el número de elecciones que ganemos». Sanjay se jactaba de su poder —su madre «es obvio que escucha lo que yo pienso, ya lo escuchaba cuando yo tenía cinco años»— y puso en marcha un programa de 25 puntos, con reformas radicales dirigidas a combatir la pobreza, limpiar los suburbios y controlar el incremento demográfico. Indira lo situó como líder de las Juventudes del Congreso y le confió el gobierno supremo de Delhi. Él se complacía con el poder que manejaba, vivía al lado de Indira y se acompañaba de ella sin cesar. Ambos se mofaban de la democracia que «solo promueve a los mediocres».

Su arrogancia generó abusos: se ganaron fortunas con proyectos inmobiliarios; se detuvo a 140.000 personas, entre ellas cuarenta mil sijs; la misma suerte corrieron todos los líderes de la oposición. Sanjay supervisó una campaña de esterilización con la que se pretendía reducir la población: se sometió a una vasectomía a 8.300.000 de hombres, en parte por la fuerza, con el resultado de que muchos fallecieron a consecuencia de infecciones. «Indira es la India y la India es Indira», declararon los cortesanos del Congreso, con «una forma de exceso oriental a la que yo no le presto más atención»; pero su posición se vio socavada por las excentricidades de Sanjay. «Los que atacan a Sanjay me atacan a mí. Él no es de los que piensan: es de los que hacen», decía Indira. Pero Sanjay despertaba odios. Cuando Indira puso fin al estado de emergencia y convocó elecciones en marzo de 1977 sufrió una derrota tan severa que perdió el escaño de la Lok Sabha (cámara baja) y Sanjay no obtuvo ninguno. Poco después los detuvieron a los dos. Era, indudablemente, el final de Indira e hijo.

Al mismo tiempo, la esposa de Mao subía como la espuma.

El 9 de septiembre de 1976, justo después de la medianoche, en presencia de las enfermeras-novias, de su esposa Jiang Qing y

del irrelevante heredero Hua, Mao murió. La Banda de los Cuatro controlaba el partido y Jiang Qing reclamó suceder a Mao en la presidencia.

Cañoncito, los Ocho Inmortales y la banda del Escorpión

Hua Guofeng, a la sazón presidente y primer ministro, se alarmó; también los esbirros veteranos de Mao, que contactaron en secreto con el Cañoncito Deng, que seguía sometido a arresto domiciliario en el complejo de los líderes, el Zhongnanhai. Mientras Jiang sospechaba de una conspiración, Deng y los enemigos del Escorpión planearon un golpe de Estado para el que reclutaron a la Unidad 8341 de la guardia central: los pretorianos. El 6 de octubre Hua invitó a varios miembros de la Banda a conversar sobre un nuevo volumen de las obras de Mao; a dos los arrestaron nada más llegar; al sobrino de Mao lo atraparon en Manchuria; el vicepresidente Wang Hongwen se resistió a la detención y dio muerte a dos guardias; la Unidad 8341 rodeó la mansión de Jiang en la Terraza del Pescador y la arrestó.

Hua controlaba los cargos principales, pero el poder fluye naturalmente hacia la autoridad, no hacia los cargos; a diferencia del agua, siempre fluye hacia arriba. Deng era el centro de atención en su casa, aunque no contara con cargos. Seis meses después el Cañoncito, de setenta y tres años, vicepresidente y jefe del Estado Mayor, se alzó con el mando y tomó decisiones que cambiarían el mundo: decretó que Mao era «bueno al 70 %, malo en el 30 %», pero que los errores habían sido culpa de la Banda de los Cuatro, a la que se envió a juicio. Jiang Qing fue condenada a muerte.[7]

Pero su decisión titánica fue abrir los mercados chinos a la vez que el Partido seguía conservando el monopolio del poder. «No importa si el gato es blanco o negro; si caza ratones es un buen gato», dijo. Y el gato era bueno. Sus reformas iban a ser la «segunda revolución» de China.[8]Recuperó a su viejo aliado Xi Zhongxun —caído en desgracia durante dieciséis años, y que

acababa de salir de la cárcel— y le dio la gobernación de Cantón. Xi propuso innovar, creando regiones comerciales. «Llamémoslas "zonas especiales"», accedió Deng, que añadió una frase de la Gran Marcha: «Para poder guerrear por la salida hay que encontrar una forma de entrar». Jinping —el hijo de Xi Zhongxun, que había pasado años entre campesinos— también regresó y se incorporó a los hijos de la élite, los principitos que eran conscientes de que algún día formarían parte del gobierno de China. Las zonas económicas especiales de Xi fueron el motor de la explosión económica de China. Pero en materia de política exterior, «deberíamos ser cautos. No os impacientéis». El Reino Unido observaba la situación con angustia: sus derechos sobre Hong Kong caducarían en 1997. En este punto Deng también optó por la flexibilidad, aceptó la idea de «un país, dos sistemas» y afirmó que China iba a «ocultar su capacidad y tomarse su tiempo».

El diminuto y malhablado Cañoncito, tan jovial como irascible, era ahora el Líder Supremo. Deng no tardó en ceder la mayoría de sus cargos y decidió sobre todos los temas en reuniones que celebraba en su casa con los veteranos —apodados «los Ocho Inmortales», como ocho héroes de la mitología china»—, en las que se fumaba, se jugaba al ajedrez y se expectoraba en una escupidera; entre tanto, Deng Rong, la hija pequeña, iba tomando notas. En materia de asuntos internacionales aconsejaba: «Observemos con tranquilidad y consolidemos nuestra posición». En Occidente estaban encantados con Deng,[9]aunque esperaban con impaciencia un deshielo; los estudiantes chinos confiaban en que hubiera pluralismo. En todo caso Cañoncito era flexible en cuestiones de ideología y economía, pero nunca sobre el poder: este seguía saliendo del cañón de un arma.

En noviembre de 1975, el último imperio —Portugal— se retiró de África de repente, tras la llegada de una nueva potencia extranjera: Cuba.

El África de Castro

La guerra anticolonial de Castro era una inversión prácticamente simétrica de la historia, cuya ironía no se le pasó por alto: como hijo de un colonialista español envió a un ejército —en su inmensa mayoría, de negros— a combatir por todo el continente contra las fuerzas que Estados Unidos respaldaba. Cuba, según Castro, «le reembolsa a África el tráfico de esclavos». Consideraba el continente como «el eslabón más débil de la cadena imperialista» y estaba resuelto a imponer el marxismo —antídoto ideológico europeo contra el imperialismo de los propios europeos— por toda África. La chispa de su intervención la provocó un golpe de Estado en Lisboa: en abril de 1974, un grupo de capitanes, cansados por igual de la opresión nacional y las guerras exteriores, se alzó con el poder. Su revolución de los claveles instauró la democracia en Portugal, puso fin a cinco siglos de imperio y a trece años de guerras coloniales; pero aceleró la batalla por Angola, que fue caótica y sangrienta.

El 11 de noviembre de 1975 Agostinho Neto —líder marxista del movimiento de liberación (MPLA), formado como médico en Lisboa e hijo de un pastor metodista— declaró la independencia de Angola y se apoderó de la capital, Luanda; pero en esas mismas fechas, dos facciones rivales y contrarias a los comunistas ocuparon otras partes del país. Neto, casado con una portuguesa, era un revolucionario veterano que había tratado con Castro y el Che en La Habana y había sido encarcelado repetidamente por Salazar, aunque nunca dejó de practicar la medicina. Tras las guerras coloniales de la dictadura derechista de Salazar y los siglos de depredación de los portugueses, la guerra fue brutal. Neto ejecutó a todos los opositores, declaró el unipartidismo del Estado —al estilo soviético— y pidió ayuda a Moscú y La Habana. «Nosotros aceptamos el desafío», dijo Castro, que le dio el adecuado nombre de operación Carlota, en recuerdo de una esclava que «en 1843 perdió la vida durante uno de los múltiples levantamientos contra los estigmas de la esclavitud». Los estadounidenses dieron apoyo a las otras facciones y su aliado encubierto, Suráfrica, ocupó el África Suroccidental y luego invadió Angola. 36.000 soldados cubanos corrieron a impedir la caída de Luanda; pronto

ascendieron a 55.000. «Pocas veces en la historia —se jactaba Castro, que acudió en avión a visitar el frente— una guerra, la más terrible y desgarradora de las acciones humanas imaginables, se ha acompañado de un grado tal de humanidad por parte de los vencedores.» Añadió que las tropas cubanas se quedarían allí durante quince años. Aún muchos años más tarde —en la primavera de 1988— unos cuarenta mil soldados cubanos, comunistas angoleños y namibios derrotaron a los rebeldes angoleños y sus aliados surafricanos en Cuito Cuanavale, que fue la mayor batalla moderna de la historia de África. En total prestaron servicio en Angola más de trescientos mil efectivos cubanos.

Angola se convirtió en el frente más feroz de una guerra subsidiaria que hizo estragos en todo el sur de África, de un océano al otro. En el oeste Castro apoyó a los insurgentes del África Suroccidental; en el este, en la otra colonia portuguesa —Mozambique—, Samora Machel, hijo de un granjero adinerado cuyo abuelo había combatido en el bando del último rey de Gaza, declaró la independencia; de nuevo, contó con el apoyo de Castro y tuvo enfrente a contrarrevolucionarios respaldados por Suráfrica. Después de varios siglos de posesión portuguesa y de cuarenta años de feroz dictadura derechista, Machel nacionalizó las propiedades, torturó a los oponentes en «centros de reeducación» y ejecutó a treinta mil enemigos de clase. En la zona central del continente, los 270.000 rhodesianos blancos se opusieron a los planes británicos de dar la independencia a seis millones de africanos. Con la asistencia del régimen surafricano del apartheid, los rhodesianos lucharon contra una mayoría casi unánimemente negra,[10]que reclamaba la independencia varias décadas después que la mayor parte del continente. Estos africanos llamaban a su país Zimbabue, en recuerdo de la ciudad asolada en el siglo XIII.

A principios de 1977 Castro recibió una solicitud de ayuda de Mengistu, en Etiopía, y envió a 16.000 soldados: «nos hemos considerado obligados a socorrer a los etíopes y aportar nuestro grano de arena». Poco después de que se ahogara a Haile Selassie, Etiopía empezó a desintegrarse: los insurgentes de Tigré y Eritrea intensificaron las rebeliones en el centro. La revolución devoraba a

sus hijos. «Plantaremos cara a los enemigos que vienen de frente y no nos dejaremos apuñalar por la espalda. Armaremos a los camaradas y vengaremos la sangre de los camaradas caídos, cobrándonos el doble y el triple», anunció Mengistu. La rivalidad de Mengistu y Atnafu se fue intensificando, hasta el punto de amenazarse con pistolas. El 3 de febrero de 1977 Mengistu emprendió una purga del Comité Permanente del Derg: sacó una ametralladora y abatió personalmente a sus camaradas, matando a 58 miembros del Derg. Luego lo eligieron presidente, se convirtió en dictador y basó su propia campaña del Terror —la Qey Shibir— en la iniciada por Lenin en 1918. Brézhnev y Castro quedaron positivamente impresionados. «Tengo la impresión de que Mengistu es un líder tranquilo, honesto y seguro de sí mismo. Es una personalidad intelectual que el 3 de febrero ha exhibido su sentido común ... Ha hecho arrestar y ejecutar a los derechistas.» Su rival Atnafu no estaba en la ciudad aquel 3 de febrero, pero avanzado el año también murió ejecutado.

«Queremos aseguraros, camarada Brézhnev —dijo Mengistu durante una visita al Kremlin—, que lo sacrificaremos todo por la revolución.» No era una hipérbole. «¡Muerte a los contrarrevolucionarios!», exclamó en un mitin en el que se puso a reventar como loco botellas de un fluido rojo. El Terror formaba parte del contraataque imperial: «Querían desmembrar la nación y hemos respondido». Mengistu fue el responsable de 750.000 muertes. Pero los somalíes estaban avanzando hacia Harar, en la Etiopía oriental; un tigreno, un erudito joven y de talento —Meles Zenawi, de tan solo veintidós años, que se había alzado con el gran premio Haile Selassie de la mejor escuela de Adís— fundó la Liga de Tigré, de carácter marxista-leninista, que tuvo la extraña ocurrencia de apoyar al albanés Enver Hoxha frente a todas las grandes potencias; por último, en Eritrea, un fanático marxista —Isaías Afwerki, «Isu», entrenado en Pekín— recibía armas de China. La Etiopía soviética, en suma, pasaba por un momento muy difícil; Castro aerotransportó más tropas.

Después de un paseo triunfal por África —con visitas a Neto y Mengistu— Castro voló a Moscú para sumarse a Brézhnev en la

celebración de otro éxito: los comunistas se habían hecho con el poder en Afganistán.

El sha Zahir, hijo del monarca fundador de la dinastía, había sobrevivido a la guerra fría equilibrando las ofertas soviéticas y estadounidenses de financiación de proyectos afganos, pero en realidad se sentía mucho más próximo a la URSS: Kabul había sido la primera visita de Jrushchov al sur de Asia. La KGB fundó un Partido Comunista que se dividía en dos facciones según la lengua que hablaban (pastún o farsi), pero entre tanto las reformas del sha activaron un movimiento contrario, islamista. En 1973 el sha fue derrocado por su primo, el príncipe Daoud, que llevaba tiempo haciendo las funciones de primer ministro y contaba con apoyo de los comunistas. Pero las reformas de Daoud decepcionaron y su reclamación de la región pakistaní de Pastunistán hizo que la primera ministra Bhutto empezara a financiar a los islamistas por medio de su servicio secreto, el ISI [en las siglas inglesas con que se lo suele denominar]. Cuando Brézhnev protestó porque Estados Unidos estaba interfiriendo en Afganistán, Daoud se le enfrentó y empezó a detener a comunistas.

En abril de 1978 tropas comunistas asaltaron el palacio, ametralló a Daoud y su familia —mujeres y niños incluidos— y los arrojó a una fosa común. Nur Muhammad Taraki —un veterano escritor afgano que seguía la corriente del realismo socialista, y combinaba el flirteo y el buen vivir con el fanatismo marxista— se hizo con el poder y se proclamó «Genio del Este». Confiaba tanto en sí mismo, y carecía tanto de contacto con la realidad, que se jactó ante la KGB de que si volvían pasado un año, «¡las mezquitas estarán vacías!». Brézhnev consideraba a Taraki un leninista y, por lo tanto, favoreció su programa de educación laica, reforma agrícola y derechos de las mujeres —un programa que en buena parte se asemejaba al que los estadounidenses trataron de imponer después del 11 de septiembre de 2001—. Pero la radicalidad de sus reformas distanció a los afganos conservadores y la facción pastún empezó a asesinar a sus rivales moderados de etnia tayika. Los soviéticos les aconsejaron que dejaran de matarse unos a otros, pero «siguen ejecutando a los que no están de acuerdo con ellos»,

dijo el primer ministro Kosyguin. Cuando los muyahidines (guerrillas islamistas) emprendieron una yihad contra los comunistas, Taraki suplicó que los soviéticos enviaran tropas con las que masacró a toda la oposición: su primer ministro Hafizullah Amin mató a cerca de treinta mil personas en los primeros dieciocho meses. En septiembre de 1979 Amin arrestó también a Taraki y, alegando que contaba con el permiso de Brézhnev, hizo que lo estrangularan. Brézhnev estaba muy descontento: en las zonas rurales abundaban los yihadistas, los rusos estaban perdiendo el control y el presidente de la KGB, Yuri Andrópov, propuso una solución chapada a la antigua: el veneno.

Brézhnev, de setenta y dos años, acababa de sufrir una apoplejía, pero en el geriátrico que dirigía el Kremlin nadie sintió la necesidad de retirarlo: el sistema estaba tan esclerótico como las arterias del líder. Su decadencia fue rápida. Pálido, adicto a los somníferos y a la bebida, Brézhnev no lograba controlar siquiera a su propia familia: su hija Galina hacía contrabando con diamantes siberianos y tenía amoríos descarados con gánsteres y domadores de leones. El horizonte de este potentado mundial se fue encogiendo. A menudo Brézhnev se pasaba todo el día a solas: «16 mayo 76. No salgo. Nadie llama. No llamo. Por la mañana corte y lavado de pelo, afeitado. Camino un poco. Miro el Central del Ejército [equipo de fútbol], pierde con Spartak. Los chicos han jugado bien». Pero sus diarios también revelan qué figura estaba en ascenso: «Ha llamado Yu[ri] Andrópov. Viene. Charlamos». Andrópov le llevó sedantes y, lo que era más relevante, abordaron qué hacer con los afganos asesinos.

El jefe de los espías: Andrópov y su protegido, Gorbachov

«Hemos creado un comité para liquidar a Amin», le escribió Andrópov a Brézhnev. La KGB contaba con un departamento especializado en venenos, la Cámara. Andrópov infiltró en las cocinas de Amin a un asesino azerí —nombre en clave: Paciencia— con experiencia como pinche.

Andrópov tenía una visión reformadora de la Unión Soviética. Como embajador en Moscú había dirigido el aplastamiento de la revolución húngara en 1956 y luego, ya como presidente de la KGB desde 1967, supervisó la invasión de Checoslovaquia y las nuevas campañas de represión contra *otkázniki* judíos[11] y disidentes; con la finalidad de «acabar con la disensión, en todas sus formas» se aprobó recurrir también a los hospitales psiquiátricos. Andrópov era un inquisidor dostoyevskiano —implacable, abstemio, incorruptible—, que lo sabía todo sobre todo el mundo. En cierta ocasión se entrevistó con un subordinado que le pidió: «Permítame hablarle un poco de mí», a lo que el jefe de los espías replicó: «¿Qué te hace suponer que sabes más de ti de lo que yo sé?». Pero Andrópov tenía una familia secreta. Lo había criado un padrastro y había trabajado en las barcazas del Volga —un currículum perfectamente proletario—, pero en realidad era hijo un joyero judío, Karl Fainshtein, asesinado en una algarada antigermánica durante la primera guerra mundial, y de su esposa de Yevguénia, hecho que ocultó para poder ingresar en el Partido Comunista en 1937. Este linaje secreto no moderó en nada su persecución de la disidencia judía.

En el extranjero Andrópov despreciaba las democracias occidentales, por corruptas y débiles, y emprendió programas de una desinformación refinada, que son el verdadero origen de las modernas *fake news*. Este acérrimo del leninismo, aficionado a las novelas de detectives y al jazz, creía necesario adoptar medidas severas mientras la dictadura se reformaba. Comprendió que el Estado soviético, cada vez más implicado en una economía mundial, debía cambiar. Su gasto militar —el 15 % del PNB— no era escandaloso para una superpotencia que, a partir de 1977, se convirtió en la mayor productora de petróleo, gracias al descubrimiento de yacimientos en la Siberia occidental. Sin embargo dependía en exceso de los beneficios de esta mercancía, que se invertían en importar cereales —y no tecnología occidental — y en subsidiar a Cuba y los otros vasallos, lo que Andrópov calificaba de «vil robo». A su entender «nos aguarda la tarea de elaborar un sistema de pasos logísticos, económicos y

morales ... que facilite la renovación de los equipos y los gestores». Veía el peligro que representaba la estructura de Lenin, con quince repúblicas «independientes». «Hay que librarse de la división nacional. Dibujadme un nuevo mapa de la URSS», dijo.

«Dentro de veinte años —afirmó en 1975— podremos permitirnos lo que Occidente se permite ahora: la libertad de opinión y de información, la diversidad en la sociedad y el arte.» En cambio pensaba que el poder político debía seguir siendo un monopolio del Partido Comunista. Al igual que Deng en China, concebía una libertad económica creciente pero bajo un control político inflexible. Andrópov, a juicio de un reformador, Aleksandr Yákovlev, «era el más peligroso de todos porque era el más inteligente».

No mucho antes, Andrópov había trabado amistad con un nuevo líder del Partido en Stávropol, un hombre enérgico, al que visitaba para compartir vacaciones, caminatas y el acompañamiento de canciones que su propio KGB prohibía: Mijaíl Gorbachov. Su figura estaba en ascenso, y elogiaba a Brézhnev y hacía lo necesario para medrar. Pero tanto él como su esposa Raisa, de pelo caoba —hijos ambos de familias asesinadas por Stalin— contemplaban con horror la inercia de Brézhnev.

Andrópov guio el ascenso de Gorbachov, que era consciente de que el sistema se derrumbaba. Gorbachov encontró a un espíritu afín en el duro, pero inteligente jefe del Partido en Georgia, Eduard Shevardnadze —de ojos azules y una cresta de pelo cano— que en un paseo a la orilla del mar Negro le había dicho de pronto: «La verdad... Todo está podrido». En 1978 Brézhnev, a instancias de Andrópov, incluyó a Gorbachov en el Politburó de Moscú.

«¿De veras necesitamos esto?», preguntó Raisa. «No podemos seguir viviendo así», contestó Gorbachov.

En el Kremlin se quedó estupefacto al ver que el secretario general se quedaba dormido durante las sesiones del Politburó. Los líderes le hacían pensar en «una escena de Gógol». Gorbachov se quejó ante Andrópov, quien comentó que «la estabilidad del Partido, del país e incluso del mundo» requerían «apoyar a Leonid». Más abajo, en las filas inferiores de la KGB, Andrópov

potenció un ambiente de lealtad caballeresca. En 1969 promovió un nuevo culto a los policías secretos, los chequistas, al apoyar la miniserie de televisión *Diecisiete momentos de primavera*, protagonizada por un superespía soviético —el coronel Isáyev— que penetra en el cuartel general con el nombre de Stierliz.[12]La serie funcionó. Stierlitz se convirtió en un héroe soviético. La serie entusiasmó tanto a Brézhnev que cambió la hora de las sesiones del Comité Central para no perdérsela, e inspiró a muchos jóvenes —incluido un estudiante de Derecho de Leningrado, llamado Vladímir Putin— a unirse a la KGB. Putin veneraba a Andrópov como un héroe y quería ser otro Stierlitz. «Mi concepto de la KGB —rememoró más adelante— lo tomé de los relatos románticos de espías.»

En 1975, cuando Putin se unió a la KGB, contaba veintitrés años. Trabajó en labores tanto de contrainteligencia como de vigilancia interna. Luego siguió formándose en el Instituto Yuri Andrópov. Su origen era convencional. Había crecido en los apartamentos empobrecidos y húmedos de un bloque en decadencia de Leningrado, y solía corretear con los niños de la calle; pero su madre, María —que al nacer él tenía cuarenta y un años y había perdido a un bebé durante el asedio de la ciudad—, lo mimó con la clase de atención especial que en ocasiones hace crecer a los pequeños con una gran confianza en sí mismos. Vladímir —«Vova»— fue rescatado por la ternura de una vecina judía que le alimentó mientras los padres trabajaban y por su entrenamiento deportivo como karateka. Pero también había una conexión más profunda con la policía secreta: su abuelo Spiridón había formado parte del personal de servicio del NKVD (había cocinado para Lenin y para Stalin) y su padre participó en la guerra con unidades del NKVD.

Sin embargo envenenar al tirano afgano resultó más difícil de lo que Andrópov preveía, y Brézhnev y el Politburó no se resolvían a actuar. Andrópov empezó recomendando moderación, dejar que el veneno hiciera su trabajo. Pero si se hacía necesario intervenir, no le cabía duda de que sería una acción rápida y fácil. En agosto de 1978 el sha de Irán recibió una llamada de su potentado vecino,

Saddam Hussein, vicepresidente de Irak, interesado en saber si autorizaba el asesinato de un iraní problemático que se había exiliado en su país, el ayatolá Jomeiní. Saddam explicó que Jomeiní causaba problemas entre los chiíes iraquíes. Saddam podía matarlo o desterrarlo. ¿Qué prefería el sha?

IMÁN, SHA, SADDAM

En estas fechas hasta los cortesanos del sha le sugerían que emprendiera reformas. En junio de 1974 Alam le preguntó: «¿Cómo podemos esperar que el pueblo pase sin pan a la vez que les decimos que estamos viviendo una edad de oro?». El sha «pareció quedar sumamente abatido y me ordenó organizar un comité». Pero su apuesta por alzarse con la hegemonía del Golfo y dividir Irak estaba funcionando. Había respaldado una insurgencia kurda sangrienta, encabezada por el último caudillo de la familia Barzani, que obligó a los iraquíes a reconocer su autonomía.[13]Pero el líder emergente de Irak —Saddam Hussein— temía que perder el Kurdistán disolviera su nación. El sha y Alam tenían a Saddam por «un joven esbelto y apuesto que destaca por su inteligencia». Había nacido en la ciudad de Tikrit y ni lo malcrió una madre que lo admirase ni chocó con un padre agresivo. Antes bien, su padre había nacido al poco de nacer él y su madre Sabha se había derrumbado y envió al hijo a criarse en Bagdad, con su hermano Khairallah Talfah, un nacionalista árabe radical. Khairallah informó al chico sobre el Partido Baaz, que en 1963 se alzó con el poder tanto en Irak como en Siria, aunque no tardó en quedar paralizado por sus propias divisiones y purgas. Saddam ganó puntos al intentar asesinar a un presidente iraquí, y huyó a Egipto; pero volvió en 1968, cuando su primo el general Ahmed al-Bakr —casado a su vez con la hermana del tío Talfah— alcanzó el poder en el último estallido de las luchas entre las facciones baazistas y nombró a Saddam jefe de la policía secreta.

Cuando Saddam se casó con una hija de su tío —la maestra Sayida— quedó situado en el centro de un clan diminuto, al que

pronto se incorporaron el hijo del tío y sus medio hermanos. Mientras el sha gastaba millones en armamento estadounidense, Saddam, vicepresidente del Mando Revolucionario, cultivó las relaciones con Moscú. En abril de 1972 Bagdad firmó un tratado con los soviéticos a la vez que Saddam reforzaba su amistad con un espía de la KGB, Yevgueni Primakov —al que a veces se designaba con el nombre en clave de Maksim, aunque en realidad era judío y se llamaba Fínkelshtain—, quien admiraba al iraquí por una «firmeza que a menudo se convertía en crueldad, una fuerza de voluntad que lindaba con una obstinación implacable». Al-Bakr cayó enfermo justo cuando los rebeldes kurdos amenazaban con independizar el norte de Irak. Saddam carecía de la fuerza necesaria para detenerlos, por lo que tuvo que negociar.

En una reunión celebrada en Argel en marzo de 1975, el sha dio un golpe maestro al lograr que Saddam cediese a Irán el control del río Shatt al-Arab a cambio de que él abandonara a los kurdos a su suerte. Pero los éxitos suelen disuadir de las reformas y el sha se sentía triunfante. En julio del año siguiente Alam expresó así su desesperación: «Afirmamos que hemos llevado a Irán a las puertas de una Gran Civilización, pero los cortes de energía son habituales y ni siquiera podemos garantizar el agua en la capital». El sha lo negaba todo: «Lo único que va mal, en la economía, es su extraordinaria tasa de crecimiento».

El poder es corrosivo y el sha llevaba en el tablero desde 1941: casi cuarenta años. Gran parte del dinero del petróleo se había malgastado o robado. «Nadie maneja con firmeza la caña del timón y el capitán está superado por la cantidad de trabajo», advirtió Alam. Entre tanto, «el pueblo quiere más progreso material, reclama justicia, armonía social, una voz en los asuntos políticos. Me temo lo peor». En enero de 1977, después del dispendio de unos ingresos colosales, tuvo que informar al sha: «Estamos arruinados».

Una de las amantes suecas del sha sufrió un envenenamiento alimentario, pero cuando el ministro de la corte envió al médico real, este se dirigió a la «novia francesa» de Alam. «Su Majestad casi lloraba de la risa.» Pero los iraquíes no encontraban motivos

para reír. Millones de campesinos habían acudido a las ciudades, donde no encontraron ancla ni riqueza, ni las élites venales se preocuparon por ellos; por lo tanto dirigieron sus quejas a los mulás tradicionales y escucharon las cintas de contrabando en las que el ayatolá Jomeiní, desde Nayaf, calificaba al sha de «serpiente americana cuya cabeza debe aplastarse con una piedra». En este punto Saddam le ofreció al sha la cabeza de Jomeiní y el rey de reyes rechazó la oferta. Saddam expulsó al ayatolá.

Jomeiní se refugió en París. Giscard d'Estaing, el presidente francés, lo consultó con el sha, que no puso objeciones. En octubre Jomeiní se instaló a las afueras de la capital, en Neauphle-le-Château. Sus apariciones mediáticas —sentado bajo un manzano y vestido con un simple caftán, antítesis de las exhibiciones doradas del sha— las gestionaba una alianza de liberales cultos, chiíes moderados y revolucionarios de izquierdas formados por la OLP en el Líbano. Cada sector pensaba que controlaba al anciano; ninguno lo hacía.

El sha quitó hierro a la amenaza, convencido de no tener más oposición que «unos pocos canallas corruptos»; la SAVAK siguió deteniendo y torturando a sospechosos. Pero el problema de los regímenes unipersonales es que dependen de la supervivencia de esa única persona: al sha, que se sentía exhausto, le diagnosticaron en secreto un linfoma; su hombre de confianza, Alam, también estaba a las puertas de la muerte por un cáncer. El sha Mohammad vacilaba, pasivo y deprimido, mientras lo trataban con esteroides. Hizo caso omiso de la regularidad con que empezó a haber manifestaciones y ataques fundamentalistas. En agosto de 1978 hubo un incendio en el cine Rex de Abadán, iniciado con petróleo, en el que 420 personas murieron calcinadas; les habían cerrado las puertas. Se trataba de una provocación de terroristas islámicos, que logró su objetivo: se culpó de lo sucedido a la SAVAK y las protestas fueron en aumento.

El sha enfermo había perdido la voluntad de luchar y se negó a que se disparase contra los manifestantes. Pero consultó con su aliado, Estados Unidos, donde la reacción al Watergate había lanzado a la Casa Blanca al inexperto, gazmoño y dentudo Jimmy

Carter, un demócrata que se había dedicado al negocio familiar, una plantación de cacahuetes en Georgia. Carter era el anti-Kissinger, pero su mera presencia debilitaba el poder estadounidense. Dio a entender que no apoyaba al sha, y los enviados de Jomeiní le aseguraron que el ayatolá nunca amenazaría el acceso estadounidense al petróleo. Millones de personas salieron a las calles, y el sha —asombrado por la traición de su aliado— no lograba encontrar un candidato para el puesto de primer ministro; el ejército languidecía y la monarquía se deshizo como madera podrida. El 9 de septiembre de 1978 las fuerzas de seguridad dispararon contra la masa de los manifestantes y mataron a cerca de un centenar de personas, un «Viernes Negro» que proporcionó mártires e impulso.

El 16 de enero de 1979, el sha —frágil, pálido, pero aun así digno y erguido— subió a su avión; un joven oficial se hincó de rodillas ante él, para besarle la mano, y Farah, sedada, lloraba en silencio. La aeronave lo llevó a Egipto, donde Sadat le dio la bienvenida. Dos semanas después, el 1 de febrero, Jomeiní abandonó París en un avión repleto tanto de sus asesores izquierdistas como de periodistas estadounidenses que le preguntaban qué sentía. «*Hichi*», contestó («Nada»). El ayatolá despreciaba el sentimentalismo de los estadounidenses y quería expresar la grandeza mística de Dios. Seis millones de personas —una de las aglomeraciones más multitudinarias de la historia— estuvo a punto de aplastarlo mientras su caravana de automóviles se dirigía al Cementerio de los Mártires, donde tuvo que rescatarlo un helicóptero militar. «Decidiré el gobierno; a este gobierno [provisional] le romperé los dientes», anunció a las masas. El momento decisivo no tardó en llegar: sus aliados laicos habían dispuesto que se alojara en la escuela femenina de Refah, pero al día siguiente los mulás —sus aliados y antiguos pupilos— irrumpieron en el centro y se llevaron a Jomeiní, al que ensalzaban como su imán infalible, a su cuartel general.

Aunque nombró primer ministro a un islamista moderado, Jomeiní había logrado engañar a los izquierdistas, los centristas y los estadounidenses: delegó el poder en un Consejo de la

Revolución Islámica cuyo núcleo principal acapararon muchos de sus antiguos alumnos, hombres que durante años habían estado entrando y saliendo de la cárcel. Uno de ellos —un clérigo de Nayad, de cuarenta años, Alí Jamenei, hombre de confianza del imán— organizó un ejército nuevo, la Guardia Revolucionaria Islámica. Estos dos hombres —primero el imán Jomeiní, luego Alí Jamenei— dirigieron Irán en calidad de imanes hasta la década de 2020.

La verdadera naturaleza de Jomeiní se puso de manifiesto en seguido, cuando sus partidarios derrotaron en tiroteos a la guardia imperial y arrestaron a todos los generales y ministros. Los llevaron a la escuela de Refah, en cuya azotea los fusiló el juez supremo de los revolucionarios: Sadeq Jaljalí, un risitas regordete que era un auténtico asesino, discípulo de Jomeiní desde 1955 y líder durante muchos años de los Fedayines del Islam. Cuando recibió una llamada de teléfono que le pedía demorar la ejecución de un primer ministro con mucha experiencia al servicio del sha, pidió que le esperaran un momento, subió a la azotea y lo ejecutó en persona, antes de volver y comunicar: «Lo siento, la sentencia ya se ha ejecutado». Más adelante presumió: «He matado a más de quinientos criminales próximos a la familia real ... sin ningún remordimiento», aunque el sha se les había escapado. En octubre el sha se dirigió a Estados Unidos para recibir tratamiento médico, a lo que en Irán se respondió con una campaña «Muerte a Estados Unidos», tras lo cual cuatrocientos estudiantes asaltaron la embajada de este país en Teherán. Tomaron como rehenes a 36 estadounidenses, con el apoyo de Jomeiní, que utilizó el episodio para expulsar a los moderados e imponer su modelo único de teocracia: el Líder Supremo —por la Ley del Consejo de Guardianes — era un monarca sagrado y absoluto superior a los presidentes electos y a la asamblea.

Carter, humillado, envió a varios comandos al rescate, en la operación Garra de Águila; pero los helicópteros se estrellaron entre una tormenta de arena y murieron ocho soldados, cuyos cadáveres agostados se utilizaron en Irán como atrezo de un espectáculo macabro. «¿Quién ha derribado los helicópteros del

señor Carter? ¿Nosotros? ¡No: las arenas! —exclamó Jomeiní—. Esas arenas son agentes de Dios. ¡Que lo intenten otra vez!». No hubo un segundo intento. Los comandantes en jefe de Estados Unidos necesitan los laureles de la victoria: Carter estuvo perseguido por la derrota y la mala fortuna, pero se esforzó por promover el primer tratado de paz arabo-israelí.

El 19 de noviembre de 1977 Sadat, confiado por los éxitos anteriores contra Israel, había tenido el valor de viajar a Jerusalén.

J. J. de Ghana y Sadat en Jerusalén

Sadat le dijo al Knéset, el Parlamento israelí: «Pongamos fin a la guerra». Su huésped en el país, Menájem Beguín —un nacionalista de origen polaco y carácter hosco, que había utilizado el terrorismo para debilitar el Mandato británico— había logrado derrotar a los laboristas, que llevaban treinta años en el gobierno, al conquistar los votos desatendidos de los judíos mizrajíes de los países árabes. Beguín le devolvió el Sinaí a Egipto a cambio de una paz que enfureció al resto del mundo islámico. En marzo de 1979 —cuando el tratado se firmó, en Washington— Assad de Siria y Gadafi de Libia protestaron por la traición de Sadat. El imán Jomeiní hizo lo mismo.

La primera visita extranjera que Jomeiní recibió fue la del líder palestino Yasser Arafat, que en sus campos libaneses había entrenado a muchos radicales iraníes, financiados por los soviéticos. La fe es contagiosa y fungible: la revolución de 1979 transformó el mundo tanto como las de 1789 y 1917. Desde el Occidente laico se veía a Jomeiní como un espectro de un pasado intolerante y oscurantista; en realidad era el futuro. Las ambiciones de Jomeiní eran panislámicas. No se limitaban a la historia chií, ni a la irania, sino que incluía a los palestinos laicos («Hoy Irán, mañana Palestina») e igualmente a los suníes. Entre los inspiradores de Jomeiní había figurado Qutb, el suní egipcio ahorcado por Nasser; ahora él era fuente de inspiración para los seguidores de Qutb. El presidente Sadat había concedido asilo a su

amigo, el sha depuesto y moribundo, que pasó de Estados Unidos a Panamá siempre acosado por los agentes de Jomeiní, que reclamaban que se lo asesinara o extraditara. Cuando finalmente falleció en El Cairo, Sadat le dio sepultura en la mezquita de Al-Rifai, junto a Ismaíl el Magnífico y Faruq. Esta lealtad al sha, sumada a la paz con Israel, despertó el odio de los islamistas.

En Pakistán, el 4 de abril de 1979, el ex primer ministro electo Bhutto murió en la horca por órdenes del general islamista que lo había derrocado. El jefe del Estado Mayor, el general General Muhammad Zia, había depuesto a Bhutto casi dos años antes, en julio de 1977; su autocracia arbitraria, sus maniobras entre el socialismo, el islam y los señores feudales, y obviamente el asesinato de los opositores habían distanciado de Bhutto a todas las partes. El propio ex primer ministro había ascendido a Zia e invitó a este oficial bigotudo y brioso a fomentar el islam en el ejército; pero el general lo odiaba e hizo que lo juzgaran por asesino. Ahora la revolución iraní chií instó al suní Zia a islamizar Pakistán e imponer la ley de la sharía.

La influencia de Jomeiní era peligrosa, pero vivía bajo otra amenaza: despreciaba a Saddam Hussein y aspiraba a destruir a los «ateos baazistas». Saddam también lo despreciaba a él.

El 22 de julio de 1979 Saddam Hussein, recién nombrado presidente de Irak, con un cigarro en la boca, subió a escena ante una asamblea del Consejo de Mando Revolucionario para iniciar una purga. La acción se grabó en vídeo para que luego pudiera enseñarse por todo el país. Tras la paz de Sadat con Israel, el presidente Al-Bakr había propuesto una unión con el sirio Assad, baazista como él: Al-Bakr sería el presidente, Assad su segundo y Saddam perdería su posición. En consecuencia este frustró el acuerdo, lo que generó un cisma con Assad; y Siria estableció entonces una alianza con Irán, que de hecho permitió que su dinastía sobreviviera hasta la década de 2020.

Después de provocar habilidosamente la retirada de Al-Bakr, Saddam abandonó la sombra. Este radical de escasa formación interpretó que su ascenso fácil, su crueldad sagaz y su corte de aduladores eran la prueba de que le aguardaba un destino

providencial; él iba a ser la fusión moderna de un Saladino y un Nasser, un Nabucodonosor y un Stalin. Al asumir la presidencia arrestó a sus enemigos y los torturó para que incriminaran a otros en la «trama siria».

Desde la escena, ante la asamblea, presidió la denuncia pública de los «hermanos que nos han traicionado», con el desenfado esperable en el maestro de ceremonias de un juego diabólico. Cada vez que se pronunciaba el nombre de alguna persona del público, Saddam gritaba: «¡Fuera!» y las cámaras mostraban a agentes trajeados de la Mujabarat que los escoltaban al exterior de la sala. Entre tanto los supervivientes exhibían su lealtad aclamando a voces a Saddam. Cuando la ceremonia concluyó, Saddam y sus secuaces rompieron a llorar, se enjuagaron las lágrimas con pañuelos y luego guiaron a los supervivientes a los sótanos, donde les dieron pistolas y los obligaron a fusilar a diversos prisioneros; a otros los indultaron pero los obligaron a matar más.

Jomeiní y Saddam no fueron los únicos líderes que intentaron utilizar los asesinatos para hacer limpieza en sus países. El 26 de junio de 1979, un sargento de la fuerza aérea ghanesa, Jerry Rawlings, de treinta y dos años, instaló en una playa de Acra una serie de postes e invitó a la prensa a contemplar un espectáculo macabro. «Había seis postes, y de cada uno colgaba una cuerda —recordaba un periodista—. Detrás de los postes habían amontonado sacos de arena.» Entonces se acercó una ambulancia, «abrieron la puerta de golpe» y salieron dos expresidentes, los generales Akuffo y Afrifa, y cuatro oficiales de alto rango. «Se hizo el silencio entre los espectadores» que vieron atar a aquellos hombres a los postes. «Casi nadie vio al pelotón de fusilamiento entrar en las tiendas, todos habíamos centrado nuestra atención en los oficiales condenados...»

«J. J.» Rawlings —hijo de una madre de etnia ewé y de un farmacéutico escocés de Galloway— era un piloto alto y atractivo, descontento con la venalidad e incompetencia de los gobernantes civiles y militares que habían sucedido a Nkrumah. Sin embargo, quizá por estar recién casado con Nana y tener tres hijos,

suspendió repetidamente los exámenes de oficial y estaba a punto de ser expulsado de las fuerzas armadas. Este hombre impetuoso y caprichoso se unió entonces a los oficiales de una organización secreta, el África Libre, que planearon golpes de Estado por todo el continente.

El golpe de Ghana lo concibieron él mismo y su mejor amigo, el comandante «J. C.» Kojo Boakye Djan; lo conocía por haber estudiado ambos en el internado más famoso de Acra, el Prince of Wales, de estilo británico, donde ya se habían rebelado contra el director inglés. En mayo de 1979 Rawlings le soltó a su amigo: «J. C., vayamos a tomar algo»; y en el hotel Continental, ante unos cócteles, le anunció de pronto: «J. C., estamos listos para asaltar el poder». «¿Tú y quién más?» «Cuento con muchos chavales.» J. C. le desaconsejó que lo hiciera, pero J. J. le advirtió: «Contemporizas demasiado. Te arriesgas a parecer un cobarde».

El intento resultó desastroso. Rawlings y sus «chavales» fueron apresados y les aguardaba la ejecución. «No había alternativa —dijo J. C.—, había que liberarlo antes de que lo fusilaran.»

El 4 de junio de 1979 J. C. asaltó la cárcel y puso en libertad a Rawlings; luego tomaron el Castillo de Acra y derrocaron al general Akuffo. Instauraron un Comité Revolucionario de las fuerzas armadas, el sargento de aviación Rawlings declaró necesario «limpiar la casa» y se detuvo a tres expresidentes y cinco generales. Los primeros fusilamientos se produjeron en privado, pero los siguientes se realizaron en la playa de Acra, delante de multitudes.

«No se escuchó ninguna orden de "¡Disparen!" —rememoraba el periodista—, solo un repentino *kk-kk-kk*. Vi cómo les manaba la sangre...». Años más tarde Rawlings valoró que había sido «muy doloroso y lamentable, pero no hubo más remedio». Se recopiló una lista negra de trescientas personas, se las asesinó a todas, y Rawlings sorprendió a todo el mundo al permitir que se celebrasen elecciones libres. Las ganó el doctor Hilla Limann, un respetable diplomático nkrumahita. Aunque Rawlings volvió al cuartel, pasados dos años de gobierno débil y corrupto asaltó el Castillo de

nuevo, el 31 de diciembre de 1981. «Queridos compatriotas ghaneses —anunció—, esto no es un golpe de Estado. Lo que pido es ni más ni menos que una revolución ... Desde el Castillo no se va a hacer nada sin el consentimiento del pueblo.»

Rawlings presidió el asesinato, por venganza, contra tres jueces que se habían atrevido a poner en cuestión la represión de su primer ejercicio del poder. Cuando crecieron las protestas, detuvo a los secuaces de su propia junta y los hizo fusilar. Entre tanto arruinó la economía con nacionalizaciones marxistas, animado por sus aliados, Castro y Gadafi. Rawlings se parecía a tantos otros tiranos prosoviéticos de África, pero no lo era y este independiente acabó por sorprender a todo el mundo.

Volviendo al Golfo, el odio mutuo de Sadam y Jomeiní había ido intensificándose. Saddam, que había estado a punto de liquidar a Jomeiní, asesinó en su lugar al ayatolá chií Al-Sadr. Los iraquíes llevaban tiempo molestos con la superioridad iraní y el poder del sha. El padre putativo de Saddam —el tío Talfah— había escrito un panfleto titulado *Las tres cosas que Dios no debería haber creado: persas, judíos y moscas*. Saddam acudió a Riyad en busca del apoyo saudí. Jomeiní detestaba a los saudíes, de los que se había burlado calificándolos de «camelleros de Riyad y bárbaros del Néyed». Fahd —el príncipe heredero saudí, hijo de Abdulaziz— le prometió a Saddam mil millones de dólares mensuales. Los estadounidenses dieron luz verde a la guerra, e igualmente Brézhnev, que acababa de adoptar una decisión fatal.

Operación 333 en Kabul

La operación Shtorm-333 fue la misión más exitosa de los comandos de asalto en los tiempos modernos. A las 19.15 del 27 de diciembre de 1979, más de un millar de efectivos soviéticos, disfrazados con uniformes afganos, asaltaron el Palacio de Tachbeg (situado a unos quince kilómetros de Kabul), con la intención de eliminar al secretario general afgano, Hafizullah Amin. Sus medidas radicales y sus purgas asesinas, la admiración por Stalin y

la educación estadounidense habían alarmado a los soviéticos. El alborozo senil de Brézhnev fue inquietante: bailaba tangos con las mecanógrafas y camareras, pero en público era incapaz de completar una frase, hasta el punto de haberse convertido en un chiste nacional. Pero Amín inquietaba a los vejestorios omnipotentes. «Bajo ninguna circunstancia podemos perder Afganistán», dijo Andrópov.

Los generales habían desaconsejado la invasión y, en privado, Gorbachov comentó que era «un error fatal»; sin embargo, el 12 de diciembre Andrópov impuso su criterio. Mientras se reunía a las tropas, Amin se había trasladado del palacio presidencial a la residencia de Tachbeg, de defensa imponente. El agente Paciencia de Andrópov era ahora el cocinero de Amin. Si lograba matarlo, no habría necesidad de invadir Afganistán.

El 13 de diciembre Paciencia envenenó a Amin, pero el sobrino del agente se había tomado la mayor parte de la comida envenenada y hubo que trasladarlo a Moscú para poder tratarlo con un antídoto. Luego se encargó a un francotirador que liquidara al afgano, pero no logró acercarse lo suficiente. Andrópov ordenó emprender un asalto rápido y quirúrgico para eliminar a Amin y pacificar el país. El 25 de diciembre empezaron a llegar las fuerzas soviéticas, que tenían la autorización de Amin. El 27, apenas unas horas antes de Shtorm-333, Amin presidió otro banquete envenenado, tras lo cual él y todos los invitados cayeron enfermos. El afgano cayó en coma, pero su adicción a la Coca-Cola difuminó el efecto del veneno y un médico ruso —al que la KGB no había puesto al corriente del atentado— logró revivirlo. Una vez que la patrulla de asalto tuvo noticia de que Amin seguía vivo, setecientos efectivos —encabezados por 25 asesinos de la unidad Trueno del Grupo Alfa, y acompañados de contingentes de la KGB y el servicio de inteligencia de las fuerzas armadas (GRU) y apoyados por setecientos paracaidistas y agentes de las fuerzas especiales (Spetsnaz)— se lanzaron sobre el palacio, donde encontraron la resistencia de 1.500 soldados.

«Los soviéticos nos salvarán», dijo Amin, mientras los comandos de Andrópov irrumpían en el edificio. «Los soviéticos

nos están *atacando*», dijo el edecán. «Pues tienes razón...»

En el interior del palacio los asesinos masacraron a Amin, prácticamente a toda su familia —su esposa, su hijo de once años — y a 350 guardias; una hija solo resultó herida y al final sobrevivió. Los suelos de parqué estaban inundados de sangre. Se instaló en el poder a un presidente prosoviético, Kamal; ochenta mil soldados y 1.500 tanques tomaron las ciudades; no tardaron en ser 125.000 y, en la fase más intensa, seiscientos mil. La invasión provocó la respuesta de una insurgencia creciente, de unos 250.000 muyahidines dirigidos por líderes tribales y religiosos;[14]primero contaron con la asistencia de Pakistán, luego de la CIA y los saudíes.

Afganistán le ofreció a Saddam una excusa perfecta. El 22 de septiembre de 1980 invadió Irán en lo que llamó «Qadisiyya de Saddam», en referencia a la derrota que los árabes infligieron a los persas en 638. Pero no acertó a destruir a Jomeiní; antes al contrario, el ataque árabe hizo que el fanatismo islámico y el nacionalismo iraní respaldaran incondicionalmente al imán, lo que salvó al régimen. Miles de iraníes se ofrecieron voluntarios para vestir las bandanas rojas del martirio y los enviaron a las trincheras y el campo de batalla, a menudo sin más armas que las llaves del cielo; pero estas oleadas humanas lograron detener el avance iraquí. Jomeiní ejecutó en cantidades masivas a los traidores marxistas y «liberales» y reclutó a doscientos mil soldados para su nuevo ejército, la Guardia Revolucionaria. Estados Unidos y Rusia prodigaron la ayuda militar al dictador iraquí. «¡Es una pena que no puedan perder los dos bandos!», dijo Kissinger. La guerra duró diez años y costó la vida a un millón de jóvenes. Se trata de una catástrofe olvidada, que incitó a Jomeiní a consolidar su teocracia y a Saddam a asumir más riesgos, que costeaba la financiación saudí.

El rey Fahd, el cuarto de los hijos de Abdulaziz que recibía la corona, reaccionó al desafío iraní —y a un ataque de rebeldes islamistas contra el santuario de La Meca— reforzando la observancia religiosa en su reino y adoptando el nuevo título de Guardián de los Dos Santuarios; también financió una campaña

wahabí en todo el mundo árabe, para enfrentarse a Jomeiní en una batalla de la fe que intensificó el fanatismo. Su hermano Salmán, el gobernador de Riyad —un hombre inteligente, resuelto e irascible, que en la década de 2020 ascendió a rey[15]y que solía abofetear a quien le resultaba impertinente— asumió la financiación de las entidades de beneficencia islámicas y canalizó el dinero para que llegara a manos de los afganos y de la pequeña partida de saudíes que acudieron a luchar por ellos.

Osama bin Laden, que entonces contaba veintidós años, era uno de los 56 hijos del constructor del rey, Muhammad bin Laden; este yemenita había empezado siendo portero en Yeddah, pero en 1930 se ganó el favor de Abdulaziz y trabó amistad con Faisal, y se encargó de reconstruir La Meca y Medina para los saudíes. La familia era experta a la hora de cortejar no solo a la familia real, sino también a los grandes de Estados Unidos.

Muhammad bin Laden educó a la mayoría de sus hijos en Gran Bretaña o Estados Unidos; su heredero, Salem, estaba en un internado británico. Cuando el padre falleció en un accidente de aviación, Salem bin Laden dio continuidad a la relación con Faisal, pero también adquirió casas en Florida y entabló amistad con una útil familia de patricios. En abril de 1979 fue uno de los inversores de una empresa emergente: la compañía petrolífera de George W. Bush, el jactancioso y bebedor hijo de un político de clase acomodada, George H. W. Bush, que en ese momento planeaba presentarse a las elecciones presidenciales.

Poppy, Osama y W.

George Bush padre —alto, de voz aflautada y educación de pago, apenas elocuente y sin ningún concepto claro del futuro (le faltaba «eso de la visión»)— tenía dificultades para conjugar la decencia de la clase a la que pertenecía con una ambición voraz. Los Bush representaban la clase de familia estadounidense que poseía no una casa, sino un «complejo familiar» propio. Descendían de buscadores de oro, maestros y herreros ingleses; eran radicales en

el abolicionismo y la defensa del sufragio femenino; pero también eran miembros de la élite empresarial de la costa este.

El abuelo de George —Samuel, hijo de un vicario episcopal— ganó una fortuna administrando una acerería que fabricaba piezas para E. H. Harriman, el barón del robo de la Edad de Oro de Estados Unidos. Su hijo Prescott trabajó en el banco de inversiones de los hermanos Harriman y se casó con la hija del jefe, George Herbert Walker (*Pop* Walker). De este director bancario los Bush heredaron el complejo de Kennebunkport —su hacienda de Maine — donde como otros blancos, anglosajones y protestantes se entregaron al doble infierno de los acuerdos domésticos espartanos y los deportes de invierno.

Apodado *Skin* («piel») por su delgadez y *Poppy* por su abuelo Pop, George H. W. Bush siguió a su padre a Yale y a la exquisita sociedad estudiantil de bebedores Skull and Bones (a cuyos miembros se los conoce como *bonesmen*); luego se casó con Barbara Pierce, la indomable hija de un editor de éxito cuyo linaje los entroncaba con uno de los primeros colonos de Massachusetts. Poco después del matrimonio George se incorporó a la fuerza aérea y, aunque los japoneses lo derribaron en 1944, sobrevivió a la guerra. Se mudó a Houston, ganó dinero con el petróleo y la pareja tuvo seis hijos. Ante el pesar de haber perdido a una hija por leucemia, consintieron al hijo mayor, George W. —al que solían llamar sencillamente *W.*—, quien creció siendo un principito vulgar, mezcla de un heredero de Texas y un *bonesman* de la selecta Yale.

Poppy había entrado en política, como su padre, y Nixon recompensó su lealtad confiándole la embajada de Pekín; Ford lo nombró director de la CIA. Pero no era un meteoro, sino un buen tejedor de redes, que dirigía una nota de agradecimiento a cada persona que conocía. En este momento Bush se consideraba preparado para competir por la presidencia.

Entre tanto W. iba ganando dinero con el petróleo y había invertido en el equipo de béisbol de los Texas Rangers; pero solía beber con exceso y lo detuvieron por haber conducido bajo la influencia del alcohol. Cuando se casó con Laura Welch, una

bibliotecaria virtuosa, su vida dio un giro: renunció al alcohol y se entregó a Dios, la sobriedad y la política. Laura no solo era «guapa y elegante», sino que además estaba «dispuesta a convivir con mis asperezas, y tengo que reconocer que ha conseguido limarlas». W. también pasó de la confesión episcopal a la de Laura: la evangélica de los metodistas unidos.

El otro gran principito, Osama bin Laden —de 1,93 m, impresionante y carismático— abrazó las ideas de Sayyid Qutb y asistió a los sermones que su hermano pronunciaba en Yeddah. Su convicción principal era que solo la guerra santa contra los infieles y ateos europeos —entiéndase soviéticos, estadounidenses, sionistas— y la restauración de la sharía devolvería al islam a sus orígenes antiguos y puros. Tras heredar 25 millones de dólares de su padre, dejó los estudios universitarios sin licenciarse y, con el apoyo del rey Fahd y el príncipe Salmán, viajó a Pakistán; con ayuda del ISI dedicó su fortuna a reunir a cerca de dos mil combatientes árabes para luchar contra los rusos. En Peshawar conoció a un cirujano egipcio, el doctor Ayman al-Zawahiri —de treinta años, multilingüe, miope—, que pertenecía a una facción terrorista, la Yihad Islámica, igualmente interesada en organizar la resistencia afgana. Al-Zawahiri se convirtió en su médico y su asesor —y su sucesor—, pero por el momento Bin Laden regresó a El Cairo, donde sus camaradas planeaban asesinar al presidente Sadat.

En septiembre de 1981 Sadat ordenó una detención masiva de yihadistas, miembros de los Hermanos Musulmanes e intelectuales (e incluso de coptos), pero se le escapó una red de conspiradores dentro de la comandancia del ejército. Se infiltraron en un pelotón que bajo las órdenes de un teniente yihadista, cierto Islambouli, participó de un desfile de artillería y tanques en conmemoración de la guerra de Sadat contra Israel, en 1973. El 6 de octubre, mientras Sadat recibía el saludo de los cazas, Islambouli se apoderó de uno de los camiones militares de la ceremonia y su camarilla, con granadas ocultas en los cascos, se dirigió andando hacia el palco. Creyendo que formaban parte de las tropas a las que pasaba revista, Sadat se puso en pie y saludó; los atacantes arrojaron las

granadas y abrieron fuego contra el presidente, hiriéndolo en el pecho. Se desató un infierno, Islambouli trepó al palco y vació el cargador contra el presidente caído, el mejor líder de Egipto desde los tiempos de Mehmed Ali. El vicepresidente Hosni Mubarak había resultado herido, pero pudo suceder a Sadat en la presidencia y gobernó Egipto durante treinta años en los que mantuvo la paz con Israel y sobrevivió a un atentado perpetrado por un hermano de Islambouli.

Los asesinos fueron ejecutados y se detuvo al doctor Al-Zawahiri. Cuando lo pusieron en libertad se unió a Osama bin Laden en su lucha pakistaní contra los soviéticos. Juntos fundaron una organización terrorista yihadista, «la Base»: Al-Qaeda.

Sadat no era el único que se enfrentaba al desafío yihadista, pero Assad lo resolvió de una manera muy distinta: el 2 de febrero de 1982 sus obuses empezaron a bombardear la ciudad de Hama, en su propio país.

Assad, que gobernaba un país pequeño con una economía centralizada al estilo soviético, había creado una Gran Siria mediante una intervención en el Líbano. Beirut era famosa por su encanto decadente y la debilidad de su Estado; en el país dominaban los cristianos maronitas, que oprimían a una comunidad chií minoritaria cuyo resentimiento halló expresión en una milicia feroz, Hizbulá —o Hezbollah: «el Partido de Dios»— financiada por Jomeiní. Otros dos agentes contribuyeron al hundimiento del Líbano: por un lado un caudillo druso —Walid Yumblatt, un *playboy* con pistola que escupía a Marx desde su Harley-Davidson— y por el otro la OLP de Arafat, que se había construido un feudo propio y ayudó a provocar una guerra civil. En 1976 Assad envió tropas para contener el derramamiento de sangre, al tiempo que su hermano Rifaat y otros principitos ganaban fortunas en el país. Pero la dictadura laica de Assad, que suprimió a los islamistas y los herejes alauíes, enfureció a los Hermanos Musulmanes.

En junio de 1980 hubo disturbios islamistas en Hama, Homs e Idlib, y los yihadistas intentaron a asesinar a Assad; en venganza, el 27 de junio su hermano Rifaat masacró a un millar de presos de

los Hermanos Musulmanes en la prisión de Tadmur (Palmira) y mató a sus líderes. En febrero de 1982, tras el asesinato de Sadat, los dos hermanos decidieron acabar con el problema islamista: Rifaat rodeó la ciudad en la que se concentraban los insurgentes —Hama— con doce mil efectivos de la Compañía de Defensa, atacó con helicópteros y obuses, y asaltó el núcleo urbano con tanques y, posiblemente, gas. El asalto costó la vida a unas cuarenta mil personas.

Los hermanos Assad seguían con especial atención los acontecimientos de su provincia del Líbano, que la OLP estaba utilizando para atacar Israel. Odiaban a Arafat y socavaron su posición potenciando a otras facciones palestinas; pero los ataques contra Israel caos al conflicto al Estado judío. El 6 de junio de 1982 Menájem Beguín, inspirado por su ministro de Defensa —el jactancioso y veterano general Ariel Sharón, héroe de la guerra de 1973— ordenó invadir el Líbano para expulsar a la OLP; mientras los pilotos sirios e israelíes entablaban duelos en el aire, por tierra los hebreos sitiaron Beirut. En agosto Arafat y a OLP se vieron obligados a abandonar el Líbano y el país eligió por presidente a un aliado de Israel, el cristiano Bashir Cheméyel (o al-Gemayel).

Los israelíes habían ocupado la mitad del Líbano y tenían como presidente a un aliado, pero estos éxitos provocaron una reacción que deshizo el triunfo: los Assad ordenaron asesinar a Cheméyel. Los paramilitares cristianos se enfurecieron y masacraron a palestinos en los campos de refugiados de Sabra y Shatila, bajo la mirada de las fuerzas israelíes; por su parte Hizbulá inició una letal campaña de bombardeo contra Israel. Beguín cayó en una depresión; a Sharón lo destituyeron y condenaron; y el aliado chií de los Assad, Hizbulá, se fue apoderando del Líbano, con consecuencias desastrosas.

Los Assad habían logrado restaurar su influencia en Siria. En noviembre de 1983 Hafez sufrió un infarto, y Rifaat dio un golpe de Estado para hacerse con el poder, en marzo de 1984; pero Hafez se recuperó, frustró el intento de Rifaat, lo apartó del mando de las Compañías de Defensa y lo «ascendió» a vicepresidente para luego desterrarlo. Pasó a centrarse en su hijo mayor, Bassel. Durante

veinticinco años, los Assad no tuvieron más problemas graves con los islamistas. Pero mientras esta dinastía aplastaba a la yihad en Siria, irónicamente los estadounidenses invertían en la guerra santa, en Afganistán.

Maggie e Indira

En Estados Unidos, un nuevo presidente, Ronald Reagan, rechazó la distensión de Nixon con los soviéticos y consideró que Afganistán le ofrecía una oportunidad de golpear al «imperio» rival. Reagan —que fue elegido a los sesenta y nueve años— dio forma a una presidencia más teatral, majestuosa y militar. Había nacido en Illinois; su padre era un vendedor que bebía y a veces se mostraba violento; su madre era un carácter alegre, que «siempre esperaba encontrar lo mejor en los demás, y a menudo lo encontraba». El joven, entre elegante y rústico, fue anunciante de radio, estrella de cine, líder sindical y gobernador de California; su voz meliflua, figura atlética, ligereza instintiva, arrogancia de vaquero, entereza cristiana y anticomunismo hicieron renacer la confianza y la fe después de los contrastes maniqueos de Nixon y Carter. Apodado *Gipper* porque en una película había interpretado al jugador de fútbol americano George Gipp, Reagan combinaba su despreocupado atractivo de vaquero con el envarado aristocratismo de la costa este de George Bush, que le acompañó como vicepresidente.[16]Cuando estaba sometido a presión, Reagan exhibía un encanto ocurrente que ningún presidente ha superado. Al poco de asumir el cargo,[17]un lunático le disparó, pero aún acertó a bromear ante su esposa Nancy [recordando la frase famosa de un boxeador]: «Lo siento, cariño, se me ha olvidado agacharme». Bush no se aprovechó del consiguiente período de incapacidad temporal y se convirtió en hombre de su confianza.

Una vez que regresaron los rehenes retenidos en Irán, Reagan desplegó el poder estadounidense para enfrentarse al poder soviético —que él calificaba de «imperio del mal»— en todos los frentes, desde Angola y Centroamérica al espacio, donde prometió

una fantástica «Iniciativa de Defensa Estratégica» cuya alta tecnología aún no funcionaba, pero alarmó a los soviéticos. Aunque Reagan transmitía placidez, sus belicosos lugartenientes eran temerariamente cínicos en sus diabluras. La presidencia estuvo a punto de quedar destruida por las ilegalidades del equipo, en una conspiración fantasmagórica: el pago por la liberación de los rehenes iraníes y la financiación de guerrillas anticomunistas en Nicaragua mediante la venta de armas israelíes a los ayatolás iraníes. Sin embargo nada parecía afectar a un presidente tan meloso como impermeable, que les había devuelto a los estadounidenses la confianza en ser el «faro del mundo».

Afganistán no tardó en poner en aprietos a los soviéticos, que no lograban derrotar a los insurgentes muyahidines en un terreno tan agreste como el afgano. En el valle del Panshir, los soviéticos lanzaron nueve ofensivas, pero casi nunca pasaron de controlar más que las ciudades principales. Carter ya había iniciado en Afganistán una operación Ciclón, pero Reagan la amplió y gastó tres mil millones de dólares para sangrar a los soviéticos, a los que desafió por todo el mundo. Los estadounidenses tenían una concepción romántica de aquella «guerra por la libertad», pensando que el anticomunismo los unía a los yihadistas, pero pasando por alto que estos odiaban toda intromisión de los infieles. La financiación se canalizaba a través del ISI del presidente Zia, que favoreció a los grupos yihadistas para asegurarse de que Afganistán no caía nunca bajo la influencia de la India.

«No vamos a favor de Rusia ni de Estados Unidos —dijo Indira Gandhi, que había vuelto al poder y observaba la guerra afgana—, solo a favor de la India.» Gobernaba junto con su hijo Sanjay, ahora parlamentario y secretario general del Congreso, y a todas luces su heredero. Pero el 23 de junio de 1980 Sanjay salió con una avioneta del Club de Vuelo de Delhi y, mientras trazaba un rizo sobre su oficina, sus sandalias se enredaron con los pedales y el avión se estrelló. Indira corrió hacia el lugar del accidente y vio el cuerpo mutilado del hijo; los médicos tardaron tres horas en reconstruirlo de modo que se pudiera exponer. La sangre fría de la madre no flaqueó. Cuando una tía rompió a llorar, Indira le dijo:

«Venga, *puphi*, venga: nosotras no lloramos».

A los cuatro días Indira volvía a estar en su despacho, pero ante la ausencia de Sanjay orientó la herencia hacia Rajiv, el hijo mayor. Estaba felizmente casado con Antonia Maino, la bella hija de un constructor italiano, de las inmediaciones de Turín. No sabía nada de la India; había trabajado como *au pair* en Inglaterra y luego como azafata, donde conoció al piloto Rajiv. «Cuando nuestras miradas se encontraron, el corazón se me disparó; fue amor a primera vista», recordaba Antonia, que adoptó el nombre de Sonia, trabajó como restauradora de pinturas y no tardó en convertirse en la favorita de Indira. «Yo no sabía gran cosa de política —reconoció Rajiv—, pero mamá necesitaba ayuda.»

Poco después, en abril de 1981, Indira fue a Londres para hablar de Afganistán con otra gran líder mundial.

«A la gente le parece extraño que la señora Gandhi y yo nos lleváramos tan bien», dijo Margaret Thatcher, la primera ministra británica. Gandhi, socialista y prosoviética, y Thatcher, conservadora y anticomunista, eran opuestas, pero tenían mucho en común: las dos se habían licenciado en el Somerville College de Oxford, las dos eran comandantes naturales en la guerra y en la paz, las dos eran mujeres que habían logrado el éxito en un mundo masculino. «No tengo nada de feminista, pero creo que las mujeres son capaces de conseguir lo que se propongan», escribió Indira; Thatcher estaba de acuerdo: «Las feministas me odian, ¿no? Y no se lo reprocho». Cuando Thatcher afirmó que Indira «tenía esa combinación por la que es muy femenina pero a la vez es capaz de adoptar decisiones muy duras», podría haber estado hablando de sí misma. Y al igual que Indira, se forjó en una guerra.

El 2 de abril de 1982, Argentina —dirigida desde hacía tiempo por dictadores militares que habían asesinado («desaparecido») a miles de izquierdistas durante las décadas precedentes— invadió una posesión británica próxima a la Patagonia: las islas Falkland (o Malvinas). En un plazo de tres días Thatcher había reunido y enviado a una fuerza de asalto que recorrió trece mil kilómetros para reconquistar las islas. Cuando un crucero argentino, el *General Belgrano*, se adentró en aguas que

Thatcher había calificado como zona de exclusión, la británica ordenó echarlo a pique, una decisión que expulsó de la guerra a la Armada argentina. El 21 de mayo las fuerzas británicas desembarcaron en las islas y el 14 de junio tomaron la capital. La operación había sido arriesgada. Antes de la guerra el mandato de Thatcher como primera ministra parecía condenado a extinguirse. Pero había hecho realidad el sueño de todo líder: una guerra breve y victoriosa. Era una líder nata, también para la guerra. «No puedes reconquistar unas islas, me temo, sin que haya muertos —le dijo a un escolar —este autor— que la pudo entrevistar en Downing Street poco después—. En las Falkland hemos perdido 225 vidas. Los rusos derribaron un avión de pasajeros coreano y con una sola acción se perdieron 269 vidas». La victoria le devolvió la confianza en su visión del excepcionalismo británico: «No creo que nadie pueda excederse en el patriotismo cuando representa a un país que es el símbolo de la decencia, la integridad, la libertad y la justicia».

Thatcher —de soltera, Margaret Roberts— era la hija de un verdulero de la pequeña ciudad de Grantham, que estudió Química en Oxford y luego Derecho, para trabajar como abogada. Era más astuta que la mayoría de sus oponentes, destacaba por sus informes y dominaba a sus colegas y rivales masculinos; por un lado era radical —a favor del atrevimiento de los empresarios independientes—, por el otro, socialmente, era una conservadora. Su acento teatralmente afectado, su pelo rubio crepado y el bolso inevitable se convirtieron en el atrezo de su majestuosidad estudiada. Se envanecía de su esfuerzo y su energía, de no dormir más de cuatro horas. «Así nací, así me esforcé por ser, y así he seguido actuando ... —le dijo a este autor—. Hay que nacer en buena forma y luego hay que entrenarse para poder trabajar con esta dureza tan extrema. Si me acostumbrara a dormir más, entonces tendría que dormir muchas más horas de las que duermo.» Casada desde hacía muchos años con un director de empresa que se retiró y vivía entre el golf y las copitas de coñac, Thatcher, como Indira, favoreció desvergonzadamente a un hijo caradura.

Durante la década de 1970 el Reino Unido se había unido a la Comunidad Económica Europea (más tarde Unión Europea), pero esto no había bastado para detener una espiral de decadencia: el desempleo se disparaba, unos sindicatos demasiado poderosos hostigaban a los empresarios, estos a su vez estaban atascados en una cultura desfasada, y los terroristas irlandeses del IRA Provisional lanzaron una campaña asesina, financiada en parte por Gadafi. Tras ser elegida en 1979 Thatcher se enfrentó a los sindicatos, liberalizó el mercado bursátil y promovió «la autonomía, la iniciativa, el trabajo duro», una nueva confianza en la energía emprendedora y un concepto patriótico del pasado democrático e imperial de Gran Bretaña: «En este enorme imperio intentamos llevar lo mejor de nuestra legislación y nuestra decencia a las naciones que administramos. El historial no es nada negativo». Pero no se consideraba otra Churchill: «Nadie puede creerse un Churchill. Sería más engreído y arrogante de lo que se pueda decir ... pero él veía con claridad, avisaba con claridad, actuaba con claridad y yo intento hacer lo mismo». Si Indira fue su avatar como reina guerrera, Reagan fue su socio geopolítico. Reagan y Thatcher actuaron en un escenario político dominado por la televisión, un medio que a los líderes anteriores nunca les habría funcionado: «No recuerdo que Churchill fuera entrevistado nunca por la televisión», dijo la primera ministra. En cambio ella y Reagan se movían como pez en el agua en un medio que, en adelante, sería esencial para los líderes de todos los sistemas.[18]

En estrecha alianza con Reagan, Thatcher inspeccionaba un mundo que parecía estar inevitablemente dividido entre los soviéticos y los estadounidenses; se tiende a olvidar que en la península ibérica las democracias eran muy recientes y que media Europa aún estaba dirigida por dictadores leninistas. El 23 de febrero de 1981 una conspiración de doscientos militares españoles, encabezados por un coronel, intentó detener el progreso democrático de España. Asaltaron las Cortes, hicieron rehenes y dispararon al aire, mientras diversos oficiales enviaban tanques a las calles de otras ciudades, con la intención de restaurar la dictadura franquista en nombre del rey. Pasadas 18 horas, a la 1.15

de la madrugada, Juan Carlos, pertrechado con el uniforme de capitán general, se dirigió a la nación: «La Corona no puede tolerar en forma alguna» la interrupción «por la fuerza [d]el proceso democrático». Fue «mi momento decisivo y supe qué había que hacer», le dijo el rey a este autor.

En el este de Europa las crudas dictaduras comunistas pervivían y a veces seguían emprendiendo campañas asesinas. En diciembre de 1981 Enver Hoxha desató el terror contra sus propios camaradas, un proceso que culminó con las muertes del primer ministro y otros dos ministros; y todo en respuesta al amor de dos adolescentes.

Hoxha, que se consideraba el juez único de la virtud marxista, se peleó primero con su protector yugoslavo, Tito; luego denunció a Jrushchov, apostó por Mao y expresó su rechazo a las reformas de Deng. Convirtió el aislamiento deliberado en un culto y levantó una red de 170.000 fortificaciones para repeler a los invasores heréticos y capitalistas. Los devotos expresaban su lealtad con el Saludo hoxhaíta: puño derecho cerrado a la altura del hombro. Él no dejaba de espiar cada detalle de la vida de los albaneses, con ayuda de una policía secreta feroz, la Sigurimi. En agosto de aquel año, Mehmet Shehu —esbirro de confianza de Hoxha, primer ministro durante veintisiete años— recibió la visita de su hijo Skender, que le contó que se había enamorado de una hermosa jugadora de voleibol, Silva Turdiu, y querían casarse. «Querido mío, ¿por qué tenías que relacionarte con esa gente?», preguntó el padre, sabedor de que Silva estaba emparentada con un escritor que se había burlado de Hoxha, atribuyéndole una homosexualidad secreta (con versos tan expresos como «¡Gloria a tu culo de dandi!»).

Tras haber sufrido un infarto, Hoxha empezó a desconfiar de Shehu, de quien sospechaba que deseaba convertir a sus hijos en los herederos del poder. Pues bien, Hoxha y su mujer, la deprimente Nexhmije, cruzó la calle del Bloque para felicitar a Shehu y su esposa Fiqirete en presencia de la joven pareja; pero el dictador estaba furioso porque no se le había pedimo permiso. Ocho días después, el compromiso se canceló. «He llamado a

Mehmet —escribió Hoxha el 11 de septiembre— para preguntarse por el compromiso de su hijo con una familia en la que abundan los criminales de guerra, algunos, ejecutados, otros, desterrados. La ciudad bulle con la noticia. Mehmet estaba al corriente de todo. Es un error político de gravedad.»

En el angosto espacio del Bloque, Hoxha jugueteó con el primer ministro y su familia. El 17 de diciembre se atacó a Shehu en el Politburó. «Medita sobre las críticas», le advirtió Hoxha. Aquella noche Shehu redactó una larga carta para el dictador, donde reflexionaba sobre la lucha común contra la traición de la «conjuración de Yago y Jrushchov» —jerga marxisto-shakesperiana —, y luego apareció muerto en su dormitorio. «Se podría decir que Mehmet ha muerto "accidentalmente"», escribió Hoxha. Se desconoce si Shehu se suicidó o lo eliminaron, pero Hoxha ordenó arrestar y torturar a su esposa, fusilar a Skender y ejecutar asimismo a los ministros de Interior y Sanidad.[19]

Thatcher y Reagan no sabían gran cosa de estos asesinatos secretos en un país tan diminuto y empobrecido como Albania, pero alarmados por las conquistas soviéticas en Angola, Afganistán y Nicaragua y el refuerzo del arsenal nuclear soviético, intensificaron la competición. Desde la cumbre de su sistema en decadencia, Andrópov se inquietaba por las huelgas y protestas convocadas en Polonia y temía que el vaquero Reagan optara por un ataque nuclear preventivo. «Estados Unidos se está preparando para la guerra nuclear», advirtió en mayo de 1981, mientras se libraba una batalla agria por suceder a Brézhnev. Andrópov tenía por competidor a un anciano mediocre, Konstantín Chernenko, «el Silencioso», que había sido verdugo estalinista antes de convertirse en el segundo de Brézhnev —con la intención, a juicio de Gorbachov, de «aislar a Brézhnev de todo contacto directo»—. Pero en julio de 1982 el propio Brézhnev llamó por teléfono a Andrópov: «¿Para qué crees que te he transferido al aparato del Comité Central? Te he puesto ahí para que lideres … ¿A qué esperas?». En la siguiente reunión del Politburó, Andrópov asumió la secretaría general, pero entonces ya sufría una insuficiencia renal que requería de diálisis. El 10 de noviembre Brézhnev

falleció en la cama. Andrópov ocupó su lugar en un clima de tensión creciente con Estados Unidos.

De camino a la capilla ardiente, el fondo del ataúd de Brézhnev cedió y el cadáver cayó al suelo.

Los nehruvianos: tercera generación

El 15 de noviembre de 1982, en el tradicional entierro *kitsch* de los líderes soviéticos —al de Brézhnev asistieron Castro, Assad, Mengistu e Indira Gandhi—, llegado el momento de bajar el ataúd a la tumba situada junto a la muralla del Kremlin, se produjo un fallo y el ataúd golpeó contra el suelo ruidosamente; a los asistentes al funeral —entre ellos el vicepresidente estadounidense, Bush— les costó contener la risa. Era el estertor de un imperio. Pero la potencia que se hunde es más peligrosa que la que emerge, y el mundo se acercó peligrosamente al cataclismo.

El imperio Rojo estaba tan atrofiado como las arterias de los abrigados sucesores de Brézhnev. Andrópov, inquieto por el despliegue de los misiles nucleares Pershing II en Europa, creía que Reagan pretendía «desatar una guerra nuclear», un deseo que «no es solo irresponsable, sino demencial». Mientras espiaba los ejercicios de la OTAN y el incremento de las comunicaciones cifradas entre Reagan y Thatcher, ordenó incrementar la vigilancia y preparar un contraataque inmediato.

En la noche del 31 de agosto-1 de septiembre de 1983, esta facilidad con el gatillo hizo que las defensas soviéticas derribaran un avión comercial surcoreano y mataran a 269 personas. Andrópov calificó de «zopencos» a sus propios generales. En la medianoche del 26 de septiembre, Stanislav Petrov, un teniente coronel de la fuerza aérea de la defensa, hacía guardia en un búnker próximo a Moscú cuando los satélites le informaron de que se acercaba un satélite; Petrov puso en duda la información, puesto que el lanzamiento de un único misil parecía algo improbable. El sistema identificó entonces otros cuatro miles, que seguían siendo insuficientes para la previsión de un ataque estadounidense

masivo. Petrov creía que los nuevos ordenadores eran poco fiables. Aunque carecía de la autoridad precisa para lanzar un contraataque, le daban siete minutos para informar a Andrópov —incomunicado, al estar conectado a la máquina de hemodiálisis— de un eventual ataque con misiles.

Petrov demoró la respuesta y finalmente no comunicó ningún ataque. Acertó. En realidad los ordenadores estaban reaccionando a una rara sincronización de la luz solar y las nubes. «Creo que es el momento en que nuestro país ha estado más cerca de provocar accidentalmente una guerra nuclear», dijo Petrov, al que no se condecoró, porque había revelado las deficiencias técnicas de un sistema soviético. Pocas semanas más tarde, Andrópov creyó que un ejercicio anglo-estadounidense con armas nucleares tácticas —el ejercicio «Arquero Capaz 83»— podría querer ocultar un ataque real, y los generales estuvieron de guardia en sus búnkeres.

Thatcher y Reagan compartían una visión, pero sus estilos eran muy distintos. La británica era abrasiva y altanera; los soviéticos la llamaban «la Dama de Hierro» y el presidente francés, Mitterrand, expresó su admiración por aquellos «ojos de Calígula, boca de Marilyn Monroe». Ciertamente no temió enfrentarse ni a los colegas arrogantes, ni a los sindicatos alborotadores ni a los terroristas irlandeses. El 12 de octubre de 1984, mientras se alojaba en el Grand Hotel de Brighton para el congreso del Partido Conservador, el IRA plantó una bomba con la intención de asesinarla. Murieron cinco personas, pero Thatcher reaccionó con la sangre fría que compartía con Indira Gandhi.

«A mí no me importa si vivo o si muero», dijo Indira unos días más tarde, el 30 de octubre, cuando las amenazas de muerte de los sijs punyabíes se agravaron de una manera alarmante. Al día siguiente, con un sari naranja, la primer ministro le dio un beso a su nieta Priyanka, le dijo a su nieto Rahul que fuera valiente cuando ella muriera, y se alejó de la residencia familiar hacia su despacho. Se acercó a dos de sus guardaespaldas sijs, que sacaron las armas.

El desafío sij se desarrolló en su propia casa. La relación de Indira con Maneka —la viuda de Sanjay, una joven peleona, de

veinticinco años— se deterioró con rapidez. Maneka era hija de un general sij, aspiraba a suceder a su esposo e hizo caso omiso de la orden de su suegra, que la conminó a abstenerse de participar en política. Indira la expulsó de la casa y añadió: «Y de aquí no te llevas más que tu ropa». Las dos mujeres se gritaron e Indira intentó retener a su nieto, entonces un bebé. «Es impropio de la cultura india echar de tu casa a tu nuera», denunció Maneka. Además Indira había insultado a la familia sij de esta: «Tus orígenes son distintos...».

Los sijs —una parte de los cuales hacía campaña por un territorio sij independiente— ya habían liderado la oposición a la declaración del estado de emergencia. En este punto Indira, con la esperanza de generar división en el partido de los sijs, el Akali Dal, dio un empujón a la carrera del líder sij Jarnail Singh Bhindranwale; pero había elegido a un extremista que no tardó en escapar a su control, armó a sus seguidores, reclamó la creación de un Estado sij, fortificó el Akal Takht —el segundo de los santuarios sagrados del Templo Dorado de Amritsar— y envió bandas de asesinos a aterrorizar a sus enemigos.

El 3 de junio de 1984 Indira ordenó al ejército que tomara el complejo al asalto. La batalla fue feroz, destruyó el Akal Takht, causó la muerte de 780 militantes y cuatrocientos soldados. Los sijs juraron vengarse de Indira, que replicó: «La India lleva mucho tiempo viva —miles de años— y mis sesenta y seis años apenas significan nada».

En la mañana del 31 de octubre, mientras Indira caminaba hacia su despacho, uno de sus guardaespaldas, el subinspector Beant Singh, sacó la pistola y le soltó cinco tiros en el estómago. Luego instó a su compañero a hacer lo mismo, y el agente Satwant Singh disparó 25 veces con su subfusil Sten contra una Indira moribunda. Sonia Gandhi estaba en el baño cuando sonaron los disparos y, por un momento, pensó que eran fuegos artificiales en Diwali. Luego salió corriendo en bata, gritando: «¡Mamá!», y se arrodilló sobre Indira. Beant y Satwant se rindieron. «Yo he hecho lo que tenía que hacer. Vosotros haced lo que queráis», dijo Beant. Los guardias lo mataron y dispararon contra Satwant, que

sobrevivió.

Cuando tomó un avión de regreso desde Kolkata, a Rajiv le pidieron que fuera el nuevo primer ministro. «No me interesa; no me molestéis», contestó. Pero cuando se reunió con Sonia en el hospital de Delhi, se había calmado, y fue ella la que intentó convencerlo de que no aceptara el cargo. «Se abrazaron, y él le besaba la frente», diciéndole: «Es mi deber, lo tengo que hacer». Sonia le advirtió que lo matarían, pero Rajiv contestó que lo iban a «matar igualmente». Tal es en efecto la lógica aplastante del poder hereditario. Rajiv era el heredero de una familia cuyo liderazgo se remontaba al bisabuelo, o quizá incluso al jefe de policía del último mogol; y representaba a la tercera generación nehruviana en el gobierno de la mayor democracia del mundo.

Thatcher voló a Delhi. Mientras las multitudes hindúes entonaban cánticos de «¡Sangre por sangre!», Rajiv prendió fuego a la pira de su madre. En la noche del asesinato diversas bandas hindúes habían llenado las calles de Delhi a la caza de sijs. Se asesinó a ocho mil, en un pogromo que Rajiv prácticamente justificó cuando, unos días más tarde, expuso la reflexión: «Cuando un árbol poderoso cae, es de lo más natural que la tierra de alrededor sienta la sacudida». Thatcher asistió a la cremación de Indira, que «parecía muy pequeña».

Ya de vuelta, ella y Reagan observaron la cadavérica sucesión del poder moscovita. «¿Cómo se supone que voy a llegar a algún entendimiento con los rusos si no dejan de morírseme?», bromeó Reagan, con una de sus ocurrencias.

El 9 de febrero de 1984 la insuficiencia renal acabó con la vida de Andrópov, quien había pedido a Gorbachov que le sucediera. Para Gorbachov fue un duelo; «se lo debíamos todo», dijo Raisa. Pero la camarilla esclerótica eligió a un compinche de Brézhnev, el cerúleo Chernenko, cuyo apodo «el Silencioso» no era gratuito: se pasó la mayor parte de su reinado hospitalizado, en un silencio sepulcral, con una Unión Soviética igualmente conectada a una máquina. Aun así, sus problemas —el fracaso económico, los excesos de la intervención global, la derrota en Afganistán, la represión, la desigualdad—, siendo graves, no necesariamente eran

fatales. Nadie podía predecir lo que estaba a punto de suceder.

Mientras Chernenko declinaba, Thatcher —que estaba estudiando la historia de Rusia— invitó a Londres a Gorbachov. Los dos se admiraban mutuamente. Thatcher lamentó que en la URSS no hubiera emprendedores ni libertad, y él aceptó el debate. La primera ministra también se sintió impresionada por el buen corte de los trajes de Gorbachov y el buen criterio de Raisa para la moda (vestía «la clase de prendas que yo misma me podría haber puesto»). Cuando volvió a Washington para seguir tratando con Reagan, le comentó que se abría una nueva era. «El señor Gorbachov me gusta.»

El 10 de marzo de 1985 Chernenko sucumbió y Gorbachov ascendió a la secretaría general, desde donde prometió *glásnost* (apertura, transparencia) y *perestroika* (restructuración). Según escribió en sus notas, también planeaba «salir de Afganistán»; pero con mesura: «habremos salido en un plazo de dos o tres años, pero el resultado no tiene que parecer una derrota vergonzosa, como si después de perder a tantos jóvenes [trece mil soldados soviéticos] abandonáramos sin más». En Gorbachov todo resultaba refrescante: era encantador, optimista e infatigable; sonreía, le chispeaban los ojos, escuchaba a la gente de la calle. Incluso la mancha de nacimiento de la frente parecía una señal de honestidad. Pero era un leninista devoto, que estudiaba a Lenin para aprender a reformar un Estado moderno en una economía global. La URSS era la mayor productora de petróleo del mundo y llegó a su máximo en 1987, lo que coincidió con una saturación que hundió los precios e hizo tambalearse a la economía soviética. Gorbachov era consciente de que, en el extranjero, tendría que reducir el gasto global; y en el plano doméstico, atacar «la dictadura de la burocracia». Desafiar la supremacía del Partido de Lenin o del Estado soviético parecía inconcebible, pero él poseía una confianza abrumadora. Estaba convencido de poder con todo.

Primero nombró como ministro de Exteriores a un aliado, el secretario del Partido en Georgia, Eduard Shevardnadze. «Pero si yo soy georgiano y no soy un diplomático...», contestó Shevardnadze a la propuesta. Sin embargo a Gorbachov le gustaba

su inteligencia feroz y su «afabilidad oriental».

Gorbachov también trajo desde los Urales, como secretario del Partido en Moscú, a un reformador corpulento y entusiasta: Borís Yeltsin. Los dos contaban cincuenta y cuatro años; los dos eran hijos de padres arrestados por Stalin; los dos eran resueltos, orgullosos y vanidosos, amigos de los focos; los dos habían medrado en el Partido Comunista hasta ser nombrados líderes regionales por Brézhnev. Y ello no obstante, eran opuestos. Gorbachov, prácticamente abstemio, era austero, a veces grandilocuente y ampuloso; Yeltsin era salvaje, obsesivo, social, exuberante, y además alcohólico. Gorbachov era un estudioso de la literatura, casado con una estudiante de filosofía, de expresión franca. Yeltsin era un ingeniero y un atleta, aficionado a jugar al voleibol y al tenis, casado con una ingeniera discreta. Por otro lado aunque Yeltsin era un líder nato, también era un hombre con apetitos a la escala rusa: impulsivo, volátil, inestable, con frecuencia ebrio. De niño había perdido dos dedos jugando con una granada. En el Politburó de Gorbachov hacía lo mismo.

La glásnost de Gorbachov se topó con problemas casi de inmediato. El 26 de abril de 1986 el núcleo del reactor número 4 de la central nuclear de Chernóbyl se fundió y explotó. La catástrofe fue un símbolo de la inminente decadencia soviética, justo cuando Estados Unidos alcanzaba su apogeo como potencia única y su tecnología cambiaba la manera en que las familias de todo el mundo vivían y pensaban.

Acto vigésimo segundo
4.400 millones

Los Yeltsin y los Xi, los nehruvianos y los Assad, los Bin Laden, los Kim y los Obama

El idiota y el Cañón: Gorbachov, Deng y la superpotencia única

Mientras cientos de miles de personas corrían peligro, y a la postre fueron evacuados de los alrededores de Chernóbyl, Gorbachov intentó ocultar la noticia; no la hizo pública hasta casi un mes más tarde. Los costes estaban añadiendo presión a la economía y a Gorbachov, que pasó a planear su propia explosión radical. Sus primeras reformas para liberar la economía de la supervisión del Partido no resolvieron sus problemas de inmediato. En enero de 1987 tomó una decisión asombrosa que iba más allá de Andrópov y suponía casi una ilusión romántica: no solo reformaría la economía nacional, sino que impondría una especie de *demokratizátsia* (democratización) unipartidista mediante elecciones reales. De aquí saldría un Congreso con 2.250 diputados del pueblo, jerárquicamente situado por encima del Politburó y del gobierno. Había entendido mal a Lenin, que siempre preguntaba: «¿Quién controla a quién?». Lenin se había apoderado de los Sóviets, y luego los había neutralizado, con el fin de concentrar un poder espectacular en sus propias manos. Gorbachov intentaba retirarse del imperio, reformar la economía y simultáneamente liberalizar el sistema de gobierno; pero esta jugada necesariamente iba a estimular el nacionalismo entre los múltiples pueblos de la URSS y, en Moscú, la desintegración política. Apuntar a esos tres objetivos al mismo tiempo era sumamente ambicioso, un acto de ingenuidad o de *hýbris*, casi un suicidio.

En el exterior Gorbachov se dio cuenta de que no podría reformar el Estado y al mismo tiempo mantener la competencia feroz con Estados Unidos. Propuso ir retirando gradualmente todas las armas nucleares hasta lograr esa meta en 2000. En octubre de 1986 él y Reagan se reunieron en Reykjavik y prácticamente abolieron el armamento nuclear. Los dos se entendían bien, a diferencia de sus esposas, que sentían un disgusto mutuo. Más adelante Gorbachov anunció que los soviéticos retirarían tropas de la Europa del Este y en vez de procurar la revolución mundial defenderían «los valores humanos universales». Los estadounidenses no tenían claro si era una afirmación sincera o una cortina de humo, por lo que Reagan no cedió en la presión que ejercía: visitó el Muro de Berlín y reclamó: «Señor Gorbachov, ¡derribe este muro!».

En Moscú Yeltsin exploraba la capital: iba al trabajo a pie o en metro, visitaba cafés, tiendas y fábricas, repartía relojes (Korzhakov, su guardaespaldas devoto, siempre llevaba de reserva en su bolsillo). A Gorbachov le parecía una autopromoción despreciable; para Yeltsin, a su vez, el secretario general tenía «complejo de superioridad». En enero de 1987 Yeltsin le reprochó a Gorbachov que estaba siendo demasiado optimista con la perestroika; Gorbachov lamentó que este le dirigiera palabras «a gritos, hueras y de ultraizquierda». «Soy nuevo en el Politburó. Me alegra haber aprendido una lección», se disculpó Yeltsin. «Te dejas llevar por las emociones», le reprendió Gorbachov.

Los comunistas acérrimos se resistían a las reformas. Yeltsin elevó el tono de sus aspiraciones, no sin reconocer que había empezado «a abusar de los sedantes» y se había «enamorado del alcohol». En septiembre de 1987, cuando los conservadores censuraron que Yeltsin hubiera autorizado algunas manifestaciones menores, presentó de golpe la dimisión de su cargo en el Politburó. «Calma, no pierdas los estribos», le recomendó Gorbachov. Pero en octubre Yeltsin atacó al secretario general en el Comité Central y Gorbachov se enfureció y denunció que era un «inmaduro» y un «inculto»: «¡No sabrías distinguir la perfección de una tortilla!». Se le estaba haciendo odioso: «Quiere ser un héroe popular». Yeltsin

se dio a la bebida, cayó en una depresión atroz y se lesionó el pecho y el estómago con unas tijeras. «¡Qué hijo de puta! Ha dejado la habitación perdida de sangre», exclamó Gorbachov. Ordenó que lo hospitalizaran y le hizo enfrentarse a denuncias rituales. Yeltsin no le perdonó nunca este trato «inmoral, inhumano». Sin más compañía que la de Korzhakov, que había dimitido de la KGB para asistirlo, Yeltsin se retiró a un sanatorio. «Cuando miré dentro de mí, no había nadie. Yo solo estaba vivo nominalmente», dijo.

La KGB le preguntó a Gorbachov si quería que a Yeltsin le ocurriera «algo», pero él declinó la oferta.

En febrero de 1988 las reformas de Gorbachov aflojaron los controles de Moscú sobre las quince repúblicas de la Unión Soviética que nunca se había previsto que fueran independientes. En Nagorno-Karabaj (Azerbaiyán), los armenios cristianos se enfrentaron con azeríes islámicos que masacraron a los armenios por miles. Los georgianos, sometidos por Lenin tras una breve etapa de independencia, ansiaban la libertad. En el norte los lituanos, letones y estonios —pueblos nórdicos y germánicos, no eslavos, que Stalin se había anexionado por la fuerza después de veinte años de independencia— también hicieron campaña. La vía más directa hacia la propia independencia era que se les otorgara a todas por igual: a las quince repúblicas creadas por Lenin y Stalin. Algunas, como Georgia, eran naciones con una historia prolongada; otras eran inventos soviéticos que nunca habían existido antes. Rusia era la más extensa, seguida por Ucrania, que, dejando aparte la multitud de regímenes de la guerra civil, había sido gobernada variamente por Rusia desde 1654, la década de 1780 y 1945. Los kazajos, uzbekos y tayikos fueron gobernados por janatos antiguos, en origen; pero Kazajistán y los otros cuatro *-istanes* del Asia Central eran invenciones soviéticas creadas a partir de las provincias de los Románov. Igualmente, Bielorrusia era antes una provincia lituana.

Mientras Gorbachov aflojaba el dominio soviético sobre sus Estados cliente, también intentaba negociar un acuerdo para la salida de Afganistán, donde instaló en el poder a un exjefe de la

policía secreta, Nayibullah, con la intención de que creara un gobierno de reconciliación; pero en un contexto de retirada, no había pacto posible. En mayo de 1988 el ejército soviético se retiró unilateralmente y el gobierno de Nayibullah fue languideciendo. En Europa se emprendió una retirada pacífica: en diciembre Gorbachov ordenó el regreso gradual de quinientos mil soldados destinados a unos vasallos europeos a los que prometió «libertad de elección». Ningún imperio perdura sin la amenaza de la violencia.

Gorbachov se había convertido en un funambulista que simultaneaba cuatro cuerdas flojas distintas: la reforma económica, el desafío al Partido, la defensa de la Unión y la preservación de la potencia soviética mundial. En mayo de 1989 presidió el primer Congreso electo, que escogió a un Sóviet Supremo del que él era el presidente. Era la fase culminante de su fama y su confianza, y un Gorbachov cada vez más autocrático aspiraba a orientar la reforma como portavoz parlamentario omnipotente; pero en la práctica este *apparátchik* aburrido y a menudo ampuloso tuvo dificultades desde buen principio para controlar a los comunistas acérrimos, los nacionalistas republicanos y los intelectuales liberales. Lo peor fue que perdió la mística amenazadora de un secretario general estalinista y Moscú perdió el poder sobre sus vasallos; la aversión humana de Gorbachov a la violencia fue un signo de grandeza, pero también su tragedia, porque condenó sus logros al fracaso. «No saben que si tiran con fuerza de la correa, se romperá», había dicho; pero los polacos —que habían perdido una independencia antigua— fueron los primeros en tensar la correa y probar su resistencia. Helmut Kohl, el canciller de la Alemania Occidental, le preguntó a Gorbachov qué iba a pasar. «Cada uno responde de sí mismo», le dijo el soviético.

Por toda Europa, en los precarios Estados sometidos a vasallaje, desde la Alemania Oriental hasta Hungría, salieron multitudes a las calles a manifestarse por la libertad. Dentro de la Unión Soviética, Georgia y Lituania reclamaron su independencia. Yeltsin, que había viajado a Estados Unidos, se emborrachó en público a la vez que quedó asombrado por la abundancia de los supermercados del país. De regreso a su patria se cuestionó el

bolchevismo: «¿Qué le han hecho a nuestro pobre pueblo?».

Mientras Gorbachov se esforzaba por gestionar todas estas conmociones, Deng Xiaoping lo observaba con asombro desde Pekín, donde el líder chino puso de manifiesto que había otra manera de abordar esos problemas. Deng era más duro, sanguinario y prudente que el ingenuo Gorbachov. La economía se podía liberar, pero Cañoncito sabía que el poder se apoyaba sobre las armas. Quien pierde las armas lo pierde todo; Gorbachov «es un idiota», dijo Deng.

En mayo de 1989 Gorbachov acudió a visitar Pekín, lo que fue un motivo de vergüenza para Deng, que estaba perdiendo el control de la capital. Casi un millón de manifestantes —en su mayoría, estudiantes— acampaban en la plaza de Tiananmén. Se habían reunido en torno de una enorme estatua de papel maché, una Dama de la Libertad, para exigir más democracia. Los líderes no sabían cómo responder. Deng, a sus ochenta y cinco años, seguía presidiendo la Comisión Militar Central, pero estaba semirretirado; los sucesores en los que había delegado no habían acertado a contener las protestas crecientes contra la corrupción y el nepotismo. En abril, después de que los antirreformistas ordenasen destituir a Hu Yaobang, aliado de Deng, Hu falleció por un infarto; en su funeral estallaron protestas a favor de la democracia. Un protegido de Deng, el secretario general Zhao Ziyang, fue a hablar con los estudiantes. Tras la marcha de Gorbachov, el 17 de mayo, Deng reunió a los grandes del Partido —los Ocho Inmortales— en Zhongnanhai, y les dijo que «el objetivo [de los manifestantes] es establecer una república burguesa, que dependería por completo de Occidente»; y advirtió: «Ahora no hay forma de aflojar sin que la situación se nos escape de las manos». El Cañoncito recurrió a las armas; se concentró a una multitud de soldados; Zhao se mostró lacrimoso ante los rebeldes y Deng lo expulsó de inmediato. Los Ocho Inmortales —hombres todos ellos, salvo Deng Yingchao, la viuda de Zhou Enlai— votaron a favor de aplastar a los manifestantes.

El 2 de junio Deng dictó «restaurar el orden en la capital. Que ninguna persona impida el avance de las tropas». Los soldados

«pueden actuar en autodefensa y recurrir a cualquier medio necesario para despejar los obstáculos». Los obstáculos eran en realidad los estudiantes, con sus barricadas. El ejército reconquistó las calles. Un soldado murió en la operación y los manifestantes lo desnudaron y colgaron de un autobús; pero entonces el ejército abrió fuego. Un estudiante se plantó delante de una columna de tanques, la detuvo y trepó a una torreta para denunciar la acción de los soldados. Murieron varios cientos de personas.

Deng nombró a nuevos líderes y se retiró. Solo conservó la presidencia de la Asociación de Bridge de China, pero seguía siendo el Líder Supremo y, antes de morir con noventa y dos años, confirmó su concepción: poder político y libertad económica. Deng había creado la plantilla del poder de China; Gorbachov dio un impulso acelerado a la desintegración de la Unión Soviética. Solo la fuerza podía impedirlo.

La nueva África: Mandela y J. J., Menes e Isaías

En septiembre de 1989, Polonia eligió a un primer ministro que no era comunista; los alemanes orientales pusieron a prueba la solidez de las fronteras; dentro de la URSS, los georgianos —guiados por Zviad Gamsajurdia, un profesor especializado en Shakespeare, que había sido disidente— votaron por la independencia a la vez que sus propias minorías, los osetios y los abjasios, combatían por un Estado propio; los armenios y los azeríes se enfrentaron. Al menos Yeltsin, el enemigo de Gorbachov, también se estaba desintegrando. El día 28 se presentó en la fiesta de aniversario de Gorbachov con una curda de campeonato y un ramo de flores, e intentó colarse; los guardaespaldas lo trataron con dureza y lo arrojaron al río Moscova. «El agua estaba terriblemente fría. Me desmayé y me quedé tendido en el suelo … Logré tambalearme hasta la comisaría más cercana», se quejó Yeltsin. Los aliados de Gorbachov afirmaron que la amante de Yeltsin le había lanzado un cubo de agua fría por encima; los socios de Yeltsin denunciaron un intento de asesinato. En todo caso la amenaza de Yeltsin se había

desvanecido.

A las 11.30 de la noche del 9 de noviembre (hora de Berlín), los líderes de la Alemania Oriental, presionados por la apertura de la frontera entre Hungría y Austria y el estallido posterior de manifestaciones multitudinarias, planearon abrir discretamente las puertas del Muro. Sin embargo su anuncio fue una chapuza y la gente se arrojó en masa hacia las puertas y, con alegría desaforada, empezó a derribar el Muro de Berlín con hachas y hasta con las manos desnudas. En Dresde —mientras las multitudes asaltaban los cuarteles de la Stasi por todo el país— un coronel de la KGB que no daba crédito a sus ojos, Vladímir Putin, de treinta y siete años, quemaba los archivos secretos antes de emprender un regreso deprimente a Leningrado. En Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia hubo revoluciones de terciopelo que barrieron del poder a los comunistas. Algunas revoluciones no fueron tan aterciopeladas: el día de Navidad de 1989, en Bucarest (Rumanía), una pareja de sexagenarios —asustados pero desafiantes— fueron arrancados del seno de un transporte blindado y arrastrados al exterior. Nicolae Ceaușescu y su esposa Elena gobernaban Rumanía desde 1965. En este momento sus camaradas y el pueblo lo derrocaron y, tras un tiroteo con los agentes de la Securitate, lo condenaron a muerte con prontitud. Cuatro soldados debían compartir la suerte en un fusilamiento separado, pero pidieron morir juntos, cantando la Internacional. No acabaron los versos.

En febrero de 1990 el secretario de Estado estadounidense, James Baker, abordó la reunificación de Alemania y la expansión de la OTAN. En septiembre Gorbachov accedió a que las dos Alemanias se reunificaran e ingresaran en la Alianza Atlántica. Aunque Gorbachov necesitaba los préstamos occidentales para que su Estado funcionara, como aún tenía a trescientos mil soldados en la Alemania Oriental podría haber obtenido mucho más partido de la negociación; sin embargo la ocasión pasó. Para los estadounidenses fue una victoria embriagadora. Cuando Gorbachov intentó establecer los parámetros de la relación de Alemania con la OTAN, Bush —que era entonces el presidente— le dijo a Kohl: «¡Ni hablar! Hemos ganado nosotros, no ellos». Aquí se puso de

manifiesto una grave falta de imaginación. Se podría haber reclutado a Rusia para la Unión Europea e incluso para la OTAN, pues a fin de cuentas las victorias no duran para siempre. «En la victoria, magnanimidad», aconsejaba Churchill.

El «Muro» también cayó en África. El 5 de julio de 1989 sacaron de la cárcel a Nelson Mandela —a sus casi setenta y un años, recién provisto de un traje después de veintisiete años de celda— y lo llevaron a que conversara en secreto con Die Groot Krokodil: el presidente surafricano P. W. Botha, que vivía en la residencia de Tuynhuys, donde se había alojado Rhodes. Para sorpresa de Mandela, el Cocodrilo —que como ministro de Asuntos de Color, y de Defensa, había impuesto el apartheid durante décadas— se mostró «cortés y deferencial» en una charla centrada en la historia. «Ahí me di cuenta de que no había marcha atrás.»

Mandela estaba en lo cierto: la caída del Telón de Acero acarreó el final de las guerras subsidiarias en África. Estados Unidos y la URSS dejaron de apoyar a sus egregios aliados; ahora bien, la perdición de estos comportó a menudo la destrucción de la existencia de sus Estados: en Zaire —el Congo— la caída de Mobutu, que había sido durante muchos años el aliado de los estadounidenses, desató un conflicto por el poder y los minerales que duró treinta años.[1]

A Mandela lo retornaron a la cárcel; el Cocodrilo dimitió a favor de un nuevo primer ministro de tendencia nacionalista, F. W. de Klerk. El 13 de diciembre «me llevaron de nuevo a Tuynhuys», escribió Mandela, y aquí comprendió que De Klerk «era un hombre con el que podíamos llegar a acuerdos». El 9 de febrero de 1990, el primer ministro le dijo a Mandela que «me daba la libertad» y sirvió dos copas de whisky: «Levanté la copa para brindar pero solo fingí que bebía; esos licores son demasiado fuertes para mí». El día siguiente Mandela se levantó a las 4 de la madrugada. Había entablado amistad con sus guardias afrikáneres, más aún, los había fascinado; ellos «reforzaron mi creencia en la humanidad esencial incluso de los que me mantenían entre rejas». Los abrazó. A las 3 de la tarde se le unió Winnie y salió andando de la prisión. «Cuando un equipo de televisión me dirigió un objeto negro y de

aspecto peludo me asusté.» Nunca había visto ninguno: «Winnie me explicó que era un teléfono».

Cuando acudió a reunirse con sus camaradas del CNA, «pude leer la pregunta en sus ojos: ¿ha sobrevivido o lo han quebrantado?». El matrimonio sí se había roto: Winnie no había podido resistir la dureza de la soledad, el desgaste de la represión y las tentaciones del poder, y tuvo amoríos y dirigió un brutal terrorismo de bandas en Soweto donde sus guardaespaldas —el Mandela United Football Club— habían asesinado a oponentes e incluso a niños. Mandela se mostró comprensivo: «se había casado con un hombre que no tardó en dejarla y convertirse en mito», pero luego el mito volvió a casa y era «solo un hombre». Este era su lamento principal: «Cuando tu vida es una lucha apenas queda sitio para la familia». Los hijos habían perdido a su padre y, cuando regresó, «era el padre de la nación». Mandela se divorció y, a los ochenta años, conoció a otra mujer de la que se enamoró: Graça, la viuda de Machel, el dictador de Mozambique.

Mandela se embarcó en una gira mundial, en la que se reunió tanto con sus antiguos patrocinadores —Castro y Gadafi, que habían financiado el CNA— como con nuevos financieros, encabezados por el magnate liberal Harry Oppenheimer, propietario de los diamantes De Beers y minas de oro anglo-estadounidenses, quien le ayudó a construirse una nueva casa. Mandela empezó siendo un príncipe thembu, se convirtió en revolucionario comunista y acabó siendo un humanista demócrata-liberal que —inspirando por Gandhi y Martin Luther King— estaba resuelto a crear una «nación arcoíris» de blancos y negros. Asombrosamente, después de cuarenta años de una represión cruenta, logró este objetivo sin que los blancos fueran masacrados o huyeran. Fue un logro sin precedentes, que se explica como fruto de su personalidad. Un comité de reconciliación y paz escuchó los testimonios sobre la represión ejercida por los agentes de seguridad de Suráfrica y les perdonó las brutalidades. A diferencia de Gandhi, que no consiguió hacer realidad una transición pacífica, en cambio Mandela, que fue elegido presidente en abril de 1994, sí tuvo éxito.

También cayeron aliados soviéticos. En Etiopía, en

1984-1985, las atrocidades de Mengistu, sumadas a una sequía, provocaron una hambruna que afectó a más de siete millones de personas. El dictador limitó deliberadamente el suministro de alimentos a Tigré y Wolo, donde la resistencia a su gobierno era especialmente efectiva. Murieron más de un millón de etíopes. En mayo de 1991 Gorbachov lo abandonó y Mengistu huyó al exilio; se desató una guerra civil en la que se impuso con rapidez una alianza de rebeldes étnicos, encabezados por el tigreno Meles, que había rechazado el marxismo hoxhaíta y, aliado con el maoísta eritreo Isaías Afwerki, capturó Adís. Meles se sumó al *zeitgeist* y prometió una democracia liberal, pero gobernó como autócrata durante veinte años. No tardó en distanciarse del demencial Isaías, que convirtió Eritrea —Estado independiente por primera vez— en un dominio personal ultrarreglamentado donde toda la población debía participar en las fuerzas armadas y vivía aterrorizada por la policía secreta. La ONU denunció el sistema como una forma de esclavitud, pero Afwerki ha mantenido el poder hasta la década de 2020. En Etiopía, tras la muerte de Meles, los tigrenos perdieron el mando ante los oromo y el país se disolvió de nuevo en batallas étnicas.

Solo había un Mandela, pero otro líder africano con talento —mucho menos conocido fuera del continente— acertó a rescatar a su país después de haber estado a punto de destruirlo. J. J. Rawlings, que llevaba una década gobernando desde el Castillo de Acra, era el dictador que en 1979 había fusilado a sus generales en la playa, delante de la prensa. Ahora reaccionó a la caída del Muro. En economía aceptó los consejos del Banco Mundial; en política fomentó una democracia liberal. Era un hombre que se manejaba bien con el espectáculo, y vestía trajes deportivos elegantes o bien ropas tradicionales; fundó su propio partido y se presentó como candidato a la presidencia. El 3 de noviembre de 1992 ganó unas elecciones libres con el 60 % de los votos, y en 1996 volvió a imponerse. La sucesión suele someter a prueba a los gobernantes, pero después de haber cumplido el máximo legal de dos mandatos se retiró, a los cincuenta y cuatro años, y dejó una Ghana convertida en democracia próspera y fuerza económica: es uno de

los éxitos de África. «A riesgo de sonar inmodesto —reflexionaba Rawlings—, Ghana no habría salido del abismo sin un visionario»; un visionario con muchos defectos, sin lugar a dudas.

En Rusia la caída del comunismo también fue obra de un visionario; pero no de Gorbachov. En marzo de 1990 la elección de Gorbachov como presidente de la URSS provocó una cascada de aspiraciones nuevas en los sitios más inesperados. En Alma Ata, Nursultán Nazarbáyev —un exobrero siderúrgico que había ascendido a primer secretario— se hizo elegir presidente de la república de Kazajistán.[2]«Creía que habíamos acordado que habría un único presidente» para toda la Unión, dijo Gorbachov. «En Kazajistán la gente dice —argumentó Nazarbáyev, uno de los motores principales de lo que sucedió a continuación—: "¿Y nosotros no podemos tener también un presidente?"»

Nazarbáyev cambió de patrón, acomodándose al flujo del poder, que se dirigía ahora a otra fuente. El 29 de mayo de 1990 se escogió a Yeltsin como presidente del Sóviet Supremo de Rusia. A Gorbachov le resultaba incomprensible: «Aquí o en el extranjero, bebe sin parar, como si fuera un pez. Cada lunes viene con la cara hinchada a más no poder. Es incapaz de expresarse ... pero la gente repite sin parar: "¡Es nuestro hombre!" y se lo perdona todo». El 12 de julio Yeltsin salió enfurecido de un Congreso Comunista, cesó de la membresía en el Partido y reclamó para sí la soberanía en Rusia. Gorbachov —odiado por los fanáticos del comunismo, despreciado por los liberales frustrados y debilitado por una economía en decadencia y el auge del nacionalismo— veía desvanecerse su poder mientras él iba lanzando diatribas contra el «canalla» de Yeltsin: las personalidades tienen su importancia y la rivalidad de los dos contribuyó a destruir el Estado. En agosto Gorbachov negoció el precio de la reunificación alemana; recibió miles de millones de dólares en préstamos para la URSS que, sin embargo, «desaparecieron»: fueron robados de inmediato. El presidente Bush estaba sumamente complacido con que «el día de los dictadores haya acabado, la era totalitaria esté muriendo, sus viejas ideas se las lleve el viento como las hojas de un árbol antiguo, sin vida»;[3]ahora bien, las turbulencias soviéticas lo alarmaban. La

aventura de otro nacionalista, ahora verdaderamente suicida —Saddam Hussein, el mejor aliado de Moscú en el mundo árabe— potenció aún más la debilidad de Gorbachov.

El 2 de agosto de 1990 Saddam invadió Kuwait. Se consideraba el vencedor de la guerra contra Irak, en la que un Jomeiní ya avejentado había accedido finalmente a un alto el fuego. «Felices aquellos que han perdido la vida en esta caravana de luz —dijo el ayatolá— e infeliz de mí, que sigo vivo y tengo que beber del cáliz envenenado.» En su viaje a Teherán se acompañó de Ebrahim Raisi, un joven mulá que había sido alumno de Jamenei —el segundo en la jerarquía iraquí— y que, encabezando en persona el «comité de la muerte», torturó a miles de opositores y supervisó las ejecuciones. Cuando el imán falleció, su funeral se equiparó con el de Nasser, en cifras de asistencia: millones de dolientes enfervorecidos asaltaron el cortejo, arrojaron al suelo el cuerpo apenas envuelto, hicieron trizas el velo y saltaron a la tumba, hasta que los guardias dispararon al aire y un helicóptero rescató el cadáver, al que finalmente se dio sepultura unas horas más tarde. Pero su creación demostró ser más resistente que su ataúd: su secuaz el presidente Ali Jamenei fue elegido Líder Supremo[4]y gobernó durante treinta años en los que Irán consiguió un poder superior al del sha.

Saddam —con un ejército inflado, deudas desmesuradas, una familia rapaz y un país fisurado— también optó por soluciones extremas. En el interior liquidó a 180.000 kurdos y asirios en Anfal, por haber ayudado a los iraníes, masacró a los civiles con armas químicas y, con la asistencia de Francia, intentaba adquirir armamento nuclear. En 1981 Israel bombardeó sus instalaciones; cuando contrató a un armero canadiense para que le construyera un supercañón —el Gran Babilonia—, el Mossad lo asesinó.

Sin embargo a Saddam no le resultaba fácil controlar a sus propios hijos y primos. Su proxeneta y catador, Hana Gegeo —hijo de su jefe y de la institutriz de las hijas de este— le presentó a una médico rubia, Samira, a la que tomó por amante y luego por esposa; como era de esperar, surgió una enemistad con Sayida, la primera esposa de Saddam, y los hijos de esta. Sus medio

hermanos, a los que consideraba de su confianza, querían que sus hijos se casaran con las hijas de Saddam; pero mediada la década de 1980 los primos jóvenes —las figuras en auge de Hussein y Saddam Kamel— conquistaron a las chicas, Raghad y Rana. A un chico que flirteó con Hala, la hija favorita de Saddam, lo asesinaron. Y al hijo mayor, Uday, ni siquiera el propio Saddam lo sometía; lo habían situado al frente del Comité Olímpico y la Asociación de Fútbol y, a todas luces, parecía destinado a ser el heredero. No obstante, en realidad era un psicópata caligulario —y con un defecto en el habla—, acostumbrado a dar palizas a los hombres y violar a las mujeres. En 1988 irrumpió en una fiesta en honor de la esposa de Mubarak, el presidente egipcio, y mató a Gegeo a golpes, con una barra de hierro. Luego intentó suicidarse y, cuando lo llamaron a presencia de Saddam, le dijo a su padre: «Tendrías que quedarte con tu verdadera esposa». El tirano lo habría matado allí mismo, pero «tuvo la suerte de que no iba armado». Uday intentó escapar a Estados Unidos, pero sus cuñados, los Kamel, frustraron la huida e iniciaron un enfrentamiento que terminó en derramamiento de sangre. Saddam exilió a Uday en Suiza y desplazó el favor hacia un hijo menos demente, Qusay, que dirigía la SSO (policía secreta).

El líder iraquí estaba en bancarrota. Kuwait le había prestado treinta mil millones de dólares y exigía la devolución. Este país, aun siendo diminuto, poseía una cuota del petróleo mundial igual a la de Irak: un 20 %. Saddam reclamó Kuwait, afirmando que era parte del antiguo valiato otomano de Basora. Puso a prueba a Estados Unidos y el embajador estadounidense cometió el error de dar luz verde a su proyecto: «Sobre los conflictos entre los países árabes, como es vuestro desacuerdo fronterizo con Kuwait, no tenemos nada que opinar». Saddam entró en Kuwait con 120.000 efectivos y 850 tanques. El emir huyó; al hermano lo abatieron y luego lo aplastaron, entre muestras de alegría, con uno de los carros blindados. Saddam se anexionó Kuwait, y dio rienda suelta a Uday (rescatado del exilio suizo) y al clan de Tikrit, que se entregaron a un saqueo desenfrenado.

Gorbachov se enfureció y envió a Primakov, el jefe de su

servicio de espionaje, a contener a Saddam. Pero el líder iraquí estaba amenazando tanto los cimientos de Occidente —el petróleo — como el derecho internacional. Bush vacilaba, pero «no es momento de andar con inseguridades», le dijo Thatcher. El presidente estadounidense logró que se aprobara una resolución en Naciones Unidas y reclutó a una coalición sin precedentes: de Thatcher[5]a Assad, reunidos en Arabia Saudí. Saddam había conseguido lo imposible, la unidad de la mayor parte de países un mundo tan dividido como el árabe. Casi todos se enfrentaron a él; solamente lo respaldaron Arafat y, a regañadientes, el rey Hussein.

El 17 de enero de 1991 Bush inició los bombardeos de la operación Tormenta del Desierto e invitó a la población a rebelarse contra Saddam. El líder iraquí lanzó misiles *Scud* contra Israel antes de invadir Arabia y, de forma temporal, conquistar la ciudad de Jafyi. Fue la primera guerra de la era del vídeo y se pudo contemplar en directo a través de un nuevo canal con veinticuatro horas de noticias, la CNN. El descomunal ejército de Bush —con 956.600 efectivos— utilizó su abrumadora superioridad aérea y terrestre para derrotar sin paliativos a los iraquíes y calcinar divisiones enteras de tanques y camiones; en el propio territorio iraquí se sublevaron los kurdos, los chiíes y los árabes de las marismas. Pero cuando se liberó Kuwait, Bush, que no deseaba involucrarse de más por las posibles consecuencias, detuvo la invasión; Saddam quedó al mando de la región central de Irak, con la prohibición de poseer armas destructivas. El tirano había cometido un grave error de cálculo, pero después de dos décadas de terror, la camarilla se mantuvo leal y se concentró aún más en su familia. Sus negociadores obtuvieron el permiso de Estados Unidos para que las fuerzas iraquíes tripulasen helicópteros, lo que estas utilizaron para masacrar a los rebeldes. La guerra del Golfo había costado la vida de tan solo 292 soldados de la coalición, frente a los 85.000 iraquíes. El apogeo estadounidense coincidía con el perigeo soviético.

A las 4.30 de la tarde del 18 de agosto de 1991, Gorbachov, que estaba de vacaciones en su dacha de Forós, en Crimea, fue interrumpido por su guardaespaldas. Había llegado una delegación

misteriosa. Descubrieron que les habían cortado las líneas telefónicas. «Ha pasado algo malo, quizá terrible», le dijo a Raisa. Era un golpe de Estado: un Comité Estatal para el Gobierno de Emergencia, encabezado por el jefe de la KGB y ministro de Defensa, tomaba el poder para detener el proceso de desintegración de la URSS. En diciembre de 1990 Shevardnadze había dimitido y avisado de la amenaza golpista. Lituania había sido la primera en declarar la independencia, seguida por Estonia y Letonia; pero el propio Gorbachov había perdido el control desde que el 13 de enero sus unidades de la Spetsnaz habían disparado contra civiles en una emisora de televisión de Vilna, la capital lituana, un crimen que solo sirvió para intensificar el desafío. En marzo Gorbachov había ganado el referéndum sobre la creación de su nueva Unión de Estados Soberanos y Nazarbáyev accedió a ser el primer ministro. Pero el mismo mes, Georgia optó por la libertad. El 10 de julio se eligió democráticamente a Yeltsin como presidente de Rusia, una legitimidad de la que Gorbachov, que no era un cargo electo, no podía presumir. Entonces Ucrania demoró la aprobación del ingreso en la nueva Unión. El 1 de agosto el presidente Bush intentó salvar la URSS: visitó Kiev para advertir a Ucrania en contra de un «nacionalismo suicida».[6]Gorbachov —él mismo, medio ucraniano— intentó desesperadamente mantener a Ucrania dentro de la nueva Unión, con la advertencia de que de lo contrario sería demasiado inestable como para sobrevivir como Estado propio; a Bush le insistió en que si existía como república era solo porque los bolcheviques ucranianos la habían creado con la intención de reforzar su propio poder y luego «añadieron Járkov y el Dombás». Stalin había organizado las fronteras vigentes y Jrushchov había añadido Crimea. Estas regiones rusas —insistió Gorbachov— debilitarían cualquier Ucrania independiente.[7]

Desde su villa, Gorbachov le preguntó al grupo quién los enviaba. «El Comité.» «¿Qué comité?»

Cuando empezaron a explicarle los objetivos del Comité, Gorbachov estalló: «¡Cállate, imbécil! ¡Cabrones!». Las fuerzas de la KGB habían rodeado la mansión; los barcos del mar Negro preparaban los cañones. Raisa Gorbachova sufrió una apoplejía

ligera. Pero sin que los Gorbachov lo supieran, en Moscú el Comité se había equivocado en varios puntos innecesarios. Primero planeaban detener a Yeltsin, por lo que rodearon su dacha; pero él pudo escapar al Sóviet Supremo de Rusia —apodado «la Casa Blanca»—, donde se le unieron diversas unidades militares. Luego los conspiradores dieron una conferencia de prensa carnavalesca, en la que por lo menos dos de los participantes estaban borrachos. La «Casa Blanca» contó con la defensa tanto de masas populares como de las unidades de Yeltsin. Entonces Yeltsin se dejó ver y subió a un tanque con aires de desafío. Los conspiradores corrieron a Crimea a rogar el perdón y Yeltsin envió a sus propias unidades al rescate de Gorbachov. Después de que se detuviera a los conspiradores, Gorbachov llamó por teléfono a Yeltsin. «¡Estás vivo! —tronó Yeltsin—. ¡Estábamos preparados para luchar por ti!». Dos conspiradores se suicidaron. Cuando Gorbachov regresó a Moscú su poder había sufrido una hemorragia incurable y el 24 de agosto presentó la dimisión como secretario general. En el Sóviet Supremo, Yeltsin dio su golpe propio: humilló a Gorbachov en el estrado y le obligó a admitir que sus propios ministros estaban detrás de la intentona golpista.

El 1 de diciembre Ucrania votó a favor de la independencia. Yeltsin intentó que siguiera formando parte de la nueva versión de la Unión, pero fracasó y la secesión de Ucrania tuvo una importancia decisiva. El día 8 —en un pabellón de caza de Belavezha, en Bielorrusia, especialmente apreciado por los zares y los secretarios generales— Yeltsin se reunió en secreto con los líderes de Ucrania y Bielorrusia y le asestaron el golpe definitivo a la URSS. Nazarbáyev y los centroasiáticos se les unieron para formar una nueva Comunidad de Estados Independientes.

«¿¡Quién te ha dado la autoridad!? —gritó Gorbachov—. ¿Por qué no me has avisado? ... ¿Qué pasará cuando lo sepa Bush?». Pero Bush ya lo sabía, pues Yeltsin lo había llamado antes.

El 9 de diciembre Gorbachov recibió a Yeltsin y al presidente kazajo, Nazarbáyev. «A ver, sentaos —les dijo Gorbachov—. ¿Qué le vais a decir al pueblo mañana?» «Yo voy a decir —contestó Yeltsin— que ocuparé tu puesto.»

Más adelante Nazarbáyev sostuvo que «ojalá no hubiera estado allí», pero en ese momento se convirtió en el dictador de un vasto Estado nuevo, Kazajistán; manejaba un poder tan absoluto que gobernó durante treinta años, se proclamó Líder de la Nación e incluso cambió el nombre de la capital por el suyo propio: Nursultán (Astaná).

A las 5 de la tarde del día de Navidad, Gorbachov llamó a Bush. «Hola, Mijaíl», le saludó Bush, que estaba en Camp David con su familia. «¡George, amigo mío! Finalmente he decidido presentarla hoy, al terminar el día.» Se refería a su renuncia. «El debate de nuestra Unión sobre qué clase de Estado convenía crear, me temo que ha adoptado un rumbo muy distinto del que a mí me parecía bien.» Sin duda, la frase era mucho más comedida que la realidad.

A las 7 de la tarde Gorbachov se dirigió a la nación, y un general recogió la maleta nuclear para dársela a Yeltsin. Luego Gorbachov les contó a sus asistentes que pensaba llamar a su madre, ya anciana, «que lleva siglos diciéndome: "Déjalo todo y vente a casa"». El hijo siguió el consejo de la madre. Yeltsin bajó por los pasillos del Kremlin buscando el despacho de Gorbachov —el Rinconcito, que anteriormente habían ocupado Lenin, Stalin y Andrópov— y allí reclamó: «Traednos copas». Él y Korzhakov se bebieron el whisky de un trago. «Esto ya está mejor», gruñó Yeltsin, el presidente de la nueva Federación Rusa.

La «Familia»: Borís, Tatiana y Rasputín

Yeltsin, aconsejado por una cohorte de jóvenes reformadores, prohibió el comunismo, dio acceso a muchos archivos, convirtió la economía dirigida en capitalismo de libre mercado (con mucha precipitación) e inició un programa de privatizaciones. Casi de inmediato la economía se hundió, los criminales de la mafia campaban a sus anchas y las privatizaciones se hicieron con una premura y un grado de corrupción fatales: una plutocracia bien conectada excomunistas y barones del robo hechos a sí mismos

—«los oligarcas», como se les suele denominar en común— compraron las compañías petrolíferas por una fracción de su verdadero valor. Yeltsin, que combinaba los instintos liberales de un demócrata con los hábitos de un zar alcohólico, reveló los crímenes de Stalin y promovió el conocimiento de la historia; sin embargo nunca se deshizo de los servicios de seguridad, sino que, en vez de disolver la KGB, la dividió en dos agencias nuevas. Entre tanto enfrentó a sus dos séquitos: por un lado se rodeaba de jóvenes reformadores occidentalizados; por el otro pasaba tiempo con su jefe de seguridad, el jactancioso y bebedor Korzhakov, que en este momento tenía el grado de general.

Mientras Yeltsin se alzaba con el poder en Moscú, Shevardnadze, el exministro de Exteriores soviético, se iba metamorfoseando en un líder georgiano. En mayo de 1991, Zviad Gamsajurdia —al que Shevardnadze había perseguido en la década de 1970, cuando fue procónsul de la república— fue elegido presidente con el 86,5 % de los votos de unas elecciones libres. Prometió acabar para siempre con las interferencias rusas, pero al cabo de tan solo unas semanas Gamsajurdia —neurótico, maníaco y ojeroso— logró ofender a los liberales, con su despotismo; a Moscú, con su rusofobia; y a las minorías étnicas, con su patriotero «Georgia para los georgianos». En el mes de septiembre el presidente no era más que una figura shakespeariana solitaria, sitiada en su palacio. «Soy víctima de las infernales, diabólicas maquinaciones del Kremlin —le dijo a este autor, en su despacho —. Si Shevardnadze regresa alguna vez lo mataremos como a un perro.» Pero los rebeldes rodeaban el palacio. «Sí, soy como el rey de una obra de Shakespeare. Enrique V había pasado a ser el rey Lear, luego Ricardo II.

Su principal enemigo era una personalidad aún más extraordinaria: un antiguo jefe gansteril, prisionero del gulag y dramaturgo, Dzhaba Ioseliani, que había asaltado un banco en tiempos de Stalin. En este momento formó un ejército privado, los Mjedrioni («los caballeros»), para defender el territorio georgiano y derrocar a Gamsajurdia. En diciembre, Ioseliani —la clase de aventurero que prospera en el caos de los imperios fallidos— echó

a Gamsajurdia y formó un Consejo de Estado que invitó a Shevardnadze a volver. El Zorro Gris, que había sido árbitro del mundo con Bush y Gorbachov, se convirtió en un patriota acosado en un Estado diminuto, empobrecido y caótico, donde su sostén era un caudillo que había estado en la cárcel cuando él se sentaba en el Politburó. Shevardnadze se tragó el orgullo, pero no sin comentar lúgubremente, al ver la jactancia de Dzhaba y su entorno: «¡Cuánto echo en falta ahora a Bush y Thatcher!».

Masacres compulsivas inspiradas en sueños medievales de imperios perdidos pusieron de manifiesto qué podía pasar cuando el mundo no lo equilibraban imperios ni superpotencias. Yugoslavia quedó hecha añicos por los enfrentamientos de sus nacionalidades diversas, guiadas por nacionalistas vengativos. Primero estalló una guerra entre Serbia y Croacia, luego los serbios emprendieron una campaña para exterminar a los bosnios musulmanes, con todos sus aderezos: campos de concentraciones, violaciones masivas, matanzas... Después de tres años y medio de guerra, en noviembre de 1955, Bill Clinton organizó un acuerdo de paz en Dayton (Ohio), que formó un Estado bosnio de una pluralidad étnica tortuosa; pero los serbios pasaron a agredir a los albanokosovares hasta marzo de 1999, cuando Clinton solicitó ataques aéreos de la OTAN que obligaron a Serbia a retirarse y enfurecieron aún más a Rusia.

En África no intervino nadie. En abril de 1994, en Ruanda, las tribus hutu iniciaron el exterminio —cuidadosamente planeado y, si de ellos dependía, total—, de sus vecinos tutsi. Las potencias coloniales de la zona, Alemania y Bélgica, habían favorecido habitualmente a los tutsi, generando un resentimiento entre los hutu que ya provocó masacres justo antes de que el país se independizara. Pero Francia, con el deseo de seguir promoviendo su Françafrique, adoptó Ruanda como una especie de hijastro colonial, apoyó a los líderes hutu y entrenó a sus paramilitares. Cuando el descontento tutsi fructificó en una rebelión del Frente Patriótico Ruandés (FPR), encabezado por el desgarbado general Paul Kagame, Francia lo consideró un ataque contra la Françafrique y favorable a los intereses del Reino Unido. Aunque

París no instigó la matanza posterior, desde luego no había hecho nada para contenerla. Cuando el FPR abatió a tiros al presidente de Ruanda los hutu emprendieron un genocidio y mataron —a menudo, a machetazos— a más de quinientos mil tutsi en el plazo de unos pocos días. Francia solo intervino parcialmente y muy tarde, antes de que el FPR invadiera las fronteras con el Congo y Uganda e instalara a Kagame como dictador. Las ambiciones de Ruanda y Uganda llevaron a estos países a apoyar a los propios caudillos y élites del Congo en una masacre de dimensiones continentales: la gran guerra africana del Congo, una batalla feroz por los minerales y el poder.[8]Ni las potencias europeas ni el espionaje occidental se interesaron gran cosa por una catástrofe que costó la vida a cerca de 5.400.000 personas.

Volviendo a Moscú, Yeltsin se encontró con la oposición, en el Sóviet Supremo de Rusia, de una nueva raza de ultranacionalistas autoritarios que le desafiaban desde una Casa Blanca fortificada y criticaban el liberalismo y la libertad de mercado. Estos valores proestadounidenses habían provocado un hundimiento en picado de la economía —el PNB se redujo a la mitad—, y la ley y el orden colapsaron: los mafiosos asesinaban abiertamente a sus enemigos y se infiltraban en las empresas. La Casa Blanca votó a favor de deponer a Yeltsin y sus fuerzas ocuparon la emisora de televisión de Ostánkino y levantaron barricadas en las calles; Moscú se vacío. Korzhakov, el jefe de seguridad de Yeltsin, recomendó sacar los tanques. «La rebelión armada fascisto-comunista de Moscú se va a sofocar», advirtió Yeltsin. El 3 de octubre de 1993 los comandos oficiales se apoderaron del canal de televisión, con combates que duraron toda la noche. Los tanques de Yeltsin abrieron fuego contra la Casa Blanca (como este autor pudo ver en persona) mientras sus comandos la tomaban al asalto. Había ganado Yeltsin el autócrata: «Rusia necesita orden».

Yeltsin no pensaba ceder en cuanto a la unidad de la Federación Rusa,[9]que era en sí misma un panal de repúblicas étnicas. Su pueblo más contumaz eran los chechenos islámicos, que Stalin había deportado a Siberia en 1944. En esta fase, guiados por un exgeneral de la fuerza aérea soviética, este pueblo guerrero,

controlado por clanes y caudillos, reclamó la independencia con violencia. Yeltsin cercó Grozny, una ciudad enfebrecida, en la que este autor pudo ver a los grupos de milicianos campar alegremente con uniformes surrealistas —algunos con cartucheras de lentejuelas — a la espera del asalto ruso. En diciembre de 1994 Yeltsin ordenó asesinar a los líderes chechenos con un coche bomba, al que seguiría el asalto a Grozny; su ministro de Defensa, Grachov, prometió tomar la ciudad «en el plazo de dos horas, con un solo regimiento aerotransportado». En la práctica los chechenos apabullaron a las tropas rusas y acabaron por reconquistar la ciudad. En 1996 Yeltsin vivió la humillación de una retirada forzosa.

En junio de aquel año, un Yeltsin alcoholizado y enfermo de arteriosclerosis se enfrentaba a unas elecciones en las que el comunismo resurgía y se preveía que venciera. El general Korzhakov, que se vanagloriaba de haber «gobernado el país durante tres años», recomendó cancelar la convocatoria. Pero Tatiana, la hija de Yeltsin, de treinta y seis años —una ingeniera que había trabajado en la industria espacial soviética— se hizo con el control y alineó a los oligarcas. Los encabeza un ingeniero y matemático judío, Borís Berezovski, que había ganado miles de millones al adquirir las fábricas de automóviles AvtoVAZ y compañías petrolíferas siberianas. La familia de Yeltsin confiaba en él porque se había encargado de la publicación de las memorias de Borís. En este punto se convirtió en el «cardenal gris» de Yeltsin, su «Rasputín». A este autor le dijo: «En la historia ha ocurrido muchas veces que los financieros influían sobre los Estados. ¿Acaso no somos como los Médici?». Berezovski contaba con un joven protegido, callado y discreto, que gozaba aún de más confianza: Román Abramóvich. Tatiana había dejado a su marido por Valentín Yumáshev (el «negro» que había redactado las memorias de su padre), con quien luego se casó. Pronto lo nombraron jefe del departamento de Presidencia. Se había formado una corte en torno del presidente, un círculo interior, «la Familia».

No era la única familia en el poder. El 21 de enero de 1994 Bassel al-Assad, heredero de la presidencia de Siria, acompañó a su

primo hermano Hafez Majluf, oficial de la Guardia Republicana, en un viaje apresurado al aeropuerto. Se marchaban de vacaciones a esquiar, pero Bassel perdió el control de su Mercedes.

Caballeros de Damasco, películas de monstruos marxistas y reyes de los datos: iPhones y dagas

Bassel era bajo, barbado, atlético y robusto. Había ganado torneos ecuestres, era amigo de la hija del rey Hussein (también aficionada a la equitación) y le atraían con pasión las armas de fuego, los coches deportivos y las chicas libanesas. Tras formarse en Rusia era el comandante de la Seguridad Presidencial y el favorito de su padre, Hafez al-Assad, al que aconsejaba sobre el Líbano. El presidente hizo que lo retrataran como un joven Saladino, el Caballero Dorado, a lomos de un corcel contra los cruzados y los sionistas. Quien le acompañaba en el coche también ocupaba una posición central en la dinastía: la tía de Majluf era Anisa Assad —la primera dama— y su hermano Rami ya destacaba como el solucionador de los negocios de la familia.

Assad, que sufría diabetes y arteriosclerosis, basó su dinastía en la alianza con Irán, que le protegería de su rival Saddam. Pero se enfureció al tener noticia de las conversaciones secretas entre Rabín, ahora primer ministro de Israel, y Arafat, el presidente de la OLP.

Aunque los sucesivos presidentes estadounidenses —empezando por Carter— habían intentado mediar a favor de una paz, durante más de veinte años Israel se había negado a negociar con la organización terrorista. Ahora Rabín autorizó que su ministro de Exteriores, Shimón Peres, iniciara negociaciones en secreto. Los dos —Rabín el lacónico, Peres el visionario— se odiaban el uno al otro. Peres organizó el encuentro subrepticio en Oslo, entre un académico israelí y un funcionario palestino, que culminó en el reconocimiento de la OLP por parte de Israel y viceversa; se estableció la Autoridad Palestina, como primer paso para un Estado, y la compartición de Jerusalén. «Dije: “primero la

paz, luego los detalles" —rememoraba Peres—. La paz es como el amor: el primer paso es confiar». Para Assad, esto suponía una traición, pero para el rey Hussein —que durante décadas se había reunido ocultamente con Rabín a la vez que lograba apaciguar las amenazas de sus vecinos árabes, Saddam y Assad— era una oportunidad, y en consecuencia se sumó al proceso. El 13 de septiembre de 1993, en la Casa Blanca y con Clinton como anfitrión, Rabín y Arafat firmaron los acuerdos de paz, en compañía del rey jordano. Un mes más tarde Hussein y Rabín firmaron un tratado propio.

Desde Damasco, Assad ordenó asesinar al rey jordano, pero no fue el único que sacó las armas: el 4 de noviembre de 1995 Rabín fue asesinado por un fanático judío. El asesinato inició la desintegración de los Acuerdos de Oslo, exacerbada por nacionalistas israelíes y extremistas palestinos. Cuando los sucesores de Rabín ofrecieron una división de Jerusalén, Arafat la rechazó. La solución de los dos Estados —única esperanza de paz— quedó congelada. «No estamos avergonzados, tampoco estamos asustados —dijo Hussein en el funeral jerosolimitano de Rabín—, ni estamos nada que no sea resueltos a continuar con el legado que le ha costado la vida a mi amigo, como hizo mi abuelo en esta misma ciudad cuando yo le acompañaba, siendo tan solo un niño.» Hussein, alertado por la CIA, logró evitar a los asesinos enviados por Assad, pero aunque no lo había hecho público, estaba enfermo de cáncer. El príncipe heredero era su hermano Hassan, pero empezó a preparar para el cargo al hijo mayor, Abdullah.

En Damasco, Bassel al-Assad falleció en el mencionado accidente de coche, y su primo resultó herido. Hafez impuso un duelo por el «Mártir de la Nación». Quedaban tres hijos: el más joven, Maher, era un oficial fornido y bajo al que le costaba controlar la cólera y que disparaba con demasiada facilidad; el segundo más joven, Madch, padecía problemas mentales; y un hermano intermedio, Bashar, era médico y vivía en Londres bajo un nombre falso. Anisa prefería a Maher, pero Assad hizo venir a Bashar. Era un joven de veintiocho años, alto y desgarbado, apocado, ceceante, aficionado a la música de Phil Collins, que no

se antojaba el candidato más directo a dictador. Se había convertido en cirujano oftálmico porque odiaba la sangre, pero estaba a punto de desatar una carnicería más sanguinaria que cualquiera contemplada nunca por su padre.

Los gobernantes comunistas que sobrevivieron fueron los que combinaron las dinastías con la ideología. En Cuba los hermanos Castro perduraban. En Corea del Norte, Kim Il-sung se ocupó cuidadosamente de la sucesión. El 8 de julio de 1994, cuando falleció a los ochenta y dos años, no solo lo embalsamaron como a un inmortal,[10]sino que lo proclamaron Presidente Eterno; su plan de una dinastía marxista hereditaria funcionó según lo previsto y alzó a Kim Jong-il al trono. Había nacido en Rusia y lo llamaban Yuri —la familia, Yura—, se había formado en China durante la guerra de Corea, y pasó algunas vacaciones en Malta (en secreto). Fue ascendiendo calladamente en el aparato del Partido hasta 1980, cuando su padre lo nombró Líder Amado y Comandante Supremo.

Kim —que lucía tupé ahuecado y guerreras *stalinka*— se había criado como un príncipe: le gustaba el whisky escocés, las langostas y el sushi. Pero a la hora de manejar el poder era astuto y habilidoso. Había aprendido de su padre las reglas esenciales de la dinastía kimita: la supervivencia requiere enfrentar a las superpotencias, promover a la familia y eliminar cualquier oposición. Tenía dos obsesiones: las películas del oeste y las armas nucleares. Padre e hijo se consideraban en guerra perpetua contra Corea del Sur y los Estados capitalistas, y secuestraron a más de tres mil ciudadanos surcoreanos e incluso japoneses. Habiéndose iniciado en el departamento de agitación y propaganda, Jong-il soñaba con una industria cinematográfica potente. En 1978 dictó secuestrar en Hong Kong a Choi Eun-hee, la bella actriz divorciada del principal director de cine de Corea del Sur, Shin Sangok; atrajeron a este a Hong Kong, para que la buscara, y también lo raptaron. Después de dos años de adoctrinamiento los llevaron a conocer a Kim, que les mostró su colección de quince mil películas, les ordenó que se casaran de nuevo y produjo su película *Pulgasari*: de monstruos y marxista.

Como en cualquier monarca, no podía desatender la biología de la sucesión. Primero Kim tuvo una hija en un matrimonio arreglado, pero mientras supervisaba la producción cinematográfica y teatral norcoreana, como era de esperar, tuvo acceso a todo un harén de entretenimiento oficial: el Pelotón de la Alegría (Kippumjo), que al parecer cuenta con las divisiones de Satisfacción, Felicidad y Entretenimiento (para el sexo, el bienestar y la danza), según Kenji Fujimoto, amigo de Kim y cocinero de su sushi. Una estrella de cine, casada, dio a luz a su primer hijo, Kim Jong-nam; pero este no recibió la bendición, absolutamente imprescindible, del padre. Hacia 1972 tuvo una aventura más larga con la bailarina Ko Yong-hui, que le dio tres hijos: dos varones —el segundo, Kim Jong-un— y una hija, Kim Yo-jong, que sí adquirieron el carácter de familia oficial.

Mientras mantenían un Estado con un millón de militares y doscientos mil presos políticos, padre e hijo intentaron procurarse la bomba; pero sus aliados, tanto la URSS como China, se negaron a ayudarle. Los Kim rastrearon el mundo en busca de la tecnología que les permitiera enriquecer el uranio y desarrollar armas nucleares, y abrieron negociaciones con Pakistán, que estaba intentando igualarse con la India. El cerebro nuclear de Pakistán, A. Q. Khan —apodado «la Centrifugadora»— les traspasó esa tecnología durante la década de 1980, cuando se eligió como primera ministra a Benazir Bhutto, hija del mandatario ejecutado en la década anterior y heredera de otra dinastía familiar sudasiática. A. Q. Khan, a quien ya había promovido el padre de Benazir, se embarcó en la mayor empresa criminal de la historia: la venta de la tecnología nuclear pakistaní. Viajó por el mundo y se la ofreció a 18 países. Saddam se mostró interesado; en Irán, Siria y Libia, Jamenei, Assad y Gadafi la compraron. La Centrifugadora repartió el paquete libio bajo la marca «Tejidos Atractivos», como si fuera el traje de un sastre de Islamabad. Cuando Kim compró la tecnología, se cuenta que Benazir Bhutto la entregó en persona.

Cuando Estados Unidos descubrió la existencia del programa nuclear de Corea del Norte, Kim —que en el recuerdo de los diplomáticos estadounidenses era todo un maestro de las

transacciones— emprendió negociaciones para obtener el máximo de beneficios para su menguante economía; entre tanto en secreto se iba procurando la bomba. Al mismo tiempo pasó revista a sus hijos, para ver quién era adecuado para la sucesión: el primero no formaba parte de la familia oficial; el segundo era demasiado débil; pero el tercero —Kim Jong-un, apodado *Jong Unny*, al que había enviado a una escuela suiza— era exactamente como él.

En Moscú, los reformadores, los oligarcas y la Familia temían que un Yeltsin aturdido y borracho perdería las elecciones frente a los comunistas; un infarto lo había dejado aún más tocado. Pero Berezovski recaudó 140 millones de dólares y se incautó de los canales de televisión para asegurarse de que lo reelegían. La Familia luchó con Korzhakov por el poder: Lenin y Stalin habían reclutado al submundo del hampa como asesinos para su policía secreta; ahora los cortesanos y oligarcas amenazaban con matarse mutuamente. Una bomba decapitó al chófer de Berezovski. «Tras el atentado contra Berezovski —recordaba Korzhakov—, siempre quería matar a alguien en venganza ... y me lo decía tan tranquilo, como si yo fuera el tipo que iba matando por ahí.»

La Familia yeltsiniana destituyó al guardaespaldas todopoderoso y un Yeltsin medio muerto ganó las elecciones de 1996. Pero en agosto los caudillos chechenos se infiltraron en Grozny, reconquistaron la ciudad y expulsaron al ejército ruso. Yeltsin pasó por una cirugía coronaria quíntuple. El Estado tambaleante quedó en manos de la Familia.

Estados Unidos prosperaba como potencia única. La euforia por haber vencido la guerra fría emborrachó a los potentados estadounidenses y europeos. Estados Unidos y su sistema, la democracia liberal, habían triunfado. El éxito genera éxitos: en África y Suramérica diversos países se transformaron en democracias al estilo estadounidense. No fue de extrañar que se observara con cierta petulancia la implosión de Rusia.[11]

El 21 de marzo de 1997 Yeltsin se reunió con Clinton en Helsinki y accedió a que la OTAN se extendiera por el antiguo imperio soviético, a cambio de cuatro mil millones de dólares; pero también advirtió que «era una equivocación, un error grave» y

«una especie de soborno». Al propio Clinton le costaba creerse la concesión de Rusia; a muchos rusos les resultó inaceptable. Fue solo el principio de una humillación despiadada. No fue un gesto magnánimo de Estados Unidos sino que —peor aún— se hizo sin previsión. Estados Unidos incentivó las reformas de Yeltsin, pero podría haber ofrecido un Plan Marshall que facilitara la transformación de Rusia hasta encontrar la forma de invitarla a incorporarse al sistema occidental. Las culpas no recaen únicamente sobre Estados Unidos: los grandes de Rusia seguían pensando en su país en términos de imperio y autocracia. Además Estados Unidos hizo caso omiso de las protestas de Yeltsin y bombardeó Serbia, aliada de los rusos. Polonia, Checoslovaquia y Hungría se sumaron a la Unión Europea y la OTAN, al igual que las tres repúblicas exsoviéticas del Báltico. Las siguientes serían Ucrania y Georgia.[12]El marxismo estaba derrotado, Rusia estaba hundida, China seguía estando muy atrás. Parecía que el imperio leninista había caído sin plantear batalla; en realidad el hundimiento de la URSS fue prolongado, duró treinta años y desde luego que se planteó batalla: el resentimiento ruso quedó visceralmente grabado a un exchequista que, como su patria, pasaba ahora tiempos difíciles.

«Vivíamos como todos los demás, pero a veces tenía que ganarme un dinero extra —recordaba un coronel de la KGB con problemas para salir adelante— como taxista. No es algo de lo que me guste hablar.» El taxista era Vladímir Putin, que por entonces vivía en San Petersburgo, sin otro empleo. «¿Qué es el hundimiento de la Unión Soviética? Es el hundimiento de la Rusia histórica bajo el nombre de la Unión Soviética?», dijo.[13]Lo consideraba «el mayor desastre geopolítico del siglo XX».

En marzo de 1997 la Familia yeltsiniana llamó a Putin, que entonces contaba cuarenta y cuatro años, a Moscú. Putin se había asociado al alcalde de San Petersburgo —de talante liberal o, más probablemente, venal— y se convirtió en su conseguidor y sustituto omnipresente. No fue casualidad que en su primera entrevista de televisión se destacara su pasado en la KGB y se interpretara la sintonía de Stierlitz. Cuando el alcalde perdió unas

elecciones, a Putin se le ofreció un puesto secundario en el aparato presidencial, en Moscú. Pero tan solo un año más tarde lo habían nombrado subjefe de Presidencia, en el momento de mayor humillación de Rusia y triunfo más espectacular de Estados Unidos.

Fue un período extraño. Rusia se tambaleaba; Yeltsin destituía a un primer ministro tras otro; los gánsteres asesinaban a sus rivales; los oligarcas se pavoneaban; los chechenos resistían. Pero Yeltsin, entre el visionario liberal y el autócrata torpe, comprendió las lecciones de la historia. «Somos todos culpables», dijo el 17 de julio de 1998, cuando presidió la sepultura de los esqueletos del zar Nicolás II y su familia en la cripta de los Románov en San Petersburgo; ante aquellos restos asesinados afirmó: «la lección es dura pero clara: todo intento de cambiar la vida por medio la violencia va a fracasar». Meditó sobre su legado: «Tenemos que acabar este siglo —que, para Rusia, se ha convertido en el siglo de la sangre y la anarquía— con arrepentimiento, reconciliación» y también fuerza. La Familia buscaba un heredero.

Muchos se atribuyeron haber inventado a ese heredero. Berezovski insistió en que lo había descubierto él, pero en realidad había sido Yumáshev. En julio de 1998 nombraron a este desconocido jefe de la FSB, organización sucesora de la KGB. Hinchado, aturdido, pero aún arrogante y misterioso, Yeltsin no pudo impedir que su autoridad se desintegrase; el fiscal general estaba investigando a la Familia por corrupción y la oposición se preparaba para expulsarlo legalmente del cargo. En abril de 1999 Putin desveló un vídeo granulado del fiscal general, panzudo y desnudo, retozando flácidamente con dos prostitutas; y fue el fiscal quien perdió el trabajo. Tatiana y Yumáshev, guiados por Abramóvich, quedaron impresionados por el joven, duro e inescrutable Putin. Le hicieron una oferta extraordinaria: que fuera el presidente, a cambio de que no se juzgara a la Familia por corrupción. «¿Cómo puedo proteger a mi mujer y a mis dos hijas?», preguntó Putin. La Familia le explicó que el Kremlin se aseguraría de que estuvieran bien. Pero ¿cómo podría ganar? Necesitaría una guerra breve y victoriosa.

El 9 de agosto de 1999, de repente, Yeltsin nombró primer

ministro a Putin. «No le estaba ofreciendo un simple ascenso —recordaba Yeltsin—. Quería entregarle la Corona del Monómaco», la corona del zar.[14]En octubre Putin invadió Chechenia y deleitó a los rusos con su jactancia gansteril: «Perseguiremos a los terroristas a todas partes; y si es en el lavabo que los encontramos, perdón: será cagando que los mataremos». Rusia libró una garra sin restricciones contra terroristas, pero también contra civiles, a los que torturó, asesinó e hizo desaparecer a capricho. El ejército fue un instrumento tan brutal como poco refinado: los generales rusos —dijo Putin con admiración— «no se comen los mocos». Yeltsin le dijo a Putin que lo nombraría presidente en funciones. «No estoy preparado, es un destino difícil», contestó Putin. Pero Yeltsin estaba decidido. «De acuerdo», dijo Putin al fin, y comentó, «porque sería estúpido decir: "No, prefiero vender semillas de girasol"».

«Hoy quiero pediros perdón porque muchas de nuestras esperanzas no se han hecho realidad —dijo Yeltsin en la Nochevieja de 1999—. Yo doy un paso atrás ... El país cuenta con un hombre fuerte, idóneo para la presidencia», y calificó de «presidente en funciones» a esa persona misteriosa.

El primer decreto que Putin firmó desde esa posición se titulaba: «Garantías para el expresidente y su familia».

El 26 de marzo de 2000 Putin ganó la presidencia y Yeltsin lo guio hasta el antiguo despacho de Stalin: «¡Esta es ahora tu oficina, Vladímir!». La Familia creía que podría controlar a un presidente meramente «accidental». Pero Putin llevó al Kremlin la concentración y la táctica de un cinturón negro de yudo. «Me esfuerzo tanto como los esclavos de una galera», dijo. Se sentía orgulloso de sentarse en el mismo despacho que Stalin e invitaba a los visitantes a abrir los libros de la biblioteca que el antiguo secretario general tenía en el Rinconcito. El poder absoluto forja el carácter. Aunque al principio se mostró torpe y desmañado, no tardó en desarrollar la vigilancia feroz que se requiere para prosperar en el Kremlin; disfrutaba desplegando la violencia focalizada y el armamento militares, algo que la afición al humor negro apenas moderada. Se enorgullecía de su machismo y posaba

sin camiseta, manejando armas, acariciando tigres, persiguiendo osos. Cuando se le criticó por su reputación de implacable, bromeó: «Mahatma Gandhi está muerto, no queda con quién hablar» (y para su cumpleaños los cortesanos le regalaron un busto de Gandhi). Su dicho favorito era: «Es como esquilar a un cochinillo: muchos gritos, poca lana».

Putin apartó a la Familia, restauró el poder del Estado, controló las elecciones, castró a la Duma (el Parlamento), doblegó a la prensa y favoreció a una combinación de liberales y veteranos de la KGB. «El equipo gubernamental clandestino de la FSB acaba de cumplir su primera misión», bromeó ante una asamblea de policías secretos; además solía afirmar: «No existen "exintegrantes" de la KGB».

Luego «pacificó» Chechenia y eligió como gobernante a un príncipe asesino, Ramzán Kadýrov, de veintinueve años. Kadýrov se convirtió en su cortesano más servil y competía con la policía secreta por ser el más letal de los grandes de Putin.[15]Putin se volvió entonces hacia los oligarcas. Los invitó a la mansión de Stalin y les advirtió que no se metieran en política. A los que desobedecían, los aniquilaba: a uno lo detuvieron y enviaron a un campo de trabajo. Berezovski se enfureció por la manera en la que su títere manejaba el cetro y acabó desterrado. Putin ordenó a sus fuerzas de seguridad que liquidasen a los traidores: «Uno tiene enemigos delante, lucha con ellos, firma la paz, todo es limpio. Pero a los traidores hay que destruirlos». Incluso en Inglaterra, pues Berezovski murió en circunstancias misteriosas: lo encontraron ahorcado en su mansión de Surrey; a un exsocio de la KGB, el coronel Litvinenko, lo envenenaron. «No sé quién lo ha matado, pero era traidor. Nosotros no hemos sido, pero era un perro y ha muerto como un perro», dijo. En cuanto al antiguo imperio, estaba resuelto a no restaurar la URSS; el hecho de que Lenin hubiera creado una república soviética ucraniana a partir de territorio nacional de Rusia le parecía un horror. Lo que aspiraba a restaurar era el imperio tradicional de Rusia. A su juicio, Rusia, era una «civilización única», la madre de todas las Rusias, y abrazó la autocracia y un etnonacionalismo basado en la excepcionalidad de

un Mundo Ruso ortodoxo, sucesor euroasiático del Rus de Kiev y el imperio de los Románov; un imperio, por descontado, superior a Occidente. Para ello canalizó las ideas de los eslavófilos y de los filósofos Blancos durante la guerra civil rusa. Mientras que las otras repúblicas exsoviéticas tenían que desarrollar su identidad como naciones, Rusia se había creado como un imperio y esta era la única visión válida del país. Con la particularidad de que era un imperio agraviado.

Putin denunció la supremacía de Estados Unidos: «¿Qué es un mundo unipolar? Es un mundo con un único señor. Y eso es pernicioso no solo para los que están dentro de este sistema sino para el soberano mismo, porque se destruye desde dentro».

En noviembre de 2000, mientras Putin dirigía la supresión de la resistencia chechena, los estadounidenses —después de un resultado tan justo que pasó por una revisión judicial— eligió a otro líder inexperto, también en la cuarentena. Mientras Putin se asilvestraba en su hacienda de Leningrado, George W. Bush navegaba en yate desde el complejo familiar de Kennebunkport.

Este hijo de un presidente, nieto de un senador y miembro de las fraternidades de élite de Yale se había reconvertido en tejano fanfarrón, se había enriquecido con el petróleo, poseía el equipo de béisbol de los Texas Rangers y ganó la presidencia en su primer asalto. Los dos presidentes Bush —padre e hijo— y Clinton presidieron el apogeo del siglo de Estados Unidos. Simultáneamente, los emprendedores estadounidenses encabezaban el desarrollo de progresos técnicos que encajaban a la perfección tanto con la visión global de Estados Unidos como con la economía globalizada que el país dominaba. «Durante los últimos treinta y tres años —decía Steve Jobs, con un cáncer en remisión, en una charla ante estudiantes en 2005— me he mirado al espejo cada mañana y me he preguntado: “Si hoy fuera el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy a punto de hacer hoy?”». Jobs había transformado el mundo: «De todos los inventos del ser humano, la historia dejará en lo más alto, o muy cerca, la invención de los ordenadores». Intolerante e intolerable, antipático y a menudo cruel, Jobs creía que la creatividad consistía en seguir

el instinto, en «unir los puntos». Jobs era hijo de dos maestros —un sirio y su amante suiza— pero «mi madre biológica era una estudiante de doctorado, joven y soltera, y decidió darme en adopción»; lo adoptó un guardacostas estadounidense. De niño había trabajado en la empresa de computación Hewlett Packard, más adelante viajó a la India y adoptó el budismo zen, abandonó los estudios universitarios (para hacer un curso de caligrafía) y a los veinte años fundó una empresa en el garaje de su padre, donde empezó a diseñar el primer ordenador de consumo. Lo llamó Apple.

La idea de las máquinas computadoras no era nueva.[16]Su desarrollo hizo inevitable la llegada de los teléfonos inteligentes y los ordenadores fáciles y pequeños, aptos para ser utilizados por cualquiera; aunque tardó cuarenta años en hacerse realidad. En 1959, Robert Noyce, de Fairchild Semiconductor, inventó una pieza única —un circuito integrado monolítico, el chip— que hizo posible la revolución justo al mismo tiempo que Paul Baran desarrollaba la red de mensajería capaz de funcionar después de un apocalipsis nuclear. En 1968 Alan Kay, de Xerox, predijo la aparición de un «gestor de información portátil y personal» que denominó Dynabook; por entonces se desarrollaba la primera pantalla de cristal líquido y matriz activa. En 1975 IBM creó su primera máquina portátil, el mismo año en que el hijo de un abogado de Seattle, Bill Gates, dejaba Harvard para programar un sistema de instrucciones para uso informático, un software que fue adquirido por IBM. Cinco años más tarde Gates lanzó un sistema más sofisticado: Windows.

En 1974, las comunicaciones ARPA del Pentágono, diseñadas para conectar a los líderes después de una guerra nuclear, habían llegado a las universidades gracias a Vint Cerf y Bob Kahn, que lo llamaron «inter-red», *inter-*
network: internet. En 1980 la ARPANET se cerró, pero el CERN —una organización europea de investigación nuclear— empezó a utilizar el sistema, que en 1989 inspiró a uno de sus profesores de matemáticas, Tim Berners-Lee, de treinta y cuatro años: «Bastaba con coger la idea del hipertexto y conectarla con el Protocolo de

Control de Transmisión y la idea del sistema de dominios y ¡tachán!, la World Wide Web». Al igual que inventores anteriores como Edison o Watt, no reclamó la autoría: «Gran parte de la tecnología utilizada en la Red, como el hipertexto, internet o los objetos de texto multifuente ya estaban diseñados. Lo único que yo hice fue juntarlos». Inventó un sistema de direcciones —//www— que se universalizó tanto que internet se convirtió casi en un surco del cerebro humano. «No previ nunca lo grande que llegaría a ser la Red —le dijo Berners-Lee a este autor—, pero la había diseñado para que fuera totalmente universal. Y cuando se produjo el crecimiento exponencial sí comprendí que cambiaría el mundo.»

En 1984 Jobs —un visionario que destacó combinando ideas, perfeccionando inventos y creando diseños exquisitos— presentó el Macintosh, un ordenador que cualquier consumidor podía utilizar para saltar entre distintas funciones, con un control manual al que llamó «ratón» y con la posibilidad de cambiar de fuente (recordando el curso de caligrafía). «Tuve suerte: encontré qué me gustaba hacer cuando era muy joven», dijo. «Luego me despidieron. Me sentía pesado y recuperé la ligereza del que vuelve a empezar.»

Cuando Jobs volvió a Apple, a partir de 1998, concibió toda una serie de aparatos cuyo nombre comercial empezaba por «i» (con los valores de «internet, individuo, instruir, informar, inspirar»). Su iPhone de 2007 ha cambiado la conducta humana al crear un aparato de moda, pero que se ha hecho indispensable. Con cifras de 2020 se han vendido cerca de 2.200 millones de iPhones y en total, 19.000 millones de teléfonos inteligentes; estos mecanismos diminutos han transformado para siempre la naturaleza y el comportamiento humanos, de formas que aún no están del todo claras. Los *smartphones* se han convertido en una tecnología tan esencial que ahora son casi una extensión de nuestros miembros. Si en 2005 no menos del 16 % de los seres humanos utilizaban esos teléfonos, en 2019 era ya el 53,6 % (y en los países occidentales, el 86,6 %). Internet puso a disposición de los ciudadanos una nueva masa de conocimiento y muchos abandonaron las fuentes de información más laboriosas, pero más

fiables. Internet ha dado grosor a la sociedad, ha añadido más capas de discurso y poder, lo que dado más dinamismo a sociedades que ya son pluralistas; es un paso más del «poder soberano» —según el análisis de Foucault— al «poder disciplinario».

El nuevo conocimiento generó más abertura; pero al igual que la escritura, la imprenta o la televisión, se podía controlar y manipular: incluso en las democracias, sus archipámpanos ejercieron un vasto poder secreto como déspotas de los datos, y las tiranías nunca han contado con un instrumento más perfecto. Su tendencia a crear lugares en los que quienes piensan igual se hallan como secuestrados ha supuesto que el provincianismo y la cerrazón hayan crecido tanto como la globalización. En muchos países los móviles los han usado personas que aún vivían en sociedades de daga y iPhone: sociedades dominadas por el parentesco, la tribu y la secta, que apenas se bastaban para dar calor o comida a su pueblo, en las que se ha visto a terroristas decapitar a sus víctimas con espadas mientras chateaban por WhatsApp.

No tan llamativas, pero igual de importantes, fueron las mejoras asombrosas del campo de la salud pública: el descenso de la mortalidad infantil, las vacunaciones contra la viruela, el clorado del agua. Son fruto de evoluciones interrelacionadas a distintos niveles: se calcula que la invención de los aseos conectados con alcantarillas puede haber salvado mil millones de vidas desde la década 1860. La esperanza de vida se ha duplicado en un siglo y la mortalidad infantil se ha reducido a la décima parte; son triunfos sin inconvenientes, más allá de nuestro éxito voraz como especie: nuestra población pasa de mil millones de personas, en 1800, a ocho mil millones en 2025. La revolución industrial, combinada con la revolución médica, amenaza ahora nuestra existencia misma.

Si bien la Red la inventaron británicos y estadounidenses, y se desarrolló en Silicon Valley —donde los nuevos titanes digitales hallaron la manera de hacerla provechosa—, quien realmente comprendió su potencial fue el mundo cerrado: los servicios de seguridad chinos fueron los más veloces en apreciar su potencial de

vigilancia. Los rusos domaron su capacidad de amplificar y justificar la rabia y de propagar mentiras en el mundo abierto. A las autocracias tampoco les pasó por alto que sus piratas informáticos podían envenenar la delicada anatomía política de las democracias dirigiendo en contra de ellas mismas las libertades que nos ofrecen.

Bush tenía ganas de conocer a Putin. El 16 de junio de 2001, en una cumbre celebrada en Eslovenia, el nuevo comandante en jefe de la potencia única puedo conversar en persona con el nuevo potentado ruso. «Le miré a los ojos —dijo Bush, poniendo de manifiesto la ingenuidad de la supremacía estadounidense—. Me pareció muy directo y fiable. Pude atisbarle el alma». Putin, que combatía contra insurgentes islámicos en Chechenia, advirtió a Bush sobre la amenaza yihadista que una nueva fuerza afgana —los talibanes— podía hacer realidad en el propio territorio estadounidense. Después de que los soviéticos se retiraran de Afganistán el gobierno comunista no había durado mucho, pero los caudillos también habían quedado desacreditados, por efecto de la crueldad de la guerra civil. En Kandahar, un grupo de *taliban* (estudiantes de las madrasas), antiguos muyahidines de la tribu ghilzái, a las órdenes de Omar —un artillero tuerto, experto en el uso de los lanzagranadas RPG-7, que había regresado a la enseñanza— formaron una banda de justicieros con la misión de frenar los crímenes y la corrupción. Estos talibanes, adoptados y financiados por el ISI pakistaní y con el respaldo de Haqqani, no tardaron en conquistar el país e invitaron a Osama bin Laden a regresar a Afganistán.

El príncipe de las Torres

«A todos estos extremistas los está financiando Arabia Saudí —le dijo Putin a Bush— y solo es cuestión de tiempo que se produzca una catástrofe de las más graves.» El estadounidense se quedó atónito. «La vehemencia y el alarmismo de Putin fueron una conmoción», rememoraba Condoleeza Rice, hija de un pastor

protestante de Birmingham (Alabama) y descendiente de esclavos, experta en asuntos rusos del Departamento de Estado, profesora en la universidad de Stanford y, en aquel momento, la primera persona negra en alcanzar el cargo de asesora de seguridad nacional.[17]Pero uno y otra decidieron que los soviéticos, después de la derrota de Afganistán, se estaban dejando llevar por la envidia.

Putin, sin embargo, estaba en lo cierto. Mientras W. planeaba su campaña por la presidencia, otro heredero privilegiado y con concepto de superioridad planeaba su propia misión esencial. La guerra de Bush padre contra Irak y la protección de Arabia Saudí habían horrorizado a Osama bin Laden, que pidió una audiencia con el rey Fahd, aunque solamente logró que le recibiera su hermano, el príncipe Sultán. Osama le propuso que expulsara a las tropas estadounidenses —presentes en el país desde la guerra del Golfo— y encomendara la defensa de La Meca a una legión de muyahidines. Fahd confiaba en los Bin Laden, pero desdeñaba el fanatismo quijotesco de Osama y lo expulsó. Este pasó a despreciar a los reyes saudíes, los mismos reyes depravados para los que su padre había trabajado. El Profeta había vetado el acceso de infieles a Arabia y sin embargo había tropas estadounidenses allí establecidas y el aliado de Estados Unidos, Israel, había atacado el Líbano. Bin Laden, que recibía de su familia unos ingresos de siete millones de dólares anuales, refinó a la vez la ideología y la organización. Se trasladó a Sudán y se dedicó a su propio negocio de ingeniería a la vez que desarrollaba una red de células terroristas, recaudación de fondos, artilleros expertos en bombas, agentes encubiertos y la carne de cañón habitual en el terror islámico: jóvenes suicidas, a menudo simples adolescentes.

Cuando concluyó su planificación, a principios de 1998, un clérigo dócil le proporcionó una fatua que lo autorizaba a matar a los estadounidenses y sus aliados —ya fueran militares o civiles— y «liberar la Mezquita de Al-Aqsa [Jerusalén] y la sagrada mezquita de La Meca». Aquel mes de agosto Bin Laden mató a cientos de personas cuando hizo que conductores suicidas estrellaran camiones-bomba contra las embajadas de Estados

Unidos en Tanzania y Kenia. Clinton ordenó atacar con misiles a la organización de Bin Laden en Sudán y este país se vio obligado a expulsar al terrorista.

Bin Laden había perdido los ingresos familiares y vivía de la subvención de patronos saudíes. Fue entonces cuando recibió la invitación de Omar. Llegó en un avión privado junto con sus esposas y trescientos muyahidines. Con el respaldo de Omar —que había adoptado el título de *amir al-muminin*, «emir de los musulmanes»— y de Haqqani, el ministro de Justicia, Bin Laden declaró la guerra a Estados Unidos y empezó a formar a voluntarios de Al-Qaeda.

Mientras Clinton ordenaba en secreto que se le capturara o asesinara, Omar ayudó a Bin Laden a instalarse en un cuartel general desde el que este trabajó en un proyecto que hacía tiempo que soñaba con hacer realidad: atacar rascacielos estadounidenses. En 1999 un secuaz pakistaní de confianza propuso un ataque espectacular, en el que los pilotos suicidas dirigirían aviones a reacción contra las Torres Gemelas,[18]los prestigiosos rascacielos de Manhattan que Bin Laden conocía bien porque un sobrino había intentado atentar contra ellas siete años antes.

Los bombardeos suicidas los habían inventado los Tigres Tamiles de Sri Lanka[19]y los yihadistas se apresuraron a copiar la idea. Bin Laden comprendió qué efecto tendría atacar a Estados Unidos en su propio territorio: «destruir torres en Estados Unidos para que prueben la misma receta que nosotros tenemos que probar tantas veces». Aunque se había previsto que unos comandos estadounidenses asaltaran los campamentos de Al-Qaeda, Clinton canceló la misión y ordenó en cambio atacar con misiles. Fallaron por poco: Bin Laden no estaba allí, sino seleccionando en persona a su equipo de suicidas, en particular una célula de Hamburgo que hablaba inglés, de los que se envió a 19 a aprender a pilotar en academias de vuelo estadounidenses. «Yo fui el responsable de confiarles el asalto a los 19 hermanos», se vanagloriaba más adelante Bin Laden. La fecha se eligió por la derrota de los otomanos a las puertas de Viena, en 1683.

Aunque la CIA y el FBI se dieron cuenta de que Bin Laden

planeaba atacar en Estados Unidos, y aunque las dos agencias reunieron fragmentos de información —entre ellos, la singular revelación de que había pilotos árabes interesados en estudiar cómo se hace despegar un avión, pero no cómo se aterriza—, con unas pocas excepciones estelares por un lado fueron demasiado competitivas para compartir la información y por el otro carecieron de la imaginación suficiente para comprender la escala de las ambiciones de Bin Laden.

Tres meses después de la advertencia de Putin, el 11 de septiembre de 2001, George W. Bush estaba en una escuela de Florida, escuchando a unos chiquillos leer una lectura escolar cuando su jefe de gabinete interrumpió para susurrarle al oído: «Otro avión ha impactado contra la segunda torre. Están atacando América».

Algo antes, mientras Bush se dirigía a la escuela, 19 asesinos de masas se habían apoderado de cuatro aviones en vuelo comercial, llenos de civiles inocentes; a las 8.46 de la mañana el primero de ellos, controlado por cinco terroristas, chocó contra la Torre Norte del World Trade Center, de 110 plantas. Se informó a Bush al respecto, con la impresión de que se trataba de un accidente de un avión menor, y el presidente entró en el aula. A las 9.03 el segundo avión voló contra la Torre Sur. Mientras diversas personas, llevadas por el terror, saltaban de los pisos altos, y el mundo contemplaba los sucesos en directo por televisión, las torres se derrumbaron; fue una visión en vivo del apocalipsis, un pandemónium. En todos los aviones se produjeron escenas de heroísmo y de absoluta desesperación, que no hemos conocido; en un cuarto avión, secuestrado para dirigirlo contra la Casa Blanca o el Capitolio, diversos pasajeros —después de despedirse de sus seres queridos con mensajes desoladores— gritaron «¡Vamos allá!» y se echaron sobre los terroristas, que en la pelea posterior estrellaron el aparato contra un campo de Pensilvania, a las 10.03. En total se causó la muerte de 2.977 personas, además del suicidio de todos los terroristas. Bin Laden había tirado el anzuelo y los potentados estadounidenses debatieron si atacar solo a Bin Laden y los talibanes o también a Saddam Hussein. Aquella tarde el

secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, se preguntó si la inteligencia disponible era «lo bastante buena para atacar a SH al mismo tiempo. No solo a OBL ... Hay que actuar con rapidez ... A lo grande ... Eliminarlo todo, tenga algo que ver o no».

Entre el pánico y el terror de sus compatriotas, Bush, convertido a una nueva misión a sus cincuenta y cinco años, pidió consejo a su vicepresidente, Dick Cheney. Este hombre experto y gruñón, del medio oeste del país y formado en Yale, ya había sido secretario de Defensa en el mandato del padre y supervisó la operación Tormenta del Desierto antes de dedicarse a ganar dinero como presidente de Halliburton (una empresa de servicios para las compañías petrolíferas). «Os oigo», les dijo Bush a los estadounidenses por un megáfono, desde una Zona Cero que apestaba a fuego y muerte; «y también me va a oír la gente que ha derribado estos edificios.» Poco después advirtió a los talibanes que debían elegir entre «entregarnos a los terroristas o ... compartir su destino». Cheney, el vicepresidente más poderoso de la historia de Estados Unidos, concibió nuevos poderes internos para que fuera más sencillo encontrar a los terroristas, y soltó las riendas de la CIA para que los cazara por todo el mundo y frustrara nuevas atrocidades. En la práctica Cheney aprobó la «entrega» (captura), los «interrogatorios ampliados» (torturas) y el encarcelamiento de sospechosos en «prisiones negras», secretas, prestadas por potencias aliadas; y Bush declaró una «guerra contra el Terrorismo» de alcance mundial, que no comprendió solo una campaña antiterrorista global, sino también dos guerras terrestres.

En octubre las tropas estadounidenses invadieron Afganistán con la ayuda de caudillos del norte del país, que les eran favorables, muchos de ellos tayikos, hazaras y uzbekos. Las unidades especiales del Destacamento Operativo Alfa 574 se dirigieron hacia el sur a caballo y participaron en las últimas cargas de caballería de la historia. La conquista fue rápida y se instaló a un nuevo presidente, Hamid Karzai, un pastún cuyo padre había sido ejecutado por los talibanes. Esto generó una confianza eufórica en la supremacía estadounidense, tal que requería una misión más ambiciosa. Amir Omar escapó a Pakistán, al igual que

Bin Laden, ambos con la asistencia de la dinastía terrorista de los Haqqani, dirigida ahora por el hijo del fundador, Sirayuddin.

Aunque no había ninguna conexión real entre Saddam y Al-Qaeda, en enero de 2002 Bush denunció la existencia de un Eje del Mal —sintagma que hacía referencia al «Eje» de los aliados de Hitler durante la segunda guerra mundial— que incluía a Corea del Norte, Irak e Irán, y al que no se podía permitir «que nos amenace con las armas más destructivas del mundo». Cheney y Rumsfeld propusieron una escalada ambiciosa: no solo destruirían a un enemigo al que no habían rematado, Saddam Hussein, sino que impondrían la democracia estadounidense en el Asia occidental.

Después de la Tormenta del Desierto, Saddam había masacrado a los rebeldes kurdos y árabes para restaurar su poder, pero en agosto de 1995 sus dos yernos y primos —los hermanos Hussein y Saddam Kamel, casados con sus hijas Raghad y Rana— huyeron de pronto de Bagdad, atravesaron el desierto con una caravana y se dirigieron a Jordania, donde les dieron asilo. La pérdida de las hijas resultó humillante, pero los Kamel chocaron con el demencial Uday, que se hacía llamar «el Hijo del Lobo» (Abu Sarhan) y volvía a aterrorizar Bagdad: se violaba a las chicas, se apaleaba a los hombres; a un grupo de turistas franceses los obligaron a practicar sexo en grupo a punta de pistola. Todos recordaban no su manía, sino su «inquietante silencio». Poco antes había irrumpido en una fiesta familiar, se peleó con sus cuñados, sacó el arma y por accidente acabó disparando a un tío suyo en la pierna.

Hussein Kamel, que había ayudado a Saddam a conseguir armas ilegales, las había destruido después de 1991; en este momento, interrogado por la CIA, confirmó su destrucción. Pero Saddam se acercó a los hermanos por medio de sus hijas y les prometió que, si volvían, los protegería. Cometieron la necedad de volver en efecto a Bagdad, en febrero de 1996; aquí se les ordenó que se divorciaran, el clan los atacó en su propia casa y, tras un tiroteo de doce horas, los mataron. Las hermanas culparon a su hermano Uday. Poco después el coche de Uday fue emboscado y él resultó herido, pero sobrevivió; él culpó ahora a las hermanas, las

acusó de haber intentado matarlo y las detuvo. Al final Saddam logró restaurar algo de orden familiar entre su descendencia asesina.

Saddam no creía que los estadounidenses volvieran a atacarlo. Pero al igual que los Kim en Corea del Norte, sin armas de destrucción masiva se sentía vulnerable. En su larga vida de radicalismo siempre había odiado los controles de Occidente, que temía que envalentonaran a Irán. Optó pues por destruir las armas, para que Estados Unidos no tuviera excusa, pero negarse a cooperar para poder seguir amenazando a Irán. Fue el farol más catastrófico de la historia. Bush, eufórico tras la conquista quirúrgica de Afganistán —exhibición suma de la potencia única— ordenó a la CIA encontrar pruebas de la existencia de tales armas en Irak. A partir de datos de inteligencia escasos y confusos, se construyó una teoría que encajaba con la voluntad del presidente y encontró respaldo en el primer ministro británico, el talentoso Tony Blair. Este exalumno de internado y abogado licenciado en Oxford, apuesto y de expresión clara, supo disciplinar al Partido Laborista y mostró el carisma necesario para ganar tres elecciones a partir de un espacio de centro propio. Él y Bush no tenían gran cosa en común, más allá de la fe cristiana y la visión misionera. Blair se sintió atraído por la plenitud de Estados Unidos y —a pesar de la oposición creciente y de las dudas sobre la calidad de los datos reunidos por los servicios de espionaje— comprometió al Reino Unido con la guerra.

El 20 de marzo de 2003 Bush ordenó que 130.000 efectivos estadounidenses y 45.000 británicos entraran en Irak. Derrotaron a las tropas iraquíes con un despliegue asombroso de tecnología bélica y, al cabo de tres semanas, se habían apoderado de Bagdad: a la potencia única le habían bastado veintiséis días para conquistar Irak. Pero la ocupación estadounidense fue corta de miras y torpe en su ejecución. Se destituyó a todos los baazistas, que formaban la mayor parte del servicio militar y civil. Se tuvo la frivolidad de crear una lista de «personas más buscadas» y reflejarla en una baraja de cartas. Saddam —el as de corazones— había desaparecido junto con sus hijos. Tres meses después, el

huésped que alojaba en Mosul a Uday, Qusay y el hijo de este (Mustafá, de catorce años) los vendió por treinta millones de dólares y los estadounidenses los mataron tras un tiroteo de tres horas. En mayo Bush se presentó en el USS *Abraham Lincoln* con una cazadora militar y frente a una pancarta de «Misión cumplida», y declaró el «final de las operaciones de combate a gran escala». Esto coincidió, en la práctica, con el principio de una insurgencia progresiva, por una mezcolanza de terroristas yihadistas (encabezados por Al-Qaeda), paramilitares suníes y chiíes (estos últimos, con el apoyo de Irán) y los baazistas despachados. En diciembre, en una granja remota, se apresó a un Saddam desgreñado y desaseado, que se ocultaba en un pozo; pero esto apenas hizo diferencia. Los insurgentes —que utilizaron fondos canalizados por Sayida, la esposa de Saddam, y su hija Raghad— convirtieron el triunfo estadounidense en un pandemonio distópico de bombardeos, asesinatos y batallas contra asedios urbanos. Aunque antes de la invasión estadounidense no habían existido lazos con Al-Qaeda, ahora sus terroristas emprendieron un asesinato sectario tras otro.

Al amanecer del 30 de diciembre de 2006, una figura canosa y encorvada, con traje negro, ascendió a un cadalso entre dos verdugos ocultos bajo pasamontañas. En el público predominaban sus enemigos chiíes, entre ellos varios miembros del nuevo gobierno de Irak, varios de los cuales filmaron la ejecución con sus móviles. Mientras se le tendía la soga alrededor del cuello y él recitaba la *shahada*, diversas voces recordaban los nombres de los chiíes que el exlíder había asesinado.

—¿Así es como expresáis vuestra hombría? —gruñó Saddam, que contaba entonces sesenta y nueve años.

—¡Vete al infierno! —gritó el público.

—¿El infierno no es Irak?

La trampilla se abrió y la multitud se puso a cantar:

—¡El tirano ha muerto![20]

Bush acabó por adaptarse a las nuevas tácticas contra la insurgencia iraquí, diseñadas por un general inteligente, David Petraeus, y logró contener el caos multiplicando las tropas de su

país y forjando alianzas con los suníes; pero habían perdido la vida cuatro mil estadounidenses y quinientos mil iraquíes. No se hallaron armas de destrucción masiva. El nuevo Irak, sectario y corrupto, distaba de ser una democracia liberal.

Bin Laden, que iba desplazándose entre los escondrijos afganos y pakistaníes, con los comandos estadounidenses siempre en pos de él, pudo constatar que su apuesta de hacer sangrar y degradar el poder de Estados Unidos había funcionado. Pero no había previsto que el principal beneficiario de su intervención no iba a ser su yihad suní, sino la resurgencia del Irán chií.

—Bueno y, ¿qué se siente? —le pregunto W. Bush a Barack Obama.

—¡Buf!, de todo. Seguro que no lo has olvidado —contestó Obama.

—¡Claro que no! Ya lo verás, esto va a ser un viaje de la leche... —dijo W.

Era el 20 de enero de 2009. W. y Laura Bush daban la bienvenida a la Casa Blanca al nuevo presidente, Obama, y su esposa, Michelle. Obama era el opuesto polar de Bush, una figura de un carisma único, que acertó a atraer a distintos segmentos de su sociedad. No solo fue el primer comandante en jefe negro de la historia del país —siendo hijo, recordemos, de un economista y aventurero keniano que había acudido a Hawái y Harvard con una beca, y de una antropóloga blanca que destacó por su libertad de espíritu—, sino que fue el presidente más literario y cerebral desde el mandato de Lincoln. A este profesor de Derecho, de gran sangre fría —lo apodaban «Obama sin drama»—, los estadounidenses lo eligieron para que les devolviera la calma después de Irak. Pero su origen no era estadounidense al cien por cien; estaba más cerca de África, más lejos de la esclavitud vivida por la mayoría de los afroamericanos. Se describió a sí mismo como «un ornitorrinco o algún animal imaginario» y bromeaba: «Tengo parientes que se parecen a Bernie Mac y otros que se parecen a Margaret Thatcher».

Obama estaba obsesionado por la familia keniana: «De mi padre solo recuerdo un mes, en toda mi vida». En 1988, cuando contaba veintisiete años, antes de iniciar la carrera de derecho en

Harvard, viajó a Kenia para investigar en el libro de la historia familiar. Allí «hizo las paces con su padre fantasma», escribió su esposa Michelle.[21]

Acabada la carrera se mudó a Chicago, donde trabajó en un bufete excelente —«¡Ay, en esa etapa yo era tan serio, tan feroz, me faltaba tanto el sentido del humor!», escribió— y conoció a una alumna estelar, de Princeton y Harvard, descendiente de esclavos de Carolina del Sur: Michelle Robinson. Era hija de un padre carismático, que apenas dejó que la esclerosis múltiple afectara su estilo y falleció «después de habérnoslo dado absolutamente todo», y en su familia abundaban las mujeres fuertes. La propia Michelle era ambiciosa: «Establecía mis objetivos, analizaba mis resultados, contaba mis beneficios ... La vida de una chica que no puede parar de preguntarse: "¿Soy lo bastante buena?"». «En la comunidad negra tenemos una máxima clara desde hace mucho: para llegar la mitad de lejos tienes que ser el doble de bueno», recordó en diversas ocasiones.

Eran los dos únicos afroamericanos del bufete y empezaron a salir; el aventurerismo de él y la estabilidad de ella les confirmaron que «los opuestos se atraen». Ella lo consideraba raro como «un unicornio ... con una mezcla extraña de hombre-para todo», a la vez que «refrescante, poco convencional y de una elegancia singular». Para Barack ella era «una persona original ... Alta, bonita, divertida ... y de una inteligencia endiablada. Me fundió». Pero ella creía que «el camino a una vida buena es difícil y está plagado de peligros. La familia lo es todo». Por su parte, él tenía una característica típica de los políticos: «Destacaba porque no lo veías dudar».

Obama empezó a prestar servicio a la comunidad y enseñó Derecho en Chicago antes de presentarse con éxito a las elecciones al Senado del estado de Illinois, en noviembre de 1996. Michelle se reía al comprobar qué efecto tenía sobre los blancos: «En mi experiencia, si le ponías un traje a un negro medianamente inteligente, los blancos se volvían locos». Cuando Obama —que en 2004 obtuvo un escaño en el Senado de Estados Unidos— se presentó también a las elecciones presidenciales, cuatro años más

tarde, Michelle «prefirió no hablarme de cómo se parecía la campaña a una carrera de caballos», hasta que una noche, con cara «pensativa», le preguntó: «¿Vas a ganar, verdad que sí?».

Él había estudiado las luces y sombras de la sociedad estadounidense. Su país era «la única gran potencia integrada por personas de todos los rincones del planeta», pero faltaba «por ver si podemos hacer lo que ninguna otra nación ha logrado hasta ahora: ver si de verdad podemos estar a la altura de nuestro propio credo». Era optimista. «Quizá pueda aportar algo bueno», le dijo a Michelle, no en vano Estados Unidos es «el lugar donde todo es posible». Cuando en efecto se alzó con la victoria, «yo me sentí —escribió Michelle— como si mi familia se hubiera lanzado en cañón a alguna clase de extraño universo submarino».

La campaña de Obama por la Casa Blanca se había resumido en el eslogan «Sí, podemos»; pero una vez en la presidencia, tanto en su propio país como en el extranjero, constató que lo verdaderamente posible era menos de lo que esperaba.

Aun así, «cuanta más presión recibía, más calmado parecía estar», observó Michelle. Y no le hizo poca falta, porque llegó en mitad de una crisis bancaria mundial causada por las inversiones temerarias en propiedades estadounidenses. Grandes entidades financieras se hundieron. Obama —a instancias y con la ayuda de Gordon Brown, el ascético y analítico primer ministro británico— gastó 626.000 millones de dólares en salvar la economía y aquellos bancos que, por su tamaño, no podía permitirse que cayeran. Por otro lado el hecho de que lo eligieran no frenó el racismo alegremente pistolero de la sociedad estadounidense: el 26 de febrero de 2012 un justiciero abatió a tiros a Trayvon Martin, de diecisiete años, en Florida; el 17 de julio de 2014, un policía de Staten Island ahogó a Eric Garner, un amable horticultor de cuarenta y dos años, durante la maniobra de retención. Un testigo lo grabó con un móvil y la chispa prendió el fuego de un nuevo movimiento: Black Lives Matter, «las vidas negras importan».

Cuando le preguntaron por «mi política exterior», dijo: «No hagas estupideces». No encontraba la manera de echar el cierre a las guerras derivadas del 11 de septiembre de 2001 y se esforzó

por restablecer la relación de Estados Unidos con Putin. La catástrofe iraquí de los estadounidenses fue una oportunidad para Putin, que odiaba a Obama pues lo consideraba la personificación de las bobadas estadounidenses.

Putin había quedado a la espera de una ocasión para afirmar el poder de Rusia en su propia esfera, y para ello se acogió al mito de la Promesa Rota: Bush y Clinton habían prometido que no ampliarían la OTAN hacia el este y, no obstante, Ucrania daba pasos hacia el ingreso. «No avanzaremos ni un centímetro hacia el este, nos dijeron en los años noventa», denunciaba Putin en diciembre de 2021. «Pero mintieron. Nos engañaron descaradamente.»

Solo era cuestión de tiempo que Bielorrusia —dirigida por un tirano porcino, exdirector de una granja porcina colectivizada— regresara al rebaño moscovita. En cambio la enorme y orgullosa Ucrania —dividida, mal dirigida y enferma de corrupción— todavía poseía un potencial democrático peligroso, capaz de debilitar la autocracia putiniana y su visión imperial y milenarista del Mundo Ruso. En 2004 un candidato prooccidental, Víktor Yúshchenko, dispuesto a lograr que Ucrania entrara en la OTAN y la Unión Europea, parecía el vencedor seguro de las elecciones presidenciales. Putin ordenó que sus agentes de la FSB envenenaran al candidato, que sin embargo sobrevivió, aunque con la cara desfigurada. Luego hubo un intento de amañar las elecciones a favor del candidato de Putin —el corrupto y cerril Víktor Yanukóvich— fue frustrado por doscientos mil kievitas que ocuparon el centro de la capital con su revolución naranja. Para Putin el Estado ruso es inconcebible sin Ucrania. «¿Qué es Ucrania?», preguntaba. «¿Existe como país? Lo que sea que tenga, lo tiene porque se lo regalamos nosotros.» Para él, Ucrania y Bielorrusia eran Rusias en miniatura sin derecho a una existencia independiente.[22]

Putin siguió a la espera. La primera ocasión se presentó en Georgia, un territorio diminuto, pero desafiante. El líder ruso despreciaba a Shevardnadze, al que culpaba de haber cedido el imperio. Cuando en 2003 el Zorro Gris, ya con setenta y cinco

años, tuvo que hacer frente a una revolución encabezada por Mijeíl Saakashvili —un joven ostentoso, que se había formado en Estados Unidos—, Putin se negó a apoyar al antiguo ministro de Exteriores, y Shevardnadze se retiró.

Sin embargo, las gesticulaciones de Saakashvili le desagradaban sobremanera; y cuando el nuevo líder georgiano, incitado por Estados Unidos, se enfrentó a los clientes rusos de Osetia, el presidente gruñó: «Traedme la cabeza de Saakashvili», invadió el territorio y derrotó a las fuerzas georgianas.[23]Estados Unidos protestó, pero no hizo nada.

Obama pues voló al encuentro de Putin. En la mansión de Novo-Ogariovo, Obama observó atentamente a su rival: «un hombre bajo y compacto —con la constitución de un luchador deportivo—, de pelo fino y rubio claro, nariz prominente, ojos pálidos y atentos», que exudaba «el desinterés estudiado ... propio de ... alguien que se ha habituado al poder». Le hizo pensar en «el jefe de un ala carcelaria [de Chicago], solo que con armas nucleares»; Stalin había hecho pensar a F. D. Roosevelt en un *capo* neoyorquino.

Irónicamente Putin tenía un concepto casi idéntico de los presidentes estadounidenses: a sus esbirros les aconsejó que, si querían entender la política estadounidense, vieran su serie favorita de Netflix, el drama *House of Cards*. «No os hagáis ilusiones», sermoneó luego el ruso al vicepresidente de Obama, Joe Biden. «No somos como vosotros. Lo podemos parecer, pero ... por dentro nuestros valores son distintos.» Obama escuchó a Putin acusar a Estados Unidos de ser «arrogante y despectivo y no querer tratar a Rusia en condiciones de igualdad». Putin se esforzó por corregir el desequilibrio. En 2010 su vasallo Yanukóvich se impuso en las elecciones ucranianas y más adelante encontró otra oportunidad en el mundo árabe.

Bashar, la bayoneta y la Mona Lisa de la India

El 6 de marzo de 2011, en la ciudad de Deraa (sur de Siria), quince

escolares se burlaron del joven dictador Bashar al-Assad mediante grafitis dibujados en las paredes de la escuela. Se inspiraban en las manifestaciones que habían empezado a surgir contra los dictadores primero de Tunicia, luego de Egipto, Libia y Yemen, que se comunicaban por un medio codificado y emocionante: WhatsApp. En Deraa, el gobernador —un personaje odiado, primo de Assad— arrestó a los estudiantes y los torturó; cuando las familias protestaron, el ejército abrió fuego contra ellas. La ciudad se rebeló y la sublevación se extendió por Siria.

En 2000, a la muerte de Hafez al-Assad, el oftalmólogo Bashar, de treinta y cuatro años, lo sucedió en el trono. Se casó con Asma, la hija de un cirujano británico-sirio, que no parecía la recluta más habitual de una familia de estilo mafioso: Emma (como se la llamaba entonces) era alumna de una escuela privada y se había licenciado en literatura francesa. Anisa era contraria al matrimonio, pues quería que su hijo se casara con una prima. Pero la pareja estaba enamorada. Asma solía llamar a Bashar con el nombre cariñoso de Batta («Pato») y, cuando llegó, los Assad la aislaron.

Ella y Bashar prometieron introducir reformas y cortejaron a Occidente. La revista *Vogue* ensalzó al nuevo rey como «radicalmente demócrata» y a su esposa como una «rosa del desierto … glamurosa, joven y muy elegante, la más fresca y magnética de las primeras damas … una belleza esbelta, de miembros alargados … alegre, conspirativa, divertida». En lo de las conspiraciones tenía razón: en 2006, cuando el multimillonario libanés Rafiq Hariri —que había sido primer ministro del Líbano y lo volvería a ser— se opuso al poder sirio, Bashar ordenó que lo asesinaran con un coche bomba; la población libanesa se enfureció tanto que no tuvo más remedio que retirar sus tropas. Pero ahora el doctor Assad, convencido de que era muestra de «una gran conspiración», envió los tanques y las tropas contra sus propios estudiantes, adolescentes e islamistas. «Mi padre tenía razón. Los miles de muertos de Hama nos trajeron tres décadas de estabilidad», dijo.

El 17 de febrero de 2011, las ciudades libias se rebelaron

contra su dictador. El neroniano Gadafi —con la ayuda de su hijo Saif al-Islam— amenazó a los rebeldes, las «cucarachas», con «perseguirlos calle por calle y casa por casa hasta que el país esté limpio de basura y suciedad». Desde Estados Unidos, Obama estaba resuelto a no intervenir. En Egipto, Mubarak, que estaba en el poder desde el asesinato de Sadat, tuvo que responder a una revolución popular y primero buscó el respaldo de Obama; este se negó y Mubarak presentó la dimisión. En Libia, Gadafi había perdido la mitad del país, pero prometió «quemarlo todo». El joven David Cameron, flamante primer ministro del Reino Unido, identificaba a Gadafi con «el Perro Rabioso, esa figura espantosa que le vendió [explosivo] Semtex al IRA» y que «ordenó derribar el PanAm 103 sobre Lockerbie». Llamó a Nicolas Sarkozy, el diminuto y maníaco presidente de Francia, para organizar una intervención. Obama se mostró «prosaico», recordaba Cameron; pero las fuerzas de Gadafi se acercaban ya a la rebelde Bengasi.

El 28 de febrero Cameron sugirió instaurar una zona de exclusión aérea; la OTAN accedió a intervenir para salvar vidas y Obama se encargó de la cobertura aérea. Gadafi amenazó con matar a Cameron y su familia. Desde el 20 de marzo las fuerzas aéreas de la OTAN, encabezadas por el Reino Unido y Francia, atacaron a las unidades de Gadafi durante varios meses, hasta que el régimen se hundió. El 15 de septiembre Cameron y Sarkozy visitaron Trípoli: «Habíamos prometido que iríamos juntos ... Pasamos entre hordas jubilosas, serpeando hasta alcanzar un escenario en la Plaza de la Libertad, donde pronunciamos discursos mientras diez mil personas cantaban "¡Ca-me-ron y Sar-ko-zy! Pero aún no teníamos ni idea de dónde estaba Gadafi...».

Aun con reticencia, Putin aprobó la campaña de la OTAN, a condición de que no se atacara a Gadafi en persona. Los ataques aéreos anglo-franceses castigaron a la caravana del coronel. «Dicen que no lo quieren matar, pero entonces ¿por qué lo bombardean? ¿Para asustar a los ratones?», se mofaba Putin. El 20 de octubre, cerca de Sirte, la OTAN lo atrapó. Hallaron a Gadafi herido, oculto en una cañería de desagüe; lo detuvieron, lo hirieron en el estómago, lo sodomizaron con una bayoneta —grabándolo con

móviles— y lo fusilaron. Putin se veía a sí mismo en aquel vídeo del tirano atormentado: «Podrías acabar perdiendo Rusia. Gadafi pensaba que nunca perdería Libia pero los estadounidenses lo engañaban». Eso era la libertad de Estados Unidos: «Todo el mundo ha podido ver cómo lo mataban, todo ensangrentado. ¿Eso es la democracia?». No pensaba permitir que tal cosa se repitiera. En Siria, Putin auxilió a Assad.

Cuando la revolución llegaba a las afueras de Damasco, Assad —con el respaldo de su hermano Maher, de su clan alauí y de los suníes laicos— trató su propio país como territorio enemigo: «o Assad o Quemamos-el-país», era su eslogan. Liberó de la prisión a los yihadistas islámicos para acusar de ello a los rebeldes; la policía secreta emprendió múltiples torturas y matanzas; el presidente sirio lanzó bombardeos y ataques químicos sin contención. Mientras el pandemonio se extendía Assad flirteaba con bellezas efusivas en su despacho y Asma gastaba 250.000 dólares en línea para adquirir nuevo mobiliario. Cuando Maher dirigía la 4.ª División Acorazada contra la ciudad de Homs, Asma estaba estudiándose la gama de la zapatería de lujo de Christian Louboutin. Le envió el enlace a una amiga y le preguntó: «¿Hay algo que te atraiga?». Cuando esta amiga, una princesa catarí, le advirtió de que estaba perdiendo de vista el mundo, Asma le contestó: «La vida no es justa, amiga mía, pero al final la realidad se impone y toca elegir».

«Si somos fuertes juntos lo superaremos juntos, te quiero», le escribió Asma a su Pato, aunque es posible que ya estuviera al corriente de las infidelidades patunas. Él le respondió con un corazoncito y letras de una canción de amor *country*:

I've made a mess of me
The person that I've been lately
Ain't who I wanna be.

[Lo he hecho todo mal,
la persona que he sido últimamente
no es la que quiero ser.]

En 2013, cuando volvían de una fiesta de fin del Ramadán, los rebeldes atacaron a Assad y Asma. La pareja sobrevivió pero Maher recibió instrucciones de aplastar a los rebeldes como fuera; la hermana, Bushra, repartía consejos, y el marido de esta, Assef Shawkat, uno de los jefes de la inteligencia, chocó con Maher, que se enfrentó con él, le disparó y lo hirió; más adelante Shawkat perdió la vida en un ataque con bomba de los rebeldes, y Maher perdió una pierna en otro atentado. Poco después Bushra al-Assad, la viuda de Shawkat, buscó refugio en Dubái. Pero Asma se quedó en Siria. Tras la muerte de la matriarca Anisa, Asma se convirtió oficialmente en la primera dama del país. «El presidente es el presidente de toda Siria y cuenta con todo el apoyo de la primera dama», anunció. Esta familia continuó adelante al mismo tiempo que la mayor dinastía de las democracias se apagaba.

«Era una mujer impresionante, a sus más de sesenta años», describió Obama a Sonia Gandhi en noviembre de 2010, «que se vestía con el sari tradicional, te miraba con sus ojos oscuros e inquisitivos y transmitía una presencia regia y tranquila». Sonia Gandhi se había recuperado del asesinato de su esposo Rajiv y asumió el liderazgo del Congreso; Obama elogió su «inteligencia astuta y poderosa» al servicio de «la perduración de la dinastía familiar». Después de imponerse en dos elecciones Sonia decidió no ocupar el puesto de primera ministra, sino que nombró para ello a un exministro de Hacienda, Manmohan Singh, el primer líder sij de la India.

Sonia —apodada «la Mona Lisa»— dominó entre bambalinas durante una década. Pero Obama quedó menos impresionado por su hijo Rahul, el heredero, y se preguntaba si estaba siendo testigo de un final: «¿Podrían pasar el testigo con éxito?».

Cuatro años más tarde Rahul sufrió una derrota aplastante ante un nacionalista hindú de Guyarat, Narendra Modi, y su Partido Popular de la India (BJP). En una India dirigida desde hacía mucho por una dinastía, Modi representaba a la clase media de los hindúes, a la gente hecha a sí misma; le gustaba contar que en cierta etapa se había ganado la vida vendiendo té en la estación de tren de Vadnagar. Creía en el *hindutva* y siendo un niño ya se

había unido a la organización paramilitar RSS, en cuyas Juventudes ingresó con tan solo ocho años; pronto alcanzó el rango de *pracharak* («organizador») y lo practicaba a tiempo completo, con tal devoción que aunque de niño le habían concertado el matrimonio, nunca vivió con su esposa; no conocía más pasión que la política. Los Nehru declinaban por las décadas de corrupción, privilegios e incapacidad de abordar las desigualdades de la India.

El ascenso del BJP lo aceleró una campaña favorable a la destrucción de la mezquita de Babri, en Ayodhya, que se decía había levantado el primer emperador tamerlánico en el emplazamiento de un santuario hindú donde se creía que había nacido Rama. La santidad siempre es contagiosa; cuanto más santo y sagrado es algo para una secta, más lo es para su rival. En 1992 una campaña nacional había movilizado a una multitud hindú que asaltó la mezquita y la demolió. En los disturbios posteriores murieron dos mil personas.

En 1998 el BJP logró formar un gobierno de coalición. En febrero de 2002, en Guyarat —el estado que Modi presidía tras una campaña centrada en el hindutva— un tren cargado de peregrinos hindúes destinados a Ayodhya se incendió; probablemente lo incendió una multitud de musulmanes. Modi lo calificó de ataque terrorista musulmán y apenas hizo nada por rebajar la tensión. En los días posteriores multitudes hindúes mataron a cerca de dos mil musulmanes; a algunos los quemaron vivos; violaron y mutilaron a mujeres, sin que la policía interviniera. Con sus promesas de reformar el mercado para hacerlo más libro, Modi ganó en 2014 la primera de dos elecciones generales; pero su estilo autocrático, el sesgo antimusulmán con el que redactó su Ley de Ciudadanía y la torpeza de sus reformas económicas pusieron de manifiesto que no se diferenciaba de los Nehru por ser más atento, sino por ser menos tolerante con las minorías.

A las 2 de la tarde del 2 de mayo de 2011, mientras la Primavera Árabe iba adquiriendo fuerza, la calma de una residencia amurallada del noreste de Pakistán —no lejos de la capital, Islamabad— se vio interrumpida por el ruido distante de unos helicópteros.

Dos Blackhawk estadounidenses —que, en palabras de Obama, llevaban a «23 miembros del equipo SEAL, un traductor pakistano-americano de la CIA y un perro de las fuerzas armadas, *Cairo*»— participaban en la operación Lanza de Neptuno. Obama se reunió con sus asesores de seguridad en la sala de crisis de la Casa Blanca. Los helicópteros recorrieron el espacio aéreo a baja altura y, cuando se acercaban al edificio, uno de los aparatos fue alcanzado por las defensas.

Fue la decisión más difícil de Obama. La CIA le había informado de que en una misteriosa residencia fortificada, asociada con Osama bin Laden por dos de sus mensajeros, habían observado a un hombre alto que salía a pasear por el pequeño jardín. «Lo llamamos "el Paseante" y creemos que podría ser Bin Laden», informó el oficial responsable. Obama consultó con su equipo. El vicepresidente Biden «se expresó en contra de la incursión, dadas las consecuencias enormes que un fracaso tendría». Pero Obama dio su aprobación a la misión contra Bin Laden, que recibió el nombre en clave —poco diplomático— de Jerónimo.

En la casa familiar, a Michelle le pasaba factura el peso de la política. «Notaba en ella una tensión de fondo, sutil, pero constante, como el traqueteo difuso de una máquina oculta», recordaba Obama. Vio que «una parte de ella seguía en alerta, vigilante, a la espera del siguiente giro de la rueda, preparándose para la calamidad». A veces «empezaban a acechar los leones y los guepardos», escribió Michelle. «Cuando estás casada con el presidente no tardas en darte cuenta de que el mundo es en realidad un enorme caos...»

Notaban que se avecinaba un período de sombras, una reacción violenta contra sus valores liberales; y acertaban. En 2010, un promotor inmobiliario alto y de caderas anchas, de piel anaranjada, pelo amarillo y calvicie incipiente mal disimulada, empezó a sopesar la posibilidad de competir con Obama por la presidencia. Donald Trump, que entonces contaba sesenta y cuatro años, ya personificaba la ilusión americana: era nieto de un

inmigrante bávaro que había buscado oro y dirigido un burdel, y en la posguerra su padre era un propietario que hizo dinero en los barrios pobres de Queens. Dedicó la fortuna heredada —mil millones de dólares— a levantar hoteles de lujo en Manhattan y casinos en Atlantic City, que costeaba con bonos basura; se refinanciaba constantemente, siempre al borde de la bancarrota, y lograba no pagar apenas impuestos mediante empresas deficitarias. En la década de 1980 divulgó el mito de su talento negociador mediante un libro superventas, *El arte de la negociación*, que en 2004 le permitió convertirse en presentador de un programa de telerrealidad, *The Apprentice* («El Aprendiz»). La fama insufló nuevo vigor a su franquicia Trump.

Este esposo de tres mujeres glamurosas —una esquiadora checa, una modelo estadounidense y otra modelo eslovena—, patriarca de una dinastía empresarial, amante de una retahíla de despampanantes chicas de revista y actrices porno, era como un bazuca rimbombante con complejo de inferioridad, que no dudaba en coger el teléfono y llamar a la prensa —con voz falseada, haciéndose pasar por su propio relaciones públicas— para contarles que «el Donald» tenía aventuras con supermodelos y estrellas del pop. Mientras se acostaba con la que sería su segunda esposa, llamó para citar las palabras con las que ella ensalzaba su virtuosismo sexual, en lo que acabó siendo uno de los titulares más memorables del *New York Post*: «¡El mejor sexo de mi vida!». Trump era un charlatán de feria, a quien la verdad le importaba menos que el espectáculo, y que despreciaba la experiencia o el conocimiento; pero tenía un talento insuperable para expresar lo que millones de personas estaban pensando.

Convencido de ser un «genio», jamás un «perdedor», llevaba tiempo codiciando el poder. En 1987 había publicado anuncios en los que se ofrecía a negociar una limitación de armas con Gorbachov. Se había metido de ello en los tratos sórdidos del mercado inmobiliario de Nueva York, con las sospechas propias de pagos a la mafia; la alta sociedad neoyorquina solía burlarse de él; había levantado todo un monopoly de torres doradas. En conjunto había conseguido muchas más cosas que la gran mayoría de los

políticos antes de presentarse para sus cargos.

En marzo de 2011, para incredulidad de los Obama, Trump puso en circulación una teoría conspirativa y racista según la cual el presidente no había nacido en Estados Unidos, como se requería. «¿Quién lo ha visto crecer? Nadie lo conocía. Yo quiero ver su certificado de nacimiento», dijo. Obama, atónito y desconcertado, se burló de la petición, pero también se dio cuenta de que Trump «era un espectáculo y eso, en Estados Unidos en 2011, era una forma de poder ... Lejos de caer en el ostracismo por las conspiraciones que diseminaba, cada vez estaba más fuerte». Para Michelle «todo aquello era demencial y mezquino ... Pero también era peligroso y estaba concebido, deliberadamente, para activar a todos los chalados». Aun así, Trump todavía parecía ser tan solo un experto en *reality-shows* que no representaba ninguna amenaza genuina.

Volviendo a la sala de crisis de la Casa Blanca, en mayo de 2011, mientras Obama contemplaba la transmisión granulada de un helicóptero que intentaba aterrizar de emergencia en Pakistán, se temió lo peor; por suerte el piloto salvó la situación. «Pude ver ... figuras poco definidas en tierra ... que entraban en la casa principal», mientras los comandos iban subiendo por las tres plantas del edificio, dejaban atrás a grupos de niños, disparaban contra tres hombres armados que se les enfrentaron, hirieron a una mujer atrapada en el fuego cruzado y llegaron al piso superior. Oyeron disparos. Pero ¿dónde estaba Jerónimo?

JERÓNIMO, MUERTO

En la última planta alta de la residencia los SEAL encontraron a Osama bin Laden, «el hombre que había dirigido el asesinato de miles de personas e iniciado un período tumultuoso de la historia mundial». Le dispararon en la frente y en el pecho. En la sala de crisis «tragaron aire ruidosamente». Obama «no podía apartar los ojos de la transmisión». De pronto «oímos ... las palabras que deseábamos oír».

«Jerónimo ID[entificado] ... Jerónimo EMEC [enemigo muerto en combate].»

«Lo tenemos», dijo Obama, sin exaltación. Llegó una foto del terrorista muerto. «Le eché un vistazo ... Era él.»

Los SEAL se llevaron el cuerpo de Bin Laden, al que más tarde sepultaron en aguas del mar Arábigo. Cuando Obama anunció el golpe lo asoció con su propia misión. «Los estadounidenses podemos hacer todo lo que nos proponemos. Ese es el resumen de nuestra historia. Lo podemos hacer por quiénes somos», dijo.

Jerónimo había supuesto un riesgo. Las nuevas tecnologías ofrecían formas más sencillas de emprender ataques quirúrgicos. El 30 de septiembre de 2011 Obama aprobó matar con drones a un terrorista, Anwar al-Awlaki, en el Yemen. No era ni mucho menos la primera de las muertes debidas a los «vehículos aéreos no tripulados» de Estados Unidos, que anunciaban la llegada de una nueva era a las guerras.[24]

Trump no se presentó a las elecciones de 2012. Mientras Obama se alzaba con la segunda victoria, en Chongqing se libraba una intriga que resolvió la lucha de dos príncipes que aspiraban a la sucesión en el liderazgo de China. En noviembre de 2011 se descubrió en un hotel de Chongqing el cadáver de un financiero inglés, Neil Heywood, involucrado en la alta política china por medio de una mujer poderosa que él calificaba de «emperatriz»; el descubrimiento destruyó a uno de los candidatos y allanó el camino para que el otro se convirtiera en autócrata todo poderoso. Los dos rivales eran príncipes llamados a gobernar, hijos de los grandes de Mao, líderes y herederos de lo que el Partido denominaba «linajes» del poder familiar. Bo Xilai, hijo ostentoso de uno de los Ocho Inmortales de Deng, era un miembro ambicioso del Politburó, jefe de lo que luego se dio en llamar «reino independiente» de Chongqing.

El candidato rival al liderazgo era Xi Jinping, hijo de Xi Zhongxun, el aliado de Deng. Había caído en desgracia y luego se reincorporó a la élite. El Xi hijo —como la mayoría de los desterrados a las zonas rurales— combinaba los privilegios de los principitos con los hábitos secos y simples de los campesinos. El

trauma había estrechado los lazos de la familia; había curtido a Xi pero sin provocar que se distanciara del Partido. Al contrario, había sido el Partido el que había restaurado el orden y la seguridad después de la revolución cultural. Aun así, Deng solo los recuperó después de la muerte de Mao. Cuando el Xi padre se retiró, dispuso que su hijo trabajara en la Comisión Militar Central, la entidad de más importancia por detrás del Comité Permanente del Politburó. En 1986, cuando lo ascendieron a vicesecretario de la provincia de Hebei, conoció a alguien que cambió su destino. Peng Liyuan era la cantante más famosa de China, una bella soprano que, vestida con el uniforme del Ejército Rojo, solía cantar baladas del Partido. Xi, que acababa de romper un matrimonio infeliz con la hija de un embajador, «se enamoró a primera vista» —según la biografía oficial— y la pareja tuvo una hija. Ascendió imperturbablemente en la jerarquía del Partido, pero no como un meteoro. En 1997 llegó al Comité Central como suplente; en 2002 ya fue miembro de pleno derecho; pero seguía avanzando. Lo seleccionaron primer secretario de la provincia de Zhejiang y en 2007 se incorporó al Comité Permanente como futuro líder. Sin embargo justo por detrás venía el oestentoso Bo, que no tardó en acortar la distancia.

Bo tenía un punto flaco: su esposa, Gu Kailai, hija de un general. La pareja había reclutado a Heywood como conseguidor, a cambio de comisiones. Pero el inglés, que hablaba el chino con fluidez y estaba casado con una china, se acercó demasiado. Cuando Gu le reclamó que se divorciara de su esposa y se centrara en satisfacerla a ella, Heywood se quejó de que se «comport[ase] como una emperatriz o una aristócrata china a la antigua usanza». Ya fuese que tuvo una aventura con Gu, o que reclamó una comisión inaceptablemente alta, o las dos cosas, Gu reclutó al jefe de la policía de Chongqing, que invitó a Heywood a tomar algo y lo envenenó con cianuro. Afirmaron que había fallecido por un coma etílico y quemaron el cuerpo. Cuando el jefe de la policía temió que lo asesinaran a él también, pidió asilo en la embajada de Estados Unidos y el asesinato se hizo público.

En 2012 se detuvo y condenó a Bo y a Gu, y se purgó a sus

patronos del Comité Permanente. Su rival, Xi, emergió como líder indiscutido. Mientras Obama guiaba a un Estados Unidos que parecía volar en redondo a la espera del permiso para aterrizar, Xi dirigió lo que bautizó como «resurrección» de China. Pero fue un momento más singular que eso. Estados Unidos estaba iniciando un proceso de autolesión que transformó su misión mundial. Con el sistema bipolar en el recuerdo, y la supremacía estadounidense tambaleándose, China —que tantas veces había dominado su propia región— se sumó por vez primera a la competencia por el poder mundial.

Acto vigésimo tercero
8.000 millones

Los Trump y los Xi, los saudíes, los Assad y los Kim

El califato y Crimea

El 21 de agosto de 2013, en las afueras de Damasco, Assad utilizó sarín —un gas nervioso— contra su propio pueblo; hay fotografías de personas ahogándose y sacando espuma por la boca. Fue solo la primera de varias atrocidades del estilo. Obama había prometido que no toleraría las armas químicas y Cameron reclamó actuar. Pero el estadounidense estaba centrado en un gran pacto nixoniano con Irán. Los halcones de su país —y diversos aliados, encabezados por Israel— reclamaban bombardear Irán para impedir que desarrollara armas nucleares. Obama negoció una demora en la producción iraní a cambio de eliminar sanciones. Sin embargo el maestro de las operaciones clandestinas iraníes —el general Qasem Soleimani, elegante protegido del Líder Supremo Jamenei— multiplicó la ayuda a los Assad, reclutando milicianos del vasallo libanés, Hizbulá. Assad también solicitó ayuda a Rusia y Putin envió su fuerza aérea, al tiempo que los peshmerga —paramilitares kurdos— se hacían con feudos independientes y buena parte del país quedaba ocupado por milicias yihadistas o laicas.

Más cerca de Moscú, Putin temía que Ucrania —que había expresado el deseo de sumarse a la Unión Europea y la OTAN— se le estaba escapando de las manos. En 2010 el hampón Yanukóvich, aliado del ruso, había ganado las elecciones y aprovechó para disfrutar de una breve fiesta cleptocrática en la que saqueó setenta mil millones de dólares. Cuando la presión del Kremlin hizo que se retirara de las negociaciones con la Unión Europea, quinientos mil ucranianos tomaron las calles de Kiev. La policía secreta de

Yanukóvich abatió a tiros a 77 manifestantes antes de que lograran expulsarlo del poder.

El 22 de febrero de 2014 Putin envió tropas a ocupar Crimea[1] y el 18 de marzo se anexionó la península. Luego destacó a oficiales de inteligencia para incitar a la rebelión y apoyar a los caudillos prorrusos y separatistas de la región del Dombás. Aunque en Rusia su popularidad se disparó, estaba dejando escapar la gran oportunidad de su carrera: si en aquel momento hubiera lanzado una invasión total de Ucrania para respaldar a Yanukóvich —que a fin de cuentas, era el presidente electo— es probable que le hubiera acompañado el éxito. En cambio intentó destruir Ucrania desde el interior y sus acciones fomentaron exactamente lo que más temía: el patriotismo apasionado y prooccidental de los ucranianos, que además disponían de unas fuerzas armadas poderosas, entregadas y expertas.

En Siria la supervivencia de Assad parecía cada vez más dudosa, pero lo rescató algo aún más macabro. En la vecina Irak, los atropellos de los gobernantes chiíes provocaron una nueva insurgencia suní, apoyada ahora por un grupo fundamentalista de yihadistas de Al-Qaeda y por baazistas laicos. Este matrimonio se había forjado en las prisiones de Estados Unidos y se organizó para crear una fuerza que aspiraba a gobernar de hecho el territorio.

El 10 de junio de 2014, montados en SUV que descendían por las carreteras mesopotámicas y exhibiendo sus enseñas negras de culto a la muerte, combatientes del Estado Islámico —denominado Daesh por los árabes— surgieron de pronto de ninguna parte, conquistaron Mosul, en Irak, y luego irrumpieron también en Siria. Bajo la dirección de Abu Bakr al-Baghdadi, el Daesh combinaba la ideología medieval del wahabismo con las comunicaciones rápidas por internet, la financiación pragmática del petróleo y una atrevida capacidad de maniobrar militarmente. Su difusión digital atraía a los crédulos adolescentes radicalizados de las ciudades británicas y francesas y utilizaron imágenes espectaculares —decapitaciones televisadas, quema de rehenes occidentales— para dar publicidad a sus conquistas inesperadas. Baghdadi, al mando de treinta mil combatientes, no tardó en hacerse con el dominio de un Estado

sirio-iraquí de cerca de diez millones de habitantes en el que proclamó un califato. Mientras tanto el Daesh masacraba a los yazidíes y los miembros de otras sectas consideradas heréticas, ofrecía prisioneras a sus propios reclutas —como esclavas sexuales — y hacía saltar por los aires los monumentos antiguos que no eran musulmanes.

El riesgo último que Daesh representaba hizo que Putin focalizara su apoyo. Para el ruso, aquel caos era culpa del «centro de dominio único [que] emergió en el mundo después de la guerra fría», dijo en septiembre de 2015, en referencia clara a Estados Unidos: «la exportación de revoluciones que ahora llaman "democráticas" continúa ... En vez del triunfo de la democracia y el progreso, tenemos ... extremistas y terroristas». Mientras Estados Unidos armaba a los peshmerga kurdos, que empezaron a combatir contra el Daesh sobre el terreno, Putin bombardeaba a los oponentes de Assad.

Cuando el segundo mandato de Obama se acercaba a su fin, la confianza de Estados Unidos como potencia única se estaba desvaneciendo. La cruzada mundial estadounidense, regida por reglas y morales derivadas de la aleccionadora lucha de la segunda guerra mundial —y confirmadas por la victoria de 1989—, era el programa más ambicioso de la historia universal, emprendido por el más potente de los Estados. Pero incluso esta tecnarquía masiva y suprema podía verse frustrada por bandas de guerreros de montaña en un Estado de dagas y iPhones. Y además sus veinte años como potencia única de un mundo globalizado no habían acertado a llevar la paz al extranjero ni la prosperidad a la nación.

En uno de sus últimos viajes, Obama voló a Londres, donde Cameron organizaba un referéndum sobre la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea, una organización comercial con aspiraciones de convertirse en un Estado federal. Si se marchaban de la Unión —advirtió Obama— «el Reino Unido estará al final de la cola» de los países que quisieran establecer un acuerdo comercial con Estados Unidos. Pero el 23 de junio de 2016, incitados por el pelopaja aventurero Boris Johnson, los británicos optaron exactamente por eso. En Siria, Estados Unidos se sumó a la

confusión bombardeando también al Daesh. Pero los ganadores eran Assad y sus partidarios, Rusia e Irán.

«Ya no ganamos en ninguna parte», se lamentó Trump el 15 de junio de 2015, mientras bajaba en el ascensor dorado de su torre homónima, una torre áurica que parece levantada a la medida de su pelo, su piel y su estilo. «Antes ganábamos, pero las victorias se han esfumado ... ¡Tenemos que hacer grande a Estados Unidos otra vez!»

LOS DINASTAS

Trump, que disfrutaba a fondo con sus escándalos, se apoderó del desdén populista hacia las ortodoxias liberales y progresistas de las grandes ciudades —convencidas de su propia superioridad y, con frecuencia, poco liberales en la práctica—, hacia las universidades antiguas, los periódicos famosos y las redes de venalidad del «pantanal» de Washington. Era un comunicador tan basto como efectivo, con el don para la cadencia narrativa de un buen humorista: era capaz de hablar en vivo durante horas, interpretándose a sí mismo genuinamente y a la vez expresando los prejuicios y odios de su base blanca, cristiana, de clase media baja, convencida de ser la única población verdadera de Estados Unidos. Muchos de sus votantes creían que los latinos y los inmigrantes les robaban los puestos de trabajo. Trump prometió levantar un Muro para sellar la frontera con México y prohibir la entrada de inmigrantes musulmanes. Anunció: «La carnicería que Estados Unidos está sufriendo se acaba aquí mismo, ahora mismo. A partir de este día solo vale una cosa: ¡primero, Estados Unidos!».

Nadie siente la debilidad de los otros con tanta agudeza como el hombre que teme la suya propia. La malicia de Trump acertaba implacablemente en la diana; los motes de patio de colegio que iba repartiendo daban siempre en el clavo; a su rival republicano Jeb (John Ellis) Bush, gobernador de Florida y hermano de W., lo tildaba de «Jeb el Flácido»; su oponente demócrata y esposa de un expresidente, Hillary Clinton, difícilmente logrará sacudirse el

mote de «Hillary la Turbia». Como el propio Trump, en todo caso, ella también representaba los círculos ínfimos y envejecidos de las élites de Estados Unidos, que a menudo se transmiten por vía familiar.

Para los Obama, Trump fue un motivo de tristeza. «Los dos nos desanimamos» con el ascenso de «alguien diametralmente opuesto a todo lo que representábamos», escribió el presidente. Ellos dos siguieron afirmando sus valores arraigados y positivos: «Si otros quieren rebajar el listón, nosotros lo subiremos», dijo Michelle Obama. Pero a Trump no le importaban esos distingos. Para él la personalidad, la riqueza y la televisión eran cuestiones tan serias como la capacidad de gobierno o la geopolítica: proyecciones del poder.

Sin darse cuenta, las mismas cadenas de televisión que encontraban despreciable a Trump lo estaban convirtiendo en una figura cada vez más popular. La grandilocuencia trumpiana generó de inmediato su imagen opuesta: sus rivales progresistas le copiaron la mendacidad y los aires de superioridad, dieron a imprenta calumnias infundadas, redoblaron la intolerancia con cazas de brujas y a la postre incluso vetaron los relatos críticos con su propio candidato. El mundo abierto nunca había sido tan rico ni tan seguro, pero Estados Unidos —y detrás, otras democracias del bienestar— empezaron a agostarse con cismas crueles y automutilantes sobre la historia y la nación, la virtud y la identidad, tan demenciales en cada uno de sus aspectos como las controversias cristológicas de la Constantinopla medieval. Una parte era el fruto de la comodidad de la vida burguesa. «Cuando uno mira la historia», había escrito Mao, «adora las épocas de guerra; en cambio los períodos de paz y de prosperidad nos aburren». Inevitablemente, la televisión e internet han acercado la política al entretenimiento, como en los tiempos pasados: Trump supo reunir rasgos de Nerón, Cómodo y Guillermo II.

En noviembre de 2016 Trump ganó las elecciones a la presidencia. Nadie ha gozado tanto como él con las posibilidades autocráticas que esto le ofrecía. La presidencia belicosa de Estados Unidos había surgido no por la construcción de un imperio exterior

sino por la conquista del propio continente. La Casa Blanca de Trump fue una corte desorganizada, corrupta y nepotista, con estrellas como la hija privilegiada —Ivanka— y el yerno: el afectado heredero inmobiliario Jared Kushner. Pero la democracia imponía restricciones que sacaban al presidente de sus casillas.

Hacía tiempo que los rusos tenían una concepción ingenua del poder de los presidentes estadounidenses, pero ahora, al observar a Trump y sus opositores, Putin interpretó la autolesión de Estados Unidos como una decadencia. «Hay una brecha insalvable entre las élites del gobierno y su pueblo. Lo que llaman "ideario liberal" ha llegado ya al fin de su vida natural.» Ante las sanciones impuestas por la anexión de Crimea y ante la situación de tablas en Ucrania, Putin exhibió su poder en Siria, donde la brutalidad de los bombardeos rusos había ganado la guerra en beneficio de Assad. Para compensar la debilidad económica de Rusia, Putin dirigió la potente desinformación de sus robots y piratas informáticos contra Estados Unidos para debilitar la confianza de sus ciudadanos en la democracia. El exchequista también desplegó amenazas calculadas contra los opositores y traidores, sin que su popularidad menguara por ello en el interior. Su vasallo checheno organizó tiroteos contra periodistas liberales y políticos de la oposición; en el extranjero, en la ciudad provincial inglesa de Salisbury, en la primavera de 2018, un agente británico —Serguéi Skripal, liberado del encarcelamiento en Rusia por un intercambio de espías— fue envenenado con *novichok* por la agencia de inteligencia militar GRU.[2]

Trump —que había crecido en una Queens dominada por la mafia y siempre hablaba de «muertos» y «ratas»— envidiaba la facilidad con la que Putin manejaba de hecho el gatillo. Cuando se criticaba al ruso, él lo defendía: «Asesinos los hay a porradas. ¿Creéis que nuestro país es inocente? Nuestro país mata mucho». En julio de 2018, cuando los dos líderes se encontraron en Helsinki —poco después del envenenamiento de Skripal— Trump volvió a defender a Rusia frente a las acusaciones de interferir en las elecciones de Estados Unidos: «El presidente Putin ha dicho que Rusia no ha sido. Y no se me ocurre ninguna razón por la que

Rusia fuera a hacer tal cosa».

Sin embargo en el extranjero Trump se atrevió a modificar políticas que se habían agotado: procuró enfrentarse a China, tanteó un acercamiento personal con Corea del Norte y revisitó las negociaciones congeladas de israelíes y palestinos. Aun así, su primera visita exterior, el 20 de mayo de 2017, la reservó para el aliado local más antiguo de Estados Unidos: Arabia Saudí

El país lo controlaba ahora un príncipe joven, atrevido y ambicioso: Mohammed bin Salmán (conocido habitualmente como MBS). Desde el momento en que su padre, el anciano Salmán bin Abdulaziz, ascendió al trono, MBS tomó el mando de la corte y los centros de la defensa militar, de inmediato y con energía. Emprendió una guerra contra los aliados de Irán en el Yemen y planeó una reforma de la economía árabe («Visión 2030»), la construcción de cero de la ciudad de Neom (cuyo nombre combina los significados de «nuevo» en griego y «futuro» en árabe) y una nueva industria turística en la zona de las ruinas nabateas de Al-Ula. También aprobó el derecho de conducción para las mujeres árabes, la apertura de cines y la emisión de acciones de la petrolera Aramco (por valor de un billón de dólares). Estas reformas se acogieron con vítores en los países occidentales. Trump situó a su yerno Kushner al cargo de las relaciones árabes; los dos principitos compartían una concepción dinástica del mundo. Mientras Kushner elaboraba un plan de paz para Israel y Palestina, MBS, que estaba furioso con los palestinos, apuntó la posibilidad de reconocer a Israel.

Pero MBS tenía también otra cara. Pertenecía a la generación más joven de los hijos del príncipe Salmán: era el quinto niño y su madre no era la esposa principal (una princesa saudí), sino una beduina de condición secundaria. El hijo mayor había sido el primer árabe en viajar al espacio; MBS, al que la familia apodaba «el Pequeño Saddam», tenía mucho que demostrar, tanto el rasgo común —la voluntad de poder— como el más inusual: la visión de qué hacer con ese poder. Como príncipe joven y ambicioso, sus amigos lo apodaron «Oso Solitario»; con los occidentales siempre se mostraba amigable y lúdico, como otro *millennial* moderno que

bromea sobre su pasión por *Juego de tronos* y debate sobre el futuro digital en reuniones con los plutócratas de la tecnología. Pero su impaciencia visionaria era paralela a una intolerancia brutal. Había heredado la inteligencia agresiva de su padre y le molestaba que otros príncipes fueran mucho más ricos, que dinastías como los Bin Laden recibieran comisiones astronómicas y que el reino en sí fuera cauteloso a la hora de enfrentarse a sus enemigos. Bastante antes de tomar el poder le había enviado una bala a uno de sus rivales empresariales, lo que le valió el nombre de Abu Rasasa («Padre de la Bala»).

Si necesitaba lecciones sobre cómo manejar a la familia real, un joven Kim se las ofreció. Cuando Kim Jong-Il falleció —en diciembre de 2011, a los setenta años, por un infarto—, lo declararon inmortal y su hijo, el inexperto Kim Jong-Un, de veintisiete años, heredó el trono. En febrero de 2017 dos mujeres, contratadas por una emisora de televisión para participar en una broma de un programa de telerrealidad —una tentación al parecer irresistible—, se acercaron a un hombre oriental, regordete y desaliñado, en el aeropuerto de Kuala Lumpur, y lo rociaron en la cara con un esprái. Al cabo de unos pocos minutos Kim Jong-nam —el hijo mayor de Kim Jong-il, que anteriormente había sido príncipe heredero de Corea del Norte pero ahora vivía en el destierro— sufrió un fallo multiorgánico y murió, envenenado con el agente nervioso VX. El asesinato lo había encargado su medio hermano menor, Kim Jong-un, que se apresuró a proclamarse mariscal. Kim Jong-un organizó el asesinato de su tío y su familia, que eran poderosos y cayeron hechos trizas por un asalto carnicero con cañones antiaéreos. También resolvió el problema de Kim Jong-nam, el hermano que, después de haber perdido la posición en la jerarquía por haber intentado huir a Japón, contaba con permiso para vivir discretamente en China pero no para hablar con periodistas, y sin embargo había dicho: «Si no se apruebas reformas, Corea del Norte se hundirá».

Asesorado de cerca por su hermana menor, Kim Yo-yong, el mariscal hizo un ensayo nuclear con una bomba de hidrógeno, en claro desafío a Estados Unidos. Después de intercambiarse insultos

—Trump era «un viejo chocho y loco», Kim Jong-un, «el Hombrecito del Cohete» (parodiando la canción «Rocket Man», de Elton John, el cantante favorito del presidente estadounidense)— los dos se reunieron como iguales en Singapur, confirmando el prestigio que da el armamento nuclear. «No creo que tenga que preparar gran cosa», se jactaba Trump; pero Kim no renunció a la bomba, solo aceptó participar de una correspondencia que el presidente comparaba con «cartas de amor».

«Hasta el día de hoy no he podido olvidar el momento en que sostuve la mano de Su Excelencia», le escribió Kim a Trump el 25 de diciembre de 2018, en una carta en la que rememora el encuentro «como la escena de una película fantástica». Y todo quedó, en efecto, en una fantasía. El Hombrecito del Cohete regresó triunfante a Corea del Norte y, mientras tanto, el Padre de la Bala estudiaba como liquidar a su propio rival interno.

En octubre de 2018, varios miembros del séquito secreto de MBS —lo que se conoce como Grupo Saudí de Intervención Rápida — volaron a Estambul en un avión privado. Este Grupo era la vanguardia de un Centro de Estudios y Asuntos Mediáticos y el responsable de las misiones especiales. Una primera unidad inspeccionó el consulado, en busca de micrófonos ocultos, y no encontró nada, a pesar de que los turcos los habían instalado en gran número. El personal recibió un día libre. Luego llegaron quince integrantes del séquito, encabezados por un oficial de inteligencia que recorrió Estados Unidos con MBS y un cirujano forense del Ministerio de Interior, el coronel médico Salah al-Tubaigy, que llevaba una sierra para huesos en el equipaje. Mientras aguardaban, entre un ambiente de nerviosismo, el médico le contó a los colegas que a la hora de diseccionar los cadáveres «yo suelo escuchar música y os aconsejo que hagáis lo mismo». Al final el verdugo echó un vistazo al reloj. «¿El animal del sacrificio ya ha llegado?», preguntó.

A los pocos momentos un hombre recio, con pantalones grises y chaqueta, entró en el consulado saudí. Tenía hora para solicitar los documentos necesarios para casarse con su prometida. Yamal Jashoggi era periodista; pero también un observador de la corte,

con acceso a interioridades, que creía estar protegido sin saber que el equipo de MBS espiaba todas sus comunicaciones digitales. Había vacilado antes de entrar en el territorio saudí, de hecho le pidió a su prometida que lo esperase fuera; pero si algo había despertado sus sospechas, no se mostró tan suspicaz como le habría convenido. Era así porque Jashoggi era miembro de la élite saudí: nieto del médico del rey Abdulaziz, sobrino del conseguidor multimillonario Adnán Jashoggi y periodista bifronte, como Jano: en el *Washington Post* ensalzaba el pluralismo occidental y en la prensa árabe criticaba la alianza de los saudíes con los estadounidenses. Al espiarle los teléfonos MBS averiguó que Jashoggi estaba convocando a disidentes. Y MBS, como Jashoggi, también tenía dos caras: abrazaba las reformas occidentalizadoras pero no toleraba ninguna oposición.

En junio de 2017 apresó a su primo Muhammad bin Nayef, de cincuenta y siete años, para obligarle a ceder el título de príncipe heredero. Había secuestrado al primer ministro libanés por haberse acercado demasiado a Hizbulá, que tenía el apoyo de Irán (algo difícil de evitar en un Líbano dominado por la milicia chií). Había bloqueado Qatar. Había ordenado secuestrar a la cineasta Luyain al-Hazlul, conocida por su defensa de los derechos de las mujeres, a la que se torturó. Prestaba especial atención a las críticas recibidas en Twitter, donde Jashoggi contaba con millones de seguidores; se infiltró en la plataforma para averiguar los detalles de las cuentas críticas a la vez que investigaba la corrupción en la familia real. «Cuando tienes cáncer por todo el cuerpo, el cáncer de la corrupción, necesitas el tratamiento de choque de la quimio, o de lo contrario el cáncer devorará al cuerpo», explicó.

En noviembre de 2017 MBS arrestó a una constelación de príncipes y billonarios —entre ellos, cinco Bin Laden— a los que encerró en el Ritz-Carlton de Riyad y obligó a pagar multas por valor de miles de millones. Poco después el propio MBS gastó trescientos millones de dólares en un nuevo yate, cincuenta millones en vacaciones en las Maldivas y cuatrocientos millones más en una pintura de Leonardo da Vinci, el *Salvator Mundi*.

Nada más entrar en el consulado, se llevaron a Jashoggi a la

planta superior. Sin duda vio al equipo que le esperaba. Lo sedaron y lo ahogaron con una bolsa de plástico. Luego el médico se puso los auriculares y empezó a descuartizarlo con su sierra de huesos. Aunque la CIA informó de que MBS había ordenado el asesinato, este visionario compulsivo y reformador despótico —entregado a la dinastía saudí, la autocracia personal, la liberalización de la cultura y (como jugador habitual de *Call of Duty*) la tecnología *millennial*— capeó la tormenta.

El enfoque no convencional de Trump podría haber resuelto algunos problemas, pero todas sus iniciativas se frustraron al añadírsele su combinación única de jactancia narcisista, trasfondo racista y burda autocracia. Hizo realidad pocas de las victorias que había prometido.[3]En 2017 la potencia de la aviación estadounidense y británica aniquiló al Daesh desde los aires mientras los peshmerga kurdos y las milicias chiíes con respaldo iraní las reducían por tierra. Sin embargo la amenaza del Daesh había salvado a Assad, protegido por los iraníes, Hizbulá y el poder aéreo ruso. La muerte de Anisa —matriarca de la familia y madre de Bashar— dejó desprotegida a la familia. La mitad de la economía estaba en posesión de un sobrino de Anisa, el multimillonario Rami Majluf. La desaparición de la matriarca posibilitó también el ascenso de Asma. Cuando Bashar, ante la ruina del Estado, le exigió a Rami que devolviera parte de su riqueza, este se negó y lo detuvieron. Por su parte a Asma se le diagnosticó un cáncer. Cuando se recuperó empezó tanto a aprobar nombramientos gubernamentales como a levantar un negocio propio de teléfonos y tarjetas inteligentes, que dirigían su hermano y otros secuaces, mientras sus retratos —a menudo, con la leyenda «la Dama del Jazmín»— empezaban a aparecer al lado de los de Bashar. Con la guerra, la Dama del Jazmín se convirtió en una potentada.

Trump aceleró la retirada de las guerras derivadas de los atentados del 11 de septiembre, que habían costado cantidades ingentes —como para echarse a llorar— tanto de recursos económicos como de sangre. Irak, no obstante, había quedado bajo el control de facciones chiíes que se aliaron con Irán y disfrutaban

atormentando a los estadounidenses. El 8 de mayo de 2018 Trump se retractó del pacto de Obama con Irán, que calificó de «peor acuerdo de la historia».

El 3 de enero de 2020, después de que paramilitares iraníes abrieran fuego contra las fuerzas estadounidenses en Irak, Trump ordenó asesinar al «comandante en la sombra» de Irán, Soleimani, que fue liquidado con un dron en el aeropuerto de Bagdad. En agosto de aquel año Trump dio a conocer sus «Acuerdos de Abraham», relativos a Israel y las monarquías del Golfo; contaban con el respaldo de MBS y apuntaban contra el enemigo principal: Irán. Esta alineación dramática situaba a Israel —gran potencia militar a pesar del carácter caótico de su democracia— en el centro de una afinidad arabo-islámica liderada por MBS, quien era imprescindible por sus recursos petrolíferos.

«Como nación, tenemos que volvernos más impredecibles», reclamó Trump en uno de sus mítines electorales. «Tenemos que volvernos más impredecibles, con urgencia.» Esto sí lo cumplió.

El emperador, el zar y el comediante

En la República Popular también estaban pasando varias cosas impredecibles (aunque ya previstas en muchas ocasiones). Trump se enfrentó a una China en ascenso y un colosal déficit comercial que, en sus palabras, era un «robo». Desde los tiempos de Nixon, China había representado un sector protegido de la política exterior orientada en contra de Rusia. En el proceso, los líderes occidentales, asombrados por la prosperidad y la riqueza de China, se mostraron apaciguadores con el Partido y dejaron que su comercio se expandiera extraordinariamente. «Esto no puede seguir así», insistió Trump. La guerra comercial subsiguiente causó daños a las dos economías, pero cuando los dos se reunieron el estadounidense se mostró inconsistente y errático y Xi Jinping, por el contrario, supo actuar con plena confianza y atención. Como hombre que había experimentado una ruina vertiginosa, que había pasado él mismo por la cárcel y había sido testigo del suicidio de

su hermana, Trump lo dejaba frío.

Cuando alcanzó el liderazgo en 2012, Xi expuso un concepto de liderazgo realista, ajeno a romanticismos: «La gente que tiene poca relación con el poder siempre considera estas cosas como misteriosas y novedosas», dijo en uno de sus raros momentos de reflexión en público. «Pero yo no veo solo la superficie: el poder, las flores, la gloria, los aplausos. Yo veo los "corrales" y veo que la gente puede hacer ahora esto y ahora lo contrario.» Su familia le acompañó y su madre, ya nonagenaria, convocó a la parentela para que no se les ocurriera aprovecharse del ascenso de Xi.[4]Peng fue la primera esposa de un líder que gozó de relevancia pública desde los tiempos de *madame* Mao, pero a la vez afirmó: «Cuando [mi marido] vuelve a casa, nunca me ha parecido que esté viniendo alguna clase de líder...». Su «linaje» político prosperó con él, y purgó a los rivales y a sus «linajes» respectivos.

La misión de Xi era simple. «Este, oeste, sur, norte y centro: el Partido lo lidera todo», dijo. Deng había defendido que los chinos debían «ocultar su capacidad y tomarse su tiempo», pero llegados a este punto, el dominio del Partido era sólido, las antiguas colonias británica y portuguesa de Hong Kong y Macao se habían recuperado, y solo faltaba hacerse de nuevo con Taiwán. Cuando lo ensalzaron como «líder esencial» (sin la limitación temporal acostumbrada) y se divulgó su «Pensamiento de Xi Jinping», Xi le prometió a su pueblo un «sueño chino» con «una prosperidad común» para todos. China podía presumir del segundo mayor PNB del mundo, solo por detrás de Estados Unidos, y se había convertido en el mayor exportador. Xi dirigió entonces la mirada hacia el exterior.

«La nación china ha pervivido, se ha enriquecido y se ha fortalecido», declaró Xi, «y ahora encara una nueva y brillante perspectiva de rejuvenecimiento.» Esto significaba expandir el poder de China, tanto militar como económico, para lo cual ofreció préstamos, carreteras, puertos y tecnología con los que ampliar su red de poder —la «Iniciativa del Cinturón y la Ruta»— sin necesidad de conquistar un imperio. Era una versión autocrática del Plan Marshall. La trayectoria de la era de Xi era ascendente: «El

gran rejuvenecimiento de la nación china ha entrado en un proceso irreversible». Pero tenía que pasar por el Partido fundado por Mao. «Que nadie olvide la intención original», recordó Xi, es decir: había que aplastar toda resistencia contra el Partido. Xi, autoritario implacable, machacó a los disidentes, reforzó la vigilancia policial de los ciudadanos y de internet y recurrió a las nuevas tecnologías de vigilancia y reconocimiento facial; al mismo tiempo, en Sinkiang, realizó una purga étnica de los uigures musulmanes, de los que confinó a un millón en campos «de educación». Pero la unificación de China —es decir, la conquista de Taiwán— era el núcleo de la misión mundial de Xi, no solo como nacionalista chino y heredero maoísta, sino también a la luz del trabajo del Frente Unido de su padre, Xi Zhongxun. Cuando el crecimiento de China flaqueó por la rigidez de su autocracia, sin duda Xi debió de sopesar si le convenía emprender una «guerra breve y victoriosa»: sopesó los riesgos de «tirar los dados de hierro» en el intento de reconquistar Taiwán, lo que podía valerle la inmortalidad o destruir su gobierno por completo. Simultáneamente, su aliado natural, Putin, que hacía gala de una Rusia en resurgimiento, sopesaba también si hacer una apuesta similar.

Putin había tenido que hacer frente a sanciones menores por la anexión de Crimea, pero su guerra de Ucrania había quedado en tablas. Cuando los ucranianos eligieron como presidente a un payaso —Volodýmyr Zelenskyi— creyó ver confirmada su idea de la ilegitimidad del país vecino. Este cómico judío de lengua rusa, de cuarenta y cuatro años, hijo de un profesor de matemáticas, procedía de la zona oriental de Ucrania y se había convertido en el hombre más popular del país después de protagonizar una serie de televisión, *Servidor del pueblo*, en la que interpretaba a un hombre de la calle, un profesor de historia que llega a la presidencia nacional. Cuando decidió acudir de verdad a las elecciones bautizó al partido precisamente como Servidor del Pueblo. En marzo de 2019 obtuvo una victoria apabullante: en la era de Trump y su escandalosa fusión neroniana de la política y el espectáculo, el triunfo de un actor parecía confirmar la decadencia de la democracia. En la práctica la corrupción de Trump —su negativa a

reconocer la diferencia entre sus intereses personales y los intereses del Estado— no tardó en manchar a Ucrania, pues intentó condicionar cualquier ayuda militar a los ucranianos a la exigencia de que Zelenskyi calumniara a su propio rival, el demócrata Joe Biden. La jugada del presidente estadounidense lo obligó a presentarse ante el Congreso para un proceso de destitución al que finalmente sobrevivió; Zelenskyi en cambio escapó sin daño del chantaje. Este presidente diminuto, emotivo y juguetón, parecía demasiado blando para resistirse a su antítesis dictatorial, el letal Putin, convencido de que el actor personificaba el fracaso de Ucrania. Aunque Zelenskyi demostró un gran coraje al entrar a aquella arena brutal, tuvo dificultades para gobernar Ucrania y controlar su corrupción desenfrenada; no se veía claro que su presidencia pudiera aguantar. En una de sus películas, *Rzhevsky contra Napoleón*, Zelenskyi había interpretado a Napoleón como invasor de Rusia. En la vida real, por el contrario, la amenaza venía del este.

Ahora bien, si se producía una crisis en la nueva competencia por el poder mundial —ahora tripolar—, la relación esencial era la existente entre Xi y Putin, que se habían reunido en treinta ocasiones. «He interactuado más de cerca con el presidente Putin que con ningún otro colega extranjero», dijo Xi en junio de 2019, mientras Putin le enseñaba los palacios Románov de su ciudad natal, San Petersburgo. «Es mi mejor amigo, mi amigo del alma.» Xi destacó la afinidad personal: «Hemos tomado juntos un tren de alta velocidad, hemos mirado un partido de hockey hielo, hemos celebrado su cumpleaños, hemos charlado amigablemente sobre temas ligeros de literatura, arte y deporte...». Pero mientras que la rígida dictadura de Rusia todavía dependía de los ingresos del petróleo, su hermano mayor, China, había alcanzado un cénit histórico, un momento culminante sin igual en su historia. De pronto Xi tuvo que abordar su propio desafío: una pandemia.

El Partido era consciente de que tal clase de enfermedad llegaría un día u otro, pero nadie sabía cuándo ni estaba preparado. El 17 de noviembre de 2019 se diagnosticó a un hombre de la provincia de Hubei con un nuevo virus. El 31 de

diciembre la Comisión Municipal de Salud de Wuhan anunció la existencia de un cúmulo de casos de neumonía, causada por un patógeno desconocido. Li Wenliang, un médico de treinta y tres años del Hospital Central de Wuhan, compartió con sus colegas un informe sobre un virus respiratorio, y se le detuvo por «hacer afirmaciones falsas en internet». El 31 de enero de 2020 dos turistas chinos cayeron enfermos en Italia; el 6 de febrero, murió el primer paciente en Estados Unidos; el 7 de febrero falleció también el doctor Li a consecuencia de ese nuevo virus respiratorio, el Coronavirus 2019. El mundo acelerado del siglo XXI, en el que millones de personas se desplazan de una ciudad a otra en vuelos baratos, propagó la enfermedad a una velocidad sin precedentes. Durante dos años las oleadas del virus han desatado el temor y el pánico; un virus que, como en todas las pandemias, ha generado cismas civiles, desconfianza hacia los extranjeros, teorías conspirativas insostenibles y crisis gubernamentales; en marzo de 2020 los gobiernos optaron por confinar a las poblaciones en sus casas. El confinamiento empezó a invertir un siglo y medio en el que la oficina —el espacio de trabajo— había ocupado tanto tiempo y atención como la vida familiar. Gracias a las posibilidades de los ordenadores, de pronto mucha gente podía trabajar desde su casa, como se había hecho antes de la revolución industrial; irónicamente, la pandemia ha devuelto a mucha gente a sus familias.[5]Quince millones de personas —en su mayoría de los más viejos y pobres, además de las personas con dificultades respiratorias— perdieron la vida.

Xi dictó medidas para una «política de covid cero» que trató la pandemia como «una guerra popular contra un enemigo invisible»; pero aquella clase de enfermedad era sencillamente incontrolable y puso de manifiesto la vulnerabilidad de la prosperidad china y las rigideces tanto de su sistema como de su líder. En el mundo abierto, las democracias belicosas menores —Taiwán, Israel— demostraron ser más eficientes que las mayores, las del bienestar; pero donde se produjo una catástrofe mayor fue en la India: murieron cerca de cinco millones de personas (un tercio del global de muertes por covid) gracias en parte a la

incompetencia de su gobierno.

La grandilocuencia de Trump se marchitó entre la histeria: su incompetencia y su indiferencia se pusieron de relieve y en noviembre sufrió una derrota decisiva ante Joe Biden. A sus setenta y ocho años Biden se convirtió en el presidente más anciano de la historia de Estados Unidos (en el momento de la toma de posesión); y la vicepresidenta Kamala Harris marcó tres hitos: fue la primera mujer, la primera persona afroamericana y la primera asioamericana en alcanzar el cargo. Aunque Biden había obtenido seis millones de votos más que él, Trump se negó a reconocer el resultado y defendió una teoría conspirativa según la cual le habían robado la presidencia. El 6 de enero de 2021, incitados y ayudados por Trump, una turba trumpiana con apariencias a cuál más estrafalaria asaltó un Capitolio apenas defendido para interrumpir el recuento electoral. Por fortuna Trump carecía tanto del respaldo como de la agudeza necesarios para organizar un golpe de Estado; aun así, dominaba el Partido Republicano y daba a entender que se presentaría para un segundo mandato. El país no había exhibido tanta fragilidad desde la guerra civil.

Todos los presidentes habían soñado con extraer a Estados Unidos de las guerras derivadas del 11 de septiembre, y en particular de Afganistán, donde los corruptos gobernantes pronorteamericanos se mantenían gracias a una presencia reducida de la OTAN, pero los talibanes controlaban la mayor parte de las zonas rurales. En un Estado clásico de dagas y iPhones, los hombres montados en camionetas Toyota con fusiles Kaláshnikov aún se bastaban para conquistar ciudades y desafiar las onerosas tecnologías de Estados Unidos. Biden cometió la temeridad de acelerar la salida, haciendo hincapié en que el ejército afgano «estaba más preparado, estaba mejor equipado y era más competente» que los talibanes, cuya victoria le parecía «sumamente improbable». No obstante, el 15 de agosto los talibanes —capitaneados por un maestro del terror, Sirayuddin Haqqani— se lanzaron al ataque, el régimen se hundió y miles de personas huyeron al aeropuerto desde el que los estadounidenses

evacuaban desesperadamente a sus amigos. Ni siquiera la caída de Saigón fue un golpe que se debiera en tan gran medida a las propias decisiones.

Un hombre contemplaba todos estos sucesos desde el aislamiento de su mansión, a las afueras de Moscú. A sus sesenta y nueve años Putin solía preguntar a los historiadores con los que se encontraba: «¿Cómo me juzgará la historia?». Malacostumbrado por los triunfos fáciles —aunque bañados de sangre— de Chechenia, Siria y Crimea, limitado en las conversaciones por su propio dominio apenas contestado, y mal informado por una policía secreta de marcado servilismo, creyó que un golpe de mano asestado en el momento oportuno restauraría el imperio ruso y destruiría Ucrania como nación. La ingente producción gasística y petrolífera de Rusia podía financiar una guerra y obligar a Europa, en situación de dependencia, a conformarse. Putin consideró que una conjunción feliz le ofrecía una oportunidad única: las democracias estaban paralizadas por guerras culturales; la OTAN, en palabras del presidente Macron, sufría una «muerte cerebral»; el Reino Unido, liderado ahora por el errático Johnson, había debilitado la Unión Europea; Biden, a diferencia del impredecible Trump, personificaba la confusión de Occidente; y Xi, por último, apoyó la decisión rusa. En febrero de 2022 Putin voló a Pekín, donde Xi afirmó: «Trabajamos juntos para promover un orden mundial verdaderamente multilateral» y centramos nuestros «esfuerzos en defender el espíritu genuinamente democrático», lo que descifrado significaba: un mundo de esferas de poder regidas por los autócratas de naciones imperiales.

Putin reunió a 180.000 soldados en las fronteras de Ucrania y reclamó que los ucranianos se le sometieran y los occidentales se retirasen del este de Europa. Biden le advirtió que no invadiera. Putin lanzó los «dados de hierro» y, el 24 de febrero de 2022, anunció una «operación militar especial» contra Ucrania: «Todo el que pueda pensar en interferir desde el exterior … tendrá que asumir consecuencias mucho más graves de lo que se haya encontrado nunca en la historia».

Zelenskyi estaba durmiendo en su residencia del complejo

presidencial de Ucrania cuando los primeros cohetes rusos impactaron en Kiev. Junto con su esposa Olena, corrieron hacia sus hijos: «Los despertamos. Había mucho ruido y explosiones». Zelenskyi decidió quedarse, costara lo que le costase; por otro lado era demasiado peligroso desplazar a la familia mientras los comandos de paracaidistas rusos atacaban el distrito gubernamental del Triángulo con la intención de asesinarlo.

Los tanques de Moscú corrieron hacia Kiev. Los expertos occidentales y los epígonos de Putin estaban de acuerdo en que se había cerrado una era; se había abierto otra era, nueva; y que en el plazo de unas pocas semanas, Ucrania se iba a hundir...

Conclusión

Puede haber un exceso de historia. Quizá resulte una reflexión rara en boca de un historiador que está concluyendo una historia universal en una época de pandemia y de guerra en Europa. Pero la obsesión fetichista por las versiones selectivas de las naciones e imperios del pasado puede hacernos ciegos al presente y a lo que de verdad importa: la gente que vive hoy y la manera en que desean vivir, ellos y sus familias. Esta es una de las razones por las que elegí escribir este libro a través de las familias: la medida de la felicidad que uno desea para la propia familia define lo que desea para el mundo. Sin embargo, existe un equilibrio. La historia importa: deseamos saber cómo hemos llegado a ser quienes ahora somos. «La vida solo se puede entender hacia atrás», escribe Søren Kierkegaard, «pero hay que vivirla hacia adelante». La historia nunca muere; la historia nunca es historia; es cinética, mudable y dinámica, un arsenal inmortal de relatos y hechos que nos cuentan cómo hemos vivido los humanos, y que además podemos desplegar en las causas de nuestros días, buenas y malas; una misión que internet —esa fosa séptica, ese baúl del tesoro, ese relicario de odios y aficiones, verdades, azares y parrandas, conveniencias, calumnias y conspiraciones— nos complica. Sin embargo, nuestra reverencia a la legitimidad que la historia proporciona es lo que le otorga un poder tan letal y propulsivo.

La guerra ucraniana representa el final de un período excepcional: la paz de los Setenta Años, dividida en dos fases: cuarenta y cinco años de guerra fría y luego veinticinco años con Estados Unidos como potencia única. Si la primera era fue como un torneo de ajedrez, y la segunda, como una partida al solitario, hoy estamos ante un videojuego en modo multijugador.

La invasión de Ucrania por Putin no es una forma nueva de

ejercer y ampliar el poder. Tiene la ferocidad de las armas de sílex, que es el regreso a una normalidad que para los dinastas de este libro —caudillos, reyes y dictadores— sería sencillamente rutinaria. Se ha retomado el desorden normal. Muchas de las naciones imperiales de hoy se muestran deseosas de extenderse en esferas de influencia calcadas de los viejos imperios. La matanza irracional de civiles ucranianos, los cuerpos tirados en las calles, las familias que huyen nos recuerdan cómo era la historia en los tiempos en los que no había teléfonos móviles para grabar las atrocidades y los refugiados, en los que los historiadores cortesanos ensalzaban como héroes a los conquistadores asesinos. En el presente libro hemos visto a muchos, y este no será el único signo de que el impulso humano no es únicamente un camino de progreso sino también una sucesión tambaleante de contingencias. Es una lucha no solo entre Estados e ideologías enfrentados, sino entre facetas contradictorias de la naturaleza humana. La invasión de Ucrania pone de manifiesto, como mínimo, la diferencia real entre el mundo abierto de las democracias liberales y aquellos mundos cerrados en los que una combinación de las amenazas tradicionales con la vigilancia digital permite que los Estados controladores sigan cada vez más de cerca a su pueblo, de formas que probablemente ni siquiera Stalin habría podido imaginar.

El poder familiar también resurge porque es una característica inseparable de nuestra especie. La reversión dinástica parece a la vez natural y práctica cuando no se confía en que los Estados débiles cumplan con sus tareas de justicia y protección, y cuando la lealtad sigue dirigiéndose antes al parentesco que a las instituciones. Los líderes que no pueden confiar en nadie por lo general confían en la familia. En un número creciente de Estados asiáticos, latinoamericanos y africanos —de Kenia a Pakistán y a las Filipinas—, las demodinastías ofrecen en parte la tranquilidad mágica del poder familiar; otros Estados —de Nicaragua a Azerbaiyán, de Uganda a Camboya— se están convirtiendo en monarquías republicanas absolutistas. Sin duda es una mala manera de dirigir un país; peor aún que la democracia.

Pero los dictadores y las dinastías de hoy no son el simple

retorno a los siglos anteriores. Incluso en los Estados de la daga y el iPhone forman parte de un nuevo mundo en el que los acontecimientos se desarrollan a una celeridad sin precedentes, los rivales y los mercados están interconectados entre sí, y el riesgo de una catástrofe nuclear es omnipresente.

Todo esto, sumado a la covid y al calentamiento global, alienta el temor a un apocalipsis. La sensación escatológica —se avecina un *ésjatos*, un final— parece integrada en el carácter humano, quizá como reconocimiento de que la conquista de la Tierra por una especie es tan milagrosa como frágil. Pero lo que hoy está en juego hace que el Fin del Mundo sea más posible.

No obstante, en ciertos sentidos el *Homo sapiens* nunca ha gozado de tanta salud, pues vive más y mejor que nunca; y las sociedades, en algunos lugares, son quizá más pacíficas de lo que nunca han sido. Mientras nuestros antecesores tendían a morir por infecciones, violencia o hambre, hoy los seres humanos se mueren por enfermedades —coronarias, cancerígenas, neurodegenerativas — porque vivimos mucho y, con frecuencia, comemos demasiado. Muchas de estas enfermedades se podrán curar pronto con las nuevas tecnologías de la modificación genética. Son mejoras tan asombrosas que incluso los países más pobres del presente tienen una esperanza de vida superior a la de los imperios más ricos de hace un siglo. Hoy en Sierra Leona la esperanza de vida asciende a 50,1 años: la misma que en Francia en 1910. En 1945 en la India se vivía aún en promedio hasta los treinta y cinco años; hoy la expectativa es de setenta. Naturalmente esto ha cambiado la forma de las familias: se tienen muchos hijos cuando se prevé que la mayoría morirá, pero actualmente la baja mortalidad infantil, unida a la educación de las mujeres y a la anticoncepción, favorece matrimonios más tardíos y familias más pequeñas.

En los próximos ochenta años la población de Europa y el este de Asia caerá en picado; la de Nigeria se cuadruplicará hasta los ochocientos millones, convirtiéndola en el segundo país más poblado, por detrás de la India y por delante del conjunto de la Unión Europea; la del Congo se triplicará (alcanzará los 250 millones), la de Egipto se duplicará, la de Rusia descenderá y sus

musulmanes integrarán la mayoría. La población de China se reducirá a la mitad, pues es posible que su poder y su economía sufran los reveses provocados por su propia autocracia. En cuanto a Estados Unidos, permanecerá relativamente estable y es probable que su poder ingenioso —por defectuoso y frágil que sea— dure más de lo que anuncian los agoreros. La India, si tiene un buen gobierno, competirá por el poder mundial y será nación imperio. Los gigantes africanos —Nigeria, Egipto, el Congo— quizá prosperen, pero a este autor le parece más probable que sus gobernantes no sean capaces de gestionar o dar de comer a sus habitantes. Esto no quiere decir que «se acerca el invierno», antes bien se asemejará más al achicharramiento interminable de un horno mundial: el cambio climático —con su calor y sus inundaciones— dificultará producir alimentos suficientes. Muchos países ya son sistemas de gobierno disfuncionales, de daga y iPhone, reinos que apenas protegen o alimentan a sus poblaciones; muchos Estados se hundirán y las fronteras, atraídas por las potencias imperiales, se desdibujarán entre tierras de exsurgencia bélica —como ya está pasando en el Sahel, en guerra perpetua por el agua y los recursos— o sucumbirán a la protección de las naciones imperio, que están ansiosas por garantizarse el acceso a los minerales raros y otros productos cotizados desde hace más tiempo como son los diamantes, el oro y el petróleo. Sus pueblos migrarán hacia el norte, a los Estados del bienestar, en una escala que no se ha visto desde las invasiones nómadas. Un libro de este alcance toca muchos temas, pero uno crucial es que todas las naciones están formadas por familias en movimiento: los Estados abiertos tendrán que resolver la dificultad de absorber a los migrantes que necesitan sin perder el grado de riqueza que mantiene la comodidad que los hace atractivos.

En la competencia por el poder mundial, la escala es importante pero hay algo claro: el que gana, sea quien sea, nunca gana por mucho tiempo. Si esta historia demuestra algo es que la capacidad automutiladora del ser humano es casi ilimitada. «En las personas, la insania es rara», escribió Nietzsche, «pero en los grupos, los bandos, las naciones y las épocas, es la regla». Es fácil

criticar a los políticos, pero en este mundo interconectado, gobernar es más difícil: «Vosotros, los filósofos ... escribís sobre papel», se lamentaba Catalina la Grande. «En cambio yo, infortunada emperatriz, escribo sobre la susceptible piel de seres vivos.»

Uno de los misterios de tales tiempos de crisis es la ausencia de grandes líderes, aunque las oportunidades los crean: «Somos hombres pequeños al servicio de una gran causa», afirmó Nehru, «pero como la causa es grande, algo de la grandeza también cae sobre nosotros». Kissinger se burlaba de la idea misma de grandeza: «Cuando se echa la mirada atrás, todas las medidas exitosas parecen inevitables. A los líderes les gusta afirmar que ya sabían lo que ha funcionado y atribuyen a la planificación lo que habitualmente empieza como una serie de improvisaciones». La historia la mueven tanto los payasos como los visionarios. Como dijo Stalin: «A la historia le gustan las bromas: a veces elige a un idiota para que impulse el progreso histórico».

«He visto el futuro», cantaba Leonard Cohen. «Es asesinato.» Los problemas de hoy son profundos y colosales. La globalización ha sido un elemento integrador de la evolución progresiva que elevó los estándares de vida y acabó con la mayoría de las enfermedades y las hambrunas, pero sus ventajas tienen un coste: miles de millones de personas carecen de acceso al botín y su conveniencia barata requiere de acuerdos peligrosos con enemigos. La pandemia de covid y la guerra ucraniana demuestran que sus cadenas de abastecimiento de alimentos y energía son frágiles. Incluso las mejoras milagrosas del campo de la salud podrían ser corrosivas: en Estados Unidos la esperanza de vida se redujo en los tres años anteriores a 2020, por primera vez desde la epidemia de «gripe española». La resistencia de los microbios a los antibióticos podría hacer que las operaciones rutinarias vuelvan a ser mucho más peligrosas. La covid, probablemente, es solo el ensayo de una futura epidemia de gripe que será más grave.

Aunque las naciones imperiales no han guerreado entre sí desde 1945, llegará un momento en que lo hagan y están desarrollando nuevas máquinas de matar —intergalácticas y

termobáricas— además de mejorar el metal pesado tradicional. «Nunca saquen un fusil cargado a escena si no lo van a disparar», escribió Chéjov hablando del teatro; pero en la guerra también es verdad: al final, todas esas armas se utilizarán. Miles de carros blindados aún pueden chocar como una caballería de acero, al igual que hicieron en el siglo pasado; pero en este mundo nuevo hay artilugios baratos —misiles portátiles, drones capaces de destruir tanques y aviones— con los que los países menores pueden destruir los costosos juguetes de los países más grandes. Esto es maravilloso cuando se utiliza contra un imperio malvado, pero no tanto si se dirige contra nosotros. Antes de las armas nucleares, Occidente le habría declarado la guerra a Rusia por invadir Ucrania —como hizo en la guerra de Crimea— y probablemente la rivalidad sino-estadounidense también habría desencadenado una guerra. Solo hay nueve potencias nucleares —lo que no está mal—, pero en la actualidad cerca de cuarenta Estados podrían adaptar sus instalaciones nucleares pacíficas para crear armamento nuclear en el plazo de unos pocos años. El uso de armas atómicas tácticas quizá sería equivalente al accidente de Chernóbyl; el recurso a bombas de hidrógeno podría destruir el mundo. Una guerra nuclear a cierta escala no es solo posible, sino probable; y vale la pena reflexionar sobre el hecho de que, en el momento de escribir estas páginas, ninguna potencia nuclear ha perdido nunca una guerra.

El número de autocracias crece, el de democracias mengua. Es imposible definir con exactitud qué causa que un Estado caiga y otro ascienda, pero Ibn Jaldún —uno de los personajes de esta historia y el espíritu que la preside— identificó la *asabiyya* o cohesión como un factor esencial para que una sociedad prospere: «Muchas naciones sufrieron una derrota material, pero esto nunca ha acabado con ellas. Sin embargo, cuando una nación es víctima de una derrota psicológica, entonces su final ha llegado».

Los Estados controladores desdeñan, pero también temen y envidian, la confusión chillona, ofensiva, ingeniosa, clamorosa —en parte de feria, en parte de granja— de las democracias que proporcionan la libertad de nuestro mundo abierto. Las dictaduras

actúan con más rapidez bajo líderes experimentados, pero la violencia y el control son inseparables de los mundos cerrados. La rigidez y las falsas ilusiones de las tiranías no se pueden corregir; sus espirales de virtud concluyen con las ejecuciones, no las meras cancelaciones; sus aventuras acaban en devastación y matanzas. Cuando caen, los autócratas arrastran en la caída a su Estado y a su pueblo.

Los únicos líderes más bufonescos y letales que los charlatanes de feria a quienes elegimos en nuestras democracias tambaleantes son los payasos omnipotentes de la tiranía. A los Estados abiertos les aguarda el desafío de canalizar sus libertades y su pluralismo con creatividad, sin entregarse a los cismas por diferencias, reivindicaciones o derechos menores. Las democracias se levantan sobre una confianza invisible: una y otra vez, cuando golpea la anomia, la confianza se pierde y con ella, la apertura. «En cuanto un hombre dice, sobre los asuntos de Estado: "¿Y a mí, qué me importa", bien puede darse por perdido ese Estado», escribió Rousseau. La lección de los años recientes es que lo que se ha ganado y se ha dado por ganado —las lecciones de 1945, los males del antisemitismo, los crímenes del genocidio y la belicosidad; el derecho al aborto y los demás triunfos de la gran reforma liberal de la década de 1960— quizá vuelvan a requerir de nuestra lucha.

Pero también hay esperanza: durante la etapa de ascendencia de Estados Unidos, las presidencias y las elecciones de estilo estadounidense se convirtieron en esenciales para la legitimidad en los Estados antiguos y en los nuevos, postcoloniales. Si la sentencia de moda de Theodore Parker, según la cual «el arco del universo moral ... se inclina hacia la justicia» se antoja excesivamente optimista, algo querrá decir, sin embargo, que desde 1945 incluso las tiranías más descaradas se hayan sentido obligadas a fingir que celebraban elecciones y respetaban las leyes y las legislaturas (aunque sean simples «democracias de *cosplay*»). El mundo abierto sigue siendo el lugar más feliz y libre en el que podemos vivir.

Las sociedades abiertas son lentas, sus líderes tienden a ser aficionados y las medidas que adoptan son inconsistentes; pero cuando se movilizan son sociedades flexibles, eficientes y creativas.

Aunque la tecnología debilita la solidaridad democrática y favorece las tiranías y las conspiraciones, al mismo tiempo permite avanzar a la apertura y la justicia. Su facilidad inmediata significa que las atrocidades y las guerras pueden quedar registradas al instante y contemplarse en todas partes en este mundo nuestro, con su nueva arena virtual. El desafío inmediato de la tecnología es aprender a controlar su carácter adictivo y vigilante a la vez que disfrutamos de sus ventajas. El poder no electo e invisible de los déspotas de los datos debe reducirse. Los Estados y los individuos tienen que resolver ese problema.

En cuando al crecimiento demográfico y el cambio climático, solo podrán resolverse o por un declive catastrófico de la población —pandemias, desastres naturales, guerras termonucleares— o por una cooperación de escala titánica. Y en este punto, también, la tendencia hacia los bloques de poder podría acabar resultando útil: cuando llegue el momento —si llega—, las decisiones quizá las adopte un grupo reducido de potentados. «El verdadero problema de la humanidad», dijo Edward O. Wilson, «es que tenemos emociones paleolíticas, instituciones medievales y una tecnología divina».

El hecho aislado de que seamos el más inteligente de los simios creados hasta la fecha, el mero hecho de que hasta hoy hayamos resuelto tantos problemas, no significa que vayamos a solventarlos todos. La historia humana es como las cláusulas de advertencia de las inversiones: rendimientos pasados no garantizan resultados futuros. Pero la dureza de la humanidad ha sido rescatada una y otra vez por nuestra capacidad de crear y amar: la familia es el centro de las dos. Nuestra capacidad ilimitada de destruir solo la iguala nuestra ingeniosa habilidad para recuperarnos.

En este libro he escrito sobre la caída de ciudades nobles, la desaparición de reinos, el ascenso y caída de las dinastías; sobre una crueldad tras otra, una locura tras otra, erupciones, masacres, hambrunas, pandemias y contaminaciones; pero una y otra vez en estas páginas la vitalidad y los pensamientos elevados, la capacidad de gozo y la amabilidad, la variedad y la excentricidad

de la humanidad, las caras de amor y la devoción a la familia lo recorren todo y, en mi caso, me recuerdan por qué empecé a escribir.

¡Que su júbilo se una al de todos!
¡Todo aquel que un alma al menos
sienta el deseo de llamarla suya!
¡Un fuerte abrazo, millones!
¡Este beso, para el mundo entero!
Friedrich Schiller, «A la alegría»

Deberías haber sido más cauto,
haber aprendido más del pasado:
allí estaban los antiguos libros de bambú,
estaba la historia, para que la estudiaras,
pero no los viste
Los tiempos cambian, el poder pasa,
por mucho que el mundo lo lamente.

LI QINGZHAO

La historia humana no es la batalla del bien empeñado en derrotar al mal. La batalla la libra un mal enorme que se

empeña en aplastar un pequeño núcleo de amabilidad humana. Pero si lo que hay de humano en los seres humanos no se ha destruido aún, ni siquiera ahora, entonces el mal nunca vencerá.

VASILI GROSSMAN

A menudo se aconseja a los gobernantes, los estadistas y las naciones que aprendan lo que la experiencia histórica les puede enseñar. Pero la lección de la experiencia y la historia es que las naciones y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia.

GEORG FRIEDRICH HEGEL

Miré en todas direcciones y todo parecía maravillosamente bello. Había estrellas que desde la Tierra no se ven ... mayores de lo que nunca hemos imaginado. Las esferas de las estrellas eran mucho más grandes que la Tierra; en realidad la Tierra parecía tan pequeña que nuestro imperio me provocaba desdén ... Quien eleve la vista y contemple ese hogar eterno, esa última

morada, no volverá a preocuparse por los chismorreos del común de las gentes o a depositar su confianza en recompensas humanas ... pues lo que los hombres dicen, muere con ellos y el olvido de la posteridad lo hace desaparecer.

CICERÓN

El vino es embriagador, ¡apresúrate!
El tiempo es escaso, ¡aprovéchalo al máximo!
Pues ¿quién sabe si la próxima primavera y su dulzura
lo hallarán polvo y ceniza u hombre vivo?

SAADI

Piensa en toda la belleza que aún te rodea y sé feliz.

ANNE FRANK

Bibliografía selecta

Esta es una obra de síntesis, basada en más de treinta años de viajes y lecturas sumamente diversas. Cada sección se basa en unas pocas obras clave, muchas de ellas de publicación reciente. Para aligerar un libro ya muy extenso, las obras clave, enumeradas por sección y tema, están disponibles en línea, en: www.simonsebagmontefiore.com.

Notas

1. Hemos adaptado algunos de los criterios que ofrece el autor en el original, de acuerdo con lo que es ya una tradición consolidada en los libros de historia en nuestro idioma. (*N. de la e.*)

1. No es el caso de los arqueólogos, que identifican el principio de la historia con el momento de la invención de la escritura.

2. En los Andes se halló a una guerrera adolescente enterrada con su lanza hacia 7000 a. C.; de las 27 tumbas de cazadores descubiertas en Suramérica para este período, 11 eran de mujeres. Es posible que las mujeres liderasen y combatiesen, además de criar o cuidar; también es posible que se trate de entierros meramente rituales.

3. La competencia era en efecto brutal: en la Europa de hacia 5500 a. C., numerosos poblados de antiguos agricultores quedaron aniquilados por invasiones o guerras contra enemigos desconocidos, que dejaron fosas comunes de cuerpos torturados, sin cabellera o canibalizados.

4. Hacia 3000 a. C., en Waun Mawn (oeste de Gales), los habitantes crearon un crómlech o círculo de menhires de «piedra azul». Algunas de estas piedras las trasladaron luego a una distancia considerable para levantar otro círculo mayor en Stonehenge (sur de Inglaterra, a más de 250 kilómetros).

5. En la ciudad de Lagash nos constan nombres de reyes y descripciones de las actividades de muchos de ellos; en Ur los miembros de las dinastías están enterrados en el «Cementerio Real».

6. Uno de los gobernantes de Uruk mencionados en la lista de sus reyes fue Gilgamesh, cuya narración mítica —la *Epopeya de Gilgamesh*, recogida por escrito hacia 2000 a. C. y conocida por la mayoría de los sumerios— refiere el ascenso de una familia (solo una) y el desarrollo de las ciudades. Gilgamesh es mitad dios, mitad hombre, y viaja con su amigo, el salvaje Enkidu, en busca de la vida eterna. Son viajes que reflejan las primeras empresas comerciales, que permitieron que el pedernal y la obsidiana llegaran a Sumer desde Anatolia. Enkidu, criatura de la naturaleza, será seducido por una ramera divina, pero la pasión sexual de la pareja agota el poder salvaje de Enkidu, que se establece entonces en la deslumbrante ciudad de Uruk. En la *Epopeya de Gilgamesh* un diluvio amenaza a la humanidad en su conjunto, lo que pone de manifiesto un tema recurrente en la historia universal: el miedo omnipresente a que el mundo acabe, un temor que entonces se sentía con la misma intensidad que hoy. Solo sobrevive la familia de Utnapishtim/Ziusudra, una figura semejante a la de Noé y a la vez un ejemplo paradigmático de una familia de la élite. Esta narración, que sirvió de inspiración a muchos libros sagrados, concluye con los dioses enseñándole a Gilgamesh los límites de la supremacía humana, una lección que *Sapiens* aún no ha terminado de aprender: «Se te ha concedido la realeza, que era tu destino; no así la vida eterna, que no estaba en tu destino».

7. Durante los distintos períodos se fueron favoreciendo versiones distintas del mito de Osiris. Osiris gobernaba la tierra, pero su hermano Seth se hizo con el poder y le asesinó. Isis, que era hermana y también esposa de Osiris, halló el cadáver y le devolvió la vida; quizá este sea el origen de la momificación. Su muerte y resucitación se relacionaban con la inundación anual del Nilo, que daba la vida al país. Pudo dejar embarazada a Isis, pero por la debilidad que padecía cayó al Duat, el inframundo, donde asumió el poder. El mundo fue heredado por su hijo, Horus, dios del Sol, de la Luna y las estrellas, y personificación de la vida y el poder. En el panteón egipcio había miles de dioses, pero los reyes gozaban de la protección de Horus; en cierto sentido, eran Horus. Al igual que a Osiris, se les permitía casarse con sus hermanas.

8. Keops tenía un bufón favorito, el enano Pernianju, de piernas cortas y torcidas, que vivía con el rey en el Gran Palacio. Se le apodaba «quien deleita a su señor cada día, el enano del rey», y el favor del que gozaba lo atestigua el hecho de que su tumba se situara en las inmediaciones de la mismísima Gran Pirámide. Adquirió una gran riqueza y tal vez incluso formó parte de una dinastía de enanos. A otro enano de la corte, Seneb, que sirvió al rey Dyedefre, uno de los hijos de Keops, también se le enterró en Guiza, muy cerca de Pernianju; es posible que fuera hijo de este. Seneb era un funcionario de primer nivel, con muchos títulos, que poseía miles de cabezas de ganado y contrajo matrimonio con una sacerdotisa de buena familia, que no era enana y le dio varios hijos. Se conserva una bella estatua que los muestra juntos. En las inmediaciones de la Gran Pirámide, Keops hizo enterrar también una embarcación de cedro libanés, de 42,5 metros de longitud, para su viaje al inframundo. Tras la muerte de Keops, en 2525 a. C., le sucedieron dos hijos, Dyedefre y luego Jafra. Ninguno intentó superar a su padre, aunque Jafra ordenó erigir una pirámide funeraria que aun siendo menor se emplazaba en un lugar más elevado. Contenía veinticinco estatuas de piedra blanca que le retratan sentado en el trono por delante del halcón Horus. Pero su obra maestra fue la figura de un león recostado cuya cara es la del propio rey: la Esfinge.

9. Los autores judíos de la Biblia lo tradujeron erróneamente como «Sargón», pero en realidad se referían a un rey muy posterior, Sargón II, de hacia 720-705 a. C., en el período neoasirio.

10. Algunos expertos consideran que se trata de una descripción de Acadia, otros insisten en que hace referencia a Babilonia, la ciudad más importante cuando se pusieron por escrito las versiones posteriores de la *Epopeya*.

11. Sus gobernantes vivían en palacios enlucidos, con grandes columnas de basalto; la gente corriente, en casas de bajareque (palos entretejidos con cañas y barro) distribuidas en terrazas colosales. Se perforaban el cuerpo con espinas; es posible que practicaran sacrificios y sangrías; usaban hule para las pelotas de sus juegos rituales. Desconocemos el nombre de la ciudad —hoy la llamamos San Lorenzo— y el de sus habitantes. Mucho más adelante los mexicas los llamaron *olmecas* («pueblo del hule»).

12. El ascenso de la cultura aria se produce entre 1500 y 500 a. C., aunque quizá la continuidad entre las culturas aria y del valle del Indo sea superior a lo que se había tendido a pensar. Tres milenios más tarde, en Europa, los ideólogos nazis se incautaron del término *ario* en beneficio de su ideología racista. En esa misma época Reza Shah, del que hablaremos más adelante, cambió el nombre de Persia por el de Irán (es decir, «Aria»). En la India actual los nacionalistas hindúes rechazan la idea de que la raza o la fe india, en especial la hindú, se haya originado en Europa. Pero en Asia central, que durante mucho tiempo se conoció con el nombre de Ariavarta («Morada de los Arios»), esto no afecta a la raza sino a la lengua y la cultura: el antiguo persa (avéstico) y el sánscrito están estrechamente relacionados; las narraciones y los rituales del *Avesta* persa son similares a los del *Rigveda* indio y otros relatos védicos, y al *Ramayana* con sus cuentos de familias y reyes ideales. Los últimos estudios de ADN realizados en la India revelan que en su mayoría la población desciende de una mezcla de los habitantes originales del sur del país (los harappíes) y pueblos esteparios relacionados con los iranios.

13. Aunque los historiadores del siglo XIX hablaban de la civilización minoica (a partir del mítico rey Minos), no hay pruebas de que el sistema de gobierno fuera monárquico; quizá la «sala del trono» fuera una sala de reuniones del consejo, o un templo para rituales. Es posible que los cretenses adorasen a las diosas retratadas en sus frescos. A veces se ha sugerido que se trataba de las mujeres que gobernaban el país, pero de hecho no hay pruebas de lo uno ni de lo otro. Su lenguaje aún no se ha descifrado.

14. Aunque los egipcios no comprendieran los peligros del matrimonio incestuoso, redactaron guías médicas y ginecológicas, que conservamos en papiros que, junto con otros textos de la época, revelan cuántas cosas sabían... y cuántas se les escapaban. Se consideraba que las enfermedades eran causadas por demonios y malos espíritus, y podían curarse tanto por magia como mediante tratamientos. Los médicos, que a menudo eran asimismo sacerdotes, estaban especializados, desde el «médico de los ojos» al «pastor del ano». Dyoser had Hesy-Ra fue «jefe de dentistas y médicos» hacia 270 a. C., y hacia 2400 había una jefa de medicina, llamada Peseshet. Se daba a luz en posición arrodillada, con la supervisión de comadronas. Sus médicos creían que había canales que conectaban el corazón con el resto del cuerpo. Para el dolor se recurría al opio; para las quemaduras, al aloe; la epilepsia se trataba con alcanfor; las heridas se vendaban. Las pruebas de embarazo consistían en depositar la orina femenina sobre semillas de cebada y farro; si crecían, la mujer estaba embarazada; si crecía la cebada sería una niña, en el caso del farro, un niño. La fertilidad femenina se verificaba insertando una cebolla en la vagina; si a la mañana siguiente el aliento de la mujer olía, era fértil. Otras medidas eran más razonables: si el perineo estaba «muy inflado por el alumbramiento había que prepararse y empapar de aceite la vagina». Como anticonceptivos femeninos se usaban pesarios de leche agria, miel, natrón o resina de acacia (esta última se sabe que es en efecto espermicida). Los excrementos de cocodrilo se consideraban un anticonceptivo indirecto. En el caso de una violación se recomendaba: «Instrucciones para una mujer que sufre en la vagina y los miembros después de haber sido apaleada ... el remedio es que ingiera aceite hasta que se encuentre bien».

15. Estos títulos ponen de manifiesto la complejidad de la corte: hay un Portador del Sello Real, un Caballero del Dormitorio, un Portador del Abanico del Señor de las Dos Tierras... Pero la seguridad era esencial. «Los Ojos del Rey» estaba al cargo de los secretos de la corte. Los guardaespaldas reales eran nubios, pero también micénicos del Egeo. Con frecuencia los policías eran asimismo nubios.

16. La definición de «vida después de la muerte» había cambiado desde los días de Seneferu. En aquella época solo los reyes eran considerados dignos de la vida de ultratumba; pero en este momento los grandes funcionarios también inscribían en sus tumbas los textos sagrados necesarios para lograr la divinidad y la resurrección. La nueva familia real promovió el culto a Osiris, dios de la tierra y señor del inframundo, que supervisaba el renacimiento después de la muerte con la ayuda de los dos dioses de los cielos: Ra y Horus. Los egipcios manejaban diversos conceptos del alma de los muertos: el *ba* existía en paralelo al individuo, pero en la muerte viajaba de día junto con el sol y de noche se unía al cuerpo momificado junto con Osiris. El *ka* era un espíritu inmortal, a condición de que se le alimentara, y permitía que los muertos viajaran al inframundo para ser juzgados por Osiris. Se trataba de un viaje aterrador que, según los escritos que conocemos como *Textos de los sarcófagos*, concluía en el Campo de las Ofrendas. Aquí se enfrentaban a una alternativa aterradora, entre la vida eterna y la condena a un infierno donde había que comer excrementos y beber orina. Aunque si se les elegía, entraban en un mundo paradisíaco. Todo dependía de que la momia sobreviviera en la tumba. Por si acaso, ahora a los egipcios se les enterraba con un *shabti*, una figurita funeraria que sustituiría a la momia si esta resultaba destruida, para que el *ba* pudiera regresar cada noche.

17. En la base de uno de los tres pares de obeliscos que Senenmut eligió y transportó desde Asuán, Hatshepsut dejó inscrita su defensa racional de la ascensión al poder: «Esto he levantado por amor a mi padre Amón ... Así lo anuncio para la gente que vive en el futuro y observará este monumento que hice para mi padre ... Él [Amón] dirá: "¡Es muy propio de mi hija, tan leal a su padre!", pues yo soy su hija». Ninguna hija ha amado nunca a su padre con tanta esplendidez. Sin embargo su obra maestra fue Dyeser Dyeseru (el «Sanctasanctórum»): el templo funerario de Hatshepsut es un complejo de terrazas labradas en la superficie de la roca.

18. Es infrecuente escuchar la verdadera voz de un faraón. Amenofis II hacía escarnio implacable del libertino séquito de su virrey nubio: «Tú, en la remota Nubia, eras un héroe que, montado en su carro, traía botines de todos los países extranjeros; ahora eres el señor de una esposa de Babilonia, de una sirviente de Biblos [Líbano], una joven de Alalaj y una bruja vieja de Arapja. ¡Estos sirios son inútiles! ¿Para qué valen?». Cuando el virrey mostraba una confianza excesiva en sus súbditos nubios, el faraón reclamaba: «No te fíes de los nubios, ve con cuidado con su gente y sus brujerías. ¡Cuidado con ese sirviente al que has ascendido!».

19. En la Casa de la Correspondencia Faraónica de la ciudad de Ajetatón se han descubierto 380 cartas que revelan una correspondencia fascinante, escrita en babilonio y cuneiforme, con otras potencias mundiales. Los Grandes Reyes de la época se enorgullecían tanto de pertenecer al selecto club de los árbitros del mundo —como si dijéramos, lo que hoy es el G7— que los líderes se trataban entre sí de «hermanos». Como en nuestros días, todos eran muy susceptibles en lo relativo a la propia condición. Las dos potencias principales eran Egipto y Hatti.

1. Al mismo tiempo *habiru* podría ser una primera referencia a los «hebreos», posteriormente más conocidos como «judíos».

2. El elemento central de la capital era la Casa de Atón, situada al lado de la Casa del Faraón y el departamento estatal, la Casa de la Correspondencia del Faraón, guardada por los colosos de Ajenatón y Nefertiti. Cada día la familia real montaba en carros ceremoniales para dirigirse del palacio al templo, en compañía de sacerdotes y protegida por guardaespaldas armados con bastones. El artista real («el escultor Thutmose, favorito del rey y maestro de obras») contaba con un taller propio especializado en nefertitis. Esculpió tanto a la reina adolescente —famosa por su belleza, con los ojos de cuarzo pintado de negro sujetos con cera de abeja, y la corona azul— como a la mujer adulta desnuda, cuando ya era madre.

3. El gigantismo presuntuoso y grandilocuente de su visión perdura en nuestros días en los cinco, sobre todo en su espectacular obra maestra, el Templo de Ramsés Unido con Tebas, de 4,5 hectáreas de extensión y coronado por un coloso de Ramsés. Estas obras expresaban no solo la plenitud de su poder, sino también su apoteosis como dios viviente.

4. Justamente en esta época, un escriba de la corte, Any, apuntó unos consejos de vida para su hijo, que nos permiten atisbar cuáles eran los valores familiares conservadores del antiguo Egipto: «La verdad es un mensaje de Dios», «Mantente alejado de los rebeldes» y «Desprecia a la mujer de mala reputación, no intentes dormir con ella», además de «Devuelve con generosidad el pan que tu madre te daba: mantenla, como ella te mantuvo a ti». Pero el alma y la eternidad siempre están en el pensamiento de los egipcios: «No te pierdas en el mundo exterior hasta el punto de descuidar el lugar de tu descanso eterno».

5. Sobre Europa sabemos mucho menos, pero se trataba de un mundo violento. Los pueblos célticos migraron desde el este y se asentaron en Europa central. Hacia esta época se asesinó a 1.400 personas, incluidos mujeres y niños, en el valle de Tollense (actual frontera germano-polaca), en lo que parece haber sido una emboscada contra una caravana comercial. La muerte se produjo por aplastamiento del cráneo.

6. Los huesos se depositaron en torno del ataúd lacrado, junto con un despliegue de vasijas de bronce (algunas, grabadas con el nombre de la dama), 560 horquillas, 700 piezas de jade, ópalo y marfil, labradas como figuritas de dragones, fénix y elefantes, y sus hachas de combate favoritas, entre 130 armas. No fue la única mujer comandante en los ejércitos de Wuding, y en la historia china hubo mujeres al mando de ejércitos hasta por lo menos la dinastía Tang, en el siglo VII.

7. Los micénicos compraban estaño en Afganistán y ámbar del Báltico, y recorrían el Mediterráneo de Grecia a Italia y España. Uno de los primeros pecios documentados por la ciencia histórica de la (démosle este nombre) naufragología se fecha hacia 1300 a. C. y contiene productos originarios de puntos tan distantes como Babilonia e Italia, lo que sin duda demuestra que ya existía una red euroasiática.

8. El hijo, Merneptah, tuvo que sofocar rebeliones en Libia, Nubia y Canaán, donde, entre las tribus cananeas que menciona en su inscripción de la victoria, habla de «Israel». Se trata de la primera referencia expresa al pueblo judío.

9. La división de la historia primitiva en Edad de Piedra, de Bronce y de Hierro la concibió en 1825 el historiador danés Christian Jürgensen Thomsen. En África subsahariana no hubo una Edad de Bronce prehistórica: se pasó de crear útiles de piedra a producir herramientas de hierro. Para algunos autores, la aparición repentina de la tecnología metalúrgica apoya la hipótesis de que esta tecnología se difundió en África desde fuera del continente. Sin embargo en fechas más recientes se ha defendido que la metalurgia del hierro se desarrolló de forma independiente en uno o varios centros, posiblemente en Nok (Nigeria) o Kush (Sudán).

10. Los israelitas llegaron a Canaán después de haber sido esclavizados en Egipto muchos siglos antes, según la Biblia. Pero en contra del relato bíblico de la conquista, aunque probablemente a algunos pueblos locales sí los derrotaron en combate, con otros entablaron alianzas matrimoniales.

1. Gracias a la influencia omnipresente de la Biblia, el libro universal, David y Salomón fueron los primeros miembros de un club muy selecto de gobernantes ideales, que más adelante incluyó a Alejandro Magno y Julio César. Sirvieron de modelo de excelencia a los futuros monarcas de Europa, Oriente Próximo y África hasta bien entrado el siglo XX de la historia mundial. La capital de David y Salomón, Jerusalén, se convirtió también en ejemplo de la ciudad sagrada perfecta. La Biblia es una biblioteca de textos sagrados diversos, escritos mucho más adelante por autores anónimos judíos, durante el exilio en Babilonia. Muestra un punto de vista puro, en lo relativo a la religión: el monoteísmo del reino de Judá, y un sesgo negativo contra el reino de Israel, más cosmopolita. Como todos los textos sagrados, abundan las referencias oscuras; pero en ocasiones también vale como fuente histórica y mitológica.

2. Los griegos los llamaban «fenicios» porque su producto más codiciado era un tinte púrpura (el *fénix* o *púrpura fenicia*), obtenido de los moluscos Murex (cañadillas).

3. Los camellos, con dos gibas, en Bactriana, y dromedarios, con una sola giba, en Arabia, habían sido domesticados para la producción de leche entre el cuarto y el tercer milenio a. C.; luego se los usó como animales de carga y montura. Ya eran un elemento central de la vida árabe por sus funciones de moneda, transporte y alimento; cuando un caudillo árabe fallecía, se enterraba con él a su dromedario favorito, o se le dejaba cojo junto a la tumba, para que muriera allí. Aunque los caudillos árabes ya se habían enfrentado a los asirios, sus tropas también eran apreciadas como mercenarias. Los dromedarios transportaban a los guerreros árabes, que luego cambiaban de montura y entraban en la batalla al galope de caballos.

4. Shalmaneser III murió enfrentándose a una rebelión de sus hijos, uno de los cuales ascendió al trono como rey Shamsi-Adad. Su reina era Shammuramat, una princesa babilónica a la que los griegos conocían como Semíramis. A la muerte de Shamsi-Adad, en 811 a. C., Adad-Nirari III era tan solo un niño; por lo tanto Semíramis tomó el poder. Adoptó el título de «Rey del Universo, rey de Asiria, nuera de Shalmaneser, rey de las Cuatro Regiones del Mundo» y se hizo con el respeto de los marciales asirios. Como un verdadero rey de Asiria, Shammuramat encabezó a los ejércitos en la batalla y murió en combate, en Irán. Pero gracias a la reina, Asiria retuvo su poder.

5. El nombre del monte Ararat es un raro vestigio geográfico de la existencia de Urartu, pero en Turquía y Armenia se han excavado muchas ciudades urartianas. Elam también era un reino poderoso; su pueblo hablaba una lengua que carecía de semejanzas con las otras lenguas regionales; su capital, Susa, era una ciudad amurallada famosa, mientras que su templo principal era un zigurat de 53 metros de altura. Este templo situado en Choga Zanbil es, según Lloyd Llewellyn-Jones, «el zigurat mejor preservado hasta nuestros días, un monumento al ingenio y el poder de Elam».

6. Es probable que su abuelo fuera el conquistador Tiglath-Pileser, pero según otros estudiosos Sargón era un usurpador. La misión de los reyes asirios empezaba por ampliar los territorios del dios Ashur; luego había que legislar y gobernar con justicia, enriquecer al país y servir a todos sus dioses. Los relieves de palacio y los anales históricos describen sus batallas y masacres, pero con una exageración deliberada. Con sus deportaciones se pretendía obstaculizar las rebeliones y aumentar la población de la zona central de Asiria.

7. La Casa de Alara, que aún utilizaba títulos faraónicos y sepultaba a sus reyes en pirámides, gobernó en Kush durante varios siglos más. Con el tiempo trasladó la capital hacia el interior de Sudán, a Meroe, para protegerse mejor de las invasiones egipcias.

8. La monarquía asiria adoptó como motivo característico la muerte del león. Los leones iraquíes eran más pequeños que los de África. Las bestias eran acorraladas por ejércitos de batidores, y eunucos protegidos por mastines las dirigían hacia el rey, todo ante la entusiasta contemplación de las masas. Era un acto religioso, era un deporte y era entrenamiento para la guerra. Después de la caza el rey celebraba así: «Yo, Asurbanipal, rey del universo, rey de la tierra de Ashur, dotado de la fuerza suprema por Ashur y Ninlil, que mataron leones con el terrible arco de Ishtar, la señora de las batallas, he ofrecido una libación de vino sobre sus cuerpos».

9. Los medos y persas ¡guiados por una clase de sacerdotes divinos, los *magui* (raíz de nuestras palabras *mago, magia*), concebían el mundo como un duelo infinito entre la luz y la oscuridad, la verdad y las mentiras, regido por Ahura-Mazda, el dios que dio el fuego a los humanos y era la divinidad de la luz, la sabiduría y la verdad. Se inspiraron en un profeta ario, Zoroastro, quien tal vez vivió en Bactriana durante el segundo milenio, o tal vez mucho más tarde, en los tiempos de Ciro o Darío. Solo se preservaron fragmentos de su vida: su nacimiento, como un bebé que reía en lugar de berrear; la visión que tuvo a los treinta años, cuando vio a un ser de luz que le reveló la verdad del Señor del Conocimiento, Ahura-Mazda, representación del *asha* —orden y verdad— enfrentada a la oscuridad de Angra Mainyu (el Espíritu Destructivo), representación del *druy*, el caos y las mentiras. Buena parte del zoroastrismo, expresado en el *Avesta*, texto sagrado de los persas, se asocia con la religión hindú por referirse a dioses indios como Mitra; el origen debió de ser compartido, indo-iranio. A diferencia de Jesucristo, pero a semejanza de Mahoma, Zoroastro se casó y tuvo hijos. Y como Jesús, murió violentamente; en su caso por la daga de un asesino, cuando contaba setenta y siete años.

1. Sus libros se juntaron para formar la Biblia, un texto excepcional porque atestigua la supervivencia excepcional del pueblo y el credo de los judíos frente a la destrucción política y material. Pero el libro adquirió una significación universal porque el fundador del cristianismo, Jesús, era un judío practicante que veneraba e hizo realidad sus profecías. A su vez Mahoma, fundador del islam, estudió y veneró tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, citados a menudo en su propio texto sagrado, el Corán (*Quran*), lo que también los hizo sagrados para el islam. Los indicios de que el relato bíblico de la Torre de Babel recibiera la influencia del zigurat babilónico son muy débiles y no hay pruebas de que los judíos deportados a Babilonia odiaran el zigurat o lo llamaran por un nombre distinto del de «templo de Marduk». Por otro lado quizá Babilonia influyera en el Libro del Apocalipsis, pero la referencia a las prostitutas probablemente es una metáfora mucho más tardía, referida al imperio romano.

2. Según el historiador griego Heródoto, que escribía un siglo más tarde, Astiages (Rishtivaiga) tuvo una pesadilla en la que Mandana orinaba un chorro dorado que inundó todo el imperio. Pero cuando Mandana quedó embarazada, Astiages soñó que una viña nacía de su vagina hasta entrelazar el territorio de toda Asia: el hijo que uniría a los medos y los persas. La historia persa ha quedado completamente helenizada.

3. Los persas y medos «introdujeron el uso de pantalones en el mundo», ha escrito Lloyd Llewellyn-Jones. En Egipto, Grecia e Irak solían vestirse túnicas de tela ligera. En 2008 se descubrió en una mina de sal iraní el cuerpo momificado de un niño de hacia 500 a. C., vestido con chaqueta y pantalones bombachos «de harén». A Heródoto los pantalones le parecían de una vulgaridad extrema: «Los atenienses fueron los primeros griegos que tuvieron que soportar la vista de la vestimenta persa». Pero los pantalones habían llegado para quedarse.

4. Los griegos habían empezado a escribir breves apuntes en las copas que usaban para beber. Hacia 750 a. C., en uno de los primeros ejemplos conocidos, del asentamiento griego de Isquia, en la bahía de Nápoles, cierto Néstor escribió tres versos en su copa que combinaban métrica, relato, teología, sexo y bebida: «Soy la copa de la que Néstor bebe en abundancia. Quienquiera que de esta copa beba, pronto sentirá un deseo ardiente por Afrodita de la bella corona».

5. Veían el mundo como un sistema que podía ser estudiado por los amantes del conocimiento, los *philósophoi*. Hacia 500 a. C., uno de estos filósofos, el inconformista Heráclito de Éfeso, fue el primero en utilizar la palabra *cosmos* —orden— para designar el universo. «La existencia de todas las cosas se debe al conflicto de los opuestos», dijo; «Todo fluye», todo está en una evolución constante; «Nadie pisa el mismo río dos veces». Su perspectiva sobre la infalibilidad de los dioses y los reyes no ha perdido relevancia: «La eternidad es un niño que mueve las piezas de un juego; el poder de los reyes es como un juego de niños». También fue el primero en definir la guerra como uno de los motores del desarrollo humano: «La guerra es el padre de todo y el rey de todo; y a algunos los muestra como dioses, a otros como hombres, a unos los esclaviza, a otros los libera».

6. Entre 750 y 650 a. C., diversos escritores personalizados luego bajo el nombre de «Homero» escribieron dos poemas épicos, *La Ilíada* y *La Odisea*, que canalizaban antiguos relatos micénicos. Homero llamaba a los griegos *argivos* o *aqueos*, pero en el poema *Catálogo de mujeres* se inventó a un antecesor común, Helena, que haría fortuna para darles nombre: los *helenos*. Los primeros en llamarlos griegos (*Graeci*) fueron los romanos, después de establecer contacto por primera vez con una tribu de esa lengua.

7. Esto era algo común a todas las sociedades de la antigua Grecia: no había concepto de identidad sexual. La relación entre un hombre mayor —el *erastés*— y un joven por lo general de entre quince y diecinueve años —el *erómenos*— era un estadio normal de la vida masculina; en su mayoría los hombres se casaban, tenían hijos y a la vez mantenían amistades íntimas con otros hombres. Sin embargo la posición de superioridad sexual estaba reservada para el hombre viril.

8. En la fase de apogeo de Atenas un tercio de su población estaba esclavizada.

9. Había también otro tipo de Estado griego. En la zona agreste y montañosa del norte, más cerca de los pueblos balcánicos y la estepa euroasiática, los reinos griegos de Macedonia y Épiro eran *ethne*, Estados semitribales que se convirtieron en monarquías militares.

10. La familia Egibi fue la primera dinastía empresarial de la historia (que sepamos): negociaban con propiedades, tierras, esclavos, mercancías y préstamos y tuvieron habilidad para sobrevivir a diversas dinastías y conquistas. Un archivo de 1.700 tablillas de arcilla revela sus tratos durante cinco generaciones, entre aproximadamente 600 y 480 a. C., con noticias de pagarés y repartos de tierras. Casaron a sus hijos con las hijas de otras familias ricas. Las dotes incluían tierras, plata, esclavos y negocios completos. Empezaron como administradores de tierras, en tiempos de Nabucodonosor II, y con Nabunad llegaron a ser jueces; en ese momento pasaron a servir a Ciro y aún prosperaron más con el gobierno de su sucesor, Darío. Pasaron de prestar dinero a los gobernantes a servir como altos funcionarios de los Grandes Reyes.

11. El Cilindro de Ciro es el documento de relaciones públicas más exitoso de la Antigüedad. Su reputación como «primera declaración de los derechos humanos» es absurda: ni Ciro ni su época tenían ningún concepto de derechos humanos.

12. Los redactores judíos de la Biblia basaron su idea del Jardín del Edén en el *pairidaeza* persa.

13. Los escitas eran jinetes excelentes, pero destacaban igualmente en la artesanía. Como los persas (que también eran arios), adoraban al fuego como al principal de sus siete dioses, cuyas relaciones con los hombres contaban con la mediación de chamanes transgénero. «Su tóxico favorito era el hachís con leche fermentada de yegua», escribió Heródoto. Los escitas preferían los artefactos de plata y oro, bellamente trabajados; pero su civilización ritualizó la agresividad. A los enemigos los crucificaban y decapitaban, les cortaban la cabellera (una costumbre que se desarrolló paralelamente en el Nuevo Mundo y el Viejo) y los azotaban; usaban sus pieles para fabricar carcajes, se bebían su sangre y abrían las cabezas por debajo de la ceja para poder utilizarlas como copas. De cada cien prisioneros de guerra siempre se sacrificaba a uno. En cuanto a sus propios muertos, los escitas los despojaban del cerebro y las entrañas, para comérselas, y los enterraban en cámaras funerarias llenas de artefactos de oro, personas y animales sacrificados (esclavos, parientes, caballos), siempre debajo de túmulos.

14. Heródoto es nuestra única fuente para esta historia escita en la que la muerte de Ciro refleja el concepto griego de los reyes persas como tiranos voraces y afeminados.

15. Los persas sepultaron las entrañas de Ciro en un sarcófago de oro, en un templo sencillo de estilo lidio, que aún se preserva cerca de su paraíso de Pasargadas.

16. Según Heródoto y otras fuentes griegas, se había vuelto «medio loco»: había sacrificado al toro sagrado de los egipcios, Apus; usaba a humanos como blancos vivos de sus ejercicios de puntería; había asesinado a su esposa y enterrado a doce nobles cabeza abajo; y para enseñarle justicia a un juez corrupto lo despellejó, curtió la piel y usó el cuero para hacer una silla que luego ofreció al hijo de la víctima, que sucedía al padre como juez, diciéndole: «Recuerda dónde te sientas».

17. Esta historia la narran tanto Heródoto como Ctesias, historiador y médico de la corte, dando a entender que Darío alcanzó el trono con engaños; un comportamiento típicamente persa, desde la perspectiva de los griegos. El relato de la jugada vagino-equina del rey ponía de manifiesto la importancia de los caballos en la cultura persa-meda. Se sacrificaron caballos regularmente en honor de Ciro. El relato se basaba en una práctica persa habitual, la hipomancia: adivinación a partir del comportamiento de los caballos.

18. Con los años, Atossa se descubrió un tumor en el pecho. La mayoría de los médicos de Darío eran egipcios, pero el rey había apresado también a un médico griego, Democedes, quien le curó una fractura de tobillo. Democedes vivía espléndidamente en su condición de médico del rey, pero ansiaba regresar a sus tierras. En este punto operó con éxito a Atossa y le extirpó el tumor, en la primera mastectomía conocida. Cuando se le permitió incorporarse a una embajada de Persia con destino a Grecia, aprovechó la ocasión para escapar.

19. El hinduismo en sí se compone de una diversidad de creencias, prácticas y escrituras. Muchas de sus tradiciones surgieron de los *Vedas* («el conocimiento»), redactados aproximadamente entre 1500 y 500 a. C. y presentados como fruto de una revelación divina; y de los otros textos védicos sagrados, entre ellos los Puranas («antiguos», escritos a partir de 300 d. C. aproximadamente). Los Vedas incluyen himnos litúrgicos y orientación para los brahmanes (sacerdotes); solo ellos estaban autorizados a utilizar los Vedas en rituales.

20. Al mismo tiempo, en China, dividida en reinos guerreros, un filósofo creó su propio orden moral, fundado en una visión ética de China como un reino de familias, una jerarquía que empieza en el soberano y se extiende hasta el dominio de un padre sobre su familia. Kong Qiu, luego conocido como maestro Kong (en el siglo XVII los jesuitas latinizaron su nombre, y de ahí procede nuestro *Confucio*), era un pragmático y entusiasta, y no solo un ascético sin sangre en las venas. «¿Por qué no habláis de lo apasionado que soy?», solía decirles a sus adeptos, y en efecto disfrutaba de montar a caballo y de cazar. Pero al tener que hacer frente a una serie interminable de guerras y juegos de poder abogó por una senda moral, «el Camino»: «Cuando el Camino impere bajo los cielos» habrá orden; en su ausencia, habrá caos. Sin embargo también predicaba el valor de la amabilidad: «¿Existe una palabra capaz de orientar a una persona durante toda la vida? ¿Valdría "reciprocidad"?», le preguntó a un seguidor. «Nunca impongas a los demás lo que no elegirías para ti», dijo también. Sus ideas las desarrolló y estructuró un discípulo de la cuarta generación, Mengzi (Mencio). Los *Analectos* de Confucio, escritos antes de 200 a. C., proponían reinos ordenados, gobernados por reyes guiados por la virtud y asesorados por sabios como él mismo; las oraciones instaurarían una armonía divina en el cosmos que, a su vez, generaría la armonía moral en la tierra.

1. Mardonio era hijo del sobrino del Gran Rey y también su yerno, al estar casado con una hija de Darío, Artozostra. En una de las pocas tablillas familiares halladas en los archivos reales, se afirma: «Darío el rey ordena: “Dad cien ovejas de mi hacienda a mi hija Artozostra. Abril de 506”». La carta, que no se escribe en el persa de sus inscripciones reales sino en elamita, revela que daba órdenes orales que sus cortesanos pasaban a tablillas para luego enviarlas.

2. «Tú que pasas por aquí, ve a decirles a los espartanos que aquí yacemos, en obediencia a sus leyes», decía una inscripción conmovedora.

3. Poco después de Salamina nació en Halicarnaso (Jonia, a la sazón territorio persa) un griego de buena familia, que luego se mudó a Atenas, desde donde viajó por el mundo euroasiático: visitó Egipto (posiblemente con una flota ateniense), Tiro y Babilonia antes de quedarse en una colonia ateniense en Calabria (Italia). A sus treinta y cinco años empezó a escribir lo que denominó «resultado de una investigación» cuyo propósito era «impedir que el tiempo borre las huellas de los hechos humanos y preservar la fama de los logros importantes y notorios». Era Heródoto; investigación, en griego, era *historía*, y su libro se llamó *Historiai*. Heródoto inventó la prosa histórica como género y la historia como ciencia de hechos demostrados —muchos de los que cuenta se han confirmado como tales, aunque una parte resulte estrafalaria—, pero también como arma cultural. Aunque numerosos griegos habían luchado a favor de los persas (tantos como en contra de ellos), su historia ayudó a crear un relato de la superioridad occidental (helénica) frente a la bárbara autocracia persa. Las narraciones de Heródoto eran típicas de una versión griega de la historia de Persia que influyó sobre toda la historiografía occidental hasta los siglos XVIII y XIX, una fase en la que los europeos se remontaban a los antiguos griegos para atribuirse la superioridad cultural sobre los asiáticos y otros pueblos.

4. Promovió la obra teatral *Los persas*, de Esquilo, el primer ejemplo de literatura que planteaba la leyenda de la superioridad de Grecia frente al despotismo de Persia.

5. Con frecuencia se manumitía (se daba la libertad) a los esclavos —como escribió Jenofonte más adelante, «los esclavos necesitan más de la esperanza que los hombres libres»— y los hijos engendrados por los amos con mujeres esclavizadas nacían libres, a diferencia de lo que ocurrió en la esclavitud del Atlántico.

6. Sócrates utilizó el juicio para fomentar sus ideas. Se le ordenó ingerir un veneno. Platón, que fue pupilo de Sócrates, preservó las enseñanzas del maestro y, en su *República*, propuso un Estado ideal. La búsqueda de la verdad por parte de estos dos filósofos formaba parte de un interés creciente de los griegos por la humanidad: su contemporáneo Protágoras defendía que «el hombre es la medida de todas las cosas», mientras que en la isla de Cos, Hipócrates, que era médico —como su padre y sus hijos—, empezó a categorizar y diagnosticar enfermedades causadas por la naturaleza (y no los dioses). Se cuenta que apuntó que una hinchazón de los dedos podía ser un síntoma de una dolencia cardíaca. Una de las enfermedades que aquellos médicos identificaron recibió el nombre de *karkinos* («cangrejo»), más conocida por nosotros en su versión latina: cáncer.

7. Los mundos de Persia y Grecia estaban estrechamente interrelacionados. Aunque los escritores griegos defendieron la superioridad propia, en realidad la mitad de los griegos vivían en el imperio persa. Incluso el vencedor de la batalla de Salamina, el *strategos* ateniense Temístocles, acabó por servir a Jerjes; Alcibíades se sentía igual de cómodo con los sátrapas persas que con los reyes de Esparta. Jenofonte, el joven comandante de Ciro, tuvo que combatir duramente para poder regresar a Grecia, una gesta que narra en su *Anábasis*, que son las primeras memorias conocidas de un militar. En cuanto a nuestra fuente para la corte persa es su médico real, el griego Ctesias.

8. Sisygambis, la madre de Darío, era pragmática y no se dolió de su muerte, pues nunca le perdonó que la hubiera abandonado en Iso. «Tengo un hijo que es el rey de Persia», dijo, pero en referencia a Alejandro.

9. Quiliarca significaba «comandante de un millar» y era una versión griega del rango persa *hazahrapatish* (Señor de los Mil) que designaba a un mariscal de campo y jefe de gobierno del Gran Rey.

10. En Atenas, mientras Alejandro, con la convicción de ser un dios, se abría paso hacia la India, su tutor Aristóteles, que había sido discípulo de Platón, daba clases a estudiantes en su Liceo. Los experimentos de Aristóteles con los organismos naturales abrieron paso a la investigación por medio de la experimentación, que luego fue el fundamento de la ciencia. También exponía su filosofía de que el ser humano debe «aspirar a vivir de acuerdo con lo más excelente que posee», es decir, la razón.

11. Seleuco, que empezó como paje del rey Filipo, fue uno de los pocos paladines que se sintieron satisfechos con su matrimonio persa: se casó con Apama, hija de un caudillo bactriano, Spitamana. Fue una unión feliz que dio origen a una de las grandes dinastías del mundo antiguo.

1. El sacerdote Manetón, consejero egipcio de Tolomeo, fue el gran historiador que distribuyó a los faraones egipcios en las dinastías que todavía utilizamos en nuestros días.

2. Fue Tolomeo quien planeó construir un distrito real propio, en los alrededores de la Soma, la Tumba de Alejandro. En la isla de Faro añadió la estructura que en castellano aún se conoce con el nombre de aquella isla: un *faro* de unos 120 metros de alto, que fue considerado una de las maravillas del mundo antiguo. También creó el Museion o santuario de las musas —el primer museo—; una academia para el estudio de Aristóteles; y la gran biblioteca para la cual debían traducirse al griego todas las obras del mundo entero. Tolomeo acogió con los brazos abiertos a intelectuales de todo el ámbito griego.

3. Chandragupta contó con la guía del semimítico Chanakia. Durante mucho tiempo se pensó que Chanakia había escrito al menos una parte del *Arthashastra* («Arte de gobernar»), un tratado sobre cómo permanecer en el poder: «Una guerra es tan fácil perderla como ganarla. La guerra es impredecible. Evitad la guerra». Chanakia comprendía la esencia de la política —«la raíz de un gobierno justo requiere el triunfo de la contención personal»— y utilizó la antigua imagen india de la rueda para describir el *rajamandala*, o círculo de reinos, con tributarios alrededor de un imperio poderoso. El *Arthashastra* se presenta bajo la autoría de Kautilia; se pensaba que este era otro nombre de Chanakia, pero hoy se tiende a creer que Chanakia no lo escribió.

4. Supuestamente Filadelfos tenía nueve amantes entre las cuales había una estrella: Belístique, una belleza griega, magistral en las carreras de carros, quien —en contra de las normas que vetaban la participación femenina— logró entrar en los Juegos Olímpicos, venció y se mudó a Alejandría como amante de Filadelfos, con quien tuvo un hijo. Esta deportista temeraria y aficionada a los placeres fue tan celebrada que, a su muerte, Filadelfos hizo que la deificaran y enterraran en el templo de Sarapis.

5. Se sabe muy poco de Ashoka, más allá de sus inscripciones, que sin duda se inspiraron en las de los Grandes Reyes persas y es probable que sean exageradas. La presente narración trata de descifrar los mitos de Ashoka desde el punto de vista de fuentes brahmánicas y budistas de Sri Lanka y la India.

6. El concepto del emperador consistía en crear una versión de ultratumba de su propio imperio. Bajo unos techados de cúpula que representaban el cielo y las estrellas fluían ríos de mercurio con líneas de bronce —símbolo de los ríos Yangtsé y Amarillo—, mientras 7.500 soldados de terracota vigilaban los accesos a la tumba, con el refuerzo de trampas con ballestas. Las estatuas se diferenciaban de la escultura china precedente por ser realistas en el físico y las caras. Algunas tenían bigote, otras, moños, algunas, panza; muchas tenían ojos distintos; todas disponían de una panoplia completa de armamento y armadura. La mayoría se construyeron a partir de una cantidad limitada de partes modulares, pero a los generales es probable que se los esculpiera a partir de modelos reales. La inspiración quizá surgió de la clase de figuras más pequeñas que se han hallado en tumbas de los Reinos Combatientes, pero también es posible que la influencia procediera de la escultura griega, que habían difundido hacia Oriente Seleuco y sus compatriotas griegos. Sima Qian, historiador del siglo I a. C., es la fuente de los relatos escandalosos sobre la locura y las crueldades de Ying; pero en realidad podría tratarse de descripciones indirectas de su propio señor, Wu, el emperador Han.

7. La muerte de Ashoka derivó en una batalla feroz por la sucesión, no solo entre los distintos príncipes, sino entre brahmanes, budistas, jainistas y ayivicas, que venció temporalmente en 232 su nieto, hijo de Kunala, Dasaratha Mauria; pero a la postre la corona recayó en su hijo predilecto, Samprati, que era jainista y no budista. El imperio se empezó a desmoronar.

1. La asamblea elegía anualmente a dos sufetes —magistrado supremo, que gobernaba en tiempos de paz— y un comandante en jefe o un comité de generales, más un Consejo de 104 que juzgaba y castigaba. Los generales gozaban de autonomía política, pero si fracasaban se les crucificaba. Los sufetes eran miembros del Consejo de Poderosos —los Adirim, trescientos grandes de la nobleza— que ejercían una especial influencia. Cuando los sufetes y los generales, o incluso los Poderosos, no podían tomar una decisión, se consultaba al pueblo.

2. El mito de la fundación de Roma giraba en torno de dos hermanos abandonados en la infancia y criados por una loba, una imagen de protección y ferocidad que Roma adoptó como símbolo propio. Uno de los hermanos, Rómulo, mató al otro, Remo, en una disputa por las fronteras de la ciudad, y se convirtió en el primer rey de su ciudad epónima. Es toda una homilía atemporal sobre la tragedia del poder familiar.

3. Todos los cargos principales de Roma —cónsules, pretores, tribunos — eran electos. Los elegían diversas asambleas de ciudadanos (de centurias, de tribus, de la plebe) que a menudo se reunían en el Comitium del Foro. Cuando ya se había conquistado buena parte de Italia el electorado contaba con hasta novecientos mil votantes; pero el número real de los que votaban era muy inferior (de treinta mil a cincuenta mil), los sobornos eran habituales, y la violencia entre facciones, endémica. Estos ciudadanos —siempre hombres, nunca mujeres ni esclavos— elegían anualmente a dos cónsules que desempeñaban funciones de liderazgo militar y político. Prácticamente todos los cónsules eran patricios (nobles), y por su parte el Senado, formado por seiscientos patricios (la institución recordaba al Consejo de los Poderosos, de Cartago), daba instrucciones a los cónsules y, en épocas de crisis, nombraba a dictadores para que gobernaran durante un tiempo corto. Los patricios llevaban la vestidura nacional: la toga, una pieza larga enrollada de color blanco, con un remate púrpura para quienes tenían un cargo (de aquí procede nuestra palabra *candidato*; *candidus* significaba blanco y el *candidatus* era el hombre que vestía la toga blanca de las campañas electorales). Surgió una tensión creciente entre los oligarcas patricios y el pueblo —los plebeyos —, que elegía a tribunos que podían intervenir y también vetar leyes.

4. Para que un hombre se divorciara de su esposa bastaba con que le dijera: «Llévate tus cosas». Entre los nobles los matrimonios eran a menudo políticos, pero no siempre. Aun así había casos en los que parejas felizmente casadas se veían obligadas a divorciarse para destinar a sus integrantes a casamientos políticos. Los partos se desarrollaban en la propia casa y causaban la muerte de muchas mujeres. Cuando se hacía una cesárea la madre siempre moría, pero el bebé (como Escipión) no siempre. A los bebés con imperfecciones se los rechazaba y abandonaba. La mayoría de las mujeres nobles contaban con amas de cría esclavizadas para amamantar a los hijos. Los aristócratas educaban a las hijas, no solo a los hijos, pero la condición social de la que gozaban se manifiesta en el hecho de que a menudo se les daba por nombre solo el *nomen* de la familia más un número ordinal (una hija nacida en la familia de Escipión sería una Cornelia). Cuando surgía una relación entre un hombre y una mujer no casados se hablaba de *concubinatus*; *concubina* solía hacer referencia a una mujer no casada, una esposa de segundo rango o, más a menudo, una chica esclavizada en el harén de un potentado.

5. Un triunfo era un desfile de la victoria en el que, después de esperar fuera de los límites de Roma con su ejército, el triunfador (*triumphator*) —con la cara pintada de minio, para asemejarse a Júpiter, y la compañía de un esclavo que le susurraba *Memento mori* («Recuerda que eres mortal»)— encabezaba una procesión de celebración por la ciudad, al frente de sus tropas (que cantaban canciones procaces sobre su general) y de carros de botín y prisioneros esposados. La procesión culminaba con sacrificios y, en una mazmorra subterránea, el estrangulamiento de los prisioneros principales.

6. Solo las familias más destacadas de Roma, como los Escipión, tenían tres nombres (*tri nomina*): Publio, el primero o *praenomen*; Cornelio, el *nomen* del clan; y Escipión el *cognomen*. En su mayoría los romanos solo tenían dos nombres, y los esclavos, uno. También estaba el *agnomen*, un mote, a menudo humorístico. A Escipión lo motejaron como «el Africano», con un agnomen que el Senado le concedió para celebrar la victoria y que se hizo hereditario.

7. Uno de los sucesores de Demetrio, Menandro (Milinda), gobernó la India noroccidental y Pakistán y se presentaba como *basileos* griego y marajá indio: «culto, elocuente, sabio y capaz», era seguidor de Buda, al que aún no se representaba mediante estatuas, pero estos monarcas griegos quizá influyeran en su posterior representación como humano. A la muerte de Menandro su esposa Agatoclea fue reina por derecho propio, el primer caso en los mundos helenístico e indio.

8. Zhao Gao, que asumió las funciones de canciller, se burló del emperador imponiéndoles a los cortesanos una prueba de lealtad. Trajo consigo un ciervo, pero insistió en que se lo llamara caballo. «¿No se equivoca quizá el canciller al llamar caballo a un ciervo?», preguntó el emperador; pero los cortesanos respaldaron al eunuco. Es una historia que a todos los líderes les convendría recordar, y el primer caso histórico de la estrategia de hacer a alguien dudar de su cordura.

9. Es la historia que se narra actualmente en la festividad judía de Hanukká. Los reyes macabeos gobernaron Judea —una superficie que se corresponde con la mayor parte del territorio de los modernos Israel, Jordania y Líbano— durante más de un siglo.

10. Una estatua conocida como *El príncipe griego* muestra a un patricio romano de marcados músculos abdominales que bien podría ser este Escipión. Los matrimonios cruzados entre los clanes patricios romanos eran complejos, más aún por las adopciones, en las que un grande adoptaba como propio a un hijo ajeno, lo que enmarañaba aún más relaciones de por sí complicadas. Publio Cornelio Escipión Africano Emiliano había sido adoptado por el hijo del Africano porque su padre carnal, Lucio Emiliano Paulo, ya tenía demasiados hijos. Mientras estaba en Grecia, el padre adoptivo conoció a Polibio, el futuro historiador, quien, tras ser obligado a vivir en Roma como rehén, se convirtió en tutor del chico. El gran Africano había casado a su hija adolescente, Cornelia Africana, famosa por su virtud e inteligencia, con un senador anciano, Graco; su hija Sempronia, modelo de *pudicitia* romana, se casó con Escipión Emiliano.

1. La Insignia del Tigre, *Hu-Fu*, era la prueba de que se poseía autoridad imperial. Se trataba de un tigre de oro dividido en dos mitades, una en manos del soberano, otra del general. Era el equivalente de los códigos nucleares para el siglo II a. C.

2. Cuando falleció una concubina por la que sentía especial afecto, Wudi se lamentó: «Falta el susurro de sus faldas de seda. / El polvo se acumula sobre el suelo de mármol. / Su habitación está vacía, helada, silenciosa. / Hojas caídas se amontonan contra las puertas. / ¿Cómo podrá descansar mi corazón dolorido?».

3. Independientemente del éxito que tuviera, Feng Liao echaba de menos su hogar en «una tierra distante, al otro lado del cielo»; pero como escribió en un hermoso poema que habla en nombre de las numerosas princesas a las que se casaba en lugares remotos con desconocidos sin refinamiento, la habían enviado «a vivir en la extraña y lejana tierra del rey Asvin, / con una yurta por casa, de paredes de fieltro. / Para comer hay carne; para beber, *kumýs*. /Siempre siento añoranza, me duele el corazón. / Quisiera regresar a casa, aleteando / como los cisnes de pico amarillo». Pasados cincuenta años, por fin pudo emprender el vuelo de regreso a Chang'an.

4. Cuando uno de sus enemigos, el tribuno Sulpicio, fue traicionado por un esclavo, Sila se apresuró a matar a su rival. Luego le dio la libertad al esclavo, por el servicio prestado, pero hizo que lo arrojaran de la Roca Tarpeya —un precipicio de 25 metros de altura, próximo a la colina Capitolina, donde se daba muerte a traidores egregios o esclavos rebeldes — por haber traicionado a su señor. Los romanos vivían con temor la posibilidad de que estallaran revueltas entre los esclavos.

5. Se daba a entender que César había adoptado la posición sexual de inferioridad en su relación con el rey Nicomedes. Mucho más tarde, incluso durante su primer triunfo, sus soldados le cantaban: «Los galos se te hincaron de rodillas... y a ti te la hincaban por detrás...».

6. Las tumbas de los Han, incluso las de los príncipes y reyes menores, revelan la cultura y el esplendor de la corte. Una buena muestra es el traje de jade (por ejemplo, de un rey de Zhongshan), formado por cerca de catorce piezas cosidas con hilo de oro, que cubría todo el cuerpo como una armadura, guantes y casco incluidos. En la tumba de un ministro del gobierno, el marqués de Dai, se hallaron estandartes de seda pintada, inventarios escritos sobre tablillas de bambú, recetas de cocina y un manual sobre sexo.

7. En 62 a. C. Pompeya, segunda esposa de César y nieta de Sila, lo había avergonzado. Resultaba que su joven y bella esposa también le ponía los cuernos al *pontifex maximus*, bien conocido por sus adulterios. Cuando Pompeya celebró un festival reservado para mujeres, el de la Bona Dea («Diosa Buena»), su amante secreto, Clodio, reventó el festejo. Se había disfrazado de mujer con la esperanza de lograr una cita; solo consiguió que su sexo quedara manifiesto (literalmente), y lo llevaron a juicio (en el que fue absuelto). Aun así César repudió a Pompeya alegando que los suyos debían «estar por encima de toda sospecha». Clodio se convirtió en un demagogo, populista y asesino, hasta que él mismo perdió la vida en las luchas entre facciones. Como amante de las mujeres, César fue compulsivo y no tuvo poco éxito: había dormido con las esposas de los otros dos triunviros, Pompeyo y Craso, y sus legionarios lo apodaron «el Fornicador Calvo». Su amante favorita, y la más duradera, fue una patricia casada, Servilia, cuyo primer esposo, Marco Bruto, había sido asesinado por Pompeyo. Después de divorciarse César se casó con una aristócrata adolescente, Calpurnia.

8. Durante esta extravagancia —con la que quiso celebrar las cuatro victorias de la Galia, el Ponto, Egipto y África— los devotos legionarios del *triumphator* entonaban cánticos sobre sus hazañas, pero también sobre sus amoríos homosexuales con el rey de Bitinia. Los cantos acababan diciendo: «Ciudadanos, ¡encerrad a vuestras esposas! Que os traemos, regresado, al Fornicador Calvo. Con el oro que le dabais, pagó a las putas de Galia». En el desfile se exhibió al rey galo derrotado, Vercingetórix, y a la reina egipcia, Arsínoe IV, derrocada después de enfrentarse a César. Vercingetórix sufrió el garrote vil, clímax tradicional de los triunfos. A Arsínoe en cambio le perdonaron —por el momento— la vida.

9. De vuelta en Italia, la esposa de Antonio, Fulvia, y el hermano de esta habían desafiado a Octaviano; este, que los sitió en Perusia (hoy Perugia), había escrito un poema grosero que revela otra faceta del joven caudillo: «Como Antonio se folla a Glafira, / Fulvia me castiga a mí / con que me la tengo que follar. / ¿Que yo me folle a Fulvia? ... / "¡O me follas o a la guerra!", dice. / Al parecer no sabe que yo quiero / a mi polla más que a mi propia vida. / ¡Que suenen las trompetas!».

10. Los clientes semitas de Marco Antonio —el rey judío Herodes y el rey árabe Malik— demoraron el envío de tropas, enojados porque a Cleopatra se le hubieran regalado diversos territorios valiosos.

11. Los tres hijos de Cleopatra y Antonio crecieron en la casa de Octavia, en Roma. Dos murieron siendo jóvenes, pero no la tercera, Cleopatra Selene, que fue entregada en matrimonio a Juba II, rey de Mauritania. Fue la recompensa otorgada a este príncipe bereber —junto con un reino de nueva creación (llamado Mauritania pero situado en el actual territorio de Argelia)— por haber apoyado a Octaviano en la batalla de Accio. Juba y Cleopatra Selene construyeron una capital grecorromana culturalmente refinada; además Juba envió expediciones comerciales que llegaron hasta las islas Canarias. Cleopatra Selene falleció en 6 d. C. Su hijo Tolomeo, con raíces euroafricanas, bereberes, romanas y griegas, antoninas y tolemaicas, sucedió a Juba en 23 d. C.

12. *Princeps* está en la raíz de nuestra palabra «príncipe», igual que la colina Palatina vive en nuestros «palacios». Augusto evitó el título de *dictator*, abolido después del asesinato de César. Desde entonces «dictador» dejó de ser un cargo público para convertirse en un insulto.

13. Sin embargo la crueldad gratuita le disgustaba. Uno de sus primeros partidarios, Vedio Polión, era un hombre rico pero conocido por su sadismo; cuando un esclavo le fastidiaba, lo arrojaba a las lampreas carnívoras del estanque de su villa. En cierta ocasión Augusto cenó en su casa y, cuando a un esclavo se le cayó una copa valiosa, Vedio ordenó tirarlo a las lampreas; a lo que Augusto ordenó que su personal destrozara el resto de las copas hasta que se otorgó el perdón al esclavo y se le dio la libertad.

14. Herodes se movió con brillantez en el tablero de la política romana, pasando de Antonio a Augusto y convirtiéndose luego prácticamente en un integrante extranjero de la dinastía de César. Sus edificios monumentales sobreviven en buena parte. Del Templo no obstante solo se preservan hoy los muros exteriores. Su pared occidental es el Kotel (abreviación de «Muro occidental»), el santuario más sagrado de los judíos en la actualidad. [En castellano se le suele llamar «Muro de las Lamentaciones».]

15. Ovidio era el cronista precisamente de la clase de amoríos deliciosos con esposas ajenas que en tiempos de Augusto habían pasado a considerarse inaceptables. El poeta tenía suerte de seguir con vida. Reconoció que había cometido «un delito peor que el asesinato», y no solo «un poema y un error», y se exilió en la remota ciudad de Tomis (Rumanía), de donde nunca volvió.

16. Se decía que Livia había envenenado a Augusto con unos higos. También se rumoreaba que había envenenado a todos los posibles sucesores anteriores. No hay ninguna prueba al respecto de nada de esto, que en buena medida sería simple parcialidad: se suponía que el veneno era típico de las mujeres, un recurso secreto, insidioso, escondido en la comida que uno se comía confiado. En una era en la que muchas personas morían de resultas de infecciones apenas comprendidas, el veneno o la nigromancia podían servir para explicar la muerte inesperada de una persona sana. Al mismo tiempo, como hemos visto, el veneno era el arma ideal para los asesinatos familiares, pues preservaba la imagen de una sucesión tranquila. Como en esta era todo el mundo creía en los augurios, los conjuros y los presagios, el veneno formaba parte del arsenal político y todos los potentados tenían acceso a expertos en nigromancia y venenos. «Livia, recuerda nuestra vida de casados, adiós», se despidió Augusto.

17. Tradicionalmente los pretorianos formaban la guardia de un general romano en campaña y dormían atravesados en el umbral de su tienda. Como las legiones no tenían permiso para ir más allá del *pomerium*, esto es, los límites de la ciudad (salvo cuando un Sila o un César violaban la ley), Augusto había creado una guardia pretoriana propia, que le protegía junto con una guardia germánica.

18. Tras la muerte de Herodes, la inepcia de sus hijos y un aluvión de mesías (reyes sagrados) judíos había convencido a Tiberio de la necesidad de anexionarse Judea, que pasó a quedar gobernada por una combinación de prefectos romanos, sumos sacerdotes judíos y príncipes herodianos.

19. Al mismo tiempo Calígula hizo venir a su primo africano, el rey Tolomeo de Mauritania, único nieto de Cleopatra y Marco Antonio, lo mandó ejecutar y se anexionó el reino, quizá porque su ascendencia tolemaica podría haber interferido con sus planes para Egipto.

1. Plinio calculaba que, gracias al tributo del 25 % sobre los productos de lujo del comercio del océano Índico —la seda de China, el perfume de nardo y el marfil de Muzirís (puerto de la dinastía Chera, en el suroeste de la India)—, Roma ganaba cien millones de sestercios anuales, quizá un tercio de los ingresos imperiales. Hay pruebas —por ejemplo, una estatua de Buda encontrada en Berenice— que confirman que en los puertos del mar Rojo vivieron indios, probablemente mercaderes. Su comercio se desarrolló a través de una multitud de rutas, tanto terrestres como marítimas. En 1877 un viajero alemán, el barón Ferdinand von Richthofen (tío del Barón Rojo, el famoso piloto de la primera guerra mundial), denominó ese comercio con un nombre que ha hecho fortuna: «Ruta de la Seda» (*Seidenstraße*).

2. La Casa Dorada era tan magnífica que avergonzaba al emperador que acabó por sucederle, Vespasiano, que era más austero. Se la fue desmantelando y su lugar lo fueron ocupando las Termas de Tito y otros edificios, hasta que solo se conservaron las salas inferiores. Cuando se las descubrió, en el siglo XV, se pensó que eran cuevas o grutas; los frescos decadentes de su interior, que sirvieron de clara inspiración a artistas como Miguel Ángel o Rafael, fueron calificados por ello de «grotescos» (de aquí nuestra palabra moderna).

3. Se le enterró en secreto, en un punto que se convirtió en santuario cristiano y se hallaba debajo de lo que hoy es la Basílica de San Pedro.

4. Este triunfo les reportó una gran riqueza —incluidos los candelabros del Sanctasanctórum— y decenas de miles de esclavos judíos. Tito embelleció Roma, construyó un arco y un anfiteatro nuevo y colosal. Él y Vespasiano modificaron el *Coloso* de Nerón, añadiéndole rayos a la estatua para dedicarla al Sol Invicto, y la situaron en el exterior del anfiteatro, que por eso se conoce con el nombre de Coliseo (del latín *Colosseum*). Aunque el edificio se mantiene en pie, en cambio el *Coloso*, que fue un hito de Roma durante cuatro siglos, desapareció hacia la época del hundimiento del imperio romano de Occidente.

5. El vasto imperio kushán, fundado por el caudillo Kuzula Kadfises y gobernado desde Pataliputra, pervivió tres siglos. Sus hombres llevaban barba, bigote y pelo largo, vestían abrigos largos, pantalones y botas y se armaban de lanza y espada. El bisnieto del fundador, Kanishka, ayudó a expandir la cultura y la religión índicas por Asia central y China, y la cultura de Asia central en la India. Adoraba los panteones griego, indio y persa —Shiva, Buda, Hércules y Ahura-Mazda, con una hibridación única — y se hacía llamar rey de reyes. Además transportó seda china al océano Índico y de ahí al Mediterráneo.

6. El personal femenino de la casa Han estaba sometido a una regulación cuidadosa. En el octavo mes del año se hacía una selección en la que vírgenes de familias sin tacha eran inspeccionadas por un comité de tres hombres: un consejero de palacio, un eunuco y un fisonomista, que puntuaban a las chicas del 1 al 9. Las afortunadas se trasladarían a la capital, Luoyang, para realizar un examen más íntimo: «Piel blanca y fina … vientre redondo, caderas cuadradas, cuerpo como manteca congelada y jade tallado, pechos abultados y ombligo lo bastante profundo para dar cabida a una perla de media pulgada», se leía en un informe. «Sin hemorroides, sin imperfecciones, sin lunares ni defectos en la boca, la nariz, las axilas, las partes privadas ni los pies.» A las concubinas se las catalogaba en una jerarquía de Honorables, Bellas o Elegidas. Normalmente se hacía emperatriz a una de las damas Honorables.

7. En 102, la Sabia, Ban Zhao, rogó a la emperatriz Deng que permitiera retirarse a su hermano, el general protector Ban Chao. Deng accedió y este pudo volver a la capital, Luoyang, donde puso a la emperatriz al corriente de las aventuras del oeste; vivió hasta los setenta años y dejó a su hijo al mando de sus territorios. La influencia de Ban Zhao fue duradera: el momento de su muerte, que no se produjo hasta 115, fue vivido con duelo por la familia real. Fue la primera autora famosa. Ya de manera póstuma, la emperatriz Deng hizo reunir sus obras en tres volúmenes.

8. Cuando Plinio, como gobernador de Bitinia, se topó con la secta floreciente de los cristianos, ejecutó a los que se negaron a hacer sacrificios a los dioses en honor al emperador; con el afán de conocerlos mejor sometió a torturas a dos esclavos cristianos, pero «no descubrí más que una superstición depravada y excesiva». De modo que consultó al respecto con Trajano. «Has seguido el procedimiento correcto, mi querido Plinio», le dijo Trajano. «No hay que salir a por ellos; si los denuncian y se comprueba que son culpables, hay que castigarlos, con la reserva de que a quien niegue que es cristiano y lo demuestre de hecho adorando a nuestros dioses, se le perdonará ... Las denuncias anónimas no tienen cabida ... No son acordes con el espíritu de nuestro tiempo.»

9. Marcial se deleitaba con las libertades sexuales de las romanas adineradas, como su lasciva amiga Celia, incapaz de elegir entre la enorme diversidad de esclavos que inundaban Roma con cada victoria: «Concedes tus favores a los partos ... los germanos ... los dacios, y para ti viene desde su ciudad egipcia un galante de Menfis, y un indio negro, desde el mar Rojo; no evitas ni la lujuria de un judío circunciso». Un poeta contemporáneo, Juvenal, estaba de acuerdo en que una mujer honesta era una *rara avis* en un mundo en el que los mismos esclavos encargados de proteger su virtud podían confabularse con ellas para sus placeres. «¿Quién vigila al vigilante?», se preguntaba, en un verso que a menudo se interpreta mal. «¿Acaso quien calla los pecados de una chica promiscua porque se le paga con esta misma moneda?»

10. Los aurigas que ganaban muchas carreras se enriquecían, aunque fueran esclavos. El más famoso fue Escorpo (Scorpus), que ganó 2.048 carreras hasta que falleció, probablemente en un choque de carros. Marcial escribió en su epitafio: «Aquí yazgo, Escorpo, orgullo del ruidoso circo, adorado por Roma. El hado vengativo me arrebató a los veintiséis años. Sin duda para decidir que soy viejo tuvo en cuenta mis victorias, no mis años».

11. Los mayas estaban en contacto con el Caribe, cuyas islas estaban siendo conquistadas, paso a paso, por invasores y comerciantes del continente. Análisis recientes de ADN demuestran que, durante milenios, el Caribe había sido hogar de pueblos arcaicos de prácticas recolectoras; pero en esta época las islas fueron ocupadas por invasores con producción cerámica, venidos de América en canoas. Los pueblos existentes fueron desapareciendo en la mayoría de los lugares, ya fuera por matrimonios mixtos o por asesinato. Estos ocupantes fueron los antecesores de los taínos que habitaron las islas hasta la conquista española.

12. Las conexiones de Teotihuacán no se dirigían solo hacia el sur; también hay vestigios de vínculos con zonas más septentrionales. Esta es la época de un sistema de asentamientos por la zona de la actual Hopewell (Ohio), donde después de 100 a. C. se construyeron túmulos funerarios y grandes fortificaciones. Se creaban artefactos bellos —desde corazas de cobre a pipas adornadas con grabados de animales, que evocaban rituales chamánicos— y se daba sepultura a los muertos con vestiduras rituales cuyos ornamentos procedían de la totalidad de las Américas, desde México a los Grandes Lagos. Esta cultura se desintegró hacia 500 d. C.

13. Los edificios de Adriano eran espectaculares. Su palacio de Tívoli —los restos aún se están excavando— era un verdadero parque temático imperial, concebido para exhibir su poder. Su tumba romana, que hoy lleva el nombre de Castel Sant'Angelo, es de un atrevimiento magnífico, y la belleza de su Panteón —cuya cúpula (con un gran óculo o apertura central) representa el mundo en su totalidad y fue la más ancha jamás construida hasta 1436— sigue dejando sin palabras a quien la contempla.

1. «Almita mía, blandita y cariñosa, / del cuerpo huésped y compañera, / ¿hacia qué lugares partirás, / palidita, yerta y desnudita, / donde no bromearás como solías?»

2. En el frente escribió sus *Meditaciones*, una obra única en la que un autócrata en el poder emprende una búsqueda para conocerse mejor a sí mismo y reconciliarse con las verdades crueles de la vida y la muerte: «El río de todo lo que sucede, una corriente violenta, eso es la Eternidad», escribió, haciéndose eco de Heráclito. «En cuanto algo ha pasado, ha quedado atrás; algo nuevo pasará que también quedará atrás ... La sustancia es como un río en perpetuo movimiento.» Sobre sí mismo dijo: «Tengo una ciudad y una patria. Como Antonino, soy romano; como hombre, soy un ciudadano del universo». Pero también era pragmático: «Cada hora hay que decidir con firmeza, como hombre y como romano, hacer lo que es factible hacer». Muchos líderes han leído las *Meditaciones*; pocos han logrado vivir a su altura; al propio Marco Aurelio no le resultó fácil hacerlo.

3. Fue también la primera ocasión en la que consta que China tuviera contacto con Japón. Las islas no se habían unido, no había ningún concepto de Japón, pero los chinos les daban el nombre común de «enanos». Se sabe poco de su política, pero en 190 d. C., una reina chamana —Himiko, de veinte años— heredó el trono del pequeño reino de Yamatai, que controlaba una federación de territorios productores de arroz, dominados por caciques. Más adelante Himiko envió esclavos al emperador chino, como regalo.

4. El padre de Julia Domna, descendiente de reyes nombrados por Pompeyo, era sumo sacerdote de una divinidad solar árabe, Allah-Gabal («dios de la montaña»; en latín, Elagabal), a la que se adoraba en forma de meteorito negro. Es probable que fuera solo una entre las muchas divinidades del mundo árabe. No hay pruebas de que en ese momento existiera La Meca, pero allí se adoraría a un meteorito negro similar, la Kaaba. El nombre Domna, que también significa «negro» en árabe, hacía referencia a la piedra divina de Emesa.

5. Bahram II, sucesor de Shapur, apoyó al sacerdote Kirder, un fanático del zoroastrismo que restauró la religión persa y atacó al profeta Manes, que fue arrestado, decapitado y desollado, y su piel se rellenó como la de un muñeco. Su muerte —un martirio, como el de Jesús— favoreció la difusión del maniqueísmo; los uigures de Asia central se convirtieron en masa a esta religión.

6. Se saqueó Palmira, se esclavizó a miles de palmiranos y se exhibió a Zenobia en el triunfo de Aureliano en Roma. No la ejecutaron, sino que la casaron con un senador romano. Acabó la vida en el extrarradio, sin poder brillar propiamente, pese a que había fundado el primer imperio árabe y desarrollado una de las carreras femeninas más extraordinarias que se pudieron ver antes de los tiempos modernos.

7. Las costas de Galia y Menapia (Países Bajos) estaban muy castigadas por la depredación repetida de los piratas francos y sajones, por lo que Maximiano encargó a uno de sus oficiales, Mauseo Carausio, que formara una flota y los destruyera. Pero Carausio empezó por aliarse con los piratas y luego se declaró emperador del norte de la Galia y de Britania, con el apoyo de tropas romanas, británicas y francas. No dudó siquiera en acuñar sus propias monedas, con los imbatibles eslóganes de *Restitutor Britanniae* (Restaurador de Britania) y *Genius Britanniae* (Espíritu de Britania). El suyo fue, literalmente, el primer imperio británico.

1. Eran unas calabazas muy especiales: «Si le pudierais enseñar a vuestro emperador, con vuestras propias manos, la calabaza que he plantado», le contestó a un legado que le reclamaba que volviera a la política, «sin duda él no se atrevería a sugerir que cambiara esta calma y felicidad por las tormentas de la ambición insaciable». En Split se conserva aún buena parte de su palacio.

2. La esclavitud era incompatible con los ideales cristianos; entre los primeros cristianos, muchos habían sido esclavos o libertos; en ciertos sentidos, se trataba de una religión de esclavos, de carácter igualitario. En ese momento dejó de considerarse aceptable esclavizar a cristianos o mantener relaciones sexuales con los esclavos: si un señor quería acostarse con una esclava, debía darle la libertad y casarse con ella. Por descontado, eran normas imposibles de trasladar a la práctica. La esclavitud —aunque por lo general, con personas no cristianas— prosperó en la Cristiandad durante otros dos milenios.

3. En cuanto al propio Arrio, volvió a Constantinopla desde el exilio. Allí su incontinencia teológica produjo una explosión fecal: mientras caminaba por el Foro, «se apoderó de Arrio un terror surgido del remordimiento de conciencia», que se tradujo en «una relajación violenta de los intestinos». Se apresuró a ocultarse detrás del Foro, pero «sintió una debilidad extrema y sus intestinos emergieron de su cuerpo junto con los excrementos, a lo que siguió una hemorragia copiosa y el descenso del intestino delgado: expulsó porciones del bazo y el hígado entre tanta sangre que pereció casi de inmediato». La herejía no era un asunto limpio; según el clérigo Sócrates Escolástico, los turistas aún visitaban el lugar varias décadas más tarde. Pero la concepción de Arrio sobre la humanidad de Jesús (con una esencia similar, pero no idéntica, a la divina: *homoiousía*) resultó atractiva para muchas tribus germánicas que durante la década de 360 se convirtieron al cristianismo.

4. Aunque ya eran objeto de una persecución feroz y se les prohibió entrar en Jerusalén durante los tres siglos posteriores, muchos judíos arriesgaron la vida para rendir culto clandestinamente, visitar en secreto el Monte del Templo y rezar junto a sus muros.

5. Georgia no fue la primera. En 301, Tiridates III, el rey de Armenia —el Estado que hacía de colchón entre Roma y Persia—, se convirtió después de que un santo cristiano le curase de la enfermedad mental que padecía; aunque en parte la decisión pretendía también afirmar su independencia frente al estridente zoroastrismo de los persas.

6. A lo largo de la historia ha sido habitual que los imperios nombren a un soberano —un rey— para que gobierne como intermediario a los súbditos más rebeldes; en este caso, a los aliados árabes. Los asirios también habían nombrado a reyes de los árabes. Aquí se inicia una prolongada relación entre los shas sasánidas y los reyes árabes lajmíes; pero extrañamente la tumba de Amr se encontró en la Siria romana, lo que sugiere que más adelante desertó del bando iranio para pasar al romano, en lo que sería el primero de un gran número de tales cambios, por los que los líderes árabes pasaban de un superpatrono a otro. Los romanos no tardarían en hallar a sus propios protegidos árabes.

7. Aparte del mal temperamento que le mató, Valentiniano cultivaba deliberadamente una imagen brutal: viajaba por el imperio junto con dos osos enjaulados, Inocencio y Lámina de Oro, a los que alimentaba con disidentes desafortunados. Inocencio marcó un hito conmovedor en la historia de la conservación de la vida salvaje: como premio a la lealtad con que había devorado a las víctimas de Valentiniano, se le devolvió la libertad.

8. Luego los tervingios fueron denominados «visigodos» (godos occidentales) y se desplazaron hacia el oeste, como hicieron también poco después sus hermanos orientales, los ostrogodos.

9. Las ciudades más populosas del mundo, en esta época, eran Constantinopla, Ctesifonte/Seleucia, Pataliputra (Patna), Roma, Nankín, Antioquía, Alejandría y Teotihuacán.

10. Durante las negociaciones con Roma, Atila y Bleda recibieron un regalo humano: un enano rengo y sin nariz, Zercón, originario de Mauritania y apresado en África. Sobrevivió como bufón en la corte de los hunos, donde se expresaba en una mezcla de latín y huno. El rey Bleda solía vestirlo con armadura y se reía a mandíbula batiente con sus sátiras. A Zercón le resultaba odioso y se dio a la fuga. Bleda envió tras él a la caballería, con la misión de atraparlo como fuera, y una vez preso le preguntó por qué había escapado. Zercón le contestó que porque no tenía esposa, y Bleda, muerto de risa, le dio por mujer a una hija de una de las doncellas de sus esposas y presidió el matrimonio. Atila heredó luego a Zercón.

11. Aecio y Atila siguieron manteniendo un trato cordial. Aecio le envió a dos escribas romanos, que hicieron las veces de secretarios; Atila le envió a Zercón, el enano africano, que nunca le había gustado; Aecio se lo devolvió a su propietario original, Aspar, el general semibárbaro que lo había encontrado en África. Desde entonces Zercón se desvanece de la historia.

12. Lo más probable es que la hemorragia de Atila fuera un síntoma de varices esofágicas, venas que sangran por efecto del alcoholismo. Lo enterraron en un ataúd sellado con oro, plata y hierro, depositado en un lugar secreto; luego sacrificaron a los sepultureros y los sirvientes. Tres hijos compitieron por el poder. A Dengizik lo mataron los romanos orientales, y su cabeza se exhibió por las calles de Constantinopla y se expuso en el Hipódromo, donde «toda la ciudad acudió a contemplarla». Pero ninguno de los hijos poseía el prestigio de Atila, y la confederación se desintegró. Sus antiguos aliados, los ostrogodos, quedaron en libertad y con el tiempo conquistarían Italia.

13. Los habitantes del imperio romano oriental se llamaban a sí mismos *romaioi*, «romanos»; para árabes y turcos era el imperio de *Rum*, «Roma»; los europeos occidentales del Medievo los llamaban «griegos». «Bizantino» es un exónimo inventado por eruditos occidentales en el siglo XVII y popularizado por historiadores británicos del siglo XIX para designar a la peculiar cultura ortodoxa griega posterior al 500 d. C.

14. Procopio, funcionario legal y obsequioso historiador de la corte, conocía tanto a Justiniano como a Teodora; pero en secreto escribió sus *Anekdota*, que podríamos calificar de cruce medio satírico entre el *Daily Mail* y *Saturday Night Live*. En ellas acusó al emperador de ser un demonio avaricioso, obsesionado con la guerra, y a Teodora de ser una vampira ninfómana y viciosa. De haberse conocido que él era el autor, lo habrían ejecutado por traición.

15. Se decía que existían 365 dioses, pero los principales eran Hubal, de la mano de oro, con poderes de adivinación; las diosas Al-Lat, Manat y Al-Uzza, a las que se ofrecía como sacrificio la incineración de víctimas humanas; una pareja, formada por Isaf y Nailá, petrificados por haber copulado allí; y Jesús y María. Todos se hallaban situados bajo la égida del dios supremo, Alá.

16. Era una concepción novedosa del espacio sagrado, que dejó de centrarse en la rotunda basílica romana: un gigantesco cuadrado de ladrillos, con una nave de 80 metros de longitud, coronada por una cúpula de 16 lados y 35 metros de altura, que sigue siendo uno de los edificios más gloriosos y admirables jamás construidos. «El interior no se ilumina tanto desde el exterior, por el sol, como por el brillo que irradia su interior», escribió Procopio; la cúpula «logra volar, de algún modo ... con sus capas de oro». En el momento de la inauguración buena parte de la ciudad participó en la procesión que encabezaban el emperador y unos cortesanos distribuidos con una meticulosa atención al equilibrio; se quería destacar la sacralización del emperador, virrey del propio Dios, que ahora insistía en que se le tratara con una ceremonia muy refinada; los eunucos introducían a los visitantes, que luego debían postrarse en plenitud, como ante un monarca persa. También supuso la aparición de un cristianismo nuevo, más popular, en el que el pueblo parcitipaba en un calendario de festivales sacros. Por todo el imperio se crearon espacios monumentales sagrados: en Jerusalén, Belén, el Sinaí y Rávena, donde —en mosaicos que aún se preservan— podemos ver a Justiniano y Teodora tal y como ellos se veían a sí mismos: él, una figura decisiva, de cabello rojizo y mejillas sonrojadas; ella muy delgada, intensa, pálida, beata, imperiosa.

17. En Ctesifonte celebró el triunfo con un palacio vasto y nuevo, financiado con el oro de Justiniano. La sala del trono incluía un pasaje abovedado de 37 metros de altura, 26 de anchura y 50 de longitud, durante varios siglos el mayor de este estilo del mundo.

18. En 1894, Alexandre Yersin, un científico francés del Instituto Pasteur que investigaba un estallido de peste en Hong Kong, descubrió el bacilo, llamado Yersinia en su honor, y el hecho de que estaba presente tanto en las ratas como en las personas infectadas por la enfermedad, lo que demostró cuál era el medio de transmisión. Nuevas investigaciones paleogenéticas indican que probablemente la epidemia justiniana también afectó a Gran Bretaña, España y Alemania.

19. Lejos de allí, no se sabe si en Islandia o en Asia oriental, estas erupciones volcánicas masivas lanzaban tales nubes de polvo al viento que se generó lo que los científicos denominan hoy «evento de velo de polvo», que tal vez sentó las bases de una emergente crisis mundial: modificó la meteorología, de modos que quizá obligaron a los pueblos nómadas a dejar las estepas y cabalgar hacia el oeste, donde se enfrentaron a los imperios romano y persa; y quizá acercaran también las ratas a los humanos, una situación perfecta para una pandemia.

20. Belisario había fallecido un año antes, después de una última misión heroica en la que derrotó a un ejército de nómadas que se acercaba a Constantinopla. Poco después se le juzgó por haber conspirado contra Justiniano; el juez era un prefecto de la ciudad, Procopio, probablemente el historiador que había sido también su secretario. Justiniano perdonó a Belisario. Se desconoce cuándo murió Procopio.

21. «¿No has visto cómo vuestro Señor trataba a los amos del elefante?», rememora Mahoma, el nieto de Abdul Muttalib, en el Corán. «¿Acaso el Señor no frustró su plan traicionero? Les envió bandadas de aves que los apedrearon.»

1. Jusrau se enamoró de Shirin cuando la vio bañándose, una historia que se hace eco de la del rey David y Betsabé. El romance sirvió de inspiración a dos clásicos posteriores de la literatura irania: *Shanamé* y *Jusrau y Shirin*.

1. Hacia 650, la mayor ciudad de las Américas, Teotihuacán, fue incendiada de forma sistemática por una revolución de la gente corriente. No se trató de una invasión extranjera; por lo general los invasores destruyen los hogares y la infraestructura de la población corriente, pero preservan los monumentos. Aquí sucedió lo contrario y se prendió fuego a los palacios y templos. En el vacío resultante prosperaron una ciudad mucho menor —la de Tula, capital de los toltecas— y las ciudades mayas del Yucatán.

2. La primera evidencia de la fusión de las culturas índica y china, combinadas con el zoroastrismo persa, se encuentra en los bellos y coloridos frescos de las cuevas de Kizil, en Turfan (Sinkiang), que se remontan a entre 300 y 400.

3. En la cuenca de Tarim (Sinkiang), Taizong conquistó a los pueblos tocarios, asociados en parte por matrimonios con los uigures. Para nosotros su vida resulta muy atractiva y vivaz por los poemas de amor que nos legaron. «Mil años contaréis nuestra historia», dice uno de ellos. «A nadie he querido más que a ti, y lo mismo ocurre contigo: a nadie querrás más que a mí. Tu amor, tu afecto, mi canción de júbilo rompe a volar. Viviré con un único amor durante toda mi vida.»

4. La dinastía había sido fundada por Gupta, marajá de una franja de Uttar Pradesh. Su nieto Chandragupta I —que gobernó en tiempos de Constantino el Grande— conquistó tanto territorio en el noreste de la India, entre matrimonios y guerras, que se hizo llamar *maharajadhiraja*, «gran rey de reyes». Chandragupta II, nieto del segundo y coetáneo de Juliano, se apoderó de buena parte del norte de la India, de Afganistán a Bengala y el Himalaya, y gobernó esplendorosamente desde Pataliputra, como personificación de un emperador brahmán ideal, apodado Vikramaditya (Sol del Valor). Fue mecenas de una edad dorada de la literatura, con los *Navaratnas* («nueve joyas»), entre los que destacó el dramaturgo Kalidasa. Promovió como divinidad suprema al dios Vishnú, junto con sus avatares, pero al mismo tiempo erigió también santuarios budistas.

5. Al-Abbás, tío de Mahoma, nació en La Meca, pero sus cinco hijos murieron en lugares no poco remotos: Medina, Siria, Tunicia o Samarcanda, donde Qutham ibn al-Abbás se convirtió en un santo místico, conocido como «Rey Vivo», y su tumba fue el centro de un complejo sagrado donde se emplazó asimismo la tumba del conquistador Tamerlán, y que aún es objeto de veneración.

6. En Chang'an, el emperador se negó a intervenir en contra de los árabes, pero dio asilo a los sasánidas y nombró a Peroz —el último sha— jefe del Mando de la Región de Persia, que controló durante una década hasta que el avance musulmán le hizo retirarse a la capital china, donde el emperador Gaozong le concedió el título de General Impresionante de la Guardia Izquierda. Peroz murió en 680.

7. En lo alto de la jerarquía estaba la emperatriz; luego, cuatro consortes y nueve concubinas; por debajo, nueve damas de gran atractivo, nueve bellezas y nueve talentos, incluida la señorita Wu. Más abajo estaban las damas de la bandada selecta, las concubinas secundarias y las damas selectas, 27 en cada caso, para un total de 122. Ningún hombre podía acceder al recinto, salvo el emperador y sus eunucos, que se enriquecían vendiendo productos de lujo a las chicas, tales como alcanfor boreal y pachulí malayo. Los burócratas eruditos de ideario confuciano que redactaron las historias de China eran misóginos y presentaban a las potentadas como megalomaníacas adictas al sexo; es imprescindible tomar en cuenta esa parcialidad. Al mismo tiempo, el atractivo sexual era un mecanismo por el que las mujeres podían adquirir poder político en las monarquías dinásticas.

1. Alí le mostró su enfado, pero le perdonó la vida, y ella siguió viviendo en Medina otros cuarenta años.

2. La filosofía de Muawiya era una expresión perfecta del arte de gobernar: «Si un solo hilo me une a mis súbditos, nunca dejaré que se afloje sin tirar de él, nunca les dejaré que tiren de más sin aflojarlo». Añadió: «No uso la lengua donde me basta el dinero; no uso el látigo donde me basta la lengua; no uso la espada donde me basta el látigo. Pero si no queda elección, uso la espada». Era la personificación del *hilm*, la astucia comedida de los jeques árabes tradicionales. Incluso toleraba las críticas: «No me meto entre mi pueblo y su lengua mientras ellos no se metan entre nos y nuestro reino».

3. Para controlar a los tibetanos pidió ayuda a un rajá indio de la dinastía Palava, Narasimhavarman II, más conocido como Rajasimha, a quien los chinos concedieron el título de General de la China del Sur. Pero la influencia principal de Rajasimha era de tipo cultural: era un dramaturgo y levantó templos que aún se mantienen en pie: el de Kailasanatha, en su capital, Kanchipuram, y el Templo de la Costa en el puerto de Mahabalipuram, desde donde la influencia palava, brahmánica y sánscrita se exportaba a la indoesfera del suroeste asiático.

4. Vivía desterrado en compañía de su esposa, la antigua emperatriz Wei, con el temor constante a que cualquier mensajero de la capital trajera consigo castigos terribles, y siempre estaba preparado para suicidarse. Pero su esposa lo contenía: «Nadie manda sobre la buena o la mala fortuna. Si todos hemos de morir algún día, ¿por qué acelerarlo?».

5. Las torturas recibían nombres pintorescos: «melancolía del cerdo moribundo», «perforación de las cien venas», «súplica por la masacre de toda mi familia». En la conocida como «el fénix pone las alas al sol», se ataba a la víctima a una rueda expuesta al sol; en «extraer al potrillo terco», se le ponía al preso un collar de tortura; en «ofrenda de frutos a los Inmortales», se acumulaban tejas sobre la espalda de la víctima. En cierto episodio se masacró a más de trescientos disidentes.

6. Toda la familia estaba profundamente traumatizada, sin duda. Li Dan se esforzó por vivir en la oscuridad, lejos de la capital, en compañía de sus hijos —entre ellos Li Longji, el futuro emperador Xuanzong—, pero, aunque evitaba la política, se le vigilaba atentamente y se le persiguió a menudo.

7. «Un viernes me dijeron que Salma había salido a rezar. / Justo entonces un bello pajarillo se atusaba las plumas sobre una rama. / “¿Alguien conoce a Salma, por aquí?”, dije yo. / “¡Ajá!”, contestó el pájaro y salió volando. / “Vuelve, pajarillo. ¿Has visto a Salma?” / “¡Ajá!”, dijo, y me reabrió una herida secreta en el corazón…»

8. Los califas omeyas gobernaban desde el complejo de palacios de Damasco y pasaban los veranos en castillos pensados para el placer, en el Golán, el valle de Bekaa y el desierto de Jordania. Muchos de estos «castillos» se han preservado.

9. Los hijos de Marwan huyeron hacia el sur, a Makuria (Sudán), que en tiempos de Justiniano se había convertido al cristianismo copto. Durante la conquista árabe Makuria tuvo que hacer frente a los ataques de los árabes hasta que sus reyes firmaron un acuerdo comercial por el que aceptaban intercambiar su producto principal —los esclavos— por telas y cereales de Egipto. En 787, aprovechándose de la guerra civil árabe, el rey Ciríaco de Makuria asaltó Egipto. Pero cuando vio que los abasíes estaban decantando la balanza a su favor, se congració con ellos matando a los príncipes omeyas. Los reyes de Makuria, que hablaban copto, griego y árabe, gobernaban desde un palacio con incrustaciones de oro constantinopolitano, situado en Dongola, una ciudad donde las casas más acomodadas contaban con aseos de cerámica, que en Europa no se vieron hasta varios siglos más tarde. La catedral de Faris incluía unos frescos exquisitos. Cuando los califas abasíes reclamaron que se les debían cinco mil esclavos, el rey Zacarías envió a su hijo Jorge a Badgdad, a negociar. Este reino floreció hasta el siglo XIII.

10. Xuanzong había accedido a ceder el poder a su hijo Suzong. Como emperador retirado envió a Gao a recuperar el cadáver de su consorte Yang, pero se había descompuesto y el eunuco regresó portando tan solo la bolsa de los perfumes.

11. En 779, tras conocer a varios sacerdotes maniqueos mientras saqueaba la capital china, el jagán uigur Bogu convirtió su imperio al maniqueísmo. Aunque luego fue asesinado por su primer ministro, que era de religión tengrista, los uigures siguieron siendo maniqueos hasta que, más adelante, se convirtieron primero al budismo y luego al islam.

12. Los Tang gobernaron sobre los restos del imperio hasta 879, cuando finalmente cayeron en una distopía apocalíptica, en la que los ejércitos de campesinos famélicos mataban cada día a mil personas para alimentarse, pues en la época «abundaba más la carne humana que la de perro». Chang'an quedó asolada; después de un millar de años, todo un mundo se desvaneció.

13. Carlomagno planeó casar a su hijo Carlos con Elfleda (Aelfflaed), hija del rey Offa de Mercia; pero cuando el anglosajón pidió la mano de una de las hijas, Berta, Carlomagno canceló el matrimonio. Aquel rey menor se había excedido en su ambición.

14. La educación que Carlomagno dio a sus hijas fue tan excelente como la que recibieron sus hijos. El emperador consideraba que tenía la misión de frenar el declive que la educación había sufrido en los siglos anteriores, y presidir una restauración de la fe, el orden y la cultura. Por ello invitó a eruditos a su capital, Aquisgrán, y patrocinó los *scriptoria* de los monasterios, que produjeron cerca de diez mil manuscritos iluminados de gran exquisitez: el Salterio de Dagulfo se creó en especial para el papa Adriano, pero otros se destinaron a una distribución más general. Se tradujo al latín a Aristóteles y Platón, y se copió en vitelas a Ovidio, Plinio y otros maestros latinos.

15. Se prohibieron como incestuosos los matrimonios con cuñadas y suegras. Estas prohibiciones dejaron huella en el idioma inglés, en los términos *sister-in-law* y *mother-in-law*.

16. Harún permitió que el Patriarca de Jerusalén le enviara a Carlomagno una llave del Santo Sepulcro, lo que marcó el principio de un interés renovado de los europeos occidentales por la Ciudad Santa, donde —por el momento— se toleraba a los cristianos. Las relaciones de Carlomagno con Harún en Bagdad tuvieron efectos tanto en el este como en el oeste. En el este Constantinopla fue derrotada por el califa, lo que incitó a los emperadores a apaciguar a los francos; Carlomagno recibió Roma y Rávena; Constantinopla se quedó con Venecia, Dalmacia y el sur de Italia. En el oeste, Harún también estaba enemistado con los Omeya andalusíes. En 797 Hisham, hijo de Abderramán, ordenó invadir Aquitania, y la campaña fue un éxito (sesenta años después de la victoria, supuestamente decisiva, de Carlos Martel).

17. Los productos de lujo llegaban a Bagdad en embarcaciones enormes, desde el oeste (Egipto y África) y el este (China), en rutas circulares que rondaban los veinte mil kilómetros. Hacia 828 una nave construida en Persia con caoba africana y teca india, y consolidada con cordel malayo, zarpó de Cantón con sedas, especias y 60.000 tejas, 18 lingotes de plata, adornos de oro, 55.000 cuencos vidriados de Changsha, 763 tinteros (para los poetas de Bagdad), 915 tarros de especias y 1.635 aguamaniles (decorados con lotos, para los clientes budistas de Indochina, o con diseños geométricos, para los musulmanes), así como con jarras y utensilios de Vietnam y Tailandia. Se hundió cerca de la isla de Belitung, en aguas de Java, y el pecio no se descubrió hasta 1998.

18. En casos infrecuentes, estas artistas podían adquirir la libertad y aun acumular riqueza: Arib, quien sería la cantante-poeta preferida de Al-Mamún, hijo de Harún, fue una superestrella que cantó para cinco califas. Falleció a los noventa y seis años, convertida en una terrateniente acaudalada.

19. «La sodomía del califa es asombrosa», decía un poema satírico de la época, «y aún más lo es la homosexualidad pasiva del visir. Uno encula, al otro lo enculan; no existe más diferencia entre los dos. Si consiguieran utilizarse el uno al otro ... pero Amín se la clavaba al eunuco Kawthar y al otro no le bastaba con que le follara un burro».

20. La sociedad árabe era sumamente refinada, pero la Casa de la Sabiduría no rescató del olvido, por sí sola, la cultura griega en una Europa medieval inculta y primitiva. Después de los ataques contra las Torres Gemelas de Nueva York, diversos historiadores occidentales acentuaron su importancia para demostrar que Estados Unidos y Europa ignoraban la cultura árabe. Pero estos relatos pasan por alto la existencia de Constantinopla: lo que se dice toda la cultura griega estuvo disponible en Constantinopla durante quinientos años más. Y hubo más centros de traducción: los eruditos de Carlomagno también traducían obras griegas al latín, y otras obras se tradujeron asimismo en la corte omeya de Córdoba.

21. Al-Mamún encargó a los hermanos Banu Musa que calcularan la circunferencia del mundo, y al polímata persa al-Juarizmi que escribiera un tratado matemático, *Al-Yabr* (origen del álgebra) que ayudó a introducir las cifras modernas y los decimales, al importar el cero de la India. El nombre de este matemático también sirvió de inspiración para una constante de nuestra vida moderna: los algoritmos. Abu Musa Yabir ibn Hayyan, conocido en Europa con el nombre latinizado de Geber, dejó otro regalo lingüístico para los que hablamos inglés y no entendemos las matemáticas: *gibberish* («jerigonza, galimatías»).

22. Yahiz recoge las palabras de una gran dama de Medina, a la que unas jóvenes preguntaron si el sexo se disfrutaba. Ella recordaba un peregrinaje con el califa Otmán: «En el camino de regreso, mi marido me miró y yo le miré. Él me deseaba y yo le deseaba a él, y él saltó encima de mí justo cuando pasaban a nuestro lado los camellos de Otmán. Cuando se me vino lo que se nos viene a las hijas de Adán, grité con fuerza y los quinientos camellos se desperdigaron por todas partes. Tardamos dos horas en reunirlos a todos».

23. Tras una larga carrera en Bagdad, se ejecutó a los mecenas de Yahiz y él se retiró a Basora. Allí, sin abandonar nunca el mundo de las letras, murió aplastado por una pila de libros: la muerte ideal de todo bibliófilo. En cuanto a Abu Nawás, había fallecido poco después que su patrón, el califa Al-Amín.

1. Alfred, o Alfredo, fue el único rey británico al que se conoció como «el Grande», pero solo gobernaba en el suroeste. Gales estaba repartida entre los reinos celtas de Deheubarth, Powys y Gwynedd; en Escocia estaban los reinos celtas de Strathclyde y Alba y el reino vikingo de Man, en las islas occidentales; el resto lo controlaban los vikingos.

2. Su concepción del yo era singular. Creían que toda persona estaba formada por *hamr* (el cuerpo físico), *hugr* (la esencia), *hamingja* (personificación de la suerte) y *fylgja* (un espíritu femenino que se encontraba incluso en el más viril de los hombres).

3. Les dio nombre en inglés, en el que la relación entre *slav* y *slave* es muy evidente, pero también en español; según la Academia hemos tomado la palabra del latín medieval *sclavus*, que acaba remontándose a *slověninŭ*, «nombre que se daba a sí mismo el pueblo eslavo» en su lengua. (*N. del t.*)

4. Los *rus* eran mercaderes, según le anunció uno de ellos a un enviado árabe: «Oh, Dios, vengo de una tierra lejana y porto conmigo tal número de chicas y tal número de sables». Su concepto de la higiene disgustó al enviado: «Son las más sucias de entre las criaturas de Dios: no se ocultan lo más mínimo para defecar u orinar, ni se lavan después de un orgasmo, ni se lavan las manos después de comer; son como asnos salvajes». Aparte estaba el sexo en grupo: «Cada hombre se sienta en un sofá. Tienen con ellos a esclavas hermosas que venderán a los comerciantes. Un hombre tiene relaciones sexuales con su esclava mientras su compañero mira. A veces lo hacen grupos enteros, en presencia de otros. Un comerciante que venga a comprarles una esclava quizá tenga que esperar a que el rus acabe de copular con ella, y mirarlos mientras lo hacen».

5. Basilio no solo recibió con los brazos abiertos a su protectora Danielis, a la que incorporó a la corte, sino que la ascendió con el título de «madre del emperador» (*basileometor*), lo que no dice poco sobre su relación. En esta época los romaioi, de lengua griega, llamaban al imperio *Basileía Romaíon* («monarquía romana»), y a su rey, *basileus*.

6. Gracias al trabajo precoz de dos misioneros, Cirilo y Metodio, que habían traducido la Biblia griega a la escritura eslava —origen de la cirílica—, este pueblo recién convertido podía comprender los nuevos servicios.

7. En realidad se sabe poco sobre Vladímir, más allá de una crónica sacerdotal, *Historia de los años pasados*, escrita tres siglos más tarde. Esta narración es ante todo mítica, pero en el siglo XVI Iván el Terrible la utilizó para justificar las guerras de «reconquista» de las tierras occidentales. Pedro el Grande adaptó el nombre de la Rus para crear el de su nuevo imperio: Rusia. Los eslavófilos rusos del siglo XIX, al igual que los que en el siglo XXI creen en «el Mundo Ruso» —como por ejemplo el presidente Vladímir Putin— solían promover la idea de una nación rusa que abarca a los pueblos tanto de Rusia como de Ucrania. Para los ucranianos, la historia de Volodýmyr es el mito fundacional de su nación.

8. Dos hijos de Vladímir, Borís y Gleb, perecieron en las luchas posteriores a la muerte de su padre, y se convirtieron en los primeros santos de la nueva iglesia. Se consideraba que se habían sacrificado por esa nueva tierra santa, la Sacra Rus, y con ello se inició la sacralización de los soberanos de Rusia.

9. «He reinado ya por más de cincuenta años, entre victorias y en paz», reflexionaba Abderramán en su lecho de muerte, en 969, «amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Y ahora me he puesto a contar los días de felicidad pura y genuina que me han correspondido: un total de catorce. ¡Qué error, depositar la confianza en este mundo presente!».

1. La división entre suníes y chiíes fue un cisma abierto dentro de la Casa de Mahoma. Desde que se asesinó a Alí, «los allegados» (*shiá*) del islam habían considerado como impostores a los califas omeyas y abasíes, y ensalzaban en cambio a los descendientes del Pueblo de la Casa de Mahoma, a los que consideraban imanes sagrados. Ha habido diversas sectas chiíes, adeptas de la descendencia de diversos imanes; pero los fatimíes afirmaban descender del misterioso séptimo imán, Ismael —por eso se les llamaba ismaelíes—, que se había ocultado (o había desaparecido) hacia 762, y en este momento aguardaban al Mahdi, o Mesías, que sería un miembro de la familia. El Mahdi iba a restaurar la unidad del islam antes del Fin de los Días, un apocalipsis que, gracias al caos del califato bagdadí, se creía que iba a ser inminente. Al-Mahdi Billah afirmaba ser el undécimo imán.

2. Los gobernantes musulmanes, judíos y cristianos rivalizaban por el poder. En Etiopía, tanto los judíos como los cristianos reclamaban para sí la descendencia de los míticos Salomón y Saba, pero había vínculos antiguos entre Arabia y Etiopía y es probable que estos judíos estuvieran relacionados con las interacciones existentes entre el reino de Aksum y el reino judío de Himyar (Yemen). Himyar fue judío desde aproximadamente el siglo IV hasta que fue conquistado por Aksum en el VI. En Etiopía pervivió una comunidad judía no poco significativa, conocida con el nombre de (Casa de) Beta Israel. En cierto momento los reyes de Aksum intentaron convertir a los judíos del reino de Simien (norte de Etiopía). Un rey judío, Gedeón IV, murió en los combates resultantes, pero hacia esa misma época, en 960, su hija, la reina Gudit (Judith), contraatacó, destruyó Aksum e instauró un reino judío que perduró varios siglos junto a los reinos musulmanes y cristianos. En la historiografía no existe un consenso al respecto; buena parte de ello se basa en la tradición de la Beta Israel; pero es probable que estos gedeonitas fueran los antecesores de la Beta Israel actual (los falashas). Makuria siguió prosperando después de haber repelido a los ejércitos árabes en 652, y sobrevivió hasta el año 1000, aproximadamente, cuando se fundió con la cristiana Dotawo, que fue una potencia regional hasta el siglo XVI.

3. Madagascar se convirtió en una sociedad única, afropolinesia, donde los *merina* —una élite malaya— aplastaron a los colonos anteriores —los vazimba—, cazaron a varios animales gigantes hasta extinguirlos —por ejemplo, a lemures del tamaño de gorilas— e importaron esclavos africanos para que trabajaran para ellos, en el marco de un singular sistema de castas que perduró hasta finales del siglo XIX.

4. Un médico árabe cristiano, Ibn Butlán de Bagdad, escribió una guía sobre la esclavitud en la década de 1050. Difundía alegremente estereotipos raciales, pero la base ideológica de la esclavitud no era el color de la piel. Como la mayoría de las gentes del Medievo, «no [consideraba las razas] en términos binarios», ha escrito Hannah Barker, «sino como una profusión de la diversidad humana que reflejaba la infinita y fértil creatividad de Dios». A su juicio, los mejores esclavos eran los de la India y Afganistán. Los de Siria y el Magreb eran inferiores; los de la Rus y los eslavos destacaban por su fuerza. «Si ahora cayera del cielo un esclavo *zanch* (africano oriental), su cualidad más notable sería el ritmo.» El médico advertía en contra de las costumbres de Bagawi (Sudán/Etiopía), donde «practican la ablación. Con una cuchilla extirpan por completo toda la piel de encima de la vulva». Su conclusión personal: «Entre los esclavos blancos, los peores son los armenios; entre los negros, los *zanch*».

5. Los trayectos que los esclavos debían realizar a través del desierto eran una pesadilla: es posible que en esas marchas muriera una quinta parte de ellos, y sus huesos eran una imagen habitual. Entre 700 y la abolición de la esclavitud es probable que se comerciara con un número de esclavos de África oriental equiparable al del comercio atlántico. Ralph A. Austen ha calculado que el tráfico afectó a 11.750.000 personas, pero la cifra debe entenderse solo como una conjetura razonable.

6. Cuando huía de Egipto, Al-Mutanabbi, blanco y entero, le soltó al eunuco negro: «El sentimiento de gratitud de un blanco rico y bien dotado pronto se agota: / ¿Qué agradecimiento cabe esperar de un negro sin pelotas?».

7. Al-Muizz también fue el inventor (o encargó la invención) de la pluma estilográfica. Le dijo a su escriba: «Deseo contar con una pluma que pueda usarse para escribir sin sumergirla en un tintero; que lleve la tinta en su interior ... de modo que no manche ni caigan gotas».

8. La Guenizá era un archivo accidental. En realidad era el vertedero de los judíos locales, que entendían que las palabras de Dios en hebreo no se podían quemar, solo enterrarlas.

9. Juan Crescencio fue el último de los Crescentii, pero la otra línea maroziana, la de los condes de Túsculo, controló el papado hasta 1049. La suerte de la familia tampoco concluyó en este fecha: los príncipes de Colonna, potentados notables de los siglos venideros, descendían (y descienden) de los condes tusculanos.

10. En realidad los anglosajones ya eran un híbrido de ingleses y vikingos. El ADN demuestra que los vikingos quizá empezaron con asesinatos y violaciones, pero con el tiempo se asentaron y contrajeron matrimonios mixtos con celtas y anglosajones.

11. Nos hallamos en la era de los epónimos que definían a las personas por su apariencia y sus acciones, no por su cuna. El sobrenombre de Etelredo (Aethelred, Æþelræd) era un chiste... y bastante malo, todo sea dicho. Se le conoce como *the Unready*, pero no en el sentido inglés actual de «desprevenido, no preparado», sino en el antiguo de «mal aconsejado»; y era un juego de palabras con su nombre propio, que significaba precisamente «bien aconsejado». Así que Etelredo —Æþelræd Unræd— fue el rey Bienaconsejado Malaconsejado.

12. En 1997 un ingeniero informático de California, entusiasta de la historia vikinga, denominó «diente azul» (*Bluetooth*) a ciertas comunicaciones de corta duración, como tributo al rey que había unido a los pueblos escandinavos.

13. Canuto negoció con los líderes europeos la libertad de comercio y libertad de movimiento, y anunció —con ecos de las actuales negociaciones del Brexit— que se había asegurado de que «se aprobaba una ley más justa con ellos, y una paz más segura, en las vías de acceso a Roma, de modo que no se les impondrían tantas barreras en el camino ni se les hostigaría con tantos peajes injustos». Para transmitir que se caracterizaba por una noble humildad y la sensibilidad ecológica, situó su trono en la playa con la leyenda: «Que todos vean cuán huero es el poder de los reyes». La historia se reconvirtió más adelante para que ilustrase exactamente lo contrario: el poder de las olas había humillado a Canuto y esto debía entenderse como un símbolo de la arrogancia de los reyes.

14. Escocia se sacudió el control de Diente Azul. En 1031, Canuto había invadido Escocia y obligó a rendirse al gran rey Malcolm II y a un rey subsidiario, Mac Bethad de Moray. El rey escocés Donnchad el Enfermo, nieto de Malcolm II, asaltó Inglaterra en 1039, pero con tal torpeza que desencadenó la rebelión de uno de sus magnates, Mac Bethad, *dux* y *mormaer* [en Escocia, gobernante de una provincia] de Moray, que le mató en combate y gobernó como rey durante diecisiete años, junto con su reina, Gruoch. El primer marido de Gruoch había muerto quemado, probablemente por obra de quien luego sería su segundo esposo, Mac Bethad. En 1057 Malcolm III, hijo de Donnchad, invadió los territorios de Mac Bethad y le dio muerte, se cree que con ayuda inglesa. Shakespeare estrenó en 1606 una obra sobre estos personajes. Mac Bethad se convirtió en Macbeth, pero el dramaturgo desperdició la posibilidad de sacarle partido al nombre de Gruoch [quizá por *grouch*, «cascarrabias, gruñón». (*N. del t.*)].

15. Los cahokianos estaban en contacto con el norte (compraban obsidiana de Utah) y con el sur (traían jade y obsidiana de México). Se afilaban los incisivos y tomaban chocolate, como los mayas, de cacao mesoamericano. Entre las tecnologías que transmitieron al sur figuraba la del arco y la flecha, que se había ido difundiendo desde los pueblos árticos; llegó al suroeste hacia 500 y luego pasó a México. En Nuevo México, en el Cañón del Chaco, otros nativos, los *pueblo*, levantaron poblados con viviendas complejas (una de ellas contaba con ochocientas habitaciones), almacenes subterráneos y plazas, además de un sistema de carreteras cuyos propósitos rituales suponen un misterio. Los pueblo también tomaban chocolate, se alimentaban de pavos domésticos y se engalanaban con turquesas y plumas de guacamayo que importaban del sur.

16. Islandia permaneció habitada y recibió la visita de marinos ingleses; pero los antiguos asentamientos escandinavos de Groenlandia sucumbieron a los ataques inuits, al frío y el hambre. Los huesos descubiertos nos hablan de su malnutrición; las sagas islandesas narran que «a los viejos o inválidos se los mataba y arrojaba por algún precipicio».

17. Esta desaparición no hizo sino potenciar la mística de Al-Hakim entre sus discípulos, que murieron masacrados por orden de su hermana. Algunos lograron huir y, en la actualidad, dos millones de drusos aún veneran su divinidad en Israel, el Líbano y Siria. Sitt al-Mulk ejecutó a Ibn Daws para borrar mejor sus huellas, y gobernó el imperio fatimí en condición de tía-princesa. Revocó las prohibiciones de Al-Hakim: se permitió volver a beber vino y tocar música; las mujeres pudieron vestirse de nuevo a su antojo y salir a comprar; los judíos y cristianos regresaron a su fe y dejaron de vestirse con ropas distintivas; también volvieron la Pascua y la Navidad.

1. En 1044, una guía técnica impresa, el *Wujing Zongyao*, especificaba fórmulas para la manufactura de la pólvora más conveniente a cada tipo de bomba.

2. Los tangutes eran un pueblo de las fronteras tibeto-birmanas que había pasado al noroeste de China.

3. Los «nueve invitados» de la cultura china eran el buen vino, la poesía, la cítara, la caligrafía, el juego del weiqi (go), la meditación budista, el té, la alquimia y la conversación con los buenos amigos. Como persona entregada al estudio científico, Shen Gua observó que algunos fenómenos no podían definirse con facilidad: «En su mayoría la gente solo puede evaluar las cosas a partir de las experiencias de la vida corriente, pero hay un número verdaderamente elevado de fenómenos que escapan a este marco. ¡Qué inseguro resulta investigar los principios naturales conformándose con la sola luz del conocimiento corriente!».

4. En la década de 780, el rey Indra, maharajá Sailendra tanto de Mataram como de Srivijaya —un budista que tal vez planeó el gran templo javanés de Borobudur— regía sobre buena parte del Asia suroriental continental, así como en Indonesia. Es posible que un príncipe camboyano, que tal vez empezó siendo un rehén o un prisionero, actuara como general de Indra. Tanto si Indra lo instaló allí como si alcanzó a escapar de sus garras, hacia 781 el príncipe se estableció como soberano de Kambuyadesa (Camboya); era la época en la que Harún dominaba Asia occidental y Carlomagno estaba conquistando Europa. En 802, en un cerro sagrado, tras haber adoptado el nombre de Jayavarman II, se hizo coronar *chakravartin*. Como devoto shivaísta se sacudió el yugo de los Sailendra budistas, pero canalizó en torno de sí mismo, como un Shiva, el culto de aquellos al dios rey, *devaraja*. Gobernaba desde dos capitales, Hariharalaya y Mahendraparvata, y se embarcó en una serie de campañas con la intención de unir los principados camboyanos, lo que supuso conquistar un imperio, el jemer, que se extendía por «China, Champa [Vietnam] y el país de los mangos y los cardamomos» [¿Tailandia?]. Los jemeres, que gobernaban desde ciudades cada vez más ingentes y complejas, fueron el poder dominante durante los cinco siglos posteriores. Los chakravartines ya habían empezado a erigir templos y palacios reales en Angkor: Suryavarman I construyó la pirámide de tres terrazas de Phimeanakas, dentro del palacio de Angkor Thom.

5. En Japón los nombres de las mujeres no se preservaban. «Dama Murasaki» era un mote descriptivo, basado en el personaje de su novela; aun así es posible, de acuerdo con el diario de Michinaga, que fuera una de las damas aquí mencionadas, Fujiwara no Kaoruko.

6. Sin embargo todo giraba en torno del poder de los hombres, que disponían de varias esposas y concubinas. La experiencia de Li demuestra que para ser una mujer independiente era necesario luchar con denuedo; además esa libertad no duró mucho tiempo, pues, más adelante, mujeres menos afortunadas que Li quedaron confinadas en sus casas y sus movimientos también se confinaron de una forma sumamente dolorosa, concebida para realzar la delicadeza femenina: el vendado de los pies.

1. Por el oeste, un caudillo llamado Mahmud logró apoderarse de un nuevo reino con capital en Ghazni (Afganistán), cuyo territorio amplió hasta llegar de Persia a Pakistán, además de los asaltos repetidos contra el norte de la India. Los ghaznavíes luchaban como los turcos, pero se complacían con el refinamiento de una cultura de influencia persa. Mahmud fue mecenas de un poeta persa, un terrateniente jorasaní que, con el seudónimo de Ferdousí («Paradisíaco»), dedicó treinta años a escribir *El libro de los reyes*, un poema épico de dioses y héroes protagonizado por un jinete, el príncipe Rustam, que situaba a los persas por encima de los árabes y fundía la cultura persa islámica con la preislámica. Mahmud le prometió a Ferdousí una moneda de oro por cada dístico que escribiera, pero tardó tanto en pagar que el dinero llegó cuando el cortejo funerario del poeta había emprendido el camino. Aunque el califa seguía gozando de la soberanía nominal, les concedió a los ghaznavíes un título nuevo —sultán— que reconocía su autoridad laica y por lo tanto el poder real.

2. Se apreciaba sobremanera el color rubio del cabello y la palidez de la piel. Para teñir el pelo se utilizaba mirra, lima, azafrán, sandáraca y *thapsia*; para maquillar el rostro, yeso y polvo de plomo. Zoé importaba sus ingredientes de Egipto y la India.

3. Algunas de estas diferencias eran menores; otras, significativas. Los orientales rechazaban las reformas occidentales: tanto el celibato de los sacerdotes como la nueva redacción del Credo, según la cual el Espíritu Santo derivaba no solo del Padre, sino también del Hijo (*filioque*). Por su parte a los occidentales les parecía inaceptable que el emperador romano llevara el título de «Igual de los Apóstoles».

4. La cuestión no se reducía a Inglaterra y Normandía. Todos estos príncipes eran actores de un mundo oriental no poco complejo. Hardråde se había casado con Elisaveta de Kiev, hija de Yaroslav. Tras la derrota inglesa, muchos exiliados anglosajones ofrecieron sus servicios a Constantinopla, donde se les concedió una colonia, Nueva Inglaterra, situada probablemente en Crimea. Harold y su esposa Edith «Cuello de Cisne» tuvieron cuatro hijos que fueron invadiendo Inglaterra con la intención de expulsar al Bastardo; tres murieron en el intento. Su hija Gytha se casó con Volodýmyr Monomaj («monómaco»), príncipe de Kiev. Yuri Dolgoruky —hijo de la pareja y nieto de Harold— fundó Moscú y fue el progenitor de todos los zares hasta Iván el Terrible.

5. Los turcos aún celebran anualmente la victoria de Manzikert. A los europeos occidentales no les pasó por alto que el hecho de que el imperio oriental se estuviera debilitando era una catástrofre. En 1074 (después de Manzikert), el papa Gregorio propuso emprender una guerra en apoyo de Constantinopla, en lo que sería un primer paso hacia las Cruzadas que se iniciarían veinticinco años después.

6. Nizam escribió un manual de príncipes para Malik-sha, en el que reflexionaba, entre otros muchos sabios consejos, sobre los peligros de la familia: «un esclavo obediente es preferible a trescientos hijos, pues estos desean la muerte de su padre, y aquel, la gloria de su señor».

7. En 1090, los cismas fisíparos del califato fatimí engendraron a los Asesinos. Como en el caso de los chiíes, todo empezó por una disputa familiar, cuando el califa eligió por heredero a su hijo Al-Mustali, en contra de las ambiciones del hijo mayor, Al-Nizari, que en 1095 se rebeló y murió emparedado. Los partidarios de Al-Nizari, encabezados por el místico y erudito Hassan i-Sabbah, creían que el príncipe emparedado se había ocultado para regresar como el Mahdi, por lo que huyeron a Egipto, tomaron el castillo de Alamut (en las montañas del norte de Persia) y fundaron un principado que pervivió durante dos siglos. Sus primeros líderes se hacían llamar *dai* («misioneros»), pero más adelante se ampararon en el linaje nizarí para gobernar como imanes sagrados. Los nizaríes eran poco numerosos, pero lo compensaban con fanatismo y asesinatos (y, según algunos, drogas: de ahí el mote despectivo de *hashshashin*, de donde procede la palabra «asesinos», pero que originalmente significaba «adictos al hachís»). Sus sicarios mataron a miles de suníes, incluidos dos califas abasíes; más adelante Saladino sobrevivió a dos atentados. Una patrulla de asalto con disfraces monacales asesinó a un rey cruzado de Jerusalén; otra hirió al príncipe inglés que, unos años más tarde, sería Eduardo I.

8. El tropo de los penes y la palmera alude a un relato árabe según el cual María sacudió una palmera datilera mientras daba a luz a Jesús, y dio lugar a no pocas obscenidades entre estas poetas. En unos versos asombrosos, Muhya compara los embarazos misteriosos de Walada con los de la Virgen María: «Walada está preñada de otro hombre, según confirma el guardián de los secretos. Para nosotros se parecía a María, pero esta palmera es un pene erecto».

9. El nombre de *al-Murabitin* (almorávides) posiblemente significaba «pueblo de la rábida», en referencia a sus monasterios fortificados.

10. El rey poeta Al-Mutamid se exilió en Marruecos. Cuando Córdoba cayó en manos de los invasores, su nuera, la princesa Zaida, huyó con Alfonso, quien la incluyó entre sus concubinas para luego convertirla al cristianismo y casarse con ella, con el nombre de reina Isabel. En 2018 algunos periódicos británicos sostuvieron que la reina Isabel II del Reino Unido descendía del profeta Mahoma a través de Zaida. Zaida había tenido dos hijas; una de ellas, Elvira, se casó con el conde Roger de Sicilia, de la casa de Hauteville; la otra, Sancha, fue progenitora de un linaje real, a través del conde Ricardo de Cambridge y de la reina María de Escocia, que llega hasta Jorge I. Se trata de un vínculo genuino entre el islam y el cristianismo, que se originó en un tiempo más cosmopolita que el actual. Al-Mutamid descendía de reyes árabes, los lajmíes de Irak, una realeza más antigua que el linaje del Profeta, pero sin relación con este; y además fue el suegro de Zaida, no su padre. No hay por lo tanto ninguna prueba de que Zaida (y menos aún, Isabel II) fuera descendiente de Mahoma.

11. Kilich Arslan murió combatiendo contra señores túrcicos rivales. Su tumba se descubrió en 2020, en la localidad turca de Silvan.

12. Génova había iniciado las Cruzadas con incursiones en Mahdia y Tunicia (en 1016 y de nuevo en 1087: la que Roger rechazó con su pedo). Era una república, conocida como *La Superba* y gobernada por cónsules elegidos entre un cartel de familias mercaderes, que encabezaban los Doria, los Grimaldi (actuales príncipes de Mónaco) y los Embriaco. Los genoveses comerciaban con plata de Cerdeña y con lana, pero sobre todo con oro y esclavos, blancos y negros, de África y Rusia; su red mercantil se extendía del Nilo al Atlántico y, desde Ceuta, crearon colonias conectadas con su mercado de esclavos de Kaffa (Feodosia, en Crimea). Pero buena parte de su energía se dedicó a luchar contra sus rivales odiados, Pisa y luego Venecia.

13. Fue el segundo Estado cruzado. Balduino de Boulogne —hermano del Godofredo de Bouillon que destacó por su odio a los judíos— ya había salido al galope hasta tomar Edesa (Urfa, en el sureste de Turquía) como territorio propio.

14. Los barcos genoveses capitaneados por el príncipe y mercader Guglielmo Embriaco, «Cabeza de Martillo», fueron esenciales no solo en la conquista de Jerusalén, sino también la de Cesarea, Acre —donde recibieron un tercio de los beneficios— y las de (en lo que hoy es el Líbano) Trípoli, Tiro y Gibelet (Biblos), que se convirtió en un feudo familiar de los Embriaco. Los venecianos, que llegaron más tarde, se enfrentaron a sus rivales pisanos y después asaltaron Haifa, donde masacraron a la población, en su mayoría judía.

15. No todos los paladines de las Cruzadas fueron hombres: en 1101, una cruzada menor partió de Alemania a las órdenes (en parte) de Ida, margravina de Austria. Contaba unos cuarenta y cinco años. Murió en combate tras una emboscada del León de la Espada, el sultán selchuquí de Rum.

16. Mientras que su hermano acabó por ser el más notable de los emperadores tardíos, Ana sobrevivió aún varias décadas, en las que se dedicó a escribir su historia para exorcizar la amargura: «He muerto mil muertes, pero, a pesar de todos los infortunios, aún sigo viva... para morirme más veces». Su pérdida personal fue toda una ganancia para el género historiográfico. Así como Ban Zhao había sido la primera historiadora de China, Ana fue la primera de Occidente.

17. A la muerte de Bohemundo, a los cincuenta y seis años, Antioquía pasó a manos de su hijo Bohemundo II, criado en Europa por su madre hasta la mayoría de edad. Llegó a su reino en 1126, decidido a consolidarlo, y se alió con Balduino II de Jerusalén, primo de su padre, que le dio la mano de su hija Alicia, lo que estableció un vínculo entre los dos Estados más extensos de entre los diversos —y frágiles— Estados cruzados. Pero ser un monarca cruzado era un oficio de riesgo. Bohemundo II fue «poderoso» como su padre, pero no tuvo tanta suerte. Combatió con rivales francos y enemigos islámicos antes de invadir Siria con su suegro Balduino II. Murió allí, en Siria, cuatro años más tarde —su cabeza se la enviaron al califa de Bagdad— y legó Antioquía a su hija Constanza, que era un bebé. En cuanto a Raimundo de Poitiers, era hijo de un duque de Aquitania, Guillermo IX «el Trovador», que había hecho campaña en España contra los musulmanes. Al regresar de al-Ándalus trajo consigo a los poetas cortesanos y varios esclavos dedicados al canto y al baile, que contribuyeron a difundir la moda del «amor cortés», cantada en occitano por los trovadores. Guillermo personificó el culto al amor y rindió devoción a su bella amada, de nombre fabuloso —Dangerosa de l'Isle Bouchard—, que fue abuela de Leonor de Aquitania.

18. Después de que Raimundo muriera en combate, su viuda Constanza, liberada del matrimonio político, se enamoró de un aventurero sin fortuna ni principios, Renaud (Reinaldo) de Châtillon, con el que se casó y al que concedió el título de príncipe, mientras que Bohemundo III el Tartamudo (hijo de Raimundo y Constanza) heredaba el trono. Constanza tuvo que reconocer el poder de Manuel, al que dio la mano de su hija María; de este modo los Hauteville quedaron unidos a sus enemigos, los Comnenos.

19. Cuando Roger II falleció, en 1154, su tercera esposa estaba embarazada, por lo que su última hija —otra Constanza— nació póstumamente. Dada la gran cantidad de hijos y de parientes masculinos, se antojaba improbable que esta niña llegara a alcanzar ninguna relevancia política.

1. Khabul no fue el primero de la familia en crear un reino: hacia el año 900, su bisabuelo Butunchar Munkhag había gobernado a los mongoles.

2. El *kumis* es una bebida alcohólica de leche de yegua fermentada que todos los pueblos de la estepa desde los escitas y, como reconocimiento de la santidad de los caballos, se empleaba como ofrenda sagrada. Sigue siendo una bebida nacional en el Kazajistán actual.

3. Nestorio fue el arzobispo bizantino que argumentaba que Cristo tenía dos naturalezas simultáneas: divina y humana. Fue depuesto y exiliado en 431, pero sus opiniones se popularizaron en el este.

4. Las principales fuentes orientales sobre la vida de Gengis y su familia son las obras de tres historiadores extraordinarios. La más importante es la denominada *Historia secreta de los mongoles*, título original desconocido, encargada por Ogodei, el hijo de Gengis, poco después de su muerte. Algunos creen que fue escrita por Shigi, su hijo adoptivo y principal juez. Los otros dos historiadores —el tesorero persa Atâ-Malek Juvayni, que escribió veinte años después, y el gran visir Rashid al-Din, cien años después (pero utilizando otra historia familiar oficial que más tarde se perdió)— eran ministros de alto rango de descendientes de Gengis que, por tanto, pudieron conocer de primera mano numerosos aspectos de la vida familiar.

5. Esta vez, el carismático predicador fue Ibn Tumert, que criticó la decadencia de los morabitas a favor del misticismo mezclado con el fundamentalismo puritano que fomentaba un retorno al Corán. Sus seguidores se hacían llamar al-Muwah-hidun, o pueblo de unidad (almohades). En 1121, Tumert se declaró Madhi. En 1147, su sucesor, Abd al-Muamin, se declaró califa y conquistó Marrakech y Magreb y, en 1172, entró en España, se instaló en Sevilla e inició una despiadada persecución contra judíos y cristianos. El gran filósofo judío Moisés Maimónides huyó de la represión y llegó a El Cairo, donde se convirtió en doctor y asesor de Saladino y sus hijos. Esos califas bereberes eran ávidos constructores de minaretes. Tras la muerte de su padre en 1163, el segundo califa, Abu Yaacub Yúsuf, erigió la torre de la Giralda como minarete para su mezquita de Sevilla, y el palacio que se convertiría en el Alcázar. El tercer califa, al-Mansur, que en 1195 masacró a un ejército castellano, construyó la torre Hasán en Rabat. No había motivo para suponer que España volvería a ser totalmente cristiana en algún momento.

6. La competencia de los cinco primeros monarcas era formidable: Balduino I y II eran reyes-guerreros dotados e infatigables, mientras que la reina Melisenda (hija de este último con Morfia, su reina armenia) era su igual como potentada, aunque necesitaba a su marido Fulco para que liderara sus ejércitos. Fue ella quien construyó la iglesia del Santo Sepulcro y el mercado que vemos hoy en Jerusalén. Su hijo Balduino III la depuso, pero heredó los dones familiares, al igual que su hermano obeso Amalarico.

7. La muerte de Barbarroja dio lugar a la leyenda de un emperador durmiente que volvería a alzarse al Final de los Días y su prestigio místico inspiró a un gobernante alemán posterior, Adolf Hitler, que bautizó su invasión de Rusia en su honor. Ricardo heredó las cuantiosas posesiones de su padre, Enrique II, duque de Normandía y conde de Anjou, y su madre, Leonor, duquesa de Aquitania: toda Inglaterra y la mitad occidental de Francia. Más tarde, Felipe, perseguidor de los judíos, a los que expulsó y luego permitió regresar, se ganó el epíteto de Augusto por expandir Francia de manera extraordinaria, reduciendo así los territorios ingleses ayudado por la espectacular y despiadada incompetencia de Juan, el hermano de Ricardo. Pero los ingleses conservaron Gascuña durante tres siglos.

8. En 806, Achot el Carnívoro (un entusiasta de la carne incluso en Cuaresma) fue nombrado príncipe de Armenia por Harun al-Rashid y fundó la dinastía bagrátida, que gobernaría el Cáucaso los siguientes mil años, hasta 1810. En 885, Achot el Grande fue reconocido por el califa y el emperador romano como el primer rey de Armenia, y tres años después, otro miembro de la familia, Adarnase IV, fue coronado rey de Tao, en el suroeste de Georgia, por el emperador Basilio el Asesino de Búlgaros. En 1122, el rey David IV el Constructor aprovechó la distracción islámica durante las Cruzadas para conquistar Tiflis, unir una expandida Georgia y librar una guerra santa contra los selyúcidas tan feroz que, después de una batalla, supuestamente brotó sangre del cinturón al quitárselo. Fusionando las culturas de los trovadores persas, túrquicos y francos, casándose con una cristiana y una turca, casando a una hija con un selyúcida y a otra con un Comneno, David viajaba con una espada y una biblioteca, leyendo el Corán y poesía persa y, como su tocayo bíblico, escribiendo salmos.

9. El tesorero de la reina, Shota Rustaveli, también era poeta, autor del poema épico georgiano *El caballero de la piel de pantera*, en el que la bella princesa y su pretendiente son tributos a Tamara y David. Rustaveli homenajeó la rara unión del rey de reyes y su reina consorte: «Ella, que infunde terror desde el este hasta el oeste, allá donde combata: / A los traidores los destruye; a quienes le son fieles los deleita». Igual que en el caso de Melisenda en Jerusalén, la unión demostró que una mujer podía estar al mando en tiempos de las Cruzadas incluso estando casada con un consorte-guerrero, precedentes que más tarde serían relevantes para la reina Isabel I de Inglaterra, que temía que eso no fuera posible en su época.

10. Saladino y su hermano Safadino, que gobernaban Egipto, buena parte de Israel y Líbano, Siria, la mitad de Irak y Yemen, también habían conquistado La Meca, donde instalaron a Qatadah, un descendiente hachemita de Mahoma, como emir, que controlaba los ingresos del hach. Utilizando un ejército de esclavos nubios y oscilando entre los sucesores de Saladino y los califas de Bagdad, Qatadah se hizo con el control de ambos lugares sagrados y fundó la familia hachemita que, con breves intervalos, gobernó La Meca hasta la década de 1920 y a la que pertenecieron los reyes de Hiyaz, Siria, Jordania, Jerusalén e Irak. Todavía reinan en Jordania. En 1221, un enfermo Qatadah fue estrangulado por su hijo Hasán.

11. Después de reconocer a los emperadores griegos que reconquistaron Constantinopla a los latinos, los emperadores de Trebisonda utilizaban el título de emperador y autócrata de todo Oriente y sobrevivieron comerciando con Venecia y Génova y con gobernantes islámicos a los que ofrecían prestigiosas princesas autóctonas. Este reino duró hasta 1461.

12. Gengis desplegó sus tácticas en tres maniobras: primero, el Arbusto espinoso de sarayana, la marcha en la cual las tropas desfilaban muy juntas; en segundo lugar, el Lago, en el que las tropas se dispersaban por una zona extensa; y, por último, el Cincel, en la que los jinetes se concentraban con una fuerza devastadora.

13. Jöchi, el hijo mayor de Gengis, engendrado por un violador merkita, era tratado como un príncipe de oro y recibía un vasto infantazgo, pero no era tomado en consideración para la sucesión como gran kan. Es posible que se enemistara con Gengis, pero el hijo murió primero y sus territorios fueron heredados por Batú, su capacitado hijo.

14. Un clan oguz turco que había vivido en Merv escapó de los mongoles para buscar refugio en el sultanato selyúcida de Rum, en Turquía, donde les concedieron tierras. Su líder era un cacique llamado Osmán, fundador de la familia osmanlí u otomana, que dominaría la región hasta 1918.

1. En 1212, Inocencio animó a los tres potentados cristianos, Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII de Navarra y Pedro II de Aragón, a que se unieran para luchar contra los líderes bereberes de al-Ándalus. En Las Navas de Tolosa los derrotaron y atraparon al califa al-Nasir, que intentó huir pero cayó en una trinchera. Fue devuelto a Marrakech y murió a causa de las heridas. El aura victoriosa de los bereberes se había roto: Yusuf II fue asesinado mientras jugaba con una de sus vacas, una muerte impropia de un califa. Varias ciudades islámicas cayeron en manos de Alfonso, que se jactaba de que en Úbeda había matado a sesenta mil musulmanes, incluyendo hombres, mujeres y niños, un crimen peor que el de Jerusalén en 1099. Su nieto, Fernando III, se impuso en Córdoba y Sevilla. En el momento de su muerte, Granada era el último reino islámico de España.

2. Según algunos cálculos, es el edificio religioso más grande de la historia y sin duda es el mayor templo hindú jamás construido. Angkor Wat, con cinco torres (en honor a los cinco picos del mítico monte Meru) y construido alrededor de patios, sigue siendo una maravilla, decorada con más de mil bailarinas con el pecho desnudo, duendes y yoguis, leones y elefantes. Sus frisos representan a Suryavarman con elefantes de guerra, su corte de brahmanes y cortesanos que llevan palanquines y parasoles.

3. Gregorio IX creó la Inquisición papal para impedir que gobernantes locales o muchedumbres atacaran a supuestos herejes sin la supervisión del papa. Quemó copias del Talmud y ordenó que todos los judíos fueran considerados *perpetuam servitus judaeorum*, en servidumbre hasta el Día del Juicio.

4. La tercera esposa de Federico fue Isabel, hija de Juan, el difunto rey de Inglaterra. Como parte de una alianza con su hermano menor Enrique III contra Francia, Federico se casó con ella en 1235. A menudo, el emperador pasaba años luchando y dejaba a Isabel embarazada y custodiada por eunucos africanos. Mantenía correspondencia con Enrique III mientras Federico seguía disfrutando de su gran romance con Bianca Lancia, su amante italiana, con la que tuvo hijos, y de su harén árabe. La emperatriz inglesa de Alemania, reina de Sicilia y Jerusalén, de veinticinco años, murió dando a luz, igual que su segunda esposa. Más tarde, Federico se casó con Bianca en el lecho de muerte de esta. En esa época, los soberanos alemanes eran elegidos reyes de Alemania pero solo ostentaban el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico o césar (*Kaiser* en alemán) si eran coronados por el papa. Su heredero recibía el título de rey de los romanos.

5. Probablemente llamado Robert, es posible que fuera el capellán de los barones que en 1215 se habían rebelado contra el rey Juan y lo obligaron a conceder una carta de privilegios de los nobles, llamada Magna Carta. En el continente había sido capturado por Batú Kan, a quien sirvió durante muchos años. Fue uno de esos personajes cuya extraña trayectoria ilustra los sorprendentes giros de la historia.

6. Nóvgorod, que habían fundado los Rúrikovich u otros comerciantes-invasores nórdicos, se había convertido en una república oligárquica no muy diferente de Venecia y Génova. Gobernando desde el Báltico hasta los Urales, su constitución exacta no está clara, pero había una asamblea —la *Veche*— que elegía a un líder conocido como el *posadnik*, que gobernaba de alguna forma con un consejo de grandes y el arzobispo, que a su vez solía elegir a un príncipe Rúrikovich para liderar la república cuando corría peligro. Esto demuestra que en la Rusia medieval había otras tradiciones además de la autocracia.

7. En 1156, el príncipe Yuri «el del Brazo Largo» Dolgoruky, cuya madre era Gytha de Wessex, hija del rey Haroldo II, construyó una fortaleza en una colina que domina el río Moscova. En ocasiones fue gran príncipe de Kiev, después de Vladímir-Súzdal. Las invasiones mongolas fueron las que acabaron por convertir esa fortaleza, Moscú, en el mayor principado de los Rúrikovich y en futura piedra angular del imperio ruso.

8. Pero los asesinos seguían controlando castillos en Siria y Líbano. En 1271 intentaron asesinar al príncipe Eduardo de Inglaterra, que se encontraba librando una cruzada en Acre: el futuro Eduardo I sobrevivió para destrozar a los escoceses. Tras la destrucción de los últimos castillos de los asesinos, los nizaríes volvieron a dividirse y una de sus ramas continuó la sucesión sagrada. En el siglo XIX, el sha de Persia eligió a su imam como gobernador de Qom y le concedió el título de aga kan antes de trasladarse a la India británica y florecer como cliente británico. En el siglo XXI, los aga kanes siguen siendo los imames de quince millones de nizaríes.

9. Un primo del último califa escapó a El Cairo, donde lo erigieron califa honorario, un título que mantuvieron los sultanes mamelucos en Egipto hasta 1517, cuando los otomanos se llevaron al último de la familia a Estambul y, tras casi mil años de grandeza, llegó la oscuridad.

10. Cuando Gengis tomó Persia, Saadi se convirtió en peregrino sufí —el sufismo es el misticismo islámico—. Saadi estudió en Bagdad y El Cairo y visitó La Meca y Jerusalén hasta que lo capturaron y esclavizaron los cruzados en Acre durante siete años. Más tarde lo rescatarían los egipcios. Tras cincuenta años vagando por el mundo, Saadi volvió a casa y escribió sus obras maestras. Las guerras inspiraron su amor por la humanidad: «Todos los seres humanos somos parte de un mismo cuerpo, / que de un elemento mismo se hicieron en la creación», escribió en *Bani Adam*. «Si no te duele el dolor ajeno, / no mereces que te llamen persona.» Pero sus aforismos son agudos: «No te hagas amigo de un cuidador de elefantes si no tienes espacio para entretener a un elefante». Sobre la guerra, aconsejaba: «Antes de sacar las armas para la batalla, ten cuidado / de que el camino hacia la paz esté discretamente despejado». Vivió hasta los noventa años.

11. Sustituyó al sultán su viuda, Shajar al-Durr, una antigua esclava que ahora gobernaba como sultana, al igual que Razia en Delhi, algo poco frecuente en el islam, una mujer gobernando por derecho propio como Malikat al-Muslimin (reina de los musulmanes). Pero cuando cuestionaron su forma de gobernar, se vio obligada a casarse con un general mameluco. Luego mandó que lo asesinaran en su bañera. Este hecho enfureció a los guardias y culminó con su muerte: sus esclavos de palacio la mataron desnuda (la cubría un simple chal bordado con diamantes) a golpes de zapatos: una muerte a taconazos.

12. Tras perder Antioquía en 1268, Bohemundo VI se quedó con el puerto libanés de Trípoli, que heredó su hermana Lucía. El sultán Qalawun tomó el puerto en 1289. Lucía, condesa de Trípoli, la última Hauteville, podría haber fallecido entre los escombros.

13. Además de sus cuatro esposas, cada una con una corte de varios centenares de miembros, las concubinas favoritas de Kublai eran «muchachas muy hermosas de piel clara» procedentes de Afganistán. A todas sus concubinas las entrenaron mujeres mongolas experimentadas.

14. El príncipe griego Miguel VIII Paleólogo, cuya familia gobernaría el restaurado Imperio bizantino durante los dos siglos posteriores, reconquistó la Gran Ciudad. Los romaníes lo celebraron quemando los barcos de Venecia, cegando a los mercaderes venecianos y organizando a los genoveses, que recibieron su propio barrio, Gálata, donde construyeron la torre de Cristo, la torre de vigilancia que se ha conservado hasta nuestros días.

1. Se trataba de una *paiza*, una tablilla dorada de unos treinta centímetros de largo y poco más de siete centímetros de ancho, en la que se leía: «Por el poder del Cielo Eterno, por orden del gran kan, quien no muestre respeto al portador será culpable de una ofensa castigada con la muerte».

2. El hijo de Federico II, Conrado, que tuvo con la reina de Jerusalén, había sido elegido rey de los romanos en vida de su padre y también había heredado Sicilia, pero murió de malaria en 1254. La sucesión de su medio hermano Manfredo, hijo de Bianca, la favorita del emperador, se vio truncada por la concesión de Sicilia por parte del papa Urbano IV al aspirante Carlos de Anjou, hermano del rey francés, que en 1266 mató a Manfredo y después mandó decapitar a Conradino, el hijo de Conrado, de dieciséis años y «tan bello como Absalón». Sin embargo, la hija de Manfredo, Constanza, se casó con el rey Pedro III de Aragón y recuperó Sicilia. En cuanto a Carlos, se quedó con Nápoles. Cuando su familia organizó matrimonios con las casas reales de Europa central, sus descendientes gobernaron durante un tiempo Hungría, Croacia, Bosnia, Polonia y Rumanía.

3. Los príncipes alemanes que elegían a los reyes de su país eran conocidos como los electores. Los reyes se coronaban en Aquisgrán, la antigua capital de Carlomagno.

4. Hasta el momento, Otakar era el mayor de la familia checa de los Premislidas, que había iniciado una tribu eslava alrededor de Praga y creado un reino de Bohemia.

5. Pero no fue el fin de los Premislidas: su hijo Wenceslao II se convirtió en rey de Polonia y Bohemia y procuró Hungría para su hijo. Gobernó un imperio centroeuropeo que se desmoronó tras su muerte.

6. Marco alabó la ciudad de Kumul (Hami, Sinkiang), donde, «si un forastero llega a su casa, el hombre lo recibe con gran alegría» y ordena «a las hijas, hermanas y demás que hagan todo cuanto el forastero desee», incluso abandonando la casa mientras «el forastero se queda con su mujer, hace lo que le viene en gana y se acuesta con ella en medio de un gran disfrute. Por tanto, todas las mujeres yacen con otros hombres, pero los maridos no se avergüenzan lo más mínimo de ello ... Todas eran muy hermosas, exuberantes y libertinas, y disfrutaban considerablemente de esta costumbre».

7. Kublai no solo toleraba sino que celebraba las fiestas de «los sarracenos, los judíos y los idólatras (budistas)». Al preguntarle por qué, Kublai respondió: «Hay cuatro profetas. Los cristianos tuvieron a Jesús; los sarracenos, a Mahoma; los judíos, a Moisés; y los idólatras, a Buda, que fue el primero. Yo venero a los cuatro». Cuando los Polo le pidieron que se bautizara, contestó alegremente que sus chamanes, astrólogos y hechiceros eran mucho más poderosos que los cristianos: «Mis señores y otros creyentes me preguntarían: "¿Qué milagros has visto de Jesús?"».

8. Los Song fabricaban proyectiles de hierro y flechas y lanzas de fuego, pero, en 1257, un oficial que inspeccionó los arsenales llegó a la conclusión de que sus suministros eran totalmente inadecuados «en caso de un ataque de los bárbaros. ¡Qué indiferencia tan escalofriante!». El primer cañón de hierro que se considera como tal procede del palacio de verano de Kublai Kan en Xanadú y está fechado en 1298.

9. Kublai nombró a su hermano Hulagu kan del ilkanato de Persia-Irak. Cuando murió en 1265, lo enterraron con sus esclavos favoritos como sacrificio humano. La Horda de Oro (Rusia) siguió siendo el kanato de la familia de Batú, ahora musulmana.

10. Kublai invitó al joven lama tibetano Phagpa a participar en sus debates sobre religión y a crear un nuevo sistema de escritura basado en el alfabeto tibetano, el ‘Phags-pa. Phagpa le ayudó a añadir Tíbet a su imperio; allí gobernó como su «maestro de reino».

11. Amplió el reino hindú mayapahit de Raden Wijaya su notable hija, la princesa Gitarja, que como Rana Tribhuwana —a menudo representada como Párvati, diosa de la belleza, el amor y el coraje—, tras el asesinato de su hermano el rajá en 1328, a veces lideró sus propias fuerzas para conquistar un imperio que se extendía por Indonesia desde Borneo hasta Filipinas y el sur de Tailandia antes de su muerte cuando tenía unos cuarenta años. El imperio controló el comercio de especias entre China y el océano Índico durante tres siglos.

12. El fracaso de las Cruzadas intensificó las persecuciones antijudías en Europa. Los judíos, que tenían prohibido ser propietarios de tierras o formar parte de compañías comerciales y estaban obligados a llevar una vestimenta especial, se dedicaban a menudo al préstamo de dinero, supuestamente tabú para los cristianos. Los reyes les pedían dinero prestado, y por eso los protegían, pero siempre que la sociedad estaba en apuros por la recesión o la peste, los atacaban. En 1144, tras el asesinato de un niño en Norwich (Inglaterra), acusaron a los judíos de matar a niños cristianos para preparar el matzá de Pascua, lo cual desencadenó el «libelo de sangre» que, en diversas formas —pero siempre con conspiraciones sobre la intención de los judíos de hacer daño a los no judíos—, ha llegado hasta el siglo XXI. Se extendió: en 1171 afectó a Blois (Francia), donde quemaron vivos a 33 judíos (17 de los cuales eran mujeres). En el estado fallido de Inglaterra, donde Enrique III luchaba por mantener el poder monárquico ante la revuelta endémica de la nobleza, tanto el rey como los rebeldes pidieron préstamos a un rico banquero, David de Oxford. Tras la muerte de David, su viuda Licoricia de Winchester, la no noble más rica de Inglaterra, prestó a ambos bandos. Financió parte de la construcción de la abadía de Westminster. Pero su asesinato en 1277 demostró los peligros de ser una persona judía prominente. En 1290, el hijo de Enrique, Eduardo I, expulsó a los judíos de Inglaterra. Sin embargo, en 1264, Boleslao, duque de Polonia, había concedido el estatuto de Kalisz, que otorgaba a los judíos el derecho a comerciar y practicar su culto libremente y prohibía el libelo de sangre; una legislación contra las teorías conspirativas y las denuncias cristianas: «Queda prohibido expresamente acusar a los judíos de beber sangre cristiana», decía el estatuto. «Si, a pesar de ello, se acusa a un judío de haber asesinado a un niño cristiano, dicha acusación se deberá probar con el testimonio de tres cristianos y tres judíos.» Polonia sería un santuario judío durante muchos siglos.

13. El complejo de la mezquita y la tumba de Öljaitü, con su impresionante doble cúpula de color turquesa, sigue en pie. Aunque los libros de texto siguen considerando el Renacimiento como un fenómeno italiano, es probable que esta obra maestra persa-mongola inspirara a Brunelleschi al diseñar Il Duomo de Florencia, que se construyó un siglo después. Los kanes del ilkanato se aliaron con los emperadores palaciegos de Constantinopla. Para hacer frente a los expectantes amires turcos, liderados por la belicosa familia de Osmán, que operaba entre sus imperios, el desesperado emperador Andrónico II envió a su hija Irene al kanato; primero se casó con Ghazan y luego con Öljaitü. Esas esposas griegas imperiales fueron siempre conocidas como *despina khatun* —*despoina* es el femenino de *despotes*, normalmente el título del yerno del emperador—. Esta mezcla ya era normal: Andrónico entregó otra hija *despina khatun* —María— al kan de la Horda de Oro.

14. La historia de Malí se cuenta en parte a través de las observaciones de los eruditos árabes —Ibn Battuta, Ibn Jaldún, Ibn Kathir (autor de la historia del mundo *El principio y el fin*), el egipcio al-Umari (que visitó El Cairo doce años después), al-Sa'di (erudito de Tombuctú)— y en parte a través de la narración tradicional de los trovadores griots, la *Epopeya de Sundiata*, la investigación de las historias por parte de los antropólogos franceses a finales de la época colonial y, por último, a través de la arquitectura de los Keïta en Tombuctú.

15. El trato del Kouroukan Fouga hacia las mujeres reflejaba las tradiciones matriarcales de los mandinga: «Nunca ofendamos a las mujeres, nuestras madres»; «Siempre hay que consultar a las mujeres en el gobierno»; «Nunca se debe golpear a una mujer casada hasta que su marido haya intentado resolver el problema». El divorcio se permitía si el hombre era impotente o incapaz de proteger o si alguno de los cónyuges no estaba cuerdo.

16. Sobre la esclavitud, el Kouroukan Fouga especifica: «No hay que maltratar a los esclavos. Somos los amos del esclavo pero no de la bolsa que lleva. Hay que permitirles descansar un día a la semana y terminar su jornada laboral a una hora razonable».

17. Los mexicas no tenían animales de carga domesticados; los porteadores eran su único medio de transporte. Su material más preciado era el jade, seguido del oro y la plata. Comerciaban con bienes y con esclavos en enormes mercados en los que se cortaba el pelo, se servía comida y se intercambiaba oro y plata, utilizando como moneda los granos de cacao y el algodón (un aguacate fresco valía tres granos; un pavo, cien). Esclavizaban a las personas por razón de una guerra, una deuda o un castigo, pero la esclavitud no era hereditaria. Los esclavos trabajaban como sirvientes: a los desafortunados los sacrificaban; a los afortunados los liberaban.

18. La mayoría de los historiadores creen que es imposible que los africanos cruzaran el Atlántico, ya que carecían de la tecnología necesaria para construir barcos. Pero es posible que copiaran los barcos genoveses que naufragaban en la costa africana. A un fraile español que entrevistó a los mayas de Yucatán en 1588 le contaron que «en tiempos antiguos llegaron a la costa setenta moros [negros] en una embarcación que debió de atravesar una gran tormenta» y que dirigía un *sheik* (un jeque): según él, todos murieron.

19. El déspota de Delhi, Muhammad bin Tughluq, que en 1325 heredó de su padre turco Ibn Tughluq un poderoso sultanato en el norte de la India, se expandió hacia el sur persiguiendo a los hindúes. Ordenó la evacuación de Delhi y trasladó su capital a Devagiri, en el Decán, y ejecutó a quienes se resistían. Cuando Ibn Battuta lo visitó, el sultán lo nombró *qadi* (juez islámico), pero el viajero observó partes de hombres ejecutados colgando por las calles. Finalmente, las excentricidades de Muhammad provocaron revueltas de sus generales en el norte, mientras que dos hermanos hindúes —Harihara y Bukka Raya— establecieron un nuevo reino, Vijayanagara, en el sur. Ibn Battuta tuvo suerte de salir con vida.

20. Sobre las muchachas marata de la India, Ibn Battuta dice que «presentan en el coito una exquisitez y un conocimiento de los movimientos eróticos superior al de otras mujeres». No se trataba solo de sexo, sino también de alegría. Acerca de una de sus esposas en las Maldivas escribió: «Era una de las mejores mujeres, y tan cariñosa que cuando me casé con ella solía ungirme con perfume e incensar mis prendas, riendo todo el tiempo».

21. Los Kanes de Oro desplegaron a los moscovitas no solo para vigilar y hacer que Rusia pagara sus impuestos, sino también para repeler a la creciente potencia del norte, los duques paganos de Lituania. Cuando murió en 1377, al último gran monarca pagano de Europa, Algirdas, lo incineraron en una pira con sacrificios humanos y equinos.

22. La verdadera Fiammetta era María de Aquino, hija ilegítima del rey Roberto de Nápoles. Petrarca también visitó Nápoles como enviado papal. Tanto él como Boccaccio escribieron sobre la escabrosa corte, donde una joven, Juana, sucedió a su abuelo Roberto. Habían gobernado Nápoles los príncipes franceses de Anjou, cuyo descendiente Luis el Grande gobernaba ahora Hungría y gran parte de Europa oriental, a las cuales se añadió posteriormente Polonia. El hermano de Luis, Andrés, se casó con Juana para devolver Nápoles a la familia. Juana y muchos miembros de su corte se resistieron a los Anjou. En 1345, Juana consintió el asesinato de su marido, de solo diecisiete años, al que medio estrangularon y luego arrojaron gritando por una ventana con una cuerda atada a los genitales. Se dice que Fiammetta también participó en la conspiración. En 1347, Luis el Grande invadió y se apoderó de Nápoles, pero los espasmos de la peste lo expulsaron de Italia. Restituyeron a Juana, pero su amante, Luis de Tarento, con quien se casó, gobernó hasta su muerte a causa de la peste en 1362. Cuando su primo Carlos de Durazzo la derrocó, mandó estrangularla y luego decapitó a Fiammetta por su participación en el asesinato de Andrés. Afortunadamente, Boccaccio no vivió para ver el final de Fiammetta.

23. Los bacilos viajaban a los ganglios linfáticos, que se hinchaban en forma de bubones —de ahí el nombre de peste bubónica— que supuraban sangre y pus mientras se infectaban otros órganos. Las hemorragias internas llenaban bolsas de piel con sangre ennegrecida: la muerte negra. Los síntomas de las víctimas eran fiebre, vómitos sanguinolentos y agonía, y a menudo se acostaban bien y aparecían muertas por la mañana.

1. El matrimonio fue parte de la política de Eduardo de emparentar con la familia castellana. Pero, si la peste no le hubiera provocado una muerte tan cruel, cabría pensar que Juana tuvo la suerte de evitar a su marido, Pedro el Cruel, que mandó asesinar a su primera esposa, Blanca de Borbón, recurriendo supuestamente a dos sicarios judíos, y abandonó a la segunda después de dos noches de matrimonio. Eduardo III no se dio por vencido con su política castellana y casó a su hijo menor, Juan de Gante, con la hija de Pedro. Juan inició una larga y fallida campaña para conseguir el trono de Castilla. Famoso por su indulgencia con la comunidad judía y su tesorero judío Samuel Ha-Leví, Pedro acabó torturando hasta la muerte a su ministro judío y, a pesar del apoyo inglés, consiguió unir a Castilla en su contra. Perdió el trono frente a su medio hermano bastardo Enrique (el Fratricida) de Trastámara, que lo asesinó personalmente con su daga testicular (llamada así por las dos formas testiculares en su empuñadura) y fundó una nueva dinastía.

2. Hafiz era el otro gran poeta iraní que procedía de Shiraz después de Saadi. Se hizo poeta cuando se enamoró de una chica, suspirando por ella hasta que una visión convirtió su fervor romántico en una pasión sufí por Dios. Su seudónimo significaba «recitador del Corán», pero sus deliciosos poemas sobre la relación entre el amor y Dios eran místicos y sensuales:

Ah, ¡necio corazón! El placer de hoy,
aunque se abandone, mañana será
una garantía por el oro que desechaste.
Así acogió su vejez:
Está llegando el momento de encontrar
alguna taberna tranquila; sin calumnia,
sin otra compañía que mi taza y mi libro...

Su *Diván* es tan leído en Irán como el Corán. En tiempos de crisis, es tradición abrir el libro en una página al azar para encontrar la solución a cualquier dilema.

3. En septiembre de 1380, la victoria de Dmitri en Kulikovo, en el río Don, fue la primera vez que un príncipe Rúrikovich derrotaba a un ejército mongol. Le dio al príncipe su apodo, Donskói, y luego se convirtió en la legendaria batalla que destruyó a la invencible Horda Dorada. Pero solo a posteriori. Moscú se mantuvo como vasalla mongola hasta 1502.

4. Después de la batalla, los prisioneros cristianos, incluyendo a un escudero bávaro de catorce años llamado Johann Schiltberger, se arrodillaron lastimeramente para ser decapitados ante el Rayo, que, mientras las cabezas rodaban, salvó al chico, convirtiéndolo en esclavo. Fue el comienzo de una vida extraordinaria.

5. El sultán, Nasir-ud-Din Mahmud Shah Tughluq, era nieto de Muhammad bin Tughluq, que había recibido la visita de Ibn Battuta.

6. Ibn Jaldún había visto muchas cosas desde la peste: sirvió a los reyes de Fez, Túnez y Granada como visir, lo encarcelaron por conspiraciones palaciegas y lo atacaron y robaron unos ladrones antes de unirse a la corte de los mamelucos en El Cairo. Entendía la importancia y los peligros de la historia: su hermano Yahya, otro historiador, fue asesinado por orden de un historiador rival (¡un cuento con moraleja sobre los peligros de la enemistad literaria!). Pero había acabado su historia mundial. Le fascinaban las dinastías, y argumentaba que el poder familiar fortalecía al principio la fundamental *asabiyya* —cohesión social — que mantenía unida cualquier sociedad, pero «la duración de la vida de una dinastía no suele exceder las tres generaciones», porque entonces la *asabiyya* se perdía. Su análisis de la esclavitud refleja la actitud árabe respecto de la raza: «El único pueblo que acepta la esclavitud es el negro, lo que se debe a su bajo nivel de humanidad y su proximidad al estado animal».

7. El tamaño de estos ejércitos pone en perspectiva la mínima escala de la guerra anglo-
francesa. En las batallas de Poitiers y Agincourt, quince años después, los ejércitos ingleses del Príncipe Negro y Enrique V sumaban cerca de 6.000 hombres.

8. En una plaza enorme, el Registán, Tamerlán estaba construyendo la mezquita de tres cúpulas Bibi Janum, en honor de su emperatriz Saray Khanum, además de palacios y la tumba maravillosamente sencilla con una cúpula de turquesas, el Gur Amir, para su nieto favorito, Muhammad Shah. Tal vez construyó la mezquita demasiado rápido; varias partes se derrumbaron en un terremoto, pero otras aún siguen en pie.

9. El plan de Tamerlán era ser enterrado con Jahangir en su ciudad natal, Kesh, pero acabó descansando en el octaédrico Gur Amir de estilo persa, con su cúpula cerúlea, en Samarcanda, junto a su nieto Muhammad Shah. Las leyendas decían que si se profanaba la tumba de Tamerlán, surgiría un conquistador aún más terrible. El 19 de junio de 1941, por orden de Stalin, el arqueólogo soviético Mijaíl Guerásimov abrió la tumba e identificó la fractura en la pierna de Tamerlán y utilizó la calavera para recrear su cara, lo cual nos permitió ver qué aspecto tenía. Tres días después, Hitler invadía Rusia.

10. Si es correcto, la flota era comparable en cifras a la Armada Invencible o a las armadas combinadas de británicos, franceses y españoles en Trafalgar. Pero, en cuanto al tamaño de las naves, eran «los barcos de madera más grandes jamás vistos en el mundo», escribe Edward L. Dreyer, eclipsando todo lo que había en occidente, en particular las diminutas naves de Colón noventa años después. Es posible que hubiera exageraciones tanto en los números como en el tamaño de los barcos. Los viajes de Zheng He no fueron las únicas expediciones de Yongle: también envió a otro eunuco de confianza, Yishiha, a navegar río abajo por el Amur e instaurar el poder Ming en la Siberia actual (Rusia).

11. El imperio hindú de las especias de Majapahit estaba desintegrándose. En Borneo, tres hermanos crearon Brunéi, una ciudad-estado para el comercio de especias, donde acogieron a un aventurero árabe, Sharif Ali, un hachemita de La Meca, que entró en la familia por matrimonio y llegó al trono, construyendo un imperio talasocrático que perdura hoy en día como una monarquía rica en petróleo gobernada todavía por su dinastía. El rajá de Singapur, también convertido al islam, fundó su sultanato de Malaca, que tomó el control del comercio de especias. Ese era el mundo que los europeos encontrarían cuando llegaran al este.

12. En Etiopía, el emperador cristiano Yeshaq (Isaac) estaba luchando contra caudillos islámicos y judíos. Su antepasado Yekuno Amlak había ocupado el trono en 1270 y afirmaba ser descendiente del rey Salomón y la reina de Saba y, de un modo más plausible, de los últimos reyes de Axum. La grandeza salomónica prestó un muy necesitado glamur bíblico a una dinastía que gobernó partes de Etiopía, a veces bajo un único gobernante, hasta 1974. Esos emperadores cristianos —*negus negust* (rey de reyes)— se encontraban ahora bajo el agresivo ataque de los gobernantes islámicos, apoyados por los mamelucos de El Cairo. En el norte, un reino judío, el de los gedeonitas, pues sus reyes solían llamarse Gedeón, gobernaba las montañas Simen, las más altas del Cuerno de África, y alrededores. Los gedeonitas desafiaron al emperador Yeshaq, que murió peleando contra el sultán de Adal.

13. Se desconoce el nombre real del reino. Zimbabue solo significa «edificios de piedra»; la zona tiene otros pequeños zimbabues, y uno sigue en pie en Bumbusi.

14. La misma familia fundó también otro reino, Oyo, muy conectado con Benín por intimidad familiar y una feroz rivalidad que duró hasta el siglo XIX. En ese momento, Oyo era la potencia líder; la expansión de Benín llevó más tiempo. Todavía gobernada nominalmente por ramas de la familia, sus dinastías siguen reinando en la Nigeria republicana.

15. Los yoruba adoraban a un gran panteón de dioses y espíritus (*orishas*), pero su cosmología situaba el arte en el centro de la propia vida. Creían que su dios líder, Olodumare, fuente de *ase*, la fuerza vital del universo, ordenó al dios Obatala que creara a los primeros yoruba, que vivían en la ciudad sagrada de Ife con un monarca —el *Ooni*— que descendía de un dios-rey. Ife, colonizada ya en 400 a. C., había prosperado a partir de 700 como ciudad sagrada de África occidental. Incluso cuando el poder político se mudó a los reinos de Oyo y Benín, Ife disfrutó de una edad de oro artística, y líderes reales de otros reinos seguían siendo enviados allí para su entierro. En ese momento, el rey de Ife, Obalufon, estaba encargando a los artistas que tallaran esculturas con su imagen.

16. Una semana antes, el 13 de agosto, un pequeño ejército inglés a las órdenes del rey Enrique V, de veintiséis años, había desembarcado en Francia para reiniciar su conquista, comenzada con éxito por el vigoroso Eduardo III y perdida luego por su nieto, el psicópata Ricardo II. Ricardo había sido depuesto y asesinado por su primo Enrique, duque de Lancaster, que se convirtió en Enrique IV. Lo más extraordinario de Enrique V es que estuviera vivo. A los dieciséis años, luchando con su padre contra un noble rebelde, recibió una flecha en la cara que le entró justo debajo del ojo y se alojó en la parte posterior del cuello sin tocar el cerebro. Por lo general, esto le habría provocado la muerte por infección y la mayoría de los médicos simplemente habrían sacado la flecha de la cara, desgarrando la carne por dentro. Un equipo inicial de doctores —descritos luego como «indecentes sanguijuelas charlatanas»— rompió la flecha. Pero el médico real, John Bradmore, un hombre brillante, también era herrero y joyero. Desinfectó las heridas con miel, las limpió con alcohol e ideó un instrumento para sujetar la cabeza de la flecha dentro de un cilindro, empujarla a través del cráneo y sacarla por el otro lado. Sorprendentemente, la operación funcionó y la herida no se infectó; Bradmore fue muy bien recompensado. A Enrique, alto y fuerte, debió de quedarle una gran cicatriz. Cuando heredó el trono, reunió su flota en Southampton antes de matar a su mejor amigo y a otros dos barones a los que descubrió en una conspiración. En Francia, conquistó el puerto de Harfleur, luchó contra un ejército francés que doblaba el tamaño del suyo en Agincourt y mató a la mayoría de los prisioneros, la primera de varias atrocidades similares. Después de sus victorias, el rey francés aceptó casar a su hija Catalina con Enrique. Su único hijo era un bebé cuando Enrique murió a los treinta y seis años de disentería. Después de su muerte, Catalina se casó con un senescal galés, Owen Tudor, de quien descendieron los Tudor.

17. El padre de Juan, Pedro, errático y lascivo, se había casado con la princesa castellana Constanza. Pero ella llegó con una dama de compañía, Inés de Castro. Pedro tuvo un hijo con su esposa, pero se enamoró de Inés. Después de la muerte de Constanza, empezó a acercarse a la familia de Inés: en un enfrentamiento con su hostil corte, Inés fue decapitada delante de sus hijos. Cuando Pedro se convirtió en rey, dio caza a sus asesinos y a modo de venganza les arrancó el corazón con sus propias manos. Se dice que desenterró a Inés, le puso una corona y joyas e hizo que la corte le rindiera homenaje. Se sabe que le construyó una tumba frente a la suya y que en ella grabó las palabras: «Hasta el fin del mundo».

18. Las islas Canarias estaban habitadas por los guanches desde más o menos la época del nacimiento de Cristo. Estos canarios de origen bereber entablaban contacto ocasional con Europa o África y mantenían una civilización de la Edad de Piedra sin barcos ni metal. El descubrimiento de sus antepasados momificados refleja una sofisticada forma alternativa de embalsamamiento, dejando el cerebro y los intestinos intactos mediante el ahumado de los cuerpos en hogueras y luego envolviéndolos con pieles de cabra. En 1312, el aventurero y banquero genovés Lancelotto Malocello intentó averiguar qué les había ocurrido a los hermanos Vivaldi, que habían desembarcado en las islas; le dio su nombre a Lanzarote (Lancelotto) y encontró una fortaleza allí, pero al final fue expulsado durante una rebelión guanche. En 1402, un cruzado francés colonizó las islas y se proclamó rey, pero, ante las revueltas de sus pueblos indígenas, las cedió a Castilla. Los isleños fueron rápidamente esclavizados, asesinados y diezmados por las enfermedades.

1. Su hermano Fernando fue capturado. Enrique negoció a través de un médico judío para intercambiarlo por Ceuta, pero cuando el rey estaba a punto de aceptar el trato, este sucumbió a la peste, y su hermano murió confinado después de seis años de humillación. El infante Fernando fue destripado y embalsamado, y sus compañeros cristianos prisioneros escondieron su corazón y sus vísceras en tarros debajo del suelo de la celda mientras el cuerpo desnudo del príncipe colgaba durante años de las murallas de Fez.

2. El propio Zurara, que tanto admiraba a Enrique —«Nuestro príncipe»—, sentía las funestas consecuencias en su invocación al cruel Destino: «Oh, poderosa fortuna, que con tu rueda haces y deshaces, circundando los asuntos de este mundo como te place, ¿has puesto por fin ante los ojos de esa desdichada raza algo de comprensión sobre lo que está por venir, que tal vez reciban algo de consuelo en medio de su gran pesar? Y vosotros, que estáis tan ocupados haciendo esa división de los cautivos, mirad con piedad semejante aflicción, y ved cómo se aferran unos a otros, de forma que apenas se les puede separar».

3. La conquista era inconcebible: los europeos, controlados por el poder de los gobernantes africanos y sus ejércitos, intimidados por la inhóspita inmensidad de África y diezmados por la malaria, no conquistarían el continente durante otros cuatro siglos. Carecían de la supremacía militar y la resistencia física necesarias hasta el desarrollo del vapor, las ametralladoras y la quinina a finales del siglo XIX.

4. La palabra banca procede de «banco», el puesto del mercado desde el que estos primeros financieros hacían sus negocios.

5. La palabra Renacimiento no la utilizaban sus contemporáneos. Fue el erudito Leon Battista Alberti quien, asesorando al papa Nicolás V en la reconstrucción de Roma y el diseño del Vaticano, vio las posibilidades del *Uomo Universale*: «Un hombre puede hacer de todo si lo desea». Giorgio Vasari, biógrafo de Miguel Ángel, usó la palabra *rinascita* (renacimiento) en *Las vidas de los artistas*, pero en realidad el concepto del Renacimiento fue acuñado por historiadores ingleses de la década de 1830.

6. Un orfebre alemán, Johannes Gutenberg, de Maguncia, fue el primero que utilizó la imprenta móvil, inspirada en una prensa de vino, para publicar 180 ejemplares de la Biblia. La difusión de la lectura, como Internet en el siglo XXI, no solo iluminó las mentes de las personas, sino que también las oscureció: la histeria de los juicios y la quema de brujas se vio intensificada, al menos en parte, por la popularidad de libros como uno de los primeros superventas, el *Malleus maleficarum* o *El martillo de las brujas*, de Henricus Institor, en 1487.

7. Un *padishah* (emperador) persa refinado y compasivo, el hijo de Tamerlán, Shahruj, gobernó el corazón del imperio durante cuarenta años mientras su hijo Ulanbeg mandaba en Samarcanda. Los intereses de Ulanbeg eran la astronomía y la ciencia, y construyó su observatorio —del cual aún sobreviven algunas partes en Samarcanda— para ayudarlo en sus cálculos; su catálogo de las estrellas y las medidas de la inclinación de la Tierra y los años siderales eran extremadamente precisos. Pero tal vez la astronomía lo distrajo de la política: fue asesinado y el imperio se desintegró. Shahruj y Ulanbeg se unieron a Tamerlán en el Gur Amir, que luego inspiró el estilo persa de las cúpulas de los descendientes mogoles de Tamerlán.

8. «A cualquiera de mis hijos que herede el trono de sultán le conviene matar a sus hermanos en pro del orden mundial», decretó Mehmed. «La mayoría de los juristas han aprobado esto. Que se tomen las acciones en consecuencia.» En total, cerca de ochenta príncipes otomanos fueron estrangulados con cuerdas de arco para no derramar sangre real en la única familia en la que el filicidio y el fratricidio no eran algo ocasional y accidental, sino una medida política y religiosa.

9. Eran los hijos del *voivode* (príncipe) de Valaquia, Vlad II, conocido como Dracul por su pertenencia a la Orden del Dragón.

10. En otras épocas del año, los sacerdotes celebraban el desollamiento de hombres en honor al dios Xipe Tótec, hambriento de piel, cuando el orador presenciaba luchas de gladiadores y vestía la piel desollada de las víctimas. Los españoles destacaron esos sacrificios para justificar su conquista, pero la cultura letrada y sofisticada de los mexicas era algo mucho más complejo que eso: es posible que durante esas primeras décadas, la tasa de sacrificios fuera menos frenética de lo que fue después.

11. Los niños nobles eran educados en escuelas especiales ligadas a templos. Los niños y los adultos jugaban en canchas especiales al *patolli*, un juego con una pelota de goma que desde la época de los reinos mayas había formado parte de un ritual real. Los monarcas solían jugar a este juego; a veces, los espectadores hacían apuestas tan altas que tenían que venderse como esclavos y los perdedores solían ser asesinados, una especie de Juego del Calamar.

12. La última gran dama, Atotoztli, hija de Moctezuma I, se casó con Tezozómoc, hijo de Itzcóatl, y fue la madre y con frecuencia regente de los tres gobernantes posteriores, empezando en 1478 con Axayácatl, nieto de Moctezum I e Itzcóatl (y padre del último de ellos, Moctezuma II).

13. La capital, Tenochtitlán, construida con un sistema de cuadrícula y a la que había que acercarse por el agua por un paso elevado o en una barca o canoa, era una maravilla del mundo, con 250.000 habitantes, mucho mayor que Sevilla, con 45.000.

1. Es posible que la población de Constantinopla fuera de solo treinta mil habitantes, pero Mehmed ordenó a sus magnates que patrocinaran nuevos barrios, protegió a los griegos e invitó a los judíos, que estaban siendo perseguidos en Europa occidental. En veinticinco años, su población era de ochenta mil, de la cual el 60 % eran musulmanes, el 20 % cristianos y el 10 % judíos. Mehmed demolió la Iglesia de los Santos Apóstoles (tumba de Constantino y de los emperadores), construyó encima su propio complejo de mezquitas y también la de Ayyub Ansari (en el emplazamiento «descubierto» de un compañero de Mahoma que murió durante el sitio de 668), así como la fortaleza-arsenal de las Siete Torres. Aunque los turcos seguían llamándola Constantinopla, también era conocida como Estambul, derivado de un antiguo sobrenombre griego «*eis ten polin*» («a la ciudad»), adaptado como Estambul. Se mantuvo como capital turca/otomana hasta 1923, y su nombre se cambió oficialmente a Estambul en 1930.

2. Aunque el Empalador murió peleando, Radu y la dinastía Drácula siguieron gobernando como clientes de los otomanos. Durante 250 años, los sultanes eligieron a príncipes griegos de confianza, algunos de los cuales descendían de emperadores, en el barrio griego de Fanar, en Constantinopla, para gobernar Moldavia y Valaquia, combinadas luego para formar Rumanía.

3. La reina Jadwiga era una de las dos hijas de Luis el Grande, el rey angevino de Hungría y Polonia, cuya viuda Isabel de Bosnia trató de conservar los reinos para las dos niñas. María se convirtió en reina de Hungría, pero su madre Isabel fue demasiado lejos negociando su mano, asesinando al pretendiente masculino, lo cual condujo a su arresto y estrangulamiento delante de su hija. Ante un matrimonio con un pagano, Jadwiga rezó y al final aceptó, siempre y cuando él se convirtiera. La de Jadwiga y Jagiełło fue una alianza exitosa; ella murió dando a luz y él gobernó los dos reinos hasta 1434, estableciendo una dinastía que reinó durante más de un siglo y proporcionó reyes a Hungría y Bohemia.

4. Ahmed, kan de la Horda Dorada, había sido un potentado eurasiático, un príncipe de Oro, y estaba casado con una princesa timúrida. Después de la debacle del Ugrá, Ahmed fue asesinado por su primo Ibak, kan de Sibir, su esposa volvió a Herāt y la Horda Dorada quedó dividida para siempre en varios reinos. En el este, el kanato de Sibir, uno de los estados herederos del imperio mongol menos conocidos, lo había fundado Taibuga, un descendiente de Jochi, que gobernaba desde una ciudad cercana a la actual Tiumén. En el Volga y el Caspio, un kan de Oro gobernaba Kazán y Astracán. En Crimea, los Giray mandaban en un estado mediador entre otomanos, polacos y moscovitas.

5. Al igual que su padre, Lorenzo compró esclavas con las que tuvo hijos ilegítimos: estas esclavas no procedían de África, sino de Circasia, en el Cáucaso, y probablemente las habían traído comerciantes genoveses u otomanos.

6. En 1482, cuando Leonardo da Vinci ofreció sus servicios al duque de Milán, se jactó de su experiencia en: 1. «Quemar y destruir» los puentes del enemigo. 2. «Fabrico infinitos puentes, manteletes y escaleras» para asedios. 3. «También hago distintos tipos de cañones.» 4. «Minas y pasadizos secretos.» 5. «Haré cañones, morteros y peticiones livianas ... fuera de lo común», y solo en el punto 6 añade: «También puedo ejecutar la escultura en mármol, bronce y arcilla». No mencionó que también podía pintar.

7. Más tarde, Iván y Sofía invitaron a Marco Ruffo y a Pietro Solario, y construyeron el palacio de las Facetas y las almenas rojas de los muros del Kremlin, incluyendo el campanario de Iván. Todo ello parece ahora típicamente ruso, pero se deriva de una inteligente combinación de los estilos italiano y bizantino. Mientras que el ejército de Iván tenía la tradición de la caballería al estilo mongol, con arcos y flechas, los italianos trajeron los cañones y las armas de fuego.

8. Fue durante el reinado de Basilio cuando el clero moscovita empezó a promover la idea de Moscú como la tercera Roma, sucesora de Constantinopla.

9. Justo después de conquistar Otranto en 1481, Mehmed el Conquistador murió a los cuarenta y nueve años. En el consiguiente enfrentamiento, posiblemente supervisado por su hijo Bayezid II, su gran visir, el médico judío Hekim Yakub, fue acusado por los jenízaros de ser un agente veneciano: acababa de negociar un tratado de paz con Venecia. Los jenízaros asesinaron a Hekim y saquearon su palacio. La tolerancia otomana tenía sus límites: después de aquello hubo muchos más visires de origen eslavo, pero ninguno judío.

1. Los judíos practicantes no eran quemados por la Inquisición: judíos y musulmanes quedaban fuera de su jurisdicción, que solo abarcaba a quienes se identificaban como cristianos y eran acusados de judaizar, esto es, de entregarse a rituales judíos en secreto. A lo largo de medio siglo a partir de 1480, se ejecutó a unos dos mil conversos. Los judíos y los musulmanes solo podían ser castigados por el rey.

2. Estaba lejos de ser una conquista: los portugueses empezaron a construir en territorio controlado por caudillos Akan rivales. João negoció con un *omahene* (rey) Akan, Kwamena Ansa, un vasallo del pequeño reino de Egyafo, que impresionó a los portugueses con la cantidad de oro que llevaba en los brazaletes y los collares. Pero cuando Kwamena vio a los portugueses construyendo sobre un acantilado sagrado, sus arqueros y espadachines, que llevaban cascos de cocodrilo, los obligaron a retroceder y a edificar en la tierra que él había especificado.

3. En 1504, cuando murió el padre de Esigie, el oba Ozolua, dos de sus hijos pelearon por el trono; el vecino Igala se rebeló y los invadió. Pero el príncipe Esigie fue asesorado por su madre, Idia, que ejercía de consejera y sacerdotisa en su campaña para destruir al hermano y a los invasores, por lo cual él la recompensó con un nuevo título de *iyoba*, reina madre. La *iyoba* consiguió su propia capital, sus regimientos y su corte, pero tenía prohibido volver a ver a su hijo. Tal vez el precioso busto de bronce con el rostro de Idia —ahora en un museo de Berlín— no era solo para fines religiosos. Es posible que Esigie echara de menos a su madre.

4. La aristocracia granadina incluía a un cortesano, Mulay Ali al-Rashid, su esposa, la antigua esclava española Zohra Fernández, y su hija Aisha, que se convertiría en la reina pirata del Mediterráneo.

5. Se trataba de un mundo antiguo de islas conectadas y colonizado por primera vez en el séptimo milenio a. C. Alrededor de 500 a. C., según muestra una nueva investigación de ADN, fueron invadidas por conquistadores de tierra firme que los masacraron: los taínos de Haití, Cuba y Jamaica, gobernados por jefes tribales (*kasike* en taíno, *cacique* en español), eran sus descendientes. Las islas eran vagamente conocidas por los mexicas. Aunque los españoles creían que había millones de taínos, es posible que fueran muchos menos, tal vez no más de unas decenas de miles. Los caribes dieron su nombre al mar y a la palabra caníbal, dada su afición por comerse a sus enemigos. Bahamas, Cuba, Haití y Jamaica eran la versión que dio Colón a sus nombres taínos.

6. La enfermedad —transmitida por contacto sexual y manifestada en tres fases, empezando con llagas genitales y culminando muchos años después en hinchazón y putrefacción faciales, además de una degeneración del sistema nervioso que llevaba a la locura— fue registrada por primera vez durante la invasión francesa de Nápoles dos o tres años después. Los napolitanos la llamaban la enfermedad francesa; los franceses, la enfermedad italiana. Es una de las pocas enfermedades bautizadas por un personaje ficticio, y su nombre lo acuñó el médico veronés Girolamo Fracastoro por el pastorcillo sifilítico de su poema *Syphilis sive morbus gallicus* (Sífilis o la enfermedad francesa). Causó estragos durante los siguientes cuatro siglos y solo fue erradicada gracias al descubrimiento de los antibióticos. En las islas, Colón vio «hombres y mujeres con hierba medio quemada en las manos, pues son hierbas que están acostumbrados a fumar». Sus marineros fueron los primeros europeos en probar el tabaco.

7. El abuelo de Vespucio, también Américo, fue canciller de Florencia con Lorenzo de Médici el Magnífico y había trabajado para Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, que lo envió a llevar su oficina de Sevilla. Allí ayudó a financiar los viajes de Colón y luego se convirtió en marinero en viajes registrados en sus cartas publicadas con los Médici, antes de que el rey Fernando lo eligiera para gestionar la Casa de Contratación de Sevilla. En 1507, un cartógrafo alemán, Martin Waldseemüller, bautizó el continente en su honor, un gesto del que quizá no se enteró nunca. Lo curioso es que Waldseemüller utilizara el nombre de pila de Vespucio. ¿Por qué no llamó al nuevo continente Vespucia? Tiene tanta fuerza como América.

8. Luego, ya retirado, Maquiavelo usó su experiencia con César Borgia y Fernando de España para escribir *El príncipe*, su guía para la práctica del poder. No se publicó hasta después de su muerte.

9. César nombró a Leonardo da Vinci arquitecto e ingeniero jefe. Mientras diseñaba nuevas fortalezas y vehículos militares que parecían tanques y helicópteros, Leonardo también dibujó al propio César.

1. La hija mayor de la reina, también llamada Isabel, estaba casada con Manuel de Portugal, mientras que su hija menor, Catalina, se casaría con Arturo, príncipe de Gales, hijo del cadavérico y tacaño Enrique VII. Arturo murió cinco meses después y ella se casó con su hermano pequeño, Enrique VIII. Los ingleses la conocían como Catalina de Aragón.

2. Cuando Federico tenía setenta y siete años, la arteriosclerosis le provocó gangrena en la pierna; su doctor se la amputó con éxito, y se consideró un triunfo médico, aunque murió dos meses después. La pierna fue enterrada con él en su magnífica tumba de San Esteban, Viena.

3. El traje lo elaboró una famosa dinastía de armeros, los Helmschmied de Augsburgo. Maximiliano, en un gesto extravagante, le regaló a Enrique VIII de Inglaterra un casco con un rostro inspirado en sí mismo, con su larga nariz y sus gafas, y coronado con un par de cuernos de carnero. Pero la armadura era ya una moda obsoleta: en la batalla, las balas podían penetrarla.

4. Los monarcas en Europa utilizaban esta historia como una advertencia contra el sexo excesivo. En aquel entorno de machos, las bravatas eyaculatorias eran parte de la promoción monárquica: cuando Luis XII se casó con María Tudor, la hermana de dieciocho años de Enrique VIII, «presumió de haber eyaculado cinco veces en su primer encuentro», a lo que un contemporáneo comenta: «Hay que asumir que cavó cinco tumbas con su azada». Murió tres meses después. La mayoría de esas muertes por sexo en realidad eran por viruela.

5. Entonces había muchos africanos esclavizados sirviendo en las cortes española y portuguesa: cada uno de los hijos de Isabel tenía africanos en sus séquitos. La hermana de Juana, Catalina, llegó a Londres con John Blancke, que sirvió a Enrique VIII como trompetero en la corte Tudor.

6. Una de las primeras decisiones de Julio fue permitir que el príncipe inglés Enrique se casara con la viuda de su hermano, Catalina de Aragón. Ella, de dieciocho años y princesa de Gales, había permanecido en el limbo desde la muerte del príncipe Arturo en 1502. Fernando no quería pagar más dote; Enrique VII, que tenía casi cincuenta años, no quería devolverla, así que decidió casarse con ella, pero al final ambas partes acordaron otra opción. Ello entrañaba sus propios problemas. La Iglesia prohibía el matrimonio entre cuñada y cuñado como parte de su política antiincesto y antiparentesco. Catalina podía casarse con Enrique solo si el matrimonio con Arturo no había sido consumado. Una vez se hubo solucionado esto, el matrimonio pudo seguir adelante. En 1509, cuando Enrique VII murió, Enrique VIII se casó con ella.

7. Aretino era hijo de un zapatero. Sus mordaces versos lo convirtieron en un «azote de príncipes». Durante el reinado del siguiente papa Médici, Clemente, Aretino intervino para rescatar a su amigo Marcantonio Raimondi, que había producido el primer libro erótico ilustrado, con grabados basados en dibujos de Giulio Romano y titulado *I Modi* (*Las maneras*, llamado también *Los dieciséis placeres*), que celebraba no solo la postura del misionero bendecida por la Iglesia sino también la de la mujer encima, cada una dedicada a una cortesana Médici concreta y su especialidad sexual. El papa prohibió *Los dieciséis placeres* hasta que Aretino lo apeló, y en cuanto se retiró la prohibición, quitó «los versos de debajo de las imágenes. Con el debido respeto a los hipócritas, os dedico estas lascivas piezas a vosotros, que hacéis caso omiso del falso pudor y los necios prejuicios que prohíben a los ojos mirar las cosas que más placer da contemplar». Estos son sus *Sonetti lussuriosi* (*Sonetos lujuriosos*). El reformador de la Iglesia, el obispo Gian Giberti, que había denunciado el libro, fue víctima de sus versos y trató de asesinar a Aretino. El poeta escapó a Milán. Descrito por él mismo como un «sodomita», se decía que había sido contratado tanto por Carlos V como por Francisco I para escribir versos sobre el otro.

8. La primera esposa de Manuel, Isabel, princesa de Asturias, había estado casada con el heredero portugués, que murió en un accidente montando a caballo. Volvió a casa de sus padres hasta que Manuel pidió su mano, su segundo matrimonio portugués. Durante un tiempo fue heredera al trono de Castilla. La segunda mujer de Manuel, María, tuvo diez hijos, e inevitablemente murió dando a luz, tras lo cual él se casó con Leonor, la hija mayor de Juana y Felipe y hermana favorita de Carlos V, que luego se casó con Francisco I de Francia. Si suena enrevesado es porque lo es: los tres eran muy consanguíneos.

9. Tradicionalmente, las historias europeas han afirmado que los imperialistas portugueses dominaron el comercio de especias indio-malayo. Aunque sin duda proclamaron el poder europeo en el este, esto exagera su poder y olvida los poderes locales. Las cifras de los portugueses eran pequeñas, sus bastiones escasos y el comercio complejo, y el sur de la India lo dominaba el imbatible rey guerrero Krishnadevaraya, *maharaja-dhiraja* del imperio hindú de Vijayanagara, que había derrotado a muchos sultanatos islámicos; el este de la India lo gobernaba el reino de Gajapati; y los otomanos estaban a punto de sustituir a los egipcios como señores de Arabia y Yemen. Malaca, que solo había sido musulmana durante treinta años, era vasalla de China desde las flotas del tesoro de Zheng: el emperador Ming estaba furioso.

1. Los descendientes de Tamerlán llevaban el título de emir-mirza; los de Gengis, el de kan.

2. Una vez en el poder, se ascendió de mirza a padishah —emperador en persa—, convirtiendo a su primera esposa Maham y su hermana Khanzada en begum-padishahs o emperatrices. Babur y sus sucesores llamaban a su dinastía los Gurkani por el título de *gürkan* de Tamerlán, que significaba yerno imperial, o casa de Timur. Sus enemigos los denigraban como mongoles. Los británicos, atraídos por la dinastía en la que veían paralelismos con su propio imperio, los llamaban mogoles.

3. Los rajputs eran dinastías de príncipes hindús que descendían de caudillos *kshatriya*.

4. Babur fue enterrado en sus queridos jardines de Kabul, donde su tumba aún sigue en pie, con la inscripción: «Si existe un paraíso en la tierra, ¡es este, es este!».

5. Los verdugos especiales eran los Sin Lengua o *Dilsiz* (conocidos como sordomudos por los visitantes europeos), que servían también como pajes y mensajeros. Los Sin Lengua eran parte de una unidad secreta, los *Enduran* —servicio interno—, dentro del harén, que, vestidos con túnicas, pantalones azules y botas rojas, velaban por la privacidad y eran considerados especiales, a veces forasteros con problemas mentales y entregados al gobernante. Contratados primero por Mehmed el Conquistador, se convirtieron en los asesinos especiales del padishah para estrangular a príncipes y visires con la cuerda del arco. Las ejecuciones también las realizaba el *Bostandji Bachi*, antes jardinero jefe, que se convirtió en pachá de tres mil guardaespaldas vestidos de amarillo y con sombrero rojo que protegían los palacios de los sultanes.

6. Los fanáticos seguidores de Safi al-Din —chiitas duodecimanos— creían que, después de los diez primeros imanes, el undécimo había sido asesinado por el califa suní en 874 y su hijo, el duodécimo imán, se había desvanecido, ocultado o escondido, preparado para volver a emerger como el Mahdi el día del juicio. Ismaíl fue incluso más allá. «Soy el sha Ismaíl», les dijo el chico a sus seguidores. «Soy el misterio de Dios. Soy el líder de todos los ghazis [guerreros]. Mi madre es Fátima, mi padre es Alí; soy el maestro sagrado de los doce imanes ... Soy el Khidr [santo heroico de la teología islámica] viviente y Jesús, hijo de María. Soy el Alejandro de mis contemporáneos.» El pelo claro de Ismaíl reflejaba su descendencia de la dinastía Comnena de Constantinopla: en 1439, el emperador Juan IV de Trebisonda casó a su hija Teodora con el otro abuelo de Ismaíl, Uzún Hasán, kan de los Ak Koyunlu.

7. Los gobernantes árabes se apresuraron a hacer la corte: Selim recibió a Abu Numeiri, el joven emir de La Meca, que ofreció las llaves de La Meca y Medina de parte de su padre Barakat, el jerife hachemita descendiente de Qatada. Selim los reeligió emires de La Meca. El propio Selim ostentaba los títulos de sombra de Dios, mesías de la última edad y renovador de la religión.

8. Aún en los archivos otomanos, la mitad este del mapa que incluye China no está; la parte oeste muestra no solo el Mediterráneo, sino también los descubrimientos de «Colon-bo» —Colón—. América se llamaba «Vilayet Antilia»: Antilia era la legendaria isla del Atlántico; *vilayet* (valiato) era una provincia otomana, así que su nombre denotaba que podía ser la siguiente conquista de los otomanos. Se supone que Selim rechazó la idea de una conquista atlántica partiendo el mapa en dos, conservando la parte este y devolviendo la sección de América. En realidad, nadie sabe lo que ocurrió con el mapa.

9. Cuando los intereses de Fugger estuvieron en juego, no dudó en recordarle a Carlos V: «Es sabido que vuestra majestad imperial no podría haber reclamado la corona romana sin mi ayuda».

10. El otro hijo de Colón, Fernando, siguió el camino opuesto: se retiró a una mansión de Sevilla, escribió la biografía de su padre y reunió quince mil manuscritos y libros impresos. Cuando Diego Colón murió en 1526, su hijo Luis Colón de Toledo heredó los títulos de almirante de las Indias, duque de Veragua y marqués de Jamaica. Esta última, con sus taínos casi extintos, estaba poblada por esclavos africanos y seguiría siendo un vasto patrimonio personal —el último— de la familia Colón hasta 1655, cuando fue conquistada por los ingleses. El actual duque de Veragua se llama Cristóbal Colón.

11. Los portugueses habían secuestrado o violado a mujeres africanas, o se habían casado con ellas, creando así una nueva casta de lusoafricanos de raza mestiza, que hasta 1796 básicamente gobernaron su imperio como capataces y traficantes de esclavos. Los reyes y comerciantes africanos les compraban marfil, ébano y esclavos, que entonces eran llevados de vuelta a la costa, a menudo supervisados con crueldad por guardias esclavizados de superior estatus.

12. Da Gama murió en la India. Al igual que los Colón, los Da Gama se convirtieron en una dinastía colonial: sus tres hijos gobernaron la Costa de Oro en África, Malaca y el estado de la India en Asia, mientras que en 1540 uno de ellos, Estêvão, luchó contra las flotas otomanas y ayudó al emperador cristiano de Etiopía, desde el mar Rojo hasta el Sinaí, a la altura del imperio portugués. El nieto de Vasco, João da Gama, fue capitán de Macao y en 1588 cruzó el Pacífico, explorando la costa norteamericana antes de llegar a Acapulco, donde lo arrestaron los españoles.

13. En las Filipinas les intrigaron los hombres indígenas cubiertos de tatuajes, que perforaban sus penes con pendientes que, según explicaron, al principio desconcertaban a sus compañeras pero luego proporcionaban una destacable intensidad de «placer sensual».

14. Decían que se parecía al reino isleño de Calafia, reina de las amazonas negras de California en la popular novela caballeresca *Las sergas de Esplandián*, de Garci Rodríguez de Montalvo. California es el único territorio con el nombre de un personaje ficticio. El mar de Cortés es ahora el golfo de California.

15. Entre ellos estaba Cabeza de Vaca, que escribió una crónica de sus aventuras, y Mustafá, conocido como Estevanico, un musulmán africano esclavizado con un don para las lenguas —«el negro que hablaba con ellos», en palabras de Vaca—. Mustafá, explorador africano del oeste americano, murió luego en Nuevo México haciendo de guía para una expedición de regreso.

16. Embarazada, Isabel fue casada rápidamente con otro español (se casó seis veces en total), y luego dio a luz a una niña, Leonor Cortés Moctezuma. En total tuvo siete hijos de sus dos maridos españoles y Cortés. Mitad peón, mitad símbolo, se volvió decidida, liberando a sus esclavos a lo largo de su vida y en su testamento: «Quiero, y ordeno, que todos mis esclavos, hombres y mujeres indios, nacidos de esta tierra, sean libres de toda servidumbre y cautividad, y como personas libres harán lo que quieran; así que si son [esclavos], deseo y ordeno que sean libres». Un hijo, Juan de Moctezuma Cano, se casó con la aristócrata castellana Elvira de Toledo y construyó el palacio Toledo-Moctezuma, aún en pie en Cáceres, con sus murales de oradores mexicas y grandes de España; otro hijo fue progenitor de los condes de Miravalle, mientras que los descendientes de su hermano Pedro (de) Moctezuma Tlacahuepan, que acompañó a Cortés de vuelta a España, se convirtieron en duques de Moctezuma.

1. Carlos desplegó un ejército de lansquenetes suizos y alemanes y tercios españoles, expertos en el uso de la pica y el arcabuz. Sus escuadras de picas les permitían cargar y disparar al unísono. Francisco también empleaba lansquenetes, pero en menor cantidad. Los arcabuces se mejoraban constantemente, con Italia como laboratorio de innovación técnica. Las tropas imperiales empezaron a usar arcabuces más pesados, apoyados en un soporte, que penetraban las armaduras: empezaron a conocerse como *moschetti* —mosquetes— y enseguida dejaron obsoletas a las armaduras, acabando con la era de los caballeros con armadura pesada que había empezado con los catafractos en Persia un milenio antes. Naturalmente, el fabricante de armas más famoso era un italiano. Da Vinci experimentó con diseños de mosquetes. En 1526, un artesano italiano, Bartolomeo Beretta, abrió una fundición en el norte de Italia que fabricaba mosquetes. En la década de 1530, Beretta estaba experimentando con una nueva arma de fuego más pequeña: las pistolas —del checo *pistole*— se convirtieron en un elemento de moda aristocrático, personalizado y ornamentado. Respecto a los Beretta, la fábrica sigue produciendo armas hoy en día.

2. El parto, llevado a cabo en casa, seguía siendo letal; las mujeres hacían testamento antes de ponerse de parto. El dolor apenas podía aplacarse con dosis de mirra, raíz de valeriana y «amapola turca» —opio —. Las estadísticas son conjeturas, pero, durante muchos siglos, la mortalidad infantil antes de los cinco años varió desde un 20 hasta un 50 %; hasta un 20 % de los nacimientos significaban la muerte para la madre. Las comadronas, que a menudo operaban de forma familiar y transmitían así sus conocimientos, dilataban a las madres con los dedos sin esterilizar y, si el bebé no podía nacer, la cesárea mataba a las madres; no hacer nada mataba a ambos; y generalmente las comadronas usaban un garfio o un gancho para salvar a la madre y sacar al bebé. Incluso en los nacimientos exitosos, los desgarros podían producir una sepsis puerperal fatal. A menudo, la infección de la herida abierta que dejaba la placenta acababa en una fiebre puerperal; las madres morían con frecuencia de peritonitis. Hasta entonces, los médicos —todos hombres— se mantuvieron al margen. Cuando los doctores empezaron a involucrarse y se fundaron, en el siglo siguiente, hospitales de maternidad, las tasas de mortalidad se dispararon. Durante mucho tiempo, los partos en casa fueron considerablemente más seguros.

3. Clemente era un humanista de mente abierta que protegió a los judíos de Roma de la Inquisición y estaba interesado en las teorías de un sacerdote polaco educado en Italia y muy bien conectado, Nicolás Copérnico, que argumentaba que la Tierra giraba alrededor del Sol. Clemente no veía ninguna amenaza para la Iglesia en el heliocentrismo. Irónicamente, el radical Lutero rechazaba a Copérnico como «ese tipo que quiere poner toda la astronomía patas arriba».

4. Un recuerdo de los Borgia, Farnesio era conocido como el cardenal Enaguas, ascendido a la púrpura porque era el hermano adolescente de la amante del papa Alejandro. Pablo también contrató a Tiziano, que pintó unos reveladores retratos del papa envejecido y sus taimados sobrinos. Tiziano combinó el patronazgo imperial con el papal, enfrentando a los Farnesio con los Habsburgo. Pero Pablo nunca pagó por las pinturas. Al final, en 1548, Tiziano se marchó a Augsburgo para convertirse en el pintor principal de los Habsburgo.

5. En 1549, el papa Pablo III murió con Miguel Ángel junto a su lecho. Miguel Ángel era próximo a quienes coqueteaban con el protestantismo, pero ahora debía tener mucho cuidado. En 1555, el fervoroso Gian Pietro Carafa fue elegido como Pablo IV y lanzó una ofensiva contra la disidencia, desplegando a la Inquisición y ordenando que se pintara encima de algunos de los desnudos de *El juicio final*. Miguel Ángel murió en 1563 a los ochenta y ocho años.

6. Cuando Lorenzaccio escapó, los Médici invitaron a un primo de Urbino, Cosme de Médici, a convertirse en duque. Resultó que Cosme tenía todo lo necesario. Era tan sangriento y culto como debía serlo un Médici, matando enemigos, capturando a Lorenzaccio y apuñalando hasta la muerte y con sus propias manos a su desleal ayuda de cámara. Sus descendientes gobernaron la Toscana durante dos siglos. En cuanto a la viuda del Duque Negro, Margarita, Carlos la casó con otro fanfarrón papal, el nieto del papa Pablo III, Octavio Farnesio, duque de Parma. De espíritu libre e inteligente, se negó a consumar el matrimonio durante años y lo hizo solo con la condición de mantener su propia corte. Más adelante, fue una gobernadora de los Países Bajos competente y tolerante. Su hijo sería el duque de Parma que en 1588 no acudió a su cita con la Armada.

7. Roxelana se convirtió de forma oficial en sultana Hürrem con el título de Haseki Sultan, consorte real. Tradicionalmente, la *valide* y las *haseki sultans* eran atendidas por una dama de compañía judía —conocida como *kira*— que mediaba con los mundos masculino y cristiano, y con frecuencia ejercía de diplomática con los monarcas extranjeros. La *kira* de Hafsa, Strongila, la heredó Hürrem y luego se convirtió al islam.

1. El hermano de Manco, Paullu, aceptó con entusiasmo el gobierno de los españoles y la fe cristiana, llevaba ropas españolas, recibió tierras y palacios de la corona y promovió una aristocracia inca hispanizada que constituiría la base de una nueva sociedad peruana. En 1538, Pizarro concedió a Inés un patrimonio propio y la casó por la iglesia con su antiguo paje, al tiempo que él tomaba una nueva amante inca, la reina de Atahualpa, Cuxirimay Ocllo, bautizada como Angelina Yupanqui. De niña había sido violada por el intérprete de Pizarro, pero se había ganado su favor al guiarlo hasta una estatua de oro de valor incalculable. Juntos tuvieron dos hijos varones. Ambas mujeres vivieron largo tiempo: Inés tuvo tres hijos con su esposo Francisco de Ampuero, al que odiaba y al que trató de envenenar, pero él mismo la descubrió y la perdonó. En 1547 lo demandó por administrar mal su dote, y ganó. Entre sus descendientes ha habido presidentes de Bolivia y la República Dominicana. Cuxirimay, a la que Pizarro concedió propiedades, se casó más adelante con Juan de Betanzos, que escribió una historia de los incas.

2. Más adelante, el Mozo fue perseguido y muerto por asesinos que, a continuación, buscaron refugio con Manco Inca en su reino de la selva. Manco confió en ellos, pero estos, esperando obtener el perdón de España, lo asesinaron. Lo sucedió como Inca su hijo; su reino sobrevivió otros treinta años, antes de que los españoles lo ocupasen por fin y terminasen con el imperio de los incas.

3. Con eso, solo quedaba uno de los hermanos Pizarro, Hernando, «un hombre alto y tosco». Después de volver a España, en 1539, Carlos lo mandó encarcelar por la muerte de Almagro, aunque vivía rodeado de lujo, comiendo en bandejas de oro, apostando con sus amigos e incluso recibiendo visitas de sus amantes. Cuando su sobrina, Francisca Inca Pizarro, de diecisiete años y muy bella, llegó a España en 1550, Hernando, treinta y tres años mayor, culto, hostil y malvado, se casó con ella. Ella se trasladó a la prisión de él, donde dio a luz a cinco hijos. Liberado por fin, Hernando y Francisca volvieron a Trujillo, donde construyeron el espléndido Palacio de la Conquista, que aún sigue en pie, propiedad de la familia que los sucedió como marqueses de la Conquista. Tras la muerte de Hernando, en 1575, Francisca se casó con un hombre más joven en 1581 y vivió hasta 1598.

4. Tras la conquista, Juan el Guapo se estableció en Ciudad de México, donde afirmó ser el primero que había plantado trigo en América: «Yo, Juan Garrido, negro de color, residente en esta ciudad [México]», escribió a Carlos en 1538, «me muestro ante Vuestra Merced y afirmo tener la necesidad de proporcionar pruebas de la perpetuidad del rey, un informe de cómo serví a Vuestra Majestad en la conquista y pacificación de esta Nueva España, desde el tiempo en que el Marqués del Valle [Cortés] llegó a ella; y en su compañía estuve presente en todas las invasiones y conquistas y pacificaciones que se llevaron a cabo, siempre con el dicho marqués, todo lo cual hice a mi propio cargo, sin recibir salario ni encomienda de indios ni nada más ... Y también porque fui el primero en tener la inspiración de plantar trigo aquí en Nueva España y ver si llegaba a germinar».

5. A los mercaderes de esclavos se los fue denominando *pombeiros* por una *feira* —mercado de esclavos fortificado— celebrada en Pumbe, en la frontera entre las actuales repúblicas de Congo y Congo-Brazzaville.

6. No se sabe cuántas personas vivían en México cuando llegó Cortés. A menudo se afirma que eran treinta millones, pero es probable que esa cifra sea demasiado alta. Desde luego, sufrieron un duro golpe a causa de las enfermedades europeas. En los escritos de historia occidentales a menudo se describen estas epidemias como si fueran episodios deliberados de guerra biológica por parte de los europeos. Esto no era así. Pero los pueblos indígenas sufrieron grandes mortandades debidas a diversas epidemias en momentos distintos, algunas de las cuales eliminaron a más del 25 % de la población. La epidemia de viruela de 1519-1520 mató a entre cinco y ocho millones de personas. Pero fueron las epidemias posteriores, en 1545 y 1576, las más catastróficas, ya que acabaron con unos diecisiete millones de personas. Nuevas investigaciones, que emplean relatos de los síntomas por parte de españoles, sugieren que no eran casos de viruela, sino fiebres hemorrágicas similares al ébola, con sangrado de los oídos, nariz e intestinos, propagadas por ratas, que prosperaron masivamente durante los años húmedos que siguieron a sequías provocadas por cambio climático. En tal caso, puede que la enfermedad no la trajeran los españoles, sino que fuera una enfermedad indígena.

7. Esto fue facilitado por el hecho de que el protestante Thomas Cromwell ya no estuviera en escena. Cromwell no fue el primer hombre hecho a sí mismo que alcanzó el poder en Inglaterra, pero la Iglesia iba por el camino tradicional: su padrino, el cardenal Wolsey, era el hijo de un carnicero de Ipswich. Sin embargo, Cromwell, que era implacable e incansablemente eficiente, era un nuevo tipo de sacerdote. Hijo de un cervecero de clase media, que de joven había luchado en Italia por los franceses contra los ejércitos de Fernando de España, saqueó las riquezas de monasterios católicos que luego Enrique distribuyó entre sus cortesanos leales, proveyendo a las fortunas de muchas familias aristocráticas. Dentro de la paranoia homicida de la corte de Enrique, la nueva reina Ana, después de dar a luz a su hija Isabel, luchaba por mantenerse a flote. Al tiempo que su sensualidad se convertía en desesperación, Enrique pasó de amarla a odiarla. Cromwell, utilizando el hecho de que ella se había burlado de la virilidad de Enrique, la acusó de traición e incesto. Bolena fue decapitada y Enrique se casó con su recatada dama de compañía, Juana Seymour, mientras que Cromwell, secretario, lord del sello privado, vicegerente de asuntos espirituales y conde de Essex, casó a su propio hijo con la hermana del hijo de la nueva reina. La reina Juana dio a luz un hijo, pero murió durante el parto. Cromwell dispuso un cuarto matrimonio protestante con una princesa alemana que conllevó la humillación sexual de Enrique y la decapitación del propio Cromwell. Más tarde, Enrique se arrepintió de la ejecución de Cromwell. Ni siquiera una mayor humillación por su quinto matrimonio con una adolescente descarada e infiel sirvió para detener el ansia de tener esposa de Enrique: se volvió a casar. Enrique era un inescrutable *showman* que consolidaba su dinastía y eliminaba las amenazas, pero su reputación se basaba en el hecho de que su caprichosa ruptura con Roma reflejaba un instinto inglés más profundo de independencia política y de reforma religiosa. La familia Cromwell engendraría dos gobernantes de Inglaterra y casi se convertiría en una dinastía real por méritos propios: el sobrino de Cromwell, Richard Williams-Cromwell, fue el bisabuelo de Oliver Cromwell.

8. A Carlos se le unió Tiziano, quince años después de posar para él por primera vez. El retrato ecuestre del triunfal emperador después de la batalla de Mühlberg palpita de poder marcial, reflejando la estatua ecuestre de Marco Aurelio que ambos habían visto en Roma, pero revela también la existencia agotadora de un emperador. «Mi vida entera fue un viaje», dijo Carlos y, en efecto, su aspecto es el de una persona exhausta, extenuada, demacrada.

9. Solimán era cada vez más devoto; después de reconstruir las murallas de Jerusalén (que había demolido la familia de Saladino hacía tres siglos) y de embellecer la ciudad de La Meca, en 1550 ordenó al arquitecto de la corte, Sinán, que proyectara su propia mezquita de Solimán en Constantinopla. Sinán, uno de los más grandes arquitectos de la historia, que proyectó también la mezquita de Selim, en Edirne, y creó hasta trescientos proyectos, era cristiano de nacimiento, probablemente armenio o griego, recibió el nombre de José y más tarde fue esclavizado y convertido al islam; posteriormente se distinguió como ingeniero militar en las campañas de Solimán, del Tigris al Danubio.

10. José era João Miques, Dom João Migas Mendes, Giuseppe Nasí y Yasef Nassi; ella era doña Gracia, Hannah, Beatrice de Luna y La Señora.

11. En un cuadro del Rubio Selim se le ve haciendo señas a uno de los Sin Lengua, cuyo lenguaje de signos entendía en parte.

12. Akbar organizaba a sus nobles estrictamente por el *mansab* (clasificación) numérico de 1.000, 5.000, 7.000 o 10.000 soldados.

13. Tiziano ayudó en esta seducción: su magnífica pintura de Felipe II, atractivo, esbelto, arrogante y pertrechado con una armadura con finos adornos de oro, fue enviada a María Tudor durante sus negociaciones de matrimonio. En Londres y Winchester, Felipe iba acompañado, entre otros, de Martín Cortés, el Mestizo.

14. La mejor forma de medir la consanguinidad es el coeficiente de endogamia. La consanguinidad entre padre e hijo o entre hermano y hermana es de 0,25. Esta cifra ya era alta gracias a los matrimonios repetidos entre los Trastámara y los Avís antes incluso de que se convirtiera en política de los Habsburgo. Carlos era el biznieto de Juana la Loca, cuya abuela había muerto presa y enloquecida; tanto su abuelo Carlos como su padre Felipe se habían casado con dobles primas, elevando su coeficiente de endogamia a 0,211, cercano al puro incesto. La mandíbula de los Habsburgo era su síntoma menos nocivo.

15. En 1562, los tres hijos del conquistador volvieron a México, donde llevaron el cuerpo de su padre. Allí se implicaron en una conspiración de encomenderos españoles y nobles mexicanos para nombrar al marqués Martín Cortés rey de Nueva España. Los hermanos fueron arrestados; el Mestizo fue torturado por ahogamiento. Pero entre las numerosas ejecuciones, los Cortés fueron perdonados. Felipe animó a los conversos con sangre impura (judía) a gobernar América, pero también exportó la Inquisición a Perú y Nueva España. En 1579 nombró a un converso, Luis Carvajal, nacido en Portugal, pero al servicio de España, capitán general del Nuevo Reino de León, con la misión de «descubrir, pacificar y colonizar» el noroeste de México y Texas. Sus rivales denunciaron a Carvajal y a su familia a la Inquisición, como judíos reincidentes. Luis murió en la cárcel. El 8 de diciembre de 1596, la hermana de Luis y sus hijas adolescentes declararon valerosamente su judaísmo y fueron quemadas vivas en la plaza principal de Ciudad de México. Pero parte de la familia pudo huir a Italia, donde se establecieron en el puerto florentino de Livorno —territorio de los Médici—, y un hijo de los Carvajal adoptó el nombre de un pueblo toscano, Montefiore, apellido de los antepasados de quien escribe estas líneas.

16. La limpieza de sangre era requerida por la élite de Suramérica, pero era difícil de mantener. Incluso la élite criolla, que se enorgullecía de su blancura, normalmente era de raza mixta, algo que no hacía más que fomentar la fijación con las categorías raciales —y racistas— de mestizo (español-amerindio), mulato (africano-europeo), sambo (africano-amerindio), pardo (trirracial) y cuarterón (con un abuelo africano).

17. De acuerdo con la reconstrucción efectuada por Gerasimov, que, siguiendo órdenes de Stalin, abrió la tumba de Iván en 1953 y, basándose en el cráneo del zar, creó una versión artística de su rostro.

18. La palabra *cosaco* se deriva del turco *kozak*, que significa filibustero. Estos despiadados salteadores de caminos medraban en las tierras fronterizas entre Moscú y los kanatos mongoles y Polonia-Lituania, adoptando en tierra las tácticas de caballería de los combatientes mongoles, y por mar, las tácticas de incursión de sus antecesores vikingos. Compuestas de campesinos ucranianos fugitivos, desertores moscovitas y renegados mongoles, sus aproximadamente veinte comunidades desarrollaron una característica cultura ortodoxa y meritocrática: cada *voysko* (partida), que se traduciría como «anfitrión», elegía a sus propios jefes —*ataman* o *hetman*—. Aún no eran caballería, sino infantería que utilizaba a menudo unas lanchas de remos denominadas *chaiki* (gaviotas) en sus asaltos —incluso en el ataque a Constantinopla, en 1614—. Cada anfitrión mantenía su independencia, luchando a veces a favor de los zares y otras de los reyes de Polonia, y sus líderes trataban de ganar nobleza con ello. No fue hasta el siglo XVIII cuando los zares de Rusia los convirtieron en unidades de caballería.

19. Los huesos de la hija y la madre fueron examinados en la década de 1960 y revelaron niveles de arsénico de 12,9 para la madre y 8,1 para la niña, dosis letales.

20. José se ganó el apoyo de Selim para que los judíos pudieran regresar a Israel, lo cual había sido el sueño de ese pueblo desde el año 70 d. C. Como los otomanos protegían las ciudades santas, incluida Jerusalén, José restableció la ciudad mística de Safed (Galilea) y, cuando el papa Pío V expulsó a los judíos de sus estados, José los acogió allí.

21. Una de las damas de compañía que fueron con ella a Madrid fue una de las primeras pintoras que firmaron sus obras, Sofonisba Anguissola.

1. Andrés Vesalio practicó lo que debía hacer con Enrique clavando astillas en la cabeza de criminales recién ejecutados, cuyos cuerpos solía arrebatar del patíbulo cuando aún estaban tibios. En esa época, la cirugía estaba limitada por los conocimientos anatómicos, la incapacidad para detener el sangrado y la ausencia de anestésicos y antisépticos. Solo eran posibles dos operaciones internas: la trepanación del cráneo y «cortar para la piedra». En este último procedimiento, llamado litotomía, el paciente era atado y sostenido por hombres forzudos mientras, sin anestesia alguna, el cirujano le insertaba un tubo por el pene para mantener en su lugar las piedras de la vejiga; luego, practicaba un corte en el perineo y utilizaba un instrumento extractor para sacar las piedras; la herida no se cosía, sino que se dejaba curar por sí sola. Numerosos pacientes morían. Vesalio experimentó con ambos procedimientos. Había nacido en una familia de médicos flamencos: su abuelo era el médico del emperador Maximiliano; su padre, el farmacéutico y ayuda de cámara de Carlos V, mientras que el hijo se convertiría en su médico y en el más notable pionero de la anatomía: diseccionando humanos y macacos, descubrió algunas de las características esenciales de la circulación y el esqueleto, refutando muchas de las afirmaciones de Galeno, que se habían creído durante más de un milenio. Combatió acusaciones de herejía por parte de la Inquisición y se convirtió en médico de Felipe II.

2. Catalina fue una innovadora, de la que se decía que había puesto de moda los tenedores y los cubiertos; hasta ese momento, incluso los reyes comían con los dedos, cortando la carne con un cuchillo y comiendo con una cuchara. La gente corriente viajaba con cucharas de madera; los nobles utilizaban la plata. También se dice que Catalina introdujo la ropa interior, una moda que se convirtió en una especialidad de Francia, y fumaba tabaco americano, al que se denominaba *la herbe de reine*.

3. Catalina empezó a negociar el matrimonio de sus hijos, Carlos, Enrique o Hércules-Francisco, con Isabel de Inglaterra. Las reinas rivales eran políticas tenaces que tenían puntos de vista distintos sobre la familia. Isabel, una reina protestante por derecho propio, tratada como ilegítima, posiblemente acosada sexualmente por su guardián, atormentada por su medio hermana, consideraba que la familia —y el matrimonio— eran peligrosos. Catalina, madre y esposa católica, alejada de sus raíces italianas, todo lo basaba en sus hijos, cuyo matrimonio con Isabel podía evitar la guerra civil en Francia, equilibrar España y conseguir Inglaterra: el hijo de Catalina, Francisco, había estado casado con María, reina de Escocia, la aspirante católica al trono inglés. Ahora, Catalina desempeñaba el papel de madre ambiciosa, e Isabel el de posible hija. El primer candidato fue Carlos, que era diecisiete años más joven que Isabel; luego Enrique, dieciocho años más joven, que desdeñaba a Isabel y la llamaba «*putain publique*»; mucho más tarde, en 1559, cuando las maquinaciones implicaban también el liderazgo de un nuevo estado holandés, Isabel, que ya tenía cuarenta y seis años, coqueteó con Hércules-Francisco, duque de Alençon, de veinticuatro, y —al menos— fingió estar comprometida.

4. De camino, Catalina se encontró con Nostradamus, Michel de Notre-Dame, astrólogo, nigromante y médico, nacido en una familia de judíos conversos, y le pagó doscientos escudos franceses por elaborar los horóscopos de sus hijos. Pero él se fijó en un miembro de su séquito, Enrique de Navarra. El hierofante «leyó» las verrugas de su torso. Era el sexto en la línea sucesoria, por lo que no era muy relevante. Sin embargo, Nostradamus predijo que sería rey.

5. El nombre de «Mendigos del Mar» tuvo su origen cuando una delegación holandesa visitó a Margarita. «No temáis, señora», le dijo un consejero, «no son más que mendigos.» Los Mendigos adoptaron un zurrón como símbolo de rebeldía. Al cabo de cuatro años, había 85 corsarios en acción, precursores de las empresas de comercio armadas.

6. Pero su apelativo de «Terrible» no se generalizó hasta el siglo XVII, cuando significaba más bien «impresionante» y no «atroz», su significado moderno, y sus atrocidades no eran tan distintas —en grado de crueldad — de las de Catalina de Médici, Enrique VIII o César Borgia. En muchos sentidos, era un hombre de su época.

7. Este colosal estado de Polonia-Lituania —olvidado, porque no tiene un equivalente moderno— se convertiría en una Serena República bajo la presidencia de un rey elegido por el *Sejm* de la nobleza. La nobleza constituía alrededor del 15 % de la población, así que su electorado superaba las quinientas mil personas, más que Inglaterra o Francia hasta la década de 1830. Se parecía sobre todo a la oligarquía de Venecia, dominada por magnates, pero la tolerancia religiosa, incluso para judíos y otras minorías, estaba garantizada. Esta *Złota Wolność* —Libertad dorada — se extendió durante dos siglos.

8. Sorprendentemente, la masacre del día de San Bartolomé no concluyó las negociaciones de matrimonio de Catalina con Isabel, quien, en 1579, ya con más de cuarenta años, se entendía con el más joven de los Valois, el duque de Alençon, al que llamaba coquetamente «mi ranita». Pero Alençon murió poco después de este fútil viaje.

9. Enrique IV el Grande resolvió las guerras religiosas al conceder tolerancia a los protestantes, sentando las bases de la Francia moderna. Se divorció de Margarita y se casó con María de Médici, la rolliza, simple pero dominante y tumultuosa hija del gran duque de Toscana, un matrimonio que le sirvió para liquidar sus deudas. La amante de Enrique la llamaba «la banquera gorda». Enrique y María fueron padres del futuro Luis XIII y de Enriqueta María, esposa de Carlos I de Inglaterra. En cuanto a Margarita, sensual e irreprimible, tuvo amantes cada vez más jóvenes cuando ya pasaba de los cincuenta, y murió en 1615.

10. A Iván lo sucedió su hijo Teodoro, conocido como el Campanero por su devoción sencilla. El Campanero murió sin hijos, y subió al trono el último de los favoritos del Terrible, Borís Godunov, que estaba casado con su hermana. Borís fue acusado del asesinato de Dmitri, el último hijo de Iván el Terrible. Después de subir al poder, Godunov fomentó la colonización de Siberia y contribuyó a estrechar los controles sobre los campesinos rusos. Pero lo que no consiguió fue alcanzar la gloria, ni disfrutar de la longevidad necesaria para fundar una dinastía; su muerte desató una década de guerras e invasiones por parte de los polacos, los suecos y los tártaros, exacerbada por tres impostores, los Falsos Dmitris —que afirmaban ser el hijo asesinado del Terrible—, lo que casi supuso la destrucción de Moscú. Los polacos conquistaron Moscú, un trauma que engendró el miedo de un resurgimiento de Polonia que dura hasta nuestros días. De ese lodazal, un adolescente enfermizo, cojo y tartamudo, Miguel Románov, el sobrino nieto de la primera y amada esposa del Terrible, Anastasia, y primo hermano del zar Teodoro, se convirtió —muy a su pesar— en zar de una nueva dinastía Románov. Su supervivencia no parecía muy probable, pero sus comandantes repelieron a los invasores. Sin embargo, las guerras habían empobrecido a los campesinos, que con frecuencia huían hacia las fronteras: el hijo de Miguel, Alejo, impuso la estabilidad concediendo a la nobleza el control total de sus campesinos, que se convirtieron en siervos, y ya no se les permitía abandonar sus tierras. La servidumbre era similar a la esclavitud, pero no exactamente igual: los siervos debían servicio a sus dueños y podían ser castigados, violados y ejecutados, pero también cultivaban tierras para sí mismos, pagaban impuestos y, con frecuencia, servían en el ejército. Más adelante, se los podía vender como esclavos y a menudo eran transferidos junto con sus tierras.

11. Una flota de cinco galeones y quinientos soldados, más de la mitad de ellos de las etnias inca y mexica, había cruzado el Pacífico a las órdenes de Miguel López de Legazpi. Las Filipinas eran el borde exterior del mundo Índico, pueblos polinesios gobernados por rajás hindúes, así como emires islámicos bajo el laxo gobierno de Brunéi, cuyo sultán Bolkiah había conquistado un imperio en la década de 1490, con el que ahora acabaron los españoles. En 1570, Legazpi, ahora capitán general, derrotó a Ache, rajá del reino de Maynila, en Luzón, y construyó su capital, Manila, sede de los gobernantes españoles hasta 1898. Las flotas de tesoros de Felipe navegaban cruzando el Pacífico hacia China, generalmente tripuladas por oficiales españoles y tropas mexicanas o amerindias.

12. El más destacado de ellos era sir Thomas Stuckley, el Lujurioso, de sesenta años, hijo de un caballero de Devon, que estaba al mando de las fuerzas centrales portuguesas. Stuckley había luchado por toda Europa: sirvió a María, pero como católico convencido desafió a Isabel, de la cual decía alardeando que «no le importaba ni un pedo» y a quien le dijo con impertinencia que fundaría su propio reino, antes de huir para ayudar a Felipe y a don Juan de Austria en sus planes para invadir Inglaterra e Irlanda. El Mediterráneo era un mundo pequeño: Stuckley había luchado por don Juan en Lepanto, mientras que los hermanos sultanes marroquíes Abd al-Malik y Ahmed habían combatido por los otomanos en la misma batalla.

13. En Marrakesh construyó un palacio fantástico, al-Badi —el Maravilloso—, adornado con columnas de mármol italiano; parte del palacio sigue en pie. Los trabajadores eran esclavos blancos, prisioneros portugueses, a los que se daba un trato pésimo.

14. Los franceses se habían adelantado a los ingleses, pero no habían tenido más suerte que ellos: en 1534, Francisco I había enviado a su conquistador Jacques Cartier a Norteamérica, donde fundó varios asentamientos en Quebec, el inicio de Nueva Francia. Pero los asentamientos fueron liquidados por las enfermedades y los ataques de los nativos americanos.

15. En 1584, Guillermo fue el primer líder de una nación asesinado con una pistola, pero su muerte no cambió nada: su hijo Mauricio lo sustituyó como *estatúder* (lugarteniente). Su asesino no pudo recoger la recompensa, ya que fue capturado y sometido a una de las más espantosas ejecuciones: la mano derecha, que había apretado el gatillo, fue quemada, la carne cortada y separada de los huesos en seis lugares; luego lo quemaron con grasa de tocino, lo desmembraron y lo destriparon vivo antes de arrancarle el corazón y arrojárselo a la cara, decapitándolo a continuación. Pero Felipe concedió un título nobiliario y tierras a su familia.

16. Nacido en 1559, Nurhaci empezó siendo soldado en el ejército de los Ming, donde aprendió chino leyendo *A la orilla del agua*; pero, cuando tenía veintiún años, su padre y su abuelo fueron asesinados por un caudillo rival. La historia de su vida guarda muchos paralelismos con la de Gengis. Afirmó su supremacía matando a su hermano mayor y a sus sobrinos, organizó a los yurchen y los convirtió en un cuerpo de élite dividido en Banderas, y luego lanzó un ataque a la China de los Ming, donde conquistó una región del norte. Cambió el nombre de los yurchen por manchúes y nombró su familia *Aisin* (dorado) *Gioro*. En 1626, ya con más de sesenta años, descubrió que su príncipe heredero mantenía una relación con su joven esposa. Encarceló y asesinó a su hijo, al que enterró junto a su esposa infiel. Tras su muerte, su hijo más joven se declaró emperador de la nueva dinastía Qing.

17. Esos puntos de vista no eran nuevos: Copérnico había presentado su teoría heliocéntrica a Clemente VII, pero lo que se consideraba una excentricidad fascinante en 1533 se convirtió en algo peligroso durante el resurgimiento católico de 1600. Imprudentemente, Bruno regresó a Venecia, desde donde fue extraditado a Roma, y allí el papa Clemente VIII supervisó su proceso, en el que se le acusaba de contradecir el dogma católico. Bruno se negó a renunciar a la pluralidad de los mundos. Condenado a muerte en 1600, se dice que replicó: «Quizá vosotros dictáis esta sentencia con más miedo que con el que yo la recibo». Con su lengua «presa de sus malignas palabras», fue colgado boca abajo, desnudo, y quemado vivo.

18. Al acceder al poder, Mehmed ordenó que estrangularan a diecinueve de sus hermanos más jóvenes; le besaron la mano, fueron circuncidados y luego asesinados. Uno de ellos dijo con descaro: «Déjame comerme mis castañas y me estrangulas después». La multitud lloraba al ver pasar los pequeños ataúdes de camino a Hagia Sophia, donde aún existen sus conmovedoras tumbas en miniatura. Mehmed fue guiado por su madre, Safiye, de origen bosnio, que confiaba en su italojudía *kira*, Esperanza Malchi. Su condición de judía la hacía prácticamente inmune a la insatisfacción. En 1600 hubo una revuelta de las tropas, que no recibían su salario y exigían su cabeza. Mehmed y Safiye la sacrificaron: Esperanza fue conducida, a lomos de un caballo de carga, hacia el hipódromo, donde la multitud «cortó la mano de la maldita mujer y su vulva y las clavó en la puerta de aquellos engreídos que habían obtenido sus puestos sobornándola». Su «parte ignominiosa» fue paseada luego por toda Constantinopla. «Si su ejecución era necesaria, ¿por qué llevarla a cabo de esta manera?», preguntó el valido al sultán. «Podía haber sido arrojada al mar. Una ejecución así, de una mujer con tan estrechas relaciones, es perjudicial para la autoridad imperial.» Desde ese momento, los judíos dejaron de ostentar altos cargos y fueron obligados a llevar gorros e insignias para señalar su inferioridad.

1. Sin embargo, mientras Jacobo se dirigía hacia el sur, una conspiración de nobles, en connivencia con Madrid, planeó proclamar reina a su prima Arabella Estuardo, tataranieta de Enrique VII. Este «complot» fue más que otra cosa de boquilla, pero implicó a Walter Raleigh, a quien luego Jacobo condenó a muerte. Más tarde, el rey perdonó a Raleigh, pero lo mantuvo preso en la Torre. Jacobo reconoció a Arabella como cuarta en la línea de sucesión al trono, pero cuando en 1610 ella intentó casarse con otro primo real, la encarceló para el resto de su vida. Moriría en la Torre a los treinta y nueve años de edad, soltera y sin hijos, como otra víctima femenina más de una familia poderosa.

2. Peter Chamberlen era un hugonote parisino, cirujano y obstetra, que llegó a Inglaterra en 1596, más o menos en la misma época en la que inventó un nuevo instrumento que revolucionaba las técnicas de asistencia al parto: un fórceps obstétrico que sujetaba el cráneo de los bebés. Peter fue el primero de una familia de cuatro generaciones de obstetras que ayudaron a traer al mundo a la mayoría de los bebés Estuardo mientras mantenían vergonzosamente en secreto su dispositivo, llegando a los partos con el sencillo artilugio en una gran caja dorada e insistiendo en que se vendaran los ojos a las comadronas. Un incalculable número de mujeres murieron porque los Chamberlen no compartieron su invento. Mientras, estos se enriquecieron y compraron una casa de campo en la que siglos después se encontraría su dispositivo escondido bajo las tablas del suelo.

3. «Al sol no se parecen los ojos de mi amada, / ni son sus labios rojos como el coral más puro; / sus pechos son negruzcos, y no cual nieve blanca, / y el pelo no es de oro, sino de alambre oscuro ... Con todo, ella merece las mismas alabanzas / que las que otros mienten con falsas semejanzas.»

4. Se dice que Raleigh fue el primero que llevó tabaco a Inglaterra. Jacobo se quejaba de que el tabaco era «odioso para la nariz, dañino para el cerebro, peligroso para los pulmones, y, en los negros y apestosos vapores que desprende, lo más parecido a la horrible humareda estigia del pozo que no tiene fondo». Más tarde, cuando la apestosa humareda estigia se convirtió en el único cultivo rentable en Virginia al tiempo que se hacía cada vez más popular en Inglaterra, Jacobo se adjudicó el lucrativo monopolio del tabaco.

5. Este tipo de empresas bélicas casi gubernamentales fueron una invención de los holandeses. No eran totalmente novedosas, en cuanto revivían el mercantilismo armado de las órdenes religioso-militares de las Cruzadas y la Reconquista y de diversas empresas semiestatales como el Banco de San Jorge, que gestionaba las colonias de Génova en Crimea. Tampoco constituían una peculiaridad europea: los rajás de la dinastía Chola se habían aliado con el Ainnutruvar y otros gremios corsarios, mientras que varias zonas de China y Japón se hallaban bajo el dominio de redes de corsarios chinos, entre las que destacaba la organización Shuangyu. La nueva versión holandesa se forjó en las guerras contra España al fusionarse el comercio y el conflicto en una época en la que los soberanos y estados europeos eran demasiado débiles para competir en aventuras extranjeras. En su lugar, los líderes protestantes Isabel y Guillermo el Silencioso invirtieron en las expediciones de Drake y los Mendigos del Mar. Las compañías constituían una solución de compromiso que permitía participar a los monarcas como accionistas, pero a la vez repartir el riesgo y los costes.

6. No todo saldría bien. En junio de 1629, una de las primeras expediciones de la VOC a Australia, a bordo del buque *Batavia*, fracasó de manera espectacular cuando, tras naufragar en las islas de Abrolhos, frente a las costas australianas, el segundo al mando, el capitán adjunto Jeronimus Cornelisz, se amotinó y desató una demencial campaña de terror contra su propia tripulación por su megalomanía personal y su fanatismo calvinista, matando a 120 personas en una auténtica orgía de apuñalamientos, apaleamientos, ahogamientos y ahorcamientos, mientras se convertía en esclavas sexuales a las siete muchachas que habían sobrevivido a la tragedia. El reinado de Cornelisz terminó con la llegada de otro barco de la VOC, tras la cual le amputaron las manos con un cincel y luego lo decapitaron. Un tiempo después, otro duro holandés de la VOC, Abel Tasman, llegó a unas islas situadas cerca de Australia, primero una pequeña a la que llamó Tierra de Van Deiman en honor al gobernador general de Yakarta, que había planeado la conquista de Great Southland —Tasmania—, y luego una mayor que bautizó como Tierra de los Estados en honor a los Estados Generales de Holanda —Aotearoa, la actual Nueva Zelanda—, donde guerreros maoríes en canoas mataron a varios de sus hombres.

7. Uno de los partidarios del príncipe Khusrau, Gurú Arjan, fue el líder de la religión sij en el Punyab, fundada en la década de 1530 por el poeta y santo Gurú Nanak, que creó un movimiento independiente del islam y el hinduismo. *Sij* significa simplemente «discípulo» en sánscrito. Nanak predicaba en contra de la explotación de los brahmanes y la opresión de los musulmanes, abogando en favor de un único Dios, una única comunidad y la abolición de las castas. El sijismo floreció con sus sucesores, los nueve gurús, que construyeron una ciudad sagrada (Amritsar) y un santuario (el Templo Dorado) y desarrollaron sus propias escrituras (el *Adi Granth*). Pero su espíritu independiente acabaría chocando con la autoridad mogola. Jahangir torturó y ejecutó a Arjan, cuyo hijo, Gurú Hargobind, respondió fomentando la cultura marcial sij, portando dos espadas para simbolizar la *miri-piri*, la unión del poder espiritual y temporal. Salvajemente reprimidos por los mogoles, los sijs prosperaron en la adversidad.

8. Las negociaciones revelan la auténtica matriz de poder existente entre los imperios europeos y asiáticos. Es fácil exagerar la envergadura y el poder de la EIC y de su rival holandesa, la VOC: podían derrotar a potentados locales; podían mantener fortalezas. Pero las compañías europeas no eran lo bastante fuertes como para conquistar amplios territorios o desafiar a grandes monarquías. En 1623, cuando la VOC se apoderó de las islas Penghu, sus tropas fueron derrotadas por una flota china, y no sería la última vez. En Japón, Tokugawa y sus hijos prohibieron el acceso a los europeos. Los ingleses y holandeses tuvieron que aceptar serviles negociaciones con los Ming o los mogoles, los Vijayanagara o los safávidas. Solo más tarde, cuando estos reinos se desintegraron, la VOC y la EIC mutarían en auténticos Estados-empresa capaces de forjar imperios.

9. Los habshis desempeñaron un papel importante, pero a menudo olvidado, en la historia de la India. Con frecuencia eran liberados tras unos años de servicio, pero incluso cuando eran esclavos muchos ascendían hasta convertirse en cortesanos o generales, y a veces incluso llegaban a tomar el poder. En Bengala, en 1487, Barbak Shahzad, jefe de la guardia negra de palacio, hizo asesinar al sultán bengalí y gobernó hasta que murió asesinado a su vez por otro abisinio.

10. Tradicionalmente, los eunucos habían sido esclavos blancos de Rusia/Ucrania y el Cáucaso que, siguiendo la práctica bizantina, solo perdían los testículos; pero ahora había niños africanos capturados en Etiopía y Darfur por esclavistas árabes que se vendían a sacerdotes coptos, quienes los sometían a la práctica de castración mameluca, encadenándolos a una mesa y cortándoles el pene además de los testículos. Se les asignaban nombres con reminiscencias fragantes, como Jacinto, y al llegar a la edad adulta solían estar demasiado gordos o demasiado flacos, sufrían osteoporosis, anomalías esqueléticas como tener los dedos excesivamente alargados, y arrugas prematuras. El jefe de los eunucos —*kizlar aga*— era siempre africano, y ahora también el administrador del harén, y su poder se basaba a menudo en su relación con la favorita del sultán o con su madre.

11. El derrumbamiento de Rodolfo se vio agravado por los crímenes de su hijo mayor, Julio César. Ese año, Rodolfo le compró el castillo de Krumlov, donde el diabólico muchacho, de veintiún años, se dedicó a perseguir a las muchachas de los pueblos cercanos hasta que encontró a la hija de un barbero, Markéta Pichlerová. Se obsesionó con ella y se dedicó a torturarla, hasta que finalmente la apuñaló y la arrojó por una ventana. Pero cayó sobre un montón de desperdicios y sobrevivió. Julio César rogó a los padres que se la devolvieran. Ellos se resistieron hasta que amenazó con matar a toda la familia y luego mandó detener a su padre. El monstruo sanguinario finalmente volvió a tener a Markéta en sus garras. La torturó durante días. Lo encontraron desnudo y cubierto de excrementos, abrazado al cuerpo de ella, descabezado y desmembrado, con las orejas cortadas y los ojos arrancados. Un mes después, el emperador, horrorizado, mandó encerrar al monstruo de por vida.

12. Tras la muerte de Brahe, Kepler, el astrónomo de Rodolfo, completó las *Tablas rodolfinas* y cartografió el movimiento planetario, pero situó a Dios en el centro del universo. Tres emperadores, Rodolfo, su hermano Matías y más tarde Fernando, consultaron las lecturas del protestante Kepler, ya que la astronomía y la astrología se consideraban ambas estudios científicos. Kepler también inventó un nuevo género literario, la ciencia ficción, al escribir una novela autobiográfica, *El sueño*, en la que predecía los viajes espaciales. Vivió hasta 1630, y dejó este epitafio: «Medí los cielos, ahora mido las sombras; / la mente miraba al cielo, el cuerpo descansa en tierra».

13. La distensión española de Jacobo ya le había costado la vida a Walter Raleigh. En 1616, este convenció a Jacobo para que le liberara y le enviara en busca de Eldorado a Guayana, a condición de que no atacara intereses españoles. Pero Raleigh perdió el control de sus oficiales, atacó a los españoles —su hijo murió en la lucha— y no encontró oro. A su regreso, el embajador español exigió la cabeza de Raleigh como precio del tratado. Jacobo aceptó. Raleigh hizo una magnífica actuación en el cadalso, inspeccionando el hacha y declarando: «Esta es una severa medicina, pero un médico que cura todas las enfermedades y miserias»; luego le dijo al verdugo: «¿Qué temes? ¡Hiende, hombre, hiende!». En Inglaterra la ejecución se consideró en general un escándalo, y Raleigh nunca llegaría a completar su historia del mundo.

14. El artista era hijo de Jan Rubens, un destacado abogado de Amberes durante la época dorada de la ciudad como centro mercantil y capital de las Diecisiete Provincias de los Habsburgo. Sin embargo, la prosperidad de la urbe se malogró a causa de la revuelta de los Países Bajos, tras la cual sería reemplazada por Ámsterdam. Jan se convirtió en asesor jurídico y luego en amante de la viuda de Guillermo el Silencioso, Ana de Sajonia, con la que tuvo un hijo. Fue apresado y seguramente iban a ejecutarlo; es probable que su esposa (la madre del artista) le salvara la vida a su marido infiel manteniendo un romance con el hermano del príncipe. En cualquier caso, el joven Rubens gozó de inusuales beneficios para ser el hijo de un abogado de mala reputación. Fue educado en la ignorancia del escándalo, pero cuando se enteró cambió, y se centró en su carrera con disciplina y autocontrol. Estudió arte en Italia (firmaba los cuadros como Pietro Paolo) y luego disfrutó de una asombrosa trayectoria artística combinada con la actividad diplomática. Se convirtió en el pintor de la corte de los gobernantes Habsburgo de los Países Bajos, Alberto e Isabel, que lo emplearon como diplomático y espía, ascendiéndolo al rango de secretario de su consejo privado. En Amberes, donde llevaba una vida lujosa, formó al joven Anton van Dyck, que pronto partiría hacia Londres. En París, la madre de Luis XIII y viuda de Enrique IV, María de Médici, le contrató para pintar una serie de cuadros para su palacio de Luxemburgo mientras él negociaba con Francia y España.

15. En el siglo siguiente este movimiento artístico pasaría a conocerse como barroco, posiblemente derivado del portugués *barrocco*, que significa «barrueco», perla irregular, aunque hay muchas otras explicaciones posibles.

16. Tanto Carlos I como Felipe IV nombraron caballero a Rubens. En Madrid, Felipe le encargó más de ochenta cuadros, y además le encantaba verle pintar. El artista se hizo lo bastante rico para comprarse una finca en las afueras de Amberes. Tras morir su primera esposa cuando él tenía cincuenta y tres años, se casó con su sobrina de dieciséis, Helena Fourment, con cuya hermana también había mantenido una relación. Uno de los amigos de Rubens dijo de ella: «Helena de Amberes... supera con creces a Helena de Troya». Helena posó desnuda para el pintor, un hecho poco frecuente en una mujer de su estatus. En *La pequeña piel* (o *Helena Fourment saliendo del baño*) resplandece apenas cubierta con solo un abrigo. Su cabellera rubia, su piel blanca y su voluptuosa figura aparecen en tantos cuadros del pintor que su figura llegaría a inspirar el adjetivo «rubensiano» para referirse a cierto tipo de mujer. Tuvo cinco hijos con Rubens.

17. Baltimore no podía estar más alejado políticamente de personajes como Warwick y Cromwell: como secretario de Estado de Jacobo había defendido el matrimonio de Carlos con la infanta María Ana, perdiendo su puesto tras la espantada del príncipe, y luego se había convertido al catolicismo.

18. En 1640, dos trabajadores blancos no remunerados, uno holandés y el otro escocés, y uno de origen africano, John Punch, se escaparon de la finca de un terrateniente inglés; fueron capturados de nuevo y condenados a treinta latigazos. Luego los blancos fueron reintegrados al régimen de servidumbre, mientras que el juez dictaminó que «el tercero, un negro llamado John Punch», fuera esclavizado «por el tiempo de su vida natural aquí». La sentencia insinuaba ya lo que estaba por venir: un sistema legal e ideológico basado hasta tal punto en la esclavitud humana, y tan temeroso de la rebelión de los africanos esclavizados, que incluso se disuadía a los propietarios de esclavos de manumitir a los suyos. Los análisis de ADN parecen indicar que Punch fue el progenitor de muchos estadounidenses, blancos y negros, incluida la madre blanca, Ann Dunham, del que sería el primer presidente negro del país, Barack Obama.

19. Es difícil encontrar una región del mundo que no haya sido poblada por migrantes, pero en los tiempos modernos sin duda fue el continente americano, tanto el norte como el sur, el que en mayor medida se vio moldeado por la colonización, la conquista y el mestizaje. Entre 1492 y 1820 emigraron a América unos 2.600.000 europeos, la mitad de ellos ingleses y un 40 % españoles y portugueses, mientras que unos 8.800.000 africanos fueron esclavizados y obligados a trabajar allí. Entre 1492 y 1640, el 87 % del total de los 446.000 migrantes que se desplazaron al continente procedían de la península Ibérica: el mundo atlántico estaba dominado por los españoles y portugueses, no por los anglosajones. Pero eso estaba a punto de cambiar.

20. No solo los hombres actuaban con dureza. Más avanzado el siglo, en 1697, Hannah Duston, una mujer de cuarenta años, esposa de un granjero y madre de nueve hijos, fue capturada con su bebé en un ataque de los abenakis en el que murieron 27 colonos, la mayoría niños. Después de que los abenakis mataran a su bebé, Hannah se rebeló junto con otros dos cautivos, les arrancó la cabellera a una decena de indios (entre ellos seis niños) y luego escapó con las cabelleras para reclamar la recompensa, que irónicamente solo pudo cobrar su marido.

21. Enriqueta María, objeto de tanto odio anticatólico, tuvo la prudencia de aconsejar a Carlos que negociara con el Parlamento, ofreciéndose incluso a hacerlo ella misma: «Dejadme hacerlo, por el bien de vuestros asuntos en este país». Pero Carlos no era hombre dado a negociaciones, y se negó. Cuando llegó la guerra, ella le dio su apoyo, proporcionándole armas e incluso comandando tropas, lo que le valdría el apodo de *la Generalísima*.

22. Jahangir murió cuando viajaba de Cachemira a Lahore, donde fue enterrado en la magnífica tumba de Shahdara Bagh, de estilo mogol con influencias persas. Shahjahan mandó retirarse a su madrastra Nurjahan a Lahore, donde llevaría una vida tranquila durante dieciocho años. Cuando murió, a los sesenta y ocho, fue enterrada junto a Jahangir.

23. El Taj Mahal se construyó en un estilo persianizado inspirado en parte en la simplicidad de las tumbas de Tamerlán en Samarcanda y de Humayun en Delhi, pero a una escala enorme y con una resplandeciente e inmaculada blancura. Su construcción se prolongó durante dieciséis años. Pero esta fue solo una de las muestras de la dedicación del emperador a la sagrada monarquía; también trasladó la capital de Agra a Shahjahanabad, en Delhi, una sede construida en torno a un nuevo palacio, el Fuerte Rojo, centrado a su vez en el *diwan-i-khas* (salón de audiencias) del monarca, donde este reunía a su corte ante el Trono del Pavo Real y aparecía diariamente en el balcón de mármol para celebrar el *jharokha darshan*, el conjunto de rituales que definían a la Casa de Tamerlán. Los mogoles habían ido adquiriendo gradualmente cada vez más sangre india gracias a sus esposas rajput, que también aportaron su cultura al harén centroasiático. Shahjahan, cuya madre era hija del rajá de Jodhpur, tenía tres cuartas partes de sangre india y solo una cuarta parte tamerlana, pero adoptó un estilo persianizado: su visir y su reina Mumtaz eran persas, y él prefería el persa al turco de Tamerlán y Babur.

24. «Mi hijo se va por la mañana y vuelve por la noche. Nunca lo veo. Estoy angustiada ... No se protege del frío y volverá a caer enfermo. Te digo que esta preocupación está acabando conmigo. Habla con él.» Kösem confiaba en el visir, a quien ofreció, como era tradición, a una de sus hijas como esposa: «Cuando estés preparado házmelo saber ... Nos ocuparemos de ti de inmediato. Tengo a una princesa dispuesta». Halil, de origen armenio, se casó así con una de las hijas, convirtiéndose en *damad* —yerno imperial—, lo que suponía un progreso nada desdeñable desde su esclavitud inicial.

25. Los esclavos adoptaron una cultura secreta propia, rindiendo culto público al catolicismo, pero cultivando su propia música, danza y religiones, el *vodún* (en el caso de los fon), la *santería* y el *candomblé* (aportados por los yorubas), que fusionaban los dioses africanos, *orishas*, con los santos católicos. El *vodún* acabaría dando origen a lo que hoy conocemos como *vudú*.

26. Uno de los principales comandantes de Gustavo Adolfo en Lützen fue Alexander Leslie, un noble escocés de origen ilegítimo que había ascendido a mariscal de campo en 1636, y que más tarde, como conde de Leven, mandaría las tropas que combatieron en la batalla de Marston Moor contra Carlos I.

27. La victoria casi había arruinado a Fernando, que acudió en busca de tropas y dinero a Wallenstein, generalísimo imperial y almirante de los mares del Norte y Báltico, concediéndole un reino personal en los ducados de Friedland, Sagan y Mecklemburgo. Wallenstein planeaba ahora negociar una paz europea, traicionando a los Habsburgo. Temeroso de que Wallenstein aspirara a apoderarse del imperio, Fernando ordenó su asesinato. En febrero de 1634, en Cheb (Bohemia), tres oficiales de origen irlandés y escocés liquidaron a todo su séquito, y luego, tras despertarle en su habitación, lo mataron a lanzazos, en lo que vendría a ser el ejemplo perfecto de una caída icárea.

1. De joven, Hein había sido capturado por los españoles y esclavizado para trabajar en las galeras durante cuatro años, lo que le convirtió en un raro detractor de la esclavitud.

2. Jeffrey Hudson ya no disfrutaba de las burlas de los cortesanos de la reina. Cuando el maestro de caballería de la monarca le acosó, él lo retó a un duelo. El cortesano se presentó armado con un calabacín, pero Hudson llevó una pistola y le disparó en la frente. Con solo veinticinco años, fue condenado a muerte, pero la reina lo perdonó. Lo envió de regreso a Inglaterra, pero de algún modo su barco fue capturado por piratas berberiscos que lo tuvieron esclavizado durante más de veinte años, durante los que soportó violaciones y servidumbre; no regresaría a Inglaterra hasta 1669.

3. El árbol es famoso por seguir todavía en pie, aunque puede que se trate de un reemplazo más reciente.

4. Los chinos odiaban ese peinado como muestra de sumisión, y prefirieron rebelarse antes que llevarlo. Pero los manchúes lo impusieron por la fuerza. Mientras las mujeres manchúes, como las de la dinastía Tang y las mongolas, se liberaban de sus ataduras y cabalgaban como los hombres, las mujeres chinas han se recluían cada vez más en el hogar y se vendaban los pies en señal de sumisión y delicadeza.

5. En 1678, cuando se enemistó con sus aliados suecos, el gran elector requisó trineos de campesinos para transportar a sus tropas. En 1929, aquel Gran Viaje en Trineo inspiraría a un oficial alemán, Heinz Guderian, para concebir la guerra acorazada.

6. El premio de anexionar el corazón de la Rus a su zarato ayudó al segundo de los Románov a consolidar su todavía débil nueva dinastía, y para los futuros gobernantes, hasta el mismísimo siglo XXI, Ucrania se convertiría en un elemento esencial —como reino histórico y como granero— de una determinada visión de Rusia. Más tarde los nacionalistas ucranianos considerarían el hetmanato cosaco el primer estado ucraniano moderno, aunque en realidad estuvo dominado por los nobles cosacos. La crisis arrastró al zar Alejo a Polonia-Lituania, que se vio sacudida por lo que los polacos denominaron «el Diluvio» y nunca recuperó su poder. Jmelnitski murió, y con él también lo hizo la historia del hetmanato. En 1667 el zar Románov y el rey polaco se repartieron Ucrania. Alejo se quedó con Kiev y las tierras de la orilla izquierda del Dniéper, mientras que los cosacos siguieron siendo autónomos y gobernados por sus propios hetmanes; el sur quedó bajo el gobierno del kan de Crimea, con determinadas fortalezas clave en manos de sus señores otomanos. No volvería a haber otra Ucrania independiente hasta 1917.

7. Entre los que presenciaron la ejecución y la celebraron se hallaba un escolar de San Pablo, Samuel Pepys, que más tarde serviría al hijo de Carlos. «Tal fue mi oportunidad de ver al rey decapitado en Whitehall», escribiría once años después. En aquel momento apoyaba la ejecución, una postura de la que más tarde llegaría a arrepentirse: «De niño yo era un firme parlamentarista».

8. El secretario del nuevo Consejo de Estado era John Milton; otro de los funcionarios era un joven republicano, Samuel Pepys, que debía su puesto a su mecenas, Edward Montagu, un jovial pero competente gerifalte de Huntingdon cuya madre era una Pepys. Montagu, que ahora era el propietario de Hinchingbrooke, la gran mansión de sir Oliver Cromwell —abuelo del lord protector—, era un viejo amigo de Oliver, con quien había luchado en Naseby, retirado luego a sus propiedades en el segundo asalto de la guerra civil y reclamado de nuevo por Cromwell para incorporarse a su cámara de pares y su Consejo de Estado y comandar su flota.

9. Entre los expulsados de la Iglesia anglicana durante el reinado de Cromwell se encontraba Lawrence Washington, un pastor destituido de su parroquia, acusado de ser «frecuentador de tabernas», que partió rumbo a América. En 1656 su hijo John Washington comerciaba con tabaco, y, tras naufragar en Virginia, se dedicó a acumular tierras con avidez, importando trabajadores contratados en régimen de servidumbre para aprovechar la ley que otorgaba veinte hectáreas por cada uno de ellos, además de esclavos; asimismo fue elegido miembro de la Cámara de los Burgueses y comandó la milicia que combatió contra los amerindios. El que sería bisabuelo de George Washington dejó más de 3.400 hectáreas de tierra.

10. Peter Beckford, que llegó a Jamaica con solo veinte años, se convirtió en el más rico de los propietarios de esclavos ingleses; a su muerte dejó veinte plantaciones jamaicanas, 1.500 esclavos y 1.500.000 libras esterlinas ganadas con la exportación de azúcar.

11. Poti intuía la complejidad del mundo atlántico: «¿Por qué hacer la guerra contra gente de mi propia sangre?», advirtió a un amerindio rival que luchaba en el bando de los holandeses. «Venid conmigo y os perdonaré. Volveré a uniros a vuestra antigua cultura. Los que se queden ahí serán destruidos.» El rey ennobleció al amerindio Poti, pero puede que se mostrara más renuente a ascender al negro Dias.

12. Zumbi gobernó durante unos veinte años. Pero en 1694 unos nueve mil mosqueteros portugueses y amerindios dirigidos por el más duro de los *bandeirantes*, Domingos Jorge Velho, bombardearon y asaltaron los Palmares. Dandara fue capturada, pero se suicidó; Zumbi lideró una fuga y desapareció, aumentando su reputación de inmortalidad. Sin embargo, tras ser traicionado en 1695, Zumbi fue capturado y mutilado; su cabeza, conservada en salazón, sería expuesta en Recife para demostrar que su espíritu nocturno estaba realmente muerto.

13. Dilras Banu Begum era una mujer tan inteligente y altiva que hasta el propio príncipe admiraba su «imperiosidad, pero hasta el final de su vida siempre la amé». Juntos tuvieron tres hijas y dos hijos; la mayor de ellas fue una princesa de gran talento, Zebunnissa, que escribió poesía bajo el seudónimo de Makhfi (la escondida), mientras que su hijo Azzam se convirtió en el heredero. Dilras murió justo antes de que Aurangzeb se proclamara emperador, e inspiró el que sería el más suntuoso de sus monumentos, la Bibi Ka Maqbara de Aurangabad, diseñada por el hijo del arquitecto del Taj Mahal. También construyó la Mezquita de la Perla en el Fuerte Rojo de Shahjahanabad.

14. Hoy Alamgir es conocido entre los nacionalistas hindúes de la India como un verdugo islámico perseguidor del hinduismo. Sin duda se veía a sí mismo como un guerrero del islam, pero también como el padishah de toda la India; de hecho, promovió a más funcionarios hindúes (31,6 %) que su padre (22,4 %), y se negó a destituir a no musulmanes por el mero hecho de serlo: «¿Qué tienen que ver los asuntos terrenales con la religión?». Asimismo, mantuvo correspondencia con rajputs y favoreció la construcción de templos hindúes, aunque, si los templos eran utilizados por los rebeldes, los destruía. Sus actos depredadores obedecieron a fines políticos antes que religiosos. Sin embargo, desoyendo el consejo de su hermana Jahanara, reintrodujo el impuesto de la *yizia* para los no musulmanes, una medida destinada a aumentar los ingresos, pero dirigida claramente a los hindúes. Su represión de cualquier tipo de resistencia, hindú o de otra clase, fue despiadada.

15. Fue en ese momento cuando George Villiers, el joven duque de Buckingham, hijo del favorito de Jacobo I, regresó a Inglaterra, donde empezó a ganarse la vida como músico ambulante enmascarado, haciendo parodias e interpretando canciones como actor y cantante tanto en las calles como en el escenario en Charing Cross, demostrando con ello que la Londres cromwelliana no era un lugar del todo sombrío, pero desempeñando asimismo un papel un tanto peculiar para un duque. Político, amante, dramaturgo, actor y asesino, su carrera resultaría casi tan extraordinaria como la de su padre. Más tarde se dirigió hacia el norte para llevar a cabo la que de hecho era su verdadera misión: cortejar y casarse con Mary Fairfax, hija y heredera del general parlamentarista Fairfax, a quien se habían otorgado todas las propiedades de Buckingham. Villiers se casó con Mary, pero Cromwell ordenó su detención. Fairfax consiguió que le liberaran, justo a tiempo para disfrutar de sus propiedades bajo la Restauración.

16. Dejando a su esposa y sus hijos en Inglaterra, Dick viajó de un lado a otro durante veinte años bajo el seudónimo de John Clarke, «dibujando paisajes» y evitando ser asesinado, hasta que pudo regresar en 1680 sin que Carlos II le pusiera impedimento alguno. Sobreviviendo casi a la dinastía de los Estuardo, Dick moriría en 1712 a la edad de ochenta y cinco años; sería el jefe de Estado más longevo de Inglaterra hasta Isabel II.

1. «Me arrojó al borde de la cama», recordaría ella, «empujándome con una mano en el pecho, y me puso la rodilla entre los muslos para impedir que los cerrara. Levantándome la ropa, me puso la mano con un pañuelo en la boca para evitar que gritara. Yo le arañé la cara y le tiré del pelo, y, antes de que me penetrara de nuevo, le agarré el pene con tanta fuerza que incluso le arranqué un trozo de carne». Luego ella cogió un cuchillo y gritó: «¡Voy a matarte porque me has avergonzado!». «Aquí me tienes», se mofó Tassi. Ella le lanzó el cuchillo, pero falló.

2. Velázquez viajó a Italia acompañado de su ayudante de taller, un esclavo llamado Juan de Pareja, hijo de madre africana y padre español, que también demostró tener talento y se convirtió en pintor por derecho propio (su *Vocación de san Mateo* está en el Prado). En Italia, Velázquez manumitió a Juan y también lo retrató.

3. Durante las obras, Felipe disfrutó de una macabra audiencia con su familia. «Vi el cuerpo del emperador Carlos V —escribió—, y aunque hace noventa y seis años que murió, su cuerpo estaba intacto. En esto se ve que Nuestro Señor le ha recompensado todo lo que hizo en defensa de la religión.»

4. El enfermizo Felipe IV, que seguía sin tener un heredero varón, regresó a Madrid con Velázquez, que poco después enfermó de fiebre y murió. «Estoy destrozado», declararía Felipe.

5. Mazarino fue un maestro de la *realpolitik* aun antes de que se acuñara el propio término. Mientras aún luchaba contra los Habsburgo, se alió con el regicida republicano Cromwell para combatir a los españoles, a los que derrotaron en la batalla de las Dunas. Y cuando murió Oliver, fue Mazarino quien se ofreció a invadir Inglaterra para apoyar al lord protector Dick. Ya en el siglo XX, Mazarino sería el héroe del presidente François Mitterrand, que llamó Mazarine a su hija ilegítima.

6. Luis tuvo que resolver primero un problema heredado de Mazarino: su superintendente, Nicolas Fouquet, que compró el título de «virrey de las Américas» mientras planeaba la conquista francesa del Nuevo Mundo, vivía tan regiamente que eclipsaba al propio rey. Luis se enteró por medio de sus espías de que Fouquet planeaba gobernar el país, «haciéndose árbitro soberano del Estado», y decidió destruirlo. Actuando con rapidez y en secreto, recurrió a un vasallo de confianza: el conde d'Artagnan. De joven, Charles de Batz, más tarde conde d'Artagnan, se había unido a los Mosqueteros del Rey —la guardia real— y había servido a Mazarino como guardaespaldas y espía. Luis sabía que siempre podía confiar en él. De modo que ordenó a d'Artagnan —ahora cincuentón— que apresara a Fouquet. A este último, condenado a prisión en régimen de aislamiento durante trece años, se le uniría en su encierro un hombre con una máscara de hierro cuya identidad nunca se reveló, pero que muy probablemente era Eustache d'Auger, el ayuda de cámara del tesorero de Mazarino, que conocía los detalles de la colosal trama de corrupción del cardenal. Esta historia contiene el germen de dos de las novelas de Alejandro Dumas.

7. Su *lever* y *coucher* diario estaba minuciosamente coreografiado. El despertar del monarca, asistido por más de un centenar de personas, se iniciaba con los ayudas de cámara afeitándole y vistiéndole, y luego venían las *grandes entrées* de los *premiers gentilshommes*. Mientras él se lavaba las manos y rezaba, entraban sus favoritos y sus hijos ilegítimos. Los *premiers gentilshommes* le presentaban su camisa y su chaqueta, y a continuación, en la tercera fase, las *entrées de la chambre*, se permitía la entrada a los obispos, mariscales y embajadores. Finalmente, con la peluca ya colocada, tomaba un desayuno rápido; y después, guantes y bastón en mano, iniciaba su jornada. Una vez finalizada, a las diez de la noche, celebraba un banquete en público *au grand couvert*, tras el cual se procedía a desvestirle en una ceremonia que duraba una hora y media, y en la que el máximo honor correspondía a quienes le entregaban su palmatoria y le acompañaban a un trono provisto de orinal donde los favoritos más especiales —los *brevets d'affaires*— charlaban con el rey mientras este hacía de vientre.

8. El llamado Affaire des Poisons tuvo lugar doce años antes de la histeria de las brujas de Salem en Massachusetts.

9. Pepys empezó su famoso diario el 1 de enero de 1660, a tiempo para relatar la Restauración monárquica. Volvió a Inglaterra en compañía del rey y con una incontenible alegría de vivir que se debía, al menos en parte, al hecho de que había sobrevivido a un procedimiento de litotomía, o «sección de la piedra»; durante el resto de su vida celebraría cada año la fecha con una fiesta. Los cromwellianos que entregaron el ejército y la marina, Monck y Montagu, fueron nombrados respectivamente duque de Albermarle y conde de Sandwich, convirtiéndose en dos de los principales cortesanos del rey. El joven Pepys ascendió con ellos; el monarca le nombró secretario de actas de la Junta de la Marina.

10. La favorita de Jacobo, la perspicaz Catherine Sedley, no se hacía ilusiones sobre la inteligencia del duque ni sobre su propio aspecto. «No creo que sea por mi belleza, porque seguro que se da cuenta de que no tengo», bromeaba. «Y tampoco por mi ingenio, porque él no tiene suficiente para percatarse de que lo tengo.» Su agudeza no perdía detalle. Años después, en la corte de Jorge I, se topó con las amantes de Carlos II (duquesa de Portsmouth) y Guillermo III (Elizabeth Villiers, condesa de Orkney). «¡Dios mío!», dijo, riéndose. «¿Quién iba a pensar que nos encontraríamos aquí, las tres putas?»

11. Carlos asignó un territorio a William Penn, el hijo cuáquero del pragmático almirante Penn que había comandado la expedición caribeña de Cromwell y luego se las había arreglado para acompañar a Carlos II de regreso a Londres, prestándole los fondos que tanto necesitaba. En lugar de devolverle el dinero, Carlos le concedió a Penn una vasta extensión de territorio en Norteamérica, lo que permitiría a este fundar Pensilvania —su «Sacro Experimento»—, donde redactó una constitución tolerante e inicialmente forjó buenas relaciones con los amerindios lenapes. Pero la escasa definición de las fronteras le llevó a entrar en conflicto con la familia realista católica del segundo lord Baltimore, propietaria de Maryland. Ambas familias conservarían sus propiedades hasta la revolución estadounidense, pero sus tensiones fronterizas provocarían años de antagonismo e incluso una breve guerra entre los Baltimore y los Penn. La guerra de Cresap, iniciada en 1730 en el valle de Conejohela con el avance del coronel Thomas Cresap, un agente asesino de indios del quinto lord Baltimore, contra los colonos cuáqueros leales a los Penn, culminó con una movilización de las milicias de Maryland y Pensilvania. El conflicto terminó gracias a la mediación de Jorge II, que ordenó a Baltimore y a John Penn —hijo del fundador— que negociaran una nueva frontera, refrendada en 1767 como línea Mason-Dixon, que se convertiría en la frontera entre el sur esclavista y el norte libre. Al mismo tiempo, John Penn engañó a los lenapes para que le cedieran el territorio que un hombre podía recorrer a pie en un día y medio, y luego contrató a veloces corredores para que inflaran su extensión; el tratado pasaría a conocerse como Walking Purchase (literalmente, «compra andante»).

12. La peste había matado a 30.000 personas en los primeros años del reinado de Jacobo I, y a 40.000 en 1625. Esta nueva oleada mató primero a 50.000 personas en Ámsterdam, y luego a 100.000 británicos de una población total de 5.200.000 en el verano de 1665. Es posible que tanto la cuarentena impuesta a las casas asoladas por la peste —marcadas con una cruz roja y las palabras «Que el Señor se apiade de nosotros»— como el gran incendio de Londres frenaran su propagación. En 1720, la última oleada europea de peste mató a 90.000 de los 150.000 habitantes de Marsella; en oriente la peste estaba lejos de desaparecer.

13. «Ahora el duque de Buckingham lo domina todo», escribió Pepys. El término inglés *cabal* se deriva del ministerio o consejo privado liderado por Buckingham (acrónimo de los nombres Clifford, Arlington, Buckingham, Ashley y Lauderdale). La Restauración monárquica resultaría menos alegre que amenazadora, voraz y venal, con «un príncipe perezoso, sin consejo, ni dinero, ni reputación». Buckingham era la personificación de lo que Pepys denominaba «el vicio de la corte». Aunque escribía obras de teatro, representaba sus propias parodias y estudiaba ciencias en la Real Sociedad, el duque solía armar camorra abiertamente con los crápulas del teatro y la corte, y en 1666 se enamoró de Anna Maria, condesa de Shrewsbury. La aventura desembocó en un duelo en el que él mató al marido de ella y a su padrino, mientras ella ordenaba emboscar y apuñalar a un antiguo amante que se había burlado de la pareja. «Esto hará que el mundo piense que menudos consejeros tiene el rey —escribió indignado Pepys—, cuando el duque, el hombre más grande con el que cuenta, es un tipo que no tiene más luces que para pelearse por una puta.» Buckingham trasladó entonces a Anna Maria a su casa con su esposa, que naturalmente protestó. Entonces Buckingham la devolvió a su padre y en lo sucesivo vivió con la «viuda de su propia creación» en su nuevo y magnífico nido de amor, Cliveden House.

14. Su primer título fue el de baronesa de Nonsuch —de hecho Carlos le regaló el palacio real homónimo—, y más tarde ascendió al rango de duquesa de Cleveland. Pepys estaba entusiasmado con ella, observando en el jardín privado de Whitehall que llevaba «los más finos blusones y enaguas de lino, ornados con ricos encajes en la parte inferior, que jamás había visto, y me satisfizo mirar». En el teatro se la comía con la mirada: «Me harté de mirarla» y «me llené los ojos de ella», aunque «sé muy bien que es una puta».

15. El éxito de la operación contribuyó a mejorar la posición de los cirujanos. El barbero-cirujano del rey, Charles-François Félix, que había sucedido a su padre como *premier chirurgien du roi*, había practicado el procedimiento durante seis meses en 75 anos más humildes, principalmente pertenecientes a delincuentes «fistulosos», y había desarrollado nuevos instrumentos, un bisturí en forma de guadaña y un separador. No había medidas antisépticas. El rey odiaba bañarse, la fístula rezumaba, y un embajador ruso informó de que Luis «apestaba como un animal salvaje». A las siete de la mañana del 18 de noviembre de 1686, Félix operó el ano real en presencia de la amante del rey, madame de Maintenon, del delfín, de su confesor y de su ministro de Estado, que le sujetaba la mano. Tres meses después el rey volvía a montar a caballo; como todo lo que hacía el monarca se ponía de moda, los cortesanos lo celebraron llevando vendas alrededor del trasero. Pero lo más importante es que Félix fue recompensado con un título nobiliario, propiedades y dinero; más tarde le sucedería como primer cirujano su propio hijo, que serviría a Luis XV.

16. En 1685, Luis firmó un Code Noir para manejar «a los esclavos negros de América». El código estipulaba que los esclavos no tenían derechos legales, no podían casarse, heredaban la servidumbre de sus padres y podían ser azotados y encadenados, pero no mutilados ni torturados por sus amos. Sin embargo, a los fugitivos se les podía marcar, y tras un intento de fuga se les cortaban las orejas; después de dos faltas se les cortaban los ligamentos de las corvas, y después de tres eran ejecutados. También podían ser ejecutados por golpear a un amo, pero si un amo mataba a un esclavo simplemente se le imponía una multa. El código prohibía la ruptura de las familias esclavizadas, pero solo mientras los hijos fueran prepúberes; prohibía a los amos mantener relaciones sexuales con las esclavas (la multa por engendrar un hijo de una esclava era de unos mil kilos de azúcar). Todo esto, sin embargo, era sistemáticamente ignorado por los gobernadores y los propietarios de esclavos. En 1684, el médico francés François Bernier, que había servido a Alamgir en la India, concibió una teoría de la superioridad racial que más tarde se utilizaría para justificar la esclavitud: «Una nueva división de la tierra según las diferentes especies o razas de hombres que la habitan». En cambio, la ley francesa prohibía la esclavitud en la Francia continental: en 1691 Luis liberó a dos esclavos que se habían fugado en Martinica y llegaron a Francia como polizones, sobre la base de que «adquieren su libertad por las leyes del reino relativas a los esclavos desde el momento en que pisan el suelo».

17. En Ayutthaya, un aventurero griego llamado Constantinos Phaulkon, que había luchado con los ingleses y holandeses y se había convertido en el principal asesor del rey Narai, insinuó a Luis que podría convertir el reino al catolicismo si enviaba tropas para protegerlos frente a la EIC inglesa. Narai y Luis intercambiaron embajadas, y luego llegaron a Tailandia 1.300 soldados franceses. Pero en 1688 la preeminencia de Phaulkon provocó un golpe de Estado orquestado por Phetracha, primo del rey y comandante del cuerpo de elefantes, que derrocó al monarca, asesinó a sus hijos, ejecutó a Phaulkon y, tras casarse con la hija de Narai, usurpó el trono, desafiando al imperialismo francés y poniendo fin al sueño de Luis. Uno de los embajadores de Narai ante el rey de Francia, Kosa Pan, era el bisabuelo de Rama I, el soberano que en 1788 fundaría la dinastía que aún hoy gobierna Tailandia.

18. Shivaji había conquistado gran parte del centro y sur de la India de costa a costa, estableciendo allí su *ashta pradhan*, un moderno consejo de ministros dirigido por un *peshwa*, o ministro principal, que gestionó la construcción de cientos de fortificaciones y el encargo de una armada a los portugueses, tripulada por piratas malabares y comandada por un renegado portugués. Todo ello se financió con tributos y conquistas, y mediante lucrativas incursiones a las factorías inglesas y holandesas de Surat y Bombay que interferían con los beneficios mogoles. Shivaji, que gobernaba gran parte del sur de la India como antes habían hecho grandes soberanos medievales como los Chola, aspiraba a la corona, pero los miembros más prominentes de su familia, los Bhonsle, habían sido meros jefes de aldea; los brahmanes le consideraban adscrito a la casta *shudra* (campesina), y solo un *chatria* podía ser rey. Así que Shivaji convenció a un respetado *pandit* para que le inventara una genealogía chatria, y tomó el título de *chhatrapati* —literalmente Señor del Parasol—, equivalente al de emperador.

19. La presencia de esas cicatrices constituía una ventaja: la viruela era tan letal que se hizo habitual elegir a emperadores que ya habían sobrevivido a un brote de la enfermedad.

20. Pocos gobernantes han dominado tan bien todas las facetas del poder y han reflexionado tan profundamente sobre ellas. «Sé amable desde lejos y mantén a los capaces cerca», aconsejaba a su sucesor, «alimenta al pueblo, piensa en el beneficio de todos como el auténtico beneficio; sé considerado con los funcionarios y actúa como un padre para el pueblo y mantén el equilibrio entre los principios y la conveniencia», para añadir finalmente en tono mordaz: «Eso es todo». Kangxi también supervisó minuciosamente la historia de la dinastía, ya que la historia seguía siendo una actividad peligrosa en China. «Es el emperador en cuyo reinado se escribe la historia quien será el último responsable y al que culpará la posteridad si hay distorsiones y errores.» Cuando el historiador Dai Mingshi criticó el gobierno manchú, Kangxi ordenó su ejecución —«el único erudito que he ejecutado»—; aunque «la Junta de Castigo recomendó que Dai fuera sometido a una muerte prolongada y que se ejecutara a todos sus parientes varones mayores de dieciséis años, y se esclavizara a las mujeres y a los niños, pero yo fui clemente y lo reduje a una decapitación».

21. Cuando los manchúes arrebataron el norte de China a los Ming, un extraordinario pirata políglota, Zheng Zhilong, había apoyado a un emperador Ming en el sur. Zheng empezó como traductor para la VOC holandesa, a la que ayudó a arrebatar Taiwán a los portugueses, y luego pasó a construir una flota de cuatrocientos barcos de guerra y a forjar su propio ejército. Protegido por una escolta de africanos esclavizados que habían escapado de los portugueses, lideró el cártel pirata Shibazhi, que contaba con ochocientos navíos y en nada se diferenciaba de las compañías comerciales holandesas o inglesas, y que luego derrotó a los holandeses, tras lo cual él se enroló como almirante en la flota de los Ming del sur. En 1645 los manchúes le convencieron para que desertara, pero su hijo Zheng Sen, un hombre de una ferocidad demencial, medio japonés y entrenado como samurái, se hizo con el control de la costa meridional con el título de Koxinga (Señor del Nombre Imperial), luchando contra los manchúes durante quince años. Luego, en 1661, justo cuando Luis XIV iniciaba su reinado, Fujian, en la costa suroccidental, cayó en manos de los manchúes, y Koxinga expulsó a los holandeses de Taiwán. Muchas de las esposas de los holandeses fueron esclavizadas como concubinas chinas. Sifilítico e inestable, pero todavía capaz, Koxinga mató a un misionero holandés y tomó a su hija como su propia concubina. Aconsejado por un fraile italiano renegado, estableció su propio reino, que frenaría la expansión de la China de Kangxi. En el siglo XXI, China, desafiada de nuevo por una Taiwán independiente, promueve el ejemplo del emperador Qing.

1. Cuando los judíos fueron expulsados de su suburbio en la otra orilla del Danubio, Im Werd, los austríacos lo celebraron rebautizándolo Leopoldstadt, pero más tarde ese barrio volvió a popularizarse entre los judíos vieneses, cuya vida fue celebrada en una obra de Tom Stoppard del mismo nombre.

2. Cuatro siglos después, en 2001, un terrorista islámico consideraba el 11-S el momento en que la sagrada misión del islam se había visto frenada por el cristianismo: Osama bin Laden eligió esa fecha para su ataque contra Estados Unidos, la principal potencia cristiana.

3. Esto incluye sacos de lo que los polacos al principio creían que era comida de camello: café. Las cafeterías ya eran populares en Londres —según escribía Pepys, «de ahí a la cafetería, donde hay muy buenos discursos»—, pero en Viena aún no había ninguna. Una leyenda asegura que Sobieski le regaló los sacos al soldado-espía ucraniano Jerzy Franciszek Kulczycki, que fundó la primera cafetería vienesa. La forma de media luna y el nombre de los cruasanes supuestamente tienen su origen en esa victoria.

4. Las mentiras del fantasioso al principio fueron aprovechadas por el primer ministro del rey, Thomas Osbourne, conde Danby, que esperaba purgar la corte de procatólicos, y más tarde por el antiguo cromwelliano Antony Ashley, conde de Shaftesbury, que se convirtió en un inquisidor desvergonzado. En ocasiones intervenía Buckingham. En 1774, el joven lord Shrewsbury, cuyo padre había sido asesinado por el duque, dirigió un ataque contra Buckingham en el Parlamento que propició su caída y la separación de Anna Maria. Molesto, Buckingham se unió a los ataques a Carlos II, que lo encarceló. El libertino finalmente se retiró a sus fincas de Yorkshire. Cuando el gobierno orquestó un caso de sodomía contra él, entró en declive, y reflexionaba: «¡Oh, que pródigo he sido con la más valiosa de las posesiones: el tiempo!».

5. Ismaíl, de quien decían que vestía de verde cuando estaba de buen humor y de blanco cuando tenía ganas de matar, siempre iba acompañado de ochenta guardaespaldas africanos, «su cara larga más negra que blanca, mulato», según el enviado francés. «Uno de sus entrenamientos habituales», afirmaba un europeo, «era desenvainar la espada cuando se montaba en el caballo y decapitar al esclavo que lo había ayudado a subir.» Sus principales esposas eran Zaydana, una esclava africana, y la «señora Shaw», una esclava inglesa, cuyos respectivos hijos, Zaydan y Muhammad, lucharon por la sucesión. Ismaíl ordenó que amputaran la mano y el pie a Zaydan como castigo y más tarde hizo que fuera asesinado por sus propias concubinas. No faltaban los herederos: Ismaíl fue el padre más prolífico de la historia. En 1703 tenía 868 hijos; a su muerte en 1727, la cifra era de 1.171, así que gran parte del Marruecos actual desciende de él. Negoció con Luis y exigió una hija ilegítima como esposa. Cuando falleció a los ochenta y un años, estaba planeando la invasión de España. Su familia sigue gobernando Marruecos en la actualidad.

6. Hugh era sobrino nieto de Peter Chamberlen, que había asistido el parto de los hijos de Jacobo I. El último de la dinastía, el hijo de Hugh (también Hugh), no tuvo herederos y permitió que el fórceps fuera de dominio público. El artilugio salvó millones de vidas.

7. Después de entregar sus documentos navales a Guillermo, Pepys se retiró. Era un funcionario infatigable y un amante incorregible de la vida —«Creo que puedo considerarme el hombre más feliz del mundo»—, pero también era un contador de historias magistral, testigo de la peste, el incendio, Medway y el Merry Monarch. Su diario es una obra maestra y documenta su matrimonio y ascenso en el almirantazgo, sus experiencias con la política cortesana y sus bromas a sus novias. Pero solo abarcaba nueve años de su exitosa carrera, desde la elección al Parlamento hasta la presidencia de la Real Sociedad. Su cénit llegó en 1682, cuando Carlos lo nombró secretario del Almirantazgo, un cargo que conservó hasta 1688. Durante los inseguros meses iniciales del reinado de Guillermo, uno de los arrestados como presunto jacobino fue Pepys. Salió libre, pero, contento con su amante de buena cuna, se retiró a Clapham, donde falleció en 1703.

8. Aunar lo mejor de la república de Oliver y la monarquía de Carlos II dio sus frutos. Frecuentes sesiones parlamentarias, en las que sus miembros podían criticar con libertad al gobierno, supervisaban las finanzas reales. Los soberanos se convertían en presidentes a sueldo del Estado, pero con un poder enorme, siempre que contaran con mayorías parlamentarias. Aquello no era una democracia, sino tan solo el inicio de una nueva oligarquía que resistió durante un siglo, en el que los monarcas gobernaron en fluctuante asociación con una reducida camarilla de magnates con tierras, hacendados y comerciantes del centro de la ciudad. Estos se dividían en dos facciones: los partidarios del nuevo acuerdo, conocidos como *whigs*, y sus enemigos, conocidos como *tories*. La Ley de Tolerancia fue la primera de su clase en Europa, pero no era especialmente tolerante: los judíos no podían votar, tener propiedades o acceder a cargos públicos, de los cuales también quedaban excluidos los disidentes y los católicos.

9. Los *Principios* exploraban el cálculo y la gravedad, demostraron que toda la materia se ve atraída por otras partículas y explicaban el movimiento de los planetas y las mareas. Este análisis racional no descartaba su creencia en un Dios unitario ni en la alquimia. Como la mayoría de las personas inteligentes de su época, creía que ese conocimiento secreto no contradecía las leyes de la naturaleza.

10. Tras la muerte de María en 1694, los herederos de Guillermo eran Ana, hermana de la difunta, y su hijo, el duque de Gloucester, pero, en 1701, cuando el niño murió, Guillermo y el Parlamento acordaron una Ley de Asentamiento, que organizaba la sucesión a través de los herederos protestantes más próximos, Sofía, electora de Hannover, nieta de Jacobo I, y su hijo Jorge, evitando así a la legítima pero católica familia de Jacobo II. La ley dirimió la sucesión hasta el siglo XXI.

11. Carlos tenía treinta y ocho años. La autopsia desveló que «su corazón tenía el tamaño de un grano de pimienta y tenía los pulmones corroídos y los intestinos podridos y gangrenosos. Solo tenía un testículo, negro como el carbón, y su cabeza estaba llena de agua».

12. Mientras Long Ben repartía el botín, los ingleses emprendieron una búsqueda internacional para darle caza. Huyó al Caribe mediante sobornos. Seis de sus piratas fueron juzgados y ahorcados por aquella atrocidad, pero Long Ben y el tesoro desaparecieron sin dejar rastro.

13. Se tardó varios años en cortarlo y venderlo. El comprador fue el regente, Felipe, duque de Orleans, que lo hizo incrustar en la corona de Luis XV.

14. Existe una tendencia a adelantar el nacimiento de la democracia. Como veremos, Walpole suele ser considerado el «primer ministro inaugural», pero su estilo distaba poco del de su mecenas Godolphin. Ambos fueron nombrados por soberanos, no elegidos por el Parlamento, y ambos eran gestores expertos de las finanzas y el Parlamento. Pero Godolphin fue el primero que financió una guerra europea; Walpole nunca tuvo que hacerlo. Godolphin formó a Walpole, que lo adoraba y respetaba, e incluso dimitió para protegerlo. Pasarían ochenta años antes de que el Parlamento obligara a un monarca a nombrar a un ministro y los primeros ministros fueran líderes de su gabinete en el sentido moderno.

15. La población de Escocia era una novena parte de la de Inglaterra, y su riqueza una cuarta parte. Por población, los escoceses obtendrían 85 parlamentarios en Westminster; por riqueza, 13. Se acordó que Escocia recibiría 45 parlamentarios en la Cámara de los Comunes y 16 lores.

16. Eugenio era hijo de un príncipe Saboya y de Olimpia, sobrina de Mazarino y amante de Luis. Pero Olimpia estuvo implicada en el Asunto de los Venenos, que proyectó una sombra sobre Eugenio. Parte de una camarilla de aristócratas homosexuales, el soso Eugenio era despreciado por Luis, que le dijo que se hiciera sacerdote. Tras ser expulsado de Versalles, sirvió a los Habsburgo austríacos y se hizo con buena parte de los Balcanes otomanos. Como general era móvil, fluido y lúcido, y reflexionaba sobre la disciplina: «Solo hay que ser estricto cuando, como sucede a menudo, la amabilidad resulta inútil».

17. Pedro le ofreció a Marlborough los exóticos títulos de príncipe de Kiev o príncipe de Siberia si convencía a Carlos de que atacara a los Habsburgo.

18. Pedro derrotó a los cosacos ucranianos del hetman Iván Mazepa, quien, después de ser su aliado, había cambiado de bando para apoyar a los suecos e intentar conseguir la independencia. Carlos y Mazepa escaparon a Benderi, en territorio otomano. Más tarde, Carlos regresó a Suecia convertido en una fuerza eclipsada. Mazepa murió y lo sucedió como hetman Iván Skoropadski, un cliente ruso. Un hetmanato semiindependiente, fuertemente aliado con Rusia, sobrevivió hasta 1775. El intento de Pedro por expandirse en la Ucrania otomana, Moldavia y Valaquia (Rumanía) acabó en desastre en julio de 1711, cuando fue derrotado y casi capturado por el gran visir en Stanilesti. En 1722 y 1723, el voraz creador de imperios atacó Persia y se adueñó de algunas zonas de Azerbaiyán.

19. Jorge I llegó con sus amantes alemanas, una de ellas tan cadavérica que fue apodada Espantapájaros, y la otra obesa. Los londinenses las llamaban Elephant y Castle por un famoso pub de la ciudad, que a su vez llevaba el nombre del comercio en África occidental. Jorge era incluso menos atractivo de lo que parecía: en 1694, el elector había descubierto que su mujer tenía una aventura con un joven sueco, el conde Felipe von Königsmarck, al que había asesinado y probablemente diseccionado y enterrado bajo el palacio de Hannover; su esposa fue encarcelada durante treinta años y no se le permitió ver a sus hijos nunca más.

20. La viruela mató a cuatrocientos mil europeos anualmente durante el siglo XVIII. Pero la variolización —la introducción del antígeno— a partir de una costra de viruela, practicada hacía mucho tiempo desde África hasta China, estaba a punto de cambiar eso. En 1706, un esclavo akan regalado al ministro protestante estadounidense Cotton Mather, que lo nombró Onesimus, le explicó el procedimiento. «Cuando le pregunté a Onesimus, mi negro, que es un hombre bastante inteligente», dijo Mather ante la Real Sociedad de Londres, «si había padecido la viruela, respondió que sí y que no. Luego me contó que se había sometido a una operación que le había introducido parte de la viruela y lo protegería para siempre de ella, y añadió que la utilizaban con frecuencia los guramanteses ... y me enseñó la cicatriz del brazo.» A pesar de la resistencia de quienes no creían que los africanos pudieran estar más avanzados que los europeos, Mather utilizó la variolización para mitigar una epidemia de viruela en Boston. En 1715, lady Mary Wortley Montagu, hija del duque y mujer del embajador británico en Estambul, cuya belleza se había visto estropeada por la viruela, regresó a Londres con una versión otomana. La variolización de sus hijos convenció a la princesa Carolina, mujer del futuro Jorge II, de que inoculara a los suyos. Cabe señalar que no fueron los médicos quienes reconocieron las posibilidades de la inoculación, sino aficionados inteligentes. Entre los inoculados en su infancia estaba Edward Jenner, que más tarde mejoró este método.

21. Walpole nunca se hacía llamar primer ministro. El cargo más importante era lord del Tesoro, ostentado por última vez por el duque de Shrewsbury, que tuvo una vida extraordinaria. En 1668 era el hijo cuyo padre fue asesinado por Buckingham, el amante de su madre, a quien a su vez destruyó más tarde. En dos ocasiones fue el timonel que orientó a Gran Bretaña en una crisis dinástica: en 1688, invitó a Guillermo III a invadir; recompensado con un ducado y considerado el aristócrata más noble de su época, incluso Guillermo lo llamaba «rey de corazones»; en 1714 gobernó como todopoderoso lord del Tesoro cuando el último Estuardo, la reina Ana, falleció, garantizando así la sucesión hannoveriana. Desde 1715, el Tesoro ha estado a las órdenes del primer lord, conocido cada vez más como primer ministro. En 1732, Jorge II le regaló una casa a Walpole, que la aceptó como residencia para el primer lord: el número 10 de Downing Street.

22. Antes de morir en 1725, Pedro había torturado hasta la muerte a su hijo Alejo por huir a Austria. Le dejó el trono a su mujer, Catalina, una exlavandera lituana, simpatizante del ejército, un ascenso único en la historia europea y la primera en un linaje de autócratas rusas.

23. Aurora era la hija de un general sueco-alemán; era su hermano Felipe quien fue asesinado por Jorge I de Gran Bretaña por adulterio con su mujer.

24. En aquel momento, oficiales escoceses e irlandeses —normalmente jacobitas exiliados a partir de 1688— poblaban las filas de los ejércitos de los Hohenzollern, los Habsburgo, los Borbones y los Románov. Eran conocidos como los Gansos Salvajes.

25. Aunque todavía no comprendían la utilidad de sus descubrimientos, Daniel Fahrenheit inventó el termómetro en 1714, Antoine-Laurent Lavoisier descubrió la naturaleza del oxígeno y su papel en la combustión y Alessandro Volta inventó la pila eléctrica, si bien la electricidad era considerada un mero entretenimiento.

26. «En esta noche, satisfaciendo sus feroces deseos, / Algarotti nadó en un mar de placer ... / Nuestros felices amantes, en su extremo delirio, / en la furia de su amor, solo se conocen entre sí; / follando [*baiser*], corriéndose, sintiendo, suspirando y expirando, / follando otra vez, volviendo a por más placer.» Algarotti había escandalizado a Londres disfrutando de un *ménage à trois* con lady Mary Wortley Montagu y lord Hervey, y después acompañó a lord Baltimore, propietario de Maryland, en América, en su yate para asistir a una boda rusa e hizo un alto en Alemania, donde conoció a Federico.

1. Hércules II, el aliado georgiano de Nader, que lo había acompañado a Delhi, unió la Iberia caucásica y Kajetia para crear la primera Georgia unida en muchos siglos.

2. Los omanías eran ibadíes, seguidores de un estudioso del siglo VIII que rechazaba ciertas doctrinas suníes y chiitas, y estaban gobernados por imanes electos de una única familia que habían expulsado a los portugueses y regresado a su comercio tradicional en la costa suajili de África.

3. Voltaire era aún más grosero con los judíos, a los que describía como «un pueblo ignorante y bárbaro que durante mucho tiempo ha unido la avaricia más sórdida a la superstición más detestable».

4. Aún era más escandaloso Julius Soubise, un esclavo liberado que originalmente se llamaba Otelo y se convirtió en profesor de esgrima de una envejecida belleza de la alta sociedad, Catherine Hyde, duquesa de Queensberry. Tratado como si fuera su hijo adoptivo y rebautizado con el nombre de un duque francés, se convirtió en un petimetre, seductor y vividor entre los dandis conocidos como los *macaronis* por su estilo europeo (los periódicos llamaban a Soubise «*macaroni mungo*»), y probablemente en su amante. Pero cuando fue acusado de violar a una sirvienta, la duquesa lo envió a la India, donde fundó una escuela de hípica en Calcuta y murió en un accidente mientras montaba a caballo.

5. Gaspard Tascher, un hacendado francés típico, compró fincas en Martinica y La Pagerie, en Saint-Domingue, que le proporcionaron un apellido aristocrático y financiaron un estilo de vida que permitió a su hijo ser paje de la corte de Luis XVI. Su nieta, Marie Josèphe Rose Tascher de La Pagerie, criada por esclavos, se destrozó los dientes comiendo azúcar, así que, cuando llegó a París para casarse con un aristócrata, en la boca solo tenía protuberancias negras. Apenas había recibido educación, pero poseía un gran encanto. Más tarde conocida como emperatriz Josefina, ella y Toussaint cruzarían sus caminos.

6. Como en Virginia, las esclavas domésticas, a menudo adolescentes, eran presas de sus propietarios. En Guadalupe, un hacendado llamado George de Bologne tuvo un hijo con Nanon, una sirvienta de diecisiete años, en su plantación Saint-Georges. Joseph, su hijo, no pudo heredar la nobleza, pero, mimado por su padre, estudió música, lenguas clásicas y filosofía y más tarde fue enviado a un internado, donde se reveló como un prodigio musical y un virtuoso del violín y la composición.

7. Un mes después, cuando los franceses contraatacaron y capturaron a Washington, tuvo suerte de no ser atacado también con un hacha.

8. Isabel, una imponente amazona rubia que llevaba coraza y se desplazaba en trineo, se había hecho con el poder en un golpe de Estado. Había heredado el carácter despiadado de su padre y demostró ser una autócrata capaz aunque inconsistente, a la vez que disfrutaba de numerosas aventuras simultáneas con jóvenes amantes. El más importante fue el atractivo corista ucraniano Alekséi Razumovski, a cuyo hermano Kiril nombró gran hetman de los cosacos. Fue el último hetman semiindependiente hasta 1918.

1. La brutalidad de la guerra colonial americana se comprende mejor con el botín ofrecido por William Shirley, el gobernador de Massachusetts, por las cabelleras de nativos americanos: cuarenta libras por los varones adultos y veinte por las mujeres y los niños menores de doce años.

2. El emperador Qianlong, casi contemporáneo exacto de Federico el Grande y nacido en 1711, era el príncipe de once años tan querido por su abuelo. Después de la muerte de su padre, Yongzheng, probablemente por una sobredosis de los elixires taoístas de mercurio que mataron a tantos monarcas, expandió el imperio hacia el oeste. Llegó a Sinkiang (Nueva Provincia) y cerca del Himalaya (donde prácticamente eliminó por completo a los zúngaros y masacró a musulmanes uigures después de una rebelión causada por violaciones masivas a mujeres uigures por parte de funcionarios chinos) y obtuvo grandes beneficios de la venta de porcelana y té a la EIC y otros comerciantes europeos a la vez que escribía más de cuarenta mil poemas. Pero en el epicentro de su gloria anidaba la tristeza. Nunca dejó de amar a su primera mujer, lady Fuca, cuya muerte a los treinta y seis años a causa de la viruela le rompió el corazón. «Ah, ese desdichado tercer mes de primavera», escribió, «han pasado diecisiete años, pero mi pesar sigue intacto.»

3. En las historias modernas, centradas eminentemente en el imperio británico, normalmente se atribuye a Gran Bretaña y su Compañía de las Indias Orientales, y Plassey es presentado como una figura momentáneamente importante, pero los británicos no controlarían Delhi ni gran parte de la India durante medio siglo. Durrani, el conquistador afgano, que no encaja en la narración convencional del «Afganistán, tumba de imperios», ha sido prácticamente olvidado. Y fue el enorme imperio maratha el que ahora dominaría casi toda la India durante muchas décadas.

4. El otro ganador fue España, que recibió zonas de Nueva Francia —la grandeza de Luisiana y buena parte del centro y el sur de Estados Unidos—, añadidas a los ya existentes Nuevo México, California y Texas.

5. El secretario del consejo real era un joven que había dejado a su familia de campesinos a los catorce años de edad y había ascendido en la burocracia monárquica. Se llamaba Bernard-
François Balssa, y más tarde cambió su apellido por Balzac. Era el padre del novelista.

6. Potemkin lideró la expansión del imperio ruso en torno al mar Negro, gobernado durante mucho tiempo por los kanes seminómadas de la familia Giray, descendiente de Gengis, y los otomanos. Catalina había abolido el hetmanato en 1764. Ahora, Potemkin se anexionó la antigua república cosaca de Sich de Zaporiyia, asumió el título de gran hetman y convirtió a los cosacos en una legión nacional rusa. Dirigió una conquista en el actual sur de Ucrania. Llamándola Nueva Rusia, fundó una serie de nuevas ciudades, empezando por Jersón. En 1783 anexionó Crimea, donde construyó Sebastopol, una nueva base naval, y creó la primera flota rusa en el mar Negro. Después de Jersón llegaron Mariúpol, Ekaterinoslav (Dnipró) y Nikolaiev (Mikolaiv). Luego conquistó tierras otomanas, donde fundó Odesa. En aquel momento, los rusos habían conquistado un extenso territorio poco poblado. Los virreyes rusos, Potemkin y su sucesor, el aristócrata francés duc de Richelieu, atacaron a griegos, italianos, ucranianos, polacos y rusos para instalarse en las nuevas ciudades, y muchos judíos que no podían vivir en las grandes urbes se trasladaron en grandes números a Odesa. Cuando Ucrania se convirtió en el granero de Rusia, Odesa devino su almacén. Pero la colonización y la conquista rusas tenían una vertiente siniestra: los tártaros musulmanes, los turcos y otros pueblos, como los circasianos y los chechenos, sufrieron una limpieza étnica o fueron masacrados si resistían.

7. Clive regresó a casa al borde de una crisis nerviosa. Munro y Clive tenían hijos que formaban parte de la EIC y sirvieron en la India. Los hijos de Munro se hicieron famosos porque uno murió a manos de un tigre y el otro de un tiburón.

8. El 22 de noviembre de 1774, Clive, agonizando por unos cálculos biliares y deprimido a causa de sus detractores, tomó una sobredosis de opio y se degolló con un cortaplumas. Tenía cuarenta y nueve años. Samuel Johnson señalaba que el conquistador «había adquirido su fortuna por tales crímenes que su conciencia lo empujó a cortarse la garganta». Su hijo Edward recibió el condado de Powis, lo que le permitió conservar los tesoros de su padre en el castillo de Powis, donde muchos siguen ahora. Al volver a la India, gobernó Madrás durante cinco años.

9. La Vestindisk Kompagni vendía tres mil esclavos al año desde el fuerte Christiansborg, el castillo de la Costa Dorada. Dinamarca fue el primer país europeo que abolió el comercio.

10. Los daneses negociaron el exilio de Carolina. Jorge la instaló en el castillo de Celle, en Hannover. No volvió a ver nunca más a sus hijos y murió a los veintitrés años. En cuanto a la hija de la princesa inglesa y el doctor ilustrado, Luisa Augusta, culta y bella, fue criada como una hija de la monarquía, se casó con un miembro de la familia real y vio cómo su hija contraía matrimonio con un futuro rey. Pero había heredado una cosa de sus padres: entre sus muchos amantes, tuvo un romance con el médico real, que resolvió su infertilidad (en realidad era de su marido) engendrándole un hijo. Llegó a vivir otra era y falleció en 1843.

11. La indiferencia británica estaba personificada por el cuarto propietario de Maryland, Frederick, lord Baltimore, un depredador psicópata que en 1751 heredó la fortuna familiar y varias fincas en América y estuvo a punto de provocar una revolución temprana ordenando una subida de impuestos en Maryland, pero no en sus propias fincas. Baltimore mató a su primera mujer (hermana del duque de Bridgewater, el futuro magnate de los canales) empujándola desde un carruaje que circulaba a gran velocidad, y luego se fue a vivir a Constantinopla como un pasha turco con harén, drogado de opio y afrodisíacos (observado por James Boswell, quien afirmaba que llevaba «una vida extraña y alocada»). Volvió a Londres, donde en 1768 secuestró y violó a la hermosa sombrerera Sarah Woodcock, lo cual provocó su arresto y juicio, en el que fue absuelto y la víctima acusada de no escapar con más eficacia. Después, Baltimore viajó por Europa acompañado de «ocho mujeres, un médico y dos negros, a los que llamaba sus corregidores y se encargaban de la disciplina de su pequeño seraglio. Más tarde, una de sus amantes publicó sus *Memoirs of the Seraglio of the Bashaw (Pasha) of Merryland, by a Discarded Sultana*, que revelaban que tenía dificultades para satisfacer a sus ocho novias. Murió en Nápoles en 1771 y le dejó Maryland a su hijo ilegítimo, Henry Harford, el último propietario.

12. Necker era un osado especulador que ganó varias veces una fortuna en la bolsa y la Compagnie des Indes Orientales. Mientras hacía dinero en la década de 1760, cortejaba a la viuda francesa madame de Vermenou, que había contratado a una joven gobernanta, Suzanne Curchod, hija de un pastor. Suzanne se había enamorado del joven británico Edward Gibbon, un hijo de la Ilustración, durante sus viajes y se había comprometido con él. Cuando ambas familias vetaron el matrimonio, Gibbon volvió a casa. Como si fuera una de sus operaciones comerciales, Necker cambió a los Vermenou por los Curchod y se casó con Suzanne: su hija sería la escritora y provocadora Germaine de Staël. Cuando Necker se convirtió en el ministro de Economía de Luis, Gibbon publicó *Auge y caída del Imperio romano*, elegantemente escrito y entretenido, en el que relataba la historia ciñéndose a la idea ilustrada de que las supersticiones del cristianismo habían socavado el pragmatismo pagano de Roma a la vez que afirmaba que la Europa moderna era heredera de la civilización romana.

13. La carrera de Bligh fue una crónica de la estupidez naval. Diez años después, en 1789, como capitán del HMS *Bounty*, fue enviado a Tahití a recoger retoños de árbol del pan, que sir Joseph Banks creía que servirían como alimento para los esclavos caribeños. Allí se vio superado por unos amotinados, que en parte se sintieron cautivados por la idílica vida tahitiana, quedó a la deriva y sobrevivió a un viaje de 4.160 millas. En Tahití, los amotinados ayudaron a un cacique llamado Pomare a unir las islas en un solo reino, que gobernaron hasta que se impuso un protectorado francés. Después se instalaron en la isla deshabitada de Pitcairn, bautizada así por un oficial británico que más tarde murió en una batalla con los americanos en Bunker Hill. En cuanto al capitán Bligh, fue ascendido a vicealmirante y nombrado gobernador de Nueva Gales del Sur. Eso tampoco salió bien.

14. Una vez muerto, Cook fue tratado como un cacique por los hawaianos. Le arrancaron la cabellera y el corazón, lo destriparon y conservaron parte de la carne. El resto fue introducido en un horno subterráneo tradicional y recogieron los huesos para preservar su maná, o carisma sagrado.

15. Mientras otros combatían, Jefferson, una vez terminado su mandato como gobernador, trabajó en sus *Notes on Virginia*, dedicadas a la raza y la esclavitud. En ellas reflexionaba sobre la inferioridad del razonamiento de los negros, que podía mejorarse con sangre blanca. Argumentaba que la liberación apresurada de los esclavos desencadenaría una guerra racial contra los blancos.

16. A José también le gustaba que lo confundieran con su sirviente. Cuando le preguntaban qué servicios prestaba al emperador, respondía sin inmutarse: «A veces le afeito». Aunque su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana, era su heredero, José preparó a su concienzudo pero burdo sobrino Francisco de cara al futuro, y se quejaba de que el muchacho padecía un «retraso en su destreza corporal» y era «un niño de mamá».

17. La repartición otomana no fue el único plan de José. El principal era intercambiar los Países Bajos austríacos (Bélgica) con Baviera para crear una monarquía alemana aún más grande. Pero el plan se vio frustrado dos veces por Federico, que movilizó a su ejército, y por Luis, el cuñado de José, que no lo respaldó a pesar de las presiones de Antonieta. Por el contrario, Luis solventó la disputa pagando millones a José, un dinero que a Antonieta le saldría muy caro.

18. Yorktown fue el precursor de la modernidad en otro sentido: entre los jóvenes franceses que combatían con Lafayette estaba Henri, conde de Saint-Simon, un general americano veinteañero que cuarenta años después desarrolló la idea del socialismo.

19. Para tener ventaja en las negociaciones, Washington ordenó el secuestro del príncipe Guillermo (futuro Guillermo IV), el hijo de Jorge III, que todavía estaba con la armada en Nueva York, pero su comandante dio al traste con el plan.

20. En 1783, cuando Estados Unidos se independizó, Norteamérica contenía unos tres millones de personas y la América española quince. La población de Gran Bretaña era de nueve millones y la de España de diez. El mundo español era el doble de grande que el británico. Pero los británicos les estaban dando alcance: entre 1640 y 1820, 1.300.000 emigrantes se instalaron allí, franceses, alemanes y, aproximadamente un 70 %, británicos. En el largo siglo posterior, la emigración masiva a Norteamérica, así como a Australia y Suráfrica, invirtió por completo la tendencia: en 1930, el anglomundo duplicaba el tamaño del español.

1. La otra hermana, Maria, condesa de Coventry, falleció a los veintisiete años de una intoxicación cosmética, ya que había utilizado demasiada cerusa veneciana, que daba a las chicas una moderna piel de alabastro pero contenía plomo y mercurio. Cuando le salían sarpullidos, se los tapaba con más cerusa, que no tardó en matarla: muerte por cosméticos.

2. El mejor amigo de Wedgwood era el inquieto doctor Erasmus Darwin —ambos eran celebridades de la Sociedad Lunar—, que también invirtió en el canal de Trent y Mersey y le aconsejó alimentar Etruria con motores de vapor. Darwin era un médico, inversor y científico brillante, gordo y promiscuo. También fue fundador de la Sociedad Lunar y padre de muchos hijos, algunos con sus sirvientas. Su hijo Robert, un gigante de 1,90 y 150 kilos, se casó con Susannah Wedgwood, la hija de Josiah. Su hijo Charles Darwin, nacido en 1809, empezó a estudiar medicina y, más tarde, con financiación de Wedgwood, decidió aprender taxidermia y ciencias naturales.

3. En una época en la que los médicos habían recetado oporto a Pitt y su padre, cosa que los convirtió a ambos en alcohólicos, las enormes dosis de tartrato de antimonio y potasio que consumía Jorge contenían hasta un 5 % de arsénico: cuando recientemente se analizó su cabello, contenía 17 veces el nivel considerado envenenamiento por arsénico, suficiente para agravar sus problemas de estómago, sus delirios y su psicosis.

4. Este sórdido elenco no estaría completo sin el «conde Cagliostro», un charlatán que, asegurando tener varios miles de años de edad (nacido en el antiguo Egipto) y haber conocido personalmente a Jesús, prosperó en esa época de invención personal, movilidad social y credulidad mística. Nacido en Palermo con el nombre de Joseph Balsamo, este estafador engañó a un rico comerciante de oro y, más tarde, adoptando su exótico título, viajó por toda Europa con Serafina, su mujer adolescente, a quien prestaba a sus mecenas. Rohan era uno de ellos, pero no se puede embaucar a un embaucador; le enseñó a Cagliostro el contrato redactado por Motte. «¡Es una falsificación!», exclamó Cagliostro.

5. Saint-Georges había causado sensación veinte años antes al imponerse en un duelo contra otro alumno racista. Se ganó un lugar en la guardia de honor real, pero se hizo un nombre como músico y llegó a dirigir la orquesta Concert des amateurs de París. Iba a dirigir la Opéra de París, pero sus sopranos se quejaron a la reina Antonieta y le aseguraron a «Su Majestad que su honor y su delicada conciencia jamás podrían permitirles someterse a las órdenes de un mulato». Pero María Antonieta se puso de parte de Saint-Georges, a quien hizo llamar a Versalles, donde fue «invitado a tocar con la reina». A esta le gustaba tocar el piano y, sin duda, él tocó el violín. Saint-Georges empezó a componer ópera con Pierre Choderlos de Laclos, un oficial de artillería y literato, pero *Ernestine*, a la que asistió María Antonieta, no tuvo éxito. Este «mulato», escribió el estadounidense John Adams cuando visitó París en 1779, «es el hombre más versado de Europa en hípica, tiro, esgrima, baile y música».

6. Mansfield tenía más experiencia en ese mundo de lo que admitía, ya que había adoptado a Dido Belle, hija de su sobrino, que era marinero, y una esclava, la crio con sus hijos (pintados con lady Elizabeth Murray por David Martin) y le dejó una renta anual en el testamento. Más tarde, Dido Belle se casó con un francés, tuvo dos hijos —que trabajaron para la EIC — y falleció en 1805.

7. Wedgwood diseñó un medallón antiesclavitud en el que aparecía un negro arrodillado, con las manos alzándose hacia el cielo, y la inscripción: «¿Acaso no soy un hombre y un hermano?».

8. Sin embargo, ni siquiera Wilberforce creía que los esclavos estuvieran preparados para la liberación, y en 1805 dijo en el parlamento que, «antes de ser aptos para recibir la libertad, sería una locura intentar dársela». En sus cenas para la Asociación Africana y Asiática, los activistas negros comían detrás de una pantalla. Los opositores de la esclavitud en Estados Unidos y Gran Bretaña fundaron nuevas colonias de esclavos regresados en África occidental. En 1787, Sharp y otros miembros del Comité para los Negros Pobres apoyaron un plan para instalar a varios cientos de londinenses negros en una Provincia de la Libertad en Sierra Leona, cerca de los castillos de esclavos situados en la costa. A pesar del respaldo de Pitt, a la sazón canciller, la mayoría de los colonos murieron. En 1792, una flotilla de lealistas negros procedentes de Nueva Escocia, entre ellos Harry Washington, esclavo huido del presidente de Estados Unidos, fundó Freetown.

9. Francia, como Gran Bretaña, oscilaba entre el ideal de que la esclavitud no podía existir en una nación basada en la ley y la realidad de los beneficios de los propietarios de esclavos. Después de que Luis XIV liberara a dos esclavos huidos en 1691, los propietarios ganaron un edicto en 1716 que les permitía llevar esclavos a Francia. Dicho edicto fue revocado en 1738, y liberar a los esclavos se convirtió en algo habitual hasta que, en 1777 y 1778, un procurador del Almirantazgo llamado Guillaume Poncet de La Grave advirtió de la contaminación racial causada por el creciente número de personas libres de color, y convenció a Luis XVI de que decretara una Police des Noirs para impedirles entrar en Francia y casarse con blancos. Sin embargo, los esclavos podían solicitar la libertad en el tribunal del Almirantazgo.

10. En Londres, Saint-Georges tuvo que soportar los caprichos del príncipe de Gales, que insistía en organizar una competición de esgrima entre el compositor mestizo y el travestido francés conocido como chevalier d'Éon.

11. María Antonieta ya era odiada. Diez años antes, en la Opéra de París, había soportado unos aplausos poco entusiastas. «¿Por qué no me han aplaudido casi?», preguntó. Echándose a llorar, añadió: «¿Qué les he hecho?». No podía evitar ser una Habsburgo, pero en 1784 apoyó los pagos para evitar las amenazas de su hermano José a Holanda. Era extravagante, pero ni mucho menos tanto como Catalina la Grande, y nunca dijo: «¡Que coman pastel!». Según escribía John Hardman, fue «el chivo expiatorio de una era irracional que sufrió una crisis nerviosa. La denominada racionalidad de la Ilustración se entremezclaba con la charlatanería de Cagliostro, Mesmer [un célebre hipnotista] y Necker».

12. «Todas las esclavas que alguna vez mantuvieron relaciones sexuales con un hombre blanco durante la esclavitud en Estados Unidos», escribe Gordon-Reed en *The Hemingses of Monticello: an American Family*, fueron «víctimas de una violación». Pero, «con independencia de si Jefferson empleó la violencia o sus conocidos encantos con las mujeres para ganarse a Hemings, su poder era tal que nunca podía estar seguro de los auténticos deseos de ella ... Ella no dio su consentimiento porque no podía». No obstante, «la profanidad de la esclavitud no define toda la vida de los esclavos ... Encontramos indicios suficientes de que esas dos personas mantenían un vínculo emocional ... Decir eso no supone ningún cambio fundamental en la naturaleza de la esclavitud estadounidense», porque «la idea de su amor no tiene poder para transformar la realidad básica de la inhumanidad esencial de la esclavitud».

13. El presidente y el vicepresidente eran elegidos separada e indirectamente por un colegio electoral, el senado era elegido indirectamente por legislaturas estatales y la cámara de representantes era elegida de manera directa. Las nobles aspiraciones del sistema y el sufragio masculino universal contenían un error colosal: los esclavos no podían votar. Los esclavistas del sur negociaron un doble triunfo que protegía la esclavitud y, sin embargo, para la representación proporcional de la cámara de representantes, sus esclavos contaban a su favor como tres quintas partes de una persona. «Nunca habría desenvainado la espada por la causa estadounidense», dijo Lafayette, «si hubiera imaginado que estaba fundando una tierra de esclavitud.»

14. La ley de Pensilvania decretaba que cualquier esclavo que residiera allí durante más de seis meses sería liberado automáticamente. En Filadelfia, Washington siempre iba acompañado de sus criados Billy Lee y Christopher Sheels, su cocinero Hercules y otros cinco esclavos. Pero enviaba y traía continuamente a sus esclavos de Mount Vernon sin desvelar el motivo real. «Me gustaría conseguirlo con un pretexto que pueda engañar a los esclavos y a la ciudadanía», dijo. Cabe destacar que la esclavitud fue la única cuestión en la que Washington puso en duda su famosa honestidad.

15. Los Románov también estaban dispuestos a destruir la revolución que tanto gustaba a los polacos, que esperaban crear una monarquía fuerte y deshacerse de la hegemonía rusa. El viejo rey Estanislao Augusto lideró su propia revolución. Catalina la Grande se sentía horrorizada por París y Varsovia: «Mejor la tiranía de un hombre que la locura de la multitud». Potemkin planeaba ser rey de Polonia, pero su dramática muerte en una estepa moldava dejó a Catalina hundida y resentida. Primero tomó medidas contra la oposición en Rusia y luego aplastó violentamente la revolución en Polonia: murieron veinte mil polacos cuando las tropas rusas entraron en Praga, un suburbio de Varsovia. Poco antes de la muerte de Catalina, los Habsburgo y los Hohenzollern se le unieron en el reparto final de Polonia. Leópolis y Galitzia —al sur de Polonia, actualmente al oeste de Ucrania— estuvieron gobernadas por Austria durante los dos siglos posteriores. Ahora, tres millones de judíos se hallaban bajo el dominio hostil de Rusia; Potemkin había sido filosemita, pero la anciana y represiva Catalina confinó a los judíos en un «asentamiento vallado» y les prohibió ir a las ciudades para evitar enfrentamientos con sus súbditos ortodoxos. Sus sucesores reprimieron cada vez más a los judíos. Polonia no volvería a existir hasta 1918.

16. Fatiman fue una figura crucial en la historia haitiana: era hija de una esclava africana y un corso francés que había formado parte de la corte del aventurero Theodore von Neuhoff, quien durante un breve periodo en la década de 1730 fue rey de Córcega. Durante la revolución haitiana se casó con el general Jean-Louis Pierrot, ascendido a barón y príncipe por el rey Enrique I antes de ser elegido presidente en 1845 y más tarde nombrado gran mariscal por el emperador Faustino. Cécile murió en 1883 a los ciento doce años de edad. Su hija se casó con Pierre Alexis, ministro de Guerra y más tarde presidente de Haití.

1. Un observador de todo esto, el parlamentario angloirlandés Edmund Burke, predijo en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* que sus consecuencias serían muy diferentes de sus intenciones, forjando así una regla infalible en la historia: «Aquello que en primera instancia es perjudicial puede ser excelente en un momento más remoto, y su excelencia puede emanar de los efectos negativos que provoca al principio», escribió. «También sucede lo contrario, y planes muy plausibles con inicios muy satisfactorios a menudo han tenido conclusiones vergonzosas y lamentables.»

2. Eso corrompió a su esgrimista-compositor Saint-Georges, quien, acompañando al duque, apoyó la revolución y se unió a una unidad negra, la Légion Nationale des Américains et du Midi, financiada por Julien Raymond, el hacendado negro más rico de Saint-Domingue, que era propietario de cientos de esclavos pero se había vuelto abolicionista. Allí conoció a otro oficial mestizo que se hizo famoso. Thomas-Alexandre Dumas nació en Saint-Domingue; su padre era un terrateniente y esclavista francés, el marqués Antoine Davy de la Pailleterie, y su madre era la esclava Marie Cessette Dumas, de modo que él nació como esclavo. Su padre era el hermano mayor pero inútil del próspero hacendado Charles, para quien trabajó Antoine hasta que discutieron, momento en el cual Antoine compró a Marie Cessette, dejó las plantaciones blancas y desapareció por treinta años, durante los cuales dirigió una pequeña finca de cacao en la que Marie Cessette tuvo a Alexandre en 1762. A su regreso a Francia para reclamar su título y sus fincas, Antoine vendió a Marie Cessette y los niños a un barón, y más tarde recuperó a Alexandre, lo alistó en el ejército y financió su lujoso estilo de vida. Dumas era un aventurero titánico que ascendió rápidamente en el ejército revolucionario. Saint-Georges fue coronel de su propia Legión Saint-Georges, a las órdenes de Dumas. En el apogeo del Terror, Saint-Georges, acusado de desfalco, denunció a Dumas. El compositor fue encarcelado, y Dumas estaba a punto de ser arrestado cuando cayó Robespierre. Ambos tuvieron la suerte de evitar la guillotina. Después, Dumas fue ascendido a *général-en-chef*, el primer general de color desde su homólogo ruso Abram Gannibal, protegido de Pedro I. Saint-Georges viajó a Saint-Domingue, donde esperaba encontrar una revolución pacífica de color, pero se topó con una despiadada guerra civil y huyó de nuevo a París, donde se consoló con la música. «Estaba especialmente dedicado a mi violín», escribió el espadachín, violinista, soldado y amigo de príncipes antes de fallecer de cáncer a los cincuenta y un años de edad. «¡Nunca había tocado tan bien!»

3. Las mujeres no aparecían en la visión de Robespierre: los jacobinos las asociaban a las intrigas, el vicio y el lujo de las cortes. Olympe de Gouges, una de las primeras abolicionistas francesas, una de las pocas revolucionarias que respaldaron la rebelión haitiana y una de las primeras feministas, no llegó a ver la abolición de la esclavitud. Su *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* cuestionaba el patriarcado de la revolución: «Una mujer tiene derecho a subir al patíbulo. Debe poseer el derecho igualitario de subir al estrado del orador». Robespierre la envió a la guillotina, donde su «coraje y belleza no tuvieron parangón».

4. Uno de ellos era un aristócrata menor, Jean-Baptiste de Gaulle, bisabuelo del presidente del siglo XX.

5. Entre los que se unieron a las fuerzas de la Compañía durante el gobierno de Wellesley había dos hermanos, William y Christopher Biden, que se convirtieron en capitanes de barcos Indiamen. Mientras William moría en Rangún en 1843 a la edad de cincuenta y un años, Christopher se retiró a Madrás (Chennai), donde se instaló con su esposa para regentar una tienda de productos marítimos. Su hijo Horatio sería coronel de la artillería de Madrás, y hubo otros Biden. Uno de ellos, George Biden, era un capitán de la Compañía que se casó con una mujer india y probablemente fue el fundador de los Biden de la India. Es probable que estén emparentados con el presidente estadounidense Joe Biden, que llamó a George su «tátara-tátara-tátara-tátara-tatarabuelo».

6. Los Ming habían gobernado más de tres millones de kilómetros cuadrados; en 1790, los Qing dominaban cerca de quince millones, casi el quíntuple. El territorio Qing era un imperio que consistía eminentemente en chinos han con algunos no chinos en la periferia. Desde los Shang, los reinos chinos se habían enfrentado a la amenaza de grupos belicosos nómadas del norte. Ahora la amenaza había desaparecido, y el triunfo del imperio chino fomentó la complacencia.

7. Oficialmente, Phillip estaba al mando de Aotearoa (Nueva Zelanda), que todavía no se encontraba bajo control británico. Aunque escaparon algunos presos y los balleneros hacían altos allí, Aotearoa era el hogar de los iwi maoríes, descendientes de las oleadas de polinesios que se habían instalado en 1300, gobernados por sus *rangatiras* (jefes) y a menudo en guerra entre ellos.

8. Cuando Washington acabó su segundo mandato, se planteó emancipar a todos sus esclavos, pero no lo hizo nunca, a la vez que perseguía empecinadamente a los huidos: Oona Judge era una joven soltera mestiza y una de las favoritas de George y Martha, pero en mayo de 1796, sabiendo que los Washington iban a volver y temiendo que no la liberaran nunca, escapó. Martha se enfureció —«Los negros son muy malos por naturaleza. No muestran la menor gratitud por la bondad que se les profesa»—, y la pareja estaba convencida de que había sido «seducida por un francés». Washington ordenó a su secretario del Tesoro que recurriera a agentes de aduanas para secuestrarla en Portsmouth, Nuevo Hampshire. Por el contrario, Oona convenció al funcionario de que no había sido seducida y regresaría si le prometían la liberación. Ese acuerdo, dijo Washington, era «inadmisible», e intentó capturarla una vez más. Finalmente tiró la toalla por temor a la mala publicidad, ante lo cual la valerosa Oona insistió: «Ahora soy libre y elijo seguir siéndolo». El 14 de diciembre de 1799, Washington falleció a los sesenta y siete años y le dejó 317 personas a Martha. Finalmente fueron liberadas en el testamento de esta última.

9. Cuando Pitt acusó a un parlamentario de obstruir la defensa del reino, fue retado a un duelo. El 27 de mayo de 1898, ambos se enfrentaron en Putney Heath. Nadie resultó herido, pero no fue el último primer ministro en batirse en duelo.

10. Bonaparte cultivó la leyenda de su agudeza olímpica y su energía incansable: «Distintos temas y asuntos se organizan en mi cabeza como si fuera un armario; cuando quiero interrumpir un hilo de pensamiento, cierro ese cajón y abro otro. Si quiero dormir, cierro todos los cajones y duermo». Su talento iba desde la maestría logística y el virtuosismo táctico hasta un toque personal con sus *grognards* (veteranos), lo cual le supuso una duradera lealtad. Disfrutaba de su nuevo poder. Cuando el rey de Suecia le envió a Fersen, el amante de la reina Antonieta, como emisario, le dijo que estaba «burlándose de la nación más importante del mundo». Fersen, más tarde ascendido a mariscal de la corte sueca e implicado en la caída de la dinastía Vasa, murió pisoteado por una muchedumbre en 1810.

11. Durante el viaje a casa, Dumas fue capturado por las fuerzas papales y encarcelado. Su salud había mermado y se retiró. Era el padre de Alejandro Dumas, autor de *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo*. Su nieto, también llamado Alejandro, escribió *La dama de las camelias*.

12. El efecto más duradero de la expedición fue arqueológico. En julio de 1798, justo después de su llegada, los científicos de Bonaparte descubrieron en Rosetta una inscripción de Ptolomeo V en tres idiomas —griego, jeroglífico y demótico que, tras ser entregada a los británicos, permitió la traducción de los jeroglíficos y el inicio del estudio de la escritura del antiguo Egipto.

13. Toussaint advirtió a Bonaparte: «Al derrocarme, no has hecho más que talar el tronco del árbol de la libertad de los negros en Saint-Domingue. Resurgirá de las raíces, pues son numerosas y profundas». Le rogó a Bonaparte que liberara a su esposa Suzanne, pero no volvió a verla nunca más, ni tampoco a sus hijos. Mientras estaban en cautividad, Toussaint y Mars fueron encerrados en el Fort de Joux, una fortaleza medieval de los montes Jura, donde Bonaparte lo destruyó sistemáticamente: ni contacto con su familia, ni visitas, ni material de lectura ni asistencia médica. A Leclerc lo aterraba que escapara y «prendiera fuego a la colonia». Bonaparte envió a un ayudante, que aseguraba que el prisionero era «tranquilo, astuto y habilidoso». A medida que empeoraba la salud de Toussaint, tuvo la sensación de haber sido «enterrado vivo», pero consiguió dictar testamento, en el que justificaba sus políticas y señalaba que ningún «general blanco» habría sido tratado de ese modo: «¿El color de mi piel se interpone en mi honor y valentía?». Pero el invierno fue cruel: en abril de 1803 fue hallado muerto en su celda.

14. Bonaparte le ordenó a Paulina que volviera al «consuelo del amor» de su familia, pero no era en modo alguno una «viuda desolada». Orgullosa de su dinastía y belleza (Canova sacó un molde de sus pechos, que puede verse en el Museo Napoleonico de Roma), estaba decidida a vivir apasionadamente. Napoleón organizó su matrimonio con un inútil aristócrata romano, el príncipe Camilo Borghese, «un imbécil», pensaba ella, al que le ponía los cuernos constantemente. Su hermano intentaba refrenarla y decía: «No debería permitirse esas malas costumbres».

15. Más tarde, Jefferson se sintió tentado por Cuba. «Confieso cordialmente», escribió, «que siempre he visto a Cuba como la incorporación más interesante que podríamos hacer a nuestro sistema de estados.»

16. El presidente Jefferson se enfrentó inmediatamente a un desafío de las dinastías esclavistas de Trípoli, Argel y Túnez, los «estados berberiscos» que se beneficiaban de la esclavitud transahariana y la captura de cargamentos y «esclavos blancos» occidentales. Gran Bretaña y España, e incluso Suecia y Dinamarca, estaban siempre en guerra con esos depredadores o pagándoles tributos. Desde 1711, Trípoli había estado gobernado por una dinastía fundada por el oficial otomano Ahmed Karamanli. En mayo de 1801, su descendiente Yusuf Pashá exigió un tributo a Estados Unidos y declaró la guerra. Jefferson envió un escuadrón naval al puerto de Trípoli y, en abril de 1805, mientras Europa estaba distraída con las campañas de Bonaparte, el antiguo cónsul de Estados Unidos, William Eaton, llevó a ocho estadounidenses y quinientos mercenarios bereberes, árabes y griegos desde Alejandría para conquistar Derna, una ciudad de Yusuf. Este se echó atrás y liberó a sus esclavos blancos. Fue la primera guerra islámica de Estados Unidos.

17. «Habría que poner fin a las esperanzas de los Borbones», dijo Napoleón, que ordenó el secuestro y ejecución de un príncipe de la familia, el duque de Enghien, sin conexión alguna con los complots. Más tarde afirmaba que había sido idea de Talleyrand, pero el ministro de Asuntos Exteriores lo denunció: «Peor que un crimen; fue un error». Casi toda Europa mostró disgusto por el asesinato y la coronación, que intensificaron la hostilidad de las dinastías europeas: el emperador Alejandro de Rusia lo llamaba «el ogro corso».

18. Beethoven, nieto de un comerciante de vinos y músico e hijo de un cantante alcohólico de la corte del elector de Colonia, se instaló en Viena en 1794, donde escribía piezas para mecenas aristocráticos, pero él se dirigía a una audiencia más grande: el pueblo, su época y la posteridad. Era singular y sociable con sus amigos, pero nunca se casó y, según Goethe, era «absolutamente intratable». Ahora estaba solo de otra manera: se estaba quedando sordo. «¿Cómo voy a reconocer una enfermedad en el único sentido que debería ser más perfecto en mí que en otros?», le escribió a su hermano. «Debo vivir solo, como un exiliado.» Se planteó la muerte: «Lo único que me contuvo fue mi arte. Me parecía imposible abandonar este mundo antes de haber producido todo lo que me veía capaz de producir, así que prolongué esta miserable existencia». Escribía cartas torturadas a una mujer desconocida, su «amada inmortal»: «Nadie más puede poseer mi corazón ... Viena es ahora una vida desgraciada». Se consolaba con visitas a «fortalezas» (burdeles). Beethoven personificaba al genio torturado, héroe del movimiento romántico.

19. Grenville también se vio obligado a presidir la delicada investigación sobre el comportamiento escandaloso de la princesa Carolina, esposa del príncipe de Gales, en la que se dictaminó que, aunque «a la princesa le gustaba mucho follar», según el testimonio de un sirviente, nada de ello era demostrable, como tampoco lo era el rumor de que un niño al que había adoptado era su hijo ilegítimo. Carolina era tan popular como Jorge era odiado, y supuso un escudo contra la oposición radical hasta su muerte en 1824.

20. La única corona bonapartista duradera es la que él no inició: su mariscal Bernadotte, antaño un republicano fanático con «muerte a los reyes» tatuado en el pecho, era competente y altivo, y no se dejaba impresionar por Napoleón, que a su vez no se dejaba impresionar por él: «Es muy mediocre; no tengo fe en él». Pero casi era familia, ya que estaba casado con Désirée Clary, el primer amor de Napoleón y hermana de Julia, la mujer de José. Cuando, en mayo de 1810, murió el heredero del último rey Vasa de Suecia, le ofrecieron el trono a Bernadotte. Lo bastante inteligente como para traicionar a Napoleón en 1812, el momento adecuado, gobernó Suecia como el rey Carlos Juan hasta 1844. Los Bernadotte siguen reinando.

21. Alternando las atenciones de una esposa, un ejército de amantes y la reina, Godoy encargó a Francisco de Goya, el pintor de la corte, que retratara a su amante Pepita, la condesa de Castillo Fiel, en *La maja vestida*, pero también sin ropa en el sensual *La maja desnuda*, que guardaba en una alcoba detrás de una cortina junto a la *Venus* de Velázquez.

1. El autor de la Declaración de Independencia fue el primer intelectual haitiano, Louis Boisrond-Tonnerre, hijo de un carpintero. Había sido educado en Francia y era conocido como Tonnerre (Trueno), porque su cuna había sido alcanzada por un rayo. Alentó la masacre: «Para nuestra declaración de independencia deberíamos utilizar la piel de un hombre blanco como pergamino, su calavera como tintero, su sangre como tinta y una bayoneta como pluma». Uno de los asesinos fue Jean Zombi, cuyo nombre extendió el espectro de los «zombis» en la imaginación occidental. La idea de los zombis se deriva de África occidental, en especial Dahomey, donde nada era tan aterrador como la muerte en vida de la esclavitud. Se creía que los esclavos estaban medio muertos pero seguían vivos. Los asesinatos de Zombi revertían el hechizo. Los únicos blancos a los que perdonaron fueron los polacos del ejército francés, a los que Dessalines, conocedor de las masacres rusas de polacos en Varsovia, llamaba «los negros blancos de Europa».

2. Al otro lado del planeta, en la colonia penal británica de Australia, acababa de producirse un golpe de estado. Desde la fundación de la colonia, el Cuerpo de Gales había servido de guarnición, y cada vez comerciaba más con «ron», un alcohol de trigo originario de Bengala. Ante la falta de monedas, ese alcohol era utilizado como divisa. Cuando el almirante Bligh, que había acompañado al capitán Cook y más tarde sobrevivió a un motín en su barco, la *Bounty*, se convirtió en gobernador, intentó acabar con los acuerdos comerciales del denominado Cuerpo del Ron. En 1808, unos enfurecidos soldados entraron en la Casa de Gobierno, detuvieron a Bligh y se alzaron con el poder, que conservaron dos años. Fue el primer golpe de estado militar del imperio británico desde Cromwell. Cuando llegó un nuevo gobernador, se restableció el poder civil y el cuerpo fue disuelto.

3. La reina María Luisa era medio hermana de Cécile Fatiman, la *mambo* del vudú que había iniciado la rebelión en 1790.

4. Jefferson decidió apartar a su vicepresidente, Aaron Burr. Cuando este se presentó a gobernador de Nueva York, su viejo aliado Hamilton lo calificó de «hedonista sin principios» y apoyó a su oponente. Burr perdió. El 11 de julio de 1804, ambos se citaron para batirse en duelo por honor: Hamilton disparó al aire, pero Burr le descerrajó un balazo letal en la barriga, que le destrozó el hígado. Burr huyó, pero nunca fue juzgado. Por el contrario, rechazado por la república que había ayudado a crear, planeaba fundar un imperio en el suroeste a partir de la compra de Luisiana y el México español. Los detalles son confusos, pero probablemente se imaginaba a sí mismo como emperador. Si ahora suena absurdo, era una época en la que un corso desconocido se había erigido en emperador de Europa. Cuando habló con el comandante estadounidense, este informó a Jefferson, que respaldó su encausamiento. Cuando Burr fue absuelto, se fue de Estados Unidos, viajó por Europa y no regresó hasta la vejez.

5. Kamehameha se casó por amor y por prestigio: contrajo matrimonio con Keopuolani, hija del rey Kiwalao, al que había sacrificado, pero vivían separados. Ella tuvo catorce hijos, cuatro del rey y diez de sus amantes. Pero su principal asesor era su favorita, la reina Ka‘ahumanu, divertida, inteligente y con un peso de doscientos kilos, a la que nombró regente.

6. Francisco de Miranda fue uno de los personajes más extraordinarios de su época. Se crio entre privilegios hasta que su padre, un noble español que emigró a Caracas, fue denunciado por tener sangre impura (judía). Finalmente se confirmó el certificado de limpieza de sangre de su padre, pero el disgustado Miranda abandonó Caracas, luchó por España y viajó a Estados Unidos, donde trabó amistad con Washington y Jefferson, y a Rusia, donde cautivó a Catalina y Potemkin, antes de combatir a favor de la Revolución Francesa y ser encarcelado por Robespierre. Tras sobrevivir al Terror, viajó durante una década para difundir su visión de una revuelta contra España para crear una Suramérica unida bajo un inca hereditario asesorado por él mismo.

7. En febrero de 1811, Jorge III, cada vez más ciego, desconcertado y triste por la muerte de su hija Amelia a causa de una tuberculosis, se volvió loco permanentemente. Perceval activó la Ley de Regencia y el príncipe Jorge pasó a ser príncipe regente. Como muchos jóvenes radicales, el príncipe se había vuelto más conservador con la edad. Cuando Perceval fue asesinado por un lunático, eligió al conde de Liverpool como primer ministro, traicionando así a sus furiosos amigos whig. Cuando el regente se encontró con sus antiguos compañeros Beau Brummell y lord Alvanley en un baile, el primero le espetó el mejor insulto de la historia de la monarquía: «Alvanley, ¿quién es tu amigo gordo?». Exiliado en Francia otros veinte años, Brummell murió medio loco y sin un centavo.

8. En medio de la desolación, solo el ostentoso coraje del mariscal Murat, rey de Nápoles, levantó la moral francesa. «Un rey del escenario en la elegancia estudiada de su atuendo», escribió un testigo, «un auténtico rey en su valentía e inagotable actividad». Fácilmente «reconocible por su vestimenta», recordaba Napoleón, «era un blanco habitual para el enemigo, y los cosacos lo admiraban por su asombrosa valentía».

9. Napoleón había intentado crear un imperio europeo. Rusia y el Reino Unido también estaban forjando imperios, pero contra oponentes mucho más débiles fuera del núcleo de Europa. El triunfo británico en Trafalgar fue confinar a Napoleón en el territorio europeo, donde tuvo que enfrentarse a los ejércitos más poderosos del mundo. Ahora, la plena victoria sobre Napoleón elevó al Reino Unido a la eminencia mundial: al no buscar la hegemonía europea y simplemente aplicar un equilibrio de poderes, pudo desplegar a su población, relativamente pequeña, y sus formidables recursos navales e industriales en una búsqueda agresiva del imperio mundial. La victoria también infundió al zar ruso una confianza que enmascaraba su primitiva debilidad. No obstante, 1814 y 1945 son los momentos de triunfo imperial ruso. En abril de 1945, cuando las tropas soviéticas liberaron Berlín de los nazis, el embajador estadounidense Averell Harriman felicitó a Stalin. «Sí», repuso el dictador, «pero Alejandro conquistó París».

10. La diplomacia se hacía en salones de baile y dormitorios, sobre todo en el palacio de la Palma, donde dos mujeres importantes celebraban reuniones. Metternich estaba enamorado de una potentada inteligente y libertina, Guillermina, duquesa de Sagan, cuyas tierras formaban parte de la esfera rusa; Alejandro atormentaba al canciller acostándose con ella. El romance de Metternich con la Gatita Blanca, la princesa rusa Catalina Bagration, también conocida como el Ángel Desnudo por sus vestidos transparentes y sus técnicas concupiscentes, se fue al traste cuando ella lo cambió por Alejandro, a quien facilitaba información privilegiada. Metternich lloró de frustración. Talleyrand iba acompañado de su sobrina y amante Dorotea, más tarde duquesa de Dino, treinta y nueve años más joven que él, que apoyó la restauración de Francia mientras alternaba sus jóvenes amantes.

11. En el este, Stamford Raffles, un joven conquistador de la Compañía de las Indias Orientales nacido en el mar, hijo de un capitán de la Compañía, acababa de derrotar a las fuerzas franco-belgas y conquistar Java. En 1815, cuando los neerlandeses perdieron el Cabo pero conservaron las Indias Orientales, Raffles, un adinerado hablante de malayo, convenció al débil sultán de Johor de que cediera al Reino Unido una isla estratégica que él convirtió en la próspera colonia de Singapur.

12. «Hermano mío», le escribió al rey Jerónimo en 1807, «me he enterado de que padeces hemorroides. La manera más sencilla de librarte de ellas es aplicar tres o cuatro sanguijuelas. Desde que utilicé ese remedio hace diez años, no he vuelto a verme atormentado.»

13. Los cuerpos fueron desnudados, como los quinientos mil muertos de las batallas napoleónicas, a menudo por sus propios compañeros mientras perecían. Luego, los carroñeros extraían dientes con alicates y los vendían a fabricantes de dentaduras postizas —los Dientes Waterloo eran especialmente populares— y recogían huesos que vendían a trituradores para usarlos como fertilizantes.

14. Irónicamente para la familia real del capital, la abuela de Karl Marx era prima hermana de Barent Cohen.

15. Anodino y organizador, Liverpool también era medio indio, el único primer ministro británico de raza mestiza. Su abuela era Frances «Begum» Johnson, en parte india, casada cuatro veces e hija de la portuguesa-italiana Isabella Beizor y un gobernador británico de St. David's (Chennai). Era una época en la que muchos británicos de la India se casaban con mujeres autóctonas. Amelia, la hija de Frances, se casó con Charles Jenkinson, primer conde de Liverpool, pero murió a los diecinueve años de edad mientras daba a luz al futuro primer ministro.

16. Cuando el iluso Jorge IV se jactó de haber liderado una carga en Waterloo, Wellington respondió con cierto tacto: «Se lo he oído decir a menudo, Majestad».

17. El nombre Zulu se derivaba del señor de la guerra Zulu kaMalandela, que había fundado una tribu un siglo antes. Zulu significaba «cielo», y se hacían llamar Abantu Bezulu, el Pueblo del Cielo.

18. Los nguni incluían a los zulús y los suazis; los del sur se convirtieron en los pueblos xhosa. En el *Mfecane*, su líder Ngubengcuka, pariente de Zwide, llevó a su clan hasta el Cabo oriental, donde fundó el reino de abeThembu antes de morir en 1832. Los hijos de su joven esposa eran los Mandela. Nelson Mandela era su bisnieto.

19. Cuando los hombres morían, las fincas eran heredadas por potentadas mestizas: en Zambezia (partes de Zambia, Zimbabue, Mozambique), esas luso-africanas eran conocidas como las *Zambezi donas*. Francisca de Moura Meneses era una heredera mestiza nacida en 1738 que gobernaba una enorme finca en Zambezia, era propietaria de varios miles de esclavos, presidió a muchos millares de africanos libres y desplegó un ejército privado que en ocasiones amenazaba al gobierno portugués. Los africanos la llamaban *Chiponda*, «la que los pisotea a todos». En Europa no había un equivalente a las *Zambezi donas*, y menos aún en otros imperios.

20. La familia de Mosheshoe sigue gobernando Lesotho. Shaka acusó a Mzilikazi, un nieto de Zwide, de quedarse los premios de ganado. El castigo era la muerte. Mzilikazi escapó con su clan Ndebele a Transvaal, y más tarde a Zimbabue, donde su reino matabele se enfrentó a los shona: ambas tribus dominan el Zimbabue actual. Shoshangane convirtió su victoria en el reino de Gaza, en el sur de Mozambique, y obligó a los *prazeiros* afro-portugueses a pagar tributos. Sobhuza, jefe de los dlamini, también emigró para evitar a Shaka y fundó Suazilandia (Esuatini), bautizado así por su hijo y sucesor Mswati. También sigue gobernado por su familia.

21. Era un rasgo de familia. Cuando Nazli, la hija de Mehmet Alí, vio a su marido coqueteando con una esclava, le presentó la cabeza de esta en una bandeja. El marido se fue y Mehmet Alí ordeno a Abbás, uno de sus nietos, que ejecutara a Nazli, pero él lo convenció de que le perdonara la vida.

22. Su amistad más estrecha, posiblemente un romance, fue con Sofía, la alegre y ambiciosa princesa bávara casada con Francisco Carlos, el aburrido hijo del emperador Francisco. Su primogénito, Francisco José, era el futuro emperador, cuyo reino se prolongaría hasta la primera guerra mundial.

1. El padre, un procurador superrico, sirve de muestra de las depredaciones sexuales de la élite blanca, los mantuanos. Incluso para los niveles de los violadores esclavistas, era un depredador: dos hermanas esclavas informaron al obispo de Caracas de que las violaba habitualmente: «ese lobo infernal que intentaba tomarme por la fuerza y enviarme al Diablo». El obispo investigó y organizó el matrimonio de don Juan Vicente, de cincuenta años, con María, una mantuana de catorce, que no tardó en quedar embarazada de Simón.

2. Todos recordaban la rebelión de 1781 contra la opresión española en Perú, liderada por Tupac Amaru II, un amerindio culto descendiente de los incas. Comandó a un ejército de setenta mil soldados, entre ellos mujeres combatientes a las órdenes de su esposa, contra Cuzco y masacró a españoles. Cuando fue aplastado, murieron cien mil amerindios y al inca le cortaron la lengua antes de que fuera desmembrado por cuatro caballos y exhibido en la misma plaza de Cuzco en la que había sido ejecutado su trastatarabuelo, Tupac Amaru I.

3. Boyer fue amable con la reina María Luisa y le concedió varias propiedades. Pero, cuando empezaba a temer por su vida, fue rescatada por la Armada Real y trasladada a Londres. Ella y sus hijas Améthyste y Athénaïre se hospedaron con Clarkson: una reina y unas princesas negras en el Londres de la Regencia.

4. Francia nunca se casó ni amó a nadie, pero plasmó a sus parejas sexuales en un libro y tuvo siete hijos. Cuando descubrió que Ubalda, su hija ilegítima, mantenía relaciones sexuales por dinero, declaró la nobleza de la prostitución, que reguló ordenando que las prostitutas llevaran la peineta de oro, el signo de una dama española respetable. Solo se honraba a las trabajadoras sexuales en el Paraguay de Francia.

5. Cuando Jefferson se retiró a Monticello en 1809, el gran virginiano volvió a su estilo de vida cortesano y a recibir los cuidados de su amante Sally Hemings, que estaba criando a los cuatro hijos de ambos. Aunque Thenia, una de sus hermanas, había sido vendida a James Monroe, Jefferson había liberado a dos de sus hermanos, a uno de los cuales, su chef James, formado en Francia, había invitado a ser cocinero de la Casa Blanca. James rechazó la oferta y más tarde se suicidó. En cuanto a sus hijos esclavos, Jefferson hizo que los niños se formaran como carpinteros y Harriet como tejedora, aunque también aprendieron violín. Su formación como artesanos fue muy distinta de la educación de los virginianos blancos.

6. En el barrio de chabolas más grande, Angel Meadow, las familias vivían rodeadas de montañas de basura y nubes de humo. En Liverpool, con ochenta mil habitantes, la segunda ciudad más extensa de Gran Bretaña en 1800, alrededor de un 60 % de los niños morían antes de cumplir los cinco años, y la esperanza de vida era de veintiséis. Aun cuando mejoró la comida, lo cual hizo aumentar la población (la altura media de un inglés se incrementó cinco centímetros entre 1750 y 1900), las ciudades industriales —plagadas de tuberculosis, cólera y fiebre tifoidea— estaban matando a la nueva clase obrera en grandes cifras. Esas nuevas industrias también acrecentaron la brecha entre clases y cambiaron la configuración de las familias. Las fábricas necesitaban directores y oficinistas, una nueva casta mayoritariamente masculina, aunque ayudada por mujeres alfabetizadas, y todos trabajaban en una nueva ubicación: la oficina. Mientras los trabajadores sudaban en la fábrica, esos directores firmaban documentos e imponían el nuevo horario, que marcó el ritmo de la vida urbana occidental hasta la pandemia de covid en 2020. Los empleados de oficina querían demostrar su veteranía al capataz y su proximidad con el propietario. Para fomentar el culto a la industria, ahora asociado a la virtud y el estatus, los trabajadores de oficina llevaban chaquetas cortas y pantalones oscuros, un uniforme que se convertiría en el traje. Empezando como los pañuelos de cuello de Beau Brummell, las corbatas —la prenda más fútil que se haya inventado— se desarrollaron como parte del uniforme de la sobriedad trabajadora.

7. La rebelión dejó al zar Alejandro en una posición incómoda: su séquito estaba lleno de griegos, y su ministro de Asuntos Exteriores era el aristócrata Ioannis Kapodistrias, de Corfú, que abandonó el servicio ruso para convertirse en el primer gobernador de la Grecia independiente. Los griegos no fueron los únicos que se unieron a la revuelta ortodoxa: el caudillo serbio Đorđe Petrović, conocido como Jorge el Negro (*Karađorđe*), se unió a la Filiki Etaireia. En 1804, este comerciante de ovejas lideró una exitosa pero fugaz rebelión contra los otomanos. Fue asesinado en 1817 por el caudillo rival Miloš Obrenović, que había obtenido concesiones del sultán. Las dos familias, Obrenovići y Karađorđevići, lucharon por el poder en Serbia hasta 1903.

8. Cuando el secretario de Asuntos Exteriores, el vizconde Castlereagh, un maníaco depresivo, se suicidó, Byron estaba exultante:

La posteridad jamás verá
una tumba más noble que esta:
aquí yacen los huesos de Castlereagh:
¡detente, viajero, y mea!

9. Sentado al frente de la orquesta, que había recibido instrucciones de seguir al director y no al compositor, Beethoven «empezó a balancearse adelante y atrás como un loco. Estiró el cuerpo a todo lo que daba ... se arrojó al suelo ... e hizo aletear manos y pies como si quisiera tocar todos los instrumentos y cantar todo el coro». Cuando murió en 1826 dijo, igual que Augusto: «Aplaudid, amigos. La comedia se ha acabado». En su funeral, una multitud llenó las calles de Viena.

10. Las familias de los esclavistas —incluyendo al duque de Leutchenberg (Eugenio, hijo de la emperatriz Josefina)— recibieron pagos haitianos durante muchas generaciones, el único caso de descendientes de esclavos liberados obligados a compensar a los descendientes de sus dueños. En 1843 Boyer fue derrocado por unas protestas populares, Santo Domingo se rebeló y libró una guerra de independencia para crear la República Dominicana; y, tras efectuar su último pago en 1888, Haití pidió a bancos estadounidenses préstamos que no podría devolver.

11. Alejandro Dumas, hijo de Thomas-Alexandre Dumas, el «Diablo Negro», general revolucionario haitiano, fue el bibliotecario y secretario de Luis Felipe en la década de 1820 y participó en la revolución de 1830. Había empezado a escribir historias basadas en las aventuras de su padre, entre ellas el viaje furtivo de su tío Montecristo pasando por una pequeña isla caribeña. En 1844, su novela *El conde de Montecristo* documentó los peligros de los regímenes siempre cambiantes de Francia. Se publicó en 18 entregas en el *Journal des Debats*. Dumas se convirtió en uno de los supernovelistas comerciales que se beneficiaron de una mejor alfabetización y de la proliferación de periódicos hambrientos de lectores. Las ventas fueron colosales, pero, gracias a que compaginaba una familia y un estilo de vida que entrañaba la construcción del Château de Monte-Cristo y cuarenta amantes, el irreprimible novelista siempre estaba arruinado, a pesar de que contrató a un grupo de escritores para que crearan *best sellers*. Dumas floreció con Luis Felipe, aunque se enfrentaba constantemente al racismo por sus orígenes. «Mi padre era mulato y mi abuelo era negro», respondía, «y mi bisabuelo era un mono. Ya veis, Señor, mi familia empieza donde termina la vuestra».

12. Balzac documentó y rechazó el horror de la nueva vida de oficina, una institución que dominó los días de millones de personas de Occidente hasta el siglo XXI, temiendo que, «como empleado, una máquina ... comiendo, bebiendo y durmiendo a horarios fijos, tendría que ser como todos los demás». Antes que Dickens, se convirtió en el primer observador de la vida de los trabajadores de oficina en *Les employés* y en su ensayo *Physiologie de l'employé*. «La burocracia», afirmaba, «es un mecanismo gigantesco manejado por pigmeos».

13. Cuando lord Liverpool sufrió una embolia después del mandato más largo de los dos últimos siglos, los altaneros aristócratas creían que Canning nunca podría sucederlo. «El hijo de una actriz queda inmediatamente descalificado para ser primer ministro», dijo el conde de Grey. Pero Jorge IV lo eligió. Tras su muerte al cabo de tan solo ciento diecinueve días, el siguiente gobierno se vino abajo después de ciento cuarenta y cuatro días y, en enero de 1828, el rey nombró a Wellington.

14. El rencor que inspiraba la emancipación católica era tal que Wellington desafió a un detractor, el conde de Winchilsea, a un duelo, celebrado el 23 de marzo de 1829 en Battersea Fields. Ambos descargaron sus armas sin hacerse daño, y el honor quedó satisfecho. Fue el último duelo de un primer ministro.

15. La falta de glamur de Luis Felipe alentó los sueños bonapartistas, centrados en el heredero, conocido como el Aguilucho. En Viena, el emperador Francisco le dio al hijo de Napoleón un regimiento, pero le impidió servir en ningún sitio. El 22 de julio de 1832, Napoleón Francisco murió de tuberculosis a los veintiún años. El joven Adolf Hitler estaba obsesionado con el duque de Reichstadt: en 1940, una de las primeras cosas que hizo al conquistar Francia fue ordenar el traslado de los restos mortales de Napoleón II a los Invalides de París, junto a su padre, como regalo al pueblo francés.

16. En 1833, esta compensación suponía «el 40 % del gasto anual del gobierno», escribe Michael Taylor, «y hasta el rescate a la banca de 2008, fue el pago específico más cuantioso de la historia británica». Al principio, Baring Brothers intentó reunir el enorme importe del préstamo, pero su envergadura era excesiva. Grey recurrió a Nathan Rothschild y su cuñado, Moses Montefiore, ambos partidarios de la abolición que deploraban la esclavitud, comparándola con las persecuciones racistas al pueblo judío a lo largo de muchos siglos. Consideraban la obtención del dinero para el préstamo una medida esencial para conseguir la liberación, e hicieron campaña para eliminar las restricciones a los judíos. Días después de la aprobación de la abolición, el parlamento rechazó la Ley de Derogación de Discapacidades de los Civiles Judíos. El Reino Unido «es un país cristiano con una legislatura cristiana», dijo Wellington. «Esta medida acabaría con ese carácter peculiar.»

17. Justo después de la abolición, un joven naturalista aficionado partió hacia el Pacífico en el *HMS Beagle* con un proyecto que era a la vez imperial y científico. Nacido en el corazón de las familias interrelacionadas de los Wedgwood y los Darwin, Charles Darwin en parte fue elegido por su estudio de los invertebrados marinos y en parte porque su riqueza cubría sus gastos. Su padre, Robert, vetó el viaje hasta que lo convenció su cuñado, el rey de la cerámica Josiah Wedgwood II. En el viaje de cinco años, Darwin estudió a los animales de las islas Galápagos y, fijándose en la variedad de la vida natural, desarrolló la idea de que «es absurdo decir que un animal es más elevado que otro». En 1859 publicó *Sobre el origen de las especies*, en el que argumentaba: «Como nacen muchos más ejemplares de cada especie de los que pueden sobrevivir y como, en consecuencia, a menudo se da una batalla recurrente por la existencia, cualquier ser, si varía, por poco que sea, de una manera que le sea provechosa ... tendrá más posibilidades de sobrevivir y, por tanto, de ser seleccionado naturalmente». Darwin concluía que, «a partir de unos inicios tan simples, innumerables formas de lo más bellas y maravillosas han evolucionado y están evolucionando».

18. El *oba* de Lagos, Kosoko, un vasallo dahomeyano, se negó a cooperar hasta que, en 1851, la Armada Real bombardeó la ciudad, lo depuso y lo sustituyó por otro gobernante; fue el primer paso hacia una nueva colonia. En 1862, el temor a la invasión francesa convenció a Palmerston de anexionar la ciudad. Más al oeste, en la Costa Dorada, los asantes ahora utilizaban esclavos para que trabajaran en sus minas de oro y sus plantaciones, y muchos vivían en pueblos alrededor de Kumasi, la capital. Los desafortunados eran sacrificados en rituales anuales.

19. El mejor asesor otomano era un joven capitán prusiano de una familia danesa-mecklemburguesa, que más tarde transformaría la guerra y la misma Europa: aconsejó al visir que no luchara en Nezib. El visir ignoró su consejo, lo cual tuvo consecuencias fatales. El asesor era Helmuth von Moltke, un oficial prusiano muy inusual, pensativo, aficionado a la literatura y cosmopolita, además de autor de novelas románticas, libros de historia y *Cartas desde Turquía*.

20. Cuando Shah Shuja fue depuesto de niño, recibió asilo de Rajit, el creador de imperios, que a cambio exigió su preciado diamante Koh-i-Noor.

21. Nació una nueva comunidad de seminolas negros —medio africanos y medio seminolas— que desarrollaron una cultura híbrida que combinaba la nativa americana y la africana y hablaba el idioma gullah, fusionando el krio de África occidental con el seminola. Durante las revueltas de esclavos de 1835, los seminolas negros se unieron a los esclavos afroamericanos para atacar plantaciones. Más tarde, muchos fueron exploradores de los ejércitos estadounidense o mexicano.

22. En 1821, como joven oficial que combatía en las filas de España, Santa Anna cambió de bando para unirse a la revolución con el general Agustín de Iturbide. Ambos manifestaban las contradicciones de México: la revolución fue iniciada por un sacerdote mestizo, pero ahora sus líderes eran oficiales blancos católicos. Iturbide ofreció el Compromiso de Iguala, basado en tres garantías: independencia, catolicismo e igualdad entre mexicanos blancos y mestizos. Establecería una monarquía, probablemente borbónica. Pero, en octubre de 1821, la victoria de Iturbide fue tan aplastante que sus partidarios propusieron que tomara la corona: «Tuve la condescendencia —o llamémoslo debilidad— de permitir que me sentaran en el trono que había creado para otros». Iturbide fue coronado emperador Agustín, pero pronto se enfrentó a resistencias. En diciembre de 1822, el coronel Santa Anna, de veintinueve años, se rebeló y entró en Ciudad de México, lo cual provocó el exilio del emperador y la creación de una república. Cuando Agustín volvió para recuperar el trono, fue ejecutado.

23. Los padres de Lamar les pusieron a sus hijos los nombres de sus héroes de Roma y de la Revolución Francesa: su hermano era Lucius Quintus Cincinnatus Lamar.

24. Sus atrocidades inspiraron la novela clásica *Meridiano de sangre*, de Cormac McCarthy. Más tarde, Kirker fue explorador en la invasión estadounidense de México y luego acompañó a los *49ers* (participantes en la fiebre del oro de 1849) a California, donde se instaló y murió en paz.

25. Santa Anna volvió al exilio, pero en 1853 regresó como dictador vitalicio y «Serenísima Alteza», sopesando la corona hasta que se vio obligado a dimitir y fue sustituido por un nuevo tipo de líder mexicano, el abogado zapoteca amerindio Benito Juárez, que antaño le había servido descalzo como camarero. Santa Anna denunció a Juárez, el «indio oscuro» al que había que «enseñar a llevar zapatos, chaqueta y pantalones».

26. La hambruna irlandesa también reorganizó la política británica. En 1845, una plaga en Irlanda destruyó las patatas, que desde que se importaron de América habían sido la dieta habitual de un campesinado católico pobre que trabajaba para señores protestantes británicos que se negaban a derogar las leyes del maíz que protegían sus precios de los cereales. Pero, cuando se intensificó la hambruna y murieron un millón de irlandeses, Peel, el primer ministro tory, se unió a Gladstone y otros whigs para derogar las leyes. Peel se encontró con la oposición de su propio partido, liderado por una figura inverosímil para representarlos: un novelista y dandi, nacido judío y de origen marroquí, llamado Benjamin Disraeli. De la crisis nacieron los liberales, encabezados por Palmerston, y los conservadores, a los que pronto dirigiría Disraeli.

27. En Australia, otra nación de colonos, estaba dándose un proceso similar. Allí la conquista fue más fácil. Por un lado, los pueblos indígenas estaban mucho menos organizados, su resistencia era mucho menos feroz y no había otras potencias europeas rivales. Por otro, los colonos estaban menos divididos y, aunque no practicaban la esclavitud, desplegaron la misma injusticia, violencia e intolerancia. Los colonos y los delincuentes, inspirados por los grandes espacios y un espíritu aventurero, se expandieron con agresividad. En 1851, el descubrimiento de oro atrajo a una oleada de inmigrantes que exigían representación. En 1854, la revuelta de mineros de oro de Ballarat, Victoria, fue aplastada, y murieron 27, pero después llegó la concesión de un autogobierno limitado y el sufragio masculino universal, con una innovación: el voto secreto «australiano», más tarde copiado en todo el mundo. Una generación de delincuentes conocidos como los fugitivos recorrían los grandes territorios, personificados por Fred Ward, el capitán Thunderbolt. Ward, un peón reconvertido en ladrón de ganado, fue detenido y enviado a la bahía de Cockatoo, de donde logró escapar. En la década de 1860 cometió una serie de atracos y fue perseguido por agentes del gobierno. Admirado por muchos como el «caballero fugitivo», el barbudo Thunderbolt evitó la captura hasta 1870, momento en el cual, a sus treinta y cinco años, fue tiroteado.

28. En 1819, cuando murió Kamehameha el Conquistador, su disoluto hijo Liholiho, Kamehameha II, descuidó la flota de su padre y gastó una fortuna en un lujoso yate americano que bautizó como *Barcaza de Cleopatra*, en el que languidecía demasiado ebrio incluso para hablar. Él y su tripulación de borrachos no tardaron en destrozarlo, y luego fue a visitar a Jorge IV en el Reino Unido, donde murió de sarampión. Lo sucedió su hermano como Kamehameha III.

29. Aunque había sido criado por misioneros estadounidenses, Kamehameha IV los despreciaba a ellos y al racismo de su país. Él y su hermano Lot habían ido a conocer al presidente Taylor en Washington y a la reina Victoria en Londres. En el tren a Nueva York, «el conductor me tomó por el sirviente de alguien solo porque tenía la piel más oscura. Menudo bobo. Era la primera vez que recibía semejante trato. En Inglaterra, un africano puede [sentarse] junto a la reina Victoria», pero los estadounidenses, aunque «hablan y piensan mucho sobre su libertad, a menudo eran negligentes con los extranjeros».

1. Desde la abolición británica, los precios de los esclavos eran más altos, así que el coste de compensar a los propietarios por sus 240.560 esclavos fue aún más elevado, un total de 120 millones de francos.

2. La idea del socialismo había sido desarrollada por el aristócrata francés Henri, *comte* de Saint-Simon. Después de luchar para los estadounidenses en Yorktown cuando tenía veinte años, acompañado de su amigo Lafayette, Saint-Simon apoyó la Revolución Francesa, fue arrestado y casi guillotinado por orden de Robespierre y más tarde planeó con Talleyrand el desmantelamiento de Notre-Dame y la venta del plomo del tejado. Viviendo espléndidamente durante el reinado de Napoleón, perdió su dinero y empezó a estudiar el mundo industrial. En 1817, a la edad de cincuenta y siete años, escribió *L'industrie*, en el que declaraba dos principios: «Toda la sociedad depende de la industria» y «la política es la ciencia de la producción». Se deprimió tanto por la falta de apoyo que se pegó seis tiros en la cabeza, pero solo perdió la visión de un ojo. Una década después de su muerte se acuñó la palabra «socialismo».

3. Lola era poco elegante en su narcisismo, y se volvió contra el apenado rey. «Después de todo lo que he sufrido por ti, perseguida desde Múnich por mi devoción hacia tu persona, tu actitud resulta extraña y despiadada», le escribió. Luis murió en el exilio y ella se fue de gira por América.

4. En la revolución alemana anidaba un chovinismo más oscuro. En Dresde, Richard Wagner, a sus treinta y cinco años director musical del rey sajón, hijo de un policía de Leipzig, en cuyo barrio judío se crio, y compositor de *Rienzi*, una ópera exitosa, apoyaba un nacionalismo socialista alemán —«Yo, pobre artista, juré fidelidad eterna a mi patria alemana»— y se unió a la revolución. Enviado al exilio, escribió anónimamente una agresiva denuncia, *El judaísmo en la música*, que ayudó a inventar una nueva variante de racismo y en la que llamaba a los judíos «la conciencia maligna de nuestra civilización moderna». Con el propósito de «explicarnos a nosotros mismos la involuntaria repugnancia que nos provocan la naturaleza y la personalidad de los judíos, para vengar ese disgusto instintivo», acuñó un tropo que los comparaba con «una colonia enjambrada de insectos» en el noble cuerpo de la nación alemana.

5. Desde el siglo XVII, la mayoría de las ciudades europeas tenían unidades de maternidad dentro de los hospitales, pero presentaban catastróficos índices de mortalidad por fiebre puerperal, y era más seguro dar a luz en casa con comadronas tradicionales. Los médicos varones intervenían cada vez más en los partos. Hacía mucho tiempo que algunos doctores sospechaban que ellos mismos eran los responsables de las muertes de las mujeres. En 1843, el profesor estadounidense Oliver Wendell Holmes (padre del juez) identificó la falta de higiene como la causa. Tres años después, Ignaz Semmelweis, un médico húngaro del Hospital General de Viena, reparó en que en la Primera Clínica, gestionada por doctores, un 10 % de las madres morían; en la Segunda Clínica, gestionada por comadronas, solo fallecía un 4 %. Cuando un médico murió al clavarse accidentalmente un bisturí utilizado en una autopsia, Semmelweis se dio cuenta de que alternaban continuamente autopsias y partos. Las medidas de higiene de Semmelweis redujeron drásticamente las muertes. Pero los médicos se burlaban de la idea de que, como caballeros, pudieran ir sucios y de la teoría de los gérmenes. Al mismo tiempo, la revolución de 1848, incluyendo la rebelión húngara, convirtió a Semmelweis en una figura sospechosa y, ante los obstáculos, se vio obligado a dimitir. Después se trasladó a Pest, en Hungría, pero, aunque los británicos acogieron bastante bien sus ideas, los médicos alemanes y austríacos lo atacaban. Se volvió loco, hablando incesantemente de la fiebre puerperal, y murió en un manicomio. La teoría de los gérmenes demostró que Semmelweis tenía razón, y la fiebre puerperal y la mortalidad infantil se redujeron enormemente.

6. Flaubert, hijo de un cirujano normando, escapó del caos revolucionario embarcándose en un recorrido estético y sexual por Grecia, Egipto y Constantinopla, probando a chicos y chicas en hazañas que relataba en sus cartas. Le disgustaba tanto la revolución como las contramedidas, y se describía como un «viejo zoquete romántico y liberal». No fue hasta 1857 cuando escribió su estudio del cruel tratamiento de la sociedad a una esposa infiel, *Madame Bovary*.

7. En 1849, poco después de la elección de Napoleón, Faustino Soulouque, presidente de Haití, se proclamó emperador como Faustino I. Nacido en 1782, de ascendencia mandinga, fue liberado y más tarde luchó contra los franceses y fue nombrado jefe de la guardia presidencial. A la muerte del presidente, la «élite mulata» eligió como líder al poco ambicioso Soulouque, de sesenta y cinco años. Sin embargo, formó una milicia, los Zinglins, ejecutó a todos sus oponentes y fundó un nuevo imperio haitiano. Como él y la emperatriz Adelina solo tenían una hija, eligió como heredero a su sobrino. El emperador intentó reconquistar la República Dominicana, independiente desde 1844, pero a Haití no se le permitió mantener su conquista. En 1859, el emperador fue derrocado por su esbirro, el general Fabre Geffrard, duque de Tabara, que fue nombrado presidente. Fue el final de los experimentos monárquicos en Haití.

8. Disgustado por el ascenso de Napoleón III, «el Sobrino», Marx bromeaba: «Hegel comenta en algún sitio que todos los grandes hechos y personajes históricos aparecen, por así decirlo, dos veces. Se le olvidó añadir: la primera vez como tragedia, y la segunda como farsa». En sus cartas, en las que denunciaban vehementemente a sus numerosos enemigos y rivales, él y Engels intercambiaban insultos racistas («negrata» era uno de sus favoritos); Engels llamaba a Marx «el Moro» por su tez morena, y Marx a Engels «el General».

9. A Napoleón lo acompañó en su vuelta al esplendor su tío Jerónimo, cuyos dos hijos eran el núcleo de la familia: el heredero, el inepto y mezquino Plon-Plon, creía que debía ser él el emperador, y se consolaba robándole las amantes a Napoleón y exigiendo dinero; su hermana Matilde era todo lo contrario, artística y poco pretenciosa, y bromeaba: «Si no fuera por Napoleón I, estaría vendiendo naranjas en las calles de Ajaccio». Jerónimo, rey de Westfalia y comandante de un cuerpo desplegado en Rusia y Waterloo, ahora era presidente del Senado. La hija que tuvo con Betsy Patterson, Bo Bonaparte, se había quedado en Estados Unidos, donde su hijo Carlos trabajaba en el gabinete de Teddy Roosevelt.

10. Manuela, la madre de Eugenia, era hija de un comerciante de vinos irlandés, se había casado con un grande de España y había sido amante de varias celebridades europeas, entre ellas lord Clarendon, el secretario de Asuntos Exteriores británico. Su amigo Prosper Mérimée basó en su vida la novela *Carmen*, más tarde adaptada a la ópera por Bizet.

11. Lionel de Rothschild, director del banco británico, visitó a su tío James y quedó impresionado: «Ojalá tuviéramos a un hombre como el emperador para hacer algunos cambios en la vieja Londres». Veinte años antes, Lionel había sucedido a su padre, Nathan Mayer Rothschild, que al morir en la década de 1830 probablemente era el individuo más rico del mundo: «Su fortuna personal», estima Niall Ferguson, «equivalía a un 0,62 % del PIB británico». Ahora Lionel era íntimo del hombre que encargó «algunos cambios en Londres»: Benjamin Disraeli. Cinco años después, en el verano de 1858, Londres, que también sufría frecuentes epidemias de cólera, emuló a París después de que un olor fecal —el Gran Hedor— invadiera la ciudad. Disraeli, el canciller conservador, denunció la «laguna estigia, poblada de horrores inefables e intolerables», e inició la construcción de las magníficas cloacas de Londres con el ingeniero visionario Joseph Bazalgette, que creó 130 kilómetros de alcantarillas recubiertas de ladrillo y 1.800 kilómetros de canalizaciones en las calles con estaciones de bombeo tan espléndidas como palacios. El proyecto duró veinte años, pero acabó con el hedor y también redujo el cólera. Este probablemente se había originado en la India siglos antes de que fuera identificado a su llegada al Reino Unido en 1831. Conocido como la Muerte Azul —la falta de oxígeno en sus últimas fases ponía azules a los pacientes—, era causado por una bacteria en el agua de las ciudades industriales, contaminada por heces humanas. Exactamente en ese momento, a finales de 1854, John Snow, un médico que había anestesiado a la reina Victoria con cloroformo cuando daba a luz a su octavo hijo, estaba haciendo un seguimiento de un brote de cólera que acabó con 127 personas en el Soho de Londres cuando se dio cuenta de que el principal contaminante era una bomba de la calle. Cerrarla acabó con la epidemia, lo cual demostró que el cólera se transmitía por el agua.

12. Para seguir el ritmo del vapor se desarrolló el telégrafo, y en 1851 se instaló una línea entre Gran Bretaña y Francia. En julio de 1858, el magnate estadounidense Cyrus West Field, que había ganado una fortuna suministrando papel a los periódicos, orquestó la instalación de un cable de telégrafo transatlántico de 3.200 kilómetros de longitud que permitiría al presidente Buchanan y la reina Victoria intercambiar saludos. El logro de Field contribuyó al vínculo entre el Reino Unido y Estados Unidos y aceleró la globalización del mundo. En 1865, un mensaje tardaba treinta y cinco minutos en llegar de Londres a Bombay. Ese mundo más pequeño hizo que las noticias fueran más urgentes: después de que Charles-Louis Havas, un escritor judío de Ruan, fundara la primera agencia de noticias, uno de sus empleados, llamado Israel Josaphat e hijo de un rabino de Kassel, se fue para crear una propia, utilizando palomas, luego pagando a los barcos de vapor para que lanzaran latas con noticias estadounidenses al primer puerto irlandés y, finalmente, después de trasladarse a Londres y adoptar el nombre de Reuter, su nueva empresa utilizó la telegrafía para convertirse en una agencia de noticias global.

13. Cora se convirtió en cortesana por accidente, empezando con «hombres horrorosos», pero se hizo amante de Morny y de varios jóvenes de alta cuna que incluían al zar Alejandro II, el príncipe de Orange, Napoleón, Plon-Plon y más tarde el príncipe de Gales. Mantenía encuentros en una mansión parisina conocida como Les Petites Tuileries y en un castillo rural, cuyos dormitorios y cuartos de baño estaban recubiertos de oro. Una vez hizo que la llevaran a una cena cuatro gigantes sobre una bandeja de plata cubierta, en la que luego se revelaba Cora, invitando a los asistentes a «comerse el siguiente plato». Como era de esperar, su historia terminó en tragedia: un joven arruinado por Cora se pegó un tiro en su mansión. La suerte de Cora cambió, su castillo y sus joyas fueron vendidos y murió pobre.

14. Alejandro Dumas, hijo del autor de *Los tres mosqueteros*, le preguntó a Valtesse si podía hacerle una visita. «Lo siento, *monsieur*», respondió ella. «Está fuera de su alcance.» Valtesse fue una de las pocas *horizontales* que llegaron a la vejez conservando su fortuna y su dignidad. Dumas inmortalizó su romance con Marie Duplessis y su muerte por tuberculosis en *La dama de las camelias*, acuñando el término *demi-monde* para ese mundo entre la calle y el palacio. La realidad y el teatro se fusionaron cuando la obra se convirtió en un éxito que vio el *demi-monde* entero; más tarde, Verdi la convirtió en su ópera *La Traviata*. De ese mundo cruel e implacable nació un auténtico genio. Sarah Bernhardt era hija de Julie, una cortesana judía de origen neerlandés que era amante de Morny (probablemente el padre de Sarah). Morny logró que Sarah se uniera a la Comédie-Française, donde, interpretando papeles como el de la heroína de *La dama de las camelias*, llegó a ser la actriz más famosa del mundo.

15. Los avances de la medicina solo pudieron salvar millones de vidas gracias a medidas públicas de líderes como Palmerston, sumadas a la cooperación internacional. En 1851 se había fundado la primera organización internacional de la salud, cuando doce naciones europeas enviaron a un diplomático y un médico cada una a la Conferencia Sanitaria Internacional de París para acordar medidas de cuarentena contra el cólera. En 1907, la conferencia se convirtió en la Office International d'Hygiène Publique. Pero se tardó décadas en coordinar medidas para impedir contagios. Durante casi un siglo, la viruela fue la única enfermedad tratada con vacunas.

16. Alberto era un visionario reformador lleno de ideas para mejorar el palacio y la sociedad. Fue uno de los promotores de la Gran Exposición de las Obras Industriales de Todas las Naciones en el palacio de Cristal en 1851 —entre los objetos expuestos estaba el diamante Koh-i-Noor, que acababa de procurar la anexión del Punyab sij—, que recibió seis millones de visitas. Rebosaba maravillas tecnológicas del progreso, pero también herramientas de destrucción. El propietario prusiano de una fundición llamado Alfred Krupp presentó un cañón y un lingote de acero de 19.500 kilos, una maravilla de la técnica (el excéntrico no vendió un solo cañón y Prusia siguió siendo una potencia menor, todavía afectada por las revoluciones recientes. Sus colosales cañones parecían de poca utilidad). Alberto aprovechó los beneficios de la exposición para construir su nuevo proyecto, Albertópolis, que aún es el barrio de los museos de Londres. Sin embargo, a menudo se enfrentaba a trabas de los cortesanos, los políticos e incluso su mujer. «Estoy muy contento y satisfecho», decía, «pero la dificultad para ocupar mi lugar con la dignidad adecuada está en que soy solo el marido, no el señor de la casa.»

17. Alejandro II, agradable, lascivo y educado, se veía como un cosmopolita europeo, igual que su tío Alejandro I, y no como un déspota nacionalista como su temido padre. La primera derrota de Rusia desde 1812 lo convenció de que su país necesitaba reformas. En 1861 liberó a 23 millones de siervos, cuya situación era parecida a la esclavitud; creó organismos de autogobierno local y tribunales con jurado, lo cual alimentó la esperanza de reformas más profundas. Pero era un autócrata ruso de pies a cabeza, completó la guerra de su padre contra los yihadistas chechenos y purgó a los circasianos, ambas cosas en el Cáucaso. En 1863, los polacos iniciaron una rebelión y Alejandro acabó con ellos, cosa que indignó a Europa (aunque tenía el respaldo de Prusia); 22.000 polacos fueron ahorcados o deportados, y ordenó políticas de rusificación que prohibían el uso del polaco, el ucraniano y el lituano en escuelas y oficinas. Como en 1830, la sociedad rusa, incluso los liberales, apoyó la supresión de Polonia y la Pequeña Rusia (una de las tres gobernaciones que forman la Ucrania actual), una actitud que el escritor disidente Aleksandr Herzen tachó de «sífilis patriota». Pero Alejandro también fomentó el uso del finlandés y ofreció a Finlandia una constitución propia. Redirigió la expansión rusa hacia Asia central, donde gobernaba por medio de instituciones y notables islámicos. Frustrado en Europa, soñaba con un ataque a la India británica.

18. En 1858, Alberto negoció el matrimonio de su primogénita, la hermosa Vicky, de diecisiete años, con el impresionante príncipe Federico de Prusia, cinco años mayor que ella. «El segundo día más ajetreado de mi vida», escribió Victoria. «Casi tenía la sensación de ser yo la que estaba casándose otra vez, pero mucho más nerviosa.» Al poco, Vicky quedó embarazada, para luego padecer un parto de nalgas casi mortal en el que la respiración del bebé, nacido con el brazo izquierdo atrofiado, quedó obstruida. El niño fue bautizado Guillermo, futuro káiser de Alemania.

19. En Madrás, Christopher Biden, oficial retirado de la Compañía de las Indias Orientales, juez de paz, autor de un manual de disciplina naval y antepasado de un presidente estadounidense del siglo XXI, «cayó a manos de un grupo de fanáticos».

20. Enterrado en Lucknow, su epitafio decía: «Aquí yace todo lo que podía morir de William Stephen Raikes Hodson».

21. Todos los imperios se basan en el miedo: los asesinatos permitieron al Reino Unido dominar la India con relativamente pocos funcionarios durante unos setenta años. Un gélido sentido de la superioridad racial imperaba en el Raj británico: el matrimonio y las relaciones entre británicos e indios disminuyeron; las chicas británicas iban a la India a encontrar marido. Los funcionarios y oficiales británicos gobernaban, excluyendo a los indios de los cargos de relevancia, con un nuevo sentido de responsabilidad señorial. Los ferrocarriles y los telégrafos fueron útiles para eliminar cualquier rebelión futura, pero también constituían la infraestructura de la India como unidad política singular, elevando los ingresos rurales en casi un 16 %. En 1900, los ferrocarriles indios eran la tercera red más grande del mundo. Las escuelas, las universidades y un poder judicial de estilo británico empezaron a formar a una clase media india.

22. Era un momento en el que los conquistadores británicos todavía podían tomar nuevas provincias para el imperio. En 1838, un joven aventurero llamado James Brooke, hijo de un juez de la Compañía de las Indias Orientales en Calcuta, fletó un barco e intervino en la política interna del sultanato de Brunéi. Sus victorias contra piratas malayos y hombres de la tribu dayak en 1842 convencieron al sultán, Omar Saifuddien II, que lo nombró rajá hereditario de Sarawak. «El rajá blanco» intentó prohibir que los dayak cazaran cabelleras, pero también utilizó a ayudantes dayak para acabar con la oposición. Acusado de atrocidades en Londres, desafió a sus detractores, pero tuvo problemas para organizar la sucesión de su extraña monarquía. Es posible que, de joven, Brooke tuviera un hijo, pero era homosexual en secreto y se enamoró de Badruddin, un príncipe de Brunéi, y de varios aristócratas ingleses jóvenes y niños de la calle a los que escribía febriles poemas de amor. Como no tenía hijos legítimos, nombró heredero a un sobrino, con el que más tarde se enemistó. El rajá pasó la vejez en Totnes, persiguiendo a chicos de la zona y siendo chantajeado por ellos. Cuando murió, le dejó el raj a su sobrino Charles Brooke. La dinastía gobernó Sarawak hasta 1946.

23. Ward era un filibustero y comandante de ejércitos privados estadounidenses que había servido en la armada y se había unido a William Walker en su intento por conquistar un imperio privado en México antes de viajar a China, donde se enroló como cazador de piratas. Luego creó un pequeño grupo de mercenarios con revólveres Colt, el Shanghai Foreign Arms Corps, que se convirtió en un ejército, hasta que fue asesinado a los treinta años de edad. Su sucesor fue el hijo de un general, un hombre de ojos azules y fervoroso evangélico con complejo de Dios que hablaba a menudo con San Pablo. Gordon participó en la guerra de Crimea, y más tarde sirvió en China. No le gustó lo que oyó sobre el saqueo vandálico de Elgin en el Palacio de Verano. Uniéndose a la guerra de Cixi contra los Taiping, «este espléndido inglés» ganó 33 batallas, rodeado de sus guardaespaldas vestidos de azul, demostrando una piedad inusual en un conflicto brutal y ganándose un ascenso del emperador. A su regreso a Inglaterra, realizó trabajos sociales con los niños pobres de Gravesend, a los que invitaba a su casa. A menudo deseaba haber sido castrado, y es probable que fuera un homosexual reprimido.

24. Antes, Garibaldi había luchado por la independencia uruguaya. Mientras estaba en Suramérica, buscó a Manuela Sáenz, la amante de Bolívar. Garibaldi había perdido a su propia Manuela: durante la guerra de Uruguay, se había enamorado de la gaucha brasileña Anita de Sousa, que se unió a sus combatientes por la libertad. Combinaba «la fuerza y la valentía de un hombre con el encanto y la ternura de una mujer, todo ello manifestado en la osadía y el vigor con los que blandía la espada y la hermosa forma ovalada de su cara, que perfilaba la suavidad de sus ojos extraordinarios». Tuvieron cuatro hijos, y en 1848 regresó con él para luchar por Roma. Murió de malaria cuando las tropas francesas y austríacas aplastaron la revolución. Garibaldi siempre llevaba su poncho y su bufanda.

25. Douglass nació esclavizado en una plantación de Maryland, hijo de una afroamericana, mientras que «mi dueño era mi padre». Escapando de sus ataduras, llegó a Massachusetts, donde empezó a hacer campaña contra la esclavitud. Allí, Douglass, atractivo y carismático, además de excelente escritor y orador, celebró su libertad con «vivaz emoción»: «Tenía la misma sensación que si hubiera escapado de una guarida de leones hambrientos». Y añadía: «Vivía más en un día que en un año de mi vida como esclavo». Pero no creía formar parte de la democracia estadounidense: «Yo no tengo país. ¿Qué país tengo?». Su autobiografía, publicada en 1845, alentó el movimiento abolicionista.

26. También era típico de Grant que, cuando Ely Parker, nacido Hasanoanda, un seneca nativo americano formado como abogado e ingeniero, propusiera crear un regimiento nativo americano y fuera rechazado por el secretario de Guerra de Lincoln, Grant le ofreciera empleo y un ascenso.

27. Gladstone, hijo del mayor esclavista del Reino Unido, todavía tenía sentimientos encontrados acerca de la esclavitud. Describía «el principio de la superioridad del hombre blanco y su derecho a tener esclavos» como algo «detestable», y era partidario de la emancipación, pero apoyaba al sur, afirmando que «los esclavos estarían mejor si los estados se separaran» y que la Confederación «había convertido el sur en una nación». Aun en 1864, cuando la guerra casi había terminado, criticaba a los «negrófilos», que «sacrifican tres vidas blancas para liberar a un negro».

28. Evans estaba viviendo la vida imperial en París, con una mansión (Bella Rosa), una colección de arte y, por supuesto, una cortesana, Méry Laurent, modelo de Manet. Estaba muy lejos de Filadelfia, pero en 1850, el dentista de veintisiete años fue llamado para tratar a Napoleón. «Es usted joven pero inteligente. Me gusta», dijo el emperador. Evans se convirtió en su cirujano y desarrolló los primeros empastes y el uso del óxido de nitrógeno. Pronto recibía consultas del zar Alejandro II y el sultán otomano. Visitaba a Napoleón semanalmente y admiraba los planes de Haussmann para París, que le permitieron comprar propiedades que no tardarían en suponerle una fortuna. Cuando Eugenia llegó a París por primera vez, uno de los ayudantes de Napoleón la vio en la sala de espera de Evans e informó de su llegada al emperador. El dentista se convirtió en su confidente. En 1864, Napoleón lo envió a Estados Unidos para informar sobre la guerra civil.

29. Maximiliano se pasó el viaje escribiendo un detallado protocolo habsburguiano con tintes mexicanos («En ese momento, el emperador entregará su sombrero al ayudante de campo...»). No era el primero en ocupar el puesto: Maximiliano nombró a los nietos del emperador Agustín príncipes y posibles herederos, a la vez que elegía a una descendiente del último *tlatoani* como dama de honor.

30. Fue el primer caso de un fenómeno moderno imperante sobre todo en Latinoamérica y Asia: la república dinástica, una dictadura hereditaria que no se basaba en la monarquía sagrada anterior a 1789, sino en una falsa democracia y una constitución presidencial con elecciones amañadas. La sucesión normalmente era de padre a hijo, pero a veces de marido a mujer.

31. El único logro real de Johnson fue ordenar al secretario Seward que le comprara Alaska a Rusia por quince millones de dólares, un buen negocio para Estados Unidos.

1. En 1815 Prusia había recibido el Ruhr, con sus reservas aún desconocidas de carbón, y los Krupp se beneficiarían del crecimiento exponencial de la economía alemana y el aumento de la población: los 22 millones de alemanes casi se habían duplicado hasta los 40 en 1870.

2. El aliado de Bismarck, el ministro de Guerra prusiano Albrecht von Roon, lo vio «construir un paralelogramo de fuerzas ... sobre lo que ya ha ocurrido. Después evalúa la naturaleza y el peso de las fuerzas efectivas que uno no puede conocer con exactitud. En ello veo la obra del genio histórico que lo confirma combinándolo todo». El don de un hombre de estado es precisamente «combinar» tanto que es impredecible con lo que se puede asegurar.

3. En Sadowa, el joven teniente prusiano Paul von Hindenburg, rubio, de casi dos metros de altura, hijo de un terrateniente Junker y descendiente de Martín Lutero, estaba orgulloso de su servicio. «Si caigo», le escribió a su padre, «será la muerte más honorable y hermosa.» Estuvo a punto de morir cuando una bala se alojó en su casco y lo derribó. Hindenburg sería una figura clave en la historia: gobernó Alemania durante la primera guerra mundial y fue él quien nombró canciller a Hitler.

4. Las aventuras eróticas de Bertie conmocionaron a Alberto, su remilgado padre, que había fallecido en 1861, probablemente de colitis. La reina Victoria culpaba a Bertie: «Nunca lo miraré sin estremecerme». Victoria orquestó el matrimonio de Bertie con Alexandra, una hermosa y sufrida princesa de Dinamarca. Pero ese viaje a París le cambió la vida. Visitó a Schneider y a Sarah Bernhardt y se enamoró de la cortesana italiana Giulia Barucci, quien, en lugar de hacerle una reverencia al verlo, se quitó el vestido: «¿No me dijisteis que me comportara adecuadamente ante Su Alteza Real? ¡Le enseñé lo mejor que tengo!». Bertie le enviaba cartas de amor que más adelante sus cortesanos tuvieron que comprarle. Mientras su fiebre de sexo y escándalos de juego avergonzaban a su madre, se convirtió en parisino honorario y diseñó su propia fauteuil d'amour (silla del amor) para su prostíbulo favorito, Le Chabanais, donde se sentía como en casa, ya que era regentado por la irlandesa madame Kelly. Mucho después, como rey admirable, convirtió su francofilia en una alianza política.

5. Mehmet Alí murió en 1848, y su hijo predilecto, Ibrahim el Rojo, falleció poco después, dejando así el trono a un despiadado nieto, Abbas, que adoraba tanto a sus caballos que una vez castigó a su mozo de cuadra poniéndole herraduras incandescentes. Como cabría esperar, lo asesinó un sirviente.

6. Ismaíl coqueteaba torpemente con Eugenia y le regaló una bacinilla de oro con una esmeralda en el centro. «Siempre observándote», le dijo el jedive a la emperatriz, a quien no le hizo ninguna gracia.

7. Leopoldo no se convirtió en rey de España, pero su segundo hijo, Fernando, fue monarca de Rumanía. Irónicamente, esa rama de los Hohenzollern descendía de los Beauharnais, y sus miembros eran amigos de Napoleón, que en 1866 se había unido al zar ruso Alejandro II en el ascenso de Carlos, el hermano mayor de Leopoldo, a domnitor (príncipe) de un nuevo país formado por Valaquia y Moldavia, ahora llamado Principados Rumanos Unidos, la futura Rumanía. Carlos, que se convirtió en el rey Carlos de Rumanía, no tuvo hijos y lo sucedió su sobrino Fernando.

8. Obsesionado con la historia, Moltke se había pasado años planeando una guerra contra Francia, pero también lo obsesionaban desde hacía mucho los ferrocarriles, y ganó una fortuna invirtiendo en ellos, se incorporó a la junta de la línea Berlín-Hamburgo y aconsejó la instalación de vías prusianas con un uso militar en mente. Más tarde añadió al Estado Mayor General una sección ferroviaria y otra histórica. Ahora acababa de completar instrucciones para los oficiales prusianos. «Ningún plan de operaciones se extiende con certeza más allá del primer encuentro con el contingente principal del enemigo», determinó. «La estrategia es un sistema de expedientes» en el que los oficiales deben utilizar su iniciativa. «Nunca se aprovechará una situación favorable si los altos mandos esperan órdenes.»

9. Las fincas de Madama Lynch fueron confiscadas, pero le permitieron zarpar hacia Europa. Más tarde volvió a Paraguay para reclamar sus propiedades después de que le prometieran seguridad, pero fue juzgada y expulsada y murió en París en 1886, cuando tenía solo cincuenta y dos años. Más tarde se convirtió en heroína nacional: un despiadado dictador y amigo de los nazis, el general Stroessner, llevó su cuerpo a Paraguay y la enterró en el cementerio nacional.

10. El representante de Francia en Brasil era el ideólogo racista Arthur de Gobineau, inventor del término «raza superior», al que le disgustaba la sociedad brasileña: «Una población totalmente mezclada, viciada en sangre y espíritu, increíblemente fea ... Ni un solo brasileño tiene sangre pura, ya que el patrón de matrimonios entre blancos, indios y negros está muy extendido», provocando lo que él denominaba «degeneración genética». Sin embargo, consideraba a Pedro, de ojos azules, un ario perfecto. Pedro se hizo amigo de Gobineau hasta que el diplomático se puso en evidencia en una pelea y solicitó su retirada.

11. Quanah se instaló en la reserva kiowa-comanche-apache de Oklahoma, donde, tras dejar su cabaña tradicional, construyó la Casa de las Estrellas al estilo europeo, tomó el apellido Parker, desarrolló su propia versión de cristianismo combinado con peyote alucinógeno y se convirtió en un próspero ranchero.

12. El propio Twain fue uno de los ornamentos de la Edad dorada, un chico hecho a sí mismo llamado Samuel Clemens y originario de Hannibal, Misuri, que había trabajado en los barcos de vapor del Misisipí y en las minas de plata y, en 1876, había publicado Las aventuras de Tom Sawyer, basadas en sus hazañas. El pseudónimo obedecía al grito «mark twain» de los hombres que medían la profundidad del río. Abolicionista y liberal, viajó por el mundo escribiendo diarios, y más tarde creó su otra gran novela, Huckleberry Finn, también protagonizada por Tom Sawyer. Twain se hizo rico y famoso, y solía lucir un característico traje blanco, pero siempre perdía su dinero, aunque nunca su sabiduría o ingenio.

13. Grant tampoco aprendió de su presidencia: al retirarse, humillado por su falta de capital, prestó su nombre y prestigio a un estafador que lo llevó a la bancarrota. Muriendo de cáncer, Grant se vio obligado a escribir sus memorias y fue rescatado por Mark Twain, que se hizo editor para ello. Dictadas incansablemente por el viejo general, las memorias se convirtieron en un clásico y en un éxito de ventas.

14. A la ceremonia asistió el apuesto oficial prusiano Paul von Hindenburg. *La Débâcle* de París también unió a Italia: cuando las tropas francesas se retiraron de Roma, la Ciudad Eterna cayó en manos de Víctor Manuel, el rey de Saboya. Italia, ahora un reino constitucional, fue unida por primera vez desde Teodorico. Pío IX se negó a reconocer a Roma como capital italiana, lo cual provocó un prolongado enojo papal.

15. Disraeli fue el líder británico más brillante. «Hay tres tipos de mentiras», decía. «Mentiras, malditas mentiras y estadísticas.» Bromeando con que era «la página en blanco entre el Antiguo y el Nuevo Testamento», esquivaba los ataques antisemitas en la Cámara de los Comunes con grandeza bíblica: «Sí, soy judío, y mientras que los antepasados del honorable caballero eran salvajes brutales de una isla desconocida, los míos eran sacerdotes del templo de Salomón». Sigue siendo una inspiración para todos los escritores. «Cuando quiero leer un buen libro, lo escribo», afirmaba.

16. Cuando Carlos se convirtió en el rey Hohenzollern de Rumanía, la creación de Bulgaria dio a la Casa de Sajonia-Coburgo su último trono: el lánguido príncipe Fernando fue elegido rey de Bulgaria. La diminuta Serbia-Montenegro había sido gobernada bajo el dominio otomano por una dinastía Petrovic de *vladikas*, o príncipes-obispos, heredada de tío a sobrino hasta que el príncipe-obispo Danilo se convirtió en un príncipe casado hereditario. Cuando fue asesinado en 1860, su sobrino, el gigante Nikola, fue su sucesor. Nikola declaró la guerra a Constantinopla en 1876, y luego se casó con dos hijas de grandes duques Románov, asegurándose así la protección rusa.

1. Ismaíl —casado con cuatro esposas y en disposición de doscientas odaliscas— se enamoró de una bella esclava de su harén. Aunque descubrió que le habían amputado un brazo por robar, se casó con ella, que fue la madre del rey Fuad y vivió hasta la década de 1930.

2. El imperio yihadí de Sokoto sirvió de inspiración a otros, en África, avanzado el siglo; primero a los senusíes de Libia y luego al Mahdi sudanés. En el siglo XXI aún ha sido inspiración de las insurgencias yihadistas de Nigeria, Malí, Chad y Níger.

3. Salama —singular, apasionada, bella e inteligente— había aprendido a leer y escribir por sus propios medios. Al morir su madre —Dyilfidán, una esclava georgiana adquirida por su padre en Constantinopla—, heredó tres plantaciones de clavo, manejadas por esclavos. Mayid sofocó el golpe de Estado y mandó a Bargush al destierro, a Bombay; pero a su hermana no se la castigó. Cuando Bargush sucedió al sultán, Salama rompió las convenciones: pasaba tiempo con los europeos, asistía a sus fiestas y se enamoró de un mercader alemán, Heinrich Ruete. Al quedar embarazada, el sultán, furioso, ordenó ejecutarla; una fragata de la Marina británica la trasladó a un lugar seguro. Se convirtió al cristianismo, adoptó el nombre de Emily, se casó con Ruete y crio a dos hijos en Hamburgo. Su marido falleció en un accidente de tranvía y Emily/Salama se quedó sin amparo. No podía reclamar sus haciendas zanzibaríes. Se estableció en Beirut y escribió sus *Memorias de una princesa de Zanzíbar*. Quizá fue la primera mujer árabe que compuso una autobiografía moderna.

4. Hacia 1890 Bargush vendía el 75 % del marfil del mundo y dirigía la matanza de unos sesenta mil elefantes al año. El marfil se vendía en Oriente y Occidente. Aquí se utilizaba para construir, entre otras cosas, los pianos —«símbolo supremo de la gentileza de las mujeres victorianas», en palabras de Neil Faulkner— que embellecieron muchos hogares europeos.

5. La emperatriz pidió a los británicos que protegieran al hijo de Teodoro, el joven Alemayehu, al que se adoptó y educó como un caballero inglés.

6. Menelik, el rival salomónico de Juan, se sometió y fue coronado como rey de Showa; a su hija Zewditu la casaron con el hijo de su emperador. Menelik se convertiría en el emperador que dio forma a la Etiopía moderna; Zewditu sería emperatriz; el regente de esta sería Haile Selassie.

7. En 1844, el año del éxito de su novela *Coningsby*, Dizzy había conocido a Lionel de Rothschild, heredero de Nathan en la jefatura del banco británico. Le fascinaban tanto el poder de Lionel como la inteligencia de su esposa Charlotte, hija de la rama napolitana. «La joven novia de Frankfurt era alta, graciosa, clara y oscura», escribió. En *Coningsby*, Disraeli basó el personaje de Sidonia, el potentado judío, en una combinación de Lionel, Montefiore y él mismo. Desde la dirección del banco, Lionel recaudó fondos para la hambruna irlandesa; junto con su tío Montefiore, encabezó la larga batalla por que se concediera a los judíos el derecho a prestar servicio en la Cámara de los Comunes, y obtuvo tres victorias electorales —sin que se le permitiera tomar posesión del escaño — hasta que la Ley de Socorro de los Judíos se aprobó finalmente en 1858.

8. El inventor estadounidense Richard Gatling creó su primera ametralladora para salvar vidas durante la guerra civil, con el razonamiento: «Si pudiera inventar un arma mecanizada que, por la rapidez de sus disparos, permitiera que un hombre cumpliera la función bélica de todo un centenar, así ... se acabaría la necesidad de reclutar ejércitos numerosos y, por lo tanto, se reduciría mucho la exposición a las batallas y las enfermedades». En la práctica, eso no sucedió.

9. Aunque Cétshwayo tuvo que exiliarse, cuando el reino se disolvió en una guerra civil le permitieron volver como rey. Sin embargo, contaba ya sesenta años, resultó herido en combate y sus rivales lo envenenaron. Su hijo Dinuzulu reclutó a comandos de afrikáneres para restaurar el reino, pero los británicos lo apresaron y lo desterraron a Santa Helena. A pesar de que el reino quedó incorporado a Suráfrica, la Casa de Shaka todavía reina.

10. Tales ideas las desarrollaron de forma simultánea pensadores británicos, alemanes y franceses. El biólogo y sociólogo Herbert Spencer, cuya obra *El progreso: su ley y su causa* (1857) se publicó justo antes que *El origen de las especies*, de Darwin, defendía que la especie humana se perfeccionaba batallando por la magistralidad, con la «supervivencia de los más aptos». Un primo adinerado de Darwin, Francis Galton, obsesionado con lograr la *Genialidad hereditaria* (como se titulaba su libro de 1869), creía que las características dignas de admiración podían fomentarse por medio de una cría selectiva: había que animar a tener hijos a las personas «superiores»; a las «inferiores», en cambio —las que vivían de la caridad o en asilos para locos—, había que prohibírselo, o arruinarían la sociedad. Galton denominó *eugenesia* a esta teoría, que acabó adquiriendo una aceptación general. Simultáneamente un diplomático francés, Gobineau, enojado con una «era de mediocridad nacional», inventó el moderno racismo científico con su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, que vio la luz en 1855. En él defendía que «en origen, la raza blanca poseía el monopolio de la belleza, la inteligencia y la fuerza» y utilizó el término *ario* para identificar una raza superior, la *race germanique*. Las teorías fueron muy bien acogidas por un amigo de Gobineau: Wagner, cuya esposa escribió al diplomático para decirle que «mi marido se pone a vuestro servicio, pues no se cansa de leer *Las razas*». Los racistas estadounidenses Josiah C. Nott y Henry Hotze también adoptaron sus puntos de vista, al igual que el káiser Guillermo II; más adelante Hitler se inspiró en ellos.

11. El primer gobernador de la colonia alemana del África Suroccidental fue Heinrich Göring, padre del Reichsmarschall de Hitler.

12. Aun así, en Alemania muchos siguieron considerando a Peters un héroe. Mantuvo un puesto en la Oficina Colonial, se embarcó en «exploraciones» onerosas y redactó un libro que divulgaba la filosofía del darwinismo social racista, *Willenswelt und Weltwille* («El mundo de la voluntad y la voluntad de mundo»). En 1914 el káiser Guillermo lo perdonó; Hitler lo rehabilitó póstumamente.

13. En noviembre de 1898, dos oficiales psicópatas —el capitán Paul Voulet, conocido por su «amor por la sangre y la crueldad», y el teniente Julien Chanoine, «cruel por dureza de corazón y por placer»— se dispusieron a completar la conquista de Malí y Chad. Los acompañaba una fuerza principalmente africana, con *tirailleurs* senegaleses y espahíes bereberes, armados con artillería y ametralladoras Gatling. Se hicieron famosos con la toma de Uagadugú y el ministro de la Guerra les dio carta blanca, tras lo cual aquella «columna infernal» quemó poblados y mató a miles de habitantes: colgaban a los hombres de modo que se los comieran las hienas y los buitres, violaban y ahorcaban a las mujeres, asaban a los niños... Sus propios oficiales los denunciaron, pero cuando se envió a un coronel a detenerlos, Voulet y Chanoine lo asesinaron. «Ya no soy un francés», afirmó Voulet, «soy un jefe negro. Con vosotros, fundaré un imperio.» Pero entre los oficiales franceses y los *tirailleurs* senegaleses mataron a los dos hombres. Como en el caso de Dreyfus, el ejército demostró ser intocable: una investigación concluyó que aquellos monstruos habían sufrido tan solo la locura propia de la *soudanite aiguë*: el calor africano.

14. Los obas de Benín tampoco pudieron evitar a los británicos. En enero de 1897 se asesinó a los miembros de una delegación que quería obligar a Benín a abrirse al comercio británico, lo que se utilizó como pretexto para iniciar la invasión que ya estaba preparando. Después de bombardear la Ciudad de Benín con artillería, los oficiales apresaron y desterraron al oba Overami y saquearon dos mil de sus esculturas de marfil, madera y bronce; algunas se las quedaron para sí mismos, otras las enviaron a la reina y a varios museos. En la actualidad, algunas de esas esculturas se están devolviendo.

15. En 1906, el escándalo por la brutalidad con la que Leopoldo poseía el Congo llevó al Estado belga a negociar el traspaso de la colonia, y pagó 45.500.000 francos para concluir sus proyectos constructivos y otros cincuenta millones para pagar al rey. Sin embargo, los costes de la transacción con el depredador iban a recaudarse en el propio Congo: Leopoldo, uno de los hombres más ricos del mundo, murió en 1909, pero su fallecimiento no puso fin, ni mucho menos, a la explotación belga del Congo.

16. En el palacio real de Múnich los príncipes tenían como tutor a un respetado maestro local, Gebhard Himmler, un entusiasta de la monarquía cuyo alumno predilecto era el príncipe Enrique (Heinrich). Por eso cuando tuvo un hijo le puso el nombre del príncipe, que a su vez fue el padrino del futuro Reichsführer-SS.

17. Baviera era una región con mucha pobreza. Entre 1881 y 1890, 1.400.000 alemanes emigraron a Estados Unidos; muchos eran bávaros. Un ejemplo típico de estos emigrantes fue Friedrich Drumpf, que emprendió el viaje en 1885. Su familia —como en las historias del «sueño americano»— pasó del pueblo de Kallstadt a la Casa Blanca. Más adelante Drumpf modificó su apellido, adaptándolo como Trump.

18. Mientras se daba sepultura a Rodolfo, su «amigo» Guillermo —el nuevo káiser alemán— reflexionaba: «la insania se agazapaba en el fondo y la monomanía del suicidio ha acabado por realizar su labor, lenta pero segura, con un cerebro sobreexcitado». Estefanía sobrevivió a la malicia de Sisi, se casó de nuevo y se estableció en Hungría. Con una capacidad de iniciativa insólita en una princesa heredera de los Habsburgo, en 1908 inventó el carro caliente —«una combinación nueva de lamparita de alcohol y escalfador de servicios»— y sacó patentes para Estados Unidos y el Reino Unido.

19. A Willy le encantaba pinchar a sus generales Junker. «Es una imagen curiosa», decía Phili, riéndose entre dientes. «Todos esos militares viejos y chapados a la antigua, obligados a reaccionar en el acto, con la cara tensa... A veces el káiser se parte de risa y les suelta un codazo jocoso en las costillas.» Willy incitaba a sus cortesanos —asimismo Junker — a vestirse como bailarinas o caniches. «¡Te tengo que sacar a desfilar como un caniche de circo! Será un exitazo incomparable», le escribía el conde Georg von Hülsen a otro cortesano. «Imagínatelo: muslos bien afeitados ... en el trasero una cola de caniche, ¡de verdad!, una abertura rectal bien marcada y, cuando "pidas", por delante, una hoja de parra. ¡Va a ser maravilloso! Imagínatelo: cuando ladres, aúlles al son de la música, dispares una pistola o hagas otros trucos. ¡Simplemente maravilloso! ... Ya estoy viendo a Su Majestad riéndose con nosotros ... Debemos dar satisfacción a Su Majestad.»

20. Lo financió pidiendo préstamos en los mercados, pero también vendiendo cereales. Cuando esto causó hambre en el Volga, Alejandro negó la realidad y siguió exportando. En esta hambruna, precursora de las de 1932-1933, 350.000 personas murieron de inanición.

21. Willy era tan inconsistente que, en diversos momentos, planeó apoderarse de Irak, de China y de Latinoamérica, y en 1903 incluso ordenó al Almirantazgo que preparase la invasión (Operationsplan III) de Cuba, Puerto Rico y Nueva York. Entre tanto buscó alianzas con, y contra, prácticamente todos los Estados.

1. Varios siglos de matrimonios endogámicos —casi habsbúrguicos— provocaron índices muy altos de mortalidad infantil, deformidades espinales y prognatismo mandibular, aunque Meiji ocultaba la quijada bajo una barba. La esposa de Meiji no tuvo descendencia, pero de los quince hijos concebidos con las concubinas, diez murieron jóvenes y el príncipe heredero —el futuro emperador Taishō— era inválido. Sin embargo, Taishō se casó y engendró una familia sana. Su primer hijo nació en 1901. Era el príncipe Miji, conocido más adelante como Hirohito.

2. «Te digo adiós, te digo adiós / a la sombra de la pérgola, donde vives tú. / Un fuerte abrazo, / es hora de que me vaya / hasta otra ocasión.»

3. Durante un período breve el guano —excremento de aves y murciélagos— fue una mercancía valiosa, que se utilizaba no solo como fertilizante, sino también en la producción de pólvora. Se hallaba en las costas de Perú y Bolivia y en las islas del Pacífico, y la demanda era tan extrema que fue motivo de guerras, origen de fortunas y causa de anexiones. La Ley del Guano, de 1856, permitía que Estados Unidos se anexionara cualquier isla con existencias de guano. En 1879, Chile derrotó a Bolivia y Perú y se apoderó de la costa boliviana. La contienda ha pasado a la historia como «guerra del Guano» —el único conflicto fecal del mundo— y se produjo justo antes de que nuevos métodos químicos de producción de fertilizantes y pólvora volvieran inútiles los excrementos.

4. Una nueva biografía le acusa de haber asesinado a un competidor.

5. El éxito de Edison hizo que uno de sus rivales se desviara a otra clase de negocios: la muerte. En la creación de la bombilla había competido ante todo con Hiram Maxim, de Maine, un enfermo de bronquitis cuyo primer invento había sido un inhalador. A la hora de instalar bombillas para iluminar edificios, fue un paso por delante de Edison. Pero Edison se adelantó a Maxim en el registro de la patente y la difusión pública. Maxim abandonó Estados Unidos y se instaló en Gran Bretaña, donde empezó a trabajar en otro invento, una máquina que revolucionaría las guerras: la ametralladora. Más adelante Edison dijo: «Me enorgullezco de no haber inventado nunca máquinas para matar». En realidad tanto el uno como el otro se dedicaron tan solo a ir introduciendo mejoras sobre trabajos ajenos.

6. Todos estos aparatos eléctricos —teléfonos, frigoríficos, radios— debían fabricarse con una sustancia que fuera ligera, moldeable y barata, y estuviera aislada de la corriente eléctrica. No existió hasta 1907, cuando un físico belga, Leo Baekeland —que ya había ganado una fortuna al crear el primer papel fotográfico—, experimentó con combinaciones de fenol y formaldehído para crear la baquelita, el primero de los «plásticos» (les dio este nombre a partir de la palabra griega para «moldeable»: *plastikós*). Baekeland sacó la patente y se hizo de nuevo de oro con su General Bakelite Company. Resultó que el plástico también podía usarse para embalajes, para preservar alimentos y para contener agua, y que duraba prácticamente para siempre. Fue el principio de una Era de los Plásticos que ha acabado representando una maldición para el mundo: desde la década de 1950 se calcula que se han arrojado a la naturaleza mil millones de toneladas de plásticos, lo que ha destruido el medio ambiente, causado la muerte de animales, incluso ha llegado hasta el fondo de los mares... y a nuestro torrente sanguíneo.

7. Otro desarrollo mecánico cambió la vida cotidiana: en 1880, un joven virginiano —James Bonsack, de dieciséis años—, atraído por una convocatoria de los cultivadores de tabaco, dejó los estudios e inventó una máquina capaz de liar doscientos cigarrillos por minuto. Cedió el monopolio a un productor de Carolina del Norte, James Duke, que formó la British American Tobacco y lanzó una campaña de márquetin que puso de moda los cigarrillos: mediado el siglo XX buena parte del mundo estaba enganchado (en Gran Bretaña, por ejemplo: el 80 % de los varones, el 40 % de las mujeres). El tabaco multiplicaba por veinte las probabilidades de padecer cáncer de pulmón. La relación causal se demostró plenamente en la década de 1950; pero el primer país en colocar advertencias sanitarias en los paquetes de cigarrillos, Estados Unidos, no lo hizo hasta 1965. En nuestros días el tabaco aún sigue causando nueve millones de muertes anuales.

8. En 1888, un típico inmigrante judío, Benjamin Wonskolaser —zapatero en la Polonia de los Románov—, emigró con sus hijos y pasaron de Londres a Ontario y Youngstown (Ohio). Remendaron zapatos, vendieron sartenes y cacerolas, tuvieron una verdulería, una tienda de bicicletas, por último una bolera. El paso posterior fue inaugurar un teatro en New Castle (Pensilvania), financiado con el empeño de un caballo; el teatro pasó a ser una sala de cine, y probaron suerte en este negocio. Benjamin cambió el apellido por el de Warner; sus hijos Szmuel, Hirsz y Aaron tomaron los nombres de Sam, Harry y Albert y, en compañía de su hermano Jack, «experto en cantos y bailes», los Warner serían los reyes del negocio cinematográfico de Hollywood.

9. Un típico inmigrante de Baviera, Friedrich Drumpf, trabajó primero como barbero en Manhattan y luego, como Teddy Roosevelt, se dirigió al oeste. En Seattle fundó el Caniche, un local que servía desde alcohol a productos lácteos y alquilaba «habitaciones para señoras» (es decir, funcionaba como un burdel). Después siguió la última fiebre del oro hasta Monte Cristo (estado de Washington) y el Klondike (en Canadá), donde su Hotel Ártico ofrecía balanzas para pesar oro y habitaciones por horas. Expandió el negocio con el Hotel Caballo Blanco, que servía tres mil comidas al día. Drumpf regresó a Kallstadt, su ciudad natal, se casó con Elizabeth Christ, hija de un calderero, y regresaron al Bronx. Allí nació en 1905 su hijo Fred, padre de Donald Trump.

10. En la historia anglo-estadounidense abundan los momentos piadosos y monumentales: Magna Carta, *Mayflower*, revolución gloriosa, Declaración de Independencia... Pero todo se centraba en la población y las migraciones: entre 1790 y 1930 el total de la población anglófona se multiplicó por 16, pasando de doce a doscientos millones (sin contar a los cuatrocientos millones de súbditos coloniales). El Reino Unido dominó el mundo no solo a través de la industrialización y la conquista, sino también de las migraciones y la hibridación. «La llamativa explosión del siglo XIX», ha escrito James Belich, «situó a los anglófonos en la cima del mundo».

11. Japón sopesó en efecto ocupar las islas. Lili'uokalani falleció en 1917, con setenta y nueve años. Pearl Harbor no funcionó como base naval en plenitud hasta 1931.

12. «La energía, creatividad y eficiencia de la tribu de Sem se destinaría a objetivos más dignos que exprimir a los cristianos hasta dejarlos secos, y muchos socialdemócratas se marcharían al Oriente», escribió el káiser, que añadió: «Dado el poder inmenso, extremadamente peligroso que representa el capital judío internacional, esto sería sumamente beneficioso para Alemania». El antisemitismo ya incluía una dualidad contradictoria: se despreciaba tanto a los judíos pobres de los *shtetl* (poblados judíos) de Polonia o la Ciudad Vieja de Jerusalén —por su fe distinta y su miseria sucia— como a los Rothschild y el capital judío internacional, por sus poderes místicos.

13. Jameson combinó la carrera colonial con la médica; no se ocupó solo de la salud de Rhodes, sino también de la del rey Lobengula y el presidente del Transvaal, Kruger.

14. Seretse, nieto de Jama, sería el primer presidente de un nuevo país, Botsuana; el tataranieto de este sería también presidente en el siglo XXI.

15. Luego se rehabilitó a Jameson, se le eligió primer ministro del Cabo y se le concedió el título de baronet. Rudyard Kipling escribió su famoso poema «Si...» para ensalzar el optimismo del médico frente a la adversidad.

16. Se preveía que a Menelik le sucedería su primo, el *ras* (duque) Makonnen Wolde Mikael, que era nieto de un rey de Showa y el principal de los comandantes de Adowa; pero murió antes de hora, aunque dejó a un hijo, Tafari Makonnen, que se coronaría más adelante como emperador Haile Selassie. Cuando Menelik sufrió una apoplejía en 1904 su esposa Taytu gobernó por él y a su muerte intentó —en vano— que la sucesión recayera en un nieto del difunto, Lij Iyasu.

17. Rhodes murió justo después de la guerra, con cuarenta y ocho años. Dejó dos países con su nombre, Rhodesia del Norte y del Sur (Zambia y Zimbabue). Se le dio sepultura con el saludo de combatientes ndebele, en territorio de la actual Zimbabue, y legó su fortuna a Oxford, para que concediera las becas educativas que aún llevan su apellido.

18. Era lo esperable en un líder ruso. Desde que los Románov llegaron al poder, en 1613, Rusia se había expandido como promedio 163 kilómetros cuadrados diarios, sesenta mil anuales, pasando de 5.200.000 a 22.300.000. Solo vivió unos pocos reveses en 1856 y 1878. El conjunto la convierte en una de las máquinas de conquista más efectivas de la historia universal.

19. En 1873 un exitoso fabricante de material bélico, Liudvig Nobel —hijo de un inventor sueco que se había hecho rico en Rusia y hermano del Alfred que inventó la dinamita de nitroglicerina (aplicada primero a la minería, luego a la guerra)—, llegó desde San Petersburgo para comprar una refinería en Bakú. Nobel inventó el primer petrolero con el que transportar el «oro negro», que recibió el adecuado nombre de *Zoroastro*. Los Nobel no tardaron en tener competencia: el parisino Alphonse de Rothschild invirtió en un ferrocarril para trasladar el petróleo hasta el puerto de Batumi, en el mar Negro, donde levantó una refinería.

20. La agitación nacionalista de Plehwe contribuyó a un nuevo estallido de pogromos contra los judíos, que se inició el Domingo de Resurrección de 1903 en Kishiniov (Moldavia) y convenció aún a más judíos de la necesidad de emigrar. Plehwe murió asesinado, pero entre los que se apresuraron a huir estaban un dentista judío, Max Jaffe, y su hijo Henry, que abandonaron Vilna con destino a Nueva York. A los pocos días, cuando los desembarcaron en Irlanda, protestaron; pero resultó que habían comprado billetes para Nueva Cork. Se establecieron en Limerick, en un barrio conocido como «la Pequeña Jerusalén», hasta enero de 1903, cuando un párroco local, el padre Creagh, invitó a los campesinos del lugar a atacar a los judíos, que en su mayoría optaron por marcharse a Inglaterra. Henry Jaffe era el abuelo de este autor.

21. Charlie Bonaparte, apodado *Crookbuster* («el Cazadelincuentes»), fundó la Oficina de Investigación, más conocida por sus siglas posteriores en inglés: FBI. Era nieto del rey Jerónimo y sobrino nieto del emperador Napoleón.

22. En 1882 un profesor alemán que trabajaba en Berlín, Robert Koch, había descubierto que la tuberculosis —una de las enfermedades más letales— la causaba un bacilo que a menudo pasaba a los humanos a través de la leche. Koch aprovechaba los trabajos de Pasteur. También descubrió la bacteria que causa el cólera. La teoría microbiana cambió el mundo: al sumarse al desarrollo de la anestesia, de la antisepsis y de la esterilización de los equipos médicos, permitió por vez primera realizar operaciones de cirugía invasiva. Sin embargo, fue objeto de mucha incredulidad. Un joven microbiólogo ruso —Waldemar Haffkine, nacido en Berdiansk con el nombre de Vladímir Javkin, y formado en Odesa— fue el primero en crear y utilizar vacunas contra el cólera y la peste. Cuando se iniciaron los pogromos locales, en 1881, Haffkine, que contaba veintiún años, participó en la defensa de los judíos de Odesa, pero resultó herido y lo detuvieron, aunque recuperó la libertad gracias a la mediación de un profesor. Huyó del antisemitismo, se incorporó al Instituto Pasteur y probó las vacunas consigo mismo. Las frecuentes epidemias de la India lo llevaron a iniciar allí sus programas. En 1896 Bombay sufrió un estallido de peste bubónica, difundido desde los puertos chinos y exacerbado por la rebelión de los Taiping, por la vía de Hong Kong, donde Alexandre Yersin descubrió al fin los bacilos causantes de esta enfermedad. La peste mató a más de diez millones de indios antes de que los británicos lograsen controlarla. Haffkine acabó por vacunar a millones de personas y ayudó a erradicar esa clase de enfermedades. En 1902 un vial contaminado causó 19 muertes y, en una atmósfera de antisemitismo, se acusó a Haffkine de mala conducta profesional y se le despidió; pero cuando se demostró que las acusaciones eran falsas, pudo retomar su trabajo en la India. El Instituto Haffkine de Bombay es el principal centro de investigación bacteriológica de la India y se lo ha celebrado en sellos del país. Sin embargo, por dar las fechas de Estados Unidos, la pasteurización no se aceptó definitivamente hasta 1915 y la vacuna antituberculosa del bacilo Calmette-Guérin (BCG) no se utilizó hasta 1921: cuarenta años después del descubrimiento de Koch.

23. Du Bois inventó el concepto de la «supremacía blanca», propuso usar el adjetivo *coloured* («de color») mejor que *black* («negro»), para describir a las «personas de piel oscura de cualquier lugar» [además estaba la palabra *nigger*, claramente peyorativa y habitual entre los racistas], y luego amplió su campaña para apoyar también a las mujeres negras.

24. La obsesión de Nicky por extender el imperio ruso al Asia oriental alarmó al virrey británico de la India, George Curzon, un grande formado en Eton pero inusual, que había viajado por Irán y el Asia central. Justo antes de que los japoneses atacaran Rusia, Curzon envió una expedición de castigo —integrada por tres mil efectivos, en su mayoría sijs y pastunes, a las órdenes del coronel Francis Younghusband— a proteger el Tíbet frente a la interferencia de los Románov. El 31 de marzo de 1904 las tropas tibetanas, que disponían tan solo de mosquetes, bloquearon la invasión, ante lo cual Younghusband abrió fuego con sus Maxim: «La matanza me agobió tanto que cesé de disparar, aunque el general había ordenado que cayeran en el mayor número posible», recordaba el comandante de las ametralladoras. «Espero no tener nunca más que disparar contra hombres que se están alejando a pie.» El dalái lama gobernante huyó a Mongolia y Younghusband tomó Lhasa. El Tíbet accedió a convertirse en un protectorado británico, pero era innecesario: la guerra contra Japón cortó las ambiciones de Rusia en el Asia oriental.

25. En 1910, Japón se anexionó Corea totalmente, instauró una «administración ilustrada» y sofocó la resistencia creciente. Muchos coreanos huyeron de la opresión japonesa atravesando la frontera de la provincia septentrional de China: Manchuria. Entre ellos figuraba una pareja de presbiterianos de la iglesia coreana, Kim Hyong-jik y Kang Pan-sok, con su hijo de ocho años, Kim Song-ju, que en su adolescencia se incorporaría a una organización anticomunista pero luego se convertiría al comunismo con el nombre de Kim Il-sung. Llegados a la década de 2020, su nieto aún gobierna en Corea del Norte.

26. En 1901 Phili le presentó a Willy a Houston Stewart Chamberlain, yerno de Wagner, un discípulo racista de Gobineau que predicaba la propia superioridad racial: «Como no nos decidamos a pensar resueltamente» en cómo «nuestra vida artística está absolutamente tomada por los judíos, entonces nuestra especie germánica se perderá».

27. Alemania estaba especialmente avanzada en el campo de la química, asociada ahora a la medicina y la agricultura. En 1897 un único químico alemán, que trabajaba en una fábrica de tintes de Elberfeld —la Bayer— creó dos de los productos esenciales de la vida moderna. Aquel mes de agosto, Felix Hoffman, de veintinueve años, sintetizó un antiguo tónico contra el dolor —la salicina, extraída de la corteza del sauce— y creó la aspirina, el medicamento analgésico, antipirético y antiinflamatorio que enriqueció a Bayer y conquistó el mundo. También sintetizó la diamorfina, creando una versión menos adictiva de la morfina, que denominó heroína por su efecto «heroico», euforizante. (La heroína se vendió como preparado antitusivo hasta después de la primera guerra mundial y en Estados Unidos no se prohibió hasta 1924.) En 1907, Paul Ehrlich, un socio judeoalemán de Koch que buscaba una «bala mágica» capaz de matar a una bacteria pero no a las demás células, descubrió que la enfermedad del sueño —luego, la sífilis— podía curarse mediante compuestos sintéticos; en colaboración con el conglomerado químico Hoechst produjeron en masa los primeros antibióticos sintéticos. En 1908, el químico judeoalemán Fritz Haber creó el nitrato de amonio, que podía utilizarse como fertilizante en lugar de nitratos naturales como el guano. El magnate de la industria química Carl Bosch desarrolló el proceso de producción de una sustancia que ayudó a intensificar la agricultura moderna y, por lo tanto, dar de comer a miles de millones de personas. Esto supuso, sin lugar a dudas, una revolución agrícola muy intensa, que mejoró la nutrición y, sumada a las mejoras sanitarias, las aguas más limpias, la vacunación, la electricidad, la refrigeración y los motores de petróleo, posibilitó un incremento demográfico exponencial. Se calcula que la producción de alimentos se multiplicó por 18, en particular desde 1900. En 1800 había en nuestro planeta novecientos millones de personas; en 1900 eran 1.650 millones, y la cifra no ha dejado de crecer: en 2022 se llegó a ocho mil millones. El crecimiento de las ciudades —en particular, las del mundo anglófono— fue extraordinario. En 1890 Londres y Nueva York eran las únicas dos urbes que superaban con claridad el millón de habitantes (con Chicago a corta distancia). En 1920, en cambio, había veinte megaciudades con más de un millón de habitantes; en 1940, 51; en 1985 eran 226.

Se calcula que el proceso de Haber-Bosch ayuda a generar un tercio del total de la producción alimentaria mundial, que alimenta a unos tres mil millones de personas. Pero estos mismos productos químicos que daban la vida también fueron esenciales para quitar la vida ajena

violentamente. Los fertilizantes se utilizaron en la producción de alimentos; Haber desarrolló el uso del cloro como arma, durante la primera guerra mundial; Bosch pasó a dirigir el grupo químico BASF y en 1925 fundó IG Farben, un nuevo conglomerado que se fusionó con Mayer y más adelante produjo el Zyklon-B: el gas utilizado para asesinar a los judíos durante el Holocausto. Así de múltiples son las posibilidades de la ciencia.

1. Serbia estaba dominada por dos dinastías rivales, los Obrenovići y los Karađorđevići. Al rey Alejandro I Obrenović se lo odiaba por su política proaustríaca y por haberse divorciado de una reina muy popular para casarse con Draga, una viuda de un ingeniero, experta y doce años mayor que él. Un oficial con el nombre en clave de Apis fundó una organización secreta, la Mano Negra, que decidió asesinar al rey. Apis era Dragutin Dimitrijević —un hombre calvo, musculado y forzudo (recuérdese que Apis, entre los egipcios, era un dios toro)—, y el 11 de junio 1903 asaltó el palacio. Halló a Alejandro y Draga escondidos en un armario, los mató con su arma de fuego y mutiló los cuerpos, cortando los pechos de Draga y arrojándolos por la ventana, a un montón de estiércol. Apis instaló como reyes a la familia de Jorge el Negro e interpretó un papel especial en la tragedia de la primera guerra mundial.

2. Gracias al acuerdo de Bosnia, Fernando, el príncipe de Bulgaria, se proclamó zar. La familia solía burlarse de Fernando de Sajonia-Coburgo —elegido tras consultarlo con Rusia— por su larga trompa (Willy le llamaba «el Napias»), su excentricidad afectada y su franca bisexualidad. Cuando lo eligieron príncipe —en 1887, a los veintiséis años—, la reina Victoria consideró que eso «debía cancelarse en el acto», pues el joven era «completamente inepto ... delicado, excéntrico y afeminado»; pero el «Zorro» Fernando resultó ser en efecto un zorro. Guillermo odiaba al Napias y estuvo a punto de provocar un incidente diplomático cuando, en una boda familiar, le soltó un golpe en las nalgas.

3. Los dönmé eran una secta herética que combinaba rituales musulmanes y judíos. Sus integrantes creían que un místico mesiánico judío del siglo XVII, Shabbatái Zeví, era el Mesías. Aunque no los aceptaban ni los judíos ni los musulmanes, en Tesalónica se habían enriquecido con el comercio textil, y esta ciudad era la base de muchos Jóvenes Turcos, incluidos futuros gobernantes como Enver, Talaat y Kemal (Atatürk).

4. En 2008 se realizaron pruebas forenses que revelaron que en el cadáver de Guangxu se multiplicaban por dos mil los niveles habituales de arsénico.

5. Puyi, el bebé tirano educado en la crueldad, siguió aterrorizando a sus eunucos en la Ciudad Prohibida. Se le permitió seguir viviendo como emperador dentro de los límites de la Ciudad Prohibida y el Palacio de Verano y, durante cierto tiempo, ni siquiera supo que había abdicado. Había echado de menos el afecto materno, pero la llegada de un tutor inglés —Reginald Johnston, que lo llamaba Henry— le cambió la vida. La corte dispuso que se casara con una princesa manchú, Wanrong, en un matrimonio que fue duradero, pero infeliz.

6. Zhang restauró a Puyi como emperador durante unas pocas semanas y después lo depuso de nuevo. En 1924 se expulsó de Pekín a Puyi y este solicitó, junto con la emperatriz, la protección de Japón. Era feliz con su amante masculino y trató con crueldad a su esposa y sus amantes. Wanrong se hizo adicta al opio.

7. Con la luz verde del zar, Grecia, Rumanía y Serbia atacaron a Bulgaria; se les sumó Enver. En esta segunda guerra balcánica, Bulgaria perdió el territorio conquistado y Enver recuperó Adrianópolis (Edirne).

1. Prestaron servicio 65 millones de soldados: doce millones de rusos, once millones de alemanes, 7.800.000 austríacos, 2.800.000 otomanos; el Reino Unido y Francia desplegaron, respectivamente, a 8.900.000 y 8.400.000 efectivos, con ejércitos que incluían a reclutas de sus imperios y dominios africanos y asiáticos (canadienses, australianos, 1.300.000 indios y más de dos millones de africanos). Los canadienses y australianos estaban comprometidos, ya fuera con la metrópolis británica o con la idea nacional-imperial, hasta el punto de dar la vida por ello. Si tenemos en cuenta la escala de la presencia colonial en el bando Aliado, es natural preguntarse si la guerra se habría podido ganar sin los voluntarios canadienses y australianos, por no hablar de los indios y africanos. Las tropas africanas ayudaron a dejar fuera de combate a las colonias alemanas de África y una parte luchó en el frente occidental.

2. Sin embargo, el suicidio del príncipe heredero Yusuf Izzedin (en febrero de 1916, con cincuenta y ocho años), que había criticado personalmente a Enver por las pérdidas sufridas por los otomanos, fue un mal augurio.

3. Muchos armenios lograron escapar y emigrar a Occidente. Un ejemplo típico fue el de un joven armenio cuya familia había vivido mucho tiempo en la zona de Kars (parte de Rusia desde 1878) y que justo antes de la guerra se marchó a Los Ángeles. Tatos Kardashoff se casó con una integrante de la comunidad armenia local, prosperó con la recogida de basura y se cambió el nombre por el de Thomas Kardashian. Era el bisabuelo de la Kim que, ochenta años más tarde, ha puesto de relieve las oportunidades singulares que ofrecen el entretenimiento y el consumismo en Estados Unidos.

4. Al mismo tiempo, los británicos le prometieron al jeque kurdo Mahmud Barzani un Estado kurdo independiente.

5. Las familias de la banca judía no eran unánimes con respecto al sionismo. Walter, el nuevo lord Rothschild, no lo tenía claro; sir Francis Montefiore lo apoyaba; Claude Montefiore se oponía; Edwin Montagu, secretario de Estado para la India, se oponía con vehemencia. A Weizmann no le pasó por alto que, en aquella generación, el poder real recaía sobre las mujeres Rothschild. La húngara Rózsika fue la primera en reunirse con él, y luego le escribió a Dolly, que a sus veinte años —estaba casada con James, hijo del francés Edmond de Rothschild— ya era benefactora del sionismo. Las dos aconsejaron a Weizmann sobre las peculiaridades de la sociedad británica, pero, lo más importante: conquistaron para su causa a lord Rothschild, que gozaba de la consideración de líder de la comunidad judía.

6. Los bancos estadounidenses habían heredado el papel de Francia como acreedor principal de Haití. El gobierno de la isla, que no podía devolver los créditos, vivió una situación de creciente turbulencia: en los cuatro años posteriores a 1911 cuatro presidentes fueron asesinados o depuestos. Estados Unidos temía que Alemania se hiciera demasiado influyente en Haití, y Wall Street reclamó una intervención. En diciembre de 1914 Wilson envió a su infantería de Marina a asaltar el Banco Nacional de Haití para hacerse con lingotes por valor de quinientos mil dólares. Cuando se derrocó —y despedazó horriblemente— al presidente haitiano Guillaume Sam, a lo que siguieron dos semanas de caos, Wilson volvió a enviar tropas a Haití e inició una ocupación que duró diecinueve años y estuvo manchada por la corrupción, el racismo y la represión. El oficial Charlemagne Péralte, hijo de un general, encabezó una insurgencia cuyos combatientes se enfrentaron a los aviones y las tropas de Estados Unidos. Al final traicionaron a Péralte, lo mataron y lo exhibieron clavado en una puerta, como en las crucifixiones del Ku Klux Klan. El hecho de contemplar la violencia estadounidense, y cómo se favorecía a la élite mulata por encima de la mayoría negra, inspiró en François Duvalier una fe en el empoderamiento y la cultura africanas. A Duvalier, hijo de un juez haitiano y formado como médico, sus pacientes le dieron más adelante el apodo de «Papa Doc». Por otro lado, cuando el dictador mexicano Porfirio Díaz —que como general se había opuesto al emperador Maximiliano, pero llevaba muchos años de dictadura— fue depuesto en una revolución, Wilson envió tropas a una guerra civil sangrienta.

7. En Quincy (Massachusetts) Roosevelt contó con la ayuda de un empresario joven y atrevido, Joseph Kennedy, cuya energía y ambición eran ilimitadas. Su padre, Patrick Joseph Kennedy, hijo de inmigrantes del condado irlandés de Wexford, había ganado dinero como propietario de salones y fue elegido para la Cámara de Representantes de su estado. En 1913, su hijo Joe, de veinticinco años, utilizó las acciones de su padre en un banco local para convertirse en lo que él mismo llamaba «el presidente de banco más joven de Estados Unidos». Entonces ya era demócrata, y se oponía a los brahmanes WASP (blancos, anglosajones y protestantes) que tradicionalmente controlaban Boston. Aunque en ese momento Joe solo estaba empezando, después utilizó el encuentro con Roosevelt para impulsar una carrera política.

8. Los tres líderes formaron una camarilla asesina, pero de gran potencia intelectual, que estaba a punto de conseguir el poder supremo. Cuando ya estaban gobernando el imperio y se les preguntó por sus profesiones, en un cuestionario del Partido, todos ellos se describieron como «hombre de letras» o «periodista».

9. En Kiev, las tropas alemanas depusieron al parlamento —la Rada Central— que había declarado la independencia de Ucrania e instalaron un nuevo guetmanato encabezado por Pavló Skoropadski, un general ruso de la familia del guetman de Pedro el Grande. En Tbilisi asumió el control una república transcaucásica que, a los pocos meses, se escindió en tres entidades independientes: Georgia, Azerbaiyán y Armenia. En Georgia mandaban los mencheviques, rivales de los bolcheviques.

10. Fue Clemenceau, que destacó por ser uno de los líderes modernos más perspicaces, quien dijo: «La guerra es demasiado importante para dejarla en manos de generales». Tuvo una vida extraordinaria. Cuando trabajó como instructor de equitación en Estados Unidos, se enamoró de una alumna y se casó con ella. Él solía jactarse de sus queridas, pero cuando regresaron a Francia y su esposa tuvo un amante, hizo que la arrestaran y la devolvieran a América. Hizo estudios de medicina y se convirtió en periodista radical; cubrió la guerra civil estadounidense y luego criticó a Napoleón III, que lo encarceló. Era amigo de Monet y Zola, y apoyó a Dreyfus; pero se burlaba de la élite literaria francesa: «Dame a cuarenta inútiles y te daré la Académie Française». Cuando despachó al mariscal Joffre, comentó: «Los galones y la gorra no bastan para transformar a un imbécil en un hombre inteligente». Cumplidos los setenta, seguía enorgulleciéndose de su vida amorosa. «El mejor momento de una aventura», dijo, pensativo, «es cuando subes las escaleras». Cuando un asesino intentó acabar con su vida, se burló de él por haberle acertado solo con una bala y siguió andando.

11. Perduró uno de los tronos Hohenzollern, el de Rumanía. Tras la muerte del monarca fundador, el rey Carlos, su sobrino Fernando I se había unido a los Aliados; los alemanes le dieron una paliza, pero mantuvo la corona. Los Coburgo aún gobernaban en Bélgica, así como en Bulgaria, donde «el Zorro» Fernando abdicó a favor de su hijo, Borís, a la sazón un bebé.

12. Entre los soldados, el Reino Unido contó ochocientos mil muertos y dos millones de heridos; también murieron 2.200.000 rusos, dos millones de alemanes, 1.300.000 franceses, 1.200.000 austríacos, 550.000 italianos, 325.000 otomanos, 115.000 estadounidenses; a los que hay que añadir 74.000 soldados indios y 77.000 africanos.

13. A las mujeres se les reconoció el derecho a votar en Rusia; en Alemania; en el Reino Unido (hombres de más de veintiún años y mujeres de más de treinta, lo que suponía 5.600.000 hombres y 8.400.000 mujeres); y en Estados Unidos. «En esta guerra, hemos tenido a las mujeres como socias», afirmó Wilson; la decimonovena enmienda de la Constitución de su país concedió el sufragio a 26 millones de mujeres, aunque el 75 % de los afroamericanos siguieron sin poder ejercerlo. Francia no aprobó el sufragio femenino hasta 1944, pero fue pionera de modas que reflejaban nuevas libertades. En 1919, Gabrielle *Cocó* Chanel, de treinta y siete años —una excantante cautivadora, nacida en un orfanato de provincias, hija de una lavandera y un vendedor ambulante —, fundó un taller de costura en París que financiaban dos amantes ricos, uno francés, el otro, inglés. La *couturière* se oponía a los corsés, las faldas estrechas y los vestidos largos; a menudo usó artículos de punto, promocionó los vestidos informales y más cortos, los pantalones y su perfume N.º 5, que —en una carrera larga y controvertida— ayudaron a cambiar el modo en que las mujeres se vestían.

14. Tras la muerte de Menelik, en Etiopía la sucesión se complicó. Las fluctuaciones religiosas y las medidas progermánicas del emperador Iyasu hicieron que, en 1916, lo derrocaran y pusieran en su lugar a Zewditu, hija de Menelik. Sin embargo, la obligaron a nombrar como regente y heredero a Ras Tafari Makonnen.

15. Friedrich Drumpf, nacido en Baviera —aunque hizo dinero en Estados Unidos, como Frederick Trump, gracias a prostíbulos y la fiebre del oro— murió en estas fechas, por la «gripe española», con tan solo cuarenta y nueve años. Había invertido en propiedades en Queens, Nueva York. Su viuda Elizabeth cogió las riendas del negocio, rebautizado como E. Trump, y pronto se le unieron sus hijos. El segundo, Fred —padre del futuro presidente estadounidense—, contaba dieciocho años cuando levantó su primer edificio.

16. Un socialista vietnamita que vivía en París escribió a las tres potencias para reclamar que Francia le diera la independencia a Vietnam, exigencia que firmó como Nguyen «el Patriota» (Nguyen Ai Quoc). Contaba veintiocho años; era el hijo de un magistrado y maestro rural, que odiaba a los franceses, aunque había asistido a una escuela francesa. Nguyen Sinh Cung (como se llamaba en realidad) había solicitado estudiar en la Escuela de Administración Colonial de los franceses, y viajó a Francia, pero su solicitud se rechazó; este fue uno de los errores más graves de la historia imperial de Francia, por mucho que probablemente Cung ya fuera socialista. El joven trabajó como camarero y lavaplatos (y quizá como *pâtissier*), escribió artículos y estudió; luego se marchó a estudiar a la Rusia bolchevique y, más adelante, adoptó el nombre de Ho Chi Minh.

17. Era la *Megali Idea* («Gran Idea»), un proyecto irredentista de recreación del imperio romano de Oriente sobre las ruinas del sultanato otomano. Lo promovía Eleftherios Venizelos, a la sazón el gran dominador de Grecia —fue primer ministro en ocho ocasiones—, que en Versalles fascinó a Lloyd George con sus relatos de la antigua Grecia y la narración de sus propias hazañas en Creta, donde había luchado, en 1897, contra los otomanos.

18. La carrera de Dyer no acabó aquí. Justo después de la masacre, el emir Amanullah de Afganistán invadió la India británica con tropas regulares y la ayuda tanto de levantamientos de pastunes como de motines del ejército indio. Pretendía restaurar la independencia afgana, después de ochenta años de protectorado británico. Los británicos no tuvieron dificultades para repeler la invasión, con Dyer al mando de una de las brigadas. Pese a todo Amanullah obtuvo la independencia de Afganistán y adoptó el antiguo título durraní de sha. Sin embargo, sus reformas occidentalizadoras lo expulsaron del poder y provocaron una guerra civil. En octubre de 1929 emergió como rey un primo regio, Nader Khan.

19. Otro jurista formado en Gran Bretaña, Ali Djinnah (o Jinnah) —un ismaelí delgado, elegante, que bebía whisky y vestía trajes de Savile Row — no pudo hacer escuchar su voz en el Congreso y prefirió marcharse y centrarse en un nuevo partido, la Liga Musulmana. No todos los hindúes eran partidarios de la inclusividad de Gandhi: el ideal del hindutva —nacionalismo hindú— lo inventó Vinayak Damodar Savarkar, que había iniciado una campaña violenta en contra de los musulmanes y a favor de la independencia; en 1910 los británicos lo arrestaron y encarcelaron, y más adelante fundó el Hindu Mahasabha, que empezó formando parte del Congreso. En 1925 estuvo entre los fundadores de la organización paramilitar hindú RSS, que vestía uniformes, ofrecía protección en los mítines y aspiraba a crear una nación hindú (*Hindu Rashtra*).

20. El nuevo presidente republicano, Warren Harding, nombró a Ted, el hijo mayor de Teddy Roosevelt, subsecretario de Marina; era el tercer miembro de la familia que ocupaba ese puesto. Ted Roosevelt, que carecía de la exuberancia de su padre pero compartía sus ambiciones, ansiaba ser presidente; pero su implicación en el escándalo petrolífero de la «Roca de la Tetera» arruinó su carrera. Él y su hermana Alice Longworth se molestaron con el ascenso de su primo Franklin e intentaron ponerle palos en las ruedas. En esta etapa Alice ya era la gran dama del Washington republicano, un papel que siguió interpretando hasta la presidencia de Nixon. «Si es usted incapaz de decir nada bueno de nadie, siéntese aquí, a mi lado», solía decir.

21. En la guerra, como en la prostitución —afirmaba un dicho atribuido a Napoleón—, muchas veces los aficionados son mejores que los profesionales.

22. Tras la retirada alemana, en diciembre de 1918, el guetman ucraniano que estos habían puesto como títere, Skoropadski, fue depuesto por un Directorio nacionalista (bautizado como el gobierno revolucionario francés). Lo dominaba un periodista socialista y afín al nacionalismo ucraniano, Simon Petliura, que adoptó el título de «gran atamán» y, en mayo de 1919, fue elegido jefe dictatorial del Directorio. Ucrania fue invadida tanto por el ejército bolchevique como por el Blanco; ambos aspiraban a restablecer el dominio ruso. Petliura luchó contra los dos pero apenas fue capaz de controlar a sus subordinados: sus caudillos emprendieron pogromos contra los judíos. Los ucranianos no fueron los únicos que mataron a judíos —también lo hicieron los cosacos bolcheviques y las tropas Blancas—, pero cerca del 65 % de los asesinatos fueron responsabilidad de los caudillos ucranianos. Se excusaban alegando que varios líderes bolcheviques —de forma destacada Trotski, que era un judío ucraniano, de Jersón— eran judíos. Los bolcheviques intentaron poner freno a esas masacres. En el bando ucraniano, solo el diminuto y valeroso caudillo anarquista Néstor Majnó —que durante un tiempo controló la región situada entre Járkov y el Dombás, a veces luchando contra los Blancos, a veces contra los Rojos— se esforzó en serio por pararlas. Las matanzas costaron la vida a 150.000 judíos, eclipsaron los pogromos del zarismo —pese a que ya eran tristemente famosos— y anticiparon el Holocausto. Petliura prohibió los pogromos pero apenas actuó para castigar a los perpetradores. Se marchó al exilio y, más adelante, un judío se vengó de lo sucedido asesinándolo.

23. En Hungría se alzó con el poder un empleado de una compañía de seguros, el bolchevique Béla Kun, que inició una campaña de terror Rojo; pero en noviembre de 1919 lo derrocó fácilmente un antiguo edecán de Francisco José, que en mayo de 1917 había derrotado a la Marina italiana pese a contar con una flota Habsburgo muy reducida. Después de jurar que restauraría al káiser Carlos tanto en Viena como Budapest, este noble —el almirante Miklós Horthy, que entró en Budapest al mando de un ejército nacional y montado sobre un caballo blanco— eliminó a cerca de seis mil comunistas y judíos: «Dejad de hostigar a los judíos sin importancia y matad a los grandes», dijo, en referencia a los bolcheviques. Horthy instauró una dictadura militar y conservadora en la que asumió las funciones de regente (a pesar de que no había rey). Dijo repetidamente que, cuando tenía un problema, se preguntaba cómo habría actuado Francisco José. Al mismo tiempo, «en lo relativo al asunto de los judíos, yo he sido antisemita toda mi vida», escribió. Nada más tomar el poder empezó a utilizar la diplomacia con la intención de recuperar las tierras que Hungría había perdido, y a reprimir a la numerosa comunidad judía húngara, contra la cual proclamó leyes específicas.

24. Los soviéticos lograron conquistar tres nuevos países que nunca habían sido oficialmente parte del imperio de los Románov. En 1920 reconquistaron el Asia central y se apoderaron del emirato independiente de Bujará y del janato de Jiva, donde el jan mongol Sayid Abdullah, heredero de la dinastía de los Konguirat, era el último miembro de la familia de Gengis Kan que aún seguía en posiciones de gobierno. El janato se incluyó en las nuevas repúblicas soviéticas de Uzbekistán y Turkmenistán. Como último y disparatado acto de la guerra civil, un oficial trastornado del Báltico, el barón Román von Ungern-Sternberg —que creía ser la reencarnación de Gengis— se apoderó de Mongolia, masacró a los judíos y los bolcheviques y declaró un imperio budista. Los bolcheviques mongoles y rusos atacaron su nuevo reino; en agosto de 1921, cuando Von Ungern-Sternberg invadió Siberia, lo apresaron y ejecutaron. El primer Estado cliente de los soviéticos, pues, en ausencia de Polonia, fue Mongolia.

25. El rey Humberto, padre de Víctor Manuel, ya le había advertido, antes de que, en 1900, lo asesinara un anarquista: «Para ser rey, te basta con saber firmar, leer la prensa y montar a caballo».

26. Los mandatos se basaban en una amalgama de valiatos otomanos que carecían de cohesión y no habían existido hasta entonces. La Siria francesa comprendía tres valiatos: Damasco, Alepo y Beirut, habitados por cristianos maronitas, chiíes, suníes, drusos y alauíes. Los franceses planeaban dividir su mandato en cuatro partes: una Siria suní centrada en Damasco; un Estado cristiano, al que llamarían el Líbano, con capital en Beirut; un Estado alauí en Latakia; y un último Estado druso. Luego provocaron la furia de alauíes y drusos al amalgamar sus territorios con Siria y el Líbano. Uno de los jefes alauíes era Ali al-Assad («el León»), quien le escribió al primer ministro francés: «El pueblo alauí ha mantenido su independencia durante generaciones, como un pueblo cuyas creencias religiosas, tradiciones e historia son distintas de las de los musulmanes suníes ... Los alauíes se niegan a integrarse en una Siria musulmana». Su hijo Hafez gobernaría la Siria que Ali habría deseado que nunca existiera. En cuanto al Irak británico, sumaba tres valiatos: Bagdad, Basora y Mosul; se creó una mezcolanza de chiíes, suníes, kurdos, yazidíes y judíos que ha demostrado ser igual de inmanejable para los iraquíes que lo fue para los británicos. Se ha criticado, con no poca razón, a Lloyd George y Clemenceau por este reparto imperial tardío; por lo menos tuvieron la prudencia de no entregar la región al completo a una sola familia. Los otomanos llevaban cuatro siglos gobernando ruinosamente; los anglo-franceses gobernaron con inepcia durante veinticinco años. En sus setenta años de independencia, los iraquíes, sirios, libaneses, israelíes, saudíes, palestinos y jordanos no han demostrado ser ningún modelo de buena gobernanza.

1. La autodeterminación era un ideal noble, que sigue aceptándose universalmente como base correcta para la organización del mundo moderno; pero en la práctica fue dolorosa. Los nuevos Estados nación surgieron del despiece de territorios que llevaban mucho tiempo sometidos a imperios multiétnicos. En Irlanda, Gran Bretaña tuvo que hacer frente a una revuelta de los católicos irlandeses y una guerra civil. Se negoció la división entre una república católica e independiente, al sur, y una provincia británica protestante, al norte. Al igual que la creación del Estado griego en la década de 1820 había supuesto la marcha de los musulmanes, ahora la creación de Turquía se tradujo en una expulsión brutal de los griegos. Después de la segunda guerra mundial esta clase de repartos brutales crearon Estados nuevos en Alemania y Polonia, en 1945; la India y Pakistán, en 1947; Israel, en 1948.

2. Enver, que había sido vicegeneralísimo otomano, pero se había visto superado por las maniobras de Kemal, partió primero a Berlín, luego a Moscú y por último al Asia central, donde se declaró emir del Turquestán e inició una sublevación túrcica que se topó con la resistencia del Ejército Rojo de Lenin, que intentaba asegurarse el control del Asia central. No lejos de Dushambé (Tayikistán), los bolcheviques lo mataron, en el curso de una escaramuza. Los otros dos pachás, Talaat y Jemal, fueron asesinados por armenios.

3. Durante la guerra, la amante principal de Atatürk fue su secretaria Fikriye Hanım; pero ahora conoció a la culta Latife Uşaklıgil y formaron un triángulo que concluyó cuando Fikriye se mató de un tiro (con una pistola que le había regalado Kemal). Atatürk murió de cirrosis, en 1938, cuando contaba tan solo cincuenta y siete años, en el palacio otomano de Dolmabahçe (Estambul). Su visión —que contó con la protección del ejército, que intervino repetidamente para hacerse con el poder— perduró hasta 2003: a partir de entonces Recep Tayyip Erdoğan, como primer ministro y luego como presidente, impuso una autocracia islamista y, simbólicamente, volvió a convertir Hagia Sophia en una mezquita.

4. «El texto incluyó el derecho de las repúblicas a la libre secesión con respecto a la Unión», se decía en un ensayo histórico publicado en Rusia en 2021, pero «al hacerlo así, los autores plantaron, en la fundación de nuestro Estado, una peligrosa bomba de relojería». El autor del ensayo era Vladímir Putin. En origen, las cuatro repúblicas eran Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia (el Cáucaso). Luego se añadieron las repúblicas centroasiáticas y posteriormente la Transcaucasia se dividió. Después de 1940 la Unión tenía quince repúblicas.

5. Mao se inspiraba en Sun Tzu, el filósofo del siglo V a. C.: «Cuando el enemigo avanza, nos retiramos. Cuando el enemigo descansa, lo hostigamos. Cuando el enemigo rehúye la batalla, atacamos. Cuando el enemigo se retira, avanzamos».

6. «Bajo los cielos no existen la amistad genuina, la amabilidad, el amor sincero», escribió Chiang en su diario, que es sorprendentemente emotivo; «la relación de madre e hijo es la única excepción». Por su parte solo confiaba en Meiling: «Salvo mi esposa, nadie más está en condiciones de compartir conmigo un poco de responsabilidad o de trabajo». Chiang subsidió a los caudillos que le respaldaban y Meiling organizó los pagos, mientras T. V. Song y H. H. Kung hacían las funciones de primer ministro y ministro de Hacienda. Cuando unos asesinos intentaron matar al Generalísimo y a la señora Chiang, gritaron: «¡Muerte a la dinastía Song!».

7. Cada familia tenía una jerarquía con un jefe, capitanes y soldados. Con un ritual casi católico, se punzaba el dedo de los nuevos soldados, se derramaba sangre sobre una imagen de san Francisco de Asís a la que se prendía fuego, y el mafioso juraba silencio —*omertà*— con las palabras: «Como este santo se quema, así se queme mi alma. Entro vivo y solo saldré muerto». Las familias del crimen recreaban la lealtad de las familias reales, pero a sus jefes, en realidad, se les elegía para el cargo; solo en una familia de Florida, los Trafficante, el cargo pasaba de padre a hijo.

8. El hijo mayor del káiser, el antiguo príncipe heredero Guillermo, apoyó a Hitler al principio con la esperanza de acceder él mismo a la presidencia y restaurar desde ahí la monarquía.

9. A los quince años, Deng había ido a Francia, donde estudió y trabajó como montador en una acerería; allí se hizo marxista y conoció a Zhou Enlai. Al regresar se unió al ejército de un caudillo aliado con Chiang. Cuando el general se volvió en contra de los comunistas, Deng huyó a las filas de Mao y le acompañó en la Gran Marcha. Desde la nueva base Mao también promocionó a Xi Zhongxun, hijo de un terrateniente local, de Shaanxi. Durante la década de 1940 Xi trabajó entre otras cosas en el Frente Unido, que aspiraba a conquistar territorio y a líderes del KMT. Conoció a una joven de Pekín cuyo padre era funcionario del KMT, pero ella se unió a los comunistas y la pareja se casó en 1943. Cuando él se mudó a Pekín ella le acompañó y halló empleo en el departamento de propaganda. Su hijo Xi Jinping gobernaría China en el siglo XXI y asumió la misión de completar la tarea de su padre reclamando el último bastión del KMT: Taiwán.

10. Tras derrotar a los bolcheviques en 1920, Piłsudski se había retirado. En 1926, con el crecimiento de la inestabilidad, regresó para regir el país como ministro de Asuntos Militares. En una Europa claramente antisemita, tomó la decisión inusual de recibir con los brazos abiertos a los numerosos judíos de Polonia como parte de su proyecto nacional, una práctica que él denominaba «asimilación nacional». Al ser consciente de que Polonia era vulnerable a Hitler, es posible que le sugiriera a Francia que lanzara un ataque preventivo. Piłsudski murió de cáncer en 1935 y Polonia quedó como una dictadura sin dictador.

11. Un visitante de otro mundo fue testigo de estos hechos. Aquel mes estaba de gira por Alemania una delegación de batistas estadounidenses: Michael King, pastor baptista de Atlanta y padre de un chico del mismo nombre (entonces de cinco años), se sintió inspirado al visitar la casa de Martín Lutero en Wittenberg, pero también horrorizado por el racismo antisemita de Hitler. Al regresar a Estados Unidos cambió su nombre y el de su hijo por el de Martin Luther King, y ayudó a redactar una declaración de la Alianza Baptista Mundial según la cual: «Este Congreso deplora y condena, como violación de la ley de Dios, nuestro padre celestial, cualquier animosidad racial y toda forma de opresión o discriminación injusta en contra de los judíos, de las personas de color o de las razas sometidas en cualquier parte del mundo».

12. La coronación de Ras Tafari, junto con el movimiento Regreso a África, de Marcus Garvey, que predecía que «de África saldrán reyes», inspiró el desarrollo de otro movimiento en Jamaica, el rastafarianismo, cuyos adeptos creían que Haile Selassie era un Mesías negro: el Segundo Advenimiento de Cristo.

13. Franco no fue el único autócrata de la península Ibérica, pero Portugal siguió un modelo muy distinto. Tras el derrocamiento de la monarquía lusa, en 1910, el país estuvo mal dirigido y empobrecido, pero mantuvo el imperio en Angola, Mozambique, Guinea y Goa. En 1926 los militares dieron un golpe de Estado y tomaron una decisión inusitada: en vez de nombrar a un general reclutaron como ministro de Economía a un profesor de esta disciplina, el talentoso António Salazar, hijo de un gestor inmobiliario de provincias. Salazar —que había estado a punto de ordenarse como sacerdote— equilibró el presupuesto. Cuando lo designaron primer ministro creó lo que él denominó Novo Estado, un «nuevo Estado» católico, imperialista y pluricontinental. Desde su dictadura conservadora —sus pilares eran Dios, el País y la Familia— estabilizó Portugal, suprimió a la oposición interior —con ayuda de la PIDE, su policía secreta— y rejuveneció el imperio al enviar colonos a Angola y Mozambique. Era un hombre iliberal y autoritario, pero también cerebral y profesoral: en Portugal hubo pocos mítines y el racismo fue mínimo. Sin embargo, la PIDE manejó un campo en Cabo Verde donde se torturó y asesinó a presos. Salazar no entró en la guerra civil española ni la segunda guerra mundial pero sí tomó las armas en el intento de preservar el imperio portugués.

1. Se dice que dos oficiales japoneses, Toshiaki Mukai y Tsuyoshi Noda, de la 16.ª División japonesa, celebraron una competición pública con espadas *al guntō* para ver quién decapitaba a cien chinos antes de que la ciudad cayera; cuando Nankín cayó, Noda había matado a 105 y Mukai, a 106, por lo que ampliaron el objetivo del concurso hasta las 150 decapitaciones.

2. Las negociaciones las empezó Teymourtash, el potentado del sha. Pero Reza cada vez desconfiaba más del ministro. En privado, Teymourtash criticó que Reza «sospecha de todo y de todos», y el jefe de la policía secreta del sha —probablemente, por efecto de la desinformación británica— sugirió que Teymourtash era un espía soviético. En 1933, Reza lo arrestó de repente e hizo que un médico de la cárcel, el doctor Ahmadi, lo asesinara con una inyección de aire.

3. Abdulaziz reunió a una corte de confianza. En ese momento conoció a un joven yemení, un portero de Yeddah, de educación pobre pero gran dureza y capacidad, que empezó a organizar tareas de construcción en los santuarios, con lo que se hizo merecedor de la confianza del rey. Se convirtió en el contratista más rico de Arabia: Muhammad bin Laden. El médico del rey, Muhammad Jashoggi, también gozó de tal confianza que se benefició de numerosos acuerdos. Su hijo Adnán se convertiría en el hombre más rico del mundo, mientras que su nieto Yamal, periodista, fue asesinado después de haber ofendido a la Casa de Saúd.

4. Philby era un inconformista ponzoñoso, pero creativo, un explorador socialista y antisemita, de múltiples máscaras, que favoreció a los saudíes como Lawrence hizo con los hachemíes. Philby, que estaba enamorado de su propia duplicidad, había bautizado a su hijo mayor como Kim, en recuerdo del espía de Kipling. En Cambridge, Kim y su círculo de amigos se sintieron atraídos por el comunismo. Varios se incorporaron al servicio diplomático. En 1934, en el Regent's Park de Londres, la novia austríaca de Kim, que era comunista, le presentó a un misterioso «hombre importante» que lo reclutó como agente soviético. Trabajó como periodista de *The Times* para la guerra civil española. En 1940, con la ayuda de uno de sus amigos de Cambridge, que era a la vez diplomático británico y agente soviético, se incorporó al servicio de inteligencia británico, el MI6, donde fue uno de los activos más destacados de los soviéticos.

5. La princesa Marie Bonaparte, paciente y amiga de Freud, y también psicoanalista, le rogó que abandonara la ciudad. Ella era descendiente de un hermano de Napoleón, Lucien, había heredado la riqueza del abuelo —el rey de los casinos de Mónaco— y se había casado con el príncipe Gueorguios (Jorge de Grecia), que era homosexual. Después de explorar la propia sexualidad durante la primera guerra mundial mediante un festival de aventuras (entre otros, con el primer ministro de Francia), Marie había consultado con Freud en 1925, porque no lograba alcanzar el orgasmo en la posición del misionero. «La gran pregunta que nunca se ha respondido es: "¿Qué quiere una mujer?"», le dijo Freud. Marie estudió psicoanálisis e hizo investigaciones en el ámbito del sexo. Llegados a aquella fase del antisemitismo, los nazis arrestaron a la hija de Freud, Anna, de cuarenta y tres años, y él accedió por fin a marcharse: su huida y su rescate los pagó Marie. Freud se estableció en Londres, cerca de su hijo Ernst, un arquitecto cuyo hijo Lucian iniciaba entonces los estudios de arte. Sigmund Freud murió en 1939. Marie Bonaparte intentó rescatar a las hermanas mayores de Freud, pero fue en vano.

6. Stalin se anexionó los tres países del Báltico (que se convirtieron en repúblicas soviéticas) y obligó a Rumanía a cederle la Besarabia (que Rusia había perdido tras la primera guerra mundial y dio origen a la república soviética de Moldavia). La policía secreta de Beria deportó a 140.000 personas de Estonia, Letonia y Lituania. Pero los finlandeses, que hasta 1918 habían sido un gran ducado de los Románov, se negaron a entregar el territorio que Stalin les reclamaba. Stalin invadió al país vecino con la confianza de que esa guerra sería poco más que una operación policial. Pero los finlandeses derrotaron al colosal ejército soviético y mataron a 131.476 hombres, aunque al final acabaran sucumbiendo. Stalin emprendió reformas en el ejército, pero Hitler interpretó la humillación soviética como una prueba de que la URSS se hundiría con prontitud.

7. Por su parte Stalin invadió la Polonia oriental, donde las atrocidades soviéticas no fueron menores que las alemanas. Las fuerzas soviéticas arrestaron y deportaron a cuatrocientos mil polacos; en los campos de concentración próximos al bosque de Katyn se encarceló a 22.000 presos de la élite polaca. El 5 de marzo de 1940 Stalin y el Politburó encomendaron a Beria que ejecutara a esos «nacionalistas y contrarrevolucionarios», a los que se enterró en el bosque.

8. Krupp, junto con Ferdinand Porsche y el hijo de este, desarrollaron los gigantescos tanques Panther, Leopard y Tiger que Hitler les encargó.

9. Sentado con algunos colegas (entre ellos el futuro presidente Lyndon Johnson), Roosevelt se burló de Kennedy: «¿Cómo estás, Joe? Yo por aquí, sentado con Lyndon, y pensábamos en ti. Quiero hablar contigo, hijo mío. No puedo esperar ... Que sea esta misma noche». Luego colgó el teléfono y, sonriendo, le dijo a Johnson: «Voy a despedir a ese hijo de puta». Kennedy había respaldado a Roosevelt en las elecciones y le había ayudado a obtener los votos de la comunidad irlandesa, pero luego comprendió que se la habían jugado. Depositó las propias esperanzas de ser presidente en su hijo mayor, Joe Jr., que había visitado Alemania con la impresión de que «Hitler está imbuyendo en sus hombres un espíritu que sería envidiable en cualquier país». su segundo hijo, Jack (JFK), también había viajado por Europa como preparación para una carrera política, pero no era partidario de la política progermánica de su padre. Los dos hijos estudiaron en Harvard y la London School of Economics. Aunque los británicos despreciaban a Joe Kennedy por su derrotismo, sus hijos les habían encantado. Su hija Kick no tardaría en casarse con Billy, el marqués de Hartington, heredero del ducado de Devonshire.

10. «La Ústasha se ha entregado a la vesania», informó el plenipotenciario nazi, el general Edmund von Horstenau. Los guardias del campo de Jasenovac preferían matar a golpes de martillo y de hacha, o con unos cuchillos especialmente diseñados, los *srbosjek* («sajaserbios»), que se ataban a la mano; cometieron torturas demoníacas, vaciaron ojos, empalaron, castraron... Tras una visita al poblado de Crkveni Bok, próximo al campo de Jasenovac, Horstenau comunicó la violencia de los torturadores de la Ústasha, que eran meros adolescentes: «Se mataba a gente por todas partes; se violaba a las mujeres y se las torturaba hasta la muerte; se asesinaba a niños ... En el río Sava vi el cadáver de una joven sin ojos, con una estaca clavada en sus partes ... tendría unos veinte años cuando cayó en manos de esos monstruos. Alrededor de allí, como no se enterraba a nadie, los cerdos iban devorando a las personas».

11. El contingente no era tan cosmopolita como la Grande Armée de Napoleón, pues en su mayoría eran alemanes; pero también incluía a quinientos mil rumanos (el destacamento más numeroso), trescientos mil italianos, doscientos mil húngaros y 18.000 españoles.

12. Entre las personas que batallaban por sobrevivir estaba María, trabajadora de una fábrica y esposa de un obrero que prestaba servicio como recluta en un submarino, Vladímir Putin. La pareja se había casado en 1928, cuando ambos contaban veintitantos años, y tuvo dos hijos. Las epidemias de la década de 1930 ya se habían llevado por delante la vida de uno de ellos. En este momento, Vladímir, hijo de un servidor del NKVD, estaba enrolado en un batallón de castigo del NKVD (aunque luego lo transfirieron a una unidad regular del Ejército Rojo). Durante el asedio de Leningrado María perdió al hijo, de dos años, por inanición o difteria. El padre resultó herido pero sobrevivió a la guerra y más adelante trabajó como capataz y secretario del comité del Partido en una fábrica de ferrocarriles. Cuando ya había cumplido los cuarenta y un años, María dio a luz a su tercer y último hijo: Vladímir Vladímirovich Putin.

13. Esta nota para Stalin fue el último servicio de Sorge para Moscú. Poco después, el Kenpeitai —servicio de inteligencia de las fuerzas armadas japonesas— lo detuvo y eliminó su red. Lo ahorcaron en 1944. Entre sus amantes había una agente soviética, la alemana Ursula Kuczynski, que se había mudado a Londres con el nombre en clave de Agente Sonja; aquí hizo de contacto con el científico nuclear Klaus Fuchs, uno de los espías soviéticos que ayudó a Stalin a obtener la bomba.

14. Cerca de 35.000 ucranianos —muchos de ellos, miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN)— se unieron a la «policía auxiliar ucraniana» (en alemán, Ukrainische Hilfspolizei), que se entregó incondicionalmente a la masacre de judíos. La OUN se había fundado en 1929 en Polonia y se dividió en dos facciones enfrentadas, la OUN-M, dirigida por Andríy Mélnyk, y la OUN-B, del joven Stepán Bandera. Mélnyk era un nacionalista a la antigua usanza; Bandera, un nacionalista radical de tendencia fascista. Tras la invasión de Polonia, las dos facciones recibieron armamento de los nazis. Al iniciarse Barbarroja, Bandera siguió a los invasores nazis con dos unidades irregulares que contaban con el apoyo alemán: la Nachtigall (encabezada por el teniente Roman Shujévych) y los batallones Roland, y declararon la independencia de Ucrania. En Lviv, a principios de julio de 1941, la OUN de Bandera y los esbirros de Nachtigall asesinaron a más de cinco mil judíos junto con el Einsatzgruppe-C; luego se produjo otro frenesí demencial, los Días de Petliura, en los que las fuerzas irregulares y los campesinos utilizaron armas de fuego y herramientas agrícolas para matar a otros dos mil judíos. En septiembre Bandera se distanció de los alemanes —se negaba a retirar la declaración de independencia— y estos lo detuvieron y lo enviaron a un campo de concentración. Shujévych y muchos de los integrantes de los batallones ucranianos se alistaron en el Schutzmannschaft 201, un batallón de la policía auxiliar, parte de la Ukrainische Hilfspolizei. Mataron a decenas de miles de polacos y se unieron a los asesinos nazis en la masacre de más de doscientos mil judíos.

Una operación típica fue la que se produjo en la ciudad industrial de Kryvýi Rih, donde la policía auxiliar ucraniana mató a la mayoría de los judíos, entre ellos los de una familia corriente, los Zelenskyi. Había varios hermanos Zelenskyi. Semyón Zelenskyi logró huir, se incorporó al ejército soviético, ascendió a coronel y batalló con el Ejército Rojo hasta llegar a Berlín. En 2020, en una visita al monumento de Yad Vashem en Israel, su nieto Volodýmyr Zelenskyi habló de la «historia de una familia de cuatro hermanos. Tres de ellos, los padres de los cuatro y sus familias fueron víctimas del Holocausto. Todos fueron fusilados por los ocupantes alemanes. El cuarto hermano sobrevivió; dos años después de la guerra tuvo un hijo; treinta y un años después, un nieto. Pasados otros cuarenta años ese nieto se ha convertido en presidente [de la Ucrania independiente] y es el que tenéis hoy delante de vosotros».

15. En Ucrania se dio muerte a un millón de judíos, pero esto forma parte de un baño de sangre con varias facetas. Más de cinco millones de ucranianos perdieron la vida en la guerra —uno de cada seis—, incluyendo a los judíos. La carnicería se complicó por una guerra tridimensional: en marzo de 1943 muchos miembros de la policía auxiliar ucraniana, que habían dado asistencia a las masacres nazis, e igualmente otros patriotas, se unieron al Ejército Insurgente Ucraniano (UPA, en sus siglas ucranianas), que dirigía Shujévych. Esa insurgencia se dirigía contra los nazis y mató a judíos, polacos y alemanes. Cuando los nazis se retiraron, el UPA combatió igualmente contra los soviéticos. Entre 1918 y 1950 Ucrania fue el lugar con más muertes violentas de la tierra.

16. Los datos ingentes sobre los judíos y sus traslados en tren a Auschwitz y Treblinka los tabuló una compañía informática que utilizaba máquinas perforadoras de tarjetas. Esta compañía se llamaba Dehomag y era una subsidiaria propiedad, en su totalidad, de una empresa estadounidense: IBM.

17. «Cuando llegué allí con mis padres, los *kapos* judíos [reclusos de confianza] me susurraron: “Tú di que eres católico”, porque yo era rubio y de ojos azules —le contó a este autor el judío Yitzhak Yaacoby, un chiquillo húngaro a la sazón de trece años—. Recuerdo perfectamente que Mengele se me quedó mirando. “¿Tú eres judío?”, me preguntó. “Católico”, le dije yo. “¡Bah! Entonces, ¡pasa!”, dijo Mengele, y se echó a reír. Me pegó con el bastón, pero no me envió a las “duchas”.» Yaacoby sobrevivió.

18. En Grecia, la princesa Alice (madre de Philip, el futuro duque Felipe de Edimburgo) escondió a una familia judía, por lo que Yad Vashem la reconoció entre los «gentiles justos». Incluso en los países donde colaborar con los nazis fue lo más habitual, hubo también personas de especial coraje y decencia. La referida lista de los «gentiles justos» destaca los números de Polonia (7.177), los Países Bajos, Francia y Ucrania (2.619), sin olvidar a dos árabes: el médico egipcio Mohamed Helmy y el granjero tunecino Jaled Abdelwahhab, que salvaron a judíos en el territorio norteafricano sometido a Vichy.

19. Solo entonces comprendió Hitler la escala de los logros industriales de Stalin, con los que este obtendría la victoria en la guerra: «Tienen el armamento más monstruoso que nadie pueda concebir: ¡35.000 tanques! —le dijo Hitler (en su única conversación privada registrada) al mariscal finlandés Mannerheim, el 4 de junio de 1942—. Si un general me dijera que un Estado puede poseer 35.000 tanques, yo le habría dicho: "¡Vaya locura! ¡Tú ves fantasmas!"». Pero esos blindados eran reales.

20. El líder de los árabes palestinos, Amin al-Husseini, muftí de Jerusalén, viajó a Berlín para reunirse con Hitler y Himmler y dio su apoyo al Holocausto. En el verano de 1943 Himmler se jactaba de que los nazis habían «exterminado ya a más de tres millones [de judíos]», lo que asombró a Husseini. «Los musulmanes en general, y los árabes en particular, tienen el deber de expulsar a todos los judíos —dijo el muftí en noviembre—. No cabe duda ... de que Alemania ha sabido ver a los judíos como en realidad son y se ha decidido a encontrar una solución definitiva para el peligro judío, tal que eliminará el flagelo que los judíos son para el mundo.»

21. A la conquista de Sebastopol, en julio de 1942, contribuyó un cañón gigante, con un alcance de cuarenta kilómetros, que Krupp construyó tras recibir personalmente la orden de Hitler. «Mi Führer —escribió Alfried Krupp, en una carta que entregó también en persona en la Guarida del Lobo—, el arma especial que hemos manufacturado gracias a su encargo personal ha demostrado su efectividad ... Krupp agradece encarecidamente la confianza que Usted, mi Führer, ha depositado en nuestra familia ... Inspirados por el ejemplo de Alfred Krupp en 1870, mi esposa y yo le pedimos el favor de que la Compañía Krupp pueda abstenerse de cobrar por este producto ... *Sieg Heil!*». En 1943, por petición de Gustav, Hitler aprobó un decreto especial, la Lex Krupp, que aseguraba que la dinastía nunca dejaría de controlar de la empresa.

22. En las Indias Orientales Neerlandesas, un arquitecto de profesión, hijo de un maestro, el carismático Sukarno —que había cumplido cuatro años de cárcel por sus actividades nacionalistas contra el dominio neerlandés— se unió a los japoneses para desarrollar su visión de un nuevo concepto nacional, que se basaría en la colonia europea: Indonesia. Pero no todos los nacionalistas siguieron sus pasos. Ho Chi Minh y su resistencia Viet Minh —que incluía a nacionalistas y comunistas— combatieron contra los franceses y luego contra los japoneses, para lo que recibieron ayuda de Estados Unidos y el Reino Unido.

23. Los británicos respondieron con las Conferencias de la Mesa Redonda de 1930-1932, a las que en ocasiones asistieron Gandhi y Djinnah. El fruto fueron unas elecciones limitadas de las que Nehru se mofó por ser «un coche con frenos potentes pero sin motor». El proceso enfureció a Churchill, que denunció: «Es alarmante y nauseabundo ver al señor Gandhi, un abogado sedicioso colegiado en el Middle Temple, que ahora posa como un faquir y remonta medio desnudo las escaleras del palacio virreinal para parlamentar, en términos de igualdad, con el representante del rey-emperador». Sin embargo, tras la aprobación en 1935 de la Ley sobre el Gobierno de la India, hubo elecciones en 1937 que, aun sin cancelar el poder del virrey, condujeron a la formación de gobiernos indios provinciales. Al iniciarse la segunda guerra mundial el proceso negociador se abandonó por completo.

24. Los dos hombres discrepaban del presidente del Congreso, Subhas Chandra Bose, un abogado socialista y acomodado que prefería formar una alianza hindúes y musulmanes en Bengala. Cuando Gandhi lo derrotó huyó a Alemania; un submarino japonés lo devolvió a su país, donde lideró un Ejército Nacional Indio, de sesenta mil efectivos, que luchó contra los británicos en Birmania.

25. En la Bengala rural, dirigida por un gobierno indio electo, se produjo una escasez catastrófica de arroz. Fue el resultado combinado de un ciclón, la caída de Birmania (que había exportado arroz a la India), la destrucción de los botes costeros (para que no cayeran en manos de los japoneses) y un acaparamiento generalizado por parte de especuladores y comerciantes. Los proyectos de asistencia se vieron obstaculizados tanto por la política intraindia como por la incompetencia, negligencia y letargia del virrey, lord Linlithgow. Churchill y el gabinete de Londres tenían como prioridad alimentar al ejército y no actuaron hasta que fue demasiado tarde. No fue una hambruna deliberada, pero la responsabilidad recayó sobre el Reino Unido, que no en vano tenía el poder imperial. Hubo hambrunas similares en Vietnam, ocupada por los japoneses (donde fallecieron dos millones de personas), en la Grecia recientemente liberada, y en los Países Bajos.

26. JFK aún estaba recibiendo tratamiento por las lesiones de espalda cuando, en agosto de 1944, su hermano mayor, Joe *Jr.*, que era piloto de bombarderos, murió en el transcurso de una misión.

27. Stalin estaba obsesionado con la traición: unos seiscientos mil *Hilfswilliger* (o *Hiwis*, voluntarios rusos) o *askaris* (soldados africanos) lucharon por Hitler, mientras que 120.000 formaron un Ejército de Liberación Ruso a las órdenes de Alemania. Entre 1943 y 1944 Stalin castigó a potenciales traidores con la deportación de pueblos minoritarios enteros: tártaros musulmanes, chechenos, kalmukos, karacháis, alemanes del Volga, ingusetios. De los 480.000 deportados chechenos murió entre el 30 y el 50 %. Cuando los supervivientes regresaron a Chechenia albergaban un odio profundo contra el dominio ruso, derivado de las largas insurgencias del siglo anterior.

28. Al regresar a Washington, Roosevelt acudió en secreto a ver a su amante, Lucy Mercer, que acababa de perder a quien había sido su marido durante mucho tiempo, Winthrop Rutherford. Él no había dejado de escribirle, pero durante el largo matrimonio de ella solo se habían visto en una ocasión. Roosevelt le pidió a su hija Anna que organizara los encuentros, unos en la Casa Blanca, otros en Georgetown. Lucy y la hija de Roosevelt hicieron amistad, pero Eleanor se enfureció al descubrirlo.

29. La penicilina la había descubierto dieciséis años antes un científico británico, Alexander Fleming. Como su laboratorio no estaba limpio, Fleming se encontró que en sus experimentos había crecido un hongo que había destruido bacterias; con el hongo y las lágrimas y mocos de sus asistentes desarrolló el primer antibiótico natural. «A veces uno encuentra lo que no está buscando», afirmó, pero en realidad no se debió a un simple accidente, sino a que Fleming era un innovador entusiasta: «Juego con los microbios». Publicó sus hallazgos pero nadie los valoró hasta 1939, más de diez años después, cuando un refugiado judío-alemán, Ernst Chain, y su colega Howard Florey, infectaron en Oxford a ocho ratones con estreptococos y dieron penicilina a cuatro de ellos; estos cuatro sobrevivieron. En 1941 la probaron con un paciente que se moría por una infección, que también se recuperó. Una vez comprendido su potencial volaron a Nueva York, donde la Fundación Rockefeller creó un equipo, con el respaldo del ejército de Estados Unidos, que incluía a una científica, Mary Hunt (apodada *Mouldy*, «la Mohosa»), que encontró penicilina en un cantalupo en putrefacción, lo que fue la base de la estreptomicina. Los antibióticos transformaron el mundo: las infecciones menores ya no costaban la vida y, con el tiempo, los medicamentos permitieron que los médicos limitaran las infecciones incluso después de casos de cirugía mayor.

30. Cuando le dijeron a Stalin que el papa Pío XII estaba preocupado por la independencia de Polonia, la respuesta fue tajante: «¿Cuántas divisiones tiene el ejército del papa?». Stalin, que estaba complacido con su definición del poder duro, repitió la frase en otras ocasiones. Pío bromeó más tarde al respecto: «Decidle a mi hijo Yósif que encontrará a mis divisiones en el cielo».

31. Para evitar el escándalo, Lucy se apresuró a hacer las maletas y se marchó de la Pequeña Casa Blanca.

32. «Sin duda habrás leído a Dostoyevski —le dijo Stalin al líder comunista yugoslavo Milovan Djilas, que había criticado las violaciones masivas del ejército ruso— y sabrás lo complicada que puede llegar a ser el alma de los hombres ... Ahora imagínate a un hombre que ha estado luchando desde Stalingrado hasta Belgrado ... ¿Qué tiene de terrible que se divierta con una mujer después de todos esos horrores?»

33. El 4 de mayo, el servicio de inteligencia militar (SMERSH) encontró los restos carbonizados de la mandíbula de Hitler, que se custodian en Moscú junto con fragmentos de su cráneo. En 1970, el resto del cadáver se enterró —de forma secreta y anónima— bajo las instalaciones de una base militar soviética, en Magdeburgo.

34. Entre los periodistas que cubrían la conferencia estaba Jack Kennedy; su padre, que era amigo de Hearst, le había conseguido el trabajo.

35. Entre los estalinistas polacos se habló de unirse a la URSS. Stalin no llegó a sopesar en serio la idea, en parte porque los Aliados consideraban que Polonia era crucial; pero como los zares que le antecedieron, estaba resuelto a controlar al país vecino. También se concedió a Stalin la gran ciudad prusiana de Königsberg, que se rebautizó en recuerdo de Kalinin, el presidente que había sido títere estalinista; la limpiaron de habitantes de etnia alemana y quedó convertida en un enclave soviético. En Ucrania, cuando la guerra se aproximaba a su fin, Bandera pudo escapar del cautiverio alemán y, con el apoyo de Estados Unidos, se instaló en Múnich, mientras que su aliado Shujévych emprendió una guerra de varios años contra los soviéticos, en la que obtuvo algunas victorias (en febrero de 1944 mató a un general destacado: Vatunin). El conflicto costó la vida a 130.000 ucranianos y más de treinta mil soviéticos, hasta que en 1950 se atrapó y dio muerte a Shujévych. En Múnich, en 1959, la KGB logró asesinar también a Bandera. En cuanto a los Estados bálticos, la insurgencia antisoviética —los Hermanos del Bosque— siguieron combatiendo durante diez años. Stalin organizó purgas masivas en Ucrania, Bielorrusia y el Báltico, hasta que los campos del gulag alcanzaron su cifra máxima de trabajadores esclavizados: dos millones y medio, en la década de 1950. En su nueva Ucrania occidental Stalin ejecutó a cerca de doscientas mil personas y deportó a otras cuatrocientas mil. Entre 1940 y 1953 se deportó asimismo a cerca del 10 % de la población del Báltico. Es razonable afirmar que Stalin —el pontífice marxista e imperialista ruso— cometió un exceso letal con estos abusos. En 1990-1991 quien aceleró la división de la Unión Soviética fueron los pueblos bálticos, más incluso que los georgianos. Si Stalin no hubiera agostado esos territorios, uno se pregunta si la URSS hubiera sobrevivido a 1991.

1. En 1898, una física polaca, Marie Skłodowska —nacida en la Varsovia de los Románov y casada poco antes con un colega francés, Pierre Curie— desarrolló la teoría de lo que bautizó como «radioactividad», que puso de manifiesto la enorme energía que contenían dos elementos que ella había descubierto hacía poco —el polonio y el radio— y que tendrían consecuencias inmensas en los campos tanto de la guerra como de la medicina. En 1905 otro físico —un judío alemán de veintiséis años, Albert Einstein, hijo de un empresario técnico de Wurtemberg, que se arruinó en el intento— había escrito un artículo que demostraba la realidad física de los átomos y las partículas, de los que se tenía conocimiento desde principios del siglo XIX. Su «teoría de la relatividad» mostró que la energía y la materia son equivalentes y proporcionó una ecuación precisa que indicaba cuánta energía se contiene en una cantidad determinada de materia. Después de 1933 —cuando Einstein había huido de Alemania a Estados Unidos— los físicos habían descubierto que ciertos isótopos de uranio tenían el potencial de sostener una reacción en cadena que dividía los átomos; la energía que el proceso liberaba se podía calcular gracias a la fórmula einsteniana de hacía unas décadas. En 1939, tras comprender que esa energía podía resultar prodigiosa, Einstein le aconsejó a Roosevelt que desarrollara su potencial. Hitler en cambio decidió no concentrarse en el estudio de las bombas nucleares; además de que esto fue quizá el mayor de sus errores, la persecución de los científicos judíos supuso que muchos de los creadores de la bomba fueron refugiados alemanes.

2. Se fundó una Organización Mundial de la Salud que, mediante un ingente programa de vacunación —150 años después de Jenner— logró erradicar la viruela globalmente. Como ha escrito Steven Johnson, «para la erradicación global hizo falta que se inventara una institución como la OMS, tanto como que se inventara la vacuna en sí». La pandemia de la covid no ha hecho sino destacar más esta verdad.

3. Mountbatten era bisnieto de la reina Victoria. Descendía de un hijo ilegítimo de un príncipe de Hesse, el marqués de Milford Haven, que había desarrollado su carrera en Gran Bretaña y llegó a ser el comandante de la Marina Real. Por su parte Edwina era nieta de un magnate judeo-alemán, sir Ernest Cassel, banquero de Eduardo VII.

4. *Pakistán* significa «tierra de la pureza» en urdu; pero también es un acrónimo de Punyab, Afgania (Provincia Fronteriza Noroccidental), Kashmir (Cachemira) e Indo-Sind, más el sufijo *-stán* de Beluchistán. Este acrónimo lo había acuñado en 1933 un experto en leyes del Emmanuel College de Cambridge, Rahmat Ali, en colaboración con tres colegas; era la época en la que británicos e indios negociaban en la Mesa Redonda, pero a ninguna de las partes le pareció un concepto aceptable. La idea la retomó Djinnah con posterioridad a 1940. En todo caso a Rahmat no se le dio especial crédito; en 1948 llegó al nuevo Estado que él había concebido, pero lo expulsaron y murió poco después en Cambridge, en condiciones de pobreza.

5. Más adelante Nehru y Edwina —en compañía de Indira, la hija de él, y Pamela, la de ella— hicieron vacaciones en el estado indio de Orissa; además Nehru visitó en ocho ocasiones Broadlands, la residencia británica de los Mountbatten. Edwina Mountbatten falleció en 1960. En 1981, el conde Mountbatten de Birmania —que antes de la primera guerra mundial, siendo él un niño, había conocido a su primo, el zar Nicolás II, y había sido jefe del Estado Mayor de la defensa británica, con gobiernos tanto conservadores como laboristas, hasta 1965— fue asesinado por terroristas del IRA mientras pescaba cerca de su castillo irlandés, en Sligo.

6. Ninguno de estos dos países había existido con anterioridad y los dos son Estados fallidos. El Líbano —una mezcolanza frágil de cristianos maronitas, suníes acomodados, chiíes pobres y drusos de talante marcial — fue diseñado por los franceses para proteger a sus favoritos, los cristianos; pero esto provocó el resentimiento de los chiíes. Siria fue un conglomerado de suníes, alauíes, kurdos y drusos. El Líbano, dominado por magnates venales y caudillos militares sectarios, ha sufrido intensamente los estragos de guerras civiles, la intervención palestina, la invasión israelí, la captura del Estado por un movimiento de resistencia chií y, en la década de 2020, un colapso general. En cuanto a Siria, en 2012 se disolvió en una guerra civil.

7. El nuevo país iba a llamarse Judea o Israel, al final se eligió Israel.

8. El zar Simeón de Bulgaria, nieto de Fernando I, fue depuesto en 1944 por medio de un plebiscito. Bulgaria, gobernada por Dmitrov, un secuaz leal a Stalin, se convirtió en una república popular.

9. Tito ayudó a Enver Hoxha, un oscuro maestro comunista, a hacerse con el poder en Albania, el diminuto país vecino. Hoxha era un hombre apuesto, alto, parlanchín y extrañamente aficionado a la literatura: sus diarios y memorias ocupan un total de 65 volúmenes. El país quedó gobernado por una camarilla cuyas familias solían casarse entre sí y vivían en una zona residencial fea y poderosamente protegida del centro de Tirana, el Bloque (*Blloku*). El camarada Enver asesinó sistemáticamente a todos sus rivales: «Es necesario encontrar y matar a Irfan Ohri», se afirmaba en una nota típica. «Creo que se aloja en una casa próxima al Cine Rex.» Nada más tomar el poder, en noviembre de 1944, ordenó: «Organizad prisiones y campos de concentración, sin mostrar compasión por nadie», y añadió: «Parad, arrestad y ejecutad a los individuos influyentes». Hoxha adoraba a Stalin, con el que se reunía para charlar largo y tendido.

10. Entre los personajes de mayor maldad, algunos escaparon por las rutas de huida conocidas como «rutas de las ratas», y llegaron a Suramérica, donde un nuevo dictador argentino, el coronel Juan Domingo Perón —que admiraba a Hitler— acogió a Adolf Eichmann, Josef Mengele y Ante Pavelić. Pavelić murió dos años después de sufrir un atentado; a Eichmann lo secuestró el Mossad y lo ahorcaron en Jerusalén. Mengele se ahogó.

11. «No habíamos vivido tal polarización del poder desde los tiempos de Atenas y Esparta, de Roma y Cartago», dijo Dean Acheson, subsecretario de Estado, en el Senado de Estados Unidos.

12. Chiang fundó en la isla una república independiente gobernada por las familias Song y Chiang. Había perdido a 550 millones de personas y ahora regía sobre seis millones, a los que sometió mediante oleadas de terror; durante el medio siglo posterior fueron gobernados por chinos venidos del continente. Chiang rigió Taiwán en calidad de dictador durante el resto de su vida, hasta que le sucedió —como a los emperadores— su propio hijo, Ching-kuo, al que había educado en Rusia, y que introdujo la democracia. La democracia liberal de Taiwán —donde se ha desarrollado una avanzada industria de semiconductores— ha contado con la protección de Estados Unidos hasta la década de 2020. En estos momentos, sin embargo, es la última entidad china que escapa al control de Pekín.

13. Al exemperador Puyi, en cambio, no le daban trato de rey. El títere de los japoneses había abdicado en 1945; los soviéticos lo apresaron y lo repatriaron. Tuvo que trabajar en tareas insignificantes, aunque Mao lo invitó a redactar sus memorias. En 1960 el primer ministro Zhou Enlai lo recibió y le dijo: «No fue culpa tuya que te nombraran emperador a los tres años o que en 1917 se diera un golpe de Estado con la intención de restaurarte en el trono. Pero sí te compete toda la responsabilidad ... por haber aceptado la jefatura del ejecutivo de Manchukuo». Puyi le dio la razón y lamentó no haber podido disculparse ante todos los eunucos a los que había destruido. El último emperador murió en 1967, a los sesenta y un años.

14. Cixi ya había prohibido el vendado de pies en 1902, e igualmente la nueva república en 1912; la práctica ya estaba declinando. En esta ocasión se extinguió.

15. Stalin y Mao recibieron juntos a Ho Chi Minh en Moscú. Mao empezó a instruir y armar a setenta mil combatientes del Viet Minh, e invitó a otros comunistas indochinos a formarse en Pekín. Uno de estos era Saloth Sar, un maestro camboyano formado en París que más adelante tomó el nombre de Pol Pot.

16. Para celebrar el tricentenario del tratado por el que el guetman Jmelnytsky juró lealtad al zar Alexéi Románov, en abril de 1654, Stalin decidió ceder Crimea a Ucrania. Los nuevos líderes confirmaron la transferencia al año siguiente. Esto supuso que, en 1991, cuando la Unión Soviética se desintegró, Crimea formaba parte de Ucrania.

17. Se desarrolló una partida de espionaje en un tablero mundial, en la que cada bando intentó infiltrar agentes —únicos, dobles o triples— en el seno de las instituciones ajenas. Este mundo sombrío y amoral se ha descrito de un modo exquisito en obras literarias magistrales, que abordan la traición y la fragilidad humana: *El espía que surgió del frío* y *El topo* (*Tinker Tailor Soldier Spy*), compuestas por un exoficial de inteligencia que se convirtió en uno de los grandes novelistas de la posguerra: John le Carré. Los dos bandos recurrieron a métodos clandestinos y cinéticos para derribar a los apoderados del rival en todo el mundo. Pero en los dos campos, el control de los actores locales por parte de Moscú y Washington se exageró tanto como se exageraron los éxitos —no poco raros— de la KGB y la CIA. Con el tiempo se generalizó el mito de que la CIA había conseguido dar múltiples golpes de Estado. Este relato antiimperialista, no obstante, subestimaba la acción de los potentados locales. Un caso raro en el que la CIA sí tuvo éxito fue el que Eisenhower aprobó en junio de 1954 y que, en la práctica, supuso que los asistentes estadounidenses derrocaran al presidente socialista de Guatemala.

18. Las ciudades estaban en expansión. Se necesitaban viviendas y los precios de las propiedades aumentaban. En Nueva York, Fred Trump —hijo del bávaro Drumpf que dirigió un burdel durante la fiebre del oro— levantó miles de casas y apartamentos, y pidió créditos gubernamentales para ofrecer alojamientos baratos, pero a menudo se quedó con gran parte del dinero. Pedía a sus agentes «no alquilar a negros» y, si ya eran los arrendatarios, «librarse de los negros», por lo que se le condenó por discriminación racista. Era la personificación allo fslismo estadounidense más duro, un hombre que amedrentaba a sus propios tres hijos. Fred Trump le legó al segundo de los hijos, Donald, una fortuna de mil millones de dólares, la extravagancia charlatana y su filosofía personal, que Donald abrazó sin reservas: «En la vida unos matan, otros pierden ... Nosotros somos asesinos ... Si eres un rey, eres un asesino».

19. Una paradoja de la política populista televisada es que el mejor actor quizá no sea bueno en ninguna otra faceta que la de la actuación: «Las cualidades que se premian en el ascenso a la eminencia —escribió Henry Kissinger— son cada día menos las cualidades que se requieren cuando la eminencia se ha alcanzado».

20. Tras la detención de Luciano, la organización pasó a manos del segundo del *capo*, Vito Genovese; las Cinco Familias que dominaban el crimen en Nueva York continuaron como hasta entonces, al igual que el órgano de gobierno de la Mafia, la Comisión, fundada por Luciano. El socio de Lansky era un joven y astuto mafioso neoyorquino, Carlo Gambino, *consigliere* del capo más aterrador de la época, Albert Anastasia, que dirigía una patrulla de asalto con sede en el City Democratic Club. Los periódicos la habían bautizado como si fuera una empresa de asesinatos —Murder, Inc.— de la que Anastasia era el sumo verdugo. Pero cuando Anastasia intentó instalar sus propios casinos en La Habana, Lansky y Gambino dictaron que cayera: el 25 de octubre de 1957, Anastasia murió tiroteado en el Hotel Park Sheraton de Manhattan. Estaba reclinado en la silla del barbero, cubierto por las toallas tibias, en una imagen que se ha convertido en icónica de los ajusticiamientos de la Mafia. Gambino asumió el control de la Familia que más adelante produjo a John Gotti.

21. Adolescentes como la que interpretó Shirley Temple, en su papel de enamorada de Cary Grant, en *El solterón y la menor* (*The Bachelor and the Bobby-Soxer*, 1947). El nombre allo*bby-soxer* hacía referencia a los calcetines tobilleros de la moda juvenil femenina de esos años en Estados Unidos. (*N. del t.*)

22. Batista fue un ejemplo típico de los líderes que Estados Unidos respaldó y que adquirieron una importancia crucial en la lucha de aquellos gobiernos contra el comunismo. «Quizá sea un cabrón —se cuenta que Roosevelt dijo del aliado de los estadounidenses en Nicaragua, Anastasio Somoza—, pero es nuestro cabrón»; Somoza y su hijo estuvieron en el poder hasta 1979. En la isla de La Hispaniola, Estados Unidos apoyó a Rafael Trujillo, «el Jefe», que fue dictador en la República Dominicana desde 1930; en 1937 Trujillo ordenó asesinar a miles de haitianos negros, en la masacre conocida como del Corte. En Haití Estados Unidos toleró que se eligiera a un médico popular que se hizo famoso primero por tratar el pian, una enfermedad habitual, y luego como ministro de Salud, de talante progresista, François Duvalier, «Papa Doc». En un país que hacía tiempo que estaba dominado por una élite mulata, Duvalier —que era negro— prometió proteger a «los grandes olvidados». Como desconfiaba del ejército creó su propia Milice de Volontaires de la Sécurité Nationale, una organización paramilitar de policías secretos armados con machetes, los «Tontons Macoutes» (así llamados por una figura de la mitología vudú, una especie de «hombre del saco»). Los Macoutes —encabezados por un esbirro apodado «el Vampiro» porque mercadeaba con plasma— quemaron, fusilaron y descuartizaron a los rivales de Papa Doc, cuyos restos solían colgar de los árboles como advertencia; en origen, la tropa contó con instructores estadounidenses. En 1964 Duvalier se proclamó presidente vitalicio.

1. Kim Roosevelt se pasó el resto de sus días haciendo publicidad de su gran atrevimiento personal. Pero es probable que los generales y los ayatolás fueran mucho más importantes que los estadounidenses. Hubo varias conspiraciones: las tropas de Zahedi tomaron el poder, las masas del ayatolá Kashaní mandaban en las calles. Roosevelt reclutó en efecto a criminales, pero es improbable que su multitud de gánsteres y prostitutas resultara decisiva y —incluso en su propia versión de los hechos— apenas gastó el presupuesto que manejaba; de hecho el de los fondos de Áyax —novecientos mil dólares— se lo entregó a Zahedi. Eisenhower comentó que el informe de su agente de la CIA «se parecía más a una novela barata que a un hecho histórico»; la novela de un tipo que se vendía a sí mismo desvergonzadamente. Pero el golpe de Estado se convirtió en un crimen icónico del imperialismo estadounidense; el mito lo favorecieron tanto la propia CIA —para fomentar la mística de su poder— como los enemigos del sha, los nacionalistas iraníes y la república islámica, para demonizar y dañar a los pahlavíes. Cuando el sha escuchaba la burda vanagloria de Roosevelt, se limitaba a reírse con ganas; la escena se narra en los diarios de un ministro de su corte, Asadollah Alam.

2. Ho poseía un encanto paternal que contrastaba con su ferocidad estalinista. Ejecutaba a los rivales sin pensárselo dos veces: «Todo el que no siga la línea que he trazado morirá». En Vietnam del Norte se asesinó a doscientos mil agricultores de familias acaudaladas a consecuencia de una cuota establecida en mayo de 1953, «fijada en principio en una relación de uno por cada mil personas de la población total».

3. En 1957, París cedió Marruecos al sultán Muhammad V, descendiente alauí de un aterrador monarca del siglo XVII: Ismail ibn Sharif. Muhammad se había negado a cumplir con las exigencias de Vichy, de enviar a los judíos marroquíes a los campos de exterminio; tras la guerra reclamó la independencia y la reunificación de Marruecos, por lo que París lo desterró a Madagascar. En este período él y su hijo Hassan negociaron la salida de franceses y españoles. Hassan (Hasán II), rey desde 1961, promovió la dinastía como sharifí, adoptó el título de *Amir al-Muminin* y asumió el poder absoluto, aunque concediendo un Parlamento multipartidista. Este hombre capaz, altivo y despiadado aplastó a la oposición (a menudo, con ayuda francesa), se apoderó del Sahara occidental y logró convertir al país en una monarquía híbrida estable.

4. La «política de la *grandeur*» fue un reflejo de la personalidad y la vida de De Gaulle. «Por descontado no pretendo rehacer el Segundo Imperio, porque no soy el sobrino de Napoleón ni uno se convierte en emperador a mis años», reflexionaba. En su concepción de la vida imperaba la lucha: «La vida es un combate y todas sus fases comprenden tanto éxitos como fracasos ... El éxito contiene las semillas del fracaso, y viceversa». Tenía una opinión bastante negativa sobre la humanidad: «La acción humana solo responde a dos motores: el miedo y la vanidad. O bien se vive en un estado de catástrofe y domina el miedo, o bien es de calma, y entonces es la vanidad». De Gaulle ganó el plebiscito de aprobación de su Quinta República y creó una presidencia poderosa, que hacía pensar en un monarca republicano, sucesor de los Borbones y los Bonaparte. Cuando se reunió con la reina británica —en aquel momento la joven Isabel— ella le pidió consejo y él le dio una definición perfecta de la monarquía constitucional: «En la posición en la que Dios os ha situado, sed vos misma, *madame*. Quiero decir la persona alrededor de la cual —gracias a vuestra legitimidad— todo se organiza en vuestro reinado; alrededor de la cual vuestra gente ve su *patrie*; aquella que con su presencia y dignidad contribuye a la unidad nacional».

5. En 1966, en la diminuta Gabón, rica en petróleo —formaba parte de la federación colonial central, la *Afrique-Équatoriale française*—, De Gaulle se entrevistó con un exoficial diminuto y atildado que hablaba un buen francés: Albert-Bernard Bongo. Aunque solo tenía treinta años, De Gaulle le dio su bendición como vicepresidente y luego como presidente, a cambio de un acceso prioritario al petróleo y el uranio gaboneses. Bongo, que más adelante se convirtió al islam, gobernó como un monarca durante cuarenta y dos años, enriquecido por el petróleo y las subvenciones francesas, e íntimo de todos los presidentes franceses hasta Sarkozy. Introdujo en el gobierno a su numerosa descendencia. En 1980 su hija Pascaline tuvo una relación con Bob Marley, el cantante rastafariano de Jamaica, al que invitó a tocar en Gabón; Pascaline fue luego ministra de Exteriores. A la muerte de Bongo, en 2009, le sucedió su hijo Ali Bongo. Los Bongo suman más de cincuenta años de gobierno.

6. Salazar, el dictador de Portugal, no participó del respaldo anglo-francés a la independencia africana. En febrero de 1961 una rebelión angoleña —encabezada por el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) y respaldada por Moscú y La Habana— empezó a combatir por la independencia. Pronto siguió sus pasos el Frelimo (Frente de Liberación de Mozambique). Para Salazar, el imperio era irrenunciable; defendía una teoría singular, el «lusotropicalismo», que afirmaba que el imperio portugués era especialmente multicultural y multirracial y que un africano, en teoría, podía llegar a ser presidente de Portugal. Animó a sus conciudadanos a establecerse en las colonias y, entre 1960 y 1975, doscientos mil portugueses hicieron las maletas y se marcharon en África; al cabo de poco tiempo había cuatrocientos mil colonos en Angola y 350.000 en Mozambique. En aquel momento ya era el único líder europeo dispuesto a librar una guerra con todas las letras con el fin de mantener las colonias. Cincuenta mil soldados portugueses aplastaron las revueltas africanas, cada vez más con la ayuda de unidades de élite, comandos africanos que en 1970 representaban ya el 50 % de las fuerzas armadas portuguesas (el oficial más condecorado del ejército era el coronel Marcelino da Mata, un militar guineano que llegó a dirigir a la élite, los Comandos Africanos). La dictadura de Salazar daba signos de agotamiento. En 1958 un líder de la oposición, el carismático Humberto Delgado, estuvo a punto de hacerse con la presidencia, lo que le habría permitido destituir a Salazar; se marchó al destierro y, en 1965, la policía secreta (PIDE) lo asesinó en España. Las guerras africanas de Salazar se librar con brutalidad —con matanzas y decapitaciones—, pero al cabo de diez años las insurgencias quedaron prácticamente aplastadas. Más adelante, el presidente estadounidense Kennedy aconsejó a Salazar que diera la independencia a sus colonias, pero el dictador se negó.

7. Luego Macmillan llamó por teléfono a Kennedy, el presidente de Estados Unidos, para pedirle orgullosamente que apoyara la construcción de la presa del Alto Volta. «Si yo he arriesgado a mi reina, Usted bien puede arriesgar su dinero», le dijo.

8. Cuando era presidente, Nkrumah invitó al país a Du Bois. El anciano —contaba entonces noventa y tres años— había perdido el pasaporte estadounidense gracias a las investigaciones del macartismo, que no le perdonó los vínculos con el socialismo. Du Bois llegó en 1961, con el encargo de compilar una Enciclopedia Africana desde Ghana, adquirió la ciudadanía y falleció en Accra poco antes de que Estados Unidos aprobara la Ley de Derechos Civiles, en 1964, que puede considerarse como la culminación del trabajo de toda la vida de Du Bois.

9. Pocos monarcas africanos heredaron el gobierno en las antiguas colonias, en parte porque su prestigio había quedado muy dañado por las décadas de connivencia con el poder imperial. Hubo algunas excepciones. En Suazilandia y Lesotho los descendientes de los exitosos caudillos del Mfecane —que habían maniobrado con astucia para que Suráfrica no los engullera— sí gobernaron en calidad de reyes. En Bechuanalandia (hoy Botsuana), sir Seretse Jama, nieto del rey Jama III y heredero de otro de los reinos surgidos del Mfecane, causó un escándalo tanto en su patria como en el Reino Unido, al casarse en 1948 con una inglesa blanca, Ruth Williams, en el primer matrimonio mestizo de una figura prominente en los tiempos modernos; pero al regresar Jama hizo campaña por la independencia y fue el primer presidente de Botsuana. Este país, dominado por Jama y luego por su hijo hasta prácticamente nuestros días, ha sido una democracia tolerante y ordenada.

10. Como palabra compuesta, *fiddle-faddle* significa «absurdo, tontería, trivialidad». (*N. del t.*)

11. Sin que nadie lo supiera, pues con la confusión de la retirada belga pasó inadvertida, en el Congo se produjo también el salto —de los monos a los humanos— de una nueva enfermedad que atacaba el sistema inmune. El primer caso identificado de la nueva enfermedad, al menos, se detectó aquí, en 1959. Probablemente se difundió por el África central y occidental después de la segunda guerra mundial, por medio de vacunaciones insuficientemente higiénicas y del contacto sexual, a menudo a través de la sangre del sexo anal y por la prevalencia de las úlceras genitales en el sexo vaginal. Es asimismo probable que la enfermedad llegara poco después a Estados Unidos: el primer caso confirmado fue Richard R., un joven que falleció de neumonía en 1969. Aunque no se identificó como tal hasta 1981, se convirtió en una pandemia que causó la muerte de millones de personas. Más adelante se le dio los nombres de virus de inmunodeficiencia humana (VIH) y síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA).

12. «¿Cómo he podido ser tan estúpido? —se preguntaba, reflexionando sobre el riesgo que corren los potentados aislados de engañarse a sí mismos—. Cuando te dejas llevar en demasía por el deseo de que algo se cumpla, pierdes el contacto con la realidad.»

13. En esta fase el ser humano moderno empezaba a atisbar las posibles consecuencias de su dominio total del planeta. En 1960 un científico estadounidense, Charles David Keeling, que medía regularmente las temperaturas de Hawái, reveló que el incremento del monóxido de carbono y los «gases de efecto invernadero» en la atmósfera —emitidos por la quema de carbón y petróleo—, sumados a la desforestación y la agricultura intensiva —productos de la industrialización de los dos siglos precedentes— estaban causando que la Tierra se calentara. Este proceso, predicho en su Curva de Keeling, podía generar daños irreversibles y catastróficos. Simultáneamente un teórico de los sistemas, Herman Kahn, advertía de un posible conflicto nuclear; el 1 de enero de 1962 publicó un libro titulad *Pensar en lo impensable* que planteaba 16 estadios (ampliados posteriormente a 44) que culminarían en la «convulsión de una guerra demencial»

14. El 19 de mayo el presidente Kennedy había celebrado su 45.º cumpleaños en una gala de recaudación de fondos en la que Marilyn Monroe, con un vestido cargado de piedras, cantó un susurrante «Happy Birthday», el apogeo del Camelot de los Kennedy. La estrella se la había presentado el examante de Monroe, Sinatra, quien ocupó un lugar único en la cultura estadounidense como nexo del entretenimiento, el poder presidencial y el crimen organizado. Pero entre bambalinas Marilyn —que había tenido amoríos tanto con Jack como con Bobby (padre de once hijos con una esposa especialmente sufrida), entre los matrimonios fallidos con la estrella del béisbol Joe DiMaggio y el dramaturgo Arthur Miller— sufría dolorosamente por las heridas de una infancia desolada entre casas de acogida, las exigencias de la fama y el ninguneo de Bobby cuando se enamoró de él. En agosto la encontraron muerta por una sobredosis de somníferos y los Kennedy borraron todas las pruebas de sus relaciones con ella. Su vida personificó el glamur estadounidense en la fase culminante del «siglo de Estados Unidos»; su muerte, la fragilidad de la belleza y la cara oscura de la fama.

15. Desde 1959 el Pentágono estaba trabajando en un sistema de comunicaciones «de supervivencia» que pudiera funcionar incluso si un ataque nuclear destruía los cables de teléfono y las redes de radio. Paul Baran, un científico judío nacido en Polonia que había llegado a Estados Unidos en 1928 y entonces trabajaba para la Corporación Rand, acababa de crear una forma rápida y barata de enviar datos que se separaban en lo que denominó «bloques de mensaje»; sus hallazgos se publicaron en su *Sobre la distribución de las comunicaciones*. En una demostración de que los «descubrimientos» son el resultado de la acumulación de conocimiento, un ingeniero británico, Donald Davies, desarrolló la misma idea de forma simultánea; él habló de «paquetes de datos». En 1967 los dos conversaron sobre su «transferencia de paquetes» y Baran le dijo a Davies: «Usted y yo tenemos un concepto común sobre lo que es la transferencia de paquetes, pues tanto Usted como yo, de forma independiente, hemos dado con los mismos ingredientes». En 1969, la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados del Pentágono utilizó su trabajo para crear una red de comunicación entre computadoras. A lo largoallo finta años posteriores toda una galaxia de científicos fue desarrollando la tecnología de la que han salido internet y el correo electrónico.

16. Sergó Mikoyán, que había acompañado a su padre en funciones de asistente, le narró a este autor el carácter dramático del viaje. «Mi padre dijo: “El futuro del mundo requiere que mi misión sea un éxito. No hay más”. El viaje fue muy tenso, era perceptible; pero mi padre siempre se mostró tranquilo. Estaba acostumbrado a la alta tensión. A fin de cuentas, ¡había vivido treinta años con Stalin!».

17. En la diminuta élite de Vietnam, tanto Ho Chi Minh como el general Giap se habían formado en el liceo francés, Quoc Hoc, fundado en Hue por un oficial vietnamita católico: el padre del presidente Ngo Dinh Diem. Giap y el presidente Ngo fueron alumnos del centro en el mismo período. Tras ascender a gobernador provincial, Ngo colaboró con los japoneses en contra de los franceses. El último emperador de Annam lo nombró primer ministro y él abolió la monarquía. Durante su presidencia, este católico puritano y célibe —que se rodeaba de jóvenes apuestos— lideró una dinastía asesina y cleptocrática. Uno de sus hermanos, Nhu —admirador de Hitler, adicto a las drogas— dirigía el partido y la policía secreta de Ngo, según el modelo de la SS; su esposa, la señora Nhu, era una mujer hermosa y feroz, que vestía exquisitamente y siempre llevaba una pistola. De los otros hermanos, Thuc era el arzobispo de Hue; Can dirigía la región de Hue; Luyen era embajador ante Londres. Pero todos vivían en el palacio presidencial. La incontenible señora Nhu aterrorizaba al presidente y a su propio marido, con afirmaciones como: «El poder es maravilloso, y el poder absoluto, absolutamente maravilloso». Adoptó un programa moralista por el que prendió fuego a obras pornográficas e intentó prohibir la prostitución, no sin lamentarse de que el marido descuidaba el sexo con ella. Cuando unos monjes se quemaron vivos para protestar por las depredaciones de los Ngo, la señora Nhu los calificó de «barbacoas»: «¡Pues que se quemen!», y amenazó a sus enemigos: «Perseguiremos y exterminaremos a todas esas ovejas sarnosas». Los vietnameses estaban horrorizados por ella; entre los estadounidenses despertaba una mezcla de horror y de fascinación.

18. «Hay dos cosas por las que la gente siempre pagará: comida y sexo —decía *madame* Claude— y yo no sé cocinar». Claude (Fernande Grudet), la propietaria de la *maison close* más reputada de París, se especializó en chicas refinadas de clase media, por lo general modelos y actrices de segunda categoría que no se dedicaban exclusivamente a la prostitución. La que vino a ser la división carnal de los servicios de inteligencia franceses durante la década de 1960 contó entre sus clientes a estrellas del cine como Marlon Brando, plutócratas (como los Rothschild; el magnate italiano de la Fiat, Agnelli; el millonario armador griego Aristóteles Onasis, que más adelante se casó con Jackie Kennedy) y potentados que iban desde el sha y el conseguidor saudí Muhammad Jashoggi al presidente Kennedy, que en su visita tuvo la memorable ocurrencia de pedirse a una chica «como Jackie, pero en cachondo».

19. Israel seguía dependiendo del armamento francés, aunque De Gaulle había puesto fin a toda asistencia nuclear. Estados Unidos empezaba a abastecer a Israel con armas, pero a JFK le enfurecía su programa nuclear. Cuando el cerebro del programa, Shimón Peres, visitó la Casa Blanca, Kennedy le preguntó por las armas nucleares. La respuesta fue deliberadamente vaga: «Os puedo decir con claridad que no vamos a introducir el armamento atómico en la región; no seremos nosotros los que lo hagamos en primer lugar».

1. LBJ veía avances del comunismo por todas partes. Al igual que JFK, le aterraba la posibilidad de que surgiera «otra Cuba» en Suramérica e instó a que los militares brasileños derrocaran a su presidente, el izquierdista João Goulart, con el que se conoce en portugués como *Golpe de 64*. La junta militar gobernó Brasil durante veinte años, arrestó a más de cuarenta mil personas y asesinó por lo menos a 333 —supuestos comunistas—, que probablemente fueron varios centenares más. En Indonesia un proceso similar se convirtió en el golpe más sangriento de toda la guerra fría. Sukarno, el *showman* inconformista, rechazaba la influencia estadounidense pero también se burlaba de los soviéticos por ser blancos y arrogantes; entre tanto consolidaba su propia dictadura con el apoyo de un Partido Comunista popular. LBJ ordenó a la CIA que lo derrocara, pero Sukarno se divertía con el riesgo y calificó 1965 como «el año de vivir peligrosamente». Sin embargo, cuando un golpe comunista asesinó a seis generales, el control pasó a uno de sus propios generales, Suharto, que inició una purga contra los comunistas y sus partidarios de etnia china. La depuración costó la vida a quinientas mil personas, muchas de las cuales fueron decapitadas. Suharto gobernó como dictador durante los treinta y un años siguientes. En 2001 se eligió presidenta a una hija suya, Megawati.

2. Los avances en la producción de alimentos y la agricultura intensiva han comportado que, aunque la población mundial se ha incrementado mucho, las hambrunas son mucho más raras. Entre 1980 y 2020 murieron de inanición cinco millones de personas, mientras que entre 1940 y 1980 habían perecido por esta causa cincuenta millones. Algunas hambrunas se debían a sequías, otras al hundimiento de la distribución de alimentos durante una guerra; pero la mayoría obedeció a las medidas deliberadas que adoptaron los marxistas-leninistas en la URSS, China y Etiopía, así como los nazis en Europa.

3. Li Na, hija de Mao y de Jiang, trabajó como secretaria de su padre durante la revolución cultural y fue testigo de diversas «sesiones de lucha» en su nombre. Su carácter altivo se intensificó y no vacilaba en amenazar al personal. Mao la nombró directora del Grupo Selecto que dirigía la campaña; pero como en 1972 Li Na sufrió un colapso nervioso, Mao dejó de interesarse por ella.

4. En la década de 1990 este autor tuvo ocasión de conversar con Deng Pufang en Pekín. «Pues sí, digamos que para llegar hasta aquí ha habido que luchar»: así fue como, sentado en una silla de ruedas, describió su trayectoria.

5. Mientras Kenyatta consolidaba su poder en Kenia, los británicos se retiraron de Tanganica y Zanzíbar. En enero de 1964 el sultán de Zanzíbar —un monarca árabe, cuyo primo gobernaba en Omán— tuvo que hacer frente a la invasión de un cristiano demencial, el ugandés mesiánico John Okello, que se apoderó de la isla en compañía de seiscientos revolucionarios e intentó apresar al sultán sir Jamshid bin Abdullah, que huyó en su yate. Okello ordenó asesinar a todos los árabes de edades comprendidas entre los dieciocho y veinticinco años y violar colectivamente a todas las mujeres (salvo a las vírgenes, a las que se prohibió violentar). Dos mil omaníes perdieron la vida, en venganza por siglos de trata de esclavos. Pero el mariscal de campo Okello quedó arrinconado por líderes más razonables que, después de intentar imponer una república marxista, lo expulsaron y negociaron la unión con Tanganica, para formar Tanzania. El sultán acabó retirándose en Omán, un país que hoy aún gobiernan sus primos.

6. Lucian Freud, que solo había conocido a su abuelo, el famoso psicoanalista, siendo este ya anciano, vivía como un libertino, apostador y pendenciero de las calles del siglo XVIII: se rodeaba de un harén de amantes y tuvo por lo menos doce hijos. En 1966 pintó su primer retrato desnudo recostado, «Chica desnuda». El estilo crudo, alienado, sensual y ásperamente empastado de sus cuadros, durante los cincuenta años posteriores, fue una expresión magistral y gloriosa de la carne, el alma y la condición humanas: «Quiero que la pintura funcione como la carne. Que mis retratos sean de personas, y no como ellas. No que tengan el aspecto del modelo, sino que lo sean», dijo.

7. En septiembre de 1968, Salazar, a sus setenta y nueve años, se cayó en el baño y sufrió un ictus. Pero el Estado Novo portugués no se vino abajo. Se eligió primer ministro a una figura leal que dio continuidad tanto a la dictadura interior como a las brutales guerras coloniales del exterior.

8. Kenyatta murió en 1978, a los ochenta y cuatro años. Su familia era de las más ricas de Kenia, pero los hijos eran demasiado jóvenes para sucederle, por lo que eligió a uno de sus seguidores, Daniel Arap Moi, que gobernó durante veinte años. Un hijo de Kenyatta, Uhuru, ha sido presidente de 2013 a 2022; estamos ante otra dinastía africana en una democracia con defectos, pero que funciona como tal.

9. Aquella semana un británico del distrito londinense de Brixton, cantautor y estudiante de arte y teatro, publicó una canción, «Space Oddity», que narraba la historia de un astronauta perdido, el comandante Tom, que orbitaba para siempre alrededor de la Tierra. David Bowie (seudónimo de D. Jones), fascinado por los viajes espaciales, fue una figura de belleza cadavérica y glamur de vampiro. En su álbum *The Rise aallo f of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars* hizo la crónica de la extrañeza de la fama en una era de consumo de masas. Su calidad como compositor y artista del espectáculo solo la igualó otro contemporáneo londinense de clase trabajadora, Reggie Dwight —más conocido como Elton John— que también prestó atención al espacio en su «Rocketman» y cuya obra maestra «Goodbye Yellow Brick Road» amplió lo que se entendía por música pop. En ambos casos, la fusión de teatro, moda y música demostró que el rock se estaba convirtiendo en la rama dinámica del arte; por otro lado su exploración de la androginia sexual —ambos causaron conmoción al reconocer que eran bisexuales—, el hedonismo exótico y la adicción casi destructiva a la cocaína marcaron el final de la década utópica de los años sesenta y el principio de unos setenta más oscuros. Pero quien enfrentó la Era de Acuario con las fuerzas satánicas de la historia fueron los Rolling Stones con su «Sympathy for the Devil», la mejor canción histórica de todos los tiempos. La muerte oficiosa de los años sesenta se produjo un 6 de diciembre, en un concierto de los Stones en Altamont (California), cuando la seguridad, confiada a una banda de Ángeles del Infierno, mató a puñaladas a un fan. Aun así los Stones sobrevivieron a todo y siguieron tocando ante estadios repletos durante otros cincuenta años.

10. Pakistán aprendió la lección de aquel desastre. Su presidente cedió el poder a su dinámico ministro de Exteriores, Zulfiqar Ali Bhutto, un socialista educado en Oxford y Berkeley, que había heredado cien mil hectáreas de la base del poder familiar, en la región de Sind. A las dos semanas de haber asumido el cargo convocó a diversos científicos del país: «Nos hará falta la bomba. ¿Cuánto tardaremos en disponer de ella?». Pero Indira Gandhi buscaba lo mismo. Con la ayuda soviética, en 1974 detonó una bomba propia, que a juicio de Bhutto podría «asentar la hegemonía [de la India] en el subcontinente». Por lo tanto aceleró el proyecto pakistaní, ascendiendo a un joven científico, A. Q. Khan, que empezó a adquirir planes y equipos para la fabricación de una bomba nuclear islámica. «Las civilizaciones cristianas, la judía y la hindú ya manejan este recurso, pero la civilización islámica, no», dijo Bhutto. Intentó cohesionar las distintas facetas de su país: «Nuestra fe es el islam, nuestro sistema de gobierno es la democracia, nuestra economía es el socialismo». Pero los militares, que se consideraban los guardianes de un Estado precario, lo eclipsaron. En el este, el líder fundador de Bangladés, el jeque Mujibur Rahman, apodado Bangabandhu («Amigo de Bengala»), gobernó el nuevo Estado hasta que murió asesinado en 1975. Creó una dinastía: su hija la jeque Hasina gobernó como autócrata hasta entrada la década de 2020.

1. También participaron varios contingentes aliados. Castro envió a cuatro mil cubanos en ayuda de los sirios; Bhutto envió un escuadrón de cazas pakistaníes, uno de los cuales derribó un avión israelí.

2. Gadafi propuso una fusión panarabista con Egipto. Su país disponía de ingresos cuantiosos, por el petróleo, y el nuevo presidente apoyó a Palestina y a los radicales antioccidentales, con armas que adquiría a Moscú. «Gadafi es solo un chiquillo ... No saben nada de Lenin ni del socialismo —le dijo Brézhnev a Castro—. Lo que sí tienen es mucho dinero. Y él es un musulmán fanático.» «Yo tengo la impresión de que está loco», contestó Castro. Gadafi alimentó un culto a su personalidad; predicó sus propias cavilaciones marxisto-musulmanas en un *Libro verde*; vivía en una tienda de estilo beduino —aunque lujosa— en mitad de su cuartel militar, con la protección de mujeres guardaespaldas; intentó conquistar un imperio en el Chad y se hizo coronar rey de reyes como aspirante a liderar una unión panafricana. Ayudó a los terroristas palestinos y los del IRA, pero también financió al CNA de Nelson Mandela, en Suráfrica. Degeneró hasta convertirse en un Nerón árabe y radicalizado, que organizó atrocidades terroristas como la explosión del avión de Lockerbie; además asesinaba a los disidentes, estupraba a las jóvenes y preparó como sucesor a su hijo Al-Saif.

3. En cuanto al Ángel, Marwan prestó servicio en el despacho de Sadat hasta 1976, cuando se retiró para ganar una fortuna y participar en las batallas por el control de Harrods y el Chelsea Football Club. Su papel no se conoció hasta mucho después, por revelaciones de agentes israelíes retirados. El 27 de junio de 2007 Marwan murió después de caer del balcón de su apartamento londinense, situado en una quinta planta. Diversos potentados egipcios y jefes de los servicios de inteligencia asistieron a su funeral. «Marwan actuó con patriotismo», afirmó el presidente egipcio Mubarak, dando a entender que era un doble agente que había pasado información errónea a Israel. Como era de esperar, se culpó de su muerte al Mossad, pero es probable que lo liquidaran espías egipcios, alarmados por su intención de escribir una autobiografía.

4. Sin embargo, Mao permitió que algunas víctimas de las purgas se rehabilitaran; entre ellas, la familia Xi. En 1972, el primer ministro Zhou Enlai —que para sobrevivir al terror de Mao había tenido que someterse como un esclavo— organizó la reunión familiar del purgado Xi Zhongxun, que llevaba un decenio sin ver a su hijo Jinping. Aun así, al joven Xi Jinping no se lo pusieron fácil: antes de aceptarlo en la Liga Juvenil Comunista lo rechazaron siete veces; antes de aceptarlo en el Partido, diez. Finalmente logró acceder a los estudios de Ingeniería en Pekín. El infierno de la revolución cultural casi había concluido del todo para la familia de quien, en el siglo XXI, gobernaría China.

5. Cuando el hermano y el sobrino reclamaron dinero para pagar a la guardia presidencial, Nguema hizo que los mataran. El hermano del sobrino, Teodoro Obiang, decidió matar a Nguema antes de que este lo matara a él y, en efecto, lo hizo arrestar y ejecutar. Obiang nombró vicepresidente y futuro heredero a su hijo Teodorín, que se matriculó en una universidad de California —vivía en el hotel Beverly Hills y manejaba un yate de cien millones de dólares—. El país ha estado en manos de una única familia desde 1968.

6. El esposo de Indira, el editor y político Feroze Gandhi (sin relación con Mahatma), había muerto diez años antes. No era fácil estar casado con Indira Nehru. La pareja había vivido veinte años con el padre de ella, el Nehru que lideró la independencia. Feroze se lamentaba de que a él lo ignoraban: «¡Mírame! Soy el marido de Indira Nehru». Pero como parlamentario fue de los primeros que emprendió una cruzada contra la corrupción y criticó los escándalos corporativos que organizaron las empresas de Kolkata (Calcuta) vinculadas con Nehru.

7. La señora Mao recibió un aplazamiento y, al diagnosticársele cáncer, un indulto. Antes de ahorcarse en el hospital, en 1991, escribió: «Hoy la camarilla revisionista de Deng ha robado la revolución ... El presidente Mao aniquiló a Liu Shaoqi, pero no a Deng, lo que ha desatado males infinitos ... ¡Presidente, tu estudiante, tu guerrera viene a verte!».

8. Al mismo tiempo Deng aprobó otra forma de aumentar la riqueza de China, por la vía de reducir la población: en 1980 impuso la medida del Hijo Único, que prohibía que las familias tuvieran más de un descendiente, forzó la esterilización de 108 millones de mujeres —la cifra es abrumadora— y obligó a otros 324 millones a colocarse dispositivos intrauterinos. Pero las familias chinas preferían tener niños, no niñas, y recurrieron a los abortos y los infanticidios, hasta el punto de que la balanza de los géneros se desequilibró: en 2009 había treinta millones más de niños que de niñas. Cuando la ley se abolió, en 2016, el Partido calculó que se había logrado reducir la población en seiscientos millones de personas.

9. Deng sospechaba de la perfidia rusa tanto como Mao, y les dijo a los estadounidenses: «Creemos que los soviéticos quieren iniciar una guerra». En Camboya, el genocida Pol Pot, un subsidiario chino acogido por Deng, chocó con Vietnam, aliado de los soviéticos, en lo que era además un reflejo de las rivalidades nacionalistas tradicionales. En diciembre de 1978, cuando Pol Pot expulsó a la población de etnia vietnamita para poner a prueba a sus vecinos, los vietnameses lo obligaron a replegarse de nuevo en la jungla, donde sobrevivió hasta 1998, pero ya solo como un caudillo aislado. Deng decidió «darle una lección» a Vietnam, y de paso a la URSS: en febrero de 1979 China asaltó Vietnam. Pero sus fuerzas solo cosecharon una humillación. Volviendo a Camboya, los vietnameses instalaron luego en el poder a un antiguo comandante jemer rojo, Hun Son, como primer ministro. En 1991, Sihanouk volvió con la función de «rey constitucional», y en 2004 abdicó a favor de su hijo Norodom Sihamoni; pero Hun Sen dio continuidad a una autocracia severa, que se mantuvo por casi cuarenta años. En 2022 Hun declaró que le sucedería su hijo.

10. Los insurgentes también se dividían a partir de sus lealtades tribales y de qué superpotencias los apoyaban: la Unión Popular Africana de Zimbabue, ZAPU que lideraba Joshua Nkomo, era principalmente matabele y tenía detrás a Rusia y Cuba; la ZANU (Unión Nacional Africana de Zimbabue) estaba integrada básicamente por shona, la dirigía Robert Mugabe y dependía de China. En 1980 Rhodesia se independizó según un acuerdo negociado por los británicos. Se eligió primer ministro a Mugabe, quien, con la asistencia del jefe de la policía secreta, Emmerson Mnangagwa, masacró a treinta mil ndebele entre 1983 y 1987 (las matanzas del Gukurahundi). Los asesinatos le valieron a Mnangagwa el sobrenombre de *Ngwena* («el Cocodrilo») y permitieron sobrevivir a la dictadura de Mugabe, un régimen ruinoso en el que en 2017 se depuso a Mugabe para sustituirlo por el Cocodrilo.

11. Personas a las que se les denegaba el permiso para emigrar, conocidas también con una denominación medio jocosa de origen inglés, *refusniki*. (*N. del t.*)

12. Los espías modernos —en parte asesinos a la antigua usanza, en parte burócratas encubiertos— simbolizaban los poderes místicos de la vigilancia y la violencia, controlados por los modernos Estados burocráticos y celebrados en el género emocionante de las películas y novelas de espías. La versión británica era James Bond, un asesino-seductor, sádico y libertino, creado por Ian Fleming —agente de seguridad, hijo de una familia de banqueros—, cuya creación se correspondía bien con sus propios gustos aristocráticos y sadomasoquistas. La película de más éxito de James Bond, *Thunderball* (*Operación Trueno*), se estrenó en 1965, en pleno apogeo de la guerra fría.

13. El líder de los kurdos era Mustafá Barzani, el último integrante de la dinastía que dirigió su lucha. Los barzaníes eran jeques sufíes, propietarios de tierras en Sulaymaniyah (Irak). Ante el incumplimiento de la promesa de un Kurdistán independiente, el jeque Mahmud Barzani se rebeló contra los británicos y hachemíes de Irak y, en 1923, se proclamó rey del Kurdistán. Fue apresado en 1932, pero la lucha tuvo continuidad, liderado por dos parientes jóvenes, el jeque Ahmed y su hermano Mustafá. Durante la segunda guerra mundial Barzani contó con el apoyo de Stalin, que aspiraba a separar una república kurda del oeste de Irán; pero entre los acuerdos de Yalta figuraba la retirada soviética. La república se hundió y Barzani huyó a la Unión Soviética, de donde regresó tras la caída de la monarquía. En 1971 Saddam intentó asesinarlo, por lo que en este momento de la historia, a los setenta años, relanzó la insurgencia. Una vez más parecía que el Kurdistán independiente estaba a punto de hacerse realidad.

14. Uno de ellos, un mulá pastún llamado Yalaluddin Haqqani, creó una dinastía terrorista que interpretó un papel destacado durante los cuarenta años posteriores. Era hijo de un caudillo. En la década de 1960 había estudiado en Pakistán, en el seminario Haqqania, que financiaba la agencia ISI; cuando regresó fue cuando adoptó el nombre de Haqqani.

15. Su hijo Mohammed bin Salmán —futuro dirigente máximo de Arabia— nació en 1985, en mitad de esta campaña.

16. Pero entre todo el optimismo que imperaba en el Estados Unidos de Reagan también había sombras. En 1981 los médicos empezaron a tratar un grupo de casos de neumonía y cáncer de piel recurrentes entre hombres homosexuales y consumidores de drogas. Al principio el temor y la ignorancia generaron rumores demenciales sobre una «epidemia gay», pero los médicos no tardaron en comprender que se enfrentaban a una nueva enfermedad, el SIDA, transmitida principalmente mediante el sexo sin protección, en especial el sexo anal, mediante jeringuillas contaminadas y también durante el embarazo, de la madre a los hijos. En los cuarenta años posteriores la enfermedad mató a 36 millones de personas. Al principio el SIDA hirió profundamente las comunidades gay de Europa y Estados Unidos, donde la década de 1980 se caracterizó por un sufrimiento extraordinario. En el sur de África, en cambio, se difundió por toda la población; el contagio se agravó por la reticencia general al uso de los condones y porque incluso diversos presidentes difundieron irresponsablemente teorías conspirativas y curas falsas que incrementaron enormemente la mortalidad, hasta superar los quince millones de africanos fallecidos. Aunque la educación preventiva está reduciendo las tasas de infección y hoy los pacientes suelen sobrevivir gracias a los medicamentos retrovirales, en 2011 vivían en África 23 millones de personas con SIDA, con 1.200.000 muertes anuales y 1.800.000 infecciones. Ahora estos índices están mejorando.

17. Sinatra, el viejo amigo, ahora adepto de los republicanos, cantó en su gala de toma de posesión. Esta fue también la época en la que el FBI acabó por fin con el poder de las Cinco Familias de la mafia, gracias a una nueva legislación contra las organizaciones corruptas y el crimen organizado, conocida con las siglas RICO, que permitió vincular a los jefes de las conspiraciones delictivas con sus soldaditos. Los padrinos fueron condenados a más de cien años de cárcel.

18. Tras la experiencia con este autor, la señora Thatcher consideró que el tono había sido «insolente» y decidió no conceder más entrevistas a escolares.

19. Cuando este autor visitó Albania, el primer ministro Sali Berisha, que vivía en la antigua casa de Shehu en el Bloque, le mostró la habitación donde había recibido el balazo. «Aún no sabemos exactamente qué pasó», dijo Berisha. Poco después, el 11 de abril de 1985, Hoxha falleció y la sucesión recayó sobre un discípulo elegido. Su primer protector, y posteriormente rival, el mariscal Tito, había muerto en 1980, a la edad de ochenta y siete años. Incluso en la Europa del Este se estaba produciendo un cambio de guardia.

1. En Latinoamérica el final de la batalla contra el comunismo aceleró la caída de las juntas de Argentina y Brasil, que dieron paso a democracias; en Paraguay se depuso al cruel tirano Stroessner, un hispano-bávaro que había amparado a Josef Mengele; en Haití «Baby Doc» Duvalier heredó el trono de su padre, Papa Doc, y a sus diecinueve años aseguró que era «firme como la cola de un mono»; pero ante la acumulación de protestas y la presión de Washington optó por el exilio. En Colombia y México, Estados Unidos temía la importación de otro producto, ya no el ideario comunista, sino la cocaína. En el primer caso, el ascenso desde la década de 1970 de quien empezó siendo un mero contrabandista de tabaco —el panzudo y bigotudo Pablo Escobar, que daba a elegir a sus víctimas entre «el dinero o el plomo»— había transformado el negocio de la cocaína: Escobar levantó el cártel de Medellín, que producía la droga y la entregaba a los mercados estadounidenses. En 1989 vivía un apogeo: exportaba ochenta toneladas al mes e ingresaba setenta millones de dólares al día, suficiente para subvertir y corromper el frágil Estado colombiano. Cuando se le amenazó lanzó una campaña de terror cuyos asesinos dieron muerte a 25.000 personas, entre balas y bombas, e incluso hicieron saltar por los aires un avión en vuelo comercial. Escobar, con una fortuna de unos treinta mil millones de dólares, dirigía un ejército propio y vivía con todo esplendor en ranchos espaciosos. Lo detuvieron, pero era tan poderoso que pudo construirse una prisión propia, de la que huyó cuando se le antojó. Estados Unidos intervino para ayudar a Colombia: el 2 de diciembre de 1993, Escobar, de cuarenta y cuatro años, cayó por fin en manos de comandos estadounidenses y colombianos, que lo mataron. El negocio pasó a un cártel más discreto, de Cali; cuando también se arrestó a sus dirigentes, le dieron continuidad narcotraficantes mexicanos que socavaron letalmente México.

2. Nazarbáyev supo beneficiarse astutamente del sistema y organizó el derrocamiento de su jefe para convertirse en el primer ministro más joven de la URSS. «Yo era un joven ambicioso y cualquier posible progreso pasaba por ser miembro del Partido —explicó—. Si en aquellos días hubiera creído que para hacer realidad mis ambiciones me resultaba útil convertirme al budismo, me habría convertido.»

3. Salvo en Albania, que seguía siendo una dictadura comunista. Aunque Hoxha había fallecido en 1985, el heredero que nombró, Ramiz Alia, consiguió mantenerse en el poder hasta diciembre de 1990.

4. En 2020 el Líder Supremo orquestó la elección de su expupilo, Raisi, el Carnicero de Teherán, como nuevo presidente.

5. En noviembre de 1990, Thatcher, que había ganado tres elecciones —lo que no tenía precedentes— pero mostraba signos de engañarse con su propia grandeza y prometía «seguir siempre adelante», fue derrocada por su propio gabinete. Fue la más duradera de los primeros ministros británicos del siglo XX, y la más capaz desde los tiempos de Churchill.

6. Estados Unidos y el Reino Unido preferían negar la realidad. En esa época este autor estaba viajando por el Cáucaso y el Asia central; al regresar a Moscú fue interrogado por agentes de la inteligencia de uno y otro país, que deseaban saber si había visto armamento nuclear durante el viaje y a la vez aseguraron que «la URSS está aquí para quedarse».

7. A veces el entorno de Bush era más realista que el de Gorbachov. Cuando el secretario de Estado Jim Baker conversó sobre Ucrania con Aleksandr Yákovlev, del Politburó, se preguntó si habría una guerra. Yákovlev le recordó que en Ucrania había doce millones de rusos, «muchos en matrimonios mixtos, así que ¿qué clase de guerra sería esa?». «Una guerra de lo más normal», contestó Baker.

8. Los hutu expulsados se sumaron al caos del Congo. Kagame los persiguió y apoyó a un revolucionario veterano cuya vida personificaba la catástrofe del Congo moderno: Laurent-Désiré Kabila. A los veinte años este había abrazado el marxismo, respaldó a la facción prosoviética y combatió con el Che Guevara; pero cuando Mobutu, aliado de Estados Unidos, se alzó con el poder, Kabila ya era contrabandista de oro y dirigía prostíbulos en Tanzania. Ahora emergió para hacerse con el mando del Congo, con ayuda de Kagame y el autócrata de Uganda, Yoweri Museveni (cuyo reino ha durado muchos años); todos los bandos usaron ejércitos con *kadogos* [niños soldado]. Una vez en el poder, Kabila, apodado Mbongo («el Toro»), tuvo dificultades para satisfacer a sus mecenas en un nuevo frenesí de explotación mineral y guerra asesina. Se distanció de Uganda y Ruanda y se alió con Zimbabue y Angola, pero al perder el control del ejército quiso ejecutar a los que habían sido sus leales niños soldado, que concibieron la operación «Cero Mbongo» («Matar al Toro»), orquestada por Ruanda. Los niños se infiltraron en el Palacio de Mármol y, con ayuda de un guardaespaldas, lo mataron a tiros. Kabila había nombrado heredero a su hijo Joseph, que le sucedió con veintinueve años y gobernó durante dos decenios.

9. Y a recuperar el poder en las repúblicas que acababan de independizarse, para lo cual dio respaldo a la secesión armada de Abjasia en la costa georgiana del mar Negro: Shevardnadze se enfrentó a Moscú, pero estuvo a punto de perder la vida en Sujumi. Mientras los tanques rusos amenazaban Georgia y el expresidente Gamsajurdia intentaba concentrar a sus fuerzas —pereció en el intento—, Shevardnadze voló a Moscú para hincar la rodilla ante el zar (e invitó a este autor a acompañarle en el vuelo): «Hay por lo menos dos Rusias: la democrática y la totalitaria; en un plazo de diez años confío en que Rusia y Georgia serán democracias, pero en Rusia, las fuerzas oscuras del imperio son como los lobos que están en el bosque, siempre a la espera», dijo.

10. Una unidad médica especial se encargaba desde hacía tiempo de preservar el cuerpo de Lenin y perfeccionó esta particular habilidad soviética. Diversos líderes comunistas fueron embalsados y expuestos: Gueorgui Dimitrov, de Bulgaria; luego el mariscal Choibalsán de Mongolia y Gottwald de Checoslovaquia. Al morir Stalin se reunió con Lenin en el Mausoleo, pero en 1961 Jrushchov ordenó que lo retirasen. Ni mucho menos se puso con esto fin al embalsamamiento de los autócratas comunistas. En 1969 fue Ho Chi Minh; luego fue el turno de Mao y de Neto de Angola. Los embalsamamientos de Forbes Burnham de Guyana y de Hugo Chávez de Venezuela fueron una chapuza y hubo que optar por darles sepultura. Todavía se exhiben los cadáveres de Lenin, Mao, dos Kim, Ho y Neto.

11. Pero justo cuando parecía que toda la vida humana se dirigía progresivamente hacia un mundo más libre, los avisos de los científicos que demostraron que los más de dos siglos de industrialización estaban calentando el planeta adquirieron un carácter cada vez más urgente. Pocos líderes les habían prestado atención: entre los primeros figuró un visionario príncipe de Gales: Charles (el futuro Carlos III), que ya en febrero de 1970, con veintidós años, advirtió de «los espantosos efectos de la contaminación en todas sus formas cancerosas», y se preguntaba: «¿Estamos todos dispuestos a aceptar incrementos de precios ... que nos obliguen a [aceptar] restricciones y regulaciones por nuestro propio bien?». Solo veinte años más tarde, en junio de 1992, en la primera Cumbre de la Tierra (de Naciones Unidas, en Río de Janeiro) los políticos empezaron a debatir sobre cómo se podía limitar estos daños antropogénicos. Pasó a convertirse en uno de los desafíos más imperiosos de la humanidad. Pero para conseguir cambios significativos, los líderes —en particular en los países de industrialización emergente, como China y la India— tendrían que pasar por alto e invalidar incluso los intereses inmediatos de sus naciones y pueblos a favor de un beneficio futuro para toda la humanidad.

12. Entre los éxitos de Estados Unidos figuró convencer a Ucrania y Kazajistán de que entregasen sus armas nucleares tras la caída de la Unión Soviética, a cambio de ayuda estadounidense. En 1991, Ucrania y Kazajistán se encontraron en posesión de miles de cabezas nucleares soviéticas, lo que las convertía en la tercera y cuarta potencias nucleares del mundo. En 1992, Kazajistán renunció a su arsenal nuclear. En Budapest, en diciembre de 1994, la «integridad territorial» de Ucrania fue garantizada por Rusia, Estados Unidos y el Reino Unido a cambio de que renunciara a su armamento nuclear, una decisión que ahora algunos consideran que fue un error.

13. La «peligrosa bomba de relojería» que permitió la secesión de las repúblicas estaba «planta[da] en la fundación de nuestro Estado» y «explotó en el momento en que el mecanismo de seguridad que el Partido Comunista proporcionaba desapareció», escribió Vladímir Putin más adelante, ya como presidente. «A ello siguió un desfile de Estados soberanos».

14. En septiembre, tres atentados misteriosos en bloques de apartamentos mataron a trescientas personas. Se acusó a terroristas chechenos, pero es posible que fuera obra de agentes de la FSB que creaban una crisis para que Putin pudiera resolverla.

15. Putin se había decantado inicialmente por un caudillo islámico rebelde, Ajmat Kadýrov, que había sido muftí de la Chechenia independiente hasta que en 2000 cambió de bando y Putin le confió la presidencia de la república. En 2004 asesinaron a Kadýrov y Putin lo reemplazó con su hijo Ramzán.

16. En 1837, la condesa Ada Lovelace —hija del poeta lord Byron— y su amigo Charles Babbage, inspirándose en parte en el artículo de un ingeniero militar italiano, Luigi Menabrea —quien con el tiempo sería primer ministro de la Italia unida—, concibieron un programa para lo que llamaban Máquina Analítica. En 1843 Lovelace escribió unas instrucciones que bautizó como algoritmos inspirándose en Al-Juarizmi (de la Bagdad de la década de 820); pero también supo prever los peligros de los «autócratas de la información». Babbage diseñó su Máquina. Pero la idea llegó un siglo antes de que esa tecnología se inventara. Lo hizo un científico alemán, Konrad Zuse, que en 1941 construyó el primer ordenador —el Z3, en Berlín— y concibió el primer lenguaje de programación: el Plankalkül. El Z3 resultó destruido por un ataque aéreo de los Aliados, pero después de la guerra Zuse fundó la primera compañía tecnológica y le vendió la patente a la empresa estadounidense IBM, que también había trabajado en la tabulación de cantidades ingentes de datos personales para el gobierno estadounidense en la Alemania nazi y en Estados Unidos. Simultáneamente, en Bletchley Park (Gran Bretaña), el joven matemático Alan Turing —que a los veinticuatro años había definido una «máquina computadora universal»— estaba diseñando una máquina electromagnética capaz de descifrar el código alemán Enigma. En 1946 diseñó una Máquina Computadora Automática y dos años después construyó una: ocupaba toda una habitación. Luego él y un compañero crearon el primer programa lúdico: el Turochamp, que jugaba al ajedrez. En enero de 1952 una serie de accidentes relacionados con un robo y su amante hicieron que Turing admitiera estar manteniendo una relación homosexual, lo que era ilegal, según una ley de 1855. Turing se declaró culpable de «indecencia grosera» y accedió a recibir un tratamiento atroz: la castración química. Turing se quitó la vida a los cuarenta y un años, con cianuro.

17. Tras retirarse de la secretaría de Estado, Rice investigó en su historia familiar: «Mi tatarabuela Zina, de la parte de mi padre, tuvo cinco hijos con cinco esclavistas distintos», escribió. «Mi bisabuela Julia Head, por parte de padre, llevaba el nombre de su amo y este la favoreció hasta el punto de enseñarle a leer.»

18. La idea de utilizar aviones como bombas volantes es tan antigua como la aviación misma: terroristas rusos ya sopesaron atentar así contra los Románov en 1905, y los kamikazes japoneses lo hicieron durante la segunda guerra mundial. Por otro lado, secuestradores palestinos habían puesto de manifiesto tanto la vulnerabilidad de los vuelos comerciales como el terror espectacular que generaban al atacar esos símbolos colosales del confort occidental.

19. Así fue como mataron a Rajiv Gandhi. Su período como primer ministro se vio eclipsado por un escándalo armamentístico, un desastre medioambiental y su intervención en la guerra civil de Sri Lanka, entre el gobierno cingalés y la organización paramilitar de los Tigres Tamiles. El objetivo inicial de la intervención era proteger a la población tamil, una parte de la cual vivía en el sur de la India. Pero una vez en Sri Lanka, las tropas indias se encontraron combatiendo contra insurgentes tamiles fanáticos: los Tigres. Rajiv perdió las elecciones de 1989; el 21 de mayo de 1991, mientras hacía campaña, se le acercó una suicida de los Tigres —el primer caso de este nuevo fenómeno— que hizo detonar los explosivos que cargaba.

20. Todos estos tesoros y la sangre derramada rindieron un dividendo: Gadafi, ante el temor a ser él el próximo a recibir el tratamiento de Saddam, canceló su programa nuclear y fue recibido en la familia occidental. Los estadounidenses se enfurecieron al descubrir que Gadafi le había comprado la tecnología al padre de la bomba pakistaní, A. Q. Khan. Pero este científico no recibió castigo: «Salvé a mi país por primera vez cuando convertí a Pakistán en una nación nuclear y lo salvé otra vez al confesar y asumir toda la responsabilidad». Asombrosamente el mayor criminal de la era nuclear nunca fue investigado ni juzgado. Falleció en 2021, de covid.

21. Obama también perdió pronto a su madre: murió de cáncer, en noviembre de 1995, con cincuenta y dos años.

22. «Los rusos, los ucranianos y los bielorrusos descienden todos del Antiguo Rus —escribió Putin en un ensayo histórico de julio de 2021—. Rusos y ucranianos son un único pueblo, un todo inseparable», mientras que la «Ucrania moderna fue un simple producto de la era soviética ... montado sobre tierras de la Rusia histórica ... Hay un hecho meridianamente claro: Rusia fue víctima de un robo ... La verdadera soberanía de Ucrania solo es posible en asociación con Rusia». Putin (como sus nuevos imperialistas) se centraba en las conquistas rusas y moscovitas que le interesaban y hacía caso omiso de la naturaleza cosmopolita y multiétnica de Ucrania, gobernada por otomanos, Habsburgo, reyes polacos y duques lituanos, y poblada por cosacos, tártaros, polacos, judíos, italianos y griegos, además de rusos y ucranianos.

23. En ese momento Putin era primer ministro, pues la constitución de Yeltsin solo permitía dos mandatos presidenciales. Había optado por una jugada de ajedrez político —la *rokirovka*, el enroque— en la que el jugador puede mover a la vez el rey y la torre, y puso como presidente a un secuaz anodino.

24. Los drones los inventó un diseñador israelí nacido en Irak, Abraham Karem, durante la guerra del Yom Kippur, para que hicieran labores de reconocimiento. En 2001, después de los atentados del 11 de septiembre, Cofer Black —jefe del Centro Antiterrorista de la CIA— propuso armar los Predator para matar a Osama bin Laden. Estos aparatos con capacidad de localización y destrucción del enemigo disparaban misiles Hellfire supersónicos, que alcanzaban los blancos antes de que se los pudiera oír. Con la voluntad de evitar que se golpeara a las propias tropas y se causaran otras muertes accidentales, Bush encomendó a la CIA que dirigiera los asesinatos selectos de terroristas, primero con los Predator, luego con su actualización, los Reaper. La CIA preparaba las listas negras y se las presentaba al presidente; luego los equipos —«coordinadores de inteligencia de la misión», «pilotos» y «operadores de sensores»—, que trabajaban desde los hangares de la base aérea de Creech, en Nevada, hacían realidad a la ejecución a miles de kilómetros de distancia, en las montañas del Hindú Kush o los desiertos del Yemen. Los drones pertenecen a la tradición «humana» de la guillotina, pero los primeros ataques mataron a cientos de inocentes que coincidía que estaban allí. En 2008 se atentó contra Haqqani, se asesinó a unos veinte inocentes y él sobrevivió. Han ido acrecentando la precisión y en 2015 la mayoría de las potencias militares desarrolladas los usan con fines letales. La inteligencia artificial no ha de tardar en posibilitar que los drones —o armas de fuego de alta tecnología— asesinen a blancos identificados por reconocimiento facial. El futuro de la guerra incluirá dagas y fusiles, pero también robots asesinos accionados desde satélites y, posiblemente, programados para matar a determinadas personas en cuanto se las vea.

1. Crimea, que había acogido puertos comerciales bizantinos, eslavos, genoveses, venecianos y otomanos, fue durante mucho tiempo el núcleo central de un janato mongol gobernado por la dinastía Guirái, hasta 1783, cuando Potiomkin la anexionó a Rusia. En 1853 Palmerston y Napoleón III invadieron Crimea para desafiar al agresivo imperio ruso de Nicolás I. La conquista de la península, en julio de 1942, fue uno de los éxitos de la ofensiva de verano con la que Hitler estuvo a punto de ganar la segunda guerra mundial; pero Stalin, que sospechaba que los tártaros crimeos recibían con buenos ojos a los invasores alemanes, ordenó deportarlos y ocupar la península con colonos rusos. En 1954 Jrushchov transfirió Crimea a Ucrania.

2. En 2015, Borís Nemtsov, líder de la oposición y viceprimer ministro de Yeltsin, murió cerca del Kremlin, abatido a tiros por asesinos chechenos. En 2019, en la ciudad provincial de Tomsk, agentes de la FSB envenenaron a Alekséi Navalny, de nuevo con *novichok*; al igual que Skripal, sobrevivió a duras penas.

3. Sin embargo, en Estados Unidos el ingenio seguía dando frutos brillantes. En 2020 Elon Musk envió al espacio un cohete tripulado propio, el *SpaceX*, en la primera misión privada de esta clase. Este ingeniero y visionario ya era un empresario galáctico, que lanzaba satélites para las comunicaciones de internet. Era el aventurero creativo de los titanes digitales, una combinación moderna de Edison y Rockefeller, con un toque de Barnum y Cagliostro; había nacido en Suráfrica, como hijo de un empresario afrikáner y una exmodelo, y empezó a escribir programas informáticos mientras vivía en un sofá y se duchaba en la sede local de la asociación YMCA. Sus coches eléctricos Tesla lo convirtieron en el hombre más rico del mundo. Prometió una «civilización conectada normalmente con el espacio» y soñaba con «una ciudad autosostenible en Marte. Esto, creo yo, es lo más imprescindible a la hora de maximizar la vida de la humanidad». Este nuevo hogar galáctico para familias humanas aún está lejos, pero ya no es mera ficción científica.

4. No solo Xi había visitado Estados Unidos. Su hija Mingze estudió inglés y psicología en Harvard, bajo un seudónimo, pero en su caso compartía alojamiento, se preparaba sus propias comidas y asistía a las clases de historia china de un famoso profesor británico.

5. El confinamiento no detuvo los conflictos, fuera de Europa. En noviembre de 2020, en la última escaramuza de la desintegración del imperio etíope, la arbitraria prepotencia del primer ministro etíope, Abiy Ahmed, enfureció a los tigrenos que, en la década de 1990, había encabezado el proceso de liberación contra Mengistu. El propio Abiy había luchado contra Mengistu a las órdenes de los tigrenos, llegando a ser subjefe del servicio de inteligencia. Pero ahora la región del Tigré volvió a la guerra. Abiy se alió con el dictador eritreo Isaías Afwerki y atacó a los tigrenos, que contraatacaron y estuvieron a punto de llegar a Adís, antes de verse obligados a replegarse de nuevo.

El mundo. Una historia de familias
Simon Sebag Montefiore

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The World. A Family History*

© Simon Sebag Montefiore, 2022
Publicado por primera vez por Weidenfeld & Nicolson, un sello de Orion Publishing Group, Londres.

© de la traducción de prefacio, agradecimientos, introducción, actos 1-7 y 18-23, conclusión e índice, Gonzalo García, 2023; de actos 8-17, Efrén del Valle, 2023.

© del diseño de la cubierta, Studio Helen/OrionBooks

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo 2023

ISBN: 978-84-9199-520-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!